This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

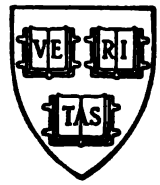
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

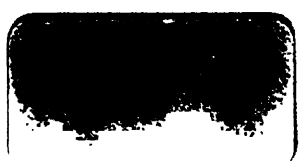
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Spec 4°210.4



HARVARD
COLLEGE
LIBRARY



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO CUARTO.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS,

ordenada

POR D. BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.

4

Elegías de Varones ilustres de Indias,

POR JUAN DE CASTELLANOS.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
SALON DEL PRADO, 8.

1852.

Shan 4210.4

1873, July 23.
Subscription Fund.

PROLOGO.

La presente obra ha llegado á ser, por su rareza, una de aquellas curiosidades bibliográficas de que pocos tienen noticia, y cuya reimpresion llena un gran vacío en nuestra literatura antigua. La misma suerte han tenido otras muchas producciones relativas á nuestros descubrimientos marítimos y á las primeras épocas de nuestras colonias, probándose por este medio la historia de un sin número de hechos curiosos y datos interesantes, relativos á una de las páginas mas instructivas y brillantes de los anales de la humanidad.

Si este desprecio de tan copioso tesoro de conocimientos útiles es poco honorífico á nuestro gusto literario y á nuestro amor propio nacional, no es menos digno de censura el olvido en que se sumergen los nombres de los varones ilustres que han contribuido eficazmente con sus trabajos á las glorias de la literatura española. Increible parece que casi todo lo que se sabe de Castellanos es lo poco que de sí mismo habla en sus Elegías; y que, por mas investigaciones que hemos hecho en archivos y bibliotecas, solo hemos hallado mencion de su nombre y de sus obras en la de don Nicolás Antonio, y en los apuntes que Muñoz ha dejado en la Academia de la Historia.

El primero de estos escritores da á entender que Castellanos nació en Tunja; habla de la primera edicion de la primera parte de las Elegías, la cual vió la luz pública en 1589, sin lugar de impresion; se refiere á una cuarta parte, celebrada por don Tomás Tamayo, en su *Collectio librorum hispanicorum*, y cita la *Bibliotheca indica* de Antonio Leon, donde se habla de un ejemplar de la segunda parte, que poseyó Luis Tribaldo de Toledo, cronista real de las Indias, de cuyas manos pasó á las de Lorenzo Cocco, secretario de N. Compegio, nuncio apostólico en España.

Las noticias de Muñoz son todavía mas escasas y menos importantes. No se refieren á la persona del autor, sino á ciertas peculiaridades del ejemplar de ellas que Muñoz habia visto. En él hay una nota manuscrita que dice: «Librería de la catedral de Palencia: donada (*la obra*) por el doctor Pedro Fernandez del Pulgar, natural de Rioseco, penitenciario de dicha iglesia». Al fin de la segunda parte, observa Muñoz que se lee la firma de Miguel de Ondarza Zavala, con su rúbrica, la cual va también al pié de todas las planas. «Sin duda, dice Muñoz, este fué el secretario por quien se despachó la licencia para la impresion, á consecuencia de la aprobacion de Ercilla. Por último, Muñoz advierte que falta un plano en el ejemplar susodicho, y es el de la laguna de Venezuela, y que hay otro en la tercera parte, con este título: «Traza corográfica de lo contenido en los tres brazos que cerca de la equinoccial hace la cordillera de las sierras, que se continúan desde el estrecho de Magallanes.»

Por manera que la única biografía que de Castellanos existe, queda reducida á las escasas noticias que de él mismo injiere en su obra. De ellas se colige que siguió desde luego la carrera militar, y que se halló en reñidos encuentros y corrió grandes peligros en las diferentes campañas á que dieron lugar las conquistas de los vastos territorios de que se formó, en tiem-

pos muy recientes, la república de Colombia. Después abrazó el estado eclesiástico y obtuvo el beneficio de Tunja, en lo que se llamó entonces nuevo reino de Granada. En una y otra situacion contrajo relaciones íntimas y tuvo frecuente trato con muchos de los hombres mas distinguidos que figuran en aquellas grandiosas hazañas.

Este descuido de los contemporáneos de JUAN DE CASTELLANOS es tanto mas notable, cuanto que su obra está muy lejos de esa trivial medianía que justamente desdeñan los hombres de saber y buen gusto. El autor no quiso elevarse á la altura de la poesía épica; no quiso revestir su narracion con las galas de la fantasía, ni darle esas formas artificiosas que nunca se emplean sino á costa de la verdad. Menos ambicioso que Lucano y Ercilla, solo consagra sus esfuerzos á preservar del olvido hechos notables y circunstancias graves y curiosas. No es un poeta creador: es un historiador escrupuloso, que prefirió la octava rima á la prosa, quizás para recrear con este agradable ejercicio los últimos años de su vida, ó quizás también, porque á ejemplo de Ovidio, *quod tentabat dicere versus erat.* A esta segunda opinion nos inclinan su facundia inagotable; la increible facilidad de su versificacion, la cual, generalmente correcta y fluida, aunque á veces demasiado trivial y desaliñada, no se detiene en los obstáculos que le ofrecian la exactitud numérica de las fechas, ni los estraordinarios nombres de los indios y de los puntos geográficos de las regiones que habitaban. Las escenas terribles y las graciosas; las batallas mas sangrientas y las caminatas mas difíciles; fiestas lucidas, cultos solemnes, paisajes floridos y voluptuosos, espectáculos naturales, llenos de horrorosa grandiosidad, todo se presta con igual holgura y lijereza al ritmo de este grande y fecundo versificador; para todo encuentra en su imaginacion fértil y variada ritmos sonoros, cortes de verso naturales, consonantes propios y escogidos, y frases, si no eminentemente poéticas, á lo menos elegantes, bien construidas y muy raras veces torcidas de su prosodia, para formar la cadencia legítima y llenar el número requerido.

Sus defectos son los comunes en su siglo; los mismos en que incurrieron los que mas lustre le dieron con sus producciones inmortales: anacronismos insignificantes, ostentacion pedantesca de importuna y mal traida erudicion, ignorancia de las ciencias naturales envueltas todavía en la infancia, inversion no motivada de sucesos, y esa propension á retruécanos y antitesis que bajo diversas formas se reproduce en todas las épocas literarias, y de que no supieron preservarse los mayores ingenios de la antigüedad.

Mas estas imperfecciones están mas que suficientemente compensadas por algunas dotes, tanto mas gratas á la generacion presente, cuanto mas escasean algunas de ellas en los trabajos literarios de nuestro siglo. Distinguimos entre estas cualidades preciosas la paciencia investigadora que supone la acumulacion de tantos sucesos, el interés dramático de tan estraordinarias virtudes, la exactitud en la descripcion de las localidades, el arte con que escita la curiosidad del lector, graduando diestramente el desarrollo de los incidentes con que la satisface; por último, esa sencillez candorosa que toda la obra respira, reflejo de un alma recta y pura, consagrada al culto de la verdad y ajena de todo lo que pudiera torcerla y ofuscarla.

Prendas de tanto valor y tan justamente apreciadas por los aficionados á la buena lectura, nos autorizan á creer que el público aceptará las Elegías de CASTELLANOS, como uno de los mayores esfuerzos que á costa de grandes dispendios y trabajos ímprobos hemos empleado para desempeñar las condiciones de nuestro programa, y continuar mereciendo la acogida benévola que han merecido los tomos precedentes de nuestra coleccion.

ELEGIAS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

DEDICATORIA AL REY DON FELIPE II.

SEÑOR.

Entre las cosas notables, que autores antiguos nos dejaron escritas, hicieron memoria de aquella gran locura de Corebo, cuya cuenta, no estendiéndose á mas número de hasta cinco, presumia contar las ondas del mar y las arenas de sus riberas; y desta misma podria yo ser agora redargüido; pues, en confianza de tan pobre talento como es el de mi ingenio, propuse cantar en versos castellanos la variedad y muchedumbre de cosas acontecidas en las islas y costa de mar del norte destas Indias occidentales, donde yo he gastado lo mas y mejor del discurso de mi vida, presumiendo levantar sus edificios desde los primeros fundamentos, en todos aquellos puertos que conocemos poblados de españoles. Y aun esta osadía fuera tolerable si no me levantara á otro muy mayor atrevimiento, que fué aventurarme á ofrecer y consagrar mis trabajos al felicísimo nombre de vuestra Majestad, en cuyo esclarecido entendimiento naturaleza puso toda aquella perfecion á que sus fuerzas podian estenderse; mas como sea comun uso de los hombres, y costumbre heredada de los primeros buscar escusas á los yerros que cometen, deseo que se me permita que ansimismo (con algunas razones, aunque criadas á los pechos de mi confuso parecer) procure dar mis disculpas, y descargarme de los cargos que acerca desto se me podrian poner. Pues es así que la flojedad y descuido de muchos, que con la elegancia y primor que al sujeto desta obra se debe la pudieran tomar á su cargo, puso sobre mis hombros la pesadumbre deste cuidado, muy mas grave de lo que ellos pueden llevar, no sin consejo y estímulos de amigos, que se dolian de ver hazañas esclarecidas quedarse para siempre encarceladas en las escuridades del olvido, sin haber persona que movida desde justo celo procurase sacallas á luz, para que con la libertad que ellas merecen corrieran por el mundo, y fueran á dar noticia de sí á los deseosos de saber hechos célebres y grandiosos. Pues como ya tuviese escrito el descubrimiento deste Nuevo Mundo, y lo acontecido en las conquistas de las islas, y alguna parte de la costa de tierra firme hasta el mar de Venezuela, parecióme (por ser el volúmen de lo compuesto algo crecido) que seria justo hacer en aquel pasaje pausa, para que desde allí comenzase segunda parte, con intencion de no publicar lo uno sin lo otro, por haber andado ya la mayor parte del camino; y aunque en este propósito habia dado fondo, importunidades de personas á quien debo respeto me hicieron levar las áncoras y salir con solo el trinquete, mandándome cometer esta primera al beneplácito de fortuna, que así en esto como en otras cosas no siempre suele ser apacible ni favorable. Pero revolviendo los ojos del entendimiento á una y otra parte, para buscalle lugar donde la adversa no se atreviese ni pudiese lastimalla, memoria y voluntad me pusieron delante la fortísima coluna y atlante de la religion cristiana, que es vuestra Majestad; debajo de cuya sombra y á cuyos reales piés estos mis trabajos se humillan para poderse valer entre los

impetuosos vientos de detractores; pues el mayor y mejor salvoconducto que se les puede encaminar es el autoridad de tan potentísimo monarca, que como vicedios en la tierra no se desdeñará de recebir el cornadillo del pobre á vueltas de los preciosos dones que suelen ofrecer los poderosos, ansí como aquel gran Artajerjes que no se desdeñó (pasando el rio Ciro) inclinar su real cabeza, para beber el agua dél en las palmas de Sinetis, pobre y rústico villano. Movióme también á hacer esto, considerar que cosas de Indias, mayormente tan oclusas y olvidadas, á ninguno se debian dedicar ni consagrar sino al señor universal de aquellas tierras, que ansí en oriente como en poniente gozan deste nombre, á cuya grandeza humilísimamente suplico ponga los ojos no en la bajeza del estilo, sino en el sujeto de la obra y voluntad con que yo la ofrezco, para que otros muchos, cuyos ingenios podrian con pluma delicada en estas partes llevar adelante estos principios, se animen y alienten á poner en escrito hechos dignos de ser eternizados, en servicio de vuestra Majestad, cuya real persona y escelsos estados prospere nuestro Señor con perpetuo aumento de su divina gracia y celestial gloria. Amen.

JUAN DE CASTELLANOS.

CENSURA DE AGUSTIN DE ZARATE AL CONSEJO REAL.

Agustin de Zárate, contador de mercedes que he sido de vuestra Alteza, digo, que por los del vuestro muy alto consejo me fué mandado que viese y examinase un libro que ha compuesto Juan Castellanos, beneficiado en la iglesia de Tunja del nuevo reino de Granada, en que trata de los ilustres varones que en compañía de don Cristóbal Colon, y después dél, descubrieron la navegacion del mar del norte, que los autores llaman Atlántico, y conquistaron y redujeron al conocimiento de nuestra santa fe y la corona real de Castilla los indios naturales de tan estendidas ínsulas como en él conquistaron, que comunmente se nombra el Nuevo Mundo, mandándome que pusiese en la dicha obra la censura que requiriese para imprimirse, en caso que para ello se le diese la licencia que el autor pedia. En cumplimiento de lo cual, yo he leido y pasado todo el dicho libro, y advertido con diligencia si habia en él alguna cosa que requiriese enmienda; y ante todas cosas veo que la materia de que trata, por ser tan deseada, será muy bien recebida en todos estos reinos, especialmente en el Andalucía y lugares marítimos de aquella costa, donde se tiene mas noticia y comercio con las Indias y navegacion dellas. Porque con haber tantos autores que han compuesto libros del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú, y de tantos y tan varios sucesos como en ella ha habido, entre los cuales se puede contar la historia que yo compuse tocante á esta materia, y otros que han trabajado en lo que toca á la Nueva España, todos estos libros quebaban defectuosos y sin principio, por no haber habido quien tomase á su cargo declarar cómo y cuándo, y por quién se comenzó a descubrir tanta anchura de mar como hay ansí norte sur, como leste hueste, desde el estrecho de Gibraltar hasta las provincias de la tierra firme donde va á parar, y lo mucho que los siglos presentes, y los que están por venir, deben principalmente á don Cristóbal Colon, por cuya industria y esfuerzo y diligencia, mezclada con infinitos peligros y riesgos de la vida, y de los demás que le siguieron y acompañaron en aquel descubrimiento, se haya navegado un piélago de tanta longitud y latitud con la conquista de tantas ínsulas que en él hay, y la dificultad y peligro de su persona, con que resistió y confundió á muchos de los suyos que le contradecian, y aun casi resistian el pasar adelante; que algunos dellos debian ser ejercitados en letras y razones matemáticas, pues se fundaban en autoridades de gravísimos autores, como eran Plinio y Strabon, Tolomeo y Pomponio Mela y otros que refiere y aprueba san Agustin, que afirman no haber habitacion pasada la línea equinocial. Lo cual Colon contradijo, alegando autoridades que habia leido de autores auténticos, y señaladamente del divino Platon, en el diálogo que intitula *Thimeo ó de natura*, y en el siguiente á este, que se nombra *Atlántico*, que en ambos trata largamente de una isla nombrada Atlántica, que se dice haber sido mayor que Asia, y duraba desde las columnas de Hércules hasta la tierra firme, la cual, con una creciente de la mar en un dia y una noche se anegó y quedó toda hecha mar, que retenfendo el nombre de cuando fué isla, se llamó mar Atlántico; yo supe de persona que habia oido al mesmo Colon, que en confianza de esta autoridad de Platon habia emprendido tan nueva y peligrosa conquista. Pero teniendo contra sí autores tan graves, y con ellos á san Agustin y á sa Isidoro, se puede tener por cierto, que no se pudo mover Colon á proseguir tan difícil navegacion sin inspiracion revelacion divina. En cuya confianza se opuso á tantas dificultades y peligros y costas, por alcanzar cosa tan nunca vista ni oida, antes comunmente contradicha. Pero las particularidades y sucesos tan varios y notables como pasaron en conseguir su pretension pasaron, y las hazañas que hicieron, y las victorias que consiguieron, que parecen casi increibles, estaban sepultadas en las tinieblas del olvido, defraudadas del loor y gloria que merecian los insignes varones que las alcanzaron, sin que sus hijos y descendientes tuviesen dellas noticia, ni con sabellas se encendiesen sus ánimos á imitallas.

El remedio para todos estos daños é inconvinient halló Juan Castellanos, consumiendo muchos años de vida en sacar por rastro las verdades de negocios tan antiguos y recónditos y sin luz, con tan inmenso trab como se puede considerar, pues escribió primero el discurso desta historia en prosa: Con lo cual la república tuviera entera satisfaccion, conforme á lo que escribe ceron, y después dél Cayo Plinio, que aunque las ob de poesía y oratoria no tienen gracia, ni deben ser ad tidas sin mucha elocuencia, la historia (dicen) *quoq modo scripta delectat;* esto es, *de cualquier mane y en cualquier estilo que se escriba, deleita y agra* porque mediante esta alcanzan los hombres á saber sas nuevas, las cuales por natural inclinacion se huel oir de boca de un rústico por palabras groseras y sin a Pero Castellanos pasó adelante, porque después de ha escrito esta historia en prosa, la tornó á reducir á copl y no de las redondillas que comunmente se han us en nuestra nacion, sino en estilo italiano, que llaman tava rima, por mostrar á costa de mucho trabajo la e

sencia de su ingenio, porque estoy informado de hombres fidedignos que gastó mas de diez años en reducir la prosa en verso, en que infiere á sus tiempos muchas digresiones poéticas y comparaciones, y otros colores poéticos con todo el buen orden que se requiere. Y cuando trata en materia de astrología, en las alturas de la línea y puntos del norte, y sol y estrellas, se muestra ejercitado astrólogo, y en las medidas de la tierra muy cursado cosmógrafo y geógrafo, y cursado marinero en lo que toca á la navegacion, que es lo que principalmente le ayudó; finalmente, que ninguna cosa de la matemática le falta. Y en lo que mas muestra la facundia de su ingenio es, en injerir en sus coplas tanta abundancia de nombres bárbaros de indios, sin fuerza ni violencia del metro y cantidad de sílabas, con ser los tales nombres tan difíciles que apenas se pueden pronunciar con la lengua; y en fin, son de los que llama Marcial odiosos á las musas, que es el loor que principalmente se atribuye á don Alonso de Ercilla, en aquella famosa obra que en este estilo compuso, llamada *Araucana*. Y aunque he puesto diligencia en buscar si habia en este libro cosa señalada que requiriese enmienda, no la ha alcanzado la medianía de mi ingenio, ni dónde el autor pueda usar de la dispensacion que Horacio concede á los autores de tan prolijas obras, diciendo en un verso de su arte poética:

Verum opere in longo fas est obrepere somnum,

en què da licencia á los escritores de tan largos libros que algunas veces se puedan dormir y descuidar en lo que escriben. Algunos errores de pluma de poco momento he hallado, y estos van enmendados, porque no haya en el libro cosa que sea digna de reprehension.

Y ansí, teniendo consideracion á todo lo susodicho, parece que vuestra Alteza (siendo dello servido), no solamente podria mandar dar licencia al dicho Juan Castellanos para imprimir y publicar esta obra, pero teniéndole en servicio el trabajo que en componer tan largo libro ha gastado, por solo servir á su república, sin otro interese alguno; pues sin los principios de los descubrimientos que aquí trata, los demás libros que se han compuesto de todas las provincias y regiones de las Indias quedan escuros y defetuosos, como obras que carecen de los principios de donde dependen.

AGUSTIN DE ZÁRATE.

ELOGIOS DE LA OBRA POR VARIOS INGENIOS.

Reverendi ad modum Patris Magistri, fratris* ALBERTI PUDENO, *ordinis Prædicatorum concionatoris eximii ad candidum et pium lectorem

EPIGRAMMA.

Hactenus Indorum terris, quas fortis Hiberus
Inventas dedit, et calcat victricibus armis,
Non fuit Hispanus qui prælia carmine vates
Conderet, æterna cum sint dignissima laude.
Attamen externis est semper maxima cura,
Ferre super summum cœlum sua facta minora.
Namque ducem Phrygium decantat musa Maronis,
Nec minus Ulixem suos divino condidit ore,
Et veris miscens passim mendacia multa,
Ipse sibi laudum magnos cumulavit acervos.
His bene perspectis, quisquis verissima pandit,
Mittit et in lucem, quæ sunt detenta tenebris,
Carminibus comptis, laudis quoque dignus habetur,
Ut Castellanos hic, qui fortissima bella
Narrat, et eventus rerum, variosque labores,
Qui superant omnes, quos doctus pingit Homerus,
Enumeratque viri prorsus discrimina Teucri.
Nam non errores arctos, quos passus Ulysses,
Non freta Troiani fugientis parva recenset,
Sed neque forma datur triplex pastoris Iberi,
Nec ramosa quidem centeni gutturis Hydra,
Hesperidumque draco, non custos velleris hydrus,
Sed tamen Occeanus serpens prælongus, et ingens,
Cæruleis magnum, qui cingit nexibus orbem,
Victus ab Hispanis, nam fam sunt undique visi
Aquoris imminensi sinus, anfractusque viarum,
Flumina vasta nimis, montes, amplissima regna,
Gens celeris pedibus, sumptis nos tarda sagittis
Et miranda novus, quæ continent Indicus orbis,
Talia visa prius, sed cunctis condita priscis.
De quibus hoc nobis ostendit multa volumen,
Quod Castellanos, qui quondam bella sequutus,
Et testis fidus, descripsit: candide lector
Accipe placato nec duro perlege vultu,
Si noster vates (sannæ formidine posta,)
Historiis aliis sinceras impleat aures.

Interpretatio ejusdem.

Hasta agora faltaba quien cantase,
En verso sonoroso castellano,
Las tierras que halló gente de España,
Y tiene ya rendidas á su Marte,
Con hechos dignos de inmortal memoria.
Nó suelen ser ansí los estranjeros;
Pues aunque sus hazañas son menores,
Procuran levantallas hasta el cielo,
Como hizo Virgilio las de Eneas,
Y con heróico verso y elegante
Homero celebró las de los suyos;
Y con decir allí cosas fingidas
Pudo bien merecer eterno nombre.
Segun esto, quien canta cosas ciertas,
A luz sacando hechos olvidados,
Y los celebra con hermosos versos,
No se le debe menos alabanza.
Tal es nuestro poeta Castellanos,
Pues va cantando hechos escelentes,
Trabajos increibles y sucesos
Que sobrepujan cuantos pinta Homero,
Y esceden los naufragios del Troyano.
Porque no canta los angostos mares
Del que huyó de Troya, ni de Ulises,
Ni pinta á Gerion con tres cabezas,
Ni la serpiente Hidra con sus ciento,
Ni el dragon que guardaba las manzanas,
Ni aquel de quien Jason sembró los dientes;
Mas canta el gran dragon del Oceano,
Que ciñe con sus roscas todo el orbe,
A quien el español tiene sujeto,
Hollando sus riberas y sus playas,
Sus amplísimos reinos, campos, rios,
Y sus feroces gentes ya domadas,
Con otras increibles maravillas
De todos los pasados nunca vistas.
Las cuales aquí cuenta Castellanos,
Que como validísimo guerrero,
De muchas cosas es fiel testigo.
Recíbelo, lector, con rostro claro,
Para que sin temor de lo contrario
Deleite tus oidos con historias.
Que va pintando con heróica mano.

Perquam colendi Patris fratris PETRI VERDUGO *Præsentati ordinis Prædicatorum concionatoris facundissimi in laudem autoris*

EPIGRAMMA.

Indorum bellis nulla formidine tentus,
Castellane, tuus fervidus ensis erat.
At nunc accinctus divini cuspide verbi,
Expugnare doces culmina sancta Dei.
Et commissa tibi, moderantis nomine templa,

Muneribus multis continuare facis.
Insuper et curis aliis ingentibus æger,
Carminibus comptis fortia gesta canis.
Scilicet et Martis clypeo protectus et hasta,
Tunc tibi propitius pulcher Apolo fuit.
Sic puer et longo iam fractus membra labore
Ordine conspicuo tempora rapta teris.

Ejusdem interpretatio.

Fieras naciones, de quien no te espantas,
Conquistaste por índicas regiones,
Y agora con católicos sermones
A conquista del cielo las levantas.
Iglesias sirves, y con obras santas
Las enriqueces, y con muchos dones,
Y en medio de cien mil ocupaciones
Heróicos hechos de varones cantas.
Siguiendo con valor al fiero Marte,
Alcanzaste favor del claro Febo,
Queriéndote probar en otra esgrima;
Y dióte de sus partes tanta parte,
Que tu vivir de viejo y de mancebo
No pudo ser mejor medida rima.

Domini Michaelis de Espejo, *præfecti ærarii Ecclesiastici Ecclesiæ Sanctæ Fidei Novi Regni,*

Epigramma.

Exornat nullum corpus præclarus elenchus,
Dum manet in conchæ pectore mersus aquis.
Dumque tenent aurum compressum viscera terræ
Non inter pulchras enumeratur opes.
Omnia nigrescunt absenti lumine Phœbi,
Et cæco noctis tegmine cuncta manent.
Non aliter scimus magnis contingere factis,
Docta scriptoris deficiente manu.
Et sic Indorum terris oblita labascunt,
Defectu calami grandia gesta virûm.
At nunc præ dulci versu certamina sæva
A Castellanis, candide lector, habes.

Cypriani Fernandez de Cea, *in laudem operis,*

Epigramma.

Pegaseis vectus pennis superare chimæram
Bellerophon potuit, viribus ille valens.
Zetes et Harpyas Phineis sedibus ales
Cum Calai petunt, ense petente latus.
Tectus Abantiades clypeo Perseus utrisque
Gorgonis anguicomæ gutture diro secat.
Si Castellanos conscendens æthera mersus
Numine Pegasidum, maxima gesta canit.
Scindit olorinis impostis vertice pennis
Indorum errores, ore sonante Deum.
Robore tum clypeo fidei protectus, inermem
Inscitiam reddit Œdipus alter ovans.
Viribus Herculeis præcinctus, dirigit inde
Gressum in Hispanûm fortia facta virûm
Non ibi Mœonicæ desunt præconia linguæ,
Non Maronis ibi copia summa deest.
Non tibi Pindarici suavis facundia versus,
Non Flacci numerus, dulcior ullus erit.
Non sacratis lumen nimium lustrasse videbis,
Cum tecum evolvas, grandia sensa viri:
Denique non unquam resplendens forma Latini
Eloquii deerit, singula quæque docens.

Del licenciado Cristóbal de Leon, *vecino de Santa Fé en el Nuevo reino.*

Del griego vemos hoy la lanza fiera,
Del troyano la fama muy abierta
Por sonorosa musa que despierta
Aquello que pasó y entonces era.
Destos agora nunca se supiera
Cosa que conociéramos por cierta,
Si la pluma de Homero fuera muerta,
Y la del mantüano no viviera.
Obligados al uno los romanos,
Obligados al otro los argivos:
Obliguense también á Castellanos
Los varones en Indias mas altivos,
Pues con sus versos dulces y galanos
Honra mucho los muertos y los vivos.

De Sebastián García, *natural de Tunja en el Nuevo reino.*

A todas gentes es cosa notoria
Deberse galardon á hechos buenos;
E yo creo que no se debe menos
A quien los comunica por historia.
Pues valen lo que vale la memoria
Que luz sacó de los escuros senos;
Luego quien ambos cursos hizo llenos
Terná segun razon doblada gloria.
Tener en escribir ingenio y arte,
Y en las conquistas hechos no livianos,
Partes son en quien pocos tienen parte.
Mas abrazólas ambas Castellanos,
Pues sabemos que en uno y otro Marte
Ha meneado bien entrambas manos.

A la excelentísima historia del señor Juan de Castellanos de Gaspar de Villaroel y Coruña, *su muy servidor.*

Dichoso en vida y muerte á quien destina
Tan bien el largo cielo, que levanta
El alma á lo que el vulgo vil espanta,
Y el monte yerto de virtud camina.
Pues la tierra al Antártico vecina
Apenas ha tornado en sí, de cuanta
Gente cubre los cuerpos, cuando canta
Sus hechos vuestra trompa peregrina.
Con verdad, sin afeite, con dulzura
No vista, ilustres versos y cristianos
Engrandeceis la estrecha sepultura,
Y eternizais valor, consejo y manos
De los que en hambre, sed y guerra dura,
Los hechos vuestros vieron soberanos.

ELEGIAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

PRIMERA PARTE.

ELEGIA I.

CANTO PRIMERO.

A cantos elegiacos levanto
Con débiles acentos voz anciana,
Bien como blanco cisne que con canto
Su muerte soleniza ya cercana:
No penen mis amigos con espanto,
Por no lo comenzar mas de mañana;
Pues suelen diferir buenos intentos
Mil varios y diversos corrimientos.

Para dar órden á lo prometido,
Orbe de Indias es el que me llama
A sacar del sepulcro del olvido
A quien merece bien eterna fama:
Diré lo que me fuere permitido
Por la que descompone nuestra trama,
Pues para correr vias tan distantes
Habia de tomallas mucho antes.

Iré con pasos algo presurosos,
Sin orla de poéticos cabellos
Que hacen versos dulces, sonorosos
A los ejercitados en leellos;
Pues como canto casos dolorosos,
Cuales los padecieron muchos dellos,
Parecióme decir la verdad pura
Sin usar de ficion ni compostura.

Por no darse bien las invenciones
De cosas ordenadas por los hados,
Ni los dioses de falsas religiones,
Por la via lactea congregados,
En el Olimpo dando sus razones
Cada uno por sus apasionados;
Ni por mi parte quiero que se lea
La desbonestidad de Citerea.

Ni me parece bien ser importuno
Recontando los celos de Vulcano
Ni los enojos de la diosa Juno,
Opuestos al designio del Toyano;
Ni palacios acuosos de Neptuno,
Ni las demás deidades de Oceano,
Ni cantaré de Doris y Nereo,
Ni las varias figuras de Proteo.

Ni cantaré fingidos beneficios
De Prometeo, hijo de Japeto,
Fantaseando vanos edificios
Con harta mas estima que el efeto;
Como los que con grandes artificios
Van supliendo las faltas del sujeto;
Porque las grandes cosas que yo digo
Su punto y su valor tienen consigo.

Son de tan alta lista las que cuento,
Como vereis en lo que recopilo,
Que sus proezas son el ornamento,
Y ellas mismas encumbran el estilo,
Sin mas reparos ni encarecimiento
De proceder sin mácula el hilo
De la verdad de cosas por mí vistas
Y las que recogí de coronistas.

Porque si los discretos paran mientes,
De suyo son gustosas las verdades,
Y captan atencion en los oyentes
Mucho mas que fingidas variedades;
Demás de ser negocios indecentes
Matizar la verdad con variedades,
La cual no da sabor al buen oido
Si lleva de mentiras el vestido.

Así que, no diré cuentos fingidos,
Ni me fatigará pensar ficiones
A vueltas de negocios sucedidos
En índicas provincias y regiones;
Y si para mis versos ser polidos
Faltaren las debidas proporciones,
Querria yo que semejante falta
Supliese la materia, pues es alta.

Mas aunque con palabras apacibles,
Razones sincerísimas y llanas,
Aquí se contaran casos terribles,
Rencuentros y proezas soberanas:
Muertes, riesgos, trabajos invencibles,
Mas que pueden llevar fuerzas humanas,
Rabiosa sed y hambre perusina
Mas grave, mas pesada, mas contina.

Vereis romper caminos no sabidos,
Montañas bravas y nublosas cumbres.
Vereis pocos é ya cuasi perdidos
Sujetar increibles muchedumbres
De bárbaros crüeles y atrevidos,
Forzados á tomar nuevas costumbres,
Do flaqueza, temor, desconfianza
Afilaban los filos de la lanza.

Vereis ganarse grandes potentados
Inespugnables peñas, altos riscos,
No con cañones gruesos reforzados
Ni balas de fumosos basiliscos;
Mas de solos escudos ayudados,
Y puntas de acerados obeliscos,
Siendo solos los brazos instrumentos
Para tan admirables vencimientos.

Vereis muchos varones ir en una
Prosperidad que no temió caida,
Y en estos esta misma ser ninguna,
De su primero ser desvanecida,
Usando de sus mañas la fortuna
En los inciertos cambios desta vida;
Otros venir á tanta desventura
Que el suelo les negaba sepultura.

Ya pues que cosas de Indias celebramos,
Para no proceder sin fundamento,
Parece cosa justa que digamos
Algo de su primer descubrimiento:
Porque de la raiz saquemos ramos
Que hagan al lector estar atento;
Pues edificio de cimiento falto
Mal se puede subir á lo muy alto.

¡Oh musa celestial! Sacra María,
A quien el alto cielo reverencia,
Favorecedme vos, Señora mia,
Con soplo del dador de toda ciencia,
Para que con socorro de tal guia,
Proceda con bastante suficiencia;
Pues como vos seais presidio mio,
No quiero mas Caliope ni Clio.

Suceden entre tanto que vivimos
Casos que razon pide que notemos;
Los cuales si pesamos y medimos,
A gran admiracion nos moveremos:
Y mas si grandes cosas que no vimos
Presentes y palpables las tenemos,
Como fué descubrir un nuevo mundo,
Que yo tengo por hecho sin segundo.

No porque sean dos; pues sola una
Máquina se rodea de elementos,
Un solo sol y una luna sola,
Unos mismos etéreos movimientos,
Sin tener mas ó menos cosa alguna
Sus cursos naturales ó violentos:
Una fábrica es, y un mundo solo
Cuanto ciñen el uno y otro polo.

Mas la tierra, morada proveida
A los hombres y brutos animales,
Quedó desde el diluvio dividida
En dos partes que cuasi son iguales:
La una nunca vista ni sabida
Sino fué de sus mismos naturales;
Y aquesta tiene tan capaces senos
Como la otra, ó harto poco menos.

Hay infinitas islas y abundancia
De lagos dulces, campos espaciosos,
Sierras de prolijísima distancia,
Montes escelsos, bosques tenebrosos,
Tierras para labrar de gran sustancia,
Verdes florestas, prados deleitosos,
De cristalinas aguas dulces fuentes,
Diversidad de frutos escelentes.

Ríos que cuando llegan á lo llano
Llevan sus aguas tan potente hilo,
Que son pequeños Ganjes y Eridano,
Y en su comparacion el turbio Nilo;
Son arroyos Idaspes y el Rodano,
Ybragada que va siempre tranquilo,
Menos tienen que ver Cidnus y Reno
Enfrates, Danubio y Amaceno.

En riquezas se ven gentes pujantes,
Grandes reinos, provincias generosas,
Auríferos veneros, y abundantes
Metales de virtud, piedras preciosas,
Margaritas y lúcidos pinjantes
Que sacan de las aguas espumosas;
Templanza tan á gusto y á medida,
Que da mas largos años á la vida.

Pues porque nuestro mundo poseyese
Un mundo tan remoto y ascondido,
Y el sumo Hacedor se conociese
En mundo donde no fué conocido,
Levantó Dios un hombre, que lo diese
A rey que lo tenia merecido,
Y ansí los dos y sus distantes gentes
Vinieron á ser deudos y parientes.

El actor pues de tan heróico hecho
Dicen tener escuros nacimientos,
Lo cual repugna tan ardiente pecho
Y tan engrandecidos pensamientos:
Prueba bastante para su derecho,
Y para deshacer falsos intentos;
Y ansí creemos ser esclarecido
Y en las tierras de Jénova nacido.

También le dan estirpe generosa,
Afirmando por cierto que venia
De Pelestieles, gente valerosa,
Familia principal en Lombardía;
Mas sea como fuere la tal cosa,
Fué Cristóbal Colon su nombradía;
E yo, cierto, generoso llamo
Al tronco que nos dió tal alto ramo.

O con inquietud ó con sosiego
Siempre tuvo consigo dos hermanos,
Uno Bartolomé y el otro Diego:
Mancebos valerosos y lozanos,
Que desde sus principios dieron luego
Muestras de pensamientos soberanos;
Al Cristóbal le daban obediencia
Por ser mayor en dias y esperiencia.

Cada cual dellos era marinero,
Vivienda de peligros mal segura;
Y el que dijimos que nació primero,
Tan único varon en el altura,
Que en Portugal se tuvo por esmero
En aquella sazon y cojuntura,
El cual seguia mucho la carrera
De la isla que llaman la Madera.

Aquella con sus tratos frecuentaba,
Allí lo mas del tiempo residia,
Y dicen que do quiera que moraba
Su vida por buen modo componia:
A pobres peregrinos hospedaba
Dándoles de lo poco que tenia,
Y entre ellos hospedó con pia mano
Una vez un piloto castellano,

El cual era también gran navegante;
Pero (segun entonces se decia)
Tempestuoso viento de levante
Lo hizo navegar do no queria,
Forzándolo pasar tan adelante,
Que de poder volver duda tenia,
Corriendo hasta ver tierras no vistas,
Ni puestas por algunos coronistas.

El cual hombre llegó destas regiones
Con gran enfermedad debilitado,
Y ansí murió con los demás varones
Que de la mar habian escapado;
Pero dejó cumplidas relaciones
Del prolijo discurso navegado,
Las cuales, como cosa de su ciencia,
Colon notó con suma diligencia.

Otros quieren decir que este camino,
Que del piloto dicho se recuenta
Al Cristóbal Colon le sobrevino,
Y él fué quien padeció la tal tormenta;
La cual no me parece desatino
Segun por boca dél se representa
Hablando con los suyos cerca desto,
Como mas adelante vereis presto.

Para confirmacion de lo contado,
Algunos dan razon algo fundada,
Y entrellos el varon adelantado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada;
Pues no teniendo menos de letrado
Que supremo valor en el espada,
En sus obras comprueba por razones
Ser estas las mas ciertas opiniones.

Hay gente de valor también que quiere
Decir que lo halló por escritura
De tal antigüedad cual se requiere
Para ser infalible conjetura;
Mas, sea la tal cosa como fuere,
Diligencia parió buena ventura,
Pues prometió de darnos monarquía,
Y fué mayor de la que prometia.

Para hallarnos pues los moradores
De tan esclarecida maravilla,
Necesidad tenia de favores
De reyes que pusiesen allí silla;
Y ansí tomó del mundo por mejores
Los reyes de Leon y de Castilla,
Que entonces en la guerra de Granada
Mucha gente tenian ocupada.

En aquesta sazon que voy contando,
Desarraigando toda mala planta
Reinaban Isabel y don Fernando,
Rey todo valeroso, reina santa;
Colon estos designios publicando,
La fama, como suele, se levanta,
Y de las novedades que pregona
Quiso hablar al rey en su persona.

Para lo cual con término discreto,
Trató con cortesanos y señores
Sus altas pretensiones y conceto,
Rogándoles le fuesen valedores;
Lo cual ellos pusieron en efeto
Con llenos cumplimientos de favores;
Y ansí delante el rey con esta gente
Habló Colon, y dijo lo siguiente:

«Invictísimo rey, cuya grandeza
De ninguno mortal es escedida,
Querria dar razon á vuestra Alteza
De cierta novedad jamás oida;
Lo cual por ser con sombra de estrañeza
No sin dificultad será creida;
Mas ¿quién apuntará por falso tiro
Al blanco de virtudes donde miro?

»¿Quién podrá concebir atrevimiento
Si tiene discrecion de seso sano,
Que delante vuestro acatamiento
Afirme por verdad negocio vano?
Lejos desta maldad mi pensamiento
Profese de servir á rey cristiano,
Y mis servicios han de ser tan llenos
Que queden atrasados los mas buenos.

»En cumplimiento de lo cual, me atrevo,
Sin gran copia de velas ni de remos,
A daros en poder un orbe nuevo
No menor que la tierra que sabemos:
Mucho prometo, pero no me muevo
Por humo de fantásticos estremos;
Antes, si mis intentos han favores,
Las promesas serán después mayores.

»Adonde voy asienta mucha gente
Zona de las que son inhabitadas,
Las cuales mostrarán palpablemente
Que fueron opiniones engañadas:
Pues al setentrion y al occidente
Hay grandeza de tierras ocultadas,
Que tienen mas templanza que aspereza,
Y gozan de grandísima riqueza.

»Que no son parte frios ni calores
Para hacer region inhabitable,
Pues la costumbre vuelve los rigores
En condicion templada y agradable,
Y donde yo prometo moradores,
Rica tiene de ser y saludable:
Es impresa que muchas escurece,
Y por esta razon os pertenece.

»Por tanto cuya os tomé la mano,
Poniendo las espuelas al intento;
Y no permita rey tan soberano
Que se deje de ver el cumplimiento;
El gasto que hareis será liviano,
Y los provechos dél de gran aumento:
Tenemos de por medio la ventura
Vuestra que mis promesas asegura.

»Y si para hacer el esperiencia
Vuestro real favor fuere propicio,
En mí no faltará la diligencia
Que se requiere para tal servicio:
En este caso tengo suficiencia;
Porque cursado soy en el oficio.
He dicho la verdad y lo que quiero;
Respuesta con favor de rey espero.»

A la breve razon ansí propuesta
El santo rey mostró claro semblante,
Prometiendo de dalle la respuesta,
No de su buen deseo discrepante:
Ansimismo la reina manifiesta
Querer que su blason pase adelante;
Consultan sus negocios en secreto,
Y huelgan de ponellos en efeto.

A gusto de Colon y sus hermanos
Estas cosas los reyes proveyeron;
Besóles el Colon luego las manos
Por la merced y bien que le hicieron,
Usó de cumplimientos cortesanos
Con los señores que favor le dieron,
Y hacen los poderes y recados
Con bastantes firmezas ordenados.

Libran dineros para sus avíos,
Aquellos que le fueron suficientes;
Danle bien pertrechados tres navíos,
Real conducta para hacer gentes;
Desde la misma hora mostró brios
De bajas condiciones diferentes;
De la corte partió con su desino,
Y á Palos y á Moguer hizo camino.

Comienza por allí de llamar gentes.
Pendon real por plazas estendido;
Pero mil opiniones diferentes
De loco le llamaban y perdido,
Por ir donde pasados ni presentes
No fueron, ni trataron, ni han oido;
Y de todas las cosas que decia
El indiscreto vulgo se reia.

Como quien va por costa navegando,
No con viento cabal ni conviniente,
Que procura con bordos ir doblando
Puntas que por allí se ven enfrente;
Y cuanto por un bordo va ganando
Por otro pierde con la gran corriente,
Y cuando por aquí piensa que llega
Por allí la llegada se le niega;

Bien por este nivel acontecia
Al ínclito Colon cuando hablaba,
Pues tanto cuanto mas encarecia
Tanta menos creencia se le daba;
Y el vulgo de las gentes abatia
Lo que con sus pregones levantaba;
Sufria su desdén con mansedumbre,
Puesto que recebia pesadumbre.

Mas, aunque tan contrarias intenciones
Al Cristóbal Colon causaban pena,
No faltaban discretas opiniones
Que juzgaban la cosa por muy buena,
Como fueron los Niños y Pinzones,
Y el doto fray Joan Perez de Marchena,
A quien por ser cursados navegantes
El envió sus cartas mucho antes.

Los cuales acetaron el mensaje,
Y después le llegaron compañía,
Y algunos dellos fueron el viaje
Porque les pareció que convenia;
Aderezaron pues matalotaje,
Segun larga jornada requeria,
Nombráronse sarjentos, caporales,
Y los demás restantes oficiales.

Teniendo pues navíos preparados,
Bizcocho, vino y otros bastimentos,
Con velas y aparejos duplicados
Contra tempestuosos movimientos,
Vinieron á la playa los soldados,
Vencidos de sus altos pensamientos;
Y estando ciento y treinta en la ribera,
El Colon les habló desta manera:

«Todas las cosas que no son palpables
Y á los comunes usos contingibles,
Puesto caso que sean razonables,
A muchos les parecen imposibles;
Y cuanto mas las pintan admirables,
Tanto mas se les hacen increibles;
De lo cual al presente nos dan muestra
Contrarias opiniones de la nuestra.

»Mas ya que pierden estos los provechos
Por alegar imposibilidades
(Bendito Dios), vosotros tenels pechos
Tan anchos como son mis voluntades;
Y ansí sereis *ad plenum* satisfechos,
Viendo que mis promesas son verdades,
Porque yo no convoco tantos buenos
A jornada de poco mas ó menos.

»A hechos importantes he llamado,
A cosas no dudosas os provoco,
Negocio no fingido ni soñado,
Y si prometo mucho no doy poco;
No voy de mi salud desesperado,
Ni me muevo con furias de hombre loco;
Caso dudoso es por ser estraño,
Mas dél mismo saldrá su desengaño.

»Empresas en valor tan eminentes,
Tan encumbrados hechos y hazañas
No son para varones negligentes,
Ni hombres que se dieren malas mañas;
Sus herederos son cristianas gentes,
Y á estas preferidas las Españas;
Y consta por razon, que los primeros
Serán los principales herederos.

»Deseche pues pobreza sus enojos,
Huyamos de ser pobres y mendigos,
Y para que goceis de los despojos
Volemos, fidelísimos amigos;
Que quiero presentar á vuestros ojos
De las cosas que digo por testigos;
Que ya yo hago cuenta que poseo
Las cosas do me guia mi deseo.

»Paréceme que vemos hombres brutos,
Que vienen á servir á nuestras gentes;
Paréceme que voy comiendo frutos
De los de nuestro mundo diferentes;
Y paréceme ver pueblos polutos
De mil idolatrías insipientes;
Paréceme que vamos á contiendas
Dignísimas de leyes y de enmiendas.

»Paréceme ver rito de gentios,
Que para le comer al hombre mata;
Paréceme ver otros señorios
Do con razon y peso se contrata;
Paréceme que ya vienen navios
Lastrados de oro, perlas y de plata;
Paréceme que veo tal riqueza
Que no puede medirse su grandeza.

»Paréceme ver uno y otro seno
Bien proveido de cualquier regalo,
Y gentes en un vicio tan osceno
Que por su fealdad no lo señalo;
Mas dándoles consejos de lo bueno
Quitaremos costumbres de lo malo;
Al fin, que sacaremos deste hecho
Merecimiento y honra con provecho.

»Es Dios el que gobierna, y es la guia
Y el principal autor de la jornada,
Y aquella benditísima María,
A quien siempre tomé por abogada:
En confianza suya se desvia
De tierras conocidas el armada;
Mediante sus favores navegamos,
Y ellos nos han de dar lo que buscamos.

»Estais los marineros y soldados
En cosas necesarias instruidos,
Nuestros navíos bien aderezados,
De todos bastimentos proveidos,
Los ánimos se muestran esforzados
A célebres hazañas conmovidos.
De lo demás tened duda ninguna,
Pues próspera se muestra mi fortuna.»

Dió fin á su primer razonamiento,
Atentos los soldados venturosos,
Del cual nació tan alto movimiento
Que hizo de cobardes animosos.
Embárcanse con gran contentamiento
Ansí los ciertos como los dudosos,
Ancoras se levaron y resones
Con santas y devotas oraciones.

Viérades marineros diligentes,
Y todos los dispuestos al pasaje,
Saltar por las cubiertas y las puentes,
Por las trabadas jarcias ir el paje,
Viérades desferir velas pendientes
Diciendo «buen viaje, buen viaje,»
Del cual, por ser historia que contenta,
En el segundo canto daré cuenta.

CANTO SEGUNDO,

Donde se trata de las diferencias que hubo entre los soldados, y cómo uno habló atrevidamente contra Colon, y lo que mas sucedió. — Primero viaje de Colon á las indias.

En tiempo que carece de bonanza,
Como no se mitigue la tormenta,
Mudable suele ser el esperanza
Del hombre que con ella se sustenta;
Y una represa grande de tardanza
El pecho hinche tanto que revienta,
Principalmente si teniendo duda
Dudosos por lo mismo dan ayuda.

Año de cuatrocientos y noventa
Con mil un año mas era pasado,
Cuando los argonáutas desta cuenta
Iban á conquistar vellon dorado;
Mas no donde Medea la sangrienta
Al padre, viejo rey, dejó burlado;
Pues es otra riqueza tan crecida,
Que de sí sola puede ser vencida.

Callen Tifis, Jason, Butes, Teseo,
Anfion, Echion, Erex, Climino,
Castor y Polux, Testor y Tideo,
Hércules, Telamon, Ergino;
Pues vencen á sus obras y deseo
Los que tentaron ir este camino,
Haciendo llanas las dificultades
Que pregonado han antigüedades.

Las naciones mas altas y escelentes
Callen con el valor de la española,
Pues van con intenciones de hallar gentes
Que pongan piés contrarios en la bola;
Espanto no les dan inconvinientes,
Ni temen del dragon ardiente cola,
Deseando hacer en su corrida
De mas precio la fama que la vida.

Por capitanes van los tres Pinzones,
Para tal cargo dinos y bastantes,
Y en marear las velas y timones
Muy pocos que les fuesen semejantes;
De Palos y Moguer salen varones
Admirables y diestros navegantes;
Con tanta prevencion, con tal avío,
Salieron al remate del estío.

Con gran concierto guian el armada,
Inflada toda vela y estendida;
Vereis espumear agua salada
De las agudas proas dividida;
A tierra van no vista ni hollada,
Huyendo de la tierra conocida;
Ya no ven edificios torreados
Porque por alta mar van engolfados.

Al occidente van encaminadas
Las naves inventoras de regiones;
Pasando van las islas Fortunadas
Y Hespérides que dicen Ogorgones:
No curan de señales limitadas
Que ponen las antiguas opiniones,
Y el trópico, que fué duro viaje,
No quiere limitar este pasaje.

Antípodas ignotos van buscando,
Cuya razon ha sido variable,
Y por aquella parte navegando
Que nunca se creyó ser navegable,
Tórrida zona van atravesando
Que se juzgaba por inhabitable;
A todos los presentes y pasados
Me parece que son aventajados.

Otras estrellas ve nuestro estandarte.
Y nuevo cielo ve nuestra bandera,
Por acercallos ya náutico Marte
En continuacion de su carrera;
Al regulado círculo que parte
En dos partes iguales el esfera,
Equidistantes dél por clara muestra
Los polos de la diestra y la siniestra.

Notaban ya la poca diferencia
Que el hijo de Latona les hacia,
Ó sobre el horizonte su presencia,
O cuando ya debajo se metia;
Pues era poco menos el ausencia
Que el curso de sus carros con el dia,
Y ser cuasi equinocio sempiterno,
Esto me da el verano que el invierno.

Del largo caminar los marineros,
Y cada dia ver mares mayores,
No iban en sus fuerzas tan enteros,
Ni faltos totalmente de temores:
Acá y allá les dan mil aguaceros
Y con ellos bochornos y calores,
Y viendo no hacer algun efeto
Unos con otros hablan en secreto.

Pues como fuesen temples mas ardientes
De los de nuestras tierras y regiones,
Algunos se sentian ya dolientes,
Otros meneaban mil alteraciones;
Comienzan á nacer inconvinientes,
Murmuraciones hay de los Colones,
E uno de vergüenza descompuesto
Al Cristóbal Colon le dijo esto:

«Dudo que pueda ser hombre nacido
En todas las naciones conocidas,
Que sin ser agraviado ni ofendido
Procure ver el fin de tantas vidas,
Sino sois vos que nos habeis vendido,
Por patente verdad cosas fingidas;
Quien tiene pues á tantos en tan poco,
Menos tiene de cuerdo que de loco

»Traernos vos ha sido desatino;
Quien os siguió mayor desatinado,
Y todos intentamos un camino
A nadie de los hombres revelado,
Segun que claro consta de Agustino
En lo que destas cosas ha tratado,
Y otros van tan ayunos y tan secos
Que niegan con antípodes antecos.

»Leemos cerca desto maravillas
En Plinio y Estrabon, varon anciano,
Y niégalo también á pié juntillas
La pluma de Lactancio Firmiano;
Pues tales opiniones encubrillas
Seria de malísimo cristiano,
Y cosas de poetas san Isidro
Las tiene por mas flacas que de vidro.

»Pues dicen ser antípodas novela
Compuesta como muchos desatinos,
Ajenos del sentido del escuela
De los peritos griegos y latinos;
Y entre ellos Aristótiles y Mela,
Escoto, y con Durando sus vecinos:
Pues ¿quién me negará no ser errores
El no querer creer estos dotores?

»Los que con cinco cientos han regiado
Del mundo lo que vemos y no vemos,
Afirman no poder ser habitado
El medio ni los dos de los estremos:
El medio por calor demasiado
Dos por inmenso frio no podemos,
Los dos solos entre estos situados
Se pueden habitar por ser templados.

»No deja pues de ser gran osadía
Teniendo por verdad aquesta traza,
Sacar de vuestra vana fantasía
Tan vanas opiniones á la plaza,
Y que persevereis en la porfía
Adonde no podemos matar caza,
Y donde, segun vemos de presente,
No tiene de quedar hombre viviente.

»Vos con vuestros hermanos y cuadrilla
Traeis la redondez alborotada,
Ingleses burlan desta maravilla,
No quiso Portugal daros armada,
Y quiso nuestra reina de Castilla,
Para creeros menos recatada;
Y el bien que sacará de aqueste hecho
Será crecida costa sin provecho.

»Con ser favorecidos de los vientos
El tiempo que tenemos navegado,
No acaban de llegar los cumplimientos
De lo que nos habeis certificado;
Faltan á mas andar los bastimentos,
Está todo podrido y estragado,
Abrense los navíos como viejos,
Las jarcias se quebrantan y aparejos.

»Y pues sabemos bien el paradero
De las indotas tierras que buscamos,
O por mejor decir, el matadero
Do nuestras tristes vidas fenezcamos,
Una, dos y tres veces os requiero,
Dejemos el camino que llevamos,
Que bien claro se ve que devanea
Quien lo que nunca fué quiere que sea.»

A muchos la razon pareció buena
De todos los dotores alegados,
Y Cristóbal Colon recebió pena
De términos que tuvo mal criados;
Y ansí mandó colgallo del entena
Por alborotador de sus soldados;
Mas como fuesen muchos en librallo
Paró la furia con estropeallo.

Pasadas ya las furias y accidente
De aquel alborotado movimiento,
Movíanse las ondas mansamente
Sin las alborotar furia de viento;
Colon vista sazon tan conviniente,
De principales hizo llamamiento,
Y llegados adonde los espera,
A todos les habló desta manera.

«Entre todas las cosas desta vida,
Que pretenden regir humanas gentes,
Ninguna puede ser mas mal regida
Que donde mandan muchos diferentes;
Lo cual por esperiencia conocida
Suele parir cien mil inconvinientes,
Y mas adonde hay entendimientos
Que se suelen mudar á todos vientos.

»Dígolo por los hombres importunos,
Maestros de la grita sucedida,
Que á los que de buen seso son ayunos
Han hecho fácilmente dar caida:
De cuya causa ya piensan algunos
Que están en el remate de su vida,
Y que por hallar tanto mar en medio
Totalmente carecen de remedio.

»Espántanme mudanzas tan estrañas,
Y tan alborotadas condiciones,
Y que el valor y ser de las Españas
Engendre tan enfermos corazones,
Temblando de sus hechos y hazañas
Los mas feroces brios de naciones,
Por hechos que hicieron afamados
En los siglos presentes y pasados.

»No deja pues de ser trabajo fuerte,
Que siendo todos ellos animosos,
Cayesen en las manos de mi suerte
Los que de la tener están quejosos;
E ya con pensamientos de la muerte
Quieren menospreciar nuevos reposos:
Insinias son de viles pecadores
Temer do faltan causas de temores.

»No hizo hechos dignos de memoria
Aquel que se cebó de blanda cama,
Ni alcanzará ninguno la victoria,
Opreso de los brazos de su dama;
No gozan hombres flojos de la gloria,
Ni cobran los cobardes buena fama;
Trabajos son las alas y los vuelos
Con que cristianos suben á los cielos.

»Cuanto mas que por toda la jornada
No vistes desventura sucedida;
La gente si se siente fatigada,
Todos (bendito Dios) tenemos vida;
El agua no la damos limitada,
Ni navegamos faltos de comida;
Los navíos están bien preparados
Y estancos de las quillas y costados.

»No como los pintó nuestro soldado
Con oracion mas suelta que fundada,
La cual pusistes en mas alto grado
Que si fuera por ángel pronunciada;
Aunque yo como viejo mas cursado,
De cierta ciencia sé que dijo nada,
Y entiendo bien que sus autoridades
Son ajenas y faltas de verdades.

»Y no me espanto yo ser engañados
Los dotos á quien él ha referido,
Por no ser destas cosas obligados
A saber lo que nunca fué sabido;
Y tratando de hombres no hallados
Les parecia ser buscaruido,
Por no poder probar tal gente nueva
Venir *sicut et nos* de Adán y Eva.

»El alegó dotísimos varones,
Engañados de falso pensamiento,
E yo puedo también dar opiniones
Que sienten con lo mismo que yo siento,
Dando bastantes causas y razones
No fuera de razon ni fundamento,
Pero lejos están mis conjeturas
De sueños, opiniones y leturas.

»Que no me dan á mí gloria ni pena
Los muchos á quien tengo de mi mano,
Como son Averrois y Avicena
Y el ínclito dotor Alberto Mano;
Pues autoridad sacra, que es la buena,
Dice no hacer Dios tierras en vano,
Y aquestas os daremos brevemente
Fértiles, apacibles y con gente.

» Quiero decir un encarecimiento
Que con dificultad será creido:
Y es que fuera del santo nacimiento,
Y Dios de humanidad andar vestido,
Es este caso de mayor momento
Desde la creacion acontecido,
Estraña cosa de las mas estrañas,
Suma de humanos hechos y hazañas.

» Si aquesto tengo yo por cosa cierta,
Como claro veremos, Dios mediante,
Mal hago si me vuelvo de la puerta,
Y vos peor si no pasais delante;
Enfermos hay, mas no persona muerta,
Ni tal enfermedad que nos espante;
Y que sucedan muertes destos males,
No somos los humanos inmortales.

» Do quiera se rodea la caida,
Do no pensais hallais una tormenta,
No sé del mundo yo cosa nacida
Que pueda de la muerte ser exenta;
Guerra mortal es toda nuestra vida,
Y la guerra de hombres se sustenta,
Y todos los achaques desta guerra
También corren la mar como la tierra.

» ¿Estoy yo por ventura bien dispuesto
El tiempo que vosotros estais malos?
Si por angustia grande teneis esto,
¿Hallaisme rodeado de regalos?
Si tanto trabajar os es molesto,
¿Está de mí mas largos intervalos?
Bien claro conoceis de mis porfias
Que no paro las noches ni los dias.

» Los ásperos trabajos son mi cebo,
Vigilias de las noches son mis fiestas,
Sobre mis afligidos hombros llevo
El peso de los dias y sus siestas;
Ya para mí no es negocio nuevo
Llevar las pesadumbres á mis cuestas,
Las cuales de otros males son defensa,
Por esperar bastante recompensa.

» Todos me conoceis por marinero,
En negocios de mar bien instruido,
Y porque no dudeis agora quiero
Decir lo que jamás habeis oido:
Debeis saber que yo soy el primero
Que por adonde vais se vió perdido;
Lo cual es infalible conjetura
Segun pintan los grados del altura.

» El negocio pasó desta manera:
Haciendo yo de Portugal camino
Para la insula de la Madera,
Terrible temporal nos sobrevino;
Y sin saber el fin de mi carrera,
Fué tan tempestuoso, que convino
Irnos forzados destos movimientos
A voluntad de aguas y de vientos.

» Sin ver aguja ya ni hacer cuenta
De otros instrumentos que son guias,
Y el proceloso tiempo representa
Prolija duracion en sus porfias;
Durónos finalmente la tormenta
Por espacio de seis ó siete dias,
Trabajos, sobresaltos y congojas
Cuanto mas espaciosas menos flojas.

» La furia deste tiempo mitigada,
Puesto caso que no sin daño mio,
Quedó luego la mar tan sosegada
Como remanso de potente rio;
Pero mi flaca gente descansada
En sueño convirtió todo su brio,
Tendido cada cual por la cubierta
A semejanza de una cosa muerta.

» Estando por momentos en espera
De viento que viniese refrescando,
Acaso ví pedazos de madera,
Por cima de las ondas flutuando,
De lo que combatiendo su ribera
El agua de la mar va despegando;
Pudo juzgar cualquier entendimiento
No ser lejos de allí su nacimiento.

» Horruras asimismo de avenidas
Que llevan las corrientes enhiladas,
Hojas y yerbas nunca conocidas
Ni de piés de español jamás holladas;
Aves ví por los aires esparcidas,
Que de las nuestras son diferenciadas
Contento recebí, mas después desto
En perplejidad grande me ví puesto.

» En mi pecho se traba grande guerra
En consideracion de lo que via,
Dispúseme de veras por ver tierra
Si por alguna parte parecia,
Y dióme por los ojos una sierra
Con ciertas ensilladas que hacia,
Y aunque de espeso ñublo muy cubierta
En no se deshacer se hizo cierta.

» Miréla muchas veces, y tornaba
Por no ser de los ojos engañado;
Porque también á veces sospechaba
Ser marinos vapores ó ñublado;
Y hecho lo posible, mas quedaba
En mi primera vista confirmado,
Deseando saber razon alguna
Del lugar do me trujo la fortuna.

» Bien cierto de que no fué fantasía,
Estuve muchas horas en mi popa,
Recorriendo por mapas que traia
El Africa, y el Asia con Europa;
Y en todos los discursos que hacia
La tierra que yo via no se topa,
Y tales discreciones nunca veo
En las trazas de Mela y Tolomeo.

» Perdia muchas veces la paciencia
En no conocer tierra semejante;
Sabido pues habeis de cierta ciencia
Que no soy destas cosas ignorante,
Y no tan sin vigor de suficiencia
Que muchos no me tengan por bastante,
También sé que sabeis que yo vivia
De hacer *mapas mundi* que vendia.

» Y en efeto, por dalles adiciones,
Ví cómo convenia hacer lista
De nuevas y admirables relaciones
Que puse de la tierra nunca vista;
Porque no me faltaban intenciones
De procurar volver á su conquista;
Pues por entonces no me convenia
Llegar allá con poca compañía.

» Los mapas otras mil veces rodeo
Bojando penitísimas naciones,
Y anduve hartas horas á rastreo
De las pisadas viejas y opiniones:
Como Platon en Críclas y Timeo
Y el otro de las trágicas ficiones
De tierras que tuvieron por muy ciertas,
Que en sus dias no fueron descubiertas.

» Estas cosas y otras contemplando
Cerca de los peligros en que estaba,
El sol iba sus rayos aportando,
Y á mas andar el viento refrescaba;
Y mi cansada gente descansando
Que uno ni ninguno recordaba.
Llamélos no sin voces ni denuestos,
Y mandéles que todos estén prestos.

» Levántanse los flacos navegantes
A poner en efeto lo mandado,
Los ojos de dormidos inorantes
De todo lo que tengo razonado;
Dan velas á los vientos como antes
Para desnavegar lo navegado,
Y fué servido Dios omnipotente
Que nos sirviese viento conviniente.

» Fueron nuestras jornadas mas tardias
Por impedirme calmas la carrera,
Y ansí tardamos número de dias
En volver á la insula Madera;
Con gran debilidad de fuerzas mias,
Mi peregrina nave mal entera,
Salimos todos flacos, macilentos,
Con falta de salud y bastimentos.

» Holgámonos de ver cristianas gentes
Y amigos conocidos en el puerto;
Salimos mal parados y dolientes,
Pero (bendito Dios) ninguno muerto;
Los marineros todos inocentes
De lo que, como veis, he descubierto,
Ni hasta ya me ver en estos mares
Quise cosas tratar particulares.

» Porque desde este cielo nos volvimos
Segun me certifica conjetura,
Por suma diligencia que tuvimos
En asentar los grados del altura;
Así que, de la tierra que decimos
Estar puede mi gente bien segura,
Firmísimos en esta confianza
Que no puede ser mucha la tardanza.

» Por tanto cese vano sentimiento
En flaco corazon y alborotado,
Y por un poco mas de sufrimiento
No quiera perder bien tan deseado:
Pues así me dé Dios todo contento,
Que esto no fué fingido ni soñado,
Sino cosa real, clara, patente
Y negocio que pasa realmente.

» Podeis seguros ir á los navíos,
Porque lo dicho presto lo veremos,
Y con sombrías plantas, frescos ríos,
De los cansados cuerpos recreemos;
Con gran cuidado ya, señores míos,
Porque soplan los vientos que queremos,
Velando cada cual por los cuarteles,
Y llévense por popa los bateles.»

Dada de su discurso larga cuenta
Para poner sus iras en templanza,
La gente que vivia descontenta
Hizo de sus palabras confianza;
Con cuya dulcedumbre los alienta
Revalidando mas el esperanza;
Pero durarán poco sus sabores,
Segun verán agora los lectores.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la gran tormenta que padecieron antes de ver tierra, y como la gente se alborotó otra vez; y del razonamiento que les hizo Vicente Yañez Pinzon.

En aqueste mundano movimiento
La risa y el placer á nadie sobra;
Duran los regocijos un momento,
Permanecen desgustos en su obra:
Y tras un poco de contentamiento
Suelen venir mil horas de zozobra;
En la no tal y en la mayor grandeza
Los remates del gozo son tristeza.

A los que proseguian su camino
De la suerte que dijo nuestro canto,
De la misma manera les avino
Hecho su blando gozo duro llanto,
Por un tempestuoso torbellino,
Incitador de lloros y de espanto,
Que fué tan riguroso cual escribo;
Mas ¿quién podrá contallo muy al vivo?

Cuando la destemplanza comenzaba,
El sol á mas andar se despedia;
La braveza del mar tal se mostraba
Que todo corazon entristecia:
El austro que sus soplos aumentaba
A pesado temor los convertia,
Ninguna cosa por las ondas suena
Que de pavor mortal no venga llena.

Si tiemblan con temor los marineros,
No menos los pilotos y patrones;
Andaban todos prestos y lijeros
Asegurando velas y timones;
Pero poco después los mas enteros
Poseidos de grandes turbaciones,
A causa de las ondas espantables
Que no se les mostraban navegables,

Llevan un solo papo de mesana,
Porque tendida no pueden sufrilla;
Paréceles á todos que se gana
En calafetear el escotilla;
Si les hace farol la capitana
No se les da lugar para seguilla,
Porque de todas partes soplan vientos
De varios y contrarios movimientos.

Cuanto la noche mas escurecia,
Para mayores daños abre puerta;
Un español á otro no se vía,
Ni determinar puede cosa cierta:
El agua de las ondas embestia
A todos los que van sobre cubierta;
Vereis de los que van asegurando
Unos caidos y otros tropezando.

Las naves al profundo sumergidas,
A veces á las nubes encumbradas,
Por uno y otro bordo combatidas
Y del oleje casi zozobradas;
Desconfiaban todos de las vidas,
Las manos á los cielos levantadas,
Y de los sobresaltos y temblores
Nacian grandes gritos y clamores.

Comienzan á rezar Avemarías,
Y acaban en diversas oraciones,
Unos dellos prometen obras pías,
Los otros romerías y estaciones;
Otros hasta dar fines á sus dias
Permanecer en santas religiones;
Otros también en estas asperezas
Se dejaban decir muchas flaquezas.

Pues decian llorando de sus ojos
Recitando maneras de provechos:
¡Oh rocas, oh cañadas, oh rastrojos,
Oh tierra de mis fértiles barbechos!
Dichoso quien halló vuestros abrojos
Y ve pacer el buey por los repechos!
¡Oh morada segura, do las camas
Son hechas de tomillos y retamas!

Otros decian á sus compañeros
Cuando golpe de mar los cuerpos baña:
¡Quién por inquietud de marineros
Dejó la quietud de su cabaña!
¡Quién olvidó cabritos y corderos
Por ver aquesta loba que se ensaña
Del aire, cuya voz puede movella,
Y el halago mejor es nunca vella!

Esto decian viendo sumas cumbres
De las ondas que van en crecimiento,
Y andando con aquestas pesadumbres
Medidas por rigor de bravo viento,
En mástiles y entenas vieron lumbres
Que dieron esperanza de contento,
Las cuales saludaron á su modo
Los marineros y consorcio todo.

El regocijo, grita y algazara
Al desmayado hace que despierte;
A bendecillas cada cual se para
Por parecelles venturosa suerte,
Diciendo ser san Telmo y santa Clara
Que vienen á librallos de la muerte;
Y son las lumbres que ellos tanto aman
Lo que Castor y Polux otros llaman.

Pues la gentilidad ciega creia
Ser dos hermanos de la reina Helena;
Una lumbre por mala se tenia,
Pero si vian dos por señal buena:
La una los navíos sumergia,
Dos los hacian libres desta pena,
Y creo que presentes y pasados
En este caso viven engañados.

Pues tales aparencias de candela
O representacion de resplandores,
En las escuras noches se congela
De las exhalaciones y vapores;
El cómo la natura nos lo cela,
Y no dan razon cierta los dotores,
Porque también se ven las lumbres tales
En los guerreros campos y reales.

»¿Qué sentireis volviendo tan á sordas
Al tiempo que llegardes al paraje,
Y no serviros ancoras ni cordas
Con la soberbia grande del olaje;
Y naufragar en las arenas gordas,
Dando tan malos fines al viaje,
Y que viendo los pueblos deseados
Quedeis en sus riberas ahogados?

»¿A qué varon tan fuerte no desmaya
Pensar que vemos ir aquel nadando,
El otro ya no ver adónde vaya
Con las bebidas aguas arqueando;
Otros al rebalaje por la playa,
Otros con la resaca peleando,
Otros que vereis ir de mar en fuera,
Asidos á pedazos de madera?

»Ansí que, por no vernos en estrecho
Con otros riesgos mas particulares,
Debemos esperar un tiempo hecho
Primero que partamos destos mares;
Ya que no reparais en el provecho
De islas, tierras nuevas y lugares,
Que pienso de ver antes de dos dias,
Y no serán fingidas profecías.

»Porque en aquel nublado que se cierra
Adonde reverberan arreboles,
Tengo por imposible faltar tierra,
Montañas, promontorios y peñoles,
Supremas cumbres, gran altor de sierra
Que tienen de bolar los españoles;
Y no quiero decir mas cerca desto,
Pues todo cuanto digo vereis presto.»

Colon de ver tan buen razonamiento,
Y que fué tan á gusto como quiso,
Quedó lleno de gran contentamiento,
Los otros cada cual muy arrepiso,
Y como ya ventaba manso viento,
Mandóles navegar con gran aviso,
Y ansí continuó la compañía
Su carrera de mar y larga vía.

Alguna vela llevan abatida,
Aunque la mar estaba bonancible;
A medio mástil otra recogida
Pareciéndoles ser cosa posible,
Que la prolija tierra prometida
Otro dia podria ser visible;
Mas dejémoslos ir con su recuesta,
Que yo diré después lo que me resta.

CANTO CUARTO,

Donde se trata cómo hallaron tierra, y descubrieron la grandeza deste nuevo mundo con grandes muestras de riquezas. Y lo demás que les sucedió con las primeras gentes que vieron.

No puede la verdad jamás ser muerta,
Y cuando por malicia se escurece,
En tal escuridad, es cosa cierta,
Que nunca para siempre permanece;
Antes por muchas vias abre puerta
Por donde como rayo resplandece;
Mas agora volviérales la cara,
Faltando quien aquí perseverara.

Pero Colon, insine navegante,
Aunque desmayan otros, él no cesa,
Al cual para pasar mas adelante
Tardía se le hace toda priesa,
Diciéndoles: «señores, Dios mediante,
Mañana cumpliré con mi promesa.»
Burlaban de negocio tan prolijo,
Pero salió verdad lo que les dijo.

Pues cuando con justo movimiento
Venia por sus cursos el Aurora,
Y tenia Titán el aposento
Octavo de los doce donde mora,
Quiso Dios enviar el cumplimiento
De los deseos santos desta hora,
Porque tan gran grandeza como esta
A los humanos fuese manifiesta.

Habiendo pues rompido la mañana
Aquel velo que nuestra vista cierra,
El grumete Rodrigo de Triana
A grandes voces dice *tierra: tierra*;
Oyeron esto tan de buena gana
Que toda pesadumbre se destierra,
Sale para mirar toda la gente
Y conocieron sello claramente.

Alégranse con tierra los terrenos,
Danle vital aliento sus olores,
Te Deum laudamus cantan, y no menos
Tocaban en las naves atambores,
En las cuales los bordos iban llenos
De regocijadísimos clamores,
Y do cualquiera dellos se volvia
Sonaba regocijo y alegría.

Oian infinitas bendiciones,
Capitanes, soldados, marineros,
Todos decian: «Vivan los Colones,
Vivan tan valerosos caballeros;
Vivan dichosos años los Pinzones,
Sus buenos y leales compañeros,
Vivan los marineros y soldados,
Y Dios los haga bienaventurados.

»Cristóbal, pues por tí Cristo nos vale,
Válgate Dios, el rey y tu cuidado;
Con grandes señoríos te señale
Aquel que te formó tan señalado,
Con gloria de los cielos te regale,
Pues has el mundo todo regalado;
Hereden señoríos prepotentes
Los hijos que tuvieres y decendientes.

»Sea tu fama con eternos cantos
Por todas cinco zonas estendida,
Tu nombre solenicen todos cuantos
Hoy viven y después tuvieren vida;
Déte su bendicion Dios y sus santos
Con premios no sujetos á caida;
Goces de tus trabajos años largos
Con mas insines y mayores cargos.»

Sonaban por las naos panderetes
Con sonajas que hacen maravillas,
Besábanles las manos los grumetes,
Y las demás personas no sencillas;
Los lejanos quitaban los bonetes
Hincando por las naves las rodillas,
Y cada cual confuso y afrentado
Le pedia perdon por lo pasado.

Diciendo van aquello que veian
Haciendo con las manos dulces señas,
Los árboles sus ramos descubrian,
Vianse las montañas y las breñas,
Sonaban ya las hondas que herian
Los cóncavos y huecos de las peñas
Ven prados y frescuras ser amenas,
Ven blanquear las playas con arenas.

Ven cómo sus descansos adereza
Puerto que divisaban atalayas,
Y ven desde los piés á la cabeza
Andar hombres desnudos por las playas,
Mujeres do la vista se endereza
Sin arreos de mantos ni de sayas,
Por ser sus policías y conciertos
Andar galán y dama descubiertos.

Salian á mirar nuestros navíos,
Volvian á los bosques espantados,
Huian en canoas por los rios,
No saben qué hacerse de turbados:
Entraban y salian de bubíos,
Jamás de estraña gente visitados;
Ningun entendimiento suyo lleva
Poder adevinar cosa tan nueva.

Ansimismo de nuestros castellanos
Decian, viéndolos con tal arreo,
Si son sátiros estos, ó silvanos,
Y ellas aquellas ninfas de Aristeo:
O son faunos lascivos y lozanos,
O las nereides, hijas de Nereo,
O driades que llaman, ó nayades
De quien trataron las antigüedades.

Ansí todas las ninfas como ellos
Son bien proporcionados y bien hechos,
Sacados son de hombros y de cuellos,
Y mas pecan de anchos que de estrechos:
¡Cuán luenga hermosura de cabellos!
¡Qué gran tabla de espaldas y de pechos!
Los galanes, las damas y los pajes
Jamás deben mudar ropas ni trajes.

Por cierto todos ellos son dispuestos,
Y ellas por consiguiente bien dispuestas;
Pero los trajes son muy deshonestos,
Aun para las mujeres deshonestas,
Pues los unos y otros andan prestos
Para solenizar venéreas fiestas:
Ellos no rozarán las agujetas,
Y ellas no romperán muchas faldetas.

No debe remordelles la conciencia,
Ni quieren evitar inconvinientes,
Pues tan sin empachosa reverencia
Incitan empachosos accidentes;
Pues no son en estado de inocencia,
Que hijos son de Adán y descendientes;
Estas cosas y otras van diciendo,
Las islas de Lucayos descubriendo.

No hace destas islas Fenescies
La valerosa gente que camina,
Porque dejando va Guanahanies
Y otras de mas momento determina;
Descúbrese la isla de Haities,
Y Cuba que llamaron Fernandina,
En gracia y honor del rey Fernando,
Cuyas partes seguia nuestro bando.

Navegaron la parte que pudieron
Los dinos de preciosa laureola,
Y á estas dichas islas se volvieron,
Y no tomaron dellas la mas sola;
Porque la de Haities escogieron
A quien por nombre dieron Española,
Porque su nombre dé por cosa cierta
Que fué por españoles descubierta.

Puestos pues en buen orden y concierto,
A tierra determinan de llegarse,
Mirando si conocen algun puerto
Donde puedan surgirse y repararse,
Y descubrir en tierra lo cubierto
Para poder mejor desengañarse,
Y saber quién serán estas naciones,
Sus ritos, sus costumbres y opiniones.

Buscando, como digo, puerto bueno,
De vientos desabridos amparado
Ofrecióse delante cierto seno
De frescas arboledas rodeado;
El circuito dél de casas lleno
Y por todas sus partes cultivado;
Llegáronse las naos á la boca
Que entrambos lados ciñe dura roca.

Adentro contenía gran anchura,
Con playa limpia bien acomodada,
Y por todas las playas hay fondura
Donde puede surgir nave cargada;
No tienen las entradas angostura
Pero bajíos hay en el entrada,
Y en ciertas partes hay limpias canales,
Mas entonces no vieron las señales.

Colgaban de las rocas ornamentos
De yerbas diferentes en verdores,
Dulces aguas y claros nacimientos
Que formaban murmurios y clamores,
De tofos, socarrenas y aposentos,
Descansos de los indios labradores,
Con otras cosas mas de gentileza,
Segun quiso pintar naturaleza.

Muchas ninfas andaban por las aguas
Nadando, los cabellos esparcidos,
E indios en canoas y piraguas
De sus arcos y flechas proveidos;
Pintados con el jugo de las aguas,
Que son sus ornamentos mas pulidos;
De narices y orejas dependian
Algunas joyas que resplandecian.

Por gran contentamiento se tenia
Mirar tales verduras y decoro,
Mas fué mucho mayor el alegría
De ver que descubrian joyas de oro;
Porque cualquiera dellos entendia
Ser muestras de riquezas y tesoro,
Y ansí luego embocó la capitana
Que siguen las demás de buena gana.

Yendo por allí con buen avío
Con sonda y el timon bien atentado,
Dió Cristóbal Colon en un bajío
O piedra do lo vieron encallado;
Huyeron los demás deste navío
Asegurándose por otro lado,
Acudiendo bateles prestamente
Para sacar las ropas y la gente.

Todos de ver aquellos perdimientos,
A su vuelta y salud perjudiciales,
Quedaron por estremo descontentos
Y con sospecha de mayores males;
Echan juicios varios, dicen cuentos
Pronosticando mal de las señales,
Llorando muchos dellos y diciendo
Que su ganar entraban ya perdiendo.

Colon, puesto que pena recebia,
Con un raro valor disimulaba,
Y con aquel calor que convenia
A los desconsolados consolaba,
Dando reprehension al que temia
Y al que por mal anuncio la juzgaba,
Diciéndoles: « Yo puedo dar razones
Con que confunda vuestras opiniones;

»Pues tengo por suceso placentero
Aqueste que teneis por lamentable,
Y lo que sospechais ser mal agüero
Aqueso juzgo yo por favorable;
Cuya declaracion y paradero
Después lo contareis por admirable;
Porque nave quedar en este suelo
No fué sin provision del alto cielo.

»Desto daré razon no mal fundada,
Sino mejor zanjada que la vuestra,
Pues la nave que vemos encallada
Quiere decir que con felice diestra
Habemos de tener aquí plantada
La nave de la Iglesia madre nuestra,
Y queda sobre piedra por indicio
De que es lo principal del edificio.

»De manera, que si para lo visto
Católicos sentidos dan la llave,
Diremos ser la piedra Jesucristo
Y el reino de la Iglesia ser la llave;
Y ansí será pesar con placer misto
O por mejor decir todo süave,
Pues se pierde navío de madera
Y se gana la nave verdadera.

»A la cual con la lumbre recebida
Veremos acudir en nuestros dias
Aquesta gente bruta, divertida
En diabólicas idolatrías;
Y acá no la veremos combatida
Con las olas de falsas herejías,
Por caer estas tierras en las manos
De reyes fidelísimos cristianos.

»Que bien pudiera Dios dar estas gentes
A muchos otros reyes y señores
De los pasados siglos ó presentes;
Mas escogió los nuestros por mejores:
Queriendo dellos y sus descendientes
Hacer para su Iglesia protetores,
Porque la suerte del primer talento
Vaya sin reparar en crecimiento.

»Aquí tendrán riquísimos reinados
Y gozarán amplísimos imperios,
Donde sus capitanes y soldados
Ternán do bien usar sus ministerios;
Habrá también por tiempos obispados
Católicos y santos monasterios;
La fe del Redentor y su manada
Aquí tiene de ser muy ampliada.

»También habrá civiles competencias
Contenciones, bandos y porfias,
Que debajo de falsas apariencias
Sus maldades dirán ser obras pias;
Pero verán jüeces con audiencias
Por freno de las tales tiranías,
Porque las tales son congregaciones
Prestas á deshacer rebeliones.

»Así que, si mirais con vigilancia
Lo sucedido, hallareis por cierto,
Que pérdida no fué sino ganancia
La nave que dejamos en el puerto,
Y négocio de muy gran importancia
El orbe que tenemos descubierto;
Por tanto todos nos aderecemos
Y sepamos quién son estos que vemos.»

Dijo; y á ver navíos tan potentes,
Cuales jamás tuvieron por vecinos,
Acudia tal número de gentes
Que cubrian las playas y caminos;
Miran con atencion y paran mientes
Si son hombres humanos ó divinos,
Contemplan las espadas, las adargas,
Y espántanse de ver barbas tan largas.

Venian los mas dellos embijados
Desde los bajos piés á los cabellos;
De plumas de colores estampados
Acudian también algunos dellos;
Joyeles de oro fino mal labrados
Pendientes de narices y de cuellos,
Otros con brazaletes y con petos
Que fueron á la vista mas acetos.

Tocaban unos grandes atambores,
Caramillos y flautas imperfetas,
Sonaban por encima los altores
Caracoles á modo de cornetas;
Dan otros alaridos y clamores,
Otros hacian gestos y pernetas:
Segun lo que se ve cada cual piensa
Ser todas amenazas de defensa.

Van nuestras gentes pues encaminadas
A estas, mas mejor apercebidas,
Pues iban con escudos y celadas
Y ansimismo banderas estendidas;
Relumbran grandemente las espadas
De los rayos del sol siendo heridas;
Saltaron con valor en la ribera
Donde la gente de indios los espera.

Delante de los cuales se mostraba
Un indio sobre todos eminente,
Que Gosga Canari se llamaba,
Segun después se supo claramente,
El cual á pelear los animaba
Y á defender sus tierras y su gente,
Y á todos los soldados que tenia
Semejantes palabras les decia:

« Por causas evidentes conocemos,
Amigos, compañeros y soldados,
Haber necesidad de que velemos
Y no vivamos punto descuidados,
Pues no sabemos quién son los que vémos,
Ni de parte de quién son enviados,
Si son hombres marinos ó terrenos,
Si son varones malos ó son buenos.

» Si tienen de caribes propiedades,
O condiciones otras mas horrendas;
Si quieren con nosotros amistades,
O vienen para guerras y contiendas;
Si son tan grandes sus necesidades
Que quieren que les demos las haciendas;
De qué tierras podrán haber venido,
En qué lejanos reinos han nacido.

» Si son gentes de buenos pensamientos
A bien es recebillos; si son gratas,
Si vienen fatigados de hambrientos,
Darémosles comidas bien baratas;
Darémosles de nuestros alimentos
Guamas, auyamas, yucas y batatas,
Darémosles cazabis y maices,
Con otros panes hechos de raices.

» Darémosles huitias con ages,
Darémosles pescados de los rios,
Darémosles de gruesos manatíes
Las ollas y los platos no vacios;
También guaraquinajes y cories,
De que tenemos llenos los bubios,
Y curaremos bien á los que enferman,
Colgándoles hamacas en que duerman.

» Y conocidos ya sus pareceres,
Seyendo con nosotros residentes,
Darémosles las hijas por mujeres
Para hacellos deudos y parientes;
Haríamos comunes los placeres
De campos y de rios y de fuentes,
De cazas y de pescas las usanzas,
Y de las sementeras y labranzas.

» ¿Quién pudiera saber lo que desean
Con certidumbre de su pensamiento,
Con qué fines agora se menean?
Pues bien no juzgo deste movimiento;
Deseo finalmente que no sean
Causa total de nuestro perdimiento,
Que no por ser compaña tan estrecha
Dejaré de tener mala sospecha.

» El número que vemos es pequeño
Aunque vengan mejor aderezados,
Mas no por ser tan pocos los desdeño
Con yo tener millones de soldados;
Porque quiero dar cuenta de mi sueño,
Segun que lo soñé dias pasados,
O cosas sustanciales del historia,
Si quiere socorrerme la memoria.

» Al tiempo que las gentes de dormidas
Están de sus trabajos olvidadas,
Vía volar dos águilas asidas
Con diademas de oro coronadas;
Las alas aunque no muy estendidas,
Mares y tierras tienen abrazadas,
Y por crecida que su presa fuese
Faltaba quien las uñas les hinchese.

» Parecióme volar al alto cielo,
Y al tiempo que las alas estendian,
De solo ver aquel umbroso velo,
Hasta las bestias fieras les temian:
Reales aves de subido vuelo
A estas respetaban y servian,
Y muchos gavilanes diligentes
Eran sus adalides y sirvientes.

» Aquestos sus ministros ó falcones
Andaban con las alas levantadas,
Escudriñando reinos y regiones
De sus tierras remotas y apartadas;
Y deshaciendo cuantas religiones
Están á nuestros dioses dedicadas,
Haciendo ser por todo lo criado
Un solo Dios creido y adorado.

» Entre sueños oí mil aullidos
Que dábamos por campos y collados,
Por ver los santuarios encendidos,
Y todos nuestros ídolos quemados;
Aquestos naturales destruidos,
Sus poderosos pueblos asolados,
Y no paraban nuestras compañías
Sirviéndoles las noches y los dias.

» Las águilas asidas coronadas,
Que yo vía volar desta manera,
Allí las traen estos dibujadas
Por parte principal de su bandera;
Los tiempos y las horas son llegadas
Si mi revelacion es verdadera;
Conviene pues que cada cual defienda
Sus hijos, sus mujeres y hacienda.»

Dan grita como gentes de albornoces:
Resuenan increibles alaridos,
A vuelta de los gritos y las voces
Empúñanse los arcos encogidos;
Todos iban lozanos y feroces,
De jáculos agudos prevenidos;
La briosa postura y el denuedo
A muchos españoles puso miedo.

Viendo pues tan inmensa compañia
Por no ponelles el estorbo tarde,
Por alto tiran el artillería
La cual hizo que nadie los aguarde;
Antes quien de la mar menos huia
Era tenido por el mas cobarde,
Metiéndose por bosques y por breñas
Y por concavidades de las peñas.

Como nube que grande crecimiento
De pluvias á los ojos representa,
Pero la fuerza seca de algun viento
Sus escuros vapores ahuyenta,
Dejando sin aquel impedimento
Los campos con el sol que los calienta,
Ansí la batería de los truenos
Ahuyentaron indios destos senos.

Fué la rústica gente divertida,
Sin que su rey pudiese detenellos;
Y los nuestros siguiendo la huida
Para poder tomar alguno dellos,
Mujer ven en el monte detenida,
Cuyas prisiones fueron los cabellos,
Que siendo por los aires esparcidos
Fueron de ciertas ramas detenidos.

Metióse por el monte mas cerrado
Destos inconvinientes ascondidos,
Como vivace ciervo fatigado
De la rapace fiera perseguido;
Y fué por espesuras emboscado
De sus ramosos cuernos detenido;
Ansí que su decoro y ornamento
La causa fué de su detenimiento.

Clamores grandes daba la doncella
En balde, que no deben ser oidos,
O si la oyen, para socorrella
Por ventura no son tan atrevidos;
Al fin los españoles asen della,
Y entonces dió mayores alaridos,
No haciendo ya cuenta de su vida
Por ver gente de barba tan crecida.

Colon, que de la presa se holgaba,
Y dió de buena gana las albricias,
Con señas de amistad la halagaba
Haciéndole regalos y caricias,
Como quien grandemente deseaba
Hacer con estas gentes amicicias;
En efeto, cesaron los clamores,
Aunque no totalmente los temores.

Diéronle de comer como convino,
Sacando de su buen matalotaje
Frutas secas, cecinas y tocino,
Y otros regalos mas de su viaje;
Hiciéronle beber de nuestro vino,
Que no le parecia mal brevaje,
Y en ciertos ademanes representa
El alegría del que se calienta.

Después de la comida halagóla
Con señas á los ojos apacientes,
Vistiéndola de blanca camisola,
De mas de dalle dijes trasparentes;
Y hechas estas cosas, envióla
A que llamase deudos y parientes;
Ella correspondiendo con las señas
Emboscóse por medio de las breñas.

A grandes voces dice por la senda:
« Venid, parientes mios, nadie huya;
Pues no vienen á guerra ni contienda,
Ni quieren que la tierra se destruya;
Y no solo no piden la hacienda,
Mas antes quieren darnos de la suya;
Perded recelo de cualesquier males
Que honestos hombres son, y liberales.»

¿Qué vas, mujer liviana, pregonando,
Juzgando solamente lo presente?
Mira que con las nuevas dese bando
Engañas á los tuyos malamente;
El dicho vas agora publicando,
Mas tú verás el hecho diferente,
Verás gran sinrazon y desafuero,
Y el sueño de tu rey ser verdadero.

Verás incendios grandes de ciudades
En las partes que menos convenia;
Verás abuso grande de crueldades
En el que mal ninguno merecia;
Verás talar labranzas y heredades
Que el bárbaro sincero poseia,
Y en su reinado y propio señorío
Guardarse de decir es esto mio.

Y ansí fué que los hombres que vinieron
En los primeros años fueron tales,
Que sin refrenamiento consumieron
Innumerables indios naturales:
Tan grande fué la prisa que les dieron
En usos de labranzas y metales,
Y eran tan escesivos los tormentos
Que se mataban ellos por momentos.

Lamentan los mas duros corazones,
En islas tan *ad plenum* abastadas,
De ver que de millones de millones
Ya no se hallan rastros ni pisadas;
Y que tan conocidas poblaciones
Estén todas barridas y asoladas,
Y destos no quedar hombre viviente
Que como cosa propia lo lamente.

Los pocos baquianos que vivimos
Todas aquestas cosas contemplamos,
Y recordándonos de lo que vimos,
Y cómo nada queda que veamos,
Con gran dolor lloramos y gemimos,
Con gran dolor gemimos y lloramos;
Miramos la maldad entonces hecha
Cuando mirar en ella no aprovecha.

Pudiera de lo visto y entendido
Entrar en laberinto de maldades,
Indinos del varon bien instruido
En nuestras evangélicas verdades;
Mas no será razon ir divertido
Contando semejantes crueldades:
Volvamos prosiguiendo la carrera
Desde donde dejé la mensajera.

Todas aquellas gentes ascondidas,
Temblando con temores de su vida,
Acuden á las voces conocidas
De quien ya sospechaban ser comida;
El rey que la contó con las perdidas
Holgó de su salud y su venida,
Y ella trató fiel y buenamente
Aquello que entendió de nuestra gente.

Los nuestros recogieron estandartes
Por ya no parecer inconviniente,
Y con reguardo de guerreras artes
Se refrescó la fatigada gente;
Tomaron posesion de todas partes
Llamándoles las Indias de occidente,
Once de octubre, años cuatrocientos
Con mas noventa y dos y dos quinientos.

Pues como luz de Febo ya hacia
Absencia natural de luz humana,
Y por medidos cursos se venia
La menos clara lumbre de Diana,
Cada cual á su nao resolvia,
Hasta ver resplandor de la mañana,
Donde Colon estuvo vigilante;
Y lo demás diremos adelante.

CANTO QUINTO.

Cómo vino la india mensajera y con ella el rey Goaga Cunani con gr número de gente, con el cual hizo amistades, y lo demás que se hizo.

Bien podemos decir que si contento
En esta breve vida se granjea,
Es cuando llega dulce cumplimiento
De lo que grandemente se desea;
Pues no halla lugar el sufrimiento
Hasta que ya la cosa se posea;
Y ansí les fatigó noturno ocio
Por esperar el fin deste negocio.

Mas el escuro manto desviado
Con lux de la mañana placentera,
Vieron todos venir por un collado
La deseada ninfa mensajera;
Y un escuadron de indios que cargado
De sus comidas toma la ribera,
El rey con otros muchos capitanes
De paz haciendo señas y ademanes.

A la siniestra mano y á la diestra
Tocaban muchos dellos caramillos:
Mirándolos esta la gente nuestra
Subidos por las popas y castillos;
Y viendo que de paz era la muestra,
Acuerdan de venir á recebillos;
Unos á otros huelgan ya de verse,
Y de se saludar sin entenderse.

Pero los nuestros van como sagaces
A ver hombres que no son conocidos,
Y no tan confiados de las paces,
Que no fuesen muy bien apercebidos:
Con muestras de placeres y solaces
A la ribera verde son venidos,
Do saltan principales coroneles,
Dejando bien á punto los bateles.

Luego como las partes se acercaron
En lugar y postura conviniente,
Al Goaga Canari señalaron
Cuál era capitán de nuestra gente:
Por señas como mudos se hablaron
Falta de rugas una y otra frente,
Supliendo por señales esta mengua
Que cada cual tenia de su lengua.

Y como les faltaban las razones
Para que sus concetos publicasen,
Las dádivas presentes y los dones
Fué cosa necesaria que hablasen;
Y las magníficas ostentaciones
Aquestas amistades confirmasen;
Y ansí nuestro Colon primeramente
Dió al Goaga Canari lo siguiente:

Una camisa de ruán labrada,
Un sayo nuevo de color bermejo,
Una gorra pequeña colorada,
Segun el uso fué de tiempo viejo;
Una escofieta buena perfilada,
Ciertas cuentas de vidrio y un espejo,
Cintillas y otras cosas menos que ellas,
A quien puso valor no conocellas.

El rey recompensó por muchas veces
Las dádivas con otras no menores,
Pues dió, por enseñar sus altiveces,
Piedras ricas diversas en colores,
Granos de oro, tales como nueces,
Y tales como pomos y aun mayores,
Copia de frutas varias y alimentos
Con los cuales servia por momentos.

Colon, que tales granos de oro via,
Tan ricos y tan prósperos presentes,
Con el contento grande que tenia
Con gran sabor hablaba con sus gentes:
Facecias, gracias, cuentos que decia
Causaban gran placer á los oyentes;
Pues el gusto y saber que al alma toca
Destila sus dulzores por la boca.

Y ansí hablaba con los indios rudos
Sin dalle propia voz á sus oidos,
Diciendo: «Poco va veros yo mudos,
Como hablen presentes tan lucidos;
Pues con lo que nos dieren los desnudos
Mejorarán el pelo los vestidos,
Y mas me holgaré cuantos mas vengan,
Por llevallos adonde en mas se tengan.

»Mas os hago saber que soy sabueso
De tales propiedades y costumbres,
Que con el grano de oro de mas peso
Recibo mucha menos pesadumbre;
E yo prometo de tenello preso
En cárcel donde nunca vea lumbre,
Hasta que con bigornia y con martillo
Le demos rostro muy mas amarillo.

»Ya que vuestras vergüenzas anden fuera,
Falten para sacármelos á plaza,
Que para mí será carga lijera
Eso que vuestras casas embaraza;
Y quiero mas volver desta manera
Que tornar á bordon y calabaza;
Crecen con esto mis contentamientos
Y no menos salir con mis intentos.

»Pero tratar ya desto son estremos
Que refrescan pasados accidentes;
Bastará de presente lo que vemos
Para desengañar los insipientes;
Y agora será bien que convidemos
A este rey y algunos de sus gentes,
Dalles hemos algunas cosas buenas
Que ellos las pagarán con las setenas.»

Los vocablos allí fueron baldíos,
Pero hicieron señas con las manos,
Diciéndole que viese los navíos
Con otros cinco ó seis de sus hermanos
Y porque se dejase de desvíos,
En tierra se quedaron diez cristianos:
El indio sin poner impedimento
Manifestó por obras ser contento.

En la nao los huéspedes noveles,
Aderezóse luego la comida,
Ponen la tabla, tienden los manteles,
Segun la voluntad del que convida:
La mesa toda fué por sus cuarteles
De náutico bizcocho proveida,
Los vasos proveidos en el hanco
De buen vino haloque, tinto y blanco.

De cosas á los indios peregrinas
Sirvieron alimentos suficientes,
Muy gentiles capones y gallinas
Guisados con sus ciertos adherentes;
Hubo muchas maneras de cecinas,
Conservas ansimismo diferentes,
Pero mucho mas gusto les ponia
El sabroso licor que se bebia.

Porque el comer es poco, mal asado,
Desta gente de bajas esperanzas,
Mas su beber es tan demasiado
Que vence las mayores destemplanzas;
Y para tal efeto mal reglado
Hacen las sementeras y labranzas,
Pues por un cierto modo peregrino
De lo que hacen pan hacen el vino.

Estaban pues los nuestros espantados
De la rudeza desta compañía,
Y estímulos de hambre mitigados,
Negocio que la nuestra pretendia;
Quedaron estos nuevos convidados
Puestos en posesion del alegría
Que crian los licores de Metina
Y viñas de la tierra surrentina.

Ansí que, levantados de la cena
Sin uso de merced ni besamanos,
Volviéronse los indios á la arena
Donde dejó Colon los diez cristianos;
Alaban ellos la comida buena,
Los nuestros la riqueza de los granos,
Y viendo coyuntura conviniente
Habló Colon con todos lo siguiente:

«Muchas veces ofrece la ventura
A los hombres empresas de sustancia,
Y la posesion dellas asegura
El que sabe tener perseverancia;
Pero cuando se pierde coyuntura
Con ella desparece la ganancia,
Pues ocasion que fué menospreciada
De todo lo que trajo deja nada.

»Por no saber tomar consejo sano
Antes que de sí tenga la querella;
Y ansí tenia yo por muy liviano
A quien en busca fué de cosa bella,
Si la halló, dejalla de la mano
Con intenciones de volver por ella,
Porque podria ser que sus amores
Hallasen luego nuevos posesores.

» Aquí hallamos pues gentil amiga,
Y á mí que semejantes cosas miro,
Lo que podria ser me da fatiga
Antes de ver la causa del sospiro:
Desto conocereis sin que mas diga
El blanco do camina nuestro tiro,
Y es, á mi parecer, intencion cuerda
Querer que lo hallado no se pierda.

» Solo Dios sabe casos venideros,
Y por su voluntad todo se guia,
Mas son negocios acontecederos;
Y por asegurallos yo querria
Que quedasen algunos compañeros
En posesion de aquesta monarquía,
Porque no quede de españoles sola
La que por ellos se llamó Española.

» Este negocio no lo procurara
Ni en semejante riesgo los pusiera,
Si por lo que ya vemos no constara
Ser esta natural gente sincera;
Ni tiene que temer el que repara
En mi vuelta, pues ha de ser lijera,
Y para proveer á su defensa
Mayor la brevedad de lo que piensa.

» Para lo que durare la carrera
Usaremos de todas prevenciones,
Haremos un buen fuerte de madera
Por menos necesarias municiones;
Y para no buscar comida fuera
Dejaremos bastantes provisiones,
Pues las seguridades principales
Será no molestar los naturales.

» En esto cumplirá ser advertidos,
Y estas serán las mas seguras prendas,
Porque todos los males sucedidos
De guerras, de rencillas, de contiendas,
Nacen de ser los hombres ofendidos
En mujeres, en hijas y haciendas;
Los robos, los agravios, la violencia
Gastan al mas paciente la paciencia.

» A todos y aun á sí será molesto
Cualquier hombre bestial que en esto ande;
Y ansí quedais aquí con presupuesto
De que tengais recogimiento grande,
Sin divertirse nadie deste puesto
Y sin que mas adentro se desmande,
Pues el tratar y andar con estas gentes
Pariria cien mil inconvinientes.

» Con mujer no se use desacato,
Aunque carezcan ellas de defensa;
Usad de sus comidas con recato
Si dellas rehicierdes la despensa;
Y si trajeren algo por contrato,
No vuelvan sin bastante recompensa,
Pues quedarán espejos y bonetes,
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

» Guiar manos y piés por esta via
No puede ser mejor salvoconduto;
Y verdaderamente yo querria
Coger de mis razones algun fruto;
Pues hemos de dejar la compañía,
Y estoy en este caso resoluto,
Considerando ser inconviniente
Que falte ya de aquí cristiana gente.

» Al hombre valeroso y esforzado
Que responder quisiere con mi pecho,
Crea que le seré tan obligado
Cuanto merece tan heróico hecho;
Y ansimismo será galardonado
Con eminentes honras y provecho;
Debajo de los cuales presupuestos
Deseo ya saber quién serán estos.»

Dijo nuestro Colon lo que queria,
Y ninguno de los con quien hablaba
A tales intenciones respondia,
Antes el uno al otro se miraba;
Y fuerzas de temores deshacia
Aquello que vergüenza fabricaba;
Pero Martin Pinzon tomó la mano,
Diciéndole no ser consejo sano.

Y ansí dijo: «Hacerse lo posible
Todos lo deseamos y queremos;
Pero no me parece convenible
La cosa que se hace con estremos;
Tengo pues por negocio muy terrible
Division en la gente que traemos,
Para que los dejemos en aprieto
Que no puede parar en buen efeto.

» Cuanto mas que region tan apartada,
Toda seguridad está con ella,
Y dudo yo que pueda ser hallada
De quien eternalmente supo della;
Y (lo que no será) si es salteada,
Los que dejais no pueden defendella;
Y aun plega á Dios que sostenerse puedan
Entre los moradores donde quedan.

» Pues aunque todos estos naturales
Muestran sinceridad y buen intento,
No me podreis negar el ser bestiales,
Sin fe, sin ley, sin buen conocimiento,
Sin peso, sin razon; y siendo tales
También se moverán á cualquier viento:
Un indiezuelo vil que los atice,
No dudarán hacer lo que le dice.

» Demás de que golosas ocasiones
Por horas y momentos nos recrecen,
Donde las mas constantes intenciones
Puestas entre los lazos desfallecen;
Y contareis á dedo los varones
Que si no caen en ellos no tropiecen,
Y para con tan vil y baja casta
En se descomponer la menos basta.

» Hecha pues destas cosas conjetura
Y muchas mas que siento cerca desto,
No debe pareceros gran cordura
El no mudar aqueste presupuesto,
Donde no conoceis cosa segura,
Y al ojo veis el riesgo manifiesto,
Ordénelo mejor quien tiene mano,
Porque yo doy consejo de cristiano.»

Oida la razon viva y entera
Aunque muchos loaron su buen seso,
Alteróse Colon en gran manera,
Y dicen que tentó tenello preso;
Mas el Martin Pinzon se hizo fuera;
Colon disimuló con justo peso,
Y con graciosa carta, viva, grave,
Le hizo que volviese con su nave.

Después que vino con su compañía
De mal y de prision asegurado,
Colon ni mas ni menos insistia
En aquel parecer determinado;
Sobre lo cual tuvieron gran porfía
Pareciéndoles ser mal acordado;
También hubo personas principales
Que en esto se mostraban neutrales.

Estando pues la gente castellana
Adevinando malos paraderos,
Un capitán y cordobés, Arana,
Que en buenos hechos fué de los primeros,
Dijo: «Yo quedaré de buena gana
Como me den cuarenta compañeros,
Y para resistir los adversarios
Las armas y pertrechos necesarios.»

Colon de ver aquel comedimiento,
Engrandeciólo bien con mil loores,
Haciéndole solemne juramento
De le hacer mercedes y favores;
Y en el hacer algun repartimiento
Que sus partes serian las mejores,
Y ansí por voluntad del que pedia
Fué luego señalada compañía.

Sacan á tierra pues lo que convino
Para tener bastante pasadía,
Barriles de bizcochos y de vino
Y de rescate cuanto se traia:
Cantidad de jamones, de tocino,
Pólvora, municion y artillería,
Pescados, bacallaos y cecinas
Y hasta dos docenas de gallinas.

Sierras, azadas, hachas sacan fuera ;
Abrieron luego zanja bien fundada,
Hacen fuerte de tierra y de madera
Con sus troneras por la palizada ;
Y en estas partes fué casa primera
Por manos de cristianos fabricada ;
Hicieron sus alturas como muros
A fin de que quedasen mas seguros.

Los indios diligentes y contentos,
Mas por sus voluntades que por ruego,
Hiciéronles pajizos aposentos
Que presto deshará rápido fuego ;
No son agora tales sus intentos,
Mas turban ocasiones el sosiego;
Y porque destos hay largo proceso
Después os contaremos el suceso.

Aquesta fortaleza concluida,
Do pareció quedar seguramente,
Colon puso por obra su partida
Con el demás restante de su gente ;
Refiéreles el orden de su vida
Y despidióse dellos blandamente :
No hubo rostros unos ni ningunos
Que quedasen de lágrimas ayunos.

Pero disimulando sus desmayos,
Embarcóse Colon con sus soldados,
Y piedras, oro, micos, papagayos
De diversos colores variados :
Diez indios destos, y otros de Lucayos
Que con ellos se van sin ser forzados,
A pique ponen pues las carabelas
Y al manso viento dan todas las velas.

Dejando ya la gente deste bando,
Segun que ya dijimos con mancilla,
Las inquietas ondas navegando
Los otros van la vuelta de Castilla,
Juicios diferentes consultando
Acerca desta nueva maravilla,
Cuya diversidad con sus estremos
En el canto que viene cantaremos.

CANTO SESTO,

Donde se trata cómo durante el tiempo de su viaje, la vuelta de España, decian varias opiniones cerca destas partes. Y cómo llegando á España se divulgó con gran admiracion el descubrimiento susodicho.

Do faltan fundamentos de escrituras,
Y vamos atenidos á razones,
Nacen de las humanas conjéturas
Varias y diferentes opiniones :
Las cuales no caminan tan seguras
Que no tengan sus ciertos tropezones,
Que para mil porfías abren puerta
Y al cabo nunca dan con cosa cierta.

Ansí por el discurso que hacian,
Mostrándose la mar sin aspereza,
Tratando van de quién procederian
Gentes de tan grandísima rudeza ;
Con quién ó por adónde pasarian
A tierras tan inmensas en grandeza,
Pues es parte distinta, como vemos,
De aquellas tres del mundo que sabemos.

Porque decian ser estas naciones
Faltas de los orgullos y los brios
Que mueven los humanos corazones
A trastornar los mares y los rios ;
Y no pueden hacer navegaciones
A causa de estar faltos de navíos,
Y que canoas, balsas y piraguas
No podian arar prolijas aguas.

Entre tales porfías y reyertas,
No faltó curioso que decia,
Que estas tierras ya fueron descubiertas
Por gente que en Cartago residia ;
Y viéndolas ser buenas y desiertas
Allí dejaron cierta compañía,
Y que por las derrotas era cierto
Ser las mismas que habian descubierto.

La vuelta destos hombres que las vieron
Cartago defendió con duro mando,
Pero los que dejaron (si vivieron)
Fueron segun razon multiplicando ;
Y por las tales tierras se estendieron
Gentes y poblaciones ensanchando,
De suerte que Cartago fué comienzo
Para tejerse tan inmenso lienzo.

Después que en la tal isla vieron canas
Habria disensiones y querellas ;
Y estando llenos campos y zavanas
De viejos, de mancebos y doncellas,
Pasaron á las islas comarcanas
Y á la gran tierra firme desde aquellas,
Y acá y allá por grande negligencia
Olvidaron las letras y la ciencia.

Pues aun en el labrar su bastimento
Eran muy apocados, torpes, flojos,
Y en ejercicios del entendimiento
Ningunos eran mas mancos ni cojos ;
En las inclinaciones y el intento
Ajenos de concetos ortodojos,
Y tal debia de ser la demás gente
Siendo de la que vieron descendiente.

Entre las variedades que refiero,
Que porfiando va nuestra compañía,
Hubo también un cierto compañero
Que dijo por grandísima hazaña,
Ser estas las Hespérides de Hespero
Rey de las dichas islas y de España,
Aurífero caudal de Hesperetusa,
Que tanto celebró la vieja musa.

No faltaron aquí contradiciones
De nuestros navegantes castellanos,
Y aun el dia de hoy hay opiniones
Y un no sé qué de pareceres vanos :
Diciendo que estas tierras y naciones
Mandaron algun tiempo los romanos,
Por un cierto dinero que labrado
En las minas de Acla fué hallado.

Esta tal invencion ó burlería
A muchos estranjeros dió gran gusto,
Y es porque por sus letras se veia
Moneda ser de Octaviano Augusto ;
La cual hubo sospecha que corria
Entre gente de seso tan robusto.
¿Cómo, si fueran usos desta gente,
No hallaron mas desta solamente,

Sino cantidad dellas copiosa,
Pues funden oro, y veis plata labrada?
O ¿cómo, si de gente tan curiosa
Como fué la romana ya nombrada,
No halláramos hoy alguna cosa
Que esta hiciera mas certificada?
O ¿cómo, si grandeza tan notoria,
No la pusieran ellos en historia?

Ansí que por no ver aqueste uso
De dinero por estos naturales,
En gran admiracion á muchos puso,
Este que se halló sin otros tales ;
Y mas tan singular y tan recluso
En no jamás labrados minerales ;
Echaban pues juicios á montones
En aquella sazon muchos varones.

Mas por entendimientos no mal sanos
Fué la pura verdad investigada,
Y hallóse que dos italianos
Hicieron esta burla señalada,
Echando la moneda por sus manos
En la mina que tengo ya nombrada;
Declararon entrambos esta suerte
En el último trance de la muerte.

A semejanza desta compostura
Se fingen otros cuentos y novelas,
Y no van fuera de su conjetura
Las gentes de las dichas carabelas,
En aquella sazon y coyuntura
Que navegando van á todas velas
Hablando destas cosas muy sin miedo
Cada cual en derecho de su dedo.

Como porfías van por un rasero,
Y corren las parejas sano y manco,
Puesto que nunca den en el terrero
A ninguno podeis poner estanco;
Como lo de Cartago y lo de Hespero,
Opiniones también fuera del blanco,
Acerca de lo cual á circunstantes
Colon dijo razones semejantes.

« Esos cartaginenses pareceres
Conviene no tener por cierta cuenta,
Pues fueron (segun dicen) mercaderes
Que no sé dó se fueron con tormenta,
Y no llevaban hijas ni mujeres
Por quien aqueste mundo se acrecienta,
Pues venir á lo que hemos descubierto
Bien podemos tenello por incierto.

»Pero finjamos ser, aunque se yerra,
Por ir mal arrimados á verdades,
Está claro hacelles crüel guerra,
Hambre, temor, dolor, calamidades;
Al fin los consumió la misma tierra,
Do no suelen faltar enfermedades,
Y mas, segun afirman los leidos,
No siendo de los suyos socorridos.

» Ansí que nunca fué multiplicada
Tal gente por la cuenta que yo hago,
Pues no hallamos rastro ni pisada,
Ni un olor tan solo de Cartago;
La gente, como veis, es desbarbada
Y amigos como niños de halago,
De letras no señales ni memoria,
Ni cosas esculpidas por historia.

» Fueron cartaginenses mas agudos,
Tuvieron mas altivas condiciones,
No fueran tan bestiales ni tan rudos,
Antes mas allegados á razones;
No viéramos andar hombres desnudos
Teniendo tanta copia de algodones,
La gente que hemos visto deshonesta
República tuviera bien compuesta.

» Y puesto que la gente separada,
Que destas dichas islas procedia,
Fuera por largos tiempos olvidada
Del culto que primero conocia,
Aquí permaneciera conservada
Aquella su primera policía;
Pues procurán los malos y los buenos
Venir á mas y no venir á menos.

» Perdone pues cualquiera compañero
Porque este parecer yo le repruebo,
Y otra cosa también deciros quiero,
A la cual por razon sola me muevo:
Y es ser aquestas islas lo postrero
Que se pobló de aqueste mundo nuevo,
Siendo sus mas antiguos pobladores
Vecinos de la costa pescadores.

» A cada cual de nos se nos alcanza,
Por esperiencia larga que tenemos,
Poder atravesar con mar bonanza
Con aquestas piraguas que les vemos;
Y mas estos que tienen confianza
En ir siempre desnudos y con remos,
Poniendo sus destrezas y primores
En ser buzos y grandes nadadores.

» Ansí que los primeros que surgieron
En estas islas grandes y menores,
Vecinos de la tierra firme fueron,
Y como dicho tengo, pescadores;
Pero resta saber por dó vinieron
A la tal tierra firme pobladores,
Pues lo que la ventura nos ofrece
De principio y origen no carece.

» Los que las tales tierras han poblado
Acá pasaron por algun estrecho,
Huyendo de algun caso desastrado,
O ya buscando tierras de provecho,
Entonces el estrecho muy cerrado,
Y hubiese mayor boca después hecho;
Pues suelen en tormenta y en bonanza
Hacer por tiempos mares gran mudanza.

» No merece yerro que se crea
Tener el tal estrecho por muy cierto,
Tiempos podrán venir en que se vea
Mas no por navegante mas esperto;
También digo que puede ser que sea
Antes de muchos años descubierto;
Porque la tierra nueva descubierta
Para grandes empresas abre puerta.

» Por aquí pues pasaron estas gentes
Sirviéndose de balsas por navíos,
O ya fuesen los tales descendientes
De linajes gentiles ó judíos;
O indio y gentil hechos parientes
Mezclándose las aguas de los rios,
Y aun esta misma creo que seria
Gente de confusion y behetría.

» Fueron estas naciones divididas
De las partes do fueron procedentes,
Antes de ser las letras estendidas
Ni se comunicara á todas gentes;
Como tampoco son hoy conocidas
De infinitos hombres insipientes;
Porque puesto que corren buenas artes,
Aun no pueden llegar á todas partes.

» ¿Cuántos pueblos hay entre cristianos
Por Italia, por Francia, por España,
Do no halleis letores ni escribanos
Ni pueden á las letras darse maña?
Ved vuestros mas vecinos y cercanos,
Ved la rusticidad de la montaña:
¡Qué seria, si hoy están tan botos,
Por siglos de memoria tan remotos!

» Ansí que letras nunca hallaremos
En este nuevo mundo descubierto,
Puesto que no dudamos que hallemos
Gente de mas razon y mas concierto;
Después que mas adentro lo calemos,
Y el curso dél se muestre mas abierto,
Reyes se hallarán y emperadores,
Potentes y riquísimos señores.

» En lo demás que Hespero nos ofrece,
Si consentís que diga lo que siento,
Cosa ridículosa me parece
Y fuera de razon y fundamento;
Pues un tan gran olvido no merece
Un orbe de riquezas tan sin cuento,
Ni nuestros españoles son varones
Para se lo dejar entre renglones.

» Orbe tan principal, tan señalado
Tan lleno de riquísimos tesoros,
No pudiera no ser tan frecuentado,
Que cosa no supieran mas de coro;
Y no solo en navíos, mas á nado
Vinieran á coger manzanas de oro;
Las Hespérides pues del Oceano
Mas cerca las teneis y mas á mano.

» Puesto que se renuevan las naciones
Por tiempos, y los nombres se varían,
Nunca se pierden las contrataciones
Ni curso de los que iban y venian,
Mayormente hallando ricos dones
Con que mas su caudal enriquecian;
Y en estos ricos reinos y tan buenos
Bien podemos creer no fuera menos.

» Pudiéramos también hallar señales
Que fueran mas patentes ó bastantes,
Como son edificios ó animales
De los que llevar suelen contratantes;
Pero cosa no vemos de las tales,
Perros, gatos ni otros semejantes;
Al fin tal opinion ó tal sospecha
Con esta que es mejor queda deshecha.

» Y si quien esto dijo se movia
Por duracion de las navegaciones,
No goza de victoria su porfía,
Ni me confundiré con sus razones;
Pues navegar entonces se hacia
Con muchas mas prolijas dilaciones,
Como el nuestro sera de otra manera
Desque mejor se sepa la carrera.

»Ansí que destas tierras, caballeros,
Nunca jamás nacion tuvo memoria,
Sino que sois vosotros los primeros
Y los que mereceis toda la gloria;
Habeis de ser sus ricos herederos
Y origen y principio de la historia;
Y pues medida fué por vuestro vaso,
No se hable ya mas en este caso.»

Con semejantes temas y porfías
Caminan por la mar nuestros hispanos,
Sin que perturben sus derechas vías
Occidentales vientos ni solanos;
Y al cabo de correr cincuenta dias
Llegaron á los reinos castellanos;
Súpose todo desde la ribera,
Y agora cantaré de qué manera.

En un monte no menos levantado
Que el fuego que la máquina rodea,
Fingen un edificio fabricado
Que los lugares della señorea;
Pues no lo puede ser tan apartado
Que desde sus alturas no se vea
Y sean percebidas claramente
Las voces del oriente y el poniente.

Sus cercas y sus torres trasparentes
Y en ellas varias cosas esculpidas,
Hay negociantes de diversas gentes
Que hacen las ignotas conocidas:
Los males y los bienes son patentes,
Exentas las entradas y salidas,
Pues con tener gran número de puertas
A todas horas las vereis abiertas.

La palabra que hablan al oido,
Pasando por allí tan alto suena,
Que no puede hacer mayor ruido
En cóncavos lugares la voz llena;
Es luego lo secreto divertido
Ansí de cosa mala como buena,
A causa de ser todos pregoneros
Locuaces, fanfarrones y parleros.

Cada cual puede ser libre y exento,
Eso me da los malos que los buenos,
Y en las repeticiones de algun cuento
Siempre se dice mas antes que menos:
Los que frecuentan mas el aposento,
De chismes y novelas andan llenos,
Del murmurio y ardores desta llama
Nace la gran giganta dicha Fama.

Hermana fué de Ceo y Encelado,
En fuerzas y grandeza mas pujante,
De cuanto puede ser en lo criado
Escucha singular y vigilante:
Su cuerpo tan terrible y encumbrado
Que por menos se juzga ser Atlante,
Pues su conversacion es en el suelo
Y junta la cabeza con el cielo.

A lo mas alto sube sin escala,
No tiene su mirar impedimento,
De pluma son sus joyas y sus galas,
De ver y de mirar es el intento;
Ayúdase de muy lijeras alas,
Veloces mucho mas que las del viento;
Tienen todos sus plumas y cañones
Ojos á la manera de pavones.

Y siempre vigilantes y advertidos
Harto mas que de Argos se nos cuenta;
Ansimismo posee mil oidos
Por do percibe lo que representa;
Cuantos nacieron son sus conocidos,
O ya con gran honor ó gran afrenta,
A veces es feroz, á veces mansa,
Y cuanto mas camina menos cansa.

Tiene desde los ojos á las plantas
En voces y murmurios muy enteras
Cien mil bocas y lenguas y gargantas,
Que lo que fué y no fué tratan de veras;
Tiene por las espaldas otras tantas
Locuaces, habladoras y parleras,
Dicen lo cierto, hablan falsedades
Y mentiras á vueltas de verdades.

La vista deste monstruo tan terrible
Penetra las paredes y rincones,
Percebiendo lo mas imperceptible,
Hasta los mas ocultos corazones;
Hácese muchas veces invisible,
Atalayando plazas y cantones,
Y ansí lo que pensais ser ocultado
Por muchas partes anda derramado.

Con los efetos pues de tales mañas
A pregonar comienza los misterios,
Engrandecidos hechos y hazañas
Deste que descubrió nuevos imperios,
No solamente por nuestras Españas
Pero por otros muchos hemisferios,
Y puesta de rodillas y postrada
A nuestros reyes dió tal embajada:

«Príncipes de virtud pura y entera,
Católicos y bienaventurados,
Yo soy aquella Fama pregonera
De todos los presentes y pasados.
Entre ellos fuí nacida y en la era
Que los primeros fueron engendrados,
Haciendo manifiestos los renombres,
Hechos y condiciones de los hombres.

»Porque sin respetar quiénes ni cuáles
Ellos mismos me dieron por oficio
Decir siempre los bienes ó los males
De todos cuantos fueron *ab inicio*;
Y en los estados altos y reales
Uso con mas vigor tal ejercicio;
Pregono de los malos mas ó menos,
Mas en quien mas reparo son los buenos.

»Destos dije grandezas y no pocas
En edades presentes y pasadas,
Ansí de las espadas como tocas;
Mas ya no pueden ser rememoradas,
Por tener sin cesar lenguas y bocas
En vuestras escelencias ocupadas,
Callando los loores de otras gentes,
Delante vos y vuestros descendientes.

»Heróicos hechos son claros y bellos
Los de otros capitanes y señores,
Mas no me dan lugar á tratar dellos
Los vuestros y de vuestros sucesores;
Y aun dudo si podrá comprehendellos,
Porque monarcas son emperadores,
Por quien tengo de ser esclarecida,
Y á quien he de servir toda la vida.

»De mas del gran imperio de romanos,
Imperio ternán otro, dél distinto,
Aquestos sucesores soberanos,
Que mayores serán de lo que pinto:
Verná Filipo Magno, rey de hispanos,
Hijo del invencible Carlos quinto,
Señor universal de las regiones
De árticas y antárticas naciones.

»De todo lo sabido y encubierto
Aqueste regirá la monarquía,
Lo mas incierto desto hago cierto,
Sin olor de lisonja ni falsía;
Porque vuestro Colon ha descubierto
El mundo que mil veces prometia:
Llegado es ya con hombres de estrañeza,
Y muestras de grandísima riqueza.»

Encareció las nuevas que reporta
Con otro razonar muy mas prolijo;
Pero con todo esto quedó corta,
Pues era mucho mas de lo que dijo:
Los reinos conociendo lo que importa,
Bendicen al que todo lo bendijo,
Y al inventor de los descubrimientos
Estaban esperando por momentos.

Colon dió gracias al Omnipotente
Cuando desembarcó donde queria;
Y en Palos donde estaba de presente
Causó sumo contento y alegría,
Ocurriendo gran número de gente
A ver los hombres nuevos que traia,
Los granos de oro, piedras escelentes,
Las aves de las nuestras diferentes.

Con las recreaciones que convino,
De todos recebia gran deporte,
Del consorcio fiel que con él vino
Regalaron también cualquier consorte;
Mas él, no dilatando su camino,
Luego se despachó para la corte,
Para le dar al rey las relaciones,
Y conseguir merced y galardones.

Efetuando pues aquesta via,
Que con todo hervor continuaba,
Gran número de gentes acudia
A cualquiera lugar donde llegaba,
Y con admiracion se detenia
En contemplar las cosas que llevaba;
No solos los vecinos populares,
Pero también personas singulares.

Como mozuelos rústicos nacidos
En el cortijo vil ó pobre villa,
Que en su rusticidad fuesen traidos
A ver las escelencias de Sevilla;
Y de tan grandes cosas conmovidos
Juzgasen ser estraña maravilla,
Y estuviesen de tratos tan inmensos
Atónitos, pasmados y suspensos;

Ansí también por campos ó poblados
Do quiera que guiaba sus pisadas,
Hacia los humanos espantados
De ver gentes destotras estremadas;
Admíranse los dotos y letrados,
Las gentes simples y las avisadas,
Los mozos, los de trémulas querellas,
Las viejas, mozas, niñas y doncellas.

Pues el aumentador de la corona,
En continuacion desta porfía,
Llegó con los demás á Barcelona,
Adonde nuestro rey cortes tenia,
Y donde recebieron su persona
Con nunca jamás vista cortesía,
Porque los altos reyes de Castilla
En su presencia mandan dalle silla.

Reciben deste hecho gran consuelo
Aquellos benditísimos cristianos;
Y el gran Colon con el honesto velo
Que usan avisados cortesanos,
Hincadas las rodillas por el suelo
A sus Altezas les besó las manos,
Y dió la relacion de su ventura
Por bastantes razones y escritura.

Holgó la reina mucho de la cuenta
Que daba, y de las cosas que decia;
Mas sin comparacion fué mas contenta
Viendo la nunca vista compañía,
Y mucho mas de ver que le presenta
Aquellos granos de oro que traia,
Y aquellas aves verdes, coloradas,
De hombres jamás vistas ni halladas.

Las damas, los galanes mas polidos,
Los que tuvieron esto por patrañas,
A gran admiracion son conmovidos
Cuando miraban cosas tan estrañas,
Juzgando por varones escogidos
Los que supieron darse tales mañas,
Y juntamente con los que se espantan
Los ánimos de muchos se levantan.

Porque por acudir á lo que debe
El varon de prosapia generosa,
Viendo proezas otras él se mueve,
Con impulso de envidia virtüosa;
Y hace que su gloria se renueve
Con alguna hazaña grandïosa,
Sin que cosa se ponga por delante
De riesgo ni peligro que lo espante.

Ansí también el noble cortesano,
Oyendo tales cosas se destierra,
Encendido de brío mas lozano,
Y lleno del deseo de tal tierra,
Para probar allí la fuerte mano
Que piden los rigores de la guerra,
Gozando los despojos y preseas
Que esperaban sacar destas peleas.

Hablaban al Colon, y respondia
A voluntad de todos y á medida,
El cual ya deseaba ver el dia
En que se despachase su partida,
Por ir á socorrer su compañía,
Y ansimismo dar orden á su vida;
Están desto los reyes advertidos,
Y del deseo mismo poseidos.

Mas luego dieron á la nueva planta,
O plantas nuevas de la tierra rica,
La norma que las ánimas levanta
Y á riquezas eternas las aplica,
Haciéndolas lavar con agua santa
Que culpas y pecados purifica,
Siendo los mismos reyes sus padrinos
Como testigos ciertos fidedinos.

Luego consultan la romana sede,
Mediante peticion en todo pía,
Para que les conceda como puede
El mando desta nueva monarquía;
Lo cual el padre santo les concede,
Y sus bastantes letras les envía;
Y el que les concedió las bulas desto
Fué Alejandro, deste nombre sesto.

Teniendo pues la rueda con el clavo,
Con el Colon hicieron el concierto,
Que fué, si le durara, harto bravo,
O con salud ó ya después de muerto;
Pues de sus rentas daban el dozavo
De lo por descubrir y descubierto,
Y mandan que se parta brevemente
Con copia de navíos y con gente.

Mas para que volviese mas pujante
Y fuese de la gente respetado,
Nombráronlo también por almirante,
Por ser honorosísimo ditado;
Ansimismo con honra semejante
Bartolomé Colon, adelantado,
Mandáronle las cosas que convino
Y sobre todas el honor divino.

Enviaron también estos señores,
Como reyes en todo proveídos,
Bastante copia de predicadores
En costumbres y letras escogidos,
Para que de tan buenos precetores
Fuesen los naturales instruídos,
De quien por provisor vino conscrito
Fray Buil, catalán, fraile benito.

Demás de catalanes y soldados
Instrutos en el uso de las guerras,
Envían hombres llanos y casados
Para labor y culto de las tierras,
Y muchas diferencias de ganados
Que huellen ansí llanos como sierras,
Y á vuelta de los hombres principales
Mecánicos y diestros oficiales.

Porque la majestad sacra quería,
También entre banderas y estandartes,
Entrejerir razon y policía,
Divina religion y buenas artes;
Y todo lo que el mundo producía
Sembrar y trasplantar en estas partes;
Dar á los naturales beneficios
De provechosas artes y de oficios.

Quisieran estos reyes singulares
En aquestos sus amplios señoríos,
Que hasta las zavanas y manglares
Y todas las riberas de los ríos
Se les tornaran viñas y olivares,
Y no campos inmensos tan vacíos,
Sino hacer las tierras provechosas
Y en ellas jamás ver gentes ociosas.

Debióles parecer impedimento
Para civiles guerras y contiendas,
Total, porque lo es segun yo siento
A los que están asidos destas prendas;
Y camino de grande movimiento
El carecer de tierras y haciendas,
Porque gentes baldías y perdidas
No temen de perder almas y vidas.

Habian otras cosas ordenado,
Segun disposicion de aquella era,
Y dadoles navios y recado
A los que de correr han la carrera;
Pero quedémonos en este estado,
Y aquesta parte sea la primera:
Vamos á las elegías prometidas
Donde estas gentes van entrejeridas.

ELEGIA II.

A la muerte del capitán RODRIGO DE ARANA, *en la cual asimismo se prosigue el descubrimiento de las Indias.*

CANTO PRIMERO.

Cante Clio los hechos soberanos
De la gente segunda vez venida,
Melpómene los casos inhumanos,
Desastres de españoles y caida,
Y la primera sangre de cristianos
Que en este nuevo mundo fué vertida;
Ponga su caudal pobre mi memoria
En el banco comun, que es el historia.

Pues para ver aquesta maravilla
Se tiene por cobarde quien se queda
De los gentiles hombres de Castilla,
Sujetos á las vueltas de la rueda:
Van dos hermanos Porras de Sevilla,
Mosén Pedro, y Alonso de Hojeda,
Anton de Torres, y Roldán Jimenez,
Y otros de quien diré males y bienes.

Andaluces y gentes castellanas
Con varias invenciones de ropajes,
De sedas, de brocados y de granas
Vestidos los señores y los pajes;
Guarnidos los galanes y galanas
De trémulos penachos ó plumajes,
Hervian juveniles accidentes
Que huyen de sus deudos y parientes.

Diferenciados van en los arreos,
Pero conformes en el esperanza,
Pues que para hacer estos empleos
Ninguno rehusaba la mudanza;
A los temores vencen sus deseos,
Y ansi los fatigaba la tardanza,
Colocando su próspera ventura
En su viaje ser de poca dura.

De Palos y Moguer van capitanes
Diestros en todos cursos del esfera,
Como Pinzones, Niños, y Beltranes,
Que dieron grande luz á la carrera;
Vuelve Martin Pinzon, Vicente Yañez,
Por parte principal de la bandera;
La gente tiene Cádiz recogida
Para poner en obra la partida.

Mil y quinientos eran los soldados,
Diez y siete fornidos galeones,
Y en ellos buena copia de ganados,
Que son de diferentes condiciones,
Para poblar los campos despoblados
Y aprovechar en otras ocasiones,
Segun que nueva tierra requeria
Para orden, razon y policía.

Todas las cosas pues aderezadas,
Recogida la gente de la flota,
Las corvas anclas fueron elevadas
Y asidos los estremos del escota;
Las velas sinñosas desplegadas
Con viento hecho para la derrota,
Guian agudas proas los timones
Con santas y devotas oraciones.

El ínclito Colon sale delante
En poderosa nao capitana,
A quien por nombre dió *Marigalante*,
Por ser no menos fuerte que galana;
Y aquesta le dió nombre semejante
A la isla que vido comarcana;
La otra isla dicha Guadalupe
Fué por él Almiranta, segun supe.

Dejando pues los puertos y riberas,
O con mesanas solas ó trinquetes,
O puestas hasta velas cebaderas,
Peligrosas á pajes y grumetes,
Recogen por entonces las banderas
Flámulas, estandartes, gallardetes;
Por derrotas mas cómodas y retas
Arando van las aguas inquietas.

Puesto caso que son almadiados
Del olor y marinos movimientos,
En gran manera van regocijados
Alegres, placenteros y contentos,
Por ser á todas horas ayudados
De prósperos aflatos de los vientos,
Y mucho mas desgusto les causaba
Lo poco que lo mucho que ventaba.

Desta manera guian el armada;
Y habiendo cuatro meses navegado,
Dieron en una isla despoblada
Algun alivio para su cuidado:
Pusiéronle por nombre Deseada,
Por ser su hallamiento deseado,
Luego la Guadalupe mas avante
De aquella que nombró Marigalante.

Luego Domingo, de la cual se nombra,
Al austro demoró la Dominica,
Que con atroces hechos nos asombra,
Segun el esperiencia certifica;
Como Matinino de cuya sombra
Huir el marinero se publica;
Pues estas dos con sus pequeñas barcas
Han puesto confusion en las comarcas.

Salen de aquí caribes con armadas,
Corriendo los confines comarcanos
En sus piraguas bien aderezadas,
Ayudadas de velas y de manos;
Hacen á tierra firme sus entradas,
Acometen á pueblos de cristianos,
Son tan bravos, feroces y tan diestros
Que hacen poca cuenta de los nuestros.

Sus flechas son de yerba tan insana
Que mueren cuantos della son llagados,
La gente destas islas es lozana,
Altos, fornidos, bien proporcionados,
Y todos ellos comen carne humana,
Mejor que la de puercos ó venados;
Acometen con mas atrevimiento
Que tigre que á la caza va hambriento.

Esta ferocidad que se recita,
Porque no la juzgueis por desvarío,
La certidumbre della nos incita
A deciros de un amigo mio,
Vecino de la isla Margarita,
A quien tomaron estos un navío,
Todos sus hombres muertos y captivos,
Pues él y otro no mas quedaron vivos.

Y pues quiero tratar de cosa cierta,
Si con buenos alguna cosa valgo,
No te pese, letor, que me divierta,
Para que deste pueda decir algo;
Pues casi nos estamos en la puerta
Y de las dichas islas no me salgo;
Recogeréme bien en el estilo,
Y volveré después á nuestro hilo.

Este que padeció fortunas malas,
Y el hado por allí le fué siniestro,
Sabrás que se llamaba Joan de Salas,
Antiguo capitán, soldado diestro;
Y en medio de los tiros y las balas
En mocedad fué compañero nuestro,
Ejercitándonos por tierra y agua
En las crüeles guerras de Cubagua.

Año de tres quinientos y cincuenta,
Estando Joan de Salas en Guayama,
Puerto del Boriquén, con mas de treinta
Mancebos de valor y buena fama;
Esta caribe gente, vil, sangrienta,
A hacer sus entradas se derrama,
Para hartar de carne razonable
Aquella hambre toda detestable.

Guiaron las piraguas y el armada
Al dicho Boriquén con diligencia,
Isla por todos tiempos infestada
De tan abominable pestilencia;
A parte van sabida y asechada,
Sin recelo de mucha resistencia,
Tan secretos y fuera de ruidos,
Que nunca fueron vistos ni sentidos.

Esperaron la noche que los cela,
Para dar en el puerto ya nombrado;
Entrando dieron en la carabela,
Donde Salas dormia descuidado,
O confiado de la centinela:
Descuido no de hombre tan cursado,
Era su sueño tal, que la reyerta
Y el golpe de macana los despierta.

Bien como delincuente que se esconde
En casa que pensó tener propicia,
Como de duque, de marqués ó conde,
Y allí también lo cerca la justicia,
Procura de huir, no ve por dónde,
Ni puerta satisface su codicia,
Y como no le cuadra lo que piensa,
A sus manos comete la defensa;

Desta suerte la gente recogida
De nuestros desdichados castellanos,
Viendo que se les veda la huida
Por aquellos salvajes inhumanos,
El amparo y defensa de su vida
Pusieron en la fuerza de sus manos;
Mas para tanta lanza, dardo, flecha,
Ninguna cosa ya les aprovecha.

Turbólos mal tan repentino trueno,
Con lluvias tan espesas y pesadas,
Que no pueden hacer efeto bueno
Las armas del asalto descuidadas;
Mas las macanas duras dan en lleno,
Rompiendo piernas, brazos y quijadas,
Pues fuéle sin segundo la tal pieza
Hender de un golpe solo la cabeza.

Rencuentro de descanso muy avaro
Sostuvo Joan de Salas hasta el dia,
Y á sí y á otro hizo gran amparo
Con unos cuerpos de armas que tenia:
Mas descubrióle luego con lo claro
Sin vida la restante compañía;
Aflojan de defensa los motivos,
Viendo que solos ellos quedan vivos.

Visto tan grande número de gente,
Y cierto su morir si se defienden,
Hablóles Joan de Salas blandamente
En lengua guayqueri que bien entienden;
Respóndenle también incontinente
Diciendo que comello no pretenden,
Sino que se les dé por su captivo,
Si quiere desta guerra quedar vivo.

Aunque sabia bien la destemplanza
Destas bestiales gentes y naciones,
De las manos largó la corta lanza
Y las pesadas armas de algodones;
Con una mas que firme confianza
De se poder librar destas prisiones,
Llamando siempre con cristiano pecho
A Dios, que lo librase deste hecho.

Recogen los caribes el pillaje
Con aceleracion de gente suelta,
Rehacen su cruel matalotaje,
De los que muertos son en la revuelta,
Y sin dilatar punto su viaje,
A las infames islas dan la vuelta,
Y antes que se hiciesen á la vela
Mandaron abrasar la carabela.

Todos los labradores y vaqueros
Que residian por aquel partido
Huyeron en caballos muy ligeros,
Luego como sintieron el ruido;
Y atalayando bien por los oteros,
Después que el claro dia fué venido
Reconocieron ser las gentes malas,
Y en las piraguas ven á Joan de Salas.

Por mar y tierra van la triste nueva
Amigos y parientes lamentando,
Y á su querida madre se le lleva,
Que estaba por momentos esperando;
No hay duro corazon que no se mueva
Oyendo los clamores que está dando:
Tales y tantas lástimas decia,
Que el pecho mas crüel enternecia.

«¡Hijo mio! ¿Qué nuevas tan estrañas
De las que tú, mi bien, enviar sueles?
¡Hijo! ¿Dó están las fuerzas y las mañas
Que tenias con estos infieles?
¡Hijo! que te trajeron mis entrañas,
Y agora las de bestias tan crüeles!
¡Hijo! ¿Quién te llevó? cómo me dejas?
¿Dó estás? cómo no oyes estas quejas?

» Perdíte yo, dejásteme perdida,
Sin vida tú, yo della mal pagada.
¡Oh madre para tanto mal nacida!
¡Oh hijo de la madre desdichada!
Pues que sin ver la tuya ve su vida
Con tanta desventura rematada,
Eclipsi padeció mi llena luna,
Menguada por mal órden de fortuna.

» La cual no se compone ni concierta
Segun pide razon que se concierte,
Antes á sinrazones abrió puerta
Cuando su variedad echó la suerte;
Dilatando los dias á la muerta,
Y al merecedor dellos dando muerte,
Para que en la morada deste suelo
Eterno llanto sea mi consuelo.»

Sus venerales canas van sin toca
Ante la imagen del Jüez eterno,
A dolorosas lágrimas provoca
A cuantos viven en aquel gobierno;
Y ansí los golpes de su blanda boca
El duro corazon tornaban tierno,
Y en tres años contínos de demora
El templo visitaba cada hora.

Allí hablaba con la Virgen pia,
Cuyos brazos tenian su maestro;
Las palabras formales que decia
Aquí se ponen sin color siniestro:
«Dadme mi hijo ya, señora mia,
Y por seguras prendas ese vuestro.»
Fué tal el gran hervor desta batalla,
Que tuvo Dios por bien de consolalla;

Y ansí fué que después del vencimiento
En esta miserable servidumbre,
Le hicieron un blando tratamiento,
Fuera de lo que tienen de costumbre;
Valióse de su buen entendimiento,
Y Dios que fué servido dalle lumbre,
Para saber ganar las voluntades
A gentes llenas de cien mil maldades.

Cuando guerra con indios se movia
Daba su parecer en el viaje,
Arco, macana, flechas se ponia,
Sus meneos, posturas y su traje;
Sucedióles bien lo que decia,
En señalar lugar, tiempo, paraje,
Y ansí no rehuyó mozo ni viejo
De tomar en la guerra su consejo.

Con brio varonil, fuerte, robusto
Hizo venturosísimos empleos,
Puesto caso que no le daban gusto
Semejantes vitorias y trofeos;
Pues á su libertad y á lo mas justo
Iban encaminados sus deseos,
Y descubria siempre sus motivos
A indios que con él están captivos.

Decíales «que gran cosa seria
Una noche hurtar una piragua,
La cual en breve tiempo yo pornia
En los puertos y playas de Cubagua;
E yo confio en Dios que nos daria
Socorros en los vientos y en el agua.»
Persuadíales cada momento,
Pero faltábales atrevimiento.

Estando pues en vida tan molesta,
Y en tierra de costumbres inhumanas,
Hicieron los caribes una fiesta
Con los de aquellas islas mas cercanas,
De todas piedades descompuesta,
Ritos y cerimonias mas que vanas;
Y para mas maldad en sus escesos
Mataron destos indios los mas gruesos.

Vista por todos esta desventura
De los indios captivos cuarteados,
Vió Joan de Salas buena coyuntura
Para persuadir sus allados,
Diciendo: «no teneis hora segura,
Y todos morireis despedazados,
Huyàmonos à tierras de cristianos,
Que buen tiempo tenemos en las manos.

»Vámonos esta noche venidera,
Que mucho bien podeis sin ser sentidos,
Pues en la fiesta desta borrachera
Todos estos están embebecidos;
E yo tengo piragua muy lijera,
Comida y aparejos prevenidos.»
Respondió la compaña temerosa,
Que ya no deseaban otra cosa.

Habia por la isla derramadas,
Parece ser de naos allí perdidas,
Número de machetes y de espadas,
Barriles, lienzos, ropas ya podridas,
Y otras algunas armas enastadas,
Que perdieron sus dueños con las vidas:
Desto tomaron lo que les convino,
El y aquel español que con él vino.

No se torció fiel de las balanzas,
Para lo barruntar las gentes fieras;
Porque cuando tenian sus holganzas
Y aquellas mas que torpes borracheras,
Los esclavos hacian las labranzas,
Rozando montes para sementeras,
Demàs de ser la isla montuosa,
Sin que de campo raso tenga cosa.

Llegada pues la hora competente,
Sin claridad, por selles odiosa,
Recógese la fugitiva gente
Con quietud en todo temerosa:
Hicieron oracion devotamente,
Invocando la Virgen gloriosa;
Fueron do están varadas las piraguas,
A meter una dellas en las aguas.

Con aquel gran silencio que convino,
La meten en la mar todos alerta;
Y como no tuviesen tanto tino
Para la componer en orden cierta,
Un golpe de la mar que sobrevino
Quitóles de la proa la compuerta:
Los indios desmayaron grandemente,
Y quisieran huir incontinente.

Como ladron que va por los rincones
A robar ó matar hombre dormido,
Y con los piés dió tales tropezones
Que pudieron causar algun ruído,
Huyó luego de tales ocasiones,
Teniendo ya por cierto ser sentido;
Y aunque el otro no viene ni despierta,
Se sale por pared ó por la puerta;

Ansí también con el desmán que hubo,
Estos porque creian ser sentidos,
Huía cada cual, y no mantuvo
Palabras ni conciertos prometidos;
Empero Joan de Salas los detuvo,
Diciéndoles: «volved, que vais perdidos,
Si no, yo buscaré vias y modos
Para que de mañana murais todos.»

Percebiendo tan ásperas razones,
Volvieron, como dicen, á la danza
Y adelante de las reventazones
Sacaron la piragua con bonanza:
Amaran, ponen ahí festinaciones,
Asientan la compuerta sin tardanza,
Con aceleracion jamás oida,
Meten armas, barriles y comida.

Arde la diligencia como fragua
Mas que de marineros y grumetes,
Sin saludar los huéspedes al agua
Salen y sin iguala de los fletes;
Gobierna Joan de Salas la piragua,
Toman los otros ocho canaletes,
No corre sino huye la galera
Bien puesta, lozanísima, lijera.

Los puños cada cual dellos aprieta,
Ella ni mas ni menos apretaba,
Y en alta mar le ponen la veleta
Con la cual no corria, mas volaba:
El agua con bonanza se aquieta,
El viento lo que quieren eso daba,
A vela y remo llevan la porfia
Hasta que ya llegó la luz del dia.

No vian ya la tierra que dejaban,
Ni vella deseaban ni querian,
Un punto solamente no cesaban
Aunque los flacos cuerpos lo pedian:
Si los unos un poco descansaban,
Los otros con mas fuerzas acudian,
No paran con la luz ni con escuro,
Hasta poder hallar lugar seguro.

Con esta diligencia que replico,
A cabo ya de tres ó cuatro dias,
Llegaron à San Joan de Puerto-Rico
Donde vieron cristianas compañías,
Y donde no quedó grande ni chico
Que no hiciese grandes alegrías,
Desterrando la pena recebida
Con ver su libertad y su venida.

Y ansí como milagro descubierto,
Que tal les parecia lo que escribo,
Infinidad de gentes van al puerto
A ver el libertado de captivo,
Habiéndolo llorado como muerto,
Y ahora lo gasajan como vivo,
Cada cual ofreciendo su posada
Con una caridad bien ordenada.

A todos ellos Salas respondia
Haciendo cumplimientos cortesanos;
Y con la fatigada compañía
Que se escapó de las crueles manos,
A la iglesia se fueron recta via
A dar gracias á Dios como cristianos,
Y en ella se quedaron nueve dias
En santas oraciones y obras pias.

El tiempo que estuvieron recogidos
Del pueblo todo fueron visitados,
Y regaladamente proveidos
De nuestros alimentos deseados;
Ansimismo de copia de vestidos
Con gran magnificencia reparados,
Y luego Joan de Salas apareja
Ir á regocijar su madre vieja.

Para se despedir hidalgamente
A todos en su casa los visita,
Al puerto fué con él ilustre gente
Con aplauso, placer y grande grita;
Y en una carabela conviniente
Partió para la isla Margarita,
Adonde se tenia por muy cierto
Nunca vello jamás vivo ni muerto.

En la tierra saltó desconocido
Como tomó la isla conocida;
La venida del hijo bien venido
A la madre tentó quitar la vida:
Pues en el mismo punto que lo vido
Cayó delante dél amortecida,
Por no saber tomar el hijo bueno
El aviso que cuentan de Galeno.

Y no dejó de ser gran desatino
Llegar sin avisar su buena suerte,
Pues lo pudo hacer desde el camino,
Porque con el aviso se despierte;
El gozo finalmente repentino
En estremo la puso de la muerte;
Pero volvió después, y ansí gozaba
De la cosa que tanto deseaba.

Preguntándole siempre muchas cosas
A su captividad yendo y viniendo,
Sus dias y sus obras trabajosas
Entre vulgo bestial y tan horrendo;
Y de todas las islas peligrosas
Que va Colon agora descubriendo,
De do me diverti contando esto;
Mas ya quiero volver al mismo puesto.

Porque pasando van por la Barbada,
Y el Aguja, que tal al marinero
Le parece por ser punti-delgada,
Las Vírgenes, los Santos, el Sombrero,
San Cristóbal, después del Anegada
San Juan del Boriquén, Fuerte-Guerrero,
Ven otra que por ser en aquel dia
Por nombre le quedó Santa Lucía.

Dando pues sus reguardos y desvíos
A piedras y bajíos ocultados,
En una destas islas y sus rios
Tomaron agua para los ganados
Que traian en todos los navíos,
Puesto caso que ya menoscabados;
Pues, por las que en sus aguas perecieron,
El golfo de las Yeguas le dijeron.

Su próspera carrera navegando
Los diestros y fieles marineros,
Por muchas otras islas van pasando,
De vellas tan viciosas placenteros:
Fuéronse pues las naves acercando
A do dejó Colon sus compañeros;
Y en el canto que viene se procura
Deciros algo desta desventura.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta la muerte del capitán Rodrigo de Arana, cordobés, y de lo que hizo Colon llegado á la Española.

No vive todas veces con sosiego,
Ni da seguridad á sus placeres,
El que hace cabeza de su juego
Sin admitir ajenos pareceres:
Huye de la razon el amor ciego,
Y ciegan las lascivias de mujeres;
En todos los principios indecentes
Los fines tienen mil inconvinientes.

Si fuera de pasion Colon mirara
Aquello que Martin Pinzon decia,
Agora ni gimiera ni llorara
La muerte de su noble compañía;
La cual también de muerte se librara
Usando de las reglas que él ponia;
De manera que bien mirado todo
En ambas partes hubo no buen modo.

Pues para ver el mal no descubierto
Que concebian imaginaciones,
Entrando van agora por el puerto
Las naos y capaces galeones;
Entrando por buen orden y concierto,
Fondo dan á las anclas y resones,
Luego disparan tiros á porfía,
Y nadie de los suyos acudia.

No vian cruces puestas ni señales
De aquellos españoles deseados,
Tuvieron certidumbre de sus males
En ver los aposentos abrasados,
Y acá y allá correr los naturales
Con gran solicitud, sobresaltados,
Ocupando las sierras y los llanos,
Con sus arcos y flechas en las manos.

Reconocida bien la desventura,
E ya sin esperanza de hallallos,
Rogar á Dios por ellos se procura,
Y á los que los mataron castigallos;
Y ansí por selles buena coyuntura
Con escuro sacaron los caballos,
Y con aquel silencio que cumplia
Sacaron municion y artillería.

Gastada pues la noche con porfía
De sacarse las cosas principales,
Venida ya la luz del claro dia,
Acude cantidad de naturales;
Desechando temor y cobardía,
Como sabian ya que son mortales,
Y aquel acometer fué tan estraño
Que todavía recebieron daño.

Visto cómo les daban tanta priesa
Por las zavanas, por el arboleda,
Salió luego Colon, salió Nicuesa,
Salió también Alonso de Hojeda,
Torres, Roldán, Jimenez, que no cesa,
De rociar con sangre su vereda;
Aquí y allí se juegan las espadas
Ejecutando fieras cuchilladas.

Vestidos de su vana confianza,
Los indios golpes dan y los esperan,
La dura partesana, dardo ó lanza
No quieren permitir que pocos mueran;
Cristianos van haciendo gran matanza,
Indios en su locura perseveran,
Traspasan pechos, jaras y gorgueces,
Calles haciendo van los arcabuces.

Mas si crüel espada cortadora
Infiel escuadron hace sangriento,
Infinidad acude cada hora
Cebados del pasado vencimiento;
Pero cristiana parte se mejora;
A los contrarios fáltales aliento,
Y mas viendo diez hombres en caballos,
Gran espanto del rey y sus vasallos.

Como quien vió fantasma con escuro
Que se le figuró con cola y cuello,
El cuero del temor áspero duro,
Erizados los pelos y cabellos,
En el lugar mejor y mas seguro
Queda sin pulso, habla ni resuello,
Por ser tales visiones tan feroces
Que tapan los caminos de las voces:

Ansí con el aspeto repentino
De bestia nunca dellos conocida,
Ocúpalos tan grande desatino
Que su mayor furor dió gran caida;
Estrecho se tornó cualquier camino,
Aliento les faltó para huida,
Los mas valientes, sueltos, mas espertos
Pasmaban y quedaban como muertos.

Largaron ofensivas municiones
Viendo sus tristes hados y siniestros,
Luego pusieron dellos en prisiones
Los mas aventajados y mas diestros;
Tomáronles después sus confesiones
Acerca de la muerte de los nuestros,
Los cuales declararon maravillas,
Y á riesgo suyo quiero yo decillas.

Porque, segun dijeron los mayores,
Por indios que traian ya ladinos,
Toda su perdicion fué por amores
Andar deshonestísimos caminos;
Y es de creer, que son tales errores
Causa de muy peores desatinos;
Pues nunca lujurioso fué bien quisto,
Segun lo que leemos y hemos visto.

Ansí que, segun orden que se puso
En hacer el negocio manifiesto,
Dicen traer mujeres á su uso,
Quiero decir, á uso deshonesto;
También otro negocio mas confuso
Que diré, pero todo pende desto;
Y si, letor, dijerdes ser comento,
Como me lo contaron os lo cuento:

Entre los prisioneros desta gente
Un indio fué de buen entendimiento,
Y en todas buenas partes de valiente,
Decian no tener menos talento;
Aqueste confesaba claramente
El daño y el origen y el cimiento,
Y fué su confesion la que se sigue,
Segun de los procesos se colige.

El indio dijo : «Luego como vimos
Que destas tierras érades ausentes,
A cuantos nos dejastes los tuvimos
Por hombres inmortales, escelentes :
Y ansí como su gusto conocimos
Les dimos bastimentos suficientes;
Con obras, con palabras y semblante
Bailándoles andábamos delante.

» El rey y capitanes acudian
A hacer y cumplir lo que mandaban;
Ansimismo mujeres los servian,
Que todos los enfermos regalaban :
Muchos vocablos nuestros entendian;
Los indios muchos vuestros ya hablaban:
Juzgárades, con ser negocio fresco,
Ser liga y amistad de parentesco.

» Estando todos pues en tal estado,
Ajenas de nosotros falsedades,
El invido, crüel y duro hado
Usó de sus antiguas propiedades,
No siendo bien contento ni pagado
De que durasen estas amistades;
Y el infernal furor que no dormia
Luego nos revolvió por esta via.

» Una señora principal habia
Entre todos los nuestros celebrada,
De la cual vuestra noble compañia
Era por muchas veces visitada,
A quien Goaga Canari bien queria,
Y era dél por estremo regalada :
Allí tenia puestos pensamientos,
Deleites, pasatiempos y contentos.

» Entre todas las cosas, la natura
Esta ninfa crió por mas lozana;
No sabré dibujaros su figura,
Por parecer divina mas que humana;
Mas quiero comparar su hermosura
Al claro resplandor de la mañana;
Pues aunque la cubria mortal velo
No parecia cosa deste suelo.

» Las gracias de las otras eran muertas
Delante dones tan esclarecidos;
Suspensos se quedaban por las puertas
Pasando, sus cabellos esparcidos:
Y aquellas proporciones descubiertas,
Cadenas de potencias y sentidos;
Ablandaban también sus condiciones
Los mas endurecidos corazones.

» Diana vuestra gente la llamaba,
Teniéndola por cosa milagrosa,
A ella nunca desto le pesaba
Ni fué de sus loores desdeñosa,
Antes en gran manera se holgaba
Que todos la loasen de hermosa :
Enamorábanla vuestros varones
Con amorosas señas y razones.

» Uno principalmente la servia,
De sus amores harto lastimado,
El cual nunca de noche ni de dia
Cesaba de decille su cuidado;
Y á ella nada mal le parecia
Aqueste su fiel enamorado;
Y aunque este su querer disimulaban,
Con la vista mil veces se encontraban.

» Al fin que la señora y el sirviente,
Con ciertas medianeras interpuestas,
Vinieron á tratar secretamente
Aquellas pretensiones deshonestas,
Y sin que lo supiese nuestra gente
Tenian sus demandas y respuestas,
Y el aficion usando de sus artes
Corria con empresas ambas partes.

» Tocada pues la ninfa destas llamas
Envió mensajera diligente,
Avisando que sola con dos damas
Se bañaba por aguas de una fuente,
Cubierta con las sombras de unas ramas,
Secreta y apartada de su gente;
Si quiere ir, mas es mejor no vella,
Pues nada bueno ve que ver en ella.

» Porque veais la dama cuál estaba,
Con qué querer que mas al claro fuese,
Que decir el lugar do se lavaba
Y la señal en que lo conociese;
Y con ser lo que mas ya deseaba,
Decir al amador que no viniese;
Y cierto muy mejor le sucediera,
Si de las dos tomara la postrera.

» Al fin, la concesion nada dudosa
Llegó con negacion disimulada,
Por ser ya de mujer, siendo hermosa,
Antigua condicion y averiguada;
Que puesto que se muera por la cosa
Quiere con ella ser importunada :
Determinóse pues el sin ventura,
De no perder tan buena coyuntura.

» Hurtóse de su buena compañía,
Sin que la dama viese su respuesta,
Seria poco mas de mediodía
En el resistidero de la siesta;
Y viendo que ninguno parecia
Emboscóse por medio la floresta,
Y brevecillo espacio caminando
Llegó donde lo estaban esperando.

» Diana la princesa que lo vido
Mostróse con furor acelerada;
El mozo desto fué tan afligido
Que fué luego su alma traspasada :
Cayó con el dolor amortecido
Encima del escudo y el espada;
La ninfa, mal compuesto su cabello,
Determinó de ir á socorrello.

» Decia contemplando su figura :
«Hermano mio, dime, si me quieres,
» ¿Por qué quieres sin mí la sepultura,
» Sabiendo que no vivo si tú mueres,
» Y quedaré sin tí mas sin ventura
» Que cuantas han nacido de mujeres ?
» Recobra ya, señor, tu bello brio,
» Pues ya junto tu rostro con el mio.

» ¿Haces eclipsi, hijo de Latona?
» ¿No oyes, alma mia, lo que digo ?
» ¡Oh ninfas de Haities y Saona !
» A cada cual de vos hago testigo
» De cómo tomaré de mi persona
» Un mas que crudelísimo castigo;
» Maldad mia será si mas aguardo,
» Y con razon direis que ya me tardo. »

» Viendo del sentimiento cuál se para,
Una señora desta compañía
Recoge con las manos agua clara
Que por doradas piedras descendia,
Y roció los pechos y la cara
Del buen enamorado que yacia,
El cual tocado de amoroso tiro
Volvió con un grandísimo suspiro.

» Con esta breve muestra de bonanza
Aflojó la tormenta del tormento,
Teniendo de su vida confianza,
Viendo cómo mostró vital aliento :
Si en las tristezas hubo destemplanza,
Agora lloran todas de contento;
Y el mozo sin saber con quién estaba
Con aquestas palabras se quejaba :

«¡Oh Diana crüel mas que serpiente,
» Y mas que pedernal endurecida!
» ¿Qué crüeldad habrá que no lamente
» El trabajoso curso de mi vida ?
» El hombre de razon de amor se siente,
» La fiera suele dél estar vencida;
» Solo tu corazon de diamantes
» No siente lo que sienten los amantes.

» Aquí pereceré con la tormenta
» Del proceloso mar de mi tormento,
» Donde tu disfavor es el que venta,
» Sin que jamás se vea manso viento;
» Y aun si supiese que esto te contenta
» Sería para mí sumo contento;
» Pero por ajenarme de placeres
» No quieres que yo sepa lo que quieres.

» En aquestas terribles aficiones
» El dulce galardon que mas espero
» Es un reconocer tus intenciones,
» Y que conozcas tú que por tí muero;
» Y que si te dan gusto mis pasiones,
» Son estos los deleites que yo quiero
» Mas ¡ay de mí, que no sé qué pretendes,
» Ni si de voluntad sueltas ó prendes!»

»La ninfa respondió: « bien conocido
» Se tiene ya de mí lo que pretendo;
» Tú solo no serás el entendido,
» Al menos por tus quejas no te entiendo:
» Pues viéndote de mí tan bien asido,
» Dices que ni te suelto ni te prendo;
» Pero ternás por cosa conocida,
» Que del mismo que tengo soy tenida.

» Y con que la piedad esperimentas
» De señora de punto tan altivo,
» Me dices que naufragas en tormentas
» Por un amor del tuyo muy esquivo;
» Y huelgo de sufrir tales afrentas,
» Que las deshace todas verte vivo,
» Por ser tu vida ya, luz de mi dia,
» El principal sustento de la mia.»

» Oida del amante la serena
Que no para matar lo regalaba,
Con un alivio grande de su pena,
A las razones della discantaba:
«¡Oh voz suave de mi Filomena,
» A quien amor rindió flechas y aljaba!
» ¿Qué lugar puede ser en lo terreno
» Que iguale con la gloria de tu seno?

» ¡Oh aves, que con lenguas esparcidas
» Soleis regocijar las alboradas,
» En estas selvas frescas y floridas
» Por los umbrosos ramos derramadas!
» Cantad, que mis pasiones recebidas
» Con gran ventaja son recompensadas;
» Pues veis que sobrepujan los favores
» Las mas crüeles penas y dolores.

» Vencia mi dolor y mi tormento
» Los mas bravos escesos de tormentos,
» Y agora sobrepuja mi contento
» Al mas süave gusto de contentos,
» Aunque con gran temor de movimiento,
» Pues hay en todas cosas movimientos,
» Por ser fortuna tal y tal su rueda
» Que no pudo jamás estarse queda.

» Abate pujantísimos poderes,
» Deshace señoríos de pujanza,
» En cosas mayormente de mujeres
» Jamás tuvo segura la balanza:
» Allí son mas inciertos los placeres,
» Y está mucho mas cierta la mudanza;
» Y ansí creo será de poca dura
» Esta mi felicísima ventura.»

» La ninfa respondió: « de lo que sientes
» Está tan apartado lo que siento,
» Que del Cibao rio las corrientes
» Revolverán sobre su nacimiento,
» Y Ozama cesará de sus crecientes,
» Primero que yo tenga movimiento;
» Mas esas desventuras que decias
» Podríante venir por otras vias.

» Que bien sabes que rey es mi marido,
» El cual en guarda mia se desvela,
» Y está de mis amores tan vencido,
» Que hasta de los aires me recela;
» Y al rey lo mas oculto y escondido
» Por mil vias y modos se revela,
» Debajo de lo cual es lo mas cierto
» Que será nuestro caso descubierto.

» Sabido, ¿dónde piensas asconderte
» De flechas y flecheros violentos?
» O dó me defender y defenderte,
» Si tienes de defensa los intentos?
» Pues el mayor amparo será muerte
» Con varias invenciones de tormentos;
» Porque estos que tú llamas infieles
» Son cuanto mas cobardes mas crüeles.

» ¡Oh, cuán alharaquientos, cuán livianos
» Cuán alborotadores y apocados
» En las ejecuciones inhumanos!
» Porque te llevarán por sus mercados,
» Unas veces sin piés, otras sin manos,
» Asido por los labios horadados,
» Cortándote los miembros por mitades,
» Gustando mucho destas crüeldades.

» Si quieres que contigo yo me vaya,
» Iré; mas no haremos cosa buena,
» Porque defensa flaca me desmaya,
» Y aunque la tuya fuera muy mas llena,
» Será como vencer la de la playa
» Un pequeñuelo grano del arena;
» Pues contra multitud de gente dura
» Los pocos pocas veces han ventura.

» Si viera yo tus naves en el puerto,
» Y dentro dellas todos tus hermanos,
» Creyera que escaparas de ser muerto,
» Pues ellos te libraran de sus manos;
» Pero ya que ellos faltan, lo mas cierto
» Es olvidar tus pensamientos vanos,
» Aunque cosa será desaforada
» Que pueda yo de tí ser olvidada.

» Y ansí no sufriré que se despida
» Amor que con el mio tengo preso;
» Menos podré creer que quien olvida
» En algunos negocios tenga peso;
» Mas donde corre riesgo tanta vida,
» Querria, si pudiese, mayor seso;
» E ya que no huimos lo que daña,
» Que supiésemos darnos buena maña.»

» El mozo muchas cosas respondia
Para satisfacer á sus amores;
Y al tiempo que lo tal acontecia
Llegamos por allí diez cazadores,
Que, como ya la sed nos afligia,
Buscábamos las aguas y frescores,
Y estaban ellos tan embebecidos
Que nunca fuimos vistos ni sentidos.

» Encubrímonos pues entre las ramas
Para hacer mejor nuestros acechos,
No sin admiracion de ver las damas
Con las patentes muestras de sus hechos;
Creciendo fué la ira, cuyas llamas
Tal incendio causaron en los pechos,
Que procuramos sin detenimiento
Tomar venganza del atrevimiento.

» Al fin, como varones enojados,
Hicimos nuestras armas luego prestas,
Saliendo los que estaban ocultados
En las espesas selvas y florestas
Los arcos á los pechos entelados,
Y en ellos las agudas flechas puestas;
Ellos con el ruido del asalto
Recebieron pesado sobresalto.

» Las ninfas por el monte y aspereza
Huyeron con el paso bien agudo,
El mozo con su presta lijereza
Armóse del espada y del escudo,
Y con terribles muestras de braveza
Rompiendo fué por escuadron desnudo:
De diez los seis tenia ya tendidos,
Los otros escapamos mal heridos.

» Habiéndonos tratado desta suerte,
Y puéstonos en áspera huida,
Encaminó los pasos á su fuerte
Sin esperanza cierta de la vida,
Antes con certidumbre de la muerte
Por una crudelísima herida,
Cuyo golpe de sangre señalaba
Los pasos y camino que llevaba.

» Llegado pues al fuerte do venia
Los pechos de su sangre rubricados,
Aquellos de su noble compañia,
De semejante caso descuidados,
Mirando de la suerte que venia,
De gran temor se vieron rodeados:
Juzgaban de lo ver sus compañeros
Los males y trabajos venideros.

»Tendieron sus banderas y estandartes,
Recógese la gente derramada,
Fortalecian bien sus baluartes
Con una prontitud acelerada;
Procuran reparar por todas partes
Las cercas de su fuerte palizada,
Alistan castellanos y andaluces
Las balas de humosos arcabuces.

»Aquellos que escapamos mal heridos
Los unos y los otros lamentando,
Y unos dando grandes alaridos,
Venganza con rigor apellidando;
Tocaron nuestros gustos los oidos
De los que nos estaban esperando:
De vernos los mayores y menores
Alzaron grandes gritos y clamores.

»De todo lo pasado dimos cuenta,
Ya casi sin alientos ni resuellos,
Y Diana de culpa ser exenta
Les hacia creer á todos ellos:
Al fin que convencida, por afrenta
El rey mandó cortalle los cabellos:
Mas no pudo hallar quien se moviese
Ni tal atrevimiento concibiese.

»Disculpas dió también de los de España
Por términos y modos escelentes,
Y en el decír se dió tan buena maña
Que casi mitigó sus accidentes;
Mas no pudo templar la grande saña
De los que muertos vian sus parientes,
Que como principales hombres eran
Decian por los vuestros: muéran, mueran.

»Aquestos de mil pueblos diferentes
Convocaron amigos y allados,
Acude Guarionex con tantas gentes
Que cubria cabañas y collados;
No quieren los de Haina ser ausentes,
Ni los de Nigua quedan rezagados,
Anacaona la libidiosa
Asimismo llegó muy poderosa.

»Acuden de la costa de ambos mares
Armadas compañías inhumanas,
Y los mediterráneos lugares
Con flechas venenosas y macanas:
Convites, borracheras y cantares
Se hacian á las noches y mañanas;
Los rostros variados de pinturas
Hacian mas feroces sus figuras.

»Innumerables eran los plumajes
Que llevan en colores variados,
Y cada cual con dos ó tres carcajes,
A las espaldas puestos y á los lados,
Diciendo van trecientos mil ultrajes
A los barbudos nuestros desbarbados,
Aparte cada cual se señalaba
Con las parcialidades que llevaba.

»Ansí que con coraje duro, fiero,
Que cria los concursos de la guerra,
Aviva sus alientos el guerrero
De ver juntos los llanos y la sierra:
Hervian como grande hormiguero
Quitada la cubierta de la tierra:
O como las langostas si son tantas
Que cubren los sembrados y las plantas.

»No viérades quebrada ni sobaco
De monte que no huellen muy espesos,
Y á sombra de las velas y en opaco
Usaban los piaches sus escesos,
Consultando con humo de tabaco
Al demonio que diga los sucesos,
Gozando de tan buena medicina
Con una cerimonia tan malina.

»Oimos la razon del adevino,
Y fué de favorables responsiones;
Todo lo necesario se previno
Por las alborotadas intenciones,
Y luego nos pusimos en camino
Contra los afligidos corazones,
Los cuales, aunque enfermos y llagados,
Un punto no vivieron descuidados.

»Llegados donde estaban, al momento
Que vimos el lugar y palizada,
Hacen arremetida los que cuento
Con furia de temores olvidada:
A modo de leon que va hambriento
Y ve la viva presa reparada,
Con grita y alaridos parecia
Que el universo mundo se hundia.

»Comiénzase la guerra de tal suerte,
Que no se vió jamás igual braveza,
Juntámonos de golpe con el fuerte
Do parecia menos fortaleza;
Pero por ampararse de la muerte
Arana sacó fuerzas de flaqueza,
Teniendo sanos, cojos ó tullidos
Por orden y concierto repartidos.

»Bien ansí como planta que derrama
Sus raices con poco fundamento,
Que suele de la mas subida rama
Enviar mas raices y sustento,
Para poder con semejante trama
Valerse contra gran fuerza de viento,
Y al fin padece casos y desmanes
Con los tempestüosos huracanes;

»Desta manera vimos al Arana,
Que por la poca fuerza que tenia
De los enfermos hizo gente sana,
Y aquí, y allí, y allá los repartia
Con gentil apariencia, pero vana,
Segun la gran tormenta que venia;
Pues su mas ostinada resistencia
Valia poco contra gran potencia.

»Pero reconociendo cuán de veras
Les cumplia mostrar buenos alientos,
Como dicen, de buenas á primeras
Encienden los humosos instrumentos,
Y derribaron dos ó tres hileras
De indios de hermosos ornamentos;
Los vivos viéndolos allí tendidos
Quedaron poco menos que vencidos.

»Quien cerca se halló de la ruina
Paró como pasmado de confuso,
Pero ninguno dellos adevina
Qué viento huracán los descompuso;
Por los que no los vieron se camina
Adonde el español está recluso;
Intentan de subir, y en las subidas
Pocos se retiraron con las vidas.

»Ansí como voraces tiburones,
De cortadores dientes preparados,
Que pocos causan grandes confusiones
En espeso cardumen de pescados;
Y hieren, cortan, parten á montones
Mucho mas que cuchillos afilados,
En los cuales marinos movimientos
Dos pueden mucho mas que setecientos

»Ansí los que mandaban las espadas
A pocos atrevidos dejan sanos,
Hiriendo con terribles cuchilladas
A los que se hallaron mas cercanos:
Derríbanse cabezas y quijadas,
Córtanse piernas, piés, brazos y manos,
Cercénanse los huesos de canillas
Los pescuezos, las barbas y mejillas.

»Y cuanta sangre mas se derramaba,
Tanto mas el coraje se encendia;
De nuestra gente mucha peleaba,
Y mucha mas por horas acudia:
El dia ya sus cursos acababa,
La noche tenebrosa se venia,
Cansados los heridos y los buenos,
Y los cercados ya ni mas ni menos.

»Aunque mil veces van al flaco muro,
Uno ni ningun palo le quitaron,
Menos á él llegar pudo seguro
Ninguno de los muchos que llegaron;
Finalmente, que todos con escuro,
Del cercado crüel se retiraron,
Para volver á nuestra pesadumbre
Cuando febeo rostro diese lumbre.

»Quitados los escuros embarazos
Con resplandor del sol recién venido,
Henchimos cantidad de calabazos
Vuelta ceniza con agí molido;
Porque si les hiciésemos pedazos,
Volados al lugar fortalecido,
Los polvos que tocasen las narices
Pudiesen menealles las cervices:

»Reconocido por negocio cierto,
Que con la fuerza de los estornudos
No ternia vigor el mas esperto
Para se reparar con los escudos;
Y ansí podrian dár en descubierto
Las flechas y los jáculos agudos,
Porque tales industrias son ardides
De que caribes usan en sus lides.

»En este parecer determinados,
Hecha de muchedumbre viva rueda,
Teníamos los vuestros rodeados
Como coríes en el arboleda:
Vuelan los calabazos, y quebrados
Dentro se levantó gran polvareda;
Todos en estornudos son iguales,
No siendo salutíferas señales.

»Por entre palos hacen buen empleo
Los que quieren estar con advertencia;
Pues cuando de los cuerpos hay meneo,
Impelidos de aquella violencia,
Los bárbaros cumplian el deseo
Que daba prontitud y diligencia,
Para poder encaminar la flecha
Donde con harto daño se desecha.

»El breve batallon anda turbado,
Unos heridos, otros ya sin vida;
Quitamos luego palos del cercado,
Por donde se metió tal avenida
Que ningun español hallaba vado,
Remedio, ni esperanza de huida;
Solos diez alentados de buen brio
Por defensa tomaron un buhío.

»Parecíonos tenellos en pihuelas,
Y dado fin á la cruel reyerta;
Mas ellos con espadas y rodelas
Defienden el entrada de la puerta:
Cortan á tantos las vitales telas,
Que huellan todos sobre gente muerta;
Arana y maestre Joan, un cirujano,
A quien alcanzan no lo dejan sano.

»Viendo pues tantos indios en el fuerte
Que de vivir quitaban esperanza,
Jugaron ambos la postrera suerte,
Acrecentando siempre la matanza:
En tal manera ya, que de su muerte
Tomaron antes della la venganza,
Encaminando sus crüeles manos
A los que se mostraban mas lozanos.

»Viendo Quarionex, señor segundo,
En sus vasallos flacos movimientos,
Les dijo: «no vivais mas en el mundo,
» Soeces y de bajos pensamientos,
» Pues me sacais los pejes del profundo
» Y las aves que vuelan por los vientos,
» Y agora solos dos mancos y tuertos
» Se quedan vivos y vosotros muertos.»

»Oyéndolo sus gentes, de corridas
Procuraron mostrarse con ventaja;
Y ansí por acabar las tristes vidas
De aquellos por quien tanto se trabaja,
Tiraron muchas flechas encendidas
Para quemar la casa que es de paja,
La cual, como tuviese flacas ramas,
Consumieron en breve vivas llamas.

»Ardor de valentía se mitiga
Porque desconfianza los ligaba;
Impetüosa llama y enemiga,
Los bajos y los altos ocupaba:
Calor intolerable los fatiga,
El fumoso vapor los ahogaba;
Eso me da lo flaco que lo fuerte,
No tenia que ver sino la muerte.

»Como nos acontece si cazando
Cercamos las zavanas en el fuego,
Que lo que aquí y allí se va juntando,
Y varios animales salen luego
Algun lugar seguro rebuscando,
Uno medio quemado y otro ciego,
Y adonde quiera halla cazadores,
Opuestas llamas, humos y calores;

»Ansí los tristes desaventurados
Las puertas del vivir tienen cerradas,
Pues se vian de fuego rodeados,
Por indios las salidas ocupadas;
Y ansí cayeron todos chamuscados,
De flechas las entrañas traspasadas,
Y aun en los cuerpos ya sin sentimiento
No cesaban castigos y escarmiento.

»Con esto dimos fin á la revuelta
Y concluimos toda la jornada,
Muerta de nuestra gente la mas suelta,
Y la que quedó vida lastimada:
Enterramos los nuestros, y á la vuelta
A Diana hallamos ahorcada,
Que viendo de los vuestros la caida
No quiso sin su vida tener vida.

» El vivo finalmente, y el difunto,
Ha metido las manos en la masa,
El poder de la isla vino junto
Sin señalarse número ni tasa;
Y aquesta es sin esceder un punto
La cierta relacion de lo que pasa,
No los querais vengar, pues está claro
Que cada cual nos cuesta harto caro.»

Oidos los sucesos inhumanos,
No dichos por semejas ni barruntos,
Sino por quien metió los piés y manos
Relatando la guerra por sus puntos,
Hicieron diligencias de cristianos,
Que fué rogar á Dios por los difuntos;
Y en el lugar do fueron descompuestos
Pusieron cuatro versos, que son estos:

Hanc Crux ostendit fædatum sanguine litus
Gentis, quæ ignotos primum migravit ad Indos,
Sæpe preces longas pio victis fundite, namque
Unius ob noxam cunctos mala fata tulerunt.

Este lugar adornó
Aquesta cruz soberana,
Porque aquí se derramó
La primer sangre cristiana
Que al nuevo mundo pasó.

Con oracion, con ayuno,
Sé por ellos importuno,
Y con piadosos modos:
Pues por la culpa de uno
Aquí perecieron todos.

ELEGIA III.

A la muerte de FRANCISCO BOVADILLA, *donde ansimis se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazon*

CANTO PRIMERO.

Engrandezca Melpómene su llanto
Con discursos de mas calamidades,
Alentando mi voz y ronco canto
En otra multitud de variedades;
Aunque no cantaremos tanto cuanto
Han menester particularidades,
Solamente daremos orden cómo
Se digan las que fueren de mas tomo.

Hecho pues por Colon el sentimiento
Que á los amigos muertos se debia,
Luego determinó buscar asiento
Donde poner la gente que traia:
Las velas manda dar al manso viento,
Por la banda del norte hace vía,
Hasta tanto que vió lugar decente,
Do sacó los ganados y la gente.

Puerto seguro fué donde procura
Largar las anclas y amainar la vela,
De buenas playas y cabal fondura
Para nave mayor que carabela;
Por entonces allí hacen cultura
De ciudad que llamaron Isabela,
A la contemplacion que el nombre muestra
Por Isabel la santa reina nuestra.

Luego nombró de la mayor nobleza
Para regir personas fidedinas,
Y vista desta isla la grandeza,
Dió tierras á las gentes peregrinas:
En el Cibao hizo fortaleza
Para los que labrasen en sus minas,
Dicha Santo Tomás, porque creyeron
Habellas desque ya los ojos vieron.

Mandándole que dellas no se quite,
Para la defension de sus partidos,
Al alcaide don Pedro Margarite
Con cincuenta soldados escogidos;
Y que para labrallas ejercite
Indios en tales usos instruidos,
Los cuales y ansimismo gente nuestra
Cada dia sacaban mejor muestra.

Todo lo necesario se les lleva
Para desentrañar estos veneros,
Y hecha dellos conviniente prueba,
A nuestros reyes hizo mensajeros;
Un Pedro Gorvalán llevó la nueva
Con cantidad crecida de dineros:
Muéstranse favorables y propicios
A tan heróicos hechos y servicios.

Acabados de dar estos asientos,
El Hércules insine y animoso
Tomó de sus soldados los doscientos,
Consorcio principal y valeroso
Para continuar descubrimientos,
Pareciéndole mal mucho reposo;
Y para gobernar las demás gentes
Quedaron sus hermanos por tinientes.

Apartado Colon destos lugares,
Todos los españoles que quedaban
En sus repartimientos de solares
Con un vivo fervor edificaban,
No sin graves pasiones y pesares
De los indios, que todo lo notaban;
Los cuales, viendo cosa tan de veras,
Dieron en no hacer sus sementeras.

A lo cual estas gentes conmovian,
Porque faltándoles mantenimientos,
Ansí los que de España se traian
Como los que ellos daban por momentos,
Los nuestros moririan ó se irian,
Viendo que perecian de hambrientos;
Y ansí, por aflojar en su cultura,
Sobre todos cayó la desventura.

Porque los alimentos consumidos
Que de nuestra nacion por mar venian,
Para ser de los otros socorridos
Los nuestros á los indios acudian;
Los cuales, por estar desproveidos,
De pestilencial hambre perecian.
¿Qué palabras serán aquí bastantes
Para decir miserias semejantes?

Pues á cualquiera parte donde fueres
Hallarás por los campos divertidos
Hambrientos los maridos sin mujeres,
Las mujeres hambrientas sin maridos,
Los hijos sin regalo, sin placeres,
De paternal regazo despedidos,
Chupados, consumidos, y de suerte
Que eran propio retrato de la muerte.

Bien como las abejas en enjambre,
Vagaban, olvidados sus asientos;
Sin alimento fresco ni fiambre,
Sin sentido, sin fuerzas, sin alientos:
Al fin, debilitados de la hambre,
Caian de quinientos en quinientos,
Tendidos por los campos y riberas
Por cebo de las aves carniceras.

No hizo mortandad tan gran cadena
En la ferocidad del rey Atila,
Ni tanta por los campos de Ravena,
Gente que España y Francia recopila,
Ni turco por Belgrado ni Viena,
Cuando sus moradores aniquila,
Ni del gran Taborlán la brava hueste,
Cuantas aquí causó tan grave peste.

Pueblos pudieras ver sin moradores,
Que todos los dejaban y huian;
Intolerables eran los hedores
Que purísimos aires corrompian;
Y ansimismo los nuevos pobladores
No menos desventuras padecian,
Pues sus mejores ratos y mas ciertos
Era hacer fosados para muertos.

Allí los arrojaban á montones,
Juntos los principales y notables.
¡Oh cuántas quejas, cuántas maldiciones
Sonaban en la furia destos males,
Abominando todos los Colones,
Por les hacer dejar sus naturales!
En tratos, en palabras, en figura
De hambre cada cual era pintura.

Traian los cabellos erizados,
Los ojos en las cuencas muy metidos,
Los labios en color amortiguados,
Los dientes descarnados, carcomidos:
Los cueros á los huesos van pegados,
De pálido color como teñidos;
Sin ninguna cubierta las eslillas,
Y claras y patentes las costillas.

Otros hubo tan gordos de hipatos
Como si prometieran nuevos partos,
Comiendo hasta suelas de zapatos
Con el grande hervor de verse hartos;
Y consumidos ya perros y gatos,
Daban tras las culebras y lagartos;
Sumos regalos eran los cories,
Hutias, mohuiyes y quemies.

Al tiempo que lo tal acontecia
En el lugar que tengo referido,
Don Pedro Margarite padecia
No menos confusion en su partido;
Pues de la poca gente que tenia
Las dos partes habian perecido,
Y créese por vello desta suerte
Que le pudieran indios dar la muerte.

Pues para defension no son cabales
En tiempo tenebroso ni con lumbre,
Mas dióle gran seguro destos males
Su buena condicion y su costumbre:
En ser bien quisto destos naturales
A quien no consintió dar pesadumbre,
Pues viendo que comida no tenian,
No les importunaban, ni pedian.

Pero viéndolo tan enflaquecido,
Secas y consumidas las mejillas,
Un indio principal, de comedido,
Le presentó dos vivas tortolillas;
Mostrósele muy bien agradecido,
Dando por recompensa mil cosillas;
El indio no las dió con tal intento,
Mas en efeto se volvió contento.

Viendo las pajarillas y presente,
Entre tanto que Dios mas proveyese,
Fué muy importunado de su gente
Las mandase matar y las comiese,
Y que se holgarian grandemente
De que por ellos esto se hiciese,
Pues era poco cebo para uno
Y para tantos menos que ninguno.

En esta tempestad que tantos doma
El mosén Pedro dijo como bueno,
«Pues todos padecemos la carcoma,
No es justo proveer un solo seno,
Y que mireis vosotros, y yo coma,
Y esteis todos vacíos é yo lleno.»
E luego por un término galano
Soltó las tortolillas de la mano.

No van las tortolillas al desgaire
Estendiendo sus alas por los vientos,
Antes con lijerísimo donaire
Volaron y dejáronlos hambrientos;
Y todos con los papos llenos de aire
Quedaron como hartos y contentos,
Encareciendo de comun sentencia
Su valor, su virtud y su prudencia.

Entre las otras cosas sucedidas
Donde estaban las otras compañías,
Flacas, atribuladas y afligidas,
Con hambre de gran número de dias,
Un hombre padeció graves heridas
Dadas por un mancebo, Miguel Diaz,
El cual tuvo por bien, visto su cargo,
Hacerse por los montes á lo largo.

Huyendo por aqueste desatino
La pena del delito recelando,
Por tierras nunca vistas peregrino
De gentes enemigas confiando,
A la parte de sur hizo camino,
Isla de mar á mar atravesando,
Adonde halló gente mas lucida,
Muy sana y abundante de comida.

Por las orillas va de fresco rio,
Bien puesta poblacion y populosa,
De cierta mujer es el señorío
No menos avisada que hermosa:
Parecióle ya grande desvarío
Jornada tan al claro peligrosa;
Pero viéndose dentro de la danza,
Destos salvajes hizo confianza.

La hambre lo sacó de la montaña,
Cuyos estremos son muy atrevidos,
Los indios de ver cosa tan estraña
A gran admiracion son conmovidos:
Con señales de paz los desengaña,
Y con grandes suspiros y gemidos,
Haciendo conocer por los meneos
Su gran necesidad y sus deseos.

Los indios lo bajaron de aquel viso
No sin alborotada compañía,
Deseando del tal tener aviso
Si viene contra ellos por espía;
Diéronle de comer como lo quiso,
Cosa que bien al caso le hacía,
Y con el gran rumor que se publica
Llevároulo delante la cacica.

El cual, con una muestra mesurada,
Por señas ofrecia su servicio,
Y es cierto que después de su llegada
En estas gentes hubo gran bullicio;
Porque por ser presea señalada
Quisieran hacer della sacrificio;
Pero la dicha reina destas gentes
Mirábalo con ojos diferentes.

Pues con gran aficion de su captivo
Juzgaba por pesado desconcierto
Matar al miserable fugitivo
Que viene por hallar seguro puerto;
Y deseaba mas gozallo vivo
Que por sus santuarios vello muerto:
Es mozo, gentil hombre, desbarbado,
Y ansí quiso tomallo por criado.

Favorecia mucho su partido,
Y libre ya del mal que represento,
Mostróle por semblante conocido
Su muy libidinoso pensamiento;
Finalmente, tomólo por marido,
Y celebró con él su casamiento,
Y el tiempo que duró peregrinando
En ella y en sus tierras tuvo mando.

Díjole que hiciese paz y guerra
De preseas, riquezas y tesoro,
Descubrióle secretos de la tierra
Y entre ellos caudalosas minas de oro;
Notaba de los llanos y la sierra
Su gran fertilidad y su decoro,
Y el dicho Miguel Diaz grandemente
Deseaba traer allí su gente.

En aprender vocablos cada dia
Vivia con grandísimo cuidado,
Ella con gran regalo le servia,
Y fué por su respeto respetado;
Mas aunque por estremo la queria
Deseaba salir de mal estado,
Y de tan gran grandeza dar noticia
Con alcanzar perdon de la justicia

Andando pues con este presupuesto
Buscaba coyunturas y sazones
Para por algun modo bien compuesto
A la india decir sus intenciones;
Ella que via bien su triste gesto,
Le dijo: «si valiesen mis razones,
Grande deseo tengo que me digas
La causa de tus penas y fatigas.»

El Miguel Diaz dijo: «pues, señora,
Mi tristeza teneis tan conocida,
Yo conozco que sois merecedora
De príncipes, y dellos ser servida;
Pero Miguel cristiano, Haxa mora,
Entrambos juntos hacen mala vida,
Es menester que cumplas mi deseo
Creyendo firmemente lo que creo.»

Ella le dijo: «luego se concluya
Aquello que, señor, por bien tuvieres,
Para que tu salud no se destruya,
Y de mi voluntad no desesperes
Creyendo ser ajena de la tuya;
No queriendo yo mas de lo que quieres,
A tí cumple decirme de qué suerte,
Que yo te seguiré hasta la muerte.

«El efeto tenemos entre manos,
Si quisieres mostrarte diligente
En ir á llamar luego tus hermanos
Llevando compañía de mi gente;
Porque teniéndolos aquí cercanos
Yo los sustentaré bastantemente,
Que bien sé cómo viven y sus modos,
Y cómo ya de hambre mueren todos.»

Pues como la cacica respondia
Con lo que Miguel Diaz tiene gana,
Semejantes palabras le decia
Con rostro y aparencia cortesana:
«¿Cuándo podré servir, señora mía,
Oferta de merced tan soberana?
De mas de que la vida que sostengo
Es vuestra, pues que yo por vos la tengo.

»Quiero cumplir aquese mandamiento
Para poder gozar merced tan llena,
Que yo sé que vernán en el momento,
Y todos lo ternán á dicha buena;
Con ellos no terné detenimiento
Por me tirar acá de la cadena.»
La india se holgó de la respuesta,
Y mucha gente hizo luego presta.

Aderezóse buen matalotaje
De joyas y preseas, ricos dones,
Por ablandar la furia y el coraje
Que contra él tenian los Colones;
Púsose con los indios en viaje
No sin dolor de entrambos corazones,
Y como fué por via bien guiada,
En pocos dias hizo la jornada.

Con escuro llegó como discreto,
Y atrás dejando gente que llevaba,
A tales intenciones va sujeto
De primero saber lo que pasaba;
Y aquel con quien trató de su secreto
Cualquiera sinsabor aseguraba,
Porque su contendor estaba sano
Y sin necesidad de cirujano.

Destos negocios bien asegurado
Y cierto de la vida del paciente,
Luego se vió con el adelantado
Bartolomé, caudillo desta gente;
Que como de su casa fué criado,
Fué luego perdonado blandamente,
Y hizo, dando fin á novedades,
Entre los enemigos amistades.

Hechas aquestas cosas, otro dia
Que después desta noche fué siguiente
Llegó la gran caterva que traia
Con el necesarísimo presente:
Alentóse la triste compañía
Con muestra de comida tan patente,
Al Miguel Diaz dueñas y varones
Echaban un millon de bendiciones.

Dió mas á los Colones embajada
De parte de su dama la cacica,
Y en totuma de oro bien labrada
Muestra de mina grandemente rica,
Y para la nacion desconsolada
Hartura y abundancia les publica;
Y ansi por ver socorro tan divino
Deseaban volar este camino.

A cabo ya de tres ó cuatro dias
Que dió la relacion tan verdadera,
Bartolomé Colon con Miguel Diaz
Determinaron ir á la ligera,
Por no mover aquestas compañías
Sin hallar los asientos y ribera;
Fueron también soldados codiciosos
Y fray Buil con ciertos religiosos.

Caminaron por pasos conocidos
De quien guiando va por la floresta;
Fueron por el camino proveidos
Siempre con abundante mesa puesta:
Llegados todos fueron recebidos
Con grandes aparatos y gran fiesta,
Las calles y las plazas enramadas
Y de flores y rosas tapizadas.

Ver la señora luego se procura
Dentro de su cercado de dos puertas,
A quien no le faltaba hermosura
Con un no sé qué don de gracias ciertas:
Cubierta por de yuso la cintura,
Las demás proporciones descubiertas,
Muy llena y adornada su persona
De lo que por acá llaman cacona.

Allá por ciertas formas los copetes
Compuestos por encima de la frente,
Que parecian crestas en almetes,
Sembrada mucha perla trasparente;
En los molledos ricos brazaletes,
Fino collar con águila pendiente,
Riquísimos pomares de chaquiras
Con piedras esmeraldas y zafiras.

Habia muchas dueñas y doncellas
En la casa real, que la servian,
Y eso me da las feas que las bellas
Por el mismo nivel se componian;
Y ansí generalmente todas ellas
De grande desengaño se vestian,
Pues no cubrian sayas ni ropones
Las buenas ó las malas proporciones.

Entrando pues Colon al aposento
Con aquella no vista compañía,
Ella los recebió con el contento
Y término que vió que convenia,
Sin le faltar razon ni cumplimiento
De llena y acabada cortesía;
Y estas primeras vistas acabadas,
A todos hizo dar buenas posadas.

Otro dia la vieron ansimismo,
Y el padre fray Buil, como debia,
Dijo las escelencias del batismo
Por un indio ladino que traia,
Con aquella razon de catecismo
Que tan alto negocio requeria;
Ella mostró contento de sabello,
Y sintió bien y estuvo bien en ello.

Puesta con contricion en buen camino,
El sobredicho padre determina
De dalle sacramento tan divino
Y de llamalla doña Catalina;
Bartolomé Colon fué su padrino;
Honróse de la gente peregrina,
Regocijanse los padres y los hijos
Con bailes y con otros regocijos.

Acabada la fiesta y el sarao,
Determinó la nueva convertida
De enviar á las minas del Cibao
Gente con abundancia de comida,
La cual acompañó micer Girao
Con gente muestra bien apercebida,
Y fué necesarísimo convite
Al noble mosén Pedro Margarite.

Después de socorrer estos varones
Con fortuna mejor y mano diestra,
Conocidas las grandes aficiones
De que los dos amantes hacen muestra,
El fray Buil les dió las bendiciones
Por orden de la Iglesia madre nuestra,
Y fueron los mestizos que este tuvo
Los primeros que en estas tierras hubo.

Visto por el Colon ser todo cierto
Lo que mis breves versos han contado,
Determinó también mirar el puerto,
Y lo halló ser bien acomodado;
Hizo con la cacica su concierto
Para traer su pueblo fatigado,
Con que el rio tuviesen de por medio
Hasta poder hallar mejor remedio.

Pues como quien padece gran aprieto
Con larga dilacion se desconsuela,
Bartolomé Colon, como discreto,
En socorrer los suyos se desvela;
Y para dar el orden con efeto
Determinó volver á la Isabela,
Haciendo cortesana despedida
Del Miguel Diaz y de su querida.

Recebió de la india ricos dones
Ansí de oro como pedrería;
Tuvo sus cumplimientos de razones,
Ni cortos ni de grande demasía;
Dióle regalos, dióle provisiones,
Y para las llevar gran compañía,
Con la cual, que sus pasos fué guiando,
Llegó donde lo estaban esperando.

Dió nuevas á la gente castellana
Diciendo: «ya cesó la desventura,
Pues habemos hallado tierra sana
Y llena de grandísima hartura;
Por tanto disponeos de mañana
Para ir á hacer nueva cultura,
Desterrando de vos toda tristeza,
Pues teneis entre manos gran riqueza.»

Aquel que mas entonces desconfía
Despierta con tan buena confianza;
No se puede decir el alegría
Que el pueblo recebió de su mudanza;
Y para ir á ver lo que decia
Cualquiera brevedad era tardanza;
Pues al son de los sones que esto cantan
Hasta los mas enfermos se levantan.

Como presos que en cárcel envejecen
Estando detenidos tras las redes,
Esperando las penas que merecen
Sin otra confianza de mercedes;
Y en un momento todos desparecen
Si por ventura rompen las paredes,
Y no les dan fatigas ni cuidados
Las mantas y colchones rezagados;

Ansí por ir en ciertas carabelas
Porque por mar hacian el viaje,
Dejaban setecientas alhajuelas
Sin querer esperar otro pasaje;
Antes apriesa dan todas las velas
Hasta que ya llegaron al paraje,
Donde surgieron quinto dia justo
Del mes que nos nombró César Augusto.

El año fué de mil y cuatrocientos
Con otros cuatro mas sobre noventa;
Desembarcaron todos muy contentos
En la parte que ya se representa:
Puerto bien amparado de los vientos
Y poco combatido de tormenta,
Y aquella gran distancia de ribera
Labrada y cultivada donde quiera.

Ozuma por allí tiende su boca,
Y hace la ciudad bien proveida,
Y hoy es imperio donde se convoca
Incógnita nacion ya conocida;
Rodéala la mar con fuerte roca
Que de sus bravas ondas es herida,
Santo Domingo ponen al asiento,
Porque tal dia fué su fundamento.

Comienza cada cual con prestas manos
De fabricar adonde se metiese,
Y allí se recogieron los hispanos
Por querer la cacica que ansí fuese:
Pero por movimientos soberanos
Colon no quiso que permaneciese,
El almirante digo, y sus soldados,
Que vino después destos ya mudados.

Holgó de las mudanzas y concierto
Hecho con Catalina la cacica;
Gran contento le dió también el puerto,
Y muestra de oro grandemente rica;
Dió cuenta cómo habia descubierto
La isla que se dice Jamaica,
Y otras muchas que no son memoradas
Por ser secas y desaprovechadas.

Después que descansó con sus varones
Dejó por algun tiempo los navíos,
Por calar mas adentro los rincones
Y desta isla ver los señoríos;
Descubrió prepotentes poblaciones,
Magníficas riberas, ricos ríos,
Y luego consultó con sus hermanos
Poblar otros dos pueblos de cristianos.

El uno fué la villa de Bonao,
Y el otro Santiago de la Vega,
Donde fué capitán micer Girao,
Y catedral iglesia se congrega;
Sacó de los peligros del Cibao
Al noble mosén Pedro su colega,
Mas por alcaide de la fuerza queda
El capitán Alonso de Hojeda.

Ordenadas las cosas en que toco
Segun la brevedad nos encamina,
Al pueblo de la Ozama me convoco,
Do Cristóbal Colon se determina
Que dél se pasen todos poco á poco
A la parte de doña Catalina;
Mas el efeto principal fué cuando
Ya gobernaba Nicolas de Ovando.

Mas comenzó Colon la tal mudanza
A las otras riberas de la Ozama,
Debajo voluntad y confianza
Del dicho Miguel Diaz y su dama,
Por ser asiento de mejor templanza
Y que por mas llanura se derrama;
Y ansí hicieron en aquel asiento
Casas con mas zanjado fundamento.

El bosque su lugar desembaraza,
Escómbranse las playas destos mares,
Dan á su poblacion graciosa traza,
La gente principal y populares,
Señálase la iglesia, dase plaza,
Repártense por orden los solares:
En los cuales andaban negociados
Capitán, escuadrones y soldados.

En esto colocaban pensamientos,
Porque la principal plática era:
«Terná mi casa tantos aposentos—
Aquí será zaguán, allí escalera.»
Otros andan abriendo los cimientos,
Otros acarreaban la madera,
Otros igualan sabios oficiales
Y buscan necesarios materiales.

No se ve por allí floja la mano
De la mayor edad ni mozo tierno,
Porque ya por la sierra, ya por llano,
O van ó vienen con hervor eterno,
Ansí como hormigas en verano
Buscando los sustentos del invierno:
Bajos y altos, rústicos, discretos,
A la justa labor están sujetos.

Vereis llenos caminos y calzadas
De hombres naturales y novicios,
Vereis en muchas calles señaladas
Usarse diferentes ejercicios,
Vereis levantar casas torreadas,
Vereis crecer los altos edificios,
Vereis cómo la isla se hacia
Principio desta nueva monarquía.

Veréislos ansimismo mal parados
Con males que la nueva tierra cria,
Vereis algunos tiempos ya pasados
Volver á su lozana gallardía,
Vereis arrastrar sedas y brocados
De que galán y dama se vestia,
Vereis ir en aumento los caudales
Y las sagradas rentas y reales.

Vereis labrar madera con estremos,
Talar el alto monte y arboleda,
Traella por la mar con vela ó remos,
O ya con torpe rastra, ya con rueda;
Pero porque después proseguiremos
Desta ciudad ilustre lo que queda,
Vamos á lo que mas en pronto llevo,
Haciendo para ello canto nuevo.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colon y los que allí estaban, y cómo los reyes proveyeron sobre ello, y lo que mas aconteció en las guerras que de indios tuvieron.

No les puede dañar benevolencia
A los que fueron bien afortunados;
Mas tengo yo por cierta la sentencia
Dicha por los presentes y pasados,
Que prósperos sucesos con prudencia
Pocas veces están acompañados;
Y en estos menos veces hay mudanza
Guiando sus negocios con templanza.

Esta dicen faltar á los Colones;
Pues como sus riquezas van creciendo,
Y van en crecimiento hinchazones,
Mil buenos afrentando y abatiendo;
Y ansí las españolas condiciones
Con llena libertad de gran estruendo
Formaban cada dia gran querella,
No sé si con razon ó fuera della.

Mas sé que de las tales turbaciones
Y pesadumbre que se padecia,
Hubo muertes, azotes y prisiones
Que el doto fray Buil reprehendia,
Pareciéndole mal las sinrazones
Y aquel rigor notable que corria;
Encontráronse todos ellos luego
Avivando las llamas deste fuego.

Pues visto no bastar reprehensiones
Para templar aquellos movimientos,
Con entredichos y descomuniones
El fray Buil seguia sus intentos;
Para satisfacerse los Colones
Privábanlo de todos alimentos;
Unos y otros andan de mal arte,
Y con harta pasion de cada parte.

No falta susurron que el fuego ceba,
Y ansí prevaleciendo desafueros,
Las orejas del rey tocó la nueva
Dada por diferentes mensajeros;
Mas como no constó bastante prueba
Por tener cada parte sus terceros,
El rey mandó venir á Joan Aguado,
Que no lo fué para cualquier cuidado.

El rey le dió sus cartas de creencia,
Poder para las causas copioso
Despachóse con grande diligencia,
Por ser perjudicial mucho reposo;
Despidióse de la real presencia,
Prosigue su viaje trabajoso,
Vídose con la gente descontenta
Año de cinco sobre los noventa.

Pregónanse reales provisiones
Con otros bastantísimos recados,
Obedecido fué destos varones,
Ansí de libres como de culpados;
Hizo con retitud informaciones
Con hombres buenos desapasionados,
Resultaron de las litispendencias
Contra Colon algunas impaciencias.

El Joan Aguado, visto que le daña
Al Cristóbal Colon algun mal seso,
Mandó que se partiese para España
Y en corte se presente como preso;
Desto se recebió pasion estraña
Por la balanza del contrario peso,
También, aunque por términos mejores,
Fué fray Buil y otros competidores.

Partieron finalmente destos mares,
Las inquietas ondas navegando,
Y delante los reyes singulares
Llegó Colon y su contrario bando;
Tuvieron muchos dares y tomares
Ante la majestad del rey Fernando;
Fué Cristóbal Colon reprehendido
Y á su primer honor restituido.

En tanto que el Cristóbal padecia
Estas inquietudes y vaivenes,
Bartolomé Colon acá regia
Siendo coadjutor Roldán Jimenez,
Entre los cuales no menos habia
Algunos sinsabores y desdenes,
Porque las cosas que Roldán ordena
Bartolomé por malas las condena.

Conocidos aquellos movimientos
En las parcialidades de los nuestros,
A las armas dirigen sus intentos
Caciques poderosos y hombres diestros,
Creyendo que serán sus vencimientos
No dudosos, escuros, ni siniestros,
Siendo desta consulta la persona
De aquella gran mujer Anacaona.

Aquesta fué mujer de Coanabo,
Hermana del cacique Behechio,
Querida destos dos por todo cabo
Y respetada del demás gentío;
Y aunque de castidad fué menoscabo,
Para guerras no tuvo pecho frío;
Esta pues, el negocio conocido,
Determinó hablar á su marido.

«¿Es posible tener tanta blandura
Los tristes y afligidos corazones?
¿Es posible que pierda coyuntura
Venganza de tan grandes sinrazones?
¿Y que para matar á gente dura
De la mano solteis las ocasiones,
Siendo la mayor parte dellos idos,
Y los que restan ya mal avenidos?

»Volved, volved las armas á las manos
Y cóbrese la libertad perdida,
Acaben crudelísimos tiranos,
Causadores de nuestra mala vida;
Esfuércense los mozos y los canos
Para tomar enmienda merecida;
Porque si buscan horas convinientes
Mejores no las hay que las presentes.

»El campo tienen ellos por seguro,
Pues de nosotros nadie se recela,
Solamente se velan con escuro,
Y aun esto con turbada centinela;
Aquellos baluartes de su muro
Bien puede deshacellos la candela;
Quitemos de nosotros esta plaga
Antes que mas por tiempo se rehaga.

»Si muerte temporal estais temiendo
Con juicios de vanas opiniones;
Y ¿qué mayor que estar siempre muriendo,
Con tantas y tan grandes aficiones?
¿No veis cómo nos vamos consumiendo?
¿No veis desiertas nuestras poblaciones?
¿No veis lamentaciones de viudas
Y casadas, de todo bien desnudas?

»¿No veis todas las sierras y los llanos
Llenas de calaveras y de huesos,
De hijos, y de padres, y de hermanos,
Muertos en tan tiránicos escesos?
¿Qué diré de los vivos y los sanos,
Cuyos agravios vemos mas espresos,
Pues que de muerte son sus esperanzas,
Sirviéndoles en minas y labranzas?

»¡Oh grave sujecion, oh gran afrenta
Para quien libre della se gozaba!
¿Cuál es el corazon que no revienta
Llorando?» Y aun también ella lloraba
Al tiempo que estas cosas representa,
O ya de compasion, ó ya de brava;
De tal suerte, que el indio su marido
De su persuasion quedó vencido.

Doliéndose de vivos y defuntos
Y de la sujecion de nuestras leyes,
Concertáronse pues en breves puntos,
Para dar libertad á tantas greyes;
Y sin mas dilacion partieron juntos
A convocar los príncipes y reyes,
Con determinaciones mal seguras,
Pues no daban seguro sus venturas.

Hay en la gran provincia de Jaragua,
Entonces de grandísimo gentío,
Un bello y admirable lago de agua
Cerca del cual moraba Behechío,
Hermano de la ninfa que esto fragua
Y rey de muy estenso señorío,
Belicoso varon, sabio, prudente,
Y en valor de riquezas eminente.

Y estando por ventura descuidado
De semejantes guerras y pasiones,
Llegaron la hermana y el cuñado
A dalle cuenta de sus intenciones;
Y para perfecion de lo tratado
Ella supo decir tales razones,
Que pudo despertar para su hecho
Olvidados furores en su pecho.

Holgóse de lo ver Anacaona
Con tan impetüosos accidentes,
Y de cómo juró por su corona
De convocar sus deudos y parientes,
Y de no le faltar por su persona
Con dos ó tres mil buenos combatientes;
La cual, visto que estaba de su banda,
Por otros reinos lleva su demanda.

Otro lago demás de lo que cuento
Hay en las altas sierras encumbradas,
Donde Nizao hace nacimiento,
Las orillas del lago despobladas
Por el alborotado movimiento,
Y voces espantosas, mal formadas;
La terribilidad del cual estruendo
A todos los mortales es horrendo.

Es tal aquel murmurio, que no pueden
Comportar sus ruidos los humanos,
Ni menos entender de qué proceden
Las voces los vecinos comarcanos:
Y aun el dia de hoy también esceden
Los mas altos ingenios castellanos,
Y huyen con recelo de la pena
De llegar á la parte donde suena.

Mas dos se concertaron cierto dia
De ver aqueste lago muy de veras:
Un hidalgo llamado Joan Mejía,
Con otro mozo Pedro de Lumbreras;
Fueron aquestos dos en compañía
Subiendo las aspérrimas laderas;
Y aquel ruido, como voceria,
Cuanto mas se llegaban mas crecia.

Con ruido de tanta pesadumbre
El Mejía paróse de turbado,
El Pedro de Lumbreras con mas lumbre
Hizo su paso mas apresurado,
Hasta que ya llegó sobre la cumbre
Y vido bien el lago memorado,
Tiempo que dijo tres veces el credo
Con gran temor y descompuesto miedo.

Tendió la vista por los derredores;
Pero no vido mas que el agua y cielo,
Y las terribles voces y clamores
Que le hacian erizar el pelo;
Crujíanle los dientes con temblores,
Y ansí se bajó luego con recelo,
Al lugar do dejó la compañía,
Del cual bajaron ambos á porfía.

Las tierras pues del lago temeroso
En aquella sazon señoreaba
Un Biautex, cacique poderoso,
A quien la isla toda respetaba:
Aquí llegó Coanabo congojoso
Con la mujer insigne que llevaba;
Fueron de Biautex bien recebidos
Y muy acariciados y servidos.

Después de grandes siestas y comida,
La gran Anacaona representa
La causa principal de su venida,
Dando de todas cosas larga cuenta,
De su diminucion, de su caida,
Pérdida general y gran afrenta,
Ocasion que tenian de presente
Para poder matar á nuestra gente.

Fueron tan eficaces persuasiones
Las desta reina contra los cristianos,
Que no sin furiosas turbaciones
El indio se heria con sus manos:
Dióse de golpes, dióse bofetones
Despedazando sus cabellos canos,
Y en efeto promete de soldados
Tres mil ó cuatro mil bien pertrechados.

Esto concluso con tan buena mano,
Fueron á Guarianex, indio potente,
Cacique que mandó todo lo llano
Siendo su general y su teniente
Mayor Banex, del Guarionex hermano,
Para cualquiera guerra suficiente,
El cual formaba ya sus escuadrones
Movido de las mismas intenciones.

El Coanabo con su compañera
Dejando prevenida ya la sierra,
Holgaron en grandísima manera
De ver los de los llanos tan de guerra:
Mayormente que fué la mas guerrera
De todas las provincias de la tierra,
Y el Guarionex con toda su potencia
Los recebió con gran benevolencia.

Dióles por su trabajo grande loa
Y dijo: «Los demás, señores mios,
Déjamelos á mí de popa á proa,
Que yo tengo por cierto sus avíos;
Pues Goaga Canari y Cayacoa
Me consta no tener menores brios,
Antes están metidos en la danza,
E ya con gran pesar de la tardanza.

»Y pues mandais tan bravas señorías
De los ciguayos, gentes inhumanas,
Despierten las antiguas valentías
De sus potentes arcos y macanas,
Y estemos todos de hoy en veinte dias
Juntos en estos campos y zavanas,
Do, como cada cual su gente tenga,
El órden se dará que mas convenga.»

Habiendo bien oido los intentos
De cosas que á las suyas no son varias,
Y hechos cortesanos cumplimientos
Por razones que van aquí sumarias,
A sus reinos se fueron muy contentos
A prevenir las cosas necesarias,
Y de los que llamaron fué primero
Un Uxmatex, su general guerrero.

Aqueste capitán era bisojo,
De tal suerte, que siempre parecia
Que estaba con furor de gran enojo
Segun el mal aspeto que tenia:
Finalmente, miraba de tal ojo,
Que quien mas lo trató mas lo temia,
Y el Coanabo le hablaba largo
En las cosas tocantes á su cargo.

El Uxmatex llamó las compañías
Que tenian lugares diferentes;
Ocurren luego por diversas vías
Crecidísimo número de gentes:
Allegáronse pues en pocos dias
Ocho mil escogidos combatientes
Ciguayos, que hallaron los cristianos
Descender de caribes comarcanos,

También del Coanabo que regia,
Ser natural caribe se pregona
Y en esta isla por su valentía
Y escelente valor de su persona
Alcanzó los imperios que tenia,
Y por mujer la gran Anacaona,
Del cual nunca se supo que perdiese
En guerras y contiendas que tuviese.

Haciendo pues Coanabo su consulta
Con este capitán de furia brava,
Y congregada ya la turbamulta
Que los vecinos campos ocupaba,
No le pudo tal guerra ser oculta
Al capitán Hojeda donde estaba,
En el Cibao desde donde quiso
A los otros cristianos dar aviso,

Diciendo que venian á matallos
Un número de gentes increible;
Por tanto que viniesen á librallos
En la furia de trance tan terrible:
Vinieron pues peones y caballos
Aquella cantidad que fué posible;
Preparóse de muchos alimentos,
Y esperaba los indios por momentos.

Visto por Coanabo que el guerrero
Hojeda se prepara de tal arte,
Determinó de dar allí primero,
Y allanar aquel fuerte balüarte,
Sin temor de los golpes del acero,
Ni dar á Guarionex ni á otra parte,
Consejo de Uxmatex, por dar la gloria
Al Coanabo de cualquier victoria.

Convocó capitanes y varones,
Hizo hacer alardes y reseñas,
Visitó las guerreras municiones
Con rigor ó palabras halagüeñas,
Mandó poner en orden escuadrones,
Con los ojos y manos hizo señas,
Atenciones captando desta gente,
La cual atenta, dijo lo siguiente:

«Valerosos guerreros, gentes mias,
Bien creo que terneis en la memoria
Que en todas nuestras guerras y porfías
Jamás hemos perdido la victoria:
No quiero recitar las valentías,
Pues á todos os es cosa notoria,
Que de todos los del contrario bando
Ningunos se nos fueron alabando.

»Y aunque eran guerras por las sementeras
Y términos de pescas y labranzas,
Por donde las personas mas enteras
Perdian sufrimientos y templanzas,
Agora van las cosas mas de veras,
Y corren mas peligro las tardanzas,
Y se debe guardar mas la mollera,
Por no ser los contrarios como quiera.

»Porque bien entendeis no ser ignavos,
Sino sagaces, sabios, diligentes,
Astutos, ferocísimos y bravos,
Con tan grandes estremos de valientes,
Que pretenden hacernos sus esclavos,
No deudos, no consortes, no parientes;
Antes serán los ciertos galardones
Morir en miserables sujeciones.

»Pues para refrenar la tiranía
De tan cudiciosísimos tiranos,
Entre tanto que dura la porfía,
Es menester que os anden bien las manos
Agora quiero yo la valentía,
Las fuerzas y los hechos soberanos;
Aquí quiero que buenos se señalen
Y muestren los valientes cuánto valen.

»Animen á caidos dulces prendas
De hijos y mujeres afligidas;
Anime la defensa de haciendas
En vuestras propias tierras adquiridas;
Anímense de ver que las contiendas
Son por guardar las honras y las vidas,
Y que va la razon de vuestra banda,
Pues no llevais injusta la demanda.

»El esfuerzo pasado se renueve
Con aumento mayor de valor nuevo,
El cual terná cualquiera que se mueve
Con el justo dolor que yo me muevo;
Y entonces cumplirá con lo que debe,
Y verá que yo cumplo lo que debo;
Pues de los golpes destos desafios
Verá cómo primero son los mios.

»Ansí que, pues que todos estais prestos,
Y cada cual bien puesto y ordenado,
Querria no perdiésedes con estos
Lo que con los demás habeis ganado:
Vengad vuestras injurias y denuestos,
Veamos este fin tan deseado,
Que contra cantidad tan importuna
A pocos mal ayuda la fortuna.»

Con aquestas razones que recita
Este señor, á su feroz alarde,
A tan inmensa saña los incita
Que concibió furor el mas cobarde:
El campo se hundia con la grita
Diciéndole que mas no se detarde,
Porque verá la cosa cómo pasa
Desque tengan las manos en la masa.

Anacaona, que en los trances tales
Tenia su lugar harto cercano,
Llamó los capitanes principales
Y dióles ciertas flechas de su mano,
Con las puntas de agudos pedernales
Que rompen y traspasan lo mas sano,
Diciendo: «pues la doy á quien bien miro,
No deseo que hagan flaco tiro.»

Llenos de las mercedes y favores
Que sabia hacer Anacaona
A estos principales y señores
Con el autoridad de su persona,
Avívanse las sañas y furores,
Y con lo que qualquier de sí pregona,
Ninguna cosa mas es deseada
Que la gran brevedad de la jornada.

Concebidas pues estas valentías
El Uxmatex que dije, medio tuerto,
Luego mandó marchar las compañías
Puestas en gentil orden y concierto,
Llevando por delante sus espías
Y gente que descubra lo cubierto:
Ampare Dios las gentes castellanas
De tantos dardos, flechas y macanas.

Como la sazonada y ancha haza
Que recompensar quiere las fatigas,
De quien tales labranzas embaraza,
E ya le son las aguas enemigas,
Porque por el descurso desta plaza
Encubren secas raspas las espigas,
Y ellas, terrones, yerbas y otras piezas
Sin que podais mirar sino cabezas;

Desta misma manera parecia
La gran congregacion destos salvajes;
Pues de los campos nada se veia
Sino cabezas, rostros y plumajes,
Con aquella potente flechería
De que llenos venian los carcajes,
Y dardos acutísimos tostados
Piernas, brazos y rostros embijados.

Prosigue pues Coanabo su camino
Con gente de tan áspera braveza,
Marchando hasta tanto que ya vino
A vista de la dicha fortaleza;
Pero después diremos lo que avino
En el combate lleno de dureza:
El aprieto y angustia de los nuestros,
Maravillas y lances de hombres diestros.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo tuvo Coanabo cercada la fortaleza, y lo que sucedió durante el cerco y después que los indios se retrajeron.

Suele desbaratar pobre vecino
El hombre poderoso comarcano:
La gran pujanza vence lo mas dino
Si no tiene socorros á la mano;
Mas do quiera que hay favor divino
Nada puede valer tropel humano,
Pues cuando su potencia viene presta
Abátese la lanza mas enhiesta.

Con aquestos respetos al Hojeda,
Cercado de tan áspera pujanza,
Puesto que para furia tan aceda
Jamás mostró desmayos á su lanza,
El principal remedio que le queda
Es en Dios una viva confianza;
Y ansí, cuando la gente parecia,
A los suyos riendo les decia:

«Cantidad de gandules hay al ojo
Que no distan de nos gran intervalo;
Mas no teneis por qué tomar enojo
De lo que yo recibo gran regalo,
Pues con lo que cogierdes del despojo
Podemos desechar el pelo malo;
Aguilas de oro traen por gorgueras,
Ricos caricuríes y orejeras.

»Presto se tenderán por plaza rasa,
Con pena de la rústica cuadrilla,
Sus altos chapiteles serán basa
Y el basto ganareis con espadilla,
Porque lo que quereis traen á casa,
Y por lo que venistes de Castilla:
A trevimiento son malas enmiendas;
Pagarán con personas y haciendas.

»Apriete cada cual entrambos puños,
Haciendo lo que vierdes á Hojeda,
Porque si sienten bien nuestros rasguños,
Pavones son que desharán la rueda,
Y aun dejarán metal para los cuños,
Viendo cómo se bate la moneda:
Muy follonazos vienen y muy locos;
Pero yo les haré que vuelvan pocos.

»Poca pena me dan las gentes rudas
Ni sus desatinados alborotos,
Pues donde las espadas son agudas,
Y los hierros de lanza nada botos,
No hay para qué temer gentes desnudas,
Ni de risa y placer estar remotos:
Cárguense los tres versos y la pieza,
Que al fin han de llevar en la cabeza.

»Las rodelas y armas estén prestas,
Soldados repartidos por sus trechos,
Requiéranse las cuerdas de ballestas,
Estén á punto todos los pertrechos,
Guárdese cada cual de las molestas
Flechas en los amparos que están hechos;
Y cuando con furor ellos empiecen,
Harémosles la salva que merecen.»

Mostraba finalmente gran contento
Cuando palabras tales les decia;
Mas era diferente sentimiento
El otro que de dentro padecia,
Por ver aquel tumulto turbulento
Y el orden y concierto que traia,
Porque bien entendia ser de loco
A tanta multitud tener en poco.

Llegaron pues los indios, y á sabiendas
Rodearon la fuerza que ya cuento,
Y antes que se comiencen las contiendas
Formaron á su gusto el asiento:
Hacen apriesa ranchos, arman tiendas,
Sin ponelles algun impedimento,
Y como ven que callan los cristianos
Piensan de los tomar vivos á manos.

Como les pareció que convenia,
Nombran velas segun guerreras artes:
Gastaron el restante de aquel dia
En ojear los fuertes balüartes:
A mas andar la noche se venia,
La cual velaron bien entrambas partes,
Dando peor que gente de mezquita
Al rendir de los cuartos grande grita.

Los vaporosos nublos apartados
Que suele producir noturna hora,
Cuando ya por los montes ensalzados
Tiende sus ojos bellos el aurora,
Ilustrando los campos y collados
De aquellos hemisferios donde mora;
Coanabo mandó sin que discorden
Que sus gentes se pongan en buen orden.

Allega luego Goacayarima,
Varon en estos trances bien instruto,
Después del Uxmatex de gran estima,
Vina Pani también, varon astuto;
Y Amiguayagua, de flecheros prima,
Con aquel gran varon dicho Baoruto,
Y el otro que se dijo Guarocuya,
Cada cual con la gente que era suya.

Venian con aquel hervor ardiente
Que hambriento leon tras el ganado,
Componiendo las armas y la gente
En el puesto que tienen señalado;
Andaba Coanabo diligente
Y el Uxmatex también con gran cuidado,
Y en haciendo la seña que tenia
Comienza la potente flechería.

Rompiendo van los aires alaridos,
Y tales que á los hombres mas enteros
Atruenan y atormentan los oidos,
Por ser tan importunos y tan fieros;
Las cuerdas de los arcos dan crujidos,
Heridas de los brazos de flecheros;
No para, no reposa, jamás cesa
El protervo furor de tanta priesa.

Ansí como la muy prolija llama,
De límite compuesto descompuesta,
Que con terrible fuerza se derrama
Por los espesos bosques ó floresta,
Quemando verdes hojas de la rama
Que una después de otra halla presta,
Y son enajenados de reposos
Aquellos estallidos presurosos;

Ansí la cantidad y la viveza
De presurosos golpes y sonidos
Fatigaban aquella fortaleza,
Y á los que están en ella recogidos:
Era de flechas tanta la grandeza,
Que están por sus reparos ascondidos,
Sin osarse mostrar los que están dentro,
Hasta pasar aquel primer encuentro.

Mas al lugar que juzgan por seguro
Los indios que los tienen mas opresos,
Asiestan un terrible pasamuro
Que hizo temerosos sus escesos;
Pues usando la bala de su juro
Llevó piernas y piés, deshizo huesos,
Derramó sesos, dientes y quijadas,
Y lastimó personas señaladas.

Segundan con los versos al rebaño
Que del fuerte distaba menos trechos,
Y ansimismo hicieron grande daño
Quebrando huesos, barrenando pechos:
El temor que conciben es estraño
De ver caidos sin hallar pertrechos;
Reparaba la grande muchedumbre
De ver lo que no tienen de costumbre.

Luego salieron siete caballeros
Con armas de algodon encubertados;
Ellos y los caballos van lijeros
Rompiendo por los indios mas armados;
Luego como noventa ballesteros
Con jaras y harpones afilados,
Un rodelero cada cual delante,
Y desto cada cual hombre bastante.

Aprietan una y otra vez las llaves
Para poder hacer algun ojeo,
No por cierto de temerosas aves,
Que no las hay en tan crüel torneo;
Quedábanles las manos muy süaves,
Y es porque no hacian mal empleo;
Pues hay quien su lugar desembaraza
Y de lo mas cerrado hace plaza.

Al tiempo que estos hacen esta mella,
Los de caballo vuelan sin tardanza,
No divididos ni por una huella,
Ni fuera de concierto y ordenanza;
Cada cual hiere, mata y atropella
Rompiendo pechos duros con la lanza
De aquellos escuadrones y cuadrillas
Do Hojeda hacia maravillas.

Como tigre, si halla la manada
Sin guarda ni defensa de provecho,
Que no cura de tasa limitada
Para henchir aquel vorace pecho;
Mas una y otra deja degollada
Y con muchas no queda satisfecho,
Antes con pertinacia y osadía
Cuantas mas reses mata mas querria;

Ansí Hojeda con los seis que lleva,
En herir y matar encarnizados,
Con tanto mas furor la lanza ceba
Cuantos mas indios tiene derribados;
Y los vivos de ver cosa tan nueva
Estaban poco menos que pasmados;
Mas Coanabo viendo tal injuria
Revuelve sobre sí con grande furia,

Diciendo: «¿Qué haceis, gentes perdidas
Que mas muertos estais que los caidos,
Y mas ciertas teneis vuestras caidas,
Si destos estranjeros sois vencidos?
Pelead, y perded antes las vidas
Que seais deste puesto removidos,
Valientes son y rigurosos vienen,
Mas hombres son, y de cansarse tienen.

»El mas valiente dellos también muere,
Y le faltan alientos y resuellos:
La fortuna dé ya lo que nos diere,
O quede por nosotros ó por ellos;
Y caiga de nosotros quien cayere
A trueco de matar algunos dellos.
Venid, apresurad esta carrera,
Que yo quiero llevar la delantera.»

Ansí como terribles torbellinos
Con gran fuerza de vientos furiosos
Que sacan con los vientos repentinos
Gran polvo de lugares arenosos,
Perturbando los pasos de caminos
Que llevan caminantes presurosos,
Haciéndoles los pasos tan estrechos
Que suelen del espada hacer pechos;

Ansí tan gran ruído y algazara
El Coanabo hizo se levante,
Que en el acometer nadie repara
Con furia de temor tan discrepante,
Que el feroz español volvió la cara
Y no pudo pasar mas adelante;
Antes como podia va hiriendo,
Y á mas andar su gente recogiendo.

Parecióle bastar la buena suerte
Ya hecha, pues quedaban mil tendidos,
Y ansí siguió los pasos á su suerte,
Sus soldados por orden recogidos:
Aunque esto no se hizo sin la muerte
De dos ó tres, con muchos mal heridos,
Por haber en aquesta coyuntura
En el entrar grandísima presura.

Pues viendo cómo ya se retraia,
Haciendo lo que mas les aprovecha,
Era tanta la gente que venia
Con piedra, con macana, dardo ó flecha,
Que en grandísimo riesgo los ponia,
A causa de la puerta ser estrecha,
Principalmente Goacayarima
Que con gran pertinacia los lastima.

Hojeda, con deseo de venganza
Viéndolo glorïar de tales hechos,
Batió las piernas y enristró la lanza,
Rompiendo por los indios mas estrechos:
Y salióle tan bien su confianza
Que lo pasó por medio de los pechos:
Salió la dura lanza bien teñida,
Y con ella también salió la vida.

El bárbaro furor y su grandeza
Turbóse con el lance bien formado;
Hojeda con grandísima presteza
Volvió do lo tenian deseado:
Entraron todos en la fortaleza
Y ocuparon los puertos del cercado,
Do con tiros y armas que tenian
Con gran fuerza y vigor se defendian.

Pero con un furor luciferino
Procuraban las gentes belicosas
Romper las cercas y hacer caminos,
Diciendo mil palabras afrentosas;
Hasta que ya la noche sobrevino,
Que les hizo hacer treguas forzosas,
Dejando con escuro los cercados
Poco menos que muertos descansados.

Ya las noturnas horas acabadas,
Al tiempo que la Aurora por las cumbres
Mostraba sus mejillas coloradas,
Faltas de resplandor las otras lumbres,
Volvieron á las obras comenzadas,
Y aquellas tan sangrientas pesadumbres,
Combatiendo los fuertes balüartes
Con crecido furor de entrambas partes.

Venian siempre nuevas compañías
De indios que tenian por mas diestros;
Duraron los rencuentros y porfías,
O con prósperos hados ó siniestros,
En este cerco mas de treinta dias,
No con poca fatiga de los nuestros;
Y ansí Hojeda, ya viendo sus daños,
Determinó valerse por engaños.

Los cuales no condeno yo ni alabo,
Pues también hay labores de dos haces,
Mas al fin se trató con Coanabo,
Mediante dos intérpretes sagaces,
Que no fuesen las guerras tan al cabo,
Y tuviese por bien de hacer paces;
Pues si se fuese sin hacer mas guerra
También le dejarán ellos la tierra.

Los indios, como gente toda vana,
Cesaron de tan áspero denuedo,
Oyendo la razon de buena gana,
Aunque mas con cautela que con miedo;
Por los poder tomar en la zavana,
Y no tras balüartes á pié quedo;
Y ansí Coanabo dijo ser contento,
Si se cumpliese tal prometimiento.

Las lenguas por quien estò se decia
Asegurároule todo denuesto;
Satisfízose dellos, y otro dia
Hizo salir la gente deste puesto:
Por la parte que vino hizo via,
Debajo del ya dicho presupuesto;
Pero nuestro Hojeda, mas anciano,
Determinó ganalle por la mano.

Porque dejandó guardas en su muro
De hombres vigilantes, recatados,
Partió calladamente con escuro,
Seis caballos con él y cien soldados;
Y estando Coanabo muy seguro,
De gran sueño los suyos ocupados,
En la quietud mejor, cerca del alba,
Con terrible furor les hizo salva.

Diciendo, Santiago, Santiago,
Anda lista la lanza y el espada;
No se podian dar golpes en vago
Ni se tira baldía cuchillada;
Hacian en los indios mas estrago
Que lobos en manada descuidada,
A causa de su grande desatino,
Cansado del asalto repentino.

Viendo pues tan terrible menoscabo
Y el tropel de los golpes desiguales,
Huyendo van por uno y otro cabo,
Metiéndose por montes y breñales;
Prendieron á Uxmatex y Coanabo,
Con otros muchos indios principales;
Quedaron de oro fino muchas piezas,
Que después repartieron por cabezas.

Conclusa desta suerte la revuelta
En la zavana fértil ó dehesa,
Con la velocidad de gente suelta
Recogieron despojos y la presa;
Y al fuerte do salieron dan la vuelta,
Donde tuvieron abundante mesa
Con gran pena y dolor de Coanabo,
Que sintió su prision por todo cabo.

Al cual, en la cadena donde estaba,
Nadie lo vió con brio descaido,
Puesto que grandemente se quejaba
De no cumplir con él lo prometido;
Pues él no se veló ni se guardaba,
Debajo del concierto referido;
Pero que lo soltasen con su gente,
Que él prometia paz perpetuamente.

Mas eran diferentes intenciones
Las de Hojeda con sus compañeros;
Y ansí se señalaron cien varones,
Sueltos y valentísimos guerreros,
Para llevallos ante los Colones,
Y presentalles estos prisioneros;
Los cuales sin ningun detenimiento
Holgaron de cumplir el mandamiento.

Colon tomó los indios que vinieron,
Encareciendo mucho la hazaña,
Y en un navío luego los metieron,
Que estaba de camino para España,
Los cuales brevemente perecieron,
Enflaquecidos de pasion estraña,
Porque no viendo mas que agua y cielo
No querian regalo ni consuelo.

A los indios causó temor horrendo
Aqueste pesadísimo desvío;
Y Anacaona luego fué huyendo
Al reino de su hermano Behechío,
Nada de su furor disminuyendo,
Antes estimulada de mas brío,
Todavía debajo de esperanza
De ver llegar un tiempo de venganza.

Hacia tolerables los cuidados
Del invencible corazon guerrero,
Ver prepotentes reyes congregados,
Donde Guarionex mandó primero
Con cantidad inmensa de soldados,
Bastante, cada cual vivo y entero,
Con quien también juntó su señorío
Y el campo del hermano Behechío.

Con determinacion poco discreta,
Debajo cada cual del interese
Que al corazon humano mas aprieta
Concertaron que el campo se moviese,
Pero no fué la junta tan secreta,
Que gente de Colon no lo supiese,
El cual con pensamientos nada ciegos
Quiso jugar de mano tales juegos.

Juntó quinientos hombres escogidos,
Los ciento de caballo bien armados,
De pertrechos de guerra proveidos,
Caminaron por pasos señalados;
Y con escuridad, sin ser sentidos,
Dieron en los caciques congregados,
Desbaciendo tan áspera mudanza
No sin terribilísima matanza.

Pues corrian zavanas como rio
Con tanta sangre como fué vertida,
Sin poderse decir el gran gentío
Que por aquel lugar quedó sin vida:
Prendióse Guarionex y Behechío,
Mucha gente notable conocida,
Con la cual los varones belicosos
Volvieron á su pueblo vitoriosos.

Deshecha de caciques esta trama,
Para cristiana gente peligrosa,
Por amplísimas tierras se derrama
La suerte de los nuestros venturosa;
Bartolomé Colon ganó gran fama,
Quedó toda la tierra temerosa,
Y el dicho, viéndose tan adelante,
Se hizo mas soberbio y arrogante.

Usaba no de términos discretos
En algunos negocios sustanciales,
Sin aquellas decencias y respetos
Que se deben á hombres principales;
Y muchos á paciencia mal sujetos
Solian blasfemar de cosas tales:
Aquel Roldán Jimenez mayormente
En muchas cosas suyas no consiente.

Y un dia con un término mal sano
Rebosaron los dos furias del seno,
Notándolo Roldán de hombre liviano,
Y su gobierno ser sin orden bueno;
Bartolomé Colon alzó la mano
Para le sacudir de lleno en lleno;
Y para no llegarse fué remedio
Meterse gente noble de por medio.

Apartado Roldán de su presencia,
Con ira y con pasion y bartos fieros
Determinó negarle la obediencia,
Con sesenta ó setenta compañeros:
Protestando hacer la tal ausencia,
Por no poder sufrir los desafueros,
Abusos, corruptelas, sinrazones,
Que con todos usaban los Colones.

Andando desta suerte la maraña,
Roldán en su motin perseverante,
El Cristóbal Colon llegó de España,
Con cargo de virey y de almirante;
Procurólos traer por buena maña,
Mas ninguna promesa fué bastante;
Y visto no cesar en sus errores
Mandó que los pregonen por traidores.

Este tercer viaje se comete
Con naos de hermosos ornamentos,
Y fué por marzo de noventa y siete
Años, sobre los mil y cuatrocientos;
Vino haciendo lo que le compete
En el continuar descubrimientos,
Y en ver la tierra firme se desvela,
E islas hasta el mar de Venezuela.

Estuvo desta vez en esta silla
El Cristóbal Colon hasta dos años,
Y en ellos el Roldán y su cuadrilla
Huyendo por los bosques mas estraños,
Escribiendo por horas á Castilla
Los unos de los otros grandes daños,
Porque el Roldán tenia valedores,
Y secretos avisos y favores.

Mitigar el furor desta rencilla
El santo rey Fernando deseaba,
Y ansí vino Francisco Bobadilla,
Comendador que fué de Calatrava:
El cual hizo probanza no sencilla,
Para verificar lo que pasaba;
Y como ya jugaban otro juego,
Roldán con sus secuaces vino luego.

Constaron pues por las informaciones
Cargos algo cargados en escesos,
Por los cuales prendió los tres Colones
Y enviólos á España mal opresos;
Y para que constasen las razones
También se remitieron los procesos:
Llegaron á la corte con embargos,
Y ante los reyes dieron sus descargos.

Oyéronlos los reyes sin afrenta,
Antes con voluntad y amor paterno:
Gastaron en aquesto que se cuenta
El florido verano y el invierno;
Dióles libres sus bienes y su renta,
Pero no quiso dalles el gobierno,
Viendo ser ya para su regimiento
Necesario mas alto fundamento.

Dejemos los Colones en Castilla
Libres, mas no del odio que les daña;
Volvamos á Francisco Bobadilla,
Que en gobernar se daba buena maña;
Movamos los letores á mancilla
Con el remate dél y su compaña,
Haciendo para ello nuevo canto,
Con que remataremos este llanto.

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la venida del comendador Nicolas de Ovando, la fuga de Cristóbal Colon, y muerte de Bobadilla, con otras muchas cosas que en aquella sazon acontecieron en estas partes.

Los cuerdos mozos y los sabios viejos
Jamás atribuyeron á demencia
Usar de pareceres y consejos
De varones que tienen esperiencia,
Mayormente si tales son añejos
En el ejercitar alguna ciencia;
Pues vemos muchos sabios y prudentes
No ser en todas cosas suficientes.

Consta pues Bobadilla ser bastante
Hombre de gran razon, peso y medida;
Pero, como diremos adelante,
No supo dar reguardos á su vida,
Por no querer creer al almirante
Cuya perencia fué bien conocida,
Y en todo lo demás ya digo como
Fué persona cabal y de gran tomo.

Ansí con él cesaron variedades,
Sin darse mas lugar á la malicia,
Habia muy fundadas amistades,
Gozábase de paz y de justicia;
En gran aumento van prosperidades,
De muchas minas otras hay noticia,
No ven murmuraciones ni letijos,
Sino fiestas y grandes regocijos.

Toda la pesadumbre se destierra,
Procúranse las cosas convenibles,
Cesaron los rencuentros de la guerra,
Hambres y mortandades tan terribles;
Calando mas secretos de la tierra
Descúbrense riquezas increibles;
Crecian mercaderes y tratantes,
Haciendo sus caudales mas pujantes.

Vereis campos incultos cultivados,
Grandes heredamientos deleitosos,
Potentísimos hatos de ganados,
Que hacen sus señores poderosos,
E ingenios de azúcar fabricados,
Contratos cerca desto caudalosos,
Pues que para llevar de lo que tienen
Gran suma de navíos van y vienen.

El oro que la gente deseaba
Daban quebradas ricas, campos llanos;
La vista por allí se deleitaba,
De ver cómo sacaban gruesos granos;
Y alguno dellos hubo que pesaba
Tres mil y setecientos castellanos;
Al fin vian los hados mas aviesos
Convertidos en prósperos sucesos.

No hay persona una ni ninguna,
Que en todo su vivir ponga dolencia;
Y estando con tan próspera fortuna
Sin ver en la contraria resistencia,
A los benditos reyes importuna,
Que para se volver le den licencia;
Hicieron nuestros reyes lo posible
Por dalle sucesor tan apacible.

Con deseo de no perder los frutos,
De que los españoles van gozando,
Consultaron con hombres bien instrutos,
Nuestra reina y el santo rey Fernando:
Quedaron en efeto resolutos
En enviar á Nicolas de Ovando,
Comendador de Lárez, que venido
Nombraron por mayor de su partido.

La eleccion fué digna de tal seno,
Pues en venir persona semejante
Enviaron mejor sobre muy bueno,
Y que en el bien pasó mas adelante;
De principales hombres vino lleno,
Y entró por estos mares muy pujante,
Abundancia de lienzos, sedas, paños,
Por abril de quinientos y dos años.

La gente chapetona recebida,
Y el buen comendador obedecido,
Ordenó Bobadilla su partida
Con cantidad de oro recogido;
E ya la flota bien apercebida,
Y lo mas necesario proveido,
Llegaron de Castilla los Colones,
Que no causaron pocas confusiones.

Con insignias por do los conociesen
Al puerto se llegaban velas llenas;
Mas antes que las tales recogiesen
Ni bajasen por orden las entenas,
Ovando les mandó que no saliesen
Con auto de rigor, so graves penas;
Bien recebió Colon los de la nave,
Mas el mando juzgó por cosa grave.

Sin embargo de penas que sentia,
Le respondió Cristóbal al Ovando
Que él obedecia y cumpliria
Las duras condiciones de su mando;
Puesto caso que poco se perdia
En mostrarse con él algo mas blando;
Y en dejalle siquiera tomar puerto
En tierra que él habia descubierto;

Pero que le rogaba grandemente,
Que por ninguna vía consintiese
Desamparar el puerto de presente
La flota, sino que la detuviese;
Porque seria gran inconviniente
Si Bobadilla por entonces fuese;
Finalmente tenia por locura
Salir en semejante coyuntura.

Ovando reparó con el aviso,
Por dallo quien tan bien la mar sabia;
Empero Bobadilla no lo quiso,
Burlando de lo que Colon decia;
Mas presto lo veremos arrepiso,
Con su desventurada compañía,
Y fué para Colon cosa molesta
Ver cómo su consejo nada presta.

Los tres hermanos, harto descontentos
De ver lo que con ellos se hacia,
Tornaron á dar velas á los vientos,
Buscando puerto tal cual convenia,
Por esperarse bravos movimientos,
Segun de la señal se conocia;
Pues ven llegar el sol al occidente
Mayor de lo que suele comunmente.

Demás de que sacó rayos cetrinos,
Después vieron correr muchas cometas,
Dieron gritos los pájaros marinos,
Del agua se salieron las cercetas,
Barriendo van el agua golondrinos
Y otras ciertas señales mal acetas:
Salvaron finalmente su partido
En puerto que hallaron ascondido.

Pues en aquesta parte que se cuenta
Estaban sus navíos amparados,
Donde furia de olano revienta,
Y limpio fondo va por todos lados;
Esperaron allí la gran tormenta,
Con bastantes amarras ancleados;
Mas Bobadilla, ya que estaba presto,
Ninguna cuenta quiso hacer desto.

Burlando pues de todos los desvíos
Y mal que el almirante le revela,
Se viste de marinos atavíos,
Y manda que se hagan á la vela;
Salieron á la mar treinta navíos
Con sospecha del mal que se recela,
Representando cada cual figura
Aquella venidera desventura.

No van con el clamor regocijado
Que suelen los que hacen la tal via;
Anton de Torres anda demudado,
Roldán Jimenez va sin alegría;
El diestro marinero y el soldado
Con una gran tibieza se movia:
Todos en general iban de suerte
Que parece llevallos á la muerte.

Mas nadie dellos iba descuidado,
Antes cualquiera bien apercebido,
Y espacio de diez leguas navegado,
Debajo de las aguas hay ruïdo;
El cielo se mostraba muy nublado,
El mar se hace mas embravecido,
Grandes olajes ven que se levantan,
Tanto que los mas diestros mas se espantan.

A mas andar la noche se venia,
Pesada, grave, llena de temores,
Setentrion los mares revolvia,
Y el céfiro también mostró furores;
Boreas con gran furia combatia,
El noto revolvió bravos rigores;
Vereis entre estos sobredichos vientos
Asperos y crüeles movimientos.

A los desventurados navegantes
Cualquiera de los cuatro desatienta,
No son humanas fuerzas ya bastantes
A resistir el agua turbulenta:
Jamás se vieron furias semejantes,
Ni tan terribles trances de tormenta;
Por una y otra parte hacen danza,
Lloro, temor, dolor, desconfianza.

Aquellos gritos y lamentaciones,
Que vuelan por los aires esparcidos,
De todos los humanos corazones
Ablandaran los mas endurecidos;
No sirven ya las velas y timones
De las soberbias olas embestidos;
Do quiera que cualquiera se convierte,
No tiene que mirar sino la muerte;

Porque tenian mástiles quebrados,
Y ansí vereis nadar las gavias solas
De navíos abiertos por los lados,
Andaban fuera jarcias y gisolas,
Suenan gritos de hombres anegados
Que gustan ya de las amargas olas,
Y procuraban con mortal querella
Tener salud sin esperanza della.

En confusion tan llena de mancilla,
Una balsa compuesta de madera
Habia recogido Bobadilla,
Si buena diligencia le valiera;
Asido va Roldán del escotilla,
Flaca defensa para que no muera;
Y ansí las olas ensoberbecidas
En breve dieron fin á tantas vidas.

De todas estas naos, seis habia
Que de salvarse tienen esperanza,
Aunque la mar mostraba todavía
De vida y de salud desconfianza;
Vino la claridad del turbio dia,
Llegó ninguna muestra de bonanza,
A tierra van las dos con la corriente,
Sin amparo de velas ni de gente.

De velas ni de remos ayudado,
Huye del mar el triste navegante.
¿Adónde vas, adónde, desdichado?
¿No ves cien mil peñascos por delante?
En mar estás de muerte rodeado,
Y en tierra hallarás la semejante;
La fuerza de los vuestros aniquila
Peligros de Caribdis y de Cila.

Ningunos claman ya de enronquecidos,
Los ojos solamente van al cielo,
Son ya con duras peñas embestidos,
Los efetos se ven de su recelo,
Deshechos los navíos y partidos.
¡Ay Dios, y qué terrible desconsuelo!
Por el embate van de la ribera
Barriles, cajas, trozos de madera.

Aquí vereis timon, allí la quilla,
Acullá diferentes materiales,
Cuerpos van ahogados por la orilla
De muchos caballeros principales,
Que iban con el dicho Bobadilla
Con prósperas riquezas y caudales;
El rey perdió grandísimo tesoro,
Y también aquel grande grano de oro.

De los cuatro navíos (segun fama)
Miraculosamente reservados,
Dos dellos arribaron á la Ozama,
De los embates graves mal parados,
Donde la triste nueva se derrama
Por parientes, por deudos, por criados;
Y visto tan atroce perdimiento
Hicieron doloroso sentimiento.

No se podian ver rostros enjutos,
Porque los ojos son manantiales,
En lágrimas eternas resolutos
Por el descurso destos funerales;
Los cuales, no sin gran pompa de lutos,
Celebraron los hombres priucipales,
Y porque fuese la razon notoria,
En cuatro versos suman el historia.

Plangimus Indorum diris submersa procellis
Corpora, jussa gravem non properare viam.
Non nocuit nobis longa vis credere dictis,
Sed nocuit semper spernere consilium.

Llora nuestra compañía
Los primeros ahogados
En la nueva monarquía,
Siendo antes avisados
Que detuviesen la vía.
Nunca dañó sabio viejo
En el voto de concejo
Cuando se da buena maña;
Mas no pocas veces daña,
El huir de su consejo.

ELEGIA IV.

Muerte de CRISTÓBAL COLON, *donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje,*

EN UN SOLO CANTO.

Quien hizo cosas dignas de memoria
Poniendo su vivir en detrimento,
En multitud de riesgos tan notoria
Cuantos pare la guerra, mar y viento,
Añade grandes colmos á su gloria
Gozar después de buen acabamiento,
Mayormente si en riesgos persevera
El espacio que dura su carrera.

Lo cual hizo Colon el almirante,
Pues aunque con vejez y fatigado,
Siempre quiso llevar mas adelante
Aquel descubrimiento comenzado:
Sin que mal tropezon fuese bastante
A lo volver atrás de su cuidado,
Y de tantas fatigas en ninguna
Se consintió vencer de la fortuna.

Agora pues conclusas las procelas,
Y la soberbia grande del olaje,
Al manso viento hizo dar las velas
Con prevencion de buen matalotaje;
Y en cuatro bien fornidas carabelas
A tierra firme hizo su viaje,
Para ver sus ancones y riberas,
E illa costeando mas de veras.

Y porque brevedad fué necesaria
En una variedad tan infinita,
Su tercera venida fué sumaria;
Pues casi por semejas se recita
De cómo descubrió costa de Paria
La Trinidad, Cubagua, Margarita,
Hasta llegar al mar de Venezuela,
Y agora van al cabo de la Vela.

De allí con mar bonanza, larga escota,
Por puertos, por babías, por ancones,
La costa bajo llevan su derrota,
Comunicando varias naciones,
Que salian á ver la breve flota,
Holgándose de sus contrataciones;
Y en este tiempo ya se halló muestra
De habellos visitado gente nuestra.

Pues cuando la salida se le veda
A Colon, por las causas repetidas,
El capitán Alonso de Hojeda
Recorria también estas partidas:
Después del cual en blanco no se queda
El capitán Rodrigo de Bastidas,
Que siendo Colon preso vino aposta
A descubrir riquezas por la costa.

Añaden nuevas tierras á la carta,
No juntos sino cada cual distinto,
Descubren el ancon de Santa Marta,
De Chengue, de Naguanje con Chacinto;
Rescataron de oro copia harta,
La cual por no sabella no la pinto;
Pasan el rio de la Magdalena
Y el puerto que llamaron Cartagena.

Un poco navegaron mas avante,
Pues de Uraba sacaron gran provecho;
Mas Cristóbal Colon el almirante,
Que no se contentaba con lo hecho,
Llevó sus velas muy mas adelante,
Pensando de hallar algun estrecho
Que para mar del sur le diese via
Aunque para navíos no le habia.

Para tomar la costa mas de veras
A Jamaica van atravesando,
Y conocida punta de Higueras,
Fueron la costa arriba navegando:
Ven playas, ven ancones, ven riberas,
La tierra de Veragua costeando,
Y en estas dilaciones y desvíos
Perdieron de los cuatro dos navíos.

Lo visto por los pasos ya contados
Por gran prolijidad no se replica,
Mas vistos sus navíos abromados
Del tiempo que bajó la Costa-Rica,
Determinaron él y sus soldados
De volver á la isla Jamaica,
Faltos ya de salud y bastimentos,
Y por otros respetos descontentos.

Salen de Cativá las compañías
Dejando ya las bocas de los rios,
Y aquellas ensenadas y babías
Con puntas peligrosas y bajíos;
Y habiendo navegado muchos dias
En Jamaica meten los navíos,
Y porque no podian sostenellos,
En tierra y al través dieron con ellos.

Allí por ser menor inconviniente
Hicieron los Colones su salida;
Tratáronlos los indios blandamente
Y diéronles socorros de comida:
Adoleció gran parte de la gente,
Y toda se juzgaba por perdida;
Colon investigaba muchos modos,
Buscando su remedio y el de todos.

Aquel congojosísimo cuidado
Con ningunos descuidos interpola,
Y de vacilaciones rodeado
Se quiso resumir en una sola,
Que fué rogar á Mendez su criado
Intente de pasar á la Española,
En canoa de un palo que tomasen,
E indios desta isla que bogasen.

Mendez, con fidelísimos respetos,
Loables en los siglos venideros,
Tuvo tan grandes riesgos por acetos
A trueco de salvar sus compañeros;
Fióse de los mares inquietos
Y de los infieles marineros;
Muchos desconfiaban de su vida,
Mas él no rehusaba la partida.

Metió seis indios pues, gente salvaje,
En navío de una sola planta,
Meten agua y algun matalotaje
Para quien del peligro no se espanta;
Favorézcale Dios en el viaje,
Que bien ha menester ayuda santa,
Partióse finalmente con bonanza,
Debajo de divina confianza.

Los que quedaron libres de dolencia,
Por imitar aquesta maravilla,
A Colon le negaron obediencia,
Apartándose dél cierta cuadrilla:
Siendo caudillos desta competencia
Los dos hermanos Porras de Sevilla,
Que por ir á la isla ya nombrada
Hicieron de canoas un armada.

Aderezados pues desta manera
Embarcóse gran copia de soldados,
Y al tiempo que iban ya de mar en fuera
Algunos dellos fueron anegados;
Tornaron á volver á la ribera,
Del inquieto mar siendo forzados,
Espadas y rodelas en las manos
Con temor de Colon y sus hermanos.

Imaginando pues aquel que yerra
Las cosas que el contrario suyo piensa,
Después que estos saltaron en la tierra
Temian el castigo de la ofensa;
Y así los ven poner en son de guerra
Dispuestos á morir por su defensa;
Alteráronse mucho los Colones,
Reconocidas estas intenciones.

Armaron luego todos sus tullidos
Con espadas, rodelas ó con lanzas;
Los rebelados son acometidos
Que de vencer tenian esperanzas;
Mas con facilidad fueron vencidos
Sin usarse con ellos de venganzas,
Puesto que en los primeros desconciertos
Cuatro por defenderse fueron muertos.

Pues también se rompió la fuerte malla
De golpes que se dieron inhumanos;
Fué poco mas sangrienta la batalla
Después que ya vinieron á las manos;
Y es esta la primera que se halla
En Indias de cristianos con cristianos;
Los indios, por los ver tan diferentes,
Ya tenian en poco nuestras gentes.

Cumplian antes bien sus mandamientos,
Y eran sus voluntades ya contrarias,
Pues no venian á los aposentos
A los ver y servir en cosas varias;
Tampoco les traian alimentos
Ni cosa de las cosas necesarias,
Y para los volver mas á su mano
Un remedio pensó que no fué vano.

El astucia que digo fué pues esta,
La cual salió tan bien como queria:
Entendia por regla manifiesta
Que la luna, segun astrología,
Por la sombra del globo contrapuesta
Se habia de eclipsar en cierto dia,
Y por ser el eclipse por entero,
Habia de ser algo duradero.

Llamó los indios pues á su presencia,
Y dijo: «por no darnos alimento,
Vernà sobre vosotros pestilencia,
La luna hará grande sentimiento;
Y aquesta no será vana sentencia,
Pues tal dia vereis el cumplimiento;
Por tanto, si quereis salud y vida,
Mirá que no nos falte la comida.»

Los indios estuvieron muy alerta;
Y, el tiempo señalado ya venido,
Pudieron conocer por cosa cierta
Lo que Colon habia conocido;
La luna dicen todos estar muerta
De cuya causa dan gran alarido,
Y segun otras muchas veces vemos,
Comienzan á hacer grandes estremos.

Pidiéronles perdon á los Colones,
Del pasado rigor arrepentidos;
Acaden con preseas y con dones
Como si fueran dioses conocidos;
Y así, pasadas estas turbaciones
Fueron bastantemente proveidos,
Dándoles de comer sin interese,
Entre tanto que Dios los proveyese.

El mozo Diego Mendez sus intentos
Por las ondosas aguas proseguia.
Sin ver zozobras dellas ni de vientos,
Que fuesen turbadores de su vía;
Los indios muy alegres y contentos,
Sin se cansar de noche ni de dia,
Hasta que ya hicieron su llegada
A la tierra que tienen deseada.

Saltaron en un rio descubierto
Adonde se estuvieron refrescando,
Y luego por buen orden y concierto
Se fueron por la costa navegando,
Hasta tanto que dieron en el puerto
Adonde estaba Nicolas de Ovando,
Al cual con la debida cortesía
Dió Mendez los recados que traia.

Como bueno, fiel y vigilante,
En contalle trabajos se desvela;
Mas no sintiendo bien del almirante,
Ovando concebia ser novela;
Todavía, debajo buen semblante,
Mandó llevalles una carabela;
Mas dicen que no fué con intenciones
De traer á la isla los Colones.

El Mendez, sospechando tal desvío,
Como bien comedido y avisado,
Compró de sus dineros un navío,
De cosas convinientes pertrechado:
El cual les envió con buen avío,
Y la razon de todo lo pasado;
Y despachado con matalotaje,
El hizo para España su viaje.

Libre de sinsabores de tormenta,
Con próspero suceso tomó puerto;
Su prolijo viaje representa
Escrito por buen orden y concierto,
Ante los reyes, dando larga cuenta
De lo mucho que habian descubierto,
El riesgo que corrieron sus vasallos,
Y lo que hizo él para librallos.

Dadas sus relaciones por entero,
Como dicen acá de popa á proa,
Por parecelle bien al rey guerrero
Aquella lealtad digna de loa,
Al Diego Mendez hizo caballero
Con rentas, y por armas la canoa;
Que suelen reyes dar honores tales
A los vasallos buenos y leales.

Las carabelas pues apercebidas
Que para los Colones enviaban,
Tomaron las riberas conocidas
Por los indios que dentro se tornaban
Fueron con gran contento recebidas
De los que sus socorros esperaban,
Y por estar el mar todo quieto
La partida pusieron en efeto.

Levan las anclas, guindan las entenas
Ayudados de vientos principales,
Apártanse del puerto no sin penas
De aquellos moradores naturales,
Que los tenian ya por gentes buenas,
Y casi que por hombres celestiales;
Por la derrota pues de claro tino
A la Española hacen su camino.

En el puerto de Ozama conocido
Metió Colon su gente destrozada,
Fué con aplauso grande recebido
De toda la ciudad conmemorada,
Y el buen comendador de comedido
Lo quiso regalar en su posada;
Vió sus haciendas, minas y cuadrilla,
Y luego se partió para Castilla.

Embarcóse con gracia del Ovando,
Guió las velas ácia la Saona,
Llegaron á Castilla, y en llegando
Fué donde estaba la real corona;
Recebiólo muy bien el rey Fernando,
Y hizo gran caudal de su persona;
Procuró de hacer su causa blanda
Con pio de volver á su demanda.

Mas como ya de tan prolijas vias
De salud se sintiese no bien sano,
Ocupó su vivir en obras pias
Con pia, liberal y franca mano;
Y dende á poco dió fin á sus dias,
Haciendo diligencias de cristiano;
Y ansí se remató tan santamente
La vida de varon tan escelente.

A gran admiracion, á gran espanto
Pensando sus grandezas me provoco,
Y su mayor loor en cualquier canto
No se podrá decir esceso loco:
Pues Castilla y Leon le debe tanto,
Que cuanto puedo yo decir es poco;
No procuró deleites ni gasajos,
Mas sufridor fué grande de trabajos.

De Nervi natural, lugar honesto,
Que dicen descender de Lombardia,
Severo, rojo, de pecoso gesto,
Feroz en muchas cosas que hacia;
Alto de cuerpo, pero bien compuesto
En cuantas proporciones poseia,
Varon en sus intentos fué notable,
Y en el salir con ellos admirable.

Dejó dos hijos, dignos de su nombre:
Don Fernando, que nunca fué casado,
En letras, en virtud, insigne hombre;
Don Diego, sucesor en el estado,
De duque y almirante con renombre,
Segun después dirá nuestro tratado,
Con quien casó la gran doña María
Que de la casa de Alba descendia.

Los funerales desta maravilla
Honraron valerosos caballeros;
Y no tan solamente de Castilla,
Pero también de reinos estranjeros;
Y dentro de las cuevas de Sevilla
Lo hacen sepultar sus herederos,
Y dicen que en la parte do yacia
Pusieron epigrama que decia:

Hic locus abscondit præclari membra Colosi,
Cuius sacrátum numen ad astra volat.
Non satis unus erat sibi mundus notus, et orbem
Ignotum priscis omnibus ipse dedit.
Divitias summas terras dispersit in omnes,
Atque animas cœlo tradidit innumeras.
Invenit campos divinis legibus aptos,
Regibus et nostris prospera regna dedit.

Este poco compás que ves encierra
Aquel varon que dió tan alto vuelo
Que no se contentó con nuestro suelo,
Y por darnos un nuevo se destierra.
Dió riquezas inmensas á la tierra,
Inumerables ánimas al cielo.
Halló donde plantar divinas leyes,
Y prósperas provincias á sus reyes.

ELEGIA IV.

A la muerte de don Diego Colon, *segundo almirante, donde ansimismo se cuentan otras muchas diversidades de cosas acontecidas en la Española después que murió don Cristóbal Colon.*

CANTO PRIMERO.

Mi voz enronquecida se levante,
Y avive lo posible sus acentos,
Para que con heróica lengua cante
Los varios y diversos movimientos,
Que tengo de decir mas adelante,
Y á vueltas de contentos descontentos;
Pues no fué tan constante la ventura
Que nos pueda vender hora segura.

Pues ansí como nuevas amistades
No ponen su fiel muy en lo cierto,
Nacen en tierras nuevas novedades
Primero que se pongan en concierto,
Hasta tanto que destas variedades
Se hace quien las rige mas esperto,
Do buen juicio y buenas intenciones
Valen mas que Felinos y Jasones.

No condeno, letor, lo que barruntas,
Ni me parecen mal estas escuelas,
Porque con ley de Dios andando juntas
Es, como dicen, miel sobre hojuelas;
Pero si das razon á mis preguntas,
Por ventura ternás dolor de muelas,
Tornarás en hablar alguna pieza
Rascándote sin gana la cabeza.

Si fuesen mas al claro mis razones,
Venias á taparte los oidos,
Tratando de jüeces mocetones,
Grandes de gorra, largos de vestidos,
Que salen solemnísimos ladrones,
Desvergonzados, sucios, atrevidos,
Que no hallan en ley mas fundamentos
Que sus antojos, gustos y contentos.

Unos vienen con sed de los infiernos,
Y tal que cosa no se les escapa,
Otros con grandes cofres de cuadernos,
Y son de necedades gran solapa,
Y acontece tener buenos gobiernos
Sin letras un varon de espada y capa,
Porque su buen juicio le da ciencia,
Con el temor de Dios y su conciencia.

Sin usar de ninguna demasía
Podremos decir esto del Ovando;
Pues con el santo celo que tenia
Todo lo mal digesto hizo blando:
Dichoso le llamaron aquel dia
Y tiempo que en las Indias tuvo mando;
Porque sin los reveses de malicia
Se besaban la paz y la justicia.

Entonces, como ya dicho tenemos,
Del todo se pasó con sus oficios
La próspera ciudad donde la vemos,
Con todas sus familias y servicios;
Hiciéronse las casas con estremos
De grandes y soberbios edificios
Iglesia catedral de gran nobleza,
Fuente y esclarecida fortaleza.

Renta se señaló para servilla
A hombres que podian merecella,
Y fué don fray García de Padilla,
Franciscano, primer obispo della;
No tomó posesion en esa silla,
Por morir antes de venir á ella;
Sucedióle Alejandro Geraldino,
Varon romano y hombre della dino.

Desta ísla no fué la menor pieza
La Concepcion, que dicen de la Vega,
Pues ella de por sí tuvo cabeza
Do catedral iglesia se congrega;
Fué don Pedro Suarez, el de Deza,
El obispo primero que le llega,
Hombre que de sus rentas tuvo largo,
Y el primero que vino con tal cargo.

Fué la renta después menoscabada,
Y porque ya cumplia que así fuese,
Hicieron de las dos una manada
Debajo de un pastor que las rigiese;
Y fué prior, y de la Mejorada
Primero que gozó del interese,
Dijose fray Luis de Figueroa,
Varon á quien se debe mucha loa.

En estos sobredichos hemisferios
Y por aquellos tiempos venturosos,
Se fundaron insignes monasterios,
Con santos y con dotos religiosos,
En parte no vacante de misterios,
Pues sucedieron casos milagrosos,
Y mas en esta Vega que señalo,
Noble por devocion del santo palo.

Y ansí fué la verdad, que en estos llanos
Por ser de poblacion enoblecida,
Mandaron el Colon y sus hermanos,
En la segunda vez de su venida,
Levantar una cruz á los cristianos,
Planta de sanidad, árbol de vida:
Fueron á ello doce marineros,
Con otros tantos nobles caballeros.

Señalóles Colon una ladera,
Opuesta por delante de su viso,
Do se manifestaba muy afuera
Un árbol bien compuesto, limpio, liso,
De una hermosísima madera,
Y tal en proporcion cual él lo quiso;
Y dicen muchos que después ni antes
No se hallaron plantas semejantes.

El Cristóbal Colon mandó hacella
A honestos y devotos oficiales;
Salió después de hecha cosa bella,
Plantáronla los hombres principales;
Postráronse después delante della,
Presentes muchos indios naturales;
Adorábala nuestra compañía,
Después que la pusieron, cada dia.

Después de muchos dias, cierto dia
Un indio hechicero y adevino
Quiso, segun costumbre que tenia,
Hablar con un espíritu malino;
Allí, como la cruz reconocia,
A sus invocaciones nunca vino,
Hasta tanto que por camino vario
Pasó después á otro santuario.

Hizo sus ademanes y semblantes
Con un nefando y execrable canto,
Quejóse dél por no le venir antes
Habiéndolo llamado tiempo tanto;
El diablo le dijo: «no te espantes,
Que aquella cruz me da muy gran espanto;
Por tanto quien contento me desea
Póngala donde nunca yo la vea.»

El infiel bestial incontinente,
Oida del demonio la respuesta,
Hizo juntar gran número de gente
Para quitar la cruz que estaba puesta:
En lo cual trabajaron grandemente,
Pero su vehemencia nada presta,
Pues cuanto mas trabajo se ponia
Mucho menos efeto se hacia.

Pues como no pudieron arrancalla,
Tan grande muchedumbre como era,
Determinaron luego de quemalla
Con cantidad de leños y madera;
Mas vianla quedar desta batalla
Mas sana, mas lucida, mas entera;
Al fin como bestiales engañados
Pecaban con quedar maravillados.

Después que por los nuestros fué sabida
Reliquia de tan gran manificencia,
Hiciéronle capilla recogida,
Adonde se guardó con gran decencia;
Y en estos nuestros tiempos es tenida
En gran honor y grande reverencia,
Y corren por el mundo cantidades
Para salud de mil enfermedades.

Destos regalos pues están gozando
Los desta isla ya bien proveida,
Con el justo gobierno del Ovando,
Medido por justísima medida;
Y la ciudad entonces era cuando
Se vido mucho mas engrandecida;
Está su poblazon tan compasada,
Que ninguna sé yo mejor trazada.

Pues por aquel lugar do la veis puesta,
Que desde el rio hace las subidas,
Es una llana mesa bien compuesta
Con maravillosísimas salidas:
En todas proporciones bien digesta,
Amplas calles, graciosas, bien medidas;
Es finalmente toda su postura
Un peso y un nivel sin torcedura.

Ninguna cosa, por menor que sea,
Hay en cualquiera parte de la via,
Que desde un cabo á otro no se vea,
Segun la retitud con que se guia:
De norte á sur Ozama la rodea,
Combátela la mar al mediodía,
Con un roquedo tal y tan seguro,
Que no puede formarse mejor muro.

Los que labraron casas con aviso
Francisco de Garay es el primero,
Después un frey Alonso fué del Viso,
Comendador y noble caballero;
Y el piloto Roldán, que nunca quiso
Perder aquí renombre de tercero,
El cuarto Joan Fernandez de las Varas,
Con curiosidades harto raras.

Después por el concierto regulado
Labraron otros muchos sus mansiones,
Y á la boca del puerto memorado,
Reparado de cubos y bastiones,
Hay un castillo fuerte fabricado,
Con pertrechos de grandes municiones,
Y cualquiera bajel que allí se encierra
Se puede descargar la plancha en tierra

Alcaide del castillo que se tapia,
Encima del fortísimo roquedo,
Fué un hidalgo noble de prosapia,
Díjose Diego Lopez de Salcedo;
Después otro hidalgo dicho Tapia,
El tercero después el buen Oviedo,
Que es Gonzalo Fernandez, coronista,
Que yo conocí bien de trato y vista.

Insanas furias de contraria gente
Con gran dificultad pueden entralla,
Porque ya por la parte del poniente
La cerca potentísima muralla;
Es limpio puerto, fondo suficiente,
Ribera tan cabal cuanto se halla,
Con huertas, con jardines y heredades
De frutos de cien mil diversidades.

Otras riberas hay por escelencia,
La tierra mas adentro, muy amenas,
Porque ella tiene de circunferencia
Trescientas y cincuenta leguas buenas;
Los temples son de gran benevolencia,
Pues frios ó calores no dan penas;
Hácela sobre todo mas loable
Estrella principal y favorable.

Porque todos los mas, allí nacidos,
Para grandes negocios son bastantes,
Entendimientos hay esclarecidos
Escogidísimos estudiantes;
En lenguas, en primores, en vestidos
No menos curiosos que elegantes,
Hay tan buenos poetas, que su sobra
Pudiera dar valor á nuestra obra.

Hay Diego de Guzmán y Joan su primo,
Y el ínclito canónigo Liendo,
Que pueden bien limar esto que limo,
Y estarse de mis versos sonriendo;
Quisiera yo tenellos por arrimo
En esto que trabajo componiendo,
Y aun Arce de Quirós me fuera guia
Para salir mejor con mi porfía.

Otros conocí yo también vecinos,
Nacidos en el orbe castellano,
Que en la dificultad de mis caminos
Pudieran alentarme con su mano;
Y son por cierto de memoria dinos,
Villasirga y el doto Bejarano;
No guiara tampoco mal mi paso
El desdichado don Lorenzo Laso.

Hay linajes ilustres de varones
Descendientes de grandes capitanes,
Como son los Villorias y Lebrones,
Agüeros y Verdecias y Bazanes,
Los Avilas, los Vargas, y blasones
De Mendozas, Manriques y Guzmanes,
Con otros generosos que no cuento,
A causa de faltar conocimiento.

Aquella nobilísima influencia
Hace la gente grata, comedida,
Con gracia, con facundia y elocuencia,
Jamás á demasía convertida;
Hay una natural magnificencia
De gente forastera conocida,
Pues allí sin dineros y sin renta
En el punto que trajo se sustenta.

Quien entra por buen orden y concierto
No lo dejan caer por ningun arte,
En aquesta ciudad y en este puerto
Ha tenido valor el duro Marte;
Pues todos los que bien han descubierto
De aquí salieron por la mayor parte,
Y muchos en el tiempo del Ovando
De cuyas alabanzas voy tratando.

El cual rigiendo varias condiciones
Por vias justas, santas y discretas,
Anacaona llena de pasiones
Usaba todavía de sus tretas,
Intentando mover rebeliones,
Las cuales no pudieron ser secretas:
Destos primeros fueron los bigueyes,
Con quien usó de rigurosas leyes.

Llana ya la provincia que se apunta,
La dicha, con astucias no menores,
Solicitó después crecida junta
De muy grandes caciques y señores;
Mas como su designo se barrunta,
El Ovando prendió sus valedores,
Y á ella, que sin fuerza ni conflito
Confesó claramente su delito.

Conocia ser cosa conviniente
Asegurarse guerra tan molesta;
Mandaron ahorcar públicamente
Esta mujer lasciva, deshonesta,
Puesto que varonil, sagaz, prudente,
Y á quien todos hacian grande fiesta;
Dejó hija que dicen Aguaymota,
No de sus condiciones muy remota.

Hacia mil asaltos Guarocuya,
Con gentes y poder nada sencillo,
Por ser Anacaona tia suya;
Y fueron luego para destruillo,
Y para que la guerra se concluya,
Diego Velazquez, y un Rodrigo Trillo,
Y no valiéndole su valentía,
Al fin murió la muerte que la tia.

Ovando, recelando los vaivenes
Que causan estos tales movimientos,
Conociéndolos ser flacos de sienes
Y mudables á cualesquiera vientos,
Tomó de los demás grandes rehenes,
Que tuvieron en mas que juramentos;
Venció los de Guahava Amiguayagua,
Pobló pueblo en el lago de Jaragua.

Santa María Pacis la llamaron,
O de la Paz en lengua castellana,
Pues en ella las guerras acabaron,
Y allí gozó de paz gente cristiana;
Mas estos moradores se pasaron
A la villa que llaman la Yaguana:
Fué gente de valor y gran concierto,
Y pasaron allí por ser buen puerto.

Luego la isla toda se dilata
Aquí y allí con poblacion cristiana,
Pobló Puerto Real, Puerto de Plata,
Azua, Buenaventura, la Maguana;
Aguahava, de quien atrás se trata,
Ayaquino, confin del Ayaguava:
Es finalmente cosa muy notoria
Que hizo hechos dignos de memoria.

Al tiempo que esta isla se gozaba
Con el gobierno santo que tenia,
El don Diego Colon en corte estaba
Con su bella mujer doña María,
Y con instancia grande negociaba
El cargo que su padre poseia,
Y el duque de Alba, príncipe potente,
Favoreciale como pariente.

Pues como mucha priesa se le diese
Al rey en estas cosas que discierno,
Y también en memoria se tuviese
Servicio de los tios y paterno,
Al Ovando mandó que se viniese,
Y al don Diego dejase su gobierno;
La cual mudanza toda nuestra gente
No dejó de sentir pesadamente.

Todos generalmente lo tuvieron
Por persona cabal, santa, bendita;
Comuniqué con hombres que lo vieron
El tiempo de quien esto se recita:
Conocí muchos que lo conocieron,
Vecinos de Cubagua y Margarita,
Como Rojas el viejo, y Villafranca,
Riberos natural de Salamanca.

Fué hombre grave, pero tan modesto,
Que no pasó de lo que convenia;
Para cualquier trabajo bien dispuesto,
Pues como buen soldado lo sufria:
Caritativo, sabio, casto, honesto,
Dignísimo del cargo que tenia,
Y ansí mucho después desta partida,
La muerte dél fué tal cual fué su vida.

El tiempo que en las Indias fué vecino
Partió su renta con necesitados,
Y ansí, para volver adonde vino,
Buscó quinientos pesos emprestados
Para matalotaje del camino,
Y la comida dél y sus criados,
Que fué para juez cosa muy nueva,
Y de su buen vivir bastante prueba.

Es cosa que se vido raras veces,
Y que podreis contar por maravilla,
Venir hombres á Indias por jüeces
Y no llevar dineros á Castilla;
Pues muchos en juguetes y belheces
Gastan mas que demanda su costilla:
Montó su sueldo quince, gastó treinta,
Y al fin lo veis después con larga renta.

Por ventura vereis muchos varones,
Que por los intereses que pretenden
Están muy fuera destas opiniones,
Aunque bastantemente las entienden;
Pero si fueren vanas mis razones,
Los bien intencionados las enmienden;
Que si personas tales lo miraren
Bien hallarán aquí donde reparen.

Aquí no vereis estos señalados,
Sino por unos términos medidos,
Los buenos por sus nombres alabados,
Los malos en comun reprehendidos:
Honro los que merecen ser honrados
Reprehendo perversos atrevidos,
Que sin ley, y sin rey, y sin enmienda
A cualquiera maldad sueltan la rienda.

Mas no paremos mas en este fuego,
Que podia quemar al circunstante;
Dejemos al Ovando con sosiego
Y en gracia de sus reyes adelante;
Digamos lo que resta de don Diego,
Hijo de don Cristóbal, almirante,
Y por poder echar mejor el sello
Hagamos nuevo canto para ello.

CANTO SEGUNDO,

Donde se tratan las variedades que hubo en este gobierno, la vi del audiencia real, y muerte de don Diego Colon.

Suelen parir cien mil inconvinientes
Diversos pareceres en un seno,
Donde hay parcialidades diferentes
Lo bueno hacen malo, y malo bueno.
De todos los pasados y presentes
Envidia fué pestífero veneno;
Los cargos y los prósperos caudales
Andan acompañados destos males.

Pues como los jüeces ya pasados
Tuviesen diferentes condiciones,
Tenia cada cual apasionados,
Públicas y secretas aficiones,
Y no todos estaban olvidados
Del soberbio mandar de los Colones;
De manera que destos cambios hechos
Algunos no quedaron satisfechos.

Mas don Diego Colon su via mueve
Con fausto principal flota bastante,
Y los cargos que el rey manda que lleve
Que fueron de virey y de almirante;
Y en julio de quinientos y mas nueve
Entró por aquel puerto muy pujante
Siendo con gran aplauso recebido,
O ya fuese de veras ó fingido.

Desembarcóse con la compañía
Que al cargo de virey era decente,
Y su cabal mujer doña María
De la gran casa de Alba descendiente:
Grandes fiestas hicieron aquel dia
Y muchos juegos mas en el siguiente,
Demás de regocijos y alegrías
Que duraron por mas de veinte dias.

Sacaron todos invenciones bellas
Manifestando prósperos caudales,
Porque vinieron damas y doncellas
Generosas, hermosas y cabales,
Que por haber entonces falta dellas
Se casaron con hombres principales.
Hubo toros, sortijas, juegos, cañas,
En que se daban todos buenas mañas.

Ejercicios que saben bien usallos
Por estos dichos puertos y fronteras,
Do tienen abundancia de caballos
Diestros en regocijos y carreras;
Y así los amos como los vasallos
Pueden ejercitallos en las veras;
Mestizos, indios, negros y mulatos
Siempre dan á caballos malos ratos.

Por recuestos, por cerros y collados,
O por la rasa cumbre de la sierra,
Se arrojan tras las vacas y ganados
De que hay infinidad en esta tierra,
Dejarretando toros madrigados
Del bravo cimarron que no se encierra
Y en esto son tan hábiles y diestros
Que pasarán do quiera por maestros.

Hacen esto con dejarretadera,
Que es una media luna bien sacada,
Con asta de fortísima madera
Que con gran fuerza llevan enristrada;
Y si ganados salen á carrera
Derriban cantidad de la manada,
Para solos los cueros que es hoy dia
Una muy caudalosa granjería.

Dado pues fin á los recebimientos,
Y acabadas las bodas y las fiestas,
Por ocasiones, trampas, chismes, cuentos
Que no faltan en tierras como estas,
Iban creciendo mil desabrimientos
Mil pleitos, mil demandas y respuestas,
Y escribieron al rey algunas cosas
Al don Diego Colon no provechosas.

No faltaban malsines y soeces
Que las personas nobles revolviesen;
Y como por gran número de veces
Las tales á los reyes escribiesen,
Vinieron licenciados por jüeces
Que en las apelaciones conociesen,
Que fué, segun constó del aparencia,
Una manera de real audiencia.

Al fin que desta trama salió lienzo,
Que no puede faltar en este suelo;
Fueron tres licenciados su comienzo:
Lucas Vazquez de Aillon y otro Marcelo
De Villalobos, Juan Ortiz Matienzo,
Al don Diego Colon ningun consuelo,
Y á quien nunca jamás fué buen tercero
Miguel de Pasamonte, tesorero.

Este con buenos celos ó pasiones,
Y otros vencidos dellas ó por ruego,
Escribieron al rey tales razones
Que llamó por sus cartas á don Diego;
El cual, vistas reales provisiones,
Sin les poner escusa partió luego,
Y en corte sus disculpas negociando
A sus dias dió fin el rey Fernando.

En aquel tiempo pues que esto pasaba
Por fin y muerte de los santos reyes,
Fray Francisco Jimenez gobernaba,
Las destas partes y las otras greyes;
El cual en estas Indias deseaba
Varones que guardasen santas leyes,
Y así mandó venir en una armada
Tres frailes dotos de la Mejorada.

De manera que en estos movimientos
De tantos reinos y tan estendidos,
Hicieron cuatro frailes dos conventos
Que no fueron entonces mal regidos:
Acá vinieron año de quinientos
Y mil y diez y seis eran corridos:
Habia mucho antes gobernado
Un Cristóbal Lebron, buen licenciado.

Después de tanta grita y embarazo,
Que confunde los hombres mas cabales,
El licenciado Alonso de Zuazo
Llegó también con cédulas reales,
No con menos poder ni menos brazo
Para todas las causas criminales,
Y para que tomase residencia
A todos oficiales del audiencia.

Estos frailes y aqueste licenciado,
Que con ellos mandaba juntamente,
Con peso de razon y de cuidado
Lo gobernaban todo santamente:
El régimen andaba concertado,
Cada cual se mostraba diligente
En que se dotrinasen naturales,
Y no se les hiciesen tantos males.

Estaba pues la isla bien regida,
Aumentáronse casas y haciendas,
Fué toda la ciudad bien proveida,
Cesaron muchos pleitos y contiendas;
Dieron muy buen ejemplo de su vida,
Sin pretension de bienes ni haciendas,
Como deben hacello religiosos
A quien parece mal ser cudiciosos.

Que vanos edificios edifica
Quien hurta castigando los ladrones,
Reprueba con rigor la vida rica,
Y allega las riquezas á montones;
Decir que no forniquen y fornica,
Que huyan sin huir las ocasiones,
Quitan al pecador donde tropieza,
Y nunca guardan ellos su cabeza.

El cuidadoso gallo vigilante
A sus debidas horas cantar quiere,
Mas antes que dé voces y que cante,
Sacude bien las alas y se hiere:
Es menester que sea semejante
Aquel que predicare y que rigiere;
Dar voces, pero cumple ser su vida
Primero de vilezas sacudida.

Algunos si por bandos y recuestas
Se llegan á mortíferas lanzadas,
Muy poco sin estar las manos prestas
Valdrian las palabras esforzadas;
Pues ¿qué valdrán acá las bien compuestas,
Estando buenas obras olvidadas?
A bien librar el hombre que mas gana
Será como sonido de campana.

Podria ser galán ejemplo nuestro
Aquel que en Israel tuvo juzgado,
Que porque de dos manos era diestro,
Es en divinas letras celebrado:
Así lo debe ser el buen maestro,
A estas flacas gentes enviado;
Que mueven las palabras vivos templos,
Si van acompañadas con ejemplos.

Prosiguiendo los frailes sus intentos,
Por el loable modo que solian,
Dieron en remover repartimientos
De hidalgos que en corte residian:
Por ausencias y malos tratamientos,
Que en miserables indios se hacian,
De donde resultaron muchas quejas,
Que á tales intereses son anejas.

Cuando crecia pues aquesta saña,
Que fué harto mayor que yo la pinto,
Zuazo no se daba menos maña,
Antes iba por orden no distinto:
Y entonces ya gozaban en España
Del bienaventurado Cárlos quinto,
Ante quien por palabras nada blandas
Pusieron grandes pleitos y demandas.

Sus indios demandaba la cuadrilla,
Pero ninguno fué restituido;
Los frailes se volvieron á Castilla,
Su Majestad se tuvo por servido
Del tiempo que estuvieron en la silla,
Con lo que mas habian proveido;
Y los de la ya dicha competencia
Contra Zuazo piden residencia.

Los émulos y duros querellantes
Granjearon jüez algo tirano,
Mas él dió sus descargos tan bastantes,
Cuanto los pudo dar un buen cristiano;
Y ansí quedó con honra como antes,
Puesto que de jüez ninguna mano,
Hasta después que por persona digna
A gobernar pasó la Fernandina.

Fué pues de los tres frailes un colega,
Figueroa, prior cerca de Olmedo,
Que fué segundo obispo de la Vega;
El otro fray Domingo de Quevedo,
Que tuvo por prior San Joan de Ortega;
Otro fray Bernardino Manzanedo,
A quien el rey honró con premios largos,
Y acabaron después con grandes cargos.

Tratando pues Colon por su presencia
Sus pleitos en honor y en interese,
El rey para venir le dió licencia,
Sin que ninguna cosa concluyese.
Con el reposo siempre de la audiencia,
De los negocios que él mal proveyese,
Que no le consentian un cabello,
Y muy poco después les vino sello.

Llegado nuestro noble caballero
Al puerto de la Ozama conocido,
Aunque no con aquel fausto primero,
De todos ellos fué bien recebido:
Tuvo contentamiento mas entero
La vireina de ver á su marido;
Los años que contaron al presente,
Fueron mil y quinientos y mas veinte.

No solamente voluntad sincera,
Pero también los pechos descontentos,
Amistad le mostraban verdadera,
Sin puntas de pasados movimientos;
Mas no fué su contento de manera
Que pudiese huir desabrimientos,
A lo menos por las rebeliones,
Intentadas por negros cimarrones.

El caso sucedió por esta via:
Los hombres de riquezas cudiciosos,
Visto lo que la tierra prometia,
Para mejor hacellos caudalosos,
Dieron una grande granjería,
Que fué hacer ingenios poderosos
Para moler azúcar, y el intento
Ha venido después en crecimiento.

El inventor primero desta cosa,
Que primero lo dió perficionado,
Dicen que fué Gonzalo de Velosa,
Varon por buenas letras estimado:
De la cual granjería provechosa
Fué rico de caudal multiplicado,
Y en este nuevo reino tiene nietas,
En ser, valor y lustre muy perfetas.

Doña Luisa, otra Castamira,
A quien Homero pinta soberana,
La segunda se dice doña Elvira,
Y la menor de todas doña Ana:
Virtud, bondad, honor, aquí se mira;
Belleza, discrecion, vida cristiana,
Casadas con ilustres caballeros,
Y cada cual con muchos herederos.

Sus maridos, varones singulares
Do quier que se mostró bélica mano,
Señalados por tierras y por mares
Con virtud y renombre soberano,
Son Avendaño y Gregorio Suarez,
Y Anton de Castro, noble lusitano:
Cuyas proezas grandes, Dios mediante,
Confio que diremos adelante.

Pues el sabio Velosa persevera
Haciendo dos ingenios escogidos,
En Niguayen, y Aguate y su ribera,
Del cual ejemplo muchos son movidos,
Queriendo caminar por su carrera,
Orillas de los rios conocidos:
Como fué Pasamonte, tesorero,
Y el secretario Diego Caballero.

Otro mucho mejor y mas pujante,
Abajo del que tengo ya nombrado,
Es del señor Colon el almirante;
Otro hizo también Francisco Prado;
Y no quiero pasar mas adelante
Contando los que se han edificado,
Porque, ponellos todos por escrito
Seria preceder en infinito.

Destos cada cual es un señorío,
Gentil y principal heredamiento;
Tienen necesidad de gran gentío
Para tener cabal aviamiento;
Faltaba ya de indios el avío
Por el universal acabamiento,
De suerte que hay en estas heredades
Negros en escesivas cantidades.

Tienen la tierra tal cual se desea
En temple y abundancia cosa rica,
En grande aumento va cada ralea,
Y con grande vigor se multiplica,
Tanto, que ya parecen ser Guinea,
Haiti, Cuba, Sant Joan y Jamaica;
Destos son los Gilosos muy guerreros
Con vana presuncion de caballeros.

Movidos estos desta lozanía
Y sobre gran acuerdo, se juntaron
De la Natividad segundo dia,
Año de veinte y dos que se contaron;
Y luego con soberbia valentía
Haciendas poderosas asolaron,
Tanto que casi no dejaron rastro
En la que fué de Melchior de Castro.

La furia destas furias mas se ceba
Sin que dejen mamante ni plante;
El riguroso trance desta nueva,
Con muertos españoles por delante,
Con la priesa posible se le lleva
A don Diego Colon el almirante,
El cual con el calor que convenia
Partió tras la proterva compañía.

Por atajar con brevedad los males,
Recogió de soldados hasta ciento,
Mas luego caballeros principales
Fueron por le servir en seguimiento;
Hallaron luego rastros y señales,
Envueltos en rigor sanguinolento,
Siguieron las pisadas aquel dia,
Hasta que ya la noche se venia.

En Nizao paró la compañía
Por causa de la noche tenebrosa,
Mas Melchior de Castro no dormia,
Que por lo que llevaban no reposa;
Hurtóse del real, siguió la via
Que llevaba la gente belicosa,
Con un criado suyo, que llevallo
Quiso, por ser buen hombre de á caballo.

Colon, que luego supo la demanda
Del que llevaba vivos los aceros,
A Francisco de Avila le manda
Que lo siga con ocho caballeros:
Con tal que si topasen con la banda
De los viles y bárbaros guerreros,
Se los entretuviesen cuerdamente
En tanto que llegaba con la gente.

En un camino ancho, bien hollado,
Se juntaron los once que ya digo,
Y brevecillo trecho caminado
Sienten el escuadron del enemigo,
De todas armas bien aderezado,
Y no de centinelas sin abrigo,
Con cuya grita cada cual despierto
Se pusieron en orden y concierto.

Hacen ostentacion de su presencia,
Diciendo: « Viles, no tenemos miedo,
Pues pensamos hacer la resistencia
Como valientes hombres á pié quedo.»
Faltóles á los once la paciencia,
Rompiendo con grandísimo denuedo
Por aquel escuadron embravecido,
Dejando cada cual uno tendido.

Con todos sus pertrechos y reguardos
Se rebizo muy presto la compaña,
Con infinitas flechas, lanzas, dardos,
En que se daban todos buena maña;
Pero los once nuestros no son tardos
En volver con furor de mayor saña;
Fué la breve batalla bien reñida,
Y al cabo los pusieron en huida.

El rencuentro concluso y acabado,
Y el escuadron de negros ya vencido,
El don Diego Colon llegó cansado
Con presurosos pasos al ruido:
Uno destos salió descalabrado,
Y el Melchior de Castro mal herido,
Pasada de los dardos una mano,
Pero no tardó mes en verse sano.

Remediados aquestos desatinos,
Tan necesariamente remediados,
Poblaron las calzadas y caminos
De negros por justicia castigados;
Sosegáronse todos los vecinos
Que estaban de temor sobresaltados,
Y otros hubo después, aunque no luego,
Que causaron mortal desasosiego.

Fué un Enrique pues, indio ladino,
Que supo bien la lengua castellana,
Cacique principal, harto vecino
Al pueblo de San Joan de la Maguana:
Usóse con él cierto desatino
Por su mujer que fué también cristiana:
Era gentil letor, gran escribano,
Y en estas islas tuvo grande mano.

Por no poder templar la destemplanza
De aquella pesadísima zozobra,
Porque el honor que pierde tal usanza
Para siempre jamás nunca se cobra,
Vínole pensamiento de venganza,
El cual efetuó con mala obra;
Y ansi con principal gente de guerra
Escogió lo mas fuerte de una sierra.

Esta sierra se dice del Bauruco,
Cuyas cumbres son sumas en alteza,
Piedras, matas, espinas, arcabuco,
Allí hacen comun el aspereza:
No romperá lombarda, ni trabuco,
Las bravas espesuras de maleza;
Tiene lago que boja su aparencia
Catorce leguas de circunferencia.

Entremetido pues en estas breñas
Para principiar el mal que piensa,
Hizo canoas grandes y pequeñas,
Formando su guarida mas estensa;
Porque si discrepase de las peñas
El agua le sirviese de defensa,
Con otras infinitas prevenciones
Que piensan fugitivos y ladrones.

Desde las asperezas desta sierra
Su gran rebelion continuando,
Hacia mil asaltos por la tierra
Matando, destruyendo y abrasando;
Ejercitó con gran valor la guerra,
Con obra de cien indios de su bando,
Y un su capitan dicho Tamayo
Que para ningun mal mostró desmayo.

Eran los desafueros y los daños
Sin querer perdonar cosa viviente,
Librose de celadas y de engaños,
Sin sucedelle mal inconviniente;
Y sustentó la guerra trece años
Con harto deshonor de nuestra gente,
Robaron crecidísimos caudales
Con muertes de personas principales.

Admíranse, letor, entendimientos,
De que cuando hallaron estos mares
Varones poco mas de cuatrocientos
Venciesen á millares de millares,
Y temblasen agora de doscientos
Tantas ciudades, villas y lugares;
Mas entonces el hombre vaquiano
No soltaba las armas de la mano.

No comia guisados con canela,
No confites, ni dulces canelones,
Su mas cierto dormir era la vela,
Las duras armas eran los colchones,
El almohada blanda la rodela,
Cojines los peñascos y terrones,
Y los manjares dulces, regalados,
Dos puños de maices mal tostados.

Abrir á prima noche las pestañas,
Con ojo vigilante, claro, puro,
Por ver lumbres de ranchos ó cabañas,
A fin de salteallos con escuro;
Quebrándose los ojos por montañas,
Do cualquiera pensara ser seguro,
Y aunque mas se velasen los isleños,
A media noche dalles negros sueños.

A tino caminaban y sin guias
Por setecientos mil despeñaderos,
Y muchos tan destrísimas espías,
Que nunca perros fueron tan rastreros;
De ramos se cubrian en los dias
Si se mostraban rasos los oteros,
De noche por quebradas y por ríos,
Hasta que ya topaban los bohíos.

Fáltanles muchas veces acogidas,
Escepto las montañas y quebradas,
Las aguas de los cielos muy crecidas,
Las mas que viles ropas empapadas;
De tierra repentinas avenidas
Que escudos le llevaban y celadas,
Y entonces, los no tales y los buenos,
Quedaban con las manos en los senos.

Y estando sin espadas y rodelas,
Desnudos, en pañetes ó vestidos,
Osaban cometer á centinelas
De indios, que velaban advertidos;
Y presas las escuchas ó las velas,
Robarlos descuidados y dormidos,
E ya, de los trabajos olvidados,
Volvíanse contentos y pagados.

Podríamos en estos tales cuentos
Gastar y consumir noches y dias,
Refiriendo cien mil atrevimientos,
Hechos, hazañas, suertes, valentías,
Que solian hacer hombres hambrientos
En los antiguos y pasados dias,
Donde tullidos, cojos, mancos, sanos,
Cada cual se valia de sus manos.

Mas ya no hallareis tales mozuelos,
En escuela de Marte ni Minerva,
Pues todos huyen destos desconsuelos,
Y dicen que las flechas tienen yerba;
Hay hojaldres, pasteles y buñuelos,
Hay botes y barriles de conserva,
Hay cedazo, harnero, y hay zaranda,
Y sábeles muy bien la cama blanda.

Por faltar pues entonces fuerte gente,
Y usarse ya sonetos y canciones,
El Enrique se hizo tan valiente,
Saliendo siempre con sus intenciones;
Andando pues el indio delincuente,
Causando semejantes turbaciones,
Y dando de valor bastante prueba,
Al gran emperador llegó la nueva.

El cual, por atraer á su servicio
Este venturosísimo tirano,
Le perdonó cualquiera maleficio,
Escribiéndole carta de su mano;
Donde se le mostraba muy propicio,
Si dejase furor tan inhumano,
Y donde no, si punto se detiene,
Se le dará castigo cual conviene.

Vino la carta para don Enrique,
Porque el emperador así le llama;
Mas ¿quién habrá que se la notifique
En todos los confines de la Ozama?
Porque demás de no tener á pique
Al dicho, tiemblan todos de su fama;
Tenianlos por trabajosos lances,
Y echaban mil juicios y balances.

Como trajo la carta de clemencia
El capitán Francisco Barrio-Nuevo,
Hombre de gran valor y gran prudencia,
A quien el riesgo fué de poco cebo,
Habló con los señores del audiencia,
Diciéndoles: «la carta yo la llevo,
A mí me viene bien este viaje,
E yo quiero hacer este mensaje.»

De percebir oferta semejante
A los jüeces altos no les pesa,
Porque sabian ser hombre bastante
Para tomar á pechos el empresa;
Reconociendo dél de mucho ante
Que no fué gavilan de poca presa;
Y concordes en estos pareceres,
Le dieron los recados y poderes.

Por la mejor manera que convino,
Pertrechos necesarios proveidos,
Seguia por la costa su camino
Con treinta compañeros escogidos;
Y dos meses gastó hasta que vino
A descubrir los indios recogidos,
Trastornando las cumbres y quebradas,
Sin poder hallar rastro ni pisadas.

Después de tantos dias, cierto dia
En unas espesuras donde estaba,
Todos los desta noble compañía
Oyeron una hacha que cortaba;
Tomaron por acechos esta guia
Que con temores grandes los guiaba,
Y por vía de breñas importuna
Pudieron allegar á la laguna.

Aquí llegó con hasta diez soldados,
Dejando los demás en la zavana:
Vió indios en canoas bien armados,
Que le hablaron lengua castellana;
De su venida fueron avisados,
Y cuánto de la buena paz se gana,
Que le llamasen luego su cacique,
Y que bien sabian ser el don Enrique.

Sin muestra de ningun desasosiego,
Los indios con temor ó con recato
Dijeron no poder cumplir su ruego,
Porque estaba de allí prolijo rato;
Mas Barrio-Nuevo hizo pasar luego
Para se lo llamar cierto mulato,
Y dadas las razones de quien era,
Determinó venir á la ribera.

Al tiempo que los dos se ven la frente
En diferentes puestos y riberas,
Quitaron los sombreros juntamente,
Y el Enrique habló de sus laderas:
«Pase vuestra merced seguramente,
Que aquí le serviremos muy de veras.»
Pasaron á la parte de sus tambos,
Y abrazos de amistad se dieron ambos.

Debajo de un mamey, árbol umbroso
Que frutos á la vista representa,
Se sentaron entrambos de reposo
A la sombra y frescor que les contenta;
La carta del monarca poderoso
Le dió con relacion de larga cuenta,
La cual consideró por larga pieza,
Y puso luego sobre su cabeza.

Acerca del perdon que represento
Tuvieron sus demandas y respuestas,
Usando de comun comedimiento
A los cristianos hizo grandes fiestas;
Hizo de capitanes llamamiento,
Diciendo: «buenas bulas son aquestas;
No cumple ya dejallas de la mano,
Pues las envía rey tan soberano.»

Vinieron todos con brazos abiertos
A bien que tanto bien les ofrecia;
El don Enrique hizo los conciertos
Con la seguridad que convenia;
Dejó las asperezas destos puertos,
Volvióse do primero residia,
Su vida fué después vida segura,
Y así se concluyó guerra tan dura.

De los de mas pesados movimientos,
El negro Lemba fué principalmente
Que juntó negros mas de cuatrocientos,
Acaudillándolos varonilmente;
Fué negro de perversos pensamientos,
Atrevido, sagaz, fuerte, valiente,
Y en su rebelion de muchos años
La tierra padeció notables daños.

Persona mal sabida, recatada,
En todas sus astucias otro Davo,
En el asalto de cualquier entrada
Diligente, feroz, crüel y bravo;
Y en este nuevo reino de Granada
Tuve yo nieto suyo por esclavo:
Muchacho, pero tales sus costumbres,
Que me daba no pocas pesadumbres.

Pocas cosas habia dél seguras
Por ser lobo cerval de gran destreza,
En embustes, marañas, travesuras,
En astucias, cautelas y viveza:
Una de las mas malas criaturas
Que creo que formó naturaleza,
Y antes de reventar mas demasías
Agua rápida dió fin á sus dias.

Sus fines no causaron desconsuelo,
Antes su desventura fué propicia;
Pues si viviera mas este mozuelo,
Segun iba creciendo su malicia,
Venciera las maldades del abuelo,
A quien después mataron por justicia:
Alzóse después dél un Joan Vaquero,
El cual vino también á pagadero.

Porque durante las rebeliones,
Cuya gran pesadumbre fué notoria,
Hubo soldados diestros y varones
Dignísimos por cierto de memoria:
Pues allanaban estos tropezones
Gozando de grandísima vitoria,
Haciendo siempre lances principales
En aquestos guerreros infernales.

Uno destos que vamos relatando
Aunque con pluma ya poca liviana,
Se decia Fulano Villalpando,
A quien llamaban barbas de zavana:
Para cualquier trabajo nada blando,
Rojo, de proporcion algo mediana,
Pero por bosques, cumbres, montes agros,
Hizo cosas que son como milagros.

De los que peleaban á su lado
Podríamos hacer bien larga sarta;
Destos Joan Freyle fué muy afamado;
Y en ver y rastrear viveza harta
Un Joan Rodriguez, otro buen soldado,
Que yo traté después en Santa Marta,
Un Joan, canario negro, con su perro,
Que casi de razon no tuvo yerro.

Otro buen capitán, hombre bastante
En la misma sazon, se dijo Vera,
Que ninguno pasó mas adelante
En la dificultad desta carrera;
Pero volvámonos al almirante,
Que grandes ratos ha que nos espera;
Y á él también esperan desafueros
Que fueron de su vida los postreros.

Estaban los vecinos sosegados,
Quietos en sus casas y viviendas;
Mas como donde quiera que hay letrados
No pueden faltar pleitos ni contiendas,
Variedades, procesos fulminados
Tocantes á personas y haciendas,
En las furias del cual desasosiego
Bravamente picaban al don Diego;

De muchas eminencias paternales
Procuran los oidores despojallo:
Las causas y principios destos males
Por no sabellos bien aquí los callo;
Mas las informaciones fueron tales
Que el gran emperador mandó llamallo,
El cual con obediencia comedida
Puso por orden luego su partida.

Llegado pues á la real presencia,
Tuvo con el fiscal grandes letijos,
Anduvo no sin grande diligencia,
Y con enojos mas que regocijos:
De donde resultó grave dolencia,
Y sin ver su mujer ni ver sus hijos
Partió de los trabajos deste suelo:
Déle Dios los descansos en el cielo.

Fué lindo y avisado cortesano,
De gratas y de nobles condiciones,
En miembros antes alto que mediano,
Gentiles y bien puestas proporciones;
Murió como católico cristiano,
Acompañándolo santos varones;
Dió fin á sus trabajos y tormentos
Año de veinte y seis sobre quinientos.

Dejó hijos que hoy han acabado,
Cristóbal y Luis el heredero,
Que vimos suceder en el estado,
Gentil y cortesano caballero;
Puesto que por mujeres derramado,
Y en se saber valer no muy entero,
Por no dejar aqueste quien herede,
Hijo de don Cristóbal le sucede.

La vireina sintió por maravilla
El fin del marital conteptamiento;
Si grandes llantos hacen en Castilla,
En Indias increible sentimiento:
Fueron también las cuevas de Sevilla
Depósito del tal enterramiento,
Y allí donde sus miembros fueron puestos
Dos disticos pusieron como estos.

Hic maris Indorum præfectus conditur ille
Ad quem pro meritis sors inimica fuit.
Humana percepit vivo concessa parenti;
At cum distillis tristia fata simul.

Aquí yace el almirante
De la nueva monarquía,
A quien, si hado podia,
Le puso menos delante
De aquello que merecia.

Heredó, segun los tales,
Los oficios paternales;
Pero con tantos vaivenes,
Que en la herencia de los bienes
También heredó los males.

ELEGIA VI.

A la muerte de JOAN PONCE DE LEON, *donde se cuenta la conquista del Boriquén, con otras muchas particularidades.*

CANTO PRIMERO.

Voz de mi ronco pecho, que profesa
Grandes cosas en versos apacibles,
Desea perfecion en su promesa,
Con muertes de varones invencibles;
E ya Joan Ponce de Leon da priesa
Con hechos que parecen imposibles;
Pues tuvo, como fué cosa notoria,
En muy menos la vida que la gloria.

Este hidalgo fué cual le convino
A la Belona fiera y á sus artes,
Y con el gran Colon hizo camino
Debajo de guerreros estandartes;
En aquella segunda vez que vino
A los descubrimientos destas partes,
Señaló grandemente su persona
En allanar la gran Anacaona.

En Higuey, de quien ya hecimos lista,
Por Nicolás de Ovando fué justicia,
Donde por indio que habló de vista,
Del rico Boriquén tuvo noticia;
Pidió con gran instancia la conquista,
Por ser empresa digna de codicia;
Ovando se la dió, y á muchas gentes
Condutas de conquistas diferentes.

Porque cuando Hayti se combatia
Habia caballeros generosos,
Señaladísimos en valentía,
De mayores empresas codiciosos:
Ansí cada cual dellos pretendia
Conduta de gobiernos honorosos,
Para mejor probar su fuerte diestra,
Y dar de su valor mas clara muestra.

El comendador pues se determina
De dar do se conquiste gente rica:
A Velazquez le dió la Fernandina,
Y al capitán Garay á Jamaica:
Ser desto cada cual persona dina,
Por larga prueba ya se certifica,
Y al Ponce de Leon, con largo mando,
El Boriquén, á quien me voy llegando.

En diez y siete y diez y ocho grados
Se suele computar altura deste;
Los diámetros tienen prolongados
Cincuenta y cinco leguas leste oeste;
Rodéala por puntas y por lados
De belicosa gente brava hueste;
Hecho y fama tiene de guerrera,
Porque de los caribes es frontera.

Por treinta leguas hace sus desvíos
De los Hayties ya conmemorados;
Van por su medio montes poco frios,
Porque los aires son todos templados:
Vierten á todas partes dulces rios,
Cuyas arenas son granos dorados,
Sus recodos, remansos, vertederos
Abundan de riquísimos veneros.

A la parte del norte Cairabone,
Que mas que todo agua multiplica,
Mas al oriente corre Tainiabone,
Cuyas vertientes son de tierra rica;
Otro también se llama Bayamone,
Y el que nombró Luisa la cacica,
Camuy, Culibrimas, y el Aguada,
De fértiles labranzas cultivada.

El Mayaguex al sur hace su playa,
Y allá sus aguas Coriguex derrama,
Al oriente demora Baramaya,
Jacagua, y el que dicen de Guayama;
Macao, Guayaney y Guibayana,
Menos ricos que otros, segun fama,
Pero ninguno dellos falto de oro,
Y en todas sus riberas gran decoro.

Teniendo pues Joan Ponce preparada
Su gente con poderes que le dieron,
En seguimiento fué de su jornada,
Con lenguas de Hayti que lo siguieron:
Y porque por San Joan fué su llegada,
San Joan de Puerto-Rico le pusieron;
Desembarcó la gente que traia
En playa y arenal de una bahía.

La tierra se mostró de buen talante,
Para tales designios conviniente;
Gran cantidad de indios ven delante,
Que salen á mirar la nueva gente,
Pacífico mostraban el semblante,
Sin muestra ni meneo diferente,
El rey Agueibaná también venía
Con una madre vieja que tenia.

Llegaron á la playa conocida,
Hablaron á la gente que llevaba,
Regocijáronse con la venida,
Segun en los aspetos se mostraba;
Y con las mismas muestras los convida
Joan Ponce que con lenguas les hablaba,
Diciéndoles venir aquellas gentes
Para ser sus vecinos y parientes.

Respondieron que vengan norabuena,
El rey y madre vieja que ya digo,
Pues amistad fiel nunca da pena
A quien pretende ser fiel amigo;
La cual de parte dellos será llena,
En paz, conformidad y buen abrigo,
Con lo demás á esto convenible,
Sirviéndolos en todo lo posible.

Como reconocieron destas gentes,
Tan blandas y siuceras voluntades,
Dieron algunos dones y presentes
Para mas confirmar las amistades;
Al menos á personas eminentes,
O mas aventajadas en edades,
Y á madre é hijo largo catecismo,
Para que recibiesen el bautismo.

A estos nuestra fe se notifica,
Prestando para todo buen oido;
Pusieron doña Inés á la cacica,
Joan Ponce de Leon al convertido:
La paz y el amistad se fortifica,
Sin muestra de tener amor fingido,
Y estos les descubrieron minerales
De oro de riquísimos caudales.

Formaron leves ranchos, cañaveras
Compuestas y ligadas con bejuco,
Talàronse los montes de riberas,
Que por acá llamamos arcabuco;
De las cuales no fueron las postreras
Las de Manatuabon y de Cibuco,
Do fueran tan riquísimos veneros,
Que no podrán creer los venideros.

El oro sus veneros mas abona
A la siniestra mano y á la diestra;
Joan Ponce va ganando gran corona
Entre los indios y entre gente nuestra;
Ansí quiso llevar por su persona
Al gran comendador tan rica muestra;
Pero cuando llegó halló ser ido,
Y don Diego Colon recién venido.

Fué su primer venida la que digo,
Y á vueltas del consorcio virtüoso
El don Diego Colon trae consigo
Un Sotomayor, hombre generoso;
Don Diego se le daba por amigo,
Por ser hijo de conde valeroso,
Y el rey á este por le hacer bienes
Dió la gobernacion de Boriquenes.

Del cumplimiento destas provisiones
Escusóse Colon por ciertas vias,
Y á Joan Ceron nombró por ocasiones
Que no faltaron en aquellos dias:
Debajo de las cuales intenciones
Nombró por alguacil á Miguel Diaz,
De quien hemos tratado largamente
En parte del historia precedente.

Volvióse pues Joan Ponce despojado
Al Boriquén que vamos allanando;
Pero muy poco tiempo ya pasado,
El rey le mandó dar el dicho mando,
Siendo de sus servicios informado
Por larga relacion del buen Ovando,
Y el Sotomayor fué favorecido
Del Joan Ponce después de proveido.

Y ansí, con cortesano cumplimiento,
De justicia mayor le dió renombre,
Y al rey Agueibaná en repartimiento,
Fundado pueblo, dicho de su nombre;
Pero después diré con lo que cuento
La grande desventura deste hombre,
Que fué causa de muchos otros daños
Que sucedieron en aquellos años.

Con el primer consorcio castellano,
Bien lejos de la mar y malos puestos,
A Caparra fundó, pueblo mal sano,
Donde todos andaban indios puestos:
Al cual mucho después le dió de mano
Y le buscó lugares bien compuestos,
Junto de Bayamon que lo bastece,
Y donde de presente permanece.

Son sus vecinos gente bien lucida,
Nobles, caritativos, generosos;
Hay fuerza de pertrechos proveida,
Monasterios de buenos religiosos,
Iglesia catedral muy bien servida,
Ministros dotos, limpios, virtüosos;
Fué su primer pastor y su descanso
Aquel santo varon Alonso Manso:

Varon de benditísimas costumbres,
En las divinas letras cabal hombre,
Dignísimo de mas escelsas cumbres,
Merecedor de mas alto renombre;
Su nombre denotaba mansedumbres,
Y ansí midió sus obras con su nombre;
Fué de menesterosos gran abrigo;
Porque lo conocí, sé lo que digo.

Fundó Caparra pues año de nueve
Joan Ponce de Leon, hombre bastante;
Mas cuando por lo dicho la remueve,
Serian doce años adelante;
Y por cumplir mi pluma lo que debe,
Diremos otros pueblos, Dios mediante,
Que fundaron entonces los primeros,
Aunque los menos fueron duraderos.

Después al noroeste de Guayama,
Rio que tengo ya conmemorado,
En un sitio, que Cuanica se llama,
Tuvieron otro pueblo fabricado:
Bahía, pero tal que, segun fama,
Es la mejor de todo lo criado;
Fundólo don Cristóbal do decimos,
Que es el Sotomayor que referimos.

Mas donde manifiestan mis escritos,
No comportó la gente ser poblada,
Por ser tanta la copia de mosquitos
Que nunca se vió plaga tan pesada;
Y ansí, vencido ya de tantos gritos,
La pasó don Cristóbal al Aguada,
Que es al oeste norueste desta vía
Con nombre del renombre que él tenia.

Aquí y en todas las demás distancias
Servian indios por repartimientos;
Habia fertilísimas estancias,
Y en ellas españoles muy contentos:
Crecian cada dia las ganancias,
De oro caudalosos nacimientos,
En Quiminén, Guainea y Horomicos,
Duyey y Cabuin, rios bien ricos.

Huye la chisme, cesa la conseja,
Crece contento, nace regocijo,
Sin olor ni barruntо ni semeja
De guerra ni contienda ni letijo;
Asegurándolos la buena vieja,
Y el buen Agueibaná su noble hijo:
Los indios mas feroces y mas bravos
Servian mucho mas que los esclavos.

Gozaba, como digo, nuestra gente
De riquezas, contento y alegría,
Con el Agueibaná, varon prudente,
Por quien toda la tierra se regia;
Murió la madre, y él de muy doliente
Vido también su postrimero dia;
Al heredero, pero, no le plugo
Sufrir ni tolerar tan duro yugo.

Algunos españoles mal regidos,
Fiando de las viejas amistades,
Andaban por mil partes divertidos,
En sus estancias, minas y heredades;
Casi que para siempre despedidos,
De cualesquier rebeldes novedades,
Aunque dias atrás, obra de un año,
Negocio sucedió no poco estraño.

El cual aconteció por esta via:
Un mozo, Joan Süarez Sevillano,
A sus solas se fué, no sé qué dia,
A casa de un señor, crüel tirano:
Aimanio, segun dicen, se decia;
Y este mandó prender aquel cristiano
Para jugallo, y después del juego
Quien lo ganase lo matase fuego.

Es su juego pelota saltadera,
Grande, de cierta pasta ternecilla,
Tantos á tantos anda la carrera
En el batey ó plaza que se trilla;
Y las rehazas son con la cadera,
Con hombros, con cabeza, con rodilla:
Es toda la porfía deste marte
Que pase puesto de contraria parte.

Para la tarde dejan la batalla,
Para que su frescor mas lo despierte,
Regocijándose la vil canalla,
En que la joya fuese desta suerte,
Cada cual deseando de ganalla
Para perdella luego con la muerte,
Y el afligido, triste, maniatado,
A Dios encaminaba su cuidado.

El cual trajo consigo cuando vino
Un paje que se dió no mala maña,
Pues visto de los indios el desino,
La revuelta, la grita, la maraña,
Acogióse, mas no por el camino,
Sino por el rigor de la montaña;
A Guarionex llegó todo lloroso,
Do estaba Salazar el animoso.

Diego de Salazar, que lo miraba,
Como persona que lo conocia,
Luego le preguntó por qué lloraba,
Y cual era la queja que traia;
El indio le contó lo que pasaba
Del riesgo que su amo padecia;
Y por echar á su valor el sello
Luego determinó de socorrello.

«Vamos, le dice, pues en un instante,
Antes que el miserable mozo muera,
Porque lo libraremos, Dios mediante.»
El indio rehusaba la carrera;
Mas con amenazallo fué delante,
Hasta llegar á ver la gente fiera,
Embarbascados en el ejercicio
Para hacer el torpe sacrificio.

Encubrióse muy bien, por donde iba
Los puestos de los juegos acechando,
Holgándose de ver la presa viva,
Y los que con placer andan jugando;
Su saña de los ver es escesiva,
Los labios con furor remordiscando,
Diciendo: «yo prometo que si llego,
Que mi jugar baraje vuestro juego.»

Este hidalgo, que Salazar llamo,
En socorrer dijérades que vuela,
Presto, lijero, suelto mas que gamo,
Mas vivo que la mas viva candela;
Y al indizuelo dió para su amo
En Guarionex espada con rodela,
Mandándole que siempre lo siguiese,
Cuando con mas furor arremetiese.

Llegó por el lugar mas ascondido
Con aquel fidelísimo vasallo,
Salió con un furor jamás oido,
Tanto que no podré yo relatallo;
Y hizo con sus golpes mas ruido
Que si fueran cincuenta de caballo,
Aquí y allí saltando como onza
Que para mayor salto se desconza.

Donde mas riesgo ve mucho mas osa,
Mas bravo que la mas brava serpiente,
Y en el arremetida furiosa
Cortó las ligaduras al paciente;
El cual, con el ayuda venturosa,
Cobró mayores brios de valiente;
Aquello se le da que el mozo quiere,
Y dícele: «haced como hiciere.»

Ambos á dos comienzan á porfía
A menear de veras las espadas,
Dando segun el caso requeria
Profundas y crüeles cuchilladas:
El golpe de la sangre que corria
Henchia los caminos y calzadas;
Aquí muertos vereis, allí caidos,
Y todos de gran miedo poseidos.

Como si por la plaza de gran gente,
Sin ser de los autores avisada,
Soltasen algun toro de repente
Tomándola del caso descuidada;
Y con aquel temor incontinente
Holgasen de la ver desocupada,
Buscando cada cual una guarida
Do pudiese mejor guardar su vida;

Ansí con el asalto repentino,
Ruidos y alborotos del estruendo,
Se vencieron de tanto desatino,
Que parte de los indios van huyendo,
Sin atinar á senda ni camino,
O ya mal tropezando, mal cayendo,
Ya sin querer torcer pecho ni cuello,
Ya volviendo la cara para vello.

Otros también pusieron embarazos
De flechas y macanas atrevidas;
Destos vereis partidos en pedazos,
Cabezas abolladas y hendidas;
Cortados piés y piernas, manos, brazos,
Que por aquel batey iban tendidas:
Tan grandes estrañezas se hacian
Que feroces leones parecian.

Aimanio que se muestra mas constante
Con bravoso furor y lozanía
Al Salazar se puso por delante,
Y semejantes cosas le decia:
«Aquí quiero yo ver, fuerte gigante,
Si te podrá valer tu valentía.»
Cubrióse Salazar con el escudo,
Y apenas tan gran golpe sufrir pudo.

La macana segunda vez enhiesta,
Y estando levantada ya la mano,
Allegó Salazar con la respuesta,
Que bien creo que fué de brazo sano;
Pues para no caer nada le presta
Haber sido, segun dicen, de llano:
Con todos los demás quedó tendido
No muerto, pero muy amortecido.

Los encuentros con esto se concluyen,
A tiempo que los dos están cansados,
Los enemigos ya se deminuyen
Por aquellas zavanas y collados;
Ansí que, del lugar los unos huyen,
Y los otros están como pasmados,
Vuélvese Salazar, no por do vino,
Sino tomó derecho su camino.

Con la gloria de triunfo merecido
Caminan estos dos mano por mano,
Aimanio, que también quedó tendido
En sí volvió cobrando seso sano;
Y luego con clamor encarecido
Mandó que le llamasen el cristiano;
Caminan con presteza mensajeros
Tras estos dos heróicos caballeros.

Los indios caminando por la via,
Entendo con el paso presuroso,
Vió Salazar la gente que venia,
Que nada lo hicieron temeroso;
Y puesta la rodela que traia
En ella se sentaron de reposo;
Decíale Süarez, que huyera;
Él dijo: «huir no, ni Dios lo quiera.

«Otra diez tanta gente no bastara
Para que no hiciéramos acervos,
Demás de que sabemos á la clara
Que son leones estos, y son ciervos;
Son ciervos peleando cara á cara,
Y si huís leones son protervos:
Bebed y descansad en esa fuente,
Dejad á mí con ellos solamente.»

Donde los dos hicieron su parada
Llegó luego la gente que corria,
Dieron al Salazar el embajada,
Segun les pareció que convenia;
El, sin que rehusase la tornada,
Luego les respondió que le placia:
Süarez contradijo sus intentos,
Diciéndole ser locos pensamientos.

Temiendo Salazar ningun recelo,
Daba justificadas sus respuestas;
El otro con temor y desconsuelo
Las manos á los cielos tiene puestas;
Y las rodillas ambas en el suelo,
Le ruega huya cosas tan molestas,
Sino que pues hicieron buena suerte,
No volviesen en busca de la muerte.

El Salazar le dijo: «buen amigo,
En aquesta sazon y coyuntura
Yo no consentiré que vais conmigo,
Pues que teneis la vida ya segura:
Yo solo tengo de ir á lo que digo,
Puesto que lo juzgueis á gran locura;
Seguro podreis ir de vuestra vida,
Pues que teneis bien cerca la guarida.

Súarez dijo: «id donde quisierdes,
Ya que, señor, estais determinado,
Que yo tengo de ir adonde fuerdes
Sin un punto faltar de vuestro lado;
Para morir adonde vos murierdes,
Sin aflojar jamás deste cuidado;
Volvamos ambos donde nos atienden
Y allá veremos bien lo que pretenden.»

Al peligro que ya detrás dejaban
Ambos á dos volvieron juntamente,
Do vieron que sin armas esperaban
Inumerable número de gente,
Que todos con dolor acompañaban
Al Aimanio, llagado de la frente,
El cual despue bajó de la ladera
Al Salazar habló desta manera:

«Salazar, valeroso caballero,
Tu pecho de temor todo se escombre,
No queriendo negarme lo que quiero,
Pues pido lo que puede dar un hombre;
Y es que me tomes tú por compañero,
Con el valor y gracia de tu nombre,
Que gloria me darán armas y damas,
Si me llamare yo como te llamas.»

Oidas semejantes niñerías,
Respondió Salazar con rostro ledo:
«Por conocer en tí mis valentías
Y no morar en tí brizna de miedo,
Mi nombre, con las mas hazañas mias,
De buena voluntad te lo concedo;
Mas para lo tomar con mejor mano
Sabrás que te conviene ser cristiano.»

El indio destas cosas informado
Parecióle bien y fué contento,
Y ansí después de ser catequizado
Le dieron éste santo sacramento:
Túvose de sus males por pagado
En heredar aqueste nombramiento,
Y los indios que Aimanio lo nombraban
Agora Salazar apellidaban.

Volviéronse pues estos dos varones
Do estaban sus amigos y parientes,
Cargados de preseas y de dones,
Y bien acompañados destas gentes:
Gran amistad y grandes aficiones
Mostraban sin zozobras diferentes;
Pero poco duraron en sosiego,
Segun, mediante Dios, diremos luego.

CANTO SEGUNDO,

Donde se trata el gran rebelion de los indios boriquenes, y cosas que pasaron durante la guerra.

De pechos de pasion y dolor llenos
A veces la paciencia se desvía;
Dos bandos que de paz están ajenos
Uno suele tomar mas osadía:
Viendo que su contrario tiene menos
Del mas que se pensaba que tenia,
Su baja condicion hace mas alta
Después que reconocen esta falta.

Sufriendo pues aquestos naturales
No pocas sinrazones insufribles,
Callaban por hallarse desiguales
En armas aceradas y terribles;
Piensan que son los nuestros inmortales,
Y que también serian invencibles;
Deseaban saber lo cierto desto
Debajo de dañado presupuesto.

Quería ya pasar onceno año
Con el millar y medio que se saca,
Cuando por remediar su grave daño
Hicieron indios junta muy bellaca,
Do tomó cargo deste desengaño
Urayoán, cacique de Yaguaca,
Jurando no cesar con piés ni manos
Hasta saber si mueren los cristianos.

Estando con intento tan acedo
A sus promesas esperando lance,
Pasó por allí Diego de Salcedo
Sin gente que le fuesen en alcance;
Urayoán se le mostraba ledo,
Sin muestra ni señal del duro trance,
Haciéndole cumplida cortesía,
Y dióle para ir gran compañía.

Partióse con los indios advertidos
El que sin advertencia sale fuera,
Mostráronsele todos comedidos
Al tiempo de pasar una ribera;
El cual por no mojarse los vestidos
Sobre sus hombros va, que no debiera,
Porque por ellos fué precipitado
En lo mas peligroso deste vado.

Viéndolo vacilar en ese punto
De mas de dos ó tres que esto hicieron,
El golpe de los indios vino junto,
Y un hora sumergido lo tuvieron,
Hasta que conocieron ser difunto
Y por hombre mortal lo conocieron,
Aunque no lo tenian por tan cierto
Que creyesen estar del todo muerto.

Y aun esperáronlo tercero dia
Por esperar al fin cuerpo ahogado,
Hablábanle con grande cortesía
Pidiéndole perdon de lo pasado,
Hasta tanto que el cuerpo mal olia;
Y cada cual quedó certificado
Que no podia ser caso fingido
Disimular un cuerpo corrompido.

Hecha desta manera larga prueba
De que los españoles son mortales,
Al vil Urayoán llegó la nueva
De parte de los indios desleales;
Al mal Agueibaná también se lleva
Y á los demas caciques principales;
Convócanse los grandes de la tierra,
Para hacer de veras esta guerra.

Agueibaná por ser el mas potente
A todos los demás así convoca,
Porque la isla toda comunmente
Pendia del mandato de su boca;
Urayoán llegó muy diligente,
Aimanio, Guarionex, Mobodomoca,
Con otros principales conocidos
Que del mismo furor vienen vencidos.

Y no me espanto destos pareceres
Ni de que sean malos sus concetos,
Pues ven disminuidos sus placeres
Y todos ellos andan inquietos;
Y sus hijos y hijas y mujeres
A servidumbre mísera sujetos,
Pierden de libertad aquellos fueros
Que no pueden comprarse por dineros.

Llegada pues aquesta compañía
En un universal ayuntamiento,
Agueibaná, qué todo lo movia
Para perfecionar su mal intento,
A todos les habló lo que sentia,
Haciéndoles un cierto parlamento
Breve, mas por palabras bien compuestas,
Las cuales en sustancia fueron estas:

«Si cesan los estremos de locura,
Si quien tiene razon sin razon siente,
Si memoria de bien antiguo dura,
Ningun varon habrá que no lamente
La grave sujecion y desventura
Que todos padecemos al presente.
¡Cuán afligidos, cuán atribulados,
Cuán muertos, cuán corridos, cuán cansados!

» Los dias y las noches padeciendo,
Servimos estas gentes estranjeras,
A mas andar nos vamos consumiendo
En minas y prolijas sementeras,
Y todos ellos andan repartiendo
Nuestros campos, zavanas y riberas,
Aquello que aquí siempre poseimos,
Y donde nos criamos y nacimos.

» Cada cual de nosotros tiene dueño
A quien reconozcamos obediencia,
Y á todos cuantos males os enseño
No hacemos alguna resistencia;
Antes como vencidos de gran sueño
Llevamos estas cosas con paciencia,
Hasta dalles las hijas y mujeres
Para sus pasatiempos y placeres.

» A la maldad y desvergüenza suya
Como viles cobardes damos vado;
No siento de vosotros quien concluya
En remediar negocio tan pesado;
Pues ¿quién hay de los hombres que no huya
Siendo cornudo ser aporreado,
Sino nosotros, vil y baja gente,
Que pasamos por todo blandamente?

» Pues decid, moradores desta tierra,
Que dormís y roncais con pecho sano,
¿Vosotros no sabeis qué cosa es guerra?
¿No nacistes las armas en la mano?
¿No soleis alentaros por la sierra
Mejor que si corriésedes por llano?
Pues ¿cómo falta ya quien nos acuerde
El bien de tanto bien como se pierde?

» Los caribes con sus ferocidades,
Que sombra nunca fué que los asombre,
Con tantas y tan feas crüeldades
Que tiembla de decillas cualquier hombre,
Tienen en mucho nuestras amistades,
Tiemblan del Boriquén y de su nombre,
Y nosotros temblamos de doscientos
Cojos, tullidos, mancos y hambrientos.

» Aquella vieja, mi bestial abuela,
Y el insensato torpe de mi tio
Nos hicieron creer cierta novela
Que siempre tuve yo por desvarío;
Pero ya la verdad se nos revela
Por aguas del Guarabo nuestro rio,
Que no son inmortales los cristianos,
Y que pueden morir á nuestras manos.

» Por tanto, cada cual las haga prestas
Y del pesado sueño se despierte,
Echese dos carcajes á las cuestas,
Aliste con furor el arco fuerte;
Y sin otras demandas ni respuestas
Mueran los enemigos mala muerte,
Porque no puede ser mejor cauterio
Para la llaga deste cautiverio.»

Movidos desta loca confianza,
Responden los caciques del alarde:
«Para poder tomar esta venganza,
Conviene que ninguno mas aguarde;
Porque la dilacion y la tardanza
Tanto peor será cuanto mas tarde,
Y sean las primeras circunstancias
Matar á cuantos hay en sus estancias.»

En esto quedan todos acordados,
Pospuestos todos miedos y temores,
Y aun agora van determinados
De dar sobre sus amos y señores,
Estando todos ellos descuidados
De semejantes riesgos y rigores;
Que mala defension, que mal abrigo,
Seguridad en cas del enemigo.

No cumplia mostrarse negligentes
Los nuestros que roncaban de dormidos,
Por ser los boriquenes tales gentes,
Que pueden ser á todos preferidos:
Membrudos, fuertes, sueltos y valientes,
En el acometer muy atrevidos,
Tan bravos, tan crüeles inhumanos,
Que son bien menester entrambas manos.

Pues los caciques dichos convenidos,
Sin que cosa se huela ni se sienta,
Fueron á los asientos conocidos
Al punto y á la hora que se cuenta;
Y de los españoles divididos
Mataron luego mas de los ochenta,
De manera que en una misma hora,
Pagaron á sus amos la demora.

Aguelbaná pagó con otro tanto
Al amo don Cristóbal, que servia,
La cual muerte cantaron en un canto
De cierta borrachera que hacia,
No sin admiracion ni sin espanto
Del hermana hermosa que tenia,
Que con el don Cristóbal se holgaba,
Y le dió cuenta de lo que pasaba.

Durante pues el canto mal fundado,
Un mozo, que se dijo Joan Gonzalez,
En entender la lengua señalado,
Queriendo percebir aquestos males,
Desnudo segun ellos y embijado,
Metióse con los mismos naturales,
Y pudo conocer al descubierto
Lo dicho por la india ser muy cierto.

Procuró de salirse del aprieto,
Rodeado de plumas y poporos,
Y con aquel aviso de discreto,
Ya fuera de los bailes y sus coros,
Habló con don Cristóbal en secreto,
Diciendo: «señor, ciertos son los toros;
Pareceriame muy buena cosa
Que pongamos los pies en polvorosa.

» No cumple dilacion; porque yo juro
Que el esperar será gran desatino;
Caminemos agora con escuro,
Porque yo guiaré por tal camino
Que cada cual de nos vaya seguro
Debajo confianza de mi tino.»
El don Cristóbal dijo que se iria,
Pero de noche no, sino de dia.

Eran con don Cristóbal seis cristianos
Que estuvieron la noche muy á pique,
Siempre con las espadas en las manos
Y no sin sobresalto de repique;
Pero, claros los montes y los llanos,
Mandó luego llamar á su cacique,
Diciendole: «hacemos hoy viaje,
Danos gentes que lleven el fardaje.»

El indio respondió que le placia,
Y trajo muchos indios bien dispuestos
Para la gran maldad que pretendia
Instrutos, avisados y compuestos:
Partió la desdichada compañia
Con los tamemes malos y molestos;
El Joan Gonzalez su salida tarda,
Casi quedándose por retaguarda.

Aquel que la traicion mal la menea,
Después que todos seis fueron partidos,
Tomó trescientos hombres de pelea,
En menear las armas escogidos;
En seguimiento va de quien desea,
Por caminos y pasos conocidos,
Y el rey Aguelbaná, mozo lijero,
Al Joan Gonzalez alcanzó primero.

Díjole: «dónde vas», y dióle luego
En la cabeza desapercebida;
Del golpe de la sangre quedó ciego,
Y antes que segundase la herida,
Hincóse de rodillas, y con ruego
Pide que no le prive de la vida:
El rey dijo, sintiéndolo tan flaco:
«Adelante, dejad este bellaco.»

Dejáronlo con harta pesadumbre,
Quebradas las narices y las muelas,
Y á los demás les dieron certidumbre
De su mal, pues les huellan ya las suelas:
Rostro hicieron á la muchedumbre,
Embrazadas espadas y rodelas;
Mas ¿qué verán los pocos entre tantos,
Que no sean mortíferos espantos?

Rodean los trescientos combatientes
El breve batallon de los cristianos;
Necesidad los hace ser valientes,
Bien como numantinos con romanos:
Derríbanse narices, muelas, dientes,
Por el suelo vereis rendidas manos,
Es la sangre que corre de manera
Que va tiñendo toda la ladera.

Como toros en coso son heridos,
Por rostros, por espaldas y por lados,
Por todas partes son acometidos,
Todos traen los pechos traspasados:
Ya casi muertos, pero no vencidos,
Ni de vender su vida descuidados,
Quisiera don Cristóbal la venganza
Del rey Agueibaná, mas no lo alcanza.

El espada tenia ya cercana,
Mas en ciertos bejucos estropieza,
Luego terrible golpe de macana
Le hizo dos pedazos la cabeza;
Y el resto de la gente castellana
Para postrer gemido se adereza;
Dieron los indios, aunque gente dura,
A solo don Cristóbal sepultura.

Volvieron á buscar al Joan Gonzalez,
No para defension de su partido;
Mas él entróse luego por breñales,
De suerte que no pudo ser habido:
Obró Dios sus milagros y señales
En escapar un hombre tan herido;
Porque si la tal lengua pereciera,
Aquesta desventura mayor fuera.

Huyendo de los ásperos escesos
Que el rey Agueibaná con otros fragua,
Descubiertos los cascos y los huesos,
Y á todas horas cantidad de agua,
Rompió por arcabucos mas espesos,
Atravesando sierras de Jacagua;
Salió por gobernar también su proa
A un heredamiento dicho Toa.

Hallóse quince leguas mas avante
De lo que su juicio computaba,
Gente nuestra halló bien ignorante
De lo que la tal lengua relataba;
Algun ángel llevaba por delante,
Que por tan buen camino lo guiaba;
Tuvo quien lo curó tan buena mano
Que desde á pocos meses quedó sano.

Encendida la fuerza deste fuego
Por los modos que tengo repartidos,
Agueibaná, sin recebir sosiego,
Juntó diez mil gandules escogidos;
Y al indio Guarionex le mandó luego
Que los lleve por bosques ascondidos
A dar en aquel pueblo del Aguada,
Y á fuego y sangre dél no deje nada.

Todos fueron muy bien apercebidos
Y confiados de su vencimiento;
Los nuestros descuidados y dormidos,
Que podrian ser todos hasta ciento,
En los dos dichos pueblos repartidos,
Y ajenos del rebelde movimiento,
Salvo Caparra, do por Joan Gonzalez
Joan Ponce supo todos estos males.

No pudo Joan Gonzalez lo que quiso,
Ni los que con él juntos han llegado,
Pues por ser el negocio de improviso,
Joan Ponce pudo ser el avisado;
Y ninguno le pudo dar aviso
A Sotomayor, pueblo descuidado,
El cual Aguada es por otro nombre,
A quien dió don Cristóbal su renombre.

Habia pues en estos dos lugares
Al tiempo destas vueltas y marañas,
Varones pocos pero singulares,
Que hicieron proezas y hazañas,
Mayores que los fuertes doce pares;
Y aun se pueden tener por mas estrañas,
Pues no se ponen en aquestos cuentos
Fábulas, ni ficiones, ni comentos.

Estaba Salazar en esta villa
En fuerzas y en esfuerzo señalado,
Sin que faltase punto ni hebilla
Para varon heróico y esforzado:
Gran siervo de la Virgen sin mancilla,
Urbano, comedido, bien criado,
Hubo también aquí Miguel de Toro,
Que fué de las victorias gran decoro.

En tierra firme y en sus asperezas
Mostróse con Hojeda gran guerrero,
Y ansí, por sus hazañas y proezas
El santo rey lo hizo caballero;
Joan Lopez Adalid, cuyas destrezas
No merecen aquí lugar postrero,
Porque sus tinos son atrevimientos
No se podrán decir en breves tiempos.

Añasco, cuya fuerza nada mansa
Al escuadron desprecia mas armado;
Un Sebastián Alonso, que no cansa
Rompiendo lo que está mas reparado;
Y aquel fuerte varon, Luis Almansa,
Francisco Barrio-Nuevo, Joan Casado,
Y aquel de color loro, Joan Mejía,
Cuyo loor no halla demasía.

Y un hombre de Alanís, natural mio,
Del fuerte Boriquén pesada peste,
Dicho Joan de Leon, con cuyo brio
Aquí cobró valor cristiana hueste,
Trájonos á las Indias un navío,
A mí y á Baltasar un hijo deste,
Que hizo cosas dignas de memoria,
Que el buen Oviedo pone por historia.

Pero Lopez de Angulo, cuya lanza
Hizo por escuadron ancho camino,
Sin espantallo la mayor pujanza
De batalla ni salto repentino,
Donde no tuvo menos alabanza
Martin de Guiluz, noble vizcaíno,
Fortísimo, lijero y animoso,
Y en los trances de guerra venturoso.

También Joan Gil, que siendo mozo tierno
Todos sus hechos fueron soberanos,
Tantos, que tuvo destos el gobierno
Dotado ya de dias mas ancianos:
Fué gran terror y espanto sempiterno
De todos los caribes comarcanos,
Hasta metellos en su propia tierra,
Y á su costa hacelles cruda guerra.

En aquesta sazon y coyuntura,
Otros valerosísimos soldados,
Que no sabré poner por escritura,
Estaban en los pueblos señalados;
Do va Guarionex con gran soltura
Con los indios que dije bien armados;
Y porque fué reencuentro bien reñido,
Después os contaré lo sucedido.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo llegó Guarionex al pueblo dicho Montemay sin ser sentido, y lo que mas sucedió.

Pocas veces se goza de despojo
De fuertes enemigos advertidos,
Cuando contrarias gentes ven al ojo
Y no llegan por pasos ascondidos;
Mas causan perdicion y gran enojo,
Si llegan sin que puedan ser sentidos,
Porque cualquiera asalto repentino
Es causa de muy grande desatino.

Pues para lo que agora se procura,
Está Sotomayor muy ensotado,
Entonces por ser poca la cultura,
De todas partes no bien escombrado;
Antes montañas, selvas, espesuras,
Lo suelen asombrar por cada lado;
Y aquesto dió lugar á que viniese
El indio sin que nadie lo sintiese.

Verdad es que, segun hemos oido,
A hombre que salió desta compaña,
Un indecito niño, dicen, vido
Indios armados ir por la montaña;
Pero su dicho nunca fué creido,
Y todos lo tuvieron por patraña,
Y ansí durmieron todos descuidados,
El cual descuido fué por sus pecados.

El acechado pueblo ven seguro,
Donde cualquier espía se convierte,
Sin defensa de vela ni de muro,
Ni casa que se pueda decir fuerte;
Esperaron al tiempo mas escuro
Para mejor poder hacer la suerte,
En partes repartidos allí junto,
Y macanas y flechas muy á punto.

Seis horas antes fué de la mañana,
Cuando Morfeo mas se detenía
En regalar la vista castellana
Con una soñolienta melodía;
E ya la clara lumbre de Diana
Sus doradas mejillas encubria,
Cuando la gente del protervo bando
El descuidado pueblo va cercando.

En partes se reparten con sosiego,
Sin alboroto, grita ni ruïdo,
A las pajizas casas ponen fuego,
El cual con gran furor es encendido;
Aqueste daño hecho, suena luego
Una terrible grita y alarido;
Los gritos fueron tales y tan altos,
Que causaron pesados sobresaltos.

Despertaron aquí los que dormian,
De tales novedades alterados;
Las llamas á huir los compelian,
Huyendo se hallaban mas turbados:
Flechas, humos, calores, impedian
Las espaldas, los rostros y los lados;
Las lumbres descubrian los engaños;
Mas eran causa de mayores daños.

Ansí como por campos rodeados,
En la caza, por muchos ordenada,
Que do quiera que huyen los venados,
Hallan lebreles puestos en parada,
Y son de todas partes acosados,
Sin que puerta le den desocupada,
Aquí los muerden perros, allí gritan,
Aquí caen, allí se precipitan;

Ansí do cualquier dellos se convierte,
Hay rodeo de gentes inhumanas,
Hay lazos, hay camino de la muerte,
Hay dardos, arcos, flechas y macanas,
Hay herida mortal, hay golpe fuerte,
Hay para todo mal crüeles ganas,
Hay heridos aquí, y allí caidos,
Aquí lamentacion y allí gemidos.

En esta confusion y batería
Cada cual Salazar apellidaba,
El cual de mal de bubas no dormia,
Y entonces con gran sueño reposaba.
Al fin lo despertó la vocería.
Saltando de la cama donde estaba,
No muy sobresaltado ni desnudo,
Sino con el espada y el escudo.

El toro madrigado sale fuera
Encendido de sañas ó furores;
Bien pueden hacer alta la barrera
Los mas sueltos y fuertes lidiadores;
Porque él hará bien ancha la carrera,
Do viere los peligros ser mayores;
Recogió cojos, mancos y tullidos
De las posibles armas proveidos.

Con una nunca vista lijereza
Escuadrones contrarios resistia,
Grandes fuerzas sacó de su flaqueza,
Animo, corazon y valentía:
Por el mayor aprieto y aspereza
De los mas atrevidos se metia,
Diciendo do mas ímpetu sostiene:
«Salazar, Salazar es el que viene.»

Con obras, con palabras y con fieros,
Hacia de victoria confianza;
Sus golpes son tan llenos, tan enteros,
Que no puede vivir quien él alcanza;
No se vido leon entre corderos
Hacer tan crudelísima matanza,
Y no con menos bravo continente,
Peleaba también su flaca gente.

Al palo va venciendo nuestro hierro,
A las macanas duras el cuchillo;
Ayudaba también un cierto perro,
Llamado segun dicen Becerrillo,
El cual traia ya todo su cerro
No menos colorado que amarillo;
Del cual perro nos han contado cosas
Que se pueden tener por espantosas.

Viendo pues Guarionex su menoscabo,
Al Salazar dirige su corrida,
Haciendo con los indios del Guarabo
Una mas que crüel arremetida:
Resiste Salazar, y al cabo, al cabo
A todos los compelen á huida,
Dejando por el pueblo y á su puerta
Alguna cantidad de gente muerta.

Aquestos enemigos ya vencidos,
Eselusos y apartados de sus puertos,
Curaron los que estaban mal heridos
Y dieron sepulturas á sus muertos;
Procuraron de ser mas proveidos,
Huyendo de pasados desconciertos,
Conoció no ser parte los que cuento
Para permanecer en tal asiento.

Y ansí con ardides de prudente
Viendo los pocos hombres que quedaban,
Uno herido y otro mal doliente,
Y riesgos que los mal amenazaban,
Determinó llevar aquesta gente
A Caparra do los demás estaban:
Parecer y balance de discreto,
El cual luego pusieron en efeto.

Desásense de aqueste flaco gonce,
Y el campo se partió con mal arreo,
No con tiros de hierro ni de bronce,
Pues con espadas hacen el ojeo;
Si deseaban verse con Joan Ponce,
Joan Ponce tiene muy mayor deseo,
El cual se congojaba con sospecha
De la destruicion que estaba hecha.

Su gente dividir no convenía
Por ser poca y el tiempo peligroso,
Y estando con penosa fantasía
Por saber de los otros congojoso,
Allegó con la gente que traía,
Diego de Salazar el animoso:
Los amigos difuntos lamentaron,
Y pocos con los pocos se holgaron.

Estando pues ansí toda la tierra,
Viendo tan peligrosa rebeldía,
De ocios y sosiegos se destierra
Joan Ponce de Leon como solia,
Tornando con los suyos á la guerra
Con la poquita gente que tenía,
En el número poca y aun doliente,
Pero maravillosa y escelente.

Nunca se vió vigor ni tales mañas
En tan breves escuadras y cuadrillas;
Sus vencimientos son cosas estrañas,
Grandes y nunca vistas maravillas;
Y tan heróicos hechos y hazañas,
Que soy muy poco yo para decillas;
Porque, vencer ejércitos tan agros
Tan pocos, son misterios y milagros.

Al fin el Boriquén está pujante,
Dispuesto para toda competencia;
El español con ánimo bastante
Para vencer aquesta resistencia;
Réstanos que pasemos adelante
A lo què sucedió de la pendencia
Entre los infieles y cristianos,
Después que ya vinieron á las manos.

Teniendo juntos pues los que ya digo,
Que ciento y veinte son cuantos alcanza,
Porque no se pasase sin castigo
Una cosa tan digna de venganza;
Determinó buscar al enemigo
Que estaba con grandísima pujanza,
Y para gobernar sus pocas gentes
Nombró cuatro caudillos escelentes:

Afiasco, Salazar, Miguel de Toro,
Almansa, cada cual esclarecido;
Sustancia de la guerra y el decoro
De lo que puede ser encarecido;
Pues segun rosicler sobre buen oro,
Lo fueron del ejército florido;
Entre estos cuatro generosos Martes,
Partió sus gentes por iguales partes.

Salazar capitan era de cojos,
Que él mismo por tal nombre se mostraba,
Enfermos, desbarbados, mas no flojos,
Sino gente que todo lo talaba;
Y ansí hicieron hechos ortodojos,
Segun necesidad les enseñaba:
Ciervos para huir algun mal trance,
Y perros para ir en el alcance.

Estando todos bien aderezados
Para lo llano, sierra y arcabuco,
Fueron de ciertas indias informados
Que tomó Salazar en un conuco,
Estar copia de indios congregados
A la boca del rio Coayuco,
Flechas, inmensas armas, atambores,
Y de caribes muchos valedores.

La era del Señor es estendida
A tres quinientos y once desta cuenta,
Cuando la hueste destos recogida
Estaba donde ya se representa;
Serian once mil en la partida,
Toda gente crüel, sanguinolenta,
Fornida de mortíferos pertrechos,
Y dispuestos á mas crüeles hechos.

Estos y muchos otros repartidos
Al Agueibaná sirven y respetan,
Los nuestros destas cosas advertidos,
Muchas cosas consultan y decretan;
Y fueron en efeto resumidos
Acometelles antes que acometan,
Teniendo la presteza por segura,
Por consistir en ella su ventura.

Anda solicitud á todas velas,
Alístanse los fuertes morriones,
Preparan las espadas y rodelas,
Lijeros coseletes de algodones;
Los alpargates eran las espuelas,
Que no van en caballos ni trotones;
Guian la gente grandes adalides,
Destrísimos en mañas y en ardides.

Aderezados pues desta manera,
Caminan por montañas sin camino;
Con gran silencio pasan la carrera
Para buscar al bárbaro vecino;
Vinieron á salir á la frontera,
Sin faltar á Joan Lopez su buen tino,
Atalayaron los que son espertos
Estando con los árboles cubiertos.

Esperaron la noche venidera
En tácitos lugares recogidos,
Segun comun costumbre de la fiera,
Prestos los piés y atentos los oidos;
Agueibaná hacia borrachera
A los que en su favor eran venidos;
Cantores en aquellos cantos diestros
Cantaban ya la muerte de los nuestros.

En despidiéndose rayos febales,
Y el nublo de la noche derramado,
Al tiempo que descansan los mortales
Vencidos del dulzor acostumbrado,
Salió de entre los suyos Joan Gonzalez,
Desnudo segun indio y embijado
Con arco fuerte, flechas y carcajes
Y la cabeza llena de plumajes.

Llegó con el recato que convino,
Pasando por gran parte de la junta,
A la cual ocupó tal desatino
Que quien lo vido nada le pregunta;
Antes con nublos del bebido vino
Ser indio de los suyos se barrunta;
Después que vió roncar toda la gente,
Volvióse con gracioso continente.

Y sin cubrir la desnudez que tiene,
Segun necesidad de tal acecho,
Dijo: «todos están como conviene,
Pues duermen como libres deste hecho.»
Joan Ponce de Leon no se detiene
En ordenar los suyos á provecho,
Tocando con los labios los oidos
Para que no pudiesen ser sentidos.

Partió luego con todos sus soldados,
Por escuadras y puestos repartidos,
Piés seguros, quietos, sosegados,
En el acometer bien advertidos;
Entraron por lugares señalados;
Aquí, y allí, y allá suenan ruidos
Causando piés lijeros manos sueltas
Mil gritas, mil marañas y revueltas.

Lobos entran aquí por los rebaños,
Por acullá leones los aquejan,
Por todas partes hay crecidos daños,
Armas toman aquí, y allí las dejan;
No pueden atinar á los engaños,
Por aquí dicen ay, allí se quejan,
Aquí dan cuchilladas, allí hieren,
Por esta parte matan, y allí mueren.

No hay muertes que con muertes no segunden,
Caen gallardos mozos, caen canas,
Boriquén y caribe se confunden,
Suenan montes, collados y zavanas
Con gritos y clamores que se hunden,
Huellan por arcos, flechas y macanas;
Si huyen por aquí, por allí pican,
Aquí dan tropezon, allí trompican.

Como nave siguiendo su carrera
Es de veloces llamas encendida,
Que el miserable nauta donde quiera
Halla su perdicion y su caida,
En fuego si no quiere salir fuera,
En agua si salió perdió la vida:
Arriba pena, confusion, presura,
Y abajo muerte, mal y desventura;

Ansí con estas mismas confusiones,
Si deste punto huyen de mal arte,
Daban en mas terribles turbaciones;
Si por aquí los hiere duro Marte,
Por acullá crüeles escuadrones;
Muerte, fuerza, temor de cada parte,
Sangre, terror, dolor, tristes gemidos,
Monton grande de muertos y caidos.

Ardiendo va la furia que no cesa,
Las manos y los piés andan espertos,
Cumpliendo cada cual con su promesa
En ocupar lugares descubiertos;
Finalmente, les dieron tanta priesa
Que se quedaron solos con los muertos;
El español brioso, poco manso,
Mas bien necesitado de descanso.

Muertos los que de cuervos fueron cebo
Tuvieron todos vigilante vela,
Sin escusarse viejo ni mancebo
De dejar el espada ni rodela;
Hasta tanto que ya la luz de Febo
Con sus dorados rayos los consuela:
Comieron; pero yo por estar harto,
Remito mi manjar al canto cuarto.

CANTO CUARTO,

Donde se cuentan otras victorias que los españoles tuvieron en pacificacion del dicho Boriquén.

Estremos grandes son de cobardía
Temer y recelar en esta vida
El peligro que por ninguna vía
Tiene desagüadero ni salida;
Rebate grandes riesgos osadía,
Buen ánimo restaura su caída,
El brío y el valor del varon fuerte
Suele hacer de mala buena suerte.

Esto mostró muy bien segun os muestro
Joan Ponce con valor jamás oído,
Pues no supo temer hado siniestro
Al tiempo que se vido mas caído;
Antes como diestrísimo maestro
No quiso conocerse por vencido,
Osó volver la rueda mal segura,
Y dióle buen suceso su ventura.

Porque todos los indios congregados,
Y los que por la isla mas había
Quedaron desta vez tan hostigados
Que no mostraban tanta lozanía;
Puesto caso que no tan desmayados
Que no piensen volver á la porfía,
Mayormente la gente mas remota,
Que nunca se hallaron en la rota.

Destos el uno fué Mabodomoca,
Que estaba con seiscientos compañeros
Vaciándose muy largo de la boca
En confianza destos sus guerreros;
Juntamente con él la gente loca
Hacia mil desgarros y mil fieros,
Burlándose del mísero paciente
Por dejarse vencer de nuestra gente.

Destos los capitanes mas ufanos
Consultaban sus falsos adevinos,
Sirviendo de los piés y de las manos,
Peor que con espíritus malinos,
Diciendo: «vengan, vengan los cristianos,
Que aquí les barreremos los caminos,
Y venga Salazar con su cuadrilla,
Verá cómo le va con la rencilla.»

Todas aquellas cosas que hablaban
Con aquellas robustas confianzas,
Supieron los cristianos donde estaban
Haciendo sus castigos y venganzas;
Informados de indios que tomaban
Por sendas ó caminos de labranzas,
Y riendo decian: «compañeros,
A Salazar, á vos os hacen fieros.»

Respondió Salazar con gran paciencia:
«Yo pues iré de muy entera gana,
Si nuestro general diere licencia
Para que nos partamos de mañana;
Porque será gran cargo de conciencia
No ver qué quiera gente tan lozana;
Y si menester es que mas lo ruegue
Con gran instancia pido no la niegue.»

Luego Joan Ponce de Leon ordena
Que vaya con la gente que allí tiene,
Diciéndole: «señor, id norabuena
Como quien sabe bien lo que conviene;
Llegando, si pudierdes, sobre cena
Proveyendo de música que suene,
Pues el entrada menos peligrosa
Es cuando la comida se reposa.»

Respondió Salazar: «hora segura
Es esa, segun claro se nos muestra;
Mas el tiempo, sazon y coyuntura
Es para tales cosas gran maestra;
Vamos cubiertos por el espesura,
Case Joan de Leon con mano diestra,
Para que como viéremos hagamos
Después que juntos dellos nos pongamos.»

El fuerte Salazar tocó su cuerno
Llamando los que están apercebidos;
Recogió los que son de su gobierno,
Mozuelos, medio mancos y tullidos;
Pero como demonios del infierno
En ser fuertes, osados y atrevidos,
De Caparra salieron y sus puertos
Por ásperas montañas encubiertos.

En confianza del favor divino
De partes descubiertas se desvían,
Sin rastro ni pisada de camino
Por el Joan de Leon todos se guían:
El adalid guió con tan buen tino,
Que pudieron salir donde querían;
Luego pasaron é hicieron alto
Para poder sin riesgo dar asalto.

En un árbol pusieron atalaya,
Desde donde mirando muy atento
Descubrió muchos indios por la playa,
Y dió la relacion con gran contento;
El mas flaco varon menos desmaya,
Antes cobró brioso movimiento,
Porque para medrar vian al ojo
Donde poder tomar algun despojo.

Entraron todos ellos en consulta,
El mozo desbarbado y el de calva
Dieron sus pareceres, y resulta
Que para se hacer mejor la salva,
Por la parte mejor y mas oculta
En la gente crüel diesen al alba,
Y así velaron todos con cuidado
Hasta llegar el tiempo señalado.

La luz esclarecida de Diana
Sus dorados cabellos recogia,
Y Venus anunciaba la mañana
Que por pasos contados se venía,
Cuando la poca gente castellana
Sobresaltó la dura compañía:
Con piés ligeros y veloz espada
Por dos partes ocupan la manada.

Comienzan los mortíferos conciertos
Y golpes de clemencia despedidos,
Huian por los montes los despiertos,
Despiertan los que estaban mas dormidos:
Aquí vereis caidos, allí muertos,
Por todas partes quejas y gemidos;
Revolvió sobre sí Mabodomoca,
Y á su justa defensa los provoca.

Acuden los gandules esforzados
Segun á bravos toros los alanos,
Danse terribles golpes y pesados
Encuentros y reencuentros inhumanos;
De tal suerte que ya nuestros soldados
Habian menester entrambas manos;
Mas en aquestas gritas y rencillas
El Salazar hacia maravillas.

Joan Leon también, singular hombre,
Andaba por aquellos escuadrones
Conformando las obras con su nombre,
Ambos á dos fortísimos leones;
Haciendo los demás ganar renombre,
En estas belicosas turbaciones,
Ensangrentados cuerpos y paveses
De los terribles golpes y reveses.

Cuando la luz de Febo se presenta
Por las cumbres de montes ensalzados,
Tenian muertos ya ciento y cincuenta
De los indios que son mas señalados;
Viendo los otros burla tan sangrienta,
A volver las espaldas son forzados,
Los nuestros, por hallar algun buen lance,
A gran priesa seguian el alcance.

Aquel Joan de Leon un indio destos
Acaso vió huir por cierta vía,
Dispuesto mas que todos los dispuestos
En miembros, gentileza y gallardía;
El indio con dañados presupuestos
Fingió que del Leon se retraía;
Cebábase Leon por sus provechos,
Viendo que lleva joyas en los pechos.

Por no perder aquella buena presa,
Con osadía mas que de valiente,
Tras de la caza va por la dehesa
Sin que lo viese nadie de su gente;
El indio como vió puesta la mesa
Acudió contra él incontinente,
Diciendole: «repara, porque veas
Quién merece mejor estas preseas.»

Cada cual de los dos iba lozano
Y al singular certamen no sin gana,
El indio con sus dardos en la mano
Y con poderosísima macana;
Leon consideró con seso sano
Que cumplia hacer rodela sana;
El dispuesto gandul se llegó junto
Al español que no le pierde punto.

El indio con las mas fuerzas que pudo
Despide de las manos en un dardo,
Pasó toda la tabla del escudo
Sin bastalle dureza ni reguardo,
Y entró hasta parar en cierto fiudo
Del sayo de algodon y duro fardo;
Y á no ser la herida tan al sesgo
Joan de Leon corria harto riesgo.

El cual procuró luego de alcanzallo
Y dalle golpe lleno con el hierro;
Mas él huia como buen caballo,
Acometiendo bravo como perro;
Y cuando mas pensaba de cansallo,
Tanto mejor subiera por un cerro,
Antes el español, como cargado
De mas armas, andaba mas cansado.

Libró los otros dos dardos galanos,
Apuntando con ellos mas al viso,
Impetüosos ambos, pero vanos
Por esperallos con mejor aviso;
Vense los combatientes ya cercanos
Por querer uno lo que el otro quiso,
El espada procura lo que resta,
Y el indio la macana tiene presta.

El cual en este caso mas agudo,
A causa de ser menos impedido,
Tal golpe dió por cima del escudo,
Que casi lo privó de su sentido;
Mas esforzóse todo cuanto pudo,
Y apechugó con él amodorrido,
Pensando barrenallo por debajo;
Mas el indio con salto se retrajo.

Estando cada cual con el desino
De poder sujetar contrario Marte,
Un español llegó por el camino,
Y un bárbaro también por otra parte;
El español al español se vino,
El indio por el indio se reparte;
Y como no lo tiene de costumbre,
Leon recebió grande pesadumbre.

Pues viéndolo venir desta manera,
Dijo desde el lugar donde se halla,
«Pesar de mí, señor, teneos afuera,
Mirando desde lejos la batalla;
Que no soy yo gallina ponedera,
Ni me espantan cien mil desta canalla;»
Cubrióse del escudo con coraje,
Y arremetió de veras al salvaje.

Descargó la macana levantada
El indio por matar nuestro cristiano,
Corren por ella filos del espada
Cortándole los dedos de la mano;
La rodela quedó bien quebrantada,
Y el dueño quedó del todo sano;
Mas, como ya con brazos hacen guerra,
La daga muerto dió con él en tierra.

Grandísimo pesar tomó de vello
El bárbaro segundo que venia,
Que quisiera llegar á socorrello,
Mas aquel español lo defendia;
Por lo cual anduvieron al cabello,
Puesto que no con tanta valentía;
Pues el otro quitado de por medio,
Huir le pareció mejor remedio.

Los trances rigurosos acabados
Y el un indio huido y otro muerto,
Vinieron los dichos dos soldados
A los demás que estaban en el puerto,
Adonde los hallaron congregados;
Y puestos en buen orden y concierto,
Trató Leon de sus inconvinientes,
No sin admiracion de los oyentes.

Mas no poquitas veces ponen miedo
A gentes valerosas españolas
La fuerza, la soltura y el denuedo
Que tienen muchos indios á sus solas;
Que como valerosos á pié quedo
Ganan victoriosas laureolas,
Heles visto hacer hechos estraños,
Y en nuestra gente no pequeños daños.

Y en tierra de Cubagua, que no callo
Por ser de los guerreros la princesa,
A hombres en la guerra hecho callo
Ya vimos en llanísima dehesa,
Siete indios á siete de caballo
Quitalles los despojos y la presa,
Con otra cosa no de menos fama
En un rio que Guárico se llama.

Esto fué que Fernando de Baeza
Un indió vió que le mostró las suelas,
Y para lo coger en poca pieza
Al caballo hirió de las espuelas;
A él lijeros pasos endereza,
Pensando de traello con pihuelas;
El indio como ya lo vió cercano
No rehusó parar en lo mas llano.

El cual con valeroso continente,
Macana con dos manos esgrimiendo,
Se defendia valerosamente,
La lanza y el caballo rebatiendo;
El español de vello tan valiente,
Los labios con despecho remordiendo;
Arremetió con vana confianza,
Pensando de llevallo con la lanza.

Bien pensaba matallo de camino
Y quedalle también el brazo sano;
Pero contrariamente les avino,
Pues el indio con ánimo romano
Dió de través un salto peregrino,
Y quitóle la lanza de la mano,
El cual después de hecha tal ofensa
Con la lanza hacia su defensa.

Pues como ya la lanza le faltase,
Y al indio vió también quedar intato,
Esperando la gente que llegase
Estúvose suspenso por un rato,
Temiendo que el caballo le matase
Por no valer entonces tan barato
Como vemos al tiempo que esto cuento,
Que lo que uno valia cuestan ciento.

Hernando de Baeza pues estanca
Por la causa que tengo declarada,
Esperando que llegue gente blanca
De los comilitones del armada;
Allegó luego Joan de Salamanca
Con Francisco Martin de la Bogada,
Y otros dos de caballo, buenos hombres
Que ya no me recuerdo de sus nombres.

Llegados estos cuatro por la via
Donde el dicho Baeza reparaba,
Vieron el indio que se defendia
Con aspeto feroz y furia brava;
Y como con lozana gallardía
La lanza por el cuento blandeaba,
Cada cual dellos á decir comienza:
¡Qué grande poquedad y qué vergüenza!

Mas cada cual guardaba su caballo
Al riesgo no queriendo sus anejos,
Y ansí, con intencion de lanceallo,
Tiráronle las lanzas desde lejos;
No pudieron herillo ni matallo,
Quedándose confusos y perplejos;
Ansí que de las lanzas rehatidas
Tenia todas cinco recogidas.

Estando todos no sabiendo cómo
Sacar las lanzas del gandul guardoso,
Allegó por allí Luis Perdomo,
Soldado diestro, suelto y animoso,
Hombre para la guerra de gran tomo,
Y en lances semejantes venturoso,
Natural de las islas de Canaria,
Y de los antiquísimos de Paria,

El cual en gran manera se reia;
Y no sin confusion destos cristianos,
Se bajó del caballo que traia,
La lanza mal asida con las manos,
Porque de manco ya no las tenia,
A lo menos en ellas dedos sanos:
Desta manera pues se fué llegando
Su vida y la del indio reguardando.

Afirmóse también de su postura
El indio sin recelo del combate,
Tirandole dos botes con soltura,
Que luego Luis Perdomo le rebate,
Y entró con él en esta coyuntura,
No queriendo matar ni que lo mate,
Y así vinieron ambos á la lucha,
De cada parte no sin fuerza mucha.

Cada cual dellos juega falsa treta,
Pues barren los hocicos la ceniza,
El vestido las manos mal aprieta,
El que no tiene ropa se desliza;
Mas al fin el vestido lo sujeta,
Y á puño y bofeton lo martiriza;
Sirvióle después bien este captivo
El tiempo que en el mundo duró vivo.

En otros muchos lances no reparo,
Aunque por cierto yo ví grandes cosas,
Que podrán admirar si las declaro,
Y me diere Dios horas espaciosas;
Mas quiérome volver á Zalazaro,
Pues vuelve con sus gentes victoriosas,
Heridos hasta dos ó tres soldados,
Y todos ellos bien aprovechados.

Regocijados todos desta gloria
Por pasos de caminos conocidos,
Llegaron á la villa ya notoria,
Donde con honra fueron recebidos,
Congratulándose de la victoria
Que ganaron los cojos y tullidos,
Con otras muchas mas que, Dios mediante,
Podrán ver los letores adelante.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta la pacificacion de toda la isla y la postrera batalla, donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes.

El que padece penas y dolores,
Ajeno del descanso que tenia,
Forzado de sus mismos sinsabores
Suele perder temor y cobardía;
Y así no pocas veces los temores
Engendran y producen osadía,
Porque por remediar vieja querella
Procuran de bebella ó de vertella.

Movidos deste mal los boriquenes,
Viéndose perseguir por tantos modos,
Perdidas sus haciendas y sus bienes,
Quisiéronse meter hasta los codos,
Asegurándose destos vaivenes,
O de una sola vez perderse todos,
Queriendo mas morir por sus defensas
Que ver y padecer tantas ofensas.

Para valerse pues contra los males
De la guerra que tanto les apoca,
Hizo junta de indios naturales
Agueibaná que todos los provoca;
Llegáronse señores principales:
Aimamio, Guarionex, Mobodomoca,
Y demás destas gentes en que estriba
Crecida cantidad de la cariba.

Formaron una hueste poderosa
Con que cubrian campos y zavanas,
Arreados de yerba ponzoñosa,
Usada destas gentes inhumanas;
Jamás se vido semejante cosa
De dardos, arcos, flechas y macanas,
Tan grande municion, tantos carcajes,
Tantas diversidades de plumajes.

En las guerras espertos y avisados
Serian quince mil los deste cuento,
Y todos por los trances ya contados
Faltos de temeroso sufrimiento;
Hizo de los caribes mas nombrados
El rey Agueibaná su llamamiento,
Y así como llegó la gente fiera
A todos les habló desta manera:

«El bueno que procura valedores
Para se defender de malas gentes,
Debe tener en mucho los favores
De sus vecinos, deudos y parientes;
Y en mas se preciarán cuanto mayores
Y á su necesidad mas convinientes;
Que la falta con tiempo socorrida
Conviene ser muy mas agradecida.

»Considerando pues cuán á lo largo
Corre mi trabajosa desventura,
Habeisme puesto todos en gran cargo
Con amistad de fuerte ligadura,
Por socorrer en tiempo tan amargo
Y en tan necesitada coyuntura,
Que si nos falleciere y es ninguna,
No se puede tentar otra fortuna.

»Y pues que vuestros bravos movimientos
Son perpetuo terror de los humanos,
Tanto que dellos son vuestros sustentos
Y los manjares mas cotidianos;
Deseo que varones tan sangrientos
No se nos escapasen de las manos,
Para que desta vez se mate fuego
Que nos causa mortal desasosiego.

»Porque si desta vez no se destierra
Esta plaga y aquesta desventura,
También ha de correr por vuestra tierra,
Sin que podais tener hora segura;
No tiene de faltaros cruda guerra,
Infame sujecion y cárcel dura,
Porque para hartar su hambre loca
Lo mas se les antoja cosa poca.

»Los ejemplos tenemos en las manos,
Con pérdida de nuestras vecindades;
Pues, desque los hayties fueron llanos,
Con nunca jamás vistas crueldades
Pasaron, como veis, á los cercanos,
Do so color de buenas amistades,
Privan á todos de las dulces prendas,
De hijos y mujeres y haciendas.

»Si desta suerte ya quedan los otros,
Sujeto y acabado nuestro bando,
Es claro que ninguno de vosotros
Podriades quedaros alabando;
Sino que victoriosos de nosotros
Os seguirá furor no menos blando,
Y aun á los de costumbres mas oscenas
Acaso punirán con las setenas.

»Así que, para vernos redimidos
De tantas aflíciones y cuidados,
Querria que si fuistes atrevidos,
Seais mas atrevidos y esforzados;
Los contrarios son pocos y tullidos,
Aunque valientes y determinados;
Pero poco valdrá su pesadumbre
Contra tan infinita muchedumbre.»

Las gentes inhumanas y crueles,
Oida la razon de tantas penas,
Respondieron allí por sus cuarteles
Palabras de temores bien ajenas,
Con furia de grandísimos lebreles
Que por morder remuerden las cadenas,
Encendidos de pestilente gana
De ya poder beber sangre cristiana.

La gente castellana, que velaba,
Segun que tal peligro requeria,
Ninguna cosa destas ignoraba
Por indios que tomaba cada dia;
Y por sus pocas fuerzas recelaba
Junta de tan proterva compañía;
Pero con recelallos y temellos
Determinaron ir en busca dellos.

Y no sin aficiones y cuidados
Que suelen agravar esta balanza,
Llamó Joan Ponce todos sus soldados,
Dignísimos por cierto de alabanza;
Y estando todos ellos congregados,
Sin muestra de temor y destemplanza,
Como varon en todo suficiente,
Me dicen que les dijo lo siguiente:

«No creo que terneis por villanía
Decille que defienda su partido
A quien con tan suprema valentía
Me consta bien habello defendido;
Pues puede redundar en culpa mia
No ser en este caso proveido,
Para que á valor tan infinito
Ayudemos siquiera con un grito.

»Porque ansí como sobra de razones
Engendra confusion en los oyentes,
Ansí do quier que faltan prevenciones
Suelen nacer cien mil inconvinientes,
Que paren otras muchas ocasiones
Por do suelen perderse muchas gentes,
Y mas en guerra y el contrario junto,
Do no conviene que se pierda punto.

»Movido pues, señores, deste celo,
No sin vacilaciones varias, oso
Deciros que hollais ajeno suelo,
Y teneis enemigo poderoso;
Que cumple no durmamos sin recelo,
Que conviene tener poco reposo,
Que demos orden para que esta plaga
Con menos riesgo nuestro se deshaga.

»Y cierto no conviene que los buenos,
En riesgo del honor y de la vida,
Hagan cosas á poco mas ó menos;
Sino por una regla bien medida,
De la cual los que fueren mas ajenos
Hallarán mas cercana la caida;
Pues á quien corre sin mirar por dónde
No siempre buena dicha le responde.

»Considerando pues la gran compañía
De gente tan crüel y tan molesta,
El desorden notable cuánto daña,
Un pesado descuido cuánto cuesta;
Deseo que nos demos buena maña
En este postrer trance que nos resta,
Porque después gocemos sin zozobra
Fructüoso trabajo desta obra.

»Pues si nuestras zozobras tienen vado,
Como tengo de Dios la confianza,
Será vuestro trabajo conmutado
En vida de placer y de holganza,
Y cada cual muy bien galardonado
De lo que el rico Boriquén alcanza;
Todo lo cual parece que asegura,
Demás del gran valor, vuestra ventura.

»Esta conviene mucho que sigamos
Huyendo del peligro los estremos,
No para que del todo los temamos,
Sino que con recato nos guardemos,
Y para concluir lo que tratamos,
Antes que ellos nos busquen los busquemos;
Pues, jugando de mano, veces hartas
Desbaratan á trunfos buenas cartas.

»Para ser de valor mas alentados,
Podeis encomendar á la memoria
Que en todos los renouentros atrasados
Habeis gozado siempre de victoria,
Con hechos tan heróicos y esforzados
Que se les debe muy cabal historia,
Y no cumplir que pierdan los remates
Hazañas tan subidas de quilates.

»Si tiene parecer el hombre diestro,
Este es mi parecer y mi sentencia,
Aunque deseo yo saber el vuestro,
Pues no teneis menor el esperiencia;
Y el que sintiere ser mejor maestro
Aquí para hablar tiene licencia;
Pues no siendo razon del todo vana
Escucharémosla de buena gana.»

El número de aquesta compañía
Sin esceptarse dél mozo ni viejo
En aquestas palabras se veia,
Como si fuera lumbre de un espejo;
Y ansí dijeron que lo que decia
Era necesarísimo consejo,
Y lo que contenian sus razones
Se conformaba con sus intenciones.

La voluntad de todos conocida,
Que fué para tal caso convenible,
Aderezóse luego la partida
Con cuanta brevedad les fué posible;
Ochenta solos hacen la corrida
Contra los quince mil, gente terrible;
Dudosos se harán á los humanos
Tan altos hechos y tan soberanos.

¿Quién creerá vencer á tan gran Marte
Estatura de tan pequeño codo?
¿O cómo fuerza de militar arte
Para ello halló vía ni modo?
Mas peleaba Dios de nuestra parte,
Que con su voluntad lo vence todo;
Pues queda muy atrás valor humano
Donde pelea su potente mano.

Era tenido Salazar en tanto
Al tiempo que esta guerra se trataba,
Que el batey de los indios y su canto
Con gran veneracion lo celebraba:
Su nombre les ponia tal espanto
Que el indio mas soberbio mas temblaba;
Y en tiempo destas vueltas y rigores
Fatigábanlo mucho sus dolores.

Pues como vió Joan Ponce que se halla
Esta persona principal tan flaca,
Y que para romper cualquier batalla
Cuanto mas flaco mas esfuerzo saca,
A ciertos indezuelos de canalla
Mandó que lo llevasen en hamaca,
Y ansí con el reguardo conviniente
De sus desnudos hombros va pendiente.

Salieron luego para la conquista
Con buena prevencion nuestros varones,
Sin hallar tropezon que los resista
De tantas y tan grandes poblaciones.
Finalmente, llegaron á la vista
De los embravecidos escuadrones,
Los cuales estuvieron muy atentos
Riéndose de sus atrevimientos.

Asentaron real, pequeño trecho
Del contrario sin grita ni ruído,
Teniendo por espaldas un repecho
Que hacia lugar fortalecido,
Para tales designos á provecho,
De maiz, leña y agua proveido;
El cual lugar les dió grande consuelo
Por habello hallado tan á pelo.

Como los nuestros pues allí viniesen
A hora poco mas de mediodía,
Para los provocar á que saliesen
Gran muchedumbre de indios acudia;
Españoles querian que rompiesen,
Joan Ponce de Leon no consentia;
Pero por ojear sobresalientes
Salieron hombres sueltos y valientes.

Salió Joan de Leon, mozo valiente,
Pero Lopez de Angulo, Joan Mejía,
Mostróse Salazar tan solamente
Que para mas licencia no tenia;
Porque de tan gran número de gente
La principal muy bien lo conocia,
Salió Miguel de Toro, Joan Gonzalez,
Y hasta diez ó doce destos tales.

Demás de que las armas iban prestas,
Iban calzados de lijeras suelas,
Llevan un arcabuz y tres ballestas,
Los demás con espadas y rodelas;
Y á los indios de plumas mas enhiestas
Aprietan, como dicen, las espuelas,
Mataron en aquesta rociada
Tres ó cuatro de gente señalada.

Los indios que volvieron afrentados
Causaron en los otros tal revuelta,
Que revolvieron mas determinados
Hasta doscientos, toda gente suelta;
Los españoles diestros y avisados
A nuestros escuadrones dieron vuelta,
Pareciéndoles bien el primer lance
Sin esperar mas riguroso trance.

Estando pues los nuestros en sus puestos,
Cada cual dellos bien aderezado,
Vieron entre estos indios bien dispuestos
Un indio grandemente señalado:
Las piernas y los brazos muy compuestos,
En los pechos cemí de oro labrado,
Y segun en su traza representa
Debia ser persona de gran cuenta.

Todos tenian pues la vista fija
En aqueste gandul que parecia,
No sin alteracion algo prolija
Sobre saber de cierto quién seria;
Porque con las pinturas de la hija
De cierta ciencia no se conocia;
Mas en comun juraba gente nuestra
Ser el Agueibaná, segun la muestra.

Durante por palabras la pelea
Entre los adalides principales,
Dijo Joan de Leon: «quien quier que sea,
Bueno será que pague tantos males;
Y no venga la noche sin que vea
Las penas y tormentos infernales.»
El arcabuz tomó que va cargado,
Y por su rodelero Joan Casado.

Viendo que dos bajaban por la vía
Del fuerte do tenian sus pertrechos,
Ocurrieron los indios á porfía
Y á tomallos á manos van derechos;
Apuntó bien Leon á quien queria,
Y dióle por el medio de los pechos;
Cayó volcándose por aquel suelo,
Quedando los demás con gran recelo.

Pero con presuroso continente
Asieron á porfía del caido,
Sacandolo cargado prestamente
De aquel lugar adonde fué herido;
Y assi como lo vió la demás gente
Dieron terrible grita y alarido,
Yéndose poco á poco retirando,
La muerte del cacique lamentando.

Convierten el placer en duro llanto
De verse reducir á servidumbre,
Y assi decian todos con espanto
Aunque no lo tenian de costumbre:
«O los poquitos destos valen tanto
Como si fuese grande muchedumbre,
O han resucitado nuestros amos
Y los demás cristianos que matamos.»

Confiados de fuerzas y soltura,
Quisieran muchos ir en los alcances,
Pero Joan Ponce dijo ser locura
Y desvariadísimos balances:
«Dejadlos ir, que es guerra mas segura;
Pues Dios nos ha librado destos trances,
Baldes lugar á bien llorar su muerto,
Que el rey Agueibaná debe ser cierto.

»Paréceme consejo muy mas sano,
Por libertad de tan pesado Marte,
Las gracias dello dar al Soberano,
Pues nos ha sucedido de tal arte
Que nos dió la victoria de su mano,
Siendo nosotros harto poca parte:
Limosnas se harán y sacrificios
Reconociendo tantos beneficios.

»Iránse los caribes mal pesantes
Por verse padecer trances tan duros,
Dividiránse luego los restantes
De libertad perdidos ya sus juros;
Tenémoslos tan llanos como antes,
Y por ventura harto mas seguros;
Que no hicieran ellos tal mudanza,
Si de volver tuvieran la esperanza.

»Por tanto, pues la gente queda sana
Y libres ya del encendido fuego,
Cenemos lo que hay de buena gana,
Puesto que no durmamos con sosiego;
Volvernos hemos luego de mañana,
Que ganado tenemos este juego.»
Con esto reportó la compañia,
Y se volvieron todos otro dia.

Y assi fué que después los boriquenos
Se quisieron rendir todos á una,
Los españoles vivos quedan buenos,
Y la guerra les da pena ninguna;
Joan Ponce de Leon ni mas ni menos
Gozaba de su próspera fortuna,
En paz con su mujer y con sus hijos,
En sus minas, estancias y cortijos.

Trajeron grande copia de ganados,
Necesarios á todos menesteres;
Vinieron á poblar hombres casados
Con sus familias, hijos y mujeres;
Varones diferentes en estados,
Ricos y caudalosos mercaderes,
Ocupan puertos varios navegantes
Y grande multitud de contratantes.

Lucen y resplandecen los arreos
Que cubren las humanas proporciones,
Hay justas, juegan cañas hay torneos
Con grandes variedades de invenciones.
Satisfacen riquezas sus deseos,
Vanse poblando nuevas poblaciones,
Las cuales conocí con gran provecho,
Pero ya muchas dellas se han deshecho.

Tenian de oro ricos nacimientos,
De cosas necesarias gran hartura,
Hay grandes hatos, hay heredamientos,
Hay por la isla toda gran cultura;
Celebráronse muchos casamientos
Con damas de valor y hermosura,
Y acuérdome de aquestos pobladores
Que dejaron algunos sucesores.

Gaspar y Garci Troche, principales
En estos regimientos y gobiernos,
Hombres en toda cosa tan cabales
Que del dicho Joan Ponce fueron yernos;
Francisco y Joan de Toro, y otros tales
Para cualquier peligro nada tiernos,
Francisco de Alvarado, Diego Ramos,
Que por varon ilustre lo contamos.

Diego de Caéllar, Pedro de Espinosa,
Y con ellos Victor y Joan Guilarte,
Pedro de Mata que en cualquiera cosa
De honra no le daban poca parte.
Castellanos, persona generosa
En cuanta clara parte nos reparte,
Y aqueste generoso caballero
Fué después en la isla tesorero.

Francisco de Mayorga, tan bastante
En todo cuanto puede ser nobleza,
Que ningunos pasaron adelante
Y pocos en posible de riqueza;
Joan de Mayorga, hijo, semejante
En discrecion, honor, virtud, proeza,
Que vive, y es persona señalada
En este nuevo reino de Granada.

Persona de mí harto conocida,
Pues ví que en escuadrones de Belona
Ha servido muy bien toda su vida,
Y sirve hoy á la real corona;
Tiene mujer que tiene merecida
Alabanza inmortal de su persona,
Dicha doña María de Cazalla,
Que soy muy poco yo para alaballa.

Ansimismo hicieron allí rancho
Un Baltasar Cáncer y Joan su hermano,
En honor sin venille nada ancho
Dicho Ruiz Barrasa tuvo mano;
Hubo también aquel Francisco Joancho.
Muy rico y caudaloso baquiano,
Alonso Manso, Baltasar de Castro,
Que de fama no dejan menos rastro.

A Hernán Sanchez Alemán me llego,
Hombre de gran valor y mucha suerte,
Al cual yo conocí ya medio ciego
Con Joan de Vargas, otro varon fuerte;
Ansimismo Garci de Villadiego,
Y el triste que murió de mala muerte,
Cristóbal de Guzmán, y diré cómo,
Por ser un caballero de gran tomo.

Puesto caso que estaba ya hollada
La isla con sus indios todos llanos,
Era también á veces infestada
De todos los caribes comarcanos;
Y en diferentes tiempos salteada
Con harta perdicion de los cristianos,
Acometiendo con escuridades
Los hatos, las estancias y heredades.

Y en las rebelliones desta tierra,
En un cierto rencuentro riguroso,
Mataron, segun uso de la guerra,
Un Cacimar, cacique poderoso;
E Yahureibo, desta gente perra
Cacique por estremo belicoso,
Quiso venir con poderosa mano
Para vengar la muerte del hermano.

En piraguas, que son como galeras,
Metió trescientos indios escogidos,
Del Boriquén tomaron las riberas
Sin ser vistos, oidos ni sentidos,
Acecharon caminos y carreras,
Por las cuales van bien apercebidos,
Al Daguao sus pasos encaminan,
Y á las estancias que con él confinan.

Allí tenia principal estancia
Guzmán con cantidad de frutos varios;
Sería media legua la distancia
Del puerto do saltaron los cosarios;
El Guzmán sin ninguna vigilancia,
Ni miedo, ni recelo de contrarios,
De tal manera, que por plaza rasa
Llegaron hasta le cercar la casa.

El resplandor del sol era salido
Cuando salió también la gente fiera,
Acudió con los suyos al ruido,
Por tomar un caballo, si pudiera;
Pero luego de yerba fué herido
En el primero pié que puso fuera,
Y como vido tantos al encuentro
Parecióle mejor volver adentro.

Mas los voraces indios inhumanos
Tuvieron en entrar tal osadía,
Que vivo lo tomaron á las manos
Con las negras é indias que tenia;
Y de negros é indios mas cercanos
Para comer mataban á porfía,
Maniatan los miseros captivos,
Y llevan á los muertos y á los vivos.

Aquesta montería concluida
Y recogido todo lo restante,
No dilataron mucho su partida
Por no cumplir en salto semejante,
Llevando con la gente recogida
Al dicho don Cristóbal por delante,
El miserable triste maniatado
Y de rabiosos perros rodeado.

¡Oh fortuna cruel! ¡oh hado ciego
Que tantas vueltas y revueltas fraguas!
Pues llegados al mar lo meten luego
En aquellas sus barcas ó piraguas;
Y por no les cumplir mucho sosiego
Arando van las inquietas aguas,
Con crecido caudal, con rica presa,
Y de carnes humanas larga mesa.

Curóle Yahureibo la herida,
Gozóso de tener tan buen captivo,
No tanto por quererle dar la vida,
Cuanto por se servir dél siendo vivo;
Es el dolor del pié muy sin medida,
Mas el del corazon mas escesivo,
Por no se descubrir hora segura
Ni cosa que no fuese desventura.

Pues la vil y proterva compañía
Por las islas se fué regocijando,
Segun comun costumbre que tenia,
Comiendo de los presos y matando
La pieza que mejor les parecia;
Y por derecha vía navegando,
Llegó con buenos tiempos y zaborda
En la isla que llaman Vírgen-Gorda.

En aquella sazon y coyuntura
Que llegó la compaña monstruosa,
Iba nuestro hidalgo sin ventura
Trabado de la yerba ponzoñosa;
Y conociendo ser de poca dura,
Por dalle muerte mas calamitosa,
Mandáronlo poner en un madero
Do todos le tiraron á terrero.

En aquestos tormentos apartados
De todo cuanto puede ser clemencia,
Los ojos á los cielos levantados
Con suma devocion y reverencia,
Demandába perdon de sus pecados
Armado de grandísima paciencia;
Dió fin á los trabajos deste suelo
Para gozar descansos en el cielo.

Pues no fué por entonces encubierto
Ser hombre de santísimas costumbres,
Y sus negras dijeron por muy cierto,
Presentes á las dichas pesadumbres,
Que en el mismo lugar donde fué muerto
Aquella noche toda vieron lumbres;
Quisieran ellas dalle sepultura,
Mas no lo consintió la gente dura.

Una que quiso ser mas atrevida,
Dicha Isabel, mujer de mas coraje,
De golpe de macana fué herida
Por uno del ejército salvaje;
Al fin, cuando hicieron su partida,
Lo mandaron echar al rebalaje
Del agua sin que nadie le tocase,
Para que el agua misma lo llevase.

Faltóles á los nuestros la paciencia,
Entendida la nueva lastimera,
Haciéndoseles cargo de conciencia
No ir tras esta gente carnicera;
Y ansí se procuró con diligencia
Efetuar con tiempo la carrera,
Pensando redimir aquel captivo
Que todos sospechaban estar vivo.

Para poder llegar á los confines
De los caribes fieros, atrevidos,
Aderezaron buenos bergantines
De cosas necesarias proveidos;
Los soldados que llevan son insignes
En militares artes escogidos,
Y fué por general en el armada
Joan de Yúcar, persona señalada:

Persona que de mí fué conocida,
Con sus armas, banderas y estandarte;
Y ansí, si Dios á mí me diere vida,
Diré mas largo dél en otra parte;
Los capitanes fué gente lucida,
Entre quien la restante se reparte:
El uno dellos fué Joan de Avendaño,
Que me dió larga cuenta deste daño.

El cual anduvo bien este camino
Mostrando gran valor en la jornada,
Y este dia de hoy es mi vecino
En este nuevo reino de Granada:
Fué Benito Velazquez, hombre digno
Que su persona sea celebrada,
Y ansimismo Limon, y Alberto Perez,
Consultores en estos pareceres.

De muchos valerosos desta gente
Pudiera hacer nómina prolija,
Mas agora diré tan solamente
Del capitán Alonso de Librija,
Que para todas cosas de valiente
Su gran industria fué no menos fija;
Y así dejemos el armada presta
Para decir después lo que me resta.

CANTO SESTO,

onde se cuenta cómo llegó el armada á la Dominica, cómo cobraron las negras de Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y lo que mas sucedió, con otros sucesos que después hizo YAHUREIBO en la isla de San Juan ó Boriquén.

Bien puede ser que el triste se consuele
Con esperar socorro de algun bueno,
Mas comun opinion del vulgo suele
Decir de pelo cuelga mal ajeno;
Pues aunque el singular á muchos duele,
Allí dolerá mas do fué mas lleno,
Y este con mas solicitud procura
Antídoto que pueda dalle cura.

Cristóbal de Guzmán mujer tenia,
Señora de muy gran merecimiento,
Que doña Mayor Vazquez se decia;
La cual con increible sentimiento
Gran cuantidad de gentes traia
Sin poder comportar detenimiento,
Y para recobrar su dulce prenda
Gastaba de sus bienes y haciendas.

No pudo falta ser que no cumpliese
Por orden y concierto convenible,
Sin querer reparar en interese,
Con tal solicitud que es increible;
Hizo pues que el armada se partiese
Con cuanta brevedad le fué posible,
Llevando capitanes y sarjentos,
Soldados poco menos de doscientos.

En cinco bergantines artillados
Partieron pues de nuestra isla rica,
Y tres ó cuatro dias navegados
Llegaron á la de la Dominica,
Do tomaron los indios descuidados,
Segun la relacion nos certifica;
Y así saltaron bien apercebidos
A la parte del sur sin ser sentidos.

Puestos en tierra ya desta manera
En un puerto de azufre nada falto,
Esperaron la noche venidera
Para poder hacer algun buen salto;
Escubiertos muy bien con la ribera
Y con sus atalayas en un alto,
Esperaban el tiempo mas escuro
Para poder salir sobre seguro.

Sería media noche ya pasada,
Cuando con el recato conviniente
En tierra salta gente bien armada,
Y el camino que llevan es patente:
Y así, poca distancia caminada,
En un pueblo se dió de mucha gente;
Y repartidos bien por sus cuarteles,
Tocaron la trompeta los fieles.

Entraron los que estaban repartidos
Con gran solicitud y diligencia,
Recordaron los indios atrevidos
Sin rehusar guerrera competencia;
Mas eran luego muertos ó rendidos,
Sin les bastar su viva resistencia;
Tomaron grande copia de captivos
De los restantes que quedaron vivos.

Con manos prestas y con piés livianos
Se recorrian los demás andenes,
Hallábanse preseas de cristianos
Y cantidad de los robados bienes;
Vinieron las tres negras á las manos,
Muchas antiguas indias boriquenes;
Al puerto se volvieron manos llenas,
Y los caribes indios en cadenas.

Metieron en la mar la gente perra,
Por mas asegurar que no se vaya,
Los bergantines el proís en tierra,
Los nuestros divertidos por la playa;
Mas los caribes hombres son de guerra,
Y el caribe feroz jamás desmaya;
Hiciéronse después otras dos suertes
En pueblos, y no fueron menos fuertes.

Al tiempo que el cristiano se vestia
De mas victoriosas esperanzas,
El indio Yahureibo no dormia
Trazando mil maneras de venganzas,
Holgando de ver nuestra compañía
Con unas descuidadas confianzas;
Y así por tierras, y otros en piraguas,
Les tomaron las tierras y las aguas.

Tenia la bahía señalada
Al lado promontorio montüoso,
Donde hizo poner un emboscada
De gente de furor impetüoso;
Y hizo por la mar ir en armada
Con las piraguas capitán mañoso,
Para que juntos dos caudillos diestros,
Por mar y tierra diesen en los nuestros.

Efetuados estos pareceres,
Que para su defensa convenian,
Y gozando los nuestros de placeres,
Pues sin ningun temor se divertian,
Alzó los ojos un Alberto Perez,
Y vido las piraguas que venian,
Tiros mandó soltar en continente
A fin de recoger toda la gente.

Oida la señal que les espresa
Que venga cada cual y se reguarde,
Acudieron los nuestros á gran priesa,
La mayor parte dellos algo tarde;
Pues en ejecucion de su promesa,
Yahureibo llegó con gran alarde;
Tanto que se juzgó por buenos fines
Cortar los cables á los bergantines.

Por la mar se hicieron á lo largo
Las cuatro que pudieron evadirse,
Tomando todos ellos á su cargo
Con los de las piraguas combatirse;
Mas Benito Velazquez, muy amargo,
No pudo de la playa desasirse,
Porque cargó sobre él tanta potencia
Que ya no le bastaba resistencia.

Defendíanse bien los del espada,
Daban crüeles golpes y pesados;
Mas era tan espesa la nevada
De flechas y de dardos afilados,
Que de la gente noble mas granada
Le mataron allí treinta soldados,
Y el Benito Velazquez todavia
Con supremo valor se defendia.

Al tiempo que el rebato sobrevino,
Del puerto se halló muy apartado
Un hombre trapanés, buzo marino,
En coger ciertas frutas ocupado:
Al puerto revolvió; mas cuando vino
Viólo por todas partes rodeado,
Y por estar en peso la porfía
Nadie lo pudo ver cuando venia.

Viendo tan claro riesgo de su vida,
Sin hallar por adonde se escapase,
Con sumas voces hizo gran corrida
A ellos, sin que punto reparase;
Pensando ser de gente mas crecida,
Abriéronle lugar por do pasase;
Y como nada vido por delante,
Se pudo zabullir en el instante.

Los indios, admirados deste hecho,
Miraban do salia por flechallo,
Gran parte dellos puestos en acecho,
Mas ninguno podia devisallo;
Porque fué por debajo tan gran trecho,
Que flechas no pudieran alcanzallo;
Entre tanto Velazquez con gran brio
Pudo cortar los cabos del navío.

De la playa salió menoscabado,
Y luego recogió, como debia,
Al trapanés, que estaba sobreaguado;
Al cual no se le niegue que este dia,
Como varon astuto y avisado,
Se valió del oficio que sabia;
El Velazquez, salido deste fuego,
A la naval batalla se fué luego.

Porque todos andaban á las manos
Con la caribe gente monstrüosa:
Los bárbaros gallardos y lozanos,
Sin perder punto de ninguna cosa,
Y fatigados ya nuestros cristianos
A causa de la yerba ponzoñosa;
Y aun el artillería no jugaba,
Porque también la pólvora faltaba.

La cosa de temor anduvo suelta,
Acometiéndoles por todos lados:
De los indios también en la revuelta,
Algunos pocos fueron derribados;
E ya sin almacén dieron la vuelta,
Y es de creer también que de cansados,
Mas de los nuestros hecha bien la cuenta,
Faltaron de doscientos los cincuenta.

Este negocio desta suerte hecho,
Llevaron á San Joan el desengaño,
Puesto caso que no con pié derecho,
Pues á todos causó dolor estraño:
Fué de pocos quilates el provecho
En consideracion de tanto daño,
Y el Yahureibo, gran varon de guerra,
Otras veces corrió también la tierra.

Porque pasada ya cierta distancia
En continuacion de su camino,
Dió con doscientos indios en la estancia
De Martin de Guiluz, el vizcaíno;
Mas Sebastián Alonso con constancia
De buen varon y de leal vecino,
Estando los dos mal, supo la nueva,
Y fué, para cobrar lo que le lleva,

Con caballo veloz y dura lanza,
Corriendo por aquella gran dehesa;
Antes que se embarcasen los alcanza,
Y les quitó los indios y la presa:
Deshizo su valor y su pujanza
Redimiendo manjares de su mesa;
Alanceando muchos, y hiriendo
Hasta la mar los iba persiguiendo.

Rompiendo varonilmente por ellos,
Con el gentil caballo do venia,
A muchos arrastró por los cabellos,
Y á los negros los daba que traia,
Que los atasen por servirse dellos
En minas y en estancias que tenia,
Entre ellos uno, ya varon anciano,
Que traia dos flechas en la mano.

El cual como se vió torcer la frente
De fuerza que juzgaba no ser tierna,
Determinó de dar á manteniente
Con ambas á dos flechas por la pierna,
Untadas del veneno pestilente,
Que el mas entero seso desgobierna;
Y el caballero viéndose herido,
Mató de mala muerte su vencido.

Desbaratadas estas compañías,
Volvióse las heridas recelando,
Y desde á poco dió fin á sus dias
Con gran conocimiento, mas rabiando;
Acabaron sus grandes valentías,
Con grande compasion de nuestro bando,
Hizo cosas no dignas de tiniebla
Fué andaluz y natural de Niebla.

Demás desto que el verso certifica,
Después de muchos dias, cierto dia,
Dió gente, de la dicha Dominica,
Con el astucia y orden que solia,
En pueblo de Luisa la cacica,
Do estaba de presente Joan Mejía,
Aquel fuerte varon, de color loro,
Cuya muerte causó no poco lloro.

La india le decia que huyera,
Mas él le respondió con lo que piensa:
«Eso no me conviene, ni Dios quiera
Que mi honra padezca tal ofensa;
Ni te dejaré yo desta manera
Aunque sepa morir por tu defensa;»
Y ansí del tal asalto descuidado,
No pudo salir bien aderezado.

Debajo de su fuerte confianza,
Viendo los enemigos estar dentro,
Salió con una espada y una lanza
A fin de resistir primer rencuentro;
Mas fué demasiada la pujanza
De los que le salieron al encuentro;
Y con ver ante sí tan gran potencia,
No dejó de hacer gran resistencia.

Vió luego con Chaquiras y Pomares
Gallardo capitán que los mandaba,
Al cual atravesó por los ijares
Con la lanza jineta que llevaba;
Hizo después bien anchos los lugares
Por aquel escuadron de gente brava,
Como toro feroz y madrigado,
Que por diversas partes es picado.

Fué tan feroz en el arremetida,
Y la priesa que dió fué de tal suerte,
Que tuvieron por buena la huida,
Con temor de la sangre que se vierte,
Mas no quedó seguro de su vida,
Antes con certidumbre de la muerte,
A la cual en tres dias fué cercano,
Haciendo diligencias de cristiano.

Deste pernicioso nocumento
La Luisa quedó muy mal herida,
La cual murió con buen conocimiento
Aunque era nuevamente convertida;
Quedóle hasta hoy al tal asiento
Su nombre, y es estancia conocida,
Quedando de grandeza tan notoria
De gente solamente la memoria.

Después el Yahureibo tan molesto
Continuaba tanto su venida,
Que cada cual dormia por su puesto
Con grandes detrimentos de la vida;
Ponian por la isla para esto
Gente de guarnicion apercebida,
Con Sancho de Aragon, diestro caudillo,
Y con ellos el perro Becerrillo.

Las furias y rigores desta llama
Sosegarian hasta medio año;
Después de las estancias de Guayama
Volvieron los caribes al engaño;
Y á Sancho de Aragon llegó la fama
Cerca de do hicieron aquel daño,
El cual con el recado convenible
Vino con cuanta priesa fué posible.

Ya cuando Sancho hizo su llegada
El escuadron feroz de gente perra
Grande presa tenian embarcada,
Quedándose los mas dellos en tierra:
Anduvo la refriega bien trabada,
Duraron los rencuentros de la guerra;
Mas los indios huyeron á las aguas
Para se guarecer en las piraguas.

Al tiempo que el rencuentro mas ardia,
No poca parte fué para vencellos
El perro Becerrillo, que hacia
Pedazos las ijadas y los cuellos,
Y en continuacion de su porfía,
A nado por la mar entró tras ellos,
Do uno de los que él despedazaba
Lo hirió con las flechas que llevaba.

Después que se sintió desta manera,
Y al que mal lo trató dejó sin vida,
Volvió con brevedad á la ribera
En busca de la gente conocida;
Como si de razon uso tuviera,
Sentimiento mostró de la herida;
Curáronlo quemándolo con fuego,
Pero nada prestó, pues murió luego

No murió con rabioso desconcierto,
Aunque fué del veneno pestilente;
La falta deste perro causó cierto
Grandísimo dolor á nuestra gente;
Y porque no se viese que era muerto,
Lo mandan enterrar secretamente:
Para los indios fué plaga terrible,
Y dellos se juzgó por invencible.

Después que esta desgracia les avino,
Supieron que la gente carnicera
Acia Vieque hizo su camino,
Pegada con San Joan, isla frontera,
Do con humana carne de su vino
Hicieron una larga borrachera,
Y nuestra gente casi de improviso,
A los de San Germán dieron aviso:

Pueblo do yo vi muchos moradores,
Frecuencia de navíos y de barcas,
Grandes estancias por sus rededores,
Ricas minas en todas sus comarcas:
Traté de sus primeros pobladores
Villanueva, Rincon y Sancho de Arcas,
Jerónimo Fernandez de Virués,
Que hoy con vida hado sobreseés.

Mas esta guerra cuando se hacia
Fué años atrasados desta gente,
Y en San Germán entonces residia
Cristóbal de Mendoza por tiniente:
Señalado varon en valentía
Y contra los caribes escelente,
El cual por desear verse con estos
Sesenta buenos hombres hizo prestos.

Embarcáronse pues con buen recado
Y ganas de hallar los enemigos,
Nuestro Mendoza muy regocijado
Por querer ir con él de los antiguos:
Pero Lopez de Angulo, Joan Casado,
Joan de Leon, Quindós y otros amigos,
Porque tenia ya de tales lanzas
No vanas, sino ciertas esperanzas.

Llevaron para esto buena guia,
Y para su viaje tiempo hecho;
Llegaron á Vieque por tal via,
Que no pudiera ser mas á provecho,
Por tener la caribe compañía
Las piraguas en un lugar estrecho,
Donde por ser la boca recogida
Podian estorbarles la salida.

Fué rato de la noche su llegada
Guiando los navíos á las lumbres,
La gente de los indios ocupada
En tierra con sus ritos y costumbres;
Y así los bergantines del armada
Entraron sin ningunas pesadumbres,
Y sin que reparasen en las aguas
Les pudieron tomar doce piraguas.

Acudieron los indios al ruido,
Segun suele venir gente tan fiera;
Habiendo ya Mendoza proveido
Gente para la mar y para fuera,
A tierra sale bien apercebido
Tomando con cuarenta la ribera,
Con buen ardid y grande diligencia,
Puesto caso que no sin resistencia;

Porque los bárbaros mozos y canos
Arremetieron duros y protervos,
Con lanzas y macanas en las manos,
Bien como los lebreles á los ciervos,
O como contra pollos los milanos,
O ya de la manera que los cuervos
Se suelen abatir á carne muerta,
Al tiempo que la hambre los despierta.

Pospónense temores, huyen miedos,
Nadie muestra señal de cobardía,
Los indios con tan ásperos denuedos
Cuanto necesidad allí pedia;
Pero los españoles no van quedos,
Pues cada cual del brazo se valia,
Con golpes y con puntas tan estrañas
Que rasgan pechos, rompen las entrañas.

Gran grita y alarido se condensa
Después que Yahureibo tocó cuerno,
Encendido de furia tan inmensa,
Ansí como si fuera del infierno:
Tiros á tiros dan la recompensa,
A cuchillada golpe nada tierno,
Descalabró cabezas, quebró muelas,
Hizo pedazos manos y rodelas.

Pero Lopez de Angulo como via
Aquel indio que tanto se estremaba,
Puesto caso que no lo conocia,
Ni ser el Yahureibo se pensaba;
Por refrenar tan suelta valentía
Y poder quebrantar su furia brava,
Salióle con sus armas al encuentro,
Mas él no se retrajo mas adentro.

Al singular certamen van dispuestos
Ambos á dos de juventud lozana,
Mancebos, altos, sueltos, bien dispuestos,
Y cada cual con increible gana:
Para los golpes y respuestas prestos,
Uno con hierro y otro con macana,
Rompen aquí y allí, y en breves puntos
Los dos leones fieros se ven juntos.

Angulo le libró con el espada
Un golpe de revés embravecido,
El indio rebatió la cuchillada
Con soltura y ardid jamás oido;
Y dió con la macana levantada
Golpe no de varon enflaquecido,
Sino con violencia tal que pudo
Hacelle dos pedazos el escudo.

El Pero Lopez dél no se desvía,
Aunque el escudo fuerte vió deshecho;
Mas antes con lozana gallardía
A él encaminó salto derecho;
Y como Yahureibo no huia,
Vinieron á juntar pecho con pecho,
Forcejando con piernas y con brazos,
Tanto que se hacian mil pedazos.

Bien ansí como dos feroces perros
De natural furor estimulados,
O ya con las carlancas, ó sin hierros,
Sobre los piés traseros levantados,
Erizados los pelos de los cerros,
Dándose crudelísimos bocados;
Y aunque dura gran rato la porfía
Ninguno dellos siente mejoría;

Ansí con la cudicia del trofeo
Trabaja cada cual, y nadie medra;
No quiere Yahureibo ser Anteo
Con ser el Pero Lopez firme piedra:
Los brazos á los cuerpos dan rodeo
Segun á duras plantas verde yedra,
Ninguno dellos piensa de rendirse,
Ni quiere del contrario desasirse.

Andando pues la lucha tan trabada
No sin pelos de barbas y cabellos,
Con rodilla, puñete, cabezada,
Sudando ya los pechos y los cuellos,
Con arma de dos filos enastada
Francisco de Quindós llegó sobre ellos,
Y al falto de vestidos y de faldas
Atravesó por medio las espaldas.

Pesó por el honor de lo que toco
Al Pero Lopez desta su venida,
Y mucho mas de ver el modo loco
Que tuvo para dalle la herida;
Pues Yahureibo muerto, faltó poco
Para que lo privara de la vida,
Porque como pasó de buena gana
Un poco le tocó la partesana.

Aquestos duros trances acabados,
Encuentros y rencuentros escesivos,
Los caribes quedaron mal parados,
De doscientos, ochenta solos vivos;
Los cuales todos fueron maniatados
Quedando por esclavos y captivos;
Diez heridos de los de nuestra suerte,
Pero ninguno dellos fué de muerte.

Con grillos, con cadenas ó tramojos
Los indios en los barcos son metidos,
Mitigáronse mucho los enojos
De los daños atrás acontecidos:
Con la presa volvieron y despojos
A donde fueron muy bien recebidos;
Y los demás negocios desta gente
Os diremos agora brevemente.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo privaron del gobierno á JOAN PONCE DE LEON, el mal galardon que se dió á los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce.

Nunca jamás envidia se desvía
De la prosperidad mas eminente;
Antes nacieron ambas en un dia
Y entrambas van creciendo juntamente:
Envidia es universal espía
Que persigue la mas ilustre gente,
Y con mayor vigor en estas partes
Compuso sus reseñas y estandartes.

Con la moderna gente que venia
Llegó gran cantidad deste veneno,
Que los mas buenos hechos deshacia,
Y nadie de sus bocas era bueno:
Antes cualquiera dellos pretendia
Gozar sin su trabajo del ajeno;
El hombre vil y el mas soez de todos
Decia que venia de los godos.

Y ansí, fraudes, engaños y cautelas
Que trajeron algunos pobladores,
Contra Joan Ponce van á todas velas
Y contra sus primeros valedores:
Ocuparon al rey grandes novelas
De parte de malditos escritores,
Y como los caminos eran largos,
No pudo por entonces dar descargos.

Al tiempo pues que estaban esperando
El galardon sus ínclitos soldados,
Privaron al Joan Ponce de su mando,
Quedando todos muy desconsolados:
La tierra repartió contrario bando
Y quedaron ansí mas agraviados,
Por ver que se llevó la mejoría
El inútil que no lo merecia.

Mas esto no es en Indias cosa nueva,
Y siempre se será lo que fué antes;
Tenemos destas cosas larga prueba,
Por haber visto muchas semejantes:
Pues quien postrero va primero lleva,
Mayormente malsines y chocantes,
Con deudos y criados de jüeces,
Que ya todo lo hinchen estas heces.

No tienen ellos cuenta con el fuerte
Ni con quien ha mejor al rey servido,
Y aun aquí Salazar quedó sin suerte,
Con que fué del jaez que habeis oido:
Este varon murió cristiana muerte,
De dolores de bubas afligido,
Armado de grandísima paciencia
Y con examen largo de conciencia.

Rigió después aquestas compañías
Un Joan Ceron, á todos odioso,
Y ansí por tener cargo pocos dias
Los gobernó Rodrigo de Moscoso;
Sucedióle por muchas demasías
Cristóbal de Mendoza valeroso,
Varon capaz, sagaz y diligente
Y en todos sus designos escelente.

A este por su bien el rey lo llama,
Sucediendo Velazquez licenciado,
Heredero de harto mala fama,
Y ansí deste gobierno fué privado;
Vino después Antonio de la Gama,
En estas partes hombre señalado;
Luego Pedro Moreno tuvo mando,
Y después deste Manüel de Olando.

Estos solos que el verso representa
Me pareció decir deste distrito;
Pues corre ya la era de setenta
Y nueve, do los pongo por escrito:
Pues si de los demás hiciese cuenta,
Sería proceder en infinito,
Y nunca resumir en largos cuentos
Las vueltas y diversos movimientos.

Y porque de memoria no me fio,
En los demás vecinos no reparo;
Pero sé que fué gente de gran brío,
Y de necesitados buen amparo:
Fué dellos un señor, amigo mio,
El nombre del cual es Francisco Caro,
De quien os contaré con verdad pura
Una muy venturosa desventura.

Usando de virtudes y proezas,
En guerra y paz se dió tan buena maña
Que granjeó gran copia de riquezas,
Y quiso trasportallas en España;
Navegaba marinas asperezas
Con gente que sus vias acompaña;
En dos buenos navíos proveidos
De cuanto cumple ser apercebidos.

El mar que á movimientos es sujeto
Le volvia las ondas en llanura,
Dando seguras muestras de quieto,
Si pudiera tener hora segura;
Mas sin tormenta suple su defeto
Otra calamitosa desventura,
Pues cosa no se ve que no lo sea,
Aunque patentemente no se vía.

Fué pues que navegando reta vía
Con prósperos afiatos el entena,
Llegada ya la clara luz del dia,
Cuando navegacion da menos pena,
Por la siniestra mano discurría
Una poderosísima ballena,
Y embistió con la nave desdichada,
De semejante caso descuidada.

Como quien deseoso del entrego
Alguna fortaleza contramina,
Donde sulfúreos polvos pone luego
Sin temer los cercados la ruina;
Y con horrible trueno puesto fuego
Los saltea con muerte repentina,
Y la velocidad es de tal suerte
Que mueren sin que sepan de qué muerte;

Con ímpetu tan fiero sumergido
Este navío fué por la sondura,
Sin le ser un momento concedido
Para poder llorar su desventura;
El descuidado y el apercebido
Tuvieron una misma sepultura;
Con velas de las naos van cubiertos
Y amortajados antes de ser muertos.

En aquellos mortíferos estremos
La jarcia no los deja de revueltos;
Otros, segun que ya dicho tenemos,
En sinüosas velas van envueltos,
Otros hicieron de sus brazos remos
Que desde la cubierta fueron sueltos,
Y entre ellos con valor y esfuerzo raro
Mostró bien ser quien es Francisco Caro.

Pidiendo va socorros á María,
Como quien es su muy aficionado,
Esforzando la poca compañía,
Que también como él andan á nado;
Llamóles al batel que ya tenia
Entre marinas aguas anegado,
Diciéndoles: «pues es el viento manso
Tenemos algun tanto de descanso.

»Este remedio es mas convenible
A males que de bienes son ajenos,
Entre tanto que pena tan terrible
Procuran remediar algunos buenos;
Pues la gente demás es imposible
Que de su vista no nos eche menos;
Y si, como pensamos, es aquesto,
El remedio tenemos aquí presto.»

Admirada la nave compañera
Deste desparecer tan repentino,
A gran furia batel echaron fuera,
Y para ver qué fué hacen camino:
Hallaron estos ya de tal manera,
Que fué la brevedad cual les convino;
Pues, aunque el mar estaba de bonanza,
Peligro prometia la tardanza.

Aquellos miserables afligidos
Templaron su dolor con la venida,
Por estar todos ellos poseidos
De gran desconfianza de la vida;
Fueron pues en la nave recebidos
Con el que desde España no me olvida
A quien escribo cartas, y reescribe,
Y viva muchos años como vive.

Vuelvo pues á Joan Ponce, poderoso
En los dones de Juno y de Belona,
Que de mayor empresa codicioso,
Y de servir á la real corona,
Nunca quiso jamás tomar reposo
Pudiendo ya gozallo su persona;
Y ansí fuera del cargo de justicia,
Quiso sacar á luz esta noticia.

Entre los mas antiguos desta gente
Habia muchos indios que decian
De la Bimini, isla prepotente,
Donde varias naciones acudian,
Por las virtudes grandes de su fuente,
Do viejos en mancebos se volvian,
Y donde las mujeres mas ancianas
Deshacian las rugas y las canas.

Bebiendo de sus aguas pocas veces,
Lavando las cansadas proporciones,
Perdian fealdades de vejeces,
Sanaban las enfermas complexiones;
Los rostros adobaban y las teces,
Puesto que no mudaban las faiciones;
Y por no desear de ser doncellas
Del agua lo salian todas ellas.

Decian admirables influencias
De sus floridos campos y florestas;
No se vian aun las apariencias
De las cosas que suelen ser molestas,
Ni sabian que son litispendencias,
Sino gozos, placeres, grandes fiestas:
Al fin nos la pintaban de manera
Que cobraban allí la edad primera.

Estoy agora yo considerando,
Segun la vanidad de nuestros dias,
¡Qué de viejas vinieran arrastrando
Por cobrar sus antiguas gallardias,
Si fuera cierta como voy contando
La fama de tan grandes niñerías!
¡Cuán rico, cuán pujante, cuán potente
Pudiera ser el rey de la tal fuente!

¡Qué de haciendas, joyas y preseas
Por remozar vendieran los varones!
¡Qué grita de hermosas y de feas
Anduvieran aquestas estaciones!
¡Cuán diferentes trajes y libreas
Vinieran á ganar estos perdones!
Cierto no se tomara pena tanta
Por ir á visitar la tierra santa.

La fama pues del agua se vertia
Por los destos cabildos y concejos,
Y con imaginar que ya se via
En mozos se tornaron muchos viejos:
Prosiguiendo tan loca fantasía
Sin querer ser capaces de consejos;
Y ansí tomaron muchos el camino
De tan desatinado desatino.

Al norte pues guiaron su corrida,
No sin fortunosísimos rigores,
Bien lejos de la fuente referida
Y de sus prosperados moradores;
Mas descubrió la punta que Florida
Llamó, porque la vió pascua de flores,
Volvióse hecho tal descubrimiento,
Y pidiólo por adelantamiento.

El rey nuestro señor, que bien sabia
Sus servicios, proezas y valores,
Luego le concedió lo que pedia
Con otras mas mercedes y favores;
Por las cuales Joan Ponce prometia
De le hacer servicios muy mayores;
Y para los efetos deste cargo
De los bienes ganados gastó largo.

De gentes y pertrechos proveida
Aderezóse luego grande armada,
Pusieron en efeto la partida
Para muerte de muchos deseada;
La tierra se tomó de la Florida
Con un escaramuza muy trabada,
Por venir á la playa los floridos
En su defensa bien apercebidos.

Son los floridos todos bien dispuestos,
Membrudos, recios, sueltos, alentados,
En todas proporciones bien compuestos,
En los arcos y flechas muy usados;
Son en sus armas sumamente prestos
Y en las peleas nada descuidados,
A los contrarios van viejos y nuevos
Como las bestias fieras á sus cebos.

No nada con tal ímpetu sirena,
Ni por las bravas ondas tan esperta,
Pues cada cual y no con mucha pena
Entre voraces peces se despierta;
Matan en alta mar una ballena
Para la repartir después de muerta,
Y aunque ella se zabulla, no se ciega
El indio, ni de encima se despega.

No puede con sus fuerzas no ser flacas
Desechallo de encima las cervices,
El indio lleva hechas dos estacas
De durísimas ramas ó raices,
Y en medio de las ondas ó resacas
Se las mete de dentro las narices,
La falta del resuello la desmaya,
Y ansí la hacen ir acia la playa.

Son las cazas y pescas sus usanzas,
Y en aquesto consisten sus primores,
Aquí suelen poner sus esperanzas
Los niños y mancebos y mayores;
Ansí se curan poco de labranzas,
Y entre ellos hay muy pocos labradores,
Sus usos á las noches y mañanas
Son mazas, arcos, flechas y macanas.

La tierra con verdores se matiza,
Y desde lejos buen color esmalta;
Pero si la hollais escandaliza,
Por ser de bastimentos toda falta;
En su mayor compás anegadiza
Sin parte que podamos decir alta;
Hay por estas distancias y caminos
Cantidad de nogales y de pinos.

Desembarcaron pues recién venidos
En tierra que por ellos se desea;
Pero gran cuantidad de los floridos
Apercebiéronse para pelea;
Y tan desvergonzados y atrevidos
Que cosa no se vió que mas lo sea:
Joan Ponce de Leon como valiente
Puso también en orden nuestra gente.

Sin temor de fortuna mal aviesa
Salieron españoles al encuentro;
Mas el que hizo mas brava promesa
Se quisiera meter dentro del centro;
Porque los indios dieron tanta priesa,
Que huyeron los mas la mar adentro;
Las voces de Joan Ponce con su hecho
Por allí fueron de ningun provecho.

Porque vió de su gente ya caida
Gran cantidad por uno y otro lado,
Los vivos todos iban de huida,
Sin que guardasen orden concertado;
Él ansimismo de mortal herida
El un muslo tenia traspasado,
Y parecióle ser intento loco
No irse retrayendo poco á poco.

Tenia de la dura competencia
Traspasado de tiros el escudo,
Y procuró salir de la pendencia
Viéndose de los suyos tan desnudo;
Al fin con perdidosa resistencia
Embarcóse con todos los que pudo;
Quedaron deste grande vencimiento
Los indios con mayor atrevimiento.

Porque dias después del alboroto
Del trance que dijimos riguroso,
A la misma conquista vino Soto
Capitán de Pirú muy valeroso;
Pero de aquella suerte fué remoto
En esta, donde vino poderoso,
Por hallar gente pobre no tan blanda,
Y ansí murió también en la demanda.

Luego tentó pedir esta jornada,
Concluso estos trances que resumo,
Un caballero Pedro de Ahumada,
Mas ahumada fué que no dió humo;
Pues no quiso hacer la tal entrada
Pareciéndole ser de poco zumo,
Y después muchas naos pasajeras
Se perdieron entre estas gentes fieras

En los que naufragaban se hacia
Por estos indios poco compasivos
Lo que su condicion crüel pedia
Después ya de sujetos y captivos;
Aunque después, segun que se decia,
Algunos dellos se hallaron vivos,
Pintados como indios y á su modo
En armas, en posturas y en el todo.

Con todas estas faltas y reveses
Quisiera poseer estas riberas
Impetüosa fuerza de franceses,
Y allí pusieron armas y banderas,
Gran cantidad de tiros y paveses
Para robar las naos pasajeras,
Pareciéndoles ser aqueste puesto
Para tales designos bien compuesto.

Pero Filipo magno, rey de España,
Siendo de tales cosas informado,
Para descomponer la gran compaña
Del cosario francés desacatado,
Envió capitán de buena maña,
Que fué Melendez el adelantado,
El cual de dentro y fuera de su fuerte
A todos los mató de mala muerte.

Y por no convenir hacer desvío
De tierras de tan gran inconviniente,
Nuestro rey se las dió por señorío
Y están pobladas ya de nuestra gente;
Pero quiero volver al curso mio,
Y al Joan Ponce que dejo mal doliente,
El cual con sus soldados encamina
Sus naos á la isla Fernandina;

Donde sin mejorar de su herida
Llegó con las reliquias del armada:
Reconoció cercana su caida,
Dispúsose muy bien á la jornada;
Dió fin á los trabajos desta vida
Pocos dias después de su llegada,
Con gran dolor de todas estas gentes,
De mujer y de hijos y parientes.

Algo fué rojo, de gracioso gesto,
Afable, bien querido de su gente,
En todas proporciones bien compuesto,
Sufridor de trabajos grandemente,
En cualesquier peligros el mas presto,
No sin estremos grandes de valiente,
Enemigo de amigos de regalos,
Pero muy envidiado de los malos.

Todos aquellos hombres principales,
Vecinos de la isla Fernandina,
Solenizaron estos funerales,
Con gran autoridad y pompa dina,
Segun las ceremonias de los tales
Al tiempo que al sepulcro se camina:
Y en el túmulo alto que tenia
Un distico pusieron que decia:

Hole sub hac fortis requiescunt ossa Leonis,
Qui vicit factis nomina magna suis.

Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varon,
Que en el nombre fué Leon
Y mucho mas en el hecho.

ELEGIA VII.

Elogio de Diego Velazquez de Cuéllar, *adelantado y gobernador de la isla de Cuba ó Fernandina, con la descripcion della y la relacion de cosas allí acontecidas,*

EN UN SOLO CANTO.

Otro varon cantamos valeroso
Que fué no menos digno de escritura,
Diego Velazquez, hombre venturoso,
Y que pudo tener mayor ventura,
Si acaso por gozar ya de reposo
No perdiera sazon y coyuntura,
Fiando su poder y sus intentos
A capitán de grandes pensamientos.

Fué natural de Cuéllar, en España,
De parentela noble descendiente,
Mancebo principal en la compaña
Cuando trajo Colon segunda gente;
Fué siempre capitán de buena maña,
Para cualesquier guerras suficiente,
Pues ó con gentes ó persona sola
Sirvió muy bien al rey en la Española.

Aquesta como fuese conquistada,
Y la de Cuba solamente vista,
Siendo digna también de ser poblada
Por gente cuya fuerza no resista,
Fué Sebastian de Ocampo con armada,
A quien el cargo dió de su conquista,
El comendador Nicolas de Ovando
Que entonces en las Indias tuvo mando.

El Ocampo, no siendo tan bastante
Que pudiese vencer aquesta gente,
Don Diego, sucesor del almirante,
Al Velazquez nombró por su teniente,
Para tales conquistas importante
Y en ellas muy cursado y escelente;
El cual con el recado que convino
Con brevedad anduvo su camino.

Porque desde Haytí derecha via
A lo que Cuba tiene mas cercano,
Ochenta millas son de travesía
O veinte leguas de uso castellano;
Jamaica le dan al mediodía,
Al oriente Haytí toma la mano,
Al norte la Florida va corriente,
Yucatán á la parte del poniente.

Tiene, segun se ve por esperiencia,
De aquel los que mejor han hecho cuenta
Seiscientas leguas de circunferencia,
Y por la mas anchura son setenta;
Hoja de salce es el aparencia,
Y ansí por partes es menos de treinta;
Todo lo mas es monte y espesura,
Y mas de veinte grados el altura.

Año de once, hizo su llegada,
Sobre mil y quinientos ya pasados;
Comenzó la conquista deseada
Con diestros y fortísimos soldados,
Sucedióle muy bien en la jornada
Por no tener rencuentros porfiados;
Y ansí, porque tuvieron riesgo poco,
No hago mencion dellos ni los toco.

Hallaron potentísimos asientos,
Y con gran cantidad de naturales,
Dellos destribuyó repartimientos
Por todos los soldados principales;
Descubriéronse ricos nacimientos
De oro y abundancia de metales,
Y luego por los puertos destos mares
Fundó ciudades, villas y lugares.

La primera de quien memoria hago
Por ser también primera del concierto,
Es la ciudad que dicen Santiago,
Puerto de todas partes encubierto;
Pero con grande loa yo no pago
Las muchas que se deben á tal puerto;
Pues hasta la ciudad conmemorada,
Es casi de dos leguas el entrada.

A los principios es un angostura,
Buena de defender por cada lado;
Pero dentro contiene gran anchura,
Mar fondo, limpio, bello, sosegado,
Donde surge la nave tan segura,
Que el marinero duerme sin cuidado;
Tiene islas, verdores, praderías,
Insignes y admirables pesquerías.

Aquí pusieron silla los mayores,
Iglesia catedral, honesto clero,
De sus obispos santos y pastores
Fray Bernardo de Mesa fué primero;
Muchos otros después y no peores,
Pues fray Miguel Ramirez fué tercero,
Dominicos muy dotos todos estos,
Y en sus costumbres todas bien compuestos.

También hizo fundar al otro lado,
A la parte del norte la Habana,
Que es puerto principal, y frecuentado
De pasajera gente castellana,
De los contratos es aprovechado,
Grandísimo caudal el que se gana;
También poblaron otros pueblos buenos
Que vinieron después á mucho menos.

Y en aquella sazon eran cabales
En oro, campos, hatos multiplicos,
Engrosándose mucho los caudales,
Las haciendas de grandes y de chicos;
Y así, Diego Velazquez y otros tales
Se hicieron en gran manera ricos;
El cual hizo la guerra sin desmanes,
Y tuvo valerosos capitanes.

Mayormente Cortés, que bien mirado
Su discurso, que callo de presente,
Puede con gran razon ser comparado
A quien tuvo valor mas eminente;
Pero terná particular tratado,
Si Dios me diere vida suficiente,
Cuando cante sus brios y su maña
En lo que se dirá de Nueva-España.

En cuyo principal descubrimiento
Otros también de Cuba sus vecinos
No carecen de gran merecimiento,
Antes de grandes gracias fueron dinos;
Pues que para riqueza tan sin cuento
Abrieron claras sendas y caminos,
Con Francisco Fernandez, que tenia
De Córdoba segunda nombradía.

Aqueste descubrió primeramente
Tierra de Yucatán y su partido,
Donde tuvo rencuentros con su gente,
De los cuales salió muy mal herido,
Y de los suyos muertos mas de veinte;
Holgóse grandemente como vido
Gente vestida, grande policía,
Y edificios de buena cantería.

Huyendo se embarcó la gente nuestra,
La mayor parte dellos malparados;
Mas aunque la fortuna fué siniestra
En matalles allí veinte soldados,
Parece que en hallar tan rica muestra
Los vivos se hicieron consolados;
Tuvieron este duro repiquete
En el año que fué de diez y siete.

Luz dieron á los de la Fernandina
La gente que del caso vino salva,
Y fuéles como lumbre matutina,
O claro resplandor de la del alba;
Y así Diego Velazquez determina
De enviar al varon Joan de Grijalva,
Por tomar, antes que otro los escluya,
Posesion por el rey de parte suya.

Con grande diligencia proveido
Lo necesario para sus avíos,
Partió con el designo referido
Con soldados y copia de navíos;
Costeando la tierra donde vido
Indicios de potentes señoríos,
Tomó la posesion en esta tierra,
No sin impedimentos de la guerra.

Pues los indios, temiendo novedades,
No dejaron de dar ciertos rebatos:
Pero después hicieron amistades
Y tuvieron sus tratos y contratos,
Que fueron á las dos parcialidades
Provechosos los unos y otros gratos
Pues lo que por los indios se contrata
Eran ricas preseas de oro y plata.

Este rico contrato celebrado,
Grijalva por la causa manifiesta,
Hizo venir á Pedro de Alvarado
Con muestra tan insigne como esta
Mas vínose tras él, sin que recado
Esperase de Cuba ni respuesta;
Velazquez recebió grandes enojos,
Y nunca quiso vello de sus ojos.

Porque el gobernador, considerando
Ser muestras de grandísimos provechos,
Andaba con gran priesa concertando
Envialle socorros y pertrechos;
Otros después anduvo combinando
Para que se encargasen destos hechos
Y por les acortar el interese
Ninguno dellos hubo que quisiese.

Mas Fernando Cortés, varon esperto
En mañas, en esfuerzo y en aviso,
No rehusó hacer cualquier concierto,
Y concedelle todo cuanto quiso;
Mas antes que partiese deste puerto
Estaba ya Velazquez arrepiso,
Pareciendo negocio peligroso
Confiarse de hombre tan brioso.

Procuró de hacer esta jornada
Poniendo ciertas causas por escudo;
Pero halló la puerta tan cerrada,
Que trabajó de entrar y nunca pudo,
Porque de gente muy calificada
Estaba ya Cortés nada desnudo;
Al fin disimuló desta manera
Lo que disimular jamás quisiera.

Quedó Diego Velazquez con tristura
Por no poder salir con el intento,
Fuése Cortés en buena coyuntura
Llevando todo buen aviamiento;
Llamándolo su próspera ventura
Para dar al deseo cumplimiento,
Donde se señaló con tales cosas
Que se pueden contar por milagrosas.

De su sospecha los efetos luego
Diego Velazquez vió por esperiencia,
Pues Cortés alentado del entrego,
Y con recurso de mayor potencia,
Quiso hacer cabeza de su juego
Y á solo Dios y al rey dar obediencia;
Y así con sus victorias y fortuna
No hizo caudal dél en cosa alguna.

Por verse fuera de tan gran pujanza
Tuvo Velazquez grave sentimiento;
Por lo cual procuró luego venganza
De tan perjudicial atrevimiento:
Y con victoriosa confianza
De mucha gente hizo llamamiento,
Poco menos llegó de mil soldados
Y once navíos gruesos artillados.

Teniendo ya recaudo conviniente
De cosas necesarias á la guerra,
Nombró por general y por tiniente,
Porque facilitaba la carrera,
A Panfilo Narvaez el valiente,
Pero contra Cortés que mas lo era,
Y luego supo la real audiencia
Aquesta disension y competencia.

Lucas Vazquez de Aillon, que entonces era
El uno de los dos ó tres oidores,
Vino para hacer que no saliera,
Y mitigar las sañas y furores;
O por alguna via, si pudiera,
Componer estos dos competidores:
Respondióle Velazquez de mal arte,
Y al fin fué para ello poca parte.

Porque decia ya ser señalado,
Demás de los gobiernos de aquel puerto,
Por título real adelantado
De lo por parte suya descubierto,
Y ser negocio ya muy escusado
Tratársele de medios ni concierto;
Pues era destos medios el mas tierno
Dejalle libremente su gobierno.

Aillon, viendo la cosa mal parada
Y en el gobernador tan duro tedlo,
Determinó de ir en el armada
Para perseverar en el remedio,
Creyendo que después de ser llegada
Si pudiera trazar algun buen medio
Con el Narvaez, que iba con el mando;
Mas tampoco lo pudo hallar blando.

Llegó pues con soberbia lozanía
Narvaez á los puertos deseados,
En cuya costa ya Cortés tenia
En nombre de su rey pueblos fundados;
Y por la tierra adentro no dormia
Conquistando potentes principados,
Do con su copia breve de cristianos
Hacia siempre hechos soberanos.

Prosiguiendo Narvaez sus intentos,
Revolvia cien mil alteraciones,
Aillon, porque cesasen movimientos
Haciále también protestaciones;
Narvaez con sus malos miramientos
Mandó que lo pusiesen en prisiones,
Y pregonó con ásperos rigores
A Cortés y á los suyos por traidores.

La gente de Cortés que esto notaba,
No poco del negocio descontenta,
A Méjico do entonces él estaba
Enviaron quien diese larga cuenta
De cuanto con Narvaez les pasaba,
Y cómo por palabras los afrenta:
Para Cortés la nueva no fué buena,
Y á su gente causó crecida pena.

Temia rebelarse los vecinos
De Méjico, faltando su presencia,
Y estorbarse sus célebres desinos
En tierra de tan gran magnificencia,
Abrirse grandes puertos y caminos
Para guerra civil y competencia;
Y ansí por evitar sangrienta mano
Tentó medios de paz como cristiano.

Fueron por mensajeros proveidos
Personas valerosas que no cuento;
Escribióle por términos debidos,
Haciendo generoso cumplimiento,
Y con honorosísimos partidos
Huyendo de venir en rompimiento;
Pero Narvaez con la gran pujanza
Remitió los partidos á la lanza.

En esta voluntad sola se cierra
Ser de su parecer mejor camino,
Que Fernando Cortés deje la tierra
Volviendo mal su grado por do vino;
Mas al Cortés, varon de paz y guerra,
Parecíale torpe desatino,
Y a quien por bien no pudo hacer llano
Quiso también por mal probar la mano.

Doscientos y cincuenta hizo prestos
De gente mas valiente que lucida,
Todos determinados y dispuestos
O de vencer ó de quedar sin vida:
Con esta gente fué contra los puertos
Do estaba la contraria recogida,
La cual aviso tuvo que se guarde,
Y luego le mandó hacer alarde.

Hallaron ciento y veinte ballesteros,
Ochenta de caballo vigilante,
Otros ochenta mas arcabuceros,
Seiscientos nada menos los infantes,
Trece tiros de bronce, tres pedreros,
Municiones muy buenas y bastantes;
Cortés, aunque con ánimo mas alto,
De todas estas cosas vino falto.

Y como relacion larga tenia
De tanta pieza, tanto pasamuro,
No se quiso fiar del claro dia
Por ser nocturno manto mas seguro;
Ansí metió su fuerte compañía
En el contrario campo con escuro,
Aunque la mayor parte prevenido
Por una centinela que los vido.

No va halcon con tanta lijereza
Al ave de que tiene su sustento,
Cuanta fué por entonces la presteza
Del ínclito Cortés y los que cuento,
Rompiendo con insigne fortaleza
Cualquier perjudicial impedimento;
Y ansí sin aflojar en la porfía
Ganaron la crúel artillería.

Mas antes con un tiro falconete
Le mataron á dos buenos soldados;
Los de Cortés mataron diez y siete
De los contrarios mas aventajados;
Luego cada cual dellos arremete
A ciertos edificios torreados,
Do Pánfilo sin muestra de cobarde
Las armas se vestia, pero tarde.

Porque los de Cortés yendo calando
Las picas deseosos del despojo,
Toparon con Narvaez, y en entrando
Con una le quebraron el un ojo:
Al cual luego sacaron arrastrando
Con razones anejas al enojo,
Y de los daños todos hecho cargo
En prisiones estuvo tiempo largo.

Este negocio grave concluido
Para Fernan Cortés colmo de gloria,
Desampararon todos al caido,
Siguieron á quien hubo la victoria:
Fué de todas sus faltas socorrido
Contra indios de fuerza tan notoria,
Que comieron grumetes y aun arraez
A no venir entonces el Narvaez.

Lo que pensaba pues el varon fuerte
Que en aquella sazon y coyuntura
Le perturbaba venturosa suerte,
Eso le dió mas próspera ventura:
Narvaez lo sintió mas que la muerte,
Velazquez gustó tragos de amargura,
El cual, vistas las faltas del teniente,
Determinó de ir personalmente.

Juntó navíos bien aderezados
De todos los pertrechos que convino,
Y en ellos grande copia de soldados;
Pero por parecelle desatino,
A vista de los puertos deseados,
Tuvo por bien volverse del camino,
Juzgando por mejor en este hecho
Que el emperador viese su derecho.

Aderezando pues esta partida,
Para decir en la real presencia
Del agravio y afrenta recebida,
Vejez, pasion, enojos y dolencia
Le cortaron el hilo de la vida,
Y ansi cesó la dura competencia;
Que la muerte convierte muchas cosas
En fáciles de muy dificultosas.

Fué persona de cuerpo bien dispuesto,
Robusto de sus miembros y velloso,
Algo moreno, pero de buen gesto,
Suelto, valiente, fuerte y animoso:
Gastó sus bienes, mas con todo esto
Fué menos liberal que cudicioso;
Tuvo gran copia de oro, plata, cobre,
Y al fin de su jornada murió pobre.

A esta isla vino por tiniente
Nombrado, como dije, por don Diego,
Pero como se viese ya potente,
Hizo también cabeza de su juego:
Al rey reconoció tan solamente,
El cual como señor cumplió su ruego,
Haciéndolo jüez y adelantado
De aquello que él habia conquistado.

Los vecinos que habia de presente
Hicieron en su muerte sentimiento,
Por ser á todos ya como pariente,
Y no recebir dél mal tratamiento:
Enterráronlo muy honradamente,
Con pompa de prolijo cumplimiento;
De los que en la tumba fueron puestos
Me dieron unos versos, que son estos.

Qui nunc angusto componit membra sepulchro,
Prospera sors vivo munera magna dedit.
Sed quando fuerat capturus maxima dona
Quæ facit, fortes eripuere manus.

Aquí está en lugar estrecho
Quien tuvo larga ventura,
Y en tiempo de mas provecho
Por mano de su hechura
Fué deshecho.

ELEGIA VIII.

A la muerte del adelantado don FRANCISCO DE GARAY, *donde se escribe la isla Jamaica.*

CANTO PRIMERO.

Llegue mi flaca musa donde puede,
En tantas y tan varias relaciones;
Y por aqueste orden que precede,
Tratando de tan inclitos varones,
No haga de manera que se quede
Francisco de Garay entre renglones;
Pues, aunque de fortuna mal pagado,
No debe de ser menos estimado.

Aqueste fué de la segunda gente,
Cuando Colon mas mundo certifica:
Vino muchacho, mas tan diligente
Que se hizo después persona rica;
Y para tratar dél enteramente
Habremos de volver á Jamaica,
Isla por estas partes muy notoria
Y digna de poner en la memoria.

Sus aledaños son los mas llegados
Hayties y la isla Fernandina,
En diez y siete y diez y ocho grados
De la equinocial se determina;
Rodeada por puntos y por lados,
Ciento y cincuenta leguas se camina,
Pues son setenta y cinco la longura,
Y diez y ocho largas el anchura.

Es esta isla poco montüosa,
Pero sus montes bien aprovechados,
Es fértil, abundante, fructüosa,
También por los lugares escombrados;
Es algodones admirable cosa,
Tiene gentiles hatos de ganados,
De todas diferencias de natios,
Y abundancia de lagos y de rios.

Fué descubierta del Colon primero,
Al tiempo que volvió por almirante;
Conquistóla después el heredero,
Por un Joan de Esquivel, hombre bastante,
Cristiano y escelente caballero,
A Dios poniendo siempre por delante;
Pues sin querer ensangrentar las manos,
A todos estos indios hizo llanos.

Mil y quinientos años fué la era,
Con otros diez y nueve ya corridos,
Cuando con Esquivel en la ribera
Saltaron cien soldados escogidos;
Y aunque los resistió gente guerrera,
Con gran facilidad fueron vencidos;
Gobernólos tres años muy contentos,
Y hízoles muy buenos tratamientos.

Murió, que no vivió tiempo mas largo,
Gobernando la tierra sin pelea;
Sucedióle después en este cargo
El capitan Francisco de Perea;
A este sucedió Joan de Camargo,
Y á él este Garay que se desea,
A quien fortuna dió grandes favores,
Que perdió por buscar otros mayores.

Pues visto que Cortés descubrió senos
De tan engrandecidas poblaciones,
Juzgó de su persona no ser menos
Para tener tan altas pretensiones:
Procuró con favor de muchos buenos
Pedir nuevas conquistas de regiones,
Las cuales se le dieron de buen grado
Con título y honor de adelantado.

Porque desde esta isla referida,
En carabelas fuertes y lijeras,
Habia ya corrido la Florida
Y á Panuco con todas sus riberas;
Donde muchos dejó faltos de vida,
Comidos destas gentes carniceras;
Volvió para la isla con intento
De procurar el adelantamiento.

La santísima era de quinientos,
Con mil y veinte y tres casi corrida,
Para perficionar sus pensamientos
Efetuó con Garay esta partida:
Once naos, soldados ochocientos,
Algunos mas de gente muy lucida,
Muchos caballos, gran artillería,
Matalotaje cuanto convenia.

Antes de se partir de donde cuento
Nombró justicias y otros oficiales
Futuros, do hallasen buen asiento
Con posibilidad de naturales;
El ejército hizo juramento
Selle todos fieles y leales,
Dió las velas al viento con aquesto
Y á la isla de Cuba llegó presto;

Adonde luego fué certificado
Por larga relacion de muchas gentes,
Estar el dicho Pánuco poblado
Por Fernando Cortés y sus tinientes;
Juzgóle por negocio tan pesado
Que podria parir inconvinientes,
Y por evitar odios descubiertos
Quisiera con Cortés hacer conciertos.

Para lo cual aqueste caballero,
Viendo cómo la paz á nadie daña,
A Zuazo nombró por medianero,
Como varon de letras y de maña,
Rogándole que fuese por tercero
A verse con Cortés á Nueva-España,
El cual, por amistad de quien lo manda,
Aceptó de buen grado la demanda.

Partió Zuazo antes que la flota
A verse con Cortés y dalle cuenta,
Siguió después un dia su derrota
Garay adonde ya se representa;
Y de las islas algo ya remota,
Encendióse bravísima tormenta,
Para Zuazo tan tempestüosa
Que se puede contar por milagrosa.

Porque su desdichada carabela,
De las inmensas ondas embestida,
Sin quédalle recurso ya de vela
Muchas veces la vieron sumergida;
Esperanza ninguna los consuela
Que prometa remedio de la vida;
Todos eran sollozos y gemidos
De placeres humanos despedidos.

En Dios el esperanza se ponia
Do van los corazones y las bocas,
Noturna confusion los aflgia,
Rodean las visiones y no pocas;
Llevólos aquel viento que corria
En medio de la mar á ciertas rocas,
Do la nave se hizo mil pedazos,
Y pocos se valieron de sus brazos.

Perecieron varones, mueren dueñas,
Con embates de mar repercusivos,
Pudieras ver colgados de las peñas
Cuarenta y siete que quedaron vivos.
¡Oh mar, cuántos trabajos les enseñas,
Dolores y tormentos escesivos!
Llaman á la potencia soberana
Hasta tanto que vino la mañana.

Mas no les trajo lumbre de consuelo,
Ni luz para que fuesen remediados,
Porque ¿qué les prestaba ver el cielo
Sin tierra, y en peñascos anegados?
No ven por todas partes otro suelo,
Mas vense de mil males rodeados,
Pena, dolor, pasion y muerte dura
Es la cosa que mas los asegura.

¡Cuán triste, cuán cuitada y afligida
Se hallaba la miserable gente,
De muy grandes olajes embestida
Desde los bajos piés hasta la frente,
Sin agua que bebiesen ni comida,
Faltos de todas cosas totalmente!
Lloros, suspiros, lágrimas sin cuentos
Eran los principales alimentos.

Faltábales á todos advertencia
En esta confusion tan lastimera;
Mas un Joan Sanchez, hombre de esperiencia,
En naufragios y vida marinera,
Puso grande calor y diligencia
En recoger pedazos de madera,
Cables y tablazon que iba perdida,
Y jarcia cuanta pudo ser habida.

Con esta prevencion, que no fué poca,
Las cosas que pudieron ser habidas
Hicieron amarrar á cierta roca
En haces y montones recogidas;
Después vinieron á pedir de boca
Para bien destas gentes afligidas,
A quien terrible fuerza de temores
Agora hace dar grandes clamores.

La continuacion del triste llanto
Quebrantara dureza del acero;
Y estando con aquel mortal espanto,
Que no puedo pintallo como quiero,
Aflojaron las olas algun tanto,
Y vieron donde estaban un madero,
Debajo del arena soterrado,
Donde por las corrientes fué llevado.

El Zuazo, varon digno de loa,
Con algunos hidalgos y matronas,
Descubriéronlo bien de popa á proa,
Limpiando los remates ó coronas;
Y vieron claramente ser canoa
Donde podian ir cinco personas:
Hincando las rodillas en el suelo,
Dan gracias al Señor del alto cielo.

Pues para conocer adónde iria
El Zuazo con tres varones fuertes,
Para remedio desta compañía,
Procurando librallos de las muertes,
Con oracion que siempre se hacia
Cuatro veces echaron cuatro suertes,
Y en aquellas cayó continamente
Que fuesen á la parte del oriente.

Tomaron el brevísimo navío,
Que ya la mar estaba de bonanza,
Hicieron de los otros su desvío,
Dándoles de volver gran esperanza;
Y fueron prosiguiendo su bajío
Dos grandísimas leguas de tardanza,
E ya, cuando la noche se cerraba,
Vieron un arenal que blanqueaba.

Que cierto cualquier dellos se temia
De tener en la mar la noche escura;
Saltaron pues allí con alegría
Pareciendo morada mas segura:
De veinte pasos fué la travesía,
Y de ciento y cincuenta la longura,
Hincaron en la tierra las rodillas,
Dando gracias por tales maravillas.

Dadas gracias á Dios omnipotente,
Esperaron allí la luz del dia,
Para traer también la demás gente,
Entre tanto que Dios mas proveia:
La cual la misma via del oriente
Por estos arrecifes se venia,
Por las reventaciones caminando,
Algun descanso breve deseando.

Holgáronse de vellos mas cercanos
Por mejor socorrerse todos juntos,
Guiaron la canoa diestras manos
Para traer los míseros disjuntos;
Y dellos los mas fuertes y mas sanos
Tenian el color como difuntos;
Mucho mas remontaban los placeres,
Lástimas que decian las mujeres.

«¡Oh pasos de piedad enajenados,
Roca cruel y piedra mas que dura!
¡Oh piés en algun tiempo bien calzados,
Dedos de manos hechos á blandura!
¡Cuán heridos y cuán atasajados
Os tiene tan acerba desventura!
¡Cómo merecen bien estos afeites
Los pasados regalos y deleites!

»¿Qué son de los amparos del estío?
Agora destos golpes abrasada
¿Adónde está la ropa para frío
De las preciosas martas aforrada,
El empalagamiento y el hastío
Que daba la comida delicada,
Dulzores olorosos que tenia
Para poder beber el agua fria?

»¿Qué es de la fuente, qué es del vaso fresco,
Vasijas de labores muy estrañas?
Salado licor es el que merezco,
Por mis delicadezas y mis mañas:
Desdichada de mí que ya perezco,
Rabiosa sed abrasa mis entrañas,
Y de tan grande mal la mejor cura
Es que la mar será mi sepultura.»

Esto decian ya sobre el arena,
Do la gente tenian recogida,
Por no ver un alivio de su pena,
Ni poder conservar humana vida,
En parte que constaba ser ajena
De candela, de agua, de comida;
Mas el Zuazo, hombre de templanza,
Siempre tuvo de Dios gran confianza.

Decia cristianísimas razones
Para consuelo desta desventura,
Hacia fundadísimos sermones
Alegando lugares de escritura;
Mandó perseverar en oraciones
Con un fervor ardiente de fe pura;
Clamores grandes van al alto cielo:
¡Padre de piedad, dadnos consuelo!

Diciendo pues palabras lacrimosas,
Demandando salud para su pena,
Vieron cinco tortugas poderosas
Venir á desovar en el arena,
Que no les fueron poco provechosas
Y pudieran ser mas para la cena,
Si acaso la ventura diera luego
Los materiales para hacer fuego.

Porque por esperiencia conocida,
La carne destos dichos animales
Es una salutífera comida
De do hacen guisados principales;
Y si la sangre dellas es bebida,
Es provechosa para muchos males;
En el anchor y término de larga
Cada cual dellas es como una adarga.

Pues el Zuazo con sus gentes vagas,
A quien intolerable sed quebranta,
Las ofrecieron á las cinco llagas
De do manó la sangre sacrosanta,
Lavamiento de culpas y de plagas
En el árbol de cruz y dulce planta,
Y antes que se volviesen do salieron
Las barrigas arriba se volvieron.

Pues porque al remedio de fortuna
No cumplia que fuese mas fiambre,
Mandó Zuazo desconchar la una,
Y en la tal concha recoger la sangre,
Para templar la sed muy importuna,
E mitigar en algo tanta hambre;
Y aqueste virtuoso caballero
Hizo la salva y él bebió primero.

Y después dél, segun la muchedumbre,
Beben el delicado y el robusto,
Aquello que no tienen de costumbre
Ni fuera deste tiempo fuera justo;
El néctar fué menor en dulcedumbre,
Ambrosía no les diera tan buen gusto:
Quedábanles los labios no distintos
De los que siempre prueban vinos tintos.

Estos ensayos hechos otro dia,
Estendiendo los ojos adelante,
Otra pequeña isla parecia,
Como dos leguas desta discrepante:
Allá fueron de aquesta compañía
Tres hombres, cada cual buen navegante,
Anduviéronla toda, y esta era
Cinco veces mayor que la primera.

Ninguna cosa verde producia,
Ni sombra, ni señal de dulces fuentes,
Mas admiráronse cómo tenia
Innumerables aves diferentes;
Y tantas que el arena se cubria
De las nidadas viejas y recientes,
Lobos marinos, pajarillos nuevos,
Muchas tortugas, infinitos huevos.

Volviéronse con este buen recado;
Y como mejoría deseasen,
Aqueste valeroso licenciado
Ha llamado que todos se pasasen,
Para buscar lugar acomodado
Do sus necesidades amparasen;
Y ansí como cristiano caballero,
El quiso ser de todos el postrero.

Como las aves no hacian fugas
De las estrañas gentes y modernas,
Mataban y comian las pechugas,
Y no se desdeñaban de las piernas;
También la dicha sangre de tortugas
Servia como vino de tabernas,
La clara de la yema dividida
Ansimismo servia de bebida.

Suelen en estas islas ser continos,
Y casi que por todos sus lugares,
Gran cantidad de vítulos marinos
Que llaman lobos por aquestos mares;
Los cuales á los pobres peregrinos
Ansimismo servian de manjares:
Son muy grandes y torpes en la tierra,
Y ansí se matan sin ninguna guerra.

Un muchacho que en esta triste vida
Estaba con la sed casi rabiando,
Loba marina vió recién parida,
Y dos hijos estar amamantando:
El cual con intencion desta bebida,
Con gran silencio se le fué llegando,
Quitó los hijos como quien no toca
Y tomóle las tetas con la boca.

Ella que sintió cosa diferente,
No pudiendo sufrir otra mejilla,
Revolvió con protervo continente
Derribando la media pantorrilla;
Curólo como pudo nuestra gente
Movida de dolor y de mancilla,
Considerando cuán sutil maestra
Es la necesidad, y cuánto muestra.

Estaban pues en este mejor puesto,
De calientes comidas tan ayunos,
Que no fué parte la que tienen desto
Para que dejen de morir algunos:
Del estraño manjar y mal digesto,
Con los calores graves importunos,
Y el pensar que de lance tan terrible
Escapar no les era ya posible.

Habia pues en esta compañía
Un ánima cabal en su cordura,
La cual como los otros padecia
Aquella miserable desventura:
Inesica la niña se decia,
E ya cercana de la sepultura,
Al buen Zuazo y á los circunstantes
Les habló con palabras semejantes:

«Una señora, ya mujer anciana,
Su rostro como sol resplandeciente,
El nombre de la cual dijo ser Ana,
Abuela del Señor omnipotente,
Me mandó que dijese que mañana
Fuésedes por allí mas al poniente,
A la isla que veis estar frontera
Y allí hallareis agua pasadera.»

Aquesta relacion y este recado,
Que de vanas fantasmas es remoto,
Mandóselo decir al licenciado
Porque sabia ser su muy devoto:
Esto dicho, salió deste cuidado,
Y del tropel humano y alboroto,
Y aunque la muerte della les dió pena,
Gran contentó causó la nueva buena.

Otros nueve murieron entre tanto,
De la rabiosa sed y hambre dura;
El Zuazo, varon de pecho santo,
Usaba los oficios como cura;
Y ante los desmayados del espanto
Les abria también la sepultura,
Santísimas palabras predicando,
Y á todos acudiendo y animando.

Acabada la obra toda pía,
La triste noche hizo su venida,
Que se gastó rezando, y otro dia
Pusieron en efeto la partida
A la isla que cerca parecia
Para buscar el agua prometida,
Y encaminados todos al viaje,
Zuazo fué postrero del pasaje.

Llegados los primeros que pasaban,
Vieron la isla ser alguna cosa
Mayor que la segunda que dejaban,
Y ansimismo tener yerba viciosa;
Las cuales aparencias alegraban
La gente de salud menesterosa,
Pues por espacio de doceno dia
Esta necesidad se padecia.

Ansí con estas penas y pesares,
Cuyos estremos eran ya funestos,
Cavaban en mil partes y lugares
Que parecian aptos y dispuestos;
Pero no refrescaron los ijares
Tan inútiles pozos como estos,
Pues, aunque daban agua muy aina,
Fué de mas amargor que la marina.

Faltando pues del agua dulcedumbre,
Agravóse la pena y el cuidado,
Y estando con aquesta pesadumbre,
Llegó con los demás el licenciado;
Y como lo tenian de costumbre,
Vióse de todos ellos rodeado,
Maldiciendo con lloros su fortuna
Por no hallar consolacion alguna.

Zuazo con ejemplos les enseña
A confiar en Dios del alto cielo,
Y nunca desmayar varon ni dueña
En este riguroso desconsuelo;
Pues quien hizo manar agua de peña
Podia también dalla deste suelo,
Y que en necesidad tan escesiva
Cada cual se vistiese de fe viva.

Y pues que le faltaba la presencia
De don sacerdotal y bien tamaño,
Cada cual compusiese su conciencia,
Demandando perdon de cualquier daño:
Queriendo recebir por penitencia,
De ser castos, siquiera por un año,
Y antes que otras se hiciesen
En oracion devota se pusiesen.

Las gentes de consuelo van ajenas
A cumplir destas cosas cada cosa :
Hicieron otras mil promesas buenas,
Cada cual á las almas provechosas ;
Y castidad perpetua Joan de Arenas,
Pedro Simancas, Sancho de Espinosa,
La cual en religion después cumplieron
El espacio de tiempo que vivieron.

Hecha la prevencion que voy diciendo,
Hicieron procesion con litanía,
Zuazo con la cruz que va siguiendo
Esta desconsolada compañía :
Él cantando, los otros respondiendo,
Segun uso de nuestra madre pia ;
Pero la dulcedumbre destos cantos
Era toda de lacrimosos llantos.

Con esta procesion, via derecha,
Dos veces fué la isla travesada,
En tal manera que quedó cruz hecha,
Del huello de la gente señalada ;
Considerando pues cuánto aprovecha
La cabal oracion y porfiada,
Hincóse de rodillas el Zuazo
En la junta del uno y otro brazo.

Las manos y los ojos van al cielo,
Diciendo con suspiros y gemidos :
« ¡Padre de piedad y de consuelo!
Consolad estos tristes afligidos ;
Lleve la devocion tan alto vuelo,
Que toque su clamor vuestros oidos,
Y dé socorro la potente diestra
A los que son, mi Dios, hechura vuestra.

» Vos, que hartais los brutos animales
En los desiertos secos donde moran,
Visitais con humor los vegetales,
Y ansí de flor y fruto se decoran :
Proveed también estos racionales,
Pues os creen, conocen y os adoran,
¡ Oh fuente perenal, confortativa,
Santo Dios vivo, dadnos agua viva!

» Vos, que le distes aguas con aumento
Al vencedor del campo filisteo,
Sacadas de las muelas del jumento,
Y endulzastes también las de Eliseo ;
Vos, que de piedras distes al sediento
Agua que satisfizo su deseo,
Y en los antiguos pozos de discordia,
Usad aquí también misericordia.

»¡ Oh cruz preciosa y abundante fuente
Contra la sed rabiosa del pecado,
Adonde vos, mi Dios omnipotente,
Fuistes con duros clavos enclavado,
Y salió sangre y agua juntamente
De vuestro preciosísimo costado!
Dad agua desta cruz, pues nos dais sangre,
Con que satisfagamos tanta hambre. »

Luego se levantó con esperanza
Firmísima del agua prometida,
Y dijo con entera confianza :
« Cavemos, por ser parte bien medida,
En medio desta cruz y semejanza
De aquella donde Dios nos da la vida,
Y no creais que fué promesa vana
Esta que nos fué hecha por santa Ana. »

Cavaron luego muchos con fe pura,
Y pensando pasar mas adelante,
No mas de codo y medio de fondura
Sacaron agua dulce y abundante.
Dió tan grande contento la dulzura,
Que el mas muerto cobró nuevo semblante;
Gustan apriesa todos del consuelo,
Alzan los ojos, dan gracias al cielo.

Zuazo, dadas gracias con sosiego,
Dijo : « bendito Dios, agua tenemos,
La vida nos daria tener fuego,
Y aqueste será bien que procuremos. »
Preguntado de dónde, dijo luego :
« De muchos palos secos que aquí vemos,
Que la mar de lugares diferentes
Ha traido con fuerza de corrientes. »

Todos en cumplimiento deste mando,
Como cosa que tanto les cumplia,
Buscaron luego mucho palo blando,
Bien seco que la mar no lo batia ;
Y con entrambas manos refregando
Unos después de otros á porfía,
En tanto grado que su fuerza pudo
Encender el polvico muy menudo.

¿Quién os podrá contar el alegría
Que sintieron de vello humeando
Los de la trabajada compañía
Y los que no penaron trabajando?
Muy menudica paja se ponia,
Con grandísimo tiento van soplando,
Hasta tanto que ya salieron llamas
Que pudieron cebar con gruesas ramas.

Aquí, y allí, y allá vereis candelas,
Deshechas de las frentes ya las rugas,
Asar rabihorcados y pardelas,
Comerse con mas gusto las pechugas ;
Servir de calderones y cazuelas
Aquellas conchas grandes de tortugas,
Matando la sequía desta fragua
Con grandes caracoles llenos de agua.

Algunos ansimismo desta gente
Estaban de comida no curando,
Tendidos por los lados de la fuente
Sus claros manaderos contemplando :
Bebiendo por matar la sed ardiente,
Y gran número dellos vomitando,
Porque el vacío cuerpo no podia
Retener aquel agua que bebia.

En esto del beber demasiado
Casi todos entraban en la danza,
Mas Zuazo, varon bien enseñado,
Usaba de grandísima templanza :
En comer y beber muy recatado,
Huyendo siempre toda destemplanza,
Y ansí deste consorcio castellano
Él se halló de todos el mas sano.

Y siempre ví que do se padecia
Rabiosísima sed y hambre brava,
Aquel que se crió con policía
Con menos pesadumbre la pasaba :
En la necesidad menos dormia,
En los mayores riesgos mas velaba,
En las tristezas mas alegre gesto,
Y á todos los trabajos mas dispuesto.

No porque no ví gente de barbechos,
Que podrias, letor, maravillarte
Leyendo las grandezas de sus hechos,
Su fuerza, su vigor, su duro marte ;
Mas en sufrir desmanes tan estrechos
Entiéndese que, por la mayor parte,
Quien tiene mas valor sufre mas males.
Y aprueban bien poquitos oficiales.

Miserias que yo vide no las pinto,
Porque cierto seria tratar desto
Entrar en un confuso laberinto
De donde no saliésemos tan presto :
Hagamos ya capítulo distinto,
Para poder mejor decir el resto
Desta gente que no hallaba cura
Para salir de tanta desventura.

CANTO SEGUNDO,

Donde se trata del orden que tuvieron para salir de allí, y la muerte de don Francisco de Garay.

Males hay que á los hombres son anejos,
Y para que les hagan resistencia
No poco les conviene tener lejos
Guiados con discreta providencia,
Por no quedar confusos ni perplejos
Al tiempo que llegare la dolencia ;
Porque mejor repara su partido
El próvido que el mal apercebido.

Pues como ya tuviesen agua y fuego,
Y viesen el lugar mas á provecho,
A la memoria les ocurrió luego
Aquello que Joan Sanchez hubo hecho:
La cual fué diligencia no de ciego,
Mas antes de cabal y sabio pecho;
Fueron pues en aquella canouela
Adonde se perdió la carabela.

Vieron la jarcia, tablas y madera
Adonde la dejaron amarrada;
Hicieron una balsa cuanto era
Tan fuerte, tan bien puesta y ordenada,
Que pudo bien venir á la ribera
Do quedaba la gente fatigada:
Fué crecidísimo contentamiento
Desque los trajo Dios á salvamento.

Visto cuánto trabajo los aprieta,
Y la tardanza mucha cuánto daña,
Llegados los recatos á la isleta,
La gente que se daba mejor maña
Determinó hacer una barqueta
Para tentar de ir á Nueva-España,
Siquiera cuatro hombres que cupiesen,
Y de su perdicion noticia diesen.

La necesaria obra se tantea,
Trázase la pequeña proa y popa,
Cada cual á lo dicho se menea,
Ocioso ni baldío no se topa:
Unos de tablas viejas sacan brea,
Otros convierten cables en estopa,
Otros andan sacando clavos viejos,
Con los demás posibles aparejos.

Andando cada cual pues diligente,
E yendo cinco por mantenimiento
A la segunda isla, que es enfrente,
Levantóse borrasca de tal viento,
Que sorbió la canoa con la gente,
No sin grave dolor y sentimiento
De todos, ansí flacos como sanos,
Por faltar la que fué sus piés y manos.

Como ya no tenian mucha sobra
De las aves y largas pesquerías,
Dióles gran pesadumbre la zozobra
Con menoscabo destas compañías;
Y ansí tal priesa dieron á su obra
Que tuvo perficion en pocos dias,
Y el pequeñuelo barco fué breado
Con vieja pez y aceite de pescado.

Con sus toletes, remos y aparejos
En el agua la barca fué metida;
De aves, de tortugas y cangrejos
Con ella fué la gente proveida;
Luego fueron comunes los consejos
Que pongan en efeto la partida
Gomez y Ballester y Joan de Arenas,
Para negocio tal personas buenas.

Y porque necesario les sería
Un indio que les fuese jamurando,
Procuraron hacer derecha vía
Puerto de Villa-Rica demandando:
Habian de ir por esta travesía
Ciento y cincuenta leguas navegando,
Confiando de Dios en la carrera,
Porque la barca poca parte fuera.

No rehusaron estos el pasaje
De tan inmensos riesgos y trabajos,
Y para los efetos del viaje
Hicieron en el barco sus atajos,
Donde pusieron el matalotaje
De huevos, de tortugas y tasajos,
Agua también en odres ó barquinos
Que hicieron de vítulos marinos.

De los demás hicieron despedida
Con un dolor que el alma les aprieta.
¡Oh riesgos y trabajos de la vida
Y á cuántas desventuras es sujeta!
Entraron en la mar que los convida
Por estar por entonces muy quieta,
Los que quedan regaban sus mejillas
En oracion hincados de rodillas.

Decian: «el Señor os esclarezca,
Su divino favor sea la guia,
Él os ampare y él os favorezca
Con clara noche, con sereno dia,
Sin permitir que mas os acontezca
Fortuna que perturbe vuestra via;
Quiete furias del soberbio viento
Hasta que ya llegueis á salvamento.»

Varones y mujeres esto vieron
En la barca los ojos enclavados,
Hasta que ya de vista la perdieron
Y los remeros iban engolfados;
Los cuales su viaje prosiguieron
De prósperas corrientes ayudados,
Vientos quietos, apacibles, buenos,
Y de sus locos ímpetus ajenos.

Perseverando pues en sus porfías,
Dándoles el Señor fuerza bastante,
Al cabo ya de diez ó doce dias
Vieron la tierra firme por delante.
¿Quién os podrá decir las alegrías
Del flaco y animoso navegante?
Bojaron con furor de nuevo brio
Hasta poner en ella su navío.

Contemplan la frescura de los pinos,
El lustre y el verdor que ven enfrente,
Saltaron los cansados peregrinos
En parte que les era conviniente;
Porque hallaron sendas y caminos
Y huella de caballos muy patente,
La cual con los anejos de sus heces
Besaron todos ellos muchas veces.

Dadas gracias á Dios, que fué servido
De los llevar á luz y salvamento,
Fueron por el camino mas seguido
Para buscar algun mantenimiento;
Diahustán, cacique, que los vido,
Recebiólos con buen acogimiento,
Teniendo por estraña maravilla
Ver gente tan hambrienta y amarilla.

Porque una pava grande que les dieron
De muchas que tenian estas casas,
Sin sacalle las heces la pusieron
Y sin pelalla bien, sobre las brasas;
Y después que con tripas la metieron
En otras que venian algo rasas,
Por señas demandaron al instante
Guia para pasar mas adelante.

Acerca desta misma circunstancia
Por señas el cacique significa,
Que tres ó cuatro leguas de distancia
Demoraba de allí la Villa-Rica;
Caminaron con presta vigilancia
Por donde la tal guia los aplica,
Deseando volver con buen recado
Al ínclito Zuazo licenciado.

Junto del cual, cuando desembarcaron
Los tres con quien se hizo clara prueba,
Cinco rabihorcados se sentaron
Como por mensajeros de la nueva;
Pues en vellos domésticos juzgaron
Ser anuncio del bien que se les lleva,
Y aunque no fueran malos al ayuno
No consintió hacelles mal alguno.

Después que ya llegaron con la guia
A Villa-Rica, cuyo señorío
Simon de Cuenca por Cortés regia,
Conocieron allí faltar avío;
Y á Medellin el Nuevo los envía
A causa de tener presto navío
Un Gonzalo de Ocampo, de Trujillo,
Y del dicho Zuazo gran carillo.

Al cual por ser capaz y diligente,
En negocios jurídicos cursado,
Zuazo le nombró por su tiniente
En Cuba, do vivió tiempo pasado;
Y ansí con la presteza conviniente
Luego le despachó todo recado,
Diestros pilotos de Moguer y Palos
Con posibles refrescos y regalos.

Navegaron la via del oriente
Hasta los Alacranes, parte nota,
Porque estos son do se perdió la gente,
Riesgo que navegantes alborota;
Volvieron los tres hombres juntamente
Ellos mismos guiando la derrota,
Mas tardó treinta dias la jornada
En llegar á la gente fatigada;

Por ser el tal navío detenido
De calmas y corrientes sin vapores;
Mas Dios omnipotente fué servido
De dejallos llegar pascua de Flores;
Porque con regocijo mas cumplido
Resucitasen estos pecadores,
A quien por ser ya tanta la tardanza
Daba grave dolor desconfianza.

Estaban todos pues en atalaya,
Los ojos á los mares estendidos,
Por aquel arenal y seca playa
En santos pensamientos convertidos,
Al Señor suplicando que les vaya
Remedio de sus lloros y gemidos:
Estos eran sus ratos, sus empleos
Y el blanco do tiraban sus deseos.

Zuazo pues que siempre se desvela
En consolar aquesta compañía,
A grandes voces dijo: «vela, vela,
Socorro que el muy Alto nos envía.»
Acuden, miran, ven no ser novela,
Sino grande verdad lo que decia,
Suena *Te Deum laudamus* el concento
Con lágrimas nacidas de contento.

Acercáronse mas los del navío,
Pero no sin peligro ni recuesta,
Por ir ya descubriendo del bajío
La roca que tenian contrapuesta;
Y ansí por parecer bien el desvío
Surgieron dél un tiro de ballesta;
Mas como nadie vian por los puertos
Sospechaban que todos eran muertos.

Que, porque estaban de rodillas puestos
Dando gracias á Dios, nadie los vía,
Pero después que ya fueron enbiestos
Dióles voces la gente que venía;
Y todos luego se hicieron prestos
Para salir á dalles alegría
Sacando mesa, silla y alimentos
Para satisfacer á los hambrientos.

Sacaron abundancia de cecinas,
Gustosísimos gallos de papada,
Muy gentiles capones y gallinas,
Añejo vino y agua delicada:
Conservas de tan buena hambre dinas;
Frutas muchas de gente regalada,
Bizcocho blanco ven en abundancia,
Con infinitas cosas de sustancia.

Salieron Ballester y Joan de Arenas
A dar las buenas pascuas á la gente,
Desconfiada de tenellas buenas
En riesgo y en peligro tan patente:
Abrázanlos con las entrañas llenas
De santa caridad y amor ardiente,
Sin acabar de dalles bendiciones
Las fatigadas dueñas y varones.

La salutacion larga concluida,
Dieron á cada cual limpios vestidos,
La olla con gran priesa fué cocida,
Luego largos manteles estendidos:
Tuvieron abundante la comida,
Fueron de muchas cosas proveidos,
Quisieron beber agua de su fuente,
Y amarga la hallaron grandemente.

Tuvieron por milagro señalado
El no durar allí la dulcedumbre,
Mas de por aquel tiempo limitado
Que tuviesen aquella pesadumbre;
Dió las gracias á Dios el licenciado,
Segun que lo tenia de costumbre,
Y acabada la fiesta sin hastío,
A gran priesa se fueron al navío.

Huyen de los estériles conveses,
Donde con mas dolor que se nivela
Estuvieron al pié de cuatro meses;
Entraron pues en esta carabela,
Y con temor del mar y sus reveses
Al punto se hicieron á la vela
Veinte que de los riesgos escesivos
Permanecieron solamente vivos.

Navegaron aquestas compañías
Con viento que bonanza les aplica,
Tal, que pudieron ir en trece dias
Al puerto de la dicha Villa-Rica;
Recebiólos Cortés con cortesías
Cuantas de su valor fama publica;
Pues aunque allí faltaba su presencia
No faltaba su gran magnificencia.

Porque mandó que todos ellos fuesen
A costa de sus bienes reparados,
Y al dicho licenciado se le diesen
En cantidad de doce mil ducados,
Y generosamente proveyesen
Su casa, su familia, sus criados;
Escribióle también carta misiva
Que su buen amistad estaba viva.

Desque se reformó la compañía,
Partióse para ver á su querido,
Al gran Méjico donde residia,
Y donde del Cortés fué recebido
Con crecido contento y alegría,
Que grande la mostró cuando lo vido,
Y con ostentacion de frente rasa
Por hospicio le dió su propia casa.

Mas porque por entonces le convino
Al Fernando Cortés estar ausente,
E ir trabajosísimo camino
Contra su capitán, mal obediente,
Al Zuazo, varon del cargo dino,
Dejó nombrado por lugartiniente,
El cual administraba su tinencia
Con retitud, valor y gran prudencia.

Pero Cortés apenas se destierra
De los confines destas ciudades,
Cuando con turbacion de civil guerra
Hubo sobre mandar parcialidades:
Echaron al Zuazo de la tierra
Los inventores destas novedades,
Y por huir alguna chirinola
Tuvo por bien volver á la Española;

Donde fué su persona recebida
Con aplauso no mal regocijado,
Y vivió lo restante de su vida
Rico, favorecido y acatado.
Mas porque de Garay no me despida
Quiero volver al fin de su cuidado,
Antes que del Zuazo se supiese,
Ni con Cortés en Méjico se viese.

CANTO TERCERO,

Donde se trata cómo llegó Francisco de Garay al rio de Palmas, de lo que allí le sucedió, y de su muerte.

No creo yo que vive sin querella
Aquel que mas alcanza de riqueza,
Pues tanto mas creció la hambre della
Cuanto mayor se hizo su grandeza;
Y á veces buscar mas hace tal mella
Que convierte los gozos en tristeza:
Destas cosas y otras que contemplo
En el Garay tenemos buen ejemplo.

Pues teniendo la vida ya segura,
Prósperos tratos y caudales llenos,
Su casa con grandísima hartura,
Heredamientos muchos y muy buenos;
Pensando de hallar mayor ventura
De la que tuvo, fué venir á menos;
El caso sucedió desta manera
Desque salió de Cuba y su ribera:

Corrieron con aquellos temporales
Con angustias mortales de sus almas,
Mostrábase la mar con furias tales
Que deseaban ya molestas calmas;
Y ansí con las zozobras destos males
Decayeron al rio de las Palmas,
Donde sacó soldados cuatrocientos,
Y algunos, aunque pocos bastimentos.

Envió por allí acia la sierra
A Gonzalo de Ocampo su pariente,
Con hombres instruidos en la guerra
A fin de descubrir alguna gente;
Mas no les pareciendo bien la tierra,
Volvieron á la mar incontinente,
Y sin saber Ocampo cosa cierta
Afirmaba la tierra ser desierta.

Determinó hacer della desvíos,
Y que Grijalva con los marineros
A Panuco llevase los navíos;
El por tierra con muchos compañeros,
Atravesando peligrosos rios,
Ciénegas infinitas, mil esteros,
Muy fatigados todos y hambrientos,
Y de tantas zozobras descontentos.

Mas por algunas guias ya tomadas
De indios que hallaban divertidos,
Salieron á las tierras deseadas,
Y no fueron allí mas proveidos;
Pues á causa de guerras atrasadas
Habia muchos pueblos destruidos,
Porque Fernán Cortés y sus tinientes
Traian fatigadas estas gentes.

Allí donde la proa todos llevan
En fundar poblacion con su consejo,
Estaba ya fundado Santisteban
Por capitán un Pedro de Vallejo:
Temió Garay de que estos no se muevan,
Y en acercarse tuvo mal consejo,
Porque los de Cortés dieron en ellos
Y prendieron á los cuarenta dellos.

Grijalva también tuvo desavíos,
Pues yendo caminando su viaje,
En unos arrecifes y bajios
No vistos antes en aquel paraje,
De los once perdió cuatro navíos
Con todos los pertrechos y fardaje;
Ancleó los demás cerca del puerto
De Panuco, segun fué su concierto.

Los de tierra por falta de comida
Estaban ya como de los cabellos,
Andando mucha gente divertida,
También mataron indios muchos dellos:
Supo Fernán Cortés esta venida,
Y envió capitanes contra ellos,
Aunque los mas á causa del provecho
Tenian al Cortés dentro del pecho.

Porque costumbre fué de señoríos,
Que quien mas puede tiene mas devotos;
Conoció, pues, Garay sus desavíos
En hallar sus soldados tan remotos:
Al Vallejo rindieron sus navíos
También ciertos maestros y pilotos,
Los cuales alevosas sinrazones
Causaron al Garay graves pasiones.

Y estando rodeado de pesares
Aquellos capitanes cortesanos,
Llegaron á las partes y lugares
Que de Garay estaban mas cercanos;
Tuvieron grandes dares y tomares,
No para que viniesen á las manos;
Antes dando y tomando sobre puntos
Los unos con los otros fueron juntos.

Tuvieron, aunque no con duro pecho,
Sobre sus causas mil alteraciones,
Cada cual alegando su derecho
Y mostrando reales provisiones;
Vinieron al concierto deste hecho,
Y fueron estas las resoluciones:
Enviar á Cortés sus mensajeros
El Garay y los otros caballeros;

Y que sin proceder en la contienda
Para que toda sinrazon cesase,
Le volviesen navíos y hacienda
Sin que ninguna cosa le faltase;
Sujetando los suyos á su rienda
Para que con rigor los embarcase,
Y á las Palmas hiciesen su jornada,
Pues era tierra rica y bien poblada.

Hicieron el concierto referido
Diego de Ocampo y Pedro de Alvarado,
Capitán de Cortés, por mas querido
Para tales negocios enviado:
Garay se holgó mucho del partido
Teniéndolo por bueno y acertado;
Congregó luego muchos de su gente,
Y dicen que les dijo lo siguiente:

«Si tengo de deciros las verdades,
Amigos, compañeros y señores,
Bien sabeis que las buenas amistades
Que tanto celebraron los mayores
Se conocen en las adversidades,
Cuando fortuna siembra sus rigores;
Y entonces es el bueno menos vario
Cuando hado se muestra mas contrario.

»Y pues que la costumbre de los buenos
Es no desamparar al buen amigo,
Y sabeis bien que nunca yo fuí menos,
Sino mejor aun desto que aquí digo,
De toda la lealtad sereis ajenos
Si no permaneciésedes conmigo,
Teniendo ya por cosa conocida
Que á nadie quiero menos que á mi vida.

»El tal amor deseo que se entienda
Por mis obras y blando tratamiento,
Pues gasté con vosotros mi hacienda
Para daros cabal aviamiento;
Y para yo tener segura prenda
Os ligastes con santo juramento,
Prometiéndome todos á porfía
De no dejarme por ninguna via.

»Si cerca del negocio prometido
Lo contrario hacer alguno piensa,
No solamente yo soy ofendido,
Pero también haceis á Dios ofensa;
Y ansí cuando tengais mayor olvido
De su mano vernà la recompensa,
Pues quebrantais la jura del muy alto,
Y faltais á quien no hallastes falto.

»Si pensais por allá recoger frutos
De riquezas por mas breves atajos,
Nunca las hallareis á piés enjutos
Ni por caminos llenos de gasajos;
Ni querrá dar Cortés salvos conductos
Para que goceis dellas sin trabajos;
Lo que hará será daros un cebo
De tierras nuevas que ganeis de nuevo.

»Pues para no gozar lo descubierto
E ir á conquistar nuevas regiones,
Mejor os es volver á lo mas cierto
Y á do dejais insignes poblaciones:
Para lo cual en mí teneis abierto
Un camino de grandes galardones,
Y estuviera ya este comenzado
Si no fuera de muchos engañado.

»Y pues no hago vano cumplimiento,
Y está mi voluntad sana y entera,
Recebiré merced y gran contento
De que ningunos os saigais afuera:
Sino que sin penoso sentimiento
Pasemos todos juntos la carrera,
En la cual hallareis ser el efeto
Mayor que por palabras os prometo.»

Estas amorosísimas razones,
Espresadas debajo buen intento,
Hicieron muy livianas impresiones
En la gente de tal ayuntamiento;
Pues sin embargo de persüasiones
Le huian hoy diez, mañana ciento,
Y por se desmandar como bestiales
Mataron muchos estos naturales.

Viendo Garay tan gran inconviniente
Y que la gente toda le faltaba,
Determinó de ir personalmente
A verse con Cortés adonde estaba;
Para que capitán tan escelente,
Hiciese lo que dél se confiaba,
En la restauracion de su caida,
De su reputacion y de su vida.

Resuelto pues en este su desino
De gente de Cortés persuadido,
Puso luego por obra su camino
Donde de todos ellos fué servido;
Y después que llegó do le convino
Con gran magnificencia recebido,
Habláronse los dos, brazos abiertos,
Y trataron de medios y conciertos.

No se tuvo Garay por arrepiso
En los comedimientos desta vista,
Trató su causa con gentil aviso
Dando la relacion de su conquista;
Y ansí vino Cortés en cuanto quiso
Sin que ninguna cosa le resista;
Mas porque la amistad fuese mas firme
Quieren que parentesco la confirme.

Pues como por los dos se desease
El parentesco fué por esta via,
Que el hijo de Garay se desposase
Con una hija que Cortés tenia;
Y el Cortés proveyese y ayudase
A la jornada que Garay hacia,
Dándole todo buen aviamiento
De gentes, de pertrechos y sustento

Dados á sus negocios estos fines
Al son de suavisisimo concierto
De trompas, chirimías y clarines,
Pregoneros de tal contentamiento,
Fuéronse los dos juntos á maitines
En la noche del santo Nacimiento,
Do con suaves músicas sonoras
Oyeron ambos las divinas horas.

El oficio divino concluido,
Volviendo con un aire destemplado,
El Garay se sintió muy mal herido
De pesado dolor en el costado;
Y aunque fué de dotores socorrido,
Acabóle la vida y el cuidado
Dentro de quince dias de intervalo,
Después que del dolor se sintió malo.

Fué hombre de gentiles proporciones,
Apacible, discreto y generoso,
De nobles y de sanas intenciones,
Mas de grandes empresas cudicioso:
Amigo de guerreros escuadrones,
Enemigo muy grande de reposo;
Dejó hijos é hijas principales
Aunque menoscabados sus caudales.

Murió como cristiano diligente,
Con gran preparacion de testamento,
Sintió Cortés su muerte grandemente,
Y en todos fué comun el sentimiento;
Con pompa y en lugar muy eminente
Solenizaron el enterramiento;
Hicieron muchas letras á su muerte,
Y una dellas decia desta suerte:

Præsidis hoc busto requiescunt ossa Garai,
Qui sine præsidio præsidio major erat.
Certasi numen dum dives vincere certat,
Pauper in hospitio luminе cassus obit.

Aquí yace sepultado
Garay, capitán bastante,
Que con ser adelantado,
No llegó tan adelante
Cuanto llegó su difunto;
Teniendo vida segura,
Por vencer la gran ventura
De Cortés, varon divino,
Murió pobre peregrino,
Y en ajena sepultura.

ELEGIA IX.

A la muerte de Diego de Ordás, *donde se cuenta la gran entrada que hizo por el rio de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas.*

CANTO PRIMERO.

Aunque parezca seco despidiente
No proceder aquí mas adelante,
Determino volver mas al oriente
De Paria y á la tierra circunstante,
Para tratar de Ordás y de su gente,
De quien pretendo dar razon bastante,
Pues del honor mas alto de los buenos
Al Ordás se le debe nada menos.

En Castroverde fueron sus natales
Del reino de Leon, y en Nueva-España
Fué de los capitanes principales
El de mayor valor y mejor maña;
En las islas sus hechos fueron tales,
Que cada cual se vende por hazaña,
Y ansí Cortés por su merecimiento
Le dió grandísimo repartimiento.

Mas no se contentó con esta suerte,
No menos honorosa que crecida,
Y á pretensiones otras se convierte,
Que fué cierta region muy estendida:
Causa para morir angosta muerte,
Cuando pudo gozar mas ancha vida;
Y para se mover á la carrera,
El negocio pasó desta manera:

Habia dado largas relaciones
El ambicion, que todo lo revela,
De las engrandecidas poblaciones
De Paria hasta el mar de Venezuela;
Y no fueron mentiras ni ficiones,
Ni saborcillos vanos de novela,
A hallar el Ordás la tierra sana,
O comenzara por Maracapana.

Porque Cubagua, muy mas estendida
De lo que por justicia se le daba,
Tenia mucha tierra destruida,
Con cantidad de esclavos que sacaba;
Y con cautelas era defendida
Cualquiera poblacion que se intentaba,
Por no perder aquel vicioso pasto
Con que hacian suntüoso fausto.

Fué reino de grandísima sustancia,
Y señores en él de gran estado,
Fertilidad, hartura y abundancia
De pan, de frutas, carnes y pescado;
Y con ser tan inmensa la distancia,
Paso no se hallaba despoblado,
Potentes pueblos al primer encuentro,
Potentísimos mas la tierra dentro.

Esta tierra de próspera templanza,
Que frio ni calor no causan lloro,
Por pueblo, por camino, por labranza,
Pocos indios pudieras ver sin oro;
No mudan en los trajes el usanza,
Pues sola desnudez es el decoro;
Mujeres cubren partes vergonzosas,
No todas, ni con unas mismas cosas.

Esta gente, mujeres y varones,
Es por la mayor parte bien dispuesta,
De muy bien amasadas proporciones,
Con cierta gallardía no mal puesta:
Diestros en sus guerreros escuadrones,
Para su defension la mano presta,
El regulado tiro siempre lleno
De pestilencialísimo veneno.

También es de su uso la macana,
Y de palma tostada larga janca,
Que suelen menear de buena gana,
No sin golpe mortal de quien alcanza:
Comen algunos destos carne humana
Por via de pasion y de venganza,
Y aquesta crudelísima comida
Es fuera de sus casas ascondida.

No la quieren comer en parte rasa,
Sino donde la gente menos pisa,
Las ollas nunca mas entran en casa,
Ni vaso ni cazuela do se guisa;
No se come, sacada de la brasa,
Con grita, regocijo, ni con risa,
Antes parece tal mantenimiento
Selles un cierto modo de tormento.

Teniendo pues Ordás por larga lista
Cumplidas y bastantes relaciones
Desta costa, por hombres que de vista
Conocieron aquellas poblaciones,
Pidió con gran instancia la conquista,
Y diéronsele della provisiones,
Gobierno de grandísimo partido,
Si fuera por entonces conocido.

Al fin en tal distrito como este
Le dieron por la costa, recta via,
Ciento cincuenta leguas leste, oeste,
Y norte, sur, que fué la travesía:
De mil soldados buenos formó hueste
Con gente principal de Andalucía;
Aderezaron grandes galeones,
Matalotaje y otras municiones.

Nombró por general á Joan Cortejo,
Su maestre de campo fué Herrera,
Cada cual de los dos amigo viejo,
Que en Méjico siguieron su bandera;
Entraron capitanes en consejo
Para la prevencion de su carrera,
Nombró también con otros oficiales
Por alcalde mayor á Gil Gonzalez.

Vino también con este caballero,
Pudiendo sosegar con buena renta,
Jerónimo de Ortal por tesorero,
De quien daré también mas larga cuenta,
Como quien bien lo conoció primero;
Vivió después en vida descontenta,
El cual sucedió siendo mozo tierno
Al don Diego de Ordás en el gobierno.

Dispuesta toda cosa necesaria
Y preparado bien cada navío,
Hicieron su camino acia Paria,
Principio deste nuevo señorío;
Surgieron en las islas de Canaria
Para tomar allí mejor avío,
Besaron al Ordás luego las manos
Gaspar de Silva con sus dos hermanos.

Eran en Tenerife principales,
De próspero caudal y rico traje;
Al Ordás ofrecieron sus caudales,
Sirviéndole con buen matalotaje;
Y con doscientos hombres naturales
Prometieron de ir aquel viaje;
El Ordás acudió con mil ofertas
Que después conocieron ser inciertas.

Andándose los Silvas despachando
Por el orden que menos les convino,
El don Diego de Ordás fué navegando
A la parte do lleva su destino:
Prometiendo de illos esperando
Por puertos y bahías del camino;
Y así para cumplir con su promesa,
A su navegacion dió poca priesa.

Mas pareciendo ya mucha tardanza,
Por evitar algunos desavíos,
Del rio Marañon hizo mudanza,
Y atravesó con todos los navíos:
Algunas veces con desconfianza
De poder escapar de mil bajíos,
Con calmas y grandísimas corrientes,
Que por aquella costa son frecuentes.

El Ordás escapó con buen consejo,
Y fué donde llevaba los intentos,
Mas no pudo salir el Joan Cortejo
Con otros que pasaban de trescientos,
Sin remedio, recurso, ni aparejo
Para seguir por mar sus movimientos,
Salvo los principales coroneles,
Que pudieron huir en los bateles.

Muy juntos á la tierra naufragaron,
Sin dalles sinsabor reventazones,
Y así dicen que todos escaparon,
Y entraron por jamás vistas regiones,
Hasta que descubrieron y toparon
Grandes y poderosas poblaciones,
Adonde se huyeron y han valido,
Multiplicando siempre su partido.

Esta nueva vendian por muy cierta
Muchos que yo traté y he conocido;
Mas es una ficion clara y abierta,
Y cuento para mí desvanecido;
Pues si tal gente ya no fuera muerta
Hubieran á mil partes respondido;
Así que no será juicio ciego
Decir que perecieron todos luego.

Sin esta compañía zozobrada,
O muerta por el indio mas vecino,
Ordás, continuando su jornada
Con piloto que tuvo mejor tino,
Llegó con el restante del armada
A Paria, do llevaba su camino,
Donde Antonio Sedeño ya tenia
Soldados con algun artillería.

Habia hecho cierta fortaleza,
Do quedó Joan Gonzalez con la gente,
Y para revolver con mas grandeza
En Boriquén estaba de presente;
Mas el Ordás con toda su dobleza
Tomó las municiones al ausente,
Y aun intentó matar al Joan Gonzalez;
Mas no se perpetraron tantos males.

Los tres hermanos Silvas ya contados,
Que prometieron ir tras el armada,
Procuraban venir bien aviados
Para mejor servir en la jornada:
Hicieron luego copia de soldados,
Isleña gente, suelta, bien granada,
Que en peligros ocultos y patentes
Salieron todos hombres escelentes.

Para bagaje y gente recogida
Tenian dos fornidas carabelas;
Mas mucho recelaban la salida,
Teniéndolas por algo pequeñuelas;
Y estando ya los Silvas de partida
Vieron un galeon á todas velas,
Hermoso, bien fornido, grande, fuerte,
Mas instrumento cierto de su muerte.

Al puerto donde estaban se venia,
Y dentro dél fué surto y anclado,
Con mucho lienzo, paño, mercería,
De muchas cosas otras pertrechado;
Pues el Gaspar de Silva, que queria
Llevar en su viaje buen recado,
Determinó tomar, por selle bueno,
Aquello que sabia ser ajeno.

Habló con el maestre, que hacia
Haciéndole creer torres de viento,
El portugués ladron que lo creia
Al delito prestó consentimiento;
Dejó las carabelas que tenia,
Y á él pasó las gentes y alimento,
El señor dél, quejoso y agraviado,
Por ser en mucha suma defraudado.

Hizo también algunos otros daños
Al tiempo que su gente se despacha,
Culpáronlo, demás destos engaños,
Del rapto de Isabel, linda muchacha;
La cual yo ví morir ha pocos años
En el pueblo del Rio de la Hacha,
Casada ya con hijos y con nietos,
Que están ayunos hoy destos secretos.

Apercebidos pues por la manera
Que sus crueles hados señalaban,
Prosiguieron los Silvas su carrera
Con los doscientos hombres que llevaban:
Vieron el Marañon y su ribera,
Mas no vieron los males que esperaban,
Y como ya llevaban aparejo,
Allí hicieron un bergantinejo.

Como por orden esto se pusiese,
Y municion en él algo sumaria,
Al galeon mandaron que se fuese
Luego por alta mar vuelta de Paria;
Y que Gaspar de Silva recorriese
La costa con la gente necesaria,
Porque por algun seno y anconada
No quedase la gente del armada.

Van en el galeon por principales
Un Francisco Morillo y un Briones,
Bartolomé Gonzalez, Joan Gonzalez,
Hermanos del que va por los ancones:
Entre estos, como no fueron parciales,
Hubo ciertas revueltas y pasiones,
Y con el sinsabor que voy diciendo
Iban el mal viaje prosiguiendo.

Con continuacion de su jornada
Fuera de toda buena coyuntura,
Llegóseles la hora deseada,
Deseo de su cierta sepultura;
Porque vieron las naos y el armada
Donde no les darán arma segura:
Hacen la salva de una y otra suerte,
Mas no para salvarse de la muerte.

Porque dieron Morillo y el Briones
A Gil Gonzalez de Avila noticia
De todas las pasadas sinrazones,
El robo, la violencia, la malicia;
El cual mandó hacer informaciones,
Prosiguiendo la causa por justicia:
Resultaron al fin de los procesos
Delitos de grandísimos escesos.

Degollaron aquestos dos hermanos
Con voz de pregonero que resuena
Culpas y fealdades de tiranos,
De que se recebió crecida pena;
Y por fautor de hechos inhumanos
Al piloto colgaron del entena;
Quedó también á muerte condenado
Gaspar de Silva, mozo desdichado.

Ancones y bahías va mirando,
Haciendo prolijísimo rodeo,
Su desastrada muerte deseando,
Sin saber ser aqueste su deseo.
¡Oh cuántos deseaban deste bando
Podelle dar noticia del torneo!
Mas por ninguna via fué posible
Avisalle de lance tan terrible.

Llegó pues con aquella compañía
De ver la flota muy regocijados,
Fué dia de San Joan aqueste dia,
Remate de sus dias mal gastados,
Año de treinta y uno que corria
Sobre mil y quinientos ya pasados,
Él viene con placer soltando tiros,
Y acá lo solenizan con suspiros.

Bien como caminante congojado
Que cercano se ve de su reposo,
É yendo para él regocijado
Con un vivo fervor y presuroso,
Lo ve por todas partes ocupado
De mortal enemigo y odioso,
Y el gusto de la cama y de la cena
Fué hambre, cepo, grillos y cadena;

El desdichado mozo que ya cuento,
Bien por este nivel y desta suerte,
No ve sino señal de descontento
Do quiera y á do quier que se convierte:
Halló dura prision, halló tormento,
Halló temor, dolor y crüel muerte.
¡Cuántos sospiros, lágrimas, sollozos
Emanaban de viejos y de mozos!

En tierra y en tan buena coyuntura
Dia del gran Bautista soberano,
Admiróse de ver tanta tristura,
Y no ver por allí ningun hermano:
Reconoció su grande desventura
Desque con gran rigor le ponen mano,
Hácenlo confesar, y en poca pieza
Le cortaron al pobre la cabeza.

Mujeres de las islas con endechas
Se herian los pechos y los cuellos,
Costanza de Leon tiene deshechas
Mejillas y estragados los cabellos:
Haciendo mas patentes las sospechas
De carnal amistad con uno dellos:
Enterrólo clamor que rompe el aire
En la isla que llaman Peraiaire.

Concluses estos tristes funerales,
Ordás con tal rigor cual os enseño
Deseaba matar á Joan Gonzalez,
Alcaide de la fuerza de Sedeño,
Mas por mano de indios naturales,
Porque el delito no tuviese dueño:
Mandólo pues llamar en continente,
Y dicen que le dijo lo siguiente:

«Yo, señor Joan Gonzalez, tengo gana
De saber por entero la pujanza
De la tierra que dicen de Guayana,
Sus sitios, poblaciones y templanza;
Y por no me fiar de gente vana
Quiero hacer de vos la confianza:
Es menester que hoy en este dia
Os partais solo con alguna guia.

»Porque do muchos van hacen ruido,
Que no comportara gente guerrera;
Un hombre solo menos es temido,
Y puede bien pasar por donde quiera,
Mayormente quien es tan conocido
Y amado como vos desta frontera;
Y visto bien lo que la tierra tiene
Verneis, é yo haré lo que conviene.»

Estos mandatos duros y tiranos
El Joan Gonzalez bien los entendia,
Pero por escaparse de sus manos
Luego le respondió que le placia:
Conociendo por menos inhumanos
Los indios que su mala compañía;
Al fin partió con ciertos naturales
Que le fueron fieles y leales.

Pero quieren decir que el desconcierto
Y orden de cautela semejante
Fué después de salidos deste puerto,
E ir por Uyapar mas adelante
En un pueblo, Carao; y es lo cierto,
Segun tenemos relacion bastante
Hecha del capitán Joan de Avendaño,
Que siempre fué testigo deste daño.

Hecha la despedida bien molesta,
Por ser estos intentos muy ruines,
Ordás mandó hacer la gente presta,
El galeon, la fusta, bergantines,
Y con pregones muchos manifiesta
Entrar por Uyapar y sus confines,
Rio potente, mas de fruto poco,
A quien otros le llaman Urinoco.

En esta fortaleza dejó gente
De todas armas bien aderezada:
Quedó por capitán y por tiniente,
Por ser persona bien acreditada,
Martin Yañez Tafur, que es de presente
Vecino deste reino de Granada,
El cual gobernó bien la gente nueva
Y dió de su valor bastante prueba.

Apercebió para llevar consigo
A Domingo Velazquez el mañoso,
Entre los de Cubagua muy antiguo:
Insigne capitán y valeroso,
A quien yo tuve siempre por amigo
Gozando ya de paz y de reposo;
Llevó también para que fuese guia
Un indio que Taguato se decia,

Capitán arüaca señalado
Y por aquellas tierras peregrino,
El cual pareció bien haber entrado
Mas de quinientas leguas de camino:
Indio valiente, diestro y avisado,
De muy buena razon, poco ladino,
Mas Domingo Velazquez entendia
La mayor parte de lo que decia.

Son arúacas de valientes manos,
Tiene su tierra nobles influencias,
Y son todos amigos de cristianos,
Con buenas obras, gratas aparencias:
Con caribes crueles, inhumanos,
Tienen cotidianas competencias,
Y cuando con mayor fuerza se muerden,
Los arúacas pocas veces pierden.

Con esta prevencion y buen avío,
El Ordás con su gente castellana
Entraron por aquel potente rio
Forzados unos y otros muy de gana:
Por él á remos va cualquier navío,
Atoas, la gran nao capitana,
Llevando siempre cable sobre cable,
Trabajo de rigor intolerable.

Y ansí por trabajar en travesías
Perecian los hombres por momentos,
Tanto que en breve número de dias
Al rio fueron mas de cuatrocientos;
Y cuanto mas crecian las porfías
Tanto mas descrecian alimentos,
Murciélagos, mosquitos y otras plagas
Los infestaban con crüeles llagas.

Malos y encancerados embarazos
Ocupaban cualquiera mordedura,
En los piés, en las piernas, manos, brazos
Viérades lamentable desventura:
Caíanse los miembros á pedazos,
No podia hallar médico cura;
Y con ser el volver tan importante,
Procuraron de ir siempre delante.

Demás de les faltar fuerzas humanas,
Eran los tiempos ya tempestuosos,
Anegados los campos y zavanas,
Los esteros venian rigurosos:
A las tardes y noches y mañanas
Los empapaban nimbos procelosos,
Y con estas congojas y pasiones
Subieron hasta ciertas poblaciones.

Pueblo potente fué de gran gentío,
Que sobre las barrancas iba puesto,
Del cacique Uyapari señorío,
En las calles y plazas bien digesto,
Y de donde nombraron este rio
Los españoles que hallaron esto,
Del cual fueron entonces recebidos
Y razonablemente proveidos.

Aquí, por ser lugar mas conviniente,
El que tenia cargo del gobierno
Determinó de reformar la gente
Hasta pasar las furias del invierno;
Y aun porque se sentia mal doliente
El viejo haquiano y el moderno,
Anclearon arriba muy lejana
Aquella grande nao capitana.

Cuando se padecian estos males
Y plagas por la gente castellana,
Andaba peregrino Joan Gonzalez
Por aquellas provincias de Guayana,
Donde todos los indios naturales
Le recebieron muy de buena gana,
Con caricias, regalos, beneficios,
Con dadívas, presentes y servicios.

Regalado se ve; mas todavía
Con santos y católicos respetos
Consideró que no le convenía
Estar entre salvajes indiscretos:
Ajenos de cristiana policía
A cultos diabólicos sujetos;
Y aunque no se librase de sus manos,
Queria mas morir entre cristianos.

Comunicó con indios su partida
Con todo lo demás que determina,
Y fué su voluntad obedecida
No menos que si fuera la divina:
Siguiéronlo con copia de comida
Hasta ver la mas gente peregrina,
Por esteros, lagunas y otras aguas,
Con copia de canoas y piraguas.

Con esta gente bárbara, contenta
De lo seguir por ser hombre bien quisto,
De la suerte que ya se representa
A su navegacion se hizo listo,
En busca del Ordás por dalle cuenta
De lo que le mandó y habia visto;
Fueron pues por el rio su jornada
Hasta tanto que vieron el armada.

Como vieron piraguas de repente
Y en ellas el gentío bien armado,
Mandó Diego de Ordás incontinente
Que todos se pusiesen á recado:
Maravillóse luego grandemente
Después que Joan Gonzalez fué llegado,
Porque por ser rigor tan escesivo
Ningun hombre creyó que fuese vivo.

Hablóle con grandísimas razones;
Y el Joan Gonzalez dió de su jornada,
Verdaderas y ciertas relaciones
De tierra que halló bien asombrada:
En ella poderosas poblaciones
Y cuanto mas adentro mas poblada;
Y aunque la relacion nó fué liviana,
El Ordás la tomó de mala gana.

Yo de mi parte menos la condeno
Ni aun siente della mal el baquiano,
Pues en tan larga tierra y ancho seno
(Eso me da de sierra que de llano)
Debe de haber algun pedazo bueno
Que hasta nuestros tiempos está sano,
Por ser entrada larga, trabajosa,
Y en sus primeros límites dudosa.

Grandes y valerosos capitanes
Siguieron la demanda como cierta,
Y por muertes, desgracias y desmanes
Casi que se volvieron de la puerta:
Felipe de Utén por los alemanes
Trabajó por hacella descubierta,
Jerónimo de Ortal, después Sedeño,
Y Orellana contó cosas de sueño.

Después Jimenez, capitán preciado
Hizo desde este reino la jornada,
Hermano del señor adelantado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada:
El cual agora vino del Dorado,
Que es la misma demanda señalada,
Perdidas sus haciendas y caudales
Y muertos muchos hombres principales.

Y aun agora no tiene menos pio
El heredero de su testamento,
Y sucesor Antonio de Berrío
En sus haciendas y repartimiento;
El cual con discrecion y buen avío
Quiere seguir aquel descubrimiento,
Y cierto su valor nos asegura
Que tiene de dar fin á la ventura.

Pues indios deste reino comarcanos,
Que sirven hoy á nuestras compañías
Y tratan y contratan en los llanos
Con sus acostumbradas granjerías,
Refrescan las noticias á cristianos
Que dellos determinan hacer guías,
Llevando las derrotas diferentes
De aquellas que llevaron otras gentes.

Creo que se darán mejor recado
Por ser de mas aviso proveidos,
A causa de llover sobre mojado
Con negocios atrás acontecidos:
En muchos que buscando su Dorado
Quedaron asolados y perdidos,
Y del perder algunos en un hecho
Suelen otros sacar mucho provecho.

Y Orsúa, capitán tan escelente
Cuanto pudieron ser los mas cabales,
A quien los que vivimos de presente
Debemos alabanzas inmortales,
Y de quien trataré mas largamente,
Celebrando sus tristes funerales
Por el orden que de presente llevo;
Pues si muchos le deben, yo le debo.

Vi también el furor del padre Ayala,
Que de la Margarita se desvía,
Y en ir á la Guayana se señala
Con flota de arüacas que lo guía;
Y dijo que no vido tierra mala,
Antes tal que riqueza prometía:
Fué, cuando tal motivo lo desvela,
Mi huésped en el Cabo de la Vela.

Comunicó conmigo su desino
En vano parecer determinado,
Para volverse por aquel camino
Al Pirú de do vino desterrado;
E yo le respondí ser desatino
Jamás oído, visto, ni pensado;
Mas el fué todavía donde digo
Con sola compañía de un amigo.

Anduvo por allí ciertas jornadas,
Vió pueblos con asientos muy amenos,
Descubria caminos y calzadas,
Las cuales prometian anchos senos;
Trajo joyas de oro rescatadas,
Aguilas y cemíes harto buenos,
Ciertos úros de bronce que hallaron
Adonde los Ordases invernaron.

Como buenos dineros importasen,
Y falta de los tales necesita,
Para que mas al rio los llegasen
Ayala con caricias los incita;
Y hizo que en piraguas los llevasen
Aquestos indios á la Margarita,
Do procuró tomallos el tiniente;
Mas defendiólos valerosamente.

A la Española fué la mercancía
Y él, algo levantado de la rueda,
Adonde por entonces presidia
El ínclito Joan Lopez de Cepeda:
Dió cuenta de la tierra do venia
Como quien por ninguno se le veda,
Informó los señores del audiencia
Para volver pidiéndoles licencia.

Diéronle favorables provisiones
Ordenadas por ley de buen amigo
Para poder entrar estas regiones,
Ansimismo llevar gente consigo;
Vendió las sobredichas municiones,
Las joyas y preseas que ya digo,
Compró muchas camisas y bonetes,
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

Contóles pretensiones algo flacas
O motivos de grande disparate;
Liadas y compuestas las petacas
Donde llevaba todo su rescate,
Volvió con otra flota de arüacas
Con solos doce hombres de alpargate;
Seria por el año de sesenta
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Llegados á Guayana, van entrando
Mas de lo que amistad les asegura,
Muchas preseas de oro rescatando
Con algunos resabios de soltura;
Mataron al Ayala y á su bando
Concluyendo balanzas y locura,
Sin dejar á ninguno con resuello
Que pudiese decir la causa dello.

De todo buen concierto fué remoto
Serpa, que tentó ir esta jornada,
Pues luego lo mató Cumanagoto
Antes que comenzasen el entrada;
El ejército suyo quedó roto,
Y hizo Serpa tanto como nada;
El oficial será siempre confuso
Usando cosas fuera de su uso.

Tenia Serpa términos honrados,
Aparencias y buenos ademanes,
Pero los que jamás fueron soldados
Dudo poder ser buenos capitanes:
No son aquellos indios descuidados,
Ni temen los caudillos haraganes;
Ya yo los conocí soldado pobre,
Y sé muy bien cuán bien baten el cobre.

Diego de Vargas levantó bandera,
A título de ir este camino,
Con su hijo don Joan, que donde quiera
De crecidos honores era dino;
Mas al principio de la tal carrera
Y deste nuevo reino muy vecino,
Mataron fuertes indios al buen viejo
Por falta de favor y de consejo.

Cáceres intentó los mismos fines
Con el poco posible que le vemos;
Pero nunca salió de los confines
De tierra que palpamos y tenemos;
Y ansí pobló los indios matachines,
Que deste reino son los mas estremos,
De manera que nunca fué bastante
Para poder pasar mas adelante.

Volver á la demanda de presente
Por el Cáceres dicho se procura,
Y él y el dicho Berrío hacen gente
En un tiempo, sazon y coyuntura:
Cada cual de los dos es pretendiente
De poder acabar esta ventura;
Guias llevan y muy buenos arreos:
¡Dios les dé cumplimiento de deseo!

Siguió Pedro de Silva la recuesta,
De la cual por aquí volvió perdido,
Con su poquilla gente descompuesta,
Y dicen nuevamente ser venido,
Y entrar por Uyapar, donde me resta
Volver al buen Ordas, que detenido
Dejamos con las aguas del invierno
En la parte que dice mi cuaderno:

Donde después que vino Joan Gonzalez,
Y percebieron bien lo que decia,
Todos aquellos hombres principales
Deseaban seguir aquella via,
Los motivos de Ordás no fueron tales,
Y ansi les respondió que no queria
Sino subir el rio con esceso,
Y agora contaremos el suceso.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo Diego de Ordás subió con su armada el rio Uyapari arriba, y cómo volvió perdido á Paria, y lo que mas acontesció hasta su muerte.

Mal pueden caminar siempre seguras
Las muy precipitadas opiniones:
El que deja la luz por ir á escuras
No se espante que halle tropezones;
Pues suelen semejantes aventuras
Engañar los humanos corazones:
No siempre hizo lance venturoso
Quien lo cierto dejó por lo dudoso.

Notado fué de tanto desatino
Ordás en los ya dichos menesteres,
Pues se precipitaba de contino
En sus buenos ó malos pareceres;
Y mas en proseguir aquel camino
Fuera de cuanto puede dar placeres,
Antes las intenciones en que estriba
Son de siempre subir el agua arriba.

Metidos en cintura pues los rios
La mano del invierno mas liviana,
Al tiempo que hacia ya desvíos
El agua del convés de la zavana,
Donde nadaban los demás navíos,
En seco se quedó la capitana:
Fuera del Uyapar y circunstancia
Una crecida legua de distancia.

Huyendo los demás deste paraje,
A la madre se llegan descontentos;
Y para proseguir su mal viaje
Sonaron rigurosos mandamientos;
Partieron sin tener matalotaje
A tierra toda falta de alimentos;
Gil Gonzalez quedó con los tullidos
En aquestos asientos referidos.

Sacó del pueblo grande que se cuenta,
En la fusta mayor y bergantines,
Españoles doscientos y setenta,
Cuarenta lijerísimos rocines:
Tomó pues con su gente macilenta
Del pueblo de Carao los confines,
El cual distaba del potente rio
Una pequeña legua de desvío.

Allí se reformaron los soldados,
Y tuvieron un poco de reposo,
Y después de los dos meses pasados
Volvieron al viaje trabajoso:
Costeando prolijos despoblados
Sin muestra de refugio virtüoso,
Sino pocos y viles pescadores
Que de ningun buen pueblo son cultores.

Gaiqueries y algunos guamonteyes,
Morenos, altos, buena compostura,
Sujetos á ningun modo de leyes,
Sin labranza, crianza ni cultura,
Suelen tener sus príncipes y reyes,
No para dalles vida mas segura;
Pescas y cazas son sus alimentos,
Y raices de yerbas sus sustentos.

El guapo, que es comida mas contina,
A un ajo redondo se compara,
De que también la gente peregrina
En sus necesidades se repara:
Asimismo provee de harina
Otra raiz que llaman caracara,
La cual muelen en cueros de venados
En hoyos muy tupidos y pisados.

Son estos guamonteyes tan insanos,
Y toda su vivienda tan sin maña,
Que si comida piden los cristianos
Al tiempo que la hambre mas los daña,
Mostrando de maiz algunos granos
Los huelen como cosa muy estraña;
Ninguno dellos cultivó ribera,
Ni fruto recogió de sementera.

No tuvieron jamás pueblo fundado,
Casa de piedra, tierra, ni pajiza,
No rancho por sus manos fabricado,
Sino ciertos toldillos de tomiza;
Su cama es un cuero de venado
Gastado de arrastrar por la ceniza;
Defiende cada cual varonilmente
A su mujer, su hijo, su pariente.

Anduve yo también por estos puestos
En tiempo y en edad mas vigorosa,
Aunque no por adonde fueron estos,
Sino por parte menos trabajosa:
Son amplísimos campos mal compuestos
De poca gente, y esa monstrüosa;
Rios que de su curso se despegan
Con fuerza de crecientes los aniegan.

El rigor de las aguas acabado,
Y las inundaciones y crecientes,
Inmensa suma es la del pescado
De géneros y modos diferentes,
En ciénegas, en charco represado,
En los manantiales y corrientes,
El cual, de mas de ser tan copioso,
Es sano y en sabor maravilloso.

Hay caribes, cachamas, palometas,
Guabinas, armadillos, peje sano:
Si se secan algunas ceneguetas
Con los calores grandes del verano,
Acontece sacar entre las grietas
El indio cuanto quiere y el cristiano,
Hacen harina dél cuando se seca,
Sacan mil calabazos de manteca.

Hay también por aquestos despoblados
Y campos tan inmensos y vacios
Cantidad infinita de venados,
Los cuales son de dos ó tres natios:
Dantas y puercos tan multiplicados,
Que cubren las riberas de los rios;
Hay tigres, osos, onzas y leones,
Cebados en aquestas ocasiones.

Nutrias anchas que tienen sus estilos
Y de puerco la forma y ademanes;
Inmensa cantidad de cocodrilos,
A quien todos acá llaman caimanes;
Cuya ferocidad y bravos filos
Son causa de grandísimos desmanes,
Pues suelen devorar estas serpientes
Crecidísimo número de gentes.

Perseverando pues en sus porfías,
Ordás por Uyapar contra corriente,
Por sus riberas fué cincuenta dias,
Sin que pudiese ver cosa viviente;
Muy fatigadas ya sus compañías
Por no tener comida suficiente,
Hacia sus entradas por los lados;
Pero todos los vian despoblados.

E yendo caminando con el pio
De ver dó rehacer la gente flaca,
La boca descubrió de cierto rio,
Bien frecuentada ya del arüaca:
Y ansí diz que le dijo: «señor mio,
Este rio se llama Caranaca,
Si por aquí hicieres tu corrida,
Yo sé que hallarás gente vestida.

»Hallarás estendidas poblaciones
Con toda la grandeza que deseas:
Oro, piedras preciosas, ricos dones,
Muy lucidos ropajes y preseas;
Sus ejercicios son contrataciones,
Ansí ciudades como las aldeas;
Es gran provincia, próspera, pujante,
De sal y bastimentos abundante.»

En nada destas cosas que decimos
Quiso Diego de Ordás creer la guia;
Y los hombres antiguos que vivimos
Juzgamos por ventura que decia
Por este reino donde residimos,
Cuya fama muy largo se estendia,
Si acaso no contiene tan gran seno
Algun otro compás no menos bueno;

Por ser tal la distancia deste llano,
Y el espacio y lugar tan estendido,
Que será como dar al Oceano
Un término que fuese recogido;
Yansí podria ser á cualquier mano
Otro mejor quedarnos ascondido;
Pues, como tengo ya relacion hecha,
No deja de dudar esta sospecha.

Y en la postrera y última jornada
Que hizo por los llanos desta tierra
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
No sobrándole ya gente de guerra,
Vió por medio del llano prolongada
Con prolijos estremos una sierra,
Do mandó ir al capitán Soleto,
Mas no trajo razones del secreto.

Porque con hambre, ya mas que terrible,
Se volvió desde allí pié donde nacia,
Por no parecer cosa convenible
Meter la gente donde no sabia;
Mas á mi parecer es imposible
Aquella sierra tal estar vacía;
He yo comunicado con varones,
Que no están fuera destas opiniones.

Ansí que, no de balde le decia
Al Ordás el Taguato que siguiera
El rio Caranaca, do se via
Mejor disposicion en la ribera;
Mas él no quiso por ninguna via,
Sino continuar otra carrera;
Y de perseverar en su costumbre
El indio recebia pesadumbre.

Y ansí, por divertir su fantasía,
Como quien lo tenia bien corrido,
Bumbun temeretopo le decia.
Señalando de piedras gran ruido:
El bárbaro vocablo se entendia,
El propósito fué mal entendido,
Pues allí cada cual interpretaba
Segun aquel deseo que llevaba.

Porque decian muchos chapetones,
O señores, que dijo Tagüato
Del gran ruido de las fundiciones,
La fuerza y el concurso del contrato:
Con las piedras martillan argollones,
Los golpes dellas suenan grande rato;
Es tal en labrar oro la porfia,
Que suena como grande herreria.

Mas Domingo Velazquez, que notaba
Lo que la guia dijo por entero,
Como sabio varon adevinaba
Cuál habia de ser el paradero;
Y por no dar pasion disimulaba,
No con simulacion de lisonjero,
Sino porque cumplia de presente
Irse también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya falto,
No menos de salud que provisiones,
Vinieron á topar con cierto salto
De peñascos y grandes farallones;
Do caian las aguas de mas alto,
Y el ruido causaba confusiones,
Allí se conoció menos prolijo
Aquel Bumbune que Taguato dijo.

Porque la duda dél quedó bien suelta,
Cerca de no les dar las aguas uso,
Y la navegacion toda resuelta
En se hallar Ordás allí recluso:
Al fin determinó de dar la vuelta,
No menos perdidoso que confuso,
Y en breve tiempo, desde los raudales,
Llegó donde quedaba Gil Gonzalez.

Halló la mayor parte dellos muertos,
La poca gente viva mal dispuesta;
De los amargos, aunque dulces puertos,
Procuró de sacar la que le resta;
Y para los salados mas abiertos
Con toda brevedad se hizo presta:
Y desde entonces, visto que cumplia,
Por Domingo Velazquez se regia.

El cual dijo: «Pues son vuestros intentos
Hallar alguna tierra grandiosa,
Adonde podais dar repartimientos
Que sean de grandeza generosa;
Yo sé, señor, tan ínclitos asientos,
Que con razon direis ser buena cosa,
Donde podeis fundar pueblos potentes,
Por ser infinidad las destas gentes.

«No hallareis ancon ni seno vaco
De prepotentes pueblos y lugares,
Desde la Trinidad á Cariaco,
Ni desde Cumaná hasta Tagares:
Chichiriviche, valle mas opaco,
Guantar, Maracapana con sus mares,
Y Neveri, Caycarantal, Atamo,
Provincia cada cual digna de amo.

» Hay Chacopate, hay Cumanagoto,
Piritú, las riberas del Unare,
Pues la fertilidad de Paragoto
Fáltame copia con que la declare:
Potente poblacion de Cherigoto,
Con todo lo que dicen Mompiare;
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,
Y aquella gran potencia de señores.

» El feroz y terrible Turperamo,
Y el invencible siempre Barutaima:
El gran Guaramental, el Guayacamo,
Canima, Guaigoto, con Pariaima:
Gotoguaney, Perima, Periamo,
Querequerepe, Canaruma, Guaima,
Sin otros muchos desta circunstancia,
Con cercas de grandísima distancia.

» Aquestos dichos fuertes ó cercados
Tienen señeros para su defensa,
De grosísimos árboles plantados,
Donde la verde rama se condensa:
Unos después de otros ordenados,
Con mas vigor de lo que nadie piensa,
Pues aquel gran grosor que lleva hecho
Tiene de duracion prolijo trecho.

» Otros palenques hay mas estendidos
En muchos destos campos y zavanas,
No de plantas de árboles nacidos,
Como las otras cercas mas ancianas;
Sino de palos muy fortalecidos,
Y cada cual con dos ó tres andanas,
Con las cintas espesas de bejucos,
O corrëosas yedras de arcabucos.

» Tienen las mas insignes poblaciones
En unas mesas llanas asentadas,
Debajo de los macos, ó mamones,
Plantados por hileras ordenadas,
Arboles de hermosas proporciones,
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;
Su vista da grandísimo contento,
Y el fruto dellos es de gran sustento.

» Por montes, por zavanas, por oteros,
Do quiera que sus pasos hombre guia,
Hierve la gente como hormigueros,
Tanto que no vereis cosa vacia:
Gentiles pescas, grandes cazaderos;
Tierra de bendicion, tierra sania;
Hay minas de oro, mantas, y hamacas
Desde Cojegua hasta los Caracas.

» Por la costa de quien memoria hago,
Atravesando cumen y eminencia,
De la sierra que tiene nada vago,
Porque poblada es por escelencia,
Damos en Tacarigua, que es un lago
De siete leguas de circunferencia,
Con islas dentro, do los infieles
Tienen jardines, huertas y verjeles.

» Si quereis que sus nombres os declare,
Pues la memoria dellas no se escapa,
Son Patenemo y Aniquipotare,
Ariquibano, Guayos, Tapatapa:
Con otras, que si alguno las hollare,
Podria mejorar su pobre capa
Con el oro que tienen naturales
En joyas y preseas principales.

» Aquesta crecidísima distancia,
Poblada de cristianos, se haria
Un reino de grandísima sustancia,
Dispuesto para toda granjería;
Paréceme negocio de importancia
Y digno de seguirse con porfia;
Si con sus circunstancias es aceto,
En las manos tenemos el efeto.»

La dicha relacion, aunque sumaria,
Al Ordás dió grandísimo contento;
Y ansí sin responder cosa contraria,
En esto colocó su pensamiento:
Llegó con los navíos pues á Paria;
Puso luego por orden el intento,
Sin quitar deste puerto todavía
La guarda de soldados que cumplia.

Estos soldados fueron fidedinos,
En las cosas de guerra muy añejos,
Prestos en los asaltos repentinos
A las agudas armas y consejos;
Y en este nuevo reino son vecinos
Algunos, aunque pocos é ya viejos,
Como Joan de Portillo, cabal hombre,
Joan Fuerte, mas en hecho que en el nombre.

Dispuestos todos pues á la carrera,
Procuró de enviar incontinente
Al capitán Alonso de Herrera,
A Diamaima, puerto, con la gente;
Y él quiso caminar por la ribera
Con pocos, que serian como veinte,
Para que todos ellos se embarcasen
Después que en este puerto se juntasen.

Al mar salló Herrera, deseoso
De cumplir fielmente su concierto;
Mas con fuerza de tiempo fortunoso
Nunca pudo tomar el dicho puerto:
Corrió la costa bajo desgustoso,
No hallando repáramo cubierto,
Que Cumaná, do hizo su parada,
Y allí saltó la gente fatigada.

El agua que en Cubagua se bebia
Se llevaba de aquesta pertenencia;
Y á causa de que cuando se cogia
El bárbaro hacia resistencia;
Habia fuerza ya, de que tenia
Andrés de Villacorta la tenencia,
Y en esta fortaleza recogida
Gente de guarnicion bien proveida.

Estando pues como de los cabellos,
Deseando huir de sus aprietos,
La gente del Ordás holgó de vellos
Para comunicalles sus secretos;
Y ansi se rebelaron muchos dellos
Al Herrera, perdiendo los respetos;
Finalmente, que no por buenos modos
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua
Que formaban los que se vian fuera
De los angostos barcos y del agua,
No menos que forzados de galera:
Prendió luego justicia de Cubagua
Al capitán Alonso de Herrera;
Pero por ser bien quisto de soldados,
Soltáronlo, los ímpetus pasados.

Llegados á la playa deseada,
Ordás con el consorcio diligente,
Y conociendo todos que el armada
Arribó por aquel inconviniente,
Con boga de piraguas bien guiada
Luego fueron en busca de la gente;
A Cumaná llegó, do saltó luego,
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta via,
Ni sosegar fiel de justo peso,
Pero Ortiz de Matienzo, que regia,
Lo hizo dañador, y hizo leso:
El cual, por aquel orden que queria,
A Castilla también lo llevó preso,
Y ansi se perturbó su buen intento
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba
Cubagua, por aquellas pretensiones
De los muchos esclavos que sacaba
Destas grandes provincias y regiones;
Y entonces y después abominaba
De quien tenia tales intenciones;
Y como causa fué que se estorbase,
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordás de aquella suerte,
Con tantas ocasiones de tristura,
Enfermedad le dió de mal tan fuerte,
Y de tan poco fruto fué la cura,
Que le llegó la hora de la muerte,
Donde tuvo la mar por sepultura,
Y quien en aguas sepultó sin duelo,
Para se sepultar no tuvo suelo.

Fué cortesano de gentil aviso,
Y en todas buenas partes de belleza;
Quien bien lo conoció dice que quiso
Esmerarse con él naturaleza:
Déle nuestro Señor su paraiso,
Que es la cabal y cierta gentileza,
Y el descanso de vida transitoria,
Que le faltó, le dé Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados
Hubo, como ya dije, gran mudanza;
Pero los nobles mas aficionados
No dejaban de estar con esperanza,
Que después de sus pleitos acabados
Habia de volver con mas pujanza,
Y como fidelísimos varones
Permanecian en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza
Muchos dellos á Paria se volvian
A sustentar aquella fortaleza
Entre tanto que del Ordás sabian;
Y muchos con trabajos y pobreza
Entre los de Cubagua residian,
Entreteniéndose por su partido
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico,
Llegó con gente bien aderezada
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico
Para perseverar en su jornada,
Al Ordás publicando por inico
Por la razon atrás conmemorada,
Y á su devocion trajo brevemente
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido
Diciendo que el Ordás era ya muerto,
Los unos lo tenian por fingido,
Otros lo publicaban por muy cierto:
Al fin Sedeño fué bien recebido
De la mas noble gente deste puerto,
Con los cuales pasó mas adelante,
Y luego contaremos lo restante.

ELEGIA X.

Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.

CANTO PRIMERO.

De muchas islas di razon sumaria
Pasándome por ellas por la posta;
Mas ya parece cosa necesaria
Que de tres no la demos muy angosta:
Aquestas nos demoran acia Paria,
Y en aquellos parajes de su costa;
Destas la Trinidad es la primera,
Y ansi será desde ella mi carrera.

Y pues de Trinidad es el empleo
Y rencuentros en ella sucedidos,
La santa Trinidad en quien bien creo
Alumbre con su lumbre mis sentidos:
Para que cante yo como deseo
Hazañas de varones escogidos,
Las fértiles riberas desta tierra
Y trabajosos trances de la guerra.

Pues en aquella edad y coyuntura
Gasté yo por allí mis ciertos años,
Virtud será poner en escritura
Vitorias de los nuestros, ó sus daños:
Comenzaremos pues por el altura
Y los que son allí sus alcdaños,
Para que por su parte se concorden
Mis versos, y procedan segun orden.

Está la Trinidad en ocho grados,
La cual sabemos ser ansí llamada
De los tres altos montes y collados
Que la hicieron ser tan afamada;
Golfo de Paria tiene por sus lados,
Es de bocas del Drago rodeada,
Y de Cubagua dista tal asiento
Cuarenta leguas mas á barlovento.

Es en todos los tiempos y sazones
De muchos alimentos abundosa,
Tiene zavanas, rios, mar, ancones,
Y en muchas partes selva montüosa:
Son grandes y estendidas poblaciones
De gente por estremo belicosa;
Todos en general de buenos gestos,
Altos, formidos, sueltos, bien dispuestos.

Por todos los mas meses esta gente
Compite con caribes inhumanos,
De minas aparencia competente
Muestran ansí las sierras como llanos:
Es esta fértil isla finalmente
Buena para poblarse de cristianos,
Contiene dos provincias singulares
Camucuraos y otros chacomares

La de Camucarao poseia
El diestro Baucunar, hombre valiente;
Y á los de Chacomar también regia
Marüana, cacique prepotente:
Entre estos dos la ísla se partia,
Y entrambos la mandaban juntamente;
Han hasta nuestros tiempos defendido
Los indios con gran fuerza su partido.

Siendo la ísla tal cual os enseño
Y aquestos dos señores del estado,
No era la conquista para sueño
Sino para varon de gran cuidado;
Y ansí por ser capaz vino Sedeño
Por su gobernador y adelantado,
El cual antes de aquesto que publico
Fué contador real en Puerto-Rico.

Hombre pequeño fué, de buen talante,
De grata condicion y generosa;
Mas en su pretension tan gran gigante
Que tenia lo mas por poca cosa;
Y ansí determinó pasar delante
Demandando conquista peligrosa,
La cual el rey le dió, porque sabia
Lo mucho que su fama prometia.

Despachos y poderes todos hechos
Con la conversacion á todos blanda,
Incita voluntades, mueve pechos,
Para venir á esta su demanda:
Previénese de armas y pertrechos,
Congrega capitanes de su banda,
Vínose recta vía desde España
Para poner en Paria su compaña.

Puerto de Turpiare se decia,
Cuya gente de indios es tratable,
Con términos de noble hidalguía
Y á nuestros españoles amigable:
Hay á la Trinidad de travesía
Una legua, que es siempre navegable;
Allí con la posible lijereza
Mandó hacer Sedeño fortaleza.

De gentes y pertrechos principales
En ella recogió lo conviniente,
Quedando por alcaide Joan Gonzalez,
Un hombre para ello suficiente;
Y con los marineros y otros tales
A Puerto-Rico fué derechamente,
Para ver sus haciendas y ganado
Y revolver mejor aderezado.

De la tierra de Paria ya nombrada
Después de ya Sedeño ser ausente,
Llegó Diego de Ordás con un armada
De quien hemos tratado largamente:
Tomó la fortaleza pertrechada
Y la demás hacienda con la gente;
De aquí nacieron bandos impacientes
Entre estos capitanes y sus gentes.

Después de mucho tiempo ya pasado
Y trastornadas tierras y naciones,
Al don Diego de Ordás ir fué forzado
A Cubagua con ciertas pretensiones:
Y apenas á la tierra fué llegado
Cuando le ponen ásperas prisiones:
Haciéndole probanzas y procesos
Segun pintar quisieron los escesos.

Ser Sedeño la trama deste lienzo
No lo ternía yo por maravilla,
Por ser amigos desde su comienzo
Él y los moradores desta villa.
Prendióle Pedro Ortiz el de Matienzo,
Y él mismo lo llevó hasta Castilla;
Mas antes de llegar al primer puerto
Echaron al Ordás en la mar muerto.

Preso Diego de Ordás, Sedeño vino
Sin esperar á mas inconvinientes,
Y su venida fué cuando convino
Por faltar tropezones diferentes:
Hizo por Margarita su camino,
Do recogió soldados escelentes,
Arando va las inquietas aguas
Con ciertas carabelas y piraguas.

Hecha por el armada ya su vía
Una piragua queda rezagada,
Aviada por Pedro de Alegría
Con gente valerosa y esforzada;
La cual con el olaje que hacia
Fué de las bravas ondas anegada,
Y de la cantidad de los soldados
Los nueve sumergidos y ahogados.

Martin Yañez Tafur por menos daño
Asióse luego bien de la piragua,
Nadaba por allí Joan de Avendaño,
Martin Lopez batalla con el agua:
Víase Peñalver en el engaño
Con otros seis ó siete de Cubagua;
Salieron con la fuerza de sus brazos,
Ya de cansados hechos mil pedazos.

O por el arenal ó tierra dura,
Se tienden de cansados y molidos,
Llorando cada cual su desventura
Por verse sin reparo de vestidos;
Pero de suficiente vestidura
En breve tiempo fueron socorridos,
Y sin tener cabal matalotaje
Tornaron otra vez á su viaje.

Remedian y reparan la piragua
Los dias que estuvieron descansando,
Y á vista de la ísla de Cubagua
A tierra firme van atravesando:
Entrábanseles grandes golpes de agua
Que sin intermision van jamurando,
Y con aquel peligro descubierto
Fué Dios servido que tomasen puerto.

Varada la piragua y en Opaco
El Tafur y Avendaño deste cuento
Determinaron ir á Cariaco
Para buscar algun mantenimiento;
Mas cierto Villagrán, peor que Caco,
Con otros que le van en seguimiento,
Dieron con los restantes que dormian,
Quitándoles lo poco que tenian.

Porque, segun dijimos, estas gentes
Que fueron por allí moro sin dueño,
Eran parcialidades diferentes,
Unos de Ordás, y otros de Sedeño;
Y ansí sin mas mirar inconvinientes
Se robaban despiertos, ó con sueño,
Teniendo los peones y jinetes
Cada dia trescientos repiquetes.

Venidos el Tafur y el Avendaño,
Con los otros hicieron sentimiento,
Por haber recebido tanto daño
En tiempo de tan grande corrimiento;
Y ansí movidos de furor estraño
Tras el Villagrán fueron al momento,
Porque para cogellos con el lance
No sufria tardar en el alcance.

En todas cosas nada negligentes
En busca dellos van y del armada,
Y estando los que buscan della absentes
Hallaron la piragua deseada,
Cargada de pertrechos suficientes
Y de mantenimientos abastada;
Mitigaron la hambre y el enojo
Con tomar mejorado su despojo.

Satisfacer la hambre temeraria
Tenian por allí por bien supremo,
Y al Villagrán y á todos los de Paria
Pesóles del negocio por estremo:
Tras ellos mandan ir gente contraria
Porque los ven pasar a vela y remo,
Estotros por huir su perdimiento
Ganaron por sudor el barlovento.

Seyendo pues la barca perseguida
De la gente de Paria ya nombrada,
Vieron los que huian su guarida,
Que fueron los navíos del armada:
Sedeño se holgó con su venida,
Pesóle de la nueva desgraciada,
Y los demás trabajos y desmanes
Destos dos principales capitanes.

Dentro de su navío los encierra,
Y allí les hizo dar buena merienda,
Alistan los pertrechos de la guerra
Por ir donde no hay quien mal se venda;
Llegados á la isla toman tierra,
Y nadie se halló que la defienda,
Mas no por esto tal Sedeño quiso
Que punto se viniese sin aviso.

El campo se veló de buena gana
Estando cada cual apercebido;
Mas luego como vino la mañana
Oyóse de cornetas gran ruido,
Y gente que cubría la zavana
Con temerosa grita y alarido:
Con tanta furia vienen escuadrones
Que tiemblan los mas fuertes corazones.

Como leones fieros van bramando
Contra los peregrinos navegantes,
Vianse los plumajes ondeando
Y aquellas estaturas de gigantes:
Aguilas en los pechos relumbrando
Que de riqueza muestras son bastantes,
Los arcos entesados á los pechos
Camino de los nuestros van derechos.

Como los vió venir acia la playa
Y descender al llano de la sierra,
Comienza de decir un atalaya:
«Arma, arma, que gentes hay de guerra;
Y aun es bien menester que esfuerzo haya,
Pues viene sobre nos toda la tierra.»
Causaron estas voces alboroto,
Y no de confusiones muy remoto.

El Antonio Sedeño diligente,
El alboroto viendo repentino,
Vistióse de sus armas prestamente
Sin priesa que causase desatino:
Formó los escuadrones de su gente
Segun le pareció que mas convino,
Sacólos á la gente que venía,
E yendo caminando les decía:

«Señores, estos indios yo sospecho
Que nos vienen á dar tiento de cuenta,
Y tengo por concluso nuestro hecho,
Si desta vez salimos sin afrenta:
Por tanto, cada cual muestre su pecho
Ajeno del temor desta tormenta,
Pues que todos sabemos á la clara
La furia de los indios en qué para.»

Otras animosísimas razones
El Antonio Sedeño les hablaba,
Con que los mas cobardes corazones
A hechos valerosos levantaba;
También regian estos escuadrones
Martin Yañez Tafur, Suero de Nava,
Peñalver, Martin Lopez y Tinoco,
Y aquel Pero Fernandez el tococo.

No tienen arcabuces los cristianos,
Y falta la carrera del jinete;
Pero viéndose ya todos cercanos
Cada cual de las partes arremete:
Léganse piés á piés, manos á manos,
Este y aquel victoria se promete,
Disparan la potente flechería,
Con grita que la isla se hundía.

Las españolas manos prevenidas
Comienzan á herir de las espadas,
Una vida vendiendo por cien vidas
Con grandes y terribles cuchilladas:
Las ropas en la sangre van teñidas,
Las manos ansimismo rubricadas;
Mas tantos naturales son venidos,
Que no hacian mella los caidos.

Ansí como furor del avenida
Fuera del curso viejo derramada,
Que lleva gran madera recogida
De las riberas verdes despegada;
Y aquella furia grande concluida
Aquí y allí la veis amontonada,
Dejando con borruras algun vado
O paso con los troncos ocupado:

Ansí por los caminos mas abiertos,
O do solía ser mas ancha plaza,
Estaba tal rimero de hombres muertos,
Que los guerreros vivos embaraza;
Encima dellos andan bien espertos
Los arcos, las macanas y la maza,
De tal manera ya, que los soldados
No se pueden mover de fatigados.

Mas el Martin Tafur y el Avendaño,
Con otros cuya fuerza fué notoria,
Hacian por su parte tanto daño,
Que por allí cantaban la victoria;
Mas acudiendo con furor estraño
Quitóles Baucunar aquella gloria,
El cual hizo con muchos indios diestros
Perder sus vencimientos á los nuestros.

Un poco desviado dél empieza
Con sus cuadrillas á probar la mano
Un hermoso gandul que en breve pieza
Lo de mayor defensa hizo llano:
Con diadema de oro la cabeza,
Cuyo golpe no deja hueso sano,
Esforzado se muestra y eminente,
Y síguelo gran número de gente.

Con el avilantez desta presencia
Mostraron mas en claro su conceto,
Haciendo mas pesada la pendencia,
Poniendo mas temor al mas discreto;
Hízose la posible resistencia
Por los que se veian en aprieto;
Y estos, viendo del indio los estremos,
Decian: este cumple que matemos.

Uno, teniendo pues certeza rara,
Previno de ballesta los pertrechos,
Al fin de derribar al que no para
De matar y hacer heróicos hechos;
Y fué Joan Sanchez, que con una jara,
Lo traspasó por medio de los pechos:
El indio capitán en aquel punto
Cayó con los demás allí difunto.

Aqueste de la vida despedido
No fueron estas gentes tan molestas,
Antes cesó la grita y alarido,
Y el eco de los valles y florestas;
Echaron luego mano del caído,
Y á porfía lo llevan á sus cuestas:
Tal pena desta muerte recebieron,
Que dejaron los nuestros, y se fueron.

Un continuo llorar, un gran ahinco
Al claro percebian los oidos,
Y al sentimiento dellos es propinco
El mal con que los nuestros son punidos;
Pues eran dellos muertos veinte y cinco
Con otros mas de treinta mal heridos,
Y de mas mal Sedeño les escusa
Pensando ser la guerra ya conclusa.

Entendióse que del furor malino
Aquel rebato fuera lo postrero;
Pero contrario desto les avino
A causa del difunto caballero:
El cual de Baucunar era sobrino,
Y de sus tierras todas heredero,
Y ansí juró durar en sus rigores
Hasta sacrificar los matadores.

El campo de los nuestros recogido,
Sedeño les habló con gran cordura,
Velóse de la fuerza del vencido
Por no tener la suya por segura;
Curáronse las llagas del herido,
Al muerto dió terrena sepultura,
Tuvieron cuantos son en el estancia
Toda la noche grande vigilancia.

No daba resplandor el turbio cielo
A los que por allí vela hacian,
Y ansí cualquier ruido pequeñuelo
Pensaban ser los indios que venian:
Unos y otros duermen con recelo,
Aunque mas cierto es que no dormian,
Y no fueron de balde los temores,
Segun diré después á mis letores.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo los indios revolvieron, y á los nuestros les fué forzado dejar la isla.

El radiante Febo presuroso
Dejaba ya las ondas de Oceano,
Despiden soporífero reposo
Los soñolientos ojos del humano;
El corvo labrador y congojoso
A su justa labor vuelve la mano,
Y todos los indianos escuadrones
Acuden á sus altas pretensiones.

Cada cual dellos iba bien armado
Deste crecido número de gente,
Pintáronse de negro y colorado
Desde los bajos piés hasta la frente:
El que es de todos mas acobardado
Pudiera ser tenido por valiente;
Y el fuerte Baucunar que los regia
Dicen que les habló por esta via:

«Antes que deste puesto nos partamos,
Soldados valerosos y hombres diestros,
Aquí estos sucesos que esperamos
Los dioses no permitan ser siniestros:
Es menester mirar á lo que vamos,
Y cuáles enemigos son los nuestros;
Pues el acometer sin este peso
Pareceria ser falta de seso.

» Tambien será razon consideremos,
Antes de efetuar nuestra partida,
Los respetos por donde nos movemos
A nos poner en riesgo de la vida:
Que bien sucederá si los vencemos,
O que mal si volvemos de vencida,
Pues todas estas consideraciones
Avivan los mas muertos corazones.

» Entended pues que vamos á la guerra,
Y no por pasatiempos ni placeres,
Sino para morir por nuestra tierra
Defendiendo los hijos y mujeres;
Y para no huir de sierra en sierra
Por no cumplir ajenos pareceres,
Sobresaltados, flacos, sin consuelo
Por cama principal el duro suelo;

» Y porque no murais en granjerías,
Que solo las pensar da grave pena,
Trabajando las noches y los dias
Con sujecion de todo bien ajena:
Do las mas descansadas pasadías
Serán cepos y grillos y cadenas,
Como sabeis muy bien los que por agua
Huisteis algun tiempo de Cubagua.

» Demás desto debeis de parar mientes
A las cosas de nuevo sucedidas
En padres, deudos, hijos y parientes
Que perdieron ayer sus dulces vidas:
Veis huérfanos los niños inocentes,
Viudas mil mujeres y perdidas,
Ois lloros, sollozos y gemidos
Que hieren y lastiman las oidos.

» Por semejante modo yo queria,
Que estas cosas ansí consideradas,
Considerásedes la valentía
Destas vellosas gentes y barbadas,
Cuán lejos de piedad y cobardía
Ejecutan los golpes sus espadas,
Para que quien temor tuviere dellas
Procure desde luego de no vellas.

» Quien mal sintiere destos pareceres,
Y contra voluntad aquí se halla,
Imaginando que de sus placeres
Hoy podria quedarse del agalla,
Sirva de lo que sirven las mujeres,
Y no procuren ir á la batalla,
Pues si por muchos hemos de ser menos,
Mejor será llevar pocos y buenos.»

Un indezuelo dellos, como suele,
Teniendo las palabras por amargas,
Dijo: «ninguno siento que recele
Esta ferocidad de barbas largas:
Pues con las que yo solo les repele
Entiendo de hacer un par de cargas,
Haremos cuenta ser magüey, que saca
Un indio para hicos de hamaca.»

La vana hinchazon anda barata,
La cual por uno y otro se derrama,
Y á la resolucion de que se trata
Es vil aquel que mete menos llama;
Cada cual dellos echa la bravata
Como galán delante de su dama,
Al que mas mozo es y al menos loco
El mundo todo le parece poco.

Porque ni son primeros ni postreros
En padecer los mismos accidentes:
Iguales eran todos en los fieros,
Y en presuncion y punto de valientes;
Partieron pues de solos los arqueros
Dos mil aventajados combatientes
Contra los españoles, cuya cuenta
Eran ciento con mas otros cincuenta.

Vista de Baucunar la grave saña,
Con que su gente va contra la nuestra,
No consintió salir á la campaña
El golpe todo desta gente diestra:
Antes metió los mil en la montaña,
Y de los otros mil hizo la muestra,
Mandándoles que queden embarcados,
Y salgan cuando fueren avisados.

Con este presupuesto se desvía
Estimulado de furor terrible;
Tenian españoles un espía
Que en dar aviso hizo lo posible:
Sedeño recogió su compañía,
Poniéndola por orden convenible;
Los indios, conociendo ser sentidos,
Dieron acostumbrados alaridos.

Aunque vieron el campo bien armado
Con muestra de temores alcabueta,
No hay tigre ni leon encarnizado
Que con tan grandes furias arremeta:
El indio de temores olvidado,
El español á miedo se sujeta;
El ímpetu fué tal y tan constante,
Que todo lo llevaba por delante.

Como pluvia que baja de ladera,
Causada de grandísima creciente,
Que roba cuanto tiene la ribera,
Y arranca los peñascos juntamente,
Aquí va derribando la acera,
Y por allí la mas segura puente,
Causando tal temor á los humanos,
Que les fallecen fuerzas, piés y manos:

Ansí fué nuestra gente rebatida
En el primer rigor destas contiendas,
La fuerza del estancia va rompida,
Derribados los toldos y las tiendas:
El esperanza ya casi perdida
Con sus pertrechos, ropas y haciendas,
Y algunos, compelidos del encuentro,
Entraban por allí la mar adentro.

A voces el Sedeño les decia:
«Furia de indios es, conmilitones,
Que como flaca llama se resfría
Si hay ardor en nuestros corazones;
Pero si flojedad y cobardía,
Son mucho mas que tigres y leones,
Y llevan, como es cosa notoria,
Hasta lo mas estremo la victoria.

» Encomendaos á Dios como cristianos,
Y crie sus furores impaciencia,
Porque para quedar vivos y sanos
Es menester briosa diligencia:
Confiando de Dios y de las manos,
Haciendo la posible resistencia,
Pues contra los que corren tan sin freno
No conviene tenellas en el seno.»

Al tibio corazon fueron espuelas
Estas palabras y otras esforzadas:
Embrazan los escudos y rodelas,
Esgrímense las armas afiladas:
Furor y saña van á todas velas,
Teñidas andan todas las espadas,
Los mas flojos andaban diligentes,
Que el miedo y el temor hace valientes.

La furia de los indios los aprieta,
Y los indios son dellos apretados,
Tanto que mucha parte se quieta
Por ver aquí y allí despedazados;
Mas Baucunar, tocando su corneta,
Salieron los que estaban emboscados,
Con tal y tan crüel arremetida,
Que fueron muchos nuestros sin la vida.

Renuévase la grita y alaridos
Con la que de refresco les venia,
Los nuestros de temor son poseidos,
Y cada cual al mar se retraia;
Mas viendo que los llevan ya vencidos
Martin Yañez Tafur los detenia,
Remediaban también estos desmanes
Joan Avendaño y otros capitanes.

Estos, como varones singulares,
Sin dar lugar á revolver la frente,
Buscando los mas cómodos lugares
Donde mejor valerse desta gente,
Tomaron por respaldo los manglares,
Y allí se refirmaron fuertemente,
Y á causa de las grandes espesuras
Tenian las espaldas mas seguras.

Con mas seguridad se defendian,
Y flacos y heridos amparaban,
Pues entre tanto que unos competian,
Los otros algun tanto descansaban;
Y los de los navíos que esto vian
Los tiros que tenian disparaban,
El daño de los cuales no fué tanto,
Que sirviese de mas que gran espanto.

Mas aunque les causaban desatino
Aquellas balas algo peligrosas,
El bravo pelear era contino,
Y no cesaban furias belicosas,
Hasta que ya la noche sobrevino,
Haciendo por allí treguas forzosas;
Ansí que les sirvió lo mas escuro
A nuestros españoles de seguro.

Por no ser de los indios pensamiento
De pelear allí con escurana,
Se despidieron todos con intento
De luego revolver por la mañana;
Mas era diferente sentimiento
El de toda la gente castellana,
Porque de sus difuntos hecha cuenta,
Hallaron ser arriba de cincuenta.

Tomaron pues consejo cuerdamente
Diciendo ser inútil esperanza
Querer sobrepujar tan poca gente
Caciques de tan áspera pujanza;
Y como tiempo vieron competente
Salieron del lugar de la matanza,
Y ansí sus marineros convocados
En breve tiempo fueron embarcados.

Todos amedrentados de la rota,
Aunque cubiertos de nocturno manto,
A tierra firme llevan su derrota,
Al puerto que se dice Puerto-Santo;
Dentro del cual surgió la breve flota
No libre de heridas ni de espanto,
Mas voluntad de todos bien ayuna
De volver tentar á la fortuna.

Al Antonio Sedeño todavía
Ningun contraste destos embaraza,
Ni deja reposar su fantasía
Por dar á la jornada mejor traza;
Antojándosele que con porfía
Se suele muchas veces matar caza,
Y no parecer bien en paz ó guerra
Dejarse de poblar aquella tierra.

Viendo que remediar aqueste daño
Agora no podia fácilmente,
Ordenó que el Tafur y el Avendaño
Volviesen á San Joan á hacer gente;
Quedándose él con el demas rebaño
A los tales designos impaciente,
Pues los enfermos y aun la gente suelta
Quisieron con aquestos dar la vuelta.

Con el Joan de Avendaño referido
Se partió quien él quiso que partiese,
Y con la mas gente detenido
Guardó la pretension de su interese;
En mil vacilaciones divertido
Sin atinar á cosa que cumpliese,
Hasta tanto que dió, no como ciego,
En una cosa que diremos luego.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo Antonio Sedeño salió de Puerto-Santo y fue á Paria, donde se concertó con Alonso de Herrera y Agustin Delgado, y revolvió sobre la isla Trinidad; y lo que le aconteció.

Mudan el parecer sabios varones
Y dan la vuelta muchas voluntades,
Y suelen á los fuertes corazones
Domar y domeñar necesidades:
También los bien medidos en razones
Acaban importantes amistades;
Pues la palabra blanda nos concede
Lo que la dura pocas veces puede.

Sedeño fué negocio manifiesto
Estar en estas cosas advertido,
Al cual le convenia hacer esto
Para restauracion de su partido;
Y dél se conoció tal presupuesto
En lo que hizo viéndose perdido,
Que fué sagacidad de su cosecha
Que para sus designios aprovecha.

Sabia residir en esta era
En Turpiar atrás conmemorado,
El capitán Alonso de Herrera,
Varon en mil conquistas señalado:
Era de los de Ordás, y en su bandera
Mandaba buenos Agustin Delgado,
En quien podré deciros que cabia
Urbanidad, valor y valentía.

Sedeño destos trances bien esperto,
Conociendo ser cosa necesaria,
Quiso hacer con estos su concierto,
Aunque parcialidad era contraria:
Dejó por estas causas este puerto,
Y fué con los navíos al de Paria,
Adonde sin haber desembarcado
Reconocieron ir desbaratado.

Estando pues aquestos en espera,
Y no sin el reguardo conviniente,
Tomaron los navíos la ribera,
Saltó luego Sedeño con la gente;
El Agustin Delgado y el Herrera
Allí lo recebieron blandamente,
El parabién le dan del bien venido
Y el pésame del daño recebido.

Luego con cortesano cumplimiento
Y con respeto grande fué metido
Adonde le tenian aposento
Segun sus fuerzas pobres prevenido;
Y de su no cabal mantenimiento
Con sana voluntad bien proveido,
Donde todos los dias le servian
Con aquellos regalos que podian.

Él con encarecidos cumplimientos
Agradecia tales amistades,
Y con obras, facecias, bellos cuentos
Iba ganándoles las voluntades;
Teníales á todos muy contentos
Con palabras y liberalidades,
Por ser de buenas partes una fuente,
Gracioso, liberal y hombre valiente.

Estando pues con esta compañía
Autorizando bien conversaciones,
Alababa la tierra do venia
Por levantar caidos corazones;
Y á vueltas de otras cosas descubria
Sus altas y honrosas pretensiones,
Y al capitán Alonso de Herrera
Dicen que le habló desta manera:

« Algunos de los desta camarada
Me tocan con los labios el oido,
Diciendo que volveis á la jornada
De do Diego de Ordás vino perdido;
Por alguna razon tan mal fundada
Que sobra ya de yerro conocido,
Porque de secos árboles y enjutos
Mal se pueden coger hojas ni frutos.

» Ya no sabeis quién es el Uyapare,
Pues que fuistes por él largo viaje,
Y como no hallastes quien declare,
Noticias de seguir en el paraje,
Ni poblacion bastante que repare
La gente con algun matalotaje,
Sino campos prolijos y muy anchos
Y pocos moradores y sin ranchos.

» Sabeis bien los trabajos que pasastes
De toda quietud enajenados;
Sabeis lo muchos hombres que dejastes
De enfermedad y hambre traspasados;
Y veis que los poquitos que quedastes
Aun hoy estais tullidos y llagados,
Pues no sé yo quién anda tan de veras
Romería que da tales veneras.

» Si pretendeis honores soberanos
Con tierra rica, sana y abastada,
Empresa de los hombres vaquianos
Y no de pocos hombres deseada,
Tal cierto la tenemos entre manos,
Que no puede ser mas acomodada,
Y aquella llamo yo buena conquista
Que tiene sus grandezas á la vista.

» Pues si para moveros es bastante
El interese ya de cosa cierta,
¿De qué sirve pasar mas adelante
Teniendo las riquezas á la puerta?
Y mas en coyuntura semejante
Que para mucho bien teneis abierta,
Sin andar engolfados los deseos
En otros circuitos y rodeos.

» A vuestra lealtad echais el sello,
Pero teneisla con quien sé de cierto
Que podeis descuidaros de no vello
Para siempre jamás en este puerto;
Pues tengo cartas yo de Joan Cabello
Y de Niebla, que dicen ya ser muerto;
Y ansí vuestra jornada es tan incierta
Cuanto sin muerte dél estaba muerta.

» La mia ya la veis mas á la mano
Y sé que no será de las peores,
Es su gobernador un hombre llano
Fuera de vaciadizos pundonores:
Tiene socorro siempre muy cercano
Para poder llamar conquistadores,
Pues de las islas todas brevemente
Puede venir gran número de gente.

» Sé que no seguirá vano partido.
Cualquiera que de mí se satisface,
Ni debe recelar algun olvido
En gratificacion quien me complace;
Pues nunca supe ser desconocido
A la merced y bien que se me hace:
Sufrid que mis costumbres os alabe
Pues cada cual de vos muy bien la sabe.

» Pues que de lo que digo que haria
Alguna vez he dado clara muestra,
Agora tanto mas y mas seria
Cuanto mas la fortuna fuese diestra;
Y pues tal voluntad es esta mia,
Deseo conocer cuál es la vuestra;
Porque si con amor esta se cobra
Volveremos las manos á la obra. »

Oidas las palabras referidas
Y aquellos cumplimientos cortesanos,
Herrera con palabras comedidas
En nombre de sus hombres vaquianos
Dijo: « por las mercedes ofrecidas
Besamos vuestras muy ilustres manos,
Y ese decir y obrar tan manifiesto
En obligacion grande nos ha puesto.

» Y es ansí que tenemos todos gana
De reiterar nuestro descubrimiento;
Es dura pretension, mas no tan vana
Que no tenga su cierto fundamento;
Pues las cosas que dicen de Guayana
Avivan y confirman tal intento,
Y ansí no me parece ser discreto
Quien no quiere saber este secreto.

» Y no descompondá nuestro partido
Lo que vuestra merced aquí decia,
El don Diego de Ordás ser fallecido,
Pues al gobierno mismo que él tenia
Jerónimo de Ortal fué proveido,
Y viene con potente compañía,
Teniéndome, segun soy informado,
Por maese de campo señalado.

» Y ansí sin perjuicio de terceros
Y el amistad ya dicha reservada,
Yo quiero con aquestos caballeros
Ir con vuestra merced esta jornada;
Pero si llegan nuestros compañeros
Hémonos de juntar con el armada:
La puerta para ello se nos abra,
Pues para mas no doy esta palabra. »

Sedeño lo abrazó, y encarecia
Su bondad y respuesta comedida,
Y por los medios que mejor podia
El orden le encargó de la partida:
Reconociendo ser la compañía
De sus ofrecimientos convencida;
Luego Herrera como mas esperto
Mandó poner las cosas en concierto.

A sus gentes mandó hacerse prestas,
Aderezar las armas olvidadas,
Hacer tiros y cuerdas de ballestas,
Limpiarse y afilarse las espadas,
Dar orden en poner trémulas crestas
En cascos, morriones y celadas,
Como poner los sayos estofados
Y los otros pertrechos mas usados.

Recoge los navíos que tenia,
Manda limpiallos, vellos y lastrallos,
Despalmanlos con sebo, y otro dia
Embarcan el bagaje y los caballos;
Recógese también la compañía
De los que en guerras tienen hechos callos,
Y para perfecciones del intento
Las velas todas dan al manso viento.

A la isla la proa se convierte,
Y como fuese breve la carrera,
Llegaron en dos horas desta suerte
Hasta poder saltar en la ribera;
Y para se valer en algun fuerte
Comienzan luego de cortar madera:
Sonaban por el valle á todas horas
Los golpes de las hachas cortadoras.

Mas todos recelando los asaltos
Las armas y las manos tienen prestas,
Y ansí de diligencia nada faltos
Unos velan caminos de florestas,
Otros derriban los troncones altos,
Otros los acarrean á sus cuestas,
Otros cavan el foso señalado,
Otros ponen los palos del cercado.

Andaban con aquel calor y brio
Que suelen los alados animales,
Cuando por las mañanas del estío
Recogen olorosos materiales,
Y entienden en la obra y adobio
De los dulces y pálidos panales,
O hacen la morada que les basta
Para los multiplicos de su casta.

Al tiempo pues que el fuerte se hacia
Con otras necesarias prevenciones,
Entre los indios príncipes habia
Diversas y contrarias opiniones:
Que el fuerte Baucunar guerra queria,
Y armaba sus guerreros escuadrones;
Y el grave Maruaná, príncipe manso,
Procura quietud, paz y descanso.

Y ansí muchos villanos convocados,
Cargólos bien de dones y presentes,
De puercos, de conejos, de venados,
De cazabis y frutas diferentes;
E yendo con él pocos desarmados
Llegaron donde estaban nuestras gentes,
Que viéndolos las armas prevenian
Hasta ver los intentos que traian.

Llegado Maruaná do deseaba
Con pensamientos buenos y leales,
Procuró conocer al que mandaba
Haciendo sus preguntas por señales;
Llamaron una lengua que allí estaba
Soldados y personas principales,
Y con un regocijo no pequeño
Lleváronlo delante del Sedeño.

Con muestra de sinceras voluntades
El bárbaro le hizo reverencia,
Y dijo: « puesto que más potestades
Pueden hacer bastante resistencia,
Mas quiero con vosotros amistades
Que procurar sangrienta competencia;
Y serán sin reveses de mal arte
Si hay sinceridad de vuestra parte.

» De aquestas amistades arrepiso
Nunca serás por mí ni por mi gente,
Pero querria darte por aviso
Que hay otro de concepto diferente;
Y es este Baucunar, que paz no quiso
Confiado de sí por ser valiente;
El contra las fuerzas de cristianos
Quiere con gran furor probar las manos.»

Viendo Sedeño tales cumplimientos,
Avisos y promesa tan urbana,
Manifestó por señas su contento
Abrazándolo muy de buena gana:
Dióle de sus polidos ornamentos
De lienzos y de sedas y de grana,
Dióle regalos, vino de Castilla,
El cual él alabó por maravilla.

A todos los demás indios convida,
Y á todos se les hizo grande fiesta,
E ya concluso toda la comida
Y los calores grandes de la fiesta,
Pidió licencia para su partida,
La cual á su contento tuvo presta,
Dándole por postreras encomiendas
Que Baucunar se deje de contiendas.

Paz le rogaron todos que concierte
Con él y con el mas alborotado;
Oyólo Maruaná de buena suerte
Prometiendo tener dello cuidado;
Pero Sedeño prosiguió su suerte
Por el orden que tiene señalado,
Porque de lo pasado coligia
Ser harto menester lo que hacia.

En estas coyunturas y sazones,
Y al tiempo de pasar esta carrera,
No faltaban algunos susurrones,
Pestilencia mortal, cruel y fiera,
Que sembraban enojos y pasiones
Entre nuestro Sedeño y el Herrera,
Diciendo que queria ciertamente
Matallo y acogerse con la gente.

Mas el varon, á cuyo llamamiento
Acude sujecion de mucha gente,
Ha de tener razon y fundamento
Y no determinarse fácilmente;
Porque de se mover á cualquier viento
Suele nacer algun inconviniente,
Y vivan tales hombres advertidos
En no dar sin reguardo los oidos.

Sedeño no miró con mucho peso
Aquesta chismería mal sonante,
Y pareciale falta de seso
Descuidarse de cosa semejante;
Al fin por sí ó por no lo tuvo preso
Con guarda que juzgaba ser bastante;
Pero cesen aquestos desafueros,
Que yo diré después sus paraderos.

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta cómo Baucunar hizo llamamiento de capitanes para ir con gran pujanza sobre Antonio Sedeño, y lo que mas aconteció.

Muchas veces ó por la mayor parte
Adquiere la victoria la presteza,
Que el arte militar y duro Marte
No sufre negligencia ni pereza;
Menean indios pues el estandarte
Viendo que se hacia fortaleza,
Por deshacer en esta coyuntura
Lo que por los contrarios se procura.

Ansí que cuando fuerte se hacia
Y la paz de los nuestros se destierra,
Baucunar el valiente no dormia,
Apercebiéndose para la guerra:
Antes toda su gente recogia
Convocando los llanos y la sierra,
No queriendo quebrar su furia brava,
Puesto que Maruaná se lo rogaba.

Comienza de tocar sus atambores,
Con otros instrumentos que tenia,
Envia pregoneros corredores
Por todas las provincias que regia;
Acuden capitanes y señores,
Cada cual con la gente que podia,
Trajo Guyma trescientos compañeros
Valientes, esforzados y ligeros.

Vino también el diestro Pamacoa,
Y trajo de su parte cuatrocientos,
Espertos en piragua y en canoa,
En guerras de caribes muy sangrientos;
También Diamaná, digno de loa
Por traer diferentes instrumentos,
Aqueste recogió de entre sus gentes
Otros tantos instrutos y valientes.

Umyaney, de grandes proporciones,
En recoger soldados se desvela,
Y trajo demás de otras municiones
Trescientos cada cual con su rodela;
Amanatey con otros cien varones
Instrutos bien en militar escuela;
Vino Paraguaní con otros ciento,
Sin otros capitanes que no cuento.

Pudieras ver aquellos campos anchos
Y aquellas fertilísimas zavanas
Pobladas de ramadas y de ranchos,
Invenciones de plumas muy galanas:
Dardos con sus avientos ó con ganchos,
Rodelas, arcos, flechas y macanas,
Pintados rostros, pechos, coyunturas
Con grandes diferencias de pinturas.

Libres están de la pomposa ropa
Y de cubiertas duras el acero,
Do quiera que mireis allí se topa
Macato, chicha, vino mas grosero:
Uno toma tabaco y otro yopa
Para poder saber lo venidero;
Estaban plazas, calles y caminos
Llenos de hechiceros y adevinos.

Fenecidos aquestos actos tales
Y dado fin á tanta borrachera,
Hicieron ciertas muestras y señales
Con que se sosegó la gente fiera:
El Baucunar llamó los principales,
Y á todos los habló desta manera,
Con alta voz y tales movimientos
Que todos estuvieron muy atentos:

«Pues que todos estais tan bien armados
Y de lo necesario proveidos,
Está claro que ya sois avisados
Del fin para que sois aquí venidos:
Pues es á defender vuestros estados
Y las tierras adonde sois nacidos,
Nuestras mujeres, hijos y parientes
Con las cosas á esto concernientes.

»Cosa de donde daños ó provechos
Podrian redundar á nuestra gente,
Todos debeis de la tomar á pechos,
No con temeridad ni flojamente:
Para tal tiempo son los altos hechos,
Los tiros y los golpes del valiente,
Grandezas y hazañas señaladas,
Los engaños, ardides y celadas.

»Vuelve nuestro contrario con aumento
De gente que teneis bien en memoria,
Y está claro que vuelve con intento
De morir ó quedar con la victoria;
Pues para reposar trazan asiento
Como si fuese ya suya la gloria,
Sin temores de nuestros hombres buenos
Que della los podrán hacer ajenos.

»Paréceles la isla cosa bella,
Y á su deseo hinche la medida;
Ellos han de morir por poseella
Y no hacer baldía su venida;
Mas á nosotros por echallos della
Conviene sin temor perder la vida;
Pues una vez morir mejor seria
Que morir cien mil veces cada dia.

»Que si sois avisados y discretos
Entendereis que quieren muy de veras
Hacernos sus esclavos y sujetos
Para que les hagamos sementeras,
Y á los que no les fuéremos acetos
Sacarnos destas fértiles riberas,
Llevándonos en grillos y cadenas
Por mar á conocer tierras ajenas.

»En sus heredamientos y cortijos
Morireis con trabajos inhumanos,
Apartados los padres de los hijos,
Hermanos de carísimos hermanos:
No cesarán rencillas ni letijos,
Si descansar quisieren vuestras manos,
Y los ciertos descansos y holguras
Habrán de ser en cárceles escuras.

»Y Maruaná mi deudo no se entiende
Teniendo paz con ellos en su tierra,
Pues con la paz á todos nos ofende
Ansimismo haciendo cruda guerra;
Y el sosiego que dice que pretende
Es el que de sosiego lo destierra,
Como lo podrá ver por esperiencia
Si desta gente crece la potencia.

»Él tiene hecha paz con los cristianos,
Y es bien desvariada conjetura,
Pues cuanto piensa mas tenellos llanos
Es tanto cierta mas su desventura;
Y ansí venir con ellos á las manos
Tengo yo por concordia mas segura,
Conservando lo nuestro por mil modos
Y sobre la defensa morir todos.

»Si contendeis por una vil presea
Y á veces no sin trance riguroso,
Mas debe contender el que pelea
Por la conservacion de su reposo:
Menester es que cada cual lo vea,
Y entienda ser el tiempo trabajoso,
En el cual quien no hace lo que puede
Será mas acertado que se quede.»

Dijo su parecer este tirano
Segun á su defensa convenia,
Y el diestro Pamacoa, viejo cano,
Por los merecimientos que tenia,
Para le responder tomó la mano
En nombre desta fiera compañía,
Y con acelerado continente
A Baucunar le dijo lo siguiente:

«Valiente Baucunar, dime, qué dia
A tu llamado fuimos perezosos,
O dime si sentiste cobardía
En hombre destos hombres belicosos,
O cuál de nos recela valentía
Ni fuerza de contrarios poderosos;
Bien ves que peleamos de tal suerte
Que nadie tiene miedo de la muerte.

»Y pues la gente ves apercebida
De todos militares ornamentos,
No debe ser en balde la venida,
Ni por algunos vanos cumplimientos:
Aderecémonos á la partida,
Que la tardanza pare descontentos,
Pues como todos vean dó se ceben
Yo sé que cumplirán con lo que deben.

»Allí verás mis canas ya cansadas
Cómo les da color sangre cristiana;
Allí verás mis flechas empleadas
Y el estrago que hace mi macana:
Verás si desbarato las espadas
De los que son de furia mas lozana,
Verás mi gran vigor y mi postura
Si halla del contrario cosa dura.»

Calló, pero también los compañeros,
Mancebos y de mas graves edades,
Decian y hacian muchos fieros
Con gestos de cien mil bravosidades:
Tiran por alto flechas los arqueros,
Comienzan á gritar parcialidades,
Cualquiera capitan donde se halla
A grande furia pide la batalla.

Los brios del ejército guerrero,
Por Baucunar el fuerte conocidos,
Mandó que para el dia venidero
Todos ellos estén apercebidos;
Proveyó municiones por entero
A los que conoció desproveidos;
Oyeron el pregon de buena gana,
Y todos esperaban la mañana.

Fué por aquesta via concertado
El áspero rencuentro que os enseño,
Y no habia punto descuidado
En estos intermedios el Sedeño:
Que como destos indios lastimado
Un contínuo velar era su sueño,
Pues por ser Maruaná en venir prolijo
Mala sospecha tuvo, y ansí dijo:

«De paz, por ser negocio que conviene,
Teníamos alguna confianza,
Y el indio Maruaná, que la mantiene,
De Baucunar nos dió mala esperanza;
Y pues ha cuatro dias que no viene,
Peligro nos promete su tardanza:
Conviene que tengamos vigilancia,
Que no tengo por buena la distancia.

»Conviene que seamos adevinos
Los que tratamos hombres belicosos,
Porque los descuidados desatinos
Acarrean mil trances peligrosos:
Por tanto velen playas y caminos
Por partes y lugares sospechosos;
Poco dormir y recordar temprano,
Y siempre con las armas en la mano.

»No cumple que vivamos sin recelo,
Ni conviene tener antojos vanos,
Pues ya veis que hollais ajeno suelo
Con enemigos ciertos y y cercanos:
Socorro no lo hay sino del cielo
Y el que podeis haber de vuestras manos;
Valeros han, mediante Dios, aquestas
Si con las armas anduvieren prestas.

»Los que velaren ya serán doblados
Y tales que sepamos ser varones,
Estén los dos caballos ensillados,
Los frenos penderán de los arzones:
Estén estos lugares escombrados,
No tengan al salir estropezones;
El espada, la lanza, la ballesta,
Conviene á cada cual tenella presta.»

El Agustin Delgado, comedido,
Por todos respondió desta manera :
« Tenga vuestra merced por entendido
Que todo su deber hará cualquiera ;
Mas teneis en prisiones detenido
Al capitán Alonso de Herrera,
Que bastará para la isla junta
Segun de hechos vistos se barrunta.

» Mitíguese por tanto vuestra ira
Y dése fin á tantas confusiones,
Pues tengo por falsísima mentira
La fuente do manaron las pasiones ;
Que nunca faltaran en el que mira
En dichos de malditos susurrones :
Culpa no consta, y es negocio ciego,
Mande vuestra merced soltallo luego. »

El Antonio Sedeño con voz blanda
Dijo : « Por complacer al buen Delgado,
Aunque el señor Herrera se desmanda,
E yo me siento dél por agraviado,
Hágase lo que vuestra merced manda
Que á mi me pesa ya de lo pasado,
Y he por bien que le quiten las prisiones,
Sin mirar en pasadas turbaciones. »

Soltáronlo, segun mandó Sedeño ;
Mas puesto que se vido libertado,
Nunca se libertó del sobreceño
Ni del imaginar verse vengado :
Por ser un hombre turvo, zahareño,
Aunque valerosísimo soldado,
Eso me da peon que de á caballo :
Con gran razon podemos alaballo.

Por fuerzas, por destrezas ó por maña,
Siempre ganó con sus competidores,
En las conquistas fué de Nueva-España
Uno de los primeros y mejores ;
Mas no sufrió su condicion estraña
Estar allí por ciertos sinsabores ;
Fué á Castilla con mediana suerte,
Y á las Indias volvió para su muerte.

Era Sedeño hombre delicado,
Pequeño, de briosos movimientos,
Afable, generoso, bien criado,
De bien engrandecidos pensamientos :
En todas buenas partes estremado,
Grandes facecias, admirables cuentos,
Un ingenio cabal, vivo, supremo,
Gran hombre de caballo por estremo.

Varon en paz y en guerra muy bastante,
Raro escribano, vario y escelente ;
Mas destos dos varones, Dios mediante,
Algun tiempo diré mas largamente.
Volvámonos al ímpetu turbante
Del grande Baucunar y de su gente,
Que con vigor y furibunda gana
Estaban esperando la mañana.

Que puesto que son pocos ó ningunos
Los que no hinchen de beber las pieles,
En semejantes tiempos no son unos,
Ni duermen todos estos infieles ;
Antes aquellos todos van ayunos
Que salen á velar por sus cuarteles :
Usaban estos pues destos estremos,
Y lo demás agora lo diremos.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta el rompimiento de la batalla, y de lo que en ella aconteció.

La noche en que sosiegan las fatigas
Acababa sus cursos naturales,
Y apriesa revolvia sus cuadrigas
Apolo con sus rayos celestiales,
Cuando las gentes fieras enemigas
Tocaron instrumentos musicales :
Comienza por aquel campo crecido
Un bajo son, un tácito ruído.

Ansí como volátile ganado
Dentro del colmenar del hombre rico,
En los panales dulces ocupado,
O su generacion y multiplico,
Que hacen un murmurio mal formado :
Otro tal era este, no tan chico,
Pero nada menor el aparencia
De aquel hervor y viva diligencia ;

O como si se siente gran ruido
En el mar, cuando calma representa,
Mas el profundo dél es conmovido
Y el arena se muestra turbulenta :
Que entonces es indicio conocido
Venir terribilísima tormenta,
Por ser ruido tal al marinero
Desdichada señal y mal agüero ;

Con aqueste rumor se van juntando
Sin nota de pereza ni tardanza :
Aquí y allí vereis aderezando
Las armas de que tienen confianza ;
Allega el capitán, los de su bando
Con muy gentil concierto y ordenanza,
Muéstranse los gallardos corazones
A su modo con varias invenciones.

Proveida de flechas el aljaba,
Dardos de dura palma van tostados,
Que cada cual corazas traspasaba
Y los mas duros sayos estofados ;
Fueron do Baucunar los esperaba
Los caciques que tengo señalados,
El cual estaba bien apercebido
Y de españolas armas proveido.

Que de despojos fuertes y galanos
Estaba proveído grandemente,
De las guerras habidas con cristianos
Do dió bastantes muestras de valiente ;
Privando de la vida por sus manos
A bien crecido número de gente,
Tenia pues el bárbaro guerrero
Escudo de metal algo lijero.

Un águila de oro mal labrada
Cubre sus duros pechos y salvajes,
La cabeza cubierta con celada
Y en ella superbísimos plumajes,
Pendiente de los hombros un espada,
A las espaldas anchas dos carcajes,
Un arco muy derecho, duro, fuerte,
Pestífero ministro de la muerte.

Porque su proporcion es tan bien hecha
Y la de todas estas gentes fieras,
Que á la robusta verga mas derecha
Hacen juntar entrambas empulgueras ;
Y embeberán la mas crecida flecha
Traspasando las armas mas enteras.
Llevaba sus zarcillos, y en el cuello
Un estraño collar digno de vello.

Por admirable orden y concierto
Unas uñas de tigres ensartadas,
Que por sus manos él habia muerto
En tierra firme yendo con armadas :
El medio de la una descubierto
Y en oro las raices engastadas,
Caricurí de oro reluciente,
Lleva de las narices dependiente.

Con tales ornamentos adornado
Se muestra Baucunar, y de mas desto,
De bija colorada va pintado
Piernas, brazos y manos, pechos, gesto :
Como tigre feroz encarnizado
Que para hacer salto va dispuesto ;
Tal lo representaba su postura,
Sus aderezos, armas y pintura.

Pamacoa, que no se le escapaba
Con su bien regulada puntería
Ave chica ni grande que volaba,
Ni ciervo, ni conejo que corria,
Cabeza de pantera se tocaba
Indicio de su grande valentía ;
Lleva también por joyas principales
Collar de dientes de indios y animales.

Diamaná, que á golpe de macana
Al bravo jabalí deja tendido,
Se puso de pelleja muy galana
De feroz animal no conocido;
Utuyaney, que en luchas siempre gana,
Un cuero de leon lleva vestido,
Cola de tigre lleva por medalla
Para se señalar en la batalla.

También Amanatey, que de lijero
Los mas veloces ciervos alcanzaba,
Un hocico de oso colmenero
Por cima la cabeza levantaba;
Cubria sus espaldas con el cuero,
Y por ellas un oso semejaba:
Arco, flechas, pavés que lo cubria,
Tal que con él hacia puntería.

De diferentes otros animales
Trajo Paraguaní las invenciones,
Y acutísimas flechas y mortales,
Porque con dientes van de tiburones:
Puyas de raya, vivos pedernales
Que pasan los tupidos algodones,
Y todos los demás destas conquistas
Llevaban invenciones nunca vistas.

Viérades en el viejo y el moderno
Diferentes colores de plumajes,
Y con sus movimientos y gobierno
Daban temor aquellos fieros trajes:
Caterva parecia del infierno
Que venia haciendo mil visajes,
Tantas macanas, flechas, tantos tiros,
Cuantos no bastaré para deciros.

Hicieron desta suerte sus conciertos,
Que pues los nuestros era poca gente,
Fuesen por los manglares encubiertos,
Y diesen en el fuerte de repente;
En tal manera que quedasen muertos
O ya captivos todos ciento y veinte,
Porque por sus acechos recatados
A todos los tenian bien contados.

Ordena cada cual los de su bando,
Instruidos en sus guerreras mañas
Van sin ningun ruido caminando
Por pasos conocidos de montañas,
Por una y otra parte rodeando
Los españoles ranchos y cabañas:
De tal manera fueron advertidos
Que nunca fueron vistos ni sentidos.

El Baucunar que todos los sujeta
Ansímismo trató con esta gente,
Que al tiempo que tocase su corneta
Acometiesen todos juntamente:
Estaban en la parte mas secreta
Con ánimo crüel, hervor ardiente,
Deseando la seña conocida
Para hacer crüel arremetida.

Bien ansí como perro detenido
Con trailla, venados inquiriendo,
Que si por donde van alguno vido
Antes que lo solteis está gimiendo,
Y de la gran tardanza desabrido
Se está con el orgullo deshaciendo
Hasta tanto que se desembaraza
Y va con brava furia tras la caza;

Representábase desta manera
La bárbara nacion encarnizada,
A la sazon que estaban en espera
De la señal que tienen concertada:
Oyóse la corneta, salen fuera
Con furia jamás vista ni pensada,
Suenan de todas partes alaridos
Y gritas que conmueven los oidos.

No son allí las fuertes armas lerdas,
Ni duermen las edades mas ancianas,
Porque con furia grande tú recuerdas
Marte crüel, las mas antiguas canas:
Sonaban los crujidos de las cuerdas,
Los golpes de los dardos y macanas,
Aquí y allí se hace tal ruido
Que al mas cuerdo sacaba de sentido.

Pamacoa la mar tiene tomada,
Y Guayma va por el siniestro lado,
Diamaná con gente bien armada
La derecha tomó con gran cuidado;
Y todos los demás del emboscada
Tomaron lo mas fuerte del cercado,
De manera que nuestros estandartes
Rodeados están de todas partes.

Ansí como en los bosques rodeados
De los monteros puestos en paradas,
Do siendo de sabuesos acosados
Buscan los jabalíes sus entradas,
E yendo por los saltos mas usados
Hallan las sendas todas ocupadas,
Y viendo cazadores, perros, lanzas,
De su braveza hacen confianzas;

Ansí de todos estos infieles
Se vieron rodear nuestros cristianos,
Ladrando aquí y allí como lebreles,
O segun á los toros los alanos;
Y el librarse de fieras tan crüeles
Después de Dios pusieron en sus manos:
Ocurrir á las armas les enseña.
La priesa que les daba la reseña.

Animaba Sedeño sus varones
En estos alborotos tan estrechos,
Diciéndoles: « O mis comilitones,
Venzan á las palabras buenos hechos,
Que en las manos tenemos ocasiones
Para mostrarse bien los bravos pechos,
El fuerte manifieste fortaleza,
Y el flaco saque fuerzas de flaqueza.

» En la necesidad destos estremos
Se hacen las virtudes conocidas,
Y agora se han de dar velas y remos
Sin estar las espadas detenidas;
Pues á todos nos va, como sabemos,
No menos que las honras y las vidas,
A estos perros déseles su pago,
Y haga cada cual lo que yo hago.

» Al que mas se señala derriballo,
Y al que vierdes mejor aderezado,
Porque quien raiz corta, corta tallo;
Y árbol caido, ramo derribado. »
Arremetió; mas hombres de caballo,
Que son Herrera y Agustin Delgado,
Que quisieran salir ni mas ni menos,
Con priesa no topaban con los frenos.

Y todos los demás sin los caballos
Se ponen en defensa de su centro,
Porque los que sabian meneallos
Tardaban en salillos al encuentro;
Y Baucunar con algunos vasallos,
A pesar de los nuestros entró dentro,
Sin para detenellos ser bastante
Cosa que se pusiese por delante.

Como tigre feroz encarnizado,
Por algun tiempo falto de comida,
En alguna vereda reparado
Acechando la caza conocida,
Que viéndola saltó tras el venado
Con aceleracion jamás oida,
Sabiendo ser el presto movimiento
Su vida, su salud y su sustento;

Ansí con esta misma lijereza
Esta gente feroz acometia,
Juzgando con razon que en la presteza
Su principal victoria consistia:
Ponia gran temor ver la braveza
Del número de gente que venia,
Aquella gritería tan inmensa
Y habellos ocupado su defensa.

Comienzan á batir lo mas enhiesto
Matando los que vian mas cercanos,
Con grandes vituperios y denuesto
De nuestros españoles y cristianos:
Los cuales muy corridos de ver esto
Vinieron con los indios á las manos,
Y sus rodelas fuertes embrazadas
Comienzan á jugar de las espadas.

El Baucunar debió ser conocido
Por señas de persona bien compuesta,
El Antonio Sedeño que lo vido
Arremetió con él con furia presta;
Pero no le halló mal proveido
En acudille bien con la respuesta,
Antes al golpear crüel agudo,
Se reparaba bien con el escudo.

Cada cual de los dichos se desvela
En deshacer contrarios embarazos:
Los ojos Baucunar como candela,
Dió con toda la fuerza de sus brazos
Al otro tal revés en la rodela,
Que el espada se hizo tres pedazos;
Inclinó las rodillas el Sedeño,
Porque el golpe que dió no fué pequeño.

Mas este no le pudo cortar nierво,
Con las fuerzas allí no ser estrechas;
Empero con temores el protervo
Aquellas armas viendo ya deshechas,
Atrás saltó lijero como ciervo,
Y al arco puso mano y á las flechas,
Y en la rodela dió, pero desvara
La flecha, y á Pretel clavó la cara.

Vereis á Pamacoa, que se emperra
Vertiendo por allí sangre cristiana,
Pues tiene tres tendidos por la tierra
De los terribles golpes de macana:
Y en la mayor presura de la guerra
Topóse con Alonso de Orellana,
Mancebo de valor y fuerza mucha,
Y enciéndese de dos terrible lucha.

Sus armas cada cual desembaraza,
El salto que se da parece vuelo,
Descarga Pamacoa con la maza,
El cuerpo le hurtó nuestro mozuelo;
El otro, que pensó matar la caza,
Rompió con el troncon el duro suelo,
Y á la sazon que el indio se endereza
El mozo le llevó media cabeza.

Todavía con gana de venganza
Acudió con un golpe ya mas tierno,
Y fuera de su vana confianza,
Por le negar la vista su gobierno:
Allí se concluyó su destemplanza,
Y luego fué camino del infierno,
Porque con los demás quedó tendido,
Y aquel que lo mató muy mal herido.

Los que con él vinieron por el puerto,
Vista de Pamacoa la tal muerte,
Huian con pesado desconcierto;
Mas dice Baucunar: «Volved al fuerte.
¿Cómo, porque veais un hombre muerto
Dejais de proseguir tan buena suerte?
Tened, tened, villanos sin vergüenza,
Que ya nuestra victoria se comienza.»

Revuelven por la parte que venian,
Cobrando lo perdido del cercado:
Con gran dificultad se sostenian
Los nuestros por el uno y otro lado;
Pero los dos caballos ya salian,
Y en ellos el Herrera y el Delgado
Rompen, haciendo del contrario bando
Calles de los que van alanceando.

Los nuestros ponen ya sus esperanzas
En estos caballeros esforzados,
Porque pudieras ver grandes matanzas,
Y aquí y allí gandules derribados:
Empléanse los hierros de las lanzas
En los indios que ven mas señalados;
Mas el Utuyaney, como gigante,
Al Herrera se puso por delante.

La macana crüel enarbolada
Descarga con un golpe tan pesado,
Que puesto que era fuerte la celada,
Algun tanto quedó desatinado;
Mas dióle por el hombro tal lanzada,
Que el hierro le salió por el costado;
Cayó, porque salieron de repente
El ánima y la sangre juntamente.

Rompia por lo mas embarazado
Donde la sangre ya hacia rio,
Y en estos intermedios el Delgado
No estaba descuidado ni baldío:
Pues á Guaimá tenia derribado,
Y á Paraguani puso patifrío;
En Amanatey piensa hacer lance,
Pero no le podia dar alcance.

Y es porque lo dotó naturaleza
Demás de gran vigor que poseia,
De tal y tan estraña lijereza,
Que su correr un vuelo parecia;
Y si le va delante, con presteza
A las espaldas luego lo tenia;
Y en ellas mismas, no con brazos mancos,
Le daba tres y cuatro golpes francos.

El Agustin Delgado no lo toca,
Ni puede por do huye perseguillo;
Mas una vez volvió con furia loca
A su salvo pensando de herillo:
Acertóle Delgado por la boca,
Y el hierro le pasó del colodrillo:
No le fué menester golpe segundo
Para lo sepultar en el profundo.

Cada cual español en otro tanto
Sus vengadoras manos ocupaba;
Sonaba ya victorioso canto
Por la parte que menos se pensaba:
La cual no se hacia sin espanto
De Baucunar, que bien los animaba;
Y aunque les daba voces por mil modos,
De los caballos van huyendo todos.

Bien como cuando hacen algazara
Las aves en el árbol ó floresta,
Que callan al ruïdo de la jara,
Ó truenos de arcabuz ó de ballesta;
Y cada cual aquí y allí dispara
De su manada dulce descompuesta,
Inquiriendo la parte mas segura
Por los aires, ó por el espesura;

Ansí de ver los dos conmemorados
Los que tentaron estos desafíos,
Quedaron de sus gritas olvidados,
Ajenos totalmente de sus brios;
Y ansí huian todos derramados
Por montes, por quebradas y por rios,
Porque pensaban ser un cuerpo entero
El del caballo y el del caballero.

Angostas se hacian las carreras
Por do huyen sin orden ni gobierno;
Y como les picaban tan de veras
Con hierro para ellos muy moderno,
Pensaban ser los dos algunas fieras,
Salidas del profundo del infierno,
Porque van de cubiertas reparados
Ellos, y los caballos bien armados.

Huyen edades mozas, huyen canas,
Perdidas de vivir las esperanzas,
Hollando van por arcos y macanas
Aquellos cuyas eran las venganzas:
Rojos están los campos y zavanas,
Teñidas las espadas y las lanzas;
Fué grande, por jamás ver otro tanto,
Para los naturales el espanto.

Tan grandes desatinos ocupaban
Los bárbaros y torpes corazones,
Que los robustos arcos desarmaban
En estas fugitivas confusiones;
Y con las cuerdas dellos se ahorcaban
De las mas bajas ramas y troncones,
No dándoles lugar el sobresalto
Para poder subir á lo mas alto.

Los nuestros, sin temores de desvíos,
Entablaban adentro mas el juego,
Hasta meter los indios en bubíos,
A muchos de los cuales ponen fuego,
Por no querer, dejados desvarios,
Rendirse ni de sí hacer entrego,
Antes los mas, á trueco de no darse,
Consentian en ellos abrasarse.

Dispuesta toda cosa necesaria
Dos naos gruesas y una carabela,
Para ir en demanda de su Paria,
Mandó que se hiciesen á la vela:
Surgieron en las islas de Canaria,
Adonde recogió gente novela;
Y en Tenerife fué principalmente
Donde se le llegó copia de gente.

Que podia pasar bancos de Flandes
Y quebrantar el mas soberbio lomo:
Es vivo destos hoy Pero Fernandez,
Que se dice de Porras ó Perdomo:
En aquella sazon de brios grandes,
Y en el tiempo presente de gran tomo,
Regidor de Tocaima la nombrada
En este nuevo reino de Granada.

De allí salió también Anton García,
A quien llamábamos Anton del Guante,
Brioso con alguna bizarría,
Pero para la guerra muy bastante;
Y con aquesta misma compañía
Gaspar de Santa Fe fué caminante,
Con muchos mas que la memoria pierde,
Pero yo los diré desque me acuerde.

Prosiguió pues Ortal esta derrota
De gentes y pertrechos aviado,
Llevando por piloto de la flota
Un Cristóbal Angulo del condado;
Hacia la carrera ser mas nota
Un portugués, piloto corcobado,
Pues sin haber andado la tal via
Certísimo salió cuanto decia.

Estando pues á vista del golfete
De Paria, para do se navegaba,
Un cierto temporal les acomete
Que viento de nordeste levantaba;
Despareció la nao de Alderete
Con doscientos soldados que llevaba,
La cual fué costa bajo navegando
El puerto de Cubagua demandando.

Surgieron los demás en la ribera
De Paria, que por todos se desea,
Do vieron al Alonso de Herrera,
A Villagrán, Morán, Pedro de Cea,
Joan Fuerte, Villagomez, Talavera,
Joan Gonzalez, Perálvarez, Perea,
Con otros, que serian hasta treinta,
Hombres de quien se hizo mucha cuenta.

Ortal luego salió con sus soldados
A consolar la baquiana gente,
Los unos de los otros deseados,
Se saludaron amigablemente:
Herrera con poderes ampliados
Nombrado fué por general tiniente;
Del nombramiento deste caballero
Muy corrido quedó Luis Lanchero.

Porque por su valor y valentía
Tenia deste cargo pretensiones,
Y ansí con el enojo que tenia
Dijo contra los dos feas razones:
Prendiéronlo por esta demasía,
No se quedando Castro sin prisiones,
A causa de que para tal demanda
Lanchero lo tenía de su banda.

Estando los dos presos en el agua
Con guardas que velaban noche y dia,
A Turpiar llegó cierta piragua
Con Rodrigo de Niebla, que venia
En ella de la isla de Cubagua,
Y cartas de Alderete que traia,
Diciéndole quedar en salvamento
Con los doscientos hombres que ya cuento

Fué del gobernador bien recebido
Este que con tan buena nueva vino,
Por ser amigo suyo conocido,
Y de Cubagua principal vecino:
Y al tiempo de volver á su partido
Ortal se fué con él aquel camino,
A recoger sus gentes belicosas
Y dar orden á otras muchas cosas.

Mas antes que debajo destos fines
Con Rodrigo de Niebla se partiera,
Entró por Uyapar y sus confines
El capitán Alonso de Herrera:
Con cinco principales bergantines
E una carabela muy lijera:
Doscientos hombres, armas y pertrechos,
Cinco caballos al viaje hechos.

Eran los de caballo, que do quiera
Pudieran dar de sí bastante prueba,
El general Alonso de Herrera,
De tesorero Joan de Villanueva,
Morán, Pedro de Cea, también era
Un Alvaro de Ordás de los que lleva,
Mancebo valeroso, diestro, fuerte,
Sobrino del que ya llevó la muerte.

La gente del armada despedida
Por el Ortal, con capitán amigo
Dejó la fortaleza proveida
Para ir con el Niebla donde digo;
Y con prision angosta y afligida
Los dos que ya nombré llevó consigo,
No confiándose de sus concetos
Por tenellos por mozos inquietos.

Y van en un navío juntos todos,
Corriendo por las aguas espumosas,
Y al doblar de las puntas y recodos,
Que por allí son algo peligrosas,
El Lanchero buscaba muchos modos
Cómo poder quitarse las esposas,
Díjome que debajo de desino
De hacer algun grande desatino.

Al Niebla le decia: «yo no puedo
Sufrir estas esposas que me matan,
Quítenmelas por un tan solo credo
Para ver de qué parte me maltratan;»
Luego Niebla trató con rostro ledo
Con el Ortal lo que los dos le tratan,
Jerónimo de Ortal cumplió su ruego
Para tornárselas á poner luego.

Quitóselas un mozo marinero,
Y estándolas mirando blandamente,
Arrebátoselas Luis Lanchero,
Echándolas al mar incontinente;
Rióse destas burlas el tercero,
El Ortal las tomó pesadamente,
Y ansi mandó que todos sus fieles
Se los maniatasen con cordeles.

Mas aunque les faltaban las espadas
En la proa do estaban, ya tenian
Muchas cuñas de tiros allegadas,
Y cosas con que bien se defendian:
Las razones que dicen son pesadas,
Bravísimos los fieros que hacian,
Demás desto la gente mas lozana
A ellos iba muy de mala gana.

Queriendo Niebla pues matar el fuego
Que se causaba destas turbaciones,
Procuró de ponellos en sosiego
Con cuerdas y católicas razones;
Porque llegados á Cubagua luego
Prometia de dallos en prisiones,
Fué de los presos voluntad espresa
Qué no se quebrantase la promesa.

Llegados á Cubagua, y entregados
A mas que miserable cautiverio,
Quebraron tantas fuerzas de candados,
Que parecia cosa de misterio;
Y fueron recogidos y amparados
En San Francisco, fuerte monasterio,
Do guardas los cercaban por momentos
Y les quitaban todos alimentos.

Noches y dias, lanzas y gorguces
Por horas los ponian en aprieto;
Mas por favor de ciertos andaluces,
Que los favorecian en secreto,
Hubieron á las manos arcabuces
Que hicieron el cerco mas quieto;
Pues de los que tenian este cargo
Algunos se hicieron á lo largo.

Muchas veces también salian fuera,
Cuando los alimentos les faltaban,
Para poder tomar en la ribera
De lo que los navios descargaban:
A todos asombraban de manera
Que por amor ó fuerza se lo daban;
Ofrecian también algunas prendas,
Por no tomar de balde las haciendas.

No fueron en el cerco tan continos
Los soldados con lanzas y venablos,
Aunque los dos hacian desatinos,
Que para los decir faltan vocablos;
Tanto, que ya quisieran los vecinos
Que se fueran con todos los diablos,
Con ser allí los hombres detenidos
Para la defension destos partidos.

Trataron pues los frailes, de concierto
Con otros hombres nobles de linaje,
Cuyo favor también fué descubierto,
En aviallos para su viaje;
Al fin ellos salieron deste puerto
Vestidos y con buen matalotaje,
Y corrieron después larga carrera,
Aprobando muy bien adonde quiera.

Estos bullicios vanos acabados,
De que dimos razon algo sumaria,
Ortal recogió todos sus soldados
Para con ellos revolver á Paria;
Dejó tres bergantines concertados
Para llevar comida necesaria,
E ir con ellos en la primavera
En busca del Alonso de Herrera.

Embarcó pues sus gentes Alderete,
Las suyas Alonso Alvarez Guerrero,
Va por trabadas jarcias el grumete,
Alista lo demás el marinero:
Desfiérese la vela del trinquete,
Cada cual oficial anda lijero;
Al fin llegó con esta compañía
Jerónimo de Ortal donde queria.

Puestos en Turpiar incontinente
Hizo desamparar la fortaleza,
A la Trinidad fué toda la gente
Por haber de comida mas grandeza:
Maruaná los recibe blandamente
Y los demás no muestran aspereza,
Porque de los rencuentros atrasados
Estaban estos indios quebrantados.

Allí toda la gente que traia
Era medianamente proveida,
Porque por su rescate cada dia
Acudian los indios con comida:
Ortal ningun agravio les hacia,
Y en la paga su boca fué medida,
Entreteniéndose por sus confines
Hasta venir aquellos bergantines.

Anduvo por allí con pia mano
Sin consentir hacerse desatino,
Esperando las flores del verano
Para ponerse todos en camino;
Pero su pensamiento salló vano
Por el mal que á los otros les avino,
En batalla feroz, crüel, sangrienta,
De que daré después prolija cuenta.

CANTO SEGUNDO,

En que se cuenta el trabajoso viaje que llevó el capitán Alonso de Herrera, y cosas en él acontecidas.

Todas las mas personas que perdidas
Vimos salir de las jornadas hechas,
Suelen generalmente ser heridas
Con estímulos grandes de sospechas
De que dejaron tierras ascondidas
Por no saber llevar vias derechas;
Y si tomaran tal ó tal camino
Llevara su derrota mejor tino.

Tal sospecha tenian arraigada
Todos los capitanes y soldados
Que con Ordás salieron del entrada;
Y ansí volvieron muy determinados
De seguir mas de veras la jornada
Y costear mejor entrambos lados,
Y por mejor subir por los esteros
Llevaban los navíos mas lijeros.

Yendo pues segun orden concertado
Por caudaloso rio y estendido,
Llegaron á Carora ya nombrado,
Pueblo de muchos dellos conocido:
Allí fué nuestro campo reparado
Y por algunos dias detenido,
Hicieron oficiales con su plancha
Una barca de Córdoba bien ancha.

A veces la llevaban remolcando
Cuando las velas della no servian,
Y en ella los caballos cada y cuando
Que las necesidades lo pedian:
Sin que se fatigase nuestro bando,
Muy á placer entraban y salian,
Industria del Alonso de Herrera,
Admirable varon adonde quiera.

En tanto que la barca se hacia
No faltaban rancheos y salidas,
Y en ellos los de nuestra compañía
Hubieron entre piezas recogidas
Un indio que Chuipa se decia,
De proporcion y fuerzas escogidas,
Al cual indio pintó naturaleza
De gran disposicion y gentileza.

Hombre, segun se vió, de gran pericia
En regir escuadrones de su guerra,
Y este certificaba sin malicia
Estar cerca de allí próspera tierra;
Y siempre señaló la tal noticia
A las otras vertientes de la sierra,
Otros algunos indios deste puerto
Afirmaban lo mismo por muy cierto.

Y una cariba india, Catalina
De Perálvarez, moza diligente,
Mujer de gran razon é ya ladina,
Conformaba con estos juntamente;
Por lo cual el Herrera determina
De enviar al Ordás con cierta gente,
El cual luego partió con buen avio
A la siniestra mano deste rio.

Fueron nuestros soldados peregrinos
Por el paraje dicho, por las guias
Hallaron muchas sendas y caminos
Que se decia ser de pesquerías;
Y sin poder hallar indios vecinos
Anduvieron al pié de veinte dias
Por tan espesas y ásperas montañas,
Que no bastaban ya fuerzas ni mañas

Todos ellos de hambre perecian
Vencidos y rendidos á flaqueza,
Los caballos tampoco no podian
Romper por las alturas y aspereza;
Y cuanto mas arriba los subian
Hallaban cumbre de mayor grandeza;
Cesaban ya las hachas y azadones
Por la debilidad de los peones.

Viendo que no podian ya valerse
Y el gran trabajo que se padecia,
Determinaron todos de volverse
Donde queda la otra compañía:
Que tampoco podia mantenerse,
Antes necesidad los compelia
A proseguir arriba su viaje
Para buscar algun matalotaje.

En continuacion desta corrida
Descubrieron algunas poblaciones,
Do hallaron un poco de comida
Aunque no sin guerreros tropezones.
Determinó hacer otra salida
El Herrera con copia de varones,
Pensando que se diera mejor maña
Para romper tan áspera montaña.

Perseveró con grande sufrimiento
Tres ó cuatro semanas de jornada,
Mas no pudo salir con el intento
Por estar ya la gente fatigada;
Volvióse no sin gran desabrimiento,
Y junto con la gente del armada
A boga y remo sus navíos saca
Hasta cerca del rio Caranaca.

Vieron disposicion de poblaciones
Desde los barcos acia manderecha,
Saltaron luego copia de peones
Por senda que se vió no ser estrecha:
Toparon luego grandes escuadrones,
Infinita macana, dardo, flecha,
De manatí fortísimos paveses
Do hacen poca mella los reveses.

El gran Herrera su caballo lleva,
Y de los suyos iban arreados
Morán y tesorero Villanueva,
Con armas de algodon encubertados;
Y para dar de sí bastante prueba
Los peones también iban armados,
Los cuales viendo gentes tan dispuestas
Las armas y las manos hacen prestas.

Suena la vocería y el estruendo
De los itotos bárbaros, lozanos,
Los labios con coraje remordiendo
Vienen al escuadron de los cristianos,
Y el indio capitán iba diciendo:
«Vivos me los tomad todos á manos,
Que los quiero tener en mis riberas
Para que me cultiven sementeras.

» Be mujeril temor limpiad los senos
Para poder tomar justas venganzas,
De los que ya sabeis que no son buenos,
Pues vienen á comer nuestras labranzas,
Sin su sudor gozando los ajenos
Con otras desmedidas destemplanzas.»
Retráese la gente castellana
Para sacallos mas á la zavana.

Después que los tuvieron á contento
El capitán Alonso de Herrera
Hizo cierta señal de rompimiento
Atropellando bien esta carrera:
Entró con furia de leon hambriento
Y con aquel valor de quien él era,
Villanueva y Morán siguen sus huellos
Y todos los demás fueron tras ellos.

Infinidad de sangre va vertiendo
Gandules señalados derribando,
A una y otra mano revolviendo,
Peones y caballos animando:
Penachos y plumajes abatiendo,
Pechos, cuellos, ijares traspasando:
Increible parece la matanza
Que este gigante hizo con su lanza.

Bien ansí como cuando los furores
Del aquilon, con alas estendidas,
Van robando las hojas y las flores
Que estaban de sus árboles asidas;
Y quedan ya perdidos sus olores,
Por cultivados campos esparcidas,
O ya por los caminos y calzadas
En partes diferentes arrolladas;

No menos que con tales movimientos
Las fuerzas del Herrera se mostraban,
Derribando guerreros ornamentos
De los indios que mas se señalaban:
Aquí vereis caidos y sangrientos,
Allí montones muertos se hollaban,
Acullá se rehacen los itotos
Con grandes alaridos y alborotos.

Morán y el tesorero Villanueva
No daban menos muestra de valores;
Pues cada cual su fuerte lanza ceba
Donde vian los riesgos ser mayores:
El escuadron de pié también se prueba
En hechos y hazañas no menores,
Por ser todos varones escogidos
Y en militares artes instruidos.

Miguel Holguin y Joan de Avellaneda,
Por aquellos lugares de su suerte,
Hacian bien abierta la vereda
Entregando contrarios á la muerte;
Pues el escuadra Sanchez de Cepeda
Junto con los valores de Joan Fuerte
Hicieron aquel dia maravillas
Tantas, que no podria yo decillas.

Durando pues el bárbaro guerrero
Juntos á una misma coyuntura,
Acudieron con un encuentro fiero
Para dar fin á la batalla dura;
El caballo murió del tesorero,
Que se tuvo por harta desventura,
Muy mal herido Sanchez y Roberto,
Y Joan de Avellaneda casi muerto.

Encendida la furia que no para,
Sin desmayar jamás la gente fiera,
Al general hirieron en la cara
Por llevar levantada la visera;
Y la herida fué con una vara
Tostada, de durísima madera,
Quitósela, y estando mal herido
Fué de mayor furor mas encendido.

El brioso caballo revolviendo
Que con sus voluntades respondia,
Por do quiera que pasa va haciendo
Lo que su gran enojo pretendia:
De su furor los indios van perdiendo
Y por los nuestros nada se perdia,
Calor y sed á todos enemiga
Les causaba grandísima fatiga.

Apriesa por vencer tan duro trance
Andan entre desnudos los de faldas;
Pero juzgando ser mejor balance
Los desnudos volvieron las espaldas:
Los vestidos siguieron el alcance
No por oro ni piedras esmeraldas,
Sino para gozar de su comida
Y ver dó la tenian recogida.

De la cual fueron todos proveidos,
Y por entonces fué mediana suerte;
Curaron luego todos los heridos,
De los cuales ninguno fué de muerte:
Fueron algunos dias detenidos
En esta parte con reguardo fuerte,
Hasta que la herida compañía
Se sintió con alguna mejoría.

Obra de quince dias ya pasados,
Con alguna comida que se saca,
Fueron pasando muchos despoblados
Por encima del rio Caranaca:
Donde Diego de Ordás y sus soldados
No quisieron creer al arúaca;
Andaba ya la gente muy caida
Por faltalles á todos la comida.

Satisfacian este desconsuelo
Con hallar mucho bledo colorado,
Con una cierta red ó chinchorruelo
Se tomaba también algun pescado:
Sacaron una vez con un anzuelo
Un peje de los otros estremado,
Que parecia ser congrio perfeto,
Pero miraculoso su secreto.

Porque traido hasta la ribera,
Teniéndolo Miguel Holguin asido,
Comenzó de temblar en gran manera
Quedando casi fuera de sentido;
Ayudáronle muchos, y cualquiera
Deste mismo temblor fué poseido,
Y nadie se halló que no temblase,
Aunque con una lanza le tocase.

Para satisfacer necesidades
Al fin lo degolló hambrienta mano,
Hállanse destos pejes cantidades
En los rios que corren por lo llano:
Tiene las sobredichas propriedades,
Es bueno de comer y no mal sano,
Y este peje se dice *quantum credo*,
En griego *narce*, y en latin *torpedo*.

Navegó pues el campo peregrino
Inquiriendo mas prósperos asientos,
Y cuanto mas crecia su camino
Tanto mas descrecian alimentos;
Pero con un suceso repentino
Se templaron aquestos descontentos,
Y fué ver en un puerto y anconada
Gran flota de caribes reparada.

Bajaban por el rio de los altos,
Habiendo hecho ya por las comarcas
Provincias y lugares grandes saltos,
Hinchendo los ijares y las arcas;
Y muy ajenos destos sobresaltos
Estaban allí fuera de las barcas,
Ocupados las manos y los ojos
En repartir presas y despojos.

Un solo bergantin vido la junta,
Cuando la luz de Febo se ponia,
Y fué yendo doblando cierta punta
Que las dichas piraguas encubria:
El cual sin mas respuesta ni pregunta
Se dejó de caer por do venia,
Los remos levantados y tendidos
Como no fueron vistos ni sentidos.

Viéndolos revolver de la manera,
Sin boga y al amor de la corriente,
Fué cosa conocida del Herrera
Haber detrás de aquella punta gente:
Tomó desotra parte la ribera,
Y los demás navíos juntamente;
Consultan capitanes este hecho
Para los saltear mas á provecho.

Al fin nuestra cristiana compañía
En este parecer solo se cierra,
De les acometer cerca del dia
Por la parte del agua y de la tierra;
Porque desta manera se haria
Sin riesgo y á sabor aquesta guerra,
Y para los curar y regalallos,
Desembarcaron luego los caballos.

Fué luego Luis Perdomo Cebadilla,
Para tales negocios suficiente,
Escogido peon por maravilla,
Con otros por espía desta gente:
Vieron los rancheados á la orilla,
Sin recelos de tal inconviniente,
Y vieron á la una y otra mano
Para correr caballos un buen llano.

Tornaron á hacer estos conciertos,
Que los de tierra todos estuviesen
En unas arboledas encubiertos,
Hasta tanto que los del agua diesen
En las barcas varadas en los puertos,
Y luego todos juntos acudiesen,
Lo cual hicieron los de nuestro bando,
Sin discrepar un punto deste mando.

Llegada pues la hora concertada,
El general los hizo todos prestos,
Él iba con los barcos del armada,
Los de tierra se fueron á sus puestos,
Con intencion de dar el alborada
En indios tan crueles y molestos;
Dobló la punta nuestra compañía,
Llegada ya la claridad del dia.

Como los vió venir la gente fiera,
Admirados de ver cosa tan rara,
Acudieron los mas á la ribera
Lijeros y veloces como jara;
Luego dió grandes voces el Herrera,
Los caribes en él ponen la cara,
Asidos de las barcas ó piraguas
Intentando metellas en las aguas.

«¡Ah barbudos! Seiais muy bien llegados,
Les decia la gente monstruosa,
Dias ha que tenemos deseados
Encuentros desta caza deleitosa:
Sereis en nuestras ollas regalados,
Veremos si teneis carne sabrosa;
Ya vamos, suspended remos un poco,
Enmendaremos el intento loco.

Mas los del agua ya tenian prestas,
Para les impedir salir al rio,
Algunas escopetas y ballestas,
Cuyos tiros no daban en vacío;
Y ansí por ser las balas tan molestas,
Hicieron algun tanto de desvío;
Andando pues trabada ya la guerra,
Llegaron por su parte los de tierra.

Luego como sintieron el ruído
De nuestros caballeros y peones,
Los bárbaros en guerras instruídos
Formaron concertados escuadrones;
Y en unas matas bien fortalecidos,
Peleaban no menos que leones:
Los nuestros por hacelles muy al caso
Trabajaban sacallos á lo raso.

El general salió con sus soldados,
Entrando por las matas atrevidos,
Algunos dellos fueron lastimados,
Villagomez y Aller muy mal heridos:
Tornaron á herir por todos lados
Los nuestros con gran furia conmovidos,
Y el general Alonso de Herrera
Comenzó de hacer ancha carrera.

Acuden los demás con fuerte mano,
Y fué de tal manera la pelea,
Que pudieron sacallos á lo llano,
En parte que el caballo los desea:
El Álvaro de Ordás salió lozano,
A las parejas dél Pedro de Cea,
Morán y Villagrán incontinente,
Rompiendo por el medio desta gente.

Vereis traspasar pechos y barrigas,
Derribar arco, flecha, dardo, maza;
No siega con sudor tantas espigas
El corvo labrador en ancha haza,
Cuantos de aquestas gentes enemigas,
Caian por aquella larga plaza,
Pues los peones iban con tal brio
Que no dieron jamás golpe baldío.

Miguel Holguin, Perálvarez, Joan Fuerte
Y aquel Luis Perdomo Cebadilla,
Cada cual de los dichos hizo suerte,
Que se puede contar por maravilla;
Pues Joan Avellaneda cuanta muerte
Lo hizo vencedor en la rencilla,
Y aunque de poca edad, Pero Fernandez
Se hizo ser autor de hechos grandes.

¿Qué se podrá decir del arma fiera
Del que regia todos los soldados,
Siendo ya mas herrero que Herrera,
Segun sus golpes fieros y pesados?
Él es el que llevó la delantera
Derribando los mas aventajados,
Y por su parte fué cosa notoria
Que cantaron los nuestros la victoria.

Por ser de humana sangre tan sedientos
Y no quererse dar ni ser rendidos,
Quedaron muertos mas de cuatrocientos,
Y algunos, aunque pocos, ascondidos:
Recorrieron los nuestros los asientos,
Do vieron en prisiones detenidos,
Indios diciendo por vocablos notos:
Nosotros no caribes, sino itotos.

Decianlo porque no los matasen,
Mas antes compasion dellos hubiesen;
El general mandó que los soltasen
Y ningunos agravios les hiciesen;
Antes les diesen lo que demandasen
De las cosas que suyas conociesen,
Asegurándolos de mala guerra,
Y de llevallos salvos á su tierra.

Holgaron los itotos del mensaje
Y oferta de tan buen salvoconduto,
Y luego señalaron el paraje
Declarándoles ser de Caburuto:
Fueron los indios pues este viaje,
Tentado, pero nunca resoluto,
Y en la prosecucion de la tal via
Decia cada cual lo que sabia.

Recogieron los nuestros los despojos,
Maiz, yucas y chacos deseados,
Todos muy encendidos en enojos
Por hallar muchos indios cuarteados;
Y no por nuevas ya, sino por ojos
Los ven en barbacoas ser asados;
Admíranse de tales insolencias
Y tan abominables pestilencias.

De los nuestros perdieron tres las vidas:
Villagomez, Aller, de quien escribo,
Y Zárate, personas conocidas
Y de valor y punto bien altivo:
El Joan Fuerte sacó trece heridas,
El cual en estos tiempos está vivo,
Y pobre como dicen tras paredes,
Siendo persona digna de mercedes.

Huyendo corrupcion de tantos muertos,
Determinó la gente castellana
De sacar los navíos destos puertos,
Y partir otro dia de mañana;
Y aquellos indios los hicieron ciertos
Quedar atrás la tierra de Guayana,
Y de morar mas adelante Meta,
Provincia de algodon y camiseta.

Algunos hombres viejos han querido
Decir ser este Meta que tratamos,
Rio de Turnequé muy conocido
Que sale deste reino donde estamos
Mas es un parecer desvanecido
Para los que mejor lo tanteamos,
Ni debe de caber en seso de hombre
Ser este, ni tener aqueste nombre.

Debió nacer aquesta conjetura,
Entre los curiosos baquianos,
Por ser aquesta la mayor altura
Del reino que tenemos entre manos,
Y la mayor distancia de longura
De los rios que vierten á los llanos,
Pues desde aquí van unos al poniente,
Y otros acia la parte del oriente.

Siendo pues la distancia tan discreta,
Y con tan prolijísimos desvíos,
Y en tan grande distancia se entremeta
Innumerable cantidad de rios,
Y todos sus vecinos llamen Meta,
A aquel por donde entraron los navíos,
Parece por razon averiguada,
No ser el nuevo reino de Granada.

Antes entre los dos rios distantes,
Que son el Marañon y el Urinoco,
Piensan haber provincias abundantes
Y el parecer no tengo yo por loco:
Mayormente las dos ya dichas antes,
Cuyo compás no debe de ser poco,
De la cual opinion son los itotos,
Los mas cercanos y los mas remotos.

Y ansí nuestro Herrera, resoluto
En proseguir aquel descubrimiento,
Llevó los indios hasta Caburuto
Por dar á su promesa cumplimiento:
Enviaron un indio bien instruto
Que diese cuenta de su salvamento
A sus amigos, deudos y parientes
Para que visitasen nuestras gentes.

En cumplimiento fué de sus mandados,
Y en busca de los pueblos conocidos;
Hallólos destruidos y asolados
Por aquellos caribes ya punidos:
Buscó los unos y los otros lados,
Hasta dar donde estaban ascondidos;
Dió larga cuenta de su buena suerte,
Y cómo los libraron de la muerte.

Sabiendo ser sus deudos y vecinos
Libres de la prision y perdimiento,
Y muertos los protervos y malinos
Caribes del ejército sangriento,
Acudieron á ver los peregrinos
Y traelles algun mantenimiento,
Diéronles cierta guia de buen tino,
Para prosecucion de su camino.

Llegaron á las peñas y canales,
A quien Ordás juzgó por imposibles,
Por ser impetuosísimos raudales,
Y fuerzas de corrientes increibles;
Y con ser increibles ya sus males,
Las hambres y trabajos insufribles;
Tentaron de pasar mas adelante,
Y la perseverancia fué bastante.

Toda la cargazon pusieron fuera
Escepto los remeros esforzados,
Para poder pasar á la lijera,
De remos y de sirgas ayudados:
Fué laboriosísima carrera,
Pero no los trabajos escusados,
Pues aunque sin un punto de descanso,
Subieron do hallaron mas remanso.

La cual suerte no fué tan venturosa
Que fuese sin desgracia de Roberto,
Por caer de una peña resbalosa,
Donde saltó pensando tomar puerto;
Y por el agua ser impetüosa,
Nunca mas pareció vivo ni muerto;
Dió grave pena hado tan siniestro,
Por ser valiente, suelto y hombre diestro.

Embarcados en partes mas seguras,
Prosiguen los intentos de su vía,
Con tantas y tan grandes desventuras
Que ya memoria dellas se desvía:
Murciélagos y cosas mas impuras
Por muy grande regalo se tenian,
Por haber en el uno y otro lado
Inmenso campo, pero despoblado.

Yendo de la manera que refiero,
Habiendo muchos dias navegado,
Dieron en la gran boca del estero
De Meta sumamente deseado:
Alegróse cualquiera compañero,
Pensando ser concluso su cuidado,
Pues aunque de poblado no ven cosa,
La tierra se mostraba mas lustrosa.

Navegados por él algunos dias,
Con hambres y trabajos tan insines,
Determinaron estas compañías
Algun tiempo dejar los bergantines,
Para buscar algunas chucherías,
Y mas enjutos términos y fines,
A causa del invierno ser cercano,
Y venir ya con rigurosa mano.

En este parecer determinados,
Dejaron los navíos ascondidos,
En un estero todos entramados,
Y á troncones de árboles asidos:
Saltaron pues en tierra los soldados,
Y todos los demás apercebidos,
Mancos y cojos van la tierra dentro,
Deseando topar algun rencuentro.

Con un trabajo iban, no sencillo,
Por ciénagas y pántanos muy varios,
Y llevaban acuestas el hatillo,
Los tiros y pertrechos necesarios:
Con tal rigor que yo no sé decillo,
Por cumplir tales trances ser sumarios,
Al fin salió la gente fatigada
A tierra ya mas alta y escombrada.

En saliendo de aquellos cenagales
Y montañas de gran desabrimiento,
Hallaron luego rastros y señales,
Que dieron crecidísimo contento,
Porque donde hallaban naturales,
No podia faltar mantenimiento;
Y ansí Herrera capitán esperto
Hizo que se pusiesen en concierto.

Pero Fernandez, por su gran soltura
Y ser en cualquier cosa diligente,
En un árbol subió de gran altura
Por devisar mejor aquella frente:
Vido señal patente de cultura,
Puesto caso que no pudo ver gente,
Sino por grande trecho de desvíos,
Bultos que parecian ser bohíos.

Los términos ya dichos entendidos,
Puesto que nada cierto de lo cierto,
De necesarias armas proveidos
Caminaron por orden y concierto;
Mas no pudieron ir sin ser sentidos,
A causa de ser campo descubierto,
Y ser los indios jaguas carniceros,
Todos vigilantísimos guerreros.

Los cuales en aquestos menesteres,
De toda cobardía muy ajenos,
Enviaron al monte las mujeres,
Al inútil varon ni mas ni menos;
Y fueron sus guerreros pareceres
Esperar en el campo como buenos,
Con largas guaicas, dardos y paveses,
Sin temer de fortuna los reveses.

Salen al campo con potente mano
Formados escuadrones como diestros,
Compusieron el campo castellano
También los adalides y maestros;
Esperaron los jaguas en un llano
Muy á pedir de boca de los nuestros;
Por ir en los caballos quien bastaba
Vencer y sujetar fuerza mas brava.

Llegados pues á cómoda carrera
Cada cual deseando vencimiento,
Hizo señal Alonso de Herrera
Y los jaguas también de rompimiento
El indio se mostró con mano fiera,
El español feroz anda sangriento;
Unas veces los indios jaguas caen,
Y otras veces los nuestros se retraen.

Anda la cuchillada bien espesa,
El golpe de macana muy pesado,
Las puntas de las guaicas atraviesa
El sayo de algodon mas estofado;
Pero Herrera daba grande priesa
Al escuadron que vía mas cerrado:
Unos traspasa y otros atropella,
Haciendo donde quiera grande mella.

Como bala de tiro de fuslera
De furiosos fuegos impelida,
Que rompe con su fuerza la hilera
De la gente mejor y mas lucida,
La cual fué por allí red barredera,
Pues á cuantos tocó dejó sin vida,
Y no fué menester segunda suerte
Para ser herederos de la muerte;

Ansí con esta misma destemplanza
Rompió Herrera por los escuadrones,
Dejando traspasados de su lanza
Mil bárbaros y duros corazones.
Aumentan ansimismo la matanza
Ordás y Villagrán con los peones,
Bracamonte, Holguin, Joan de Losada,
Y Torrellas, persona señalada.

De grande mortandad los campos llenos,
Infinidad de sangre ya vertida,
Pudieron mas al fin los que eran menos
Poniendo á los contrarios en huida:
Buscaron por aquellos anchos senos,
Y hallaron buen golpe de comida,
Con que la gente nuestra se mantuvo;
Y después os diré lo que mas hubo.

CANTO TERCERO,

donde se cuenta la muerte del valeroso capitán ALONSO DE HERRERA, y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante.

Cuando valor de capitán florece,
Florecen los valores del soldado,
Si tropieza, si cae, si perece,
El ejército queda desmayado,
Y el ánimo de muchos desfallece
Para no proseguir lo comenzado;
Que miembros á contrarios miembros hieren,
Mas muerta la cabeza todos mueren.

Lo mismo fué de los que voy diciendo,
Aunque todos fortísimos varones;
Pues al tiempo que iban descubriendo
Mayores y mejores poblaciones,
Por los achaques que decir entiendo
Se perdieron aquellas ocasiones,
Y por dejar de mano coyuntura
Acaso se perdió buena ventura.

Llegaron pues al pueblo que se vido,
De la gente de jaguas ya vencida,
Do estuvo nuestro campo detenido
El tiempo que duraba la comida;
Mas el mantenimiento concluido
Hicieron del asiento despedida,
Y nuestros españoles peregrinos
Siguieron mas adentro los caminos.

El invierno sembraba sus rigores
Ajenos de la seca del estío,
E yendo no sin grandes sinsabores
Vinieron á topar un cierto rio;
El cual pasaron doce nadadores
Con sola desnudez por atavío,
En pañetes que dicen y con suelas
Con solas las espadas y rodelas.

Aquestos eran hombres de gran tomo
Para bien espiar cualquiera cosa,
Sacar un rastro y abatir el lomo:
Y destos fué Madroño y Espinosa,
Garci Perez de Vargas, Luis Perdomo,
Usagre, Gaspar Alvarez, Velosa,
Pero Fernandez, Joan de Campo, Peña,
Torrellas y Francisco de Ludeña.

En pasando los doce desta lista,
Cada cual recatado y advertido,
Sin cosa de cubierta que los vista,
Fueron por un camino muy seguido;
Y á cabo de gran rato dieron vista,
A cierto pueblo grande, divertido:
Volviéronse, segun les fué mandado,
Y de lo visto dieron su recado.

Dadas las nuevas deste hallamiento
Y con afirmacion de no ser falsas,
Recebieron grandísimo contento,
Y luego se hicieron muchas balsas:
Pasó cualquiera dellos tan hambriento
Que pudiera comer sin otras salsas,
Y en pasar el bagaj que se traia
Gastaron la mayor parte del dia.

Las gentes y pertrechos colocados
Por playas que corrian otra banda
Hicieron allí noche los soldados,
La cual no fué de pluvias poco blanda;
Y los noturnos cursos acabados,
Siguieron con buen orden su demanda,
Armados los caballos y peones
Y en buena proporcion los escuadrones.

Mas antes que partiesen de la orilla,
Del mucho trabajar ya quebrantado,
Falleció Manüel Martin Ranilla,
Que fué valerosísimo soldado;
Escogido peon por maravilla,
Y en cualquiera rencuentro señalado,
Y dada la posible sepultura
Siguieron adelante su ventura.

Mas aunque caminaban advertidos,
No se pudo llevar tanto sosiego
Que pudiesen llegar sin ser sentidos
De los vecinos, que huyeron luego;
Y ansí fueron los nuestros recebidos
Sin nadie perturballes el entrego,
Hallaron las comidas que les cuadran
Y unos perrillos chicos que no ladran.

Son buenos de comer y dichos mayos,
A los cuales también llaman auries,
Hallaron cantidad de guacamayos,
Papagayos y micos y coríes;
Y frutas de guayabas y papayas,
Con no sé cuántos pájaros pajíes,
Que en tiempo y en sazon mas regalada
Se tiene por comida delicada.

Son grandes, y uno dellos tiene cresta
De plumas solamente bien formada,
Otros en la cabeza tienen puesta
Una bien hecha piedra turquesada:
Otros la tienen verde, y es aquesta
Tal, que la juzgareis por bien preciada;
Mas cosa hueca es, y tal que pierde
El muerto su color azul ó verde.

Puestos en este pueblo que ya cuento
Con la vela que pide buen gobierno,
Recogieron algun mantenimiento,
Aunque poco maíz por estar tierno:
Perseveraron en aquel asiento
Hasta pasar la furia del invierno;
Era cada buhío prepotente,
Y capaz de gran número de gente.

Salian por los campos cultivados
A buscar los maices y cogellos,
Do tuvieron rencuentros porfiados
Y salieron muy bien de todos ellos:
Hicieron allí hechos señalados
Que no tengo lugar para ponellos;
Y sé que señaló bien su persona
Alejandro Durazo y un Bayona.

Viendo los indios pues su mal presente,
Apellidáronse de comarcanos
Crecidísimo número de gente
De sueltos piés, fortísimos de manos,
Y buscaron un tiempo conviniente
Para venir á dar en los cristianos,
Con determinacion y con intento
De morir ó gozar de vencimiento.

Por bien efetuar sus intenciones
De diferentes armas proveidos,
Ocuparon los campos escuadrones,
Sin vanos alborotos ni ruïdos;
Mas todos con soberbios corazones
De rabiosa venganza poseidos,
Y con obstinacion tal y tan dura
Que no causó pequeña desventura.

Iba cualquiera dellos muy untado
Todo hasta la parte mas sujeta,
De bija, que es bitumen colorado
Que los miembros y carnes les aprieta,
Tan diestro sagitario y acertado
Que no suelta de balde la saeta,
Por siempre ser en todos los oficios
Estos sus principales ejercicios.

Cualquiera morador de aquesta tierra
De tales asperezas se compuso,
Que de paz y sosiego se destierra
Y en furia y en rigor está recluso;
Ansí que todos son hombres de guerra
Desde que de razon tuvïeron uso,
El principal, menor y mas villano
Nacieron con las armas en la mano.

Y aunque en otros oficios se recrea
Como cultivar campos y florestas,
Oficio principal es la pelea,
Sus bodas, regocijos y sus fiestas;
Tomándole la voz do quier que sea
Los arcos y las flechas están prestas,
Ansí que todos llevan buena gana
De verse con la gente castellana.

Andaban de los nuestros muchos fuera
Del pueblo y en rancheos ocupados;
Y el capitán Alonso de Herrera
En él quedó con los demás soldados,
Con el recato que menester era
Si fuesen de los indios salteados,
De noche siempre vigilante vela,
Y ansimismo de dia centinela.

Y sin haber semeja ni barrunto
De quien pudiese ser sobresaltado,
Sus armas y caballo muy á punto,
El freno del arzon siempre colgado
Dentro de su buhío, y allí junto
Para tenello mas á buen recado,
Y á todos en aquesta pesadumbre
Les hacia tener esta costumbre.

Estaba pues á toda coyuntura
Para hacer bastante resistencia,
Mas no siempre vereis hora segura
En trances de sangrienta competencia.
Antes si prevalece desventura
Vale poco la buena diligencia;
Y lo que hado quiere que ya sea,
Por mil vias y modos se rodea.

A la sazon que el bárbaro llegaba
Con pretension tan dura como esta,
La gente castellana reposaba
El pesado bochorno de la siesta,
Debajo centinela que velaba
En un alto buhío siempre puesta,
Mirando todas partes del estancia
Con toda la posible vigilancia.

Mas cierta mujer fué, que no debiera,
En esta turbacion, cuyo marido
Con todos los demas andaba fuera
En recoger comida divertido;
La cual no fué mujer sino Mejera,
Segun el mal después acontecido:
A la vela llegó pues esta dueña
A fin de le rogar fuese por leña.

Esto con gran instancia le rogaba
Por guisar no sé qué de lo que habia,
Para dar al marido que esperaba
Con los demás de nuestra compañía:
La vela grandemente se escusaba,
Y ella lo convenció por esta via:
Traedme con que haga la candela,
Y entre tanto que vais haré yo vela.

Persüadido pues para que vaya,
Como quien mal alguno no recela,
El sayo se bajó, subió la saya
Al lugar señalado para vela:
Comenzó de hacer el atalaya,
Y al fin fué de mujer la centinela,
Pues el espacio fué nada prolijo,
O si los indios vido no lo dijo.

Vinieron por la parte que tenia
Una quebrada grande montüosa,
Que al pueblo con sus aguas proveia,
Y en esta coyuntura fué dañosa;
Pues su fuerza de ramas encubria
La multitud de gente belicosa,
Y como su lugar dispuesto fuese,
Llegaron sin que nadie los sintiese.

Saliendo de las matas y manglares
Topó con un muchacho la tormenta
De la morisca Leonor Suarez
A quien llamábamos la Fundimenta:
Hijo que procedió de sus ijares,
Del cual ninguno dellos hizo cuenta,
Antes sin enseñalle mal semblante
El ímpetu pasó mas adelante.

Como lago de llano muy remoto,
Antes en alta sierra represado,
Que con gran tempestad y terremoto
Rompió lo mas pendiente del un lado,
Y el aguaje llevó tal alboroto
Que trocó los descuidos en cuidado,
Y con aquel grandísimo ruïdo
Cercano morador se vió perdido;

Con tal ímpetu son acometidos
Los españoles pocos que dormian:
Despiertan los despiertos y dormidos,
Y acuden á las armas que tenian;
Algunos dellos fueron mal heridos
Al salir de las casas do vivian,
Uno sale con armas, otro falto,
Y todos con pesado sobresalto.

Acude luego para su caballo
El capitán Alonso de Herrera;
Mas ¡ay dolor! que no pudo hallallo
En su bien proveida pesebrera;
Porque sin él decillo ni mandallo
Se lo llevaron para que bebiera,
Luego con el orgullo de su brio
Salió para pedillo del buhío.

Yendo pues el varon vía derecha
En cuerpo, y en la mano una espada,
Pasóle las espaldas una flecha,
Otra le segundó por la quijada:
Volvióse luego con mortal sospecha
Para se las quitar en la posada,
Luego muchos soldados acudieron,
Y el caballo que pide le trajeron.

En este tiempo ya Pedro de Cea,
Morán y Ordás andaban á caballo,
Y el daño que hicieron se me crea
Que no seré capaz para contallo;
Mas el bárbaro vence la pelea,
Y no son parte para sojuzgallo,
Aunque les ayudaban los peones
No menos que bravísimos leones.

A caballo salió luego Herrera
Con determinacion de su venganza.
El herido leon salió ya fuera:
¿Quién os dirá la fuerza de su lanza,
Y cuán ancha hacia la carrera,
Cuán grande, cuán crecida la matanza?
Con tal furor los bárbaros rompia,
Que todo por delante lo barria.

Como toro que rompe por villanos
En multitud ajena de conciertos,
Que por los que se muestran mas ufanos
Suele hacer caminos mas abiertos:
Unos atropellando con las manos,
Otros que con los cuernos deja muertos,
Y los ya lastimados y los sueltos
Todos andan confusos y revueltos:

No menos que con estas furias tales,
Antes con mas crüeles pretensiones,
Rompia por los indios principales
Desbaratando duros escuadrones:
En unos las lanzadas son mortales,
En otros nunca vistas confusiones;
Pues no ve principal en esta guerra
Que no derribe luego por la tierra.

Todavía porfía quien se halla
Con armas ofensivas y con vida,
Pero viendo la bárbara canalla
La competencia tal y tan reñida,
Desamparó con miedo la batalla,
Y todos se pusieron en huida;
Tras ellos los caballos sin Herrera
Siguen por su mandado la carrera.

Estos tres caballeros van siguiendo
Al bárbaro cruel y duro bando,
Los unos de los otros dividiendo,
Gran número de sangre derramando;
Que no hiciesen cuerpo defendiendo
Para mejor los ir alanceando,
Mas un indio ya viejo se repara
Y al buen Pedro de Cea hizo cara.

Batió las piernas él por derriballo,
Mas el gandul usó de tal reguardo
Que le hirió de muerte su caballo,
Pasados los ijares con un dardo:
Espoleólo mas por alcanzallo,
Mas un cierto temblor lo hizo tardo,
Bajóse para ver el desconcierto,
Y el dardo fuera luego cayó muerto.

Morán y Ordás, por no perder el lance
Y poner mas temor en estas gentes,
Con gran furor siguieron el alcance
Dándose los reguardos convinientes;
Y fué de temerarios el balance
En ir solos sin otros combatientes;
Mas el atrevimiento de locura
Buen suceso lo hizo ser cordura.

Pues al tiempo que van por la zavana
Siguiendo la desnuda compañía,
Toparon con la gente castellana
Que de buscar comida ya venia:
Todos juntos en ellos dan de gana
Sin poder atinar por qué sería,
Y los indios huyendo de rigores
Vinieron á hallar otros mayores.

Porque todos herian á porfía
Encendiendo de nuevo la pendencia,
No menos, ni con menos valentía
Que tuvo la primera competencia;
Y los briosos indios todavía
Hacian la posible resistencia;
En las cuales fatigas y vejamen
Hubo también un singular certamen.

Porque Antonio Fernandez, lusitano,
Topó con un mancebo bien dispuesto,
Que lo hizo salir mas á lo llano
Haciendo señas con minace gesto:
Batalla se trabó con dura mano,
Sin que los nuestros viesen nada desto;
El indio de sus armas se aprovecha,
Y el muslo le pasó con una flecha.

El lusitano fuerte y esforzado,
Puesto que se sintió muy mal herido,
Nada de su vigor menoscabado
Fajó don el gandul embravecido;
Ninguno dellos anda desmayado,
Y cada cual defiende su partido:
Hubo de todas partes grande priesa,
Puñete y cabezada mas espesa.

Por no venir á menos ni rendirse
Sacude la rodilla y anda diente:
El terrible gandul quisiera irse
Recelando favor de nuestra gente,
Y ansí reforcejó por desasirse;
Mas Antonio Fernandez no consiente,
Antes sus gruesos brazos y sus garras
Servian de fortísimas amarras.

Como dragon asido de la caza,
Que en Indias salteó con sus acechos,
Y con sus duras roscas embaraza
Los miembros y resuello de los pechos,
Y aunque por luego no la despedaza,
Los huesos tiene ya casi deshechos,
Y cuanto cruje mas hueso que quiebra
Dos tantos mas aprieta la culebra;

No con menos vigor ni menos blande
El Antonio Fernandez dél aferra,
Y andando mucho tiempo forcejando
Dióle traspié que dió con él en tierra:
Por la cual anduvieron revolcando
Cada cual por vencer aquesta guerra;
Al fin lo sujetó, mas de manera
Que no lo mató, puesto que pudiera.

Conclusas y acabadas las cuestiones
En que los dos se vieron de mal arte,
El indio se dejó poner prisiones
Por superioridad del otro Marte;
Y el vencedor la flecha de harpones
Sacósela por la contraria parte,
Aunque con la herida penetrante
Paso no pudo dar mas adelante.

Mas espaldas ajenas tuvo prestas,
Porque para llegar á su rebaño,
El indio lo tomó sobre sus cuestas
Recompensando parte deste daño:
Fueron las otras gentes descompuestas
Ansimismo con un rigor estraño,
Para todas las partes tan molesto
Que su furia duró hasta sol puesto.

Desbaratada pues la gente brava,
Los nuestros recogidos á bandera,
El Ordás les contó lo que pasaba
A los que ya dijimos andar fuera;
También de la manera que quedaba
El general Alonso de Herrera
En grandísimo riesgo de su vida,
De que se recebió pena crecida.

Y tanta, que cualquier noble soldado
Hacia sentimiento lamentable,
Por ser de todos ellos muy amado
Con voluntad sincera y entrañable:
Era bien comedido, bien criado,
Su conversacion grata y amigable,
Hombre bastante para todas cosas,
Y cuyas fuerzas fueron monstrüosas.

Con el desgusto pues desta fortuna
Que mayor sinsabor les prometia,
Caminaron de noche con la luna
Por asconderse ya la luz del dia:
Llegaron al lugar todos á una
Do hallaron la triste compañía,
Crecida cantidad dellos flechados
Y algunos de vivir desconfiados.

Curaron luego todos los heridos
Desta valerosísima caterva,
Y fueron los mas dellos socorridos,
Puesto que los curó crasa Minerva;
Pero contáronse con los perdidos
Tres de los que hirió nociva yerba:
Vargas, Usagre, nuestro buen Herrera,
Indigno de morir desta manera.

Tuvo de duracion dia seteno
Después de la sangrienta competencia,
Rabiando con la fuerza del veneno
Armado de grandísima paciencia;
Hizo sus diligencias como bueno
Con toda la posible penitencia,
Noble fué de nacion y también era
Natural de Jerez de la Frontera.

Al Alvaro de Ordás dejó su cargo
Antes que desta vida se partiese,
Porque quiriendo ir mas á lo largo
Aqueste caballero los rigiese,
Mas fué su fin á todos tan amargo
Que cosa no se vió que mas lo fuese,
Y ansí con un estraño sentimiento
Celebraron aquel enterramiento.

A la tierra hicieron el entrego
En un buhío grande señalado;
Y porque del furor del indio ciego
No fuese del lugar desenterrado,
A todos los buhíos ponen fuego
Porque quedase mas disimulado,
Que suelen indios con sus desconciertos
Desenterrar á los cristianos muertos.

Y en circuito dellos muchos juntos
Como si vivas fueran las presencias
Suelen hacer á míseros difuntos
Muchos denuestos, graves insolencias;
Y allí recitan todos por sus puntos
Sus valentías, guerras y pendencias,
Diciéndoles las cosas que hicieran
Si por ventura vivos los tuvieran.

Hechas las diligencias que ya cuento,
Todos enajenados de placeres,
El Ordás hizo luego llamamiento
De todos por oir sus pareceres,
Y ver las voluntades y el intento
Que tenian en estos menesteres,
Y venidos á las congregaciones
A todos les habló tales razones:

«Señores, la desgracia sucedida
Hace los corazones tan inciertos,
Que muchos mas pretenden la huida
Que buscar nuevos reinos encubiertos;
Y como tal varon perdió la vida,
No me espanto que todos estén muertos,
Y falten intenciones y semblante
Para querer pasar mas adelante.

»Y ansí muchos soldados, que presentes
Están en esta junta que hacemos,
Me representan mil inconvinientes
En los cuales es bien que reparemos;
Para que con acuerdo de prudentes
Lo que fuere mejor eso tomemos,
Y aquello se nivele con el seso
De la buena razon y justo peso.

»Porque dicen algunos hombres buenos
En quien conozco toda valentía,
Los indios ya mas son antes que menos,
Nosotros somos menos cada dia:
Estamos de socorros muy ajenos,
Sin esperanza de otra compañía,
Y aunque el gobernador venga camino,
No nos puede seguir sin desatino.

»Hay montañas y tierras pantanosas,
Ríos dificultosos en pasallos,
Las aguas de los cielos rigurosas,
Indios que no podemos sojuzgallos:
Estamos faltos ya de todas cosas,
A mas andar perecen los caballos,
La traza que parece mas segura
Amenaza con harta desventura.

»Ponen otras cien mil dificultades
De las tierras adentro nunca vistas,
Que traen aparencia de verdades,
Y suelen suceder en las conquistas:
De las cuales con sus antigüedades
Todos pueden ser buenos coronistas;
Al fin de nuestra gente la mas suelta
Están que ya querrian dar la vuelta.

»Bien sé que no lo hacen de cobardes,
Sino con recatado miramiento,
Pero porque después, si murmurardes,
Los pueda disculpar su cumplimiento,
Dice que por aquello que ordenardes
Pasarán sin poner impedimentos;
Miraldo bien, que no darán razones
Que declinen de vuestras intenciones.»

Después que las razones se notaron
Por nuestra flaca gente peregrina,
En el negocio dieron y tomaron,
Y sin contradicion se determina
Volver donde los barcos se dejaron
Para consigo dar en la marina:
Llegaron do querian macilentos,
Cansados, flojos, flacos y hambrientos.

Embarcáronse luego nuestras gentes
No con priesa menor que torbellino,
Sin haber menester limpiar los dientes
Ni después enjuagárselos con vino;
Y aunque les ayudaban las corrientes
Quisieran abreviar mas el camino,
Llegaron al furor de las canales
Y á los impetuosísimos raudales.

Estando pues allí la gente presta
A los riesgos que el agua les enseña,
Desembocó la flota mal compuesta
Por la mayor canal desta gran peña,
Mas veloce que tiro de ballesta
Que de sí despidió rasa cureña;
Mas un bergantin dellos dió tal lado
Que poco menos fué que zozobrado.

El riesgo visto de la barca hueca,
Y que se trastornaba ya la quilla,
Saltaron della dos en peña seca,
Isleo dividido de la orilla;
Y fueron Pero Gomez y Fonseca,
Vecinos naturales de Sevilla;
Perálvarez guió mas á provecho,
Y el bergantin quedó luego derecho.

El cual en un remanso detenido
Estuvo de los remos ayudado,
Cada cual de los dos se vió perdido,
Y ansí tras él también fueron á nado:
Fué Pedro de Fonseca recogido
Y el pobre Pero Gomez ahogado,
Al mísero sobrábale destreza,
Pero no pudo mas con la flaqueza.

Salidos ya de pedregosas vias
Corrieron agua bajo por la posta,
Comiendo, si hallaban, chucherías
Y lonja de caballo bien angosta;
Y al cabo de gran número de dias
Salieron los navíos á la costa,
Y en Peratarue mozos y los viejos
Andaban á marisco de cangrejos.

Al alto mar salió dia siguiente
Esta congregacion toda hambrienta,
Los vientos le calmaron de repente,
Y en calma padeció grave tormenta:
El orgullo fué tal de la corriente
Que marineros diestros desatienta,
Embestia la fuerza del olaje
A todos los que hacen el viaje.

En aquestos desastres y fortunas
Quincoces, mayordomo del armada,
Tenia una botija de aceitunas
Para el gobernador siempre guardada
Quebróse con las mares importunas
Y descubrióse luego la celada,
Acuden, quien mas puede mas ensarta;
Diciendo: muera Marta y muera harta.

Anda la rebatiña de manera
Que del morir los hace descuidados,
Comian lo de dentro y lo de fuera,
Pues no fueron los cuescos reservados:
El capitán Ordás se desespera,
Llamándoles de puercos, desalmados,
Por vellos empapados desta suerte,
Estando tan cercanos á la muerte.

Viendo la cosa tan desatinada,
Y que del desatino nadie cesa,
El Ordás puso mano del espada,
Haciendo solenísima promesa
De dar sanguinolenta cuchillada
A quien no jamurase muy apriesa,
Y estando con tal riesgo como este
Comenzó de ventar el norüeste.

Ya podia salir con vela llena
La nave pequeñuela combatida,
Ordás quiso gozar hora tan buena
Por evitar el riesgo de su vida;
Y al tiempo que guindaban el entena
Quebróseles la triza de podrida,
Batianlos las olas mas al sesgo,
Y ansí corrian mucho mayor riesgo.

Mas el gentil y bien compuesto griego
De Rodas, Alejandro de Durazo,
Los cantos de la vela tomó luego,
Y entena hizo de uno y otro brazos;
Y ansí con él y aquel viento gallego
Salieron del orgullo y embarazo,
Entre tanto la triza quebrantada
Fué de los marineros remediada.

Por los demás navíos se reparte
Aquel orgullo de fervor marino;
Y andando todos ellos de mal arte,
Distantes buen espacio de camino,
Uno dellos abrió por cierta parte
De que era caporal Andrés Andino;
Quedaran estos pobres patifrios
A no hallar allí muchos bajios.

Salen á vuelapié hasta los cuellos,
Pero todos las armas en la mano,
Encrespadas las barbas y cabellos
Con el salso licor del Oceano;
Y caribes después dieron en ellos
Como los vieron tales en el llano,
Mas defendiéronse valientemente
Perdomo y el Andino con su gente.

Habia ya pasado muy delante
El otro bergantin y compañía,
Y en él Francisco de Evora, bastante
Marinero sagaz que lo regia:
La cual navegacion fué tan distante
Que no pareció mas desde este dia;
Iba con los demás que dentro lleva
El tesorero Joan de Villanueva.

De los tres bergantines hubo junta
En puerto do hallaron los dos menos,
Ordás á todos ellos les pregunta
Qué será de los otros hombres buenos;
Pero por todos ellos se barrunta
Que debian estar en otros senos,
Por haber visto gente reparada
En una cierta playa y anconada.

La luz de los mortales desviada,
En busca de su gente salen fuera;
E yendo prosiguiendo la jornada
Antes de ver el fin desta carrera,
Sin pensallo toparon un armada
De caribes y gente carnicera;
La guerra por los nuestros se comienza,
Movidos mas de miedo que vergüenza.

Las voces que se dan llegan al centro,
Soltaron un versete tal cual era,
Los indios recelaron el encuentro,
Teniendo por mas fuerte la bandera;
Metiéronse los unos mar adentro,
Una piragua toma la ribera,
La gente que decimos española
Siguieron solamente la mas sola.

Viéndose la piragua perseguida,
Con su velocidad acostumbrada
Se pusieron los indios en huida,
Y en tierra la dejaron zabordada:
Hallaron muchedumbre de comida
Por nuestros españoles deseada,
No faltaron allí carnes humanas
De indios ó de gentes castellanas.

Porque siendo las cosas repartidas
En la barca del bárbaro guerrero,
Se hallaron preseas conocidas
De Joan de Villanueva tesorero:
Duda tuvieron todos de sus vidas,
Y salió su conceto verdadero,
Pues inquiridos por aquellos puertos
No parecieron mas vivos ni muertos.

En continuacion de su camino
La costa mas abajo se navega,
Hallaron al Perdomo y al Andino,
Y el resto de la gente se les llega:
Contaron el asalto repentino,
La fuerza y el rigor de la refriega,
La muy mala sospecha que tenian
De los que por allí no parecian.

Recogióse la gente y el fardaje
En los tres bergantines solamente,
Prosiguieron á Paria su viaje
En busca del Ortal y de su gente;
Mas en ella y en todo su paraje
No pudieron hallar cosa viviente,
Antes aquel castillo descompuesto,
Segun que ya dijimos antes desto.

Viendo desiertas estas poblaciones,
La dicha fortaleza ya quemada,
Bajaron al ancon de Mejillones
No con resolucion determinada;
Pero todos los mas con intenciones
De nunca revolver á la jornada,
Pareciéndoles cosa mas segura
Buscar por otras vias su ventura.

A las sazones que esto se movia
Entre los miserables fatigados,
En Trinidad estaba todavía
Jerónimo de Ortal con sus soldados:
Esperando mas amplia compañía,
Y los tres bergantines concertados,
Y que viniese ya la primavera
Para ir en demanda del Herrera.

Sabian ser aquestos los conciertos
Entre Herrera y él de cierta ciencia;
Pero ningunos dellos están ciertos
En qué parte hacia residencia,
O por qué se movieron destos puertos
Sin les dejar allí viva presencia:
Al fin todos confusos y perplejos
Echaban sus juicios á lo lejos.

Siendo pues sus propósitos y fines
Nada diferenciados en conceto,
A estos mismos puertos y confines
Donde todos se vian en aprieto,
Llegaron los tres dichos bergantines,
Y por su capitán Martin Nieto,
Con soldados bizarros y contentos,
Y mucha cantidad de bastimentos.

Saludáronse unas y otras gentes
Con la gracia y amor acostumbrado,
Por ser todos hermanos y parientes,
Peregrinos en un mismo cuidado:
Los que de nuevo van están pendientes
Del otro que llegó desbaratado,
Por vello seco, flaco, consumido
Y casi sin reparo de vestido.

Las manos y las piernas muy pecosas,
De mosquitos, espesas picaduras,
Con unas camisetas deseosas
De ver algun jabon por sus costuras:
Las espadas sin vainas y mohosas,
Hartas de romper tripas y asaduras,
Peores y de mas malas maneras
Que forzados que huyen de galeras.

Todos ellos estaban admirados
De ver en estos hombres tan vil traje;
Mas ellos les contaron sus cuidados,
Su mas que prolijísimo viaje:
Los trabajos inmensos comportados,
La braveza del bárbaro salvaje,
Los terribles calores, los estíos,
Innumerables ciénegas y ríos.

Contando que ni noches ni mañanas
Vian enjuta ropa que se lleva:
A las gentes compuestas y galanas
No les pareció bien aquesta nueva;
Y ansí mostraron todos malas ganas
De tornar á hacer aquella prueba,
Antes de procurar con el que manda
Que mudase derrotas y demanda.

Luego vinieron todos á concierto
De que los bergantines mal parados
No hiciesen mudanza deste puerto,
Sino los que venian aviados;
Y que para dar cuenta de lo cierto
Fuesen algunos hombres señalados,
Que pudiesen á Ortal decir de vista
El suceso de toda la conquista.

Fueron pues, para dar razon entera,
Nombrados de comun consentimiento,
Miguel Holguin y Pedro de Ribera,
Personas de muy gran merecimiento;
Y para proseguir esta carrera
Las velas hacen dar al manso viento;
Llegaron á la isla referida,
Donde estaba la gente detenida.

A prima fronte fueron recebidos
Con aplausos de gran contentamiento;
Pero ya los desmanes entendidos
Engendróse pesado sentimiento:
De cuya causa todos son movidos
A no perseverar en el intento,
Sino procurar ir otro camino,
Que yo diré con el favor divino.

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la mudanza que hubo en el campo del gobernador Jerónimo de Ortal, y cómo determinó entrar por Maracapana, y las demás cosas acontecidas en aquella provincia.

Muchas veces los males sucedidos
A los hombres pasados ó presentes,
Nos hacen recatados y advertidos
Para seguir caminos diferentes:
Bien como son ejemplo los punidos
A muchos para no ser delincuentes,
Pues aunque no padezcan la tal pena
Pónenles duros frenos el ajena.

Ansí, pensadas bien adversidades
Del rio de Uyapar y sus entradas,
En todos ellos hubo novedades,
Algunas algo ya demasiadas.
Ortal mudó sus propias voluntades
Como vió las de todos tan mudadas,
Determinándose como prudente
Poner en Neverí toda la gente.

Salieron todos pues de la ribera
Para donde tenian concertado,
En lugar del Alonso de Herrera
Por general un Agustín Delgado:
Dignísimo de mucho mas que fuera
Bastante para muy mayor cuidado,
Y aviados en paz y con sosiego
Ortal para Cubagua se fué luego,

A fin de recoger alguna gente,
Que hicieron ausencia del armada,
Y cosas que serian convinientes
A la prosecucion de la jornada:
Allí supo delitos diferentes,
Dignos de corregir mano pesada,
Y en una levantisca compañía
Un no sé qué hedor de sodomía.

Habian destos ya hecho justicia
En Uyapar, segun es ordinario,
Pero disimulóse la malicia
De cierto calafate necesario:
Ordás agora desto dió noticia,
Y cada cual allí le fué contrario;
Mandándole prender los de Cubagua,
El dicho hizo fuga por el agua.

Venciendo con grandísima constancia
De las ondas del mar montes supremos,
Con tan grande vigor y vigilancia,
Que en las humanas fuerzas son estremos.
Navegó siete leguas de distancia
El cuerpo por batel, los brazos remos,
Tantas leguas nadó desde esta playa
Hasta poder llegar á las de Araya.

Fuera del mar salió; mas ¿qué aprovecha
Que Neptuno quisiese reservallo,
Pues si tal elemento lo desecha,
El del fuego no quiso desechallo?
La tierra que holló también acecha
El rastro que tomó para tomallo,
Las llamas avivó fuerza del viento,
Donde vido su fin y acabamiento.

A Neverí llegó nuestro Delgado
Donde desembarcó su compañía,
Luego hizo fundar pueblo nombrado
San Miguel, por llegar en este dia:
Asiento todas horas infestado
De mosquitos inmensos que tenia,
Tantos, que cubren barbas y cabellos,
Y andaban como tontos todos ellos.

Tomaron por alivio de su pena
Disciplina de golpe riguroso,
Ojeando con ramos de verbena
Las picas del ejército goloso:
Algunos se cubrian con arena
Por tener algun poco de reposo,
Podian reposar desta manera
La cabeza tan solamente fuera.

Hubo hambre crüel y calentura
A vueltas de tormento tan terrible:
El indio nada da, ni se procura
Sino por su rescate convenible;
Faltábales, y en esta coyuntura
Para se la tomar poco posible,
Impedian los tiempos y razones
Hacelles á los indios sinrazones.

Demás de que los indios del paraje
No ponian á paz algun embargo,
Y pudieran quitalles el pasaje
Para no se meter mas á lo largo:
Muchos allí hacian su viaje
De Cubagua con este mismo cargo,
De rescatar esclavos ó comida,
Luego la paga dello proveida.

Que también entre indios se hacian
Pesadísimos saltos y nocivos:
Mataban, abrasaban, destruian,
Traian á sus tierras muchos vivos;
Y aquellos rescataban y vendian
Como sujetos suyos y captivos,
Y aun algunos insanos y dementes
Vendian á sus hijos y parientes.

Por haber los esclavos tan barato
Se frecuentaba bien este camino,
Y en estas dichas ferias y contrato
Un Luis de Sanabria fué ladino;
El cual, después que ya dejó su trato,
En este nuevo reino fué vecino;
Fué capitán entonces diligente,
Astuto, lijerísimo, valiente.

Estando pues el pueblo tan doliente,
Y la gente de todo bien ajena,
El Sanabria llegó con otra gente
De esclavos proveida la cadena:
Llegaron Diego Gomez, Luis Valiente,
Un Joan Guillén, Riberos y Villena,
Por quien en tempestad tan afligida
Fué la misera gente socorrida.

Después que estos salieron del inviso
Lugar y playa mal apercebida,
El Agustin Delgado luego quiso
A todos dar remedio y á su vida:
Al gobernador hizo dar aviso
Pidiendo brevedad en su venida,
Siendo por su mandado mensajero
El cabal Alonso Alvarez Guerrero.

A Cubagua llegó, donde se vido
Con el gobernador dando razones
Bastantes para ser persüadido
A huir cualesquiera dilaciones:
Partióse luego bien apercebido
Con cien escogidísimos varones,
Un sacerdote de mi mismo nombre,
Francés de su nacion y cabal hombre.

Volvió con él Sanabria como guia,
Principal adalid del campo nuestro,
Porque para lo que se pretendia
Ninguno pudo ser mejor maestro:
A rescatar salió como solia
Entrando por la tierra como diestro,
Yendo también con él Gomez de Armada,
Asimismo persona señalada.

Pocos dias después de su partida
Volvieron estos dos rescatadores,
En Indias abundancia de comida
Noticia de caciques muy mayores:
Por ellos otras veces entendida,
Siendo los de la costa los autores;
Mas á cristianos ojos nada desto
Antes habia sido manifiesto.

Pues aunque frecuentaban las armadas
La costa so colores de rescate,
Entrarse mas que dos ó tres jornadas
Tenlase por grande disparate;
Y no con herraduras preparadas,
Por ser su buen rocin el alpargate,
Aconteció volver veces no pocas
Quebradas las cabezas y las bocas.

Pues al que por la paz era ya nuestro
Menos se reservaban las cabuyas,
Que son prisiones hechas de cabestro,
Españoles usando de las suyas:
Pues robaban á diestro y á siniestro
Piezas, sin respetar cuáles ni cuyas,
Por causa de lo cual muchos caian
En las redes y lazos que hacian.

A vueltas de las cuales insolencias
Acontecidas en aquel distrito,
Hubo tantos encuentros y pendencias
Que será proceder en infinito
Tanta diversidad de menudencias
Querer aquí ponellas por escrito,
Valentías y hechos soberanos,
Do pudieron mas indios que cristianos.

Tanto que solo uno descontento
De vellos ir un alto demandando,
Donde segun comun entendimiento
El debia de estar atalayando,
Hizo volver espaldas mas de ciento,
Unos sobre los otros tropezando,
Y el indio solo que les acomete
Hirió de mala muerte seis ó siete.

Lo cual en Guantar fué y á mediodía
No yendo nuestra gente descuidada,
Por ser el reveston que se subia
Cuchilla por los lados desrumbada:
Retrayóse del indio quien los guia,
Sospechando ser mas en la celada,
Mas que de paso vuelven descendiendo,
Y el indio solo se quedó riendo,

Diciéndoles en lengua conocida
Haciendo la perneta por gran rato:
«¡Ah guarichas! ¿poneisos en huida
Por escapar del indio Manicato?
Venid, venid por piezas y comida,
Que aquí la venderemos bien barato.»
Y si dieran lugar los mal heridos,
Volvieran por estar todos corridos.

Otros insignes lances desta gente
Pudiéramos contaros sucesivos,
Do dejaron el asa y aun la frente
Capitanes de punto bien altivos:
Y sé que pican valerosamente
Cuantos hoy por allí se hallan vivos;
Porque continuas guerras de los nuestros
Los han hecho mas sueltos y mas diestros.

Pero con tantas idas y venidas
De las cercanas islas con armadas,
Quedaron estas tierras destrüidas,
Sus costas y fronteras asoladas;
Y si fueran entonces repartidas
Segun las cosas hoy van ordenadas,
Fuera la poblazon que represento
A muchos españoles gran sustento.

Mas nunca se curó nuestra compaña
De poblar por allí sierra ni llano,
Con poder competir con nuestra España
En gentes ó muy poca menos mano:
También Ortal se dió muy mala maña
Estando lo de dentro todo sano,
Y pudiendo los indios ser instrutos
En acudir con rentas y tributos.

Si don Diego de Ordás allí se viera
Después que revolvió de los raudales,
Otro concierto y orden se tuviera
En fundarse ciudades principales
Como quien entendió qué cosa era
Poblar y repartir las tierras tales;
Pues adonde de gentes hay grandeza
Con ellas se granjea la riqueza.

Mas los que por allí llevaban cargo
Otro Pirú buscaban solamente,
Y así siempre colaban á lo largo
Dejando muy atrás el bien patente:
Fué cierto pesadísimo letargo
No considerar mas que lo presente,
Y ser de todos principal estima
El oro que hallaban de por cima.

Preciando pues Ortal el interese
Que prometian estas relaciones,
Al Agustin Delgado mandó fuese
Con dos ó tres caballos y peones.
Para que mas adentro descubriese
Aquellas afamadas poblazones;
Fueron del general apercebidos
Cincuenta y tres peones escogidos.

La partida pusieron en efeto
Con las posibles fuerzas y recado,
Los de caballo son Moron y Nieto,
Un Francisco de Chaves y el Delgado:
Cada cual dellos en mayor aprieto
Mas suelto, mas valiente y esforzado,
Atravesaron por Cumanagoto
Sin haber en los indios alboroto.

Travesaron diez leguas de arcabuco
De tierras secas, pero bien pobladas,
Sin riberas de yedras ó bejuco,
Pues en Jagueyes eran las aguadas:
Vinieron á salir á Guacharuco,
Provincias algo ya mas escombradas,
Y á Paripamotú, gente guerrera,
Casi como soldados de frontera.

Porque todas aquestas pertenencias
De indios á la costa mas cercanos
Tenian muy crüeles competencias
Con los que residian en los llanos;
A causa de las cuales diferencias
Fueron bien recebidos los cristianos:
Hicieron paz con estos naturales
Dejando muchas cruces por señales.

Estuvieron allí tercero dia
Con sustento que fué mas que bastante,
Pidieron á los indios luego guia
Para poder pasar mas adelante:
Continuaron esta travesía
Por tierra llena, fértil y abundante,
Admirados de ver tantos caminos
Y tan inmensa copia de vecinos.

Enviaban espías los señores
De saber intenciones deseosos,
Alborotábanse los moradores,
Teniéfidolos por hombres sospechosos:
Asegurábalos destos temores
Ver pocos ellos siendo poderosos,
Algunos deseaban rompimiento
Por descubrir aquel encantamiento.

Juntándose pues cierta compañía
De pobrezuelos menos importantes,
Un jueves á las diez horas del dia,
Vinieron contra nuestros caminantes
Con aquella bravosa lozanía
Que suelen en rencuentros semejantes:
El Delgado, por no caer en mengua,
A voces les habló con una lengua.

«Reprimid, buenas gentes, vuestras riendas,
Procurad evitar inconvinientes,
Que no queremos guerras ni contiendas,
Sino seros amigos y parientes:
Donde no, tomaremos las enmiendas,
Como merecen tales accidentes;
No venimos con áspera demanda,
Porque nuestro gran rey así lo manda.

»Es rey universal deste rebaño,
Y manda que si dais las amistades
Os reserven de todo mal y daño,
Os digan y declaren las verdades,
Para que con un santo desengaño
Dejeis vuestras antiguas ceguedades,
Conozcais y adoreis en este suelo
Al sumo Hacedor de tierra y cielo.»

Los indios, que venian muy follones,
Respondian las armas meneando:
«Bien sabemos que sois unos ladrones,
Que andais noches y dias salteando:
Flojos, haraganosos, mogollones,
A trabajos ajenos regoldando,
Toma maiz, toma tortillas hechas.»
Y disparaban cantidad de flechas.

Viendo los nuestros tanta desvergüenza,
Y tres ó cuatro dellos ya heridos,
La fuerza del sufrir quebró su trenza,
Soltando los que estaban detenidos:
Guazavara sangrienta se comienza,
Con gran enojo son acometidos;
Salen los caballeros castellanos,
Y los demás sus armas en las manos.

El general á una y otra mano
Comenzó de jugar la diestra lanza,
Sin dejalle lugar á zurujano
Para curar aquel á quien alcanza:
El Nieto y el Morán no dan en vano,
El Chaves no se mueve con tardanza;
No traen menos bríos los peones
Entre los furiosos escuadrones.

De todos cada cual hace por siete,
Necesidad haciendo que mas pueda,
Holguin al mayor riesgo se comete,
Al mayor escuadron Avellaneda:
Mostraba sus valores Alderete,
Atrás Pero Fernandez no se queda;
Ganaron valerosa laureola
Jejas, Machin de Oñate y Urriola.

Puso tan gran espanto la presencia
De las bestias que van encubertadas;
Las crüeles lanzadas y esperiencia
De los golpes que daban las espadas,
Que hicieron los bárbaros ausencia,
Metiéndose por montes y quebradas,
Buscando cada cual vana guarida
Para poder asegurar su vida.

Como si los que van por plaza rasa,
En las partes que son de su acera,
Viesen fuego venir que las abrasa
Con tal encendimiento, que él quisiera:
Huye para remedio de su casa
Del lugar donde está, sin mas espera,
Y corre por las calles por ir presto
De pantufos y capa descompuesto;

Así los del ejército salvaje,
Después que vieron las matanzas hechas,
Para la brevedad de su viaje,
Las anchas sendas hallan mas estrechas:
Aquí se destocaban el plumaje,
Allí largan los arcos y las flechas,
Por acullá buscaban un portillo
Para poner en cobro su hatillo.

A los encuentros dichos dada cima,
Caminaron los nuestros á lo llano
Con mas reputacion y mas estima
En opinion del indio comarcano;
No hizo caso dellos Unarima,
Señor que se hallaron mas á mano,
Cacique de soberbias condiciones,
De grandes y estendidas poblaciones.

Ocupaban los campos y riberas
Por do lleva sus aguas recogidas
Unare, cuyas largas sementeras
Hacen estas provincias bastecidas;
Mas no les contentando las esperas
De las gentes allí recién venidas,
Huyeron con caudales y atavío
A la contraria parte deste rio.

Con indios que de paz eran venidos
El Agustin Delgado les hablaba,
Siendo por muchas veces requeridos
Viniesen á la paz que se les daba:
Unarima tapaba los oidos
Y por palabras los amenazaba,
Diciendo: «veros he tan de mañana,
Que pueda la comida ser temprana.

»Tomaremos acá nuestros consejos
En despicar maiz para tortillas;
Daremos bien guisados los conejos,
Los venados, perdices, tortolillas;
Serviros han los mozos y los viejos,
Vereis en el servicio maravillas;
Comerán á placer los haraganes
Uquiras, guacharacas y faisanes.»

Los nuestros no tomaron mucha pena,
Ni se sobresaltaron con espanto;
Mas antes deseaban dar la cena,
Antes que diesen ellos el ayanto:
La noche se llegó, que fué serena;
Dióles buena sazon escuro manto,
Asentaron en una baja cumbre
Adonde cada rancho hizo lumbre.

Y fué por todos ellos acordado
Que con escuridad mas sosegada
Tentasen de buscar algun buen vado
Para podelles dar el alborada:
El campo, bien compuesto y ordenado,
Salieron á la hora concertada,
Quedándose las lumbres encendidas
Para disimular estas salidas.

Debajo del intento caminaron
Con alguna manera de rodeo;
Revolvieron al rio, do hallaron
Vado que satisfizo su deseo:
Todos con gran silencio lo pasaron
Y ganas de se ver en el torneo;
Pero fueron los indios alterados
Por los otros amigos avisados.

Aunque de claridad hubo penuria,
Los fuertes del ejército salvaje
Acudieron al vado con gran furia,
Pensando perturballes el pasaje:
Los nuestros, por vengarse del injuria,
Habian abreviado su viaje,
Tomando con presteza la ribera,
Donde se recogieron á bandera.

Estando pues parados á la orilla
Poniéndose por orden convenible,
Dió con ellos la bárbara cuadrilla
Con ímpetu, que cierto fué terrible:
Comenzóse sangrienta la rencilla
Haciendo cada parte lo posible,
Pretendiendo los indios mas lozanos
De todos los tomar vivos á manos.

Vistas tan atrevidas diligencias
Por los de diferentes confianzas,
Avivaron de veras las pendencias
Golpes de las espadas y las lanzas:
Múdanse pareceres y sentencias,
Abátense las locas esperanzas,
Porque con cantidad de muertes suyas
Los nuestros rehuseban las cabuyas.

Rompiendo batallon el caballero,
A las espaldas hay infantería,
Que va con Alonso Alvarez Guerrero,
El cual hizo grandezas este dia:
Lo que Delgado hizo por entero
No puede recitar la pluma mia,
Pues cierto me parece que no miento
Si digo que hacia mas que ciento.

Otros hubo de tanta fortaleza,
Cuyo valor y nombres yo no callo;
Pero no ví jamás igual destreza
En menear la lanza y el caballo:
La maña, la soltura, la presteza
En romper escuadron y derramallo,
Tan á tiempo, sazon, tan á provecho
Como si lo hallara todo hecho.

Viendo los indios pues las mortandades
Y la priesa que daba nuestra gente,
En huyéndose las escuridades
Huyeron también ellos juntamente:
Quedando por aquellas heredades
Muertos setenta, mal heridos veinte;
De los nuestros en trance tan reñido
Juan Martin Labrador solo herido.

Aquesto hecho con tan buena mano,
Los nuestros prosiguiendo su corrida,
Pasaron en el pueblo mas cercano
Donde hallaron copia de comida:
Venados muertos, cantidad de grano
E ya la gente dél toda huida,
Proveyeron de carne la candela,
Comieron á placer, mas no sin vela.

La cual fué menester porque Unarima,
Estimulado mas por su rotura,
Quiso, creyendo de caer encima,
Tentar segunda vez esta ventura,
Procurando hacer que se reprima
De los advenedizos la soltura;
El cual con este vano pensamiento
Hizo de capitanes llamamiento,

Diciéndoles: «¡Ah, torpes, insensatos,
No hombres, sino bultos de madera!
¿Cómo se sufre que de cuatro gatos
Os dejeis sujetar desta manera?
Los mas dellos enfermos y hipatos
Gente de nuestros reinos estranjera,
Salteando de noche como zorros
Por no tener recurso de socorros.

»Conciba cada cual mi confianza,
Estén los venenosos tiros prestos,
Que quiero que volvamos á la danza
Para reconocer quién son aquestos,
Tomando dellos la crüel venganza
Que merecen ladrones tan molestos:
Coman agora bien chacos y coche,
Que yo haré que tengan negra noche.»

En aquestas riberas del Unare,
Y los pueblos á ellas circunstantes,
Era su general un Mompiare
Que la gente llevó la noche antes;
Este dijo: «Bien es que me declare,
Porque de la huida no te espantes;
Pues tú ni mas ni menos lo hicieras
Si lo que vimos ansimismo vieras.

»Estos traen allí cuatro visiones
Que curan y regalan en establos,
Mas sueltos y ligeros que halcones
Con unas largas guaicas ó venablos,
Que traspasan humanos corazones
Y asombraran á todos los diablos,
Los otros con macanas tan estrañas
Que rompen ansimismo las entrañas.

»Eran tan insufribles las heridas,
La gente que caia tan espesa,
Que tuvimos por buenas las huidas
Aquellos que pudimos darnos priesa;
Por no perder allí todos las vidas
Quedando sin efeto la promesa;
Pero sin recelar el tal estrago
Vamos, que tú verás lo que yo hago.»

Juntábanse bien mil y quinientos
Hombres membrudos, sueltos, escogidos,
Con sus acostumbrados ornamentos
De diferentes armas proveidos:
En aquellos ya dichos aposentos
Los españoles son acometidos,
Repartida por tres toda la suma,
El rey, y Mompiare, y Canaruma.

Unarima guió por la frontera,
Los otros ocuparon ambos lados,
Lo demás reguardaba la ribera
Del rio donde no hallaban vados:
Dióse priesa la gente forastera
A ser apercebidos y ordenados,
Repartidos sus breves estandartes
Para se defender por todas partes.

La grita, vocería y alboroto
Rompe los aires por aquellos llanos,
Daba voces el indio Paragoto:
«Vivos me los tomad todos á manos»;
Pero contrarios eran deste voto
Nuestros animosísimos cristianos,
Los cuales todos con furor horrendo,
«Santiago, y á ellos», van diciendo.

Hieren á los caballos las espuelas,
Los peones tras ellos repartidos,
Amparándose bien con las rodelas
A los mortales tiros encogidos:
Derríbanse narices, rompen muelas,
Todo lugar ocupan los caidos,
Tenian al herir tan buena traza
Que por lo mas espeso hacen plaza.

No lleva tanta furia tigre hircana
A redemir los hijos salteados,
Cuanta lleva la gente castellana
Por redemir encuentros tan pesados:
El caballero lleva buena gana,
Los peones no viven descuidados,
Rompiendo van por el mayor aprieto
Morán, y con él Chaves, Martin Nieto.

También en el hervor de la conquista
El Delgado hacia maravillas,
Sin hallar tropezon que lo resista
De tantas y tan ásperas cuadrillas:
No puede comportar indiana vista
Ver romper tantos pechos y costillas;
Todos en los caballos ponen ojos,
Ya casi resfriados sus antojos.

Vistas pues tan pesadas turbaciones
En el sanguinolento desafío,
La mayor parte destos escuadrones
Procuró de hacer largo desvío;
Y largando nocivas municiones
A nado se metian por el rio,
No tuvo después dellos menos grima
Para se retraer el Unarima.

Desbaratadas estas compañías,
Vencidos los que tanto braveaban,
Los nuestros reposaron cuatro dias
En aquellos asientos donde estaban
Asechándolos siempre mil espías
Que principales indios enviaban,
Mas todos apartados y remotos
De gritas y sangrientos alborotos.

Estando pues allí nuestros guerreros
Velándose segun han de costumbre,
El Unarima hizo mensajeros
Para darles la paz sin pesadumbre:
El Delgado holgó con los terceros
Tratándolos con grande mansedumbre,
Al alto Dios poniendo por testigo
De serle siempre muy leal amigo.

Pesantes del pasado desatino,
Volvieron con gustosos despidientes:
El señor Unarima luego vino,
Fué recebido bien de nuestras gentes;
Mas por haber andado gran camino
Y asimismo cansarse los oyentes,
Aqueste canto cese de presente,
Diremos lo demás en el siguiente.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta cómo muchos señores indios vinieron de paz, y cómo si poblaran los españoles y repartieran la tierra, se hiciera un negocio de gran importancia.

Sobre cimientos fijos bien zanjados
Los edificios suelen ser insines;
Mas cuando los principios van errados
Los medios van por términos ruines;
Y los trabajos son tan mal gastados
Que no pueden llegar á buenos fines;
Podríamos decir que no fué menos
En estos amplos reinos y tan buenos.

Porque dada la paz por Unarima
Sin recebir los nuestros sinsabores,
Vino Guaramental, vino Canima,
Vinieron otros reyes y señores,
Que nombraremos en alguna rima,
O á lo menos dellos los mayores,
Cuando los ofreciere la memoria
Y hicieren al caso del historia.

Ganara pues Ortal aqueste juego,
Que fué mas importante que yo digo,
Si como lo halló poblara luego
Y no buscara panes de trastrigo;
Mas no quiso tener allí sosiego,
Por lo cual se quedó casi mendigo;
Edificara sobre buen cimiento
Teniendo tan entero fundamento.

Que puesto caso que para guerrera
Industria nunca fué menesterosa,
Consta por otra parte ser sincera
Gente, docible, noble y amorosa;
Y en aquella sazon tan blanda cera
Que della se hiciera cualquier cosa,
De lo cual siempre dieron clara muestra
En cuanto les mandó la gente nuestra.

Porque cuando Delgado caminaba
Con esta poca copia de varones,
Cada cacique dellos cambiaba
Lo que tenia por preciosos dones,
Sin ya sacarse tiros del aljaba
Ni se reconocer alteraciones:
Destos Guaramental el que ya digo
Se les mostraba muy mayor amigo.

Era señor de grande principado,
No sin algun tiránico coraje,
De los demás caciques respetado,
Algunos con prision de vasallaje:
Tenia potentísimo cercado,
Al cual Delgado hizo su viaje;
El bárbaro mostró sus aposentos
Con otros cortesanos cumplimientos.

De buen oro le dió ricas preseas,
Seis pajes de gallarda compostura,
Diez esclavos de rusticas aldeas,
Mancebos sueltos, diestros en cultura:
Tres ninfas, mas no ninfas, sino deas
En examen de toda hermosura,
Guamba, Goroguaney y Mayarare,
Cuyos nombres es justo que declare.

Tomaron estos apellidos tales
Las tres ninfas atrás conmemoradas
De los reinos donde eran naturales
Y al bárbaro le fueron enviadas:
Provincias en grandeza principales,
Por armas y proezas señaladas,
Con quien hasta los tiempos que esto toco
Los españoles han ganado poco.

Los temples son de grandes escelencias,
A la salud humana provechosas,
Propicias y admirables influencias
En producir mujeres generosas:
Tanto que todas tienen las decencias
Que se requieren para ser hermosas,
Con un grave mirar, un aire bello,
Tal que se huelgan ellas de entendello.

Al gran Agamenon y al gran Aquiles
No dieron tanto gusto las doncellas,
Causa de sus pendencias juveniles,
Cuanto dió de las tres cualquiera dellas,
A causa de mostrarse tan gentiles,
Tan bien proporcionadas y tan bellas;
Ellas nunca jamás mostraron saña
De se ver entregar á gente estraña.

Vinieron pues los dones al Delgado,
Los cuales recebió de buena gana,
En recompensa dió puñal dorado,
Un antiguo sayon de fina grana,
Camisa y un bonete colorado
Con una larga pluma muy galana,
Y otras cosas algunas que no cuento
Que le dieron al bárbaro contento.

Fué dentro del cercado recebido
Con las demás personas estranjeras:
Lugar es deleitoso y estendido
Con grandes plazas, calles y carreras;
Por todas partes bien fortalecido
Con muchos flechaderos y troneras,
Casa de armas, arcos reservados
Para poder armar diez mil soldados.

Otras innumerables municiones
De dardo, de macana, lanza, honda,
Por fuera del cercado prevenciones,
Gente de guarnicion á la redonda:
Seiscientos validísimos varones
Que por sus cuartos le hacian ronda,
Casas llenas de todos bastimentos
Que los indios traian por momentos.

Generosas despensas y cocinas
Abundantísimas de sus manjares,
Bodegas de bebidas peregrinas
De maiz y de piñas singulares:
Sobre mas de doscientas concubinas
De diferentes tierras y lugares,
Todas en general muchachas bellas,
Eunucos también en guarda dellas.

Tenia por jüeces y retores
Personas de quien él se confiaba,
Aquestos eran hombres ya mayores
A quien el mas brioso respetaba;
Pobladas horcas de los malhechores,
Porque con gran rigor los castigaba
Por mano de verdugos carniceros,
Que servian también de pregoneros.

Tenian en un canto deste llano,
Donde los pregoneros se subian,
Túmulo levantado por su mano
De gran altor, adonde se decian
Inviolables mandos del tirano,
Que sin poner escusa se cumplian:
Labrador, oficial, hombre de guerra,
Con obediencia va pecho por tierra.

Visto pues el lugar y las princesas
Que tenia con guardas recogidas,
Mandó Guaramental poner las mesas
Muy abundantemente proveidas
De cazas de sus campos y dehesas,
De que son grandemente bastecidas,
Con tantas variedades y maneras
Que no parecen cosas creederas.

Doncellas de lozana hermosura
Allí sirvieron con tan gran limpieza,
Que no se les manchaba vestidura
Que causase desdén á su belleza:
Por ser las ropas de su compostura
Aquellas que les dió naturaleza;
Después estas sirvientes fueron dadas
A las personas mas calificadas.

Las fiestas y convites acabados,
El Guaramental dijo que quería
Que se fuesen á caza de venados
A campos y zavanas que tenía:
El Delgado con los demás soldados
Le dieron á entender que les placía,
Mandó luego llamar sus pregoneros
Para que convocasen sus monteros.

Luego subieron estos en el viso
Llamando capitanes y sarjentos,
Llegaron al momento los que quiso,
Que fueron poco mas de cuatrocientos:
Estaban españoles con aviso
Pensando ser contrarios los intentos,
Y que por el corral y larga plaza
Dellos mismos quería hacer caza.

Mas no tenian tales intenciones,
Antes de conservar las amistades,
Pues todas estas eran ocasiones
Para mas les ganar las voluntades:
No sin interesalles pretensiones
De sujetar ansí parcialidades,
Que por tener grandísima potencia
No le reconocían obediencia.

Siguieron pues los indios sus demandas,
De todos aderezos bien compuestos,
Partidos en escuadras y por bandas,
Por orden y concierto bien digestos:
El gran Guaramental en unas andas
En hombros de gandules bien dispuestos,
Los lados y fronteras van abiertas,
De lince maculoso las cubiertas.

De madera muy negra son unidas,
De la mejor que por acá se halla,
Con chagualas de oro guarnecidas
En todas ellas infernal medalla;
Por otras muchas partes esculpidas
Animales cien mil de buena talla;
Acompañábalo por mas honralle
Delgado con los otros de caballo.

A punto las adargas y las lanzas,
Afiladas las puntas de los hierros,
Para cazar segun nuestras usanzas
Españoles llevaban cuatro perros:
Caminaron con estas ordenanzas
Hasta que llegaron á los cerros,
Adonde las cuadrillas concertadas
Se pusieron en puestos y paradas.

Son bosques de zavanas estendidas,
Con tal densor que no sabré pintallo,
Las yerbas dellas todas tan crecidas,
Con un poleo de prolijo tallo,
Que si no son holladas y abatidas
No se parecen hombres á caballo,
Algunas arboledas, aunque raras,
Muy limpias de troncones y de jaras.

Cercaron pues prolijo campo luego
De grandes pajonales agostados,
En círculo del pusieron fuego
A una todos, y por todos lados;
Porque huyendo del desasosiego
Hallase los lugares ocupados
La caza donde quiera que acudiese,
Y la llama y ardor la detuviese.

Fué pues el viento llamas avivando,
Con la velocidad que se quería,
El círculo todo rodeando,
Que por momentos menos se hacía:
Diversos animales van saltando,
Buscando lo que fuego no tenía,
Allí de cazadores hay rodeo
Por hartar con efeto su deseo.

Como red que por mar van estendiendo
En partes de placeres convinientes,
Do las bajas arenas van barriendo
Con los plomos que están della pendientes
Y al tiempo que la vienen recogiendo
Congregan muchos peces diferentes,
Y allí vereis del uno y otro bando
Revueltos por la playa palpitando;

Ansí manada junta muy espesa
Vereis de diferentes animales
Cruzar aquí y allí con grande priesa,
En riesgo y en temor todos iguales:
Con el ardor de llamas que no cesa
En acecho se ponen naturales,
Al que del fuego sale derribando
Los unos á los otros reguardando.

Gritaban lidiadores en el coso
Por fuera de las llamas rodeado,
El tigre salta del ardiente foso,
El leon sale todo chamuscado;
Por acullá vereis huir el oso,
Aquí y allí derriban el venado,
El cual si de la llama se desecha
Luego lo traspasaba dura flecha.

Capitanes allí tiran á tema
Sobre cuál dellos mas se señalaba,
Entre ellos se mostró Tunubuzema,
Pues uno y otro y otro derribaba;
Mas el robusto Chiniquichinema
No sacó tiro vano del aljaba,
Y sobre todos fué Guaima Pororo,
Oficio que sabia bien de coro.

La llama hizo mas angosto seno,
Los pajonales todos consumiendo,
Y el compás que restaba todo lleno
De caza que las llamas van rompiendo:
Saltan venados el ardiente seno,
Los pelos chamuscados sacudiendo,
Por donde pareció mas flaca llama
Y la zavana tuvo menos rama.

Como fuente de agua represada
En cumbres altas de lugar fragoso,
Que rota la pared del albarrada
Corre con un furor impetüoso,
Yendo por muchas partes derramada,
Inquiriendo lugar de mas reposo;
Ansí salieron estos animales
Derramados por partes desiguales.

Acudieron caballos y los perros
Del tiempo que tardaron desdeñosos,
Rojas están las astas y los hierros
Por el quemado campo presurosos:
Siguen unos la caza por los cerros,
Los otros por los llanos espaciosos,
No corren, sino vuelan como aves
Delgado y el Morán, y Nieto, y Chaves.

Renovóse la caza con aumento
Siguiendo la manada presurosa,
Quien mas derriba queda mas hambriento,
La punta de la lanza mas golosa:
Guaramental estaba muy contento,
Admirado de ver tan nueva cosa,
Los cuatro perros vuelan la dehesa,
Y en gran número dellos hacen presa.

En atencion suspensos principales,
Los de mas bajas suertes embobados
De ver aquellos brutos animales
Del uso de razon enajenados,
Sujetos á los mandos racionales
Sin ser á lo contrario desmandados:
Potencias colocahan y ponian
En la velocidad con que corrian.

Las suertes y los lances acabados
Y los venados muertos recogidos,
Volvieron todos muy regocijados
Do los indios quedaron detenidos:
Fueron de capitanes y soldados
Con letos ademanes recebidos,
Cargaron bien cien indios con la caza,
Y luego se volvieron á su plaza.

Cuál llevaba la cierva, cuál venado,
Cuál oso que llamamos hormiguero,
Cuál montesino puerco chamuscado,
Cuál cori, cuál iguana, monstruo fiero:
Quedó Guaramental en su cercado
De todo lo pasado placentero,
Mostrando de amistad seguras prendas,
Y los nuestros se fueron á sus tiendas.

A los cuales del venatorio Marte,
O caza sin que fuese dividida,
Luego se les llevó la mejor parte
Con otras abundancias de comida:
Cenaron todos ellos de buen arte,
Hizo la noche luego su venida,
Que con vigilantísimos recatos
Se repartió por tres ó cuatro ratos.

Quitadas ya las húmidas cubiertas
De nublos y noturna pesadumbre,
Cuando por los resquicios de las puertas
Entraba resplandor de nueva lumbre:
A los humanos ojos descubiertas
Las verdes arboledas de la cumbre,
El gran Guaramental dejó su lecho
Con imaginacion de cierto hecho.

Llamó su secretario dicho Guaima,
A quien otros llamaban Cochibano,
Y con él al insigne Barutaima,
Cacique poderoso comarcano:
Llamó también al fuerte Pariaima,
Que fué su general y primo hermano;
Con estos tres señores solamente
Caminó donde estaba nuestra gente.

Españoles están inadvertidos
E ignorantes desta su venida,
Pero luego que fueron conocidos
Usóse de costumbre comedida:
Fueron con gran aplauso recebidos
Y muestras de amistad establecida,
Dándoles con debido miramiento,
Segun sus calidades el asiento.

Mas el bárbaro rey allí sujeto
Con el Delgado aparte se detiene,
Para comunicalle su concepto,
Diciendo con intérprete que tiene:
«Querríate hablar muy en secreto
Una cosa que mucho te conviene,
En lo cual, si respondes con mi gana,
Ternás aquesta tierra toda llana.

»Yo te tengo por hombre tan entero
En valor, en esfuerzo y en prudencia,
Que no dudo ser alto mensajero,
Mandado de divina Providencia;
Y ansí mientras viviere yo no quiero
Tener contigo dura competencia,
Antes me hallaras á todo blando,
Y á mis gentes sujetas á tu mando.

»El efeto será mas que prometo,
Guiado por tus propios pareceres;
Y aun viendo los demás que me someto
Al orden y concierto que me dieres,
Ternán la reverencia y el respeto
Que deben á la ley que les pusieres,
Y para que esto sea sin zozobra,
Yo quiero ser principio desta obra.

»Mas hágote saber que aunque se vea
Tu lanza con furor de mis varones,
Tengo por imposible que no sea
Contrastada de grandes tropezones,
Que nos amaga ya con la pelea,
Sintiendo mal de vuestras opiniones,
Y sería muy menos esta plaga,
Como de muchos uno se deshaga.

»Este es Orocopon, fiero gigante,
Que con aquestos términos confina,
Varon guerrero, capitan pujante,
Que do quier que sus haces encamina,
Todo cuanto se pone por delante
Asuela, desbarata y arruina,
Cebando siempre filos de su lanza
Sin miedo, sin respeto ni templanza.

»Tiene pueblos quemados y deshechos,
Sus moradores pobres y mendigos,
Quebrantador de leyes y derechos
Sin reservar amigos ni enemigos:
Darias grandes colmos á tus hechos,
Si de su muerte fuésemos testigos;
Y quebrantado tropezon tan duro,
De los demás podrás dormir seguro.

»Es astuta persona recatada,
Dispuesta para toda competencia;
Mas los agudos filos de tu espada
Podrán cortar los desta pestilencia:
Yo quiero también ir á la jornada,
Y me quiero hallar en la pendencia,
Con aquellos pertrechos y soldados
Que por tu boca fueren señalados.»

El bárbaro habló lo que quería,
Alterada la sangre de sus venas,
Como quien por venganza se movia
A tomar deste rey debidas penas,
Y lo que con sus fuerzas no podia,
Quería concluir con las ajenas,
Porque el Orocopon en sus recuestas,
Como dicen, teníase las tiestas.

El Delgado que estuvo muy atento
A todo lo que el bárbaro decia,
Manifestó ser todo su contento,
Efetúar aquello que pedia;
Porque con glorioso vencimiento
Ponian fin á lo que pretendia,
Que señalase cuando y en qué puesto,
Pues con los suyos él estaba presto.

Para poder llegar sobre seguro,
Fueron desta manera convenidos,
Que partiesen al tiempo mas escuro
Con mil bárbaros bien apercebidos:
Hombres para cualquiera trance duro
Usados á rencuentros atrevidos,
Debajo de cristianos estandartes,
Y hecha division en cuatro partes.

Un caballo con cada compañía
Que el indio y español obedeciese,
Y donde mas sangrienta la porfía,
A los mas contratados acudiese;
El acometer fuese con el dia,
Cuando la luz primera descubriese,
Y los amigos indios con coronas
De ramos por señal de sus personas.

Concertados los dos desta manera
Con el faraute solo y en secreto,
Quisieron que la noche venidera
Viesen estos conciertos el efeto:
Estuvieron á punto y en espera
Del tiempo que les era mas aceto,
En sus tiendas el Agustin Delgado,
Y el gran Guaramental en su cercado.

El cual luego mandó cumplir la suma,
Su general el mando de su amo,
Aderezóse luego Canaruma,
Trajo sus escogidos Cachicamo,
Sus mas valientes Tunucutunuma,
Todos sus señalados Periamo,
Robustos, sueltos, en las armas prestos,
Pintados piernas, brazos, manos, gestos.

Henchian el compás de la gran plaza
Los fuertes escuadrones de salvajes;
Armados de macana, dardo, maza,
Robustísimos arcos y carcajes;
Sobre la gente de gallarda traza,
Ondean superbísimos plumajes,
Y á la congregacion bárbara fiera
Guaramental habló desta manera.

«Un negocio tenemos entre manos
Que esperencia nos ha dificultado,
Do los padres, los hijos, los hermanos
Han mas veces perdido que ganado;
Pero con el favor destos cristianos,
Creo que lo tenemos acabado,
Apartando de mí cualquiera duda
La fuerza y el valor de tal ayuda.

» Con ellos vamos á batalla dura
Por me hacer merced y beneficio,
Sus hechos, sus proezas y ventura
Me dan de la victoria gran indicio:
También de vuestra parte va segura,
Pues vais con su favor y en mi servicio;
Quiero que cada cual se dé tal maña,
Que crédito cobreis con los de España.

» En aquesto deseo que se prueben
Los fuertes y briosos corazones,
Y vuestros valerosos brazos lleven
A su debido fin mis pretensiones;
Pues conoceis de mí que si se deben
A los tales sus justos galardones,
Nunca supo mi mano ser avara
Para satisfacer hazaña clara.

» De mas del premio que será bastante,
En respuesta de vuestras valentías,
Quiero que pongais todos por delante
De qué rey y señor sois naborías;
Y esto dará valor al inconstante,
Para que se desechen cobardías;
Pues si lo tantearde como buenos,
Mi punto no podrá venir á menos.

» Bastaria cualquiera cosa destas
Para quien á vergüenza se sujeta,
Y ansí debajo de las presupuestas,
Quiero que la salida sea secreta;
Y que tengais las armas todos prestas
Para cuando sonare la trompeta,
Guiando los armados caracoles
Segun lo dispusieren españoles. »

Respondióle por todos los soldados
Pariaima, persona conocida,
Diciendo: « todos van determinados
O de vencer ó de perder la vida;
Y parte no serán mudables hados
Contra gente tan bien apercebida,
O ya para vivir con fama y gloria,
O ya tomar la muerte por victoria.

» Todos estamos destos pareceres
Y estribamos en esta confianza,
De no ver jamás hijos ni mujeres,
Ni gozar de reposo ni holganza,
Hasta que por el orden que quisieres
Tomemos crudelísima venganza,
Lo cual se cumplirá sin duda alguna
A pesar de las fuerzas de fortuna. »

Habló después el noble y el villano
Desechando de sí malas sospechas:
El mas bajo se muestra mas lozano,
Haciendo ciertas las promesas hechas:
Guaramental les daba de su mano
A muchos dellos venenosas flechas,
Al menos á personas señaladas,
Do no sabia ser mal empleadas.

Luego fueron aquestas dichas gentes,
Por parte del cercado divididas,
Y por diligentísimos sirvientes
En cada parte mesas estendidas:
Las cuales de manjares diferentes,
Fueron bastantemente proveidas,
Do cada cual á discrecion bebia,
Hasta desparecer la luz del dia.

Cuando dorados rayos encubria
Apolo con las ondas de Oceano,
Cuando de manto negro se vestia
La cumbre de la sierra y valle llano,
Cuando de dulce sueño se vencia
La fatigada vista del humano,
Y el corvo labrador y el afligido
Descansan del trabajo recebido:

Entonces este rey y sus sujetos,
De clementes respetos olvidados,
Quieren inquietar á los quietos
Y desasosegar los sosegados:
Tocaron instrumentos imperfetos,
A cuyo son llegaron los soldados;
El Delgado también, vistos los sones,
Vino con sus caballos y peones.

Salió la muchedumbre del cercado,
Guarnida de mortales instrumentos,
Cada cual escuadron tan bien armado
Cuanto pedian tales movimientos:
Juntóse Pariaima con Delgado,
Periamo también y otros doscientos,
Con el Chaves el indio Cochibano
Con trescientos sujetos á su mano.

Con Morán Canaruma y Cachicamo
Con obra de doscientos y cincuenta,
Cada cual deltos suelto como gamo,
Hombres de bien para cualquier afrenta;
Y aquel que Tumacutunuma llamo
Con el Nieto llevó ciento y setenta,
Con el Guaramental por mas valientes
Van los demás como sobresalientes.

Entre los capitanes referidos
Iban para mas fuerza deste Marte
Los demás españoles repartidos,
Siendo dos veces seis de cada parte;
Y cada cual, segun eran rompidos,
Pudiera bien regir el estandarte,
Y ansí los mas en partes diferentes
Salieron capitanes escelentes.

Guiaron corredores el camino
Del cuerpo de la gente separados,
E ya de sus triunfos adevinos
Todos de ramos verdes coronados,
Porque de los soldados peregrinos
Fuesen en la batalla reservados:
Marcharon luego todos muy á punto,
Hasta tanto que ya llegaron junto.

Era camino llano y apacible,
La distancia tres leguas solamente,
Y por aquesta causa fué posible
Que llegasen á tiempo competente:
Hicieron con silencio conveniible
Alto para descanso de la gente,
Un tiro de arcabuz de los bultos,
Sin temor de tan duros desafíos.

Luego los infieles y fieles
Caminaron á paso sosegado,
Para se repartir por sus cuarteles
Segun que lo tenian ordenado:
Acechando las calles y placeles
De la ciudad y pueblo destichado,
Hasta tanto que vino la mañana,
A los mortales ojos ya cercana.

Fué pueblo por entonces prepotente,
Terror de los mayores y menores,
Y cuyas cercas eran solamente
Los brazos de sus fuertes moradores:
Numerosísimo de toda gente,
Con mando sobre reyes y señores,
En calles, plazas, barrios gran distancia,
Verdes macos en él por elegancia.

Uuare por la parte del poniente
Con sosegadas aguas lo ceñia,
Campos rasos la parte del oriente
Y del septentrion y mediodía;
Por las cuales estancias libremente
Se dividió la fuerte compañía,
Estando cada cual presto y atento
Esperando señal de rompimiento.

Pues cuando ya su roja cabellera
Por alta cumbre Venus descubria,
Y conocieron ser la mensajera
Del radiante sol y claro dia,
Tocóse la trompeta de manera
Que su voz incitó la compañía:
Los unos y los otros entran luego,
Y á casas principales ponen fuego.

Avivóse con gran fuerza de viento,
Segun y como tiene de costumbre,
Suben fumosas llamas al momento
Veloces al altor de la techumbre:
Heridos de temor y desatiento
Acude miserable muchedumbre,
Huyendo del peligro de los senos
A parte donde no hallaban menos.

Pues si llama causaba desatino
Para hacerse fuertes á la puerta,
Adelante siguiendo su camino
No les era la muerte menos cierta;
Porque la crüeldad del mal vecino
Con tan grande rigor se desconcierta,
Que, si posible fuera, desta gente
No quisiera dejar cosa viviente.

Como la caza que huir procura
Del cubil á los montes y florestas,
Por escaparse por el espesura
De las caninas bocas y molestas;
Y la senda le fué menos segura,
Pues en ella halló las redes puestas,
Entre las cuales siendo detenida
Aquel hilo quebró los de su vida;

Ansí cuantos huian de la brasa,
Dejando solos los pendientes lechos,
Procurando salir á plaza rasa
Cercada de mortíferos acechos;
A tiempo que salian de la casa
Se vian traspasados por los pechos,
Otros quebradas piernas, manos, brazos,
Y cabezas partidas en pedazos.

Gritos, voces, clamor, lamentaciones,
Los aires destemplaban y rompian;
De todas partes andan confusiones,
Niño, mujer, varon se confundian:
Hubo también algunos escuadrones
Que con sumo valor se defendian,
Do los amigos indios y cristianos
Habían menester entrambas manos.

Porque por el cuartel donde fué Nieto,
Toronima con obra de cincuenta
Ponia sus contrarios en aprieto,
Y andaba la batalla muy sangrienta:
Abolla la celada, rompe el peto,
Anima, llama, hiere, desatienta,
Rompe pechos, cabezas, las espaldas,
Derriba grande copia de guirnaldas.

Mas antes que llegase la pujanza
De indios que por él eran llamados,
Nieto rompió por medio la matanza,
Do los suyos andaban mal parados,
Metiéndole los filos de la lanza
Por entrambos ijares ó costados:
Cayó con un grandísimo gemido
De las armas y vida despedido.

El resto de la gente se rebate
Por Holguin y Alonso Alvarez Guerrero,
Un Domingo Lozano y un Oñate,
Bracamonte, Madroño, Joan Ribero;
Morán y Chaves tienen gran combate
Con un Putimar, capitán fiero,
Porque necesidad hizo juntarse
Para mejor valerse y ampararse.

Aqueste ya con copia de varones
Hacia por los indios enramados
Aquel estrago grande que leones
En junta de domésticos ganados:
Aprovechando bien las ocasiones
Antes de verse todos acabados,
Y con la gran macana que esgrimia
Las lanzas y caballos rebatia.

Pero dando respuestas y preguntas,
Ansí de las palabras como hechos,
Dos flechas reguladas vuelan juntas
Por vias y caminos tan derechos,
Que sin se desviar entrambas puntas
Lo clavaron por medio de los pechos;
Hizo por el foramen ó herida
El alma de las carnes despedida.

Probó luego la mano Paraurete,
Que para mal de muchos no fué manca,
Mas de los españoles arremete
Pero Rodriguez el de Salamanca,
Anton Sanchez, Costilla y Alderete,
Con otros á quien dieron plaza franca,
Porque fué tan feroz arremetida,
Que muchos se pusieron en huida.

A estos tiempos Agustin Delgado
Por su cuartel y plaza no traia
El fortísimo brazo reposado,
Ni sin sangre las armas que vestia;
Mas el Orocopon encarnizado
Los cielos y la tierra maldecia,
Un terrible baston entre las manos,
Indios amenazando y á cristianos.

Sus fuertes capitanes animando,
Que muchos le vinieron con presteza,
Sangre, cascos y sesos derramando
Con una nunca vista lijereza:
Espuma por la boca rebosando,
Como suelen las fieras con braveza,
De gente circunstante hecho valle
Y por adonde pasa larga calle.

Bien como huracán, que da tal priesa
En indicas provincias y regiones,
Que barre la montaña mas espesa,
Quebranta ramas, vuelve los troncones.
Y los anchos caminos atraviesa
Con crecidísimas inundaciones,
Causando tal temor á los humanos,
Que quedan como muertos los mas sanos.

Ansí con aquel leño que gobierna
Sin que le diese pesadumbre brazo,
La mas dura costilla halla tierna,
La mas ancha cerviz sin embarazo:
Aquí quiebra cabeza y allí pierna,
Aquí quebranta muslo y allí brazo,
Aquí deja montones degollados,
Acullá quedan todos asombrados.

El caballero fuerte, que queria
Hacer en él empleo de su lanza,
Con tanta muchedumbre no podia
Allegar al rigor de la matanza;
Pero con todo esto no tenia
Orocopon de vida confianza,
Por ser de todas partes ofendido
Y estar de muchas flechas mal herido.

En aquestos conflitos y agonía,
Sus poderosos golpes mas tardíos,
A Guaramental vido que decia:
«Acabámelo ya, varones míos.»
Concibe Orocopon tal osadía,
Que sacó de flaqueza nuevos bríos,
Rompiendo por aquellos escuadrones
Por responder á tales intenciones.

Y sin lo detener contrarias lanzas
Para Guaramental se fué derecho,
Diciéndole: «Traidor, por asechanzas,
Quisiste ver el fin de nuestro hecho:
Espérame, que muerto, las venganzas
Podré tomar de tí sin tal acecho,
Si esperimentas este brazo fiero
Yo te haré que caigas tú primero.»

Con los golpes que tiene de costumbre
Hizo lugar por uno y otro lado,
Deseando quitar humana lumbre
Al enemigo suyo declarado;
Pero llovió sobre él tal muchedumbre,
Que cayó de mil flechas traspasado,
La cabeza le fué luego cortada,
Y al indio su contrario presentada.

Mandóla desollar y el casco raso
Y limpio del humor que contenia,
Della hizo hacer dorado vaso,
Con que después el bárbaro bebia:
Sabido pues el fortunoso caso,
El contrario huyó por do podia,
Y los nuestros tomaron de los vivos
Crecidas cantidades de captivos.

Vencidos estos indios animosos,
Que cierto pelearon como buenos,
Volviéronse los vivos victoriosos;
Pero no tan cabales ni tan llenos,
Que de la vida fueron perdidosos
Muchos, y de españoles uno menos,
Que por ser de veneno la herida
Ningun remedio pudo dalle vida.

Sabida la caída desta gente,
Porque la fama corre sin que pare,
Ocurrieron de paz incontinente
Las restantes provincias del Unare:
El cojo Guaigotó, varon potente,
El fiero Cotuprix, el gran Meuyare,
Orocomay, mujer, reina pujante,
Y en la paz y amistad perseverante.

Viendo Delgado pues ser tierra dina
De poner en católico concierto,
Determinó volver á la marina
Para manifestar lo descubierto:
Partióse con la gente peregrina,
Llegaron con salud al dicho puerto,
Con grande cantidad de prisioneros,
De que sacaron copia de dineros..

Jerónimo de Ortal, bien informado
Del numeroso pueblo desta gente,
Envió por caballos y recado
A islas que tenian al poniente,
Para poder entrar aderezado
Con aquel aparato conviniente;
Mas porque no faltasen desta tierra,
Luego hizo volver gente de guerra.

Volvió con Alonso Alvarez Guerrero,
Miguel Holguin, mancebo de gran cuenta,
Con algunos del número primero,
Que todos podian ser hasta cuarenta:
Hallaron en la paz sano y entero
Guaramental, á quien se le presenta
De parte del Ortal un buen presente
Recebido por él alegremente.

Un indio, Villeguillas, encamina
A idioma claro los acentos,
Descubren de la gente mas vecina
Grandes y potentísimos asientos;
Y siempre con aquella golosina
De esclavos que enviaban por momentos,
Agora por rescates, ya por guerra,
Que fué la perdicion de aquella tierra.

La fama, como nunca fué secreta,
Entonces levantaba con pregones
Riquísima provincia dicha Meta,
De quien atrás se dieron relaciones:
Y para la buscar por vía reta
Loaban estas dichas poblaciones
El de la tierra firme y el isleño,
De cuyas opiniones fué Sedeño.

El cual en estos tiempos y sazones
Dentro de Puerto-Rico ya tenia
Copia de valentísimos varones,
Caballos, municion, artillería,
Segun que pareció, con intenciones
De entrar por Neveri, do residia
Jerónimo de Ortal, con pensamiento
De pasar ó venir en rompimiento.

Para dar perfecion á su deseo
Entre tanto que él mismo se presenta,
Envió cien soldados de un volco,
Con muy buenos caballos los cincuenta,
Todos con briosísimo meneo,
Prestos á desviar cualquier afrenta:
Jerónimo de Ortal, aunque eran buenos,
Tenia por entonces muchos menos.

Vino con esta gente Joan Bautista
Y el animoso Diego de Losada,
Fortísimo varon en la conquista,
Y Reinoso, persona señalada:
Aquestos, sin haber quien los resista,
Saltaron en la costa deseada;
El Ortal quiso menear la lanza,
Mas Delgado templó la destemplanza,

Diciéndole: «señor, no teneis cierta
La palma que buscais por esa via;
Vayan con Dios, que si me dan la puerta
Para poder hablalles algun dia,
Posible cosa es que yo convierta
A vuestra devocion su compañía,
Pues suele muchas veces la templanza
Vencer lo que no puede larga lanza.»

Con esto mitigó como queria
El Agustin Delgado los furores,
Porque, segun se dijo, pretendia
Concertar estos dos gobernadores;
Pues, aunque partes del Ortal seguia,
El Sedeño le dió muchos favores
Un tiempo, y así era, como digo,
Al uno servidor y al otro amigo.

La gente pues que de Sedeño vino,
Remotos y apartados deste puerto,
Siguieron adelante su camino
Por donde lo hallaron descubierto:
Siempre con el recato que convino,
De la seguridad ninguno cierto;
Mas en tanto que van yo me detengo
Enronquecido ya del canto luengo.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo la gente de Sedeño, después que se metió la tierra adentro, dieron en la gente de Jerónimo de Ortal, cuyo capitán era Alonso Alvarez Guerrero, y les quitaron los caballos, y lo que mas aconteció.

Bien es que los de buen conocimiento
Reguarden amistad en los aprietos;
Pero locura es y desatiento,
Si por tener allí tales respetos,
Ponen en confusion y detrimento
Aquellos á quien deben ser sujetos,
Pues cuando los dos piden este juro,
Acudir al señor es mas seguro.

Y aunque no se presume del Delgado
Hacer esto debajo mal intento,
Sabiendo ser contrario declarado
El Sedeño con tanto fundamento;
Con su gobernador fué descuidado
En no poner algun impedimento
A la gente de la contraria lista,
Y mas no siendo suya la conquista.

Pues era del Ortal derechamente,
Segun la provision del propio dueño,
Y desta tierra firme diferente
La que le proveyeron al Sedeño;
Mas él sin ver aquel inconviniente,
Que entonces se juzgó por no pequeño,
Tomó por parecer otro desino,
Y quiso por allí hacer camino.

Su gente pues, que caminó primero
Entre tanto que la demás venia,
Dieron en Alonso Alvarez Guerrero,
Que desta gente nueva no sabia:
Quitáronle las armas y el dinero
Y todos los caballos que tenia;
Sabida la maldad y atrevimiento
El Ortal hizo mucho sentimiento.

Y con este desgusto de mal dejo
Dijo tales razones al Delgado:
«Yo, señor capitán, de vos me quejo
Y me quiero tener por agraviado;
Pues á no conoceros tan perplejo,
Este juego tuviéramos ganado,
Y es para corregir tan mal esceso
Menester que enmendemos el avieso.»

Condenando por feo tan mal hecho
En cólera volvió su gran templanza,
Y así le prometió poner el pecho
A la satisfacion y á la venganza;
Pero ni sin razon ni con derecho
El quisiera probar allí su lanza,
Por estar del Sedeño muy prendado
Del tiempo que tenemos ya tratado.

Y con ser amistad mas estendida
Con Sedeño que con Ortal agora,
Quiso mas ver el amistad perdida
Que su fe condenada por traidora;
Al fin el aficion quedó vencida,
Y la razon salió por vencedora,
Aconteciendo para tal intento
Un caso que les vino muy á cuento.

El Sedeño mandó segunda gente,
Caballos, municion y artillería,
Con un soldado viejo muy valiente,
Que Rodrigo de Vega se decia,
A quien yo conocí medianamente,
Pues que tuve su misma compañía;
Desembarcaron en Maracapana,
Que es en la misma costa comarcana.

Recogidos en esta pertenencia
De Guaracapa, indio muy ladino,
Velaron con alguna diligencia
Por tener al Ortal ya por vecino;
Mas no con el recato ni decencia
Que para su seguro les convino,
Porque nunca se hace buena vela
Si sobre ella no anda quien le duela.

Pues Agustin Delgado, que despierto
En sus rondas y velas se hallaba,
A los vecinos indios deste puerto
Particularidades preguntaba
Del orden que tenian y concierto,
Del número de gente que llegaba,
Las armas de que estaban prevenidos,
Dónde y en cuántas partes repartidos.

La gente pues de Ortal bien informada
Por relacion que pareció bastante,
Determinó de dalles alborada
Sin ponérseles cosa por delante:
Caminaron con noche sosegada
Hasta llegar al cerro circunstante,
Pueblo de la cacica Magdalena,
Cuya paz y amistad siempre fué buena.

Tenia centinelas allí junto
El Capitán y gente de Sedeño;
Pero hallárónlos en este punto
Entregados á tan profundo sueño,
Como si cada cual fuera difunto
O bulto mal formado de algun leño:
Dejáronlos con este su letargo
Sin armas, y pasáronse de largo.

Al tiempo que su padre de Faetonte
En continuacion de su carrera
Queria ya salir del horizonte,
Seyendo Venus ya la mensajera,
Sus rayos estendiendo por el monte
De la sierra que estaba mas afuera,
Dieron en el ejército dormido
Haciendo poca gente gran ruído.

Levantáronse muy sobresaltados
Guiados de dudosas esperanzas;
Pues como los tomaron descuidados
Y a sombra de tan flacas confianzas,
En un momento fueron desarmados
Perdidos los caballos y las lanzas,
Sin haber en aqueste rompimiento
Defensa ni rigor sanguinolento.

Mas un muchacho fué que en la pendencia
A caballo subia bien armado,
Y aqueste hizo grande resistencia
A toda la cuadrilla del Delgado;
Pero viendo de suyos la paciencia
Y él solo de ballestas rodeado,
Quisose dar porque no le matasen,
Y con que su caballo le dejasen.

Conclusa y acabada la refriega,
Y gente de Sedeño ya rendida,
Hallóse tan confuso nuestro Vega
Que deseaba verse sin la vida:
Ya deshonra los suyos, ya reniega,
Ya del Delgado da queja rompida,
Diciéndole que ¿dónde se sufria
Semejante traicion y villanía?

El respondió: «yo traigo mandamiento
De justicia del rey, y muy bastante;
Quejaos de vuestro poco miramiento,
Pues pudiérades ser mas vigilante:
Que sabe Dios la pena que yo siento
Por venir en demanda semejante;
Quejaos también de vuestros valedores,
Que fueron los primeros agresores.»

Al fin, por no sufrir dichos molestos
Que suelen encender malos enojos,
Los suyos el Delgado hizo prestos,
Las armas recogidas en manojos:
Quedaron los de Vega descompuestos;
Los otros proveidos de despojos,
El Ortal lleno fué de vanagloria
Desque los vió volver con la victoria.

Y aquesta buena suerte por él vista,
Con cincuenta caballos á su uso,
Determinó de dar en el Bautista,
Capitán que los suyos descompuso:
De cien soldados viejos hizo lista
Con los cuales al hecho se dispuso,
Y ansí siguió los rastros y pisadas
Doblando muchas veces las jornadas.

Llegados con tan buen aviamiento
Donde Guayamental los atendia,
Al Ortal hizo gran recebimiento
Y al Delgado que mucho lo queria:
Díjoles la provincia y el asiento
Donde el contrario campo residia,
Y por no les cumplir mucho sosiego,
En su demanda se partieron luego.

Por campos fertilísimos y llanos
Hicieron en tres dias la jornada,
Y cuando le dijeron ser cercanos
Jerónimo de Ortal hizo parada,
Poniendo por concierto sus cristianos
Para dar en la gente sosegada,
La luz de los mortales despedida
Y su vista de sueño convencida.

Tenian los contrarios el asiento
En prado verde con esmalte rojo,
Cerca del grande pueblo y opulento
Del indio Guaigotó, cacique cojo:
Varon en guerra y paz de gran momento
Y entre los convertidos ortodojo,
Amplísimo su campo y su dehesa
Y lo poblado del una gran mesa.

Por líneas rectas árboles opacos,
Cuyas hojas jamás vienen á menos,
Que en aquellas provincias llaman macos,
Fructíferos, umbrosos, muy amenos;
Los huesos de sus frutos no son flacos
Sustentos, sino recios, sanos, buenos,
Entre estos macos uno fué notable,
Grandísimo, hermoso y admirable.

Debajo cuyos ramos estendidos
En tiempo de calor acontecia
Estar trescientos hombres recogidos
Con caballos y gente que servia,
Todos cómodamente divididos
En el compás que cada cual queria,
Las hojas tan compuestas y tan densas
Que del ardiente sol eran defensas.

Estando pues febea luz ausente,
Y casi demediando la carrera,
A los despiertos ojos de la gente
Que huellan otra parte del esfera,
Revolviendo las riendas al oriente
Para tornar á ver nuestra ribera,
Jerónimo de Ortal y sus cristianos
Alistaron las armas y las manos.

Teniendo relacion por sus espías
Del maco donde estaban alojados,
Llevando por delante buenas guías
Dieron en los que estaban sosegados;
Pero de las contrarias compañías
Hallaron solamente los llagados;
Porque los sanos, sueltos y valientes
Andaban descubriendo nuevas gentes.

El saco y el ranchéo fué tan bueno
Que se les descubrió lo mas recluso,
Lo suyo recogieron, y lo ajeno
Aplicaron también para su uso:
El que vino vacío volvió lleno,
Alzando cada cual lo que no puso,
Y con ver mejorados los despojos
Ortal no mitigaba sus enojos.

Pues con presteza tal cual conocia
A su seguridad ser importante
Arrebató la gente que tenia,
Y con ella pasó mas adelante,
En busca de la otra compañía
De semejantes vueltas ignorante,
Porque fuese mas presta su llegada
Que un negro que huyó del arma dada.

Hasta ver al contrario la presencia
Caminaron á pasos estendidos,
Fué de poco momento la pendencia
Por estar los contrarios divididos;
Mas el Bautista hizo resistencia,
Y él y otro quedaron mal heridos,
Y si la gente junta se hallara
La victoria no sé por quién quedara.

Por ser la que faltaba tan lozana
Y su vigor y fuerza tan notoria,
Que murieran allí de mejor gana
Que conceder á nadie la victoria;
Pues con indios y gente castellana
Hicieron hechos dignos de memoria,
Mas nunca les pasó por pensamiento
Que Ortal tuviera tal atrevimiento.

Y ansí por ser á todos importante
El Delgado dió orden que supiesen
No cumpliles pasar mas adelante,
Sino que de la tierra se saliesen;
Porque el Ortal estaba muy pujante
Y no les convenia que se viesen,
Que tomasen aqueste su consejo
Dado por servidor y amigo viejo.

Oidas las razones y embajada
Y de los descompuestos otras quejas,
Muchas personas desta camarada
Estuvieron confusas y perplejas;
Mas el Reinoso y Diego de Losada,
Anton García y Alvaro de Sejas,
Un Medina y un García de Montalvo
Procuraron de se poner en salvo.

Mas gente dejó ir Ortal aposta
Que con los que ya dije se congrega,
De pertrechos beligeros angosta
Y eminente peligro donde llega:
Finalmente, salieron á la costa
Adonde se juntaron con el Vega,
Que estaba con su gente destruida
En grandísimo riesgo de la vida.

Por San Miguel de Neveri pasaron
Al tiempo que venian de camino,
Adonde saquearon y robaron
Los bienes del Ortal y del vecino,
Por no poder los pocos que quedaron
Resistir el furor luciferino,
Y dalles el desorden y codicia
A los que mas podian la justicia.

Visto que ya no hay quien lo resista,
Jerónimo de Ortal les dió licencia
A los que se quedaron con Bautista
Presos con él en esta competencia,
Para que se volviesen á su lista
Si no quisiesen ir en su obediencia;
Por ellos aceptada fué de gana,
Y ansí volvieron á Maracapana.

Allí se vieron todos descontentos
Por no tener defensa conviniente,
Esperando por horas y momentos
Al Sedeño y al resto de la gente:
Luego vieron inflada de los vientos
Vela acia la parte del poniente,
Cuya vista les dió gran alegría
Pensando ser Sedeño que venia.

Pero llegada mas á la ribera
La sospecha ya dicha salió varia,
Porque luego supieron cómo era
Un canónigo, Gasco, de Canaria:
A Santa Marta guia su carrera,
Mas furia de la mar le fué contraria,
Y por huir notable desconcierto
Allí determinó de tomar puerto.

Un don Pedro de Lugo los envia
Para hacer una jornada larga:
Son hombres de valor que en Berbería
Supieron bien jugar lanza y adarga,
Y demas desta gente que venia
De caballos y armas buena carga,
Y allí Gasco tenia hada amiga,
Que vive hay, y el nombre no se diga.

Puestos en tierra los recién venidos,
Fueron de capitanes y soldados
Con un aplauso grande recebidos
Y segun su poder acariciados,
Y á una devocion tan convertidos
Que fueron de la otra trastrocados,
Por loalles aquellos baquianos
La tierra que tenian entre manos.

Como con estos pues se concluyese
Que siguiesen las partes de su bando,
Porque de mejor gana lo hiciese
Al Gasco se le dió supremo mando,
En tanto que Sedeño les viniese
Con la gente que estaban esperando;
Pero después se vido tan amargo
Que les dejó la moza con el cargo.

Que por aquellos campos y florestas
A vueltas de trabajos y desmanes
No faltaban requiebros y recuestas,
Paseos y mensajes de galanes;
A los cuales volvian las respuestas
Con gustosos y dulces ademanes:
Padecia fatiga nuestro Gasco
Por ver su bella dama tan sin asco.

Hollaba la señora tan liviano
Que no pudo sufrir lugar recluso,
Y ansí con Arce, mozo cortesano,
El Gasco con furor se descompuso;
Muchos con ellos dos echaron mano,
Y el alboroto fué harto confuso.
Pues con ser de los suyos socorrido,
El canónigo Gasco fué herido.

Desque se vió con diligente cura
Asegurado bien de la herida,
Pareciale ser mayor cordura
Dejar la moza que perder la vida:
Partióse por buscar otra ventura
Juzgando por ganancia la perdida;
Y aunque salió de todo descompuesto
Fué de mayor valor el presupuesto.

Partido desta costa y de su sueño
El Gasco para donde le convino,
Llegó con dos navíos el Sedeño
Con mucha gente para su camino;
El pesar que sintió no fué pequeño
Informado de tanto desatino,
Pero disimuló con esperanza
De ver muy á su gusto la venganza.

A lo que se perdió con los asaltos
Un «ya podria ser» dió por escudo,
Rehizo de caballos á los faltos,
De suficientes ropas al desnudo;
Consolaba los bajos y los altos,
Y reformólos lo mejor que pudo;
Pero dejémoslos adonde estamos,
Volvamos al Ortal do lo dejamos.

El cual desque se vido con sosiego
Y con tan principal aviamiento,
Con todos sus soldados partió luego
Continuando su descubrimiento:
Hallaron un cacique, dicho Diego,
Sin que supiesen deste nombramiento
La causa ni razon, ni quién le puso
Este nombre tan fuera de su uso.

Pues pensaba cualquiera baquïano
Que de cuantos nacieron de mujeres
Nunca jamás allí llegó cristiano,
Memoria ni mencion de sus poderes;
Y ansí tomaban todos larga mano
En decir diferentes pareceres,
Y en uno solo yo me determino
Que no parece fuera de camino.

Entre conquistadores codiciosos
Habia desta tierra grandes cuentos,
A fama de la cual dos religiosos,
Debajo de santísimos intentos,
Entraron por los pueblos poderosos,
Año de diez y seis y tres quinientos,
La fe de Jesucristo predicando
Y algunos convertidos bautizando.

Poníanseles nombres de cristianos
Segun santa y católica costumbre,
Con la prohibicion de ritos vanos
Por traellos á nuestra certidumbre;
Mas por los sacerdotes inhumanos
Que de vellos tomaban pesadumbre,
Estos frailes que dominicos fueron
Coronas de martirio recibieron.

Esta fué la razon por que este hombre
Se llamaba segun habeis oido,
Y la misma no pide que se asombre
Quien está destas cosas advertido:
Por hallar entre indios este nombre
Que traemos acá por apellido,
Quedándose con aquel nombre mismo
Que le debieron dar en el bautismo.

De tan fértiles tierras no contentos
Con tanta poblacion, tanta ribera,
A Meta dirigian sus intentos
Y á la casa del Sol, que entonces era
El blanco de los mas descubrimientos
Que pregonaban en aquella era:
Salió pues el Ortal con sus cristianos
A descubrir aquellos campos llanos.

Descubrianse reinos estendidos
Y en ellos poblaciones generosas,
Do tuvieron rencuentros muy reñidos
Por ser aquellas gentes belicosas:
Hubo victoriosos y vencidos,
Hiciéronse hazañas grandiosas,
Entre los cuales bandos y cuadrillas
Siempre hizo Delgado maravillas.

Asperezas inmensas tornó llanas
Con mano que no supo ser vencida,
Pero las tres lanificas hermanas,
Cuya condicion es endurecida,
Parece ser que ya tenian ganas
De cortar los estambres de su vida,
Derribando valor del gran Aquiles
No manos de París, sino muy viles.

Iban corriendo todos sus soldados
A Guamba, poblacion engrandecida,
Pasaban por asientos despoblados
Sin poder hallar ánima nacida,
Por ser de sus vecinos avisados
Dejar atrás la tierra destruida;
Demás desto mujeres y varones
Eran de belicosas condiciones.

No vuelve las espaldas uno solo
A muchos, y en el tiro de saeta
Nada superior el gran Apolo,
Y muy inferior el diestro geta:
Es cifra lo mejor del pueblo etolo
Y sueño los eoos y el de Creta,
No tuvo Panopes certeza tanta,
Aretusa, Calisto ni Atalanta.

No saben qué es arnés, yelmo ni greva,
Porque la desnudez es su decencia,
Arco y aljaba solamente lleva,
Y estas son sus astucias y su ciencia;
Pero huian de la gente nueva
Por no tener con ellos competencia:
Los nuestros asentaron allí ranchos
Cazando por aquellos campos anchos.

Pues hay por su compás y su distancia
Floridos prados, apacibles cerros,
Y de venados daban abundancia
Blandientes astas con agudos hierros:
También fué de grandísima sustancia
La caza que hacian con los perros,
Y hasta ver los indios y buscallos
Rehacian personas y caballos.

Allí holgaba nuestra compañía,
Por haber de comida muchedumbre,
Y el ir á buscar caza cada dia
Tenian casi todos de costumbre:
Deseando también alguna guia
Que desta gente diese certidumbre,
Entre los cuales Agustin Delgado
Salió movido de siniestro hado.

Acompañábanlo tan solamente
Joan de Agueda su hermano, y un soldado:
Adarga del arzon lleva pendiente
Por no salir á caza descuidado;
Pero la caza fué tan diferente,
Que pensando cazar quedó cazado:
No sé cómo poner en escritura
Aquesta trabajosa desventura.

Vió ir un indio solo por el llano,
Y con deseo grande de tomallo
Hizo luego desvío del hermano
Dando de las espuelas al caballo:
El indio con las flechas en la mano
Nunca mostró temer en aguardallo,
Y pudiérale dar golpe nocivo,
Pero no quiso, por tomallo vivo.

El adarga llevaba bien compuesta,
Ansimismo la lanza con aviso,
Y al indio que la flecha tiene puesta
Le dice que se dé, mas nunca quiso:
Antes de tal pelea como esta
No se le conoció ser arrepiso,
Pues siempre le hacia tal amago,
Que mostraba querer no dar en vago.

El sagitario finge que descarga
El tiro por los pechos al caballo;
Delgado reguardólo con la adarga,
Y fuérale mejor aventurallo;
Pues el diestro gandul con flecha larga
Por do se descubrió pudo clavallo,
Gozando de tal suerte del despojo
Que le metió la flecha por un ojo.

Joan de Agueda que vió la mala suerte
Y en el hermano tan cruel herida,
Del caballo bajó por dar la muerte
Al matador de tan ilustre vida;
Pero rogó por él el varon fuerte,
Y estorbó la venganza merecida,
Teniendo ya sentidos ocupados
En lamentar sus culpas y pecados.

Visto tan lastimero desconcierto,
Llevaron á los ranchos y cabañas
Al indio vivo y al cristiano muerto
Dechado de virtudes y hazañas;
Y el caso miserable descubierto
Llorando se rompian las entrañas,
Por ser de todas gentes bien querido,
Y de nadie jamás aborrecido.

En su disposicion muy bien podia
Competir con cualquiera gentileza,
Tanto que su presencia prometia
Faltar en él resabio de vileza:
Señalóse también en Berbería,
Donde dió muestras de su fortaleza:
Fué hombre natural de gran Canaria
Y de los antiquísimos de Paria.

El entierro se hizo no pomposo,
Porque no lo sufrió tal coyuntura,
Y á la sombra del maco mas umbroso
Se le dió la terrena sepultura:
Epitafio se puso doloroso,
Las letras dél en la corteza dura,
E yo vi que decian sus renglones
Estas mismas palabras y razones:

AQUI YACE SEPULTADO

EL BUEN AGUSTIN DELGADO.

Esta funeral fiesta concluida
En Guamba, segun tengo descubierto,
Jerónimo de Ortal aunque con vida,
Por muerte del Delgado quedó muerto:
Viendo para su mal y su caída
Mostrársele camino mas abierto,
Mas procuró por modo conveniible
Dar el remedio que le fué posible.

Para lo cual fué luego convocado
De sus soldados número de gente,
Y el Alvaro de Ordás salió nombrado
Por general y por lugartiniente:
Quedóse Martin Nieto resabiado,
Aunque mostró tomallo blandamente,
Y para la venganza con efeto
Trató ciertos motines en secreto.

Fué su negociacion tan acordada
Y tan persuasivas las razones,
Que la máxima parte de la armada
Correspondió con estas intenciones;
Y al punto y á la hora concertada
A los pocos pusieron en prisiones;
Fué fácil de hacer esto que digo
Por ser familiar el enemigo.

Demás del alevoso desatino
Que se perficionó con gran cautela,
No les dejaron arma ni rocino,
Espada de provecho, ni rodela:
Con intenciones de hacer camino
A la gobernacion de Venezuela,
Para juntarse con los capitanes
De Berzares y ricos alemanes.

Concluso sin contiendas ni peleas
Este feo motin y detestable,
Y tomados caballos y preseas
Con servicio de indios razonable,
Dijeron al Ortal palabras feas
Llamándole de vil y miserable,
Indigno de tener segun él era
Tantos buenos debajo su bandera.

Diez le dieron favor en su ruina
Por el rey fidelísimos vasallos,
Y destos un Torrellas determina
Por avisados medios ablandallos:
Al fin para volver á la marina
Les hizo que les diesen seis caballos,
Con ellos y otros diez de gente suelta
El Ortal á la costa dió la vuelta.

Soldados diestros, hombres de gran tomo,
Entre ellos Alonso Alvarez Guerrero,
Ordás, Pero Martin, Chaves, Perdomo,
Quirós, Torrellas, noble caballero;
Joan de Agueda y otros, no sé cómo
Pueda decir sus nombres por entero,
Pues en esta distancia tan notoria,
Que aunque los vi, se pierde la memoria.

A la vuelta se vieron en aprieto
Por no hallar la gente ya tan blanda,
Y los rebeldes Alderete y Nieto
Y el Villagrán y el resto de su banda:
Con amistad de todos y respeto
Llevaron adelante su demanda,
Y dieron por la tierra discurriendo
Con Fedrimán, que andaba descubriendo.

Nicolao Fedrimán en esta era
A su mandar tenia gente harta,
Reteniendo debajo su bandera,
Y sin le consentir que dél se parta,
Al valiente varon Joan de Ribera,
Insigne capitán de Santa Marta,
El cual venia con poder bastante
A descubrir por el dotor Infante.

Deste fuerte varon, cuando comienza
A tratar este reino y sus lugares,
No se halla valor que no se venza
De los suyos, que son mas singulares;
Porque cierto podia sin vergüenza
Competir con los fuertes doce pares,
Y si mis dias no fueren estrechos
Yo diré del Ribera grandes hechos.

Pasando pues del Cabo de la Vela
Descubriendo la tierra circunstante,
El Fedrimán llegó de Venezuela
Con gentes y pertrechos al instante:
Y hizo con astucias y cautela
Que juntos descubriesen adelante;
Ribera consintió con lo rogado,
Pero fué mas por fuerza que de grado.

No se hallaba fuera desta furia,
Sino por principal en este cuento,
Mateo Sanchez Rey, el de Liguria,
Que de valor tenia cumplimiento:
Al cual ya tiene la celeste curia
Y en este reino deja monumento,
Y á su doña Casilda, que en aviso
Y hermosura tiene cuanto quiso.

Estaba Diego Ortiz, que es residente
En Vélez deste reino de Granada,
A quien ventura corta no consiente
Siquiera pasadía limitada;
Siendo justificado pretendiente
De cualquiera merced muy señalada,
Pues sus servicios puestos en memoria
Habian menester cabal historia.

Estando juntas pues las dos armadas
Con todo buen recado y advertencia,
Las gentes del Ortal amotinadas
Al Fedrimán le dieron obediencia;
Y en dar el parabién de sus llegadas
No pudo ser mejor el aparencia,
Pero de los caudillos deste hecho
Nunca jamás estuvo satisfecho.

Pues aunque malos, pueden ser mejores
Cesando de dañar quien hizo daño,
Los que son una vez engañadores
Mal pierden el favor de tal engaño;
Mas antes andan vivos los olores,
Aunque se pase mes y pase año,
Que justa paga es del fementido
Cuando dice verdad no ser creido.

Por esto Fedrimán como discreto
Envió con recado conviniente
Al Alderete, Villagrán y Nieto,
A la mar so color de llamar gente;
Pero despachó cartas en secreto
Para que los destierren brevemente,
O no les consintiesen dar la vuelta
Por no le convenir gente tan suelta.

Aquesto se cumplió luego á la hora,
Y aun creo los tuvieron en prisiones,
No para ser justicia vengadora
De sus delitos y rebeliones;
Pero volvamos al Ortal agora
Concluyendo sus peregrinaciones,
Haciendo canto nuevo y ultimado,
Por quedar sin aliento del pasado.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neveri en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte

El que gente de guerra regir suele
Para tener segura la matanza,
No cumple con que solo se recele
Del contrario que tiene gran pujanza;
Pero también conviene que se vele
De los que están debajo de su lanza,
Pues armas del doméstico enemigo
Riguroso furor tienen consigo.

Y así los humos destos desvarios,
Si condensaren nube de sospecha,
Tener apercebidos los rocios
Antes que salgan llamas aprovecha;
Pero si los remedios son tardios,
La suerte del contrario queda hecha,
Y es menester, en caso semejante,
Por no quedar atrás, estar delante.

El descuido de Ortal aquí fué sumo,
Juzgando las verdades por novela;
El cual no solamente vido humo,
Pero también centellas de candela,
Y con se resumar lo que resumo,
Nunca creyó ser necesaria vela;
Y ansí, como no hizo cuenta desto,
Quedó de su potencia descompuesto.

Hizo camino pues con sus leales,
Rompiendo grandes fuerzas y pujanzas
De aquellos belicosos naturales
Que defendian casas y labranzas:
Do las seguridades principales
Les dabau las espadas y las lanzas,
Por ser al barbarismo desta gente
Esta seguridad mas conviniente.

En tierra ya de paz los caminantes,
Hicieron á la mar partida presta,
Adonde todos eran ignorantes
De tan breve venida como esta;
Y do por las revueltas dichas antes
Les era la guarida mas molesta,
Por estar el Sedeño con intento
De venir con Ortal en rompimiento.

De manera, lector, que cuando quiso
Evitar á caribes la tragona
Crüel hija de Focis ó de Niso,
Amenazas de muerte le pregona:
Y á no tener con ambas gran aviso,
Grande riesgo corria su persona;
Mas escapóse de crüeles manos,
Por industria del padre Castellanos.

Y tengo yo por muy averiguado,
Que si no se saliera del estrecho,
El muriera suspenso y ahorcado,
Sin mirar á justicia ni derecho,
Por estar el Sedeño tan dañado
Que cometiera ya cualquier mal hecho;
Y ansí, por lo traer á su presencia,
Fué la que puso suma diligencia.

Mas puestos en la playa deseada,
Cada cual por su parte recatado,
Hicieron con escuro la llegada
Al pueblo que el Ortal dejó poblado,
Tres leguas mas abajo del armada
Y campo del Sedeño reformado;
El cual para partir estaba presto
Debajo del desino ya propuesto.

Un maestre Joan, que lombardero era,
Siendo de vela dijo quién venia;
Salieron por lo ver á la ribera,
Diciéndole cuán gran riesgo corria:
Al instante le dió barca lijera,
Equipada de buena compañía,
El clérigo francés, principal hombre,
Que se llamaba de mi mismo nombre.

Sin gozar allí punto de sosiego,
Y sin llevar cabal matalotaje,
La vuelta de Cubagua se fué luego,
Y á vela y remo hizo su viaje;
Y no fué de cobarde ni de ciego
Ser él el que llevaba su mensaje;
Pues no costara menos que la vida,
Si no fuera de noche la partida.

Porque otro dia luego de mañana,
Algun indio ladino que los vido
Llevó las nuevas á Maracapana,
Diciendo que Ortal era venido;
Sedeño, de su gente mas lozana,
Juntó consorcio bien apercebido,
Mandándoles con ásperas razones
Que luego lo trajesen en prisiones.

A Neveri llegó la gente brava,
Armada de rigor descomedido,
Y sabida la vuelta que llevaba
La dieron á decir lo sucedido:
El Sedeño las barbas se pelaba
Desque supo que Ortal era huido;
Pero fusta de remos mas espesa
Mandó que lo siguiese con gran priesa.

Entre muchos que iban á prendello,
Fueron los dos hermanos Antillanes,
El capitán Copete, Mesa y Tello,
Que también estos tres fueron hermanos:
Zamudio, Ontiveros, Joan de Argüello,
Cabrera, Joan Martin de Castellanos,
Con mas que mi memoria no sustenta,
Y con quien el Ortal tuvo gran cuenta.

Pues el tiempo que suele ser lijero,
De la region etérea movido,
Muchos hizo venir á pagadero,
El campo del Sedeño destruido:
Siguieron pues á este caballero
Hasta Cumaná, puerto conocido,
Do para lo prender faltó remedio
Por haber puesto mucho mar en medio.

Queriendo ser mas Taurea Caripano,
Que hizo de su fuga confianza,
Que Claudo Asellio, milite romano,
Que solo la tenia de su lanza:
Vacía se volvió sedeña mano,
Perdida de prision el esperanza;
Libre pues el Ortal de tal encuentro,
Sedeño se partió la tierra adentro.

Recogió del Ortal muchos soldados,
Cuyo fiel valor esperimenta;
Y para los llevar bien aviados,
Caballos, armas, ropas les presenta:
Hubo después negocios muy pesados,
De que, mediante Dios, yo daré cuenta;
Pues los Sedeños de presente huyen,
Y los de Ortal agora se concluyen.

El cual, considerada la demencia
Del Antonio Sedeño y la malicia,
Envió sus despachos al audiencia,
Demandando remedio por justicia:
Despachóse jüez de residencia,
De quien también daré larga noticia
Al tiempo que mejor me pareciere,
Y con la claridad que yo pudiere.

Porque para tratar cumplidamente
La vida del Ortal en lo restante,
Aunque un negocio de otro va pendiente,
Habremos de hacello discrepante:
Poniendo por escrito de presente
Cosas que sucedieron adelante,
Después que noche del eterno sueño
Escureció los ojos del Sedeño.

Por no ser los enojos difinidos
Aunque sus dias fueron acabados,
Antes por los agravios recebidos
El Ortal se vengó de sus soldados;
Y aquellos que pudieron ser habidos
Fueron por su respeto castigados,
Y en este lugar cumple que mi pluma
Con brevedad posible los resuma.

Pues cada cual elegia representa
En relacion historia recogida,
Y aquel gobernador que la cimenta
No consiente que vaya dividida;
Sino que de un voleo se dé cuenta
De todos los sucesos de su vida;
Y ansí, pues la presente tiene dueño,
Acabada, diremos del Sedeño.

El cual, mucho después de su partida,
Y de revueltas otras y rencillas,
Ansimismo partió de aquesta vida,
Por cuyo fin también hubo cosquillas:
Tales, que fué su gente dividida
En dos contrarios bandos y cuadrillas;
Unos la gente siguen alemana,
Otros volvieron á Maracapana.

Estos por los delitos cometidos
Y escesos que serán conmemorados,
A instancia del Ortal eran punidos,
Y de los que tenian agraviados:
Fueron en este puerto detenidos,
A fin que todos fuesen castigados:
Entre ellos un Aduza y Joan de Argüello,
A quien la soga hizo largo cuello.

Pues muchos menearon los tobillos
Pareciendo mas sano dar la vuelta,
Que puestos en cadenas y con grillos
Pagar el carcelaje sin la suelta:
Fueron los sobredichos dos caudillos
Deste motin y última revuelta,
Y todos por llevar caballos buenos,
Se quisieron valer de los ajenos.

Escogió cada cual á su contento,
Porque por la zavana repastaban,
Y Aduza dijo ser acertamiento
Dejarretar los otros que quedaban,
Porque no fuesen en su seguimiento
Aquellos de quien ellos los llevaban:
Astucia de sagaz y de discreto,
Si acaso la pusieran en efeto.

Mas hubo también otras opiniones
Torpes en afear aqueste hecho,
Y ansí faltaron las ejecuciones
Que les pudieran ser de gran provecho;
Pues acontece muchas sinrazones
Asegurar con otras su derecho;
Y aunque la culpa hace muy mas llena,
A veces se reservan de la pena.

Fueron pues diez y seis apercebidos
De caballo, de lanza y de rodela,
A quien noche saeó sin ser sentidos,
Como la que de tales es tutela:
Volvian por los pasos conocidos
A la gobernacion de Venezuela;
Y en Cubagua justicia y regimiento,
Luego supieron el atrevimiento.

Condenando la culpa por atroce,
Cometer al Ortal aquel castigo;
Ortal, que sus afrentas reconoce,
Mucha gente cabal llevó consigo,
Con deseo de dar alguna coce
A quien se le mostró tan enemigo;
Y en tierra firme puestos deste puerto,
Lo que el Aduza dijo salió cierto.

Pues luego los caballos ensillados,
Que vimos escapar del duro trance,
De huellos fugitivos enseñados,
A gran priesa siguieron el alcance;
Pero los delincuentes confiados
No supieron jugar segundo lance;
Pues ó por flojedad ó mala guia
Se dieron menos priesa que cumplia.

Al gran rio de Guárico llegaban
Como setenta leguas caminadas,
Do los cansados cuerpos reposaban
En playas y riberas cultivadas,
Cuando los que por ella caminaban
Fresquísimas hallaron las pisadas,
Y el Ortal reparó la gente presta,
El rigor esperando de la fiesta.

Apolo ya las sombras retiraba,
Pues casi por zenit se les subia,
Y el eje por el medio resecaba
Con los dorados carros que regia,
Cuando frescor umbroso convidaba
Al descanso que el cuerpo les pedia:
Entonces el Ortal y sus soldados
Dieron en los que estaban acechados.

Bien como peje narces ó torpedo,
Que sin tocar entume miembros sanos,
Y para ser su cebo se está quedo
El peje de los rios destos llanos;
Ansí los asaltados con el miedo
No pudieron valerse de sus manos,
Por verse rodear tan de repente,
Y no temer aquel inconviniente.

No faltaron allí duros sayones
Que con oprobios y palabras feas
Los pusieron en ásperas prisiones,
Ansí colleras como arropeas,
Representándoles viejas pasiones
Habidas en rencuentros y peleas;
Otros también de mas noble talento
Usaban de mejor comedimiento.

Estaba del Argüello muy sentido
Jerónimo de Ortal por lo pasado,
Y ansí, sin le guardar orden debido,
A muerte natural fué condenado:
Finalmente, que fué, sin ser oido,
De la rama de un árbol ahorcado,
Ejecutando fuera la sentencia
De su gobernacion y pertenencia.

Argüello muerto, como dije antes,
Con muestra de grandísima paciencia,
Llegaron á Cubagua los restantes,
Donde estaba jüez de residencia,
Y adonde no faltaban querellantes,
Ajenos de virtud y de clemencia:
Afrentaron soldados de gran suerte,
Y Aduza padeció pena de muerte.

Conclusos estos casos tan estraños,
Indignos de cubrirse con tiniebla,
Ortal, pobre, pasó por muchos años
En casa de un vecino dicho Niebla:
Fué después contador, mas no de daños
Que hacia sin orden y sin regla,
Herrando libres indios por captivos,
Cuyos números fueron escesivos.

Estando pues el pobre con resuello
Menor que para lo cotidiano,
Y tan pobre que mas no pudo sello
Aquel Epaminoudas el tebano:
Ante los oidores un Argüello
Quejó dél por la muerte del hermano;
De manera, que fué por su presencia
A defender sus causas al audiencia.

Para satisfacion del tal esceso
Faltaba lo que el otro pretendia,
Por ya no ser Ortal, Mida ni Creso,
Ni tener lo que Pitio tenia,
Ni aun para pagar costas de proceso,
Y ansí se concertó por cierta via:
El Ortal, libre ya desta manera,
Tomó en Santo Domingo compañera.

Gozando de mujer, dama lozana,
Una siesta cubierto de sudores,
Por asiento tomó cierta ventana
Para tomar del aire los frescores,
Donde septentrion ó tramontana
Hacia mas templados los calores,
Y luego, como aquel rey Andebunto,
O como Nicanor, cayó defunto.

En proporciones era delicado,
Y también en sus tratos tuvo esto:
Fué grave con nota de pesado,
Varon gallardo, suelto, bien dispuesto:
La barba clara, rostro bien forjado,
Alegres ojos, apacible gesto,
Decian de buen pecho ser ajeno;
Pero por cierto yo lo hallé bueno.

Honró su funeral ilustre gente
Como suele ciudad tan generosa
Al que es inferior y al eminente,
Sin que de claridad le falte cosa:
Enterráronlo muy honradamente
En parte conviniente y honorosa,
Y donde las exequias se hacian
Pusieron unos versos que decian:

Continet Ortali, bustum quod cernitis, ossa,
Qui factus Cressus, factus et ipse Bitus.
Valde dolet varios hujus perpendere casus,
Plusque dolet nobis tam citus interitus.

Tiene aquesta sepultura
A Jerónimo de Ortal,
Cuya carrera fué tal,
Que en ella le dió ventura
Antes bien y después mal.

Dolor es que desatina,
Considerar su ruina;
Pero lo que mas dolió
Fué morir como murió,
De muerte tan repentina.

ELEGIA XII.

A la muerte de Antonio Sedeño, donde asimismo se cuenta el suceso de su jornada.

CANTO PRIMERO.

A cosas de Cubagua y Margarita
Aspiraba, letor, mi flaca pluma
A dar de relacion tan infinita
Alguna recogida y breve suma;
Pero dame Sedeño tanta grita
Rogando que su causa se resuma,
Que primero que dellas es forzado
Acabar lo que dél he comenzado.

Cuando clara progenie de Latona
Tenia por la ecliptica carrera,
Aquel primero signo de la zona
Oblica, que ciñendo va la esfera;
Cuando quinceno ciento se pregona
Con mas treinte y seis años de la era,
Tal dia con frescor de la mañana
Salió Sedeño de Maracapana.

Al cual deste consorcio belicoso
Le pareció nombrar en el armada
Por general á Diego de Reinoso,
Y el maese de campo fué Losada:
Martin Fernandez, hombre poderoso,
Por alcalde mayor de la jornada,
Porque en el avïar el estandarte
Este fué quien gastó la mayor parte.

Por capitanes otros seis ó siete
Fueron por el Sedeño señalados,
Como Montalvo, Vega y el Copete,
Y los dos que murieron ahorcados:
Segun mi verso débil entremete
En los casos atrás conmemorados,
Ochoa y Alonso Alvarez Guerrero,
Capitán del Ortal y compañero.

Sacó quinientos hombres escogidos,
Todos valerosísimos soldados,
De caballos y armas proveidos,
De cosas necesarias reparados:
De pensamientos altos van movidos,
De grandes esperanzas alentados,
Con intento de ver templo dorado
Do el padre de Faeton es adorado.

Con todo buen concierto se camina
Por costa de la mar camino claro,
Pero luego dejaron la marina,
Y atravesaron por Patigutaro:
Provincia tan cabal que fuera dina
De conservarse con mejor reparo,
Y por do les hacia mas al caso
Salieron á los pueblos de lo raso.

A sombra de tan fuertes valedores,
Cubagua concertó también que fuesen
Sus capitanes y rescatadores
Que los indios esclavos recogiesen,
Ó granjeados ya por sus sudores,
O de los que los otros les vendiesen,
Con orden de clemencia tan ajena
Que el escrebillo da terrible pena.

Pues era tan sin freno la soltura
De parte del ejército cristiano,
Que les era la paz menos segura
Que dormir con las armas en la mano;
Pues con asegurallo, se procura,
Privar de libertad al indio llano,
Y en esto fueron tantos los engaños,
Que se hicieron increibles daños.

De tan inmensa copia de vecinos
Rarísimos son hoy los que parecen,
Umbrosos montes cubren los caminos
Que los humanos ojos humedecen:
Los campos por do pasan peregrinos
Con sangre de los muertos reverdecen;
Ya no se ve labranza ni cultura,
Sino bosques incultos y espesura.

En esto colocaban su contento
Con harto mas rigor de lo que digo,
Y era de tal furor el desatiento,
Sin reservar amigo ni enemigo,
Que jugaban con gran merecimiento
El demérito digno de castigo:
Tanto ciega los ojos la cudicia
Que la maldad se tiene por justicia.

Los ebrios de tan mortal beleño,
Que muy poquitos hoy sustenta hado,
Parece que despiertan de tal sueño
Que ninguno tuvieron tan pesado:
Dicen mal del Ortal y del Sedeño
Por haberse tan mal acomodado,
Pues si tuvieran de poblar intentos
Potentes fueran los repartimientos.

Iban pues con algunos compañeros
De Cubagua personas principales,
Un Domingo Velazquez, un Riberos,
Fernando de Veger, Pedro de Caliz:
Su fin, su pretension, sus paraderos
Fué siempre destruir los naturales;
Llegó á Guaramental toda la gente,
El cual los recebió benignamente.

Hizo Sedeño ir por otras vias
Gente que parecia ser bastante,
Repartidos en tres capitanías
Para que descubriesen adelante;
Y él se detuvo por algunos dias
Mas cerca de la mar con la restante,
En el pueblo del Cojo, que ya cuento,
Porque le pareció fértil asiento.

La gente por Cubagua proveida
Y con el capitan que Ochoa llamo,
Desde Guaramental hizo corrida
A la parte que dicen Guayacamo,
Provincia bien poblada y estendida,
Pero no sin defensa de su amo,
Porque los indios della como diestros
Hicieron grandes suertes en los nuestros.

Pues viendo lamentar los derredores
Por ser en sus defensas incapaces,
Y ser los españoles ya señores;
Como sabios astutos y sagaces,
Tuvieron estos indios por mejores
Patentes guerras que fingidas paces;
Y ansí fueron los nuestros rebatidos,
Algunos muertos, y otros mal heridos.

Viendo que se valian desta suerte
Por tener la guarida muy cercana,
El español desea de lo fuerte
Sacallos al anchor de la zavana,
Para tomar venganza de la muerte
Que padeció la gente castellana,
Y ansí se retrajeron poco á poco
Para mas incitar al indio loco.

Con sospecha de que se retiraron
Los españoles de temores llenos,
Los indios á lo raso se llegaron,
Sin miedo del concierto de los frenos
De aquellos que los tésalos domaron,
Para poder correr con piés ajenos,
Tanto que se pusieron á provecho
Y á daño suyo fuera del estrecho.

Las riendas flojas, las espuelas hitas,
Compuestas las adargas y las lanzas,
Van los centauros contra los lapitas
Que venian con vanas confianzas:
Avívanse las voces y las gritas,
Crecen á mas andar las destemplanzas,
A todas partes y por todos lados
Rompen salvajes pechos y costados.

El Ochoa hacia gran estrago,
Pedro de Caliz rige bien las riendas,
Y también Francisco de Santiago,
Que en este nuevo reino tiene prendas:
Ningunas lanzas destas van en vago
Vengando las pretéritas contiendas,
Y los demás hacian maravillas,
Rompiendo las ijadas y costillas.

Bien como caminante descuidado
Que bestia fiera topa de repente,
Y con aquel temor desalentado
Huyendo acia atrás vuelve la frente;
Assí huye también el mas osado
Y el mas aventajado desta gente,
Admirados de ver en la conquista
Bestia nunca jamás por ellos vista.

Al fin, viendo los golpes escesivos,
Los tajos y reveses inhumanos,
Los guayacamos que quedaron vivos
Huyeron del furor de los cristianos;
Pero de los rendidos y captivos
Gran copia les dejaron en las manos,
Y puestos en recado conviniente
Siguieron el alcance juntamente.

Los libres del rigor de las peleas
Largando van los arcos y penachos,
Los nuestros saquearon las aldeas
Recogiendo mujeres y muchachos:
De oro bajo joyas y preseas,
Sin que le pongan armas sus empachos,
Y vueltos á la ya dicha dehesa,
Al Sedeño llevaron grande presa.

Como fuesen iguales en ingenio
Para hacer allí las particiones,
Atabas se conforma con Numenio,
Ambos á dos grandísimos ladrones:
Ajenos del vivir del justo Benio,
Mas no de las argivas condiciones;
Llevólo pues Cubagua por entero
Uno por parte y otro por dinero.

Acudieron también los taburianes
Para poder mejor echar el sello;
Quiero decir, los otros capitanes
Bautista, y el Aduza, y el Argüello:
Que tuvieron contrastes y desmanes
Y la vida colgada de un cabello,
Por haber encontrado competencia
Que hizo porfiada resistencia.

Pero trajeron muchos maniatados
De Anipuya, Marapa y Mayatare,
De Chocoroima y rio de Tiznados,
De Guamba, Orocomay, Cumagatare;
De muchos pueblos otros señalados
De la provincia de Mayagatare,
Y todos los llevaron cubagüeses
A trueco de preseas é intereses.

Llevaban á Cubagua sus vecinos
De esclavos prolijísimas cadenas,
Dejando bien sangrientos los caminos,
Las sendas y veredas todas llenas
De muertos en aquestos desatinos,
Con hambre, con cansancio y otras penas,
Pues eran destos míseros captivos
Muy mucho mas los muertos que los vivos.

Y como tantos muertos se quedasen
En aquestos trabajos escesivos,
Fué causa que los tigres se cebasen
Y en esta tierra fuesen tan nocivos;
Pues como ya los muertos les faltasen
Procuraban cebarse de los vivos,
Y fué tan grande plaga y desventura
Que no teníamos hora segura.

El pesado temor desto se prueba
Por casos varios que decir entiendo,
Y entre sueños no era cosa nueva
Alguien, sin le tocar, estar diciendo:
«Señores, que me lleva, que me lleva.»
Los otros acudian al estruendo,
Y estando quien lo dijo muy dormido,
Causarse confusísimo ruido.

Pues como cada cual por sí recela
Una muerte tan vil y desastrada,
Unos tiran tizones de candela
Otros tercian la lanza preparada;
El otro se embrazó de la rodela,
El otro no topó con el espada;
Mas en los sobresaltos destas fieras
Las mas veces las burlas eran veras.

Y á treinta de caballo, mocetones,
Y para guerras no personas mancas,
Un tigre les causó mil turbaciones
En el rio que llaman de Barrancas:
Recogidos en medio los peones
Y ellos sin se mover ancas con ancas,
Mas antes de llegar la luz del dia
A un indio le quitó la que tenia.

Otra noche por el inconviniente
De tan perniciosas ocasiones,
Un capitán, que fué Joan de la Puente,
Vistióse fuertes armas de algodones:
Con capirote y faldas fuertemente
Trabando las hevillas y botones,
Porque si la venida fuese cierta
En otra parte diese descubierta.

Y aunque las armas fueron de provecho
Cuando todos estaban reposando,
El tigre para él se fué derecho
Ningunas cuberturas respetando;
Dió grandes voces él, mas un gran trecho
Lo llevó con las armas arrastrando,
Acuden caballeros, que velaban,
Al tiño de las voces do sonaban:

Yendo cada cual dellos recatado
Dan gritos que los meten en el centro,
Al fin halláronlo ya desmayado
Aquellos que salieron al encuentro:
Entre dos plantas verdes apretado
Que no pudo metello mas adentro,
Túvose por grandísima ventura,
No podello llevar al espesura.

Y cierto su persona fuera lesa
A poderle quitar los embarazos,
Pues cuando va huyendo con la presa
La va haciendo toda mil pedazos:
Hinchendo de crujidos la dehesa
Quebrantando costillas, piernas, brazos
Y es tan veloz en el hacer el salto
Que parece que vuela por lo alto.

Otra noche también desta manera
Dormia el lusitano Caraballo,
Habiendo puesto para cabecera
La silla y aderezos del caballo:
Manoplazo feroz tiró la fiera
A fin de lo matar y de llevallo,
Fué misterio de Dios y maravilla
Que parasen los daños en la silla.

Huyó pesado sueño del dormido
Cuya silla sintió llevar rastrando,
Haciendo los estribos gran ruido
Que por las duras piedras iban dando:
Temor lo hizo mas apercebido
Y á todos los demás estar velando
Hasta la luz, y abierta la sospecha
La silla se halló, pero deshecha.

Otra vez en el rio de Tiznado
Un indio de Fernando Cascajales
Se cubrió con un cuero de venado
Con miedo, segun dijo, destos males:
Saltó tigre feroz encarnizado
Echándole las garras infernales,
Y ventura le fué tan obediente
Que llevó la cubierta solamente.

Conocida su suerte venturosa
Dió gritos convocando los cristianos,
Saltó de la hamaca quien mas osa
Y el que tuvo los piés menos livianos:
Tuvimos una noche trabajosa
Y siempre con las lanzas en las manos,
Con tizones, con grita y vocería
Hasta que ya llegó la luz del dia.

Yendo muchos á dar en un cercado
De gente que tenian acechada,
Cada cual á caballo bien armado
Cubiertos de la noche sosegada;
Tigre feroz saltó por el un lado,
Y al capitán llevóle la celada,
Sin ser la voluntad del caballero
Que lo sirviese paje tan lijero.

Viendo la buena maña del lacayo
Cuyas uñas peinaban el cogote,
El caballero Garci Perez Vayo
A lo raso salió mas que de trote;
Porque no revolviese por el sayo
Aquel que le llevó su capirote,
Y los demás hicieron otro tanto
No menos poseidos del espanto.

De dia fuimos seis por un camino,
Y en un gran pajonal pasó delante
Joan de Oña, montañés, ó vizcaino,
Saltó tigre con él en el instante,
Con golpe que sacara de su tino
Al mas poderosísimo gigante;
Acudimos á él con piés livianos,
Y quitámoselo de entre las manos,

La fiera crudelísima, tragona,
No pudo deshacer el mortal vaso,
Mas dejó maltratada su persona
Por se querer mostrar en este caso
Barbero que lo hizo de corona
Dejándole no mas que el casco raso,
Pues la tresquila fué con tan mal celo
Que no pudo jamás cubrilla pelo.

No le curaron luego la herida
Por parecer las llagas ser mortales,
Y aun por andar la gente de corrida,
Demás de que faltaban materiales:
Curámoslo después, y tuvo vida
Temerosa de tales animales;
Y aunque vivia siempre lastimado,
Después lo vi con hijos y casado.

Quiero también contaros otra cosa
De un indio que venia por un llano,
A pedir libertad para su esposa
Captiva del ejército cristiano:
Otra lleva por ella muy hermosa
Y espada de las nuestras en la mano,
Mas tigre le mató la india bella,
Y dél hacer quisiera lo que della.

Mas viéndolo venir el caminante,
Cubrióse tras el tronco de un madero,
Poniéndole la punta por delante
Al tiempo que voló saltó ligero:
De suerte que la espada trepidante
Entró por el vital degolladero,
Cayó la bestia fiera sin aliento
Y el buen indio gozó de vencimiento.

Dió relacion á nuestra compañía
Del daño recebido y del provecho,
Fueron allá por ver lo que decia
Y satisfizose cristiano pecho:
Diéronle la querida que pedia
En premio de tan honoroso hecho,
Hiciéronle los indios grande fiesta
Por selles esta fiera muy molesta.

Pudiéramos gastar en estos cuentos
Hartos dias que no fueran inertes,
Mas no de desventura tan exentos
Cuanto lo fueron estas dichas suertes:
Sino fines turbados y sangrientos,
Arrebatadas y penosas muertes,
No solo de los indios naturales
Mas de muchas personas principales.

Y muchos nombres dellos os dijera,
Pues en los mismos riesgos nos hallamos,
Pero por acortar esta carrera
Al Antonio Sedeño nos volvamos,
Y al asiento del Cojo y su ribera
Que fué la parte donde lo dejamos,
Por rehacerse mas de cosas varias
Para largo camino necesarias.

Estando pues en esta pertenencia
El Sedeño con estas compañías,
Vino para prendello del audiencia
Un licenciado dicho Joan de Frias:
No menos confiado de su ciencia
Que de victoriosas valentías,
Entró tras él por pasos conocidos
Con cien soldados, hombres escogidos.

Supo Sedeño luego la venida
Y adevinando lo que el otro piensa,
Toda su gente tuvo recogida
Con ánimo para guerra mas estensa:
A la cual destas cosas advertida,
Dispuso y ordenó para defensa,
Facilitando tal inconviniente
Con decilles á todos lo siguiente:

«Envidia, mis carísimos hermanos,
Que lo bien puesto derribar procura,
Debe querer quitarnos de las manos
Alguna prosperísima ventura:
Pues me dicen venir ciertos cristianos
A perturbar tan buena coyuntura,
Con jüez proveido del audiencia
Por odio, por pasion y mal querencia.

»Y si somos á estos sometidos,
Obedeciendo tales provisiones,
Que maliciosos hombres fomentidos
Ganaron con siniestras relaciones,
Quedamos asolados y perdidos;
Y fuera de tan buenas ocasiones,
Como las que tenemos de presente.
Do Dios y el rey se sirven juntamente.

»Pues querer por jurídicas contiendas
Que nuestras causas sean defendidas,
Demás de desasirnos destas prendas
Para cosas mas altas adquiridas,
Veremos consumidas las haciendas,
Y en confusion las honras y las vidas,
Que como ya sabeis las menos veces
Favorecen al reo los jüeces.

»Ansí que pues que vamos en servicio
De Dios y rey, segun intento mio,
Y para la defensa que cudicio
Tenemos fuerzas y bastante brio,
No me parece grave maleficio,
Que el licenciado Frias vuelva frio.
Antes es bien que cada cual defienda
Su libertad, su vida y su hacienda.»

Aquel interesal razonamiento,
Con oidos atentos percebido,
Y entendido por todos el intento
Que de color de rey iba vestido,
Mostraron todos ellos buen aliento
Para la defension de su partido,
Diciendo cada cual que estaba presto
Para la ejecucion de lo propuesto.

En aquesta sazon Frias tenia
La contraria ribera del Unare,
Pero seguro vado no sabia
Para que su venida se declare;
Y ansí determinó por aquel dia,
Que por allí su gente se repare,
Mandando componer ranchos y tiendas,
Sin sospecha de guerras ni contiendas.

Y fué debajo destas intenciones
Hacer pasar allá, dia siguiente,
Alguna breve copia de varones,
Con Sancho del Castillo, su escribiente,
Para notificar las provisiones
Al Antonio Sedeño y á su gente,
Que los hilos cortó de su esperanza,
Por no tener de muchos confianza.

Y ansí tenia ya determinado,
La luz de los mortales apartada,
Pasar allá por conocido vado,
Con parte de su gente bien armada:
Y dar en el dormido licenciado
Prendiendo la cuadrilla descuidada,
Con miedo que si viesen mandamiento,
En sus gentes habria mudamiento.

Al tiempo pues que ya la noche fria
Demediaba sus cursos naturales,
Y sueños descuidados infundia
Morfeo por los ojos de mortales;
El Antonio Sedeño no dormia,
Antes llamó soldados principales
Apercebidos para tal efeto,
Porque tenia destos buen concepto.

Caminaron con él hasta doscientos,
Los ciento de caballo y cien peones,
Muy bien armados y con pasos lentos,
Por mas asegurar las ocasiones:
Pasaron con quietos movimientos,
Las aguas sin opuestas defensiones,
Y fueron por aquestos campos anchos
Hasta ponerse ya sobre los ranchos.

Como tigre que quiere hacer presa
Saliendo de lugar escurecido,
Y fué por pajonal de la debesa,
Tan tácito que no causó ruido;
Y visto los manjares de su mesa,
Hace salto veloz, jamás oido,
Y si acaso lo sienten, es ya cuando
La miserable presa va gritando;

Ansí los de Sedeño, revestidos
Del nublo que tenian por halago,
Llegaron á los ojos que dormidos
Tomaban del trabajo justo pago;
Y nunca fueron vistos ni sentidos,
Hasta que ya dijeron, «Santiago,
A las armas»; dan gritos, pero vanos,
Por ya se las tener ajenas manos.

Sin sangriento rigor fueron rendidos
Por estar sepultados en gran sueño,
Y luego fueron todos repartidos
Entre los capitanes del Sedeño;
Caballos, armas, ropas y vestidos
Allí reconocieron nuevo dueño,
Y otras preseas mas, entre las cuales
Recogieron las cédulas reales.

Y estas sin el respeto que se debe
Luego las entregaron y las dieron
Al ímpetu del agua que las lleve,
A las ondas del mar por do vinieron:
Pedro de las Comadres, que se atreve
A tales desvergüenzas cuales fueron,
Comenzó de decir con gritos varios:
«Allá van, allá van los cartularios.»

Pensaba que por esto fuera dino
De coronas triunfales ó guirnaldas;
Pero pasados tiempos, tiempo vino
Que por sus robustísimas espaldas
A su pesar corrió flujo sanguino,
Que en el rostro causó color de gualdas,
Otros también entraron en la cuenta,
Que no se reservaron del afrenta.

El Frias con los otros descompuestos,
Fueron, como ya dije, divididos
Por el gobernador en varios puestos,
A vigilantes guardas cometidos:
Sufriendo cada cual ratos molestos,
Por ser escasamente proveidos,
Pero poco después de la pendencia,
Para poder volver les dió licencia.

Mas aunque medios y conciertos hubo
Para poder volver al Oceano,
Al Frias el Sedeño lo detuvo,
Y á Sancho del Castillo su escribano:
Con unos el concierto se mantuvo,
Y á otros no les dió tan libre mano,
Sospechosos dejóselos consigo,
Y los otros se fueron como digo.

No vuelven en caballos ni trotones,
Pero, segun el uso de romeros,
Las lanzas convertidas en bordones,
Y las adargas son sacos lijeros:
Iguales van agora los peones
A los aventajados caballeros,
Entre ellos ansimismo van iguales
Un don Pedro y don Diego Sandovales.

Con Domingo Velazquez se dispensa,
Y con otros amigos conocidos,
Que lleven armas para su defensa,
Si de los indios fuesen ofendidos;
Y á todos los demás en recompensa
De los bienes robados y perdidos,
Les dieron muchos indios de la tierra,
Que les decian ser de buena guerra.

Estos, á quien volver no se les veda,
Aviso luego dieron al audiencia;
Y ansí, vistas las vueltas de la rueda,
Mandóse que castigue la demencia
El licenciado Joan de Castañeda,
Famoso por soltura de conciencia
Y en deshonestidades y regalo
Creo que fué menor Sardanapalo.

A Cubagua llegó do se pregona
La provision y cédula bastante,
Y por no fatigar mas su persona
Nunca quiso pasar mas adelante;
Mas nombro capitán de Tarragona,
Que no hallaba riesgo que lo espante,
Este fué Joan de Yúcar, un navarro
De quien atrás algunas cosas narro.

Como varon sagaz y diligente,
Tratable, generoso, halagüeño,
Procuró convocar alguna gente,
Cuyo número todo fué pequeño:
Por vía que le fué mas conviniente
Luego se despachó contra Sedeño,
Creyéndolo hallar en el asiento
Adonde Frias vió su rompimiento.

Pero después que para la marina
La gente sin el Frias fué enviada,
El Antonio Sedeño determina
Proseguir adelante su jornada:
Pífaro y atambor con voz contina
Recoge ya la gente separada,
Serenidad de tiempo los convida
A poner en efeto la partida.

Demás de que tenia por pesado
Gastar mas tiempo por aquel asiento,
Donde febea luz habia dado
A toda su carrera cumplimiento,
Por polos del zodíaco dorado
Contrario del primero movimiento,
Y aun del signo de Géminis salia,
Y al trópico de Cáncer se metia.

Dados pues por el campo los pregones,
Recogen los soldados sus haciendas,
Mantenimientos, armas, municiones,
Los gosipinos toldos y las tiendas;
Salieron caballeros y peones
Dispuestos para lides y contiendas,
Y para les servir en trances tales
Crecida cantidad de naturales.

A los cuales llevaban en colleras
Con cuerdas ó cadenas algo largas,
Pero todas delgadas y lijeras
Porque pudiesen bien llevar las cargas:
Cansábanse las fuerzas mas enteras,
Las horas del vivir hacen amargas,
Aqueste ve su fin, aquel desmaya,
Otro no sabe ya cómo se vaya.

Mandaban desatar al que se vía
Careciente de fuerzas y sustancia,
Porque el gobernador siempre tenia
En este caso grande vigilancia,
Y en que se caminase cada dia
Dos leguas solamente de distancia,
Siempre nombraba hombres diligentes
Que curasen heridos y dolientes.

Tuvo vigilantísimo cuidado
De los pobres enfermos y heridos,
Nunca se le probó comer bocado
Hasta que los tuviese proveidos:
Por el camino todo buen recado
Y entre los de caballo repartidos,
Él en la retaguardia vigilante
Para llevallos todos por delante.

Con esta vigilancia propia suya
Llegaron á las tierras que mandaba
La reina que llamaban Anapuya,
La cual de buena paz los esperaba:
Hermosa, varonil, cabal, y cuya
Mano muy liberal se le mostraba,
En todas proporciones elegante,
Y para guerra y paz mujer bastante.

Y en general es este mujeriego
De bien compuestos miembros y lozanos,
Ninguna cosa duras al entrego
Que suelen recebir lascivas manos:
Derretidas en amoroso fuego,
Grandes aficionadas á cristianos,
Serenos ojos, blandos movimientos,
Causadores de tiernos sentimientos.

Entre estas apacibles compañías
Fueron los españoles detenidos
Por espacio de diez ó doce dias,
Aunque ninguna cosa divertidos:
Después con las debidas cortesías
De la gallarda reina despedidos,
La gran Orocomay fueron buscando,
Do también los estaban esperando

Con grande cantidad de bastimento,
Por ser Orocomay atrás nombrada
Señora de grandísimo talento,
Y á cualquier español aficionada:
Libre de yugo ya de casamiento,
Y que después no quiso ser casada,
Tuvo hijo varon de gran estima,
Y el nombre deste mozo fué Perima.

Alto, fornido, suelto, bien dispuesto,
Y aunque zurdo, perito sagitario,
Melancólico, grave, torvo gesto,
A mansas condiciones adversario:
En baldonar la madre fué molesto,
Atrevido, feroz y temerario,
Con él crecian malos pensamientos,
Pero salia bien con sus intentos.

Y ansí, teniendo dias mas ancianos,
En su reino mandó se contradiga
La paz que sustentaban comarcanos,
Menospreciando ser en esta liga.
Mostróse tan crüel contra cristianos
Cuanto la madre fué fïel amiga,
Llegó después su gran valor a tanto,
Que fué de todos general espanto.

Pues con ser por allí los campos llanos,
Sin sierra ni peñol do se valiese,
Nunca jamás rompió con los cristianos
Que punto de su parte se perdiese;
Antes vivos tomó muchos á manos,
Y al de caballo hizo que huyese,
Y á muchos no valieron las espuelas,
Sino que los cogió por las pihuelas.

Hizo mientras vivió notables daños
Corriéndole su tierra capitanes,
Sin ser parte grandísimos engaños
Para no padecer muchos desmanes;
Mas pasados después algunos años,
Ciertos soldados de los alemanes
Llegaron por allí no sospechando
Hallar tan pertinaz y duro bando.

Fué gente baquïana que traia
Un cierto capitán de valor raro,
El cual Pedro de Limpias se decia,
Y el bárbaro llamó Curabamaro:
Perima como vió la compañía,
Quiso romper con él en campo claro,
Y ansí salió con ciertos escuadrones
Contra los caballeros y peones.

Limpias reconoció como convino
Al Perima por ser mas señalado,
Y ansí rompió guiado de buen tino
Con caballo feroz, rucio rodado;
Y fué con tal vigor, que de camino
La lanza le metió por el costado,
Tocó la tierra su robusto cuello,
Ya despedido de vital resuello.

Acude luego para levantallo
El escuadron robusto y esforzado,
Y estórbalos la gente de caballo
Con brazo vigoroso y arriscado;
Pero parte no son para quitallo
Hasta metello dentro del cercado,
Donde se defendieron y ofendieron,
Y el Limpias y los suyos se volvieron.

A este reino pues llegó Sedeño,
Que entonces paz serena mantenia,
Y por ser el Perima muy pequeño,
Orocomay su madre lo regia:
Fué su recebimiento halagüeño
Y lleno de contento y alegría,
A todos dieron buenos aposentos,
Y sin limitacion mantenimientos.

Estando todos en aquel asiento,
Cuyos vecinos eran liberales,
A celebrar vinieron casamiento
Dos hijos de personas principales;
Y estaban en aquel ayuntamiento
Inmensa cantidad de naturales,
Que demás de vecinos y parientes
Se llegaron de partes diferentes.

Ninguno dellos trajo largas faldas,
Puesto que matizados de colores
Los rostros, brazos, pechos, las espaldas,
Otros en carne fijas las labores;
Otros aderezados de guirnaldas,
Compuestas y tejidas de mil flores,
Por collares también uñas de fieras,
Conchas de cachicamos por monteras.

Aquí y allí caterva de salvajes
Bailaban á compás en ancho coro,
Haciendo muchos gestos y visajes,
A la danza guardando su decoro:
Ondean por cabezas los plumajes,
Resplandecen también joyejes de oro,
Queque, paracaguá, grupo, caconas,
De que muchos ornaban sus personas.

Gran copia de casadas y doncellas
Regocijan allí la dulce rueda:
Graves, ledas, airosas, lindas, bellas,
No con lienzo ni paño ni con seda;
Sino con tal cubierta todas ellas
Que después que nacieron se les queda,
Y en cada cual se via muy patente
Lo que razon honesta no consiente.

Muchas también dispuestas y sacadas
En sus gallardos miembros y faiciones,
Que no dudo poder ser envidiadas
De muchas encubiertas proporciones;
Y ansí se crian todas regaladas
En aquellas provincias y regiones,
Y con ser los varones gente dura
Los ablanda su blanda hermosura.

Aquel dia pues en que celebrado
El desposorio fué segun sus leyes,
Trajeron al mancebo desposado
Cantidad de caciques ó de reyes
A un lugar de flores adornado,
A la sombra de macos ó mameyes,
Do tenian asientos prevenidos,
Muchos dellos de oro guarnecidos.

Estando cada cual en el asiento
Segun su calidad acostumbrada,
Orocomay sacó del aposento
A plaza la señora desposada:
De señoras de gran merecimiento
Salió la ninfa bien acompañada,
Y á su modo tan bella y tan graciosa
Que cualquiera juzgara ser hermosa.

Los cabellos cubrian las espaldas,
Tan largos que se vieron pocos tales,
La cabeza con róseas guirnaldas,
Rico collar de piedras principales:
De rubíes, turquesas y esmeraldas,
Una cinta de perlas y corales,
Las muñecas y piernas con chaquiras
Y entre ellas diamantes y zafiras.

Lo demás iba todo descubierto,
Diferente del uso vergonzoso,
Mas tal que quiso natural concierto
Pintar un espectáculo hermoso.
Tan bello que no fuera menos cierto
Que Júpiter quisiera ser esposo;
Llevaba como virgen en la mano
Ramillete de flores muy galano.

Llamábase la ninfa Gaiacia,
Mas mejor se llamara Galatea,
Por ser retrato vivo do se via
Cuanto dé hermosura se desea:
Con tan alto primor que deshacia
A Deyopeya, Dafnis y á Pantea,
Y á aquella que por ser mas que Glicera
Fué puesta por un polo del esfera.

Llegada con aquesta compañía
Do estaban los caciques esperando,
Recebieron con grande cortesía
Todos ellos al femenino bando:
Miranse los esposos á porfía
Y un rato consumieron contemplando,
Y ella para mostrar qué tal estaba
Al mozo dió las flores que llevaba.

El mozo las tomó con gran contento,
Y después de mostradas por buen trecho
Volviéselas con dulce sentimiento,
Juntándolas primero con el pecho,
Do prestaron los dos consentimiento,
Y ansí su casamiento quedó hecho:
Luego por multitud tan infinita
Hubo de regocijos grande grita.

El esposo se fué tras su querida
Con estruendo de bailes y de danzas,
Dase muy abundante la comida,
Crecen en el beber las destemplanzas:
Orocomay, princesa proveida,
Mostró su gran valor y sus pujanzas,
Duraron en aquestas obras pias
Por espacio de mas de quince dias.

Aquestos regocijos acabados,
De que Sedeño fué participante,
Teniendo los caballos reformados,
Y enfermos con reparo semejante,
Previnó capitanes y soldados
Para que procediesen adelante,
Los cuales se hicieron luego listos
En demanda de reinos nunca vistos.

Después de consultada la partida,
Señaladas derrotas y paraje,
Sedeño con razon encarecida
Las gracias le rindió del hospedaje;
Y la española gente despedida,
En efeto pusieron su viaje,
El suceso del cual y desta gente
Diremos en el cántico siguiente.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta el suceso desta gente hasta la muerte del Antonio Sedeño, y cómo se dividió su gente en dos bandos y parcialidades.

No son los sufrimientos imposibles
Cuando fortuna juega duros lances;
Mas las penas serian mas sufribles,
Y de menos dolor los tales trances,
Si no trajesen otros mas terribles
Que siempre suelen ir en los alcances,
Pues muy enteras fuerzas se quebrantan
Si unos después de otros se levantan.

A la gente del campo peregrina
Fortuna repartió destos rigores,
Pues en prosecucion de su camino
Fueron de malos pasos en peores:
Perturbando su célebre desino
Hambre mortal y bélicos furores,
Los cuales siempre fueron en aumento
En el discurso del descubrimiento.

Caminando por estos campos llanos,
De grandes esperanzas alentados,
Al reino llegan de los dos hermanos
Gotoguaney y Guaxcarax nombrados:
Los cuales con las armas en las manos
En su defensa son determinados,
Y estaban en el pueblo mas potente
Con escesivo número de gente.

Amparados los indios belicosos
Con cerca de tres cercos estendidos,
Cada cual de maderos poderosos,
Profundos y al cortar endurecidos
Con yedras ó bejucos correosos,
Unos con otros bien fortalecidos,
Y en torno de las cercas de maderos
Hoyos para meterse los flecheros;

Llegada la cristiana compañía
Y llamados de paz los capitanes,
Gotoguaney de dentro respondia:
«Andad para bellacos haraganes,
Hombres de mal vivir, gente baldía,
Glotones, paroleros, charlatanes,
Chocantes, burladores, mogollones,
Falsos y de traidores condiciones.

»Aquellas mujercillas temerosas,
Os trataron con grande mansedumbre,
Y os nombran con palabras amorosas
Hijos del resplandor que nos da lumbre;
Mas no me espanto yo de pocas cosas,
Ni por acá se tiene tal costumbre;
Sé yo domar los tigres y leones,
Cuanto más á cobardes corazones.

»Nuestras agudas puntas de alfileres
No se espantan de lanzas fanfarronas,
Ni ya penseis habello con mujeres
Lascivas, deshonestas, bellaconas;
Que por sus apetitos y placeres
Regocijaron bien vuestras personas:
Nuestros regalos van vias derechas,
Pendientes de las puntas de las flechas.

»A todos catiso yo temor horrendo,
Y soy Gotaguaney, y ansí me llamo,
Las cosas que hacels bien las entiendo,
Por los de Cherigoto y Guayacamo;
Y sé también cómo venis huyendo
Por no querer servir á vuestro amo,
Y si no revolveis por do venistes,
Podrá ser qué pagueis lo qué hicistes.»

Con las palabras dichas los amengua
El bárbaro feroz y confiado,
Las cuales declaradas por la lengua,
El Sedeño quedó maravillado;
Y á todos parecia grande mengua
No procurar romper aquel cercado,
Y para los efetos deste hecho
Determinaron de poner el pecho.

Porque todos los mas facilitaban
El rompimiento de los flacos muros,
Mas no les sucedió como pensaban,
Por ser los defensores hombres duros;
Y ansí, ninguno de los que llegaban
Hallaron sus amparos ser seguros,
Antes los adalides mas osados
Volvian malamente lastimados.

El gobernador sabio, como via
La resistencia destas gentes fieras,
Hasta la lumbre del siguiente dia
Mandó retraer armas y banderas:
Considerando que le convenia
Tomar este negocio mas de veras;
Y con bastante vela recogidos
Curaron mas de veinte mal heridos.

Retirando su clara luz Apolo,
Con sus caballos anhelantes llega
A la region austral del otro polo,
Dejándonos acá la noche ciega;
Y con sospecha de noturno dolo,
Al sueño su costumbre se le niega,
Acá velas y rondas se visitan,
Los indios al rendir los cuartos gritan.

Habiendo Flegon dado cumplimiento
A los opuestos campos y raices,
Y con arrebatado movimiento,
Acá respira luz por las narices:
Descubriendo las flores y ornamentos
De diversos colores y matices,
Los indios y guerreros castellanos
Aprestaron las armas y las manos.

Vístense duros sayos de algodones,
Con sobrefaldas que los piés cubrian,
Celadas fuertes, duros morriones,
Ventallas que la vista defendian:
Unos con hachas, otros azadones,
Otros con los reparos que tenian,
Detrás de rodeleros las ballestas,
Con ciertas pavesadas bien compuestas.

Por diferentes partes se comete
El combate feroz y Marte fiero,
García de Montalvo y un Copete
Tomaron al oriente lo primero:
A lugares opuestos arremete
Aduza y Alonso Alvarez Guerrero,
Lo del septentrion tomó Losada
Y Ochoa con gran parte del armada.

Conviértense las mas quietas horas
En otras peligrosas y molestas,
Las gentes del cercado defensoras
Acudieron también las armas prestas:
Oianse las hachas cortadoras,
Suenan los arcabuces y ballestas,
Aquí y allí se hace gran estruendo,
Unos cortando y otros defendiendo.

De las piedras vereis el aire lleno
Que caen sobre todos los armados,
Empléanse las flechas con veneno,
Pasan las guaicas pechos estofados:
Echábanles también ardiente feno
Contra ciertos pertrechos fabricados,
Por aquellos cuarteles y defensas
Los gritos y las voces son inmensas.

Como si tempestad con sus rigores
Los edificios fuese derribando,
Que por aquí dan gritos y clamores,
Por acullá también andan gritando;
Y acuden ansimismo moradores,
La minosa pared apuntalando,
Reparando las casas y viviendas,
Por amparar personas y haciendas;

Ansí por el rigor destos conflitos
Los bárbaros andaban de tal arte,
Que daban aquí voces y allí gritos
Con gran solicitud de cada parte:
Buscan vias y modos esquisitos
Para mejor guardar su balüarte,
Lanzas largas de palmas en las manos,
Con que trataban mal nuestros cristianos.

Unos de gran calor son oprimidos
Con armas de pesados adherentes,
Otros salen de yerba mal heridos,
Y acuden á buscar hierros calientes
Que siempre se tenian prevenidos
Para curar los míseros pacientes,
Cortándoles la carne denegrida
Si pudiesen con fuego dalles vida.

Las faldas y cubiertas que traia
El español que cerca se llegaba,
El indio con su lanza las desvía,
Desde los bajos hoyos donde estaba;
Y aquella parte que se descubria
Otro con dura flecha la clavaba,
Y en los lugares menos descubiertos
Los mas aviesos tiros eran ciertos.

Por los cuales cubrian menos miedo
Rabiosísimamente se barrunta,
Pues ya pasos mudados ó ya quedo,
Ya solo y separado, ya con junta;
En descubriendo rostro, mano, dedo,
Lo hallaba clavado con la punta,
No se vió cosa igual de puntería
Ni de ferocidad y valentía.

Al español brioso y alentado
Incitaba sonido de trompetas,
Ansimismo de dentro del cercado
Al indio gran ruido de cornetas:
Hasta tanto que el sol apresurado
Distaba por igual de entrambas metas,
Y viendo que sus golpes eran vanos,
Se retrejeron nuestros castellanos.

Pues como ya de aquestos campos llanos
Febea luz sus rayos ascondiese,
A caballo, con lanzas en las manos,
Se mandó que la ronda se hiciese,
En torno del cercado los cristianos
Porque la gente dél no se huyese;
Pues á causa de daños recebidos,
Estaban de gran furia poseidos.

Llegada ya la luz, llegan porfías
Con reciprocacion de guerra fiera,
Sierras, hachas y sogas van baldías
Y ciertos castillejos de madera;
Pues pelearon mas de veinte dias
Dejándose la cerca muy entera,
Haciendo indios sus reparos ciertos
A costa de otros que quedaban muertos.

No les faltaban tiros del aljaba
Ni pechos que jamás fueron vencidos,
Pero mantenimiento les faltaba
Por tomallos allí desproveidos;
Y aunque el indio feroz disimulaba,
Mujeres y muchachos dan gemidos,
Y ansí determinaron en tal caso
De morir ó vivir en campo raso.

Escogieron el tiempo mas seguro
Para poder salir secretamente,
Y ansí determinaron con escuro
De no dejar allí cosa viviente;
Sino romper la parte de su muro
Capaz para salir junta la gente,
Ordenados prolijos escuadrones,
A la forma de nuestras procesiones.

Resueltos en aquestos pareceres,
Pusieron en efeto la partida
Con lo mas sustancial de sus haberes
Y alguna haciendilla recogida:
En medio los muchachos y mujeres
Para selles amparo de la vida;
Salieron todos pues en ordenanza,
Entre arquero y arquero larga lanza.

Caminaba la gente belicosa
Callados y con grande vigilancia,
Hasta tomar la parte montüosa
Que tenian á legua de distancia;
Pero certificados desta cosa
Los nuestros, que velaban el estancia,
« Arma, arma, soldados » van clamando
Despiertos y dormidos convocando.

Suena luego murmurio de soldados
A los clamores destas centinelas,
Saltan en los caballos ensillados,
A gran priesa se ponen las espuelas:
Vestíanse los sayos estofados,
Embrazan los peones las rodelas,
Acude cada cual de la conquista
Al orden y concierto de su lista.

Luego toparon con la gente dura
Impetu de caballos y peones,
Y en vano rompimiento se procura
Con varias y diversas invenciones,
Pues ninguno salió de su postura
Ni del concierto de sus escuadrones,
Y en lugar do faltó vital aliento
Luego hacian otros henchimiento.

Al que quiso romper de mejor gana
Al feroz escuadron por derramallo,
Con lanzas y con golpes de macana
Desatinaban el mejor caballo:
Era después imaginacion vana
Poder en las espuelas meneallo,
Y los feroces indios con tal tino
Que punto no perdian del camino.

Un Joan Martin rompió los embarazos,
Que por su desventura fué valiente,
Pues no pudo valerse de sus brazos
Con el concurso grande desta gente:
Y ansí luego quedó hecho pedazos,
Y el caballo murió por consiguiente;
Y aunque dellos también hubo caidos,
Ningunos gritos suenan ni gemidos.

Dándose todos pues tan buena maña
En estos rigurosos menesteres,
Y en llevar recogida la compaña
De los imbeles niños y mujeres,
Tomaron por amparo la montaña
Y guarda de sus últimos poderes,
Pues en aquellos montes y espesuras
Tenian las mujeres mas seguras.

Después que ya dejaron ensotados
A los que no pudieron ser rompidos,
Los nuestros se volvieron espantados,
Y no poquitos dellos mal heridos:
Con encendidos hierros son curados
Y á riesgo de la muerte convertidos,
Pues quien tal sale de la tal reyerta
Nunca su muerte tiene por incierta.

La cura fué con grande diligencia
En abrigadas chocas recogidas,
Mas con la venenosa pestilencia
De que las flechas vienen guarnecidas,
De los heridos en la competencia
Muy pocos escaparon con las vidas,
Con furias y con vascas tan estrañas
Que á los sanos rompian las entrañas

Si ves que peleando lo mas fuerte
Muere, razon no pide que te asombres,
Mas si morir de yerba fué la suerte,
Es mal que de mil males tiene nombres,
Y ansi la muerte tal es mas que muerte,
Y los de la tal guerra mas que hombres,
Pues una muy lijera picadura
Basta para te dar la sepultura,

Y para trastornar seso mas sano
Con aquellos pesados accidentes,
Aquel herir de pié, herir de mano,
Volver los ojos, traspellar los dientes,
Aquel estremecer tan inhumano,
Bramuras que confunden los presentes,
Despedazarse carnes y vestidos
Si de manos ó dientes son asidos.

Del ballestero, viéndose herida
Antidoto buscó la veloz cierva,
Y con ser por mil vias inquirida
Aquí jamás hallamos contrayerba;
Ni creo yo tampoco ser sabida
Por gente desta rústica Minerva,
Pues usan de sudores y gran dieta
Cuando tal desventura los aprieta.

Pero la contrayerba mas bastante
Es abrasar la llaga de repente,
Y todo lo que fuere penetrante
Con un cauterio de boton ardiente,
Dormir do no dé norte ni levante,
Y ser en su comida continente,
No comer ni beber los dias malos
Hasta que quedan secos como palos.

Ansi hallando cercas en entradas
Si hierve militar desasosiego,
Siempre tienen muchas almaradas,
Ya blancas de cañentes en el fuego:
A personas heridas y flechadas
Con toda brevedad acuden luego,
Es esta cura la de mas provecho
Y las demás han poco fruto hecho.

Pues no siendo yo cano ni tan calvo,
Andando donde digo de presente,
Y adonde si herido quedó salvo
Fué cura milagrosa y escelente;
Dijo soñar García de Montalvo
Polvo de solimán ser conviniente:
Aqueste se probó siendo forzoso,
Y algunos lo hallaron provechoso.

Pero luego hicimos un entrada
Casi seguros ya destos desmanes,
Mas la gente de indios avisada
Desto, llamó sus diestros trujamanes,
Subiéronla de punto, y afinada,
Ni presto solimán ni solimanes,
Ni pudo mas curar en esta guerra
Que pudieran curar polvos de tierra.

Ansi que quien ha visto tanto muerto
Por tierra de Cubagua y Cariaco,
Y de muchos remedios es esperto
El remedio mejor juzga por flaco:
Y aun no sé si podré tener por cierto
Lo que dice Monardes del tabaco;
Pero quiero yo fuera de patraña
Contaros una cosa bien estraña.

Hicimos en caribes cierto salto
Tomándoles la gente y el fardaje;
Mas uno de prision viéndose falto
Con un hijuelo suyo como paje,
Subió por un caney á lo mas alto
Por no se sujetar al vasallaje,
El con un arco grueso muy galano,
Y el muchacho las flechas en la mano.

El era por estremo bien dispuesto,
Gallardo y de tan buena compostura,
Que de sus proporciones y su gesto
No vimos por allí mejor figura;
Y en una cierta forma todo esto
Que decoraba mas su hermosura,
En todas estas cosas eminente,
Y mas en los estremos de valiente.

De que se vido ya donde queria
Para hacernos daño se pertrecha,
Alborotando nuestra compañía
Con tiros espesísimos de flecha:
De las cuales ninguna despedia
Que fuese mal tirada ni mal hecha,
Y allí donde sus tiros endereza
Hirió á Alonso Marqués en la cabeza.

Venian ciertos indios ventureros,
Vecinos de la isla Margarita,
Para servir á nuestros compañeros,
Y gozar del despojo que se quita:
A estos porque son grandes flecheros
El Alonso Marqués dió grande grita,
Mandándoles que luego lo matasen,
Y con flechas de yerba le tirasen.

No podia dejar de ser terrero,
Porque ningun reparo lo cubria,
Mas él, como destrísimo guerrero,
Las flechas con el arco rebatia:
De muchas se libró; mas por entero
De todas ni de tantas no podia:
Con las ajenas ya nos importuna,
Que de las propias le quedó ninguna.

Sus propias carnes eran el aljaba,
Y dellas las sacaba su vasallo;
Mas con las que de sí propio sacaba
Heria muchos indios que me callo;
Y con una que fué con furia brava
A Luis de Chaves le mató el caballo:
Por allí los calores son terribles
Y en aquellas sazones insufribles.

Estando pues el indio fatigado
Con las heridas y calor del cielo,
De la cumbre rodó desalentado
Hasta venir á dar al duro suelo:
Con un vigilantísimo ciudado
Luego bajó tras él aquel mozuelo,
Y sin ningun temor se sentó junto
Del que mas parecia ya difunto.

Adonde sucedieron estos males,
Y vimos destos indios las caidas,
Habia fertilísimos yucales
Que son unas raices conocidas,
Que si se comen verdes son mortales,
Y ansí privan á muchos de las vidas:
No trato de las yucas boniatas,
Que se suelen comer como batatas.

El herido gandul como volviese
Un poco sobre sí mas alentado,
Al indezuelo hizo que trajese
Raices del mortífero bocado:
Dióselas él, y como las comiese
Con furia de varon desesperado,
Creimos todos cuantos vimos esto
Que lo hacia por morir mas presto.

Vímoslo revolcar por la ribera,
Vascar y vomitar con pena fuerte,
Decíamos: «¿no veis la bestia fiera
Cuán de su voluntad tomó la muerte?»
Mas no le sucedió desta manera,
Antes en bien trocó su mala suerte;
Y deseando ver en qué paraba,
Con grande vigilancia se guardaba.

Visto que no trabó la pestilencia
Ni hizo sentimientos otro dia,
Le curaron con suma diligencia
Las llagas y flechazos que tenia:
Sanó muy bien, y hizo residencia
Muchos dias en nuestra compañía;
Y cuando ya se vido mas seguro
Determinó huirse con escuro.

Nadie quiso hacer el esperiencia
De muchos que después yo ví heridos,
Echen juicios pues hombres de ciencia,
Si destos casos viven advertidos:
Si por ventura hacen resistencia
Venenos á venenos recebidos,
Que desto que yo ví soy buen testigo,
Y afirmo por verdad lo que aquí digo.

En efeto la cosa mas usada
Para seguridad de tan mal juego
Es el cortar la carne maculada
Cauterizándola con vivo fuego;
Mas no quiere ser cura dilatada,
Que nada prestará no siendo luego;
Y pues que trato del remedio presto,
Quiero decir un cuento cerca desto.

Iban ciertos soldados singulares,
De gente que llamamos baquiana,
Conquistando la tierra de Tagares,
Que son confines de Maracapana,
Puerto bien señalado destos mares
Y de contratacion cotidiana;
Y el cacique Mariño belicoso
Un paso les tomó dificultoso.

De los soldados de mayor soltura
Que el capitán tenia por ligeros,
Hizo ir por la cuesta y angostura
Hasta veinte, los diez arcabuceros.
En cuya defension y cobertura
Irian otros tantos rodeleros:
Yo con aquesta gente caminaba,
Y aun Joan de Quindós arrodelaba.

Era la flechería tan inmensa
Que del peñol y alto descendia,
Que con rodela harto mas estensa
Cubrir entrambos cuerpos no podia,
Y en tal modo miré por su defensa,
Que no me descuidaba de la mia,
Y como no la puse bien pareja
Hirieron al Quindós en una oreja.

Pues como de presente carecia
Para poder quemalla de aparejo,
Con riesgo que tardanza prometia
Si la tuviera para mas consejo,
Echó mano á la daga que traia,
Y luego la quitó del pestorejo,
Queriendo con temor de la herida
Quedar mas sin oreja que sin vida.

Si dilatando tales escrituras
No conociera ser algo molesto,
Bien pudiera contar mil desventuras,
Trabajos y peligros cerca desto:
Sin estar mis espaldas mas seguras
Ni con mejor ni mas seguro puesto,
Pero por no hacer digresion tarda,
Volvamos al Sedeño que me aguarda.

El cual, todos sus hombres recogidos,
Con regalos y términos humanos
Hizo curar á todos los heridos,
De los cuales los menos fueron sanos.
Y los que sanos, cojos y tullidos,
O mancos de los dedos de las manos,
Porque los nervios nunca quedan buenos
Que el fuego los encoge y hace menos.

Asimismo mandó se detuviese
La gente toda por aquel asiento,
Porque quien escapó convaleciese
Sin alterar el duro nocumento:
Y para que también se rehiciese
El caballo que estaba macilento:
Y ansí Diana por aqueste seno
Dos veces se mostró con orbe lleno,

Pasados los dos meses se desvía
El campo deste pueblo belicoso,
Mandando caminar al mediodía,
Pareciéndole ser mas provechoso;
Y entonces ya Sedeño se sentia
De fuerzas y salud menesteroso;
La sierra dejan á la diestra mano
Y entran á vista della por lo llano.

Por el altura van de doce grados
Siguiendo relacion de ciertas guias,
Atravesaron muchos despoblados
De tierras solitarias y baldías,
Aunque crecida copía de venados
Y rios de muy grandes pesquerías,
Pero de ver la tierra tan exenta
Andaba mucha gente descontenta.

Supo pues el Sedeño de soldados
Una cierta manera de motines,
O ya de hombres bien intencionados,
O ya de susurrones y malsines:
Al fin amanecieron ahorcados
El capitán Ochoa y Juan Martinez,
Y aun dicen que á Losada matar quiso,
Mas él siempre vivió con gran aviso.

Al tiempo que estas cosas va haciendo
Por atemorizar los de su bando,
Iba de su salud deminuyendo
Y en hinchazon de miembros aumentando:
Unos por su salud están gimiendo,
Otros su fin y muerte deseando,
Y aun dicen dalle yerbas la morisca
Fernandez que llamábamos Francisca.

Mas aunque estaba ya como difunto,
Que tal en el aspeto parecia,
Jamás se descuidó ni perdió punto
De cuanto buen gobierno requeria:
Temblaba quien lo tiene mas conjunto,
El que mas apartado mas temia,
Y ansí mandaba y envíaba gentes
A partes y lugares diferentes.

Entre los cuales fué cierta cuadrilla
De soldados instrutos en la tierra,
Y destos cada cual por maravilla
Se podia decir hombre de guerra:
Fué por su capitán Joan de Bonilla,
El cual tomó la vuelta de la sierra,
Teniendo ya por cosa conocida
Hallar allí mas cierta la comida.

Aquestos sus viajes prosiguieron
Campo raso, mas no camino claro,
Pues mas de treinta dias anduvieron
Sin poder encontrar algun reparo;
Hasta tanto que ya por tiempo dieron
En la provincia de Catapararo,
Donde maíz hallaron seco y tierno
Para poder pasar aquel invierno.

La gente de los indios al instante
Que sintieron venir la gente nuestra,
Con todas sus alhajas por delante,
Huyeron do guarida se les muestra;
Pero los españoles del restante,
Recogieron de oro buena muestra:
Fué crecido contento y alegría
Por ser muestra que mas les prometia.

Pues con tan buena nueva de comida
Y hasta novecientos castellanos
De joyas de la presa recogida
Bonilla despachó ciertos cristianos;
Para que con la presa prometida
Al Sedeño las diesen en las manos,
Escribiendo también con esperanza
De hallar tierra de mayor pujanza.

Llegábanse los dias postrimeros
Al Sedeño; mas aunque tal se via,
Recebidos aquestos mensajeros,
Ya sin vital virtud ansí decia:
«Adelante, adelante, caballeros,
Que Dios nos quiere dar algun buen dia.»
Y poniendo por orden la partida,
Partió de los trabajos desta vida.

Los enfermos y pobres lo lloraban
Por faltar sus regalos y raciones,
No menos esta falta lamentaban
Los cuerdos y de sanas intenciones:
Pues por ausencia dél adevinaban
Pesadumbres y grandes disensiones,
Y ansí, segun el tiempo y angostura,
Procuraron de dalle sepultura.

Do el rio de Tiznados desencierra
Su licor á lo llano convertido,
Yendo ya por la falda de la sierra
A la sombra de un árbol estendido,
Dieron estos varones á la tierra
El valeroso cuerpo fallecido,
Y en la corteza lisa por su muerte
Una letra pusieron desta suerte:

Hic requiescit homo Sedeñus corpore parvus;
Rebus at in cunctis pectore magnus erat.

Aquí de su brio falto
Reposa Antonio Sedeño,
Que fué de cuerpo pequeño,
Y en el ánimo muy alto.

Despedidos del bajo monumento
Sin despedir de sí grave mancilla,
A grande priesa van en seguimiento
De los mantenimientos de Bonilla:
Llegaron todos ellos al asiento
Do pensaban tener invernal silla,
Y do Martin Fernandez buenamente
Pretendió gobernar toda la gente.

Muchos se sujetaron á su mando
Pareciéndoles cosa convenible,
Por ser ya viejo, cuerdo, venerando,
Y haber allí gastado su posible;
Mas impidióselo contrario bando
Y fué la fuerza destos invencible:
En esto pero fueron concordantes,
En dejalle su cargo como antes.

Mas los que sujetaban el armada,
Mandaban y regian esta gente,
Eran Reinoso y Diego de Losada
Bien puesto cada cual y muy valiente;
Y fueron ambos de una camarada
Criados del señor de Benavente:
Losada siempre fué singular hombre
Y tuvo por allí claro renombre.

En aquella sazon que esto pasaba
Y el campo por allí se detenia,
Juan de Yúcar apriesa caminaba
Con aquellos soldados que traia;
Y por el mismo rastro ya llegaba
Donde Sedeño vió su postrer dia,
Y el epitafio dello hizo cierto
Que su competidor estaba muerto.

Siguieron con mas priesa la jornada
Antes que se pasasen adelante,
Y dieron en la gente descuidada
De ver por allí junta semejante:
No hizo con furores el entrada,
Sino con un pacífico semblante,
Y la sedeña gente recogida
Pidieron la razon de su venida.

Joan de Yúcar usó de sus razones
Sujetas á medidas cortesías,
Diciendo que traia provisiones
Para librar al licenciado Frias;
Y para castigar á los varones
Culpantes en aquellas demasías;
Mas pues el causador era ya muerto
Con los demás haria buen concierto.

Todos los capitanes y soldados,
Puesto caso que estaban mas potentes,
Vistas las provisiones y recados
Y sus delitos claros y patentes,
Fueron con Joan de Yúcar congregados
A fin de tratar medios convinientes,
Para que se volviese con contento,
Y ellos siguiesen su descubrimiento.

Sobre lo cual habiendo conferido,
Concluyeron al fin que se les diese
El oro que tenian recogido
Y volviese con él el que quisiese:
Aceptó Joan de Yúcar el partido,
Que mas suele hacer el interese,
Volvióse con sus propias compañías
Y con el licenciado Joan de Frías.

Dieron la vuelta casi por la posta
Haciendo mas derechas las jornadas,
Llegó do dió razon muy angosta
Que pedian las cosas ya contadas:
Anduvo después desto por la costa
Haciendo por allí muchas entradas,
Salteando los indios comarcanos
Adonde hizo hechos soberanos.

Mas caminando por Cumanagoto,
No con aquel cuidado de prudente,
Cargó sobre él tan grande terremoto
De indios que salieron de repente,
Que le mataron en el alboroto
Toda la mayor parte de su gente,
Y él solo rebatió con un montante
Cuanto se le ponia por delante.

Con brazos fuertes y con piés livianos,
Sin ser de compañeros socorrido,
El toro se escapó de los alanos,
Y vino por camino conocido
A morir en el pueblo de cristianos,
De mortífera yerba mal herido,
Y con universal pena y tristura
Maracapana fué su sepultura.

Entre los valerosos lo contamos,
Que cierto fué varon de esfuerzo raro,
Pero porque la historia concluyamos
De los que quedan en Catapararo,
A los sucesos suyos nos volvamos
Con el postrero canto donde paro,
Pues el pasado fué canto prolijo
Por no cumplir cortar lo que se dijo.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo los de Sedeño continuaron su descubrimiento, acabado el invierno, y el fin y suceso desta jornada.

El austro ya sus pluvias apartaba,
Deucalion la urna detenia,
Y el animal de Heles igualaba
Nocturna duracion con la del dia:
Sereno y claro tiempo convidaba
A que saliese nuestra compañía
A sus trabajosísimas conquistas
Y en demanda de tierras nunca vistas.

Salen también de hambre compelidos
Por el invierno largo que les vino,
Caminando por campos estendidos,
Que aun no daban enjuto su camino,
Prolijos cenagales, rios crecidos
Peligrosos al pobre peregrino,
Y del camino los mayores trechos
Las aguas á la cinta y á los pechos

La sierra ya de vista se perdia
Y por los llanos iban engolfados,
Que, como dicho tengo, todavía
Hallaban muchos dellos anegados;
Y perro ni caballo no podia
Ejercitar la caza de venados;
Mas Aduza guió mas al oriente
Hasta que ya halló rastro de gente.

Alegráronse todos sus soldados
Y aliéntanse los mas enflaquecidos,
Siguieron los caminos mas hollados
Hasta dar en buhíos proveidos
De maices y carnes y pescados,
Do fueron por buen rato resistidos;
Mas el flaco varon y mas hambriento
Todavía gozó de vencimiento.

Estaban estos indios en un viso
Para defensa bien acomodado,
Y el capitán Aduza luego quiso
Poner en la comida gran recado;
Y despachó soldados con aviso
Al campo que quedaba fatigado,
El cual, teniendo nueva de comida,
Hizo con gran presteza su venida.

Llegados el Losada y el Reinoso,
Loaron al Aduza grandemente
Del socorro que dió tan provechoso
En la reparacion de tanta gente;
El cual en esto fué siempre dichoso,
Adalid esforzado y escelente,
Y ansí la falta que se padecia
Ninguno mejor que él la socorria.

Estando todos pues en este fuerte
Gozando del sustento deseado,
No pudo ser sin una mala suerte;
Pues de comer allí cierto pescado
Murió Martin Fernandez, cuya muerte
Sintieron todos en estremo grado,
Por ser hombre cabal, cuerdo, quieto,
Y á quien todos tenian gran respeto.

Reparando sus armas y fardaje
Enjugaba los campos el verano,
Y ansí con algun mas matalotaje
De yucas secas y molido grano,
Siguieron adelante su viaje
Con náutico regimen en la mano;
Porque por ser los campos tan exentos
Usaban de marinos instrumentos.

Habia dos pilotos principales,
En el altura cada cual maestro,
El uno portugués, Anton Gonzalez,
Otro Pedro Martel, no menos diestro:
No ven de cinosura las señales
Que de los navegantes son cabestro,
Aguja de los vientos es el tino
Por do rigen el campo peregrino.

De todos alimentos ya vacíos
Adelante los lleva su porfía,
Topan inmensos campos, grandes rios,
Y gente sin ninguna pulicía:
Sin ranchos, sin ramadas, sin buhíos,
Su tierra de labranzas es vacía,
Sino toldillos leves de vil palma
En tiempos fortunosos ó con calma.

Alhaja ni presea no la tiene
Fuera de limpia flecha, dardo, lanza,
De cazas y de pescas se mantiene
Que de mieses no hace confianza:
Una cierta raiz dicha lerene
Cultiva por su mísera labranza;
Pero nunca jamás en el verano
Supo qué cosa es recoger grano.

La fuerza del invierno cuando llega
Aquestos campos nunca cultivados
Con sus inundaciones los anega,
Algunos altos dellos reservados;
Do suele residir la gente ciega,
Y suelen acudir muchos venados,
De que los dichos indios se pertrechan,
Y entonces de canoas se aprovechan.

Son todos ellos negros como cuervos,
Mas altos y dispuestos que fornidos,
Lijeros y alentados como ciervos,
Al conjúgal amor muy sometidos;
En guerra pertinaces y protervos,
Temerarios, dementes, atrevidos,
Presume cada cual de ser tan bueno
Que en el acometer no tiene freno.

También cuando las aguas son molestas
Y los campos inundan avenidas,
Viven en barbacoas bien compuestas
Encima de los árboles tejidas.
Y en mil vasijas, calabazos, cestas
Guardan aquellas míseras comidas,
Harinas de raices y pescados,
Carne de dantas, puercos y venados.

Los tasajos curados con lejía
De coa, cierta planta salitrosa,
Porque sal por allí no se tenia,
Ni gozan estos de tan buena cosa;
Y en aquel tiempo nuestra compañía
Estaba della muy menesterosa,
Y aunque cualquiera hambre es insufrible,
Es esta la mayor y mas terrible.

También en estos reinos y confines
Hace sal esta gente vil y sucia
De ceniza de palma con orines,
Y en ella hacen todos grande hucia:
Estos son sus adobos mas insines,
Y la gente con ellos anda lucia,
Tiene casi que gusto de sardinas
Arenques, pero mal sala cecinas.

Así ni mas ni menos les faltaba
Que les era gustoso condimento
Para cualquier manjar que se guisaba,
Pues era ya de yerbas el sustento;
Ansí que cada cual dellos andaba
Cortado, flojo, triste, macilento,
Con menos fuerza que menester era
En tan trabajosísima carrera.

Pero siempre con ánimo constante,
Pues para mayor colmo deste hecho
Llevaban sus banderas adelante,
A cualquiera rigor poniendo pecho,
Hasta topar con tierra tan bastante
Que pudiese dar honra con provecho,
Y el esperanza de topar riqueza
Sacaba siempre fuerzas de flaqueza.

Tuvieron con aquestos naturales
Asperas y sangrientas competencias,
Que por ser atrevidos y bestiales
Llevaban lo peor en las pendencias:
Atravesaron grandes arenales
Sin hallar poblaciones ni apariencias,
Sino de arena una y otra sierra,
Do les hizo la sed terrible guerra.

En continuacion de su jornada
Tierra se descubrió mas andadera,
Mas en tiempo de aguas anegada
En su disposicion y en su manera,
Do vieron prolijísima calzada,
Que fué mas de cien leguas duradera,
Con señales de antiguas poblaciones
Y de labranzas viejos camellones.

Alegróse la gente fatigada
Pensando de hallar un buen empleo,
Anduvieron caudillos del armada
Gran número de dias á rastreo;
Mas no hallaban rastro ni pisada,
Ni cosa que hinchese su deseo:
De caza no faltaba carne fresca,
Y en ciénagas y rios larga pesca.

Por todas cuatro partes indagaban,
Al norte, al sur, al leste y al oeste,
Y los del campo siempre declinaban
A la parte comun del viento leste;
Pero unos y otros no hallaban
Remedio ni socorro que les preste,
Hasta tanto que Rodrigo de Vega
Topó pequeña senda ya muy ciega.

García de Montalvo, rastreando
Con otros de caballo destas gentes,
Aquí la van perdiendo allí hallando,
Como perros rastreros diligentes:
Hasta tanto que fué mas ensanchando
Y las pisadas viejas mas patentes,
Las cuales si por caso se perdian,
A los principios dellos revolvian.

Iban allí los dos negros hermanos
Libres, á quien llamaban los Piñones,
Mancebos bien dispuestos y lozanos,
Necesarios en estas ocasiones:
Solísimos de piés, fuertes de manos,
Diestros en todos tiempos y sazones,
Dichos Miguel y Diego de la Fuente,
Cada cual adalid muy escelente.

Los cuales sé decir que siempre fueron
De gran utilidad en la conquista;
Estos allí los rastros prosiguieron,
Por ser de los mas diestros desta lista,
Y al remate del dia vista dieron
Al pueblo que llamaron Buena-Vista,
Por dalles en tan grave detrimento
Su vista crecidísimo contento.

Y también por estar bien fabricado
Donde la tierra mas se levantaba,
De suerte que por uno y otro lado
Por gran espacio dél se devisaba:
De profunda quebrada rodeado,
Que muy pequeño trecho reservaba;
Vovieron sin ser vistos ni sentidos
Do los otros quedaban detenidos.

Cien hombres son de gente baquiana,
Y oida la razon de las espias,
Acordaron que luego de mañana
Diesen en aquel pueblo por dos vias;
Pero por ser tan rasa la zavana
Vieron los indios nuestra compañia,
Los cuales á las armas acudieron,
No sin admiracion de lo que vieron.

Los nuestros van la via concertada,
Y cuando comenzaban la subida
Opúsose delante la quebrada,
Que luego les detuvo su corrida:
Buscaron los peones el entrada,
Que con raro valor fué defendida
De gente jaguas y de caquetia,
Hasta que feneció la luz del dia.

Hicieron españoles asistencia
En la parte do fueron resistidos,
Esperando del sol nueva presencia
Por entralles mejor apercebidos;
Mas hicieron los bárbaros ausencia
Las mujeres é hijos recogidos,
Sacando los del pueblo flaco miedo
De los caballos y áspero denuedo.

Cuando la luz de Febo desviaba
Los húmidos vapores destos llanos,
Y fugitivas piernas fatigaba
El indio con temor de los cristianos;
Cada cual español aderezaba
Las cortadoras armas en las manos,
Y acometen al pueblo con gran furia,
Juzgando la tardanza por injuria.

Entraron luego todos por adonde
La via se mostraba mas abierta;
Pero contraria fuerza no responde,
Ni para resistencia se despierta:
Sospechaban algunos que se asconde
El bárbaro por dar con encubierta,
Y dentro ya se hacen mas atentos,
Recelando guerreros movimientos.

Mas puestos en el orden que debia,
Las calles y las plazas recorriendo,
Hallaron claros rastros que decian
Todos sus moradores ir huyendo:
Por espacio las casas se metian,
Sus rústicos manjares inquiriendo,
Y dióles Dios allí tan buena mano,
Que hallaron gran número de grano.

En el maiz se hace dulce prueba,
Con gran deseo ya desta comida,
Y al campo se llevó la buena nueva
Que fué con gran contento recebida:
Los capitanes mandan que se mueva
Y acelerasen luego la partida,
Dióles á todos ellos gran aliento
El esperanza del mantenimiento.

Llegaron sin hacer mucho rodeo,
Porque los guió bien un Villasanta,
Repartióse por todos el empleo
Y sal que se halló, pero no tanta
Que pudiese hartar el gran deseo
Que della padecia la garganta,
Mas alegrólos ver tan buena cosa,
Muy blanca y en sabor maravillosa.

Y para conocerse por qué vias
Traian esta sal tan escelente
Procuraron tomar algunas guias,
Las cuales se tomaron fácilmente;
Dijeron que tardaban muchos dias
En ir á contratar con otra gente,
Que de mas lejos la traian hecha
De otros que la dan de su cosecha.

Con estas buenas nuevas alentados
Determinan dejar aquel asiento,
Después que se sintieron reformados,
Y los caballos ya con mas aliento:
Atravesaron campos mal poblados,
Puesto que con algun mantenimiento,
Grandes ciénegas, rios, mil esteros,
Do murieron algunos compañeros.

Fatigados del término corrido
Determinaron de hacer parada
En un pequeño pueblo proveido
De la comida siempre deseada;
Y habiendo muchas cosas conferido,
Acordóse que Diego de Losada
Saliese con doscientes compañeros
A efeto de buscar invernaderos.

Porque el invierno los amenazaba,
Que tiende por allí furiosa mano,
Y el espacioso campo se anegaba
En la mayor grandeza deste llano:
La cual necesidad los exhortaba
A buscar su remedio con verano;
Caminó pues por campos estendidos
Losada con sus hombres escogidos.

Como no se halló gente de guerra,
Montes ni levantadas serranías,
Lijeramente van calando tierra,
Aunque hallaban anegadas vias,
Hasta tanto que vieron alta sierra
A cabo ya de mas de treinta dias;
Y devisaron por las pertenencias
Grandes humos y llenas aparencias.

Para poder allí hacer asedio
O llegar do la gente se repare,
Habia grande rio de por medio,
Que creo se llamaba Cazanare:
Losada no curó buscar remedio
Para ir do lo dicho se declare,
Aunque habian tomado por las aguas
Algunas canouelas ó piraguas.

Por indios que decian ser testigos
Desta sierra teniamos noticia;
Mas el Losada y otros sus amigos
Decian no ser cosa de codicia;
Y ansí sin inquirir otros abrigos
Volvieron, no con falta de malicia,
Do Reinoso quedaba con la gente
Que deste parecer fué diferente.

Copete y el Montalvo y un Miranda,
Guerrero, Tello y Rodrigo de Vega,
Con otros caballeros de su banda,
Viendo cómo el invierno se les llega,
Quisieron revolver á la demanda,
Condenando la vuelta por muy ciega,
Y decian ser falta de gobierno
No tener en las sierras el invierno.

Mayormente diciéndoles la guia
Aquella sierra ser muy bastecida,
De todo aquello que se pretendia:
De sal, de oro, ropas y comida;
Porque la gente della se decia
De tela de algodon andar vestida,
Y no cumplir dejar esta conquista
Pues que ya la tenian á la vista.

El general allí, como quisiese
Mitigar el furor con mansedumbre,
Al Losada mandó que revolviese
A traer de la sierra certidumbre:
Guerrero y los demás de que este fuese
No recebían poca pesadumbre,
Diciendo claramente que en su seno
Jamás cabría pensamiento bueno.

Porque la parte destos imagina
Que el Diego de Losada pretendia
Volver con los demás á la marina,
Incitado de cierta compañía:
Debajo de la torpe golosina
De los esclavos que hacer solia,
Y no fueron tan vanos pensamientos
Que no los confirmasen los eventos.

Mas Losada guió con sus soldados
A la sierra por pasos conocidos,
Y aquestos capitanes ya nombrados
Quedaron grandemente desabridos:
Los cuales y otros muchos congregados,
En ciertos pareceres resumidos,
Ordenaron que luego se juntasen
Y al Diego de Reinoso le hablasen.

Por ser un valeroso caballero,
Y en dias y en edad el mas anciano,
Rogaron á Alonso Alvarez Guerrero,
Que para le hablar tome la mano:
El por les aplacer y ser tercero
Después del cumplimiento cortesano,
En presencia de gran junta de gente
Al general le dijo lo siguiente:

«Señor, de cuerdos es y de prudentes
Hacer al mal futuro resistencia,
Porque suelen criar inconvinientes,
Descuido, flojedad y negligencia;
Y cuanto los amagos mas presentes,
Mas breve cumple ser la providencia,
Pues no siempre se cura con buen tino
El desastre que viene repentino.

»No conviene poner en aventura
Lo que puede curarse de presente,
Que el cuerdo nunca pierde coyuntura,
En especial aquel que manda gente;
Viendo que de su seso y su cordura
El remedio comun está pendiente,
Como podrian ser ejemplo llano
Los que teneis debajo vuestra mano.

»De los cuales ya veis al mas robusto,
No lejos de sus dias postrimeros,
Y el mas bien remediado con desgusto
Adevinando malos paraderos;
Y pareciéndole negocio justo
Obviar á los males venideros,
Pues si sana prudencia lo tantea
Nada vereis aquí que mal no sea.

»Y aun las aguas presentes y futuras
Comienzan ya de darnos sobresaltos,
Por ser anegadizos, sin culturas,
De seguros asientos todos faltos;
Y veis de las crecientes las horruras
Encima de los árboles mas altos:
Clara señal que si nos detenemos
Los mas bien avisados no saldremos.

»¡Cuánto menos los ya como difuntos
Flechados, mancos, cojos y tullidos!
Considerad también algunos puntos
Que no deben ser menos advertidos:
Y son el invernar de todos juntos,
Que no podemos sino divididos,
Pues mal se hallará tan buen asiento
Que para todos dé cabal intento.

»Paréceme que son consejos buenos,
Pues si entre muchos poco se reparte,
Lo poco claro está que será menos,
Y entre pocos cabráles mejor parte;
Y estando divididos en dos senos,
Podránse sustentar de mejor arte,
Y el fortunoso tiempo ya pasado,
Juntarnos do quedare señalado.

»Si pareciere bien la traza dada,
Que sí parecerá, pues sois discreto,
Mandad volver á Diego de Losada
Para que la pongamos en efeto:
Que dél y de los de su camarada
Nunca jamás ternemos buen concepto,
Pues de sus pretensiones dadas muestras,
Son harto diferentes de las nuestras.»

Oyó Reinoso la razon propuesta,
Y á los puntos estuvo muy atento;
Mas no fué tan sabrosa la respuesta,
Que no causase gran desabrimiento:
Anduvo la vergüenza descompuesta
Hasta casi llegar á rompimiento;
En una y otra parte confusiones,
Requirimientos y protestaciones.

Luego se dividieron los parciales
Que seguian las partes del Guerrero,
Pasándose cien hombres principales
A la contraria playa de un estero,
Que fué principio de mayores males
Y de desventurado paradero:
Esperaron allí que noche fuese
Para recoger gente, si viniese.

El general acá, que con cuidado
Remediar este hecho deseaba,
Al maese de campo dió mandado,
Dándole cuenta de lo que pasaba,
Para que revolviese bien armado
Con los doscientos hombres que llevaba,
Y diesen ambos en el enemigo
Con ejemplares penas y castigo.

Pero los del motin por cierta via
Tuvieron relacion del embajada,
Y ansí les pareció que convenia
Jugar aquella noche de antubiada:
Los cuales antes de la luz del dia
Dieron en los de Diego de Losada,
Y sin los maltratar ni lastimallos
Les tomaron las armas y caballos.

El vencedor volvió como seguro
Por ver sin armas el contrario bando,
Y el campo raso les pareció muro,
Do los ojos estuvo regalando;
Mas el dicho Reinoso con escuro
Venia por sus pasos caminando,
Y dió con el ejército dormido,
Bien ignorante de lo sucedido.

El cual entonces iba por ventura
Con harta mas blandura que rigores;
Pero vista tan buena coyuntura,
Rompió diciendo: «ea, valedores:
Pues teneis la victoria bien segura,
Viva el rey, viva el rey, mueran traidores.»
Despiertan al ruïdo los dormidos,
Algunos dellos bien apercebidos.

Porque Pedro Copete y el Guerrero,
Montalvo, Jejas con Barrasa y Vega,
Cada cual en caballo muy lijero,
Mostraban gran valor en la refriega;
Argüello no tardó ni fué postrero,
Pues luego con algunos se les llega,
Y por entrambas partes á gran priesa
Andaba la lanzada muy espesa.

Gran grita, gran rumor, gran vocería
Sonaba por aquellos campos llanos,
La saña y el furor siempre crecia,
Ensangrentados ya rostros y manos,
Y por entrambos bandos se decia:
«Viva el rey, viva el rey, mueran tiranos.»
Andaba por allí cierto confeso,
Que esto decia con mayor esceso.

Joan Sanchez Labrador, hombre de brio,
Allí le respondió con voz altiva:
«Decí, ¿quién mata al rey, perro judío?
Que yo también deseo que el rey viva;»
Mas una bala fué con tal avío,
Que del hablar y dulce ser lo priva:
Escuridad eterna lo retrajo
Con precipicio del caballo abajo.

Andando la batalla muy trabada
Y con ostinadísima porfía,
Le dieron al Guerrero una lanzada,
De donde mucha sangre le salia:
La fuerza deste ya debilitada,
La de Copete siempre resistia,
Con él sus dos hermanos Tello y Mesa,
Que hacian la otra parte lesa.

Cuando ya sobre el eje pruïnoso
Traia la mañana clara lumbre,
Y el velo de la noche tenebroso
Huia por do tiene de costumbre,
Mejoraba la parte del Reinoso;
La otra ya con grande pesadumbre,
Aunque de entrambas partes hay caidos,
Y de los vivos muchos mal heridos.

Mas de la gente menos proveida,
Como de tal asalto descuidada,
Algunos se pusieron en huida
Dejando la victoria declarada
Por Diego de Reinoso, cuya vida
Con gran dificultad fué reservada;
Pues su caballo muerto, y él caido,
Muriera si no fuera socorrido.

De los que de la rota no huyeron
Prendieron como veinte señalados,
Que como principales luego fueron
A privacion de vida condenados:
Los rigurosos trances se cumplieron
En solos dos hidalgos desdichados,
Copete y Alonso Alvarez Guerrero:
Espectáculo harto lastimero.

Luego veinte soldados valerosos
De los que se hallaron mas culpados,
Al Reinoso y Losada sospechosos,
Por ser hombres de brios arriscados,
Con penas y con mandos rigurosos
Fueron de su comercio desterrados,
Para donde les diese su ventura
O ya la vida, ó ya la sepultura.

Destos era García de Montalvo,
Pero Ruiz, Barrasa, Mesa y Tello,
Y aquel honrado Vega, cano y calvo,
El capitán Ruiz y Joan de Argüello:
Llevando para se poner en salvo
Muy colgada la vida de un cabello,
Por les poner delante su corrida
Pesadísimos riesgos de la vida.

Pero como fortísimos varones,
Que cierto cada cual era bastante,
Allanaron terribles tropezones
Que siempre se ponian por delante:
Rompiendo ferocísimas naciones,
Opuestas al cansado caminante,
El Barrasa, guiando con buen tino,
A la mar do llevaban su camino.

Nueve dias después Bernardo de Heras,
Joven de los mas sueltos y lijeros,
Hurtóse del Reinoso y sus banderas
Con ocho no menores compañeros,
Siguiendo las pisadas y carreras
Que llevaban aquestos caballeros;
Y fueron tan constantes las porfías,
Que los vieron en menos de tres dias.

Y á punto que se vian ya perdidos
Por tenellos mil indios rodeados;
Mas siendo tan á tiempo socorridos
De tan valerosísimos soldados,
Los cansados, hambrientos y afligidos,
En gran manera fueron alentados,
Y ansí, con el calor desta venida,
Pusieron á los indios en huida.

Abrevian el camino mal sabido,
Que el tiempo les mostraba rostro tierno,
Necesidad poniendo tal sentido
Y entre los veinte y nueve tal gobierno,
Que hallaron asiento proveido
Do pasaron las furias del invierno,
Y el verano mostrando su pintura,
Se pusieron en tierra ya segura.

Estando pues Reinoso en los esteros
Consultando con todos su partido,
Se huyeron Patiño y Ontiveros
Sin que se barruntase la huida:
Cada uno con treinta compañeros,
Gente desesperada y atrevida,
Otra noche huyó por consiguiente
Un Alonso Marqués con otros veinte.

Después de todos estos otro dia
Remanecieron dos negros huidos,
Uno Pedro Mabuya se decia,
Otro Cristóbal, hombres atrevidos;
Mas al tiempo que cada cual salia
Con tal tiniebla fueron divididos,
Que aunque gastaron horas en buscarse
Nunca jamás pudieron encontrarse.

Mas aunque solo cada cual se vido
En no volver atrás fué tan constante,
Que el riesgo tuvo por mejor partido
Que dejar de pasar mas adelante:
Con arco y flechas bien apercebido
A los lados espada va tajante;
Y el que se via de comida falto
Con el escuro manto daba salto

En pueblo ó chanería, do metido
Buscaba cebo para los gargueros,
Y si del morador era sentido
Con manos prestas y con piés lijeros
Hacian cada cual tan gran ruïdo
Como si fueran treinta compañeros,
Y después ya de recogido algo
No lo tomara muy lijero galgo.

Pues para los coger el mas lijero
Sus piernas viera ser como difuntas;
También Mabuya fué tan gran flechero
Que yo le vi tirar tres flechas juntas:
Y dar con todas ellas en terrero
Y en pequeño compás todas tres puntas
Y ansí por estos llanos, valles, vegas
Se libró de grandísimas refriegas.

Las cuerdas de sus arcos mas usadas,
Y con que peleaba mas de veras,
Eran listas de cañas bien sacadas
Haciendo de sus ñudos empulgueras;
Que puestas en el arco y ajustadas
Eran por mucho tiempo duraderas,
Pues si á posta no se las quebraban
Sus diez y doce años le duraban.

Sucedióronle grandes entremeses
Atravesando por aquellos llanos,
Invernaron divisos en conveses
A la sierra del norte mas cercanos;
Y á cabo ya de diez ó doce meses
Vinieron á toparse con cristianos,
No de los desterrados y primeros,
Sino de Joan Patiño y Ontiveros.

Pues aunque la cuadrilla se huia
Y cada dia les faltaban gentes,
La una de la otra no sabia
Invernando por partes diferentes;
Pero como llevasen una via
Acabadas las aguas y crecientes,
Por rastros que dejaban en la tierra
Se juntaban los mas junto á la sierra.

Reinoso, que esta gente vió huida
Como de la restante se recela,
También apresuraba la partida
Mandando caminar á Venezuela;
E iban ya los rios de crecida
Que miseros enfermos desconsuela
Por no hallarse pïadosa mano
De padre ni de hijo ni de hermano.

Esclavo menos hay que se sujete
Al amo ni que cumpla justo mando,
Aquí se quedan seis, acullá siete,
Gimiendo estan aquí y allí gritando;
Y el mísero doliente si se mete
El agua lo llevaba volteando,
Capitanes no hacen lo que suelen
Ni hombres de los hombres se conduelen.

¿Quién os podrá poner en escritura,
Que lleve sonoroso su concierto,
Tanto trabajo, tanta desventura,
Tan increible hambre, tanto muerto?
Pues lo que digo es abreviatura
O cifra muy cifrada de lo cierto,
Y aunque mas alargásemos la pluma
Todavía seria breve suma.

Pues hubo quien en esta coyuntura
Abrió los pechos á su compañero,
Estando muerto ya de calentura,
Y aqueste fué Bautista Zapatero:
El cual se sustentó del asadura
Ansí como si fuera de carnero,
Y andando después imaginativo,
Huyó y no pareció muerto ni vivo.

Yendo pues el Reinoso con sus gentes
Inquiriendo la tierra mas subida,
Pasaron sin haber inconvinientes
Una quebrada llana y estendida:
Llegáronse después quince dolientes
Al tiempo que venia ya crecida,
Demandaron socorro con voz blanda
A los que estaban de la otra banda.

Pedro Martel volvia las respuestas
Horrendas á los pobres miserables,
Por ser palabras sucias, deshonestas,
Tan torpes como él y detestables:
Al fin por no ver quejas tan molestas
Gemidos y clamores entrañables,
Determinaron todos de dejállos
Pudiéndolos pasar en los caballos.

Visto que la quebrada mas crecia
En proceloso tiempo y lugar malo,
De aquella miserable compañía
Sin reparo, comida ni regalo,
Un Domingo Riberos otro dia
Pasó los pechos puestos en un palo,
Luego pasó tras él en un madero
Un mulato llamado Joan Quintero.

Mas los otros de todo bien inermos,
Aunque buscaban vias y maneras,
No pudieron pasar por ser enfermos
Y no tener las fuerzas tan enteras;
Y ansí quedaron en aquellos yermos
Por cebo de las bestias carniceras,
Y el número de dos menesteroso
No siguió mas los pasos del Reinoso.

Mas por otra derrota van á tiento
En grandísimo riesgo de la vida,
Tallos de hobos era su sustento
Y el regalo mayor de su comida;
E yendo con penoso sentimiento
Encontraron también gente huida:
Recebieron los dos tan gran consuelo
Que parecióles ver ángel del cielo.

Con los dos se cerró número entero
De diez cristianos, y aunque flaca mano,
Supieron inquirir invernadero
Donde no les faltó copia de grano:
Sanaron el Riberos y el Quintero,
Y el tiempo ya llegado del verano,
Se juntaron con otros fugitivos
De los cuales hay hoy algunos vivos.

El Reinoso también hizo parada
Con algunos sustentos pasaderos,
Y enviando la gente mas armada
Por pueblos comarcanos y fronteros,
Acogiósele Diego de Losada
Con treinta ó con cuarenta compañeros.
El cual la vuelta de Cubagua iba
Recogiendo la gente fugitiva.

Topando la cuadrilla y el rebaño
De los que por la sierra van á tino,
Asegurábalos de todo daño
Diciendo: «todos vamos un camino.»
El Reinoso, corrido del engaño,
Con el restante de la gente vino
A Venezuela, do los alemanes
Tenian valerosos capitanes.

Trabajos padecidos representa
Con gran valor de su persona sola,
Mas allí no se hizo tanta cuenta
Que por ello le diesen laureola;
Por cuya causa casi por afrenta
Determinó pasar á la Española,
Donde murió después cristianamente,
Y á conjugales fiudos obediente.

Losada con su copia de soldados
Y los demás que andaban divertidos,
Llegaron á los pueblos deseados,
Los cuales se hallaron destruidos:
Sus pocos moradores rebelados,
Y en fuerzas de palenques recogidos,
Nadie les daba ya seguro puerto
Sino Guaramental, aunque era muerto.

Dejó por sucesor un Antonico,
Hijo suyo, de nobles condiciones:
Fué tutor Pariaima, por ser chico,
El cual favoreció nuestros varones,
Mas el uso de esclavos tan inicuo
Pagóle con muy grandes sinrazones,
Porque el desorden grande de cudicia
No sabe guardar orden de justicia.

Hallaron por allí rescatadores
De la Cubagua y de su granjería,
O por mejor decir saltéadores,
Envejecidos en su tiranía:
Estotros, como no fuesen menores,
Con aquellos hicieron compañía,
Y asolada la tierra comarcana,
Volvieron todos á Maracapana.

Luego por los delitos atrasados,
Y aquellas locas y atrevidas furias,
Pedian los que fueron agraviados
Justa satisfaccion de sus injurias;
Los bienes luego fueron confiscados
Para suplir jüeces sus penurias:
Al fin Ortal y Frias y Castillo
Por un hilo sacaban un ovillo.

Este y aquel y el otro les pedia
(Jüez el licenciado Castañeda):
Pagaba con esclavos que traia
El que sin corporal castigo queda;
Pagaba al fin aquel que no debia,
Quiero decir, quien era la moneda:
Esclavos eran costas y derechos,
O ya fuesen bien hechos ó mal hechos.

Eran por veedor avallados,
O vendidos en públicos pregones
Aquellos pobres desaventurados,
Que nunca cometieron las traiciones;
Finalmente, jüeces y culpados
Eran unos finísimos ladrones,
Pues en nada se vió tal insolencia
Ni tan grande soltura de conciencia.

Pero por ser desorden tan antiguo,
Cubrámoslo con taciturno sello,
Y el que quisiere ver este castigo
Al fin de lo de Ortal podrá leello:
Por ser en este tiempo lo que digo
De las muertes de Aduza y del Argüello,
Que pues de Ortal allí me despedia,
Cubrillas con silencio no cumplia.

Purgadas pues las costas y los daños
Del licenciado Frias y oficiales,
No por eso cesaron los engaños
Y ofensas en aquellos naturales:
Porque por grande número de años
Anduvieron soldados principales
En la contratacion mal ordenada,
De los cuales fué Diego de Losada,

Capitán valeroso y esforzado,
Varon en guerra y paz de gran recato,
Gran hombre de caballo y agraciado
Mas á bien recebido no muy grato;
Y ansí fué de Cubagua desterrado
Por cierto desconcierto y desacato:
Hízose con algunos á la vela,
Y vinose por mar á Venezuela.

Micer Enrique Rebolt, que la regia
Y por los alemanes fué teniente,
Recebiólo con grande cortesia,
Y toda la demás antigua gente:
El Diego de Losada persuadia
Al alemán ya dicho grandemente,
Enviase á tomar las posesiones
Hasta Maracapana y sus ancones.

Porque segun se via por escrito
Por cédulas del rey y provisiones,
De su gobernacion y su distrito
Eran todas aquestas poblaciones:
Ayudáronle muchos con un grito,
Y él acudió con estas intenciones,
Y con Losada y otras gentes ciegas
Vino por capitán Joan de Villegas.

No vinieron por mar, sino por tierra
Y por aquellos llanos ya sabidos,
Costeando la falda de la sierra
Cien hombres destos bien apercebidos:
Lo que hallan de paz hacen de guerra,
De muy largas cadenas proveidos,
Y en ellas grande número de gente
Herrados por esclavos falsamente.

De la manera pues que aquí se trata
Llevaban muchos hombres y mujeres,
Llegaron á la mar de Chacopata,
Adonde pregonaron sus poderes;
Y luego por gozar de la barata
Acuden de Cubagua mercaderes:
Estuvieron allí los deste bando,
Espacio de dos meses contratando.

Llaman de paz á los de aquel partido
Los capitanes falsos y perjuros:
Los indios no pensando ser fingidos
Salieron de sus fuerzas y sus muros;
Y el consorcio crüel y fementido
Cuando los vió sin armas y seguros,
Dieron sobre ellos repentinamente
Y tomaron gran número de gente.

Un indio bien ladino les decia,
Como se vió de libertad ajeno:
«Esto no fué valor, ni valentia,
Ni hecho que manó de pecho bueno:
Prendernos con tan gran alevosía
Sobre paz y las manos en el seno;
Pues nosotros salimos como hermanos
Debajo de palabra de cristianos.

»Y pues captividad no merecemos,
De libertad pedimos las enmiendas;
Que si por culpa vuestra nos movemos
A descubiertas guerras y contiendas,
Bien sabes tú, Losada, que sabemos
Defender las personas y haciendas;
Ansí que pues llamais de paz la tierra,
No la quebreis con tan injusta guerra.»

No por eso cesó su desvarío,
Ni se mudaron estos pareceres,
Antes hierro les dan por atavío;
Y aherrojados hombres y mujeres,
Luego los entregaron al navío
Que tenian allí los mercaderes,
Volviéronse después la tierra adentro,
Donde hicieron otro mal encuentro.

Pues saliendo de paz el Antonico,
De Guaramental hijo y heredero,
Ya cacique paupérrimo de rico,
Por los inconvinientes que refiero:
Con estas insolencias que publico
Al muchacho leal, fiel, sincero,
Con seguro que se le prometia,
Le tomaron la gente que tenia.

Estos con otros muchos que tomaron
Por otras partes fuera del asiento,
Asimismo vendieron y entregaron
A los que iban en su segimiento;
Y todo lo barrieron y asolaron
Con un luciferino desatiento,
Y sin causa quemaron los bestiales
Cuatro caciques harto principales.

Luego la gente de conciencia suelta,
Firmes en añadir daños á daños,
Para su Venezuela dió la vuelta
Losada con los más destos engaños:
Cuya perplejidad quedó resuelta
En acabar allí los demás años;
Y viendo de sus dias el invierno
Pretendia tener aquel gobierno.

A la real audiencia hizo via
Para lo negociar segun se trata,
Mas el efeto de lo que pedia
Contraria voluntad lo desbarata;
Y al tiempo que sin mando se volvia
En la costa murió de Burburata,
Sin regalo de santos sacramentos
Por hallar despoblados los asientos.

Con este concluimos la jornada,
Y las mas circunstancias de Sedeño,
La cual de prolijísima y pesada
Ha sido para mí gran quita-sueño;
Mas pues Cubagua queda rezagada,
Y es el negocio suyo no pequeño,
Justa cosa será que se concluya,
Y después della la vecina suya.

ELEGIA XIII.

Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdicion y asolamiento.

CANTO PRIMERO,

Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria.

Cuanto naturaleza tiene hecho,
Examinado y visto sabiamente,
No vaca ni carece de provecho,
O ya sea cubierto, ya patente;
Que la virtud no pierde su derecho,
Aunque sea la muestra diferente,
Y ansí vereis do faltan muchas cosas
Otras que no son menos provechosas.

En Indias tierras hay do no se crian
Oro ni plata; mas en su distancia
Algunas veces hay tal granjería
Que suele dar riquísima ganancia,
Supliendo aquella falta que tenia
Con cosas de no menos importancia
Que causa natural allí compuso,
Y los hombres aplican á su uso.

No vereis por acá tierra tan pobre,
Que de lo que contratan las naciones
Alguna buena cosa no le sobre;
Pues aquí cogen copia de algodones,
Allí plomo y azogue, acullá cobre,
Aquí muchos ganados y allí dones
De cristales, viriles y esmeraldas,
Aquí pastel, orchilla, y allí gualdas.

La isla de Cubagua nos enseña
Este natural cambio claramente,
La cual aunque es estéril y pequeña,
Sin recurso de rio ni de fuente,
Sin árbol y sin rama para leña
Sino cardos y espinas solamente;
Sus faltas enmendó naturaleza
Con una prosperísima riqueza.

Pues sembró por placeles principales,
Que están á sus riberas adyacentes,
Gran copia de riquísimos ostiales,
De do se sacan perlas escelentes,
Con que ha engrandecido sus caudales
Crecidísimo número de gentes:
Diez grados medio mas es lo que muestro
De la equinocial al polo nuestro.

Entre dos aledaños es descrita
A cada cual tres leguas comarcana,
Que son la tierra firme y Margarita,
Y es la distancia della toda llana:
Hay caza de conejos infinita,
Que es por allí comida no mal sana;
Podrá tener, segun el aparencia,
Como tres leguas de circunferencia.

Tienen sus secas playas una fuente
Al oeste do bate la marina,
De licor aprobado y escelente
En el uso comun de medicina:
El cual en todo tiempo de corriente
Por cima de la mar se determina
Espacio de tres leguas, con las manchas
Que suelen ir patentes y bien anchas.

Descubrió esta isla Colon, cuando
Vido tercera vez estas regiones,
Yendo la tierra firme costeando
Por puertos, por bahías, por ancones:
Vió indios zabullendo y sobraguando,
Y estar debajo largas dilaciones,
Vía después coger su redecilla
Y vacialla también en la barquilla.

No conociendo bien aquello qué era
El Cristóbal Colon, como discreto,
Hizo luego surgir en la ribera,
Deseando saber aquel secreto:
Luego gente de guerra salió fuera
Apercebida para tal efeto,
Los indios revolvieron con la proa,
Y en tierra zabordaron la canoa.

Los cuales con los arcos en las manos,
Arma con que se daban buena maña,
Esperaron soberbios y lozanos,
Sobresaltados de la gente estraña;
Mas halagándolos nuestros cristianos
Perdieron los temores y la saña.
Y luego los varones y las dueñas
De paz hicieron apacibles señas.

Allí se conocieron granos bellos
De perlas en riquísimos pomares,
Que son con que ansí ellas como ellos
Se ciñen y rodean los ijares;
Otros sartas por brazos, piernas, cuellos,
En precio y en estima singulares:
Vieron el modo cómo las sacaban,
Y las conchas adonde se criaban.

Los que vinieron pues en los bateles,
Por no hacer baldía su venida,
Con cuentas y sonoros cascabeles
Rescataron allí buena partida;
Partiéronse de aquestos infieles
Después de la grandeza conocida.
El Colon no cabia de contento,
Por ser autor de tal descubrimiento.

Quisiéralo callar, pero la fama,
Impelida de tanta muchedumbre,
Por diversos lugares se derrama
Segun y como tiene de costumbre:
Estos, aquellos y los otros llama
Con trompa de sonora certidumbre;
Acudieron navíos al barato
Engrosando las ferias y contrato.

La gente castellana que venía
Por hacer mas á gusto sus haciendas,
Formaron en la isla ranchería,
Pusieron toldos y asentaron tiendas;
Y cebados en esta granjería
Hacen bohíos para sus viviendas,
Trayendo mercancías diferentes
Que rescataban con aquestas gentes.

Podia ser, segun mas cierta cuenta,
Cuando la muestra se halló primera,
Año de cuatrocientos y noventa
Con mil y seis corridos de la era:
El indio con la paga se contenta,
Y el español, que mucho mas espera,
Envía su caudal, y á la tornada
Doblaba y redoblaba la parada.

Ansí tenian hachas y machetes,
Cuentas de vidrio, sartas de corales,
Camisas, zaragüelles y bonetes
Y cosas mas y menos principales;
Con otras diferencias de juguetes
Apacibles á estos naturales,
Y el valor de un real acontecia
Pagar la cargazon que se traia.

Con estas cosas el aljófar fino
Rescataban aquestos mercaderes,
Con contento del bárbaro vecino
Y grandes regocijos y placeres;
Daban muy ricas piezas por el vino,
Hasta vender los hijos y mujeres,
Y cuantos por aquel compás habia
Ejercitaban esta pesquería.

Toda la tierra firme comarcana
Mantenia la paz bastantemente,
Y de Paria hasta Maracapana
Iban un hombre y dos de nuestra gente;
La tierra se hallaba toda llana,
A nuestros españoles obediente,
Y diez y doce leguas de Cubagua
Les traian comida, leña y agua.

Eran para las dos parcialidades
De muy gran importancia los provechos,
Pues con estas sinceras amistades
Y los contratos desta suerte hechos,
Indios cumplian sus necesidades
Y los nuestros quedaban satisfechos;
Y ninguno vivir allí podia
Sin aquel agua que se les traia.

Y algunos mercaderes ya potentes,
Que allí fueron personas principales,
Rescataron esclavos destas gentes
Que dé perlas traian sus jornales;
Los cuales como buzos escelentes
Descubrian riquísimos ostiales,
Y con propias canoas y piraguas
Sacaban ya las conchas de las aguas.

En aquesta manera de bajeles
Habia gente nuestra marinera,
Que por aquellas playas y placeles
En guarda de los indios iban fuera:
Algunos tan malditos y crüeles
Como cómitres malos de galera;
Y ansí de aquestos míseros captivos
Eran pocos los que quedaban vivos.

Por tener muy angosta pasadía
Y mas que limitadas las raciones,
Pues sobre mar el agua se traia
Con las mas necesarias provisiones;
En la mar sumergidos en el dia
Y en la noche con ásperas prisiones;
Y ansí para quedar dos ó tres hechos
De la vida quedaban diez deshechos.

Este principio y estas ocasiones
De los esclavos fueron perdimiento
De todas las insignes poblaciones
Que en mis versos atrás os represento;
Y el rey por las siniestras relaciones
Para ello prestó consentimiento,
Aunque con instruccion tan limitada
Que el mal no fuera tal á ser guardada.

Algun tiempo se hizo con blandura
No tanta cuanta allí se señalaba;
Pero después fué tanta la soltura
Con que con estos indios se trataba,
Que les era la guerra mas segura
Que lo que mala paz aseguraba;
Pues cuantos menos eran sus engaños
Se les hacian muy mayores daños.

No pueden prolijísimos renglones
Decir *ad plenum* lo que se hacia,
Tantas cautelas, tantas invenciones,
Tanta maldad y tanta villanía:
Mas por no despertar viejas pasiones
Volvámonos á nuestra ranchería,
De quien ya se hacia mayor cuenta
De lo que nuestra pluma representa.

Habia ya justicia y oficiales,
Frecuentísimo trato de navíos,
No rescataban ya de naturales,
Porque todos tenian sus avíos
Para desentrañar estos ostiales
Con propios aderezos y atavíos;
Con tanta perla, tanto contratante
Las cosas iban ya muy adelante.

Mostrábase fortuna tan ufana
Y andábase tan próspero camino,
Fue iban á quintar al aduana
Como de trigo sacos al molino:
Muchos sacaban hoy y mas mañana,
Si Joan vino cargado, Pedro vino,
Y entonces hubo indio que traia
Arriba de dos marcos cada dia.

Vereis llenos caminos y calzadas
De tráfagos, contratos y bullicio,
Las plazas y las calles ocupadas
De hombres que hacian sus oficios;
Vereis levantar casas torreadas
Con altos y soberbios edificios,
Este de tapia, aquel de cal y canto,
Sin que futuros tiempos den espanto.

No vuelan ni concurren tan frecuentes
Las palomas en índica saona,
Para hacer sus nidos en las frentes
Que miran los confines de la zona;
Cuanto todos andaban diligentes
En la que nueva Cáliz se pregona,
Con tal hervor y tal desasosiego
Cuanto por secas ramas vivo fuego.

Ocurrió grande copia de oficiales
A la nueva ciudad que se hacia,
En navíos traian materiales
Y cuanto la tal obra requeria;
Porque la grosedad de los caudales
Estas costas y mucho mas sufria,
Y con salir tan caras estas cosas
Allí hicieron casas suntüosas.

Fué la de Barrionuevo la primera
Un escudero natural de Soria,
Fué luego la de Joan de la Barrera,
Cuyo valor es digno de memoria;
Y luego la de Pedro de Herrera
De quien pudiera yo tejer historia,
Y la de Castellanos, tesorero,
Que fué de los mejores el primero.

La de Portillo fué con tal esmero
Que podia servir de fortaleza,
Otra también de Diego Caballero,
Mariscal y señor de gran riqueza;
Un Alvaro Beltrán, varon entero
En todas buenas partes de nobleza,
Un Anton de Jaen, Rojas y Niebla,
Con otros que se quedan en tiniebla.

Y Francisco de Reina también era
Un varon tan cabal y tan bastante,
Que con justa razon yo bien pudiera
Decir de sus proezas adelante;
Pero la brevedad desta carrera
No da tanto lugar al caminante;
Su yerno fué Pero Ruiz de Tapia,
Noble de condicion y de prosapia.

Hijo del dicho Reina fué Bautista,
Sacerdote prudente y avisado,
El cual es destas cosas coronista
Y en ellas vive hoy bien ocupado;
Y ansí no haré yo mas larga lista,
Dejando para él este cuidado,
Pues yo con brevedad añudo gonces
De las cosas que víamos entonces.

Leña y agua de Cumaná venia
De rios que la dan en abundancia,
Y en barcos y navíos se traia
Con pipas siete leguas de distancia:
Trataban muchos esta mercancía,
Teniéndola por próspera ganancia,
Pues al Jaen que digo hizo daño
De cinco mil ducados en un año.

A todos los que son en esta era
Oyendo lo que no les fué visible,
No parecerá cosa creedera
Gasto de leña y agua tan terrible;
Pero mi relacion es verdadera,
Y ansí no la tengais por imposible,
Y aun es mas que los precios señalados
Lo que va de los pesos á ducados.

Pues como fuesen indios muy famosos
Los moradores destas poblaciones,
De nuestra santa fe menesterosos
Y de defensa ya de sinrazones,
Acudieron algunos religiosos
Movidos de cristianas intenciones,
Procurando traellos al aprisco
Dominicanos y de San Francisco.

A Cumaná vinieron franciscanos,
Do monasterio luego fué fundado,
Con llana voluntad de los paganos,
Por cuyas manos era fabricado;
Y los frailes por términos cristianos
Apacentaban bien este ganado,
Santísimos preceptos predicando
Y muchos convertiendo y bautizando.

En esta obra cada cual entiende,
Conclusas horas del divino canto,
Y en el Chichiriviche mas allende
Cinco leguas hicieron otro tanto
Los dominicos, donde se pretende
Perseverar en el oficio santo,
Año de diez y seis era ya esto,
Cuando tomaron mal seguro puesto.

Convento fabricado y templo hecho
Donde todos vivian recogidos,
Con gran observacion de su derecho,
Sin ser á lo siniestro divertidos,
Muy en contentamiento y en provecho
De los por convertir y convertidos;
Aquel perturbador de cosas pias
Su cizaña sembró por estas vias.

Un cierto capitán, que no debiera,
Hojeda creo yo que se decia,
Rescatando maiz por la ribera,
Segun que de costumbre se tenia,
En el puerto de Guantar salió fuera
Y entróse con alguna compañía,
A rescatar como solian antes
En pueblos de la mar algo distantes.

En los cuales compró mucha comida
Pagándoles por ella su interese,
Y á los indios por quien le fué vendida
También les demandó quien la trajese;
Fuéle bastante gente proveida
Diciéndole que luego la volviese;
Mas el mal capitán y gente suelta
Nunca les consintieron dar la vuelta.

Antes fueron allí los galardones
Indignos de quien dió tan buen avío,
Pues llegados mujeres y varones
Cargados á la boca de aquel rio,
Les pusieron cadenas y prisiones,
Y los metieron dentro del navío;
Hecha la suerte pérfida tirana,
Luego bajaron á Maracapana.

En el puerto surgió la carabela
Debajo de cubierta los hurtados,
Y recogida ya la blanca vela,
En la playa saltó con sus soldados,
Con los mismos designos y cautelas
De que tan mal usó con los pasados;
Mas aquestos sabian ya de cierto
Los tratos y traicion del otro puerto.

Hiciéronles muy buen acogimiento,
Prometiendo vender mucha comida,
La cual por estar lejos del asiento
No podia tan presto ser traida:
Dilatando la venta con intento
Y fin de despojallos de la vida,
Ruegan al capitan deje la playa
Y con su gente por los pueblos vaya,

Certificando que rescataria
Esclavos y comida con hartura,
Y el torpe capitán bien lo creia;
Mas por le parecer poca cordura
Dejar allí la presa que traia,
Que lo traigan allí solo procura:
Los indios con fingidas alegrías
Pidiéronle de espacio cuatro dias.

Por los poder matar á coyuntura
Y tiempo que les fuese conviniente,
Porque también habian hecho jura
Con todos los demás de aquella frente
De no dejar á vida criatura
Que de españoles fuese descendiente;
Y para los efetos desta guerra
Estaba conjurada ya la tierra.

Con estas esperanzas los dejaron
Sin ellos sospechar el mal futuro,
Y parte de los indios se quedaron
Cuasi por apariencia de seguro:
Otros con Toronoima se juntaron,
Cacique principal, crüel y duro,
Para ser dél en la traicion instrutos
Y en un parecer solo resolutos.

Allí llegaron furias infernales
Para la ejecucion del caso feo,
Estimulando mas estos bestiales
A tan crüel y pérfido trofeo;
Y ansí las insolencias fueron tales
Que vencieron aun á su deseo;
Y algunos que miraban á mas lejos
Estaban ya confusos y perplejos.

Mas poco duran buenas intenciones
En torpes, viles y apocados senos,
Donde hacen mayores impresiones
Los pésimos consejos que los buenos:
Mayormente soezes corazones
Si de rabiosas furias están llenos,
Como lo hizo con aquesta gente
Un indio que les dijo lo siguiente:

«Mal me parecen tantas variedades,
Y si verdad conviene que se diga,
Conocereis ser grandes poquedades
De todos cuantos hay en esta liga
No quebrar con furor las amistades
De gente que nos es tan enemiga;
Pues si por bien pensais hacella buena,
Abris camino para mayor pena.

»Cesen los devaneos y fatigas
En el efetüar tan justa cosa,
Cortemos ya, señores, las espigas
De do sale simiente tan dañosa;
Pues jamás comeremos buenas migas
Con gente, que por ser tan ambiciosa
Aquí y allí, y en todas partes pican,
Haciendo lo contrario que predican.

»Que sean fraudulentos y tiranos,
Que sean atrevidos homicidas,
Los ejemplos tenemos entre manos
Por las cosas atras acontecidas,
Donde los mas pacíficos y llanos
Corremos mayor riesgo de las vidas,
Y no son estas, no, vanas sospechas,
Pues veis de nuevo las maldades hechas.

»A justas defensiones os provoco
Contra malignidad que nunca cesa;
Pues si no refrenais intento loco
Sustentando pacífica promesa,
De consumirnos hemos poco á poco,
Y aun mucho á mucho ya, segun su priesa,
E yo no siento que quebranta fueros
Quien resiste sus males venideros.

»Los frailes, aunque nos parecen buenos,
Y de santas palabras y obras pias
Aquellos santuarios están llenos,
Yo tengo para mí que son espías;
Porque españoles son ni mas ni menos,
Y por no consentir idolatrías,
Huye de dar respuestas al reclamo
De los plaches el Oriquiamo.

»Bien veis que por palabras y en escritos
Suelen abominar estos letrados
Las viejas ceremonias y los ritos
En que fuimos nacidos y criados:
Aquestas son sus voces y sus gritos,
Y en esto viven todos ocupados:
Frailes quitan deleites y placeres,
Y los otros los hijos y mujeres.

»Y pues ellos por tan dañosos modos
Quieren que nuestra gente se destruya,
Meneemos acá manos y codos
De suerte que su vida se concluya,
Para que desta vez se borren todos
Sin dejar en la tierra cosa suya,
Tentando por tal via la fortuna,
Que en Cumaná y acá demos á una.»

Cuadró tan bien al bárbaro guerrero
La traza de tan mal labrada talla,
Que sin considerar el paradero
Fueron á la flaquísima batalla;
Y á Cumaná hicieron mensajero
Por avisar á la crüel canalla,
Para dar á la hora prevenida,
Y ellos luego hicieron su partida.

Como las bravas ondas conmovidas
Del viento que se muestra riguroso,
Que van unas tras otras impelidas,
Sin mezcla de descanso ni reposo,
Hasta que las riberas son heridas
Del embate feroz y presuroso;
Con tal ímpetu van aquestas gentes
A combatir los pobres inocentes.

Mil y quinientos eran ya corridos
Con otros diez y nueve de la era,
Al signo capricornio convertidos
Los carros que rodean el esfera;
Cuando los indios iban revestidos
De Aleto, Tisifone y de Mejera,
Y cuando del divino sacrificio
Los frailes celebraban el oficio.

Entonces la maldad y sinrazones
Usando sus inicuos previlegios,
Por dar fin á sus malas intenciones
Cercaron los santísimos colegios,
Y en las casas de santas oraciones
Hicieron detestables sacrificios,
Con furia tan bestial y tan nociva
Que en ellas no dejaron cosa viva.

Sueltas llevan las riendas las maldades:
Aquí y allí vereis descabezados,
Con otras insolentes crüeldades
Hechas en estos bienaventurados:
Imágines partidas en mitades,
Y los altares muy ensangrentados;
Porque cuando llegaron furiosos
Celebraban algunos religiosos.

Segun infernal furia se lo dijo,
La crüeldad usó de sus imperios:
Desmembraron el santo crucifijo
Con nunca jamás vistos vituperios;
Luego la saña y el furor prolijo
Abrasaron los dichos monasterios;
En Santa Fe pasó por esta via,
Que es do Chichiriviche se decia.

Los cuales su maldad han sustentado,
Y se sustenta tan proterva cepa,
Sin habello por esto castigado,
A lo menos castigo que yo sepa;
Por haberse muy bien fortificado
En parte que del mar algo discrepa,
Y en Cumaná tuvieron los escesos
Varios y diferentes los sucesos.

Pues cuando la maldad allí se ensaya
Y el convento barria la candela,
Huyéronse dos frailes á la playa
Donde tenian cierta canoela:
Con la cual se pusieron en Araya
Adonde se halló cristiana vela,
Y ansí, poniendo de por medio agua,
Llegaron á la isla de Cubagua.

Con la nueva que dieron se desecha
Cuanto podia dar contentamiento,
Sospechando que de la maldad hecha
Hojeda pudo ser el fundamento;
Y teniendo por cierta la sospecha
Determinan justicia y regimiento
De que fuesen diez barcos bien armados
Para prender á él y á sus soldados.

Van á Maracapana con gran priesa
Do vieron al autor del disparate
Cebado de la pérfida promesa
Que los indios hicieron del rescate:
La cual bien claro vido ser aviesa
En su trabajosísimo remate;
Y ansí fué que por no tener aviso,
Nunca pudo salvarse cuando quiso.

Porque viendo venir desta manera
Los barcos conocidos á la vela,
Adevinó su mal, mas no cuál era,
Que los presentes lazos no recela;
Mas yendo todos para la ribera
Para huirse con la carabela,
La gente de los indios circunstante
Con armas se les puso por delante.

El apostema y el furor revienta
De los pechos por maña reprimidos,
Hierve la furia, crece la tormenta,
Confúndense con gritos y alaridos:
La flecha y la macana se ensangrienta,
Muchos de los cristianos hay caidos,
Otros que huyen la sangrienta fragua
A nado se metian por el agua.

Fueron aquestos los mejor librados,
Aunque con deshonor ansí huian,
Pues eran recogidos y amparados
De los dichos diez barcos que venian:
Los otros todos son despedazados,
Aunque con gran valor se defendian,
Do Hojeda pagó su desconcierto,
Quedando con los otros allí muerto.

Reconocido bien lo que pasaba,
Los barcos con espesos remadores
Volvieron á Cubagua, donde estaba
Por justicia mayor Antonio Flores:
El cual en este tiempo recelaba
Otros inconvinientes no menores,
Por los amenazar crüeles manos
De indios que tenian comarcanos.

Los cuales apretaron su venida
Contra la isla con mayor pujanza,
De yerba pestilente proveida
La punta de la flecha, dardo, lanza:
El agua ya les era defendida,
Perdida de la paz el esperanza,
Y esperar les parece cosa fea
Con ser trescientos hombres de pelea.

En quien temor causó tanta demencia
Que se dejaron en esta isla sola,
Y todos sin vigor de resistencia
Determinaron ir la Española:
Para lo cual con suma diligencia
El levadizo mástel se enarbola,
Dejando las haciendas adquiridas
Con el deseo de escapar las vidas.

Cuál dejaba su casa, cuál su tienda
Llena de sedas, lienzos, paño fino,
Cuál la pieza mayor de su vivienda
Arrumada de pipas de buen vino;
Cuál si poco tomó de su hacienda
Con temor lo dejó por el camino,
Todo lo menosprecia y le baldona
A trueco de salvarse su persona.

Como suelen en fortunoso caso
Aquellos que por mar hacen su viá,
Que por asegurar el mortal vaso
Alijan la comprada mercancía;
Ansí lo hace por el campo raso
Cualquiera destos hombres que huia,
Hasta dejar la ropa y atavío
Con priesa de se ver en el návio.

Con esta cobardía tan sin tiento
Se dispusieron todos al pasaje,
Llegaron con salud y en salvamento
A Haití, do llevaban su viaje:
Fueron nuevas de grande discontento
Después que recitaron su mensaje,
Y maldecian hombres y mujeres
La bajeza de aquellos mercaderes.

Porque luego los indios comarcanos
Que Cubagua tenian á los ojos,
Sabiendo ser huidos los cristianos
Vinieron á gozar de los despojos:
De los cuales hincheron bien las manos,
Aumentando con vino los enojos;
Pues cuanto mas el bárbaro bebia
Tanto mayor braveza concebia.

Anda la borrachera y el tabaco,
Hínchense bien las pieles y los senos,
Suenan voces y gritos en el saco,
Y cuantos van y vienen vuelven llenos:
Acudieron también de Cariaco,
Y los de Santa Fé ni mas ni menos;
Cuantos iban al fin destas raleas
Revolvian cargados de preseas.

Abierta pues segun es declarada
La puerta de tan dura competencia,
Determinaron de hacer armada
Los señores de la real audiencia:
Para ser con castigo refrenada
La furia de la bárbara demencia,
Trescientos españoles, fuertes pechos,
Se juntaron con armas y pertrechos.

Fué Gonzalo de Ocampo por tiniente
De don Diego Colon el almirante;
Y para gobernar aquesta gente
El audiencia le dió poder bastante:
El suceso callamos de presente,
Pero dirémoslo mas adelante;
Pues aunque caminante presuroso
Quiero tomar un poco de reposo.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo llegó Gonzalo de Ocampo al puerto de Cumaná, la buena maña que se dió en prender algunos indios culpados, la justicia que dellos se hizo, con otras muchas cosas que entonces sucedieron.

Los autores de torpes desatinos
Nunca pueden tener hora segura,
Porque demás de ser aquestos dinos
Del pago que merece su locura,
Esa misma maldad abre caminos
Para mayor dolor y desventura,
Pues nunca supió tanto la malicia
Que sobre ella no vuele la justicia.

Ansí los indios destas poblaciones,
Cuando con hechos torpes inhumanos
Pensaron allanar sus tropezones,
Entonces los hicieron menos llanos;
Y ellos buscaron nuevas ocasiones
Para los afligir sangrientas manos,
Y de ser tan indómitos y bravos
Nació la perdicion de ser esclavos.

La era pues de veinte ya llegada,
Con mas mil y quinientos de su rueda,
Cuando la del sol iba desviada
Del tauro, y á los dos hijos de Leda
Llegaba, de Haití salió el armada
Para vengar los daños de Hojeda,
Y puestos en buen orden y concierto
A Cumaná llegaron y á su puerto.

Acudió luego bárbara palestra
Considerando ser la guerra cierta,
Mas la gente cristiana como diestra
Con disimulacion cerró la puerta;
Pues marineros solos hacen muestra
Y los demás debajo de cubierta,
Y porque de las armas se despidan
De paz los llaman y con paz convidan.

Preguntaba la pérfida cuadrilla
Si de Haití venian de camino;
Respondieron que vienen de Castilla
Cargados de rescates y de vino:
Con fardos de ruán y de presilla,
Hachas, machetes, cuentas, coral fino;
Que vengan los que quieren al contrato
Que de todo harán muy buen barato.

Reportáronse con placer estraño
De ver pocos cristianos inocentes,
Ignorantes del ya pasado daño,
De la misma cautela dependientes;
Pues pensaban usar de aquel engaño
Que con ellos usaron nuestras gentes,
Y ansí debajo deste desvarío
Llegaron con canoas al navío.

Cebados del olor desta mentira,
Entró luego quien mas cerca se halla,
Diéronles de comer y anda la jira
Del vino de Jerez y de Cazalla:
Revestida de paz está la ira,
Sinceridad mostraba la canalla,
Rogando con amor de parentesco
Que vayan á tomar algun refresco.

Mas al tiempo que estaban descuidados,
Bebiendo cada cual por maravilla,
Valentísima copia de soldados
Con gran furor salió del escotilla;
Prenden aquí y allí muchos culpados,
Y al indio que llamaban Orteguilla,
A quien frailes hacian gran regalo,
Y fué para con ellos el mas malo.

Pues seis dias después del estampida
Vivió fray Dionisio, que de gana
Quisiera conservar gente rompida,
Por conocer en él voluntad sana;
Mas Orteguilla le quitó la vida
Con un terrible golpe de macana,
Pagándole con mal el atrevido
El bien que dél habia recebido.

Presos los indios pues incontinente,
Algunos se pusieron en cadenas,
Y de los principales mas de veinte
Ahorcaron allí de las entenas,
Por atemorizar la demás gente
De que estaban las playas todas llenas;
Y echados á la mar los cuerpos muertos,
A Cubagua se fueron y á sus puertos.

Allí de nuevo ponen sus banderas
Reparando las pérdidas que digo,
Y luego revolvieron mas de veras
A las ejecuciones del castigo:
Saltan en Cumaná y en sus riberas
Con opuesto rigor del enemigo,
Porque de indios cantidad inmensa
Engrosaba por horas la defensa.

Mas Gonzalo de Ocampo no desmaya;
Pues con muertes de indios y pesares
No solamente les ganó la playa,
Pero también entró hasta Tagares:
La fama y el temor hizo que vaya
Por todos los confines de sus mares,
Do con solo doscientos españoles
Les allanó las cumbres y peñoles.

Amedrentando todos los vecinos
De los rebeldes pueblos congregados,
Y por ellos haciendo hechos dinos
De ser en estas partes celebrados:
Pobló las sendas, playas y caminos
Con cantidad de indios empalados;
Trajo también gran número de vivos,
A quien luego herraba por captivos.

Pudo también prender en una villa
Un valiente gandul en traje vario,
Vestido con un hábito y capilla,
Y dentro de la manga breviario:
Hermano, dicen, fué del Orteguilla,
Y no menos á frailes adversario,
Al cual colgaron en un alto risco,
Y en hábito murió de San Francisco.

Hecho pues el castigo desta suerte,
A Cumaná volvió y á sus riberas,
Adonde, por el agua, hizo fuerte,
Porque pudiese ya venir cualquiera
A la coger sin miedo de la muerte
Que daba la nacion desta frontera:
Venian libremente pues por agua
Los barcos y navíos de Cubagua.

Aquesta fuerza hecha, fundó luego
Un pueblo que llamó nuevo Toledo,
Adonde se vivió con mas sosiego
De lo que de presente decir puedo;
Porque vino de paz el rey don Diego,
No tanto por amor cuanto por miedo,
Y aun él mismo publica que se espanta
De ver la vecindad y nueva planta.

En aquesta sazon que voy diciendo,
Hubo por estas partes y regiones
Un clérigo, bendito reverendo,
Testigo de muy grandes sinrazones,
A quien Dios levantó, segun entiendo,
Por favorecedor destas naciones;
Bartolomé Casáus se decia,
Padre desta moderna monarquía.

Cuyo nombre merece ser eterno
Y no cubrirse con escuro velo,
Pues procuró de dar tan buen gobierno
A los conquistadores deste suelo,
Que sacó muchas almas del infierno
Á la contemplacion del alto cielo:
Aqueste pareció tal cual lo pinto
Ante la majestad de Carlos quinto.

Y al Cumaná ya dicho le pedia
Sin saber de la muerte franciscana,
Afirmando por cierto que traeria
Los indios á la religion cristiana;
Mas no con belicosa compañía
Sino con amistad de gente llana;
Y ansí, debajo deste presupuesto,
Al César prepotente dijo esto:

«Cesárea Majestad, por tiempo luengo
He tenido mi casa y residencia
En las partes de Indias, de do vengo
A deciros negocios de conciencia:
Si á la humildad del hábito que tengo
Vuestra gran Majestad diere licencia,
Que bien creo que no me irá á la mano
La cristiandad de rey tan soberano.

»Con las humildes plantas y novelas
Que vienen á católica vivienda,
Usan los españoles de cautelas
Dignísimas, señor, de gran enmienda:
Abusos, desvergüenzas, corruptelas,
De que las Indias son pública tienda;
No son perros que ladran, sino lobos
Que viven de rapiñas y de robos.

»De cuantos allá viven se destierra
El peso, la razon y la medida;
Y el simple natural de aquella tierra
No tiene libertad ni tiene vida;
Pues manteniendo paz le hacen guerra,
Le quitan la mujer y la comida:
Al pacífico, llano y al mas manso,
A este se le da menos descanso.

»No creen haber rey los naturales
Que refrene molestias semejantes,
Porque vuestras justicias y oficiales
En las maldades son participantes;
Y aun ellos mismos son los principales
En los negocios mas exorbitantes:
Y ansí, si no cortais inconvinientes,
Presto verán su fin aquellas gentes.

»Segun han sido malos y nocivos
En las islas que son de aquellos mares
Adonde ya no vemos indios vivos
De tan numerosísimos millares;
Ansí, con tantos daños escesivos,
Harán en Cumaná y en los Tagares,
Donde traman y tejen largas trenzas
De latrocinios y de desvergüenzas.

»Desde Caracas hasta Chacopate
No suele la soltura ser angosta,
Adonde so colores de rescate
Asuelan y destruyen la tal costa:
Conviene remediar su disparate,
Y que el remedio vaya por la posta;
Pues tanta mas será la destemplanza
Cuanto fuere mayor esta tardanza.

»Aquellos naturales, segun siento,
No son allí, señor, gente tan dura,
Que no vengan al buen conocimiento,
Viendo buenos ejemplos y blandura;
Y mas si del presente rompimiento
Vuestra gran cristiandad los asegura,
Poniéndoles allí varones llanos
Que vivan del trabajo de sus manos.

»Aquestos han de ser hombres casados,
Ayunos de guerreras competencias,
Y porque sean mas reverenciados
Honralios heis con francas eminencias;
Y en alguna manera señalados
Por las esteriores aparencias,
Porque temores de otros se resfrien,
Y destos solamente se confien.

»Yo con ellos iré para el efeto
De lo que por palabras aquí muestro,
Y cumpliré también lo que prometo
Cuanto debe fiel vasallo vuestro:
Teniendo tan buen orden y respeto
Como quien destas cosas es maestro;
Y entiendo con alguna suficiencia,
Que sabré descargaros la conciencia.»

A la sustancia del razonamiento
Que el Casas ó Casãus esplicaba,
Su Majestad estuvo muy atento,
Como quien dar remedio deseaba:
Pidió memorial y llamamiento
De hombres de quien él se confiaba,
Y puestas en consulta las razones,
No faltaban contrarias opiniones.

Mas aunque hubo quien contradijese,
La Majestad real le dió favores,
Dineros y navíos, do viniese
Cargado de sus llanos labradores:
No poco huecos con el interese,
Por se considerar de cavadores,
Caballeros armados é ya hechos
Con unas cruces rojas en los pechos.

Vereis á Joan Martin y á Pero Mingo
Con una gravedad muy entonada,
Olvidados del brinco y del respingo,
Que daban al tirar del aguijada:
Vereis cómo pasean el domingo
Con plumas en la gorra colorada,
Y al padre reverendo rodeado
Deste su rusticísimo senado.

Al fin á Cumaná hizo su via
Con pertrechos, recados y aderezos,
Do salió con aquesta compañia
Admirada de ver nuevos cabezos:
Saltó Pedro Pascual, Anton García,
Cejudo, Joan Manojo, Hernán Bezos,
Muchos con Mari Lopez, Joana Luenga,
Sancha, Teresa Diaz, Mari Menga.

Dióles el parabién de bien venidos
Aquel Ocampo con sus baquíanos,
Burlando de los trajes y vestidos
Y la rusticidad destos villanos;
Teniendo por errores conocidos
Sus modos de poblar torpes y vanos,
Entre indios crüeles y bestiales
Mas brutos que los brutos animales.

Y asi les dijo: «mis señores primos,
No penseis acertar estas jornadas
Por via de halagos y de mimos,
Sino con muy gentiles cuchilladas;
Pues en la tierra donde residimos
La buena paz negocian las espadas:
No vereis amistad en esta tierra
Si no se gana con sangrienta guerra.

»Este será mejor salvo-conduto
Y la mas acertada medicina,
Pues esta gente no sabe dar fruto
Sino de la manera que el encina;
Y el señor padre viene mal instruto,
Pues que tan de rendon se determina
En querer ablandar sin golpes robles
Menos blandos aun y menos nobles.

»Mudables todos á cualquiera viento
Que sus bestialidades satisfaga,
Jamás en ellos mora buen intento,
Ni supieron á bien dar buena paga:
Conocimiento ni agradecimiento
Nunca jamás á bien que se les haga;
Es finalmente gente de tal masa,
Que á las maldades nunca pone tasa.

»Ansí que, señor mio licenciado,
El tiempo destas cosas que yo digo
Os podria hacer desengañado,
Y al mismo tiempo pongo por testigo;
Por tanto no vivais muy confiado,
Pensando del traidor hacer amigo,
Pues cuando juzgueis ser menos atroces
Os tienen de tirar un par de coces.»

El licenciado Casas, viendo esto
Tan en contrario de sus opiniones,
Al Ocampo tenido por molesto
Hizo notificar sus provisiones;
Y para que saliese deste puesto,
Requerimientos y protestaciones:
El Ocampo con su gente de guerra
A Cubagua se fué y dejó la tierra.

Segun el Casas quiso todo hecho,
Al cacique habló con gran caricia,
Diciéndoles venir con limpio pecho
Y sin resabios malos de cudicia:
Para se desvelar en su provecho,
Defender su razon y su justicia,
Y para ser amigos y parientes
Sin ser de sus haciendas pretendientes.

La bruta y atrevida pestilencia
Mostró sinceridad y manso brio,
Y luego, no sin grande diligencia,
Hicieron un grandísimo bohío,
El cual todo hinchó su reverencia
De vino, de rescate y atavio:
Hacienda cuyos números contados
Montaba mas de siete mil ducados.

Luego determinó por su presencia,
Y de sus caballeros no sé cuántos,
De parecer en la real audiencia
Para comunicar negocios santos,
Sin sospecha de guerra ni pendencia,
Ni cosa que le dé malos espantos;
Antes tuvo por cierto que dejaba
Cuanta seguridad se deseaba.

Mas la gente sin fe, bestial y fiera,
De cudicia crüel estimulada,
Determinó de dar en la siucera,
De semejante trance descuidada.
¡Oh cuánto mas entonces les valiera
El andar barbechando la cañada,
Ir á buscar el buey de cerro en cerro
Y escuchar dónde suena su cencerro!

¡Cuánto mejores fueran las meriendas
Hechas en el cubil y en las cabañas,
Que las sangrientas guerras y contiendas,
En que se daban todos malas mañas!
¡Cuánto mejores otras encomiendas
Que pudieran guardalles las entrañas
Y el encomienda de la sobrecarga,
Cuando tercios atados queda larga!

¡Cuánto mejor también á Marimenga
No mudar el andar con nueva ropa,
Ni dejar de hacer la hebra luenga,
Mordiendo con los labios el estopa,
Y hacer que el marido se detenga
Para ver si le sabe bien la sopa,
La sabrosa cecina, los tasajos,
Y en el rescoldo las cabezas de ajos!

¡Cuánto fuera mejor la mansa suerte,
De pocos ó ningunos conocida,
Que la de aquel que dellas se divierte
Con imaginacion desvanecida!
Pues entonces buscó la dura muerte
Cuando se despidió de aquella vida,
Como hicieron estos caballeros,
De quien quiero decir sus paraderos.

Pasados eran ya los quince cientos
Con cinco lustros mas y mas un año,
Cuando rabiosos perros y hambrientos
Destruyen el católico rebaño,
Entrando por pajizos aposentos,
De quien nunca jamás les hizo daño;
Y entró tal multitud de gente brava,
Que treinta partes menos resobraba.

Bien como riguroso ventisquero
De borrasca que viene repentina,
Con la cual el inútil marinero
Lleno de confusion se desatina;
Y para gobernar aquel madero
No sabe cuál es arca ni bolina,
Mas antes sin preparacion alguna
Se deja convencer de la fortuna;

Ansí también, ó míseros varones,
Rodeados de perros inhumanos,
En aquestas terribles confusiones
No supieron valerse de sus manos:
Todos son gritos y lamentaciones
Y encomendarse á Dios como cristianos;
Mas esto poco tiempo les duraba
Por el poco lugar que se les daba.

Porque como ningunos se defienden
De la gente crüel y fementida,
Los pechos abren, las cabezas hienden
Con una crüeldad jamas oida;
Porque son bestias fieras que pretenden
No dejar criatura con la vida:
Era lo bueno pues que en el estrago
Decian: «Santiago, Santiago.»

Y en este confusísimo ruïdo
No hay fuerza de crueldad que no les cuadre:
Matan á quien les ha favorecido,
Y en amistad les era como padre;
A la mujer delante del marido,
Y al muchacho delante de su madre,
Y de doscientos no dejaron cosa
Sino quien puso piés en polvorosa.

Pues pocos, alentados de mas brio,
Viendo la muchedumbre que venia,
Huyeron á la boca de aquel rio
Cubiertos de las matas que tenia,
Y á nado se pasaron a un navío
Que en estas horas agua recogia,
El cual sin acabar de tomar agua
Huyó para la isla de Cubagua.

Donde por la desgracia sucedida
Mostraron todos triste sentimiento,
Y demás desto porque la bebida
No podia ya ser sin detrimento;
Y en efeto les fué bien defendida
Por los indios del torpe vencimiento,
Los cuales concluidas las peleas
Repartieron despojos y preseas.

Luego también aquel indio don Diego,
En aquesta maldad el mas horrendo,
A las cristianas casas puso fuego,
El agua con su gente defendiendo,
Sin ser parte por armas, ni por ruego
Para la coger ya, sino muriendo;
Y ansí después el agua que bebian
Desde la Margarita la traian.

De jagüeyes hidiondos y salobres,
Que el español sediento descubria,
Para sustento suyo y de los pobres
Indios de aquella rica granjería,
En barriles, ó cántaros de cobre
A la Punta-las-Piedras se traía,
Adonde la metian en bajeles
Allí hinchendo pipas ó toneles.

Pusieron en la isla arrieros,
Los cuales con trabajos insufribles
Llevaban para dar á los barqueros
En puertos de la mar mas convenibles,
Cuyos gastos no fueran sufrideros
Si no fueran tan grandes los posibles;
Pero dejémoslos desta manera:
Volvamos al Casãus, que me espera.

El cual, después que supo la renctlla,
La desventura y el rigor insano,
Determinó de se poner capilla
En hábito y honor dominicano:
Fué sobre los negocios á Castilla,
Y en ellos apretó tanto la mano,
Que hizo que hiciesen nuestros reyes
Para las nuevas Indias nuevas leyes.

El fué quien descubrió la gran solapa
De males hechos en aquesta gente,
Defensa fuerte, protector y capa
De los bárbaros indios de occidente:
Siendo después obispo de Chiapa
Acabó su carrera santamente,
Y en Indias el proterVo y el sencillo
Tienen justa razon de bendecillo.

Mas vista por entonces la demencia
De los de Cumaná y el desatino,
Los señores de la real audiencia
Buscaron el remedio que convino.
Vino por capitán desta tenencia
Jácome Castellon, noble vecino,
Con trescientos soldados escogidos,
De cosas convinientes proveidos.

Rompió con gran furor los enemigos
Que en su defensa se mostraron bravos,
Hizo regurisísimos castigos
Primero que viniesen á conchavos;
Y antes y después de ser amigos
Sacó crecido número de esclavos,
Y en la boca del rio con presteza
Hizo de cal y canto fortaleza.

La cual se concluyó muy á provecho
Año de veinte y tres y un mes corrido,
Nombróse por alcalde de lo hecho
Y capitán mayor deste partido;
Los reyes confirmaron su derecho
Y fuéle con salario proveido:
Duró la fuerza hasta el año treinta
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Pues en esta sazon faltando guerra
Hubo tan gran temblor y movimiento,
Que derribó de la vecina sierra
Gran parte con mortal asolamiento:
Del bárbaro vecino desta tierra
Cercano del horrendo rompimiento
Bramidos de las ondas fueron tantos
Que causaron mortíferos espantos.

De cuyo miedo muchos perecieron,
Y con temor la vida despedian,
Los que vivos quedaron ya dijeron
La causa deste mal que padecian:
Que fué por las maldades que hicieron
En aquellos que mal no merecian;
También del terremoto y aspereza
Cayó gran parte desta fortaleza.

Escapáronse todos los cristianos,
Los cuales visto lo que les importa,
En la reformacion ponen las manos,
Y el Castellon á ello los exhorta:
El cual allí vivió dias ancianos,
Y después dél Andrés de Villacorta,
De manera que con los dichos muros
Estaban de los indios mas seguros.

No les aprovechaba ser ruïnes,
Porque con sofrenadas los regian,
Y ansí por estas playas y confines
Otros muchos cristianos acudian:
Venian de Cubagua bergantines
Y llevaban el agua que querian,
Consortes finalmente desta danza
Gozaban de grandísima pujanza.

Vuelven los potentísimos empleos,
Acuden los contratos y bullicios,
Hay fiestas, regocijos, hay torneos,
Con muchos cortesanos ejercicios:
Hay damas, hay galanes, hay paseos,
Engrandécense mas los edificios;
En isla tan estéril é inamena
Nunca jamás se vió mesa tan llena.

Cuanto mas el ostial se frecuentaba
Tanto mayor riqueza descubria,
Si prosperidad hoy representaba
Mañana mas grandeza prometia:
La pesquería se multiplicaba,
La gente y el contrato mas crecia,
Con cuya grosedad y multiplico
Quien mas pobre llegó salió muy rico.

Finalmente que las prosperidades,
Que sin escesos vanos os alabo,
Crecian en tan grandes cantidades
Que ningunos pensaron ver el cabo;
Mas por revolucion de las edades
Llegaron á notorio menoscabo,
Y porque de cansado hago pausa,
Después os contaré cuál fué la causa.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta á cuánta diminucion vino la granjería de las perlas de Cubagua, el asolamiento de aquella ciudad, con otras cosas allí sucedidas.

De bienes que fortuna concediere
No se fie quien dellos mas alcanza,
Ni piense ser seguro quien tuviere
De próspero suceso confianza:
Solo puede tenella del que diere
Seguridad de bienaventuranza,
Pues los que de ventura viven llenos
A veces de la misma tienen menos.

Acontece caer lo soberano,
Suélese desmembrar lo mas entero,
Pues vieron el furor del otomano
Debajo de los piés del pastor fiero;
Y al gran emperador Valeriano
En semejante trance lastimero,
Y reinos en potencia muy erectos
Servir á los que fueron sus sujetos.

No se pudo librar desta mudanza
El rico morador desta cultura,
Pues vino de su próspera pujanza
A todos los estremos de jactura,
Perdiendo la hacienda y esperanza
De ver otra tan buena coyuntura,
Por no se reguardar aquel dinero
Para faltas del tiempo venidero.

Aunque muchos se dieron buena maña,
Pues por adevinar casos futuros
Compraron grandes rentas en España,
Heredades, haciendas, censos, juros;
Y ansí vencieron fortunosa saña
Haciendo sus contratos mas seguros,
Como el jurado Juan de la Barrera
Y el Diego Caballero desta era.

Y los Beltranos dos, Alvaro y Diego,
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino.
De quien, mediante Dios, trataré luego
Si de vital aliento fuere dino;
Pues si yo al Cabo de la Vela llego
En la prosecucion deste camino,
Haré mencion de nobles moradores
En virtud y riqueza no menores.

Entonces tomaremos entre manos
Con amistad y término debido
Al mariscal Miguel de Castellanos,
Amparo y proteccion de aquel partido;
Pues nuestras riñas y rencuentros vanos
Yo los he sepultado con olvido,
Que los que juventud con furia manda
El curso de los tiempos los ablanda.

Estremos ansimismo de grandeza
Allí sabré deciros algun dia,
Que hubo, descubierta su riqueza,
Por hombres desta misma granjería;
Pero quiero volver á la pobreza
Que primero Cubagua padecia,
Por desparecer todos los ostiales
E ya no hallar rastros ni señales.

La razon desta falta daban muchos,
Que no sabré decir si la tuvieron,
Diciendo que cardúmenes de chuchos,
Pescados como rayas, las comieron:
Otros que los ostiales eran duchos
A se ir y mudar, y ansí se fueron;
Mas semejantes causas y razones
Contradecian otras opiniones.

Pues en las partes donde son sacadas,
Y aun suelen ser las perlas principales,
Muchas veces las hallan muy pegadas
A peñascos, roqueros y ciriales;
Y son con instrumentos arrancadas
De los buzos indios naturales,
Y por esta razon quien mas alcanza
Afirma que no pudo ser mudanza.

Por la misma razon es desvarío
Lo que suele decir alguna gente,
Congelarse las perlas del rocío
Y en cada concha una solamente;
Pues yo que de mi vista me confío
He hallado la cuenta diferente
En una sola concha, cuyos senos
Tenian cinco y seis y mas y menos.

La razon que se dió menos aviesa
Por algunas personas curiosas,
Fué decir que les dieron tanta priesa
Que se acabaron como las mas cosas;
Pues andaba la mano tan espesa
Que no fueran las ostias poderosas,
Para se la henchir de ricos dones
Sin producir de nuevo criazones.

Y en efeto, por largo movimiento
Y discurso de tiempo que las cria,
Hoy de nuevo las hallan con aumento;
Pero para la dicha granjería,
La Margarita tienen por asiento
Por ser isla mas fértil y santa;
Mas en Cubagua no, ni quieren vella,
Pero yo sí por acabar con ella.

Pues entonces faltó de su ribera
La flota de canoas que solia,
No pone canoero la bandera
Para mostrar cuán próspera venia:
Las intenciones eran de cualquiera
Adaptar su vivir por otra via;
El tráfago, bullicio y el estruendo
A mas andar se iba deshaciendo.

Faltaban ya las fiestas diputadas
Para sus regocijos y placeres,
Las playas no se ven embarazadas
Con tratos de los ricos mercaderes:
No se vian las calles frecuentadas
De hombres, ni muchachos, ni mujeres,
Pocos dias habia finalmente
Que no saliese della mucha gente.

Como cuando por casos señalados
Hacen en las ciudades algun juego,
Que están los miradores ocupados
Con tantos que perturban el sosiego;
Y aquellos regocijos acabados
Los que miraban desparecen luego,
Volviendo cada cual á su vivienda,
A sus trates, oficios y hacienda;

A Cubagua con estas variedades
Aconteciale ni mas ni menos,
Pues el tiempo de las prosperidades
Habia plazas, calles, puertos llenos;
Y en el rigor de las adversidades
Huyeron los que se hallaron buenos,
Pues allí no quedó sino desnudo,
O quien por ser ya viejo mas no pudo.

Destos fueron los tratos principales
Los esclavos que entonces se hacian,
Y fueron bien crecidos los caudales
De los que los compraban y vendian:
Por los esclavos increibles males
En aquella sazon se cometian,
Hasta tanto que ya por nuestros reyes
Se dieron á las Indias nuevas leyes.

Deshecha pues aquella dura tienda
Que por la santa ley se les vedaba,
Otro ningun recurso de vivienda
En esta dicha isla les quedaba,
Y aun para mas dolor ó mas enmienda
De quien aquel furor ejercitaba,
Del todo se acabó con los estremos
Que por postre de mesa contaremos.

Seria por el año de cuarenta
Y tres con el millar y los quinientos,
Cuando cierta señal nos representa
Bravos y furiosos movimientos:
Siguióse despues desto tal tormenta
Que hizo despertar los soñolientos,
De todos vientos rigurosa guerra,
Y el mar mucho mas alto que la tierra.

El agua de los cielos era tanta,
Y con tan grandes ímpetus venia,
Que el mas entero brio se quebranta,
Y el ánimo mas fuerte mas temia:
Ruido temeroso se levanta
Que de la mar y tierra procedia,
Sobrevino la noche muy escura,
Y con ella grandísima tristura.

No se hallaba ya cosa viviente
Que tuviese seguro de su vida,
Porque la calle va como creciente
De ríos con furor de la venida;
En las casas no puede parar gente
Por los amenazar con su caida,
Y lo que mas seguro parecia
Peligro, mal y muerte prometia.

Bien así como cuando por acechos
Siguen del delincuente las pisadas,
Que con bastantes armas y pertrechos
Le tienen las salidas ocupadas;
Y aquí le ponen lanzas á los pechos,
Y allí ni mas ni menos las espadas,
El cual siendo de tantos rodeado
No sabe qué hacerse de turbado;

Salíamnos así desta manera
Aquí y allí peligros al encuentro,
Pues era grande riesgo salir fuera,
Peligro de la vida quedar dentro:
Tiembla la isla toda donde quiera
Por aire conmovida desde el centro,
Aquel que poseia mejor suerte
Estaba ya gustando de la muerte.

Solo de Dios se tiene confianza,
Que de la tierra ya nadie se fia,
Pues cuanto mayor era la tardanza,
Tanto mas el rigor invalecia:
Las moradas hacian gran mudanza
Y dellas cada cual se retraia,
Huir de las paredes y del muro
Parecia remedio mas seguro.

Yo solia posar en una casa
Que bien cercana fué de la marina,
Do vivia Pero Ruiz Barrasa
Y su mujer Beatriz de Medina:
Tenia por delante plaza rasa,
E viendo yo henderse cierta esquina,
A grandes voces dije: «fuera, fuera,
Que ya caen las rejas y madera.»

Aquesto dicho, mi camino sigo
Por la parte mas desembarazada,
Acuden á la puerta donde digo,
Y por su bien hallárónla cerrada,
Abierto solamente su postigo
Do con la turbacion hacen parada,
Que si junta saliera tanta gente
La pared los matara ciertamente.

Y es por acontecer en tal instante
Caerse la pared mas delantera,
Antes de poder ir mas adelante
Por impedir la puerta su carrera:
Fué pues el soberano tan bastante
Que nunca hizo falta su madera,
Y allí quedaron todos amparados
Puesto que temerosos y asombrados.

Yo poco antes de caer habia
Salido con deseo de escaparme,
Y en medio de la plaza no sabia
Cómo mejor poder acomodarme;
Porque de todas partes no tenia
Falta de agua para bien mojarme;
Pero luego con otras gentes buenas
Tuvimos compañeros en las penas.

Oiamos murmurios y bullicios,
No con falaces cantos de serenas;
Aquí y allí caian edificios,
Las altas azoteas, las almenas,
La casa de los santos sacrificios,
Moradas que yo ví ricas y buenas:
Aquí sonaban voces y allí gritos,
Aquellos con temor, estos afligidos.

Lo mejor y lo mas fortalecido
Con la gran tempestad viene cayendo,
La trabazon del techo mas asido
Con fuerza del temblor se va rompiendo:
Causaba gran temor aquel ruido,
Asombraba la furia del estruendo
De aquellas derrumbadas canterías
Y quiebras de las vigas y alfajías.

Bien como ceiba grande y estendida,
Cuyas ramas ocupan grandes llanos,
En el opaco valle cometida
A hachas cortadoras de villanos,
Que cuando cae da tal estampida
Que espanta los vecinos comarcanos,
Ó como en belicosas ordenanzas
Cuando se rompen juntas muchas lanzas;

O ya también digamos, como cuando
El cielo se mostró de nubes lleno,
Y el fuego celestial viene rasgando
La nube por el mas espeso seno;
Y aquella furia con que va pasando
Es la causa de dar horrible trueno,
Poniendo gran temor á los mortales
Sin uso de razon y racionales;

Tal y tan grande estruendo se hacia
Cuando con tantas lluvias y temblores
La mas gruesa pared de cantería
Caia con los altos corredores;
Cuyo grave ruido nos ponia
Grandísimos espantos y temores:
Viérades las doncellas desmayadas,
Dueñas amortecidas de asombradas.

Aquí sonaba doloroso llanto
Del niño de su madre divertido,
Allí las madres hacen otro tanto
Lamentando su hijo por perdido;
Otras por acullá con gran espanto
Colgadas de los hombros del marido,
Hacen mayores ser los terremotos
Confusísimas voces y alborotos.

Fueron durables estos detrimentos,
Mas no con una misma destemplanza;
Al fin cesó la fuerza de los vientos
Y llegaron las horas de bonanza:
Ningunos muertos, pero descontentos
Determinados á hacer mudanza
Por no tener recurso de vivienda,
Eso me da soltero que con prenda..

Otros de nuevas leyes ignorantes
Permanecian en sus desvarios,
Y algunos hombres viejos contratantes,
Que tenian sus barcos y navíos
Que iban y venian como antes
A contratar por otros señoríos
Angosta vida, seca, miserable,
Y tal que no podia ser durable.

Mas los que no tenian el resuello
Que de necesidad al hombre quita,
Para poder hallar donde tenello
Vergüenza generosa nos incita:
Y ansi barcos de Niebla y Juan Cabello
Nos traspasaron á la Margarita
En tanto que llegaban ocasiones
Para ir á buscar nuevas regiones.

Y al tiempo de salir desta frontera,
No sin dolor de damas y varones,
Acuérdome que Jorje de Herrera
Compuso ciertos versos y canciones,
Y en un alto pilar en la ribera
También mandó poner ciertos renglones,
Que si memoria tengo de aquel dia
Entre ellos hubo letra que decia:

Hic populus viguit donis ditissimus olim:
Vix tamen erectus concidit ipse miser.
Si varios mundi gliscis perpendere casus,
Prasclaris oculis hic satis unus erit.

Aquí fué pueblo plantado,
Cuyo próspero partido
Voló por lo mas subido;
Mas apenas levantado
Cuando del todo caido.

Quien examinar procura
Varios casos de ventura
Puestos en humana costa,
Aquesto solo le basta
Si tiene seso y cordura.

ELEGIA XIV.

Elogio de la isla Margarita, donde se da relacion de la vivienda de la gente que allí reside y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particularidades dignas de memoria.

CANTO PRIMERO.

Pues que dejamos ya menos afiita
La gente del pesado terremoto,
Tratemos de la isla Margarita,
En cuya descripcion tengo yo voto;
Mas no podrá su causa ser escrita
Sin furia de tiranos y alboroto,
Porque también allí le cupo parte
De desleal bandera y estandarte.

Pues en pasados tiempos, y aun hoy dia
Franceses les impiden el reposo,
Y en ella reventó la tiranía
Del Aguirre, crüel facineroso,
Después de muerto por traidora vía
Pedro de Orsúa, capitán famoso,
De cuyos trances mi cansada pluma
Querria dar alguna breve suma.

Provea de favor el alto cielo,
Enriquezca mi vena y el estilo,
Porque proceda yo mejor que suelo
En la prolija trama deste hilo;
Que verisímamente yo recelo
Los juïcios acerbos del Zoïlo,
Pero si lo quebrase ya seria
Pusilanimidad y cobardía.

Para lo cual me ponen buen talante
Muchos amigos mios y señores,
Aconsejándome que no me espante
De los amarulentos detratores,
Y ansi quiero pasar mas adelante
Sin detener mis flacos atenores,
En esta dicha isla mayormente
Do fuí mucho tiempo residente.

Y donde por ser larga la jornada
Y llena de cien mil inconvinientes,
Habremos de hacer un ensalada
Compuesta de mil cosas diferentes;
Pero ninguna dellas despegada,
Antes á los negocios concernientes;
Mas suelen ir como se van contando
Unas cosas de otras enhilando.

Y lo mismo hará lo que yo cuento
En historia tan larga como esta,
Donde mi peregrino pensamiento
Halla larga materia mal digesta:
Diré yo pues primero del asiento
Desta postrera isla que me resta,
Señalarémosle sus aledaños,
Y después sus provechos y sus daños.

En grados es la misma convenencia
De Cubagua que tiene al mediodía,
Cuarenta leguas la circunferencia
Y poco mas de seis la travesía:
Tiene de sanidad gran escelencia,
Pues ningunos humores malos cria,
Hay aguas represadas y corrientes
A lo menos en valles eminentes.

El del Charaguaray da grande parte
A la parte del sur do va su proa,
Y á los vapores frígidos del norte
El de Paraguachí y Arimacoa:
El valle de San Joan, dulce consorte,
Por ambas partes goza de gran loa,
Con árboles amenos y frescura
Y de zavanas muy mayor anchura.

Mujeres naturales y varones
Es en universal gente crecida,
De recias y fornidas proporciones,
A nuestros españoles comedida:
Son todos de muy sanas complexiones
Y todos ellos viven larga vida,
Son poco curïosos labradores,
Por ser cazas y pescas sus primores.

Descubrióla Colon, y este le puso
Aqueste nombre con que permanece,
Y allí Cubagua luego con el uso
De labor, la cultiva y enriquece:
El mas espeso bosque se dispuso
Para sembrar maices, y acontece
Después de cultivadas estas vegas
Acudir por almud hartas hanegas.

Hiciéronse muy buenas heredades
En los lugares mas acomodados,
Y tomáronse muchas propiedades
De sitios para hatos de ganados:
Trujéronse de España variedades
De plantas con higueras y granados,
Demás de muchos frutos naturales
Que ella de suyo tiene principales.

Hay muchos higos, uvas y melones,
Dignísimos de ver mesas de reyes,
Pitahayas, guanábanas, anones,
Guayabas y guaraes y mameyes:
Hay chica, cotuprises y mamones,
Piñas, curibijures, caracueyes,
Con otros muchos mas que se desechan
E indios naturales aprovechan.

De aves, de conejos, de venados
Bastantísimamente proveida,
Dan abundantemente sus pescados
Gustosa y salubérrima comida:
Es la carne de todos sus ganados
En sustancia y sabor muy escogida,
Demás desto la mar en su distancia
Cria de claras perlas abundancia.

Aunque los bosques tienen aspereza
Y espinas y escambrones á sus trechos,
Produce por allí naturaleza
Otras muchas maneras de provechos:
Caballos hay de suma lijereza,
No grandes, mas trabados y bien hechos,
Y en todos los trabajos duran tanto
Que podria decir cosas de espanto.

El poblador primero destos era
El noble varon Pedro de Alegría,
Fué también Pedro Gallo desta era,
Y el que Pedro Moreno se decia;
Y después desto Pedro Herrera,
Mas principal en ser y en valentía,
Pues por su gran valor en paz y guerra
Siempre rigió y mandó toda la tierra.

También Riberos el de Salamanca,
Los dos Rojas, el tio y el sobrino,
Diego Gomez, y Juan de Villafranca,
Diego Diaz Pinedo su vecino,
Con el hermano ya de barba blanca,
Pero Alvarez Millán, Andrés Andino,
Domingo Alonso, Juan Guillén Villena,
Con otra mucha gente toda buena.

Pues habia de punto bien altivo
Otros valerosísimos soldados,
Cuyo número es tan escesivo,
Que no pueden ser todos memorados:
Demás de que si yo no los escribo,
Es porque aquí no estaban arraigados,
Pero cansados de la guerra dura
Tomaban esta isla por holgura.

Y es así, que los hombres conocidos,
Que por la tierra firme conquistaban,
De sustentar las armas afligidos
Aquí por gran regalo se pasaban:
Y de trabajos grandes recebidos
Por algunos espacios descansaban,
Adonde los enfermos y los sanos
Dormian sin las armas en las manos.

Faltaban los barruntos y sospechas
De las adversidades de fortuna,
No se temian asechanzas hechas,
Hambre ni sed á todos importuna:
Menos temian tiros de las flechas
Al tiempo que se pone ya la luna,
Sino que todos reposaban faltos
De pesadumbres y de sobresaltos.

Cualquiera de nosotros allí osa
Acostarse quitadas las espuelas,
Y sin temor de yerba ponzoñosa
Arrinconar escudos y rodelas:
No recelábamos fiera rabiosa
Que lleva los dormidos y las velas,
Mas cada cual dormia descuidado
De peligro y de riesgo tan pesado.

Allí satisfacian abundancias,
La hambre del entrada do venian,
Y aun otros consumian las ganancias
Con juegos y con damas que servian:
Frecuentábanse bien estas estancias
Donde hermosas damas residian,
No queriendo vivir estas edades
En pueblos, sino por sus heredades.

No hallaban lugar cosas molestas,
Ni do pesares hagan sus empleos,
Todos son regocijos, bailes, fiestas,
Costosos y riquísimos arreos:
Cuantas cosas desean están prestas
Para satisfacelles sus deseos,
Los amenos lugares frecuentando
E unos á los otros festejando.

Pasaban pues la vida dulcemente
Todos estos soldados y vecinos,
Donde la fresca sombra y dulce fuente
Al corriente licor abre caminos:
En el Val de San Joan principalmente
Eran los regocijos mas continos,
Y á sombra de la ceiba deleitosa
Admirable de grande y de hermosa.

Con cierta cantidad no señalamos,
Por increible cosa, tronco y cepa,
Pues toma tal espacio con sus ramos
Que dudo que mayor otro se sepa:
Tan bella, tan compuesta la pintamos,
Que hoja de otra hoja no discrepa;
Allí con el frescor del manso viento
Daba cien mil contentos un contento.

En torno de la cual los verdes prados
De naturales y traspuestas flores
Estaban todos tiempos estampados
De pinturas diversas en colores;
Y á vista grande copia de ganados
Que rodeaban rústicos pastores,
Y debajo de ramas tan amenas
Asientos puestos y las mesas llenas.

Donde la flava Ceres los contenta
Con liberalidad de franca mano,
Allí no falta índica placenta,
Ni lo que llaman pan artolagano,
Con otro grano de diversa cuenta,
Sustento del antiguo baquiano,
Allí las carnes vencen en sabores
A las mas escelentes y mejores.

No la Calabria ni armentaria Tracia
Mejor carnero ni tan buena vaca,
Cabritos muy mejores que en Ambracia;
Y por Atagen y ave fasiaca
Otra de mas sabor y mejor gracia
Que por allí se llama guacharaca,
Domésticas y bravas muchas aves,
Ningunas mas gustosas ni suaves.

El índico pavon allí se halla,
Capones sobre todos escelentes,
Con otra grande copia que se calla
De cazas en sabor no diferentes,
Otro mistillo, y otro taratalla,
Que guisaban con varios adherentes
Con tal primor y tanta pulicía
Cuanto cabal concierto requeria.

Sirven mestizas mozas diligentes,
Instruidas de mano castellana,
Lascivos ojos, levantadas frentes,
De condicion benévola y humana:
Otro número grande de sirvientes,
Captivos de la tierra comarcana;
Ricas toballas, lúcida bajilla,
Y todo lo demás á maravilla.

Allí se cuelgan las pendientes camas
Adonde tiemplan aires los calores,
Entre las espesuras de las ramas
Hay cantos de süaves ruiseñores;
Con cuyo son las damas y galanes
Encienden mas sus pechos en amores;
Allí mirar, allí la dulce seña
Que el ardiente deseo les enseña.

Allí también dulcísimo contento
De voces concertadas en su punto,
Cuyos conceptos lleva manso viento
A los prontos oidos por trasunto:
Corre mano veloz el instrumento
Con un ingenioso contrapunto,
Enterneciéndose los corazones
Con nuevos villancicos y canciones.

Porque también Polimnia y Erato,
Con la conversacion del duro Marte
De número sonoro y verso grato,
Tenian deste tiempo buena parte:
Rara facilidad, suave trato,
Y en la composicion ingenio y arte,
De los cuales discípulos y alunos
Podríamos aquí decir algunos.

Y aun tú, que sus herencias hoy posees
No menos preciarás saber quién era
Bartolomé Fernandez de Vírués,
Y el bien quisto Jorje de Herrera:
Hombres de mas valor de lo que crees,
Y con otros también de aquella era,
Fernán Mateos, Diego de Miranda,
Que las musas tenian de su banda.

Allí también señoras principales,
En vida marital y mas segura,
Asidas con los ñudos conjugales,
Frecuentaban también esta holgura,
En aviso y belleza tan cabales
Que nadie tuvo mas de hermosura:
Pues con lo menos de su gracia dellas
Se pudieran algunas decir bellas.

Catalina de Rojas, que señora
Fué deste dicho valle y pertenencia,
Y de sus hijos debe ser agora
Como de sucesores por herencia,
Tal fué que la mas bella se desdora
Ante su graciosísima presencia,
Pues en donaire, gracia y en talante,
Allí no vimos cosa semejante.

La otra, de su nombre dicha Ana,
Ana de Rojas, digo, cuya cara
Podia convencer la de Diana,
En gracia, resplandor y lumbre clara:
Mas ¡ay dolor! que contra la tirana
Furia su pulcritud no la repara;
Pues quien domaba tigres y leones,
No domó los humanos corazones.

Y Francisca Gutierrez, que de Haro
Estirpe clara tiene y generosa,
Necesidad no tuvo de reparo
Para ser con estremo muy hermosa,
Suprema discrecion, aviso raro,
Conversacion süave y amorosa,
Cuyas gracias, facecias, cuyas sales
No hallan semejantes ni aun iguales.

E Isabel de Reina, que no en calma
Se queda, pues podia serlo dellas,
En el cuerpo hermosa y en el alma,
Santas costumbres, proporciones bellas,
Claro triunfo, vitoriosa palma
De las graciosas dueñas y doncellas,
A la cual Dios en juventud florida
Sacó de los peligros desta vida.

Y Maria de Lerma, cuya gracia
Esmero parecia de natura,
Si no fuera cubierto de falacia
El rostro de la humana hermosura;
Pues ya sin esta fuerza y eficacia
Lo come la terrena sepultura,
Por ser al fin aqueste el paradero
De lo cabal y de lo mas entero.

¿Qué podremos deciros de su hermana,
Joana de Ribas, que es también difunta,
Sino que allí pintó natura humana
Cuanto bueno se pinta y se trasunta?
Virtud, bondad, honor, intencion sana,
Honestidad con hermosura junta,
Cabal en todos dones de natura,
Y no menos cabal en la ventura.

Otras señoras es cosa notoria
Haber allí de punto muy altivo,
Que por no retenellas mi memoria
Tan en particular no las escribo;
Pero por el discurso de la historia
Podria ser hacello, si yo vivo,
Pues he de ir por partes diferentes
Donde se dividieron estas gentes.

Porque como las perlas se acabaron
En aquella sazon ya repetida,
Y luego los esclavos se quitaron
A causa de la ley establecida;
Todos aquellos faustos se trocaron
En una mas que mísera caida:
De suerte que forzados á la enmienda
Buscaba cada cual nueva vivienda.

Este y aquel hacian mudamiento,
Eso me da casado que soltero,
Buscando por las Indias un asiento
Que les pudiese ser mas duradero,
No sin un lacrimoso sentimiento
Del amigo, pariente y compañero,
Por ponelles vejez miedo y espanto
A que no hagan ellos otro tanto.

Pasaban al Perú y Nueva-España
Los de mas levantadas esperanzas,
Otros venciendo fortunosa saña
De nuevas tierras hacen confianzas;
Otros también se daban buena maña
En tratos ó guerreras ordenanzas:
Al fin la compañía fué deshecha
Como el grano faltó de la cosecha.

Bien como cuando veis á gran mercado
Ocurrir de gentío peregrino
Tal número que tienen ocupado
La plaza, la calzada y el camino,
Y aquel contrato hecho y acabado,
Se vuelve cada cual por donde vino
Dejando vacos los lugares llenos,
Y los que en ellos quedan son los menos;

Desta manera fuimos divididos
Por diversas provincias destos mares,
Quedándose los viejos y tullidos
Por aquellas estancias y lugares.
Los pasados placeres convertidos
En angustias, tristezas y pesares,
Y demás de los ya dichos rigores
Les vinieron después otros mayores.

Pues cuantos han allí perseverado
A trabajosos trances obedientes,
En algunos asaltos han purgado
Aquellos juveniles accidentes;
Y el soberbio francés tiene cuidado
De saltear á tiempos estas gentes,
Inquietándolos en sus viviendas,
Y despojándolos de sus haciendas.

El primero de quien hago memoria,
Por ser primer pirata que allí vino,
Es del crüel francés Jaques de Soria,
Movido de un espíritu malino:
Acortarémonos en el historia
Por no hacer prolijo mi camino;
Pero para fundar nuestra carrera
Comenzarémosla desta manera.

Seria por el año de cincuenta
Y cinco, mas ó menos algun dia,
Cuando con esta gente que se cuenta
Un cierto Diego Perez residia:
Hombre de condicion sanguinolenta,
Pronto para cualquier bellaqueria,
Süave labia, muy gentil presencia,
Y entrañas de dolosa pestilencia.

En pecado mortal fué concebido
De sacerdote natural de Utrera:
Facineroso, falso, fementido,
Y matador de su mujer primera;
En cualesquier maldades atrevido,
Y tanto que ninguno mas lo era,
El cual por casos de rigor horrendo
A estas Indias se pasó huyendo.

Estando pues en público pecado
En esta isla de cristiana gente,
Fué por un Diego Gomez desterrado,
En aquella sazon allí teniente;
Mas con deseo de se ver vengado
Este facineroso delincuente,
A Francia pasó desde la Tercera
Para traer allí gente guerrera.

En el Havra de Francia tomó puerto,
Do halló cinco naves aprestadas
Con el ya dicho capitan esperto,
Dispuesto para ver Indias doradas:
Hizo con el pirata su concierto,
Como suelen personas desalmadas,
Con promesa de lo volver á Francia
Con quinientos mil pesos de ganancia.

Salió con él la gente muy contenta
Viendo del español tan buenos brios,
Y la grandeza que les representa
De riquezas, de joyas y atavíos;
Pero luego les dió tan gran tormenta,
Que perdieron allí cuatro navíos,
Y todo esto nunca fué bastante
Para dejar de ir mas adelante.

De la manera pues que se recita,
Con la principal nao capitana
Llegaron á la isla Margarita
Por parte de la mar meridiana:
Desde cierta piragua les dan grita
Dijesen si es la nao castellana,
Respondia la pérfida cuadrilla:
Diego Perez, que viene de Castilla.

A todos los vecinos encomienda
Como quien á los tales conocia,
Diciéndoles traer buena hacienda
Vinos, frutas y gran mercaderia;
Y que saldria para poner tienda
En viniendo la luz del otro dia,
Pues ya rayos de Febo prefulgentes
Iban á visitar las otras gentes.

Gran yerro fué creer lijeramente
Tan mala criatura como esta,
Y el mensajero fué tan insipiente
Que creyó la mentira bien compuesta;
Creyéndola también la demás gente
Que estaban esperando la respuesta;
Y ansí sin recelar bélico fuego
Se fueron á dormir con gran sosiego.

El estatera del ecuante sino
En el tiempo de menos vigilancia
Tenia por el lúcido camino
Noturnas horas en igual distancia,
Cuando cercó la casa del vecino
Escuadron superbísimo de Francia,
Saliendo todos bien apercebidos
Sin ser oidos, vistos ni sentidos.

Cuando con dulce sueño se quïeta
La vista del humano fatigada,
Entonces el francés tocó trompeta
Para que á una den el alborada:
Luego la gente dura los aprieta
Por una y otra parte derramada,
El valiente galán, la flaca dama
Sobresaltados saltan de la cama.

El que deste furor huir pretende
Ocupadas hallaba las salidas,
A cualquiera varon que se defiende
Le daban crudelísimas heridas;
Porque de sujecion sola depende
El único remedio de sus vidas,
Y ansí muchos varones fueron lesos
Por no se sujetar á verse presos.

Vereis aquí y allí lucir espadas
De parte vencedores y vencidos,
Vereis salir señoras destocadas,
Y muchas sin reparo de vestidos;
Vereis otras mujeres abrazadas
Con padres ó con hijos ó maridos,
Este descalzo va y aquel desnudo,
Este pudo huir y aquel no pudo.

Bien ansí como cuando bestia fiera
Salta por las paredes al rebaño
Que todo se remonta, y aunque quiera
Huir por escaparse del engaño,
La cerca les estorba salir fuera,
Y lo que era defensa les es daño,
Pues para dar seguros á su vida
No da seguridades su guarida;

Así desta razon entender puedes
Los males de la gente que despierta;
Pues les eran estorbo las paredes
Para poder huir de la reyerta,
Y no menos allí hallaban redes
Aquellos que salian por la puerta;
Por tenellas en ellas puestas guardas
De picas, arcabuces y alabardas.

Usa la bestial furia sus furores
Con orden de sangrientos pareceres,
Los aires se rompian con clamores
De los muchachos tiernos y mujeres;
Mas ya de los del pueblo son señores
Los falsos y falaces mercaderes,
Que matan los que sus bienes defienden,
Y cobran paga de lo que no venden.

Fué también el autor de las traiciones
De muchos enemigos homicida,
A fin de se vengar de las pasiones
Cuando se desterró de su querida;
Pudiendo con justísimas razones
Entonces desterrallo de la vida;
Mas agora conocen ser demencia
Usar con hombre malo de clemencia.

Después de todos presos y rendidos
Y cesada la furia del combate,
Con otros feos actos cometidos
Anejos al enorme disparate;
Tratóse con los míseros vencidos
Que diesen por el pueblo buen rescate,
Con amenazas de hacer entrego
En no lo rescatar al vivo fuego.

Oida la razon y el aspereza
Del capitán y vencedor terrible,
Auméntanse los lloros y tristeza
Con voz á los oidos insufrible,
Porque por ser inmensa su pobreza
Podello rescatar es imposible,
Y ansí dicen personas afligidas
Que no tienen que dar sino las vidas.

De las cuales le ruegan los despene
Por ser la muerte menos odïosa,
Y que lo poco ó mucho ya lo tiene
Sin poder escapar ninguna cosa;
Demás de saber bien quien con él viene
Aquella tierra ser menesterosa,
Ganado solo tiene su partido
Y que desto será bien proveido.

Al fin Jaques de Soria les concede
Libertad, con que den matalotaje;
Da cada uno dellos lo que puede
Demás de las preseas del pillaje:
Dejáronlos cual nunca nadie quede,
Y ellos continuaron su viaje;
Dieron las velas muy apresurados
Por tomar otros pueblos descuidados.

Dan entre Burbarata y Venezuela,
La costa de la mar llevan barrida,
Rio la Hacha y Cabo de la Vela
Pudiera ser entonces destruïda;
Mas Viana, piloto, los desuela
No tomando la tierra conocida;
Por prendas suyas hizo tal desvío,
Y en Santa Marta dió con el navío.

Entran de noche, falta la reseña
Hablando Diego Perez por su parte,
Y el capitán Francisco de Ludueña
Reconoció ser gente de mal arte:
Vuelve las riendas, y al varon y dueña
Avisa ser francés el estandarte,
Con aquello que pueden van á escuras
Metiéndose por grandes espesuras.

Entra luego la gálica ralea
Por aquellos barridos aposentos,
El pueblo con gran furia se saquea
Con algunos heridos y sangrientos;
Mas no con el caudal que se desea
Segun sus codiciosos pensamientos;
Van á la iglesia, rompen el sagrario,
Y sacan la custodia y relicario.

Por no tener lugar nuestros cristianos
Con aquel repentino desaliento,
De retraer de tan enormes manos
La hostia que de Dios es aposento;
Pero juraron estos luteranos
Que no hallaron santo sacramento;
Y el dicho Diego Perez lo decia
Que la custodia se halló vacía.

Jurábalo debajo de buen celo
Aqueste miserable delincuente;
Fué para los fïeles gran consuelo
Después que ya supieron claramente
Que el supremo Señor de tierra y cielo
Se retiró de tan enorme gente;
Mas con santos debujos y retratos
Usaron de muy grandes desacatos.

Hicieron otros muchos desatinos,
A cualquiera maldad sueltas las riendas,
Hubo quien frecuentase los caminos
A redemir molestias y haciendas:
Rescataron el pueblo los vecinos
Porque no les quemasen sus viviendas;
Y esto concluso por la gente suelta,
Al Rio de la Hacha dan la vuelta.

Por les encarecer el Diego Perez
Para su mal á la maldad francesa,
Haber allí muy ricos mercaderes,
Riquísimo caudal y llena mesa:
Moviéronse por estos pareceres
Teniendo por certísima la presa;
Mas antes que la gente de allí parta
Aviso dió por tierra Santa Marta.

El francés tuvo tiempo cual lo quiso,
Y el mensajero, puesto que fué cierto,
Apenas allegó con el aviso,
Aunque era caminante muy esperto,
Cuando vieron la nao de improviso
Y los patajes ya cerca del puerto;
De manera que vido nuestra gente
El cosario y aviso juntamente.

Anda luego la grita y alboroto
Para poner en cobro la moneda,
Levantan piés ligero terremoto
Y gran escuridad de polvareda;
El mas valiente vemos mas remoto,
Por cobarde se tiene quien se queda,
Escapando la próspera ganancia
De que entonces tenian abundancia.

Todas las gentes andan presurosas,
Cargados van los grandes y los chicos;
Aunque como personas caudalosas
De oro, perlas y otros multiplicos:
En sus casas dejaban muchas cosas
Con que pudieran otros ser muy ricos,
Por no dalles lugar el tiempo breve
Para que su caudal todo se lleve.

El que no puede mas antes que vaya
A ver la selva, no por ser amena,
Dejaba muchas cosas por la playa,
Sepultadas debajo dél arena;
Mas como vientos recios allí haya
Con la soberbia que Aquilon ordena,
Entonces se mostró tan inquieto
Que descubrió por partes el secreto.

Luego como faltó gente guerrera,
Al fin como ladrones diligentes,
Los ocultos secretos de la tierra
Hicieron manifiestos y patentes:
Aquí y allí y allà se desentierra
Todo cuanto dejaron nuestras gentes;
Lo cual no fué tan poco que no fuese
De principal valor el interese.

Estando pues el pueblo poseido
Y el fuego para él no menos cierto,
El Diego Perez fué tan atrevido
Que fué para tratar de su concierto:
Fuéles buen interese prometido
A trueco de que salgan deste puerto,
Y vino por farante de las paces
El canónigo Diego de Loaces.

Como ninguna cosa concluyese,
Volviendo temeroso del cosario,
No se hallaba quien tratar quisiese
Negocio tan forzoso y necesario
Para que el pueblo no se destruyese;
Mas Francisco Velazquez, secretario
Hoy en el nuevo reino de Granada,
A su cargo tomó la tal jornada.

Holgóse la francesa pestilencia
De ver un hombre de tan buen aviso,
Mozo gallardo, de gentil presencia,
Y en aquella sazon otro Narciso:
Trató del precio con cabal prudencia,
Y negoció con ellos cuanto quiso;
A trueco de ponelles en las manos
Cuatro mil y quinientos castellanos.

Haciasele grande cortesía,
Y todos ellos antes que se parta
Rogaron que se vean otro dia
Y procure traer moneda harta,
Pues cierto le darán lo que pedia
De la iglesia y ciudad de Santa Marta:
Despidióse pues dellos con aquesto,
Y prometióles de volver muy presto.

Diego Perez en esta coyuntura
Huyó de los franceses compañeros
Metiéndose por montes y espesura
Con razonable copia de dineros:
Que lo llamaba ya su desventura
Para pagar sus grandes desafueros;
Jaques de Soria por aqueste hecho
Pelábase las barbas con despecho.

Velazquez destas cosas ignorante
En cumplimiento de lo prometido,
Vino después dos dias adelante
De plata y oro bien apercebido;
Al menos lo que via ser bastante
Para rescate de lo que traido
De Santa Marta habian los sangrientos
De santos y benditos ornamentos.

A la nao lo lleva gente presta
Que el soberbio francés allí tenia,
El cual no lo recibe con la fiesta
Ni con aquel aplauso que solia;
Antes con amenazas lo molesta
Y al dicho Diego Perez le pedia,
O le pagase cuanto le llevaba
Sin admitir disculpa que le daba.

En efeto le hizo que escribiese
Al pueblo do se hizo mensajero,
Con ruego de que no se permitiese
Que lo llevasen por su prisionero;
Sí no que luego se les proveyese
Del hombre y dos mil pesos en dinero;
Mas porque no viniese la tal paga
Junto á la firma puso: no se haga.

Fué animosidad, mas de manera
Que no dejó de ser muy atrevida,
Porque si la cautela se supiera
No le costara menos que la vida:
Visto pues no venir lo que se espera
Deste puerto hicieron despedida,
Y el cosario francés llevó consigo
Al Francisco Velazquez como digo.

El cual lleno de grandes confusiones,
Cuasi por términos desesperados
Al capitán habló tales razones
Que todos se quedaron admirados,
Y respondieron con sus intenciones
Ciertos franceses muy españolados,
Diciéndole ser grande desafuero
No dalle libertad al mensajero.

El capitán como se convenciese
Con esto que su gente le decia,
En un batel le dijo que se fuese
Que fuera de la nao se traia;
Y primero que della se sallese
Le quitaron el oro que tenia;
Entró pues en el barco casi muerto
Veinte leguas ó mas fuera del puerto.

Sin agua, sin recurso de alimentos,
Ni cosa que pudiese sustentallo,
No remos ni marinos instrumentos
Para poder mejor encaminallo,
Sino donde las aguas y los vientos
A su disposicion quieren guiallo;
Solamente de Dios se confiaba
A quien de corazon se encomendaba.

Y assi mediante su favor divino
Pudo tomar paraje deseado
Abajo cuatro leguas de camino
Del Rio de la Hacha ya nombrado;
Donde luego topó con un vecino
Con cuya vista fué muy consolado,
Y luego puso todos sus poderes
En que se descubriese Diego Perez.

Asimismo Miguel de Castellanos,
Con otros caballeros y vecinos,
Envian por lugares comarcanos
Ocupando las playas y caminos,
Hasta tanto que hubieron á las manos
Al autor de tan grandes desatinos:
Danle tormento, hácenle procesos,
Y confesó grandísimos escesos.

Era justicia cierto caballero
Que Francisco de Lerma se decia,
Varon de gran valor, hombre severo;
Y este, por la traicion y alevosía,
Mandólo colgar luego de un madero,
Aunque mas crüel muerte merecia:
Hiciéronle después enterramiento,
Porque murió con buen conocimiento.

Aqueste fué su fin y paradero;
Y pues con él habemos concluido,
Justo será volver á lo primero,
Porque me hallo ya muy divertido
De nuestra Margarita, donde quiero
Cumplir con lo que tengo prometido,
Y donde hallareis por escritura
Otra mas trabajosa desventura.

Y por contar aquesta no diremos
Desabrimientos que le son anejos;
Pues vence la que digo los estremos
De cuantas tienen lacrimosos dejos:
Mas, para proceder como debemos,
Cumple tomar la cosa de muy lejos;
Y pues de un golpe no podemos tanto,
Quiérola comenzar con nuevo canto.

CANTO SEGUNDO,

Donde se da á entender quién era Pedro de Ursúa y su descendencia, con otras cosas á la historia convinientes.

Siempre suelen venir acompañados
Los jüeces y los gobernadores
De deudos, de parientes y criados,
Guiados del olor de sus favores:
Y en algunos no son mal empleados
Los mas calificados y mejores,
Pues su virtud, trabajo y diligencia
Los hacen merecer la tal herencia.

Entre los otros yugos que sostuvo
El orbe de las Indias de occidente,
Un Miguel Diaz Armendariz hubo
Que trajo seis gobiernos juntamente;
Y en este nuestro nuevo reino tuvo
Un mozo generoso, su pariente,
Pedro de Ursúa fué su propio nombre,
Que siempre mostró sello sin ser hombre.

Pareciéndole cosa conviniente
A discrecion modesta y asentada,
El tio le nombró méritamente
Por general del reino de Granada:
Salió buen capitán y diligente
Para le cometer cualquier jornada;
Y ansí, por aquí daba buena cuenta
En los negocios de mayor afrenta.

Descubrió los caminos mas reclusos,
Allanó la montaña rigurosa,
Conquistó la provincia de los Musos,
Deste reino la mas dificultosa:
Finalmente, que los guerreros usos
Le dieron prontitud maravillosa,
De manera que mañas y osadías
Crecian juntamente con los dias.

Y ansí, con el valor de su persona,
Y entre valientes indios y arriscados
Pobló ciudad á quien llamó Pamplona,
Cuyos campos y rios son dorados:
Vile hacer á la real corona
Otros muchos servicios señalados;
Y en Santa Marta recorrió la sierra,
Puesto que sin victoria desta guerra.

Podríame vender yo por testigo
Sin gozar lo mejor de la mañana,
En el paso de Origua ó de Rodrigo,
Y el buen Pedro de Ursúa con cuartana,
Tomándole los pasos que ya digo
Gran ímpetu de gente comarcana,
Sobre paz y con fiebre fatigado,
Descalzo del un pié y otro calzado.

Allí caza Bondigua, y allí Bonda;
Allí de Pocigueica y de Tairama,
Con todos los demás de la redonda,
Conocidos por hechos y por fama,
Con flechas, con macana, dardo, honda,
Gran cantidad de sangre se derrama,
Privando brevemente de la vida
Cuanta gente hallaron divertida.

Ursúa de salud estaba falto,
E ya por todas partes rodeado;
Venciendo calentura y sobresalto
Salió del toldo mal aderezado,
A fin de trabajar ganar el alto
De fortísimos indios ocupado,
Y halló para ir en tal demanda
Solos doce soldados de su banda.

A los cuales les hizo tal abrigo,
Que con aquel valor de su costumbre,
A pesar del ejército enemigo,
Ganó lo mas supremo de la cumbre,
Haciendo crudelísimo castigo
Con riesgo, con sudor y pesadumbre:
Fueron sus grandes hechos aquel dia
Bastante prueba de su valentía.

Hiriéle tres el venenoso Marte;
Y aunque de vida ya desconfiados
Esta desconfianza no fué parte
Para que fuesen dél desamparados;
Y sus esfuerzos fueron de tal arte,
Que de débiles hizo confiados
Para salir de riesgo tan terrible,
Que no parecerá cosa posible.

O ya con arcabuz, ya con espada,
El escuadron rompió mas importuno
A pié mas de seis leguas de jornada,
Con terrible calor y siempre ayuno:
Llegó pues con la gente fatigada,
Sin que dejase uno ni ninguno
A Santa Marta, que se maravilla
Escapar de tan áspera rencilla.

Era por este tiempo ya venido
Montaño por jüez de residencia,
Que puestos sus servicios en olvido
Le mostraba rencor y mal querencia;
Y ansí, de sus amigos conmovido,
Se desvió de aquella pestilencia,
Y residió con ciertas compañías
En el Nombre de Dios algunos dias.

Donde recogió copia de soldados
Para los ejercicios de la guerra,
Y allí desbarató negros alzados
Que estaban hechos fuertes en la sierra;
Los cuales, por ser muchos y esforzados,
Ponian en temor toda la tierra,
Prendióles á su rey dicho Baltano,
Aunque tenia poderosa mano.

Los negros y proterva compañía
Vencidos en aqueste repiquete,
A reinos de Pirú hizo su via
Con amigos y deudos seis ó siete;
Los cuales en aquel tiempo regia
El marqués escelente de Cañete;
Y este, reconociendo sus valores,
Le hizo mil mercedes y favores.

Después, con gracia de razon urbana,
Hizo demanda del descubrimiento,
Que dicen de Francisco de Orellana,
Con quien yo tuve gran conocimiento;
Y el marqués se lo dió de buena gana
Vista su discrecion y su talento,
Porque en aquellas tierras aun habia
Soldados de aquel tiempo todavía.

Y entre todos aquellos que renuevan
Este descubrimiento que ya digo,
Era buen adalid Alonso Esteban,
A quien también yo tuve por amigo;
El cual de la jornada do se ceban
Se podia vender por buen testigo,
Como quien abajó con Orellana
Al mar del norte y á Maracapana.

Ursúa, con aviso suficiente,
A los efetos desto se presenta;
Pero dejémoslo haciendo gente
Que de valor tan raro se contenta:
Pues me parece cosa conviniente
Del Orellana dar alguna cuenta,
Para bien entender desta letura
Jornada de tan grande desventura.

Pasados eran ya los quince cientos
Y diez lustros de santa parentela,
Cuando gente de grandes pensamientos
Con Gonzalo Pizarro se desvela
En dar mas luz á los descubrimientos
De tierra que nos da nueva canela,
E oro y plata, de que la cudicia
Daba generosísima noticia.

Y ansí, para hallar aquel gentío,
Que de Quijos es hoy su nombramiento
Dió Gonzalo Pizarro buen avío
Para hacer el tal descubrimiento,
Guiando su derrota por un rio
Que en Moyobamba tiene nacimiento,
Y al mar del norte hace su salida
Con casi dos mil leguas de corrida.

La madre dél es tal y tan estensa
Que no la vió mayor hombre viviente,
Y ansí, por ser grandeza tan inmensa,
Mar dulce le llamamos comunmente;
Y dicen ser engaño del que piensa
No ser el Marañon esta creciente:
Tal nombre le pusieron los Pinzones,
De ciertos nautas dichos Marañones.

Por la equinocial sus aguas guia
Dando prolijas vueltas diferentes,
Y della casi nada se desvia
Con impetuosísimas crecientes;
De islas numerosa la cuantía,
Muy muchas de las cuales tienen gentes
Algunas señaladas en grandeza,
Pero ningunas muestras de riqueza.

Orilla deste rio montüosa
Hacia pues Pizarro su jornada,
Tierra mal asombrada de lluviosa,
Por una parte y otra mal poblada;
Y a veces la montaña rigurosa
Les daba la canela deseada
Sus árboles altísimos y locos,
Pero no muy espesos, sino pocos.

Pues para que mejor se conociese
Del rio lo que estaba mas poblado,
Un bergantin mandó que se hiciese
Con escogida gente preparado:
En el cual ordenó que se metiese
Vajilla y vestuario mas preciado,
Y al Orellana, su lugarteniente,
Nombró por capitán de aquella gente.

El Pizarro por tierra caminaba
Con el restante de su compañía,
Y el barco con aquellos que llevaba
A dar nueva y socorros acudia,
A los cuales allí se les mandaba
Lo que mas al viaje convenia:
Mandóles pues llegar á cierta punta
Y volver á decir lo que barrunta.

A la punta llegaron fácilmente,
Mas no pudo volver el Orellana,
Forzado de grandísima corriente,
Si la fuerza no fué su propia gana;
Porque despareció con esta gente
Huyendo de la tierra comarcana:
Vajilla y ropa se llevó consigo
Con las demás preseas que ya digo.

Visto que no volvia, fué buscando
Por gente deste campo peregrino,
Y como nunca dellos fué hallado
Por llevar agua abajo su camino,
Al Gonzalo Pizarro fué forzado
Volver á las provincias de do vino
Con pérdida grandísima de gentes
Y los que se escaparon muy dolientes.

Francisco de Orellana navegaba
Alentado de grande pensamiento,
E ya se prometia y aplicaba
Toda la gloria del descubrimiento;
Mas con sesenta hombres que llevaba
Nunca pudo salir con el intento;
Pues solamente corren la ribera,
Por ser muy pocos para salir fuera.

Incierto como digo de lo cierto,
Por las islas buscaban alimento,
En una de las cuales toman puerto
Donde les pareció mejor asiento,
Hasta poner sus cosas en concierto
Para llevar mejor aviamiento,
Y por los fatigar el angostura
Hacer otro navío se procura.

Hácense tablas de canoas duras
Por ciertos levantiscos oficiales,
Hízose clavazon de herraduras,
Búscanse necesarios materiales:
Hay brea de copey y otras horruras,
Con aceite de acuosos animales;
Finalmente pusieron en el rio
Otro mayor y mas capaz navío.

Pusieron gallardetes y banderas,
Repártense por ambos los soldados,
Osaban ya llegar á las riberas
A causa de no ir tan apretados:
Tomaran el negocio mas de veras
Si fueran los sesenta duplicados;
Pero pocos temian el encuentro
Que pudieran hallar la tierra adentro.

Ven tierras jamás vistas ni holladas
Sino del natural destas regiones:
Vian desde los barcos ahumadas
Que denotaban grandes poblaciones,
Y algunas torrecillas levantadas,
O templos de sus vanas religiones,
O ya podria ser, segun se piensa,
Que las tenian para su defensa.

Quisieron en un pueblo tomar tierra
Que sobre la barranca parecia,
Mas no los consintió gente de guerra
Que con feroces brios acudia,
E india varonil que como perra
Sus partes bravamente defendia,
A la cual le pusieron Amazona
Por mostrar gran valor en su persona.

De aquí sacó después sus invenciones
El capitán Francisco de Orellana,
Para llamalle rio de Amazones
Por ver esa con dardos y macana,
Sin otros fundamentos ni razones
Para creer novela tan liviana;
Pues hay entre cristianos y gentiles
Ejemplos de mujeres varoniles.

Mas ser esta Tomiris no se crea,
Ni que vistiesen otras él arreo
De Filipis Lampédon, ni de Alea,
Y porque lo sé bien tampoco creo
Que pasó por allí Pentesilea,
Ni el Orellana pudo ser Teseo;
Ni otra Menalipe, ni Celeno
Caminaron jamás por aquel seno.

Puesto caso que bien se defendia
Por parte de la india la salida,
El gran rigor del arcabucería
A muchos por allí dejó sin vida;
Y visto que tan mal les sucedia,
Tomaron por amparo la huida:
Recogen españoles alimento,
Y un indio vivo deste rompimiento.

Por señas Orellana le hablaba
En el discurso deste su viaje,
Y todos los vocablos asentaba
Segun comprehendia del salvaje:
Hasta ver si por ellos alcanzaba
Inteligencia cierta del lenguaje,
Porque tuvo de lenguas gran noticia,
Y para las hablar mucha pericia.

Y ansí con gran contento declaraba
A estas compañías y cuadrillas
Aquello que este indio le hablaba,
Diciendo que decia maravillas
De lo que mas adentro les quedaba,
Y no podian ver por las orillas:
Crecida poblacion, campos amenos,
Y es de creer haber algunos buenos.

Navegando van pues nuestros guerreros,
A peligros inmensos arrojados
En competencia de los indios fieros
Que los combaten por entrambos lados:
Navegan sin saber los paraderos
Ni tener de quien sean avisados,
Hasta que percebieron los oidos
De muy lejos grandísimos ruidos.

Iba la gente desto temerosa
Prosiguiendo con duda su viaje,
Y apartada la noche tenebrosa
Haciendo ya remansos el aguaje,
Vieron la blanca Tetis espumosa,
Y en ella levantarse gran olaje,
Y con calor de presurosos modos
«¡La mar, la mar del norte! dicen todos

»Gobernémonos bien, hermanos mios,
Con prontitud y diligencia buena,
Pues ya no navegamos por los rios:
A gran priesa guindemos el entena,
Descúbranse con sondas los bajíos,
No demos al salir en el arena;
Que suelen tener ríos en las bocas
Bancos secretos, arrecifes, rocas.»

Ignoran todos ellos el paraje,
Puesto que mil consultas hay aposta,
Mas en ellas ninguno fué tan saje
Que no fuese su ciencia muy angosta;
Y ansí les pareció mejor viaje
Nunca desarrimarse de la costa;
Pues si por ella fuesen en las manos,
Dios les daria pueblos de cristianos.

Con la tal opinion sin la contraria
La costa bajo van con tiempo lleno:
Vieron la Trinidad, vieron á Paria
Con otras circunstantes de su seno:
Hacian conjetura no sumaria
Alonso Esteban, Márquez y Joan Bueno
Por haber estos tres, tiempo pasado,
Por aquellos parajes navegado.

Inciertos, pero con algun desino
Que cada uno dellos en sí fragua,
Prosiguen adelante su camino,
Hasta dar en la costa de Cubagua;
Y allí los poseyó mas desatino
Por no ver carabela ni piragua
De la crecida flota que solia
Salir á la pasada pesquería.

Las casas encaladas devisaban
Los hombres destas peregrinas naves;
Mas por peñascos grandes las juzgaban
Y suciedad de las marinas aves;
Para soltar las dudas en que estaban
Faltábales allí quien diese llaves,
Y á los unos la hambre los incita
A que tomen la isla Margarita.

Holguin, comendador, varon esperto
La caña del timon á banda cierra;
Y puestos en buen orden y concierto
Con armas y pertrechos para guerra,
En la Punta-las-Piedras tomó puerto,
Donde con los demás halló la tierra,
Y en ese mismo punto luego vido
Camino que de bestias va seguido.

El padre fray Gonzalo de la Vera,
Con Alonso de Robles y otros tales,
Querian porfiar que el rastro era
De nunca conocidos animales;
Mas Celis Montañés sin mas espera
Sopló dos ó tres veces las señales,
Y vido claramente señalados
Los clavos de cabezas como dados.

Vereis las gentes ya regocijadas,
Y fuera del pasado desconsuelo
Besar por muchas veces las pisadas
Hincando las rodillas por el suelo;
Y las manos en alto levantadas
Dan gracias al Señor del alto cielo,
Porque ya claramente conocian
Ser aquel el paraje que decian.

Conocida Cubagua claramente,
Que antes por peñasco se tenia,
Allá hacen viaje brevemente
Por ser breve compás la travesía:
Salimos á la playa mucha gente:
A ver estraño barco que venia,
Imaginando muchos ser soldados
De los que Ordás perdió tiempos pasados.

En gran manera son regocijados
De ver y de hablar cristiana gente,
Al templo van descalzos, destocados,
A dar gracias á Dios primeramente;
Y á todos nos tornó maravillados
Viaje de tan gran inconviniente:
Acomodóse bien la compañía,
Y al barco de Orellana no venia.

Pasárase de largo, si no fuera
Aviso por bastante mensajero,
Que hizo luego Pedro de Herrera,
Para buscar aqueste caballero
Con indios y canoa muy lijera,
Y un Cristóbal de Lepe, marinero
El cual luego que vió la carabela
A ella dirigió remos y vela.

Admiróse Francisco de Orellana
Como vido la indica ralea
Regirse con timon y con mesana,
Y ansí se reparó para pelea;
Mas percebiendo lengua castellana
Con el mensaje tal cual él desea,
Siguió la carabela mensajera
En demanda del Pedro de Herrera.

Tomó tierra con todos sus soldados,
Y puesto que con nombre de perdidos,
Todos salieron bien aderezados
Con grande bizarría de vestidos:
Fueron unos y otros hospedados
Y magníficamente proveidos;
Trató luego de sus descubrimientos
Con muestras de sus vanos pensamientos.

Hizo luego viaje para España
Hechas á su sabor informaciones,
Con gente principal de su compaña,
Prendada de las mismas pretensiones;
Y entonces publicó la gran patraña
De aquellas invencibles amazones:
Volvió por su demanda ya casado,
Y por gobernador y adelantado.

Cargó de muy lucida compañía,
Bien fuera de razon y fundamentos
En traellos por donde los traia
Y á tierra de cien mil impedimentos;
Y ansí junto del rio do venia
Murió vejado destos pensamientos:
Después su mujer vimos afligida
Y toda la demás gente perdida.

Es pues para hacer la tal jornada
Ir contra la corriente desatino;
Pudiérala hacer mas acertada
Si segundara por adonde vino:
Pero pues que su vida es acabada,
Quiérome yo tornar á mi camino,
Y al Ursúa que está haciendo gente,
Con canto nuevo del tenor siguiente.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la partida de Pedro de Ursúa, con buena copia de gente aunque alguna della inquieta y facinerosa, y las demás particularidades sucedidas antes de embarcarse en el rio por donde habian hacer su viaje.

Prenden á Marte redes de Vulcano
En Venus colocado su contento,
Ablándase la mas guerrera mano
Vencida de lascivo pensamiento,
Con mal amor enferma lo mas sano,
Do quiera causa tierno sentimiento:
Los invencibles y mas fuertes cuellos
Una flaca mujer suele vencellos.

Pedro de Ursúa pues, cuya grandeza
De hechos ya tenemos conocida,
Hizo su belicosa fortaleza
A fuegos amorosos sometida,
Vencido de un estremo de belleza
Que fué lo mas estremo de su vida;
Y á vueltas de guerreros atambores
También ejercitaba sus amores.

La bella doña Inés era la dama
Que tuvo con razon nombre de bella,
Si fuera con reguardo de la fama
Que debe reguardar cualquier doncella;
A quien el buen Ursúa mucho ama,
Siendo no menos él amado della;
Y como bien querer importunase
Acabóse con él que la llevase.

Hija de Blas de Atienza, que de Lima
O de Trujillo fué, moza lustrosa,
Avisada, graciosa y en estima,
Como ya dicho tengo, de hermosa:
Gentil disposicion con que lastima
El ánima de amor mas odiosa,
No tiene padres puestos al enmienda
Ni deudos que le tiren de la rienda.

Pues el Ursúa como consintiese
Que fuese doña Inés á la jornada,
Secretamente le mandó que fuese
Tras él por via mas disimulada;
Y él partido, mandó que se partiese
De ciertas dueñas bien acompañada:
Luego se despidió de su querida,
Y convocó la gente divertida.

Llegóse de soldados gran estruendo
Aderezados para la demanda,
Muchos de corazon malo y borrendo,
Como fué Joan Alonso de la Vanda,
Lope de Aguirre, Perez y Salduendo,
Diego de Torres, Vargas y Miranda,
Y un Gristóbal Fernandez, mal cristiano,
Pero Fernandez y Miguel Serrano.

Otros algunos, en maldad insines,
Gente desesperada y atrevida,
Amiga de traiciones y motines,
Sin Dios y sin olor de buena vida:
Al fin en sus costumbres tan ruines,
Que tienen la virtud aborrecida;
Ningun concierto hay que los concierte,
Ni temen temporal ni eterna muerte.

Como el marqués insigne Mendocino
Le tuviese tan justas aficiones
Al Ursúa y le fuese tan benino,
Acudióle gran copia de varones;
Con los cuales él hizo su camino
A la provincia de los Motilones,
Porque en aquellas tierras y comarcas
Habia de hacer copia de barcas.

Tenia de la tierra la tenencia
El que Pedro Ramiro se decia,
Hombre de gran consejo y esperiencia,
Señalado varon en valentía:
Recebiólo con gran magnificencia,
Con gran urbanidad y cortesía;
El Ursúa hallando tal abrigo
Procuró granjearlo por amigo.

Después en lo aviar metió tal prenda
Que el Ursúa, persona bien mirada,
Le dijo que dejase su vivienda
Y se fuese con él á la jornada;
Porque será señor de su hacienda,
Y maese de campo del armada;
Fué nombrado por tal, y pretensores
Quedaron con algunos sinsabores.

Destos el uno fué Francisco Diaz,
Pariente del Ursúa muy cercano,
Ansimismo soldado de mis dias
Valiente y comedido cortesano;
Que movido de vanas fantasías
En el Pedro Ramiro puso mano:
Dióle de puñaladas en efeto,
Maldad indigna de hombre tan discreto.

De tan escandaloso desatino
Al Ursúa le dan luego noticia,
Que estaba gran distancia de camino
Bien fuera de tan áspera malicia,
Revolvió sin parar, y como vino
Hizo del matador justa justicia,
Y de Grijota y de Benito Diaz,
Consortes, y de un Diego de Frias.

Después que ya dió fin á malos fines,
Sin él se recelar de los peores,
Procuró concluir los bergantines
No sin grandes trabajos y sudores,
Por apartarse ya destos confines
Y poder descubrir otros mejores;
Demás desto también se recelaba
Que mucha gente se le remontaba.

Apresurándose pues desta manera
Con temor de que gente se le huya,
La bella doña Inés, que no debiera,
Allí llegó también en busca suya;
Porque con una muerte lastimera
Vida de dos amantes se concluya,
Y este negocio cuentan estas gentes
Por vias y maneras diferentes.

Pues entre muchos dellos hubo fama
Haber puesto los ojos el Salduendo
En los merecimientos desta dama
Que diferentes partes va siguiendo;
Y él fué de los catorce de la trama
Del pérfido motin, malo y horrendo;
Y cuando doña Inés se recebia,
El se mostró con grande lozanía.

Puesto que todos para dar contento
A su gobernador, que por ventura
Tenia diferente pensamiento,
Hicieron á tan alta hermosura
Solene y principal recebimiento,
Anuncio de su grande desventura:
Unos van con sinceras intenciones,
Otros con muy dañados corazones.

Formése campo digno de mirallo,
Guarnido de galanas invenciones,
Infanterías y hombres de caballo
Con trémulas banderas y pendones;
Y porque ella pudiese contemplallo
Ordenaron lucidos escuadrones,
Los cuales en presencia de las dueñas
Hicieron caracoles y reseñas.

Ondean por los yelmos plumas largas
De las garcetas blancas y avestruces,
Revuelven lanzas, cambian las adargas
Los diestros y valientes andaluces,
Descargan con gran ímpetu sus cargas
Los fumosos y ardientes arcabuces,
Con gran orden entraban y salian
Con una y otra salva que hacian.

Ninguno de su orden se derrama
En este singular recebimiento,
Y en llegando frontero de la dama
Hacia cada cual acatamiento:
Enciéndelos en amorosa llama,
En muchos causa tierno sentimiento,
Porque su buen donaire y su meneo
Ponia mil espuelas al deseo.

En un cuartago blanco pequeñuelo
Iba, pero muy bien aderezado,
Basquiña de lustroso terciopelo,
Un galdresillo de color morado,
Las guarniciones de color de cielo,
Con cristalinas perlas estampado,
Capelete con plumas y medalla
Con el mas aderezo que se calla.

Rebozada hacia gran destrozo
De ánimas en esta compañía,
Y mucho mas después que cierto mozo
Le dijo: «por merced, señora mia,
Os pido que quiteis ese rebozo,
Veremos ya la luz del claro dia,
Que no sé cómo puede velo solo
Cubrir rayos mas claros que de Apolo.»

Ella, de comedida cortesana,
El antifaz quitó luego á la hora:
Atónita quedó la gente vana
De ver rostro do tanta beldad mora;
Deshízose la lumbre de Diana
Sobrepujó lo claro del aurora:
Dijeras en el alma mas reclusa
Obrarse los efetos de Medusa.

En amoroso fuego van ardiendo
Hasta los recatados y discretos,
Y en el desventurado de Salduendo
Hacen mas impresion estos efetos;
Pues en las muestras iba descubriendo
Sus apasionadísimos concetos;
Y aunque cesó la fiesta de aquel dia,
Nunca cesó su loca fantasía.

Al fin el regocijo ya deshecho
Y todos los guerreros escuadrones,
El Salduendo tomó luego su lecho
Sin esperar á mas conversaciones:
Su corazon bestial y falso pecho,
Distraido con mil vacilaciones,
Pero todas y todos sus cuidados
Van á la doña Inés encaminados.

Decía: « ¡si su vista halagüeña
Acaso contempló mi buen talante
Al tiempo que salí de la reseña,
Y hice las levadas de montante!
¡O si quiso notar aquella seña
Que le hice pasando por delante!
Parecióme cebar en mí los ojos..
Pero creo que son vanos antojos.

» Porque ¿qué ocasiones ó qué prend
Hay para penetrar mis pensamientos?
O ¿qué le dije yo para que entienda
Estos mis congojosos sentimientos?
O ¿qué quiere decir tomar contienda
Con quien es el señor de sus intentos?
¿Quién no dirá ser el intento mio
Grandísima locura y desvarío?

» O ¿cuál de las mujeres adevina
El mal y la congoja del sirviente
Con una sola vista repentina
Sin le decir jamás el mal que siente?
O ¿quién pudo dar cierta medicina
A los inciertos males del doliente?
¿En qué buena razon ó seso cabe
Querer curar el mal que no se sabe?

» Para curarse pues enfermedades
Yo hallo que será mejor camino
Al médico decille las verdades
Y no hacello dellas adevino:
Aquesto vencerá dificultades,
Y en esto me resumo y determino,
Porque el enfermo que sus males calla
Remedio tarde, mal ó nunca halla. »

Estas cosas y otras vacilando
El ánima malvada y afligida,
Andábanse los otros preparando
Y dando gran calor á la partida:
Algunos dellos iban embarcando
De la gente mejor apercebida;
El capitán Garci Arce con cincuenta,
Don Joan de Vargas doble desta cuenta.

Mandóles esperarse en cierta parte,
Y el Arce como fué mas larga vía
De indios encontró tan duro Marte
Que fué bien menester su valentía:
Mas el don Joan de Vargas no se parte
Del límite que Ursúa le ponía,
Esperándole con sus compañías
Mas de sesenta ó de setenta dias.

Escesivo trabajo se pasaba
Por falta de comida que tenía,
Y en cierta ísla donde el Arce estaba
Angustia no menor se padecía;
Y el Ursúa que mucho deseaba
Seguillos brevemente no podía,
Porque querían ya hacelle tiro
Los soldados del buen Pedro Ramiro.

No queriendo dejar sus Motilones,
Ya que su capitán era defunto,
Y un Montoya metia peticiones
Mas sin le dar respuesta ni trasunto;
El Ursúa lo trajo con prisiones
Siendo soldado grave de buen punto,
Lo cual no fué menor inconviniente
Para lo que diremos brevemente.

Pues el gobernador, considerando
Ser grande la tardanza que hacia,
Mandó con atambor echar un bando
Para que se partiesen otro dia:
En cumplimiento dél se van juntando
Con servicio y bagaj que se traia,
Cuya cantidad era de tal modo
Que faltaban navíos para todo.

Ursúa se hallaba muy confuso
Por no tener do tanta cosa fuese,
De lo que cada cual para su uso
Llevaba y le costó buen interese;
Mas lo mejor que supo se dispuso
A dar el mejor orden que pudiese,
Y hecha luego junta de la gente
Me dicen que les dijo lo siguiente.

Quitó con buen donaire su chapeo
Usando de su buen comedimiento
Diciendo: « caballeros, mi deseo
Siempre fué de seguir vuestro contento;
Y con igual amor lo mismo creo
De vuestro virtuoso pensamiento;
Y ansí quisiera yo vias y modos
Para me conformar con el de todos.

» Mas aunque con virtud y sufrimiento
Acontece vencer dificultades,
Dudo poder haber entendimiento
Que se mida con muchas voluntades
Cada cual de contrario sentimiento,
Mayormente de tantas variedades,
Que sin considerar inconviniente
Siguen sus apetitos solamente.

» Declarando pues mas este concepto
A la salud de todos convenible,
Llevar tanto bagaj en tal aprieto
Téngolo por negocio muy terrible;
Y hase de contentar el que es discreto
Con embarcar aquello que es posible,
Y no tanto velez, tanto pertrecho,
Que cause mayor daño que provecho.

» Nuestras jornadas han de ser por ríos
Hasta llegar á prósperos confines,
Tenemos poca copia de navíos
O mal aderezados bergantines;
Y por los ojos veis, señores míos,
Que demás de ser pocos son ruines,
Ansí por haber falta de oficiales
Como de carecer de materiales.

» Y si mas cantidad hacer queremos
E ir mas adelante con la obra,
Será perder el tiempo que tenemos,
Y es pérdida que nunca mas se cobra:
Si tantos embarazos les metemos
Para los españoles nada sobra,
Pues cuando á los estremos falta medio
Tomar debemos el mejor remedio.

» No puede todo ir por ningun arte,
Y para mas seguro se requiere
Que deje cada uno buena parte
De lo que menos menester hubiere:
Este daño por todos se reparte,
E yo soy el primero que lo quiere;
Porque para seguro de la gente
Este remedio es mas conviniente.

» Los ganados vendellos ó cambiallos,
Aunque sea con perdida la venta,
Que todos no podemos aviallos
Segun necesidad nos representa;
Y en cuanto á no dejar nuestros caballos,
Bastará que llevemos solos treinta;
La cual disposicion á nadie pene,
Pues es hacer aquello que conviene. »

Acabó de decir, y comedidos
Que los inconvinientes conocian,
De sus comedimientos convencidos,
Muchas cosas dejaban ó vendian:
Por no les consentir lo que querian
Otros también estaban desabridos;
Apaciguólos lo mejor que supo,
Y hizo que metiesen lo que cupo.

Ya la febea luz á nuestra cuenta
Tenia el Escorpion por aposento,
El año de quinientos y sesenta
Con otros mil del santo nacimiento,
Al tiempo que la gente descontenta
Hizo de Motilones movimiento
Ayudados también de grandes balsas,
Las intenciones buenas y las falsas.

Estaba sin saber por qué la gente
Llena de descontentos aquel dia,
No se podia ver cosa viviente
Con algunas señales de alegria:
El rio, con ser grande su corriente,
Parece que sus cursos detenia,
Los indios declaraban por señales
Incendios, robos, muertes y otros males.

Aunque con pesadumbre de las cargas
Y ropa que en las balsas se traia,
Siempre hacian las jornadas largas,
Porque les pareció que convenia:
Hasta que dieron con don Joan de Vargas
Deseoso de ver lo que ya via:
Allí tomaron todos luego puerto
Y se pusieron en mejor concierto.

Ursúa recebió contentamiento
Por hallarlos adonde los queria,
Puesto caso que con desabrimiento
Por no saber del capitán García:
Enjugan ropas en aquel asiento
Apartándose dél al cuarto dia,
Y embarcados caballos y el restante
Pasaron con los barcos adelante.

Do las corrientes aguas eran guias
Por caudaloso rio y estendido,
Vian por las barrancas compañías
Lustrosas y cubiertas con vestido:
Y habiendo navegado nueve dias
Llegaron donde estaba detenido
García, que por ser tan indiscreto
Los indios lo ponian en aprieto.

El Ursúa le dió reprehensiones
Por ser tan temerario y atrevido;
Mas admitió disculpas y razones
Como de su criado muy querido:
Allí se pregonaron provisiones
Del gobierno que le era proveido,
Y al don Joan dió poder incontinente
De general y su lugarteniente.

Desto nacieron odios y rencores
Con un livor pestífero y amargo,
Por haber otros muchos pretensores
Que se juzgaban dignos deste cargo.
Hay juntas y corrillos de traidores
Adonde cada cual hablaba largo,
Mayormente los de los Motilones
Vivos en sus enojos y pasiones.

Hechos en el don Joan los nombramientos
Y seis ó siete dias ya pasados,
De la isla salió con cuatrocientos
Españoles muy bien aderezados:
Por las barrancas ven grandes asientos,
Que por mas de cien leguas van poblados
De gente que se ponen en huída,
De ropa de algodon toda vestida.

No pareciéndoles tierra bastante
A causa de ver campos anegados,
Determinaron de pasar delante
Hasta hallallos mas acomodados;
Mas saliendo del sitio circunstante,
Dieron en unos grandes despoblados:
Navegan ocho dias, y al noveno
Dieron en pueblo de mejor terreno.

La gente deste pueblo hizo cara
Con armas y amenazas de defensa,
Y en la barranca fuerte se repara
A fin de resistir cualquier ofensa;
Pero con una lengua se declara
Su venida no ser á lo que piensa
Antes querian á tan buenas gentes
Hacellos sus amigos y parientes.

Vencidas de tan buen comedimiento,
Sosiéganse las gentes alteradas
Haciéndoles muy buen acogimiento
Y dándoles sus casas por posadas,
Con larga provision de bastimento
De sus comidas mas acostumbradas:
Estuvo con aquestas compañías
El campo mas de veinte y cinco dias.

Ursúa, viendo la magnificencia
Tal cual no la halló después ni antes,
Ayudóles en cierta diferencia
Que tenian con indios circunstantes,
Dejando muertos en la competencia
Muchos de los contrarios litigantes,
Porque venian hasta sus viviendas
A les robar las casas y haciendas.

Entre tanto buscábanse caminos
Que mas la tierra adentro se metiesen;
Mas de los argonautas peregrinos
Ningunos hubo que los descubriesen:
Ni pudieron hacer á los vecinos
Que claridad acerca desto diesen:
Crecian en aquestas dilaciones
En los malos las malas intenciones.

El Montoya con otros, en efeto,
Trataban que el Ursúa se matase,
Y para ejecucion del mal conceto
No faltaba Salduendo que soplase;
Mas el negocio no fué tan secreto
Que por algunos no se sospechase,
Un cierto Pero Alonso mayormente
Al Ursúa le dijo lo siguiente:

«Señor gobernador, yo soy soldado,
Como sabeis, cargado de esperiencia,
Y entiendo como bien acuchillado
El daño del descuido y negligencia;
Y que cumple vivir muy recatado,
Entre contagiosa pestilencia,
Pues en los tales tiempos es gran yerro,
Como dicen allá, dormir sin perro.

»Hanse por ciertas vias rezumado
Cosas que suenan mal al buen oido,
Y hallo que traeis aquí soldado
Facineroso, suelto y atrevido:
Mirad por vos, velad con mas cuidado,
Y no durmais tan mal apercebido:
Cosa cierto no sé; pero sospecho
Haber de suceder algun mal hecho.

»Mirad, señor, que no tratais agora
Con los del nuevo reino de Granada,
Donde toda bondad y virtud mora,
Y es gente cuerda, noble y asentada;
Y que con vos llevais gente traidora
A vueltas de la bien intencionada,
Que sin temor de Dios ni miedo vuestro
Han de soltar las riendas y el cabestro.

»Tened guarda, señor, de los mejores
Amigos que sabeis que bien os quieren,
Y demos al diablo los amores,
Que semejantes cargos no requieren;
Pues son causa de grandes sinsabores,
Y por ellos también los hombres mueren:
Con santo celo doy este consejo,
Y con licencia de soldado viejo.»

El Ursúa con un gracioso riso
Agradeció sus buenas intenciones,
Sin le sobresaltar tan buen aviso:
Quizá le parecieron invenciones,
Porque en la guarda consentir no quiso
Dando ciertas escusas y razones;
Descuidó, sin razon, mas no me espanto
Pues de César leemos otro tanto.

Aderezóse luego la partida
Por el gobernador y varon fuerte :
Parte para partirse de la vida
Y guiando sus pasos á la muerte ;
Que la parca crüel endurecida
A quebrantar el hilo se convierte :
Era principio ya de nuevo año,
Y víspera de tan enorme daño.

Embarcáronse pues los peregrinos
A fin de proseguir su larga via,
Mirando por los lados mas vecinos
Si poblacion alguna parecia :
Vieron prolijas sendas y caminos,
Buen rato ya después de medio dia,
Y cierta poblazon bien asentada
Donde les pareció hacer parada.

Ursúa, cuando van desembarcando
Ajeno de mortíferos enojos,
A doña Inés estaba contemplando
Como causa mayor de sus antojos,
Y vido sus mejillas empapando
Con lágrimas ardientes de sus ojos,
Y queriendo saber por qué lloraba,
Con tácito rumor le preguntaba :

«¿Qué pasion y congoja tan urgente
Os hace de consuelo ser ajena?
Si es por necesidad que veis presente,
Ninguna razon hay en tener pena,
Pues confio de Dios omnipotente
De veros descansar en tierra buena,
Que tras necesidad hay abundancia,
Y viene tras la pérdida ganancia.»

Ella dijo : «señor, esta tristeza
No nace de ocasion tan abatida,
Ni temo yo tormentos de pobreza,
Ni verme de regalos despedida,
Pues vos sois mi regalo y mi riqueza,
Y no quiero mas bien en esta vida ;
Mas contaré, señor, cosas de espanto....»
Quiso decir, y no pudo con llanto.

Su mas clara razon era gemido
Por selle los sollozos embarazos,
Con mal de corazon y sin sentido
Hiriendo se hacia mil pedazos :
El amante que tal estremo vido,
Quisola socorrer entre sus brazos ;
Pena con su dolor, crece su llaga,
Sin saber qué se diga ni qué haga.

La flor mas agraciada de los mozos
Se duele del eclipsi de su luna,
No con fingidas muestras ni rebozos,
Sino fuerza de amor es importuna :
Encuéntranse suspiros y sollozos,
Las lágrimas confusas van á una,
Mostrando claramente por los hechos
El íntimo querer de entrambos pechos.

Después que ya cobró color el gesto
Y el pecho se mostró con mas aliento,
El amante le dijo : «¿qué es aquesto?
¿De qué procede tanto sentimiento?
En grande confusion me tiene puesto
Aqueste nunca visto movimiento :
Las lágrimas y lloro hacen pausa,
Y sepa yo de vos toda la causa.»

«Trabajos vuestros son y penas mias
(Respondió mitigadas las pasiones);
Porque por grande número de dias
Recuerdo con pesadas turbaciones :
Soñé robos, incendios, tiranías,
Sanguinolentos tratos y traiciones :
Via tendido, muerto y en el suelo
A quien es mi favor y mi consuelo.

»Encarnizados en tan malos hechos,
Aunque yo me ponia de rodillas,
Las dagas me metian por los pechos
Y á golpes quebrantaban mis mejillas :
Halléme, tales sueños ya deshechos,
Con un grave dolor en las ternillas ;
Miréme presto donde me dolia,
Creyendo ser verdad mi fantasía.

»No quiero comparar cosa soñada
A la que por verdad es conocida :
Mas yo sé que traeis en el armada
Gente desvergonzada y atrevida ;
Y ansí, por sí ó por no, se pierde nada
En que veleis, señor, por vuestra vida :
Sientan de vos rigores algun rato,
Y entiendan que vivís con gran recato.»

Oidas las razones deste cuento,
Ursúa con semblante de risueño
Le dijo : «para tanto sentimiento
El negocio, señora, fué pequeño ;
Pues no debe tan buen entendimiento
Tener tan por verdad cosas de sueño,
Pues muchos sueñan casos do perecen,
Y no por eso vienen ni acontecen.

»Siento quererme bien toda la gente,
E yo también estoy muy bien con ella,
Cosa no hallo que me represente
Para tanto rigor una centella :
Menos puedo hallar hombre viviente
Que con razon de mí tenga querella ;
Por tanto cese vuestro desconsuelo,
Y deso no tengais algun recelo.»

¡Oh corazon leal, buenas entrañas!
¡Cuán fuera de razon van tus razones!
Mira ya, buen Ursúa, que te engañas
Con esas tus sinceras intenciones ;
Porque las falsas y traidoras mañas
De qué quiera levantan ocasiones ;
Cuanto mas que ¿quién vive tan al justo
Que para todos gustos tenga gusto?

Al fin él se quitó de la ribera,
Y con sesenta y tantos escogidos
A un Sancho Pizarro mandó fuera
A seguir los caminos mas seguidos,
Y á ver si por allí hallan carrera
Por do salgan á campos estendidos,
Y con la relacion al sesto dia
Volviese con aquesta compañía.

Entre tanto que estaban en el puerto
Esperando los que iban descubriendo,
Trataban de su pérfido concierto
Joan Alonso Montoya y el Salduendo ;
Y algunos no quisieran velle muerto,
Pero querian irse dél huyendo,
Recogiendo la ropa y atavío
Y de los barcos el mejor navío.

Habia dentro desta compañía
Un don Fernando de Guzmán, que precio
De buena discrecion no poseia ;
Y á este cuasi que por menosprecio
Le hablaron, y dijo que queria.
¡Buen Dios, defiéndeme de hombre necio!
Pues con sus necedades é imprudencia
Camina tras cualquiera pestilencia.

Júntanse pues con él á la demanda
Perez, Montoya, Vargas y Salduendo,
Chaves, Villena, Torres y Miranda,
Los dos Fernandez, cada cual horrendo ;
Serrano, Joan Alonso de la Vanda ;
Y al mal Aguirre, bravo y estupendo,
Para negocio de tan grande afrenta,
Determinan también de dalle cuenta.

Hablan con él en lo de la huída
Por ver si tal desino le complace ;
Y respondióles ser cosa perdida,
A lo menos que no le satisface,
Diciendo ser mejor quitar la vida
A quien tan poca cuenta dellos hace,
Y no cumplir tardanza ni pereza
Por estar su salud en la presteza.

Entendió las palabras un moreno
Llamado Joan Criollo ; y este quiso
No con pocos temores en el seno
Hacer cuerdo desvío de improviso ;
Y aunque negro, sagaz y como bueno
Al Ursúa le dijo leal aviso ;
Pero de sus palabras no curando,
Estúvose con él chocarreando.

¡Oh ciego amor, y ciego quien tal fuere!
¡Oh confianza ya desvanecida!
Tienes aviso de quien bien te quiere,
¿Y no quieres perder al homicida?
¿Cómo tan gran descuido se requiere
Adonde no va menos que la vida?
Al fin tu hado es inadvertencia,
Y fortuna do falta la prudencia.

¿Es posible, varon, que no despiertas
Con indicio de tanto detrimento?
Mira bien que la casa de dos puertas
Aposta te la dan por aposento
Aquellas intenciones descubiertas
Y gente del traidor ayuntamiento,
E ya vienen á las ejecuciones
De sus mas que dañadas intenciones.

Ausentes eran ya rayos febales
De nuestros hemisferios y collados,
Y los cansados ojos de mortales
En necesarios sueños ocupados;
Pero los corazones desleales
En su temeridad mas obstinados,
El consorcio crüel, falso, maldito
Quiso poner por obra su delito.

Y estando los leales esplados,
Las guardas del real y centinelas,
Los pechos furibundos y alocados
Usando de sus mañas y cautelas;
Unos con arcabuces bien cargados,
Los otros con espadas y rodelas,
Con escuro hacian su camino
Tentados de tan torpe desatino.

¿Adónde vas, traidor ayuntamiento?
¿Qué furia te privó de tu sentido?
¿A cuál de vos causó desabrimiento?
¿Quién de vosotros es el ofendido?
A todos procuró de dar contento,
Y cada cual de vos es su querido:
Matais, pero sereis los vencedores
Vosotros de vosotros matadores.

Pues la caterva vil, sucia, bellaca,
Echando mano van á las espadas,
Y con furor que del infierno saca
Entrambas puertas tienen ocupadas:
Finalmente rodean la hamaca,
Y allí le dan crüeles estocadas;
El viéndose herir de golpes fieros
Les dice: ¿por qué es esto, caballeros

Sin armas al armado delincuente
Se levantó con un recio denuedo;
Mas el bando traidor no lo consiente
Apresurando su furor acedo:
Cayó diciendo bien y claramente
Santísimos artículos del credo;
Con esta contricion bien conocida
El Ursúa partió de aquesta vida.

Conclusa la batalla carnicera,
Donde tan gran deshonra se ganaba,
Salieron de la casa todos fuera
A fin de publicar lo que pasaba;
Y el don Fernando, puesta la bandera,
A voces libertad apellidaba:
Despiertan las sinceras voluntades,
Admirados de aquellas novedades.

El buen don Joan de Vargas al momento
A su gobernador iba derecho;
Pero los del traidor atrevimiento
Tambien lo traspasaron por el pecho;
Sin cesar el atroce rompimiento
Hasta que de la tierra hizo lecho,
Adonde el alma hizo despedida
De los peligros grandes desta vida.

Estaban los leales como locos
De frígidos temores ocupados,
Por no saber si son muchos ó pocos
Los malos y crüeles conjurados:
Sonaron pues pregones y convocos
De parte de los duros y obstinados,
Con amenazas en rigor estrecho
A quien dijese mal de lo mal hecho.

Demás desto la gente bandolera
Hizo con atambor echar un bando,
Adonde se mandaba que cualquiera
Tenga por general á don Fernando;
Y se ponga debajo su bandera
Y todos se sujeten á su mando,
So pena que quien lo contradijese
Por la misma razon luego muriese.

Reparten á su gusto los oficios
Los inventores de lo ya contado:
Aguirre, gran autor de maleficios,
Por maese de campo fué nombrado;
Y los demás en otros ejercicios
Segun suele tener campo formado;
Y por este nivel que voy diciendo
Capitán de la guarda fué Salduendo.

Pero puesto que fuesen sus intentos
De mandos y de cargos señalados,
No quiso reparar en nombramientos,
Ni fatiga le dan tales cuidados:
Pues su felicidad y pensamientos
En doña Inés estaban colocados,
La cual en el real no parecia
Ni con escuro ni después de dia.

Estaba con femínea compañía
Aparte y en su rancho recogida,
Al tiempo que el rumor la desengaña
Del sueño de la muerte sucedida:
Huyó con el temor por la montaña,
Desconsolada, triste y afligida;
Tuviera, conocida su querella,
La fiera mas feroz lástima della.

A los espesos bosques se convierte
Diciendo con la voz enflaquecida:
«Pues tal camino va mi mala suerte,
Que es paga justamente merecida,
Aquí satisfará mi breve muerte
Aquella que causó tan larga vida;
No quiera Dios que falsos corazones
Cumplan sus desbonestas pretensiones.

»Despedazarme ha la bestia fiera,
Y en mí se cebará su duro diente
Para que pueda ir á quien me espera,
Que es menos mal que ver tan mala gente.
¿Cómo no lo hicieron de manera
Que fuéramos entrambos juntamente,
Y padeciéramos aquel tormento
Con alguna manera de contento?

»La montaña será mi sepultura,
Y aquí será mí cuerpo consumido,
Hasta quedar no mas que el armadura,
De carniceras aves carcomido.
¡Oh desdichada yo, mas sin ventura
Que cuantas de mujeres han nacido!
¿Adónde estás, mi dulce señor mio?
¿Qué es de tu valentía y de tu brio?

»¿Dó tu disposicion y gentileza?
¿Adónde está tu rostro sin segundo,
Tus bastantes ejemplos de nobleza,
Suave conversar, trato jocundo?
¿Qué corazon mostró tanta dureza
Que tanto bien sacase deste mundo?
Las bestias mas voraces, carniceras,
No fueran tan crüeles ni tan fieras.

»En este tan pesado desatino
¡Oh, quién Alcestes, quien Evadne fuera!
Cumplióse lo que menos me convino,
Y fué para que muchas veces muera;
Y habiendo de ir entrambos un camino
Hubiste de llevar la delantera.
¿Cómo quieres dejar tu regalada
Tan sola, triste y tan desamparada?

»¿A quién podré decir mi desconsuelo?
¿Quién podrá ser aquí mi cierta guia,
Pues que me falta todo lo del suelo?
A vos ocurro yo, virgen María:
Favorecedme vos, reina del cielo,
Doleos vos de mí, señora mia;
Mireme vuestro rostro glorioso
En este trance todo trabajoso.»

Haciendo va paradas á sus trechos,
Que el monte y el desmayo la repara,
Las lástimas de dichos y deshechos
Endurecidas piedras quebrantara:
Dábase con las manos en los pechos,
Apresurados golpes por la cara,
De las mejillas blancas van colores
Que vencen á las mas purpúreas flores.

El resplandor dorado del cabello
Llevaba por los hombros derramado,
Porque cudiciosísimos de vello
Los ramos le quitaron el tocado:
Hacia descubrir el blanco cuello
Entrellos algun aire reportado,
Imaginando ser el tal decoro
Nieve cubierta con madejas de oro.

Entre tanto, Lorenzo de Salduendo
Andaba con algunos de su bando
De los unos y otros inquiriendo,
A hombres y mujeres preguntando,
Por aquí y acullá yendo y viniendo,
Como ventor la caza rastreando:
Por el rocío pues tomó la huella,
Y no paró hasta que dió con ella.

Rastrean los deseos el empresa,
Y el carnicero perro vió la caza;
Mas no llegó ni pudo hacer presa
Que el cebo de sus ojos embaraza:
¡Oh Dios! á doña Inés ¡cuánto le pesa!
Y ansí su bello rostro despedaza:
Salduendo con halagos abundantes
Le decia palabras semejantes:

«Señora doña Inés, no ser locura
Este sobresaltado movimiento
Sabed que solamente lo asegura
Hacello tan cabal entendimiento;
Y si fué con temor de gente dura,
Es no tener de vos conocimiento,
Pues ante don de perfecion tan grande
Ningun rigor habrá que no se ablande.

»Cobrad, señora, vuestro buen sentido
Y no querais dudar en la venida,
Porque sereis del modo que habeis sido
Respetada de todos y servida;
Y en fe de hijodalgo comedido,
Que podeis ir segura de la vida;
Mas antes cuantos somos desde agora
Os obedeceremos por señora.»

Ella le respondió: «señor Salduendo,
Ningun dolor os dé la vida mia,
Porque yo por indicios bien entiendo
Que presto perderá su lozanía:
Solamente mi honor os encomiendo
En virtud de la buena hidalguía;
Pues no me tuvo Ursúa de mal modo,
Y el cómo sabe quien lo sabe todo.

»Yo volveré, señor, de buena gana
Por la seguridad de mi conciencia,
Que pretendo morir como cristiana
Y con mejor recato y advertencia;
Y pues mi muerte veo ya cercana,
Quiero hacer alguna penitencia:
Ciegos son los sentidos del que piensa
A mi gran desventura dar defensa.»

Después que doña Inés esto propuso
A la causa mayor de la revuelta,
Con mil vacilaciones y confuso
Al campo del traidor dieron la vuelta;
Donde segun templanza de buen uso
Allí la recebió la gente suelta:
Holgóse de la ver su compañía,
Que eran honestas dueñas que tenia.

Luego se confesó devotamente
Con doto sacerdote conocido,
Y hizo sepultar incontinente
Con tierno sentimiento su querido:
Deseaba hacello mucha gente,
Pero ninguno fué tan atrevido,
Y en un árbol también de la floresta
Pusieron una letra como esta:

Nobilis Ursua confossi hic ossa quiescunt.
Est alibi vigilans, cura sopita sibi.
Ut sibi consuleret gemitus Agnetis amicæ
Nec lachrymæ prosunt, somnia vana putans.

Ursúa, noble varon
Y capitán señalado,
Aquí yace sepultado
Por aleve y por traicion
De su campo amotinado.

Su adversa fortuna quiso
Que muriese de improviso,
Sin recatarse en su vida
Por no creer el aviso
De doña Inés su querida.

Puestas las cosas pues en este estado,
Tan sin rey y con ley tan insolente
Al término y al dia señalado
Llegó Sancho Pizarro con su gente,
De las maldades hechas descuidado
Como quien era dellas inocente;
Y visto para mal un mal tan ancho,
De veras en callar se llamó Sancho.

Al general de torpes desatinos
Por términos, sin gana, comedidos
Le dijo cómo no halló vecinos
De quien pudiesen bien ser advertidos;
Pero que vió grandísimos caminos
Para la tierra adentro muy seguidos,
Y que por los caminos á sus trechos
Tenian tambos y aposentos hechos.

Seguir estos caminos pretendia
La parte mas crecida desta gente;
Mas el Aguirre los contradecia
Por ser su pensamiento diferente:
Y un fulano Valcázar insistia
En que los prosiguiesen grandemente,
Y hiciesen al rey aquel servicio
Para disculpa deste maleficio.

Esto decia él al don Fernando
Como amigo leal, reprehendiendo
Las duras pretensiones de su bando
Y el hecho que hicieron tan horrendo;
Otros buenos consejos le está dando
Que el miserable ya los va sintiendo,
Y quisiera tomar aquel escudo,
Pero salir con esto nunca pudo.

Porque el Aguirre con sus falsedades
Estaba de la gente muy mas lleno,
Usando grandes liberalidades,
Dándoles de lo suyo y de lo ajeno.
Hecho gran charlatán de necedades
Y fingiéndose ser otro Sileno,
Mostrándoseles hombre de buen pecho
Para poder después hacer su hecho.

El era de pequeña compostura,
Gran cabeza, grandísima viveza,
Pero jamás perversa criatura
Que de razon formó naturaleza:
Todo cautelas, todo maldad pura,
Sin mezcla de virtud ni de nobleza;
Sus palabras, sus tratos, su gobierno
Eran á semejanza del infierno.

Charlatancillo vil algo rehecho,
Sin un olor de buenas propiedades,
La cosa mas sin ser y sin provecho
Que conocieron todas las edades;
Pero nunca jamás se vido pecho
Lleno de tan enormes crüeldades;
Y en tanto grado es esto que toco,
Que después me direis que digo poco.

Fortalecido pues del villanaje
Que prestaba favor á sus intentos,
Hizo desamparar aquel paraje
Menospreciando ya descubrimientos,
Llevando por el rio su viaje,
De do para buscar mantenimientos
La gente descontenta sale fuera
A los pueblos que ven por la ribera.

E yendo con aquel desasosiego
Que suelen engendrar tales furores,
Y los leales pechos en gran fuego
Que causaban las llamas de traidores,
Vieron un pueblo do saltaron luego,
Mas no hallaron ya los moradores:
Allí desembarcaron los caballos,
Y el Aguirre mandó luego matallos.

Sirvieron de sustento los rocines,
Siendo por todos ellos repartidos;
Y en aquellas comarcas y confines,
De madera de cedros escogidos
Hicieron dos muy buenos bergantines,
Dejando los demás allí perdidos:
Aquí también hicieron desatinos
Que de escarnio no fueron menos dignos.

Pues del rey don Felipo blasfemando,
A son de trompas y con gran estruendo
Juraron por su rey al don Fernando,
Que de hacer un hecho tan horrendo
Estaba por ventura ya temblando,
Tan feo disparate conociendo:
Hacen su jura, bésanle la mano,
Y dicen, viva el rey, al mal tirano.

El Valcázar los labios remordia
Y estaba con enojo y furia brava;
Mas como dar remedio no podia,
El intenso dolor disimulaba;
Y como, viva el rey, jamás decia,
El Aguirre, que todo lo notaba,
Procuró que también metiese prenda
En cosa tan bestial y tan horrenda.

Y ansí, viéndolo estar como defunto
Con un esterior triste y amargo,
Mandáronlo llamar, y en ese punto,
Después de le hablar Aguirre largo,
El rey de naipes con los triunfos junto
De justicia mayor le dieron cargo:
La vara le presentan publicando
Que se la daban por el rey Fernando.

Dicho por el perverso Damasipo
Aguirre, principal en el alarde,
Valcázar respondió con santo hipo,
Desechando temores de cobarde:
«La vara tomo yo por don Filipo,
Mi rey y mi señor, á quien Dios guarde,
Mas el varon fiel, leal y fuerte
Después pagó con gloriosa muerte.

Y agora porque el nombre del rey canta
Con determinacion tan atrevida,
Estuvo con cordel á la garganta
Y en grandísimo riesgo de la vida:
Intercesion de muchos se levanta,
Y ansí fué por entonces suspendida
La tal ejecucion, y la malicia
Le quitó luego el cargo de justicia.

Y porque no quedase compañía
Por el Ursúa muy apasionada,
Allí luego mataron á García,
Capitán y persona señalada:
Demás desto juraron aquel dia
De ser hermanos de la vida airada,
Y con solene jura que hacian
Morir unos por otros prometian.

No sé yo cuáles eran los intentos
De los catorce torpes que juraban;
Mas tiene por equívocos acentos
Segun que los efetos declaraban:
Y ansí, por no quebrar los juramentos,
Los unos á los otros se mataban.
¡Oh gente sin razon, caterva ciega!
Y ¿á quién no negará quien su rey niega?

Sonábase tener secreto trato
Chaves y Joan Alonso de la Vanda;
Pero para decillo con recato,
Mi pluma mal cortada y algo blanda
Desea hacer pausa por un rato,
Para ver en qué para su demanda:
Yo también quiero descansar en tanto
Que damos orden al futuro canto.

CANTO CUARTO,

Donde se da razon del mal fin que hubieron todos los conjurados que fueron en la muerte de su gobernador, y cómo Lope de Aguirre se hizo señor de toda la gente con muerte de muchos que tenia por sospechosos y que murmuraban y abominaban de su loca demanda.

Entre falace gente mentirosa,
Poseida de pérfida locura,
Eso me da quien teme que quien osa,
Nunca tiene jamás hora segura:
Ansimismo se hace sospechosa
En el soberbio ver mucha blandura;
Pues suele retraerse el de fe falto
Para poder hacer mejor el salto.

En aqueste consorcio tan perjuro,
Tan sin Dios, tan sin rey como ya digo,
Cada cual se halló menos seguro
Con quien mas se vendia por amigo;
Y entonces caminó con mas escuro
Cuando mas claridad llevó consigo,
Porque ninguna lleva quien mal hace,
Y aun de sí mismo no se satisface.

Aguirre supo pues andar tramando
A Joan Alonso de quitar la vida
A él y al mentecato don Fernando,
Con ambicion que pudo ser creida
De se quedar á solas con el mando,
Y aunque la causa no muy conocida,
A lo menos constó que se quejase
De que Lope de Aguirre lo mandase.

El cual, usando de sus artificios,
Porque menos en él se conociesen,
Haciendo dejacion de sus oficios
Al Joan Alonso hizo que se diesen;
A fin de que por estos beneficios
Se descuidasen y se convenciesen,
Dijo también con parlamento largo
Ser Joan Alonso digno de mas cargo.

El Joan Alonso se les mostró grato
Tomando sobre sí los cargos luego,
Porque con ambicion al insensato
No le fué necesario mucho ruego:
El Aguirre vivia con recato,
Y el dicho Joan Alonso fué tan ciego,
Que sin reguardo de discreto modo
Pensaba suyo ser el campo todo.

Mas un aguja fuerte que tenia
Nunca se le caia de la mano,
Diciendo por allí que la traia
Para cierto carillo mas que hermano:
Joan Alonso, jugando pues un dia
Con otros del jaez el triunfo llano,
Aguirre le cogió con tales mañas,
Que con ella le dió por las entrañas.

Quitóle ya los cargos con la vida;
Y el Chaves, viendo tales embarazos,
Quiso tomar el agua por guarida,
No pudiendo valerse de sus brazos;
Mas gente del traidor apercebida
En ella lo hicieron mil pedazos:
Muertos tenemos dos de los motines,
Los demás no ternán mejores fines.

Viéndose pues con este desembargo
De gente que les era sospechosa,
Al Aguirre volviéronle su cargo
Porque ya no podian otra cosa,
A causa de tener consorcio largo
De gente, segun él facinerosa,
Con la cual so color de buenos fines
Nunca desamparó los bergantines.

Recelándose dél el don Fernando
Y los demás que desta junta fueron,
Deseaban de le quitar el mando
O la vida con él, mas no pudieron:
Cubre sus intenciones este bando
Buscando la sazon que no tuvieron,
Porque Aguirre, que dellos se recela,
Siempre tenia diligente vela.

Al mal Aguirre la noticia vino
Desto que contra él se concertaba
Por Gonzalo Guirál, con ser sobrino
Del Guzmán, porque dél se confiaba;
Pero la confianza del malino
Contra sí saca tiros del aljaba,
Porque permite Dios por sus pecados
Que en la misma moneda sean pagados.

Pues el viaje ciego prosiguiendo,
En cierta isla do paró la gente,
Don Fernando por parte del Salduendo
Al Aguirre mandó públicamente
No vaya doña Inés con el estruendo,
Sino que se le dé lugar decente:
El Aguirre desenfrenó la lengua;
Hablando muchas cosas en su mengua.

Blasfemias increibles va diciendo,
Puesta la fuerte cota y el almete;
Y en altas voces con furor horrendo
Cuyo temor en las entrañas mete,
Dice: «¿dónde se sufre que Salduendo
En mi vejez me haga mandilete?
El y ella se guarden del diablo,
Porque yo mismo soy aquel que hablo.»

Salduendo tales cosas escuchando,
No menos encendido de coraje,
Luego se quejó dél al don Fernando,
Diciendo del Aguirre con ultraje:
¿Dónde se sufre que este tenga mando?
¿Hay necesidad dél en el viaje?
¿Un hombrecillo de los desechados
Nos tiene de tener avasallados?

Aguirre, por tomar mas de mañana
Los pasos á los que eran del concierto,
Entró tras él bien como tigre hircana,
O bien como leon bravo y esperto,
Y atravesólo con la partesana,
Dando luego con él en tierra muerto:
Don Fernando quedó como sin tiento,
Viendo tan infernal atrevimiento.

El Aguirre, por escusar bullicios,
Le dijo: «rey preclaro y escelente,
No juzgues ser áquestos maleficios,
Sino frenos seguros á tu gente:
Que cierto dignos son estos servicios
Deste tu fidelísimo sirviente,
Pues he por ciertas vias descubierto
Haberte de matar quien he yo muerto.»

Notad, letores, la borracheria,
Las tramas, las cautelas, los desinos;
Pues yo no sé si llore ni si ria
Tan enormes y feos desatinos:
So color pues de lo que le decia,
Ensangrentó las playas y caminos
Con Montoya, con Cristóbal Fernandez,
Y otros en su maldad no menos grandes.

En aquesta revuelta tan nociva,
Llena de tan pesados desconciertos,
La bella doña Inés estaba viva,
Aunque ya se contaba con los muertos;
Porque tenia buena retentiva
Del grave sueño de los otros puertos,
Revuelve desventuras en su pecho
Viendo para su mal camino hecho.

Mandóla pues llamar la pestilencia
Mas ella, conmovida de temores,
Hizo como la otra vez ausencia,
Asombrada de ver tales rigores;
Mas Aguirre con suma diligencia
Despachó por su rastro dos traidores,
Mandando que la dejen tan sangrienta
Que parta para Dios á dalle cuenta.

Para caso tan ignominioso
Partieron, como digo, dos lebreles,
Que fueron Alarcon y Joan Llamoso,
Peores mucho mas y mas crüeles;
Pues eclipsan el rostro mas hermoso
Que retrato de Vénus por Apeles;
Mas Dios nos guarde de villano tiesto,
Cuando para maldad viene dispuesto.

Anduvo pues la torpe camarada;
Y siendo por los bosques inquerida,
Hallaron á la malaventurada
Dentro de ciertas matas ascondida:
¡Oh maldad en maldades señalada!
¡Oh cruda crüeldad jamás oida!
¿Qué corazon de fiera tal hubiera
Que de tanta beldad no se doliera?

El hórrido temor en que se halla
Cubrióla luego de sudores frios,
Que bien vió que venian á matalla
La gente de los torpes desafios;
Habló con triste voz á la canalla:
¿En qué os ofendí yo, señores mios?
¿Qué fruto, qué valor, qué bien se saca
De me matar á mí, mujer tan flaca?

Arroyos claros van por las mejillas
Y por hermosos pechos de la dama,
Que puestas por el suelo las rodillas,
Piedad, piedad á voces clama:
El eco va haciendo maravillas,
Con acento que al aire se derrama
Endurecidos robles hace blandos;
Mas no los duros pechos y nefandos.

Las aves por los árboles gemian,
Las fieras en el monte lamentaban,
Las aguas sus discursos detenian,
Los peces en el centro murmuraban;
Los vientos con los sones que hacian
Tan execrado hecho detestaban:
Salió de las cavernas un ruido
Que perdieron de hombres el sentido.

Pues como tal, el pérfido Llamoso
Asiéndola del áureo cabello
(¿Qué haces, ó cruel facineroso?
¿No ves un espectáculo tan bello?),
Al fin con el cuchillo sanguinoso
Cortó las venas de su blanco cuello;
Fuego de San Anton abrase mano
Que pudo hacer hecho tan tirano.

¡Traidor! si tú naciste de mujeres,
¿Qué bestia parió hijo tan nefando?
Y si eres hombre, di, ¿cómo no mueres
Tan enorme traicion imaginando?
Desdichado de tí, que donde fueres
Siempre la soga llevas arrastrando,
Pues la justicia del divino alarde
No deja de llegar, aunque se tarde.

Al fin dos dueñas desta compañia
Hicieron doloroso sentimiento,
Las cuales entre miedo y osadía
Celebraron aquel enterramiento,
Y lo mejor que cada cual podia
Hicieron un humilde monumento,
Donde lloraron estas crüeldades
Dríades, amandríades, nayades.

Y entre lamentaciones y dolores,
Que las piedras movian á blandura,
Cogian violetas, lilios, flores,
Con que cubrieron esta sepultura:
Allí solenizaron ruiseñores
Exequias de tan grande desventura,
Y no faltó también quien escribiese
En los árboles letra que dijese:

Conditur hic lauris præfulgens forma puellæ,
Quam tulit invenem sanguinolenta manus.
Gloria sylvarum est exlinctum cenere corpus,
Ast hominî vivens displicuit facies.

Encubren estos laureles
Aquella que estremo fué
De hermosas y fieles,
A quien sin qué ni por qué
Mataron manos crüeles.

Aquesta montaña esquiva
Se tiene por muy altiva
Con su muerta perfeccion,
Y el animal de razon
No quiso tenella viva.

Ya la feltea luz se despedia,
Y llegados los nublos vaporosos,
El impío traidor que no dormia
Dió fin de tres ó cuatro sospechosos:
Y el torpe don Fernando no sabia
Las muertes ni los trances rigurosos
Por tener tales guardas el inviso
Que ningunos osaron dar aviso.

¿Dormís, Guzmán, en suerte tan siniestra,
Y no veis cómo vela la raposa?
Dormid, que presto llegará la vuestra
Y aun de muchos, segun anda la cosa:
A vos se llega la sangrienta diestra,
Allá camina ya furia rabiosa,
Gran copia van con él de sus alanos,
Ensangrentados piés, brazos y manos.

Entrando por la casa desta suerte,
Comienza de picar la bestia fiera,
Al mas dormido hace que despierte;
Pero su despertar del sueño era
Para dormir el sueño de la muerte,
Con ver el fin que su maldad espera;
Pues otros cuatro de los conjurados
Fueron á dar razon de sus pecados.

Danse voces, gemidos, hay revueltas,
Suena por todas partes duro hierro,
Las furias infernales andan sueltas
Llevando los que van á su destierro:
Un clérigo mataron á las vueltas,
Aunque la bestia dijo que por yerro;
Pero siempre le fueron odiosos
Eclesiásticos y religiosos.

El herido Guzmán salió huyendo,
Cuasi cortadas las vitales vias;
Mas una bala que lo fué siguiendo
Dió fin á sus reales hoberías;
Y el Aguirre, traidor, malo y horrendo,
Hizo y deshizo rey en cuatro dias;
Y agora concluidos estos males,
A su gusto nombró los oficiales.

Por maese de campo fué nombrado
El Martin Perez de la compañía
En la muerte de Ursúa malogrado,
Por capitán á Cristóbal García:
Fué otro capitán Diego Tirado,
Y del ligur Espíndola se fia
Tambien cierto Roberto Vizcaíno,
Todos prendados en su desatino.

Las cosas ya sujetas á su mano,
Y puestas en estado semejante,
Aqueste crudelísimo tirano
Prosiguió sus viajes adelante,
Tomando del vecino mas cercano
Comida que pudiese ser bastante;
Y en un pueblo saltó de la ribera,
Donde la gente toda salió fuera.

Allí quisiera cierta camarada
En matar al traidor ganar corona,
Por ver tan suelta y tan desenfrenada
Aquella crudelísima persona;
Mas Aguirre tomó la madrugada
En ellos empleando la hascona,
O porque sospechó tales conciertos,
O porque le serian descubiertos.

Quedó tan sospechoso de sus males,
Que yendo navegando por el rio
Mató cuantos sentia ser leales,
Y no seguian bien su desvarío:
Mataba de soldados principales
Los que reconoció con algun brio,
Y al tiempo que embarcó las gentes todas,
Un caballero de San Joan de Rodas.

El pobre Pero Alonso se tenia
De sus horribles y espantables sañas,
Porque el Aguirre siempre le decia:
«A Filipo teneis en las entrañas;
Pues, Pero Alonso, muy justo sería
Que perdiésedes ya las malas mañas;
Porque bien os entiendo, y aun espero
Hacer un atambor de vuestro cuero.»

Mas él, como sagaz, aquesto visto,
Como mejor podia lo llevaba,
Y como viejo ya y hombre bien quisto,
De todo desafuero se escusaba:
Al fin que fué servido Jesucristo
Siempre librallo desta fiera brava,
Y aunque varon de brio, donde quiera
Haciase mas manco de lo que era.

Luego hicieron otro maleficio;
Y fué que, por los barcos ir muy llenos,
Alijaron gran copia de servicio,
Todos indios ladinos y muy buenos,
A la disposicion y beneficio
De los caribes indios destos senos;
Llorando van los amos y señores,
Y los indios acá daban clamores.

«¿Adónde nos dejais desamparados
Fuera de nuestras tierras y regiones?
Desta manera suelen ser pagados
Los servicios con malos galardones:
Tened mancilla destos desdichados
Que quedan en terribles confusiones;
Llevadnos hasta ver otras riberas
Que no sean de gentes carniceras.»

Dios sabe lo que cada cual sentia
Con hecho tan crüel y tan malino;
Mas Aguirre de nada se dolia
Siempre con un furor luciferino,
Que toda piedad aborrecia;
Y ansí fué prosiguiendo su camino,
Y por se condoler mató á Palomo,
Y otro quiero nombrar y no sé cómo.

Caminan pues aquestas compañías
Ya sin hacer parada ni reporte,
Sin dar seguridad las tiranías
Al apartado dellas ni al consorte;
Y al cabo de buen número de dias
Las ondas vieron de la mar del norte;
Y creyendo venir siempre por rio
Habia hecho dél grande desvío.

Viendo que por la mar van navegando,
Por agua dulce daban todos grita;
Mas el salso licor iban cortando,
Y ansí pesada sed los hecesita
Ir con velas y remos demandando
La tierra de la isla Margarita,
Donde con estas penas y porfías
Tardaron en llegar catorce dias.

Acercándose va mala vulpeja
Al rancho descuidado y al cordero,
Primero la verán en piel de oveja,
Después un falso lobo carnicero:
¡Oh cuán gran tempestad se le apareja,
Cuánta calamidad y desafuero
Al pueblo y á la tierra circunstante
De tan acerbos males ignorante!

Antes pues que saltasen en el puerto,
Por los ministros de piedad ajenos
El buen Sancho Pizarro quedó muerto,
Valcazar y Guiral ni mas ni menos.
Pagó á Güiral habelle descubierto
Conjuros contra él, aunque no llenos,
Otros cuatro mataron juntamente
Por ser al malo sospechosa gente.

Ansímismo mandó la bestia fiera
Que vivo Pero Alonso no quedase,
Mas el ejecutor crüel espera
A que con mas rigor se lo mandase;
Ordenándolo Dios de tal manera
Que para mal de Aguirre se guardase,
Porque viendo sazon y coyuntura
Procuró buscar tierra mas segura.

Pues lleno de temores y confuso,
Una noche haciendo centinela
A poner mar en medio se dispuso
En una muy pequeña canouela,
Con un indio maestro de aquel uso
Que á tierra lo llevó de Venezuela
Y en el pequeño palo mal cavado
Se vido muchas veces anegado.

Con mas seguridad del mar se fia
Que de estar entre gente tan maldita,
Y el riesgo de la mar en que se vía
El otro no menor le facilita,
Huyendo del traidor al quinto dia
Después que ya tomó la Margarita,
Donde por os contar cosas de espanto
Conviene que hagamos nuevo canto.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta cómo Aguirre entró en la isla Margarita, prendió al gobernador y principales, y las grandes crueldades que usó el tiempo que allí estuvo.

Aquel que de gobierno tiene mano
No cumple que se crea de lijero,
Porque no todos tienen pecho sano,
Ni cuanto dicen sale verdadero:
Guárdese del que tiene mas cercano,
Y mucho mas y mas del estranjero,
Pues debajo de sanas aparencias
Suelen venir cubiertas pestilencias.

Y suelen encarnar en el inerte
Que mal inconvinientes asegura;
Y si se recatara desta suerte
Quien tenia la tal judicatura,
Por ventura huyera de la muerte
Y su pueblo de tanta desventura,
Como le sucedió de la llegada
De gente tan bestial y desalmada.

Era perpetua gobernadora
Desta isla do va furia rabiosa,
Aquella nobilísima señora
Doña Aldonza Manrique, generosa,
De mucho mas honor merecedora
Y para gobernar mas alta cosa;
Tenia pues entonces el gobierno
Don Joan de Villandrando su buen yerno.

Para tomar Aguirre pues el puerto
Haciales el tiempo diferente;
Mas los autores deste desconcierto
Echaron do pudieron cierta gente:
El mal que malos tienen encubierto
Mal lo puede hacer el inocente;
Pero no convenia ser ajeno
De cautelosos trances cualquier bueno.

Salió por adalid Diego Tirado
De los soldados que salieron fuera,
A quien si horcas vieran estirado
Ninguna sin justicia se hiciera:
Al buen gobernador dió su recado
Haciendo relacion no verdadera;
Pues á su salvo pudo dar aviso,
Mas este mal cristiano nunca quiso.

Dada la relacion de su venida
Con el premeditado fingimiento,
Y declarando ser gente perdida
Falta de agua y falta de sustento;
Pidióle proveyesen de comida,
Prometiendo pagar á su contento
En preseas que mas á gusto fuesen,
Y algunas les mostró porque las viesen.

Diciendo, que harán matalotaje
De aquello que les fuese conviniente,
Porque ya por estar en buen paraje
Se querian partir incontinente,
En continuacion de su viaje
Hasta Nombre de Dios derechamente;
Pues en Pirú los mas dejaban prendas,
Repartimientos, casas y haciendas.

Como gentes allí son enseñadas
A socorrer paupérrimos soldados
Que de descubrimientos y de entradas
Suelen llegar allí desbaratados;
Todos se convidaron con posadas,
Diciendo que serán agasajados
El señor capitán y compañía
Con toda la posible cortesía.

Y ansí luego don Joan con buen semblante
Subió con los alcaldes á caballo,
Por traer al Aguirre por delante
Para servillo mas y regalallo;
Mantenimiento llevan abundante.
Sin consentir vendello ni comprallo:
Via la perdicion que se seguia,
Y el maldito Sinon nada decia.

Entre tanto que Milo revolvia
A dar cuenta de los engaños hechos,
Desembarcó la mala compañía,
Ascondidas las armas y pertrechos;
Porque toda la gente que venia
Asegurase mas sus buenos pechos,
Llegóse pues en desastrada hora
Esta gente leal á la traidora.

Con gran urbanidad hablan con ellos
Manifestando sanas intenciones:
Aguirre se holgó mucho de vellos,
Mas no para dar justos galardones;
Pues luego hizo señas de prendellos
A sus descomedidos marañones
Y como de los tales no se esquivan
Fácilmente prendieron cuantos iban.

Al pueblo parten luego los traidores,
A su Dios y á su rey falsos perjuros,
Hiciéronse de todos posesores
Inquietando todos los seguros.
No os confieis ansí, gobernadores,
A quien cumple mirar males futuros,
Y es bien en las provincias apartadas
Que vivan las justicias recatadas.

Aguirre va mostrando su braveza
Mala, crüel, bestial, tonta, beoda,
Por toda parte cunde su vileza
Los lugares mas limpios mas enloda.
Tomó las llaves de la fortaleza,
Señor se hizo de la isla toda,
Mandó poner en ella con prisiones
Al don Joan y á mujeres y varones.

A este sin ventura caballero
Con áspera prision le hizo pago,
Y en los demás el lobo carnicero
Cada dia hacia gran estrago:
Debió ser engendrado de Cerbero
Y en las tormentas del averno lago;
Segun que de piedad tuvo penuria,
Su madre debia ser alguna furia.

Al tiempo destos torpes desatinos,
En la provincia de Maracapana
Estaba frai Francisco Montesinos
Con cien hombres de gente baquiana,
Debajo pretensiones y desinos
De ir á la conquista de Guayana;
Y como tales cosas inquiria
Aguirre supo desta compañía.

Este traidor feroz y diligente,
En la bestialidad de su porfía,
Deseaba juntar aquella gente
Con la demás traidora que tenia,
Y señaló por hombre suficiente
Para hablalles á Martin Monguía,
El cual fué por la mar adonde estaba
Con cartas del tirano que llevaba.

Monguía, que se vido con soltura
Y en alta mar con velas y con remos,
A diez que lleva dijo: « gran locura
Será, señores mios, si volvemos:
Pues es modo bestial y maldad pura
La vida y el camino que traemos.»
Parecióles su dicho nada feo
Por ser aqueste mismo su deseo.

Llegó Monguía pues muy diferente
Del traidor mandamiento que llevaba,
Y al fraile Montesinos y á su gente
Dió luego cuenta de lo que pasaba:
Tambien le dió con un cierto presente
La carta del tirano que llevaba
Tan loca, tan bestial, tan atrevida,
Que fué de todos ellos bien reida.

Todos los mas enormes desatinos
Parece que en su carta los abarca,
Porque promete dones peregrinos
Y al fraile de bacello patriarca;
Mas no fué *mentis inops* Montesinos,
Por ser como lo es hombre de marca,
Y ansí luego curó probar la mano
En dalle sobresaltos al tirano.

Tenia con la gente mal avío
Para bien ofender tales guerreros,
Mas hizo recoger en un navío
Los unos y los otros compañeros:
Metieron ansimismo de buen brío
Algunos indios muy buenos flecheros,
Y así partió desde Maracapana
Para la Margarita que es cercana.

Aguirre gran contento recebia
Cuando deste navío vió la frente,
Teniendo por muy cierto ser Monguía
Y el fraile que venia con su gente:
Llegó la nao pues donde queria,
Y echó fuera los indios prestamente,
Acudieron á su recebimiento
Frustrados de su loco pensamiento.

Pues los indios con flechas herboladas
Comenzaron allí su duro juego
Con dos, ó tres, ó cuatro rociadas,
A las ondas del mar huyendo luego;
Do no los alcanzaban las espadas
Ni podian dañar tiros de fuego,
Y dado salutífero rocío
A nado se volvian al navío.

Desde el cual la caterva de Monguía
Hablando con la gente del tirano
Con levantadas voces le decia:
«Desamparad aquese mal cristiano,
Huid abominable compañía,
A la bestia crüel dalde de mano,
Dejad á tan perversa criatura
Y cesen los estremos de locura.»

Aguirre, como se halló burlado,
De manos y de piés vuelve hiriendo,
Y con furores de endemoniado,
Que tal estaba él segun entiendo,
Maldice cielo y tierra y lo criado,
Aca y allá la cara revolviendo,
Lanzando vivo fuego por los ojos
Por ver donde descargue sus enojos.

Diciendo: «¡Quién cogiera la persona
De aquel reverendísimo soldado
Para poder hacelle la corona
Con bracamarte fino y amolado!
Fraile hecho ministro de Belona,
Monguía hecho fraile y ordenado.
¡Oh mal traidor, ladron, facineroso!
¿Tan presto te tornaste religioso?

»¡Oh sucios fugitivos como ciervos!
Huélgome que seamos arrieros,
Estended bien los encogidos niervos,
Que yo recogeré vuestros gargueros;
Porque de vuestras carnes coman cuervos,
Y en las cabezas crien avisperos.
¡Locos, tontillos, vanos y livianos!
Y ¿pensais escaparos de mis manos?

»Aunque el traidor Monguía se remonte,
Acá quedan espíritus malinos
Que sabrán dó fijais el horizonte,
Cuáles sendas llevais y qué caminos.
Descubrirán las matas en el monte
A los que se tornaron montesinos,
Que el mejor de vosotros es mas malo,
Y así do quier que vais hay soga y palo.»

El fraile, como vido tanta gente
De parte la tirana competencia,
Con arcabucería tan potente
Que resistiera muy mayor potencia,
Determinó partir incontinente
A dar razon á la real audiencia
De la Española, donde ya sabia
Que el ínclito Cepeda presidia:

En estas partes hombre señalado,
Por ser en sus gobiernos escelente,
Varon en todas ciencias estremado,
No con menos estremos de valiente
El cual con su valor acostumbrado,
Habida relacion del delincuente,
Por ir á castigar tan malos hechos
Convocó gentes y juntó pertrechos.

Fué brevemente gente recogida,
Todos á voluntad de quien los lleva;
Mas al tiempo que estaban de partida,
A la real audiencia vino nueva
Cómo la muy crüel y mala vida
En muerte semejante hizo prueba;
Y pues ya se quedó Joan de Cepeda,
Volvamos al Aguirre donde queda.

El cual desde la mar volvió bramando;
Lanzando por los ojos vivo fuego
Al triste pueblo vino, y en llegando
A los presos alcaldes mató luego;
Y entre ellos al dón Joan de Villandrando,
Sin se vencer de lástima ni ruego:
Otros mató también, y otros espanta
Con sogas y cordel á la garganta.

Vereis temblar mujeres y varones
Viendo de desventura tal amago,
Y tan encarnizadas sin razones
Que turcos no hicieran mas estrago:
Noches y dias hay lamentaciones,
Ojos de cada cual hechos un lago,
Y por estos crüeles pareceres,
Ansimismo pasaban las mujeres.

Ejemplo puede ser la sin ventura
Ana de Rojas, que ninguno fuera
Tan torpe ni tan mala criatura,
Que todo buen respeto no tuviera
A su belleza, gracia y hermosura,
Sino quien tan bestial y malo era:
Aqueste la miraba de mal ojo,
E yo diré la causa del enojo.

Huia con la mas gente traidora
El alférez mayor dicho Villena,
Huésped para su mal desta señora,
Que sin lo merecer llevó la pena.
Este para huir halló su hora
Por no le parecer tal vida buena:
A ella, que temblo des que lo vido,
Aguirre pidió cuenta del huido.

Ella como podia se escusaba,
Amortiguados róseos colores,
Que ya parece ser adevinaba
El fin á que venian los traidores:
Hincada de rodillas les rogaba
No descarguen en ella sus furores;
Mas el protervo, sobre malos malo,
Mandó que se la pongan en un palo.

Acude la vil gente que traia,
Fácil á todos vientos y mudable,
Colgáronla del arte que decia,
Sin haber quien le ruegue ni le hable:
Llegados pues, el arcabucería
Descarga en la triste miserable.
¡Anatematizados sean pechos
Que concibieron tan enormes hechos!

¡Bajo, bestial, crüel y vil alarde,
Villanaje soez mas que villano!
¿Es posible que tanto furor arde
En detestable corazon humano?
Pero Dios me defienda, libre y guarde
De quien él ha dejado de su mano;
Pues lo mas malo juzga por facecia,
Y todo bien pospone y menosprecia.

Al fin la muy querida y regalada,
Que solia burlar del mal vestido,
A cuya devocion la mas honrada
Y el mas cabal estaba convertido,
¡Oh secretos de Dios! vereis ahorcada.
Dolor inmenso para quien la vido
Otro tiempo gozar pomposa vida,
Viendo su muerte ser tan abatida.

Vereis dolorosísimo gemido
Por toda la familia que tenia:
Lloran los hijos, llora su marido,
Que ternísimamente la queria,
Y el lobo carnicero que lo vido
Dijo: «pues vos tenedle compañía,
Que cuando dos personas bien se quieren
Gran contento les es si juntos mueren.»

Tumulto de demonios inhumano,
De Dios y de su rey mal enemigo,
Poco tardaron en echalle mano
Sin otra causa mas de la que digo;
Y al viejo grave, trepidante, cano,
En los descubrimientos mas antiguo,
Le cortaron el hilo de la vida
A fin de que buscase su querida.

Demás de muchas muertes de cristianos
Asoló casas, destruyó haciendas,
Y murió Martin Perez á sus manos,
Que contra él soltaba ya las riendas:
Hizo matar tres frailes franciscanos
Por hacelles á todos meter prendas;
Y ganaron con él aquesta loa
Un viejo Paniagua y Figueroa.

Fray Andrés de Valdés, mi buen amigo,
No se libró de los mortales daños,
Pues uno fué de tres frailes que digo
Cargado de vejez y largos años,
De pobres peregrinos gran abrigo,
Ajeno de cautelas y de engaños,
Y ansí dolió su mal acabamiento
Sin osarse mostrar el sentimiento.

Como vuelta del fraile recelaba
Que le decian ir por mas potencia,
Barcos y bergantines aprestaba
Con gran solicitud y diligencia;
Y el miserable pueblo deseaba
Ver fuera tan terrible pestilencia,
Pues nadie tuvo de su salvamento
Seguridad un punto ni momento.

Segun el que condenan á que muera,
Que el resto del vivir en Dios convierte,
Y está todos momentos en espera
De las ejecuciones de la muerte;
Con tal inquietud vivió cualquiera
En tanto que duró tan mala suerte:
Al comer, al dormir, bajos y altos
Estaban con trescientos sobresaltos.

Porque veais las cosas cómo andan
Donde las tiranías prevalecen,
Y á cuántas desvergüenzas se desmandan
Los que con tales fiebres adolecen:
¡Oh, felices las tierras donde mandan
Reyes, y santas leyes se obedecen,
Que cierto la tal es en esta vida
Dádiva santa mal agradecida!

Pues el bestial con un sangriento hipo,
De la sed infernal nada distinto,
Escribió cartas á su rey Filipo,
Hijo del invencible Carlos quinto:
No con la discrecion del sabio Edipo,
Pues por disparatadas no las pinto,
Razones emanadas de su saco
Y charlatanerías de bellaco.

Después que con aplausos y gran grita
Sacaron sus secuaces mil traslados,
Para sus bergantines los incita
Do luego se metieron los soldados;
Y en esto dejaré la Margarita
Y á todos sus vecinos asolados:
El mas rico tan pobre mendicante,
Que no se vido cosa semejante.

Los unos y los otros lamentaban
Porque cosa que preste no les queda,
Y los mas remediados mas estaban
En lo mas abatido de la rueda:
Entre ellos finalmente se trataban
Pedazuelos de hierro por moneda,
Ansí que los desechos de rincones
Entonces fueron los preciados dones.

Mas el sumo Señor de tierra y cielo
Remedió sus trabajos y pobreza,
Con envialles luego su consuelo
Y descubrir allí suma riqueza
De perlas, que, segun yo lo nivelo,
Deben de ser en muy mayor grandeza
Que en el tiempo que tengo declarado
En otra parte deste mi tratado.

Ya por aquellos mares comarcanos
Melchior Maldonado mete prendas,
Diego Nuñez Beltrán y sus hermanos
Entablan potentísimas haciendas:
El mariscal Miguel de Castellanos
A la fortuna tiene por las riendas,
Y otros siguen también prósperos lances
Y don Luis de Leiva los alcances.

Resucita la gala y el arreo
Y toda cobardía se destierra,
Tornado ha la justa y el torneo,
Soldados y pertrechos para guerra:
Hágales Dios el bien que yo deseo,
Que cierto quiero bien aquella tierra,
Pues por allí gasté mi primavera
Y allí tengo también quien bien me quiera.

Pero dejémoslos meter las manos
En aquellos riquísimos ostiales,
Sacando de las conchas bellos granos
De perlas trasparentes orientales;
Pues quiero perseguir estos tiranos
Por ver en qué pararon tantos males,
Y porque los letores tengan cebo
Acabarémoslos con canto nuevo.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Lope de Aguirre salió de la isla Margarita y con por Burburata, pueblo de la costa, la tierra adentro hasta la nue Valencia, con otras cosas que acaecieron antes de su vencimiento.

Ansí como tumulto de répente
Es causa de confusas turbaciones,
Ansí si venidero mal se siente
Lo hacen menos buenas prevenciones,
Donde cada cual anda diligente
Antes que lleguen las ejecuciones
Como tiro que vistes venir claro
Que procurais hacelle buen reparo.

Fueran pues por la gente marañona
Los pueblos de la costa destruidos,
Si por el que mi verso ya pregona
No fueran con aviso socorridos;
Pero por la bondad desta persona
Vivian todos ellos advertidos,
Estaban vigilantes donde quiera,
Y el Pero Alonso y ellos en espera.

Al tiempo pues que del leon nemeo
El padre de Faeton se despedia,
Y del ilustre resplandor febeo
Imagen de la Virgen se vestia;
Aguirré lleno de su mal deseo
Partió con su dañada compañía,
Traidora, desleal, falsa, perjura,
Y siempre pertinaz en su locura.

En cuál de dos caminos se desvela:
O irse por la mar mas adelante,
O por la tierra desde Venezuela
Ir al reino que está poco distante:
Y á escoger el Cabo de la Vela,
Hacia su partido mas pujante;
Porque tomara copia de dineros,
Navíos y con ellos marineros.

Fué negocio de muy mucha importancia
Para quien en la costa residia,
Por haber por allí gran abundancia
De vagabundos y gente baldía:
Y estos acuden á la mas ganancia
Sin saber el fiel de quien se fia,
Por ser ansí de malos cómo buenos
Malos de conocer pechos ajenos.

Y aunque es cierto que no prevaleciera,
O muerto de los suyos ó de estraños,
Primero que en tal punto se pusiera
Hiciera por la costa grandes daños;
Mas Dios lo proveyó de tal manera
Que presto fenecieron sus engaños,
Pues en las elecciones del camino
Escogió lo que menos le convino.

Llegó con sus soldados al paraje
De la Burburata, y el armada
Quiere que por allí haga viaje
A este nuevo reino de Granada:
Saltan en tierra, hacen homenaje
De llevar adelante su jornada,
Derribando contrarios estandartes
Hasta señorear indianas partes.

Como de los pasados desatinos
Y la ferocidad de su venida
Estaban avisados los vecinos,
Los piés pusieron todos en huida:
Por pueblos, valles, sendas y caminos
Se daba grande trueno y estampida,
La fama publicaba nada menos,
Antes los mas vacios hizo llenos.

Los nublados llegaban muy escuros
Y con preñeces grandes los efetos,
Eran de recelar males futuros
Y así los recelaban los discretos:
Sobresaltábanse los mas seguros,
Perdian el sosiego los quietos,
Y en breve fué la nueva derramada
Por este nuevo reino de Granada.

Es la ciudad de Mérida postrera,
Do el dicho nuevo reino se termina,
En saber tales nuevas la primera,
Y la que por acá las encamina:
De la dicha ciudad entonces era
Capitan Pero Bravo de Molina,
Cuyo valor, esfuerzo y fuerte mano
Deseaba dar fin del mal tirano.

Estando pues el Bravo con denuedo
De ir á resistir á los traidores,
Habló luego con Trejo y con Sanzedo,
Soldados arriscados, guerreadores,
Y díjoles: «pospuesto todo miedo,
Estas cartas llevad á los oidores
Porque nos va, señores, en la ida
Las honras, las haciendas y la vida.

»Acordaos que sois de nacimiento
De padres buenos, nobles y leales,
Y que cosas que fueren de momento
No conviene fiar sino de tales:
Camino es de gran desabrimiento,
Mas facil para hombres tan cabales,
Cuyo valor, soltura y lijereza
Sabrán bien allanar el aspereza.»

Ellos le respondieron: «bien sentimos
El grandísimo riesgo que corremos;
Pero para servir al rey nacimos,
Y en su real servicio moriremos.
Desde este punto nos apercebimos,
Y el curso que mandais abreviaremos.»
Agradecióles Bravo la respuesta,
Por ser tan comedida y tan modesta.

Aderezáronse las buenas guias
Y atravesando van prolija sierra:
Allanan tropezones, valentías,
Sin les poner temor indios de guerra;
Al fin en breve número de dias
Llegaron do de paz era la tierra,
Y luego con la misma diligencia
Las cartas presentaron en audiencia.

Tuvieron esta nueva por aceda,
Y, segun el sonido, por gran plaga,
Francisco de Villafañe y Grajeda,
Y el buen Melchior Perez de Arteaga,
A quien entre los buenos desta rueda
Deseo que mi pluma satisfaga;
Mas aunque sean los loores buenos
Lo mas que se dijere será menos.

Despedidos aquestos mensajeros,
El bravo capitán y cortesano
A gran priesa juntó los compañeros
Que tenia sujetos á su mano,
Con deseo de ser de los primeros
En quebrantar las fuerzas del tirano:
Llegáronse pues veinte valerosos,
No menos del empresa codiciosos.

El uno dellos fué Joan de Morales,
Pedro Gaviria, Márquez y Reinoso,
Rueda y Luna, personas principales,
Caravajal, mancebo valeroso,
Peresteban Cerrada y otros tales,
Fuertes en cualquier trance riguroso;
Esteban Sanchez Albarracin era
Deseoso de ir en la bandera.

Al cual por ser un mozo desbarbado
Le mandó el capitán que se quedase;
Porque por ser lugar recién poblado
Habia de quedar quien lo guardase;
El caballo tenia ya ensillado
Y mandóle que lo desensillase;
Mas él sin respetar mando ni ruego
Encima del caballo saltó luego,

Diciendo: «yo también tengo dos manos
Y tan amigas de sus pareceres,
Que quieren mas alancear tiranos
Que quedarse por guarda de mujeres;
Y allí vereis si son golpes livianos
O mis puntas picadas de alfileres.»
Holgóse Bravo de lo que decia,
Y de llevar tan buena compañía.

Caminaba las noches y los dias
Doblando muchas veces las jornadas,
Con deseo de ver las valentías
Que decian las gentes asombradas,
Encareciéndole ser compañías
En terribles encuentros muy usadas,
Por ser el vencedor en mas tenido
Cuanto mas es la fuerza del vencido.

No quiere descansar ociosa hora,
Ni la tiene su via prosiguiendo;
Si pasando los rios se demora,
Parece que se estaba deshaciendo;
Pero dejallo hemos por agora
A nuestro nuevo reino revolviendo,
El cual de tales nuevas y recado
Andaba todo muy alborotado.

El caso requeria diligencia,
Porque descuido fuera temerario,
Y así los tres oidores del audiencia
Proveyeron el orden necesario.
Hacen hacer de gentes aparencia
Poniéndolas en listas y sumario,
Nombrando para tales ordenanzas
Hombres dignos de tales confianzas.

Por general de todos fué nombrado,
Bastantísimo para la jornada,
El ínclito señor adelantado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Que como general ejercitado
La nombradía fué bien empleada,
Como quien siempre tuvo por oficio
Aventajarse en el real servicio.

Fué Gonzalo Súarez señalado
Por capitán de gente de á caballo,
Hombre bastante diestro y esforzado,
Leal y fidelísimo vasallo.
En itálicas guerras es cursado,
Y aunque sus hechos de presente callo,
Cuando se trate deste reino nuevo
Cumpliré, Dios mediante, lo que debo.

Insigne capitán de infantería
Fué Gregorio Súarez el de Deza,
Que segun su valor y valentía
Donde quiera pudiera ser cabeza.
Con tal presteza cual se requeria
Las cosas necesarias adereza
Diciendo: «vida con honor adquiere
Aquel que por servir á su rey muere.»

Al viejo Garci Arias Maldonado
Otra capitanía se comete,
El cual de nuevas fuerzas alentado
A las soberbias armas arremete.
Y así como diestrísimo soldado
Salió luego con pica y coselete,
Diciendo con briosísimos ardores,
Viva el rey, viva el rey, mueran traidores.

Acuden pues á la real bandera
Una gran lealtad con desengaño
De hombres tan cabales, que cualquiera
Pudiera deshacer pérfido daño:
Pero García Ruiz, que alcalde era,
El buen Miguel Holguin, Joan de Avendaño;
Sigue con gran valor leal desino
Bartolomé Camacho y Pero Niño.

Un Diego Montañés acudió luego,
Paredes Calderon y otro Paredes,
Y aquel claro Rincon llamado Diego
Por á Velaudia pluma que bien puedes,
Y á Rodrigo Süarez Savariego,
Pues son varones dignos de mercedes,
Y á Miguel Sanchez, Joan Rodriguez Parra
Cada cual de su rey fiel amarra.

Cuando gente por Tunja se hacia
De la que nunca supo ser ociosa,
La clara Santa Fe menos dormia,
Que cierto la tenia valerosa.
Y ansí de fortaleza y bizarría
Nunca jamás se vido mejor rosa:
Lucidas armas, jóvenes galanes,
Insignes y admirables capitanes.

Ondean los penachos, lucen mallas,
Convocan los soldados á bandera
Céspedes y los dos viejos Olallas,
Y aquel fuerte varon Joan de Ribera:
Usados á rencuentros y batallas
Y escelentes varones donde quiera,
Siendo también ignales al socorro
Los capitanes Orejuela y Zorro.

No quiso libertarse de las bregas,
Antes á ellas mas se determina,
El que hoy es mariscal Fernán Vanegas,
Lanchero y Andrés Vazquez de Molina.
Las nuevas que venian eran ciegas,
Porque la nueva cuanto mas camina
Tanto mayor se hace por do pasa,
Sin señalalle término ni tasa.

Esperábase pues el duro Marte
Por todos estos hombres principales,
Nombrando cada cual en su estandarte
Ministros necesarios y oficiales;
Y con seguridad en toda parte
De gentes sanas, buenas y leales,
Porque el olor de cosa diferente
Aqueste nuevo reino no consiente.

Es demás desto grande su aspereza
Y sus defensas bien acomodadas,
Por las fortalecer naturaleza
De peñoles y sierras levantadas;
Inespugnable es la fortaleza
De que son rodeadas sus entradas,
Pues ya sea peon, ya caballero,
Ha de venir á él por contadero.

No criara tirano furibundo
Ni leña de que salga tal candela,
Aquí no hay quien ande vagabundo
Ni junta de baldíos que mal huela:
Si le llamais ciudad al nuevo mundo,
Llamad á este alcázar que la vela,
Pues será de traicion y vida ancha
Para siempre jamás libre de mancha.

Esto se mostrará por esperiencia
Agora y en los siglos venideros,
Pues no menos será la descendencia
Que fué la lealtad de los primeros:
En servir á su rey gran advertencia,
Eso me da mestizos que herederos;
Y el que pensare ver contrario efeto
Digamos ser inicuo su conceto.

Estando pues el reino de manera
Que Aguirre no hallara mal recado,
Monroy trajo la nueva cómo era
El y su gente ya desbaratado;
Y ansí quiero volver donde me espera
A contar el rencuentro deseado;
Y para rematallo con mas gusto
Haremos del injusto canto justo.

CANTO SETIMO,

Donde se trata del vencimiento de Lope de Aguirre, la justicia que y otros se hizo, con el cual se remata asimismo esta historia, y primera parte de las elegías.

Quien á delitos feos se desmanda,
Lo que tiene por claro le es escuro,
Y aquello que juzgó por cosa blanda
Se le tornó rigor crüel y duro;
Porque quien cerca del peligro anda
Riesgo notorio toma por seguro;
Y es cierto que quien malos pasos trae
Hace lazos y hoyos en que cae.

Ansí donde pensaban los tiranos
Hacer de mas potencia su partido,
Allí hallaron belicosas manos
Fiel consorcio, fuerte y escogido,
Que dieron fin á hechos inhumanos
Y al desinio bestial desvanecido,
Aunque se castigaron los traidores
Con harta mas modestia que rigores.

Pues cuando se tomó Burburuata,
Que estaba como dije sin gentío,
La gente desleal de quien se trata
Tomaron en sus puertos un navío,
No con copia de oro ni de plata,
Porque de vinos era su cargufo;
Pero tomaron buena artillería,
Cosa que muy al caso le hacia.

Acostumbrando siempre las usadas
Insolentes y feas crüeldades,
Aguirre mató dos á puñaladas
Por no querer seguir sus vanidades:
Andaban desvergüenzas derramadas,
Muy estendidas deshonestidades
Con algunas mujeres afligidas
Que estaban por los montes ascondidas.

Para poder pues ir á los lugares,
Cuyos robos y sacos pretendia,
Tomaron muchas bestias caballares
En que poder llevar artillería;
Quemaron casas, huertas y lugares
Y cuanto por delante se ponia;
Y con este rigor sin resistencia
Llegaron al lugar de la Valencia.

Entraron las soberbias compañías
Tirando por las calles tiros vanos,
Por estar de vecinos ya vacías,
Y ellos y sus mujeres muy lejanos.
Mas no sé por qué tratos ó qué vías
Cayó don Julian entre sus manos,
Y fué de su desgracia lo mas negro
Prendelle la mujer y suegra y suegro.

Allí buscó también quien se escapase
Pedrarias no queriendo mas seguillo,
Y al Julian mandó se lo buscase
Y diese orden para descubrillo,
Si acaso no queria que pasase
La mujer y los hijos á cuchillo;
Y como sú decir era hacello
Buena maña se dió para prendello.

El pobre que se vido prisionero,
Hincado de rodillas le decia,
Que pues era leal y caballero
Huyese de hacer tal villanía,
En entregar al lobo carnicero
Oveja que de tanto mal huia;
Y pues buscaba buenos y leales
Fuese favorecido de los tales.

Y respondióle: «yo, señor, me muevo
A hacer fealdad que no quisiera,
Mas hacer lo contrario no me atrevo
Por tener en rehén mi compañera:
Y bien entendereis que, si no os llevo,
La despedazará la bestia fiera;
Será pues muy menor inconviniente
Morir vos solo que morir mi gente.»

Teniendo pues Pedrarias conocida
La voluntad contraria de su ruego,
Le dijo : «No peneis en mi partida,
Si con ella pensais ganar el juego.
El me ha de quitar allá la vida;
Mejor será que vos me mateis luego,
Llevalde mi cabeza por agora :
Quizá libertareis esa señora.»

Por la causa que tengo ya contada,
Era de lo llevar codicia tanta,
Que luego con los filos del espada
Comenzó de cortalle la garganta.
Mas como vido sangre derramada
La furia de su brazo se quebranta,
Y al miserable con sangrienta mano
Llevó sobre sus hombros al tirano.

Al maestro mayor del desconcierto
La víctima ya dicha se presenta,
Y por le parecer que estaba muerto
De la venganza hizo poca cuenta :
Curaronlo después con tal concierto
Que se pudo librar de la tormenta
De la canalla vil y mal tirano,
Y á este reino vino bueno y sano.

Puestos pues los vecinos en aprieto
Ausentes de sus casas y en huida,
A la ciudad de Baraquecineto
El campo del traidor hizo partida,
De cosas necesarias al efeto
Toda su gente bien apercebida;
Y la gente leal también se llega
Y para su defensa se congrega.

En este territorio ya contado
Y poblaciones que le son sujetas
Era gobernador Pablo Collado,
A quien llamaba yo Pablo Faldetas,
Por ser un hombre mal ejercitado
Entre los atambores y trompetas,
El cual andaba, ya vista la cosa,
Para poner los piés en polvorosa.

Mas entendida ya por trujamanes
La fuerza de contrarios estandartes,
Acudiéronle luego capitanes
Ejercitados en guerreras artes,
Que recelando vueltas y desmanes
Dejaron las temencias de sus partes
Vino de los primeros con su seña
El mariscal Gutierre de la Peña.

Anduvo Terepaima luego listo
Recogiendo gran copia de valientes
Y como principal y mas bien quisto
Determinó hablar á los presentes :
«Buenos amigos mios, habeis visto
En cuán poco nos tienen estas gentes;
Y cómo cuatro gatos entran dentro
Sin recelar zozobra ni rencuentro.

»Paréceme ser justo que se prendan
Estos atrevidísimos cristianos,
Sin que se dé lugar á que desciendan
De nuestras altas sierras á los llanos,
Para que todos ellos comprehendan
Cómo también acá tenemos manos;
Que la ventaja ya la vemos presta,
Pues tenemos las piedras y la cuesta.

»Ya veis á Joan Rodriguez dónde asoma
Con siete meconies ó vasallos;
Mas yo le haré presto que no coma
Ni le valgan los piés de sus caballos :
Dejémoslo llegar bajo la loma
Para poder mejor señorearlos;
Espías en lo alto para vellos,
Y al tiempo de bajar demos en ellos.»

De la suerte que veis se concertaron
Robusta juventud y los de canas,
Y aquel término todo rodearon
Con flechas, dardos, piedras y macanas.
Los nuestros a la loma se llegaron
Sin recelo de gentes comarcanas:
Pasan por ella pues, y en descendiendo
El mundo se hundia con estruendo.

De parte donde estaban ascondidos
Salen con gran furor compañas largas,
Dan saltos, gritos, voces y bramidos,
Flechas, piedras y tiros van á cargas:
En piernas, pechos, rostros son heridos,
Sin poder reparár con las adargas;
Si por aquí no hay reparo cierto,
Por acullá les dan en descubierto.

Ansí como por tiempos acontece
Con la fuerza del austro proceloso,
Que el aire se condensa y escurece
Formándose ruído temeroso,
Y con aquel ruído luego crece
El áspero granizo riguroso,
Dejando los repechos y collados
Aquella tempestad embarazados;

Acuden á romper tiranas redes
El capitán Ruiz, fuerte guerrero,
Y el buen Diego García de Paredes,
De paternas virtudes heredero:
Soldados trae dinos de mercedes
Otro buen capitán, dicho Romero,
Porque cada cual destos le traia
La gente de caballo que podia.

Quiso también juntar allí su gente,
Al servicio del rey aficionado,
Joan Rodriguez Sûarez, el valiente,
Capitán valeroso y esforzado:
Mas no le sucedió felicemente
En medio del camino comenzado,
Por intentar él, diestro y animoso,
Camino grandemente peligroso.

Era pues este, Dios le dé su gloria,
Capitán en Caracas de indios fieros,
Usados á salir con la victoria
De grandes y magnánimos guerreros,
Y él hizo hechos dignos de memoria
Ayudado de pocos compañeros,
Y agora no quisiera hacer falla
Al tiempo que se diese la batalla.

Y porque sus deseos se cumpliesen
Y los efetos dellos se llegasen,
Mandó que solos siete los siguiesen,
Y los otros soldados se quedasen;
Con que del nuevo pueblo no saliesen,
Antes con gran cuidado lo velasen;
Y dicho lo que mas les convenia,
Con siete de caballo hizo vía.

En abreviar jornadas importuno,
Sin ponérsele cosa por delante,
Y de términos tímidos ayuno,
Caminó por la sierra circunstante;
Pero muy poco vale la de uno
Donde fuerza de muchos hay pujante
Atravesando pues iba la sierra,
Poblada de feroz gente de guerra.

Su derrota guió por Terepaima,
El imperio del cual es absoluto,
Hasta los términos de Barataima
Y otro cacique no menos astuto,
Que dicen proceder de Pariaima,
Y allí suelen llamar Guaicamacuto;
Aquestos dos con otros aliados
De su venida fueron avisados.

Ansí fueron las flechas que caian
Encima del cristiano caballero,
Y aquesto visto, todos revolvian
Pugnando cada cual de ser primero;
Pero cómodamente no podian
Por haber de pasar por contadero,
Y por las partes diestras y siniestras
Había cantidad de gentes diestras.

Las furias de los indios mas cercanos
Andaban de temor tan apartadas,
Que los quieren tomar vivos á manos,
Mas no lo consentian las espadas:
Las cuales pocos golpes daban vanos,
Pues hendian cabezas y quijadas,
Y con esfuerzo de ventura falto
Procuraban volver á lo mas alto.

Terepaima con cierta confianza
De le salir á bien lo comenzado,
Tiró de dura palma larga lanza,
Y á Carpio traspasó por el costado:
Faltóle de vivir el esperanza,
Del caballo cayó desalentado,
Con el cuerpo mortal la tierra mide
Y el alma de las carnes se despide.

Süarez por los indios se metia
Con impetuosísimos furores,
Y á los otros que restan les decia:
«Ea, mis compañeros y señores:
Que hoy, segun que vemos, es el dia
Do conviene mostrar vuestros valores.»
Hacia tales cosas el Süarez
Que le hacian francos los lugares.

El mancebo Fajardo de Guevara
También iba haciendo maravillas,
No cesa, no reposa, nunca para,
Rompiendo por las impias cuadrillas;
Mas de las infinitas una jara
Le traspasó las armas y tenillas:
Andaba todavía muy esperto,
Mas á cabo de poco cayó muerto.

En este mismo punto se desmanda
Un escuadron de gente bien armado
A cercar el caballo de Miranda,
Que estaba casi muerto de cansado;
Y no teniendo fuerzas de su banda,
De quien allí poder ser ayudado,
Una larga macana se adereza
Que le hizo pedazos la cabeza.

Con tan vivo calor el sol ardia,
Que los humanos cuerpos abrasaba:
Aquel ardor mortal los afligia,
Y la terrible sed los fatigaba:
Remedio de su daño no se via,
Socorro de Dios solo se esperaba;
Y estaban ya los vivos de manera
Que cada cual de vida desespera.

Aunque de indios hay muchos sin vidas,
Acudian por puntos á nubadas,
Y en lo alto mujeres prevenidas,
Que de flechas también iban cargadas
Y en vasos cantidad de sus bebidas
Para tales calores apropiadas:
Mientras los unos andan en el juego
Los otros en beber toman sosiego.

Mas el beber de la salvaje gente
Eran tragos mortales en nosotros,
Faltándoles vigor que los aliente
Y los lijeros huellos de sus potros;
Ni les daba lugar la sed ardiente
Para poder hablar unos con otros:
Flaca la resistencia que se prueba,
Porque siempre venia gente nueva.

Llegaron pues algunas ordenanzas,
Cuyos cuerpos y caras van pintadas,
Con grandísimo número de lanzas
De puntas muy agudas y tostadas:
Prometiéndose ciertas esperanzas
De dar fin á las guerras comenzadas;
Guaicamacuto guia la hilera
Y á los otros habló desta manera:

«Apartaos afuera, moconies,
En tan flacos rencuentros ocupados:
Dejadnos estos pocos de cories,
Comeré de sus carnes á bocados.
Quitalles hemos ya los borceguíes,
Los cosetes y sayos estofados.»
Estos entre los otros se entremeten
Y con lozanos brios arremeten.

Enristradas las puntas penetrantes
Con ímpetu feroz arremetieron,
No siendo poderosos ni bastantes
A resistir la fuerza que pusieron:
Y ansí mataron todos los restantes,
A Joan Rodriguez no, que no pudieron,
El cual se derribó de su caballo,
Y fué porque no pudo menealle.

De sí solo haciendo la reseña
Necesidad le hace que despierte,
Tomando por espaldas una peña
Que fué detenimiento de su muerte;
Y con aquel amparo les enseña
De cuánto valor es su brazo fuerte:
De cuando en cuando del lugar salia,
Y hecho mucho daño se volvia.

Por cierto no serán cuentos inciertos
Si por verdades ciertas os declaro,
Tener delante tantos indios muertos
Que casi le servian de reparo:
Pues sus indios ladinos descubiertos
Contaron lo que cuento muy al claro,
Y también cómo antes que muriese
Le decian los indios que se fuese.

Pero ya lamentaba su pecado
Al tiempo que decian de la ida,
El pecho, segun dicen, traspasado
Y en los postreros trances de su vida:
Quedóse pues enhiesto y arrimado
El alma de las carnes despedida,
Y aunque vian que no se meneaba
De temor ningun indio le tocaba.

El fuerte capitan, leal vasallo,
Murió con los intentos que llevaba;
Por cuya causa quiero ya dejallo
Para decir que cuando se esperaba,
Con escogidos veinte de á caballo,
Pero Bravo llegó con furia brava;
De muchos dellos dije ya los nombres
Y no me acuerdo de los otros hombres.

Al tiempo que llegó donde queria
Halló como con otros diez varones
El gobernador Pablo se huia
De los incorregibles marañones:
Bravo dijo lo mal que lo hacia,
Y á los demás les dió reprehensiones,
Diciéndoles defiendan con la lanza
Las tierras que les dan en confianza.

Estar como lo via muy doliente
Por disculpa le dió Pablo Collado;
Mas después que del reino vido gente
No se mostraba tan acobardado;
Y ansí hizo volver incontinente
En busca del traidor desacatado,
Nombrando á Bravo para mas honrallo
Por capitán de gente de á caballo.

Al tiempo que lo tal acontecia,
Y el Collado volvia mas brioso,
Gutierre de la Peña no dormia,
Ni Paredes andaba de reposo:
Pues cada cual la gente recogia
Por término sagaz y valeroso;
Y en parte y en lugar acomodado
Tenian por el rey campo formado.

Sabiendo que el Aguirre ya venia
Con todos sus pertrechos y guerreros,
A lo espiar salió Diego García
Con obra de cuarenta compañeros.
Para contar la gente que traia
Y cuánta cantidad de arcabuceros,
Pusiéronse en lugar tan oportuno
Que todos los contó sin faltar uno.

Las centinelas puestas en lo alto,
Viendo que se pasaron las reseñas,
Y su servicio de defensa falto
A la gente leal hicieron señas:
Salióse luego para hacer salto
El buen Diego García de las breñas;
Tomó bestias y tiros ya cargados,
Y bienes que dejaron rezagados.

El buen acertamiento deste hecho
Al Aguirre le fué muy mal aceto,
Y mas en no poder haber provecho
De los que lo pusieron en efeto:
Llegó con estas furias y despecho
A la ciudad de Baraquicimeto,
Donde halló las casas y posadas
De todo morador desocupadas.

Llegado, de las suyas hizo luego
Aquel digno de mas que mala muerte,
Pues por todas las casas puso fuego,
Y en un corral de tapias hizo fuerte;
Y para ser en todo mas que ciego
A don Joan de Corella se convierte,
Diciendo: «vos en toda la jornada
Nunca hecistes cosa señalada.

»Es pues mi voluntad que metais prenda,
Y para que esta sea conocida,
Por vuestra mano quiero que se encienda
La iglesia, sin que sea socorrida;
Y assi digo que nadie la defienda,
So pena de perder luego la vida;»
Y el caballero vil, torpe, nefando,
Lleno de vil temor cumplió su mando.

¡Qué gran merecimiento si muriera
Por no hacer tan grave sacrilegio!
Pero cumpliólo él como si fuera
O cosa de virtud ó mando regio:
Muy contenta quedó la bestia fiera
Y su sceleratísimo colegio;
Desventurado fué tu nacimiento
Pues que tanta maldad te da contento.

Viniendo pues Collado con el Bravo
Y aquella valerosa compañia,
Huyó del campo dellos un esclavo
Siguiendo la tiránica porfia:
Su pecho no lo sé mas hecho clavo,
Pues dijo mas de aquello que sabia,
Diciéndoles venir copia de lanzas
Del reino con grandísimas pujanzas.

Al Aguirre pesóle grandemente
Por los que dijo ser recién llegados,
Y no sé si deciros á su gente
Por estar como él todos dañados:
Anduvo por el fuerte diligente
Hablando y animando sus soldados,
Diciendo que serán (si se dan maña)
Señores del Pirú y de Nueva-España.

Llegados estos hombres principales
Al campo por el rey allí formado,
Hizo confirmaciones de oficiales
Este gobernador Pablo Collado;
Que como valerosos y leales
Acudió cada cual á su cuidado;
Salló por general en la reseña
El mariscal Gutierre de la Peña.

Antiguo nombramiento ya tenia
De maese de campo suficiente
El fuerte capitán Diego Garcia,
Que el cargo gobernó bastantemente;
Y el capitán Ruiz también regia,
Que del gobernador era teniente;
No nombro los demás en el historia
Porque dellos me falta la memoria.

Hechas todas aquestas elecciones,
Collado despachó do las hallasen
Firmadas muchas cartas de perdones
A cuantos á su campo se pasasen;
Diciendo no perdiesen ocasiones,
Y su vida y honor asegurasen:
Con ellas los tiranos insolentes
De términos usaron indecentes.

Tres que tenian pecho mas sincero
Desampararon luego la bandera:
El uno fué Rangel, otro Guerrero,
Huyóse después dellos Talavera;
Y aun hallo por indicio verdadero
Que pudiera huir el que quisiera,
Mas no sabré pintaros con vocablos
Aqueste frenesí de los diablos.

Los nuestros ya pasaban de doscientos,
Y por mas á favor poder valerse
Hacian recoger mantenimientos
Porque el traidor no pueda proveerse,
Estando ya muy falto de alimentos
Y sin recurso donde rehacerse;
Y assi perseverantes en sus yerros
Se comian los asnos y los perros.

Tres arcabuces solamente hallo
Entre leales para la tormenta;
Mas habia doscientos de á caballo,
Hombres de bien para cualquiera afrenta;
Que cada cual sabia menealllo
Y que los mas pasaban de cincuenta,
Cuya cordura daba gran seguro
Para poder vencer el trance duro.

El tirano, sin otros compañeros,
Sabemos claramente que tenia
Ciento y setenta y seis arcabuceros,
Destrísimos á toda puntería:
Desesperados, malos, carniceros,
Con otra cierta mas artillería;
Corrianlos los nuestros hasta el fuerte
En saliendo á hacer alguna suerte.

A todos los llamaban al servicio
Del rey con el perdon que prometian;
Mas obstinados en su maleficio
Con las fumosas balas respondian:
Y envejecidos en tan mal oficio
A la bestia soez obedecian
En responder sin miedos ni recatos
Torpezas, desvergüenzas, desacatos.

Quien mas á la venida los incita
Todos sabemos ser aquel soldado,
Que cuando se tomó la Margarita
Huyó de la bandera del malvado;
Y vino por la costa dando grita
Diciendo se velasen con cuidado:
A este como quien lo conocia
Aguirre solamente respondia.

«¡Oh Pero Alonso, dulce compañero!
Y ¿piensas escaparte de mis redes?
Por vida de tu rey, que si no muero,
De hacerte crecidas las mercedes,
Con estirarte bien ese garguero
Y taparte después entre paredes;
Y allí te hartarás de dar pregones
De las bulas que dices y perdones.»

También el Pero Alonso respondia:
«Anda, bellaco, vil, de torpe vida;
Que yo te digo que esa profecía
Muy presto la verás en ti cumplida:
Llegando se te va tu triste dia
Y el fin de tan enorme despedida,
Cairán tus sanguinosos estandartes,
Y tú te partiras por cinco partes.»

Dado ya fin á su razonamiento
Con cólera de justa destemplanza,
La gente del traidor ayuntamiento,
Alentada de vana confianza,
Renegaban de tanto sufrimiento
Por serles peligrosa la tardanza;
Y assi determinó la vil canalla
De dar á los leales la batalla.

Cualquiera por su parte representa
Bravosos y feroces movimientos,
Jurando de la dar sanguinolenta,
Por ser ellos crüeles y sangrientos;
Era pues por el año de sesenta
Con mil y un año mas sobre quinientos:
En aquesta sazon y coyuntura
Vimos estos estremos de locura.

Víspera de Simon y Judas era
Cuando salen del fuerte los traidores,
Campéase la sérica bandera,
Tocábanse guerreros atambores.
En su concierto va cada hilera,
Todos ellos ajenos de temores
Los cuerpos, las cabezas reparadas
Con cotas, coracinas y celadas.

Con espadas de raso coloradas
Una bandera negra va pendiente:
Como señales ya determinadas
Para no reservar cosa viviente,
Ni mujeres paridas ni preñadas,
Ni la sinceridad del inocente:
El capitán obsceno y los obscenos
De mortales enojos iban llenos.

Salir desta manera les cumplia
Por haber ido cien arcabuceros
A buscar de comer antes un dia;
Lo cual sabiendo nuestros caballeros
Acometiéronles por cierta via
En caballos lozanos y lijeros
Creyendo que pudieran ser vencidos
Mejor que juntos siendo divididos.

Camina pues por donde les decia
Un indio que tenian presas hechas,
Mas ellos viendo la caballería
Se metieron por partes mas estrechas;
Y como ya la noche se venia
Hicieron apagar todas las mechas:
Debieron de hacer estos conciertos
Para no ser por ellas descubiertos.

Por tener estos fuera del cercado,
Con el escuridad velan sobre ellos,
Y el resplandor de Febo ya llegado
Trabajan los leales de rompellos:
Aguirre destas cosas avisado,
Vino con los demás á socorrellos,
Y armado de celada y coselete
La gloria y vencimiento se promete.

Ansimismo parece que convino
Al Aguirre tomar yegua lijera,
De la cual por ventura se previno
Por alcanzar alguno si huyera:
Y á todos cuantos van por el camino
Dicen que les habló desta manera,
Estando los beodos insolentes
De la boca del sucio muy pendientes:

«Hoy, marañones mios, es el dia
En que cumple que vuestra mano diestra
De su grande valor y valentía
A los contrarios dé patente muestra;
Pues segun el negocio se nos guia
La victoria tenemos ya por nuestra,
Que todos son pastores y gañanes
Y faltos de sagaces capitanes.

»Bien veis la gran ventaja que tenemos,
Cuán principal el arcabucería,
Pues la voluntad dellos no sabemos
Y creo que son todos de la mia:
Y ansí de muchos dellos reharemos,
Bastantemente nuestra compañía:
Acudirnos ha luego tanta gente
Que haremos ejército potente.

»Vencidos estos pocos de villanos
Y hecho nuestro campo mas pujante,
El reino nos llevamos en las manos,
Sin que cosa se ponga por delante,
Por ser aquellos pocos baquíanos
Gentecilla soez y mal andante,
Pues toda la demás gente valía
Hace cuenta que toda será mia.

»Entrando lo haremos todo llano
Sin soltar de las manos ocasiones,
Y allí porné gobierno de mi mano
Dejándolo debajo marañones.
Con ditados de nombre soberano
Y permanecederas sucesiones,
Esto mismo haré por Quito y Lima
Y todo cuanto cae por encima.

»Pues ¿quién podrá decir que mis prendados
Teman lanzas, adargas ni paveses,
Siendo por muchas vias obligados
A padecer millones de reveses,
A trueco de las rentas y ditados
De grandes, duques, condes y marqueses?
A ellos pues, á ellos, marañones,
A ellos, mis fortísimos leones.»

Ningun descuido tienen los leales
Al tiempo que él mostraba su cuidado,
Antes aquellos hombres principales
A los demás habian esforzado;
E ya con el socorro de los tales
A todos les habló Pablo Collado,
El cual de lo pasado diferente
Me dicen que les dijo lo siguiente:

»Señores, puesto caso que de Marte
Yo conozco tener poca pericia,
A lo menos sé bien que en cualquier arte
De ciencia literal ó de milicia
Lleva mucho quien lleva de su parte
La razon, el derecho y la justicia,
La cual suele ser tal y tan potente
Que al mas cobarde hace mas valiente.

»Y ansí coligireis destas razones
Que suele pelear con lanza blanda
Quien sigue sus antojos y pasiones
Sobre maldad fundando su demanda,
Y ser lleno de grandes confusiones
El áspero camino por do anda,
Y el edificio de tan mal cimiento
Suélelo derribar cualquiera viento.

»Pues ¿qué mayor justicia pretendemos
Que esta de quien hoy somos defensores,
Ó qué mayor maldad que la que vemos
En estos atrevidos malhechores;
Y que los enemigos que tenemos
A Dios y al rey y á todos son traidores?
Ellos defienden sola su nequicia,
Nosotros la verdad y la justicia.

»Vienen quemando templos, heredades,
Deshonrando doncellas y casadas:
Sin frenos usan deshonestidades,
Sin riendas ensangrientan las espadas;
Matan los religiosos, los abades,
Las mujeres paridas y preñadas,
Jura siempre la gente fementida
De nunca perdonar cosa nacida.

»Nosotros procuramos las enmiendas,
Y á castigar delitos nos movemos,
Honra de Dios, del rey, y dulces prendas
De hijos y mujeres defendemos,
Los granjeados bienes y haciendas,
Descansos y quietud que poseemos,
Y para poder ir á mas recado
Habemos confesado y comulgado.

»Pues, señores, con tal prevenimiento,
Con derecho y justicia tan notoria,
Quien veamos en este rompimiento
No terná por muy cierta la victoria:
Vamos, vamos sin mas detenimiento,
Que Dios nos quiere dar aquesta gloria:
Trabaje cada cual lo que pudiere,
Y haga él lo que por bien tuviere.»

Con vistosas posturas y lozanas
Se compusieron luego los jinetes,
El juvenil ardor las viejas canas,
Aunque faltos de cotas y de almetes:
Mas todos ellos con tan buenas ganas
Como si fueran fiestas y banquetes,
Sin miedo van á las contrarias balas
Divisos en dos cuernos ó dos alas.

Con gran concierto marcha la reseña
Y al tirano los pasos encamina:
La derecha Gutierre de la Peña,
La izquierda Pero Bravo de Molina,
Y por su parte cada cual enseña
No ser ayuno desta disciplina;
Van pues con el recato necesario
Todos ellos en busca del contrario.

Mas un Diego Gonzalez, lusitano,
Acometió sin término ni tasa;
Aguirre que lo vido tan cercano
Dijo: «no le tireis, que se nos pasa.» —
«Mentís, responde, como mal cristiano,
Que no soy yo de tan bellaca masa.»
Revuelve su caballo mas al sesgo,
Y al fin del escuadron salió sin riesgo.

De la parte leal incontinente
La yegua del Aguirre fué herida,
Él y ella cayeron juntamente;
Mas por entonces no perdió la vida,
Porque llegó gran cuerpo de su gente
Para lo levantar de la caida:
Díjoles: «ved quién fué, mis marañones,
Y convidámelo con perdigones.

Andaba de los suyos por dejallo,
Segun que pareció, Diego Tirado;
Batió luego las piernas al caballo,
Huyendo del consorcio rebelado,
Diciendo: « viva el rey, el rey mi gallo,
El rey es mi señor, yo su criado, »
Y recebido bien del que mandaba
Volvió contra la parte que dejaba.

A la furia mortal hacen entrego
Cuando el sol por zenit se les subia,
Hervia militar desasosiego,
Entró mayor calor del que solia:
Quemaba todo hierro como fuego,
Tanto que mano ya no lo sufria:
Rompen las voces la region del viento,
Anda trabado duro rompimiento.

Dispara cargas furia presurosa
De parte de la gentes alteradas,
Hizo nublo la pólvora fumosa
Con unas y con otras rociadas:
Mas ¡oh cosa de ver miraculosa!
Que las balas salian muy cansadas;
Pues solo del peligro descubierto
El caballo de Bravo cayó muerto.

A parte mas estrecha se retira
El traidor que los suyos bien anima;
Mas los leales con su justa ira
La quebrada rodean por encima:
El tiro fulminoso que se tira
A nadie mata, hiere ni lastima:
Llegan las balas flacas y dolientes
Por estar los cañones muy calientes.

Aguirre, viendo ya su mala suerte
Y el ímpetu de tal caballería,
Poco á poco se va acia su fuerte,
Y en sus alcances va Diego García:
Viéndose pues cercano de la muerte,
Al tirano la gente le huia,
Y aquellos que no fueron los menores
Decian: « viva el rey, mueran traidores. »

Algunos le quedaron todavía,
Que no huyeron todos de repente,
Y con aquellos pocos aquel dia
El fuerte defendió como valiente;
Pero como la noche se venia,
Se le vino también toda su gente:
Al fin á pertinaces en sus males
Necesidad les hizo ser leales.

Aguirre procurando de salvarse,
A la mar intentaba de volverse;
Mas en el fuerte viendo rodearse
Y no hallar montaña do meterse,
Pura necesidad le hizo darse
Sin muestra ni señal de defenderse:
No duda que su vida se concluya,
Pero con muerte de una hija suya.

¡Oh bestia de las bestias mas nociva!
¡Sevísimo rigor de pestilencia!
Dime, ¿qué furia tan crüel te priva
De todo cuanto puede ser clemencia?
¿Qué pierdes en dejar tu hija viva?
¿Qué ganas en usar desa demencia?
Al fin se le llegó con gesto fiero,
Diciendo: « muere tú, pues que yo muero. »

La moza le responde: « padre mio,
Mejor nueva pensé que se me diera.
¿Qué mal, qué sinrazon, qué desvarío
He cometido yo para que muera?
Mejor lo haga Dios, y en él confío
Que no moriré yo desta manera:
Este pago me dais, este marido
Por lo mucho que siempre os he servido.

» Cristianas gentes son entre quien quedo,
Y á quien no daré causa de discordia:
Mostrar con mujer flaca tal denuedo
No es animosidad sino vecordia:
¡Desdichada de mí, pues que no puedo
En mi padre hallar misericordia!
No mas, señor, tened vuestra derecha. »
Responde: « nada, hija, te aprovecha.

» Pasa por donde pasan los mortales,
Dése fin á la gente pecadora,
Acábense los malos con sus males,
Mi dia se llegó, llegue tu hora:
No quiero que te digan los leales
La hija del traidor, ó la traidora. »
Y para colmo de sus malos hechos
Dióle de puñaladas por los pechos.

Viendo tan infernales parecerés
Al tiempo que cortó la verde malva,
Huyeron del cercado las mujeres
Y con ellas fulana de Torralba,
Porque en ellas en estos menesteres
No se hiciese semejante salva.
Quedóse pues el mal aventurado
De todo punto ya desamparado.

Entró para buscar algun despojo
Un Ledesmica luego por el fuerte,
El cual con sobrecejo de mal ojo
A mirar al Aguirre se convierte,
Diciendo: « ¡pese á mí con el gorgojo!
Y ¿tú nos has traido desta suerte?
Juzgárame por bajo y apocado
Si en tí tuviera yo medio bocado. »

Los que cumplian tales mandamientos
Todos debian de venir beodos:
Aguirre con soberbios movimientos
Dijo, viendo hablar por tales modos:
« Solo bastaba yo para quinientos
Si de vuestra manera fueran todos:
Llegámeos por acá, tontillo pobre,
Vereis cómo sé yo batir el cobre.

Entró luego tras él Diego García,
Y con él un Galindo y un Guerrero,
Consortes de la mala compañía,
Y cada cual en males el primero;
Destos dos cada uno le decia:
« Matemos este lobo carnicero. »
Aguirre dijo: « y pues, malos nocivos,
¿Por ventura pensais de quedar vivos?

» Señor maese de campo, mi derecho
Guarde vuestra merced como á cualquiera,
Que yo cristiano soy, y en tal estrecho
Tengo de confesar antes que muera;
E yo declararé de lo mal hecho
El que corrió conmigo la carrera. »
Los otros: « ¡ah señor Diego García!
Acabémoslo ya, que desvaría. »

Al fin que como tanto le rogasen
Aquellos á quien esto mas agrada,
A estos les mandó que le tirasen,
Y al uno que tiró dijo ser nada;
Mas como mas de veras apuntasen,
Cayó la bestia mala traspasada
Sin alcanzar aquello que pedia:
Parece ser que no lo merecia.

Concluyó la maldad, é yo concluyo
Con decir que en memoria desta cosa
Su cabeza llevaron al Tocuyo,
Una ciudad de gente valerosa,
Que goza del triunfo como suyo,
Y hacen siempre fiesta generosa
A los felices san Simon y Judas,
Por ser miraculosas sus ayudas.

Cada año con pregon regocijado
Celebran del triunfo la memoria,
Y en toda la provincia y obispado
A Dios y á estos santos dan la gloria:
Y en este mismo dia señalado
Acabé de escribir la tal historia,
Que hizo, por ser largos los escesos,
Ansimismo prolijos mis digresos.

Luego mandó prender Pablo Collado
A muchos de los impios tiranos,
Y al Figueroa ya conmemorado,
Matador de los frailes franciscanos,
Por su mandado fué descuartizado
Y puesto por caminos comarcanos:
Viendo con tal rigor arder la fragua
Huyóse por entonces Paniagua.

A la ciudad de Mérida camina
De personas algunas socorrido;
Mas luego Pero Bravo de Molina
Mandó con gran rigor ser inquerido:
Hallado, por sentencia determina
Ser por cuatro caminos dividido,
Y con solicitud y diligencia
Ejecutaron luego la sentencia.

La muerte á doña Inés no se perdona
Aunque su matador ya se huia,
El cual pudo llegar hasta Pamplona
Do el buen Ortun Velasco residia,
Una valerosísima persona
En cuanto pide buena hidalguía:
Aqueste capitán maravilloso
Hizo justa justicia del Llamoso.

Allí se le llegó la postrer hora
Por el enorme hecho cometido,
Y la muerte vengó desta señora,
Amigo del Ursúa conocido,
Haciéndose justicia vengadora
En pueblo que fundó su muy querido:
Pueblo fundado por Ursúa, digo,
Donde Llamoso padeció castigo.

Otros muchos trajeron al audiencia
Del nuestro nuevo reino de Granada,
Con los cuales usaron de clemencia
Tanta, que ya sobró de moderada;
Pero dejemos esta pestilencia
Que hizo muy prolija mi jornada,
Por concluir aquí mi flaco Marte
De sus elegías la primera parte.

Y no creo será menos gustoso
El segundo volumen que prometo,
Si Dios me proveyere de reposo;
Porque cierto me traen inquieto
Movimientos de tiempo proceloso,
A quien forzosamente me sujeto;
Pues querer y poder no van á una
En los acoceados de fortuna.

Sal, mi fiel escritura
Donde te vea la gente,
Que si Dios te da ventura,
Será del invido diente
Liviana la mordedura.

Quizá no serán los menos
Los que te harán regalos;
Porque por tan anchos senos
Donde hay disfavor de malos
Hay también favor de buenos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LAS ELEGÍAS DE LOS VARONES ILUSTRES
POR JUAN DE CASTELLANOS.

ELEGIAS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

SEGUNDA PARTE.

DEDICATORIA

A la majestad del rey don Felipe, nuestro señor.

Columna de la religion cristiana,
De católica fe firme sustento,
Aquestas mis elegias os presento,
Monumentos de gente castellana.
La vena que es estéril poco mana,
Pero como, Señor, le deis aliento,
Podrá la poquedad de mi talento
Servir á majestad tan soberana.
Esta segunda parte se publica,
La cual sobre real favor estriba
Como cosa que tanto le conviene.
El don es pobre, la voluntad rica;
Esta, Rey soberano, se reciba
Por ser de quien ofrece cuanto tiene.

CENSURA DE DON ALONSO DE ERCILLA.

Yo he visto este libro, y en él no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres; y en lo que toca á la historia, la tengo por verdadera, por ver fielmente escritas muchas cosas y particularidades que yo ví y entendí en aquella tierra, al tiempo que pasé y estuve en ella: por donde infiero que va el autor muy arrimado á la verdad; y son guerras y acaecimientos que hasta ahora no las he visto escritas por otro autor, y que algunos holgarán de saberlas.

DON ALONSO DE ERCILLA.

ELOGIOS DE LA OBRA POR VARIOS INGENIOS.

Domini MICHAELIS D'ESPEJO, *præfecti ærarii ecclesiastici Sanctæ-fidei novi regni.*

Unus erat quondam notus mortalibus orbis,
Unus et in mundo tunc quoque Phebus erat.
Alter ab Hispanis cum sit superatus athletes
Alterius Phebi convenit esse jubar:
Ut videant omnes magnorum facta virorum,
Caecis in tenebris quæ latuere diu.
Hoc lumen clarum, quo possis cernere gestas,
Dat Castellanos, lector amice, tibi.
Si tamen est aliquid discriminis inter utrumque,
Iste secundus erit, si fuit ille prior.

De HIERÓNIMO GALVEZ.

SONETO.

Brazos de los insignes castellanos,
Engrandeciendo mas honra ganada,
Llegaron con los filos de la espada
Do no llegaron griegos ni romanos.
Pues navegando mares occeanos
Por donde no halló nacion entrada,
Han dado monarquía prosperada
Al mejor rey de todos los humanos.
Estaban sus proezas en los pechos
Del olvido por falta de escriptura,
Mas vos las dais al siglo venidero.
Dais, Castellanos, castellanos hechos:
¿Qué mayor bien, ni qué mayor ventura,
Que teneros á vos por pregonero?

De JUAN CIBERIO DE VERA.

AL LECTOR.

Valor de castellanos ha triunfado
De todas las indómitas naciones,
Y en cualesquier honrosas ocasiones
Su lanza satisfizo su cuidado.
Y Castellanos es quien ha cantado
Sus proezas sin uso de ficciones,
Porque las flores de sus guarniciones
Salieron de la tela del brocado.
Y ansí, lector, vereis pura sustancia
De verdades y cosas tan estrañas,
Que ninguna merece mal oido.
Pues demás del estilo y elegancia,
Son obras, son grandezas, son hazañas,
Indignas de la cárcel del olvido.

De don BERNARDO DE VARGAS MACHUCA.

Vi, señor, vuestra historia peregrina
Donde mostrais ingenio peregrino:
Con quien la desposais de mas es dino,
Y ella de tal esposo no es indina.
Sea buena ventura la madrina,
Y el mesmo desposado su padrino;
Pues rey que tiene merecer divino
Harála respetar como divina.
Moneda fué la de los castellanos
Que todos la tuvieron por perfeta,
Subida de quilates y de granos.
Confiad pues, dotilocuo poeta,
Que la que se labró por vuestras manos
A todos ha de ser grata y aceta.

Del sarjento mayor LÁZARO LUIS IRAKEO.

No debe tanto á Homero el griego bando
Porque cantó sus hechos soberanos,
Como á Juan Castellanos castellanos,
Que los va en las estrellas colocando.
Virgilio esté á sus frigios alabando,
Y el docto Tito Livio á sus romanos:
Que nuestro historiador con propias manos
Obró con Marte lo que va cantando.
Fueron igual en él pluma y espada,
En vencer y en cantar de las regiones
Del español pisadas y rendidas.
Y destas sus historias y blasones
La muerte quedará tan ensalzada,
Que ya los vivos no estimen las vidas.

Del AUTOR.

Aquí, lector, verás cosas tocantes
A nuevas tierras y á sus influencias,
Varias regiones, muchas diferencias
De bárbaros en ellas habitantes.
Pero suplícote que no te espantes,
Si fuera de guerreras competencias
Encontrares algunas menudencias,
Desenfado comun de caminantes.
Pues aunque viven pocos este dia
De los que comenzaron los cimientos,
Demás de los trabajos padecidos,
En sus conversaciones todavía
Refieren gratos y donosos cuentos,
Que no dan sinsabor á los oidos.

ELEGIAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

SEGUNDA PARTE.

INTRODUCCION.

Aquí comienza ya mi flaco Marte
A ser por otras tierras peregrino,
Con intencion de dar segunda parte
A tan prolijo y áspero camino:
Provea de salud, ingenio y arte,
Aflato del espíritu divino,
Porque pueda con versos elegantes
Dar cuenta de regiones tan distantes.

Aquel de quien el bien todo redunda
Haga mi torpe pluma mas lijera,
Pues bien como doncella pudibunda,
Que de clausura grande sacan fuera,
Quiere salir agora la segunda
Por el orden que tuvo la primera;
Y es desde Venezuela donde muerto
Dejamos el tirano desconcierto.

Suélense computar en doce grados
Términos desta costa ya medidos,
Pueblos que de españoles hay poblados:
Están la tierra adentro muy metidos
Grandes campos y hatos de ganados,
De buenos alimentos proveidos,
Minas algunas por su circunstancia,
Y de diversos frutos abundancia.

Pero no quiero seros importuno
En contaros agora los lugares,
Que yo diré después de cada uno
Hasta las cosas muy particulares:
Volvámonos al reino de Neptuno
Y á las riberas grandes destos mares,
Pues tenian un tiempo sus ancones
Potentes y admirables poblaciones.

Pero también por los inconvinientes
En tierra de Cubagua sucedidos,
De increíble número de gentes,
Los vemos asolados y barridos,
Caciques y señores prepotentes
Con todos sus subyectos consumidos,
Por usarse también mala cautela
En la gobernacion de Venezuela.

Y Venezuela de Venecia viene,
Que tal nombre le dió por escelencia
El alemán, diciendo le conviene
Al grande lago desta pertenencia
Llamado Maracaibo; y este tiene
Mas de cien leguas de circunferencia,
Y por la parte de mas ancha vía
Sesenta y algo mas de travesía.

Por partes la rodean altas breñas,
Y por parte también campo patente;
Tiene dos islas, y estas son pequeñas,
Habitadas de aves solamente:
La una tiene selva y altas peñas,
Donde suele venir indiana gente
A se holgar las tardes y mañanas,
Y á caza de conejos y de iguanas.

Motatan su licor allí derrama,
Que viene de la parte del oriente,
Y por la misma vía corre Chama
Con impetuosísima creciente;
Y Cucuta también que, segun fama,
No es en descendencia diferente.
Con otros muchos mas, cuya porfía
Nace del ángulo de mediodía.

Deste reino lo ceban otros rios,
Por do, hasta llegar á sus confines,
Pueden desde la mar entrar navíos,
A lo menos remeros bergantines,
Las mayores distancias ó desvíos,
Hasta los indios dichos matachines,
E ya cierto patax hizo la prueba
Hasta cerca de Mérida la nueva.

De hoja de laurel es la hechura,
Ambas bandas así proporcionadas;
Va desaguando acia Cinosura,
Donde mezcla sus aguas con saladas:
Dentro tienen los indios su cultura
De casas fuertemente fabricadas
Sobre las barbacoas, con estantes
Hincados en las aguas circunstantes.

Son estas barbacoas soberados
Para su defension ingeniosos,
Por suelo palos gruesos apretados
Con yedras ó bejucos correosos:
Allí tienen tugurios bien formados,
Y viven regalados y viciosos
Con la fertilidad de pesquería
Que les sirve también de granjería.

Ofensa suele ser del enemigo
Aquesta sobredicha compostura,
Y están las barbacoas que ya digo
Las mas á dos estados de fondura;
Agua les es refugio y es abrigo,
Y hace su morada mas segura:
Allí hacen mercados, ponen tiendas
Y contratan sus bienes y haciendas.

La traza doy, segun las relaciones
Que me dieron amigos mios antes,
Y acaso no serán sus descripciones
En geografía llenas ni bastantes;
Mas ahora, con otras perfecciones
Que se pintan en trazas semejantes,
Me pareció poner aquí la muestra
Que se delineó por mano diestra (1).

Y es Francisco Soler, á quien convino
Hacer viaje por aqueste lago,
Varon de entendimiento peregrino,
Regalo de las musas y halago,
Tanto, que lleno de furor divino,
Podria rehacer lo que yo hago,
El cual andando por el alaguna
Notó sus partes todas una á una.

Y de mi voluntad y pedimento
Aquí la retrató su propia mano.
Y aun es aqueste su menor talento,
Y de su habilidad lo mas liviano;
Pues para cosas de mayor momento
Le dió Dios un ingenio soberano,
Con aquello que hace mas al caso,
Ser de virtudes santas rico vaso.

Pudieran detenerme tales loas,
Porque no fueran ratos mal gastados,
Pero volvamos á las barbacoas
Y á los ingeniosos soberados,
Debajo de las cuales hay canoas,
O navíos que tienen diputados,
Con que se mandan hombres y mujeres
Y se sirven en todos menesteres.

(1) Al pié hay lo siguiente: «Aquí la laguna de Venezuela.» Y en efecto estuvo el tal mapa, que debió de arrancarle alguno ha bastante tiempo, segun la muestra.

Es la canoa barca de un madero,
Que rige con grandísima destreza
El bárbaro patron ó marinero,
Y corre con tan grande ligereza,
Que parece vencer lo mas lijero,
Por ser hecha con mucha subtileza;
Y no son muy crecidos estos leños,
Pues por la mayor parte son pequeños.

Pero quiero decir aquí de una
Canoa que hicieron los cristianos,
Para poder pasar esta alaguna
Y ver los otros campos comarcanos,
Sin que los estorbase la fortuna
Que suelen mover vientos oceanos,
Hecha del tronco de una ceiba verde,
Tan grande que ella pide que me acuerde.

Que para la llevar cómodamente
Al agua con parales donde topa,
Con ser crecido número de gente
Destas indianas partes y de Europa,
Fué cosa, segun dicen, conviniente
Que diez piés le cortasen de la popa,
Con las cuales industrias y concierto
La metieron en el acuoso puerto.

Podia bien sufrir en el pasaje
Mastel con velas de tupidas lonas,
Y capaz en llevar cada viaje
Diez caballos y mas de cien personas,
Con abundancia de matalotaje,
Ropas, armas, ballestas y azconas,
Con el demás pertrecho y atavío
Que pudiera llevar un buen navío.

Pasaron pues el lago descubierto
De la manera que se representa.
Los moradores dél en cada puerto
Hacen de sus canoas mucha cuenta,
Cavadas por gran orden y concierto,
Con carecer de toda herramienta;
Mas lábranlas flegmático sosiego
Con hachuelas de piedras y con fuego.

Para los usos mas cuotidianos
De oro bajo suele ser alguna,
Pero si por rescates de cristianos
Les da hachas de hierro la fortuna,
Con prolijo trabajo de sus manos
Las cortan bien, haciendo dos de una;
Y esto hacen con hilos de algodones,
Mediante sus prolijas dilaciones.

También suelen, y no con mucha pena,
Con los hilos que digo retorcidos,
Cortar en una noche la cadena,
Huyendo los en ella detenidos;
Y el que de indios la tenia llena
A la mañana los halló huidos:
Al fin en la prision que los lastima
Los hilos de algodon sirven de lima.

Y ansí suelen, cuando se ven captivos,
Engañar al mas diestro baquiano:
Que busca grandes mañas y motivos
De libertad el corazon humano.
Y pues pintamos indios fugitivos,
Quiero decir de cierto lusitano
Una maña donosa muy reida,
Que para huir tuvo su querida.

Era india bozal, mas bien dispuesta;
Y el portugués, que mucho la queria,
Con deseo de vella mas honesta
Vistióle una camisa que tenia;
Hízola baptizar, y con gran fiesta
Debió celebrar bodas aquel dia:
Que en entradas vergüenza se descarga
Para poder correr á rienda larga.

Estaban en zavana de buen trecho,
Y llegada la noche muy oscura,
El portugués juntóla con su pecho
Para poder tenella mas segura:
Ambos dormian en pendiente lecho,
Segun uso de aquella coyuntura;
Fingió la india con intento vario
Ir á hacer negocio necesario.

Levantóse del lusitano lado,
Y sentóse no lejos dél, que estaba
Los ojos en la india con cuidado
De ver si mas á lejos se mudaba;
Siendo de su mirar asegurado
Viendo que la camisa blanqueaba,
La india luego que la tierra pisa
Quitóse prestamente la camisa.

Y al punto la colgó de cierta rama,
Por cebo de la vana confianza;
Apresló luego mas veloz que gama
Con el traje que fué de su crianza:
El pensaba lo blanco ser la dama;
Mas pareciendo mal tanta tardanza,
Le decia: «Ven ya, miña Tereya,
A os brazos do galan que te deseya.»

Y también miña Dafne le decia,
Teniéndose quizá por dios Apolo;
Y agora no lo fué, pues que no via
A la que lo dejaba para tolo;
Estenderá los rayos con el dia,
Para que pueda ver el rastro solo:
Que agora tanto nublo se le pega,
Como á los moradores de Nuruega.

Faltó también la lumbre de la hermana
Que fué para su Dafne gran seguro,
Quiero decir, la lumbre de Diana,
Que suele deshacer lo mas oscuro:
No se tornó laurel, tornóse rana,
Por ser también el agua de su juro,
Y ser la lijereza de la perra
No menos en el agua que en la tierra.

Viendo no responder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brio,
Diciendo: «¿Cuidas tú, que naon te veyo?
Véyote muito bein per o atavio.»
Echóle mano, mas halló el pellejo
De la querida carne ya vacío;
Tornóse pues con sola la camisa,
Y mas lleno de lloro que de risa.

Y la moza, mas suelta que Atalanta,
Alcanzó de su curso los estremos;
Del lago que decimos no se espanta,
Ni de las bravas ondas que le vemos:
Llegó á las barbacoas la giganta,
Haciendo de sus diestros brazos remos,
Pues allí las mujeres y varones
Son en nadar mas diestros que tritones.

También podré decir sin desvarío,
Que suele navegar algun salvaje
Por esteros, lagunas ó por rio,
Y dada conclusion á su viaje,
Puesto sobre sus hombros el navío,
Lo lleva donde hacen estalaje:
Parecen monstruosas cosas estas,
Poder llevar navíos á sus cuestas.

Quiérome declarar desta manera
Por deshacer la duda del oyente,
Haber canoa como lanzadera,
Capaz de una persona solamente,
Hecha de lijerísima madera,
Que vuela contra toda la corriente;
Y por no la dejar en el arena
En los hombros la lleva muy sin pena.

Y aun suele hacer mas la gente fiera
Contra sus enemigos peleando:
Tener el un pié dentro, y otro fuera,
Con el cual va la barca gobernando,
Sirviéndole de remo, de manera,
Que puede con las manos ir flechando,
Y no va menos cierta la saeta
Que si la despidiera diestro geta.

Y es entre indios cosa bien usada.....
Pero pues declaramos la facecia
Y burla de la vil enamorada,
Que para verse libre no fué necia,
Digo que por la causa señalada
Se dijo Venezuela de Venecia,
Y ansí llamamos todos esta tierra,
Que muy prolijos términos encierra.

Los naturales della son desnudos,
Todas sus proporciones muy bien hechas,
Alentados, fornidos y membrudos,
Prontísimos al arco y á las flechas;
Algunos son flojísimos y rudos
Cerca de sus labranzas y cosechas;
Hay gente limpia, de graciosa traza,
Y dados á la pesca y á la caza.

Y aun no suelen las cazas ser ayunas
Sobre sus lindes de pasiones graves;
Pero bueno será decir de unas
Maneras de cazar algo süaves,
En algunos estanques ó lagunas
Habitadas de nadadoras aves;
Y están estos estanques y sus senos
De secos calabazos siempre llenos,

Por cima de las ondas fluctuando,
O quedos si no da soplos el viento,
Las ánades entrellos churcheando
Aquello que les es mantenimiento.
Allí suelen entrar de cuando en cuando
Indios que de cazar tienen intento,
Cubierta la cabeza del cazante
Con medio calabazo semejante.

Y porque con aquellos embarazos
Las ánades allí no puedan vello,
Entre los sobredichos calabazos
En el agua se mete hasta el cuello,
Cubiertas bien las manos y los brazos
Escepta la cubierta del cabello,
Con cordel apretada la cintura
Para colgar la caza que procura.

Cubierto pues con aguas el villano,
Do para su propósito barrunta
Estar mas á sabor y mas cercano
Al tiempo que algun ave se le junta,
Asele de los piés oculta mano,
Y entre las turbias aguas es defunta;
Y con gastar en esto breves ratos
Acontece sacar copia de patos.

Ya digo no ponelles embarazo
Las ropas sinuosas ni pendientes:
El viril miembro cubre calabazo,
Pero los ginitales van pendientes;
A otros mas honestos un pedazo
De maure cubre partes impudentes,
Y aunque desnudas todas las mujeres,
Vencen las mas honestos pareceres.

Porque debajo la horcajadura
Se ponen la que llaman pampanilla,
Que van tendiendo hasta la cintura,
Y allí galana zona con que asilla.
Son mujeres de tanta hermosura,
Que se pueden mirar por maravilla,
Trigueñas, altas, bien proporcionadas
En habla y en meneos agraciadas.

No falta gentileza de Deidamia,
Ni belleza que las antigüedades
Quisieron colocar en Hipodamia,
Con otras apacibles cualidades;
Mas no sin deshonor ni sin infamia
En cumplir deshonestas voluntades,
Pues apenas vereis do no se tope
El ardiente lascivia de Sinope.

Fueron pues los principios descubiertos
Por Colon con las gentes castellanas,
Y después los hicieron mas abiertos
Ferias del español cuotidianas;
Y ansí continuaban estos puertos,
Vecinos de las islas comarcanas,
Rescatando con cuentas y con hachas
Oro, ropa, muchachos y muchachas.

La ropa que decimos son hamacas
De que tienen por esta circunstancia
Y por toda la tierra de Caracas
Destas camas pendientes abundancia:
Maures y mantellinas, que aunque flacas
Cubiertas, es allí buena ganancia;
Habían los esclavos muy baratos,
Y no les iba mal en los contratos.

Mas las contractaciones maculaba
Cudicia, que no hizo cosa buena,
Pues fiel amistad que el indio daba
Se solia pagar con dura pena;
Y el que nunca la vió, ya recelaba
El riguroso son de la cadena,
Hallarse de sus tierras apartado,
Y ver el rostro del señor airado.

Mantenian los indios paz entera,
Mayormente la gente caquetía,
Por ser en sus costumbres mas sincera,
Con cierta presuncion de hidalguía;
Mas nuestra castellana mas artera
A su sinceridad no respondia,
Y ansí por dalles muchas ocasiones
Empeoraron ellos condiciones.

Porque si procuraba sus provechos
El español mediante sus engaños,
También indios quedaban satisfechos
Con muertes, con heridas y otros daños;
Y en defenderse con valientes hechos
Duraron harto número de años,
Tanto, que fué por bien larga distancia,
La pérdida mayor que la ganancia.

Y á no se consentir aquella era
Tantas y tan enormes sinrazones,
Sino que se pasara la carrera
Segun las nuevas leyes y sanciones,
Esta gobernacion digo que fuera
De lo mas principal destas regiones,
Por ser muchas provincias principales
Con grande cuantidad de naturales.

Caquetios, guanaos y coyones,
Aratomos, cocinas y timotos,
Giraharas de bravas condiciones,
Los cuicas, guahiguas, los itotos,
Todas estendidísimas naciones,
Demás de guamonteses y de enotos,
Y otras algunas mas, que Dios mediante,
Habremos de decir mas adelante.

Pero de grosedad tan conocida,
Do se hiciera permanencia buena,
Hay tan poquitos hoy que tengan vida,
Que la memoria da terrible pena;
Cubagua fué sin freno y sin medida,
Y aquí fué la maldad no menos llena:
Yo mismo ví cautelas é invenciones
Indignas de cristianas intenciones.

Volviendo pues al término marino,
Digo que con algunos compañeros
Solia frecuentar este camino
El factor Joan de Ampiés, de los primeros
Que de Santo Domingo fué vecino,
Donde yo conocí sus herederos,
Y á Bejarano que, por ser quien era,
Heredó por mujer á su heredera.

Curazao y Aruba, que frontero
Desta costa son islas situadas,
Al Joan de Ampiés, factor ó tesorero,
En perpetuo gobierno fueron dadas,
Las cuales por aqueste caballero
Primeramente fueron conquistadas;
Y pues son tan cercanas desta gente,
Quiero trataros dellas brevemente.

De la costa del mar que represento,
Hasta tres leguas estarán distantes;
Las gentes que las tienen por asiento
Son mucho mas que otras elegantes,
Y tanto que por otro nombramiento
Les llamaban las islas de Gigantes,
Por ser en general de su cosecha
Gente de grandes miembros y bien hecha.

No tienen para qué formar querellas
De natura por malas proporciones:
Son las mujeres por estremo bellas,
Gentiles hombres todos los varones;
Por consiguiente son ellos y ellas
De nobles y apacibles condiciones;
Tienen para la guerra gentil brío,
Y su lenguaje es el de caquetío.

En el agua se mueven diestramente,
Soltísimos en tierra y alentados,
Puntería de tiros escelente
En aves, en conejos, en pescados;
Hanse lavado todos en la fuente
Que quita las mancillas y pecados;
Tienen pueblos formados, tienen templos,
Y sus amos les dan buenos ejemplos.

Ningunos pueden ser mas escelentes
De flecheros que el orbe nuevo cria,
Porque desde muchachos balbucientes
Se hacen diestros en la puntería:
Júntanse muchos niños, pretendientes
De llevar cada cual la mejoría,
Puestos en los estremos de una plaza
Con bola verde como calabaza.

Estando todos ellos esperando,
Arrójanla con brazo vigoroso,
Y aquel que no le da yendo rodando,
Queda de cierto premio perdidoso:
Vanse por tiempo tanto despertando,
Que yendo con el paso presuroso
Nunca yerran conejo ni hutía,
Ni saben arronjar flecha baldía.

Por Juan de Ampiés, después por Bejarano
Se les daban cristianos documentos,
Y cada cual con celo de cristiano
Deseaba poner buenos cimientos;
Mas no siempre tenian á la mano
Quien les administrase sacramentos;
Mas este si faltaba se suplia
Con algun lego que los instruia.

Uno conocí yo, pero no viejo,
Y aunque se me mostraba no ser basto,
Aquella soledad y el aparejo
Lo hacian vivir muy poco casto;
Y siendo proveido de consejo,
Se le hizo del mal dejar el pasto:
Do consta con cuán grande pesadumbre
Se suele desechar mala costumbre.

Algunas veces hubo sacerdote
Que tenia cuidado desta cosa,
A lo menos después que vino en dote
Esta gobernacion infructüosa;
Pero también deseo que se note
Ser una vida harto trabajosa
Residir el pastor entre ganado
Que cura, y él no puede ser curado.

Pero para buscar lo que consuela
Al ánima de máculas teñida,
Solia con alguna canohuela
En tiempo de bonanza conocida
El tal atravesar á Venezuela
Con harto detrimento de la vida;
Porque del mar cuando mayor bonanza
Se debe tener menos confianza.

Hay allá de ganados buen rebaño
De todas castas, mas de tal grandeza,
Que si yo por ventura no me engaño
Escede á la comun naturaleza:
Del cual los indios recebian daño
A causa de tener gran estrecheza;
Mas bien sabe hacer manada angosta
El indio, cuando á ello se regosta.

Sucedió pues en este tal gobierno
Lázaro Bejarano, que ya digo
Que como sucesor y como yerno
Fué destos dichos indios gran abrigo.
Su musa digna fué de nombre eterno,
Lo cual no digo por le ser amigo,
Sino porque sus gracias y sus sales
No sé yo si podrán hallar iguales.

Haciendo yo por estas islas vía,
Sería por el año de cuarenta,
Allí lo ví con su doña María,
De tantas soledades descontenta:
Holgáronse de ver la compañía
De los que allí llegamos con tormenta:
De la Española vino con sus prendas,
A fin de visitar estas haciendas.

Aunque allá las tenia principales,
Y un ingenio, que es gran heredamiento
Pero la condicion de los mortales,
Puesto caso que tengan buen sustento,
Es siempre procurar que sus caudales
Vayan en escesivo crecimiento,
Sin espantallos riesgos ni trabajos
O de caminos largos ó de atajos.

Al tiempo que llegamos á su puerto,
Un grave sinsabor lo poseia,
A causa de que se le habia muerto
El único heredero que tenia;
Mas él, como varon sabio y esperto,
Con cristiana cordura lo sufria:
La cándida mujer por escelencia
Padecia su mal con impaciencia.

Pero la gente que llegó novela
Por términos cristianos consolóla;
Después en una buena carabela,
Fastidiados ya de vida sola,
Se bajaron al Cabo de la Vela
Para de allí pasar á la Española;
Y en el rio la Hacha, que es do cuento,
Se les hizo muy gran recebimiento.

Invenciones allí ricas y estrañas,
Variados colores de libreas,
Hubo toros, sortija, juegan cañas,
Corriéronse riquísimas preseas,
Donde se daban todos buenas mañas,
Por estar en presencia de sus deas,
Aunque toda la fiesta se hacia
Por respecto de la doña María.

Era con gran razon merecedora
De fiesta tan cabal y generosa,
Porque demás de ser esta señora
En aviso cabal y virtüosa,
Entre las otras era como aurora
En todas buenas partes de hermosa.
Con esto concluyamos, y aquí pare
Lo de Aruba, Curazao y Bulnare.

Mas á la tierra firme que frontera
Tenemos, de presente nos volvamos,
Procurando de dar razon entera
De lo que coligimos y notamos,
Y no prolija, pero verdadera,
Segun en lo demás acostumbramos;
Pues para se quistar bien algun cuento
Es la verdad insigne condimento.

Aquesta costa toda se sabia
Cuya gran poblacion á muchos llama,
Y de la tierra adentro se tenia
No menos opinion ni menos fama;
Y no solo por Indias se estendia,
Pero por otras partes se derrama,
Y ansí muchos varones eminentes
Eran de su conquista pretendientes.

No tenian el ánimo distinto
Desta negociacion los de Alemaña,
Y el gran emperador don Carlos Quinto
La dió, creyendo darse buena maña,
Con otros intereses que no pinto,
A los que llaman de la gran compaña,
Que son aquellos Berzares famosos,
En tratos y haciendas poderosos.

Habidos los recados y poderes
Con los demás pertrechos suficientes
Enviaron los gruesos mercaderes
Capitanes con número de gentes,
Algunos con sus hijos y mujeres,
Para poblar lugares convinientes;
Y habíales cabido buen partido,
Si por entonces fuera conocido.

Y cierto, si duraran pensamientos
Con las ejecuciones juntamente,
Pudiéranse hacer repartimientos
De grandísimo número de gente:
Quedaran todos ricos y contentos;
Mas el efecto fué muy diferente,
Adelante llevando su porfía,
Dejando atrás lo que les convenia.

Y aquella general inadvertencia
A todos cuantos hoy viven lastima,
Por ser entonces tanta la demencia,
Que indios no tenian en estima,
Y nadie procuraba permanencia,
Sino coger el oro de por cima;
Y tan exorbitantes intenciones
Fueron causa de grandes perdiciones.

Tierras cercanas pues menospreciadas,
Que de descanso daban certidumbre,
A lo largo hacian sus jornadas,
De que después tuvieran mejor lumbre;
Hicieron prolijísimas entradas,
Y todas con inmensa pesadumbre,
De las cuales daré razon cumplida,
Si Dios fuere servido darme vida.

Serán en su proceso celebrados
Insignes y valientes capitanes;
Grandes proezas, hechos señalados,
De fuertes españoles y alemanes;
Riesgos de vida, fines desastrados,
Trabajos insufribles y desmanes,
Con otras cosas dignas de memoria,
Merecedoras de cabal historia.

Pues el Ampiés, tractante diligente
En la contractacion deste camino,
Era de la conquista pretendiente,
Y no sé yo por qué vías le vino;
Mas el primero fué que metió gente
En tierras deste bárbaro vecino,
Año de veinte y cinco con quinientos,
Y el número mayor de los diez cientos.

La causa principal fué tener prendas
De indios desta tierra naturales,
En hatos de ganados y haciendas,
De minas, de maices y yucales,
Que daban relacion de las viviendas
De muchas poblaciones principales,
Entre los cuales fué cierto mancebo,
Señor de la ciudad Hurehurebo.

Y en casa del Ampiés este tenia
Sus hijos, su mujer y una su hermana;
Aqueste se llamó Fernán García,
Después que ya tomó la fe cristiana,
La hermana se nombró doña Mencía,
A su mujer pusieron doña Juana;
Era también captiva desta presa
Otra que se llamó doña Teresa.

Instructos en católico camino,
Este Fernán García y doña Juana
Se casaron segun orden divino
De la Iglesia católica romana.
El dicho Joan de Ampiés fué su padrino
Y á todos libertó de buena gana,
Y vinieron con él en un navío
A sus vasallos y á su señorío.

Era poca la gente que traia,
Pero como valiente y atrevido
En la tierra metió su compañía,
Sin serle por los indios defendido;
Fundó su pueblo donde convenia
Para la defension de su partido:
Aqueste Coro fué, segun parece,
Pues hasta nuestros tiempos permanece.

Púsose por la gente forastera
Al pueblo semejante nombramiento
Por el rio que guia su ribera
Brevecilla distancia del asiento,
Que siempre se llamó desta manera:
El cual le viene bien, pues Coro viento
Quiere decir en lengua generosa,
Y ansí es aquella tierra muy ventosa.

Es tierra de fructíferos cardones
Con que gran parte della se embaraza;
De uvas, de granadas y melones
Podria tener abundante plaza;
Hay bobos, cimirucos y mamones;
Abundantísima de toda caza:
Hay perdices, conejos y venados,
Y grande pesquería de pescados.

De ganados hay hoy los campos llenos,
Su carne por estremo provechosa,
Sabores ultimadamente buenos;
De cabras muchedumbre copiosa:
Paren á dos y tres, si mas, no menos;
Hay de caballos casta generosa,
Y la cercana sierra les da grano
Si les falta por ser largo verano.

Doce leguas en torno del asiento
Habia poblacion engrandecida,
Ciudades de grandísimo momento,
Como Todariquibo, Zacerida,
Memoradas también en este cuento
Carao, Tamadoré, Capatarida,
Carona, Guaybacoa, Cumarebo,
Miraca, Hurraqui, Hurehurebo;

Con otros que callamos de presente,
De cuya poblacion nos es notorio
Tener crecido número de gente,
Hasta Paraguaná que es promontorio,
O punta señalada y eminente
De San Román, antiguo diversorio
De cristianos en aquellas edades,
Sin faltar en los indios amistades.

Cae la sobredicha circunstancia
De Coro segun vemos al nordeste,
Y al Maracaibo ponen de distancia
Treinta leguas al viento sudueste.
En Coro pues con toda vigilancia
El dicho Joan de Ampiés formó su hueste
De pocos pero muy buenos soldados,
Y hasta cinco ó seis hombres casados.

Un Joan Cuaresma fué de los primeros
Con su mujer Francisca Samaniego,
Joan García con otros compañeros
Casados, y con ellos maestre Diego,
Bartolomé García y un Riberos,
Segun me declaró Fernán Gallego,
Que tenemos hoy dia por vecino
En este reino donde después vino.

Vino también aquel varon famoso,
Esteban Martin, digno de memoria,
Vino Pedro de Limpias valeroso,
Cuya gran valentía fué notoria,
Y el capitán Martinez virtuoso,
Cada cual digno de mayor historia;
Vino Juan de la Puente y un Aceros,
En virtud y valor de los primeros.

El Limpias, el Esteban y el Aceros,
Con la conversacion de aquellas gentes,
De mas de ser fortísimos guerreros
Salieron todos lenguas escelentes;
Porque son estos indios compañeros
Apacibles, benignos y obedientes,
En el lenguaje todos elegantes,
Y estiéndense por tierras muy distantes.

Poblado Coro pues en llana vista,
Lugar de salutífero terreno,
Con municion para que se resista
Al que tuviese parecer ajeno,
Queria comenzarse la conquista
Por los mas comarcanos deste seno;
Mas antes de venir á los cabellos
Se convidó con paz á todos ellos.

Aquesta celebraron tan de veras
Cuanto por el Ampiés se les pedia,
Mediante los terceros y terceras
Que para sus designos él traia:
De suerte que de todas las fronteras
Ninguno para guerra se movia,
Por estar de por medio la Teresa
Y el príncipe Fernando y su princesa.

Estos trajeron al cristiano bando
Al indio que Manaure se llamaba,
El cual sobre caciques tuvo mando
Y toda la comarca subyectaba;
Y hízolo venir el don Fernando
A cuanto nuestra gente deseaba:
Fué Manaure varon de gran momento,
De claro y de sagaz entendimiento.

Tuvo con españoles obras blandas,
Palabras bien medidas y ordenadas;
En todas sus conquistas y demandas
Temblaban dél las gentes alteradas;
Haciase llevar en unas andas
Con chapas de oro bien aderezadas,
Y el amistad y paz después de hecha
La tuvo con cristianos muy estrecha.

Usaba de real magnificencia,
Sin se le conocer parecer vario,
A sanos y á subyectos á dolencia
Siempre les proveyó lo necesario:
De tal manera, que sin advertencia
Se hizo poco á poco tributario;
Pero jamás desgusto ni molestia
Pudieron perturballe su modestia.

Nunca vido virtud que no loase,
Ni pecado que no lo corrigiese;
Jamás palabra dió que la quebrase,
Ni cosa prometió que no cumpliese;
Y en cualquiera lugar que se hallase
Ninguno le pidió que no le diese;
En su mirar, hablar y en su manera,
Representaba bien aquello que era.

Ampiés, viendo persona tan urbana,
En medio de tan rudo barbarismo,
Dióle noticia de la fe cristiana
Siendo bien instruido por él mismo;
Y después recibió de buena gana
El agua del santísimo bautismo;
Llamóse don Martin, y después desto
Baptizó de su casa todo el resto.

Demás de la mujer, hijas y hijos,
Se baptizaron todos los vasallos
Que tenia por granjas y cortijos;
Corrieron españoles los caballos
Por mas solemnizar los regocijos;
El don Martin holgabá de mirallos,
Admirado, suspenso y espantado
De ver irracional tan bien mandado.

Fué siempre del Ampiés amigo caro
Satisfaciendo bien sus voluntades,
De todos clementísimo reparo
Y socorro de sus necesidades;
No supo de sus bienes ser avaro,
Ni maculó jamás las amistades;
Fué fiel en palabras y en el hecho,
Y libre de maldad siempre su pecho.

Con estas sobredichas ocasiones,
Conformes á pacífica costumbre,
El capitán Ampiés y sus varones
Tuvieron de la tierra mayor lumbre;
Y aquellas circunstantes poblaciones
Vinieron á la paz y servidumbre
Hasta catorce leguas mas adentro,
Mas de su voluntad que por recuentro.

Colando mas adentro con el cebo
De lo que por los indios se decia,
Vino la nueva del gobierno nuevo
Que por los alemanes se traia:
Movióse Joan de Ampiés, y yo me muevo
Dejándolo por ir por otra vía
A tractar desta gente que ya viene,
Pues él se fué do sus haciendas tiene.

ELEGIA I.

A la muerte de micer Ambrosio, primero gobernador por los alemanes, donde se cuentan las cosas sucedidas en la provincia de Venezuela hasta su muerte.

CANTO PRIMERO.

Habia Febo ya, segun la era
Que contamos del santo nacimiento,
Pasado tres quinientos de carrera,
Con otros siete lustros deste cuento,
Por los cursos opuestos á la esfera
Que es causa del diurno movimiento,
Cuando vinieron por los alemanes
Lucidos y valientes capitanes.

Fueron soldados mas de setecientos
En militares artes instruidos,
Copia de belicosos instrumentos
De que todos venian proveidos;
Lucian variados ornamentos
De las bizarras ropas y vestidos;
Las bélicas trompetas dan clamores,
Suenan incitativos atambores.

A la voz de conquista tan solene,
Siguen muchos guerreras ordenanzas:
El caballero deja lo que tiene,
El labrador sus rústicas labranzas;
El oficial humilde también viene
A sombra de soberbias esperanzas,
Y todos los demás con los contentos
Que suelen prometer descubrimientos.

Micer Ambrosio Alfinger los regia,
Persona bien nacida y eminente,
Y cuya discrecion y cortesía
Se puede bien decir ser escelente:
El cual gobernador también tenia
No menores estremos de valiente.
De capitanes hizo nombramiento
A Vasconia y á don Luis Sarmiento.

También á Joan Florin y á Monserrate,
Y Casamirez, hombre de gran cuenta:
Que todos ellos en cualquier combate
Pudieran señalarse sin afrenta;
Indigno de poner en el remate
Al buen Filipe de Utem, que ensangrienta
La tierra con su sangre generosa,
Por mano dura, falsa y alevosa.

Vino Bartolomé Berzar pujante
En la misma sazon y coyuntura,
De bienes temporales abundante,
Pero falto y ajeno de ventura;
Pues un mismo furor en un instante
Nos encubrió la misma sepultura,
Mandando que sus furias se ejecuten
En él y en el señor Felipe de Utem.

Nicolao Fedrimán entonces vino,
Que de micer Ambrosio fué teniente,
Hombre de entendimiento peregrino,
Capitán admirable y escelente;
Pues en cualquier rigor deste camino
Ninguno mas sagaz y diligente:
Del valor de los cuales, Dios mediante,
Diremos grandes cosas adelante.

Entre los mas insignes desta gente
Alonso Vazquez era tesorero,
De la casa de Acuña descendiente;
Fué contador Antonio de Navero,
Pedro de San Martin por consiguiente
De factores del rey él fué primero:
Cada cual dellos hombre de sustancia
Para cualquier negocio de importancia.

Llegaron pues á la ciudad de Coro,
Cuyas pajizas casas ó bohíos
Se mostraban ajenas del decoro
De los recién llegados atavíos;
Mas antes de preseas, plata y oro,
Los moradores dellas muy vacíos,
Y lo mas principal de sus arreos
Eran á bien librar bastos anjeos.

De las capas allí la mas usada
Entonces era sola la del cielo;
Casaqueta de lienzo mal cortada,
Alpargate lijero por el suelo;
La vaina con que cubren el espada,
De cuero de venado con su pelo:
Finalmente, que los recién venidos
Hacian burla de los mal vestidos.

Pero también la gente macilenta
Burlaba de quien burla de su pena,
Porque tenian ya por cierta cuenta
Que habian de venir á la melena,
Puestos en el rigor de su tormenta
Que los mas estirados mas refrena;
Y que necesidad, hambre y ultrage,
Habian de hacelles mudar trage.

Pues como ya no se hallasen prestas
Las raciones del vino ni sustento,
Viérades abatidas muchas crestas,
Y andar todos los mas á paso lento;
Y aquellos de las plumas mas enhiestas
Meneallos también cualquiera viento,
Arrastrando los piés por la ribera,
Con traer la barriga muy lijera.

Guiña del ojo prático soldado,
Que en las necesidades se sustenta
Con cuatro granos de maiz tostado
Con agua, sal y ají, que es la pimienta
Que da sabor al mísero guisado,
Y á los que van famélicos alienta
Para subir altísimos oteros,
Mas sueltos que los perros mas lijeros.

Viendo la gente pues tan afligida,
A la sierra hicieron un entrada,
A fin de proveerse de comida,
Ganada por los filos del espada:
Fué gente de valor apercebida
De la recién venida y de la osada,
Y el Esteban Martin fué por caudillo,
Hombre cuyo valor no fué sencillo.

Iban los baquianos compañeros
Con camisetas cortas y lijeras;
Los chapetones no van hechos cueros,
Pero todos los mas vestidas cueras,
Que separaron de los aguaceros
Y del terrible sol no tan sinceras,
Antes del dicho sol y del invierno
Poquito menos duras que de cuerno.

Dejaron de crujir los tafetanes,
Aflojaron un poco los follones,
Y los que reventaban de galanes
Ven sus blancas camisas y jubones,
Y aquellos bombecinos bahañanes
No menos que los mas negros carbones;
Viérades luego del soldado viejo
La grita, la matraca y cordelejo.

Uno por una parte les decia:
«Este, señores, es el primer baño».
Otro: «Placerá á Dios que con lejía
Remediaremos parte deste daño».
Otro: «Para la siesta deste dia
Grande socorro son calzas de paño».
Otro: «Para los riesgos del viaje
Bella defensa es un buen plumaje».

Yendo con semejante batería
A los tales trabajos convenible,
La cumbre de la sierra se subia
Con una siesta de calor terrible;
Y el antiguo y moderno perecia
De sed, por el ardor ser insufrible:
Agua no se hallaba por la tierra
Hasta la otra parte de la sierra.

Adelantóse pues Pedro de Aranda,
Soldado valeroso, de buen brío,
A fin de se bajar á la otra banda
Do sabia correr un fresco rio;
Van todos los demás en su demanda
Con alguna distancia de desvío,
Mas el Aranda, mozo mas lijero,
El sobredicho rio vió primero.

Encima la barranca, poco llano,
Con arboleda clara que tenia,
En un troncon que vido mas cercano
Arrimó la ballesta que traia;
Atrás dió luego salto bien lejano
Porque le pareció que se movia,
Huyendo con mas ímpetu que cebra,
Por conocer al claro ser culebra.

El cuello levantó la bestia fiera,
Y luego la trisulca lengua saca;
Meneó la cabeza, la cual era
No de menor grandeza que de vaca;
La lumbre de los ojos reverbera
Para mayor temor del alma flaca,
Mas con oir rumor se estuvo queda
Debajo de la selva y arboleda.

Aranda se paró, como ya viese
Llegar el avanguardia de la gente,
Dió voces para que se detuviese,
Sin huelgo del temor de la serpiente;
La cual como de allí no se moviese,
Y todos se pasasen de repente,
Aranda pidió tiros, y se apresta
Para cobrar sus armas y ballesta.

De venenoso tiro se repara,
Que luego recibió rasa cureña;
Apuntó bien á la espantable cara
Por lo mas escombrado de la breña;
Un ojo le clavó la veloz jara,
Y á no dar allí fuera dar en peña;
La bestia se movió de do yacia,
Con silbos que la selva se hundia.

Infláronse las venas y garganta
Con el dolor y su costumbre brava;
Ya como grande viga se levanta,
Ya se estendia, ya se doblegaba,
Ya ramos de la mas cercana planta
Con golpes de la cola derribaba;
Piedras, palos y cosas diferentes,
Hacia mil pedazos con los dientes.

Reguardábanse todos de las prestas
Vueltas, por no le dar cebo y despojo;
Otros, huyendo van por las florestas
Del gran furor y serpentin enojo;
Otros en él desarman las ballestas
Y acaso le quebraron el otro ojo;
Y en este tiempo vido nuestro bando
Que iba de sus furias aflojando.

Como sus vuelcos fuesen ya pequeños
Y diese de desmayo clara seña,
Perdieron el temor los mas isleños,
Y de las bajas ramas de la breña
Cortaron verdes y crecidos leños
Para herir la bestia zabareña:
Tal combate de golpes se concierta,
Que la terrible fiera quedó muerta.

Los capitanes desta compañía,
Con todos cuantos iban á su cargo,
La midieron, y vieron que tenia
Poco menos que treinta piés de largo;
Y lo mas grueso della bien seria
De hombre por do tiene mas embargo,
Quiero decir por medio la cintura,
Cosa que de creer se hará dura.

Después del vencimiento serpentino
De que la gente nueva se espantaba,
Prosiguen adelante su camino
Al valle do la guia los llevaba,
Para dar en el mísero vecino
Que semejante mal no recelaba;
En el rio hicieron sus conciertos
De caminar por pasos encubiertos.

Conclusas calurosas destemplanzas
Del radiante sol de mediodía,
Caminaron con buenas ordenanzas
Por el umbroso monte tras las guías;
Llegaron á las rocas y labranzas
Que el descuidado bárbaro tenia;
Y en parte que les era mas oculta
Entraron todos ellos en consulta.

La lumbre de la lámpara febea
Debajo puesta ya del horizonte,
Mediante la tiniebla que desea
Quien sigue las tres hijas de Aqueronte,
Seguros de que ya nadie los vea
Dejaron el latíbulo del monte,
Y sin ningun rumor, y á paso lento,
Llegaron á la vista del asiento.

Allí paró segunda vez la gente
De nuestras españolas compañías,
Y luego hizo ir incontinente
El Esteban Martin á dos espías,
Astuto cada cual y diligente
En estas semejantes rencherías;
Y fué Pedro de Limpias el un hombre,
Y el otro no me acuerdo de su nombre.

Partiéronse los dos apercebidos,
Segun que suelen tácitos y mudos,
Descalzos porque no fuesen sentidos,
Y en todo lo demás cuasi desnudos,
Aunque de sus espadas prevenidos
Y á las espaldas puestos los escudos;
Y ven después de hecho su rodeo
Estar todos subyectos á Morfeo.

Estando pues el Limpias abajado
Entre ciertos ajíes ó pimientos,
Vido salir un indio descuidado
Fuera de sus pajizos aposentos:
Sin ver asechador el asechado,
E ya cesando de sus movimientos
A las matas de ajíes encamina
La crecida represa de la urina.

Lava con los orines el insonte
Al sonte barbas, cejas y cabello,
Y de los pelos del velloso monte
Descienden las corrientes hasta el cuello;
Porque la caza no se les remonte
Retiene Limpias todo su resuello;
Pues al menor anhelo no se suelta
Hasta tanto que el indio dió la vuelta.

El caño del gandul ya desaguado,
Que fué poco menor que regadera,
En ojos y hocicos rociado,
El buen Pedro de Limpias salió fuera,
Y junto con aquel otro soldado
Volvieron do la gente los espera;
Hablaron con los otros en secreto,
Diciendo: «todo queda ya quieto».

Cuando caliginoso peso iguala
Su curso por venir con el pasado,
Y con el dulce sueño se regala
El cuerpo de cuidados descuidado,
Doscientos españoles van en ala
Para dar el asalto concertado;
Después á baquianos y noveles
Les fueron señalados sus cuarteles.

Los cuales con el tácito semblante
Cada cual á su puesto se endereza,
Rompiendo de la casa circunstante
La puerta del zaguán ó de la pieza,
La punta del espada por delante,
Cubierta del escudo la cabeza,
Y algunos tan sutiles y advertidos
Que pudieron entrar sin ser sentidos.

Los falsos y nocturnos mercaderes
Dan en los miserables inocentes,
Que estaban con sus hijos y mujeres
En las sencillas camas, y pendientes
Perturban soporíferos placeres;
Oprimidos los tienen y obedientes,
Dentro de las hamacas encogidos,
No menos apretados que cosidos.

En todas partes hay desasosiego,
Aquí y allí se siente pesadumbre,
Y entre tanto que guardan el entrego
Los unos, segun tienen de costumbre,
Otros echaban pajas en el fuego
Para mejor valerse con la lumbre;
Mas aquel que soplaba la candela
Cumpliale hacer buena rodela.

Pues entonces á cierto compañero,
En este menester mal advertido,
Que con el resplandor un indio fiero
Soplando sin temor delante vido,
Le dió con una mano de mortero
Con que muelen maíz endurecido,
Y fué de tal manera la herida
Que al tiempo del soplar sopló la vida.

Despertaron al fin los que dormian,
Al grito del vecino y del pariente;
Algunos escapaban y huian,
Otros pelean valerosamente,
Otros con solas flechas, si tenian,
Procuraban herir á manteniente,
O sintiendo hablar ó si se topa
Por el obscuridad gente de ropa.

Descendian los golpes encubiertos
Con grande confusion de vocería;
Por una y otra parte son inciertos,
Mas ciertos para quien los recebia:
Hubo de entrambos bandos hombres muertos
Y en partes sanguinosa la porfía;
Pero los miserables salteados
Fueron al cabo los peor librados.

Al tiempo pues que las nocturnas lumbres
Se suelen absentar de vista humana,
E ya dorando va las altas cumbres
El claro resplandor de la mañana,
Cesaron las guerreras pesadumbres;
Victoriosa la gente castellana,
Recogen á la plaza de los vivos
Número copioso de captivos.

Suenan prisiones duras y molestas
Por cuellos de los padres y sus prendas;
Hácense las compañas luego prestas
Para los apartar de sus viviendas;
Llevan los miserables á sus cuestas
Sus adquiridos bienes y haciendas,
Hasta las casas de los vencedores,
Como dellas y dellos posesores.

Volviéronse por pasos conocidos
Con recato y aviso conviniente,
Llegaron do perciben los oidos
Las ondas sometidas al tridente:
Fueron con alegría recebidos
Deste gobernador y de su gente,
Y repartióse luego la comida
A cada cual, por orden y medida.

Mostró la gente nueva sus trofeos
Así como hazaña grandiosa,
Y en ver algunos índicos arreos,
Desea ranchear quien menos osa;
Luego salieron otros arrancheos
Diciendo que el hurtar es dulce cosa;
Recogióse de indios muchedumbre
Reducidos á dura servidumbre.

Para confirmaciones deste yerro
Que de mayores otros se deriva,
Allí los señalaron con el hierro
Que de la libertad dulce los priva;
Perpetuóse luego su destierro
Adonde cada cual muriendo viva,
Poniéndoles prolijo mar en medio,
En otro cautiverio sin remedio.

Gran número de indios ya vendido
Por las islas en públicos pregones,
Trajeron del dinero procedido
Caballos, ropas, armas, municiones:
Fué cada cual soldado proveido,
Segun aquellos tiempos y sazones,
De lo que demandaban sus intentos,
A fin de proseguir descubrimientos.

Luego micer Ambrosio determina,
Con avío que tuvo por bastante,
Dejar por algun tiempo la marina
E ir con sus designos adelante:
Gentes, caballos, armas encamina
Al Maracaibo lago circunstante,
Pues como hallador desta alaguna
Quiso tentar desde ella su fortuna.

Partió pues en servicio del monarca,
Toda su gente bien aderezada,
Y como ya tomase la comarca
Del alaguna ya comemorada,
Para pasar por ella hizo barca
De la ceiba que dejo declarada,
Tronco de veinte piés en la grosura
Y de ciento y cincuenta de longura.

Ayudados de velas y de manos,
En veces y viajes diferentes
Pasaron á los otros campos llanos
Que acia Santa Marta van corrientes,
Donde poblaron pueblo de cristianos
En sitios que no fueron convinientes,
Por ser un suelo seco, tan enjuto
Que nunca produció grano ni fruto.

Si no son datos, fructo de cardones,
De que hay cuantidad innumerable,
Que cogen en sus tiempos y sazones,
Y tienen por sustento razonable,
Y en aquellas provincias y regiones
De gustoso sabor y saludable,
Unos redondos, otros perlongados,
Blancos unos y otros colorados.

También demás de ser el fructo sano,
Tiene de buen olor suaves dejos;
Granillos menudicos, y á su grano
Parecen los del higo ser anejos;
El árbor del altura de manzano,
Pero de su blandura va muy lejos,
Pues son ramos rollizos con esquinas,
Cubiertos de espesísimas espinas.

En un pueblo de indios que allí estaba
Hicieron los cristianos el asiento;
Aqueste Maracaibo se llamaba,
De quien el lago tuvo nombramiento:
Allí no se cogía ni sembraba,
Mas era de rescates el sustento,
Y celebraban ferias y mercado
A trueco de la sal y del pescado.

Hizo micer Ambrosio de solares,
Segun orden, comun repartimiento,
Nivelando las calles y lugares
Para mejor trazar aquel asiento;
Nombraron de personas singulares
Oficiales, justicia y regimiento:
Fernando de Beteta fué teniente,
Que conocí do moro de presente.

Allí, sin ocasion justificada,
El Ambrosio, guiado por malsines,
Hizo matar al capitán Villada,
Que fué de los soldados mas insines:
De do quedó la gente desgraciada,
Y adevinando trabajosos fines,
Tuvo mala sospecha de alzamiento,
Pero consta que fué sin fundamento.

Era Caravajal el escribano,
Soldado mas astuto que valiente,
Que por ser en sus hechos inhumano
Después trataré dél mas largamente,
Porque mucho después alcanzó mano
En el mando y gobierno desta gente;
Y por sus desconciertos y malicia
Vimos cómo fué muerto por justicia.

De gente que este pueblo sustentaba
Españoles casados no contamos,
Aunque de la caterva que allí estaba
Algunos conocimos y tractamos;
Acuérdome de solo Gil de Nava,
Item de su mujer Isabel Ramos,
Porque bajaron desde Venezuela
Mucho después al Cabo de la Vela.

Siguiendo pues propósitos y fines
Destas cosas de que memoria hago,
Trajo micer Ambrosio bergantines
Para mejor correr aqueste lago:
Recorrieron comarcas y confines,
Y mediante blanduras y halago,
Procuraron traer al que pelea
A la paz y amistad que se desea.

Unos caudillos van hasta la sierra,
Otros corren del agua lo cercano,
Unas veces por paz, otras por guerra
Donde fué menester sangrienta mano:
Al morador del agua y de la tierra
Con gran dificultad se hizo llano;
Mas de la vecindad no tan contentos,
Que no tuviesen muchos movimientos.

Andaban sospechosos y alterados,
Por no les parecer segura vida
Subyectarse por siervos y criados
De la gente feroz recién venida;
Vianse demás desto molestados
Cerca del proveer de la comida,
Que el bárbaro cercano no tenía
Si por rescate no se le traía.

De las tierras de sus pueblos distantes,
Desde donde venian labradores
Con maiz y otras cosas semejantes
A rescatar con estos pescadores;
Porque estos indios, como dije antes,
Son de tierra tan seca moradores,
Que jamás se conoce tiempo frio,
Y el cielo pocas veces da rocío.

Por la molestia pues que voy diciendo,
De que estaban aquestos indios llenos,
Los del agua se fueron retrayendo,
Los de tierra también ni mas ni menos;
Los nuestros, alimentos inquiriendo,
Recorrian con barcos estos senos,
Tan lejos que tardaban muchos dias
En socorrer aquestas compañías.

Las cuales padecian entre tanto
De hambre molestísimo tormento,
Y tanto, que llegaban muy á canto
De miserable fin y acabamiento:
Mirábanse los rostros con espanto,
Curtidos del calor y grande viento,
Que tiende por allí soberbia mano,
A lo menos el viento subsolano.

Parte destos trabajos tan pesados
Solia remediar la pesquería,
Y caza de conejos y venados
Que mataba con perros quien tenia,
Y á cuestas de los míseros soldados
Toda la pesca y caza se traia;
Y no tenia la racion mas larga
Quien subyectó sus hombros á la carga.

Por ser igual el grande y el mediano
En semejantes términos y treguas,
Mayormente la parte de aquel grano
Que traian de mas de quince leguas
En los cansados hombros del cristiano,
Y no con los caballos ni las yeguas,
Por reservarlos en aquesta tierra
Para los duros trances de la guerra.

Pues demás de ser pocos, está claro
Ser necesarios en cualquier salida
Para hacer espaldas y reparo
A los que iban cargados de comida
Por tierra donde el pan costaba caro,
Y en agua se pagaba con la vida;
Pues fué también adversa la fortuna
A los que entraban por el alaguna.

Donde de muchos trances sucedidos,
Diré de dos docenas de soldados
Que llegaron á pueblos conocidos,
En amistad y paz confederados,
Do fueron de los indios recebidos
Y con alegres muestras regalados,
Y luego la fragata proveida
Hasta que mas no cupo de comida.

En la cual, por razon de estar tan llena,
No podia volver toda la gente,
Y no juzgaban por cordura buena
Dejar alguna parte del presente;
El cacique habló: «No tengais pena,
Que yo daré recado conviniente;
Vayan los que gobiernan al navío,
Que todos los demás ternán avío.»

Por los aviamientos prometidos,
Aqueste capitán y sus soldados
No se mostraron desagradecidos,
Mas imprudentemente confiados;
Y los de la fragata despedidos,
Cuantos podian ir bien aviados,
Atenidos al ya dicho concierto
Los veinte se quedaron en el puerto.

Luego por las canoas importuna
El capitán al indio y á su gente,
Y recogiéronse del alaguna
Muchas por el cacique diligente;
Pero podian ir en cada una
No mas que dos personas solamente,
Un español á proa sin mas ropa,
Y para lo llevar un indio á popa.

Cada cual al pasaje se pertrecha,
Y en algunos, llegados estos leños,
No dejó de reinar mala sospecha,
Porque les parecian ser pequeños;
Y por ningunas vías aprovecha
Pedir otros mayores á sus dueños:
Quedarse pues en tierra no cumplia,
Porque no menor riesgo se corria.

Bien como cuando huye delincuente
De la muerte que tiene merecida,
Y sabe que al pasar alguna puente
Corre terrible riesgo de la vida,
Y con haber aquel inconviniente,
Escoge por mejor la tal hulda,
Porque podria ser que la ventura
Allí le diese puerta mas segura:

No menos los confusos y perplejos
Tomaron por consejos menos locos
Hacerse con los pocos á lo lejos
Que quedar entre muchos siendo pocos.
Hicieron pues sus pasos circunflejos
Reconociendo ya minaces cocos,
Y fiando fieles de infieles,
Entraron en los débiles bajeles.

Un remo cada cual, sin otra vela,
Porstrado sin lugar do se sentase
El español que siempre se nivela
De manera que no se ladease
La fútil y lijera canohuela
Y cón algun vaivén se zozobrase.
Van navegando juntos desta suerte
Aguas ejecutoras de su muerte.

Yendo corriendo pues el alaguna
Con navíos de vasos tan estrechos,
Sin los amenazar otra fortuna
De la que ya llevaban en los pechos,
Dieron el gran vaivén todos á una
Que requerian los conciertos hechos:
Quedaron zozobrados los navíos,
Y en el agua personas y atavíos.

Vereis al resollar de los caidos
Cómo las aguas eran embarazos,
Los unos totalmente sumergidos,
Otros que hacen remos de sus brazos,
Y algunos que si destos son asidos,
No sueltan aunque los hagan pedazos,
Pensando ser aquel de quien aferra
Bastante para lo sacar á tierra.

Aquel que sobre el agua se mostraba
A cabo de muy poco no parece;
Quien con bebidas aguas arqueaba
En ellas se desmaya y entorpece;
Otro que de sus brazos confiaba,
Por no saber dó ir también perece,
Y de veinte los diez y nueve leños
Habellos recogido ya sus dueños.

Porque los indios, hechas las traiciones,
Huyéronse del triste naufragante
Mas sueltos que delfines ó tritones,
Llevándose los leños por delante,
Dándoles con las manos empellones
Por apartallos mas del circunstante,
De los cuales el agua cuanta era
En un solo vaivén echaban fuera.

Mas de los españoles el caudillo,
Cuando las confusiones y alboroto,
Su leño nunca quiso desasillo,
Y dió de puñaladas al piloto;
Su nombre no queremos encubrillo,
Ni cumple de memoria ser remoto,
Pues es el valeroso Juan Aceros,
Que vivos los tenia y muy enteros.

El espada sin vaina retenida,
Recogido no menos el escudo,
La canoa que tuvo bien asida
Desanególa lo mejor que pudo:
Apercibióse para la hulda,
Después que se metió medio desnudo,
Con gran destreza la gobierna y rema,
Huyendo de la pérfida postema.

Mas los indios por no perder el lance,
Movidos del vigor con que él se mueve,
A grande priesa siguen el alcance
Todas las canohuelas diez y nueve;
El que huyendo va del duro trance
Cumple como varon con lo que debe,
Haciendo blandear el canalete
O remo, que en el agua saca y mete.

Como caza que sacan los ventores
Del alto para mas llana carrera,
Do por desatinalla cazadores
Le dan terribles voces donde quiera,
Y aunque mas asombrada de clamores
Procura del peligro salir fuera,
En busca de jaral ó de espesura,
Do tampoco halló mata segura:

Tras el buen español, que no desmaya,
Ansí gritando va la gente perra;
El cual, imaginando dónde vaya,
Tenia por mejor tomar la tierra,
Y con sumo sudor tomó la playa,
Donde también halló gente de guerra;
Pero dejada ya la canohuela,
Armóse del espada y la rodela.

Conoce de sus hados el motivo,
Y el patente peligro no lo ablanda;
Para tomallo pues los indios vivo,
Rodéanlo por una y otra banda;
Los que venian tras el fugitivo
Perseveran también en la demanda;
Consulta sus potencias, y no alcanza
Refugio de que haga confianza.

Y conocida ya su triste suerte
Que con desconfianza lo convida,
Determinóse de vengar la muerte,
Antes de ver el cabo de su vida:
En un flaco lugar se hizo fuerte,
Con animosidad jamás vencida;
Y sus hechos en estas ocasiones
Sobrepujaron á las intenciones.

Porque los que llegaban mas exentos,
Con determinacion de echalle mano,
Volvian de sus golpes tan sangrientos
Que no los remediara cirujano:
Saltos veloces, bravos movimientos,
Con fuerza y valentía de tritano;
El espada no halla cosa dura,
Ni hueso do no haga coyuntura.

Viéndolo menear desta manera
La vil y mas que pérfida canalla,
Y cuán mal acababa su carrera
Aquel que mas cercano dél se halla,
Tomaron por partido desde fuera
Dar fin y conclusion á la batalla:
Tantos tiros y tanta piedra vuela,
Que le desmenuzaron la rodela.

Por mil partes estaba traspasado
De piedras y de flechas mal herido,
De innumerable gente rodeado,
Por todos cuatro lados combatido:
El cuerpo grandemente fatigado,
El ánimo jamás enflaquecido;
Mas para ejecucion de sus intentos
Estaban flacos ya los instrumentos.

Y al tiempo que la luz resplandeciente,
Que todos los planetas señorea,
Queria ya meter la roja frente
En la cerúlea y espumosa dea,
Espíritu vital del combatiente
Cesó, poniendo fin á la pelea,
Del sueño de la muerte poseido;
Mas aunque muerto nunca fué vencido.

Quedaron con él treinta derribados,
Otros cortados hombros y ternillas,
Y todos ellos atemorizados
De semejantes vueltas y rencillas;
Y los que después fueron castigados
Contaban cerca desto maravillas,
Y cómo, con estar el cuerpo vano,
Nunca soltó el espada de la mano.

Al pueblo pues llegado con bonanza
El navío y á buena coyuntura,
Y vista de los veinte la tardanza,
Por cierta se juzgó la desventura:
Determinóse luego la venganza,
Que no fué segun dicen poco dura,
Y aun á los del ejército sangriento
También fué de trabajos gran aumento.

Los cuales referirse por estenso,
Con la necesidad de aquella era,
Sería navegar por mar inmenso,
Y nunca poner fin á mi carrera;
Pero para lo dar á lo que pienso,
Digo que en el compás desta frontera,
Demás de tanto mal ser insufrible,
La plaga de los tigres fué terrible:

Tan fieros, atrevidos y caninos,
Que, con ser en su guarda muy atentos,
Algunos de los míseros vecinos
Fueron de tales fieras alimentos,
O ya tomándolos por los caminos,
O sacándolos de sus aposentos;
Y en esta confusion y desventura
No podian dormir hora segura.

Hoy lo puede decir Fernán Gallego,
Que queriendo dormir en la ribera
Del alaguna, donde puso luego
Un pedazo de red por cabecera,
El tigre deseoso del entrego
Arrebató la red y la montera:
Ileso lo dejó, mas destocado,
Y para no dormir escarmentado.

Pues visto que la fiera le enseñaba
El modo de tener buena crianza,
Dejándole la gorra que llevaba;
Destocado y en pié tomó la lanza,
Y toda la mas gente que velaba
Se pusieron al fin en ordenanza;
Y aun esta vela fué por tales modos
Que do velaban dos velaron todos.

Y así viendo peligros tan cercanos,
Y cada cual el riesgo que corria,
Velaron con las lanzas en las manos
Hasta que ya llegó la luz del dia;
La red buscaron por aquellos llanos,
Y revolvieron á la pesquería;
Hallaron en la playa por delante
Al tigre con intento semejante.

Porque, como la caza le faltase
Por dar el fiero golpe desviado,
Entre tanto que carne se hallase
Determinó cebarse con pescado;
E instinto proveyó que se guisase
Su pesca por un orden acertado,
El vientre descargando por la vera
Del agua, y en acecho puesto fuera.

Al cebo sucio que se le ponia
Cuando peje de tomo se llegaba,
En anzuelo de uñas lo cogia,
Con un gran manoplazo que le daba,
Y por entonces no se los comia:
Mas en la misma playa los juntaba,
Pareciéndole ser intentos locos
Comenzar á comer teniendo pocos.

Pero vista la gente que venia
Con gritos y con armas y gran tiento,
Desamparó la pesca que tenia,
Y no huyendo sino á paso lento,
Por entonces cesó; mas otro dia
Estando mas rabioso que hambriento,
Vió, yendo por la playa mariscando,
Un joven español estar pescando.

El español, temiendo la fortuna,
Como lo vió venir determinado,
Determinó huir al alaguna,
Y el tigre se metió tras él á nado;
Con ligeros alcances importuna
Al mozo de peligros rodeado,
El cual cuando cercano dél se via
Debajo de las aguas se metia.

Valíase de diestro movimiento
Debajo de las aguas, y nadaba,
Y cuando ya se vía sin aliento,
En partes diferentes sobreaguaba;
Va la bestia feroz en seguimiento
A la parte y lugar do se mostraba;
No sabe ya dó vuelva ni qué haga
Para poder librarse desta plaga.

Andando pues así desta manera,
Rehuyendo de ser prenda y despojo,
Una vez sobreaguó junto á la fiera
Que queria pagarse del enojo;
Arronjóle la garra carnicera,
Y allí le hizo menos el un ojo;
Tornóse á zabullir incontinente
Y encomendóse á Dios devotamente.

Y en el punto que estaba ya dudando
De se poder salvar el buen isleño,
Acertamiento fué venir bogando,
Unos indios de paz en un gran leño;
Vieron el tigre, van tras él gritando,
Cuyo socorro fué nada pequeño,
Pues con flechas le daban tanta guerra
Que lo hicieron retirar á tierra.

El tigre desta suerte retirado,
Y por espesas matas abscondido,
Vieron al pobre mozo fatigado,
Y en la cabeza y rostro mal herido;
Fué dellos socorrido y ayudado
Y en la dicha canoa recebido;
El cual después sanó de la herida
Y tuvo que contar toda su vida.

Un negro fué después por el camino
Armado de rodela y media lanza,
Y al lado su machete vizcaino,
Segun entonces fué comun usanza;
Luego la bestia fiera sobrevino
Con aquella rabiosa destemplanza;
Fuéle forzado pues al de Guinea
Apercebirse para la pelea.

Y al tigre ferocísimo cercano,
Que con miuace gesto se ponia,
Un golpe le tiró la diestra mano
Con la mediana lanza que traia;
Fué, puesto que le dió, trabajo vano,
Porque del duro cuero resurtia;
Saltó luego con él en un instante,
Y él puso la rodela por delante.

En ella fué la bestia sacudiendo
Con mano que el mejor arnés recela;
El negro va sus pasos retrayendo,
Amparándose bien con la rodela;
Ibase de los golpes deshaciendo,
E ya tenia menos una duela:
El negro se hallaba ya perdido,
Y en tres ó cuatro partes mal herido.

«Valedme, dice, vos, Rey soberano,
Favorecedme vos, Virgen entera,
Que soy hijo de rey y soy cristiano,
Indigno de morir desta manera;
No sea mi sepulcro el inhumano
Vientre de aquesta bestia carnicera.»
Acordósele luego del machete,
Que fué de su salud buen alcahuete.

Pues antes desto no se recordaba
Traello bueno y al siniestro lado,
Por ser tanta la priesa que le daba
Que lo traia muy desatinado;
Sacólo de la vaina donde estaba,
Y en el favor de Dios fortificado,
Tal golpe con sus fuerzas endereza,
Que le hizo dos partes la cabeza.

Concluyóse con esto la reyerta,
Escapando del trance trabajoso:
La carnicera bestia quedó muerta,
El negro de Gilofo victorioso;
Y porque la victoria fuese cierta,
Al pueblo, deste lance deseoso,
Llevó para señales conocidas
La cabeza del tigre y sus heridas.

Habia cirujano diligente
Que le curó los golpes de la fiera,
Mas no pudo sanar tan brevemente
Que no durase harto la carrera.
Llamábanle después Anton Valiente,
Y en hecho de verdad él se lo era.
Y por algunos dias después destos
No les eran los tigres tan molestos.

Mas habia también enfermedades
De condiciones y maneras varias,
Con todas las demás necesidades
De cuantas cosas eran necesarias;
Rompiéronse también las amistades
De muchos índios que les daban parias;
No queria servir ya Juruara,
Y mató seis cristianos Arayara.

Viendo cerrado pues aquel portillo
Y del sustento dél desconfiados,
Determinaron ir á descubrillo
Treinta valerosísimos soldados
Con el jurado Leiva por caudillo,
Que fué de los varones señalados;
Dos de caballo, los demás rodela,
Caminaron al Cabo de la Vela.

Descubrieron amplísimas zavanas,
Aunque llenas de cardos y de espinas,
Habitadas de gentes inhumanas,
Las cuales por allí llaman cocinas,
De tan lijeras piernas y livianas,
Que son á las de ciervos muy vecinas;
Es solo su sustento y su cosecha
Lo que les puede dar el arco y flecha.

Todos enjutos, altos, gente baza,
Y nunca jamás ropa ni atavío
A sus nerviosos miembros embaraza;
Son dados al sangriento desafío;
Tan diestros en la pesca y en la caza
Que no saben soltar tiro baldío;
Animosísimos en la pelea
Contra cualquier y donde quier que sea.

En el uso de su mantenimiento,
He de varones viejos entendido
Como suelen comer el escremento,
Y que después de seco y demolido
(¡Oh muy mas que bestial entendimiento!)
Lo tornan á meter donde ha salido:
Es gente torpe, sucia, vagabunda,
E usa de comida tan inmunda.

También estas sucísimas catervas
Suelen para comer moler cardillos
De los que se nos pegan de las yerbas,
O ya duros, ó cuando ternecillos;
Y son de condiciones tan protervas
Que no dejan regirse por caudillos,
Mas antes, el mas torpe y el mas ciego
Quiere hacer cabeza de su juego.

Hanse perdido por allí bajeles,
Y con la gente que salió perdida
Se mostraron perversos y crüeles,
Pues á ninguno dellos dieron vida;
Donde los chapetones ó noveles,
Pensando de hallar buena acogida,
Les hablaban por modos cortesanos,
Siendo mejor con armas en las manos.

Que el tigre no se precia de clemente,
Y el bruto mal entiende cortesía.
Y aun antes de topar con esta gente
Mucha de la perdida perecia
De sed, por ser la tierra tan ardiente
Y mas que la que mas en Berbería:
Hay jaqueyes allí que son aguadas,
Pero rarísimas y resguardadas.

Por allí se perdió con gente harta
El fraile don Martin Calatayude,
Obispo deste reino y Santa Marta,
De quien será razon que no me mude
Sin relatar, primero que me parta,
Aquello que yo ví y entender pude
De sus peligros grandes y sus daños,
El año de cuarenta y cuatro años.

Y aunque esto fué después de la ventura
De lo que voy diciendo de presente,
No quiero que se pase coyuntura,
Sino contarla luego brevemente,
Y acabada volver á la escriptura,
Concluyendo sucesos desta gente,
Porque las amistades que profeso
Me fuerzan á hacer este digreso.

Al tiempo, y en aquellos mismos dias
Que vido Blasco Nuñez el arena
De Indias, y en aquellas demasías
Cuya memoria da terrible pena,
Pasó de (Palos) un Alonso Diaz,
Piloto de la nave Magdalena,
Maestro Miguel Bóvedo demente
Y en pérfidas blasfemias insolente.

Cuya costumbre mala fué de suerte
Que después acabó como vivia,
Y Aguirre lo mató de mala muerte
En su rebelion y tiranía;
Y aun en la confusion de mal tan fuerte
Murió con las blasfemias que solia:
Este maestre pues en el navío
Usaba de su torpe desvarío.

Y el buen obispo le reprehendia
Su costumbre bestial y desbonesta,
Y el Bovedo, que muy mal lo queria,
Por la reprehension serle molesta,
Quieren decir que dijo cierto dia:
«De una se libró y otra le resta,
Podria ser entrar do no saliese»;
Y no me espanto yo que lo dijese.

Mas algunos lo tienen por novela
De vulgo, que los mas libres embarga...
Yendo pues por el mar de Venezuela,
Llenas las velas y el escota larga
En demanda del Cabo de la Vela,
Do llevaban derecha su descarga,
Entraron do salida se resiste
Y en golfo que llamaron Golfo Triste.

Al salir se padece gran estrecho,
Por la corriente serles importuna,
Si no sobreviniese tiempo hecho
Que suele raras veces ó ninguna;
Y es el mayor trabajo sin provecho
Del que quiere vencer esta fortuna,
A causa de la brisa dar en frente,
Y como digo grande la corriente.

Desta navegacion mal advertidos,
Entraron en aquella pestilencia,
Y cuando conocieron ir perdidos
Valia poco buena diligencia,
Por ser de recios vientos combatidos
Con tan impetüosa violencia,
Que cuanto mayor era la tardanza,
Tanto mas se tardaba la bonanza.

Industria de la gente marinera
No faltaba de noche ni de dia:
Dan bordos á la mar y á la ribera,
Pero siempre la nao decaia;
Si algo se ganaba yendo fuera,
A la vuelta de tierra se perdia;
Al fin, que sola la desconfianza
Era de sus remedios esperanza.

Venian entre muchos pasajeros
Personas graves y de mucha cuenta,
Que juntamente con los marineros
En número pasaban de setenta:
Conocí muchos destos caballeros,
Y agora la memoria representa
A Sebastián de Almeida, lusitano,
Varon bien puesto y hombre cortesano.

Fray Melchior de Pie de Concha vino,
Del obispo ya dicho compañero,
Que deste reino fué provisor dino,
Religioso y honrado caballero;
Vino Juan de Valbuena, mi vecino,
El cual hoy da valor á nuestro clero,
Pues ya cansado del discurso luengo
Se revistió del hábito que tengo.

Pues escapándonos de los rigores
Del Mavorte feroz, crüel, airado,
Hicimos lo que hacen malhechores,
Que recogerse suelen á sagrado;
Su gracia nos dé Dios y sus favores
Para llorar el tiempo mal gastado,
Porque con la mudanza del oficio
Se gaste lo demás en su servicio.

Vino Joan de Guevara, que muy caro
Fué del obispo queste mal recela;
Y allí vino también aquel Alfaro
Que fué factor del Cabo de la Vela,
De quien tiene Mompox linaje claro,
Do vive con crecida parentela
De hijas que en virtud y hermosura
Tienen aquel valor que se procura.

Estos, con la restante turbamulta
Que de salvar las vidas tienen pío,
Entraron muchas veces en consulta
Para seguir el menos desvarío;
De cuyo parecer al fin resulta,
Que diesen al través con el navío,
Y por la playa con guerrera vela
Caminasen al Cabo de la Vela.

Mas como donde votan muchas gentes
Estriba cada cual en su conceto,
Otros, en este caso diferentes,
Daban el parecer por indiscreto;
Pero sin mas mirar inconvinientes,
Dar al través pusieron en efeto,
Y ansí de ricas mercancías llena
En tierra zabordó su Magdalena.

Vereis de grandes olas multiplicos,
Cuyos embates llegan al entena;
Vereis cómo los grandes y los chicos
Trabajan de saltar en el arena;
Vereis pobres villanos cómo ricos
Se querian hacer á costa ajena,
Quitando de las cajas cerraduras
Para sacar costosas vestiduras.

Trocaban los pellicos y zurrones,
E sayos de remiendos cuarteados,
En muy pulidas calzas y jubones,
Guarnecidos de ricos entorchados;
Y aquellos estopeños camisones
En otros por estremo bien labrados:
Cargan de seda, grana y lencería,
Y de lo que mejor les parecía.

Vereis de gentes viles y mugrientas
Hechos soldados mas que fanfarrones,
Que bien pensaban caminar por ventas
Y de hallar á legua los mesones:
Hacian los pobretes falsas cuentas;
Y al fin bien parecian chapetones,
Porque guanibucanes y cocinas
Tan solamente venden flechas finas.

Al fin con todos estos embarazos
Tomaron tierra todos los perdidos,
Los mas dellos á fuerza de sus brazos,
Y todos rociados los vestidos;
Y los bateles hechos mil pedazos
De grandísimas olas embestidos,
Y la nave que todos los pertrecha
En brevísimo tiempo fué deshecha.

Va por las aguas el prolijo parto
De mil mercaderías diferentes:
Aquí viene la pipa y allí el cuarto,
Allí cajas de cosas escelentes;
Tuvieron en la playa vino harto,
Conservas y otros muchos adherentes,
Holandas y rüanes, sedas, paños,
Testigos ciertos de tan grandes daños.

Juntos todos los náufragos en tierra,
Sin salir resistencia de contrario,
El ocio y cobardía se destierra,
Por se hallar allí consiliarios
Que nombraron oficios para guerra,
Si por ventura fuesen necesarios:
Fué dellos capitán un caballero
Que iba de Panamá por tesorero.

El cual en guerra de indios ignorante,
Que como chapeton no la recela,
Armóse solamente de montante,
Siéndole muy mejor una rodela:
Mandó que caminasen adelante
En demanda del Cabo de la Vela,
Y el Miguel Bobedo como mas sabio
Guia por el aguja y astrolabio.

Los avisados llevan en las manos
Armas, pero también matalotaje;
Mas aquella caterva de villanos,
Contenta con haber mudado traje,
Pareciales que con ir galanos
Aseguraban riesgos del viaje,
Aunque todos los mas para el camino
Llevaban barrilejos de buen vino.

Son por allí terribles los calores;
De agua no se halla nacimiento,
Y con la sed los rústicos pastores
En el fuerte licor daban sin tiento;
De manos ni de piés no son señores,
Ni aun para caminar á paso lento;
Cesaron con la noche los caminos,
Y caminaban otros desatinos.

Pues uno no hallaba quien le corra,
Aunque fuese lijero como el viento;
Otro tiene pendencias con su gorra
Porque le daba gran desabrimiento;
Otro por decir gorra dice borra,
Otro que para él son pocos ciento;
Uno lloraba y otro se reia,
Y el mas libre de todos hecho lia.

El de Guadalcanal ya despumado,
La claridad del dia ya venida,
Por el obispo fué determinado
Que fuese cierta gente repartida
Para buscar por uno y otro lado
Fuente que proveyese de bebida;
Mucho cardon hallaron, mucha tuna,
Y el agua que hallaron fué ninguna.

Mas aunque todos eran chapetones,
Y en este menester de pocas mañas,
Dieron en comer fruta de cardones,
La cual les refrescaba las entrañas;
Y no salieron estas invenciones
De hombre natural de las Españas,
Mas de un indio Gonzalo que venia
De Castilla con esta compañía.

Y luego cada cual se desatina
Haciendo de su vida poca cuenta,
Por ver el gran estremo de la urina
Que no menos que muerte representa,
Pues era toda como sangre fina
Cuando de las narices nos revienta:
Quejábanse del indio don Gonzalo
Por les mostrar aquel fruto tan malo.

El indio consultor riendo dice:
«De aqueste mal no moriréis ogaño,
Pues bien visteis que yo la salva hice
Sin querer eximirme deste daño;
Nadie desmaye ni se escandalice,
Ni piense ser de muerte tal engaño,
Porque presto saldreis desta fatiga,
Y al médico podreis dar una higa.»

Visto pues ya que por ningunos modos
Descubrian refugio de bebida,
Por todas las zavanas y recodos
Desta tierra de mi bien conocida,
Determinaron de volverse todos
Al puerto do la nave fué perdida,
Para se proveer de mas brevaje
Y rehacerse de matalotaje.

Ven número de sedas increible
Que el ánima de pena les traspasa,
Y el sayagués tomara lo posible
Sin que ninguno les pusiese tasa;
Mas parecióles ser mas convenible
Cargarse de bizcocho, vino y pasa:
Que el buen obispo sabio y escelente
Dió orden al avío desta gente.

Prosiguen su camino como antes,
Dejando mal afortunados puertos;
Son guias las agujas marcantes,
Pero también llevaban desconciertos;
Que los pilotos diestros y bastantes
En tierra no debian ser espertos,
Pues tenian mas breve la carrera
Si la derrota bien guiada fuera.

Porque cortando con mediano tino
Aquella travesía destos llanos,
En menos de dos dias de camino
Dieran en poblaciones de cristianos;
Y ansí por no saber y mucho vino
Perecieron allí muchos cristianos,
Pues mal podia darles buen seguro
Con inmenso calor el vino puro.

El uno daba fin á su carrera,
Otro vian caer á poco trecho,
Quien puede socorrer menos espera
Por no mirar á mas de su provecho;
Y el que quedaba tal que no muriera,
Los indios que venian en acecho
Lo hallaban dormido de tal suerte,
Que le daban el sueño de la muerte.

El noble se media y moderaba
En el vino por orden atentado,
Y se compadecia y esforzaba
En riesgo y en trabajo tan pesado;
Pero fray Melchior ya desmayaba,
Por ser un caballero delicado,
El cual con lacrimosas turbaciones
Al obispo habló tales razones:

«Señor y padre mio, yo me quedo
Do mi fortuna triste determina,
Pues aprovecha poco buen denuedo
Donde tan gran flaqueza predomina;
No falta voluntad, pero no puedo
Llegar donde sus vuelos encamina,
Porque los miembros del vital meneo
Me niegan lo que pide mi deseo.

»Acabando me va la sed ardiente,
Ya descompuesta toda coyuntura;
La luz diurna mas resplandeciente
Noche se representa muy oscura;
Mi cuerpo miserable finalmente
Se queda, sin gozar de sepultura,
A ser escarnio destas gentes fieras,
O cebo de las aves carniceras.»

A nuestro buen obispo fué molesta
La determinacion del compañero,
Mas con animosísima respuesta
El paso torpe hizo mas ligero,
Diciendo: «Tal bajeza como esta
No debia caber en caballero:
Que el ánimo del noble se conoce
Cuando le da fortuna mayor coce.

»Vuestra fatiga tengo conocida,
Pena, debilidad y sed terrible;
Mas no teneis el alma despedida,
Y el remedio no es inaccesible;
Y para conservar la cara vida
Mas habeis de hacer de lo posible:
Procurad que la muerte se detenga,
Y no la llameis vos antes que venga.

»Hágase la posible diligencia
En buscar un camino que se siga,
Que yo confio en Dios y en su clemencia
Que presto terná fin esta fatiga;
Vamos con vigilancia y advertencia,
Porque de gente amiga ó enemiga
No puede ya faltar tierra hollada,
Y rastros que nos den algun aguada.

»Y si nos viéremos en tales puntos
Que el ánima del cuerpo mortal vuele,
E ya fueren los miembros tan difuntos
Que muerte los ocupe como suele,
Ambos á dos nos quedaremos juntos
Para que uno con otro se consuele,
Y acabaremos peregrinaciones
Con santas y devotas oraciones.»

Con tal exhortacion, el reverendo
Parece que cobró mejor semblante,
E ya con trompezones, ya cayendo,
Procuró de pasar mas adelante.
Por undécimo dia va corriendo
Sin agua ver el triste caminante,
Y primero que viesen este dia
Faltaron veinte desta compañía.

Yendo pues el cansado peregrino
Haciendo con los piés flacas mudanzas,
Y los demás guiados por el tino
Que prometen inciertas esperanzas,
Vinieron á topar con un camino
Que luego les mostró ciertas labranzas
Con maiz y con indico sustento,
Causa de crecidísimo contento.

Con un nuevo hervor incontinente,
Viendo la poca tierra cultivada,
Por una y otra parte fué la gente
En demanda del agua deseada;
Cercana se halló pequeña fuente
Que rodeó la gente fatigada,
Con tanta grita, priesa y alboroto,
Que no fué de locura muy remoto.

Uno quiere matar á quien le toca;
Otro por apartallo se le pega;
Uno mete los piés, otro la boca;
Este pudo llegar, aquel no llega;
Calla quien bebe, y otro lo provoca
A rencilla, rencor y pasion ciega;
Al fin de tantos el jaquey fué lleno,
Que presto lo hicieron como cieno.

Nunca plaza se vió tan alterada,
Al tiempo que reparten la comida
En alguna ciudad necesitada
Que es de partes estrañas proveida,
Y suele bofeton, coce y puñada
Andar también á vueltas repartida,
Cuanto fué la porfía y la batalla
Sobre el jaquey pequeño que se halla

Pero dados ya fines al ruido,
Del primero jaquey poco distante
Otro se descubrió mas estendido,
De claras aguas lleno y abundante,
Adonde cada cual fué proveido
Para poder pasar mas adelante:
Recreóse la flaca compañía,
Mas con algun desgusto todavía.

Porque de dos cocinas atrevidos,
Cada cual dellos sagitario fiero,
Fueron en el jaquey acometidos,
Teniéndolos allí como en terrero:
Quedaron tres ó cuatro mal heridos,
Entrellos el ya dicho tesorero;
Y queriendo los nuestros alcanzallos,
Huyeron mas veloces que caballos.

Causáranles mayores aficciones
Naturales que son deste terreno,
Si por aquestos tiempos y sazones
No tuvieran un poco de mas freno,
A causa de cristianas poblaciones
Que ya predominaban este seño,
Cebados en la rica pesquería
De perlas que esta seca costa cria.

Apercebidos pues y dada cura
A los que lastimó dura saeta,
Vieron en estos llanos un altura,
Acia do caminaron vía reta;
Y es cerro que por ser de su hechura
Los españoles le llamamos teta:
Allí tentó subir la compañía
Para mirar la mar si parecia.

E uno que subió con mejor brío
A lo alto del cerro descubierto,
Del deseado mar y su desvío
Se pudo brevemente hacer cierto;
Pues vió desde las cumbres un navío
Venir por alta mar á tomar puerto;
Derramando la vista mas aposta
Vió gente de caballo por la costa.

La placentera voz del atalaya
Puso tales espuelas este dia,
Que cada cual, sin ver por dónde vaya,
Vuela acia la parte que decia:
Salieron dos mancebos á la playa,
Do vieron gente del Andalucía,
A quien contaron lo que les pasaba,
Y de la gente que detrás quedaba.

De los nobles del Cabo de la Vela
Sabida la desgracia ya contada,
Cada cual con su gente se desvela
En ir á socorrer la fatigada,
Con aquel aparato que consuela
La que suele venir necesitada;
Pues llevaron á buenos y á los malos
Caballos y gran copia de regalos.

Destos generosísimos cristianos
Lleno de caridad salió primero
Aquel varon insigne, Castellanos,
Tesoro de virtud y tesorero;
Asimismo llevó llenas las manos
Aquel maravilloso marinero,
Bartolomé Carreño, cuya fama
Con gran loor por Indias se derrama.

Salió su hijo Francisco Carreño,
De su familia grande rodeado,
Varon cuyo valor no fué pequeño,
Antes en buenos hechos señalado,
Y que tambien gozó del dulce sueño
Y licor del bicipite collado,
Conociendo los flujos y reflujos
Y del cielo sus cándidos debajos.

Salió también Alonso de Barrera,
Alonso Diaz y Pedro de Cales,
Diego de Almonte, Alonso de Herrera,
Diego Nuñez y Pedro de Rosales,
Con otros muchos que en aquella era
Se tenian por hombres principales:
Todos van con regalos escelentes
A socorrer las fatigadas gentes.

Guió con mas presteza su carrera
Un Rodrigo de Funes, negro horro,
Y hallólos á todos de manera
Que fué bien necesario su socorro,
Y no deste peligro tan afuera,
Que muchos no quedasen en el morro;
Pero pasados brevecillos puntos
Los unos y los otros fueron juntos.

El obispo fué dellos recebido
Con gran honor y justa reverencia;
El parabién le dan de bien venido,
Y el pésame del mal tan sin clemencia;
Cualquier de los demás fué socorrido
Y regalado con magnificencia;
Al pueblo los trajeron, y á posadas
De cosas necesarias preparadas.

Hicieron grandes fiestas al prelado,
Remediaron al pobre peregrino...
Mas porque yo me siento fatigado
De tan prolijo y áspero camino,
Quiero volver las riendas al jurado,
Y á Limpias, capitan, que con él vino;
Y allí descansaremos, entre tanto
Que damos orden al futuro canto.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo el jurado Leiva y Pedro de Limpias prosiguieron adelante por las zavanas del Cabo de la Vela y Soturma, en busca de algunas gentes para guias, y de lo que les sucedió con unos indios que encontraron.

La gran velocidad y la soltura
Desta gente bestial, incorregible,
A los que la verán en escritura
Yo no me espanto selles increible;
Mas aquí se recita verdad pura
Y aquello que me consta ser posible;
Porque testigos son todos de vista
Los que dan relacion desta conquista.

Es ansí pues que nuestra compañía,
Yendo por la zavana descubierta
Con deseo de ver alguna guía
Que les diese razon de cosa cierta,
Acaso vieron gente que venia,
Y con temor que no se les divierta,
Leiva y Pedro de Limpias se apearon
En el instante que los devisaron.

Venian cuatro bárbaros lozanos
Con cuatro hembras por zavanas rasas,
Y como devisaron los cristianos,
Enviaron las indias á sus casas:
Toman flechas y arcos en las manos,
Y en furias encendidos como brasas
A los nuestros abrevian su corrida
Con intencion de les quitar la vida.

Pensaban amarrallos con cabestros
Y lletallos á todos enlazados,
Porque con los que fueron menos diestros
Estaban por allí mal enseñados:
Salieron al encuentro, de los nuestros
Pedro de Limpias y otros seis soldados,
Hablándoles de paz con una lengua
Que los indios juzgaron ser gran mengua.

Porque pospuestos los dudosos miedos,
Juzgando su valor por muy mas fuerte,
A voces y por señas con los dedos
Siempre les respondian desta suerte:
« Sentaos en el suelo, y estad quedos
Si no quereis morir de mala muerte:
Que no seremos con vosotros bravos,
Si fuerdes en servir buenos esclavos.»

Ya sus humores el sufrir enjuga
Viendo que los pretenden para siervos,
Y ansí cualquiera dellos apechuga
Por vellos tan insanos y protervos;
Mas era como ir una tortuga
En el alcance de lijeros ciervos;
Solo Limpias llevó pasos mas llenos
A causa de correr con los ajenos.

Espuelas apretó trás un mozuelo
Y con el pecho pudo derriballo,
El cual se levantó luego del suelo,
Y cuando revolvió para tomallo
Se puso, no de salto mas de vuelo,
Encima de las ancas del caballo:
Por las arcas aprieta y lo lastima
Sin que lo pueda desechar de encima.

A derriballo mil veces amaga,
Por quedar vencedor en la contienda:
El Limpias no sabiendo qué se haga,
Ni cómo del muchacho se defienda,
El brazo revolvió con una daga,
Y dióle con la mano de la rienda:
El muchacho con tan atroce juego
En tierra traspasado cayó luego.

Estuvo nuestro Limpias muy á canto
De perder opinion en el viaje,
Y como nunca vieron otro tanto
Jamás en osadía de salvaje,
Quedaron todos ellos con espanto
De la velocidad y del coraje;
Y de los otros tres aun todavía
Cada cual á las armas revolvia.

Mas el Limpias, persona señalada,
Ya fuera de pacífico motivo,
Al uno derribó de una lanzada,
Y al otro del cabello trajo vivo;
El otro viendo burla tan pesada,
Huyendo se libró de ser captivo;
Y los nuestros, después guian la proa
Hacia la sierra de Coquibacoa.

Caminaron por campos descubiertos,
El indio que tomaron siendo guia,
Hasta que ya salieron á los puertos
Y bravas playas do la mar batia:
Halláronse rimeros de hombres muertos,
De mucho tiempo ya, segun se via,
Porque todos estaban consumidos,
Con no mas de los huesos y vestidos.

Al indio preguntaron, que quién era
La gente que hallaban en tal puerto:
El respondió ser gente marinera,
Que con tempestuoso desconcierto
La furia de la mar los echó fuera,
Y que de hambre y sed habian muerto:
Y que muchos también por estos llanos
Habian ellos muerto por sus manos.

Porque, yendo á buscar algun consuelo,
Si con algunos indios encontraban,
De miedo se sentaban en el suelo,
Y con halagos grandes les hablaban:
Los indios conociendo su recelo
Para hacello cierto los mataban;
Dijo: «barbudos eran y vestidos,
Mas no como vosotros atrevidos.»

Prosiguen sus caminos á la sierra,
Aquesta desventura percebida;
Hallaron sementeras en la tierra
Y en ellas mucha copia de comida:
Al encuentro salió gente de guerra,
De castellanas armas proveida,
Y toda la mas gente que venia
Era guanebucan y caquetía.

De la victoria ya tan confiada,
Segun las bravas muestras y semblante,
Que para cualquier dellos era nada
Fuerza del español que ve delante:
Piden los nuestros paz, no les agrada,
Porque el menor se juzga por gigante
Contra gente vestida, de quien piensa
Ser como los demás en su defensa.

En los náufragos míseros mostrados
Cada cual á los nuestros va derecho,
Tan atrevidos y desvergonzados
Como si todo lo tuvieran hecho;
Pero los españoles esforzados,
Movidos de grandísimo despecho,
Y de guerreras furias todos llenos,
A sus atrevimientos ponen frenos.

Aquí vereis un indio traspasado
Por pecho, por entrañas y ternillas;
Allí cabeza y brazo derribado;
Acullá jarretadas las rodillas;
Lleva gentiles brios el jurado;
Pedro Limpias hace maravillas;
Tanta priesa les dan en las contiendas
Que el pueblo les dejaron y haciendas.

Vencidas estas gentes inhumanas,
Y recogidos indios mas de ciento,
Y espadas, alabardas, partesanas,
Con otras cosas de mayor momento,
Volvieron por los campos y zavanas
Cargados indios de mantenimiento;
Llegaron á su pueblo y á sus gentes
A tiempos y á sazones convinientes.

Después de mucho tiempo consumido
En ver y trastornar aquel terreno,
Micer Ambrosio supo ser venido
A gobernar un micer Joan el Bueno;
A Coro se volvió mal desabrido
Do lo halló de su salud ajeno;
Y por morir el Joan aquel invierno
Ambrosio se quedó con el gobierno.

Asimismo murió Luis Sarmiento,
En todas buenas partes eminente,
Y en cama no con menos detrimento
El Ambrosio también cayó doliente,
Pero determinó mudar asiento,
Nombrando á Fedrimán por su teniente;
Y después de mandar lo que convino,
A la Española hizo su camino.

Con gana de se ver convalecido
De su debilidad y enferma saña,
Teniendo desta isla conocido
A su salud no selle tan estraña,
Por haber allí siempre residido,
Factor seyendo de la gran compaña.
Y no le sucedió mal el aviso,
Pues luego tuvo la salud que quiso.

Estuvo ciertos dias donde digo
A causa de le ser la tierra sana.
Cuando de Coro fué, llevó consigo
A un Bartolomé de Santillana,
A quién después yo tuve por amigo,
Persona de valor, sagaz y urbana:
Y á este, por ser hombre diligente,
Quiso nombrar Ambrosio por teniente.

Porque del Fedrimán, por ser brioso
Y ambicioso varon de su cosecha,
Estaba grandemente sospechoso:
Y cierto no fué vana la sospecha;
Pues de la cosa que él era dudoso
Bien podia tenella ya por hecha,
Con prometer cumplir su mandamiento,
Sin hacer de la costa mudamiento.

Mas, apenas Ambrosio mudó cama,
Cuando despidió él todo reposo,
Y con aquel ardor de ganar fama,
No receló quedar por mentiroso,
Creyendo de fortuna que lo llama
A hacer algun lance venturoso;
Y ansí mandó juntar alguna gente,
Y dicen que les dijo lo siguiente:

«Señores: la memoria nos ofrece
Un dicho de los sabios repetido,
Y á todo buen juicio le parece
Que no debe cubrirse con olvido,
Y es este: que ningun premio merece
El hombre que se está siempre dormido;
Pues el honor, valor, riqueza, ciencia,
Se ganan con la buena diligencia.

»Nunca se dan á flojos los honores;
Abate los mas altos la torpeza;
Caminos son derechos los sudores
Para poder llegar á gran alteza,
Y salsas de ningunos sinsabores
Los trabajos, vigilias y aspereza;
Pues lo que se ganó con pesadumbre
Tiene después sabor y dulcedumbre.

»Pudiera dar ejemplos de pasados
Que fueran á propósito traidos,
De pobres diligentes levantados,
De prósperos ociosos abatidos;
Taburlanes de gloria coronados;
Dionisios de corona despedidos;
Pero basta traer á consecuencia
Aquello que se ve por esperiencia.

»El bien que la fortuna le ofrecia
Perdió Velazquez por su negligencia,
Y con Cortés usó de cortesía,
Aunque dijeron ser inobediencia;
Mas es gran vanidad y bobería
De gentes que no tienen advertencia,
Pues no fueron sus hechos soberanos
Ocasiones soltando de las manos.

»Para poder hacer empresa bella
Ocasion de presente la tenemos,
Y no conviene desasirnos della
Recelando sucesos con estremos;
Pues en satisfaccion de la querella
Que podria tener el que tememos,
Yo me prefiero dalle tal disculpa
Que todos quedeis libres de mi culpa.

»Cuanto mas que yo tengo por muy cierto
Que va de su salud mas apartado,
Y fué temeridad dejar el puerto
Donde pudiera ser mejor curado;
Y aun es esta la hora que está muerto
Segun lo vistes ir debilitado,
Pero de vuestro daño muerto ó vuelto,
Todos podeis dormir á sueño suelto.

»Porque yo me daré tan buena maña,
No solo por razon, mas por derecho,
Que no solo mitigue cualquier saña,
Pero se sienta bien de nuestro hecho
Por los señores de la gran compaña,
De los cuales estó yo satisfecho,
Que serán muy servidos y contentos
En no les dilatar descubrimientos.

»Abreviémonos antes que se parta
Otro descubridor de menos sueño,
Pues Lerma sale ya de Santa Marta;
Por via de Cubagua va Sedeño;
Hieronimo de Ortal da priesa harta
A venir con avío no pequeño:
E yo sé que terneis por cosa dura
Ser preferidos otros en ventura.

»Inconvinientes pues asegurados,
Mi parecer sin otro repugnante
Es, que pues vamos bien aderezados
Procuremos pasar mas adelante:
Podra ser que nos llamen nuestros hados
A tierra rica, llena y abundante,
Y que solicitud buena nos eche
Donde tan gran miseria se deseche.

»La gente principal desta frontera
Ya nos sustenta mal y con gran pena,
Y alguna por la dar á forastera
Se quedan hartas noches sin su cena:
Busquemos otra tierra mas entera
Donde podais comer á costa ajena,
Que ya la grande falta de comida
Pide con gran instancia la partida.

»A Dios pongo, señores, por testigo
Ser para vuestro bien esto que quiero,
Y que llevais en mí fiel amigo,
Un llano capitán y compañero:
Por tanto conceded con lo que digo
Como de vuestro gran valor espero,
Y cada cual de mí se satisfaga
Que no le diré cosa que no haga.»

Dijo su voluntad, y á lo que creo
Ninguno la tenia discrepante,
Vencidos del grandísimo deseo
Que tenian de ir mas adelante;
Porque para hacer mayor empleo
Era su Fedrimán hombre bastante;
Y ansí de los soldados de mas cuenta
Se pudieron llegar ciento y cincuenta.

Esteban Martin, Limpias y Naveros,
Pedro de Aranguez, noble vizcaíno,
Alonso Zarco, Barrios, Hontiveros,
Y el valeroso mozo Juan Florino,
Que en buenos hechos fué de los primeros;
Con ellos fué también este camino
El padre fray Vicente Requejada,
Y él me dió relacion desta jornada.

Y el buen capitán Martin de Arteaga,
Que escrita me la dió mas largamente,
Y no sé con qué lengua satisfaga
Méritos de varon tan escelente;
Pues segun su valor la mayor paga
No es ni puede ser equivalente;
El cual aun vive hoy dentro de Coro
Mas lleno de virtudes que de oro.

Fué la demás esclarecida gente,
Soldados valerosos escogidos,
Cuyos nombres callamos de presente
Por no poder ser todos referidos:
Llevaron diez caballos solamente;
De lo demás van bien apercebidos,
Abrevian caballeros y peones
Por evitar algunos trompezones.

Caminaron al sur por barlovento
De Coro, do la gente se hallaba,
Porque por el cuartel de sotavento
El Maracaibo los desengañaba:
Siguieron pues aquel descubrimiento
Que mas prosperidad representaba;
Atravesaron sierras en efeto
Y llegaron a Barraquicimeto.

Ameno valle ven y tierra llana,
Fértil y poblad'sima ribera.
Asentó Fedrimán en la zavana
Que de su nombre dél es heredera.
Enferma lleva gente castellana
Que seguir no podia su bandera:
Dejólos con recado conviniente,
Y anduvo con el resto de la gente.

Mucha gente de indios se congrega,
De rigurosas armas proveida;
Nicolas Fedrimán con paz les ruega,
Loando su pacífica venida:
Al fin por la distancia desta vega
Fué de todos la paz bien recebida,
Y celebradas estas amistades
Socorrieron á sus necesidades.

Con todos se compone y averigua,
Descubre pueblos sin ponelle tasa,
Los indios alterados apacigua
Por hallar por allí blanda la masa;
Vido la poblacion de Hacarigua;
Aguas de Amoradore rio pasa;
De paz la tierra toda va llamando,
Algunas piezas de oro rescatando.

Llegó después con breves escuadrones
Hasta Hiübana, provincia buena,
La cual de populosas poblaciones
Estaba por allí no menos llena:
En los vecinos hay alteraciones,
Y todos ellos recibieron pena
De ver que sus labranzas y riberas
Se hollasen de gentes estranjeras.

Amenazan con bélicos pertrechos,
Diciéndoles: «volved á esotra mano»,
Dándose de palmadas en los pechos,
Que son señales de furor insano;
Pero con pretension de sus provechos
Ruégales con la paz el Fedrimano:
Dicen no querer hombres en sus senos
Que no saben si son malos ó buenos.

Y del crecido número de gente
Y fieros escuadrones de desnudos,
Uno dellos hablaba solamente,
Que todos los demas estaban mudos;
Nicolao Fedrimán volvió la frente
No queriendo probar filos agudos,
Ni menos esperar golpe de flecha
A causa de la paz que deja hecha.

Que no por no tener finos aceros
Para les refrenar sus movimientos,
Pues eran él y aquestos compañeros
Enseñados en grandes rompimientos;
Mas porque el contador dicho Naveros
No dejó de hacer requerimientos,
Que no rompiese nuestra compañía
Si la de los contrarios no rompia.

Volvióse Fedrimán cuasi derecho
De do la gente flaca se quedaba;
Algunos indios iban en acecho
Con deseo de ver dónde paraba:
Imagináse ser concierto hecho
Con otra gente que de paz estaba,
Porque cuando pasasen aquel rio
Por ambas partes diese gran gentío.

Mas el buen alemán, que sagaz era,
Como quien del asalto se recela,
Dió muestras de dormir en la ribera,
Asentó toldos, y sacó candela;
Mas el reposo fué de tal manera
Que ninguno dejó de estar en vela
Con intencion que el agua peligrosa
Pasasen con la noche tenebrosa.

Al tiempo pues que con nocturno velo
Pierden floridos campos sus colores,
Y no da resplandor el alto cielo,
Presentes oscurísimos vapores;
Cuando gozan amantes del consuelo
Que toman de sus tácitos amores,
Con miedo del ejército salvaje
Orden dió Fedrimán á su pasaje.

Tácitamente cada cual soldado
Del vestido comun se desabriga;
Y como no podian hallar vado
Que con seguridad un alma siga,
Unos en balsas van, otros á nado
Pasando con grandísima fatiga,
Y cuando luz de Febo reverbera
Hollaban ya sus piés otra ribera.

Luego con parecer de capaz vaso,
Peon y caballero bien armados
A gran priesa salieron á lo raso
Buscando los lugares escombrados,
Donde los temerosos deste caso
Se hallaron de indios rodeados
Por una y otra parte del ejido,
Pero sin alboroto ni ruido.

No levantan de arena tantos granos
Combates de terribles torbellinos,
Por playas secas ó hollados llanos
De grande cuantidad de peregrinos,
Cuantos indios venian ya cercanos
Ocupando los pasos y caminos;
Y el indio que aculiá habló por todos
Aquí quiso tener los mismos modos.

Con las flechas y arco muy á pique,
Se vino luego acia nuestra gente,
Diciéndoles: « Ya viene mi cacique
A daros un grandísimo presente,
Y de lo que mandó que os notifique
Podeis ver el efecto brevemente;
Dilatad algun tanto la partida
Porque mejor se guise la comida. »

Viendo los nuestros el intento loco,
Marcharon con el orden que convino.
El avanguardia guia poco á poco
Aquel Pedro de Aranguez, vizcaino,
Sin dar mas ocasion de la que toco:
Ya cuando comenzaba su camino,
Con agudo harpon y paletilla
Le pasaron las armas y espaldilla.

Revuelve luego no con furia poca,
Y cuando sus venganzas apareja,
Otro le segundaron por la boca
Cuya punta salió por el oreja;
A muy mayor venganza se provoca
Cobrando furias de costumbre vieja,
Y para se hacer del daño pago
Arremetió, diciendo ¡Santiago!

Llevando ya la lanza levantada,
A indio hablador vido delante,
Al cual atravesó de una lanzada,
Y rompe por la gente circunstante:
La batalla cruel es comenzada;
Mire por sí la parte litigante;
Para mas mal Alecto sale fuera
Sin quedar Thesifone ni Megera.

Estas tres furias encendieron luego
De furor infernal humanos pechos;
Aviva la pasion bélico fuego;
Vense patentes los sangrientos hechos;
Comiénzase mortal desasosiego;
Hallábanse los pocos en estrechos,
Por ser tan limitada su defensa
Y la de los contrarios ser inmensa.

Mas el buen Nicolao les decia:
« ¡Ea, señores, que la gloria es nuestra,
Y este de que gozamos es el dia
Para que deis á indios clara muestra
De la fuerza, vigor y valentía
De que Dios ha dotado vuestra diestra:
A ellos pues, y en el encuentro fiero
Cada cual mire por su compañero! »

Comienzan á romper por escuadrones
Con el veloz vigor de los caballos;
A las espuelas llevan los peones
Por ayudarse dellos y ayudallos;
Suenan alborotadas confusiones;
Esfuerzan los caciques sus vasallos;
Indios aquí y allí vereis caidos,
Muertos los unos y otros mal heridos.

Sus filos las espadas allí ceban;
Empléanse los hierros de las lanzas;
El Limpias, Arteaga y el Estéban
Confunden las indianas ordenanzas;
Fedrimán y el Aranguez allí prueban
Sus fuerzas no ser vanas confianzas;
La grita, vocería y el estruendo,
Los vaporosos aires va rompiendo.

Cercénanse narices, muelas, dientes;
Derríbanse penachos á montones;
Golpes de sangre salen de las frentes;
Córtanse las humanas proporciones;
Infinidad de flechas van pendientes
De las colchadas armas de algodones,
Que si no llegan á hacer heridas
Fueron de sus harpones detenidas.

Como toro que lidian los villanos,
Que ya del suelo, ya de talanquera,
Tantas garrochas salen de las manos
Que le cargan el cuerpo de madera,
Y ha menester tener los piés livianos
Quien pica siendo larga la carrera,
Pues ya por las espaldas le resuella,
Ya lo hiere, lo mata y atropella:

No menos á las partes sucedia
En aquestos reencuentros porfiados,
Por ser gran cuantidad de flecheria
La que cuelga de sayos estofados;
Mas el de cuatro piés que los seguia,
Bufaba por espaldas y por lados,
E ya los huella, ya los desbarata,
Ya los deja caidos, ya los mata.

Anda la furiosa diligencia,
El sol ardia, hierven movimientos,
Cobra mayores fuerzas la pendencia
Con indios que llegaban por momentos;
Hitivana perdia la paciencia,
Por no poder salir con sus intentos:
A voces reprehende sus alardes,
Llamándoles de viles y cobardes.

Donde manifestaba sus enojos
Era parece ser cierto repecho:
Puso Estéban Martin en él los ojos,
Y allá con gran furor rompió derecho.
Ejecutó la lanza sus antojos
Hasta salir la punta por el pecho;
Y como las entrañas le rompiese,
Al alma dan lugar por do saliese.

Aquellos que procuran de vengallo
Quedaban hechos postas y tasajos;
Tiraban dél, mas no pueden sacallo
Por se lo defender crueles tajos;
Mataron á Naveros su caballo,
Aumento de sus penas y trabajos,
Pues aunque fué valiente y esforzado,
Era para peon muy delicado.

Al tiempo pues que Febo dividia
Con sus dorados carros la carrera,
Y en aquel hemisferio repartia
En dos partes el eje del esfera,
Y la mudable sombra se metia
Ya debajo de quien la causa era,
Otro principal indio hizo falla,
Y ansí dejaron todos la batalla.

Pues las bárbaras gentes despedidas,
Los nuestros de quietud necesitados,
Curaron al Aranguez las heridas,
Y á los demás que estaban lastimados,
Algunos en gran riesgo de las vidas,
Aunque todos de muerte libertados;
Y el debil de flaqueza fuerza saca
Para ir á buscar su gente flaca.

Porque por los encuentros descubiertos
Cualquier varon de término discreto
Imaginara ser ya todos muertos
Por los indios de Barraquicimeto;
Y ansí, como varones bien espertos,
A buscallos volvieron en efeto:
Quiso Dios que primero que llegasen
En medio del camino los topasen.

Porque para dejar aquella parte
No les faltó también discreto miedo,
Por ver andar los indios de mal arte
Y no podelles ver el rostro ledo:
Holgáronse de ver el flaco Marte,
Aunque cuasi los mas con buen denuedo;
Y juntos los cristianos escuadrones
Iban á las amigas poblaciones.

Pero poco después que se juntaron,
Yendo do piensan ser bien alojados,
En unos campos rasos encontraron
Cuatrocientos gandules bien armados:
El Limpias y el Estéban les hablaron
Como los vieron tan alborotados,
Diciendo; «Pues de paz es vuestra tierra,
¿Cómo nos recebís en son de guerra?

»Pues mal no recebís de los cristianos,
E ya se celebraron amistades,
Apartemos las armas de las manos,
Huyamos de contrarias voluntades:
Que no pide razon á pechos sanos
Pagalles con cautelas y maldades;
Y si haceis de flechas confianza,
No menos, si no mas, pica la lanza.»

Estuvieron suspensos por un rato,
Aunque las manos puestas en la flecha;
Y así viendo los nuestros el recato,
Certificáronse de la sospecha
De ser participantes en el trato,
Y no sin culpa de la maldad hecha;
Y por tener lugar y ocasion bella,
Determinaron de valerse della.

Arremetió la gente castellana,
Los indios desterraron sufrimiento;
Los unos y los otros tienen gana,
Y así se concertó su rompimiento:
Rios de sangre van por la zavana,
Clamores rompen el lijero viento,
Inquietad llegó, huye reposo,
Recuentro se revuelve sanguinoso.

Rómpense los flecheros escuadrones
Con ímpetu feroz de los rociues;
Impiden ya su huella los montones
De los indios que fueron mas insines:
A los restantes hacen los peones
Que vieses luego miserables fines,
Pues el cacique solo quedó vivo,
El cual del Arteaga fué captivo.

Recogieron las joyas de caidos,
Levantó corazon el mas inerte;
Quedaron de los nuestros diez heridos,
Mas ninguna herida fué de muerte.
Fué freno para muchos atrevidos
El sucedelles bien aquella suerte,
Y así los vivos, vistos los efetos,
Pacíficos vinieron y quietos.

Después de los encuentros sucedidos,
A Hacarigua guian sus pisadas,
Adonde fueron todos recebidos
Como de gentes atemorizadas;
Y de aquella provincia despedidos,
Apaciguando gentes alteradas,
Procuran ya por paz, ó ya por guerra,
Descubrir mas secretos de la tierra.

No sin recelo de guerreras tramas
Dieron en unas grandes poblaciones,
Do no faltaron amorosas llamas,
Pues por ser de tan bellas proporciones
Le llamaron el valle de las Damas,
Con las demás anejas condiciones
En usar de grandísima franqueza
De aquello que les dió naturaleza.

Dejadas estas gentes ya sujetas,
Yendo por un gran llano cierto dia,
Oyeron tal ruido de cornetas,
Que pareció que el mundo se hundia:
No tuvieron sus ánimas quietas
Hasta bien percebir lo que seria,
Y vieron descender de unos recuestos
Innumerables bárbaros compuestos.

No multiplican áticas colmenas
Los enjambres de abejas tan poblados,
Ni revuelve la mar tantas arenas
Cuando sus vientos andan mas turbados,
Cuanto se ven aquí campañas llenas
De sagitarios fieros yesforzados,
Untados todos ellos con resina,
O mara que llamamos trementina.

Venian los caudillos de salvajes
Con diademas de oro coronados,
Encima superbísimos plumajes;
Los rostros de pinturas variados;
A las espaldas llenos los carcajes,
Los arcos en las manos preparados,
Con tan feroz y bravo continente,
Que hacian temblar al mas valiente.

Los nuestros dicen: «En lugar estamos
Do cumple que las manos apretemos.»
Pedro de Limpias dijo: «No temamos,
Ni tanta muchedumbre recelemos:
Holguemos y comamos y bebamos,
Que nosotros al fin los venceremos.»
Era montañesico mal limado,
Y esto decia él medio mascado,

Como quien no bebió licor de Apolo,
Sino lo que le dió crasa Minerva;
Separatísimo de todo dolo,
Pero de condicion algo proterva;
Mas en valientes hechos tal, que solo
Bastaba para toda la caterva:
Conocílo y tratélo largamente,
Y aun á su muerte me hallé presente.

Dando pues orden nuestra compañia
A lo que deste caso sucediese,
Al indio que llevaban para guia
Preguntaron las lenguas que dijese
De quién era la gente que venia,
Por qué fines ó causa se moviese:
Que declarase bien qué cosa era.
El indio respondió desta manera:

«Sin tormento de fuego ni de agua
No receleis que la verdad os niegue;
Mas no sabré decir qué mal se fragua
Hasta tanto que ya la gente llegue;
Pero conozco ser Catimayagua
Con otro principal dicho Categue,
Y son los otros dos que veis de cara
Geeoagúa y Badurajara.

»Y no creo que vienen por venganzas
En venir unos de otros apartados:
Antes creo que vienen de labranzas,
Pesquerías ó cazas de venados;
Pero por si ó por no, de vuestras lanzas
No vivais por ahora descuidados,
Porque si vienen ellos de mal arte,
Tengo yo de llevar la peor parte.»

Oido por los nuestros lo que toco,
Quel indio caquetio les decia,
Parecíales ser consejo loco
Querer romper tan grande compañia;
Y así determinaron poco á poco
Irse quietos acia do venia,
Y los indios también sin sobresalto
Bajaron á los llanos de lo alto.

Después que ya llegaron á lo llano,
Bajando cada cual por su ladera,
Un tuerto gentil, hombre bien lozano,
A todos les tomó la delantera,
Y cerca del ejército cristiano
Con brio les habló desta manera:
«¿Quién sois, á qué venís, ó quién os manda?
¿Qué designo teneis, ó qué demanda?»

Estéban respondió: «Somos cristianos,
De religiones el mejor tesoro;
Venimos en demanda de los llanos,
Y por decir verdad buscamos oro;
Somos también carísimos hermanos
Del cacique Manaure, rey de Coro.»
El indio, viendo que en Manaure toca,
Dióse ciertas palmadas en la boca.

Y luego con el rostro mas sereno
Les dijo: «Si es de paz vuestra venida,
Por ser hermanos de señor tan bueno,
Tengo por bien dejaros con la vida:
Vamos, pues así es, á mi terreno,
Do todos hallareis buen acogida,
Y de cualquier asalto de enemigo
Seguros podeis ir, pues yo lo digo.

Aunque rieron que por tales vías
Fuesen del indio tuerto convidados,
Juntáronse con estas compañías
El dicho Fedrimán y sus soldados,
Y entre los indios fueron ocho días
Ellos y sus caballos regalados,
Y diéronles después matalotaje
Para que prosiguiesen su viaje.

Despedidos por términos urbanos,
Dieron, muy lejos ya desta frontera,
En un pueblo de chipas en los llanos,
Gente brava, feroz y carnicera.
Carne hallan asada los cristianos:
Comieron sin que sepan de quién era;
Mas ojos propios los hicieron ciertos,
Hallando piés y manos de hombres muertos.

Luego vereis estar imaginando:
Unos que ven y no quieren creello,
Otros en otra parte basqueando,
Otros para bosar mover el cuello,
Otros ó los mas dellos vomitando,
Otros meter los dedos para ello,
Otros quisieran con aquellas sañas
Abrirse con sus manos las entrañas.

Desabridos de gente tan malina
Que siempre de la paz anda huyendo,
El sabio Nicolao determina
Ir gentes mas humanas inquiriendo,
Y aun también de volver á la marina,
Valles y serranías descubriendo;
Y dieron luego por aquella vía
En un pueblo de gente caquetía.

Hallaron los vecinos ser absentes,
Alzado de las casas todo ato,
Porque por tener nuevas destas gentes
Vivían con grandísimo recato;
Mas á tractar de cosas indecentes
El cacique volvió desde á buen rato,
Y sobre cierta cosa que pedía,
Al Fedrimán habló con osadía.

El dicho Fedrimán lo halagaba
Por los mejores modos que podía;
El indio con furor se desmandaba
Con una mas que loca fantasía;
Fedrimán, viendo su protervia brava,
Dióle con una caña que tenía;
El áspero gandul echando fuego
Al bosque montuoso se fué luego.

El cual con furiosos movimientos,
Por encenderse mas en el coraje,
Ciertos polvos tomaba por momentos,
Y ansimismo bebió cierto brebaje;
Hizo luego de indios llamamientos,
Da flechas al ejército salvaje,
Que las lenguas (de bien hablar desnudas)
Se traspasaban con puntas agudas.

Con esta gente que del monte saca
Con un bravo furor diciendo viene:
«Hombres de mal vivir, gente bellaca,
Que de sudor ajeno se mantiene,
Dadme sin mas tardar una hamaca,
Que no sé qué soldado me la tiene:
Donde no, bien podeis tener por cierto
Que cada cual de vos ha de ser muerto.»

El Fedrimán mandó se la buscasen,
Y sin poner escusa se la diesen:
Buscan; y como no se la hallasen,
Y los intentos malos conociesen,
A las lenguas mandó que le rogasen
Que por tan poca cosa no riñesen,
Pues otra gente de mayor pujanza
Sabía domeñar su fuerte lanza.

El indio fiero dijo: «No me espanto
De dardos ni de lanzas de hinojos,
Pues otros mas valientes forman llanto
Cuando me ven encarnizar los ojos;
Y agora, pues estamos muy á canto,
Vereis si pueden algo mis enojos:
«¡Aquí, tigres, aquí, gente nosciva,
Haced de suerte que ninguno viva!»

No viene con tal fuerza torbellino
Impelido de grandes ventisqueros,
Ni en Indias aguacero repentino
Barre con tanta furia los oteros,
Cuanto furor, braveza y desatino,
Mostraron estos bárbaros guerreros:
El ímpetu fué tal y tan horrendo,
Que los nuestros se iban retrayendo.

Cobran los bárbaros mayores bríos,
Teniendo ya por facil acaballos;
Ampáranse los nuestros en buhíos
Hasta poder subir en los caballos.
Decía Fedrimán: «¡Aquí los mios!»
El Uriorebuí: «¡Aquí, vasallos!»
Mas los de cuatro piés ya salen fuera:
Ellos harán bien ancha la carrera.

Fedrimán, Limpias y Estéban Martinez
Y Martin de Arteaga con Berrío,
Por tales vías guian sus rocines,
Que ningun golpe daban en vacío;
Y tanta priesa dan los paladines,
Que la corriente sangre hace rio:
Barrios, y Juan Florín y Alonso Zarco
Cortan aquí y allí macana y arco.

Mas aunque cuantidad de indios mueran,
Y vean uno y otro ya difunto,
Los vivos todavía perseveran,
Sin que de su furor aflojen punto:
Uriorebuí pica tan de veras
Que ningun español se llega junto,
Y Limpias, viendo sus encuentros fieros,
A él encaminó sus piés lijeros.

Bien pensó de camino derriballo;
Mas la tal esperanza salió vana,
Por le desbaratar lanza y caballo
Con dos terribles golpes de macana;
Fingió que le huia por ceballo,
Y el indio lo siguió de buena gana;
Cambió los hierros al arzon trasero,
Y acertóle por el degolladero.

Cayó, mas no cayeron los motivos
De los que procuraban su venganza;
Pero como quedaban pocos vivos,
Quedó superior cristiana lanza.
Quisieron mas morir que ser captivos
Los que no concluyó tan gran matanza;
Pues cuatro que escaparon destas suertes
En cierta parte se hicieron fuertes.

Fueron por todas partes rodeados
De los nuestros, al modo de corona:
Serían dos docenas de soldados
Y el mismo Fedrimán por su persona,
Donde fueran sus sesos derramados
A faltar el escudo de Belona;
Mas viendo de los suyos diez heridos,
Rompía por los indios atrevidos.

Entrando por guerreros embarazos,
Alzó la maza quien su mal recela;
Mas el buen Arteaga con sus brazos
Púsole por delante la rodela,
Que del golpe se hizo tres pedazos;
Y aunque del Fedrimán fué gran tutela,
Al Arteaga dió con tal denuedo,
Que le sacó la uña del un dedo.

Era la furia tan embravecida
Y el ánimo protervo desta gente,
Que ninguno se quiso dar á vida,
Aunque se lo rogaban blandamente;
Pero la vital trama fué rompida
Tomando los dos vivos solamente.
Fedrimán por huir otro reproche
Acordó de salir á media noche.

A tino caminaron sin señales,
En demanda de pueblos que decian;
Guiábanlos aquellos dos zagales,
Mas tan perversos eran los que guian
Que siempre los metian por breñales
Donde de sed y hambre perecian:
Trajéronlos así cinco jornadas,
Y al cabo los mataron á lanzadas.

Muertos los indios pues en la montaña,
Estéban procuró buscar camino,
Porque ninguno tuvo mejor maña,
Ni en adalid se vido tan buen tino:
El mas oculto rastro desentraña
Hasta dar con el bárbaro vecino,
Sin lo sentir la mas astuta vela,
Y olia de una legua la candela.

Yendo pues por el bosque fatigado,
Sin poder descubrir favor humano,
Pequeño ramo verde vió quebrado,
Que hizo su trabajo mas liviano;
Pues vido claramente ser tronchado,
No por irracional, sino por mano
De hombre que por esta selva iba
De los humanos tratos muy esquiva.

En aqueste compás hizo parada,
Luego con vigilancia dió rodeo,
Vido señal de pié mal señalada,
Mas tal que satisfizo su deseo;
Prosiguió por la via comenzada
Para hacer mas cierto su rastreo,
Hasta que descubrió con ojos ledos
Impreso carcañar y cinco dedos.

Prolijo rato va tras esta prenda,
O ya con la ganar, ya con perdella,
Pues para perfeccion de su hacienda
No le cumplia desasirse della:
Al fin le dió ventura cierta senda,
Do se mostraba mas patente huella;
Esperó la hambrienta compañía,
Que por señales suyas lo seguia.

Desque llegaron donde los espera,
Dadas á todos buenas esperanzas,
Tomó dellos la gente mas lijera,
Siguiendo de las trochas sus usanzas;
Y después de romper larga carrera,
Dieron en fertilísimas labranzas,
Sin grano seco, mas maiz en berza,
Do su contento tuvo mayor fuerza.

Camino se halló luego patente,
Por el cual sin ningunos alborotos
Caminaron á paso diligente,
Sin querer admitir contrarios votos;
Toparon poblacion de cierta gente,
De los que por allí llaman itotos,
Y cuando el sol cubria sus cabellos
Con voz de ¡Santiago! dan en ellos.

El pueblo se mostró de esfuerzo falto
Y turbado de grande desatino,
Por les acometer de sobresalto
Y por nunca jamás visto camino:
Al fin los mas huyeron á lo alto
Del monte que tenian por vecino;
Captivaron la gente detenida,
Y hallaron gran copia de comida.

Llegó la resta de la compañía,
De hartura y descanso bien angosta,
Velóse por el orden que solia,
Y aun otros muchos mas velan aposta;
Recogen alimento, y otro dia
Tomaron el camino de la costa,
Pues para descubrir mas adelante
Juzgaban no tener gente bastante.

Y demás de la breve compañía
Amenazábalos también el agua
Y fuerza del invierno, que venia
Muy mas impetüosa que en Veragua:
Guiábalos ya gente caquetía
Del pueblo que se diz Sarasaragua;
En efecto con cuantidad de oro
Salieron á la costa y á su Coro.

Por abril de quinientos y mas treinta
Con mil un año mas de los que sigo,
Llegó la dicha gente macilenta
Y el dicho Fedrimán adonde digo;
Donde micer Ambrosio representa
Ser digno Fedrimán de gran castigo,
El cual era venido sano y bueno,
Aunque desta pasion el pecho lleno.

Hízole luego cargo del esceso,
Y con prisiones estendió su saña;
Cerró para sentencia su proceso,
La cual fué de destierro para España;
Al fin él pareció preso y opreso
Ante los grandes de la gran compaña,
Donde le dejaremos por agora,
Pues para tratar dél verná su hora.

Después de pronunciada la sentencia,
Ambrosio recogió toda la gente,
Del cual quiero también hacer absencia,
Por me sentir cansado de presente
En recontaros tanta menudencia
Cuanta veis en el canto precedente;
Pero la conclusion y paraderos
Podreis ver en los cantos venideros.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo micer Ambrosio volvió, con la gente que recogió en la ciudad de Coro, al pueblo que dejó poblado en el Maracaibo, y de la entrada que hizo por aquella via.

Muchas veces el hombre con prudencia
Desastres venideros asegura,
Y muchas con tener gran advertencia
Y buscar su sazon y coyuntura,
Le vale poco buena diligencia
Por no tener propicia la ventura;
La cual cuando derrama sus regalos
Suele quitar de buenos para malos.

Porque con hombres, que razon repuna
Que hallen para bien lugar abierto,
Usa magnificencias la fortuna,
Sin consideracion y sin concierto;
Y suele la virtud estar ayuna
Sin que pueda gozar descanso cierto:
Y ansí de sus antojos hace leyes,
Eso me da con bajos que con reyes.

A Próculo dotó de gran imperio,
A Mauricio y á Tito Corunçano,
Y de pastor de vacas á Galerio
Para subir á él le dió la mano;
Puso también en grande vituperio
A Policrates y á Valeriano,
Con muchos otros mas, cuya subida
Fué grande, mas menor que su caida.

Lo cual suele hacer por estos senos
De Indias y de sus descubrimientos,
Do vimos abatidos muchos buenos
Y encaramados bajos pensamientos;
Aunque esperiencia muestra que los menos
Salieron dellos ricos y contentos,
Como micer Ambrosio, cuya historia
A muchos que son vivos es notoria.

Los cuales dicen ser varon notable
En hechos y palabras que decia,
Solicitud, conversacion loable,
Vigilancia, viveza, valentía;
Mas no le fué fortuna favorable,
Pues dentro deste reino, do venia
Con amago de próspera ventura,
A la puerta le dió la sepultura.

Agora pues para la tal jornada,
La cual aquella gran sabiduría
Para otro tenia reservada,
Hizo juntar aquella compañía,
A hambres y trabajos tan usada,
Que ya no recelaba turbio dia;
Y vino con pertrechos y recado
Al Maracaibo que dejó poblado.

Halló la gente del mal afligida,
De enfermedad y hambre fatigada,
Con grandísimo riesgo de la vida,
Y de socorro ver desesperada:
Regocijáronse con su venida,
Como quien la tenia deseada;
Y á su necesidad tan insufrible
Ambrosio socorrió con lo posible.

Y reparados razonablemente
De cosas necesarias al camino,
A su casa llamó toda la gente
Deste lugar y la que con él vino,
Con intencion de les hacer patente
Su cierta voluntad y su desino;
Y después de comunes prevenciones,
En suma les habló tales razones:

«Carísimos hermanos y señores,
A quien yo tengo por amadas prendas,
Bien veis que por buscar otras mejores
Dejastes vuestras casas y haciendas,
Y á trueco de trabajos y sudores
Colocaros en prósperas viviendas,
Do fuese la labor de vuestras manos
Heredera de premios soberanos.

»Pero lo descubierto no da muestra
Para que tal efecto se consiga
En esta parte, donde vuestra diestra
Jamás temió peligro ni fatiga;
Y es menester que la jornada nuestra
Mucho mas adelante se prosiga,
Hasta poder hacer algun empleo
Donde satisfagamos el deseo.

»Parar aquí fué cosa conviniente,
Porque no se sufria salir antes,
Hasta tener caballos y mas gente,
Y noticia de tierras abundantes:
Tenemos ya recado suficiente
Y guias que parecen ser bastantes;
Ansimismo tenemos en la mano
El apacible tiempo del verano.

»Está la gente bien apercebida,
Y á causa del trabajo tan contino,
Aquellos que escaparon con la vida,
Muy mas purificados que oro fino:
Al fin punto de honra nos convida
A que ya nos pongamos en camino;
Demás desto riqueza, gloria y fama
Se llega por momentos y nos llama.

»En mí terneis en toda la conquista
Medido capitán y buen amigo;
La muestra desto ya la teneis vista,
Con otras muchas cosas que no digo:
Conviene pues hacerse luego lista,
Y ver los que podrán salir conmigo;
Y cualquiera persona baja ó alta
Pida, que yo daré lo que le falta.

»Todos comiencen á hacerse prestos,
Y á la lista que digo se presenten;
Mas los casados y los indispuestos
No quiero que en la nómina se cuenten,
Pues quedarán soldados con aquestos
Que los sirvan, regalen y sustenten;
Y si nos diere Dios lo que le ruego,
El socorro y remedio vernán luego.

»Dejamos ya de paz esta frontera;
Y como con agravios no se tiente,
Andando los demás por allá fuera,
Se podrán sustentar mas largamente;
Y gobernallos ha con paz sincera
Aquel que yo les dejo por teniente,
Que es el jurado Leiva, de quien siento
Toda modestia y buen comedimiento.

»Queda Bartolomé de Santillana
En Coro con poderes muy bastantes,
Varon que nunca supo ser mañana
En socorrer negocios importantes:
Antes acudirá de buena gana
Si se rebelan indios circunstantes;
Y sé que ya por paz, ó ya por guerra,
Os asegurará toda la tierra.

»Confiado de tales amistades,
Ningun temor me da la larga vía,
Conociendo de vuestras voluntades
Estar siempre conformes con la mia:
Dad orden pues á las necesidades
Para poder salir al sesto dia,
Y el caballero y el peon ordene
Lo que para su rancho le conviene.»

A su razonamiento dados fines,
Con determinacion ya resoluta,
Tocáronse trompetas y clarines,
Y cada cual sus mandos ejecuta:
El Vasconia y el Estéban Martines
Tomaron á su cargo la minuta,
Que serian doscientos y cincuenta,
Y fueron de caballo los cuarenta.

Apréstase la lanza y el espada,
El escopil, celada y la rodela,
Esperando la hora señalada,
Que por ninguno dellos se recela;
Y ordenaron salir con el armada
A la costa del Cabo de la Vela,
Con determinacion y con intento
De proseguir aquel descubrimiento.

Ya la era del Hijo de María,
Mediante movimientos regulados,
Ocho cabales lustros recorria,
Con tres quinientos años acabados,
Cuando la valerosa compañía
Destos descubridores memorados
Se llegaron al término marino
Para prosecucion de su camino.

Luego la costa abajo se despacha
Ambrosio con tal orden de guerrero,
Que no se le pudiera poner tacha
Por otro (de esperiencia) mas entero.
Llegaron pues al rio de la Hacha,
Que deste nombre tal es heredero
Por una que perdió cierto soldado
Al tiempo que pasaba por su vado.

Llegados al paraje que se trata,
Dieron á su camino mas reposo,
Por hallarse maíz, yuca y batata,
Y ser terreno ya mas abundoso.
Salióles al encuentro Boronata,
Indio guanebucán y belicoso:
Tuvieron un recuentro porfiado;
Mas Boronata fué desbaratado.

Dejadas ya las flechas y el poporo
Por el guanebucán feroz, robusto,
Esta gente paupérrima de Coro
Tomaron un poquillo de buen gusto,
Por recoger allí joyuelas de oro
Y ensangrentar las manos el mas justo:
Entonces ansimismo dió cudicia
Del ídolo de oro gran noticia.

La fama del cual era no muy flaca,
Y aun todavía por aquellos puestos
Suena su voz, y por razon se saca
Sus miembros ser de buen grandor compuestos,
Pues dicen lo llevaban en hamaca
Diez ó doce gandules bien dispuestos:
Túvolo Boronata por grandeza
Y por ostentacion de su riqueza.

No faltaron después buenos ventores
Que ventaban la caza por defuera,
Siguiéndola por los alrededores
Hasta las sierras dichas de Herrera;
Mas no fueron tan buenos rastreadores,
Que pudiesen topar la madriguera;
Trabajó su pedazo Castellanos,
Pero también sus pasos fueron vanos.

Eran guanebucanes gente brava,
Y cuando competian dos señores
Seguian al que mas se lo pagaba
Y mejor premiaba sus sudores;
Y tiénese por cierto que ganaba
Quien podia gozar de sus favores:
Fué gente principal, rica, gallarda,
Puesto que la demás era bastarda.

Y ansí se deseaba por momentos
Dar en guanebucanas poblaciones,
Por ver la majestad de sus asientos,
Demás de recoger en ellos dones
Que hacen á perdidos y hambrientos
Trastornar diversísimas naciones;
Y aquí fueron tan grandes los caudales
De oro, que lo muestran las señales.

Antes fué gran caudal, y en tiempo mio
Un Fernán Sanchez tuvo tal ventura,
Que yendo por orilla deste rio
La barranca dél hizo hendedura,
Y descubrió frontero de un bahío,
En una muy antigua sepultura,
Una olla con cuantidad de oro,
Que fué remedio de su pobre lloro.

Ambrosio pues con esta golosina
Siguió riberas desta y de otras aguas,
Sin le quedar por ver brazos de Urina
Ni sus pequeñas barcas ó piraguas:
Con mano mas sangrienta que benina
Pasó por los bubures y cenagnas;
E ya de joyas de oro pertrechado,
Al valle de Upar fué, que hoy es poblado.

Fué yo de los primeros pobladores,
Y allí pude tener alguna mano,
Pues padecí trabajos y sudores
Pesados de llevar al cuerpo humano;
Mas á fin de buscar tierras mejores,
Lo que me daban tuve por liviano,
Y cuando conquistar allí me plago
Mandaba don Alonso Luis de Lugo.

Nombró por capitán al buen Salguero,
Que bien puede gozar deste renombre
Por ser en las virtudes tan entero,
Que no le viene largo mayor nombre:
Deste reino descubridor primero,
Y en la conquista suya cabal hombre;
El cual después como varon cristiano
A las cosas del mundo dió de mano.

Pues él y su mujer Joana Macías,
Que de valor no tiene menos prenda,
Ofrecieron en medio de sus dias
A Dios todo su ser y su hacienda,
Plantando para santas compañías,
En las casas que son de su vivienda,
Un tal y tan ilustre monasterio
De monjas, que lo tengo por misterio.

A él ya le llegó la fatal hora,
Con tal muerte cual fué su santa vida:
Es ella de presente la priora
Con ejemplo y virtud esclarecida,
En la ciudad de Tunja, donde mora,
Y tiene gloria y fama merecida:
Lleve Dios adelante sin zozobra
Una tan santa y tan heroica obra.

Aqueste dije, por venir á cuento,
Del valle de Upar, donde voy entrando,
Y al Ambrosio me vuelvo descontento,
Que lo veo destruyendo y asolando
Con furia de rigor sanguinolento;
Asimismo caciques abrazando,
Aunque recuentros tuvo no muy flacos
De guamaos, itotos y aruacos.

Potentes escuadrones y ordenanzas
De pedregosas sierras abajaban;
Mas rigurosos hierros de las lanzas
Los encendidos pechos resfriaban
De los que con mas locas confianzas
Caminos comenzados estorbaban;
Al fin, el enemigo ya mas manso,
Tomaron algun tanto de descanso.

Recrearon los cuerpos fatigados,
Aunque siempre con grande vigilancia;
Iban muchos á caza de venados,
De que estos campos tienen abundancia;
Hallaban muchedumbre de pescados
En los rios de aquella circunstancia;
No dejaba también gente lijera
De correr una y otra cordillera.

Recorriendo pues tierra del Upare,
Recogido de oro montoncillo,
Pasó de las zavanas de Zazare,
Y rio que llamamos de Vadillo,
Las de Guataporí y Garupare,
Pasando muchos indios á cuchillo,
Y los de Pacabueyes anihila,
Y los de gente blanca y de Chimila.

Siguió mas adelante su camino
Con gente victoriosa y esforzada,
De los cuales no era menos dino
Ni su lanza la menos estimada
Fernando de Alcocer, que es hoy vecino
En este nuevo reino de Granada,
A cuya relacion voy obediente,
Pues él á todo se halló presente.

Micer Ambrosio pues con importuna
Hambre, que no consiente que se trueque,
En seguimiento va de su fortuna,
Mediante relacion de cierto jeque,
Hasta venir á dar al alaguna
De la provincia de Tamalameque,
Donde halló de indios muchedumbre,
Que dió luego la paz con mansedumbre.

En una isla destas residia
El indio Cumujagua, generoso,
Que fué señor á quien obedecia
Un número de gente grandioso:
Este los recebió con alegría
Dentro de la ciudad de su reposo,
Adonde por hallar todo remedio
Estuvo con los suyos año y medio.

Tuvieron el recado conviniente,
Sin ofrecerse guerra ni combate,
Y ovieron de los indios buenamente
Mas de cien mil ducados de rescate;
Cudicia, que de males es la fuente,
Y á cosas indebidas nos abate,
Hizo prender al indio caballero
Para poder sacalle mas dinero.

Viendo los indios ya que sobre paces
Usaban de tan ásperas afrentas,
Procuran ordenar guerreras haces
Que de temor pudiesen ser exentas,
Juntando de canoas muy capaces
Un número de mas de cuatrocientas,
Y en ellas embarcaron estas gentes
Tres mil indios gallardos y valientes.

Luego la gran caterva de salvajes
Aprietan en las manos canaletes,
Todos con superbísimos plumajes,
Joyas de oro, pectos, brazaletes,
A las espaldas puestos los carcajes,
Algunos ansimismo con almetes:
Daba la vista deste movimiento
Temores con algun contentamiento.

Ambrosio, que los vió venir al puerto
Con estos capacísimos bateles,
Mandó poner los suyos en concierto,
Cubrir caballos con usadas pieles;
Y cada cual, como varon esperto,
A su caballo puso cascabeles,
Creyendo que por no ver otro tanto
Causaran á los indios gran espanto.

Dejando los caballos abscondidos,
Quiso salir con solos los peones,
El á caballo, solo, con vestidos
De las colchadas armas de algodones;
Y estando por buen orden digeridos,
Llegaron los indianos escuadrones,
Los cuales con gentil brio de guerra
Tomaron todos juntos luego tierra.

El indio capitán, á quien subyecto
Era todo varon que con él vino,
Con ricos brazaletes y con pecto,
Y ansimismo celada de oro fino,
Al Ambrosio dió cuenta del efecto
Porque se conmovieron al camino,
Diciendo: «¿Nuestras obras y halago
Debian merecer aqueste pago?»

» Decid, ingrata gente y estranjera,
¿En las tierras adonde sois vecinos
Acostumbran pagar desta manera
Los que son hospedados peregrinos?
¿Suelen pagar al amistad sincera
Con tan desordenados desatinos?
¿Recompensan el buen acogimiento
Con tan torpe desagradecimiento?

»Aquí llegastes flacos y hambrientos,
Mal parados de guerras y contiendas;
Salimonos de nuestros aposentos
Por daros mas á gusto las viviendas;
Fuestes bien proveidos de alimentos,
Partimos con vosotros las haciendas:
Pues ¿dó se sufre tan dañado pecho
Contra quien tantos bienes os ha hecho?

»Mal puede confiar de fuerte lanza
Una gente tan mal agradecida;
E ya se nos acerca la venganza
Crüel y justamente merecida;
Pues no querrá tan próspera pujanza
Cual veis hacer en balde su venida,
Si no se redimieren vejaciones
Con quitar al cacique las prisiones.

»Y pues aquestos son medios humanos,
Y para desterrar guerras molestas,
No seais temerarios ni livianos
En acudirnos bien con las respuestas;
Y si no, preparad luego las manos,
Porque los indios ya las tienen prestas,
Y en comenzando conoceréis luego
Del arte que jugamos este juego.»

Ambrosio no por esto hizo blanda
Su dura voluntad, mas antes digo
Que á dos ó tres soldados de su banda
Mandó que lo sacasen por testigo
De cuán en poco tiene su demanda,
Pues lo tenia con un piedamigo,
Y cuando salió dijo con voz grande:
«Ninguno de vosotros se desmande;

»Que no me librará guerra rompida,
Ni yo tal aconsejo ni tal quiero;
Pues aunque vayan estos de vencida,
Y vuestro poder quede muy entero,
Algunos hemos de perder la vida,
Y está claro que yo caeré primero;
Pues veis las gentes que conmigo vienen,
Y del arte y manera que me tienen.

»Comportemos ahora nuestra suerte:
Que si por fuerza de armas esto fuese,
Por darme vida me dareis la muerte,
La cual huir queria si pudiese;
Y como razon buena los concierte,
Ellos me soltarán sin interese,
Pues aunque me detengan tiempo luengo,
Muy mal les podré dar lo que no tengo.»

Con aquellas palabras se resfría
La cólera de indianos escuadrones,
Puesto que parte dellos insistia
En lo librar de aquellas aflicciones;
Porque lástima grande los movia,
Viéndolo con tan ásperas prisiones;
Y Ambrosio, que á razon no se subyeta,
Hizo luego señal con la trompeta.

Con tal furor caballos ocurrieron,
Que pareció hundirse bajo y alto:
Los indios por tal orden lo sufrieron,
Que ninguno de vida quedó falto,
Y con gentil compás se retrajeron
Sin representacion de sobresalto;
Y hecho de la tierra su desvío,
Se metió cada cual en su navío.

Volvieron sin hacer la diligencia
Que su primera furia deseaba,
Enojos convertidos en paciencia,
Sin que sacasen tiro del aljaba:
Tanto pudo con ellos obediencia,
Por respecto de quien se lo mandaba,
El cual en lo guiar por esta vía
Tuvo la libertad que pretendia.

Habia Nicabo, pueblo potente,
Una legua y aun mas desta comarca,
En una cierta isla diferente
Que grande poblacion ciñe y abarca:
Para pasar á ella nuestra gente
No podian haber remo ni barca,
Y el morador tenia por su muro
El agua, do pensaba ser seguro.

Para pasar remedios indagando,
Ambrosio dijo: «Yo me determino
Que vamos todos juntos atentando
Por donde el agua da mejor camino;
Pues ya podria ser que vadeando
Llegásemos al bárbaro vecino.»
Su parecer juzgaron por discreto,
Y luego lo pusieron en efeto.

Camino de la isla van derechos,
Por donde el agua menos impedia;
Al cuello por lo menos ó á los pechos,
Y á vuela pié, segun mejor podia,
Fueron aquestos atrevidos hechos;
Pero llegaron do se pretendia,
Y el bárbaro que pudo hacer guerra
Nunca les impidió tomar la tierra.

Pudiendo con sus barcas ó piraguas
Rodeallos por una y otra banda,
Y antes que se saliesen de las aguas
Dalles una gentil escurribanda;
Mas ellos, fuera de guerreras fraguas,
Esperaron cuál fuese su demanda;
Y ansí los recebieron blandamente,
Sin conocerse rostro diferente.

Y aun en tierra pudieran ser rompidos,
Por traer los caballos fatigados,
Y no faltos de agua los vestidos,
Pues todos ellos iban empapados;
Pero demás de ser bien recebidos,
Bastantemente fueron regalados,
Y aun aumentaron buenos crecimientos
Al oro, que eran todos sus intentos.

Y trastornando donde se barrunta
Estar algunas joyas del vecino,
Un ataud se vió de una difunta,
Todo hecho de hoja de oro fino:
Esta con lo demás fué luego junta,
Porque dejalla fuera desatino,
Y pesó, segun dicen baquianos,
Cinco mil y quinientos castellanos.

A grandes esperanzas se despierta
La gente, con presea tan subida,
Diciendo que el sepulcro de la muerta
A los que estaban muertos daba vida;
Mas es el ataud memoria cierta
Que pone por delante la caída;
Cebo fué por agora y añagaza,
Pero tal que los vivos amenaza.

De manera que estaban satisfechos
De no poder errallos esperanza
Con muy mayores colmos de provechos;
Pero faltábales fuerza de lanza,
Porque vinieron pobres de pertrechos
Para romper alguna gran pujanza;
Y ansí se concertó volver á Coro
Con treinta y cinco mil pesos de oro.

A fin de hacer dellos un empleo
De cosas necesarias al armada:
Gentes caballos, armas y el arreo
Que podia pedir larga jornada;
Y para perfeccion de su deseo,
Con gran brevedad fuese la tornada,
Pues con muestra de lo que represento
Ternian presto buen aviamiento.

Nombraron pues para la tal carrera
Veinte y cinco magnánimos soldados,
Los cuales sé decir que donde quiera
Pudieran ser varones estimados:
Estos iban debajo la bandera
De Vasconia, que sigue duros hados,
Y el Ambrosio quedaba con el resto
En la provincia donde hizo esto.

Salieron proveidos de recuaje
De indios, do llevaban la moneda,
E iban prosiguiendo su viaje,
Ya por zavana, ya por arboleda,
Y en el valle de Upar en buen paraje,
Parecióles mejor mudar vereda,
Teniendo por larguísimo camino
Guiarse por el término marino.

Sino, de su buen tino confiando,
Del cual estaban todos satisfechos,
Al Maracaibo ir atravesando
Por caminos que fuesen mas derechos;
Pues iban por la costa rodeando
Y opuestos á mas daños que provechos;
Y por tener por bueno su concepto
Todos se dispusieron al efeto.

Siendo pues la intencion de todos una,
Ya de comida mal apercebidos,
En la demanda van del alaguna,
De su derrota no muy divertidos;
Pero guiábalos mala fortuna
Para pagar los yerros cometidos,
Y ansí dieron en tierra tan sin gente,
Que no pudieron ver cosa viviente.

Prosiguieron el infelice curso
Mas número de dias que cuarenta,
Sin poder descubrir en el discurso
Contra su tan famélica tormenta
De yerbas ó de frutas un recurso,
Que en tiempo tal los míseros alienta;
Y el mas veloz y de mejor anhelo
No levantaba ya los piés del suelo.

Quien por zavanas escombradas iba,
En lo limpio hallaba trompezones:
Una pequeña paja lo derriba,
Aire flaco le da mil empellones;
Ya la lumbre del sol les es nociva,
No pueden percebirse sus razones,
No se esfuerzan los pocos á los pocos,
Porque todos andaban como locos.

El que va prosiguiendo su camino,
Luego se torna acia donde sale,
Predominándolo gran desatino:
Riqueza llevan; pero ¿qué les vale?
Que mal puede hartallos oro fino,
Ni puede descubrir quien los regale,
Y aquel que hace rentas y vasallos
De tanto mal no puede libertallos.

En esta mas que miserable vida,
A tanto las locuras se estendian,
Que humana compasion fué despedida,
Y enormes desconciertos acudian;
Pues para proveerse de comida
Mataban de los indios que traian:
Hecho que por maldad se solemniza,
Y al cristiano varon escandaliza.

Mal satisfecha la hambrienta saña,
Sigue su confusion el caminante,
Y aunque se daban todos flaca maña,
El oro se llevaba por delante,
Hasta venir á dar á la montaña
Del dicho Maracaibo circunstante,
Donde, por ser difícil la salida,
Esta gente quedó muy mas perdida.

El mas brioso se sentia laso,
El mancebo robusto desmayado;
Vasconia no podia ya dar paso
A causa de tener un pié llagado;
El resplandor del sol les es escaso
Por caminar por bosque muy cerrado;
Finalmente, que ya los flacos Martes
Allí se dividieron en dos partes.

Y á la raiz de un árbol señalado
El oro se dejaron abscondido,
De tal manera puesto y enterrado,
Que nunca hasta hoy ha parecido,
Aunque con diligencia fué buscado
Por Francisco Vanegas, advertido
Por uno destos, de quien diré luego,
Mas en el atinar estuvo ciego.

Quedó Vasconia pues con seis ó siete,
Y no sé cuántos indios en cadena,
Los cuales degolló crüel machete
Para manjar infame de su cena:
Un Francisco Martin y un Alderete,
Teniendo la comida por obscena,
Las pisadas siguieron al instante
De los otros que van mas adelante.

Los que quedaron, sobre particiones
De pierna, pié, de mano, brazo, codo,
Tuvieron ciertas bregas y pasiones,
Pues Vasconia partia de tal modo,
Que daba muy escasas las raciones
A los otros, tomándoselo todo;
Y ansí, por no tener con él pendencia,
Huyeron los demás de su presencia.

Quedóse solo con furor horrendo
Do debió fenecer con mala suerte;
Los otros adelante van huyendo,
Temiendo cada cual que con su muerte
Habia, ya despierto, ya durmiendo,
De ser mantenimiento del mas fuerte,
Pues la maldad á tanto se estendia,
Que del mayor amigo nadie fia.

Algunos del consorcio dividido
A Cucuta salieron juntamente,
Rio después acá muy conocido
De sierras deste reino descendiente;
De la barranca dél luego se vido
Canoa con dos indios solamente,
A los cuales, por seña conocida,
Demandaron socorro de comida.

Los indios, dos, de ver nuevo gentío,
Estuvieron confusos y perplejos;
Mas conociendo su hambriento pio
Con rostros que á la hambre son anejos,
Bajaron con su leño por el rio
Al pueblo que tenian poco lejos,
Y de lo que hallaron mas á mano
Recogieron batatas, yuca y grano.

Con otro muy mayor y mejor leño,
Volvieron ocho indios al momento:
El socorro que llevan es pequeño
Para lobo que viene tan hambriento,
Y los caribes nuevos que os enseño
Concibieron un torpe pensamiento,
Y fué tomar la gente comedida
Para que les sirviese de comida.

Llegaron pues los indios con simpleza
Y el español fué della tan ayuno,
Que les acometió con gran presteza
Con el furor hambriento é importuno;
Pero por su grandísima flaqueza
Ovieron á las manos solo uno:
Huyen los otros para sus cabañas,
No teniendo por buenas tales mañas.

Luego rompió las venas el cuchillo
Y aun la sangre les fué licor sabroso;
Y un soldado bestial, dicho Portillo,
Demás del hecho vil y criminoso
Lo hizo tal que no quiero decillo,
Por ser horrendo, feo y asqueroso,
Y tal que las entrañas sosegadas
En oillo darán mil arqueadas.

Los miserables miembros repartidos
Desde los bajos piés á los cabellos,
Por no ser llenamente proveidos
Estos voraces y hambrientos cuellos,
Unos de otros fueron divididos,
Sin que nadie jamás supiese dellos;
Era su duro mal mas que penuria,
E ya no hambre sola, sino furia.

El Francisco Martin, ida la gente,
Sin culpa de crueldad y de locura,
Una balsilla hizo suficiente,
Juzgando selle cosa mas segura
Al beneplácito de la corriente
Ir donde lo llevase su ventura;
Y ansí fué nuestro triste navegante
En riesgo y en trabajo semejante.

Cercado de cien mil inconvinientes
Que el dudoso camino prometia,
Quiso Dios que topase ciertas gentes
Antes de le faltar la luz del dia,
En el lenguaje poco diferentes
De lengua de Cubagua que él sabia;
Hizoles entender por modo bueno
Ser indio natural de otro terreno.

Ansimismo les dijo que de guerra
Habia sido preso de cristianos,
Los cuales lo sacaron de su tierra,
Pueblo que confinaba con los llanos;
Y agora, yendo por aquella sierra,
Procuró de librarse de sus manos,
Y que venia para ser captivo
Suyo los dias que durase vivo.

Fácilmente por indio fué tenido,
Pues demás de la lengua que hablaba,
El pellejo traia tan curtido,
Que no indio, mas negro semejaba:
Allí fué finalmente proveido
De la cosa que mas él deseaba,
Y el indio principal destos conveses
Lo tuvo por esclavo ciertos meses.

Este señor tenia cierta llaga,
Y el Francisco Martin, como vasallo
Que desea que dél se satisfaga,
Trabajó lo posible por curallo:
Pretende solo crédito por paga,
Y por justos respetos obligallo;
Y dióle Dios en esto tal ventura,
Que tuvo buenos fines esta cura.

En el oficio de la cirujía
No fué curado dél aqueste solo;
Ningun premio le dan; mas todavía
La cura del señor acreditólo:
Tanto la fama desto se estendia,
Que lo tenian ya por dios Apolo,
Y venian de partes diferentes
A curarse con él algunas gentes.

Un cacique Bubur, como supiese
Que el otro de tal indio se servia,
Y grandes pesadumbres recebiese
A causa de una llaga que tenia,
Al itoto rogó se lo vendiese,
Prometiendo por él justa valía:
Finalmente vinieron á conchavo
El itoto y Bubur sobre el esclavo.

Hubo muchos terceros en las ventas,
Y el itoto, de términos ruines,
Por dos sartas lo dió de ciertas cuentas,
Que no valian ambas dos tomines:
Las partes satisfechas y contentas,
Con el Bubur se fué nuestro Martinez,
El cual, como tenia buena mano,
En brevísimo tiempo lo dió sano.

Viéndose restaurado de doliente,
Mostróselo el Bubur agradecido;
Y porque supo ser hombre valiente
Hízolo general de su partido:
Dióle indios, y dióle juntamente
A una hija suya por marido,
El cual, como mamó leche de España,
En guerra y paz se daba buena maña.

Y pues ya tiene levantada cresta,
Arco, macana, flechas y embijado,
Dejémoslo gozando de su fiesta
Y los regalos de recién casado:
Que dél diré después lo que me resta
En hallándome mas desocupado.
Volvamos al Ambrosio, que esperando
Estaba los que ya no tienen cuando.

Y ansí, por parecer muy espacioso
Vasconia, capitán, en su venida,
Vivia congojado y sospechoso
De la desgracia grande sucedida;
Y al Estéban Martin, varon famoso,
Rogó que apresurase la partida
Al Maracaibo, do tuviese lumbre,
Nuevas, ó relacion ó certidumbre.

El Esteban Martin, como subyeto,
Con diez hombres, sin otra compañía,
Puso los mandamientos en efeto,
Sin torcer el camino que sabia;
Y ansí, con tiento de varon discreto,
Brevemente llegó donde queria,
Y donde, por indicios, fueron ciertos
Vasconia y los demás ser todos muertos.

Visto pues el tardar no ser sin lloro
Y pérdida de gente castellana,
Y que la confianza de aquel oro
Para sus pretensiones era vana,
Despachó mensajeros para Coro,
Para Bartolomé de Santillana,
Con algun oro, con que proveyese
Gentes, caballos y lo que pudiese.

El cual, vistas las cartas del Estéban
Y apartando de sí ratos ociosos,
Hizo muestra del oro que le llevan
A los que dél estaban cudiciosos;
Y ansí, para demanda dél, se ceban
Sesenta y dos soldados valerosos,
De los cuales fué Limpias y Sarmiento,
Hidalgo burgalés de nacimiento.

Recogido del término marino
El servicio que mas les agradaba,
Con el demás recado que convino
Y su jornada larga demandaba,
Al Maracaibo guian su camino,
Donde Estéban Martin los esperaba;
Y tres dias después de su venida
Pusieron en efecto la partida.

Todos ellos con buen aviamiento
Van en prosecucion de su carrera,
Hasta que ya llegaron al asiento
Donde micer Ambrosio los espera;
Recebió crecidísimo contento
En vellos ya debajo su bandera,
Aunque con pesadumbre de la nueva
Que del dicho Vasconia se le lleva.

Viendo la gente pues aderezada,
Y el mas pesado dellos bueno y sano,
Queria ver el fin de su jornada,
Y no perder el tiempo del verano;
Mas por tener la pluma mal cortada,
Y no poco cansada ya la mano,
Quiero cobrar alientos y resuellos,
Que yo diré después lo que fué dellos.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo caminó micer Ambrosio con esta gente, descubriendo tierra hasta llegar adonde está ahora poblada la ciudad Pamplona, distrito deste nuevo reino donde lo mataron.

Por sabios, avisados y discretos
Que sean los caudillos de las gentes,
Todos en sus gobiernos van subyetos
A votos de juicios diferentes;
Y no les faltan émulos secretos
Que dan sus pareceres entre dientes,
Principalmente si á los buenos hechos
El capitán limita los provechos.

Y ansí, por dilatar las particiones
Del oro que tenian recogido,
Y con dolor de aquellas perdiciones
Del otro que jamás ha parecido,
Eran contínuas las murmuraciones
Con deseo de vello repartido,
Para que cada cual se proveyese
De lo que de su parte le cupiese.

Mas el gobernador con buen halago
La tal reparticion entretenia,
Ni concediendo bien ni con amago
De no hacer lo que se le pedia;
Pero desea de hacerse pago
De lo que cada uno le debia,
Pues fué cierto gastar en avíallos
Muchas mercaderías y caballos.

Aquesta fué la principal asilla
Para se desgustar alguna gente,
Y entrellos un Anaya, de Sevilla,
Inquieto varon aunque valiente:
La demás era gente tan sencilla,
Que el negocio sufria blandamente
Y al fin, sin repartir el oro fino,
Adelante siguieron su camino.

Del cual cualquiera parte que se ande
Hierve la gente de que estaba llena;
Falta quien para guerra se desmande,
No hallan escuadron que les dé pena;
Llegaron á beber del rio grande,
A quien llamaron de la Magdalena,
Cuyo nombre le vino por concierto
De ser en aquel dia descubierto.

Por una y otra parte discurriendo
Camina sin cesar el marcio coro,
Los confines de Guane descubriendo,
Provincia de grandísimo decoro,
Por ásperos caminos descendiendo
A lo que llaman hoy rio del Oro,
Do las lucidas puntas de sus minas
Esceden en quilates las mas finas.

Estiendèn adelante sus carreras
Aquestos valerosos españoles,
Atravesando cumbres y laderas,
Asperísimos riscos y peñoles,
Hasta que ya pusieron sus banderas
En la zavana de los Caracoles,
A la cual, por los muchos que hallaron,
De semejante nombre la llamaron.

Pues en cierto rincon desta dehesa,
Estando ya con falta de alimento,
Congregacion de aguas y represa
De caracoles dió gran cumplimiento;
Y en veinte dias no gozó su mesa
De otro mas cabal mantenimiento,
Hasta tanto que Estéban Martin vino
Y trajo nuevas de mejor camino.

Dió noticia de grandes poblaciones,
Prolijas sementeras y labranzas,
Aparencias y representaciones
Del cumplimiento de sus esperanzas:
Alléntanse hambrientos escuadrones,
Compónense guerrenas ordenanzas,
Afilanse las lanzas, las espadas,
Y a gran priesa caminan las jornadas.

No van por el camino sin encuèntro
De grandes escuadrones de flecheros,
Y cuanto se metian mas adentro
Mas cuantidad habia de guerreros:
Tuvieron un grandísimo recuentro
Con indios que llamamos citareros;
Mas, á pesar de quien mas les baldona,
Al páramo llegaron de Pamplona.

Donde después acá, que no de guerra,
Sino de mansa paz todo se trata,
Han dado las entrañas de la tierra
Gran cuantidad de oro sobre plata,
Y en el frio compás de aquella sierra,
Zavana rasa, montuosa mata,
Fria quebrada, claros vertederos
Convidan con riquísimos veneros.

Pero con increible pesadumbre,
Al humano vivir incomportable,
Pues el glacial viento de su cumbre
No es á los humanos amigable;
Mas la continuacion y la costumbre
Parece que lo hacen tolerable,
De tal manera ya que en su cultura
Arte templa rigores de natura.

Fué pues Ambrosio por lo mas supremo
Del páramo, sin dél hacer desvio,
Mas no se vió rigor del monte Hemo
Que nevase tan frígido rocío;
Y como fuesen de calor estremo
A los estremos grandes deste frio,
Lo que no vencen bélicos calores
Vencieron frigidísimos temblores.

Pues muy en breve se quedaron yertos
No poca cuantidad de los cristianos,
Muchos caballos, y ansimismo muertos
Mas de trescientos indios de los llanos,
Ladinos, sagacísimos, espertos,
Y de los españoles piés y manos;
Los cuales confiados del estío
Sus cueros solos eran atavío.

Y á todos fué muy gran inconviniente
Venir de lana mal apercebidos,
Y dar en tierra fria de repente
Con las lijeras ropas y vestidos
Que solian traer en la caliente,
Adonde con calor son afligidos;
Y ansí, de ver en poco tantos muertos,
De lágrimas arroyos van abiertos.

Ninguno ya por amistad espera,
El riesgo de sí propio conóciendo,
Ocupando la muerte donde quiera
A quien se para y al que va huyendo,
Enseñando los dientes, de manera
Que se juzgara dél estar riendo,
Mas era de la muerte la divisa
Con estremo de la sardonia risa.

Con aquestos trabajos escesivos
Y quiebra grande de vitales hilos,
No quieren aflojar de sus motivos,
Antes van afilando los estilos,
Hasta que las reliquias de los vivos
Allegaron al pueblo de los Silos
Nombrado de la gente forastera
Por los que ven aquí de su manera.

Donde los fatigados peregrinos
Tuvieron fuego, ropas y comida,
Contra la voluntad de sus vecinos,
Pues todos se pusieron en huida;
Porque la gente ya destos caminos
De tela de algodon anda vestida;
Y ansí fueron aquestas vecindades
Reparo para sus necesidades.

Quietos ya los grandes ventisqueros,
El buen gobernador luego procura
Que vuelva Limpias con sus compañeros
Al lugar donde fué la desventura,
Mandándole que fuesen herederos
Los muertos de terrena sepultura;
Y llegados al páramo terrible
El Limpias hizo todo lo posible.

Enterrando del número caido
Un buen soldado, natural mancheño,
Cuando le desnudaban el vestido,
A fin de que tuviese nuevo dueño,
En el seno hallaron abscondido
Caricuri de oro bien pequeño;
Y cada cual que el hurto reconoce
Lo tuvo por delito muy atroce.

Por ser orden que lo que se hallase
Por cualesquiera vias y ocasiones
Ante el gobernador lo presentase,
Y al contador del rey diese razones;
Y aqueste, como no lo declarase,
Fué causa de cien mil murmuraciones:
Como si fuera menos que hurtado
Lo que todos habian declarado.

Sepultados los del cristiano bando,
Ambrosio con los sanos escuadrones
A Cucuta se fué luego llegando,
Entonces de crecidas poblaciones;
El hilo del vivir le van cortando
Domésticas ó bárbaras naciones,
Pues entre muchos dura la sospecha
Haber sido traicion y maldad hecha.

Caminando con todo buen recado
La vuelta deste valle cierto dia,
Antes de descender á lo poblado
La claridad del sol se despedia,
En tal manera, que les fué forzado
Parar en un loma poco fria:
Los indios, viendo nuestro campo quedo,
El no bajar juzgaron ser de miedo.

Luego los arcos rústicos aprietan,
Porque jamás buscaron otro muro,
Y en efecto consultan y decretan
Ser negocio mejor y mas seguro
Acometelles antes que acometan
O ya con claridad ó con oscuro;
Con este parecer secretamente
Por el monte se van á nuestra gente.

El Amorosio, persona recatada,
Con Estéban Martin y seis soldados,
Salieron á velar la madrugada,
Que nunca ser quisieron reservados;
Y dicen descubrir una celada
De los indios que tengo declarados,
Los cuales sin hacer sus algazaras
Arronjaron gran número de jaras.

Entraron do sintieron el ruído
Cada cual de los dos determinado,
Y cada cual valiente y atrevido;
Mas fué superior siniestro hado;
Pues Estéban Martin salió herido,
Y el buen micer Ambrosio degollado
Por la punta cruel de seca planta
Que las venas rompió de la garganta.

Por algunos allí se presumia
Aquel golpe no ser índica mano;
Mas ello sea por cualquiera via,
No pudo dalle cura cirujano:
Finalmente, duró tercero dia
Haciendo diligencias de cristiano;
Y por morir allí tan cabal hombre,
Al valle le quedó su mismo nombre.

Todos mostraron tierno sentimiento,
Y no faltaron ojos lacrimosos
Ansí de los de sano pensamiento,
Como de los que fueron sospechosos.
Hicieron pues humilde monumento
Debajo de unos árboles umbrosos,
Y en la corteza que mas tierna era
Una letra quedó desta manera:

Praebuit Alfinger patriam Germania nobis,
Tellus in hac silva barbara corpus habet.
Confixum telis sequitur me haec sola voluptas,
Cultorum Christi protinus esse sedem.

En Alfinger fué nacido
Una ciudad de Alemaña:
Tierra bárbara y estraña
Tiene mi cuerpo abscondido
En medio desta montaña.
Muerto de crueles manos,
De los placeres humanos
No llevó mayor placer
Que morir donde ha de ser
Habitacion de cristianos.

Los tristes funerales concluidos,
Segun mejor pudieron de presente,
Viéndose todos mal apercebidos
De lo que mas les era conviniente,
Los españoles ya diminuidos
De indios grande número de gente,
Para ver lo que cada cual apunta
De todos ellos juntos hubo junta.

Guardado de los votos el decoro,
Segun la cualidad de los soldados,
Determinaron de partir el oro
Por árbitros en esto señalados;
Y juntamente de volver á Coro
Para venir mejor aderezados,
Y demás desto que nombrado fuese
Capitán general que los rigiese.

No faltaba quien los inquietase
Cerca de la eleccion que se hacia,
Como ya cada uno procurase
Salir con lo que mas le convenia:
Al fin se concertó que gobernase
Pedro de San Martin, y fuese guia
El Estéban Martin, de cuya lanza
Se podia tener gran confianza.

El cual se dió tan admirable maña,
Sin vencerse jamás de desatino,
Que rompiendo por áspera montaña
Ahorró prolijísimo camino:
No les faltó también guerrera saña
En las provincias por adonde vino,
En un grande cercado mayormente
Donde se recogia mucha gente.

Do como fuesen faltos de comida
Y esperasen rancheo de provecho,
Para la dicha cerca ser rompida
Determinaron de poner el pecho:
Fué por el un cuartel acometida,
Teniéndose por fácil este hecho;
Mas el indio feroz y belicoso
Manifestóles ser dificultoso.

Pues los que defendian la barrera
No se mostraban flacos defensores,
Antes si bien pelean los de fuera,
Los de dentro no quieren ser menores;
Ninguno de victoria desespera,
Todos pretenden ser superiores;
Si lanza hiere por la junta estrecha
También lastima venenosa flecha.

Querian pues allí rayos dorados
Bajo del horizonte recogerse,
Y nuestros españoles fatigados
Acordaron también de retraerse,
Viendo los indios fieros y esforzados
Con determinacion de defenderse;
Pero con intencion siguiente dia
De volver á la bélica porfía.

Velóse bien la gente castellana,
Sin los indios tener ratos ociosos;
Y cuando vieron ya la luz temprana
Los ojos que durmieron cuidadosos
De lo que han de hacer á la mañana,
Recogen instrumentos belicosos,
Para volver las manos á la obra,
Que ya no podrá ser sin gran zozobra.

Guarnecen las cabezas con celadas,
Los cuerpos con los sayos estofados,
Las lanzas en las manos preparadas,
Y los caballos bien encubertados:
Peones llevan hachas afiladas
Para cortar los palos apretados,
De los cuales algunos llevan prestas
Algunas escopetas y ballestas.

Desta manera pues apercebidos
Los soldados y los que los subyetan,
A cuatro capitanes sometidos,
Que el combate consultan y decretan,
Fueron por cuatro partes repartidos,
Porque por otras tantas acometan:
El factor San Martin tomó el oriente,
El Estéban la parte de occidente.

Pedro de Limpias va por do le place,
Guiado de sus propias opiniones,
Monserrate también lo mismo hace;
Y todos los demás eran varones
De quien raro valor se satisface
En las mas importantes ocasiones;
Y hechas las señales que prometen
Con la trompeta, todos acometen.

Los bárbaros no menos están prestos
Por su defensa de poner la vida,
Pues de dardos y flechas bien compuestos,
En viendo nuestra gente repartida,
Acudieron á todos cuatro puestos
Con una prontitud jamás oida:
Crian feroces brios impaciencia,
Y los temores viva diligencia.

Como si nao remanece rota
En alguna grandísima refriega,
Do la gente se turba y alborota
De ver que á mas andar se les aniega,
Y al timon, á la bomba y al escota,
No reposa la gente ni sosiega,
Andando con hervor los oficiales
Con unos y otros y otros materiales:

A su defensa van aun no tan tardos,
Sino mas diligentes y lijeros,
Con gualcas, flechas, piedras y con dardos,
Gruesos puntales, leños y maderos,
Para que les sirviesen de reguardos
Si hiciesen portillos y agujeros;
Los niños, las doncellas, las mujeres
También acuden á los menesteres.

Rompe los aires grande vocería;
El indio vierte sangre y el cristiano;
Un punto no reposa la porfía,
Ni defensa del bárbaro villano,
Pues por parte que palo se rompia
Otros muchos tenian á la mano;
Auméntase hervor á la pelea
Por hacer cada cual lo que desea.

El Anaya, Pancorvo y un Castillo,
Persona cada cual acreditada,
Cuyo esfuerzo y valor no fué sencillo,
Fueron por una parte descuidada
Do pudieron hacer un buen portillo,
Por el cual entran en la palizada
Anaya y Casamirez con rodelas,
Sin illes los demás á las espuelas.

Porque sentidos los guerreros dolos,
Ya casi dentro cinco combatientes,
Gran multitud de indios perturbólos
Con tan impetüosos accidentes,
Que Anaya y Casamirez quedan solos
Entre mortíferos inconvinientes;
Y fué luego la rota palizada
En aquel mismo punto remediada.

Los dos toros están dentro del coso,
De crüeles alanos rodeados,
En estacada puestos y en un foso
Donde de todas partes son picados:
No tigre, no leon, no feroz oso,
Al tiempo que se ven mas fatigados,
Hacen tan fieras sus arremetidas
Cuanto los dos por escapar las vidas.

Ensangrentados van pectos y golas,
Tintas de las entrañas circunstantes,
Do las agudas armas españolas
Por todas partes andan penetrantes;
Pero ¿qué pueden ser dos almas solas
Entre tan gran caterva de gigantes?
Socorro pues ninguno puede dallo,
Eso me da peon que de caballo.

Tal número de sangre va vertida,
Que el cercado les es anegadizo;
Pero no puede ya dalles la vida
Sino la potestad del que los hizo;
Porque de flechas hay gran avenida
Y piedras mas espesas que granizo:
No tienen ya rodelas en los brazos,
Que ya se las han hecho mil pedazos.

A los dos finalmente dividieron
Los ímpetus terribles de la gente,
Y al Anaya tan gran golpe le dieron
De macana por medio de la frente,
Que con la fuerza dél allí salieron
El ánima y los sesos juntamente:
Casamirez también luego dió el alma
Con punta dura de tostada palma.

No menos acullá la furia arde,
Y el Estéban Martin punto no cesa
De dar calor al español alarde
Dándoles de victoria ya promesa;
Pero para los dos llegarán tarde
Aquellos que se dieron mayor priesa
De la misma manera Monserrate
Con grande furia sigue su combate.

Quel daño visto, para remediallo
Fué poseido de furor y saña,
Y los que son con él, por contentallo,
Se dieron en romper tan buena maña,
Que pudo bien entrar con el caballo
Y tras él juntamente su compaña:
Va haciendo bien anchos los lugares,
Rompiendo con su lanza los ijares.

Acuden españoles al instante
Hallando por allí lugar abierto;
Monserrate pasó mas adelante
De lo que requeria buen concierto,
Teniendo para sí ser él bastante
Para matar y no para ser muerto;
Y ansí con esta loca confianza
Hacia gran estrago con su lanza.

No se vió caballero menos tardo
En el acometer ni mas ardiente;
Andando pues sin esperar reguardo
En riesgo y en peligro tan patente,
De gigántea mano vino dardo
Que del caballo traspasó la frente;
Empinósele luego muy derecho,
Y de espaldas cayó sobre su pecho.

A socorrello van con diligencia,
No sin grande trabajo de los brazos,
Mas fué tan vigorosa resistencia
Y tantos los guerreros embarazos,
Que primero llegó fatal sentencia
Haciéndolo los indios mil pedazos;
En los cuales también espada y lanza
Hicieron crüelísima matanza.

Andan por el cercado los rigores
Que suelen ser anejos á guerreros,
Lastimados de grandes sinsabores
Por muertes de queridos compañeros;
Al fin sus casas dejan moradores
A los advenedizos y estranjeros,
Y demás de la gente fugitiva
Un número bien grande fué captiva.

Los daños recebidos descubiertos
Por los que son señores del estancia,
Fué, por no se tomar buenos conciertos,
La pérdida mayor que la ganancia;
Porque sin los heridos, fueron muertos
Diez hombres de grandísima sustancia
A los cuales hallaban todos menos
Por ser tan valerosos y tan buenos.

Quemadas casas, mucuras y tures,
Atravesaron por aquella via
Rompiendo con machetes y segures
La montaña que se les ofrecia:
Llegaron pues á tierra de Bubures
Donde Francisco Martin residia,
El cual de parte de indios comarcanos
Tuvo noticia cierta de cristianos.

Certificado de lo que desea
Para de su vivir hacer mudanza,
Convocó capitanes á pelea,
Hizo hacer alarde y ordenanza,
Y congregada bárbara ralea
Les dijo: «Cerca tengo mi venganza;
Por tanto quien me quiera por amigo
En este menester vaya conmigo.

»Estos mis capitales enemigos
Huélgome que me vengan á las manos,
Para hacer en ellos los castigos
Que merecen sus hechos inhumanos;
Pues ellos me quitaron mis abrigos,
Y privaron de padres y de hermanos,
Y me trajeron preso y en cadenas
A ver y conocer tierras ajenas.

»Mi destruicion y sanguinoso daño
Agora lastarán con fin de vida,
Ya con abierto mal, ya con engaño,
Si hiciere con ellos paz fingida;
Y vosotros vereis cómo maraño
Los hilos de su tela bien tejida.»
Y aquestas prevenciones ansí hechas,
Armóse de macana y arco y flechas.

Púsose tal que no lo conociera
Padre ni madre, hijo ni pariente;
Y para su postura ser mas fiera
Con bitumen untó hasta la frente,
Pues la cubierta de sus miembros era
El bermellon ó bija solamente;
Va luego con la gente de sus partes
En busca de cristianos estandartes.

Y como cerca dellos se hallase
Un rio de por medio, de buen trecho,
Antes que el dicho rio se pasase
Hízoles entender ser mas provecho
Que la caterva sola se quedase,
Para hacer á solas el asecho,
Y que ninguno dellos se moviese
Del puesto hasta tanto que él viniese.

Al tiempo que iba por el espesura
Para salir al rio ya nombrado,
En la misma sazon y coyuntura
Fernando de Alcocer habia pasado
Con diez cristianos, por tener segura
La ribera contraria de aquel vado,
Para que por los indios del paraje
No se les perturbase su pasaje.

Yendo pues mas adentro con la gente,
Por mas asegurarse deste miedo,
Con el Francisco dieron de repente;
Fernando de Alcocer y un Escovedo
Arremeten á él incontinente,
Y el Francisco Martin estuvo quedo,
Haciendo con las manos altas luego
Señas de paz y muestras de sosiego.

Holgóse la cristiana compañía
De vello tan pacífico y tan quieto,
Reconociendo que de paz venia
Y ser muy principal en el aspeto:
Tractáronlo segun que convenia,
Y tuviéronle todos buen respeto,
Con el cual se vinieron allegando
Al vado que los otros van pasando.

Y él de su voluntad lo mismo quiso,
Sin ser de los soldados compelido;
Mas aquel que lo via de improviso
A gran admiracion era movido:
Al Estéban Martin dieron aviso
Del indio que de paz era venido,
Para que como lengua declarase
Lo que dél conociese y alcanzase.

El cual, después de habelle preguntado
Quién es ó de qué parte se divierte,
En nuestro castellano bien cortado
Dió luego la respuesta desta suerte:
«Soy Francisco Martin el desdichado,
Cursado bien en tragos de la muerte,
La cual no me daria ya molestia
Viéndome donde dejo de ser bestia.

»Inmensas gracias doy á aquella fuente
De donde mana toda cosa buena,
Pues vino sobre mí con el torrente
De su clemencia con merced tan llena,
Que salgo del desorden desta gente,
De cuanto puede ser virtud ajena,
Pues puedo decir dellos en su mengua
Ser bestias que se entienden por la lengua.

»No porque en el hablar sean perfetos,
Porque torpezas son y devaneos:
Solamente declaran sus concetos,
Cuál es su no querer ó sus deseos;
Y aquesto no por términos discretos,
Sino por confusísimos rodeos,
Pues que para decir dulces ó amargas
Tardarán en hablar dos horas largas.

»Sin orden, sin concierto, sin templanza,
Porque ninguno dellos esta sigue,
No tienen ley, ni fuero, ni ordenanza,
Ni cosa que á vivir bien los obligue:
Cada uno se toma su venganza,
Si puede, sin jüez que lo castigue:
¿Qué sentiria yo pues de mí mismo,
Entre tan mal compuesto barbarismo?»

Finalmente les dió razon y cuenta
De lo que les habia sucedido
En aquella famélica tormenta
Do los demás habian perecido;
Y escuchando la gente descontenta
Razones que lastiman el oido,
Cada cual procuró que se le diese
Ropa con que sus carnes encubriese.

Cuál le daba camisa, cuál sombrero,
Cuál el cosete viejo que vestia,
Cuál calzado de hilo, cuál de cuero,
Cuál de las alhajuelas que traia;
Finalmente que cada compañero
Daba de la pobreza que tenia,
Y no tan solamente de vestido,
Pero de lo demás fué proveido.

Mas antes de dejar arco y aljaba,
Y aquel lijero traje de floresta,
Fué do la gente de indios esperaba
A dalles de lo visto la respuesta:
Dijo no ser la gente que pensaba,
Sino buena, leal, grata y honesta,
Y de cuyos respectos y templanza
Tenia toda buena confianza.

Y que no la tuviesen ellos menos,
Porque también á estos conocia
De virtud y modestia todos llenos,
Y no como los otros que él decia;
Que los fuesen á ver, pues eran buenos,
Hidalga y apacible compañía;
Y para los vencer con su consejo
Mostróles ciertas cuentas y un espejo.

Ellos sin repugnancia ni debate
Cumplieron del Francisco los intentos;
Los nuestros, para que de paz se trate,
Hiciéronles muy buenos tractamientos,
Dándoles menudencias de rescate
Con que quedaron ledos y contentos;
Para sus casas luego se apercibeu
Donde de buena gana los reciben.

En los cuales asientos y estalaje
Fueron algunos dias detenidos,
Y para lo restante del viaje
Mas que medianamente proveidos.
Allí mudó Francisco Martin traje,
Y usó de nuestras ropas y vestidos,
Y supo su mujer, y suegra, y suegro
Su buen yerno no ser indio ni negro.

Ni deseaban yerno por vecino
Que supiese jamás andar vestido;
Mas cuando se partió y el tiempo vino
Que su deseo viese ya cumplido,
Sirviendo quiso ir por el camino
La hija del Bubur á su marido;
La cual india salió tan comedida,
Que le sirvió muy bien toda su vida.

De su peregrinar siguen el resto,
No sin grande deseo de sosiego;
Y como fué jornada desde puesto
Que no les pudo dar camino ciego,
En Maracaibo se pusieron presto,
Y á la ciudad de Coro fueron luego,
Do quedó Santillana por justicia,
De quien dimos atrás larga noticia.

Contra quien no faltaban indignados,
Como suele tener cualquier que manda,
Mayormente si los desvergonzados
La mano del jüez no sienten blanda;
Tenia Coro pues amancebados,
Y estos la noble gente de su banda,
Y el dicho Santillana como bueno
Procuraba ponelles algun freno.

Para vengarse del rigor amargo
Hallaron estos el lugar abierto,
Y fué decir que ya no tiene cargo,
Pues el que se lo dió quedaba muerto;
El dicho Santillana, sin embargo,
Procedia por orden y concierto;
Mas aunque por mil vias se repara,
En efecto quitáronle la vara.

Pusiéronle también duras prisiones,
Puesto que pareceres hubo varios,
Y las grandes revueltas y pasiones
Enhilaron negocios no sumarios:
Hicieron contra él informaciones
Al beneplácito de sus contrarios;
Hubo testigos tales y tan duros
Que les averiguaron ser perjuros.

A los cuales después, dias siguientes,
Siguió por tales vias y maneras,
Que hizo desterrar y quitar dientes,
Y algunos condenar para galeras,
Sin valelles amigos ni parientes;
Por tomar los negocios tan de veras,
Que quiso después ir por su presencia
Contra ellos á la real audiencia.

De do como tuviesen ya noticia
De todas las pasiones sucedidas,
Vino con cargo de real justicia
Y obispo, don Rodrigo de Bastidas;
El cual, reconociendo la malicia,
Y las cosas sin orden proveidas,
Como venia con intencion sana
Mandó luego soltar al Santillana.

Procuró mitigar enemistades,
Como varon muy bien intencionado;
Plantó su catedral con dignidades,
Y planta y ereccion de buen prelado,
Haciendo las demás solemnidades
Anejas á tan ínclito cuidado;
Y puestos frenos á la gente suelta
Para Santo Domingo dió la vuelta.

Quedó por provisor don Joan Robledo,
Chantre y después dean de Venezuela,
Que yo comuniqué con verso ledo
Y prosa desde el Cabo de la Vela;
De otra dignidad decir no puedo
Sino del padre Fructos, de Tudela,
En aquella provincia bien antigo
Y que también yo tuve por amigo.

Y porque los de Coro por entero
Tuviesen de justicia cumplimiento,
Dejóles por juez un caballero
Con quien tuvieron gran contentamiento:
Este es Alonso Vazquez, tesorero,
Hombre de muy cabal entendimiento,
Cuyos gobiernos y judicatura
Fueron de gran valor y gran cordura.

Bien pudiera tocar mi baja lira
Otros muchos negocios sucedidos;
Mas por algun espacio se retira
A la reformacion de sus sentidos,
Hasta que Fedrimán y George Espira
A la gobernacion sean venidos;
Y pues he de tocar cosas de espanto,
Quiero templar sus cuerdas entre tanto.

ELEGIA II.

A la muerte de George Espira, cuarto gobernador de las provincias de Venezuela.

CANTO PRIMERO.

Después del sacrosanto nacimiento
Y aquella felicísima venida,
El sol, segun su propio movimiento,
Habia dado por igual medida
Treinta y seis vueltas con quinceno ciento
Al círculo que llaman de la vida,
Pues de sus movimientos se deriva
Al mundo la virtud generativa.

Cuando con vuelo mas que presuroso,
La fama, como ya tiene de maña,
Hizo luego patente lo dudoso,
Estendiendo por tierras de Alemaña
El remate de Ambrosio trabajoso;
Y los señores de la gran compaña
Nombraron por estar mas á la mira
Por su gobernador á George Espira.

Pues aunque Fedrimán fué pretendiente,
Y con razon el cargo se le deba,
No se halló parece ser presente
En aquel tiempo que llegó la nueva;
El cual de capitán muy escelente
Habia dado ya bastante prueba:
Formó sus quejas á la compañía
Del gran agravio que se le hacia.

Aquella gente noble le confiesa
El ser justificadas sus razones,
En secreto haciéndole promesa
Enviarle bastantes provisiones;
Y pues aquello de presente cesa
A causa de perder las ocasiones,
Volviese con el otro caballero
Como coadyutor y compañero.

Embarcóse con esta confianza
En la flota que vino George Espira,
Espira sin recelo de mudanza,
A lo que Nicolao mas aspira;
Por términos urbanos y crianza
Cada cual se respecta, tracta y mira,
Y á Coro, donde van encaminados,
Llegaron con gran copia de soldados.

Hombres de mucha suerte, de los cuales
Musior de Radou era gran hombre,
Y el alférez que fué Martin Gonzalez,
En los hechos hidalgo y en el nombre;
Los dos Velascos, hombres principales,
Y dignos de tener este renombre,
Franciscos ambos, tio y el sobrino,
Que en Cubagua después fué mi vecino.

Del número también desta reseña
Fué Cárdenas, insigne caballero,
Sancho Briceño, Alonso de la Peña,
Después en la Española tesorero,
George de Almeda, Pedro de Nurueña,
Y Lope de Montalvo, muy entero
En paz y en belicosa coyuntura
Y varon de grandísima cordura.

Y con los que saltaron en el puerto
Fué parte no menor de la cuadrilla
Un Peña, que llamábamos el Tuerto,
De gran valor para cualquier rencilla;
Fué Murga, Santa Cruz y fué Roberto,
Y destos mismos fué Joan de Bonilla;
Joan de Villegas, hábil escribano;
Diego de Montes, diestro cirujano.

Y célebre varon en medicina,
Que de yerbas halló grandes secretos,
Con cuya propiedad á la contina
Obraba salutíferos efetos,
Y también en guerrera disciplina
Fueron maravillosos sus concetos:
Vinieron otros muchos, que no cuento,
Soldados de grandísimo momento.

Poco tiempo después de la venida,
Estos gobernadores diligentes
Se concertaron para la salida
A descubrir por partes diferentes;
Entrellos fué la gente repartida,
Pero los baquianos conocientes
Del dicho Fedrimán él se los lleva,
Y al Espira siguió la gente nueva.

De los viejos llevó como sesenta,
Y al Estéban Martin por su gran tino,
Y por saber que de cualquier afrenta
Lo podia sacar en el camino;
Llevó, por ser persona de gran cuenta,
A Martin de Artiaga, vizcaíno,
Y á otro capitán, Joan de la Puente,
Lengua de caquetíos escelente.

De gente que llamábamos isleña,
Por nombres no sabré decir el resto;
Mas era principal en la reseña,
Y en hechos valerosos el mas presto,
El capitán Gutierre de la Peña,
Que fué mariscal mucho después desto,
De cuya discrecion y fuerte Marte
He hecho relacion en otra parte.

Para regir el campo peregrino
El mas viejo Velasco fué teniente,
Alférez ansimismo su sobrino,
Capitán de jinetes desta gente
Fué Lope de Montalvo, varon dino
De muy mas alto cargo y eminente,
Y de los otros hombres principales
Nombraron los restantes oficiales.

Espira pues, con el avíamiento
Que para su viaje le convino,
Su derrota llevó por barlovento
De Coro, y Fedrimán hizo camino
Al dicho Maracaibo, con intento
De no dejar el término marino
Hasta ver y saber si le llegaba
Despacho del gobierno que esperaba.

Salió pues George Espira mas pujante
Con quinientos soldados chapetones;
Doscientos dellos envió delante,
Que van por las serranas poblaciones
Con tres caudillos, cada cual bastante
Para regir mayores escuadrones:
Estos iban con orden y decreto
Que saliesen á Barraquisimeto.

Do también iba él por otra via
A subyectar el bárbaro vecino,
Y el Estéban Martin era la guia
Como cursado bien en el camino;
El cual al campo todo precedia
Para mejor valerse de su tino,
Y ansí con el favor y aviso suyo
Brevemente llegaron al Tucuyo.

Donde, por ser provincia bastecida,
Hizo pausa con estas compañías,
Ansí por proveerse de comida,
Como para llevar algunas guias;
E ya la gente bien apercebida
De bastimento para ciertos dias,
Pasó por Cazanar, y hizo muestra
Ir el camino de la mano diestra.

Atravesó por villas y lugares,
Y del Aragua rio vió la fuente;
Entró por la provincia de Ticares,
Pobre, feroz y belicosa gente,
Y cuyos adherentes y ajuares
El arco y flechas eran solamente;
Sirve de cama la madera dura,
Sin paja, hoja ni otra cobertura.

Entrellos se castigan los escesos,
Sin reservar casado ni soltero,
Cuando son atrevidos y traviesos;
No tienen oro, plata ni dinero,
Mas por riquezas tienen ciertos huesos
Como joyas colgados del garguero:
Son en todas costumbres diferentes
De todas las demás cercanas gentes.

Y á muchas gentes que les son estrañas
Aquestos suelen ser crüel azote;
Y ansí los nuestros, vistas estas mañas
Y no hallar allí próspero dote,
Rompieron por las ásperas montañas
Hasta venir á dar á Cocorote,
Que tiene campos de mayor distancia,
Y de buenas comidas abundancia.

Allí hallaron gente caquetía,
Hombres de mas primor y mejor traza;
Y el George Espira quiso cierto dia
Por estos campos rasos ir á caza,
Con seis ó siete de su compañía,
Soldados de valor y hombres de plaza:
Redon, Villegas y Joan de Bonilla,
Velasco y otros tres de su cuadrilla.

Caminando la vuelta del ocaso,
Acia las faldas de unas serrezuelas,
Llevando, como suelen en tal caso,
Los ojos mas que vivas centinelas,
Vieron tres indios chipas en un raso,
Armados con sus dardos y rodelas;
Y para los tomar y subyectallos
Hieren de las espuelas los caballos.

Los indios, aunque vieron el intento
Y de los caballeros el denuedo,
No por eso hicieron mudamiento,
Mas antes cada cual estuvo quedo;
Sin que se recelase rompimiento,
Ni se manifestase claro miedo,
Llegan, y cada uno de los siete
Para tomallos vivos arremete.

Los tres con furiosa destemplanza,
Viéndose de los siete rodeados,
El caballo rebaten y la lanza
Con golpes de macana, tan pesados,
Que fueron los de la mayor pujanza
En el acometer mas atentados,
Porque al caballo de menor resguardo
Pasaron las entrañas con un dardo.

En la continuacion del duro juego,
Que en daño de los nuestros se convierte,
A otros tres caballos hieren luego,
Y la menor herida fué de muerte;
Enciende la pasion bélico fuego,
Donde las llamas fueron de tal suerte,
Que de los españoles referidos
Quedaron de los siete seis heridos.

Viendo cómo mostraba la canalla
Los brazos fuertes y los piés livianos,
Bajóse del caballo do se halla
Cualquiera de los ya dichos cristianos,
Y para conclusion de la batalla
Arremeten con lanzas en las manos;
Mas vista la feroz arremetida,
Dos indios se pusieron en huida.

Volaba cada cual, que no corria,
Después de granjear honra notoria,
Y al uno parecióle cobardía
Huïr sin ver el fin de la victoria;
Y ansí con todos siete combatia,
Con un esfuerzo digno de memoria:
Admiraban los golpes y destreza
Y aquella nunca vista lijereza.

Francisco de Velasco, con despecho
De ver encantamento semejante,
A él encaminó salto derecho,
Y el bárbaro salió tan adelante,
Que juntaron los dos pecho con pecho;
Mas acuden los otros al instante,
Y fué de tantas manos detenido,
Que se vió preso, pero no rendido.

No quiere George Espira que ya muera,
Ni consiente que sea maltractado;
Mas en prision fué puesto y en collera,
Y á diez indios ladinos entregado,
Los cuales lo llevaban de manera
Que no pudo huïr por mal recado;
Caminan pues con él por campos llanos
Al campo donde estaban los cristianos.

El chipa caminando va sin pena
Con estos naborías ó vasallos;
Pero viéndose lejos del arena
Donde quedaban los de los caballos,
Asió del un ramal de la cadena
Y comenzó con él de santiguallos;
A uno santiguaba las cervices
Y á otro derribaba las narices.

Lastima brazos y quebranta codos,
Llevando lo peor quien mas se adarga;
Al fin él esgrimió por tales modos,
Y era la fuerza tal con que descarga,
Que del chipa crüel huyeron todos,
Y tuvieron por bien de dalle larga;
Y á los gritos que daban desde un cerro
Acuden españoles con un perro.

Era perro de gran conocimiento
Y bien instructo para tales lances;
Y como lo vió ir en el momento
Sigue del fuerte chipa los alcances:
El indio reparó, ya sin aliento,
O sin temor quizá de tales trances,
Y como vió venir aquel alano,
Para se defender probó la mano.

Mas el perro feroz encarnizado,
Sin recelar los golpes de cadenas,
Saltó con el mancebo desdichado,
Cebándose en la sangre de sus venas;
Y de sus carnes, ya despedazado,
Las voraces entrañas fueron llenas,
Y ansí se concluyó la valentía
De que dió claras muestras aquel dia.

Después que por allí se pertrecharon
De los cuotidianos menesteres,
Acia Catimayagua caminaron
Para circuncidalle los poderes;
Y ansí de un pueblo solo le sacaron
Mas de seiscientos hombres y mujeres;
Prosiguen adelante, y en efeto
Allegaron á Barraquicimeto.

Donde los que venian por la sierra
Habian hecho ya lances sangrientos,
Porque todos los indios de la tierra
No daban necesarios alimentos;
Antes los persiguió gente de guerra,
Conbciendo no ser mas de doscientos,
Y acertó de llegar el George Espira
En el rigor de la guerrera ira.

No fué poco sangrienta chirinola,
Pues salieron heridos mas de ciento,
De los cuales fué Diego de Urriola,
Y un Alonso Martin, que era sarjento,
Urrea, Juan de Oñate, Casasola,
Cárdenas y otros muchos que no cuento;
La tierra se corrió que era contigua,
Hasta venir á dar á Hacarigua.

De grandes y estendidas poblaciones
Y llenas de naciones diferentes,
Cuibas, caquetios, y coyones,
Giraharas feroces y valientes.
Allí los españoles chapetones
Cayeron muy enfermos y dolientes,
Y fué tanta la gente que caia,
Que les cumplió hacer enfermería.

Quedó Murga, persona señalada,
Con la guarda que Jorge les aplica,
De todas armas bien aderezadas;
Dejóles también médico y botica;
Prosigue mas adentro su jornada,
A fin de descubrir tierra mas rica;
Caminan hasta tanto que pasaron
El rio del Estribo que llamaron.

Descubren campos anchos y hermosos,
Con daño de las gentes mas vecinas;
Atravesaron rios caudalosos,
Guanaguanari, Tapia y á Barinas;
Los indios giraharas, belicosos,
Salieron á las gentes peregrinas
En campo llano y en zavanas rasas,
En guarda y en defensa de sus casas.

Contrarios con contrarios se juntaron;
Suena de duros golpes el ruido;
Los indios de tal suerte pelearon,
Y este recuentro fué tan bien reñido,
Que á cuatro de caballo derribaron,
Y entrellos á Montalvo mal herido;
Pero los nuestros son superiores,
Y quedaron del pueblo por señores.

Ya los matices del florido cuerno
Y pomíferas plantas del verano
Habian dado fines al gobierno
Del sustento que dan al ser humano;
Y nimbos procelosos del invierno
Venian estendiendo ya la mano,
Pues de crecientes fuera de sus senos
Los campos comarcanos iban llenos.

De tal manera, que les fué forzoso
Suspender sus peregrinaciones,
Buscar lugares para su reposo
Y recoger algunas provisiones,
Hasta pasar el tiempo pluvioso
Y las tempestuosas confusiones;
Y parecióles, por mejor valerse,
En dos partes distantes recogerse.

Allí con grande parte de la gente
Se detuvo, por ser hombre bastante,
Francisco de Velasco, su teniente,
Y el Espira pasó mas adelante;
El cual halló recado conviniente,
Seis leguas del Velasco mas distante,
Y aunque Velasco pudo bien hacello,
En dos meses, ó mas, no quiso vello.

Antes dicen decir estas razones
A Castrillo, Mendoza y á Castuera,
Pancorvo y Alcocer y otros varones:
«Si veinte como vos ó mas tuviera,
En menosprecio destos borrachones
Yo sé, señores, bien lo que hiciera,
Pues es bajeza, poquedad y mengua
Mandarnos gente de contraria lengua.»

Estas murmuraciones ó consejas,
Ya fuesen con verdad, ya con mentira,
Algunos susurrones y vulpejas,
Ardientes nutrimentos de la ira,
Debieron de llevar á las orejas
Del alemán valiente, George Espira;
Y por informacion que hizo dello
Al alguacil mayor mandó prendello.

Por no ser tales las informaciones
Que las culpas hiciesen evidentes,
Y por quitar algunos trompezones
Cerca del parecer de muchas gentes,
Mandó que lo llevasen en prisiones
Al pueblo do dejaron los dolientes:
Estos estaban ya diminuidos,
Por ser la mayor parte fallecidos.

El Murga, capitán, era ya muerto,
Y de la dicha gente la restante,
Viendo no tener fuerzas ni concierto
Para poder pasar mas adelante,
Volver desean al marino puerto,
Y nombran capitán, hombre bastante:
Este fué Martin Sanchez, un soldado
Antiguo, y en la tierra muy cursado.

Aqueste Martin Sanchez, que ya digo,
Rigió la poca gente con tal peso,
Que el mas duro rigor del enemigo
Ninguno de los suyos hizo leso.
Con todos los demás llevó consigo
Al Velasco también en son de preso,
Y en Coro lo entregó con esta gente
A quién allí quedaba por teniente.

Espira su viaje proseguia,
Que ya no halla pluvia que lo pare;
Y el verano llegado hizo via
Entrel rio de Apuri y de Sarare,
Adonde halló gente caquetia,
Y bastimento con que se repare:
Es aquesta nacion muy estendida
Y en infinitas partes dividida.

De fuerzas lleva ya gran menoscabo,
A causa de cubrir terrenas cuevas.
Muchos de quien trabajos dieron cabo,
Por ser en las entradas gentes nuevas.
Por Caroni pasaron y Carabo,
Rio que nace ya de los Tunuevas,
Y el nombre se le dió de Alonso Diaz,
Porque sú agua dió fin á sus dias.

Hallaron sal y ropa mantellina,
Y alguna joya de oro mal labrada,
Por ser esta provincia que confina
Con este nuevo reino de Granada:
Es aquesta nacion toda benina,
Y en las culturas bien ejercitada.
Proceden mas á su descubrimiento
Hacia do tiene Pauto nacimiento.

Y el Estéban Martin tomó por guia
Un guayqueri que dijo ser esperto
En los secretos desta serrania,
Afirmándole ser testigo cierto;
Y consta ser la tierra que decia
El reino que tenemos descubierto,
Pues dijo conocer á Sogamoso,
En aquellas sazones poderoso.

Oida la noticia que el villano
Daba de la riqueza de la tierra,
Al George Espira tienen por insano
Y el Esteban Martin dice que yerra
En ir perseverando por lo llano
Sin calar los secretos de la sierra;
Mas á cualquiera que se lo decia
Con impaciencia grande respondia:

Juzgando lo mejor por desatino,
Y la sabia razon por indiscreta;
Y ansí, para seguir aquel camino,
A parecer ninguno se subyeta,
Por ser muy diferente su desino,
Vencido de la gran fama de Meta,
Que fué general hecho que seguian
Los que por aquel tiempo descubrian.

Dejados pues los mas ciertos apriscos,
En daño del ganado que regia,
Huyó de caminar por altos riscos,
Y en la demanda fué del rio Hia,
Do perecieron tres maestres Franciscos,
Y todos ellos juntos en un dia,
En unas mismas aguas y corrientes,
Aunque en oficios eran diferentes.

Prosiguen el camino por Opía,
Sufriendo de fortuna mil reveses,
Y la tardanza fué con demasía
Por aquellas riberas y conveses;
Pues por la gran creciente que traía
En pasallo tardaron ocho meses.
Y al fin efectuado su pasaje,
A la parte del sur hacen viaje.

Iban por aquel rumbo vía reta,
Pasando ríos que les daban vado;
Con hambre que los mas fuertes subyeta
Atravesaron grande despoblado,
Hasta venir á dar al rio Meta,
Que no la pudo dar á su cuidado:
Vive la gente dél con desengaño,
Pues nada de su cuerpo cubre paño.

Desde las plantas á los altos cuellos
Sus partes se verán desabahadas,
Ellos hasta la cinta los cabellos,
Y las mujeres todas tresquiladas;
Tanto que juzgareis ellas ser ellos,
A no ver las señales apropriadas
Donde naturaleza diferencia
El existente ser del aparencia.

Prosiguieron la senda mas batida,
Con la solicitud acostumbrada,
Hallaron pueblo lleno de comida,
Donde tuvieron noche descansada:
La gente toda dél era huída,
Y en parte diferente congregada;
Veláronse, segun comun costumbre,
Por evitar alguna pesadumbre.

Antes que Venus con dorada frente
Fuese del claro dia mensajera,
El Espira, con parte de la gente
De caballo, siguió cierta carrera
Para buscar el morador ausente
Y ver la poblacion desta frontera,
En el pueblo dejando los restantes
Con el reguardo que tenian antes.

Y el santo resplandor de la mañana
Por cumbres y por llanos estendido,
La gente que quedaba castellana
Oyeron de cornetas gran ruído;
Y luego descubrió por la zavana
Golpe de gente bien apercebido
De varias armas, intencion nociva,
Sin ver á George Espira por dó iba.

En la composicion de su ordenanza,
Pavés y dardos llevan los primeros,
Y los de mas atrás aguda lanza;
Tras estos muchedumbre de flecheros,
Y hondas, de que tienen gran usanza,
Cuyos tiros no son menos certeros:
Los que velaban de los peregrinos
Dan arma sin que dejen los caminos.

E un Francisco Sanchez, buen soldado,
Tuvo tan gran esfuerzo y osadía,
Que sin dejar el puesto señalado
Ni huir el estruendo que venia,
De gente que llegó por aquel lado
El ímpetu terrible resistia,
Igualando los golpes de su diestra
A la temeridad que en esto muestra.

Tal era de sus brazos el gobierno
Y fuerza de que lo dotó natura,
Que el mas duro pavés hallaba tierno,
Blanda la lanza de madera dura;
Y á costa de la gente de aquel cuerno
Tincta se ve de sangre la verdura:
A unos las entrañas va rompiendo,
A otros da temor con el estruendo.

Como quien con pesada podadera
Va rozando de plantas varias tramas,
Para hacer allí su sementera,
A todas partes derribando ramas,
Y hacen mella ya por la ladera
Los carrascos, quejigos y retamas,
Por ser aquellos árboles enhiestos
De sus nativos troncos descompuestos:

No menos en la furia se mostraba
En esta parte donde combatia,
Pues en el escuadron se señalaba
Aquella grande mella que hacia:
Brazos, piernas, cabezas derribaba
De quien con mas furor acometia,
Sin que los muchos que le daban guerra
Le hiciesen perder paso de tierra.

Acuden españoles al ruído,
A fin de sustentar tan bravos hechos;
Mas tanto tiro, grita y alarido,
Les hacian los pasos ser estrechos;
Y ansí, sin ser con tiempo socorrido,
Le dieron con un dardo por los pechos,
Con cuya crudelísima herida
Perdió luego las fuerzas y la vida.

A fin de refrenar infladas venas,
Pusiéronse los nuestros por delante;
Mas fué como mojar las velas llenas
Del barco por que corra mas avante,
O como minutísimas arenas
Opuestas á gran viento de levante;
Sin dar lugar á la cristiana lanza
El indiano concierto y ordenanza.

Regíanlos catorce capitanes,
Como gigantes todos y animosos,
A su modo soberbios de galanes,
Aunque los ornamentos son plumosos,
Y segun los meneos y ademanes,
De ensangrentar las manos cudiciosos:
Ondean por los hombros de salvajes
Grandes diversidades de plumajes.

El mas principal dellos les decia:
« Adelante los mios, que notoria,
Segun el buen principio deste dia,
Tenemos desta gente la victoria;
Demás de que también de parte mia
No terná menoscabo vuestra gloria,
Pues si el ejemplo del mayor aplace,
Aquí vereis mi diestra lo que hace. »

Apenas les habló desta manera,
Cuando vestido de furor insano,
A todos les tomó la delantera,
Con tres ó cuatro dardos en la mano;
Clavó del primer golpe la mollera
Al desdichado mozo Joan Serrano:
Fué la punta del tiro tan profunda,
Que no fué menester llaga segunda.

Trabóse mas del uno y otro bando
El bélico furor triste y horrendo;
El indio fiero tierra va ganando,
El español feroz la va perdiendo;
Innumerables hondas disparando
Con sus crujidos hacen tal estruendo,
Que de sobresaltados los caballos
Mal pueden los jinetes concertallos.

Por el poco lugar que se le daba,
Arma del español anda suspensa;
Y el dardo, piedra, flecha, que llegaba,
Era por todas partes tan inmensa,
Que ya ninguno dellos procuraba
Sino tan solamente su defensa,
Yéndose retrayendo de la muerte
Del campo llano para lo mas fuerte.

Oyó luego la grita George Espira,
Y en este punto, sin que mas atienda,
Para librar los suyos desta ira,
Volvió con los demás á media rienda:
Vido cómo su gente se retira,
Llevando lo peor en la contienda;
Las espaldas tomó del enemigo
Haciendo crudelísimo castigo.

De treinta de caballo son heridos,
Que derramando sangre van sin duelo;
Los indios viendo ser acometidos
Por adonde vivian sin recelo,
Revuelven á los gritos y gemidos
De los que ya quedaban por el suelo,
Y viendo los mortíferos conciertos,
Quedaron de pasmados como muertos.

Como lugar de golpes y alborotos
De muchos oficiales comarcanos,
Do labra cada cual segun su voto
El palo, el hierro, los dorados granos,
Y por un repentino terremoto
Soltaron instrumentos de las manos,
Martillo, mazo, y el formon agudo,
Y queda luego todo como mudo:

Desta suerte también fué la caida
Del cacique feroz y sus vasallos,
Oyendo de repente la venida
Y el tropel que traian los caballos;
Y aquellos que llevaban de vencida
Embistieron también por ayudallos,
De tal manera, que por cada parte
Venció contrarios el cristiano Marte.

Con tan bravo furor se daba caza
Por nuestros caballeros y peones,
Que el campo raso se desembaraza
De los embravecidos escuadrones,
Quedando todavía por la plaza
De cuerpos muertos grandes los montones:
Penachos, dardos, lanzas, y no menos
De paveses caminos quedan llenos.

Conclusa la batalla, no sin lloro
De los que comenzaron las rencillas,
Revolviendo las plumas y el decoro
De indios que hicieron maravillas,
Descubrieron algunas joyas de oro,
Y de plata pequeñas campanillas,
Como de aquellas que por adornallos
Ponen en los bozales de caballos.

E un chifle de plata fué hallado,
Que segun en labor era polido,
Por manos españolas fué labrado,
Con lo demás de plata referido;
Puso los españoles en cuidado,
Pensando de qué partes ha venido,
Mas yo bien creo que la plata era
De Ordás, Ortal ó Alonso de Herrera.

Fueron pues por entonces compelidos
A hacer en aquel lugar asiento,
A causa de soldados que heridos
Quedaron del rigor sanguinolento;
Y hasta los tener convalecidos
No prosiguieron su descubrimiento;
Y cazaban por esta circunstancia
Venados de que hay gran abundancia.

Yendo pues á cazar una mañana
Bonilla, San Martin, Rodrigo Infante,
Hijo de noble gente sevillana,
Y el Estéban Martin y un Fustamante,
Vieron atravesar por la zavana
Un indio poco menos que gigante,
De dardos y pavés aderezado,
Y con mujer y dos hijos al lado.

Baten las piernas luego por la plaza
A fin de tomar presa semejante;
El indio luego se desembaraza
Echando hijos y mujer delante,
Con ánimo de dar orden y traza
De los librar del riesgo circunstante;
Y ansí como leon ó tigre fiera,
En medio de aquel llano los espera.

Rodean todos ellos al desnudo,
Que solo, sin tener otra compaña,
Puso mano á los dardos y al escudo,
Y en detenellos él se dió tal maña,
Que sin la perturbar su mujer pudo
Tomar con los hijuelos la montaña,
Quedando por librar á su querida
En grandísimo riesgo de la vida.

Queriendo ir tras la femínea planta,
Como le perturbaron el antojo,
El brazo robustísimo levanta,
Y con aquella gran furia y enojo,
A Fustamante dió por la garganta,
Y al caballo de Infante quebró el ojo:
Roja se ve la tierra y el arena
Con el licor de la cristiana vena.

El indio todavía da corridas
Porque sus piés lijeros lo rescaten,
No teniendo mas puntas prevenidas:
Arremetieron pues los que combaten,
Y aunque le dieron dos ó tres heridas,
Arteaga rogó que no lo maten;
Al fin prendiéronlo, y aunque no sano,
En sus hombros pusieron al cristiano.

Al pueblo lleva pues el indio preso
Al que de muerte hizo ser captivo,
Y fué como si no llevara peso
Por ser de la manera que os escribo:
Llegó de desangrado ya tan leso,
Que parecia mas muerto que vivo;
Al fin iba la vena tan rompida
Que con la sangre le huyó la vida.

El matador en miembros estremado
Andando con cristianas compañías,
O de ver su mujer desconfiado,
Por quien siempre crecian sus porfías,
O ya podria ser de mal curado,
En breve tiempo dió fin á sus dias;
Mas el ausencia siendo mal tan fuerte
Creyeron que fué causa de su muerte.

La gente peregrina y estranjera,
Viendo ya sus heridos cuasi sanos,
Prosiguen adelante su carrera
Hasta San Joan que dicen de los Llanos;
Cuyo lugar en la presente era
Conocemos poblado de cristianos;
Y cuando tracte deste reino nuevo
Terneis en él un apacible cebo.

Hallaron indios puestos en asecho,
Y ejército compuesto y ordenado,
De gran alteracion lleno su pecho,
Y á belicosos trances arronjado;
Pero para contaros este hecho,
Siéntome de presente fatigado;
Después lo contará mi baja lira
Sin autorizar brizna de mentira.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuentan los grandes recuentros que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino.

En guerras mucho vale la pujanza,
Do lo mas á lo menos señorea,
Porque notorio es que gruesa lanza
Al tiempo de romper menos blandea;
Pero ninguno tenga confianza
Hasta ya ver el fin de la pelea,
Pues acontece por alguna suerte
Lo mas flaco vencer á lo mas fuerte.

Desta verdad ejemplo fué patente
Aquesto que tenemos entre manos,
Donde la muchedumbre de la gente
De indios consumiera los cristianos,
A no hacerse lance conviniente
Por los pocos y flacos castellanos;
Porque de todos ellos hecha cuenta
Serian á lo mas ciento y cincuenta.

Y no podia bien ser numerada
La gente del ejército salvaje,
Pues la tierra tenian ocupada
Con determinacion y con coraje:
Pavés de manatí, lanza tostada,
Casco de duro cuero con plumaje,
Con dardos ó con flechas muchos dellos,
Y cornetas colgadas de los cuellos.

Escuadrones compuestos y ordenados,
Con varios instrumentos pugitivos,
Tan atrevidos y desvergonzados,
Que los quieren á manos tomar vivos:
Ya tienen á los nuestros rodeados
Por dar ejecucion á sus motivos;
El alemán recoge su bandera,
Animándolos bien desta manera:

«Señores, menester es poner freno
A las bestias que corren tan sin tasa,
Lo cual no puede trepidante seno
Ni mano que de golpes es escasa;
Y para conocer quién lo da bueno,
Ya tenemos las manos en la masa:
Otro medio no hay ni se requiere,
Sino que haga mas quien mas pudiere.

»Bien reconozco yo que se levanta
Contra cascada nave gran tormenta;
Pero ni la que vemos, ni otra tanta,
Si de las atrasadas hago cuenta,
Me pone sobresalto ni me espanta,
Ni pienso salir della con afrenta:
Ni quiero mas socorro ni mas luengo
De tener de mi parte los que tengo.

»Furia de indios es desvanecida,
Y muy bien conoceis su movimiento
Cuán á poquitos golpes da caida;
Y aquesto baste por prevenimiento:
Demas de que perdeis honor y vida
Si gozan estos deste vencimiento,
Y ser grave dolor quel alma siente
Morir á manos de tan torpe gente.

»Encomendaos á Dios como cristianos,
De cuya mano viene la victoria,
Pues el dará valor á vuestras manos
Para poder salir con esta gloria;
Porque matar salvajes inhumanos
Paréceme ser obra meritoria:
Escuadras se repartan y se ordenen,
Y vamos por el orden que ellos vienen.

»El contrario tenemos ya vecino;
Su gente trae no mal repartida:
Nosotros vamos por el mismo tino,
Segun la traza y orden proveida.»
Al fin los nuestros salen al camino,
A dar el parabién de la venida,
Y el mismo George Espira y el Esteban
El avanguardia de la gente llevan.

La hora, de temores alcahueta,
Hace temblar la barba y el copete;
Tocóse por señal una trompeta,
De parte del peon y del jinete;
De todas partes cada cual aprieta
Las armas en las manos, y arremete;
El Estéban Martin recata y mira
Con gran cuidado por el George Espira.

Y el George Espira no se descuidaba
De resguardar también el compañero:
El estrago que hacen declaraba
Cualquiera dellos ser un Marte fiero;
La lanza duros pechos traspasaba,
Corta robustos brazos el acero:
Aquestos dos que van en delantera
Amplísima dejaban la carrera.

El buen Filipe de Uten perseguia
La parte que su parte mas estraga;
Pues Bartolomé Berzar no dormia,
Antes para los indios es gran plaga:
¿Quién os podrá decir lo que hacia
El valiente Martino de Arteaga?
Qué Santa Cruz? y qué Diego de Montes,
Terror y espanto destos horizontes?

Y los demás de quien mencion no hago,
Aunque los conocí por fama y vista,
Hacian en los indios tal estrago,
Que no hallan valor que los resista;
Y el indio fiero, por hacerse pago,
Con gran coraje sigue su conquista:
Los gritos, los clamores y el estruendo
Los delicados aires va rompiendo.

Cada cual procurando su venganza,
Frio temblor del pecho se destierra;
Anda superior cristiana lanza;
Y cuando juzga dar fin á la guerra,
De indios acudió tan gran pujanza,
Que nuestros españoles pierden tierra,
Y ser divino don cada cual piensa
El irse defendiendo sin ofensa.

Bien como piedra magnes que á sí llega
Cualquier cosa de hierro circunstante,
Mas en aquel compás do lo congrega
Si ponen algun fino diamante,
Como superior se lo despega
Y luego se lo quita de delante,
Adonde se conoce claramente
Su fuerza y su virtud ser mas potente:

Ansí les acontece peleando
A los valerosísimos cristianos,
Pues cuando la victoria van cantando
Con proezas y hechos soberanos,
La gran potencia del contrario bando
Luego se la quitaba de las manos,
Haciéndole por fuerza que destuerza
El hilo quien tenia menos fuerza.

Llegó pues multitud del adversario,
Con un ímpetu tal y tan horrendo,
Que sin volver espaldas al contrario
Los nuestros se venian retrayendo:
El alemán que vió suceso vario,
Sus escuadrones iba deteniendo
Por tal compás, tal orden y concierto,
Que ninguno cayó ni quedó muerto.

Algunos dellos iban amarillos,
Sin esperanza de gustosas presas;
Ansí soldados como los caudillos
Retrogradando van por las dehesas;
Ninguno daba dobles ni sencillos
Por ser la danza toda de represas,
Y aun estas cada cual dellos las mide
No con aquel compás que el baile pide.

Yendo ya todos de color de gualdas,
Sin reparar y sin volver las ancas,
Vinieron hasta dar con las espaldas
En un rio de muy altas barrancas;
Por no poder pasar ni mojar faldas
No quieren mas tener las manos mancas,
Porque por la gran cava contrapuesta
O morir ó vencer solo les resta.

Un indio sobre todos bien dispuesto
Habia, que los otros mas incita
En daño de los nuestros y denuesto,
Y ronco ya de dar voces y grita,
De un terrible y espantable gesto,
Y que en los riesgos mas se precipita,
A unos da calor, otros provoca,
Echando espumarajos por la boca.

Ansí como pastor que va gritando,
Acia corral las vacas recogiendo
Y á los toros que ve de cuando en cuando
La cornígera frente revolviendo,
A perros que le vienen ayudando
«Carga, carga, mastin,» anda diciendo,
Y aquellas voces hacen tal efeto
Que la manada ponen en aprieto:

Ni mas ni menos estos indios diestros,
Con ánimo que el otro les ponia,
A toda furia sueltan los cabestros
Sin jamás aflojar de su porfia,
De suerte que tenian á los nuestros
En una gran congoja y agonía;
Y el Estéban, vigor desta conquista,
En el bravo gandul puso la vista.

Estaba de su puesto tales trechos
Que brazo de mortal no los alcanza;
Mas por opuestos indios y pertrechos
Y por los aires arronjó la lanza,
Que para traspasallo por los pechos
Ejecutora fué de su esperanza,
Hasta clavar el suelo, y entró tanto
Que fué de los cercanos gran espanto.

Mucho se resfrió por esta parte
La furia de la gente cuasi prieta,
Y viéndolos Espira de tal arte
Mandó tocar de nuevo la trompeta;
Aliento recobró cristiano Marte;
Y ansí por todas partes los aprieta:
Tanta sangre de nuevo ven vertida,
Que tuvieron por buena la hüida.

La muerte donde quiera les amaga ;
Como huyen por campo descubierto
Ninguno dellos sabe qué se haga :
Quel vencido no ve reparo cierto.
Cayó sobre los indios grave plaga,
Y de cristianos fué ninguno muerto :
Espira viendo tan honroso lance
Mandó que no siguiesen el alcance.

Antes por ver las furias en remanso
Que pudo prometer seguras treguas,
Y el contrario, segun iba ya manso,
No pensaba parar en muchas leguas,
De su consejo fué tomar descanso
Ellos y los caballos y las yeguas,
Y volver donde fuesen proveidos
A costa de los míseros vencidos.

Al pueblo principal fueron derechos,
Y queriendo gozar de los despojos,
Hallaron ser menores los provechos
De lo que demandaban sus antojos.
La noche se pasó contando hechos
De cosas que se vieron por los ojos,
Alabando también á circunstantes
Que lo hicieron bien el dia antes.

Do cada cual quedaba satisfecho
Del buen gobernador en este dia,
Pues á su nombre traspasó su hecho
Porque George Formut, quél se decia,
En alemán es hombre de gran pecho
O de gran corazon y valentía ;
Al cual, demás ser muy gentil hombre,
Le venia pequeño mayor nombre.

Insigne capitán, y demás desto
No menos devotísimo cristiano,
A nadie fué pesado ni molesto
Con le dar ocasion y tener mano ;
Toda su vida fué retracto honesto,
Sin nota ni resabio de liviano ;
Tuvo ya por poblados, ya por yermos,
Gran vigilancia sobre los enfermos.

En descansando pues dos ó tres dias,
Espacio muy mas breve que bastante
Las ya menoscabadas compañías
Determinaron de pasar delante :
Llevaban por entonces ciertas guias
Que riqueza prometen abundante,
Y para los poner en la tal tierra
Habian de metellos por la sierra.

Oída la noticia que decimos,
Cada cual el efecto deseaba,
Y segun del paraje coligimos
Y la guia sus piés encaminaba,
Es este reino donde residimos,
Que para mas tardíos se guardaba,
Pudiendo ser primero George Espira,
Pero Diego de Montes lo retira.

Persuadiendo ser entrada mala,
Y ser cosa que mas les convenia
Continuar el llano por el ala
De la sierra, y aquella los pornia
Debajo de aquel círculo que iguala
Distancia de la noche con el dia;
Pues aunque se hiciese mas rodeo,
Hallarian el fin de su deseo.

Estimulados pues desta sospecha,
Aunque fué lo que menos les convino,
Propósito primero se desecha,
Teniéndolo quizá por desatino ;
Llevan la sierra sobre man derecha,
Adelante siguiendo su camino,
Y á tres ó cuatro dias de jornada
Toparon una fuerte palizada

De palos gruesos, altos, bien hincados,
Que con bejucos van entretejidos,
De tres ó cuatro cintas rodeados,
Apretados y muy fortalecidos:
Gran número de indios congregados
Y á su defensa bien apercebidos,
Infinidad de flecha, dardo, honda,
Y propugnáculos á la redonda.

El español la paz les amonesta,
Con la cual muchas veces les requiere;
El bárbaro feroz da por respuesta,
Que después la hará quien mas pudiere :
Niegan cualquiera condicion honesta
Para que de amistad se desespere;
Y á querer socorrelles con comida,
Los nuestros se pasaran de corrida.

Pero dijéronles: «Perded cuidado,
Que vuestra voluntad ha de ser hecha,
Pues el manjar mejor aderezado
Há de llevar la punta de la flecha :
El dardo servirá de pan pintado,
Cuya punta no luego se desecha,
Antes es tal, que donde quier que llega
Con grande pesadumbre se despega.

»Decidnos, ¿qué son vuestros pareceres ?
¿Con qué furia venis ó con qué viento,
Pues tan menoscabados de poderes
Os arronjais á tanto detrimento ?
No teneis hijos, no traeis mujeres,
No teneis pueblo, no haceis asiento,
No conoceis labranza ni hacienda,
Sino muy mala suerte de vivienda.

»Y si teneis mujeres, y son buenas,
Vosotros no debeis ser hombres buenos,
Pues os quereis servir de las ajenas
Y andais á saltear bienes ajenos :
Las caras os dió Dios de pelos llenas,
Y de maldad teneis los pechos llenos :
Trabajá, trabajá, gente sin freno,
Y no querais comer sudor ajeno.»

Estas palabras y otras semejantes
Decian estos bárbaros vecinos
A nuestros trabajados caminantes
Y mas que fatigados peregrinos :
Que si las miran ojos vigilantes,
No fueron totalmente desatinos ;
Pero los nuestros ya sin sufrimiento
Determinados van al rompimiento.

Y allí ninguno dellos se reparte,
Antes toda la gente bien armada
Quiso romper por una sola parte,
Que parecia mas acomodada.
Crece la furia de uno y otro Marte ;
Vuela la flecha, y anda la pedrada ;
La castellana hacha corta y hiende
Palos que el fuerte bárbaro defiende.

Por los palos que están mal ajustados
Hacen algun efecto las ballestas;
Mas la solicitud de los cercados
Non tarda en volvelles las respuestas :
Dentrambas partes hay descalabrados;
Unas armas á otras son molestas;
Acuden allí tantos escuadrones
Que se causaban grandes confusiones.

No de llenas encinas tantos granos,
Ni de lleno nogal nuez tan espesa,
Derriba la caterva de villanos
Andando vareando muy apriesa,
Cuanta caia sobre los cristianos
Piedra, saeta, dardo, que no cesa :
No les bastaba ya fuerza de brazos
Y los escudos hechos mil pedazos.

Pareciéndole gran inconviniente
Estar todos allí como terreros,
Retrájose del cuerpo de la gente
Estéban con catorce compañeros ;
Los cuales fueron abscondidamente
Do parecian mas flacos maderos ;
Danse tan buena maña sin sentillo
Que pudieron abrir un buen portillo.

El Estéban Martin en el momento
Entró con el caballo bien armado ;
Todos catorce van en seguimiento
Para señorear el gran cercado ;
Acuden bárbaros al rompimiento,
Mas era ya sin fruto su cuidado,
Pues no suele temer mayor pujanza
Estéban á caballo con su lanza.

Rodeado se ve de mil cuadrillas
El y los que le siguen con rodelas,
Mas él iba haciendo maravillas
Bañendo con buen aire las espuelas,
Atravesando pechos y ternillas,
Derribando quijadas, dientes, muelas:
Espira, viendo ya su gente dentro,
Acudió con los otros al encuentro.

Anda con tales brios el acero,
Y el cálido fervor de la contienda,
Que quedó por señor el forastero,
Y el morador huyó de su vivienda,
Sin poder amparar al heredero,
Ni poner en recado su hacienda:
Recogen españoles los haberes
Con cuantidad de niños y mujeres.

Reposaron después en el asiento
Seis dias, porque el campo se repare,
Y prosiguiendo su descubrimiento
Bebieron de las aguas del Guayare;
El cual principio es y nacimiento
Del prepotente rio de Uyapare,
Dicho por otros nombres Urinoco,
De quien en lo de Ordás no dije poco.

Caminando después una mañana
Orilla del Guayare poderoso,
En una prolijísima zavana
Dieron los de caballo con un oso:
Rodeólo la gente castellana
Como toro que tienen en un coso,
Llegaron de peones gente mucha
Por respecto de ver aquella lucha.

Arremetió Hierónimo Cataño
Creyendo de poder alanceallo,
Mas el atrevimiento fué con daño,
Pues cuando se llegó para matallo
Usó la bestia de mayor engaño,
Asiendo de las piernas al caballo,
Y como si tronchara flaco leño
En tierra dió con él y con su dueño.

De mano de la bestia carnicera
El caballo quedó luego tendido:
Hierónimo Cataño pereciera,
A no ser prestamente socorrido;
Y el oso se escapó de tal manera,
Que de ninguno pudo ser herido:
Suelen algunas veces ser dañinos
A los indios que tienen mas vecinos.

Bien cerca de un estancia que yo tengo
Y donde por un mal inconviniente
En alguna manera me detengo,
Del cual diré quizá mas claramente,
Un oso destos hubo tiempo luengo
Que consumió gran número de gente:
Matólo George Perez, un mestizo,
Con tiro de arcabuz que en él se hizo.

Alguna vez también hemos hallado
En árbor alto barbacoa hecha,
Donde ya sube puerco, ya venado,
O cazas otras de que se aprovecha;
En alto tiene hecho soberado,
Y por sus manos cama donde se echa:
Fuerza de osos es que no me espanta
Subir venados á tan alta planta.

Marchando pues con estos trompezones
Pasaron por algunos despoblados,
Hasta que dieron en las poblaciones
Que llamaron de los enmascarados;
Que al parecer venian con jubones
Y con muy justas calzas atacados;
El cuerpo cada cual embarnizado
De colores de negro y colorado.

Sobre la ropa que les dió natura,
Y como buen barniz bien asentado
Era desta manera la pintura,
Sin ninguno venir diferenciado:
Bitumen negro hasta la cintura,
Y todo lo demás de colorado,
Las caras ansimismo traian negras,
Plumas con cascabeles de culebras.

Aquestos son de víboras crueles,
A quien ha la natura proveido
En punta de la cola cascabeles
Para que no se muevan sin ruido;
Y ansí los infieles y fieles
Se valen y aprovechan del oido,
Huyendo del mortífero veneno
Que suele de remedio ser ajeno.

Mas á nuestros guaypíes nos volvamos,
Que ansí los dichos indios se decian,
Los cuales de la suerte que pintamos
Camino de los nuestros se venian;
Y alentados y sueltos como gamos,
No con poco furor acometian
Con muy grandes paveses y azagayas,
Y los penachos son de guacamayas.

A las plumas el cascabel asido,
Que como caracol os represento,
Y como hoja seca su ruido,
Que lo puede también llevar el viento;
Argúyese del número crecido
Haber allí de víboras aumento,
Pues que traian dellos tantas sumas,
Colgando como digo de las plumas.

Vinieron escuadrones bien armados,
Haciendo como suelen gran estruendo,
Contra treinta finísimos soldados
Que iban adelante descubriendo;
Los cuales viéndose dellos cercados,
«¡Santiago y á ellos!» van diciendo:
Dos de caballo hay en la zavana,
Un Damian de Barrios y un Lizana.

También estaba Martin de Arteaga,
Entre soldados buenos escogido,
Mas agora no sabe qué se haga,
Que el brazo diestro tiene mal tullido;
La fuerza de los indios los estraga,
Y el escuadron cristiano va rompido:
A Dios el Arteaga se encomienda,
Y en el rigor entró de la contienda.

A un fuerte gandul se fué derecho,
Tomando lanza con enferma mano,
Mas segun el suceso deste hecho,
El golpe que dió fué de brazo sano,
Pues que le traspasó pavés y pecho;
Y hoy hace juramento de cristiano
Que después en el brazo ni en la vena
Jamás sintió dolor que le dé pena.

Rompiendo fué por otros escuadrones,
Sin ponelle temor las puntas duras:
Acuden caballeros y peones,
A fin de les romper las vestiduras,
Despuntando las calzas y jubones
Que el calcetero hizo sin costuras:
Unos dejan allí las calzas luego,
Y otros tomaron las de Villadiego.

Desbaratados pues estos gentiles,
Que con acometer de furias llenos
Revolvieron huyendo como viles,
Los nuestros fueron á henchir los senos
Al pueblo que llamaron de Perniles,
Por se hallar allí muchos y buenos,
A causa de cazar estos guaypies
Crecida cantidad de jabalíes.

Y en aquellas regiones apartadas
Acontece topar en campo raso
De puércos crecidísimas manadas,
Que al peregrino hacen muy al caso,
Pues en necesidad de las entradas
Son gran socorro del hambriento vaso,
Y el que caballo tiene y campo ancho,
Con la lanza provee bien su rancho.

Suerte de caza es tan deleitosa,
Que suele proveer hambrientos sacos,
Y en alguna manera peligrosa,
A causa de vejísimos verracos,
Que con navaja fiera y espumosa
En su defensa no se muestran flacos;
E uno destos por alanceallo
A mí me hirió mal un buen caballo.

Antonio de Esquivel, un caballero,
Que ha poco que dió postrer suspiro,
Contaba deste bárbaro montero
Un modo de cazar de que me admiro,
Y fué que con tocar el solo cuero
Con no sé qué que ponen en el tiro,
Do quiera que le diere, si le acierta,
Cae la caza luego como muerta;

Pero cumple llegar con gran presteza
A la caza después del tocamiento,
Por no ser duradera la torpeza,
Ni aquella flojedad y adormimiento;
Pues cobra la perdida lijereza,
Si hay en la matar detenimiento:
Débenle de tocar con algun hueso
Del peje temblador que atrás espreso.

Mas estando después en esta vega,
No con poco descuido los cristianos,
Tuvieron una muy mala refriega
Con otros indios destos comarcanos,
Do bárbara canalla se les pega,
Hasta quitar las lanzas de las manos
A ciertos caballeros fanfarrones
De los que acá llamamos chapetones.

En itálicas guerras ya tenidos,
Segun ellos decian, en gran precio,
Demás de ser mil veces instruidos
En militar doctrina de Vegecio;
Mas agora quedaron muy corridos,
Y cada cual en posesion de necio,
Por no dar muestras en aquel rebato
De lo que pide bélico recato.

Mas contra las catervas atrevidas
Los dos mancebos Berzares famosos,
Bartolomé y Filipe, dan heridas
Y golpes de tal suerte sanguinosos,
Que dejaron las lanzas y las vidas
Los que con ellas iban victoriosos,
Y las restituyeron á sus dueños,
A quien vergüenza hizo mas isleños.

De los dichos guaypies despedidos,
Caminaron por el orden que conviene,
Hasta mojar los piés y los vestidos
En el famoso rio Papamene;
Cuyos términos, siendo conocidos,
Reconocieron que su curso tiene
Por la equinoccial, do se barrunta
Que con el Marañon sus aguas junta.

Corren las otras bandas, no sabidas
De guias que llevaban por testigos:
Hallaron poblaciones destruidas
Por indios destos pueblos enemigos;
Las aguas de los rios van crecidas;
Conviéneles buscar nuevos abrigos,
Pues la boca del Tauro les enseña
Las Hiadas, de pluvias clara seña.

Preguntaron allí por tierra rica
A un viejo gandul que fué tomado,
Y aqueste dió noticia de Ocoarica,
Cacique de crecido potentado;
Los nuestros le decian de Oroarica,
Y después le llamaron el Dorado:
Y en aquella demanda y apellido
Otras muchas armadas se han perdido.

Como Filipe de Uten, ya nombrado,
Que quiso ver el fin desta jornada;
Y deste reino bien aderezado
Salió también Jimenez de Quesada,
Hermano de aquel buen adelantado
Que por allí después perdió su armada;
Y Ursua se perdió ni mas ni menos
Por falta de leales y de buenos.

Es aquesta noticia, segun toco
En otra relacion que tengo hecha,
Entre el gran Marañon y el Urinoco,
Y es por Pirú la vía mas derecha;
Y á quien de descubrir no gusta poco
Todavía le dura la sospecha
Que por aquel compás y largo seno
Debe de haber algun pedazo bueno.

Pues como la creciente de aquel rio
Papamene venia ya con saña,
George Espira hizo dél desvío,
Y su gente metió por la montaña:
De grandes cenagales y rocío
Muy fatigada lleva su compaña,
Donde tanto atascaban los caballos,
Que muchos se quedaron sin sacallos.

Pero los que eran carga del caballo,
Por vueltas de fortuna mal compuestas,
Tienen por bien agora de cargallo,
Y de llevallo huelgan á sus cuestas,
Sin dejar cuero, pié, tripa ni callo,
Ni parte de las partes inhonestas,
Pues de todos sus miembros lo mas malo
Era regaladísimo regalo.

Todos van sin vigor y sin sustancia;
Su gran necesidad es increíble;
Y en aquella larguísima distancia
Hallar grano de sal es imposible:
Que de todas las faltas de importancia
La falta de la sal es mas terrible,
Pues cuando sal algun soldado tiene
Con solamente yerbas se mantiene.

Sin ella son bocados de amargura,
Cortamiento de miembros, y un contino
Devanear no lejos de locura;
Antes es todo cuasi desatino;
Al fin, debajo desta desventura,
Siguieron adelante su camino
Con otros muchos fortunosos toques,
Hasta llegar á tierra de los choques.

Nacion que no sé cómo me la llame,
Pues esta es indubitablemente
La mas sucia, mas torpe, mas infame,
Que cuantas tienen hoy nombre de gente,
Y aunque mas sus vilezas encarame,
Es sacar una gota de gran fuente;
Su sustento lo mas es tan inmundo
Que cosa no se vió mas en el mundo.

Pues demás de comer humanas gentes,
Maldad en que ellos viven muy espertos,
Comen diversidades de serpientes,
Sin que sepan tener límites ciertos:
Comen sus propios hijos y parientes,
Suelen ser sepulturas de los muertos;
Gusanos come la nacion maldita,
Y hasta los cabellos que se quita.

Son demás de lo dicho gentes vagas,
Y á vueltas de lo que comer procuran
Comen hilas y parches de las llagas
Que quitan españoles que se curan;
Si te lavas las manos, ó ya hagas
Lavarte los piés sucios, se apresuran
A beber aquel agua sucia y fea
Como delicadísima clarea.

Son indios bien dispuestos y alentados,
Sin orden, sin razon y sin gobierno,
Feroces, atrevidos, alocados;
El viejo, mozo y el muchacho tierno
En el acometer determinados,
No menos que demonios del infierno;
Sus armas lanzas son, pavés y dardo
Que bien ha menester duro reguardo.

En hacer estas armas no son rudos,
Ni tienen, cierto, sutileza poca;
Pintan el sol en todos sus escudos,
Con sus rayos, nariz, ojos y boca;
Los choques todos son hombres desnudos,
Y á las hembras cubierta no les toca:
Todos andan al natural estilo,
Sin torcer ni hilar un solo hilo.

Si vuelve las espaldas algun bando,
No es porque su furia se mitigue,
Pues lo suelen hacer de cuando en cuando
Para mas molestar á quien los sigue;
Porque dardos agudos van hincando
Adonde su contrario se castigue,
Y en los hincar no son tan indiscretos
Que no hagan mortíferos efetos.

La mortal esperiencia desta maña
Que tienen estas gentes fué sabida
Por Joan de Castro, natural de Ocaña,
Corriendo tras quien iba de hüida,
Pues con la punta de la dura caña
Al miserable le huyó la vida:
En efecto, la cosa fué de suerte
Que quien pensó matar padeció muerte.

Y otros ensangrentaron su carrera
Cuando victoriosos se juzgaron.
Al fin ellos pelean de manera
Que muchos españoles me juraron
Nunca topar con gente tan guerrera,
En todas las naciones que toparon;
Y el choque, ni por bien ni por herida,
Se quiere, segun dicen, dar á vida.

Luego pues que llegaron los cristianos
A unas mal compuestas ramadillas,
Vinieron solos dos destos villanos
Con dos totumas de agua ó escudillas,
Do mojaban los dedos de las manos
Y tocaban las barbas y mejillas
A ciertos españoles que allí vieron,
Y sin hablar palabra se volvieron.

Y como se volvieron de improviso
Sin muestra de placeres ni de enojo,
Los nuestros españoles, no sin riso,
Dicen: «Menester es abrir el ojo,
Porque mojar las barbas es aviso
De que echemos las barbas en remojo;
Antes pues que se mojen los cabellos
Determinemos ir en busca dellos.»

Después de cada cual aderezado,
Fueron por un camino muy seguido,
Dieron en un gran pueblo despoblado,
De solo desconsuelo proveido;
Por ser tiempo de pluvias tan pesado,
Allí fué nuestro campo detenido,
Sin poder por los grandes cenagales
Ir á buscar remedio de sus males.

Para necesidades del hambriento,
Que tales eran ya malos y buenos,
Dos caballos sirvieron de alimento,
Tales, que menester no habian frenos;
Y en tan terribilísimo tormento,
Sal era lo que mas echaban menos;
Y para dar remedios á su vida
Por mil partes buscaban la salida.

El Esteban Martin y Valdespino,
A pié, con otros treinta compañeros,
Para buscar al bárbaro vecino
Pasaron grandes ciénagas y esteros;
Dieron en tierra seca, y en camino
Que los cansados piés hizo lijeros,
Por verse la comarca bien poblada
Y cuantidad de gente bien armada.

Como por ojos ya tuviesen prueba,
Y número de gente descubriesen,
Viendo ser muy poquita la que lleva,
Esteban ordenó que se volviesen
Al campo, para dar aquella nueva,
Y todos ellos juntos acudiesen
Con los caballos y el demás fardaje,
Pues que sabian cómodo pasaje.

Volviendo pues atrás esta carrera,
En recta guardia él y el Valdespino,
Natural de Jerez de la Frontera,
Parece ser que no tuvieron tino
Los otros que iban en la delantera,
Yendo ya descuidados del camino;
Y el buen Esteban, como mas esperto,
Pasó para les dar camino cierto.

Y entre tanto que puso sus hermanos
En el cierto camino que traido
Habian, dieron indios inhumanos
En Valdespino, que se vió perdido,
Pues vivo lo llevaban fieras manos,
E ya de dos heridas mal herido;
Lo cual visto por este varon fuerte,
Quisoles dar la vida con su muerte.

Porque vista de fuerzas la penuria
Que mostraba la gente rezagada,
Por los indios rompió con tanta furia,
Que dejaron la presa mal tractada;
Tomó crüel venganza del injuria
Que hacen á la gente baptizada:
Cabezas por el suelo van rodando,
Manos y dedos andan palpitando.

Aquellos que lo siguen y él gobierna
Esfuérzanse de ver tan grandes hechos;
Pero punta de hueso, nada tierna,
Sin bastalle broquel, rompió los pechos;
Otra le segundaron por la pierna
Con que sus pasos hizo mas estrechos,
Porque le dieron por el espinilla,
Metiéndole la punta en la canilla.

Su muerte ya cercana conociendo,
Por las heridas de una y otra vara,
Poco á poco se iba retrayendo,
Al escuadron feroz haciendo cara;
Animosas razones va diciendo,
Y á todos como sano los ampara
Con tan raro valor y tanta cuenta
Que ninguno dejó de todos treinta.

Aunque dolor de piernas embaraza,
Todavía por términos guerreros,
A pesar de los choques, hace plaza
Por donde puedan ir sus compañeros;
Porque los indios fueron dando caza
Hasta que ya pasaron los esteros,
De do volvieron á sus campos anchos,
Y los nuestros llegaron á sus ranchos.

Vido luego su fin el Valdespino
De las heridas malas y molestas,
Y ansí la mayor parte del camino
Cristianos lo trajeron á sus cuestas:
Dicen ser valeroso, y hombre dino
De no cortar el hilo las funestas
Lanficas hermanas en tal era,
Sino de dalle mas larga carrera.

Mas otra pena muy mayor se siente,
Y es Esteban Martin, amigo caro
Del George Espira y de la demás gente,
Por no saber á nadie ser avaro:
Y ansí de todos universalmente
Fué tenido por padre y por amparo,
Y creian que estando de por medio
No les habia de faltar remedio.

Hiciéronle muy abrigados lechos,
Y todo su remedio se procura;
Las heridas le ven, y muy á pechos
Tomó Diego de Montes esta cura;
Un Joan de Oñate hizo los pertrechos
Para sacalle bien la punta dura;
Sacósela, mas aunque hizo esto
No dejó de morir al dia sesto.

Murió con confesion y testamento,
A pobres repartiendo lo que alcanza;
Nunca pude saber su nacimiento,
Ni el nombre del lugar de su crianza.
Hicieron sus amigos juramento
De tomar muy de veras la venganza;
No con menos dolor ni menos ira
Lo mismo prometia George Espira.

En este funeral y enterramiento
También pudieras ver ojos llorosos;
Hicieron el humilde monumento
Debajo de unos árbores umbrosos,
Y el padre Fructos, no sin sentimiento,
Por honra de los huesos generosos,
En el troncon del árbor do yacia
Aquesta letra puso, que decia:

AL CAPITAN VALEROSO

LLAMADO ESTEBAN MARTIN

AQUI LE LLEGO SU FIN.

El árbor, de sus hojas descompuesto
Por la gran aspereza del invierno,
Ya se vestia de pimpollo tierno
Con aparencia de florido gesto,
Cuando quien se preciaba del gobierno
Quiso luego dejar aqueste puesto,
Inquirir y buscar tierra mas alta
Para socorro de tan grande falta.

Halló donde hirieron á su amigo
Dispusicion de tierra mas lozana;
Determinóse de hacer castigo
En gente tan crüel y tan tirana,
Y todos cuantos él llevó consigo
No creo que tenian menor gana;
Y la contraria gente dura y fiera,
Tampoco recelaban la carrera.

Antes con un furor luciferino,
Como vieron venir nuestros varones,
Concertaron salilles al camino
Con bravos y feroces escuadrones:
Los españoles, con mejor desino,
Envían al encuentro los peones
Con orden que se fuesen retrayendo
Y fingiesen hüir sin ir huyendo,

Por traellos abajo de un repecho,
Do quedaban caballos encubiertos,
Para poder mejor hacer su hecho,
Por ser allí lugares mas abiertos,
Y podian correr tan á provecho,
Que de victoria se juzgaban ciertos,
Pues era, si los sacan á lo raso,
Negocio que les hace muy al caso.

Partieron los peones al instante,
A punto la rodela y el espada;
Mas viendo tantos indios por delante,
Fingieron de temor hacer parada,
Y luego con astucia semejante
Revuelven al lugar del emboscada:
Ellos, juzgando ser el miedo cierto,
Seguianlos sin orden ni concierto.

No tigre ni leon por la dehesa
Se muestra tan veloz en su corrida,
Tras la caza do quiere hacer presa
Y piensa que la tiene ya cogida,
Cuantas eran las furias y la priesa
De la gente feroz inadvertida,
Hasta que descubrieron los recodos
Adonde estaben los caballos todos.

Los cuales, como ya viesen la suya
Y tanta multitud sin ordenanza,
Acometen á mia sobre tuya,
Con deseo y ardor de la venganza:
Rodéanlos para que nadie huya
Del espada crüel ni de la lanza,
Rompiendo aquí y allí con los caballos
Para los dividir y derramallos.

Ensangrentando van acero fino,
Ningunos golpes dan que salgan vanos;
Y como fué negocio repentino
Y en lugares tan rasos y tan llanos,
Los indios con el grande desatino
Ni juegan de los piés ni de las manos,
Antes cada cual anda sin sentido
De ver el animal que nunca vido.

Como si par de alguno cayó rayo
Que por su buena dicha no le toca,
Sino que le pasó mas á soslayo
Rompiendo cerca dél la dura roca,
Y demás de quedar con gran desmayo
Aquel espanto le tapó la boca,
Y del tronido y el celeste fuego,
No solo queda mudo, pero ciego:

Avinoles ansí ni mas ni menos
A la bestial, feroz y fiera gente,
Cuando vieron venir en piés ajenos
A los que les salieron de repente;
Y aun menos impresion hicieran truenos,
Pues por allí no faltan comunmente;
Alguno procuraba su defensa,
Y fué trabajo vano lo que piensa.

Por andar los cristianos mas despiertos
Que la gente de Indias ya rompida,
Cuyos conciertos eran desconciertos,
Sin tener esperanza de la vida;
Al fin la mayor parte fueron muertos,
Y los cristianos, todos sin herida,
Quemaron luego por estos conveses
Innumerables dardos y paveses.

Allí, demás de su contentamiento
En poder subyectar duras cervices,
Hallaron copia de mantenimiento
De yucas, boniatas y maices,
Y juntamente para su sustento
Otras diversidades de raices,
Que los que no conocen abundancia
Afirman ser comida de sustancia.

Refrenada la loca fantasía
Y abatidas las crestas de los gallos,
Estuvieron allí por algun dia
Para reformacion de los caballos,
Pues, segun su flaqueza, bien habia
Harta necesidad de reformallos.
Después desto la gente fatigada
Adelante prosigue su jornada,

Hasta llegar á un rio bermejo,
Donde no les faltó gente de guerra,
Y donde se juzgó por buen consejo
Que subiesen por él hasta la sierra;
Pero demás del débil aparejo
Parecíales mal aquella tierra,
Triste, lloviosa y áspera montaña,
Y de sus pensamientos muy estraña.

Visto pues por la gente peregrina
Su primero vigor menoscabado,
El buen gobernador se determina,
Con parecer de todos aprobado,
De procurar volver á la marina
Para tornar mejor aderezado:
Todos concuerdan con aquel decreto,
Y luego lo pusieron en efeto.

Hallábanse vacías las riberas,
E ya rio ninguno los detiene;
Por pasos conocidos y carreras
Allegaron al rio Papamene,
Donde dejaron unas estriberas
Y cosas que memoria no retiene;
Y estas halló Francisco de Orellana
En aquel rio que su nombre gana.

Recogiólas el indio mas cercano,
Deste las rescató su mas vecino,
Y ansí fueron á dar de mano en mano
A indios mas lejanos en camino:
Hallólas en un pueblo comarcano
Del rio Marañon, por donde vino;
Después por estas gentes referidas
Fueron, por ser de azófar, conocidas.

Luego del Papamene se partieron
Para volver á do se deseaba,
Y si siempre no van por do vinieron,
La falda de la sierra los guiaba;
Y ansí fué la derrota tal que dieron
En el rastro que Fedrimán dejaba:
Tras él envían gente de caballo,
Pero nunca pudieron alcanzallo.

Y aun creo que el Espira no queria,
Pues hay algunos hoy de pareceres
Que un capitán de otro rehuia:
Si la causa, lector, saber quisieres,
Es porque George Espira ya sabia
Cómo esperaba Fedrimán poderes,
Y hasta le venir, creyó que aposta
Se detuvo gran tiempo por la costa.

Y no fué vanidad el pensamiento
En lo que cerca desto se recela,
Pues hizo Fedrimán detenimiento
Por la costa del Cabo de la Vela,
Por ver de su promesa cumplimiento
Y poner mas en orden esta tela;
Y en efecto los Berzares cumplieron
Sin falta la palabra que le dieron.

Mas aunque se detuvo dos veranos
Por esta costa, no sin añagaza
De cartas de los reinos castellanos,
Nunca le llegó cosa que le plaza,
Por venir los despachos á las manos
Del factor alemán Jacome Gaza,
Que retuvo las cédulas que digo
Por ser del George Espira gran amigo.

Escudriñando pues esta frontera,
De la de Santa Marta topó gente,
Cuyo capitán fué Joan de Rivera,
Que con razon llamaron el valiente:
Y el Fedrimán, que mas mañoso era,
Con él se concertó secretamente
Para juntar aquella compañía
Con la demás de Coro que traia.

Alguna desta gente no quisiera
A su gobernador hurtar el lado;
Y para que también Joan de Rivera
Quedase desta culpa disculpado,
El negocio se hizo de manera
Que pareció mas fuerza que por grado:
Ansí que, presos sin haber defuntos,
Al Maracaibo se vinieron juntos.

De allí tentó hüirse cierta gente
De los de Santa Marta que tomaron,
Mas Antonio de Chaves su teniente
Fué tras ellos, y á uno que hallaron
Mandó garrote dar incontinente;
Los otros por lijeros escaparon:
Destos fueron después mis compañeros
El capitán Lorenzo y un Cisneros.

Puestos en Maracaibo y en sus llanos,
Por parecelle tierra desgraciada
El pueblo despobló de los cristianos,
A fin de los llevar á la jornada;
Destos vecinos escogió los sanos,
Dejó en Coro la gente fatigada,
Y en busca dijo ir de George Espira,
Ya fuese con verdad ó con mentira.

Los hombres de caballo y los infantes
Que lleva son antiguos pobladores,
Para sufrir trabajos tan bastantes
Que pocos conocimos ser mejores,
Y en todos los consejos importantes
Muy ciertos y avisados consultores;
Pero pobres y mal apercebidos,
Pues apenas tenian ya vestidos.

Andando pues por Barraquicimeto
O por Carora, donde repararon,
Llegaron Alderete y Martin Nieto,
Y los que contra Ortal se rebelaron;
A los cuales con todo buen respeto
Recebieron muy bien y regalaron;
Mas Fedrimán de tres hizo desvío,
Por no le parecer bien tanto brio.

Los tres fueron á Coro brevemente
Con cartas que llevaban sal pimienta,
Y los demás quedaron con su gente,
Haciendo dellos Fedrimán gran cuenta,
Por ser cada cual hombre diligente,
Y en los recuentros de mayor afrenta,
Donde muchos salieran con querella,
Pudieran ellos bien salir sin ella.

Pusieron en efecto la partida,
Y en la prosecucion de su jornada
No llevan abundancia de comida,
Porque de los demás escarmentada
Gente de indios era retraida
Y del paraje propio desviada;
Mas ya con hambre, ya con alimentos,
Todos con Fedrimán iban contentos.

Pues para lo seguir hasta el infierno
Creo que les ganó las voluntades,
Y ciertamente desde mozo tierno,
Si acaso no se niegan las verdades,
Parece que nació para gobierno,
Y en abundancia y en necesidades
En su campo jamás reinó discordia,
Ni en su pecho faltó misericordia.

Sabio fué y avisado cortesano
En todas sus costumbres y modesto;
Para ser alemán era mediano,
Pero de proporciones bien compuesto;
En el hablar retórico no vano;
De rojo, grave y apacible gesto;
Tuvo también facecias escelentes
A tiempos y lugares convinientes.

Yendo pues, como digo, sin revuelta,
En toda la distancia que corrieron,
En un cierto camino gente suelta,
Tomaron unos indios, que dijeron
Que George Espira daba ya la vuelta
Con poca gente, de que coligieron,
Segun la que con él habia salido,
Cómo debia de volver perdido.

Vista la relacion por Fedrimano,
Por no volver atrás de su desino
Ni meterse debajo de su mano
Torció de sus derrotas el camino,
Entrando mas adentro por lo llano,
Hasta tanto que vió que le convino
Sacar su gente de la llana tierra
Y volver á las faldas de la sierra.

Caminan, y llegados en efeto
Al pueblo de San Joan, hoy de cristianos,
El dicho Fedrimán como discreto
No quiso caminar mas por los llanos,
Sino ver de las sierras el secreto
Con guias de los indios comarcanos;
Y para descubrir algun camino
Pedro de Limpias adelante vino.

Llevó consigo gentes avisadas,
Seis de caballo, los demás peones,
Tan diestros y curtidos en entradas
Que no los espantaban trompezones;
Y á cabo ya de dos ó tres jornadas
Vieron humos de grandes poblaciones,
Y sin que mas adentro procediese,
Hizo que Fedrimán luego viniese.

Con orden y debida vigilancia,
Mas adelante van los peregrinos;
Ven muestras por aquella circunstancia
De grandísima copia de vecinos;
Pero hacian grande repugnancia
Angostos y asperísimos caminos,
Que sin hallar allí quien contradiga
Subian con grandísima fatiga.

Mas en la cuesta de mayor altura
Habia pajonales sazonados,
Donde las sierras hacen angostura
Con altísimos riscos á los lados:
La gente por allí subir procura,
Por no ver pasos mas acomodados;
Indios cercanos acudieron luego
Y por los pajonales ponen fuego.

Auméntanse las llamas en esceso
Con furioso viento que venia,
Y la nube de humo tan espeso
La vista destas gentes impedia;
El repentino caso y el suceso
En un terrible riesgo los ponia:
Tal ímpetu de fuego los rodea
Que no ven la salud que se desea.

Haciendo pues su natural oficio
Las llamas y fumosos arreboles,
Fué tanta la presura y el bullicio,
Que por aquellos riscos y peñoles
Se despeñó gran parte del servicio,
Y entrellos no sé cuántos españoles;
Cayó Miguel Holguin de peñol agro,
Y el escapar fué cosa de milagro.

Como si ciervos puestos en un alto,
Rodeados de áspera vertiente,
Donde ni por corrida ni por salto
Pueden hüir, sin gran inconviniente;
Mas recebiendo grande sobresalto
Por ver leon ó tigre de repente,
Sin tiento se despeñan por la roca
Por escapar de carnicera boca.

El indio, y aun la gente castellana,
Ansí con el temor que los incita
De ver el gran ardor de la zavana,
Confusos movimientos y la grita,
Y aquí y allí la llama ya cercana
Sin ver por dónde va, se precipita,
Haciéndose los unos mil pedazos,
Otros quebrados piés, piernas y brazos.

Pero viendo tumulto ya tan ciego,
Un portugués, soldado diligente,
A grande priesa puso contrafuego
Donde se recogió la demás gente;
Y ansí cuando llegó la llama, luego
Perdió la fuerza y el furor ardiente,
Por no tener allí tierra ni viento
Paja con que le diese nutrimento.

Admirados de caso semejante,
El mas prudente dellos se embarbasca;
Mas el buen Fedrimán y Limpias, ante
Que pudiese venir otra borrasca,
Con la gente pasaron adelante
A la provincia que se llama Pasca,
Donde la buena tierra fué visible
Y para los caballos apacible.

Salieron los vecinos comarcanos
Al tiempo que venian al encuentro,
Pero nunca vinieron á las manos,
Ni tuvieron recuesta ni recuentro:
Antes significaron que cristianos
Estaban en la tierra mas adentro,
Dando señas de trajes y costumbre,
De que se recebió gran pesadumbre.

Pues segun los que viven este dia,
No se tuvo la pérdida de Rodas
En tanto cuanto Fedrimán tenia
El no ser el primero destas bodas,
Pues con ciento y cincuenta que traia
Pensaba conquistar las Indias todas:
Y es cierto que cualquiera de su bando
Pudiera bien regir y tener mando.

También el valeroso licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Que fué quien antes dél habia entrado
En este nuevo reino de Granada,
Fué por via de indios avisado
Que entraba por allí gente barbada,
Y hizo despachar á la lijera
Para reconocer y ver quién era.

De los que fueron, hay donde resido
Paredes, Calderon, hombre prudente,
Y Joan Rodriguez Gil, bien conocido
Por cuerdo, por sagaz y por valiente,
Y Anton Rodriguez, que por apellido
Le llaman de Cazalla comunmente,
Con otros para paz y para guerra,
Cuyos cuerpos nos encubrió la tierra.

Llegaron estos hombres escogidos
A Pasca, tierra ya conmemorada:
Dieron el parabién de bien venidos
De parte del Jimenez de Quesada;
Fueron del Fedrimán bien recebidos
Y de toda la gente del armada;
Partieron luego, visto su recado,
A verse con el dicho licenciado.

Viéronse juntos pues los dos mayores
En Bogotá, que fué primer asiento,
Donde de cortesías y primores
A ninguno faltaba cumplimiento,
Pues cada cual de los gobernadores
Alcanzaba cabal entendimiento,
Con cuantas partes eran concernientes
A los que rigen y gobiernan gentes.

Ganó con el valor de su cosecha
Amistad de varones singulares,
Pero siempre la tuvo muy estrecha
Con el capitán Gonzalo Suarez,
Varon que con fortísima derecha
Fundó lo principal destos lugares;
Pero de su valor y de su cargo
En otra parte trataré mas largo.

En gracia del mayor y del mas chico,
El Fedrimán al fin se dió tal maña
Que deste nuevo reino salió rico,
Y hizo su viaje para España:
El remate que tuvo no replico,
Pero dicen morir en Alemaña;
Y ansí ya dél mi pluma se retira
Por volver á tractar de George Espira.

Porque después de ya dejar aposta
A Fedrimán que su viaje siga,
El con su compañía mas angosta,
E ya cuasi sin granos el espiga,
A gran priesa se fué para la costa
Padeciendo grandísima fatiga
De hambre, tigres, y de enferma gente,
Y entrellos Santa Cruz, su buen teniente.

El cual, en cierto pueblo de lo llano,
Reconoció su fin y acabamiento;
Murió como católico cristiano,
Y con vivísimo conocimiento:
En el gobierno tuvo mucha mano
Por ser persona de merecimiento;
Dió Cárdenas también fin á sus dias,
Mas con donaires y chocarrerías.

Llegados pues á Barraquicímeto,
Hallaron asolada ya la tierra,
Y todos con flaquísimo subyeto
Atravesando van áspera sierra,
Donde luego se vieron en aprieto
Por acudir allí gente de guerra,
Que viéndolos volver de mala suerte
A todos procuraban dar la muerte,

O por lo menos de llevar captivo
Al español que viesen rezagado;
Con los cuales intentos y motivo
Llegaron giraharas por un lado,
Y al buen Diego de Montes llevan vivo,
De gran enfermedad debilitado;
Mas Joan Catahuyare, caquetío,
Lo defendió con valeroso brio.

Porque llegó con armas de cristianos,
Y en ellos hizo tal arremetida,
Que les quitó la presa de las manos,
Con animosidad jamás oida:
Hizo hechos el indio soberanos,
Y ansí después de Dios le dió la vida;
Y él libre de tan áspera zozobra
Reconoció después la buena obra.

Prosiguen adelante sus caminos
Discurriendo por pasos conocidos:
Todos iban á pié, que los rocinos
O quedaban ya muertos ó comidos;
Salieron á los términos marinos
Muy faltos de salud y de vestidos,
Bien mohosa la lanza y el espada,
A cabo de tres años de jornada.

Llegaron pues los pocos al asiento
De Coro, do hallaron sus amigos,
Y de quinientos no volvieron ciento,
Faltando solos seis de los antigos,
Los tres de enfermedad y descontento,
Los otros tres á manos de enemigos:
Do se conoce bien cuánto aprovecha
El ir á descubrir con gente hecha.

Y porque de los que volvieron haga
Alguna relacion aunque sencilla,
Fueron Filipe de Uten, y Arteaga,
Pancorvo, y Alcocer, Joan de Bonilla,
Castrillo, y Urriola, y Arrizaga,
Y aquel Rodrigo Infante de Sevilla,
Diego de Montes, Bustamante, Sosa,
Y Bartolomé Sanchez de Hermosa.

Este, viniendo ya muy fatigado,
Esperando la hora postrimera,
En un caballo puesto y amarrado
Por no poder venir de otra manera,
Rodando fué con un rucio rodado
Bien doscientos estados de ladera,
Llevando como vió su vida poca
El nombre de Jesus siempre en la boca.

Viéndolo los demás ansí rodando,
E ya ser imposible remedialle,
Al sumo Hacedor están rogando
Que tuviese por bien de perdonalle:
Para lo sepultar yendo bajando,
Oyeron dar relinchos al caballo,
Y al Hermosa hallaron tan sin daños
Que vivió después desto muchos años.

Volvieron ansimismo á Venezuela
El Bartolomé Berzar, y Zamora,
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,
Que ha poco que vió postrera hora;
Otros del alemana parentela
En silencio se pasan por agora,
Pues para proceder en el intento
Menester hemos ya cobrar aliento.

CANTO TERCERO.

Dondese cuenta la venida del doctor Antonio Navarro á Venezuela á tomar residencia á George Espira y á sus tenientes, y lo que mas aconteció.

En Indias es costumbre bien usada
Cometerse gobiernos á letrados,
Y siendo la razon considerada,
Es justa; pero por nuestros pecados,
De tan estendidísima manada
Salen muy pocos dellos acertados,
Unos por gran soltura de conciencia,
Otros porque carecen de esperiencia.

Los cuales seria bien no gobernasen
Hasta pasar siquiera de pasantes,
O por mejor decir que los pasasen
A desiertos de tierras tan distantes
Que por ninguna via trompezasen
En cosa que criase litigantes;
Pues los mas destos en poblada tierra
Adonde mora paz encienden guerra.

Pervirtiendo las buenas intenciones
De Bartulos y Baldos y Felinos,
Abades, Albericos y Jasones,
Con otros de jurídicos caminos;
Y ansí, por aficiones ó pasiones,
Se arrojan á trescientos desatinos,
Sin que temor alguno los fatigue,
Habiendo Dios y rey que los castigue.

Bien pudiera gastar alguna vela
En este caso, pues me da gran cebo
La confusion que de presente vuela
Por este miserable reino nuevo;
Mas quiero concluir con Venezuela,
Por no quebrar aquel hilo que llevo,
Adonde vimos al doctor Navarro,
Que vino por auriga deste carro.

Era vaso de muy poca prudencia,
Y no para tal cargo suficiente;
Vino con provisiones del audiencia,
Estando Fuen Mayor por presidente,
Y para que tomase residencia
Al dicho George Espira y á su gente;
El cual, por mas autorizar su mando,
Ahorcó dos soldados en llegando:

No de los que dejé recién venidos,
Pero de todos la mayor nobleza.
Quedaron grandemente desabridos
De ver la crüeldad y la torpeza,
Y ansí por se hallar allí perdidos,
Sin ver remedio para su pobreza,
Huyéronse, sin que el doctor los sienta,
La vuelta de Cubagua hasta treinta.

Entrellos el Pancorvo y el Castrillo,
El Diego de Urriola y Bustamante,
Sancho de Villanueva, Joan Morcillo,
Todos y cada cual hombre bastante,
Francisco de Velasco por caudillo,
Alférez del Espira ya vacante,
Con otros que cumplieron este cuento,
Con quien yo tuve gran conocimiento.

Visto por el doctor el movimiento,
Con copia de los hombres mas insines
Determinó de ir en seguimiento,
A fin de castigar tales motines;
Y sabido que van por barlovento,
Por guias que sabian los confines
Supieron atajar de tal manera
Que pudieron tomar la delantera.

Vinieron á caelles en las manos,
Y todos, sin mostrar alteraciones,
A prima fronte se mostraron llanos,
Con algunas disculpas y razones,
Pero, como mañosos baquianos,
Debajo de dañadas intenciones;
Y el Velasco, que mas astuto era,
Al doctor le habló desta manera:

«Señor doctor, nosotros no faltamos
Del servicio del rey, ni tal queremos,
Mas como sus vasallos nos pasamos
A tierras do mejor le serviremos;
Pues ve vuestra merced cómo llegamos,
Y la necesidad que padecemos,
La cual tampoco puede socorrella
Vuestra merced, pues no vive sin ella.

»Porque si para lo que se procura
Tuviéramos un recurso liviano,
¿Qué mayor bien ni qué mayor ventura
Que subyeccion debajo vuestra mano?
Cuyo valor, primor y gran cordura
Todos juzgamos ser don soberano,
Con otras escelencias que la fama
Con gran verdad aquí y allí derrama.

»Pero puesto que esteis bien proveido
De tantos dones de naturaleza,
A todos es notorio y conocido
No poder remediar nuestra pobreza;
Y si con todo esto sois servido
Que no dejemos vuestra gran nobleza,
Por cierto, sin usar contrarios modos,
Que vuestra voluntad es la de todos.

»Publiquesenos vuestró mandamiento,
Y ese será la regla y el cuadrante;
Pues á tener contrario pensamiento
Pudiéramos estar tan adelante,
Que no nos alcanzara ni aun el viento,
Cuanto menos la gente circunstante;
Mas caminábamos como forzados,
Por seros todos muy aficionados.

»Aquí no rehusamos la carrera,
Y esto debe de ser lo que conviene,
Porque vuestra merced, aunque no quiera,
Al fin nos ha de dar de lo que tiene;
Conocemos también que donde quiera
Falta prosperidad que nos despene,
Y demás de volver con quien volvemos,
Volvemos á la tierra que sabemos.»

Como se vió poner en tanto precio
El buen doctor se vido triunfante,
El cual, demás de ser no poco necio,
Pecaba grandemente de arrogante:
Al fin, lo que se dijo por desprecio
A él le pareció razon bastante;
Y antes de volver á la marina
Ranchear los confines determina.

Parecióle tener segura prenda,
Por ser Velasco mozo tan honrado,
Y ansí, sin proceder en la contienda,
Allí paró por ya venir cansado:
Armáronle los suyos luego tienda,
Donde pudiese ser agasajado;
Ansimismo por aquel campo ancho
Todos y cada cual sentó su rancho.

No faltó quien con rústico vocablo
Le dijo: «Sepa vuestra reverencia
Ser esta gente toda del diablo,
Y cúmplenos vivir con advertencia;
No parezca simpleza lo que hablo,
Pues tengo mas malicia que inocencia,
Y aunque me veis cubierto de mal pelo,
Uvas conozco yo de mi majuelo.»

Otro le dijo que los desarmara
Para poder dormir seguramente,
Y aun que los altos árbores poblara
Con los mas levantados desta gente.
Respondió: «Como yo tenga mi vara,
No se desmandará cosa viviente,
E yo pienso hacer tan buen castigo,
Que no se burle ya nadie conmigo.»

Los hũidos con disimulaciones
Hablaban con la otra compañía;
Hubo tan eficaces persuasiones,
Por modo que jamás se conocia
Que convirtieron á sus opiniones
A muchos de los quel doctor traia,
Y los solares rayos encubiertos
Estaban acabados los conciertos.

Cuando con soporíferos beleños
Embriaga Morfeo los mortales,
Y están gozando ya de dulces sueños
Los hombres y los brutos animales,
Para quitar caballos á sus dueños
Salen los inventores destos males,
Seyendo cómplices en la cautela
Los mismos que hacian centinela.

Con indios suyos, diestros y ladinos,
A tales lances muy aficionados,
Recogieron las lanzas y rocinos
Con los demás pertrechos mas usados;
E ya dispuestos para sus caminos,
Puestos en los caballos bien armados,
Tácitamente sin hacer estruendo
Al rancho del doctor llegan diciendo:

«¡Ah, mi señor doctor! ¿está despierto?
Vea vuestra merced lo que nos manda,
Que nosotros, por no volver al puerto,
Cambiamos el timon á estotra banda,
Pareciéndonos sumo desconcierto
Dejar de proseguir nuestra demanda,
Por ser negocio muy desvariado
Tornar á desandar lo bien andado.

»Como somos personas comedidas,
De nuestra voluntad hacemos muestra,
Que tiene leyes no tan estendidas
Cuanto las que mostró la mala vuestra;
También porque mireis en las Partidas
Alguna ley que tracte desta nuestra,
Y si faltare, mirareis el Fuero
Y las Pandectas, pues que sois pandero.

»Allí lo que la ley no nos declara,
Acá desta manera lo glosamos,
Que vuestra merced vuelva con su vara,
Y nosotros iremos donde vamos:
Al cetro no volvemos nuestra cara,
Pero del mal ministro nos quejamos,
Que piensa por sus vanos apetitos
Que matar hombres es matar mosquitos.

»Pues muchos de vosotros, en carrera
Donde conviene retener las riendas,
Salís del justo curso tan afuera,
Que siempre maquinais cosas horrendas,
Y como cosa fácil y lijera
Quitais vidas y honras y haciendas,
Haciendo hacer falsos juramentos,
Por amenazas ó prometimientos.

»Y para solapar vuestros errores
Forzais á las ciudades y lugares
A demandaros por gobernadores,
Aunque con pena rompan los ijares,
Y andais ganando firmas y favores
De seculares y de regulares;
Y ansí por escapar de vuestras iras,
Escriben á su rey cien mil mentiras.

»Triste de quien rehusa la carrera
Y deja de ayudaros con un grito,
Porque luego se fragua la quimera
Del grave y atrocísimo delito,
El cual se va pintando de manera
Quel mas ayuno dél dejais ahito;
Pues es verdad que faltarán testigos
O que los osan descargar amigos.

»Pues si no favorecen el intento,
Ni llevan de sus tiples los tenores,
Está presta la cárcel y el tormento
Y las acusaciones de traidores,
El confiscar de bienes al momento
Para los dar á vuestros valedores,
Con revueltas, con tramas y marañas,
De ley de Dios y rey todas estrañas.

»Con aquesto pensais dar el descargo
De la malignidad que vais tramando,
Como si le pusiésedes embargo
Al divino Jüez que está mirando;
Y después de privados y sin cargo
Andais humildes, bajos y llorando,
Justificando vuestras injusticias
Y vuestras insolencias y malicias.

»Y á los pobres que dábades de palos
Hablais luego con gran melifluencia,
Haciéndoles mil mimos y regalos;
Y el que tiene segura la conciencia
No teme las calumnias de los malos
En la mas rigorosa residencia,
Pues aquel que vivió con santo celo
Tiene procuradores en el cielo.

»No juzgueis pues á mal que se derramen
Contra vos cosas que no son novelas,
Sino que hagais cuenta ser vejamen
De los que suelen dar en las escuelas,
Y aun si con vos de vos haceis examen
Para mejor vivir serán espuelas,
Como las qué tenemos ya nosotros
Calzadas para bien herir los potros,

»Porque no nos cojais en el chinchorro
De rebeldías y de contumacias,
Pues el cautivo quiere verse horro
De subjeccion de pleitos y falacias.
Con todo esto, por el buen socorro
Os damos todos un millon de gracias
En traernos caballos y soldados
Con que vamos contentos y aviados.»

El Navarro doctor que tal oia,
Como reconociese los engaños,
Da voces á los suyos, y decia:
«¡Viva el rey, viva el rey, mueran tacaños!»
Pero la cuadrilleja respondia:
«¡Viva, señor doctor, por muchos años!
Con tal que no digais por el de Francia,
Por tocaros aquella circunstancia.»

Acuden luego para la venganza
Los que libres están de la cautela,
Mas unos no topaban con la lanza
Y á los otros faltaba la rodela;
Otros tienen temor de la pujanza,
Y cada cual de golpe se recela;
Y ansí los del motin, la burla hecha,
A Cubagua se van vía derecha.

Caminan por aquella tierra llana,
Contentos del buen salto que hicieron,
Acia la costa de Maracapana,
Donde yo me hallé cuando vinieron;
Mas antes de salir de la zavana,
Por un grande descuido que tuvieron,
Indios de guerra les hicieron menos
Seis ó siete soldados asaz buenos.

No los pudo seguir el bravo toro,
Por faltalle caballos y peones,
Y fuera gran aumento de su lloro
Perseverar en tales intenciones:
Determinóse pues volver á Coro
Con dos ó tres caballos mancarrones,
Y aun del enojo por aquellos yermos
Cayeron él y los demás enfermos.

Viendo tan mal recado y aparejo
Para llegar al pueblo deseado,
Adelantóse Diego de Vallejo,
Mancebo valeroso y esforzado,
En paz y guerra de tan buen consejo,
Que ninguno lo dió tan acertado:
Vive hoy con valor y santo celo,
Y es contador real en aquel suelo

Al pueblo declaró lo sucedido;
Y cosas necesarias provëidas,
Luego volvió por el doctor perdido,
Cuyas fuerzas estaban ya caidas,
Pues en Coro halló recién venido
Al obispo Rodrigo de Bastidas,
Con provision real y poder lleno
Para poder regir aquel terreno.

Mandándole también, que si volviese
A la isla donde era residente,
Entre varones nobles escogiese,
O por gobernador ó por teniente,
A la persona que le pareciese
Ser para tales cargos suficiente,
Y quel dicho doctor fuese privado,
A causa de estar mal acreditado.

Y ansi, después de dar su residencia,
A la Española yendo ya camino
Para se presentar en el audiencia,
Tempestüoso tiempo sobrevino,
Con tan impetüosa violencia
Y tan exorbitante torbellino,
Que dieron al través en un bajío,
Do pereció con otros del navío.

Acabó sumergido y ahogado
Quien de clemencia nunca tuvo jugo;
Mató sin culpa, y él murió culpado,
Siendo las blandas aguas su verdugo;
Y aun no sabemos si de su pecado
En tan grave presura le desplugo,
Por ser de tal furor aquel tormento
Que debe de faltar conocimiento.

Al tiempo que Bastidas hizo absencia
Para volver adonde residia,
Al Espira dejó con la tenencia
Del gobierno, segun él lo tenia,
Muy en conformidad y complacencia
De quien el mismo cargo pretendia,
Por ser prudente todo lo posible,
Y padre para todos apacible.

En esta coyuntura declarada,
Fueron á Santa Marta y Cartagena
Gentes del nuevo reino de Granada,
Por el gran rio de la Magdalena,
Que de la prosperísima jornada
Hicieron relacion no poco llena,
Riquísimas cadenas en los cuellos,
Y fué Pedro de Limpias uno dellos.

El cual á la Española hizo via,
De esmeraldas la bolsa proveida,
Donde sus hijos y mujer tenia
Y do pensaba rematar su vida.
La fama de riquezas ya corria
Y por las islas dió tal estampida,
Que en vaso de lijera carabela
Pudo también llegar á Venezuela.

Como todos estaban á la mira,
E ya de Limpias viesen el recado,
Cada cual gime, cada cual suspira,
A causa de perder tan buen bocado:
Levántanse los piés al George Espira,
Y por volver mejor aderezado,
A ver al Limpias su persona sola
Determinó pasar á la Española.

Trajo caballos, trajo mercancía,
Y para no llevar camino ciego
Vino Pedro de Limpias por su guia
Vencido y alentado de su ruego;
Y entre tanto que mas apercebia,
A Lope de Montalvo mandó luego
Con parte de la gente caminase
Y en Barraquicímeto lo esperase.

Pero como no hay hora segura
Desque Montalvo hizo su partida,
Espira procuró poner en cura
De su persona la salud perdida;
Mas no se le quitó la calentura
Hasta tanto que le quitó la vida,
Y ansí no procedieron los conciertos,
Porque quedaron todos como muertos.

En indios y españoles hubo lloro,
Lamentacion y tierno sentimiento,
Y aun en cabellos de madejas de oro,
Pues no faltó de damas ornamento;
Y en el templo de la ciudad de Coro
Celebraron aquel enterramiento,
Do por don Joan Robledo le fué puesta
Una letra latina como esta.

Mole sub hac Formuth requiescunt ossa Georgi
Qui invisus fatis, carus erat Superis.
Nomine fortis erat, superabat nomina factis,
Natus in Espira, conditus hoc tumulo.

En aquesta sepultura
Yace George Formud,
Vaso lleno de virtud,
Mas vacio de ventura.
Ser varon de fuerte pecho
Su nombre nos lo decia,
Mas á su nombre vencia
La grandeza de su hecho.
Fué de la ciudad de Espira,
De alemana parentela,
Y dentro de Venezuela
Le llegó la fatal ira.

Estando pues Montalvo detenido
Do dije y en la tierra circunstante,
Supo ser el Espira fallecido,
Y sin avío ni favor bastante,
De todos los soldados compelido,
Procuró de pasar mas adelante,
Y llegó con la gente memorada
A este nuevo reino de Granada.

Filipe de Uten vió cómo venia,
Pero no quiso ser en el concierto,
Antes con una breve compañía
Luego determinó volver al puerto,
Como quien el gobierno pretendia,
Que por su gran valor lo tuvo cierto:
Y porque son prolijos sus procesos,
Después os contaremos los sucesos.

ELEGIA III.

A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas

CANTO PRIMERO.

Después que nos dió luz la verdadera,
Y al mundo se mostró quien lo sustenta,
Computadas las vueltas del esfera
Donde febea lumbre se aposenta,
Tomando del ocaso la carrera,
Eran mil y quinientos y cuarenta
Cuando Filipe de Uten, mozo tierno,
Puso sobre sus hombros el gobierno.

Mas, puesto caso que en adolescencia
Hombres valerosísimos regia,
Su seso, su valor y su prudencia
La falta de los dias encubria,
Donde mostraba bien la descendencia
Generosísima de do venia;
Cuya virtud muy mas notoria fuera
Si á su valor fortuna respondiera.

Obedecido con pregon solene,
Y publicadas estas provisiones,
Quiso ver otra vez el Papamene
Y escudriñar de choques los rincones,
Por parecer á todos que conviene
Ver el remate de sus poblaciones;
Y con algunos para tal efeto
Se partió para Barraquicímeto.

Para que por allí se entretuviese
Y la gente mejor se sustentase,
Y el resto de soldados lo siguiese
Después que cada cual se preparase,
Dejóles orden antes que se fuese,
Y diestro capitan que los llevase;
Mas antes que saliese del asiento
De capitanes hizo nombramiento.

El maese de campo Limpias era
Principal adalid á maravilla,
Alcalde mayor Pedro de Ribera,
Un noble caballero de Sevilla,
Y Naveros llevaba la bandera,
Deudo del contador de aquella villa,
El Arteaga, principal caudillo,
Y con ellos Foribio de Vadillo.

Y Bartolomé Berzar, alemano,
Hijo de generosa parentela,
También Diego de Montes, cirujano,
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,
Con ellos Joan Dominguez Antillano,
Joan de Guevara, Joan de Valenzuela,
Pacheco, Joan Ibañez, vizcaíno,
Valdomeda, Briceño y Palomino.

Fué también Joan Martinez Palomero,
Y el de su natural Joan de la Rosa,
Cada cual de los dos tan buen guerrero
Que podian fialles cualquier cosa;
Asimismo volvió por compañero
El Bartolomé Sanchez de Hermosa,
Con otros que pornemos en historia
Cuando los ofreciere la memoria.

Y el capitán Gonzalo de los Rios,
Hoy en aquella tierra tesorero,
Que por su gran valor y fuertes brios
Bien podia tener lugar primero,
Como quien en sangrientos desafios
Nunca dejó de ser el delantero;
El cual también en las demas entradas
Habia hecho cosas señaladas.

Como se iban pues apercebiendo
Los que seguian el guerrero bando,
De la ciudad de Coro van saliendo
Para do los estaban esperando:
Arteaga los anda recogiendo,
E yendo con cuarenta caminando,
En unas angosturas, girabaras
Acudieron con flechas y con varas.

Y por ir descuidados del engaño,
Picáronles las flechas y arpones:
Hirieron á Trebejo y á Cataño
Pasándole las armas y riñones:
En indios de servicio hacen daño
Quitándoles algunas municiones.
Crece la furia deste torbellino
Por una y otra parte del camino.

No sabiendo la gente qué se haga
Para poder salir del angostura,
Húbose de apear el Arteaga,
Y fué subiendo por aquel altura,
Vestido de escopil, espada y daga,
Cubierto con el monte y espesura,
Hasta tomar el alto de la frente
Que tenia gran parte desta gente.

De los que mas cercanos se hallaron
Tras Arteaga va gente rompida,
Los cuales de tal suerte pelearon
Que los indios pusieron en hüida:
Espadas ensangrientan, y cobraron
Hacienda que tenian ya perdida;
Salieron todos luego del estrecho
Y tomaron lugar mas á provecho.

Curaron á Trebejo, y á Cataño,
Cuya herida fué mas intestina,
Pues para clara muestra de su daño,
Por el mismo camino de la urina
Salia presurosa por el caño
No poca cuantidad de sangre fina;
Pero la cura fué por tal concierto
Que de heridas fué ninguno muerto.

Sigue mas adelante su camino
El Arteaga con los que llevaba,
Hasta tanto que ya con ellos vino
Donde Filipe de Uten esperaba:
Viendo después que para su desino
El resto de la gente no llegaba,
Mandó volver á Coro seis soldados,
Valientes, sueltos y hombres arriscados.

Atravesando sierras conocidas
Para llegar á los marinos puertos,
De giraharas, gentes atrevidas,
Fueron estos soldados descubiertos;
Que puesto que vendieron bien sus vidas,
Al cabo todos ellos fueron muertos,
También Pacheco, padre de doña Ana,
Hoy en aquella tierra viva y sana.

El alemán, que espera mas pujanza,
Ignora la desgracia sucedida.
Muchos meses vivió con esperanza,
Su gente fatigada y afligida;
Y ansi viendo ser grande la tardanza,
Con ciento y doce hizo su partida,
Pues hacer otra cosa no pódia
Por la gran hambre que se padecia.

Pues á miseria y aniñilamiento
Era venida toda la grandeza
Que solia tener cualquier asiento,
Y tales los estremos de pobreza
Que cimirucos eran alimento,
Fructa que tiene forma de cereza,
Y aun estos en los montes ya faltaban
Por ser grande la priesa que les daban.

Huyendo de trabajos insufribles
Llevó mas adelante sus soldados,
Con otras desventuras mas terribles
Por hallarse los campos anegados,
Y demás de las hambres invencibles
De tigres todas horas infestados,
Cuyas entrañas fueron sepulturas
De muchas racionales criaturas.

Y á un rocin que estaba descansando,
De todos el mayor y mas crecido,
Llevó mas de cien pasos arrastrando
Un tigre, sin poder ser socorrido:
Después la gente que lo va buscando
Hallaron el pescuezo ya comido;
Y un Alonso García de Ribera
También fué cebo de la bestia fiera.

Una noche velando con cuidado
Y dentro de pajizos aposentos,
Arrebató también otro soldado,
Junto de Villagrán y de Barrientos:
Gritos oyeron dar al desdichado,
Despiertan los que estaban soñolientos,
Ocurre luego cierta compañia
Por dar vida á quien ya no la tenia.

Llegando cerca pues doce cristianos,
Con Villagrán apechugó la plaga
Llevándolo también, y allí cercanos
Gonzalo de los Rios y Arteaga
Luego se lo quitaron de las manos,
Puesto caso que no sin una llaga
Que descubrió los huesos de la frente;
El cual sanó por cura diligente.

En la misma comarca, se nos cuenta
Estar en un buhío recogidos
Indios en cuantidad mas de cuarenta,
Con palos gruesos muy fortalecidos;
Mas al techo subió fiera hambrienta,
Y sin aprovechar grandes rüidos,
Saltó por la cumbrera ya rompida,
Y á todos ellos los dejó sin vida.

Continuando pues esta jornada
Con el rigor que tengo referido,
Dieron en el camino de Quesada
Y Montalvo de Lugo, que salido
Habian deste reino de Granada
Con número de gente bien crecido,
Dejando ya por aquellos desiertos
Cuantidad de indios y españoles muertos.

Iban también en busca del Dorado,
Y ansi siguen tras ellos estas gentes
Por un terreno cuasi despoblado,
Rodeados de mil inconvinientes;
Pasaron el Guauyare ya nombrado,
Por caminos y pasos diferentes
De cuando vieron antes esta tierra,
Pues iban mas metidos en la sierra.

Porque Limpias decia, que conviene
Seguir los pasos del amigo viejo,
Y porque por oráculo se tiene
De la gente comun aquel consejo,
Vieron segunda vez el Papamene,
Y pasaron también rio Bermejo,
Do por la hambre ser tan escesiva
Fué milagro quedar persona viva.

Van por tierras de todo bien estrañas,
Sin que reconociesen mejoría,
Rompiendo por tan ásperas montañas
Que cuasi luz del cielo no se vía:
Algunos ranchos hallan y cabañas
Absente dellas toda compañía,
Continuando siempre su jornada
Por rastro de Jimenez de Quesada.

Y ansí subir la sierra se procura,
Por subidas tan ásperas y malas,
Que para se poner en el altura
Eran bien menester lijeras alas:
Algunas veces van por peña dura,
Otras con azadon hacen escalas,
Sin sillas y sin fustes los caballos
Para poder mejor encaminallos.

Quien discrepa por los despeñaderos
Puede de solo Dios ser socorrido;
Camino les dejaron los primeros,
Pero ya lo hallaron destrüido
A causa de terribles aguaceros
Con tempestüosísimo rüido,
Que por aquellas ásperas vertientes
Suelen en todo tiempo ser frecuentes.

Ansí que, las cansadas compañías,
Aquellas asperezas ya subidas,
En lo alto pararon ciertos dias,
Por se hallar maíz y otras comidas;
Y aunque las casas de indios ya vacías,
A muchos fatigaron con heridas,
A causa de tener en las entradas
Gran cuantidad de puyas soterradas,

Y en las labranzas en el suelo llano,
Do mas acude la cudicia loca,
Y aun dentro del espiga de aquel grano,
Y en la madura fruta que provoca
A que la coja la hambrienta mano,
Con riesgo de los dedos y aun de boca,
No siempre remediado de Minerva,
Pues las mas destas puyas tienen yerba.

Son estos indios grandes carniceros,
Sin reservar hermano ni aun hermana;
Comunícanse desde los oteros
Por percebirse bien la voz humana,
Mas para ir fronteros á fronteros
Han menester salir bien de mañana,
Pues en los altos esta cercanía
Por las profundas vías se desvía.

Y ansí tres indios desta torpe gente,
Que los cristianos iban acechando,
Dieron con Artiaga de repente
Que revolvió tras ellos braveando;
Y por hüir aquel inconviniente,
Del áspero camino, deslizando
Rodando se hicieron mil pedazos,
Cabezas, manos, piés, piernas y brazos.

Lo cual no tengo yo por maravilla,
Pues ya me ví con seis, gente de flecha,
Viniendo solo por una cuchilla
De sierra, por los lados muy derecha:
Uno tras otro sube la cuadrilla
A causa de la senda ser estrecha;
Dióme su vista luego sobresalto,
Mas consoléme por tener el alto.

A todos fué la vista repentina,
No sé para cuál parte mas molesta,
Mas la mia seria muy aina
Con tener las tres piedras y la cuesta:
El escuadron feroz se determina,
El espada también se hizo presta;
El riesgo no consiente ser tardío,
Y el miedo mio proveyó de brío.

Apechugué con ellos denodado,
Con la rodela y el acero fino:
Apártanse del mozo desbarbado,
Y ocupados de grande desatino,
Van rodando por uno y otro lado,
Dejándome sin matas el camino,
E yo puse los piés en tal concierto
Que no curé de ver si se habian muerto.

Mas quiero concluir lo comenzado,
Volviéndome á la gente detenida,
Los cuales procuraron con cuidado
Buscar alguna buena descendida:
Esta fué con trabajo tan pesado,
Que no fué sin gran riesgo de la vida,
Hincando estacas y cavando tierra
Pára mejor bajar aquella sierra.

Y aunque mas procuraban ayudallos
Para que descendiesen con gran tiento,
Al fin se despeñaron tres caballos
Que les sirvieron de mantenimiento,
Bajando por peñascos á buscallos
Con notable pasion y detrimento;
Y después de bajar despeñaderos
Dieron en ciénagas y atascaderos.

Lo cual causó grandísima mohina
Por quedarse caballos y cristianos,
Puesto que echaron ramas y fagina
Sin descansar las mas hidalgas manos;
Pero con todo esto se camina
Cuasi desesperados y mal sanos,
Hasta que ya llegó nuestro gentío
A la ribera de un potente rio.

Donde hallaron árbores uveros,
Bien conocidos ya de los antiguos,
Que para los hambrientos compañeros
No dejaron de ser buenos amigos,
Por tener sus racimos muy enteros,
Las uvas dellos grandes como higos,
De gran sünavidad y cordiales,
Y estos árbores son como nogales.

Fuera del rio ya, dicho Montoa,
El cual pasaron trabajosamente
Unos á nado y otros en canoa,
Pedro de Limpias con alguna gente
Acia septentrion puso la proa,
Los otros á la parte del oriente;
Y ansí de tal manera caminaron
Que en tres meses ó mas no se juntaron.

El Limpias pues guiaba su camino
Por rastro de Jimenez de Quesada;
Los de Filipe de Uten van á tino
Por montañas de tierra despoblada,
Y una noche terrible torbellino
Cargó sobre la gente fatigada,
Del cual poder salir hombre nacido
Se tuvo por milagro conocido.

Por la ferocidad con que venia
El ímpetu terrible de los vientos,
Agua por alto y bajo combatia
Los miseros cansados y hambrientos;
Ninguno voz del otro percebia,
Ni salen bien formados los acentos,
Y aquel estruendo grave y el rüido
A todos los sacaba de sentido.

Invaleciendo la tormenta brava,
Roba de selvas hojas y matices;
A grosísimos árbores quebraba
De sus ramosos altos las cervices,
Y aquel que de su tronco confiaba,
Al cielo levantaba las raices:
El remor, el sonido y estampida
Hace que desconfíen de la vida.

Segun el gran rüido y alboroto
Parece de demonios ser dominio,
Terrible huracán nada remoto
De los portentos que nos cuenta Plinio,
Y con similitud del terremoto
Del tiempo de Tiberio y de Flaminio:
Mas, ó gran Dios, pues en males tan llenos
La tormenta ninguno hizo menos.

El fatigado y miserable bando,
Sin poder de un lugar hacer desvío,
A Dios de corazon están llamando,
De viento traspasados y rocío;
En tierra de calor están temblando,
Creo que de temor mas que de frío,
Y todos ellos con inmensa gana
De ver el resplandor de la mañana.

Estando con aquel mortal recelo
Que al mas fuerte varon enflaquecia,
Vieron el resplandor del turbio cielo,
Por donde conocieron ser de dia;
De lo cual recebió muy gran consuelo
La mas que miserable compañía,
El ímpetu terrible ya mas manso,
Pero todos ajenos de descanso.

Estando todos ellos empapados,
Prosiguen sus prolijas estaciones:
Los pasos se hallaban ocupados
De las rompidas ramas y troncones;
Arbores prepotentes arrancados
Que ceñir no pudieron seis varones;
No podia pasar rocín ni yegua,
Y esto por mas espacio de una legua.

Por lo mas escombrado buscan via,
Sin concluirse tiempo fortunoso;
Mas con estas zozobras aquel dia
Salieron á lugar mas espacioso,
Y Cristóbal de Rivas tomó guia,
Como soldado diestro y animoso,
Con la cual saltearon un asiento
Adonde se halló mantenimiento.

Halláronse comidas de sustancia,
De que se proveyeron los soldados,
Y en obra de una legua de distancia
Treinta pueblos de indios bien poblados:
De Coagoa es la circunstancia,
Provincia de los choques ya nombrados;
Allí por se hallar tan buen gobierno
Pasaron lo restante del invierno.

Entre tanto que el campo se repara,
Salian á correr esta frontera
Mucha gente que aquí no se declara
Con Bartolomé Berzar y Ribera,
Gonzalo de los Rios y Guevara,
Rivas, Olea, Pedro de Herrera,
Y Damián de Barrios y Barrientos,
Hombres que bien probaron sus intentos.

Fuera del campo todas estas gentes
Con los soldados de mayor provecho,
Rancheando por partes diferentes
Sin les acontecer notable hecho,
Conociendo los choques ser absentes
Por indios que ponian en acecho,
Mucha bárbara gente se convoca
A dar en la cristiana, por ser poca.

Ciertos de sus inciertas confianzas,
Encubiertos por montes y quebradas,
Caminan las guerreras ordenanzas
Con paveses y adargas muy pintadas,
Gran número de dardos y de lanzas
Con las puntas agudas y tostadas,
Y dan á mediodía de improviso
En los que reposaban sin aviso.

Y como fuese tanta la ventaja
Que hacian los dardos al espada,
Al buen Diego de Montes y á Gibaja
Hieren de la primera rociada;
El caso repentino los ataja,
Arma del español anda turbada,
Ocurren luego para los caballos,
Y á gran priesa procuran ensillallos.

Con golpes que le daban los atroces,
Diego de Montes anda fatigado:
Vivo lo llevan, y aun le dan de coces,
Cuasi lo tienen ya supeditado;
Acude para él Joan de Quincoces
Como valerosísimo soldado,
El cual del escuadron lo sacó vivo,
A pesar del ejército nocivo.

Otro gran escuadron por hacer presa
A puerta de un bohío se abalanza,
Mas una mujer fuerte portuguesa
Arrebató en las manos una lanza,
Y lo hizo volver mal que le pesa
Con harto mas desorden que ordenanza,
Y en el conflicto hizo por su parte
Lo que pudo hacer el fiero Marte.

El dardo de los indios es el gallo,
Y las gallinas el espada y daga
De soldados algunos que me callo;
Mas ya Filipe de Uten y Artiaga
Salen armados ambos á caballo,
El escuadron rompiendo desta plaga;
Pero cierto gandul mas atrevido
Al buen Filipe de Uten ha herido.

Aflojó del furor el varon fuerte
Por el grave dolor de la herida,
La cual terrible fué, mas no de muerte,
Y menos español perdió la vida;
El cual indio, demás de la tal suerte,
La lanza le tenia muy asida,
Y viéndolos andar en este juego
El Martin de Arteaga vino luego.

Y ansí para venganza deste hecho,
No menos que leon determinado
Atravesóle el asta por el pecho
Y el hierro le salió por el costado,
Haciéndole soltar á su despecho
La lanza, del vivir desconfiado;
Mas antes de llegar eterno llanto,
Tres gritos tales dió que puso espanto.

Conociendo la sucia pestilencia
Ser de su capitán aquellos gritos,
Y como ya tenian esperiencia
No ser las picaduras de mosquitos,
Determinaron de hacer absencia
Dejando los recuentros y conflitos;
Y perdida la furia que se trajo,
Descuélganse por una cuesta abajo.

Fueron del Arteaga perseguidos
Sin dalles un momento de sosiego,
Pero los arciones de podridos
Faltaron, y él también se volvió luego
Al lugar donde estaban los heridos,
Pues fuera mas seguillos caso ciego;
Y en este duro trance, no pequeño
Valor manifestó Sancho Briceño.

Escarmentados pues de las rencillas,
Túvose vigilancia conviniente:
Vinieron luego todas las cuadrillas,
Llegó Pedro de Limpias con su gente,
Que después que bajó por las orillas
Del rio de Montoa prepotente,
En busca de Jimenez de Quesada,
No se pudo juntar con el armada.

El cual Quesada, no sin harto gasto
De vidas, y perdido y estragado
De todos sus soldados el gran fasto,
Habia por las sierras declinado
Hasta llegar á términos de Pasto,
De gente de Pirú recién poblado;
Y ansí Limpias por ver estar distante
No curó de pasar mas adelante,

Por llevar cercenados los poderes
Y el número de gente ser pequeño:
Iba con él Naveros el alférez,
También Francisco Sanchez, estremeño,
Y Joan Galán, Leon, Salvador Perez,
Sarmiento, Santa Cruz y Joan Sedeño,
Con otros que serian hasta treinta,
Todos ellos soldados de gran cuenta.

Orilla de Montoa, con pesares
De no hallarse cosa de vianda,
Van indagando villas ó lugares,
Mas no hallaban por aquella banda
Sino ciénagas grandes y balsares
Que perturbaban siempre su demanda;
Y un dia por orilla de aquel rio
Vieron con indios índico navío.

Los indios mas adentro se metieron,
Huyendo como vieron la cuadrilla,
Mas con señas de paz que les hicieron
Con recato volvieron á la orilla,
O por algun rescate que les dieron
Debióles parecer gente sencilla,
Y ansí por ruego de los castellanos
Llamaron otros indios comarcanos.

Vino su principal llamado Cathe,
Con mucha gente tan apercebida
Como si fueran para dar combate,
Mas de mantenimientos proveida;
Y ansí por pocas cosas de rescate
Les dieron oro, fructas y comida,
Y por persúasion de mucha gente
Prometen de volver dia siguiente.

Pedro de Limpias pues allí se queda,
Y el dia concertado ya venido,
En el monte se mete y arboleda
Para que presumiesen ya ser ido,
Y destos indios guia tomar pueda;
Los cuales, por cumplir lo prometido,
Con número crecido de canoas
Al ya dicho lugar guian las proas.

De dardos y guerreros instrumentos
Los vasos de canoas traen llenos:
Si vienen con rüines pensamientos,
Pedro de Limpias no los tiene menos:
Como gentes no ven, alzan atentos
Los ojos por aquellos anchos senos;
Cathe por recelar casos siniestros
Luego hizo salir dos indios diestros.

Andan por todas partes descubriendo
Aquestas dos espías quél envia,
Y como nada sienten del estruendo
Que hace semejante compañía,
Al Cathe capitán vuelven diciendo
Cómo ninguna cosa parecia,
El cual salió teniéndolo por cierto,
Con obra de cien indios en el puerto.

Espera cada cual en su galera
Del resto de la gente que quedaba;
La que saltó salió de la ribera
Negocio que la nuestra deseaba,
Y ansí viendo ya cómoda carrera,
El español salió de donde estaba,
Como halcon veloz por la dehesa
Cuando se abate para hacer presa.

Los indios todos vienen bien armados,
Pero con el asalto repentino
Sus duros tiros fueron ocupados
De terrible temor y desatino:
Fueron por los caballos rodeados
Por una y otra parte del camino;
Hubieron finalmente los cristianos
Al Cathe y otros indios á las manos.

Viendo los que quedaron en el rio
Cuán mal les sucedieron estos hechos,
Por los dos indios que con desvarío
No descubrieron bien estos asechos,
De disculpa y razon hecho desvío,
Ambos los traspasaron por los pechos,
Y les quebraron piés, piernas y brazos,
Haciéndolos allí cien mil pedazos.

Luego de sus cornetas hay repique
Para se convocar la gente brava:
Salen del agua todos muy á pique
Proveida de tiros el aljaba,
A fin de libertar á su cacique,
Que ya Pedro de Limpias les llevaba;
De lebreles rabiosos es la furia
Para vengarse de tan gran injuria.

Con protervo furor los van siguiendo,
Infinidad de dardos disparando;
Los nuestros, muchas veces revolviendo,
Rompen el escuadron alanceando;
Los vivos, en sus furias insistiendo,
En gran aprieto ponen nuestro bando;
Mas viendo Limpias ser este debate
Porque soltasen al cacique Cathe,

El agudo cuchillo se adereza,
Y de los otros indios que traian
A uno le cortaron la cabeza,
Y en una lanza puesta, les decian
Ser de su capitán aquella pieza,
Y el rey que demandaban y querian;
Cesó de su demanda la recuesta
Desque la vieron en la lanza puesta.

Como furor de perros importuno
Que vienen á morder por tales modos
Que para sus defensas es alguno
Diestro varon en menear los codos,
Y si con el espada hiere uno,
Viendo quejar aquel huyeron todos,
Dejando proceder al peregrino,
Sin mas perturbacion de su camino:

Ansi viendo poner la falsa muestra,
Pararon los rabiosos escuadrones,
Y á la mano siniestra y á la diestra
Suenan aullidos y lamentaciones,
Dejando caminar la gente nuestra
Guiada de sus mismas intenciones;
Y ansí tomaron rastros y llegaron
Donde los compañeros invernaron.

Esta venida dió grande contento,
Y dadas de lo visto relaciones,
Determinaron de mudar asiento
Y entrarse mas en estas poblaciones,
Por proceder en el descubrimiento
Y quebrantar soberbios corazones;
Pues suele muchas veces osadía
Suplir lo que la fuerza no tenia.

Deste primer asiento largos trechos
Habia, sin labranzas, campo raso,
Que para uso de guerreros hechos
A ellos les hacia muy al caso,
Pero lleno de yerbas y helechos
No menos al oriente que al ocaso;
Ocuparon aquesta circunstancia
Con toda la posible vigilancia.

Y como sea ya vieja costumbre
No comportar el corazon humano
Una sobresaltada pesadumbre
De ver á su contrario tan cercano,
Convocóse de indios muchedumbre
Contra las flacas fuerzas del cristiano,
Y en breve tiempo fueron congregados
Mas de quince mil indios bien armados.

También Cathe huyó por mal recado,
Y con ellos ansimismo se cierra
Avivando furor ya comenzado
É incitándolos para la guerra,
A trueco de se ver allí vengado
De los que lo sacaron de su tierra;
Y segun se me dan las relaciones,
Dicen que les habló tales razones:

« No sé si juzgareis á disparate
Lo que digo, señores de Coagoa,
Porque debeis saber que yo soy Cathe,
Señor de las riberas de Montoa,
Cuyas industrias en cualquier combate
No dejan de tener eterna loa;
Mas ó por proprio ó por ajeno yerro
Me hacen padecer este destierro.

»Porque salteadores y ladrones
Que ya teneis en vuestras vecindades,
Debajo de dañadas intenciones
Conmigo celebraron amistades;
Mas luego me pusieron en prisiones,
Descubriendo sus malas voluntades;
Sácanme de mis tierras en cadenas
Sin me las aflojar en las ajenas.

»Y como quien á mal está subyeto
Procura quebrantar la ligadura,
Mis deseos vinieron en efeto
Anoche por mostrarse muy oscura,
Y el caso se me hizo mas aceto
En venir á tan buena coyuntura,
Por entender que para vuestro hecho
Mi venida será de gran provecho.

»Y ansí quiero yo ser en el concierto
Para participar de vuestra gloria,
Teniendo, como tengo, por muy cierto
Que nunca volvereis sin la victoria;
Pues cada cual está ya cuasi muerto,
La poca cuantidad nos es notoria,
La cual si yo no hice mal la cuenta
Con mas de diez no llegan á noventa.

»Demás de ser en esto tan sencillos,
De llagas incurables están llenos
Desde las manos hasta los tobillos,
Pues tiene dos y tres quien tiene menos :
Andan chupados, tristes, amarillos,
De corporales fuerzas muy ajenos,
Y el que parece dellos ser mas fuerte
Es el mismo retrato de la muerte.

»Y aquellos en quien ponen ciertas sillas
Do suben con grandísima destreza,
Apretándolos entre las rodillas,
Y son venados en la lijereza,
También podeis contalles las costillas
Por ser demasiada su flaqueza,
Y puede quien ganar valor estima
Derriballo con el que viene encima.

»Ansí que, pues victoria nos convida,
Sin nos contradecir impedimento,
Apréstese la gente recogida
Y vamos á gozar deste contento;
Pues cuanto mas veloce la partida
Mas presto gozareis del vencimiento:
Muchos y sanos vamos contra cojos,
Y recios y robustos contra flojos.»

Después que Cathe dijo su concepto
Púsose la canalla mas lozana,
Su parecer juzgando por discreto,
Demás de lo tener ellos en gana:
Muévense luego para tal efeto
Otro dia siguiente de mañana,
Con tantas lanzas, dardos y paveses
Que henchian zavanas y conveses.

Segun acuden los lascivos ciervos
A las gamitaderas y añagazas,
Y á carne muerta carniceros cuervos
Que por acá llamamos gallinazas:
Con tal ímpetu vuelan los protervos
Haciendo sus comunes amenazas,
E yendo cerca ya de nuestra gente
Dan con dos españoles de repente.

El uno fué Francisco de la Torre,
Al cual agora para que no muera
Su propia lijereza lo socorre,
Mas presto dará fin á su carrera;
El otro miserable que no corre
Allí vido su hora postrimera.
Y el Torre, que escapó, yendo huyendo
A grandes voces ¡arma! va diciendo.

Los cristianos, que deste rompimiento
Un punto no vivian descuidados,
A las voces acuden al momento
Con las posibles armas preparados:
En dos partes se parten con gran tiento
Peones y caballos mal armados;
A manera se tienden de dos alas,
No sin temor de tantas gentes malas.

Filipe de Uten, Pedro de Ribera,
Al ala de la mano del poniente,
Limpias con la demás gente guerrera
Cayeron á la mano del oriente:
Ordenados ansí desta manera
Vieron la muchedumbre de la gente,
Tantos paveses, dardos, lanzas tantas,
Como de espesa silva verdes plantas.

Parecióles tener el horizonte
Que por allí divisan encubierto,
Y con grave temor á prima fronte
El mas fuerte se tiene ya por muerto;
Mas tantearon el espeso monte
Cómo viene sin orden ni concierto;
Luego Filipe de Uten, como debe,
Allí habló segun el tiempo breve.

«Caballeros, tengamos en memoria
De suplicar á Dios devotamente
Que nos dé de su mano la victoria
Como guerreador omnipotente;
Porque nosotros por razon notoria
Poco podemos contra tanta gente,
Mas do su Majestad pone la mano
El mas alto poder se hace llano.

»Diérame mas temor la gran frecuencia
Del concurso que vemos importuno,
Si no supiera yo por esperiencia
El supremo valor de cada uno;
Pues todos los que sois en mi presencia,
Sin que dejemos uno ni ninguno,
Del número que vemos ni otro tanto
No suele fatigarse con espanto.

»Bárbaros son soeces y abatidos,
Cuyos furores hoy serán conclusos;
Conosce ser salvajes atrevidos,
Mas no deben tener guerreros usos,
Pues no vienen por orden repartidos
Sino todos revueltos y confusos;
Y para salir bien de nuestro hecho
No me parece ser poco provecho.»

Viendo los enemigos ya cercanos
No procedió la habla comenzada,
Antes vinieron todos á las manos
Apretando la lanza y el espada:
Los dardos ocupaban los cristianos
Con una y otra y otra rociada;
El aire se rompia con tal grita
Que el águila caudal se precipita.

Francisco de la Torre con sus hechos
Hacia su virtud bien conocida,
Mas rompiendo lugares mas estrechos
Al caballo le dan una herida,
Y á él le segundaron por los pechos,
De que perdió después la cara vida;
Cuyo valor y fuerza fué tan alta
Que su persona hizo harta falta.

Por ser de gran valor y gran consejo
Dolió la muerte deste caballero,
Y dicen ser la causa Joan Trebejo
Por apartarse de su compañero.
Menea pues las armas el mas viejo
Como si fuera mozo muy entero;
Al fin en la batalla peligrosa
Procura hacer mas quien menos osa.

Necesidad al flaco hace fuerte
Ensangrentando la cristiana lanza;
Cada cual quiere mejorar su suerte
Pesándole de ver tanta tardanza:
Los nuestros por librarse de la muerte,
Los indios con deseo de venganza,
Mas por venir revueltos de mal arte
Llevaban sobre sí la peor parte.

Acude luego con sus compañeros
El Limpias, que tardó por buenos trechos,
Porque cayeron cuatro caballeros
Yendo por entre ramas de helechos,
En encubiertos troncos ó maderos
Como si fueran puestos por asechos,
Y esperan los demás por ayudallos
Hasta que ya cobraron los caballos.

Partieron luego con gentiles brios
Alanceando por una ladera,
Mas hieren á Gonzalo de los Rios
Y el caballo de Pedro de Ribera:
Enciéndense sangrientos desafíos,
Ninguno de victoria desespera;
Ansímismo rompiendo por la plaga
Hirieron el caballo de Arteaga.

Resuenan por los valles mas abiertos
Las voces de guerreras confusiones;
De sangre campos verdes ya cubiertos,
Gemidos suenan y lamentaciones;
Huellan caballos sobre cuerpos muertos,
La misma huella llevan los peones;
No pueden numerarse los caidos
Porque dellos montones hay crecidos.

Bien como cuando campo se embaraza
Con mieses sazonadas en calores,
Y por alguna parte de la haza
Entraron encorvados segadores,
Que cortando las cañas hacen plaza
Formando dellas haces muy mayores,
Y aquella silva larga del barbecho
A lugar se recoge mas estrecho:

Ansí de la zavana, que cubierta
Está de la nacion fiera y brava,
Arma del Español en la reyerta
Piés, manos y cabezas derribaba,
Y aquella multitud de gente muerta
Los menores espacios ocupaba,
Porque los ya caidos en la guerra
Pocos estorbos ponen en la tierra.

Llegó de nuevo cierta compañía,
A morir ó vencer determinada;
Con tal ímpetu rompe, que ponia
En gran riesgo la gente baptizada;
Allí ninguno de otro ya confía
Sino de solo Dios y de su espada,
Y ofrecíanse tantos embarazos
Que no bastaba ya fuerza de brazos.

Mas como gentes sabias y advertidas
En los demás recuentros y desmanes,
Ejecutaban siempre las heridas
En los que parecian capitanes,
Corriendo mucho mas riesgo sus vidas
Por venir mas compuestos y galanes,
Viendo que si los tales hacen falla
Afloja de su furia la canalla.

Y ansí, la falta destos conociendo
Los indios á los nuestros mas cercanos
Hincaban por los cuentos, ya huyendo,
Los dardos que llevaban en las manos,
Para que si los fuesen persiguiendo
En ellos se clavasen los cristianos,
Segun suelen con lazos los absentes
Matar los animales inocentes.

Cuando ya demediaba su carrera
Aquel cuya presencia hace dia,
Y el uno y otro polo de la esfera
En iguales espacios repartia,
Toda la multitud de gente fiera
Cesó de la demanda que traia,
Metiéndose por montes y quebradas,
Dejando descansar nuestras espadas.

Los nuestros no mitigan sus denuedos
Con ponelles cansancio duros grillos,
Y ansí ningunos dellos están quedos,
Antes mueven apriesa los tobillos,
Mas con intento de ponelles miedos,
Que por gana que tienen de seguillos;
Pero por el peligro circunstante
No quisieron pasar mas adelante.

Dieron gracias á Dios como cristianos,
Que con tan gran victoria los consuela;
Curaron á heridos cirujanos
Y el licenciado Pedro de la Muela,
Que fué de los mas viejos baquianos
De la gobernacion de Venezuela,
En su facultad hombre de substáncia,
Y en guerras no de menos importancia.

Pasados los sanguíneos efetos
Y trances regurosos deste dia,
Los indios estuvieron mas quietos,
Pues á guerra ninguno se movia;
Pero como los hombres son subyetos
A males que la nueva tierra cria,
Demás de fiebres, mal que comun era,
Muchos adolescieron de ceguera.

Demás de sinsabores y de enojos,
Erales el dolor tan importuno
Como si les picaran con abrojos;
Y por ser el remedio tan ninguno
Hubo quien se quedó sin ambos ojos,
Y otros, que es menos mal, con solo uno:
Demás desto, de indios y otra gente
Murieron muchos repentinamente.

Cayeronse también caballos muertos,
Para sus dueños grave desconsuelo;
Otros de lepra llenos y cubiertos,
Otros sin les quedar un solo pelo.
Causaban otros muchos desconciertos
Las malas influencias de aquel suelo:
La sal, que es gran socorro de la vida,
Allí nunca jamás fué conocida.

Viéndose pues de sanidad remotos
Y en el número menos que bastante,
Las ropas y vestidos muy mas rotos
Que los del mas mendigo mendicante,
Hecha consulta, fueron los mas votos
De se volver sin ir mas adelante:
Solo Filipe de Uten y Arteaga
Eran de parecer que no se haga.

Y por muchas razones mas se aprueba
El parecer comun que de los menos,
Por el gran desavío que se lleva
Y todos de salud estar ajenos,
Demás desto, tener por cierta nueva
Estar de indios ya los campos llenos,
Teniendo por locura conocida
Entrar donde era cierta la caida.

Y ansí, como tuviesen en la mano
Para su prolijísimo camino
El apacible tiempo del verano,
La gente se volvió por donde vino,
Aunque para salir al largo llano
Procuraron cortar con mejor tino,
Saliendo destos choques y su tierra,
Sin volver por los altos de la sierra.

Mas cayeron en grandes despoblados
Y en partes espesísima montaña,
Adonde fueron muy menoscabados
Por aumentárseles enferma saña
Que consumió gran copia de soldados,
Hombres que no se daban mala maña:
Destos fueron Gutierrez y Gibaja,
Y antes Francisco Sanchez se aventaja.

Abreviando salidas destos senos,
Hallan los rios como les conviene,
Montoa y el Bermejo menos llenos,
Pues ninguna creciente los detiene;
Tornaron á beber ya muchos menos
Del afamado rio Papamene;
Al fin salió la gente fatigada
A tierra mas alegre y escombrada.

Pero campos de todo bien esquivos,
Y para socorrer á su tormenta
Solos trece caballos llevan vivos;
Españoles no llegan á sesenta;
Adelante prosigue sus motivos
La gente consumida de hambrienta,
Indagando por aquellos rincones
Algunas proveidas poblaciones.

Llevando ya caidas las cervices
Y los colores no como rubíes,
Arrimáronse mas á las raices
De la sierra y á tierra de Guaypies,
Donde hallaron copia de maices
Y muertos cuantidad de jabalíes:
Hubo sal ansimismo de por medio,
Que fué lo sustancial de su remedio.

Recogiéronse mantas de algodones,
Para su desnudez grande reparo,
De que hicieron calzas y jubones,
Que ya tomaran ellos por mas caro.
Captivaron mujeres y varones,
Puesto que dieron ya de dia claro,
Y un indio de los puestos en collera
Con el Limpias habló desta manera:

«Bien adevino yo lo que tú quieres,
Porque vuestras demandas son antiguas,
Mas cuán angostos sean mis poderes
No menos que por ojos averiguas;
Mas si también deseas ver mujeres,
Diréte dónde viven maniriguas,
Que son mujeres sueltas y flecheras,
Con fama de grandísimas guerreras.

»Lindos ojos y cejas, lisas frentes,
Gentil disposicion, belleza rara,
Los miembros todos claros y patentes,
Porque ningun vestido los repara,
Y tienen en las partes impudentes
Mas pelos que vosotros en la cara:
Aquellos solos sirven de cubierta
Para no ver los quicios de la puerta.

»De sus consorcios y congregaciones
Fea, contrecha, manca se destierra;
No quieren compañía de varones,
Ni jamás los consienten en su tierra;
Mas gozan á sus tiempos y sazones
De aquellos con quien ellas tienen guerra,
Y entre tanto que dura la lujuria,
Con ellos cesa la guerrera furia.

»Después deste lascivo regocijo,
Es la guerra de nuevo comenzada
Y el bravo y antiquísimo letijo,
Sin ser el amistad perpetüada;
Y si la manirigua pare hijo,
El padre de quien ella fué preñada
Se lleva; pero cuando pare hija
Sigue la condicion de la vasija.

»Ansí que, si quereis hacer empleo
En cosa de carnales aficiones,
Allí satisfareis vuestro deseo,
Y dareis fin á peregrinaciones:
Este camino es de gran rodeo
Y tiene peligrosos trompezones;
Hay rios ansimismo caudalosos
Que salen de lugares montüosos.»

Estas falsas ó ya ciertas razones
Oyeron todos muy de buena gana,
Aunque las tengo yo por invenciones,
No sin olor de fabulilla vana;
Pero dióme las mismas relaciones
La boca de Francisco de Orellana,
Y agora me refieren lo que cuento
Hombres de no menor merecimiento.

Es destos Artiaga mayormente,
A quien vivo tenemos este dia,
Varon de fe, que se halló presente
A todo lo quel indio les decia:
Es pues mi parecer indiferente,
Por no casarme con opinion mia,
Pues en tan penitísimas regiones
Podria ser que vivan amazones.

Al fin, la gente ya mas reformada,
Determinan dejar aquel terreno
Y proseguir la vuelta comenzada
Por no dejar pasar tiempo sereno:
Eran ya cuatro años de jornada,
Sin que jamás tuviesen dia bueno,
Y aun para ir al término marino
Les restaban dos años de camino.

Finalmente, llegaron al Guauyare,
Tierra de todos ellos conocida,
Hallaron pueblo donde se repare
La gente, por ir ya desproveida;
Procuran invernar en Churupare,
Buen asiento, mas no mucha comida,
Pero de allí salian los cristianos
A ranchear los indios comarcanos.

Yendo como diez dellos cierto dia
A caza de venados por un llano,
Un hombre de caballo parecia
Con lanza de dos puntas en la mano:
Como no fuese desta compañía,
Echaba cada cual jüicio vano,
Y como no se mueve y los espera,
Determinaron ir á ver quién era.

Después de ya llegada nuestra gente
Hubo de mucha risa gran tumulto,
Y es porque conocieron claramente
Caballo y caballero ser de bulto:
Desde los bajos piés hasta la frente
De paja y algodon era su culto,
Y desto tantas armas y tan varias.
Cuantas son en la guerra necesarias.

Todos estos ensayes se hacian
Por los indios, que son allí guerreros,
Para perder el miedo que tenian
A los caballos y á los caballeros,
Y con aquellos bultos competian
Como si fueran hombres verdaderos;
Y ansí tenia este los costados
De lanzas y de dardos traspasados.

Después que ya volvieron al asiento
Y del negocio visto dieron cuenta,
Volver sin hallar cosa de momento
Filipe de Uten tiene por afrenta;
Y ansí mandó hacer ayuntamiento,
Donde su voluntad les representa,
Y después que los tuvo ya delante
Hizo razonamiento semejante:

«Quisiera ser igual en elocuencia
A los que en ella fueron eminentes,
Para decir, señores, la escelencia
De todos cuantos sois aquí presentes;
Pues demás de captar benevolencia,
Supieran, si no saben los oyentes,
Que su fuerza y virtud ha sido tanta,
Que sobre ser humano se levanta.

»Pero dejo hazañas sucedidas
Con el honor que cada cual merece,
Por ser en su valor tan estendidas,
Que lengua y aun memoria desfallece:
Basta decir ser tan esclarecidas,
Que sencilla verdad las encarece,
Sin las dorar figuras ni colores
De que suelen usar los oradores.

»Mas quiero contra vuestras opiniones
Abriros lo secreto de mi pecho,
Probando por certísimas razones
Que no va nuestro campo tan deshecho,
Que no pueda, halladas ocasiones,
Efectuar algun insigne hecho:
Las cosas que yo ví con clara lumbre
Me dan de lo que digo certidumbre.

»Porque, ¿dónde jamás hemos hallado
En todas las antiguas escrituras
Haber tan pocos hombres conquistado
Tantas y tan acerbas desventuras?
Unas veces por largo despoblado,
Otras rompiendo grandes espesuras,
Y con hambres é indispusiciones
Subyectar ferocísimas naciones.

»Y no solo tenemos competencias
Con enemigos bravos y sangrientos,
Mas también nos combaten las potencias
De fuegos, aguas, furiosos vientos,
Y tierras de malignas influencias,
Y finalmente todos elementos:
Con todos ellos hemos peleado,
Y de todos nos hemos escapado.

»¿Qué me dicen de Baco, y furia brava
Del grande Macedón que después vino?
¿Qué de cualquiera otro que ganaba
Por su grande valor honor divino?
Pues nunca la comida les faltaba,
Y siempre les sobraba pan y vino;
Siguieran por do vamos su carrera,
Y veamos á ver cómo les fuera.

»Vieran en qué paraba la pujanza
De sus pintadas armas con matices,
Y si les fuera bienaventuranza
Abajar el mas alto las cervices
A sacar con la punta de la lanza
Debajo de la tierra las raices
Para que les sirvieran de vianda,
So pena de morir en la demanda.

»Vieran cómo sufrian fuertes mallas,
Hambrientos y sin copia de sirvientes;
Vieran en qué paraban sus batallas,
A no hallar allí prósperas gentes;
Pues son para nosotros no hallallas
Los mas indómitos inconvinientes,
Y entonces es la gloria y el contento
Cuando de los contrarios hay aumento.

»No son hechos de menos importancia
Los nuestros ni de menos fortaleza;
Mas solamente tienen de distancia
En que, segun comun naturaleza,
A los suyos encumbra la ganancia
Y á los nuestros abate la pobreza,
Y en que cosas tan grandes, siendo pocos,
Emprendellas parece ser de locos.

»Mas si caso fatal nos ofreciera
Donde pudiéramos meter las manos,
El hecho por cordura se tuviera
Y nadie nos juzgara por insanos,
Antes creed que nuestro nombre fuera
Cantado con loores soberanos:
Así que, no es locura nuestro hecho,
Sino vigor de valeroso pecho.

»Mas también, porque todo lo digamos,
Y el fin adonde vamos quede lleno,
Muchos nos culparán como volvamos
Perdidos y las manos en el seno,
Teniendo bien por donde descubramos
En tan amplas regiones algun seno;
Mas ya conozco de vuestro semblante
Lo que quereis ponerme por delante.

»Direisme cómo vais mal proveidos,
Y de los que salimos muchos menos:
Es verdad, mas los vivos tan curtidos
Que no tememos ya rayos ni truenos;
Y siendo, como somos, escogidos,
Mucho mas quiero yo pocos y buenos;
Y también en famélica tormenta
Poca gente con poco se sustenta.

»Cuanto mas que el valor de las Españas,
En todas coyunturas y ocasiones,
Para hacer grandísimas hazañas
Han menester bien breves escuadrones:
Pudiéramos contar cosas estrañas
Si no fuera por alargar razones;
Mas dejo lo que fué con otra gente,
Y trato de las Indias de occidente.

»Tomemos los primeros fundamentos,
Que son los que trajeron los Colones:
Pues españoles menos de quinientos
Vencieron de contrarios dos millones.
Entre Fernan Cortés en estos cuentos,
Que con mas breve copia de varones
Venció tales recuentros y tan agros,
Que podemos contallos por milagros.

»Si Dios era con ellos, y sin duda
Quiso hacer espaldas á su Marte,
También él nos dará favor y ayuda,
Pues ansimismo va de nuestra parte:
Nuestra lanza no es menos aguda,
Ni tenemos en guerra menos arte.
Paréceme, señores, gran cordura
Tentar por otras vias la ventura.

»Podemos por lo mucho padecido
Tener de gran honor salvo conduto,
Mas es trabajo mal agradecido
Cuando lo trabajado no da fruto:
Llano tenemos largo y estendido,
Y tiempo de verano bien enjuto;
Ya que no por el llano, por la sierra
Descubramos alguna buena tierra.

»Así como son cosas de importancia
Estos descubrimientos que tractamos,
Así requieren gran perseverancia,
Pues muchas veces donde no pensamos
Suelen en tan amplísima distancia
Encubrirse las tierras que buscamos;
Y muchos se volvieron de la puerta,
Donde hallaron otros dicha cierta.

»Ya que, señores, á la costa vamos,
Decidme, ¿qué remedio hallaremos?
¿Qué bienes ó haciendas reservamos
Para que lo perdido reparemos?
Pues muchos nos esperan que volvamos
A fin de que sus faltas remediemos;
Al menos hallareis quien deudas cobre,
Y mal las pagará quien llega pobre.

»Habrá bien cudiciosos mercaderes
Prestos para hacer ejecuciones;
Habrá procuradores y poderes,
Cárcel molesta, grillos y prisiones:
De manera que son mis pareceres,
Por evitar molestias y pasiones,
Que este descubrimiento persevere
A la parte que mas os pareciere.»

El Artiaga, vistas intenciones,
Dijo: «Señores, yo soy vizcaino,
Y como falto y corto de razones,
Concluyo con decir que ese camino
No lleva ya debidas proporciones,
Antes desproporcion y desatino,
Pues en los choques hubo coyuntura
Para seguillo con mayor ventura.

»Mas agora ¿quién es tan ignorante
Que no conozca gran inconviniente
En el efecto? Pero no embargante
Que mi parecer sea diferente,
Hágase, que yo tengo de ir delante
Adonde quiera que guieis la frente;
Solamente declaro lo que siento,
Y no creo que voy fuera de tiento.

»Pues españoles sanos bien sabemos
Ser los ménos de nuestra poca gente,
Y aquella fuerza de que nos valemos
Contra furor de bárbaro valiente
Son los caballos, y ocho que tenemos
Los cuatro son de nombre solamente,
Y todos despeados del viaje,
Por no tener ya punta de herraje.

»Y aun para no llevar camino ciego
Es menester también que guias haya:
Aquestas no las hay; pero yo ruego
Que si la falta dicha no desmaya,
Que á cualquiera parte vamos luego
Antes que tiempo seco se nos vaya,
Porque nadie será después bastante
Para volver atrás ni ir adelante.»

Finalmente, de los invernaderos
Dudosos y perplejos se levantan,
Buscan los macos, indios que fronteros
Acia la serranía pueblos plantan:
Dieron en pocos, pero tan guerreros,
Que de pocos caballos no se espantan,
É un gandul de los que hacen plaza
Contra Filipe de Uten desembraza.

El caballo le hiere por el cuello
Con dardo que no fué de mano manca,
Luego para mejor echar el sello
Con otro le segunda por el anca:
Dió mil corcovos sin poder tenello,
A una y otra parte se abarranca,
Anduvo tal á pelo y á pospelo,
Que con el caballero dió en el suelo.

Saltó luego con él el indio maco,
Muy mas lijero que veloce pardo,
Y como ya del golpe ó ya de flaco
Filipe de Uten estuviese tardo,
A manteniente dió por el sobaco
Una mala herida con un dardo,
Y á no lo socorrer la compañía
Aqueste fuera su postrero dia.

Pararon entre tanto que sanaba,
A causa de ser llaga mal segura,
Y así segun lo mucho penetraba
Se tuvo por milagro la tal cura;
Pero Filipe de Uten se guardaba
Para mayor dolor y desventura,
Y en la presente lo curó tal mano,
Que dentro de dos meses quedó sano.

Convalecido pues el miserable
De la crüel y penetrante llaga,
Con otro dardo muy mas entrañable
Hirieron á Martino de Artiaga:
Gran tiempo se juzgó por incurable;
Y así sin que remedio se le haga,
Tuvo la punta dentro de lo hueco
Del jáculo mortal crüel y seco.

Herida fué que las entrañas toca,
Y del terrible golpe de la lanza
Flujo de sangre sale por la boca,
Cuyos términos eran destemplanza:
Todos juzgaron ser su vida poca;
El médico mostró desconfianza:
Montes y el licenciado de la Muela
Cada cual de por sí lo desconsuela.

Mas él, con su dolor y desconsuelo,
Dice sus pareceres ser inciertos,
Porque suelen los médicos del suelo
Errar cuando se muestran mas espertos:
«Médico muy mejor es el del cielo,
Pues del sepulcro resucita muertos,
Y puede su divina Providencia
Usar también conmigo de clemencia.»

Y ansí, como cristiano preparado,
Vistas de cirujanos dilaciones,
Abrióse las costillas y el costado,
Y en efecto salieron los arpones,
Ansimismo con un olor pesado
Graves y sanguinosas corrupciones;
Y con ser tan sin cura la herida
En el presente tiempo tiene vida.

Con toda su vejez vive de arte
Que tiene la salud que le conviene,
No sin reliquias del antiguo Marte,
Porque con la memoria dellas pene,
Pues purga siempre por aquella parte
Por cierto cañutillo que allí tiene.
Recién herido pues caminó luego,
Sin que tuviese punto de sosiego.

Porque por todos ya se determina,
Vista ser la tardanza peligrosa,
A gran priesa volver á la marina
Porque hacer no pueden otra cosa;
Con tanta desventura se camina,
Que no puede mi pluma presurosa
Particularizar en escritura
Tanto trabajo y tanta desventura.

Y pues que van á paso presuroso,
Y ansimismo de ir en seguimiento
Un camino tan largo y trabajoso
Yo me hallo cansado y sin aliento,
Quiero tomar un poco de reposo
Para que pueda con recogimiento
Poner en orden el futuro canto,
Que ya no será canto, sino llanto.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo Pedro de Limpias se amotinó con cierta gente, y cómo llegó Filipo de Uten al Tocuyo, y lo demás sucedido hasta su muerte.

Pesado mal, terrible pestilencia,
Es en algun gobierno dalle mano
Al que tiene soltura de conciencia
Y solas aparencias de cristiano,
Mayormente si para su demencia
Puede soplar algun favor humano;
Porque viendo que hay quien lo defienda
A todo mal obrar suelta la rienda.

Retrato vivo fué desta sentencia
Joan de Caravajal, el escribano
Que en Maracaibo fué; pues el audiencia
Donde fué relator, siendo mas cano,
Viendo de tantos años el absencia
Sin acudir gobernador germano,
Por importunidad y favor largo
A él le proveyeron este cargo.

Halló para poblar buen aparejo,
Pues eran de Cubagua ya venidos
El Losada, Villegas y Vallejo,
Con copia de soldados escogidos;
Y porque allí traté de su consejo
Y por la vía que fueron traidos,
Basta decir aquí tan solamente
Cómo Caravajal tomó esta gente.

Y entró la tierra dentro, confiado
De que el gobierno siempre fuera suyo,
Y en esta tierra como ya cursado
Fundó luego la villa del Tocuyo:
En esto fué tan bien considerado
Que de locura no lo redarguyo,
Pues se perdieron tierras importantes
Por no poblallas otros mucho antes.

Después de gobernar algunos dias,
Los señores de la real audiencia,
Informados de algunas demasías,
Envían á tomalle residencia
Al cuerdo licenciado Joan de Frías,
Hombre de buenas letras y esperiencia,
Y para que el gobierno retuviese
Hasta tanto que el rey lo proveyese.

En Coro, do llegó con su libranza,
Se recibió con voluntad sincera;
Tuvo Caravajal dello probanza
Por indios y por carta mensajera:
Aquesta privacion y esta mudanza
Sintió su corazon en gran manera,
Y por vías diversas estorbaba
Al Frías el venir donde él estaba.

Antes por le quitar aquella gente
Con que pudiera Frías hacer vía,
Caravajal sagaz y diligente
A un Joan de Villegas les envía
A Coro, que trató secretamente
Aquello que su parte pretendia,
Persuadiéndoles dejen á Coro
Y prometiéndoles los montes de oro.

Y aun cuéntanme personas fidedinas,
Del Joan Caravajal que esto trataba,
Que hizo cédulas adulterinas
Do la real audiencia decretaba
Que Frías gobernase las Salinas,
Quiero decir, la costa donde estaba,
Y él lo de dentro por el mismo modo,
Y en hecho de verdad fué falso todo.

Al fin, Caravajal se dió tal maña
Cual aquella crüel hija de Niso,
Y aunque Frías sentia la maraña
No le bastó razon ni buen aviso,
De suerte que por falta de compaña
Nunca pudo llegar adonde quiso,
De manera que por aquel partido
Estuvo mucho tiempo detenido.

Perseverando pues en su malicia
Joan de Caravajal y otros livianos,
Un cacique de paz le dió noticia
Cómo venia gente por los llanos:
Envió luego vara de justicia
Para saber quién eran los cristianos;
Volvióse sin los ver quien llevó cargo,
Porque para Cubagua van de largo.

Era Limpias con buena camarada,
A quien el aleman Uten envia
Para ir á la costa deseada
Y ver allá qué novedad habia;
Mas dióle Limpias mala cantonada
Sin que cumpliese con lo que debia,
Pues fué acia Cubagua, como digo,
Movido del consejo de un amigo.

Y fué Luis Fernandez atrevido,
Que de los viejos de Cubagua era,
Para cualquier motin apercebido,
Pues aquesta no fué la vez primera;
Ansí que, Limpias dél persuadido
A Cabagua dirige su carrera,
Adonde con los indios mas cercanos
Huvo bien menester entrambas manos.

Veinte lleva consigo, gente rara,
Pues cada cual pudiera ser caudillo;
Entrellos iban Berzar y Guevara,
Pulido, maestre Joan, Barrios, Vadillo,
Que no por voluntad vuelven la cara
Ni menos hacer pueden que seguillo;
Van Valenzuela, Najara, Trebejo,
A quien pesó tambien deste consejo.

Tuvo crüel recuentro con Perima,
Cacique poderoso y esforzado;
Mas Limpias de tal suerte lo lastima
Que de la dulce vida fué privado,
Segun habemos en octava rima
En la primera parte celebrado;
Mató caballos, y murió Pulido,
Y maestre Joan quedó muy mal herido.

Viendo no tener ya mas que rodela
Contra gente de guerra tan pujante,
Dieron la vuelta acia Venezuela
Por no poder pasar mas adelante;
El pobre maestre Joan se desconsuela
Por no poder ser presto caminante,
Que la grave herida no lo deja
É iba flojo ya mas que madeja.

Para traello no tienen caballo,
Y como vuelven cuasi de hüida,
Determinaron todos de dejallo
Por no perder por uno tanta vida:
En un rancho procuran abrigallo
Repartiendo con él de su comida;
Quedóse pues en el ajeno suelo
Rodeado de todo desconsuelo.

Considerando sus postrimerías
A Dios de corazon se encomendaba;
Crecen en oracion tales porfías
Que cuasi de comer no se acordaba;
Y á cabo ya de tres ó cuatro dias,
Viendo como la yerba no trababa,
En confianza del favor divino,
Púsose tras los otros en camino.

Hallóse tan lijero como sano
Después de se poner en la carrera;
E yendo caminando por un llano,
Al encuentro le sale bestia fiera:
Invoca luego la potente mano,
Y al tigre dice: «bestia, tente afuera,
Deja desocupado mi sendero,
Que de parte de Dios te lo requiero».

Aquella carnicera pestilencia,
Fuera de lo que tiene de costumbre,
Sus ímpetus mudados en paciencia
Y su ferocidad en mansedumbre,
Alejándose fué de su presencia
Hasta que ya traspuso cierta cumbre:
Maestre Joan caminó, y al cuarto dia
Topó la deseada compañía.

Holgóse grandemente la compaña,
Y él de loar á Dios punto no cesa:
Vido poco después reinos de España,
Y fué á Jerusalén á grande priesa
Antes de ver las tierras de Alemaña,
Porque debió hacer esta promesa;
Y después, algun tiempo ya pasado,
Lo vieron en Sanlúcar ser casado.

Con descontento pues del mal efeto
De los otros caminos comenzados,
Allegaron á Barraquicimeto,
Donde fueron por indios informados
Cómo Caravajal tiene subyeto
Al Tocuyo, y estar allí poblados
Amigos suyos, principales hombres,
Los cuales declaraban por sus nombres.

Fué Limpias pues la vuelta del Tocuyo
A ver aquella gente conocida;
Del gobierno trató, y en saber cuyo
El alegría fué muy mas crecida,
Por ser Caravajal amigo suyo,
El cual holgó también con su venida;
De todo dió razon, y demás desto
Dijo Filipe de Uten venir presto.

De cuanto le pidió relacion hecha,
Segun á su negocio convenia,
Tomó Caravajal mala sospecha
Que su gobierno no le duraria:
Todo temor de Dios de sí desecha,
Y cautelosas mañas concebia,
Y ansí con ciertos hombres de á caballo
Fué su Joan de Villegas á buscallo.

El cual debió de ir con buen intento;
Mas aunque mal intento no llevase,
En efecto fué muy gran instrumento
Con que Caravajal efectuase
De su mas que dañado pensamiento
Lo que le pareciese y agradase,
Pues los dos se trataban como hermanos,
Y al fin eran entrambos escribanos.

Y aun el Filipe de Úten y el Villegas
Eran compadres, pero ciertamente
En estas confusiones mas que ciegas
Pudo mas la maldad que el ser pariente:
Caminan pues por valles y por vegas
Hasta que se toparon con la gente,
Do fué Filipe de Uten informado
De lo que ya tenemos declarado.

Quisiérase pasar con sus varones
De largo con recelo de pendencia,
Mas en Villegas hubo persuasiones
Y aun como de amenazas apariencia;
Y ansí, sin mas escusas ni razones,
Fué delante de aquella pestilencia;
El cual lo recibió cuando venia,
Con gracia, con honor y cortesía.

Por los cuarenta y seis años corria
De mas de quince números mayores
El soberano parto de María,
Que fué reparacion de pecadores,
Y el sol el signo Tauro poseia,
Siendo cercana ya pascua de flores,
Cuando Filipe con siniestro hado
Aqueste pueblo vió recién poblado.

Habla Caravajal, y él le replica,
Dan y toman en cosas de interese;
Al fin, Caravajal le notifica
Que por gobernador lo conociese;
El buen Filipe de Uten le suplica
Tan grande sinrazon no pretendiese,
Diciendo: «No me consta ni tal pienso,
Que yo de mi poder esté suspenso.»

Y aun cuasi la restante compañía
Estaba de los mismos pareceres,
Pues del Caravajal ya se sabia
Habelle revocado los poderes,
Segun en aquel pueblo se decía
Ansí por hombres como por mujeres;
El se hacia fuerte, sin embargo,
Publicando que tiene poder largo.

Respóndenle: «Señor, no se litiga
Ser esa potestad larga ó angosta,
Antes vuestra merced aquello siga
Que de su gusto fuere mas aposta;
Pero venimos todos con fatiga
Y con necesidad de ver la costa,
Y ansí queremos irnos de camino
Hasta llegar al término marino.

El gobernador falso, como viese
Que con su voluntad no respondian,
Ordenó que por fuerza se hiciese
Lo que hacer de grado no querian:
Armada gente hizo que viniese,
Y á su llamado muchos acudian,
Caballos arrendados, y él sin rienda,
Filipe de Uten quiere que se prenda.

Buena cuadrilla pues apercebida
Acometiéronles incontinente,
Mas la del alemán recién venida
Se defendia valerosamente:
Apártanse sin muerte ni herida,
Porque Bartolomé como valiente
Al mayoral rompiérale las venas
A no lo defender sus armas buenas.

Volvióse con su gente sin ganancia,
Pero no sin cautelas de hombre bajo;
También con la posible vigilancia
El buen Filipe de Uten se retrajo
A Guibor, siete leguas de distancia,
Y aun con algunos mas de los que trajo;
De los cuales Vallejo fué primero,
Gregorio de Plasencia y un Romero.

Por evitar algun insano hecho
Entre las dichas dos parcialidades,
Ciertos hombres movidos de buen pecho
Tractaron muchos medios de amistades,
A cada cual dejando su derecho
Con deseo de ver conformidades;
Juan de Villegas pues tomó la mano,
Y Melchior Gubiel, varon germano.

Y Toribio Ruiz, clérigo cura,
Bien creo yo que de maldad inciertos,
Cada cual á las partes asegura
Haciendo desta suerte los conciertos:
Quel Filipe se vaya do procura
Con los suyos á los marinos puertos,
Y que á Vallejo se le dé licencia
Y también á Romero y á Plasencia.

Hicieron escrituras sustanciales,
Firmándolas con los gobernadores
Mas de cincuenta hombres principales,
Con gravámenes, fuerzas y rigores
De ser en opinion de desleales,
Infames, fementidos y traidores,
Si por alguno fuese quebrantado
Todo lo dicho, fecho y asentado.

Aquesta paz dolosa concluida,
Con los soldados del consorcio viejo
Hizo Filipe de Uten su partida;
Y el dicho Diego Rüiz de Vallejo
Mala sospecha tuvo ser fingida,
Y ansí dijo: «Señor, de mi consejo
En esta paz se haga confianza
Del espada, rodela y de la lanza.

Porque Caravajal está subyeto
Tan á la ley de Dios como Antioco,
Por ser sin Dios, sin ley y sin respeto,
Y tiene sus palabras en muy poco:
Es su conciencia la de Bayaceto,
Bellaco juntamente con ser loco;
Tiene malos terceros á su lado
Y ansí cumple que vamos á recado.

Ayudóle Gregorio de Plasencia,
Y con esto se fueron su camino,
No sin algun recato y advertencia,
Pero no tanta cuanta les convino,
Pues pudieran hacelle resistencia,
Sino que para ir con mejor tino
Envió treinta hombres adelante,
Persona cada cual dellos bastante.

El signo tiene de los dos hermanos
Aquel que da colores al aurora,
Cuando los asechados castellanos
Tomaron la provincia de Carora:
Asientan toldos las leales manos
Sin recelar allí la fatal hora,
Y el contrario con intencion nefanda
Determinó partir en su demanda.

Lleva gentes bien apercebidas
Y para dar batallas buen pertrecho;
Todas tres furias lleva revestidas
En el cruel, bestial y falso pecho:
Haciendas de los otros repartidas,
Sin mirar á justicia ni á derecho,
De ministros infames rodeado,
Unos por fuerza y otros por su grado.

Entrellos Limpias y Lüis Fernandez,
Cada cual digno de collar de espartos,
Almarcha, muniquilla vil de Flandes,
Que merecia bien ser hecho cuartos,
Pues si piden castigo yerros grandes,
Todos ellos habian hecho hartos:
Camina pues con estos consejeros
Y grande cuantidad de compañeros.

El umbroso lugar de una quebrada
Filipe de Uten toma por asiento:
Anda su gente toda derramada
Procurando buscar algun sustento;
Llegó Caravajal con mano armada
Y con impetüoso rompimiento,
Manda que roben, maten y que prendan
Antes que tomen con que se defiendan.

En cumplimiento deste su deseo,
De buenas intenciones siempre falto,
Prenden al Uten y al Bartolomeo
Estando descuidados dél asalto;
Cogen á los demás en el rodeo,
Muy sin sospecha deste sobresalto:
Un portugués llamado Gasparico
Mostró sumo valor y ánimo rico.

Con él estaban muchos detenidos
Como si poseyera gran pujanza;
Pero viendo los otros ya rendidos
Y sobre su rodela tanta lanza,
Aflojaron furores concebidos,
Perdida de socorros esperanza;
Y ansí para principio de su pena
Entró con los demás en la cadena.

Vídose Diego Rüiz de Vallejo
De seis buenos soldados rodeado,
Mas de no se rendir tomó consejo,
Puesto caso que ya muy fatigado,
Armóse de las armas del conejo
Rompiendo con gran furia por un lado:
No Talus, no Filípides ni Ladas
Levantan tan lijeras sus pisadas.

Por bosques altos hace su hüida,
Y sus lijeros pasos endereza
A la gente que tengo referida
Por quien aquel camino se adereza;
La sangre descubrió cierta herida
Que le pudieron dar en la cabeza:
De ver ir tanta por jubon y sayo
Sintió grave dolor, mas no desmayo.

Pues de noche con grandes aguaceros,
Que fué de su valor bastante prueba,
Siempre hizo sus pasos mas lijeros,
Sin perder aquel buen tino que lleva:
Alcanzó pues los dichos compañeros,
A los cuales les dió la mala nueva;
Ellos con el recato que convino
Abreviaron á Coro su camino.

Van á Caravajal el mismo dia
El Limpias y el Armacha y otros tales,
Diciendo con furor: que ¿qué hacia
Sin matar enemigos capitales?
Pues gente que faltaba volveria,
Y eran todos soldados principales;
Que mirase con peso y desengaño
Lo que al doctor Navarro hizo daño.

El y todos los otros alterados
Con tales consejeros como estos,
Salen del rancho bien aderezados,
Y muchos dellos á caballo puestos,
Machetes vizcaínos afilados,
Verdugos etiopes allí prestos,
Camina la compaña detestable
Contra la compañía miserable.

El sol dorados rayos recogia
Para tender su luz por otra hueste,
O ya podria ser que lo hacia
Por no ver tan mal hecho como este,
Usando del estremo de aquel dia
En que huyó las ollas de Tieste,
Cuando para romper ilustres venas
Llegaron á los cepos y cadenas.

Cuatro sacaron, hombres señalados,
Cuyos cuellos mandaba ser abiertos,
Los brazos atrás puestos y ligados,
Los rostros de mortal color cubiertos;
Viendo los instrumentos preparados,
E ya con certidumbre de ser muertos,
Confesion piden, mas la bestia ciega,
Habiendo sacerdotes, se la niega.

De palabra pronuncia la sentencia
El hombrecillo vil, pecho de perro:
Comienza por Romero y por Plasencia
El impío, crüel y duro hierro;
Mas adelante llega su demencia,
Pues para confirmar mas este yerro,
Mandó luego matar los capitanes,
Que son los dos ya dichos alemanes.

Bartolomé con un suspiro grande
Al Caravajal habla desta suerte:
«Vuestra merced de su rigor ablande,
Y en negocio tan grave se concierte,
Porque no faltará quien le demande
La grande sinrazon de nuestra muerte.»
«Agora lo vereis, dice riendo,
Y cómo del propósito me enmiendo.»

Segun se lo mandó crüel azote,
El machete tomó la mano perra:
Daba los golpes como con garrote,
Que debia de estar ya hecho sierra;
Degollados al fin por el cocote,
Cabezas van rodando por la tierra;
Ocupaba los presos gran espanto,
Creyendo de pasar por otro tanto.

Al Uten encaminan su flagelo
Los mandos de razon enajenados,
Que estaba las rodillas en el suelo,
Ya sus colores rojos demudados,
Los ojos enclavados en el cielo
Demandando perdon de sus pecados,
Rezando con grandísima paciencia
Los siete salmos de la penitencia.

Para cumplir el mando riguroso
Allega luego la mortal herida,
Y fué con un tormento trabajoso
Cabeza de los hombros dividida.
Quedó Caravajal victorioso
En haber hecho menos tanta vida;
Y ansí, porque también anochecia,
Cesó la crüeldad por aquel dia.

Metida so las ondas de oceano
La lumbre de mas clara hermosura,
Fuése para cenar el mal tirano,
Contento de su pérfida locura:
Quedáronse los cuerpos en el llano,
Que nunca quiso dalles sepultura,
Ni hubo, por no dalle descontento,
Quien usase de tal comedimiento.

Después que pareció febea vela,
Fueron á la tiránica presencia
El padre Joan de Fructos de Tudela
Y Artiaga con toda su dolencia,
A fin de le rogar que se conduela,
Y tuviese por bien de dar licencia
Para que por los campos y desiertos
Pudiesen enterrar aquellos muertos.

Oido de los dos el justo ruego
Que por enfermos iban sin cadena,
Con un cierto desdén se la dió luego
E hinchazon de majestades llena;
Y hecho de los cuerpos el entrego,
También los entregaron al arena,
Dejando cuatro versos allí puestos,
Que si memoria tengo fueron estos:

Rie Philipus Uten tumulo nunc conditur iste
Et miserum Belzar continet ipse locus.
Dux erat insignis nec non Germanus uterque
Infestaque simul procubuere manu.

Filipe de Uten difunto
Queda en esta tierra dura,
Y con igual desventura
Bartolomé Belzar junto
Y en la misma sepultura.

Ambos fueron alemanes
Y escelentes capitanes,
Los cuales en una hora
Vieron por mano traidora
Sus mortíferos desmanes.

Conclusa ya la obra de clemencia
Entre mirtos, segun á Polidoro,
Y hecha la posible resistencia
A piadosas lágrimas y lloro,
Los enfermos pidiéronle licencia
Para que se pudiesen ir á Coro:
El se la dió sin se mostrar esquivo,
Entendiendo ninguno llegar vivo,

Por haber de pasar guerreros puertos
Y la brava nacion de Girabaras,
Los unos cojos y los otros tuertos,
Con tan malas colores en las caras,
Que ya no parecian sino muertos:
Y aun por armas llevaban en las varas
Engastadas tijeras y puñales;
Para se defender de naturales.

Con no podello ver mas que al demonio,
De Caravajal hacen despedida,
El cual con muertes, como Marco Antonio
Con la de Tullo, piensa tener vida:
Artiaga le pide testimonio
De toda la tragedia sucedida;
Mandólo luego dar, segun pedia,
Para mas publicar su valentía.

Alejáronse pues destos arroyos
Con Artiaga doce compañeros,
No de los que llamamos rompe-poyos,
Pues fué Joan de Quincoces y un Erveros,
Barrientos, Pero Alonso de los Hoyos,
Cuyo valor no fué de los postreros:
Tuvieron en el ir tan buenos modos,
Que llegaron á Coro vivos todos.

Habia de Castilla ya llegado
A gobernar persona virtuosa,
Varon prudente, bien intencionado,
Enemigo de gente sediciosa,
Y este gobernador y licenciado
Se decia Joan Perez de Tolosa;
Pasó por la Española cuando vino,
Do halló guia para su camino.

Con él se vino Diego de Losada,
Que por Caravajal fué desterrado;
Quizá la causa fué bien sustanciada,
Mas aunque no constase ser culpado,
Bastaba ser persona señalada
Y ser allí de todos respetado
Para no consentir furor insano
Personas que le fuesen á la mano.

Habiendo hecho ya su cumplimiento
Con el gobernador aquesta gente,
Diéronle cuenta del atrevimiento
Quel testimonio hizo mas patente:
El y Frias mostraron sentimiento
En oir un rigor tan insolente,
Y al Joan Perez el Frias encomienda
Que con rigor usase del enmienda.

Partióse pues el licenciado Frías
A la Española, donde residia;
Quedó Tolosa con las compañías
Debajo del gobierno que traia;
Aprestóse después de algunos dias
A castigar aquella alevosía
Su hermano Alonso Perez de Tolosa,
General desta gente belicosa.

Juntó luego la mas cualificada
De los varones del consorcio viejo,
Y en la dispusicion de la jornada,
Habido cuerdamente su consejo,
El maese de campo fué Losada,
Capitán de la guardia fué Vallejo,
Joan Roldán, capitán de infantería
Por la gran esperiencia que tenia.

Aderezada pues la compañía
De comunes pertrechos de Vulcano,
La vuelta del Tucuyo hace vía
Con recato y aviso no liviano,
Por ser mucha la gente que tenia
Caravajal debajo de su mano:
Topó ciertos soldados de buen peso
Que al factor San Martin traian preso.

Esta gente se hizo luego llana,
Y de lo que pasaba fué testigo;
Y porque conoció ser gente sana
Tolosa los llevó todos consigo;
Los cuales no mostraron mala gana,
Teniendo por comun el enemigo,
Pues hace muchas veces, que no una,
De amigos enemigos la fortuna.

Procuran de hacer el paso prèsto
Con toda la posible vigilancia,
Hasta que se pusieron en un puesto,
Una legua sería de distancia;
Por cubierta tomaron un recuesto
Y el arboleda de su circunstancia;
Allí gran rato descansó la gente
Para salir á hora competente.

Antes de se pasar nocturno velo,
Pareciéndoles ya ser algo tarde,
Con el guion delante por señuelo,
Camina por buen orden el alarde:
Caravajal vivia con recelo,
Que su conciencia dice que se guarde;
Y ansí hace velar los quél alcanza
Ser hombres de valor y confianza.

Como mas el guion se fué llegando,
Uno de los que velan pudo vello,
Y estaba por aquel cuartel velando
Un cierto portugués dicho Coello:
Y así como lo vió vuelve bradando
«¡Arma, arma, que vein pendon bermello!»
Entra luego diciendo la compaña,
«¡Gobernador, gobernador de España!»

El pueblo todo fué sobresaltado;
Toda la gente dél está suspensa;
Rancho del malhechor es rodeado
Sin acudir favor á su defensa:
Piensa ser socorrido y ayudado,
Pero no le sucede como piensa;
Al fin en pago de sus sinrazones
Le pusieron gravísimas prisiones.

Fulminóse por orden el proceso,
Del cual, después de ser bien sustanciado,
Resulta tal maldad y tal esceso,
Que mereció por él ser arrastrado
A cola de un rocin, y después deso
A la rama de un árbor ahorcado;
Y el árbor do hicieron el entrego
Algunos dicen que se secó luego.

En las astucias fué como Cetego,
En la locuacidad la ninfa Lara,
En el morir me dicen no ser ciego,
Y el animosidad también fué rara;
En su generacion era gallego,
Vecino natural de Ponferrara;
Díceme mucha gente conocida
Que fué mejor su muerte que su vida.

Fueron los cómplices encarcelados,
Segun el grave caso requeria,
Llenos de los temores y cuidados
Que su propria conciencia les ponia;
Mas todos ellos fueron sentenciados
Con harta mas blandura que cumplia,
Sin padecer quien mas metió las manos,
E yo los ví después libres y sanos.

Después que ya Caravajal fué muerto,
Reformóse mejor aquel asiento,
Pusiéronse las cosas en concierto
Y nombróse justicia y regimiento;
Dióse de lo que estaba descubierto
Al nuevo morador repartimiento;
Finalmente, Tolosa con buen pecho
A cada cual guardaba su derecho.

Luego puso por obra que su hermano
Sacase buena copia de varones
Para poblar lugar que mas á mano
Hallase con algunas poblaciones,
Para que de la lumbre del cristiano
Gozasen estas bárbaras naciones;
Luego se despachó, y en la jornada
El maese de campo fué Losada.

Hombres bastantes son para la guerra
Y bien ejercitados en batalla;
Gastaron muchos dias por la sierra,
Mas cosa que contente no se halla;
Y puesto que hallaran buena tierra,
Supieran despoblar, mas no poblalla,
Pues eran tan tentados deste vicio,
Que siempre lo tuvieron por oficio.

Balanceando pues qué se haria,
La gente principal quedó resuelta
En que por no hallar lo que queria
Al pueblo del Tucuyo den la vuelta:
Por el rio de Apure hacen via,
Rompiendo la montaña gente suelta,
Supo cómo volvian ya la proa
Cierto cacique dicho Gualbacoa.

Aqueste con entrañas de clemencia
Su gran necesidad bien entendida,
Usó de tan cabal magnificencia,
Que no fué menos bien que dalles vida;
Pues envió con grande diligencia
Tres canoas cargadas de comida,
Y donde se metiesen los cristianos
Cojos de piés y flacos de las manos.

Prometiendo hacer en ellos cura,
Tal cual á su salud mas convenia,
Y que la gente sana bien segura
A su pueblo viniesen otro dia,
Pues para los sacar del espesura
Allí les enviaba buena guia:
Todos los fatigados del viaje
Juzgaron ser del cielo tal mensaje.

En cumplimiento pues del pio ruego
Meten en las canoas los tullidos,
Y los sanos por tierra parten luego
Al pueblo, donde fueron recebidos
Con gracia, paz, amor y con sosiego,
Y muy bastantemente proveidos;
Mas por la buena obra recebida
Quisiéronlos robar á la partida.

Y aun captivar la gente mas granada,
Maldad sobre maldad exorbitante;
Pero do estaba Diego de Losada
No me espanto de cosa semejante;
Por otra gente bien considerada,
La burla no llegó tan adelante;
Finalmente, volvieron al Tucuyo
Sin ajeno caudal y sin el suyo.

Al tiempo que vinieron ya corria
Por los cuarenta y ocho de la era
El sacrosanto parto de María;
Y andando, como dicho tengo, fuera
Al licenciado como pretendia
Le vino potestad muy mas entera;
A traer los despachos se despacha
Vallejo para el rio de la Hacha,

Por ser una persona virtuosa,
Dotada de grandísima templanza,
Y de la cual Joan Perez de Tolosa
Con gran razon hacia confianza;
Fué navegando costa peligrosa
Y vino sin hacer mucha tardanza,
Y demás desto fué tan buen correo,
Que trajo mas que pide su deseo.

Pues demás de le dar tiempo mas largo
Cerca de gobernará Venezuela,
También le vino comision y cargo
Para bajar al Cabo de la Vela,
Y al pescador de perlas ser embargo
Debajo de católica tutela,
Porque la majestad real queria
Quitar los indios desta granjería.

El mando visto del real consejo
Y con gran voluntad obedecido,
Con esperiencia ya de varon viejo
Y en la gobernacion mas advertido,
Su maese de campo fué Vallejo,
Hombre de buenas partes proveido,
Al cual por el rumor de tierras ricas
Se le dió la conquista de Cúicas.

A Villegas nombró por su teniente,
Primero que á las perlas se partiese,
En tierras del Tocuyo solamente,
Y Tolosa su hermano, si viniese,
Fuese por él en Coro residente,
Donde lo de la costa proveyese;
Y en orden puesto lo de Venezuela,
Partióse para el Cabo de la Vela.

Recibiólo la gente muy contenta,
Obedeciendo cédulas reales,
E ya cerca del año de cincuenta,
Tomando cuentas á los oficiales,
El se partió también para dar cuenta
Delante los divinos tribunales:
Murió como vivió cristianamente,
Y vílo yo que me hallé presente.

Del audiencia por su fallecimiento
Vinieron provisiones despachadas,
Mandando que no hagan mudamiento
De las justicias quél dejó nombradas;
Y porque fueron cosas de momento
Las que después hicieron en entradas,
Quiero tomar un poco de sosiego,
Que yo, mediante Dios, las diré luego.

CANTO TERCERO.

Donde se tracta del entrada que hizo Diego Ruiz de Vallejo, maese de campo, á los cuicas, los grandes recuentros que tuvo con los naturales, con otras cosas que acontecieron hasta que se pobló la ciudad de Trujillo que allí se fundó.

Muy grandes hechos han acontecido
En las jornadas hechas desde Coro,
Indignas de cubrirse con olvido,
Antes muy dignas del febeo coro;
Mas estos, por faltalles el rüido,
Estruendo y estampida que da el oro,
Hanse quedado todos encubiertos
En los mismos sepulcros de los muertos.

Y si de Indias tracta coronista,
Donde le dan olores de pobreza
Pasa de largo sin volver la vista,
Y para donde halla mas riqueza:
Allí le da tal gusto la conquista,
Que tiene tractar otras por bajeza,
Como quiera, lector, que en hechos buenos
Las otras fueron mas antes que menos.

Ya que las ricas tengan gran altura,
Las pobres no se queden por los llanos,
Que también merecieron escritura
Las fuerzas y el valor de fuertes manos;
Pues aunque les faltó rica ventura,
No les faltaron hechos soberanos;
Y si ricos defienden sus alhajas,
Los pobres no se duermen en las pajas.

Antes conozco de los naturales
Con quien tractamos en indiana tierra,
Que cuanto son mas ricos sus caudales
Tanto son menos dados á la guerra:
Los pobres son guerreros principales
De quien todo regalo se destierra,
Y juzgan ser su bienaventuranza
La venenosa flecha, dardo, lanza.

Nunca preciaron oro fuentes scitas,
Mas no por eso fué flaco su tiro,
Antes venciendo gentes influitas
Siempre quedaron libres de suspiro:
Grandes victorias suyas hay escritas,
Sin escapárseles Darío ni Ciro;
Ansí que, no desbace la pobreza
Al buen brío que dió naturaleza.

Tales son ciertamente los cüicas
Donde entra Diego Rüiz de Vallejo,
A la fama y olor de tierras ricas,
Con ánimo mas grande que aparejo;
Mas la riqueza fué flechas y picas,
En que se suelen ver como en espejo;
Sus soldados serian hasta treinta,
Pero personas todas de gran cuenta.

Porque por otras gentes y naciones
Andaban españoles repartidos,
Y en estas coyunturas y sazones
No pudieran ser mas apercebidos:
Son veinte de caballo, diez peones,
Entre los valerosos escogidos,
Y tales qué en valor y en esperiencia
Se conocia poca diferencia,

Pues que podian bien probar la mano
En el mayor rigor y donde quiera:
Van Lüis de Narvaez y Antillano,
No por parte menor de la bandera,
Barrios, Diego de Ortega, Trujillano,
Peralvarez y Vasco de Mosquera;
Va Joan de Salamanca, va Miranda,
Fernando de Madrid, no lanza blanda.

Sus claros resplandores estendia
Apolo ya por el octavo sino,
Cuando la valerosa compañía
En concierto se puso y en camino:
Apercebidos van de buena guia
Los soldados del campo peregrino,
Y con la pretension de sus provechos
Al valle de Carache van derechos.

Donde todos sus llanos y collados
Ocupaba crecida muchedumbre;
Los indios se mostraron alterados,
Viendo lo que no tienen de costumbre:
Vienen para romper determinados,
Representando grande pesadumbre,
Porque les pareció ser insolencia
Osar llegar allí sin su licencia.

Vallejo, con las lenguas que llevaba,
Antes que la contienda comenzasen,
Con amorosa paz los convidaba,
Rogando siempre que se reportasen;
Pero por mucho que los ablandaba
Fué poca parte para que dejasen
De mostrar claramente por los hechos
La furia que traian en los pechos,

Remitiendo las paces á las manos,
Armadas de durísimos arpones;
Y ansí los caballeros castellanos
Rompen por los espesos escuadrones:
Van traspasando hierros inhumanos
Humanos y mortales corazones,
Aquellos van picando y estos huellan,
Unos encuentran y otros atropellan.

Vuélvese aca y allá la dura rienda,
No sin grave dolor y duro llanto;
Enciéndese mortífera contienda;
La grita y el rüido suena tanto,
Que no hablan palabra que se entienda;
Nació del alboroto gran espanto,
Pues al indio difícil se hacia
Lo que por cosa fácil presumia.

Juzgando luego por el aparencia
Ser los pocos de muy poco momento;
Pero vista la grande resistencia
Y en daño suyo caso tan sangriento,
Determinaron de hacer absencia
Para volver con otro fundamento:
Dos caballos hirió contraria mano,
Mas el restante todo quedó sano.

Como varones diestros en la guerra
Todos ellos se dieron buenas mañas;
Mas Diego de Vallejo desencierra
De su brazo grandísimas hazañas,
Por atemorizar toda la tierra
Do pensaba plantar nuevas cabañas;
Y ansí todas las gentes del terreno
Tuvieron por entonces algun freno.

La rota de Carache y el estruendo
Va con la muchedumbre de pregones
Por Boconó y Aborrenzais corriendo,
Valles de generosas poblaciones;
Los nuestros ansímismo van siguiendo
El fin de sus primeras intenciones,
Por reducir á paz la gente armada,
Y ansí con Boconó fué celebrada.

La cual á nuestras gentes peregrinas
Hizo guardar Vallejo muy de veras;
Allí les presentaron mantellinas
O mantas de algodon algo groseras,
Y allí también se descubrieron minas
De lo de Venezuela las primeras;
Mas oro no les dieron en presente,
Por no caber en uso desta gente.

Mas tralan noticia desde Coro,
Aunque eran muchas leguas de distancia,
Que *cay* allí queria decir oro,
Y que dello tienen abundancia;
Pero los indios tenian por tesoro
Otra cosa de menos importancia,
A que llamaban *cay*, y es el guitero,
Cuentas que tratan ellos por dinero.

Cónchas ó huesos son como las partas;
Y ansí cuando Vallejo les pedia
El cay, qué pocas gentes hace hartas,
El indio con quien habla le traia
De cuentas de guitero grandes sartas,
Por la mas alta cosa que tenia;
Alguno tan menudo, que se mira
Como la minutísima chaquira.

Esta muestra les dió poco contento,
Segun la gran noticia que traian;
Mas ocurrióles á su pensamiento
Riquísima noticia que tenian
De un universal ofrecimiento,
Donde diversas gentes acudian,
Y parecíales ser necesario
El descubrir aqueste santuario.

Icaque se decia, y era diosa
Que de bulto tenian retractada
En casa de tres naves espaciosa,
De grandes y menores frecuentada;
Haciasele fiesta generosa
(A tiempos y por dias) señalada,
Donde sacrificaban gentes vivas,
O de sus naturales ó captivas.

El sacerdote destos ministerios
Entonces era Toy, gran hechicero,
El cual interpretaba los misterios
Y sucesos del tiempo venidero,
Ansí de honras como vituperios:
Como mas principal del falso clero
Aqueste procuraron los cristianos
Haber por todas vias á las manos.

Para que sus intentos ejecute,
Procuraron traer á su sentencia
Un indio principal, dicho Combute,
Que con Carache tiene competencia;
Aqueste, sin temor que se le impute
El tracto destas cosas á demencia,
De buena voluntad sirvió de guia
A la ciudad que Escugue se decia.

Las casas de grandeza tan pujante,
Tantas y por tal orden y concierto,
Que no se vido cosa semejante
En cuanto por allí se ha descubierto:
Los indios les mostraron buen semblante,
Sin muestra de guerrero desconcierto;
Y allí tuvo Combute tal cuidado,
Que luego vino Toy á su llamado.

El Vallejo le dijo: «Caro padre,
Sabed, pues vos estás en su servicio,
Icaque la gran diosa ser mi madre,
De quien recibo grande beneficio;
E yo querria, porque mas os cuadre,
En su templo hacelle sacrificio:
Por tanto, pues aquí ninguno osa,
Vos me llevad á ver tan grande diosa.»

El dicho sacerdote, con recelo
De robos ó quizá de ver que yerra,
Esclama: «No holleis el santo suelo,
Mirá que os tragará luego la tierra,
Sin que quede de vos un solo pelo,
Y temblarán los llanos y la sierra:
Dadme lo que quereis dejar por prenda
Para que haga yo la tal ofrenda.

»Sacerdote só yo de quien se fie
Lo que puede tocar á tal cuidado.»
Mas respondiéronle que no porfie,
Pues su devanear es escusado;
Finalmente hicieron que los guie
Por fuerza harto mas que por su grado;
La gente que hallaron es inmensa,
En armas puesta para su defensa.

Y como viesen ya la guaca cierta,
Sin recelar sucesos venideros,
Arronjóse Vallejo por la puerta
Y tras él diez ó doce compañeros;
Los otros estuvieron muy alerta,
A fin de resistir á los flecheros;
Los indios estuvieron en espera,
Creyendo que la tierra los sorbiera.

El esperar aquesto los aplaca;
Y el maese de campo y sus soldados,
Después que se metieron por la guaca,
Hombres humanos ven sacrificados,
Tantos ídolos, tanta de petaca,
Que todos se quedaron admirados,
Pensando la riqueza ser tamaña
Como la de Piru y de Nueva-España.

Descubren de los ídolos los senos,
Hechos de hilo, no sin sutileza,
Donde suelen meter los dones buenos;
Pero no remediaron su pobreza,
Porque todos los mas estaban llenos
De lo que allí tenian por riqueza;
De manera que fué la fiesta toda
Guitero, cuentas verdes y barata.

Las petacas están llenas de huesos,
Piedras de ijada, medicina sajo;
El oro fueron menos de cien pesos,
Chagualas de guaní, que es oro bajo:
Vistos pues desta guaca los escesos,
Vallejo con su gente se retrajo,
Y del rescate dicho que tenia
Tomaba cada cual lo que queria.

Después de concluidos los rigores
Del templo do llegó cristiana lanza,
Revolvieron á ver los moradores
De Escugue, no sin mala confianza,
Pero disimulando los temores
Que nacian de ver tanta pujanza;
Y ansí hallaron todas estas gentes
De su primera vista diferentes.

Bien que caricias hartas sin provecho
Y aplauso juntamente no faltaba;
Mas era diferente lo del pecho
Del ademan que fuera se mostraba,
Para poder efectuar el hecho
Que en daño de los nuestros redundaba;
Pues no porque se callan los dolores
Se hacen tolerables ni menores.

Antes la pena con silencio muestra
El modo de vengarse corazones,
Y suele ser destrísima maestra
En fraudes, en cautelas y traiciones,
Y á la mas torpe gente hace diestra
En el ejecutar sus intenciones;
Pero de la blandura contrahecha
Agora se tomó mala sospecha.

Y ansí también el Diego de Vallejo,
So color de no sellos importuno,
Sacó su gente del asiento viejo
A lugar mas abierto y oportuno,
Porque supiesen que de su consejo
Tampoco se hallaba muy ayuno:
Asentó media legua de distancia
Velándose con toda vigilancia.

Como vió que tercera luz habia
Pasado sin llegar inconviniente,
Peralvarez con cierta compañía,
Que fueron las dos partes desta gente,
Con orden que volviesen otro dia
Fué para descubrir aquella frente;
Y fué faltar en esta coyuntura
Amenaza de grande desventura.

Pues con el nublo que la vista cierra
De nocturnos vapores impedida,
Contra diez se juntó toda la tierra,
Multitud por allí jamás oida,
Con todos instrumentos para guerra
Mas que bastantemente proveida;
Y con ser el ejército crecido
Jamás se pudo percebir rüido.

El mismo capitán anda velando,
Juntamente con él Diego de Ortega,
Y en aquella sazon y tiempo, cuando
La multitud de indios se congrega;
Al Vallejo le están importunando
Que pues ya huye la tiniebla ciega
Quisiese dar por breves intervalos
A los cansados ojos sus regalos.

El cual, como cansado se sentia
Y convencido de tan justo ruego,
Viendo venir también la luz del dia,
Bajóse por tomar algun sosiego;
Y ansí la dicha vela se confia
Del Ortega que fué rondando luego;
Y el caballo, segun sus mañas viejas,
Enhestó muchas veces las orejas.

Adonde las orejas mas inclina
El caballo con vista vigilante,
El Ortega sus pasos encamina
Para ver lo que tiene por delante;
Y luego claramente determina
Ser gente del lugar poco distante;
Aprieta las espuelas de improviso
Para dar no sin voces el aviso.

El maese de campo y los soldados
De sueños desculdados muy ajenos,
En el instante salen bien armados,
Las lanzas en las manos y los frenos:
Que los caballos tienen ensillados
Durante las tinieblas y serenos;
Y por ser el negocio de repente,
El Vallejo les dijo brevemente:

«Señores, ya la cosa va rompida:
Cumplamos con aquello que debemos,
Porque demás de defender la vida
En la desproporcion destos estremos,
Honra de tantos años adquirida
Nada vale si agora la perdemos;
Y si aquella traeis á la memoria
Certísima hareis esta victoria.

»Si veis lo que vencistes con el asta,
Con enfermedad, hambre, pesadumbre,
Y lo que tan crüel y baja casta
Cuando le pican tiene de costumbre,
No digo yo los diez, mas uno basta
Para tan increïble muchedumbre,
Y mas, bendito Dios, estando sanos
Y los caballos gordos y lozanos.

»Diestros estamos bien en el oficio
Pues el menor se halla mas entero;
Ninguno de nosotros es novicio
Ni suele recelar encuentro fiero:
Solo quiero decir que en el bullicio
Cada cual mire por su compañero,
Y en el cambiar y menear la lanza
Ninguno tenga loca confianza.

»Vea por el lugar por donde fuere
Aquello que le puede ser embargo;
La lanza no repose do hiriere,
Sino con el picar pasar de largo;
Y si la mano del gandul asiere,
Que suele con mortífero letargo,
Apretalda debajo del sobaco,
Y pasad sin hacer el curso flaco.

»Porque desta manera se subyeta
La fuerza mas feroz y mas crecida;
Cualquiera de nosotros acometa
Con peso, con razon y con medida,
Porque por un descuido no se meta
Donde halle dudosa la salida,
Pues en negocio de tan gran momento
Requiérese tener conocimiento.»

No se le dió lugar á mas razones,
Porque ya los venian rodeando
Soberbios y feroces escuadrones
Que cielo y tierra van amenazando:
Tiemblan los mas quietos corazones,
Cuanto mas los que estaban esperando,
Viendo por estos campos y lugares
Para cada varon cuatro millares.

El clarísimo rostro del aurora
A los mortales era ya patente,
Y la febea luz en esta hora
Manifestaba su dorada frente,
Cuando con voz y grita mal sonora
Vieron el gran tumulto de la gente:
Son tantos para tan breve conquista
Que no los puede comprender la vista.

No tantas hojas selva montüosa
Tiende por su compás en el verano,
No tantas olas mar tempestüosa
Levanta con la fuerza del solano,
Cuantos vienen con mano poderosa
Contra tan breve número cristiano;
No tantas yerbas hay en las zavanas,
Cuantas flechas y dardos y macanas.

Ocupaban los llanos y las abras
De las cumbres por do vienen saltando,
Como monteses y lascivas cabras
De riscos asperísimos bajando:
No se puede pintar bien con palabras
La gran ferocidad que van mostrando
El brioso furor, la torba cara,
El meneo del arco y de la jara.

Cada cual con mil rayas y pinturas
Pechos, brazos y rostros adereza,
Haciéndoles mas fieras las figuras
Mano de la mujer ó la combleza;
De plumas largas son las coberturas
Con que todos adornan la cabeza,
Que con el movimiento y aire blando
Van por robustos hombros ondeando.

Carache muestra grandes alborotos,
Escugue representa su pujanza,
La gran ferocidad de los timotos
Amenazando va cristiana lanza:
A Icaque todos ellos hacen votos
De no volver sin áspera venganza;
Ameruza venia diligente,
Y Boconó llegó por consiguiente.

Aquestos se hallaron mas cercanos,
Mas todos ellos ya cercanos eran;
Húndense las alturas y los llanos
Con voces que declaran «¡mueran, mueran!»
Apréstanse las armas y las manos
De los que vienen y de los que esperan;
Vuelan agudos dardos, vuelan flechas
Que contra los cristianos van derechas.

Muchas escuadras hay de picas gruesas,
Negras como carbon, palo rollizo;
Las hondas echan piedras tan espesas
Como nubadas grandes de granizo;
Y para cumplimiento de promesas,
Alguna de las muchas daño hizo,
Pues las que fueron bien encaminadas
Abollan morriones y celadas.

Las cuerdas de los arcos dan crujidos
Tantos y con tal furia los escesos,
Que semejaban á los estallidos
Cuando se queman montes muy espesos;
Y á no tener los brazos guarnecidos,
Les cortaran las carnes y aun los huesos
Las cuerdas, pero dan en parte hueca
Con que va reparada la muñeca.

Los diez de la cristífera bandera,
Insignes y fortísimos atletas,
Tenian los caballos de manera
Que por arremeter hacen corvetas;
Y ansí sin recelar esta carrera
Procuran apretar lanzas jinetas;
Parten para hacer crüel estrago,
Diciendo: «¡Santiago! Santiago!»

Pensamiento no hay ni semejanza
De querer escaparse con hüida,
En Dios solo poniendo y en su lanza
La salud y remedio de su vida;
Crece la crudelísima matanza;
No para ni reposa la herida,
Porque la lanza de menor provecho
Traspasa muslo, vientre, brazo, pecho.

Gran multitud de sangre va corriendo
Que despide hervor de tanta vena;
Este queda mortal, aquel gimiendo,
Otros dan vuelcos por aquel arena;
El suelo con las tripas van barriendo
Otros, cuya fatiga los refrena;
Embisten todavía los cristianos
A los que se mostraban mas lozanos.

Vuelan flechas y dardos, vuelan troncos
Sobre los que les hacen el injuria,
Y los brazos no son mancos ni broncos,
Ni de crüeles tiros hay penuria;
De dar gritos y voces están roncos,
Auméntase el dolor, crece la furia:
Por consiguiente nuestros caballeros
Mucho mas ensangrientan sus aceros.

Con sus caballos bien encubertados
De faldas, ancas, pechos y testera,
Rompen los escuadrones ordenados
Para desordenalles la hilera;
Y aunque de todas partes son picados,
Cubiertas hacen que ninguno muera;
Y el Diego de Vallejo mas brioso
Rompió por escuadron mas peligroso.

De los que lo tenian rodeado
Era tan numerosa la pujanza,
Quel caballo cayó de muy cansado;
Terrible piedra le quebró la lanza;
El caballero suelto y alentado
Luego se levantó para venganza,
Y á la crüel espada puso mano
No con menos valor que de romano.

Dentro lo tiene viva talanquera
Que lo fatiga sin le dar reposo;
Mas él muslos y brazos y mollera
Cercena con su brazo vigoroso;
Acude luego Vasco de Mosquera
A librallo del trance riguroso,
Juntamente con él Diego de Ortega,
Y Luis de Narvaez luego llega.

Allí cobra gran fuerza la batalla
Y enciende mas furor el Marte fiero;
Allí la gente que no viste malla
Ya no recela puntas del acero;
Mas á pesar de toda la canalla
Sacaron el caballo y caballero;
El caballo huyó por el egido,
Y él fué luego con otro socorrido.

Los unos toman el caballo vago,
Otros al escuadron vuelven la frente
Con voz y con favor de ¡Santiago!
Admirados los indios grandemente
De ver la gran matanza y el estrago
Por tan pequeño número de gente;
El Vallejo cebando mas la lanza
Salió de su consejo y ordenanza.

Al tiempo que se daba mayor priesa,
Procura gran tumulto rodeallo:
Descarga dardo, flecha, piedra gruesa,
Con esperanza cierta de matallo;
Andaba la macana tan espesa
Que le cayó también aquel caballo;
El cansado rocin de sí desecha
Aprovechándose de su derecha.

Los golpes da segun Aristomenes
Cuando lacedemones mata y hiende,
Rodeadas de jáculos las sienes
De que celada fina lo defiende;
Mas acudióle luego Joan Jimenez,
Que sus atrevimientos reprehende,
Y en el mismo momento le fué dado
Otro caballo ya mas descansado.

En este tiempo de sucesos varios,
Cinco varones de la gente blanca
Tanta priesa les dan á los contrarios,
Que por aquel cuartel vuelven el anca:
Eran Madrid y Damian de Barrios,
Y el valeroso Joan de Salamanca,
Con Antillano y Pedro de Miranda,
Ya victoriosos por aquella banda.

Por estotro cuartel no se dormian
El Vallejo, Narvaez y Mosquera,
Ortega y Joan Jimenez, que herian
Con tan grande valor la gente fiera,
Que de los grandes brios que traian
Diminuyendo van en gran manera;
Y cuanto mas van ellos aflojando,
Tanto más los aprieta nuestro bando.

Cuando mostraba ya febea cara
Ser de su curso la mitad notoria,
El sanguinoso campo desampara
La gente que pensaba ganar gloria,
Y por los españoles se declara
La miraculosísima victoria:
Que tal nombre podemos dalle cierto,
Pues que ninguno dellos quedó muerto.

Siguen á los que buscan sus abrigos
Ya de temor, sin bélicos pertrechos;
Prendieron señalados enemigos,
Resfriada la furia de sus pechos;
Hiciéronse después ciertos castigos,
Aunque debieran ya bastar los hechos;
Y agora por tomar algun sosiego
Para sus ranchos se volvieron luego.

Traian los caballos mal heridos,
Con ir todos muy bien encubertados;
Quitáronse las armas y vestidos
Aquellos que se sienten lastimados;
Halláronse los cuerpos denegridos
De los terribles golpes y pesados;
Mas ni con golpe grande ni herida
Caballo ni español perdió la vida.

Porque demás de ser diestro su Marte
En cualquiera beligera presura,
No deja de tener en esta parte
El Diego de Vallejo gran ventura;
Pues fué para quien sigue su estandarte
Muy pocas veces necesaria cura:
Es lo presente tan bastante prueba
Que se puede contar por cosa nueva.

Estando pues los diez mas vigilantes
Con atalayas fuera del asiento,
Perálvarez llegó con los restantes,
De que se recibió grande contento:
Venian todos ellos ignorantes
De tan prodigioso rompimiento;
Porque de la gran fuerza de sus diestras
Los montones de muertos daban muestras.

Entretuviéronse por algun dia
En estas populosas vecindades;
Mas viendo que el Orion les decia
Venir sus pluviosas tempestades,
Y la mano del Tauro descubria
Las hermanas Virgilias ó Pleyades,
Volverse pareció mas convenible
Para tornar allí con mas posible.

Pasadas del invierno las refriegas
Y vueltos los calores del verano,
Volvieron el Vallejo y el Villegas
Con posibilidad de mayor mano:
Subyectaron las cumbres y las vegas,
Pero no se pobló pueblo cristiano;
Mas en los rios y otras partes ciertas
Dejaron minas de oro descubiertas.

Volviéronse al Tocuyo, do creian
Traelles ya remedio de su pena,
Pues la necesidad que padecian
No podia llegar á ser mas llena;
Pero también de lo que pretendian
Llegó la compañía muy ajena;
Y ansí por ser pesada su querella
Buscan remedio para salir della.

Para dar orden á lo que refiero,
Su gran necesidad sirvió de guia,
Y fué de su remedio lo primero
Darse todos á buena granjería,
Para poder sacar algun dinero
De cosas que la tierra producia;
E ya tenian en aquellos años
De ganados allí buenos rebaños.

Determinaron pues de hacer saca
A tierras de longísima distancia,
Viendo que cabra, oveja, yegua, vaca,
Seria de grandísima ganancia,
Si por los llanos, acia Guayamaca
Cortando por aquella circunstancia
Se pudiese hallar algun entrada
A este nuevo reino de Granada.

Luego Vallejo, como bien cursado,
Con soldados que trajo de buen tino,
Y no pequeña copia de ganado,
Procuró descubrir aquel camino;
Y fué tan venturoso y acertado
Que con gran brevedad al reino vino:
Vendieron principal y multiplicos,
Y á sus moradas se volvieron ricos.

Y aunque les pareció vender barato
Segun suele quien usa mercancía,
Algunos perseveran en el trato
Y enriquecen con esta granjería;
Y desde entonces se estampó contrato
De que gozamos todos este dia,
Y dura y durará la compra y venta
Que por aquel camino se frecuenta.

De manera, señor, que del regalo
Que puede dar un territorio bueno,
A los regaladísimos igualo
Los hombres que poblaron aquel seno;
Y el no hacello antes fué lo malo:
Réstame pues decir deste terreno
Los lugares poblados de presente,
En un canto final y concluyente.

CANTO CUARTO.

Donde se dicen los pueblos que hasta hoy conocemos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á lo de aquella gobernacion.

Buenos principios de conquista lleva,
Y ansí serán los medios principales,
Si el capitán que halla tierra nueva
Asienta pueblos con sus oficiales,
Y no se desbarata ni se ceba
En solo destruir los naturales;
Porque sin duda es este remanso
Camino de riquezas y descanso.

Y ansí los pueblos en aquel partido,
Por las contractaciones ser contínas,
Grandemente se han ennoblecido
Con riquezas y gentes peregrinas;
Y con los tales tractos han venido
A sustentar esclavos en sus minas
De oro, porque no se halla plata,
Y su principio fué Buburúata.

El pueblo de la costa de Oceano,
Y tal el oro de su nacimiento,
Que por ensaye consta que su grano
Tiene de los quilates henchimiento:
Perálvarez, caudillo baquiano,
Fué fundador primero del asiento,
Año de tres quinientos y cincuenta,
Segun el uso de cristiana cuenta.

Y el de cincuenta y dos mas adelante
Vió Damián de Barrios los Noaras,
Y allí muestra de oro tan bastante,
Que convino plantar sagradas aras
En el rio Burla circunstante,
Que tú, nueva Segovia, desamparas,
Pues por ser á dolencias subyeto
Se pasaron á Barraquicimeto.

Donde faltaron las enfermedades
Porque el asiento dél era mas sano,
Mas no faltaron las calamidades
Que ya dejamos dichas del tirano;
También esclavos destas vecindades
Antes se levantaron á su mano,
Haciendo por los pueblos algun daño
Por estar descuidados del engaño.

Ciento y cincuenta negros son de guerra,
Gente feroz, bien puesta y arriscada,
Y en aspera quebrada de la sierra
Hicieron una fuerte palizada:
Pusieron en temor toda la tierra
Por ser la nuestra poca y apartada,
Y cada cual guardaba sus asientos
Esperando los negros por momentos.

Porque juraron rey solemnemente,
Puestos en el lugar que les aplico:
Aqueste fué Miguel, negro valiente,
Criollo de San Juan de Puerto-Rico;
Y el rey negro nombró lugar-teniente
Creyendo ya valerse por su pico;
Finalmente, solteros y casados
Estaban todos atemorizados.

Mas al levantamiento se dió cura,
Tal cual la suele dar lanza y espada,
Por se hallar en esta coyuntura
Gente del nuevo reino de Granada;
Y llegar á tal tiempo fué ventura,
Segun iba la cosa mal parada:
Pero Rodriguez fué de Salamanca
Con gente para guerra nada manca.

Y Cabrera de Sosa, varon digno
De serle la fortuna favorable,
La cual si se moviese por camino
A sus merecimientos razonable,
Ternia tan cansado peregrino
Un precio de valor inestimable;
Mas unos hacen honorosos hechos
En Indias, y otros llevan los provechos.

Estos con otras gentes de sustancia
Habian ido por comprar ganado
Para poblar el campo y el estancia,
Del reino que tenian conquistado;
Pues como fuere hecho de importancia
Subyectar el esclavo rebelado,
Determinaron una y otra gente
De deshacer aquel inconviniente.

Treinta fueron de gente bien curada
En desmallar las lorigadas redes,
En ánimo y valor tan estremada
Que pueden del vivir hacer mercedes;
El valeroso Diego de Losada,
Y allí Diego García de Paredes,
Valiente y esforzado caballero
Y de paternas fuerzas heredero.

Por la gran aspereza del camino
Todos iban á pié como romeros;
Sírvenlos alpargates de rocío
A los que son mas diestros caballeros;
Bajan con el recato que convino
Por asperísimos despeñaderos;
Mas antes de podellos ver la frente
Adelantóse Diego de la Fuente.

Negro de quien en la primera parte
Conté con gran verdad grandes hazañas,
Pues en cualquier bandera y estandarte
Acostumbró hacer cosas estrañas;
Y agora sin favor de ajeno Marte
Ansímismo se dió tan buenas mañas,
Que trajo para guia del cercado
Un poderoso negro mamiatado.

Maravillóse nuestra compañía
De ver tan á su salvo tan buen hecho,
Porque segun lo que se pretendia,
Fué para lo demás de gran provecho:
El negro preso pues sirvió de guia
Para llevar camino mas derecho,
Hasta que ya tomaron la ribera
Que de viciosas arboledas era.

Vieron aquellas playas blanqueando
Con lienzos que tenian estendidos,
Y cuantidad de negras que lavando
Estaban sus camisas y vestidos;
Por algunos que están atalayando
No pudieron dejar de ser sentidos,
Y ansí dicen los que la vela tienen:
«¡Arma, arma, que los barbudos vienen!»

Aquesta grita y alboroto dura
Sin momento dejar intermitente;
Tragos son de dolor y de amargura
Viéndose salteados de repente:
El español feroz luego procura
De rodear el golpe de la gente,
Porque negros que andaban divertidos
A su palenque fueron recogidos.

En un ancon fuera de la quebrada
Tenian bien compuesta su manida:
Por la parte de tierra palizada
Para se defender fortalecida;
Por el arroyo va peña tajada
Que por ninguna parte da subida,
Y el cercado tenian con dos puertas,
Mas entrambas á dos están abiertas

Sosa y Diego García van delante,
Ocupando primero la primera;
Pasó Pedro Rodriguez mas avante
Tomando la que cae mas afuera;
Luego la demás gente litigante
Acude donde mas menester era,
Todos de sus escudos bien cubiertos
Porque contrarios tiros vienen ciertos.

A causa de que bárbaros guerreros
Estaban por de dentro y allí junto,
Vieron al rey Miguel de los primeros,
Miguel que de leon es un trasunto:
Requeríanlo nuestros caballeros
Después que ya llegaron á tal punto:
«Date, date, Miguel, de buena suerte,
Si no quieres morir de mala muerte.»

El negro, «¡dar! ¡oh! qué! les respondia:
Es pensar ese necedad notoria;
Antes os digo ser aqueste dia
Un dichoso principio de mi gloria.
Use de semejante cobardía
Quien no tiene por cierta la victoria:
Yo no, yo no, que tengo buenas manos
Para derramar sangre de cristianos.

»Aquestas cotas y celadas finas
Desharán almocafres, que provechos
Acostumbraban dar labrando minas;
Mas ya quieren labrar humanos pechos
Y romper las entrañas intestinas
Enastados, agudos y derechos.»
Luego con uno dellos hizo tiro
Con fortaleza de subino siro.

Y aun con aquel furor y de tal arte
Que tiro de salítrea candela,
Pues que le traspasó de parte á parte
Al buen Pero Rodriguez la rodela;
Reparan al entrar del baluarte,
Y cada cual del golpe se recela,
Porque luego con increíble ira
Y con las mismas fuerzas otro tira.

Y en un madero de los del cercado
Entró la dura punta del cuchillo,
No menos en el palo soterrado
Que si fuera con golpes de martillo,
Tanto que brazo muy aventajado
Fué poca parte para desasillo;
Ordénanse los otros en su plaza,
Y cada uno dellos desembraza.

Comiénzase la belicosa fiesta
Que no piensa de sangre ser avara;
Arma Diego de Escorcha la ballesta
Que por blanco tomaba negra cara;
En la cureña rasa tiene puesta
Con acerado hierro diestra jara:
Apunta como diestro ballestero
Para hacer su tiro mas cosiero.

Aunque tiene delante mucha gente,
Procura desarmar en el caudillo:
La puntería fué tan escelente
Que no le lastimó por el tobillo,
Antes fué tal el golpe de la frente
Que traspasó también el colodrillo:
La vista de Miguel quedó perdida,
Quedando perdidoso de la vida.

Faltando la mitilla deste juego,
Se jugaron después muy pocas manos,
Porque por las dos puertas entran luego
Con gran brio y valor nuestros hispanos:
Muchos negros de sí hacen entrego,
Otros mueren allí como romanos;
Finalmente, gozaron del trofeo
Los nuestros, y partieron el ranchéo.

Regocijados de tan buen efeto
Con los negros que vivos recogieron
Se volvieron á Barraquicimeto
Y á su nueva Segovia, do salieron;
Cuyos vecinos libres del aprieto
Con gran solemnidad los recibieron,
Teniendo por negocio del momento
El deshacer aquel encantamento.

Sucedidas aquestas cosas varias,
Vino de buenas intenciones lleno
Por su gobernador Alonso Arias
De Villasinda, licenciado bueno.
Las cosas de su tiempo son sumarias,
Por ser de novedades muy ajeno:
Murió, segun la cuenta verdadera,
Por los cincuenta y siete de la era.

Quedaron por alcaldes dos anciaños
En el Tocuyo, ciudad primera,
El noble Juan Martin de Castellanos,
Y el generoso Vasco de Mosquera:
Estos por no tener ociosas manos
Determinaron que saliese fuera
A poblar los Caicas compañía,
Y por su capitán Diego García.

El cual luego tomó gente de guerra,
Cuyo valor allí no fué sencillo;
Recibiólo de paz toda la tierra,
Y pobló pueblo que llamó Trujillo:
Sustentaban la paz llanos y sierra
Obedeciendo todos al caudillo;
Pero después por malos tractamientos
Mudaron estos indios los intentos.

Tornáronse soberbios y lozanos,
Sin tener reverencia ni respeto;
Finalmente vinieron á las manos,
Y desto se siguió tan mal efeto,
Que consumieron diez y seis cristianos
Y ponen los demás en gran aprieto,
Los cuales viendo tal inconveniente
Envían al Tocuyo por mas gente.

Al tiempo questa gente ya llegaba
Con despachos y cartas de creencia,
Gutierre de la Peña gobernaba
Por provision de la real audiencia,
El cual, segun las fuerzas alcanzaba,
Apercibió con suma diligencia
A cierta gente bien aderezada,
Y fué con ella Diego de Losada.

Apaciguó la tierra circunstante,
Cuya ferocidad andaba suelta,
Pero mirando bien que la restante
En no dar subyeccion está resuelta,
Para traer ejército bastante
Determinaron todos dar la vuelta,
Pareciéndoles ser intentos locos
Querer domar á muchos siendo pocos.

Después mandó Gutierre de la Peña
A Francisco Ruiz, el cual porfia
En subyectar la gente zahareña,
Aunque con brevecilla compañía:
En Escuque reforma su reseña,
Y el pueblo que pobló Diego García
Con nombre que le dió sicurdo caudillo,
Por ser el uno y otro de Trujillo.

Estando pues Ruiz desta manera
Sin desliarse del primer estado,
Después de tres quinientos de la era
El de cincuenta y nueve comenzado,
Vino gobernador de do se espera,
Y aqueste se llamó Pablo Collado;
El Paredes volvió luego á su cargo
De los Caicas con poder mas largo.

Diego García, con la pesadumbre
De que gente guerrera no carece,
Hizo venir á paz y servidumbre
Al que de mas defensa se guarnece,
Volviendo su furor en mansedumbre;
El cual dicho Trujillo permanece
Con grande multitud de naturales,
Y tiene granjerías principales.

Al fin el español ya se averigua
Con ellos, con tener mayor potencia
Que en sus principios tuvo Hacarigua.
Hay poblada también nueva Valencia
En términos del lago Tacarigua,
Tierra fértil en hechos y apariencia,
Y en cuyos ríos hay dorados granos
Que sacan con esclavos los cristianos.

El año de sesenta ya presente,
Sin que el gobernador se lo permita,
Un Francisco Fajardo diligente,
Mestizo de la isla Margarita,
En los indios caracas metió gente
Que la guerra difícil facilita:
Era hijo de generoso padre,
Y reina de la isla fué su madre.

Doña Isabel la India se decia,
Señora principal, mujer bastante,
A quien grande respecto le tenia
Toda la tierra firme circunstante;
Y por la madre que con él venia
Los indios no mostraron mal semblante:
Fundó su pueblo, dicho San Francisco,
Para traellos á mejor aprisco.

Conociendo ser cosa conviniente
Conservar al mestizo ya nombrado,
Determinó nombrallo por teniente
Este gobernador Pablo Collado;
Al cual después por invidiosa gente
Le quitó su póder y cargo dado,
Y el que con el poder nuevo venia
Joan Rodriguez Suarez se decia.

El cual en valentía satisfizo
A cuanto puede ser en ser humano,
Mas no sé qué negocios allí hizo
Por do Collado no le dió mas mano,
Volviendo sus poderes al mestizo:
Aguirre vino luego, mal tirano,
Y tan perverso, que peor ninguno;
Y esto fué año de sesenta y uno.

Sabiendo Joan Rodriguez su venida,
Para mostrar sus hechos señalados
Hizo de los caracas su partida
Con seis escogidísimos soldados:
Fin dieron todos ellos á su vida
Por multitud de indios alterados;
Mas con venganza tal y de tal arte
Cuanto vistes en la primera parte.

Los indios victoriosos con la muerte
Del fuerte capitán por ellos muerto,
Dieron en el Fajardo de tal suerte
Que le cumplió desamparar el puerto;
A Cumaná Fajardo se convierte,
Donde el alcalde Cobo, mal esperto
En cosas de justicia, mal la hizo
Y por términos malos del mestizo.

La madre pareció por su presencia
A pedir el agravio recebido
Delante los señores de la udiencia,
Donde fué su negocio bien reñido:
Vióse la causa, dióse la sentencia,
Cada cual defendiendo su partido;
Mas la India no pleiteó de balde,
Pues hizo que ahorcasen al alcalde.

En tiempo de la dicha competencia,
Vino Bernaldez Tuerto, licenciado,
Por mandado de la real audiencia
Por ciertas quejas que hubo de Collado:
Tomóle rigurosa residencia,
Y en efecto, sin culpas ó culpado
Collado del collado fué bajando
Quedándose Bernaldez gobernando.

Por no tener Bernaldez horas vacas
Ni se mostrar gobernador sencillo,
Gente hizo volver á los caracas
Y á Lúis de Narvaez por caudillo;
Las fuerzas que halló no fueron flacas,
Aunque las tuvo buenas su cuchillo;
Mas, de sesenta hombres desta gente,
Vivos salieron cuatro solamente.

Muerto Narvaez con tan grande daño,
A gobernar aquella tierra vino
Don Pedro Ponce de Leon, el año
Ya de sesenta y seis: varon que dino
Era de gobernar mayor rebaño,
Y ansí pasó muy bien aquel camino;
Luego como llegó puso la frente
En subyectar aquella brava gente.

Para hacer mejor la tal jornada,
Puso, por ser persona conocida,
Los ojos en el Diego de Losada,
Al cual antes que haga su partida
La comision que pide le fué dada,
Y tal que fué su boca la medida,
Con deseo de ver duros castigos
En tan desvergonzados enemigos.

Porque después de ser Narvaez muerto,
En esta crüeldad perseverando
Mataron otros muchos en el puerto.
De gente que pasaron navegando:
Usando destas mañas y conciertos,
Que cuando vian ir emparejando
Navíos por sus playas y ribera,
Enarbolaban una gran bandera.

En ese mismo punto los fieles,
Pensando gente ser de buena laya,
Mandaban echar fuera los bateles
Y llegaban con ellos á la playa:
Indios medio ladinos y crüeles
La gente persuaden á que vaya
A ver los españoles sus hermanos,
Cuyos pueblos decian ser cercanos.

Con aquesta mentira bien compuesta
Engañaban la gente baptizada,
Haciéndoles allí tan grande fiesta
Como si fuera paz muy asentada:
Echaba de sí luego la floresta
Terrible muchedumbre bien armada,
Ejecutando mil diversidades
De martirios con grandes crüeldades.

Con la maña y astucia que refiero
Y de sinceridad gran aparencia,
Mataron á Joan Sanchez, caballero,
Clérigo mal seguro de conciencia,
El cual fué provisor de nuestro clero,
Y allí se le tomó la residencia;
Otros quince mataron juntamente
Que venian con este delincuente.

Estos mismos cogieron en sus redes
Con las mismas caricias y halago
Al buen Diego García de Paredes,
Aquel de quien atrás memoria hago,
Viniendo de Castilla con mercedes
Que trajo del gobierno de Cartago;
Pues sabida la muerte del tirano
Le hizo la merced rey soberano.

Tan gran error, en un tan buen soldado,
A todos nos causó gran maravilla,
Sabiendo bien Narvaez ser entrado
Al tiempo quél se fué para Castilla
A fin de castigar al rebelado,
Y ser aquella gente no sencilla;
Mas él pensó que lo tenia llano,
Y ser verdad haber pueblo cristiano.

Y fué demasiada la ceguera,
Pues debiera tener por cosa clara
Que si cristiana poblacion oviera
De gente conocida, no faltara
Quien paseara bien esta frontera;
Y aun fuéralo mejor que la dejara
E ir donde llevaba la demanda
Sin ver á Catalina de Miranda.

Al fin él se mostró poco discreto
En se meter allí sin certidumbre,
Metiendo muchos otros en aprieto
De muerte, con inmensa pesadumbre,
Y con las crüeldades que en efeto
Estos bestiales tienen de costumbre;
Y pues él dió ya fin á su jornada,
Volvamos á decir la de Losada.

Por Terepaima guia su camino,
No menos industrioso que valiente,
Adonde deste bárbaro vecino
Era la mayor fuerza de la gente:
Embisten con el campo peregrino,
Mas el Losada fué tan diligente
Que con pesar de toda la ralea
El alto de la loma señorea.

Para hacér al indio mas confuso,
Donde mas pueblos hay allí se queda;
Fundó ciudad, segun el comun uso,
En parte rasa, limpia de arboleda,
Y Santiago de Leon le puso;
Otro en la mar llamó Caravalleda:
Son fértiles asientos y elegantes,
Y cuatro leguas estarán distantes.

Al bárbaro feroz nada le plugo
De ver la poblacion de los cristianos;
Mas Losada les hizo que den jugo
Sacando de sus minas ricos granos;
Y tienen por mejor sufrir el yugo
Que venir con los nuestros á las manos:
Finalmente, la gente castellana
Aquella tierra toda tiene llana.

Están en el servir muy adelante,
Y es de su natural aquella gente
En sus disposiciones elegante,
Gallarda, limpia, suelta, diligente;
La tierra rica, fértil, abundante,
Y para la salud muy escelente:
Están pues los dos pueblos hoy enteros,
Y serán para siempre duraderos.

La máquina del mundo que se mueve
Por orden del etéreo movimiento
Contaba por la cuenta que se debe
Al cómputo del santo nacimiento
Ya de sus años los sesenta y nueve,
De mas y allende del quinceno ciento,
Cuando se desasió don Pedro Ponce,
Para vivir con Dios, del mortal gonce.

Pidió luego Losada su gobierno
A Grajeda que entonces presidia;
Mas pudo mas en él el amor tierno
Quel mérito de quien se lo pedia:
Y ansí lo proveyeron á su yerno,
Que Francisco de Chaves se decia;
Después del proveimiento del audiencia
A Losada le dió cierta dolencia.

Volvió de la Española sin el mando,
Y de su calentura con recelo,
Llegó á Barburuata, y en llegando
Allí murió con harto desconsuelo,
Perdon de sus pecados demandando
Al sumo Hacedor de tierra y cielo:
Hombre guerrero fué, cuyos valores
Se pueden igualar con los mejores.

Tracté mucho con este caballero,
Y á grandes hechos suyos me vi junto:
En las elegias del libro primero
Hice mencion y lo dejé difunto,
Y fué por estar yo no tan entero
Que me pensase ver en este punto;
Y como Dios me dió mas larga vida,
Quise dar esta cuenta mas cumplida.

Después de aquestos fortunosos juegos,
Gobernó Chaves, año de setenta;
El año mismo vino Mazariegos,
Y gobernó seis años, á mi cuenta:
Gobiernos claros fueron, y no ciegos,
Segun su buena fama representa;
Y entonces ya gustosos deste cebo,
El Maracaibo se pobló de nuevo.

Un Pacheco, que fué varon notable,
Fundó ciudad de gente castellana
En parte bien dispuesta y agradable
Y al dicho Maracaibo muy cercana;
Mas esta poblacion no fué durable,
Aunque siempre duró la buena gana;
Pero como halló gran resistencia
Convino del lugar hacer absencia.

Salió pues del compás de Venezuela,
Y fué con breve copia de cristianos
A hablar en el Cabo de la Vela
Al mariscal Miguel de Castellanos,
Para con su favor y su tutela
Volver luego las armas á las manos;
Mas como la ganancia fallecia,
No concluyó con él lo que queria.

Volvióse donde estaba Mazariego,
Ya de su poblacion desconfiado,
El cual gobernador mediante ruego
Hizo volver á Pedro Maldonado,
Que con valor insigne pobló luego
El pueblo por Pacheco despoblado:
Por nombre se le dió Nueva Zamora
Con el cual permanece hasta agora.

El lago corre con sus bergantines,
Combatiendo con indicas canoas
Que traian guerreros tan insines
Que no suelen volver siempre las proas:
Vista dieron á pueblos que contines
Están fundados sobre barbacoas,
Donde se defendieron como diestros
Y no sin algun daño de los nuestros.

Dejaron aquel bárbaro flechero
Sin poder subyectar su baluarte,
Y corrieron el lago por entero
Descubriendo por una y otra parte;
Hasta llegar á su desaguadero,
Donde la isla Tova lo reparte
En dos bocas, la una tal que tiene
Una legua de ancho por do viene.

La otra hace desta diferencia
En no tener tan amplïados senos;
La isla tiene de circunferencia
Hasta seis leguas, poco mas ó menos;
Los moradores hacen resistencia
Defendiendo sus casas como buenos:
Toda paz amigable se desecha,
En agua confiando y en la flecha.

Para poder domar aquestas gentes,
Habian de hacer larga demora;
Y ansí por les faltar los adherentes,
Determinan dejallos por agora,
Por socorrer á cosas convinientes
A la perpetuidad de su Zamora,
Que tal nombre le dieron en entrego
Porque era de Zamora Mazariego.

En aquesta sazon y coyuntura,
Siendo setenta y siete de la era,
Pagando los tributos de natura,
Dió Mazariego fin á su carrera:
Fué hombre de grandísima estatura
Y en virtudes su vida muy entera.
Don Joan Pimentel vino, y al presente
Modera las provincias y la gente.

Varon cuyo valor y cuya vida
Es un debujo de virtud tan lleno,
Que nos parece ser regla y medida
De cuanto tiene título de bueno:
Santa modestia, nunca divertida
A nota que denote ser sin freno;
Y ansí va ya (su discrecion mediante)
Esta gobernacion mas adelante.

Los pueblos visitó por su presencia,
Venciendo de rigor cualquier embargo,
Tomando de jüeces residencia:
A Maldonado priva de su cargo
Por pronunciar una crüel sentencia,
Y ejecutalla muy á paso largo
En Tejeda, soldado lusitano
A quien mató por caso bien liviano.

Este, privado como delincuente
De la manera que se representa,
El don Joan Pimentel, cómo prudente,
Por conocer daria buena cuenta,
A Joan Guillén nombró por su teniente,
Que hasta hoy aquel pueblo sustenta,
No sin copia de muertos y heridos,
Por ser los naturales atrevidos.

Tienen en pelear esfuerzo raro,
Sin les faltar ardid y buenos brios,
En el agua que toman por amparo,
Y en ella cuantidad de sus navios;
Pues como mas arriba me declaro
Dentro tienen sus casas ó buhíos,
Do hacen á pié quedo buenos lances,
Y no menos si van en los alcances.

Porque desta manera dieron cabo,
Con número de gente bien crecido,
De Cristóbal de Bitra, que yo alabo
Por ser soldado diestro y escogido;
Salió también con harto menoscabo
El Pedro Maldonado mal herido,
Queriendo castigar aquel rebato,
De donde se escapó solo un mulato.

Entre los muchos pueblos de gentiles
Quel Maracaibo tiene congregados,
Hay unos á quien llaman los alfiles,
Indios feroces y desvergonzados:
En ensayos de guerra son sutiles,
Y en el acometer determinados;
Estos tenian muy poco respeto
Al capitán Guillén, y en gran aprieto.

Y ansí, con otras muchas gentes fieras,
Viendo la poca gente de Zamora,
Habian concertádose de veras
Sobre venir á una misma hora:
El Juan Guillén veiaba sus riberas
Cercanas á la parte donde mora,
Con temor grande, por aviso cierto,
De ver presto contrarios en su puesto.

Al tiempo que Guillén está temiendo
Tan impetuosísima carrera,
Los años del Señor iban corriendo
Por los ochenta y uno de la era;
Y un Francisco de Cázares, viniendo
De España por ver bien esta frontera
Y la gobernacion estar á una,
Quiso meterse por el alaguna.

Pues como en otra parte se recita,
Cazares ha poblado por un canto
El valle que llamamos de la Grita,
Y á la ciudad del Espíritu Santo;
Y siendo la distancia bien descrita,
Son sobre quince leguas otro tanto,
Y adonde el rio Cucuta navega,
A su gobernacion muy presto llega.

Tiene pues, este lago rodeando,
Distante poblacion por esta via,
El Cabo de la Vela por un lado,
El valle de Upar mas al mediodía,
Ocaña, pueblo mas encaramado,
Y Mérida, que poco se desvía;
La Gaita y á Trujillo referimos,
Hasta volver á Coro, de partimos.

También del alaguna está cercana
La ciudad que llamamos de Pamplona,
Todos pueblos de gente castellana,
Do predomina la real corona,
Y el natural se da de buena gana
Con sus tributos y por su persona:
Entró Cazares pues, y con desino
De dar á su gobernacion camino.

Dos navíos metió con gentes raras
Y número menor que convenible,
Y en las bocas topó con los toparas,
Nacion feroz y gente de posible,
Que en canoas y número de jaras
Arrojan siempre cantidad terrible;
Mas pasó con su gente vencedora
Hasta llegar al puerto de Zamora.

Regocijáronse por maravilla,
Teniendo por grandísima ventura
Llegar allí navíos de Castilla
En tal necesidad y coyuntura;
Y ansí los recibieron en la villa
No con pocos aplausos de holgura:
Reposaron la noche, y otro dia
El Juan Guillén habló por esta via:

«Señor gobernador, haber venido
Vuestra merced al pueblo de Zamora,
Téngolo por milagro conocido,
Y quiérole llamar dichosa hora:
De mal á bien será restituido,
Y causa sereis vos de su mejora,
Librándolo del mal inconveniente
Que lo mal amenaza de presente.

»Porque no solamente se barrunta,
Mas amigos avisan por muy cierto,
Como los indios todos hacen junta
Contra los que tenemos este puesto;
Vida dareis á la ciudad difunta,
Y resucitareis un pueblo muerto,
Si vos me socorriéseden con gente
Para dar en la junta de repente.

»Por poder castigar el maleficio
Y atrevimiento desta gente perra,
Que solamente tienen por oficio
El uso y ejercicio de la guerra;
A Dios y al rey harcis grande servicio
Y perpetuareis aquesta tierra:
Un solo barco quiero de los vuestros
Y dos docenas de soldados diestros.

»Con el avíamiento del vecino
Iré de buenas esperanzas lleno,
Y confiado del favor divino
Que tengo de hacer un lance bueno,
Con darles un asalto repentino
Para terror comun deste terreno:
Vuestra merced, señor, aquí se quede,
Y aqueste bien me haga, pues que puede.»

Cazares respondió con buen semblante
A la demanda desta caballero,
Diciendo: «Para cosa semejante,
Lo que quereis, señor, es lo que quiero;
Pero creed que tengo de ir delante
Y en los peligros he de ser primero:
Vea vuestra merced lo que mas resta,
Porque mi gente yo la tenga puesta.»

Tomó dos bergantines al momento,
Y de buenos soldados hasta treinta,
Personas todos ellos de momento,
Y de quien él hacia mucha cuenta:
Joan Lopez Orejon, que es su sarjento,
Por capitán del uno se presenta;
En el otro va él con buen pertrecho
Y cuanto hria pide fuerte pecho.

Por Joan Guillén, con no menos aceros,
La lista de los suyos se comienza;
Mas por ser poca copia de guerreros
No podia tejerse larga trenza,
Pues solos lleva quince compañeros,
Soldados de valor y de vergüenza,
En otro bergantin; y hacen via
Cuando la noche ya los encubria.

De los alfiles llevan la demanda,
Que son los que ponian el espanto:
No curan de llevar la boga blanda
Entre tanto que dura negro manto,
Buscando ciento rio que á la banda
De Santa Marta nace, por do tanto
Habian de correr hasta ponerse
Donde los indios han de recogerse.

Después que ya hallaron el entrada,
Caminan por el orden que se debe,
Por agua tan quieta y sosegada,
Que parece que casi no se mueve:
Compónese muy bien la marcada;
Fumoso tiro manda que se lleve:
Corren pues adelante por la ria
Hasta que ya pasó de medio dia.

A todos pareció generalmente
Dar en ellos al cuarto matutino;
Mas el gobernador no lo consiente,
Pareciéndole grande desatino,
A causa de poder aquella gente
Ser avisada por algun camino;
Y ansí sin esperar ruego ni ruego
El solo quiso dar en ellos luego.

Los otros barcos van con él á una
En su parecer, viéndolo precito,
Y ansí fiandose de su fortuna,
Yendo dispuestos todos al conflito,
Dieron en un compás como laguna
De tres leguas ó mas de circuito,
Dentro de la cual vierón en entrando
Gran número de casas blanqueando,

Compuestas sobre fuertes talanqueras,
Que hacen mas difícil su conquista;
Las paredes guarnidas con esteras,
Que causaban de lejos bella vista;
Y no tan sin defensa las fronteras,
Que gran fuerza de gente no resista;
Y antes del dicho pueblo grande trecho
Los rodea palenque muy bien hecho.

Porque para hacer casa redonda
Y de madera gruesa cualquier trama,
Desde sus horcas en el agua honda,
Agudo tronco limpio de su rama
Muchas vueltas le dan á la redonda,
Hasta que ya lo fijan en la lama,
Con la profundidad que se desea,
Y aun es aquella lama como brea.

Demás de aquesta pegajosa greda,
Hay fuera lagunazos de betume,
Do quien entra yo fio que no pueda
Sacar puesto su pié si se le sume,
Pues cualquier animal allí se queda
Hasta que ya por tiempo se consume;
Finalmente, fieles é infieles
Suelen hacer con ello sus boteles.

Viendo Cazares pues desta manera,
Las armas y los tiros muy á pique,
Vieron enarbolar una bandera
Encima de la casa del cacique;
Y para que salieran todos fuera,
De cuernos y fotutos hay repique;
Los nuestros junto de la palizada
Por todas partes buscan la entrada.

El bárbaro feroz cada ligero,
Y los tres bergantines diverticos,
Buscando cada cual un entradero
De palos apartados ó rompidos;
El Cazares al fin entró primero
Por unos troncos que halló podridos;
Mandó llamar el resto del armada
Y todos entran en el estacada.

Decian indios ya medio ladinos:
«Gran contento me dan estos cristianos,
Pues que sin que trabajemos en cautivos,
Ellos mismos se vienen á las manos.
Piensan los miserables peregrinos
Que tienen de volver salvos y sanos:
Espera pues un poco, gente pobre,
Y vereis si botimos bien el cobre.»

A este tiempo por el alaguna
Venia de canoas muchedumbre,
En orden puestas como media luna,
Regidas con muy poca pesadumbre;
Grita por todas partes importuna,
Segun los indios tienen de costumbre:
A ellos se va Cázares llegando,
A todos los soldados animando.

Diciendo: «No temais el estampida
Ni el ímpetu presente que se mueve,
Que presto los pornemos en huida,
Como cada cual haga lo que debe;
Y muy á poco riesgo de la vida
Hareis que lo peor el indio lleve.»
Y ansí con tiro de sulfúreo fuego,
La proa de su barco toma luego.

Los de su bergantin bogan avante
Por llegar al lugar que se pretende:
Inmensidad de flechas por delante
Efecto del propósito defiende;
Mas bala de arcabuz pasa volante,
Lleva lo que la vista comprehende,
Aunque al soltar el arcabucería
El bárbaro con agua se cubria.

Y el que se zabullió sin ser herido,
Pudieras sobre el agua verlo presto,
Con arco y flecha bien apercebido
Y en su canoa luego muy compuesto;
Mas pecho que de bala fué rompido
Nunca se vió mas mostrar el gesto,
Dándole por entonces sepultura
El centro de las aguas y fondura.

Los nuestros no creian hacer mella,
Segun la muchedumbre de las barcas;
Pero los indios no se ven sin ella,
Traspasados los pechos y las arcas,
Y aquí y allí patente la querella,
Viendo las aguas rojas y no zarcas;
Y todavía la naval batalla
Hace bien sus efectos do se halla.

Y ansí canoas hay que proas viran
Con grandísimo daño de su gente,
Queriendo por los muchos que suspiran
Del espalda robusta hacer frente;
Finalmente los indios se retiran
Sin quedar dellos ánima viviente,
Metiéndose por bocas y canales
Entre crecidos juncos y enseres.

El Cazares seguia la canalla,
Y todos los demás con fuerte brio,
Por no les suceder en la batalla
Herida, sinsabor ó desafío;
Entraron en el pueblo que se halla
De grandes y de chicos ya vacío:
Todas las casas dél van abrasando,
La casa del cacique reservando.

Pasan allí la noche, y otro dia
Amigos indios van por agua y tierra,
Llamando la huida compañía
Y convidándola con paz ó guerra,
Que el sol por término se les daria,
Desde que sale hasta que se cierra:
No vienen, y cumplidos estos trechos
A la isla de Tova van derechos.

Donde dieron de noche con obscuro,
Privando de la vida por sus manos
Al señor de la isla, varon duro,
Consumidor de vidas de cristianos,
Dándoles en prision guerrero juro
A sus hijos, mujer y á sus hermanos;
Y hechos estos lances venturosos,
A Zamora volvieron victoriosos.

Donde de los vecinos hecha junta,
A Cazares le dan mil bendiciones,
El cual á todos ellos les pregunta
Si quieren allanar mas trompezones:
Responden que ninguno se barrunta
Que manifieste malas intenciones,
Porque los castigados y subyetos
Traian á los otros inquietos.

Hechas pues estas sanguinosas treguas
No menos que por punta de cuchillo,
Cazares con caballos y con yeguas
Luego se fué la vuelta de Trujillo,
Distante de Zamora treinta leguas,
Do todos procuraron de servillo;
Luego con el consorcio fraterno
Se paró donde tiene su gobierno.

Ansimismo mi musa por agora,
De los pasados gastos poco franca,
Se pasa muy de paso por Carora,
Poblada ya por Juan de Salamanca,
Varon digno de lira mas sonora,
Y no para tocalla mano manca;
Pues subyectó los fuertes giraharas,
Gente feroz, robusta, de dos caras.

Y con aquesto tengo concluido
Todo lo sustancial de Venezuela,
En cuya narracion he consumido
Noches en cuantidad y alguna vela;
En todos los discursos muy asido
A la verdad, sin mezcla de novela,
Como dirán amigos y enemigos,
Pues hay vivos aun muchos testigos.

Que no me culparán porque yo abono
Lo que merece que todos abonen,
Y que estilo grandiloco pregone
Grandezas dignas de que se pregonen;
A los difuntos ya Dios los perdone,
Y á los vivos suplico me perdonen
Si por pasárseme de la memoria
No hace mencion dellos el historia.

RELACION

de las cosas del Cabo de la Vela, y de los primeros pobladores dél, de la gran riqueza de perlas que allí se halla, con otras particularidades dignas de saberse:

EN UN SOLO CANTO.

Por tal orden habemos caminado
En la trama y urdiembre desta tela,
Que ya, bendito Dios, hemos tornado
A la costa del Cabo de la Vela;
Donde para cumplir lo profesado
Hay bastante razon que me compela,
Como quien sabe bien aquel camino
Y ha sido mucho tiempo su vecino.

Puntas y promontorios señalados
Se meten en la mar desta frontera,
Altura de la cual son doce grados,
Segun cuenta de gente marinera;
Vense los montes altos y nevados
Que Santa Marta tiene por cimera;
Y el hermano mayor de los Colones
Fué quien primero vido sus aucones.

Al tiempo que venian navegando
Y de la tierra con algun desvío,
Vieron aqueste cabo blanqueando
Que parecia vela de navío;
Después que ya se fueron allegando
Al desengaño dél y su bajío,
El Cabo de la Vela se le puso
Por la similitud en aquel uso.

Es costa de cardones y de espinas,
Estéril y de secos arenales;
Gentes que por allí le son vecinas
En estremo son malas y bestiales,
A los cuales llamamos los cocinas
De quien hemos ya dicho grandes males;
Hay copia de conejos y venados,
E ya gran muchedumbre de ganados.

Porque la tierra dentro, buenos ratos,
Hay campos estendidos, grandes llanos,
Do muchos tienen hoy muy grandes hatos,
Mayormente Miguel de Castellanos,
A quien de ricos tractos y contratos
La fortuna le dió llenas las manos;
Faltan ya para él indios de guerra,
Y no le sirven mal los de la tierra.

Hicieron pues aquí sus vecindades
Gente que de Cubagua procedia,
Compelidos de las necesidades
Causadas por faltar la granjería
De perlas, de que grandes cuantidades
Un tiempo por aquella mar habia,
Y acá se prometian copia harta
Por noticia de los de Santa Marta.

Es Diego de Paredes buen testigo,
Soldado del primer descubrimiento,
A quien conozco yo por gran amigo
Y en Tunja tiene buen repartimiento;
El cual yendo á hacer cierto castigo
En los indios cocinas que ya cuento,
Vió de sartas de perlas buena trama,
Y desde entonces se tendió la fama.

Mas porque ciegamente no se mueva
De Cubagua la dicha granjería,
Pero Rüiz de Tapia gente lleva
Y hizo cata donde se decia:
Halló tan buena muestra, que la nueva
No pareció ser vana ni baldía;
Y ansí la nueva Cáliz y sus hijos
Hicieron muy solemnes regocijos.

Crece placer y nacen nuevos brios
Con las nuevas que dan descubridores;
Apréstanse canoas y navíos
Y gran suma de indios pescadores,
Con todos los pertrechos y atavíos
Necesarios á nuevos pobladores;
Y al olor de riquísimos hostiales
Salieron muchas casas principales.

La del mariscal Diego, caballero,
La del jurado Joan de la Barrera,
Potentes en haciendas y en dinero,
Con otros muchos que en aquella era
En tractos de caudal sano y entero
Corrian prosperísima carrera,
Tanto que los criados fueron amos
De muchos hombres nobles que callamos.

Y la del tesorero Castellanos,
Asimismo Bartolome Carreño,
De quien el alabanza de mis manos
Y el mas alto loor será pequeño:
Pedro y Diego de Almonte, dos hermanos,
Ya poseidos del eterno sueño;
Alonso la Barrera, Alonso Diaz,
De gran valor en estas compañías.

Un Alvaro Beltrán, varon muy digno
Del mas alto lugar en alabanza,
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,
De quien se hizo grande confianza,
Cuyas familias en aquel camino
Eran de crecidísima pujanza;
Un Martin Lopez, un Pedro de Cales,
Entrambos capitanes principales.

Con treinta y ocho años tres quinientos
Corrian ya de la cristiana lumbre,
Cuando de los preciosos ornamentos
Tuvieron en Cubagua certidumbre,
Y cuando muy alegres y contentos
En busca dellos va gran muchedumbre,
Con armas y pertrechos necesarios
Para se defender de los contrarios.

Estiéndense las velas á los vientos
Y el acuoso camino se despacha;
Llevólos donde lleva sus intentos
La que las menos veces es sin tacha;
Saltan en tierra, hacen sus asientos
Entre el Cabo y el rio de la Hacha;
A caballo y á pié gente de guerra
Se velan de los indios de la tierra.

Gran pueblo se trazó luego á la hora,
Partidos por buen orden los solares,
El nombre del cual fué Nuestra Señora
De los Remedios, por los que estos mares
Dieron, por ella ser intercesora,
A la gran devocion destos lugares,
Donde se descubrió tan gran riqueza
Que no puede medirse su grandeza.

Nombran alcaldes hombres de gran cuenta,
Segun el orden que antes se tenia,
Por tener en las partes do se asienta
Jurisdicion por sí la granjería,
Y es de gobernador libre y exenta
Estando (donde quier que se desvía)
Subyectos al audiencia del distrito,
Con diez leguas ó mas de circüito.

Segun consta por cédulas reales,
Con otras eminencias que no junto.
Tiene tambien por sí sus oficiales,
A cuyo cargo es el real quinto:
No cuento lo que dan estos hostiales,
Por ser inestricable laberinto;
Mas aquel tracto suele comunmente
Enriquecer gran número de gente.

Hallabe pues la índica cuadrilla
Muy pobladas de conchas las arenas,
Pues para proveer la redecilla
Cualquier placel les dá las manos llenas,
Perla comun, aljófar, cadenilla
De todas suertes y otras piezas buenas:
Hinchen las arcas, crecen los contentos,
Y con el gran caudal los pensamientos.

Luego la fama da pregones gratos,
Certificándolos con evidencia:
Auméntanse los tractos y contratos;
Acude de navíos gran frecuencia;
Hay regocijos y apacibles ratos,
Gran amistad, amor, benevolencia:
Fueron en general estos vecinos
Refugio de los pobres peregrinos.

Allí siempre halló favor y ayuda
Cualquiera que llegó necesitado:
La pobre, la doncella, la viuda
Tuvo dote y honor y buen estado,
Con tal munificencia, que sin duda
Nadie salió de allí desconsolado;
Y el peregrino que buscó posada
Nunca jamás halló puerta cerrada.

Con voluntad á todos entrañable,
Caritativa, generosa, franca,
Dulce conversacion, grata y afable,
En todo buen aviso nada manca,
Cada cual un aspecto venerable,
Con tal autoridad de barba blanca,
Que parecian estos pobladores
Consorcio de romanos senadores.

Mas no tentados de mundanos fastos,
Pues el de mas soltura fué subyeto
A términos honestos, limpios, castos,
Segun pide la vida del discreto:
Todos tenian escesivos gastos,
Porque todo venia de acarreto,
Y aun hasta el agua les costaba cara,
Por ser la tierra della muy avara.

Pues de jaqueyes de do se traia,
Eso me da en invierno que en verano,
No con pequeño riesgo se cogia,
Y siempre con las armas en la mano,
A causa de que bien la defendia
El indio lleno de furor insano:
Hartas veces volvió gente herida,
Y aun algun español perdió la vida.

Y ansi, cuando venian al aguada
Los indios ó los negros arrieros,
Para los defender del emboscada
Y asalto de los bárbaros flecheros,
La gente de caballo bien armada
Descubria las matas y senderos,
Asegurándolos desta contienda,
Hasta que ya hacian su hacienda.

Y adonde quiera que se descubria
Hostial que prometia mas ganancia,
Asentaban de nuevo ranchería
Algunas veces larga la distancia
Del pueblo principal que se tenia,
Guardándose con toda vigilancia,
Hasta que ya cesaron estos daños
Por la continuacion de muchos años.

Y el de cuarenta y cuatro ya llegado,
Para mejor gobierno destas greyes
El César invictísimo, sagrado
Monarca de los príncipes y reyes,
Envió desde el otro potentado
A este nuevo mundo nuevas leyes,
Entre las cuales una prohibia
Estar indios en esta pesquería,

Por la gente que en ella perecia,
Y ser vida de grandes aflicciones,
En agua sumergidos en el dia,
Las noches en cadenas y prisiones;
Lo cual, como remedio requería,
Se cometieron las ejecuciones
A fray Martin, obispo desta gente,
Del reino y Santa Marta juntamente.

El cual, segun ya queda referido,
Llegó de su naufragio mal parado;
Fué desta noble gente socorrido,
Y aun no sé si me diga cobechado,
Pues nada del negocio cometido
Quiso mudar de su primer estado:
Murmuraciones hubo no pequeñas,
Que dádivas al fin quebrantan peñas.

Y aun hubo destos indios que decimos
Quien al obispo dijo con querella:
«Si mis padres, hermanos y mis primos,
Con dulce libertad guian su huella,
¿Nosotros qué delito cometimos
Para que carezcamos siempre della?
Saber sacar aljófar infinito
Sin duda debe ser nuestro delito.

»Si por el rey está ya libertado
Cualquier indio de aquesta monarquía,
Los que tantas riquezas han sacado
Bien merecen la carta de alhorría.
¿Qué vendabal te dió que te ha mudado?
¿Qué brisa trastrocó tu fantasía?
Venias publicando buenas bulas,
¿Y agora que ves perlas disimulas?

»Liberta los idólatras insanos
Quien tiene destas Indias los imperios,
Y nosotros que somos ya cristianos
Nos quedamos en estos captiverios.
Untaronte las palmas de las manos,
Porque no pueden ser otros misterios:
Coge de todos, date buenas mañas,
Que yo te digo que tu alma engañas.»

Esto dijeron indios balbucientes
Al obispo, no menos que en presencia,
O razones que son equivalentes,
Sin que mudemos dellas la sentencia;
Pero ricos sobornos destas gentes
Su cordura volvieron en demencia,
Y ansí, sin mejorar los querellantes,
Se quedaron captivos como antes.

Después, pasados diez ó doce meses,
Llegaron á la costa cierto dia
Navíos bien armados de franceses
A fama de la rica pesquería:
Tenian mas pavores que paveses
Los de la castellana compañía,
Y ansí desamparaban las arenas
Dejándose las ricas tiendas llenas:

Huyendo los criados y los amos,
Por faltar de defensa los arrimos;
Y en esta confusion de que tractamos,
Se halló con la gente que decimos
El general del reino donde estamos
Y fundador de Tunja, do vivimos,
Que es Gonzalo Súarez, muy bastante
Para cualquier negocio semejante.

El cual mostró por hechos y por boca
Sagacidad y pecho de valiente,
Pues para su defensa los provoca,
Usando de caudillo diligente,
Supliendo faltas de la fuerza poca
Con una astucia harto conviniente,
Y fué hacer enarbolar bandera
Y recoger la gente cuanta era.

Y no fué tan baldío su trabajo
Con el ardid que luego contaremos,
Que no fuese de males gran atajo
En la desproporcion destos estremos;
Pues hizo luego con el espantajo
A los franceses suspender los remos:
Juntó pues españoles desta gente
Setenta, y á caballo como veinte.

Con lanza cada cual y con adarga,
Y con los indios de la granjería,
La playa destos términos embarga,
Puestos en orden como convenia,
Con flechas, y otros una vara larga
Que desde lejos pica parecia;
Y de indios y negros hecha cuenta
Eran mas de trescientos y cincuenta.

Detiene sus bateles el pirata
Viendo llena de gente la ribera,
Y ansí de tal manera se recata
Que le pareció bien mirar de fuera;
Y desde su patax ó su fragata
Enarboló de paz una bandera:
A los indios el español esconde,
Y con la misma paz se le responde.

Cada cual de las partes dió rehenes;
Hubo rescates sin poner estanco;
Truecan cosarios los robados bienes
Por perlas quellos llaman coral blanco;
Y acabadas las ferias solenes
Quel español propuso con el franco,
Dan los cosarios velas á los vientos,
Quedando los de tierra muy contentos.

Pero como ya viesen descubiertos
Caminos á canalla tan borracha,
Para poder estar mas encubiertos
A buscar el remedio se despacha;
Y así luego poblaron otros puertos
Mas abajo del rio de la Hacha,
Do llaman la Barranca, campos buenos,
Del rio media legua y algo menos.

Donde sin centinelas ni reguardo
Por un poco de tiempo se reposa,
Por ya no parecer flecha mi dardo
De la gente cruel y belicosa;
Y en el mismo lugar pobló Luis Pardo
Un pueblo que llamó Villaviciosa,
Que fué por don Alonso Luis de Lugo,
Por ponelles encima cierto yugo.

Esto fué por el año señalado;
Mas ellos sin perder su señorío,
El de cuarenta y cinco demediado,
El asiento mudaron mas al rio,
O por ser puesto mas acomodado,
O por cumplir hacer este desvío,
Con el renombre de Nuestra Señora,
Con el cual permanece hasta agora.

Hay campo por allí muy estendido,
Ya poblado de vacas y de yeguas,
Cuyo compás se ve que mar ha sido
Por espacio de dos y una de tres leguas,
E ya de tal manera retraido
Que tiene para siempre hechas treguas,
Dejando gran espacio descubierto
Desde donde residen, que es el puerto.

Y así por las cabañas y el aprisco
Do pastan los ganados destas gentes,
Se ven muchas horruras, mucho cisco,
De marinas menguantes y crecientes,
Y aquí y allí montones de morisco,
Con otras muestras claras y patentes,
Por do conocerá quien puede verlo
Ser mar antiguamente todo ello.

Algo después las gentes peregrinas,
Viendo las perlas ya menoscabadas,
Determinaron ir á buscar minas
A las faldas de las sierras nevadas,
Por estar á sus playas muy vecinas,
Y de tiempos antiguos afamadas,
Y ser de oro número crecido
El que de sus confines ha salido.

Era Pero Fernandez, zapatero,
Por ser de Santa Marta mas antiguo,
La guia del aurífero venero,
Vendiéndose de vista por testigo:
Determinaron ir con él primero
A se certificar de lo que digo
Diego Nuñez Beltran con gente diestra,
Y en efecto trajeron buena muestra.

Luego se despachó gente de guerra
Con armas de sigedon y duro fardo:
Unos fueron por mar, otros por tierra,
Con debidos avisos y resguardo;
Los que por tierra van acia la sierra,
Por capitan llevaban á Luis Pardo,
Y del bagaje que por la mar camina
Iba por capitan Blas de Medina.

Los de tierra se van por la marina,
Peon y caballero bien armado;
Vimos el gran compas de la salina
De Tapé proveida de pescado,
Que por su cuantidad es cosa digna
Hacer della mencion este tratado,
Pues es general pesca los veranos
De todos estos indios comarcanos.

Hínchese de la mar adonde toca,
Mediante los influjos y crecientes,
Y en el verano ciérrase la boca
Al tiempo que los soles son ardientes;
De sal se cuaja cuantidad no poca,
Y allí dentro de cestas diferentes
Infinidad de peces ahogados,
Que sin mas los salan quedan salados.

Acude turbamulta comunmente
O con su capitan ó con su jeque,
Cogen lo que parece conviniente,
O ya para comer, ya para trueque,
Sacándole las tripas solamente,
Al sol lo tienden para que se seque:
Es de tan buen sabor, que lo mas malo
Se podria tener por buen regalo.

Prosiguiendo después nuestro camino,
E yo con mi caballo bien armado,
Al rio se llegó de Palomino,
Donde cierto creí ser ahogado
Corriendo tras el bárbaro vecino,
Sin mirar lo seguro deste vado;
Y aun el rio no vi haciendo esto
Hasta tanto que encima me ví puesto.

Y por amedrentar aquella gente,
Que para resistencia se despierta,
Entré sin mas mirar inconviniente,
Y do pensé hallar salida cierta
El rocin atascó hasta la frente,
Por ser la playa de un arena muerta:
Hurtéme del caballo por un lado,
Y salgo bien mojado y enlodado.

La lanza sin dejalla de la mano,
El espada también iba ceñida:
Los indios desamparan aquel llano,
Y todos se pusieron en húida.
Juro como católico cristiano,
Que viendo tan gran riesgo de mi vida,
Me ocurrió la muerte de aquel hombre
Por quien el rio tiene puesto nombre.

Pues fué también en aquel mismo vado,
En el lugar y de la misma suerte,
Encima del caballo bien armado,
Y sin llevar recelo de la muerte:
Varon en Santa Marta celebrado
Por diestro, valeroso, suelto, fuerte;
Si vivo, diré dél grandes hazañas
Que ciertamente son cosas estrañas.

El engaño pues visto del arena,
Tan grande y manifiesto detrimento,
Escarmentados en cabeza ajena,
Mas arriba mudaron el intento,
Donde hallaron una parte buena
Por do pasaron todos á contento;
Otro dia pasamos adelante
Por Marona, que está poco distante.

Paso por todas partes mal abierto
Que con dificultad pueden pasallo,
Donde se despeñó por mal concierto
Al capitan Luis Pardo su caballo,
Y no pareció mas vivo ni muerto
Ni fué cosa posible procurallo,
Porque hasta la mar á donde vino
Habia mil estados de camino.

Después de ya romper camino ciego
Y fatigada ya cualquier persona,
A la playa del mar bajamos luego
Dejando las malezas de Marona:
Pasamos otro rio de Don Diego,
Que nace de los valles de Tairona,
Y pasamos también á la bajada
El paso de la peña horadada.

En confianza de otros alimentos
Allegamos al rio de Guachaca,
Pasamos y hecimos los asientos
En parte que se dice Buritaca,
Ancon mal amparado de los vientos,
Entreste rio y el de Mendiguaca;
Y el dia que llegamos á los rios,
En el mismo llegaron los navíos.

Y porque ya la noche se venía,
No se desembarcó nuestro rebaño
Ni pudo la cansada compañía
Satisfacer á su hambriento daño;
Mas esperábamos la luz del dia
Para sacar el vientre de mal año,
Y fué desvanecido pensamiento
Por tempestad de pluvias y de viento.

Brama la mar y húndese la sierra
Con ímpetus lluviosos y nocivos,
Porque de sus cavernas desencierra
Los vientos que Eolo tiene captivos,
Tanto que los que estábamos en tierra
Nunca pensamos amanecer vivos:
Los de la mar con vida mas incierta,
Por tener los navíos sin cubierta.

Pasa por cima dellos el olaje
Embistiendo los indios y cristianos;
Desnudan todos ellos el ropaje,
Y andan en jamurar listas las manos;
Alijan parte del matalotaje
Para hacer los barcos mas livianos,
Y en medio de la dicha diligencia
Invocan la divina Providencia.

A una india que halló frontera
Golpe movido del profundo centro,
Del barco donde va la sacó fuera
Con un terribilísimo recuentro;
Mas otro golpe vino de manera
Que con él se halló metida dentro,
Y entrestos furiosos embarazos
Nunca soltó su hijo de los brazos.

Admiróse la gente castellana
No viendo de quien fuese socorrida;
Mas escapóla fuerza soberana,
Y á ella y á su hijo les dió vida,
Por ser una católica cristiana
Y en cosas de la fe bien instruída;
Y aun otros indios con esclamaciones
Edifican cristianos corazones.

Y ansí ni mas ni menos cierto dia
En otro riguroso detrimento,
Un indezuelo y una india mia
Me movieron á tierno sentimiento,
Viéndolos invocar la Virgen pia
Ambos con un fervor vivo y atento:
Del peligro grandísimo que digo
Vivo tenemos hoy algun amigo.

Este es Domingo Félix, hoy vecino
En la noble ciudad de Cartagena,
Que como navegante peregrino
Participaba de la misma pena;
Y escapónos un indio muy ladino
De no dar al través en el arena:
Deciase Perico de Carmona,
Y esto fué cabe el paso de Maroma.

El arraez determinó primero
Dar al través á do se representa,
Y el indio que nos fué buen compañero
Le dijo con desdén y por afrenta:
« ¡Oh! Juan Beltrán! ¿y vos sois marinero?
¿Del barco quereis dar tan buena cuenta?
¿Y podreis escapar vos con la vida
En resaca de tumbo tan crecida?

» En buena fe, teneis muy buena loa
Entre las alabanzas españolas.
Señores, si surgimos la canoa,
Yo pienso de libraros á mis solas
Con gobernar y componer la proa
Al ímpetu terrible de las olas,
Y desta hinchazon y detrimento
Saldremos en soplando cualquier viento.»

Porque la furia toda fué de calma,
Con olas tan inmensas y estendidas
Que ponian desmayos en el alma
Y en grandísimo riesgo nuestras vidas,
Dimos al indio pues aquella palma,
Mediante las razones referidas;
Surgimos, y la mar cuando venia
Los miserables cuerpos embestia.

Lloraba cada cual su desventura,
El rostro sin color y lacrimoso,
Por no bastar esfuerzo ni cordura
En alboroto tan calamitoso,
Do tiene mas valor quien mas jamura,
Sin tomar un momento de reposo.
¡Oh cuántas veces dije *miserere*
Con mayor turbacion que se requiere!

Ningun verso del salmo concluia,
Y en la pronunciacion como beodo;
E una vez que ya lo proseguia
Segun mi parecer de mejor modo,
Cuando *asperges me Domine* decia,
Un gran golpe de mar me cubrió todo:
Cesó la boca de su movimiento
Quedando sin vigor y sin aliento.

No quedó menos todo nuestro bando,
Faltos ya de palabras y aun de señas,
Los cabellos y barbas destilando
Gotas amargas nada halagüeñas;
El barco demás desto va garrando
A dar en medio de las duras peñas:
Avívanse los gritos y clamores,
Y crecen los mortíferos temblores.

No quedando ya mas que la camisa,
Desconfiados de la carabela,
Como viese venter alguna brisa
Dije: « Leva ancon, guinda la vela,
Que ya nuestro remedio se divisa,
Y la Virgen y Madre nos consuela.»
La vela se guindó ligeramente,
Y ansí salimos del inconviniente.

Cuando nos vimos en la presura
Dióuos alivio grande ser de dia;
A estotros por la noche ser obscura
Doblada confusion los afligia;
Y ansí por parecelles ser cordura
Del puerto cada uno se desvia,
Mil cosas alijando de la carga
Para poder salir á la mar larga.

Necesidad les daba priesa harta,
Aunque todos confusos y turbados,
Para que cada cual navío parta
A buscar puertos menos alterados:
Arribaron al fin á Santa Marta
Ellos y los navíos mal parados,
Y aunque con el rigor que representa
Todos los llevó Dios en salvamento.

Después que ya llegó la luz del dia,
Sin dejar de llover el turbio cielo,
Toda la fatigada compañía
De aquellos que hollábamos el suelo,
Viendo que ningun barco parecia
Quedamos con terrible desconsuelo,
Creyendo nuestras gentes españolas
Ser consumidas de las bravas olas.

Estando todos pues desta manera,
Los ojos en la mar asaz despiertos,
Fuémonos pertongando la ribera
Mirando bien las playas destos puertos,
Para ver si la mar echaba fuera
Madera, ropas ó los cuerpos muertos,
O ya reconocer señal alguna
Por do se conociese su fortuna.

Prosiguiendo la playa y el camino
Todos los mas á pié y á paso tardo,
En la resaca vimos un tocino
Que fastidio ninguno dió su lardo;
También una borracha de buen vino
Que vió Juan Pardo, hijo de Luis Pardo,
Bien atada la boca y ella llena
Al rebalaj del agua y del arena.

Los que llevábamos la delantera
Holgámonos de ver tan buen encuentro,
Y estando muy mojados por defuera
También nos remojamos por de dentro;
Pero por ser allí gente guerrera,
Volvimos temerosos de recuentro
Donde quedaba nuestra gente junta,
Que es donde la bahía hace punta.

Y ansí como no viésemos señales
De muertos en aquellas confusiones,
Juzgábamos que los mayores males
Habian sido las alijazones,
Y estar, segun juicios principales,
Metidos en los mas bajos ancones;
Y hasta que hiciesen su venida
Determinamos de buscar comida.

Fuimos una docena de españoles
Por aquel arcabuco mas cercano,
Porque para subir á los peñoles
Era bien necesaria mayor mano;
Descubrimos anyamas y frisoles,
Razonable manjar, aunque liviano,
Pero sin sal es cosa muy sandía,
Y esta del mar hacerse no podia.

Bien que de agua salada se hiciera,
Mas era menester haber navíos,
Por estar dulce toda la ribera
De las crecientes grandes de los rios:
En precio se tenia la salmuera
De tasajos que no daban hastíos,
Y pareceros ha gran disparate
Faltar la sal adonde la mar bate.

A lo menos faltaban las sequías,
Pues podemos decir por cosa nota
Que por tiempo de seis ó siete dias
Ninguno de nosotros bebió gota,
Y pienso quel manjar que se comia
Hacia toda sed estar remota;
Mas sé con todo esto que la urina
A todas horas era muy contina.

A cabo ya del catorceno dia,
Estando todos con congoja harta,
Vimos de indios cierta compañía
Que venia de acia Santa Marta,
Que para dar aviso nos traia
De los de las canoas una carta,
Diciendo que tuviésemos por cierto
Estar sanos y salvos en el puerto.

Mas sus vecinos, no sé por qué vías,
Habian hecho cierto pedimento
Al docto licenciado Miguel Diaz,
Entonces morador en el asiento,
Espresándole muchas demasías
Si no nos perturbasen el intento;
Mas por el pedimento ser injusto
No nos dió pesadumbre ni disgusto.

La sobredicha nueva y el consejo
A mí me lastimó mal el oido,
Por me tener allá mi caudalejo
Con inmensos trabajos adquirido:
Y ansí visto de guias aparejo
De los que con las cartas han venido,
Determiné con ellos ir por tierra
Estando la mayor parte de guerra.

Hecimos del ladron fiel amigo,
Atrevimiento de salud siniestro;
Juan Pardo solamente fué conmigo,
Soldado de la tierra harto diestro;
Partimos con los indios que ya digo,
Fiando de tan infido cabestro,
Por ser de Bonda, malos y crüeles,
Mas haciéndoles bien fueron fieles.

Prosiguiendo pues nuestro desatino,
A causa de ser tierra rebelada,
En un dia volamos el camino
Que fueron quince leguas de jornada,
Con reparar en partes que convino
Resguardarnos de gente derramada;
Pero temor hacia piés lijeros
Por sierras y asperísimos oteros.

A Concha fuemos por hacer represa
De lo que en Santa Marta sucedia,
De cuya digresion nada nos pesa,
Porque hallamos buena compañía
De Francisco Rüiz y Luis de Mesa,
A quien yo de Cubagua conocia,
Los cuales me dijeron al instante
Ir ya nuestras canoas adelante.

Reposamos la noche, y otro dia
Nos embarcamos para Buritaca
En la canoa que Rüiz traia,
Yendo por puertos libres de resaca,
Hasta tanto que yo hallé la mia
En el aucon que dicen de Gairaca;
Y luego con buen tiempo caminamos
Hasta llegar al puerto que dejamos.

Con gran placer hollamos el arena,
Libres, bendito Dios, de todos males,
Por hallar ya la playa mas serena,
Absentes furiosos vendavales;
Mas á mí se me dió fraterna buena
Por Tapia y otros hombres principales,
La cual consideré con justo peso,
Reconociendo bien mi poco seso.

Hecimos ranchos pues en la marina,
Que muy poco compas desocupaba,
A causa que la gente peregrina
Otro lugar mas apto no hallaba,
Porque la tierra por allí vecina
De todas partes es montaña brava,
Y no tenia para fundar casa
Un solo palmo de zavana rasa.

Mas cerca de la playa donde digo,
Como dos ó tres tiros de ballesta,
Asiento fué de pueblo muy antigo,
Y entonces espesísima floresta:
Para defensa pues del enemigo,
Por ser aquella parte mas dispuesta,
Cortamos grandes árboles sombríos,
Y allí fundamos casas ó bohíos.

Rompiéronse los montes y riberas
Del rio de Guachaca circunstante,
Tantas y tan espesas cañaveras
Que no se vido cosa semejante,
Donde se dieron buenas sementeras
Por ser tierra viciosa y abundante;
Mas daban pesadísimos desdenes
Mosquitos rodadores y jejenes.

Llagadas las orejas y aun tobillos
De todos los esclavos y sirvientes,
Los rostros consumidos y amarillos,
Pecosas las mejillas y las frentes,
Aunque todos andaban con capillos
Segun los que se ponen penitentes,
Abiertos solamente por do vian,
Y por allí también los afligian.

Luego vino de paz aquella gente
Que por esta frontera residia,
Y aunque nos recelamos de presente,
Segun en tierra nueva convenia,
Guardándoles la paz bastantemente
En ellos hubo toda cortesía;
Y rescatando sus mantenimientos
Volvian satisfechos y contentos.

De miel era lo mas que se traia
Pequeñas calabazas no bien llenas,
A causa de quel bárbaro tenia
Una cierta manera de colmenas
De dentro de la casa do vivia,
Abejas grandes, mansas y tan buenas
Que carecen de aquellos aguijones
Que lastiman y causan hinchazones.

En el árbor también hay abejera
Con abejas de casta diferente,
Y en el labrar diversa la manera
De aquel panal de castellana gente;
Mas son bolsas y cóncavos de cera
Do la líquida miel está patente,
Y en partes hay de miel tal abundancia
Que no deja de ser buena ganancia.

Al menos en los llanos hallan tanta,
Que sus vecinos no tienen deseos
Del Himeto, que musa vieja canta,
Ni del dulce licor de los bibleos;
Y es porque por allí cualquiera planta
Imita las que tienen los sabeos,
Donde demás del singular incenso
Este licor se dice ser inmenso.

Mas líquida miel es que de Castilla,
Mas á mi parecer no tan perfeta,
Pero medicinal á maravilla
Segun por esperiencia se decreta:
Cera nunca la vimos amarilla,
Ni por acá se saca sino prieta;
Miel se suele tornar aceda luego,
Y aquesto se remedia con el fuego.

Esto deben causar las influencias
O cualidad de montes ó de breñas,
O de abejas las muchas diferencias,
Pues hay grandes, menores y pequeñas,
Hasta tener de moscas apariencias,
En árbores y cóncavos de peñas:
Acúleos no tienen, mas sin ellos,
Se pegan á las barbas y cabellos.

Y son tan importunas y tan prestas
En el acometer á todas cosas,
Que no dejan de ser algo molestas
Y en todo cuanto pueden enojosas:
También hay por los valles y florestas
Unas avispas grandes venenosas,
Cuya herida vemos ser durable
Y altera con dolor intolerable.

De las melíficas ninguna daña,
A lo menos con tanta pesadumbre:
Tienen gobierno como las de España,
Y poco diferentes en costumbre;
Todas ellas se dan muy buena maña
En el multiplicar su dulcedumbre:
Tienen sus capitanes ó sus reyes,
Sin violar el orden de sus leyes.

Conocen sus asientos ó cortijos,
Y si caminan lejos, los atajos;
Comunes las moradas y los hijos,
Comunes ansimismo los trabajos,
Los pastos, los placeres, regocijos,
Todos sus desenfados y gasajos:
En la solicitud, en el meneo,
Es una voluntad y es un deseo.

Están subyectas todas á gobierno,
Y tal que no parece ser insano,
Pues para los sustentos del invierno
Trabajan en el tiempo del verano:
Unas recogen de la flor lo tierno;
Otras en el recibo tienen mano;
Eso me da de noche que de dia,
Conservan amistad y compañía.

Entre tanto que van las unas fuera,
Las que quedan componen materiales,
Y hacen habitáculos de cera;
Otras sacan sus nuevos animales,
Otras reguardan la comun carrera,
Otras anuncian turbios temporales,
Y en barruntando tales avenidas
Se están dentro de casa recogidas.

Defienden sus trabajos y haciendas
Si las quieren robar sus adversarios;
Tienen también sus guerras y contiendas
Si se juntaron dos bandos contrarios;
Y el polvoroso viento pone riendas
En alborotos tan tumultüarios,
Do, segun el coraje de su Marte,
Escepta pluvia, nadie fuera parte.

Escogen el lugar menos nocivo
Para vivir en orden y concierto.
¡Válgame Cristo, hijo de Dios vivo,
Y con cuánto descuido me divierto,
Al sabor de la miel, en lo que escribo,
Por la que rescatamos en el puerto!
Quiero, quiero volver mi pluma flaca
Al pueblo do partí, que es Buritaca.

Eramos todos pues de condiciones
Tan blandas con el bárbaro vecino,
Que hasta de los mas bajos ancones
El contracto teníamos contino,
Y sin hallar en él perturbaciones,
Se frecuentaba bien aquel camino,
Hasta que Ursúa revolvió la tierra,
Y con su daño la dejó de guerra.

Pues antes el cobarde y el valiente
Por los pueblos pasaba sin rodela,
Y desde Santa Marta yo sin gente,
Como quien el peligro no recela,
Con solo mi caballo y un sirviente
Fué y vine hasta el Cabo de la Vela:
Calderon de la Barca, que es amigo
Destos negocios, me será testigo.

El cual también anduvo la jornada
Hecha sin el recato necesario,
Y este riesgo corrió Juan de Cañada
A quien hoy tiene Tunja por vicario,
Cuya virtud de todos estimada
Elogio merecia no sumario;
Mas son las semejantes valentías
Cierto hervor de juveniles dias.

Otras temeridades peregrinas
Por parecer dudosas no decimos,
Y en parte no parecen ser indinas
De la tener en esto que escribimos;
Mas cumple ya labrar aquellas minas,
Que fué lo principal á que venimos,
Conmovidos de voz que no fué flaca
Para ver las corrientes de Guachaca.

En cuyo compás hay ciertas quebradas
Que de cercanos altos vienen llenas,
Y manifiestan siendo cateadas
Cómo crian también doradas venas
Aquellas faldas de sierras nevadas,
Cuyo ímpetu roba las arenas,
Por venir muy enhiestas las corrientes,
Y ser lo bajo cumbres eminentes.

Y hay hasta lo mas alto tales ratos
Donde la nieve ven perseverante,
Que tengo por menor al monte Atos
Y aquel que se nombró del rey Atlante:
La nieve, dicen hombres insensatos,
Ser piedra blanca, clara, rutilante,
Aunque por ojos y razon se pruebe
Ser lo mas alto verdadera nieve.

Y ansí con tiempos claros y serenos,
Bien mirada la cumbre donde toca,
A veces vemos mas á veces menos,
Unas veces hay mucha y otras hay poca
Por derretirse parte de sus senos,
Y aun para confundir opinion loca
Veremos en los tiempos mas lucidos
Venir los ríos claros y crecidos.

Luego pues nuestra gente determina
Con negros y con indios y gran grita
De labrar la quebrada mas vecina,
Cerca del pueblo dicho Maconchita:
Cada cual sus cuadrillas encamina,
Y fuemos al lugar que se recita,
Cuyas alturas son de tal manera
Que se sube lo mas por escalera.

Escepto pasos, no tampoco llanos,
Sino mesas que no son tan enhiestas;
Mas escalones van hechos á manos
(En las que son insuperables cuestas
Que no pueden subir los piés humanos)
De lajas grandes anchas bien compuestas,
Y escalas hay que tienen reventones
De mas de novecientos escalones.

Muchas en estas sierras son mayores;
Y en partes prolijísimas calzadas,
No faltas de grandezas y primores
Y de hermosas lajas enlosadas,
Que arguyen gran potencia de señores
Que solian tener sierras nevadas,
Y en los remates dellas y recuestos
Hay poderosos mármores enhiestos.

Llegamos todos pues á la quebrada
Dicha de Maconchita, cuyos lados
Tienen por guarnicion peña tajada,
El altura de mas de cien estados,
Y aunque la baja peña va robada
Por los lugares mas acomodados,
Las barras, almocafres, azadones
Desenvuelven recodos y rincones.

Estaban á la mira castellanos
Deseando de ver ya los secretos,
Y en comenzando de mover las manos
Regocijáronse blancos y prietos,
Por descubrir allí tan buenos granos
Que movieran los pechos mas quietos;
Y ansí cada cual viendo las señales
Se prometia prósperos caudales.

El uno va cantando y otro salta
Al son de sus placeres y contentos,
Creyendo como debe ser sin falta
Tierra de prosperados nacimientos,
A poder subyectar la tierra alta
Y con seguridad ver sus asientos;
Porque segun las muestras de riqueza
Los nacimientos son de gran grandeza.

Pero por carecer de vertederos
O remanses que tiene tierra llana,
Y ser soberbios los despeñaderos
Que contiene la tierra comarcana,
Granos de los auríferos veneros
Van á dar á la mar que está cercana,
Do hasta las arenas van barridas
Con las impetuosas avenidas.

Antes pues que subamos á lo alto
Del agua que procede desta breña
El golpe todo junto hace salto
Con una decaida no pequeña,
Y el curso, de rüido nada falto,
Tiene cavada ya la dura peña
Y de seis brazas larga pozo hecho,
La boca y ancho dél no muy estrecho.

Y como por allí siempre corria,
Sin poder declinar por algun lado,
Y en lo alto del salto se cogia
Alguna cantidad de oro granado,
Grandísima sospecha se tenia
Estar allí gran golpe represado:
Fué pues Francisco Caro pretendiente
De desaguar el pozo con su gente.

No faltaron también otros hermanos;
Y ansí para hacer lo que refiero
Siendo bien menester copia de manos,
A Joan Ortiz tomó por compañero,
Un tio de Miguel de Castellanos,
Que no mucho después fué tesorero:
El agua no podia ser mudada
Por ser altísima peña tajada.

Y porque la grandeza del berrueco
Por ningun modo puede ser rompida,
Viendo disposicion de tiempo seco
Canal acomodada fué traida,
Por cuya longitud y cuyo hueco
Podia ir el agua recogida;
Y con solicitud que no fué poca
La pusieron encima de la boca.

Viendo pues ir el agua por enclusa,
Haciéndose riquísima promesa
Comienzan á vaciar aquella sima
Con cubos y con baldes á gran priesa:
El mas acobardado mas anima;
Hierve la diligencia, que no cesa;
Anda la obra sin que cesen della,
De tal suerte que ya hacian mella.

Indios buzos entraron sin recelo
Al tiempo que los otros lo vertian,
Mas no pudieron bien mirar el suelo
Para certificar lo que querian;
Pero sacaron como por señuelo
Hojas que de los árboles caian,
Y entrellas ciertas niguas de buen oro,
Como por certidumbre de tesoro.

En su prosperidad cada cual piensa;
Y estando de esperanza todos llenos,
Obscurísima nube se condensa
Con furia de relampagos y truenos,
Y tempestad de pluvia tan inmensa,
Que se hincheron cóncavos y senos:
Quedóse como antes nuestro pozo,
Y dentro de sus aguas nuestro gozo.

Al fin por estos dichos reventones
Permanecieron nuestras compañías,
Sacando por allí dorados dones
No por pequeño número de dias;
Después mudamos nuestras poblaciones
Y hecimos de nuevo rancherías
Entre Tapi y el paso de Marona,
Do tiene pueblo la real corona.

De la costa del mar breve desvio,
En parte rasa como les conviene,
Sácanse ricos granos en un rio
Que de San Salvador renombre tiene:
Allí por dar la tierra buen avío
La gente peregrina se detiene,
En los campos tomando propriedades
Para hacer estancias y heredades.

Nunca nos perturbó gente de guerra,
Ni fué con nuevas obras provocada.
El compás y distancia desta tierra
Se llama comunmente la Ramada,
La cual hasta las faldas de la sierra
Es toda de grandísima llanada:
Partes son montes, partes campo raso,
Do toman lo que hace mas al caso.

Un Bartolomé de Alba, después desto,
Del nuevo reino fué con provisiones
Para fundar allí pueblo compuesto
Con las acostumbradas condiciones:
Nombre de Salamanca le fué puesto,
Donde duran cristianas poblaciones,
Por ser aquel lugar al habitante
De frutos y maíces abundante.

Y los señores de la granjería
De perlas allí hacen sementeras,
Y tienen sus estancias todavía
Por la fertilidad de sus riberas,
Siempre los indios en la pesquería,
Por no les dar su libertad de veras,
Aunque vinieron otras muchas veces
Para los libertar otros jüeces.

Pues demás del obispo ya nombrado,
Se proveyó Joan Perez de Tolosa,
Y no mucho después Pablo Collado,
Ninguno de los cuales hizo cosa,
Dejándolos en el primer estado
Y en su captividad calamitosa,
Con un cierto color y condiciones:
Tanto pueden las perlas y otros dones.

Hacen al fin que mandes y desmandes
Y juzgues cosa mala por muy buena;
Pero después llegó Pero Fernandez
De Bustos, que gobierna Cartagena,
Y visto los abusos ser tan grandes,
Acabó de romper esta cadena;
Y libre ya la índica ralea,
Sacan perlas con gente de Guinea.

En esto permanecen todavía
Y permanecerán los sucesores,
Porque no faltará la granjería
Entre tanto que oviere pescadores,
Por ser caudal que siempre la mar cría
Y allí ser apropriados los humores:
Costa de agua tan necesitada
Que no se mezcla dulce con salada.

De la continuacion deste camino
Diversa pretension mis piés aparta;
Pero mucho después cierto vecino
Me dió muy larga cuenta por su carta:
Cómo don Lope de Orozco vino
A ser gobernador de Santa Marta,
Y á poblar envió gente novela
Mas arriba del Cabo de la Vela.

No dejaron de concebir malicia
Los de la granjería de presente;
Mas don Lope, constando por justicia
A su gobernacion ser competente,
Y tener demás desto ya noticia
Haber allí gran número de gente,
Determinó fundar pueblo con vara,
El cual no fuera malo si durara.

Llámase la provincia Macoira,
Tierra de serrezuelas y de llanos.
La poblacion causó no poca ira
Al mariscal Miguel de Castellanos:
Infámanlo, mas creo ser mentira
E invencion de pérfidos cristianos;
Pero dicen al fin que por su mando
Formó rebelion bárbaro bando.

Son intenciones falsas y malinas
Que no perdonan las mas altas cumbres,
Pues á guanebucanes y cocinas
Bastaba para sumas pesadumbres
Ver gentes castellanas tan vecinas
Perturbando sus usos y costumbres,
Para hacer guerreros movimientos,
Y mas habiendo malos tractamientos.

Esto fué por el año de setenta
Y siete, poco mas, segun se muestra:
No fué la poblacion poco sangrienta,
Por ser la gente della poco diestra,
Y á guerreros asaltos muy atenta
La otra de la bárbara palestra,
En fuerza y en esfuerzo y en aliento
Potente, y en soltura como viento.

Y díceme Juan Perez, un sillero
Que paseó los llanos y la sierra,
Que si se cuentan todos por entero,
Habrá sobre seis mil hombres de guerra,
Recogidos en el rincon frontero,
De diversas naciones de la tierra:
Confinan todos con el alaguna,
Y no muchas jornadas, sino una.

Nombró don Lope pues por su teniente,
Para poblar en esta pertenencia,
A Hierónimo Lerma, diligente,
Mas para guerra falto de esperiencia,
Y dos hermanos suyos juntamente
Criollos y de noble descendencia,
Y fué su padre Francisco de Lerma,
Cuya bondad no vimos ser enferma.

Poblaron finalmente los hermanos
Con otros que podrian ser cuarenta;
Y por todos los indios comarcanos
Una sincera paz se representa:
Y ansí con el trabajo de sus manos
El pueblo fabricado se sustenta,
Do sin adivinar malos reveses
Residirian como cuatro meses.

Debajo de las cuales amistades
Los bárbaros feroces les servian,
Trayendo para sus necesidades
Aquellos materiales que pedian;
Pero pasaron importunidades
A pedilles el oro que tenian,
Entrando por sus pueblos á buscallos
Muchas veces sin armas ni caballos.

No todos juntos, pero divididos
Por asientos y partes diferentes,
Sin considerar males sucedidos
De semejantes inconvinientes;
Y como mozos locos y perdidos,
Llenos de juveniles accidentes,
Cada uno se pensaba ser un muro
Para poder dormir sobre seguro.

Estando pues los Lermas cierto dia
Entrellos, sin sospecha de su lloro,
Un principal cacique les traia
Algunas joyas no de muy buen oro;
Y el Juan de Lerma que las recibia,
Con ira, sin guardalle su decoro,
Con los dones, por vellos no ser ricos,
Al cacique le dió por los hocicos.

El bárbaro no hizo sentimiento;
Mas viendo tan notoria destemplanza,
Con disimulacion en el momento
Propuso de tomar llena venganza;
Y ansí luego salió del aposento
Y apercibió macana, dardo, lanza,
Haciendo señas, sin abrir la boca,
A las cuales su gente se convoca.

No va con tal vigor tras veloz cierva
El moloso lebrel que ven sus ojos,
Cuanto furor llevaba la caterva
Para satisfacer á sus enojos:
Macanas largas, flechas no sin yerba,
Y dellas crecidísimos manojos,
Halláronlos con muy quïeto pecho,
Y acaso se reian de lo hecho.

Con el rüido del arremetida
Pálido sobresalto los despierta:
Desean los remedios de su vida,
Y el esperanza sáleles incierta.
¡Oh cuántas veces piensan su hüida!
Pero fortuna no les daba puerta.
Al fin salen á ellos como buenos,
Porque ya no podian hacer menos.

Villana cobardía se desecha
Del filo del espada castellana;
Pero su filo no les aprovecha,
Pues prevalecen golpes de macana:
No pueden resistir á tanta flecha,
Ni dellos queda ya persona sana;
Y ansí los lleva fiero movimiento
Como á pajas menudas recio viento.

El ímpetu fué tal y de tal suerte,
Que cada cual de vida desespera;
Mas flacos son los golpes del mas fuerte
Que de la mas cascada cañavera:
Murieron treinta y seis de mala muerte;
Murieran muchos mas si mas oviera.....
Un muchacho huyó del mortal sueño,
Que no lo vieron ir por ser pequeño.

Este, que con aliento los piés mueve,
Pudo ver el lugar recién poblado,
Donde quedaron solamente nueve;
Los cuales en negocio tan pesado
Tomaron el acuerdo que se debe,
Que fué poner en fuga su cuidado,
Y á no ser tan veloce la partida
También partieran ellos de la vida.

Eran la mayor parte chapetones,
Rústicos labradores y villanos,
Los cuales en aquestas ocasiones
Fiaron mas de piés que de sus manos:
De sed pasaron grandes aflicciones,
Hasta llegar á pueblo de cristianos,
Adonde procuraron dar cumplida
Cuenta de la desgracia sucedida.

El caso percebido por don Diego,
Hijo del buen don Lope que ya digo,
Pareciéndole mal mucho sosiego
En ir á castigar al enemigo,
Con sesenta soldados partió luego
A las ejecuciones del castigo:
Pero Rüiz de Tapia lo seguia,
Hijo del otro desta nombradía.

Con los que van subyectos á su mando
Entró por las primeras poblaciones,
Prendió ciertos caciques en llegando,
Y enviólos en ásperas prisiones:
Después se congregó bárbaro bando
Para domar cristianos corazones,
Y acometer feroces y crüeles,
Segun á ciervos tímidos, lebreles.

Asalto fué no poco riguroso
Por tomallos un poco descuidados,
Y con aquel furor impetüoso
Mataron luego dos ó tres soldados
Y un docto sacerdote religioso,
El cual cayó los pechos traspasados:
Finalmente, demás de los caídos,
Quedaron otros muchos mal heridos.

En aquesta crüel arremetida,
Como fortísimo leon de Caspia
Don Diego de Orozco no se olvida
De su generosísima prosapia;
Su buen valor ansimismo convida
Al capitán Pero Rüiz de Tapia,
Rompiendo con caballos y peones
Por duros y feroces escuadrones.

Desbarataron la mayor pujanza
Haciendo cada cual heroicos hechos:
Sanguinolento hierro de la lanza
Traspasa las espaldas y los pechos;
Pero no fué tan grande la venganza
Que con ella quedasen satisfechos,
Mas índica cuadrilla fué rompida
Y entonces los pusieron en hüida.

Pero no por se ver ansí corridos
Su furia se mitiga ni resfría,
Por ser feroces, bravos y atrevidos
Los bárbaros de aquella compañía;
Y ansí los nuestros son acometidos
Otras dos veces en el mismo dia,
Con tal furor y tan impetüoso
Que no les daban punto de reposo.

Y en el mayor rigor del marcio fuego,
Cuando hicieron su postrer venida,
La mano traspasaron á don Diego,
Donde quedó la flecha detenida,
Estorbando la lanza de su juego
A causa de ser mala la herida;
Pero con todo esto los rebate,
Y ansí cesaron del postrer combate.

Viendo pues enemigo tan molesto
Y que su gente toda lo recela,
Determinó salirse con el resto
Sin querer mas allí hacer candela:
E yo también me salgo con aquesto
De la costa del Cabo de la Vela,
Por no saber agora desta playa
Otros negocios mas que nuevos haya.

HISTORIA Y RELACION

de las cosas acontecidas en Santa Marta desde su primera poblacion. Y esta primera elegía es á la muerte de su primer gobernador que fué don Rodrigo de Bastidas.

CANTO PRIMERO.

A Santa Marta llega ya mi pluma,
Do tractaremos cosas principales,
Mas no de tal manera que presuma
Podellas esplicar por sus cabales;
Pero haremos una breve suma
Tocando las que fueron sustanciales,
Porque ningun historiador pudo
Contar todas las cosas por menudo.

Mas en prosecucion de mis intentos
Haremos relacion con verdad pura
De casos varios y acontecimientos,
Ya de ventura, ya de desventura,
Los cuales me parece que son cuentos
Dignos de se poner en escriptura,
E ya muy olvidados de la mano
De todo coronista castellano.

Provea de favor en la carrera
Y aparte las obscuras pesadumbres
Aquella luz y lumbre verdadera
Que procede del Padre de las lumbres,
Siendo la Virgen pura medianera,
A quien para subir tan altas cumbres
He suplicado que me dé la mano
Porque no sea mi trabajo vano.

En aqueste favor pues confiados
Diremos algo destas poblaciones,
Las cuales estarán en once grados
O poco mas, segun hay opiniones:
A Gaira y Concha tienen á los lados,
Con otros que llamamos los ancones,
Y el puerto principal es de manera
Que por bueno le llaman la Caldera:

Que de todas tormentas está horro
Por amparallo dos puntas ó rocas,
En medio de las cuales hay un morro
Que forma dos entradas ó dos bocas;
Y ansí de navegantes es socorro,
Seguros bien de las borrascas locas:
Es puerto limpio, de cabal fondura,
Y contiene de dentro gran anchura.

Es aquesta marítima ribera
Montaña de grandísima frescura,
Y la continüada cordillera
Allí levanta su mayor altura:
La gente natural desta frontera
Ninguna para guerra fué mas dura,
Tanto, que pongo duda que el de Chile
Las grandes fuerzas destos anihile.

Tienen flechas y arcos no pequeños,
Gruesos, y mal labrada la madera,
Mas por fuerza los hacen ser cimbreños
Hasta hacer juntar el empulguera:
Tanto mal hacen como duros leños
Si á manteniente dan en la mollera,
Pues su golpe la hace dos pedazos
Al tiempo que ya vienen á los brazos.

Tan terrible vigor su tiro lleva,
Que fuera de guerreras confusiones
A uno le hicieron hacer prueba
Sobre corazas armas de algodones,
Y traspasólo todo como breva,
Siendo de palo puro los arpones:
Ponen arnés, por ver si lo pasaba,
Mas en aquel la flecha deslizaba.

El tiro del carcaj va siempre lleno,
Cuando se ven en bélica porfía,
De pestilencialísimo veneno
Que mata dentro de natural dia,
Algunos al tercero y al septeno,
Con rabia que de seso los desvía,
Y aun ellos se darian mala muerte
Si los dejasen solos desta suerte.

Gente de gran vigor de su cosecha
Es toda cuanta por allí confina,
Y de mayor valor y mas bien hecha
Cuanto se acerca mas á la marina:
Arma comun de todos es la flecha,
Que pocas veces halla medicina;
Tiran perdidas ciertas silbaderas
Por emplear las otras mas de veras.

Vístense de algodon de tela fina,
Y muchos dellos tienen solamente
A las espaldas una mantellina,
Y todo lo demás anda patente:
A mas honestidad mujer inclina
La parte que llamamos impudente,
Con manta de algodon por la cintura,
Y otra de lo demas es cobertura.

Tienen las hembras buenos pareceres,
Y por la mayor parte los varones
Celan en gran manera las mujeres,
Demás de ser malditos bujarrones:
Entrellos hay algunos mercaderes
Y sus maneras de contractaciones
Con los que están muy dentro de la sierra,
Que no pequeños términos encierra.

Usan en regocijos y en sus fiestas
De ricas y galanas vestiduras,
De plumas admirablemente puestas
Que forman varias flores y figuras:
Son gentes entre sí tan deshonestas
Que las espaldas andan mal seguras,
Y en cualquiera lugar claro y oculto
Se hallan muchos Príapos de bulto.

Son cerimoniáticos algunos,
O todos en grandísima manera,
Y tienen prolijísimos ayunos
Por sus hijos ó por su sementera;
Y entonces solamente los alunos
A cosas necesarias salen fuera:
Carne no comerán de ningun arte,
Sino pescado por la mayor parte.

Hay en sus muertes un prolijo lloro,
Do cuentan sus desastres ó venturas;
Entiérranse con muchas joyas de oro,
Segun vimos en muchas sepulturas,
A las cuales le guardan su decoro
Segun sus ceremonias y locuras;
Pues muchas de personas señaladas
Entrellos suelen ser reverenciadas.

Adoran los planetas y los sinos
Regocijándose por los oteros;
Hay muchas adevinas y adevinos
Y grande cuantidad de hechiceros,
Que dicen un millon de desatinos
Acerca de los tiempos venideros:
Dan al demonio lo que no merece
Pintándolo del arte que parece.

De yucas y maiz es su comida,
De lo cual ansimismo hacen vinos;
De fructos es la tierra bastecida
Silvestres, que no labran los vecinos;
Es larga serrania y estendida
Toda de fragosísimos caminos;
Hay parras por los árboles tendidas,
De racimos de uvas proveidas.

Aquestas son labruscas naturales,
Cuyos gustos allí no son inicuos,
Racimillos pequeños, pero tales
Que hacen pegajosos los hocicos.
Los indios de la tierra principales
Y aun todos los demás eran muy ricos,
Pues solian hallar tiempo pasado
Entrellos cuantidad de oro labrado.

Y ansí con este cebo los varones
Primeros en correr estas partidas,
Rescataban de paz por los ancones
Y volvian las bolsas proveidas:
Fué principal en estas ocasiones
El capitán Rodrigo de Bastidas,
Que en Haiti, do tenia su reposo,
Se hizo con los tractos caudaloso.

Sus principios no fueron tan profundos
Cuanto los pintan otros que escribieron,
Pues que nos consta ser de los segundos
Que con el ínclito Colon vinieron,
Y no del número de vagabundos,
Mas uno de los que mejor sirvieron;
Y ansí con los navíos y á su costa
Descubrió mucha parte de la costa.

Encumbrándolo mas en pensamiento
Riquezas, segun tienen de cosecha,
Esto pidió por adelantamiento,
Y por el rey le fué la merced hecha,
Señalándole límite y asiento
La costa de la mar via derecha
Hasta llegar al Cabo de la Vela,
Y norte sur lo que la tierra cela.

Año de veinte y seis sobre quinientos
Llegó con buena copia de soldados,
Tan escogidos para sus intentos
Que fueron con razon solemnizados,
Y en las entradas y descubrimientos
Ningunos en valor mas señalados:
Dia de Santa Marta tomó puerto,
Y este nombre le dió comun concierto.

Como quinientos hombres fué la gente
Que para la conquista con él vino:
Fué Juan de Villa-Fuerte su teniente,
Y capitán Rodrigo Palomino;
Fernán Bermejo, mozo muy valiente,
Ortuño, Ortiz, Bazantes y Causino,
Un Montesinos y Cristóbal Sierra
Con otros valerosos para guerra.

Celebró paz con indios comarcanos,
Y para fundar pueblo, la montaña
Talaban españoles con sus manos,
De que no se causó pequeña saña:
Al fin en agradar á sus cristianos
El Bastidas se daba mala maña,
Pues traian á cuestas la madera
De la montaña hasta la ribera.

Fué no querer mandar los naturales,
Y fatigar la gente de quilates,
Orígen y principio de sus males
Y causa de grandísimos dislates;
Mas eran sus intentos principales
Valerse de la paz y de rescates,
Y ansí de ningun arte consentia
A los indios hacerse demasia.

Menos quiso prestar consentimiento,
Habiendo ya de hambre grande plaga,
Tomarse de los indios alimento
Sin que por ello diesen justa paga;
Mas él daba raciones al hambriento,
En descontento de la gente vaga,
Por ser cazabi solo con tasajos,
Que mal satisfacian sus trabajos.

Comian todos pues carne salada,
Y tal que por ventura ya hedia;
Encharcaban en agua delicada
Con los calores grandes que hacia:
Cayó luego la gente regalada
Y el que ningun regalo conocia;
Morian con grandísima miseria
Del mal de flujo dicho disenteria.

Pocos de los enfermos escapaban,
Antes fué tan crüel la desventura,
Que dos y tres y mas cuerpos echaban
Juntos en una misma sepultura:
A muchos cuasi no los enterraban,
A causa de hallar la tierra dura
Y tener debilísimas las manos
Los de mayor vigor y los mas sanos.

Viendo la perdicion de tantas vidas,
O con razones y con sinrazones
En comun se quejaban del Bastidas,
No sin gran multitud de maldiciones,
Como suelen personas afligidas,
Y mas en semejantes aflicciones;
Fué Villa-Fuerte mas que duro guijo,
A quien Bastidas le llamaba hijo.

Pues en las ocasiones de que hablo,
Habiéndolo nombrado por teniente,
Y en su boca no ver menos vocablo
Que hijo muy amado comunmente,
De furor revestido del diablo,
Determinó matallo malamente;
Y no faltaron otros malos pechos
En las ejecuciones destos hechos.

Como Pedro de Porras y Bazantes
Con el dicho teniente conjurados,
Y estos llevaron otros ignorantes
Del yerro para que fueron llamados:
Mas conocieron bien de sus semblantes
Como debian ir apasionados,
Sin poder en aquella coyuntura
Imaginar tan pérfida locura.

A las ejecuciones del intento
Corren los tejedores de la trama:
Los dos entraron en el aposento,
Hallaron al Bastidas en la cama
Sin sospechar tan gran atrevimiento,
Aunque se rezumaba ya la fama,
Y con palabras muy desacatadas
Villa-Fuerte le dió tres puñaladas.

A las voces y gritos del mezquino,
Que llamaba criados y parientes,
Acude con presteza Palomino
Y los mas alentados destas gentes;
Luego por la montaña sin camino
Se metieron los dichos delincuentes,
Y por entonces no se fueron lejos,
Hasta ver bien de su maldad los dejos.

Estando pues aquestos alterados
Por arcabucos y cañaverales,
Parece ser que fueron avisados
No mostrar las heridas ser mortales,
Y ansí volvieron mas determinados
De cortar los espíritus vitales:
Sabido su furor luciferino,
Tomó luego la puerta Palomino.

Por estar el mas número doliente
Acudir no pudieron al instante,
Mas él no sin estremo de valiente,
Tan fuerte se mostró con un montante,
Que de la compañía delincuente
Nadie pudo pasar mas adelante,
Antes confusa y en temor resuelta
Para los arcabucos dió la vuelta.

Metiéronse muy dentro de la sierra
Viendo tan mal parada ya la cosa,
Con ser populosísima la tierra
De gente por estremo belicosa,
Y ninguna de paz, sino de guerra,
Y de cristiana sangre cudiciosa:
Serian estos doce compañeros
Valientes, esforzados y lijeros.

Nunca pasaban, sino de corrida,
Por selvas y montañas sin camino;
De noche recogian la comida
De rocas ó labranzas del vecino,
No con pequeños riesgos de la vida,
Anejos á su grande desatino;
Otras algunas veces dan de dia,
Pero no siempre bien les sucedia.

El mas que miserable Villa-Fuerte
Reconocia ya sus desconciertos,
Por que peregrinando desta suerte
Por los indios habian de ser muertos;
Promételes también infame muerte
Volver á Santa Marta y á sus puertos,
Y habian ya de los soldados buenos
Los indios hecho tres ó cuatro menos,

En algunas refriegas bien reñidas;
Pero dejallos hemos por agora,
A causa de volvernos al Bastidas,
Que por la mala cura no mejora;
Antes le dicen que con mas heridas
Ha de dar cabo dél gente traidora,
Los cuales esperaban coyuntura
Metidos en el monte y espesura.

Y que no sanará como no haya
Cirujano que sea suficiente;
Y ansí le dicen todos que se vaya
Y salga de una tierra tan doliente,
Pues que tiene navíos en la playa,
Sin faltalle recado conviniente,
Y un Alonso Miguel, diestro piloto,
El cual con todos era deste voto.

Al fin en general todo su bando
En este parecer malo consiente,
Y Palomino, mas duro que blando,
También le persüade grandemente,
A trueco de quedarse con el mando
Por estar ya nombrado por teniente:
Quel ambicion convierte muchas veces
Las loables costumbres en soeces.

Y ansí quieren decir que Palomino
Al Alonso Miguel le dió cohecho,
A fin de que torciese su camino
Y á la Española no fuese derecho;
Y no fué la sospecha desatino,
Segun se vido claro por lo hecho,
Pues para ser patente su concierto,
En la isla de Cuba tomó puerto.

Donde Gonzalo de Guzmán tenia
Gobierno por Colon, el almirante,
Y entrel Bastidas y el Guzmán habia
Enojos y rancor no bien sonante,
Por ocasion de cierta niñería
Usada por Bastidas poco ante;
Y para que se sepa la querella,
Quiero decir aquí la causa della.

En aquella sazon y tiempo, cuando
El Bastidas tomó las posesiones
De su gobernacion y de su mando,
Parece ser que fué por los ancones
Un Gonzalo de Vides rescatando
Esclavos, oro, mantas y otros dones
Por parte del Guzmán, que dió navío,
Rescates, armas, tiros y atavío.

Bastidas, sin mirar por quién venia,
Quebró del amistad el noble gonce,
Tomando los rescates que traia,
Armas y dos ó tres versos de bronce:
Demás desto prendió la compañía
Y al dicho Vides y un Antonio Ponce,
De que Guzmán estaba muy corrido,
Y mas por ser amigo conocido.

Pero como lo vió de tal manera,
Condoliéndose del suceso malo,
Lo recibió con voluntad sincera
Y en su casa le hizo gran regalo:
El Bastidas buscó posada fuera,
Rindiéndole las gracias al Gonzalo
De Guzmán, por la gran magnificencia,
Y él se curó con suma diligencia.

Mas como por malicia de los guias
Aquel viaje fué de mucha dura,
Las medicinas fueron tan baldías,
Que por ninguna via tuvo cura;
Y ansí, después de diez ó doce dias
Le dieron honorosa sepultura:
En la Española tuvo mucha mano
Con obras de católico cristiano.

Segun los que mas saben deste cuento,
Fué principio y origen de sus males
No consentir hacer mal tractamiento
Ni robos en aquellos naturales:
Honró Guzmán aquel enterramiento
Con otros muchos hombres principales;
Y encima de la losa por él puesta
Dejaron una letra, que fué esta:

Hic tumulus condit Bastidæ saucia membra
Quæ fixit gladio nuper acerba manus.
Ipse quia dives virtute et robore prestans,
Dux Sanctæ Martæ primus in orbe fuit.

Aquí hace su manida
Don Rodrigo de Bastidas,
Que con crüeles heridas
Acabó la dulce vida.

Tuvo pujanza y valor,
De riquezas copia harta,
Y ansí fué gobernador
Primero de Santa Marta.

Pues dió Bastidas fin á su camino
Por poca lealtad de su compaña,
Bueno será volver á Palomino,
El cual con su valor y buena maña
Hizo de paz á Gaira y al Dorsino,
Y el confin de la costa que el mar baña,
A Concha y á Nenguanje, Chengue, Cinto,
Y á Gairaca con otros que no pinto.

El bárbaro su gente le sustenta
Bastantísimamente de comida;
A todos los anima y los alienta,
Y á su provecho y honra los convida:
Toda la gente tiene tan contenta
Que cada cual porná por él la vida,
Y para mas aumento de su fama
Con los indios de paz los otros llama.

A los que vienen érales guardada
La paz y el amistad no sin recatos;
A los rebeldes daba trasnochada
Aunque se padeciesen malos ratos,
Tomando la mas gente descuidada
De tales sobresaltos y rebatos:
Tuvo para sus guerras y sus lides
Dos grandes y admirables adalides.

Un Fernán Vaez y un Fernán Bermejo,
Soldados que hicieron grandes hechos,
Muy diestros en sacar un rastro viejo
Por las selvas ocultas y desechos,
Sagaces en astucias y en consejo,
Por estremo sutiles en asechos,
Puestos con arcos, flechas y plumajes,
Posturas y meneos de salvajes.

Llegaban con obscuro desta suerte
Al pueblo que tomar se pretendia,
Tácitamente porque no dispierte
El morador incauto si dormia:
Acechaban del pueblo lo mas fuerte,
Cuántas casas, y cómo las tenia,
Volvian por su gente hecho esto,
Y á cada capitán daban su puesto.

La gente dividida y ordenada,
Cuando la dama de Titon venia
Hacen señal, y dan el alborada
Sobre la descuidada compañía:
Ensangrientan la lanza y el espada
Si la contraria parte resistia;
Mas siempre por allí menester era,
Por ser gente de suyo muy guerrera.

Encima de un caballo Palomino,
El cual tenia tal conocimiento
Que ya no parecia de rocino
Sino de racional entendimiento,
Corria por el áspero camino,
Como si fuera hijo de algun viento,
De noche tacitísimo su huello,
Sin rüido, relincho ni resuello.

El rocin Matamoros se decia,
Del Palomino mas que rica prenda,
Pues por instinto natural hacia
Lo que pide razon en la contienda,
Y á las necesidades acudia
Sin meneo de espuela ni de rienda:
Tordillo fué, no grande, mas bien hecho
Desde la baja cola hasta el pecho.

Puso los indios en tan gran cuidado
Con las insignes suertes que hacia,
Que muchos lo tenian retratado
De bulto de la suerte que venia
Encima del caballo, bien armado,
Con el adarga y lanza que blandia,
Y cuantidad de indios á los lados
Del riguroso yerro traspasados.

Hizo venir al yugo los de Zaca,
Abatió la soberbia Chairama,
Quebró las fuerzas de Mamalazaca
Y las inmites gentes de Irotama:
Por las riberas verdes de Guachaca
Tiemblan grandes caciques de su fama;
Temen los moradores en Origua,
Y no faltan temores en Bondigua.

Subyectó muchos otros deste modo
Soberbios, ferocísimos y bravos;
Temblaba del aquel terreno todo,
Que en guerra no supieron ser ignavos:
Todos el oro ya traen á rodo
Y muy crecido número de esclavos,
Que llevan á las islas los navíos
Para traer comidas y atavíos.

Y como ya bullia la moneda,
Veriades mil damas y galanes
Con ropas costosísimas de seda,
Granas, veinte y cuatrenes, perpiñanes
No se halla soldado que no pueda
Comprar ricas holandas y rüanes,
Pues antes la coleta y el anjeo
Solia ser el principal arreo.

Aunque venian ya de á la redonda
Indios de paz con joyas y presentes,
La gran ferocidad de los de Bonda
Huye del amistad de nuestras gentes,
Donde todas las noches hacen ronda,
Asegurando los inconvinientes
Que habian padecido sus vecinos
Por no velar entradas y caminos.

Diciendo, que las tales amistades
Traian mayor daño que provecho;
Y ansí hablaban mil bravosidades
Vaciando por la boca lo del pecho:
Mas no fueron tan faltas de verdades
Que no las confirmasen con el hecho,
Como podrian ser testigos ciertos
Gran muchedumbre de españoles muertos.

Pensando pues tomallos de improviso,
Quebrantar su furor y castigallos,
El valeroso Palomino quiso
Con el nocturno velo salteallos:
Mandó con gran secreto dar aviso
A los peones y á los de caballos;
Fernán Bermejo fué como solia
Adelante de todos por espía.

Tiene Bonda zavanas ampliadas
Que cercan el compás de su frontera,
Pero para llegar á sus moradas
Habian de subir por escalera
De losas bien compuestas y fijadas,
Segun que muestra la presente era:
Subir no puede quien caballo trajo,
Y ansí siempre se quedan en lo bajo

Subió Bermejo con el aparencia
De indio por lugares encubiertos:
El sitio mira con el advertencia
Que suelen adalides muy espertos;
Mas aunque tuvo suma diligencia,
No pudo ver las velas de los puertos,
Bajó donde quedaban de presente,
Y llevó los peones desta gente.

Acaso vieron encendida mecha
Indios que velan en un altozano,
Y teniendo por cierta la sospecha
En que debia ser algun cristiano,
Apuntan á la lumbre con la flecha,
Clavándole la mecha con la mano;
Y como se quejó, sienten rüido,
Y ansí dieron gran grita y alarido.

Sale luego la gente que dormia,
No sin algun temor de tal asalto;
Por una y otra parte se tendia
Ocupando de pasos lo mas alto:
Vuela la venenosa flechería,
De que ninguno dellos iba falto;
Tantas descienden y con tanta priesa
Como gotas de pluvia muy espesa.

El español al fin se desatienta
Viendo la muchedumbre que acomete,
Y nadie dellos tiene por afrenta
Revolver en demanda del jinete:
Hirieron del primer encuentro treinta,
De los cuales murieron veinte y siete:
Suenan escudos y armas de peones,
Que van rodando por los escalones.

Bien como las ovejas caminando
Por alta y asperísima ladera,
Que del mejor camino resbalando
Aquella que llevó la delantera,
Todas ellas se van precipitando
Por do se precipita la primera,
Sin advertir ninguna del rebaño
Ser su camino para mayor daño:

Ansí los españoles, revolviendo
Tras las pisadas del que fué primero,
Unos sobre los otros van cayendo
Rodando por aquel despeñadero.
Sonaba de bocinas gran estruendo
Por todas partes del compás frontero;
Ansimismo se hunden los altores
Con el rüido de sus atambores.

Huyen pues los heridos, y los sanos
Por escaparse de que no los hieran,
Persiguiéndolos bárbaros villanos
Con intenciones de que todos mueran;
Hasta que ya bajaron á los llanos
Donde los de caballo los esperan,
Los cuales les salieron al camino
Y el águila con voz de Palomino.

Ya planetas y signos celestiales
Perdian resplandores de sus lumbres,
Por se manifestar rayos febales
Dorando las alturas de las cumbres,
Y la solicitud de los mortales
Repetia sus usos y costumbres
En tal manera, que cualquiera via
El bien ó el mal de dónde le venia.

Y á este tiempo bárbaros lozanos
Seguian con grandísima pujanza
El escuadron por lo tomar á manos,
Con sed insaciable de venganza;
Pero como bajaron á los llanos,
El Palomino meneó la lanza
Vertiendo por aquellos escuadrones
Sangre de los humanos corazones.

Y como nunca vieron otro tanto,
Sino tan solamente por la fama,
Cayó sobre los indios tal espanto
Que el fuego de los mas perdió la llama,
Y de la mayor fuerza por un canto
Gran parte con temores se derrama,
Causándoles confuso desatino
La priesa y el valor de Palomino.

Bien como plumas en lugar exento
Por ocasion alguna recogidas,
Que las saltea repentino viento
Con furias en sus soplos estendidas,
Derramándose todas al momento
Por diferentes partes estendidas;
O ya como montón de seca hoja
Que vuela sin haber quien la recoja:

De todos los que tienen llana tierra
Se hizo division desta manera,
Huyendo las borrascas de la guerra
Y aquel atropellar de bestia fiera,
Unos por los peñoles de la sierra,
Otros por el andén del escalera,
Quedando sin espíritu de vida
No poca gente por allí tendida.

Recogió Palomino sus soldados,
Ansí los sanos como los heridos,
Los cuales segun lances atrasados
Deste quedaron todos muy corridos:
A Santa Marta van encaminados,
Donde con lloro fueron recebidos,
Porque de conocidos por ser buenos
Quedaron luego veinte y siete menos.

Dejemos estas cosas desta suerte,
Y demos fin á los del mal intento,
Porque Porras con Joan de Villa-Fuerte
Tuvo palabras de desabrimiento,
Y por faltar allí quien los concierte,
Hicieron division y apartamiento:
La démás gente cada cual seguia
La parte que mejor le parecia.

El Porras se fué acia la Ramada,
Al otro pareció que le convino
Hacer á Santa Marta su jornada
Por ver en qué paró su desatino:
Entró siendo la noche ya cerrada,
Pero tuvo noticia Palomino,
Y dióse tan buen cobro con su gente
Que prendieron al dicho delincuente.

Y á causa de poder hacer absencia,
Por no tener en tierra buen avío,
Luego con la posible diligencia
Le dió segura cárcel un navío,
Que para ir á la real audiencia
De Santa Marta hizo su desvío;
Y después hecho cuartos tuvo muerte
El miserable Juan de Villa-Fuerte.

Paga de su maldad y su locura,
Que de tal romería tal venera;
Y en aquella sazon y coyuntura,
Que fué del español dichosa era,
Un caso sucedió de gran ventura
Si para su remedio le valiera,
Pero no mereció su maleficio
Gozar de tan insigne beneficio.

Entonces pues nació rey soberano
De las generosísimas entrañas
De la hija del gran rey lusitano,
Mujer del que fué suma de hazañas,
Y el heredero fué Filipo Magno,
Hoy rey universal de las Españas,
Por cuyo nacimiento malhechores
Alcanzaron perdon de sus errores.

Vistas las alegrías y perdones,
Procuró luego Juan de Villa-Fuerte
Aprovecharse destas ocasiones
Para poder librarse de la muerte;
Mas importunidad y esclamaciones
De los Bastidas fueron de tal suerte,
Que los doctos señores del audiencia
Mandan llevar al cabo su sentencia.

Pedro de Porras y Martin de Roa
Con otra gente desta camarada,
De ceiba hacen una gran canoa
En la costa que dicen la Ramada:
Entran los navegantes, y la proa
Para Santo Domingo fué guiada;
Van, por hüir de muerte merecida,
En grandísimo riesgo de la vida.

El mar en gran aprieto los ponia,
Combátelos el inconstante viento;
Mas con fuerza de brazos y porfia
Pudieron todos ir en salvamento:
Quizá nuestro Señor lo permitia
Para morir con mas conocimiento.
Libres pues de las aguas de Neptuno
Procuró su remedio cada uno.

Por ingenios y hatos de ganado
Cada cual de por sí va divertido,
Y el Porras por ser hombre señalado
Fué de cierto vaquero conocido:
Sábenlo los señores del senado,
Y fué por los Bastidas perseguido:
En efecto, segun el justo fuero,
Pasó por do pasó su compañero.

Otras cosas que sean sustanciales
Memoria cierta no me representa,
Porque muertos aquestos principales
De los demás hicieron poca cuenta;
Y ansí quiero volver á los anales
De Palomino, que valor aumenta,
Pues para sus designos tuvo ronda
Y se vengó muy bien de los de Bonda.

Domeñó la cerviz y duro cuerno
De la mayor pujanza de la sierra;
Ningun rigor jamás lo halló tierno
De cuantos ofreció la dura guerra:
Un año duraria su gobierno;
Y para lo tener en esta tierra
Envió con probanza copiosa
Al tesorero Pedro de Espinosa.

Llegó con sus poderes en España,
Pidió lo que su parte pretendia,
Gastó dineros, dióse buena maña,
Pero su diligencia fué baldía;
Pues al mayor pastor desta cabaña
Este dicho gobierno se pedia
Para García de Lerma, varon lleno
De lo que puede merecer un bueno.

Mas cierta nao para tomar puerto
A Santa Marta fué via derecha,
Y al Palomino dijo por muy cierto
Habelle sido ya la merced hecha:
No recibió las nuevas hombre muerto,
Sino quien ocasiones aprovecha
Creyendo las novelas del navío,
Y ansí mostró mayor valor y brío.

Entonces ansimismo por absencia
Del muerto, procurando de suplillo,
Los señores de la real audiencia
Determinaron de nombrar caudillo,
Y por tener en cargos esperiencia
Enviaron á Pedro de Vadillo,
Primo del oidor que residia
En aquella real chancillería.

A Santa Marta fué con tres navíos,
Ciento y ochenta buenos compañeros,
Adonde si llevaba buenos brios
No creo que halló menos aceros,
Pues hubo repiquetes y desvíos:
Y cierto, si no fuera por terceros
Tales que perturbaron el intento,
Vinieran en muy grande rompimiento.

Porque con tanta furia se destierra
Rodrigo Palomino de razones,
Que nadie consintió saltar en tierra,
Menos quiso cumplir las provisiones,
Y en la playa se puso para guerra
Cargando tiros y otras municiones,
Con gran solicitud y vigilancia,
Sin desarmarse mínima distancia.

Algunos de los de su compañía
Usaban en el caso tracto doble,
Y al Fernán Vaez, con quien él habia
Tenido siempre término muy noble,
Porque supo que todo lo movia,
Lo hizo suspender en verde roble,
Luego con hierro líquido, redondo,
Tentó meter las naos en el fondo.

Pero Vadillo viendo tal embargo
Y aquellas muestras de varon insano,
Hacerse con sus naos á lo largo
Le parecia ser consejo sano;
Y ansí con los que vienen á su cargo
A Concha se pasó, puerto cercano,
Adonde para buena ó mala suerte
En tierra y en la mar se hizo fuerte.

Sabido dónde estaban rancheados,
El Palomino fué para buscallos
Con doscientos destrísimos soldados,
Los treinta y cinco dellos en caballos,
Con armas de algodon encubertados,
Personas que sabian meneallos;
Y los demás que no calzan espuelas
Llevaban sus espadas y rodelas.

La voluntad de todos era harta
De se probar en este rompimiento;
Pero cuando salió de Santa Marta,
Deseando ponelles mas aliento,
El dicho Palomino los aparta
Para hacelles un razonamiento,
Fuera del pueblo ya la gente presta,
Y la substancia dél dicen ser esta:

«Señores, nunca hizo mano blanda
Buenos lances en bélica porfia,
Y aquesta pretension y esta demanda,
Que quiero llamar vuestra mas que mia,
Es porque sepa la contraria banda
Que no tenemos menos osadía:
Y pues que por vos va, correa y cueros
Conviene que pongais por defenderos.

»Porque si los que veis son posesores
De provincias y pueblos conquistados,
Siervos sereis adonde sois señores,
Y do podeis mandar sereis mandados:
Los que vienen serán antecesores,
Y vosotros sereis preposterados,
Porque con tal promesa hacen celo
Los que traen algun gobierno nuevo.

»Y si quererme bien también os mueve
Por respectos que buenos engrandecen,
A mi gran voluntad mucho se debe
Y mis obras que todo lo merecen;
Pues que no faltará con quien compruebe
Ser mas que las palabras os ofrecen,
Do hallareis pospuesto mi contento
A vuestro gozo y aprovechamiento.

»Nunca me vistes triste ni severo,
Nunca supe tener mala crianza;
En los trabajos fuí buen compañero,
En riesgos la primera fué mi lanza:
Si os quesistes valer de mi dinero,
Ninguno tuvo vana confianza;
Pues segun mis deseos y mis mañas
Quisiera daros hasta mis entrañas.

»Quien estos beneficios considera
Con la sinceridad que se requiere,
Debe, si su amistad es verdadera,
No rehusar morir do yo muriere:
Cuanto mas que no tiene mi bandera
Hombre que de victoria desespere,
Pues con dificultad son rebatidos
Los que nunca supieron ser vencidos.

»Huya temor de los ocultos senos,
Pues vais contra cuadrilla mal compuesta:
Nosotros somos mas, ellos son menos
Y fatigados de la mar molesta;
Ellos enfermos, y nosotros buenos,
Y tenemos las piedras y la cuesta;
Ellos un escuadron flojo, confuso,
Nosotros en la guerra mayor uso.

»Y pues en los recuentros que he tenido
Todos en general fuestes cabales,
En el presente solamente pido
Que me seais fieles y leales:
El gobierno me está ya proveido,
Segun dicen personas principales;
Si viniere, tendreis ilustre pago,
Y cada cual verá lo que yo hago.»

Como por estos españoles fuesen
Palabras semejantes entendidas,
Respóndenle que no se detuviesen,
Porque todos pornán por él las vidas,
Y setecientas vidas que tuviesen,
Pues serian por él muy bien perdidas;
Y ansí luego se fueron acercando
Do los otros estaban esperando.

Puestos en el lugar que se refiere,
Por una parte mar, por otra sierra,
Al Pedro de Vadillo se requiere
Procure de dejar luego la tierra,
Y que si pone dientes y no quiere,
Apareje las manos á la guerra;
Pues en el dia que presente era
Habia de quedar ó dentro ó fuera.

Diciendo Palomino ser teniente
Nombrado por Rodrigo de Bastidas;
Vadillo les responde claramente
Ser tales tiranías conocidas,
Y que no piensa de volver la frente
A fanfarronerías ni heridas:
Antes dice que rijan el alarde,
Pues para comenzar era ya tarde.

Viendo tan sin razon y tan contrario
Al dicho Palomino con Vadillo,
Y ser aquel un caso temerario,
Procuran por mil vias impedillo
Un fray Joan Perez, fraile mercenario,
Y un muy honrado clérigo Castillo:
Corren entrambas partes por los puertos
Tractándolos de medios y conciertos.

Hubo tan eficaces persuasiones
Y tan sagaces importunidades,
Que compelieron á los dos varones
A los efectos destas amistades
Debajo de honorosas condiciones,
Y fueron estas las conformidades:
Que mandasen entrambos juntamente
Hasta venir recado mas patente.

Los dos gobernadores se abrazaron,
Hecha solemnidad de juramento;
Oyeron misa, y ambos comulgaron,
Parten la hostia deste sacramento:
Unos y otros se regocijaron
Al parecer, sin otro mal intento,
Mas ninguno vivia descuidado
Y uno de otro siempre recatado.

Y el vulgo muchas cosas sospechaba
Que por ventura fueron vanidades,
Viendo que cada uno procuraba
Ganar las principales voluntades;
Y atrás en este caso se quedaba
Vadillo, por faltar las cualidades
De liberalidad, que es alcahueta
Con que la gente mucho se subyeta.

El Palomino muy mas compañero,
Mas liberal, mas mozo, mas afable,
En todos los peligros el primero,
Sin se le conocer vicio notable:
Vadillo ya mayor y mas artero,
Y en su conversacion menos tractable,
Para hacer mercedes duro seno,
Antes lo proveia de lo ajeno.

Vadillo por tener mayor pericia
En aquello que ley civil encierra,
Guiaba los negocios de justicia;
Y porque de los negocios de la tierra
Palomino tenia mas noticia,
Tractaba los negocios de la guerra:
Trajo también Vadillo por teniente
Hombre no menos sabio que valiente,

Que mucho con su buen seso remedia
En lo que ve confuso y alterado:
Aqueste se llamó Pedro de Heredia,
Siempre valerosísimo soldado:
Adelante diré de su tragedia,
Y cómo fué después adelantado
De Cartagena, do si tengo vida
Le daremos historia mas cumplida.

Siendo los dos que digo pretendientes
De salir cada cual con sus intentos,
Tenian ya buen número de gentes,
Que con deseo de descubrimientos
De partes y lugares diferentes
Se recogieron mas de setecientos;
Y así con muchos dellos Palomino
Hizo para la ciénaga camino.

Cuyos términos son al mediodía
La costa abajo acia Cartagena,
Recodo de crecida pesquería
Cerca del rio de la Magdalena,
Y de tan gran valor la granjería
Que al morador le da la bolsa llena;
Y el compás que la ciénaga rodea
Contiene mucha gente de pelea.

Pocigueyca la cerca por un canto,
Provincia que contiene gran altura,
De nuestros españoles tal espanto,
Que nunca se vengó la sepultura
De los que solemniza tierno llanto,
Muertos á manos desta gente dura;
Y es hasta hoy allí cosa notoria
Que ningun español cantó victoria.

Llegada pues la gente y estandarte
De los cristianos al ancon que digo,
Tomaron indios la contraria parte
Do no pudo pasar el enemigo:
Los nuestros los llamaron de buen arte,
Mas ellos amenazan con castigo,
Tirando flechas y haciendo fieros
Y aun hirieron algunos compañeros.

Por pelear los indios con desvío,
Vióse desesperado Palomino,
Y porque carecia de navío
Para hacer por agua su camino:
Con el orgullo grande de su brio
A tal furor y á tal demencia vino,
Que encima del caballo bien armado
Intentó solo de pasar á nado.

Y así por lo fondable fué nadando
En Matamoros su caballo bueno,
Que va saladas ondas apartando
Como veloz delfin en ancho seno;
Mas como lo mas fondo fué faltando,
Detiénele los piés limoso cieno,
Sin que su gran vigor fuese bastante
Para poder pasar mas adelante.

Como los indios vieren deste modo
Al valido rocin y á quien lo guia,
Y que de las prisiones deste todo
Ir atrás ni adelante no podia,
Con grita que se hunde el valle todo
Descargan increïble flechería
En el caballo y en el caballero,
Bien así como suelen en terrero.

Nunca para matar á bestia fiera
Con armas se juntaron tantas manos;
No tantas puyas echa talanquera
A toro rodeado de villanos;
No viento levantó de la ribera
Del arena menuda tantos granos:
Cuantas flechas venian con veneno
Contra los detenidos en el cieno.

Aunque ya traspasados los ijares,
El buen caballo sin perder aliento
Forcejo por salir de los lugares
Que causaron tan grave detrimento,
Y vuelve por lo fondo destos mares
A poner su señor en salvamiento;
E ya llegados á seguro puerto,
El ilustre caballo cayó muerto.

Fué muy grande la lástima que hizo
En ser tan sin remedio la fortuna,
Aunque primeramente satisfizo
Al amo que sacó del alaguna;
Cuyo cuerpo de flechas un herizo
Salió también, sin lo herir alguna,
Ni jamás á su cuerpo dió herida
Recuentro ni batalla muy rompida,

Con ser en los peligros el primero
Y en osadía mas aventajado,
Y herir uno y otro compañero
Conjuntos y pegados á su lado,
Aunque los otros fuesen con acero
Cubiertos y él el cuerpo desarmado:
Lo cual á gente sabia y á sencilla
No causaba pequeña maravilla.

En no le penetrar flechas sutiles
Habia sido su ventura tanta,
Que si confabularan hoy gentiles
Como los que la musa vieja canta,
También dijeran ser segun Aquiles,
Que no podia sino por la planta
Recebir detrimento ni herida
Que pudiese privallo de la vida.

Viendo pues la malicia destos senos,
Y cómo de los indios los aparta
Agua de rios, mar y muchos cienos,
El Palomino con congoja harta,
Con seis heridos y el caballo menos,
Determinó volver á Santa Marta,
Donde le dió Vadillo ya venido
El pésame del daño recebido.

Quisiera revolver incontinente
Con gente de pertrechos reformada:
Dió parecer Vadillo diferente
Diciendo ser mejor hacer jornada
Donde fuesen entrambos juntamente,
La costa arriba acia la Ramada;
Pues antigua noticia les publica
Ser grande poblacion y gente rica.

Aquel es un compás de tierras llanas,
De largo veinte leguas, y de anchura
No menos, á las sierras comarcanas,
Aunque por partes hay mas angostura:
Contiene grandes montes y zavanas,
Y es tierra de grandísima cultura,
Entre la mar y sierras de Herrera
Y el rio de la Hacha por frontera.

De pueblos do la mar está cercana,
Algunos será justo que declare:
Dos Guaymaros, Debuya, Coriana,
Tapí, Paraguanil, Biriburare,
Caborder, Macoir, Proceliana,
Maracarote, Ormio, Caraubare,
Con otros infinitos separados,
Que callo por no ser tan señalados:

Poblaciones cercanas á los rios,
Con sus calles bien puestas y ordenadas,
Fuertes y potentísimos bubíos,
Y á las puertas grandísimas ramadas
Para gozar del fresco de los frios
Vientos, en las calores destempladas;
Y por ser general aqueste uso
El nombre de Ramada se le puso.

Y á causa de cortar con gran trabajo
Con hachuelas de piedra la madera,
El árbor escavaban á buen tajo,
E ya teniendo las raices fuera,
Tiraban y arrancábanlo de cuajo,
Antes de tener hacha forastera;
Y el tronco limpio ya de sus cervices,
Lo hincaban, arriba las raices.

Puestos así por orden admirable,
Para siempre, segun que se presume,
Por ser esta madera tan durable
Que solo vivo fuego la consume,
En dulces rios y en la mar fondable
Tan grave peso tiene que se sume,
Y los que cortan hoy viejo madero
Trescientas veces mellan el acero.

Es esto que decimos hoy visible
A quien asientos viejos ver procura;
Cuya madera es incorruptible,
Pues mucha hasta nuestro tiempo dura.
Y no ternia yo por imposible
Ser antiquísima su compostura;
Y en lo futuro puede ser testigo
Si no le toca fuego como digo.

Si la madera vieja ves cortando
Con seguron ó hacha castellana,
Un sutil polvo verde va volando
Que toca la persona mas cercana,
Y la camisa del que está sudando
La pone de color de fina grana;
Y es este colorado tan perfecto
Que no hará Brasil tan buen efecto.

Antes de sus desdichas y desmanes,
Solian poseer aqueste suelo
Los indios tairos y guanebucanes,
Por otro nombre del Calabazuelo:
Los tairos son vestidos y galanes;
Los otros han por bien andar en pelo,
Solamente la parte vergonzosa
Con oro cubren ó con otra cosa,

En un calabazuelo comunmente;
Y estos señoreaban mas la tierra.
Y los vestidos tairos era gente
Que procedia de los de la sierra;
Mas puesto que de casta diferente
Nunca jamás entrellos hubo guerra.
Llamamos tairos á los de Tairona
Y tierras que confinan con Marona.

Son los guanebucanes bien dispuestos,
Y ansimismo las hembras bien dispuestas;
Y si los hombres andan deshonestos,
No menos las mujeres deshonestas:
Los tairos con sus mantas van compuestos,
Las tairas bien cubiertas y compuestas;
Mas la gente desnuda poseia
Mejor dispusicion y gallardía:

Gente de gran valor y valentía,
Graciosa, de sinceras voluntades,
Liberal en partir lo que tenia,
Debajo de ser buenas amistades.
Cada cual parte destas poseia
De oro no pequeñas cuantidades,
Innumerables joyas y chagualas
Para sus ornamentos y sus galas.

No parecian mal los blancos dientes
Y el torcido mirar con ojos bellos
De las desnudas ninfas destas gentes,
Y las peinadas crenches de cabellos,
Con las presas ricas que pendientes
Van de nariz, orejas y de cuellos,
Muñecas y molledos rodeados
De brazaletes de oro mal labrados.

A fama de nacion tan opulenta,
El Pedro de Vadillo y Palomino
Recogieron trescientos y cincuenta
Soldados, y el pertrecho que convino:
Serian de caballo los setenta;
Con los cuales se ponen en camino
El Vadillo salió primeramente,
Y con él cuasi que toda la gente.

El otro con algunos del armada
Quedóse ciertas cosas ordenando;
El Vadillo prosigue la jornada
Con paz y con amor acaudillando:
Asentó su real en la Ramada
Por puntos y momentos esperando;
El Palomino fué por alcanzallo
Con solos diez ó doce de caballo,

A los cuales él dió muy buen avío;
Y sin que cosa turbe su persona
A Guachaca pasaron y al gran rio
Que sale de los valles de Tairona.
El paso suben áspero, sombrío,
Que hacen las montañas de Marona;
Ven, al bajar, un rio de quien siento
Ser menester pasallo con gran tiento.

Mis ojos pueden ser buenos jüeces,
Pues lo pasaron sin ninguna guia,
No una sola, pero muchas veces,
Y aun solo sin ninguna compañía,
E ya me vi revuelto con las heces
Y lama que la mala playa cria;
Escapéme también de tigre fiera
Por llevar buen caballo de carrera.

Perplejo pues cualquiera caballero
De los que van con él en seguimiento,
El Palomino quiso ser primero
Y entró, no sin algun detenimiento
De su caballo de color overo,
Que visto no pasar con buen aliento
Volvió, no viendo cosa que le cuadre,
Diciendo: «Ya no pare mas mi madre».

Pero vista la poca diligencia
Que para lo tentar muestra su gente,
Faltó con el orgullo la paciencia,
Y entró segunda vez en la corriente.
No sé con qué rigor ó violencia
El buen overo trastornó la frente:
Caballo solo ven volver al puerto,
Y el amo aunca mas vivo ni muerto.

Van todos en aquel mismo momento
A lo favorecer si parecia,
A todas partes cada cual atento,
Mas por ninguna dellas respondia;
Conocieron su mal acabamiento
Y ser aquel su postrimero dia:
Revientan corazones de tristura
Llorando tan acerba desventura.

No voz hercúlea por el alto cielo,
Ni grito por los aires esparcido,
Sonó tanto, llamando su mozuelo
Hylas, en fondas aguas sumergido,
Cuanto sonó la voz y desconsuelo
De los que lo llamaban sin sentido,
Pues con ser una cosa tan creible
No podian creer fuese posible.

De Hylas cuentan las antigüedades,
Segun tienen poetas por estilo,
Que dél enamoradas las Nayades
Lo recogieron en profundo sitio:
De Palomino son ciertas verdades
Sumergillo caimán ó cocodrilo,
Pues por los rios desta circunstancia
Hay destas bestias fieras abundancia.

Y todos los que corren allí juntos,
Al caminante hacen ir confuso
Con tantos; mas volviéndonos al punto
Del íntimo dolor dicho de suso,
Desde entonces el nombre del difunto
Al sobre dicho rio se le puso,
Y con aqueste son y nombradia
Vemos que permanece todavía.

No viendo pues remedio de la falta
Que hizo capitán tan señalado,
Tomó la mano Sancho de Peralta
Para buscar el paso comenzado:
Y mas arriba por la parte alta
Hallaron todos ellos muy buen vado,
Y ansí llegó la gente sin caudillo
Adonde estaba Pedro de Vadillo.

El cual supo la nueva desta gente,
Cuyos ojos venian no sin jugo;
Mostró pesalle della grandemente,
Y malicioses dicen que le plugo;
Luego miró con mas rugosa frente
Y procuró poner mas grave yugo:
Dicen llevar en estas ocasiones
El Palomino malas intenciones.

Y aun yo creo correr á las iguales
En intenciones de la paz ajenas,
Porque si el uno las llevaba malas,
El otro las tenia no muy buenas;
Pero favoreció la diosa Palas
A aquel que merecia menos penas,
Pues en los medios y concierto hecho
El Vadillo perdió de su derecho.

Por todos los soldados se comprueba
Su cargo, sin poner escusaciones,
Porque Vadillo del poder que lleva
Notificó de nuevo provisiones;
Y á Santa Marta se llevó la nueva,
Que fué causa de grandes turbaciones,
Mayormente sabiendo su vecino
La muerte de Rodrigo Palomino.

Pues no sin confusion y gran espanto
Se divulgan las nuevas al momento:
Comienza luego doloroso llanto
Y un caos sin ningun orden ni tiento,
Y ansí la viril capa como manto
Manifestaban tierno sentimiento;
Todos lamentan, cada cual se duele,
Sin haber de por medio quien consuele.

En blanquísimos pechos hay destrozo;
Despedazábanse rubios cabellos;
Dolor quita la toca y el rebozo
Que suelen encubrir cándidos cuellos,
Como si de la vida de aquel mozo
Pendiera la salud de todos ellos;
Y ansí con mil renombres que le daban
El padre de la patria le llamaban.

Flojos un poco los estremos tales,
Y el pueblo de su llanto mas quieto,
Determinaron hombres principales,
Reducidos á término discreto,
De le hacer honrosos funerales,
Los cuales se pusieron en efeto:
Sácanse lutos, hácese gran gasto
Para pompa cabal y mayor fasto.

Luego se congregó la clerecía
Para solemnizar estos oficios;
Acude soldadesca compañía
Con tristes ceremonias y ejercicios:
Que del difunto cada cual habia
Recebido muy grandes beneficios;
Y ansí chico ni grande desta gente
Dejó de se hallar allí presente.

Endurecido pecho se quebranta
Llorando tan acerba desventura;
La música y el canto que se canta
También representaba gran tristura;
Túmulo generoso se levanta,
Y no sin curiosa compostura,
En torno dél retratos de la muerte
Y letra que decia desta suerte:

Non Palominus habet tumulum quo morte quiescat,
Ast dignus magni laudibus ingenii:
Nam si cuncta satis quæ fecit gesta canuntur,
Hispanos inter grandis et esse potest.

No reposa Palomino
En sepultura notoria,
Mas cierto fué varon digno
Que levante su memoria
Algun ingenio divino:
Porque las cosas estrañas
De sus hechos y hazañas,
Dichas en particular,
Bien pueden tener lugar
Con buenos de las Españas.

Pues ya precipitó la falsa rueda
La fuerza de virtud tan señalada,
Volvamos á Vadillo donde queda
Robando y asolando la Ramada,
Donde sacó gran suma de moneda,
Y mas adentro fué con el armada,
Pues con guía que tuvo conviniente
En el valle de Upar metió su gente.

Reposaron las gentes castellanas,
Por hallar abundantes las comidas,
Campos muy estendidos y zavanas
De venados y puercos proveidas,
Y rios de las sierras comarcanas
Con aguas en color esclarecidas,
Y todos estos rios abastados
De grandes diferencias de pescados.

Tierra no de calores ni de frio
Que con esceso no podais sufrillo;
Asentó ranchos luego par del rio
Que de su nombre se llamó Vadillo;
Y de Fernán Bermejo por su brio
Fingióse ser grandísimo carillo,
Aunque con él estaba muy mohino
Por ser siempre parcial á Palomino.

Este corrió las sierras y los llanos,
Por ser gran adalid á maravilla,
Prendió muchos caciques comarcanos
Que dieron harto para la vajilla;
Fué cebando Vadillo bien las manos
Hasta llegar al rio Carrancilla,
Dicho Guataporí por otro nombre,
Y el otro por morir allí tal hombre.

Corren bajos y altos de la sierra
Prendiendo y rescatando muchos reyes;
Muchos vienen de paz y hallan guerra
Contra divinas y aun humanas leyes;
Prosiguen adelante por la tierra
Hasta venir á dar á Pacabueyes,
Donde hallaron pueblos prepotentes,
Hombres desnudos, pero ricas gentes.

Argollones y joyas muy mejores
En ley que las demás deste camino;
Ansimismo tenian atambores
Aforrados en hoja de oro fino,
Grandes culturas, ricos labradores,
Templos dicados al honor divino,
Segun su parecer y testimonio,
Mas eran engañados del demonio.

Metió Vadillo pues hasta los codos
Las manos, y los de su compañía
Procuraban por los posibles modos
Absconder cada cual lo que podia,
Reconociendo dél que lo de todos
Para sí solamente lo queria;
Y ansí con su riqueza, que fué harta,
Determinó volver á Santa Marta.

De los términos sale deste suelo,
Debajo del ya dicho presupuesto,
Y segun se decía, con recelo
De que vernia con el cargo puesto
De Castilla gobernador novelo
Que le pidiese larga cuenta desto;
Y por irse con mando como vino
Abrevió lo posible su camino.

Vió las ondas del mar con su cuadrilla,
Habiendo recogido buena pella:
Entraron todos pues en esta villa
Después un año que salieron della.
Ocasiones buscaba de rencilla
Vadillo, sin tener justa querella,
Y ansí quiso por el enojo viejo
Poner prisiones á Fernán Bermejo.

El cual, certificado del intento,
Al templo se retrajo bien armado,
Engañado del falso pensamiento
Y de muchos amigos confiado;
Mas el Vadillo dió su mandamiento
Para sacallo del lugar sagrado,
Y ansí Pedro de Heredia su teniente
Lo sacó convocando mucha gente.

Luego, sin aflojar el interese,
Era Fernán Bermejo maltratado
Con diversos tormentos, porque diese
Todo lo que traia rancheado;
Respóndele: «No tengo que confiese,
Porque vos lo teneis á buen recado,
Yo os entregué cuanto me dió fortuna,
Tomando para mí cosa ninguna.»

Y no se contentó con desmembrallo,
Sino que concibió peor motivo,
Teniendo por mejor el acaballo
Porque no hable, que dejallo vivo:
Fueron pues los efectos aborcallo,
Rigor que pareció ser escesivo,
Contra derecho y á razon contrario,
Y mas siendo varon tan necesario.

Contar sus desatinos y pasiones
Seria trabajoso labirinto,
Y á vueltas de cien mil murmuraciones,
Que particularmente yo no pinto,
Decian que hacia fundiciones
Dentro de casa sin pagar el quinto;
Murmuraban también los oficiales
A cuyo cargo son rentas reales.

El uno de los cuales fué Grajeda,
Varon del hábito de Santiago,
Al cual con los demás también enreda
Con falsedades por le dar el pago,
Y ansí pasó con otros por la rueda
De la garrucha dura sin halago;
Sin valelle razon ni hidalguía,
Ni el autoridad grande que tenia.

Otros muchos pagaron el escote,
Segun á su crûel condicion plugo,
Con público pregon y con azote
Librado de la mano del verdugo;
Y hizo dar á dos ó tres garrote,
Otros huyeron del pesado yugo,
A lo menos aquel que fué contino
En fe y en amistad á Palomino.

Habia ya venido por prelado
Un fray Tomás Ortiz, dominicano,
Docto varon y bien intencionado,
El cual viendo su término tirano
Procuró por un orden moderado
Ille por todas vias á la mano,
Diciéndole ser ya Lerma vecino,
Porque los dos venian un camino.

Ya temeroso de su desconcierto,
Por no ver ocupar otro su silla,
Ante quien le pidiesen el gran tuerto
De los insultos hechos en la villa,
Determinó salir del dicho puerto,
Y así se fué la vuelta de Castilla,
Dentro de pipas de agua su provecho,
Por mas disimular el hurto hecho.

Mas como se ganó con falsa maña,
Por malas vias, por inicuo modo,
En las arenas gordas, en España,
Aquel rico caudal se perdió todo
Dentro de las riberas que el mar baña,
Y el Vadillo quedó puesto del lodo
En otra carabela diferente,
Do se escapó de aquel inconviniente.

No le quedó caudal para que pueda
Solapar su maldad y atrevimiento,
Pues suele muchas veces la moneda
Ser de delictos gran medicamento:
El comendador pues dicho Grajeda
Luego partió tras él en seguimiento
Trájole la persona tan corrida
Que con prisiones acabó la vida.

Aqueste fué su fin bien merecido,
Y aun ayudáronle segun entiendo.
Y pues con él habemos concluido,
Y Lerma llega ya con gran estruendo,
Quiero dejar pasar este rüido
De trompas que los aires van rompiendo:
Notemos el entrada, y entre tanto
Daremos orden al segundo canto.

CANTO SEGUNDO.

Trátase de la llegada de García de Lerma á Santa Marta, el gran hurto y pompa que trajo, con otras cosas dignas de escriptura.

No pocas veces hace harto daño
Al que de nuevo viene por regente,
Del modo del gobierno ser estraño
Y querer regularlo por su frente,
Pudiendo libertarse del engaño
Siendo su desengaño ya presente;
Mas muchos destos hay tan obstinados
Que no consienten ser desengañados.

Y á mí paréceme que menos yerra
Quien reconoce tractos diferentes
De los quél sabe, para paz ó guerra,
Si se va por do fueron otras gentes
Que para gobernar aquella tierra
Previnieron á los inconvinientes,
Conociéndolos ya por esperiencia,
Y rehuyendo dellos con prudencia.

Pues para que se hagan sufrideros
Trabajos insufribles de pesados,
Mas saben todavía los primeros,
Como hombres mas rompidos y cursados
Y así suelen decir que los arteros
Se hacen de los bien escarmentados,
Y aun primero que hagan esta prueba
Ha perecido harta gente nueva

Al fin el uso hace gente diestra
Y á los futuros trances advertida,
Porque necesidad, como maestra,
Aconseja que cada cual se mida
Con el posible que la tierra muestra,
Sin fausto que le haga dar caida:
Que gran confusion es para los buenos
Por se poner en mas venir á menos.

Y así los capitanes atrasados,
Aunque fueron primeros en el pasto,
Vivian recogidos y atentados
En su casa, familia y en su gasto,
Por no se ver después menoscabados;
Pero Lerma traia tan gran fasto,
Como si fueran infalibles cuentas
Haberse prometido grandes rentas.

Cumplidos eran pues los tres quinientos
Con otros veinte y ocho de la era,
Cuando con sus soldados ochocientos
Vido de Santa Marta la ribera:
Todos traen costosos ornamentos,
Bizarros y follones; salen fuera
Calzas, jubones, varios en colores,
Y cueros de grandísimos primores.

Los casados con capas y con sayos,
Ricamente vestidas sus zagalas;
Hacen reverberar solares rayos
Los plumajes con puntas y otras galas;
Orden luengo de pajes y lacayos,
Mayordomos, trinchantes, maestresalas,
Con todos los restantes oficiales
Que tienen los señores principales.

Pensaban viejos, viejas, mozos, mozas,
Ser poblacion de ricos aposentos;
Y como vian hechas ciertas rozas
Que desmontaron para los asientos,
Y en ellos poco mas de treinta chozas
Comunes á las aguas y á los vientos,
Imaginaban ser mas adelante
Otro lugar que fuese muy pujante.

Mas como los remates y los dejos
De su viaje fueron de manera
Que sin se divertir mas á lo lejos
Los hacen alojar en la ribera,
Quedaron muy confusos y perplejos,
Viendo que la ciudad aquello era,
Do para descansar miembros humanos
Han de hacer los ranchos por sus manos.

Luego Lerma saltó con sus gentiles
Hombres y las personas mas acetas,
Con otras invenciones mas sutiles,
Mas ricas, mas costosas, mas perfetas:
Suenan altos y bajos ministriles,
Húndese la ribera con trompetas:
Un dia de juicio parecia
A nuestra baquiana compañía.

Los cuales, como ven tanta devisa,
Tantas y tan costosas invenciones,
Estando los mas dellos sin camisa,
Y apenas camisetas y calzones,
No podian disimular la risa,
Hablando con algunos chapetones,
Y cuando baquianos se topaban,
Cocando desta suerte murmuraban:

«¿Qué debe de comer aquel de sopas
Que trae los carrillos tembladeros?»
Otro dice: «Descargarán las popas,
Quedarán los navíos mas lijeros.»
Otro decia: «Para guardar ropas
Han de servir de cajas los gargueros,
Pues faltando racion del que gobierna
Las han de rematar en la taberna.

»Gallardísimos van amos y pajes,
Derechas y bien puestas las braguetas,
Acabaránse los matalotajes,
El lujo de picheles y limetas,
Vereis después caidos los plumajes,
Callar las cherimías y trompetas,
Pues para remojar el intestino
Agua delgada servirá de vino.

»Vos vereis antes que la Pascua venga
Mozos en cuantidad y pajes horros,
Porque los amos con la hambre luenga
Irán á mariscar por esos morros,
Y les dirán: Buscá quien os mantenga,
Que ya no es tiempo de criar cachorros,
Ni mis dientes consienten decir *toma*,
Sino que cada puta hile y coma.»

Aqueste pasatiempo se tenia
Entre personas necias y aun discretas
De los antiguos desta compañia,
Gente de solamente camisetas;
Y mucho mas al tiempo que comia
Lerma con cherimías y trompetas,
Riquísimo repuesto, muchas sillas
Y ostentaciones grandes de vajillas.

Juzgaba por ventura que le toca
Y le cumple lo tal en su comarca,
Pues era gentil-hombre de la boca
Del César, invictísimo monarca:
Su hacienda gastó, que no fué poca,
Sin reservar dineros en el arca,
No por lo ya sabido destas sierras,
Sino con esperanza de otras tierras.

Por ser gobernacion muy ampliada,
Y aunque por asperezas insufrible,
Esperaban que siendo mas calada
La hallarian ser mas apacible;
Y ansí vino con él gente granada,
Dejando sus haciendas y posible:
Algunos nombraremos en la historia,
Y agora los que diere la memoria.

Pedro de Lerma, mozo cuyo brio
De rayas igualaba la mas alta,
Escobar, Villalobos y Berrio,
Juan de Montemayor, Muñoz, Peralta,
Fernando de la Feria, que yo fio
Que para capitán no tuvo falta,
Ansimismo Francisco de Arbolancha,
Cuyo valor tampoco tuvo mancha.

Lorenzo de las Casas y el de Aldana,
Que después en Pirú tuvo gran mano,
Céspedes y Fernando de Santana,
Y Anton Santana, su menor hermano,
Un Pedro de Sanlúcar, un Lizana,
Bueso, Juan de Ribera, Juan Toscano,
Con otros valerosos, de los cuales
A tiempos nombraré los principales.

Entonces pues do quiera que se vaya
Estaba toda la ribera llena:
El costoso jubon, la rica saya,
Tendidos por descanso de su pena
De noche por aquella santa playa,
Sirviendo de colchones el arena,
Hasta que ya hicieron pobres ranchos,
No tampoco pulidos ni muy anchos.

Después que reposaron algun dia,
Faltó racion de castellanos trigos,
Y luego se cumplió la profecía
Que les pronosticaron los antigos,
Porque la gente toda perecia,
Y andaban muchos pobres y mendigos,
Tanto que muchos de los mas gentiles
Los vian abatir á cosas viles.

Roconociendo los inconvinientes
Que nacian de las necesidades,
Y cómo ya caian muchas gentes
Con pesadísimas enfermedades,
Dejando quien curase los dolientes,
Que fueron no pequeñas cuantidades,
Determinó de visitar la tierra,
Pues estaba de paz y no de guerra,

Porque los bárbaros desta frontera,
Con los ancones del compás marino
Sustentaban la paz de la manera
Que les mandó Rodrigo Palomino,
Cuyo valor entre los indios era
Tenido por no menos que divino;
Y ansí Lerma queria por presencia
Hacer ostentacion de su potencia.

Pareciéndole bien estos intentos
A la gente que estaba descontenta,
Aprestando guerreros ornamentos
Cada cual á la lista se presenta:
Juntáronse soldados cuatrocientos,
Y fueron de caballo los ochenta;
Con ellos y con gran fausto que saca
Se fué Lerma la vuelta de Guachaca.

Allí llegó con orden diferente
De los pretéritos gobernadores,
Cama de campo, silla de gran frente,
Rica vajilla, muchos servidores;
Con Betanzos, gran lengua desta gente,
Llamaba los caciques y señores,
De los cuales algunos acudian,
Y otros con un «no quiero» respondian.

Muchos dellos también hacian fieros,
Y ansí Lerma por atemorizallos
Envió cuantidad de macheteros,
En cuyas manos no faltaban callos,
Para hacer por ásperos oteros
Camino por do fuesen los caballos,
Que iban con grandísimos trabajos
Sirviendo solamente de espantajos;

Pues si supieran lo que de presente,
Que reconocen bien usos y modos,
Sin poder defendellos nuestra gente,
En ásperas quebradas y recodos
Pudieran estos indios fácilmente
Hacer que los perdieran allí todos,
Porque la sierra es tan salebrosa
Que no se vido semejante cosa.

Al fin se mandan ellos por escalas,
Que desechadas con algun relance
Todas las otras partes de muy malas,
Siempre prometen peligroso trance,
Y son bien menester lijeras alas
Para dar á los indios un alcance,
Que corren á su salvo por la cumbre
Dando sin recebilla pesadumbre.

Y agora sin guerreros movimientos,
Siendo gente de suyo muy sangrienta,
Solamente quitaban alimentos,
Sin perseguir la nuestra macilenta,
Los cuales, segun iban de hambrientos,
Pudieran padecer mortal afrenta,
Mas gran rüido va por los altores
De flautas, de cornetas y tambores.

Viendo la gente bárbara revuelta
Y en grandes confusiones y alboroto,
Por medio de la sierra dan la vuelta
En todo defraudados de su voto:
Llegan caballos y la gente suelta
Donde llaman allí valle de Coto,
Seis leguas poco mas de Santa Marta,
Donde volvieron con congoja harta.

Porque nunca, después que se corria
La tierra por aquella circunstancia,
Nadie hizo jornada tan baldía
Ni camino de menos importancia,
Pues del remedio que se pretendia
Fué menos que ninguna la ganancia;
Y ansí los pobres y necesitados
Se volvieron mas pobres y cansados.

Grande murmuracion invalecia
En se volver á Santa Marta luego,
Porque necesidad los compelia
A no tener allí mucho sosiego;
Y ansí para salir por otra via
Al Lerma combatia comun ruego,
Al cual le pareció ser conviniente
Entrar en Pocigueyca con su gente,

A causa de tener ya relaciones
De los antiguos con quien él pratica,
Ser aquellas insignes poblaciones,
Y ansí mismo la gente dellas rica;
Demás desto tenian ocasiones
Por paz, cuyo principio certifica
La ciénaga que ciñe su frontera,
Porque ya sustentaba paz sincera.

Y á todos parecia buen empiezo
Para poder entrar en su terreno,
Quererles allanar el estrompiezo
Primero, los vecinos deste seno;
También su principal, dicho Tocuezo,
Se profirió traellos á lo bueno,
Debajo cuyas prendas y promesa
Para llegar allá se dieron priesa.

Salieron cuatrocientos escogidos,
Serian de caballo mas de ciento,
Del seco pan de yuca proveidos,
Que fué lo principal de su sustento:
Que los trabajos antes padecidos
Pusieron á los mas en escarmiento,
Y es el cazabi pan que si se moja
De toda su substancia se despoja.

Pues el alforja siendo remojada
Por ciénagas ó pluvias ó creciente,
Quien piensa llevar algo lleva nada,
Y puede ver comer y estará diente:
Y quien lo come tenga preparada
Bebida con que pase buenamente,
Pues si se retardasen los bocados
Podrianse burlar los convidados.

Llevaba Lerma pues sus fuerzas todas,
Vajillas y larguísimos repuestos,
Como si fueran á solemnes bodas
Y no para peligros manifiestos:
Van azadones, barras, van escodas
Para hacelle llanos los recuestos;
Va Tocuezo también muy diligente
Para llamar de paz aquella gente.

Llegaron á las faldas de la sierra
Donde tenian muchas sementeras;
Poblad!sima ven toda la tierra,
Insuperables todas las laderas;
Mándanse ya de paz ó ya de guerra
Por enhiestas y largas escaleras
De grandes lajas puestas de buen arte,
Por no poder subir por otra parte.

Subió Tocuezo la cercana loma
Llamando los propíncuos moradores:
Sobresaltáronse, mas él los doma
Y hizo que perdiesen los temores;
Salió luego de paz su gran naoma
Con algunos caciques y señores;
Lerma los recibió con buena maña
Dándoles cosas hechas en España.

Subieron pues al pueblo mas cercano,
Que de gran cuantidad de casas era
Por orden repartidas en un llano
O hoya bien ansí como caldera,
A causa de tener á cada mano
Muy alta y asperísima ladera:
Hay en torno labranzas y frutales,
Regalos grandes destos naturales.

Desampararon indios el asiento,
O por ir á lugares mas seguros,
O porque de su proprio nacimiento
Son todos intractables y hombres duros:
Cada cual escogió buen aposento,
Y sin adivinar males futuros
Usaba Lerma siempre de sus pompas
Con son de cheremías y de trompas.

Esperimentó luego rica silla
La majestad de Lerma cuánto pesa:
Ostenta repostero la vajilla,
Los pajes diligentes ponen mesa;
Mas no ternia yo por maravilla
Los bárbaros hacer en todo presa,
Viendo la destruicion y destemplanzas
En sus casas, frutales y labranzas.

Y ansí los indios por las demasías
Ajenas de su poco sufrimiento,
Se detuvieron mas de treinta dias
Sin acudir con reconocimiento;
Pero salieron ciertas compañías
A quien el Lerma dió su mandamiento
Para que los caciques vengan luego,
O donde no, sus casas queme fuego.

Iba por capitán Juan de Berrío,
Varon cuya virtud fué muy entera,
Y con él cien soldados de buen brío,
Como Mateo Sanchez y Ribera,
Fernando de Santana, Juan del Rio,
Anton Martinez, Pedro de Herrera,
Y otros algunos, gente conocida,
Que hasta hoy alguno tiene vida.

Suben con el valor que convenia
Como dos ó tres leguas de distancia;
Llaman de paz aquella compañía
Que hallaban por esta circunstancia,
Tocuezo les habló lo que sabia
Ser para su quietud de mas substancia;
Mas ellos ya dispuestos á la guerra
Le responden que salgan de su tierra.

Juntamente por muchos se comienza
Un no sé qué de mal comedimiento:
Los nuestros viendo tanta desvergüenza
A fin de los poner en escarmiento,
Quebrantaron los hilos de la trenza
Que solia tejer buen sufrimiento;
Y ansí subieron por aquellas cuestas
A punto las rodelas y ballestas.

Era de tal altor esta frontera,
Que para la subir, forzosamente
Habian de pasar por escalera,
Donde no vian defensor patente:
El Berrío llevó la delantera,
Y todos van con brio diligente;
Mas parecieron luego tantas manos
Que hacen reparar á los cristianos.

Y si para subir se daban priesa,
Para bajar no tienen menos ganas,
Porque sobrellos llueve muy espesa
Aguda flecha, golpe de macana,
Piedra de todas partes, que no cesa
De lastimar la gente castellana:
Unos saltaban dos, tres escalones,
Otros bajando van á trompicones.

Bien como cuando carga mucha gente
A ver algunas fiestas en tablado,
Que se quiebran las vigas de repente
Y unos sobre otros van mal de su grado,
Este se quiebra pié y aquel la frente
Otro de piés ajenos es hollado,
Y el que pudo saltar mas y primero,
Ese libró mejor si fué lijero:

Ansí también la misma pesadumbre
Tuvieron los soldados deste bando,
Pues cuando vieron tanta muchedumbre
Que venia sobrellos descargando,
A su pesar bajaron de la cumbre
Unos sobre los otros trompicando,
Y el que saltar podia por encima
Ese se tuvo por de mas estima.

Tiénese por rüin el mas tardío,
Por de mayor valor el menos flojo,
Por seguro quien hace mas desvío,
Quien huye por valiente y ortodojo:
A muchos hieren, hieren á Berrío,
De tal suerte que siempre quedó cojo;
Y aun fué bien venturosa la herida,
Pues no fué perdidoso de la vida.

Porque del número de los heridos
Escaparon muy pocos ó ningunos,
Y á ser con mas instancia perseguidos,
No volvieran de males tan ayunos;
Mas con vellos los indios divertidos,
No curaron de ser mas importunos,
Satisfaciéndose con lo ya hecho
Y con manifestalles su mal pecho.

Pues indios que tenian un cabezo
Y estaban á la parte mas cercana,
A voces dicen: «Húyete, Tocuezo,
Si no quieres morir muerte temprana,
Porque te torceremos el pescuezo
Si acaso te halláremos mañana;
Y á Lerma dirás luego que se salga,
Si hallare guarida que le valga.»

El amenaza que se le hacia
Por sus proprios amigos y parientes,
Solamente Tocuezo percibia,
Y dió declaracion á muchas gentes.
Berrío recogió su compañía,
Ansí los sanos como los dolientes,
Y con gran priesa bajan la ladera
Hasta llegar do Lerma los espera.

El cual de ver negocio tan confuso
Mostró gran sinsabor y sentimiento;
La venganza del hecho se propuso,
Segun pedia tal atrevimiento,
Sin creer á la gente de mas uso,
Que por ventura fué su perdimiento:
También Tocuezo dijo ser aviso
Salirse luego Lerma, mas no quiso.

Antes al indio dijo que volviese,
Pues era de cristianos tan amigo,
Y á todos los caciques les dijese
Que lo tuviesen ya por enemigo,
Porque verian antes que saliese
Un mas que crudelísimo castigo,
Y hasta lo mas alto de la sierra
Habia de quemar toda la tierra.

El indio, no queriendo dalles cebo
Y ser mejor vivir á mira y anda,
Le respondió: «Yo hice lo que debo
Para tornar aquesta gente blanda;
Mas agora no puedo, ni me atrevo
A les notificar esa demanda,
Porque descargarán unos y otros
En mí lo que desean en vosotros.

»Y si teneis acaso presupuesto
De ir á castigar estos salvajes,
No sudes en subir algun recuesto,
Pues, sin que tú los busques ni trabajes,
Yo sé que te vernán á buscar presto,
Cargados de macanas y carcajes;
Mas yo no quiero ver tan mala cosa,
Sino poner los piés en polvorosa.»

Lerma dijo: «Podrás estar seguro
Que no querrán tomar tan mal consejo».
Pero Tocuezo como ya maduro
Y con las esperiencias de hombre viejo,
La tierra ya cubierta con obscuro,
Arrebató las armas del conejo,
Teniendo por mejor salto de mata,
Que la seguridad de que se trata.

Ido Tocuezo, luego se procura
Velar por el compás á la redonda,
Y á causa de la noche ser obscura
Peones y caballos hacen ronda,
Con la solicitud del que segura
Quiere hacer su nave con la sonda,
A fin de descubrir aquel engaño
De donde le podria venir daño.

Y al tiempo ya que la nevada cumbre
Sus cándidos colores descubria,
Tocados y heridos de la lumbre
Quel hijo de Latona les envía,
Apartada la ciega pesadumbre
Con la presencia del presente dia,
Dejan los que dormian sus cubiles
Al son de sonorosos ministriles.

También del soporífero sósiego
El confiado Lerma se levanta:
De sus ropas le hacen el entrego
Desde los altos hombros á la planta;
Un capellán le dijo misa luego,
Y no mucho después también ayanta
Con vajilla de plata bien labrada
Y con la majestad acostumbrada.

Y al tiempo que se hacen ya pequeñas
Las sombras todas de los vejetales,
Y huyen del calor á frescas breñas
Los unos y los otros animales,
Parecieron por riscos y altas peñas
Inmensa cuantidad de naturales,
Con tales gritas, voces y gobierno,
Que parecian furias del infierno.

Bien como lo que cuentan del rüido
De ciertos montes septentrionales,
Que no lo puede comportar oído
De todos cuantos hay de los mortales,
Antes con tanta voz, tanto bramido
Han perecido gentes principales:
Ansí también aquí se desatina
El español con grita tan contina.

Porque las gentes á furor subyetas
Se convocan, animan y se llaman,
Tocando sobre mas de mil cornetas
Que parece tocándolas que braman:
Innumerable copia de saetas
Por una y otra parte se derraman,
Galgas lapídeas, infinito canto,
Que al mas fuerte causaban gran espanto.

No falta gran rüido de atambores
Que tocaban en una y otra loma,
Con los pesados gritos y clamores
Que suelen los secuaces de Mahoma:
Quince caciques son, grandes señores,
Subyectos á los mandos del naoma,
Llamado, segun dicen, Marocando,
Sus gentes cada cual acaudillando.

Serian mas de veinte mil salvajes
Inflados con guerreras apostemas,
Y con aquellas furias y corajes
De gentes renegadas y blasfemas:
Menéase gran suma de plumajes,
Ricas coronas, lucias diademas,
Resplandecientes pectos y chagualas,
Lucidos brazaletes y otras galas.

No venian con orden mal digesto,
Sino con un compás bien concertado,
Acomodado cada cual al puesto
Que por su capitán fué señalado,
Sin que las asperezas del recuesto
Efecto haga desproporcionado,
Porque venian estas gentes juntas
En dos prolijas alas ó dos puntas.

El un cacique, dicho Macopira,
Gobierna con Macorpes el un ala;
No con menos furor ni menos ira,
A la siniestra va Toronomala;
En este mismo puesto Doromira,
El cual en gran destreza les iguala,
Y Marocando, principal regente,
Va con otros caciques en la frente.

Guiando van ansí los escuadrones
Por recoger en medio los cristianos,
Entre los cuales hay dispusiciones
Mas para sueltos piés que para manos
Pues no menores son sus turbaciones
Que de confusa junta de villanos;
Y ansí para guardar la dulce vida
Piensan que su salud es la hüida.

A gran priesa pidió Lerma Polanco
Arnés escogidísimo que lleva,
Queriéndose con él armar en blanco
De lo superior hasta la greva;
Mas bien pudieran dalle toque franco
Los indios, si hicieran en él prueba,
Porque para la guerra destas gentes
Las tales armas son impertinentes.

También las asperezas de la sierra
Para caballos son inaccesibles:
Hay muchos aguaceros en la tierra,
Y en ella los calores insufribles;
A venenosas flechas desta guerra
Menos parecen armas invencibles,
Pues por poco que quede descubierto
Por allí sin errar puede ser muerto.

Y ansí para las tales ocasiones
Son mas acomodados y lijeros
Los sayos estofados de algodones
Que usan baquianos compañeros,
Y sirven en las noches de colchones:
Son defensa de grandes aguaceros;
Si durmiendo rebato lo recuerda
Vestida tiene ya la mano izquierda.

No se turba tomándolo dormido,
Por ya tener allí sin que se mude
Con que poder salir apercebido,
Y á la mano halló con que se escude,
De sus industrias propias socorrido,
No con mozo ni paje que le ayude,
Segun agora Lerma, y aun no puede,
Porque ningun lugar se le concede,

A causa de llegar el terremoto
De flechas que no van sin yerba fina,
Y tan grande la grita y alboroto
Quel buen gobernador se desatina;
Y ansí sin esperar ajeno voto
Aprieta las espuelas y camina:
Siguiólo mucha gente de caballo
Tomando por achaque no dejallo.

El peon, que no puede mas, espera
Y al ímpetu terrible que venia
Hizo rostro la gente mas guerrera
Con el mejor concierto que podia:
Juan de Céspedes y Juan de Ribera,
Un Pedro de Sanlúcar, un Mejía,
Fernando de Santana, Anton de Palma,
Queriéndola ganar, ó dar el alma.

Ejercítanse bien ambas escuelas,
Cada cual segun uso de su Marte;
No duermen las espadas y rodelas,
Las macanas se juegan de buen arte,
Derríbanse narices, dientes, muelas,
Mortales golpes hay de cada parte:
Unos caen los cascos ya deshechos,
Otros rotos los vientres y los pechos.

Un gentil indio viene dando carga,
Que gran estrago por los nuestros hizo:
Era de nariz corva, barba larga,
Y tal que se creia ser mestizo;
Todo por donde va lo desembarga
Por poderse hacer encontradizo
Con Pedro de Sanlúcar, cuya espada
Mas que las otras era señalada.

Luego como llegó donde desea,
Juega la pesadísima macana;
Como lijero tigre se menea
A vista de la gente castellana:
Comiénzase la singular pelea,
A la cual el Sanlúcar fué de gana;
Los golpes insufribles del desnudo
Atormentan el brazo del escudo.

Queriendo segundar el indio fiero,
El Sanlúcar, al tiempo del amago,
El cuerpo le hurtó como lijero:
Dió la macana del gandul en vago;
Llegó luego la mano del acero
Para que no se vaya sin su pago,
Y antes que le pusiesen embarazos
Le llevó de revés entrambos brazos.

Puestos en el hervor desta porfía,
Que ya contra los nuestros iba prona,
Un vizcaino, Sancho de Murguía,
Procuró de tomar una corona
De cierto principal, á quien habia
Muerto con gran valor de su persona:
Tomóla, mas teniéndola cogida
Dejóla juntamente con la vida.

Desque Murguía dió postrer aliento,
Con muerte castigada su demencia,
Cargó tan invencible movimiento
Que fué flaca cristiana resistencia;
Y de los españoles mas de ciento
Del humano vivir hacen absencia:
El resto no pudiendo defenderse,
Tuvo por buen consejo retraerse.

Mas el alférez dicho Benavides,
No sé si por quitar algun despojo,
Se quiso señalar en estas lides
Con golpes llenos de mortal enojo;
Pero poco duraron sus ardides,
Por acertalle flecha por un ojo:
Perdió la luz, y fué por la herida
El ánima del cuerpo despedida.

Aparejóse para la venganza
Un hombre de caballo poco diestro:
Contraria le salió su confianza,
Y el hado que la dió le fué siniestro,
Porque Marcopes le tomó la lanza,
Asiendo muchos indios del cabestro,
Y tantos apuntaron al terrero,
Quel caballo murió y el caballero.

Y sin soltar la lanza de las manos
Marcopes ocupó cierto camino
Angosto, por do huyen piés livianos
De los que temen este torbellino,
Y con ella mató cuatro cristianos,
Y muchos mas matara, pero vino
Pablo Fernandez en aquel instante,
Poniendo la rodela por delante.

Marcopes usa de su destemplanza;
Pero fuéle la punta rebatida,
Y al tiempo que de veras se abalanza,
El asta mas compuesta y estendida,
Pablo Fernandez le ganó la lanza
Y juntamente le quitó la vida;
Y ansí se libertó del detrimento
Y á muchos que le van en seguimiento.

Muñoz y Juan Gutierrez y Zavallos,
Procurando llegar á tierra llana
E yendo todos tres en sus caballos,
Topan á Delgadillo y á Santana
En grande confusion, y por librallos
De la muerte que al ojo ven cercana,
Como personas comedidas, francas,
Les dos peones toman á las ancas.

Mas antes de pasar los reventones
Por adonde pasaron los primeros,
Llegaron otros nuevos escuadrones
Que mataron aquestos caballeros
Y los caballos, mas los dos peones,
Escaparon allí por ser lijeros:
Ansí lo cuenta como yo lo escribo
El Anton de Santana, que es hoy vivo.

Céspedes y Fernando de Santana
Y Pedro de Sanlúcar y otra gente
Que por acá llamamos baquiana,
Recogen los que pueden buenamente
De la recién venida castellana,
Cuya salud está dellos pendiente;
E ya haciendo rostro, ya huyendo,
Se fueron á la playa retrayendo.

Finalmente, de sanos y heridos
Formaron escuadron por tal concierto,
Que nunca mas pudieron ser rompidos,
Menos alguno destos quedó muerto,
Con pelear y ser acometidos
En cada reventon y en cada puerto,
Poniendo corazon al que desmaya,
Hasta que ya salieron á la playa.

Do García de Lerma luego puso
La mano con dolor en la mejilla,
Cercado de congojas y confuso
De ver tan cercenada su cuadrilla;
Y sin sacar provecho dalles uso
A bárbaras naciones de vajilla,
Quedando juntamente por rehenes
Cama de campo y otros muchos bienes,

A quien se daba poco que se rompa
Cualquier presea rica y estimada;
Mas él no comerá con dulce trompa,
Sino con trampa mas acomodada,
Y habrá por bueno de dejar la pompa,
En semejantes guerras escusada;
Pues el buen capitán acá no usa
Llevar sino las cosas que no escusa.

Llegados pues los que salieron buenos,
Con él á Santa Marta se volvieron,
Pero de cuatrocientos ciento menos,
Sin otros quince que después murieron,
No de rabiosos términos ajenos,
Porque rabiando todos perecieron,
Y de piernas, molledos y de brazos
Se calan las carnes á pedazos.

Lerma también constó sacar herida
De sus armadas piernas la derecha,
Llevándola tan torpe y entumida
Que sospechó ser venenosa flecha;
Mas á la gente vil, descomedida,
No dejó de ocupar falsa sospecha,
Diciendo que se dió con un espueta,
Mas fué malicioisísima novela.

Pues se supo de cierto ser saeta
O flecha, no con yerba, sino pura,
Y en ocasion á ella tan subyeta
A pocos ha cabido tal ventura;
Gran número de dias tuvo dieta,
Sin que faltase diligente cura,
Y por ser flecha limpia de veneno
A los cuarenta dias quedó bueno.

Teniendo pues de vida confianza,
Hizo congregacion de sus soldados
Para comunicalles la venganza
Que desean los hombres lastimados:
Manifestóles con gentil crianza
Sus trazas, sus intentos y cuidados;
Y las palabras del razonamiento
En substancia son estas que yo cuento:

«Señores, en guerrera competencia,
Al teórico mas aventajado,
Si práctica le falta y esperiencia,
Las menos veces es bien atinado,
Y el uso y ejercicio sin prudencia
Efecto no promete concertado;
Mas quien sin estas faltas hace suerte
Por imposible tengo que no acierte.

» Yo conozco que traje buenas gentes
De capitanes y soldados viejos,
Y en negocios de guerra tan prudentes
Que de muchos podrian ser espejos;
Mas acá son las cosas diferentes,
Y ansí cumple seguir nuevos consejos:
Que nuevas reglas, nuevas prevenciones
Piden también las nuevas ocasiones.

» De presente querriamos enmiendas
De los pasados daños recebidos,
Y procurar poner algunas riendas
A bárbaros tan sueltos y atrevidos;
Y no será hacer malas haciendas
Tomar consejos de los mas curtidos;
Pues en los semejantes menesteres
Mas lumbre tienen viejos pareces.

» A mí del mismo yerro redarguyo,
Y el enmienda será la que ya muestro:
Seguir á los antiguos hombres, cuyo
Parecer servirá de buen maestro,
Para que corrijamos con el suyo
El yerro cometido por el nuestro;
Mas antes que hagamos movimiento
Quiero decir también lo que yo siento.

» Del valor de los indios sois testigos,
Y aun hoy con la victoria mas lozanos;
A la mira teneis indios amigos
Cuyos intentos no pueden ser sanos,
Si no damos calor á los castigos,
Y vieren que tenemos buenas manos;
Pues sus deseos son y voluntades
Gozar de sus antiguas libertades.

» Por tanto, si reciente dolor arde,
Que de venganzas es buen alcahuete,
Lo dicho con secreto se reguarde
Y el buen efecto dello se decrete:
Pues cuanto lo hiciéremos mas tarde
Tanto mayor peligro nos promete,
Y el abreviar en cosa semejante
Podémoslo tener por importante,

» Bien veo que sus flechas son nocivas,
Aspérisima sierra, y ellos duros;
Pero no tienen armas defensivas
Ni pelean detrás de fuertes muros,
Y en su flaco pajar con llamas vivas
Los podrian quemar sobre seguros;
Pues á nacion tan vil, crüel y perra,
A fuego y sangre cumple dalles guerra.

» Esta necesarísima jornada,
Sin la cual no terneis hora segura,
Para que vaya bien encaminada
Tenia por grandísima cordura
Dalles una terrible trasnochada
Cuando la noche fuere mas obscura;
Pues que sabeis que aquella serranía
Nadie la salteó por esta vía.

» Para mejor pasar esta carrera
Y salirnos en salvo con el hecho,
Ninguno de caballo vaya fuera,
Pues causara mas daño que provecho:
Peones han de ser, gente lijera,
Que salga libre de cualquier estrecho,
Y han de dar en los indios á tal punto,
Quel golpe y el tronido llegue junto.

» Segun aquello que la tierra muestra,
Este parece orden convenible,
Si por jüicio de la gente diestra
Otro no se hallare mas factible,
Pues esperiencia, próvida maestra,
Imposibilidad hace posible;
Y ansí deseo que mayor prudencia
Sobre mi parecer dé su sentencia.»

Oida la razon, dijeron todos
Los que podian autorizar plaza,
Que para ir por ásperos recodos,
Que gente de contrarios embaraza,
Eran los dichos los mejores modos,
La mas segura y acertada traza;
Porque yendo callados y secretos
Se podrian hacer buenos efetos.

Hízose lista pues de los cabales
Hombres que allí tenia nuestra Hesperia:
Son doscientos y diez, de cuyos males
Nos da desdicha larga la materia;
Y fueron los caudillos principales
Escobar y Fernando de la Feria,
Soldados valerosos, principales,
Pero no para mandos tan cabales.

Al tiempo pues que nublo vespertino
Encubria los ricos y mendigos,
Todos ellos se ponen en camino,
Sin quererse fiar de indios amigos
Para que no tuviesen adevino
Ni de su pretension otros testigos;
Y los nocturnos nublos apartados,
En un monte estuvieron emboscados,

Hasta se despedir febea lumbre
Y volver las tinieblas á su juro,
Vistiendo como tienen de costumbre
Todas las cosas de color obscuro;
Y entonces caminaron á la cumbre
Por do les parecia mas seguro:
Subieron asperezas á porfía,
Pero no por el orden que cumplia.

Porque sin esperar los diligentes
A los mas tardos y de menos tinos,
Y sin examinar inconvinientes
Que de diestras consultas eran dinos,
Se partieron en partes diferentes
Como dieron en copia de caminos,
Puesto que cada cual tuvo creido
Ir juntos y ninguno dividido.

Pero llegados á las poblaciones
Do pudieron subir sin ser sentidos,
Los capitanes sin sus escuadrones
Confusos se hallaron y perdidos,
Contando solos veinte y seis peones,
Del cuerpo de la gente divididos,
Sin poder atinar por qué ladera
Caminan los demás de su bandera.

Habian de subir á lo mas alto
En las obscuras horas del sosiego,
Antes que dieren el primer asalto,
Y á los demás venir bajando luego;
Pero Juan de Escobar, viéndose falto,
En el pueblo mas bajo puso fuego,
Porque los divertidos acudiesen
A do la claridad del fuego viesen.

La viva llama su furor estiende
Y por los altos de las casas vuela:
Caneyes potentísimos enciende,
Aviva grande viento la candela;
Salia quien el fuego comprehende,
No barruntando dolo ni cautela,
Mas todavía sin haber sospechas,
En las manos los arcos y las flechas.

A las voces y gritos del despierto
El que estaba dormido se despierta,
Y en el salir tenian tal concierto
Que ningun español los desconcierta:
Ninguno de los indios quedó muerto
De cuantos acudian á la puerta,
Por salir cada cual tan á recado
Como si fuera sobre muy pensado.

Reverbera la luz por los altores;
Suenan voces de gentes alteradas;
Levántanse cercanos moradores,
Y acuden á las llamas levantadas:
Claramente se ven los malhechores;
Resplandecen los yelmos y celadas;
Y ansí los indios como los cristianos
Aderezan las armas y las manos.

Los españoles otros, que gran trecho
Estaban apartados deste puesto,
Por la lumbre que ven juzgan lo hecho;
Mas no pudieron acudir tan presto
Por la gran aspereza del repecho
Que por delante tienen contrapuesto;
Pero ya resbalando, ya cayendo,
La derecha ladera van subiendo.

Los otros que pusieron la candela
Y no salieron bien con el insulto,
Cumplíales hacer buena rodela
Para no dar las flechas en el bulto;
Y el mas valiente dellos se recela
Por oir de gandules gran tumulto,
Sonando por los altos y peñoles
Cornetas de marinos caracoles.

Llenos de confusion, llegó la hora
Cuando mostraba ya por el altura
Sus dorados cabellos el aurora,
Cuya lumbre les fué menos segura,
Pues aunque cumbres de los montes dora,
Sus corazones viste de tristura,
Viendo la multitud que los rodea
Sin poder escusarse de pelea.

Bien como cuando de las dulces venas
Salen nuevos enjambres en verano,
Que para no volver á las colmenas
Ocupan el espacio comarcano:
Ansí de indios ven laderas llenas
Que vienen al ejército cristiano,
Con tal braveza que de solo vellos
Se ponen erizados los cabellos.

Llegados al conflicto y al aprieto,
Cada cual de sus armas se aprovecha,
Declarando por obras su concelo,
Pues ponen su salud en su derecha;
Mas el arma que hace mas efeto
Es la mortal y venenosa flecha,
Cuya menor y mas leve herida
Quita las esperanzas de la vida.

Animan sus soldados los caudillos
De nuestros fatigados castellanos,
Cuyo cansancio les ponia grillos,
Porque los indios sueltos y lozanos
No solo no se hartan de berillos,
Mas quiérenlos tomar vivos á manos,
Con un recuentro tan impetüoso
Que no les daban punto de reposo.

Como toros á quien gente lijera
Va con agudas puntas enclavando,
Que como nunca para su carrera,
Y aquí y allí y allá suenan gritando,
La lengua con sudor echan de fuera
Y están con los ijares arqueando:
Ansí tienen á nuestros españoles
Los bárbaros y los ardientes soles.

Como la gente y el que los gobierna
Andaban mas sin sueño que con baso,
Mataron á Francisco de la Serna,
Que peleaba con heróico brazo;
Hirieron á Escobar en una pierna,
De la cual luego se cortó un pedazo,
Por librarse con esta diligencia
De aquella venenosa pestilencia.

Y un indio desde el alto de un cabezo,
Con una piedra dió golpe tan lleno
Que dél cayó Mateo de Burruezo,
Soldado conocido por muy bueno;
Al Escobar pasaron el pescuezo,
Aunque con flecha limpia de veneno,
Que si no mal pudieran socorrello,
Pues no cumplia cercenar el cuello.

Dos veces mal herido tuvo vida,
Con no poder tener á mano fuego.
La demas gente desta dividida
No traia menor desasosiego:
Con golpe de mortífera herida
Fernando de la Feria cayó luego;
Al fin el español ya sin remedio
Tierra determinó poner en medio.

Visto hüir la gente peregrina,
Sin esperar el sano por el cojo,
El bárbaro sus pasos encamina,
No con hervor de flaco ni de flojo,
Y de la sierra hasta la marina
El campo con la sangre dejan rojo;
Pues ya con flecha, ya pechos abiertos,
Quedaron sobre cien cristianos muertos.

Los bárbaros crüeles y nocivos
Por escudos y por espadas huellan,
Con las cuales á todos los captivos
Traspasan, hieren, matan y degüellan;
Y á los cristianos muertos y á los vivos
Las caras con las barbas les desuellan,
Que vista cada cual de paja llena,
Espectáculo fué de harta pena.

Aquellos que libró su lijereza
A Santa Marta fueron mal parados,
Mostrando las angustias y tristeza
Que nacen de sucesos desdichados;
Y habia de presente tal flaqueza
Y número tan poco de soldados,
Que el gobernador tuvo por incierto
Poderse sustentar en aquel puerto.

Por ser como doscientos castellanos,
O pocos mas de nuestros peregrinos,
Y de los naturales comarcanos
Sobre noventa mil los mas vecinos,
Que con arcos y flechas en las manos
Son peores que espíritus malinos;
Pero con todas estas turbaciones
Estuvieron quietos los ancones.

No para que jamás les fuesen gratos
Los rostros de las gentes estranjeras,
Mas por los vinos caros ó baratos
Que solian venir á sus riberas,
Y por rescates otros y contratos
De herramientas para sementeras;
Y lo mas cierto es, á lo que siento,
Quitalles Dios aquel atrevimiento.

Pero la gente nuestra temerosa,
Aunque velaba como convenia,
Pues el mas descuidado no reposa
Y de la luenga noche hace dia,
Pensaba si rugia cualquier cosa,
Ser multitud de indios que venia,
Hasta que desbacian sus antojos
Con claridad y examen de los ojos.

Mas cuando se recela rompimiento,
Considerando que los indios suelen
Enalmagrarse con aquel ungüento
De bija que con trementina muelen,
Los que tienen algun conocimiento
De lejos los barruntan y los huelen;
El cual olor también tienen las ramas
Del arbor bija puestas en las llamas.

En este tiempo pues que se recela
La venida de los alderredores,
Encendieron con hija la candela
En casa de uno destos pobladores:
Las narices de los que hacen vela
Al punto percibieron los olores;
Fué cosa por entonces creedera
Estar sobrellos toda la frontera.

Tocaron arma los que tienen voto,
Pareciéndoles ser verdad patente:
Levántase rüido y alboroto;
En confusion se ve quien menos siente,
Ansí como si fuera terremoto
Que viene con obscuro de repente;
Finalmente, la gente castellana
Veló hasta que vino la mañana.

Después del sobresalto, que fué sumo,
Llegada ya la luz del claro dia,
Aquella turbamulta se fué en humo
Viendo cómo de humo procedia;
Mas pues en este canto yo consumo
Mas espacio de tiempo que debria,
Y quedo cuasi sin aliento, quiero
Cobrallo para el canto venidero.

CANTO TERCERO.

Donde se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno de García de Lerma.

No cuantos tienen nombres de soldados
Son dignos de por tales ser tenidos,
Ansí como son muchos los llamados
Y de los muchos pocos escogidos:
Señálanse los hombres esforzados
En animar á los que ven caidos,
Porque en la haz del bélico tumulto
Muchos vereis que son como de bulto.

Y ansí también en las calamidades
En aquella sazon acontecidas,
Habia muchos destas vecindades
Que no hacian cuenta de sus vidas,
Y otros tenian las dificultades
A sus buenos esfuerzos sometidas,
Prestando á los demás, porque no penen,
El ánimo y el brazo quellos tienen.

Y el Lerma con aquestas turbaciones
También se consumia con tristeza,
Y quiso por las tales ocasiones
Desamparar aquella fortaleza,
Habidas muchas consideraciones
Cerca de los peligros y pobreza;
Pero viejos en estos menesteres
Estaban de contrarios pareceres.

Destos antiguos era compañero
Un Alonso Martin, hombre famoso,
Varon en sus consejos muy entero
Y en los trances de guerra venturoso,
Unico y admirable ballestero:
Aqueste, como cuerdo y animoso,
A solas, sin testigos circunstantes,
Al Lerma dijo cosas semejantes:

«Pena tengo, señor, del mal suceso,
Mas no me maravillo que lo haga;
Pues en el caso próspero y avieso
Nunca fortuna va por una raya:
Mil coces suele dar, mas no por eso
El valeroso capitán desmaya,
Antes cuanto mas flaco y abatido
Menos se reconoce por vencido.

»Este mismo valor quiero que siga
Varon que tiene tan ilustres prendas,
Y que no lo desmaye la fatiga
Causada del rigor destas contiendas,
Por no dar ocasion á que se diga
Que con miedo quereis volver las riendas;
Pues tal murmuracion el varon fuerte
Procura de huir mas que de la muerte.

»Las obras y palabras de constante
Anejas son á vuestro nacimiento;
Y ansí conviene que para adelante
Conozcamos en vos tan buen aliento,
Que visto vuestro brio, se levante
El mas acobardado pensamiento;
Pues los soldados en cualquier demanda
Andan con el calor del que los manda.

»Demás desto, señor, no tengais pena
Por padecer pobreza de presente;
Pues os daré también la bolsa llena,
Si vuestra merced quiere darme gente:
Preliérome tener maña tan buena,
Quel mas frio soldado se caliente,
Porque ya conoceis ser el dinero
Para los calentar gentil brasero.

»Si concebis acaso pensamiento
De no cumplir agora salir fuera,
Por padecer el pueblo detrimento,
Estando de mal arte la frontera,
Ningun temor tengais de movimiento,
Que no se mueven tan á la lijera,
Mayormente do los caballos huellan
Y rompen, desbaratan y atropellan.

»Lo dicho me parece medicina
Para poder salir desta congoja,
Y el remedio que hace mas aina
Fortísima la gente, de muy floja:
Quien al os aconseja desatina,
Y es lo demás andar de mula coja;
Tengo mi parecer no por siniestro,
Salva la correccion del mejor vuestro.

El Lerma procuró de estar atento,
Como varon sagaz y bien compuesto,
Y prometióle, no sin juramento,
Habiéndole cuadrado lo propuesto,
De le dar todo buen aviamiento,
Y quel despacho dél seria presto,
Por parecer consejos de discreto
Y convenir ponellos en efeto.

Luego con instrumentos musicales
Se mandó pregonar un mandamiento,
Por el cual capitanes, oficiales
Y soldados vinieron al momento;
Y hechas de silencio las señales,
Declaró Lerma con razonamiento
Que hizo, pretender perseverancia,
Del cual aquí pornemos la sustancia.

«Caballeros y amigos, el deseo
Que para remediaros he tenido,
Si no ciegan pasiones, yo bien creo
Que cada cual lo tiene conocido;
Pero, como sabeis, ningun empleo
Hecimos que bien haya sucedido,
Y ansí mi voluntad no hizo muestra
De las obras debidas á la vuestra.

»Mas tras tormenta viene la bonanza,
Que no viento contrario siempre vienta,
Y ansí si nuestro mal hace mudanza,
Y algun bien la fortuna nos aumenta,
De mí terneis entera confianza,
No menos en honores que de renta,
Habiendo cerca desta conveniencia
También de vuestra parte diligencia.

»Pues mal triunfará quien no pelea,
Y el mancebo galán ó viejo cano
Menos alcanzará lo que desea
Estando siempre mano sobre mano:
Ejemplos vivos son los del aldea,
Do quien no siembra, nunca coge grano,
Y allí son los placeres y gasajos
Donde nunca se huyen los trabajos.

»Todo peligro vencen los despiertos:
Sueño y ociosidad es el que daña;
Y ansí para borrar los desconciertos
Pasados, cumple darnos buena maña
Porque desamparar aquestos puestos
Sepa quien lo pensare que se engaña,
Pues á todos será muy mal contado
Perder lo que los otros han ganado.

»Y ansí quiero que luego salga fuera
Un escuadron de hasta cien soldados,
Que vayan recorriendo la frontera
De los pueblos que están muy sosegados,
Con cuerdo capitán, de quien se espera
Que todos volverán aprovechados,
Y es Alonso Martin, amigo vuestro,
En cualesquiera cargos hombre diestro.

»Para mas alentaros al camino
Y averiguar alguna diferencia,
Irá Pedro de Lerma, mi sobrino,
De cuyo valor hay gran esperiencia,
No solo con el bárbaro vecino,
Mas en otra cualquiera competencia:
Es Fernando Pizarro buen testigo,
Que huelga de tenello por amigo.

»Y ansí juró después de la rencilla
Que le vistes tener con el Fernando;
Que si Dios lo volvia de Castilla,
De le dar en Pirú general mando;
La cual promesa fué para cumplilla,
Pues, segun piensan uno y otro bando,
El Almagro y Pizarro llevan viento
Que los ha de traer á rompimiento.

»Pero dejemos amistad enferma;
Volvamos al negocio mas urgente:
Digo que tiene de ir Pedro de Lerma
Con Alonso Martin, que está presente,
Al cual encargo yo que no se duerma,
Sino que luego salga con la gente,
Pues entendemos quel efecto desto
Tanto mejor será cuanto mas presto.»

Dada declaracion de sus intentos,
Contrarios á cobardes pareceres,
Cobraron los antiguos sus alientos
Y los que allí tenian sus mujeres;
No menos fueron ledos y contentos
Aquellos cudiciosos mercaderes,
Que con el esperanza de rancheos
Les habian fiado sus empleos.

Cálzanse luego de lijeras suelas,
Que de caballos todos iban faltos:
Anjeos y coletas son las telas
Que cubren á los bajos y á los altos;
Caminan como diestras alcavelas
De lobos cuando van á hacer saltos,
Mas ó menos en fuerzas, pero tales,
Que en la destreza todos son iguales.

Va Juan de Céspedes, varon famoso,
Diguísimo de historia mas entera;
Van Pedro de Sanlúcar y Moscoso,
Bueso y el capitán Juan de Ribera,
Luis de Manjarés el animoso,
Mancebo que después en otra era
Fué de aquella ciudad el ornamento,
Su vida, su salud y su sustento.

Pedro de San Martin y Cascajales,
Santana, San Millán, Martin de Frias,
Blasco, Martin Monroy, Andrés Gonzalez,
Y Lorenzo Martin, cuyas poesías
No fueron de las menos principales:
Los cuales yo traté por muchos dias,
O los mas dellos, cuyos hechos buenos
Elogios merecian muy mas llenos.

Y Domingo de Aguirre, vizcaino,
Que fué tal cual conviene que hombre sea,
En el tiempo de paz varon benino,
Fortísimo leon en la pelea;
El cual al rematar de su camino
A mí me señaló por albacea,
Y soy su capellán en este dia,
Y mi morada es la quél tenia.

Soldado principal desta conquista
Y gran descubridor de sus rincones;
Y como quien testigo fué de vista,
También en escribir gastó renglones,
Porque de cosas varias hizo lista
Y me dejó cumplidas relaciones,
Las cuales tengo yo por escriptura
Tan buena, que contiene verdad pura.

Salieron pues, y el amistad antigua
Sustenta Mamatoco, que los ama;
Pasando van por Zaca y por Origua;
Bien recebidos son en Irotama;
Saliéronles de paz los de Bondigua,
Y lo mismo hicieron en Chairama:
Todos ellos traian manos llenas
De los dones que dan doradas venas.

Van á los siete pueblos comarcanos
En torno de brevísima distancia,
Donde fueron señores siete hermanos,
Cada cual dellos hombre de sustancia:
Allí les presentaron ricos granos
De oro y otras joyas de importancia;
Por otros pueblos van desta manera
Corriendo faldas de la cordillera.

Mas por consejo del que los regia,
Nunca jamás la gente castellana
En el lugar do les anochecia
Esperaban la luz de la mañana:
En diferente parte ven el dia,
Porque si la canalla, como vana,
Usase de las suyas en asechos,
Los hallaren de allí prolijos trechos.

Por otros pueblos pasan por la posta,
Mas siempre su caudal se perficiona
De ricos dones; y con ser angosta
Y de pocos soldados la corona,
Dejaron estos pueblos de la costa
Y entraron en el valle de Tairona,
De cuya boca fueron centinelas
Los del pueblo llamado las Pijüelas.

Es valle de profundas angosturas,
Que rápida corriente lo reparte;
Pero las mesas dél y sus alturas
Bien pobladas en una y otra parte
De gente, curiosas las culturas,
Casas pajizas, pero de buen arte,
Y su grandeza y latitud es tanta,
Que de caneyes grandes es la planta.

El caudal destos indios fué solene
Entre tanto que por aquel asiento
Cudicia no llegó que lo cercene
De los que suelen ir en seguimiento:
Hay auríferas venas, y allí tiene
El rio de Don Diego nacimiento,
El cual, por muerte deste caballero,
Del nombre lo hicieron heredero.

Sus vados grandemente peligrosos
Para los naturales y estranjeros,
Porque sus cursos van impetüosos,
Y de grandísimos despeñaderos:
Hay puentes de bejucos correosos
Asidos á los árboles fronteros,
Donde son menester sólidas sienes,
Porque quien pasa da muchos vaivenes.

Entrando por el valle la bandera
Del español, que fué de breve lista,
Alborotáronse sobremanera
Los indios, recelando su conquista,
Y también porque fué la vez primera
Que se desayunaban con su vista:
Cubre los altos cuantidad inmensa
Apercebidos para su defensa.

Mas Alonso Martin, con lengua diestra
Y en aquella de tairos instruida,
Con señas y palabras hizo muestra
No ser a mal efecto su venida,
Diciendo: «Si quereis amistad nuestra,
La vuestra no será mal recebida,
Pues deseamos ser vuestros hermanos,
Sin que jamás vengamos á las manos.

»No trae para furias de peleas
Ninguno de nosotros intenciones,
No colleras ni duras arropeas,
Ni hierros que semejen á prisiones:
Antes traemos joyas y preseas
A fin de celebrar contrataciones,
Para que deis vosotros y acá demos
Las cosas de mas precio que tenemos.

»Daremos cuantidad de herramientas
Con que podeis talar estas riberas,
Y sin sudor hacellas opulentas,
Engrandeciendo vuestras sementeras:
Traemos demás desto muchas cuentas,
Muchos peines, cuchillos y tijeras,
Sombreros y bonetes colorados,
Y camisas con cuellos bien labrados.

»A los indios que están á las vertientes
De la mar, y aun distantes buenos ratos,
Tenemos por amigos y parientes,
Y todos ellos se nos muestran gratos,
Holgándose de ver cristianas gentes
Y de tener sus tractos y contratos;
De cosas que tenemos se proveen,
Y ellos nos dan el oro que poseen.

»Si haceis esto con los peregrinos
Que de presente veis en vuestras cumbres,
Seguros podeis ir por los caminos
A vuestros tractos, usos y costumbres:
Mas si no, de los términos marinos
Vernán aquí crecidas muchedumbres
Y tantos escuadrones de cristianos
Que todos estos cerros hagan llanos.

»Aunque, si no huis inconvinientes
Y estais en vuestro mal perseverantes,
Los poquitos que veis aquí presentes
Para cosas mayores son bastantes:
Por tanto cesen vanos accidentes,
Volved al buen sosiego como antes,
Porque la buena paz á nadie daña
Y á muchos destruyó la ciega saña.»

A las palabras y comedimientos
De quietud, amor y de templanza,
Estuvieron los bárbaros atentos,
Admirados de ver la confianza
Que tenian los pocos y hambrientos,
Innumerable siendo su pujanza;
Y el indio principal Gairacimonde
Estas palabras breves les responde:

«Bien vemos que fastidian y empalagan
Rencillas y guerreras disensiones,
Y que de los contractos que se pagan
Redunda bien á todas las naciones,
Como los tales sean y se hagan
Con el peso de sanas intenciones;
Y así debajo destas cualidades
Quiero y acepto vuestras amistades.»

Luego de las alturas bajó gente
Con ledo rostro, sin mínace brano:
Gairacímonde con alegre frente
Al Alonso Martin dió gran abrazo,
Y los mas principales en presente
Ofrecieron de joyas buen pedazo,
Y en los rescates el que mas ayuno
Abalanzaba mas de mil por uno.

Acudió menos de lo que pensaron,
Por no tener el oro valor lleno;
Y en tres ó cuatro dias que tardaron
En sus contractos por aquel terreno,
En patente y oculto rescataron
Mas de noventa mil pesos de bueno,
Con la cual granjearía que fué cierta
Resucitó la gente casi muerta.

Dijo pues á los indios que estaria
Allí para buscar mas interese
Hasta ya concluir quinceno dia,
A fin de que mas oro se le diese;
Mas esa misma noche hizo vía
Y salió sin que nadie lo sintiese,
De la manera dicha proveído,
Sin quedar hombre muerto ni herido.

Llegaron á los puertos deseados,
Do con aplauso fueron recebidos
Y del gobernador fueron honrados,
Acariciados y favorecidos,
Aunque quedaron no pocos soldados
Acerca de sus partes desabridos,
Y es porque pretendia mayor parte
El mas inútil en el estandarte.

Y estas son por acá querellas viejas,
Pues que los mas rúines y mas bastos
Quieren correr con todos las parejas,
Y de lo que no tienen hacen fastos:
De modo que el rehús de las ovejas
No se contenta con medianos pastos,
Y no deja de dar al bueno pena
El ver cómo se meten en docena.

Pero dejémoslos con sus locuras
Y verbos en que hacen gran instancia.
Digo que por aquellas espesuras
Del puerto y fuera dél poca distancia,
Se descubrieron muchas sepulturas
De donde resultó harta ganancia,
Porque todos los indios principales
Se entierran con sus joyas y caudales.

Un hoyo se cavaba que á buen sondo
De la profundidad que contenia
Un estado seria lo mas fondo,
El cual derechamente descendia
Bien así como pozo muy redondo,
Y en lo mas bajo deste se hacia
Un grande socabón con partes anchas
Losado todo él de lisas lanchas.

Puestos los edificios en su punto,
Aunque no por artífice romano,
En un dubo sentaban al difunto,
Con sus arcos y flechas en la mano,
Vasos de sus bebidas allí junto,
Y bollos y tortillas de su grano,
Compuesta y adornada la persona
Con joyas de oro, cuentas y cacona.

Hallaron muchos en aquellos puertos
No poca cuantidad destos archivos,
Por el indastria de los mas espertos,
A quien no defraudaron sus motivos;
Y así desenterrando cuerpos muertos,
Resucitaron muchos hombres vivos,
Pues el que mejoró la camiseta
Hablaba como dicen de la oseta.

Mas el gobernador luego procura
Con toda la posible diligencia
Que ninguno sacase sepultura
Si no fuese mediante su licencia:
Parecióles á todos cosa dura,
Y renegaban ya de la paciencia;
Y mas que se tomaba las mejores
Quitándolas á los descubridores.

Quedaron asimismo descontentos
Porque de pueblos mas acomodados
Señaló suertes ó repartimientos
Dándoles lo mejor á sus criados;
Y así los hombres de merecimientos
Quejosos se mostraron y agraviados,
Y la demora no se señalaba,
Sino quien mas podia mas sacaba.

Pues cierta cosa es y averiguada,
Que cuando la tal renta se pedia,
El cacique menor de la Ramada
Les daba todo el oro que cabia
En una caja grande ensayalada
Que de piezas labradas se henchia,
Y aun aquel hueco que juntar no pudo
Rehenchian de oro mas menudo.

Cobrado gran caudal en oro puro,
Fingian irse con aquel carguío,
Y al tiempo que dormia mas seguro
El indio que les dió tan buen avío,
El español volvia con obscuro
A saltear el resto del bahío,
Privándolo de todos sus haberes
Y de queridas hijas y mujeres.

Con estas desvergüenzas y solturas
Estos indios se fueron despoblando,
Metiéndose por grandes espesuras,
Potente población anihilando,
Y aun hicieron algunas travesuras
Con los que los andaban salteando,
Pues mataban personas españolas
Cuando las encontraban á sus solas.

En aquesta sazon y en esta parte
Humedeció su faz el duro suelo
Con la sangre de Antonio de Yusarte,
Hermano de Hierónimo de Melo,
Que para la bandera y estandarte
Fué grave turbacion y desconsuelo,
Por ser de gran valor estos hermanos,
Y de los principales lusitanos.

Y ansí fué que buscando cierto dia
En una pequeñuela carabela
Perlas de que noticia se tenia
En la costa del Cabo de la Vela,
En la Ramada vieron ranchería
Y cerca de la playa gran candela:
Antonio de Yusarte salió fuera
Creyendo ser de paz como antes era.

Con solos diez y seis soldados llega
A fin de les pedir mantenimiento:
Recibiéronlo bien, y él se sosiega
Como vido su buen comedimiento;
Mas luego sobrevino la refriega
Que fué su destruicion y acabamiento,
Con tan impetüosos desconciertos,
Que en breve tiempo todos fueron muertos.

El barco como viese hecha sarta
De cabezas de cuerpos divididas,
Antes que contra él la furia parta
Al viento dió las velas estendidas:
Llegó con dos ó tres á Santa Marta
Llorando las desgracias sucedidas;
Los principales vístense de duelo,
Sin lo saber Hierónimo de Melo.

Desto fué la razon estar absente
Y andar la costa abajo descubriendo
En una carabela con la gente
Que como capitán iba rigiendo;
El cual por ser sagaz y diligente
En gracia y en honor iba subiendo,
Y este Melo halló la boca llena
Del rio grande de la Magdalena.

Y como los designos en que estriba
Era sacar á luz no vistas sillas,
Determinó subir por él arriba
A ver lo que contienen sus orillas:
Mandó pues que su gente se aperciba
Armando las espaldas y termillas,
Y toldando también de dura tela
Aquel espacio de la carabela.

Hechas estas y otras prevenciones,
Subieron sin que viento los resista,
Y con la cuantidad de poblaciones
Hincheron los deseos y la vista;
Pero tan deshonestas las naciones,
Que no tienen cubierta que los vista:
Oro labrado traen ellas y ellos
En orejas, narices y en los cuellos.

Tomó del inventor el nombramiento
La primera ciudad en aquel suelo,
Y aun hasta hoy le llaman al asiento
El pueblo de Hierónimo de Melo,
No para que durase con aumento,
Pues no parece ya hueso ni pelo,
Solamente nos queda la memoria
De grandeza tan grande y tan notoria.

Con recato gulaba su carrera
El Melo con la gente de Castilla:
No va por la corriente muy afuera,
Ni tampoco pegado con la orilla;
Cubríase de indios la ribera
A ver la nunca vista maravilla;
Un indio que llevaban los entiende,
Y les pregunta lo que se pretende.

Rogándoles que no hagan bullicio
Por ver el espectáculo presente,
Pues los que ven no tienen por oficio
Damnificar al bueno y obediente:
Solo quieren traellos al servicio
De un gran señor, monarca prepotente,
A quien por su virtud, valor, clemencia,
Todos los hombres deben obediencia.

Que de ninguno recibirán daño
Si fuesen sus vasallos y subyetos,
Y deste verdadero desengaño
Resultarán también otros efetos:
Que vernán al católico rebaño
Do vivirán seguros y quietos,
Con la noticia y el conocimiento
De aquel que les dió ser, vida y sustento.

Respondiéronle ciertos capitanes
Que parecian ser allí mayores:
«Andad para bellacos, baraganes,
Infames, mentirosos, burladores,
Que pretendeis comer ajenos panes
Donde no derramais vuestros sudores;
Pues Pocigueica ya nos dió noticia
De vuestras propriedades y cudicia.

»Si venís á cobrar algun tributo,
Aguilas de oro, petos y celadas,
Luego como pongais piés en enjuto
Las hallareis tan bien aderezadas,
Que nunca volvereis sin aquel fruto
Que sacastes de aquellas cabalgadas.»
Esto decian y otras muchas cosas,
Y disparaban flechas venenosas.

Mas arriba de allí suben atoas,
Por no les ayudar viento bastante,
Mas luego sobre mas de mil canoas
Vieron llenas de indios por delante,
Que con todo favor guian las proas
Para tentar al nuevo navegante,
El cual por escapar de la revuelta
A la mar procuró de dar la vuelta.

Al ímpetu se van de las corrientes
Las velas á los aires estendiendo:
Los muchos y atrevidos combatientes
No con priesa menor los van siguiendo;
Innumerables flechas van pendientes
Del toldo del bajel que va huyendo,
Porque fuera notable desatino
No hüir tan terrible torbellino.

Y cuanto mas duraba la carrera,
Iba la tempestad en mas aumento,
Hasta tanto que ya salieron fuera
A las ondas del mar y largo viento
Los indios vuelta dan á su ribera
Por no podellos ir en seguimiento.
Ansí que consta ser este navío
El primero que entró por este rio.

Metió todos sus hombres en el puerto,
Ninguno mal parado, sino sano,
Y por lo que dejaba descubierto
Alegre se mostró y algo lozano;
Pero como dijeron ya ser muerto
A manos de los indios el hermano,
La pena que tomó fué tan crecida
Que le quitó los dias de la vida.

No menos esta muerte fué llorada
De todos por tenello por amigo,
Y para que también fuese vengada
La de Antonio Yusarte que ya digo,
Determinaron ir á la Ramada
Para hacer un ejemplar castigo;
Y ansí se tomó delle tal venganza
Que todo fué rigor y destemplanza.

Luego se caminó por las salinas
Y por zavanas secas y arenosas,
Hasta venir á dar á las cocinas,
Gentes desesperadas y animosas,
Con quien entre cardones y entre espinas
Tuvieron competencias rigurosas,
Y después de vencidos, en su villa
Hallaron ropa fresca de Castilla.

Admiráronse todos de repente
Viendo mercadería sin mercado,
Mas luego conocieron claramente
Ser de gente que había naufragado,
Sin que lo declarase delincuente,
Ni diese cuenta deste mal recado;
Mas todos recogieron ropa harta
Y se partieron para Santa Marta.

Al rio de la Hacha caminando,
Antes que se pasase su ribera,
Por sus mismas pisadas aguijando
Dos hombres ven venir á la lijera:
Sabian bien que no son de su bando,
Y ansí toda la gente los espera,
Reconociendo con la vista sola
Que debia de ser gente española.

Llegaron no sin grande desconsuelo,
El uno sacerdote y otro lego,
Y hincan las rodillas en el suelo,
Sin que tomasen punto de sosiego,
Porque poner los ojos en el cielo
Fué lo primero que hicieron luego,
Dando gracias á Dios que les dió tino
Para ver y tomar aquel camino.

Luego de su negocio dieron cuenta
Con voz que mil suspiros entremete,
Diciendo que corrieron gran tormenta
Y dieron al través en el portete,
Donde gente feroz, crüel, sangrienta,
Despojaron de vida ciento y siete
De pasajeros y de mercaderes,
Sin perdonar á niños ni mujeres.

Los seis dellos se habian abscondido
Escabulléndose de la refriega,
Y fueron por camino no sabido
El tiempo que duró la noche ciega:
Cuatro dellos habian perecido
Porque la sed á muerte los entrega;
Y escapar ellos del inconviniente
Fué milagro de Dios harto patente.

Pues caminando por una zavana
De noche, vieron rastros de caballos,
Y allí durmieron hasta la mañana
Para poder mejor certificallos;
Y con divina fuerza mas que humana
Grande priesa se dan por alcanzallos,
Pues quiso Dios que sin merecimiento
Tuviese su deseo cumplimiento.

Pesóles de tan áspero suceso;
Y la fatiga destos remediada,
El náufrago soltero y el profeso
Con los demás se van á la Ramada,
Donde otra vez usaron del esceso
Dándoles una buena trasnochada,
So color del castigo dicho antes
Y causas que decian ser bastantes.

Pero demás de aquellos delincuentes
Que fueron agresores y culpados,
Algunos miserables inocentes
Fueron contra justicia castigados
Con penas y castigos insolentes,
A todas crüeldades arronjados,
Y las cudicias grandes del injusto
Ordenaban los cargos á su gusto.

Y aunque el gobernador no lo sabia,
Antes refrenó siempre los rigores,
Las malas intenciones todavía
Criaron coronistas y escriptores,
Pues quien sabia menos, escrebia
Al gran emperador ó á los oidores
Que la Española tiene con audiencia,
Pidiendo contra Lerma residencia.

El cual ya poseido deste miedo,
Determinóse de enviar á España
A su criado Nuño de Sagredo
En confianza de su buena maña,
Y llevar en derecho de su dedo
Probanzas hechas contra quien le daña;
Pues nunca faltan á quien manda junta
Mil testigos que hinchan la pregunta.

Fueron pues las probanzas gran embargo
Para se despintar algunos daños
Que resultaran del proceso largo
Primero que probara ser engaños;
Y ansí le vino luego de su cargo
Prorogacion de tres ó cuatro años,
Y á los mas flacos en sus amistades
Procuró de ganar las voluntades.

Mayormente de hombres que tenian
Algunas honorosas cualidades;
Y porque muchos otros padecian
Varias dolencias y necesidades,
Hospital hizo do se recogian
Y se curaban las enfermedades;
Y estas espensas eran á su costa,
Que cierto no podia ser angosta.

También socorrería con sustento
Don fray Tomás Ortiz, sabio prelado,
A quien el Lerma dió repartimiento,
Que fué Bondigua, pueblo celebrado,
Donde hacia principal asiento,
Y por esto no poco murmurado,
Por ser allí las grandes fundiciones
De las mas comarcanas poblaciones.

De manera que la comun malicia
Su vida religiosa maculaba,
Diciendo muchos dellos que cudicia
A residir allí lo convidaba,
Y con diestros ministros de avaricia
Alguna joya mas se le pegaba;
Mas él decia ser intencion sana
Y por les enseñar la fe cristiana.

Solian pues soldados ir á obscuras
Para sacar sepulcros acechados,
Algunos solos á sus aventuras,
Por causa de los mandos publicados;
Y ansí fueron á muchas sepulturas
Sin que fuesen en ellas sepultados,
Pues por asechos en lugares ciertos
De los vecinos indios eran muertos.

De suerte que por muchas sinrazones
Que se hicieron en aquella era,
Conmutaron los indios condiciones
Quitando paz á toda la frontera,
Dorsino, Gaira y los demás ancones,
El de la tierra dentro y el de fuera,
Sin acudir á tracto ni contrato,
Ni dalles grano caro ni barato.

Mas ya por otras tierras y partidos
Iba volando la veloce fama
De los ricos sepulcros referidos,
Con trompa de cudicia que los llama
Y un son que deleitaba los oidos
Del cupido galán y de la dama:
Ansí que ya tenia Santa Marta
De los recién venidos gente harta.

Tanto, que de la mucha que venia
Estaban llenos hasta los rincones;
Y en la misma sazon también habia
Necesidad con indispusiciones,
Que Lerma por su parte socorria
Con algunos regalos y raciones.
No para ser cabal mantenimiento,
Sino manera de entretenimiento.

Mas el soldado que salud tenia
Quisiera navegar con otros vientos,
Porque la causa por que se movia
Eran conquistas y descubrimientos,
Y andando rancheando todavía
Hallaba sin dineros alimentos;
De suerte que la gente mas granada
Deseaba hacer algun entrada.

Allí Pedro de Lerma florecia
En el tiempo que desto se tractaba,
Cuya buena presencia prometia
Aquello que por obras ya mostraba:
En esfuerzo, valor y gallardía,
Aviso y discrecion se señalaba,
Y en recuentros habia dado muestra
Cual la podia dar persona diestra.

Joven, gallardo y en edad florida,
Bien acondicionado, bien dispuesto,
La barba roja, llena, proveída,
Y de gracioso y agradable gesto,
Cualquiera proporcion tan por medida
Que no tenía miembro mal compuesto;
En la conversacion era süave,
No muy regocijado ni muy grave.

Ofrécese también á la memoria
Como decia dél alguna gente
Su nombre propio ser Pedro de Soria,
Y el Lerma no venille propriamente,
Y aun afirmaban por cosa notoria
No ser deudo del Lerma ni pariente;
Pero no sabré dar razon bastante
Por qué decian cosa semejante.

Pues antes y después que con él vino,
A todos ellos era manifiesto
Tratallo Lerma como su sobrino,
Y cuasi semejaban en el gesto:
Juzgamos pues de aquí ser desatino
Los que creian lo contrario desto;
Y ansí con ser el Pedro mozo tierno
Lo hizo general de su gobierno.

Pues como general entonces era
Con todas las anejas condiciones,
Aderezóse para salir fuera
Con doscientos destrísimos peones:
Que caballos en ninguna manera
Pueden subir aquellos reventones,
Y mas adonde van valles horribles
Cuyas entradas son inaccesibles.

Bocarabuey le llaman al primero,
Y Bongay es el nombre del segundo;
Profundísimos son entrambos, pero
El de Bocarabuey es mas profundo,
Rodeado de tal despeñadero
Que no puede ser mas en este mundo;
Están mas adelante de Tairona
Al paraje del paso de Marona.

En ellos entran por un angostura
Aspera para gentes estranjeras:
De dentro no contienen gran anchura,
Pero poblados van por las laderas;
De yuca y de maiz es la cultura;
Son todas gentes ricas y guerreras,
Y bien como venados van lijeros
Por peñascos y por despeñaderos.

Pues por los pasos mas acomodados
El general entró con los que lleva,
Y para ser los indios avisados,
Su propria vista les llevó la nueva:
Fueron en breve tiempo convocados
Para venir en fuerzas á la prueba,
Mas un cacique dicho Sollozoca
Con aquesta razon abrió la boca:

«Si conocemos términos discretos
No conviene que nos alborotemos,
Pensando que hará malos efetos
La poca cuantidad destos que vemos;
Y ansí mi parecer es que quietos
Y con paz y amistad los esperemos,
Satisfaciendo bien sus intenciones
Con alimentos y con ricos dones.

»Haremos al contrario descuidado,
Viendo que se le da buen acogida,
Y no reposará sobresaltado
Y con su gente bien apercebida;
Y ansí podremos darnos buen recado
En privallos á todos de la vida,
Cobrando sin ningun inconviniente
Nuestro caudal y el suyo juntamente.»

A todos pareció consejo bueno,
Y se ciñeron desta confianza:
En quietud pusieron el terreno,
Reduciendo sus gritos á templanza,
Creyendo ver aquel efeto lleno
De los que les promete su esperanza,
Midiendo todos ellos los efetos,
Segun sus pensamientos y concetos.

Entre tanto llegaron los cristianos,
Hablándoles con lenguas convinientes
Y haciéndoles señas con las manos
Para mas mitigar sus accidentes,
Diciéndoles: «Queremos ser hermanos,
Amigos vuestros, deudos y parientes,
Y que tengais por bien dar obediencia
A un rey de grandísima potencia.

»A cuya fuerza no hay opuestos muros,
Ni rebelde que luego no despoje:
Sobre potentes reyes tiene juros,
Y á su dominio todos los recoge;
Viven libres, quietos y seguros
Los suyos, sin que nadie los enoje,
Y desta libertad y beneficio
Gozareis si venís á su servicio.

»Si celebrardes estas amistades,
Serán á todas partes honorosas;
Y porque nuestras buenas voluntades
Conozcais, os daremos muchas cosas
Que para vuestras huertas y heredades
Muy necesarias son y provechosas,
Y vosotros dareis en pagamento
Eso que solo sirve de ornamento.»

A do paró la gente castellana
Bajaron luego muchos principales,
Ansí mancebos como gente cana,
No sin ostentacion de sus caudales:
Arco no parecia ni macana,
Antes de paz son todas las señales;
Ven de joyas de oro tal aumento
Que daban al deseo henchimiento.

Y recebidos los primeros dones
Y presentes que fueron de sustancia,
Se comenzaron las contractaciones
Ricas y no de menos importancia,
Porque las maliciosas intenciones
Se holgaban en dar cualquier ganancia,
Tanto que del caudal y venta hecha
Cada cual concibió mala sospecha.

El sol iba sus carros recogiendo
Al hemisferio del opuesto cielo,
La lumbre de sus rayos abscondiendo
A los habitadores deste suelo,
Y el alegre color se va vistiendo
De la librea del nocturno velo,
Cesando por aquel inconviniente
Contractos y el concurso de la gente.

Y ansí dijeron á las compañías
Que del lugar hacian mudamiento,
Que no fuesen pesadas ni tardías
En acudir con reconocimiento,
Pues habian de estar por muchos dias
Dentro del valle y en aquel asiento,
Donde les convenia regalallos,
Porque, si no, saldrán á castigallos.

Pero ya despedidos los postreros,
El general habló con sus soldados,
Y en secreto les dijo: «Caballeros,
Ya nosotros tenemos embolsados
Cuantidad no pequeña de dineros,
Pues pasan de cincuenta mil ducados:
Paréceme determinacion cuerda
Poner la presa donde no se pierda.

»Pues sospechosa es la buena gana
Con que dan sus haciendas los escasos,
Y ansí querria que con obscurana
No fuesen nuestros piés flojos ni lasos,
Porque cuando llegase la mañana
Tuviésemos tomados malos pasos,
Do sin riesgo podemos en la cumbre
Defendernos de tanta muchedumbre.

A todos ellos en cabildo juntos
Les pareció consejo de discreto,
Y el parecer que daba ser trasunto
De lo mas substancial y mas perfeto;
Y con sus joyas en el mismo punto
La partida pusieron en efeto,
De manera que fueron con obscuro
Hasta llegar á puerto mas seguro.

Cuando llegaron, ya la bella dama
Del antiguo Titon mostró la cara,
E ya salia de la dulce cama
Adonde del cansancio se repara,
Y en la misma sazon febea llama
Volvia las tinieblas en luz clara,
De suerte que los ojos en su daño
Ya no podian padecer engaño.

Apenas pues los nuestros poseian
Los altos y postreros reventones,
Cuando tras ellos vieron que venian
Desnudos y atrevidos escuadrones,
Que de diversas partes descendian
Con armas y dañadas intenciones,
Haciendo que con mas furia se muevan
Ver que se van y ver lo que les llevan.

Los que mas dieron mas se señalaban
En ánimo y en dar paso lijero,
Para con fin de los que lo llevaban
Cobrar por fuerza de armas el dinero;
Pero para llegar adonde estaban
Habian de subir por contadero,
Porque el espacio desta serranía
Por otra parte no les daba vía.

Nuestras gentes estaban descansadas
Puestos á punto tiros de ballesta,
Y prestos los escudos y celadas,
Hoja desnuda y en la mano presta,
Muchas galgas de piedras allegadas
Para soltallas por la baja cuesta,
Y por tener el alto lugar fuerte
Ningun temor tenian á la muerte.

Los indios á las faldas del altura
Y congregado número sin cuento,
Por las ásperas sendas se procura
Subir, y suben con gentil aliento;
Mas por perseverar en su locura
Muchos dellos ovieron fin sangriento
Con crecido peñasco que rodante
Barria los opuestos por delante.

El cual con aquel ímpetu violento
Rompió de tal manera cuanto halla,
Que quedaron sin vida mas de ciento
Y derribada mucha mas canalla:
Al modo de terrible rompimiento
En grave y aspérisima batalla,
Donde caen los muertos y los sanos
Y unos quedan sin piés y otros sin manos.

Visto su mal principio de contiendas
Con gentes tan mañosas y atrevidas,
Determinaron de volver las riendas
De seguir los alcances despedidas,
Y mas quisieron no cobrar haciendas
Que perder las haciendas y las vidas:
De manera que nuestros peregrinos
Prosiguen sin estorbo sus caminos.

Llegaron á Bongay y entraron dentro
Conocen ser la tierra mas amena,
Mas apercíbense para recuentro,
Por ver de gentes la zavana llena;
Pero de paz salieron al encuentro,
Escarmentados en cabeza ajena;
Dieron presentes, y el rescate hecho
Fué de veinte mil pesos el provecho.

Vista la presa pues no ser angosta,
Antes digno caudal de ser guardado,
Del valle se partieron por la posta
A fin de lo poner á buen recado;
Finalmente salieron á la costa,
Y fueron á su puerto deseado,
Donde la gente dél se hizo presta
Para los recebir con grande fiesta.

Descansaron después en la marina
Algun tiempo, que fueron pocos dias;
Pero cebados en la golosina
Del oro que les daban rancherías,
El buen Pedro de Lerma determina
Salir á descubrir por otras vías,
Y con trescientos hombres y el hagaje
La costa abajo hacen su viaje.

Soldados de valor son todos ellos,
En guerra cada cual ejercitado;
Acia Chinila van guiando huellos
Por bosque que hallaban despoblado;
Don fray Tomás Ortiz iba con ellos,
Primer obispo ya conmemorado,
Al cual ya parecian pasos malos
Aquellos que carecen de regalos.

Demás de ser la tierra no bien sana,
Antes de tal calor que los abrasa,
Mas al fin fueron á provincia llana,
Que llamaron Caribes, tierra rasa,
No porque allí comiesen carne humana,
Mas porque defendian bien su casa;
Y ansí hicieron diez caballos menos
Y diez y seis soldados de los buenos.

Porque ponian cautelosamente
Presas á las puertas do moraban,
Y al tiempo del tomar, incontinente
Los que vivian dentro los flechaban;
Y ansimismo mataron mas de veinte
De los amigos indios que llevaban,
Que para les servir iban de Bonda
Y otros pueblos que hay á la redonda.

Cuando tomaron la ciudad primera
Desta provincia castellanas lanzas,
Estaban muchos moradores fuera
Ocupados en casas y labranzas;
Mas son de viva voz los recupera,
Volviendo los deseos de venganzas,
Y viéronlos venir los peregrinos
Que velaban entradas y caminos.

Tocaron arma para subyectallos,
Y suenan las trompetas con su canto;
Salieron al encuentro los caballos
A los indios poniendo gran espanto,
Dejándose caer por no mirallos,
A causa que no vieron otro tanto;
Y ansí prendieron á cuarenta dellos,
Poniéndoles prisiones en los cuellos.

Y destos uno para ser gigante
Naturaleza no lo hizo falto,
En la ferocidad y en el semblante,
En miembros, lijereza y en el salto;
Y en altor de los brazos adelante
Era sobre los altos muy mas alto,
Y de los españoles los mas hechos
Apenas le llegaban á los pechos.

Aqueste solo hizo resistencia
Y se mostraba ser lozano gallo;
Mas volvió sus furores en paciencia,
Viendo sobre sí tantos de caballo:
Aprisionáronlo con diligencia,
Y muchos hombres fueron en guardallo;
Y allí con voz que gran temor ponia
A los presos con él reprehendia.

Decíales ansí: «Flacos villanos,
A quien su propria cobardía daña,
Tantos en escuadron y á mí cercanos,
¿Cómo nunca supistes daros maña
Y me dejastes solo y entre manos
De gente que os constaba ser estraña?
Pues con uno que espaldas me hiciera
Nadie me subyectara ni rindiera.

»Antes á no perder mi fuerte maza
Por vuestra culpa, tales ocasiones
Ella diera, tan buen orden y traza
En machucar cabezas de ladrones,
Que de cuantos estaban en la plaza
Solamente quedaran los troncones,
Y todos sin tomar ningunos presos
Rociaran la tierra con sus sesos.»

Los bárbaros amigos que lo vian
En enojo y furor tan encendido,
Por algunos vocablos coligian
De las palabras dichas el sentido;
Y como su venganza pretendian
Por ocasion del daño recebido,
Pidieron al gigante por su suerte,
Para vengarse dándole la muerte.

Pedro de Lerma, por les dar contento,
Mandóles entregar el indio luego,
Muy fuera de cristiano sentimiento,
Pues no dejó de estar en esto ciego:
Asieron dél gandules mas de ciento
A quien se hizo del gandul entrego,
Y brazos, piés, molledos y garganta
Amarraron á una gruesa planta.

Estas crüeles diligencias hechas,
Atado por mil vias al madero,
Aperciben los arcos y las flechas,
Y el mísero servia de terrero,
Donde sin desviar iban derechas
Al beneplácito del ballestero,
Estremeciéndose con los dolores,
Y el árbor ansimismo da temblores.

Con esta crüeldad dicha de suso
Le clavan pechos, brazos, coyunturas,
Mas él con el dolor tal fuerza puso
Que quebró las espesas ligaduras,
Y á pelear con todos se dispuso,
Sacando de sí mismo flechas duras,
Con puntas de las cuales ansimismo
El envió contrarios al abismo.

Pues aunque ya traia traspasado
De heridas mortales mortal vaso,
Tras ellos iba tan encarnizado
Como bravo leon en campo raso,
Al tiempo que se halla rodeado
De los que por allí pasan acaso,
Y si le pican se desembaraza,
Y á cualquiera que toma despedaza.

Desta manera fué rompiendo venas
De los que van huyendo del portento,
Hasta que de las frágiles cadenas
Hizo separacion vital aliento,
Para morar en las eternas penas,
Llevando cuatro muertos al tormento,
A quien él antes desta su partida
Hizo que se partiesen de la vida.

En la ciudad el resto de la gente
Jamás quiso salir de sus moradas,
Y defendian valerosamente
No ser de los estraños saqueadas,
Hasta tanto que fuego mas ardiente
Se las hizo dejar desocupadas;
Prendieron muchos en aquel estrecho,
Sin que tomasen cosa de provecho.

Por mucha diligencia que se puso
En trastornar alhajas del vecino,
No se halló cerrado ni recluso
Punta de oro bajo ni de fino,
Por no tener aquestas gentes uso
De lo que causa tanto desatino:
Solamente sus bienaventuranzas
Eran las sementeras y labranzas.

Destas era provincia proveida
Y por todos espacios bien poblada:
Gente lozana, blanca, bien formida
Y á su defensa muy determinada,
Y ansí la nuestra no fué recebida
De paz, ni puso miedos el espada,
Ni de sus pueblos, vista su presencia,
Determinaron de hacer absencia.

Era para poblar de gran sustancia,
Si cayeran entonces en aquesto;
Mas como luego no viesen ganancia
Y tuviesen el riesgo manifiesto,
Salieron no con poca vigilancia
En busca de terreno mas compuesto,
Para que con aumento de despojos
Se templasen los bélicos enojos.

Caminaron con orden conviniente,
Sin que ninguno dellos se desmande,
Y con deseo ya de ver la frente
De guia cierta que con ellos ande:
Un dia dieron repentinamente
En aquel que llamaron rio Grande,
La distancia del cual de orilla á orilla
No les causó pequeña maravilla.

Holgáronse de ver en sus riberas
Diversidad de árbores sombríos;
Entretejidas grandes cañaveras,
Que suelen ser ornatos de los ríos;
En partes estendidas sementeras,
Por las aguas frecuencia de navíos,
Que son, segun dejimos, unos leños
Cavados, palos grandes y pequeños.

No faltó poblacion ni faltó puerto
Que por allí les vino muy á pelo,
Y no dejaron de tener por cierto
Ser rio que cubria tanto suelo,
El que por mar habia descubierto
El portugués Hierónimo de Melo;
Por cuyo curso, yendo bergantines,
Descubririan tierras muy insines.

Por orden del caudillo que los manda,
Luego fueron en busca de buhíos,
Y el cumplimiento ven de su demanda,
Pues los hallaron, pero ya vacíos
De moradores, que por otra banda
Apresurados van con sus navíos,
Donde llevaban todos sus haberes
Con prendas de hijuelos y mujeres.

Mas aunque no tenian indios presos,
Todavía de lo que les restaba
Olieron los ventores y sabuesos
Copia de oro fino que pesaba
En cuantidad de mas de diez mil pesos,
Muestra que mucho mas adivinaba:
Con el cual cebo nuestras compañías
Allí gastaron diez ó doce dias.

Entre tanto que allí se detenian
E guias de la tierra se tomaban,
Muchos indios amigos que traian
En aquel amplo rio se bañaban;
Pero cuantos entraban no salian,
Antes la mayor parte se quedaban,
Y con ser escelentes nadadores
Siempre desparecian los mejores.

Hallábase la gente descontenta,
Ansí soldados como capitanes,
Y á ningun español se representa
La causa ni razon destos desmanes,
Hasta que ya cayeron en la cuenta
De voraces lagartos ó caimanes,
Fiero dragon y acuática serpiente,
Que hasta hacer presa no se siente.

Esta bestia crüel parece muerta
En el agua y á modo de madero;
Pero para hacer su presa cierta
No puede gavilán ser mas lijero:
Va por turbias orillas encubierta
Adonde cogen agua ó lavadero,
Y aun sin sacar del agua la ventrecha
De los que suenan fuera se aprovecha.

Pues como huela que por la ribera
Anda bárbara gente ó española,
Si no puede cazar de otra manera
Procura hacer presa con la cola,
Que con pesado golpe saca fuera,
Y es tal, que bastara con ella sola
A llevar plantas gruesas arraigadas,
Cuanto mas á personas descuidadas.

Son en estas astucias tan continos,
Que aunque viven con miedo del engaño,
Todos aquellos bárbaros vecinos
Reciben destas bestias mucho daño;
Pues son en se lavar cuervos marinos,
Y las corrientes aguas es su baño,
Y es su recreacion y policía
Lavarse muchas veces en el dia.

Algunos indios por guarida cierta
Hacen dentro del agua palizadas,
Para que por allí no halle puerta,
Y ellos tienen por tierra sus entradas;
Mas natural instinto que despierta
Al caimán en las noches mas cerradas,
Entrase por la puerta que está fuera,
Y cubierto con agua los espera.

No para que el entrada les defienda
El crüel alguacil, mas la salida
Procura de estorbar, porque se entienda
Ser su jurisdiccion la tal guarida;
Y ansí cuando se bañan le dan prenda
Que no les cuesta menos que la vida,
Y él para confirmar sus malas mañas
Les da por aposento sus entrañas.

Alguna destas bestias hay que tiene
A veinte y aun á treinta piés de largo:
A tierra sale cuando le conviene,
Y un indio vide yo quedar amargo,
Que por sacar cangrejos se detiene
En playa do le dimos este cargo;
El cual estaba tan embebecido
Quel lagarto llegó sin ser sentido.

A los gritos acude gran gentío,
Y él de la presa no bien enterado
Volvió los pasos al cercano rio
Que estaba breves pasos apartado;
Quedando del sangriento desafío
El mísero gandul tan mal parado,
Que puesto caso que no faltó cura
Ví que su vida fué de poca dura.

Pero por cierto suerte fué galana
La que supo hacer un Andresillo,
Por librar su mujer llamada Juana
De boca del vorace cocodrilo,
Que como viese mano que cercana
En el rio hinchese cantarillo,
Asióle della con su duro diente
Y tras sí la llevó lijeramente.

Oyendo los clamores y la grita,
Y viendo que le lleva su querida,
El osado zagal se precipita
En la profundidad por dalle vida,
Y dentro de las aguas se la quita
Sin que pudiese dalle mas herida;
Porque con un machete que tenia
Los ojos al caimán entorpecia.

No perdió los manjares de su mesa
Por cobardía, porque tiene poca;
Pero por no quedar con vista lesa
Cuando fuerza menor allí le toca,
Con temor y dolor suelta la presa
Del crüento sepulcro de su boca;
Pues con ser animal feroz, rabioso,
Es siempre de sus ojos temeroso.

Muchos afirman este devaneo,
O verdad de que yo soy ignorante,
Y que para tan áspero torneo
Este remedio dicen ser bastante;
Pero yo ciertamente no deseo
Necesidad de prueba semejante,
Aunque cierto español con estas mañas
Se libró de no ir á sus entrañas.

Alonso Sanchez este se decia,
De Murcia natural y allí nacido,
El cual en aquel tiempo que venia
Gente por descubrir este partido,
Para juntarse con la compañía
De quien habia sido dividido,
Por no quedar allí le fué forzado
A riesgo de morir pasar á nado.

Llevando presurosa la carrera,
Y de la concluir no sin antojos,
Voracísima boca de la fiera
A su vientre le quiso dar despojos:
El viéndose tractar desta manera
Acude con los dedos á los ojos,
Con la cual prevencion el sin ventura
Se libró de la viva sepultura.

Hiende las aguas con veloce mano
Por poderse hallar en el orilla;
Mas antes que se viese tan cercano
Que la tomase por segura silla,
La sierpe por las carnes del cristiano
Hincó dos ó tres veces la mejilla,
Y el español con lo que ya sabia
Con gran valor de sí la despedia.

Al fin pudo salir, mas de tal arte
Y la mísera carne tan rompida,
Que diligente cura no fué parte
Para podelle dar alguna vida;
Pues luego que topó nuestro estandarte
Fué el alma de las carnes despedida,
Habiendo ya limpiado su conciencia
Con sacramento de la penitencia.

Poco después otro gentil soldado,
Delante los demás desta conquista,
Cierto rio tentó pasar á nado,
Y en presencia de todos y á su vista
Fué de crüel caimán arrebatado:
Hay quien lo ve, mas no quien lo resista;
Pide favor, y nadie favorece;
Zabúllese con él, y desparece.

Pudiéramos contaros maravillas
De la braveza deste serpentino;
Mas bien será decir de Juan Varillas
Y Martin Sanchez, hoy nuestro vecino,
Que vieron un caimán en las orillas
Del agua por do guian su camino,
Al cual tiran y dan con un espada,
Por no perdella con cordel atada.

Luego con furiosos accidentes
Feroz arremetió con la canoa,
Y con aquellos espantables dientes
Asió de los remates de la proa:
Asombráronse desto nuestras gentes
Con pesado pesar de que la roa,
Porque cuanto mordió la bestia fiera
Otro tanto sacó de la madera.

El en efecto es boquirasgado,
Sin lengua, con dos órdenes de dientes,
De durísimas conchas rodeado,
Los piés no de lagarto diferentes:
Es largo de hocico y ahusado:
Son astutas y cálidas serpientes;
Tigre los acomete si los halla
En tierra, y es de ver esta batalla.

Porque el pintado tigre lo rodea
Con presurosos saltos y lijeros,
Defendiéndole el agua que desea
De rios, de lagunas ó de esteros,
Y clávale durante la pelea
Con las uñas las conchas y los cueros:
Da muestras el caimán de su braveza,
Aunque le falta presta lijereza.

Mas abre las durísimas quijadas,
Hace sus diligencias y se enhiesta,
Dando tan sonorosas tenazadas
Como tarasca dia de la fiesta;
Da vueltas con la cola tan pesadas,
Cuando para herir la hace presta,
Que si con ella diese, por enmedio
Al tigre partiria sin remedio.

Y si en el arsenal ó seca plaza
El tal tigre gozó de vencimiento,
Arrastra luego la pesada caza
A montüosa cueva y aposento,
Adonde la desconcha y despedaza
Para satisfacer pecho hambriento;
Mas si pasar el rio le acontece
El caimán es allí quien prevalece.

Porque suele la maculosa fiera
Muchas veces pasar una corriente
A nado, para ver parte frontera,
Que de caza será mas conviniente;
Mas si caimán lo ve por su ribera
Subyéctalo en el agua fácilmente,
Y no tiene dudoso vencimiento,
Sino cierto, por ser en su elemento.

Y ansi cualquiera dellos ha por buena
La pelea del puesto do se cria:
Quel tigre pasa el rio con su pena;
Y el caimán, si del agua se desvía,
O para desovar en el arena,
O ya para dormir al sol del dia,
De la manera dicha se aprovecha
El tigre, cuando ve su suerte hecha.

Los huevos como de ánsar y mayores
En el arena deja sepultados,
Adonde con la fuerza de calores,
Sin los ver el caimán, son animados:
Toman en ellos gustos y sabores
Los indios, aunque sean empollados,
Y aun si lo matan, como cosa buena,
De carne del caimán hacen su cena.

Y también en hambrienta pesadumbre
Alguna vez le fué manjar aceto
A quien nunca lo tuvo de costumbre
Ni pensó de se ver en tal aprieto;
Pero la hambre pone dulcedumbre
En lo que careció de tal efeto:
Aconteció también desta comida
Quedar no pocos hombres sin la vida.

No vino sin aqueste detrimento
Campo del español en la jornada
Que entonces hizo del descubrimiento
De aqueste nuevo reino de Granada,
Cuando por falta de mantenimiento
La gente se sentia fatigada
Junto del rio Grande, donde agora
Llaman los cuatro brazos y la Tora.

Allí para pescar mas á provecho,
Un Juan Rodriguez Gil con un anzuelo,
Con temor del caimán que por asecho
Al que se descuidó pescó de vuelo,
Habia cierta barbacoa hecho
Dos varas de medir alta del suelo,
Pareciéndole que por esta via
Ningun riesgo de muerte correria.

Llegóse con las aguas ocultado
El voráce caimán á la ribera,
Y embistiendo con ellas el tablado,
La cautelosa cola sacó fuera,
Dando con ella golpe tan pesado
Que derribó por tierra la madera:
Al instante volvió la boca brava,
Mas no pudo pescar al que pescaba.

Pues aunque se mojó con la tormenta
Del agua que el caiman echó por alto,
No le tocó la cola con que tienta
Para cebar la boca hacer salto,
Y el Juan Rodriguez hoy dia me cuenta
Cómo turbado deste sobresalto,
Con las manos y con los piés estriba,
Huyendo dél por la barranca arriba.

Después que derribó la barbacoa,
Viendo que le faltó tan buen bocado,
El cuerpo descubrió como canoa
No lejos de la orilla sobre aguado:
Acude luego Cristóbal de Roa,
En puntería bien ejercitado,
Y con el fuego que otras armas cala
En las entrañas le metió la bala.

Al profundo del agua se metia,
Y brevemente se mostraba fuera;
La cola y la cabeza revolvia
Como si con alguno compitiera:
Finalmente, lo vieron otro dia
Ya muerto y al través en la ribera,
Con un olor de almizcle que dél nace
Pesado ya por ser tan eficace.

Fué luego por el español abierto
Para lo sepultar en el arquivo,
Pero por el hambriento desconcierto
El dragon se mostró vindicativo,
Matando muchos mas después de muerto
Que pudiera matar estando vivo,
Porque sobre sesenta perecieron
Que de las carnes del caimán comieron.

Pudiéramos, contando semejantes
Trabajos, consumir algunos dias;
Mas quiérome volver adonde antes
Dejé las españolas compañías;
Las cuales ya del rio van distantes,
Procurando volver mediante guias
Al mar de Santa Marta y á su tierra,
Atravesando la cercana sierra.

Alguna poblacion se descubria,
Y algun oro del bárbaro vecino,
Mas para bestias por ninguna vía
Pudieron hallar cómodo camino;
Y así volvieron por do ya sabia
Sus dormidas el campo peregrino:
Vieron su Santa Marta deseada,
Pero halláronla toda quemada.

Pues como fuese fábrica pajiza
Y del calor sequísimas las pajas,
Con ventoso furor que las atiza
(Y allí son mas continas sus ventajas)
Presto se convirtieron en ceniza
De unos y de otros las albajas;
Pero recién venidos destas gentes
Perdieron mucho mas por ser absentes.

Pues no les escaparon vestidura
Ni aun otras cosas de valor mas lleno;
Y es así cierto que con la presura
Quel viento causa y el ardiente feno,
La mejor amistad al fin procura
Sacar antes lo suyo que lo ajeno,
Cuanto mas que quien algo sacar pudo
Quedó menos vestido que desnudo.

Por levantarse grande torbellino
A medio dia con nordeste viento,
E ir todos á casa del vecino,
Donde fué su primer encendimiento
Cocina de un Armentia, vizcaíno,
Destas casas la mas á barlovento;
Y así cuando volvian á sus casas
Los demás las hallaban hechas brasas.

Díceme pues la compañía vieja
A queste fuego ser red barredera,
Que toda la ciudad hizo pareja,
Porque tan solamente quedó entera
La del gobernador por ser de teja,
Y estar también un poco mas afuera:
En los cuales incendios contractantes
Perdieron mercancías importantes.

Vista la destruicion y perdimiento,
El sabio general puso la frente
En proseguir aquel descubrimiento
Para restauracion de aquella gente;
Mas porque yo me hallo sin aliento,
Determino, primero que lo cuente,
Tomar algunas horas de sosiego,
Y en descansando yo volveré luego.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde á pocos dias que llegó á Santa Marta salió á descubrir tierras nuevas con algunas guias que trajo de los Caribes.

Origen fué de grandes perdiciones
Para los pobladores de algun puerto
Faltar á los principios intenciones
De poner en jurídico concierto
Aquellas grandiosas poblaciones
Que con sudor habian descubierto,
Parando solamente sus deseos
En el provecho vil de los rancheos.

Pues absortos en esta golosina,
Lejana de quieta providencia,
Ninguno por allí se determina
A la perpetuidad y permanencia,
Antes sus intenciones encamina
A muertes, robos, sacos y violencia,
Sin que gobernador hiciese cuenta
De poblar, repartir y tener renta.

Y así también sin estos pensamientos
Sacó Pedro de Lerma sus soldados,
Que fueron todos mas de cuatrocientos,
Valerosos y bien aderezados
De todos militares ornamentos,
Con mas de cien caballos estremados,
Siguiéndolo la gente mas granada
De là que con él vino del entrada.

Mas el obispo, lleno ya de saña,
No quiso reiterar estos caminos,
Viendo cómo se daban mala maña
Para se convertir indios vecinos;
Antes determinó volver á España
Con buenos granos de veneros finos,
Donde por apartarse de consejas
No quiso mas volver á sus ovejas.

Mas el Pedro de Lerma diligente
La costa arriba hizo su corrida
A la Ramada, parte conviniente
Para llegar á tierra bastecida;
Y en el valle de Upar metió su gente,
Provincia ya de todos conocida,
Caminando por entre las dos sierras
Hasta que descubriesen nuevas tierras.

Muchos señores desta gente ruda
Salian con pacífico semblante
Dándoles el socorro y el ayuda
Que pretendia nuestro caminante:
Llegan á Pacabuey, gente desnuda,
Aunque provincia rica y abundante;
Caminan hasta ver playa y arena
Del rio grande de la Magdalena.

Cuyas riberas el cristiano bando,
Cebados en olor de ricos dones,
Fué por algunos dias costeando,
Y descubriendo muchas poblaciones,
De las cuales algunas, recelando
Mañas y sutilezas de ladrones,
A la contraria banda destos rios
Huian con sus joyas y atavíos.

Alguna gente menos recatada
Por algunos respectos les parece
Ser mejor no salir de su morada,
Antes buen amistad y paz ofrece,
Y aquesta por los nuestros fué guardada,
Cosa que pocas veces acontece;
Mas no tomó la gente castellana
Sino lo quellos daban de su grana.

Allí mediante paz se rehacian
De cosas necesarias al camino,
Y de los comarcanos acudian
A ver á nuestro campo peregrino,
De los cuales algunos ofrecian
Preseas de oro bajo y oro fino;
También daban noticia que adelante
Habia tierra rica y abundante.

Antonio de Lebrija con Berrío
Hicieron su corrida mas prolija
Con algunos soldados de buen brio
Para poder tener nueva mas fija,
Y entonces descubrieron aquel rio
Que de su nombre llaman hoy Lebrija,
Y allí todas las gentes descubiertas
Decian que las nuevas eran ciertas.

Afirmaban haber á las vertientes
De las sierras que lejos parecian
Crecidas poblaciones, cuyas gentes
De telas de algodones se vestian,
Con otras circunstancias convinientes
A los que tierras nuevas inquirian;
Mas por no los creer ó por locura
Perdieron una buena coyuntura.

Pues como ya tuvieron recogido
De joyas y preseas algun grano
Con que se mejorase su vestido,
Determinan volver al Oceano:
Apartando, segun después se vido,
Aqueste nuevo reino de la mano,
Y pudiendo seguir tales carreras
Entonces por provincias mas enteras,

Y con gente de guerra mas cursada
En la necesidad y en rompimiento,
Pues para cualquier áspera jornada
Uno valia tanto como ciento;
Pero con todo eso descuidada
De se perpetuar en un asiento,
Sino siempre con torpe golosina
De robar y volver á la marina.

Adonde lo ganado con quebranto
Perdia tracto poco virtüoso;
Pero de Pedro de Lerma me espanto,
Mozo valiente, diestro y animoso,
No querer ver lo que loaban tanto,
Siendo de cosas grandes cudicioso:
En efecto, con ser gente bastante,
No quisieron pasar mas adelante.

Volvieron á la mar, y dada cuenta
De lo que les habia sucedido,
Y en juegos, en amores, compra y venta,
El despojo robado consumido,
Como no poseyesen otra renta
Sino la que cogian del vencido,
En consulta comun han acordado
Volver á rebuscar lo vendimiado.

También para ver tierras no sabidas
Y riquezas del bárbaro vecino;
E ya teniendo todos prevenidas
Las cosas necesarias al camino,
Hubo ciertas palabras desabridas
Entre los Lermas dos, tio y sobrino,
Por un fulano Sanctos de Saavedra,
Que después mala muerte fué su medra.

Al fin el sinsabor desta pendencia
Al sobrino le pudo dar abierto
Camino para le pedir licencia
Para poder salirse deste puerto,
Y el tio se la dió sin advertencia,
Pensando su designo ser incierto;
Mas el Pedro de Lerma con coraje
A tierras de Pirú hizo viaje.

Acompañóle gente valerosa
Que gastaron allí hartos otoños:
Fué Lorenzo de Aldana y Hinojosa
Y aquel bravo leon Rodrigo Orgoños,
Y quisieran, segun iba la cosa,
Irse soldados viejos y bisoños;
Mas el gobernador les puso freno
Por no desamparar aquel terreno.

Sobrello castigaron atrevidos
Con penas y castigos diferentes;
Mas los cuatro que tengo referidos
Llegaron á Pirú con otras gentes:
Son de Almagro y Pizarro recebidos,
Honrándolos con cargos eminentes,
Y después en sus bandos y cuestiones
Cada uno siguió sus aficiones.

Orgoños por sus fuerzas y prudencia
Fué maese de campo del Almagro;
Cuyo valor no tuvo resistencia
En lo que se juzgara por mas agro,
Y en cualquiera sangrienta competencia
Su brazo hizo cosas de milagro;
Y ansí de su virtud y de su lanza
Almagro hizo grande confianza.

El Lerma no fué menos estimado
Del Pizarro, que mucho lo queria,
Pues por su general salió nombrado,
Y en el cargo mostró su valentía:
Después dieron á Alonso de Alvarado
El honoroso cargo quél tenia,
Por cuya causa Lerma, de corrido,
Siguió con el Orgoños su partido.

Diego de Almagro hizo dél gran cuenta,
Por ser sus obras de todo bien dinas;
Después como batalla se presenta,
Con las entrañas ya luciferinas,
Orgoños vió su fin en la sangrienta
Batalla que se dió de las Salinas,
Y al Lerma mal herido y en su lecho
Acabó Samaniego por asecho.

Pero volvamos á Santa Marta,
Porque nuestro disigno se concluya,
Donde tenian vigilancia harta
En que la demás gente no se huya;
Y ansí el gobernador hizo que parta
Luego la mayor parte de la suya,
A descubrir por tierra y con navíos
Por aquel rio Grande y otros rios.

Un Juan de San Martin capitán era,
Y Juan de Céspedes ni mas ni menos,
Con ciento y diez soldados, que cualquiera
Podian igualar á los mas buenos;
No se llegaron mas en esta era,
Por haberse hüido destos senos
En barcos y navíos, á la fama
Que de Pirú por Indias se derrama.

Fué Sanctos de Saavedra bullicioso
Nombrado capitán de macheteros,
Para que por el bosque tenebroso
Abriese los caminos y senderos;
También para pasar lugar acuoso
Determinan llevar barcos ligeros,
Pues por el rio Grande y sus orillas
Han de comunicar ambas cuadrillas.

Tres barcos llevan para tal socorro
Y para se valer con menos daño,
Y para que detrás de punta ó morro
Sean á los de tierra desengaño;
Son Alonso Martin y Juan Chamorro
Capitanes, y Rodrigo Liaño:
En efecto la principal demanda
Era poder pasar á la otra banda.

Porque tenian ya noticia buena
Que la tierra cercada de dos rios,
El de Cauca y el de la Magdalena,
Se hollaba de grandes señorios,
Y cualquier poblacion estaba llena
Del pálido metal que son sus pios;
Y aun el dia de hoy aquel camino
Es una pura pasta de oro fino.

En este tiempo vino por prelado
Un don Alonso de Robles, cristiana
Persona, y hombre bien intencionado
Consuelo desta gente castellana;
Trajo por provisor cierto letrado
Que llamaban el bachiller Viana,
Clérigo grave, buen estudiante,
Y para gobernar hombre bastante.

Aderezado pues lo conviniente
De caballos y militar arreo,
El clérigo Viana que presente
Se deseaba ver en el rancheo,
El Lerma lo nombró por su teniente,
Conociendo ser este su deseo;
Coadyutor Cristóbal de Quiñones
Para las criminales ocasiones.

La costa bajo van con gente poca,
Y no bien proveida la mochila,
Los barcos á meterse por la boca
Del rio que otros rios recopila;
Y el escuadron de tierra se convoca
Para cortar á tierras de Chimila,
Y desde allí pasar por gente blanca
Hasta poder llegar á la barranca.

Do tienen de esperar la demás gente
Que sube por raudales inquietos,
Porque por agua y tierra juntamente
Procuren de hacer buenos efetos:
Rompen pues espesuras, do la frente
Seguia por juicios mas discretos,
Y sin mantenimientos y sin guias
Tardaron en salir bien ocho dias.

Viejo valor y el que de nuevo vino
Nunca pensó salir de la jornada,
Porque con hambre y el sudor contino
La gente se sentia fatigada;
Pero mediante Dios y su buen tino
Llegaron á la tierra deseada
De Chimila, provincia bastecida,
Donde hallaron copia de comida.

Después para llegar do pretendia
El campo, y á esperar los barcos pare,
Rio de Ariguaní tomó por guia,
Y por aquel se fué hasta Cazares:
Salen de la montaña que tenia
A tierra quel camino les declare;
Llegaron por hacer aqueste trueque
A las lagunas de Tamalameque.

Los indios de la tierra, como vieron
Gentes de quien ignoran pensamientos,
En las islas que tienen se metieron
Con hijos y mujeres y alimentos:
Desta causa los nuestros padecieron
Aquello que padecen los hambrientos;
Dióse orden en que de paz se trate,
Y ansí dieron comida por rescate.

Apercebidos ya de buenas guias,
Prosiguen adelante sus carreras,
E ya pasados tres ó cuatro dias
Vieron del rio Grande las riberas:
Supieron que las otras compañías
Iban dias habia delanteras;
Despacharon canoa de improviso
Con indios de paz que les den aviso.

La canoa que fué, por ser lijera,
En menos de dos dias los alcanza;
Mas ellos en volver do el campo espera
Hicieron ocho dias de tardanza:
Entre tanto Viana, como era
Delicado varon y sin usanza
De padecer trabajo tan austero,
Allí vido su dia postrimero.

Hizo la diligencia que es aneja
A quien de los presentes se desvía:
Conoce su maldad, de sí se queja
Con las palabras que David decia,
Y á San Martin y á Céspedes les deja
Los cargos y poderes quél traia:
Saavedra recibe descontento
De que en ellos hiciese nombramiento.

Este fué gentil hombre de buen gesto,
Mancebo generoso de Sevilla,
Mas no tan corregido ni modesto
Que rehusase siempre la rencilla;
Y ansí determinó de estorbar esto
Moviendo para ello la cuadrilla,
Y á los que vienen en los bergantines
También solicitó para sus fines.

Y dijo: «No será razon liviana,
Antes juicio de varon discreto,
Decir quel nombramiento de Viana
Es en sí todo de ningun efeto;
Porque Lerma con intencion cristiana,
Y á cuyo mandamiento me someto,
Quiere que eclesiástico prudente
Sea siempre cabeza de su gente.

«Aquí tenemos á fray Pedro Zarco,
De tan buenos avisos y tan doto,
Que de quien manda en tierra y en el barco
Puede ser la cabeza y el piloto;
Es hombre de valor, de peso y marco,
Y como tal le quiero dar mi voto:
Que tanto capitán, tanto tronido,
No pueden llevar campo bien regido.»

A unos pareció bien la demanda,
Y en otros también hubo repugnancia;
Mas los que Sanctos tiene de su banda
Hacian en el caso gran instancia,
Y el Céspedes les dijo con voz blanda:
«Señores, por ser cosas de substancia,
Por hoy el nombramiento se detenga,
Y mañana hareis lo que convenga».

El alboroto dicho ya quieto
Con lo que Juan de Céspedes les pide,
Hablan los capitanes en secreto
Con Alonso Martin quel caso mide,
Y quedan concertados en efeto,
Que Rodrigo Liaño los convide
En su barco á comer dia siguiente,
Y á Sanctos de Saavedra juntamente.

Llegada ya la general cubierta
Ansí de feo como de lo bello,
Entre los capitanes se concierta
El modo que ternán para prendello,
Sin haber alboroto ni reyerta
De parte de los que le dan resuello,
Pues Sanctos de Saavedra, aunque liviano,
Tenía mucha gente de su mano.

Pero los capitanes y el Quiñones,
Por quien se concertaban estos tratos,
Estaban hartos de sus sinrazones,
Menosprecios, solturas, desacatos,
Y tenellos en tales opiniones
Como si fueran unos insensatos:
Lo cual ellos con el que los avisa
El enojo mayor echan en risa.

Y agora, por estar determinados
A que se haga dellos justa cuenta,
Secretamente hablan á soldados
Que en número serian como treinta,
De quien vivian ellos confiados
Ser buenos hombres en cualquier afrenta;
Y con aviso como convenia
Esperaban la clara luz del dia.

Después que descubrió la frente clara
Y sus rayos aquel señor de Delos,
La gente prevenida se repara
De municion y fraudulentos velos,
Pues por las aparencias de la cara
Nadie pudiera concebir recelos;
Y el Quiñones llamó con gran sosiego
A Luis de Manjarés que vino luego.

Y díjole: «Señor, es mi demanda,
Y destos caballeros congregados,
Que vuestra merced vea la otra banda
Con dos ó tres docenas de soldados;
Haga la lista Pedro de Miranda
De los que por vos fueron señalados:
Vereis qué poblacion dentro se encierra
Y qué dispusicion tiene la tierra.»

Lüis de Manjarés que dello gusta,
Sin sospechar los trances rigurosos,
Como le pareció demanda justa
Nombró treinta soldados animosos,
Los cuales se metieron en la fusta,
Y acertaron á ser los sospechosos:
El Alonso Martin les pasó el rio,
Y luego se volvió con el navío.

Vuelto Alonso Martin, llegó Liaño
A Sanctos que sospecha no tenia
De donde le pudiese venir daño,
Y díjole: «Holguémonos un dia
De cuantos trabajamos todo el año,
Y vuestra merced tenga compañia
A estos caballeros y soldados,
Que son en mi navío convidados.

»Bien veo mi convite no ser dino
De personas de vuestras cualidades,
Pero no faltará bizcocho y vino
Guardado para las necesidades;
También tenemos lonjas de tocino,
Y demás desto buenas voluntades,
Cecinas y tasajos de ternero,
Y si quisierdes mas por buen dinero.»

Ríose Saavedra como angosto
De sienes, y aceptó mala comida,
Porque no le sabia mal el mosto
Con quel dicho Liaño lo convida;
El cual no lo gustó, pero su costo
No menos se pagó que con la vida:
Entró pues el mancebo sin ventura
En el barco que fué su sepultura.

Tenian como suele comunmente
Debajo la toldeta mesa puesta;
En medio le hicieron que se asiente,
Mas no para hacelle mayor fiesta,
Pues Juan de Céspedes incontinente
Asió del arma quél hacia presta;
Cargaron cuantos son á la batalla
Del espada que nunca quiso dalla.

Céspedes le requiere muchas veces
Le dé las armas sin gastar razones;
Responde: «No os conozco por jüeces,
Sino solo á Cristóbal de Quiñones;
Porque vosotros sois unos soeces,
Villanos y de malas intenciones».
Al fin Quiñones le tomó la espada
La guarnicion torcida y aun quebrada.

Oyendo los de tierra las recuestas,
Acuden todos con sus municiones;
Mas Alonso Martin tenia prestas,
Con recelo de las alteraciones,
En su navío copia de ballestas
Armadas con saetas y arpones;
Y ansí tienen por bien estar á raya
Sin pasar adelante de la playa.

Como pararon los de la ribera
Viendo las amenazas peligrosas,
Ponen al pobre Sanctos en collera,
Las manos apretadas con esposas;
Hacen informacion de cómo era
Un hombre de costumbres sediciosas,
Toman de sus delictos seis testigos
De aquellos que le son menos amigos.

Hecha la informacion desta manera,
Mas llena de rencor que de paciencia,
Quiñones sentenció que luego muera,
Y el Sanctos apeló de la sentencia;
Mas como la pasion fué medianera,
No le bastó razon ni diligencia:
Finalmente, fué muerte de garrote
La paga del convite y el escote.

Confesó con un padre lusitano,
Viendo de sus contrarios el intento,
Y no tener amigos á la mano
Que mitigasen este movimiento:
Murió como católico cristiano
Y grandes muestras de arrepentimiento,
Y aunque en morir fué poca la tardanza,
Dió de su salvacion buena esperanza.

A tierra lo sacó contrario bando,
Manifestándose nuevos editos,
Con voz de pregonero pregonando
No sé qué desvergüenzas y delitos,
Para que los subyectos á su mando
Supiesen que constaban por escritos:
Dejáronlo sobre la arena blanda,
Hasta venir los de la otra banda.

Después que Manjarés ovo venido
De donde fué con treinta compañeros,
Tomó tanta pasion cuando lo vido,
Que llamó de bellacos, carniceros,
Cuantos en lo matar habian sido,
Alevosos y malos caballeros,
Y que sin quedar uno ni ninguno
Lo hará conocer á cada uno.

Mostró cada cual dellos sentimiento
Oyendo las palabras atrevidas,
Y quisieran ponelles escarmiento
Si pudieran hacello sin heridas;
Mas disimulan el atrevimiento,
Por no perder allí todos las vidas,
Pues si se comenzaran los maitines
Sus horas no tuvieran buenos fines.

Porque todos los mas del estandarte
Sentian de lo hecho grave pena,
Y el Manjarés tenia de su parte
La gente principal y la mas buena:
Y ansí, viendo la cosa de mal arte,
Su disimulacion quedó mas llena,
Poniendo de por medio su cordura
A la temeridad y á la soltura.

San Martin y Cristóbal de Quiñones
Riñen á Manjarés su desatino
Debajo de amistad, y sus razones
Bastaron á metello por camino;
Y ansí se quietaron corazones
Dispuestos á terrible torbellino,
Y pasada la furia deste fuego,
Nunca tuvieron mas desasosiego

Antes pues que la noche se viniese,
Por todos sus amigos se procura
Que al miserable cuerpo se le diese
Cubierta de terrena sepultura,
Y allí fray Pedro Zarco que hiciese
Lo que debe hacer el docto cura;
Al cual no le faltaba sentimiento
Por ser la causa de su perdimiento.

Llevó su cuerpo gente generosa
Al sepulcro que ya tienen abierto
Debajo de la ceiba mas umbrosa
Que pudieron hallar en aquel puerto;
Y encima del sepulcro ponen losa,
Por donde su lugar fuese mas cierto,
Para lo trasladar en algun dia,
Y allí pusieron letra que decia:

Aquí vió postrero dia
Un Sanctos de Sayavedra:
Queda debajo esta piedra
Muerto por quien lo temia.
No hace su causa blanda
Ni carece de demencia
El que toma competencia
Con la persona que manda.

A las exequias tristes dados fines,
Otro dia después deste siguiente,
En orden se pusieron bergantines
Y embarcan los caballos y la gente,
Para poder pasar á los confines
De la ribera que tienen enfrente,
Que después se llamó de Cartagena,
Entrel rio de Cauca y Magdalena.

Estando todos ellos en la banda
De tierra que tenian por mas harta,
Junta de capitanes que los manda
Ordena que la gente se reparta:
Van los de tierra pues en su demanda;
Vuelven los de la mar á Santa Marta,
Donde de los rancheos que habian hecho
Llegaron todos con algun provecho.

Los otros van por entre los dos rios,
El Grande y el de Cauca, que se llama
Hoy de San Jorge, cuyos señoríos
Fueron mucho menores que la fama,
Pues no ven tanta copia de bohíos
Cuanto noticia de indios encarama;
Mas si pasaran el de Cauca sanos
El Cenú les hinchiera bien las manos.

Adonde después los de Cartagena
En tierra de compás inhabitable,
Hallaron, sin haber natural vena,
Riqueza de valor inestimable,
En sepulturas, de que estaba llena,
Con mortandad á vivos agradable;
Pues hubo de lo que por cuenta vino
Setecientos mil pesos de oro fino.

Mas estos, puesto caso que noticia
Alguna se les dió destas culturas,
No les fué la fortuna tan propicia
Que cayesen en estas sepulturas;
Antes los consumia la malicia
De malos aires, grandes espesuras,
En cuyos arcabucos y conveses
Gastaron mas espacio de ocho meses.

En montes era la mayor sustancia,
Garrapatas, mosquitos y otras plagas,
Y destas ocasiones abundancia
De crüeles y encanceradas llagas,
Adonde no prestaba vigilancia
En abrasallas con ardientes dagas:
Ansimismo do quiera que dormian
Murciélagos en vida los comian.

Demás de no hallar mantenimiento,
Faltábales la sal, y es una cosa
Que no causa pequeño detrimento
En gente de salud menesterosa,
Pues de faltas en un descubrimiento
Es aquesta la mas perniciosa,
Y ansí los cuerpos en aquellos puertos
Se hinchen de gusanos sin ser muertos.

Salíales á todos mucho grano
Con las alteraciones de un devieso,
Y dentro molestísimo gusano,
Aspero, peludillo y algo grueso:
Da voces y gemidos el mas sano,
Por ser aquel dolor en gran esceso,
Hasta que ya cayeron en la cura,
Que fué facil y no de mucha dura.

Pues de diaquilon un parche hecho
Sobre la hinchazon y carne flaca,
Hace la fuerza dél tanto provecho,
Que la mitiga y el gusano saca:
El duro torondon queda deshecho,
La pena quita y el dolor aplaca;
Y alguno me vendió por manifiesto
Que falta de la sal causaba esto.

Y aun aqueste mortal inconviniente,
De que los racionales se quejaban,
La bestia caballar también lo siente,
Pues los caballos todos se pelaban;
Comen y roen con rabioso diente
Cueros, ropas y cosas que topaban,
Hasta lamer con esta golosina
La tierra do derraman el orina.

Como se viesen pues menoscabados
Muchos caballos y españoles muertos,
En un parecer son determinados,
Y fué volver á los marinos puertos:
Flacos, perdidos, mal aderezados,
Pusieron en efecto los conciertos:
Balsas por ellos hechas dan avío
Para pasar el caudaloso rio.

Pasaron sin que hallen resistencia,
Y á Santa Marta por aquel instante
Enviaron de la real audiencia
Un oidor, que fué el doctor Infante,
Para tomar al Lerma residencia;
El cual halló la tierra de menguante
Y al gobernador García de Lerma
En cama, su persona mal enferma.

Aquesta residencia proveida
Se hizo pregonar luego que vino,
Mas apresuró Lerma su partida
Para la dar ante el jüez divino,
Huyendo los trabajos desta vida
Por pasos de católico camino:
Quedando por su fin desconsolados
Todos estos vecinos y soldados.

Por ser en sus costumbres tan modesto,
Que no supo, con ser un hombre claro,
Decir mala crianza ni denuesto,
Ni quiso de sus bienes ser avaro;
Fácil en perdonar, y demás desto
Los pobres lo tenian por amparo:
Allí tuvo de oro buena suerte,
Pero sin él al tiempo de su muerte.

Ordenan pues aquel enterramiento
Los hombres nobles y el doctor Infante,
El cual fué con mas tierno sentimiento
Que con vistosa pompa ni pujante;
Y encima del humilde monumento
Puso dos versos un estudiante,
Cuyas palabras breves y funestas,
Segun algunos dicen, fueron estas:

Terrestri lecto dormis nunc optime Lerma
At tua non somno fama sepulta manet.

En esta terrestre cama
Duermes, García de Lerma;
Mas no conviene que duerma
En ella tu buena fama.

Cuando venian pues los del entrada
Buscando de comer por el camino,
Los visitó con paz enmascarada
Alonso, principal indio ladino,
Persona por allí bien señalada,
Que de Tamalameque fué vecino;
Y este les dijo si querian grano
Fuesen á Sopatin, pueblo cercano.

Y aunque tenian poco de presente,
Suplirian los indios su penuria,
En tanto que pasaba la creciente,
Por entrar el invierno con gran furia:
Entró pues en acuerdo nuestra gente
Sin sospecha de padecer injuria,
Y acordaron por no ser tan molestos
De que se repartiesen en dos puestos.

En cumplimiento pues de lo que hablo
Se reparten los pobres peregrinos:
El Céspedes al valle del Diablo,
Donde los huracanes son continos,
Poniéndole los nuestros tal vocablo
A causa de los muchos torbellinos;
Y también dicen que Diego de Almonte
Luchó con él en este mismo monte.

Pues en una labranza de aquel suelo
Recogiendo virtud para la panza,
Se vino contra él un indezuelo
Diciendo: «No me cojas mi labranza».
Sobre lo cual los dos andan al pelo
Un rato, que no fué poca tardanza;
Y el Almonte, con ser hombre bastante,
Le pareció luchar con un gigante.

Y en confianza de su fuerza mucha
A los principios bien pensó amarrallo;
Pero fuéle tormento de garrucha,
Y por bueno tuviera ya dejallo,
Porque durante la terrible lucha
Vido cómo tenia piés de gallo.
Dijo: «¡Jesus! Jesus!» y en el momento
El indezuelo se le tornó viento.

Acudieron los de su camarada
A las débiles voces y al gemido:
Halláronle la cara rasguñada,
Ajeno de sus fuerzas y molido;
Y siendo la razon investigada,
Dijo lo que le habia sucedido;
Y tiene hijos hoy aqueste hombre
En este reino, de su mismo nombre.

Al dicho valle con su gente viene
Céspedes do después sucedió esto,
Y porque tal renombre no conviene,
Val de San Bartolomé le fué puesto,
El cual renombre de presente tiene,
Y el otro se quitó por ser molesto;
Pero, pues acabamos el digreso,
Justo será volver á mi proceso.

El Juan de San Martin con el restante
En Sopatin entró, pueblo cercado
De ciénagas que tiene por delante,
Bien proveidas todas de pescado:
Mostráronle los indios buen semblante,
Mas él siempre vivia recatado,
Tanto, que por los ver apercebidos
De sus casas se van sin ser sentidos.

Viéndose solos en aquel asiento,
Cercados de agua, faltos de comida,
Envían á buscar mantenimiento
Cuatro mancebos en edad florida,
Que por el agua van, con detrimento
Y no con poco riesgo de la vida,
A cierta poblacion que está frontera,
Seria media legua la carrera.

Tres de los cuatro van á pié lijero,
Y un Ocampo llevaba piés bestiales;
Mas antes de tomar pueblo frontero
Los cercan con sus barcas naturales,
Embistiendo con Pedro Cocinero,
Uno de los soldados principales;
Y el ímpetu fué tal y tan violento,
Que el mísero perdió vital aliento.

De los tres otros cada cual procura
Apercebirse para su defensa:
El ánimo sobró, faltó ventura
Para que les suceda como piensa,
Porque su vida fué de poca dura,
Por ser los indios cuantidad inmensa;
Y ansí fueron los míseros vencidos,
Y dentro de las aguas sumergidos.

Los demás, á quien esto fué visible,
Maldicen sus trabajos y fortuna,
A causa de que no les fué posible
Podellos socorrer en la laguna,
Y el riesgo do se vian ser terrible,
Sin hallar de canoas sino una
Capaz de dos personas solamente,
Sin otra circunstancia ni adherente.

Acordóse que la canoa fuese
Con dos valientes mozos nadadores,
Para que Juan de Céspedes viniese
A los librar de pérfidos traidores:
La cual determinaron que saliese
Cuando faltasen claros resplandores:
Fué pues en ella Francisco Salguero
Con un Pedro Martin su compañero.

A boga que no sienten los oidos,
En el plan las espadas sin rodela
Caminan, y desnudos de vestidos,
Con el obscuro nublo que los cela;
Pero con todo esto son sentidos
De bárbaros que hacen centinela:
Tocaron cuernos, dan grandes clamores,
Convocando los otros moradores.

Los españoles otros que despiertos
Oyeron el rüido y estampida,
Al Salguero contaban con los muertos,
Y al buen Pero Martin no daban vida:
Salieron mil canoas de los puertos
Contra los que se ponen en hüida,
Los cuales viendo ya tales estremos
Acuerdan de los brazos hacer remos.

Y confiados en ayuda santa
A nado van los dos via derecha,
Huyendo del clamor que los espanta
Y hace su carrera mas estrecha:
Al Salguero hirieron en la planta,
De la cual luego se sacó la flecha;
Al fin cada cual dellos persevera
Hasta que ya tomaron la ribera.

Luego con la posible vigilancia
Y riesgos y trabajos no creederos,
Encaminan sus pasos al estancia
Donde estaban los otros compañeros,
Que seria seis leguas de distancia,
Atravesando ciénagas y esteros:
Llegaron pues á do se representa
Y de lo sucedido dieron cuenta.

Curaron al Salguero la herida,
La cual no fué de flecha venenosa;
Y la necesidad reconocida
Do la tardanza fuera peligrosa,
El Céspedes abrevia su partida,
Que punto de la noche no reposa,
Sino que por camino mal seguro
Siempre fué caminando con obscuro.

E ya llegando cerca del asiento
De aquel que su victoria regocija,
Entró con belicoso rompimiento,
Sirviéndole la noche de cubija:
El cacique huyó de su aposento,
Pero prendieron la mujer y hija,
Y estas mujeres dos fueron capaces
Para que celebrasen luego paces.

Porque el cacique vino ya de dia
Para las rescatar con algun trueque,
Diciendo que si mal se les hacia,
Era por indios de Tamalameque,
De los cuales Alonso fué la guia,
A quien reconocian por su jeque;
Y que creyesen y estuviesen ciertos
Quél no tenia culpa de los muertos.

Vió pues el San Martin blanca bandera,
Y conoció por ella buen efeto:
Dió las gracias á Dios por verse fuera
Del riesgo no dudoso ni secreto,
Porque si Céspedes no socorriera,
Dudaban escaparse del aprieto:
Al fin durmieron juntos, y otro dia
Dan orden á lo que les convenia.

Ayudaron los indios al pasaje,
Y diéronles también comida harta,
De que hicieron buen matalotaje,
Mandando que por orden se reparta:
Prosiguieron después aquel viaje
Que se llevaba para Santa Marta:
Y eso me da en rodeos que en atajos
Innumerables fueron los trabajos.

Teniendo concluida la jornada,
Al tiempo que llegaron al Dorsino
Supieron de la muerte acelerada
De Lerma y residencia que le vino,
Fué nueva para ellos tan pesada,
Que cierto se volvieran del camino,
A no saber allí toda la sierra
Y la costa del mar estar de guerra.

Mas parecióles obra de villanos,
Sin uso de razon y gente dura,
No ir á socorrer á sus hermanos
En esta peligrosa coyuntura;
Pues si vinieran indios comarcanos
Abrieran para todos sepultura:
Llegaron pues setenta de los ciento
Al tiempo que les dió sumo contento.

Dió luego residencia quien regia,
Y el golpe de la bolsa fué lijero,
Por llegar menos llena que vacía;
Pero toda la pena fué dinero,
Porque el doctor Infante mas lo habia
Por las botas que por el escudero;
Y ansí por vellos flacos de costilla
Con menos que pensó volvió á su silla.

Mas luego como vino mandó fuera
Con gente y armas bien apercebido
Al diestro capitán Juan de Ribera,
Que nunca revolvió ni mas lo vido,
Por ser de Fedrinán en su bandera
Con sus soldados todos detenido,
Segun mas largo tengo declarado
En otra parte deste mi tractado.

Antes de se partir también habia
A tierra de caribes dirigido
Un cierto capitán dicho Mejía,
Su deudo, que con él era venido;
El cual dentro del tiempo que queria
Volvió de muchos indios proveido,
Y ansí como si fuesen de Etiopia
Este doctor llevó crecida copia.

Ningun indio rebelde hizo llano,
Por faltar militares aderezos,
Mas puso para ello de su mano
Por justicia mayor un Anton Bezos,
Que reconcililó lo mas cercano
Y deshizo no pocos estrompiezos;
El cual, aunque tenia feo nombre,
En todas cosas era cabal hombre.

Estuvieron ansí desta manera,
Con subyeccion del ordinario yugo,
Hasta tanto que por aquella era
Al gran emperador don Carlos plugo
Dar por gobernador desta frontera
A don Pedro Fernandez Luis de Lugo,
Del cual quiero tractar; mas determino
Descansar al principio del camino.

ELEGIA IV.

A la muerte de don Pero Fernandez de Lugo; donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida.

CANTO PRIMERO.

Cosa de risa es, ó ya de lloro,
Desembarcarse gente chapetona
En las regiones indicas do moro,
Con gran autoridad en su persona,
Y cómo piensa luego cargar oro
En virtud de lo mucho que blasona,
Y otros que truecan para volver ricos
En cueras y jubones los pellicos.

Y ansí muchos ocupan los navíos,
Para mas adornar el mortal vaso,
De calzas, gorras, plumas y atavíos
De terciopelo, tafetán ó raso,
Que para las entradas son baldíos,
Y de quien bosques hacen poco caso,
Porque para romper el espesura
Poco vale pomposa vestidura.

También lo hace mal aquel que entiende
Los negocios de Indias, y en España
Como si fuese pura verdad vende
Lo que sabemos ser acá patraña;
Y no sé con qué escusa se defiende
Aquel que tantos míseros engaña,
Haciéndoles creer que donde vino
Dejó montes cubiertos de oro fino.

Y ansí por mejorar su pasadía
Vienen mil hombres á peor estado;
E yo sospecho que por esta vía
Fué don Pedro Fernandez engañado,
Persuadido, segun que se decia,
Por Francisco Lorenzo del condado,
Que de los de Bastidas fué primero,
Y casado con Isabel Romero.

Que en este reino fué después casada
Con Céspedes, varon de cuyos hechos
En este nuevo reino de Granada
No pueden sus enojos ser estrechos:
Dejó generacion multiplicada,
Que por herencia tiene sus provechos,
Ganados con valor de su persona
En servicio de la real corona.

Oyendo pues el encarecimiento
Y fama de la hermana de María,
El don Pero Fernandez, cuyo intento
Fué siempre de cristiana hidalguía,
Demandóla por adelantamiento,
Demás del de Canaria que él tenia:
Fuéle por nuestro rey la merced hecha,
Y para la partida se pertrecha.

Ayudaron también con sus caudales,
Como coadyutores del armada,
Lüis Bernal y Gomez de Corrales
O del Corral, persona señalada,
Y Albaracin con otros principales,
Que fueron de la gente mas granada,
Deste reino también descubridores,
Aunque mal satisfechos sus sudores.

Los tres quinientos años ya corridos
Con otros treinta y cinco de la era,
Con mas de mil soldados escogidos
Procuró de pasar esta carrera,
Con tantas variedades de vestidos
Como flores produce primavera:
Capitanes, alféreces, sarjentos
Y soldados con ricos ornamentos.

Fué general, por ser hombre bastante,
Su hijo don Alonso Luis de Lugo,
Y de lo ver con cargo semejante
A ninguno del campo le desplugo;
Pero, como diremos adelante,
Para su padre cuasi fué verdugo
En lo dejar sin oro ni vajilla,
Huyendo dél la vuelta de Castilla.

Fué justicia mayor el licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon en varias letras señalado,
El cual por su valor en el espada
Pudo llegar á ser adelantado
En este nuevo reino de Granada;
Y sé decir quel adelantamiento
Era cifra de su merecimiento.

El diestro capitán Diego de Urbina
Por maese de campo se pregona:
Don Diego Sandoval en él resina
El cargo con que vino su persona;
Fué capitán por ser persona dina
Ansimismo don Diego de Cardona;
También lo fué Diego Lopez Haro
Y Gonzalo Suarez, varon claro.

Don Pedro Portugal mando tenia
Y Alonso de Guzmán, hombres enteros,
Cada uno con su capitanía
Y en ellas valerosos caballeros,
Que tela de oro y plata los cubria,
Donde gastaron suma de dineros:
Vinieron otros hombres eminentes
De los cuales muy pocos hay presentes.

Mas viven hoy Diego Rincon Barriga,
Pero Niño y Bartolomé Camacho,
De cuyo valor mucho que se diga
Se dirá con verdad y sin empacho,
Pues cualquier dellos en mortal fatiga
Varon insigne fué con ser muchacho:
Vive por consiguiente Miguel Sanchez,
Terror grande de musos y de panchez.

Vive también Pero Rüiz García,
Paredes Calderon, aquel de Ronda,
En cuyo merecer la musa mia
No puede hallar fondo con su sonda;
Ve Juan Rodriguez Parra nuestro dia,
Y con los que se ven á la redonda
Hay Juan Rodriguez Gil, á cuyos hechos
Se deben grandes colmos de provechos.

Hay vivos Castro y Silva, lusitanos,
Los cuales para todos hechos buenos
Nunca sus fuertes y veloces manos
Tuvieron encerradas en los senos;
Manchado y Salamanca, ya muy canos,
De enfermedad y de miseria llenos,
Con un Anton Rodriguez de Casalla
De manos prestas á cualquier batalla.

Viven algunos otros querellantes
De los jüeces y goberuadores,
Por dar á los malsines y chocantes
Los ajenos trabajos y sudores,
Y verse de señores mendicantes,
Y ver los mendicantes ser señores,
Con ser descubridores y guerreros
En este nuevo reino los primeros.

También las herederas de defuntos
Tienen por acertadas ordenanzas
Que sean juveniles los trasuntos
De los que las dejaron con pujanzas,
Teniendo por mejores estos puntos
Que las primeras puntas de las lanzas;
Y en sus moradas lo que mas importa
Es ver calza follada y capa corta.

Mozuelos son los que con ellas valen,
Y el que era rompe-poyos es un Fúcar,
Y quieren que los curen y regalen
Con guisadillos hechos con azúcar;
Mas quiérome volver á los que salen
De los puertos y barras de Sanlúcar,
Para se proveer en las Canarias
De muchas otras cosas necesarias.

El número mayor de gente viene
En itálicas guerras instruida,
E ya la isla Tenerife tiene
La cuantidad que digo recogida;
Y á todos les parece que conviene
Apresurarse para la partida,
Convidándolos con aviamiento
La bonanza del mar y largo viento.

Las áncoras del limo se despegan;
Pusiéronse las velas en concierto;
Con viento procelífero navegan
Por altas ondas y por mar abierto,
Y dentro de cuarenta dias llegan
A la querida Marta y á su puerto,
Tendidas por las gavias y otras partes
Flámulas, gallardetes y estandartes.

Lucen las sedas, granas, perpiñanes,
Disparan tiros, tócanse trompetas:
Vereis luego de damas y galanes
Llenos bordos, cubiertas y jaretas;
Los soldados, sarjentos, capitanes,
Con plumas de avestruces y garcetas;
Miran por la ciudad mozos y mozas,
Y no ven sino mal paradas chozas.

Mas vieron pasear por la ribera
Mozo gentil en Málaga nacido,
Que se dijo Gonzalo de Cabrera,
Soldado del ejército florido,
Que les cayó á la mar andando fiera,
Y no pudo ser dellos socorrido,
Porque por ser aquel tiempo terrible
Amainar presto no les fué posible.

Cubrianlo los mares encumbrados,
Y ansí ruega la gente descontenta
A Dios que le perdone sus pecados,
Que de su vida no hicieron cuenta:
El joven con los ojos levantados
Al cielo da clamores y se alienta,
Rodeado de grave desconsuelo,
Porque ya no ve mas que mar y cielo.

Mas llama la limpísima María,
Estrella de la mar y lumbre nota,
Y ansí lo socorrió, pues aquel dia
En demanda venia desta flota
Un rico galeon de mercancía
Y por los mismos rumbos y derrota:
Enfrente se le pone y al encuentro,
Y con santo favor lo metió dentro.

Las otras alcanzó por ser lijera,
Y allí las saludó segun su fuero,
Sin les manifestar en la carrera
La recuperacion del compañero,
Porque luego tomó la delantera
Y en Santa Marta se ancló primero
Dos dias, y el armada ya venida
Admiracion causó vello con vida.

Desembárcanse luego los gentiles
Hombres con bizarrías y primores,
Que todos eran Héctores y Aquiles
Y aun en las aparencias muy mejores:
Tocan altos y bajos ministriles
Los pífaros y cajas de atambores;
Por orden se componen las hileras,
Tendidos estandartes y banderas.

Hierven los militares ejercicios,
Briosos los mancebos y los canos;
Caminan sin tumulto ni bullicios,
En orden, con las armas en las manos,
Al templo de los santos sacrificios
A dar gracias á Dios como cristianos:
No pueden espresar breves cuadernos
Las galas con que salen los modernos.

Los antiguos con sus camisetillas,
Tan delgados de zancas y pescuezos,
Que pudieran contalles las costillas,
Arrinconados con el Anton Bezos,
Contemplaban aquellas maravillas
De trajes y costosos aderezos;
Mas la contemplacion no fué sin mofa,
Como gente de no menor estofa.

Ni mas ni menos á recién venidos
Les parecia ver embalsamados
Cuando vian los rostros percudidos,
Viniendo todos ellos colorados:
Al fin burlaban de los mal vestidos,
Y esotros de los bien aderezados,
Considerando que la dura hambre
Habia de ojear aquel enjambre.

No se vió mejor rato de alegría
Al tiempo quel alarde se miraba
Que oir á Manjarés lo que decia
Y disimulacion con que hablaba,
Aquel descuido con que respondia
A quien alguna cosa preguntaba,
Diciendo: « Yo no correré con gente
Que trae tantas plumas en la frente.

» Pues si quieren subir un alto monte
O desechar un reventon acaso,
Cada uno será Belerofonte
Ayudado de plumas de Pegaso,
Y podrán rodear un horizonte
Sin sudar cuera ni jubon de raso:
No yo que siempre subo por escalas,
Y flacos alpargates son mis alas. »

Uno decia y acudian todos,
Picando cada cual con su facecia
Por satíricos y dolosos modos,
De que en las Indias cada cual se precia,
Y Pedro de Madrid con sus apodos
Cuya dicacidad nada fué necia:
Aqueste fué de Eraso muy pariente
Y en dichos repentinos escelente.

Hombre de guerra fué y hombre de plaza,
Pero yo digo que sus apotemas
Si lengua torpe no los despedaza
Bien merecen tener sillas supremas;
Hoy posee su hijo Pedro Daza
Sus suertes que no son de las estremas;
Mas á la trisca vuelvo de aquel dia,
Donde por todos ellos se decia:

Este se huella bien, aquel va tiesto,
Este como rocin hace corvetas,
Aquel segun las muestras de su gesto
Ha poco tiempo que dejó las tetas;
Mas yo bien creo que bailarán presto
A su pesar al son de las gambetas,
Cuando ya sin vigor y sin aliento
Les haga dar vaivenes flaco viento.»

Quiñones, que no tan liviano pisa,
Decia como cuerdo caballero:
«Mas es para llorar que para risa
Tanto bueno venir al matadero:
Quedará quien viviere sin camisa,
Sin humano favor y sin dinero;
Pues cada uno dellos, cuerdo ó loco,
En se valer ansi no hará poco.»

Las triscas y las mofas acabadas,
El Anton Bezos con el regimiento
Dieron á las personas señaladas
Segun sus pobres fuerzas aposento;
Y los demás tomaron por posadas
La claridad del sol y el fresco viento;
Después junto del mar y sus resacas
Formaron muchos toldos y barracas.

Muchas dueñas con dones peregrinos
En estos pobres toldos se metieron,
Y digo peregrinos ó marinos
Porque dentro del mar se los pusieron;
Acudian allí de los vecinos
A conversar, mas ellas les dijeron:
«¿Dónde está la ciudad rica por fama
Que Santa Marta dicen que se llama?

»Y vosotros, vecinos sin provecho,
¿Cómo podeis vivir desta manera
En chozuelas cubiertas con helecho,
Y quel viento menea la madera,
Una pobre hamaca vuestro lecho,
Una india bestial por compañera,
Curtido cada cual, seco, amarillo,
Como los que castiga Peralvillo?

»Si por ventura es el mas decoro,
Segun las casas son y vuestra ropa,
El diablo se lleve vuestro oro
Y á vosotros también de proa á popa;
Pues cieno veo yo, que no tesoro,
Adonde los vestidos son de estopa:
No veo yo delante de mi cara
Gente con alpargate y antipara.»

Respondió Manjarés que está presente:
«Señoras, la ciudad es invisible,
La cual tiene muralla trasparente
A los grandes calores conveníble,
Y mas para recién venida gente,
El ardor de la cual es insufrible;
Tampoco podreis ver los aposentos
Porque son hechos por encantamentos.

»En lo demás de nuestras vestiduras,
Carnes curtidas secas y mal puestas,
Podriamos usar de bordaduras
Y poner en las gorras largas crestas;
Mas somos caballeros de aventuras,
Que siempre caminamos por florestas
Donde las guádubas y las yaurumas
Quitarian las gorras y las plumas.

»Y ningunos podrian ser correos
Lijeros para ir tras una huella,
Adonde se celebran los torneos
Y el baul ó la haba se desuella,
Porque todos corremos con deseos
De fajar con Angélica la bella
Y metelle las manos por los senos
Do se suelen hallar joyeles buenos.»

En tanto que estas cosas se reian
Y las mas necesarias ordenaban,
Todos mantenimientos descrecian
Y venideras faltas se lloraban,
Porque ni los antiguos los tenian
Ni los recién venidos los hallaban,
Ni habia do poder cómodamente
Repartir los lugares esta gente.

Como creciesen pues necesidades
Y oviese de los aires inclemencia,
También crecian las enfermedades,
General corrupcion y pestilencia
De cámaras, de tales cualidades,
Que no se les hallaba resistencia:
El buen gobernador desconsolado
De ver su campo tan atribulado.

El cual viendo lo mucho que le toca,
Segun suele católico cristiano,
Con su solicitud, que no fué poca,
A todos procuraba dar la mano
Hasta quitar la cosa de su boca,
Con no se sentir él del todo sano,
Curando pesadumbres y zozobras
Con santos dichos y cristianas obras.

Procuró siempre que los sacramentos
Administrasen curas al doliente;
Y con que se morian por momentos,
A los entierros se halló presente;
No le faltaban tiernos sentimientos,
Pues lo que sienten todos él lo siente:
Al fin en un angustia tan terrible
El hizo de su parte lo posible.

Revolviendo mil cosas en su mente,
Viéndolos padecer desta manera,
Parecióle ser cosa conviniente
Salir alguna gente sana fuera,
Pues todos deseaban ver la frente
Del indio que defiende su frontera,
Por ser comun á los que vienen rudos
Hacer poco caudal de hombres desnudos.

Y ansí viendo de paz allí delante
Ciertos caciques, un capitan nuevo,
Decia: «Voto á tal, á mi montante
Son dos mil destos muy pequeño cebo,
Y en cualquiera recuentro semejante
Haré yo lo que digo y lo que debo.»
Mas no fué menester tan gran partida
Para perder los fieros y la vida.

Porque haciendo la primer entrada
Por aquellos lugares mas cercanos,
Cuando queria dalles cuchillada
Sus piés no se hallaban tan livianos;
Y ansí no fué montante ni aun espada
Parte para librallo de sus manos,
Antes flecha mortal vino volando
Con quel buen Salazar murió rabiando.

Debajo pues del celo que se apunta,
Que fué tomar los mas sanos consejos,
El don Pedro Fernandez hizo junta
Ansí de los modernos como viejos;
Mas en satisfacer á su pregunta
Los nuevos no podian ser parejos,
Pero habló con todos de presente,
Y ansí dicen que dijo lo siguiente:

«Caballeros, ya tienen entendida
Y les consta por públicos pregones
La causa principal de mi venida
A estas remotísimas regiones;
Es voluntad del rey obedecida,
Cédulas y reales provisiones:
Agora es menester que se comience
La obra quel esfuerzo y fuerza vence.

»Sabeis que en nuestras tierras y reposo
Teníamos mediana pasadía,
Y pasamos á Indias deseosos
De la hallar con mucha mejoría;
Mas si quisiésemos estar ociosos
Nunca podremos ver aqueste dia,
Porque también aca como en España
Comerá quien se diere buena maña.

»Que sean mis razones pertinentes
Y sin desproporcion de la materia,
Estos hidalgos que teneis presentes
Contarán maravillas de la feria;
Pues por ser todos hombres diligentes
Han podido vencer suma miseria,
Haciendo mil entradas y salidas
Para traer con qué pasar las vidas.

»Y tampoco no fué tan limitado
Lo que cogieron con su buena maña,
Que si por ellos fuese reguardado
No descansaran muchos en España;
Mas pensar quel majuelo vendimiado
Por mas que lo vendimien no se daña,
Hizo tener en poco la riqueza
Y también esperar mayor grandeza.

»A causa de tener por cosa cierta
Haber otras provincias estendidas
Donde no vive gente descubierta,
Sino gentes cubiertas y vestidas,
Hanse tornado muchos de la puerta
Que tienen las entradas conocidas:
Pues aquesta region que está doncella
Habemos de morir ó dar en ella.

»Porque, señores, no somos venidos
A reposar detrás de la cortina,
Ni conviene que estemos atenidos
A solamente lo de la marina;
Pues para buscar reinos estendidos
La voluntad del rey nos encamina,
Y también fué mi principal intento
Engrandecer este descubrimiento.

»Pues aunque se hallara mas entero
Lo del mar y su gente mas compuesta,
Ya veis que para tanto caballero
Es muy pequeña cabalgada esta:
Terreno con posible de dinero
Habemos de buscar, y es lo que resta,
Donde podamos mejorar estado
Y quien trabaja viva descansado.

»El viaje será de poca dura,
Segun da la razon quien lo cudicia,
Y en Dios confio yo que la ventura
A mí y á todos ha de ser propicia,
Para que de caverna tan obscura
Saquels á clara luz esta noticia
Que conyecturo ser de gran subetancia
Y no de menos honra que ganancia.

»Pero para que mas aseguremos
Los puertos que dejamos atrasados,
Conviene que primero castiguemos
Algunos destos indios rebelados,
Y de sus bienes nos aprovechemos:
Haremos una via y dos mandados,
Comprando del despojo del salvaje
Las cosas necesarias al viaje.

»Quedará de tal suerte castigado
Que cese su molesta pesadumbre,
Y sabrá quien está mas alterado
Que tiene de mudar vieja costumbre;
É ya sea por fuerza, ya de grado,
Ha de venir á justa servidumbre,
Subyectando ciudad, lugar ó villa,
A la real corona de Castilla.

»Por tanto las guerreras compañías
Se pongan en el orden conviniente,
Porque dentro de tres ó cuatro dias
Vamos á visitar bárbara gente:
Veremos estas grandes valentías,
A las cuales yo quiero ser presente,
Y luego don Alonso Luis ordene
Aquello que mas viere que conviene.»

Por don Alonso la voluntad vista,
Deseos y mandatos paternales,
Luego mandó también hacerse lista
De capitanes y otros oficiales,
Para que prestos para la conquista
Tuvieren los soldados principales:
Echanse bandos, tocan atambores,
Alcabuetes de bélicos ardores.

Capitanes, alférez y sarjentos,
Ansí modernos como los antigos,
Alistaron aquellos ornamentos
Que suelen en la guerra ser testigos
Ó de victorias ó de vencimientos,
Que toman unos de otros enemigos:
El arcabuz, la lanza y el espada
Esperaban la hora señalada.

Los treinta y seis corrian de la era
Demás y aliende de los quince cientos,
Cuando de Santa Marta salen fuera
Soldados cuantidad de novecientos,
Compuestos por el orden y manera
Que dan italianos documentos;
Mas en aquella tierra tal alarde
No puede ni conviene que se guarde.

Ni sufren asperezas que se ordenen
Hileras ni formados escuadrones,
Sino que las industrias que se tienen
Nacen de las presentes ocasiones;
Ni los indios en rompimiento vienen
Hasta debilitar los corazones,
Pues diferentes altos fortifican
Y desde lejos á su salvo pican.

Y acontece venir un torbellino
Que se desliza desde los altores
De galgas como piedras de molino,
Y aun por la mayor parte son mayores,
Que barren cuanto topan de camino
De los que tienen por competidores;
Y ansí no suelen ser malos avisos
Al subir de los altos ir divisos.

El campo todo va sin que se absconda,
No como lo hacia diestra gente
Cuando daban en los de la redonda
Con gran obscuridad tácitamente;
Porque con clara luz suben á Bonda
Y en el mayor vigor del sol ardiente:
Vieron de indios cuantidad inmensa
Con determinacion de su defensa.

Subian con el buen adelantado
Los caballos por ásperas laderas,
Haciendo vueltas por el otro lado
Por no poder subir el escalera;
Mas Céspedes, en un rucio rodado,
Que nunca se vió bestia mas lijera,
Subia por los mismos escalones
Por donde van sudando los peones.

Estando pues los bárbaros atentos,
Antes que concluyesen la subida,
Se les hicieron tres requerimientos
Con lengua de los indios conocida,
Para que dejen bélicos intentos
Y vengan á la paz si quieren vida,
Subyectando sus pueblos y cabañas
Al poderoso rey de las Españas.

Los bárbaros con brios singulares,
Burlando de las lenguas y las guías,
Defienden las entradas y lugares
Con sus acostumbradas valentías;
Mas Juan de Tapia y Gonzalo Süarez
Animan sus lustrosas compañías,
Y Céspedes que nunca quedó falto,
Hasta poder llegar á lo mas alto.

Piedras y flechas van enerboladas
Sobre quien sube con lijeras suelas;
Centellas ven salir de las espadas,
Quebrados los escudos y rodelas;
Abollan cascos duros y celadas,
Derríbanse también dientes y muelas,
Crecia por momentos la porfia,
Y cuanto mas duraba mas crecia.

Como si cuando soplan luego prende
En cuantidad de leña viva llama,
Que tanto mas aquel furor enciende
Cuanto la ceban mas con seca rama,
Y con mas fuerza su calor estiende
Acia la parte donde se derrama,
Y cuantos mas son los atizadores
Las llamas y los humos son mayores:

Ni mas ni menos fué cuando subian
Los nuestros por los pasos referidos,
Pues unos, otros y otros acudian,
Y cuantos vienen mas, mas encendidos,
Hasta dar con los arcos que traian,
Después de ya los tiros consumidos;
Pero ya trompezando, ya cayendo,
Siempre los españoles van subiendo.

Juan de Céspedes sube y arremete
Al escuadron que vió mas atrevido,
Y con aquel valor que se promete
Los quitó del lugar fortalecido;
De españoles quedaron muertos siete,
Y Tapia, capitán, muy mal herido
De una crudelísima pedrada
Que le llagó la mano del espada.

Después que los peones prosiguieron,
La gente de caballo se apresura,
Mas los veloces indios se subieron
En otras partes de mayor altura,
Quedando tres ó cuatro que murieron
Con bala de arcabuz ó jara dura:
Los españoles van en ese punto
A la ciudad mayor que tienen junto.

La cual era, segun se manifiesta,
Alcazar y morada de los reyes,
Y la cabeza dicen ser aquesta
De las que están subyectas á sus leyes:
Era de grandes casas bien compuesta,
Que suelen por allí llamar caneyes,
Donde no vieron ánima nacida,
Antes de todas cosas ya barrida.

Otra vez con la paz les requerian,
Con voces que les eran manifiestas,
Las cuales sus oidos ofendian,
Teniéndolas por duras y molestas;
Y si desde los altos respondian,
Son flechas venenosas las respuestas,
Tantas, que les hirieron seis caballos
Sin que pudiese cura remediallos.

Vista pues por el buen adelantado
La gran protervidad del enemigo,
Determinó que fuese castigado
En lo que se pudiese dar castigo;
Y ansí luego mandó ser abrasado
Por todas partes el lugar que digo,
Y los demás que van por las laderas
Talándoles también las sementeras.

El alférez mayor Anton de Olalla
Y el capitán Juan Rüiz Orejuela,
Con cuyas fuerzas en cualquier batalla
El mas fuerte y el flaco se consuela,
Mandaron á la gente que se halla
Con mechas, aderecen la candela,
Para que se conviertan en ceniza
Las moradas de la ciudad pajiza.

Fumosas llamas cercan el asiento
Que sobre muchos otros tiene mando;
Vuelan luego con gran fuerza de viento,
Los bajos y los altos ocupando,
Sin que manifestasen sentimiento
Los indios que su mal están mirando;
Mas antes deseaban ver las casas
Do cristianos entraron hechas brasas.

Por las cercanas villas estendieron
Las llamas del incendio riguroso,
Y luego visitaron y corrieron
A los valles de Cueto y Valbermoso,
Con mas los siete pueblos do tuvieron
Ningun espacio largo ni reposo,
Antes desde los altos y peñoles
Les hirieron algunos españoles.

Y en ciertas angosturas de lugares
Perecieran enfermos castellanos,
Donde con instrumentos militares
Les acabaran indios comarcanos,
Si la virtud del capitán Süarez
No los quitara vivos de sus manos,
Y ansimismo don Diego de Cardona
Con insigne valor de su persona.

Del hemisferio nuestro retrayendo
Iba su presurosa luz Apolo,
Y sus dorados rayos estendiendo
A las gentes que ven el otro polo,
Al tiempo que Süarez, conociendo
Que con su compañía queda solo,
Procura como capitán discreto
Sacar á sí y á todos del aprieto.

Porque el adelantado ya camina
A la parte de Bonda y á sus llanos;
Con él van Orejuela y el Urbina,
Que siempre los tenia mas cercanos,
Con Juan de San Martin, que los atina,
Por ser de los mas diestros baquianos,
Después de ya dejar incendio hecho,
Que fué de mayor riesgo que provecho.

Sabiendo pues Süarez ya ser idos,
Porque sin riesgo pasen la gran cuesta
(Por cuya causa fueron repartidos)
Entre los españoles contrapuesta,
Mandó que suban algo divididos,
Por tanta galga como los molesta:
Finalmente, pasaron sin desmanes
Donde estaban los otros capitanes.

Para curar algunos del rabioso
Veneno, dieron luz á las candelas,
Y allí para tomar algun reposo
Asentaron real y ponen velas,
Por descansar el tiempo tenebroso
Debajo de fieles centinelas;
Mas el adelantado no reposa
Admirado de tierra tan fragosa.

Pasada la nocturna pesadumbre,
Y Apolo comenzando su carrera,
Mostrando por el alto de la cumbre
De la nunca domada cordillera
A la vista mortal aquella lumbre
Que da mas resplandor en el esfera,
El buen gobernador con pena harta
Determinó volver á Santa Marta:

Llevando por delante los heridos
De los pestilenciales nocumentos,
Cuyas lamentaciones y gemidos
En él causaban tiernos sentimientos;
Y siempre que tocaban sus oidos,
Crecian sus fatigas y tormentos,
Viendo que sin que lleguen á las manos
Y sin ver quién, le matan sus cristianos.

Antes de se partir dejó mandado
Al hijo don Alonso que prosiga
El castigo que tiene comenzado
Con gente tan rebelde y enemiga:
El cual como valiente y esforzado
No rehusó trabajo ni fatiga;
Y ansí para cumplir sus mandamientos
Tomó destos soldados ochocientos.

Todos pasaron juntos por Origua,
Y después se partió la compañía,
El capitán Suarez á Bondigua
Y el general para San Juan de Guia,
Llevando gente de la mas antigua
Que ya los malos pasos conocia;
Y aunque pasos algunos se defienden
Ambos á dos llegaron do pretenden.

De paz los de Bondigua les salieron
Por ser su poblacion menos potente,
Y al capitán Süarez ofrecieron
Algunas buenas joyas en presente;
Salieron destos pueblos y subieron
A otra poblacion mas eminente
En gentes y posible, que se llama
El valle de los indios de Chairama.

Hombres membrudos, sueltos, bien dispuestos,
Mas que las otras gentes sus vecinas,
Los cuales fueron á las armas prestos
Cuando vieron venir las peregrinas;
Y por aquellos altos y recuestos
El valle se hundia con hocinas,
Hechas de las canillas de hombres muertos
Por ellos en aquellos mismos puertos.

Sube por un altísimo collado
El Süarez al golpe de la gente:
A San Martin llevaba del un lado,
Varon en los recuentros escelente;
Otro colateral es Juan Cuadrado,
Alférez estimado por valiente:
Arronjan tantas galgas al instante,
Que vuelven mas atrás que van delante.

El español brioso y atrevido
Porfía con sudor en la subida;
El bárbaro no menos encendido,
Procura de privallos de la vida:
Süarez en la pierna fué herido,
Y aunque no fué de muerte la herida,
En comer y beber tuvo gran freno
Creyendo ser la flecha de veneno.

No cesan de subir, y como vieron
Que ya no les podian poner rienda,
Los bárbaros sus casas encendieron
Antes que nuestra gente las encienda,
Y con flechas y piedras rehicieron,
Ayudados del humo, la contienda;
Pero los nuestros son superiores,
Haciéndoles tomar otros altores.

Después que por la poblacion entraron
Con una hambre loca y atrevida,
Sin consideracion se derramaron
Los mas dellos en busca de comida:
Viendo que del buen orden no curaron
Ni fué su voluntad obedecida,
El Süarez mandó que con la hoja
El alférez Olaya les recoja.

El cual luego partió como una jara
Con la rodela y la espada lista,
Y como por su mando no repara
Un mancebo Bermejo, polvorista,
Dióle tal cuchillada por la cara,
Que fué ventura no perder la vista:
El golpe fué debajo de las cejas
Tan largo que tocó las dos orejas.

Aprieta la herida con la mano
El mísero, pidiendo luego cura:
Fué el capitán Cardoso, cirujano,
En medio del hervor desta presura,
El cual en breve tiempo le dió sano,
Sin quitar el barniz desta pintura,
Por no ser poderosos mil alcaldes
A limpiar tan pesados albayaldes.

Viendo quemadas ya por el vecino
Aquellas afamadas poblaciones,
Los nuestros apresuran su camino
Al pueblo que llamaban de Quiñones;
El Juan de San Martin con ellos vino
Guiando por forzosos reventones,
Los cuales ya tenian ocupados
Indios de todas armas pertrechados.

Cuando llegaron á la postrer cuesta,
No pudieron tomar algun reposo,
Porque segun el indio los molesta
O subir ó morir era forzoso;
Y el capitán Süarez hizo presta,
Para subir el paso peligroso,
Compañía de sueltos rodeleros,
Yendo con ellos él de los primeros.

Los pasos desta sigue la restante,
De diferentes armas pertrechada,
Llevando con buen orden por delante
Aquella bien compuesta pavesada,
Con tiros de arcabuz porque se espante
La bárbara canalla, confiada
De dar á sus deseos cumplimiento
Sin ellos recebir desabrimiento.

De bárbaros que tienen mas enfrente,
Ante que concluyesen la subida
Vino de flecha y piedra tal creciente
Que se ven en gran riesgo de la vida;
Y aun con los arcos dan á manteniente,
La munieion de flechas consumida:
Los golpes insufribles de desnudos
Atormentan y quiebran los escudos.

Como en tinieblas, muerta ya la lumbre
Y el oficio divino conclüido,
Que hacen, de católica costumbre,
Con palos y matracas gran rüido,
En memoria de aquella mansedumbre
Del justo que por Judas fué vendido,
Y aquella multitud de roncos sones
Entristecen cristianos corazones:

Deste jaez y muy mayor estruendo
Resulta de los palos y pedradas,
Que para los oidos es horrendo
De los que llevan piernas fatigadas,
Al tiempo que la cuesta van subiendo
Sin poderse valer de las espadas,
Unos enhiestos y otros de rodillas,
Y del sudor cubiertos las mejillas.

Animan con cornetas los de fuera
Que son hechas de grandes caracoles,
Pero con todo esto persevera
La fuerza de los nobles españoles,
Hasta que ya subieron la ladera
Ahuyentándolos destos peñoles,
Adonde descansaron un buen rato,
Pero no sin temor y sin recato.

Porque segun aquellas ocasiones,
Los tiempos de quietud eran escasos,
Y para ir al pueblo de Quiñones
Restaban de subir dos malos pasos;
Y ansí tomó Süarez de peones
Los mas lijeros y los menos lasos,
A fin de descubrir aquel engaño
De donde les podia venir daño.

Siguieron los demás á los primeros,
Segun guerreros usos ordenados;
Indios algunos ven por los oteros,
Pero los pasos desembarazados;
Procuran de hacer los piés lijeros
Antes que se descubran mas nublados:
Finalmente, llegaron al asiento
Sin ver alborotado movimiento.

Hallaron ya la gente retraida,
Vacías las moradas y aposentos,
Pero dentro gran copia de comida
Que no fué lo menor de sus intentos;
Porque de la larguísima corrida
Todos iban cansados y hambrientos:
Componen las dormidas y las cenas,
Que después pagarán con las setenas.

Viendo cómo queria coger heno
Para cama cansado caminante,
Süarez dijo: «Por consejo bueno
Tenia que pasemos adelante;
Salgamos de tan áspero terreno,
No hallemos en él quien nos espante;
Porque destas señales se barrunta
Que se va convocando grande junta.»

El San Martin, que llevan por piloto,
Le respondió: «Señor, en este puesto
Ningun temor tengamos de alboroto
De indio que nos pueda ser molesto.»
Ayudáronle todos con su voto,
Porque por ir cansados quieren esto;
Y ansí reparte quien el cargo tiene
Las velas por el orden que conviene.

Fuéles la cena bien aderezada,
Pues el mismo señor es el criado,
Y seria la mas aventajada
Algunos puños de maíz tostado,
Y alguna batatilla mal asada
La sustancia mejor de lo guisado;
Y ansí durmieron en aquella cumbre,
Sin que nadie les diese pesadumbre.

Al tiempo ya que la febea llama
Comienza de dorar la verde planta,
Y en el altor de la tremente rama
El ave con arpada lengua canta,
El español de la terrestre cama
Las armas en la mano se levanta,
Y el bárbaro también por su partido
No sale menos bien apercebido.

Los nuestros bajan luego la ladera,
Segun les pareció que convenia,
Guiando San Martin esta carrera
Acia la playa de San Juan de Guia,
Adonde don Alonso los espera
Con caballos y buena compañía;
Pero por donde van, tienen los puertos
Infinidad de indios encubiertos.

Pasando pues por un lugar estrecho,
Temerosos y bien apercebidos,
De los indios que estaban en acecho
Algunos españoles son heridos
De yerba ponzoñosa, y esto hecho,
Con gritas atormentan los oidos,
Demás de los crujidos de las cuerdas,
Cuyos encuentros son manos izquierdas.

Segun suelen venir granizos gruesos
De la region del aire congelados,
Que lastiman las carnes y aun los huesos
De las aves, conejos y venados,
Y también los rüidos son espesos
De los golpes que dan en los tejados:
Tal y tan grande estruendo se hacia
Al tiempo que se da la batería.

Los diestros y los menos enseñados
En aquestas belijeras escuelas,
Estaban de rodillas encorvados
Detrás de los escudos y rodelas,
Que traspasaban tiros regulados
Como si fueran delicadas telas,
Asimismo clavando con la punta
La carne que al escudo hallan junta.

Un terrible gandul, ya viejo cano,
Por el lugar mas descubierto corre,
Con solas siete flechas en la mano
Y sin contrario tiro que lo borre:
Hirió con cada una su cristiano,
Y entrellos al buen Gomez de la Torre.
Cuyo rabioso fin, triste y amargo,
Un dia natural fué lo mas largo.

Como creciese pues esta presura
Y el ímpetu de flechas insufrible,
Por estos capitanes se procura,
Segun el orden que les fué posible,
Sacallos del mal paso y angostura
A parte mas capaz y convenible,
Donde de los heridos, hecha cuenta,
Hallaron cuatro menos de cuarenta.

En apartándose de los flecheros,
Como ya por la playa caminasen,
Despacháronse ciertos mensajeros
Al don Alonso, que le demandasen
Caballos con algunos compañeros,
Para que los heridos se llevasen;
Y entre tanto lavaron las heridas
Con aguas de las ondas desabridas.

Pues médicos de rústica Minerva
Les dijeron hallar por esperiencia
El agua de la mar ser contrayerba
Buena contra rabiosa pestilencia,
Usada ya por índica caterva,
Lavándose con suma diligencia;
Mas ha de ser brevísima corrida
La distancia del agua á la herida.

Pero la medicina mas segura
Es no se ver los hombres en estrecho,
Que de la dicha ni de mejor cura
Tenga necesidad humano pecho;
Pues en esta presente desventura
El remedio mejor fué sin provecho,
Porque de las personas mal heridas
Dos ó tres escaparon con las vidas.

Dadas las nuevas en San Juan de Guia
A nuestros castellanos escuadrones,
Y conociendo cuánto convenia
El cumplimiento destas peticiones,
Don Alonso de Lugo les envia
Socorro de caballos y peones;
Siendo nombrado para su despacho
Por caudillo Bartolomé Camacho,

Mancebo natural de Villafranca,
Señalado lugar de Estremadura,
A quien valor y brio no le manca,
Segun muestra su buena compostura:
Porque con el honor de barba blanca
Lo vemos en aquesta coyuntura,
Y es testigo fiel de lo que escribo,
Por vivir en el pueblo donde vivo.

Hicieron pues sus pasos diligentes
Orillas de la mar y sus resacas,
Hasta que ya toparon los dolientes,
A los cuales traian en hamacas
Que de cristianos hombros van pendientes:
Y como no podian fuerzas flacas
Comportar los heridos ni llevallos,
Pusiéronlos encima de caballos.

Puesto caso que no sin embarazos
De prisiones y fuertes ligaduras,
Porque después de hechas mil pedazos
Las ropas y sudadas vestiduras,
Se mordian las manos y los brazos
Con estridor de dientes y bramuras,
Retorciendo los labios y la boca
Cuando la yerba las entrañas toca.

Desta manera fueron caminando
Hasta San Juan de Guia, do primero
Dimos razon estallos esperando
El resto del ejército guerrero,
Y donde con temblores y rabiando
Vieron los mas su dia postrimero;
Y el dicho general por su persona
Determinó de entrar hasta Tairona.

Aderezáronse como convino
Para volver al belicoso juego:
Llegaron por el término marino
A la boca del rio de Don Diego;
Por montüoso y áspero camino
Para Tairona se partieron luego:
Entraron sin ver índica presencia
Y sin que les hiciesen resistencia.

Por bajo valle va nuestro estandarte
Mirando poblaciones y culturas,
Puestas en las laderas de tal arte
Que hacen las subidas mal seguras;
No faltan flechas de una y otra parte
Encaminadas desde las alturas,
De las cuales en un angosto puerto
Uno de los soldados quedó muerto.

Como la fusca noche se venia
Quedando sin color sierra nevada,
Y del largo camino se sentia
La castellana gente fatigada,
En parte que segura parecia
Don Alonso mandó hacer parada;
Y á causa de peligros evidentes
Se señalaron velas conviuientes.

Los indios, pocos pasos de desvio,
Pusieron ansimismo veladores,
Y de una y otra parte de aquel rio
Tocaban infinitos atambores,
Con grita que denota gran gentío
Por cima de los ásperos altores;
Y el rüido les fué tan enojoso,
Que no tuvieron punto de reposo.

Don Alonso de Lugo, conociendo
La grande multitud que se venia
Por una y otra parte recogiendo
De aquella salebrosa serranía,
Determinó de irse retrayendo
Sin esperar allí la luz del dia;
Porque si los tomaran las salidas,
Todos corrian riesgo de las vidas.

En el tiempo que ya la lumbre pura
Del radiante hijo de Latona
Iba restituyendo su blancura
A la nevada cumbre de Tairona,
Los españoles tienen el altura
Acercándose mas acia Marona,
Sin sacar otra cosa destos senos
Sino cansancio y un cristiano menos.

Teniendo ya la playa por amparo
Y el frescor de los vientos oceanos,
Acuerdan reposar el dia claro
Para de noche dar en los hermanos,
Que fueron Marubare y Arobaro,
Caciques que tenian mas cercanos,
De los de la Ramada descendientes,
Aunque de su riqueza diferentes.

Porque como se viesen perseguidos
Del cúpido furor de los de España,
Estaban con sus gentes recogidos
En un cierto rincon desta montaña,
Pero no tan secretos y abscondidos
Que no los descubriese buena maña;
Pues muchos dias antes la cudicia
Habia dado guias y noticia.

Llegado pues el tiempo vespertino
Y el fuego mitigado de la siesta,
Cada cual desta gente se previno
Para romper con los de la floresta;
Pero yo de cansado determino
De no decir agora lo que resta,
Por querer Arobaro y Marubare
Que con segundo canto se declare.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo dieron de noche en los dos hermanos, y lo que mas sucedió.

Suelen tener mundanas condiciones
De bondad y virtud galana muestra,
Y acaso no serán sus intenciones
De declinar á via mas siniestra;
Pero metidos en las ocasiones,
Cudiciosa maldad les es maestra,
Para meter en su hambriento seno
Aquello que les consta ser ajeno.

Y no puede huir desta sentencia
Don Alonso de Lugo, pues tenia
De liberalidad gran apariencia,
Urbanidad, nobleza, cortesía,
Pero no poco suelto de conciencia,
Segun fueron las muestras aquel dia,
Después que ya vinieron á sus manos
Ricas preseas de los dos hermanos.

Y ansí fué que, metiéndose las riendas
De Flegon y Pirois en las obscuras
Ondas, y se tendiendo las horrendas
Tinieblas con sus ciegas ligaduras,
Entran los españoles por las sendas
Angostas de las dichas espesuras,
Cuyo camino nadie, segun era,
Sino sola cudicia lo siguiera:

Trabados de las ropas y vestidos,
Porque con vista no se comprehenden.
Y ansí los unos de otros van asidos
Tentando los caminos que pretenden;
Y si quedan algunos divertidos
Por silbos se convocan y se entienden.
Dejando los caballos en la playa
Por no tener por do caballo vaya.

Cebados en la vieja golosina
De los pasados robos y despojos,
Sin sentir el garrancho ni el espina
De tunas, de cardones ni de abrojos,
Cuasi toda la noche se camina
Quebrándose las piernas y los ojos,
Hasta tanto que ya llegaron junto
De donde no vivian sin barrunto.

Pues cuando los flamígeros yugales
Iban mostrando sus dorados frenos,
Y con su resplandor rayos febales
Perturbaban coríferos serenos,
Vieron venir algunos naturales
De puestos do velaban los mas buenos,
Y ya viendo faltar nublos obscuros
Pensaban estar salvos y seguros.

Pero los encubiertos españoles,
Para salir en salvo con su hecho,
Entre verdes maices y frisoles
Estában todos puestos en acecho;
Y cuando los purpúreos arreboles
Herian la ladera y el repecho,
Tenian numerados los caneyes
Y las moradas destos dichos reyes.

Estando pues los nuestros abscondidos,
Al punto y hora que salir querian,
Un asno daba grandes rebumidos
Que los indios allá arriba tenian:
Espantáronse todos los oidos
De aquellos que la voz reconocian;
Y es porque por allí después ni antes
Nunca nacieron bestias semejantes.

Y como se subia por escalas
Para ir á tan ásperos terrenos,
Decian: «Si son asnos tienen alas,
Y es imposible cosa que sea menos;
Y si son indios, son señales malas,
Pues dicen que porque vamos sin frenos
Nos tienen de hacer tales regalos
Que saquemos á cuestas muchos palos.»

Uno que se decia Mala-testa,
Estranjero y estudiante bueno
Dijo: «Podria yo hacer apuesta
Que debe ser el asno de Sileno,
Cuyos roznidos en aquella fiesta
Levantaron á Lótide del heno;
Y ansí quiere que acá nos levantemos
Para dar fin á lo que pretendemos.

»Mas á fe que si desta yo me escapo
Y salgo sin herida del bullicio,
Que nos tiene que dar un gentil papo,
Pues no puede hacer otro servicio,
Antes que los devotos de Priapo
Lo lleven para dar en sacrificio.»
Fuéronse pues con tácito semblante
Al pueblo que teniam por delante.

Por barrios va digesta y ordenada
Su poblacion, no grande ni pequeña,
Pero fuerte si fuera bien guardada,
Por rodear los altos viva peña,
Y por la parte baja rodeada
De fondos pasos y de espesa breña:
Entradas cuatro son en cuatro cuestas,
Para se defender no mal dispuestas.

Blasco Martin de noche las habia
Esplorado con otros atrevidos,
Y ansí fueron los desta compañia
Por todas cuatro partes repartidos.
Dan ¡Santiago! con la luz del dia
En los vecinos desapercebidos;
Mas todavía con algun reparo
Salió de sus caneyes Arobaro,

Deseando que sepan lo que vale
Golpe librado de su brazo fuerte,
O que ya su desdicha lo regale
Con el postrero trago de la muerte;
Mas al encuentro don Alonso sale
Por le caber aquel lugar en suerte,
En el cual se halló con tal congoja
Que no cumplió mostrar la mano floja.

Porque viendo venir gentes armadas,
El Arobaro luego tocó cuerno,
A cuyo ronco son sobresaltadas
Acuden las que son de su gobierno,
Con tantos dardos, flechas y podradas,
Como gotas espesas en invierno,
De tal manera, que quien vencer piensa
Tiene por gran victoria su defensa.

Y como por entonces se conviene
El pelear en parte mas exenta,
En ciertas angosturas se detiene
Hasta que se mitigue la tormenta,
Contra la cual, segun terrible viene,
Apenas don Alonso se sustenta;
Y no menos andaba de caida
La otra gente desta dividida.

Pues cuando comenzaban el combate
El San Martin y el capitan Súarez,
El viejo Marubare los rebate
Y hace retirar de sus lugares,
Con determinacion que se remate
La causa de sus lloros y pesares,
Y de una vez perder vital subyeto
O los que lo traian inquieto.

Mas Juan de San Martin que lo conoce,
Le dice: «Date, date, Marubare,
Pues sé que de cualquier crimen atroce
Aquí no faltará quien te repare;
Y si no, contra puntas tiras coce,
Y mas cuanto tu furia mas durare:
Date de paz, y no salgas armado,
Y alcanzarás perdon de lo pasado.»

El Marubare desto no se cura;
Antes decia, dándoles gran priesa:
«Crüel guerra con vos es mas segura
Que cualquiera pacífica promesa,
Pues toda vuestra paz es maldad pura
Y á todos buenos términos aviesa;
Y cuando de la paz luce centella,
Es para nos robar debajo della.

»Y pues teneis memoria del estrago
Que en españoles hice, con despecho
De ver que la amistad, amor, halago,
Fué contra nos el mas sutil asecho,
Acordaos también que yo no pago
Con matar mil al mal que me habeis hecho;
Y ansí quiero hacer ya confianza
No de palabras, sino de mi lanza.»

Estando pues en peso la porfia,
Enemistad antigua y homecillo,
El don Pedro de Portugal habia
Entrado dentro ya por su portillo
Con la compaña que con él venia,
Sin Marubare vello ni sentillo,
Hasta que por el uno y otro lado
Se vido de españoles rodeado.

Avívanse los golpes al momento;
Enciéndese de nuevo la batalla;
Orejuela mostró su buen aliento,
Sus proezas el alférez Otalla;
El Marubare de su pensamiento
Y determinacion atrás se halla,
Pues cuando su victoria se declara
Adverso hado le volvió la cara.

Como nave veloz y diligente
Que con favonio próspero navega
Para tomar el puerto donde siente
Tener seguridad después que llega,
Y junto se levanta de repente
Alguna procelífera refriega,
Haciéndola volver desde la puerta
Donde la vida tiene por incierta:

Al dicho Marubare y Arobaro
Con fortuna lo tal les acontece,
Pues cuando les mostraba rostro claro
En ese punto se les escurece,
Y al suelo que tenian por amparo
La sangre de los suyos humedece;
Y visto no valelles buena maña
Procuran de hüir por la montaña.

Dispónense los grandes y menores
A poner en efecto la hüida;
Mas usando de bélicos furores
Impide don Alonso la salida:
Y ansí prendieron estos dos señores,
Sin querer despojallos de la vida,
Pero toman preseas y tesoro
Con mas quince mil pesos de buen oro.

Y el asno que dijimos recogieron
Que de los indios era maravilla,
Y para lo subir allí dijeron
Que fué con palos hechos angarilla;
Al cual con otras cosas mas ovieron
De naves que venian de Castilla
Y dieron al través en estos puertos,
Donde los navegantes fueron muertos.

Y ansí salieron en sus escuadrones
Los indios cuando fueron salteados,
Algunos con camisas y jubones
Y muchos con bonetes colorados:
Hallaron hachas, palas, azadones,
De que se aprovechaban los soldados,
Y ropas que los bárbaros desechan
Y á nuestros españoles aprovechan.

El bélico despojo recogido,
Y presos con el rey muchos vasallos,
Con escuadron muy bien apercebido
De gente que sabia reguardallos,
Fué por el don Alonso proveido
Bajar luego do estaban los caballos,
Y en hombres del ejército captivo
Mandó también bajar el asno vivo.

Con sus acostumbradas prevenciones
Los indios lo bajaron á lo llano,
Y aprovechó después en ocasiones
Que suelen ocurrir al baquïano;
Y aun fué descubridor destas regiones,
Pues á este nuevo reino vino sano
Y el primero que destos animales
Vieron en esta tierra naturales.

Jumento y adjumento del entrada
Fué para nuestras gentes peregrinas,
Al menos á los de la camarada
Del sarjento mayor dicho Salinas,
Persona por sus obras señalada,
Las cuales fueron de memoria dinas:
Cuyo consorte fué Juan de Montalvo
Hoy en aqueste reino sano y salvo.

Llevároniо también á la jornada,
Llamada por antiguos del Dorado,
Que hizo Fernán Perez de Quesada,
De do volvió después desbaratado;
Y el padre fray Vicente Requejada,
En tiempo que fué pasto regalado,
El cuero le quitó de las costillas
Y convirtió las tripas en morcillas.

Llegados pues al mar y á su ribera,
Como ya descansasen y comiesen,
A los indios quitaron la collera
Mandando que á su pueblo se volviesen;
Y siendo los deseos de cualquiera
Quel oro y los despojos se partiesen,
Buscando don Alfonso dilaciones,
A todos les habló tales razones:

«Cierto, señores mios, no creyera
De los mortales cosas tan estrañas,
Si por mis proprios ojos yo no viera
Vuestras proezas, hechos y hazañas,
Do ninguna nacion prevaleciera
Sino solo valor de las Españas,
Cuyas heroicás obras ya son tales
Que me parecen sobrenaturales.

»La fama por España publicaba
Ser cada natural un mostro fiero,
Y grandes maravillas nos contaba
Quien destas cosas era pregonero,
Y entonces yo confieso que pensaba
Que hacian de pulga caballero;
Pues agora que todo lo tanteo
Lo dicho cifra fué de lo que veo.

»¿Quién pudiera creer tanta miseria
Como padecen hombres en conquistas?
¿Quién osara decir en nuestra Hesperia
Cosas de los humanos nunca vistas?
Al fin, señores, sois rica materia
Para los curiosos coronistas,
Y serán vuestros hechos duraderos,
Con espanto de siglos venideros.

»Lo substancial es esto; y en la paga,
Que los hombres de bien tienen en menos,
También es justa cosa que se haga,
Pues por ella se mueven muchos buenos;
Mas no hallo valor que satisfaga
A hechos tan heroicos y tan llenos,
Y menos el caudal desta jornada,
Que es para cada cual menos que nada.

»Mas esa cuantidad que recogida
Tenemos, es razon que se reparta,
Y sea por cabezas dividida,
Pues de lo justo nada nos aparta;
La cual reparticion será cumplida
Llegados que seais á Santa Marta,
Y entre tanto seré yo tesorero
Y fiel guardador deste dinero.

»Véalo mi señor padre primero,
No diga si lo doy que lo destruyo;
Porque después en ley de caballero
Os empeño mis barbas, y concluyo
Con que luego que haga lo que quiero,
Cada uno de vos habrá lo suyo,
Y gozará de aquello que tuviere,
O hará lo que bien le pareciere.»

Vista por caballeros y peones
La prática, de fraude no distinta,
A muchos contentaron sus razones,
Y algunos también dieron en la pinta,
Reconociendo ser sus intenciones
Llevallo todo y aun la parte quinta:
Al fin los pretensores de la presa
Han por bueno callar, aunque les pesa.

Estando pues la gente descansada,
Don Alonso de Lugo determina
De ver el morador de la Ramada
Que con aquellos términos confina,
Pasando por la tierra levantada
De Marona, que al mar está vecina,
Do hallaron ramadas y buhíos
De moradores ya todos vacíos.

Cavaron dentro dellos los que fueron
Instituidos para tal cuidado,
Y también algun oro descubrieron
Que los indios dejaron enterrado:
Todo lo cual al don Alonso dieron,
No sin desabrimiento del soldado;
Y como no hallaron bastimento
La hambre los sacó de aquel asiento.

Al rio de la Hacha fué la gente,
Y no mucho compás de su ribera
Hallaron una casa prepotente,
Dentro sobre mil indios de madera,
Del altura que tienen comunmente,
Hincados por buen orden en hilera,
Que debían de ser antecesores
De los guanebucanes y señores.

Mas como no hallasen sementera
Ni de dónde tomar mantenimientos,
El portugués don Pedro salió fuera
Con soldados que fueron cuatrocientos,
Que todos ellos van á la lijera
Acia la parte de los lestes vientos,
A buscar grano por alguna vía,
Porque toda la gente perecia.

Y al paraje del Cabo de la Vela,
Por do todos andaban mariscando,
Vieron ya cerca cierta carabela
Que por la costa viene navegando:
Hiciéronle señales con candela,
Y con un paño blanco van llamando;
Acuden á la seña marineros,
Y surgen en los términos fronteros.

Echaron el batel en breve rato,
Llegaron donde ven el blanco paño,
Pero no sin recelo ni recato,
Presumiendo que puede ser engaño;
Mas los que libres eran de mal trato
Manifestáronles su grave daño,
Diciendo que les vendan alimento
Y pidan el valor á su contento.

Vuelven los marineros á la nave
Y dieron al maestre su mensaje,
Y en el batel echaron cuanto cabe
De lo que llevan por matalotaje,
Que fueron grandes tortas de cazabe
Y sazonadas puestas de carnaje:
Volviéronles á dar este consuelo,
Puesto que todavía con recelo.

Porque desde el esquife se les echa
Lo que pudo curar hambrienta llaga,
Y vuelven á remar vía derecha,
Sin querer recebir por ello paga:
El don Pedro con esto se pertrecha
Hasta que halle dónde se rehaga;
Y despedidos deste navegante
Procuran de pasar mas adelante.

Atravesaron á las cordilleras,
Por parecelles ser tierras mas gratas,
Y ansí hallaron ciertas sementeras
De auyamas y de yucas bonítas,
Con mas otras raices comederas,
Que son pericaguazos y batatas,
De que fueron costales proveídos,
Pero de noche por no ser sentidos.

Y atajando camino por un llano,
Por mas presto volver á la Ramada,
Acertaron de dar en un pantano
O ciénaga prolija y ampliada,
Do con el sol ardiente del verano
La gente se sintió muy fatigada,
Y del número dicho cuasi todos
Andaban como tontos y beodos.

La causa de tener flaca la nuca,
Que no puede hallarse peor tacha,
Fué por haber comido mucha yuca,
Que á los mas confiados emborracha,
Porque con el sabor los embabuca
Y con malos efectos nos empacha:
Desta perniosísima dolencia
Só yo fiel testigo de esperiencia.

Porque viniendo cinco compañeros
Atravesando cumbre de una sierra,
Mendoza, Benavides y Cumeros,
Bien conocidos en aquesta tierra,
Y un Juan Diaz é yo, con piés lijeros,
Por ser aquel compás todo de guerra,
Hicimos noche dentro de unas matas,
Y fué la cena yucas bonítas.

E ya que descansábamos un poco
En las húmidas camas de helecho,
El Juan Diaz andaba como loco;
E yo que le reñía su mal hecho,
Con ojos y narices tierra toco,
Con bascas y congojas en el pecho,
Sin fuerza, sin vigor y sin aliento,
Y cuasi sin ningun entendimiento.

Y ansí también la gente que camina
Por el dicho lugar de todos lleno,
Con el ardor del sol se desatina
Por el manjar que al fin tiene veneno:
Quedaron pues allí sin medicina
Cuarenta y cinco dellos en el cieno;
Pudieran, segun dicen, remediallos,
Mas los sanos no curan de esperallos.

Antes el portugués, con ser modesto,
E un Pablo Fernandez que los guía,
A gran priesa caminan con el resto
A do su general los atendía;
El cual, aunque de todos supo esto,
Ningun justo socorro les envía:
Ansí que perecieron los cuitados,
O por manos de indios ó ahogados.

Puestos en la Ramada referida,
Sin dar remedios al desmán que digo,
A Santa Marta hacen su partida,
Sin que puedan hacer otro castigo;
Y al volver mucha gente fué herida
En el áspero paso de Rodrigo,
De manera que de soldados buenos
Indios hicieron los doscientos menos.

Y un peon estranjero, que nombrallo
No sabe quien la pluma me gobierna,
A Gomez del Corral mató un caballo
Cortándole gran parte de la pierna,
Y debió de meterse por guisallo
En alguna fondísima caverna,
Porque después que hizo el desconcierto
No pareció jamás vivo ni muerto.

Después que ya tomaron la zavana
De Bonda, do llegaba nuestro bando,
Hizo parar la gente baquiana
Aquel que sobre todos tiene mando,
Dándoles á entender que tiene gana
De que se queden ellos descansando
Y solo quiere ir á dar la nueva
De lo que sucedió y lo que se lleva.

Partióse reguardando su fardaje
Con mozos que le fueron mas acetos;
E yendo prosiguiendo su viaje,
Descubre don Alonso sus concetos,
Segun quieren decir, á cierto paje
De quien él confiaba sus secretos;
Y porque no me tengan por prolijo
Brevemente diré lo que le dijo:

«Quiérote descubrir, mi buen Saucedo,
Negocios que requieren confianza,
Y es que quiero salir de do no puedo
Valerme de caballo ni de lanza,
Y donde vale mas un flaco dedo
Que brazo de vigor y de pujanza;
Y mi partida tiene de ser cierto
En las naos que esperan en el puerto.

»Es menester que sigas mi consejo
Con pronta voluntad fiel y leda,
Porque quiero, pues hay buen aparej o,
Acogerme con toda la moneda:
Que la necesidad de nuestro viejo
Otro la suplirá, y acá se queda,
Do cada dia pueden hacer presa,
Pues que la tierra pone larga mesa.

»Su parte tienen harto merecida
Todos estos valientes compañeros;
Pero, ¿*quid inter* tantos, por tu vida,
Siendo breve la copia de dineros?
Es algo para mí, mas repartida
Por tantas vias y desaguaderos,
Los tesoros no bastarán de Juno
Ut modicum accipiat cada uno.

»Demás de que yo tengo mis porciones,
Y á todos he de ir anticipado,
Cuanto mas que hurtando de ladrones
No me parece ser grave pecado,
Ya que no consigamos los perdones
Dichos en el refrán acostumbrado;
Pero tengamos oro por agora,
Porque con él después todo se dora.

»Por tanto, fidelísimo criado,
La noche que ternás aviso mio,
Embarcarás el oro y el recado
Que yo te diere y en aquel navío
Que por mi boca fuere señalado,
Con el recato que de tí confio,
Que si conmigo vas en salvamento,
El galardon habrás á tu contento.»

El paje le responde: «Yo bien quiero
Cumplir en todo vuestro mandamiento;
Pero vuestra merced vea primero
Si podemos salir con el intento,
O si debe tan noble caballero
Honrarse con el tal atrevimiento,
Pues ya sabeis que en las personas altas
Son siempre mas notadas estas faltas.»

«No caben en mí viles intenciones
(Le responde), pues esto yo lo gano,
Y en todos los armados escuadrones
La mas acelerada fué mi mano.»
Llegaron pues al fin destas razones
Al puerto, que tenian ya cercano,
Donde por todos los de aquel asiento
Se le hizo muy gran recebimiento.

Besó las manos al adelantado,
Del cual fué gratamente recebido:
Dióle cuenta de todo lo pasado,
Mas ninguna del oro recogido,
Aunque no pudo ser tan ocultado,
Que callase del todo quien lo vido;
Y el buen viejo también lo pretendia
Para pagar los fletes que debia.

Viendo ser el dinero descubierto,
Y aquella voluntad reconocida,
El don Alonso hizo su concierto,
Efectuando luego su partida
En un navío que salió del puerto
Pocos dias después de su venida,
En el sereno de la noche blanda,
Diciendo que su padre se lo manda.

Mas su voluntad era discrepante,
Y en hecho de verdad no lo sabia.
Hizo pues dar las velas al instante
Por la derrota que le convenia;
Y fué tan venturoso navegante,
Que con buen tiempo fué donde queria,
Estendiendo por corte mas las alas
No sin ostentacion de ricas galas.

Después de don Alonso ser partido,
Diego Lopez de Haro, muy quejoso
Por no cumplir con él lo prometido
Acerca del oficio mas honroso,
Embarcóse tras él harto corrido,
Y el sobrino Martin de Castañoso,
Y Alonso de Guzmán y otros, los cuales
Todos eran personas principales.

Que don Alonso tuvo de franqueza
Lo que suele tener uso profano,
Y de valor, primor y gentileza
Y aviso, lo que puede cortesano,
Al cual cierto pintó naturaleza
Con curiosa y acertada mano;
Pero, segun se vió por esperiencia,
No muy escrupuloso de conciencia.

Viendo su padre pues cómo lo deja
De mil necesidades rodeado,
Del paternal amor también se aleja,
Y enviando poderes y recado,
Ante el emperador formó su queja
Pidiéndole que fuese castigado;
Y el licenciado dicho Villalobos
Como fiscal pidió los tales robos.

Estuvo, segun dicen, en España
Preso des que tuvieron el aviso,
Mas él lo tortuoso que le daña
Enderezó muy bien y hizo liso;
Y en efecto se dió tan buena maña,
Que se salió con todo cuanto quiso,
Y ansí gozó después con cortesanos
Del industria y trabajo de sus manos.

Acá volvió después pasados años
Para poder mas ampliar su renta:
Visitó deste reino los rebaños,
Do su vida no fué menos exenta,
Pues muchos se quejaron de los daños
Que hizo, de los cuales daré cuenta
Cuando lo deste reino se prosiga:
Que agora Santa Marta me fatiga.

Donde quedó su padre detenido
Con falta de salud y adeudado;
Y ansí por capitanes fué pedido
Otro descubrimiento deseado,
Y es este nuevo reino do resido,
De quien haré particular tractado,
Porque su nobilísima caterva
Para la cuarta parte se reserva.

Mas visto por el don Pedro Fernandez
Lo que se le pidió con gran instancia,
Prometiendo de dalle nuevos Andes
O cosa de no menos importancia,
Hizo junta de chicos y de grandes
Para los animar á la ganancia;
Y venidos en un ayuntamiento
Hízoles el siguiente parlamento:

«Caballeros, estas tribulaciones
Que todos padecemos de presente,
No piden gran estruendo de razones,
Pues cada cual de vos en sí las siente;
Pero declararé mis intenciones,
Que van encaminadas solamente
A procuralles dar aquella cura
Que nos encaminare la ventura.

»Habeisme hecho muchos pedimientos,
Con la razon que en ellos se contiene,
Cerca de proseguir descubrimientos
Y la buena noticia que se tiene;
E yo digo ser esos mis intentos
Y lo que mas á todos nos conviene,
Pues mas somos venidos á este puerto
A lo por descubrir que descubierto.

»Porque toda la tierra conocida,
A causa de los grandes desafueros,
Asolada la veis y destrüida
Por la loca maldad de los primeros,
Y nada della hinche la medida
De tantos y tan nobles caballeros;
Y ansí por ser lo visto poco cebo
Cumple que descubramos reino nuevo.

»Mas quiéroles decir á los que fueren,
Pues ni fuerzas ni ruegos los compelen,
Que como valerosos perseveren
Y no se vuelvan luego como suelen,
Y en la necesidad no desesperen,
Antes unos á otros se consuelen,
Pues como desta suerte se provea
Algo se hallará que bueno sea.

»Donde fortuna mas os embaraza
Mostrareis menos tímido semblante,
Y si para volveros diere traza,
Entonces colareis mas adelante;
Pues al fin la porfía mata caza,
Y nada hizo bien el inconstante:
No sean parte miedos en efeto
Para dejar de ver este secreto.

»Pocas veces dejó de ser propicia
Cuerda solicitud á diligentes;
Y ansí si no la borra la malicia
De los angostos pechos y dolientes,
No puede despintarse la noticia
Que tenemos por partes diferentes,
Porque las mas distintas poblaciones
Conforman en el dar las relaciones.

»Si tomais el negocio mas de veras
Que Lerma lo tomó tiempo pasado,
Sereis los que hollais estas riberas
Inventores de nuevo principado,
Cuyas provincias hallareis enteras,
Y será cada cual aprovechado,
Trocando los trabajos en contentos
Con señoríos de repartimientos.

»Y no pueden estar largo desvío
De la prolija cumbre de la sierra;
Y ansí para llevar mejor avío
De cosas necesarias á la guerra,
Irán los bergantines por el rio,
Con quien se comuniquen los de tierra,
Porque sean en tiempos afligidos
Los unos de los otros socorridos.

»Ya tiene mi poder y está nombrado
Para ser general en la jornada
El docto y animoso licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon de quien yo vivo confiado
Que para bien regir le falta nada,
Y Gonzalo Jüarez, de quien siento
Tener para gobierno gran talento.

»Van Juan del Junco, San Martin, Cardoso,
El capitán Lebrija, Tesorero,
Y Juan de Céspedes, varon famoso,
Con Valenzuela, noble caballero,
Lázaro Fonte, diestro y animoso,
Baltasar Maldonado, gran guerrero,
Escuadras y adalides de momento,
De quien todos teneis conocimiento.

»De la gente que por agua camina,
En seis barcos y en una carabela,
Irá por general Diego de Urbina,
Cuya prudencia todo lo nivela;
Va Manjarés, persona fidedina,
Ya por allí cursada su rodela;
Va Juan de Albarracin, va Juan Chamorro,
Ansímismo Gonzalo García Zorro.

»Van otros muchos diestros en asechos,
Vivos en ojos, prontos en oidos;
Van baquianos á las armas hechos,
En aquestos trabajos muy curtidos:
De bélicos arreos y pertrechos
Todos medianamente proveidos,
Y si destos algunos están faltos
Los ánimos los suplen, que son ltos.

»Veo con buenos brios al mas cano,
Tímida cobardía despedida;
El apacible tiempo del verano
A los efectos desto nos convida:
Solo resta que los que tienen mano
Quieran poner en orden la partida;
Y ansí concluyo con que lo propuesto
Con tiempo tenga cumplimiento presto.»

Vista su voluntad determinada,
Todos los principales de aquel puerto,
Con adherentes para la jornada,
Pusieron sus personas en concierto;
Mas agora que yo de la pasada
Me siento de cansado como muerto,
Reposo quiero dar á mi fatiga
Antes que lo que resta se prosiga.

CANTO TERCERO.

Donde se tracta cómo salió la gente del puerto de Santa Marta, así por mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que les sucedió en el rio Grande á la entrada dél, y en la prosecucion del viaje.

Contaba ya la religion cristiana
Treinta y seis años sobre quince cientos
Del parto de la Virgen soberana
En estrechos y pobres aposentos,
Cuando salió la gente castellana
Para continuar descubrimientos,
Y el sol por el ecliptico camino
Queria visitar décimo sino.

Mil para tomar armas hay por cuenta,
Y destos los quinientos aviados
Por tierra, de caballo son los treinta
Y otros treinta rocinos van cargados;
Van por mar cuatrocientos y sesenta
Entrellos marineros y soldados;
Los de tierra por ahorrar carguíos
Dejan de su caudal en los navíos.

Porque tienen de ir por gente blanca
Jornada larga, de trabajos llena,
Antes de se juntar en la barranca
Del rio grande de la Magdalena;
Donde si de salud hay gente manca,
La metan donde guiadan el entena,
Y hallen sus alhajas y fardaje
Para prosecucion de su viaje.

Pero los mas que van por las florestas,
Eso me da cursado que novicio,
Ropa y comida va sobre sus cuestas
Con armas para bélico bullicio;
Y entre tantas compañas como estas
Solas tres indias iban de servicio,
Que tenian particulares dueños
De aquellos capitanes mas isleños.

Dirigen pues sus pasos á Chimila
Y á las provincias que le son fronteras,
Mas llevando vacía la mochila
Del grano que produce sementeras,
Hambre y enfermedad los anihila:
Incultas hallan todas sus riberas,
Por estar ya los pueblos conocidos
En partes diferentes retraidos.

Los suspiros del pecho van á pares
Del triste que se ve debilitado;
Lo cual visto por Gonzalo Süarez
Y el capitán Lebrija Maldonado,
Procuraron buscar nuevos lugares
Con aquellos de quien tienen cuidado:
Y ansí fueron por partes diferentes
En busca de comidas y de gentes.

El Gonzalo Süarez por buen arte,
Con soga de hamacas retorcida,
Pasó con su bandera y estandarte
Agua de Ariguaní poco crecida,
Y en los confines dél, en otra parte,
Recogió buena copia de comida,
Cautivando también por sus florestas,
Indios que la trajeron á sus cuestas.

Luego como llegaron al asiento,
Se mandó repartir por don Gonzalo,
Y el regocijo y el contentamiento
Mayor debió de ser que yo señalo:
Pues el que perecía de hambriento,
Juzgábalo por celestial regalo:
Y ansí fueron con esto reparados
Y con alguna caza de venados.

Estando pues con este regocijo,
Una india, tendidos los cabellos,
Que debió de hüir en el cortijo
Cuando los enlazaron por los cuellos,
Con amor entrañable de su hijo
Se llegó sin temor á todos ellos;
Y admirados de ver cosa tan nueva,
Deseaban saber qué causa lleva.

La cual, como con otros lo vió vivo,
En brazos lo tomó con ansia viva,
Y con aquel ardor caritativo
Que de todo temor á muchos priva,
Dijo: «Pues eres, hijo, tú captivo,
No quiero yo hüir de ser captiva,
Ni dejaré de ir donde tú fueres,
Y allí moriré yo donde murieres.»

Habiendo sus palabras reducido
A castellanas voces los ladinos,
Tan gran compasion dieron al oido
De nuestros fatigados peregrinos,
Que no solo le dieron su querido,
Pero todos sus deudos y vecinos,
Un viejo reservando que podia
Ser para su camino buena guia.

Ven de Tamalameque los confines,
Donde su morador de paz espera,
Menoscabados hombres y rocines;
Vieron del rio Grande la ribera,
Y preguntando por los bergantines,
Ningun indio les dió razon entera:
De pálido color cubren el gesto,
Y agora yo diré la causa desto.

Salió Diego de Urbina de aquel puerto,
Yendo con él don Diego de Cardona,
Puestos los bergantines en concierto,
Llena de viento próspero la lona,
Piloto maestre Juan, varon esperto,
Y el mozo Manjarés, cuya persona
En aquellos caminos era diestra,
Y habia dado valerosa muestra.

Llegaron cuando ya la luz es poca
Y hacia la noche su llegada,
Y ansí surgieron antes de la boca
Del rio por do hacen el entrada,
Por mandado de aquel á quien le toca
Regir y concertar los del armada,
Esperando que venga nueva lumbre,
Con la guarda que tienen de costumbre.

Celebrábase pues siguiente dia
Aquella Concepcion inmaculada
De la generosísima María,
Virgen, Señora nuestra y abogada,
Y por la gente toda se pedia
Ser en aquel lugar solemnizada:
Quisiéralo la gente peregrina,
Pero no consintió Diego de Urbina.

Y ansí trocados los nocturnos fines
En aquel resplandor que nos consuela,
Hizo tocar trompetas y clarines,
Mandando que se hagan á la vela
Aquellos dichos siete bergantines,
El uno dellos buena carabela,
Puesto caso que de contrario voto
Fué siempre maestre Juan diestro piloto.

Diciéndole: «Señor, inconviniente
Grande me representan las salidas;
El rio Grande viene de creciente,
Dejemos aflojar las avenidas,
Pues con el ímpetu de su corriente
Las olas andan altas y subidas;
Inminente peligro nos despierta,
Por llevar los seis barcos sin cubierta.

»Ya veis, señor, la mar cuál anda fuera,
Y que los barcos no van muy lijeros;
El rio trae copia de madera,
Con sus raices árbores enteros;
Recélase la gente marinera,
Tienen temor aquestos caballeros;
Y para no venir á los estremos,
Conviene que primero lo miremos.»

Respóndele: «Pues sois buen navegante,
No receleis aqueste pilotaje,
Que yo no veo cosa que me espante
Para dejar de ir nuestro viaje;
Esperan los soldados adelante,
Cuya ropa llevamos y fardaje:
Dénse, dénse las velas á los notos,
Y vayan con aviso los pilotos.»

Luego de su partido descontentos,
Las cañas se pusieron en timones,
Con fuerzas flojas y con brazos lentos
Las áncoras se levan y resones;
Desfiérense las velas á los vientos
Con graves y pesadas turbaciones,
Tanto que flojedad y pesadumbre
Daban de su desdicha certidumbre.

Tomada pues del rio la garganta,
E yendo ya por él poco desvío,
Olaje tan soberbio se levanta
De las aguas del mar y grande rio,
Que quien menos temia mas se espanta,
Y menos muestras daba de su brio,
Viendo que no podia navegante
Volver atrás ni ir mas adelante.

Uno vereis lloroso y otro triste,
Dan grita los mancebos y los canos,
Agua por todas partes los embiste;
No les presta timon ni valen manos:
Ya su salud en solo Dios consiste,
Que no la pueden dar hombres humanos;
Y lo mas sustancial de su esperanza
Era tener ninguna confianza.

Estando pues con este desatino
Causado del rigor de la procela,
Un grande y orgulloso remolino
Sorbió la sobredicha carabela
Y un bergantin que junto della vino,
Y amortajó los hombres con la vela:
Diez andan por las ondas de Neptuno,
De los cuales fué Manjarés el uno.

Es nada lo que nada, pero viendo
Acrecentar las olas sus enojos,
Cuando los barcos iban consumiendo,
En un grueso tablon puso los ojos,
Y en él después se estuvo sosteniendo,
Recogiendo también otros despojos,
De cosas de madera que allí hubo,
Encima de las cuales se sostuvo.

Anda sobre el olaje fluctüando,
El cual la flaca balsa desparpaja,
Está por ir á tierra foreejando,
Mas no puede, por mucho que trabaja;
Y cuanto mas andaba naufragando,
Mas andaba tras él una baraja
De naipes, que después él me decia
Que nunca lo dejó todo aquel dia.

Dícele pues, á vueltas de otras quejas,
«Vete, demonio, ya no me fatigues,
Que si por tierra voy nunca me dejas,
Y agora por el agua me persigues;
A mis grandes pecados son anejas
Las cartas de maldad con que me sigues,
Porque con ellas fueste tal tercero,
Quel tiempo se perdió con el dinero.»

Mas con la devocion que convenia,
No deja de llamar auxilio santo;
Y ansí, cuando la noche ya queria
Cubrir todas las cosas con su manto,
Pudo llegar adonde pretendia,
Poco menos que muerto del quebranto;
Y con las mismas ansias y temores
Salieron otros siete nadadores.

El Cardona y Urbina con su pena
Y paga de la culpa merecida,
Acia la banda van de Cartagena
Compelidos también del avenida,
Y dieron al través en una arena,
Do fué milagro reservar la vida;
No quisieron volver mas á su cargo,
Antes para Pirú se van de largo.

Dejando pues cien hombres ahogados,
Soldados de valor adamantino,
Los otros cuatro barcos quebrantados
Llegaron á la playa del Dorsino:
En Santa Marta fueron avisados
Del pesado desmán que les avino,
Y fué de tal manera la congoja,
Que en mucho tiempo no se hizo floja.

Mas don Pedro Fernandez no desmaya,
Antes los dichos cuatro barcos varan
Por mandamientos suyos en la playa,
Y los calafatean y reparan,
Para quel resto de la gente vaya
A ver las otras gentes en qué paran;
A los cuales les fuera desavío
No llegalles socorro por el rio.

Son pocos ó ningunos los sosiegos,
Porque fuera dañosa la tardanza;
Y ansí nombraron de comunes ruegos
Por general, mediante su templanza,
Al licenciado dicho Juan Gallegos,
Persona de valor y confianza,
Que en Quito de Pizarro se rebela:
Murió después con Blasco Nuñez Vela.

Después que por el dicho licenciado
El cargo se tomó, puso la frente
En ordenar lo que le fué mandado,
Como varon sagaz y diligente:
Fué luego su viaje comenzado
Con doscientos soldados solamente,
Y por el rio de la Magdalena
Subieron sin desmán que les dé pena.

No los detienen guerras ni raudales;
E yendo prosiguiendo la subida,
Supieron luego de los naturales
De la gente que estaba detenida
En Sompallón, pero de muchos males,
Hambre y enfermedad, enflaquecida,
Y todos ellos no sin grande pio
De ver llegar los barcos por el rio.

Como les diesen pues carrera franca,
Sin conocerse voluntad aviesa,
Ora con remos, ora con palanca,
Ora con sirga larga, se dan priesa
Para poder llegar á la barranca,
Do para se juntar fué la promesa;
Y al fin, en breve número de dias,
Se vieron juntas ambas compañías.

Como de los deseos precedentes
Sus proprios ojos fueron ya testigos,
Deshácense las rugas de las frentes,
Ansí de los modernos como antiguos:
Abrázanse parientes con parientes,
Huélganse los amigos con amigos;
Mas dellos cada cual espanto tiene,
De ver el poco número que viene.

Y como lastimados corazones
Dijesen al que estaba con recelo
La causa de sus grandes dilaciones,
Y los que consumió marino duelo,
Volvieron á formar lamentaciones,
Mezclando su placer con desconsuelo,
Por perder en aquellas tempestades
Sus antiguas y buenas amistades.

Pero como tristeza valga nada
Para restauracion de perdimiento,
La gente baquiana mas cursada
Procuró mitigar el sentimiento;
Y el general Jimenez de Quesada,
Para dar orden al descubrimiento,
Después que á su presencia los convoca,
Sacó tales palabras de su boca:

«Caballeros, con gran razon se siente
Una nueva de tanta desventura;
Pero quien es sagaz y hombre prudente
Verá por su discreta conyectura,
Cómo le cumple moderadamente
Pasar por lo que ya no tiene cura.
Porque, perdidos los humanos cuellos,
Solo resta rogar á Dios por ellos.

»También quiero decir que no ví suerte,
En lo que profesais é yo profeso,
Que se pasase sin alguna muerte,
O tuviese del todo buen suceso:
Mas no porque el primero no se acierte
Ha todo tiro de salir avieso,
Pues si el un ballestero queda manco,
Otro puede después dar en el blanco.

»Y aquella miserable contingencia
No puede deshacer la dicha mia,
Por haber sido falta de prudencia
Del loco capitán que los regia,
O por ventura santa providencia
De aquella perenal sabiduría,
Pues en faltar el uno y otro Diego,
Faltan bullicios y desasosiego.

»Faltando los dos dichos trompezones
Con otra gente desasosegada,
Están absentes cuantas confusiones
Pudieran suceder en la jornada:
De suerte, que de sus tribulaciones
Emana nuestra vida descansada,
Y el perderse, por poca vigilancia,
Para nosotros todos fué ganancia.

»La cual no será corta sino llena,
Mediante Dios y su cabal ayuda,
Porque fortuna que unos desordena,
Para favorecer otros se muda:
Que de topar habemos cosa buena,
Y cerca desto yo no tengo duda,
Como con el valor que se requiere
Cualquiera de nosotros persevere.

»Y ansí cumple mostrar claro semblante
A hambres y trabajos importunos,
Para poder pasar mas adelante
O bien hartos de pan ó bien ayunos;
Y ninguno desmaye ni se espante,
Cuando se vieren perecer algunos,
Pues donde quiera, semejantes dejos
A todos los humanos son anejos.

»Mayormente terreno donde toco
A todos los nacidos encubierto,
Y donde no será menos que loco
Quien pensare que no puede ser muerto
Porque nunca lo mucho costó poco,
Y el vivir á los hombres es incierto;
Mas hasta ver qué hay, ó viva ó muera,
Yo no me puedo ya salir afuera.

»Que por acá la gente generosa
Muy mal puede vivir sino por guerra,
E ya que de riquezas deseosa
De su naturaleza se destierra,
Conviénele buscar alguna cosa,
Si quisiere volver á ver su tierra,
O cuando no hiciere tal trasunto,
Acá pueda tener honroso punto.

»Porque si la fortuna no se muestra
A nuestros pensamientos adversaria,
Aquella llamaremos patria nuestra
Que diere la riqueza necesaria,
Y que con el valor de vuestra diestra
Hiciéremos de libre tributaria;
Y entonces lo feroz tornado manso,
Pasaremos la vida con descanso.

»Ansí que, para ver lo que decimos,
Quien estuviere frio se caliente,
Que para coger fértiles racimos
Tierra de promision teneis enfrente;
Mas si volvemos como nos venimos,
Cierto seria gran inconviniente,
Tanto que con mejor aviamiento
Nadie podrá volver en salvamento.

»En los barcos ir todos no cabemos,
Ni puede ser sin riesgo conocido:
Si por tierra, ¿de qué nos mantenemos,
Estando cualquier pueblo ya barrido?
De manera que destos dos estremos,
El no volver atrás es buen partido:
Cuánto mas ¿qué bienes ó qué renta
Dejastes en la mar sino tormenta?

»Hambre y enfermedad nos perseguia
El tiempo que estuvimos en sus puertos,
Y nunca ví que se pasase dia
Que no viésemos tres ó cuatro muertos:
Mirad la sierra si se defendia,
Y los heridos por sus desconciertos
Mandaban que con cepos estuviesen,
Hasta que con la rabia pereciesen.

»Sea pues la jornada larga ó corta,
Duren prolijos montes y espesuras,
Que la resolucion que mas importa
Es ver el fin de aquestas aventuras:
Este consejo da quien se reporta
Y las noticia tiene por seguras,
Y mas agora con el buen avío
Que tenemos de barcos por el rio.

»Porque mientras durare la demanda,
El orilla será nuestra carrera,
Y los barcos por una y otra banda
Buscarán de comer por la ribera,
Acudiendo con alguna vianda
A los que nos hallamos acá fuera;
Y si por acá hallan buenos nidos,
También serán los barcos proveidos.

»Cuanto mas que la gente que hüida
Hallamos de los pueblos y cortijos
Otra banda la tiene recogida,
Y allá están las mujeres y los hijos;
Y es imposible no tener comida,
Como se busquen bien los escondijos;
Y hallada por una y otra via,
Ternemos razonable pasadía.

»Por tanto, los que rigen escuadrones,
Si no quieren seguir opinion vana,
Manden que suenen bandos y pregones
Que digan cómo salgo de mañana;
Los barcos, caballeros y peones,
Sigan mi parecer de buena gana,
Porque con el favor del Rey de gloria
Yo les daré ganada la victoria.»

En dando fin á su razonamiento,
Tuvo muy á su gusto la respuesta;
Y ansí para venir al cumplimiento,
Esta congregacion se hizo presta:
Viérades alistar el instrumento,
El espada, la lanza, la ballesta,
Y los demás pertrechos y adherentes
De que suelen usar guerreras gentes.

Febeo resplandor en esta hora
Apartando se va del hemisferio
Donde la belicosa gente mora,
Y con oscuridad en el imperio
La noche se quedó por sucesora,
Puesta vista mortal en captiverio,
O con sueños ó con impedimento,
De no ver su salud ó detrimento.

Pero cuando doraba ya la planta
Apolo, reiterando su venida,
Resuena de trompetas la garganta
Que suele despertar gente dormida;
Y ansí la peregrina se levanta,
Para poner por obra la partida:
Los sanos, los enfermos, los tullidos,
Segun pueden, están apercebidos.

Luego por don Gonzalo se procura
Que se celebre divinal oficio;
Y el buen padre Lezgamez, como cura,
A Dios ofrece santo sacrificio:
Oyóse con devota compostura
De los que profesaron su servicio;
Y acabada la obra religiosa,
Prosiguen su jornada trabajosa.

Hierónimo de Insa va rompiendo,
Por ser el capitán de macheteros,
Espesísimos montes, y haciendo
Puentes para las ciénagas y esteros,
Los calurosos dias consumiendo
En trabajos que no son creederos;
Tanto que con innumerable tinta
No se podrá decir la parte quinta.

Porque por la montaña do guiaban,
O sus cansados pasos ó las riendas,
Por mucho que buscasen no hallaban
Señales de caminos ni de sendas:
Que los indios por aguas se mandaban
En todos sus contractos y haciendas,
Ni jamás se rompió tal aspereza,
Desde que la crió naturaleza.

Y ansí, con trabajar las compañías
Con el sudor á todos importuno,
Aconteció romper en ocho dias
Lo que pudieron caminar en uno;
Y con buscarse por entrambas vias,
El alimento fué cuasi ninguno:
De manera, que con necesidades
También crecian las enfermedades.

Aquellos que se sienten mas enteros
Tienen necesidad que les ayuden,
Y los mas amigables compañeros
Con mil desabrimientos se sacuden:
Empapan los terribles aguaceros,
Sin tener otra ropa que se muden;
Y ansí, para secar la pobre tela,
El flaco cuerpo sirve de candela.

Cubiertos van de llagas y de granos
Causados de las dichas ocasiones,
En vida los comian los gusanos
Que nacen por espaldas y pulmones,
No se pueden valer de piés ni manos;
En lo mas raso hallan trompezones;
No tienen do llevar hombres enfermos,
Y ansí quedaban muchos por los yermos.

¡Oh, cuántos con suspiros y gemidos
Allí se quejan por dejar su suerte!
Oh, cuántos al camino son movidos,
Y atrás un flaco viento los convierte!
Oh, cuántos se quedaron abscondidos,
Por no verse vivir con tanta muerte,
Tomando por grandísimo regalo
Acabar de morirse tras un palo!

¡Oh, cuántos en aquellas espesuras
Fueron cebo de aves carniceras,
Y cuántos á quien fueron sepulturas
Vivas entrañas de las bestias fieras,
Que saltean en las noches obscuras
A gentes naturales y estranjeras!
De suerte que á los bajos y á los altos
Eran comunes estos sobresaltos.

Con este general inconviniente
Va caminando castellana mano,
Sin poder sano socorrer doliente
Ni doliente valerse de hombre sano:
No procura pariente por pariente,
Hermano no se cura del hermano,
Y ¿qué presta querer? pues, aunque quiera,
Lo que desea dar es lo que espera.

Mas un hombre de aquella compañía,
De cuyo nombre yo soy ignorante,
Y aun los que della viven este dia,
No pudiendo pasar mas adelante,
Hablando con un hijo que tenia,
Para cualquier rigor hombre bastante,
Le dijo: «Hijo mio, yo me quedo,
Que por ninguna vía mas no puedo.

»De tí hago postrera despedida,
Porque vital espíritu me calma;
Está ya la virtud enflaquecida,
Gozar quiere la muerte de su palma:
Harás, hijo, si Dios te diere vida,
Aquel bien que pudieres por mi alma;
Por el de hasta agora te bendigo,
Y la gracia de Dios ser contigo.»

El hijo, con los ojos hechos rio,
Responde con amor caritativo:
«No quiera Dios que yo haga desvío
El tiempo que, señor, durardes vivo;
Y cuando ya tengais el cuerpo frio,
Mis manos abrirán comun arquivo
En esta soledad y en tierra ajena,
Para mayor aumento de mi pena.

»Y en tanto que no fueren descompuestas
Del alma las terrenas ligaduras,
Yo tengo de llevaros á mis cuestas
Por estas trabajosas espesuras:
Que no parecerá bien ir enhiestas
Mis espaldas, pues pueden ir seguras
Con un peso que no me será grave,
Antes no menos grato que süave.»

Asiento hecho pues de manta larga
A las manos asida con correas,
Sobre sus piadosos hombros carga
La presea mejor de sus preseas,
Ocupados mas tiempo con la carga,
Que con Anquises fueron los de Éneas;
Pues durarian estas obras pias
Por espacio de seis ó siete dias.

Sin fallecer jamás en el intento
Con los demás regalos quél podia,
Hasta que le faltó vital aliento,
Y lo mortal cubrió la tierra fria;
Y el pobre mozo del quebrantamiento
Poco despues le tuvo compañía,
Con otros muchos que por despoblados
Acabaron la vida y los cuidados.

Muchas veces el campo peregrino
Está por dos ó tres dias parado,
Entre tanto que rompen el camino
Aquellos á quien dieron el cuidado;
Mas al enfermo de descanso dino
Lo mandan luego ir por lo talado,
Pareciéndoles ser mejor remedio
Que los enfermos vayan en el medio.

E yendo solos les acontecia
Vellos los indios desde su navío,
Que por aquel compás iba ó venia,
Y como fuesen todos sin avío,
Sin dejar nadie de la compañía,
Los mataban y echaban en el rio,
De donde los caimanes referidos
Quedaron muy cebados y atrevidos.

Y viéndose despues los sanos juntos,
Como faltasen estos del rebaño,
No hallándolos vivos ni difuntos,
Caso les parecia bien estraño;
Hasta que conocieron por barruntos
Las ciertas ocasiones deste daño:
Venian despues dos con sus caballos
Con ellos para vellos y guardallos.

Desta suerte prosiguen la jornada,
Huyendo cuanto pueden de reposo;
Porque los amenaza con su entrada
La furía del invierno pluvioso:
E yendo por la parte señalada,
Toparon otro rio caudaloso,
Cuyas corrientes dan en el arena
Del rio grande de la Magdalena.

Sus aguas lleva de color bermejo,
Por la creciente grande que traia;
Faltó para pasar el aparejo,
Demás de que la noche se venia,
Y ansí tuvieron por mejor consejo
Esperar lumbre del siguiente dia:
Pluvias y truenos son por tales modos,
Que pensaron allí perecer todos.

De riesgos otros menos son seguros,
Por haber otro mal cuotidiano;
Y ansí, tendidos nublos mas oscuros,
Acudió luego carnicera mano;
La cual, con uñas y con dientes duros,
Asió del miserable Juan Serrano:
«¡Valedme, dice, gente compañera,
Socorred, que me lleva bestia fiera!»

Acudieron soldados mas cercanos,
Movidos de justísima clemencia,
Con espadas y lanzas en las manos
Y toda la posible diligencia,
Y con fuerza y esfuerzo de romanos
Lo quitan á la viva pestilencia;
Pero de la manera que conejo
Que suelta de los dientes perro viejo.

Desta misma manera se le saca,
Y por ver si podia tener cura,
Le colgaron muy alta la hamaca,
Entre tanto que llega la luz pura;
Velóse cada cual en su barraca,
Fatigados de tanta desventura;
Mas antes quel aurora lumbre diese,
Llevólo sin que nadie lo sintiese.

Y cuando ya las húmidas regiones
Se vestian del rayo soberano,
Copia de caballeros y peones
Lo buscaron, mas fué trabajo vano:
Ansí que, por las dichas ocasiones
Le llamaron el rio de Serrano,
En memoria y acuerdo deste hombre,
Y siempre durará con este nombre.

Vistos aquellos miserables fines,
Luego bajó Pero Nuñez Cabrera,
Con diez soldados de los mas ínsines,
A ver del rio Grande la ribera,
Para hacer venir los bergantines,
Y en ellos travesar á la frontera
Del rio de Serrano, ya nombrado,
Porque no le pudieron hallar vado.

Llegaron pues los barcos al paraje
Que mas á su propósito convino;
Efectúan con ellos su pasaje,
Y en confianza del favor divino
Prosiguen adelante su viaje
Por un trabajosísimo camino
De espesos montes, ciénagas, esteros,
Y á cada paso mil atascaderos.

Porque demás de ser esta montaña
En espesuras sumamente ciega,
De limpios animales muy estraña,
Y tal que clara lumbre se le niega,
Cuotidiana pluvia la baña,
Y demás de lo quel mayor aniega,
Muchos rios que bajan de la sierra
Inundan los conveses desta tierra.

Yendo pues su viaje cierto dia,
En un rio se dió de gran hondura,
Que para proceder los impedia,
El agua toda dél negra y obscura;
Era profundo, mas su travesía
Como de treinta pasos en anchura:
Fueron por las orillas grande trecho,
Y no pudo hallársele desbecho.

No hay árbor desta parte conviniente,
Y en la otra los hay de gran altura
Que caen á propósito y enfrente
De donde tiene mayor angostura,
Y encima derribados harán puente,
Por do la gente pase mas segura:
Y ansí por don Gonzalo fué mandado
Que para los cortar pasen á nado.

Nunca la gente con quien él hablaba
Mostró jamás temor á duro hecho,
Y agora cada cual se recelaba,
Con ser breve pasar aquel estrecho;
Mas Domingo de Aguirre, que callaba,
Hendió las aguas con su fuerte pecho,
Y como viesen ya hacer comienzo,
Pasó luego tras él un Juan Lorenzo.

Para dar vía do se les empacha
Y hacer puente donde se les manda,
Piden que les arronjen una hacha
A los que tienen la contraria banda;
La cual brazo de fuerzas les despacha,
Y ansí cortaron una ceiba blanda,
Con otras diferencias de maderas
Que tocaban entrambas las riberas.

Pudiera Juan Lorenzo por la puente
Pasar donde lo estaban esperando,
Y el miserable joven, imprudente,
Determinóse de volver nadando:
Asióle del un pié fiera serpiente,
Y en el fondo lo mete forcejando;
Otra vez sobreaguó las manos puestas,
Y dijo dos palabras, que son estas:

«¡Señor, misericordia!» y al instante
Fué de la bestia fiera sumergido,
De suerte, que la gente circunstante
Miró por él, mas nunca mas lo vido:
Dió gran dolor al campo caminante,
Y no faltó ternísimo gemido,
Por ver ante sus ojos la violencia,
Y no poder hacelle resistencia.

Con este general desabrimiento
Procede por allí la gente coja,
Sin padecer desmayos el intento
Ni se reconocer voluntad floja,
Aunque tan faltos todos de alimento
Cuan llenos de dolor y de congoja,
Absortos y olvidados de su vida,
Al olor de una cosa no sabida.

El mas fuerte vigor es flaca hebra,
Que acá y allá lijero viento mueve;
En el número dellos hay gran quiebra,
Pues cuatrocientos hay de cientos nueve;
No queda lagartija, ni culebra,
Ni sapo, ni raton, que no se pruebe:
Que la hambrienta gana y atrevida
Ninguna cosa halla prohibida.

Demás deste rigor cuotidiano,
Otro no menos mal les sobreviene,
Y es carecer del conditivo grano
Que da sabor á cuanto no lo tiene,
Y en el varon enfermo y en el sano
No hay necesidad con que mas pene;
Y por la dicha falta cuasi todos
Andaban como tontos y beodos.

Comen raices de árboles, y tallos
Tiernos, que nunca fueron conocidos;
Mataron con obscuro tres caballos
En diferentes noches atrevidos,
Y es porque no pudiendo remediallos,
Han de ser por cabezas repartidos,
Y todos los quitaran de por medio
Si no se proveyera de remedio.

Y ansí la culpa desta golosina
No quieren que se pague con septenas,
Ni toman afrentar por medicina,
Antes el auto fué con estas penas:
Que quien comiere carne caballina
Cuchillo rompa sus vitales venas;
Y este pregon y mando fué tan bueno,
Que les hizo tener á todos freno.

En este tiempo de rigor horrendo,
Gallegos, el valiente licenciado,
Andaba con los barcos descubriendo
Por las orillas de uno y otro lado;
Y andando desta suerte discurriendo,
Vió cierto pueblo bien acomodado:
Bajóse, sin hacer guerrera prueba,
A dar al general aquesta nueva.

El cual no recibió poco contento,
Y era tanta la gana que tenia
De poder descubrir mantenimiento
Para la fatigada compañía,
Que por dar al deseo cumplimiento
Mudó la discrecion en osadía:
Quiso por agua ir de los primeros
Con solos seis ó siete compañeros.

Su hermano Hernán Pérez de Quesada,
Antonio de Lebrija Maldonado,
El alférez Olalla, cuya espada
Pone contrarias gentes en cuidado,
Y Vanegas, persona señalada,
Y el Domingo de Aguirre ya nombrado,
También Pedro Velasco, cuya mano
El peligro mayor halla liviano.

En tres leños se meten mal seguros,
Todos con canaletes en las manos,
Cuando cobrian ya velos obscuros
Los árboles de montes comarcanos;
Son un indio y un negro palinuros,
De la familia destos dos hermanos:
Con tanto riesgo van, que se me jura
No ser tanto valor cuanto locura.

Aunque cercanos van á la ribera,
Por ser aquel menor inconviniente,
Con gran trabajo pasan la carrera,
Por no faltar raudales y corriente;
Mas el valor y fuerza persevera
Hasta poder del indio ver la frente,
Y andarian tres leguas de camino
Antes de ver el rayo matutino.

Mas al tiempo que de la parte esta
Apolo sus cabellos esparcia,
Pudieron descubrir una canoa
Que indios enviaban por espía:
A ella cada cual guía la proa,
Pero con dos remeros que traia
De tal manera meneó las palas,
Que dar alcance no pudieran alas.

Persiguiéndoles va la gente blanca,
Aunque mas tardamente se menea,
Pero valor y brio no le manca
Para guia tomar que buena sea;
Tras una punta vieron la barranca,
Y el pueblo pareció que se desea
En enjuto lugar y parte exenta,
Y sus caneyes eran como treinta.

Cada cual se compuso como pudo,
Pudiéndolos hacer estar á raya
Muy pocos, mas cubiertos del escudo,
Valor del español tomó la playa,
Pensando que de parte del desnudo
No faltará quien contra ellos vaya;
Pero no pareció cosa viviente,
Por estar todo morador absente.

Porque desde que vieron los navíos,
Reconocieron ir en su demanda,
Y ansí dejaron solos los bohíos,
Tomando por amparo la otra banda,
Con todos sus pertrechos y atavíos,
Y lo demás que tienen por viánda;
De manera que por entonces poca
Fué la recreacion para la boca.

Pero por arcabuces y riberas,
Siendo por los soldados indagadas,
Hallaron razonables sementeras,
Algunas dellas cuasi sazonadas,
Que fueron á las gentes estranjeras
Alivios, segun faltas atrasadas,
Y por el orden grande que se puso
Sirvieron muchos dias á su uso.

Recogieron algunas churcherías
De las que el indio labrador alcanza;
Esperaron allí las compañías
No sin demasiada confianza,
Porque serian seis ó siete dias
Aquellos que hicieron de tardanza,
Y si gente de indios acudiera
Es de creer que mal les sucediera.

Mas con los sobresaltos y barruntos
Con que sueño quieto se destierra,
No dejaban de estar á todos puntos
Opuestos á los trances de la guerra,
Hasta tanto que ya se vieron juntos
Los que por agua van y los de tierra;
Y entre tanto que tienen alimento
Determinan allí hacer asiento.

Entre las cosas allí ranchéadas
Hallaron mantas de algodon tejidas,
Pintadas con pincel y coloradas,
De ningunos antiguos conocidas:
Con gran aplauso son solemnizadas
Por ser muestra de cosas mas subidas,
Y no de morar lejos de la tierra,
Viéndose muy cercanos á la sierra.

Pues porque no tuviesen destemplanza
En recoger el grano deste puerto,
Hay mando riguroso y ordenanza
Con público pregon y descubierto,
Que quien cogiese grano de labranza
Sin descargo de culpa fuese muerto,
Pues habia de ser la tal comida
Por orden y concierto repartida.

Pocos dias después de su venida,
Los moradores destos señoríos
A ver la nueva gente y atrevida
Vinieron en sus fútiles navíos,
Mostrándose de paz, aunque fingida,
Pues no quisieron ir á los buhíos;
Y á no ver en el rio bergantines
Fueran en sus efectos mas rüines.

Dentro del agua hacen su parada,
Puesto que nuestra gente los convida,
Mas como tienen intencion dañada,
Con flechas hacen un arremetida;
Y no fué tan veloce su llegada
Cuanto hicieron presta la hüida,
Diciendo de los nuestros grandes menguas,
Segun interpretaron ciertas lenguas.

Al fin ellos volvieron de mal arte
Contra la potestad de las corrientes,
Do la madre del rio se reparte
En cuatro que son brazos prepotentes,
Y esto llaman la Tora, y es la parte
Do reposan agora nuestras gentes,
Y donde muchos Cloto, parca dura,
Metió dentro de viva sepultura.

Pues por estar sin fuerzas y sin brio
Usaban de sepulcros indecentes,
Porque viendo quedar el cuerpo frio
Los vitales espíritus absentes,
Echaban á los muertos en el rio,
Donde los devoraban las serpientes,
Y ansí, cebados en aquel sustento,
Iban sus osadías en aumento.

Pues es ansí verdad que tanta era
La vigilancia del portento duro,
Y hambre de la bestia carnicera,
Que ni con claridad ni con obscuro
Nadie tentó llegar á la ribera
Que pudiese salir della seguro;
Y dejo de contar casos diversos
Por no poder caber en pocos versos.

Pues antes de caer en el engaño,
Como llegasen muchos descuidados
A beber ó lavar el pobre paño
Por falta de criadas ó criados,
Hicieron los caimanes mucho daño
En caballos y perros y soldados;
Y ansí con vara larga se cogia
El agua que en el campo se bebia.

Y agora fué y en esta coyuntura
Cuando Roa mató con tiro ardiente,
Segun pusimos ya por escriptura,
Aquella ferocísima serpiente
Que tanto mal y tanta desventura
Muerta pudo causar á nuestra gente,
Porque su gusto della fué de suerte,
Que tuvo quien comió gusto de muerte.

Los sanos pues de nuestros peregrinos
Determinaron de hacer salidas,
A fin de buscar sendas y caminos
Que los guien á tierras proveidas;
Pero de tanto bien no fueron dinos,
Que todas son montañas estendidas,
Tan lluviosas, tan tristes, tan obscuras,
Que no pueden romper sus espesuras.

Sus aposentos son húmidas matas;
Los árbores les sirven de cubijas;
Murciélagos, mosquitos, garrapatas
Ocupan piés y piernas y verijas,
Avispas y hormigas y mal gratas
Culebras, sapos y otras sabandijas,
Que los hacen volver desesperados
A do quedaron los demás soldados.

Viendo que los de tierra dan rüines
Nuevas, determinaron que se mueva
La compañía de los bergantines
Y hagan por el agua larga prueba,
Recorriendo las playas y confines
Para volver á dalles buena nueva:
En cumplimiento de lo cual levantan
Corvos resones y los remos plantan.

Prosiguen pues por las acuosas vías,
Mirando bien el uno y otro seno;
No ven en los recodos ni bahías
Tierra poblada ni recurso bueno;
Gastaron en aquesto muchos dias,
Y al cabo se volvieron al veinteno,
Todos sin esperanza de remedio,
Y algunos que faltaban de por medio.

Que puesto caso que por despoblados
Y que nunca jamás holló vecino,
Eran aquestos los mejor librados
A causa de ser claro su camino,
Todavía se ven menoscabados
En cuantidad del número que vino,
De hambre, llagas, calores terribles,
Los cuales por allí son insufribles.

Aguaceros de invierno y de verano,
De que su pobre ropa los escuda,
Y siempre con los remos en la mano
Los unos y los otros á remuda;
Faltábales la sal, faltaba grano,
Que para los trabajos es ayuda,
Y de mosquitos tan terribles plagas,
Que ya todos sus miembros eran llagas.

Como llegasen pues con descontentos
Que yo por abreviar hago sumarios,
Viendo que cielo, tierra y elementos
Les eran enemigos y contrarios,
Para perseverar en los intentos
Los mas tenian pareceres varios,
Y aun no estaban enteros como antes
Los que del escuadron eran atlantes.

El San Martin y Céspedes son estos,
Hombres que para todos buenos hechos
Jamás dejaron de hallarse prestos
Sin concebir temor sus fuertes pechos,
Y agora con caminos tan molestos
Y faltos de soldados y pertrechos,
Viendo del campo todo las querellas
De pura compasion se van tras ellas.

Y ansí, viendo la plaga miserable
En que se ve la resta del armada,
Por ser el San Martin varon afable
Y su persona bien acreditada,
Le ruegan con instancia que le hable
Al Gonzalo Jimenez de Quesada,
El cual movido deste justo ruego
Las razones siguientes dijo luego:

«A quien fortuna no se muestra dura
A su casa le lleva la ganancia,
Mas á los que carecen de ventura,
Poco les presta buena vigilancia;
Y pues siempre la veis triste y obscura
A nuestra pertinaz perseverancia,
Tengo por bueno que salgamos fuera
De lugar do remedio no se espera.

»Quizá cuando queramos no podremos,
Ni la debilidad abrirá puerta,
Pues todo cuanto veis y todos vemos
A mirar por nosotros nos despierta,
Porque si prosiguimos, nos metemos
Donde la perdicion tenemos cierta;
Y en tan grandes estremos es cordura
Que sigamos la via mas segura.

»Cuanto mas se prosigue la jornada
Y mas llegamos á la sierra alta,
Tanto mas la hallamos despoblada
Y de consuelo y de refugio falta:
Montaña tenebrosa y asombrada,
Tanto que los humanos sobresalta,
De sucios animales toda llena,
Cuya memoria sola causa pena.

»No vemos de zayanas apariencias
Que con su caza den algun consuelo,
Sino bosques que crian pestilencias
Sin dar al aire cosa que dé vuelo;
Predominan malignas influencias,
Un contino llover, un triste cielo,
Truenos, obscuridad, horror eterno,
Con otras semejanzas del infierno.

Del rio son ya grandes las corrientes
Para los bergantines que llevamos,
Y faltan, mi señor, si parais mientes,
Dos partes de la gente que sacamos;
Llagados, consumidos y dolientes,
Esos pocos soldados que quedamos;
E yendo por tan ásperos terrenos
Creed que cada dia seran menos.

»Si no cabemos en los bergantines,
Otras ayudas hay que no son falsas,
Que me señalan para tales fines
No personas insulsas, sino salsas;
Y son que podran ir hasta rocines,
Haciendo de canoas buenas balsas:
Iremos agua abajo prestamente
Al morador de paz que nos sustente.

»Hay número de indios importante:
Para traellos al real servicio
Buscaremos asiento do se plante
Ciudad que tenga cielo mas propicio;
Erigireis iglesia do se cante
Y se celebre santo sacrificio;
Formaremos allí perpetuos ranchos,
Pues hay fertilidad y campos anchos.

»Gozaremos de suelos mas enjutos,
Pues los hay en aquella circunstancia;
Servirnos han aquellos hombres brutos
Que poseen larguísima distancia;
Pagarnos han demoras y tributos,
Pues de oro tienen todos abundancia;
Y lo deste compás triste y horrendo
Después podremos illo descubriendo.

»Es en Tamalameque y su distrito,
Rio Grande, lagunas y rincones,
El número de indios infinito,
Grandes y numerosas poblaciones,
Que puestas y apuntadas por escrito
Satisfarán á vuestras intenciones,
Y entendereis lo mucho que se gana
En asentar allí gente cristiana.

»En esta relacion he dado muestra
De lo que siente nuestra compañía,
Ansí la chapetona como diestra,
Cerca de que dejeis esta porfía;
Mas yo puedo jurar que de la vuestra
Está pendiente la voluntad mía,
Y no me hallareis menos constante
Si quisierdes pasar mas adelante.

»Pero vuestra merced se determine
En la resolucion y en la respuesta,
Antes que tanto mal nos arruine
Sin dejar en el campo cosa enhiesta;
Y Dios por su bondad nos encamine
En una confusion tan manifiesta,
Do fortuna se muestra tan malina,
Que todo buen jüicio desatina.»

Oyó Quesada su razonamiento,
Pero como faltó correspondencia
A su mas levantado pensamiento,
Guiado por divina Providencia,
Tomólo con algun desabrimiento;
Y ansí sin los captar benevolencia,
Por desviar aquellas opiniones
Tuvo por bien decir estas razones:

»A todos es negocio creedero,
Si viso de razon está presente,
Cómo nadie procura ni yo quiero
El mal y perdicion de tanta gente;
Antes todos buscamos paradero
Para nuestro descanso conviniente,
Y con estos intentos y destinos
Preponemos romper estos caminos.

»Y el acerbo dolor deste tormento,
Con fatigas de todas partes llenas,
Débese de creer que yo lo siento,
Pues padezco también las mismas penas,
Y el singular dolor y sentimiento
Aquese pago yo con las septenas,
Porque flecha mortal mi alma hiere
Cuando de cualquier mal alguno muere.

»Pero para curar el mal que veo
Dadme remedio que remedio sea,
Pues ese que me dais es devaneo
Que jüicio flaquísimo tantea,
Pusilanimidad y caso feo,
Contrario del valor que se desea,
Y en el efecto consta claramente
Ser el peligro muy mas inminente.

»Porque todos sabeis y es cosa vista,
Que para subyectar esa partida
Tiene de ser por agua la conquista,
Por ser su fortaleza y acogida;
Y nuestra gente para que resista
Está de tiros mal apercebida,
Y donde falta del caballo huella
En los indios se hace poca mella.

»Demás desto, la gente que nos queda
Por espaldas son indios atrevidos,
E ya la masa dellos tan aceda,
Que tarde los veremos corregidos;
Y aun el armada quiera Dios que pueda
Salir de sus provincias y partidos,
Pues las contractaciones de los nuestros
En la guerra los han hecho mas diestros.

»Decis que de canoas harán balsas
Para llevar mejor aviamiento:
Entenderá ser opiniones falsas
El que tuviere buen conocimiento,
Pues es al enemigo dalle salsas
Para mejor gustar de su contento,
Que cuando la flaqueza reconoce
Se alienta para dalle mayor coce.

»Pintais con alabanzas aquel puesto
Por ver el oro que su gente tiene,
Y á todos es negocio manifiesto
Cómo por vía de contractos viene;
Ansí que, bien mirado todo esto,
Otro progreso cumple que se ordene,
Y es que quiero buscar, ó muera ó viva,
La tierra de donde ello se deriva.

»Porque si buen juicio lo tantea,
Contracto es y habemos de buscallo;
Y allí quiero parar donde me vea
Quien no vió barba larga ni caballo;
Y es este para lo que se desea
El último remedio que yo hallo:
Cuanto mas, que señal teneis alguna
Que no puede borralla la fortuna.

»Y porque no penseis que son novelas
Compuestas, ni livianas conjecturas,
Aquí hallamos juntas cinco telas
Con mil diversidades de pinturas,
Que para mis designos son espuelas,
Por entender que ya no voy á obscuras;
Porque nunca jamás atrás se topa
Entre los indios semejante ropa.

»Pues aunque discurrais desde los mares,
De do comienzan estos hombres rudos,
Pasando por provincias y lugares
Que suelen visitar vuestros escudos,
No vereis ejercicio de telares,
Por ser sin escepcion hombres desnudos,
Y es el uso comun dellos y dellas,
Eso me da casadas que doncellas.

»Y allí donde la tela fué tejida,
Gente debe de ser de mejor casta,
En el honestidad mas advertida,
No tan desvergonzada ni tan basta,
Porque no dudo ser gente vestida,
Nobles influjos y provincia fasta,
Adonde nos esperan ricas medras,
Aureas joyas y preciosas piedras.

»Este camino quiero y este sigo,
Este debe seguir quien bien me quiere,
Y sepa que terné por enemigo
A quien aquestos pasos impidiere,
Dándole con rigor aquel castigo
Que por inobediente mereciere:
Que no podrá temor ni dolor luengo
Quitarme del propósito que tengo.

»Ni hallaré peligro que me espante
En la prosecucion desta pelea,
Puesto que se me pongan por delante
Sirtes, Scila, Caribdis y Malea:
Sola Laquesis puede ser bastante
A perturbarme para que no vea
De mi justo deseo cumplimiento,
Haciéndome perder vital aliento.

»Y admírome de ver que tantos buenos
Diestros en padecer calor ó frio
En estos tristes y espantables senos
Que hacen las montañas deste rio,
En este sinsabor vengan á menos
De su animosidad, valor y brio,
Principalmente donde tienen cebo
Para recuperar ánimo nuevo.

»¿Agora que teneis la presa cierta
Dejais el uso della de las manos?
Agora que llegamos á la puerta
No quereis ver los dones soberanos?
Agora que la vemos mas abierta
Al entrar concebis temores vanos?
Valor, valor en la mayor presura,
Pues que nos llama próspera ventura.

»Volvamos á cobrar el esperanza,
Que hizo principiar esta jornada:
Afilemos el hierro de la lanza,
No crie duros mohos el espada;
Vístase cada cual de confianza,
Prosiguiendo la obra comenzada;
Pues faltando temores de por medio,
Brevemente vereis vuestro remedio.

»Por tanto, cuando fuere manifiesta
La lumbre clara del futuro dia,
Vos, señor San Martin, hacedme presta
Gente sana de vuestra compañia,
Para continuar esta floresta
Por donde nos mostrare mejor via;
Que no es posible, yendo mas adentro,
Dejar de salir indios al encuentro.

»Y pues que la nocturna pesadumbre
Nos cubre ya con velo tenebroso,
Con la vela que tienen de costumbre
Los que pudieren vayan al reposo,
Porque llegada la diurna lumbre
Demos fin al camino trabajoso;
Pues á pesar de la fortuna avara,
Habemos de salir á tierra clara.»

Oidas por personas mas granadas
Las palabras de su razonamiento,
Se fueron á sus toldos y ramadas,
Dudosos de se ver en tal contento;
Y porque yo, que sigo sus pisadas,
Del largo camisar también me siento
Algo cansado, de presente ceso,
Que yo diré despues su buen suceso.

CANTO CUARTO.

Donde secuenta cómo fué el capitán Joan de San Martin por un rio pequeño distinto del rio Grande, que bajaba de la sierra, por la misma agua en canoas con pocos soldados, y lo que les acontecio antes de dar la vuelta á los cuatro brazos que llaman la Tora, donde el campo los esperaba

Quien infortunios y dolor padece,
No por eso desmaye ni se tuerza,
Porque no pocas veces acontece
Valer mas el esfuerzo que la fuerza,
Y la misma fortuna favorece
A quien en los peligros mas se esfuerza;
Y en los casos dudosos y arriscados
Son, los que osan, los mejor librados.

En esto se mostró varon perfeto
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Pues con ser el angustia y el aprieto
El mayor que jamás tuvo jornada,
Nunca lo vieron á temor subyeto,
Ni palabra habló desconfiada:
Antes cuando mas mal se padecia,
Mayor esfuerzo se le conocia.

Y ansí, visto que nublos desparecen
Con pura claridad que los destierra,
Mandó que los soldados se adereecen
Para guiar sus pasos á la sierra,
Cuyas cumbres su vista les ofrecen,
Aunque para llegar prolija tierra,
La cual es de montaña tan lluviosa,
Que no se vido semejante cosa.

El Juan de San Martin, en esa hora,
Solamente tomó doce soldados
De todos los que estaban en la Tora,
Nadadores, briosos y esforzados,
De los cuales los mas viven agora,
Aunque ya con vejez debilitados;
Y porque mas sin pena descubriesen,
Acordóse que por el agua fuesen:

Por no cumplir que por aquel desierto
Número tan pequeño se desmande,
Y por agua verian algun puerto
Que les diese camino que se ande:
Tenian pues un rio descubierto,
Que desagua también en rio Grande,
Y ansí fueron por él en tres lijeras
Canoas acechando sus riberas.

Yendo pues navegando por el rio,
Aun no conclusa la postrer jornada,
Vieron en las barrancas un buhio,
Casa de indios ya desamparada
De los habitadores y atavio,
Pero de poco tiempo despoblada;
En la cual reposaron aquel dia,
Pensando de tomar alguna guia.

Y como no se vió cosa viviente,
Salieron otro dia de mañana,
Pugnando siempre contra la corriente,
El agua clara ya, mas menos llana,
Y luego dieron cuasi de repente
En una canohuela que cercana
Venia con dos indios de lo alto,
Que repararon con el sobresalto.

Ocuparon los nuestros el estrecho,
Por ser el compás breve del riacho;
Los indios recelándose del hecho,
Nadando procuraron su despacho:
Hiende las aguas con su fuerte pecho
Por los tomar Bartolomé Camacho;
Pero por le llevar la delantera,
Ocuparon primero la ribera.

Métense por el monte mal digesto,
Huyendo de no vista compañia;
Bartolomé Camacho, visto esto,
Y que seguillos no le convenia,
A tomar la canoa volvió presto,
Para ver lo que en ella se traia,
Y sacó todavia del rancheo
Algo que respondió con su deseo.

Porque llegada mas á la barranca
Y todas las balijas desplegadas,
Hallaron grandes panes de sal blanca
Y tres ó cuatro mantas coloradas,
Indicio que promete tierra franca
Con aquellas riquezas deseadas;
Y ansí, vistas las muestras de consuelo,
Luego las gracias dan al alto cielo.

No vuelven, aunque fué muestra bastante,
A dar al general estas razones,
Antes luego prosiguen adelante,
Por ver si descubrian poblaciones:
Proceden pues con ánimo constante,
Mirando los recodos y rincones,
Y en barrancas que hacen partes rasas
Pudieron descubrir dos solas casas.

Ninguna dellas morador tenia,
Segun la otra que hallaron antes,
Por ser aquella plaza que servia
A la contractacion de negociantes,
Ansí del que de sierra descendia
Como de los cercanos navegantes:
Entraron dentro, vieron cada seno,
Que de panes de sal estaba lleno.

Porque tenian dares y tomares
Con los del rio por do se venia;
Pues aunque muy remoto de los mares,
En este reino que se descubria
Los mas mediterráneos lugares
Tienen de sal insigne granjería,
Tanto, que vemos hoy en sierra veta
Cuyos peñascos son de sal perfeta.

Descansan pues aquello que convino
Del tiempo que la humana vista cierra,
Y después de llegar el matutino,
Las canoas vararon en la tierra,
Con voluntad de ir aquel camino
Que traian los indios de la sierra,
A causa de que ya desde este puesto
Se hallaba camino manifiesto.

En el estancia quedan á guardalla
Los tres soldados dellos solamente,
Mas tales, que en cualquier dellos se halla
Cuanto puede tener hombre valiente:
Es uno Anton Rodriguez de Casalla,
Cuya persona vemos hoy presente;
Juan Gordo fué segundo compañero,
Y vive también hoy Diego Romero.

San Martin procedió con el restante,
Deseoso de ver do haga presa;
Y como cuatro leguas adelante
Vieron mas de una legua de dehesa,
Aunque de poblacion ningun semblante,
Mas de ser sin montañas rasa mesa:
Atravesaron hasta salir della
Por el camino de la mayor huella.

Mas de otras treinta leguas procedieron
Guiados de caminos mas abiertos,
Hasta tanto que claramente vieron
Ranchuelos en los altos destos puertos,
Y aunque de la montaña no salieron,
Por algun indio fueron descubiertos;
Y en los humos, labranzas y aparencia
Conocieron ser grande su potencia.

Parecióles á todos ser cordura
No proseguir caminos ni senderos,
Antes con gran cuidado se procura
Hacer para la vuelta piés ligeros;
Y ansí se meten por el espesura
En busca de los otros compañeros,
Y con aquella muestra que se lleva
Bajar todos á dar la buena nueva.

Apriesa caminaron entre tanto
Que luz les dió la lámpara febea;
Pero llegado ya nocturno manto,
Que los bosques vistió de su librea,
Para tomar reposo del quebranto
La pequeña cuadrilla se ranchea;
Y aunque á sueño cansancios los convidan,
De guarda vigilante no se olvidan.

Antes, segun les cupo, hizo vela
El alentado joven y el anciano,
Compuesta y embrazada la rodela,
El espada desnuda y en la mano,
Sin calentar el suelo con la suela,
Por les cumplir allí hollar liviano;
El que duerme no menos está listo,
Sospechando que les habian visto.

Duros cuendos en la tierra fria
Eran las almohadas de los cuellos;
Y al tiempo que la aurora descubria
Su dorada madeja de cabellos,
Vestida y bien armada compañía
De los vecinos indios dió sobrellos,
A su modo gentiles y lozanos,
Y todos con penachos muy galanos.

Usa la furia lo que se pretende
Con cuantidad de flechas, que es inmensa;
El conflicto mortífero se enciende
Por salir cada cual con lo que piensa,
Ansí de parte del que los ofende,
Como de quien procura su defensa,
Porque de solo Dios y de sus manos
Pueden tener socorro los cristianos.

Y ansí de Dios y dellas socorridos,
Pudiérades ver pechos traspasados,
Los brazos de los hombros despedidos,
Molledos y pescuezos cercenados;
Penachos por el suelo van tendidos,
Dardos de su señor desamparados,
El suelo colorado, yerba roja,
Y gritos de mortífera congoja.

Bien ansí como fuego cuando prende
La leña seca con hojosas ramas,
Que cuanto mas la soplan mas se enciende,
Y se levanta con mayores llamas:
Ansí nuestro español que se defiende,
Por no perder allí vitales tramas,
Cuanto mas duran indios en la obra,
Tanto mayor valor y esfuerzo cobra.

Y ansí, vista la fuerte resistencia
Y gentes de las suyas estremadas,
Y conociendo ya por esperiencia
El crüento revés de las espadas,
Determinaron de hacer absencia,
Metiéndose por bosques y quebradas,
Dejando dos cristianos con heridas,
Que no denotan riesgo de las vidas.

Y de los del consorcio fugitivo,
Que se desvían del furor funesto,
El San Martin un indio tomó vivo,
Que en menear los piés no fué tan presto:
Procuraron guardar este captivo,
Y Piricon por nombre le fué puesto;
El cual por señas claras certifica
Cómo tenian cerca tierra rica.

Porque cualquiera dellos lo regala,
Y como falta lengua que le hable,
Eso que le señalan él señala,
De modo que lo hace ser palpable:
Oro se le mostró hecho chaguala,
Y señaló caudal inumerable,
Con tales ademanes y meneos
Que se satisfacian sus deseos.

Como les pareció negocio cierto,
Y deseasen ya ser mensajeros
Para resucitar el campo muerto
Con aquestos anuncios verdaderos,
Brevemente se ponen en el puerto,
Que guardaban los otros compañeros,
Algo dudosos en el esperanza,
Pareciéndoles mal tanta tardanza.

Después de se juntar en la ribera,
Necesidad urgente los exborta
A correr por el agua la carrera
Que deseaban todos ser mas corta,
Por dar al general que los espera
Esta nueva que tanto les importa:
Y no hacen parada ni demora
Hasta llegar al pueblo de la Tora.

Y vistos los buhíos y ramadas,
Se pusieron al modo de salvajes,
Vistiéndose de mantas coloradas,
Cubiertas las cabezas con plamajes:
Con voces altas y regocijadas
Hacen ostentacion de nuevos trajes,
Diciendo: « ¡Tierra buena! tierra buena!
Tierra que pone fin á nuestra pena.

» ¡Tierra de oro, tierra bastecida,
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
Tierra donde se ve gente vestida,
Y á sus tiempos no sabe mal la brasa;
Tierra de bendicion, clara y serena,
Tierra que pone fin á nuestra pena!

»¡Tierra do se destierran las malicias
De todas estas vivas pestilencias,
Y sus valles y cumbres son propicias,
Nobles y generosas influencias;
Tierra de quien pedimos las albricias,
Porque no son fumosas aparencias,
Sino de quien direis á boca llena
Tierra que pone fin á nuestra pena!»

Saltaron pues en tierra, proveidos
De sal, que fué socorro de hambrientos;
Fueron con el aplauso recebidos
Que suelen descubrir contentamientos;
Están, á lo que dicen, los oidos
De todos los del campo muy atentos,
Y en tierra, de rodillas, juntas manos,
Gracias al cielo dan como cristianos.

Desean hacer luego movimientos
De tierra que les es mala noverca
Cualquiera ya con otro pensamiento,
Pues sobre no volver atrás alterca
Antes unos á otros dan aliento,
A que gocen del bien que tienen cerca:
Con esto se dividen por ser hora,
Hasta ver nuevos rayos del aurora.

Luego que vieron resplandor propicio,
Asentaron altar en ligneas basas,
Do celebró divino sacrificio
El padre fray Domingo de las Casas:
Vuelven los macheteros á su oficio,
Haciendo de espesuras partes rasas,
Dejando ya la prepotente vena
Del rio grande de la Magdalena.

Mas siguen las orillas del brazuelo
Por donde el capitán San Martin vino,
Cuyos confines son y cuyo suelo
De malo y asperísimo camino,
Y donde pocas veces se ve cielo,
Resplandor de planeta ni de sino,
Sino cuasi perpetua tiniebla,
Molestas pluvias y continua niebla.

Los bergantines por la misma via
Contra corriente van á puros brazos,
Pues aunque recogido todavía
Podian navegar buenos pedazos;
Pero cuanto por él mas se subia
Se topaban mayores embarazos
De piedras y de palos y corrientes,
Que todos eran riesgos eminentes.

Y una noche llegó tal avenida,
Estando rancheados los de tierra,
Con tan impetuosa descendida
Corriente de los altos de la sierra,
Que no dejó recurso ni bûida,
Pues de una y otra parte los encierra,
Y estuvieron aquestas compañías
Subidas en los árboles dos dias.

Bajan los miserables al asiento,
Desque se desaguó lo mas cercano,
Con el mas riguroso detrimento
Que pudo comportar valor humano,
Pues no tenian para su sustento
Cosa de que pudiesen echar mano,
Y en todos ellos la mejor comida
Era desconfianza de la vida.

Mas el buen general, que se desvela
En curar el dolor de penas largas,
El mismo procuró sacar candela,
Preparadas de leña ciertas cargas:
Ponen la paila, ponen la cazuela
Para cocer en ellas las adargas,
Y todo cuanto tiene ser de cuero
Echaron á cocer en el caldero.

También dan á comer á los caballos
Hoja de caña que sirvió de heno;
Ocúpanse los amos en limpiallos,
Porque tenian cuantidad de cieno:
Que Dios por su bondad quiso librallos
Cuando el rio vació su curso lleno,
Pues de la que vertió por las orillas
Llegó hasta cubrir las espaldillas.

Después de la comida mal digesta,
Rompiendo van por la montaña brava,
De la gente la mas tan indispuesta
Que uno y otro y otro se quedaba;
En efecto, llegaron con la resta
A los bubíos do la sal estaba,
Haciendo veinte dias de demora
En allegar allí desde la Tora.

Llegó con sus navíos al paraje
Ansimismo la gente que navega,
Pero ya por el agua su viaje
Por ser el fondo poco se le niega;
Al fin en este puesto y estaraje
La una y otra gente se congrega,
Para que consultando se provea
Orden que para todos bueno sea.

En esto se tomó demora harta
Por haber pareceres diferentes,
Y acuerdan que la gente se reparta
Y vayan en los barcos los dolientes
Para se reparar en Santa Marta,
Y los sanos descubran nuevas gentes,
Y que dentro de un año quien viviere
Allí con bien ó mal al otro espere.

Desta manera queda concertada
La vuelta de uno y otro, que subyeto
Juró de estar á la palabra dada,
Si muerte no borrase su concepto:
Pero después Gallegos y el Quesada
Faltaron en cumplilla con efeto:
Que la necesidad y menesteres
Hacen mudar al hombre pareceres.

Después de repetir que no se olviden
En ser al cumplimiento diligentes,
Con otros cumplimientos se comiden,
Segun suelen amigos y parientes;
Y los unos y otros se despiden,
Los ojos y mejillas hechas fuentes,
Siendo comunes lloros y sollozos
No menos en los viejos que en los mozos.

Doscientos de los que salud mejora
Se quedaron en aquellos confines,
Y fuéronse camino de la Tora
Ciento y cincuenta con los bergantines:
Y así los dejaremos por agora,
Que yo diré después sus tristes fines,
Porque quiero poner primeramente
En tierra de salud estotra gente.

La cual con los caballos determina
De caminar, siendo San Martin guia,
Y así luego sus pasos encamina
Acia la salebrosa serranía,
Y el indio Pericon que los atina,
Puesto que no tan bien cuanto podia,
Pues los lleva por pasos tan terribles,
Que para bestias son inaccesibles.

Mas ello todo es camino malo,
Con lodo los mas altos reventones;
Va delante del campo don Gonzalo
Con algunos caballos y peones,
Deseando de ver algun regalo
Que levante caidos corazones,
Y llegó con valor mas que de hombre
A la sierra que Atun tiene por nombre.

Espesa breña, cenagoso suelo,
Y creo que el peor del Nuevo-Mundo,
Do nunca se ve luz que dé consuelo,
Y es el rigor de pluvias sin segundo:
Paréceles subir al alto cielo,
Y al bajar, que descienden al profundo;
Al pié della dejaron los caballos,
Por no ver por adó puedan llevallos.

Dejó para guardallos al hermano,
Llamado Fernán Perez de Quesada,
Con gente que tenia flaca mano
Y se sentia ya debilitada;
Y él con el otro número mas sano
Subió para buscar tierra poblada:
Hallan por donde van bubíos hechos,
O dormidas, que van puestas a trechos.

Camina la hambrienta compañía
Cebada solamente de esperanzas,
De tal manera ya, que no podia
Hacerse confianza de sus lanzas;
Pero proveyó Dios al sesto dia
Con ciertas sementeras y labranzas,
Adonde el animoso licenciado
Reparó por sentirse fatigado.

Y ansí, para venir donde él estaba,
Mandó llamar los otros peregrinos,
Porque la tierra ya manifestaba
Mejor dispusicion y mas vecinos,
Segun por todos ellos se juzgaba
Viendo las anchas sendas y caminos;
Envió pues tres hombres á que venga
El campo sin que punto se detenga.

Visto por Fernán Perez de Quesada
El aviso que dan los mensajeros,
Prosigue por la sierra su jornada
Con trabajos que no son creederos;
Y en la montaña triste y asombrada
Se quedaron no pocos compañeros,
De los cuales fué Tordehumos uno,
De valedor y de salud ayuno.

Y fué por no tener las urnas flojas
Deucalion con recios torbellinos,
Antes por donde van las gentes cojas
Siempre manaban agua los caminos,
Y recibíanse sumas congojas
Al subir ó bajar de los rocinos,
Pues del camino malo resbalando,
Mil estados habian de ir rodando.

Demás deste mortal desasosiego
De pluvias, con que no se ven las manos,
Tampoco se podia sacar fuego
Para poder tostar algunos granos;
Y en subiendo la sierra, sienten luego
Asperezas de frios inhumanos,
Por salir de los términos calientes
Y luego dar en otros diferentes.

E ir á todas horas hechos sopa
De lo que el húmido vapor condensa,
Tan pobres y tan miseros de ropa,
Que no resisten pluvial ofensa,
Porque camisetillas son de estopa
Vil, débil y flaquísima defensa,
Y demás de la falta de atavios,
Siempre con los estómagos vacíos.

Con estas sobredichas destemplanzas
De tiempos y de temple resfriado,
Se hicieron mayores las tardanzas
De lo que requeria su cuidado;
Y ansí cuando ya vieron las labranzas
El número llegó menoscabado,
Porque de los doscientos desta gente
Los que faltaron fueron mas de veinte.

Y de vivos el número mas poco
Podia ejercitar militar arte,
Cuyos trabajos solamente toco
Por no poder decir la menor parte;
Y de comer un sapo quedó loco
Uno que se decia Juan Dúarte,
El cual permaneció con su locura,
Sin que jamás pudiese tener cura.

Como llegase pues la compañía
Tan estragada, triste y afligida,
Adonde el general los atendia,
Labranza de maíces proveida,
Mandóles descansar por algun dia,
En tanto que duraba la comida,
Porque con mas vigor y mas aliento
Pasasen á buscar mejor asiento.

Y al tiempo que buscaban un camino
Para salir, que fuese menos agro,
El Francisco de Tordehumos vino,
Que se tuvo por cosa de milagro;
Pero no lo vendieran por tocino
Segun de los trabajos salió magro,
Y aunque seco de zancas y de cuello
El campo todo se holgó de vello.

Admirada quedó toda la junta,
Que lo vieron quedar en un ranchuelo,
No menos que persona ya difunta,
Sin habla, sin resuello, sin consuelo;
Mas él responde si se le pregunta,
Cómo tuvo favor del alto cielo,
A quien con gran hervor y vehemencia
Sin cesar invocaba su clemencia.

Y habiéndose traspuesto cierto dia,
Cercado de mortíferas peleas,
Una bella señora le decia:
«No morirás agora, ni lo creas;
Levántate, que yo seré tu guia
Para que puedas ir donde deseas.»
Y como recordó con buen subyecto,
Lo que se le mandó puso en efecto.

Y ansí, por este tiempo que lo escribo,
Que son ochenta y cuatro de la era,
El dicho Tordehumos está vivo,
Teniendo su vision por verdadera;
Y consta que de mal tan escesivo
No pudiera venir desta manera,
Si favor y socorro soberano
No tuviera por bien dalle la mano.

De su salud, por ser hombre bien quisto,
El campo recibió mucho contento,
Y algunos colligieron de lo visto
Haber de ser aquel descubrimiento
Provincia do la fe de Jesucristo
Tuviese generoso crecimiento:
Daban confirmacion á sus motivos
Lo que decian ya muchos captivos.

Porque el alférez Antonio de Olalla,
Primero que llegase Fernan Perez,
Habia ya tenido gran batalla
En el valle que llaman del Alférez,
Porque la gente dél que allí se halla
Defendian los hijos y mujeres;
Pero vencíolos con valor de hombre,
Y el valle se quedó con aquel nombre.

De manera, que por allí salia
A descubrir la gente mas granada,
Y aunque es toda montaña muy sombría,
Al fin era la tierra mas poblada;
E ya con guias nuestra compañía
Procede para ver la deseada,
Ofreciéndose mil inconvinientes,
Malos pasos y cumbres eminentes.

Pues antes de salir de la floresta
Para su sanidad triste y avara,
La gran sierra de Opon también les resta,
Antes que puedan ver la tierra clara;
En cuya larga y encumbrada cuesta
El sano cansa y el enfermo para,
Y el caballo, con no ponelle silla,
Poder salir de allí fué maravilla.

Pero con este sinsabor allega
El campo todo donde se recita
Haber tenido Olalla la refriega,
Cuando con poca gente lo visita;
Y agora copia de indios se congrega
Que por los altos da terrible grita,
Y ansí por los postreros que vinieron
También val de la Grita le pusieron.

Y demás de los gritos y clamores
Que dan á la no vista compañía,
Tocan tantas cornetas y atambores
Que pareció que el mundo se hundía;
Mas los fortísimos conquistadores
Bajaron á las casas que tenia,
Llenas de regocijo las entrañas
Por ser aquel el fin de las montañas.

Y el docto licenciado dijo luego:
«Gracias os doy, Señor de los imperios,
Pues pasamos por aguas y por fuego
Para venir á tales refrigerios,
Donde vulgo bestial, crüel y ciego,
Oiga vuestros santísimos misterios,
Y donde desterrada la malicia
De vuestra santa fe tenga noticia.

Lo mismo, conmovidos deste celo,
Hacian las católicas cuadrillas,
Las manos y los ojos en el cielo,
Hincadas en el suelo las rodillas;
Alégranse de ver alegre suelo,
Contemplan otras muchas maravillas,
Alaban los verdores y elegancia,
Y al sabio general de su constancia.

Concepto tienen ya de verse hartos,
Fuera de la rabiosa pestilencia
De sapos, de culebras, de lagartos,
Vuelta necesidad en opulencia:
Velan la fria noche por sus cuartos
Con toda la posible diligencia,
Y las penas del frio no son tantas
Por arroparse ya con nuevas mantas.

Por los contrarios que hay á la redonda,
Que ladran y dan grita como canes,
Y tienen flecha, lanza, dardo, honda,
Haciendo mil meneos y ademanes,
El mismo general hacia ronda
Con otros principales capitanes,
Y todos en comun están alerta,
Hasta que ya la luz fué descubierta.

En descubriendo pues rubia cabeza
Aquel hijo del rey altitonante,
Para ver bien la tierra que se empieza
A mostrar con clarífico semblante,
La gente castellana se adereza
Con gana de pasar mas adelante;
Y el Insa, capitan de macheteros,
Anticipóse con sus compañeros.

Y cuanto mas encumbra las laderas,
Mas á placer se ven las rasas cumbres,
Llenas de cultivadas sementeras
Que quitan atrasadas pesadumbres,
Fertilísimos valles y riberas
Con los humanos usos y costumbres:
Vense los pueblos, hierven los caminos,
Los tractos y contractos de vecinos.

Entrellos hay diversos pareceres:
Unos quieren büir, otros esperan,
Unos ponen en cobro las mujeres,
Otros lugar no hallan aunque quieran,
Otros quieren usar de sus poderes
Con intento de que los nuestros mueran;
Mas la perplejidad era terrible,
Viendo lo que jamás les fué visible.

Sobre los altos hay juntas de gentes
Dispuestas para guerras y conflitos,
Repartidos por partes diferentes,
Que en número parecen infinitos;
Convócanse los deudos y parientes;
Aquí sonaban voces, allí gritos;
Todos son alborotos, confusiones,
Sin dar resolucion á sus razones.

Mas Sacre, principal que predomina
La provincia de acia la montaña,
Con oprobios y afrentas los indina,
Llamándoles cobardes y sin maña;
Y ansí con sus vasallos determina
Ver aquello que pueden los de España,
Y con bravo furor rompió por ellos
Hasta llegar á barbas y á cabellos.

Visto por Insa tan pesado juego,
Anima con valor á su cuadrilla,
Y lo mejor que pudo saltó luego
En caballo que no tenia silla;
No toma Juan Rodriguez Gil sosiego,
Ni la restante gente de Castilla,
Apresurando carnicera prueba
Con las espadas en la gente nueva.

Esfuérzanse los flacos castellanos,
Que temores de muerte los alientan;
Andan listos los piés, prestas las manos,
Con que las yerbas verdes ensangrientan;
Apártanse los indios mas cercanos,
Que su crüel furor esperimentan,
Admirados de vellos, mas no tanto
Que el caballo no cause mas espanto.

Otro miedo mayor sus pechos doma,
Y es, que vieron venir á la pelea
Otros treinta caballos por la loma,
Que furia de españoles espolea;
El campo junto mas atrás se asoma,
Que les hizo hacer hüida fea,
Porque creyeron ser en aquel punto
El hombre y el rocin un cuerpo junto.

Juntóse pues la gente dividida,
Y el don Gonzalo manda que se cuente,
Para que como sabia y advertida
Caminase por orden conviniente:
Numeran que escaparon con la vida
Ciento y sesenta y seis tan solamente,
Y sesenta caballos mas ó menos,
De los cuales los mas salieron buenos.

Pues con ser el rigor tan importuno,
Tanto risco, tanto derrumbadero,
Dellos se despeñó tan solo uno,
Que fué del caporal Martin Ropero;
Con cuya carne y tripas el ayuno
Hizo solemnes fiestas al garguero:
Hasta las uñas fueron substanciales
Y no menos las partes genitales.

Habia de pintar aquesta historia
Una pluma de prósperos caudales;
Porque valor y fuerza tan notoria,
Tanto perseverar en tantos males,
Escede los mas dignos de memoria
Y vuela sobre fuerzas naturales,
Pues que solo Baltasar de Maldonado
Merecia particular tractado.

Y todos los demás eran valientes,
Modestos, comedidos, amigables,
Al general subyectos y obedientes,
No sediciosos, varios ni mudables:
En las adversidades muy pacientes,
En los trabajos son infatigables;
Tuviera bien en qué meter la mano,
En lo que trabajó Juan Valenciano.

¡Qué trabajó Juan Lopez! qué Macías!
Pero Rodriguez Carrion Mantilla!
Qué Pedro Corredor! qué Juan de Frias!
Qué Diego Montañés! Juan de Pinilla!
Paredes Calderon! Francisco Diaz!
Un Martin de las Islas! un Chinchilla!
Paniagua! Pero Ruiz Herrezuelo!
Y aquel que vive hoy Pedro Sotelo!

¡Qué trabajaron otros que no espreso,
No porque los olvido ni repruebo,
Sino por remitillos al proceso
Que tengo de hacer del Reino-Nuevo!
Pues agora me cumple que digreso
Haga por acudir á lo que debo,
Volviendo para atrás á ver los fines
Y paradero de los bergantines.

Dejaremos pues este caminante
Que va continüando su conquista
Por tierra rica, llena y abundante,
Que da contentamientos á la vista:
Que yo volveré presto, Dios mediante,
A ser de sus hazañas coronista;
Pues para que por partes se reparta,
Esto se quedará para la cuarta.

Porque con estas dichas intenciones,
Mi celebrado funeral se funda
Correr primeramente los ancones
Que suele combatir la mar profunda;
Y en aquellas bahías y rincones
Tiene de fenecer parte segunda:
En estos pareceres me resuelvo,
Y al licenciado Juan Gallegos vuelvo.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegos, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Pero Fernandez de Lugo.

Quien hace confianza del amigo
Con violentas armas granjeado,
El se busca la pena y el castigo,
Pues fia de enemigo solapado;
Y si de la traicion tiene testigo,
Y todavía vive confiado,
No se queje después ni espanto tenga
De cualquiera trabajo que le venga.

El dicho licenciado Juan Gallegos,
Y muchos de los de su compañía,
No fueron en aquesto menos ciegos,
Al tiempo que la gente se volvia,
Vencidos de promesas y de ruegos
Que un Alonso indio les hacia;
El cual atrás significó ser jeque
De la provincia de Tamalameque.

Este, cuando venian descubriendo
Se vino con el dicho licenciado,
Mas su venida fué, segun entiendo,
No tan de voluntad cuanto forzado;
Y agora que volvian inquiriendo
Reliquias del sustento deseado,
Los que dellos están menos dolientes
Buscábanlo por partes diferentes.

También Gallegos va con el deseo
Que suele fatigar humano pecho,
Haciendo por el rio mas rodeo
Que pudiera hacer yendo derecho,
Buscando pueblos donde del rancheo
Se pudiera sacar algun provecho,
Por no volverse de tan largas vias
Las manos en los senos y vacías.

Y como por confines de la Tora,
En tanto que lo dicho se buscaba,
Hiciesen mas tardanzas y demora
De la que el indio malo deseaba,
Mostró dolor con intencion traidora
De la necesidad que se pasaba;
Y con señales del que pena siente,
Para movellos dijo lo siguiente:

«Señores, ¿para qué nos detenemos
En tierra que tenemos recorrida?
Pues cuanto mas despacio nos movemos,
Mayor riesgo corremos de la vida:
Cumple que sin tardanza nos bajemos,
Y vamos donde sobre la comida;
Porque mal hallaremos provisiones
En montes donde faltan poblaciones.»

Oida la razon del indio viejo,
Cuyos intentos eran inhumanos,
Viendo para matallos aparejo
Por ser mas los enfermos que los sanos,
Tomaron sin recelo su consejo,
Confiando sus vidas de sus manos;
Y ansí luego partieron, y él los trajo
Obra de treinta leguas mas abajo.

Hizo salir de paz indianas gentes,
Y agasajáronlos en estos puertos,
Donde de los hipatos y dolientes
Echan al agua cada dia muertos;
Y entonces con los indios que presentes
Estaban, se comienzan los conciertos
Por el Alonso señalando dia,
Para la gran maldad que pretendia.

De allí también el mal intencionado
Les hizo que hiciesen movimiento,
Diciendo que les dará recado
Do puedan rescatar á su contento;
Y era por los llevar á mas poblado,
Para perficionar su mal intento;
Y como parecia buen aviso,
Bajaron con los barcos donde quiso.

Y puestos en aquella pertenencia,
Ya de los españoles bien sabida,
El Alonso les demandó licencia
Para ir á su casa por comida;
La cual, sin presumirse malquerencia,
Le fué por Juan Gallegos concedida,
Porque también el perro, mas que moro,
Prometió de traer copia de oro.

Al momento salió con sus galeras,
Y luego comenzó desde lo alto
A llamar y juntar gentes guerreras,
Para dar el combate y el asalto
A los barcos de gentes estranjeras
Y al capitán que va de gentes falto:
Acudieron caciques de la tierra
Con mas de veinte mil hombres de guerra.

Tan gran número cuanto se publica
Se convocó para una y otra banda,
Y en diferentes partes les predica
Ser bien justificada su demanda;
Porque contra quien van es gente inica,
De todas las del mundo menos blanda,
Y que si matan hombres tan perjuros,
Para siempre jamás serán seguros.

Y ansí les dijo: «Yo, señores, vengo
A hablaros movido de buen celo,
Y con la fuerza del amor que tengo
A vosotros y á todo vuestro suelo,
Y por libraros del trabajo luengo
Que nos amaga con eterno duelo,
Cual es la miserable pesadumbre
Que tiene la perpetua servidumbre.

»Bien sabeis cómo yo larga distancia
Con esta gente fuí acia la sierra;
Y como les faltase la substancia,
Haciéndoles la hambre dura guerra,
Algunos ó los mas con gran instancia
Trataban de poblar en nuestra tierra;
Y cierto tentarán esta fortuna
Si nuestra fuerza no se lo repuna.

»Y si desto queremos evadirnos,
A pernicioso mal nos subyectamos;
Pues bien veis que no vienen á servirnos,
Sino porque nosotros les sirvamos,
Y ansí dicen que han de repartirnos,
Y á todos los caciques dalles amo,
A quien acudiremos con tributos:
Oro, joyas, preseas y otros frutos.

»Por tanto, quien maduro seso tiene,
Y ve casa vecina que se arde,
Mire con tiempo lo que le conviene,
Porque para la suya no se tarde,
Pues pocas veces hay freno que enfrene
Al hombre que no sabe ser cobarde,
Mayormente si su buena ventura
Le da tiempo, sazon y coyuntura.

»Esta se nos ofrece de presente
Contra los violentos y profanos,
Y paréceme gran inconviniente
Tal ocasion soltalla de las manos:
Ansí que cumple dar en esta gente,
De los cuales los menos vienen sanos,
Porque quitados estos de por medio,
Para los otros yo daré remedio.

»Cuanto mas que los otros mas espertos
Por la montaña van sin detenerse,
Y no les quedan barcos en los puertos,
Ya que determinasen de volverse;
Y aun creo ciertamente que son muertos
Por no hallar adónde proveerse:
Pues los de Santa Marta y Cartagena
Escarmentarán en cabeza ajena.

»Al vencimiento destos yo me obligo,
Y sé que no seré mal adevino,
Porque tenemos para lo que digo
Andada grande parte del camino,
A causa de tenerme por amigo
Y ser para con ellos fidedino;
Y ansí por encubrir mi mal intento
Voy á llevalles hoy mantenimiento.

»Mas para que sepais el orden mio,
Entre tanto que yo voy al Gallegos
Ocupen mil canoas este rio
Y por todas sus playas grandes fuegos,
Porque si falta sol al desafío
Con lumbre prosigais bélicos juegos:
Veremos dó hacemos puntería,
Y también al que tiene cobardía.»

Después que ya tenia concertado
El conflicto con grandes y pequeños,
Se vido luego con el licenciado,
Bien equipados tres ó cuatro leños,
Y llenos de maíz y de pescado,
Con que regocijó nuestros isleños;
Llevó mas un mil pesos de oro bueno
Que recogió Gallegos en su seno.

Abrazáronlo sanos y dolientes
Dándole gracias por aquel buen hecho,
Estando todos ellos inocentes
De su malignidad y falso pecho;
Dió pues por parecer á nuestras gentes
Que bajen con los barcos otro trecho
A Sompallon, adonde proveidos
Serán de todas cosas y servidos.

Allí la gente mal apercebida
Estaba los enfermos reformando,
Y el Alonso con oro y con comida
No deja de venir de cuando en cuando,
Persuadiéndolos á la partida
Do los indios estaban esperando,
Y el indio Sopatin por consiguiente
Vino también á ver cristiana gente.

Cuya benevolencia no fué corta,
Y el socorro que trajo no fué flaco,
Pues viendo quel Alonso los exhorta
A las dispusiciones de su saco,
Les dijo: «Lo que menos os importa
Es confiaros de tan gran bellaco,
Pues yo sé sin dudar que busca modos
Para que los cristianos mueran todos.

»Ha convocado ya parcialidades;
Solo yo nunca quise lo quél quiso,
Que cierto para vuestras amistades
Me precio de tener un pecho liso:
Estas que digo no son falsedades,
Sino fiel, leal y buen aviso;
Por tanto deteneldo con cadena,
Y antes que dé comida dalde cena.

»Y no son solos estos los engaños
Que suele maquinar este vergante,
Porque también usó pasados años
Con San Martin de treta semejante;
E hízole creer que de los daños
El indio Sopatin era culpante,
Como quiera que yo podré jurarte
Que no supe jamás arte ni parte.»

El Juan Gallegos al Alonso llama,
Diciéndole: «Pues somos tan hermanos,
¿Cómo tienes urdida cierta trama
Donde perezcan todos los cristianos?
Certidumbre nos da tu mala fama,
Y Sopatin con otros comarcanos,
Tus vecinos, tus deudos, tus amigos,
Desta traicion tenemos por testigos.

»Mucho me maravillo que no sientas
No ser tan descuidados ni dormidos,
Que te dejen salir con lo que intentas
Españoles sagaces y advertidos;
Demás de que en las guerras mas sangrientas
No pueden todos ellos ser vencidos,
Pues aunque muchos en peleas mueren,
Los vivos hacen todo lo que quieren.

»Y si desta maldad que se adereza
Eres tú, como dicen, el primero,
De llover tiene sobre tu cabeza,
Y al fin has de venir á pagadero,
Hasta te desmembrar pieza por pieza,
Como vaca que pesa carnicero;
Por tanto, si de muerte te recelas,
Déjate de traiciones y cautelas.»

A todo cuanto se le proponia
El indio se mostró con tal templanza,
Que por su rostro no se conocia
Alteracion, vergüenza ni mudanza;
Antes, de la manera que solia,
Dijo: «Por cierto poca confianza
Teneis, juzgando seros adversario
Quien por las obras muestra lo contrario

»Porque si por ventura yo pensara
Cosa tan sin razon y tan horrenda,
Pudiéralo hacer sin que gastara
Con vosotros mis bienes y hacienda;
Pero quien os ampara y os repara,
Para perpetuas paces mete prenda,
Y es cosa justa, y es razon derecha
Que no se tenga dél esa sospecha.

»Habeisme dicho, para prueba desto,
Sopatin y los suyos ser testigos,
Y á todos es negocio manifiesto
Que somos capitales enemigos;
Y por envidia de me ver bien puesto
Con los que sabe que me son amigos,
Las tramas y maldades quél intenta
Procura que se pongan á mi cuenta.

»Consúmese de ver que Alonso priva,
Como quien á traiciones tiene ojo,
Y es por demás su voluntad nociva
Y el procurar roer este tramojo;
Mas él bien sabe que como yo viva
No podrá daros el menor enojo:
Deshágase con invido veneno,
Quél quedará por malo, yo por bueno.

»De cosa no se muestra mas pesante
Que de saber que hago beneficios
Y regalos á gente semejante,
Y quellos no me son menos propicios:
Mándole yo pues de hoy en adelante
Han de ser mas colmados mis servicios:
Por tanto si quisierdes ir conmigo
Hallareis ser verdad esto que digo.

»Y ansí me voy debajo los intentos
Ya dichos, no fingidos ni aparentes,
Sino de muy mas llenos cumplimientos
Que salen las palabras de mis dientes;
Descansareis en nuestros aposentos,
Ternán todo regalo los dolientes,
Haré que cada indio contribuya
Con oro, joyas y hacienda suya.»

De todo sinsabor él salió horro,
Pudiendo detenello con prisiones,
Atenido Gallegos al socorro
Que buscan cudiciosas intenciones;
Mas un capitán dicho Juan Chamorro
Fué siempre de contrarias opiniones,
Diciendo: «Témome que de mañana
Nos ha de sacudir con la mediana.

»Porque este principal es un gran perro
Y dias ha que yo por tal lo marco,
Desde la entrada larga y el destierro,
Cuando lo bautizó fray Pedro Zarco;
Y á mi jüicio fuera menos yerro
Tenello con prisiones en un barco,
Quitándole su mando y señorío,
Hasta que ya saliéramos del rio.

»Hartas veces ha dado pesadumbre
A soldados de nuestra compañía,
Y no dudo, segun es su costumbre,
Urdir alguna gran bellaquería,
Pues vemos de canoas muchedumbre
Que descienden abajo cada dia;
Y pasarse de largo sin mas cuenta,
Novedad y misterio representa.

»Si pensais de guiaros por su mano,
Fortalezcamos brazos y molledos;
Pero yo juzgaria por mas sano
Que por agora nos estemos quedos:
No tengais este por temor liviano,
Pues estos son de los discretos miedos,
Cuando negocios duros y perplejos
Demandan prevencion y piden lejos.»

El Juan Gallegos respondió: «Por cierto
No me parece mal aquesa traza;
Pero si tienen hecho su concierto,
Acá ó allá nos tienen de dar caza,
Y tarde que temprano deste puerto
Al fin habemos de salir á plaza,
Y así será mejor, segun entiendo,
Que nos partamos en amaneciendo.»

Con aquesto cubrió nocturno velo
Las cosas que solian ser patentes,
Y las menores lumbres en el cielo
Manifestaban sus doradas frentes;
Y así mandaron con aquel recelo
Se metan en los barcos los dolientes,
Velando, como suelen, el estancia
Con toda la posible vigilancia.

Llegada ya la luz de la mañana,
Que fué nublosa, triste, desabrida,
Compúsose la gente castellana
Para poner en orden la partida,
Mas todos ellos tan de mala gana,
Como si fueran á perder la vida;
Y no fueron inciertos sus concetos,
Segun manifestaron los efetos.

Luego de Sompallon hacen desvío,
Y bajan al amor de la corriente;
Y en medio la canal del ancho rio
Un agua se descubre de repente
Por las cuadernas del mejor navío,
Donde iba Juan Gallegos el teniente:
Quisiéronla tomar, mas no parece
Manifiesto lugar, y siempre crece.

Para lo sustentar, como no haya
Las cosas necesarias á la mano,
Antes que mas en crecimiento vaya,
A todos pareció consejo sano
Llegar á zabordar en una playa
Del pueblo que tenian mas cercano;
Y así desque tomaron la ribera,
Los enfermos y ropa sacan fuera.

Compónense los bancos ó parales;
Asen manos de dura guindalesa;
Con fuerza de soldados y oficiales
Se vara, se ladea y atraviesa,
Y con los necesarios materiales
Calafate se da posible priesa:
Saltan en tierra sanos y llagados,
Escepto Juan Chamorro y sus soldados.

Pues como nunca mas Alonso vino,
Ni vieron indios por aquel partido,
Temiase del mal que les avino
Y quisose hallar apercebido:
Su bergantin cubrió toldo de lino,
Por todas partes dél bien estendido,
Que suele ser defensa que aprovecha
Contra la pestilencia de la flecha.

En esta prevencion no paran mientes
Los otros que dejaron sus navíos,
Antes soldados sanos y dolientes
Se ranchearon dentro de bohíos,
Otros ponen también camas pendientes
Debajo de los árboles sombríos:
Con esta remision no bien compuesta
Pasaron el bochorno de la siesta.

Y cuando Titan iba declinando
Al mar para lavar su clara frente,
El pueblo donde están viene cercando
Innumerable número de gente,
Y la venida dellos tan callando
Que hasta dar el golpe no se siente,
Pues con ser multitud tan importuna,
Ver, oir y sentir fueron á una.

Bien como cuando veis dia sereno,
Y se espesa nublado repentino
De las exhalaciones de aquel seno
Que rompe fulmíneo torbellino,
Y entonces suena tan terrible trueno,
Que causa no pequeño desatino,
Tanto, que bruto huye del rüido
Y el hombre queda casi sin sentido:

Dicen acontecelles otro tanto
Entonces cuando fueron salteados,
Pues de los sobresaltos y el espanto
Quedaron poco menos que pasmados:
Llueve sobrellos flecha, dardo, canto,
Golpes de palo duros y pesados;
Y de los miserables castellanos
Treinta vinieron vivos á sus manos.

Estos á su sabor los maniatan,
Que prevenidos vienen de cordeles;
Con no vistos escarnios los maltratan,
Desollando las barbas con las pieles;
Al fin los despedazan y los matan
Con tormentos que pasan de crüeles:
Rompe los aires el clamor terrible,
Causa la confusion temor horrible.

Estaba Juan Gallegos, licenciado,
Con diez ó doce de su compañía,
Junto del bergantin que está varado,
Que por guardallo dél no se partia;
Y ampárase detrás de su costado
De la nube de flechas que venia;
Pero carga sobrél tan duro marte,
Que para se valer es poca parte.

Vista por Juan Chamorro tanta junta
De gente que sobre Gallegos carga,
Con dos versos de bronce les apunta,
A causa de no ser distancia larga:
Piernas, muslos y brazos descoyunta,
Y parte de la playa desembarga;
Mas es tal de los indios el aumento,
Que por uno que muere cargan ciento.

No faltan también tiros de ballesta,
Que ninguno salió desvanecido;
Mas para retraellos nada presta,
Antes entre los indios no se vido
Osadía jamás tan descompuesta,
Demencia ni furor tan atrevido,
Pues sin recelar golpes inhumanos
Tientan quitar las armas de las manos.

Al capitán Diego Rincon obliga
A mostrar su valor y fuerte brio,
Por ser florido grano desta espiga
Y no poder llegar á su navío;
El cual con molestísima fatiga
Procuraba salir de su bohío,
Que rodeado tienen escuadrones
Con flechas, dardos y otras municiones.

Aderezóse lo mejor que pudo,
Y á todos cuantos hay con él anima
Para salir al escuadron desnudo
De los que por allí tienen encima;
Y así bien amparado del escudo,
Hizo principio de crüel esgrima,
Ya se va reparando, ya hiriendo,
Con seis ó siete que lo van siguiendo.

Hay por donde sus pasos endereza,
Para llegar al rio, buen pedazo;
Es la hoja que lleva rica pieza,
Increible valor el de su brazo,
Pues de un revés llevaba la cabeza
De los que le ponian embarazo:
Uno deja sin luz, otro difunto,
Y de su caminar no pierde punto.

Como cuando hambrienta destemplanza
Llevó la fiera hasta las cabañas,
Do perros si se ven con gran pujanza
La vuelven á meter entre montañas,
Y si le dan alcance se abalanza
Y á quien le pica rompe las entrañas,
E ya vueltas espaldas, ya mordiendo,
Siempre va su camino prosiguiendo:

Así Diego Rincon, aunque herida
A quien en la carrera le picaba,
Con aquella mañosa valentía
Que la necesidad encaminaba,
En su camino siempre procedia
Para llegar adonde deseaba,
Es á saber, orillas del gran rio
Donde tenia surto su navío.

No consiente quedar manco ni cojo
De los pocos que son de su manada,
Y entonces se mostraba menos flojo
Cuando su gente ve mas fatigada;
El escudo de acero lleva rojo,
La hoja cortadora colorada,
Y cuanto se mostraba mas tajante,
Mas indios se ponian por delante.

Al fin, arrebatado del esceso
De fuerzas que le dió favor divino,
No desmayaba punto del progreso;
Bien ansí como campo peregrino
Que va cortando por lugar espeso
Árboles que perturban su camino,
Y hace, ya por llano, ya por cumbre,
Camino que dé menos pesadumbre:

Desta suerte llevaba recogidos
Los que sacó, mirando por sus vidas,
Y ansí nunca pudieron ser rompidos
Con lanzas ni macanas estendidas,
Aunque de flechas iban mal heridos,
Y el buen Diego Rincon con tres heridas;
Y con haber tan gran impedimento
Llegaron do llevaban el intento.

Allí fueron los golpes del espada
Tales, que porque no serán creibles
Pasa por ellos pluma mas templada
De lo que piden casos tan terribles,
Porque cosas hicieron al entrada
Del barco, que parecen imposibles,
Pues dejaron el agua del orilla
Harto mas colorada que amarilla.

Dentro ya de su barco con la gente
Que pudo recoger de su bandera,
Vido cómo traian al teniente
Indios á mal andar por la ribera:
Allá hizo remar incontinente,
Y con ciertos soldados salió fuera;
Despide Juan Gallegos sus temores
Viendo llegar tan buenos valedores.

Y ansí, movido de mortal enojo,
Acometió con toda la cuadrilla,
Mas luego le clavaron el un ojo,
De que cayó no lejos del orilla;
Los indios acullá sobrel despojo
Trabaron pesadísima rencilla,
Sirviéndoles los arcos de garrotes
Con que se lastimaban los cocotes.

Viendo Rincon la buena coyuntura,
Pareciéndole tiempo convenible
Entre tanto que la revuelta dura,
Que deseaban ser incorregible,
Echar el barco al agua se procura
Con la presteza que les fué posible,
Y lo que no podian varar antes
Muchos, agora pocos son bastantes.

Con la misma presteza referida
Metieron al Gallegos cuasi muerto,
El cual, aunque sanó de la herida,
No dejó de ganar nombre de tuerto;
Descuelga luego multitud crecida
De canoas que van al mismo puerto,
Y es tal la cuantidad que se presenta,
Que no se puede reducir á cuenta.

Porque se supo manifiestamente
Que con su potestad vino Melambo,
Que es la barranca donde de presente
El español que pasa halla tambo,
Y vino Pencellos, indio potente,
El gran Mompox, Tamalaisa Zambo,
Vino Chingalae, Cimiti, Maca
Y el gran cacique Tamalaguataca.

Chocorí, Chiquichoque, Talaigua,
Los indios de Tomala, los de Proa,
Con todos los demás que se averigua
Haber desde estos hasta Tacalos;
Y el que dejimos ser el estantigua
Y causa de venir tanta canoa,
Alonso, cierta guia de la danza
Y ordenador de toda la matanza.

Innumerables eran los salvajes,
A su modo feroces y gallardos,
Compuestas las cabezas con plumajes,
Proveidos de lanzas y de dardos,
De flechas venenosas los carcajes,
En las ejecuciones nada tardos:
La postura, talante y el denuedo
Al ánimo mayor pusiera miedo.

Ya por el horizonte ven los fines
De la luz y febeos arreboles,
Cuando llegaron á los bergantines
Que tenian toldados españoles;
Servian de trompetas y clarines
Marinos y muy grandes caracoles,
Cuyo son, que los pechos sobresalta,
Rompe del aire la region mas alta.

Espesas rociadas de las flechas,
Para la ejecucion de sus concetos,
Acia los blancos toldos van derechas
Tantas, que ya de blancos están prietos;
No tienen por inciertas las sospechas
De vellos todos muertos ó subyetos,
Y por mas abreviar aquel recuentro
Barloan para se les entrar dentro.

Y en aqueste primero movimiento
Era tan obstinada su porfia,
Que no se vió jamás atrevimiento
Con tal temeridad en osadía:
Nadie se espanta de se ver sangriento,
Ni del que de la vida se desvia,
Ni del que saca menos viva pieza,
Ni del que lleva tiro la cabeza.

Son tan impetüosos movimientos,
Temeridad, obstinacion, porfia,
Que sobrepujan sus atrevimientos
Cuantos pueden caber en osadía;
Caen indios en estos rompimientos,
Y con temor ninguno se desvia,
Ensangrentando bordos, popas, proas
De bergantines, barcos y canoas.

Porque cuando canoas llegan junto
Y de los bordos ven manos asidas,
Aquellas en aquese mismo punto
Quedaban de sus brazos divididas;
Muchos al agua van, uno difunto,
Otro con abundancia de heridas,
Otro que duro verso de fusiera
Los sesos le sacó de la mollera.

Mas no por esto concebian miedo,
Ni para removellos aprovecha,
Antes el indio con mayor denuedo
A derribar los toldos se pertrecha;
Y en descubriendo brazo, mano, dedo,
Era luego clavado con la flecha,
Dejándole también con la herida
Total desconfianza de la vida.

Rodeado de riesgo tan patente,
El español de vida desespera,
Y el bárbaro crüel, como lo siente,
Mayor priesa le da para que muera;
Van todos al amor de la corriente,
Llena de grandes fuegos la ribera,
Que mas de veinte leguas procedia,
Haciendo de la noche claro dia.

Como tenian á la mano breña,
Por el discurso dicho tienen hechos
Montones crecidísimos de leña
Que estaban encendidos á sus trechos;
La lumbre de los cuales les enseña
Ansí los daños como los provechos;
Vianse por la playa con la lumbre
De flecheros crecida muchedumbre.

Emparejando pues con el primero
El capitán Chamorro, que venia
De todos el mas sano y mas entero,
Asestó los versetes que traia,
Pareciéndole que de tal terrero
No podia salir bala baldía;
Y cuando componia su navío
Dió con él al través en un bajío.

Ansí como lo vieron encallado
En parte do no pudo salir luego,
Al instante se vido rodeado
De los que estaban cerca deste fuego:
Danle priesa por uno y otro lado
Sin concedelle punto de sosiego,
Tanto que del navío le sacaron
Un español que vivo desmembraron.

Nunca se vieron en asiento lleno
De grande muchedumbre de colmenas
Tantas abejas con aquel veneno
Que suele lastimar humanas venas,
Al tiempo que le sacan de su seno
El gustoso licor de que están llenas,
Cuantos tiros arronja la caterva,
Todos untados de rabiosa yerba.

Chamorro, como ve que el agua falta
Para poder nadar las carabelas,
En el bajío con algunos salta,
Espadas en las manos y rodelas,
Y á la gran multitud que los asalta
Hicieron retraer á las candelas:
Trabajan luego de salir del cieno
Hasta que ya hallaron fondo bueno.

Embárcase la gente como puede,
Huyendo los espesos macanazos;
Pero contrario Marte no concede
Ir salvas las espaldas y espinazos,
Porque ninguno dellos hay que quede
Por lo menos sin cinco ó seis flechazos
De tan rabiosa yerba, que ninguno
Dejara de morir con solo uno.

Murió Chamorro miserablemente
Ylos mas que salieron con heridas,
Pues de todos los barcos solos veinte,
Y aun menos, escaparon con las vidas;
Porque para la cura conviniente
Ningunas horas eran concedidas,
Perseverantes indios en su brio
Hasta que los echaron deste rio.

Llegados á la mar con mal viaje,
Conclusa la porfía del recuentro,
Y recogidos en aquel paraje,
Nuevos trabajos salen al encuentro;
Porque la fuerza grande del aguaje
Del rio los metió la mar adentro,
No podiendo pegarse con la costa
Por la fuerza de remos ser angosta.

Auméntase la pena y el recelo
Como se ven en este detrimento;
Y para mas crecer el desconsuelo
Agua dulce les falta y alimento.
Ojos del alma van al alto cielo
Demandando socorro de buen viento;
Y ansí sobre las ondas de Neptuno
Les vino viento fresco y oportuno.

Del deseado tiempo se aprovecha
La fatigada gente y afligida,
Y á Santa Marta van vía derecha,
Donde era deseada su venida;
Pero sabida la matanza hecha
Y los pocos que vuelven con la vida,
Ojos del pueblo todo fueron fuentes,
Llorando sus amigos y parientes.

Entre los que se van desembarcando
Vieron al Juan Gallegos salir tuerto,
Diego Rincon, que hoy vive, cojeando;
Y entonces los vecinos en el puerto
Estaban las exequias celebrando
De don Pero Fernandez, que era muerto,
Y hallaron también haber llegado
Juan Fernandez de Angulo por prelado:

Persona tal, que fué del cargo digna,
Y de subir á muy mayor altura,
Ansí por su católica doctrina,
Como por su virtud y vida pura;
Y en estos funerales él se inclina
A hacer los oficios como cura,
Porque las cualidades del difunto
No podian subir á mayor punto.

En armas y linajes varon claro,
Tales, que no merecen lenguas mudas:
Fué de los miserables gran amparo,
De huérfanos tutor y de viudas;
No supo de sus bienes ser avaro,
Ni faltaron á pobres sus ayudas;
Jamás dió los oidos á novelas,
Ni le hallaron vicios ni cautelas.

Fué muy comun aqueste sentimiento,
Por lo ser este bien que les faltaba,
Y su virtud, bondad, merecimiento,
A mucho mas aun los obligaba;
Compúsose terreno monumento,
Segun el orden dió quien celebraba,
En torno dél retratos de la muerte
Y letra que decia desta suerte:

Hac dominus Petrus Fernandez
Conditur urna;
Excelsus meritis, prosperitate minor.
Expensis multis quassibit barbara regna,
Indicat ipse viam, sustulit alter opes.

El buen don Pero Fernandez
Yace en esta sepultura,
No muy lleno de ventura,
Pero con méritos grandes;

Puso á descubrir el pecho,
Haciendo armadas apuesta,
Y habiendo hecho la costa,
Otro gozó del provecho.

Los españoles en aquella era
No dejaban de estar enflaquecidos,
Y cuantos indios hay en la frontera,
Desvergonzados, sueltos y atrevidos:
Templáronse después en gran manera
Con el rumor de los recién venidos,
Que bien pensaron que de Cartagena
Enviaban ayuda muy mas llena.

Después para gobierno del cristiano,
Que el pueblo sustentaba por España,
Lúis de Manjarés tomó la mano,
Y en guerra y paz se dió tan buena maña,
Que de los suyos un hecho liviano
Se podria vender por gran hazaña,
Pues con los mas indómitos y fuertes
Le sucedieron venturosas suertes.

Cuanto por allí cifie la mar fonda
Hizo venir de paz y á servidumbre,
Quebrantó las cervices del de Bonda,
Haciéndolo mudar de su costumbre,
Y todos los demás de la redonda
Le sirvieron á él sin pesadumbre:
Decian Concha, Gaira y el Dorsino
Haber resucitado Palomino.

Y sus hechos no fueron desiguales,
Ni menos liberal en las mercedes,
Ardides en la guerra principales
Para poder hüir bárbaras redes;
Eran entonces sus colaterales
Diego Rincon y Diego de Paredes,
Que viven hoy y en Tunja son vecinos,
De gran honor y de memoria dignos.

A Pocigueyca fué con tal fortuna,
Que ningun compañero dejó muerto,
Y al pueblo de Carbon, el cual repuna
Dejarse visitar del mas esperto;
Fué antes y después fuerte columna
Que sustentó las cosas deste puerto
De Santa Marta, con hacer entradas,
Que hizo muchas bien aprovechadas.

Poco después por la real audiencia
Hierónimo Lebron fué señalado
Para gobernador desta tenencia,
Circunspecto varon y aventajado;
Y vino por jüez de residencia
Alanís de la Paz, un licenciado,
Y segun su poder, administraba
Cada cual dellos lo que le tocaba.

Esto con la posible vigilancia,
En guerra y en negocios ordinarios;
Pero cerca de aquesta circunstancia
Los modos de los dos eran contrarios,
Porque Alanís de Paz con gran instancia
La cobranza buscó de sus salarios,
Y ansí ya por derechos ó cohechos,
No fueron los menores sus provechos.

Hierónimo Lebron vela su puerto
Y busca gente bien aderezada,
Reduciendo las cosas á concierto
Con que pueda hacer una jornada
A lo mismo que tiene descubierto
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Porque fama comun le certifica
Estar en posesion de tierra rica.

Para cuyos efectos se mejora
Con gente baquiana su bandera,
Con la cual fué camino de la Tora
Diego Rincon guiando la carrera:
Mas no tractaré della por agora,
Por reservarse para la tercera
Parte, donde, con el favor divino,
Larga cuenta daré deste camino.

Cuando partieron estas compañías,
Vió, segun dicen, del mortal subyecto
Don Juan de Angulo las postrimerías,
Obispo principal y varon recto;
Y desde á poco número de dias
Fué en su lugar Calatayud electo,
Fraile hierónimo, de quien dí cuenta
En lo que mas atrás se representa.

Desque Hierónimo Lebron anduvo
Aquel camino, no sin buena maña,
Con el gobierno que su padre tuvo
Don Alonso Luis vino de España:
También diré después lo que mas hub
Y lo que trabajó por la montaña
Al tiempo de venir al Reino-Nuevo,
Porque tractando dél allí lo debo.

Estuvieron aquestas compañías
Debajo de sus sueltos pareceres,
Subyectos á no pocas demasías,
Aprovechándose de sus haberes:
Después el licenciado Miguel Diaz
Vino con bastantísimos poderes;
Y aunque notado de lascivos hechos
Nunca lo fué de robos ni cohechos.

Con todo esto tuvo residencia
De las de por acá la mas terrible;
Después la majestad y la potencia
De Cárlos quinto, césar invencible,
Al Nuevo-Reino dió real audiencia,
Porque le pareció ser convenible;
Y desde entonces ella proveia
A Santa Marta quien le parecia.

Vido Calatayud su postrer dia
Por aquel tiempo y en aquel verano,
Y vino con el cargo quél tenia
Don Juan de Barrios, fraile franciscano,
Predicador en quien resplandecia
Virtud, bondad, valor, celo cristiano,
Incorrupto jüez, pastor entero,
Y destos arzobispos el primero.

Por cuyo fin tenemos hoy segundo,
Que se dice don fray Lüis Zapata
De Cárdenas, en este Nuevo-Mundo
La cuarta dignidad de que se trata;
Elogio le daremos mas profundo
Si nuestra vital trama se dilata,
Porque como la tal se me conceda,
Lugar mas á propósito le queda.

Tractaremos después en sus lugares
De cada cual á tajo mas abierto;
Y agora vamos á los seculares
Jüeces que vinieron á este puerto,
Para que los confines destos mares
Estuviesen en orden y concierto:
Pues, como dicho tengo, los oidores
Proveian aquí gobernadores,

Por defender del bárbaro cercano
Tan importante desembarcadero;
Y el primero que vino por su mano
Conocí ser un noble caballero,
Andrés Lopez Galarza, que era hermano
De Galarza, también oidor primero;
Después Luis Pardo, Luis de Villanueva,
Que dieron de valor bastante prueba.

Y á Manjarés se tuvo gran respeto
En cometer también aquel gobierno,
Por ser á todos capitán aceto,
Segun ha dado cuenta mi cuaderno;
Pero ya lo traian inquieto
Envidias y malicias del infierno,
Maculando sus honras y trofeos
Con falsísima voz de casos feos.

Y aunque cualquiera dellos fué patraña,
Testigos falsos lo hicieron leso.
Tanto, que lo llevaron en España
Y ante el emperador pareció preso;
Mas justicia, verdad y buena maña,
En aire convirtieron aquel peso;
E yo ví los testigos y malsines
Cómo todos ovieron malos fines.

A su casa y honor volvió pujante,
Libre de la maldad que le fué puesta,
Mediante su descargo ser bastante
Y católica vida manifiesta:
Contra fortuna se mostró constante,
Tanto mas cuanto mas era molesta:
Trajo sus indios y repartimientos
Y cargos honorosos con aumentos.

Hizo con los estremos de presteza
Después que vino, sin tomar resuello,
En términos de Bonda fortaleza
Que fuese duro yugo sobre cuello;
Usó de los ardides y destreza
Que fueron necesarios para ello,
Por que los indios todos del terreno
Tentaron siempre de quebrar el freno.

Mas él salió muy bien con el intento,
Y el del bárbaro fué trabajo vano;
Al fin los años y el quebrantamiento
Lo privaron del gozo de hombre sano,
Y así murió con gran conocimiento
Hechas las diligencias de cristiano:
Vívenos hoy su hijo don Antonio,
Que de sus hechos da buen testimonio.

Absente Manjarés de aquestos mares
Cuando en España daba su descargo,
Un caballero Gregorio Süarez
De Deza, vino luego con el cargo,
Cuyos servicios fueron singulares,
Aunque su galardon fué nada largo;
Pues honestísimas hijas que deja
Tienen de su fortuna justa queja.

A este sucedió por varon dino
En la gobernacion destos conveses
Juan de Otalora, noble vizcaino;
Y este gobernador algunas veces
El puerto defendió del torbellino
Y levantada furia de franceses,
Porque esta poblacion en tiempos varios
Ha sido molestada de cosarios.

Unas veces robando sus caudales,
Sin poder escapar la menor pieza,
Otras, que por venganza de sus males
El español las armas adereza,
Y con ayuda de los naturales
También les han quebrado la cabeza;
Aunque decian: á la yerba fina
«¡No forsa, no, la mala salvajina!»

Pero después la yerba del salvaje
En ellos imprimió de tal manera,
Que muchos acabaron el viaje
Antes de se partir desta ribera,
Y los hallábamos al rebalaje
Del agua que la mar echaba fuera;
Porque por ser canalla mal regida,
Ningunos escapaban con la vida.

Otras veces por falta de caudillo,
O posible de armas y de gente,
En viendo por la mar algun barquillo,
Aunque no conociesen mal patente,
El vecino cogia su hatillo
Y el rico mercader por consiguiente,
Huyendo la doncella y la casada,
Una desnuda y otra destocada.

Y todos en comun huian luego
Metiéndose por bosques y por cumbres,
Con el rebato y alboroto ciego
Que en los honestos usos y costumbres,
Demás del general desasosiego,
Causaba muchas otras pesadumbres;
Porque, rio revuelto, los mayores
Ganancia dicen ser de pescadores.

También vimos soldados principales
Mas que de paso ir este camino,
A cuestas sus alhajas y caudales,
Y cofres proveidos de oro fino;
Y aun suelen trompezar en otros males
Causados por el bárbaro vecino,
Pues muchas veces nos hacian guerra
Franceses por la mar, indios por tierra.

Y ansí, yendo cubiertos por florestas
Lũis Feijo con otros seis soldados,
Con un cofre de barras á sus cuestas
Que bien valia veinte mil ducados,
Subiendo por las cumbres mas enhiestas
Del Dorsino, do van encaminados,
El cofre del caudal puso en el suelo
Y encima dél un pardo herreruelo.

Y por le parecer lugar seguro,
Sentóse para descansar encima,
A tiempo que hacia muy obscuro
Por ser después del cuarto de la prima;
Estaban cerca de vecino duro,
Cuyo compás también les pone grima;
Sintiéronlos los indios, y están ciertos
Ser gente que huia de los puertos.

Hecho pues por espías el acecho,
Pareciéndoles buena coyuntura
Para que no perdiesen el provecho
Que tan cerca les puso la ventura,
Juntáronse para venir al hecho
Y acometieron con la noche obscura,
Tirando muchas flechas silbaderas,
Y gritando por cima las laderas.

En oyendo la grita y estampida,
En tales ocasiones estupenda,
Abrevian piés cristianos la hũida
Dejándoles aquella rica prenda,
Teniendo por mejor salvar la vida
Que perdella demás de la hacienda:
Y ansí se la dejó, sin hacer cuenta
De podella sacar desta tormenta.

Acudieron los indios al rancheo
De lo quel español allí les trajo,
Y cogen el hatillo de voleo,
El lio, la petaca y el refajo;
Asen bárbaras manos del manteo,
Y no vieron estar cofre debajo,
De suerte, que dejaron en lo raso
La presa que hacia mas al caso.

De manera, que su caudal escapa,
Sin que fortuna le hiciese mella;
Pero cerca de defender su capa,
Aquello quél no pudo, pudo ella,
Pues no las faltas, mas las sobras tapa,
Y defendió mejor la rica pella;
Y por dejar al amo con que viva,
Ella tuvo por bien de ser captiva.

Y cuando ya sus rayos estendia
Apolo por aquella cordillera,
Con aumento de buena compañía
Que fuerza de los indios resistiera,
Volvió Frisol adonde le dolia,
Que de su buena dicha desespera;
Mas aunque con recelos y confuso
Su tesoro halló donde lo puso.

También Juan Alemán por un recuesto
Iba con lleno cofre de oro fino,
Y á causa de volver al pueblo presto,
Púsolo separado del camino:
Para volver después al mismo puesto
Faltó la providencia de buen tino;
Halláronlo trabajos y porfías,
Mas el desgusto fué de hartos dias.

Estas cosas y otras acontecen
En aquellos lugares cada dia,
Donde los sobresaltos que padecen
No puede recoger mi fantasía;
Ni yo podré decir lo que merecen
El contador Bartolomé García
Y Castro, que gran número de años
Aquel puerto defienden destos daños.

Porque gentes finítimas á Flandes
Visitan aquel puerto con frecuencia;
Y en este tiempo fué Pero Fernandez
De Bustos con gobierno y eminencia,
Cuyas virtudes y proezas grandes
Merecen pluma de mayor esencia,
Y ansí por su valor el rey ordena
Que pase á gobernar á Cartagena.

Otros tenientes hubo, mas no siento
Hecho que de memoria sea digno,
Sino que la justicia y regimiento
Proveyeron después lo que convino,
Y sustentaron bien aquel asiento
Hasta que don Lũis de Rojas vino;
Cũyo gobierno fué no sin espanto,
Y ansí lo trataré con nuevo canto.

ELOGIO

de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido el tiempo que allí gobernó.

CANTO PRIMERO.

La providencia santa de los reyes,
A quien siguen humanas voluntades,
Suele poner y suele quitar leyes,
Segun por tiempos hay necesidades,
Para regir y gobernar las greyes
Subyectas á sus altas potestades;
Y si sus pueblos van en crecimiento,
También de sus jũeces hay aumento.

En aquestas provincias y regiones
De las Indias ansí les acontece,
Pues como van creciendo poblaciones
De reinos y provincias, también crece
El número de las jurisdiciones,
Señalando lo que les pertenece
A los jũeces, para que descierna
Cada cual en aquello que gobierna.

Estando pues del reino separados
Doscientas leguas estos moradores,
Para poder mejor ser gobernados
El rey les envió gobernadores;
Y ansimismo fundó dos obispados
Por ser ya necesarios dos pastores;
Y Santa Marta y otros comarcanos
Son hoy al Nuevo-Reino sufraganos,

Por estar hoy arzobispal audiencia
En Santa Fe de Bogotá fundada,
Y catedral que con papal licencia
Fué desde Santa Marta trasladada,
Do hacen dignidades asistencia,
Persona cada cual cualificada,
Que por sus grandes letras y costumbres
Merecian tener mas altas cumbres.

Primer dean fué don Francisco Adame,
Ilustre vaso de virtudes lleno:
Tal me manda razon que yo lo llame,
La cual en su loor no sufre freno,
Pues escepta malicia del infame,
Ninguno negará ser varon bueno;
Llevólo poco ha Dios á su gloria,
Y ansí nos queda sola su memoria.

Ornamento segundo de aquel templo
Es don Lope Clavijo, arcediano,
Que en letras, en doctrina y en ejemplo
Se muestra ser católico cristiano,
Cuya bondad y merecer contemplo
En honor de lugar mas soberano,
Pues para ir á dignidad mas alta
De lo que se requiere nada falta.

Deste reverendísimo senado
Es el chantre don Gonzalo Mejía,
En quien aquel honor mas encumbrado
No podemos llamalle demasía;
Varon insigne, siempre respetado
De legos y de nuestra clerecía,
Por haber sido siempre don Gonzalo
A todos bueno y á ninguno malo.

Está también en el ilustre coro
Un don Miguel de Espejo, tesorero,
No solo tesorero, mas tesoro,
Honra y autoridad de nuestro clero;
Cuyas sentencias son bocados de oro
Que hinchen el jüicio mas entero:
Al fin es luz y lumbre tal Espejo
De juvenil edad y del mas viejo.

Erigiéronse pues dos obispados
De uno que no fué de gran sustancia,
Por estar los lugares apartados
Espacio de grandísima distancia,
Y no podian bien ser visitados,
Segun pide cristiana vigilancia;
De manera que Santa Marta tiene
Obispo de por sí, como conviene.

Fué fray Juan Mendez, fraile dominico,
El primero que por obispo vino,
Hombre modesto, de talento rico,
No menos virtüoso que benino;
Y en todo lo demás yo certifico
No ser de tanta dignidad indino,
Porque en aqueste reino fué su vida
Gran número de años conocida.

Murió cuando venia visitando
Las ovejas que son de aquel aprisco,
Y por su muerte vino con el mando
Otro docto varon, fraile francisco,
Que se dice don Sebastian de Ocando,
Digno pastor de muy mas alto risco,
De cuya cristiandad, virtud y ciencia,
Tenemos por aca gran esperiencia.

Convento se fundó dominicano
En este mismo tiempo que refiero;
De prelados que en él tuvieron mano
Un fray Lüis de Orduña fué primero,
De varia erudicion, de pecho sano,
Y en vida y en doctrina muy entero,
A cuya potestad es obediente
El convento de Tunja de presente.

Volviendo pues á los gobernadores
Que de España vinieron proveidos,
Sé decir que con sus competidores
De Bonda, Poclgueyca y sus partidos,
Fortuna no les dió tantos favores
Que mas no fuesen desfavorecidos;
Y el suceso de don Luis de Rojas
No se puede decir en pocas hojas.

Pero como me tienen puesta tasa
Otras ocupaciones manuales,
Y es la presente tempestad escasa,
Porque no todos tiempos son iguales,
Solamente diré de lo que pasa
Los acontecimientos principales,
Porque se vea desta serranía
Su fuerza, su valor y su porfía.

Vino pues Rojas año de setenta,
Con su mujer, criadas y criados,
Pero no con el fausto que se cuenta
De los gobernadores atrasados;
Mas de sus patrimonios y su renta
Todavía gastó con los soldados
Que trajo, cuyo número no enseño
Porque segun parece fué pequeño.

Todos los moradores deste puerto
Lo recibieron generosamente;
Y como Manjarés fuese ya muerto,
Y el buen Pero Fernandez dél absente,
Regia por buen orden y concierto
Un Francisco de Castro su teniente;
Y entonces él tenia gente presta
Para ir á la sierra mas enhiesta.

Eran ciento y ochenta los soldados,
Serian de caballo los cincuenta,
Los unos y los otros pertrechados
De lo que demandó guerra sangrienta,
Arcabuces y tiros preparados,
Azadones y toda herramienta;
Y el Castro, que podemos decir casto,
De todas estas cosas hizo el gasto.

Llevâronse también ciertos lebreles,
El uno dellos perro señalado,
El cual en guerras de indios infieles
No ganó menos quel mejor soldado,
Y ansí por hechos malos y crüeles
Fué de diversas partes desterrado:
Llamábase Amadis, y fué mas fiero
Quel otro fabuloso caballero.

Armábanlo también de duro fardo
Como fuese patente la rencilla;
El cual sabia dar tan buen reguardo
Al tiempo que rompia la cuadrilla,
Que piedra, palo, flecha, lanza, dardo,
Era si le tocaba maravilla;
Del cual tenia Castro confianza
Como de un escuadron de gran pujanza.

Porque su principal intencion era
Entrar á Poclgueyca por la cumbre,
Tomando mas atrás la cordillera
Para llegar con menos pesadumbre,
Y allí fortalecerse de manera
Que viniesen á dar la servidumbre,
Con asentar en la mayor altura
Y en ella colocar nueva cultura.

Nombró por capitán y por caudillo,
Repartiendo la gente que se saca,
Al animoso Diego Jaramillo
Y á Fernán Rüiz Cabeza de Vaca,
Que fué con sus consejos el castillo
Que los mayores ímpetus aplaca;
Fué otro capitán un Fernán Perez
E un Simon de Silva por alférez.

Mayor sarjento fué Carlos de Vera,
Que de veras su buen valor enseña;
Y no menos á toda la bandera
En combatir la mas soberbia peña
El circunspecto Pedro de Ribera,
Natural de la villa de Guareña,
De quien pudiera bien hablar mi boca
Si no fuera negocio que me toca.

Pues como don Lüis de Rojas vino,
Pareciendo negocio conviniente,
No quiso perturballes su desino,
Antes al Castro hizo su teniente,
Y al mozo Juan de Rojas su sobrino
Por maestre de campo juntamente,
El cual era de buena compostura
Si fuera tan compuesto de ventura.

Y entonces, como gente novelera,
A ver al don Luis eran llegados
Los indios que mandaban la frontera,
Que fueron del teniente convidados,
Y sobre mesa puestos en collera,
Donde estuvieron todos bien tractados,
Porque para seguir aquel intento
No le fuesen algun impedimento.

Pues nunca cosa que español pretenda
Puede ser por allí tan entre dientes,
Que por indios ladinos no se entienda
Y estos avisen luego á sus parientes;
Y para hacer Castro su hacienda
Fué bien asegurar inconvinientes,
Porque cualquier estorbo que dé pena
El indio de paz es el que lo ordena.

Y aun suelen ayudar al enemigo
Cuando se muestran mas acariciados,
Y porque nadie pueda ser testigo
Van con betun de bija disfrazados;
Por estos malos usos, como digo,
Consigo los llevaron enlazados:
Uno de los caciques fué Coendo,
De los indios de Bonda mas horrendo.

Castro lo halagaba y abrazaba,
Prometiéndole dar de sus despojos;
Mas él de tal manera se mostraba
Que no disimulaba los enojos,
Tanto que parecia que lanzaba
Vivas llamas de fuego por los ojos,
Revolviendo venganzas en su pecho,
Después reconocidas por el hecho.

Estando preparados desta suerte
Teniente, general y compañías,
Al efecto ya dicho se convierte,
Presos estos caciques y las guias;
Y ansí partieron á la casa fuerte
De Bonda, do estuvieron cuatro dias,
Acampañándolos muchos vecinos
Y el dicho don Lüis y sus sobrinos.

Al principio del año que siguiente
Fué sobre tres quinientos y setenta
Del parto de la Virgen escelente,
Segun suele medir cristiana cuenta,
De Bonda salió Castro con la gente
A la jornada que se representa;
Y en efecto llegó con la que saca
Al ancon y provincia de Guachaca.

Para tomar allí buena carrera
En la prosecucion de su interese,
Con cierta gente fué Carlos de Vera
Para que por el rio descubriese,
Ayudado de Pedro de Ribera,
El camino que mas cómodo fuese;
Caminaron lavándose la planta
Y algunas veces hasta la garganta.

Dos dias trabajaron, pero como
Fuesen de poco fruto las porfías,
Sin enhestar el fatigado lomo,
Volvieron á buscar por otras vias
Y dieron en un pueblo dicho Domo,
A cabo ya de tres ó cuatro dias,
Y en otro Bohocó, que es su vecino,
Que de paz les salieron al camino,

Dándoles de comer bastantemente
De sus manjares mas acostumbrados,
Que segun la tenian de presente
Para su hambre fueron regalados;
Ansimismo llevaron al teniente
Destos indios gran número cargados
De yucas, de batatas y maices,
Y otras diversidades de raices.

Otro camino fué Diego de Andrada,
Hidalgo portugués, noble persona,
Y dijo cómo tiene rastreada
La poblacion que dicen Cincorona,
Y ser aquella la mejor entrada
Para llegar al valle de Tairona:
De cuya causa se partieron luego,
Y pasaron el rio de Don Diego.

El campo junto con razon bastante
De su viaje para proseguillo,
Castro mandó que pasen adelante,
El maese de campo por caudillo;
Escogióse pues gente vigilante,
Entrellos el Ribera y Jaramillo
Y el capitán Maceta, vizcaino,
Con aquel aparato que convino.

Tomados cuatro dias de sosiego,
Con guias y con paso diligente
Volvieron sobrel rio de Don Diego,
Do los indios tenian una puente,
No buena para caminante ciego,
Por estar de dos árboles pendiente
De yedras correosas de arcabucos,
A los cuales acá llaman bejucos.

Hallan cortados los espesos ñudos
Por mano de la bárbara canalla,
Y á nado pasan sobre los escudos
Soldados que pudiesen remedialla,
Espadas en las bocas y desnudos,
Porque su desnudez era la malla;
Pero no ven en la contraria banda
Contrarios que perturben su demanda.

Tomaron con trabajo la ribera,
Por ser impetüosa la corriente,
Y el paso remediaron de manera
Que pasaron por él bagax y gente,
Y ansimismo después la que zaguera
Quedaba con el general teniente.
Hallaron luego copia de bohíos,
Pero de moradores ya vacíos.

Paró por descansar el caminante
En un pueblo de buena compostura,
De fértiles labranzas abundante,
Pero no vian viva criatura;
Y tendiendo los ojos adelante,
Tres atalayas ven en un altura,
Y el Juan de Rojas dijo: «Bien seria
Que tomásemos uno para guia.

»Y no seria débil la hazaña
Del soldado que tales piés tuviese
Que cubriéndose bien con la montaña,
Hasta llegar ninguno lo sintiese,
Y en lo raso se dé tan buena maña
Que por lo menos uno no se fuese,
Sino que cuando por la loma salga
Hacer que lijereza no le valga.

Oido por el Pedro de Ribera
Con otros tres de no menos soltura,
En ese punto suben la ladera
Metidos por el monte y espesura:
Los indios venlos cuando salen fuera,
Y cada cual sus pasos apresura;
Pero tan bien corrieron los cristianos,
Que los dos les quedaron en las manos.

Llevados estos dos por los cabellos
Do esperan españolas compañías,
El Juan de Rojas se holgó de vellos,
A causa de tener mejores guias:
Pusiéronles prisiones en los cuellos,
Y ansí les enseñaron breves vías
Para llegar al dicho Cincorona,
Donde no se halló viva persona.

Cuantidad hubo harta de alimento,
Aunque ningun tesoro para el arca.
Seis dias hacen de detenimiento
Por la gran poblacion que se demarca
Y ser aquel el principal asiento
A quien obedecia la comarca:
Algunos indios van por los oteros
Dando mil gritas y haciendo fieros.

Y en efecto la gente que se halla
Recogida de pueblos comarcanos
Un dia presentaron la batalla
A nuestros peregrinos castellanos:
La tierra se convoca para dalla
Juntandose los mozos y los canos;
Pero por cosa cierta se averigua
Faltalles ya la potestad antigua.

Porque considerando lo presente,
Ansí de gente como de riqueza,
Está de lo pasado diferente
Y mil leguas atrás de su grandeza,
Y á mas andar se pierde la simiente
Desta mas que bestial naturaleza;
Y el venir tan á menos esta tierra
No podemos decir que fué por guerra.

Pues son, por los compases de aquel trecho,
Segun y como mas atrás refiero,
Contadas las entradas que se han hecho
Sacando por rescates el dinero:
En esto reparaba su provecho,
Quedando lo demás sano y entero;
Y si encuentros otros han tenido
Mucho mas han ganado que perdido.

Ver pues tan pocos de tan larga suma,
A mí me da motivo y argumento,
Sin entendello, para que presuma
Que gente de tan mal conocimiento
Ha de permitir Dios que se consuma,
Y llegue su total acabamiento;
Pues nunca se verá jamás centella
En ellos de virtud, ni han olor della.

Pero costumbres se verán malditas
En los que parecieren mas enteros,
Y por la mayor parte sodomitas,
Idólatras y grandes hechiceros,
Con otras abusiones infinitas
Cerca de juzgar cosas por agüeros:
Adoran en efecto los demonios,
Y aquestos no son falsos testimonios.

Malicias hartas reinan en su seno,
Y allá van do la carne los inclina,
Sin haber cosa que les ponga freno
De las que suelen darnos medicina;
Saben cuál es lo malo, cuál lo bueno,
Y siguen lo peor a la contina:
Gente tan sin virtud, tan monstrüosa,
Que de ley natural no guarda cosa.

Padre con hija, hermano con hermana,
Acontece servilles de maridos;
Ninguno dellos vi que tengan gana
De ser en buenos usos instruidos,
Aunque la voz de religion cristiana
También les ha tocado los oidos:
Un barbarismo es sin luz de ciencia
Y sin remordimiento de conciencia.

Sonles buenos consejos odiosos
Y todo lo que en sí virtud encierra;
Pero flojos no son ni perezosos
En el labrar y cultivar la tierra;
En sus oficios son ingeniosos,
Y la holgazanía se destierra:
Hay muchos tejedores, hay plateros,
Y muchos, de sus usos, carpinteros.

Horadan piedras en color sangrientas,
No malas para mal de los riñones;
Tejen para sus compras y sus ventas
Mantellinas pulidas de algodones;
También se labran muy menudas cuentas
De conchas que llamamos nacarones,
Que por aqueste rëino y su distancia
Un tiempo fué rescate de importancia.

Para sus guerras y otros usos vanos
Tienen de plumas ricos ornamentos,
Con que los capitanes mas lozanos
Manifiestan sus bravos pensamientos....
Y ansí vienen agora muy galanos
A los premeditados rompimientos,
Dejando las alturas y peñoles
Para probarse con los españoles.

No torbellino ni huracán viento
De la media region del aire llega
Con tan apresurado movimiento
Cuando rompe la nube que congrega
Exhalacion del árido elemento,
De la cual con violencia se despega
Huyendo las frialdades de la nube,
Adonde por calores del sol sube:

Cuanta fué la braveza y el estruendo
Que la bárbara gente representa,
Al tiempo que venia descindiendo
Llena de furia, de temor exenta,
Y grita que los aires va rompiendo,
Con intencion y voluntad sangrienta;
Y con aquel furor en breves puntos
Los unos y los otros se ven juntos.

Ordénase la gente castellana
Aprestando siniestras y derechas,
Rompen rodelas golpes de macana,
Traspasan los escudos duras flechas;
Pero con todo esto poco gana
La bárbara nacion contra las mechas
Del arcabucería, cuyos tiros
Causan allí mortíferos sospiros.

El lebrel Amadís, viendo la caza,
Bien como lobo dentro de cabañas,
Unos derriba y otros despedaza
Echándoles de fuera las entrañas,
Hasta hacellos escombrar la plaza
Metiéndose por ásperas montañas,
Quedando solamente del rüido
Ochoa, viscaino, mal herido.

Pero mediante cura quedó bueno
Por esperimentados cirujanos,
Porque los moradores deste seno
No todas veces tienen á las manos
La yerba ni mortífero veneno
Usado de los indios comarcanos:
Dicen también que no prevalecia
Por ya participar de tierra fria.

Vencidos de la suerte que refiero,
Con tres cabezas de indios principales
El Juan de Rojas hizo mensajero
Para llamar al Francisco Gonzalez
De Castro, general, y por ligero
Fué para presentar estas señales
De los que quebrantaron vital gonce
El alguacil mayor llamado Ponce.

Partió, dadas las nuevas, al instante
Y á Cincorona llega, de do luego
Juan de Rojas partió con el restante
A Taironaca sin tomar sosiego,
Que estaba dos jornadas adelante
Pegada con el rio de Don Diego,
Pueblo que segun consta de presente
No debia de ser poco potente.

Ciudad pajiza, pero bien fundada,
Escombrada por parte del oriente:
Es una de sus plazas enlosada
De lajas grandes, puestas igualmente,
Y su hechura va triangulada
Por cada parte cien pasos de frente,
Y en las tres puntas tres grandes caneyes,
Moradas y aposentos de sus reyes,

Que son también pajizos aposentos,
Do suelen morar muchos de consuno,
Y se podian bien sobre trescientos
Soldados alojar en cada uno,
Con servicio, caballos y ornamentos,
Dando lugar á todos oportuno:
Eran pues estos tres de las esquinas
Del rey, hijos, mujer y concubinas.

Como llegasen pues á Taironaca,
Y el lugar estuviese todo vaco,
El español ningun provecho saca
Donde pensó hallar próspero saco,
Porque demás de la defensa flaca,
En todo lo demás estaba flaco:
De Pedro de Ribera sé que trajo
Como trescientos pesos de oro bajo.

Vinoles el cacique después desto
Prometiendo de paces el enmienda,
Y entendióse venir con presupuesto
De procurar de ver aquella prenda,
Cuya razon les hizo manifiesto
Estar ya muy atrás en su hacienda,
Porque sollan ser gentes tan largas,
Quel oro de guanî daban á cargas.

Pero mirado bien aquel terreno
Cuya dispusicion da mil contentos,
Enamorados del lugar ameno
Y la fertilidad de los asientos,
Parecióles que allí seria bueno
Poblar y señalar repartimientos;
Y ansí Castro pobló segun es uso,
Y al nuevo lugar Ecija le puso.

Cabildo se nombró, con las decencias
De personas honrosas y buen vaso;
Autos se pronunciaron y sentencias,
Tomada posesion en campo raso,
Haciéndose las otras diligencias
Que se suelen hacer en este caso;
Labrando con hervor en los lugares
De sus huertas, estancias y solares.

Y visto por los indios comarcanos
Aquel negocio ser de permanencia,
Por ver edificar á los cristianos
Con una fervorosa diligencia,
Viniéronles de paz los mas cercanos,
Y al rey Filipo dieron obediencia,
Ayudando también con sus servicios
A levantar los nuevos edificios.

Después de reposar dos ó tres meses,
De los ochenta dellos hubo junta,
Armados de arcabuces y paveses
Para ver lo demás que se barrunta
A ver por las alturas y conveses
Que acia Rio-Grande hacen punta,
Porque por el compás de aquella frente
Nunca jamás llegó cristiana gente.

Como subiesen mas á los altores
Los ochenta, que todos son infantes,
Descubriéronse pueblos muy mayores
De los que por la sierra vieron antes,
Desamparados de sus moradores,
A causa de estar todos vigilantes
Con muchas atalayas por los visos,
Que por momentos daban los avisos.

Mas como viesen en un alto cerro
Estar cierto gandul por atalaya,
No tuvieron por culpa ni por yerro
Estorballe que á dar las nuevas vaya,
Y ansí soltaron el crüento perro,
Que no tiene pereza ni desmaya,
Hasta hacer con su crüel gobierno
Que llevase las nuevas al infierno.

Aquel lugar estaba confiado
Del especulador que lo velaba;
Pero de duras parcas ocupado,
No pudiendo llegar do deseaba,
Tomaron aquel pueblo descuidado
Con cuanta gente dentro dél estaba:
Procuraron con pax dalles contento,
Y ansí no se les dió desabrimiento.

Allí duermen con guarda vigilante,
Después de dar al cuerpo su sustento,
Y cuando ya lumbre radiante
Salia de dorados aposentos,
Determinaron de pasar delante
En la prosecucion de sus intentos:
Vieron después de hecho gran desvío
Un valle fondo y un pequeño rio.

Haciase de dos lomas peladas,
Asperas cuestas y derrumbaderos,
A causa de que son avolcanadas
Y son bien necesarios piés lijeros;
Abajo vieron casas asentadas
Y al morador hüir por los oteros;
Háblanles lenguas desde los altores
Diciéndoles que no tengan temores:

Que bien puede volverse cada uno
A sus casas, labranzas y heredades,
Pues no van á hacelles mal alguno,
Sino para sinceras amistades;
Demás de nadie selles importuno
En les contradecir sus voluntades,
Porque no se pretende dar disgusto
A los que se llegaren á lo justo.

Cada cual dellos la mujer absconde,
Aunque los llaman amigablemente;
Mas un bárbaro viejo les responde:
«El cacique traerá toda su gente;
Con que vosotros no salgais de donde
Os vemos reparados al presente,
Ni llegueis á morada deste puerto
Hasta ver si venimos á concierto.»

Concedidas aquestas peticiones,
Siéndole dicho que sin temor venga,
Llegóse mas á nuestros escuadrones
Y hízoles allí mayor arenga,
Sacandoles mas llenas condiciones
A fin de que la gente se detenga,
En tanto que la suya desparece
Con el batillo que le pertenece.

Tomada la demora que convino
Para poner en cobro sus caudales,
Apresuró los piés aquel vecino
En busca de los otros naturales;
Y en breves horas el cacique vino
Con ocho capitanes principales,
Mas segun eran, túvose sospecha
Ser indios de la mas baja cosecha.

Dijéronles que vuelvan intramuros
Con sus mujeres, hijos y haciendas,
Pues en ninguna parte mas seguros
Que dentro de sus casas y viviendas;
Que no son tan tiranos y tan duros
Que quieran despojallos de sus prendas:
«Y solamente somos pretendientes
De haceros amigos y parientes.

»Aquí traemos paz y no cizaña,
Ni nos suelen mover otros respetos
Sino servir al grande rey de España,
A quien los orbes dos están subyetos;
Y los que en su servicio se dan maña
Viven salvos, seguros y quietos:
Llamad pues los demás á mi presencia,
Para le dar servicio y obediencia.»

Los bárbaros responden con razones
Que para lo hacer no van derechas;
Y viendo Rojas tales dilaciones
Y otros indicios malos y sospechas,
Mandó que los echasen en prisiones
Quitándoles los arcos y las flechas:
Pusiéronles collera y arropea,
Y dentro deste pueblo se ranchea.

La sombra fresca del supremo monte
Venia ya cubriendo la ladera,
Y en aquel hemisferio y horizonte
Apolo daba fin á su carrera,
Y las obscuras nieblas de Aqueronte
Se daban priesa para salir fuera,
Cuando vieron bajar por un recuesto
Gandul empenachado bien dispuesto.

En todos sus meneos y semblante
Representaba singular soltura:
Tenia proporciones de gigante,
Y no menos feroz en la postura,
Con un carcax de flechas abundante,
Cubierta solamente la cintura,
Arco que de los hombros ya pendiente,
Y en las manos macana prepotente.

Cada cual español está confuso
Viéndolo descender con tanta gana,
Con armas y pertrechos de su uso,
Que son el arco, flechas y macana,
Sin detenerse hasta que se puso
Delante de la gente castellana,
Con tanta baraunda y desatino
Como si fuera espíritu malino.

Pues en el punto que llegó comienza
Con grandes voces y palabras rasas:
«¡Salid! salid! bellacos sin vergüenza,
Sin que mas reposeis en nuestras casas;
Que si ventura quiere que yo venza
Os tengo de quemar en vivas brasas:
¡Salid! salid! salid! malos cristianos,
Recebireis regalos de mis manos.

»Llegados son vuestros postreros hados,
Que de mi furia no podeis hüiros.
¿Aguarichas estaisos encerrados?
¿De temor de la muerte dais suspiros?
¡Mirad, mirad! pues os estais parados
Si son medicinales estos tiros.»
Y diciendo y haciendo tira flechas
No mal encaminadas ni mal hechas.

Quisieran salir muchos desta gente
A se probar en singular certamen,
Y el maese de campo no consiente
Que hagan de sus fuerzas tal examen,
Diciendo: «Con menor inconviniente
Deseo castigar este vejamen;
Este es un perro sin temor ni rienda:
Con otro perro tenga la contienda.

»El lebrel Amadís está pidiendo
Las carnes deste indio para cena,
El cual de ver la grita y el estruendo
Está remordiscando la cadena:
Menester es que venga, y en viniendo
El le dará su merecida pena.»
Van luego dos ó tres de la cuadrilla,
Y al perro le quitaron la trailla.

No Melampo, Harpago ni Dorseo,
Con tanta furia van por el egido
Con Dramas, Harpolos y Melaneo
Tras el señor en ciervo convertido,
Cuanta fué la soltura y el deseo
Del Amadís después quel indio vido;
El cual también como le vió la cara
Para la competencia se repara,

Meneando los piés con buen talante,
Con el baston que punto no se tarda,
Y golpes por detrás y por delante,
Con mas velocidad que fiera parda,
Con ambas manos juega de montante,
De cuyos golpes Amadís se guarda,
Y para dar contentos á su vientre
Busca lugar y modos por do le entre.

El perro con furor enerizado,
Los piés como pantera diligentes,
La nariz y hocico regañado,
Mostrando los colmillos y los dientes
Con que tiene de ser despedazado
Sin valelle sus locos accidentes;
Mas el gandul que su vivir pretende,
Con bríos varoniles se defiende.

Anda la mortal obra que no cesa,
Sin que para resuello se dé vado,
La pesada macana muy espesa,
Guardándose por uno y otro lado;
Mas el perro le daba tanta priesa
Que ya se ven las muestras de cansado,
Pues el golpe no sale tan entero
Ni con tanto vigor como primero.

Y aunque procura bien no dalle puerta,
Y por todas las partes se recata,
Sucede para dalla mas abierta
Inconviniente grande que lo mata;
Y fué que en el compás se desconcierta,
Y un golpe que tiró lo desbarata
En una piedra frente del alano,
Soltando la macana de la mano.

Quiso luego coger el empulguera;
Pero no se le dan esos lugares,
Porque la presta boca carnicera
Asió con tal furor de los ijares,
Que las humanas tripas salen fuera
Para de las canínas ser manjares;
Y al fin como si fuera débil caza
El lebrel Amadís lo despedaza.

Hechos en tierra viva los entierros
Del miserable que mantuvo tela,
Cubría manto negro ya los cerros
En los cuales hicieron centinela
Sueltos el Amadís con otros perros
Que les ayudan á hacer la vela,
Porque los indios que en prision tenian
Sospechaban no ser los que decian.

Las alturas y cumbres descubiertas
Y desnudas del velo vespertino,
Abiertas del aurora ya las puertas
Por donde sale resplandor divino,
Las gentes vigilantes y despiertas
Prosiguen adelante su camino,
Los sobredichos indios en prisiones
Por algunos respectos y ocasiones.

Los cuales bien mostraban su tristeza:
Mas el cacique con humilde gesto
Pidió rebajacion del aspereza,
Haciendo por señales manifiesto
Que mandaba hacer naturaleza
Evacuaciones del manjar digesto,
Lo cual se hizo sin tomar reposo
Reconociendo ser uso forzoso.

Pero como salió de la collera,
Las espaldas y calcañares vueltos,
En abajar huyendo la ladera
Todos sus pensamientos son resueltos:
Abrevia lo posible la carrera;
Pero como los perros están sueltos
Vuelan tras él y van en el alcance
Sin poder impedilles aquel lance.

Pensó hallar salud en la hüida,
Por hüir las zozobras de prisiones,
Y el miserable huye de la vida,
Teniendo nadie tales intenciones,
Solo ser su persona detenida
Por evitar algunos trompezones;
Y ansí vista la fin deste pagano
A todos los demás dieron de mano.

Prosiguen su derrota nuestras gentes,
Que repartidos van desta manera:
Doce de los mas sueltos y valientes
Perlongando la dicha cordillera,
Sin encumbrar á ver otras vertientes,
Sino subidos á media ladera;
Y por la parte baja va la resta
A vista de los doce de la cuesta.

Iba Pedro García por caudillo;
Los demás son Ribera y un Lozano,
Tovar, Diego y Rodrigo Jaramillo
En parentesco y en valor hermano;
Juan de Beleño, Pedro del Castillo
Bartolomé Pareja, Juan Sedano,
Diego García, y un Martin Gonzalez
Que fué de los soldados principales.

Subiendo no con poca pesadumbre
Por asperísimos derrumbaderos,
Salieron de lo alto de la cumbre
Sobre los dichos doce compañeros
De galgas infinita muchedumbre
Y número crecido de flecheros,
Con tanta grita, tantos alaridos,
Que les atormentaban los oidos.

Son grandes los temores que conciben,
Viéndose desta suerte salteados,
Por no hallar lugar sobre que estriben,
Que todos ellos son avolcanados;
Y como con las galgas los derriben,
Habian de rodar dos mil estados:
Grave peligro si subir pretenden,
Y mas crecido riesgo si descienden.

Bien como malhechor que jüez prende,
Y se fortaleció con sacra linde,
El cual de dos estremos grandes pende
Y de ninguno dellos se rescinde,
Pues lo mandan matar si se defiende
Y de morir no duda si se rinde,
Y para verse libre del estrecho
Revuelve muchas cosas en su pecho:

A riesgo semejante sometida
Allí se via la compaña fuerte,
Porque si sube perderá la vida,
Y si baja será hasta la muerte;
Y ansí su libertad mas conocida
En perplejos remedios se convierte:
Solo llamar á Dios es lo que resta,
El cual su gran bondad les manifiesta.

Pues con venir espesas y derechas
Las galgas declinaban á los lados,
Sin hacer puntería con las flechas
Por no hallarse bien acomodados;
Y acá no se valian de las mechas
Tampoco, por estar como colgados,
Padeciendo grandísima congoja
Hasta que sientan el aljaba floja.

Van luego tras el que los acaudilla
Por los derrumbaderos gateando,
Procurando tomar una cuchilla
De la ladera por do van cortando,
Que para se valer en la rencilla
Tierra mas fija les está mostrando
Y un ensillado della mas á mano
Donde podrán hollar con pié mas llano.

Con el temor de la precipitada
Galga, van separados y disjuntos,
Que por alguno desta camarada
Pasó distancia de pequeños puntos;
Tomaron todos pues el ensillada,
Donde apenas los doce caben juntos,
Y allí los seis de nuestros andaluces
Disparan los fumosos arcabuces.

Porque seis dellos son arcabuceros
A quien toca llevar las cargas hechas,
Y los seis dellos eran rodeleros
Que los arrodelaban de las flechas;
Y aunque tienen inciertos los terreros,
Y por allí las vías son estrechas,
Todavía hicieron algun daño
Las balas en el bárbaro rebaño.

Tras esto vino gaiga de lo alto
Sin punto declinar de la cuchilla,
La cual no dió pequeño sobresalto
A la famosa gente de Castilla;
Mas antes de llegar dió tan gran salto,
Que salvó por encima la cuadrilla:
Dan gracias al Señor omnipotente
Que los libró de riesgo tan patente.

Vido luego la gente que camina
Por lo bajo llegar indios sobrellos;
Oyen el arcabuz y la bocina
Que tocaban los bárbaros resuellos;
Y el maese de campo determina
Enviar gente para socorrellos:
Partieron luego veinte compañeros
De los mas alentados y lijeros.

Con manos y con piés iban garrando
Por aquel reventon de cuesta luenga,
Y el mas lijero dellos escarbando
Para poner el pié do se sostenga:
Pero Diego de Castro fué rodando
Sin hallar por allí do se detenga;
Y á tal punto llegó de la caida
Que ya desconfiaba de la vida.

Pero sin esperar auxiliante,
Los doce suben por las cuestas malas,
Llevando seis rodelas por delante,
Ojeando los indios con las balas;
Y como ven venir con tal semblante
Los ministros beligeros de Palas,
Tuvo por bien aquella muchedumbre
De desembarazar toda la cumbre.

Llegados á lo mas alto del puerto,
Cubiertos de sudores y encendidos,
Un valiente gandul hallaron muerto,
Traspasados de bala los oidos,
Y de la fresca sangre rastro cierto
Por do conocen ir otros heridos;
Y allí, libres del trance riguroso,
Tomaron algun tanto de reposo.

Atalayaron bien aquella frente,
Y como ningun indio parecia,
Antes que se resfrie lo caliente
Del inmenso sudor que los cubria,
Al camino salieron á la gente
Que para su socorro les venia,
No con menos fatigas y sudores
Procurando subir á los altores.

Bajaron todos juntos la ladera,
Buscando pasos mas acomodados,
Adonde Juan de Rojas los espera
Con los demás amigos y soldados.
Apolo daba fin á su carrera
Apartándose ya destos collados;
Y así hicieron luego rancheria
Hasta velle volver siguiente dia.

Y cuando revolvia los yugales
Que sobre todos tienen el imperio,
Para restituir á los mortales
La lumbre que quitó deste hemisferio,
Los hombres y los brutos animales,
Ya fuera del nocturno captiverio,
Prosiguen adelante su jornada,
Que no hallaron desembarazada.

Pues aunque caminaron de mañana
Los fuertes y animosos peregrinos,
Mas madrugó la gente comarcana
De los habitadores convecinos,
Con armas ofensivas y con gana
De dar infame fin á sus caminos;
Y así vieron los pasos y las cuestas
Ocupadas de gentes bien dispuestas.

De largas plumas las cabezas llenas,
Diademas de oro por las frentes,
En los pechos chagualas ó patenas
Que los rayos del sol hacen patentes,
Con otras joyas de doradas venas
De las orejas y nariz pendientes,
Embijados, compuestos y lozanos
Y con arcos y flechas en las manos.

Un gamo cada cual en la soltura,
Páris en la certeza con que tira,
Al ímpetu primero gente dura
Y el menor un Aquiles en la ira;
La gran ferocidad de su postura
Tal, que pone temor á quien lo mira;
Y el feroz español con todo esto
Procura de ganalles el recuesto.

Requiérenles, con paz primeramente,
Segun y como tienen de costumbre;
Pero la paz al bárbaro valiente
Parece que le daba pesadumbre,
Porque por dicho de la lengua siente
Que lo quieren traer á servidumbre;
Y así de flechas eran las respuestas,
Haciendo sus entrañas manifiestas.

Y como se hallasen ya cercanos,
Procurando ganar el lugar fuerte,
Espadas y rodelas en las manos
Y tiros causadores de la muerte,
Soltaron *ante omnia* los alanos
Para mas á placer hacer la suerte;
Y al subir por las cuestas acia ellos,
Los indios les mataron cuatro dellos.

El Amadis con otros tan espertos,
En tanto quel primer ímpetu dura,
Están detrás de piedras encubiertos
Esperando sazon y coyuntura;
Y cuando della se hicieron ciertos,
Los pasos cualquier dellos apresura,
Y por el mucho cebo de su mesa
En uno y otro y otro hacen presa.

Viendo los indios tan crüenta cara
Y tan fuera de los humanos usos,
Gran multitud con ellos se embaraza
Sin orden, apretados y confusos;
Apuntan arcabuces á la plaza
Con los globos que dentro van inclusos,
Y tanta priesa dan los perdigones,
Que los indios volvieron los talones.

Bien como cuando sale de sus senos
De próvidas abejas gran aumento,
O contra las que corren sus terrenos
O para la labor de su sustento,
Que si por aventura suenan truenos
Y corre destemplanza de algun viento,
Huyen á mas andar destos lugares
A los asientos de sus colmenares:

Así los indios viendo la caida
De sus colaterales y guajiros,
El gran rüido, trueno y estampida
Que hacen arcabuces con los tiros,
Los piés pusieron todos en hüida
Con acompañamiento de suspiros,
Largando mazas, flechas y carcajes,
Coronas, diademas y plumajes.

Llevaron adelante su conquista
Los que gozaron destos vencimientos,
Y sin haber furor que los resista
Por estos altos van á pasos lentos,
Hasta llegar adonde dieron vista
A pueblos estendidos en asientos,
Y descubrieron ocho por acechos
Distantes unos de otros pocos trechos.

E porque ven el término cumplido
Que por el general les era dado,
Dejaron de correr aquel partido,
Mas fértil que otros y mejor poblado,
Y así fué con acuerdo difinido
Que no se quebrantase su mandado;
Vinieron todos en aquel decreto,
Y luego lo pusieron en efeto.

Bajáronse de aquesta cordillera
Con orden y recato conviniente,
Y fueron perlongando la frontera
Que al valle de Upar tiene la vertiente;
No cerca de la nieve, sino fuera,
Mas bajos por ladera mas caliente;
Y con hacer buen rato de desvío
Pensaron todos perecer de frío.

Por ser flacos los hilos de la tela
Que los cansados miembros les abraza,
Y aun con tener refugio de candela,
Estuvo cuasi muerto Juan Hogaza
Una noche, cabiéndole la vela
Con otros tres soldados de su traza,
Los cuales del rigor estaban yertos
Y á no los socorrer quedarán muertos.

Pues como les faltasen las frezadas
Para poder sufrir tales rigores,
Bajaron á buscar tierras templadas
Por ser mas apacibles los calores;
Hallaban las alturas despobladas
Y cuasi sin ningunos moradores,
Aunque yo dias ha que tuve nuevas
Qué los indios allí viven en cuevas.

Y es una gente vil y serranilla,
Y su terreno de subsistancia flaca;
Salióse pues la gente de Castilla
Encaminada para Taironaca,
Adonde se pobló la nueva villa,
Que de novelas no hallaron vaca,
Por ser de don Luis carta venida
Para la gente toda, desabrida.

Diciendo que no dé repartimientos
El general, sino por su mandado;
Y ansí por sospechar malos intentos,
Alcaldes y cabildo convocado,
Al Castro hacen mil requerimientos
Para que despoblase lo poblado;
El cual lo rehusó, mas bien se entiende
Ser el primero el que lo pretende.

El Juan de Rojas lo contradecia
Afeando las tales intenciones;
Instancia hizo, pero todavía
Fueron de poco fruto sus razones;
Y aunque no le faltaba compañía,
Pudieron mas las otras opiniones
Contrarias, pues salieron con su intento
Y ansí desampararon el asiento.

Por Bomo y Bohocó se volvió Castro,
Y como fuese general teniente,
Cuasi todos los mas siguen su rastro,
A causa de querello bien la gente,
Porque para ninguno fué padrastro
Y á todos los trataba noblemente.
Juan de Rojas con guias de la tierra
Por otra parte quiso ver la sierra.

Llevaba solos treinta compañeros;
Todos ellos personas principales,
Mancebos alentados y lijeros
Que en juventud florida son iguales;
Y destos la mitad arcabuceros,
Y dellos el mejor Martin Gonzalez,
Segun mostró, con tres mancebos fuertes,
En un paso do hizo grandes suertes.

Y fué que demandando por Macinga
Indios á Santa Marta ya cercanos,
Cargando moradores de Gauringa
Y de los otros pueblos comarcanos,
Fué menester tenerse á la relinga
Y aprovecharse bien de entrambas manos,
Porque con arco, flecha, dardo, maza,
A los treinta les iban dando caza.

Pues como descendiesen del altura,
Conmovidos de bélico coraje,
Por los acapillar en la fondura
Del valle por do llevan su viaje,
Habiendo de pasar un angostura
La gente del ejército salvaje,
Este Martin Gonzalez fué bastante
Para que no pasasen adelante.

El y otro con sus dos rodeleros
El paso defendieron con tal ira,
Que como fuesen anchos los terreros
No va de balde bala que se tira,
Hasta quel capitán y compañeros
En salvo se pusieron y á la mira,
Tomando las alturas de un repecho
Para se defender mas á provecho.

De los cuatro que vamos refiriendo
Heridos ya los tres de dura jara,
Se fueron poco á poco retrayendo,
Al bárbaro crüel haciendo cara,
Hasta que ya se fueron encubriendo,
Donde su compañía los ampara:
Al Gonzalez y á los demás curaron,
Y de los tres ningunos peligraron.

Porque para curar este veneno,
Que rarísimas veces es curable,
El estiércol de hombre hallan bueno
Y ha sido contrayerba saludable;
Y aunque el olor no sea para seno,
Por no ser apacible ni tractable,
Deseo de escapar destas dolencias
Hace hacer tan sucias esperiencias.

Allí hicieron noche con las guias,
Porque la luz del sol se les aparta,
Y antés que se pasasen horas frias,
Ni se pudiese ver letra de carta,
Caminaron; y dentro de dos dias
Llegaron al ancon de Santa Marta;
Y el Castro, mas tardío caminante,
Llegó poco después con el restante.

Al don Luis halló mal enojado
Porque dejó las nuevas poblaciones,
Y sin querer mirar lo procesado,
Requerimientos ni protestaciones,
Lo tuvo ciertos dias mal tractado,
En cárcel y gravamen de prisiones,
Con otros, de quien era manifiesto
Tener alguna culpa cerca desto.

Como viesen la cosa de mal arte,
Y les faltase bolsa proveida,
De gente principal del estandarte
No pocos se pusieron en hüida,
Para poder buscar en otra parte
Las cosas necesarias á su vida,
Reconociendo su vivir estrecho
Y el riesgo grande sin ningun provecho.

Mitigándose pues las tempestades
Y los rigores del furor reciente,
Incitado por malas voluntades,
Metióse de por medio noble gente,
Y al fin se celebraron amistades
Entre el gobernador y su teniente,
Con tal que en Pocigueyca pueblo funde
De donde mas provecho les redunde.

El Francisco Gonzalez lo rehusa
Por ver muchos soldados ya hüidos,
Y ansimismo ponia por escusa
Estar los indios ensoberbecidos,
Y numerosa gente ser inclusa
Dentro de aquellos pueblos y partidos,
Y en ir con poca gente y mal reparo
No sucedelles bien estaba claro.

Dijo mas: que la gente que confina
Mas á la mar, aunque venido haya
De paz, es por gozar de la marina
Y por las pesquerías de la playa;
Y si cualquiera dellos se amotina,
Nada podrá hacer cualquier que vaya,
Y si dos ó tres dias sufren carga
No la querrán sufrir mas á la larga.

Importunaron tanto los padrinos,
Que con la voluntad dellos consiente,
Con que para hacer estos caminos,
Por haber poco número de gente,
Vayan esta jornada los vecinos
Y el don Luis de Rojas juntamente;
Entraron en cabildo para ello,
Y en efecto prometen de hacello.

Visto que los vecinos se disponen
A viaje de guerra tan dudada,
Luego Castro mandó que se empadronen
Por lista los que van á la jornada;
Mas entre tanto quellos se componen,
Quiero yo descansar de la pasada,
Para que la desgracia sucedida
Con nuevo canto sea digerida.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo llegó Francisco Gonzalez de Castro á Pocigueyca y pobló á las faldas de la sierra, y lo que mas aconteció hasta dejar el asiento que habian poblado.

Por muchos casos dignos de memoria,
En diferentes tiempos sucedidos,
Es á los hombres cosa muy notoria,
Si no por ojos, si no por oidos,
Que los que salen siempre con victoria
No fácilmente pueden ser vencidos,
Por romper los que fueron vencedores
Sin temor, y los otros con temores.

Y ansí, segun parece, no se halla
Indios de Pocigueyca haber perdido
Con españoles alguna batalla
De muchas que con ellos han tenido,
Con carecer de cercas y muralla,
Sino lugar exento y estendido;
Y desta causa ya perdido miedo,
Esperan españoles á pié quedo.

Considerando Castro lo que toco,
Teniendo destas cosas esperiencia,
Pareciale ser intento loco
Emprender tan acerba competencia,
El número de los soldados poco,
Y de los indios mucha la potencia;
Pero por redimir prision y pena
Midió su voluntad por el ajena.

Y ansí, hecha la lista desta gente
Que para tal jornada mejor era,
Se hallaron ochenta solamente,
Algunos recelando la carrera,
Tanto, que por mandado del teniente
Dos ó tres se llevaron en collera,
Porque del conocido detrimento
Ninguno pretendiese ser exento.

Conviniéronse pues las camaradas
De los jinetes diestros y peones,
Las espadas y lanzas preparadas
Y sayos de tupidos algodones,
Versetes, arcabuces y celadas,
Los cascos y fornidos morriones,
Con los demás pertrechos y adherentes
De que suelen usar guerreras gentes.

El Juan de Rojas no se quedó fuera
Con oficio de principal caudillo;
Acompañólo Pedro de Ribera,
El Diego y el Rodrigo Jaramillo,
Andrada y Alatraz, Carlos de Vera
Y Juan Beleño, que era su carillo,
El capitán Maceta, Juan Cordero
Y otros que de presente no refiero.

Estos y los demás puestos á punto,
De Santa Marta hacen movimiento;
No sale don Luis con ellos junto,
Ni los vecinos dan consentimiento;
La causa debió ser, segun barrunto,
No convenir dejar aquel asiento,
Porque tenian nuevas de cosarios
Y á vista muchedumbre de contrarios.

Mas á nadie lo tal fué descubierto,
Ni recelaron lance semejante,
Sino que ya salidos deste puerto,
Los soldados echados por delante,
El don Luis debajo de concierto
Habia de salir con el restante;
Y ansí Castro camina con ochenta,
Serian de caballo como treinta.

No cesan hasta ver el señorío
De Pocigueyca, sierra soberana,
Alojáronse cerca de aquel rio
Que de la gran altura della mana,
Al cual antiguos llaman Rio-Frio,
Cuyas orillas tienen tierra llana;
Y viendo de los indios el sosiego,
Determinaron de poblarse luego.

Regularon artífices la traza,
De pedimiento de los populares,
En un largo papel que se embaraza
Con cuadras do señalan los solares:
Aquí ponen iglesia y allí plaza,
Tomando los mas cómodos lugares;
Alcaldes nombran, hacen regidores
De los que les parecen ser mejores.

Después de hechas las reparticiones,
Que fueron desta tierra las primeras,
Luego con acerados segurones
De los cercanos montes y riberas
Cortaron estantillos y horcones,
Varas, soleras, latas y cumbreras,
Para hacer con estos materiales
Las casas y las cercas de corrales.

Viendo los indios cómo los cristianos
Tomaban el negocio tan de veras,
Y cómo con las armas en las manos
Osaban fabricar en sus fronteras,
Acudieron de paz los mas cercanos
Con nuestras apacibles y sinceras,
Ayudándoles mas de veinte dias
En obras proprias y en las obras pias.

Eran al parecer sanos intentos,
Pues servian en cosas necesarias,
Trayendo siempre de sus alimentos,
Batatas y maiz, y frutas varias,
Sin que los levantados pensamientos
Pudiesen presumir cosas contrarias,
Aunque Castro como quien mas alcanza
De su paz tuvo poca confianza.

Dábales cada cual de lo que tiene
Para tenellos gratos y pacientes,
Y Castro les decia que si viene
No es á destruir ni matar gente,
Sino de la manera que conviene
Hacellos sus amigos y parientes;
Que como tales traclen y contraten
Y que jamás se hieran ni se maten.

Que tomen nuestra fe, dejando leyes
De ceremonias rústicas y vanas
Que hacen en sus casas y caneyes,
Con ritos y costumbres inhumanas;
Que sirvan al mejor rey de los reyes
A quien sirven las gentes castellanas,
Pues es ansí que siéndole subyetos
Vivirán descansados y quietos.

Y que si fueren en la paz constantes,
Ellos nunca serian importunos;
Mas sus razones no fueron bastantes
Para de sus resabios ir ayunos:
Antes si pocos acudian antes,
Después jamás pudieron ver algunos,
Y ansí por ser tardía la venida
Su mala voluntad fué conocida.

Entendióse por cierto que Betoma,
Hombre sanguinolento, viejo cano,
A quien reconocian por Naoma,
Que sobre los caciques tiene mano,
Hizo congregacion en una loma
De los del territorio comarcano,
Y estando gran ejército presente
Quieren decir que dijo lo siguiente:

«Si alguno de vosotros me pregunta
Por cuáles ocasiones ó de dónde
Ha venido hacer aquesta junta,
Necesidad presente le responde;
Pues hay quien al compás de aquella punta
Vele sobre nosotros y nos ronde,
Nos robe, nos maltracte é inquiete
Y á su dominio duro nos subyete.

»Hacer reparos en aquel asiento,
Salida general de nuestras vias,
Certidumbre nos da ser con intento
De perturbarnos nuestras granjerías,
Y para que sin su consentimiento
No podamos gozar de pesquerías,
Que son en esta tierra no vencida
Sustento principal de nuestra vida.

»Y no de balde se les representa
Que nos ponen allí gran estrompiezo,
Y que con este solo hagan cuenta
De tenernos el pié sobre el pescuezo;
Y ansí yo por hüir desta tormenta
Las manos y las armas aderezo,
Y mi voluntad es y me parece
Que cada cual de vos las aderece.

»Creer que buscan paz es desatino,
Segun su vecindad es sabidora,
Que si la gozan es por oro fino
O cosas que les pagan de demora;
Al fin quien vive cabe tal vecino
Olvida su cantar y siempre llora,
Pues tienen los subyectos á su imperio
Un mas que miserable captiverio.

»Ingratos á cualquiera beneficio,
Y puestos en tan grande desafuero,
Que demás de morir en su servicio
Han de contribuirles el dinero;
Y entrellos el que tiene vil oficio
Se muestra mas feroz y mas severo:
El amenaza presta, voz y grito,
Desque tiene la suya sobre el hito.

»Entendidas teneis sus condiciones
Y los efectos que dellas redundan
Y cuáles pueden ser sus intenciones,
Pues que dentro de nuestras tierras fundan
Y hacen á gran priesa poblaciones,
Debajo las cautelas de que abundan,
Fingiendo paz que dellos se destierra,
So color de la cual nos hacen guerra.

»Ansí que, justa causa nos levanta
A las armas y bélicos ardores,
Para desarraigar la nueva planta
Que hacen estos locos pobladores,
Cuya fuerza no debe de ser tanta
Que baste para nos poner temores,
Pues mucha gente de mas alta guisa
Nos han dejado hasta la camisa.

»Vistes las majestades y el estruendo
De Lerma cuando vino de Castilla,
Y luego (de que yo me estoy riendo),
Aun no bien comenzada la rencilla,
A uña de caballo fué huyendo
Dejando los tapices y vajilla;
Vistes la mortandad y la miseria
Del capitán Fernando de la Feria.

»Vistes que de la flor de sus soldados
Qvistes muchos vivos á las manos,
Y veis los santuarios hoy poblados
De barbas desolladas de cristianos,
Con otros mil despojos que colgados
Dentro de vuestras casas teneis sanos
Por modo de blasones y ufanía
Y en memoria de vuestra valentía.

»Valor de Pocigueyca conocido
Es el dia de hoy adonde quiera:
Al mas aventajado y atrevido
Oyéndola le tiembla la contera;
Y es porque nunca supo ser vencido,
Ni padeció contraste su bandera,
Antes siempre gozó de la victoria
Y ha de permanecer con esta gloria.

»Un solo lancecillo disminuye
La honra que teníamos bien puesta,
El cual á Manjarés se le atribuye
Cuando nos salteó con mano presta;
Mas fué como ladron á muerde-huye,
Sin esperar el fin de la respuesta,
Pues por presto que fuímos en alcance
Era ya retirado con el lance.

»Mas agora que estamos vigilantes
Por estos que teneis ante los ojos,
Mayores huestes no serán bastantes
Para poneros tímidos enojos;
Antes si (como siempre) sois constantes
Habeis de mejoraros en despojos,
Y ansí ternán por bien, hecha la guerra,
De dejarnos vivir en nuestra tierra.

»Es pues mi voluntad acerca desto
Quel viejo y el mancebo se prepare,
Y con volantes flechas esté presto
Aquel dia que yo les señalare,
Para que las victorias ó denuesto
O por nos ó por ellos se declare,
Y por su mal el español entienda
Esta tierra tener quien la defienda.»

Dijo, y un vejezuelo dicho Dano
Se levantó diciendo: «Buen Betona,
Vuestro consejo me parece sano;
Mas si mi parecer aquí se toma,
No debemos buscallos en lo llano,
Sino dejar que suban á la loma,
Pues como ya de paz les falte muestra
Ellos han de venir en busca nuestra.

»Que si para poblar en aquel puesto
No los han ocupado flacos miedos,
Al buen entendedor es manifiesto
Que no deben querer estarse quedos;
Velemos el camino y el recuesto
Y estén arcos pendientes de los dedos:
Que no faltara blanco ni terrero,
Pues tienen de subir por contadero.

»De noche no hay camino que se siga,
Que todos los tenemos derrumbados;
De dia subirán con gran fatiga,
Nosotros estaremos descansados;
Y si el ardor del sol no se mitiga,
Ellos han de subir desalentados,
Y entonces al subir de cualquier cuesta
Su muerte desastrada tienen presta.»

Oida la razon del Dano viejo,
En trances semejantes hecho callo,
Y que donde no huella por parejo
Mal puede contrastallos el caballo,
A todos pareció ser buen consejo,
Y ansí determinaron de tomallo,
Y con velas y espías por de fuera
Embarazaron toda la frontera.

Vista por Juan de Rojas la tardanza,
Que ya de su pacífica venida
Tiene perdida toda confianza,
Para subir arriba se convida
A procurar bubíos ó labranza,
Do puedan proveerse de comida,
Porque mantenimiento les faltaba
Como faltase ya quien se lo daba.

El Francisco Gonzalez bien quisiera
Podelles estorbar estos caminos,
Diciendo cómo ya saben que espera
A su gobernador y á los vecinos,
Y no ser cosa justa salir fuera
Sin ver de sus consejos los mas dinos,
Que puestos en consulta desque vengan
Aquellos siguirán que mas convengan.

Al cual, la noble gente descontenta
Y harta de esperar, todos á una
Le respondieron que no haga cuenta
De socorro ni de venida alguna,
Sino que la salida les consienta;
Y en este caso fué tan importuna
Que con sus voluntades se conforma
Señalándoles términos y forma.

Salieron treinta y dos á la lijera,
Para por allí número pequeño:
Van Alatraz y Pedro de Ribera,
Rodrigo Jaramillo, Juan Beleño,
Diego de Fuentes y Carlos de Vera,
Que son el andaluz y el estremeño,
El Juan de Rojas que los acaudilla
Juzga por invencible su cuadrilla.

Madrugan, y durante los frescores
Al pueblo suben que tienen enfrente
Los que de Pocigueyca son señores,
Cuyos términos parte la corriente
Del rio que producen sus altores,
Y en él entraron todos libremente,
Por estar sus vecinos retraidos
A los lugares mas fortalecidos.

Trastórnanse pajizos aposentos,
Por los que buscan áurea ganancia;
Pero segun sus ricos pensamientos
Nunca se halló cosa de substancia,
Puesto caso que de mantenimientos
Crecidísima copia y abundancia,
De la cual proveyeron los costales,
Con vela de soldados principales.

Porque Alatraz y Pedro de Ribera
Con otros diez de no menos soltura,
Del alto reventon desta ladera
Tomaron luego la mayor altura,
De donde devisaron mas afuera
Diez indios de soberbia compostura,
Haciendo las pernetas y visajes
De que suelen usar estos salvajes.

El Alatraz, que desto se reia,
Enfucia de Amadís el bravo perro,
A todos los demás persuadia
Que fuesen á quitallos de aquel cerro;
Mas á su voluntad no respondia
Alguno dellos, por parecer yerro,
Escepto el Ribera y un Morales,
Con un negro del Francisco Gonzalez.

Ribera y Alatraz, arcabuceros,
Puesta la coce ya sobre el estilla,
El negro y el Morales, rodeleros,
Con el perro que llevan de trailla,
Con piés mas aïrmados que lijeros
Llegaron á la bárbara cuadrilla,
Do luego descubrió con mil plumajes
Un emboscada grande de salvajes.

Las cuerdas de los arcos se menean,
Suenan en las muñecas los crujidos,
Por una y otra parte los rodean
Con temerosos gritos y alaridos;
Los cuatro que vinieron ya desean
Verse de los amigos socorridos:
Apuntan balas á lo descubierto,
Pero ninguno ven que caiga muerto.

Hacer buenas rodelas aprovecha;
Mas al Ribera, bala despedida,
Traspasó luego venenosa flecha
La manga del jubon, sin dar herida;
El negro se la quita con sospecha
Que fuera perdidoso de la vida,
Pero por no hacer buena rodela
Ovo de perder él la vital tela.

Porque cuando pensó que se repara
De las que descendian del cabezo,
Mortífera, crüel y dura jara
La punta le metió por el un bezo,
Y al tiempo que volvió la negra cara
Otra le segundó por el pescuezo,
De tal suerte que no fué parte cura
Para dejar de ver la sepultura.

El Amadís buscando va lugares
Donde poder cebar su duro diente,
Pero por los flecheros singulares
Aquesta prueba no se le consiente,
Pues luego le pasaron los ijares
Las duras espaldillas y la frente,
Y en el morir las mas largas demoras
No pasaron de veinte y cuatro horas.

Como faltó la fuerza del cachorro,
Y el negro Juan también se les absenta,
Ninguno de los tres pensó ser horro
Ni libre de tan áspera tormenta;
Mas llegó Juan Beleño con socorro
De gente que los tímidos alienta,
Y juntos hacen tal arremetida
Que á los indios pusieron en hüida,

Uno dellos ovieron á las manos
Porque les hizo rostro resistivo,
Al cual dieron castigos inhumanos
Y ajenos de católico motivo,
Pues por los intestinos y livianos
Al mísero gandul empalan vivo;
Pusiéronlo después en un collado,
A vista del lugar recién poblado.

Al fin llevaron copia de alimento
Para las castellanas compañías
Y reposaron en aquel asiento
Por espacio de seis ó siete dias:
Crece de Juan de Rojas el intento
De trastornar aquellas serranías;
Y ansí debajo destas intenciones
Al Castro le habló tales razones:

«Señor, aquí se quejan los soldados
Por estar tanto tiempo detenidos,
Y no les convenir estar parados
Las manos en los senos y dormidos;
Pues consta que de estar acobardados
Los indios se harán mas atrevidos,
Y su venida es á hacer llana
La gente de la sierra comarcana.

»Su parecer es este, y aun el mio,
A causa de que tengo por muy cierto
Que la prudencia grande de mi tío
No tiene de desamparar el puerto:
Que seria notorio desvarío
Y no poco culpable desconcierto
Desarraigar del pueblo sus poderes,
En él dejando solas las mujeres.

»Hagamos por acá lo que debemos
Segun el orden diere gente diestra;
Pues la paz destos indios ya sabemos
Cuán mal y por mal cabo se encabestra;
Y aun como por allá no los busquemos,
Ellos han de venir en busca nuestra;
Y si vinieren como se barrunta
De muchas partes ha de ser la junta.

»Luego mejores son mis opiniones
En illos á buscar á sus alturas;
Estorbaríase las congregaciones
Que hacen sus defensas mas seguras;
Cuanto mas que no son tales leones
Cuanto nos representan las pinturas:
Quel mas valiente y mas aventajado
Al fin es indio vil, desventurado.

»He mirado también con advertencia,
Segun la poblacion que se derrama,
Que no debe ser tanta su potencia
Cuanto dicho comun nos encarama:
Por tanto dé vuestra merced licencia,
Veremos si conforman con la fama;
Pues, como digo, parecer es vano
Que nos estemos mano sobre mano.»

No hizo luego su respuesta llena
El Castro, por quedar algo suspenso;
Mas por no parecer que desordena
Lo que se le pidió tan por estenso
Le dijo: «Señor, id en enhorabuena,
Y no vais en aquella que yo pienso:
Antes permita Dios que todo sea
Ansí como vuestra merced desea.»

El Rojas apercibe treinta y siete
Peones castellanos y andaluces,
Porque en aquel altor donde los mete
Se habian de hallar entre dos luces;
Aprestaron un tiro falconete,
Preparan las rodelas y arcabuces,
Con el demás beligero pertrecho
Que para guerras era de provecho.

En esta coyuntura por Betoma
A ciertos capitanes fué mandado
Quitar el empalado de la loma
Y traello do fuese sepultado;
Tan furioso, que á su cargo toma
La venganza del indio justiciado,
Diciendo: «Quien te dió tan duras penas,
El me lo pagará con las setenas.»

No dijo mas, pero sus intenciones
Serian de hacer la tierra roja
Con la sangre de humanos corazones
De la gente cristiana y ortodoja;
La cual ya meneaba los talones
Para buscar mortífera congoja;
Porque con el cuidado zahareño
Era para sus ojos dulce sueño.

Pues cuando soñolienta dulcedumbre
Regalaba la luz de los humanos,
Comienzan ellos á subir la cumbre,
No solo con los piés, mas con las manos,
Con gran sudor y suma pesadumbre,
Por no hallar do pongan los piés llanos
Sino cuchillas y derrumbaderos,
Donde valian poco piés lijeros.

Destilando sudor barbas y cuellos,
Aunque se caminaba con la fria,
Pudieron con sus presurosos huellos
Llegar donde una mesa se hacia;
Allí pararon por tomar resuello
Con el recato que les convenia,
Por ser entonces cosa creedera
Haber indios que velen su frontera.

Cerca del paso y en aquella frente
Adonde les llevaban sus intentos,
Hubo ramosa ceiba y eminente,
Que sin esteriores instrumentos
Al suelo vino repentinamente
Sin padecer contraste de los vientos,
Cuyo rumor y temeroso trueno
Lo bajo y lo mas alto hizo lleno.

Apuntaron las ramas acia ellos,
Y visto que cayó sin ventisquero,
Yertos se le pararon los cabellos
Al mas aventajado compañero:
Y ansí sin ver los fines ni sabellos,
Aquello se juzgó por mal agüero,
Tanto, que muchos ya de mejor gana
Volvieran á tomar la tierra llana.

Mas Juan de Rojas dijo: «No temamos
Una señal tan leve como esta,
Porque si por agüeros nos gulamos,
Que tengo por locura manifiesta,
Aquesta nos declara que bastamos
Para que no les quede casa enhiesta:
Que pues se bajan plantas con raices,
También bajarán indios sus cervices.»

Con estas y otras cosas los anima,
Y caminaron á tomar la loma,
Hasta que se pusieron mas encima
A vista del gran pueblo de Betoma,
Do claridad de Venus les intima
Venir aquel de quien la suya toma;
Hicieron en aquel lugar remanso
Para tomar un poco de descanso.

Luego del sol se vido la presencia
Ahuyentando la nocturna capa;
Miran las poblaciones y opulencia
Que sitüadas van por una chapa;
Como no ven quien haga resistencia,
Creen haber alguna gran solapa,
Fácil de conocer aquel secreto,
En ver aquel compás todo quieto.

Los ojos van por una y otra via
Para ver el entrada mas segura;
Algo mas adelante parecia
Camino que contiene gran anchura,
Y por aquella parte lo cubria
Una ramosa ceiba y espesura,
Acerca de la cual vió nuestra gente
Doce valientes indios solamente.

No cierto descuidados ni dormidos,
Pues cada cual estaba bien armado,
En las manos los arcos encogidos,
El venenoso tiro preparado;
Los españoles viendo detenidos
Tan pocos en lugar embarazado,
Preparan y reparan las rodelas
Temiendo que los ceban con cautelas.

Y estando juntos todos treinta y siete
Previenen los pertrechos que traian,
Y disparan la carga del mosquete
Por ver acia qué parte se desvian;
Ninguno de los nuestros arremete,
Aunque los indios fingen que huian
Para metellos en un emboscada
Entre ramosas plantas ocultada.

Dejan con el mosquete seis soldados
Que guarden las espaldas, y al instante
Los demás bien compuestos y ordenados
Proceden tras los indios adelante,
Rodelas y arcabuces preparados,
Y el mas remiso dellos vigilante,
Pues por lo que ya vieron, nadie niega
Haber de padecer dura refriega.

Y ansí les acontece, pues apenas
Llegaban á la ceiba los primeros,
Cuando con gran furor las matas llenas
Despachan tanta fuerza de flecheros,
Cuantos enjambres salen de colmenas
En áticos y sículos oteros,
Con grita y estampida tan horrenda
Que no hablan palabra que se entienda.

No fué de tantas gotas embestido
Peñasco de la punta de Malea,
Siendo de todas partes combatido
Por bravo viento que la mar menea,
Cuanto fué de las flechas el rüido
Que á nuestros españoles espolea,
Con piedras como puños y mas gruesas
Que sobre el escuadron caen espesas.

Están los españoles de rodillas
Detrás de las rodelas encorvados,
Cubiertas de sudores las mejillas,
Y algunos del vivir desconfiados,
Ya deseando que de las rencillas
Fuesen los duros golpes mitigados;
Mas el grave rigor desta presura
Tanto lo ven mayor cuanto mas dura.

El furor era de quietud estraño
Por lo mover Alecto con sus alas:
Dispara quien tenia férreo caño,
Pero las punterías eran malas,
Pues no se puede ver si hacen daño
Las impelidas y nocivas balas;
Y si tal hay que trama vital deja,
No suspira, ni gime ni se queja.

Durantes las horribles confusiones,
Apolo con sus rayos mas cercanos
Abrasa las humanas proporciones,
E ya todos los tiros salen vanos
Por encenderse tanto los cañones
Que no pueden sufrillos en las manos;
Pero con todo esto se desea
Llevar mas adelante la pelea.

Lléganse mas al escuadron desnudo,
Y entonces arronjó brazo potente
Un guijarro rollizo tal que pudo
Al mulato Francisco de la Fuente
Hacelle dos pedazos el escudo,
Y hendelle los cascos de la frente,
El cual á pocos pasos dió caida,
Que fueron los postreros de su vida.

Desto los indios ensoberbecidos
Acudieron con otra mayor carga,
Y á muchos que vivian advertidos
Muy poco les prestó hacer adarga:
Catorce se hallaron mal heridos
Que quisieran hacer hüida larga;
Mas Rojas que gran brio manifiesta
Con aquesta razon los amonesta:

«Animo, caballeros, y osadía:
Mirad quién sois y vuestra descendencia,
Porque si no mostrardes cobardía
Muy presto les vereis hacer absencia;
Pero si la mostrais, hoy es el dia
En que teneis la muerte por herencia,
Pues bien veis que consiste nuestra vida
En que nuestro poder no se divida.»

El fuerte y animoso caballero
Con aquestas razones los sustenta,
Mas uno que llamaban Espadero
De sus consejos hizo poca cuenta,
Pues en volver espaldas fué primero;
Tras él ni mas ni menos todos treinta;
El Juan de Rojas del rigor horrendo
Poco á poco se iba retrayendo.

Dale priesa la gente monstruosa
Por la parte mas descombarazada,
Con flecha, con pedrada rigurosa
De que centelleaba la celada;
Mas ninguno de todos ellos osa
Llegar á ver los filos del espada,
Antes como confusos y perplejos
La guerra que le hacen es de lejos.

Bien como cuando gente se congrega
Contra tigre que sale de florestas,
Que con temor ninguno se le llega
De todos cuantos armas tienen prestas,
Antes por escapar de la refriega
Desarman desde fuera las ballestas,
Y el tigre con furiosos accidentes
Les enseña las garras y los dientes:

Desta manera va haciendo cara,
Quitadas ya las plumas del almete,
Porque la dura piedra, flecha, jara,
Allí no halla cosa que respete;
Llegó donde la gente suya para,
Que fué donde dejaron el mosquete,
A la cual con modestia reprehende
Y les dice también lo que pretende.

Porque viéndolos ya como difuntos
Les dijo: «Bien será que no se enfríe
La vuelta, por venir á tales puntos,
Que no puedo saber de quién me fíe;
Mas al bajar bajemos todos juntos
Sin quel uno del otro se desvíe,
Porque serian términos de locos
Dividirnos en partes siendo pocos.

»Pero Juan Alatraz vaya delante
Con seis sanos y todos los heridos,
Y no sea tardío caminante:
Nosotros á la vista recogidos,
Pues como nadie huya, Dios mediante,
Podremos caminar sin ser rompidos;
Y mas abajo tomen el collado
Frontero donde el indio fué empalado.»

Aquel alto mandó que le tomasen
Y los heridos no se detuviesen,
Pero los sanos tiros disparasen
Para que los del campo los oyesen,
Porque su menester manifestasen
De tal manera que los socorriesen,
Pues desde allí sulfúreos tronidos
En el campo serian percebidos.

El Alatraz con paso no prolijo
Procuró de cumplir luego su mando
Con grandes pesadumbres y cojijo
Que padeció con el herido bando;
Finalmente llegó donde le dijo,
Y estuvo los traseros esperando,
Los cuales mientras él iba huyendo
Estuvieron los indios deteniendo.

Luego Rojas compuso sus peones
Para que fuesen todos en hilera,
Y un mestizo, fulano de Quiñones,
En avanguardia fué y en delantera;
Y en recta guardia, con sus morriones,
Juan de Rojas y Pedro de Ribera;
Y á las espaldas por angosta plaza
Los indios le venian dando caza.

El Quiñones huyó por el camino
Que mas á su propósito hacia,
Viendo que con furor luciferino
Ejército crüel los perseguia;
Vencióronse de tanto desatino,
Que ya sin orden cada cual huia,
Quedando solos con la gente fiera
El maese de campo y el Ribera.

Como grave calor los fatigaba
Y la terrible sed los afligia,
El Rojas al Ribera le rogaba
Le quitase las armas que traia,
Que verdaderamente se ahogaba;
Y el Pedro de Ribera respondia:
«Vuestra merced apreste la carrera,
Que no puedo quitallas aunque quiera.»

Pues á la muerte viéndose vecino,
Tomó por parecer y por consejo
Seguir tras un mancebo vizcaíno
Que se libró de cierto gandul viejo,
Mas no del golpe con que sobrevino
Asentado detrás del pestorejo;
El cual iba saltando por el heno
Porque otro no le diese mas en lleno.

Al maese de campo le parece
Que pudiera correr con tal soltura,
Y el peso de las armas entorpece
Sus piés y corpulenta compostura;
Y pocos pasos dados, descaece
El fuerte caballero sin ventura,
Cargando tantos ánimos protervos
Como sobre cadáver negros cuervos.

Ocúpase la gente carnicera
En la presa que tiene de presente,
Lo cual visto por Pedro de Ribera
Convoca luego la cristiana gente;
Pero ninguno dellos hay que quiera
Volver á socorrer á su regente,
Porque todos seguian al Quiñones
Cuyos piés no hallaban trompezones:

Atajando gran parte de camino
Por no querer subir á la ladera
Adonde el Alatraz primero vino
Y segun le mandaron los espera;
El cual viendo bajar el torbellino
Que le tomaba ya la delantera,
Con los cinco que tiene determina
Bajarse por la parte mas vecina.

Como los pobres iban de hüida
Por pasos de lugar inaccesible,
Y cuanto mas duró la descendida
Tanto mas la hallaron imposible,
Donde pensaron escapar la vida
Llegó la muerte con rigor terrible,
Pues de ciego temor arrebatados
Allí quedaron estos despeñados.

Los otros que hüian tras Quiñones,
A causa de no ser senda bastante
Por ser angosta y altos reventones
A los lados del triste caminante,
Unos á otros daban empellones
Con gana de pasar mas adelante,
Y ansí por rocas y derrumbaderos
Se despeñaron otros compañeros.

Van al fin como gente sin caudillo,
Sin tener uno de otro confianza,
Haciendo siempre doble de sencillo
Por abreviar la cuenta desta danza.
Ahogóse Rodrigo Jaramillo
Con aquella fogosa destemplanza,
Con otros dos ó tres que sin heridas
Quedaron perdidosos de las vidas.

Con esta pesadumbre y agonía,
Los heridos que iban ya por llano
Al general toparon que venia,
Espoleando bien su rabicano,
Con gente de refresco que traia
Para socorro de la flaca mano,
Porque ya por los tiros y señales
Que hizo el Alatraz vieron sus males.

Vido la demás gente divertida,
Y cómo sin ningun orden procede;
Por la falda que ve menos erguida
Sube con el caballo cuanto puede;
Recoge los que halla con la vida
Procurando que nadie se le quede;
Al Juan de Rojas llama, no responde;
Pregunta dónde está, no dicen dónde.

De su salud y vida desespera
Viendo que no le dan razon patente,
Hasta tanto que Pedro de Ribera,
Postrero que huyó de la creciente,
Acabó de bajar de la ladera
Midiéndola con paso diligente,
Al cual por llegar falto de resuello
Con dificultad pueden entendello.

Cansada turbacion su lengua para;
Pero desque cobró mayor aliento,
Al Francisco de Castro le declara
El desastrado fin y acabamiento,
Y que ninguno dellos escapara
De manos del ejército sangriento,
Si no se detuviera todo junto
En rodear un cuerpo ya difunto.

Y que como le vido desta suerte
Dió voces á la gente que hüia;
Pero como ninguno se convierte
A le dar el socorro que pedia,
El también por librarse de la muerte
Se descolgó por do mejor podia,
Pues dilatarse mas fuera de loco
Y aprovecharse demás desto poco.

El Castro por los ruegos incentivos
De los del escuadron desbaratado,
Que como miserables fugitivos
Son poseidos de temor pesado,
Luego hizo camino con los vivos
Que vuelven al lugar recién poblado,
Do la seguridad era ninguna
Porque no se la daba la fortuna.

El no parar tomaron por regalo
Y el hüir escogian por honesto,
Escarmentados del suceso malo
Y de ver levantar en un recuesto
Al Juan de Rojas en el mismo palo
Y adonde el indio fué por ellos puesto:
Espectáculo digno de lamento
Y que causó notable sentimiento.

Gran multitud de indios vieron luego
Que se convocan por los altos puertos,
Que para descubrir el suelo ciego
Y pasos con las yerbas encubiertos
A las zavanas altas ponen fuego
Para poder hallar mas cuerpos muertos,
Cuyos miembros sirvieron de presentes
Enviados á partes diferentes.

¿Y quién duda que en este detrimento
Algunos qué tenian por perdidos
No tuviesen aun vital aliento,
Entre las altas yerbas abscondidos,
Y esperaban salir en salvamento
De los nocturnos nublos socorridos,
Como el platero Pedro de Espinosa
Dentro de cierta mata montüosa?

Este, cuando la furia se desata
Y vido la fortuna ser aviesa,
Con sed intolerable que lo mata
Y no poder hüir con tanta priesa,
Cubrióse con la sombra de una mata
Con cuantidad de árboles espesa,
Acerca de la cual agua corria,
De donde con obscuridad bebia.

Allí fué detenido por dos dias,
Al cabo de los cuales, con obscuro,
Por no topar con bárbaros espías,
En busca fué de puerto mas seguro;
Halló las españolas compañías
Muy apartadas ya del nuevo muro,
Reconociendo que no son bastantes
Tan pocos para guerras semejantes.

Y muchos dellos sin pedir licencia,
Viendo la tierra de peligros llena,
Determinaron de hacer absencia
Pasándose por mar á Cartagena:
Digo en canoas, no sin diligencia,
Por el gran rio de la Magdalena;
Y el Quiñones muriera sin remedio
A no poner el agua de por medio.

Viéndose los que quedan descontentos
Por no ser parte para la frontera,
Al Castro hacen mil requerimientos
Pidiéndole que luego salga fuera;
Y ansí desampararon los asientos
Para ir á la marítima ribera,
Hasta la ciénaga, cuyos vecinos
Eran de paz y ya todos ladinos:

Gente que de la paz no se desvia;
Pero la de los indios es tan ciega,
Que yo por cierto no me espantaria
Ser aquestos también en la refriega;
Llegados pues al indio que regia,
Por Francisco Gonzalez se le ruega
Traigan al empalado sin ventura
Para le dar terrena sepultura.

Dijo que lo hará de buena gana,
Y número de indios prevenido,
Mandóles ir por él con obscurana
Porque no fuese visto ni sentido;
Y ansí no bien llegada la mañana
El infelice cuerpo fué traido,
Con el cual de la suerte que podian
A Santa Marta su camino guian.

Como fuese sabida por el tio
La rota y el pesado desconcierto,
De luctüoso traje y atavio
Fué para recebir el cuerpo muerto,
Siendo sus ojos abundante rio
Y de cuantos estaban en el puerto,
Por ser en sus costumbres bien compuesto,
Valiente, liberal y hombre modesto.

Luego campanas dan mudas querellas
Y suenan sus clamores y señales;
Lamentábanlo dueñas y doncellas
Presentes en aquestos funerales;
Relatan sus virtudes, y con ellas
Hechos y valentías principales;
Y con gran pompa y aparato lleno
A la tierra le dieron lo terreno.

Y para que corriese con aumento
La pesadumbre y el desasosiego,
Entre los bandos hubo movimiento,
Del cual quisiera dar noticia luego;
Mas porque por agora yo me siento
De los pesados lloros cuasi ciego,
Querria hacer pausa de presente
Y descansar primero que lo cuente.

CANTO TERCERO.

Donde se trata la rebelion de los indios de Bonda, y el órden que tuvieron para ganar la fortaleza, con otras cosas en aquel tiempo acontecidas.

Al triste que persigue la fortuna,
Para que no le quede donde estribe
En dalle coces es tan importuna,
Que no para hasta que lo derribe,
Por ser de condicion que, dada una,
Para dar otras muchas se apercibe;
Y ansí los temerosos deste dolo
Dicen «bien vengas, mal, si vienes solo».

Desta manera pues le sobrevino
Al don Lüis en estas turbaciones,
Pues no bien enterrado su sobrino
Ni hechas fúnerales oblaciones,
Se levantó notable torbellino
De guerra por cercanas poblaciones,
En Bonda mayormente, gente fiera,
Cuyo suceso fué desta manera.

Habia Manjarés edificado
Un fuerte por sus faldas y raices,
De los fumosos tiros preparado
Que suelen ofendelles las narices;
Por selles este yugo muy pesado
Y querello quitar de sus cervices,
Por muchas veces y con gran braveza
Rodearon aquesta fortaleza.

Aqueste fué turbion de cada dia,
Sin interposicion de mes ni año,
De bien apercebida compañía,
O ya con claridad ó con engaño;
Y aunque bárbara gente recibia
De parte de los tiros algun daño,
Con sus flechas también hacian suertes
Y de las partes ambas hubo muertes.

Pero prolijo tiempo ya pasado,
Como vieron que no les aprovecha
Contrastar aquel fuerte fabricado,
Que siempre de mas armas se pertrecha,
No tanto por temor cuanto por grado
Se concertó la paz y quedó hecha,
Y dieron el servicio y obediencia
A quien de Manjarés cupo la herencia.

Al cual estos servian muy de gana,
Y creo que también sirven agora
A su hijo y á su mujer doña Ana
Ramirez, nobilísima señora,
Ejemplo de bondad y de cristiana
Religion, en el pueblo donde mora;
Y por obligacion ó por respecto
Los bondos la servian en efecto.

A sus ferias, contractos y mercados
Venian á los términos marinos,
Compraban cosas á que son usados,
Pero principalmente buenos vinos,
Con muestras de que estaban olvidados
De todos belicosos desatinos,
A sus encomenderos ya subyetos,
Pacíficos, alegres y quietos.

Con estas muestras que de paz habia
No fueron en la vela tan enteros
Cuanto para la vida convenia,
Demás de ser ya pocos compañeros;
Y estaba la tenencia y alcaidía
A cargo de Alvaro de Ballesteros,
El cual tenia por estar absente
Un fulano de Castro por teniente.

Dió por algunos años buena cuenta
En todos los guerreros movimientos;
Mas cuando numerábamos setenta
Y cinco ya de mas de quince cientos,
Del bárbaro rigor esperimenta
Sus golpes inhumanos y violentos,
Por astucia de meditacion luenga,
Que diremos á tiempo que convenga.

A doña Ana Ramirez, que es el ama
De lo superior deste gentío,
Habia consumido veloz llama
Dentro de sus solares un bohío;
Y para restaurar el daño, llama
Indios sobre que tiene señorío,
Y el Castro, capitán, de la frontera
Mandó que le trajesen la madera.

Y estos indios de Bonda la cortaban
Por el orden que Castro les decia,
Y entre tanto que al pueblo la llevaban
Pegada con el fuerte se ponia;
El grande regocijo que mostraban
Ningun intento malo descubria,
Aunque los mas traian en las manos
Hachas y segurones castellanos,

Buscando coyuntura para prueba
De sus crüeles tajos y reveses;
Y antes que la madera que se lleva
Hollase los marítimos conveses,
A los de Santa Marta vino nueva
Cómo venian naves de franceses,
De que se recibió grande congoja,
Considerada su defensa floja.

Y para dar el orden y concierto
A semejante trance conviniente,
Cabildo se mandó hacer abierto,
Adonde se juntó toda la gente
De los que residian en el puerto,
Do diga cada uno lo que siente;
Y del seso comun de la consulta
Es esta la sentencia que resulta:

Que los hombres estén en sus viviendas
Sin mostrar cobardía ni flaqueza,
Pero que las mujeres y haciendas,
Y lo mas substancial que de riqueza
Les parecian ser mejores prendas,
Luego llevasen á la fortaleza
De Bonda, pues entonces la ventura
No concedia parte mas segura.

Tuvieron estos por consejos buenos;
Y á causa de que vian las navíos,
Envían adelante cofres llenos
De oro, plata y otros atavíos;
No sacan las mujeres destos senos,
Porque no tienen prestos los avíos
Y porque por haber vientos contrarios
No tomaron el puerto los cosarios:

Suceso de grandísima ventura
Y merced proveida por el cielo,
Pues á salir en esta coyuntura
Fuera mayor dolor y desconsuelo,
Porque la honra mas cabal y pura
Quedara derribada por el suelo,
De la manera que quedó su fuerte,
Que los indios ganaron desta suerte:

Al nacma de Bonda Macarona,
Por ladinos de malos pensamientos,
Oyéndolo tractar, se le razona
Cómo llevan mujeres y armamentos
Que tiene cada cual de su persona
A los fortalecidos aposentos;
El cual, viendo razon tan conviniente,
A su general dijo lo siguiente:

«Siento, Coendo, ser consejo sano,
Si queremos vivir vida segura,
Que no dejemos tiempo de la mano
Ni perdamos aquesta coyuntura,
Para que del ejército cristiano
Escaparse no pueda criatura;
Y agora quiero ver por esperiencia
No solo tu valor, mas tu prudencia.

»Ansí vecinos como mercaderes
Dicen que tienen en la fortaleza
Las prendas de sus hijos y mujeres
Y todos sus caudales y riqueza;
Y allí, como ya sabes, sus poderes
Son agora notados de flaqueza,
Y el alcaide con todos sus soldados
De nuestra paz están muy confiados.

»La demás gente por acá no viene,
Ni vernà por agora, pues es cierto
Que dentro de sus casas se detiene,
Concordes todos de comun concierto,
Velándose segun que les conviene,
Para defensa y guarda de aquel puerto,
Adonde como suelen otras veces
Dicen venir navíos de franceses.

»Conviéneme pues mucho que durantes
En la marina tales turbaciones,
Procuremos acá de ser bastantes
Para ganalles estas municiones;
Pues perder con personas semejantes
Tan buenas y adoptadas ocasiones
Será tener con intima fatiga
Delante de los ojos una higa.

»La cual me da mas grande desconsuelo
Que por palabras puedo declararte,
Y para derriballa por el suelo,
Con lo mas fuerte de su balüarte,
Ningun tiempo nos vino mas á pelo
Ni menos advertencia de su parte,
Ni se pudo hacer aqueste hecho
Con menos riesgo ni con mas provecho.

»Reconocidas tienes las ventajas
Que tenemos, pues siempre son continas,
Y bien entenderás que no van pajas
En recoger aquellas sedas finas,
El oro, plata y las demás alhajas,
Y las mujeres para concubinas;
Las cuales cosas puestas en tu mano,
Consuma lo demás el dios Vulcano.

»Porque luego con su furor ardiente
Serán los edificios consumidos,
E yo tendré gran número de gente
Para que si los vieren encendidos,
Vayan á la ciudad incontinente
A dar mal fin á todos sus maridos;
Y aquestos estarán en el camino
Para que su mal sea repentino.

»Haslo tú de hacer desta manera,
Para que todo vaya bien guiado:
Al fuerte llegarás con la madera,
Los indios con sus hachas y cuidado,
Y al tiempo quel alcaide salga fuera
A ver si le llevaste buen recado,
Dale con el segur llaga segura
De no poder hallar humana cura.

»La hacha cortadora vaya cierta
Para que de las sienes no se yerre;
Ocupen luego la cerrada puerta
Los indios porque nadie te la cierre;
Avívese de dentro la reyerta,
Y toda cobardía se destierre;
El fuerte se recorra y ensangriente,
Sin reservar en él cosa viviente.

»No tengo yo de estar muy divertido,
Sino con muchos indios en celada,
Porque como sintamos el rüido
Corramos á la presa deseada,
Y saquemos el oro y el vestido
Que allí tiene la gente baptizada,
Y, como dicho tengo, las mujeres
Para nuestros contentos y placeres.

»Para hacelles guerra mas sangrienta
Y por la vía que de tí se espera,
Yo creo bien que se te representa
El cómo te llevarón en collera:
Que si lo consideras es afrenta
No para la vengar á la lijera,
Porque los que vivieren adelante
Se acuerden de castigo semejante.

»Debes encomendar á la memoria
Que los de Pueblogueyca, como buenos,
Están con españoles de victoria,
Haciéndoles dejar aquellos senos;
Y á tí te consta ser cosa notoria
Que los indios de Bonda no son menos:
Sé que me entenderás é yo te entiendo,
Pues yo soy Macarona é tú Coendo.

»Aquesto baste sin que mas te diga,
De que con gente vayas de mañana,
Y carguen á los hombros una viga
Para los edificios de doña Ana;
No lleves arcos, porque no se siga
Sospecha, mas con hacha castellana
Llegará cada cual, y en vez de plantas
Hended cabezas hasta las gargantas.»

Dijo, y el general, que mayor gana
Tiene de tales trances como estos,
Abrevió la partida de mañana
Con aquellos que pudo hallar prestos
De la gente mejor y mas lozana
Veinte mancebos fuertes y dispuestos;
Y sobre sus robustos hombros carga
Una pesada viga y algo larga.

Con aquesta valiente compañía
Efectuó Coendo su viaje,
Y antes de su llegada bien se vía
De los que estaban en el homenaje;
Mas sus conceptos malos encubría
Ser pocos todos y en quieto traje,
Y ya llegados al lugar frontero
Despiden de los hombros el madero.

Todos ellos están ijadeando
Como rocin que dió larga carrera,
Y con grandes bufidos anhelando
Se reclinaron sobre la madera,
Y con cansada voz suenan llamando
Al Castro, capitán desta frontera,
Para que vea bien si le contenta
Aquella viga que se le presenta.

Y el capitán incauto ya salia
Del fuerte para donde se desea,
El cual de la manera que solia
Con aquel principal se chocarrea;
La viga tanteó que se traia;
Pero Coendo, cuando la tantea,
Alzó la hacha, y aunque hecha sierra,
Por medio de las sienes la sotierra.

Nunca herrero fué tan diligente,
Nunca tan cierto ni con tanto brio
Para hacer labor de hierro ardiente
Que sale del fogoso señorío,
Y cumple martillallo de repente
Antes que del ardor separe frio,
Cuanto fué la presteza del Coendo
Al tiempo que dió golpe tan horrendo.

El miserable Castro dió caida,
Y en el suelo quedó pataleando,
La lumbre de sus ojos despedida,
La sangre con la vida vomitando,
Que no solo vertió por la herida,
Pero por los oidos va manando;
Y en el instante se tomó la puerta
Que para volver él tienen abierta.

Luego de golpe todos entran dentro,
En las manos las hachas aceradas;
Salen dos descuidados al encuentro,
Que muy puesto quedaron sin quijadas:
Proceden en aquel crüel recuentro
Y cogen muchas armas enbastadas;
Y al tiempo que hacian el estrago
También ellos decian: ¡Santiago!

Un Gonzalo Rodriguez fué derecho
A ver la causa destas confusiones,
Y al tiempo que pensó ser de provecho
O por sus armas ó con sus razones,
Dura lanza rompió su fuerte pecho,
Y el hierro le salió por los pulmones:
Perdió luego la fuerza y el anhelo,
Tendiéndose por el sangriento suelo.

La demás gente dentro se congrega,
Pero ninguno bien apercebido,
Por ser tan repentina la refriega,
Que todos andan como sin sentido:
En este punto Macarona llega
Con doscientos gandules al rüido;
Y ansí cuantos estaban en el fuerte
Acabaron con miserable muerte.

Sin reservar la bruta pestilencia
A las indias ladinas que servian,
De su propria nacion y descendencia
Y que por sus parientas conocian,
Y á niños en estado de inocencia
También despedazaban y partian,
Sin que dejen pianto ni mamante
De cuanto se ponia por delante.

Mas una vieja india, lavandera,
Al tiempo del sangriento terremoto
Habia con sus paños ido fuera,
Y en oyendo la grita y alboroto
Desamparó los paños y ribera
Metiéndose por el espeso soto,
Con intenciones de llegar al puerto
A dar noticia deste desconcierto.

Que la nube del humo luego vido
Y al sol algo turbada su pureza,
Porque después que habian recogido
Los indios municiones y riqueza,
El fuego fué pegado y estendido
Por todas partes de la fortaleza,
Y tuvieron á grande maravilla
El no hallar mujeres de Castilla.

Pues segun el aviso que les dieron,
Habian ya de estar aposentadas;
Mas como sucedió que no vinieron
Por las causas que tengo declaradas,
Los cofres y las cajas recogieron
Que contenian joyas estremadas,
Las cuales repartia Macarona
Segun la cualidad de la persona.

Fueron cargados de preciosas galas,
Oro, perlas y plata gran contia,
Y á sus casas por ásperas escalas
Las piezas suben del artillería;
Llevaron polvorin, pelotas, balas
Y cuantas armas español tenia:
Espadas, cotas, lanzas, escopetas,
Que sus manos traian inquietas.

Porque para sus bélicas porfias
Aquellas aplicaron á su uso,
Ejercitándose las punterías
Por acertar al blanco que se puso,
Hasta que fué después de muchos dias
El cebo de la pólvora concluso,
Y aunque no les faltaran materiales
Faltáronles peritos oficiales.

Antes pues del fatal desasosiego,
Estaban indios puestos en camino,
A quien se les mandó que visto fuego
Creyesen ser cumplido su desino,
Y á Santa Marta se partiesen luego
A pedir las albricias al vecino,
Y si tiempo hallasen oportuno
Diesen acerbo fin á cada uno.

Era capitán destos un mancebo
De los indios de Bonda mas ladino,
Y tal que del profundo del Erebo
Nunca salió demonio mas malino:
Aqueste capitán se dijo Jebo,
Maldito hechicero y adevino;
Viendo pues ya de humo nube espesa,
Caminó con sus gentes á gran priesa.

No va sin regocijos y placeres
A los puertos la bárbara caterva,
Viendo que de los prósperos haberes
A cada cual su parte se reserva,
Y que de las católicas mujeres
Les habian de dar alguna sierva,
Creyendo que las damas referidas
Estaban en el fuerte recogidas.

Llegaron á los términos marinos,
De venenosas armas pertrechados;
Mas como los rebatos son continos
Y pocas veces viven descuidados,
Hallaron á los mas de los vecinos
Encima de caballos bien armados,
A causa de decilles centinelas
Que vian por la mar dos ó tres velas.

Rodea la distancia destos puertos
Por todas partes áspera montaña;
Algunos cerros tiene descubiertos
Desde donde la vista no se engaña;
Para mirar de dia los conciertos
Y gente que las casas acompaña;
Y muchos de los indios que vinieron,
Por aquellos cerrillos se subieron.

Suena luego la grita y algazara,
De bárbaras cornetas ronco canto;
Del alto viene numerosa jara;
De mas abajo hacen otro tanto;
Los del pueblo de ver cosa tan rara
Poseidos están de gran espanto:
Dan arma luego, tocan atambores,
Convócanse los grandes y menores.

La gente castellana se pertrecha
A gran priesa de cuerpos y celada;
Cargan el arcabuz, arde la mecha,
Menéase la lanza y el espada;
Y por la mayor parte se sospecha
Estar la fortaleza ya tomada,
Pues si no la tuvieran destruida
No fuera su maldad tan atrevida.

Otros tienen contrarias opiniones,
Que no les pareció cosa posible;
Pero viendo que no cumplen razones
En ocasion y riesgo tan terrible,
Salen los caballeros y peones
Contra la tempestad allí visible,
Porque con gran aumento va creciendo
El rüido, la grita y el estruendo.

Las dueñas y doncellas de roditas,
Multiplicando ruegos y plegarias,
Lágrimas riegan cándidas mejillas
Con temor de las gentes adversarias;
En la plaza se ponen las cuadrillas
Españolas, con armas necesarias,
Para que si los indios entran dentro
En escuadron les salgan al encuentro.

Pero detúvose la gente fiera
Como los vido bien apercebidos,
Contentándose con tirar de fuera
Jáculos de veneno proveidos,
Y con decilles desde la ladera
Oprobios á los hombres conocidos
Los unos y los otros á porfia;
Principalmente Jebo les decia:

«No penseis de hüiros, gallinazos,
Que no teneis navío ni guarida;
Asidos os tenemos en los lazos;
Por demás es pensar en la hüida;
A bofetones, palos y leñazos
Os hemos luego de quitar la vida:
Que no queremos vivos los maridos,
Sino las compañeras de sus nidos.

»En su poder las tienen los desnudos:
Acertádoles hemos en la vena;
Y como tienen anchos los escudos
Las heridas les dan poquita pena;
Aquellas pocas son, putos cornudos,
Andad, traednos mas de Cartagena:
Que pues teneis mestizos en las nuestras
Queremos desquitaraos en las vuestras.

»¡Ah don Luis! de tí tengo mancilla
Por el autoridad de tu persona,
Pues trajiste guarichas de Castilla
Para servir á las de Macarona;
Quitámoste del lado la costilla;
Aquesta demasía nos perdona:
Que á bien librar tú quedarás viudo,
Y no solo viudo pero mudo.

»¡Ah Manjarés, chequito don Antonio!
¿Adónde está tu madre mi señora?
Ella te podrá dar por testimonio
De cómo se le paga la demora,
Tu padre con nosotros fué demonio,
Y tú sigues sus pasos desde agora:
Vete, vete, rapaz, tú poco á poco,
Mira que tienes términos de loco.

»¡Ah, ojos de aspa tuerta, Ballesteros!
En mal cobro pusiste tu guaricha,
Tu plata, tus tapices y dineros,
Pues ella nos está haciendo chicha
Y dellos somos ya tus herederos,
Lo cual debes tener á buena dicha:
Liberal eres en pagar escote
Dándonos la mujer con larga dote.

»Tesorero Bartolomé García,
Bien puedes enviar por tu mulata,
Que por tener á cuestas tanto dia
Nadie la quiere cara ni barata;
E yo si por ventura fuere mia
Darétela sin oro y aun sin plata,
Pues yo no me contento ni me alegro
De ver tanto albayalde sobre negro.

»¡Ah Francisco de Castro desbarbado!
Libre puedes estar desta querella;
Pues la virgen pegada con tu lado
No perderá la sangre de doncella,
Si no fuese buscándole tocado
Que pudiese mejor satisfacella,
Que tus esfuerzos no serán bastantes
Para dalle presea con pinjantes.

»Alcalde trapacista Campuzano,
No pienses desnudarte la pelleja,
Porque pensabas ya dalle de mano
Para buscar mas nueva haceleja:
Que también por acá ningun anciano
Se precia de vestir ropa tan vieja;
Si no la compras con algun embuste,
Con ella pienso retovar un fuste.

» No tengas pesadumbres tú, Riberos,
Por faltarte las pasas y grajea,
Pues á trueco de muy pocos dineros
Trairás otra mas moza de Guinea:
Que tienen linda tez aquellos cueros
Para podellos blanquear con brea,
Y nosotros en las horas obscuras
Hemos de recorrelle las costuras. »

Otras muchas afrentas y denuestos
Decian los demás en alto grito,
Que querer referillos, demás destos,
Seria proceder en infinito,
Mayormente que son tan deshonestos
Que no sufren ponerse por escrito,
Y en los dichos mudamos elegancia,
Puesto que no se muda la substancia.

Porque cada cual indio destos seños
Hoy dia puede ser lengua bastante,
Y son en sus palabras tan obscenos
Que no se vido cosa semejante;
Y en obras de maldad no lo son menos,
Antes el mejor es fino vergante,
Y cuanto se concluye y se comienza
Por ellos es notable desvergüenza.

Y así dichas aquellas sinrazones,
Como Febo sus rayos encubria
Y faltasen aquellas municiones
Que la caterva bárbara traia,
A Bonda revolvieron escuadrones
Para saber qué parte les cabia;
Y cuando ya los indios iban fuera
Salió la india vieja lavandera.

A la cual por entonces una cueva
Nemorosa la tuvo detenida
Con el mensaje triste que les lleva,
Oyendo los rumores y estampida;
Pero los indios idos, dió la nueva
De la desgracia grande sucedida,
Que fué causa de tierno sentimiento
Y de sus pesadumbres gran aumento.

Las congojas que sienten son mortales
Viendo tan encendidas las contiendas
Y en poder de los indios sus caudales,
Hechos señores ya de sus haciendas,
Y juntamente con aquestos males
Poco posible para las enmiendas;
Hacen los mas ajenos de placeres
Las lástimas que dicen las mujeres.

Pues el consuelo mas las desconsuela,
Puestas en ansiosa fantasía;
Los unos y los otros hacen vela,
Las armas en la mano noche y dia,
Embrazada la cóncava rodela,
La lanza y el espada relucia,
Los caballos á punto y ensillados
Y en una casa todos congregados.

Viéndose padecer tantos desgustos,
Sin haber quien de suefio se confie
Entre bárbaros fieros y robustos,
Determinaron todos que se envie
Razon á Pero Fernandez de Bustes
Para que cien soldados les avie,
Por no ser poderosos los vecinos
Para salir por playas ni caminos.

Pues para colmo de sus maleficios,
Los bárbaros crüeles y bestiales
Les mataban los indios de servicio,
Aunque fuesen sus proprios naturales,
Ocupados en algun ejercicio
De los que suelen ejercer los tales,
Tanto que, para ir por agua gente,
Escolta se hacia diligente.

Iban por entre matas advertidos,
Por ser estos caminos mal abiertos,
Arcabuces de balas proveidos
Y rodeleros no menos despiertos;
Suenan por el compás tiros perdidos
Por descubrir engaños encubiertos;
Y con ir con aviso y advertencia
No siempre les valia diligencia.

Con esta confusion y flaco marte,
El trabajo duró casi dos meses:
El bárbaro furor por una parte
Por otra los temores de franceses,
Sirviéndoles de cerca y baluarte
Solamente rodelas y paveses;
Hasta tanto que ya de Santa Marta
A los de Cartagena llegó carta.

Viendo Pero Fernandez la demanda
Y las necesidades de la tierra,
Despachó de soldados cierta banda,
Yendo por su caudillo Yuste Guerra,
Persona cuya lanza no fué blanda
Y de quien negligencia se destierra,
Pues por Malambo hizo su camino
Y con la brevedad posible vino.

El rio grande de la Magdalena
Y el de Pesta que pasan con buen tino,
Y aquella grande ciénaga que llena
Hacen las ondas del licor marino,
Huellan la larga playa y el arena
Que confina con tierra del Dorsino,
Siempre llevando paso presuroso
Y sin tomar descanso ni reposo.

Por la sierra de Gaira procedieron,
Del Yuste Guerra pasos conocidos,
Llegan á Santa Marta, donde fueron
Con increible gozo recebidos;
Cuarenta fuertes son los que vinieron
En militares artes instrüidos;
Mas no son parte para dar castigo,
Segun la potestad del enemigo.

Pero gozábase de mas bonanza,
Y estaban en el pueblo mas seguros,
Porque su defension era la lanza,
Y las fuerzas y esfuerzos eran muros;
Y ansí, vista por indios la pujanza,
No fueron tan molestos ni tan duros,
Teniendo cuando daban el rebato
Un poco de temor y mas recato.

Mas otro miedo no menos molesto
Daba sospecha de sucesos varios,
Si vinieran al puerto descompuestos
Entonces galeones de cosarios,
Que fuera grande mal; y demás desto
Faltaban alimentos necesarios,
Porque ya de ganados y labores
Eran indios de Bonda posesores.

Pues esta gente bárbara y astuta
Sin las comer mató reses vacunas,
Y en ellas sus fureres ejecuta,
Por lo cual las personas mas ayunas
Solamente comian una fruta
Que por acá llamamos aceitunas,
Que son en las figuras aparentes
Y en el sabor y gusto diferentes.

En este tiempo Bonda determina
De reformar escuadras y banderas,
Convocando la gente mas vecina
O ya por ruegos ó amenazas fieras,
Queriendo revolver á la marina
Y tomar el negocio mas de veras,
En tal manera, que de los cristianos
Ningunos escapasen de sus manos.

Estando pues los indios con tan malas,
Protervas y dañadas intenciones,
El general Esteban de las Alas
Allí llegó con siete galeones,
Pendientes de las gabias muchas galas,
Flámulas, gallardetes y pendones;
También de las entenas van pendientes
Algunos cuerpos de cosarias gentes.

Porque viniendo por los altos mares
Navegando la filipina flota,
Vieron dos galeones, singulares
Cosarios, que guiaban su derrota
A los indianos puertos y lugares,
Con apacible viento, larga escota,
Los cuales, real flota conociendo,
Con aumento de velas van huyendo.

Mas los de la católica bandera,
Considerando ser honroso lance,
Con la presteza que águila lijera
Sigue de prestas aves el alcance,
Abrevian lo posible su carrera,
No rehusando belicoso trance,
Por ocasion patente que los llama
A los despojos y honorosa fama.

Con vela de los vientos impelida
El pirata ladron librarse piensa;
Mas como nada presta su hüida,
Apercibióse para la defensa:
Suena terrible grita y estampida;
Nube grande del humo se condensa
De los sulfúreos fuegos de cañones
Y de las manüales municiones.

Auméntanse recíprocos tronidos,
Y el rüido de huecos atambores;
Hay hombres muertos, mancos y heridos;
Rompen los aires gritos y clamores:
Los franceses al fin fueron vencidos,
Y nuestros españoles vencedores
Traen las naos hasta las riberas
Y puertos, arrastrando sus banderas.

Mas en los deste puerto, viendo tanto
Navío como junto dél venia,
Aumentóse la pena y el espanto,
Pensando ser francesa compañía;
Formaron las mujeres nuevo llanto,
Y su dolor á mas andar crecia,
Hasta que vieron bien los desta villa
Ser la real armada de Castilla.

Cuanto mas se venian acercando,
Tanto mas se mitigan los suspiros,
Marido á la mujer desengañando,
Diciendo: «No tengáis por qué afligiros,
Que ya los galeones van entrando,
Y hacen salva los fogosos tiros;
De Esteban de las Alas es el vuelo
Que da seguridad á nuestro suelo.

»Y á vueltas de los tiros también suena
Son de trompetas, voz de chirimías;
Ya los vecinos huellan el arena
Con grandes regocijos y alegrías,
Y deseamos ver la playa llena
De las recién venidas compañías.»
Con esta certidumbre se mitiga
Aquella pesadísima fatiga.

Después que fué la flota recogida
Y en los seguros puertos anclesda,
Don Luis con persona conocida
Al general envia su embajada,
Que fué del parabién de la venida
Y con ofrecimiento de posada;
El cual volvió las gracias y respuesta,
Segun que suele condicion modesta.

Debajo de las ondas encubria
Ya Febo su preclara hermosura,
Y del obscuro manto se vestia
Lo llano, la ladera y el altura;
Los de la mar esperan otro dia,
Y acá durmió la gente mas segura,
Puesto que no sin guarda vigilante
Por el otro peligro circunstante.

Luego los indios que hay á la redonda,
Ladinos, segun tienen de costumbre,
Procuran avisar á los de Bonda,
Y dalles desta flota certidumbre,
Diciéndoles que hagan buena ronda,
Por ser llegada grande muchedumbre
De soldados bizarros andaluces
Y copia y abundancia de arcabuces.

Que no fien de vanas presunciones,
Sino que desde luego hagan cuenta
Que por sus odiosas poblaciones
Tiene de descargar esta tormenta,
Y que con caballeros y peones
Les tienen de hacer guerra sangrienta:
Que ya conocen españolas furias
Cómo jamás olvidan sus injurias.

Rióse destas nuevas el salvaje
Macarona, sin nuestra de accidente,
Diciéndoles: «Reíos del mensaje,
Y nadie haga rugas en la frente;
Pues que tenemos fuerzas y coraje
Para desbaratar doblada gente,
Porque Dorsino, Gaira, Mamatoco,
Por ser pocos espántanse de poco.

»Vengan cubiertos de armas que en la fragua
Con curiosidad herrero hizo:
Nosotros solamente con la jagüa
Pintados, y pajuelas de carrizo;
Vengan, que su tormenta será de agua,
Y acá se la daremos de granizo;
Pues de muchos mas bravos y guerreros
Sirven en atambores hoy sus cueros.

»Vengan, vengan, y sean los que fueren,
Que bien conozco gente sin cabellos,
Y sé que tantos cuantos mas vinieren
Tanta mas perdicion es para ellos.
Vengan, vengan, y los que mas pudieren
A los otros estirarán los cuellos;
Pues á lo menos yo de mí confio
Que no me tienen de estirar el mio.»

Estas bravosidades fanfarronas
Se dejaba decir el gandul viejo
En el ayuntamiento de personas
Que fueron convocadas á consejo;
Y en esto todos eran macaronas,
Y el mas vil al mayor era parejo:
Lo cual pasó la noche que el armada
Al puerto dicho hizo su llegada.

Después que Febo con su movimiento
Volvió su resplandor á la comarca,
Fué don Lüis, cabildo y regimiento,
A ver al general, que desembarca
Con músicas sonoras y concento,
Como criado de tan gran monarca:
Vense los dos varones venerables
Con palabras y rostros amigables.

No faltó cumplimiento cortesano,
En que los dos se daban buena maña,
El uno comedido y otro urbano;
Y ansí tractando de cosas de España,
A la iglesia se van mano por mano
Con mucha gente que los acompaña;
Y dado fin á la divina fiesta,
Lo llevan donde está posada puesta.

Y todos por hüir rayos ardientes
Se recogieron á la sombra fria,
Tractando de negocios diferentes
De los que su congoja les pedia;
Mas don Lüis de Rojas, que presentes
Sus injurias y pérdidas tenia,
Y para las vengar punto que obligue,
Al general habló lo que se sigue:

«Mi señor general, en ningun hecho
He visto que se mida la ventura
Tan á contento del humano pecho,
Que sin falta le dé lo que procura;
Mas hoy á mí me tiene satisfecho
En traeros en esta coyuntura,
Porque por algun tiempo se mitigue
Mal que por muchas vías nos persigue.

»Por una parte dan mil sobresaltos
Las atalayas á la mar atentas;
Por otra viéndonos de fuerza faltos
Nos tocan gentes viles y sangrientas;
Y siempre suenan por aquestos altos
Amenazas envueltas en afrentas,
De vergüenza y temor tan descompuestas
Que ningunas yo ví mas deshonestas.

»Este es un sinsabor continuado,
Sin concedernos punto de sosiego;
Ninguno de nosotros desarmado
Sea con claridad ó nublo ciego,
Pues han por muchas veces intentado
A las casas de paja poner fuego,
Guiándolo con punta de su flecha
El bárbaro crüel que nos acecha.

» No sin inmenso riesgo deshacemos
Estos ardides hechos con obscuro,
Porque, segun os consta, no tenemos
Para nos defender cerca ni muro;
Solamente los brazos oponemos
A la ferocidad del marte duro,
Y podrian contarse por espantos
El valerse tan pocos entre tantos.

» Mas agora que se nos representa
Por indios no confusos en acentos,
Cómo quiere venir una tormenta
Congregada de todos cuatro vientos:
Gente poca, cansada, descontenta,
Mal podrá resistir sus movimientos,
Mayormente que hacen su victoria,
Las muchas que han habido, mas notoria.

» Ayúdales á su desenvoltura
Haber ganado cierta casa fuerte,
Que no sabemos, aunque se procura
El cómo se ganó ni de qué suerte;
Mas sabemos que no quedó criatura
Que en ella se librase de la muerte;
Pues una sola india de servicio
Vivió por estar lejos del bullicio.

» También participaron destos males
Los en aqueste puerto detenidos,
Porque teníamos nuestros caudales
En aquel mismo fuerte recogidos,
Y todos los arreos principales
De oro, plata, perlas y vestidos,
Con temor del francés, que de presente
Víamos y teníamos enfrente.

» Y si para tomar el puerto diera
El mar insano viento favorable,
Nuestro dolor y desventura fuera
En escesivo grado lamentable,
Llevando cada cual su compañera
Al fuerte por lo ser inespugnable;
Mas como negó viento la fortuna
Del pueblo no salió mujer alguna.

» Viéndonos pues en riesgo tan terrible,
Y para resistir al enemigo
Pocos soldados y ningun posible,
Por la desgracia grande que ya digo,
Teníamos por cosa convenible
Salirnos del lugar tan sin abrigo,
Por tener un momento de reposo
En algun puerto menos peligroso.

» Pero, bendito Dios, que ya trocamos
En ratos de quietud las horas malas,
No porque con las que antes trabajamos
Estas pueden correr á las iguales,
Pero largas ó cortas descansamos
A la sombra y favor de vuestras alas,
A quien alientan águilas reales
Que vuelan sobre todas las caudales.

» Cuyo valor y potestad notoria
Do quiera gozará de vencimiento,
Y en su virtud ovistes la victoria
Del soberbio francés y violento,
Para tener, señor, alas de gloria,
Como ya las teneis de nombramiento,
Y con las del que sube hasta el cielo,
Darán las vuestras encumbrado vuelo.

» Pero no solo fué vuestra venida
Contra piratas y soberbios gallos;
Mas como la necesidad lo pida
Quiere el rey que valgais á sus vasallos,
Mayormente si van tan de caida
Que no pueden vivir sin remediallos:
É ya vereis estar desta manera
Los que residen en esta frontera.

» Y ansí, señor, en estos menesteres,
Uno de dos intentos son los mios
Y aun los universales pareceres,
Y son: ó nos llevar en los navíos
Con nuestras casas, hijos y mujeres,
O dejarnos aquí buenos avíos,
Para que tenga defension bastante
Un puerto tan antiguo é importante.

» Servicio fué vencer aquel cosario,
Y creed que será mas estendido
Si de lo que le fuere necesario
Aqueste puerto fuere socorrido,
Por ser tan numeroso su contrario
Y de españoles mal apercebido;
Lo cual se suplirá con cien soldados
Que nos dejeis de los mas escusados.

» Es cosa tolerable pues con esta
Gente que se nos dé y algun pertrecho:
El armada no queda descompuesta,
Y nosotros salimos del estrecho
Y gran perplejidad que nos molesta,
Sin atinar á cosa de provecho;
Pues es ansí que quien tan poco puede
Ni sabe si se vaya ó si se quede.

» Pero dará, señor, vuestra respuesta
Desta resolucion algun indicio,
Y si, como deseo, la propuesta
Necesidad os mueve y el oficio,
Cosa notoria es y manifiesta
Que á Dios y al rey haceis grande servicio;
También por mí será reconocida
La obra mientras Dios me diere vida.»

Dijo, y el general que muy atento
Estuvo hasta su postrero dejo,
Antes de responder al pedimiento
Que á los necesitados es anejo,
Balanceaba con el pensamiento,
Segun que suele quien está perplejo;
Y ansí por no dar seco despidiente,
Al don Lúis le dijo lo siguiente:

«Señor gobernador, bien entendida
Tenemos la necesidad presente;
Mas ya conoceréis que mi venida
Ha sido para causa diferente,
Y quel rey no me manda que divida
Algun miembro del cuerpo desta gente,
Y á mí no me sería bien contado
Esceder ni salir de su mandado.

» Pero haré, segun vuestros intentos,
Lo que puede hacer un buen amigo,
Y es daros cuatrocientos ó quinientos
Hombres para hacer un gran castigo
En las villas, lugares y en asientos
Del indio mas rebelde y enemigo,
Para que la comarca mas cercana
Quebrante su furor y quede llana.

» Yo les señalaré término cierto
Para domar el bárbaro coraje;
Y castigado bien el desconcierto,
Brio y atrevimiento del salvaje,
Con toda brevedad vuelvan al puerto
Para que yo prosiga mi viaje:
Que poca puede ser esta tardanza
Y fácil de tomar esta venganza.

» Mi gente con deseo de presas
De bárbaros, irá de buena gana;
Resta que para ver estas peleas
Apercibais la vuestra baquiana,
Que les enseñen las personas reas,
Y partan si es posible de mañana;
Porque de todas cosas mis soldados
Brevemente saldrán aderezados.

» Aquesta me parece buena traza,
Pues como se castigue la frontera,
Quieto quedareis en vuestra plaza
Y hollareis seguro la ribera;
Y si cosario fuerte diere caza
A salvo podeis ir por donde quiera:
Aquesto por serviros os concedo,
En lo cual hago mas de lo que puedo.»

Dijo, y el don Lúis, á quien aceto
El orden fué, segun dél se percibe,
Las gracias le rindió como discreto,
Y aquello que le dan eso recibe;
Y para que se vea con efeto,
A sus soldados viejos apercibe,
Que para tomar armas son ochenta,
Entrellos de caballos como treinta.

El dicho general sacó seiscientos
Soldados que llamamos chapetones,
Con todos los guerreros ornamentos
Que piden belicosas confusiones
Y copia de fogosos instrumentos
Con las demás anejas municiones,
Escudos, pectos, cotas y celadas,
Jaculos duros y armas enastadas.

Fué de la gente que se desembarca
Por capitán Antonio de Lobera,
Con otro capitán, Héctor Abarca,
Varones respetados donde quiera,
Con otros, cada cual hombre de marca
Para poder regir gente guerrera,
Y alféreces, escuadras y sarjentos,
Que no sabré decir sus nombramientos.

Unos y otros bien apercebidos,
Y juntos en lugar que convenia,
Mandóse, porque no fuesen sentidos,
Que marchasen de noche con la fria:
Caminan pues á pasos estendidos
El Viernes Santo, Venerable dia,
Hasta que se pusieron en lo llano
A la sierra de Bonda mas cercano.

Allí llegados sin haber testigos
De gente que con armas los detenga,
Para subir do están los enemigos,
Cuesta no menos áspera que luenga,
El don Lúis llamó los mas antigos
Para que den el orden que convenga
En el acometer al indio duro
Y entrar dentro del pueblo con obscuro.

Fué desta consultora compañía
Don Antonio, y el capitán Cordero,
Y el capitan Bartolomé García,
En el presente tiempo tesorero,
Y Francisco de Castro, que tenia
En un buen parecer voto primero;
Y ansí manifestando lo que siente
En la consulta dijo lo siguiente:

«Por tres escalas suben esta roca
Enhiesta, cada cual á maravilla;
Acia septentrion por Geriboca,
A la parte del sur por Macinguilla,
Otra por medio donde se convoca
El contracto comun para la villa,
Cuyo comedio es y cuya frente
Donde todos estamos de presente.

» La parte destas tres mas descuidada
En Macinguilla es y la mas cierta,
A causa de tener una quebrada
De grandes arboledas encubierta;
Y la gente de pié siendo guiada
Por allí, hallará segura puerta,
Pues por esotras dos mas manifiestas
Es de creer que tienen velas puestas.

» El capitán Beleño será guia,
Como quien estos pasos ha corrido,
Y puede por aquella misma via
Llegar á la ciudad sin ser sentido;
Y como suele liberal espía,
Vayan á paso sordo y estendido
Los piés lijeros, tácita la huella,
Hasta poder llegar al cabo della.

» Desque lleguen al fin del pueblo, luego
Pongan á una sin hacer rúido
A los caneyes grandes vivo fuego
Y á casas principales del partido,
Porque con el calor y humo ciego
Se desatine quien está dormido;
Y el que saliere deste sobresalto
No le consientan ir á lo mas alto.

» Porque si se hallare gente presta
De los que siguen el contrario marte,
Cosa notoria es y manifiesta
Acudir mucha por aquella parte,
Do con espadas, arcabuz, ballesta,
Los deterná católico estandarte,
Bajando luego todos á lo llano
Pues escalera tienen á la mano.

» Sin dar lugar á selles defendida;
Pues es ansí quel bárbaro guerrero
Ocupará cualquiera descendida
De tres por do se va por contadero,
Y aquella no podrá ser impedida
Por estar español allí primero,
Y caer en aquel lugar que digo
Que cumple comenzar este castigo.

» La gente toda de caballo quede
En aqueste lugar adonde estamos,
Porque si mal alguno les sucede,
Que nunca plega Dios que tal veamos,
El bárbaro no haga lo que puede
Y á los desbaratados defendamos:
Esto mi probe seso comprehende;
Salvo juicio del que mas entiende.»

Examinadas bien estas razones,
Todos cuantos allí fueron presentes
Se conformaron con sus opiniones,
Por no les parecer impertinentes:
Marcharon pues apriesa los peones
Con todos los recatos convinientes,
Y aunque con gran sudor y pesadumbre
Llegaron sin sentillos á la cumbre.

El capitán Beleño que guiaba,
En unos altos poco desviados
Del pueblo para donde caminaba,
En contra de conciertos acordados
Mandó que se quedase Luis de Nava
Con ocho validísimos soldados,
Diciéndole quel paso defendiese
Hasta tanto que por allí volviese.

Viendo quel orden dado pervertia,
El cual era pasar mas á lo largo,
El dicho Luis de Nava le decia
Que, pues por don Lúis se le dió cargo,
Viese primero bien lo que hacia;
Mas el dicho Beleño sin embargo
Le respondió: «Señor, visto lo tengo,
Y sé y entiendo bien á lo que vengo.»

Quedóse con los ocho reguardando
El paso que le dijo, y el Beleño
No lo fué para quien está roncando,
Mas antes un terrible quita sueño,
Pues entró en el pueblo, y en entrando
Enciende casas el ardiente leño,
Y resplandece luego la candela
Que con velocidad por ellas vuela.

Suena junto con esto tal rúido
Y grita de los que entran, que despierta
Al bárbaro que se halló dormido,
Acudiendo con armas á la puerta:
Uno sano huyó y otro herido,
Otro que dura muerte halló cierta;
Y como despertaban moradores
Iban creciendo voces y clamores.

Los altos ocupó llama lijera
Impelida de furiosos vientos,
Barriendo con su fuerza la acera
Que tiene mas lucidos aposentos:
Nubes de humo van acia su esfera
Con negros remolinos turbulentos,
Y llenos de pavesas y centellas
Que turbaban la luz de las estrellas.

Bien como cuando la sulfúrea vena
De Quito sus ardores engrandece
En el volcán y fonda socarrena,
Y con espesos humos acontece
La tierra circunstante ser tan llena,
Quel sol se les absconde y escurece,
Y aunque distante dél, atemoriza
Al morador que vé llover ceniza:

Otra tal confusion y tan espesa
De humo revalida la conquista,
A causa de quel viento daba priesa
Y la llama veloz andaba lista
Corriendo varias partes que no cesa,
No sin impedimentos de la vista,
Por ser fastidiosos los enojos
Que humos dan á los humanos ojos.

Horrísono clamor hay por las casas,
Como lo suele dar gente menuda
De muchos que perecen en las brasas
Por carecer de paternal ayuda;
Procuran de salir á partes rasas
La doncella, casada y la viuda,
Porque la llama y el vapor ardiente
Dentro de su caney no las consiente.

Bien como cuando quiere colmenero
Hacer de dulce miel vasijas llenas,
Que ahuyenta con humo de romero
Las prévidas abejas de sus venas,
Y sin orden el escuadron lijero
Desampara labor de sus colmenas
Con un ronco clamor y voz molesta,
Pero tal que su pena manifiesta:

Ansí la gente mal apercebida,
Procurando huir destas contiendas,
A trueco de escapar la dulce vida
Olvidan sus alhajas y haciendas,
Con voz confusa, pero conocida,
En cuanto prometerse las enmiendas;
Y ansí unos á otros se convocan
Con diferentes cuernos que se tocan.

Mas en el gran caney de Macarona
Tan prestas llamas levantó la paja,
Que nunca pudo dél salir persona,
Y él mismo se metió en una tinaja,
Donde de su furor se desentona,
Pues aquella le dió vez de mortaja;
Y aunque hecho carbon y consumido
Fué por insignias ciertas conocido.

Duran las confusiones del que llora
Y el gran tumulto de los ortodojos,
Consumidora llama se empeora,
Los soplos de los vientos no son flojos;
Mas ya mostraba la gentil aurora
Sus ojos claros y cabellos rojos,
Y los flecheros y arcabucería
Ven bien adonde hagan puntería.

Porque los indios del cuartel del cabo
Do fué concierto comenzar la quema,
Viéndose sin lision ni menoscabo,
En tomar armas no tuvieron flema,
Con una diligencia que yo alabo
En ardides de guerra por suprema,
Y fué que, sus familias recogidas,
Procuraron tomar las tres salidas.

Por orden del fortísimo Coendo
Y de Jebo que, como no dormia,
En oyendo la grita y el estruendo
Vieron que hacer esto convenia,
Después de lo cual fueron recogiendo
Larga y desesperada compañía;
Era destos un capitan Gamita
Que desde los altores daba grita,

Diciendo: «No os loeis de la jornada
Ni de la valentía cometida,
Hasta que ya volvais á la posada,
Y la podais contar sobre comida;
Porque si en vuestra mano fué la entrada,
No sé si podrá sello la salida;
Bien podeis alistar los calcañares,
Pues los indios aprestan los pulgares.

»Amigo Juan Beleño, yo te empeño
Mis barbas, que tuvieras mejor saco,
Si dejando vapores de beleño
Tomaras un humillo de tabaco;
Pues hoy han de tener moderno dueño
Tu celada con plumas y tu jaco,
Y estos nocturnos saltos y estas penas
Las tienes de pagar con las septenas.»

Aquesto dicho, desde la ladera
Con cuantidad de gente bien armada,
Por arronjallos sobre la escalera
Disparan una y otra rociada;
Cercana la tenian y frontera,
Mas en cierto recodo gran celada
De la floresta, acia mau derecha,
Donde ellos se desvian de la flecha.

Porque como del bárbaro vecino
Acudió mas allá furia tan brava,
No pudieron tomar aquel camino
Del alto do quedó Luis de Nava:
Diligencia que menos les convino,
Y de que nada les aprovechaba;
Y ansí vuelven al paso que frontero
Tenian, do se les mandó primero.

Llegando pues sobre los escalones,
Del dicho Luis de Nava no curando,
Vieron á caballeros y peones
Que abajo los estaban esperando;
Movieron todos ellos los talones,
Yendo su poco á poco caminando,
Por ser la via que llevarse debe,
Y que para los llanos es mas breve.

Y al tiempo que sus pasos encamina
El avanguardia con fumosas mechas,
De la parte del monte mas vecina
Vuela tan grande número de flechas,
Quel de mejor reporte desatina,
Por venir berboladas y bien hechas;
Unos dellos se quejan, otros gimen,
Otros huyen porque no los lastimen.

Volver atrás no pueden ni conviene,
Por ser los indios número pujante,
Y el último remedio que se tiene
Es abreviar los pasos adelante;
Mas tal lluvia de flechas sobreviene
Sobre el atribulado caminante,
Que para se quitar la dura jara
Aquí gran salto dió, y allí se para.

La rezaga que ve las dilaciones
Cuando mas brevedad les convenia
Dan á los delanteros empellones
Y unos sobre otros iban á porfía
Rodando por aquellos escalones,
Y deslizando por acerba via,
Tal que por asperezas do se juntan
Se quiebran huesos y se descoyuntan.

Uno rodando va, y el otro vuela,
Otro no para hasta la quebrada,
A este no quedó diente ni muela,
Al otro se le tuerce la quijada;
Por aquí va sin dueño la rodela;
Por allí se desliza la celada,
Otro que sí cayó donde no roda,
Pasa por cima dél la gente toda.

Como si con nocturno terremoto
Huyesen á lo raso del poblado,
Que con aquel rüido y alboroto
El menor y el mayor anda turbado,
Este sale desnudo, y aquel roto,
Queda Juan muerto, Pedro mal parado,
Este pide favor, aquel ayuda,
Y no pueden hallar quien les acuda:

Bien por este nivel acontecia
En esta confusion que se pregona,
Pues aquel á quien mano se pedia
Pasa de largo y el hüir abona,
Porque con tal remedio pretendia
Poner en salvo sola su persona,
Sin esperar amigo que le cuadre,
Ni aun hijo que volviese por su padre.

Pues Miguel de Orozco dos tenia
En la revolucion desta batalla,
Y cuando filial favor queria,
Allí no le responde ni lo halla;
Y ansí murió con otros este dia
A manos de la bárbara canalla,
Donde golpe crüel de mano perra
Con sus sesos regó la dura tierra.

Desta manera van dándoles caza
Hasta que los arronjan en los llanos,
Ensangrentando cada cual la maza
En generosa sangre de cristianos,
Y el escalera se desembaraza,
Donde muchos ovieron á las manos,
Pues número mayor que de cincuenta
Aquellas anchas losas ensangrienta.

Los altos aires braman con estruendo;
Auméntase de indios la pujanza,
De tal suerte que con rigor horrendo
Hasta medio del llano se abalanza
Con el Gamita, Jebo y el Coendo,
Que los animan á mayor venganza,
Sin miedo ni temor que les dé pena,
Por ser esta pasion dellos ajena.

Lüis de Nava, viéndose perdido
Y arriba con los ocho compañeros,
Por no poder cumplir lo prometido
Beleño, que escapó por piés ligeros,
Percibiendo la grita y el ruido
De indios y españoles delanteros,
Determinóse de bajar tras ellos
E irse por aquellos mismos huellos.

Porque, segun él dijo, hizo cuenta,
No pareciéndole juicios vanos,
Que en tanto que duraba la tormenta,
Y los otros andaban á las manos,
Podrian descendirse sin afrenta
Hasta ponerse junto con los llanos,
Y allí serian de peligros hocros,
Por tener mas á mano los socorros.

En tal necesidad nadie pudiera
Imaginar mas cómodos consejos,
Y entonces ciertamente descendiera
Con pasos voluntarios y parejos;
Mas viéronlos venir por la ladera
Los sacerdotes ó mohanes viejos
Que estaban en un alto contemplando
La felice victoria de su bando.

Estos, mirando bien á la redonda,
Vieron venir dos grandes escuadrones
Con macana, carcaje, dardo, honda,
De Macinguilla y otras poblaciones
Con intencion de socorrer á Bonda,
Vistos los fuegos y revoluciones;
Y ansí dan voces á los capitanes
Los cerimoniáticos mohanes,

Diciéndoles: «Haced pasos livianos,
Y abreviad lo posible la carrera:
Alcanzareis allí nueve cristianos
Que van bajando por el escalera.»
Ellos obedeciendo los dos canos,
Los piés movieron mas á la ligera,
Pero cuando llegaron al estrecho
Distaban dellos no pequeño trecho.

Viéronles ir apriesa caminando
Cerca ya del remate de las cuestas,
Y porque no se fuesen alabando
De tales osadías como estas,
Los indios como cabras van saltando,
Los arcos prestos y las flechas puestas,
Con la grita que suelen cuando riendas
Sueltan á las rencillas y contiendas.

Volvió los ojos el Lüis de Nava,
Y conociendo ser dudoso trance,
Con suma diligencia caminaba,
Por no poder jugarse mejor lance,
Y á los demás soldados animaba
Antes que la tormenta los alcance;
Pero para correr con mas aliento
Las armas eran gran impedimento.

Iba Lüis de Nava bien armado
Con pecto y espaldar, y con espada
Que va pendiente del siniestro lado,
La cabeza cubierta con celada,
Buen arcabuz, de balas pertrechado,
Y demás de la pólvora tasada
Un calabazo grande lleva lleno
Colgando, que á su tiempo le fué bueno.

Aqueste peso y el ardor terrible
Les hace la carrera menos llana,
Y la gente bestial, incorregible,
Por su velocidad tierra les gana;
La cual con muestras de furor horrible
Cercando va la gente castellana,
Que con el arcabuz templa su vía,
Y ansí tirando tiros se retira.

Cada cual dellos hace lo que debe
Porque temor de muerte los convida;
Mas tal inundacion de flechas llueve
En aquesta primer arremetida,
Que dos soldados buenos de los nueve
Quedaron perdidosos de la vida;
Los otros, para ir donde pretenden,
Sin perder de su vía se defienden.

Ansí van en demanda de los llanos
El vestido huyendo del desnudo;
Y como se hallasen ya cercanos,
Cada cual escapó por donde pudo,
Confiado de piés mas que de manos,
Y del espada mas que del escudo;
Y como van por partes diferentes
Tras ellos se dividen estas gentes.

Bien oyeron los tiros y revueltas
Y tiros de arcabuz los caballeros,
Los cuales también andan á las vueltas
Con indios, defendiendo los primeros
Que descompuestos y las armas sueltas
Bajaron de los ásperos oteros;
Y de los mismos tiros coligiau
Ser españoles que se defendian.

Guió pues á la sierra don Antonio
Su presto y arrendado rabicano;
Dióle su propia vista testimonio
Ser presa de dos indios un cristiano,
Cada cual dellos un feroz demonio
Segun lo tienen con pesada mano,
Y luego conoció ser Luis de Nava,
A quien fuerza y aliento ya faltaba.

No puede con los indios lo que osa;
Vigor le falta, sobra la osadía;
Pero la destemplanza calurosa
Y el largo curso fuerzas impedia,
Y es porque nunca quiso dejar cosa
De todos los pertrechos que traia;
Con el calor aumentan el desmayo
Celada y arcabuz y férreo sayo.

Viendo pues que su fuerza no aprovecha
Para se desasir en la porfía,
En el calabazon metió la mecha
Que relleno de pólvora traia,
Y con bueno y ardor de sí desecha
Al bárbaro crüel que lo tenia,
Pues de los dos con el súbito fuego
El uno quedó muerto y otro ciego.

También al fuego dió su propio pelo,
El cual fué los vestidos encendiendo:
Terrible pena, grave desconsuelo,
Tristísimo espectáculo y horrendo;
Y ansí volcándose por aquel suelo,
«¡Paciencia me dé Dios!» está diciendo;
Imprimen sus palabras dolor sumo
Y el ver de cuerpo vivo salir humo.

Como cuando llegó la fatal ira
Del fuerte capitán, hijo de Alcmena,
Que don de su querida Deyanira
A muerte desastrada lo condena:
Ansí brama, da voces y suspira
Lüis de Nava por aquel arena,
Y cuanto con mas furia se menea
El miserable cuerpo mas humea.

El noble joven de valor altivo
Llegó con su caballo, y en llegando
Los ijares rompió del indio vivo
Y asió del triste que se va quemando;
Y sin sacar la pierna del estribo,
Lo llevó pocos pasos arrastrando,
Hasta que dió con él en un alberca
O charco que tenian allí cerca.

Este fué gran alivio de sus males....
Y porque cargan nuevos escuadrones,
Acudieron soldados principales
De fuertes caballeros y peones:
Uno fué dellos Esteban Gonzalez,
Dador de las presentes relaciones,
Cuyos hechos allí no fueron menos
Que los mas señalados y mas buenos.

Sin faltar en aquesta competencia
En cualquier necesaria coyuntura,
Y por dicho favor y diligencia,
El dicho Luis de Nava tuvo cura,
Aunque por ser pesada la dolencia
Poder escapar della fué ventura;
Y aun si hoy vital aura lo gobierna
Andará cojeando de una pierna.

Estando pues allí donde la vida
Le dieron en el charco referido,
Se recogió la gente divertida
Y las reliquias vivas del vencido,
Ansí heridos como sin herida,
Porque la multitud del atrevido
Jebo cruel, con indomable pecho,
Aun no se contentaba con lo hecho.

Desque los vivos fueron congregados,
Hallaron que faltaban muchos buenos
Y estaban de sus armas cercenados
Aquellos que vinieron dellas llenos.
Los hijos de Orozco congojados
La prenda paternal echaron menos:
Preguntan, y afirmó testigo cierto
Que con los demás muertos quedó muerto.

Aquesta certidumbre les aumenta
Las penas, las fatigas, los enojos;
La muerte desastrada se lamenta
Y el quedarse por bárbaros despojos:
Era su dolor tanto, que revienta
Por boca de los dos y por los ojos,
Y tales son los dichos y los hechos,
Que hacen impresion en otros pechos.

Dijo el menor al otro: «¿Qué hacemos
Llorando sin provecho ni esperanza?
Cumplamos con aquello que debemos
Tomando destos bárbaros venganza,
Pues el cómodo tiempo que tenemos
Podríase perder con la tardanza;
Vamos, ya muerte venga, ya nos huya,
Y no queramos vida sin la suya.»

Dijo, y ambos á dos, como leones
Hambrientos que saltean las manadas,
Rompieron por aquellos escuadrones
De gentes con victorias levantadas,
Y en los de mas gallardas proporciones
Iban ensangrentando las espadas:
Matan á Marocinda, Sanga, Toche,
Y Panto vió su fin y eterna noche.

Andando de los dos la punta aguda
Intestinos y entrañas descubriendo,
Sin esperar favor que les acuda
En riesgo y en peligro tan horrendo,
Acudió don Lúis con buen ayuda
Poniendo duros frenos á Coendo,
El cual venia contra los hermanos
Con nube furiosa de paganos.

El don Lúis los suyos sylicita
Usando de caudillo diligente;
Con obras y palabras los incita,
Pero los mas pelean flojamente
Por el cansancio grande que les quita
Las fuerzas y el calor del sol ardiente,
Bien que con arcabuces hacen tiros
No todos con mortíferos suspiros.

Y Anton Bocancha, negro arcabucero,
El serpentin del arcabuz aprieta
Contra Jebo que sale delantero
Llamándole de perro negro jeta;
Pero la flecha que salió primero
En la coce le dió del escopeta,
Y fué la punta della de tal arte,
Que la coce pasó de parte á parte.

Al fin el barbarismo prevalece,
Y vista la pujanza y el estruendo,
Y que la multitud de indios crece,
Y los cristianos iban descreciendo,
Al don Lúis de Rojas le parece
Irse su poco á poco retrayendo,
Llevando por delante recogidos
Ansí los sanos como los heridos.

Mas no por eso la canalla para,
Pues como victorioso los aqueja;
Y entre tanto que el bárbaro dispara
Y la gente de á pié dellos se aleja,
Los de caballo van haciendo cara
Al escuadron que punto no los deja
Por arcabuces y por partes rasas,
Hasta que los metieron en sus casas.

Y como gentes de temor exentas,
A voces dicen: «Esperad, gallinas,
Para que rematemos nuestras cuentas
Al son de las cornetas y bocinas.»
Esto decian y otras mil afrentas
Que de poner en letras son indinas,
Porque de las naciones es aquesta
La mas desvergonzada y deshonesta.

Después que los metieron en los puertos,
Revuelven los del bárbaro rebaño
A ver sus casas y hacerse ciertos
De su bien ó su mal con desengaño:
Remanecieron muchos indios muertos
Sin que pensasen ser tanto su daño;
Recogen á difuntos sus parientes
Poniéndoles renombres eminentes.

Pues aunque nunca gocen de victoria,
De los indios que mueren en la guerra
Dicen los vivos ser cosa notoria,
Digo los moradores desta sierra,
Aquella muerte ser la mayor gloria
Que les puede venir sobre la tierra;
Y ansí les cantan por algunos dias
Sus grandes hechos y sus valentías.

Y en una barbacoa se procura
Al cuerpo suponer brasas ardientes,
Y recoger en vasos la grosura
Por ministros que tienen competentes,
La cual beben en tanto questo dura
Los mas aventajados y valientes;
Después dan al sepulcro la ceniza,
A la cual su linaje solemniza.

Y de los españoles hecha cuenta
De los muertos á manos y heridos,
Hüidos de la haz sanguinolenta,
Hallaron ser entonces fallecidos
Número que pasaba de noventa,
Todos los mas de los recién venidos,
Sin los que remediaron cirujanos,
O mancos de los piés ó de las manos.

Esteban de las Alas, cuando llano
Pensó quedar el bárbaro guerrero,
Oyó que lo dejaban mas ufano,
Y en muy peor estado que primero,
Y cómo convenia mayor mano
Para domar esfuerzo tan entero,
Y tomar las católicas banderas
Aquesta punicion mas á las veras.

Considerando pues que no cumplia
Dejar en tantos riesgos aquel puerto,
Quiso con don Lúis, que lo pedia,
Efectüar aquel primer concierto,
Y ansí dejó bastante compañía
Para se defender del indio yerto,
Y despidiéndose de los vecinos
Adelante prosigue sus caminos.

Viéndose don Lúis con mas pujanza,
A la fortuna quiere dar un tiento,
Y para tener cierta la venganza
Fatigaba su buen entendimiento;
Y como yo también tengo la lanza
Cansada del pasado rompimiento,
Quiero primero que el suceso diga
Algun alivio dar á mi fatiga.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo en sabiendo los indios de Bonda ser ida el armada, vinieron sobre la ciudad de Santa Marta; cómo se reedificó la fortaleza, con otras muchas cosas que en la reedificacion acontecieron.

Los hombres honorosos que declinan
Del punto adonde estaban colocados,
Cuando contrarias partes arrûinan
Honores que tenian granjeados,
Siempre sus pensamientos encaminan
A verse satisfechos y vengados,
Y mas si quien padece tal afrenta
Tiene superior á quien dar cuenta.

Pues como don Lûis de Rojas era
Estimado varon y bien nacido,
Y de los bárbaros desta frontera
Fué su sobrino muerto y él vencido,
Deseaba de cualquiera manera
Cobrar algo del crédito perdido,
Porque muchos de fuera hacen pausa
Juzgando los efectos sin la causa.

Y cuando para dar un estampida
El orden mas sin riesgo tantearon,
En gente de los bondos atrevida,
Que también sus venganzas deseaba,
Supieron el armada ser partida,
Pero no del presidio que quedaba;
Y ansí hasta quinientos indios diestros
Determinaron dar sobre los nuestros.

Con intenciones malas y protervas
Se disponen el viejo y el mancebo;
Son guias de las pérfidas catervas
Coendo, Gamita, Maciringo, Jebo;
Y cuando ya las rociadas yerbas
Enjugaba calor del claro Febo,
Ocuparon los bajos y los altos
Para dar en el pueblo los asaltos.

Hacen ostentacion de su tesoro
Puestos brazales, pectos, orejeras,
Con otras diferentes joyas de oro
Para cebar las gentes estranjeras;
Daba su resplandor luz y decoro
Al escuadron que va por las laderas
Cuando lucido rayo del oriente
Hiere las diademas de la frente.

Al claro manifiestan sus corajes
El meneo feroz y la postura,
Y aquellos sagitíferos carcajes
Cuyo veneno no consiente cura;
Todos con superbísimos plumajes,
Como de carrizal gran espesura
Cuando vellosos por las partes sumas
Producen tallos que parecen plumas.

Llegados á las partes mas vecinas,
Subidos en cerrillos y peñoles,
Tocaron las cornetas y bocinas,
Cóncavos y marinos caracoles,
Llamando por sus nombres de gallinas
A los mas conocidos españoles,
Con un título mas tan sin vergûenza
Que por su fealdad no se comienza.

Alborotóse la cristiana gente,
Y quisieron los mas apercebidos
Al encuentro salir incontinente,
Porque les ofendian los oidos;
Mas don Luis de Rojas no consiente
Sino tener los suyos abscondidos,
Para que crean, viendo cobardía,
No ser mas gente de la que solia.

Porque los españoles presumian
Estar todos los indios ignorantes
De las defensas nuevas que tenian,
Sino que se quedaban como antes,
Y en hecho de verdad no lo sabian;
Y si como venian elegantes
Entraran en el pueblo con sus galas,
Mas de cuatro dejaran las chagualas.

Mas pajecillo vil del tesorero
Recorrió los retretes y recodos,
Ladino, mas al parecer sincero;
Y tuvo tal ardid y tales modos
Que sin faltar primero ni postrero
Con granos de maiz los contó todos,
Y hecho cerca desto lo que quiso
A Jebo dió los granos y el aviso.

Vistos los granos, lo demás pregunta,
Y la respuesta fué no sin fastidios;
Porque mirada bien, della barrunta
Tener el puerto ya buenos presidios,
Y desta causa congregarse junta
Para les imponer nuevos subsidios;
Y ansí volvieron no con pasos lerdos
A Bonda por tomar nuevos acuerdos.

Idos los indios, hubo gran consulta
Entre los españoles de mas suerte,
En parte que sabian ser oculta
Para que lo que cumple se concierte;
Y al fin de parecer comun resulta
Primeramente levantar el fuerte,
Pues para proceder mas adelante
Era negociacion muy importante.

Previenen necesarios materiales,
Sin que ladinos indios los entiendan,
Y diestros y peritos oficiales
Que las obras del fuerte comprehendan,
Con doscientos soldados principales
Para que de los indios los defiendan;
Y Castro, Torquemada, Campuzano
Y don Antonio guian esta mano.

Luego pusieron manos en la obra
Con gran hervor y viva diligencia;
Pereza falta y el deseo sobra,
Vela la discrecion y la prudencia;
Mas todo se hacia con zozobra
Por la cuotidiana resistencia
De bárbaros que tienen por injuria
El no mostrar allí toda su furia.

En esto se deleitan y recrean
Para les estorbar lo que pretenden;
Y aunque con arcabuces los ojean,
Son poca parte para que se enmienden:
Unos labran al fin y otros pelean,
Y el fuerte defendiendo los ofenden,
Pues cuantas veces son acometidos
Quedaban nueve ó diez indios tendidos.

Y aun entre muchos dias hubo dia,
Segun hombre de vista representa,
Que de la porfiada compañía
Quedaron sin la vida mas de treinta;
Mas no por eso cesa la porfía
De la bestialidad sanguinolenta,
Porque el mas flaco destas gentes todas
Reñir y pelear tiene por bodas.

Viendo pués su maldad tan obstinada
Sin dia reposar desta contienda,
Determinaron una madrugada
Poner á su furor alguna rienda,
Acometiéndoles con emboscada
Donde ninguno dellos se defienda
De los caballos diestros, si por caso
Los pudiesen sacar mas á lo raso.

Hay un monte que poco se desvia
De los ranchos que tienen fabricados,
Donde sin esperar la luz del dia
Entraron á caballo bien armados
Don Antonio y Bartolomé García,
Y otros cuatro bien acreditados,
Para que si los indios acudiesen,
Los seis á las espaldas respondiesen.

Y si bajasen del cerro cercano,
Que del fuerte distaba poco trecho,
Mostrasen los demás tibia la mano
Por ensoberbecelles mas el pecho,
Porque los caballeros en lo llano
Les pudiesen herir mas á provecho,
Y allí la furiosa destemplanza
Ensangrentase filos de la lanza.

Después que se hicieron los conciertos,
Entraron cuando mas obscuro era,
Esperando que salga por los puertos
La mas lucida lumbre de la esfera:
Los caballos armados y cubiertos
De pechos, faldas, ancas y testera,
Los cuales, segun el silencio tienen,
Parece barruntar á lo que vienen.

Al tiempo pues que la febea lumbre
Los rayos por las sierras estendia,
Vieron cómo bajaba de la cumbre
Armada y arriscada compañía,
Segun y cómo tienen de costumbre,
Y por el orden mismo que solia;
Todos al cerro van primeramente
A fin de descubrir aquella frente.

Subido Jebo con escuadron luengo
Dió voces al ejército cristiano,
Diciendo: «Ya sabeis á lo que vengo,
Subid, gallinas, daros hemos grano,
Y pues que me pedis de lo que tengo,
Estos regalos salen de mi mano.»
Con esto ladeó sus hombros anchos,
Cuya flecha llegó hasta los ranchos.

No fué cualquiera dellos menos presto
Con la grita que suelen y algazara;
Y visto por los españoles esto,
Veinte y cinco peones hacen cara,
Llegando con rodelas al recuesto,
Del cual bajan los indios como jara,
Porque viendo tan pocos, están ciertos
Que podian contallos con los muertos.

Todos acuden al número poco,
Y los cristianos por sacallos fuera,
Ibanse retrayendo poco á poco,
Por apartallos mas de la ladera;
Y por los alcanzar el indio loco
A los caballos dió llana carrera;
Y en oyendo las señas que desean
Baten las piernas recio y espolean.

Menéase con buen aire la lanza
De jerifaltes sueltos en la priesa,
Cada cual de los seis á quien alcanza
Las espaldas y pechos atraviesa;
Gente de pié tras ellos se abalanza;
Anda la cuchillada muy espesa;
Rompen entrañas y abren corazones
Las pelotas y duros perdigones.

El brazo se cercena con el hueso;
Llueve sangre del duro desafío;
Grande priesa les dan, mas no por eso
Ven desmayar al bárbaro gentío,
Pues cuanto su destino mas avieso,
Mostraban mas valor y mayor brío;
Y ansí formaron escuadron unido
Que nunca después pudo ser rompido.

Y los que ya de flechas carecian,
Que no gastaron números pequeños,
De los robustos arcos se valian,
Que no son menos que rollizos leños,
Con cuyos golpes grandes rebatian
Las lanzas, los caballos y los dueños,
Trabajando llegar á la ladera
Para se reducir al escalera.

Procuran impedilles los lugares
Los caballeros, viendo su concierto;
Mas á los sagitarios singulares
El viento mostró pelo descubierto,
Por donde traspasados los ijares
El un caballo dellos cayó muerto;
Y desta suerte van en remolino,
Sin poder estorballes el camino.

Tomaron en efecto la subida,
No menos los heridos que los sanos,
Dejando diez y ocho sin la vida
De los mas señalados y lozanos;
Viéndose Jebo pues ir de vencida,
Esto habló con nuestros castellanos:
«Hoy por engaños ha sido la vuestra,
Y mañana quizás será la nuestra.

»Bien podeis regalar aquellos potros
Porque tengais socorro caballuno:
Que tras unos recuentros vienen otros,
Y no seré yo menos importuno
Hasta que de nosotros ó vosotros
Uno no quede vivo ni ninguno:
Que la gente de Bonda no se cansa,
Ni fortuna podrá hacella mansa.»

Ensangrentando pues los escalones,
Con esto consolaban su zozobra;
Mas en sus alterados corazones
El placer falta y el pesar les sobra:
Los nuestros, todos libres de lesiones
Apriesa vuelven manos á la obra,
Unos tapiando y otros desde tierra
Y todos armas prestas para guerra.

Parte velan la senda y el camino
Atalayando toda la fronteta;
Otros hacheam el teoso pino
Y ponen en concierto la madera;
Otros mondan las ramas del espino
O planta que será buena solera
Para ranchos que dentro de los muros
Hacian para mas estar seguros.

Vinieron en aquesta coyuntura
Los de Macinga, poblacion notoria,
So color de dar paz, y por ventura
Antes no la tenian en memoria;
Mas como quien sus tierras asegura
Dieron el parabién de la victoria,
Ayudas y favores prometiendo
Para la obra que se va haciendo.

Desto se recibió harto consuelo
Por los que á todas horas trabajaban,
Viendo que les venia muy á pelo
El ayuda que tanto deseaban;
Y ansí ya por temor, ya con buen celo,
Los bárbaros ya dichos ayudaban,
Cuya labor no fué tan sin aliento
Que no fuese con grande crecimiento.

Sabido por los bondos el ayuda
Que daban indios á los andaluces,
Procuran enviar á quien acuda
Con macanas, con flechas y gorguces,
Y entrellos de la gente mas aguda
Seis ó siete con buenos arcabuces,
Tan bien ejercitados en la mira
Que nadie dellos yerra donde tira.

Estando todos pues apercebidos,
Bajaron sin hacer vanos bullicios,
Y viendo dos ó tres indios subidos
En bubios haciendo sus oficios,
Con arcabuz despierta los dormidos
Jebo, segun se supo por indicios,
Y el muslo pasa de Juanico Minga,
Capitan de los indios de Macinga.

Cada cual de los seis luego dispara
El suyo, sin topar á quien ofenda;
Los nuestros viendo cómo se declara
Por los indios beligera contienda,
El arma necesaria se prepara
Dejando de hacer otra hacienda;
Y ansí salieron todos á buscallos,
Los seis ó siete dellos en caballos.

Puesto por orden el cristiano bando,
Arcabuces con diestros rodeleros,
En dos alas se fueron allegando
A los cerros y términos fronteros
A las alturas dellos apuntando
Con los fogosos globos y lijeros,
Donde los posesores de la roca
Aprestaron las manos y la boca.

Porque segun sus viejas condiciones
Levantan algazara, saltan, gritan,
Mas viendo humear nuestros cañones
Con gran velocidad se precipitan,
Y desde los ya dichos cerrejones
Con retorno de flechas los visitan;
Pero duraron poco, porque luego
Dejaron á los nuestros en sosiego.

Y no se supo si la despedida
Fué porque recibieron algun daño;
Pero quedó sin muerte ni herida
La gente del católico rebaño;
Mas no por eso mal apercebida,
Antes con miedo de mayor engaño,
Tanto, que cuando van por agua ó leña
Arcabucean la cercana breña.

Y para descubrir maldad cubierta
No fueron diligencias sin provechos,
Pues un dia sin verse cosa cierta
Disparan recelando los acechos,
Y en dos fuertes gandules abren puerta
Dos balas por enmedio de los pechos;
Los otros, como vieron estos muertos,
Con grita se hicieron descubiertos.

Los cuales bien pensaron darse maña
En tomar la venganza destas muertes;
Mas á la grita sale la compaña
De los que trabajaban en los fuertes,
Y ansí no desamparan la montaña
Los indios, ni pudieron hacer suertes,
Antes se meten á lo mas espeso
Con esperanza de mejor suceso.

Pues como gente que de sí confia,
Este juzgaban por su mejor rato,
Y ansí nunca jamás tuvieron dia
Que se pasase sin algun rebato;
Mas como lo pasado les dolia
Bajaban con grandísimo recato,
Y en los cerros cercanos y fronteros
Subidos, les hacian estos fieros.

«¿Y de qué sirve trabajar en vano,
Gente vil, apocada, burladora,
Pues cuando trabajais este verano
Hemos de deshacer en una hora?
¿Quién te hizo valiente, Campusano?
¡Ah Torquemada! ven por la demora;
Las indias hilan ya vuestras desnudas
Para meteros dentro de mochilas.»

En tanto questas cosas sucedian,
So color de vender mantenimiento
Algunos otros indios acudian
A ver la fortaleza y el asiento,
Y en paga de las cosas que traian
Ninguno revolvia descontento;
Traian yucas, plátanos, anyamas,
Manzanas olorosas, piñas, guamas.

Y un robusto gandul, de miembros llenos
Alto, fornido, bien proporcionado,
Llamado Tiguer, con un ojo menos,
En varias guerras bien ejercitado,
Con una carga de plátanos buenos
Llegó con otros indios al mercado;
Preguntan ¿cuánto? los que la pretenden,
Y respondió diciendo: «No se venden;

»Pero si de vosotros hay quien pruebe
En la lucha mis fuerzas y mis hombros,
Deposite cualquiera que se atreve
Dos reales de plata contra ellos;
Y si pudiese mas, gratis los lleve
Y á su contento pueda gozar dellos,
Y si mis brazos fuesen mas cabales
Quedaránseme con los dos reales.»

De la cristiana gente que se halla
Presente, como vieron tanto brio,
Ningunos aceptaron la batalla
Ni salieron al dicho desafío;
Y ansí cada cual dellos mira y calla
Mostrándose con un semblante frio,
Bien que quisieran ver este certamen
Mas ninguno de sí hacer examen.

Mas el Antonio de Torquemada,
Capitan señalado desta gente,
Viéndola toda cuasi demudada
Y uno y otro hablar confusamente,
Con una cierta risa disfrazada,
Al dicho Tiguer dijo lo siguiente:
«¿Para qué quieres intentar contienda
Adonde pierdas crédito y hacienda?

»De buena gana cada cual te escucha
Y el mayor y el menor esta rabiando,
Para meter las manos en la lucha
Sin esperar mas tiempo que mi mando:
Mira que todos tienen fuerza mucha
Y al cabo tienes de salir llorando;
Si con la tuya vives á contento,
No te pongas en este detrimento.»

Responde: «Puesto caso que ansí sea,
No vemos esa fuerza tan patente
Que me fuerce razon á que la crea
Hasta que su valor esperimente;
Será mi desengaño la pelea,
Y ansí la pido con el mas valiente,
Y tú ten las apuestas, si saliere,
Para dallas á quien las mereciere.»

El Torquemada dijo: «Pues porfias,
Presto verás aqueste desengaño,
Y ansí quiero vencer tus valentías
Con el moro menor que viste paño;
Mas tus quejas después serán baldías
Si de la lucha te viniere daño,
Y los reales, si vencedor vienes,
En tu bolsa han cuenta que los tienes.»

Luego señaló cierto compañero,
Dicho Diego Rodriguez, no menudo
Ni grueso, pero joven: es ligero,
Medianete de cuerpo y espaldudo,
El oficio del cual era platero
Y en las presas de lucha vada rudo,
En todas las posturas maña varia,
E hijo de las islas de Canaria.

Habia por delante plaza llana,
Bien limpia de cualquier inconviniente,
En torno mucha gente castellana
Y en el mismo compás bárbara gente:
Allí con el frescor de la mañana
Se ven el uno y otro combatiente,
Como si fueran Hércules y Anteo,
A lo menos iguales en deseo.

Desnudos miembros el gandul robusto
Y limpios del paléstrico ceroma,
Aquella parte que le dió mas gusto
Del lugar que decimos, esa toma;
Diego Rodriguez con vestido justo
Muslos y partes impudentes doma:
Ambos se van llegando con gran tiento
Y en los rostros algun demudamiento.

Firmes los piés, los brazos estendidos,
Entrambos iban por la llana mesa,
Los ojos vigilantes y advertidos:
Arremetieron para hacer presa;
Ya los atletas dos andan asidos;
Resuena con bufidos la defensa;
Bien tienen menester la plaza larga
Segun el uno sobre el otro carga.

Ambos reguardos dan á las gargantas
Y á las partes que pueden dalles pena;
Las prestezas de vueltas eran tantas
Cuantas un remolino desordena;
La tierra se rompia con las plantas;
Desgarros grandes hay por el arena;
Del gran rehoffadero de la rueda
Los cubria nublosa polvareda.

No reposan en unos mismos puestos
Aquí y allí los lleva furia loca;
Los indios que los miran hacen gestos
Queriendo ver su Tiguer hecho roca;
Hasta los españoles mas enhiestos
Hacian mil visajes con la boca:
Uno se tuerce y otro se menea,
Y cada cual sin pelear pelea.

Bien como cuando dos toros valientes
Muestran sus furias en el campo verde,
Y hacen con los golpes de las frentes
Al ganado dormido que recuerde;
Crecen impetuosos accidentes
Y el que tierra ganó luego la pierde,
Y el perdidoso vuelve mas atroce,
Y superioridad no reconoce:

Desta manera cada cual se muestra
En su postura y en su movimiento,
Sin que del gran rigor de la palestra
Se pueda declarar el vencimiento:
Está dudosa ya la gente nuestra
Y no menos el bárbaro convento,
Viendo que el español en la congoja
Cuanto trabaja mas menos afloja.

Andando pues trabada la rencilla,
Diego Rodríguez con honroso celo
No sé cómo se puso la rodilla
A tiempo que le vino muy á pelo,
Y de tal suerte fué la zancadilla
Que dió con el gandul en aquel suelo,
Diciendo: «Perro, ¿tú no me conoces?»
Y dióle luego tres ó cuatro coces.

Después que sus furores ejecuta,
Con él se fueron hasta la posada
La gente principal desta conduta
Por mandado del dicho Torquemada,
Y él ocupó los dientes en la fruta
A fuerza de sus brazos granjeada,
Jurando que dulzuras de panales
Para su paladar no fueran tales.

El indio Tiguer bien arrepentido
De tomar con sus manos aquel baño,
Fuése corriendo por quedar corrido,
Y tuvo sentimiento tan estraño
Que por allí jamás hombre lo vido
Ni pareció por mas tiempo de un año;
Pero vino después, mas no tan teso,
Sino con un poquillo de mas seso.

Otro gandul entonces y en aquella
Coyuntura que fué lo del atleta,
Con gran instancia pide para vella
Que le cargasen bien una escopeta,
Estimulado de tirar con ella;
Mas el soldado con razon discreta,
Le dijo: «Mira que no te conoce
Y sé que te dará terrible coce.»

El indio dijo: «Vete en hora fea
Con otros á hablar esas razones,
Que yo no tengo para qué las crea,
Entendiendo dó van tus intenciones,
Porque yo no soy negro de Guinea
Para no conocer estos cañones;
Echale la carga si quisieres,
Y verás cómo doy do me dijeres.»

El Esteban Gonzalez enojado
Dos cargas le metió dentro del seno,
Redondo plomo puesto y apretado,
De muchos tacos el cañon relleno;
Y cuando para juego tan pesado
A él le pareció que estaba bueno,
De polvorin la cazoleja hecha,
El arcabuz le dió con viva mecha.

El dispuesto gandul la coce puso
Do la suele poner el que bien tira,
Por do manifestaba tener uso
Y que su blasonar no fué mentira;
El serpentin fumoso se dispuso
Y el blanco disponia por la mira;
El gandul apretó la mano luego
Y en ese mismo punto tomó fuego.

Dió tan terrible golpe y estampida
Como si se soltara verso grueso,
Tanto quel indio loco dió caida,
Como la carga fué con grande esceso,
La carne de los hombros despedida
Y fuera de los límites el hueso:
Llegaron muchos por tener por cierto
Quel mísero gandul estaba muerto.

Aquel que fué la causa destos males
Para lo remediar tomó la mano,
Que digo ser el Esteban Gonzalez
Hoy en aqueste pueblo cirujano;
Y con los necesarios materiales
Dentro de pocos dias lo dió sano,
Y el indio que hablaba de la oseta
No quiso tirar mas con escopeta.

Cuando pasaban estas circunstancias,
Los bondos no vivian sin bullicio,
Mas antes salteaban las estancias
Y en ellas captivaban el servicio,
Aprovechándose de las substancias
Del rústico trabajo y ejercicio,
Y prendieron también del Torquemada
Un negro que guardaba su manada.

Y porque desto fuese mas pesante,
Dos indios de los desta cabalgada
Salieron de aquel monte circunstante,
Quedando los demás en emboscada,
Y al Torquemada ponen por delante
La presa que traian maniatada,
Porque si vienen á quitar la pieza,
A su salvo le den en la cabeza.

Y en efecto salia cierta banda
De la gente mejor y mas hidalga,
A causa de quel negro con voz blanda
Y lastimosa pide quien le valga;
Mas Torquemada con rigor les manda
A grandes voces que ninguno salga,
Por entender las mañas y cautela,
Y la gran multitud quel bosque cela.

Mas un arcabucero diligente,
Que se decia Pedro de Ribera,
Apuntó bien con el cañon ardiente
Al uno de los dos que estaban fuera,
Y dióle por lo alto de la frente,
Partiéndole por medio la mollera:
Dos ó tres vueltas dió con desatiento,
Perdida ya la vista y el aliento.

El otro, como vido su pariente
Del resuello vital desamparado,
Dió con flecha mortal á manteniente
Al negro que traian amarrado,
Y al compañero, de la luz absente,
Sobre sus hombros lo llevó cargado
A la montaña, pasos abreviando,
Do los otros estaban esperando.

El negro, como nadie lo tenia,
Con piés ligeros hizo su hüida,
Mas ¿qué prestó hüir? Pues otro dia
Al miserable le huyó la vida,
Sin que pudiese nuestra compañía
Algun remedio dar á la herida;
Los indios huyen, porque ya sus hechos
Eran tan solamente por asechos.

Con estos ocupaban el sendero
Esperando ver gente divertida;
Y entonces á cualquiera compañero
Español no sobraba la comida:
Estaba pues un guayabal frontero
Cerca de do tenian su manida,
Y gente chapetona mal instruta
Entraban á coger aquella fruta.

Y ansí porque tenia la celada
Que podria cubrir el arboleda,
El capitán Anton de Torquemada
Con penas y amenazas se lo veda;
Pero como con gente mal criada
No todas veces prohibirse pueda,
Hizo meter allí ciertos soldados
Ocultos y de flechas preparados.

Para que si personas desmandadas
Entrasen á los frutos referidos,
Tirasen silbaderas despuntadas
Que les amedrentasen los oidos,
Y abreviasen al fuerte las pisadas
Sospechando ser indios abscondidos,
Porque con esta falsa diligencia
Tuviese cada cual mas advertencia.

Abscondióse pues Esteban Gonzalez,
Y con él Aravaca su vecino:
Luego vieron llegar á los frutales
Un Izaguirre, mozo vizcaino,
Con otros dos mancebos sus iguales,
Los cuales con hambriento desatino
Comienzan á comer del fruto bueno,
Y á meter en la boca y en el seno.

Los abscondidos tras matas fronteras
Por ponelles temores y escarmiento
Tiraron tres ó cuatro silbaderas;
Huyen los vizcainos al momento
Como tres velocísimas galeras
Impelidas de remos y de viento,
Y á grandes voces dicen deste modo:
«Arma, arma, que viene sierra todo.

» Por orden luego, buenos escuadrones,
Daca, rodela grande y azagaya,
Porque, juras á tal, flechas montones
Venían sobre hijos de Vizcaya.»
Causaron estas voces turbaciones,
Y nadie dellos sabe dónde vaya
Porque de ningun indio ven la cara
Ni suena de contrarios algazara.

Echan sillas y frenos á rocines,
Previénense las armas que convienen,
Y con alborotados desatinos
Preguntan todos por adónde vienen,
Y respondíanles los vizcainos:
«Guayabos abscondidos te los tienen,
A mal viaje hagas salvajina,
Y como tiras flecha que rechina.»

Andando pues la gente negociada
Aunque ningun contrario se divisa,
El capitán Anton de Torquemada
Apenas puede comportar la risa;
Todavía con voz disimulada,
Sin descubrir el hecho, les avisa
A todos que procuren adelante
No se poner en riesgo semejante.

Con aqueste temor se reportaban
Aquestas gentes ya menesterosas,
Y ansí cuando la fruta procuraban,
Llegaban muchos, y ante todas cosas
Aquellas partes arcabuceaban
Que parecian ser mas sospechosas,
Y en tanto que en coger los unos tardan,
Otros los velan, miran y reguardan.

Pero los alimentos mas granados
Como de la ciudad los esperasen,
Torquemada mandó trece soldados
Para que los caminos franqueasen;
Los bondos pues no son tan descuidados
Que no los viesen luego y asechasen,
Encubriéndose cerca de sus huellos
Para cuando volviesen dar con ellos.

Fueron los trece acia Mamatoco
Para ver si venia bastimento;
Los indios en la parte que ya toco,
Perseverantes en su mal intento,
Vieron tres de caballo desde á poco
Que de los trece van en seguimiento;
Dejáronlos pasar por ir armados
Y los caballos bien encubertados.

Pues como la primera compañía
Llevase limitado su camino,
Paró segun el orden que traia
Para volver al fuerte de do vino,
Viendo que de la mar nadie venia,
Y se llegaba tiempo vespertino;
Mas luego sin pasar mucha tardanza
La gente de caballo los alcanza,

Diciéndoles que vuelvan al instante
Donde quedaba la demás compañía,
Porque los tres pasaban adelante
Hasta ver la ribera quel mar baña,
Y que no hallarán quien los espante
En la senda que va por la montaña,
Por pasar ellos sin que se sintiese
Alguna cosa que de riesgo fuese.

Por esto los peones, sin sospechas
De los indios que estaban emboscados,
Apagaron el fuego de las mechas
Algunos neciamente confiados;
Pues en entrando caen tantas flechas
Como gotas espesas de nublados,
Y antes que se revuelva ni se valga
Al Caravaca hieren en la nalga.

Con otra le pasó tupido sayo
Al Esteban Gonzalez un mozuelo:
La barriga rompió, mas á soslayo,
Causándole tan íntimo recelo
Que con el golpe grande y el desmayo
Tocó con las espaldas en el suelo,
Y al mismo punto con furor insano
Salieron ocho por echalle mano.

Pero hallóse junto Juan de Alba,
Fidalgo portugués, que lo levanta,
Y al tiempo que de aquel riesgo lo salva
Una flecha llegó con fuerza tanta
Que voló la montera de la calva,
Clavándole con la frontera planta,
Y allí se la dejó clavada y rota,
Segun están orejas en picota.

Pues como la canalla los lastima,
Y pone turbacion al mas entero,
Bartolomé Carrasco los anima,
Mancebo cordobés arcabucero,
Y los llevó hasta poner encima
Del mogote mayor que está frontero,
Donde con brevedad mechas encienden,
Y con los arcabuces se defienden.

Viendo que los cristianos representan
Quererse defender y aun ofendellos,
Los indios con lo hecho se contentan,
Y antes de les venir nuevos resuellos
Del emboscada huyen y se absentan,
Sin padecer desdén ninguno dellos;
Luego del fuerte salen andaluces
Al estampido de los arcabuces.

Llegaron muchos bien apercebidos
Para los socorrer en la presura;
Pero como los indios eran idos,
Y nadie suena por el espesura,
Recogieron al fuerte los heridos
Para ponellos en dudosa cura,
Y aunque cortaron carne y hubo fuego
El pobre Caravaca murió luego.

Otro soldado, que se dijo Teva,
Segun dicen, del reino de Toledo,
Un sutilísimo rasguño lleva
Entre las coyunturas del un dedo;
Nunca se hizo medicinal prueba,
Porque su poquedad no paso miedo,
Pero rabiando concluyó la vida,
Con no tener semeja de herida.

Quedó herido pues en la barriga
El Esteban Gonzalez, cirujano,
Y padeció martirios y fatiga
Cauterizado por ajena mano;
No se guarda, recata ni se abriga,
Y con hacer escesos quedó sano:
Tiene salud y vida de presente
Y es en aqueste pueblo residente.

Al tiempo pues que ya tenian llenas
De tierra las paredes de los muros,
Y en torno levantadas las almenas,
A cuyo respaldar estén seguros,
Y en lo mas bajo prevenciones buenas
Que puedan contrastar males futuros,
El don Lüis envía nueva cierta
De que tienen cosarios á la puerta;

Y que para defensa de la playa,
Do cada cual tenia su hacienda,
La poca fuerza della lo desmaya,
Pues no son parte para poner rienda;
Y ansí se les mandó que luego vaya
Presidio largo con que se defienda;
Y en cumplimiento desto Torquemada
Envió gente bien aderezada.

Y como por sus letras les espresa
Que corria notable detrimento,
Los soldados se dieron tanta priesa
Por escusar aquel desabrimiento,
Que llegaron, segun fué su promesa,
En menos de tres horas mas de ciento,
A hora deseada y oportuna,
Pues ellos y el francés fueron á una.

El cual, reconocida la falanga
Que de gente de pié se muestra fuera,
Y de los de caballo buena manga,
Que también rodeaban la frontera,
Volvió con sus navíos á Taganga,
Ancon de los que tiene la ribera,
Donde luego surgió y en tierra salta
A fin de tomar agua que le falta.

Sabiendo don Luis cómo tenia
El puerto que decimos ocupado,
Allá llevó por tierra compañía,
De cuyo valor iba confiado,
Y con los arcabuces que traia
Lo hizo retirar mal de su grado,
Y á vela y remo sale de los puertos
Con algunos heridos y otros muertos.

Salidos á la mar los luteranos,
Huyendo del beligero rebato,
Los que para robar quedaron sanos
Recompensaron el pasado rato
Con venilles á dar entre las manos
Una naveta del comun contrato
Que traia de mas de marineros
Alguna cuantidad de pasajeros.

Holgáronse con las mercaderías,
Por ser la cargazon de blanco y tinto,
Y con aquellas presas compañías
Volvieron al ancon que llaman Cinto,
Donde se detuvieron ciertos dias,
Que llegaron á ser número quinto,
Y resgataron oro y otros dones
Con los indios que moran los ancones.

Entre tanto los bondos avisados
De todos los negocios sucedidos
Y de cómo los mas de los soldados
A defender los puertos eran idos,
Al fuerte vienen bien aderezados,
Donde estaban los pocos recogidos;
Cercólos luego bárbara corona
Por mandado del nuevo Macarona.

Los bohíos y ranchos que están fuera
Primeramente fueron encendidos;
La vocería de la gente fiera
Rompe los aires con sus alaridos;
El encerrado capitán espera
Cuando serán los muros combatidos,
Para que visto tiempo convenible
En su defensa haga lo posible.

Llegaron pues los indios inquietos,
Encaminando flechas por la cumbre;
Españoles callados y secretos
A los cargados tiros ponen lumbre,
Pero no fueron tales los efetos
Que pudiesen causalles pesadumbre,
Por llegar, temerosos del engaño,
Por donde no les puede venir daño.

Y ellos tiemplan la vira cuando hieren
Los altos aires por do va derecha
Con tiento tan sagaz, que lo que quieren
Enclavan á la vuelta con la flecha;
Por estas vias españoles mueren,
Si maña no les da cubierta hecha,
Y agora ya ninguna les acierta
Por tener un terrado por cubierta.

Combatian los fuertes aposentos
Segun que suele furiosa saña,
Mas no pueden salir con sus intentos
A causa de no darse buena maña;
De mas de que faltaban instrumentos
Del globo que los muros desentraña;
Pero duraron sin cesar porfías
Espacio de dos noches y dos dias.

Y como don Luis ya conocia
Las inmites y duras condiciones
Quel inquieto bárbaro tenia,
Temiéndose de sus alteraciones,
Dándoles provision, al tercer dia
Mandó volver aquellos escuadrones;
Y cuando descubrieron por los llanos
Dejaron el empresa de las manos.

Apartáronse del alojamiento,
Pero no de sus mañas y reveses,
Pues para no venir en rompimiento
Necesidad les hizo ser corteses;
Y dicen que salieron con intento
De se comunicar con los franceses,
Por saber que se estaban reparando
Y en el ancon de Cinto resgatando.

Tuvieron luego por aviso cierto
Haber de Cinto ya hecho desvío,
Dejando mal parados en el puerto
Los que robaron en aquel navío,
Do ninguno dejara de ser muerto
A no les socorrer con buen avío
El don Luis que de un indio ladino
Tuvo razon del mal que les avino.

Y ansí certificado, mandó luego
Que fuesen al ancon treinta soldados
Para sacallos del insano fuego
De que estaban los pobres rodeados;
Y por estar el mar en gran sosiego
Fueron en seis canoas aviados,
En las cuales llegaron al abrigo
Donde estaban los náufragos que digo.

En la sobresaltada compañía
El gozo y el contento fué supremo,
Y de tal cualidad el alegría,
Cuando vieron llegar cristiano remo,
Cuanta puede sentir el que se vía
De peligro mortal en el estremo,
Y teniendo por cierta su caida
Sobrevino socorro de la vida.

De lo que se les dió comen y beben;
Quiérenlos embarcar, y de repente
Los vientos circunstantes el mar mueven
Con tal furor que no se les consiente;
Paréceles á todos que no deben
Fiarse del cerúleo trideute;
Desviáronse pues de la mar honda,
Y por tierra se fueron hasta Bonda.

Quedaron en el fuerte detenidos
Los que del francés fueron salteados,
Tostados, flacos y descoloridos,
Y desnudos, descalzos, destocados;
Pero de su pobreza de vestidos
Repartieron con ellos los soldados,
Hasta que diese provision del cielo
Otro remedio de mayor consuelo.

Como creciesen pues alteraciones
En el ancho reinado de Neptuno,
Guió la proa acia los ancones
Aquel cosario para tomar uno,
Y en Chenque largó cables y resones
Por ser puerto seguro y oportuno,
Entre tanto que las ondas mudables
Ofrecian carreras navegables.

Sabiendo los franceses ser entrados
En Chenque por huir las tempestades,
Jebo hizo sus piés apresurados
A celebrar con ellos amistades;
Indios llevó consigo desarmados
Para representar seguridades,
Y en poniendo los piés en la ribera
Mostró señal de paz, blanca bandera.

Los navegantes, no sin gran recato,
Envían un bajel en el cual vino
Un vascongado con quien un buen rato
El Jebo razonó como ladino,
Diciéndole que vienen á contrato
Y que traian joyas de oro fino;
Y el navarrisco, que por ellas muere,
Dijo que le dará cuanto pidiere.

Que traian buen vino de Sorrento,
Hachas, machetes, cooseletes, cotas;
Jebo responde: «Mi mayor intento
No fué comprar el vino de tus botas,
Mas la playa tendrás muy á contento
Si pólvora me dieres y pelotas
Y algunos arcabuces competentes,
Que sean lisos, limpios y sin fuentes.

Como Jebo ceñia espada y daga,
Entienden que de veras lo decia,
Y con tan buenas joyas los amaga
Que le vendieron cuanto les pedia;
Y es cosa creedera que la paga
Fué siete veces mas que merecia;
Al fin los indios vuelven á sus nidos
De pólvora y pelotas proveidos.

Y en todo tiempo, donde residian,
En las horas nocturnas y quietas,
Para velar personas se ponian
De las mas avisadas y discretas,
Y al tiempo que los cuartos se rendian
Disparaban cargadas escopetas,
De tal manera que cristianos hartos
Oyéndolas también rendian cuartos.

Ansí que, si recuentros sucedian,
Allende de los arcos y las flechas,
También con arcabuces acudian
Algunos dellos ya las cargas hechas,
Frascos que de los hombros dependian,
En los brazos los rollos de las mechas,
Las cabezas cubiertas con celadas
Y todos los mas dellos con espadas.

En esta sazon pues el fuerte estaba
Para se defender del enemigo,
Y el dicho don Lüis á quien tocaba
Tener en la ciudad mejor abrigo,
Allí dejó la gente que bastaba
Y toda la demás llevó consigo,
Y por los bajos valles ó por altos
Salian á hacer algunos saltos.

Cuadrillas de soldados se metian
Cerca de los caminos y las vias
Por do los indios iban y venian
A sus contractos y sus granjerías,
Y por la mayor parte recogian
Algunos por ser diestros los espías,
Y vinoles en esta coyuntura
Un lance de grandísima ventura.

Y fué Jebo pasar por la montaña
Cerca de donde estaban abscondidos
Con breve número que lo acompaña,
Tres indios y seis indias sin maridos;
Y el Jebo de los hechos en España
Lleva sus aderezos y vestidos
Y espada, daga, por bordon jineta,
Y un paje junto con el escopeta.

El Jebo sospechoso destos males
Hacíales apresurar la huella;
Pero salieron águilas caudales
Con gran velocidad á detenella:
Fernán Dominguez y Esteban Gonzalez
Al Jebo por llevar la mejor pella,
Y Orozco y Juan de Alba juntamente,
Y Cordero, caudillo diligente.

Viendo contrarios el gandul membrudo
Y tantos españoles de improviso,
Quiere valerse del guzguz agudo,
Pero lugar no tuvo cuando quiso,
Que cuando lo bajaba, ya no pudo,
Porque los cuatro con gentil aviso
Juntáronse con él pecho con pecho,
Sin consentille golpe de provecho.

Mas como tiene fuerzas de gigante,
Nervosas y terribles proporciones,
No pudo la de cuatro ser bastante
A le poner las manos en prisiones,
Sin acudir ayuda del restante
Que pasaba de veinte y seis peones,
Asiéndole de brazos y de dedos
Hasta ligalle brazos y molledos.

Y sin derramar sangre, hecho esto,
Con él y las mujeres se camina,
Haciéndoles venir á paso presto
Para los presentar en la marina,
Porque corrian riesgo manifiesto
Si los sentia gente convecina;
Y al tiempo que venian caminando
Las indias todas seis iban cantando.

Viendo las muestras y los parecetes,
Algunos de la gente castellana
Dicen: «Contentas van estas mujeres,
Pues canta cada cual de buena gana;
Di, Jebo, ¿si serán estos placeres
Por parecelles bien gente cristiana,
Y porque salen ya de vuestras redes,
Que las guardais detras de mil paredes?»

El Jebo les responde: «No me espanto
Que levanteis tan falso testimonio,
Pues de vosotros ellas al mas santo
No querian mas verle que al demonio:
Es esa la manera de su llanto,
Y llaman á don Gairo y á don Nonio
Y á don Barco, porque estos son mohanes
Que las pueden librar destos desmanes.

»Y estas no son mujeres labradoras,
Antes en Bonda pocas hay iguales:
Mi mujer una, las demás señoras
Casadas con varones principales,
Como veremos antes de mil horas,
Que cada cual vendrá con sus caudales
Para dar libertad á su querida,
Aunque por precio della dé la vida.»

Esto que Jebo dijo salió cierto,
Como quien los tenia conocidos;
Y ansí no bien entradas en el puerto,
De paz vinieron todos los maridos
Para hacer con ellos el concierto,
Y cumplir los rescates prometidos;
Mas don Lüis pidió por esta suerte
Todo cuanto robaron en el fuerte.

No pudieron salir á los partidos,
Y aunque quisieran, imposible fuera,
Por ser bienes á muchos repartidos
Y que se trasportaban donde quiera:
Dieron los que pudieron ser habidos,
Y entrellos las dos piezas de fuslera,
Y con añadir mas de sus haberes
Todos ellos llevaron sus mujeres.

Y aunque piden á Jebo, no por eso
El don Lüis cumplió su pedimento,
Antes por sus delitos en esceso
Se procedió por orden mas sangriento.
Pónele defensor, hace proceso,
Dásele crudelísimo tormento,
Y confesó que por sus propias manos
Mató mas de tres veintes de cristianos.

Y él fué quien hizo levantar la tierra,
Y otros atrevimientos infinitos
Durantes los encuentros de la guerra,
De los cuales los menos van escritos;
Al fin, el gobernador lo destierra,
Vistos sus atrocísimos delitos,
Y lo mandó llevar aprisionado
Al navío que estaba preparado.

Ligados piés y manos con prisiones,
Yendo para la dicha carabela,
Bien fuera ya de las reventazones,
Se trastornó la chica canohuela,
Adonde fenecieron sus traiciones
Y todas sus cautelas con cautela,
Y las ondas del mar y su fondura
Le dieron inquieta sepultura.

Fué, demás de su fuerza y aspereza,
En regular la flecha tan perito,
Que pudo competir con la destreza
Del Hércules discípulo de Eurito:
Un tiro solo de su gran destreza
Manda razon que pongan en escrito
En un francés que va con vuelo presto
A la gabía del árbor mas enhiesto.

Donde por ser el término prolijo
Ningun arcabuz llega desde el puerto,
Y este gandul á don Lüis le dijo:
«Dime qué me darás si yo le acierto;
Quedareis todos libres de cojijo
Si yo le hago venir al agua muerto.»
El don Lüis promete y el vecino
Que le darán un cántaro de vino.

Llegóse luego do la mar batia;
Después que le dió vueltas á la cuerda
Segun el punto que le parecia
Para quel duro tiro no se pierda,
Tentó la flecha que le convenia,
El arco toma con la mano izquierda,
Atrás estriba con el pié derecho,
Tuerce para tirar el ancho pecho.

Encorva los fortísimos pulgares,
Y sale dellos la veloce flecha
Cortando los aéreos lugares
Por do la mandan ir via derecha;
Rompe la dura punta los ijares
Del triste que no tuvo tal sospecha;
Recógele la mar, do su caida
Fué para despedirse de la vida.

Viendo la buena suerte de la jara
Los bárbaros que están en la ribera
Alzaron grande grita y algazara,
Contentos por el premio que se espera;
La suya cada cual dellos dispara,
Mas no llegaron donde la primera;
Trajéronles el vino prometido,
Que fué por todos ellos consumido.

Viendo pues los piratas y cosarios
La obra que hacian las pajuelas,
Tenian por juicios temerarios
Esperar mas tan impías espuelas;
Y ansí, sin hallar votos contrarios
Procuraron hüir á todas velas
Desde donde flecharon al mancebo,
Que fué la parte donde murió Jebo.

Que fué mas por industria que por yerro
Haberse la canoa trastornado,
Para que se cumpliese su destierro
Primero que saliese desterrado,
Por ser para cristianos tan mal perro
Que jamás les dejó de dar bocado,
No faltando después entrestas gentes
Otros tan atrevidos y valientes.

Pues otras muchas veces acudieron
Al fuerte y á los fosos que estan hechos,
Pero ninguna cosa concluyeron
Por faltalles las mañas y pertrechos;
Y aunque valientes bárbaros murieron,
Jamás faltó la furia de sus pechos,
Antes como fortísimos y diestros
Derribaban algunos de los nuestros.

Pues no pudo librarse desta plaga,
Cuando pensaba della ser seguro,
Un Pulgarin, vecino de Azuaga,
Detrás de las almenas en el muro,
Por haber en lo bajo quien amaga
Y no ver en lo alto mal futuro;
Pero cierto gandul de la canalla
A raiz se pegó de la muralla,

Y estando puesto donde deseaba,
Envió su arpon al alto cielo,
Y en faltando la fuerza que llevaba
Que ya no pudo dar mas alto vuelo,
Abajo vuelve y al bajar enclava
El hombro del imprövido mozuelo:
Lloraron todos esta desventura,
Porque su vida fué de poca dura.

Durante pues las guerras y pendencias
Del español y bárbaro vecino,
Nacieron, sobre ciertas diferencias
De pescas en el término marino,
Pesadas y sangrientas competencias
Entre los bondos y los del Dorsino;
Y con aquestas guerras intestinas
Descansaban las gentes peregrinas.

Mas aqueste descanso duró poco,
Porque teniendo preso por tributo
Al indio principal de Mamatoco,
El padre dél, como varon astuto,
Por dalle libertad, un modo loco
Tomó pensando que sacara fruto,
Y fué debajo de sus amistades
Abrasar las cristianas vecindades.

A sus indios el viejo les decia:
«Como la llama por los altos vuele,
La guarda de la cárcel se desvia
A socorrer aquello que les duele;
Llegará luego nuestra compañia
Viendo que ya no tiene quien lo vele,
Y, aunque con grillos, nos daremos maña
Para lo retraer á la montaña.»

Con estas intenciones se congrega
Toda la gente de mayor sustancia,
Y con el nublo de la noche ciega
Caminaron con cauta vigilancia:
El escuadron en breve tiempo llega
Al pueblo por ser breve la distancia;
Mas vieron gentes bien apercebidas
Que velaban entradas y salidas.

He dicho cómo toda la frontera
Desta ciudad es monte y espesura;
La iglesia della tiene algo fuera,
De los tales rebatos mal segura,
Y ocho gandules desta gente fiera,
Viendo por esta parte coyuntura,
Al oratorio santo ponen fuego,
El cual por todas partes ardió luego.

Vistos los resplandores de candela
En tal lugar y en noche tan obscura,
Adevinóse luego la cautela
Y de quién emanaba la locura:
Al arma tocan los que hacen vela;
Acuden muchos á la voz del cura;
Sacaron el divino Sacramento,
Y la posible ropa y ornamento.

El viejo con los otros no se tarda
En ir para soltar el hijo preso;
Pero para ponelle mejor guarda,
Cuando mas confusion hubo mas seso:
Hubo ballesta, lanza y alabarda,
Y españoles con él de mucho peso;
Y los indios por no ser conocidos
Se volvieron confusos y corridos.

Pensando pues que de la maldad hecha,
Por ser ellos de paz, nadie podria
Tener ni concebir mala sospecha,
A los puertos volvieron otro dia
Con intencion que no les aprovecha,
Culpando la rebelde serrania;
Mas con el agua y el cordel molesto
Hicieron su delito manifiesto.

Visto de sus delitos el abismo,
Al viejo con tres otros ahorcaron,
Y precediendo santo catecismo,
Antes que padeciesen se lavaron
Los cuatro con el agua del bautismo,
Porque con gran hervor lo demandaron
Y como no constó ser delincuente,
Ir dejaron al preso libremente.

Después de cumplida la sentencia
Que mereció tan torpe desatino,
El dicho don Läis tuvo licencia
Del rey para seguir otro camino;
Y para le tomar la residencia
El buen don Lope de Orozco vino,
Y por gobernador y por regente,
Adonde permanece de presente.

El rey al don Läis manda que lleve
Cargo de gobernar á Venezuela.
Don Lope resta ver, á quien se debe
El elogio postrero desta tela:
Este quiero cantar, y seré breve;
Pues tratando del Cabo de la Vela
Hice memoria dél en Mocoira
Y de los que mató bárbara ira.

ELOGIO

de don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa Marta, donde se hace mencion de las cosas en aquella gobernacion sucedidas hasta el año de 1585.

CANTO PRIMERO.

Ya corria la era de setenta
Y seis años del santo nacimiento,
Demás de quince cientos, cuya cuenta
De cuentas es la luz y fundamento,
Cuando don Lope de Orozco tienta
Sulcar la mar y dar velas al viento
Con dos naves fortísimas aposta
Hechas á sus espensas y á su costa.

Trescientos hombres van, buenos soldados,
De gente principal y populares,
De todas armas bien aderezados
Y ropas y atavios singulares;
Los ciento desta gente son casados,
Dispuestos á poblar nuevos lugares,
Y en ellos con designos y esperanzas
De se valer por crias y labranzas.

Trajo sus hijos, porque con él vino
Don Alonso y don Pedro y otro hermano,
Don Andrés de Pineda, su sobrino,
Hombres para regir guerrera mano;
Porque don Diego ya fué peregrino
En estas tierras y hombre baquiano,
Varon en este reino muy aceto
Y á quien todos tenian gran réspeto.

Porque don Lope de Orozco tuvo
En este reino cargos eminentes,
Y en el servicio de su rey anduvo
En Indias por provincias diferentes,
Y aquí no pocos años se entretuvo,
Casando muchos deudos y parientes,
Y á su hermosa hija Mariana,
Ejemplo grande de virtud cristiana.

Agora de sus peregrinaciones
En aqueste compendio no se trata,
Por no poder decir breves renglones
Los naufragios del Rio de la Plata,
Do fortuna le dió de los baldones
Que suele cuando mas se desscata;
Y estos para ponellos en memoria
Han menester particular historia.

Pudiéramos correr á vela y remos,
Segun teniamos materia harta;
Mas como vamos ya por los estremos,
De donde razon pide que me parta,
En esta parte solo tractaremos
Los negocios que son de Santa Marta,
Cuyas revueltas, tramas y marañas
Me dejan quebrantadas las entrañas.

Con esta gente pues conmemorada
Guió don Lope proas al poniente,
La mar algunas veces alterada
Y llena de mortal inconviniente;
Pero pudo llegar á la Ramada,
Donde desembarcó toda la gente,
Porque en la costa y en aquellos llanos
Está puerto poblado de cristianos.

Por Bartolomé de Alba fué fundado,
Por mandado desta real audiencia,
El año de sesenta ya pasado,
Que llevó deste reino la licencia;
Y aunque fué por algunos contrastado
No pudieron borrar su permanencia:
Es para sementeras tierra franca,
Y llámase la nueva Salamanca.

Por ser tierras de sus jurisdicciones,
Allí fué recebido del vecino,
Y con refrescos y recreaciones
En dar el hospedaje fué benino;
E informado destas poblaciones,
A Salamanca hizo su camino,
Donde luego tomó la residencia
Hasta que pronunció final sentencia.

De su venida la razon se lleva
A Bonda y á la tierra comarcana,
Y como viesen ya justicia nueva,
Vinieron á la paz de buena gana,
La cual el buen gobernador aprueba,
Y toda aquella tierra quedó llana,
Hallando para esto ser remedio
Quitar la fortaleza de por medio.

Porque por todos gran examen hecho,
Vian ser en cualquiera coyuntura
Las costas muchas y ningun provecho,
Y de los españoles sepultura;
Cesaron pues asaltos y el asecho,
Dudosos trances de la guerra dura,
Y agora un hombre solo no recela
Por tierra ir al Cabo de la Vela.

De donde, por haber seguras treguas
Con todos los caciques del terreno,
Por espacio de mas de treinta leguas
Ha mandado hacer camino bueno,
Y ha metido por él vacas y yeguas,
De quel compás de Bonda tiene lleno;
Porque los que tenian en la tierra
Habian perecido con la guerra.

Puestas todas las cosas en sosiego,
Y dejando recado conviniente,
Al gran valle de Upar se partió luego
Con razonable número de gente,
Llevando su mayor hijo don Diego
Cargo de general y de teniente,
El cual poco después hizo viaje
A Macoira contra su salvaje.

Por los respectos que mas atrás digo,
Cuando poblaron en aquellos puertos,
Y en la rebelion del enemigo
Los tres hermanos Lermas fueron muertos,
Y fué don Diego para dar castigo
A los culpados en los desconciertos,
Adonde hizo hechos tan notables,
Que á los presentes fueron admirables.

Y un Juan de Sorocois, vizcaino,
Mancebo de no flacas esperanzas,
Cuyo valor á mi noticia vino
Después de las sangrientas destemplanzas,
Paréceme que no fué menos dino
De lo solemnizar con alabanzas,
Pues á caballo con la crüel asta,
No pocos hizo menos desta casta.

Mas con el grande sol que los fatiga
Cansó del Sorocois el caballo;
Cuanto con las espuelas mas instiga,
Tanto menos podia rodeallo;
Y la crüel canalla y enemiga
A manos procuraban de tomallo,
Y cuando su prision via ser cierta,
La lanza de don Diego lo liberta.

Con no menos furor que brava fiera
Revuelve luego sobre los paganos;
El cansado rocin en la carrera
Los piés mostró mas tardos que livianos,
Y dos veces demás de la primera
Don Diego lo sacó dentre sus manos;
Mas no salió tan libre del enojo,
Que no le diese flecha por un ojo.

Por la cuenca rompió de tal manera,
Que no quedó la lumbre dél difunta;
El tendal se quitó que quedó fuera,
Y dentro consumió toda la punta,
Y segun pareció, tan larga era,
Que con la nuca, sin salir, se junta,
Y por entonces no se vido cosa
Que mostrase herida peligrosa.

Antes el dicho golpe se le enjuga,
Y todos lo tuvieron por sencillo;
Mas allí se crió cierta berruga,
Y á la parte también del colodrillo
Un cierto torterillo como oruga,
Que crecia segun un lobanillo,
Que tuvo muchos meses, y por donde
Después aquella punta corresponde.

Y ansí, sin la torcer, vía derecha,
Juan Pereŗa, un mulato, por su mano
Un largo geme le sacó de flecha,
Sin que menester fuese cirujano,
Pues la tubércula quedó deshecha
Y el dicho Sorocois vive sano,
El ojo claro, sin lesion alguna,
Que fué caso de próspera fortuna.

Fué pues la conclusion del marcio juego
Los bárbaros quedar con la victoria
Y con mayor furor, segun allego
En lo que dicho queda desta historia:
Lo cual reconocido por don Diego,
El poder escapar tuvo por gloria,
Y ansí con los que puede se retira
Del feroz morador de Macoira.

Con su padre habló dándole cuenta
De sus trabajos y dolor inmenso;
Y como para guerra tan sangrienta
No tenian posible tan estenso,
Hasta después tres años del de ochenta
Aquel castigo se quedó suspenso;
Y entonces de lugares diferentes
Determinaron de convocar gentes.

Y teniendo de gente castellana
Cuarenta para lo que se desea,
Que fué hacer aquella tierra llana
En tanto que de mas gente se arrea,
Enviólos al pueblo de Santa Ana
Y por capitán dellos un Olea:
Era pueblo de paz y comarcano
De Macoira y en el mismo llano.

Hay por aquel compás indios anatos
Con los guanebucanes y cocinas,
Y en estos llanos grandes muchos hatos
De vacas que recorren las salinas,
Sin impedir los tractos y contratos
Del español las gentes convecinas;
Y en estos hatos tienen los señores
Españoles y negros por pastores.

Sabiendo pues los indios que volvia
Con orden militar gente cristiana,
Y esperaban mas amplia compañía
En aquel dicho pueblo de Santa Ana,
Primero que gozasen deste dia
Quisieron tomar ellos la mañana:
Digo los indios, porque de repente
En el Olea dieron y en su gente.

En noche triste, negra y oportuna,
Se repartieron bárbaros guerreros
Con orden para dar todos á una
En las estancias sobre los vaqueros,
A quien fué tan contraria la fortuna
Que vieron sus remates postrimeros,
Y al mismo punto la mortal pelea
Sobre el desventurado del Olea.

Entraron en el pueblo repartidos
En donde los cristianos se aposentan;
Suenan gritos mortales y gemidos
De los que la crueldad esperimentan;
Huellan sobre los cuerpos de caidos
Quel suelo de las casas ensangrientan,
Pechos rompidos, quebrantados brazos
Y cabezas partidas en pedazos.

Viendo cuán derendo iba la cosa,
Sin ver por dó hüir el mas despierto,
El mulato Juan Perez de la Rosa
En el suelo se estiende como muerto;
Pasó por él la gente belicosa
Teniendo, tal está, su fin por cierto;
Pero después que vido coyuntura
Como ciervo sus pasos apresura.

E yendo por aquella gran campiña
Escombrada de montüosa rama,
En camisa, sin ropa ni basquiña,
Vido hüir también a cierta dama,
En los trémulos brazos una niña;
Yerónima de Manjorés se llama
Esta mujer, que quiso Dios libralla
Del impío furor desta batalla.

Consuela sus tristezas y pesares
Viendo tan oportuno caminante
Para poder salir destos lugares,
Pues sola no pudiera ser bastante;
Y un Antonio Gonzalez y un Süarez
Se juntaron con ellos adelante,
Y estos solos de todos los cuarenta
Pudieron escapar de la tormenta.

Corren luego las gentes rebeladas
La costa donde está la granjería
De perlas, defendiendo las aguadas
De donde el español se proveia;
Huyeron las canoas asombradas,
Con la gente que en ellas residia,
Y al rio de la Hacha se vinieron
Donde por muchos meses estuvieron.

Llamaron al don Lope los vecinos,
Vista la desventura sucedida;
Suspende por entonces sus caminos,
Dándoles certitud de su venida
En castigando ciertos desatinos
De otra rebelion mas atrevida,
De la cual brevemente se despacha,
Y partió para el rio de la Hacha.

Y en servicio de la real corona
El trabajo tomó por regocijo,
Queriendo castigar por su persona
El mas recio furor que duro guijo,
En cuyo riesgo grande no perdona
A don Pedro de Cárcamo su hijo,
Que hizo cosas en aquel viaje
Decentes al valor de su linaje.

Estimulados pues de justa ira,
Rompieron los caciques rebelados
En tierras de Soturma y Macoira,
Con número de hasta cien soldados;
A defenderse cada cual aspira;
Mas brevemente son desbaratados,
Los principales dellos hechos piezas
Y las sendas pobladas de cabezas.

Punida con rigor la gente suelta
Y puestos los rebeldes en cordura,
Al valle de Upar luego dieron vuelta,
Provincia que tenian mal segura,
Por una pesadísima revuelta
Y suceso de grande desventura,
Del cual aquí daremos breve cuenta
Segun la relacion nos representa.

Hay dentro del Upar muchas naciones,
En las lenguas y ritos diferentes,
Pero todas de fieras condiciones,
Y destas son los tupes mas valientes,
Altos y de formidas proporciones
Y á los cristianos no muy obedientes;
Mas todavía por aquel paraje
También reconocian vasallaje.

Destos, Francisca, india ya cristiana,
Casada con Gregorio, muy ladino,
Vivian entre gente castellana
Instructos en católico camino;
Y un Pereira, de gente lusitana,
Que en el valle de Upar es hoy vecino,
Tenia sin pensar tal maleficio
A marido y mujer en su servicio.

Antonio de Pereira era casado,
Y segun dicen con mujer celosa,
La cual siempre vivia con cuidado
De la Francisca, porque fué hermosa;
Y por ventura, sin haber pecado,
El ama desta india sospechosa,
Con azotes hirió sus miembros bellos
Y trasquilóle todos los cabellos.

Corrida desto la Francisca bella,
Segun suele femínea destemplanza,
Puso los ojos en venganza della,
Y para ver cumplida la venganza
Al Gregorio presenta su querella;
Y ambos debajo desta confianza
Se fueron á los tupes sus parientes
Movidos destos locos accidentes.

Cuando la india vió las plantas puestas
Do su querer mandó que las aplique,
Sus bellas carnes hizo manifiestas
Ante Coro Ponaimo su cacique;
Pues en aquel lugar las mas honestas
Y todos cuantos hay andan á pique,
Usando de la justa vestidura
De que los proveyó don de natura.

Y ansí la dicha moza se compuso
Con desnudez, aunque ropas llevaba,
Para mas conformarse con el uso
De la bárbara tierra que hollaba:
El indio, contemplando lo recluso,
Con amorosos ojos la miraba,
Y pidiendo razon de su venida,
Dijo que á le servir toda la vida.

Porque las españolas son molestas,
Y no queria mas gustar sus hieles;
Y en aquestas demandas y respuestas
Saliéronse las gentes infieles,
Y ellos entre requiebros y requestas
Vinieron á juntar entrambas pieles.
Quedando del contacto de los pechos
Los dos nuevos amantes satisfechos.

Después del sensual ayuntamiento,
Supo tan bien jugar con el tirano,
Que cosa no le daba mas contento
Que lo que se guiaba por su mano;
Y al marido le hizo tractamiento
Como si fuera su mayor hermano;
Y viendo la Francisca ser dispuesto
A no la disgustar, le dijo esto:

«Dime, señor, un hombre tan discreto,
No menos poderoso que valiente,
¿Cómo puede sufrir estar subyeto
A los mandados de estranjera gente,
Pudiéndolos poner en el aprieto
Que suele decepar mala simiente,
Pues para concluir cosa tan alta
Sola tu voluntad es la que falta?

»A los hombres, señor, de tu valía
Y que tienen tan amplios los poderes,
No cumple por temor ni cobardía
Obedecer ajenos pareceres;
Y aquesta servidumbre se desvía
Facilísimamente si quisieres,
Porque solo querello, como digo,
Será la perdicion del enemigo.

»Ningun cristiano dellos se recela
Sea con claridad ó con obscuro;
Yo sé que su ciudad nunca se vela,
Con no la rodear cerca ni muro;
En ningun tiempo ponen centinela;
Duermen á sueño suelto sin seguro;
La gran dispusicion y el aparejo
Son los que también dan este consejo.

»El cual si por ventura se tomare,
Siendo como lo es tan acertado,
Por todas las provincias del Upare
Será siempre tu nombre celebrado;
Y ansí lo necesario se prepare
Para hacer mi corazon vengado,
Pues cierto, si tus armas no se ablandan,
Tú solo mandarás lo quellos mandan.»

Dijo la mala hembra, y el beodo
A todo le prestó fácil oido,
Y la respuesta suya fué de modo
Que hizo general á su marido;
El cual desque juntó su poder todo,
Y estando cada cual apercebido,
El cacique que vió sus gentes prestas,
Dijo pocas palabras, y son estas:

«Amigos y parientes, de quien fio
La guerra do me lleva mi deseo:
Bien sabeis todos el intento mio
Y en que pretendo de hacer empleo;
Estais compuestos de valor y brio,
Armas bastantes, militar arreo;
Venis á redimir vuestra zozobra:
Resta poner las manos en la obra.

»Solo quiero decir que cada uno
Trabaje no tener la mano floja,
Y en viendo lugar cierto y oportuno
Procure de hacer la tierra roja,
De manera que cristiano ninguno
Se libre de mortífera congoja,
Y dé cada caudillo buen recado
Del cuartel que le fuere encomendado.

»Entrar por cuatro partes sea notorio
A todos: por la una Quiria Imo;
Por otra con su gente va Gregorio;
Por otra mi hermano Curunaimo;
Otra, que es mia, con el oratorio
Buena cuenta dará Coro Panaimo;
Vendrán itotos y los cariachiles,
Y si no, quedaránse para viles.

»Podrá ser que de industria se detengan
Y estar como cobardes á la mira,
O que en el parecer se desavengan
Tomando por escudo la mentira;
Pero digo que vengan ó no vengan,
Cristianos han de ver su fatal ira,
Pues para tan liviano hecho hasta
Coro Ponaimo con los de su casta.

»Por tanto caminemos con el dia
Lo que nos resta dél incontinente,
Porque llegada ya la noche fria
Estemos á la hora competente
Sobre Guatapori, que se desvía
Pocos pasos de la cristiana gente;
Y cuando se tocare la corneta
Cada cual á sus casas arremeta.»

Dijo Coro Ponaimo su desino,
Y los guerreros escuadrones puestos
Continuando fueron su camino
Por lugares que ven menos enhiestos,
Hasta que ya la noche sobrevino
Y fueron repartidos por sus puestos,
Presentes de Francisca los enojos
Para ver la venganza por sus ojos.

¡Oh cuánta desventura, cuántos daños
Al pueblo lleva su furor sangriento!
¡Cuán descuidados ya destos engaños
Dormia cada cual en su aposento!
Pues se pasaron bien treinta y seis años
Del tiempo que poblamos el asiento,
Sin que cacique desta serranía
Concibiese jamás tal osadía.

Bien que nos defendian sus partidos
No con menos valor que de romanos,
Y en algunos recuentros bien reñidos
Hubieron españoles á las manos;
Pero nunca jamás tan atrevidos
Que bajasen al pueblo de los llanos,
Con ser á los principios los soldados
Muy pocos y muy mal aderezados.

Mas es ansí que la gente mas llana
De cuantos indios hoy están subyetos,
Con la conversacion cuotidiana
Despiden los temores y respetos,
Y notan de la gente castellana
Sus mañas, sus ardides y secretos;
Y todos ellos cuando ven la suya
No dejan ocasion que se les huya.

No toman la virtud destas escuelas,
Sino pecados, juegos, desatinos,
Y tanto mas abundan de novelas
Cuanto se van haciendo mas ladinos;
Y estos en los engaños y cautelas
Son peores que espíritus malinos,
Y entrellos no se ve mozo ni viejo
Que quiera ser capaz de buen consejo.

Y con ser el ladino desta gente
En astucias plenísimo venero,
Por no perder algun gusto presente,
No recelan del gusto venidero,
Y á trueco de vengar un accidente
Dejan la soga ir tras el caldero,
Segun estos presentes enemigos
Que pensaban quedarse sin castigos.

Porque llegada ya la fatal hora,
El Gregorio dió golpes á la puerta
Del Antonio Pereira y su señora;
El amo recordó y ella despierta,
Y mandan que no abran á deshora;
Pero sus pajes se la dan abierta:
Entró luego de gente gran rüido
Y el Pereira saltó del dulce nido.

Y al tiempo de salir del aposento,
En el rostro le dan una herida;
Otro golpe secundan mas sangriento,
Pero ninguno le quitó la vida;
Una lanza sin hierros y sin cuento
En el suelo topó que está caida,
Y con ella sin armas y desnudo
Los entretuvo todo cuanto pudo.

Pero su mujer Ana de la Peña,
Hiriéndole las voces el oido,
Reconoció ser bárbara reseña,
Y femenino miedo despedido
Saltó como novilla zahareña,
Empuñando la espada del marido:
Da tajos y reveses de tal suerte
Que se libraron ambos de la muerte.

Rompieron ambos el contrario bando
Escapando del duro captiverio;
Juntos, el uno al otro reguardando,
No padecieron otro vituperio;
Por medio de la calle van volando
Para poder llegar al monasterio,
Donde los religiosos y reclusos
Andaban ya revueltos y confusos.

Porque de la ciudad no queda casa
Por cuya cumbre no volasen llamas,
De lo superior hasta la basa
Deshechas todas las pajizas tramas;
El templo principal ya hecho brasa,
Donde llegaron con ardientes ramas,
Mas ante todas cosas los violentos
Robaron los benditos ornamentos.

Coro Ponaimo de su furor ciego,
Viendo quel monasterio permanece,
Cinco veces ó seis le puso fuego
Y admírase de ver que no le empece;
Crece la grita y el desasosiego,
El fuego donde quiera resplandece;
Los frailes viendo tanto desconsuelo
Invocan el favor del alto cielo.

Mas el viejo fray Pedro de Palencia,
Con un mulato suyo Juan Carnero,
A los bárbaros hizo resistencia
En una puerta del zaguán primero,
Tanto que no bastó su violencia,
A volvelle los filos del acero,
Ni para que dejase la rodela
Que fué mantenedora de la tela.

Y ansí con ella del furor escapa
Diciendo con acentos conocidos:
«Ovejas del obispo de Chiapa,
Ningun gusto me dan vuestros balidos,
Pues que por fuerza nos quitais la capa
Sin darnos un vellon para vestidos;
Y ansí de lana que tan mal se hila
Renuncio para siempre la desquila.»

Fray Dionisio de Castro, sin aliento,
Viendo de desventuras tal sumario,
Convocó religiosos del convento
Y abrió presto las puertas del sagrario;
Sacan el sacrosanto Sacramento
Y á la bendita Virgen del Rosario;
Llevólos á lugar sin cobertura,
Aunque la iglesia se quedó segura.

Delante dél, hincadas las rodillas,
Con íntimos suspiros y vertiendo
Lágrimas con que riega sus mejillas,
Ante su Majestad está diciendo:
«Restaurador de las eternas sillas,
Libradnos de peligro tan horrendo:
Oid, Señor, los gritos y clamores
Destos atribulados pecadores.

»Socórranos, Señor, vuestra clemencia,
Y en este movimiento tan atroce
No prevalezca bruta pestilencia
Que no os sabe, ni cree, ni conoce:
Nuestros grandes pecados y demencia
Merecedores son de mayor coce;
Pero no midais vos, Redentor mio,
La punicion segun mi desvarío.

»Estrella de la mar, Virgen, Señora,
Santa de santidad insuperable,
Tened por bien de ser intercesora
Por esta compañía miserable;
Cánsese ya la mano vengadora
Desta nacion bestial y detestable;
Matan vuestros devotos y sirvientes,
Van degollando niños inocentes.»

Y es ansí que por todos se reparte
La turbacion, la confusion y pena,
Porque la furia del sangriento Marte
Cosa no ve mover que no cercena,
De tal manera, que cualquiera parte
De miembros palpitantes está llena;
Casa no queda donde falte llanto,
Dolor, temor, horror, mortal espanto.

Bien como los mortíferos venenos
En los estómagos de los humanos,
Que de los miembros que tenian buenos
Ningunos dellos les quedaron sanos,
Antes los hacen de vigor ajenos
Debilitando piés, brazos y manos,
Sin dejalles artejo ni juntura
Que no recorra tanta desventura:

Ansí también los bárbaros tumultos
Donde quiera sus furias acrecientan,
Corriendo los lugares mas ocultos,
Que todos los maculan y ensangrientan,
Y donde quiera que divisan bultos,
Jáculos penetrantes les presentan,
Y de la mas que bárbara caterva
Ningun varon ni hembra se reserva.

Vieron su triste fin en la pelea,
Partidas sus cabezas con macana,
La bella doña Guiomar de Urrea
Y doña Beatriz, su cara hermana;
Este mismo rigor mortal se emplea
En otra principal dicha doña Ana,
Doña Ana de Anibal digo que era,
Quel pecho mas feroz enterneciera.

Isabel de Briones quedó manca
De vida temporal, y en dura tierra
El arroyo de sangre no se estanca
Del cuerpo bello de María Becerra;
Cayó la varonil Elvira Franca,
Ana Ruiz del mundo se destierra,
Ana Fernandez en escondedrijos
La vida concluyó con sus dos hijos.

Quebrantadas las frentes y las cejas
Luego con asperísimos cuchillos,
A las galanas mozas y á las viejas
Que traen arracadas y zarcillos,
A raiz les cortaban las orejas
Y los dedos también de los anillos,
Desnudándolas de sus vestiduras
Hasta dejallas en las carnes puras.

Catalina Rodriguez, desposada
El infelice dia malhadado,
En el infausto lecho fué hallada,
Su muy hermoso pecho traspasado,
Adonde la dejó desamparada
El mas que temeroso desposado;
El cual salió después de salir ellos
Chamuscadas las barbas y cabellos.

En manos la dejó de quien la mata;
Mas della se colige, si pudiera,
Que no huyera dél en el combate,
Antes otra Hipsícratea fuera,
Aunque él no se mostró ser Mitridate,
Pues en hüir de allí salud espera,
Dejando su querida para cebo,
Venciendo su temor al amor nuevo.

Fueron mas de cincuenta los difuntos,
Los cuales por sus nombres no refiero,
Pues no podré decir en breves puntos
Los que vieron su dia postrimero;
Mas con mujer y cuatro hijos juntos
También murió Hierónimo Romero,
Y su pequeña hija quedó viva
Que los bárbaros hoy tienen captiva.

Durantes pues los gritos y clamores
Y el mal que por momentos se empeora,
Tomó sus armas Antonio de Flores,
Un principal hidalgo de Zamora,
Y ensilló su caballo sin favores,
Por nadie los tener en esta hora;
Y dígolo porque este zamorano
Es un soldado manco de una mano.

Púsole su pretal de cascabeles,
Y abrevia lo posible la carrera
A la parte do suenan mas tropeles
Y mayor junta de la gente fiera;
Y como por algunos infieles
Entendieron andar caballo fuera,
Antes que contra ellos arremeta
A recoger tocaron la corneta.

Recogiéronse todos al momento
En arboledas y lugar opaco;
Va solo Flores en su seguimiento
Amenazándolos con brazo flaco,
Pero no les perturba su contento
Ni les pudo quitar el rico saco;
Que por las muchas piedras del camino
No podia romper con el rocino.

Antes cuando los iba persiguiendo,
Que la distancia fué largo pedazo,
Un ladino gandul iba diciendo:
«Volvamos á matar tan duro mazo
Que nos hizo hüir con el estruendo,
É yo sé que no tiene mas de un brazo,
Y nos ha hecho con su vana lanza
Quedar sin hacer llena la matanza».

Fácil se les hiciera la contienda,
A no tener sus tretas el tullido
Para poder meter y sacar prenda,
Y ansí ninguno fué tan atrevido:
Fuéronse pues con toda la hacienda
Y saco que llevaban recogido;
El Flores se volvió via derecha
A ver la destruicion que quedó hecha.

En este tiempo ya llegó la hora
Que por los abrasados aposentos
Estendiese sus ojos el aurora,
Ojos encarnizados y sangrientos,
Segun suele tenellos cuando llora
Quien por ellos desagua sus tormentos;
Y ansí luego cubrió su rostro puro
Con toca de nublado muy obscuro.

¡Oh! qué espectáculo tan lastimero
Al Flores se le puso por delante!
¡Qué corazon de piedras ó de acero,
Qué pecho de tan duro diamante,
Qué hombre tan cruel y carnicero
Que viendo lo quél vió no se quebrante!
¡Quién estuviera sin alterar venas
Viendo caidas tantas Polixenas!

Unas desnudas, otras mal vestidas,
Y todas de su sangre rubricadas,
De los terribles golpes y heridas
Las íntimas entrañas traspasadas;
Cabezas en pedazos repartidas,
Orejas y narices cercenadas;
Otras con fuego de sus proprios nidos
Sus cuerpos en carbones convertidos.

Viendo la destruicion digna de luto,
Y no por ilusion ni por antojos,
Engrandeció su voz Flores Enjuto,
Enjuto, pero ya no de los ojos,
Pues llorando llamó los que tributo
Al bárbaro pagaron con despojos,
Porque los que tuvieron buenas piernas
Metiéronse por bosques y cavernas.

Como fuese con voces importuno
Por recoger la gente divertida,
Dos á dos, tres á tres y uno á uno,
Salian á la voz reconocida,
Hasta tanto que ya quedó ninguno
De los que se escaparon con la vida,
Pero ninguno dellos tan exento
Que no guie sus pasos con gran tiento.

Bien como los ratones que comiendo
Algun mantenimiento que los ceba,
Que si perciben el menor estruendo,
Con gran priesa se vuelven á la cueva,
Mas luego poco á poco van saliendo
No sintiendo remor de cosa nueva,
Y de tal modo gustan la comida
Quel ojo principal es la hüida:

Los mismos sobresaltos y recatos
Traian las mujeres y varones,
Y con mayor temor que de los gatos
Suelen tener los tímidos ratones;
Aumentando con otros malos ratos
Aquellas angustiosas turbaciones,
Viendo la cuantidad de gente muerta
Que para grandes gritos abrió puerta.

El rostro de las dueñas era rio;
Hinchese de clamores aquel llano;
Unas están diciendo: «¡Hijo mio!»
Otras: «¡Ay, primo! Y otras: ¡Ay, hermano!»
Otras dicen: «¡Ay, madre, padre ó tio!»
Otras el parentesco mas cercano;
Suena dolor, terror, angustia, duelo,
Congoja, turbacion y desconsuelo.

Lleva Guatapori por sus riberas
Un ronco son de voces mal abiertas,
Porque de lamentar las mas enteras
En su pronunciacion quedan inciertas:
Y no menos dolores concibieras
De ver las gentes vivas que las muertas;
Pues en aquel bullicio ya propuesto
Salió quien mas llevaba descompuesto.

Porque de la manera que despierta
En aquel repentino sobresalto,
Saltó por los corrales ó la puerta
Y otros algunos por lugar mas alto;
El uno la cabeza descubierta,
Otro descalzo, y el que menos falto
Hallóse rico, si la tierra pisa
Con solo zarafuelles y camisa.

Como quien naufragó cerca de puerto,
Que para se salvar en la ribera,
El vestido de que estaba cubierto
Desechó por ir mas á la lijera,
Y aquel que mas no pudo salió muerto,
Y desnudo también quien salió fuera:
Ansí se vian semejantemente
Los muertos y los vivos desta gente.

Mas Antonio de Flores, como era
Persona principal y proveida,
Hizo subir la gente mas entera
A caballo muy bien apercebida;
Y si tan buen aviso no tuviera
Todos ellos quedaran sin la vida,
Porque vino gran copia de gentiles
Itotos y de indios cariachiles.

Venian caciquejos seis ó siete,
Que fueron con los tupes en consejo:
Orva, Alonso, Cuoque é Ichopete,
Y Pericote y un Juan Cabellejo,
Que para lo que cada cual promete
Traian gentil orden y aparejo,
Pensando de hallar el otro alarde;
Pero cuando llegaron era tarde.

Todos los escuadrones son lucidos,
Con soberbios plumajes y galanos:
A vista llegan de los afligidos
Que temblaban de vellos tan cercanos,
Mas viéndolos estar apercebidos
Con adargas y lanzas en las manos,
Pasaron á quemalles las estancias
Por quitalles del todo las substancias.

Fueron á ellos pues incontinente
Con grandes alborotos y bullicios,
Y allí mataron toda cuanta gente
Tenian para rústicos servicios;
Las violentas llamas del ardiente
Fuego les consumió los edificios;
Y aquestas heredades hechas brasas,
Se volvieron los indios á sus casas.

De los cristianos unos los senderos
Velan, y los demás llaman al cura
Para que den, segun los pios fueros,
A los nuestros terrena sepultura:
Hicieron á don Lope mensajeros,
Dándole cuenta desta desventura;
El cual, viendo negocio tan terrible,
Apresuróse todo lo posible.

Procuró consolar los moradores,
Dándoles de las cosas quél alcanza,
No sin reprehension á regidores
Por su demasiada confianza,
Y prometió que de los malhechores
Presto se tomaria la venganza;
Y ansí para que fuesen castigados
Nombró luego caudillos y soldados.

Guerreros instrumentos apareja,
Y para que subiesen la ladera
Nombró cincuenta de la gente vieja
Y de las otras la que mejor era,
Y un Alonso Rodriguez de Calleja,
Natural de Jerez de la Frontera,
El cual con el recato que convino
Guió para los tupes su camino.

Cuando subian por los altos puertos,
Donde los enemigos habitaban,
Fueron al mismo punto descubiertos
Por espías de indios que velaban,
Que ya todos sabian los conciertos
Y duras intenciones que llevaban;
Y ansí se junta toda la ralea
Dispuesto cada cual para pelea.

Ocuparon las cumbres y peñoles;
Hieren con grita los mudables vientos
Cornetas y torcidos caracoles,
Usados en guerreros movimientos;
Muchos traen vestidos españoles,
Y muchos los benditos ornamentos,
Haciendo por escarnios y desdenes
Ostentacion de los robados bienes.

A vueltas del clamor y vocería
Galgas se precipitan, flechas vuelan;
Respóndeles el arcabucería,
Que todos estos bárbaros recelan;
Y nuestros españoles todavía
Por les ganar un reventon anhelan:
Auméntase la grita y el estruendo,
Uno subiendo y otros defendiendo.

Estaba Curunaimo delantero,
Sin recelar los manuales truenos,
Y el Alonso Rodriguez mas certero
Que muchos, con tener un ojo menos,
Con una bala le pasó el garguero,
Haciendo sus clamores menos llenos;
Y no cayó con el caliente rayo,
Aunque sintió con él algun desmayo.

Pero después que vió de la garganta
El golpe grueso que de sangre mana,
Arrimó las espaldas á la planta
Que por allí tenia mas cercana,
Y con ferocidad que los espanta,
El arco suelto, toma la macana
Para vengar con ella sus enojos,
Mas faltóle la vista de los ojos.

Pues al tiempo que hizo movimiento,
La maza levantada y estendida,
Llegó de su salud el rompimiento,
Y el ánima se fué por la herida
A las eternas penas y tormentos,
De la tierra de vivos despedida,
No sin grandes congojas y pesares
De los indios cercanos en lugares.

Pues aflojando van en gran manera
Turbados con aquella pesadumbre;
Y los de la cristífera bandera,
Conociendo de indios la costumbre,
Abrevian el subir de la ladera
Hasta que ya llegaron á la cumbre;
Los defensores della viendo esto
Procuraron tomar otro recuesto.

A sus casas llegó nuestra cuadrilla
Donde tuvieron no menor recuentro;
Mas aunque duró mucho la rencilla,
Con voces que metian en el centro,
Pudiéronles ganar aquella villa,
Y aquella noche reposaron dentro,
En confianza de sagaces velas
Y á punto las espadas y rodelas.

Venidos ya los rayos soberanos,
Por asechos de amigos naturales
Coro Ponaimo les cayó en las manos
Con otros ciertos indios principales:
El castigo se dió segun los males
Que dellos recibieron los cristianos,
En la uña haciendo los procesos,
Vista la gravedad de los sucesos.

Este castigo que decimos hecho,
Aunque no por entonces concluído,
Los españoles con algun provecho
Volvieron sanos á su propio nido;
Pero nunca Francisca por asecho
Se pudo descubrir ni su marido,
Ni don Francisco, bárbaro ladino,
No menos atrevido que malino.

Pero los tupes deste territorio,
Mirando lo que cada cual arrisca,
Y el daño recebido ya notorio,
Cuyo principio vino de Francisca
Y del indio Francisco y del Gregorio,
Principales cabezas en la trisca,
Andaban por quebrar allí sus sañas
Y ver qué color tienen sus entrañas.

Con este miedo que los tres atierra,
Huyendo por lugares mas opacos
Se pasaron á la frontera sierra,
Donde residen indios aruacos;
Los cuales en los trances desta guerra
Nunca tuvieron términos bellacos,
Antes su principal cacique quiso
De la venida dellos dar aviso.

Sabida por don Lope la venida
Y parte donde estaban abscondidos,
Envió gente bien apercebida
Para que fuesen presos y traidos
A pagar cada uno con la vida
Pecados y delictos cometidos;
Y ansí los trajo Pedro de Morales,
Con guardas y durísimos ramales.

Venidos pues los malaventurados,
Procédese con suma diligencia,
Y todos tres procesos substanciados
Con la declaracion de su demencia,
A muerte natural son condenados,
Y ejecutóse luego la sentencia,
Con un alto pregon que dió noticia
Del caso por que hacen la justicia.

Antes de lo subir al escalera
Pidió Gregorio, por merced subida,
Que su muerte dél fuese la primera
Por no padecer dos en una vida,
Una, la suya propria quél espera
Y otra de ver morir á su querida;
Admíranse de ver lo que decia,
Y ansí se hizo como lo pedia.

Demandaron perdon puestas las manos
Por todas las pasadas insolencias,
Diciendo cómo con furores vanos
Usaron de tan grandes inclemencias;
Finalmente, con muestras de cristianos
Hicieron otras santas diligencias,
Y créese, segun pios motivos,
Que fueron á la tierra de los vivos.

Castigaron después á los itotos
Y á los que fueron en el movimiento,
Los cuales en batalla fueron rotos
Y en ella perecieron mas de ciento;
Y mitigados estos alborotos
Con medicina de rigor sangriento,
Luego don Lope mil cosas ordena,
Mas una dellas sobre todas buena.

Aquesta fué, que para mas seguro
De los que padecieron el asalto,
Y en las horas de luz ó cón obscuro
Pudiesen reposar sin sobresalto,
Hizo cercar la ciudad de muro
Que dicen ser de seis tapias en alto
Muy anchas y de buenos fundamentos,
Y de piedras bien puestos los cimientos.

Llamó copia de indios, y dió corte
Cómo les ayudase la canalla
Por términos guiados con reporte;
Y es la ciudad primera que se halla
En tierra firme de la mar del norte,
Toda fortalecida de muralla,
Sin mucha pena de los naturales,
Por tener á la mano materiales.

Porque hizo domar muchos novillos
Con que los traigan y con que cultiven,
Y hizo labrar tejas y ladrillos
Para cubrir las casas donde viven,
Que pueden hoy servilles de castillos,
Donde de sus haciendas no los priven,
Porque la fábrica de paja hecha
Consigo se traia la sospecha.

Está la ciudad en gran zavana,
Y tiene nobilísima templanza;
Posee gran compás de tierra llana;
Es fértil en labranza y en crianza;
Hay frutos de la tierra castellana,
Y de los naturales mil alcanza;
Gran cuantidad de vacas y de yeguas,
Y estará de la mar veinte y dos leguas.

En tanto que don Lope proveia
Tantas cosas, que yo me maravillo,
Andaba fuera mucha compañía,
Y como general y su caudillo
Pero Ruiz de Tapia la regia;
Junto con él don Alonso Carrillo,
Que es hijo del don Lope, cuya lanza
No recelaba la mayor pujanza.

Ven los que nunca dieron obediencia
Lejanos aruacos, gente fiera,
Que tienen su lugar y residencia
En lo supremo desta cordillera,
Donde tuvieron dura competencia,
Pero prevaleció nuestra bandera;
Salen de sus asientos esto hecho
Por parecelles gentes sin provecho.

Corrieron por las cumbres comarcanas,
Hasta que ya bebieron agua fria
En la provincia de los maconganas,
Indios, segun á todos parecia,
Que nunca vieron gentes castellanas
Hacer camino por aquella via;
Y ansí tres mil ó mas en ordenanzas
Acometen con flechas y con lanzas.

Animan los caciques sus vasallos
Con principal ardor y diligente;
Pero con arcabuces y caballos
Fueron desbaratados fácilmente;
Huyeron, y procuran alcanzallos
Y prendieron algunos desta gente.
Los cuales se mataban con sus manos
Por no se ver en las de los cristianos.

Aquestos españoles eran ciento;
Y pareciendo número bastante,
Por no les contentar aquel asiento,
Ni para fundar pueblos elegante,
A que llevaban principal intento,
Determinaron ir mas adelante
Haciendo su camino la corona
A las otras vertientes á Tairona.

Y ansí Pero Ruiz su gente saca
Caminando por do mejor pudieron,
Tierra de poblaciones algo flaca,
Hasta ver la provincia que dijeron
Val de San Sebastián de Taironaca,
Desde cuyos asientos se volvieron
Por no hallar la tierra tan entera
Cuanto solia ser en otra era.

Por Tairona después hizo camino,
Valle por muchas veces referido,
Mas con temor del otro torbellino,
De Castro lo halló todo barrido,
Por estar, segun, dicen el vecino
Dentro de Pocigueyca recogido,
Y de presente ser aquella tierra
La mayor fortaleza de la sierra.

En efecto volvieron al arena
Del valle do tenian sus reposos,
Tan vacia de oro la crumena
Cuanto de vella llena deseosos;
Mas pues cansancio, sinsabor y pena
Olvidan con regalos amorosos,
Razon será que yo huelgue la siesta
Antes que se dé fin á lo que resta.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo don Lope de Orosco envió al capitán Antonio Cordero á poblar la provincia de Chimila, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la poblacion.

Muchas veces habemos dado cuenta
De las cosas antiguas de Chimila,
En lo que mas atrás se representa
Y mi memoria flaca recopila:
Tierra bien asombrada, clara, exenta,
Pero sus poblaciones aniñila
La gran saca de esclavos que solia
El antiguo tener por granjeria.

Que los antiguos no tenian ojo
A se perpetuar ni hacer nido,
Sino con los esclavos y despojo
Mejorar cada uno su vestido;
Y ansí las inquietudes y el enojo
Han muchos destos indios consumido,
Mas no de tal manera que no quede
Quien de sus descendientes los herede.

Y aun en aqueste tiempo que lo cuento,
En belicoso tracto y ejercicio
Uno vale ya tanto como ciento,
Por ser cursados bien en el oficio,
Y en un desesperado rompimiento
Ningun indio presume ser novicio;
Mas todos usan de sagacidades
Segun los tiempos y necesidades.

En la sazon que Manjarés vivia,
Allí tuvieron un pueblo fundado,
Y despoblóse no sé por qué via,
Porque desto no soy bien informado;
Mas Lorenzo Jimenez se decia
El capitán entonces señalado,
Y este desapareció por allí junto,
Sin mas hallallo vivo ni difunto.

Viendo don Lope pues ser conviniente
Aquella poblacion ir adelante,
Para los allanar envió gente
Tal cual le parecia ser bastante:
Fué Antonio Cordero por teniente,
Cursado para cargo semejante;
Eran ciento y setenta los soldados,
De cosas necesarias pertrechados.

La ciudad en llegando fué trazada,
Y las cuadras iguales en medidas,
En parte rasa bien acomodada
Y con buenas entradas y salidas;
La poblacion Sant Angel fué llamada
Por causas que no tengo conocidas;
Buscaron hombres destas vecindades
Para hacer con ellos amistades.

Pero primero que saliesen fuera
A descubrir los bárbaros avaros,
Hicieron un buen fuerte de madera,
Con bastiones, trincheas y reparos,
Pues á causa de ser gente guerrera
Pudieran los descuidos costar caros;
Y esto hecho salieron á buscallos
Con copia de peones y caballos.

Salió Sorli, cacique conocido,
Con mucha gente bien apercebida;
El capitán Cordero que lo vido
A concierto de paces lo convida;
Sorli también acepta su partido,
Sin poner dilacion en su venida,
Y ansí con un mozuelo bien ladino
Se dieron relacion de su desino.

Diciendo que en pasados desatinos
Los españoles no paraban mientes,
Antes serian mansos y beninos
Como no fuesen indios imprudentes;
Porque venian para ser vecinos,
Amigos verdaderos y parientes,
Y con determinados presupuestos
De no selles pesados ni molestos.

Los indios estuvieron muy atentos
Notando las pacíficas razones,
Y aunque fuesen contrarios sus intentos
Correspondieron á sus opiniones:
En efecto, volviéronse contentos
Y agasajados con algunos dones
De rescates que tienen por ganancia
Y no son cosas ellas de substancia.

Otros también vinieron de buen arte,
Con cuantidad de indios de rebaño,
A ver nuestra bandera y estandarte
Usando de la paz mas de medio año,
Sin que la una ni la otra parte
Se desmandase ni biciese daño;
Pero cosa no dan de su cosecha
Que con paga no sea satisfecha.

Y al tiempo de poner en astillero
El reconocimiento y obediencia,
En prisiones llevaron al Cordero
Por provision desta real audiencia;
Gran desavío fué, pero primero
Nombró por capitán en su tenencia
Un Cristóbal Fernandez de Sanabria,
Natural de las islas de Canaria.

Y viendo ser el general absente,
Teniendo por incierta su venida,
Huyóseles de noche mucha gente
Sin poder estorballes la salida;
Y ansí quedaron poco mas de veinte
No menos deseando la partida,
Pero púsose grande diligencia
En no les consentir hacer absencia.

Mas como por don Lope se supiese
Que le llevaron preso su caudillo,
Envió luego para que lo fuese
A su hijo don Alonso Carrillo.
A ninguno pesó de que viniese,
Y el pueblo se holge de recebillo,
Porque todos estaban descontentos
Y no menos medrosos que hambrientos.

Padecíase miserable vida,
Pues cualquier indio se les desacata,
Y quien antes vendia la comida
Ya no la daba cara ni barata;
Andaba la vergüenza despedida,
El fiero presto, pronta la bravata,
Menosprecios aliende de los fieros,
Y aun mataron algunos compañeros.

Diéronle larga cuenta del aprieto,
Que fué de mas desgusto que se intima,
Y la dificultad de ver subyeto
A bárbaro que tanto los lastima;
Mas don Alonso como muy discreto
Y mozo valeroso los anima,
Pues para levantar á los caidos
Hirió desta manera sus oidos:

«Señores, la necesidad presente
Y el blanco donde va vuestro deseo,
No quiero consentir que se me cuente,
Pues por mis proprios ojos yo lo veo,
Y sabe Dios lo que mi alma siente
Viendo tan pocos en tan buen empleo,
De donde me parece ser afrenta
El querer alijar sin ver tormenta.

»Y puesto caso que veais alguna,
No por eso tengais desconfianza:
Que cuando su furor mas importuna
Lo suele mitigar cristiana lanza,
Y nunca duró tanto la fortuna
Que no venga tras ella la bonanza;
Demás de que también hay parentesco
Que me envie soldados de refresco.

»Entre tanto los que se sienten buenos
Estén á todas horas vigilantes,
Que no digo nosotros, pero menos,
Para se defender serán bastantes,
Aunque vengan aquestos campos llenos
De grandes estaturas de gigantes;
Pues para confundir bárbaro marte
Está la voz de Dios de nuestra parte.

»Aquesta es la principal ayuda;
Y teniendo propicios sus favores,
¿Qué nos pueden hacer gente desnuda,
Que no quedemos siempre por mejores?
Ninguno de vosotros tenga duda
De ser en los encuentros vencedores;
Pues bien sabeis ser sus antiguos modos
Viendo caido uno hüir todos.

»Y pues en el mayor inconviniente
Fuesteis tan valerosos y constantes,
Agravio me haceis si yo presente
No fuerdes todos lo que fuestes antes;
Pues yo no tengo de volver la frente,
Antes, adonde todos sois atlantes,
Sin ser el compañero que no nombro,
A vuestro peso suporné mi hombro.

»Cerca del galardon ternáse cuenta
Con aquellos que han permanecido,
Asegurándoles la mejor renta
De todo cuanto fuere repartido;
Pues este poco número sustenta
La tierra que los otros han perdido,
Y es razon que donde ella no fallece
Lleve buen galardon quien lo merece.

»Ansí que, pues el duelo padecido
Ha de ser olvidado con ganancia,
A todos amigablemente pido
Se perficione la perseverancia;
Que para mejorar vuestro partido
En mí no faltará toda constancia,
Como después vereis por el efeto,
Con mas ventaja de lo que prometo.»

Dijo su voluntad, y los soldados
Que estaban en aquel ayuntamiento
Quedaron satisfechos y pagados
De ver aquel urbano cumplimiento,
Y por las mismas causas obligados
A no le dar jamás desabrimiento,
Y tan feroz la mínima bandera
Como si se hallara muy entera.

Y ansí por muchos dellos se procura
Dejar algunas horas sus abrigos,
Con quien el don Alonso se aventura
A contrastar algunos enemigos,
Donde de su valor en guerra dura
Los unos y los otros son testigos;
Y también en el bélico teatro
Murieron de los suyos tres ó cuatro.

Mas ya ganando tierra, ya perdiendo,
No holgaban espadas ni paveses,
Cuotidianamente recorriendo
Rancherías de indios y conveses;
Y en esta variedad que voy diciendo
Se gastarian tres ó cuatro meses,
Al cabo de los cuales el Cordero
Volvió libre y al cargo que primero.

Don Alonso holgó con su venida,
Y porque convenia que se parta,
En orden puso luego su partida
Para la ciudad de Santa Marta;
Y como por la falta de comida
La gente se hallaba no bien harta,
El Cordero quisiera salir fuera
A recoger maiz por la frontera.

Pero venia muy debilitado
A causa de continua calentura,
Y ansí para vivir le fué forzado
Irse donde pudiese hallar cura,
Quedando por caudillo señalado
Sanabria, que por tierra mal segura
Fué con los diez y ocho desta gente
A ver y ranchear aquella frente.

Aqueste capitán, sin advertencia
Las rozas y labranzas les estraga,
Aprovechándose con violencia
De lo que no quisieran dar sin paga;
Vase llegando su fatal sentencia
Que con acerbo golpe les amaga;
Y en cierto pueblo que llamaban Ancho
Quisieron una noche hacer rancho.

Donde dormian, vela tienen puesta
Y ronda de caballo con su lanza;
Mas á los miserables, ¿qué les presta
Velarse de tan áspera pujanza?
Fuérales la hüida mas honesta
Que loca y atrevida confianza,
Porque gente terrible de pelea
Por todas cuatro partes los rodea.

La noche por igual peso partida,
Y al tiempo que la lumbre de Diana
Fué de aquel hemisferio retraida
(Seria por no ver sangre cristiana
Por mano de los bárbaros vertida),
Rodearon la gente castellana,
En el acometelles tan á punto,
Quel peligro y el miedo llegó junto.

Corre los campos anchos són horrendo,
Estiéndese la grita y el rüido;
Pero mayor la obra quel estruendo
Y mas grave la plaga quel gemido,
Vanse los españoles consumiendo,
Y es de contrarios número crecido
Y tan apresurada la rencilla,
Que falta huelgo para resistilla.

Bien como nave cuando le sacude
Por una y otra parte la refriega,
Que para tener término que ayude
No se le da lugar al que navega,
Antes cuanto mas agua mas acude
Hasta que la zozobran y se aniega,
Y aquella presurosa desventura
Fué la que les sirvió de sepultura:

Ansí fué huracán no menos ciego
Aqueste mal, y tan impetüoso,
Que para poder entablar el juego
Nunca se les dió punto de reposo;
Pues acudian unos y otros luego,
Sin cesar el estrago presuroso,
Hasta que todos en aquel combate
Ovieron triste fin y mal remate.

Y en aquellos nocturnos desconciertos,
Comun fué para todos el engaño,
Porque vieron también pechos abiertos
Y rotos los que nunca rompen paño;
Pero fueron sus números de muertos
Muy pocos en razon del otro daño;
Y cuando sucedió la mala suerte
Ocho solos quedaban en el fuerte.

Los cuales como viesen la tardanza
Y no venir al tiempo prometido,
Adevinaron luego la matanza
Y que todos habian perecido;
Perdieron de vivir el esperanza
Y cada cual se tuvo por perdido:
Diez mujeres habia que con llantos
Mucho mas aumentaban los espantos.

Esperaban por horas el rebato
De parte de la gente monstrüosa;
Y estando con el tímido recato
Con que suele vivir la sospechosa,
Llegó de las marinas el mulato
Que se dice Juan Perez de la Rosa,
Al cual agasajaron aunque solo,
No menos que si fuera dios Apolo.

Este, como no vió mejor portillo
Para poder salir del labirinto,
Hizo que se nombrase por caudillo
Un cierto portugués, Salvador Pinto,
Y de cuantos están en el castillo
Ninguno tuvo parecer distinto,
Sino que cada cual quedó contento
De se hacer en él el nombramiento.

Y para que mas bultos pareciesen,
Viendo cuán pocos eran, el Juan Perez
Tambien aconsejó que se vistiesen
En hábitos de hombres las mujeres,
Y ansí se les mandó que lo hiciesen
Teniéndolos por buenos pareceres;
E ya cubiertas de viriles telas
Les dieron sus espadas y rodelas.

Las cuales bien armadas, como vian
En trajes usurpados sus personas,
Tal furor les tomó, que presumian
De ser otras segundas Amazonas,
Y en la postura con que se movian
Todas eran Minervas ó Belonas,
Y el riesgo de los riesgos mas acedo
Abuyentaba femenino miedo.

Tenian un caballo los cristianos,
Para socorro deste su trabajo,
Manco de todos cuatro piés y manos,
Y los cuadriles hechos un andrajo;
Cubren con armas pues sus pelos canos
Para que les sirviese de espantajo,
Encima dél, no mas que para carga,
Un español con lanza y con adarga.

Estando cada cual apercebido
Certísimos del bárbaro bullicio,
Vieron venir un indio mal herido
De los quellos tenian de servicio;
Este dentro del fuerte recebido
Les dió de sus sospechas mas indicio,
Diciendo cómo grande compañía
Habia de venir siguiente dia.

«Y para certidumbre, dijo, sea
Aviso, que vereis por la mañana
Un bárbaro con una hicotea
Y señales de paz, pero no sana,
Pues su venida es para que vea
Y cuente bien la gente castellana;
No le dejeis entrar, estése fuera,
Y aun si posible fuere luego muera.

»Esto me fué notorio, porque yendo
A casa de Sorlí para holgarme,
Oí las tramas y escapé huyendo,
Porque su voluntad era matarme;
Viniéronme con flechas persiguiendo,
Pero nunca pudieron alcanzarme,
Sino fué con los tiros, y Dios quiso
Darme la vida hasta dar aviso.»

Dados estos avisos á quien toca
Guardallos en peligros semejantes,
La vida del ladino fué muy poca
Por ser las mas heridas penetrantes:
El gran temor á vela los provoca,
Y ansí todos estaban vigilantes,
Hasta tanto quel sol dia siguiente
Los visitó con su dorada frente.

Miran, y ven venir por aquel llano
Al que enviaban para los acechos,
Y con las hicoteas en la mano
A los nuestros llevó pasos derechos;
Mas el Juan Perez viéndolo cercano
Con una bala le rompió los pechos;
Cayó luego con un terrible grito
Que oyeron los que vienen al conflito.

Por estar ya cercanos á los muros,
Porque el muerto tomó la delantera
Con intenciones de hacer seguros
A los que tienen relacion entera,
Y usando la cautela de sus juros
Armalles so color de paz sincera,
Y los demás guiaban trás sus huellos
A repentinamente dar en ellos.

Pensando de hallar lugar abierto
Por do la fortaleza se destruya,
Mas no permitió Dios que tal concierto
Con daño de los nuestros se concluya,
Pues el falace bárbaro fué muerto
Y estotros no salieron con la suya;
Pero reconociendo ser sentidos
Descúbrense con grandes alaridos.

Y sale la caterva de salvajes
Con posturas feroces y galanas,
Las cabezas vestidas de plumajes,
Arcos, flechas, y dardos y macanas,
Saltos y brincos, gestos y visajes,
De que suelen usar gentes insanas:
Mas no van tan derechas sus derrotas
Que no tengan temor de las pelotas.

Con cuyo miedo tiemplan los insultos
Y para les entrar no hacen prueba,
Sospechando segun vian los bultos
Habelles socorrido gente nueva
Y que tenian muchos mas ocultos
De aquellos do Sorli la vista ceba:
Descúbrese también por el cercado
Aquel caballo bien encubertado.

Un español, alzada la visera,
Encima dél, con armas bien cubierto,
No para confiallle la carrera,
Pues demás de sus males era tuerto,
Y en meneo y en paso de manera
Que sin mas lo matar estaba muerto;
Pero con todo esto fué tan bueno,
Que sin lo tener él les puso freno.

Porque viendo blandir aquella lanza
Y en la cerca soldados mentirosos,
Sospechando tener mayor pujanza,
Han por bueno volver á sus reposos;
Y los que no tenian confianza
Quedaron por industria victoriosos;
Y al partir la canalla les decia:
«Por aca nos tereis á tercer dia».

Estando con temor desta tormenta,
Antes de ser los tres dias cumplidos
Volvió Cordero con soldados treinta
De todas armas bien apercebidos,
Dióseles á los indios larga cuenta,
Cerca de los que son recién venidos;
Y ansí vistas las nuevas municiones
No procedieron en sus intenciones.

A la gente con él recién venida
Como perder el tiempo les escuece,
Y demas de lo dicho la comida
Es tal que si se asa ni se cuece,
Huyeron, y después de la hüida,
Cordero se quedó con solos trece,
Con los cuales también quisó mudarse
Viendo que no podia sustentarse.

Porque le parecia ser mal seso
Permanecer en tales confusiones,
Como faltaba gente de buen peso
Que resistiese bárbaras naciones;
A Santa Marta fué, y estuvo preso,
Porque desamparó las poblaciones,
Pero dió sus descargos por escrito,
Y ansí disimularon el delito.

Don Lope tuvo vivos los aceros
Para hacer aquella gente blanda;
Y ansí convocó muchos compañeros
De que se hizo razonable banda;
Por capitán un Melchior Rieros
Que tuvo por acepta la demanda,
El cual entró también con los de España,
Y á los principios dióse buena maña.

Porque prendieron veinte principales
Y á todos los pusieron en cadena,
Entrellos á Sorli, que de los males
Pasados merecia mayor pena;
Estragaron sus casas y caudales
Procurando hacer la bolsa llena,
Y puestos en collera tantos cuellos
A la ciudad de Ancho van con ellos.

Repararon allí, por ser asiento
De cosas necesarias abundante,
Y porque si tuviesen rompimiento
Tuviesen lugar ancho y elegante;
Y es donde vió también su fin sangriento
Cristóbal de Sanabria y el restante,
Y allí venian indios desarmados
A ver á los que están aprisionados.

Y un dia segun tienen de costumbre
Entraron donde estaban con Rieros,
Con muestras de quieta mansedumbre,
Desarmados, alegres, placenteros;
Pero cargó tan grande muchedumbre
Que fatigó cristianos compañeros,
Y el mulato Juan Perez de la Rosa
Dijo: «No juzgo yo bien desta cosa.

»Señor Rieros, mucha gente carga;
Bueno será que nos salgamos fuera
Do tengamos compás de plaza larga,
Que gran zagalagarda nos espera,
Y será menester lanza y adarga
Antes que nos santigüen la mollera.»
El Rieros con ásperos vocablos
Respondió: «los con todos los diablos.

»Que vos con vuestros miedos indiscretos,
Sin qué ni para qué tengais sospecha,
Quereis alborotar pechos quietos
A fin de quebrantar las paces hechas,
Viniendo todos ellos mansüetos
Sin macanas, sin arcos y sin flechas.»
Juan Perez de la Rosa quedó mudo,
Y salióse lo mas presto que pudo.

Poco después, un indio chimileño,
Entre la muchedumbre recogido,
Un palo recogió nada cimbreño
Por modo tan sagaz que no se vido;
Y en un instante con el grueso leño
A Rieros le dió tras el oido,
Con tal vigor que dió con él en tierra
Dando principio de sangrienta guerra.

Porque en el mismo punto cada uno
Eso que puede ver toma y apaña
Con que pudiese ser mas importuno
Y dar mejores cebos á su saña;
No queda indio uno ni ninguno
Que no dé gran calor á la cizaña,
Tiembla la tierra con los duros huellos;
Barren el suelo barbas y cabellos.

Vuelan sobrellos piedras y tizones,
Echando mano de lo que se halla;
Andan los puntapiés y mojicones,
Suena la grita y arde la batalla;
Crecen por las cabezas torondones,
No vale morrion ni presta malla;
Aquí se desmenuzan las rodelas,
Aquí derriban dientes y allí muelas.

Echan mano de cepas y raices;
Sácanse varas de las casas viejas;
Unos andan torcidas la cervices,
Otros destilan sangre de las cejas;
Los unos abajadas las narices,
Los otros arrancadas las orejas;
Ningunos golpes hay que no segunden,
Y todos se revuelven y confunden.

Bien como cuando dos mozos livianos
Echan en plaza mano á las espadas,
Que los tios, los primos, los hermanos,
Con piedras, palos y armas enastadas,
Acuden á meter allí las manos
Y sobre todos cargan cuchilladas
Y en la revolucion y desconcierto
Uno queda herido y otro muerto:

Ansí por no temer primer encuentro
Y en los principios ser mal avisados,
De los cristianos en aquel recuentro
Y de los indios hay descalabrados,
Y los que se hallaron mas adentro
Aquesos fueron los peor librados,
Porque los otros como gente suelta
Señores de sí son en la revuelta.

Echó mano Juan Perez el mulato
Diciendo con airado movimiento
«Bien me temia yo deste rebato;
¡A ellos, que se van del aposento!»
Acuden todos, y en pequeño rato
Murieron de los indios mas de ciento;
Desamparan el pueblo los restantes,
Mas no todos tan sanos como antes.

Pues en retorno de sus malos hechos
No pocos llevan fieras cuchilladas:
Unos rompidos parte de los pechos,
Otros con las espaldas coloradas,
Otros iban torcidos y contrechos
Huyendo de las lanzas afiladas,
A causa del caballo que va encima
Y con pena de muerte los lastima.

Ejecutándose la misma pena,
Sin tener antes tales intenciones,
En aquellos que estaban en cadena
Y por quien fueron las revoluciones,
Porque la turbamulta tal ordena,
A fin de los librar de las prisiones;
Y aquello que tomaron por remedio
Fué causa de quitallos de por medio.

Entrando pues do fueron los rüidos
Dejando de seguir al fugitivo,
Hallaron veinte suyos mal heridos
Con el Rieros todavía vivo,
Aunque cuasi perdidos los sentidos
Para reconocer su mal motivo;
Mas él y los demás con los escesos
Molidas las entrañas y los huesos.

Y ansi de todos estos que lastaron
El ímpetu primero de la gente,
Los seis ó siete dellos escaparon
Y los demás murieron brevemente.
Yendo por el camino que llevaron
Al pueblo del Upar incontinente,
Porque les pareció ser desatino
Querer esperar otro remolino.

Aderezado pues cristiano bando,
En efecto se puso la partida
Por derecha derrota caminando
Hasta tanto que vieron la guarida;
Llegó vivo Riëros, y en llegando
Partió de los peligros desta vida,
En la ciudad llamada de los Reyes,
Con diligencias de cristianas leyes.

Esta, lectores, es la postrimera
Cosa que sé decir de Santa Marta,
De casos sucedidos en mi era
Y donde padecí congoja harta;
Y porque tengo larga la carrera
La misma Marta dice que me parta
A la solicitud de lo que resta,
Y la segunda parte será esta.

Segun primera traza, yo quisiera
Tractar también aquí de Cartagena,
Y por ser esta mas que la primera
Aquel orden que dí se desordena:
Allí comenzaremos la tercera,
Y no creo será la menos llena,
Pues las cosas en ella sucedidas
No pueden ser en poco resumidas.

De hechos venideros soy exento,
Los cuales siendo dignos de memoria
Otros habrá de muy mejor talento
Que hagan dellos general historia;
Y aunque la suya sea de momento,
No se terná la mia por escoria,
Por ser el fundamento de la casa,
Y aquella chapitel y aquesta basa.

También con gran instancia le suplico
A quien en Santa Marta residiere,
Que si deste principio que publico
En algun tiempo sus hazañas viere,
Y se sintiere con talento rico,
Sobrél asiente lo que mas oviere,
Y sea con tan pura y verdadera
Relacion como fué nuestra primera.

Pues sin fantasear vanos concetos,
Segun suelen cursados y novicios,
Aquellos indios son tan inquïetos
Y tan acostumbrados á bullicios
Que le darán materias y subyetos
Para fabricar altos edificios,
Sin enjerilles fábulas inciertas
Que yo quiero llamallas obras muertas.

LAUS DEO.

Salid, historia fiel,
Compuesta de verdad pura,
Y donde vierdes laurel
Tened á muy gran ventura
Que os dejen llegar á él.
Conviene que lo adoreis,
Pero no que os coroneis
Con él, porque sois indina,
Aunque corona de encina
Yo sé que la mereceis.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE LAS ELEGÍAS DE LOS VARONES ILUSTRES DE INDIAS,
POR JUAN DE CASTELLANOS.

ELEGIAS Y ELOGIOS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTOS

POR JUAN DE CASTELLANOS,

BENEFICIADO DE LA CIUDAD DE TUNJA, EN EL NUEVO REINO DE GRANADA.

TERCERA PARTE.

Donde se da razon de las cosas acontecidas en las gobernaciones de Cartagena y Popayán, desde el tiempo que en ellas entraron españoles hasta el año de 1588.

DEDICATORIA

A la Majestad del rey don Filipe, nuestro señor.

Católico señor, rey soberano,
Do celestial virtud se manifiesta,
Y en cuya potestad hoy tiene puesta
Dios la tutela del honor cristiano:
Esta labor que lleva solo grano
De verdad pura y al examen presta,
Para prosecucion de lo que resta
A vuestra Majestad pide la mano.
Porque si mereciere tal defensa
El gran memorial que redimiendo
Voy de la tiranía del olvido,
Será la mas insigne recompensa
Que se me pueda dar é yo pretendo
Por paga del trabajo recebido.

AL LECTOR.

Lector amigo, claramente veo
Salir á luz aqueste monumento
Sin aquellos matices y ornamento
Que por ventura tienes en deseo.
Con solo la verdad lo hermoseo,
Porque no pide tanto crescimiento
De variedades, mas detenimiento
Del que suele llevar veloz correo.
La peregrinacion es inexhausta,
La vida breve, vena mal propicia
Para me detener en las jornadas.
Y ansí vamos de paso, porque basta
En aqueste compendio dar noticia
De las cosas que estaban olvidadas.

ELOGIOS DE LA OBRA

POR VARIOS INGENIOS.

Domini MICHAELIS DE ESPEJO, *præfecti ærarii ecclesiastici Sanctæ-fidei, et vice præsulis hujus novi regni.*

AD LECTOREM.

Indorum quicumque cupis cognoscere terras
Immites gentes, proelia, regna, duces;
Mores, monstra, feras, et fortia facta virorum,
Et varios cultus, quos novus orbis habet:
Perlege quae docti decantat musa Joannis
De Castellanos carmine perspicuo.

Del licenciado CRISTÓBAL DE LEON, *vecino de Santa-Fe.*

Si pudiera llegar mi flaco vuelo
Adonde con el tuyo te abalanzas,
Tuvieras, Castellanos, alabanzas
Tan altas que subieran hasta el cielo.
Supla la falta dellas este celo
Que tuvo levantadas esperanzas
Cuando pensé con tales confianzas
Volar sobre los términos del suelo.
Mas ya que mas no puedo, me contento
Con hacer de mi parte lo posible,
Que es admirarme tu cabal historia,
De fábricas eterno monumento
En verso terso, dulce y apacible,
Digno por cierto de inmortal memoria.

De FRANCISCO SOLER, *vecino de la ciudad de Tunja.*

De tales elegancias se matiza
Vuestra süave musa cuando canta,
Que á la de los antíguos se adelanta
Y por los que son hoy se solemniza.
Aliéntase la frígida ceniza
Que del sepulcro frio se levanta
Oyendo vuestra lira, que con tanta
Facundia sus hazañas eterniza.
Con gran razon, heroico Castellanos,
Indiano morador os quiere y ama,
Mediterráneos y marinos puertos,
Viendo que con labor de vuestras manos
Viven los vivos por eterna fama,
Y tienen vida hechos de los muertos.

Del licenciado CIPRIAN DE LA COEVA.

El seno mas preñado y generoso
De la concha avarísima que cria
Los tersos granos que Colonia envía
Al último británo, al chino hermoso;
Y el objeto mas grato al codicioso
De fértil vena, que su aumento fia
Del planeta mayor, y al claro dia
Hurta el vivo color rojo y fogoso,
Por luna menstrua y por su hermano ardiente
Se alteran en virtud de oculto genio
Faltando á los pronósticos indianos:
Tú solo, sin temer nuevo accidente,
Coges el fruto eterno de tu ingenio
En heroicos poemas, Castellanos.

De DIEGO DE BUITRAGO, *vecino de Tunja.*

Los claros rayos del moderno Apolo
Alumbran y esclarecen la memoria
De nuestros españoles, con historia
Que no contiene fabuloso dolo.
Es Juan de Castellanos á quien solo
Deben los deste nombre dar la gloria
Por hacer él la dellos ser notoria
Al morador del uno y otro polo.
Y ansí de le llamar Febo segundo
Gran sinrazon seria que lo priven
Los que de sus efectos están ciertos:
Pues con su luz en este nuevo mundo
Los grandes hechos de los vivos viven
Y renacen hazañas de los muertos.

De GABRIEL DE MINAYA.

Poeta lleno de licor divino,
Por influjo del alto firmamento,
Para manifestar vuestro talento
Tentastes asperísimo camino.
Y en el progreso que de vos es dino
Adelante pasais del pensamiento
Fabricando perpetuo monumento
Al español en Indias peregrino.
Homero tuvo de los suyos cargo,
Virgilio de la lacial arena
Y reliquias fugaces de troyanos:
Mas en las Indias, un mundo tan largo,
¿Quién puede? Nadie, fuera de la vena
Casta del casto y llano Castellanos.

Soneto del sarjento mayor LÁZARO LUIS IRANZO.

Hechos heroicos de cenizas frias,
Que en el olvido fueron sepultados,
En esta historia están resucitados
Con gloria eterna de sus bizarrías:
Las batallas, contiendas y porfías,
Reinos en nuevo mundo conquistados
Por españoles, cuyo triunfo y hados
Se vino á celebrar en nuestros dias.
Levántase el que está mas abscondido,
Y toma nuevo espíritu viviente:
Que Castellanos con su voz lo llama.
Sus nombres sonarán de gente en gente
Sin temer las tinieblas del olvido,
Siendo este Apolo trompa de su fama.

TERCERA PARTE.

HISTORIA DE CARTAGENA.

CANTO PRIMERO.

Dejad de descansar, pluma cansada,
Que no cumple dormir tanto la siesta;
Pues si pensais dar fin á la jornada,
Gran peregrinacion es la que resta;
Añadid á la tela comenzada
Aquella ciudad sobre mar puesta
Y aquel emporio cuyo nombre suena,
Por la bondad del puerto, Cartagena.

Desta y de Popayán, si tengo dia,
Propongo de tejer parte tercera.
Intemerata Madre, Virgen pia,
Linterna de la lumbre verdadera,
Bien conozco ser flaca mi Talia
Para poder pasar esta carrera;
Mas con vuestro favor, escelsa Musa,
No se me hará larga ni confusa.

Dicen en mas de diez grados ser esta
Costa, los que regulan el altura;
La gente natural es bien dispuesta,
Y pura desnudez su vestidura;
La mano para guerra siempre presta,
Las mujeres de grande hermosura,
Y el arma de quel indio se aprovecha
Es de mortal y venenosa flecha.

A los principios hubo gran tesoro
Que por el natural se poseia,
Porque todos traian joyas de oro,
Aunque la tierra destos no lo cria;
Mas resgatabanlo para decoro
Y aumento de su mucha gallardía
De lugares que son poco distantes
De auríferos veneros abundantes.

Desta riqueza la comun cudicia
Que los humanos pechos afligia,
Habia dado ya cierta noticia
A quien en la Española residia;
Y la gente de allí, menos novicia,
Estos puertos y playas recorria,
Como fueron Ojeda y el Bastidas,
Personas de quien ya conté sus vidas.

Y aun antes no se daba poca priesa
En saltear por mar aquella tierra
El gobernador Diego de Nicuesa
Con otro capitán dicho Luis Guerra,
Que no cumplieron bien con su promesa,
Porque fuerza de indios los destierra,
Y allí vino también Juan de la Cosa,
Sin la hacer que fuese provechosa.

Pero poco después desta tragedia,
Cuando de Santa Marta fué teniente,
Acudió por allí Pedro de Heredia
Con razonable número de gente,
Cuya necesidad grande remedia
Con despojos del bárbaro valiente,
Y la riqueza de la tierra vista
Deseaba pedir esta conquista.

Fué de Madrid hidalgo conocido,
De noble parentela descendiente,
Hombre tan animoso y atrevido,
Que jamás se halló volver la frente
A peligrosos trances do se vido,
Saliendo dellos honorosamente;
Mas rodeándolo seis hombres buenos,
Escapó dellos las narices menos.

Médicos de Madrid ó de Toledo,
O de mas largas y prolijas vias,
Narices le sacaron del molledo
Porque las otras se hallaron frias;
Y sin se menear estuvo quedo
Por mas espacio de sesenta dias,
Hasta que carnes de diversas partes
Pudieron adunar médicas artes.

A mí se me hacia cosa dura
Creello; pero con estas sospechas
Hablándole, miraba la juntura,
Y al fin me parecian contrahechas
Segun manifestaba su hechura,
Por ser amoratadas y mal hechas:
Certifícábanlo muchos antigos
Que todos ellos fueron mis amigos.

Después desta pasion, en tiempos varios
Como se viese ya con miembros sanos
Teniendo los avisos necesarios
Que suelen tener hombres homicianos,
Mató de seis los tres de sus contrarios
Por no poder haber mas á las manos;
Fué también hombre de armas en fronteras,
Y no fueron sus lanzas las postreras.

Pero por declinar furor insano
Que de sus agraviados se movia,
A las Indias pasó con un hermano,
Y este Alonso de Heredia se decia,
Varon sagaz, en dias mas anciano,
Y no menos en cuerda valentía;
En la Española fué primer escala,
Y el Alonso después fué á Goatemala.

Quedó Pedro de Heredia donde digo
Con mediano recurso de substancia,
Por haber heredado de un amigo
Un ingenio de azúcar y un estancia;
Más deseoso de hallar abrigo
Donde fuese crecida la ganancia,
A Santa Marta fué como caudillo,
Y teniente de Pedro de Vadillo.

Ido Vadillo ya para Castilla
Sin dar de sus delictos residencia,
Pedro de Heredia gobernó la villa,
Usando como siempre su tenencia,
Y capitaneaba la cuadrilla
Con viva y admirable diligencia,
Hasta que Lerma vino con el mando,
A quien dió sus descargos en llegando,

Por no faltar quien diese dél querella;
Pero como no fué de casos feos,
Honorificamente salió della;
Y como de rescates y rancheos
Tenia recogida buena pella,
En ir á España puso sus deseos
Para pedir al rey el señorio
De las otras riberas del gran rio.

Efectuóse luego su viaje
Con mediano caudal, y en salvamento
A su mujer y hijos y linaje
E á sus amigos dió contentamiento,
Como le vieron en ilustre traje,
Y con tan levantado pensamiento.
Habló al emperador como debia,
Dando razon de lo que pretendia.

Presentó luego las informaciones
De sus servicios llenas de testigos,
Mas no faltaron malas intenciones
Y envidias de los émulos antigos,
Que contrastaban estas pretensiones
Segun suelen mortales enemigos;
Pero los del consejo sin embargo
Desta gobernacion le dieron cargo:

Representándole las cosas varias
Que sucedieron en aquella tierra
Desde que le mataron á Pedrarias
Trescientos con el capitán Becerra,
Con amonestaciones necesarias,
Mas para santa paz que para guerra,
Y que cumplian para su demanda
Grandes avisos y la mano blanda.

Heredia tuvo cumplimiento lleno
De cortesanos agradecimientos,
Diciéndoles también que de aquel seno
Eran antiguos sus conocimientos,
Y pensaba traellos á lo bueno
Con amistad y buenos tractamientos,
Usando de los términos cristianos
Primero que viniesen á las manos.

El despacho se dió que pretendia
De la gobernacion de Cartagena,
Y el término de tierra se estendia
Desde el gran rio de la Magdalena
Hasta el de Darién y su bahía,
Y por la tierra adentro fué muy llena,
Con las fuerzas y vínculos bastantes
Que se dan en negocios semejantes.

Puesto debajo la real tutela,
Luego se despachó para Sevilla,
Adonde para ver tierra novela
Se le convidó gente no sencilla;
Compróse galeon y carabela,
Estancos de costados y de quilla,
Y una fusta mandó hacer aposta
Para poder correr aquella costa.

Cargó mucha harina, mucho vino,
Armas, machetes, hachas y alpargates,
Y para contractar con el vecino
Diferentes maneras de rescates,
Con todo lo demás que le convino,
Hasta que á la moneda dió remates;
Y de la gente que se le llegaba
Escogió la que vido que bastaba.

Y en general á todos les avisa
En ropas ricas no hacer empleo,
Pues en entradas sobre la camisa
Podrian comportar otra de anjeo,
Y no ropa de paño ni de frisa,
Por ser para calores mal arreo,
Ni curasen de plumas ni de cueros,
Pues no los respetaban aguaceros.

Y ansí cada cual dellos se pertrecha
Del atavío que les representa
Que para las entradas aprovecha,
Sin que de galas se hiciese cuenta;
Y los soldados ya la lista hecha
Fueron por todos tres veces cincuenta,
Varones singulares, de los cuales
Nombraremos algunos principales.

Urriaga, que fué guipuzcoano,
Y un Sebastián de Risa, vizcaíno,
Hector de Barras, hombre lusitano,
Con dos valientes hijos y un sobrino;
Y Pedro del Alcázar, sevillano,
Y el leal Juan Alonso Palomino,
Después, en un rebelde desconcierto,
Por Francisco Fernandez Giron muerto.

Y Sebastián de Heredia su pariente,
Los Albadanes, dos hermanos nobles,
Con los cuales vinieron juntamente
Aquellos dos hermanos dichos Robles,
Que sin temor de Dios ni rey potente
En el Pirú tuvieron tractos dobles;
Vino Pedro Martinez de Agramonte,
También el capitán Alonso Monte.

Y Gonzalo Fernandez, cuyo marte
Fué de las guerras todas buen testigo,
Y ansi destos discursos me dió parte
Como quien me tenia por amigo;
Los cuales por escrito los reparte
De la misma manera que los digo;
Y es tanta su bondad, que me asegura
Ser todo lo que dice verdad pura.

Y el fuerte capitán Nuño de Castro,
Cuya noble progenie fué notoria,
El cual dejó de su valor tal rastro
Que allí será perpetua su memoria:
Padre de peregrinos, no padrastro,
Y ansí goza de Dios y de su gloria,
Pues sus limosnas y misericordia
Lejos iban del reino de discordia.

Era de Burgos raro cortesano,
A guerrero rigor la mano presta,
Y al tiempo que yo fuí misacantano
En su casa se celebró la fiesta,
En amistad me fué padre y hermano,
Y ansí diré después lo que me resta;
Pero segun su gran bondad obliga
Poco será por mucho que se diga.

Siendo pues yo soldado peregrino,
Allí me dieron amigable mano
Y recebí las órdenes, indino
De subir á lugar tan soberano;
Y en mi primera misa fué padrino
El dean don Juan Perez Materano,
Venerable persona, docto, santo,
Y Jusquin en teórica de canto.

Y el canónigo Campos, que hoy nos dura,
Entonces provisor en aquel clero,
Por mas honrarme me nombró por cura,
Después su Majestad por tesorero;
Mas porque para lo que se procura
Este digreso es algo rastrero,
Quiero volver á nuestros navegantes
Y al mismo punto do quedamos antes.

Vino también Saavedra, tesorero,
Y Juan Velazquez, que veedor era,
Con otros cuyos nombres no refiero
Por no nombrar á toda la bandera;
Mas en prosecucion de lo que quiero,
A su tiempo daré razon entera
Cuando lo demandare la escritura
Y vinieren á buena coyuntura.

Estando todo pues aderezado
Para hacer viajes tan remotos,
Entraron en el puerto deseado
Todos ellos contritos y devotos,
Siendo Ginés Pinzon, hombre cursado,
Y Juan Gomez Cerezo los pilotos;
Y ansí dieron las velas á los vientos
Año de treinta y dos y tres quinientos.

Pasan por las Canarias, ven el pico
De Teida que domina los celajes;
Corta las ondas náutico hocico;
Continúando prósperos viajes,
Llegaron á San Juan de Puerto-Rico,
Contentos marineros y los pajes
Por no ver en marinos movimientos
Rigores que les den desabrimientos.

Compran guayaba, plátano, batata,
Y ven gente que traen á su voto,
Perdidos de jornada menos grata,
Que los traia Sebastián Gaboto
A conquistar el rio de la Plata,
Y se volvió con miedo de ser roto;
Estaban pues allí con intenciones
De no perder honrosas ocasiones.

Destos que procuraban su provecho,
Fué Francisco de César escelente
Y César en el nombre y en el hecho,
A quien Heredia hizo su teniente
Y lo trató con amigable pecho
Por sus estremos grandes de valiente;
Porque el gobernador los tuvo tales,
Y siempre se preció de sus iguales.

Siguieron estas mismas opiniones,
Por estar de fortuna mal opresos,
Dos hermanos llamados Hogazones,
Y dos que se decian Valdiviesos;
Y no señalo los demás varones
A causa de abreviar estos procesos:
Basta decir que fueron casi treinta
Hombres de bien para cualquier afrenta.

Con esta gente, que tenia brios
Bastantes para béllicas contiendas,
Deste puerto mandó hacer desvios
Levando cables y encorvadas riendas;
En la Española surgen los navios
Y en Azica do tenia sus haciendas:
Allí desembarcó toda la gente
Y dió mantenimiento competente.

Luego determinó por su presencia,
Dejándolos á todos proveidos,
De ver á los señores del audiencia
Y á los demás amigos conocidos;
Recibiéronlo con benevolencia,
Y allí halló también de los perdidos
De don Diego de Ordàs y de Sedeño,
Los cuales deseaban hallar dueño.

Porque como tuviesen ya noticia
De su valor y gran entendimiento,
Y la jornada fuese de cudicia,
Segun en otras partes represento,
Cada cual lo regala y acaricia,
Y él tuvo generoso cumplimiento;
Y ansí recogió copia de soldados
Viejos y en los trabajos mas usados.

Y fueron los mas dignos de memoria,
Diestros en semejantes menesteres,
Un Gonzalo Ceron, Juan de Villoria,
Martiniañez, Tafur, Sebastián Perez,
El bachiller ó licenciado Soria,
Montemayor, que fué después alférez,
Pinos, Alonso Lopez el de Ayala,
Y Bautista Cimbron, que les iguala:

Bartolomé de Porras, Villafaña,
Rivadeneira, Diego Maldonado,
Fué Francisco Cortés desta campaña,
Julian de Villegas, Alvarado,
Y Juan de Peñalver, que tuvo maña
Con ánimo y valor de buen soldado,
El capitán Hurones, Juan de Urista;
Con otros que no van en esta lista.

Serian pocos menos de cincuenta,
Hechos á hambres, frios y calores,
De quien Heredia hizo mucha cuenta
Por ser antiguos y conquistadores;
Y ansí por no perder tiempo ni renta
Luego se despidió de los oidores,
Fletando carabelas do llevallos
Y número bastante de caballos.

Esta guerrera gente recogida
Con los demás pertrechos que llevaban,
Efectuóse luego la partida
A Azúa do los otros esperaban,
Donde se proveyó de mas comida,
De la que sus estancias abundaban,
Y allí tuvieron en aquel asiento
La fiesta del divino Nacimiento.

Año de treinta y tres era llegado
Del parto de la Virgen soberana,
Cuando para viaje deseado
Al manso viento dieron la mesana,
Por no lo ser entonces destemplado,
Antes bailaron siempre la mar llana;
Y á trece dias ya del mes de enero
Vieron á Calamar, pueblo frontero.

Al cual llaman agora Cartagena,
Y tal nombre le dieron al instante
Los que surgieron en aquel arena,
Por tener apariencia semejante
A la que de tormentas es ajena
En las aguas que dicen de Levante;
Mas este espacio es, segun mi seso,
Península de mar ó Quersoneso.

Es asiento que corre leste oeste,
Y cuasi norte sur la travesía;
De los confines puertos es aqueste
El que menos enfermedades cria;
De raras disenterias es la peste,
Pero de las demás tierra sanía,
Y al novicio que viene mal dispuesto
O le da sanidad ó mata presto.

Al oriente le cae por frontera
Un promontorio, no de gran altura,
Que comunmente llaman la Galera
Por la similitud de su hechura;
Al poniente del puerto, no muy fuera,
La isla de Carex le da clausura;
Y á causa deste natural concierto
Por dos canales entran en el puerto.

La latitud de mar á mar es breve
De quien el istmos dicho va cercado;
A la parte del sur el mar aleve
Ancon hace quieto y abrigado;
En la ciudad el agua que se bebe
Es gruesa, de sabor algo salado,
De jaqueyes que tienen estas gentes,
Que son manantiales no corrientes.

Mas donde de regalos hay ventajas
Y desean beber el vaso lleno,
El agua tienen muchos en tinajas
Donde gozan de sol y de sereno,
Cerradas porque no les caigan pajas
O (de los muchos) animal obsceno;
Y de mañana sacan agua fria
La que pueden beber en aquel dia.

No faltan calurosas pesadumbres,
Y cuasi siempre suda la mejilla;
Hay huertas hoy pobladas de legumbres
Nativas y traidas de Castilla;
Mas estas allí mudan sus costumbres,
Pues no producen granos de semilla,
Y ansí siempre les va de tierra estraña,
Deste reino mas breve que de España.

Hay pepinos, cohombros y melones,
Copia de calabazas, berenjenas;
Hay naranjas y limas y limones,
De que casas y huertas están llenas;
Hay uvas, á sus tiempos y sazones,
De parras que se dan allí muy buenas;
Hay de la tierra frutas diferentes,
Gustosas, olorosas y escelentes.

Hay caimitos, guanávanas, anones
En árboles mayores que manzanos;
Hay olorosos hobos que en faiciones
Y pareceres son mirabolanos;
Hay guayabas, papayas y mamones,
Piñas que hinchen bien entrambas manos,
Con olor mas suave que de nardos,
Y el nacimiento dellas es en cardos.

Hay plátanos que es fruta cudiciosa;
A manera de árbor es su planta,
Mas no lo es aquella muy umbrosa
Y estéril de quien vieja musa canta,
Pues á la fruta destos deliciosa
Musa le llaman en la tierra santa,
Y no sé por qué via ó qué hombre
Acá de plátano le puso nombre.

(Aquí faltan una ó dos hojas del original.)

Y en una jaula destas en mis dias,
En cierto pueblo de doña Costanza
De Heredia, su criado Pero Diaz
En seis ó mas ensangrentó la lanza,
No sin ayuda de las compañías
A quien mas competia la venganza,
Pues en sabiendo ser presa la fiera
Luego se convocaba la frontera.

Cosa digna de ver es la postura
Y el rostro fiero con que se menea
Viéndose rodeado de clausura,
Y fuera gente que lo garrochea:
Tienta los gruesos palos, y procura
Rompellos por salir á la pelea;
Mas como bajo y alto halla fuerte
Con lanza ó arcabuz padece muerte.

Yo ví los cueros, y uno dellos era
Tal que lo tanteaba con espanto,
Pues (segun lo comun en esta tierra)
Tenia lo que todos, y otro tanto,
Menos lugar cubrió bima ternera
Bien estendido su velloso manto;
Y este, considerados sus tamaños,
Era como novillo de tres años.

Es la tierra por partes salebrosa,
Y poca que se pueda decir llana,
Y por la mayor parte montüosa,
Aunque como dijimos tierra sana,
Por ser siempre mas seca que lluviosa;
Para ganados hay poca zavana:
Ciertos hatos hay hoy de lo vacuno,
Pero de los demás cuasi ninguno.

Muchas gallinas hay de gentil casta;
Y como por allí ceban con grano,
Carne de puercos es la que se gasta,
Y tiénese por alimento sano;
Mas esta, ni de fuera no les basta,
Por ser mucho gentío castellano;
Perdices también hay en la montaña
En grandeza mayores que de España.

Son poco diferentes en la traza
Y no menos gustosos sus bocados;
Hay conejos, conies y otra caza,
Pero muy poca la de los venados,
Pues como dicho tengo se embaraza
La tierra con los montes apretados;
Aves diversas la marina cría,
Y en sus ancones mucha pesquería.

Ya dije desnudez ser el arreo
Ansí de hembras como de varones,
Y para remediar el traje feo
Podrian tener copia de algodones;
Mas ya se cubren todos con anjeo
De justas camisetas y calzones,
Y las hembras por campos y por villas
También usan camisas y faldillas.

Esta costumbre tienen desde cuando
El doctor Melchior Perez de Artiaga
Como censor andaba visitando
Las villas y lugares desta plaga;
Y ansí la gente dellas por su mando
Cubrió su desnudez segun la paga,
Porque varon y hembra se vestia
Por orden del posible que tenia.

Pero dejemos estos atavíos
Como cosa que tiene su concierto,
Y agora no tractemos de los ríos
Ni de lugar poblado ni desierto;
Pues es justo volver á los navíos
Que ya dejamos surtos en el puerto,
Los cuales vistos por la gente fiera
Apellidaron toda la frontera.

Y aquella noche, puestos en paradas
En partes encubiertas y secretas
Haciendo grandes fuegos y ahumadas,
Sonaba gran estruendo de cornetas,
Y por la playa van gentes armadas
Que no quieren á sueño ser subyetas,
Porque de los recuentros atrasados
Estaban temerosos y avisados.

Fueron tantos los fuegos y faroles
Que el indio hizo para su seguro,
Ya por la playa, ya por los peñoles
Del promontorio con intento duro,
Que no pudieron nuestros españoles
Saltar en la ribera con obscuro;
Y ansí determinaron que saltasen
Cuando solares rayos alumbrasen.

Y cuando ya venia descubriendo
Apolo su dorada cabellera,
Los nocturnos vapores esparciendo
Y nublos que cubrian la ribera,
Por inquietas ondas estendiendo
Lumbre que por la cumbre reverbera,
Marineros, maestres, coroneles,
Ponen á punto barcos y bateles.

Cargan en ellos todos los pertrechos
Que son del uso del cristiano bando,
Adargas y rodelas en los pechos,
Los caballos asidos y nadando,
A la frontera playa van derechos
Do bárbaros estaban esperando;
Mas como de los tiros hay estruendo,
A Calamar se iban retrayendo.

No viendo ya peligros manifiestos,
Sacan á tierra gentes y caballos,
Y como tienen aderezos prestos,
Brevemente pudieron ensillallos;
De necesarias armas son compuestos
Aquellos que sabian menealos,
Colchadas de tupidos algodones
Y coracinas todos los peones.

Las láminas de cuernos aserrados
Que con fuego trajeron á blandura,
Al modo de corazas enlazados
Que puestos imitaban su hechura;
Mas fueron tan molestos y pesados
Quel sufrimiento fué de poca dura:
Ovieron estos cuernos en los hatos
De la Española, por valer baratos.

Mas á los que los llevan por tutela
El peso de tal suerte les embarga,
Que quien mas de la flecha se recela
Tuvo por bueno de dejar la carga;
Armándose de sola la rodela
Aunque no fuese la carrera larga:
Que la fatiga del calor inmensa
No consintió llevar otra defensa.

Recoge pues Heredia sus soldados
Formando concertados escuadrones;
Los caballos delante bien armados,
A las espaldas dellos los peones,
Y á pasos lentos porque descansados
Entrasen en guerreras confusiones,
Fueron al pueblo do mas gente suena,
Que es Calamar y agora Cartagena.

Los indios, conociendo su venida,
Las mujeres y hijos echan fuera,
Y luego como vieron estendida
Cercana de las casas la bandera,
También ellos se ponen en hüida
Que ningun morador destos espera,
Salvo Corinche, bárbaro ya cano,
Que no pudo huïr de muy anciano.

Una india, llamada Catalina,
Desde Santo Domingo se traia,
Y era de Zamba, pueblo que confina
Con los que viven en esta bahía;
En lengua castellana muy ladina,
Y que la destas gentes entendia;
La cual desde esta costa llevó presa,
Siendo muchacha, Diego de Nicuesa.

Con esta le hablaron al captivo
Las cosas que les eran convinientes,
Y fué lo principal que su motivo
Era hacellos deudos y parientes,
Y siempre con amor caritativo
Enseñalles costumbres escelentes,
Abriéndoles con ellas un camino
Cuyo fin goza de favor divino.

Y pues él sabe cuál es mas abierto
Para Zamba, con toda diligencia
Procure de mostralles uno cierto
Si no quiere que pierdan la paciencia;
Pues tienen de hacer en aquel puerto
Para siempre jamás su permanencia,
Y que por bien ó mal, ó paz ó guerra,
No tienen de dejar aquella tierra.

Corinche, percebidas las razones,
Luego les respondió que le placia,
Pero no con sinceras intenciones,
Segun que vieron el siguiente dia;
Pues fué guiando por las poblaciones
Donde la mayor fuerza residia,
La tierra adentro acia Turuaco,
Que deste compás fué lo menos flaco.

Sabiendo bien que por aquella frente
Mataron en los años atrasados
Al justador Pedrarias mucha gente,
Siendo todos magnánimos soldados,
Y al capitán Becerra juntamente,
De quien eran no mal acaudillados;
Y ansí pensó que los recién venidos
Fueran desta manera consumidos.

Llegado pues el nublo tenebroso,
En Calamar la gente castellana
Puso sus velas y tomó reposo
Hasta tanto que vino la mañana.
Díjoles misa cierto religioso,
Que llamaban el padre Mariana.
Y dados á los cuerpos alimentos
Prosiguen adelante sus intentos.

Dejando los navíos á recado
Y en ellos gente bien apercebida,
El caballero y el peon armado,
Pusieron en efecto la partida;
Corinche, de peones rodeado,
Guiando por la via referida
A Turuaco, mas llegando junto
Guerreros escuadrones ven á punto.

Opónense caterras de salvajes;
Levántase la grita y alaridos,
Larga y espesa selva de plumajes,
Voces que se confunden los oidos;
Resuenan sagitíferos carcajes,
Los golpes de los arcos y crujidos;
Rompe los aires índica corneta,
Y acá cualquier caballo se inquieta.

Dan muestra las orejas que se espanta
De ver y oir salvajes inhumanos;
Sobre los piés traseros se levanta,
Ningun sosiego tiene con las manos,
Y tanto mas se azora y se quebranta
Cuanto los indios via mas cercanos,
Hasta tanto que ya nuestro jinete
Hiere de las espuelas y arremete.

Pelea cada cual donde se halla,
Sin poder acudir adonde quiso,
Porque la ferocísima canalla
Se vido cuasi cuasi de improviso:
Cobra valor y fuerza la batalla,
Andan entrambas partes con aviso,
La tierra cubren venenosos tiros
Y golpes cansadores de suspiros.

Bien como cuando de los altos senos
Viene ventosa nube descargando
Granizo con relámpagos y truenos,
Las sendas y caminos ocupando,
Pues los altos y bajos quedan llenos
Y el circunstante suelo blanqueando,
Poniendo las borrascas semejantes
Impedimentos á los caminantes:

No con menos horror suenan los puertos
En aquestos conflictos presurosos,
Los lugares que huellan ya cubiertos
De piedras y de tiros venenosos,
Andan por cima de los hombres muertos,
Destiérranse descansos y reposos:
Quien mas pelea y el que mas trabaja
No conoce victoria ni ventaja.

El gobernador va por la pelea
Como bravo leon en el semblante:
Atropella, derriba y alancea
A cuantos se le ponen por delante;
Con singular destreza se menea
Al fervoroso Turno semejante,
Y tanto prosiguió pasos perplejos,
Que de los suyos se halló muy lejos.

Los indios que lo ven en el conflito
Solo, sin que con él alguno sea,
Formaron un espeso circuito
Caudillos de la bárbara ralea,
Con número de indios infinito
Que de una parte y otra le rodea;
Y fué tan numerosa la pujanza
Que pudieron asille de la lanza.

Viendo su lanza ser embarazada
Del escuadron feros que la pretende,
Valióse de los filos del espada
Con la cual desta furia se defiende;
Lastima con sangrienta cuchillada,
Corta molledos, y cabezas hiende;
Miran acaso, ven las confusiones,
Acuden caballeros y peones.

Llegaron á tan buena coyuntura,
Reparidos por una y otra parte,
Que se pudo librar de la presura
Donde ya lo traian de mal arte,
No sin estrago de la gente dura
Que hizo con el fino bracamarte;
Pero salió del dicho detrimento
Cubierto de sudor y sin aliento.

Porque entonces el sol con su cuadriga
El hemisferio por igual demedia,
El aire falta quel calor mitiga,
Ningun soplo de viento lo remedia;
Aumentan demás desto la fatiga
Las armas de algodon al buen Heredia:
Y ansí con ansiosas turbaciones
Pide que le relajen los botones.

Acuden españoles que hay en torno,
Para hacer aquello que pedia:
Mitígase la furia del bochorno,
Porque también le dieron agua fria;
Mas si el lugar ardia como horno,
Mucho mas la batalla se encendia;
Y ansí sin esperar el aire frio
A ella revolvió con mayor brio.

El Francisco de César acompaña,
Montes y Juan Alonso Palomino,
Juan de Villoria, Pinos, Villafaña:
Que en este riguroso torbellino
Todos se daban admirable maña
Y hacian bien ancho su camino;
Mas bien han menester que les acuden,
Pues cuantos mas derriban mas acuden.

Con su valor Heredia los provoca,
Y el valeroso César muchos hiere:
Es su caballo muy duro de boca,
Y no puede mandallo como quiere:
Mas se desmanda cuanto mas le toca
La flecha, sin que los demás espere;
Pero por donde quiera que lo lleve
El caballero hace lo que debe.

En este tiempo los arcabuceros
En los indios hacian gran estrago,
Por tener tan espesos los terreros
Que ningunas pelotas dan en vago:
Los indios no se hallan tan enteros
Como los que decian ¡Santiago!
Y ansí se meten por las espesuras
O partes que les eran mas seguras.

El buen gobernador incontinente
Mandó que se recojan los soldados
Que pelearon valerosamente,
Aunque, como ya dije, derramados;
Recorre las escuadras de su gente,
Halló los treinta dellos maltraciados,
A los cuales él hizo curar luego,
Y la principal cura fué con fuego.

Estos con buena guarda de caudillos
Encaminaron al marino puerto:
Danles á beber agua de membrillos,
Y sanaron mediante buen concierto,
Aunque quedaron flacos y amarillos,
Y Juan del Junco Montañés fué muerto;
Pero de los caballos que birieron
Cuatro de los mejores perecieron.

Y el de César, con ser el que tenia
La carne mas que todos lastimada,
Escapó del gran riesgo que corria,
Y le sirvió muy bien en la jornada;
Y es porque le lavaba cada dia
Las heridas con el agua salada;
Mas túvose por grande maravilla
Salir el amo bien de la rencilla.

Pues cuando fuga el caballo hizo,
El freno remordiendo con los dientes,
Descargaban en él como granizo
Las mortíferas flechas destas gentes,
Y tantas como puntas un erizo
De las colchadas armas van pendientes;
Las muy metidas fueron veinte y una,
Mas á las carnes le llegó ninguna.

La causa fué de no herille tanta
Flecha las buenas armas de algodones,
Debajo dellas una cuera de anta
A donde reparaban los harpones,
O por mejor decir ayuda santa
Y algunas religiosas devociones;
Pues no matallo los que vieron esto
Decian ser milagro manifiesto.

Dejando pues aquel espacio vaco
Los indios á los fuertes vencedores,
Entraron la ciudad de Turúaco
Sin se hallar en ella moradores;
Pero tuvieron razonable saco
No sin gana de ver otros mejores,
Porque lo substancial de sus haberes
Habian abscondido las mujeres.

Visto pues que la gente se desmanda
Mas de lo que cumplia salir fuera,
Con penas de rigor Heredia manda
Que todos se recojan á bandera,
Como quien conocia no ser blanda
La gente natural desta frontera;
Y ansí huyendo del inconviniente,
A los soldados dijo lo siguiente:

«Esta gente yo sé no ser cobarde,
Antes falta de todo sufrimiento,
Y tienen de buscarnos esta tarde
Con intencion de darnos otro tiento:
Y aquí no nos conviene que se aguarde
Sino que les dejemos el asiento,
Y en tal lugar debemos esperallos
Que puedan revolverse los caballos.

»Paréceme ser, como lo pedimos,
Aquel llano poblado de labranzas;
Ellos han de pensar que les hüimos,
Y allí se han de templar sus destemplanzas
Porque podremos bien, segun decimos,
Menear los caballos y las lanzas.»
Esto dicho, sacó la compañía
Ocupando la parte que decía.

Y mandóles estar apercebidos,
A punto las espadas y rodelas,
En partes diferentes repartidos
Y el caballero prestas las espuelas:
Ansímismo por árboles subidos
Soldados que hacian centinelas,
Porque si descubriesen escuadrones
Diesen aviso y arma con pregones.

Presto se vido ser consejo sano
Para salir mejor de los conflitos;
Pues apenas llegaban á lo llano,
Cuando vieron plumajes infinitos
Que descendian con potente mano,
Dando terribles y espantables gritos,
Temeroso rüido de cornetas
Y abundancia de dardos y saetas.

Vistos por el Heredia, dijo luego:
«Señores, si ganais esta victoria,
Con ella granjeais vuestro sosiego,
Y vuestra gran virtud será notoria:
Y pues sois españoles, solo ruego
Que de vuestro valor tengais memoria,
Que si ponemos esto por delante
Ningun rigor habrá que nos espante.

»Gran nube viene, y el turbion es grande
A causa de llover sobre mojado;
Mas aquí le haremos que se ablande
Quien de dureza viene mas armado,
Como ningun soldado se desmande
Del orden que tenemos concertado,
Con el cual, en oyendo nuestra trompa,
Abra los ojos, y contrarios rompa.»

Dijo su parecer, y los soldados
Las condiciones puestas obedecen,
Los mas modernos dellos admirados
De ver los escuadrones que parecen
Con diademas de oro coronados,
Que de rayos heridos resplandecen,
Y con betumen negro ó colorado
Viene cada cual dellos embijado.

En esto ya llegaban á la plaza,
No con menos furor que bestias fieras
Dando lijeros saltos tras la caza
Y abalanzándose por las laderas:
El arco corvo se desembaraza;
Suenan engañadoras silbaderas;
Mas desque ya los vieron en los llanos
Al encuentro salieron los cristianos.

El buen gobernador iba delante
Dando de su valor patente muestra,
Recambiando la lanza penetrante,
Vez á la diestra, vez á la siniestra;
Corria rojo rio y abundante
De los que clava su potente diestra;
Brama la tierra con mortal gemido,
Y auméntase la grita y alarido.

César iba haciendo maravillas
Dignas de su valor y de su nombre,
Rompiéndoles costados y tersillas,
Con brio que parece mas que hombre;
Acuden las católicas cuadrillas,
Procura cada cual ganar renombre,
Cubre los campos ciega polvareda
De la batida y rebollada greda.

Confúndese la junta de salvajes;
Crecian los horrísonos bullicios,
Acrecentando furias y corajes
Con los sanguinolentos ejercicios;
Cubriase la tierra con plumajes
Caidos de los vivos edificios;
Huellan unos y otros litigantes
Por encima de miembros palpitantes.

Bien como los que van rompiendo breña
Espesa con agudos segurones,
Para cosas que siempre les enseña
Necesidad maestra de invenciones,
Ocupando la tierra con la leña,
Trozos de palos, ramas y troncones,
Quedando de los árbores tal rima
Que no pueden andar sino por cima:

Desta manera son los embarazos
Que ponen á los vivos los caidos,
Con piernas y con piés, manos y brazos
Que por aquel lugar están tendidos:
Cabezas repartidas en pedazos,
Y sesos derramados y esparcidos,
Con los demás beligeros pertrechos
Con que se mueven semejantes hechos.

Incitan á la bárbara bandera
Las noctígenas hijas de Aqueronte;
Mas ella de victoria desespera,
Buscando los latíbulos del monte;
Y ansí cuando su roja cabellera
El sol metia tras del horizonte,
Los indios que quedaban con la vida
Sin orden se pusieron en hüida.

Viéndose la victoria ya patente,
Y para mas honor mayor indicio,
A Dios dió cada cual devotamente
Gracias por tan inmenso beneficio;
Pues con el vencimiento desta gente
Vernian los demás á su servicio,
Y ansí el gobernador con grato gesto,
Recogida la gente, dijo esto:

«Cierto, señores mios, yo no siento,
Si buenos hechos piden alabanza,
Quién pueda dar con ella henchimiento
A los que vemos hoy de vuestra lanza
En este milagroso vencimiento
Contra dudosa y áspera pujanza;
Cuya hüida vino tan á pelo
Que bien pareció ser obra del cielo.

»A Dios demos las gracias y la gloria,
Y el rey del galardon tenga cuidado,
Porque de Dios nos vino la victoria,
Y aquí venimos por real mandado,
En cuyo nombre yo terné memoria
Que sea cada cual galardonado
Con aquel miramiento que conviene,
Después de ver lo que la tierra tiene.

»Vencimos el contrario mas soberbio
Que solia tener esta frontera;
Vencimos y cortamos aquel nervio
Que á los demás servia de barrera;
De manera que todo queda pervio
Para poder pasar por donde quiera,
Pues los temores destos rompimientos
Son durísimos frenos y escarmientos.

»Y pues se llegan ya nublos obscuros,
Vamos á Turúaco, cenaremos,
Que puesto que durmamos intramuros,
Ningun impedimento hallaremos,
Antes nos hace su temor seguros
Para que del trabajo descansemos,
Mayormente teniendo velas puestas,
Rondas y centinelas por las cuestas.»

Aquesto dicho, fueron al asiento
Sin que hallasen bárbaro contrario,
Y con el recatado miramiento
Que no tiene juicio temerario
Dan á los cuerpos el mantenimiento
Que fué segun su hambre necesario;
Y como suelen los que se recelan,
Los unos duermen y los otros velan.

Mas cuando descubrió su roja frente
Apolo con el rapto movimiento,
El sabio capitán y diligente
De principales hizo llamamiento
Para manifestalles lo que siente
Y conocer ajeno sentimiento
Cerca del parecer que mejor era,
El cual lo consultó desta manera:

«Señores, si el camino comenzado
Puede por tiempo dar algun reposo,
Paréceme que ya teneis andado
No menos que lo mas dificultoso;
Pues que, bendito Dios, va desmembrado
Un enemigo siempre victorioso,
Cuya crûel y vengadora diestra
Nadie la quebrantó sino la vuestra.

»Agora será bien que se discante
Sobre cuál destos es mejor concierto:
O pasar con las armas adelante
Por el camino que teneis abierto,
O determinacion mas importante
A nuestra pretension, volver al puerto,
Para reconocer con advertencia
Asiento que prometa permanencia.

»Esta perplejidad os manifiesto,
Cuya resolucion de vos confio;
Y segun que por vos fuere dispuesto,
Desa suerte daremos el avio,
Pues vuestro parecer acerca desto
Determino tener por propio mio,
Y no traspasaré llano ni cumbre
Sin que vuestro consejo me dé lumbre.»

Responden los que deben obediencia,
Y César con la gente mas granada:
«Vos, señor, teneis ciencia y esperiencia
Para nos adestrar en la jornada;
Vuestra boca pronuncie la sentencia,
Y esa será por todos aprobada,
Pues como por tan buen seso se ordene,
Todo se guiará segun conviene.»

Reconocidas estas intenciones,
Luego, segun las suyas, determina
Dejar aquellos senos y rincones
Y dar la vuelta sobre la marina,
Para hacer con nuevas poblaciones
Albergos de la gente peregrina;
Y no fué la partida menos presta
De lo que fué durable la respuesta.

Y ansí, sin ofrecerse desavios,
Llegaron á la playa ya notoria
Con aquellos despojos y atavios
Que suele dar la guerra meritoria:
Salieron luego los de los navios
A dar el parabién de la victoria
Con encarecimientos elegantes
Usados en negocios semejantes.

Cumplidos eran ya los dias veinte
Del mes nombrado del bifronte Jano,
Del año que dijimos ser presente,
Y dia del beato Sebastiano,
Cuando para trazar pueblo potente
Cristiano morador tomó la mano,
Repartiendo por orden los solares
En el istmos que goza de dos mares.

Segun comodidad se dió la traza
Por diestros y peritos medidores:
Lo que era monte se desembaraza,
Talándolo los nuevos pobladores;
Señalaron iglesia, dióse plaza,
Y á San Sebastián dos de los mejores
Solares, donde hay hospital nombrado,
Y es hoy como patron reverenciado.

Nombráronse justicias ordinarias,
Segun disposicion de justo fuero,
Con otras muchas cosas necesarias,
Las cuales de presente no refiero,
Pues á causa de ser muchas y varias
Se quedan para el canto venidero;
Y de presente tengo justa causa
Por donde me conviene hacer pausa.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo los indios comarcanos vinieron á dar la paz, y hasta la batalla que se dió en Turuaco para atemorizar los demás caciques y señores de aquella provincia.

La punicion á veces es tan buena
Para todos, que no tan solamente
Corrige los delictos y refrena
Al loco y atrevido delincuente,
Pero también avisa que en ajena
Cabeza se reporte y escarmiente
Quien estaba dispuesto por ventura
Para hacer alguna travesura.

Desta verdad ejemplo fué patente
La gran rota del indio mas cercano,
Adonde fueron muertos solamente
Seis ó siete caballos y un cristiano,
Y de los indios numerosa gente,
Que por entonces sin probar la mano
Estuvieron dudosos y perplejos,
Ansí cercanos como los de lejos.

Heredia, vistas las perplejidades,
Mandó luego partir al indio viejo
A los cercanos pueblos y ciudades,
Rogándole que diese por consejo
No rehusasen estas amistades
Agora que tenian aparejo,
Porque si procedian en la guerra
Asolarianles toda la tierra.

Diéronsele cosillas que de España
Traian castellanas compañías,
Con que la vista bárbara se engaña
Teniéndolas por ricas mercancías;
Corinche prometió de darse maña
Y dar la vuelta dentro de tres dias,
El cual partió para Carex el rico,
Por haber Carex grande y Carex chico.

Este indio trató hidalgamente
Aquel negocio que se le encomienda;
Encareciéndoles de nuestra gente
Su noble condicion y su vivienda;
Pero Carex respóndele que miente
Porque él sabe que roban la hacienda;
Y ansí le dijo quél no quiere vellos,
Y si algo quieren dél que vengan ellos.

Vista la voluntad que manifiesta
Con amenazas otras que no cuento,
Al Heredia volvió con la respuesta
Representándole su mal intento:
El gobernador hizo gente presta
Para punir aquel atrevimiento,
Y con soldados válidos ocupa
Un grande bergantin y una chalupa.

En ellos van ducientos y cincuenta
Soldados, de quien él se certifica
Ser tales que saldrian sin afrenta
Deste recuentro donde los aplica:
Ante Carex el grande se presenta
Adonde llaman hoy la Boca-chica,
Y allí se muestra cantidad inmensa
De bárbaros dispuestos á defensa.

Los españoles ya breve desvío
De la playa largando los resones,
En ella saltó luego Juan de Jio
Y dos hermanos dichos los Cerones:
Acuden estos al primer bubío
Rompiendo por soberbios escuadrones,
Por ser aquella cara señalada
Y en ella mucha gente reparada.

Allí de la primer arremetida
Mataron muchos, y al cacique prenden;
Pero la multitud fué tan crecida
De los que con orgullo lo defienden,
Que Cristóbal Ceron quedó sin vida;
Los dos aunque heridos no pretenden
Soltallo, ni los indios tal pudieron
Hasta que ya los nuestros acudieron.

Enciéndese de nuevo la pelea
Convocándose muchos naturales
Que Piorex exhorta y espolea
Y Curixix, señores principales,
Porque del término que señorea
Carex eran aquestos generales;
Mas en los sanguinosos desconciertos
Ambos á dos allí quedaron muertos:

Con otra mucha gente que se calla,
Pasados de mortíferos barrenos,
Que sin cubrirse jacerina malla
Al señor defendian como buenos;
Mas no costó tan poco la batalla
Que no hiciesen de los nuestros menos
Diez ó doce soldados, cuya muerte
Quitó quilates á la buena suerte.

Al fin con el sangriento torbellino
Prevalecieron españolas manos,
Saqueando las casas del vecino
Para poner temor á los cercanos:
Donde se recogieron de oro fino
Cien mil ó pocos menos castellanos,
Demás del alimento que se lleva
Para sustento de la ciudad nueva.

Pasaron á Caron incontinente,
Pueblo del de Carex poca distancia,
Mas este recibiólos blandamente
Redimiendo su mal con su substancia:
Dió joyas de valor con que se aumente
La cudiciosa sed y la ganancia,
Porque el ardor crüel desta fatiga
Cuanto mas bebe menos se mitiga.

Quedaron los demás pueblos ilesos,
Matarapa, Cacon y el de Cospique,
Porque se mueven á mejores sesos
Cuando la rota deste se publique:
Volviéronse con muchos indios presos
De Carex, y con ellos su cacique;
No se les hizo tractamiento malo
Antes grandes caricias y regalo.

Asegurándoles de mas combate
Como tuviesen corazon sincero,
Dándoles muchas cosas de rescate
Y á Caron, un insigne hechicero,
Le ruegan que con otros pueblos trate
De la paz, y les sea medianero;
Porque los deste término marino
Lo tenian por mago y adevino.

El respondió por términos urbanos
Que todo lo posible se haria,
Pero que se le diesen dos cristianos
Para llevallos en su compañía;
Allí los mas valientes y lozanos
Tenianla por temeraria vía,
Escepto dos mancebos caballeros
Que no dudaron ser sus compañeros.

Uno don Pedro de Abrego se llama,
De Sevilla, tenido por valiente;
El otro don Francisco Valderrama,
De Córdoba, no menos eminente:
Estos sin recelar bárbara trama
Adonde va Caron ponen la frente,
Y con gentiles brios y donaire
Llegaron al gran pueblo de Bahaire.

Del cacique Dulió fué recebido
Caron, con gran contento y alegría,
No sin admiracion después que vido
Venir con él estraña compañía:
Ocurren cuantos hay de su partido
A ver la nueva gente que venia,
Tanto que los ponian en aprieto,
Pero con grandes muestras de respeto.

Después de ya hablar en su lenguaje
Y á su modo palabras placenteras,
Caron dió relacion de su viaje
A lo que pareció muy á las veras,
Con toda la substancia del mensaje
De parte de las gentes estranjeras;
Y el Dulió, vista la razon propuesta,
Pidió dos dias para dar respuesta.

El Caron con tenello por amigo,
No sabiendo si bien ó mal ordena,
No las tenia ya todas consigo
Y quisiera volver á Cartagena:
Pero los caballeros dos que digo
Le dijeron que no tuviese pena,
Porque cualquiera dellos solo basta
A destrüir aquella fiera casta.

Dicen luego con lengua bien instruta
«Dirás al perro hijo de la perra
Quel español no teme gente bruta,
Ni nosotros saldremos de su tierra
Hasta llevar respuesta resoluta
O de la blanda paz ó dura guerra;
Que determine luego lo que quiere,
Y espere dello lo que le viniere.»

Estas razones y otras que no toco
Notó Caron y estuvo bien atento,
Pareciéndole ser término loco
Tener allí tan gran atrevimiento:
Nada les respondió, mas desde á poco
Mostró con lágrimas su sentimiento.
Dulió que vido muestras mal sonoras
Le dijo: «¿Qué es la causa por que lloras?»

El respondió: «Sabrás que no lamento,
Dulió, por ocasion á mi tocante,
Sino tu destruicion y asolamiento
Si no vas con nosotros por delante;
Porque esta nacion es, á lo que siento,
Con enemigos fiera y arrogante,
Pero con los amigos apacible,
Regalándolos todo lo posible.»

El dijo: «No son tales mis conceptos
Que piense contrastar su duro marte,
Mas á los mios aunque son subyetos
Heme de subyectar á dalles parte,
Porque con pechos sanos y quietos
Aquesta paz reciban de buen arte,
Pues ningun señor hay tan absoluto
Que no deba cumplir este tributo.

»Esto sin falta se hará mañana,
Y la contradicion terná castigo;
Habla con esta gente castellana
Certificándoles que soy amigo,
Y pues mi voluntad la tienen llana,
Sea la suya tal para conmigo;
Aquí se holgarán dos ó tres dias
Porque no quiero ir menos vacías.»

Los bárbaros acentos declarados
Por lengua que la suya determina,
A cada uno de los dos soldados
De oro se les dió chaguala fina,
Cuyo valor montó hartos ducados;
Y así perdieron ambos la mohina,
Demás de tener mesas proveídas
Abundantísimas de sus comidas.

Hizo congregacion dia siguiente
De capitanes y otros caballeros,
Y díjoles ser cosa conviniente
Confederarse con los estranjeros,
Pues su destruicion era patente
Teniéndolos cercanos y fronteros,
Si con paz, discrecion y aviso bueno,
A sus intentos no ponian freno.

Que tanteasen bien como discretos
Que las guerras consumen los poderes,
Y cómo no responden sus efetos
A los precipitados pareceres;
Demás de vivir todos inquietos,
Descarriados hijos y mujeres;
Y así su parecer, que muchos mide,
Era de dar la paz que se le pide.

De aquellos capitanes el mas viejo,
Oida su razon, incontinente
Le dijo: «Buen Dulió, vos sois espejo
Donde contempla cada cual su mente;
Nadie, teniendo vos ese consejo,
Hay aquí que lo tenga diferente:
Con vuestra voluntad medid la nuestra,
Pues la de todos es la misma vuestra.»

Otro con soberbísimo dennedo,
Pesándole de las conformidades,
Levantóse diciendo: «Yo no puedo
Sufrir acobardadas poguedades;
Parece que te ciscas ya de miedo,
Pues apeteces estas amistades;
Perdido va, Dulió, tu fuerte brio,
Mas no se perderá jamás el mio.»

El Dulió, vista la soberbia vana
Y ser principio de otros embarazos,
Alzó con gran presteza la macana
Tirando golpe de nervosos brazos:
El cual, como se dió de buena gana,
Le hizo la cabeza dos pedazos;
Necesario no fué golpe segundo
Para sacallo fuera deste mundo.

El hecho del cacique se engrandece
Por todos, y otra cosa no se trata
Sino decir que tal pena merece
El que contra su rey se desacata:
Con aquesto la junta se fenece
Y la contraria duda se desata,
Pues todos, por tener mejor aviso,
Vinieron en lo quel cacique quiso.

En este tiempo los de Cartagena,
Que de Caron hicieron confianza,
Tenian por los dos soldados pena,
Pareciéndoles mal tanta tardanza;
Y el gobernador mas, el cual ordena
Ir á buscallos, no con gran pujanza,
Mas solos veinte y dos en el navío
De que era capitan el Juan de Jio.

Llegaron á la boca del estero,
Por do para Bahaire hacen via;
No puede navegar el marinero,
Que la chalupa mas fondo pedia;
Mandósele soltar al artillero
Dos piezas que declaren quien venia,
Porque si gozan de vital aliento
Los dos acudan á su llamamiento.

Ellos, reconociendo los motivos,
Para de su salud hacellos ciertos,
Con indios que de paz no son esquivos
Bajaron en canoas á los puertos;
Auméntanse los gozos en ver vivos
A los que ya contaban con los muertos;
Mas el Dulió con barca mas lijera
Ganó con el Caron la delantera.

Al buen Heredia hizo sus ofertas
Con mansas señas y palabras blandas,
Que daban los intérpretes abiertas
En idiomas propios á las bandas,
Y díjole: «Si yo tuve reyertas
Por aceptar la paz que me demandas,
Caron y las personas de quien fias
Diran lo que me pasa con las mias.

»Porque no pudo ser sin fin sangriento
De cierto capitan, hombre robusto,
Que procuró poner impedimento
A los efectos de negocio justo,
Debiendo medir siervos su contento
Con lo que á su señor diere buen gusto:
Sé que colegirás de lo que digo
Que deseo la paz y soy amigo.

»Esta será segura por mi parte,
Sin atender á varios pareceres;
Bien puedes para mas asegurarte
Venir conmigo, si por bien tuvieres,
Porque, cierto, deseo regalarte
Segun yo soy, que como quien tú eres,
Mis ministerios no serán tan altos
Que suban de valor á no ser faltos.»

No tuvo desabrida la respuesta,
Antes con el Dulió se partió luego
Adonde se le hizo grande fiesta,
Mas no quiso tomar mucho sosiego;
Y porque no partiese con la siesta,
De parte del señor hubo gran ruego,
Y aun que esperase la mañana
Por venir la tiniebla ya cercana.

Heredia respondió cumplidamente
Con el aviso que menester era,
Diciendo que no puede de presente
Dejar de se tornar á su frontera;
Pero si puede ser dia siguiente
Vayan á Calamar, do los espera,
Porque también querria cuando fuese
Agasajallo con lo que pudiese.

Y que, pues era principal cacique,
De comarcanos defensor y capa,
Procurase llevar los de Cospique,
Cocon, Caricocox y Matarapa,
A los cuales la paz les certifique,
Sin engaño, cautela ni solapa,
Porque si todos vienen á lo bueno,
Tenian quietud en su terreno.

Con esto se pusieron en camino
Con la chalupa de comida llena,
Y á los dos caballeros por quien vino
Mandó volver también á Cartagena,
Porque le parecia desatino
Quedarse solos en aquel arena:
Rogáronle con encarecimientos
Que no les perturbase sus intentos;

Porque serian sus trabajos vanos,
E ya de corazon poco constante,
Dejar aquel cacique de las manos
Hasta que lo llevasen por delante,
Porque para hacer los otros llanos
Era negociacion muy importante;
Y en aqueste hicieron tal instancia,
Que se quedaron llenos de arrogancia.

El buen gobernador fué navegando
Con manso viento que les aspiraba,
Y á su nueva ciudad llegaron cuando
El curso de la noche demediaba;
En tierra salian todos publicando
Aquel efecto que se deseaba,
Diciendo que Bahaire con su gente
Los recibió caritativamente.

Y que paz de su parte se pregona
Por los cercanos puertos y bahías
Con subyeccion á la real corona,
La cual darian antes de tres dias,
El cacique Dulió por su persona,
Y con él otras muchas compañías;
El pueblo recibió mucho contento,
Deseando de ver el cumplimiento.

Lo cual efectuó, y ansi lo hizo
Aquel cacique y otros señalados,
Y trajo joyas de metal obrizo,
Que valieron sesenta mil ducados,
Demás del grano con que satisfizo
La hambre que tenian los soldados,
Llenas canoas de comidas varias,
A nuestros españoles necesarias.

Entrados los caciques en la villa,
Suntüoso convite les fué hecho,
Abundante de vino de Castilla,
De que mucho gustó bárbaro pecho:
Diéronles muchas cosas, que sencilla
Gente juzgaba ser de gran provecho,
Como corales, cuentas y bonetes
Colorados, cuchillos y machetes.

Y ansi los reyes desta pertenencia,
Que tuvo cada cual reino distinto,
Dieron el vasallaje y obediencia
Al gran emperador don Carlos quinto:
Hízose con solemne diligencia,
Que no referiré, por ser sucinto;
Solo diré tener principios buenos
Para poder entrar otros terrenos.

Teniendo pues de paz aquella raya,
Dejando guarda como convenia,
Determinóse que la flota vaya
A Zamba para ver lo que tenia;
El gobernador iba por la playa
Con bien aderezada compañía,
Y con ellos la india Catalina,
Que deste dicho puerto fué vecina.

Como con el recato conviniente
Llevasen por delante corredores,
Dos hombres de caballo y el teniente
Prendieron á dos indios pescadores:
Hablóles Catalina cuerdamente,
Diciendo, que perdiesen los temores
Y no tuviesen miedo de cadena,
Pues la que vian era gente buena.

«Estos, decia, son nobles cristianos,
De costumbres loables y escelentes,
Y vienen para ser vuestros hermanos
Y á haceros sus deudos y parientes:
Jamás tuvieron violentas manos
Contra los que se muestran obedientes;
Mis ojos propios son buenos testigos
De cómo saben ser buenos amigos.

»Mas no se libra de su lanza dura
Quien por contrario risco se desgalga:
Por tanto, pues hay buena coyuntura,
Decid á Zamba que de paz les salga,
Porque para tener vida segura
No hay otro remedio que les valga;
De paz está Carex y la marina
De cuanto por aquel compás confina.»

Entendieron los indios el lenguaje,
Y fué también la india conocida,
Por ser de su lugar y su linaje
De parentela luenga y estendida:
Admíranse de ver en nuevo traje
La que nació de madre no vestida,
Pues allí hasta partes impudentes
Suelen andar abiertas y patentes.

Fueron los indios pues en la demanda
A lo que pareció con buen intento,
Porque por las palabras que se manda
Refirieron aquel razonamiento;
Fué la respuesta que les dieron blanda
Y no con variedad el cumplimiento,
Antes salió del pueblo mucha gente
Con comidas y algun otro presente.

Al gobernador dieron joya fina
Para suplir algunos menesteres;
Ocurrian á ver á Catalina
Número no pequeño de mujeres,
La cual como servia de madrina
No dejó de sacar para alfileres,
Y aun con lo que sacó de la cacica
Otra de mas estofa fuera rica.

Aunque, segun las relaciones nuevas
Que de la villa de Mopox me envia
El antiguo soldado Juan de Cuevas,
No fué poco sangrienta la porfia,
Pues antes de la paz hicieron pruebas
De lo que cada cual parte podia;
Mas Gonzalo Fernandez no da cuenta
Sino de lo que aquí se representa.

Salió de paz ansimismo Tocana,
Señor de Mazaguapo, con Guaspates
Y los de la ciudad de Turipana,
Y Cambayo, cacique de Mahates:
A los cuales la gente castellana
Dió bonetes, camisas y rescates,
Con aquellas apacibilidades
Que suelen granjear las voluntades.

De muchos indios dellos se barrunta
Que vienen á mirar y ser testigos,
Y teniendo sospecha que en la junta
Los menos corazones son amigos,
Heredia con la lengua les pregunta
Si tienen en sus tierras enemigos,
Para que con sus armas y caballos
Vayan los suyos á desagraviallos.

Respóndele Cambayo: «Si sois tales
Que deseais empresa generosa,
De todas las ciudades principales
Sola Cipacua es mas poderosa,
Cuyos vecinos son mis capitales
Contrarios, con pelea rigurosa;
Y como tú, señor, subyectes esta,
Ningun peligro hay en lo que resta.

»Bien creo que saldrás con el intento,
Y si me haces este beneficio
No faltará mi reconocimiento
Con gran obligacion á tu servicio:
Eres hijo del sol á lo que siento,
Y aqueste siempre te será propicio,
De mas de que también de parte mia
Irá muy bien armada compañía.»

El Heredia riendo le responde:
«Esa Cipacua para sojuzgalla
No resta mas de que sepamos dónde,
Para dársele luego la batalla;
Pero si da la paz y no se asconde,
Has de saber que tengo de guardalla,
Y quien por buen amigo se me diere
Héselo yo de dar mientras viviere.»

El bárbaro, no de razon ajeno,
Antes al parecer hombre bastante,
Dijo: «Señor, tú hablas como bueno,
Mas no vernán á tracto semejante,
Porque los que dominan aquel seno
Es gente poderosa y arrogante;
Y si pasion acaso no me ciega,
En las manos tenemos la refriega.»

A su razon Heredia respondia:
«Huelgo de que me quieras por padrino;
Apercibe tu gente, yo la mia,
Agora con el nublo vespertino,
Para que con la nueva luz del dia
Nos pongamos en orden y camino;
Y si no vienen á la paz que digo
Verás en ellos ejemplar castigo.»

Quedó pues el negocio concertado
Cuando faltaba ya febea lumbre;
El indio con solícito cuidado
Apercibió guerrera muchedumbre;
El gobernador sabio y avisado
Velóse segun tiene de costumbre,
Pues aunque parecia gente noble
Sospechaba poder ser tracto doble.

Y cuando la dorada cabellera
De Febo descubrió por el oriente,
Vieron cubierta toda la ribera
De bien compuesta y ordenada gente;
Llamó todos los suyos á bandera
El buen gobernador por consiguiente,
Que bien apercebidos acudieron
Porque la noche toda no dumieron.

A sus cuadrillas bárbaras atentas
Dijo, haciendo señas, el Cambayo:
«Mirad que no demandan las sangrientas
Rencillas cobardía ni desmayo,
Y que para vengar vuestras afrentas
Llevamos fuerzas de divino rayo,
Pues aqueste señor que nos ayuda
Hijo del sol debe de ser sin duda.

»Hagamos el deber en las contiendas,
Pues vamos amparados de tal muro,
Tomando del contrario las enmiendas
Que para todos fué crüel y duro;
Ireis á vuestras casas y haciendas
Cada uno de vos sobre seguro,
Y gozareis de vuestras granjerías
Así de cazas como pesquerías.»

Aquesto dicho, luego los provoca
A caminar con ordenada mano;
Y como la distancia fuese poca,
Llegaron aquel dia muy temprano
Al primero lugar que llaman Oca,
A Cipacua subyecto y sufragano,
Do no hallaron ánima viviente,
Mas todo su caudal allí presente.

Como viesen la gente ser hüida
Y de sus bienes cosa no faltase,
Mandóse que so pena de la vida
Alhaja ni comida se tomase,
Sino que fuese presta la salida
Y sin tocar en cosa se dejase:
Ningun español hay que se desmande
Ni cosa recogió chica ni grande.

Pero los indios, no bastando ruego,
Amenazas de muerte ni otros males,
Todas las casas saquearon luego
Robándoles los bienes y caudales;
Y aquesto hecho les pegaron fuego
Con otras malas obras de bestiales,
Y huyen por quebradas y peñoles
Dejando solos á los españoles.

Los indios que dejaron sus posadas
Y fueron á Cipacua con recelo,
Como viesen las grandes ahumadas
Que con centellas van al alto cielo
Sueñan de las viudas y casadas
Clamores que causaban desconsuelo,
Y ocurre mucha gente de pelea
A ver los que quemaron el aldea.

Revuélvese terrible torbellino
Con gran selva de flechas y macanas,
Y á brevecillos pasos de camino
Encontraron las gentes castellanas:
Los gritos son con tanto desatino
Que no parecen ser voces humanas;
Pero con parecer infernal ira
De todos cuantos son ninguno tira.

El Heredia no menos importuno
A la lengua para que los exhorte
De cómo no les hizo mal alguno
Ni fué participante ni consorte,
Antes está del hecho muy ayuno
Y que su gente tuvo gran reporte,
Siendo solos los indios de Mahates
Los maestros de aquellos disparates.

Y que promete, si Cipacua quiere
Venganza por el daño recebido,
De dalles tal castigo cual requiere
El crimen y delicto cometido,
Y de tal modo que mientras viviere
Se recuerde quién fué tan atrevido,
Aunque su condicion y su costumbre
Es el amor, la paz y mansedumbre.

Mas agora, por el atrevimiento
De hacer la maldad en su presencia,
Habia de mudar su buen intento
Si le daba Cipacua la licencia;
Rogábales también que del asiento
Ninguno cure de hacer absencia,
Sino que se quieten y estén quedos
Apartando de sí pesados miedos.

Item, promete con verdad sincera,
Porque su ciudad no desampare,
De no meter en ella su bandera,
Antes adonde está manda que pare
Para se ranchear por acá fuera,
Donde el señor cacique señalare,
Y esto se cumpliria sin que vea
Desdén ni vuelta que contraria sea.

La lengua dijo lo que le mandaron,
Usando fielmente del oficio,
Lo cual los principales escucharon,
Sin que de pelear diesen indicio;
Mas antes todos ellos mitigaron
Los clamores y el áspero bullicio,
Y el señor, entendidas las razones,
Aceptó las honestas condiciones.

Y así dijo: «Con esa confianza,
Y que castigareis á mi contrario,
Me huelgo de hacer el alianza,
Y de seros amigo tributario;
Por asiento terneis esa labranza,
Donde yo proveeré lo necesario;
Sabed guardar los pactos como buenos,
Que por mi parte no vernán á menos».

Esto dicho, se fué con sus vasallos,
No con resabios de voluntad mala,
Antes con intencion de regalallos,
Como con lo posible los regala;
Los nuestros arrendaron sus caballos
En el mesmo lugar que les señala,
Y cada cual compone y adereza
Hamaca do recline la cabeza.

Luego los indios desde sus posadas
Enviaron algunos ricos dones,
Y cuatrocientas viejas que cargadas
Iban de diferentes provisiones,
Que mandó repartir por camaradas
Heredia, dando largas las raciones,
Y las joyas con las demás juntasen
Para que se repartiesen y quintasen.

Vinieron á los ranchos después desto
Sobre cien mozas bien encaconadas,
Cada cual dellas de gracioso gesto,
En todos miembros bien proporcionadas,
Pero todas en traje deshonesto,
Porque sus cueros eran las delgadas,
Y el vergonzoso y ampollado vaso
Con natural labor en campo raso (1).

No vírgenes vestales, sino dueñas,
Ansimismo ningunas conyugadas,
Pero solteras todas y risueñas,
Y para lo demás aparejadas;
Al fin se conoció por ciertas señas
Que debian de ser enamoradas,
Pues por allí también hay cantoneras
Y mujeres que son aventureras.

Y todas en comun son generosas
En dar lo que les dió natural uso,
Sin el de vestiduras engañosas
Ni del que suele ser velo confuso;
En efecto por ser estas hermosas,
Pueblo de las Hermosas se le puso,
Y así Cipacua, porque lo merece,
Con este mismo nombre permanece.

Traian por los cuellos y muñecas
Cuentas de oro, y otros ornamentos
De chaquiras compuestas á sus ruecas,
Labradas con mal primos instrumentos.
En efecto, volvieron boquisecas
Y defraudadas de sus pensamientos,
A causa de que los de nuestras gentes
Serian de los suyos diferentes.

(1) Estos dos versos van rayados en el original, y al margen sustituidos de mano de Pedro Sarmiento con los siguientes:

Y las partes impuras al orco
Con un bestial y rústico rodeo.

Porque todos los mas de aquella era,
Segun manifestaba su presencia,
Eran, demás de ser gente guerrera,
Hombrazos de valor y de prudencia,
Y que sabian do menester era
Vivir con vigilancia y advertencia,
No queriendo por bajas aficiones
Cobrar con indios malas opiniones.

Pues la visita por las damas hecha
Que para trompezar iban á pique,
Túvose por certísima sospecha
Hacerse por industria del cacique;
Pero ninguna cosa le aprovecha
Por no la ver de que se certifique:
Mas sin que de Cipacua me mueva,
Añadiremos una cosa nueva.

Y es decir Juan de Cuevas, que primero
Que con Cipacua fuesen los conciertos,
Hubo con Tubará recuentro fiero
A la subida de sus altos puertos;
Murió don Juan de Vega Caballero
Después que por él fueron muchos muertos,
Y allí también de pálidos metales
Ovieron crecidísimos caudales.

Y captivo quedó Morotoava,
Y otro cacique, Hare, su sobrino;
Hallaron templo donde se adoraba
Con gran veneracion un puerco espino,
Que por romana vieron que pesaba
Cinco arrobas y media de oro fino,
El cual puerco hallaron en Cipacua,
Y otro templo también en Cornopacua.

En el cual (estos hombres insensatos)
Eran por dioses suyos adorados
Con grandes ceremonias ocho patos
Que pesaron cuarenta mil dudados,
Donde tuvieron bien para zapatos
Este gobernador y sus soldados;
Así que de Cipacua y sus recodos
Salieron bien aprovechados todos.

Tuvieron pues allí la noche fria
No sin fuerza de guarda vigilante:
Y al tiempo que llegó la luz del dia
Quien regia la gente caminante
Al cacique le dijo, que queria
Pasar con sus soldados adelante,
Y que para cumplir con lo que debe
Trabajaria de volver en breve.

Y entonces como menos impedido
Oiria las contiendas y debates
Acerca del agravio recebido
De Cambayo, cacique de Mahates,
Pues habia de ser restituido
Cipacua con aumento de quilates,
Certificándose de la malicia,
Y á cada cual guardando su justicia.

Y que siempre harian asistencia
Dentro de Calamar muchos cristianos,
Por venir con poderes y licencia
Del mejor rey de todos los humanos,
A quien debian honra y obediencia
Los príncipes y reyes soberanos,
Y á quien daban tributo y vasallaje
Las naciones del mas alto linaje.

Y él asimismo para que pudiese
Gozar de quietud con beneficio,
Mucho le convenia que se diese
Con los demás á su real servicio;
Pues cada y cuando que menester fuese
En él ternia defensor propicio,
Amparando sus tierras y haciendas
De cualesquier tiránicas contiendas.

Item, le dijo no ser sus concetos
Otros en ir á ver tierras estrañas,
Sino para decilles, si quietos
Quieren tener albergos y cabañas,
Se hagan tributarios y subyetos
Al poderoso rey de las Españas,
Y lo mismo le daba por consejo
A él, pues tiene tiempo y aparejo.

El indio no dejó de estar atento
A lo dicho por lengua suficiente,
Y tanteó con el entendimiento
Cuál seria menor inconveniente;
Y al cabo se resume ser contento
De darse por vasallo y obediente
De rey que tiene por vasallos reyes,
Y estar en obediencia de sus leyes.

De quel gobernador vió la respuesta
Que con su voluntad correspondia,
Dióle las gracias, hízole gran fiesta,
Y presentóle cosas que traia,
Bonete colorado con su cresta
De pluma roja con argentería,
Camisa, zarafuelles, ciertas cuentas,
Y para sus culturas herramientas.

También á la partida se le ruega
Que todos los demás indios ablande;
Y así fué caminando sin refriega
De indio que con guerra se desmande,
Hasta tanto que con su gente llega
A beber de las aguas de rio Grande,
Dejando con los buenos tractamientos
Todos aquellos bárbaros contentos.

Y por no ser molesto ni pesado
Al tiempo de pasar esta frontera,
Puesto caso que fuese convidado
Para dormir en casas de madera,
Nunca metió su gente por poblado,
Y siempre quiso ranchearse fuera;
También porque si indios maleasen
Tuviesen campo do se rodeasen.

Pacificando pues estas naciones
Prosigue sin azar aquella via,
Hasta dar en las grandes poblaciones
De la tierra que llaman hoy María:
Allí pararon nuestros escuadrones,
Y fué concierto de la compañía
Volverse por rodeos y desvíos
A Zamba do dejaron los navíos.

Donde con gran contento y alegría
Se cumplió su deseo y esperanza
De vellos en el puerto, pues habia
Sido de cuatro meses la tardanza,
Y con aquel temor que se tenia
Estaban ya para hacer mudanza:
Al fin á Calamar los encamina,
Y él fué con los demás por la marina.

Adonde todos juntos, se hicieron
Fiestas y juegos de mayor substancia,
Y es porque del rescate que trajeron,
Habido por aquella circunstancia,
Pagado real quinto, les cupieron
A mas de seis mil pesos de ganancia,
Con que compraban fanfarrona seda,
Como bullian ya con la moneda.

Fueron luego por partes diferentes
Algunos capitanes y soldados,
Para pacificar las otras gentes
Cuyos pueblos no fueron visitados;
Vinieron los mas dellos obedientes
Siendo con santa paz amonestados,
Y los rescates de oro por momentos
Iban en caudalosos crecimientos.

Al fin que como no vuelven vacios,
Y en rescatar se daban buena maña,
Crece la poblacion de los bohíos;
Dábales materiales la montaña.
Llegaron pues al puerto dos navíos
Que del Nombre de Dios iban á España;
Holgáronse de ver aquel arena
Con renombre de nueva Cartagena.

Saltan en tierra no sin gran contento
De ver escala para su viaje;
Hízoseles muy buen acogimiento;
Hallaron pasajeros hospedaje;
Dióles Pedro de Heredia bastimento
Por venir faltos de matalotaje,
Y al tiempo del partirse les suplica
Digan do quiera ser la tierra rica.

Y que podian afirmar por cierto
Ser demás de lo dicho tierra sana,
Con apacible y escelente puerto
Para contractacion cuotidiana,
Y para mas prosperidad abierto
Camino, por estar su gente llana,
La cual como les era ya propicia
Daban de mas adentro gran noticia.

No dijeron á sordos las razones,
Pues do quiera que cada cual surgia,
Allí solemnizaba con pregones
La gran riqueza que se descubria
En aquellas provincias y regiones,
Demás de la que ya se poseia,
Y que los naturales antes bravos
Servian ya mejor que los esclavos.

Luego la fama como suele vuela
Entre guerreros y entre contractantes:
Alistan el espada, la rodela,
Limpian las armas olvidadas antes;
Cuál carga nao, cuál la carabela,
De caballos y cosas importantes,
Como de sedas, granas, perpiñanes,
Finísimas holandas y rúanes.

Fué luego la ciudad de Cartagena
Frecuentada de barcos y navíos,
Y en breve tiempo la ribera llena
De ricos y costosos atavíos,
Que vienen á buscar dorada vena
Y á conquistar no vistos señoríos;
Los españoles van en crecimiento
Y las contractaciones en aumento.

Con las cuales engruesa su hacienda
El mercader sagaz á quien le toca;
Vereis vacías una y otra tienda
En breves dias y en distancia poca;
La tasa de los precios y la rienda
Era por la postura de su boca,
Y en aquel tiempo que se representa
Iban juntas la paga con la venta.

También á vueltas de los mercaderes
Llegaron en aquellas coyunturas
Los molestos melindres de mujeres
En seguimiento de sus aventuras;
Unas dellas con sueltos pareceres,
Y otras con maritales ligaduras,
Cuyas fantásticas ostentaciones
Se confirmaban con postizos dones.

Jactándose de noble parentela,
Tal que ninguna padecia mancha,
Arrastra cada cual sérica tela;
No cabe por la calle que es mas ancha;
Una se puso doña Berenguela,
Otra hizo llamarse doña Sancha:
De manera que de genealogía
Esa tomaba mas que mas podia.

Salen á luz vestidos recamados,
Con admirables fresos guarnecidos;
Relumbran costosísimos tocados
Que de rayos del sol eran heridos;
Otras sacan cabellos encrespados
Y en redecillas de oro recogidos;
Y ansí con vestiduras escelentes
Llevan trás sí los ojos de las gentes.

No dejan los plateros á la balda,
Pues los ocupan en labrallos oro;
Engástase la perla y esmeralda,
Y otras piedras anejas á tesoro;
Tiene ya cada cual paje de falda,
Por mas autoridad y mas decoro;
Adórnase los dedos con anillos;
Penden las arracadas y sarcillos.

Del galán á la dama corre paje
Con blanda locucion y bien compuesta;
Oyese por las partes el mensaje;
Vuelve no menos grata la respuesta;
La dulce seña sirve de lenguaje
Do la palabra no se manifiesta;
Estaba todo lleno finalmente
De todos tractos y de toda gente.

Y siempre sucedian compañeros
Que llegaban de todas condiciones,
Pues que vinieron hasta melcocheros
Y gozaron de tales ocasiones,
Que volvieron cargados de dineros
De vender sus melcochas y turrones,
Por estar todo tan de oro hecho
Que nadie daba paso sin provecho.

Viendo pues la ciudad bien pertrechada
Quien de la gobernar tenia cargo,
Y como para ser perpetuada
No le podian ya poner embargo,
Determinó hacer una jornada
Cuyos caminos fuesen á lo largo
Acia la mar del Sur, cuya riqueza
Se publicaba ser de gran grandeza.

Año de treinta y cuatro por enero
Iba corriendo, cuando hizo lista
Del práctico peon y caballero
Para continuar esta conquista;
Examináronse por él primero
Con la conversacion y con la vista;
Y ansí por acudir á sus intentos
De todos escogió hasta ducientos.

Varones de quien él hacia cuenta
Ser tales al rigor mas importuno,
Y que metidos en cualquier afrenta
Podria recelarse de ninguno:
Serian de caballo los cincuenta
Con dos y tres caballos cada uno,
Con todos los pertrechos y la carga
Que se requieren en jornada larga.

Y también entre dos ó tres peones
Para carga llevaban un rocino,
Do cargaban aquellas provisiones
Necesarias al cauto peregrino,
Hachas, machetes, barras y azadones
Con que pudiesen allanar camino,
Y pasos que impidiesen el pasaje
Para prosecucion de su viaje.

Aderezado pues el aparato,
Hizo de los oficios nombramiento,
Los cuales de presente no relato
Por no dar al lector desabrimiento;
Y también quiero descansar un rato
Con presupuesto de volver al cuento,
De manera que sea manifiesto
Todo lo sucedido después desto.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con docientos hombres bien aderezados, y llegó á la provincia de Cenú, y lo que mas aconteció en su pacificacion y conquista.

Muchas veces se ve por esperiencia,
Demás de lo que consta por lectura,
Que suele ser la viva diligencia
Guia para tener buena ventura;
Mas en los hombres faltos de prudencia
Aquesta también es de poca dura,
Y muchos vemos de riqueza llenos
Que procurando mas vienen á menos.

Y en parte no fué libre destas penas
La cudicia de nuestro caminante,
Pues sin la defender armas ajenas
Dieron en tierra rica y abundante;
Y con tener allí las manos llenas
Procuraron pasar mas adelante,
Y faltó poco por sus desvaríos
Para que se volvieran manvacíos.

Porque yendo la gente caminando,
Movida y alentada por la fama
Que de riqueza dió bárbaro bando,
En la sierra que de Abrevá se llama,
Tierra poco poblada conquistando
De la que fuera della se derrama,
Llegaron adestrados por las guias
Al Cenú las cristianas compañías.

Donde paró la gente castellana
Algunos dias para su reparo,
A causa de tener larga zavana
Y no de caza su compás avaro,
Porque todo lo mas es tierra llana
Y á manchas también tiene monte claro,
Con perdices, conejos y venados,
De que se proveian los soldados.

Corriendo pues el seno comarcano
Heredia con los hombres principales,
Una ciudad hallaron en lo llano
De pocos aunque ricos naturales,
Hüidos del ejército cristiano,
Con hijos y mujeres y caudales:
Y ansí por no hallar impedimento
Dentro della tomaron aposento.

A fin de ranchear algun alhaja
Un negro del Heredia muy ladino,
Que con favor del amo se aventaja
A visitar las casas del vecino,
Una mucura vió como tinaja
Cubierta con chaguala de oro fino,
La cual á su señor puso en las manos
Y pesó cuatrocientos castellanos.

En este cobertor la vista ceba,
Con el cual se recrea y alcohola;
Y para dalles esta buena nueva
Luego mandó llamar gente española,
Diciendo: «Tierra que esta fruta lleva
No debe de tener aquesta sola;
Antes nos hace ciertos tal encuentro
Del bien que nos espera mas adentro.

»¡Ea! que la fortuna nos es diestra
Y guia nuestros pasos de buen arte,
Pues no faltando diligencia vuestra
En buen puesto teneis el estandarte;
Y si lo demás es como la muestra,
Por cien mil pesos no daré mi parte
En este solo pueblo, si es habido
Aquello que dejaron abscondido.»

Acude la cristiana compañía
A ver pieza que tanto se señala;
Fué sumo su contento y alegría
Viendo tan gran grandeza de chaguala,
Demás de la fineza que tenia,
Que el oro mas subido no le iguala
De lo que mas afuera comunmente
Solia poseer la demás gente.

Luego con la hambrienta golosina
De cada casa buscan el erario;
Vuela por todas partes la rapina
Buscando los rincones del contrario;
Y en una plaza vieron al esquina
Un grande y espacioso santuario,
Tan capaz, que tenia cumplimientos
Para dar á mil hombres aposentos.

Y aun dos mil hombres no quedaran faltos
De lugares cumplidos y bastantes:
Dentro dél se pusieron en dos saltos
Esos que por allí llegaron antes:
Idolos veinte y cuatro vieron altos
Todos como grandísimos gigantes,
De madera labrada lo intestino
Y lo de fuera hoja de oro fino.

Tenia cada cual puesta tiara
O mitra de oro puro bien tallada;
De dos en dos tenian una vara
Sobre sus anchos hombros travesada,
Cuyas posturas son cara con cara
Y una hamaca del baston colgada,
En las cuales hamacas recebian
El oro que los indios ofrecian.

Era todo lo mas oro labrado
Y habia también oro derretido,
Finísimo después de quilatado,
Puesto que por encima denegrido,
Que algun tiempo debió de ser quemado
Aqueste santuario referido;
Y ansí los indios con aquel mal talle
Se lo dejaron sin osar tocalle.

Habia muchos árboles afuera
Pegados con el dicho santuario,
Colgados de los ramos en hilera
Campanas de oro no de talle vario,
Mas en tamaños, formas y manera,
Segun un almirez de boticario;
Y en un momento manos bien instructas
Los despojaron destas bellas fructas.

Recogidas las dichas campanillas,
Cuyo sonido daba gran consuelo,
Para ver si eran de oro las costillas
Derriban las estatuas en el suelo:
Quitan las vestiduras amarillas,
No de brocado ni de terciopelo,
Mas oro puro, hoja mal batida,
De mas valor cuanto menos polida.

Todos estos despojos congregados
Con la fidelidad que convenia,
A su rey y señor quintos pagados,
El restante del oro bien valdria
Mas de ciento y cincuenta mil ducados
Para partir entre la compañía;
Que fué para principio buen rancheo,
Mas no tal que hartase su deseo.

Pues inquiriendo guias deste suelo,
Del cual mas beneficios esperaban,
Ovieron á las manos un mozuelo,
Natural del lugar adonde estaban:
Preguntó luego cudicioso celo
Por el rico metal que le mostraban,
Y el indio prometió que los pornia
Adonde suma cuantidad habia.

Oyendo tales nuevas como estas,
Apercibiéronse para seguillo,
Haciéndole regalos, mimos, fiestas
Al que promete dalles amarillo;
Los piés ligeros y las manos prestas
Porque no huya por algun portillo,
El que causas gravísimas concluye,
Y tarde y mal aquel de quien él huye.

Mas no fué necesario mudar hito
Para se descubrir este misterio,
Pues en el santuario que repito
Y á la redonda por el cementerio,
Que tomaba muy grande circüito,
Aquel que padecia captiverio
Les dijo: «Cuanto veis en esta tierra
Tesoros prosperísimos encierra.

»Porque segun antigua gente canta,
Y es opinion de todos mis mayores,
Esta que veis es toda tierra santa,
Llena de sepulturas de señores:
Encima dellas ponen una planta
Destas que veis ó grandes ó menores,
Y otras en la grandeza mas enhiestas,
Segun los tiempos en que fueron puestas.

»Ansí que, porque el muerto menos pene,
Aqueste lugar toma por abrigo,
O natural ó quien de lejos viene,
Y aqueste suele ser orden antigo,
Que las preseas quel defunto tiene
Al mundo donde va lleva consigo,
Y la macana y arco y el aljaba
Con que cuando vivia peleaba.

»Y aquellos que tenia por captivos,
Aceptos á sus ojos y presencia,
Ansimismo con él entierran vivos
En señal de dominio y obediencia,
Sepultando también en los archivos
Las concubinas de mayor decencia,
A fin de que lo sirvan y regalen,
Y allá valgan con él lo que acá valen.

»La cueva que le hacen es cuadrada,
Y aquella tierra que sacaron fuera
Es luego del sepulcro desviada
Sin la volver al hoyo de donde era;
Y llénanlo de tierra colorada
Que cogen de la haz de una ladera;
Y en el sepulcro ponen pan y vino
Para matalotaje del camino.

» En un dubo lo ponen asentado,
Que muchos dellos suelen ser de oro;
Ansimismo pendiente del un lado
La mochila de hayo y el poporo;
De todos sus sirvientes rodeado,
Acompañados ya de mortal lloro;
Mas hace que este llanto se reprima
La mucha tierra que echan por encima.

» Y sepulturas hay piramidales,
Hechas á la manera de montones,
Que no tienen tan prósperos caudales
Por ser no de tan altas condiciones;
Estas son las que veis por las señales
De mogotillos ó de farallones,
Las cuales no ternán tanta valía,
Pero ninguna dellas hay vacía.

» Pudiera daros cuenta mas menuda
De los lloros, areitos, borracheras,
Manera de llorar de la viuda,
Triste cantar de las endechaderas;
Pero basta lo dicho, pues sin duda
Son estas relaciones verdaderas;
Por tanto si buscais prósperos dones
Anden listas las mamos y azadones. »

Dijo, mas no dejaron sus progresos
A causa de pensar que les engaña,
Viendo los dichos árbores tan gruesos
Y aun mas que los de mas vieja montaña;
Y haber debajo los defuntos huesos,
Todos los mas pensaban ser patraña
Eran hobos los mas y ceibas tales
Que su grandor admira á los mortales.

También á las sazones hubo gente
Que sospechaba por algun respeto
Quel gobernador maliciosamente
No mandó descubrir este secreto,
Por consultallo con algun pariente
Y volver con sus negros al efeto,
Sin testigos de gentes españolas
Y sacar las riquezas á sus solas.

Juan de Orozco fué de los que digo,
Capitán de valor bien conocido,
El cual tenia voto de testigo
Que pudo deponer de lo que vido,
É yo lo tuve siempre por amigo
En aquesta ciudad donde resido;
Persona bien dotada de prudencia
Y á quien se puede dar toda creencia.

El cual en prolijísimos ringlones,
Antes que viese su fatal partida,
Hizo libro de peregrinaciones
Hechas en el discurso de su vida,
Y también escribió destas regiones
Alguna parte no tan estendida,
En su libro llamado *Peregrino*,
Cuanto yo podré dar deste camino.

Otros afirman quel Heredia dijo:
«Si por las sepulturas comenzamos,
Habemos menester tiempo prolijo,
Y no podremos ir adonde vamos
Sin grandes pesadumbres y cojijo
Del agua, del ivierno que esperamos;
Y si algunas los indios ven abiertas
Sacarán las mejores y mas ciertas.

» Pues tienen de pensar que volveremos
Al cebo, si las vieren comenzadas;
Ansí que mejor es que las dejemos
De la suerte que están disimuladas:
Que si lo hay, aquí lo hallaremos,
Desengañándonos con las azadas;
Mas agora mi parecer se cierra
En que vamos á ver lo de la sierra. »

No queriendo creer pues del salvaje
La relacion particularizada,
Determinaron de hacer viaje
A la sierra que tengo declarada:
Proveyéronse de matalotaje,
Menos de lo que pide gran jornada,
Y el oro que tenian rancheado
Quedó secretamente sepultado.

Pusieron en efecto la partida
Por grandes asperezas de caminos;
Hallan la tierra falta de comida
Por la tener alzada los vecinos;
Sobrevino gran lluvia y avenida,
Terribles y espantables torbellinos,
É ya por los poblados, ya por yermos,
Los mas de los soldados van enfermos.

Fueron con gran trabajo prosiguiendo
Sin hallar do tomar algun reposo;
Los rios sin cesar iban creciendo,
Y el curso dellos es impetúoso;
Ya la gente se va disminuyendo.
A causa del ivierno riguroso:
Hijo no hay que á padre dé la mano,
Ni hermano que se valga del hermano.

Y aunque mas por algun rastro procedan
Menos fin hallan á sus desventuras,
Y pocos en el campo que ya puedan
Mandar las descarnadas coyunturas:
De dos en dos y tres en tres se quedan
Muertos y sin gozar de sepulturas;
Demás desto los indios en algunos
Pasos también les eran importunos.

Viendo que todo bien se les oculta
Y que su perdicion era patente,
Entraron los mas sanos en consulta
Con el gobernador y su teniente;
Dieron su parecer, del cual resulta
Al pueblo del Cenú volver la frente,
Viendo que con trabajo tan terrible
Era no morir todos imposible.

Con los mismos trabajos escesivos,
Tanto que no podré yo numerallos,
Volvieron, aunque pocos dellos vivos,
Cuyos mantenimientos eran tallos
De bihaos que son muy dejativos,
Y con alguna carne de caballos,
O de los que de flacos se quedaban,
O que también de noche los mataban.

Es el bihao dicho, cierta planta
Que por lugares cenagosos sale,
Como plátano blanda, mas no tanta
Su grandeza que con la dél iguale;
Es su cogollo cebo de garganta
Del que no tiene con que la regale;
Comida triste, floja, desabrida,
Y mas cuando sin sal está cocida.

Tiempo fué que comí tales bocados,
Y en ollos nombrar agora temo:
Pues cuando los procuran los soldados
Es ya señal que están en el estremo;
Tallos tiernos de hobos sancochados
Alguna vez me fué manjar supremo,
Y mas si los cociamos con bledos,
Porque les dan sabor por ser acedos.

Algun tiempo también las verdolagas,
Si las habia por algun terreno,
Cuando se padecian estas plagas
Con ellas proveíamos el seno;
Y los jüeces dan muy malas pagas
A quien de mal camino hizo bueno,
Porque viniesen ellos caminando
A viuo y á capones regoldando.

Esto no tiene fin si se comienza,
Y ansí fuera mejor dalle de mano;
Mas es sobrada ya la desvergüenza
Que tienen con el pobre baquiano,
Sin esperar razon que los convenza,
Ni derecho ni mando soberano;
Y todo lo mejor de las conquistas
Se llevan holgazanes papelistas.

Y estos con quien usaron de halago
Y por quien encargaron su conciencia,
Esos mismos después les dan el pago
Al tiempo que les toman residencia;
Y algun dia que vimos aciago
Visitador revuelto con audiencia,
Estos fueron la causa de su tema,
Y al fin, del monte sale quien lo quema.

Porque toda la gente baquiana,
Eso me da pasada que presente,
A todos sus mandatos está llana
Y los cumple leal y fielmente;
Perdicion de jüez, de jüez mana
Y de su coronista y escribiente;
Y tengo por notorios desatinos
Culpar en este caso los vecinos.

Puesto caso que cuantos golpes tiran
Descargan en los míseros pacientes,
Porque se diga bien, *reges delirant*,
Y pagan miserables inocentes:
Los que con claridad aquesto miran
Mejor lo notarán que los absentes,
Que por los papelistas de mal modo
Culpan do no lo ven un reino todo.

Y con dalles antiguos la comida
Y ser amados dellos y servidos,
Ningunos hombres hay en esta vida
De los jüeces mas aborrecidos;
Y no por eso dellos hay quien pida
Cosa de los agravios recebidos:
Sus Faraones son embarradores
Que solían gozar de sus favores.

De tan intolerable desafuero
A todos los jüeces no condeno;
Pues aquí vimos al doctor Venero
Que de toda virtud fué vaso lleno,
El cual trataba con amor sincero
A los descubridores deste seno,
Y como sabio, docto, circunspecto
A los antiguos tuvo gran respecto.

Duró paz y quietud en este reino
El tiempo que por él fué gobernado,
Y aquella duracion de su gobierno
Bien se puede llamar siglo dorado;
Fué primavera, vino tal ivierno
Que lo cubrió tristísimo nublado:
Todas son bullarazas y contiendas
Con gran asolamiento de haciendas.

También faltan palabras con que pueda
Encarecer aquella virtud pura
Del gran varon Juan Lopez de Cepeda,
Oidor en aquella coyuntura;
Mas si dia fatal no me lo veda
Ocupará lugar en mi escriptura
Méritamente, pues agora ceso
A causa de salir deste digreso.

Volviendo pues á nuestros caminantes,
Que por rios, quebradas, cenagales,
Salieron al Cenú, no como antes,
Sino pocos y llenos de mil males,
Hallaron los sepulcros ya menguantes
De muchos que sacaron naturales;
Y segun otros dieron el tesoro
Debieron de sacar un millon de oro.

Conocieron las frescas aberturas,
No sin dolor que sus entrañas pica;
Pues segun infalíbles conyecturas
Que la misma razon les certifica,
Desenvolviendo viejas sepulturas,
Ya sabrian cuál era la mas rica:
Lo cual se vió después mas claramente
Por ser hechas de traza diferente.

Que los entierros que se descubrian
En forma de cuadrángulo cuadrados,
Habia muchos dellos que tenian
A treinta y á cuarenta mil ducados;
Y los como montones no se vian
Con tanta suma ni tan bien labrados,
Y destos mas ó menos en el punto,
Segun las cualidades del defunto.

Desenvolviendo pues un monumento,
Como próspera nuestra se hallase,
Luego hicieron un requerimiento
Al gobernador para que poblase,
Y no desamparasen el asiento
Hasta tanto quel oro se sacase;
Mas él con diferentes intenciones
Dicen que respondió tales razones:

«Señores, yo conozco ser justicia
Vuestra protestacion encarecida,
Pero locura grande, por cudicia
De oro, consumir aquí la vida;
Porque para sacar esta noticia
Necesidad tenemos de comida;
Para traella yo no sé de dónde,
Pues en cualquier lugar se nos asconde.

»Hay demás deste mas inconvinientes
Dignos de los mirar ojos atentos:
Que somos pocos, flacos y dolientes,
Y faltos de guerreros instrumentos,
Hasta de los que son pertenecientes
Para poder cavar enterramientos;
Pues como veis, por escapar la vida,
La carga principal quedó perdida.

»Tengo por mejor ir á Cartagena
Para que de salud nos reformemos,
Pues que podemos ir la bolsa llena
Con que necesidades remediemos;
Y de lo que dejais no tengais pena,
Porque con gran presteza volveremos,
Y podrá sucedernos de manera
Que hayamos lo de dentro y lo de fuera.»

Este razonamiento fué bastante
Para no replicar parecer vario,
Ni fuese de su voto discrepante
Soldado que sintiese lo contrario:
Partieron pues llevando por delante
El oro que salió del santuario:
En efecto, llegaron á su puerto
Sin que quedase destos hombre muerto.

Recibióse contento y alegría
Viendo venir la gente del armada,
No sin admiracion, porque traia
La cara cada cual amortiguada,
Y la mitad de tanta compañía
De vida y de riquezas defraudada;
Mas mitigóse su dolor y lloro
Con ver aquella cuantidad de oro.

El cual por los soldados se reparte,
Hecha la cuenta de lo que montaba,
Segun las condiciones y del arte
Que gente de razon acostumbraba;
De lo cual ansimismo dieron parte
A la gente de guerra que quedaba
En guarda y en custodia destos senos,
Y á iglesia y hospital ni mas ni menos.

Luego se mejoraron en los trajes,
Segun uso del tiempo los pedia,
Cadenas de oro, gorras con plumajes,
Ricas medallas con su pedrería:
Andan recios los juegos y tablajes,
Medra la dama, y el que la servia
Va desmedrando siempre, porque en esta
Feria lo mas barato caro cuesta.

Durantes estas flores y esta gala
Que con razones cortas manifiesto,
Ansimismo llegó de Guatimala
El Alonso de Heredia muy bien puesto:
Por el hermano visto lo regala,
Y todos los demás hicieron esto,
Holgándose de ver los dos hermanos
Segun la condicion de los humanos.

Eran ambos á dos hombres bastantes,
Y en el valor corrian por parejo,
Pero segun que ya dijimos antes,
El Alonso de Heredia fué mas viejo,
Y el menor en las cosas importantes
Aprovechábase de su consejo:
Y ansí la paz y guerra se hacia
Del modo quel Alonso disponia.

Pedro de Heredia con la noble gente
Celebraron con fiestas estas vistas,
Y conclüidas generosamente
Hicieron para guerra nuevas listas,
Al Alonso nombrando por teniente
Y general de todas las conquistas:
Y por esta razon que voy tractando
Escluso quedó César deste mando.

El cual, segun mostró por las señales,
Disgusto no tomó del nombramiento,
Mas sus apasionados y parciales
Recibieron algun desabrimiento,
Y como suelen en las cosas tales,
Quedaron con aquel remordimiento:
Mas en César jamás se vió centella
De secreta ni pública querella.

En este tiempo, para mas decoro
De lo por conquistar y conquistado,
De iglesia catedral se erigió coro,
Siendo de la diócesis y obispado
Primer obispo fray Tomás de Toro,
Varon no menos santo que letrado,
De la orden de los predicadores
Y digno de los mas altos honores.

De los eclesiásticos primeros
Fué deán desta catedral escuela
Un don Hierónimo de Ballesteros,
Y obispo fué después de Venezuela:
En buena vida no de los postreros,
En condicion de noble parentela;
Primer arcediano dan mis cantos
A don Francisco Diaz de los Santos.

Don Francisco Fernandez lo es hoy dia,
Y deán es también don Juan Fernandez:
Sabia, limpia y honesta clerecía,
Con ornamento de virtudes grandes,
Tanto que no podrias, pluma mia,
Decillos, aunque mucho te desmandes;
Es primer chantre don Anton Verdugo,
Cuya bondad á mí siempre me plugo.

El Alonso de Heredia pues usando
De los poderes largos que tenia,
Llegó de los subyectos á su mando
Lucida y estremada compañía:
Suenan los atambores y echan bando,
Manifestando cuándo se partia
A tierras del Cenú, pero constante
En procurar pasar mas adelante.

Doscientos y diez fueron los soldados,
En trabajosas guerras ya curtidos,
De cosas necesarias pertrechados,
De caballos y armas proveidos,
De grandes esperanzas alentados
Y por noticias ricas conmovidos;
Y César ansimismo se presenta
De quien el general hizo gran cuenta.

Al tiempo ya que resplandor febeo
Queria visitar el sesto sino,
Apartándose del leon nemeo,
Y Pedro y Diego y Juan vieron divino
Fulgor en el inmenso Nazareo,
Se pusieron á punto y en camino
Año de tres quinientos con mas treinta
Y cuatro, segun da cristiana cuenta.

Como sabian muchos desta gente
Guiar mas á provecho la carrera,
Llegaron al Cenú mas brevemente
De lo que se llegó la vez primera;
Invernaron en parte conviniente,
Y esperaron allí la primavera,
Y en tanto César fué con gente diestra
A tierras de Tulú, por ver su muestra.

Hallaron indios con los arcos tesos,
Pero prevaleció cristiano marte;
Y de caciques que tomaron presos,
Segun el uso de militar arte,
Recogerian como diez mil pesos,
En que tenian todos ellos parte;
Y de cualquiera cosa mala ó buena
Iban mensajes para Cartagena.

Súpose pues del oro rancheado
Por el gobernador con otros cuentos;
Y el contador Durán habia llegado
De los reinos de España con doscientos
Soldados que traia por mandado
Del rey, para seguir descubrimientos;
Y para fiete destos pasajeros
Hallóse por entonces sin dineros.

Y para que sin largas dilaciones
Volviesen los navíos aviados,
Determinó con sanas intenciones
De pedir los dineros emprestados;
Digo los que en Tulú y en sus rincones
Habian rancheado los soldados,
Diciendo que en habiendo mas provechos
Serian en sus partes satisfechos.

Envió luego cartas al hermano
Para que lo que digo concluyese,
El cual con gran hervor tomó la mano
A fin de que su mando se cumpliese;
Mas á ninguno dellos halló llano,
Como tocaron en el interese,
Y quien mas descubrió voluntad mala
Fué César y también Lopez de Ayala.

Vinieron de razones en razones
A decirse palabras desiguales,
No sin alteracion de corazones;
Y el general, por evitar mas males,
Hizo poner en ásperas prisiones
Estos dos por cabezas principales,
Y aun fueron los enojos de tal suerte
Que los queria condenar á muerte.

Pero como terciase gente buena,
Pudieron mitigar el accidente,
Y no tanto que no les diese pena
Vellos hablar desvergonzadamente;
Y ansí no les quitaron la cadena
Ni grillos que tenian de presente,
Adonde padecieron muchos dias
Sin que bastaran ruegos ni porfias.

Y las necesidades que tenia
Pedro de Heredia, su menor hermano,
Pódolas remediar por otra via
Por tener el remedio muy á mano,
Porque sacaban oro cada dia
En aquel cementerio comarcano:
Unos dellos buscaban alimentos
Y otros cavaban los enterramientos.

Era la hambre que se padecia
En aquella sazon en sumo grado,
Y de los sacadores tal habia,
Que sin regatear en el mercado
Diera cuanto dinero le cabia
Por cuatro puños de maiz tostado:
Tanta necesidad los desbarata,
Que reniegan del oro y de la plata.

Pero con todo esto trabajaban,
So pena de prisiones ó de azotes;
Y entonces los sepulcros que sacaban
Eran los que llamaban de mogotes;
Mas estos ahusados no mostraban
Tener en sí tan caudalosos dotes
Como los que tenian las gargantas
Debajo de las muy crecidas plantas.

De las cuales quizá la menor era
Tan gruesa como tres novillos juntos
Y las alturas dellas de manera
Que subian de los comunes puntos;
Por lo cual no fué cosa creedera
Haber debajo huesos de difuntos,
Hasta tanto que con mayor ayuda
Salieron todos ellos desta duda.

Estas eran cuadradas sepulturas,
Y tenian riquísimos caudales,
Tanto que nos afirman escrituras
Que pesaban el oro por quintales;
Piezas de diversísimas figuras
Y de todas maneras de animales,
Acuáticos, terrestres, aves, hasta
Los mas menudos y de baja casta.

Dardos con cercos de oro rodeados,
Con hierros de oro grandes y menores
Y en hojas de oro todos aforrados;
Ansimismo muy grandes atambores
Y cascabeles finos enlazados,
Segun los de pretales y mayores,
Flautas, diversidades de vasijas,
Moscas, arañas y otras sabandijas

Entonces no creian haber cueva
Debajo, como tengo referido;
Por las de mogotillos hacen prueba,
Y gran monton de oro recogido,
A Cartagena se llevó la nueva
A los que con Durán habian venido;
Y ansí con capitán y buen avío
Vinieron á ver este señorío.

Fueron pues de la gente mas lustrosa
Don Martin y don Juan, ambos Guzmanes,
Parientes y de casta generosa,
Y Lorenzo y Giraldo Estopiñanes,
Y Peralta también de Peñalosa,
Hallándose con estos capitanes
Don Juan de Sandoval, diestro caudillo,
Hoy en Pirú vecino de Trujillo.

Viendo pues tan lustrosa compañía,
De todas cosas bien aderezada,
El Alonso de Heredia conocia
Convenilles hacer otra jornada,
Y llevar la derrota de su via
Al oriente del sol encaminada.
Y á causa de la falta de comida
Abreviar lo posible la partida.

Aderezado pues lo conviniente,
En el lugar que tengo señalado
Dejó no poco número doliente
Para que de cavar tengan cuidado:
Garci Avila de Villarey, teniente,
Juan de Villoria, contador nombrado
Para que de los quintos tenga cuenta
Y no se defraudase real renta.

Año de treinta y cinco por enero,
Conclusos pluviales movimientos,
Salian el peon y caballero
Para continuar descubrimientos,
Y fueron del ejército guerrero
En el número mas de cuatrocientos,
De pertrechos acémilas cargadas
Para hacer caminos y calzadas.

Caminan á la parte del oriente
Por algunos terrenos despoblados,
Y aunque fueron por parte diferente
De los primeros mal afortunados,
Pero hallábase campo patente
Y zavanas con copia de venados,
Que por aquellos encumbrados cerros
Mataron con caballos y con perros.

Y aunque la tierra por do van es mala
Y no se descubria cosa buena,
Al Francisco de César y al Ayala
Nunca quiso quitalles la cadena;
A entrambos con collares los iguala:
Que no fué para todos poca pena,
Hasta tanto que las necesidades
Y los ruegos les dieron libertades.

Como por relacion que vino llena
El gobernador supo la partida,
Hizo la suya desde Cartagena
Al Cenú, do quedaba recogida
Gente para cavar en el arena,
Y por mas abreviar esta venida,
Por mar le pareció hacer su via
Con doscientos soldados que traia.

A los cuales se dió ninguna mano
Para poder tomar nuevos resuellos,
Pues sacando los piés del mar insano
Apenas asentaron bien los huellos,
Cuando los envió tras el hermano,
Y al Alonso de Cáceres con ellos
Por capitán que los acaudillase,
Y hasta dar con él que no parase.

Siguió su rastro pues con buen avío;
Y el general y los que con él fueron
Habian descubierto cierto rio
Que Brazo de San Jorge le pusieron,
Donde Yapel tenia señorío,
Segun decian indios que prendieron
En un pueblo do dieron de improviso,
Del cual huyó quien pudo dar aviso.

Luego Yapel que la razon percibe,
Por se vengar del campo peregrino
Armas y muchas gentes apercibe
Para les estorbar aquel camino,
Sin recelar poder que lo derribe;
Y fué furor que menos le convino,
Pues aquel belicoso movimiento
Salió contrario de su pensamiento.

Salieron en venganza de sus muertos
Bien dos mil indios por carrera llana,
Y vieron que los toros eran ciertos
Reconociendo gente castellana:
Abátense y estaban encubiertos
Con yerbas que tenia la zavana,
La cual es por allí de tal altura
Que podria servir de cobertura.

Prosiguiendo los nuestros sus viajes
Y sin este recelo caminando,
Cerca ya de llegar á los parajes
Do los indios estaban esperando,
Los de caballo ven ciertos plumajes
Por cima de las yerbas ondeando:
El avanguardia dijo lo que via,
Y hizo reparar la compañía.

Viendo que nuestra gente se paraba,
Conocieron los indios ser sentidos,
Y salen con aquella furia brava
Que suelen cuando van mas encendidos:
Sácanse luego tiros del aljaba;
El ancho campo hunden alaridos:
Vuela por la siniestra y la derecha
Infinidad de piedra, dardo, flecha.

Nunca se vido nao mas combatida
En tiempo de rigor con tanta onda,
Cuanto se ven con el arremetida
Los nuestros de los que hay á la redonda;
Resuenan los crujidos y estampida
De los corvados arcos y la honda;
Vense cercados de mortal injuria
En tanto que duró la primer furia.

Mas como campos hay acomodados
Para poder romper esta pujanza,
Salen los de caballo bien armados,
Olvidadas las leyes de templanza;
Abren salvajes pechos y costados
Ensangrentando la blandiente lanza;
La verde yerba se paraba roja
Y crece la mortífera congoja.

Viendo que los trataban desta suerte
Y cuán siniestramente les sucede,
En silencio la grita se convierte
Huyendo cada cual por donde puede;
Y aquel que se libraba de la muerte
Lugar no ve donde seguro quede,
Porque muchos con estos desconciertos
Se metian entre los cuerpos muertos.

Tomaron muchos indios dellos vivos
Para que al español su carga lleve,
Y ansí los que venian muy altivos
Y furiosos, en espacio breve
Se vieron en prisiones y captivos;
Y el que no tuvo hado tan aleve,
A Yapel ocurrió con paso tieso
A llevalle la nueva del suceso.

Los caballeros en su seguimiento
Abrevian lo posible su corrida:
En un alto divisan un asiento
De poblacion bien puesta y estendida;
Dióles aquella vista gran contento
Por ser su gran compás tierra florida,
Y la disposicion y circunstancia
Prometia hartura y abundancia.

Porque tenian estos naturales
Las casas todas bien aderezadas,
Con gran copia de huertas de frutales
Maravillosamente cultivadas,
Grandísimas labranzas de yucales
Y otras raices dellos estimadas,
Como batatas, ajes, himoconas,
Que suelen ser regalos de personas.

Asiento limpio por cualesquier vias,
Campiñas espaciosas por los lados,
Todas sus partes rasas y sanias,
Purísimos los aires y templados,
Aguas delgadas, espejadas, frias,
Rios con abundancia de pescados,
Y la templanza dicen ser tan buena
Que frio ni calor no les dió pena.

Después que lo poblado descubrieron
Pican con mas instancia los rocinos,
Pero por mucha priesa que se dieron
Habian ya hüido los vecinos,
Con aquellas presesa que pudieron
Y por diversas sendas y caminos,
De manera que los desta conquista
Entraron sin que nadie los resista.

Luego los caballeros y peones
Pensando de hallar un gran tesoro,
Escudriñaron casas y rincones
Sin les guardar respecto ni decoro,
Y en estas diligencias de ladrones
Recogerian seis mil pesos de oro,
Quedando con disgustos y querella
Por se les escapar toda la pella.

Otros pueblos habia por las frentes,
Como dos leguas el que mas escluso,
Subyectos, tributarios y obedientes,
Segun se conocia por el uso,
A este, que por castellanas gentes
Nombre de Pueblo Grande se le puso,
Donde Yapel, que todos los regia,
Iviernos y veranos residia.

Habia por sus campos y llanuras,
En grandor mas ó menos señaladas,
Muchas piramidales sepulturas
Y por la mayor parte renovadas;
Y estas por intentar otras venturas
No fueron desenvueltas ni sacadas,
Antes tocar en ellas nadie osa,
Por mandarse con pena rigurosa.

Esta se denunciaba con pregones,
Y algunos murmuraban y decian
Ser debajo de malas intenciones
Aquestas penas que se les ponian;
Mas el general daba sus razones,
Diciéndoles que allí se las tenian;
Pero queria que buscasen antes
Otras tierras mas ricas y abundantes.

Y que puesto quel pueblo fuese sano,
Era raiz la principal comida,
Sin que hallasen de maiz un grano,
Y no les iba menos que la vida,
Si paraban en tiempo del verano
Que para su jornada les convida;
Y ansi después que allí se rehicieron
Mucho mas adelante procedieron.

Siempre acia la parte del oriente,
Por partes de terreno despoblado,
E ya no poco número doliente,
Y el mas sano de todos mal parado,
Dieron después en un pueblo sin gente
Aunque bien proveido de pescado
En barbacoas asada muchedumbre,
Como tienen en Indias de costumbre.

Deste vientres vacios proveyeron
Y luego con aquel pio hambriento
Buscaron por allí, mas no pudieron
Hallar otro ningun mantenimiento;
Y aunque este se halló, los mas salieron
Tales que los batia flaco viento,
Y con ir desta suerte, todavía
Pertinacísimos en su porfía.

Continuando pues esta conquista
Segun la voluntad que los ordena,
Al gran rio de Cauca dieron vista
Aumentador del de la Magdalena,
De quien he sido yo buen corocista
Y he dado relacion no poco llena;
Y con enfermedad que los derriba
Muchas jornadas van por él arriba.

Habiendo hecho ya largo desvío,
Y muchos españoles perecido,
Vieron en una isla deste rio
Cierto pueblo por barrios dividido;
Para pasar á él no ven avío,
Por no selles el vado conocido,
Pero buscólo gente de pelea,
Y al fin halló por dónde se vadea.

Procuran caballeros pasar luego,
Pero los indios, viendo como vienen,
A todos sus bohíos ponen fuego
Y en las canoas meten cuanto tienen,
Dejando sin consuelo con el fuego
Aquellos que del aire se mantienen,
Pues no pudo hallar hombre cristiano
Cosa de que pudiesen echar mano.

En esta mas que mísera tormenta,
Mucho mayor que yo la represento,
El mas bajo y el hombre de mas cuenta
Por no morir en este detrimento
Con tallos de bihaos se sustenta:
Desventurado y mísero sustento,
Pues los flojos cogollos destas berzas
Cien mil desmayos dan en vez de fuerzas.

Todos á mas andar se consumian,
Y eso me da mancebo que mas viejo,
Y en el cansado cuerpo no tenian
Sino los huesos solos y el pellejo;
Y como nada bueno descubrian
Entraron principales en consejo,
Y la razon de todos fué resuelta
En que para la mar diesen la vuelta.

Volvieron pues la fatigada planta
Al prolijo camino que sabia,
Mas la debilidad era ya tanta
Que muchos perecian cada dia:
El que caia nadie lo levanta,
Y si lo procuraba no podia,
Porque comunes eran estos males,
Y los altos y bajos van iguales.

Los mas sanos caminan lo que pueden
Mas de la muerte que de vida ciertos;
Pues no van de manera que no queden
De dos en dos y de tres en tres muertos;
A pocos sepulturas se conceden,
Y estos cuasi quedaban descubiertos,
Aunque se lo mandaban á peones
Que venian atrás con azadones.

Mas no puede cavar la tierra dura
El que mas vigoroso parecia,
Y aun al hacer la funeral cultura
Mas que segunda vez acontecia
Quedar muerto sobre la sepultura
El mísero peon que la hacia,
Y ansi quien intentó cubrir el muerto
Quedó sin sepultura y descubierto.

Muchos con el hambriento desatino,
Demás de sabandijas que no cuento,
Habiendo guazumas por el camino
Las tenian por principal sustento:
Sequisimo manjar, gusto malino,
Desde el principio de su nacimiento:
Es fruta como mora, pero dura
Y muy mas seca cuanto mas madura.

Moras dirá que son el mortal ojo,
El orden de granillos algo ralo,
Y ha menester echallas en remojo
Quien quiere que de jugo den regalo;
Pero cuando mas rico, su despojo
Es el que dan astillas de algun palo,
Y el árbor que las da con todo esto
Quedaba de su fructo descompuesto.

Por despojallo manos diligentes
Y ser cuasi que todos á cogellas;
Pero menester ha muelas y dientes
Quien quiera digerillas y molellas;
Bien que para comellas estas gentes
Un no sé qué de dulces tienen ellas,
Mas el estómago de calor poca
Lanzaba las comidas por la boca.

Pero como su necesidad le mande
No llevar el Heredia pasos lentos,
Y Dios diese vigor para que ande,
Quien escapó con él de detrimentos
Llegó segunda vez al Pueblo Grande,
Menos de sus soldados los trescientos:
Los indios se pusieron en hüida,
También necesitados de comida.

Los nuestros rebuscaron las horruras
De las raices y otras chucherías,
Por aquellas labranzas y culturas
Que consumieron los pasados dias;
Abrieron ansimismo sepulturas
De huesos llenas, de metal vacías,
Aumento grande de sus aflicciones
Y pena de perder las ocasiones.

Estando pues allí la compañía
Cercada de mortales descontentos,
Con Cáceres llegó la quél traia
No menos fatigados y hambrientos;
De suerte que por una y otra vía
Fué la necesidad en crecimientos,
Y ansí por no cumplilles el sosiego
Juntos para la mar partieron luego.

Pero para llegar á los confines
Y términos del rico santuario,
El general mandó matar rocines
Por no poder hacerse lo contrario,
Entresacando de los mas rüines
El que les era menos necesario,
Y aqueste fué grandísimo remedio
Para no faltar muchos de por medio.

Y al repartir las partes del caballo
En él no se hallaba cosa fea,
Sin desecharse pié, tripa, ni callo,
Ni cuero, ni juntura de manea;
Cuecen en ollas el genital tallo
Como regaladísima lamprea,
Y las unas y otras reventando
Siempre remanecía menos blando.

Con estas desventuras repugnantes
A piés que parecian ir con grillos,
Entraron en las tierras circunstantes
Del Cenú, rotos, flacos y amarillos;
Mas el gobernador dos leguas antes
Salió con gente para recebillos,
Y en viéndolo la que llegó perdida
No pudo juzgar bien de su venida.

Háblanse los hermanos como hermanos,
Abrazaron amigos sus amigos,
Representándoles trabajos vanos,
Largos caminos, yerbas sin abrigos;
Del tierno sentimienlo los humanos
Ojos pudieran ser allí testigos,
Y mas desque supieron claramente
Muertes y perdicion de tanta gente.

Y para mas doblar el desconsuelo
El gobernador, hecho sentimiento,
Dijo, que reparar en aquel suelo
Los que venian era perdimiento,
Por no poder hallar un solo pelo
En toda la provincia de sustento;
Que pasen á Tulú, tierra sabida,
Donde tendrian cierta la comida.

Algunos hombres dellos impacientes
Respondieron con alterados pechos:
«Señor, señor, esos inconvinientes
Bien entendemos dónde van derechos:
Quiere vuestra merced y sus parientes
A sus solas gozar de los provechos,
Y al hí de puta vil que lo trabaja
Quitalle los granzones y la paja.

»Porque todos sabemos la grandeza
Y cuantidad del oro que se saca;
Quépanos parte pues de la riqueza,
O de las sepulturas la mas flaca;
Veis nuestra desnudez, nuestra pobreza,
Cubierta con pedazos de hamaca;
Y pues llevamos los peores ratos,
Hayamos para calzas y zapatos.»

Tales razones y por esta via
Estrellaron en medio de sus cejas;
Mas él como sagaz también sabia
Hacer á tiempos sordas las orejas;
Al fin los hizo ir donde queria,
Usando siempre de sus mañas viejas,
Con palabras de buen comedimiento
No todas veces dando cumplimiento.

Lleváronlos como de los cabellos,
Sin les valer razon, queja ni ruego:
El Alonso de Heredia fué con ellos
Con intenciones de volverse luego:
Llegaron á Tulú cansados huellos
Donde pararon con algun sosiego,
Porque por sus lugares y distancia
Hallaban de maices abundancia.

Como tuviesen pues harta comida,
Algunos se hartaron de tal suerte,
Que pensando tener con ella vida
Tragaron las angustias de la muerte:
Dejando ya la gente proveida
El Alonso de Heredia se convierte
Al pueblo del Cenú ligeramente,
Y el Cáceres quedó con esta gente.

El gobernador antes con navío,
Por aborrar por tierra de trabajo,
Subió desde la mar por aquel rio
Que es en grandeza no menor quel Tajo;
Y á las cuarenta leguas de desvío
Halló con remos principal atajo,
Porque cerca del rico santuario
Se podia llevar lo necesario.

Sin que la gente que llegó perdida
Este nuevo secreto conociese,
Ni pudo, pues aun bien no fué venida
Cuando le hizo luego que partiese:
Allí tenia barca prevenida
Para cuando la tal menester fuese,
Visto que con los remos y corriente
A la mar se llegaba brevemente.

Llegado de Tulú pues el hermano,
Es de creer que como consejero
No le querria dar consejo vano
Acerca de la guarda del dinero;
En lo que fué después no pongo mano
Ni me conviene sin comer primero,
Porque me tienen ya la mesa puesta,
Y hay mucho que decir en lo que resta.

CANTO CUARTO.

Donde se tracta del odio que concibió la gente que quedaba en Tulú contra el gobernador Pedro de Heredia, por no querellos admitir á las sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaron sacaba, y las demás variedades que entonces acontecieron.

El que manda soldados de conquista,
Puesto caso que sea comedido,
Como de cortedad no se desista
Ni fuere como debe bien partido,
Del mayor y menor es cosa vista
Que tiene de quedar aborrecido,
Y mas si les usurpan los provechos
Justamente debidos á sus hechos.

Y ansí la gente que en Tulú quedaba
Perdida del entrada, viendo esto,
No sin palabras feas blasfemaba
De su gobernador y de su gesto;
Y como ya con fuerzas se hallaba
No quisieron estar en aquel puesto,
Antes ir á buscar á Cartagena
Una comodidad que fuese buena.

A Cáceres dijeron el intento,
Al cual no pareció ser desatino,
Antes conforme con su pensamiento
De buena voluntad en ello vino;
Y aprestadas las armas y alimento
Al punto se pusieron en camino,
Rancheando los pueblos y lugares
Que confinaban por aquellos mares.

Pedro de Heredia, con la bolsa llena
De ricas piezas y de vasos finos,
Tenia siempre sospechosa pena
Que los que se partieron dél mohinos
Irian contra él á Cartagena
Para se rebelar con sus vecinos;
Y ansí determinó de salir fuera
A fin de les tomar la delantera.

Por sí ó por no, como varon discreto
Y animosísimo sobremanera,
Teniendo por verdad su mal concepto,
Pasó con brevedad esta carrera,
Por tener ya para cualquier efeto
A punto bergantin en la ribera
Del rio do tenian sus asientos
Y sacaban aquellos monumentos.

En él entró con poca compañía,
Mas no sin maña y ánimo supremo;
Llevó también el oro que tenia
De piezas cudiciosas por estremo;
E ya llegado do la mar batia
Hizo navegacion á vela y remo,
Y al puerto vino mas de veinte dias
Primero que las otras compañías.

Llegado Cáceres con sus soldados
Cerca de Calamar y su frontera,
Todos ellos quedaron admirados
De vello pasear por la ribera
Con muchos caballeros á los lados,
Gente recién venida forastera;
Uno dellos se rie y otro pasma,
Diciendo no ser él sino fantasma.

Pero llegados mas á los lugares,
Cada cual sus enojos desencierra,
Y allí tuvieron dares y tomares,
Mas para blanda paz que dura guerra;
Y él mitigó sus furias y pesares,
Y á todas sus querellas echó tierra,
El oro suyo todavía horro
Sin ofrecelles punta de socorro.

Mitigada doméstica tormenta
De lo que presumió sin estar cierto,
A los contractadores se dió cuenta
Haberse por el rio descubierto
Por donde celebrasen compra y venta,
Y barcos y navíos tengan puerto
Cercano de las ricas sepulturas
Por aguas mansas, llanas y seguras.

Aun no fué la razon bien entendida
Cuando, sin esperar prolijos ratos,
Partieron barcos llenos de comida
Para gozar de prósperos contratos;
Llegaron á la parte referida
Donde los precios no fueron baratos,
Pues se vendian los canarios quesos
A treinta y cinco y á cuarenta pesos.

Y con ser el viaje sin trabajos
Y la brevedad grande del camino,
Vendian un arroba de tasajos
A veinte y cinco pesos de oro fino,
Y poco menos una ristra de ajos,
Mas de cien pesos un barril de vino;
Y cuanto se llevaba de acarreto
Compraban estas gentes al respeto.

Hasta que con ganancia tan suprema
Acudian ya tantos al chillido,
Que de los precios abajó la flema
Poniéndolos en término medido;
Pero no fué la baja tan estrema
Que dejase de ser precio subido,
Pues arrojaban oro tan sin tiento
Que ganaban á mas de mil por ciento.

Viendo la mucha gente que se llega
A mejorar allí su pobre capa,
Fundóse pueblo donde se congrega,
Y el Alonso de Heredia hizo mapa
Para trazar solares en la vega
Del rio que se llama Catarapa,
Hoy villa de Tulú segun parece,
La cual en este tiempo permanece.

Como los indios vieron poblaciones
De mayor duracion y mas provecho,
Vinieron á las ver con intenciones
De no perder su tierra ni derecho;
Sobre la villa dieron escuadrones,
Cosa que nunca tal habian hecho,
Y agora que venian al remedio
Tomaron aquel rio de por medio.

Vinieron perlongando las riberas
A compás de sus roncos atambores,
Escuadras ordenadas por hileras
Como suelen cursados guerreadores;
Solamente faltaban las banderas
Por no llegar allí los inventores;
En lo demás el escuadron camina
Segun orden de buena disciplina.

Unos dellos con picas en las manos,
Otros, dorados arcos y carcajes,
Muy gallardos los mozos y los canos,
Sobre diademas de oro sus plumajes,
Y á su modo tan puestos y galanos,
Que no se vió de traza de salvajes
Otra de mas vistosa compostura
En gala, proporciones y hechura.

Llegados pues al arenal frontero
Del lugar do la villa se hacia,
Dispararon del escuadron primero
Copia de venenosa flechería,
Y á don Martin Guzmán, un caballero,
Mataron dos caballos que tenia,
Cuyo grave pesar fué de tal peso
Que quedó sin caballos y sin seso.

Hacen los españoles armas prestas
Para tirar á la contraria banda,
Contra las flechas duras y molestas,
Y el general á grandes voces manda
No tiren arcabuces ni ballestas,
Mas antes con palabras los ablanda,
Por ver si puede por alguna via
Traellos á la paz que pretendia.

Pero los mal sufridos andaluces,
Viendo contrarios tiros importunos,
Disparan las ballestas y arcabuces,
Con que debieron de herir algunos;
Y ansí huyeron todos de las cruces
Sin que parasen por allí ningunos;
Tras dellos fué con españoles ciento
Garci Avila del Rey en seguimiento.

Siguió por las señales de sus huellos,
Con otro capitán Antonio Perez,
Y no pararon hasta dar en ellos,
Donde prendieron hijos y mujeres;
Pero hicieron luego paz con ellos
Soltándolos con todos sus haberes,
Y desde entonces gente castellana
La tierra del Cenú tuvo muy llana.

Porque estos indios son ahidalgados,
Y guardan amistad si la prometen;
Gentiles hombres, bien proporcionados,
Prudentes en las cosas que prometen;
Tienen buhíos bien aderezados,
Y aquellos aposentos do se meten
Las mujeres gallardas y dispuestas,
Pulidas y en el traje mas honestas.

Andan cubiertas desde la cintura
Hasta los piés con una mantellina
Que hace razonable compostura,
De tela de algodon, delgada, fina;
Unas son blancas, otras con pintura,
Segun su voluntad les encamina;
Es gente finalmente que se pica
De ser muy estimada, por ser rica.

En aquesta sazon y coyuntura
Gobernaba Francisco Barrio-Nuevo
En Panamá, de quien en mi escriptura
Atrás hice memoria como debo;
El cual gobernador hizo cultura
En Acla reformando pueblo nuevo,
A Julián Gutierrez dando gente
Por ser su capitán y su teniente.

Aqueste capitán era casado
Con Isabel Corral, india ladina,
Hermana de Urabá, señor nombrado
En todo lo que por allí confina,
Con fama de caudal aventajado
Mas que ninguna señor de la marina,
Y por respecto della su marido
Era del Urabá favorecido.

Tractábanse de tiempo mas antigo,
Pues siendo capitán y rescatando
Con españoles que llevó consigo
Por esta costa de quien voy tractando,
Del Urabá se hizo gran amigo,
Como persona que tenia mando
En tiempo de Pedrarias, de quien era
Caudillo y capitán en la frontera.

Este cacique con voluntad sana,
Por ser de sus parientas la mas bella,
Dióle para mujer aquella hermana,
Con el honor y gracia de doncella;
A la cual Julián hizo cristiana
Y después desto se casó con ella,
Y en el baptismo de la ley divina
El nombre se le dió de la madrina.

El Alonso de Heredia, como vido
Por Barrio-Nuevo poblacion fundada
En el ancon y puerto conocido
A quien llamamos hoy el Ensenada,
Parecióle caer en el partido
De la gobernacion al Pedro dada,
Y quel de Panamá fuera salia
Del término quel rey le concedia.

Con el desasosiego desta pena,
No pareciéndole consejo vano,
Determinó de ir á Cartagena
Para le dar avisos al hermano;
Y después de tener consulta llena
A todos pareció ser lo mas sano
Poblar en Urabá que es allí junto,
Pues tienen para ir naves á punto.

Prepáranse pertrechos y atavíos,
Caballos, armas, estofado sayo,
Soldados viejos y de buenos bríos
Que no muestran flaqueza ni desmayo;
Doscientos hombres van en tres navíos
Año de treinta y cinco, mes de mayo,
En el uno valientes caballeros,
Y César de quien eran compañeros.

Estos como se viesen apartados
De Cartagena, vela levantada,
Por aquellos enojos atrasados
Determinaron dalles cantonada;
Metióse César pues con sus soldados
En Acla y en el mar del Ensenada,
Y Julián Gonzalez el teniente
Fortaleciése mas con esta gente.

El Alonso de Heredia ya testigo
De los culpados en hacer absencia,
Llegó con los demás adonde digo
Que querian hacer su permanencia,
Y por el Urabá mal enemigo
Se le hizo terrible resistencia
Con encubiertas, saltos, emboscadas
Y flechas de veneno preparadas.

Y así murieron de la primer mano
Un capitán llamado Juan Terrero,
Alvaro de Jaen y otro su hermano,
Un Alonso Rodriguez y un Montero,
Y Diego de Artes, un italiano,
Que no las tuvo contra mal tan fiero,
Y muerte sumamente trabajosa
A causa de la yerba ponzoñosa.

Aunque el pobre zagal iba burlando
De los salvajes y de su palillo,
Mas el engaño suyo sintió cuando
Con el dolor mudado y amarillo
Traspellados los dientes y rabiando
Hacia de la boca colodrillo,
Como suelen hacer con violencia
Los que padecen esta pestilencia.

El general Heredia, nada falto
De aquel esfuerzo que se requeria,
Buscó ciertas llanadas en un alto
De donde mar y tierra parecia,
Y sin contradiccion de mas asalto
El pueblo se fundó que pretendia,
Al cual por ser patron de la conquista
Nombró San Sebastián de Buena-Vista.

Señalan plaza, calles, pertenencias,
Al norte, sur, oriente y al ocaso,
Y danles sus medidas y decencias,
Segun daba lugar el campo raso,
Y hácense las otras diligencias
Que se suelen hacer en este caso,
Señalando lugar para castillo,
Y pusieron también horca y cuchillo.

Visto por Julián aquel asiento
Y ranchos de los nuevos pobladores,
Con don Martin Guzmán y regimiento
Vinieron con trompetas y atambores
A les hacer un gran requerimiento
A los otros modernos regidores,
Los cuales respondieron que lo oian
Y que á su tiempo les responderian.

Volvióse luego con sus bergantines
El Julián al pueblo donde estaba,
Con voces de trompetas y clarines
Y gente de quien él se confiaba,
Y después en sus puertos y confines
El uno y otro bando se velaba;
Pero ya por cordura, ya por miedo,
Entonces cada cual estuvo quedo.

Mas el Julián Gutierrez que sabia
Quién el gobernador Heredia era,
El puerto donde está fortalecia
Con bastiones de tierra y de madera;
También hizo plantar artillería
En lo mas cómodo de la ribera,
Simpre con centinelas en un viso,
Para si viesen velas dar aviso.

Mas el un bando y el otro se refrena
Velándose muy bien con sus parciales;
Y en estos dias ocasion ordena
Venir nueve mancebos principales,
Para desembarcar en Cartagena,
De Madrid todos ellos naturales:
Diego Lujan y don Juan de Guevara,
Don Nuño, y los demás de estirpe clara.

Desembarcados do se representa,
Al gobernador vieron al momento;
Mostró que de su vista se contenta
Por ser antiguo su conocimiento;
Pero no hizo dellos tanta cuenta
Que pasase de vano cumplimiento,
Pues siendo de su patria y tal linaje
No mandó les buscasen hospedaje.

Despídense confusos, y primero
Reconoció la noble camarada
Alonso de Saavedra tesorero,
El cual los convidó con su posada,
Enemigo mortal y delantero
En mala voluntad muy arraigada
Contra Pedro de Heredia, por sus fines
Y pretensiones buenas ó ruines.

Y es de creer que por el hospedaje
Y voluntad con que los regalaba,
Que á vueltas de los gustos del potaje,
Si de Pedro de Heredia se tractaba,
Habian de hablar aquel lenguaje
En que su mismo huesped les hablaba,
Y serian los mas de la comedia
Entremeses tocantes al Heredia.

Después desto, semanas ya pasadas
Oyó el gobernador por cosa cierta,
Quitar estos hidalgos las espadas
A mozos que pasaban por su puerta,
So color de pedillas emprestadas;
Y presumiendo mal desta cubierta
Fué luego con un solo compañero
A la casa del dicho tesorero.

A fin de descubrir esto que digo
Y quél adivinaba con el dedo;
Y este hidalgo que llevó consigo
Deciase fulano de Saucedo,
Deste gobernador fiel amigo,
En cuyo pecho nunca cupo miedo;
Ambos á dos con sendas alabardas,
Y sin mas prevenciones ni mas guardas.

Aunque vestidas armas de algodones,
Sayos y zaragüelles estofados,
Y en las cabezas puestos morriones,
Las espadas ceñidas á los lados,
Y con determinadas intenciones
Entraron á buscarlos alterados,
Cuando la noche ya cerrada era;
Pero los de Madrid estaban fuera.

Al dicho tesorero solamente
Hallaron y sin otra compañía;
El cual como al Heredia vió presente
Y de la mala suerte que venia,
No sin alteraciones y accidente
Preguntó luego qué es lo que queria;
El Heredia con voz no menos presta
Estas palabras dió por su respuesta:

«¿Qué disfraces son estos? qué rebozos?
Qué cautelas? qué tractos? qué traiciones?
¿Por qué quitais espadas á los mozos
Y las meteis detrás de los rincones?
¿Estamos en el monte de Torozos?
¿Es esta casa cueva de ladrones?
Vivid bien, tesorero Saavedra,
Y si no, sobre vos caerá la piedra.»

Responde: «No hay aquí gente tirana;
El mal sale de vos y en vos se encierra.»
Y como vió respuesta tan lozana,
Heredia de paciencia se destierra,
Dándole con la dicha partesana
Un coscorron que dió con él en tierra,
Y aquesto hecho con gentil denuedo
A su casa se fué con el Saucedo.

Y aunque como sagaz reconocia
Volver los otros por el agraviado,
Con esperiencia de su valentía
El vivia de sí tan confiado,
Que no quiso llamar mas compañía
Del Saucedo, por ser fino soldado;
Y ansí las novedades esperando
Por la puerta se andaban paseando.

Vinieron luego los del alianza,
Y viendo de su huésped el afrenta
A su cargo tomaron la venganza
Todos con intencion sanguinolenta:
Toman cada cual dellos una lanza
Y en busca van de quien se les presenta,
Porque viendo venir el torbellino
Los dos les hacen ahorrar camino.

Habláronse palabras algo bastas,
Segun que las dictaban accidentes;
Y como todos son de buenas castas,
Con presuncion de diestros y valientes,
Diéronse como dicen de las astas
Aferrándose bien frentes con frentes,
Pues cuantos eran, sin curar de espadas,
Jugaban con las armas enastadas.

Mas cuando las median sus furores,
Cada cual procurando su venganza,
Lanzas eran allí superiores
Por ser mayor el asta de la lanza;
No por eso los dos eran menores
En el esfuerzo y en la confianza,
Pues en la mas que vil y civil guerra
No pierden, sino van ganando tierra.

Porque el gobernador en el combate,
Con prontitud, valor y gran destreza,
Las unas y las otras les rebate,
Sin que mostrase brizna de flaqueza;
Pues del dicho Saucedo no se trate
En que tuviese punto de pereza,
Sino que con furor luciferino
Adelantaba siempre su camino.

Mas el gobernador con tal gobierno
Iba desembargando su pasaje,
Que no se vido furia del infierno
Que mostrase mas áspero coraje:
El duro bote se le hace tierno;
Cosa no halla que no desparpaje;
Y ansí se mete por las lanzas todas,
Como si fueran opulentas bodas.

Viendo que no les calan el ropaje,
El Lujan dijo con acerbas sañas:
«¡Oh! reniego de mí y de mi linaje!
¿Cómo tanto nos duran dos arañas?
Hago pleito solemne y homenaje
De me pelar las barbas y pestañas
Si no salimos bien con el motivo,
Y este crüel tirano queda vivo.

»¡A él, á él, hidalgos de Castilla,
Si de vuestros honores teneis celo!»
Acude luego toda la cuadrilla,
Y con botes á pelo y á pospelo
Le hicieron doblar una rodilla,
Y con ella tocar el duro suelo;
Y con estar ansí hizo su mano
Lo que pudo hacer valor humano.

En aqueste durable desatino,
Con haber voces de plebeya gente,
Nunca salió soldado ni vecino,
Sino Pedro Romero su teniente;
Aqueste con la vara del rey vino
Y el buen Joan de Orozco juntamente;
Cenaban ambos, y el manjar remoto
Vinieron á la grita y alboroto.

Viendo al gobernador en los conflitos
Con valor y destreza de romano,
Dicen «¡aquí del rey!» á grandes gritos,
Las espadas desnudas en la mano:
Han por bueno los nueve mudar hitos
Viendo su mal propósito ser vano,
Y con temor de no padecer muertes
En su posada se hicieron fuertes.

Prender los malhechores bien quisiera;
Pero aunque los llamó Pedro Romero,
Ningun vecino quiso salir fuera,
Antes se hizo cada cual roncero;
De quel gobernador se desespera
Con furia de leon ó tigre fiero,
Pelándose las barbas con despecho
De no poder salir con aquel hecho.

Fué milagro de Dios quedar con vidas
Los dos de tantas lanzas rodeados;
Ellos al fin quedaron sin heridas
Y dos de los contrarios lastimados,
Aunque traian cotas revestidas
Y todos nueve bien aderezados:
El gobernador pues quedó corrido
Y contra los vecinos desabrido.

Llamándolos traidores, desleales,
Y que juraba á Dios, en quien creia,
De los haber y publicar por tales;
Que pues ninguno dellos acudia,
En el crimen debian ser parciales,
Y en tan grande traicion y alevosía;
Y con este furor bravo y acedo
A su casa volvió con el Saucedo.

Quisiéranle hablar antes que entrase
A fin de que templara los enojos,
Mas no sufrió que tal se le tractase
Dándoles con las puertas en los ojos;
Saucedo le rogó que descansase,
Pero contrarios eran sus antojos,
Pues sin se desarmar, por su palacio
Se paseaba solo no despacio.

Y cuando ya Diana daba fines
A sus cursos en esta media esfera,
De sus negros llamó los mas insines
En el uso del arte marinera,
Y entró con ellos en los bergantines
Que solía tener en la ribera;
Y en uno dellos con su compañero
A Carex se partió, que está frontero.

En la isla saltó con su carillo,
Después que ya llegó la luz del dia;
Salió todo Carex á recebillo
Con amor ó temor que le tenia;
El señor de la isla por servillo
Inquirió la demanda que traia,
Y el Heredia con muestra placentera
Al indio respondió desta manera:

«De te favorecer son mis cuidados,
Y de mis obras eres buen testigo
En todos los negocios atrasados;
Y pues te vendes por mi fiel amigo
Hasme de dar mil hombres bien armados
Para que á Calamar vayan conmigo,
Porque quiero quemar estos cristianos,
Y allí ternás donde henchir las manos.»

El indio que le vió pedir ayuda,
Reíase pensando ser ficciones;
Mas el Heredia dijo que sin duda
Venia con aquellas intenciones,
Y dándole por cuenta mas menuda
Alguna relacion de sus pasiones,
En un instante saca de su tierra
Mil indios escogidos para guerra.

Pintanse todos, pónense plumajes,
Segun suelen hacer indios guerreros;
Arrebatan los arcos y carcajes,
Ponen en las muñecas flechaderos,
Con aquellas posturas y visajes
Que los hacen mas torvos y mas fieros;
Entraron en sus barcas ó canoas,
Y para Calamar guian las proas.

Para mas animar la compañía
Y hacelles cobrar bravo talante,
El dicho bergantin era la guia
Porque el gobernador iba delante;
Y á hora poco mas de medio dia
Surgen en Calamar poco distante,
Y á todos les causó tan gran espanto
Que de mujeres hubo grande llanto.

Porque el tumulto fiero y estupendo,
Al tiempo de surgir en la bahía,
Hizo con sus cornetas tal estruendo
Que pareció quel mundo se hundia,
Con grita que los aires va rompiendo
Y á todo corazon temor ponia,
Y mucho mas á quien tales rüidos
Nunca jamás tocaron los oidos.

No se pueden pintar las confusiones,
Los rumores, las gritas mal formadas
De mujeres, de niños, de varones,
Viendo ya sobre sí gentes armadas;
Ocurren á las armas de algodones,
Búscanse las rodelas, las espadas;
Mas cuanto se prepara, busca, piensa,
Era muy poco para su defensa.

Pues los soldados que hay no son bastantes,
Por ser pocos en estos menesteres,
Puesto caso que muchos contractantes
Habia, y abundancia de mujeres;
Y gritos y rebatos semejantes
No son para prendados mercaderes:
Al fin los baquïanos son los menos
Y salen con sus armas como buenos.

Allí Joan de Orozco dijo: «Quiero
Si sois servidos de me dar licencia,
Hablar con el gobernador primero
Rogándole que mire su conciencia,
Considerando bien el paradero
Desta desatinada competencia.»
Todos á una le ruegan que vaya,
Y ansí se llegó junto de la playa.

Y en tono que podia ser oido,
Dijo con las comunes prevenciones:
«Señor gobernador, sea servido
De me dejar decir cuatro razones,
Porque para decillas soy movido
Con buenas y con sanas intenciones,
Y en hecho de verdad guïado vengo
Por el amor que á vuestra merced tengo.

»Testimonio del gran dolor que siento
Son lágrimas que salen de mis ojos,
Viendo que vuestro buen entendimiento
Se deja subyectar de sus enojos,
Queriendo macular ese talento
Con apasionadísimos antojos,
Pudiendo castigar los delincuentes
Sin usarse de medios indecentes.

»Pues aunque con razon justa merezcan
Castigo los que la maldad hicieron,
La misma no requiere que padezcan
Aquellos que ninguna cometieron;
Y diligencias hay donde parezcan
Otros ocultos si la consintieron,
Para que se castigue la malicia
De los unos y otros con justicia.

»Esto pudiera ver vuestra cordura
Antes de tan pesadas novedades,
Y no poner en riesgo y aventura
Personas de tan buenas cualidades,
Y vuestro seso y ser con la locura
De mal consideradas mocedades,
Pudiendo con papeles, como digo,
Dalles segun las culpas el castigo.

»Y si fué por probar lo que valia
Aquel esfuerzo raro que en vos cabe,
Poca necesidad, señor, habia,
Pues acá y en España bien se sabe;
Y ansí de muchas esta valentía
De anoche no merece que se alabe;
No porque no lo fué, mas en tal caso
Indigna fué de tan prudente vaso.

»Muy buenos estarian los jüeces,
Cuando se les ofrecen ocasiones,
Teniendo de su rey poder y veces
Para convocar gentes con pregones,
Querer domar á solas altiveces
De los desvaríados corazones,
Como vuestra merced anoche quiso
Sin querer á los suyos dar aviso.

»Do contra tantas fuerzas invencibles,
Hablando sin lisonjas y sin dolo,
Hector, ni Telamon, ni el gran Aquiles
Hicieran lo que vos hicisteis solo,
Rodeado de armas con ardiles
Con mas hierros que rayos tiene Apolo;
Pero segun mi seso mejor fuera
Que lo guiárades de otra manera.

»Por ser gran freno contra gente verde
La gravedad y peso del anciano;
Y ansí como vuestra merced acuerde
De tomar sin pasion consejo sano,
Si buena coyuntura no se pierde
Agora la tenemos en la mano,
Y bastará salir vuestra presencia
Sola, para teneros obediencia.

»Por tanto, yo por todos ellos salgo
A suplicar aqueste beneficio,
Empeñando mi fe de hijodalgo
Ser esto sin aleve maleficio:
Deseo pues que sepan lo que valgo
Yo con vuestra merced y en su servicio,
Para que paguen los que son culpantes
Y no lo lasten pobres ignorantes.»

Dijo, con otras cosas que yo dejo,
Las cuales el Heredia fué notando,
Y con aquel reporte que es anejo
A los cuerdos que tienen algun mando,
Estuvo por un rato muy perplejo
Sus determinaciones tanteando;
Llegó pues á la proa desde donde
Estas pocas palabras le responde:

«Todo lo que decís, señor Orozco,
De cosas dirigidas á templanza,
Sin que me las digais yo las conozco;
Mas son los mas vecinos en la danza,
Y seria yo mas que vil y tosco
Si de tales hiciese confianza;
Y ansí no quiero ir ni quiero vellos,
Si no fuere para vengarme dellos.

» Agradezco, señor, vuestro buen celo,
Visto que lo teneis en honra mia;
Y porque me parece ser del cielo
Dejaré de hacer lo que queria;
Mas no para que quede sin repelo
De me satisfacer en otra via. »
Y aquesto dicho por la costa abajo
A Carex envió los mil que trajo.

Los nueve de Madrid, vista la cosa,
Primero que por partes los reparta,
Pusieron luego piés en polvorosa
Huyendo por la mar á Santa Marta,
Con ayuda de gente generosa,
No sin obscuridad y priesa harta;
Mas el gobernador con duro pecho
Al pueblo de Uraba se fué derecho.

No sin aplauso de contentamiento
Fué del mayor hermano recebido,
Y el resto de la gente del asiento
No menos se holgó cuando lo vido;
Mas á nadie dió parte del intento
Ni cuenta del negocio sucedido;
Y entonces solamente hizo cebo
Con que venia á ver el pueblo nuevo.

A todos abrazó con buen semblante
Grata conversacion, que tal lo era;
La cual como llevasen adelante
Vinieron á tractar de la frontera,
Do Julián estaba muy pujante
Con gente que huyó de su bandera,
Y cómo vino con aquel ostento
A les hacer un gran requerimiento.

Heredia respondió: « Pues él espera
A negociallo por aquesa via,
No será malo que se le requiera
Que salga de la tierra, pues es mia;
Y donde no, haremos de manera
Que baje de su loca fantasía,
Porque también acá tenemos manos,
Si no quiere tomar consejos sanos.

» Estos, señores, son mis pareceres;
Quizá donde nos piensa dar zozobra,
Socorreremos nuestros menesteres
Si ponemos las manos en la obra,
Por acudir allí mil mercaderes
Con tanto de regalo que les sobra;
Y esta negociacion sea temprana,
Y si quereis, hoy antes que mañana. »

Como tocasen en el interese
Y estuviesen allí necesitados,
Todos le respondieron que partiese,
Porque presto serian aviados,
Al dia y á la hora que quisiese,
Esos que por él fuesen señalados:
Holgóse mucho que con él concorden,
Y para la partida dieron orden.

Y para que con mas pujanza vaya,
Despachó treinta dellos con rocines,
Que fuesen caminando por la playa
Hasta se congregar en los confines,
En cierta parte quél les dió por raya,
Con los que fuesen en los bergantines,
Que serian sesenta solamente
Con tiros y aparato conviniente.

Los que por tierra van hallan lugares
Inaccesibles para caballeros,
Por ser la costa toda de manglares,
Malos pasos de ciénagas y esteros,
Y con reventazones de las mares
No podian hacer los piés lijeros;
Y ansí por sellés todo tan contrario
No llegaron á tiempo necesario.

Porque el gobernador y compañía
Que en bergantines por la mar llevaba,
A causa de ser poca travesía
Llegaron brevemente donde estaba
El Julián, que como ya los via
Armadas sus escuadras esperaba:
El Heredia de paz puso bandera
Hasta poder surgir en la ribera.

De donde segun uso cortesano
Habló, manifestando que su intento
Era mediante pluma y escribano
Venilles á hacer requerimiento,
Del sitio que poblaron alcen mano
Por ser de sus confines el asiento;
Y si, por no querer, males viniesen,
Daños ó muertes, á su cargo fuesen.

Con mayores instancias que yo digo
Leyó prestándole consentimiento
El escribano que llevó consigo
De *verbo ad verbum* el requerimiento;
Y en tono que podia ser testigo
Cualquiera de los del ayuntamiento,
El Julián Gutierrez dió respuesta,
Y la substancia dicen ser aquesta:

« Señor gobernador, yo fuí mandado,
Y aunque poblara mal y do no debo,
Agora me seria mal contado
Si sin tener licencia me remuevo;
Y para ver si es bien ó mal fundado
Hable vuestra merced con Barrio-Nuevo;
Pues hasta ver aquello quél dispensa
Tengo de procurar yo mi defensa.

» No se juzgue por loca demasía
En poner en aqueste caso dientes,
Porque vuestra merced también querria
Que lo mismo hiciesen sus tenientes;
Y si por leyes de razon se guia,
Las mias no serán impertinentes,
Y no me faltarán mañas y modos,
Pues por su Majestad poblamos todos. »

Oido lo que Julián decia,
Con levantado y alterado pecho,
Dellos se despidió con cortesía,
Manifestando que de su derecho
La Majestad real conoceria,
Del cual asaz estaba satisfecho;
Y encubriendo sus mañas y cautelas
Mandó levar las anclas y dar velas.

Quedaron muy enhiestas las cervices
Diciendo como ya lo vieron fuera:
« ¡Cuerpo de tal con él y sus narices
Y sus palabras de santiguadera!
¿Pensaba con blanduras y matices
Tornarnos á meter en su bandera?
Muy engañada pues vive la zorra
Que con hijo de madre no se ahorra. »

Tales cosas decian en su junta
Después que su bahía dejó sola,
Porque ninguno teme ni barrunta
El golpe de revuelta con la cola:
Heredia pues paró tras una punta
Con su gente de negros y española,
Para los asaltar con mas seguro
Revolviendo sobrellos con obscuro.

Y ansí cuando los ojos de mortales
Suelen con sueño mitigar su pena,
Y por allí marinos animales
Salen á desovar en el arena,
A ellos revolvió con sus parciales,
Sin ir vela pendiente del antena,
Sino con solos remos y á la sorda
Hasta llegar á parte de zaborda.

Era cuarto de legua mas abajo
Del asiento de los fortalecidos,
Y allí desembarcó con los que trajo,
Donde no fueron vistos ni sentidos;
A ciertas espesuras se retrajo,
Hasta que los demás fuesen venidos,
Y se juntasen mas allá del puerto,
Segun hicieron antes el concierto.

Mas ya tenia débil esperanza,
Pues poco mas ó menos adevina
Haber de ser prolija la tardanza,
Por ser de mal camino la marina.
De los que tiene hizo confianza,
Y á dar en Julián se determina;
Y porque no rehusen la carrera,
A todos animó desta manera:

« Señores mios, ya se hace tarde,
Y para dar sazon á lo que vengo,
No consiente razon que mas aguarde,
Por ser lo que esperais negocio luengo:
Y para subyectar este cobarde
Sobra la noble gente que yo tengo,
Y no digo con tantos, mas con menos,
Siendo tan valerosos y tan buenos.

»Y aunque con claridad estemos ciertos
Que llegarán aquí con los rocines,
Es imposible no ser descubiertos
Por indios que verán los bergantines;
Y los que duermen estarán despiertos
Para meternos en dudosos fines:
Tengo pues la victoria por mas cierta
Si nuestra voz y lanza los despierta.

» Si hay otro parecer que mejor suene,
Cada cual lo declare sin espina. »
Respondiéronle todos que conviene
El que su voluntad les encamina,
Y que ninguno dellos otro tiene
Que les sea mas cierta medicina;
Pues brevedad en trance semejante
Quita cien mil estorbos de delante.

Oidas á su gusto las razones,
Como buen capitán, en el instante
Ordenó sus pequeños escuadrones,
Ballestas y arcabuces adelante;
Y por mas levantar los corazones
En avanguardia va con un montante;
Los que velaban en paradas hechas
Vieron de lejos relucir las mechas.

Dan arma, segun es comun usanza;
Recuerdan los dormidos al aprieto;
Luego sin mas recato ni ordenanza
A caballo salió Rodrigo Nieto;
A los contrarios arrunjó la lanza
Como vido venir el bulto prieto;
El desdichado nunca hizo suerte,
Y si la hizo fué para su muerte.

Pues un soldado de la gente suelta
La misma levantó con los pulgares,
Y cuando Nieto quiso dar la vuelta
Con ella le rompió los dos ijares;
El alma de las carnes fué resuelta,
Mostrándole su lanza los lugares,
Pues la con que pensaba hacer tiro
Aquesa le causó mortal suspiro.

No con menos esfuerzos y denuedo
Salió acia la grita y estampida
El valiente Francisco de Quevedo,
Lozano joven y en edad florida;
Mas Cloto hizo que estuviese quedo,
Pues una bala le quitó la vida,
Y desta juliana compañía
Otros dos vieron su postrero dia.

Acuden otros muchos al rebato,
Pero mal puestos y peor regidos,
Y no con aquel orden y recato
Que suelen los que son acometidos;
Y ansí los del lugar en breve rato
Fueron desbaratados y vencidos,
Y los tractantes y los mercaderes
Ven en ajenas manos sus haberes.

Prenden con Julián mucha compaña,
Al menos principales capitanes,
Y aquellos que se dieron mejor maña
Fueron con César y los dos Guzmanes
A tomar por amparo la montaña
Con Isabel Corral y otros galanes,
Que por les conceder poco sosiego
Tomaron presto las de Villadiego.

Pero llegada la febea lumbre,
Cartas con ciertos indios les envía,
Diciendo que ninguna pesadumbre
Para siempre jamás se les daria,
Y que su condicion y su costumbre
Ya cada uno dellos la sabia,
Y con cuántas blanduras y paciencia
Perdonaba cualquiera malquerencia.

Vistas las cartas y el comedimiento,
Vino César con otra noble gente,
Y no sin lamentable sentimiento
Isabel Corral vino juntamente;
El gobernador hubo gran contento,
Y á todos recibió muy blandamente,
Y usó con César, á quien bien queria,
De gran urbanidad y cortesía.

Esperaron allí, y al tercer dia
Después que fué la villa saqueada,
Llegó por tierra la caballería
De los trabajos grandes fatigada;
En cuyos rostros bien se parecia
El escabrosidad de la jornada,
Y demás de otros males infinitos,
Llagados y comidos de mosquitos.

Mandó el gobernador á costa ajena
Partir con ellos ropas y vestidos,
Y aparejalles opulenta cena,
Do fueron largamente proveidos:
De diversas conservas mesa llena,
Vinos tintos y blancos escogidos;
En tal manera, que vacíos pechos
Quedaron por entonces satisfechos.

Después, el cuarto dia ya venido,
En los navíos meten por su mando
A la Isabel Corral y á su marido
Y á César con algunos de su bando;
Y á los demás del número vencido
Mandó dar libertad, apregonando
Que desde luego cada cual siguiese
La bandera que mas gusto le diese.

Como treinta soldados lo siguieron
De los que Julián acaudillaba,
Y los demás á Panamá se fueron
A dar las nuevas al que gobernaba;
Los treinta de caballo no pudieron
Sino volverse por la costa brava;
La causa desto fué por los caballos
Por no tener navíos do llevallos.

Con esto se partió del Ensenada
A verse en Urabá con el hermano,
El cual, de ver la buena cabalgada,
Y quel gobernador volvia sano,
Hízole fiesta muy regocijada,
Y á todos un convite soberano:
Hubo juego de cañas que pudiera
Parecer en Jerez de la Frontera.

Aqueste general convite hecho
Con servicios de gran magnificencia,
Que parte se supliò con el provecho
Habido de la nueva competencia,
El vencedor desencerró del pecho
El enojo de la primer pendencia,
Y estándole la gente bien atenta,
Con esta relacion lo representa:

« Señores, admiraros heis si cuento,
Pues todos me teneis amistad buena,
Un desacato y un atrevimiento
Cuya recordacion me causa pena;
Y fué juntarse muchos con intento
De me querer matar en Cartagena,
Viniendo nueve mozos al efeto,
Que cierto me pusieron en aprieto,

» Con largas lanzas y con hierros finos;
E yo y Saucedo que teneis presente,
Que hizo hechos de memoria dinos,
Nos defendimos valerosamente
Sin querer ayudarnos los vecinos,
Sino solo Romero mi teniente,
El cual para prendellos tuvo duda,
Porque ninguno quiso dar ayuda.

» Vista de los vecinos la malicia
Y de mayor traicion alguna muestra,
Para seguir la causa por justicia
Hame de socorrer ayuda vuestra;
La cual, pues que me fué siempre propicia,
Agora sé que no será siniestra,
Pues para corregir el mal que digo
Algunos tengo de llevar conmigo. »

Ansí como tocaron los oidos
Estos atrevimientos que les cuenta,
De gran espanto fueron poseidos
Oyendo desvergüenza tan exenta;
Y ansí dijeron los mas advertidos
Tocar á todos ellos el afrenta,
Y era muy grande cargo de conciencia
No castigar tan pérfida demencia.

Juan de Montemayor, que era maese
De campo, dijo: «Mas son en la danza
Si dellos escrutinio se hiciese,
Y mal aseguramos la balanza,
Disimulando yerro como ese
Y no se castigando sin tardanza;
Y aun serán pareceres acertados
Que vaya buena copia de soldados.»

El gobernador dijo: «Diferente
En el número es lo que yo siento,
Pues dos docenas bastan solamente».
Y hizo luego dellos nombramiento;
Mandólos embarcar incontinente,
Y fueron navegando con buen viento,
Procurando por evitar reproche
Entrar en Calamar á media noche.

Saltaron antes de llegar al puerto,
Y de lo que hicieron lo primero
Fué, por secretas vias con concierto,
Entrar en cas del dicho tesorero:
El cerrado lugar hacen abierto,
Pero hallándolo sin compañero,
De su propria posada fué remoto
Sin sentirse ruido ni alboroto.

Luego lo ponen en ajena sala,
Con cepo y grillos y con guardadores,
Y al buen Nuño de Castro y al Ayala,
Diciendo ser aquestos los fautores:
La vida que les daban era mala,
Y llena de pesados sinsabores;
Y sobre la prision que los estraga
Habia de mosquitos grande plaga.

Aquestas cosas hechas segun trato,
Barrio-Nuevo, varon de cano seso,
Sabiendo en Panamá del desbarato,
Y Julián Gutierrez estar preso,
Determinóse por mostrarse grato
Al que por sus respectos era leso,
Por su persona ir á Cartagena
Para librallo de prision y pena.

Fué caballero natural de Soria,
En estas partes único soldado
Que hizo hechos dignos de memoria,
Algunos de los cuales he tractado
En diferentes partes de mi historia,
Donde queda su nombre celebrado:
Era valiente y á las armas presto,
De nobles condiciones y modesto.

Efectuóse luego su partida
Con gana de traer á su caudillo:
Supo Pedro de Heredia su venida,
Salió con la ciudad á recebillo;
Y toda pesadumbre despedida,
El mismo lo hospedó por mas servillo,
Donde los dos conformes en razones
Vieron unas y otras provisiones.

Dieron trazas y cortes en el paño
De los bajos y altos de la sierra,
Aunque ningunos dieron en el daño
De los bienes robados en la guerra.
Barrio-Nuevo quedó con desengaño
Y el buen Pedro de Heredia con la tierra;
Y dióle con alguna mas hacienda
A Julian Gutierrez y á su prenda.

Esto hecho rogó por los opresos
Y en aquella sazon encarcelados,
Haciendo perdonar culpas y escesos,
Ya fuesen inocentes, ya culpados:
En efecto, quemaron los procesos
Contra los susodichos fulminados,
Y dado fin á todo cuerdamente
A Panamá volvió con su teniente.

Luego Pedro de Heredia, con cudicia
De cosas que por indios entendia,
Ordenó descubrir la gran noticia
Que por nombre Dabaibe se decia:
Dejó las cosas puestas en justicia,
Y al Darien llevó su compañía,
Guiando por el rio, con intento
De ver las tierras de su nacimiento.

Año de treinta y seis, á doce dias
Del mes de abril, segun las relaciones,
Entraron las cristianas compañías
A descubrir provincias y regiones,
Movidos por los dichos de las guias
Que llevaban con guardas y prisiones;
Los hombres de caballo son sesenta
Y todos los de pié ciento y cincuenta.

Caminaron por tierra despoblada,
Donde sus esperanzas son aviesas,
Pues con haber andado gran jornada
Las guias no cumplian sus promesas;
E yendo ya la gente fatigada
La meten por montañas muy espesas,
Cuyo lodoso y empapado suelo
Jamás lo visitó lumbre del cielo.

Esta molesta y enfadosa breña
Era de suyo tal y tan lluviosa,
Que recurso ninguno les enseña
Para valer su vida trabajosa;
Ni podian hallar siquiera leña
Para poder guisar alguna cosa,
Pues por ser agua cuanto della sale
La mayor diligencia no les vale.

Pedro de Heredia, con desabrimiento
Viendo su perdicion y el desatino,
Amenazó los indios con tormento
Si no guiasen por mejor camino:
Ellos representando buen intento,
Responden no deber estar mohino;
Pues por aquel restaban tres jornadas
Para dar en las tierras deseadas.

Con aquella promesa ya hacian
Cuenta de ver cumplidos sus deseos,
Con ser tercero mes que los traian
En estos circuitos y rodeos:
Siguieron pues los indios que los guian
Sin ver mejora para sus rancheos,
Antes por ser prolijos estos yermos
Los mas dellos estaban muy enfermos.

Continuando pues aquella via,
Atormentados con el mucho lodo,
Era peor lo que se descubria,
Y el infernal terreno de tal modo,
Que por poco quel hombre se movia
Daba grande temblor el suelo todo:
Van atollando no sin gran fatiga,
Y los caballos hasta la barriga.

En estos pegajosos tremadales
Desmayaba quien era mas constante,
Y no pueden los brutos animales
Salir de desventura semejante:
Allí ciertos peones principales
Dejándolos pasaron adelante,
Y prosiguiendo mas dos ó tres dias
Encontraron con muchas rancherías.

En partes montüosas y no rasas,
Pero los bajos limpios y sin ramas,
Ven infinitos rastros, no ven casas,
Ni señales de ranchos ni de camas;
Olor cierto de humos y de brasas,
Sin que pudiesen divisar las llamas;
Alzan los ojos, miran al desgaire,
Y vieron que vivian en el aire.

Porque tenian sus casillas hechas
Encima de los árbores y plantas:
Era gente de débiles cosechas
Sin uso de vestidos ni de mantas,
Proveidos de dardos y de flechas;
Su comun caza báquiras y dantas,
Sus tractos son por rios en canoas
Y viven en aquellas barbacoas.

Tomaron dos gandules desta gente
En cierta senda do hicieron salto;
Todos los otros valerosamente
Hicieron resistencia de lo alto,
Hasta les arronjar agua caliente
Para que se dejasen del asalto:
Al fin con estos dos indios volvieron
A dar la relacion de lo que vieron.

La gente castellana toda junta
A la lengua mandaron que les hable,
Y hecha por mil vias la pregunta,
No respondieron cosa saludable,
Antes de lo que dicen se barrunta
Ser gente pobre, vil y miserable;
Y ansí para del todo no perderse
Determinaron luego de volverse.

Volvieron á la mar rugosas frentes
Aquestos fatigados peregrinos,
A caballo llevando los dolientes
Con términos cristianos y benignos;
Y como ya dejaban hechas puentes
Y aderezados pasos y caminos,
Tardaron en volver por estas vias
Al pueblo de Urabá cuarenta dias.

Hallaron acogidas abundantes
De cuanto por su parte se procura,
Por acudir al puerto contractantes
Que traian regalos en hartura:
Volvieron á sus fuerzas como antes
Los enfermos mediante buena cura;
Murieron pocos antes de los puertos,
Y caballos también quedaron muertos.

Muchos murieron por faltalles heno,
Y demás desto cuando los caballos
Estaban atollados en el cieno
No teniendo vigor para sacallos,
Ni dónde restribar en el terreno,
No se podia menos que dejallos,
Pues atascaba hasta la espaldilla,
Y el español á mas de la rodilla.

Y en el cenagosísimo combate
También el atollar era de modo,
Que dejaban los mas el alpargate
En mas profundidad de largo codo;
Y quien por lo sacar hombros abate
Las barbas arrastraba por el lodo:
No faltaban también en las fatigas
Murciélagos, mosquitos y hormigas.

Y con ser la jornada tan nefanda,
La gente como ya se vido buena,
Deseaba volver á la demanda
Sin acordarse de pasada pena,
Con intento de ir por otra banda
Por tener el Dabaibe fama llena:
Y ansí ruegan á César lo tractase
Y el mismo César los acaudillase.

Tuvo César en esto diligencia
Para que su deseo se cumpliese:
Dióle Pedro de Heredia la licencia
Para que cien soldados escogiese,
Y con guias de mas inteligencia
Aquella gran noticia descubriese;
Y él señaló del número robusto
Peones y caballos á su gusto.

Con ellos se partió de su presencia
Y caminó por parte diferente;
Mas yo que de reñir tanta pendencia
Me siento fatigado de presente,
Querria, buen lector, mudar sentencia,
Si vuestra buena gracia lo consiente,
Por mandarme decir Pedro de Heredia
Un rüin entremés de su tragedia.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo á pedimiento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, oidor della, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció.

Segun reconocemos el enmienda
Poca, de las sobradas sinrazones,
Aquel que en Indias tiene su vivienda
No debria faltar en oraciones
Al sumo Hacedor que lo defienda
De jüeces de malas intenciones;
Pues aunque los castiguen cada hora,
Muy pocos ó ninguno se mejora.

Bien señalados son los que estas greyes
Han gobernado con sencillos pechos;
Mas otros so color de servir reyes
Nos tienen asolados y deshechos,
No por servir al rey ni cumplir leyes,
Sino por acudir á sus provechos,
Tan sueltos á cualquiera desverguenza
Que quien mas dice dellos no comienza.

Una destas solícitas raposas,
Que de Heredia solia ser amigo,
Con blandas muestras aunque cautelosas,
Segun se notará de lo que digo,
Viniendo por jüez usó de cosas
Dignísimas por cierto de castigo;
Aqueste se llamó Juan de Vadillo,
Primo del otro no mejor caudillo.

Senador fué de la real audiencia
De la Española, de los mas antigos;
Y como se pidiese residencia
Contra el Heredia por sus enemigos,
Enviaron aquesta pestilencia,
Aunque contradecian los amigos;
Y él hizo gran instancia con su ruego
Por una cosa que diremos luego.

Al tiempo que voló por los caminos
Fama desta riqueza que fué brava,
Como el Heredia y él fueron vecinos
Y por sus cartas amistad duraba,
Envióle Vadillo dos sobrinos,
Desde Santo Domingo donde estaba,
Para que fuesen dél favorecidos
Y en aprovechamientos preferidos.

Y como fuese gente regalada
Y en buscar de comer mal advertida,
Con otra harto mas cualificada,
De hambres y trabajos afligida,
Al tiempo que hacian un entrada
Ambos á dos partieron desta vida,
Y dieron á entender malos intentos
Que murieron por malos tractamientos.

Teniendo pues reales provisiones,
Y no menos escriptas en el pecho
Sus malas propriedades ó pasiones
Que se manifestaron por el hecho,
Pues cuanto hizo fueron sinrazones
Sin regla ni medida de derecho;
A Cartagena vino con buen viento,
Do le hicieron gran recebimiento.

Vino para que fuese su teniente
Fernán Rodriguez Sosa, lusitano,
Comendador de Cristo, y otra gente,
Oficiales ya hechos á su mano;
Fué alguacil mayor por consiguiente
Un Pedro de Jureta, y escribano
Un Juan Rodriguez, hombre temerario,
Que después condenaron por falsario.

Como fué recebida su persona
Con las solemnidades convinientes,
Luego la residencia se pregona
Contra el gobernador y sus tenientes;
A todos sus amigos desentona;
Privan con él los émulos presentes;
Secuéstrales los bienes y hacienda,
Y á Urabá fué gente que lo prenda.

En bergantines fué la compañía
Con Cazares y el Sosa lusitano,
Y habiendo navegado breve vía,
Vieron otro que viene ya cercano
Donde el gobernador mismo venia,
Y allí ni mas ni menos el hermano,
Ambos á dos quietos y muy fuera
Del duro sinsabor que los espera.

Como se viesen ya poco desvío,
Cazares dijo yendo con los remos:
«Pase vuestra merced á mi navío
Para serville como lo debemos.»
Respóndele: «Mas vos pasad al mio,
Sabré las novedades que tenemos.»
El Cazares pasó sin detenencia,
Y dióle cuenta de la residencia.

Ningun alteracion lo desenfrena
De lo que le contó como testigo,
Y en ser Vadillo tuvo poca pena,
A causa de tenello por amigo:
Llegaron todos pues á Cartagena
Adonde no hallaron buen abrigo,
Pues á los dos agravan con prisiones,
Con guardas de malditas condiciones.

Crece la furia, saña y homecillo
Del cúpido y avaro licenciado,
En tal manera que con ser Vadillo
Ninguno le podia hallar vado;
Busca por todas partes amarillo
Metal, que no lo quiere colorado,
Y por momentos al contrario bando
Les iba las prisiones agravando.

Y así con el trabajo recebido
El Heredia mayor (¡oh gran mancilla!)
Aquello que vivió, siempre tullido,
Y el poder escapar fué maravilla;
Y el tiempo que de mí fué conocido
Andaba como Leiva en una silla,
Pues á cualquier lugar que se mudase
Habia de tener quien lo llevase.

El licenciado pues que mal los quiere,
Con gana que su honra se destruya,
So graves penas los oidos hiere,
Como dicen, á mia sobre tuya,
Contra quien ó supiere ó encubriere
Cualesquier bienes ó hacienda suya,
Y si manifestasen oro alguno
También se les daria de diez uno.

Atormentaba negros y criados
Para que descubriesen el tesoro,
Los cuales como fuesen apremiados
Descubrieron, por redimir su lloro,
En diferentes partes enterrados
Al pié de cien mil pesos de buen oro.
Marcados ya, y en los libros reales
Pagados quintos á los oficiales.

Estos ó poco menos que yo pinto
Envió por servicio no pequeño
Al gran emperador don Carlos quinto
Con proceso que fué de falso sueño;
Pues como de verdad era distinto
Volviéronse después al propio dueño;
También él envió por propia cuenta
Dinero harto de que compró renta.

Podia bien compralla de las sobras
Porque tuvo donde meter las manos;
Y no tan solamente las zozobras
Se repartian por los dos hermanos,
Mas á todos hacia tales obras
Cuales suelen hacer hombres tiranos,
Hasta hacelles dar cuero y correas
Con amenazas de palabras feas.

Con este furioso desatiento
Quisiera, por sacar oro guardado,
Al Alonso de Heredia dar tormento;
Mas como lo tenia recusado,
Nunca quiso prestar consentimiento
Martin Rodriguez el acompañado,
Doctor de buenas letras y esperiencia
Y de mejor y mas sana conciencia.

Componen á su gusto los delitos
Buscando fabulosos delatores,
Y cuando presentaban los escritos
En su contradicion los defensores,
Eran amenazados con mil gritos
Los letrados y los procuradores,
Demás de molestallos con prisiones
Cuando les alegaban defensiones.

Al tiempo quel testigo declaraba
Debajo de solemne juramento,
El falso Juan Rodriguez asentaba
Lo que no le pasó por pensamiento,
Sino lo que Vadillo deseaba,
Por dar colores á su mal intento;
Y púdose saber de cierta ciencia
Cuando se les tomaba residencia.

Entre tanto que causas difinia
Por términos que no tuviera moro,
A los indios de paz gentes envia
A que por fas ó nefas diesen oro,
Y en estos miserables se hacia
Una crueldad dignísima de lloro:
Baltasar de Ledesma los regia
Y Montemayor era también guia.

Estos dos capitanes fueron tales
Y tan perjudiciales y nocivos,
Que demás de roballes los caudales
De cuanto contenian sus archivos,
Llevaron presos muchos naturales
Que hicieron esclavos y captivos,
Sin causa de delictos cometidos,
Antes siendo de paz y repartidos.

Seria de quinientos la partida,
Digo quinientos de Cipacua sola,
Mozos y mozas gente muy lucida
Contra la voluntad sacra charola;
Y el Vadillo después de recebida
Mandólos enviar á la Española
Para sus intereses y ganancias
Y servir en ingenios y en estancias.

Robando pues estos alderredores
Una noche soldados que velaban,
Vieron desde la cumbre resplandores
Que sobre Calamar reverberaban,
Y tuvieron por cierto ser ardores
De casas que en el pueblo se quemaban:
Y ansi por la distancia ser cercana
Vinieron en llegando la mañana.

Pero lo que pensaron no fué cierto
Ni hallaron el pueblo con desdoro,
Sino mayores males en el puerto
Y en aquel tiempo dignos de mas lloro:
La causa desto por haberse muerto
Su buen obispo fray Tomás de Toro,
Ansi que la señal esclarecida
Dió clara muestra de su buena vida.

En estos mismos dias César vino
Al pueblo de Urabá de su jornada,
Con mas de cien mil pesos de oro fino;
Pero toda su gente fatigada,
Por ser trabajosísimo camino
Aquel por do hicieron el entrada,
Montañas bravas, por cuyos conveses
Anduvieron perdidos siete meses,

Tierra lluviosa, ciega y espantable,
De todo morador aborrecida
Sin recurso de cosa saludable
Que pudiera servilles de comida;
Y por ser tal y tan inhabitable,
Se vieron en gran riesgo de la vida;
Sustentábanse con arbóreos tallos
Y con hoja de cañas los caballos.

Hecho cien mil pedazos el ropaje
De romper por aquéllas espesuras,
Y por los grandes cienos del viaje
Llenos de llagas y de desventuras,
No les quedaba callo de herraje
Y los caballos ya sin herraduras;
Faltábanles ya diez de los mas buenos,
Y de los españoles veinte menos.

Yendo pues con miseria tan continua
A desastrado fin suelta la rienda,
Sin esperanza de la medicina
Que promete salud á la vivienda,
La gran bondad de Dios les encamina
Un arroyo do, vieron cierta senda,
Y aunque de pocos huellos y maltrita
La gente cuasi muerta resucita.

Siguiéronla por ver si su costumbre
Los guia donde van sus esperanzas,
Y sacólos á tierra de mas lumbre,
Mejores influencias y templanzas:
Por ella suben hasta cierta cumbre,
Devisan rasos campos con labranzas,
Tantas y tan crecidas poblaciones
Que se vian en grandes confusiones.

Porque se vian todos de mal arte,
Hambrientos, fatigados y dolientes,
Y ansí les parecia no ser parte
Para salir á dar con tantas gentes;
Y demás de sentir flaco su marte
No tenian caballos convinientes;
El uno estremo y otro les es duro,
Mas tomaron al fin el mas seguro.

Aqueste sobredicho potentado
Es tierra del Guacá que se derrama
Por rico mineral á cada lado,
Cuya grandeza publicó la fama;
Y el indio de quien era gobernado
Utibará supieron que se llama;
Hicieron pues los nuestros sus conciertos
De estarse por entonces encubiertos.

Por ir apriesa Titan al ocaso
Y esperar á sazon mas convenible;
E ya de dia, por henchir el vaso
Y dar satisfaccion al mal terrible,
Salieron todos ellos á lo raso
Con aquel orden que les fué posible,
Y no pararon con los escuadrones
Hasta meterse por las poblaciones.

Firmes se hacen en el valle llano
No sin admiracion de los vecinos,
Porque nunca jamás vieron cristiano
Ni caballos hollaron sus caminos;
Buscaron pues los españoles grano,
Y dieron de comer á los rocinos:
Los hombres bárbaros temblaban dellos
Oyendo sus relinchos y resuellos.

Hablóles César amigablemente
Con lengua que traia curiosa,
Y puesto caso que era diferente
Entendian al fin alguna cosa;
Acude grande número de gente
A la qué tienen por maravillosa,
Trayéndoles á todos por momentos
Gran abundancia de mantenimientos.

Mas Francisco de César, aunque vido
Ser de sinceridad el aparencia,
Como capitán diestro y advertido
Velábase con grande diligencia,
Porque se via mal apercebido
Y de los indios grande la potencia;
Demás desto muy flacos los caballos
Para con las espuelas fatigallos.

A cabo pues de tres ó cuatro dias,
Supo por mensajeros en la sierra
Utibará que nuestras compañías
Andaban recorriéndole la tierra,
Y para quebrantar sus lozanías
Trajo como dos mil hombres de guerra,
Con flechas, hondas, y con largas lanzas
Y con sus atambores y ordenanzas.

Habia de cornetas gran repique
Ostentando sus fuerzas y poderes,
Y todos cuantos son puestos á pique
Segun requieren tales menesteres:
En ricas andas traen al cacique;
También viene gran suma de mujeres
A gozar de la caza castellana,
Que todos allí comen carne humana.

Cuando venian era de ver dino
El orden que traian los salvajes,
Aquellas joyas ricas de oro fino,
Aquella gran soberbia de plumajes,
Aquel alborotado torbellino,
Aquellos ademanes de corajes,
Y de los españoles el mas fuerte
Tragada, como dicen, ya la muerte.

Puestos en Dios los flacos corazones,
Haciendo votos y prometimientos,
Y suplicándole con oraciones
Que les libre de tales detrimentos,
Porque tan crudelísimas naciones
No hagan de sus carnes alimentos,
Mas prestos los dolientes y los sanos
A se valer de Dios y de sus manos.

General del ejército pagano
Que los unos y otros animaba
Era de Utibará menor hermano,
Que no se supo cómo se llamaba:
De grandes miembros, mozo tan lozano
Que todos los demás sobrepujaba
En la disposicion y en ornamentos,
Y en sus astucias y acometimientos.

Bajó pues la beligera refriega,
Segun guerreros usos ordenados,
Hasta ponerse dentro de la vega
Do los nuestros estaban afirmados,
Que viendo la gran furia que se llega
Salen á su defensa reportados;
Por todos son ochenta solamente,
Entrellos de caballo hasta veinte.

Salen las piernas en las confianzas
Del que domina las eternas sillas,
Rompiendo van los hierros de las lanzas
Bárbaros hombros, pechos y costillas;
Y por aquellos campos y labranzas
Hacian todos ellos maravillas,
A las espaldas siempre los peones
Apriesa meneando los talones.

Sin osar desmandarse de la huella
De los caballos que les van delante,
Y al escuadron que ven que se atropella
Acude cuchillada penetrante;
Para poder en ellos hacer mella
Presume cada cual de ser gigante,
Pues no les iba menos que las vidas
Si con intermision dan las heridas.

El animoso César, hecho torre
Que por diversas partes es batida,
Ningun escuadron halla que no borre
Dejando los regentes sin la vida;
Vuelve sobre los suyos, y socorre
La parte que ve mas enflaquecida,
Y el caballo de carnes mal compuesto
A todos lances lo hallaba presto.

Las voces y terribles alaridos
Rompen los aires hasta las estrellas;
Resuenan por los campos estendidos
Los gritos de las dueñas y doncellas;
En diferentes partes hay gemidos
Y sones de mortíferas querellas;
Cesa con ellos, porque son mayores,
Aquel de sus cornetas y atambores.

Y el César todavía con reguardos,
Porque su gente no se desordene,
Va derribando de los mas gallardos
Con tal velocidad cuanta conviene;
Acometia no con pasos tardos,
Y sobre sus peones luego viene
Haciendo de sus golpes el empleo
En los que via con mejor arreo.

Bien como torbellino violento
Que lleva su furor por la cultura
De plantas do de fructas hay aumento,
Del cual ninguna puede ser segura;
Mas con los soplos del nocivo viento
Siempre suele caer la mas madura,
Y con mas lijereza que de jara,
Donde los daños hace no repara:

A su similitud y semejanza
El violento César y arriscado,
Rompiendo por aquella gran pujanza
Derriba lo mejor y mas granado,
Recambiando los lances de su lanza
A diestra mano y al siniestro lado,
Precipitando cuerpos por el suelo
Y recogiéndose con presto vuelo.

Viendo tanta matanza como digo
Utibará se pasma con espanto,
Y mucho mas de ver un enemigo
Solo ser causa de tan duro llanto;
Y no sé yo si César el antigo
Con Petreyo y Afranio hizo tanto,
Cuando con hechos dignos de memoria
Les quitó de las manos la victoria.

Pues es ansí quel general maestro,
Hermano del cacique que los rige,
Llegó los derramados como diestro
Y en escuadron formado los corrige,
Y con su cuerno del lugar siniestro
Al batallon cristiano mal aflige,
Porque con picas largas tal se cierra
Quel español cansado pierde tierra.

Bien ansí como cuando toscas gentes
Encierran el indómito ganado,
Que por partes que son mas convinientes
Lo llevan recogido y enhilado:
Pero si vuelven las cornudas frentes
A ellos, han por bien de dalles lado,
Huyendo su furor sin aguardallo,
Eso me da de pié que de caballo:

No menos fué la grande arremetida
Desta gente feroz y carnicera,
Pues cuando todos iban de vencida
Y el español allana su carrera,
La gente por el indio recogida
Una carga le dió de tal manera,
Que con aquel estremo de congoja
Traia cada cual la mano floja.

El animoso César bien lo via,
Y á gran priesa volvió por aquel lado;
Procuró de romper, mas no podia
A causa del caballo ya cansado,
Demás de que con larga piquería
Aquel gran escuadron halló cerrado,
Los cuentos dellas en el suelo puestos
Y guiadas las puntas á los gestos.

Andando pues en el guerrero trato
Como leon que busca sus despojos,
En las mayores furias del rebato
En aquel principal puso los ojos,
Y dijo con gemido: «Si este mato,
Honroso fin ternán nuestros enojos;
No sé qué medio tenga ni qué haga
Para dar fin á tan ardiente plaga.»

Al cielo van sus ojos con suspiro,
Y dijo: «Dios inmenso, soberano,
Mirad la desventura que yo miro
Si nos vence furor tan inhumano;
Y ansí para que pueda hacer tiro,
Guie la vuestra mi cansada mano;
No prevalezcan los que no os entienden
Y con tantas maldades os ofenden.»

Para hacer el tiro que nivela
Sobre los dos estribos se levanta;
El brazo sacudió y el asta vuela
Encaminada con ayuda santa,
Pues el golpe le dió, y el hierro cuela
Rompiéndole por medio la garganta;
Quedó pendiente del robusto cuello,
Y luego le faltó vital resuello.

El suelo maculó con su caida,
Forzado de mortales confusiones;
Por ambas partes vierte la herida
Sangre que sale dél á borbollones,
A vueltas de la cual salió la vida
Con tal espanto destos escuadrones,
Que todos cuantos junto dél confinan
Con fria confusion se remolinan.

Bien como puercos en el arboleda
Que son de canto lobo salteados,
Y con gruñidos grandes forman rueda,
Volviendo los colmillos afilados
Con tenazadas para que no pueda
Sacar al ya herido por los lados:
Ansí se puso quien se halló junto,
Temiendo que les lleven el defunto.

Y luego con aqueste pensamiento
Lo levantaron del sangriento llano,
Y con arrebatado movimiento
Lo pusieron delante del hermano,
El cual con entrañable sentimiento
Del campo por entonces alzó mano;
Y ansí se recogieron los gigantes
No con el brio que vinieron antes.

Pues lamentando suben por el puerto,
Sin mas mirar la gente forastera,
Utibará pegado con el muerto,
Haciéndolo llevar en su litera:
Los españoles puestos en concierto
Hasta que traspasaron la ladera,
El de mas humildad y el menos manso
Harto necesitado de descanso.

Mas como de los rostros y mejillas
Cesasen ya los cálidos sudores,
Hincando por el suelo las rodillas
Dan gracias al Señor de los señores,
Obrador de tan grandes maravillas,
Tantos bienes, mercedes y favores,
Pues en aquella peligrosa suerte
Ningun herido dellos fué de muerte.

Desarman los caballos y á sus puntos
Diéronles de maiz bateas llenas;
Cenaron ansimismo todos juntos
Sobresaltadas y lijeras cenas,
Habiendo despojado los difuntos
De joyas de oro que trajeron buenas
Diademas, chagualas, capacetes,
Orejeras y ricos brazaletes.

No parecia indio ni semeja,
Hasta que ya pasó tercero dia,
Que captivaron una buena vieja,
A quien amenazaban á porfia
Que le desollarian la pelleja,
Si buenamente no les descubria
Dónde tenian sus enterramientos
Los indios cuyos eran los asientos.

Con el deseo de se ver segura
De tan crüel ensayo y aspereza,
Dijo que les daria sepultura
De donde sacarán mucha riqueza;
Que la mostrase luego se procura
Por estar su salud en la presteza;
Estaba pues tres leguas de desvio,
Y habian de pasar un grande rio.

Siendo certificados y advertidos
De cómo les daria buena pella,
De cosas necesarias proveidos,
La vieja caminó, siguen su huella,
Y porque no cumplió ser divididos
El campo todo junto fué tras ella:
Vieron el grande rio nada sesgo,
Mas al fin se pasó sin haber riesgo.

La temerosa vieja que los lleva,
En cierta parte poco montüosa
Manifestó la boca de la cueva
Cubierta de una bien labrada losa;
No fué para hacer cúpida prueba
La gente castellana perezosa,
Bajando por algunos escalones
Con lumbre para ver bien los rincones.

Sepulcro fué, segun que parecia,
Y entierro de señor cualificado,
Por ser todo de buena cantería,
Y á manera de bóveda labrado:
Buscóse lo que mas se pretendia,
Y hallaron de oro buen recado,
Pues los públicos fueron cien mil pesos
Sin los que por los senos fueron presos.

Porque llegó la noche y obscurana,
Cercanos al raudal se detuvieron,
Y llegada la luz de la mañana
Pasaron con la priesa que pudieron,
Y para se afirmar en tierra llana
Al lugar conocido se volvieron,
Donde tomaron otra vieja buena
Que por ventura los libró de pena.

Porque les descubrió que congregaba
Ulibará gran número de gentes,
Y que la tierra toda se juntaba
Con armas y furiosos accidentes;
Con cuyas nuevas cada cual temblaba,
Por ser tan pocos, y los mas dolientes,
Y de comun acuerdo todos quieren
Dejar la tierra sin que los esperen:

Pareciéndoles cosa mas segura
Estar de su furor larga distancia
Que subyectar á riesgo y aventura
Las vidas y las honras y ganancia;
Pues aquello que dió la sepultura
Valor y caudal era de substancia;
Y ansí puestos en orden y concierto
Volvieron riendas al marino puerto.

Guiando por diversa derescera
Pablo Fernandez, adalid famoso,
Atinó siempre, pero de manera,
Que fué camino menos trabajoso,
Y en cincuenta y tres dias de carrera
Llegaron al lugar de su reposo,
Que es Urabá, donde dijimos antes
Llegar aquestos mismos caminantes.

Llegados á la mar y á su castillo
Estos á quien libró propria prudencia,
El César preguntó por su caudillo
Para le dar razon con obediencia;
Y respondiósele cómo Vadillo
Le toma rigurosa residencia,
Al insigne valor dando baldones,
Y á buen servicio malos galardones.

El buen César responde no ser dina
Su gran virtud de semejante pena,
Y decia ser intencion malina
La que con tal rigor se desenfrena;
Y ansí con sus soldados determina
Partirse luego para Cartagena,
A ver la residencia cómo anda,
Y lo que por Vadillo se le manda.

Puestos en Calamar la luz absente,
Ver al gobernador fué lo primero,
Entregándole muy secretamente
La parte que le cupo del dinero,
Y consolándole del mal presente;
Ven la presencia del jüez severo,
Que por lo que de César habia oido
Contento recibió cuando lo vido.

El César le habló como discreto,
Vadillo lo regala y acaricia,
Ambos á dos hablaron en secreto
De cosas que rastrea la cudicia,
Preguntándole muchas, y en efeto
César dijo traer cierta noticia
De prósperos y auríferos terrenos,
Cuyos principios vieron y eran buenos.

Dió cuenta del recuentro riguroso
Pintándolo con encarecimiento,
Y ser negocio rico y honoroso
Continuar aquel descubrimiento;
De suerte quel letrado cudicioso
En esto colocó su pensamiento;
Y percebidas bien las relaciones
Con él César habló tales razones:

«Para que tanta tierra se subyete,
Rica segun se ve por el indicio,
La continuacion á vos compete,
Por ser tan singular en el oficio;
Pues vuestra buena fama me promete
Que á Dios y al rey hareis este servicio,
Y otra paga mejor y otros provechos
Acá sabremos dar á vuestros hechos.

»Que bien sé del pasado desvarío
Y de vuestros honores el embargo;
Mas el gobierno ya, señor, es mio,
En el cual duraré por tiempo largo;
Y ansí demás de daros buen avío,
Quiero restituiros vuestro cargo
De general y mi lugarteniente,
Con poder y recado conviniente.

»A todos los que siguen vuestro bando
Bien les podeis decir y hacer ciertos
Que los Heredias ya no tienen mando,
Y que pueden contallos con los muertos;
A miserable fin se van llegando
Por sus intolerables desconciertos,
Y mas en apelar de mi sentencia
E ir á España con su residencia.

»Sus causas van asaz bien substanciadas,
Y tan probadas culpas cometidas
Que les harán mercedes señaladas,
Si los dos escaparen con las vidas;
Pudieran las sentencias pronunciadas
En muy mayor rigor ser convertidas,
Y á mí me culpará cualquier prudente
Por haberme mostrado tan clemente.

»Muchas cosas intentan y menean
Para diminucion de su delito;
Llanísimo negocio fantasean
Con ser el de sus culpas infinito;
Y allá me lo dirán desque se vean
Los crímines atroces por escrito,
Do se conocerá patentemente
Que yo no me moví por accidente.

»Mas desto no se tracte, pues que tiene
Su fin y paradero con revista:
Volvamos al Guacá, donde conviene
Llevar mas adelante la conquista;
Para lo cual vuestra merced ordene
Cómo hagamos luego nueva lista
Y por entrambas partes se trabaje
De dar buenos despachos al viaje.»

Dijo Vadillo lo que le parece
Convenir mas á su aprovechamiento;
Y el Francisco de César agradece
Aquella voluntad y ofrecimiento,
Demás de que las cosas engrandece
Que vieron en aquel descubrimiento;
Y ansí con atencion á sus provechos
Se conformaron ambos á dos pechos.

En seguimiento pues de su rencilla
Pendiente de testigos y probanzas,
Pedro de Heredia fué para Castilla,
Alentado de buenas esperanzas:
Al Alonso por cárcel da la villa,
No sin seguridades de fianzas,
Habiéndose pasado ya dos años
Que duraban las penas y los daños.

En aquesta sazon el uso viejo
De la veloce fama frecuentado,
Mediante prevenciones y aparejo,
Habia en la Española publicado
Tomarse mal en el real consejo
Las insolencias deste licenciado,
Por cuyos desvarios y demencia
Con brevedad vernia residencia.

Como la nueva desto se tendiese,
Por quien amistad llana le debia,
Aviso se le dió para que viese
Aquello que á su honra convenia,
Y con mejores obras desbiciese
Lo que por sus contrarios se decia,
Pues todos publicaban sinrazones
Indignas de sus buenas opiniones.

Y si de sí sentia maleficio
Y olor alguno de jüez tirano,
Procurase hacer algun servicio
A Dios y al rey y al reino castellano;
Pues tenia soldados y el oficio
Y buenas ocasiones en la mano,
Y tal podria ser alguna dellas
Que no diesen oidos á querellas.

Las cartas vistas y por él abiertas,
Como le remordia la conciencia,
No tuvo tales nuevas por inciertas,
Mayormente viniendo del audiencia;
Túvolas solapadas y encubiertas,
Mas no para hüir de su sentencia,
Pues luego hizo junta de varones,
Con quien comunicó sus intenciones.

Y díjoles: «Señores, mi deseo
Es de servir á la real corona,
Y pues á quien le da mejor empleo
Su Majestad, mejor lo galardona,
En aquesta jornada que proveo
Yo me quiero hallar por mi persona;
Que no conviene, yendo tanto bueno,
Quedarme yo las manos en el seno.

»Mi determinacion es la que digo,
Y en cualquiera rigor hallarme quiero,
Sin rehusar encuentro de enemigo
Ni de sangrienta lid el trance fiero;
Todos terneis en mí fiel amigo,
Un llano capitán y compañero,
Y en el gobierno y en el tractamiento
A ninguno daré desabrimiento.

»Y pues tenemos todo buen recado
Y el tiempo de verano nos convida,
Pido las voluntades y cuidado
Para la brevedad de la partida;
La falta del que va mal aviado,
Antes hoy que mañana me la pida,
Porque sin reservar dinero mio
Procuraré de dalle buen avío.»

Vista su voluntad, con la blandura
De tanto cumplimiento cortesano,
Correspondieron con lo que procura
No menos el mancebo quel anciano;
Diciéndole tener á gran ventura
Que los rigiese tan ilustre mano,
Pues con tal capitán duda ninguna
Tenian de su próspera fortuna.

Conocido de todos el intento
Que de seguir el suyo se tenia,
Vadillo, lleno de contentamiento,
A cada cual las gracias le rendia,
Y para su mejor aviamiento
Las cosas necesarias proveia;
Y todos ellos luego hacen prestas
Fumosas escopetas y ballestas.

Ocupan fraguas en hacer harpones;
Afílanse las lanzas, las espadas;
Afórranse los duros morriones,
Los defensivos cascos y celadas;
Ponian á las armas hebillones
Que tienen de algodones preparadas,
Manijas y brazales de rodelas,
Por mas fortalecer tales tutelas.

De trescientos soldados es la copia,
Varones de valor y vigilancia,
Bien aviados á su costa propia,
Por tener de dineros abundancia;
Van mas de cien esclavos de Etiopía
Que hubo cada cual de su substancia;
De indios y de indias gran bullicio,
Que también llevan para su servicio.

Llevaban de caballos copia larga,
Que podian romper cualquier rencilla,
Porque demás de muchos para carga
Iban sobre doscientos para silla,
Do pueden menear lanza y adarga
Los jinetes que van en la cuadrilla;
Llevan sus faldas, pechos y testeras,
Con otras circunstancias cumplideras.

Presentan al Vadillo pues la lista
De todos los soldados principales
Aderezados para la conquista,
De fieros y remotos naturales;
La cual, como ya fuese por él vista,
Nombró los capitanes y oficiales:
A César hizo general teniente,
Por ser para tal cargo suficiente.

Fué capitán de la caballería
Juan de Villoria, noble caballero;
Por consiguiente del infantería
Alonso de Saavedra, tesorero,
Montemayor alférez, y regia
El escuadron que llaman machetero
Baltasar de Ledesma, que contino
Habia de romper duro camino.

Escuadra fué Francisco de Mojica
Y otro dicho Joan Ruiz de Molina,
Y con los mismos cargos les aplica
A un Caravajal y otro Medina,
Y á Noguerol, que ser francés publica,
A quien muerte crüel hado destina,
Pues fué de los soldados el primero
Que peleando vió su fin postrero.

Es adalid por sus antigüedades
Pablo Fernandez, que en los menesteres,
Inconvinientes y necesidades,
Tuvo bien acertados pareceres;
Son sus colaterales Juan de Frades,
Un Portalegre y un Alonso Perez,
De quien en los rigores ó bonanzas
Hizo Vadillo grandes confianzas.

Para celebracion de sacramentos
Van cuatro religiosos ordenados,
De quien no sé decir sus nombramientos,
Y es porque no me fueron declarados;
Llevároнse cumplidos ornamentos
A santos sacrificios dedicados:
También llevan trompetas y clarones
Para mover humanos corazones.

Aderezados ya desta manera,
Un bando de atambor la gente llama
Para que se juntasen á bandera,
Al tiempo que á Titon deje su dama;
Mas entre tanto quellos salen fuera,
Yo determino de tomar mi cama,
Pues apresura Cintia sus caballos
Y se reiterán voces de los gallos.

CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo el licenciado Joan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guncá y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada.

Cuando con lumbre de la cuarta esfera
Se descubria tiempo matutino,
Y el mismo rey de Delos con carrera
Veloce visitó décimo sino,
Siendo ya quince cientos de la era
Y treinta y nueve del natal divino,
Sonaron trompas que la gente vaya,
Y ansí se congregaron en la playa.

Vergas en alto tienen los navíos,
Prestos en la ribera los bateles;
Embárcanse caballos y atavíos,
Soldados, capitanes, coroneles;
Hacen de Calamar luego desvíos,
Hinchen velas los vientos infieles,
Entonces buenos, pues con larga escota
Al puerto de Urabá llegó la flota.

Fueron en aquel pueblo recebidos
De los vecinos con amor fraterno,
Y negocios algunos proveidos
Por el Vadillo cerca del gobierno,
Vuelven á los navíos referidos
Porque los convidó viento galerno;
Llegaron á la playa de aquel puesto
A donde Julián fué descompuesto.

El práctico soldado y el novicio,
Para prosecucion de su viaje,
Desembarca caballos y servicio
Con los demás pertrechos y fardaje:
Hierve la diligencia y el bullicio,
Enfardelándose matalotaje,
Harina de maiz, antes tostado,
Para se sustentar en despoblado.

Hicieron del asiento su partida
Después de cuatro dias ya pasados;
Y por la tierra ser desproveida
Por partes que sabian los soldados,
Por llevar en caballos mas comida,
Iban á pié los mas cualificados,
Pareciéndoles ser crüel batalla
La gran necesidad de vitualla.

Pasan por Urabaibe, pueblo antigo
En aquella sazon ya despoblado,
Cuyo señor solia ser amigo,
Y entonces á los montes retirado;
Atraviesan desiertos sin abrigo,
Adonde les valió su buen recado;
De allí fueron peones y caballos
Al rio que llamaban de los Gallos.

Que todas estas gentes convecinas,
En tiempos atrasados de Pedrarias
Iban á contractar á las marinas
Y habian de españoles cosas varias;
Y ansí corrió la casta de gallinas
Por las gentes de paz y las contrarias:
El rio pues tomó tal apellido
Entonces por un caso sucedido.

Y fué, que caminando por aquesta
Parte ciertos soldados atrevidos,
Como no se hallase senda presta
Ni rastro para ver bárbaros nidos,
El canto de los gallos manifiesta
La parte donde estaban abscondidos:
Ansí que por los hombres de aquel uso
El rio de los Gallos se le puso.

Hallóse pues allí rastro patente
Y huella de salvaje compañía;
Luego Pablo Fernandez fué con gente
Para poder tomar alguna guia;
El campo caminó por consiguiente
Al rio que del Tigre se decia,
Por un tigre que César habia muerto
Al tiempo que pasó por aquel puerto.

Allí con música no mal compuesta
Se celebró, por ser su santo dia,
La Purificacion, divina fiesta
De nuestra benditísima María;
Y el licenciado tuvo mesa puesta
Donde regocijó la clerecía,
Repartiendo con ellos sus regalos
En tiempo que ningunos eran malos.

Y para mejor postre de la mesa
El buen Pablo Fernandez allí vino,
El cual traia cierta gente presa
Y cuatrocientos pesos de oro fino;
Recibieron contento con la presa
Y otro dia prosiguen su camino,
Llevando ciertos indios á recado
Para que los metiesen en poblado.

Sabian ya de nuestros españoles,
A causa de sonar los ministriles
Por aquellas alturas y peñoles
De bárbaros desnudos y hombres viles,
Que meten dentro de unos caracoles
Por gran honestidad miembros viriles;
Las mujeres encubren sus mancillas
Con hojas ó con ciertas pampanillas.

Yendo marchando pues con buen avío
Segun suelen en guerra los espertos,
Encima las barrancas de aquel rio
Habia muchos indios encubiertos;
Pasan los nuestros sin hacer desvío
Porque de la celada van inciertos,
Y al tiempo que la recta guardia llega
Comienza la beligera refriega.

Suena terrible grita y estampida
Del indio que del paso se aprovecha,
Por ser aquella parte la subida
Y por otra ninguna se desecha;
Vuela sobre la gente detenida
Inumerable piedra, dardo, flecha;
Resuenan las rodelas y celadas
Que de las duras piedras son tocadas.

Bien como cuando veis cielo sereno,
Y repentinamente de verano
Viene nublado de tormenta lleno
Amenazando pago comarcano;
El cual rompiendo con horrendo trueno
Perjudicial y congelado grano,
Es por los bravos vientos esparcido
Con impetuosísimo rüido:

Ansí después de dar horrenda grita
Los abscondidos en lugar secreto,
Tan áspero turbion se precipita
De tiros incitados por Aleto,
Que al escuadron cristiano necesita
A irse retirando del aprieto,
Pues á causa de ser lugar estrecho
No fueron los caballos de provecho.

Hallábase la gente como manca
Sin poder menear hierros agudos,
Mas los peones de la gente blanca,
Cubiertos de los cóncavos escudos,
Procuran de ganalles la barranca
Do se fortalecian los desnudos;
Y después de pelea bien reñida
Al cabo los pusieron en hüida.

Tantos fueron los dardos y la piedra
Contra la gente bien apercebida,
Quel caballo murió de Saavedra,
Y los heridos mas tuvieron vida;
Hirieron un trompeta dicho Tiedra,
Pero no fué de muerte la herida:
Luego con toda priesa se procura
Salir de la quebrada y angostura.

Atravesando van tierras vacías
Hasta el rio de los Caricuríes,
Ansí llamado porque en estos dias
Tomaron dos á ciertos alfaquíes;
Después al rio de las Monterías,
Porque mataron ciertos jabalíes;
Luego dirigen las humanas proas
Al rio dicho de las Barbacoas.

Dieron algun vagar á sus porfías
Por ser aquel terreno menos ciego,
Y haber peregrinado muchos dias
Sin que hallasen dó tomar sosiego;
Salió con gente para tomar guías
El adalid Pablo Fernandez luego,
Entre tanto quel campo descansaba
Y otro mejor recurso se hallaba.

Por otra parte fué también Mojica
Para buscar país que se cultive,
Pues en tierra do estan, por no ser rica,
De gente natural muy poca vive,
Y diferente trocha los aplica
A la provincia que llaman Abive,
Terreno de poquitos moradores,
Mas eran curiosos labradores.

Humana carne comen todos ellos,
Y es gente de gallarda compostura;
Traen ellas y ellos los cabellos
Tan largos que traspasan la cintura;
Hombres luengos de zancas y de cuellos
El cuerpo sin ninguna vestidura,
Pero cubren las partes vergonzosas
Con pedazos de manta y otras cosas.

Gente de soberbísimo semblante,
De corazon altivo y esforzado;
Tienen caza de puercos abundante
Y cuantidad inmensa de pescado;
Hallaron pues los que iban delante
Quinientos pesos de oro mal labrado,
Mas era tan cabal en la fineza
Que prometia mucha mas riqueza.

Pues como se juntasen sin sentillo
En Abive por via diferente
Francisco de Mojica y el caudillo
Pablo que caminó primeramente,
Envían mensajeros á Vadillo
Para que venga luego con la gente,
Pues en aquel lugar que represento
Se hallaba gran copia de alimento.

Como llegasen estos mensajeros,
Recógense los toldos con presteza;
Van adelante los hazadoneros
A fin de remediar el aspereza
De las barrancas y derrumbaderos,
Bajadas y subidas de grandeza,
Porque todos aquellos son caminos
De todos los del mundo mas malinos.

Llegados á las dichas rancherías
Donde los esperaban los soldados,
Allí holgaron mas de veinte dias
Sin ser de naturales contrastados,
Hasta tanto que ya las compañías
Y los caballos fueron reformados;
Mas todavía por los malos puertos
Quedaron seis caballos allí muertos.

El cuarto dia siendo pues llegado
De aquel mes que tomó nombre de Marte,
Con voces de trompetas fué mandado
Salir y caminar el estandarte
Por áspero camino y encumbrado,
Sin lo hallar mejor por otra parte;
Y de caballos, cuando se subia,
Cuatro se despeñaron aquel dia.

Sierras montosas faltas de las lumbres
De rayos cuya vista da consuelo,
Tales que parecian que sus cumbres
Comunicaban con el alto cielo;
Y para mas molestas pesadumbres
Lodos intolerables por el suelo;
Y allí los que pasaban delanteros
Caminaban mejor que los postreros.

Por ser aquel camino de manera,
Con la blandura grande que tenia,
Que cuanto mas hollado peor era
Y dél con mas trabajo se salia;
Y algunas veces toda la bandera
Dormir en una parte no podia,
Sino que cada uno se quedaba
Do la lluviosa noche lo tomaba.

Y si por aquel bosque tan estraño
Oviere naturales congregados,
Hicieran ciertamente mucho daño
En los que se quedaban rezagados;
Mas la maleza dél fué desengaño
Para no recelarse los soldados;
Y en esta pena de rigor terrible
Vadillo hizo mas de lo posible.

Y así mas adelante se desliza
Y fué por estos trabajosos lodos,
Hasta que ya halló casa pajiza
Y al cuarto dia se juntaron todos;
Miércoles señalado de Ceniza
Do se tomó segun cristianos modos,
Y con la ceremonia que conviene
Allí se celebró misa solene.

Bajó luego la gente fatigada
Aquel jueves que fué dia siguiente,
Y otra sierra peor que la pasada
Por donde tienen de ir vieron en frente,
En dos partes la gente separada
Fué, porque vayan mas cómodamente:
Vadillo con los unos va delante,
Y Villoria quedó con el restante.

Papel ni pluma no serán bastantes,
Ni hojas ni prolijas escripturas,
Si queremos de trances semejantes
Particularizar las desventuras
Que padecieron estos caminantes
En aquellas montañas y espesuras;
Gastaban pues aquestos dias todos
En sacar los caballos de los lodos.

No bastaba la soga ni correa,
Y todos, ya sin sillas y sin frenos,
Amos y ellos van de una librea,
Pues todas las cubiertas eran cienos:
Valióles mucho gente de Guinea
Que para los trabajos eran buenos,
Pues en rigores tan intolerables
Eran ellos los mas infatigables.

Y muchas veces les acontecia
Sacando los caballos de la greda,
El pié que entre raices se metia
De las espesas matas y arboleda,
No vello de la suerte que solia,
Porque la uña dentro se le queda:
Y así servían en aquel viaje
Muchos rocines de matalotaje.

No dejaba por esto su demanda
Aquel que lleva la real conduta,
Hasta que vieron en contraria banda
Tierra mas clara y algo mas enjuta
Adonde reparó; mas luego manda
Que con alguna gente bien instruta
Camine Pablo porque los adiestre,
Hasta ver tierra que mejor se muestre.

Como tuviese Pablo gente presta
Cual era menester en su contienda,
Dos dias le duró tierra molesta,
Al cabo de los cuales vido senda
Que rastro de seguir les manifiesta
Y aliento para mas soltar la rienda;
Y así fueron con buenas esperanzas
Hasta que vieron pueblos y labranzas.

Era valle de grande circüito,
De espesas y bien puestas poblaciones;
Aqueste se llamó valle del Pito,
Que yo no sé decir las ocasiones;
Mas número de chinches infinito
Hay por allí contrarios en faiciones;
Llámanse pitos, tienen las costumbres
De chinches y aun mayores pesadumbres.

Encima de los próximos oteros
Quedó Pablo Fernandez encubierto:
Al gobernador hizo mensajeros
Para que de lo visto fuese cierto,
Y se partiese con los compañeros
A ver lo que tenian descubierto;
El cual visto mensaje tan aceto
Mandó que se partiesen al efeto.

Con la apacible priesa caminando
Llegaron donde Pablo los espera,
Y allí hicieron noche, consultando
El orden que ternán en salir fuera;
Dióse por parecer que salgan cuando
Venga la lumbre de la cuarta esfera;
Y puestos en el orden conviniente
Esperaron á ver la roja frente.

Cuando la sombra de la noche triste
De aquellos horizontes rehüia,
El róseo color en quien consiste
La lumbre clara del alegre dia
Las cumbres altas y los valles viste
Con aquel resplandor que les envía;
Alistaron pertrechos necesarios
Para salir á dar en los contrarios.

Mas antes de dejar montes opacos
Hizo Vadillo sus razonamientos,
Y los vestidos de estofados jacos
Correspondieron bien con sus intentos;
Los bambrientos caballos, aunque flacos,
Parecian tener nuevos alientos,
Pues viéndose con armas van alegres
Barruntando también llenos pesebres.

Y así llegados á la gran zavana,
Cubiertos de cubiertas de algodones,
Puestos en orden y en carrera llana
A vista de las grandes poblaciones,
En batiendo la gente castellana
Las piernas, salen como los halcones
Cuando se abaten para hacer presa
En la liebre que va por la dehesa.

Oyéndose la grita de repente
Que dieron los que van en altas sillas,
Ocurre grande número de gente
De parte de las bárbaras cuadrillas,
Y admíranse de ver equina frente
Y bestias que no saben resistillas:
Quedan como pasmados, porque antes
No vieron animales semejantes.

Mas como fuesen ásperas naciones,
Cursadas en comer carnes humanas,
Prestamente formaron escuadrones
Las gentes que se hallan mas cercanas;
Salen unos con arcos y harpones,
Otros con largas lanzas y macanas,
Otro con dardo, piedra, palo llano,
O lo que se hallaba mas á mano.

Como pueblo de término marino
Que duerme descuidado de batalla,
Y dan algun rebato repentino
Diciendo que se sube la muralla;
Toca la voz orejas del vecino
Y sale cada cual como se halla,
Y puestos muchos juntos do pretenden
Con el valor posible se defienden:

Desta manera fué ni mas ni menos
Luego que los sintió bárbara peste,
Que de diversas armas salen llenos
Y dellos se formó prolija hueste,
Donde se defendian como buenos;
Mas no fué tal defensa que les preste
Porque los que decian «¡Santiago!»
En ellos van haciendo gran estrago.

Rompiendo pechos, hombros y costillas,
Con hierro que les era muy molesto,
Abrianse costados y ternillas
Adonde César se hallaba presto;
El cual iba haciendo maravillas,
Aunque entonces estaba mal dispuesto:
Todavía la gente carnicera
En defender sus casas persevera.

Anda la cuchillada muy espesa,
Librada del cristiano peonaje;
Corria por el campo vena gruesa
De sangre del ejército salvaje:
En efecto les dieron tanta priesa
Que huyen los del bárbaro linaje:
Saquearon aquel pueblo primero
Do hallaron maices y dinero.

Después del honoroso vencimiento
Prendieron muchos del contrario bando,
Y estánse firmes en aquel asiento
Los otros españoles esperando;
Procuran recoger mantenimiento,
Peligros inminentes reguardando;
Porque los indios en aquella tierra
Usan muchas cautelas en la guerra.

Cuatro dias después de la victoria
Habida de los indios fugitivos,
Con su gente llegó Juan de Villoria,
Que por ser los caminos tan nocivos
Y maleza de montes tan notoria,
Fué maravilla grande salir vivos;
Pero de los caballos hecha cuenta
Faltaban dos ó tres sobre cincuenta.

Salíanlos á ver estotras gentes
Cómo venian tristes, lasos, mudos,
Que parecian mustios penitentes,
Descalzos, destocados y desnudos;
Todos ellos con cargas diferentes
Trastrabillando piés los mas agudos,
Y muchos que tuvieron piés ajenos,
Los suyos proprios ya les eran buenos.

Junto con esto cada cual venia
Tan cubierta de cieno la figura,
Que della cosa limpia no se via
Sino la mal usada dentadura;
Y fuera poca parte la lejía
Para restituilles su blancura
A las pobres camisas y jubones
Que salian de tales estaciones.

Lávase cada cual y desenloda,
Llegados á los dichos aposentos,
Donde con ropas que no son de boda
Entraron miserables y hambrientos;
Vadillo los recoge y acomoda
E hizo proveer mantenimientos,
Mandando ir por dos ó tres soldados
Y negros que quedaban desmayados.

Despachóse la gente que sabia
Para los polvos ser y para lodos,
Mas esta diligencia fué baldía,
Pues indios los habian muerto todos:
Gente salteadora que venia
Acechando quebradas y recodos,
Fueron muertos por esta gente dura,
Y en sus vientres les dieron sepultura.

Sabido por Vadillo lo que digo,
Al buen Pablo Fernandez luego manda
Trabaje de buscar al enemigo
Que tenia costumbre tan nefanda;
Y en las ejecuciones del castigo
Ningun soldado muestre mano blanda,
Antes á fuego y sangre haga guerra
A nacion tan bestial, cruel y perra.

Partió Pablo Fernandez con soldados
Que van movidos de las mismas sañas;
Llegaron donde fueron salteados,
Y en rastrear se dieron tales mañas,
Que estando del asalto descuidados
Rodearon las sórdidas cabañas,
Y sin dalles lugar á mas contento,
Mataron veinte y cuatro sobre ciento.

Hallaron de vestidos los retazos
De los que fueron miserablemente
Repartidos en puestas y en pedazos
Para manjares desta dura gente:
Allí hallaron piés, manos y brazos
Que los cocia ya licor ardiente;
Tuvieron los caribes negra cena,
Y estotros de la ver inmensa pena.

Recogieron los hijos y mujeres,
El oro que hallaron y el hatillo,
Con todo lo demás de sus haberes,
Que debia de ser caudal sencillo;
Fueron encarecidos los placeres
Que del castigo recibió Vadillo,
Y á Noguerol y á Caravajal manda
Vayan á descubrir por otra banda.

Cincuenta valerosos hombres fueron
Con estos sobredichos caporales,
Y un valle dicho Mauri descubrieron,
Habitado de muchos naturales:
En él un pueblo con obscuro dieron
Donde tomaron gentes y caudales,
Y antes que la demás fuese avisada
Se recogieron con la cabalgada.

Ya cualquier valle que se descubria
Tierra fué del Guacá tras de quien imos,
Toda la cual Utibará regia,
Aquel señor de quien mencion hicimos,
Adonde César y su compañía
Entraron por el orden que dijimos,
Mas no por do caminan de presente
Sino por otra parte diferente.

Pues agora cortaron por atajo
Que parecia ser camino presto,
Y salió tan ajeno de gasajo
Cuanto por mis escritos manifiesto,
Y tan intolerable su trabajo
Que no pudo llegar á mas molesto;
Y aun César sacó algo de su hecho,
Pero Vadillo muy poco provecho.

Siendo pues veinte dias ya pasados
Que estaban en el Pito, valle llano,
Personas y caballos reformados,
A causa de tener copia de grano,
Vadillo se mudó con sus soldados
A Mauri por hallarse mas cercano
Al rio del Guaca, porque queria
Hacer de paz aquel por quien venia.

Y para que por bien ó mal viniese
A lo reconocer por el respeto,
De superioridad con interese,
Mandó que lo pusiesen en aprieto,
Y tan ardiente guerra se hiciese,
Que Utibará se diese por subyeto,
Para lo cual por una y otra banda
Dos capitanes sigan su demanda.

Salieron dos nombrados, con valientes
Soldados asüetos á la guerra,
Por partes y lugares diferentes
Para correr á Utibará la tierra,
El cual con grande número de gente
Tenia lo mas alto de una sierra:
Pablo Fernandes fué por un sendero,
Por otro Saavedra, tesorero.

Saavedra sesenta de pié lleva
Y otros diez de caballo bien armados;
El cual de ciertas guias tuvo nueva
De cantidad de pueblos retirados,
Y ansí determinó de hacer prueba
En aquellos que están fortificados,
Con los cuales intentos y desino
Prosiguen adelante su camino.

Mas antes de llegar adonde siente
Estar con el señor fortalecidos,
En cierto reventon y en una puente
Tuvieron dos recuentros bien reñidos,
Y en el postrero tanta fué la gente,
Que se vieron los nuestros afligidos,
Y ansí tomaron por consejo sano
Volver con los caballos á lo llano.

Vista por Saavedra la potencia,
Envió por socorro prestamente,
Vadillo con la misma diligencia
A Francisco de César su teniente;
El cual, aunque no falto de dolencia,
En la venida no fué negligente
Con veinte y cinco de los mas insines,
Y cinco bien apuestos en rocines.

Después de los socorros ser venidos
A muy buena sazon y coyuntura,
Fueron para su hecho convenidos
Acometer con hora mas obscura,
Subiendo sin rumores ni rüidos
Hasta la cumbre de mayor altura,
Do Utibará tenia sus poderes,
Grandes riquezas, hijos y mujeres.

Mortal camino para piés humanos
Por ser tan larga y áspera subida,
Que tienen de hacer piés de las manos
Con manifiesto riesgo de la vida;
Arriba se hacian ciertos llanos
Donde tienen ciudad fortalecida,
Frígidas aguas, cristalinas fuentes
Y los mantenimientos convinientes.

Es aspereza suma, monte grande,
Y del camino tal el angostura,
Que cualquier hombre que por ella ande
En gran riesgo se pone y aventura;
Pues con algun desdén que se desmande
Ira dos mil estados de hondura,
Y antes que hallen do parar los brazos,
Serán hechos millones de pedazos.

Cubiertos pues los montes con obscuro
Y manto negro de la noche fria,
Caminan todos al nativo muro
Que de peñascos altos se ceñia,
Do cualquiera pensara ser seguro
Segun la fortaleza que tenia:
Dejaron en lo bajo los caballos
Con gente de valor para guardallos.

Llegada ya la hora sosegada
Que los humanos cuerpos hace mudos,
Encaminó la gente baptizada
Sus piés a saltear bárbaros crudos;
En la boca la hoja atravesada,
A las espaldas puestos los escudos,
Con piés y manos sin hacer estruendo
La peligrosa roca van subiendo.

Desta manera con furor insano
Unos tras otros iban gateando,
Sin discrepar un punto pié ni mano
So pena de volverse despeñando;
Tomaron en efecto cierto llano
Do juntos estuvieron descansando,
Metidos en el monte y arboleda;
Por ser mas llano ya lo que les queda.

Cuando la dulce Venus descubria
La purísima lumbre de su esfera,
Manifestando que del santo dia
A los mortales era mensajera,
César apercibió la compañia,
El cual quiso llevar la delantera
Por una senda menos peligrosa
Y por entrambas partes montüosa.

No caminaban ya por alta cuesta,
Sino por llano, de que no les pesa,
Con esperanza de que con aquesta
Solicitud harian buena presa:
Salieron todos pues de la floresta
Y de repente dan en una mesa
De gentil vista, todas partes rasas,
Y en ella grande número de casas.

Y al tiempo ya que la febea lümbre
Doraba partes desta cordillera,
Dan ¡Santiago! como de costumbre
Tienen los españoles donde quiera;
Salió tan increible muchedumbre
Contra la poca gente forastera,
Que como de caballos no hay ayuda,
El poder escapar ponen en duda.

Mas como tienen puestos estos hechos
En Dios y en el valor de sus espadas,
Derríbanse pescuezos y abren pechos,
Cercénanse mejillas y quijadas,
Abren por los lugares mas estrechos
Lugar las presurosas cuchilladas;
Acuden bárbaros á la refriega,
Y el escuadron cristiano no sosiega.

Nunca mostraron tan veloce mano
Los violentos rayos fabricando
Aquellos oficiales de Vulcano
Golpes unos sobre otros reiterando.
Cuanto la fuerza del valor hispano
Por atemorizar contrario bando,
Cuya presencia tal se representa
Que de los muertos hacen poca cuenta.

No se vido de tordos ni estorninos
Volando por los aires tal nubada,
Ni de diversos pajaros marinos
En bajio de mar tan gran manada,
Cuanto la muchedumbre de vecinos
Salia de la gente mas granada,
Con tanta grita, voces y clamores,
Que hacen retumbar otros altores.

Los unos y los otros se desvelan
En alentar y mejorar su mano;
Piedras y flechas, palos, dardos vuelan
Sobre los del ejército cristiano,
Tantos, que todos ellos se recelan
De no poder salir con hueso sano;
Y ansí del furor bravo y estupendo
Se fueron poco á poco retrayendo.

De tal manera que alguno para,
Pero con avisada compostura,
Al ímpetu feroz haciendo cara,
Hasta venir á dar al angostura
Del arboleda, porque vieron clara
Su gran temeridad y su locura;
Toman aquel lugar por ser de arte
Que no pueden entrar por otra parte.

El valeroso César al instante,
El puesto y el entrada defendiendo,
Mandó que todos fuesen adelante
Con la posible priesa descendiendo,
Porque él solo podria, Dios mediante,
Entretener aquel furor horrendo;
Cuatro quedaron en su compañía
Y los demás caminan á porfía.

Aprétanlos las gentes monstrüosas
Con cargas porfiadas y terribles,
Y estas cinco personas valerosas
Resistian los ímpetus horribles;
Lo cual durante se hicieron cosas
Que son á los humanos imposibles,
Mas mi cierta, fiel y recta pluma
Hace dellas agora breve suma.

Llegan hasta venir á los cabellos,
Viendo la poca gente detenida;
Y un gandul, con codicia de rompellos,
En la parte que tengo referida
Se arronjó y abrazó con uno dellos,
Mas no le costó menos que la vida;
Y á cuantos intentaron esto mismo
Presto los enviaron al abismo.

Teniendo pues por cierta la bajada
De los que en ella fueron preferidos,
El César con la gente rezagada
Caminaron á pasos estendidos;
Los indios recelando ser celada
Estuvieron un rato detenidos,
Por ser aquel camino ya cerrado
Y espeso monte de uno y otro lado.

Al fin entró la gente mas bien puesta
Mirando de la selva lo cercano,
Y como no ven cosa manifiesta
Levantaron el paso mas liviano;
Pero cuando llegaron á la cuesta
Estaban ya los nuestros en lo llano,
Dando gracias á Dios que fué servido
Librallos de furor tan encendido.

Estando todos ellos congregados
Por industria del capitán discreto,
Fueron á los caballos y soldados
Que allí dejaron para tal efeto;
Mil indios los tenian rodeados
Y puestos en angustia y en aprieto,
Pero viendo venir quien los defienda
Huyeron y dejaron la contienda.

Pero si mayor rato se tardaran
En espantar al bárbaro nocivo,
Bien se puede creer que no hallaran
Hombre viviente ni caballo vivo,
Sino que todos ellos acabaran
En trance de clemencia tan esquivo;
Que puestas y pedazos todos hechos
Habian de ser cebo de sus pechos.

Recogidos pues estos compañeros
Velàronse la noche, y otro dia
Al Vadillo hicieron mensajeros
Para que viese lo que convenia,
Representándole los trances fieros
En que se vió la breve compañia,
Y Utibará tener en alta sierra
Hartos mas de diez mil hombres de guerra.

Pablo Fernandez era ya venido
Con algun oro y con alguna gente,
Y ansí por el Vadillo recebido
Mensaje del deseo diferente,
Fué por comun acuerdo proveido
Ir él y el carruaje juntamente;
Y ansí partieron con guerrera guarda
Adonde su teniente los aguarda.

Llegaron al Guacá, rio potente,
Y aunque lo vadeaban con concierto
A Santa Cruz llevó la gran corriente,
Varon en las batallas bien esperto;
Mas su caballo trastornó la frente
Do nunca pareció vivo ni muerto;
Causó pena, dolor y descontento,
Mostrando todos tierno sentimiento.

Después de se pasar el agua brava,
Por mal de Santa Cruz, mas advertidos
Llegaron donde el César esperaba,
Y dél alegremente recebidos,
A Vadillo contó lo que pasaba
Acerca de los lances sucedidos;
Ambos procuran dar alguna traza
Para poder tomar aquella plaza.

Es de saber cómo sin ver presencia
De cristiana nacion en su cultura,
Tüatoque, señor de igual potencia,
Con el otro traia guerra dura;
Y agora quiso, vista su dolencia,
Aprovecharse desta coyuntura,
Acometiéndole por otra via
Y otra mejor entrada quél sabia.

Apercibió su gente mas anciana,
Y sube con ejército formado;
En Utibará dió muy de mañana,
Estando del Tuatoque descuidado,
El cual aunque pensó que iba por lana
Volvió de la refriega trasquilado,
Porque Utibará no perdia punto,
A causa de tener cristianos junto.

Y ansí cuando rompieron á su puerta
E ya la claridad iba rompiendo,
Utibará vivia tan alerta
Que no le descompuso grande estruendo;
Dejó Tuatoque mucha gente muerta,
Y él con muy pocos escapó huyendo,
Quedando su contrario victorioso
Y él de muchos vasallos perdidoso.

Viendo que no bastó con su pujanza
Para hacer á sus contrarios llanos,
Determinóse por tomar venganza
De salilles de paz á los cristianos;
Y ansí debajo desta confianza
Trajo mil y quinientos castellanos,
En joyas que valieron la partida,
Y cien indios cargados de comida.

Muestra con ademanes el intento
Y voluntad de paz con que venia,
Haciendo luego reconocimiento
Al Vadillo del oro que traia;
La lengua le habló con tal acento
Que declaró muy bien lo que queria,
Y dijo quél y todo su linaje
Darian al Vadillo vasallaje.

Por no ser él segun el que se encierra,
Huyendo de cristianas amistades,
Por los peñascos altos de la sierra
Y en asperísimas concavidades;
Y que si le quisiere hacer guerra
El supliria sus necesidades
Y acudiria con toda su potencia
Contra los que no dieren obediencia.

Vadillo recibió contentamiento
Con las joyas y con lo que decia
Cerca del general ofrecimiento
De le favorecer por cualquier via,
Porque le pareció venir á cuento
En lo que de presente pretendia;
Y ansí le dió también algunas cosas
Que no serian ricas ni costosas.

Parecióle muy bien aquel presente;
Y porque su deseo se concluya,
Encargóle que fuese por su gente,
Pues él tenia ya presta la suya,
Para que sin quedar cosa viviente
Utibará cacique se destruya,
Do podrá vengar muy bien su pecho
Y ser de sus agravios satisfecho.

El indio se partió debajo desto
Prometiendo venir á tercer dia;
Mas aunque se pasaron quinto y sesto
Con otros siete mas, no parecia;
Siéndoles pues á todos manifiesto
Ser falso lo quel indio prometia,
Hizo junta de todos el regente
Para representalles lo siguiente:

«Necesidad urgente nos obliga
A hacer junta, donde se requiere
Que cada cual de nos en ella diga
Aquello que mejor le pareciere,
Para que de los votos se consiga
La determinacion que mas cumpliere;
Y antes que procedamos en aumento
Quiero representar lo que yo siento.

»Amigos y soldados valerosos,
A cada cual es cosa conocida
Salir de nuestras casas y reposos
Para gozar de mas dichosa vida,
A la cual si no somos perezosos
El negocio presente nos convida;
Y seria de torpes y livianos
Soltar las ocasiones de las manos.

»Porque, segun la muestra que se vido
En aquella primera sepultura,
Y aquello que tenemos entendido
De lo que por las lenguas se procura,
Grandísimo tesoro recogido
Tienen los indios en aquel altura;
Y aqueste cumple mucho que ganemos
Para que todos nos aprovechemos.

»Allí teneis caudales para rentas,
No falsa ni dudosa la ganancia;
Cursados sois en guerras mas sangrientas
Y antes de mas que menos importancia;
No se sufre que con nuestras afrentas
Muestren estos salvajes arrogancia,
Porque tan honoroso vencimiento
Sea para los otros escarmiento.

»Bien conozco ser áspera ladera
Y grande la defensa del tirano;
Mas á los españoles donde quiera
Lo mas difícil se les hace llano,
Y mucho mas en parte donde espera
Cualquiera dellos de henchir la mano,
Pues entonces las cosas imposibles
Fáciles se les hacen y apacibles.

»Así que, para ver desta pelea
Los fines concebidos en mi pecho,
Este es mi parecer, el cual se vea
Para que se confirme con el hecho;
Mas si teneis razon que mejor sea
Y venga por camino mas derecho,
Esa se tomará y esa se siga,
Y quien supiere mas, luego la diga.»

Dijo Juan de Vadillo lo que siente
Como poco cursado baquiano;
Y Francisco de César su teniente,
Usando siempre de varon urbano,
Como viese callar toda la gente,
Para le responder tomó la mano;
Y hecho su debido cumplimiento,
Aquesto respondió que represento:

« De los que labran, tractan ó pelean,
Pocos hombres habria que perdiesen,
Si de la suerte que ellos las tantean
Las cosas intentadas sucediesen:
Todos en general su bien desean
Y que desgracias nunca les viniesen;
Mas acontéceles contrario desto
Si se ofrecen á riesgo manifiesto.

»Por esta causa suelen los prudentes
Examinar de lejos el suceso,
Fantaseando los inconvinientes
Que podrian venir en el progreso;
Y acerca desto muchos hay presentes
Que puedan ventilar largo proceso,
Como personas que del aspereza
El escapar tuvieron por riqueza.

»Y cada uno dellos bien alcanza,
Si tiene de razon viva centella,
Poderse vencer mal tanta pujanza
Con poca gente do rocin no huella,
Ni menea los lances de la lanza
El que con él revuelve y atropella;
Así que, como falten los caballos
Tengo por imposible subyectallos.

»Y es esta que tenemos retraida,
Segun por esperiencia vimos antes,
Gente desesperada y atrevida,
Con miembros y estaturas de gigantes;
Tienen una feroz arremetida
Y en ella firmes, fuertes y constantes;
Son sobre doce mil, á lo que pienso,
Y el número de tiros es inmenso.

»Las fuerzas de sus brazos son terribles,
Que traspasan sus tiros el acero;
Los golpes de mi escudo son visibles,
Que dellos escapó hecho harnero;
Las entradas también inaccesibles,
Pues hemos de subir por contadero,
Y barrerán las galgas al instante
Cuanto se les pusiere por delante.

»Y como de los lances atrasados
Agora se recatan y recelan,
Es de creer que por entrambos lados
No faltan escuadrones que los velan,
Segun suelen hacer escarmentados
Que todo lo consultan y nivelan;
E ya no creerán que con obscuro
Ha de faltar quien suba por el muro.

»Aquí tenemos guia que publica
Haber otros riquísimos terrenos,
La provincia de Nori ser muy rica,
La de Buriticá ni mas ni menos;
Vamos do la ventura nos aplica;
Corramos otros valles y otros senos;
Podria ser en tan larga distancia
Hallar con menos riesgo mas ganancia.

»Ansí que, pues agora no se puede
Deste fuerte sacar valor alguno,
Por haber tanta gente que lo vede,
Y tanto riesgo que mayor ninguno,
Mi parecer, señor, es que se quede
Para tiempo mas apto y oportuno,
Y el mismo tiempo que las cosas cura
Ofrecerá sazon y coyuntura.»

Dijo César las cosas que sabia
Ser á seguridad mas convinientes,
Y en general por todos se decia
Que sus razones eran concluyentes;
Vadillo, que las mismas conocia,
Midió su voluntad con las presentes,
Y ansí mandó que cuando la luz viesen
En demanda de Nori se partiesen.

Al tiempo que los prados con corona
De flores se venian alegrando,
Y el radiante hijo de Latona,
Por términos usados caminando,
Dejaba primer signo de la zona,
Cuernos del blanco toro visitando,
Vadillo con el campo peregrino
Para Nori dirige su camino.

Caminan con las mismas pesadumbres
En aquesta jornada sucedidas,
Por descubrirse mas soberbias cumbres,
Mas altas y mas ásperas subidas;
Y aunque daban las guias certidumbres,
Erradísimas van y divertidas
Por grandes despoblados y por yermos,
Y los mas españoles muy enfermos.

Amenazó Vadillo mal las guias
Si no lo sacan presto desta sierra;
Dicen que no se tractan estas vias
Por haber entre indios cruda guerra,
Mas que prometen antes de tres dias
De los poner en abundante tierra,
Pues aunque se perdieron los caminos,
No por eso llevaban malos tinos.

Y como Pablo vió miseria tanta,
Y él campo por mil vias afligido,
Con cincuenta soldados se adelanta
Rompiendo por el monte mas tejido,
Y en breves horas con ayuda santa
Dieron en un camino mal seguido,
Por el cual fueron hasta ver acaso
Lumbre que denotaba campo raso.

Cobraron todos ellos nuevo brio
Que les ponia ciertas esperanzas,
Y dos cuartos de legua de desvío,
Llevando recatadas ordenanzas,
Desde un árbor divisan cierto rio,
Ambas orillas llenas de labranzas
Y grande poblacion continuada
Por una y otra parte derramada.

Luego se hizo mensajero listo,
Y á Vadillo llegó con el mensaje,
Dando razon entera de lo visto,
Y haber sido de fructo su viaje;
El cual, después de dar gracias á Cristo,
Apriesa caminó con el bagaje,
Por tenellos la hambre de tal suerte
Que estaban á las puertas de la muerte.

Mas el Pablo Fernandez entre tanto
Con los demás soldados abscondidos,
Después que ya la noche con su manto
Huyó, rayos de Febo ya venidos,
Salieron de la selva par un canto,
Pensando por allí no ser sentidos;
Mas ballóse confuso y arrepiso
Por ver estar los indios con aviso.

Debian de tener algun barrunto,
Segun que pareció la noche antes,
O dellos que durmieron allí junto,
O de contrarios otros circunstantes;
En efecto, hallaron muy á punto
Un escuadron formado de gigantes,
Con tales armas y de tal manera,
Que cierto les pesó por salir fuera.

Mas como ya no puedan hacer menos,
Por ser suceso de manos a boca,
Asen las armas, y los puños llenos,
Contra los muchos fué la gente poca,
Acometiendo todos como buenos,
Y cada uno por lo que le toca;
Puestos al punto del rigor amargo,
Danse tantas en ancho como en largo.

Porque los indios con gentil denuedo,
Con ser primera vez que ven cristianos,
Con lanzas y macanas, á pié quedo,
Sabian menear muy bien las manos:
Hierve la furia y el furor acedo,
Los golpes que se dan no son livianos,
Cuela por las costillas férrea punta
Y el tajo y el revés que descoyunta.

Crecen sanguinolentas tempestades
De los que van diciendo ¡Santiago!
Juan Rüiz de Molina y Juan de Frades
En bárbaros hacian grande estrago;
Pablo socorre las necesidades
Con filos que no saben dar en vago;
Y todos los restantes compañeros
No muestran menos vivos los aceros.

Vereis el golpear á todo brazo,
Cascar rodelas y hender escudos;
Desciende la macana que destroza
Por todas partes materiales nudos;
Y al capitán Alvaro de Mendoza
Por su rodela llegan tan agudos,
Que al tiempo que con ella se cobija
Le quedó della sola la manija.

El brazo quedó mal atormentado;
Mas con el otro tuvo tales mañas,
Que la hoja pasó por el costado,
Rompiendo del contrario las entrañas;
Fué luego socorrido y ayudado
Del antiguo valor de las Españas,
Pues muchos ocurrieron al instante,
Poniendo sus rodelas por delante.

Ambas partes están encarnizadas;
Inumerable sangre va vertida:
Admírase de ver las cuchilladas
Quien no las vido tales en su vida;
Al fin prevalecieron las espadas,
Poniéndose los indios en hüida,
Tomando todavía de los vivos
Aquellos que pudieron ser captivos.

Conclusa la batalla con ventura,
La sentencia de todos fué resuelta
En determinacion de gran cordura,
Sin querer esperar á la revuelta;
Antes por la montaña y espesura
En busca de Vadillo dan la vuelta:
Caminaron la noche, y otro dia
Encontraron el campo que venia.

Diéronle cuenta de lo descubierto
Y de aquella guazávara terrible,
Do gran número de indios quedó muerto,
Y ser á su seguro convenible
Llevar militar orden y concierto;
Y ansí pusieron el que fué posible,
Con las preparaciones vigilantes
Que llevan los guerreros caminantes.

Llegados á lo raso los peones
Del avanguardia, con sus armas prestos,
Vieron en unos altos reventones,
Por do tienen de ir, indios opuestos,
Llenos de sus guerreras municiones
Para los contrastar en los recuestos;
Mas, aunque conocieron el desino,
Los nuestros no dejaron su camino.

El avanguardia sube todavía
Do bélico furor se multiplica,
Y entonces por Vadillo bien se vía
Con cuánta fuerza cada parte pica;
Y ansí con cierta gente les envía
Al escuadra Francisco de Mojica,
Pero cuando llegó, de huelgo falto,
Ya los otros estaban en lo alto.

Reconocieron ser bien defendidos
Los pasos á la gente forastera,
Por ver inmensos dardos esparcidos
Y lanzas de durísima madera;
Muchos gandules muertos y heridos,
Y bien ensangrentada la ladera,
Donde los arcabuces y ballestas
Dieron libres pasajes en las cuestas.

Subieron los demás sin sobresaltos,
Por no hallar azar que los impida,
Y á causa de que estaban della faltos
Recogieron gran golpe de comida:
Durmieron todos en aquellos altos
Porque nocturna sombra los convida,
Puestas por pasos desta dicha cumbre
Las velas que tenian de costumbre.

Cuando mostraba ya la rociada
Aurora sus colores por oriente,
Toda la gente sana bien armada,
Y con bastante guarda la doliente,
Prosiguen adelante la jornada
En busca de estalaje competente,
Adonde el español menesteroso
Algunos dias goce de reposo.

Yendo con la posible vigilancia
Por dos partes caballos y peones,
Descubren valles de mayor distancia,
Y en ellos muy espesas poblaciones
Que de comida tienen abundancia,
Sin defensa de duros escuadrones,
Por ser de miedo ya todos hüidos
Y á partes de mas fuerza retraidos.

Aquestas eran ya las serranías
De Nori, do llevaban el intento;
Y ansí, llegadas nuestras compañías
A pueblo que tenia buen asiento,
Hicieron pausa por algunos dias,
Los cuales se pasaban á contento;
Y por diversas partes los caudillos
Buscaban los metales amarillos.

Daban noticias indios que tomaban
Tener el valle número crecido
De oro, pero todos afirmaban
Un gran señor tenello recogido;
Y ansí de sepulturas que cavaban
Ninguna les mostró próspero nido;
Alguno se cogia de rancheos,
No tanto que hinchese sus deseos.

Perseverantes pues en su porfía
Hambrienta que tenian de oro fino,
Uno de la captiva compañía,
Desta provincia natural vecino,
Dijo de cierto pueblo que sabia,
Poco mas de tres dias de camino,
Y que, segun por ellos se publica,
Sobraban minas y era gente rica.

La cudiciosa nueva percebida,
Cincuenta luego con el Pablo fueron
Por sierrra de muy áspera subida
Y por tan malos pasos, que se vieron
En harto detrimento de la vida;
Y al cabo de tres dias descubrieron
Aquel pueblo quel indio les decia,
Cuya vista desgusto les ponia.

Porque tenian casas fabricadas,
Altas del suelo hasta seis estados,
Encima de los árbores fundadas,
Sobre fortalecidos soberados,
Con vigas bien compuestas y trabadas,
Por barrios unos de otros separados,
Segun hallaban estos moradores
Los árbores mas gruesos y mejores.

No selva que podamos decir densa,
Antes el suelo limpio y escombrado,
Donde su morador rústico piensa
Valerse por estar encaramado;
Tienen pertrechos para su defensa,
Y el alto por lugares horadado,
Para que por allí contrarios miren
Y con las armas ofensivas tiren.

Dicen tener aquestas poblaciones
Para se defender de las estrañas
Gentes, y tigres, osos y leones,
Que crian estas ásperas montañas,
Y por otras algunas ocasiones
No fundan en el suelo sus cabañas;
Es gente de gentiles proporciones
Y algunos tienen telas de algodones.

Y aunque brazos y piernas descubiertas,
A vergonzosas partes dan reguardo;
En uso de sus armas son espertos,
Y para las tomar ninguno tardo;
En los tiros que hacen son muy ciertos;
Usan macana, honda, lanza, dardo;
Quisieran luego nuestros castellanos
Que bajaran á dar amigas manos.

Mas no consienten que de paz se trate;
Y ansí para bajallos de las casas,
Entran debajo para su combate,
Procurando cortar nativas basas;
Y como nadie dellos se recate,
Encima llueven encendidas brasas,
Rescoldo vivo y agua tan hirviendo,
Que del lugar se vuelven retrayendo.

También caian tan pesados cantos
Por una y otra y otra saetera,
Que no dejaban de poner espantos
A los que los miraban mas afuera;
De dardos ansimismo vuelan tantos,
Que temia la gente forastera;
Fué desde la mañana la porfia
Hasta quel sol pasó de medio dia.

Visto que diligencia no les presta
Ni por vías de paces ni por fieros,
La bala de arcabuz y la ballesta
Apuntan por algunos agujeros;
Y acaso sin saber á quién asesta
Mataron dos ó tres indios guerneros,
Y otros algunos hubo mal heridos,
Que se supo después de ser rendidos.

Porque el crüel efecto de la bala
Al indio principal escandaliza,
Como le vió hacer obra tan mala,
Y á todos los demás atemoriza;
Y ansí mandó que larguen una escala
A manera de puente levadiza,
Por do bajaron él y otros cincuenta,
Y mujeres y niños en mas cuenta.

Mas antes que bajasen al entrego
De los que estaban dél desconfiados,
A sus ropas y joyas ponen fuego
Encima de los altos soberados;
El cacique llegado dijo luego:
«Decid á qué venis encaminados,
Qué bienes pretendeis ó qué provecho
De quien nunca jamás mal os ha hecho.»

La lengua declaraba las razones;
Pero para volvelle las respuestas,
Sus voluntades y sus intenciones
Hizo Pablo Fernandez manifiestas,
Pues luego les mandó poner prisiones
Que para tal efecto tienen prestas,
Sin dejar pieza de las que salieron,
Escepto dos ó tres que se huyeron.

Los cuales, aunque buenos corredores,
No sin jadear y sin aceso,
Dan nuevas á los otros moradores
De cómo su señor quedaba preso,
Con ocho capitanes y señores,
Entrellos personajes de gran peso,
Por aquellos barbudos caminantes
De quien tuvieron nuevas poco antes.

Los de los mas cercanos aposentos,
Oidas las pesadas relaciones,
Recogen belicosos instrumentos
Y ordenan guerreros escuadrones;
Serian en el número quinientos
Gaudules, mas feroces que leones,
Para probarse con la gente nueva
Y quitalles la presa que les lleva.

Pero los españoles que esto sienten,
Por no caer en términos de locos,
Para que con temor se desatienten,
Con tiros de arcabuz les hacen cocos,
A fin de que no lleguen y los cuenten
Y vean claramente que son pocos;
Pues estaban dudosos y perplejos
A causa de tener el campo lejos.

La bárbara canalla se repara,
No sin frio temblor y gran espanto,
Oyendo truenos y estampida rara
A ellos que no vieron otro tanto;
Traspasa pechos la veloce jara,
El salitroso humo causa llanto
En aquellos que dél eran heridos
Y á miserable fin fueron rendidos.

En esto la nocturna pesadumbre,
Por apartarse ya rayos febales,
Cubrió los hondos valles y la cumbre,
Dando paz á los otros animales;
Mas antes que viniese nueva lumbre
Y se juntasen estos naturales,
Los nuestros á gran priesa se volvieron
Por el mismo camino que vinieron.

Como fuesen por camino sabido,
De menos duracion fué la distancia;
Vadillo se holgó cuando los vido
Con los captivos, aunque sin ganancia;
Diéronle cuenta de lo sucedido
Y no cumplir allí hacer instancia,
Por ser las barbaçeas gente diestra
Y no hallar de oro buena muestra.

En este tiempo, como mas vecino
Del pueblo que ocupaba nuestra gente,
El cacique de Nori de paz vino
Que llamaban Nabuco comunmente,
Y trajo dos mil pesos de oro fino
Con otras muchas cosas en presente:
Sagaz y en el aspecto venerable
Y para bárbaro varon afable.

Fué del gobernador acariciado,
Y porque de su pecho no presuma
Vivir de recompensa descuidado,
Mandóle dar una galana pluma
En un bonete nuevo colorado
Con otros dones de pequeña suma;
Y aunque no fueron cosas de momento
El bárbaro mostró quedar contento.

Fué luego separado de la junta,
Y para percebir lo que replica
Vadillo con la lengua le pregunta
Por dónde podrán ir á tierra rica;
Que diga con verdad lo que barranta
Ó la fama comun le acertifica,
O si tiene contrarios en su tierra
Porque ellos vayan á hacelles guerra.

Nabuco dijo, que de las vecinas
Tierras donde poseen minerales,
Sabia por personas fidedignas
Los de Buriticá ser principales;
Y que por ser tan prósperas sus minas
Eran ricos aquellos naturales,
Y que para llegar donde decia
El queria servir de buena guia.

Tal secreto Nabuco desencierra,
Segun quieren decir vivos testigos,
A fin de que saliesen de su tierra
Y no hagan allí largos abrigos;
O como siempre tienen dura guerra,
Por ser unos de otros enemigos,
Pues hasta hoy, do quiera que se tomen,
Es muy averiguado que se comen.

Pero Vadillo con la buena nueva,
Que fué para su hambre conviniente,
Y por certificarse con la prueba,
Determinó partir dia siguiente
Por el camino que Nabuco lleva,
Que por dos ó tres dias fué patente;
Mas este se perdió con espesuras
Y en bosques y montañas muy obscuras.

Donde hallaron grandes cenagales
Cuyos discursos eran intractables,
Tierra que tiembla, sucios tremedales,
Do se gastaban horas miserables,
Tanto que fueron los pasados males
En su comparacion mas tolerables;
Iban todos al fin de tal manera
Que cada cual de vida desespera.

Y muchas noches, aunque habia rama
Donde poner los cuerpos fatigados,
No siempre se podia hacer cama,
Y estaban á las plantas arrimados,
Los piés metidos en aquella lama
Y de cien mil misterios rodeados:
Tal es la condicion del cudicioso
Que no halla camino trabajoso.

Pero viendo su gente de mal arte
El cauto y animoso licenciado,
Al Nabuco mandó llamar aparte,
Diciéndole: «Tú, perro, me has burlado.»
El dijo: «Nunca yo quise burlarte,
Ni tuve contra tí pecho dañado;
Mas por guerra que tienen los vecinos
No se frecuentan sendas ni caminos.

»Al mal que padeceis yo voy subyeto,
Sin ser de mas quietud las horas mias;
Pero presto veremos el efeto,
Y estás pisadas no serán baldías
Pues en Buriticá, donde prometo,
Podemos entrar antes de dos dias;
E yo no prometí ni es en mi mano
Daros la tierra con camino llano.»

Con esto perdió saña que tenia
El Vadillo, quedando convencido,
Y el indio cumplió bien lo que decia
Sin alargar el plazo prometido;
Pues antes de cumplir tercero dia
En la provincia dicha fué metido
Y en tierra rasa, clara y escombrada,
Pero tal que ninguna tan doblada.

Pues al septentrion y al mediodía,
Y al orto y al ocaso, van subidos
Cerros, la cumbre dellos algo fría;
Y ansí los indios andan bien vestidos,
Dispuestos y de mucha gallardía,
Valientes, sueltos, bravos y atrevidos
Y ricos, pero poco labradores,
Por ser de oro todas sus labores.

A las cuales inclinan bien el cuello
Al tiempo que doradas venas hieren;
El oro es el que les da resuello,
Por ello viven y por ello mueren;
Por ello tienen bienes, y por ello
A sus casas les traen cuanto quieren;
Y en la tierra domina tal estrella
Que es una pasta de oro toda ella.

Entrados pues en tierra sin montaña
Y de las condiciones que ya digo,
Nabuco se volvió con su compaña
A do tenia natural abrigo,
En gracia y en amor de los de España
Y para nunca serles enemigo;
Y sigue su viaje nuestro bando
Algunas poblaciones indagando.

Un camino hallaron espacioso,
Del cual diré después en mi tractado,
Porque de tanto trance riguroso
Agora yo me hallo fatigado,
Y quiero dar los brazos al reposo
Y á los ojos el sueño deseado;
Pues á causa de ser la vida breve
A ratos quito lo que se les debe.

CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta lo sucedido en la provincia de Buriticá, y en las demás provincias por donde pasó el licenciado Juan de Vadillo, hasta que su gente lo dejó, y no quiso seguillo.

Aunque para salir con sus intentos
Tengan hombres avisos necesarios,
No siempre pueden los entendimientos
Evitar casos que les son contrarios;
Y ansí los regulados pensamientos
Acontece tener sucesos varios,
Y el que da mejor orden á su vida
Después halla diversa la salida.

Desta manera pues en el progreso
Del licenciado, que salió pujante,
El intento no tuvo tal suceso
Que no fuese del suyo discrepante;
Y su diseño tuvo fin avieso,
Como declararemos adelante,
No porque le faltase gran prudencia,
Solicitud y viva diligencia.

Y en los trabajos de cualquier estrecho
Y del riesgo mayor y mas pesado,
Nunca dejaba de poner el pecho
Tan bien como cualquiera buen soldado,
Mostrando siempre ser hombre de hecho
Y en acontecimientos denodado;
A tiempos tuvo condicion terrible,
Y á tiempos muy afable y apacible.

Hallado pues aquel primer sendero,
Con deseo de ver tierra poblada,
Determinó de ser el delantero
Por animar la gente fatigada:
Vieron luego su fin y paradero,
Mas no para hacer allí parada,
Pues se continuó por una cuesta
Angosta, prolijísima y enhiesta.

Peñol inaccesible que tenía
Altísimos los lados y la frente,
Al cual por dos entradas se subia,
La una de la otra diferente,
De tan grande angostura, que podia
Una persona ir tan solamente;
Y en lo alto después de la subida
Habia mucha gente recogida.

Porque tenian principal asiento
Y en lo mas llano dél pueblo fundado,
Y para mayor fortalecimiento
Estaba de palenque rodeado;
Dentro crecida copia de alimento,
Y de diversas armas pertrechado,
En tal manera que segun la muestra
Debian esperar la gente nuestra.

La principal subida que se via
Estaba tan profunda por los lados,
Que si de lo hollado desmentia
Quien llevase los piés mal asentados,
Como bala que polvorin envía
Habia de rodar dos mil estados,
Donde con muerte de crüel tormento
Pagase su furor y atrevimiento.

Estando nuestra gente pues confusa
Mirando los peñoles y aspereza,
Juan de Vadillo dijo: «No se escusa
Tomar esta nativa fortaleza,
Donde podeis creer estar reclusa
Alguna grande copia de riqueza,
Pues no de balde su morador piensa
Tener aquí segura la defensa.

»Ea pues, gente clara castellana,
Que bien conozco vuestra fortaleza
En los negocios que tomais de gana;
Pues la mayor altura y aspereza
Soleis supeditar y hacer llana,
Sin mostrar cobardía ni flaqueza;
Y ansí lo que tenemos de presente
De vuestra voluntad está pendiente.

»Subamos por la via manifiesta,
Yendo detrás de cada rodelero
Ofensa de arcabuz y de ballesta
Que pueda contrastar al indio fiero;
Porque cuanto la loma mas enhiesta
El contrario será menos certero,
E yendo por el medio de la senda
Los caballos podrán subir de rienda.»

Con tales alabanzas los sublima,
Y allí los esforzó de tal manera,
Quel de mayor y de menor estima
Y el que mas recelaba la carrera,
Con fuerte brio los demás anima
Y muere por llevar la delantera;
Y segun lo dispuso la cabeza
Cada cual se dispone y adereza.

Guarnécense de pectos de algodones,
Espadas y rodelas embrazadas,
En las cabezas fuertes morriones,
Los cascos aforrados y celadas,
Proveidos de plomos los cañones,
Ballestas con harpones encajadas:
Desta manera suben las cuadrillas
Y á veces hacen piés de las rodillas.

El avanguardia Nogueról la toma,
Mancebo valeroso y esforzado;
A sus espaldas iba por la loma
Joan de Orozco, práctico soldado;
En seguimiento dél atrás asoma
Un hermano de Rojas, señalado:
Vecinos estos dos en Tunja fueron
Y ha menos de seis años que murieron.

Ansí los demás iban enhilados,
Que no pueden subir de otra manera;
Los caballos quedaban rezagados
Con sillas solas, faldas y testera,
Los cuales como bien amaestrados
Con gran tiento subian la ladera;
Y aunque se daba grita de lo alto
No por eso tomaban sobresalto.

Que luego se mostraron los morenos
Con la grita que tienen de costumbre,
Saliendo de los cóncavos y senos
Nubadas de crecida muchedumbre;
Los riscos y peñascos están llenos
Cuantos había por aquella cumbre,
Sin dejar en aquel frontero lado
Lugar que no tuviesen ocupado.

Segun de torres altas las almenas,
Cuando vienen de tordos mil manadas,
Que todas negreguean y están llenas
De chirladoras aves ocupadas,
Y abiertas y patentes socarrenas
Son de unas y de otras visitadas,
Andando con bullicio presuroso
Sin punto de sosiego ni reposo:

Ni mas ni menos andan inquietos
En partes cómodas encaramados,
Dispuestos á los bélicos efetos,
Los unos y los otros embijados
Con un cierto betúmen, unos prietos
Y otros por consiguiente colorados,
Y cada cual de los de á la redonda
Con dardo, con macana, lanza, honda.

Los cuales como vieron que se llega
El escuadron sencillo de cristianos,
Comienza la durísima refriega
Saliendo tiros de robustas manos,
Guiados del ardor y furia ciega
Que enciende y alborota los humanos;
Suenan los golpes dados en testudos
De cascos, de celadas y de escudos.

Llueve por todas partes piedra gruesa,
De dardos una y otra rociada;
Viene volando no con menos priesa
Lanza de palma dura bien tostada;
De cada cosa nube tan espesa
Como la que de rayo fué rasgada,
Tanto que Nogueról ya no prosigue
Y espera que la furia se mitigue.

Y el mísero parece que sospecha
Aquel dia fatal que nos espanta,
Pues no sé de qué mano fué derecha
Funesta punta de tostada planta,
Cuyo furor escudo no desecha
Hasta que se metió por la garganta:
Rompe las venas, sangre va vertida,
Y tras ella huyó la cara vida.

Detiénelo Orozco que no caya
En la profundidad, aunque él recela
Otro tan duro golpe de azagaya;
Pero cubrióse bien con la rodela,
Y todos los demás están á raya,
Como no sube la primer tutela;
De mano en mano va por los oidos
Nogueról muerto y otros diez heridos.

Sabido por Vadillo, les decia:
«Adelante, valientes españoles,
Que si Nogueról vió su postrer dia,
Por eso quedan muchos Nogueroles,
E ya la cuesta poco se desvía,
Para poder ganar estos peñoles;
Y cuanto mas allá vamos llegando
El camino se va mas ensanchando.»

Caminan pues como mejor podian
Saltando siempre halas y harpones,
Y de los fuertes altos no verian
Tantos ni tan espesos los turbiones,
Por cuya causa todos presumian
Acabárseles ya las municiones;
Y ansí cristiano marte se apresura
Hasta llegar á parte mas segura.

Pues el Joan de Orozco como via
El terrible furor algo mas manso,
Ganó cierto mogote que hacia
Una cierta manera de descanso,
No llano, que planicie no tenia,
Pero su compás era mas espanso:
Y en lo restante de los reventones
Podian ir ya juntos tres peones.

Con mas velocidad continuaron
Como los piés podian hacer presa,
Y tal mafia se dieron que ganaron
Otro compás de mas cómoda mesa,
Adonde se pararon y afirmaron
Porque la gente fuese menos lesa;
Y allí mas á placer se defendieron
Hasta que los caballos ya subieron.

Como fuese mas llano lo restante,
Tal que podian ir á media rienda,
Saltan en los caballos al instante
Y aprietan las espuelas por la senda:
Los indios que caballos ven delante
Pareciales ser vision horrenda,
Y ansí con rostro triste y amarillo
Van á poner en cobro su hatillo.

El tumulto fué luego dividido,
Saliendo del peñol por otro lado,
Y el cacique por ser mas atrevido
Quísose defender en el cercado,
El cual lijeramente fué rompido
Por ser de pocos indios ayudado;
Admíranse de ver equinos cuellos,
Y ansí huyeron y el señor con ellos.

Entraron pues ajenos pareceres
Desenvolviendo fardos y balijas;
Hallaron muchos niños y mujeres
Y ropa de sus mantas ó cobijas;
No hallaron del cacique sus haberes,
Mas su mujer prendieron con dos hijas:
Era moza de cuerpo bien dispuesto
Y de hermoso y agraciado gesto.

Joyas de oro hallaron principales,
No tantas cuantas son sus intenciones;
Mas hallaban do quiera materiales
Y fraguas do hacian fundiciones,
Y muestras de tener ricos caudales,
Que no fueron falaces opiniones;
Pero túvose por averiguado
Que todo lo tenian enterrado.

Y por hallarse mucho hastimento
Y llegar fatigados del viaje,
Pausa hicieron en aquel asiento
Proveyéndose de matalotaje:
El cacique después del rompimiento
Al gobernador envió mensaje,
Diciéndole querer venir á vello
Si le daba licencia para ello.

Holgó Vadillo con el mensajero,
Tractándole con amigable mano,
Y dijo: «Dias ha que yo lo espero
Con firme voluntad de pecho sano,
Y ansí podrás decille que yo quiero
Tenelle por amigo y por hermano;
A su casa se venga y á su nido
Porque será de mí bien recebido.»

Como le diesen este buen recado,
Determinó venir dia siguiente,
De capitanes bien acompañado,
Vestidos de algodon galanamente;
Holgóse de lo ver el licenciado,
Y el indio mostró grave continente:
Era de grandes miembros, gentil hombre,
Y ninguno se acuerda de su nombre.

El astuto gandul como sintiese
La sed insaciable que traia,
Rogó con gran instancia que le diese
La mujer y las prendas que tenia,
Y que por el rescate le pidiese
La cantidad de oro que queria:
Vadillo, viendo las promesas largas,
Pidióle de buen oro doce cargas.

Otra cosa pedia demás desto,
Negocio que no menos se estimaba,
Y fué que le hiciese manifiesto
El venero de donde se sacaba;
Todo lo cual con apacible gesto
El prometió segun se le mandaba,
Como quien no tenia pensamiento
De dar á sus palabras cumplimiento.

Dijo pues que soltasen su matrona
Para que busque los ocultos bienes,
Y en vez que represente su persona
El queria quedarse por rehenes:
Vadillo viendo lo que le pregona
Aquesto le concede sin desdenes;
Partióse luego con los que queria
Quedando de volver á tercer dia.

Estuvieron diez dias en espera,
Sin respuesta tener mala ni buena;
Y viendo no venir la compañera
Y el cacique mostrar ninguna pena,
El cuello le pusieron en collera,
Pendiente della siempre la cadena:
Que sin prisiones lo tenian antes
Rodeado de guardas vigilantes.

Como perdiesen pues el esperanza
De podelle sacar estos dineros,
Tractan de la segunda confianza
Que fué les descubriese los veneros;
Y el indio dijo sin mostrar mudanza
Fuesen con él algunos compañeros,
Prometiendo mostrar á los cristianos
Dónde sacaban los dorados granos.

Apercibióse número de gente
Con deseo de ver lo prometido,
Y fué Juan de Vadillo y el teniente,
Cada cual dellos bien apercebido;
Cuatro soldados del ramal pendiente
Llevaban al cacique bien asido,
Suero, Diaz, Patiño, Alvar García,
Y otro que Portalegre se decia.

Desta suerte lo sacan de la villa,
Asidos todos cuatro de la rienda;
A las espaldas la demás cuadrilla
Dispuestos á beligera contienda:
El indio guia por una cuchilla
De gran altor y muy estrecha senda,
Profundos y derechos ambos lados
Por do van todos ellos cabalgados.

Yendo desta manera caminando,
En unos ásperos derrumbaderos
El indio se arrojó, precipitando
Tras sí todos los cuatro compañeros,
Unos sobre los otros trompicando,
Rodando por aquellos peladeros,
Hasta que cierta mata que allí hubo,
Que fué ventura grande los detuvo.

Pero sus pensamientos fueron vanos
En quererse librar desta manera,
Pues los cuatro soldados veteranos
Iban todos siguiendo la collera,
Sin soltar la cadena de las manos,
Con ir á su pesar por la ladera
Todos cinco revueltos de mal arte,
Hasta que dieron en aquella parte.

Eran, segun Orozco me declara,
Zarzales los opuestos embaraños,
Do cada cual llegó rota la cara
Y desollados piés, piernas y brazos;
Mas si deste lugar se discrepara
Se hicieran trescientos mil pedazos:
Los que miran de arriba con espantos
A Dios los encomiendan y á sus santos.

Y muchos ansimismo con el miedo
De vellos ir rodando que no paran,
A grandes voces dicen: «Credo, credo»,
Como si de la horca los echaran;
Quedó Vadillo con el resto quedo,
Que bien pensó que nunca mas tornaran,
Porque fué tal espacio lo que fueron
Rodando, que de vista los perdieron.

Pero los cuatro deste detrimento,
Puestos en el zarzal ya referido,
Después de recobrar algun aliento
Suben con el cacique bien asido:
Juan de Vadillo recibió contento
Con todos los demás cuando los vido,
Porque ninguno ya hacia cuenta
Escapar vivos de tan gran tormenta.

Y no volvieron por aquella frente
Por donde se vinieron despeñando,
Sino por otra parte diferente
Por menos asperezas rodeando;
Mas tales que no van seguramente
Sino con piés y manos gateando,
Hasta que con inmensa pesadumbre
Todos cinco llegaron á la cumbre.

Desgarrados los cueros y pellicos,
Las cabezas bien atorondonadas,
Y todos ellos hechos los hocicos
Al modo de mujeres mal casadas;
Lo cual se padecia por ser ricos
Con otras desventuras no contadas,
De las cuales la parte menor pinto,
Por ser inestricable laberinto.

Llegado pues el mísero captivo
A la presencia deste licenciado,
Luego como varon vindicativo
Y en los enojos nada reportado,
A sus negros mandó quemallo vivo,
Los cuales ejecutan su mandado,
Sin que bastasen ruegos ni razones
Que daban mas compuestas condiciones.

Al pueblo se volvieron con aquesto,
Deste mal hecho cada cual pesante;
Bajaron otro dia del recuesto
Y el cuerpo caminó mas adelante,
Entrando por camino tan molesto
Que no se vido cosa semejante,
Y llevando del diestro los caballos
Que de otra suerte no pueden llevallos.

Al cabo de seis dias de camino,
Con deseo de ver tierra mas llana,
Pablo Fernandez, hombre de gran tino,
Descubrió luengo trecho de zavana;
Mas no se pudo captivar vecino
Ni verse por allí villa cercana;
Pero como por ellas se desmande
Las aguas descubrió de un rio grande.

Después que ya llegó toda la gente,
Rancheáronse cerca del arena,
Y como viesen rio tan potente
Juzgaron ser el de la Magdalena;
Impetüosa lleva su corriente,
Por las barrancas va la madre llena;
En la parte frontera ven labores,
Y allá procuran ir diez nadadores.

Sintieron al pasar terrible frio;
Hallaban la corriente menos blanda
Cuanto mas van, y ansi del medio rio
Revolvieron á la primera banda
Pareciéndoles torpe desvario
Proseguir adelante su demanda:
Vadillo se holgó cuando los vido,
Porque contra su voto habian ido.

La gente se juzgaba por perdida,
Por haber grande número de dias
Que padecian falta de comida,
Y no podian captivarse guias
A causa de saber de su venida,
Mediante relacion de las espías;
Y si hallaban pueblos á los lados,
Estaban los vecinos retirados.

Mas el Pablo Fernandez, aunque flaca
Tenia ya su fuerza de gigante,
De la gente mas sana treinta saca,
Descubriendo con ellos adelante
Una provincia que llaman Iraca,
Llena de poblaciones y abundante;
Y antes que por la tierra se metiese
Al campo dió mandado que viniese.

Llegaron al Vadillo tres peones
Con el recado del que los envia,
Al cual no le faltaban aficiones,
Viendo con aficion su compañía;
Pero después que oyó las relaciones,
Mudólas en contento y alegría,
Y por estar la noche ya cercana,
Partieron otro dia de mañana.

Abreviando la gente su carrera,
Porque necesidad los compelia,
Llegaron donde Pablo los espera
Oculto con aquellos que tenia;
Y porque ya remate de luz era
Esperaron la del siguiente dia:
Duermen debajo de fieles velas
Y á punto las espadas y rodelas.

Despues se despidió nocturna hora,
Que de plantas cubria verdes cuellos,
Y la real presencia del aurora
Serenos descubrió sus ojos bellos,
Y el rey de Delos desde donde mora
Tendió doradas hebras de cabellos,
La gente fuerte que mi pluma canta
Para nuevos recuentros se levanta.

Aprestan armas para las reyertas,
Cursadas en horrísonas contiendas;
Componen los caballos con cubiertas,
Subyectos al meneo de las riendas,
Los cuales como bestias bien espertas
Mostraban de razon no sé qué prenda,
Pues cada cual se alegra y regocija,
Vistiéndose con beligera cobija.

A pié van los ginetes por la senda,
Porque por ir mas altos no los viesen,
Llevando los caballos de la rienda,
Y subir luego que menester fuesen,
Y porque su venida no se entienda
Hasta tanto que los acometiesen;
Pues su negocio lleva bien guiado
Quien al contrario halla descuidado.

Caminaron la vuelta del ocaso,
Con aquel orden que les convenia,
Al llano que hacia muy al caso
Para valerse la caballería;
Pero cuando salieron á lo raso,
La bárbara caterva no dormia,
Antes su pensamiento les engaña,
Pues ven gentes armadas en campaña.

El son de sus cornetas suena luego
Que vieron á la gente peregrina,
Y porque no gozasen del entrego
De la villa que estaba mas vecina,
A las pajizas casas ponen fuego
Con determinacion luciferina,
Y en escuadron formado, como diestros,
Al camino salieron á los nuestros.

Espesura de lanzas y de dardos
Por una y otra parte se menea;
Gandules bien dispuestos y gallardos
Y multitud de bárbara ralea,
Con todos los conciertos y reguardos
Que suelen los cursados en pelea,
Y con la mano presta y alterada
Se llegan á la gente baptizada.

Como la guerra ya se les intima,
En los caballos que iban encubiertos
Aquellos cuyos son saltan encima
Para romper los bárbaros conciertos;
El indio mas feroz se desanima,
Y algunos se quedaron como muertos;
Otros con el espanto y el recelo
Pegan el rostro y ojos por el suelo.

Como quien va de noche por camino
Con algun temeroso pensamiento,
Que vió sombra de espíritu malino
Y queda sin vigor y sin aliento,
Cayendo con el grande desatino
Forzado de tan mal impedimento,
Y por sus coyunturas corre rio
Con la superfluidad del sudor frio:

Ansí los bárbaros se desalientan
Cuando vieron cuadrúpedos armados,
Y mas desque el rigor esperimentan
De lanzas con los hierros afilados,
Que por los escuadrones ensangrientan
Las espaldas, los pechos y costados;
Otros también tomaban por remedio
Poner no poca tierra de por medio.

Estos se desviaron larga pieza,
Dejando las guerreras municiones,
Sin que torciesen punto la cabeza
Atrás, á causa de no ver visiones;
Y por donde sus pasos enderezan
Ninguno dellos halla trompezones,
Antes el reventon y el altozano
Por do guia sus piés hallaba llano.

Los que gozaron destos vencimientos
Sin recebir contraste ni herida,
Como necesitados y hambrientos
Adelante llevaron su corrida,
Hasta que ya hallaron aposentos
Sanos y proveidos de comida;
Y por ser buen terreno y abundoso
Estuvieron dos meses de reposo.

También hallaron sal en abundancia,
De que necesidad se padecia:
Tenianla los indios por ganancia
Y era su mas preciada granjería,
De pozos que por esta circunstancia,
Por ser de agua salada, se hacia;
Y ansí quisieron en aquel asiento
Hacer mas largo su detenimiento.

Porque de los trabajos precedentes,
Que parte dellos queda referida,
Andaban fatigados y dolientes,
La cara cada cual descolorida,
Y no pocos soldados escelentes
Habian concluido con la vida,
Y el buen Pablo Fernandez, varon fuerte,
En Iraca también halló la muerte.

Porque de la pasada desventura
No se sentia todos dias bueno,
Y allí le dió tan recia calentura
Que le despachó dentro del septeno,
Sin que pudiese remediallo cura,
Aunque no tuvo cumplimiento lleno;
Pero hízose todo lo posible
Para librarle deste mal terrible.

Causó la muerte suya grave pena,
Por ser en proseguir esta jornada
Principal eslabon de la cadena
Las veces que se vió casi quebrada;
Hizo lo que la santa ley ordena
Al tiempo de partir desta morada,
Recibiendo los santos sacramentos
Y con declaracion de sus intentos.

Porque Vadillo, no sin gran prudencia,
Y con la necesaria vigilancia,
A los enfermos de cualquier dolencia
Aconsejábales con gran instancia
Examinasen luego su conciencia
Y dispusiesen bien de su substancia,
Y él mismo con cristiano pensamiento
Daba la claridad del testamento.

También en las montañas mas molestas
Que cumplia con brevedad dejallas,
Si por ventura señaladas fiestas
Venian antes de poder pasallas,
No mirando razones contrapuestas,
Con devocion hacia celebrallas,
Sin consentir quel campo se moviese,
Aunque necesidad los compeliese.

Iraca pues como se desocupe
Del cebo que tuvieron abundante,
Por relaciones del Orozco supe,
En el mismo viaje caminante,
Cómo quisieron ir á Naratupe,
Provincia que tenian adelante,
Y para la hallar allá camina
Con soldados Joan Ruiz de Molina.

La guia que la nueva certifica,
En la tierra de Iraca residente,
Afirmábales ser la tierra rica
Y tener grande número de gente:
Y por esto Francisco de Mojica
Fué con este caudillo juntamente,
Por aquel orden que Vadillo quiso,
Porque mas presto diesen el aviso.

Entre tanto la gente detenida
Con Vadillo, diez negros enviaron
Por las labranzas á buscar comida,
A los cuales los indios saltearon
Y privaron al uno de la vida,
Porque por piés los otros escaparon;
Y al miserable que quedó captivo
Para comer le desmembraron vivo.

Como por el Vadillo se supiese
Aquesto que sucintamente digo,
A Caravajal hizo que partiese
Con gentes á buscar al enemigo,
Y con sangrienta mano, si pudiese,
Relajase las riendas al castigo:
Partió luego con treinta peregrinos,
Los seis ó siete dellos en rocinos.

Los indios esperaron en campaña,
Sin rehusar venir en rompimiento,
Pero la gente válida de España
Aquesta concluyó con fin sangriento,
Pues en el pelear se dió tal maña
Que mataron por uno mas de ciento,
Y con algunas joyas á los cuellos
Se volvieron al campo todos ellos.

Dos dias después desta cabalgada,
Por tener de comida gran inopia,
Salió de seis soldados camarada
A la buscar con doce de Etiopia;
Los bárbaros hicieron emboscada
Al tiempo que volvian ya con copia,
Y muchedumbre de caribe gente
Dieron en ellos repentinamente.

Defendíanse bien en la batalla
Estos seis blancos y la gente prieta:
Mas era tanta la cruel canalla
Que por todas las partes los aprieta,
Que derribaron sin valelle malla
A Fernando de Hoyos, un trompeta,
Y en el arrebatado desconcierto
También Diego de Tapia quedó muerto.

Crecida multitud los señorea,
De jáculos agudos todos llenos;
Los cuatro blancos y los de Guinea
Gran rato pelearon como buenos;
Pero cansados ya de la pelea
Huyeron de los doce diez morenos:
Los dos abominando la hüida
Pelearon hasta perder la vida.

Como se viesen ya sin esperanza
De poder escapar los cuatro blancos
Pusieron en sus piés la confianza,
Huyendo por quebradas y barrancos;
A Fresno le clavó volante lanza,
Mas todavía dió veloces trancos:
Espuela mala para su carrera,
Mas con ella la hizo mas ligera.

Emboscáronse pues por matas ciegas,
Cada cual por su parte dividido,
Pero cansado Pedro de Villegas,
En cierto hoyo se quedó metido;
Los tres que se libraron de las bregas
Dieron nuevas del mal acontecido,
Aunque primeramente se las dieron
Aquellos diez esclavos que huyeron.

Pues sin llegar los tres, habia rato
Que hizo caminar Juan de Vadillo
Caballos y peones al rebato,
Baltasar de Ledesma por caudillo;
Llegaron donde fué su desbarato,
Mas bárbaro no ven para seguillo,
Y de los muertos solo las cabezas,
Que los cuerpos llevaron hechos piezas.

Mándanlas enterrar en un ejido,
Poniendo ciertas cruces en señales;
A las voces que daban y al rüido
Salió Villegas de los matorrales,
Donde quedaba solo y abscondido
Con miedo de los bárbaros bestiales;
Y dió gracias á Dios devotamente
Por lo sacar de riesgo tan patente.

Con él al campo luego se volvieron,
No sin derramar lágrimas los ojos;
Y á la venida, por los altos vieron
Indios que les mostraban los despojos;
Mas por la gran altura no pudieron
Jamás vengar en ellos sus enojos,
Con ya hacelles cada dia fieros,
Dando grita por cima los oteros.

Escuadrones andaban por la cumbre,
Sin bajar á hacer con armas prueba,
Y estuvieron en esta pesadumbre
Cinco ó seis dias, hasta saber nueva
Que diese claridad y certidumbre
De los caminos que Molina lleva,
Para salirse ya del estalaje
Y llevar adelante su viaje.

El cual con el Mojica peregrina
Por ver de Naratupe las fronteras,
Y los pasos por donde se camina
Son altas y asperísimas laderas;
Opónese la gente convecina
A contrastar cristíferas banderas,
Mas los soldados del cristiano bando
No pierden, antes siempre van ganando.

Enviáronse pues de gente diestra
Peones á llamar al licenciado,
Porque lo que ya vian daba muestra
De ser el territorio bien poblado:
Juan de Frades llegó que los adiestra,
Y Vadillo partió, visto recado,
Yendo delante los azadoneros
Para hacer caminos andaderos.

Mas aprovechan poco los conciertos
Para llevar subida descansada,
Por ser tan asperísimos los puertos
Que apenas hallan dó hacer parada,
De noche, segun son altos y yertos
Y la cuchilla dellos delicada;
Suben con grande tiento los caballos,
Tanto que fué milagro sustentallos.

Y cuando se quedaban alojados
En medio de los ásperos recuestos,
Los caballos, en árboles atados,
De tan mala manera quedan puestos,
Que parece tenellos ahorcados,
Sobre los piés traseros muy enhiestos,
Asidos siempre de la gruesa rama,
Sin osar en el suelo tomar cama.

Y cuatro que quisieron de cansados
Tomalla por allí, como mal diestros,
Sin medio de poder ser ayudados,
Quebraron fácilmente los cabestros
Rodando sobre mas de mil estados,
Do no fueron mas vistos de los nuestros;
Pues antes de llegar á las honduras
Iban deshechas ya las coyunturas.

Con este sinsabor y desavío,
Y rebatos también que no faltaban,
Llegaron á Garú, que es cierto río,
Donde los dos caudillos esperaban;
Habia por allí mucho gentío,
Cosa que todos ellos deseaban;
Supo de ciertos indios el Mojica,
La ciudad dicha Cori ser muy rica.

Llevárontos delante del regente,
El cual, certificado, luego manda
A Francisco de César, su teniente,
Vaya con brevedad en su demanda;
El cual nómina hizo de la gente,
Caballos y peones, buena banda;
Por todos van sesenta, cinco menos,
Que se sentian de salud mas llenos.

Pasaron asperísimos recuestos
Que pocos en altura semejantes,
Y desde los collados mas enhiestos
Vieron las casas ya poco distantes;
Los vecinos están en arma puestos
Y, á lo que parecia, con semblantes
De creer que tenian para cena
De carne de español la mesa llena.

Reparáronse pues nuestros peones,
Porque los de caballo no venian
A causa de los grandes reventones
Y malos pasos do se detenian:
Pero los carniceros escuadrones,
Pensando que de miedo lo hacian,
Acometieron bravos y lozanos
Para tomallos vivos á las manos.

Rompiendo van los aires vivos gritos,
Espesura de lanzas los rodea,
Crece furia y ardor de los conflitos,
Euciéndese bravísima pelea;
Caen sobrellos dardos infinitos,
El español brioso se menea,
Apresurando los filos agudos
Y amparándose bien con los escudos.

Poco compás ocupan los cristianos,
Y allí firmes están como raices;
Pero cuando llegaban los paganos
Algunos revolvian sus narices:
Aquí cortan molledos, allí manos;
Acullá cercenaban las cervices;
Unos vuelven sangrienta la mollera,
Otros con las entrañas todas fuera.

Mas todavía son acometidos
Los nuestros de terrible muchedumbre,
Los doce dellos ya muy mal heridos,
Y todos con inmensa pesadumbre;
Crecen los silbos y los alaridos
Que tienen estos indios de costumbre,
De tal manera, que por todos lados
Los tienen afligidos y acosados.

Como suelen hacer en coso llano
Al toro que á la lidia se subyeta,
Que le da grandes silbos el villano
Y hace cocos para que arremeta,
Y en soltando la vara de la mano
Busca luego guarida dó se meta,
El ojo siempre vivo y el pié presto,
Para poder tomar seguro puesto:

El bárbaro crüel desta manera
Con importunidad anda silbando,
Y con brincos y saltos desde afuera
Agudos jáculos desembrazando;
Si el español acude, no le espera,
Mortífera respuesta recelando;
Y la nube de dardos que no cesa,
Cuanto mas tura tanto mas espesa.

Crece la saña del furor horrendo;
Auméntase terrible torbellino;
Los que con los caballos van subiendo
Abrevian lo posible su camino,
Y es porque cada cual con el estruendo
Era de los efectos adevino:
Quedaron pues, oyendo los tropeles,
Cuasi pasmados estos infieles.

Porque por el lugar que le compete,
Para romper furiosa confianza,
Bate los calcañares el jinete
Y da tiempos debidos á su lanza:
El Francisco de César arremete
No con aumento poco de matanza;
Y ansí por su lugar en breves puntos
Habia copia grande de defuntos.

Fué de los indios la turbacion tanta,
Viendo delante lo que nunca vieron,
Que ya ninguna grita se levanta,
Ni después de sus armas se valieron;
La voz del español victoria canta;
Los bárbaros callaron y huyeron;
Siguieron media legua los alcances,
Do se hicieron sanguinosos lances.

Vuelven á saquear bárbaros nidos,
Donde no se halló próspera suerte;
Curaron luego todos los heridos,
De los cuales ninguno fué de muerte:
Vadillo por los hombres impedidos
En este lugar se hizo fuerte
Por espacio de diez y siete dias
Hasta convalecer las compañías.

Pues de la hambre y el rigor contino
Los menos dellos se sentian buenos,
Y ansí, haciendo lo que les convino,
El alma dan á Dios en estos senos
Los valerosos Miguel Vizcaíno,
Soto, Esquivel y dos ó tres morenos,
Que de trastornar sierras y montañas
Tenian ya molidas las entrañas.

Cargó también á César la dolencia,
El cual, en confianza de ser nada,
No hizo la debida diligencia,
Siendo de dia en dia dilatada,
Y ansí sin el examen de conciencia
La muerte le tomó la madrugada:
A todos fué su muerte lastimera,
Y mucho mas en ser desta manera.

En Indias fué persona señalada;
Y relatar ahora su proceso
Seria cosa desproporcionada
Por no cumplir aquí largo digreso;
Podria ser al fin de la jornada
Deciros algo dél; y agora ceso
Por volver al viaje de Vadillo,
Pesante por el fin de su carillo.

A quien todos los mas dicen que yerra
En hacer de la mar tan gran absencia;
Mas él á lo muy lejos se destierra
Por lo que le dictaba su conciencia,
Poniendo de por medio tanta tierra
A causa de huir la residencia,
Porque debia de tener por cierto
Tenella sus contrarios en el puerto.

Y en tener tal sospecha no se engaña,
Pues en esta sazon era venido
El licenciado Santa Cruz de España,
Para su residencia proveido;
Despachóse tras él cierta compaña
Si por caso pudiese ser habido,
Y el capitán Luis Bernal venia
Tras él con bien armada compañía.

Hasta Lile siguieron sus pisadas
Los peones y gente de caballo,
Alguna vez doblando las jornadas,
Haciendo su poder por alcanzallo;
Pero por cosas que serán contadas
Menos allí pudieron ya hallallo,
Por haberse partido para Quito,
Cansado del entrada, mas no ahito.

Vadillo pues con miedo semejante
Por aquel émulo que en corte clama,
Trabaja de pasar siempre delante
A ganar opinion y buena fama;
Y agora procuró con el restante
Llegar á la provincia de Cartama,
Que, segun por las guias se publica,
Era tierra de minas y muy rica.

Ciertos soldados van por su mandado
Para ver el camino mas seguido,
Y en un pueblo de indios ya quemado
Tuvieron un recuentro bien reñido:
Salió Caravajal descalabrado
Y el capitán Mendoza mal herido:
Fueron peligrosísimas heridas,
Mas ambos escaparon con las vidas.

Por ser pocos los desta compañía,
Por los indios se vieron afligidos;
Pero mostraron bien su valentía
Contra los escuadrones atrevidos,
Pues con ser mucha gente, todavía
Fueron desbaratados y vencidos,
Algunos dellos presos y captivos
Que se llevaron al Vadillo vivos.

El cual se holgó de vellos, y al instante
A preguntar por tierra se levanta,
Que próspera le sea y abundante
Para hacer en ella nueva planta;
Respondieron estar mas adelante
La provincia llamada Caramanta,
La cual es tal, que si la señorea,
Largamente tendrá lo que desea.

Alegres con las nuevas de las guias,
Partieron todos en su seguimiento
Por altas y soberbias serranías,
Que parecen llegar al firmamento,
Y en espacio menor que de tres dias
Vieron de poblaciones gran aumento,
Tantas que no tenian ya por bueno
Entrar tan pocos en compás tan lleno.

Vieron la gente bien apercebida
Y con intento firme de esperallos
Para que les sirviesen de comida,
Hacellos postas y descuartizallos;
Pero sin parar ánima nacida
Huyeron desque vieron los caballos,
Y por ser el terreno tan doblado
Ninguno dellos pudo ser tomado.

El primer pueblo destas vecindades
De todas cosas lo hallaron falto,
Y los indios con grandes cuantidades
Tenian de la sierra lo mas alto;
Mas con ciertos soldados Juan de Frades
Tomó siete gandules en un salto,
Y con intérprete que los entiende
Vadillo preguntó lo que pretende.

De por sí cada uno respondia
Sin mostrar intencion diferenciada,
Y en el dar las respuestas parecia
Gente de mas razon que la pasada;
Pero del caso que se pretendia
La certidumbre fué menos que nada;
A Cuicui cualquiera los aplica,
Afirmándoles ser provincia rica.

Esta razon por el Vadillo vista,
Puesto caso que no sin gran molina
Y mas avilantez que de jurista,
A morir ó vivir se determina
Llevar mas adelante su conquista,
Antes que revolver á la marina,
Y á las guias mandó que como deben
A la tierra de Cuicui lo lleven.

Métenlos por montañas y breñales
Por donde todos van desesperados;
Los lodos y pesados tremedales
Esceden al rigor de los pasados;
Los que son menos y los principales
Caminan del vivir desconfiados,
Por no tener en tiempo tenebroso
Donde tomar brevísimo reposo.

Sin vigor el mancebo y el anciano
Y sin lugar enjuto do se sienten;
Los caballos tampoco comen grano,
Ni topan yerba con que se sustenten;
Juzgan á su mayor por inhumano,
Aunque siente también lo quellos sienten;
Pero con padecer esta fatiga
Ninguno dellos hay que contradiga.

Pero vista su grande pertinacia
Que parecia de varon insano,
So color de facecias y de gracia
El comendador Sosa, lusitano,
En un gran lodazal por do se espacia,
Para lo convencer tomó la mano,
Y con aviso de varon prudente
Riéndose le dijo lo siguiente:

«Todos, señor, andamos de mal modo,
Y tengo para mí que cualquier bueno,
Adonde vos estais puesto de lodo
No dudará meterse por el cieno;
Mas si conviene tantealo todo
Con seso libre, de pasion ajeno,
También seria de persona cuerda
Mirar cómo su vida no se pierda.

»El seso, la razon y la cordura,
Las intenciones buenas y cristianas,
Son menester en esta coyuntura,
Sin dar lugar á conyecturas vanas;
Pues tan acerbo mal y desventura
No pueden comportar fuerzas humanas,
Antes si lo mirais es imposible
Poder vivir con pena tan terrible.

»Al principio peon y caballero
Sufrialo, por ir bien preparado,
Con recias fuerzas y vigor entero,
De negros y caballos ayudado;
Agora ningun mal es sufridero,
Porque llueve, señor, sobre mojado,
Tanto quel mas bien puesto y el mas fuerte
Anda ya peleando con la muerte.

»A cuantos huellan la terrena bola
Con tanta muchedumbre de naciones,
Basta para matar la hambre sola,
Cuanto mas tantos colmos de aflicciones
Como veis padecer á la española
Que traeis, no con malas intenciones,
Porque bien se colige de lo hecho
Que deseais su bien y su provecho.

»Aquesto yo lo sé de cierta ciencia,
Y no lo duda persona ninguna,
Y que con regalada providencia
Curais el mal que mas nos importuna;
Pero ¿qué presta tanta diligencia
Si nos desfavorece la fortuna,
Antes, segun que vemos de hora en hora,
Donde bien esperamos se empeora?

»Por estos asperísimos conveses,
Con inmenso sudor y hambre luenga,
Habemos caminado ya diez meses
Sin que hallemos cosa que convenga;
Lástima con desgracias y reveses,
Sin darnos tierra que nos entretenga,
Y cuando se pensó hallar consuelo
Aun para resollar nos falta suelo.

»Faltan soldados muchos y muy buenos,
Como vuestra merced, señor, bien sabe;
Nosotros cada dia somos menos,
Cosa no hay que no se menoscabe;
Querer continuar aquestos senos
Tan insufribles, en razon no cabe,
Sino los que tuvieren ya la vida
Con desesperacion aborrecida.

»A cualquiera mortal inconviniente
Nunca dejamos de poner el pecho;
No se puede hacer humanamente
Mas de lo que nosotros hemos hecho;
El cielo por ventura no consiente,
Y el camino nos hace mas estrecho:
Antes pues que faltemos de por medio
Demos á nuestro mal algun remedio.

»Y será de remedios el mas cierto,
Segun el parecer desta compañía,
Que nos volvamos al marino puerto
Antes que nos consuma la montaña,
Pues dejamos camino bien abierto
Que del fructo que hay nos desengaña:
Vuestra merced, señor, lo considere,
Y disponga segun le pareciere.»

Dijo su parecer como caudillo
A quien tomaron todos por escudo,
No sin alteraciones del Vadillo
Por ser de sufrimiento muy desnudo;
Paróse demudado y amarillo,
Mas reportóse todo cuanto pudo,
Y aquella primer cólera compuesta,
Estas razones dió por su respuesta:

«Un hombre de quien yo tanto confio,
Por su valor y buen entendimiento,
No debe dar favor á desvarío
Con parecer que va sin fundamento;
No porque yo me case con el mio,
Y menos en lugar do voy á tiento,
Antes deseo que se me dé lumbre
Para salir de tanta pesadumbre.

»Mas si teneis aquesa por segura,
Como tractada ya con gente diestra,
Es como la tiniebla mas obscura
Que da de resplandor ninguna muestra;
Pues para la salud que se procura
No pudo ser consulta mas siniestra,
Y á la seguridad es tan aleve
Que nuestra perdicion será mas breve.

»Porque, señores, para la tornada
Por los lugares por do habeis venido
¿Dejais la vitualla concertada?
Algun mantenimiento proveido?
Toda la viña queda vendimiada;
Ningun lugar que no quede barrido;
Recurso no lo hay si yo lo siento
Que pueda proveernos de sustento.

»Y si los indios tienen algun resto,
Que nada puede ser en buen romance,
Bien se puede creer tenello puesto
Donde no le podamos dar alcance;
Esto que digo es tan manifiesto
Que hallareis no ser falso balance,
Antes si quereis ir por esa puerta
Ninguna cosa hallareis mas cierta.

»Pueblo no lo vereis adonde estaba,
Que los indios los mudan fácilmente,
Pues visteis que cualquiera los quemaba
Por apartar de sí cristiana gente;
Es allá la montaña muy mas brava,
Mayor y de peor inconviniente;
Tampoco hallaremos sementeras
Con miedo de las gentes estranjeras.

»Porque son indios sumamente brutos,
Carecientes de leyes que los domen,
Y han por bueno perder todos los frutos
Dellas porque cristianos nada tomen;
En la voracidad tan disolutos,
Quellos mismos se matan y se comen;
Y es de creer que ya libres de espanto
Harán de los que vuelvan otro tanto.

»Al principio tenian algun miedo,
Pero despues cobraron mas aliento,
Usando de sus armas á pié quedo
Y desmandándose cada momento
Hasta sacar los ojos con el dedo,
Sin temor de venir en rompimiento;
Y serán tantos mas los atrevidos
Cuantos volvieren menos y perdidos.

»A toda ley colar mas adelante
Es lo mas sano destos dos estremos,
Con valor y con ánimo constante
De buenos, hasta tanto que topemos
Con gentes que de ver barbas se espante,
Que presto, Dios mediante, los veremos,
Pues la fragosidad desta carrera
No puedo yo creer ser duradera.

»Será pues mi respuesta concluyente
Que vuelva quien la vuelta deseare:
Que yo juro por Dios omnipotente,
Que cuando ningun hombre me quedare
Ir mi viaje yo tan solamente
Adonde la ventura me guiare;
Esto como lo digo será cierto,
Y no volver atrás vivo ni muerto.»

Aquesto dicho, no con poca saña,
A pié, sin que curase de rocino,
Comenzó de romper por la montaña
Con indio que adiestraba su camino;
Lo cual visto por los de su compaña,
Habláronle con término benino,
Diciéndole que vaya do quisiere,
Que todos morirán donde él muriere.

Con estos insufribles sinsabores
Pasaron adelante cuatro dias,
Cuyas jornadas fueron muy peores
De lodos y prolijas serranías;
Gastábanse los tristes gastadores
En adobar las cenagosas vías,
Y hubo dia, por ser paso malino,
De solo media legua de camino.

En este lago de calamidades
A voces se quejaban del Vadillo,
Y él pasaba por hartas necedades
Dichas acaso por el mas sencillo;
Pasó pues adelante Juan de Frades
Con gentes, como próvido caudillo,
Mandándole que vuelva, si por caso
Viese luz que denote campo raso.

Caminaron la vuelta del oriente
Dejando por los árboles señales,
Y fué colando por aquella frente
Dos jornadas, al cabo de las cuales
Vió claridad y vió campo patente
Con mucha poblacion de naturales:
Alabaron á Dios desque lo vieron,
Y á dar la buena nueva se volvieron.

Pero como quien va de los cabellos,
Por ir faltos de fuerzas y de brio,
Delicadas las zancas y los cuellos,
Desnudos, y el estómago vacío;
Y ansi se desmayaron los dos dellos
Al tiempo que pasaron cierto rio;
Mas Juan de Frades prosiguió su vía,
Dejándolos allí con compañía.

Yendo por aquel cieno trabajando
Sin alpargates y con harta pena,
Con el Vadillo dió que caminando
Venia de dolor el alma llena;
Danle las buenas nuevas en llegando,
Diciéndole que vieron tierra buena,
Y él á Dios muchas gracias y loores
Por esperar salir destos rigores.

Y todos los demás con los contentos
Y esperanzas de ser campos abiertos,
Tornaron á cobrar nuevos alientos,
Porque ya los traian casi muertos;
Todos son en quitar impedimentos
Viendo cómo los toros eran ciertos,
Por llegar cada cual do se rehaga
Y salir presto de tan grave plaga.

Y ansí segundo dia ya pasado
Después que fué la nueva percebida,
Salieron á lo raso y escombrado
Do vieron poblacion bien estendida:
Hallan el primer pueblo despoblado,
Aunque con abundancia de comida,
Y por el buen recurso que allí hubo
El campo veinte dias se detuvo.

Entre tanto Joan Ruiz de Molina,
Con la gente que estaba menos lesa,
Sus pasos á raucheos encamina,
Y captivó de gente buena presa,
Con dos mil pesos de moneda fina;
Asimismo vió mas amplia dehesa,
Ameno valle todo cultivado,
Y poblacion por uno y otro lado.

La gente con deseo de ganancia,
Que ya mas reformada se sentia,
Al valle se pasó, cuya substancia
Era de señalada mejoría;
Allí se procuró con gran instancia
Saber cómo la tierra se decia,
Pero los siete indios caramantes
Huyéronseles una noche antes.

Y ansí, por lo demás que se pretende,
Segun necesidades ocurrian,
Aquesta falta mucho los ofende,
Pues aunque destos indios inquirian,
Ninguna de las lenguas los entiende
Ni supo declarar lo que decian,
Y con reiterar en la respuesta
Ninguna cosa dicen manifiesta.

Viendo ser nada cuanto se replica;
Por ser allí la diferencia tanta,
Ofrecióse Francisco de Mojica
Ir por algun gandul á Caramanta,
Por ser lengua que estotra verifica,
Y por las quellos traen se discanta,
Y ansí sin tomar tanta pesadumbre
Unas á otras se darian lumbre.

Este con caballeros y peones
A la lijera fué por la montaña;
Llegaron donde son sus intenciones,
Ven con obscuridad una cabaña,
De do trajeron muchos en prisiones,
No sin defensa de guerrera saña,
Pero como soldados de momento
Salieron con honor del rompimiento.

Llegados pues donde los esperaban,
El Vadillo holgó con su venida,
Y al fin supieron lo que deseaban,
Porque por lengua dellos entendida
Se supo ser Encerma donde estaban,
Que por sus minas es esclarecida;
Y Cuicui, de quien llevan demanda,
Quedaba mas atrás en otra banda.

Como tuviesen pues mantenimiento
Y noticia de minas tan pujante,
Un mes gastaron en aquel asiento,
Sin que quisiesen ir mas adelante;
La gente natural con descontento
De ver sus sementeras de menguante,
Venian á los collados fronteros
A los amenazar con grandes fieros.

Y como ningun dia se dejase
De hacer esto, para castigallos,
El Vadillo mandó que se emboscase
Mojica con peones y caballos,
Y cuando la caterva comenzase
A los amenazar y deshonrallos,
Tomase las espaldas con la gente
Y rompiese por ellos de repente.

Tomó diez caballeros y cuarenta
Peones de la gente mas granada,
Y al tiempo que la noche representa
Estar humana gente reposada,
En parte se metió donde no sienta
El barbarismo vil el emboscada:
Quebrada montüosa muy cercana
De do suelen venir cada mañana.

Apolo ya sus rayos estendia,
Dorando las alturas de la cumbre,
Cuando la carnicera compañía
Llegó donde tenia de costumbre,
Y para sus efectos aquel dia
Cargó mas arriscada muchedumbre
Con infinitos dardos y saetas
Y estruendo temeroso de cornetas.

La gente del real, que está de cara
De la bestial y bruta pestilencia,
Luego salió de los bubíos para
Hacer ostentacion de su presencia,
Y ver ni mas ni menos en qué para
Después que se comienza la pendencia,
Adonde el emboscada ya camina
Con el arremetida repentina.

Los caballos con pechos y con faldas
E ya de muchos dias reformados,
Rompen la multitud por las espaldas
Por do nadie pensó ser asaltados:
Quedaron amarillos como gualdas,
Dejándose caer por todos lados
Con una turbacion triste y horrenda,
Sin se desenvolver en la contienda.

El hierro de la tanza se ensangrienta
Con presurosa voz de ¡Santiago!
Peones con espada violenta
En indios hacen no menor estrago;
Creció la crüeldad sanguinolenta,
Tanto que en suelo seco hacen lago:
Algunos desamparan los tumultos,
Y otros quedaron como vanos bultos.

Pero muy poca gente quedó viva
Con el ciego furor y turbulento,
Y desta mucha parte fué captiva
Que del lugar no hizo movimiento;
Al campo la victoria se deriva,
De que Vadillo tuvo gran contento,
Y ansí nunca después deste rebato
Hubo bravosidad ni desacato.

Mas viniendo después de la presura
Garci-Lopez, finísimo soldado,
Entró por ciertas matas y espesura
A fin de descargar vientre cargado:
Infelice sazon y coyuntura
Y dia suyo mal infortunado,
Pues allí de los bárbaros lucidos
Estaban ciertos dellos abscondidos.

Viéndole por la via deshonesta
Y en ocasion tan bien acomodada,
Saltan con gran furor de la floresta
Rodeando la caza deseada:
Viólos, y como la tenia presta
Puso mano veloz en el espada,
Pero los zaragüelles eran grillos
Para no menear bien los tobillos.

Hiéronlo todos ellos á menudo
Como tiran á cuerpo descubierto,
Por no llevar á cuestas el escudo
Y del dia fatal estar incierto;
Al fin él mató dellos los que pudo
Y el triste miserable quedó muerto;
Los compañeros el rumor oyeron,
Y con lijeros pasos acudieron.

Entran los que se hallan mas espertos,
Mas aunque fué lijera su corrida,
Ya hallaron á cuatro indios muertos
Y al fuerte Garci-Lopez sin la vida;
Del modo de su muerte fueron ciertos
Por la señal y muestra referida:
Al cuerpo se le dió terrena sima
Y le pusieron una cruz encima.

Y en esta parte, do se representa
Haber sido la muerte y el conflito,
Empalaron después mas de cincuenta
Que estaban harto libres del delito;
Y ansí toda la tierra se amedrenta
De modo que no dan guerrero grito,
Antes de paz un cierto señor vino
Y trajo dos mil pesos de oro fino.

Doce de su jaez trajo consigo,
Y al Vadillo habló desta manera:
«Has de saber que Riteron me digo,
Señor universal desta frontera;
Deseo que me tengas por amigo,
Y que el amistad sea verdadera;
Y para que ser tal la mia creas
Yo te quiero mostrar lo que deseas.

»Si quieres que te cubra mejor pluma,
No gastes aquí mas horas baldías:
Vamos á la provincia de Guacuma,
Jornada solamente de dos dias;
De oro hallarás inmensa suma:
Tinajas, ollas, platos, almofrias;
Y porque tengo cierta confianza
Yo quiero ser la guia desta danza.»

Con tan próspera nueva como esta
Contentamiento recibió Vadillo:
Dióle de mil favores la respuesta
Diciendo que seria su carillo,
Y todos le hicieron grande fiesta
Por prometellos copia de amarillo;
Pues con tantas tinajas y vasijas
Podian bien casar hijos y hijas.

Mas nunca vieron tan felice año,
Aunque dieron en bien poblado seno,
Pues eran relaciones con engaño
A fin de los sacar de su terreno,
Adonde recibian mucho daño
Y estaba va vacío de muy lleno;
Pero debajo de lo que decia
En su demanda fueron otro dia.

Hallaron por los altos reventones
El camino bien hecho nuevamente
Por estos indios, con las intenciones
Ya dichas en el verso precedente:
Entraron en crecidas poblaciones,
Mas no hallaron ánima viviente;
No ven señal ni muestra de ganancia,
Pero de lo demás gran abundancia.

Ya les habian dicho que barbuda
Gente también llegó por allí antes,
Y no creyeron la razon desnuda
De señales algunas importantes,
Hasta que ya salieron desta duda
Con vellas bien patentes y bastantes,
Que fué la calavera de un caballo
Y otras cosas que de presente callo.

Vadillo pues, sintiéndose corrido
Porque pensó medrar con las migajas,
Al indio dijo: «Di, ¿por qué has mentido?
¿Adónde están las ollas y tinajas?»
Respondióle: «Los indios han hüido,
Y llevaron consigo sus alhajas;
Buscad como debeis al enemigo,
Y hallareis ser cierto lo que digo.»

Buscaron, mas no ven señal preciosa
A los humanos ojos agradable,
Escudriñando gente cudiciosa,
Que en esto suele ser infatigable;
Mas vieron á las puertas una cosa
Odiosa, bestial y detestable,
En guadubas hendidas que tenian
Manos y piés de hombres que comian.

Estas guadubas son muy gruesas cañas,
Huecas y altas sobre seis estados,
De que rodean muchos sus cabañas
Componiendo fortísimos cercados,
Que de duro rigor no son estrañas,
Pues han menester hierros afilados:
Córtanlas ellos con agudas guijas,
Y en muchas partes sirven de vasijas.

Tal planta es que nunca lleva fruto
Ni de viciosa hoja se cobija,
Sino ramo de puntas mal instruto,
Y bien puede lo hueco ser vasija,
Pues de los gruesos el mayor cañuto
Tiene capacidad de una botija,
Y ha menester tener el brazo bueno
El que de agua lo llevare lleno.

Son harto mas seguros que de barro,
Y para cualquier uso mas lijeros;
Suele ser su cañuto muy buen tarro
Donde reses ordeñan los vaqueros;
No se les pega de la leche sarro,
Y aunque queden al sol, duran enteros;
Sirve también aquesta cañavera
Para pajizas casas de madera.

Y aun muchas veces yendo los soldados
Fatigados de sed por tierra seca,
Aquellos que son diestros y avisados,
Como conocen ser la planta hueca
Y haber dentro licuores represados,
Con el espada por la baja rueca
La cortan, y en el hueco hallan tanta
Agua que satisface su garganta.

Tienen pues estos indios inhumanos
Cada cual una guaduba hendida
A su puerta, y en ella piés y manos
De los que las perdieron con la vida;
Pues con voracidad de los hircanos
Tigres, tienen los hombres por comida,
Y es el de mas valor y mejor maña
Quien tiene mas piés puestos en su caña.

En muchas cañas del primer cercado
A manera de fístulas habia
En diferentes partes un horado
Que herido del viento que corria
Como si fuera canto concertado
Formaban consonancia y armonía,
Y de voces concordes y sonoras
Oian música todas las horas.

Ocho noches durmieron en el fuerte,
Y allí de enfermedad que ya traia
Luis de Tapia vió su fin y muerte;
También Diego de Heredia fatal dia,
Hombre muy principal y de gran suerte
Y no menos cabal en valentía;
Ansimismo Cristóbal de Villoria,
Cuya virtud á todos fué notoria.

Sintióse mucho su fatal desvío,
Y el licenciado tuvo harta pena;
Juan de Villoria mas, por ser su tio
Del muerto, que sacó de Cartagena
Proveyéndole todo buen avío
Segun que lo pedia la cadena:
Dada pues á los nuestros sepultura,
Siguieron adelante su ventura.

En Otumaní no hicieron cama
Por ver el valle mal acomodado;
Pasan á la provincia de Guarama
Y todo lo hallaron abrasado;
Allí tuvieron mas entera fama
De españoles que van por otro lado,
De los cuales Nacor fué destruida,
Con ser provincia larga y estendida.

Pasan á Dabibá va mas avante
De Nacor y sus altas serranías,
Y por ser valle lleno y abundante
En él pararon mas de treinta dias,
Hasta tanto que para lo restante
Se reformaron bien las compañías;
Luego por altas sierras van á tino
Sin que pudiesen descubrir camino.

No pongo cerca desto por memoria
Otros muchos trabajos y aficiones;
Mas ya viendo su muerte ser notoria
Si no hallaban nuevas provisiones,
Adelante pasó Juan de Villoria
Con algunos caballos y peones,
Prometiendo tomar aquel cuidado
Y no volver al campo sin recado.

Por haber sido antes Juan de Frades
En inquirir caminos importuno,
Mas no pudo por las fragosidades
Ver en aquellos términos alguno;
Y así para suplir necesidades
El remedio que trajo fué ninguno;
No vió senda, labranza ni bubio,
Mas dió segunda vez en el gran rio.

Tentaron ir á la contraria banda
Ciertos soldados, buenos nadadores,
Para tomar á quien por allí anda
Y descubrir conuoos y labores;
Ahogóse Simon en la demanda
Por el agua llevar grandes furores;
Volvióse Juan de Frades menos este
Y sin descubrir cosa que les preste.

Juan de Villoria fué por otras vias,
Espesuras de gran desabrimiento;
Anduvieron perdidos siete dias
Llenos de confusion y descontento:
Desesperadas estas compañías
Hacen al capitán requerimiento
Que salga de montañas y de lodos
Y no permita que perezcan todos.

Mas él los animó con su respuesta
Hasta salir á mas raso terreno
Y de mejor y mas clara floresta;
Y ansí, pasados dias, al noveno
Dieron en la provincia Proponesta,
Graciosa vista y espacioso seno,
Do vieron tantos campos cultivados
Que quedaron confusos y admirados.

Como la poblacion se descubriese
En valle de comida proveido,
Para que buena nueva se le diese
Al campo que quedaba detenido,
A Mojica con tres mandó que fuese
Con paso presuroso y estendido;
El cual con los demás al campo vino
En menos de tres dias de camino.

Fueron del licenciado recebidos
Con voz de cumplimientos honorosos,
Y consoláronse los afligidos
Deste remedio no poco dudosos;
Los toldos fueron luego removidos
Caminando con pasos presurosos,
Y como se llevaban buenas guias
Tardaron en llegar solos seis dias.

Llana se les hacia cualquier sierra
Por llegar á los otros compañeros;
Y entre tanto la gente de la tierra,
Como por ella viesen estranjeros,
Determinaron de les hacer guerra
Como belicosísimos guerreros,
Y teniendo por cierta la victoria
Dieron en el asiento de Villoria.

El acometimiento fué terrible,
El número de bárbaros sin cuenta,
El son de las cornetas insufrible,
La furia de temor libre y exenta:
Juzgara la razon ser imposible
El poder escapar de la tormenta;
Mas á los de valor y á los inertes
Necesidad los hizo ser mas fuertes.

Cúbrese de penachos aquel valle,
De lanzas y de dardos gran boscaje;
Como Juan de Villoria pues se halle
Con caballeros diez y peonaje,
Rompe con gran furor haciendo calle
Por medio del ejército salvaje;
Siguieron los peones tras su huella
Haciendo todos no pequeña mella.

Como cuando novillos mal domados
Van arrastrando golpe de madera,
Que huyendo de quien eran guiados
Entraron en alguna sementera,
Y estando ya los trigos sazonados
Dejan por ellos ancha la carrera,
Hollando y abatiendo las espigas
Con las hendidas patas y las vigas:

Desta misma manera van rompiendo,
Sin que ninguno muestre mano floja,
Soberbia de plumajes abatiendo
Donde la verde yerba queda roja;
Crece rigor, temor, furia y estruendo,
Aquí y allí mortífera congoja;
Este queda sin piés, aquel contrecho,
Otro lanzando sangre por el pecho.

Al tiempo que la guerra comenzaban,
Llegaban á las barbas y cabellos;
Mas como tantos dellos derribaban
Muchos abaten los soberbios cuellos,
Y por ninguna via comportaban
El ver á los cuadrúpedos entrellos,
Porque por la presteza y el gobierno
Juzgaban ser demonios del infierno.

Y ansí viendo su hueste tan rompida
Y por diversas partes derramada,
Toda la multitud hizo hüida
Dejando nuestra gente fatigada,
Ninguno con tan áspera herida
Que brevemente no fuese curada;
Buscaron el lugar mas á provecho
Donde la fortaleza fué su pecho.

Y fué bien menester lanza y aljaba
Con fuerzas y favores del muy Alto,
Por ser esta nacion feroz y brava
Y barbarismo de temores falto,
Y tal que ningun dia se pasaba
Sin que les diesen un crüel asalto,
Hasta tanto que ya vieron el dia
Que trajo la restante compañía.

La cual como sus fuerzas rehiciese
Para vengar las injurias atrasadas,
Sin que la bárbara nacion viniese
Los iban á buscar á sus posadas,
Y por ser principal el interese
De tamajiras de oro bien labradas,
Por aquellos lugares y conveses
El campo reposó mas de dos meses.

Tuvieron siempre pasadía buena,
Por ser provincia rica y abundosa;
Y allí se desasió de la cadena
De vida corporal y trabajosa
Un noble regidor de Cartagena
Que se decia Juan de Peñalosa,
Y otro Diego Cortés en esta via
Ansimismo le tuvo compañía.

Viéndose pues la gente con talante,
Cabales fuerzas, voluntad y brio,
A fin de proceder mas adelante
Del valle principal hacen desvío:
La tierra por do van es abundante
Y dan tercera vez en el gran rio,
De muchas sementeras y de villas
Crecida poblacion en las orillas.

E yendo caminando cierto dia
Cerca del agua que los embaraza,
Toparon una grande ranchería
Que contenia no pequeña plaza,
Hecha por españoles, donde habia
Sueltos sin dueño dos perros de caza,
Los cuales á las gentes españolas
Se llegaron triscando con las colas.

Vadillo se quisiera hacer cierto
De qué gobernacion la gente fuese,
Y como buen camino ven abierto
Sin que trabajo ya se recibiese,
Mandó con gente capitán esperto
A que los alcanzase si pudiese;
Hallaron los que van en la demanda
Haber pasado de la otra banda.

Eso mismo hicieron los soldados
Con determinaciones de alcanzallos,
Y de las otras partes de los vados
Hallaron anchos rastros de caballos
Y mas de siete mil indios armados,
Que de cierto señor eran vasallos;
Mas como viesen hueste tan pujante
Con temor no pasaron adelante.

Contaron lo que vieron en llegando
Y cómo los retrajo cuerdo miedo,
Mas lo que no supieron caminando
Después se lo dijeron á pié quedo;
Y fué seguir los indios deste bando
Las partes de Jeorge de Robledo
Prestándole favor para la guerra,
Contra los moradores desta tierra.

Examinando pues dudosos trances,
De que nacian varias opiniones,
Diferentes juicios y balances
Sin atinar á las resoluciones,
Siguió Juan de Villoria los alcances
Con algunos soldados y peones,
Hasta llegar á bárbara cabaña
Que de ver españoles no se estraña.

Antes sin le mostrar pecho contrario
La gente que en el tambo residia
Les proveyeron de lo necesario
Con apacibilidad y cortesía;
Mas el hablar, por ser acento vario,
Por señas solamente se entendia;
Y allí hallaron puercos y gallinas
En aquellas regiones peregrinas.

Proceden adelante ya por via
Para la proseguir asaz patente,
Hasta llegar á Lile, que es hoy dia
Cali, y ansí se llama de presente,
Quel capitán Miguel Muñoz habia
Poblado por Pizarro nuevamente;
Y Sebastián de Benalcázar era
El general de toda la bandera.

Antes de ser á la ciudad venidos
Los vido quien velaba los altores;
Salen algunos bien apercebidos,
Y conociendo ser conquistadores,
Fueron con gran aplauso recebidos
De todos estos nuevos pobladores,
Dándoles hospedaje convenible
Con el regalo que les fué posible.

Y sabiendo ser breve la jornada
De donde se quedó Juan de Vadillo
Esperando razon determinada
De quién fuese la gente y el caudillo,
La gente deste pueblo mas granada
Acordó de salir á recebillo,
Con ellos por personas de mas fondo
Pedro de Ayala y Antonio Redondo.

Los cuales le llevaron el recado,
Y ambos, en cumplimiento del oficio,
Suplicaron al dicho licenciado
Les hiciese tan grande beneficio
De ver aquel lugar recién poblado
Y recebir en él algun servicio:
Vadillo tuvo cumplimientos bellos,
Y por los contentar se fué con ellos.

Mas por las casas ser en esta era
Pocas, donde vivian encogidos,
Los soldados se ranchearon fuera,
Do fueron largamente proveidos,
Por ser los del lugar en gran manera
Nobles y cortesanos comedidos:
Allí fué pues el dicho licenciado
Ocho dias ó diez muy regalado.

El tiempo que decimos ya pasado,
El comendador Sosa, su teniente,
Segun que pareció por su mandado
Al campo convocó toda la gente;
Y después que los hubo congregado,
El Vadillo les dijo lo siguiente:
«Amigos y señores, sed servidos
De me prestar atentos los oidos.

»Bien escripto terneis en la memoria
Con cuál intento fué nuestra venida,
Los trabajos y pérdida notoria,
Unos de su caudal y otros de vida,
El provecho ninguno, poca gloria
De tanta desventura padecida,
Y sobre tantos males, no pequeño
Aportar á region que tiene dueño.

»Pizarro tiene desto la conquista
Con posibilidad engrandecida;
Benalcázar la tierra tiene vista
Y hasta la de Encerma recorrida,
De todos los caciques hecha lista
Y toda la provincia repartida,
De manera que ya no tiene cebo
Aquel que por acuí viene de nuevo.

»Adelante, segun habeis oido
De los que de Pirú por horas vienen,
Está todo de paz y repartido,
Y cuantos indios hay señores tienen·
Lo cual examinado, soy movido
A tractaros negocios que convienen
Para que como gente generosa
No repareis con tan menuda cosa.

»No sin razon aquesto represento
Por obviar á voluntad mudada,
Porque yo poco mas ó menos siento
De muchos que la tienen depravada,
Y están, desque vinieron con intento
De rematar aquí nuestra jornada,
Contentos con maiz y con tocino
Que les dan á la mesa del vecino.

»De lo cual le resulta gran afrenta
A cualquiera varon de casta buena,
Pues como mendicante se sustenta
De los relieves de la mesa ajena;
Y es loco si con esto se contenta
Quien podria tener la suya llena,
Sin contemplar á huéspedes la cara
Si la tienen sin luz ó muestran clara.

»Que muchos lo dan hoy de buena gana,
Teniendo la comida bien guisada,
Y por ventura no lo dan mañana,
Faltando con qué pueda ser comprada,
Y aun por molestia ser cuotidiana
Quieren que desembarguen la posada;
Pues bien sabeis que huésped de por vida
Es pesadumbre muy aborrecida.

»En parte ver agora no quisiera
Soldados que por mios no se cuentan;
Mas huélgome de ver en gran manera
Donde estos moradores se aposentan,
Para que vean los de mi bandera
Con cuán poquita cosa se contentan,
Y que si lo mirais, dejais, señores,
Atrás tierras mas ricas y mejores.

»Bellos y fertilísimos asientos
Que no se harta vista de mirallos,
Donde podeis tener repartimientos
Con número crecido de vasallos,
Noticias de soberbios nacimientos
De oro que podeis luego labrallos,
Demás de valles y de poblaciones
Que deben de tener otros rincones.

»Porque no todo puede ser visible
En tierra tan doblada y estendida,
Mayormente con tiempo tan terrible
Y cuasi sin parar nuestra corrida;
Ansí que tengo yo por imposible
No quedarnos callada y abscondida
Grande prosperidad á cualquier mano,
Que podremos hallar este verano.

»Por tanto yo, señores, os suplico
Que ninguno rehuse la carrera,
Porque mediante Dios ha de ser rico
Aquel que no dejare mi bandera;
Y de mi tractamiento certifico
Como será con amistad sincera,
Pues aunque tengo repentina ira
También sabeis que luego se me tira.

»De los bienes que tengo no soy duro,
Y bien conocen todos los presentes
Con cuánta caridad y amor procuro
La vida y la salud de los dolientes,
Y que con claridad ni con obscuro
Nunca fuí de los menos diligentes;
Antes en cualquier riesgo manifiesto
Con todos los demás me hallé presto.

»Cualquiera bueno pues que me siguiere
Y con mi voluntad se conformare,
Sepa que moriré donde él muriere
Y él gozará de lo que yo gozare;
Y el que contrario parecer tuviere,
También me holgaré que se declare
Para que percebida su respuesta
Haga la diligencia que me resta.»

Dijo Vadillo lo que pretendia,
Segun manifestó con pecho sano,
Y visto que ninguno respondia
De soldado novel ni veterano,
Francisco de Mojica fué la guia
Que para responder tomó la mano,
Declarando comunes intenciones
En esta breve copia de razones:

«Señor gobernador, bien entendida
Tenemos todos la voluntad vuestra,
Porque de la merced hoy prometida
En el viaje distes clara muestra,
Y en serviros, sin falta conocida,
También sabeis cuán buena fué la nuestra,
Y aun con venir tan llenos de fatiga
No faltará quien vuestros pasos siga.

»Pero de muchos otros imagino,
Y de todos será la mayor parte,
Que no querrán volver por tal camino
Ni habrá quien del contrario los aparte;
Pues á muchos hablé cuando convino,
Y sus respuestas fueron de mal arte,
Diciéndome que desto nadie gusta
Y con escusa que parece justa.

»Porque dicen que vienen del viaje
De todas cosas mal apercebidos,
Sin salud, sin servicio, sin ropaje,
Llagados, estragados y perdidos,
Pocos caballos y ningun herraje,
Y sin poder aquí ser proveidos;
Pues los desta ciudad bajos y altos
También de muchas cosas están faltos.

»Y si de los vecinos hay presea,
Que por se la pedir á precio sale,
Ninguno dellos hay de quien no crea
Que para la vender no se regale,
Y el precio que pidiere que no sea
Seiscientas veces mas de lo que vale,
Y ninguno de nos tiene quilates
Para comprar dos pares de alpargates.

»Volver pues pocos, mal encabalgados,
Y sin llevar de cosa cumplimiento,
Seria propio de desesperados
Y faltos de cabal entendimiento;
En conclusion: yo sé que los soldados
No se pornán en este detrimento,
Y ansí vuestra merced no los espere,
Sino haga lo que le conviniere.

»Lo que resta, señor, es que veamos,
Pues es cosa que á todos nos conviene,
Ese poco caudal que rancheamos
Y que vuestra merced en guarda tiene,
Para que lo pesemos y partamos
Y sepa cada cuál lo que le viene:
Que bien es menester en los estremos
De la necesidad en que nos vemos.»

Dijo, y el licenciado bien consiente
En se hacer del oro partimiento,
Pero de remontársele la gente
Sintió mas que mortal desabrimiento;
Y ansí tentó por via diferente
Haciéndoles un gran requerimiento,
Y entonces si pudiera tirar puyas
Es cierto que hiciera de las suyas.

Desbravó con palabras por un rato
Viendo que diligencia no le presta;
Mas recelándose de desacato
Mudó su condicion en mas modesta,
Porque hubo murmurios de mal trato
De gente no del todo bien compuesta:
Al fin la particion que se pedia
Quedó de se hacer siguiente dia.

De la manera que decimos queda,
Y fué su voluntad determinada
Para que con razon y cuenta pueda
Ser á gusto de todos liquidada;
Pero por un Ledesma la moneda
Aquella misma noche fué hurtada,
Que, como su privado, habló largo
Con el Vadillo cerca de su cargo.

Y entre tanto que cosas encarama,
A las lisonjas dando suelta rienda,
Como estaba debajo de su cama
Del Vadillo y al lado de la tienda,
Un negro del Ledesma, segun fama,
Hurtó por su mandado la hacienda,
Y cuando sintió ser el salto hecho
La prática dejó por el provecho.

Despidióse con grande reverencia,
Segun el uso de amistad estrecha:
Imputan al Vadillo la dolencia
Desque remaneció la maldad hecha;
El cual perdió del todo la paciencia
Viéndose macular desta sospecha,
Y con briosos y feroces modos
Soltó largo la lengua contra todos.

Fué la vuelta de Quito pues Vadillo
Con Villoria y algunos caballeros
Que de su voluntad quieren seguillo
Sin que lleven recurso de dineros,
Por los coger Ledesma su carillo
A ellos y á los otros compañeros,
Y el licenciado iba con consejo
De ir á Panamá por Puerto-Viejo.

Constó de la maldad ser inocente,
Porque desque de Lile fué partido
El que decimos ser el delincuente
Mejoró las alhajas y el vestido,
Y por velle gastar tan largamente
De los demás soldados fué tenido
En aqueste delito por culpado,
Por donde lo pusieron á recado.

Tomó del crimen el conocimiento
Un alcalde que fué George Robledo;
Al amo y al criado dió tormento
Con los rigores de jüez acedo:
Negaron ambos con viril aliento,
Mas al cabo Ledesma con el miedo
El oro dió, de mas mal sospechoso,
En confesion á cierto religioso.

El cual, mediante señas evidentes,
Del oculto lugar lo desentierra,
Y repartióse por los pretendientes,
Segun que trabajaron en la guerra;
Disimulóse con los delincuentes,
Y al crimen y maldad echaron tierra,
Pues mas gritaban al jüez severo
Por las botas que por el escudero.

Después del oro todo repartido
Sin haber el Vadillo parte dello,
Con gente que seguia su partido
Llegó Lüis Bernal para prendello;
Y como le dijesen ya ser ido,
Nunca curó de mas seguir su huello,
Por ir cansado ya, de cuya causa
Allí con los que trajo hizo pausa.

Juan de Vadillo prosiguió su via
A Panamá, segun se da noticia;
Y el licenciado Santa Cruz tenia
Allí malsin con carta de justicia;
Y aunque la gente que lo conocia
Con amistad lo tracia y acaricia,
Lleváronlo con guardas y cadena
A la gobernacion de Cartagena.

En la cual le tomaron residencia
Y anduvo bien trabada la rencilla;
Al fin él apeló de la sentencia
Y preso lo llevaron á Castilla,
Adonde pareció por su presencia
Ante jüeces de suprema silla,
Y en la grita de cargos y descargos
Se consumieron cuatro lustros largos.

Y Juan Rodriguez Gil, que fué por esta
Sazon allá, le dijo: «¿Por qué tiene
La sentencia tardanza tan molesta,
Y no pide con priesa que se ordene?»
Dióle Juan de Vadillo por respuesta:
«Por ser cosa que menos me conviene,
Antes la dilacion yo la procuro
Porque con ella vivo mas seguro.»

Después, teniendo flaca la costilla
Y posibilidad menoscabada,
Murió, segun me dicen, en Sevilla,
Sin ser su causa toda sentenciada.
He dado cuenta sin faltar hebilla
De lo mas substancial de su jornada;
Y así quiero primero que mas diga,
Algun alivio dar á mi fatiga.

CANTO OCTAVO.

Donde se da cuenta cómo volvió don Pedro de Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena.

En los incultos versos desta historia,
Que nunca de verdad tienen inedia,
Hemos dejado puesto por memoria
De la suerte que fué Pedro de Heredia
A Castilla, por la pasion notoria
De quien ya recitamos su tragedia;
Y resta por que todo se concluya
Que tractemos agora de la suya.

A Castilla llegó con sus recados,
Y como fuese negociante viejo,
Después de los jüeces informados,
Presentó los procesos en consejo,
Y vistos los agravios y notados
En su favor halló buen aparejo;
Y ante la majestad del rey invito
También dió relaciones por escrito.

El cual, de sus servicios enterado
Y de su calidad estando cierto,
Lo nombró luego por adelantado
De lo que por él fuese descubierto;
El oro le volvieron secuestrado,
Porque constó hacérsele gran tuerto·
Y así por su bondad, gracia y aviso,
Sus causas concluyó segun que quiso.

Mas antes, como queda repetido,
Contra quien lo quitó de su reposo
Pidió jüez, y fuéle proveido
A Santa Cruz, un hombre virtüoso,
El cual en Cartagena recebido
No procedió por orden riguroso,
Pues en el tiempo que duró con mando
Menos pecó de duro que de blando.

Corrian ya, segun cristiana cuenta,
Cuando por tal jüez Santa Cruz vino,
Sobre mil y quinientos y cuarenta
Otros dos años del natal divino,
Y entonces por obispo se presenta
Fray Hierónimo de Loaysa, dino
De gobernar mas estendidas greyes,
Y así murió arzobispo de los Reyes.

Tenia Panamá real audiencia
A la sazon que Santa Cruz gobierna,
Y viniendo de la real presencia
Por un oidor Lorenzo de la Serna,
Tomóle de camino residencia,
Que fué de licenciados la mas tierna;
Y por irse los dos aquel ivierno
A los cabildos dieron el gobierno.

En esta coyuntura señalada
Y antes de dar Vadillo la estampida,
La villa de Mopox era poblada
Y entre nobles su tierra repartida:
Por Alonso de Heredia fué fundada,
Y los vecinos, gente bien nacida,
Todos ellos soldados escogidos
Y en las entradas largas bien curtidos.

Martin Rodriguez un doctor fué destos,
Ayllon y Andrés zapata, principales,
Los dos Sedeños, hombres bien compuestos,
Y un padre y hijo dichos Sandovales,
Retes y Rentería siempre prestos
A dar de su valor buenas señales;
Fué Juan Gomez Cerezo de los buenos
Y Alonso de Caravajal no menos. —

Un Juan Martin de Urista, Villafranca,
Cogollos, Cano y otra gente buena,
En la guerra ninguno mano manca
Y para peregrinos siempre llena:
Está la villa sobre la barranca
Del rio grande de la Magdalena,
Tanto que cuando va menos quieto
Pone los moradores en aprieto.

Lugar es donde viven á gran vicio
De muchas cosas, fructas y pescado,
Mas de mosquitos no poco bullicio
Siempre que sopla viento sosegado:
Los caimanes les comen el servicio
Cuando llega por agua descuidado;
Hay manatíes, pesca de deleite,
Cuya grosura tienen por aceite.

Es este rio dellos abundoso
Sin le faltar ivierno ni verano:
Es pece grande y en sabor gustoso,
Para los achacosos no bien sano;
En guisados y en tiempo tenebroso
Esta manteca tienen á la mano,
Segun ala la cola, y á manera
La boca que parece de ternera.

Tantos tasajos da como un ternero
Y alguno como mas crecidas reses;
Indios algunos usan de su cuero
Haciendo dél adargas y paveses
Que no puede pasar indio flechero,
Y hacen poca mella los reveses;
Son torpes en remanso y en corriente,
Y así los pescan indios fácilmente.

También aqueste pueblo se regala,
Con los refrescos que de España tienen,
Por ser este lugar puerto y escala
De tractantes que al nuevo reino vieneu:
Y allí hacen el precio y el iguala
Para que sus viajes les ordeneu
En canoas, con bárbaros remeros
Que les granjean copia de dineros.

Cincuenta leguas ponen por el rio,
Desde la mar á la ciudad novela,
Y bien puede venir alto navío
Si hinche viento próspero la vela,
Segun un singular amigo mio
Lo hizo con su propria carabela,
En Indias de los viejos peregrinos
Y gran indagador de sus caminos.

Es su nombre Juan Nieto, y es tan neto
En letras y en virtud, y tan bastante
En los etéreos cursos y el efeto
Dellos, que si no fuera tan distante
Dijéramos algunos que Juan Nieto
No podia no ser nieto de Atlante
O de Conon, Meson, Anaximenes
O ya de Endimion ó Sosigenes.

Goza méritamente desta gloria
Por esta gracia ya conmemorada,
Y no menos son dignos de memoria
En Indias los efectos de su espada,
En allanar provincias de Victoria
En este nuevo reino de Granada,
Como mediante Dios dirá mi marte
Cuando vengamos á la cuarta parte.

Y porque me parece que conviene
Poner aquí la muestra deste rio,
Con pueblos de españoles que mantiene
Con sus tributos bárbaro gentío,
El dicho, por el gran curso que tiene,
Aquí lo dibujó por ruego mio,
Con rumbos y derrotas y tal traza,
Que con verdad podrá salir á plaza (1).

Volviendo pues al punto, ya se trata
Regirse por cabildos el rebaño,
Y el doctor dicho y el Andrés Zapata
En Mopox gobernaban aquel año;
Los cuales por tener la gente grata
Y porque el ocio no causase daño,
Determinaron de correr la sierra
E ir calando mas aquella tierra.

(1) El diseño ó plano á que se hace referencia, no existe hoy día en la biblioteca de la Academia de la Historia, de donde hemos sacado la copia de la segunda y tercera parte. *(N. de los E.)*

Y siendo por los dichos acordado
Que se nombrase capitán decente,
El Alonso de Heredia fué nombrado
Por estar en el pueblo de presente,
Y ser hermano del adelantado
A quien ver esperaban brevemente;
El cual, puestas las cosas en concierto,
Salió con cien soldados deste puerto.

Algunos van con intencion malina,
Porque no muchas leguas desviados
Aquel Andrés Zapata se amotina
Con la parte mayor de los soldados,
Y al tiempo que por él se determina
Al Heredia prendió y á sus criados,
Al cual para Mopox envió preso
Con los que no siguieron su mal seso.

Después de cometer aquel esceso
Por ambicion del mando solamente,
Y sin considerar otro suceso
Que de su sinrazon iba pendiente,
No perturbando nadie su progreso
Acaudilló después aquella gente
Por tierra rica, fértil, bien poblada
En aquella sazon y edad dorada.

Pero su presuncion y su locura
Duró poco después de la rencilla,
Porque sintieron mal de la soltura
Todos los moradores de la villa,
Y vino por la misma coyuntura
El don Pedro de Heredia, de Castilla,
Con el orden y faustos arrogantes
Anejos á los cargos semejantes.

Culparon por varon facineroso
Al Zapata, sus deudos y parientes,
Y como fuese nada perezoso
En obviar á los inconvinientes,
A Mopox vino sin tomar reposo
Y fué tras los incautos delincuentes,
Trastornando las sierras y los llanos
Hasta que le cayeron en las manos.

Con gran facilidad los desbarata
Con treinta, como capitán esperto,
Y á mas de los sesenta maniata
Hasta ser informado de lo cierto:
Huyó de los conflictos el Zapata,
Y no pareció mas vivo ni muerto;
Murieron en los árboles colgados
Cuatro de los que fueron mas culpados.

A Mopox se volvieron con el resto
Algunos enlazados en cadena,
Adonde por un término modesto
Los otros castigó con leve pena;
Indios trajo de paz, y hecho esto
A la ciudad volvió de Cartagena,
No para reposar, mas con intento
De adelantar el adelantamiento.

Y ansí de los soldados mas insines
Juntó trescientos á las armas hechos,
Carabelas y fuertes bergantines
Llenos de vitüallas y pertrechos,
Con los cuales salió destos confines
Y al rio Darien fueron derechos,
Y el hermano y el hijo don Antonio,
Que dió de su valor buen testimonio.

Fieras naciones fueron conquistando,
Que todas usan venenosa vira,
El Darien arriba navegando
Donde los contrastó bárbara ira,
Y mas cuando llegó cristiano bando
Al pueblo que llamaban Oromira,
En una fértil isla deste rio
Poblada deste bárbaro gentío.

Adelante del buen adelantado
El hijo don Antonio tomó tierra,
Que como valeroso y esforzado
El cobarde temor de sí destierra;
Opónese por uno y otro lado
Pujanza numerosa para guerra
De bárbaros crüeles y valientes,
Con armas y pertrechos diferentes

Cargó sobre la gente baptizada
La que por su defensa se desvela:
Es de piedras terrible la nubada,
Nube de flechas y de dardos vuela;
Los golpes atormentan la celada,
Descomponen la cóncava rodela:
La confusion, la grita y algazara
Los aires rompe, y el herir no para.

El escuadron cristiano no procede
A mas amplo lugar del que tenia,
Y tal es el que tiene, que no puede
Desenvolverse por ninguna via:
Terrible fuerza hace que se quede
Donde desembarcó cuando venia,
Esperando que lleguen con su mano
El don Pedro de Heredia y el hermano.

Llegaron pues los barcos rezagados
A las turbadas voces y al rüido:
Hallaron á los suyos mal parados
Y al mozo don Antonio mal herido;
Fué con los compañeros y soldados
Dentro de los navíos recebido,
Ojeando los indios desde fuera
Con fulminosos tiros de fuslera.

Metia Febo ya carro dorado
En las profundas ondas de occidente,
Y el rio Darien conmemorado
Impetüosa trajo su corriente,
En tal manera, que les fué forzado
Al pueblo de Urabá volver la frente,
Donde el gobernador por su querido
Estuvo muchos dias detenido.

Estando pues con sus soldados quedo
En la seguridad deste castillo,
Allí también llegó George Robledo
Por el camino que llevó Vadillo,
Con gente que mostraba con el dedo
Lo que fué menester para seguillo,
Por ser estos de los cartagineses
Que sabian rincones y conveses.

Habia dos ó tres pueblos fundado
Con instruccion por Benalcázar dada,
Como teniente suyo señalado
Y capitán de los de su jornada;
Y el Robledo por ir á mayor grado
Determinó de dalle cantonada,
Y en España pedir al gran monarca
Lo quél pobló con toda su comarca.

Al Heredia dió cuenta del digreso,
La causa que lo trae y el intento,
El cual se concluyó con fin avieso,
Dignísimo de lloros y lamento;
Y como sea largo su proceso,
En este de presente no lo cuento,
Mas en tanto que llega su tragedia,
Querria concluir la del Heredia.

El cual, como Robledo se embarcase,
No dejó de tomar alguna pena
De que por otra gente se poblase
Lo que se descubrió por Cartagena;
Y ansí, sin que mas tiempo se tardase,
Para Buritica partir ordena,
Llevando de soldados buena copia
A la ciudad que llaman Antioquia.

Donde la mayor parte de la gente
Era de aquella que llevó Vadillo,
Y Alvaro de Mendoza por teniente,
Del don Pedro de Heredia gran carillo;
Aqueste deseaba grandemente
Que la ciudad quisiese recebillo
Por su gobernador, pues era cierto
De su gobernacion lo descubierto.

Y puesto caso que por el absencia
Del George Robledo gobernaba
Y él mismo le dejó con la tenencia
En tanto quel gobierno negociaba,
Ponia la posible diligencia
En atraer á lo que deseaba
A vecinos, justicia y regimiento,
Haciéndoles aqueste parlamento

«Si, señores, es nuestro presupuesto
Servir al rey con un pecho cristiano,
Entiendo que se puede hacer esto
Muy bien debajo de cualquiera mano,
Como no sea yerro manifiesto
O que traiga sospecha de tirano;
Pues aunque sean puestos diferentes,
Al fin al rey estamos obedientes.

»Todos aquellos que esto pretendemos,
Consta por muchas vias y razones,
Que muy mayor servicio le hacemos
En evitar pendencias y pasiones,
Que los que se pusieren en estremos
De largas y sangrientas disensiones,
De que resultan males y caidas,
Con pérdidas de honras y de vidas.

»Con lo cual nos amaga la presente
Venida del señor adelantado,
De lo que hemos poblado pretendiente,
Por ser de gente suya conquistado;
Y ansí deseo yo que cuerdamente
Este negocio sea consultado,
Y para no hablar sin fundamento
Quiero decir aquí lo que yo siento.

»A todos los que estamos en aquesta
Tierra que por Pirú se nos cercena,
Es cosa por papeles manifiesta
Ser del gobernador de Cartagena,
Pues con soldados y bandera puesta
En ella hizo la primer estrena,
Como testigos sois todos de vista,
Que trabajastes bien en la conquista.

»Y como sabe que le pertenece
Aquesta poblacion y su terreno,
Determinó venir, segun parece,
Para sacallo de poder ajeno;
De gentes y caballos no carece,
Ni de cañones de sulfúreo trueno;
Nosotros carecemos de potencia
Si queremos hacelle resistencia.

»Y aquesta, puesto caso que la hubiera,
Si cada cual de nos fué su soldado,
Algunos buenos se harán afuera
Y ternán por honesto dalle lado,
Por no pelear contra la bandera
Debajo de la cual han militado;
Y es muy mejor quel pueblo se convide,
Dándole llanamente lo que pide.

»Todos tenemos ya conocimiento
De su virtud, valor y cortesía,
Amor, urbanidad, comedimiento,
En paz y guerra, cuando nos regia
Con un caritativo tractamiento,
Y en cualquier ocasion que se ofrecia
De batalla campal ó de recuentro
Ninguno se hallaba mas adentro.

»Digo lo que mi seso comprehende
Por evitar algun mortal suspiro;
Y en esto Benalcázar no se ofende
Si lo mirare como yo lo miro,
Y mas considerando que pretende
Jorge Robledo de hacelle tiro,
Yendo para los reinos castellanos
A le quitar aquesto de las manos.

»Y algunos ayudaron con un grito,
Que por no convenir no los enseño,
Poniendo sus servicios por escrito,
Dando dineros para su diseño;
Acá no me parece ser delito
Que volvamos las tierras á su dueño:
Haya resolucion antes que venga,
Y examinemos lo que mas convenga.»

Dijo, y hubo diversas opiniones
Después que percibieron la propuesta;
Y estando proponiendo sus razones,
Sin resumir cuál fuese mas honesta,
El capitán Rodrigo de Quiñones
Tomó la mano para la respuesta,
Y con recato de varon prudente,
En esta junta dijo lo siguiente:

«Razon y obligacion tengo bastante,
Si debe ser amor con tal pagado,
Para hallarme yo muy adelante
En el servicio del adelantado;
Mas en consentimiento semejante
No me conviene ser precipitado:
Que las cosas de honor sabios y buenos
No las hacen á poco mas ó menos.

»Vuestra merced ha dicho lo que siente,
Y aquese parecer tiene por pio:
Yo con licencia desta noble gente
Quiero, señor, también decir el mio,
El cual si se mostrare diferente
No se debe juzgar á desvarío,
Pues cosa comun es en menesteres
Haber siempre contrarios pareceres.

»Benalcázar no vió nuestra presencia;
Menos vimos la suya los presentes,
Por él andar con viva diligencia
Descubriendo provincias destas gentes;
Mas en su nombre dimos obediencia
A los que señaló por sus tenientes,
Y en el nombre del rey y dél poblamos
Aquesta vecindad adonde estamos.

»Y aunque esta fundacion pública fuese
Y con solemnidad autorizada,
El dia, mes y año se escribiese,
Segun la condicion acostumbrada,
Ninguno vimos que contradijese:
Antes por todos fué ratificada,
Y tiene quien agora la subyeta
Su posesion pacífica y quieta.

»Y esto solo condena las reyertas
Que podria mover poca prudencia;
Pues aunque sean tierras descubiertas
Por otros, no consiguen la tenencia
Dejándoselas solas y desiertas
Y sin hacer en ellas asistencia;
Y ninguno debria formar queja
Porque pueblen los otros lo quél deja.

»Las dichas diligencias al mas ciego
Júez le mostrarán camino llano,
Y los de Cartagena yo no niego
Entrar en esta tierra mas temprano,
Y que dieron las cartas en el juego,
Pero ganóle quien jugó de mano,
Procurando hacer nueva cultura
Desque vieron sazon y coyuntura.

»En lo demás de no salir afuera
Deste otro bando donde nos metimos,
Conozco que debajo de cualquiera
Gobernador á nuestro rey servimos;
Mas en tal ocasion, nunca Dios quiera
Que falte nuestra fe donde la dimos,
Pues la lealtad que á nuestro rey tenemos
También á sus júeces la debemos.

»Menos lo que traeis á la memoria
De Robledo, señor, me satisface,
Pues aunque le carguels culpa notoria,
A la nuestra no borra ni deshace;
Demás de quél á nadie da su gloria
Y á sí tan solamente se complace;
Y quien sopló sería con intento
De que su Majestad fuese contento.

»Reconozco también venir pujante
Como negociacion premeditada,
Pero yo competencia semejante
No la quiero poner en el espada,
Porque medios ternemos, Dios mediante,
Para salir con paz desta jornada;
Y si el adelantado dellos huye,
Con le dejar el pueblo se concluye.

»Irémonos nosotros, y él se quede
Sin mano le mostrar sanguinolenta;
Daremos los avisos á quien puede
Concedelle lo que pedir intenta;
Y si después algun mal le sucede,
No se podrá poner á nuestra cuenta,
Antes con hacer esto con buen seso
En nada queda nuestro punto leso.

» Es pues mi parecer que se reciba
Muy bien y sin mostrar alteraciones,
Y conocido dél en lo que estriba,
Daremos las escusas y razones,
Al cual si se le hacen cuesta arriba
Saldrémonos con sanas intenciones
A dar razon á quien la tierra tiene,
Con la fidelidad que nos conviene. »

Dijo Quiñones lo que represento,
Como varon entrellos mas anciano,
Y todos los de aquel ayuntamiento
Tuvieron este por consejo sano;
Y ansí vinieron en consentimiento
Sin que contrarios fuesen á la mano;
Apártanse con esto, y entre tanto
Llegó la noche con su turbio manto.

Y cuando de la tierra rehüia
El fumoso vapor de Flegetonte,
E ya febeo rayo descubria
Sus resplandores por el horizonte,
Dorando por el curso que solia
Las cumbres altas del opuesto monte,
Levantáronse todos con intento
De le hacer aquel recebimiento.

El jinete compone su rocino,
Aprieta con reata la coraza,
Vístese fuerte jaco jacerino,
Adarga cada cual dellos embraza;
Salieron una legua de camino
Hasta hallar en él cómoda plaza,
Y al tiempo que venia ya cercano
Regocijáronse por aquel llano.

La tal escaramuza concluida,
Adonde no faltó destreza y arte,
El parabién le dan de la venida
Todos y cada uno por su parte;
Y como fuese gente conocida,
Que fué de su bandera y estandarte,
Correspondia con razon propicia,
Y á todos los abraza y acaricia.

Caminan sin tractar de su litijo
A la dicha ciudad recién fundada,
Adonde con placer y regocijo
Hospedaron la nueva camarada,
Y al buen adelantado y á su hijo
Alvaro de Mendoza dió posada
En la suya, que muchos insistia
Aquel mando le diesen otro dia.

Aquella noche puso diligencia,
Y el intento de todos conocido,
Parecióle mejor mudar sentencia
Y dejar á los huéspedes el nido;
Y ansí hizo con los demás absencia
Antes de ser el resplandor venido:
El gobernador supo de su gente
Irse los moradores y el teniente.

Por él reconocida la mudanza,
Siguió con pocos hombres tras sus huellos
Debajo de falace confianza
Pensando con palabras atraellos:
Hablóles con amor do los alcanza,
Mas no fué parte para convencellos,
Y los suyos y los del otro bando
Estuvieron allí dando y tomando.

Y entre gente menuda de peones,
Que no fueron personas señaladas,
De términos usaban fanfarrones
Con algunas palabras mal criadas,
Tales que de razones en razones
Vinieron á probarse las espadas,
Y el don Pedro de Heredia mas remoto
Oyó las cuchilladas y aboroto.

Fué para ellos lo mejor que pudo
A fin de mitigar aquel rüido,
Tomando su presencia por escudo
Sin de otras armas ir apercebido;
Y en esta confusion de vulgo rudo
En la mano derecha fué herido,
Y fué de los contrarios un soldado
En la cabeza mal descalabrado.

Por él apaciguadas las contiendas
A su costa, sin ver de quién le vino,
Por evitar revueltas mas horrendas
Y no venir á torpe desatino,
Mandó volver los suyos á sus tiendas
Y los otros se fueron su camino;
Y fué tal la herida de la mano
Que tardó muchos dias en ser sano.

En este mismo tiempo ya sabia
El Benalcázar por informaciones
Lo que George Robledo pretendia,
Y para que lo lleven en prisiones
Capitán y soldados proveia;
Mas ya fueron tardías prevenciones,
Porque llegaron á Antioquia cuando
Iba por altas ondas navegando.

Quien vino para tal efecto era
Su mismo general, hombre valiente,
Aqueste se decia Juan Cabrera
No menos esforzado que prudente:
El cual después en la batalla fiera
De Quito pereció con otra gente,
Ya maese de campo del escuela,
Belicosa de Blasco Nuñez Vela.

Viniendo pues aquesta compañia
Sin ser de los sucesos adevinos,
Encuentran á Mendoza que venia
A los buscar con todos los vecinos:
Oyó Cabrera cómo se movia
A causa de los otros peregrinos,
Y envió luego como varon saje
A don Pedro de Heredia su mensaje.

Y lo que su mensaje contenia
Era decille: « Yo soy un soldado
Al servicio de vuesa señoría,
Por grandes beneficios obligado;
Pues en tiempo que menos poseia
En Nicaragua fuí muy regalado
Por el señor hermano, que fué mio,
En buenas obras y en socorro pio.

» Mi denominacion es Juan Cabrera
Tengo de Benalcázar provisiones
Para le defender esta frontera
Con justificadísimas razones;
Y esme testigo Dios que no quisiera
Hallar tan peligrosas ocasiones,
Pues como falte buen comedimiento
Habremes de venir en rompimiento.

» Don Sebastián de Benalcázar tiene
El adelantamiento desta tierra;
Tiene la posesion que le conviene
Que dentro de sus términos encierra,
Y agora vuestra señoría viene
A se la perturbar, mediante guerra:
Es agravio notorio y es ofensa
Que pide por su parte la defensa.

» Y pues por el discurso de su vida
Usó siempre de términos cristianos,
A su bondad suplico que se mida
Primero que vengamos á las manos,
Porque será sin falta defendida
La tierra con los valles comarcanos,
Y por la defender y estar en ella
Habemos de bebella ó de vertella. »

El don Pedro de Heredia, vista esta
Amenaza del capitán severo,
Alteracion ninguna manifiesta,
Antes recibió bien al mensajero,
Enviándole luego la respuesta
Como cuerdo y honrado caballero;
Y porque no podia tomar pluma,
De sus palabras esta fué la suma:

«Que porque no tuviesen cherinolas
En semejantes averiguaciones,
Y entre gentes amigas y españolas
Cesasen las molestas disensiones,
Ambos á dos se viesen á sus solas
Examinando bien las provisiones,
Y coligido dellas lo mas cierto
Vernian á cualquiera buen concierto. »

Aquel que vino con el embajada
Miró con atencion toda la gente,
Y vióla mal dispuesta y agravada,
Los mas con calentura pestilente,
De la trabajosísima jornada,
No de la de Vadillo diferente;
Y al don Pedro de Heredia no tan sano
Que pudiese valerse de su mano.

Lo cual al Juan Cabrera representa
Y á los que con él eran congregados,
Dando de lo que vido larga cuenta,
Y quel gobernador y sus soldados
Para se defender en tal afrenta
Los mas dellos imposibilitados,
Y andaba fuera la gente mas sana
Visitando la tierra comarcana.

Y los que le quedaban sin aquestos,
Por estar impedidos de mil males,
Como en acometelles fuesen prestos
Sin esperar los otros principales,
Fácilmente serian descompuestos
Y habrian á las manos sus caudales;
Y que en tal ocasion le parecia
Ser esto lo que mas les convenia.

Oidas las razones, insistian
No pocos con cudicia de roballos,
Porque también les dijo que traian
Gran cuantidad de negros y caballos,
Con otras muchas cosas que podian
En sus necesidades remediallos:
Condescendió Cabrera con su ruego,
Y para tal efecto partió luego,

Ordenando como persona diestra
Todos sus caballeros y peones;
Y el buen Heredia como vió la muestra
Reconoció las malas intenciones
Y no poder hüir suerte siniestra
Si no lo remediaba con razones;
Y ansí salió con una yegua blanca
Y unos papeles en la mano manca.

Entrellos se metió con escribano
Que de los autos diese testimonio,
Y por lo reguardar, allí cercano
Se puso su querido don Antonio;
Mas como ya los otros en lo llano
Entrasen con furores del demonio,
No se curaron de escuchar razones,
Ni cédula real ni provisiones.

Llegó Francisco Nuñez que es Pedroso,
En este reino harto conocido,
Uno de doce del motin famoso
En la ciudad de Lima cometido,
Cuando fué con remate lacrimoso
Aquel marqués de vida despedido:
Aquel don Francisco Pizarro digo
Por quien huyó Pedroso del castigo.

El dicho pues con los demás venia,
Y al Heredia llegó de los primeros,
Diciéndole con cierta compañía
Que traia de muchos ballesteros:
«Dése por preso vuestra señoría
A mí y á los presentes caballeros;
Pues es merecedor de grave pena
Quien usurpa gobernacion ajena.»

El hijo don Antonio que esto vido,
No le pareció bien tener estanco
El brazo, defendiendo su partido,
Y hubo la suerte de caer en blanco,
Pues en la mano luego fué herido,
De la cual para siempre quedó manco;
De manera que entrambos fueron presos,
Y en bienes y caudal no poco lesos.

Pues luego sin haber quien les defienda
Presezas sometidas á sus hechos,
Recogieron apriesa la hacienda,
Caballos, negros, armas y pertrechos;
Y fenecida la civil contienda
Pusieron escuadrones en asechos,
Los cuales estuvieron en espera
De los que sin los ver estaban fuera.

Esperaron dos dias, y venidos
Los que de nada fueron sabidores,
Estuvieron al mal de los vencidos
Y al albedrío de los vencedores;
Ponen por lista bienes recogidos
Estos solícitos recogedores,
Para los repartir por las coronas,
Segun la cualidad de las personas.

Teníanlos con guardas dentro y fuera
En un cierto caney, casa pajiza,
Y otra noche después de la primera
Con fuego tal que los escandaliza,
No saben cómo ni de qué manera,
Todos se convirtieron en ceniza;
Y ansí se consumieron sin gozallos,
Escepto los esclavos y caballos.

Este gobernador con sus guerreros,
De la manera dicha desarmados,
El padre é hijo como prisioneros
A Benalcázar fueron presentados;
Viéronse los dos viejos sin terceros
Mostrando provisiones y recados:
Aseguraba cada cual su puerto
Y ansí nunca vinieron en concierto.

El don Pedro de Heredia, no sin pena
Por ver opinion suya decaida
Habiéndola tenido siempre buena,
Y tal que nunca supo ser vencida,
Tuvo por bien volver á Cartagena
Y efectüóse luego la partida
Por Panamá, do vino manvacío
Aunque no de coraje ni de brío.

Estando descansado del camino,
No sin alteracion de lo pasado,
Don Francisco de Benavides vino,
Fraile hieromitano, por prelado;
Y entonces un gran mal era vecino
Al p erto, que por mí será sumado,
Primero que pasemos adelante
A decir del Heredia lo restante.

Seis años iban ya sobre cuarenta
Del parto de la Vírgen siempre pura,
Con mas los quince cientos de la cuenta
Que suelen substanciar un escriptura,
Cuando nuestra ciudad esperimenta
Una calamitosa desventura,
Víspera del patrono Santiago,
Dia por nuestras culpas aciago.

A veinte y cuatro pues de julio era,
Dia que se tenia señalado
Para velar al capitán Mosquera
Con una hermana del adelantado,
Antes que lumbre de la cuarta esfera
Tendiese por allí rayo dorado;
Pero cesaron estas bendiciones
Por anticipacion de confusiones.

Y porque de raiz el caso cuente,
La que diré lo fué del alboroto
Alonso de Bejines, un teniente
Del don Pedro de Heredia mi devoto,
A causa de ser grave delincuente
Castigó con azotes un piloto,
Y aqueste con inicua vigilancia
Por se vengar llamó gente de Francia.

Serian los que fueron convocados
Para robar aquestos señoríos
Mas de mil hombres bien aderezados,
Todos de belicosos atavíos
Y de broncínos tiros pertrechados,
Sin lanchas y patajes, tres navíos;
Y por el mal piloto que esto ordena
Fueron á la ciudad de Cartagena.

Llegados los piratas al paraje
Que para su negocio convenia,
Antes que diese Venus el mensaje
De la venida deste triste dia,
Guiándose por el piloto saje
En las tinieblas de la noche fria,
Entraron con su tácito concierto,
Sin que fuesen sentidos, en el puerto.

Desembarcaron en la misma hora
Con aquel aparato conviniente,
Antes que con lo claro del aurora
Se pudiese mostrar cosa patente:
El piloto fué luego donde mora
Alonso de Bejines el teniente,
Con infernal deseo y esperanza
De tomar á su gusto la venganza.

Compuestas las falanges, y digestas
Segun que lo pedian ocasiones,
Tocan trompetas que llevaban prestas,
Guerreros añafiles y clarones;
Los vecinos creian ser las fiestas
Que se hacian por las velaciones,
Y ansí ninguno por su parte piensa
Tener necesidades de defensa.

Pero sus desventuras hizo ciertas
Son ronco de guerreros atambores,
Y oir batirse las cerradas puertas
De los sobresaltados moradores,
Que no sin violencia son abiertas
Por manos de nocturnos robadores:
Todos se sobresaltan y se espantan
Y de los dulces nidos se levantan.

Crece la turbacion con el estruendo,
Armas uno tomó y otro no pudo;
Lugar por do escapar van inquiriendo,
Este vestido va y aquel desnudo;
Toma con sobresalto tan horrendo
Quien puede la hüida por escudo;
Uno pelea y otro se retrae,
Este va trompezando y aquel cae.

Bien como cuando por alguna plaza
Anda la cuchillada muy aguda,
Que para meter paz se busca traza,
Y aquel rigor aquí y allí se muda;
Pero huyendo la desembaraza
Con gran temor la gente mas menuda,
Y por la parte que se le concede
Escapa cada uno como puede:

Desta manera les acontecia
A cualquiera varon joven ó calvo,
Pues en tanto que aquel se defendia,
Este se procuró poner en salvo;
Y en estas confusiones se valia
De piés, eso me da negro que albo:
A muchos les valió tenellos prestos,
Aunque la menor parte fueron estos.

Pues turbados en estos menesteres
Con los temores que les son anejos,
En dejar sus haciendas mercaderes
Se hallaban confusos y perplejos:
Otros celando hijas y mujeres
Parecíales mal hallarse lejos,
Y por gritos de dueñas y doncellas
Allí quieren morir por defendellas.

El piloto que fué de buena gana
A rodear la casa del Bejines,
Como lo vió salir con furia vana
Al son de las trompetas y clarines,
Traspasólo con una partesana,
Diciéndole: «Bellaco, tales fines
Merecen, y aun de mas miserias llenos,
Los que tan sin razon afrentan buenos.»

Mas el don Pedro, como quien él era,
Con una pica y unas coracinas
Defendió con valor un escalera,
Deteniendo las gentes peregrinas
Hasta tanto que ya salieron fuera
Sus queridas hermanas y sobrinas,
Que las echaron por un colgadizo,
Aunque para tal caso no se hizo.

Diciéndole ser fuera las doncellas,
Acude, como dicen, al reclamo,
Y por aquel lugar saltó tras ellas,
Por ser un hombre suelto como gamo,
Para las amparar en sus querellas
Y no dejar las hojas sin el ramo;
Con ellas en el monte fué metido
Sin poder del cosario ser habido.

Prendieron al mayor destos Atrides
Por estar de las piernas ya tullido;
Prendieron al obispo Benavides,
En aquella sazon recién venido;
Prendieron otros muchos en las lides,
Y al fin el pueblo todo fué rendido,
Con todas sus preseas y decoro
Y no pequeña cuantidad de oro.

El aurora rorífera venia
Ya descubriendo su dorada frente,
Cuando fué la robada compañía
Recogida por mano delincuente,
En un solo lugar do se tenia
Por los piratas guarda diligente;
Descalzos, destocados y afligidos,
Y cuasi sin reparos de vestidos.

Todas las mas mujeres sin tocados
Y sin aquel amparo que desean,
A la tierra los ojos inclinados,
No deseando ver ni que las vean;
Las mejillas y pechos empapados
De lágrimas sin fin de que se arrean,
Apeteciendo mas la sepultura
Que ver tanto dolor y desventura.

A Dios las oraciones encendidas,
Suplicándole dentro de su pecho
Que ya que sus haciendas son perdidas
En aquel tan inopinado hecho,
Permitiese perder antes las vidas
Que dar á deshonor su casto lecho;
Y Dios omnipotente fué servido
Oir aqueste tácito gemido.

Porque el pirata capitán ordena,
Y ansí fué por el pueblo pregonado,
Que se metiese la que fuese buena
En la posada del adelantado:
En un momento fué la casa llena,
Y subidas al alto soberado;
Y para guardas del lugar recluso
Al buen obispo y al Heredia puso.

Aqueste capitán, aunque tirano,
Segun decian era caballero,
Y en este caso tuvo pia mano
Sin consentir hacerse desafuero;
Robado pues lo fino y lo profano,
Y recogidas ropas y dinero,
Tractó con los vecinos que se diese
Por aquel pueblo lo que bueno fuese.

Porque si no venian á concierto
Cerca de ser el pueblo redimido,
Primero que saliesen de aquel puerto
Seria de las llamas consumido:
Fué para resumir el precio cierto
Por los unos y otros conferido;
Creo que fueron hasta dos mil pesos,
Y para los buscar sueltan los presos.

Hallaron para dar estos dineros
Oro poco, mas fué multiplicado,
Revolviendo con ello candeleros,
Siendo por fundicion todo mezclado,
Y después con industria de plateros
Con otro fino fué sobredorado:
Al fin, aquel ladron quedó contento
Con ver que se le dió buen cumplimiento.

Con aquel buen color los engañaron,
Por tener de buen oro la devisa;
Con engaño mayor ellos quedaron
Sin cubiertas de paño ni de frisa;
Y todos (porque todo lo robaron)
Descalzos y con sola la camisa:
Nuño de Castro mas, el cual procura
Poderse mejorar en vestidura.

Y ansí viendo poner en la ribera
Gran cuantidad de ropas y fardaje,
Al tiempo que la gente forastera
Aderezaba para su viaje,
Pasó con una yegua muy lijera
Apriesa por enmedio del pillaje,
Y arrebató, pasándose de claro,
Ropas y lienzo para su reparo.

Al monte se retrajo como viento,
Que no parece que la tierra pisa;
Quedó de ver aquel atrevimiento
El capitán francés muerto de risa,
Porque todas sus armas y ornamento
Eran tan solamente la camisa,
Sin calzas, sin zapatos, y de talle
Cual no vean un perro de la calle.

Fuéronse los piratas para Francia,
Y dicen que sacaron deste puerto
Bien doscientos mil pesos de ganancia,
Y tengo para mí no ser incierto;
Quedaron los vecinos sin substancia,
Mas el Bejines solamente muerto:
Vivieron con recatos adelante,
Dias y noches guarda vigilante.

Pero cualquier cosario los lastima
Y lleva sus defensas abarrisco;
Y al mismo punto y hora desta rima
Vino nueva quel capitán Francisco,
Primer pirata que por mar de Lima
Robó la plata del escelso fisco,
Allí llegó con muchos galeones,
Lanchas y mas de siete mil peones.

Y con estar la gente preparada
Y toda la ciudad fortalecida,
De todas municiones pertrechada,
De consejos reales advertida,
La gente (segun dicen) mas granada
Tomaron por amparo la hüida;
Hicieron todos los demás absencia,
Y entróse la ciudad sin resistencia.

Destas sobresaltadas turbaciones
Y plaga de las plagas mas molesta,
No puedo por agora dar razones
Por no me ser la rota manifiesta;
Pero ternemos llenas relaciones
Y á su tiempo diremos lo que resta,
Dando primero fin á la carrera
Del don Pedro de Heredia, que me espera.

El cual, aunque con daño manifiesto
De lo que le robaron los ladrones,
Nunca mudó jamás su presupuesto
De volver con caballos y peones
A do fué por Cabrera descompuesto,
A vengar las pasadas sinrazones;
Y para dar la vuelta sin recelo
Vino lo que diremos muy á pelo.

Después que Heredia fué desbaratado
Y Benalcázar le tomó la gente,
El pueblo de Antioquía fué mudado
A sitio y á lugar mas conviniente;
Y un Isidro de Tapia, señalado
Del dicho Benalcázar por teniente,
Por avisados modos y por guerra,
Hizo venir de paz toda la tierra.

De los cartagineses conocidos
Fueron los recuentros mas sangrientos,
Y por el mismo caso preferidos
En los oficios y repartimientos.
Estando pues los indios repartidos,
Como quedasen muchos descontentos,
Vuelan con cartas invidas centellas
A Benalcázar dando mil querellas.

Oídas pues las quejas deste bando,
Con otras cosas mas que no refiero,
Despachó Benalcázar en llegando
Al bachiller llamado Madroñero,
Dándole su poder y lleno mando;
Y el bachiller, como jüez severo,
Partió la tierra por sus allados,
Y los otros quedaron despojados.

El Tapia, viéndose desposeido
Así de mando como suerte buena,
Habló sin que pudiese ser sentido
A los partícipantes de su pena:
Fué para su venganza concluido
Hacer viaje para Cartagena,
Y con la prevencion de gran secreto
La partida pusieron en efeto.

Caminaron por via conocida,
Y aunque no con cabal aviamiento
Entraron todos sanos y con vida
En Urabá, do fué su pensamiento;
Hallaron al Heredia de partida,
Y dan á sus diseños mas aliento,
Y así con caballeros y peonaje
Abrevia lo posible su viaje.

En este mismo tiempo se rebela
Pizarro contra regio mandamiento,
Y procuraba Blasco Nuñez Vela
Gente para venir en rompimiento,
Hombres valientes, de quien no recela
Estar prendados de traidor intento,
Y así vinieron á real bandera
Benalcázar también y el Juan Cabrera.

Y aquel no menos docto que valiente
Licenciado llamado Juan Gallegos,
De quien hemos tractado largamente
En otros trances y desasosiegos
De Santa Marta, donde fué teniente,
Y se gastaron cuantidad de pliegos,
Y el Juan Cabrera y él en la batalla
Muertos con otros que mi pluma calla.

Heredia pues, habiendo caminado
Con toda la posible diligencia,
Entró por el lugar recién poblado
Sin hacelle vecinos resistencia:
Antes fué recebido y hospedado
Y todos le prestaron obediencia,
Y este mismo querer también enseña
El capitán Gonzalo de la Peña.

Al cual dejó nombrado Madroñero
Después que removió repartimientos,
A causa de ser válido guerrero;
Y así tuvo crüeles rompimientos
Con estos indios del compás frontero,
Ya rebelados todos con intentos
De hacer á cristianos crüel guerra
Hasta poder echallos de la tierra.

Mas el Heredia, puesto donde digo,
Con mañosos ardides y discretos,
O ya por blanda paz, ya por castigo,
Volvieron á servir y ser subyetos,
De suerte quel amigo y enemigo
Vivieron sosegados y quietos;
Y al Isidro de Tapia quél traia
Volvió los mismos cargos que tenia.

Luego corrió con sus cartagineses
Valles hasta su tiempo no sabidos,
En cuyas poblaciones y conveses
No faltaron encuentros bien reñidos;
Y espacio ya de diez ó doce meses
En peregrinaciones consumidos,
Volvió donde quedaron los vecinos,
Solos tres menos destos peregrinos.

Teniendo pues los indios en sosiego,
Porque la tierra mas se perpetúe,
Alonso de Caravajal fué luego
A poblar lo que llaman Maritúe;
Hecho de los poderes el entrego
Para que sus mandados efectúe,
Dióle pertrechos, y de noble gente
La que le pareció ser conviniente.

Fundó ciudad, do manda que se haga
En vistoso lugar y parte bella;
Alcalde fué Francisco de Arriaga
Y otro llamado Diego de Corvella,
A quien pluma mas alta no les paga
Por mucho que procuren estendella,
Tractando sus debidas alabanzas,
Proezas y valores de sus lanzas.

El pueblo Maritúe ya poblado,
(Aunque después necesidad ordena
Por poca gente ser desamparado)
Y de bárbaros la provincia llena,
Nuestro gobernador y adelantado
Determinó volver á Cartagena,
Pareciéndole gran inconviniente
Tanto tiempo del mar estar absente.

Corrian ya del santo Nacimiento
Cuarenta y ocho sobre quince cientos,
Cuando con pocos hizo mudamiento
De la nueva ciudad y sus asientos;
Llegó con los demás en salvamento,
Amigos y parientes descontentos
A causa de hallar en su tenencia
Otro nuevo jüez de residencia.

Mas este como fuese caballero,
Hombre de gran valor y circunspecto,
Diferenciése mucho del primero
Y túvole grandísimo respecto;
No maculó su fama por dinero
Ni de cudicia mala fué subyecto;
Traia sobre seis gobernaciones
Gobierno por reales provisiones.

Aqueste se llamaba Miguel Diaz,
Varon de grandes letras y loables;
Fué notado de algunas demasías
Que no fueran en otros tan culpables;
Pues segun las que vemos estos dias
Aquellas eran mas que tolerables
Porque paraban en lascivos hechos
Sin pretension de robos ni cohechos.

Agora los dos males andan juntos,
Pues si lasciva Venus los abrasa,
No por eso jüeces pierden puntos
En recoger pillajes acia casa:
Estas no son sospechas ni barruntos,
Porque lo hacen ya por plaza rasa;
Pero callemos deshonestidades,
Que dan grande disgusto las verdades.

Durante pues aquesta residencia,
Que yo también de vista tractar puedo,
De Popayan y de su pertenencia
Vino por mariscal George Robledo,
Casado con mujer de tal decencia
Que la podríamos loar sin miedo:
Esta señora fué doña María
Que de Caravajal nombre tenia.

Trajo consigo cándidas doncellas,
Deudas cercanas suyas principales,
Y aquí tenemos hoy á las dos dellas
Con el renombre de Caravajales,
Con hijos de valor y hijas bellas
Y en todas partes de virtud cabales:
Y son doña Francisca, gran cristiana,
Y doña Leonor, que fué su hermana.

De la doña Francisca fué marido
Diego García Pacheco, señalado
En este nuevo reino y escogido,
Y el capitán Baltasar Maldonado
De la doña Leonor, en quien se vido
Valor sobre valores encumbrado,
Como mas largamente lo diremos
Cuando los deste reino celebremos.

Siendo Robledo pues encaminado
Al pueblo de Antioquia residente,
Para que fuese mas autorizado
Y el Benalcázar menos impaciente,
Fué por el Miguel Diaz señalado
De Popayan por general teniente,
Y con poder, demás de la tenencia,
Para tomar á todos residencia.

A fin crüel lo lleva su destino,
Y de su pensamiento muy avieso,
Siendo varon de tanto mal indino
Y digno de mas próspero suceso;
Mas vaya por agora su camino,
Hasta que relatemos el proceso,
Porque para poner mayor espanto
Lo quiero concluir con nuevo canto.

CANTO NOVENO.

Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia despues que el adelantado don Pedro de Heredia se vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con título de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones, y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia.

Los casos venideros y secretos,
Aunque prudentes algo dellos vean,
Suélense defraudar los mas discretos
Midiéndolos segun ellos desean,
Y las mas veces salen los efetos
No como los nivelan ni tantean,
Por ir por otras vías la ventura
De las que debujó su conyectura.

Ansí los que dejamos señalados,
Hombres todos sagaces y prudentes,
Cuando pensaban ser en sus estados
Seguros de pasados accidentes,
Mudables condiciones de los hados
Los llevaron por vias diferentes
De las que merecia su talento,
Virtud, bondad, valor, merecimiento.

Al Heredia pues ínvida cuadrilla
Tanto lo persiguió con residencia,
Que le hicieron remover la silla,
Y con apelacion de la sentencia
El y el hermano fueron á Castilla,
Donde se remedió con su presencia;
Y ansí los dos después de ser oidos
Volvieron libres y favorecidos.

Y antes que los hermanos diesen vuelta,
Y aun antes de salir destos estados,
En Antioquia vimos gran revuelta
Entre los de los dos adelantados,
Como sucede cuando gente suelta
A varios bandos son aficionados,
Por acudir allí como primero
El bachiller Alonso Madroñero.

El cual luego privó de su derecho
A los cartagineses principales,
Deshaciendo lo por Heredia hecho,
Hasta las cosas menos substanciales,
Repartiendo los indios de provecho
A sus apasionados y parciales;
Y de nuevo cabildo y regimiento
Ansimismo hicieron nombramiento.

No podian llevar los despojados
Aquestos menosprecios con templanza:
Buscaban modos para ser vengados
Y no vian camino de venganza,
Por ser pocos y mal aderezados,
Y los contrarios de mayor pujanza;
Mas las iras, enojos y rancores
Pudieron mucho mas que los temores.

Pues convocados donde les cumplia,
Sin que se rezumase tal intento,
Se concertaron en un mismo dia,
Ligados con solemne juramento;
Ansí que, desecharon cobardía,
Por dar á su deseo cumplimiento
En viendo coyunturas y sazones
Que concordaron con sus intenciones.

Apercebido cada compañero
Con ropas, no de fiestas ni de bodas,
Sino con las que hacen del acero,
Luego prendieron á Gaspar de Rodas
Y al bachiller Alonso Madroñero,
Y en un instante las personas todas
Mas arriscadas, y de quien se piensa
Que juntos procurarau su defensa.

Estaban fuera destos pensamientos
Las personas que fueron prisioneras,
Unos seguros en sus aposentos,
Otros en su labor de sementeras;
Al fin salieron bien con sus intentos
Y á todos los pusieron en colleras,
Y con guardas bastantes y en cadena
Los envíaron para Cartagena.

Yendo por harto trabajosa via
Y con mayor zozobra que yo digo,
Toparon al Robledo que venia,
Y soltó muchos que llevó consigo;
Soltó también á Rodas que tenia
Por especial y singular amigo,
El cual gobierna hoy la tierra misma
Sobre que sucedió la dicha cisma.

Al pueblo de Antioquía venido
En infaustas y tristes conjunciones,
De todos ellos fué bien recebido,
Y con sinceridad de corazones
Por justicia mayor obedecido
Desque manifestó las provisiones;
Y en gran conformidad usaba dellas
Oyendo las demandas y querellas.

Otros pueblos también lo recibian,
Donde manifestaba sus recados,
De los cuales algunos lo hacian
No tanto por amor cuanto forzados,
Dándole por disculpa que debian
A Benalcázar ser notificados
Primero, pues á la real corona
A servir fué por su propria persona.

También constaron otros desafueros,
Porque prendió los regios oficiales
Por no querer prestar ciertos dineros
De las cesáreas rentas y reales,
Que para tener malos paraderos
Una fué de las causas principales
Tomallos él por fuerza de la caja
En la ciudad de Arma donde baja.

En Popayan la nueva fué sabida,
Y luego se partió gente lustrosa
A dar el parabién de la venida
Y del poder y dignidad honrosa:
Alvaro de Mendoza se convida,
Pedro de Barros y el cruzado Sosa,
Con otros conocidos caballeros
En trabajos pasados compañeros.

Fuéle la vista dellos agradable
Por ser conversacion de muchos años,
Tracto sincero y amistad loable
Y libre de los pérfidos engaños;
Mas esta vista, rueda variable
Hizo que fuese para grandes daños,
Por dalle sus favores sin malicia
Y no pensando ser contra justicia.

En este mismo tiempo que se halla
Robledo con amiga parentela,
En rompimiento vino de batalla
Pizarro contra Blasco Nuñez Vela;
Murió con muchos que mi pluma calla
Del escuadron de su leal tutela,
Personas de valor y de gran peso,
Y Sebastián de Benalcázar preso.

Tractólo bien el vencedor tirano,
Por haber sido capitán antigo
En los gobiernos del marqués su hermano
Y entonces del Gonzalo gran amigo,
Aunque después por sí tomó la mano
Por los medios que agora yo no digo;
Pero si vida mas nos acompaña
Diremos su valor y buena maña.

Usando pues Gonzalo de clemencia
Y respetando su conocimiento,
Para poder volver le dió licencia
A su gobierno y adelantamiento;
Y demás desta tal magnificencia,
Se le dió todo buen aviamiento
Y cosas necesarias á su gasto
Hasta llegar á la ciudad de Pasto.

En aquella sazon allí vecino
Un Francisco Fernandez Giron era,
Nombrado luego por ser hombre digno
En el cargo que tuvo Juan Cabrera;
El cual con mucha gente con él vino
A su gobernacion y á su frontera,
Quejoso como supo del enredo
Usado por el don George Robledo.

Diciendo, no sin un cierto gemido
Sacado del profundo de su pecho:
«Con malos términos ha respondido
A lo que siempre yo por él he hecho,
Siendo de mí Robledo preferido
En voluntad, en honra y en provecho;
Pero podria ser, pues tiempo rueda,
Pagalle yo con otra tal moneda.»

No faltaron muy buenas voluntades
Entre varones nobles desta gente,
Solícitos en las conformidades,
Y no hallaban seco despidiente
Ni razon resoluta de amistades
Que por entero fuese concluyente,
Pues solamente siendo persuadido
Parecia prestalles buen oido.

Sabido por Robledo que venia,
En su lugar, á le besar las manos,
A Barros y al comendador envía,
Ambos á dos hidalgos lusitanos,
Y Alvaro de Mendoza que los guia,
Y otros muchos que van con pechos sanos;
Los cuales topan con el avanguardia,
Y dicenles venir en retaguardia.

Pasaron todos ellos adelante
A dar de su mensaje las razones:
Benalcázar mostró ledo semblante,
Pero no sin dañadas intenciones;
Pues desarmándolos en un instante,
A todos les mandó poner prisiones,
Y caminó con ellos á recado
Sin Robledo poder ser avisado.

El sol cubria ya dorada frente,
Dejando sin su luz la media esfera,
Y el dicho Benalcázar no consiente
Que la gente detenga su carrera,
Hasta llegar adonde de presente
Los avisos el mariscal espera,
En un pueblo que se llamaba Pozo,
Do se precipitó todo su gozo.

Y ansí por asperísimo camino
Y un riguroso paso de quebrada,
El animoso Benalcázar vino
A Pozo, villa ya conmemorada,
Donde sobresaltaron al vecino
Y al mariscal cercaron la posada,
Al cual pusieron inmediatamente
En cepo y grillos como delincuente.

Con examinador de pecadoras
Almas, lo meten en pequeña pieza,
Y sin mas intervalos ni demoras
Tapete y el cuchillo se adereza;
De manera que dentro de dos horas
Mandó que le cortasen la cabeza,
Y al comendador Sosa, que sin rienda
En los negocios suyos metió prenda.

Dia del bienaventurado santo
Seráfico Francisco, cuya fiesta
Se suele celebrar con dulce canto
Del coro de católicos, aquesta
Se celebró con lágrimas y llantos,
Y traje que tristeza manifiesta;
Apelan del rigor de la sentencia,
Mas nunca lo movieron á clemencia.

Cargaron religiosos y los legos
Con plentísimas intercesiones,
Mas fueron poca parte con sus ruegos
Para les otorgar apelaciones:
Tan vivos y encendidos son los fuegos
De los apasionados corazones,
Pues en lo mas ó menos importante
No se les pone cosa por delante.

Sacaron de la cárcel los dos juntos
Con espantosa voz de pregonero,
Los graves rostros ya como defuntos,
Enajenados del color primero:
Sollozos y suspiros son los puntos
De los ministros del honesto clero;
La muchedumbre que los acompaña
Con lágrimas sin fin el rostro baña.

Al horrible lugar del sacrificio
Los llevaron con cruces en las manos;
Llegóse de los indios gran bullicio
Para ver justiciar los dos cristianos;
Hicieron los verdugos el oficio
Que suelen los ministros inhumanos:
Quedaron con las impias heridas
Las almas de los cuerpos despedidas.

En dos partes divisa la garganta,
Sale vital humor y rubicundo,
Porque veais cuán presto se quebranta
El edificio vano deste mundo,
Que sobre grandes torres se levanta
Y en un punto lo veis en el profundo:
Locura es no recelar mudanza
Quien mas subida tiene la balanza.

Ahorcado murió desde á dos dias
Baltasar de Ledesma ya nombrado,
Y otro con él, que fué Cristóbal Diaz,
Para cualquier afrenta buen soldado:
Hizo prender al padre Juan de Frias,
Y estuvo con prisiones molestado;
Al Mendoza y al Barros antes presos
Con solamente cárcel fueron lesos

Para librarse del rigor malino,
Furiosas y primeras tempestades,
Valió no se hallar al desatino
De las antioquenas vanidades,
Y Francisco Fernandez ser padrino
En que les concediesen libertades,
A causa que de tiempos mas antigos
Ambos á dos le fueron muy amigos.

Pues Benalcázar por echar el sello
A los enojos de varon severo,
Envió por jüez á Juan Coello
A Antioquía con poder entero,
Con presupuesto de estirar el cuello
A los de la prision de Madroñero,
Y el buen Gaspar de Rodas por teniente
Y capitán mayor de aquella gente.

Mas el Gaspar de Rodas como bueno,
Deseando librallos desta pena,
Puso secretas cartas en un seno
A punto y á sazon que les fué buena,
Pues los culpados dejan el terreno
Y caminaron para Cartagena;
Y ansí Coello por aquellas sendas
Nunca halló culpados ni haciendas.

Destos un Almaraz era primero,
Clérigo que tenian en estima,
Y Diego de Mendoza y Ladrillero,
El cual tuvo después indios en Lima;
Fué Diego Hogazon su compañero,
Con otros que no caben en mi rima,
Soldados del Robledo valedores
De los mas escogidos y mejores.

Sin sucedelles mal inconviniente
Llegaron donde tengo referido,
Y estos con mucha cuantidad de gente
Que residian por aquel partido
Llevó consigo Gasca, presidente
Que ya contra Pizarro era venido;
Ansí que de la gente mas lucida
La costa por allí quedó barrida.

El don Pedro de Heredia, que cansado
Estaba de jornadas, y en efeto
De golpes de jüeces descarnado,
Que cierto lo pusieron en aprieto,
Viéndose de vejez ya rodeado,
Puso los ojos en estar quieto,
Si dominio fatal y violento
Condescendiera con su pensamiento.

Mas aunque ya con horas y rosarios
Eran sus tractos y conversaciones,
Teniendo los avisos necesarios
En nunca perder misas ni sermones,
Todavía duraban de contrarios
Dañadas y malditas intenciones,
Cuyos contrastes eran de tal suerte
Que fueron ocasiones de su muerte.

Mas antes que lleguemos al remate
Y fin acerbo del varon famoso,
Quiero contar un pérfido disiate
Intentado por cierto religioso,
Porque razon requiere que lo trate
Por ser atrevimiento monstruoso,
Y sin entremeter paja ni ripio
Diremos el orígen y principio.

El año de quinientos y cincuenta
Hicieron los Contreras tal esceso,
Que con mano sacrílega, violenta,
Mataron al obispo Valdevieso;
Y en él también sus manos ensangrienta
Castañeda, que fué fraile profeso
En Nicaragua, do con los traidores
Se congregaron muchos malhechores.

Fueron á Panamá los delincuentes
Do hicieron también hechos inicos,
Y con lo que robaron á las gentes,
Si les durara, fueran todos ricos;
Iban allí como sobresalientes
También otros dos frailes dominicos,
Fray Andrés de Albis muy desvanecido,
Con otro fray Alonso tan perdido.

Vencidas estas pérfidas banderas
Por un Martin Rüiz, dicho Marchena,
Y poblados los campos y riberas
De los que merecian mortal pena,
No sé yo por qué vias ó maneras
Fueron los frailes dos á Cartagena,
En cuyo territorio y hemisferio
Era recién fundado monasterio.

Fray Josepe de Robles fué primera
Persona fundadora del convento,
No donde agora está, sino mas fuera,
Que en los jaqueyes fué primer asiento;
Este los recogió, que no debiera,
Aunque debió de ser con buen intento;
Después al reino se mudó, dejando
Al fray Andrés de Albis con su mando.

Viéndose ya señor del monasterio,
El apetito fué de mayor cebo,
Pues quiso ser monarca del imperio
De cuanto damos hoy al mundo nuevo;
Y no fuera milagro ni misterio
Ahogarse con un tan solo huevo,
Porque veais á qué se determina
En traje de humildad una gallina.

En este tiempo, por lo sucedido
En los rebeliones mal fundados,
Habian muchos de Pirú venido
Por Gasca, presidente, desterrados;
Y el destierro debió de ser medido
Segun la cualidad de los pecados,
Y los que merecian menor pena
Se quedaban allí por Cartagena.

Diego de Vargas Caravajal era
Uno destos, y Ochoa, vizcaino,
Que mucho rehusaron la carrera
Cuando con la traicion el fraile vino;
Mas él los indució de tal manera
Que se prendaron deste desatino;
Y estos dos, que después hicieron piezas,
Quedaron señalados por cabezas.

Comienzan á juntar gente baldía,
Armas y belicosos instrumentos,
Con el secreto que les convenia
Debajo de solemnes juramentos;
Y el dicho fray Andrés señaló dia
Para principios tristes y sangrientos,
Ocupados estando los vecinos
En los oficios sacros y divinos.

Fué la resolucion entrellos esta,
Dispuesta por el mónaco profano:
Predicar él en una cierta fiesta,
Por ser predicador el mal cristiano,
Y allí los acabase gente presta
Cuando hiciese señas con la mano;
Mas para sus contentos y placeres
Reservasen á solas las mujeres.

Concertados los torpes desvarios,
Puestas las cosas todas en sus manos,
Hacian cuenta de tomar navíos,
Y en ellos embarcarse los tiranos
Para domar los otros señoríos
De Panamá, con pueblos comarcanos,
Y desde Panamá pasar á Lima
Y subyectar el resto de por cima.

Estas cosas y otras representa
El mal prior á todos los damnados,
Y dice que de gente descontenta
De los que fueron mal galardonados,
Y muchos que vivian con afrenta,
Innumerables eran los soldados
Dispuestos á pasar esta carrera,
En viendo levantar cualquier bandera.

Encarece su próspera ventura
Hablando con la pérfida cuadrilla,
Promete colocallos en altura
De que suele gozar escelsa silla:
Mirad á cuánto llega la locura
De un hombrecillo vil y con capilla,
Queriendo ya trocalla por almete
Y de tan gran traicion ser alcahuete.

Pues cuando la traicion y alevosía
Intentaba con tácito recado,
Era ministro de la sacristía
Un Alonso Rüiz, bien inclinado,
Que fué después por su sabiduría
En este Nuevo Reino prebendado,
Músico principal de voz y dedo,
Y natural del reino de Toledo.

Este que no sabia desta guerra
Que por traidora gente se movia,
Un mancebo tenia de su tierra
En su posada y en su compañía:
La memoria del nombre ya se yerra,
Que no me acuerdo cómo se decia;
Pero por no tener aviamiento
Para Pirú, vivia descontento.

Y viéndole con angustioso pio
El Alonso Rüiz, por consolallo,
Para subir al reino por el rio
Habló con quien podia negociallo,
Y hasta la barranca le dió avío
De tamemes ladinos y caballo,
Y allí canoas y matalotaje
Para que prosiguiese su viaje.

Salió de la ciudad el peregrino
Con este sobredicho pensamiento,
Y á la primer jornada del camino
Topó con tres de los del alzamiento,
En heredad cercana de un vecino,
Donde les proveian de sustento,
Debajo de buen fin y sin sospecha
De la grave maldad que se pertrecha.

Los tres de la cuadrilla detestable
Hiciéronle muy buen acogimiento,
Y mediante conversacion afable,
Supieron de sus pasos el intento:
Dijéronle ser tierra miserable
Y camino de gran desabrimiento;
Que se lo mostrarán de mas regalo,
Donde deseche presto pelo malo.

Muchas cosas le dicen, y en efeto,
Después de conjuradas prevenciones,
Le descubrieron en lugar secreto
Sus traidoras y malas intenciones;
El cual sin discrecion y sin respeto
Se venció de sus pérfidas razones,
Y hasta ver aquella maldad llena
Determinó volver á Cartagena.

Entróse sonriendo por el nido
Adonde hizo su primer escala;
El Alonso Rüiz, como le vido
Entrar con su hatillo por la sala,
De repentina cólera movido,
Le dijo: «Vengais mucho en hora mala;
Gasté por aviaros infinito,
¿Y volveisos á las ollas de Egito?»

El mozo le responde: «No se espante
Vuesa merced, señor, que no quisiese
Por agora pasar mas adelante,
Pues en ello me va gran interese,
Y sé que me dirá ser importante
Si por ventura yo se lo dijese.»
El Alonso Rüiz luego le instiga
Con importunidad que se lo diga.

Llegóse del oido muy cercano,
Y declaróle toda la substancia:
El otro, que sintió furor tirano,
Le dijo sin guardar mas circunstancia:
«¡Oh hi de puta, puto, mal cristiano!
¿Y ese llamais negocio de importancia?
Id al adelantado, dadle cuenta
Quién es aquel que tal maldad intenta.

»No repareis ganarme por la mano
Antes que mis palabras se deslicen;
Mira que luego declareis de plano
Todo cuanto sabeis y aquellos dicen,
Porque si no, prometo de un villano,
Que tengo de hacer que os descuarticen.»
El mozo le rogó que con él fuese
Para que su mandado se cumpliese.

Viéronse pues con el adelantado,
Y el Alonso Rüiz, como debia,
Dijo luego: «Señor, este soldado
Quiere hablar con vuestra señoría
Un negocio que dice ser pesado,
Y rogóme que fuese yo la guía:
No sé lo que se quiere; pero siento
Que debe ser negocio de momento.»

Para que la razon fuese tan nota
Cuanto fueron los sones que le dieron,
En parte de la casa mas remota
Heredia y el mancebo se metieron,
Donde le relató, sin faltar jota,
Lo que los tres soldados le dijeron;
Y ansí con la debida diligencia
Mandó traer los tres á su presencia.

Fué la prision nocturna, sin rüido,
Y con tan recatado miramiento,
Que de nadie fué visto ni sentido
Aquel acelerado mandamiento;
Y dellos el delicto conocido,
Sin que los apremiasen con tormento,
Supo también, para mayor aviso,
En otras circunstancias lo que quiso.

Pues como la maldad fuese notoria
Contra las honras, vidas y caudales,
Y no para perder de la memoria
El hacer diligencias puntuales,
Fué, como general, Joan de Villoria
Con copia de vecinos principales
A Cipacua, para prender traidores
Y al fraile y á los otros dos autores.

Despachóse también por otra via
A don Luis Bravo, cierto caballero
Que en este Nuevo Reino do vivia
Lo conocí después encomendero;
Aqueste recogió gente baldía
Tocada de la mancha que refiero,
Y culpados ó libres de la pena,
Llevó gran cuantidad á Cartagena.

Hizo Villoria pues jornadas largas
Hasta poner en su lugar la proa:
Espántanse de ver lanzas y adargas
Que hieren rayos de la parte roa;
Prenden por buenos términos al Vargas,
A los frailes también y al Pedro Ochoa;
Ansimismo prendieron los soldados
Que con ellos estaban congregados.

Algunos sueltos y otros en cadena
Con palabras de buen comedimiento,
Llegan á la ciudad de Cartagena,
Y al Vargas se le dió luego tormento;
El cual y los demás dignos de pena
Declararon con él su mal intento,
Y segun merecia su malicia,
Se hizo dellos ejemplar justicia:

El Ochoa y el Vargas arrastrados
Y en ocho partes ambos divididos;
Los demás oficiales ahorcados,
Y con azotes los demás punidos;
A Castilla los frailes desterrados,
Con grillos en navíos son metidos;
Otros menos culpados en el yerro
Condenados salieron á destierro.

Como surgiese pues en la Habana
La nao do fray Andrés estaba preso,
Tentó de se hüir con obscurana,
Sin nadie poder ver aquel esceso;
El cual, viendo con viento tramontana
Estar un cable acia tierra tieso,
Asiendo dél creyó que guia fuese
Para llegar adonde se abscondiese.

Y ansí le sucedió, pues en alcance
Yendo de tierra para tomar puerto,
La nao parece ser hizo balance,
Tal que quedó con aguas encubierto;
Y en este mas que miserable trance
Lo recibió la blanca Tetis muerto:
Dicen que lo hicieron dios marino,
Mas á creello no me determino.

Aqueste fué su fin y paradero
Por noviembre del año precedente....
Y luego después desto, por enero,
El otro que á cincuenta fué siguiente,
Espanto y alboroto mas entero
A la ciudad le vino de repente,
Por casual y general incendio,
Del cual quiero hacer breve compendio.

Tenian casas en aquella era
Personas pobres ó cualificadas,
Los altos y los bajos de madera
Con cogollos de palmas cubijadas;
Y aun hoy algunas hay desta manera,
Que no todos las tienen mejoradas,
Y son las sobredichas coberturas
Para llamas de fuego mal seguras.

Porque con soplos del continuo viento
Y el ardiente calor, están las ramas
Dispuestas siempre para nutrimento
De las veloces y movibles llamas,
No con menos lijero movimiento
Que globos que deshacen duras tramas,
Impelidos del polvo salitroso
Por el cañon crüel y fulminoso.

Al tiempo pues que negras confusiones
Cubrian con su nublo tenebroso
A gentes de las índicas regiones,
Llenas de soporífero reposo,
Una mujer tomaba las unciones,
Que padecia mal contagioso,
Y las ministras se dejaron brasas
Pegadas á la cerca de las casas.

Enciéndense los palos con la lumbre,
Y fué la fuerza dellos de manera,
Que voló presto hasta la techumbre
Y salió por encima la cumbrera,
Usando de su natural costumbre,
Invalesciendo contra la madera:
Salta del lecho la doliente dama
Como vido los humos y la llama.

Eran aquestas casas al remate
Del pueblo, que es do leste se deriva;
Y entonces era tanto su combate
Que no se vido cosa mas esquiva:
Centellas sobre las demás abate,
Y con furiosos soplos las aviva;
Vieron la lumbre gentes castellanas
Y á gran priesa repican las campanas.

Los de la ciudad alborotada,
Pensando ser cosarios, salen fuera:
Huye sin su marido la casada,
Sin esperar á padre la soltera,
Una descalza, otra destocada
Y otra con menos ropa que quisiera;
Otros acuden al primero fuego
Imaginando mitigallo luego.

Pero la llama con sus remolinos
Por varias partes los escandaliza,
Y el viento con fumosos torbellinos
Y presurosos soplos mas atiza,
Tanto que casas de los mas vecinos
Se convierten en polvo y en ceniza:
La revuelta, la grita y el estruendo
De las gentes y llamas es horrendo.

Segun un rio cuando va crecido
Y baja de los altos de repente,
Por piedras y peñascos divertido,
Fuera del curso viejo la creciente,
Que con aquel acuático rüido
Se turban los oidos de la gente,
Y con el rumor sordo y espantable
No se percibe cosa que se hable:

Ansí también con los fogosos sones
De las pajizas casas que se encienden,
Iban en crecimiento turbaciones,
Sin que supiesen quiénes los ofenden;
Y si preguntan causas y razones,
Los unos á los otros no se entienden,
Ni nadie dellos en aquella plaga
Sabe qué se responda ni qué haga.

Los que pensaban ser cosario marte
Y sobresalto de francés avaro,
Huyendo van por una y otra parte,
El absencia tomando por reparo;
Pero la mucha lumbre fué de arte
Que se desengañaran con su claro:
Cada cual vuelve do su casa arde,
Pero cuando vinieron era tarde.

Porque la llama fué tan presurosa,
Sin que breve momento reparase,
Que fué substancia poco provechosa
Ya que de llamas algo se librase,
Y á todos cuasi no les quedó cosa
Que no se consumiese y abrasase;
De tal manera, que los mas subidos
Quedaron totalmente destrüidos.

Heredia viendo desde plaza rasa
Arder la iglesia, fué por socorrella,
Y cuando revolvió sobre su casa,
Do vió prevalecer viva centella,
Hallóla toda ya tan hecha brasa,
Que se le quemó todo, sin que della
Pudiesen escapar cosa ninguna:
Que fué terrible golpe de fortuna.

La cual no tuvo menos inclemencia
Con él después, trienio ya pasado,
Porque le vino para residencia
Por jüez el doctor Juan Maldonado,
Fiscal y oidor después en el audiencia
Deste distrito ya conmemorado,
Donde residen hoy sus tres sobrinas
Que son de grandes alabanzas dinas.

Doña Leonor, doña Isabel, doña Ana,
Puestas con gran razon en escriptura
Con tinta de alabanza soberana,
Porque demás del don de hermosura,
Su gran bondad, honor, vida cristiana,
Camino van de celestial altura,
Y no menos lo llevan sus concetos
De hijos y de hijas y de nietos.

Aqueste doctor era de Sevilla
Y por algunas prendas obligado
Al favor de George Quintanilla,
Vecino principal y muy honrado,
Pero del número de la cuadrilla
Que perseguian al adelantado;
Y en esta residencia que refiero
A mí me consta selle mal tercero.

Para tomalle pues la residencia
Término señalado se pregona;
Y aunque tuvo debida reverencia
En tractar con respecto su persona,
Aquel odio, rancor y mal querencia
Del que ya señalé lo desentona,
Y otras muchas dañadas intenciones
Le hicieron usar de sinrazones.

También Beltrán, á cuyos pedimientos
El jüez vino con humor adusto
Por agravios y malos tractamientos,
Fué causa principal de su disgusto,
Pues en dar ó quitar repartimientos
Ningun jüez en Indias es tan justo
Que pueda segun las variedades
Ajustarse con todas voluntades.

A dar favor á este se convierte
Toda la junta de los mal querientes,
Con ser un hombre no de tanta suerte
Que poseyese prendas eminentes;
Mas en efecto, causa de su muerte
Y de gran sinsabor á sus parientes,
Por arrimar jüeces el derecho
A quien les encamina mas provecho.

Y ansí, para salir con el intento,
Este doctor con leyes lo reboza;
También con sus parientes al momento
Anduvo la pasion á toda broza;
Quitó los indios y repartimientos
Al capitán Alvaro de Mendoza;
Pero volvióselos mejor justicia
Después que les constó de la malicia.

Pues el adelantado como via
Que procuraban dalle zancadilla,
Y que con el doctor prevalecia
La mala voluntad de Quintanilla,
Consideró que mucho le cumplia
Apresurar sus pasos á Castilla;
Y ansí se despachó secretamente,
Y Alvaro de Mendoza juntamente.

Sigue con mal agüero la derrota,
Y en una conjuncion que no debiera,
Por ir en los navíos de la flota
De que Gomez Farfán general era,
Donde fortuna mala fué pilota,
Entonces falsa y antes lisonjera;
Pero pudo meter en el Habana
Cosme Farfán su flota toda sana.

Hasta llegar allí no faltó maña,
Por ser hombre de mar bien advertido;
Serian veinte naves de compaña,
Con las cuales estuvo detenido,
Esperando las de la Nueva-España,
Tres meses en amores divertido,
Todos los del viaje descontentos
Por las tardanzas y detenimientos.

Durantes estos dias mal gastados,
Como por ciertas causas se desamen
Santos de Alger y Marañon, soldados,
Allí tuvieron singular certamen,
Y solos, de sus armas preparados,
Hicieron de las fuerzas tal examen,
Que en el litigioso desconcierto
Uno destos soldados quedó muerto.

El vivo, por la pena merecida
Que recelaba por sus maleficios,
A gran priesa tomó para guarida
La casa de los santos sacrificios:
Farfán al Marañon viendo sin vida,
Tomó soldados que halló propicios,
Y al Santos que con santos halló solo
Sacólo de la iglesia y ahorcólo.

Hizo sus diligencias el prelado
Antes que ejecutase la sentencia;
Y visto no cumplirse su mandado,
Sino perseverar en la demencia,
Con anatema fué descomulgado,
Por los quebrantamientos y violencia;
Reíase Farfán, y como loco
Tuvo la tal descomunion en poco.

Y ansí, sin procurar absoluciones
Ni se parar á correccion cristiana,
Haciéndole cien mil protestaciones
Cada dia la gente castellana
Acerca de sus grandes dilaciones,
Determinó salir de la Habana,
Y aun porque don Antonio de Ribera
Esta quiso dejar y salir fuera.

El cual llevaba del Pirú bastantes
Recados de poderes é instrucciones
Para pedir al rey cosas tocantes
Al bien de aquellas prósperas regiones;
Y solo, sin los otros navegantes,
Quiso salir de aquellas confusiones,
En San Andres, un galeon terrible
Que compró por ser hombre de posible.

Tal intencion por el Farfán sabida,
Que por ventura fué con tal intento,
Dió pregon que so pena de la vida
Nadie haga del puerto mudamiento;
Mas aprestóse para la partida
No sin sospecha grande de mal viento,
Pero por los murmurios de las gentes
No curó de mirar inconvinientes.

Salió del puerto, no de buena gana,
Que de mar bonancible desespera,
Y del galeon hizo capitana
Donde iba don Antonio de Ribera;
No hallan los navíos la mar llana,
Antes los contrastó tormenta fiera,
Y cuanto mas la noche se cerraba
La mar mas se movia y alteraba.

Durante pues aquella noche ciega,
Por un rumbo que estaba mal seguro,
El galeon á mas andar se aniega,
Del cual mandan soltar un pasamuro;
Luego la flota toda se le llega,
Y dió cuenta Farfán del trance duro,
Y á grandes voces le responde luego
Un piloto llamado Joan Gallego:

«Señor, pues dais tan malas esperanzas
De poder escapar desos estremos,
Al sur teneis el puerto de Matanzas,
Allá conviene mucho que arribemos,
Porque fuera de tales destemplanzas
Esas necesidades remedíemos;
Mas al entrar mirad por el albaja
Porque no zabordeis en una laja.»

El general le dijo: «Sed vos guia;
Poned farol con la posible priesa,
Porque por donde vos hicierdes via
La derrota de todos será esa.»
Entraron todos bien por do decia;
Mas la nao llamada la Condesa,
Por no saber el bajo no se arriedra,
Y al entrar encalló sobre la piedra.

Surtas las otras naos y bajeles,
Luego las otras gentes del viaje
Rodean la Condesa con bateles
Y sacan oro, plata y el fardaje,
Hasta la carga de bovinas pieles,
Y grandes cajas de matalotaje;
Después con anclas y con cabestrantes
Hicieron que nadase como antes.

Metiéronla, ya libre de la peña,
Por parte que no cubre mal engaño,
Y la cuadrilla náutica domeña
Brazos robustos al heniesto caño
De la bomba, que luego les enseña
Tener remedios prestos aquel daño;
Y ansí los marineros oficiales
Acuden con debidos materiales.

Della y del galeon fuera la ropa,
Con lado que les da quien los menea,
Recorriendo de proa hasta popa,
La parte peligrosa se tantea:
Aprietan calafates el estopa,
Cubre costuras la teosa brea,
De tal manera, que se hacen ciertos
Que podrian dejar aquellos puertos.

Pero por se mostrar el mar obscuro,
Cuarenta dias tienen de reposo
Allí, que saben ser puerto seguro
Contra furías del Orion proceloso
Y bravas tempestades del Arturo
Que entonces se mostraba riguroso;
Al cabo de los cuales con bonanzas
Salieron deste puerto de Matanzas.

Al escorpion nocivo Febo deja
Por visitar al fuerte sagitario,
Cuando la turba náutica perpleja
Echa juicios con parecer vario;
Pero por votos de los mas, se aleja
Con los amenazar tiempo contrario,
El efecto del cual fué de manera
Que cada cual de vida desespera.

Y ansí la flota no va recogida,
Porque con los rigores turbulentos
Fué por diversas vias divertida,
Molestada de aguas y de vientos;
Llegó Cosme Farfán á la Florida
Con las naos que siguen sus intentos;
Hallóse la Condesa que echó sonda
En solas ocho brazas de mar fonda.

Aviso quiso dar de la fondura
Con voluntad, á lo que dicen, sana;
Pero como no hay hora segura,
Llegó sin que amainase la mesana,
Y por inopinada desventura
Embiste con la nao Capitana,
Y el golpe que le dió fué tan pesado
Que la rompió por medio del costado.

Todo cuanto tenia la cubierta
Al mar tempestüoso se convierte;
A las saladas aguas abrió puerta
Para trance mortal infausta suerte,
Pues allí si se via cosa cierta
Era la certidumbre de la muerte:
Oyense grandes gritos y alaridos
De los que de las aguas son sorbidos.

Tristes pero brevísimas querellas
En balde pudo dar Ana Carmeña,
Y con ella también ocho doncellas
Mestizas que servian á esta dueña;
Pues hechas una balsa todas ellas
El impío mar la muerte les enseña,
Con otros, que debieron ser cuarenta,
Absortos de la grávida tormenta.

Los otros de la mísera tragedia,
Por jarcias y por mástiles asidos,
Entre tanto que gente los remedia
Y sean con bateles socorridos;
Entrestos mismos don Pedro de Heredia,
Farfán y don Antonio, sin vestidos,
Que con el resto que no se pregona
Entraron en la nao Bretendona.

Perdido pues aquel desta manera
Por ocasion y via tan estraña,
Los otros prosiguieron su carrera
Hasta poner las proas en España;
Mas en el golfo, con tormenta fiera
Que cuanto mas navegan mas se ensaña,
La nao Bretendona mal se halla
Con agua que no pueden agotalla.

Pidió socorro como convenia,
Y á lo dar ocurrieron con presteza
Con nave que Cosme Buitron traia,
Donde metieron toda la riqueza;
Y entró la temerosa compañía
Llena de confusion y de tristeza,
Trocado cada cual de su figura
Por tan continüada desventura.

Entraron licenciados y doctores,
El buen Heredia y otros caballeros,
Y Góngora y Galarza, dos oidores
Que deste reino fueron los primeros;
Entraron confusiones y temores
Adivinando malos paraderos;
Entró fuera de todo regocijo
El gobernador Sancho de Clavijo.

Ansimismo subyectos á Neptuno
Otros iban allí no tan insines,
Mas con temor no menos importuno:
Notarios, escribanos y malsines,
De los cuales á uno ni ninguno
Conocí que tuviese buenos fines,
Antes tristísimos acabamientos
Y sin gozar de santos sacramentos.

Bien creo yo que no haré cosquillas
Al bien intencionado ni al modesto;
Mas de muchos que ví por estas villas,
Hablo tan solamente deste puesto,
Podria declararos maravillas,
Por mí consideradas cerca desto;
Cuya muerte de nadie fué plañida
Y tal que dió gran muestra de su vida.

Hambrientos lobos que todo lo quieren
Y á los demás les cuentan los bocados;
Vayan las cosas por adonde fueren
La casa llena hasta los tejados;
Robando viven y robando mueren
Y en robos son sus dias acabados;
Y al cabo de la vida tanta mengua
Que pocos dellos mueren con su lengua.

Destos iban allí no sé qué tantos,
Y cada cual el cofre proveido,
Que vistos los mortíferos espantos
Quisieran muy mejor haber vivido:
Todos llaman al Santo de los santos
Con devocion y lánguido gemido,
Porque el viento, la mar, la destemplanza,
Quitaba del vivir la confianza.

Con esta furiosísima refriega
Llegaron al paraje de Zahara,
La costa della toda turbia, ciega,
Y tal que no se via cosa clara;
A los cables y ancoras entrega
Buitron la nave dicha y allí para,
Pensando que los inconstantes vientos
Mitigaran sus ásperos alientos.

Pero la furia dellos era tanta
Que desconsuela la compañía triste,
Y de los bajos piés á la garganta
El espumoso golpe les embiste;
Hasta las altas gavias se levanta,
Y por ninguna via se resiste:
Cuanto oyen y ven los amenaza
Y el hilo del vivir les adelgaza.

Temen quel agua no los arrebate
De la cubierta por do va corriendo;
Oyen por los peñascos el combate
Donde las olas quiebran con estruendo;
Impetüoso viento los abate
Con furia, tempestad y son horrendo;
En camisa, sin calzas y sin sayos,
E ya todas sus fuerzas son desmayos.

Los unos y los otros lamentando,
Hiriendo con temblor dientes con dientes,
Tablas, barriles, palos procurando
Con otros materiales diferentes,
Para llevar con ellos sustentando
Los cuerpos miserables y dolientes,
Rendidos al rigor del mar airado
Bravo, feroz y desapiadado.

En este trance mas que miserable
Porque la noche no los ocupase,
Pareciéndole medio razonable
Con que la gente toda se salvase,
Mandó Cosme Farfán cortar el cable,
Y en la playa la nave saberdase;
Lo cual se hizo como lo mandaba,
Pero no sucedió como pensaba.

Porque como llevaba tanta carga,
A breves pasos encalló la quilla;
Fué para brazos la distancia larga,
Pues con ellos pretenden el orilla;
Allí la confusion triste y amarga,
Allí la turbacion y la mancilla;
Fuera recelan el mortal encuentro,
Peor y mas crüel si quedan dentro.

Ya la nao por partes se reparte;
Fuera de su lugar el timon anda,
Las obras muertas van por una parte,
Jarcias y velas van por otra banda;
Nadan los que son diestros en el arte,
Como necesidad urgente manda;
A tierra llegan recios marineros
Y Farfán y Buitron de los primeros.

Los menos diestros en aquestos usos,
Cuyas cubiertas son las carnes solas,
Andan allí revueltos y confusos
Tragando ya la muerte con las olas;
Juiebra Laquésis los vitales husos
A mas de cien personas españolas.
Entre los cuales son los dos oidores
De mas quieto fin merecedores.

Otros muchos juristas y escribanos
Bullian por las ondas muy espesos,
Pero no se valian de sus manos
Para contra la mar hacer procesos:
Perecen ellos y papeles vanos
Do pintaron aposta los escesos;
Y á los del licenciado Juan Montaño
El agua no les quiso hacer daño.

Porque viéndolos ir con tales sellos,
El marino rigor dellos se espanta:
Digo que se espantó la mar de vellos,
Y ansí no los corrompe ni quebranta;
Y tales en efecto fueron ellos,
Que su culpa pagó con la garganta,
Pues exencion tan llena de furores
No debió merecer fines mejores.

Téllez, que secretario fué primero
En este reino, ya libre de faldas,
Se concertó con cierto marinero
Que lo sacase sobre sus espaldas,
En pago de lo cual le dió dinero
Y algunas buenas piedras esmeraldas;
Cogió las joyas y el delfin se anima
A navegar con Arion encima.

El Arion novelo se consuela
Viéndose ya llevar desta manera:
Mas el delfin robusto que recela
Poder llegar al fin de la carrera,
Faltó como faltaba la vihuela,
Antes de lo sacar á la ribera:
Al fin Alonso Téllez se le queda
Muerto, y él escapó con la moneda.

La dura tempestad le fué propicia
Viéndole las espaldas descargadas;
Mas con duro flagelo de justicia
Después se las pararon coloradas,
Diciendo que lo hizo de malicia
Personas que venian rezagadas,
A quien valió contra la violencia
Saber nadar y buena diligencia.

El buen adelantado se adelanta
En confianza de salir á nado:
Una vez con las olas se levanta,
Dellas es otra vez precipitado,
A la resaca llega, mas es tanta
Que no le consentia tomar vado,
Y ansí lo que buen ánimo consulta
Quebrantada vejez le dificulta.

Adonde ve mas quietud arriba,
Su vencedora fuerza ya vencida;
En tierra dos ó tres veces estriba,
Poco le falta para la salida....
Mas un gran mar de tumbo lo derriba,
Que fué postrer remate de la vida
Del capitán egregio, sabio, fuerte,
Indigno de morir tan mala muerte.

No pudiera con él onda violenta
Viendo sus brazos en edad mas moza;
No falta pues allí quien lo lamenta
Y que de corazon gime y solloza;
Pues escapó de la crüel tormenta
El capitán Alvaro de Mendoza,
Marido digno de mujer tan dina
Cual es doña Francisca su sobrina.

Digo sobrina del adelantado,
En su remate falto de ventura,
Cuyo cuerpo no pudo ser hallado
Para dalle terrena sepultura,
Aunque con ansiosísimo cuidado
Alvaro de Mendoza lo procura,
El cual se libró de la mar insana
En una carabela lusitana.

Llegó la nueva pues á Cartagena
Y larga relacion deste conflito,
Donde se recibió tan grave pena
Que no sabré pintalla por escrito:
En cada casa generosa suena
Un gran clamor y doloroso grito;
Las generosas damas y doncellas
Daban impacientísimas querellas.

En todos era general el lloro;
Amigos y enemigos enlutados;
Los cabellos que esceden hebras de oro,
Vuelan aquí y allí despedazados;
Destiérranse las galas y el decoro
Que solian usar tiempos pasados;
Hacen demostracion destos dolores
Las sonoras campanas con clamores.

Y aquella dueña digna de memoria,
Su sobrina mayor doña Costanza,
Viuda ya del buen Juan de Villoria,
Con prendas de no menos esperanza,
Su sentimento fué cosa notoria
A los que conocimos su templanza;
Pues yo con otros muchos circunstantes
Oiamos palabras semejantes:

«¡Oh lumbre de mis ojos, padre mio,
De mi ventura claro fundamento,
Pues que padre me fuestes mas que tio,
En regalos, amor y tractamiento!
No merecia ser vuestro desvío
Fatal entre furores de agua y viento,
Do la manera del morir escede
Al dolor que quitar la vida puede.

»A todas las humanas criaturas
Bien veo quel morir les es anejo;
Mas de morir en estas coyunturas
Y concluir con tan amargo dejo,
Las entrañas crüeles y mas duras
Conocerán que con razon me quejo;
Pues que ser y valor tan agradable
No merecia fin tan miserable.

»¡Oh fortuna crüel, vil, inconstante,
Cuan insufribles son tus desafueros!
¿Quién vivira con golpe semejante
Sin desear sus dias postrimeros,
Pues ansi nos quitaste de delante
Honra de los honrados caballeros?
¡Arrebatástenos, facinerosa,
Un ejemplar de vida virtüosa!

»Venciste ya la vencedora mano;
Llevástenos al invencible pecho,
Aquel entendimiento soberano,
Y al instrumento del comun provecho,
A quien á todos fué padre y hermano,
Cabal en las palabras y en el hecho,
Facil en perdonar cualquier injuria
En movimiento de la mayor furia.

»Nunca jamás apeteció venganza,
Y en las ejecuciones del castigo
Muy menor el rigor que la templanza,
Y tanta mas cuanto mas enemigo:
Comun y general es la probanza
Que puede confirmar esto que digo;
Razon hace hablar, y no fatiga,
Sin temor de que nadie contradiga.»

Con tales loas voz enternecida
Los oidos hirió de los oyentes;
Las cuales, si razon es conocida,
No se pueden decir impertinentes,
Y á vuelta de las quejas no se olvida
De las cosas al alma convinientes,
Pues para celebrar los funerales
Hizo las diligencias principales.

Vinieron luctüosas compañías,
Ansí de dueñas como de varones;
Acudieron devotas cofradías,
El dean y cabildo y religiones:
Hubo por el espacio destos dias
Luculentos y próvidos sermones,
Y todo lo demas tan en su punto
Que se mostró por él el del difunto.

El túmulo rodean luminarias
Que tienen en las manos diferentes
Naciones bravas que le dieron parias
Y á sus mandados fueron obedientes;
Allí pusieron muchos letras varias,
Epitafios y versos escelentes,
Mas no puedo hacellos manifiestos
Por acordarme solamente destos:

Perdidi invictum Martem furibunda procella,
Tempestas famam perdere nulla potest,
Quin potius scribi calamo sua facta perenni
Poscunt, in nullos interitura dies.

Al inesperable Marte
Venció la tormenta fiera,
Dando fin á su carrera,
Pero no pudo ser parte
Para que su fama muera:
Antes la mas breve suma
De sus hechos pide pluma
De tan sonorosa trompa,
Que ni el tiempo la corrompa
Ni malicia la consuma.

ELEGIA

A la muerte de Juan de Bustos de Villegas, segundo gobernador de Cartagena por provision de la R. M.

EN UN SOLO CANTO.

Después de ser en el adelantado
Ejecutada la fatal sentencia,
El doctor gobernó Juan Maldonado,
A quien luego de la real audiencia
Fué deste nuevo reino señalado
Por jüez que tomase residencia
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Persona grave, docta y estimada.

Pero por ser á su salud embargo
El temple de las tierras y contrario,
Su morada no fué de tiempo largo,
A causa de buscar el necesario;
Y á Francisco Velazquez dejó el cargo,
Hoy en aqueste reino secretario,
Que aunque mozo mostró tener talento
Para negocios de mayor momento.

Y assi con su valor y buenas mañas
Compuso graves y pesadas bregas,
Por no faltar allí parciales sañas,
Contrarios bandos y pasiones ciegas;
Y con poder del rey de las Españas
Sucedió Juan de Bustos de Villegas,
Del cual quiero tractar por orden raso
Las cosas que hicieren mas al caso.

Uno faltaba ya para sesenta
Años de mas de mil y otros quinientos,
Cuando con este cargo se presenta,
Mediante los reales mandamientos.
Daba de su gobierno buena cuenta,
Alegres los vecinos y contentos,
Pero poco después al Juan de Bustos
No faltaron enojos y disgustos.

De los cuales no fué menor azote
Venir para robar el oro y plata,
El próspero caudal y rico dote
Destos marinos puertos, un pirata
Que se dijo don Juan, y un Martin Cote,
Franceses de la Galia bracata,
Con siete naos, cada cual potente,
Y en ellas grande número de gente.

Sabida su venida por la via
De Santa Marta, cuyo flaco puerto
El robador cosario ya tenia
A su querer y voluntad abierto,
El Juan de Bustos, como convenia,
Puso sus pocas gentes en concierto
Para se defender desta potencia,
Haciendo la posible resistencia.

Mandó hacer trincheas y bestiones
Con gran solicitud en las entradas,
Aunque de necesarias municiones,
Por le faltar, no bien aderezadas;
Convocó caballeros y peones,
Hizo venir las gentes derramadas,
Entrellos los antiguos capitanes,
Dispuestos a victorias ó desmanes.

Fué capitán de la caballeria
Alvaro de Mendoza, que hoy nos dura,
Nuño de Castro del infantería:
Ambos en valentía y en cordura
Cabales, si tuvieran aquel dia
Mas posibilidad y mas ventura;
El un alférez fué Francisco Portes,
Y no refiero los demás consortes.

Mandó venir al indio Maridado,
Cacique principal de los fronteros,
El cual acudió bien acompañado
De quinientos destrísimos flecheros,
De venenosos tiros pertrechado
Cada cual, segun bárbaros guerreros;
Luego la playa por las partes juntas
Fué sembrada de venenosas puntas.

Cuando queria pues del primer sino
Febeo resplandor hacer desvios,
Y entrar en el de Toro por camino
Compuesto de dorados atavios,
Vieron por aquel término marino
Venir estos belígeros navios,
Pendientes dellos por diversas partes
Flámulas, gallardetes y estandartes.

Bateles artillados traen fuera
O lanchas y ligeros bergantines,
Y cuando ya tuvieron la frontera,
Rompen el aire trompas y clarines;
Al puerto van y toman la ribera
Para de sus intentos ver los fines;
Mandan que gente de caballo vaya
A ver si desembarcan en la playa.

En el puerto, de la ciudad distante
Poco menos que legua de comarca,
El francés cudicioso y arrogante
Mas de mil hombres diestros desembarca:
Caminan bien armados adelante
Contra pocos del español monarca;
Los de caballo que eran centinelas
Baten á toda furia las espuelas.

Avisan á las gentes castellanas
Y á voces dicen que los galos llegan;
Tocan los atambores y campanas,
Y dentro de la plaza se congregan
Robustas fuerzas, y las viejas canas
Se sobresaltan y desasosiegan;
Mas el Bustos formó sus escuadrones,
Hablándoles allí tales razones:

«Buen ánimo, carísimos hermanos,
Que para mas honor y mayor gloria
La batalla tenemos en las manos,
Y della nos dará Dios la victoria:
No temais estos viles luteranos;
Baja canalla es y vil escoria;
Por buen Dios peleais y por las prendas
De hijos y mujeres y haciendas.

»En el pueblo teneis vuestras alhajas,
Que de lo substancial no falta pelo;
Negocio es adonde no van pajas
Y no cumple tomallo con recelo:
Ellos tienen favor de sus ventajas,
Pero nosotros el del alto cielo,
E yo confio de su gran clemencia
Que no puede durar su violencia.»

Esto dicho, camina con la gente
Para los encontrar en los caminos,
E Luis de Villanueva su teniente,
Con los que del lugar eran vecinos,
Cada cual conocido por valiente
En muchos belicosos torbellinos:
Todos y cada cual mostraba gana
De romper con la gente luterana.

Habia ciertos hombres forasteros
A vueltas de los dichos moradores,
Que presumian mucho de guerreros,
Y aquestos, no sin voces y clamores,
Decian: «No conviene, caballeros,
Salir de donde somos muy mejores:
Yerro notable es el que hacemos,
Y en salir de la plaza nos perdemos».

Juan de Bustos se lo contradecia,
Teniendo por mejor salir afuera;
Mas fué tan pertinace la porfia
De la ya dicha gente forastera,
Que lo hacen volver do no queria,
Y porfió hasta la vez tercera
A salir, con enojo manifiesto,
Mas no pudo sacallos de aquel puesto.

Habia solos diez arcabuceros
Vecinos, y con ser gente tan poca,
Divisos de los otros compañeros,
Por acudir á lo que mas les toca,
De la calle por do vienen los fieros
Franceses se pusieron á la boca,
Y allí hicieron la posible salva
Francisco Sanchez y Francisco de Alba.

También allí Bartolomé de Arjona,
Con los siete que no van señalados,
Hacia cada cual por su persona
Lo que suelen hacer buenos soldados,
Sin que de los demás desta corona
Fuesen favorecidos ni ayudados,
Sino Mendoza que con los caballos
A ellos se llegó por reguardallos.

Acércanse los galos con estruendo,
Suena para romper trompa sonora
Donde los diez estaban atendiendo
Que salieron con furia vengadora;
Por dos veces los fueron retrayendo,
Espacio que duró mas de una hora,
Hasta que ya cesaron los cañones
Por se les acabar las municiones.

Conocida por el francés la falta
Del fumoso cañon y del mosquete,
Por dos partes del pueblo los asalta
Y mas adentro las escuadras mete;
A los unos Mendoza sobresalta,
Y con veinte caballos arremete;
Retrájolos á parte conviniente,
Do se empuyó gran número de gente.

Pero como persona que sabia
Tener aquel lugar mortal engaño,
Y que por esta causa no podia
Por allí pelear sin propio daño,
Retrájose con esta compañía
A la ciudad con el demás rebaño,
Y con los que seguian su bandera
Junto á Santo Domingo los espera.

Viendo que ya llegaban al paraje,
Antes que del lugar viesen el centro,
Rompió por ellos varonil coraje;
Y fué de tantas muertes el encuentro,
Que muchos, del cosario peonaje
Huyendo, se metieron mar adentro;
Mas todos los que son menos inertes
En un cercado se hicieron fuertes.

Oyendo Bustos la sangrienta caza,
Pareciéndole ser exorbitante
Negocio no salirse de la plaza,
Y mas en coyuntura semejante,
Aquella parte se desembaraza,
Y el buen alférez Portes por delante
Acudió con alguna gente suelta
A do sonaba la mayor revuelta.

Yendo dispuesto para la pelea,
Hicieron que torciese su camino
Antes de se hallar donde desea,
Por voces que le dió cierto vecino:
«Acá, señor, acá, que nos rodea
Otro mas peligroso torbellino».
Y fué verdad, porque gentes armadas
Tenian ya las calles ocupadas,

De tal manera, que nunca fué parte
Para poder hacelles resistencia;
Ni valian allí mañas ni arte,
Animo, ni valor ni diligencia;
Mas Portes prosiguió con su estandarte
Do Mendoza tenia la pendencia,
En el cercado do se defendia
El don Juan con la gente que tenia.

La gente castellana, mal armada,
Con ánimo feroz los acometo;
Pero de la primera rociada
Mataron de peones diez y siete;
Entran los de caballo, y al entrada
Pereció Santa Cruz, un buen jinete,
Con otro que Espinosa se decia,
Que hizo buenos hechos aquel dia.

Rompió como quien bravo monte tala
El buen Francisco Portes por un lado;
Sus golpes á los de Hércules iguala,
Con brazo vigoroso y esforzado,
Hasta tanto que con ardiente bala
Fué de vital calor desamparado,
Dejando de la fuerza de su diestra
Horrible vos de sanguinosa muestra.

Tanto, que dados fines á la guerra
Decian los franceses en su gloria:
«A tener muchos destos esta tierra
Desesperáramos de la victoria».
Luego pues el don Juan se desencierra
Teniendo ya la suya por notoria,
Viendo que nuestras gentes eran rotas
Por la gran multitud de las pelotas.

No dejó de hacer con su caterva,
En tanto que duraron los cristianos,
Maridado gran mal en la proterva,
Pues disparaban pocos tiros vanos;
Y ansí hirió con venenosa yerba
Crecido número de luteranos,
Y consumidos ya los tiros diestros
Al monte se retrajo con los nuestros.

Los cuales desamparan sus placeres,
Llevando por delante los heridos
Y cuantidad de niños y mujeres,
Movidos de sus ásperos gemidos;
Y ansí vecinos como mercaderes
Quedaron asolados y perdidos,
Por ser inopinada la venida
Y muy poca hacienda guarecida.

Y mujer pobre y el cansado viejo,
Aunque sepan haber algun cosario,
Y reconozcan ser sano consejo
Trasponer su caudal á lugar vario,
Fáltales el avío y aparejo
En tales coyunturas necesario;
Demás de que con tales confusiones
También roban domésticos ladrones.

A los cuales se quedan en rehenes
Alhajas de las gentes mas amigas;
Y por los montes á los salvos bienes,
Demás destas zozobras y fatigas,
Consumen los ardientes comjenes,
Que son blanca manera de hormigas,
En las tierras calientes una plaga
Que nada dejará que no deshaga.

Esta perniciosa sabandija
Sobre la tierra hace su morada,
Y al modo de hormiga se cubija,
Aunque sobre la haz muy levantada,
Donde cria sus pollos y se ahija
Y aumenta crecidísima manada;
Pero su cualidad es tan ardiente
Que lo duro deshace brevemente.

Hasta de la madera se mantiene,
Y en el hierro y acero hace caño;
Al mercadante pues no le conviene
Tardar en revolver lienzos ó paño:
Que si por algun tiempo se detiene
Ha de hallar irreparable daño,
Y en guerra mal se puede hacer esto
Andando por los montes descompuesto.

Ansí que por ingleses ó por Francia
Hoy es trabajosísima vivienda;
Pues aunque por los tractos hay ganancia
Fácilmente se pierde la hacienda,
Faltando mayormente tal instáncia
Que con valor y brío la defienda;
No porque en el conflicto de que trato
Dejasen de hacella muy gran rato.

Y si el gobernador no se rigiera,
Cuando se vieron en aquel aprieto,
Por gente fanfarrona forastera
Que siempre lo trajeron inquieto,
Tengo yo para mí que se hiciera
De parte de los nuestros buen efeto,
Porque su voluntad y su desino
Siempre fué de salilles al camino.

Y la gente vecina que se halla
Con él, de caballeros y peones,
Aunque faltos de bronces y de malla,
Tenían estas mismas iptenciones,
Deseosísimos de la batalla
Fuera de la ciudad con los ladrones,
Con ser en número siete doblados
Y venir todos ellos bien armados.

Viendo pues ya perdida su bandera,
Por no dar largas á peor estado,
Su gente trabajó sacallo fuera
Con importunidad mas que por grado,
Llevando gente que menuda era,
Segun pudo furor arrebatado,
Do Gonzalo Fernandez guió el freno
Haciendo lo que debe cualquier bueno.

También Rodrigo Lopez á caballo
Con esta voluntad iba corriendo,
Con valor que podríamos contallo
Versos mas abundantes estendiendo;
Mas una bala pudo derriballo
Con estampida de furor horrendo,
Privándolo de luz y del consuelo
Que le dieron los hados en el suelo.

Digo que dellos fué favorecido
En dalle generosa compañía,
Pues aqueste hidalgo fué marido
De aquella hermosísima María
Que tiene de Aguilar por apellido;
La cual, con el valor que convenia,
Escedió con bondad su hermosura
Después y antes desta desventura.

Nuño de Castro, por cuya prudencia
Pudiera la victoria ser habida,
Viendo su parecer y su sentencia
Ser del gobernador mal admitida,
La gran tristeza le causó dolencia
Y en pocos dias le quitó la vida
Al varon de virtudes relicario
Y para paz y guerra necesario.

Todos lloraron el acabamiento;
Mas su doña Francisca de Padilla
Mostró tan entrañable sentimiento
Que movia las piedras á mancilla;
La cual le hizo tal enterramiento
Que se puede contar por maravilla:
Llorábalo cualquier menesteroso
Por ser dellos amparo generoso.

Señoreóse pues de Cartagena
La gente cudiciosa del pirata;
Halláronla de muchas cosas llena,
Pero pocas preseas de oro y plata:
Y su victoria no fué tan sin pena
Que pudiesen tenella por barata,
Pues de los empuyados y sangrientos
Sus muertos pasarian de trescientos.

Y aun el don Juan salió de una lanzada
El molledo derecho traspasado,
De que después fué nueva divulgada
Que por la mar dió fin á su cuidado:
Hüida pues la gentes mas granada,
Y el pueblo mucha parte dél quemado,
Prendieron por allí gentes imbeles
Y no sé cuántos indios infieles.

Y adonde Juan de Bustos residia
Los hizo recoger el enemigo,
Y aquí reside Beatriz García
Que fué del número de los que digo:
La cual, como persona que lo vía
Es de lo que pasó no mal testigo,
Demás de que me consta claramente,
Porque yo me hallé cuasi presente.

A las personas pues encarceladas
La gente desta pérfida canalla
Juraba de les dar de puñaladas
Si no se componian en la talla,
O si las otras gentes retiradas
Segundaban á dalles la batalla:
Y que del pueblo quemarán el resto
Si no les daban el rescate presto.

Hízose cerca desto mensajero,
Y allí se fortalecen entre tanto;
Corrió la diligencia del tercero
Que pretendió librallos del espanto;
Al fin les dieron copia de dinero,
Pero yo no sabré deciros cuánto,
Mas de que se partieron con provecho
Y el pueblo que lo dió quedó deshecho.

Traian estos cierto sacerdote
Llamado don Martin, el cual trompieza
En no sé qué pasion con Martin Cote,
Que hizo disparar bronoina pieza,
Cuya bala le dió por el cocote
Quitando de los hombros la cabeza;
Decian ser por yerro, mas no yerra
El golpe, pues que dió con él en tierra.

Mostraron un fingido sentimiento,
Y á causa de ser hombre señalado
Hicieron singular enterramiento
En lo mas alto del lugar sagrado;
Mas don Juan de Simancas al asiento
Vuelto, de donde estaba retirado,
Mandó sacallo de la sepultura
Y cubrir el cadáver con basura.

Habíanos venido por prelado
Dos años antes deste luterano,
Y renunció después el obispado,
En el cual doce años tuvo mano;
Y en España después de renunciado
Acabó cordobés arcediano:
Fué antes fray Hierónimo Beteta,
Mas acá poco tiempo se quieta.

Pues sin ver la ciudad de Cartagena
Do tenia su catedral escuela,
O no le pareciendo tierra buena,
O porque de la carga se recela,
En viendo de las Indias el arena
Se volvió desde el Cabo de la Vela:
Ansí que, después dél, Simancas vino,
Clérigo singular y hombre benino.

El don Juan de Simancas apartado
Del gobierno desta catedral silla,
Don fray Luis Zapata fué nombrado,
Caballero notorio de Castilla;
Mas por ser para él corto cuidado,
Antes de se partir para regilla,
Dignidad de arzobispo le fué dada
En este nuevo reino de Granada.

Salida pues la robadora plaga
Y mal de la francesa pestilencia
De Cartagena con forzosa paga,
Bajó luego desta real audiencia
El oidor Melchior Perez de Arteaga
A visitar aquella pertenencia,
Tasar los indios y poner concierto
En las cosas tocantes á aquel puerto.

Negocios proveyó bien necesarios;
Y al bárbaro que nada se vestia
Usar hizo de nuestros vestuarios,
Y en ellos permanecen hoy en dia:
Quemó gran cuantidad de santuarios,
Desterrando bestial idolatría;
Persiguió por la mar ciertos piratas
Que salteaban barcos y fragatas.

Deseaba hacer algun buen lance
Por quitar á los tractos mal embargo;
Mas ellos temerosos deste trance
Hicieron sus navíos á lo largo,
Y ansí no les pudieron dar alcance;
Al fin los dias que duró su cargo
Quedó con opinion entre la gente
De singular jüez y de valiente.

Estando de la suerte que discierno
Las cosas que lo son en importancia,
De que hace mencion este cuaderno,
Dejando la menuda circunstancia,
Al Juan de Bustos dieron el gobierno
De Panamá por ser de mas substancia,
Y su teniente Salazar, letrado,
Quedó para regir aquel estado.

Al cual vino poder para que haga
Cargos, tomando luego residencia
Al dicho Melchior Perez de Arteaga,
A quien por su valor y suficiencia
Le dió su Majestad honrosa paga,
Y mis manos tuvieron la sentencia
Impresa, de la cual quedó con fruto
De jüez en sus cargos incorruto.

Después aqueste noble caballero,
Cuyas partes por brevedad abscondo,
El hábito tomó del santo clero,
Teniendo por mejor el sacro pondo;
Y agora por la via que refiero
Me dicen ser abad del Burgo Fondo,
Y aunque es gran dignidad do permanece,
Es cifra de lo mucho que merece.

Al Juan de Bustos pues á nuevo cargo
Lo lleva la fortuna que lo adula
Con esperanzas de provecho largo
Que los humanos pechos estimula,
Adonde concluyó con fin amargo
Precipitado de su propria mula;
Y ansí damos remates á su historia
Con suplicar á Dios le dé su gloria.

Varon fué grave, de gentil aspeto,
Alto, con miembros bien proporcionados,
Y aunque yo lo tenia por discreto,
Algunos términos tuvo pesados,
Pues no guardó decoro ni respeto
A los eclesiásticos prelados;
Y los hombres que fueren desta suerte
Pocas veces heredan buena muerte.

Después que con tal coce de fortuna
Al Bustos sepultó fatal arena,
Aquel buen Anton Dávalos de Luna
Vino para regir á Cartagena:
Varon que fué de generosa cuna,
Persona de virtud no menos llena,
Y cuyas principales aficiones
Eran armas, alardes y escuadrones.

Y ansí para defensa de aquel puerto,
Mil veces infestado de cosarios,
Hizo poner las cosas en concierto,
Buscar caballos y pertrechos varios,
Hizo trincheas como bien esperto
En partes y lugares necesarios,
Nombrando proveedor que visitase
Las armas, y las viese y alistase.

De noche por la playa sus espías,
Atalaya de dia que reguarde,
Instruyendo bisoñas compañías
Por levantar al ánimo cobarde:
Ordenó que de quince en quince dias
Hiciese cada capitán alarde,
Y de tres en tres meses se muñesen
Para que todos juntos lo hiciesen.

Como buen capitán y buen vasallo
En estos ejercicios se recrea,
Y domingos y fiestas á caballo
A los que son jinetes acarea,
Porque mejor supiesen meneallo
Al tiempo que viniesen á pelea;
Pero su bondad fué de poca dura
Por acaballa cierta calentura.

Era del hábito de Santiago,
De las Españas defensor y guarda;
Estraño fué de sensual halago
Que varoniles pechos acobarda;
Su fama buena se le da por pago,
Indigna de tener historia tarda;
Mas si de luz gozare su escriptura
Podrá sacallo de la sepultura.

Aqueste caballero fallecido,
Cuya muerte no fué sin sentimiento,
Para la defension deste partido
Fué luego por cabildo y regimiento
Don Alonso de Vargas elegido,
Hasta venir escelso mandamiento;
El cual llevó como varon bastante
Guerreros ejercicios adelante.

Al mas dormido hace que dispierte,
Al mas imbele singular atleta,
Y como capitán que bien advierte
A cuán pesado yugo se subyeta,
Mandó que se hiciese cierto fuerte
En la parte que llaman la Caleta,
Adaptado lugar y conviniente
Para se defender de mala gente.

Con gran solicitud y diligencia
Estas cosas y otras ordenando,
Vino por provisiones del audiencia
Don Lope de Orozco con el mando;
Hizo como tres meses asistencia,
Las cosas de gobierno regulando,
Por cuasi que venir á las iguales
Por gobernador Martin de las Alas.

El cual á Santa Marta gobernaba
Entonces, y en aquella serranía
Porque poco caudal interesaba,
Aquesta se le dió por mejoría,
En guarda de la cual siempre se daba
Tan buena maña cuanto convenia,
Sino que vivió poco, y entre tanto
A los cosarios puso gran espanto.

Juan Acle pudo ser testigo desto,
Inglés cosario, cuya gran pujanza
Por la costa barrió lo mas compuesto
Sin se les oponer guerrera lanza;
Mas Martin de las Alas mostró gesto
Siempre de vencedora confianza,
Aunque de Santa Marta vino nueva
De la terrible potestad que lleva.

Mas el dicho con brios singulares
Puso furor á temerosos pechos,
Y reparó los cómodos lugares
Con posibles defensas y pertrechos,
Fortaleciendo por entrambos mares
Los fuertes para tal ocasion hechos;
Y con la diligencia que cumplia
No paraba de noche ni de dia.

Congregó del terreno circunstante
Españoles é indios comarcanos,
A los cuales habló con tal semblante,
Que deseaban ver los luteranos,
Pareciéndoles, viéndolo delante,
Tener ya las victorias en las manos:
Todos los españoles son docientos,
Y los bárbaros como cuatrocientos.

Arcabuceros eran los cincuenta,
No con sobrada pólvora ni balas;
Destos como caudillo tiene cuenta
Su buen hijo Gregorio de las Alas;
Rige caballos que serán sesenta
Pedro de Barros, no con ganas malas;
El maese de campo fué Mendoza,
Ambos insignes en edad mas moza.

Sembraron muchas puyas por la playa,
Untadas con venenos pestilentes,
Porque cuando contraria gente vaya
Por ella, sin les ser allí patentes,
En paga de sus maleficios haya
Muerte con miserables accidentes;
Puso de mar á mar como cadena
Enhiestas pipas llenas del arena.

Tractadas otras cosas en consejo,
Segun necesidad encaminaba,
Al tiempo que la imagen del cangrejo
El resplandor febeo visitaba,
El juvenil hervor y frio viejo
Manos á la labor aparejaba,
Por julio de sesenta y cinco cuando
Las naos se venian acercando.

Once potentes, gavia sobre gavia,
Bien poblada de tiros cada lado,
Manifestando robadora rabia,
Con banderas de blanco y colorado,
No llegan con temor ni con ignavia
Al paraje que tienen deseado:
Una lancha delante con la sonda
Para darles camino de mar honda.

El Alas con la gente mas guerrera
Movíolas á la playa para vellos,
Do la lancha de paz puso bandera
Viniéndole derecha para ellos;
Hácense señas que se salga fuera
Por no querer ollos ni creellos:
Vista su voluntad al descubierto
Determinó de se bajar al puerto.

Mas para no dejallos sin espantos,
Soltaron dos borrisonos cañones;
Tiéndense por el mar famosos mantos,
Suenan por alto los fogosos sones;
Respóndenles acá con otros tantos
Porque sepan que tienen municiones;
Y estos dos, que con mas no se hallaron,
En el muelle y caleta se soltaron.

Y fué la diligencia de tal arte,
Que con la gran presteza se podia
Imaginar que tiene cada parte
Para se defender artillería;
Al puerto llegó pues el estandarte
De la facinerosa compañía:
Los de tierra van por las riberas,
Puestas en buen concierto sus hileras.

En avanguardia llevan los flecheros,
Indios feroces y etiopes diestros,
Que muchos dellos son buenos arqueros,
Y en la batalla los peones nuestros:
En retaguardia van los caballeros
Acaudillados todos por maestros,
Francisco de Caravajal entrellos
Que como diestro puede componellos.

Caminan las hileras bien digestas
Por aquella marítima ribera;
Mas paran do las puyas tienen puestas,
Por no tener tan ancha la carrera;
Allí se afirman con las armas prestas,
Y para poner orden mas entera
Enviaron dos hombres á caballo
Al punto para mas señoreallo.

Mandándoles que vean cuerdamente
Qué hacen los ladrones ancleados,
Y vengan con el paso diligente
Si ven desembarcar hombres armados;
Y retrajéronse del sol ardiente
A fin de se hallar mas alentados:
Fueron pues donde están las naves todas
Hierónimo Rodriguez, Juan de Rodas.

Yendo los dos con paso presuroso,
Toparon al remate del camino
Un portugués llamado Juan Cardoso,
En varias lenguas hombre peregrino;
Dijoles traer cartas del famoso
Juan Aele, general, varon benino,
Para el gobernador á quien queria
Dar aquellos recaudos que traia.

Eran aquestos dos personas mancas
De cautelas que pérfidos intentan,
Y por les parecer razones francas
Estas y muchas mas que no se cuentan,
Al Cardoso tomaron á las ancas
Y al Martin de las Alas lo presentan,
El cual, como lo vido de sus ojos,
Disimular no pudo los enojos.

Mandó prender á los que lo trajeron
Con intencion de les torcer los cuellos,
Porque de sus mandados escedieron
Cuando menos cumplia salir dellos;
Pero personas graves acudieron
Que con grande hervor ruegan por ellos,
Y ansí se quebrantaron las pasiones
Con tenellos diez dias en prisiones.

Entró también Cardoso con su ruego
Importunándole que se reporte,
Con gran retórica diciendo luego:
«Señor, de ningun mal yo soy consorte,
Ministro soy de paz y de sosiego,
Que vengo para dar algun buen corte;
Luego me volveré, y antes que parta
Tened por bien leer aquesta carta.»

El gobernador pues aunque severo,
Como varon ornado de prudencia,
Mandó dar de comer al mensajero,
Sirviéndole con gran magnificencia:
Salió para hablar con el guerrero
Mendoza, so color de la licencia
Que por aquella parte se demanda
Para contractos de una y otra banda.

Mas fué para decir que proveyese
Con diligencia lo que convenia
Hacer, cuando Cardoso se partiese
Con la respuesta desto que pedia,
Porque de las defensas entendiese
Mas posibilidad de la que habia;
Y luego con las cartas en la mano
Volvió para hablar al lusitano.

Era lo que la carta contenia,
Encarecer que á todas las naciones
Derecho natural les permitia
Comunicarse por contrataciones,
Y que copia de buena mercancía
Traian en aquellos galeones;
Que celebrasen ferias y contratos,
Pues sus precios serian bien baratos.

Y esto que no debian rehusalle,
Principalmente con Ingalaterra,
Pues él de nuestro rey era vasallo
Como los moradores de su tierra,
Y el tracto no podian estorballo
Por derecho de leyes ni de guerra;
Y otras razones en la carta dijo
Que no refiero por no ser prolijo.

El Martin de las Alas al maldito
Pirata respondió razon abierta,
Y no queriendo dalla por escrito
A sus contractos le cerró la puerta,
Y al portugués le dijo que el conflito
Seria la contractacion mas cierta,
Mandándole que luego se partiese
Y con ningun mensaje le viniese.

Mas quitóse del cuello la cadena
Que pesaba cien pesos de oro fino,
Y al portugués la puso por ser buena,
Que el don agradeció como convino;
Y ansí sin tantear á Cartagena
Lo vuelven á meter en el camino,
En un caballo bien enjaezado
De veinte de caballo rodeado.

Cincuenta arcabuceros desta gente
Salva hacen al tiempo que camina;
Luego pasaban abscondidamente
A hacer otro tanto en cada esquina,
Y cada vez en parte diferente,
Segun quien los ordena determina;
Y ansí por industriosos mandamientos
Cincuenta parecieron ser docientos.

Gregorio de las Alas con licencia
Del padre, lo llevó hasta las naves;
Volvióse después desta diligencia,
Al tiempo que las chirladoras aves
Por faltar apollinea presencia
Cesaban de sus cánticos suaves;
Y luego por las partes convinientes
Pusieron centinelas diligentes.

En cada cuarto son de los vecinos
Veinte con sus caballos bien armados,
Puestos donde se juntan los caminos,
Que son lugares mas ocasionados,
Atalayando términos marinos
Por partes que divisan ambos lados
Del ístmos, acia donde los ladrones
Tenian sus potentes galeones.

De los fuertes ninguno quedó solo,
Y con el principal tenia cuenta
El capitán llamado Diego Polo,
Hombre cabal para cualquier afrenta:
En tanto pues que claridad de Apolo
A los mortales ojos se presenta,
En todos los lugares del estancia
Se tuvo la posible vigilancia.

Cuando ya por las ondas de Oceano
Luz clara perfilaba los celajes,
Vieron segunda vez al lusitano
Cercano de sus puestos y parajes;
Mas por ninguna via le dan mano
Para llevar al pueblo sus mensajes,
Diciendo que procure la hüida
Si no quiere perder allí la vida.

Oidas las razones por Cardoso,
Que fueron dichas con soberbios bries,
Pareciéndole mal mucho reposo,
Y no cumplir allí pasos tardios,
Temblando de temor y disgustoso,
Se volvió luego para los navios,
Y al Juan Acle le dió razon estensa
De cuán prestos están á su defensa.

Entendidas por él aquellas graves
Palabras, sin temor de la batalla,
Mas acia la ciudad llegó las naves
Con intenciones de bombardealla;
A dos cañones apretó las llaves,
Que pasaron por cima sin tocalla,
Porque en aquel lugar quel agua cierra
La mar está mas alta que la tierra.

Aquesto visto por aquel buen Diego
Polo, que pusilánimos anima,
A las dos piezas gruesas puso fuego
Que también le pasaron por encima,
Y al mal pirata fueron como ruego
Para que sus propósitos reprima,
Porque no viendo las respuestas tardas
Tuvieron gran silencio sus bombardas.

Visto por el Juan Acle que tenia
Competidor terrible y animoso,
Quisolos engañar por otra via
Si le valiera lance cautelOso;
Para lo cual un bergantin envia
A disculparse con aquel Cardoso,
Diciendo que sin orden de cabezas
Soltaron artilleros las dos piezas.

Como viesen venir el bergantino
Con pacífica seña que traia,
Con otro le salieron al camino
Para reconocer lo que queria:
Oyeron la disculpa del malino,
Y que tan solamente pretendia
Vendelles cien esclavos de Etiopia,
De los cuales traia buena copia.

Mandáronle que luego se tornase,
Con amenaza ya de voz airada,
Y no le consintieron que llegase
A tierra para dar el embajada,
Diciendo que de cuanto demandase
Ellos habian de salir á nada,
Demás de que tenian de la casta
De esclavos tanta copia que les basta.

En efecto, Cardoso determina
Volverse viendo términos tan bravos;
Y entendido por la gente vecina
Cómo los convidaban con esclavos,
Picaron en aquella golosina,
A lo menos los hombres mas ignavos;
Mas Martin de las Alas les advierte
Hablándoles á todos desta suerte:

«Aunque de la bondad de los presentes
Estoy en gran manera satisfecho,
Algunos sin mirar inconvinientes
Al honor anteponen el provecho,
Creyendo recebillo destas gentes
Sin Dios, sin ley, sin rey, y cuyo pecho
Nunca jamás aclara lo que siente,
Sino razon del hecho diferente.

»Cualquier ladron es de verdad estraño
Y en falsedades hace gran instancia;
Sus tractos y contractos son engaño,
Y cuando pone cebo de ganancia,
Será para haceros mayor daño,
Aunque vivais con mucha vigilancia
Por ordenar mejor un maleficio
El hombre que lo tiene por oficio.

»Y aquestos, so color de tracto blando,
Quieren con sus engaños y cautelas
Poco á poco venírsenos entrando
Y descuidar las guardas y las velas,
Entradas y salidas tanteando,
La municion, la gente, las tutelas,
Y al descuido menor en breves puntos
El golpe y el amago llegan juntos.

»Es esta la mas cierta mercancía
Con que suelen cazar al mas esperto;
Y ansi no cumple por ninguna via
Dalles resquicio ni rincon abierto;
Porque quien de ladrones se confia
Su perdicion y daño tiene cierto,
Y con aquellos pensamientos vanos
El se toma la muerte con sus manos.

»Cuanto por parte mia se dispensa,
Paréceme no ser mal proveido,
Y por esta razon el ladron piensa
Estar el pueblo bien apercebido,
Y que confia bien de su defensa
Como no le salimos á partido;
Pero para salir con su interese,
Otra cosa seria si lo viese.

»Otra razon también nos encamina,
Demás de las ya dichas importantes,
Y es que la ley humana y la divina
Prohiben los contractos semejantes,
Por ser herejes de opinion malina,
Cuyos errores son exorbitantes,
Fuera de lo que manda fe cristiana
Y la iglesia católica romana.

»Y ansí por ser intolerable yerro,
Notoria perdicion y disparate,
Para siempre jamás la puerta cierro
A que deste negocio se me trate,
So pena de prision y de destierro,
Y á mi razon con esto doy remate:
Que hagais, pues que va mas que dineros,
Aquello que debeis á caballeros.»

Dijo, y el capitán Mendoza luego,
Como viese la pratica propuesta
Encaminada para su sosiego,
Y lo demas ser falta manifiesta,
Por todos ellos y de comun ruego
Tomó la mano para la respuesta,
Diciéndole: «Señor, estos varones
Están en esas mismas opiniones.

»Y si algunos ajenos de maldades
No tenian cautelas entendidas,
Bien informados de vuestras verdades
Prestos están al riesgo de sus vidas,
Pues por vuestro querer y voluntades
Todas las nuestras han de ser medidas;
Porque falto será de entendimiento
Quien tuviere contrario sentimiento.»

El buen gobernador destas razones
Y muchas otras recibió contento;
Y ansí debajo destas intenciones
Se despidieron del ayuntamiento;
Anduvo visitando municiones
Con el docto prior de aquel convento,
Fray Pedro Mártir, hombre de gobierno
Y después provincial en este reino.

El cual, en estos lances bien instruto
Y en otros importantes menesteres,
Hizo con su consejo harto fruto
Por tener acertados pareceres;
Al fin Juan Acle no fué resoluto
En les acometer con sus poderes,
Antes por ocho dias cada dia
Con nuevas invenciones les salia.

Vacas, puercos y agua les demanda,
Si no, que tenderá su mano luenga
Con grandes amenazas de su banda;
Y los nuestros también dicen que venga,
Porque no hallará la suya blanda,
Aunque trescientos años se detenga;
Y si mal le viniere no se queje,
Pues siempre le requieren que los deje.

Viendo que nada se le concedia
Y el mal aliño para buen pillaje,
Determinó salir de la bahía
A lo largo haciendo su viaje;
Y en la isla Carex cuando partia,
Agua buscando por aquel paraje,
Antes de se volver á los navíos
Quemaron de un estancia los bohíos.

Quedaron libres desta pestilencia
Los nuestros por mostrarse tan constantes.
¡Oh cuánto vale siempre la prudencia
Para negociaciones importantes,
Las industrias, ardides y esperiencia
En las necesidades semejantes,
Y el ser á los gobiernos proveídos
Los que por su valor son conocidos!

Durante pues aqueste torbellino
De guerra que les fué poco molesta,
En la morada de cualquier vecino
Hallaban los soldados mesa puesta,
Con muy buenas viandas, pan y vino,
Y liberalidad á todos presta:
Negocio por allí bien necesario,
Por no les prometer otro salario.

El Juan Acle se fué con su compaña,
Ganancias y caudal en la capilla,
Y por la costa de la Nueva-España
Encontró con armada de Castilla,
Do no pudo por fuerza ni por maña
Ser poderoso para resistilla;
De manera que por aquellos puertos
Huyo él, y los suyos fueron muertos.

Mas Martin de las Alas no se olvida
De su solicitud y diligencia
En tener la ciudad bien proveída;
Pero poco después le dió dolencia
De calenturas con que desta vida
Con gran dolor de todos hizo absencia
Para poder gozar la sempiterna,
La cual le dé quien todo lo gobierna.

AMEN.

ELEGIA

A la muerte de Francisco Bahamon de Lugo, quinto gobernador de Cartagena.

EN UN SOLO CANTO.

Después que ya paró la dura parca
En Martin de las Alas fatal huso,
En tanto que venia del monarca
Nombrado sucesor para tal uso,
La gente principal desta comarca
En elegir gobernador se puso:
Y en estos nombramientos y elecciones
Habia diferentes opiniones.

Una parcialidad destas acuerda
Alvaro de Mendoza ser decente;
Otros nombran al licenciado Cerda,
Que del gobernador era teniente;
Otros no quieren quel cabildo pierda
Aquello que les era concerniente;
Y en estas banderizas discusiones
Hubo también rencillas y prisiones.

Y al tiempo que tenian los disgustos
Dispusicion de mas vivas centellas,
Gobernaba Pero Fernandez Bustos
A Santa Marta, do le dan querellas;
El cual, guiado por deseos justos,
Determinó de ir á componellas;
Y ansí luego con términos discretos
Pacíficos quedaron y quietos.

Y como ya tenian esperiencia
De la nobleza deste caballero,
Enviaron á la real audiencia
A que le den el cargo mensajero,
Al cual lo proveyó con diligencia
El doctor Andrés Diaz del Venero,
A la sazon en ella presidente,
Teniéndolo por hombre suficiente.

Y ansí, venidas estas posiciones,
La ciudad adornó con obras varias:
Ensanchó muelles, hizo torreones,
Fuentes y muchas cosas necesarias,
Que por no dilatar estos ringlones
En esta relacion pongo sumarias;
Pues presto diré dél en su carrera
Lo que nunca jamás decir quisiera.

Seria pues el año de setenta
Del nacimiento del Verbo divino,
Con el millar y medio desta cuenta,
Cuando salió del término marino,
Porque con real carta que presenta
Francisco Bahamon de Lugo vino
Para que del gobierno cargo tenga
Y en él la vigilancia que convenga.

En este nuevo reino fué soldado,
Que porque yo lo ví lo certifico,
Y en Italia, segun soy informado,
Y en otras partes mas que no publico;
Después en estas Indias le fué dado
Gobierno de San Juan de Puerto-Rico,
Donde justa razon será que cuente
Una cosa que hizo de valiente.

La era de sesenta y cinco años,
En un hato que llaman el Coamo,
Andando visitando los rebaños
De cuadrillas que tienen allí amo;
Oyendo los caribes hacer daños,
Acudió, como dicen, al reclamo,
Procurando hacer algun buen lance
Si acaso les pudiese dar alcance.

Supo ser ochocientos la cuadrilla,
Y que para manjares de la mesa,
Después de saltear á Guadianilla,
Llevaban número de gente presa
Demás de los despojos de la villa;
De lo cual en el ánimo le pesa,
Mayormente que desde aquella estancia
Habia veinte leguas de distancia.

Gente buscó que por allí se aloja,
A causa de faltar pueblo cercano,
Pero muy poca halla que recoja,
Pues solamente vienen á la mano
Un Tello de Monroy, dicho Pantoja;
Y Rodrigo Ramirez, escribano;
Gaspar Lorenzo y un Diego García,
Joan Diaz de Santana, de quien fia;

Otros dos españoles estancieros
Que recogió de los cercanos hatos,
Y de los que servian de vaqueros
Menos de doce negros y mulatos:
Hacen adargas de vacunos cueros,
En que no se gastaron largos ratos,
En caballos y yeguas muy lijeras,
Y en vez de lanzas dejarretaderas.

Y como ya tuviesen cierta fama
Que los caribes iban navegando
A la boca del rio de Guayama,
Las estancias y hatos rancheando,
Entregados á la vorace llama,
Allí los estuvieron esperando
En los espesos montes encubiertos,
Hasta que ya llegasen á los puertos.

Pusieron en un árbor atalaya,
Cubiertos todos en lugar sombrío,
Y costeando la marina playa,
Vieron venir el bárbaro gentío,
El cual, sin que mas adelante vaya,
Se meten por la boca de aquel rio
Con sus barcas de remos ó piraguas,
Y allí surgieron en las dulces aguas.

Salieron los crüeles escuadrones
A la tierra que ya sabian antes,
Aljabas proveidas de harpones,
Segun suelen en trances semejantes;
Gallardos son en las dispusiciones,
Miembros y proporciones de gigantes,
Todos con superbísimos plumajes,
Y llenos de veneno los carcajes.

Sobre las naturales vestiduras,
Digo las que les dió naturaleza,
Llevan diversidades de pinturas,
Muestra y ostentacion de su braveza;
Los semblantes, meneos y posturas
Aumentan grandemente su fiereza,
Tanto, que nadie juzga del denuedo
Haber peligro que les cause miedo.

Y en hecho de verdad son combatientes
Prontísimos á guerra y advertidos,
Y no menos astutos que valientes
En saberse valer siendo rompidos,
En la mar y en la tierra diligentes,
Mañosos en ardides y atrevidos,
Y es su ferocidad en grado tanto,
Que en estas islas es comun espanto.

Sacaron pues á tierra las robadas
Haciendas, por estancias y por villas,
Y mas treinta personas maniatadas,
En lágrimas bañadas las mejillas,
Viendo que para ser despedazadas
Las han de repartir á las cuadrillas,
Y desmembradas por las coyunturas
Les tienen de dar vivas sepulturas.

Estas en Guadianilla las prendieron,
Y eran las mas mujeres españolas.
Porque de los demás los que pudieron
Al bárbaro furor vuelven las colas;
Los rústicos maridos se huyeron
Y hijos y mujeres dejan solas:
Dos solos que hicieron resistencia
Perdieron luego la vital presencia.

Pues como Bahamon de Lugo via
Para rompellos cómoda zavana,
Animó su pequeña compañía,
Haciéndoles exhortacion cristiana,
Nombrando por alférez aquel dia
Al alguacil Juan Diaz de Santana,
Sirviéndoles entonces de bandera
Una toalla blanca bien lijera.

De los dos estancieros que llevaba,
Uno, que el nombre dél no me fué dado,
De los setenta y nueve ya pasaba,
Decrépito, rugoso, corcobado,
A quien este Juan Díaz desdeñaba
Por parecer imposibilitado
Para se menear en la batalla:
Hacia burla dél, y el viejo calla.

Embrazan pues espadas y rodelas
Para salir al funeral estrago;
Hieren á los caballos las espuelas,
Diciendo: «¡Santiago! Santiago!
¡Y tú, Juan, negro borro, te recelas,
Pues para te hüir haces amago!»
Mas el Francisco Bahamon de Lugo
Aquella cobardía le desplugo.

Y ansí, con una voz acelerada,
Por ver al negro tan acobardado,
Un muslo le pasó de una lanzada,
Haciéndolo volver mal de su grado;
El cual hizo después que le fué dada
Lo que pudo hacer un buen soldado;
Y al alférez Joan Diaz el caballo
Le huye sin que pueda subyectallo.

Por volver el caballo desbocado,
Cayóse de la mano la bandera;
Mas aquel vejezuelo corcobado
Tan presto la cobró, como si fuera
Un muchacho robusto y alentado,
Y encima de su yegua bien lijera
Rompió por los caribes de tal suerte,
Que doce por su mano ven la muerte.

El Francisco de Lugo representa
Las fuerzas y destreza de su diestra,
Pues con los señalados tiene cuenta
Que dejan conocerse por la muestra,
Cuyos crüeles pechos ensangrienta,
Poniendo brios á la gente nuestra,
Viendo los que derriba con el asta
Desta feroz y carnicera casta.

En uno y otro y otro va picando,
Metiendo poca lanza como diestro,
El asta sanguinosa recambiando
Veloz al diestro lado y al siniestro;
Llévale los tenores nuestro bando,
Siguiendo las pisadas del maestro,
Junto con él el caballero Tello,
Que en lo que hizo bien mostraba sello.

En las alborotadas confusiones
Ambos rompiendo van bárbaras pieles,
Como si por ventura dos leones
Dieran en junta grande de lebreles,
Que con aquellas fieras condiciones
También se muestran bravos y crüeles,
Y cada cual en este que lo caza
Sus durísimos dientes embaraza.

No muestran pues los indios cobardía,
Ni fué su furia menos impaciente
Que las soberbias fuerzas y osadía
De los que les salieron de repente:
Suenan las voces, crece la porfía,
Los tiros vuelan con furor ardiente,
Inmóbiles están como peñoles,
Hieren caballos, hieren españoles.

En grande multitud vuelan agudas
Flechas y dardos y tostadas lanzas;
Suenan los bosques y montañas mudas;
Los frios miedos y las confianzas
De las gentes vestidas y desnudas
Tienen por igual peso las balanzas,
Porque por mas espacio de una hora
Ninguna de las partes se mejora.

Mas el gobernador, con los enojos
De ver que punto no los debilita,
Y que los míseros que son despojos
Puestos en oracion daban gran grita,
En un viejo gandul puso los ojos,
Que con horrenda voz indios incita:
Rompe los escuadrones y espolea
Hasta poder llegar donde desea.

El caribe feroz, que no se espanta
De ver delante sí fuerzas ajenas,
Con pasos alentados se adelanta
Para probar las suyas con sus penas;
Pues el asta coló por la garganta,
Rompiendo luego las vitales venas,
Adonde con un grito no pequeño
Rindió los ojos al eterno sueño.

Asieron dél los que se hallan prestos
Para hacer con él largo desvío,
Porque viendo sus daños manifiestos,
Quedaron muy atrás del primer brío,
De tal suerte, que todos descompuestos
A nado se metieron por el rio;
Los nuestros ocurrieron á las aguas,
Adonde les tomaron dos piraguas.

Fuéronse los demás en las restantes,
Y apriesa bogan como bien espertos,
Mas no tan victoriosos como antes,
Desampararon los marinos puertos;
Y por los españoles triunfantes
Setenta y siete dellos fueron muertos:
Quedó herido mal Diego García,
Y murió dentro de tercero dia.

Francisco Bahamon salió herido,
Por faltalle las armas defensoras,
El cual de muerte no fué poseido,
Mas su caballo dentro de dos horas;
Un negro su postrero dia vido,
Sin dar la corrupcion largas demoras;
Los demás, en quien fué veneno flaco,
Se curaron con zumo de tabaco.

Escaparon los míseros captivos
De bestias en costumbres tan horrendas;
Y á los que fueron muertos y á los vivos
Se les restituyeron sus haciendas;
Volvieron á su pueblo con motivos
De no permanecer en sus viviendas;
Mas entre tanto quel gobierno tuvo
Bahamon, nunca mas caribes hubo.

Y al viejo corcobado y estanciero,
Porque lo hizo valerosamente,
De la caja le dió cierto dinero
A sus necesidades competente,
Y túvolo por bien aquel guerrero
Rey Filipo, monarca prepotente,
Como quien á los hechos que son tales
Remunera con premios principales.

Y ansí viendo también la maña buena
Deste Francisco Bahamon de Lugo,
Por dalle mas favor y mejor cena,
A la sagrada Majestad le plugo
Que los de la ciudad de Cartagena
Estuviesen subyectos á su yugo;
Y allí dejó la vida transitoria,
Sin hacer cosa digna de memoria.

Pero creemos de sus condiciones
E ya reconocida valentía,
Que si tuviera tales ocasiones
Cuales tuvieron otros este dia,
Mayormente con tantas municiones
Y copia de española compañía,
O feneciera con honrosa muerte,
O los nuestros hicieran mejor suerte.

Y para régimen de lo sagrado
Vino por este tiempo que publico
Fray Dionisio de Sanctis por prelado,
Peritísimo fraile dominico,
De sanctis et cum sanctis munerado
Por ser de santidades vaso rico;
Mas por venirnos en edad cansada
Brevemente dió fin á su jornada.

Muerto pues Bahamon de su dolencia,
Bien quisto de los hombres populares,
Aunque no sin pasion y competencia
De personas algunas singulares,
Se proveyó desta real audiencia
A la gobernacion Fernán Süarez
De Villalobos, natural de Ocaña,
Y que supiera darse buena maña.

El de setenta y cuatro ya corria
Cuando llegó de la real audiencia
Un doctor dicho Francisco Mejía
Para tomar al Lugo residencia,
Contra quien se pidió cuando vivia;
Este por oidor iba del audiencia
De la isla Española, y á la ida
Franceses lo privaron de la vida.

En estas coyunturas y sazones
Que este doctor estaba recebido,
Pero Fernandez tuvo provisiones
Que de su Majestad habian venido,
El cual fué con lustrosas invenciones
A la gobernacion restitüido,
Por ser de condicion noble y afable
Y á los vecinos todos agradable.

El cual en este tiempo que yo escribo
En la gobernacion y cargo dura,
Mas no sin confusion, pues aunque vivo,
Parece desear la sepultura;
De los contentamientos es esquivo,
Por una miserable desventura
En la costa del norte sucedida,
Digna de ser notada y entendida.

Y para que se ponga sin ficciones,
Sino con sencillez aqueste llanto,
Buscó las mas veraces relaciones
Que son sonoros cantos de mi canto;
Pues por haber agora paliaciones,
Cada cual dellas con diverso manto,
Habrá de hacer pausa mi escriptura
Hasta reconocer la verdad pura.

ELOGIO

de Pero Fernandez de Bustos, gobernador de la provincia de Cartagena, donde se cuenta el discurso de su vida hasta la venida del poderoso cosario que se dice el capitán Francisco Draque.

Ya cincuenta y dos años se contaban
Del parto de la Virgen consagrada,
Que sobre quince cientos numeraban
Los de nuestra católica manada,
Y Góngora y Galarza gobernaban
Aqueste nuevo reino de Granada,
Cuando Pedro Fernandez, no sin lloro,
A las regiones vino donde moro.

A causa del desastre no pequeño
Que padeció la flota do venia
Por general Bartolomé Carreño,
En las ondas del mar esperta guia;
Mas, salteada del eterno sueño,
Pereció generosa compañía
Y del Pero Fernandez un hermano
Con las ardientes llamas de Vulcano.

El cual, siendo del rey favorecido,
Para principio de mas largo pago
A la gobernacion fué proveido
De lo de Popayán y de Cartago;
Mas dentro de la mar fué consumido
En fuego que causó mortal estrago,
Con muchas mas personas conocidas
Que fueron perdidosas de las vidas.

Quisiera yo destas adversidades
Dar larga relacion en el historia,
Mas con oir particularidades
Muy pocas me quedaron en memoria;
Pero por varias villas y ciudades
Aquesta desventura fué notoria,
Y ansí solo diremos la substancia,
Sin reparar en otra circunstancia.

Una noche de tiempo bonancible,
Navegando con lumbre de Diana,
Viva llama que dió temor horrible
Se tendió por la nao capitana,
Que remedialla no le fué posible
A la mísera gente castellana,
Pues ver y peligrar junto le vino
En aquel sobresalto repentino.

A gran priesa la popa desocupa
Quien vido luego quel prois ardia,
Para se recoger en la chalupa
Que por la dicha popa se traia;
Algunos saltan que la mar los chupa,
Porque el bajel del fuego se desvía;
Dentro Pero Fernandez y el Carreño
Con pocos mas que recogió su dueño.

A las voces y gritos del despierto
Recuerdan sobresaltos al dormido:
Uno huyendo va para ser muerto,
Otro se turba para ser perdido;
Aquí y allí y allá su fin ve cierto,
Ninguno de ninguno socorrido;
Crecen las confusiones y el estruendo,
Hierve la nave con rumor horrendo.

Muerte de todas partes los emplaza;
Ocúpalos obscura humareda;
El ánima del cuerpo desenlaza
El fuego de alquitrán al que se queda,
Con no menos rigor los amenaza
La bulliciosa mar, porque no pueda
Escapar ni valerse criatura
De tan acelerada desventura.

Allí son los singultos, allí llantos,
Allí con el calor frios temblores,
Allí son los mortíferos espantos,
Y el ocupar el humo los clamores,
Querer pedir socorros á los santos
Y ser impedimento los vapores;
Allí penas, angustias, turbaciones,
Que no pueden pintarse con razones.

En rodear la nao poderosa
Consumidoras llamas no son tardas ·
Corren por la madera resinosa,
Obscurecen el aire nubes pardas,
Enciéndese la especie salitrosa,
Bufan los pasamuros y lombardas,
Vuelan aquí y allí cuerpos humanos
Y huyen los navíos mas cercanos.

Veréis partidos cuerpos en pedazos
De mujeres, de niños, de varones;
Van por el aire piernas, manos, brazos,
Mas negros que los mas negros carbones;
Dales el agua y fuego sus abrazos,
Abrazos de crüeles perdiciones:
¡Oh caso triste, duro y espantable,
Y por ninguna vía remediable!

Las mas duras entrañas enternecen
Los mal formados sones de gemidos;
Las furias de voraces llamas crecen,
Grandes y presurosos estallidos...
Tres veces ciento son los que perecen
Dellas y de las aguas confundidos,
Quitando ya delante de los ojos
Los miserabilísimos despojos.

Digo que el mar profundo no fué tardo
En sepultar la miserable gente,
Y al gobernador Bustos, que reguardo
Neptuno no le dió con su tridente,
Juntamente con él Alonso Pardo,
Perito licenciado, su teniente,
Hermano del factor real, Rodrigo
Pardo, que yo conozco por amigo.

El cual en este Nuevo Reino habita
Con eminencias de principal hombre,
Y su preciosa doña Margarita,
Cuyas obras esceden á su nombre;
Pues como la desdicha que se cita
Con su rigor á todos los asombre,
Cada cual procuró ser vigilante
Por no se ver en trance semejante.

Y cierto no conviene de quién quiera
Fiar fuego con tantos detrimentos
En morada de pez y de madera,
Y estopa y otros tales nutrimentos;
Porque si corre riesgo quien espera,
No menos los que hacen mudamientos;
Y en esto no mirar el que navega,
Inadvertencia es bestial y ciega.

Siguen pues su derrota por la carta,
Ningun rostro de lágrimas enjuto:
Llegaron al ancon de Santa Marta,
Donde de su pasion fué bien instruto,
Pues al Carreño ví con gente harta,
Cuyas cubiertas son paños de luto,
Y él mismo me contó lo que yo cuento,
Por ser antiguos en conocimiento.

Y entonces, si de componer historia
Tuviéramos algunas intenciones,
Encomendáramos á la memoria
Otras particulares aflicciones;
Mas no me juzgué digno desta gloria
Ni de dar fin á peregrinaciones,
Por las cuales y falta de talento
Nunca tal me pasó por pensamiento.

En Santa Marta pues do yo vivia
Salió Pero Fernandez mal parado,
Que no solo perdió lo que tenia,
Mas en manos y piés fué lastimado,
Y entre la gente que lo conocia
Fué de ropas decentes reparado;
Después desto con el comun avío
Al Nuevo Reino vino por el rio.

Visto su merecer y su presencia
Y la calamidad del mar insano,
Los señores de la real audiencia
Le dieron el gobierno del hermano;
En el uso del cual, con gran prudencia
Buen espacio de tiempo tuvo mano,
Y allí con matrimonio lo consuela
Su muy loada doña Micaela.

No le pudo la próspera ventura
Hacello digno de mejor empleo,
Pues si contentamiento se procura
En discrecion, prudencia, buen seso,
Virtud, bondad, honor y hermosura,
Satisfacelon terná cualquier deseo,
Pues allí hallará de lo mas bueno
Aquello que lo puede hacer lleno.

Después, segun habemos declarado
En algunos lugares precedentes,
Por diversos oideres fué nombrado
En cargos á su punto concernientes,
Y con suerte de indios premiado
De las que son allí mas eminentes;
Hizo dejacion della, con ser buena,
Por ir á gobernar á Cartagena.

Allí por muchos años ha vivido
A contento de toda la frontera;
Mas si tiempo menor hubiera sido,
Es cosa clara que mejor le fuera,
A causa del negocio sucedido,
Dura calamidad de nuestra era,
Pues de reputaciones adquiridas
Han sido no pequeñas las caídas.

A lo menos en uso de guerrero,
Por nunca ser en él ejercitado,
En todo lo demás varon entero,
Afable, circunspecto, bien mirado,
Y así como cristiano caballero
Dió ser y dió valor á su cuidado:
Durante su gobierno y en sus dias
Muy adelante fueron obras pias.

Y así, con el hervor de celo santo
Y pia devocion, tomó la mano
En hacer hospital de cal y canto
Con otras diligencias de cristiano;
Hizo, ni mas ni menos, otro tanto
En obras del convento franciscano,
Pues las antiguas eran obras muertas
Por ser de paja todas las cubiertas.

Mas entonces faltábales posible,
Diestros y bien instructos oficiales;
Para labrar por orden convenible
Pulidos y adaptados materiales,
Hasta tanto que ya tiempo movible
Acrecentó limosnas y caudales,
Con que hicieron obras de momento
Donde les concedieron el asiento.

Y es por adonde van á Turbaco
Y de la otra parte de la puente,
Que muchos dias conocimos vaco,
Sin pensar ser allí tan eminente
Casa, por parecer terreno flaco;
Mas agora lo vemos diferente,
Pues están ya poblados sus confines
De fructíferos huertos y jardines.

Al contador Durán aquel asiento
Le fué con otras tierras proveido;
Beatriz de Cogollos al convento
Lo dió, porque Durán fué su marido:
Señora de cabal merecimiento;
Y la misma le dió por apellido
Nuestra Señora de Lorito pia,
Y así le llaman el presente dia.

Pero diversas son mis opiniones,
Y no creo será juicio vano
Si digo hacer estas donaciones
El deán don Juan Perez Materano,
Por tener él aquellas posesiones
Mucho tiempo debajo de su mano;
Y en ser lugar de la ciudad escluso
Materano Getsemaní le puso.

Y el convento dos veces fué fundado,
El un sitio no permanecedero,
Y aquel podria ser, siendo mirado,
La doña Beatriz dallo primero:
Fray Pedro de la iglesia fué prelado
Primero, con un solo compañero;
Y por franceses que después vinieron
Lo despoblaron y á Tolú se fueron.

Mucho tiempo después desta rüina,
Año de tres quinientos y sesenta,
El padre fray Francisco de Molina
Lo levantó donde se representa;
Y allí por los de ley adulterina
También ha padecido gran tormenta,
Y no menos los frailes agustinos
En aquella ciudad nuevos vecinos.

Pues ochenta del santo Nacimiento
Corrian de la luz que nos repara,
Cuando fundó la casa y el convento
El padre fray Hierónimo Guevara;
Y con el necesario cumplimiento
Este gobernador les hizo cara,
De manera que su mando durante
Aquella ciudad fué muy adelante.

Vinieron en su tiempo dos galeras
Y un bajel que llamaban Saetilla,
Que con sesenta tiros, piezas fieras,
Se armaba para náutica rencilla,
Hechas para guardar estas fronteras
Y contrastar pirática cuadrilla:
Corrian ya setenta y ocho años
De la reparacion de nuestros daños.

Soldados y pertrechos tan á pique
Cuanto requieren ocasiones tales;
Dellas por general don Pedro Vique;
Y á Castañedo y á Martin Gonzalez
También manda la fama que publique
Que fueron capitanes principales:
Serian setecientos numerados
De chusma, marineros y soldados.

Destas galeras fué la capitana
Una que se decia Santiago;
La otra la ocasion que hizo vana
Un infelice dia y aciago,
Al tiempo que la gente luterana
En Cartagena hizo gran estrago;
Y para que yo della salir pueda,
Este suceso solamente queda.

Y porque de raiz el caso cuente
Con los negocios que le son anejos,
Paréceme ser cosa conviniente
Comenzar la carrera de mas lejos,
Porque los que lo vieron y el oyente
No queden desabridos ni perplejos,
Y si de verdad algo me divierto,
Digo lo que me venden por muy cierto.

Al fin mi flaco marte se convierte
A diferentes guerras y porfias,
Para tractar la ventajosa suerte
Del diestro capitán Francisco Diaz,
De quien quisiera mas contar la muerte
Que recitar sus grandes valentias,
Y esta terrible plaga y este llanto
Se quiere comenzar con nuevo canto.

DISCURSO

Del capitán Francisco Draque, de nacion inglés, con que se da fin á la historia de Cartagena, compuesta y ordenada por Joan de Castellanos, clérigo beneficiado de Tunja, el cual discurso comienza desde el segundo canto, en cuyo tiempo este cosario vino á la dicha ciudad el año de 1586.

Un caso

NOTA. Desde la antepenúltima octava del canto anterior, lo que ponemos de letra cursiva, está testado en el original, y siguen cortadas ciento nueve hojas que debian contener seiscientas cincuenta y cuatro octavas, á seis por hoja. Luego siguen testadas tres octavas, que son las últimas del discurso y se copian á continuacion de esta nota. Sin duda el consejo mandaria omitir todo lo de Draque en la impresion, quizá por dictamen del censor á quien se cometió el examen de esta tercera parte; y parece que lo fué el célebre Pedro Sarmiento de Gamboa, de cuya mano se halla escrito al margen de la penúltima octava del antecedente canto: *Desdesta estancia se debe quitar.* — Sarmiento.— Rubricado. — Y al margen de la última octava que cierra el discurso, dice: *Hasta aquí es el discurso de Draque que se ha de quitar.*—Sarmiento.— Rubricado.

Las tres octavas últimas son las siguientes:

Es su nombre don Pedro de Ludueña,
El cual con ordenada diligencia
Rompiendo va la montüosa breña
De aquellos á quien toma residencia;
Los cargos que salieron en reseña
Al fallo se verán de la sentencia:
Ventura le dé Dios y favor largo
Para que salga bien del nuevo cargo.

Y porque no sé mas de Cartagena,
Della huye mi pluma ya cansada
De daros hasta hoy relacion llena
Desde el primero por quien fué fundada;
Que cierto para tan angosta vena
Ha sido trabajosa la jornada:
Otros historiadores mas enteros
Dirán después sucesos venideros.

Al fin con esto ceso, mas no cesa
La peregrinacion de mis porfias,
Porque para cumplir con mi promesa
Me cumple caminar por otras vias,
Que deseo correr á toda priesa,
Viendo cuán abreviados son los dias;
Pues en tal caso la mas clara lumbre
Es esperanza con incertidumbre.

LAUS DEO.

ELEGIA

A la muerte de don Sebastián de Benalcázar, adelantado de la gobernacion de Popayán, donde se cuenta el descubrimiento de aquellas provincias, y memorables cosas en ellas acontecidas.

CANTO PRIMERO.

Dejemos de presente la marina
Y la gobernacion de Cartagena,
Pues la de Popayán, con quien confina,
Segun atrás tocó gracil avena,
Quiero tomar agora por vecina
Para dar della relacion mas llena,
Contando sus auríferos veneros
Y los célebres hechos de guerreros.

Dadme la mano vos, escelsa Musa,
Templo vivo de Dios enriquecido,
Porque la mia no quede confusa
Pintando lo que tengo prometido;
Y la luz de verdad que está reclusa
Rompa la nube ciega del olvido,
A la posteridad haciendo claras
Hazañas tan heroicas y tan raras.

A la parte del sur de Cartagena,
Cauca, gran rio, tiene nacimiento,
El cual y el grande de la Magdalena
Nacen del rumbo deste mismo viento
Distantes hasta cerca del arena
Del mar del Norte, donde con aumento
Juntan sus aguas, y ambos hechos uno
Ensoberbecen ondas de Neptuno.

Estos dos dichos rios inundantes
Los campos y montañas adyacentes,
Menos de cuatro mil pasos distantes
Tienen sus nacimientos y sus fuentes
En sierras de Hibague, do declinantes
Al mar del Norte tienen las vertientes,
Y con otros menores crecen tanto,
Que su grandeza causa gran espanto.

Aunque parejas cumbres los despiden
Corren por diferentes señoríos,
Pues antes que se junten los dividen
Sierras que llaman dentre los dos rios,
Que cuasi paralelamente miden
Sus cursos, sus distancias y desvíos;
Mas por do Cauca guia sus corrientes
Hay vegas grandes, valles escelentes.

Y en aquellas llanadas por do viene
Fundó gobernacion cristiana gente,
La cual de Popayán renombre tiene
Y con él permanece de presente;
Son pues los aledaños que contiene
Acia la mar del Sur, que es al poniente,
Escelsas sierras en supremo grado,
Que por aquella parte hacen lado.

A la parte de oriente desta tierra,
Donde muchas ciudades hay fundadas,
Le demora también aquella sierra
Por quien son las dos aguas separadas;
Esta gobernacion allí se encierra,
Y tienen españoles sus moradas
(Que dilatando van su señorío)
A una y otra banda de aquel rio.

Tienen ya grandes hatos de ganados,
Y en rios abundante pesquería;
Viven los moradores regalados
Con varios fructos que la tierra cria,
Y de los estranjeros trasplantados
También produce los que no solia;
Hay grandes montes, bosques y breñales,
Y de oro soberbios minerales.

A don Pedro de Heredia se debia
La gloria del primer descubrimiento;
Mas por hallar mas apacible via
Benalcázar gozó del vencimiento
Por Pizarro, marqués, de quien tenia
Poder, autoridad y mandamiento;
Y al Benalcázar tal nombre le viene
De ser del pueblo que este mismo tiene.

Tuvo padres de llanas condiciones,
Y su linaje fué desta manera,
Porque todos vivian de los dones
Que les daba campestre sementera;
De un parto parió dos, ambos varones,
Su madre, fuera de la vez primera,
Y al nacer Sebastián, el uno dellos,
Primero sacó piernas que cabellos.

Y cuando destos géminos podia
Cada cual en astil poner la mano,
A los padres llegó su fatal dia,
Encomendándolos al mas anciano;
Y algunas veces Sebastian solia,
Por mandamiento del mayor hermano,
O por su voluntad, ir á la breña
Con un jumento do traia leña.

Trayéndolo cargado por sendero
En que pluviosa tempestad embarga,
En un atolladar y atascadero
Cayó la flaca bestia con la carga;
Quitó la soga, lazos y el apero,
Anímalo con gritos porque salga,
De la cola con gran sudor ayuda,
Mas el jumento flaco no se muda.

Entonces él con juvenil regaño
En las manos tomó duro garrote,
Diciéndole: «Sabed que si me ensaño
Vos os habeis de erguir y andar a trote.»
Al fin, sin voluntad de tanto daño,
Con uno le acertó tras el cocote,
Y fué de tal vigor aquel acierto
Quel asno miserable quedó muerto.

El mal recado visto, no se tarda
En hüir, conocida su locura,
Dejando leña, sogas y el albarda,
Y el vivir en pobreza y angostura,
Con imaginaciones que le aguarda
En otra tierra próspera ventura,
Y selle muy mejor ir á la guerra
Que cultivar los campos en su tierra.

Peregrinando pues de villa en villa
Con falta de las cosas necesarias,
Quiso ver las grandezas de Sevilla,
Adonde concurrian gentes varias;
Allí llegó y oyó por maravilla
Alabar la jornada de Pedrarias
Del Darien, por que hacia gente
Como gobernador de aquella frente.

Pareciéndole bien esta conquista,
Presentóse delante del caudillo,
Diciendo que lo pongan en la lista,
Porque con los demás quiere seguillo;
Pedrarias se holgaba con la vista
Y buen donaire del villanchoncillo,
Y no teniendo de cognomen uso,
El de su propio pueblo se le puso.

Llegan al Darien con la compaña,
Que pasaba de doce veces ciento,
Con los vecinos dél, hombres de España
Primeros pobladores del asiento;
Y el Sebastián se daba buena maña
Cuando buscaban indios y alimento,
Llegándose, con otros que no narro,
A los ranchos de Almagro y de Pizarro.

Porque estos eran en aquellas lides,
Desde que descubrieron aquel rio,
Antiguos y admirables adalides
Y amigos de soldados de buen brio;
Pedrarias, por se ver en los ardides,
Luego del Darien hizo desvio,
Y acia Panamá guió la proa
Al mar del Sur, que descubrió Balboa.

Al cual Balboa, si mas tiempo dura
Espíritu vital en mis entrañas,
Deseo colocar en escriptura
Y sus heroicos hechos y hazañas,
Su fatal y temprana sepultura,
Do lo pusieron invídiosas sañas
Del que tenia cargo del gobierno,
Con habello tomado ya por yerno.

Llegó Pedrarias pues donde queria,
Mas él y todos los demás mohinos
Por no poder tomar alguna guia
Para que descubriese los caminos,
A causa de que desta serrania
Andaban alterados los vecinos,
Y acrecentaba mas el descontento
El no poder hallar mantenimiento.

Como cada cual dellos se desvela
En remediar la falta que les daña,
El Sebastián haciendo centinela,
Humo vido salir de una montaña,
Y aunque lejos, bien vió ser de candela,
Y no vapor, que mil veces engaña;
Algunos compañeros llamó luego
Que se certificaron ser de fuego.

Al rancho del gobernador se vino
Diciéndole ser fuego ciertamente,
Y él mismo confiado de su tino
Prometió dar en él dándole gente;
Animólo Pedrarias al camino
Con algunos, que fueron hasta veinte,
Mandóles que cada cual hiciese
Lo quel imberbe mozo les dijese.

Con aqueste favor mas alentado,
Recogidos los veinte compañeros,
Entróse por aquel bosque cerrado,
Ajeno de caminos y senderos,
Con tan puntual tino y acertado,
Que dió sobre los bárbaros guerreros:
Ovieron del rancheo tres mil pesos,
Y de todas edades muchos presos.

Para Pedrarias señaló la parte
Que le venia de lo rancheado,
El restante por todos se reparte,
Y á nadie quiso ser aventajado:
Finalmente, lo hizo de tal arte
Que quedó desta bien acreditado,
Y ansí holgaban todos de seguillo
Las veces que le cupo ser caudillo.

Como mas en edad fuese creciendo
Y en bienes por su lanza granjeados,
Iba también ganando y adquiriendo
Mucha reputacion entre soldados,
Y en estos intermedios descubriendo
En honras pensamientos levantados;
Y ansí granjeó nombre brevemente
De diestro capitán y de valiente.

Fué liberal, modesto y apacible,
Amigo de virtud y de nobleza,
En los reencuentros de rigor terrible
Jamás en él se conoció flaqueza,
A pié brioso todo lo posible,
A caballo grandísima destreza:
Hombre mediano, pero bien compuesto,
Y algunas veces de severo gesto.

Al fin en Panamá hacen asiento
El Pedrarias y sus conquistadores,
Donde por las personas de momento
Repartió los caciques y señores:
Al Benalcázar dió repartimiento
Igual á los mas ricos y mejores,
Porque en aquellos tractos y ejercicios
De guerra fueron grandes sus servicios.

En estos dias le nació el mestizo
Al buen Almagro, que se llamó Diego,
El cual después en tiempo banderizo
En el Pirú causó desasosiego;
Al cristianillo gran fiesta se hizo,
Y en el baptismo fueron por su ruego
Pizarro y Benalcázar los padrinos,
Por ser allí los mas ricos vecinos.

Subyecta pues la gente convecina
Y la ciudad de Panamá fundada,
Pedrarias de Avila se determina
Hacer de Nicaragua la jornada,
Porque sus capitanes la marina
Por el rey y por él tienen poblada;
Y ansí con voluntad llana y amiga
A Benalcázar ruega que le siga,

Prometiendo debajo juramento
En provechos y honras preferillo;
El cual luego prestó consentimiento
Dándole la palabra de seguillo.
Al Pizarro pesó del mudamiento,
Y Almagro y él procuran impedillo:
Responde, como quien virtud profesa,
No poder ya faltar de su promesa.

Cada cual de por sí le representa
Tenelle sin revés afición pura,
Y que esta, puesto caso que se absenta,
En todo tiempo la terná segura,
Rogándole también que les dé cuenta
De daños ó regalos de ventura,
Pues ellos en quietud ó con quebranto
De su parte harian otro tanto.

Con esto se despide sollozando
De los que lo tenian por amigo,
Y con próspero viento navegando,
Llegan y desembarcan donde digo.
La ciudad de Leon se fundó cuando
A Nicaragua lo llevó consigo
Pedrarias, y allí fué primer alcalde;
Y es cierto no comer el pan de balde.

Pues en pacificar estos estados,
Con mañas y valor de varon fuerte,
Al rey hizo servicios señalados,
Y ansí le cupo razonable suerte.
Pizarro con los otros aliados
Acia la costa del Pirú convierte
La lanza con ventura mas propicia,
Trayendo con caudal rica noticia.

Entendida grandeza tan estraña
Por indios que deponian de vista,
Embarcóse Pizarro para España,
Donde de sus servicios hizo lista;
Volvió gobernador con gran compaña,
Para prosecucion de la conquista,
Y al Benalcázar invió mensaje
Para se valer dél en el viaje.

Diciéndole que mas no se detenga
En tierra corta do viviendo muere,
Pues que ventura se la da mas buenga
Con la prosperidad que se requiere;
Y quél no partirá hasta que venga
Con los soldados que traer pudiere,
A los cuales hará que huellen suelo
En el cual mudarian el mal pelo.

Vista por Benalcázar tal oferta
Y que de mas atrás lijera fama
Vendia la noticia por muy cierta,
Determinó de ir á quien lo llama:
Compró navío grande de cubierta,
Y con aquel ardor otros inflama,
Llevando, no sin costa de dineros,
Seis caballos y treinta compañeros.

Recibiólo Pizarro con buen pecho,
Y su venida fué regocijada;
Dióle mas larga cuenta de lo hecho,
Y efectuóse luego la jornada,
La cual por la grandeza del provecho
Fué por el universo divulgada,
Y en hacer aquel grande reino llano
El Benalcázar tuvo mucha mano.

Pasaron varias cosas, que yo callo
Por ir do me movió mi fantasía,
Y es quel marqués Pizarro, por honrallo,
Las guerras de substancia le confia:
A Piúra con gente de caballo
Fué, para socorrer la compañía
De españoles que estaban en aprieto,
Y á hacer aquel término subyeto.

Domó la furia de los adversarios
Y aquella multitud sanguinolenta,
Haciéndoles de libres tributarios
Con yugo de pagar perpetua renta;
Y en otras guerras y reencuentros varios
Honra ganó, sin padecer afrenta,
Antes á mas rigor mayor audacia,
Sin sucedelle trance de desgracia.

Holgábase Pizarro grandemente
De ver cómo se daba buen recado,
Y conociendo dél ser suficiente
Para le cometer cualquier cuidado,
En San Miguel lo hizo su teniente,
Que es en Tangarará pueblo fundado
Allí primero por gente de España,
Donde también se daba buena maña.

Allanó muchas veces lo mas agro
De guerras que otros ponen en escrito;
Después desto, Pizarro y el Almagro
Le mandan ir á conquistar á Quito,
Cuyas riquezas vende por milagro
La veloz fama con soberbio grito,
Y también por domar la tiranía
De Hruminavi, questo pretendia.

Porque viendo debajo fatal tumba
A Guaxcar y Atabaliba señores,
Adonde mortal odio los derrumba,
Este se rebeló y otros traidores
Como Zopozapagua, Quingalumba,
Rauran, contra sus emperadores,
Y Quisquiz que, con otros presupuestos,
Venia para se juntar con estos.

Yendo pues Benalcázar aviado
Segun que pide militar escuela,
Procurando de ser bien informado
Del reino donde van y su tutela,
Cierto cacique, Chaparra llamado,
Lo mandó dibujar en blanca tela
Con entradas, salidas y defensa
Y de guerreros cuantidad inmensa.

Benalcázar holgó de ver la planta,
Y de que se le dé tan buena nueva,
Porque de la grandeza no se espanta,
Antes desea ya venir á prueba,
Aunque para romper multitud tanta
Solo ciento y setenta y cinco lleva:
Son los sesenta y cuatro caballeros
Y diez ó doce buenos ballesteros.

Todos los mas restantes son peones
Que llevan sus escudos embrazados.
Encontraron de bárbaras naciones
Cincuenta y cinco mil hombres armados,
Que muchos dellos eran orejones
En uso militar ejercitados,
Puestos en orden en llanadas bajas
De los campos que llaman Teocajas.

Al bravo Hurminavi va subyeto
Aquel gentil ejército pagano,
Que con sagacidades de discreto
Los congregó debajo de su mano,
Poniendo sus contrarios en aprieto
Con crüeles estremos de tirano;
Porque este se escapó de Caxamarca (1)
Al tiempo que prendieron su monarca.

Y viéndolo prender, en el conflito,
Cuando española mano dél aferra,
Fué recogiendo por el circüito
Sobre catorce mil hombres de guerra,
Con los cuales entró dentro de Quito
Levantándose con aquella tierra,
Con muertes de los que del mal intento
Pudieran ser algun impedimento.

Y agora Hurminavi, como piensa
Que Benalcázar trae su demanda,
Apercibióse para la defensa
Con tanta multitud de los que manda,
Que parecia cuantidad inmensa
Los que lo ciñen de una y otra banda,
A los cuales atentos y armas prestas
Dijo tales palabras como estas:

«Ya veis el miserable captiverio
Con que los hados van amenazando,
Y cómo de los Ingas el imperio
Estrañas gentes vienen ocupando,
Con muertes, deshonor y vituperio
De los que sobre nos tenian mando:
El gran emperador Guaxcar sin vida,
La de Atabalibá también perdida.

»Otros poseen ya su plata y oro
Y buscan lo que mas hay abscondido;
El caudaloso fausto y el tesoro
De Cuzco y Caxamalca veis perdido;
La majestad, respecto y el decoro
De nuestros orejones abatido,
Haciéndoles que acudan con tributos
De plata y oro, joyas y otros frutos.

»Y también vienen en demanda nuestra
A fin de que hagamos otro tanto,
Si no convierte vuestra fuerte diestra
Su crecido placer en duro llanto,
Y aquel dominio de la gloria vuestra
No les pone temor, terror y espanto,
Encomendando bien á las memorias
Vuestros heroicos hechos y victorias.

»Pues si con estas asestais la vira
Adonde pretendeis hacer empleo,
En cualquier parte que pongais la mira
Acertareis al blanco del deseo,
Y abatireis aquella mortal ira
A quien anima su primer trofeo,
Ganado sin rigores de pelea
Ni movimiento que defensa sea.

»Y es fácil de domar esta demencia,
Por ser pocos y en fuerzas no mejores;
Pues que nos consta ya por esperiencia
Que padecen flaquezas y temores;
Veis demás desto cuánta diferencia
Hay de ser siervos á quedar señores,
De perder ó cobrar vuestros estados,
O de siempre mandar ó ser mandados.

»No cause lo de Caxamalca miedo,
Por nos vencer allí pocos cristianos;
Pues cada cual de nos estuvo quedo
Sin querernos valer de nuestras manos,
Porque juzgábamos por el denuedo
Y el aspecto no ser hombres humanos;
Mas ya nos consta por sus condiciones
Que son hombres mortales y ladrones.

»Y aquellos pocos de redondas uñas,
Do suben y les sirven de castillos,
Podeislos enlazar por las pesuñas,
Como cuando cazais con los aillos
O los civis con que tomais vicuñas,
Usando tal ardid en vez de grillos;
Y á tierra vereis ir en ese punto
Caballo y caballero todo junto.

»Así que, pues en esto no va menos
Que las honras, haciendas y las vidas,
Y tenemos aquestos campos llenos
De gentes diestras bien apercebidas,
Haced aquello que debeis á buenos
En refrenar las sueltas y atrevidas,
Porque si no, vereis en sus poderes
Vuestras queridas hijas y mujeres.»

Dijo, y aquellos fieros capitanes,
O principales de los orejones,
Con palabras y bravos ademanes
Correspondieron con sus intenciones,
No recelando muertes ni desmanes
Que nacen de las tales ocasiones.....
Y en este tiempo Benalcázar llega
Con todos los demás á la gran vega.

Descúbrense millares de millares,
Con las armas que tienen de costumbre,
Dignas de ver las joyas singulares,
La rica y adornada muchedumbre,
Tanto, que reverberan los solares
Rayos con el refracto de su lumbre;
Innumerables hondas, dardos, lanzas
Y armas de defension á sus usanzas.

Escopiles bastados de algodones,
Con gran primor colchados y tupidos;
De palo bien tallados morriones
Con hoja gruesa de oro guarnecidos;
Plumajes, diademas, invenciones
Varias en las maneras de vestidos,
Porque segun las tierras y raleas
Usaban de los trajes y libreas.

Viendo que Benalcázar descubria
Por ancho campo de compás jocundo,
Suena clamor y grita que rompia
Los aires con rüido furibundo,
Y tal hervor y horror, que parecia
Deshacerse la fábrica del mundo,
Engrandeciendo siempre los clamores
Con bocinas y grandes atambores.

A la bandera nuestra y estandarte
Animó quien sobrellos tiene mano,
Diciendo: «No temais contrario marte,
Pues vale menos cuanto mas lozano,
Y al fin han de llevar la peor parte
Queriéndonosla dar en campo llano,
Adonde los caballos corredores
Y los que van encima son señores.

»Dejadlos vengan: no hagais amago
Hasta que los tengamos mas cercanos;
Y cuando yo dijere ¡Santiago!
Cada cual se aproveche de sus manos.
Verán á pocas vueltas el estrago
Que hacen los poquitos castellanos;
Pues ellos como ven que somos pocos
Se hacen mas soberbios y mas locos.

»A cualquiera gandul que con mas gala
Vierdes, y mas compuesto de librea,
Y en acometimiento se señala
Incitando los otros á pelea,
Habeis de trabajar dalle de mala
Con el violento fin que se desea,
Pues todos acobardan viendo estos
De la querida vida descompuestos.»

Al tiempo pues que el padre Faetonte
Demediaba su rápida carrera,
Cuando la sombra del frondoso monte
Cerca las plantas sin salir afuera
En aquel hemisferio y horizonte,
Equinoccio perpetuo del esfera,
Los confiados indios acometen,
Y nuestros caballeros arremeten,

Rompiendo por la bárbara pujanza,
Siguiendo las pisadas del caudillo:
Roja se para la pungente lanza,
El suelo rubicundo y amarillo;
El rigor, el furor, la destemplanza
Ensangrientan los filos del cuchillo,
Tanto, que del barbárico gentío
La sangre derramada forma rio.

(1) Por Cajamarca.

Mas los indios no son flojos ni tardos
En respondelles con ardiente priesa;
Pues sin intermisiones ni reguardos
De la confusa grita que no cesa,
De violentas piedras y de dardos
Nube descarga multitud espesa,
Quel cielo de los ojos arrebata,
Y con su violencia los maltrata.

Bien como de langostas las nubadas
Que suelen impedir la vista clara,
Ansí son las espesas ruciadas
Del dardo, de la piedra, de la vara,
Atormentando cascos y celadas,
Escudos y rodelas, donde para,
Cuyos pesados golpes también labran,
Matan caballos, y hombres descalabran.

No se mostraban flojas ni tardías
Del fuerte Benalcázar las lanzadas,
Y las del capitán dicho Rui Díaz
De Rojas no son menos señaladas,
Cuyos hechos, proezas, valentías
A milagro podrán ser comparadas;
Y todos en aquellos trances duros
Parecian ser mas que hombres puros.

Porque de los contrarios combatientes
Ciucuenta y cinco mil es el estima,
De los mas abechados y valientes
Que moran desde Quito hasta Lima,
Demás de los tener allí presentes
Hruminavi feroz que los anima,
Sin que se pierda punto do se halla
En la prosecucion desta batalla.

La cual por ambas partes se regia
Con tal obstinacion y rabia pura,
Que pelearon desde medio dia
Hasta llegar la ceguedad obscura;
Donde los de la bárbara porfia
Juzgaron la hüida por segura,
Dejando de los suyos setecientos
Desamparados de vivos alientos.

Huyeron á los cerros mas subidos,
Y por las asperezas de los puertos
Quedaron tres peones mal heridos
Y tres caballos ansimismo muertos:
Velaron por sus cuartos repartidos
Hasta que nueva luz los hizo ciertos
Cuánta fué la mortífera rüina,
Mas no lo quel contrario determina.

Y por ser aquel campo conviniente,
Si por ventura vuelven á buscallos,
Para se defender cómodamente
Queriendo Hruminavi contrastallos,
Descansaron allí dia siguiente
Regalando con grano los caballos
Y curándoles algunas heridas,
Porque de su vivir penden sus vidas.

El Benalcázar luego hizo junta
De los hombres en guerra mas maduros,
Y en la congregacion se les pregunta
Qué caminos serán los mas seguros,
Porque de Hruminavi se barrunta
Acometelles en los pasos duros,
Donde podria con algun engaño
Al caminar hacelles mucho daño.

Porque de sus astucias se creia
Tener hechos reparos á sus trechos,
Y mayormente por aquella via,
Que llevan, cuantidad de hoyos hechos,
Para lo cual remedio les seria
Evitarse los pasos mas estrechos,
Y á Riobamba ir por otra mano
Seria lo mejor y lo más sano.

Un soldado llamado Juan Camacho,
De San Miguel de Piura vecino,
Dijo: «Para llevar mejor despacho
En la prosecucion deste camino,
Guia podria ser un mi muchacho
Que podemos fiarnos de su tino,
Porque sabe muy bien toda la tierra
Ansí del llano como de la sierra.»

Cuadróles mucho lo que representa
Acerca de tomar otra derrota,
Porque el indio les dió razon y cuenta
Acerca de le ser la tierra nota:
Acuerdan pues salir sin que lo sienta
Aquel que las provincias alborota,
Apriesa caminando con la guia
Sin esperar la claridad del dia.

Cuando los horizontes se entristecen,
La luz debajo dellos abscondida,
En su real mil fuegos resplandecen
Con muestra de guisarse la comida;
Mas fueron todos estos que parecen
Por disimulacion de la partida,
Pues dejándolos vivos y atizados
Caminaron por donde son guiados.

Sin vellos la rabiosa muchedumbre,
La noche caminaron sin recuestas,
Y cuando pareció la nueva lumbre
Atrás dejaban ya pasos y cuestas,
Donde podian dalles pesadumbre
Las galgas ponderosas y molestas:
Vieron los nuestros pues en este punto
A la ciudad de Riobamba junto.

Los indios agraviados y vencidos
Que volvian á nueva competencia,
Como reconocieron ser partidos,
Creyendo de temor hacer absencia,
Siguen el rastro de furor movidos
Con toda la posible diligencia:
A los de retraguardia dan alcance,
Donde se vieron en dudoso trance.

Piden á Benalcázar mas varones
Para mejor librarse de la plaga,
El cual les respondió: «Buenas razones:
Van treinta caballeros en rezaga
Con treinta validísimos peones,
¿Y pedís que de gente se rehaga?
Si la que va juzgais no ser bastante,
Mirad la que tenemos por delante.

»Acá y allá conviene buen concierto
Y que nadie camine descuidado,
Antes todos con ánimo despierto
Y no con corazon acobardado,
Pues yo no veo palmo descubierto
Que no tengan estotros ocupado:
Aprestad manos, porque no podemos
Hacer hoyo donde nos enterremos.»

Esto responde, pero todavía
Envió cierto capitán Mosquera
Con cuatro de caballo, que sabia
Darse principal maña donde quiera;
Cuando llegaron vieron que venia
Toda la retraguardia muy entera,
Sin que los indios punto los discorden
De lo que deben á militar orden.

Yendo cansados con algun desmayo
De ver inumerables naturales,
Un bárbaro daquellos, dicho Mayo,
Falto de los pendientes genitales,
De paz se les llegó, siéndoles ayo
Para les descubrir ocultos males,
Manifestándoles partes no vacas
De hoyos y acutísimas estacas.

El Hacedor omnipotente quiso
Por boca deste bárbaro prudente
A nuestros españoles dar aviso
A punto y á sazon tan conviniente,
Pues daban en los hoyos de improviso,
Adonde pereciera mucha gente,
Y la parte mayor de los rocines
Allí tuvieran desastrados fines.

Este por Hruminavi fué privado
De los lascivos gustos y placeres,
Y con otros eunucos diputado
Para le ser custodia de mujeres;
Y siempre, como cuerpo lastimado,
Tuvo vindicativos pareceres,
Y esperando hallar vez oportuna,
Tomó la que le trajo la fortuna.

Y ansí le descubrió los hoyos hechos,
Y todo lo que Hruminavi piensa
En los puertos y pasos mas estrechos
Hacer para fortísima defensa;
Bajan los españoles satisfechos
De subyectar la cuantidad inmensa
Que cerca de Riobamba los espera
Con varias armas y aparencia fiera.

Pero como bajaron á lo llano,
Por ir toda la gente fatigada,
El atrevido campo castellano
Allí determinó hacer parada,
Las sillas puestas, armas en la mano,
Con vela que por cada camarada
Se repartió con orden curioso
Hasta pasar el tiempo tenebroso.

Y cuando ya venian descubriendo
Los febeos caballos por oriente,
De sus doradas bocas esparciendo
Anhélito de luz resplandeciente,
Benalcázar andaba previniendo
A Ruy Diaz de Rojas, su teniente,
Que fuese por el llano circunstante
Con treinta caballeros adelante.

Con esta gente bien apercebida,
A la ciudad de Riobamba llega;
Pusiéronse los indios en hüida,
Sin que fuese durable la refriega;
Y por hallar gran copia de comida
El resto de la gente se congrega,
Y allí holgaron estas compañías
Por espacio de diez y siete dias.

Hallaron algun oro los soldados,
Que fué poco segun el apetito,
Porque como golosos y picados
A caudal aspiraban infinito.
Estando pues caballos reformados,
Determinaron de llegar á Quito,
Y hubo por el camino pocos ratos
Que no tuviesen gritos y rebatos.

Usando con solícito cuidado
Hruminavi de ardides diferentes,
Y por un orden muy disimulado
Mil hoyos en los pasos mas urgentes;
Pero por aquel bárbaro capado
Quedaban descubiertos y patentes,
Y ansí sin sucedelles caso feo
Llegaron do los lleva su deseo.

Entraron pues en la ciudad potente
De Quito, donde estaba recogida
Inumerable número de gente,
De varias armas bien apercebida;
Mas viéndolos entrar incontinente,
Fué por diversas partes esparcida,
Dejándola con sus pertrechos varios
A la dispusicion de los contrarios.

Y ansí hallaron muchos ornamentos
Preciados entre bárbaras naciones,
Y demás desto grandes aposentos
Llenos de grano y otras provisiones,
Otros con belicosos instrumentos,
Lanzas, macanas, dardos, morriones,
Y para guerra todo buen recado;
Mas oro poco, por estar alzado.

Recogieron aquello que se halla,
Trastornando las casas y rincones.
Los indios, rehusando dar batalla,
Acudian de noche con tizones
Por partes mas ocultas á quemalla;
Y aunque no salen con sus intenciones,
La llama todavía hizo mella
En algunas pajizas casas della.

No procedieron, por la resistencia
Que hallan en contrarias voluntades,
Encaminadas á la permanencia
De firmes y católicas verdades,
Destruyendo con suma diligencia
La falsa religion destas ciudades;
Y ansí procuran en aquel asiento
Plantar luego cabildo y regimiento.

En este tiempo Pedro de Alvarado
También de Guatimala se destierra,
Y vino con ejército formado
Metiéndose con él por esta tierra.
Diego de Almagro fué determinado
A se la defender por paz ó guerra;
El cual con treinta de caballo vino
Tras Benalcázar con aquel desino.

Hallólos en la parte referida,
Porque siempre vinieron por su huella:
Regocijáronse con la venida,
Sin certidumbre de la causa della,
Mas cada cual después de conocida
Tomó por propria suya la querella,
Y tanteando de defensa modos,
A Riobamba se volvieron todos.

Allí por el Almagro fué mandado
Estar apercebidos y en espera,
Siendo de naturales informado,
Presos en el compás desta frontera,
Quel sobredicho Pedro de Alvarado
Venia por aquella derrotera
Y que, segun el rostro trae puesto,
En Riobamba lo verian presto.

Diego de Almagro con sospecha mala
De que los otros son superiores,
Para ver si su gente les iguala
En número y vigor, ó son menores,
Envíaron á Cristóbal de Ayala,
Con otros seis caballos corredores,
Que los tanteen bien, puestos á viso,
Y abrevien el venir á dar aviso.

Aquestos siete caballeros fueron
Acía la parte do sospecha tienen,
Mas en el caminar no procedieron
Con tal orden que no se desordenen,
Y ansí por mal concierto que tuvieron
A todos los prendieron los que vienen,
Y como prisioneros á recado
Los llevaron al Pedro de Alvarado.

Holgóse de los ver en su presencia,
Por informarse de lo que queria,
Hasta la mas menuda menudencia
Que para tal sazon le convenia,
Y aquesto hecho, dándoles licencia,
A quien los enviaba los envía,
Dando la relacion de su viaje,
No sin muestra feroz en el mensaje.

Diciendo que, mediante provisiones
Emanadas del rey y su consejo,
A conquistar venia las naciones
Destos confines desde Puerto-Viejo,
Con grandes gastos en las prevenciones,
En buscar buena gente y aparejo;
Y ansí defenderia con la espada
La tierra que en gobierno le fué dada.

Dióle Diego de Almagro por respuesta,
Que cumple que la tenga prevenida,
Porque la suya para lo que resta
No vive descuidada ni dormida.
Cada parcialidad en fin va puesta
A riesgo manifiesto de la vida,
Ordenando sus haces al momento
Para venir al duro rompimiento.

Queriendo comenzarse los rigores,
Caldera, licenciado de Sevilla,
Se puso dando voces y clamores
En medio desta y daquella cuadrilla:
«¡Paz y amistad, paz y amistad, señores,
Nunca permita Dios esta rencilla!»
Acuden á lo mismo religiosos
Destas conformidades deseosos.

Todos prestan atentos los oidos,
Por pedillo personas de respeto,
Los unos y los otros comedidos,
Y cada cual con pecho mas quieto:
Remedios dan á los que van perdidos,
Y fueron que con término discreto
Tracten las dos cabezas españolas
De medios convinientes á sus solas.

Juntáronse los dos adelantados
A la traza por buenos deseada:
Quedaron aquel dia concertados,
Despues de conferida y altercada,
Pues el Almagro dió cien mil ducados
Al Alvarado por aquel armada,
Para que con aquellos se volviese
Luego sin pretender mas interese.

Volvióse, los dineros recebidos,
Solo con sus criados y sirvientes,
Y dejó cuatrocientos escogidos
Hidalgos generosos y valientes;
A estos les llamaban los vendidos,
Mas eran tales y tan escelentes
Que los mas dellos en la paz ó guerra
Fuerón los principales de la tierra.

Fué con Almagro pues el Alvarado
A San Miguel antes de su partida,
Porque Pizarro vea su recado
Y cumpla la moneda prometida.
Quedó con Benalcázar de su grado
Mucha gente de la recién venida,
Bastantes en esfuerzo y en prudencia
Para desbaratar cualquier potencia.

Destos fué Juan de Ampudia, Juan Cabrera,
Juan del Rio con Baltasar su hermano,
El capitán Tovar, Muñoz Mosquera,
Luis Mideros, Florencio Serrano,
Vivos aquestos dos en esta era,
El capitán Añasco, sevillano,
Con otro primo suyo, cabal hombre,
Pedros entrambos y del mismo nombre.

Y Pedro de Guzmán, Luis de Lizana
Avendaño, Juan Muñoz de Collantes,
Martiniañez Tafur, de quien no vana
Fama publica ser hombres bastantes,
Segun en Paria y en Maracapana
Del Avendaño y él tractamos antes,
Sanabria de quien ya hice memoria
En diferentes partes de mi historia.

Porque de las conquistas atrasadas
Tuvimos especial conocimiento,
Y hoy vemos hijas suyas agraciadas
Que son de Tunja lustre y ornamento,
A conyugales nudos obligadas
Con personas de gran merecimiento,
De cuya virtud y ánimo constante,
Mediante Dios, diremos adelante.

La mayor dellas, doña Catalina,
Subyecto de bondad enriquecido,
Que de purpúrea flor y clavellina
Posee lo mejor y mas subido,
Tiene como de tanto premio dina
Al buen Martin de Rojas por marido,
Con prendas que les son correspondientes
En virtudes y gracias eminentes.

Es en edad menor doña Lúisa,
De gracias y primor verjel ameno,
Pues de lo quel humano ser divisa
Tiene sobre lo bueno lo mas bueno:
Cordura que las mas cuerdas avisa,
Y á don Diego de Vargas en su seno,
Que en jornadas desde sus tiernos años
Ha padecido pérdidas y daños.

Teniendo Benalcázar pues trescientos
Hombres en Riobamba bien armados,
Hizo de capitanes nombramiento
Valerosos y bien acreditados,
Y á Quito, donde llevan los intentos,
Revuelven muy mejor aderezados,
Yendo con ellos, desde Riobamba,
Un cacique de paz llamado Chamba.

Que debajo de buenas amistades
Hizo que se quedasen en su villa
Los impedidos con enfermedades,
Nuevamente venidos de Castilla;
Y él recogió de indios cuantidades
Con intencion, al parecer, sencilla
De les favorecer y ser propicio
En el hervor del militar oficio.

Y así con Benalcazar caminaban
Para les ayudar á sus contiendas,
Y en cualquier parte que se rancheaban
Los nuestros, ellos asentaban tiendas;
Y allí los españoles que velaban
De noche los visitan á sabiendas,
Con sospecha de que harán mudanza,
Por ser gente de poca confianza.

Y en un rancheadero del camino,
La ronda principal de las espías
Puestas, cerca del tiempo matutino,
So color de le dar los buenos dias
Hasta las tiendas del cacique vino,
Las cuales halló puestas y vacías;
Y las personas que hacian vela
Tocan al arma vista la cautela.

Los rastros buscan hombres diligentes,
Que como van con intencion malina
Volvian por caminos diferentes;
Mas Juan de Ampudia que bien adevina
Hüirse por matar á los dolientes,
Tras ellos con aquel temor camina
Con treinta sueltos y ocho con caballos
Que gran priesa se dan por alcanzallos.

Pasan dos rios que los detuvierou,
Y no sin riesgo toman la ribera
Contraria; mas después tanto corrieron,
Con sér catorce leguas de carrera,
Que al Chamba con trescientos indios vieron
Cómo bajaba por una ladera
Para cortar el hilo de las vidas
A su fe fraudulenta cometidas.

Para romper los duros escuadrones
Los ocho de caballo ponen frentes;
Llegaron á la villa los peones
Do vieron de rodillas los pacientes,
Porque sabian ya las intenciones
Que traian los indios delincuentes,
Por una india de la Nueva-España
Que supo la traicion y la maraña.

Gracias inmensas dan al alto cielo
Por socorrellos en tan gran presura;
El repentino gozo y el consuelo
Desterró la pesada calentura;
Huyen del infiel y crüel suelo,
Vista la venturosa coyuntura,
Y el de dispusicion débil y flaca
De sus debilidades fuerza saca.

Los de caballo lanzas ensangrientan
En los culpados de furor nocivo:
Todos los desbaratan y ahuyentan,
Escepto Chamba que quedó captivo,
El cual por culpas que se representan
Poco después murió quemado vivo,
Y esto tracta el obispo de Chiapa,
Pero de demasía no se escapa.

Diciendo que se hizo larga riza
Cuando Chamba con fuego fué punido,
Por relacion de fray Marcos de Niza
Informado de cosa que no vido,
Y así de la verdad quebró la triza,
Porque con Alvarado era ya ido;
Pero su compañero fray Iodoco
Toca con gran verdad lo que yo toco.

Y aun viven hoy algunos caballeros
Cuyos dichos tenemos á la mano,
Que destos es el capitán Mideros
Y el capitán Florencio Serrano,
Varones graves y de los primeros
Que hicieron aquel imperio llano;
Los cuales no deponen por oidas
Sino de cosas vistas y sabidas.

Llevó pues Juan de Ampudia los dolientes
Adonde Benalcázar los espera;
A punto se pusieron combatientes
Después de recogidos á bandera,
Y para dar asientos permanentes
A Quito dirigieron su carrera,
Y comenzaron á fundar aprisco
El dia del seráfico Francisco,

Año de treinta y cuatro con los cientos
Quince, que cuenta religion cristiana,
Donde se pregonaron mandamientos
Del rey de monarquía soberana,
Tomando posesion de los asientos
Ganados por la gente castellana,
Dando de San Francisco nombradía
A causa de llegar el mismo dia.

Hízose de justicia y regimiento
Eleccion de personas singulares,
Y luego general repartimiento
De campos, huertas, casas y solares;
Demás desto mortal preparamento
Contra las altas rocas y lugares,
Cuyos altores Hruminavi piensa
Ser adaptados para su defensa.

Doscientos hombres salen escogidos
A domeñar la gente rebelada;
Quedaron ciento bien apercebidos,
Guardando la ciudad recién fundada;
Mas porque para trances tan reñidos
No se requiere pluma mal cortada,
Lo que resta, cortándola primero,
Diremos en el canto venidero.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo Sebastián de Benalcázar prosiguió la guerra contra Hruminavi y los otros capitanes de Alabaliba, que se habian alzado con el reino de Quito, hasta la muerte dellos.

Los que tienen diversas opiniones
Cuando contrarios turban su sosiego,
Y cada cual mediante divisiones
Quiere hacer cabeza de su juego,
Cercanos andan de las perdiciones
Encaminadas por jüicio ciego;
Pues por seguir particulares modos
Y no se conformar se pierden todos.

Cayeron en errores semejantes
Los del reino de Quito pretensores,
Porque, segun que ya tractamos antes,
Eran aquestos cinco ó seis señores,
Todos ellos valientes y pujantes,
Que pudieran en uno ser mejores,
Porque divisos era cosa vista
Ser de menos peligro la conquista.

Era destos el principal tirano
Hruminavi, sagaz, crüel, severo,
Y porque lo tenian mas cercano
Este quisieron allanar primero,
Pues, quebrantada su potente mano,
Lo demás se juzgaba por lijero:
Tenia capitanes de mas suerte
Y el gran peñol de Pillaro por fuerte.

Vieron pues el altura de la peña
Que parecia ser inaccesible;
En lo mas alto della verde breña
Con agua y aparato convenible,
La cual por todas partes les enseña
Ser la subida de rigor terrible,
Haciéndola muy mas inespugnable
Gente que vian ser inumerable.

En el mas riesgo las honrosas canas
De los aventajados orejones,
Todos puestos en orden por andanas
Con varias y diversas prevenciones,
Selva de lanzas, dardos y macanas,
Hondas con apropriados perdigones,
Las violentas galgas y molestas
En partes bien acomodadas prestas.

Visto por Benalcázar el derecho
Peñol cercado de dificultades,
Dijo: «Señores, al español pecho
No suelen espantar fragosidades;
Antes para salir bien con un hecho
Basta poner en él las voluntades,
Pues como su deseo no se tuerza
Nunca les faltará maña ni fuerza.»

Aquesto dicho, baja del rocino
Y encaminó sus piés á la ladera,
Rodela y morrion de acero fino,
Espada do la lumbre reverbera;
Y cada cual se juzga por indino
De quedar en la parte mas zaguera,
Unos garrando, y otros de rodillas,
Y todos bien sudadas las mejillas.

Como los indios vieron ir subiendo
Gente que su rigor no recelaba,
Alzaron grita, y el rumor horrendo
Los montes y los valles atronaba:
Rompe los aires vagos el estruendo
Horrible, que momento no cesaba;
Los brazos fuertes con furor se mueven;
Espesas piedras, lanzas, dardos llueven.

No suenan tan espesos estallidos
Cuando las fuerzas de los fuegos crecen
En los espesos montes encendidos,
Que de rocío y humedad carecen,
Siendo de bravos vientos conmovidos.
Que los soplan, avivan y engrandecen,
Cuantos son los crujidos de la honda
Que suena aquí y allí y á la redonda.

Galgas inumerables van saltando,
Que los duros encuentros hacen moles,
Contra los que se vienen acercando
A los que defendian los peñoles;
Y ansí quedaron del cristiano bando
Perniquebrados ciertos españoles,
Y con las otras mas pequeñas piezas
Corriendo sangre no pocas cabezas.

No por esto cesaba la porfía,
Sin se reconocer ánimo falto,
Pues, aunque maltractados, todavía
Perseverantes van en el asalto,
Y con volantes jaras se hacia
Algun daño también en los del alto,
Y lastimándolos ó padeciendo
Antes iban ganando que perdiendo.

Aquesta rigurosa competencia
Tuvo tan espaciosas dilaciones,
Quel sol queria ya hacer absencia
Daquellos hemisferios y regiones;
Y habian en la dura resistencia
Los indios consumido municiones,
De cuya causa tibios en la ira
Alguna parte dellos se retira.

Después, como se vió la pertinacia
De los que proseguian la subida,
Faltóles con la luz del sol audacia,
Y todos se pusieron en hüida
Por parte que con miedo de desgracia
Tenian antes desto prevenida,
Para hacer desvíos mas prolijos
A tierras y montañas de los quijos.

Los españoles todos recogidos
Con los despojos en aquel altura,
A los perniquebrados y heridos
Se les dió luego la posible cura;
Descansan de trabajos recebidos
Aquel espacio que la noche dura,
Teniendo siempre vigilante guarda
El tiempo quel aurora fresca tarda.

Y cuando descubrió su rostro rojo
Esparciendo la lumbre matutina,
El católico campo y ortodojo
Seguir á Hruminavi determina,
Sobre bárbaros hombros quien va cojo
Debajo de custodia fidedina;
Y como se halló fresca la huella,
Peones y caballos van tras ella.

Hallaron luego por el ciroñito
Indios sin dardo, lanza ni macana,
Porque la gente natural de Quito
Tomaba armas ya de mala gana,
Y todos deseaban infinito
Amistad con la gente castellana;
Y ansí, pidiendo paz, les daban nueva
De la vía que Hruminavi lleva.

Siguiendo lo quel rastro certifica,
Dieron en otra parte mas exenta,
Y un peon, dicho Miguel de la Chica,
Vido cierto gandul que representa
En aquel traje ser persona rica,
Y conociendo ser hombre de cuenta,
Juzgaba que seria vano seso
No le llevar á Banalcázar preso.

Mas él se defendió como valiente,
Sin dejarse vencer del peregrino,
Y un Alonso del Valle que al presente
En Pasto tiene vida y es vecino,
Viéndolo pelear varonilmente,
Batió las piernas al veloz rocino,
Y siendo de uno y otro combatido,
Sin recebir herida fué rendido.

Este fué Hrumanivi, desgraciado
En hallarse con pocos orejones,
Al cual luego pusieron á recado
Con guarda de caballos y peones:
De su muerte no soy certificado,
Pero creo morir en las prisiones;
Y ansí se concluyó su valentía
Y los conceptos altos que tenia.

El fuego mitigado desta fragua
Con soplos ambiciosos encendida,
Fueron adonde está Topozopagua,
Otra roca muy mas fortalecida,
Dentro mantenimientos, leña y agua,
Aunque la gente no tan escogida,
Pero pasos mas duros y derechos
Y grandes prevenciones de pertrechos.

Acometieron el dudoso fuerte
En tres ó cuatro partes divididos:
Defiéndense los indios de tal suerte,
Que quedan españoles mal heridos,
Aunque ninguno dellos fué de muerte,
Pero todos confusos y corridos
De ver en indios pertinace brio,
Y cómo su trabajo fué baldío.

Otro dia la roca se tantea
Por ver la parte menos impedida,
Pero ninguna ven do no se vea
Imposibilitada la subida,
Y, si les es posible, que no sea
Con manifiesto riesgo de la vida;
Y ansí lo que por fuerza no se puede
Hacer, la buena maña lo concede.

Ven cierto lado del peñol derecho,
Pero la parte baja de manera
Que por no ser altura de gran trecho
La podrian subir con escalera,
Y desde allí podrian á provecho
Caminar lo demás de la ladera:
Hicieron pues unas escalas altas,
Pero no tanto que no fuesen faltas.

Y cuando ya Morfeo, con obscuro
Sueño, cansados ojos regalaba,
Pareciéndoles ser tiempo seguro
Para subir donde se deseaba,
Las arrimaron al altivo muro;
Mas el remate dellas no llegaba,
Y todavía Florencio Serrano
Trabajó de llegar á lo mas llano.

Asiendo de las rugas de la roca
Con ambas manos lo mejor que pudo,
El espada pendiente de la boca,
A las anchas espaldas el escudo,
Hasta que con los piés lijeros toca
Por do poder llegar al vulgo rudo;
Luego subió tras él Gomez Fernandez,
Subyectos ambos á peligros grandes.

Después quel primer suelo sentenia
Por estos dos que nuestra ritma canta,
El resto de la gente que venia
No padecia ya fatiga tanta,
A causa de que cada cual subia
A los cabos asido de una manta,
Que los primeros con el pié quieto
Cuelgan y tiran para tal efeto.

De la manera dicha, brevemente
Con el industria de las dichas telas,
Subió la mayor parte de la gente,
Sin los sentir allí bárbaras velas;
A lo mas alto van incontinente,
A punto las espadas y rodelas,
Hasta llegar al cuerpo del gentío,
Mal advertido por el mucho frío.

Acometen, y sueltan lenguas mudas
Diciendo ¡Santiago! denodados:
Las tajantes espadas van desnudas,
Y los escudos fuertes embrazados,
Las manos vengadoras y sañudas
Rompen pechos, cabezas y costados,
Sin que reserven en aquel instante
Cosa que se les ponga por delante.

Suena rumor horrible por el alto,
La voz confusa, la mortal querella:
Arma no hallan con el sobresalto,
Ni se les da lugar á jugar della;
El mas aventajado quedó falto,
Mas no de turbacion, pues que con ella
Se precipita por adonde puede
Y por donde lugar se le concede.

Bien como ciervo que temor incita
A quien tocaron ya caninos dientes,
Que huyendo de perros y de grita
Por cima de peñascos eminentes,
Dellos por escapar se precipita
Y arroja sin mirar inconvinientes,
Y libre de la boca del latrante
La muerte que huyó halla delante:

Ansí los recogidos en el fuerte,
Como de noche son sobresaltados,
Huian muchos dellos de tal suerte,
O por los unos ó los otros lados,
Que con temores grandes de la muerte
Algunos perecieron despeñados,
Y muchos dellos presos y captivos
De los restantes que quedaron vivos.

Huyó Topozopagua destos trances
Con los que pudo de la muchedumbre,
Y aunque hizo sus cuentas y balances
Para volver á dalles pesadumbre,
Diéronle tan apriesa los alcances
Que lo rindieron á la servidumbre,
Y á Quingalumba y otros no menores
Que pretendian ser grandes señores.

Quisquiz restaba, cuya confianza
Fué grande prosiguiendo su porfía;
Rogóle Guaypalcon que con templanza
Pidiese paz, y como no queria,
Por los pechos le dió con una lanza,
Y ansí se concluyó la valentía
Del buen Quisquiz, que entre los orejones
Fueron muy grandes sus reputaciones.

Aqueste capitán (1) no fué tirano,
Sino que solamente pretendia
Restaurar el imperio de su mano
Para lo dar á quien pertenecia.
El reino pues de Quito quedó llano,
O lo que dél al caso les hacia;
Y ansí procuran por tierras no vistas
Estender adelante sus conquistas.

Pues otra mayor trompa que Syringa
Riquezas prometia de gran fasto (2)
En tierra que se llama Quillacinga,
Donde es agora la ciudad de Pasto,
Provincia conquistada por el Inga;
Do mandan ir al capitán Añasco,
Y allí con principal gente de guerra
El comenzó de conquistar la tierra.

(1) Este Quisquiz fué capitán de Atagualpa; fué compañero de Chalcochima, y ambos prendieron á Guascar Inga, que era hijo legítimo de Guaynacapac, y lo mató. Y ansí fué tirano Quisquiz, y Chalcochima y Atagualpa. Y ansí toda esta estancia se debe enmendar si se ha de escribir cierto. Porque yo averigüé por justicia esta verdad y toda la monarquía de indios Ingas y conquista de españoles en tiempo del virey don Francisco de Toledo. (*Nota de mano de Pablo Sarmiento.*)

(2) Por fausto.

Después que con aquella gente vino
Añasco, Benalcázar inquiria
Un indio forastero peregrino
Que en la ciudad de Quito residia,
Y de Bogotá dijo ser vecino,
Allí venido no sé por qué via;
El cual habló con él, y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica.

Y entre las cosas que les encamina
Dijo de cierto rey que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblacion segun él vido,
Ungido todo bien de trementina,
Y encima cuantidad de oro molido,
Desde los bajos piés hasta la frente,
Como rayo del sol resplandeciente.

Dijo mas las venidas ser contínas
Allí para hacer ofrecimientos
De joyas de oro y esmeraldas finas
Con otras piezas de sus ornamentos,
Y afirmando ser cosas fidedinas:
Los soldados alegres y contentos
Entonces le pusieron el Dorado
Por infinitas vias derramado.

Mas él dentro de Bogotá lo puso,
O término quel nuevo reino boja,
Pero ya no lo pintan tan incluso,
En él que su distancia lo recoja,
Antes por vanidad de nuestro uso
Lo finge cada cual do se le antoja,
Y en cuanto se descubre, corre y anda,
Se lleva del dorado la demanda.

Aquí pues damos la razon abierta
De do le vino pico á la castaña,
Lo cual os vendo yo por cosa cierta,
Y lo demás que dicen es patraña;
Ansí que la tal es demanda muerta
Y fantasía de verdad estraña:
Mas bien guiada llevará la proa
Quien procurare ver lo de Manoa.

Tierra que de ninguno fué hollada,
Y reinos que demoran al oriente
De aqueste nuevo reino de Granada,
Do hallarán inumerable gente
En las costumbres bien diferenciada
Y no menos en traje diferente:
Para llegar es poca la distancia,
Y creo que será de gran substancia.

Pues en tan largos y prolijos senos,
En el presente tiempo no sabidos,
Salvo por las noticias de que llenos
Tenemos los antíguos los oidos,
Es imposible no hallarse buenos
Algunos, y en provincias estendidos,
Del rio de Uyapar al de Orellana,
Do cae la provincia de Guayana.

Mas esta buena tierra que sospecho,
Por muchas leguas á la mar no llega,
Porque los llanos en crecido trecho
Gran multitud de rios los aniega;
Los pueblos tienen en algun repecho
Adonde la creciente no los riega;
Otros viven también en barbacoas,
Y unos y otros tienen sus canoas.

Aquesta relacion que doy agora,
Juan Martin, un soldado, la revela,
El cual es hoy vecino de Carora
En la gobernacion de Venezuela,
Y allí hizo siete años de demora
Entre gente que nunca cubre tela,
Porque sus galas son y gentileza
Pintar las que les dió naturaleza.

De don Pedro de Silva fué soldado,
Y entró con él cuando llevaba pio
De descubrir la tierra del Dorado,
Con pocos y con un solo navío
Que le quedó; y ansí mal avíado
Se metió por un brazo del gran rio
Del Marañon acia la mano diestra,
Que no fué para él sino siniestra.

Apartado del término marino,
Por allí subiria como treinta
Leguas, ó poco menos, de camino,
Y vista tierra que se representa
Fértil, sacó su campo peregrino,
Cuyo número fué ciento y setenta
Soldados, que dispuestos para guerra
Comenzaron á descubrir la tierra.

Pelearon con bárbaras naciones,
Saliendo bien de muchas competencias;
Mas como todos eran chapetones
Y mal propicias estas influencias,
Luego cargaron indispusiciones,
Y fueron tan pesadas las dolencias,
Que dellas y de llagas y mosquitos,
Quedaron con la vida muy poquitos.

Y como ya los viese desta suerte
El natural, de piedad esquivo,
Con ímpetu rabioso se convierte
A que ninguno dellos quede vivo,
Y ansí murieron todos mala muerte,
Escepto Juan Martin, que fué captivo,
Que cuasi por grandeza lo reserva
Para servirse dél esta caterva.

Lo cual hizo con toda diligencia
Al indio principal que lo tenia,
Y en cualquiera guerrera competencia,
De muchas que tenian cada dia,
En el acometer ó resistencia
La parte del contrario lo temia:
El finalmente tuvo tales modos,
Que ya por él se gobernaban todos.

Y en ardides del militar oficio
Ninguno proveyó que no cuadrase;
Y como no hacian ejercicio
Do con ventaja no se señalase,
Tuvo mujeres, casas y servicio
Y tierras adaptadas que labrase;
Reprehendia flojos, torpes, malos,
Hasta les dar de coces y de palos.

Al lenguaje quel bárbaro hablaba
Estuvo con oidos tan atentos,
Que ninguno mejor articulaba
La dura cuantidad de sus acentos;
Y ansí de luengas tierras procuraba
Saber con especiales documentos,
Y desde el Marañon, do residia,
Al Viapari qué leguas habria.

Y poco mas ó menos hecha cuenta
De soles que ponian de tardanza
(Pues un sol cada dia representa,
Segun entrellos es comun usanza),
Eran sobre trescientos y cincuenta
Leguas, y numerosa la pujanza,
En medio de provincias estendidas
Hasta hoy nunca vistas ni sabidas.

Son Alagarian, Mayos, Meriones,
Pererías, Anita, Pericoros,
Donde hay inumerables poblaciones,
También Carunarota, Tapamoros,
Y otras que vienen en sus relaciones,
Mas todas ellas faltas de tesoros;
Algun oro poseen medio cobre,
Y en todo lo demás es gente pobre.

Los indios entre sí de paz remotos,
Los mas dellos traidores inhumanos,
Pues hay caribes, y hay paravocotos,
Decayos, tivuties, siyaguanos,
Hay ciaguanes y hay calamocotos,
Chapaes, atüacas, mas urbanos,
Y entre los rios dos ya memorados
Hay otros ocho todos señalados.

El uno mayormente dicho Toco,
Que cuando las arenas del mar toca
Mas poderoso va que el Uriuoco,
Pues cuatro leguas largas son de boca;
Y aun el autor afirma dalle poco,
Antes su latitud no ser tan poca;
Los otros dice no venir tan llenos,
Sino que son la tercia parte menos.

Estos rios son fines y aledaños
A cada cual nacion allí poblada,
Pues como Juan Martin por tantos años
Tuviese ya la tierra tanteada,
A los que de verdad viven estraños
Determinó de dalles cantonada,
Porque le remordia la conciencia
Vivir entre tan bárbara demencia.

Y ansí debajo del favor divino
Y católico celo que lo incita,
Tentó peligrosísimo camino
De bestias fieras y nacion maldita,
A fin de se llegar por aquel tino
Acia la Trinidad y Margarita,
Pues los indios á ellas comarcanos
Le darian noticia de cristianos.

Que bien podia sin pedir licencia
Salir del pueblo siempre que queria;
Y ansí mil veces hizo dél absencia
A rescatar por una y otra via,
Mediante la sutil inteligencia
Que del lenguaje bárbaro tenia,
Yendo y viniendo sin tener mas cuenta
Con él que con cualquiera que se absenta.

Siendo pues desta suerte libertado,
Cuando tenian dél menos sospechas,
Untóse de betumen colorado,
Y armóse de macana y arco y flechas:
El hayo y el poporo preparado,
Con las demás costumbres contrahechas,
Y en traje y aparencia de salvaje,
Puso descalzos piés en el viaje.

Invocando la Majestad divina
Del alto Criador de tierra y cielo,
Y á la que los errados encamina,
Quiera romper el tenebroso velo
Llevándolo de tierra tan malina
A parte de católico consuelo;
En la cual oracion perseverante,
De nacion en nacion pasó delante.

Vióse con gentes de crüel motivo,
Donde no reparó por ser bellacas,
Y donde fué milagro quedar vivo
Segun llevaba ya las fuerzas flacas:
Al fin pudo llegar á Vesequivo,
Rio que está poblado de arüacas
De noble condicion, y aunque guerreros
Tractan con caridad los estranjeros.

Acariciaron bien al indio estraño,
Entre los cuales seis meses habita,
Por ser esta nacion libre de engaño,
Que á quien le pide paz no se la quita;
Y como suelen estos ir cada año
En sus piraguas á la Margarita
A rescatar con gente baptizada,
Allá se fué con la primer armada.

Llegados á la isla que refiero,
En el puerto saltó hecho salvaje
Con la postura y el meneo fiero
Que suelen los que son deste linaje;
Y fué, tomada tierra, lo primero
Ir á la iglesia con el mismo traje,
Y ante el altar hincado de rodillas,
Con lágrimas regando las mejillas,

Dijo, hablando lengua castellana:
«Bendito seais vos, Redentor mio,
Y vuestra Madre, Vírgen Soberana,
Que sin yo merecer favor tan pio,
Me trajistes á caridad cristiana
De las tinieblas del bestial gentío.
¿Qué gracias, qué alabanzas, qué servicio,
Haré por tan supremo beneficio?

»A este vuestro siervo sin provecho
Iovialde, Señor, divino cebo,
Santa sinceridad, un limpio pecho,
Puras entrañas, un corazon nuevo,
Para que por el bien que me habeis hecho
Os sepa dar las gracias como debo,
Pues mi talento nada bueno tiene
Si de vuestras alturas no me viene.»

Oyendo decir cosas semejantes
A indio que traia pampanilla,
Y razones tan vivas y elegantes
En bien cortada lengua de Castilla,
Luego le rodearon circunstantes
Para saber aquella maravilla,
Y en un momento templo y sacristía
De gentes admiradas no cabia.

Al razonar están bocas abiertas,
Y él dijo: «Por amor de Dios os pido
Que mis curtidas carnes descubiertas
Las honesteis, señores, con vestido,
Porque después, de cosas que son ciertas
Podré satisfacer al buen oido;
Pues el que viene desde el rio Toco
Lo mucho no podrá decir en poco.»

Mas antes de decir estas razones,
Como su propria vista los avisa,
Uno venia ya con los jubones,
Otro con zarafuelles y camisa,
Otro con sayo, capa y otros dones,
Para lo componer á nuestra guisa;
Y su persona toda reparada
Le dieron muy á gusto la posada.

Después dió cuenta de su perdimiento
En busca y en demanda del Dorado,
Que no tiene ni tuvo fundamento
Otro mas del que tengo declarado;
Algunas cosas mas de las que cuento
Dice, de que no soy bien informado,
Mas sé de cierto que no certifica
Nueva ni relacion de tierra rica.

En un sola relacion estriba:
Quel arüaca para su ganancia
Navega por los rios muy arriba,
Camino de grandísima distancia,
Donde no falta gente que reciba
Su contracto por cosa de importancia;
Y destas ferias, tractos y rescates,
Traen oro de hasta diez quilates.

Van por los rios que les son anejos,
Do tienen sus perpetuas poblaciones;
Y segun en la mar hacen los dejos,
No me parece fuera de razones
Juzgar que se derivan de muy lejos,
Regando diferencia de regiones;
Y donde Juan Martin morada hizo
En los inviernos es anegadizo.

Y aunque solian ir á hacer guerra
Por los campos enjutos en verano,
Y entraban muy adentro por la tierra
Todos los años con armada mano,
Nunca jamás pudieron ver la sierra
Que norte-sur perlonga por el llano,
Adonde de Manoa y de Guayana
Creemos la noticia no ser vana.

Ansí que por aquellas vecindades,
Tengo por cosa muy averiguada
Que hallará cien mil dificultades
El que tentare de hacer entrada,
Y grandísimas las comodidades
Desdeste nuevo reino de Granada;
Pues de la falda dél, teniendo tino,
No son doscientas leguas de camino.

Tener tal opinion por cosa cierta
A nadie le parece desvarío,
Pues sabemos volverse de la puerta
El capitán Antonio de Berrío,
Porque para hacella mas abierta
Llevaba de soldados mal avío;
Y ansí le pareció que convenia
No proceder con poca compañía.

Año de ochenta y cuatro, por enero,
Deste reino salió con cien soldados,
A las espensas deste caballero
La mayor parte dellos aviados,
La via del oriente que refiero,
Por campos de español nunca hollados
(Quiero decir aquella derescera),
Y ansí pudo ver otra cordillera.

Pasó los rios Pauto, Cazanare
Y al de la Candelaria dicho Meta,
A Dubarro, y á Daume y al Guauyare,
Con otros que mi pluma no decreta;
Pero tiempo verná que los declare
Con relacion que sea mas aceta,
Pues el Dorado por andar avieso
Nos ha hecho sacar este digreso.

Yendo pues el Antonio de Berrio
Por donde nunca fué cristiana gente,
No sin escaramuzas del gentio
Mas acá de la sierra residente,
Antes della topó con el gran rio
Barraguan, sobre todos prepotente;
Y ansí, para pasar tan largo trecho,
Hicieron barco grande muy bien hecho.

A su ribera juntos y cercanos
Por el barco hicieron asistencia,
Estando de la sierra comarcanos
Siete leguas segun el aparencia:
Habia dellos ya muy pocos sanos,
Porque prevalecia la dolencia,
Y para procurar llegar á ellas
Hacian los enfermos grandes mellas.

Todavía Berrio con la gana
De ver aquellos senos abscondidos,
Escogió de la gente castellana
Catorce de los menos impedidos,
Y á pié, por no ser ya la tierra llana,
Anduvieron cansados y perdidos,
Y sin poder romper las espesuras
Se volvieron con recias calenturas.

En estas atrevidas estaciones
Gastó diez dias en ida y venida:
Quizá fueron divinas provisiones
El no hallar camino ni subida,
Pues á dar en algunas poblaciones
Ningunos escaparan con la vida,
Y cuando revolvieron al asiento
Iban enfermedades en aumento.

También en el temor eran iguales,
Pues para proceder todos temblaban,
Viendo la multitud de naturales
Que por entre los rios les quedaban,
Y pasada la sierra, principales
Noticias que captivos indios daban,
Señalando con mil admiraciones
Bárbaros diferentes en naciones.

Y Alvaro Jorge, capitán prudente,
De quien yo tengo llena confianza
No ser en escrutinios negligente
Ni tener en sus cosas destemplanza,
Informándome dél, dice que siente
Haber tras de la sierra gran pujanza,
Segun un su captivo le decia,
Al cual prendieron por aquesta via.

Uno que por su honor quiero callallo,
En un encuentro de sangriento duelo
Batió las piernas por alanceallo,
Y el bárbaro gallardo sin recelo
Abrazóse con el veloz caballo,
Y con el caballero dió en el suelo:
Acudieron peones al combate
A socorrello porque no lo mate.

El indio, la macana levantada,
Sin muestra de temores los espera,
Rebatiendo cualquiera cuchillada
Librada por la gente forastera;
Mas uno dellos con un estocada
Las tripas al gandul echó de fuera,
El cual con una mano las metia,
Y con otra, de tres se defendia.

Alvaro Jorge, vista la refriega
Y el bárbaro feroz cuán bien se vende,
Batió las piernas y á caballo llega
Adonde el aguazávara se enciende,
De tal manera, que con él se pega
Y de los españoles lo defiende;
Al fin sin acaballo fué rendido
Y con piadosa cura socorrido.

Pues usando de próvida clemencia
Alvaro Jorge, noble lusitano,
Tuvo tan cuidadosa diligencia
Que dentro de ocho dias quedó sano;
Y gran tiempo después de la pendencia
El lo tuvo debajo de su mano,
Haciéndole regalos y caricias,
Y ansí coligió dél muchas noticias.

Dijo como verán á la vertiente
De aquella sierra poblacion crecida,
Y un rio mas allá cuya creciente
Anibila la mas engrandecida,
Y otra sierra después mas eminente
Adonde hallarán gente vestida;
Y el agua grande dijo que se llama
Manoa, que es Guayana segun fama.

Refrescó demás desto los oidos
Con nuevas ya tractadas aunque raras,
Y son, de las mujeres sin maridos,
Armadas con aljabas y con jaras;
Y por naturaleza proveidos
Hombres, en la cabeza, de dos caras (1);
Y en indios de los llanos la conseja
Es cosa no moderna, sino vieja.

Porque también afirman indios viejos
Haber vecinos en aquel paraje
Que en barbas y cabellos son bermejos,
Diferentes deste comun linaje,
Valientes y mas vivos en consejos,
Mas pura desnudez su proprio traje,
Solo cubrian partes vergonzosas:
Esto decia y otras muchas cosas,

Que por no ser palpables ni visibles,
Sino con turbio velo de estrañeza,
A todos nos parecen increibles,
Y no dudar en ellas es torpeza;
Pero muchos sospechan ser posibles,
Pues las puede hacer naturaleza;
Y destas ponen hartas los autores
Antiguos, en espanto no menores.

Y ansí, pues que me viene tan á mano,
Quiero deciros una cosa estraña
Afirmada por hombre baquiano
De quien puedo creer que no me engaña,
Y es Melchior de Barros, lusitano,
Soldado de Pirú y de Nueva-España,
Al cual tengo por huésped de presente,
Y vido por sus ojos lo siguiente:

Seria por el año de setenta,
Cuando, de gente y armas pertrechado,
Salió del Cuzco por buscar mas renta
Juan Alvarez, que llaman Maldonado;
Y en el entrada donde se presenta,
No mucho de los Andes apartado,
De los pigmeos que la fama siembra
Captivaron un macho y una hembra (2).

Y por ser mas veloz en la hüida
Quel marido la mínima zagala,
Alcanzóla de lejos impelida
De salitrosos fuegos una bala:
La miserable dió mortal caida,
Sin ella merecer obra tan mala;
Viendo quien la hirió de sí cercano
Tapábase la vista con la mano.

Con voz en sumo grado delicada,
Segun persona de razon se queja;
Pero de tal manera pronunciada
Que cosa que perciba no le deja;
En su tamaño bien proporcionada,
Y al rostro suyo perfeccion aneja,
Tal, que no le faltaba hermosura,
Y un codo poco mas el estatura.

(1) Estos son los Iscaycingas, que quiere decir dos narices y no dos caras.

(*Nota de mano de Pablo Sarmiento.*)

(2) No hubo tal cosa, que yo estaba allí, y Juan Alvarez Maldonado en Lima.

(*Nota de mano de Pablo Sarmiento.*)

El compañero que quedó captivo
Entre las castellanas compañías,
Al Cuzco lo mandaron llevar vivo,
Y allá murió dentro de quince dias,
Callado, congojoso, pensativo,
Aunque lo regalaban por mil vías:
Allí llaman á estos sachalunas (1),
Y no pudieron ver otras algunas.

Deste paraje donde los hallaron
(Que fué de los haber muestra bastante),
Por rio, dicho Magno, navegaron
Mas de doscientas leguas adelante;
Y en cierta playa donde ranchearon
Para mirar la tierra circunstante,
Del campo salen con Diego de Rojas
Once con arcabuces y con hojas.

E yendo por un arboleda clara,
Limpio suelo, los árbores lejanos,
Y tan altos que apenas una jara
Pasara sus estremos soberanos:
El pié del uno no se rodeara
Con diez hombres asidos de las manos;
A cuya sombra fresca y espaciosa
Una vision estaba monstrüosa.

Salvaje mas crecido que gigante,
Y cuyas proporciones y estatura
Eran segun las pintan en Atlante,
De hombre natural la compostura,
En el hocico solo discrepante,
Algo largo y horrenda dentadura,
El vello cuasi pardo, corto, claro,
Digo no ser espeso, sino raro.

De fiudoso baston la mano llena,
El cual sobrepujaba su grandeza,
Pues era como la mayor entena
Y del cuerpo de un hombre la groseza;
Y aqueste meneaba tan sin pena
Como caña de mucha ligereza:
Hermafrodito, porque los dos sexos
Le vieron no mirándolo de lejos.

Yendo Rojas delante sin sospechas
De tal encuentro, los de retraguarda,
Viendo moverse piernas tan mal hechas,
A grandes voces dicen: ¡guarda, guarda!
Apuntan los cañones do las mechas
Impelen luego la pelota parda,
Y todos, por tener ancho terrero,
Acertaron á dar al monstro fiero.

Cayó con el baston en tierra dura,
Rompiendo con baladros vagos vientos,
Y el dicho Melchior de Barros jura
Que hizo la cercana sentimientos
Con temblores, y al tiempo que procura
Levantarse, cebaron instrumentos
Con uno y otro tiro penetrante,
Estorbando que mas no se levante.

Del aliento vital desamparado,
Mandaban un soldado diligente
Con avisos al dicho Maldonado
Que la monstruosidad le represente;
Mas túvose después por acertado
Que vuelvan todos ellos juntamente,
Y ansí fueron al campo detenido
A dalle cuenta de lo sucedido.

Movido por los ciertos mensajeros
A ver tan monstrüosos animales,
Vino con treinta y dos arcabuceros,
Mas no hallaron mas que las señales
De la sangre, con los revolladeros
De rastros en grandeza tan iguales,
Y segun pareció por las florestas
El defunto llevaron á sus cuestas.

Caminan por el rastro que seguido
Subió acia la sierra que frontera
Tenian, en la cual oyen rüido
Tan grande, que temblaba la ladera:
Juan Alvarez, que tal estremo vido,
A todos les habló desta manera:

«No vengo yo, señores, á contienda
De monstros, mas de gente que me entienda.

»Volvámonos en paz á buscar tierra
Donde hallemos racional cultura,
Porque meternos en aquesta sierra
Paréceme grandísima locura.»
Porfiaban con él que no se yerra
En dalle conclusion al aventura;
Mas él los increpó de gente suelta,
Y ansí con todos ellos dió la vuelta.

Aquí no contaremos el suceso
Que tuvo su larguísima carrera,
Por relatar el mas largo proceso
De nuestro Benalcázar, que me espera,
Y me hizo sacar este digreso
Para deciros que en aquella era
Se levantó la fama del Dorado
Por lo que ya dejamos declarado.

Paréceme que doy justas escusas;
Y si salieron otras digresiones
Que en el discurso desta van inclusas,
Enlázanse razones de razones,
Que cumple para no quedar confusas
Alargarnos en las declaraciones;
Pues en comedias suelen muchas veces
Entremeter graciosos entremeses.

Y pues pasaron estos, razon manda
Tentar otro viaje mas prolijo,
Y es el de Benalcázar, el cual anda,
No sin solicitud y sin cojijo,
Apresiándose para la demanda
De lo quel indio de Bogota dijo;
Y por ser cosas de gustoso cebo
Su principio será con canto nuevo.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á sí el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes.

Si pudiesen por letras ser patentes
Los pasos por do fueron los primeros,
Escelsas cumbres, sierras eminentes,
La brava multitud de los guerreros,
Pornian en espanto los presentes
Y en gran admiracion los venideros,
Y ternian por hechos soberanos
Aquellos que resultan de sus manos.

Mas como los que vienen nuevamente
Hallan ya por allí meson y venta,
Guisada la comida, y el sirviente
Humilde para lo que les contenta,
Nada, viendo no mas de lo presente,
De lo pasado se les representa;
Y ansí no corre mas baja moneda
Que quien lo conquistó, si vivo queda.

Y no fué cada cual, á lo que veo,
Menor en allanar dificultades,
Quel nieto validísimo de Alceo,
Celebrado de las antigüedades;
Porque no son las del leon Nemeo,
Sino mayores monstrüosidades,
Y si los tales eran hechos buenos
No fueron los de Benalcázar menos.

El cual, dispuesto para la jornada
Que vistes en la rhitma precedente,
A la ciudad volvió recién fundada
Del dicho San Miguel á buscar gente,
Dejando con caballos aviada
Aquella que tenía de presente,
Con Ampudia, que luego hizo vía
A Pasto, donde Añasco residia.

Fué Juan de Ampudia dél obedecido
Por general, supuesto que traia
Buenos recados y poder cumplido
Del dicho Benalcázar, que lo invía:
Cada cual dellos pues apercebido,
Y el indio que dijimos siendo guia,
A Bogotá dirigen su cuidado
En busca y en demanda del Dorado.

(1) Sacharunas son hombres salvajes, y son grandes y vellosos.
(Nota de Pablo Sarmiento, quien enmienda Sachalunas por Sacharunas.)

Anduvieron gran número de dias,
Rompiendo por montañas despobladas,
Tristes, lluviosas, cenagosas, frias,
De luz y de salud desamparadas,
De por medio las altas serranias
Y cordillera de sierras nevadas,
Que dividen la poderosa vena
Del rio Cauca y de la Magdalena.

Viendo cómo la gente perecia
Y que la tierra daba mala muestra,
A todos pareció que convenia
Ir declinando acia la siniestra
Mano; mas aquel bárbaro porfia
Que su Dorado dejan á la diestra,
Y ellos huyendo de los despoblados
A Cibundoy salieron mal parados.

Provincia que tenia sus terrenos
De buenos alimentos proveidos,
Donde llegaron ya caballos menos
Y algunos españoles fallecidos:
Reformáronse pues en estos senos,
Estando veinte dias detenidos,
Desde donde salian en cuadrillas
A descubrir las mas cercanas villas.

Destos una guerrera compañía
De fuertes caballeros y peones
Descubrieron el valle de Patía,
Adonde vieron buenas poblaciones
Y gente bien armada, que venia
Con brazaletes, pectos, morriones
Y otras diversas joyas de oro fino,
Agradables al campo peregrino.

Rodearon con redes las zavanas
Para tomar con ellas los caballos:
Los nuestros, como viesen partes llanas,
Do pueden á su gusto menealos,
Jugaron de las astas castellanas
Sin temor de las redes ni trasmallos;
Y ansí caidos como los enhiestos
Quedaron de sus joyas descompuestos.

Conclusos los guerreros movimientos
Y vencida la bárbara braveza,
Recogieron aquellos ornamentos
Y á Cebundoy volvieron con presteza,
Alegres, placenteros y contentos
Por ser indicio de mayor riqueza;
Y ansí todos entraron en Patía
Para ver los secretos que tenia.

Asentaron real en los ejidos
Para se defender acomodados,
Y tres dias después de ser venidos,
Estando del asalto descuidados,
Fueron de multitud acometidos
No menos que por todos cuatro lados,
Cada cual indio con pavés de danta
Que cubre de los piés á la garganta.

Los rostros con pinturas espantables,
Muestra de la braveza de sus pechos,
Caribes, carniceros, detestables;
Lanzas y dardos eran los pertrechos
Que defensivos hacen penetrables,
Por ser de palma, duros y bien hechos;
Un rüido feroz, un ronco canto
Que no dejaba de causar espanto.

Escuadras á su modo bien compuestas,
Regidas por caudillos principales;
Sobre coronas de oro van enhiestas
Plumas y colas de otros animales;
Gran número de redes dejan puestas
En los caminos y cañaverales,
Con todos los avisos y recados
Que suelen en las cazas de venados.

Porque si de sus manos escapase
O ya caballo, ya peon lijero,
Allí se detuviese y ocupase
En los opuestos lazos del sendero,
Y gente que los pasos reguardase
Y en ellos prevenido carnicero,
Que cuando cae la fugace caza
Con mano liberal la despedaza.

Reparte pues Ampudia sus soldados
Con la presteza que se requeria:
Salen los caballeros bien armados
Al lado cada cual que le cabia;
Ciento y setenta son los señalados
De peones y de caballeria,
Y de los enemigos diligentes
Sobre tres mil robustos combatientes.

De las robustas y violentas manos
Ya los jáculos vuelan á porfía,
En partes rasas y lugares llanos,
Segun el español apetecia;
Auméntanse les golpes inhumanos,
Suena la descompuesta vocería,
Pelea cada cual donde se halla,
Sin ver quién hace mas en la batalla.

Porque de tantos eran rodeados,
Que no se dejan ver bazañas bellos;
Bien como muchedumbre de nublados
Impide claridad de las estrellas,
Hasta tanto que son ahuyentados
Por secos vientos y parecen ellas:
Ansí no ven la gloria ni la injuria
Hasta que ya pasó primera furia.

El de caballo rompe y atropella
Cambiando aquí y allí lanza no tarda;
El brioso peon sigue su huella,
Que con gran vigilancia lo reguarda;
Cada cual en su puesto hace mella
Por la gente que via mas gallarda:
Rompe los aires vagos con gemidos
La grande multitud de los caidos.

Hierve la furia, crece la matanza,
Como lobos entre balantes reses,
Anda lista la punta de la lanza,
Apresurados pasos y reveses;
Huellan los de católica crianza
Por cima de los dardos y paveses;
Y bárbaros que dellos tienen usos
Revueltos, descompuestos y confusos.

Finalmente, la gente baptizada
La priesa que les dió fué de manera
Que la bárbara, vil y desalmada
Tuvo por bueno de salirse fuera
Del compás que tenia la llanada,
Teniendo por mejor una ladera;
Y ansí pusieron tierra de por medio,
Que fué lo principal de su remedio.

Repararon las gentes españolas,
Ya deseosos destos intervalos,
Pero dos con caballos á sus solas
Fueron tras ellos, y en los pasos malos
Indios les echan mano de las colas,
Y allí les daban infinitos palos;
Y si tan presto no los socorrieran
Ellos y los caballos perecieran.

Desta manera Florencio Serrano,
Por quitar á dos indios los joyeles,
A pié tras ellos fué, mas ya cercano
Revuelven contra él como lebreles,
Con paveses y dardos en la mano,
Segun suelen aquellos infieles:
No le bastó rodela ni reguardo
Para que no lo hieran con un dardo.

Pegáronse con él, vista la llaga,
Rebatiendo con furia sus pertrechos,
Para que con humana carne haga
Los carniceros vientres satisfechos;
Aprovechóse presto de la daga,
Atravesando los caribes pechos:
Escapó dellos y de la herida,
Y en el presente tiempo tiene vida.

Alguna gente de caballo vido
Aquel conflicto y afliccion notoria,
Y no pudo ser dellos socorrido,
Por no hallarse via transitoria:
Al fin él, puesto caso que herido,
Volvió con ricas joyas y victoria;
Y todos sin mortífera querella
Allí tuvieron razonable pella.

Descansaron la noche, y otro dia
Parte de los caballos y peones
Recorren aquel valle de Patia,
Descubriendo bien puestas poblaciones,
De las cuales la gente les huia
Sin intentar belígeras cuestiones:
Hallaban proveidas las posadas,
Y ansí hacian cortas las jornadas.

Yendo pues nuestra gente castellana
Mirando bien el uno y otro seno,
Subieron con frescor una mañana
A parte que mostró mejor terreno,
Crecida poblacion en tierra llana,
Y de grata labor el campo lleno:
Tierra de Popeyán, de cuyas venas
Dorados granos daban manos llenas.

Era la fuerza deste principado,
Que Popayán tenia por segura,
Un espacioso fuerte rodeado
De guadubas nativas y espesura
De cerca, que tenia cada lado
Sobre cincuenta pasos en anchura:
La cual cerca, demás de ser tan gruesa,
Era sobremanera muy espesa.

Son cañas altas, huecas, pero duras
Tanto que no terné por gran esceso
Comparallas en estas escripturas
A la dureza del humano hueso:
Largos cañutos son sus coyunturas,
Como muslo de un hombre lo mas grueso;
Allí muy enhetradas y nacidas
De muchos años y de largas vidas.

Pues como viesen ir nuestros soldados
Los que dellos estaban en espera,
Siendo de centinelas avisados,
Del cercado que digo salen fuera
Cuantidad de tres mil hombres armados,
A fin de les tomar una ladera,
Con posturas gallardas y lozanas,
Paveses, dardos, lanzas y macanas.

Inumerables joyas fanfarronas
Del oro quel latino llama puto,
Con pectos, brazaletes y coronas
Que son segun caperuzas de luto,
De bija rubricadas las personas,
Alarde y escuadron no mal instruto,
Y cargadas de dardos mil mujeres
Que servian en estos menesteres.

El alto pues tomó nuestro caudillo
Primero que la gente de Poporo,
Y tanto metal vieron amarillo
Que con la muestra de mayor tesoro
Dijo riendo Miguel de Trujillo:
«¡Oh! plegue á Dios, amén, con tanto oro;
Buen ánimo, buen ánimo, cristianos,
Que bien teneis donde llenar las manos.»

Acometiéronles desde las cuestas
Para quitar las crestas á los gallos;
Mas ciénagas hallaron contrapuestas,
Impedimento para los caballos;
Llevaban solamente tres ballestas
Y amparo de quien sepa reguardallos,
Y destas ayudados los peones
Pasaron empleando los harpones.

Con valor admirable pelearon,
Y furia de los indios resistieron,
Hasta que los caballos ya pasaron
Por cómodo lugar que descubrieron;
Con gran obstinacion indios cargaron,
Y con mayor los nuestros combatieron,
Aunque no con avisos convinientes
Por se hallar en partes diferentes.

Uno de los jinetes se abalanza
Solo, sin tomar término medido,
Mas de la mano le sacó la lanza
El bárbaro con ella mal herido;
Tomara con la misma la venganza,
A no ser de españoles socorrido,
Quitándola con dalle mortal sueño,
Y ansí se la volvieron á su dueño.

No muestra Juan de Ampudia lanza vana
Pues la trae de sangre rubricada;
Mas por un principal dura macana
Con tan terrible golpe fué librada,
Que le quitó y echó por tierra llana
El fuerte morrion ó la celada:
El noble capitán se vió perdido,
Y en aquel punto cuasi sin sentido.

Como lo vieron con algun sosiego,
Algo turbada la guerrera mano,
Cargó sobrél impetüoso fuego
Y multitud de bárbaro cercano:
Francisco de Aguilar acudió luego
Juntamente con Florencio Serrano,
Y en escapándose de la canalla
Volvió con mas rigor á la batalla.

Rompe la lanza pechos y ternillas
De los que con mas brio se declaran;
Las verdes yerbas, rojas y amarillas,
Con sangre de los míseros se paran;
Finalmente, las bárbaras cuadrillas
Atónitas el campo desamparan:
Los españoles ponen su cuidado
En tomar las entradas del cercado.

Dos eran, una de otra separada,
Que miran al oriente y occidente,
Angosta cada cual en el entrada,
Pues un caballo cabe solamente;
Entraron sin rencilla porfiada
Por haberse hüido ya la gente:
Hallaron grano y otros alimentos,
Y bien acomodados aposentos.

Aquestos se hicieron mas abiertos
Para dormir el campo peregrino;
Tomaron de los vivos y los muertos
Grande copia de joyas de oro fino;
Van á Patia mensajeros ciertos,
Y el capitán Añasco luego vino,
Do celebraron la sagrada fiesta
De Todos Santos, con la mano presta,

Año de treinta y cinco de la era,
Con mas un mil y cinco veces ciento.
Allí pues reformada la bandera,
Dejaron á los indios el asiento;
Fueron por el compás desta frontera
Continuando su descubrimiento;
Hallaron cuatro leguas del cercado
El pueblo Popayán conmemorado.

Crecida poblacion en gran manera,
Y toda suntüosa caseria,
Mas sola paja cubre la madera;
Y entrellas una casa que tenia
Cuatrocientos estantes por hilera,
Tan grueso cada cual, que no podia,
Por una y otra parte rodeado,
Ser de dos españoles abrazado.

Catorce los borcones, y cualquiera
El mayor que producen las florestas;
Admiracion causaba la cumbrera
Por verse pocas plantas como estas;
Casa decian ser de borrachera
Donde solian celebrar sus fiestas:
Alojáronse pues en un recodo
Ellos y bestias y el servicio todo.

Mas luego vieras sacudir las plantas
Y dar mil brincos el caballo laso,
Porque niguas y pulgas fueron tantas
Que no se vió reposo mas escaso;
Y ansí cubiertos hasta las gargantas
Los echan del lugar mas que de paso,
De manera que les hicieron guerra
En vez de los vecinos de la tierra.

Los cuales con temor de nuestra gente
Habian ya dejado sus culturas,
Con las mujeres, hijos y adherente,
Que pudieron en tales coyunturas;
Y ansí los bárbaros tan solamente
Les daban grita desde las alturas,
Sin descendir á los lugares llanos
Ni venir por entonces á las manos.

Con el desgusto pues el caminante
Con que de la gran casa salió fuera,
Un poco caminó mas adelante
Alojándose mas á la ribera
De Cauca, donde por ser importante
El Ampudia mandó hacer bandera,
Para que cuando necesaria fuere
Pugnen con orden tal cual se requiere.

Fué Florencio Serrano con oficio
De alférez por Ampudia señalado,
Y al tiempo del divino sacrificio
Por Garci Sanchez el beneficiado,
Que fué después en este beneficio
Primero (por habello trabajado),
Esta primer bandera se bendijo
Dia del (por Egeas) Crucifijo.

Mas por entonces no se pretendia
Dejar en Popayán pueblo fundado,
Porque tenian ojo todavía
A los descubrimientos del Dorado:
Habíaseles muerto ya la guia
Que las noticias les habia dado,
Y la tal ocasion no fué bastante
Para que no colasen adelante.

Y ansí por do ventura los aplica
Prosiguen adelante su camino
Hasta cerca de Cali, tierra rica,
Donde hallaron peines de oro fino,
Con otra cuantidad que certifica
Ser próspero caudal el del vecino:
Casas pajizas, pero con primores,
Absentes dellas ya los moradores.

Entrellas muchas chozas muy pequeñas,
Redondas, do varon jamás entraba,
Por ser albergues hechos para dueñas
El tiempo que su menstruo les duraba,
Donde ni por palabras, ni por señas,
Con ellas nadie se comunicaba,
Ni consienten que cosa dé ni tomen,
Y á la puerta ponian lo que comen.

Yendo pues prosiguiendo su conquista,
Escudriñando valles y rincones,
Dieron al rio de Xamundí vista,
Por sus riberas grandes poblaciones:
Allí hallaron gente que resista,
Lucidos y compuestos escuadrones,
Con coronas, con pectos y brazales
Del mas alto metal de los metales.

Espolean, mas hay atascaderos,
Para poder llegar á ellos antes,
Impedimento de los caballeros;
Pero juzgando ser allí bastantes,
Pasaron como sueltos y lijeros
Con Florencio Serrano los infantes:
Suenan los golpes y el furor se enciende,
Para dar fin á lo que se pretende.

A las joyas el español anhela,
El bárbaro defiende sus cabañas:
Hierve la confusion y el tiro vuela;
Aquí y allí se daban buenas mañas;
Hay dardo que traspasa la rodela,
Y espada que descubre las entrañas;
Descarga golpe la macana presta,
Mas no se tarda la mortal respuesta.

Estuvo la victoria pues perpleja
Por la fuerza del bárbaro gentío;
Mas el espada tanto los aqueja
Que les forzaron á pasar el rio;
A los nuestros el pueblo se les deja
Con cuantidad de joyas y atavío:
Aumentó su temor para dejallo
Ver apriesa venir los de caballo.

En este mismo pueblo se ranchean
Como salieron con sus intenciones;
Luego miran, trastornan y catean
Los nuevos moradores los rincones;
Halláronse del oro que desean
Aguilas finas, pectos, morriones,
Y en el remate de un buhío vido
El alférez el suelo removido.

Con el hierro de la bandera cala,
Y el asta mete con entrambas manos:
Encontró con finísima chaguala
Que pesaba trescientos castellanos;
Entran otros soldados en la sala
Con manos prestas y con piés livianos,
Y en este mismo hoyo que cavaron
Otros cinco mil pesos se hallaron.

Por ser aquel asiento sospechoso
Y no tener salidas á contento,
Tuvieron pocos dias de reposo,
Y fueron á buscar mejor asiento
Orillas de aquel rio caudaloso
Que de Cauca tenia nombramiento,
Donde con guadubas hicieron fuerte,
El cual fué fabricado desta suerte:

Cortaron muchas en el espesura
Que contenia cuantidad inmensa,
Y á la parte de tierra se procura
Hacer con ellas una cerca densa;
A la banda del agua, mas segura,
El rio les servia de defensa
Contra los otros, por les ser remedio
Tener aquel gran rio de por medio.

Aquellos ven desde sus vecindades
En la barranca ranchos forasteros,
Y á causa de saber las novedades
Envían por el agua mensajeros;
Los nuestros procuraron amistades,
Llamándolos con rostros placenteros,
Y ansí por ruegos de la gente blanca
Ovieron de llegar á la barranca.

Diéronles cuchillejos y machetes,
Algunas estragadas herramientas,
Ciertas albaneguetas y bonetes,
Corales y otras vidriosas cuentas:
Fueron aquestos dones alcahuetes
Para hacer allí gentes atentas
A la contractacion cuotidiana
Que tenian á tarde y á mañana.

Y no solo varones acudian
A tales ferias y contracto pio,
Pero también mujeres se atrevian
A pasar á lo mismo por el rio:
Diré de la manera que venian,
Que no será ficcion ni desvarío,
Sino pura verdad y certidumbre,
Segun en lo demás es mi costumbre.

En una gruesa caña cabalgando,
Y en ella de su vino cierta pieza
Como botija, con los piés bogando
Donde su voluntad las endereza;
Con rueca y huso todas van hilando,
Cesta de fructa sobre la cabeza,
Y ansí pasan el rio mas derechas
Que por carreras llanas y bien hechas.

Juan de Ampudia después envió fuera
A cien personas bien aderezadas
Para pasar aquella cordillera
Que llaman por allí sierras nevadas:
Hallaron ser difícil la carrera
Para ver las vertientes deseadas,
Y en mas de treinta leguas de camino
Nunca se vido paso sin vecino.

Poblados montes y las partes rasas,
Los fondos valles hasta los altores,
Y pueblo se hallaba de mil casas
Grandes, de seis y siete moradores
En cada una, donde de sus brasas
Y humos divididos son señores,
Con hijos y mujeres y sirvientes
Albergados en partes diferentes.

Cada cacique guarda su cabeza
Sin divertirse de su pertenencia,
Los súbditos convoca y adereza,
Y hace la posible resistencia.
Era caudillo Francisco de Cieza,
Que contrastaba bárbara potencia,
Con cuya prontitud contraria saña
Antes recibe daño que les daña.

Continuando siempre la porfía
Y pelea, do quiera que llegaron,
Tanto que cinco veces en un dia
Con unos mismos indios pelearon:
Nadie de sus vecinos se valía,
Ni los unos á otros ayudaron,
Sin junta general; mas á hacella,
Con gran dificultad salieran della.

En el discurso pues deste viaje,
De que prolija relacion no hago,
Llegaron á las tierras y paraje
Donde después fundaron á Cartago;
Y viendo tanta multitud salvaje
Que de congregacion hacen amago,
Determinaron de volver al fuerte
Con seis heridos, aunque no de muerte.

Hallaron de salud impedimento
A causa de la vecindad del rio,
Mucho servicio sin vital aliento,
Y lo vivo sin fuerzas y sin brio;
Y ansí luego mudaron el asiento
A Cali, prepotente señorío,
Donde hicieron poblacion fundada
Que la villa de Ampudia fué llamada.

Estando centinelas á la mira,
Un escuadron crüel fué descubierto,
El cual llegó con increible ira
Y un negro del Añasco quedó muerto;
Mas fuerza de caballos los retira
Y los hizo volver con desconcierto,
Sin que fuese bastante su rencilla
Para no proseguir la nueva villa.

Pocos dias después destas cuestiones,
Españoles corrieron la frontera,
Y entonces descubrieron los gorrones,
Gente que les caia mas afuera;
Pero volviéronse con intenciones
De ver la mas cercana cordillera
En demanda del gran cacique Pete,
A quien lo mas de Cali se somete.

Seis caballeros son, treinta peones,
Soldados viejos, diestros y alentados,
Que por los mas enhiestos reventones
Suben con los escudos embrazados,
Apresurando siempre los talones
Entre tanto que no son contrastados;
Y ansí llegaron sin que se defienda
Donde Pete tenia su vivienda.

Vieron en uno de sus aposentos
Monstruosidad que los escandaliza,
Cueros de indios sobre cuatrocientos
Colgados, todos llenos de ceniza,
Cuyas carnes sirvieron de alimentos:
Uso que por allí se solemniza;
Y en otras casas, desta suerte llenos,
También á seis y á diez, y á mas y á menos.

Segun victoriosos las banderas
Que ganaron de sus competidores,
Ó como las pellejas de las fieras
Que cuelgan los monteros de señores,
Estas mas brutas y mas carniceras
Ostentan desta suerte sus furores,
Y aquel era mejor y mas honrado
Que mas indios habia desollado.

En estos inhumanos pareceres,
Costumbres duras y desaforadas,
Entraban ansimismo las mujeres
Que solian cazar y ser cazadas,
Y ansí por sus enojos ó placeres
Tenian las pellejas ahumadas:
Eran también crüeles y homicidas,
Y solian comer y ser comidas.

Huyóles á las gentes castellanas
Pete, como llegaron á su tierra,
Mas luego convocó las comarcanas
Después que mas entraron en la sierra:
Alistan dardos, arcos y macanas,
Con los demás pertrechos para guerra;
Un paso ven los nuestros por delante
Para los moradores importante.

Era profunda y áspera quebrada
Forzoso paso para su viaje;
Reconoció la gente baptizada
Los intentos del escuadron salvaje;
Pero la presta barra y el azada
Apriesa hizo cómodo pasaje;
Y ansí, cuando llegó contrario marte,
Tenian ellos la contraria parte.

Usaron desta buena diligencia,
Que los libró de grave pesadumbre,
Antes que la clarífica presencia
Del sol los visitase con su lumbre;
Pues allí la mas firme resistencia
Era de su salud incertidumbre,
Por no tener espacio los caballos
Cómodo, donde puedan menealos.

Ya cuando los febeos resplandores
Calentaban las gentes convecinas,
Cubiertos vieron todos los altores
De los que van tras nuestras peregrinas
Aquí y allí resuenan atambores,
Cóncavos caracoles y bocinas,
Animándolos el cacique Pete
Que por diversas partes acomete.

Manifestaba bien ser gente rica,
Segun las joyas y gallarda traza;
Entre los escuadrones la cacica
Y otras mujeres muchas, ó con maza,
O con grueso baston, ó larga pica,
Para las emplear en esta caza,
Con que pensaban ocupar las brasas
Y colgar los pellejos en sus casas.

De jáculos y piedras va volando
Sobrellos un espeso torbellino;
Vanse los españoles adargando
Por el orden mejor que les convino,
Los unos á los otros reguardando
Y siempre prosiguiendo su camino;
Los indios apartados de su huello
No les daban un puncto de resuello.

No con trabada mano se litiga,
Por tener lo mas alto la canalla;
Calor y sed y hambre los fatiga,
Sin que les den lugar á mitigalla;
El agua ven, al paladar amiga,
Pasan por ella, no pueden gustalla,
Que no se lo permite ni consiente
De los espesos tiros la creciente.

Defendiéndose van desta manera,
Del escuadron cristiano nadie leso,
Hasta que Titan en la cuarta esfera
Puso su resplandor en igual peso;
Y habiendo demediado su carrera
Fuéles bien menester valor y seso,
Porque lengua mordaz de la cacica
Con tal reprehension á todos pica:

«O gente baja, vil, floja, cobarde,
Digna de feminino nombramiento,
¿Es posible que tanto tiempo tarde
Con tan pocos venir á rompimiento,
Y que la parte nuestra mas aguarde,
Habiendo para uno mas de ciento?
Romped, romped, y apechugá con ellos
Y asildes de las barbas y cabellos.»

Quedaron tan confusos y corridos
De lo que dijo la mujer de Pete,
Que como de demonios revestidos
Luego cada cual dellos arremete;
Mas no fueron los nuestros removidos,
Antes menos ganó quien mas se mete,
Porque vieras allí lanzas y espadas
Por ijares y pechos traspasadas.

Aquí vieras cabezas ir rodando,
Allí regar la tierra roja vena,
Ir unos con las tripas arrastrando,
Otros tenderse por aquel arena,
Brazos caidos, manos palpitando
Que de los cuerpos el furor cercena,
Mostrando claramente ser mejores
Los que eran en el número menores.

Como flujo de mar que la corriente
De los pequeños rios entorpece,
Haciéndolos volver acia su fuente
Si verna sequedad los enflaquece,
Mas en tiempo de lluvias su creciente
Contra marinas ondas prevalece,
Tanto que por gran trecho se señala
El agua dulce dentro de la mala:

Ansí los que ya iban con intento
De retraer los pasos y la lanza,
Aquel encarnizado rompimiento
Trocó de tal manera la templanza,
Que con ensangrentado crecimiento
Prevalecieron contra la pujanza
Que los entretenia no sin miedo,
Antes que se probasen á pié quedo.

Algunos de los nuestros lastimaron
Los tiros de la bárbara cuadrilla,
Aunque ningunos dellos peligraron;
Pero por evitar mayor rencilla
De dar la vuelta se determinaron
A los albergues de la nueva villa,
Y porque el sol estaba ya cubierto
Tomaron por amparo cierto puerto.

Allí tuvieron vigilante ronda,
Viendo cubiertos los demás altores
De gente de macana, dardo, honda,
Que los atormentaban con clamores,
Sin quitarse jamás de á la redonda,
Tocando mil bocinas y atambores,
No concediendo punto de sosiego
Cuando lo suele dar el nublo ciego.

Mas cuando resplandor de la mañana
Ahuyentaba la nocturna lumbre,
Con gran orden la gente castellana
Comenzó de bajarse de la cumbre,
Y de los bárbaros la mas lozana
Siempre les iba dando pesadumbre;
Las mujeres también destas aldeas
Los amenazan con palabras feas.

Porque tras ellos van por las laderas
Llamándolos ladrones, robadores,
Las cuales de por sí tienden bandera,
Y ansimismo tocaban atambores:
Llevan macanas, lanzas, tiraderas,
Agudos y volantes pasadores,
Sin dejar reposar bando cristiano
Hasta que ya lo vieron en lo llano.

Ningun bárbaro mas el pié levanta
Ni quiso descender á llana via:
Los nuestros fueron á su nueva planta,
Donde su capitán los atendia;
Llegaron martes de Semana Santa,
Año de treinta y seis que ya corria,
Pero por ser los curas ignorantes,
La celebraron ocho dias antes.

Estando celebrando soberanos
Misterios, aunque fuera de su dia,
Supieron de los indios comarcanos,
Mediante lengua que los entendia,
Cómo crecida copia de cristianos
Entraba por aquella serranía,
Siguiendo sus pisadas y sus huellos,
Y que venian en demanda dellos.

No supieron quién eran de presente,
Y el capitán Ampudia se recela,
Imaginando que sería gente
De los de Santa Marta ó Venezuela;
Y ansí con el recato conviniente
A todas horas hubo centinela,
Porque solian resultar cuestiones
Del término de las gobernaciones.

Pues hartas veces vimos furias sueltas
Sobre las tierras en gobierno dadas,
Contenciosos bandos y revueltas,
Cabezas locas bien ensangrentadas,
Y no pocos soldados á las vueltas
Muertos de las espesas cuchilladas,
Y unos y otros en aquel instante
La voz del rey poniendo por delante.

Aquesta gente pues bien informada
De que venian ya por la frontera,
Determinaron ir de mano armada
Para saber de qué gobierno era:
La vista dellos fué regocijada
Desque reconocieron la bandera,
Por ser su Benalcázar que venia
Con peones y gran caballería.

Multiplicáronse contentamientos
Del Ampudia con los recién venidos,
Usando de los nobles cumplimientos
Que suelen los amigos conocidos:
Vinieron á los nuevos aposentos,
Do fueron regalados y servidos,
Que sería lo mas cuotidiano
Un poco de pescado y algun grano.

Después que descansaron algun dia,
Por Benalcázar fué determinado
Que lleven adelante la porfía
De los descubrimientos del Dorado;
Mas para yo llevar la misma via
Siéntome de presente fatigado,
Y ansí, primero me será forzoso
Tomar algun espacio de reposo.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenia, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y ansí por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel compás que hoy se llama gobernacion de Popayán.

La condicion del corazon humano
Con tales esperanzas se halaga,
Que cuantas mas riquezas á la mano,
Menos la cudiciosa sed apaga;
Y en el noble varon y en el villano
Antigua suele ser aquesta plaga,
Porque la hambre de crecida renta
Cuando mas come queda mas hambrienta.

Bien vido Benalcázar el provecho
Que la tierra que huella prometia,
Y segun el concepto de su pecho
El mando y el gobierno pretendia;
Mas aunque de las muestras satisfecho,
Otra cosa mejor apetecía;
Y ansí, debajo de mejorar silla
Por él se despobló la nueva villa.

A la parte caminan del oriente
Donde su voluntad les aconseja,
Y el capitán Miguel Muñoz con gente
Al rio que llamaron de la Vieja,
Por una con quien dieron de repente
Llena de espesas rugas la pelleja,
Pero con tantas joyas su persona
Como si fuera moza fanfarrona.

No porque la pintó natura fea,
Mas el tiempo trocó formas primeras,
Y ansí suplia lo que ser desea
Con brazales, collares y orejeras;
Cinta de oro batido le rodea
El vientre, los ijares y caderas,
Las cuales joyas en ajenas manos
Pesaron ochocientos castellanos.

Luego Miguel Muñoz la desembarga
Debajo de clemente mansedumbre,
Con lástima de ver edad tan larga
Traer á cuestas tanta pesadumbre;
Mas él no rehusó llevar la carga
Ni de subir con ella por la cumbre,
Y ansí volvió con muestra placentera
Adonde Benalcázar los espera.

Volvieron otra vez á los gorrones,
Donde deseo de poblar los llama;
Mas en sus estendidas poblaciones
Nunca hicieron permanente cama:
Continüaron peregrinaciones,
Pasaron por Encerma y por Cartama,
No sin grandes contrastes de guerreros,
Pantanos, ciénagas y atascaderos.

Con pérdida de hombres y caballos
Por incultas montañas y espesuras,
Do los dejaban sin poder sacallos,
Con trabajos de tantas desventuras
Que no podrán particularizallos
Otras mas ampliadas escripturas:
Al fin, dejadas estas estaciones,
Vuelven tercera vez á los gorrones.

Desde donde con cierta compañía
De treinta dellos cada cual lijero,
El general Benalcázar envia
Al diestro capitán Juan Ladrillero
A descubrir dónde la mar batia
Y ver la costa como marinero,
Para dejar en ella descubierto
Algun ancon ó conviniente puerto.

En Ladrillero hizo nombramiento
Por ser en cosas de la mar esperto;
Y era de Benalcázar el intento,
Si por allí pudiera hallar puerto,
Ir á pedir el adelantamiento
De la tierra que habia descubierto,
Pues al marqués Pizarro no podia
Hurtar el cuerpo por contraria via.

Guió pues Ladrillero sus sodales
Treinta dias ó mas por el altura,
Mas los opuestos bosques y breñales
No dan lugar á lo que se procura;
Topaban con algunos naturales
Que en barbacoas hacen su cultura,
De donde cada cual se defendia,
Y cuando mas no puede se hüia.

Porque estaban de guadubas cercados,
Nativas que llegaban á lo alto,
Y en viéndose los indios aquejados,
No pudiendo librarse del asalto,
A las flexibles plantas abrazados
Daban un gran vaivén para su salto,
Y sin se desasir hacian vuelo
Hasta poner los piés en fijo suelo.

Que la guaduba verde se domeña
A la parte que tira quien colgado
Va della, sea ya varon ó dueña,
Uso que tienen bien ejercitado;
Era guarida la cercana breña
Que los rodea por cualquiera lado,
Y ansí desparecian en un punto,
Pues saltar y hüir andaba junto.

Esto hacian con tan gran destreza
Maridos y mujeres y menores,
Que podia pasar por gentileza
Entre los escogidos trepadores;
De suerte, que con esta lijereza
Dejaban frios á los vencedores,
Quedando cada cual dellos ayuno,
Sin poder tomar uno ni ninguno.

Visto que no valian buenas mañas
Para poder tomar alguna guia,
Y que por el embargo de montañas
Aquel camino se les impedia,
Acordaron volver á las cabañas,
Donde su general los atendia,
Hambrientos y los mas dellos enfermos,
Y otros que perecieron en los yermos.

Luego por todos fué determinado
Volver á Cali, porque les parece
Que gozarán, teniéndolo poblado,
Del fructo que la tierra les ofrece:
Por Benalcázar fué pueblo fundado
Allí, que con el nombre permanece
De Cali, donde hizo nombramiento
De cabildo, justicia y regimiento.

El un alcalde fué Pedro de Ayala,
Y Anton Redondo regidor primero;
A los demás que entraban en la sala
De sus acuerdos, yo no los refiero,
Porque la relacion no los señala
Ni los vivos la dan como yo quiero;
Pues aunque por mis cartas los exhorto,
El que mas dice dellos queda corto.

Dejando pues presidio conviniente
Para seguridades del vecino,
Miguel Muñoz fué puesto por teniente,
Y Benalcázar con su buen destino
Tomando lo restante de la gente,
A lo de Popayán hizo camino:
Fundóse la ciudad en el asiento,
Do vieron antes el gran aposento.

Hizo sus diligencias y procesos,
En obediencia del real escudo,
Y porque barruntaba los escesos
Del bárbaro traidor, feroz y crudo,
Con palenques de guadubas espesos
Se fortaleció lo mejor que pudo,
Año de treinta y seis el mes postrero
Del cómputo que corre desde enero.

No fueron escusadas ni baldías
Las prevenciones y las diligencias,
Porque todas las noches y los dias
Venian á guerreras competencias:
Hubo continuadas baterías
Y bien ensangrentadas resistencias;
Mas ni por sangre ni por medio bueno
A su soltura pueden poner freno.

No se pasaba dia sin bullicio
Ni noche que quieta se durmiese;
Velar y pelear es el oficio,
Sin que ninguno resposar pudiese;
Matabanles los indios de servicio
Al descuido menor que se tuviese,
Y en un momento, ya varon, ya hembra,
Por la cürel canalla se desmiembra.

Partiéndolos pedazo por pedazo
Y dividiendo cada coyuntura,
El uno lleva pierna, el otro brazo,
Otro las tripas sin el asadura,
Otro riñones, bígados y bazo,
Si no podia mas por la presura
Y revuelta de la gente malina,
Andando todos á la rebatina.

Sus bocas son no menos carniceras
Que las de bravos tigres y leones,
Antes aventajados á las fieras,
Hienas, cocodrilos y dragones,
Esceden en crueldad á las panteras
Y tienen muy peores condiciones;
Y aun el dia de hoy gente de España
No les puede quitar aquella maña.

No reposaban mucho las espadas
De nuestros españoles circunspetos,
Pues viendo questas gentes alteradas
Perdian el temor y los respetos,
Les dieron tres ó cuatro trasnochadas,
Tales que ya vivian mas quietos,
Y ansí con el rigor de los castigos
Granjearon algunos por amigos.

Viendo que del cercano circüito
Venian ya de paz con lisa frente,
Acordó Benalcázar ir á Quito
A recoger caballos y mas gente;
A Popayán le señaló distrito
Y al Ampudia nombró por su teniente;
Quedó Pedro de Añasco por alcalde,
Que no supo comer el pan de balde.

Con Pizarro se vió dándole cuenta
De su peregrinar y de lo hecho:
Particularidades representa,
Pero no los conceptos de su pecho;
Dijo ser tierra donde se cimienta
Con minas de grandísimo provecho,
Aunque por ser su gente belicosa
Seria la conquista trabajosa.

Pizarro se holgó con su presencia
Y de la buena nueva que traia;
Confirmóle de nuevo la tenencia
Con mas largo poder del que tenia,
Y diósele sin límite licencia
Para hacer la gente que queria;
Mas no pudo hallar avíamiento
Tan presto como fué su pensamiento.

Porque buscando por diversas vias
Soldados, consumió mas de un ivierno,
Y recogidas buenas compañías
Del viejo morador y del moderno,
Volvió con ellos á las serranías
Adonde se plantaba su gobierno,
Año de treinta y ocho por las flores
Del mes llamado mayo de mayores.

A Popayán llegó con gran armada
En este mes y por la dicha era,
Cuya venida fué regocijada
De todos los que estaban en espera,
Por estar nuevamente rebelada
La mas gente de aquella cordillera
Y tan alborotados los terrenos
Que miedo de morir era lo menos.

Mas viendo gente nueva castellana
Muchos se redujeron á sosiego,
Movidos de temor mas que de gana
Que tuviesen de mitigar el fuego,
Ni jamás voluntad tuvieron sana;
Antes conformes en el odio ciego
Disimulaban en el aparencia
Enemistad, rancor, malevolencia.

Esperando sazon y coyuntura
Correspondiente con sus pensamientos,
Que no siempre concede la ventura,
Antes suele cortar tales intentos,
El Benalcázar pues luego procura
Hacer las suertes y repartimientos,
Para que cada cual con oro y frutos
A sus amos acuda con tributos.

Después viendo su gente descansada,
De mas premio y honor estimulado,
A su rancho llamó la mas granada
Para manifestalles su cuidado,
Cerca de proseguirse la jornada
Y noticia que tienen del Dorado;
Y congregados los de mas estima,
Con este parlamento los anima:

«Caballeros, el tiempo nos convida,
Y nuestro propio punto nos exhorta
A poner en efecto la partida
En demanda de lo que mas importa,
Porque para gozar próspera vida,
Aquesta tierra me parece corta,
Y aquella do quereis hacer empleo
Podrá mejor cumplir vuestro deseo.

» Y pues, bendito Dios, estamos sanos
Y bien apercebido nuestro bando
De caballos lijeros y lozanos,
Vamos estas riquezas indagando,
Antes que nos las quiten de las manos
Algunos que las vengan rastreando;
Porque, como sabeis, por muchas bandas
Corren descubrimientos y demandas.

» Y en noticia que da tal esperanza,
Cuanta mas brevedad menos se yerra,
Porque de flojedad y de tardanza
La próspera fortuna se destierra:
Sea pues la primera nuestra lanza
Que tome posesiones en la tierra,
Donde demás del aprovechamiento
Terneis para con Dios merecimiento.

» Pues no cebará tanto su garganta
En estas tierras infernal abismo,
Dándoles mandamientos de fe santa,
Y el agua de católico baptismo;
Haremos de ciudades nueva planta
En medio deste rudo barbarismo,
Para que vengan en conocimiento
De aquel que les dió ser y da sustento.

» Aquí porque sustenten lo poblado
Y al bárbaro se pueda poner rienda,
En cada pueblo quedará recado
Con que de movimientos se defienda:
Hombres son de valor y de cuidado
Los que de buenas suertes tienen prenda,
Y unas veces por paz, otras por guerra,
Ellos allanarán los de su tierra.

» Trescientos hemos de ir este camino,
Los ciento de caballos proveidos,
Que bastarán con el favor divino
Por ser varones diestros y rompidos;
A los que son caudillos les asino
Los que tienen de ser apercebidos:
Aliste cada cual sus compañías
Porque salgamos de hoy en ocho dias.»

Dijo su voluntad, y los presentes,
Atentos á la prática propuesta,
No mostraron las suyas diferentes,
Segun se coligió de la respuesta;
Tomaron á su cargo los agentes
De hacer cada cual su gente presta,
Tan buenos, quel menor dellos tenia
Punto, valor, esfuerzo, bizarría.

Con armas necesarias, y cualquiera
Proveido de seda, lienzo, paño,
Aunque la duracion del tiempo fuera
De segundo, tercero y cuarto año;
Van Juan de Ampudia, Añasco, Juan Cabrera,
Martiniañez, Tafur, Juan de Avendaño,
Luis de Sanabria, que estos tres postreros
En Cubagua tambien fueron guerreros

Llamados pues del tiempo ya propicio,
Prados con flores, plantas con coronas,
Para salir al militar oficio,
Pusieron muy en orden sus personas,
Muchos indios é indias de servicio
Que por acá llamamos yanaconas,
Y en busca de region mas eminente
Caminaron la via del oriente.

Dejando los albergues agradables,
Los campos y zavanas apacibles,
Por las montañas van inhabitables
Y lugares que son inaccesibles,
Y con trabajos tan intolerables
Que no pueden pintarse de terribles:
Obscuros bosques, ásperos breñales,
Avolcanadas tierras, cenagales.

En cuyas espesuras y conveses,
Sin hallarse recurso de cultura,
Peregrinaron mas de cuatro meses
Subyectos á continua desventura;
Con estos infortunios y reveses,
Algunos ocultó la sepultura,
Y al fin fueron á dar á las llanadas
De Neiba, que hallaron bien pobladas:

Tierra de fertilísimas labores
Y campo que hartura prometia,
Adonde ni los frios ni calores
Se podian juzgar á demasía,
Aunque tienen aquestos moradores
Igual siempre la noche con el dia,
Por ser debajo del ecuante cinco
Por quien un polo y otro fué distincto.

En aqueste terreno provechoso,
Contrario de pasadas inclemencias,
Que lo hacian ser mas deleitoso
Y de maravillosas influencias,
Tuvieron muchos dias de reposo,
Aunque no sin guerreras competencias,
No tales ni con tanta muchedumbre
Que les diese notable pesadumbre.

A causa de hallar estos gentiles,
Al tiempo que vinieron, ocupados
En guerras intestinas y civiles,
Crüeles contra sí y encarnizados;
Y ansí por estas competencias viles
Hallaban muchos pueblos asolados,
La cual obstinacion, para sí dura,
A nuestros españoles fué segura.

Mas no hallaban del dorado grano
Tanto que fuese rica la contía;
Y ansí les pareció consejo sano,
Entre tanto que mas se descubria,
No dejar tan á solas de la mano
Aquella tierra vista que lo cria,
Donde fundaron pueblos oportunos
Y podian fundar otros algunos.

Fué por estas razones acordado
Quel Añasco y Ampudia se volviesen
A Popayán, do con fiel cuidado
Las cosas importantes proveyesen,
Y en Timaná, terreno bien poblado,
Cristianos fundamentos se pusiesen
Para propagacion de la fe santa,
Haciendo de vecinos nueva planta.

En cumplimiento de lo que les manda,
Vuelven con gente que les fué bastante,
Y el Benalcázar por aquella banda
Quel sol descubre rostro radiante,
Deseoso del fin de su demanda,
Pasó con los restantes adelante;
Mas no fué su sospecha falso sueño
Cuando se receló de nuevo dueño.

Pues atinando por lugar incierto
Y via nunca vista ni hollada,
Aquel fuerte varon, sabio y esperto
Don Gonzalo Jimenez de Quesada
A la sazon habia descubierto
Aqueste nuevo reino de Granada,
Que es el cierto Dorado y el empleo
Que trae Benalcázar en deseo.

Y ansí donde la suerte los aplica,
Eso me da por llano que por sierra,
Hallaban rastro que les certifica
Haber otros cristianos en la tierra:
El invido dolor al alma pica,
Cuya fuerza suspiros desencierra,
Por ver indicios que hacian prueba
E indios que de vista daban nueva.

La cual, aunque gran trecho de camino
Y en aspereza por estremo malo,
Ansimismo con presto vuelo vino
A la congregacion de don Gonzalo,
Diciendo venir campo peregrino
Que se tractaba con mayor regalo,
No como los primeros caminantes,
Sino con ropas ricas y elegantes.

Luego con gente bien aderezada,
Dispuesta para lo que sucediese,
El sabio general desta manada
Ordenó que con ella se partiese
Su hermano Fernán Perez de Quesada
Para que la verdad reconociese,
Y tomase razon de sus intentos,
Buenos ó maliciosos pensamientos.

Llegan á Guataquí por sus jornadas
Cerca de Neiba, do los naturales
En respuesta de cosas preguntadas
Hicieron mas patentes las señales,
Porque mostraron jaras emplumadas,
Evidencia notoria de sus males;
Y por estos también fueron guiados
Al sitio donde estaban alojados.

Ocultados en cómodos lugares
Cuentan los toldos destas compañías;
Y el capitán Pedro de Colmenares
Y Juan Rodriguez Gil y Juan de Frias
Con algunos soldados singulares
Se bajaron al rio por espías;
Porque si tiempo viesen oportuno
Para saber quién son, prender alguno.

Ocultos estos en la fértil vega,
Cuyas verdes orillas y confines
El rio de la Sabandija riega,
De los otros, en traje mas insines,
Un cierto joven á caballo llega,
Anzuelos prestos con sus volantines,
Y encima puesto sin hollar arena
Peces quiere llevar para su cena.

Cuando lo vieron mas embebecido,
Procuraron estotros rodealle,
Mas él, los ojos prontos al oido
Del rocin, como viese meneallo,
A do los inclinó la gente vido,
Y ansí batió las piernas al caballo,
Saliendo como jara de ballesta,
Sin esperar pregunta ni respuesta.

Brevemente dió fin á su carrera,
A causa de llevallo piés ligeros;
Fué la grita que dió de tal manera
Que se sobresaltaron compañeros;
Oida la razon por Juan Cabrera,
Salió luego con veinte caballeros,
Pedro de Puelles, Juan Díaz Hidalgo,
Juan de Arévalo y otros hijosdalgo.

Llegaron á la gente mal vestida
La no menos briosa que galana,
Donde cada cual parte fué medida
Segun la condicion de ley urbana:
Dan recíproca cuenta de su vida,
Principal punto de que tienen gana;
Y ansí por ruegos y amigables prendas
A todos los llevaron á sus tiendas.

Recibió Benalcázar al Quesada
Con la modestia de sagaz concierto,
Y estotro con prudencia recatada
Tractó de lo que habian descubierto:
Tierra que para mas rica jornada
Les mostraba camino bien abierto,
Porque ya por los términos cercanos
Inmensidad se ve de campos llanos.

Vistas las esperanzas que engrandece
Y de lo descubierto los provechos,
El dicho Benalcázar les ofrece
Soldados y caballos y pertrechos,
Porque la paga dellos apetece
Por ir á dar noticia de sus hechos
Al rey, como quien era pretendiente
Ya de gobernador y no teniente.

El Fernán Perez, no menos urbano,
Le suplicó que lo biciese dino
De ir á Bogotá, porque su hermano
Viese tan afamado peregrino,
Porque todos debajo de su mano
Le servirán allá y en el camino,
Y que podria ser que se concorden
Los dos, y á sus conceptos diesen orden.

Entrellos no quedó determinado;
Mas la gallarda gente que traia
Con pecho de Pirú sobresaltado,
Quisiéralo guiar por otra via;
Y Juan de Céspedes disimulado,
Que parte del intento coligia,
Dijo: «Señores, las tierras ganadas
Defendéroslas hemos á lanzadas.»

Oyólo Juan Cabrera, varon puro
Y digno de las láureas guirnaldas,
Y díjole: «Señor, dormid seguro
Con vuestras tierras, oro y esmeraldas;
Mas si viniésemos á trance duro,
Nunca nos las dareis en las espaldas:
Paz se pretende, quietud, sosiego,
Y no venir á término tan ciego.»

Quebrado de pendencias aquel ramo,
El dicho Juan Cabrera le pescuda:
«¿Quién es vuestra merced, porque lo amo
Y deseo servir sin esta duda?»
Dijo: «Capitán Céspedes me llamo,
Harto mas conocido que la rada,
Y en estas partes de las Indias hombre
Que por tierra y por mar vuela mi nombre.»

Cabrera respondió desta manera:
«Señor, á mi noticia no ha venido
Tal nombre, pero yo soy Juan Cabrera,
Soldado rodeado del olvido,
A causa de faltarme la primera
Hazaña por do sea conocido;
Y aunque muchos me dan otros derechos,
Nunca me lisonjeo de mis hechos.»

Entrestos dos destriísimos jinetes,
Cada cual dellos válido guerrero,
Pasaron estos dichos repiquetes
Por las mismas palabras que refiero,
Sin que se lastimasen los almetes
Ni descubriesen filos del acero;
Pero guiándose por cuerdos modos
En gran conformidad quedaron todos.

Y no prevaleció lo comenzado
Que maquinaba juvenil sentencia,
Porque puestas las cosas en estado
Dispuesto para llamas de pendencia,
Puede sagaz varon y reportado
El fuego mitigar con su prudencia,
Segun agora hizo quien lo era,
Que entiendo por el dicho Juan Cabrera.

No resolutos en los pareceres
De ir á Bogotá, segun le pide
A Benalcázar nuestro Fernán Perez,
Dél y de sus soldados se despide,
Que con grandes ofertas y placeres
Cada cual por su parte se comide;
Y el Benalcázar y otros de su bando
Por buen trecho los van acompañando.

Llegan á Bogotá, do los espera
El sabio y animoso licenciado:
El Fernán Perez dió razon entera
De aquello que tenia deseado,
Diciéndole que Benalcázar era
Capitán de Pizarro, que poblado
A Popayán dejó, á Cali y Quito
Con mas lugares deste circüito.

Después de se juntar los dos hermanos,
Pasados como seis ó siete dias,
Por nuevas de los indios que cercanos
Estaban algo destas serranías
Supieron que por via de los llanos
Estaban españolas compañías;
Y este era Fedrimán, de quien mi historia
En otra parte ya hizo memoria.

Dije cómo se vieron el aspeto
Y se comunicaron blandamente,
Uno varon sagaz, fuerte, discreto,
El otro discretísimo y valiente:
Ambos se concertaron en efeto
Y hicieron un cuerpo de su gente,
Juzgando que los dos hechos á una
Podian contrastar dura fortuna.

Apenas tal resolucion se toma
Entrestos dos insignes capitanes,
Cuando por las laderas de una loma
Vieron las sedas, granas, perpiñanes
De Benalcázar, con el cual asoma
Gallarda bizarría de galanes,
Que entre los otros que valor abona,
Parecian á los de Meliona.

Que los de Fedrimán y del Jimenez,
A causa de su muy larga carrera,
Tenian por los mas preciados bienes
Una ropeta de algodon lijera,
Y para dar cubiertas á sus sienes
De lo mismo también una montera;
Pero de todos el de menos nombre
Se podria tener por mas que hombre.

Pues como granos de la mina rica
De mas bajo metal entreverados,
Quel fuego y el crisol los purifica
Y quedan afinados y apurados,
Ansí clara verdad nos certifica
Estar aquestos válidos soldados,
Por haber, no sin gran desasosiego,
Pasado por el agua y por el fuego.

Llegó pues Benalcázar donde quiso,
Y fué graciosamente recebido,
Y no de la salud tan sin aviso
Que fien sus cabezas del olvido;
Mas su venida fué con pecho liso
Debajo del diseño referido,
Por ver si por allí se daba maña
Para guiar sus pasos en España.

Vino su diligencia muy á cuento
A los que le hicieron hospedaje;
Pues declarándoles su pensamiento
Como requiere próvido lenguaje,
Supo tener entrambos en intento
Efectüar aquel mismo viaje,
Porque de lo del reino y del camino
Tenian buena copia de oro fino.

Y demás de lo propio recogieron
El oro que tenian los soldados,
Por caballos y esclavos que les dieron
A precios á su gusto moderados,
Pues los caballos que menos valieron
Encajaban á mas de mil ducados,
Y entonces no se tuvo por esceso
Por la necesidad y el caudal grueso.

Pasaron con los tres esta carrera
De su gente la mas aprovechada.
Quedó pues general desta frontera
El dicho Fernán Perez de Quesada.
Para Neiba se vuelve Juan Cabrera
Con larga comision que le fué dada:
Los mas de Benalcázar con él fueron
Y otros en Bogotá permanecieron.

En Neiba Juan Cabrera pueblo funda
Por el poder y comision que lleva,
Porque le pareció tierra fecunda
Demás del esperanza que le ceba;
Y aun dicenme que fué la vez segunda
Que poblaron aquesta tierra nueva,
Y dejalla Benalcázar poblada
Viniendo al nuevo reino de Granada.

Puestos en orden ya los peregrinos
Que van á España con la bolsa llena,
Volvieron á los términos marinos
Por el gran rio de la Magdalena:
Vieron y conversaron los vecinos
De la nueva ciudad de Cartagena,
Desde donde con buen avíamiento
Llegaron á Madrid en salvamento.

Dejémoslos agora negociando
Sus nobles y honrosas pretensiones,
Porque del Benalcázar diré cuando
Llegaren oportunas ocasiones.
Al Añasco y Ampudia voy buscando,
Que fueron á fundar las poblaciones,
A Timana, provincia populosa,
Y de gente valiente y orgullosa.

De Popayán cincuenta leguas dista,
Y es tierra fértil pero montüosa,
Con aspereza que la humana vista
Nunca jamás la vió mas salebrosa.
Entraron pocos para la conquista,
Siendo los indios mano poderosa,
Los Paéces, Yalcones y Pírama,
Y Guanaca, provincias de gran fama.

Viendo los nuestros incomodidades
Para poder hacer abierta guerra,
Procuraron por bien las amistades
De caciques algunos de la tierra:
Acudieron á las conformidades
De los quel próximo compás encierra
Del pueblo do hicieron los cimientos,
Fin del de treinta y ocho y tres quinientos.

Como viese de paz el aparencia
Juan de Ampudia del indio convecino,
Al Añasco dejó con su tenencia
Y á Popayán dirige su camino.
Añasco puso suma diligencia
En contentar al que de paz le vino,
A lo menos al hijo de Pioanza,
Yalcon, señor de próspera pujanza.

Era mozo bien acondicionado,
Que por Pedro de Añasco se perdia,
Él cual no lo quitaba de su lado
Y á su buen amistad correspondia;
A nuestro modo bien aderezado,
Y en su caballo siempre lo traia,
Pareciéndole ser el mozo prenda
Para seguridad de su vivienda.

Este para hacer repartimientos
Y las suertes de los conquistadores,
Le dió la relacion y documentos
Con que reconociese las mejores;
Y ansí ya hechos los apuntamientos,
A los caciques señaló señores,
Y para tributar á nuestro marte
El dicho mozo fué no poca parte.

El á lo mas insigne se convierte,
Como superior en elecciones,
Y así tomó por generosa suerte
Añasco toda la de los yalcones:
Ministro presuroso de su muerte,
Contra las filiales intenciones,
Pues cuanto mas del hijo fué querido,
Tanto del padre mas aborrecido.

Ofrecióse, después desto que digo,
Añasco ir al pueblo popayano
Para buscar de gente mas abrigo
Con que hacer aquel terreno llano:
Al hijo del señor llevó consigo,
Que nunca lo dejaba de su mano,
Ni el mozo mismo tal apetecia,
A causa del amor que le tenia.

Juan del Rio quedó por su teniente,
Hombre de valerosas cualidades.
A Popayán llegaron finalmente,
Camino de cien mil dificultades:
En la ciudad halló nuevo regente,
Cosas modernas, grandes novedades,
Las cuales de presente yo no pinto,
Mas pintaréias en el canto quinto.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en sí el gobierno de Popayán y sus anejos.

En tiempo que del hilo de esperanza
Humano corazon está pendiente
En medio de temor y confianza
Incierta, por algun inconviniente,
Suele ser congojosa la tardanza
A quien de tal ardor está doliente,
Y tanto mas aquejan los ardores
Cuanto las causas dellos son mayores.

Así Pizarro, como no tenia
Nuevas algunas de descubrimientos
Que en su nombre Benalcázar hacia,
Y habian de venille por momentos,
Vista la gran tardanza, presumia
Que debia tener nuevos intentos;
Y la sospecha de mudar costumbre
No le causaba poca pesadumbre.

Aquesta presuncion, que no fué vana,
Segun atrás habemos relatado,
Comunicó con Lorenzo de Aldana,
Hombre de quien vivia confiado;
Y respondióle que de buena gana,
Si le quisiere dar aquel cuidado,
A Popayán irá, do con buen celo
A la verdad podrá quitar el velo.

Gusto le dieron estos pareceres,
Dándole gracias por la tal oferta;
Y así le concedió largos poderes
Y para todo comision abierta,
Segun que piden tales menesteres;
Mas en un caso le cerró la puerta,
Y es que, constando su leal abono,
Quedase Benalcázar en su trono.

Efectúóse presto la jornada
A las provincias de aquel hemisferio,
Cuya gente quedó maravillada
Y luego sospechó traer imperio,
Juzgando que persona señalada
No hizo su venida sin misterio;
La cual, puesto que no faltó recuesta,
A ninguno la hizo manifiesta.

Solo les dice cómo saber quiere,
Pues con tanto hervor se le pregunta,
Si vive Benalcázar ó si muere,
O qué de sus conceptos se barrunta,
Para quel pecho del marqués se entere
De lo que pasa, por estar defunta
En su noticia, la que va buscando,
Como si della no tuviese mando.

Entendida la cifra y el lenguaje,
Juan de Ampudia le dió razon bastante
De las penalidades del viaje,
Como quien fué del mismo caminante
Y dónde lo dejó, y en qué paraje,
Con intenciones de pasar delante
Por la noticia próspera que lleva
De que siempre hallaba buena nueva.

Estúvose suspenso y en espera,
Sin mas alteracion ni movimiento,
Por ver si Benalcázar respondiera,
O mensajeros por su mandamiento.
En este tiempo vino Juan Cabrera
A deshacer aquel encantamiento;
Y como supo ser ciertos los toros,
Cesaron los respectos y decoros.

Notificó despachos competentes
A todos los cabildos y concejos,
Y puso de su mano los tenientes,
Aunque mudó después estos consejos;
Pues viéndolos leales y obedientes
Se volvieron las varas á los viejos
Por el rey y el marqués, por quien fué cierto
Haber el Benalcazar descubierto.

Dadas en el gobierno las razones
Que parecian ser mas convinientes,
El Añasco llegó de los yalcones,
Con quien tuvo los mismos accidentes;
Mas luego se dió nuevas comisiones
Y le llegó buen número de gentes
Por el rey y el marqués, dándole cargo,
Grandes favores y poder mas largo.

Estúvose por algun tiempo quedo,
No punto que podamos llamar vago,
Y entonces envió á George Robledo
A poblar en Encerma y en Cartago
Y en Antioquia, pero decir puedo
Que debió ser aquel dia aciago,
Pues ambiciones, si se bien advierte,
Fueron las alcahuetas de su muerte.

De las cuales ya hice breve suma
En otra que no fué menor historia,
Y así no será justo que consuma
Tanto papel en cosa que es notoria:
Bastará de presente que mi pluma
Refresque deste hecho la memoria,
Pues pretendió que los pueblos poblados
Por él, le fuesen en gobierno dados.

Mas no salió con estas intenciones,
Y fué solicitud desvanecida,
Por la cual y por otras ocasiones
El Benalcàzar le quitó la vida;
Y así quiero volver á dar razones
Antes que del Aldana me despida,
Cómo se conservó con gran prudencia
El tiempo que allí hizo residencia.

Dado pues orden, cual se representa
E yo con brevedad posible narro,
A Pirú se volvió para dar cuenta
De los sucesos al marqués Pizarro,
Donde tenia generosa renta
Y era de los aurigas de aquel carro,
Pero no siempre con tan justa vida
Que en algo no saliese de medida.

Añasco se volvió con buen recado
A ver de Timaná los señoríos,
De treinta caballeros rodeado,
Cursados en ausonios desafíos;
Juan de Orozco y Arias Maldonado,
A quien yo tuve por amigos míos,
Fueron también en esta coyuntura,
Para Pedro de Añasco mas que dura.

Porque como se viese con mejora
De buenos hombres y demás posible,
En cobrar los tributos y demora
Los aquejaba con ardor terrible;
Y el venir á servir á punto y hora,
Por pecho lo tenian insufrible,
No queriendo con su bestial linaje,
Reconocer á nadie vasallaje.

No les pone temor el estandarte
Aumentado de gente castellana:
Todos al fin andaban de mal arte
E ya servian muy de mala gana,
Para lo cual no fué pequeña parte
Una india llamada la Gaitana,
O fuese nombre propio manifiesto,
O que por españoles fuese puesto.

En aquella cercana serranía
Era señora de las mas potentes,
Y por toda la tierra se tendia
Gran fuerza de sus deudos y parientes:
Viuda regalada que tenia
Un hijo que mandaba muchas gentes,
Al cual por no acudir como vasallo
Añasco procuró de castigallo.

Salió de Timaná con este pio,
A caballo con él veinte y un hombre,
Entrellos iba Baltasar del Rio
Y el primo Añasco de su mismo nombre;
E ya como dos leguas de desvío,
Agüero no faltó que los asombre;
El hijo de Piganza va con ellos
No menos que quien va por los cabellos.

Sucedió quel caballo do camina
El capitan Añasco, se recela
Donde no vian ocasion vecina
Que para retardarse le compela:
Si le metia hierro, mas se empina
Y nada se le da por el espuela,
Aunque nunca jamás dió tal molestia,
Antes tuvo valor mas que de bestia.

Viendo que no podia, segun nuestro,
Hacello proceder donde repara,
Bajóse para lo llevar del diestro;
Creyendo todos ellos que bastara,
Tirabau á porfía del cabestro,
Dándole por detras con una vara;
Mas la solicitud no fué bastante
Para que lo pasasen adelante.

Ponen otros caballos á su frente
Para lo convidar por esta via,
Y aunque no lo hallaban diferente,
Tanto pudieron palos y porfía,
Que pasó con los otros juntamente
Del lugar llano do se detenia:
En él subió, hallándolo tan bueno
Como después que supo tener freno.

Del suceso nacieron ocasiones
Por donde muchos destos compañeros
Pronosticaban con murmuraciones
Malos y desastrados paraderos.
El dijo: «No mireis en abusiones,
Pues todos sois cristianos caballeros,
Que no es el asna de Balam aquesta
Para que hagais della tanta fiesta.

»Menos es mi caballo semejante
A Bucéfalo, Cyllaro ni Lamo,
Ni aun Eon, el caballo de Pallante,
De curso mas veloce que de gamo,
Cuyo lloro fué grande y abundante
Sobre la sepultura de su amo;
Ni el de Diomedes, que si bien advierto,
Con hambre se mató, su dueño muerto.

»Conozco que de brutos animales
Tomaron documento los terrenos
Para reconocer los temporales
Si son tempestüosos ó serenos;
Mas en aquestas cosas especiales
De las pronosticar están agenos,
Y quien por bestias casos adevina
En los mas atinados desatina.

»Y revelársenos desta manera
Algunos males, no somos tan santos,
Ni semejante caso sucediera
En uno solo donde vienen tantos,
Pues todos reeelaran la carrera
Y también padecieran sus espantos:
¿Qué será pues en uno sin los otros,
Sino mañas que suelen tener potros?»

Con esta prática, mas ampliada
De lo que manifiestan mis razones,
Hicieron aquel dia su jornada;
En los principios de las poblaciones
Hallaron mucha gente retirada
Y los demás con libias intenciones
Llamaron otro dia de mañana
Al hijo principal de la Gaitana.

Vuelven los mensajeros aquel dia
Al declinar el sol al occidente,
Y preguntándoles qué respondia,
Dijeron no querer distintamente:
Añasco, capitan, por él envia
A su primo con guias y con gente,
Para que lo salteen en el sueño
Y lo traigan á ver su nuevo dueño.

A la hora que llaman intempesta
Hizo con seis ó siete su partida:
Obscuridad inmensa los molesta,
Mas alguno por ella tuvo vida,
Pues Añasco rodó por una cuesta
Y un brazo se quebró de la caida:
A todos causó pena la desgracia,
Que para su salud fué mas que gracia

Como se lastimase malamente,
Sin pasar adelante le convino
Volverse do quedaba su pariente,
Pero los otros fueron su camino
Y prendieron al indio delincuente,
Si tal nombre merece de condino;
Mas si se fulminara por escrito
Muy tolerable era su delito.

De su reposo lo sacaron fuera
Con todas las acciones afrentosas.
A punto se llevaba la collera,
Puestas ni mas ni menos las esposas;
Vió finalmente la presencia fiera
De quien presto hará peores cosas:
Al hijo sigue la mujer viuda
Sin acordarse de pedir ayuda.

Nunca creyó tan ásperos sucesos
Al tiempo de tomalle residencia,
Por ser de los actores los escesos
Y del reo las culpas inocencia;
En la uña hicieron los procesos,
Y dióse vocalmente la sentencia:
Que muera hecho brasas y ceniza
Mandó, cuyo rigor escandaliza.

Pertinaces en este mal motivo,
Juntóse luego cuantidad de rama,
Traen después al mísero captivo
En presencia de aquella que lo ama:
De fuscos humos rodeado vivo
Su vida consumió la viva llama;
Y ya podeis sentir qué sentiria
La miserable madre que lo via.

Decia: «¡Hijo mio! cuán incierta
Es á los confiados confianza!
¡Para cuántas borrascas abre puerta
Un brevecillo rato de bonanza!
Hijo, que sin tu vida quedo muerta,
Mas no lo quedaré para venganza:
Bien puedo yo morir, pero tus penas
De pagármelas han con las setenas.»

Con esto se partió dando clamores
Todas las horas sin cerrar la boca:
Los estremos que hace son mayores,
Y de mas furia que de mujer loca;
A todos los caciques y señores
Se queja, y á venganza los provoca,
Hasta tanto que ya ganó los votos
De los cercanos y de los remotos.

Uno tan solamente le faltaba
Para dar conclusion á sus andenes:
Este era Pigoanza que abundaba,
De gentes atrevidas y de bienes,
Mas una cosa la desconfiaba,
Y es el hijo que tienen en rehenes;
Pero después diré que á su gemido
También este señor quedó rendido.

Volvamos al Añasco, que tenia,
Segun la confianza de su pecho,
Por una señalada valentía
Lo que tan sin razon habia hecho,
Y que toda la tierra temblaria
Para sacarse della mas provecho;
Pero presto verá ser un engaño
Que trocó los provechos en gran daño.

Porque la vanidad y la malicia
Segun su propriedad el dejo tiene,
Y los ojos con velo de cudicia
No siempre miran lo que les conviene:
Añasco pues con esta sinjusticia,
Para correr la tierra se previene,
Y al primo le mandó que se tornase
A Timaná para que se curase.

El, sin temor de guerra ni recuentro,
Con diez y ocho solos á su lado,
Se metió mucho mas la tierra adentro,
Del rehén que tenia confiado:
Asentó luego toldos en el centro
Y comedio de lo mejor poblado,
Pero la tierra tal y tan fragosa,
Que no se vido semejante cosa.

En toda la distancia comarcana,
Con ser culturas como de jardines,
Ningun espacio ven de tierra llana
Do se puedan valer de los rocines;
Pero hasta que vino la Gaitana
Quietos estuvieron los confines,
Y acudian algunos naturales
Con dones y pacíficas señales.

Puestos los nuestros en aquel paraje,
Al señor de la tierra, Pigoanza,
Hizo Pedro de Añasco su mensaje,
Mandándole que venga sin tardanza
Para reconocelle vasallaje,
Y acudille también con la pitanza
Lo mismo se le ruega por su hijo,
Con harto mas pesar que regocijo.

Nunca quiso cumplir sus mandamientos
Ni los ruegos del hijo detenido:
Pesos de oro le envió seiscientos,
Y de criados número crecido,
Que le hicieron buenos aposentos
Donde pudiese ser mejor servido;
Pero pronto verá tales halagos
Ser víspera de dias aciagos.

Porque él estaba ya mal indignado
Desde que supo cuán atrocemente
Mataron al mancebo desdichado,
A quien reconocia por pariente:
Hízolo luego mas acelerado
La que su madre fué, que mas lo siente,
La cual con otras dueñas tan ancianas
Allí llegó mesándose las canas.

Ronca la voz, los ojos hechos fuentes,
Turbada, despulsada y amarilla,
La voz apenas saca de los dientes,
Despedazada cada cual mejilla,
Diciendo: «Deudos nios y parientes,
Muévanos mis desdichas á mancilla:
A tí mas que á ninguno, Pigoanza,
Competen los rigores de venganza.

»A tí me quejo, y el favor invoco
Con que mi gran agravio se castigue,
Pues nuestro parentesco no es tan poco,
Que por muchas razones no te obligue
A refrenar la furia deste loco
Que á tí y á mí y á todos nos persigue,
Con cuyos vientos vamos navegando,
Y en un mismo navío naufragando.

»Comun y general es la tormenta:
Nadie desta fortuna se reserva;
Truécanse los honores en afrenta,
La noble libertad se hace sierva;
Quien tal calamidad esperimenta
Busque la verdadera contrayerba
Que deste mal es único remedio,
Quitándolos á todos de por medio.

»De la mujer, del hijo, del marido
Se sirven, y los tienen por despojos;
Y no pequeña parte te ha cabido
De la continuacion destos enojos,
Pues tienen con engaños detenido
Al hijo que es la lumbre de tus ojos:
No lo goza su desecosa madre,
Ni le consienten ir á ver su padre.

»Aquel orígen triste de mi llanto,
Hijo mio, dolor de mis entrañas,
Quemaron vivo por poner espanto
A nuestras gentes y á las mas estrañas:
De tí sé que harian otro tanto:
Tales son sus cautelas y sus mañas;
Mira por tí, pues ellos son de arte
Que será menester anticiparte.

»Bien hace quien de tal golpe se escuda,
Y huye de mojarse cuando llueve;
A nuestra causa la razon ayuda,
Y la ventura va con quien se atreve;
De la victoria nuestra no se duda
Ni de pagar su deuda quien la debe;
Bien sabes que será juicio vano
Soltar las ocasiones de la mano.

»A quien fué causa de mi desventura,
Junto lo tienes y aun te hace cocos:
Es cómodo lugar, gran angostura,
Los tuyos muchos, y los suyos pocos,
Nunca mejor sazon y coyuntura
Para que nadie quede destos locos;
Dad en los que los hados amonestan,
Porque después dareis en los que restan.

»Este propósito tiene Pirama;
Guanaca quiere questo se concluya;
Los Paeces que acuden á la trama
Tu determinacion es propria suya;
En todo cuanto Timaná se llama
No resta voluntad mas que la tuya:
En guerra que desean tantos buenos
No tienen los yalcones de ser menos.

»Mira, señor, la general fatiga,
El miserable pueblo cómo anda,
La justísima causa que te obliga
A querer aceptar esta demanda,
Pues eres general en esta liga
Do van tantos caciques de tu banda:
Cuanto les ordenares harán luego,
E yo de parte suya te lo ruego.»

Semejantes palabras le decia
La bárbara cruel para su hecho;
Con mal de corazon se amortecia:
Por ventura seria contrahecho;
Mas al fin alteraba y encendia
El rústico, feroz y bravo pecho,
El cual en regalalla se desvela,
Y con tales palabras la consuela:

«Péseme de te ver tan lastimada
Y el venerable rostro hecho piezas:
La vida no podrá ser restaurada
Con cuantos hombres y armas aderezas;
Mas yo te la daré tan bien vengada
Que recibas por una cien cabezas,
Y de pellejos de tus adversarios
Verás poblados estos santuarios.

»Aqueste te promete Pigoanza
Para satisfacer á tu querella;
Y huélgome que pidas la venganza
A quien no se hallaba fuera della,
Pues en estos y en los de mas pujanza
Habia de bebella ó de verella:
Mitiga tus dolores si pudieres,
Cierto de que haré cuanto quisieres.»

Al punto despacharon mensajeros
Para sus capitanes obedientes:
Los de Pigoanza fueron los primeros;
Mas de seis mil cursados combatientes
Serian, validísimos guerreros;
Muy pocos menos de las otras gentes
Que meneaban procelosas ondas
De macanas, de flechas, lanzas, hondas.

¿Qué borrasca mayor ó batería
Pudieran dar las ondas de Neptuno?
¿Qué fuerza, qué vigor, qué valentía
Saliera de rigor tan importuno?
Siendo pura verdad que combatia
Contra mas de seiscientos cada uno,
Y en lugar cuyo mas llano repecho
Era para caballos sin provecho.

Bastara la primer arremetida
De tantos capitanes y vasallos,
Para que la creciente y avenida
Pudiera consumillos y anegallos,
Aunque fuera la copia mas crecida
De diestros españoles y caballos;
Pues raras veces pocos temerarios
Desbaratan gran fuerza de contrarios.

El propósito duro y el concierto
Al noble mozo hijo de Pigoanza
Le fué por ciertas indias descubierto,
Significándole la gran matanza
Que se haria por el indio muerto,
Y cómo se juntaba gran pujanza,
Sin esceptuar ninguno de la tierra
Que fuese conviniente para guerra.

El mozo con el rostro de difunto
Al Añasco le dijo, y al oreja:
«Acabo de saber en este punto
El gran conflicto que te se apareja:
El poder de la tierra viene junto
Importunado por aquella vieja;
Si no huyes, ello va de suerte
Que yo no tengo duda de tu muerte.

»Las vidas, mi señor, prendas son ricas:
Perdidas, no se hallan á la mano;
Ruégote por el Dios que me predicas
Ser autor de lo bajo y soberano,
Y esotras cosas que me certificas,
Que luego nos salgamos á lo llano,
Pues la partida que al vivir importa
Tanto mejor será cuanto mas corta.

»En riesgos y peligros tan patentes
Suplicote, señor, que no te tardes:
Que si vosotros pocos sois valientes,
Ningunos de los muchos son cobardes;
Conozco bien sus bravos accidentes,
La determinacion de sus alardes,
Que puestos en estremo semejante
No se les pone cosa por delante.»

Añasco le responde: «Vive ledo,
Y no quieras por esto fatigarte,
Pues para retraerme un solo dedo
El mundo todo no podrá ser parte;
En este sitio con estarme quedo
Han de volver huyendo de mal arte,
Y habrán por bueno viendo su castigo
De no querer burlarse mas conmigo.»

El mozo bueno su razon ataja
Llorando su notorio desatino,
Diciendo: «Señor, mira la ventaja
Que tienen á tu campo peregrino,
Porque todos sereis como la paja
Movida de terrible torbellino,
O flaca llama cuando resplandece
Y en ese mismo punto desparece.»

No lo pudo vencer con otros ruegos
Demás de los que tengo declarados;
Mas todavía con desasosiegos
El negocio trató con sus soldados,
Y todos ellos estuvieron ciegos,
Torpes, perplejos, indeterminados,
Hasta tanto que ya rayos solares
Fueron á visitar otros lugares.

Absentes los febeos resplanderes
E ya venida la tiniebla fria,
Crecieron las congojas y temores
De los de cristiana compañía:
La mortificacion de los calores
Vitales, cada cual en sí sentia,
Con sudor frio por las coyunturas,
Anuncio de sus ciertas desventuras.

No faltaban aullidos entre tanto
De fieras por sus sendas mas estrechas,
Ni las aves nocturnas que con canto
De lloros confirmaban las sospechas;
Los bubos conmovidos del espanto
Por cima les cantaban las endechas,
Con otras mas señales que no cuento,
Por quien iba temor en crecimiento.

Ningumo los animo con arenga
Porque á la prontitud temor escede,
Y si comienza cosa que convenga
Que al medio del camino no se quede;
El tiempo breve, la resolucion luenga,
Quisieran daila, pero nadie puede,
Por no les dar la mísera dolencia
Lugar para tener tal advertencia.

Todavía con ánimo valiente
Añasco les mandó que estén alerta,
Y entre lugares repartió su gente,
Que cada cual abria larga puerta;
Y para que muriesen brevemente
No se pudo hacer cosa mas cierta
Que dividir sus pocos combatientes
En partes y lugares diferentes.

¿Qué hueste de Anibal, ó de Antioco,
O del gran Taburlan ha dividido?
A mí paréceme término loco
Y orden de mercader desvanecido,
Si su posible, siendo caudal poco,
Corre por muchas manos repartido,
Pues para que la suya se consuma,
Basta pasar por una y otra pluma.

Mucho dura la fábrica trabada,
Mas tiran que uno dos bueyes unidos;
Mal pueden de la mano separada
Ser los restantes miembros socorridos:
Fué cierto cosa desproporcionada
Pocos en muchas partes repartidos,
Porque con menos fuerzas es quebrado
Solo hilo sencillo que doblado.

Pero cuando prudencia se desvía,
Dase las menos veces en el hito,
Y es una ceguedad de muchas guía,
Segun claro constó deste conflito,
Cuyo triste suceso yo queria
Poner muy á lo cierto por escrito;
Y porque dél resultan mas rencillas
Habré con canto nuevo de decillas.

CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenia, escepto tres que escaparon mas milagrosa que casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras desgracias que entonces acontecieron.

Seguro y especial salvoconduto
Es en aquesta vida la templanza;
Amargo, duro, pernicioso fruto
Nace de la soberbia confianza;
Quien es en sus antojos resoluto,
Sin ajustar fiel en la balanza
Ni querer admitir consejo sano,
A trabajoso fin anda cercano.

Bien se conocerá por lo que digo
Ser el Añasco destas condiciones,
Sin consideracion en dar castigo,
Casado siempre con sus opiniones:
Menos tomó consejos del amigo
Para se reservar de punciones,
Y ansí Laquésis, rigurosa parca,
Su vida señaló con breve marca.

Porque ya descubriendo por oriente
La dulce Venus su real corona,
Anunciadora de la roja frente
Del rutilante hijo de Latona,
Llegó la tempestad y la creciente
Que muerte desastrada les pregona,
Por las tres partes donde hacen vela,
Y á todos fué comun la centinela.

Luego la temerosa grita suena
Del bárbaro gentío furibundo;
La tierra con temblor se desordena
Y las concavidades del profundo;
No pone rota nube cuando truena
Con rayos tantos miedos en el mundo,
Cuanto concibe quien un Dios adora
Viendo presente ya su postrer hora.

Adonde mal gobierno los reparte
Todos se muestran con ardor terrible,
Y cada uno dellos por su parte
Hacia mucho mas que lo posible;
Caian de los del bárbaro marte
Número de cabezas increible,
Por ser en general estos soldados
De los mas principales y apurados.

Mas la nube de jáculos espesa
Momento no cesaba de por cima:
Pigoanza por cumplir con su promesa
Con voces presurosas los anima;
Aquí y allí y allá hierve la priesa;
Un escuadron y otro los lastima,
Por espaldas, por pechos y por lados,
Ellos y los caballos traspasados.

No recibió Piton, serpiente fiera,
Tantos tiros de la potente mano
De Apolo, cuantos ya tiene cualquiera
De los del breve número cristiano:
Al remate van ya de la carrera
Y al término fatal del ser humano;
A todas partes y do quier que sea
La imagen de la muerte los rodea.

Ya faltaba vigor del primer brio;
Cualquiera les rebate ya la lanza;
Cayó Benalcazar, Baltasar del Rio,
Francisco Sanchez, Pedro de Esperanza,
Y la de todos que en el desafío
Pretendian hacer crüel matanza:
Libres quedaron tres de la rüina,
Luis Mideros, Cornejo y un Medina.

Habló con ellos el Lüis Mideros,
Digo con el Medina y el Cornejo,
Diciéndoles: «Señores compañeros,
Tengo por salutífero consejo,
Pues somos hombres sueltos y lijeros,
Que tomemos las armas del conejo:
Será servido Dios darnos ventura
Para poder salir desta presura.»

Apenas lo habló cuando fué hecho;
Y reguardándose los tres peones,
A la dificultad poniendo pecho,
Hicieron calle por los escuadrones;
Finalmente salieron del estrecho
Con grán solicitud de los talones,
Hasta ver la montaña mas espesa
Por donde se metieron á gran priesa.

Dejemos estos en el espesura
Hasta que lleguen horas deputadas:
Volvamos al Añasco sin ventura,
Que cierto hizo cosas señaladas,
Y en el conflicto riguroso dura
Con daño de las gentes alteradas,
Y el buen caballo contra los que hiere
Sube y desciende por adonde quiere.

Donde ve muchedumbre mas estrecha,
Allí se mete con vigor ardiente,
Porque demás de sello de cosecha
Necesidad lo hace mas valiente;
Pero para vivir ¿qué le aprovecha,
Teniendo lo contrario ya presente?
Y fué tal, que mejor hubiera sido
Quedar con los demás allí tendido.

Habiendo pues llegado la mañana,
No con plácido rostro ni sereno,
Hizo terribilísima macana
En dientes del caballo golpe lleno:
Demás de no quedar la boca sana
Los tiros quebrantó del duro freno;
Corre por donde ve vez oportuna
A su albedrío y sin orden alguna.

El desconcierto visto del caballo
De diestro y arrendado fugitivo,
Con gran instancia van á rodealle
Los fuertes del ejército nocivo;
Pero muerto cayó sin derriballo,
Y al mísero señor tomaron vivo:
Vivo lo toman, y quedó de veras
Por escarnio y por carne destas fieras.

Como de fuscos tordos á la haza
Acudir suele multitud crecida
Cuando las rojas mieses embaraza,
Hallando sin defensa la comida:
Así luego vinieron á la caza
Que vieron los demás estar caida,
Con tanta grita de uno y otro cuerno
Como ministros fieros del infierno.

¡Oh caso de los casos mas atroce,
Suceso de sucesos el mas duro!
Porque veais si puede de una coce
Fortuna derribar un alto muro.
¡Cuántas veces agora reconoce
El consejo del mozo ser seguro,
Y que son cosas de jüicio loco
Tener las importantes en tan poco!

¡Cuántas muertes le están aparejadas,
Cuantos tormentos desapiadados,
Cuantos azotes, cuántas bofetadas
Descargan sobre miembros fatigados!
Luego sus carnes fueron despojadas
Hasta de los vestidos mas delgados,
Dejándolo con no mas cobertura
De aquella que le proveyó natura.

Delante de Pigoanza fué llevado
Y del hijo llamado don Rodrigo,
Que con gran diligencia fué buscado,
Y el padre lo tenia ya consigo:
Vídolo triste, mustio, demudado,
Con sentimientos de fiel amigo;
Y allí delante la proterva ira
Gime cada cual dellos y suspira.

Los ojos del mozuelo hechos rio,
Con el Añasco razonó deste arte:
«Al alto Dios pluguiera, señor mio,
Que mi fuerza pudiera remediarte;
Mas en la confusion deste gentío
Paréceme que soy ninguna parte:
El poderoso Dios te dé talento
Para morir con buen conocimiento.

»Si murieras por caso repentino,
Menos pudiera ser mi sentimiento,
Por ser la muerte general camino
Y vida temporal lijero viento;
Mas por las crüeldades que adevino
Lo que durares con vital aliento,
Padezco tal y tan inmensa pena
Que no puede llegar á ser mas llena.

»En esto se recrea la demencia
Deste bestial gentío, torpe, fiero:
Armate del escudo de paciencia,
Pues naciste cristiano caballero;
Apártome de tí con tu licencia,
Que no me dejan verte, ni yo quiero,
Por no ver espectáculo tan triste.....
¡No sé, señor, por qué no me creiste!»

Con esto desviaron al mozuelo,
De lágrimas los ojos empapados.
Añasco, despedido de consuelo,
Los suyos á los cielos levantados,
Dijo: «Yo te doy gracias, Rey del cielo,
Que mas merezco yo por mis pecados;
Y pues por ellos viene tal castigo,
Otro millon de veces te bendigo.

»De tu fe santa nada me desvío:
Protesto de morir en su creencia,
Fuera del alocado desvarío
De desesperacion é impenitencia;
Pues aunque de mi vida desconfío,
Muy confiado voy de tu clemencia;
Tu santa voluntad sea mi guía
Para corroborar aquesta mia.

»En esta confesion firme y entero,
Aprieten los carnífices las llaves,
Porque si tú por mí, manso Cordero,
Padeciste tormentos muy mas graves,
Con la recordacion dellos espero
Que todos estos me serán suaves.»
Quisiera decir mas, y no lo dejan
Las burlas y ludibrios que lo aquejan.

Llamó pues Pigoanza la Gaitana
Para le dar al mísero paciente,
La cual contra la gente castellana
En el recuentro se halló presente:
Ella lo recibió de buena gana,
Y no menos crüel que diligente
Descubrió luego con acerbo hecho
La rabia y el coraje de su pecho.

Pues como de mujer son sus antojos,
Si tiene mano contra quien la injuria,
Que da satisfaccion á sus enojos
Dejándolos correr á toda furia;
Y así primero le saca los ojos,
Segun a Mario la romana curia,
Porque lo que durase desta suerte
Viviese con deseo de la muerte.

Después desto la desapiadada,
Crüel de suyo con la pena loca,
La barba por debajo horadada,
Grueso cordel en cantidad no poca
Le metió por aquella cuchillada,
Cuyo cabo sacaron por la boca,
Y allí le dieron á le soga ñudo,
Con gran aplauso deste vulgo rudo.

Desta manera fué dél triunfando,
Aquel cordel sirviendo de traílla,
La victoria y trofeo publicando
Por los mercados de ciudad ó villa.
Y de los estirones que va dando
Desencasada cada cual mejilla,
Con tal alteracion el bello rostro,
Que ya no parecia sino mòstro.

Reconociendo que de ser humano
Huian los espíritus vitales,
El pié le cortan, otra vez la mano,
Otra vez pudibundos genitales,
Hasta que con paciencia de cristiano
Salió de las angustias de mortales,
Para volar, segun pios motivos,
A la quieta tierra de los vivos.

Los atroces tormentos acabados
Segun feroz bestialidad ordena,
Los caballos y dueños desollados
Y de ceniza la pelleja llena,
Unos y otros fueron cuarteados
Para guisarse la nefanda cena,
Y de los cascos ya limpios y rasos
Para beber en ellos hacen vasos.

Cuando la borrachera se hacia
Que con cantos y bailes celebraban,
El primo del Añasco todavía
Se estaba quedo donde lo dejaron,
Con dos hidalgos en su compañía
Que para lo curar con él quedaron,
Y para dar en ellos apareja
Sus valedores la proterva vieja.

El hijo de Pigoanza que recela
Destos tres españoles la caida,
Determinó librallos con cautela
Que de nadie pudiese ser sentida:
La cual fué despachar quien los compela
A poner en efecto la hüida,
Dándoles mucha grita desde fuera
Y alborotándolos desta manera:

«Esperad, esperad, gente cristiana,
Vereis nuestra macana cuánto pesa,
Pues antes que se llegue la mañana
Habeis de ser manjar de nuestra mesa;
Aquí llegará presto la Gaitana
Que en vuestro capitán ha hecho presa;
Los huesos podeis ver de los vencidos,
No solo descarnados, mas roidos.»

Llegaron los mozuelos en un salto
Para cumplir aquellos mandamientos,
Y luego dieron grita desde el alto
Que estaba cerca de los aposentos:
Causáronles terrible sobresalto
Después de declarados los acentos
Por lengua que tenian que declara
Lo que decian en el algazara.

Parecióles la grita gran soltura
Y no buena señal hacelles cocos,
Y así tuvieron todos por cordura
No reposar allí siendo tan pocos,
Y en aquella sazon y coyuntura
Su consideracion no fué de locos:
Vuelta de Timaná se fueron luego
Con harta mas congoja que sosiego.

Desta manera fueron caminando
Hasta verse metidos en el ala
Y amparo cierto del señor Inando,
Que como buen amigo los regala;
Del cual indio tuvieron en llegando
Mas certidumbre desta nueva mala:
Era cacique noble, de buen pecho,
Y que mostró gran pena por lo hecho.

Tuvieron algun tanto de reposo
Por llevar los caballos fatigados,
Mas luego con el paso presuroso
Por el Inando fueron aviados:
A Timaná hallaron sospechoso,
Y fuélo mas después de ser llegados,
Mas su declaracion no tan patente
Que la supiesen dar precisamente.

Y es porque de las cosas que dudamos,
Cuyas noticias no llegan enteras,
Aquellas que tememos y odiamos
Siempre se hacen menos creederas:
Razones aparentes les buscamos,
Y así las daban muchos tan de veras
Que parecia concluyente prueba,
Mas yo reniego de la mala nueva.

Juan del Rio tenia las opuestas
Opiniones, y por no ser tardío
Al cargo que tomó sobre sus cuestas
Y en ir á ver á Baltasar del Rio,
Su hermano, hizo luego gentes prestas;
Pero hasta salir con mas avío
Fueron delante cinco buenos hombres
De caballo, de quien diré sus nombres.

Y son, si la memoria me socorre,
Los que llevaron esta delantera
Juan Vazquez y Francisco de la Torre,
Y Pedro de Guzmán, que no debiera;
Un Juan de Cespedes con ellos corre,
Y juntamente Diego de Mosquera:
Destos, dejándolos ir su camino,
Después diremos lo que les avino.

Juan del Rio salió con veinte y siete
Otro dia después de su partida;
Cada cual dellos era buen jinete
Y en este menester gente rompida,
La cual por otra via se entremete
Que parecia menos impedida,
Y fué por Aniabongo, cuya tierra
Metió manos y codos en la guerra.

Llegaron cuando ya se les estrecha
El resplandor clarífico de Apolo:
Vieron insignias de la maldad hecha,
Y de los indios presumieron dolos,
Porque para tener esta sospecha
El pueblo principal hallaron solo;
Demás desto tomaron una vieja
Que dijo todos ser en la conseja.

Viendo de guerra toda la frontera
Y teniendo del caso certidumbre,
Sin dilacion quisieran salir fuera
Si les diera lugar febea lumbre;
Mas con obscuridad no se pudiera
Caminar sin notoria pesadumbre,
Pero con todo esto los mas votos
Eran de verse diez leguas remotos.

Habióles desta suerte Juan del Rio :
« Señores, esperemos la mañana,
Que el deseo de todos es el mio;
Mas dejar esta poca tierra llana
Téngolo por notorio desvario,
Y muy mayor salir con obscurana,
Donde por ser tan áspera la sierra
Podeis morir sin ver quién os da guerra.

»Conviénenos velar y estar á pique
Y que tomemos por alojamiento
La casa y el cercado del cacique,
Porque mejor lugar yo no lo siento,
Pues si de los contrarios hay quien pique,
Es uno mas allí que dellos ciento :
Rondarán á caballo por de fuera
Desde el llano compás á la ladera.

»Si pasase la noche sin estruendo
Y sin acometer bando contrario,
Salirnos hemos en amaneciendo
Con orden y recato necesario. »
Entraron pues adonde voy diciendo;
Mas tres tuvieron pensamiento vario,
Alejándose fuera del cercado
Con sus caballos y el demás recado.

Dos para cada cuarto son las velas,
Ellos y los caballos bien armados,
Con otras prevenciones y cautelas
Que tienen en la guerra los cursados :
Duermen todos calzadas las espuelas,
Las sillas y los frenos alistados,
Para cualquier rumor hallallo junto
Y ensillar y salir en ese punto.

El cuarto de la prima fué rendido
De la modorra semejantemente,
Sin sentirse bullicio ni rüido
De viva criatura ni aparente,
Aunque cuasi pegado con el nido
Crecidísimo número de gente;
Y era cuando velaban la mañana
Diego Quintero y Lüis de Lizana.

Y al tiempo quel lucero matutino
Su resplandor venia descubriendo,
Salió la tempestad y torbellino
Con estampida de clamor horrendo :
Los tres hombres mataron de camino,
Estando sus caballos componiendo;
Mas no les dió lugar el avenida
En multitud y en ímpetu crecida.

Los indios procuraron el entrada,
Mas con sumo valor fué defendida,
Y de la gente bárbara granada
No poca cuantidad quedó tendida,
Unos caidos en el albarrada
Y otros dispuestos á perder la vida;
Y como viesen el sangriento juego
Determinaron de ponelles fuego.

Venian ciertos indios con candela,
Por ser aquellos los ardides ciertos
Y aun el riesgo mayor que se recela
Por los que peleaban encubiertos;
Mas con su sangre por los dos de vela
Ellos y los tizones fueron muertos,
Y á no salir tan bien lo que se hizo,
Perecieran por ser todo pajizo.

Ocupó Juan del Rio los arzones
De un salto por salir á la rencilla,
Y un negro suyo con las turbaciones
(¡Oh caso singular y maravilla!)
El caballo cluchó por los riñones,
La cincha por debajo de la silla;
Ansí que para la batalla dura
Las piernas solas eran ligadura.

Ocon tiene por nombre su caballo,
Del cual dicen algunos tantos bienes
Que con razon podremos igualallo
Al de Adriano dicho Boristenes :
Agora no podia sosegallo
Oyendo los carcajes y almacenes;
Rompió con él por la mayor pujanza,
Haciendo maravillas con la lanza.

Mas si su dueño con auxilio santo
Traspasa pechos y ensangrienta frentes,
El buen rocin Ocon con otro tanto
Baña las herraduras y los dientes,
No sin admiracion ni sin espanto
Del español y bárbaros presentes,
Pues sin espolear ni meter hierro
Los va remordiscando como perro.

A los mas señalados arremete;
Con bocados y coces los lastima;
Admira la ventura del jinete,
Andar sin cinchas y durar encima;
Vuelve y revuelve, gira y acomete,
Y con sus voces los demás anima,
Porque ya todos van por sus pisadas
Y andaban bien espesas las lanzadas.

La parte de los nuestros se mejora,
Cosa que pareció ser imposible :
Victoriosos van, y en esta hora,
Para ser la victoria mas visible,
Asomó por sus puertas el aurora
Con rostro rubicundo y apacible;
E ya del todo las tinieblas sueltas,
Vieron los indios las espaldas vueltas.

Prosiguen el sangriento desafío,
Que la vertida sangre no les basta;
Antes cobrando todos nuevo brio
Mucha mas vierten desta dura casta,
Adonde la pasion del Juan del Rio
La hizo bien crecida con el asta,
Dejando por allí la tierra roja
A causa de la fraternal congoja.

Con estos gloriosos vencimientos,
Dignos ansí de ser intitulados,
Pues eran indios mas de diez quinientos,
Hombres furiosos y desesperados,
Volvieron á los dichos aposentos
A curar los caballos fatigados,
Para luego volver á su reposo
Por estar el terreno peligroso.

Cada cual su caballo regalaba
Con grano que hallaron en la villa,
Y cuando Juan del Rio se apeaba
En el suelo cayó con él la silla;
La cincha vieron, y segun estaba,
Túvose por divina maravilla,
E yo que tracto con quien pudo vella
En esta posesion quiero tenella.

Y no son estas de las vanidades
Que en los poemas van entrejeridas,
Porque demás de ser mis propriedades
Hüir admiraciones fementidas,
Hay tanto que decir en las verdades
Que no hallan lugar cosas fingidas;
Y ansí, nunca jamás fatigué pluma
En cosa que ser cierta no presuma.

Voy al nivel de la verdad atado,
Y della discrepar punto no oso,
Por parecerme tiempo mal gastado
Mezclar lo cierto con lo fabuloso,
Pues á causa de ir entreverado,
Lo verdadero queda sospechoso :
Muchos lo hacen, pero tal idea
Menos tiene de bella que de fea.

Conozco que soy torpe coronista,
Pero de tantas cosas peregrinas
De muchas soy testigo yo de vista,
En guerras estranjeras é intestinas;
Y las que pongo por ajena lista,
Yo sé que son personas fidedinas
Aquellas que me dictan lo que escribo,
Y algunas dellas viven donde vivo.

Para que vean lo que yo escribiendo
Les damos el cuaderno descubierto,
Y lo primero que les encomiendo
Es advertirme siempre de lo cierto,
Porque pongamos antes el remiendo
Que el ocular testigo caiga muerto;
Y acontece sobre un mismo subyecto
Tener diez relaciones de respecto.

Así quel curioso que procura
Historias verdaderas, esta lea,
Porque le sé decir que mi lectura
No dirá cosa que verdad no sea:
Matices faltarán en la pintura
Y los colores de la docta dea;
Mas la sinceridad que represento
Le servirá de lustre y ornamento.

Volvamos á los válidos guerreros,
Por quien con gran recato se camina
A Timaná, donde con piés ligeros
Llegaron á la hora vespertina:
Allí hallaron al Lúis Mideros,
Al Francisco Cornejo y al Medina,
Que son los tres que del recuentro agro
Del Añasco salieron por milagro.

Y en el aspecto dellos bien se vía
El continuo trabajo y el tormento,
Pues había pasado quinto día
Sin dar á los estómagos sustento,
Caminando de noche, porque el día
En el monte cumplió hacer asiento,
Los piés descalzos, desnudos los brazos,
Y los vestidos hechos mil pedazos.

También llegaron en aquel instante,
O poco antes del Lúis Mideros,
De los cinco que fueron adelante
Del Juan del Río, cuatro caballeros,
Con paso presuroso de portante,
Desnudos, en la mano los aceros,
Porque al uno mató la gente fiera,
Y el caso medió desta manera:

Con priesa que se dieron aquel día
Llegaron á las casas del Inando,
El cual los recibió como solía,
Personas y caballos regalando;
También les dijo cómo convenía
No proceder en lo que van buscando,
Porque tenía por avisos ciertos
El Añasco y los suyos estar muertos.

No dejó de temer el mas robusto,
Y sobre dar la vuelta se porfía;
Al Pedro de Guzmán no le dió gusto
Usar de semejante cobardía,
Demás desto decía no ser justo
Volverse por lo que un indio decía:
Los otros, de no menos presunciones,
Condescendieron con sus opiniones.

Pero no me parece de prudentes,
Cuando necesidad no los convida,
Con fanfarronerías de valientes
Ir á notorios riesgos de la vida:
Eran las tristes nuevas evidentes,
Y el indio no habló cosa fingida,
Antes pura verdad, y no embargante
Su buen consejo, fueron adelante.

No fué su caminar á pasos lentos,
Antes apresurando la corrida
Llegaron á los mismos aposentos
De do los tres hicieron su hüida;
Mas con especular y estar atentos,
No descubrieron ánima nacida
De quien pudiesen colegir respuesta
O de paz ó de guerra manifiesta.

Perplejo cada cual porque no vía
Salillles á hablar mozo ni cano,
Bien quisieran (á dar lugar el día)
No tener el azar tan á la mano;
Mas ya la luz de Febo se metía
En las profundas ondas de Oceano;
Venían fatigados demás desto,
Y así fué de velar el presupuesto.

Por cuartos fué la noche repartida,
Y siempre los caballos ensillados,
Sin tener cosa mal apercebida
De las que suelen próvidos soldados,
Y mas en ocasion tan conocida
De tantos enemigos rodeados:
Veló la prima Diego de Mosquera,
Guzmán á la modorra salió fuera.

A velar el del alba fué llamado
Juan Vazquez, que es el cuarto que les resta;
Apeóse Guzmán, porque su hado
Tenía ya sobrél la mano presta;
Junto de su caballo maneado
Sobre los cuerpos de armas se recuesta,
No por gozar del ocio soñoliento,
Sino por descargar á su jumento.

Pues aunque fuera ronda centinela
Que vueltas da por los cercanos senos,
A todos ellos fué comun la vela,
De gustos soporíferos ajenos,
Fijada la hebilla del espuela,
Los caballos con sillas y con frenos,
Porque sintiendo mano que lastima
Puedan con brevedad subir encima.

La roja aurora sus purpúreas puertas
Abría ya sobre dorado quicio,
A los mortales dando nuevas ciertas
De la venida del ardor propicio,
Cuando de las escuadras encubiertas
Oyó Juan Vazquez tácito bullicio:
Batió las piernas á manifestallo,
Y al punto suben todos á caballo.

El Pedro de Guzmán subió de un salto,
Como quien con soltura se menea,
No se acordando con el sobresalto
De quitar al caballo la manea;
Metióle hierro, mas hallólo falto
De aquella lijereza que desea;
Quiso bajar, y viése rodeado
De bárbaros por uno y otro lado.

Porque reconociendo ser sentida
Aquella turbamulta de bestiales,
No llama de los vientos impelida
Vuela tanto por secos pajonales,
Cuanto fué la feroz arremetida
De mas de cuatro mil lobos cervales,
Cuyas bocinas y alaridos crecen,
De suerte que los campos ensordecen.

Como no pudo con los embarazos
Seguir Guzmán sus cuatro compañeros,
Descargó la violencia de los brazos
Con golpes tan pesados y tan fieros,
Que al caballo y á él hacen pedazos
Aquellos infernales carniceros,
Mas hambrientos, voraces y protervos,
Que sobre muertos multitud de cuervos.

Mirad la presuncion del ser humano
En qué viene á parar cuando mas osa,
Y cómo muchas veces de su mano
Se buscan hombres muerte trabajosa,
Cómo también Juan de Guzmán, su hermano,
Aquel que combatió con Espinosa,
Fuertes, honrados, nobles caballeros,
Y ambos tuvieron malos paraderos.

Los cuatro que salieron adelante,
No viéndolo, pararon breves puntos,
Por la desgracia ser en un instante
Y el trueno con el rayo llegar juntos;
Mas en oyendo la tumultüante
Turba, contáronlo con los difuntos,
Reconociendo que tenían caza,
Pues tantos reparaban en la plaza.

Allí se señalaba la Gaitana,
Que va tras ellos ya con gran bullicio;
Pero como tenían tierra llana
Cumplían con el militar oficio,
Y por usar de condicion humana
Llevaban por delante su servicio,
Porque todos corrían detrimento
Y fueran de los indios alimento.

Acometiendo pues y alanceando
A los que se mostraban con esceso,
Se fueron retrayendo y alejando
Deste bestial y duro sobrehueso:
Llegaron al cercado del Inando,
Quel pésame les dió del mal suceso,
Manifestándoles estar corrido
Por avisallos y no ser creído.

Ellos le dieron su descargo cierto,
Y bien pudieran dallo sin malicia,
Porque se descargaron con el muerto
Que de llegar allí tuvo cudicia;
El buen indio no con intento tuerto
Los sirve, los regala y acaricia,
Y dellos cada cual allí mitiga
El cansancio, la hambre y la fatiga.

Y fuera cierto general rüina,
Si en este tiempo de furor insano
No proveyera la bondad divina
De la fidelidad deste pagano,
Sin dar vaivén su condicion benina,
Ni contraer jamás la pia mano,
Aunque pudo tener vez oportuna
Para seguir mudanzas de fortuna.

Después que con las obras los consuela
Y palabras de vivo cumplimiento,
Fueron á Timaná, que se recela
De mas encancerado rompimiento;
Y ansí tenian vigilante vela
Noches y dias sin faltar momento,
Por ser notoria ya la desvergüenza
Y el daño mucho con que se comienza.

Habia ido Florencio Serrano,
Primero quel Añasco pereciese,
Con dineros al pueblo Popayano
Para que de ganados proveyese
Este terreno que teniau llano,
Sin que contrariedad se presumiese:
Seis mil pesos llevó para gastallos
En puercos, pacos, yeguas y caballos.

Que ya por ser ganancias importantes,
En pueblos ricos y recién fundados
Desde Pirú bajaban contractantes
Con estas diferencias de ganados,
Y de negociaciones semejantes
Todos volvian bien aprovechados:
Hizo pues el Florencio buen empleo
De las cosas que tienen en deseo.

El cual, desque compró lo que queria
Para los militares menesteres,
Volver á Timaná (por otra via
De la que trajo) son sus pareceres,
Por ser mas llana; y en su compañia
También venian ciertos mercaderes,
Con intencion de dar con su manada
En este nuevo reino de Granada

Porque como supiesen haber puerta,
Aunque con muchas leguas de distancia,
En tierra nuevamente descubierta
Necesitada de la tal substancia,
Siendo primeros, era cosa cierta
Sacar del reino próspera ganancia,
Y ciertamente caudalosa fuera
Si como se pensó les sucediera.

Mas entonces no fueron opiniones
Ciertas al armentario contractante,
Porque tenia varios trompezones
Peligrosos opuestos por delante;
Pero los cudiciosos corazones
Cosa no tienen por exorbitante,
Y las dificultades mas insanas
Se les antojan fáciles y llanas.

Van pues á Timaná veinte personas
Guiadas todas por adverso hado,
Unas para quedar, las otras pronas
Al viaje que tengo recitado:
Llevaban muchos indios yanaconas
Por guardas y pastores del ganado;
Al fin hicieron una noche cama
En la quebrada que llaman Pirama.

Los caballos descargan y las yeguas
Para dormir al pié de aquel recuesto,
Seria la distancia de dos leguas
De donde fué el Añasco descompuesto;
Mas el quebrantamiento de las treguas
A ellos no les era manifiesto,
Porque pensaban estos caminantes
Estar de paz la tierra como antes.

Y ansí los indios del compás frontero
Les salieron de paz, aunque fingida,
El uno (cosa nueva) con sombrero,
Presea del Añasco conocida.
El capitán Serrano, que primero
Tuvo la vista mas apercebida,
Dijo: «No tengo yo por señal buena
Cubriros con sombrero la melena.»

Por el mismo Serrano preguntado
Quién le hizo merced de la montera,
El indio respondió disimulado
Quel capitán Añasco se la diera.
«Antes te diera su rucio rodado,
Replica, y esto yo te lo creyera,
Porque su vista, de salud ajena,
Con este recibia menos pena.»

Los indios se partieron en efeto;
Mas el Serrano, como bien curtido,
Dijo: «Señores mios, el discreto
Procure de velar apercebido,
Porque segun lo visto yo os prometo
Que se nos apareja mal rüido,
Y si ya por ventura no me engaño,
En la tierra tenemos mucho daño.»

Respondió Pedro Lopez del Infierno
(Que tal nombre le dan por apellido,
Porque traspuesto por su mal gobierno
Allá dijo que habia descendido):
«Un paco de los mios, el mas tierno,
Asegurar podrá nuestro partido:
Velen esas ovejas por su dueño,
Que no me quitará temor el sueño.»

El Florencio Serrano le responde:
«Andaos á decir gracias de contino,
Que si la luz del sol se nos absconde,
Podria ser con vuestro desatino
Que muy presto bajásedes adonde
Sabeis, pues anduvistes el camino,
Y quel burlar en vida desa suerte
Os saliese de veras en la muerte.»

El dicho Pedro Lopez todavía
Su caballo mandó poner á gesto,
Y un sobrino de Ampudia, que regia,
A los demás mandó que hagan esto;
Mas no tan juntos como convenia,
Pues se acomodan en diverso puesto,
Y no porque el lugar era muy ancho,
Mas cada cual miraba por su rancho.

Porque quien menos tiene pone tienda
De varia mercancía proveida,
Que se llevaba para su vivienda,
Y no querian vella divertida;
Pero ¿de qué me sirve la hacienda
Si por la reguardar pierdo la vida?
Por cuerdo tengo quien largó la capa,
Si con dejalla de la muerte escapa.

En este tiempo ya se recogia
A los antípodas febea lumbre,
Llevándose tras sí la luz del dia
Segun y como tiene de costumbre,
Dejándonos acá la noche fria,
Sombra de la terrestre pesadumbre,
Terrible, pero no de tal manera
Que no sea peor lo que se espera.

El Florencio Serrano, que no duda
Habérseles de dar el alborada,
Estuvo con el espada desnuda
Y la rodela presta y embrazada:
Unas veces se sienta, otras se muda,
En la cabeza siempre la celada,
Teniendo la quietud por enemiga,
Y el miedo tolerando la fatiga.

El violento curso presuroso
Causado por el móvile primero,
Habia vuelto ya del mar undoso
La luz resplandeciente del lucero;
El tiempo se llegaba fortunoso,
Y los rigores del asalto fiero,
Hora que toman bárbaras espías
Para venir á dar los malos dias.

Habló Serrano con los compañeros
Que por allí dormian mas cercanos,
«¡Alerta, alerta! buenos caballeros,
Que la hora tenemos entre manos:
Apretemos en ella los aceros,
Prestos los golpes y los piés livianos.»
Y aun no bien concluyó con sus razones,
Cuando salen bramando los yalcones.

Por todas partes son acometidos:
Rodéandolos va red barrendera;
Las voces atormentan los oidos
Y grita de la gente carnicera;
Los pocos peleaban divididos,
Y no tienen recurso de bandera;
Fáltales orden y el valor les sobra,
Con el cual entran en la mortal obra.

El compás de la tierra mas cercana
Con sangre de los bárbaros se riega,
Y allí llegó la mano castellana
A lo que natural fuerza no llega,
Sustentándose hasta la mañana,
Con ser sobre tres mil en la refriega,
Todos determinados y valientes
Y con tantas victorias insolentes.

Hierve la confusion, y en ella caen
Barbaros, destroncadas las cervices,
Y no pocos heridos se retraen,
Unos sin dientes, otros sin narices;
Prevalecen al fin esos que traen
Fundamento crecido de raices,
Y ansí con cargas de furor horrendo
Se van los españoles consumiendo.

El de mayor vigor se siente laso,
Y fuéranlo también los doce Pares;
El número de vivos es escaso,
Inmensas las angustias y pesares;
Los caballos no pueden ya dar paso,
Rotos y traspasados sus ijares,
Caen rendidos á la fatal suerte,
Y con ellos los amos á la muerte.

Porque las mazas de mortales pesos,
O las macanas con que los herian,
Rociaban la tierra con los sesos
De los desventurados que caian;
Mas á vida ningunos fueron presos,
Antes de tal manera combatian,
Que ninguno cesaba del combate
Hasta llegar al último remate.

Y ansí las resistencias y porfía
Duraron con aquel valor esquivo
Hasta que fueron ya las diez del dia:
De todos ellos uno solo vivo,
Que milagrosamente se valia,
Y aun hoy me da razon de lo que escribo,
Y es Florencio Serrano, de quien siento
Que cuenta la verdad en lo que cuento.

A todos consta bien ser su costumbre
Sin interposicion de vil artista,
Y él y Orozco, que me dan la lumbre,
De la dificultad desta conquista
No hablan cosa con incertidumbre,
Antes lo que deponen es de vista,
Y un Arias Maldonado, cuya fama
Otra mas diligente pluma llama.

Con los tres tracto, hablo, comunico,
Y con su relacion me favorecen,
Aunque de lo que dicen y publico
Con humildad sus hechos obscurecen:
Quisiera yo tener talento rico
Para les dar aquello que merecen,
Pero como la parca se detenga
A tiempo lo diremos que convenga.

Volvámonos al Florencio Serrano,
Que solo, como válido y esperto,
Allí pelea con sangrienta mano,
En el cansancio de sudor cubierto;
Pero su buen caballo rabicano
Ya desangrado se le cayó muerto;
La lanza deja, bien ensangrentada,
Y aprovechóse luego del espada.

Estando desta suerte combatiendo,
Demandando favor al alto cielo,
Un caballo llegó con gran estruendo,
Cuyo señor quedaba por el suelo:
Asióle de las riendas, y subiendo
Con tan buen salto que pareció vuelo,
Batió las piernas para la hüida,
Y á poco trecho le faltó la vida.

Salió de encima luego, visto esto,
Antes que llegue la caribe saña,
A fin de se subir por el recuesto
Que muy espesa tiene la montaña;
Siguen los indios el alcance presto,
Tanto que no le vale buena maña;
El lamentaba ya su fin amargo,
Y ellos riendo pásanse de largo.

Viendo buena sazon y coyuntura
Y que el bravo furor le daba lado,
La gran fragosidad y la espesura
Del monte tuvo por lugar sagrado:
Entró por ella como lo procura
El ciervo de los perros acosado,
Do le pasaron otras muchas cosas
Que ciertamente fueron milagrosas.

¡Oh! cuántas veces rodeó la frente
Con antojos confusos y perplejos,
Y pudo mitigar la sed ardiente
Con los licores que le son anejos!
Mas pasa por la frígida corriente
Con el deseo de se ver mas lejos,
Hasta que la tiniebla sobrevino,
Y aun procuró de caminar á tino.

Yendo por los parajes que sabia
Ser para su derrota bien guiados,
Después que ya llegó la luz del dia,
Dejando los caminos desusados,
Topó con española compañía
Que traian asimismo ganados,
Y dándoles razon de la revuelta,
Con él á Popayán dieron la vuelta.

Por el semblante pálido que lleva
Se pudo conocer el detrimento:
Ningun vecino hay que no se mueva
A compasion, dolor y descontento;
Pero sabida dél la mala nueva,
Se hizo mas acerbo sentimiento,
Por ser los muertos hombres principales,
Y lo que se perdió gruesos caudales.

Unos lloran la muerte del pariente,
Otros la del amigo y del vecino,
Y el Juan de Ampudia, que es allí teniente
También lamenta la de su sobrino;
El cual en breve tiempo llegó gente
Y á la provincia de Pirama vino
Con cincuenta peones afamados
Y veinte de caballo bien armados.

Cuando Febo por natural carrera
Tenia de los sinos el primero,
Y con la propria vuelta de su esfera
Visitaba los cuernos del carnero,
Año de treinta y nueve de la era
Con mas los quince cientos que refiero,
El Ampudia llegó con los que cuento
Al impío lugar del rompimiento.

El bárbaro que, pronto y avisado,
Vivia, por estar mas á provecho,
En las laderas de un cerro pelado,
Por donde su camino va derecho
En angosto lugar y acomodado,
A mano tienen un gran bosque hecho,
Dentro del cual oculta y emboscada
Copia de gente bien aderezada.

Allí Serrano va, pero repara,
Considerando ser nueva cultura:
Algunos indios fuera hacen cara,
Amenazando con desenvoltura;
Tras ellos van, y huyen como jara
Para metellos en el angostura;
Mas antes de llegar al arboleda,
El que mas cuerdo es atrás se queda.

Uno que procedió menos cobarde,
Sin tener atencion á lo que empieza,
Esperimenta del oculto alarde
Lo que suele hacer la dura pieza;
Revuelve luego sin que mas aguarde,
Manando roja sangre la cabeza,
El cual fué tan veloz en la hüida
Que la velocidad le dió la vida.

Viéndole revolver de malos modos
Aquellos que quedaban detenidos,
Desordenados revolvieron todos
Los unos de los otros impelidos,
Dándose con las manos y los codos;
Unos trompiezan y otros hay caidos,
Y ansí los indios de los mas cercanos
Un español ovieron á las manos.

Acude Juan de Ampudia por librallos
Con toda la posible lijereza,
Aunque para correr con los caballos
Les da poco lugar el aspereza;
Los bárbaros por bien han de dejallos
Por ir á mas segura fortaleza,
O por se contentar con aquel muerto
Que les tomaron en el desconcierto.

Y con ser brevecilla la tardanza
En aqueste latíbulo primero,
A uno de caballo se abalanza
Un esforzado bárbaro lijero,
Y de las manos le quitó la lanza,
No sin gran confusion del caballero.
Por ser aquellos pasos de tal arte
Que para la cobrar nunca fué parte.

Ellos al fin pasaron la quebrada
Y asentaron real en tierra llana
Con buenas velas, y á la madrugada
Los veinte de la gente mas lozana
Se fueron á poner en emboscada,
Donde tomaron, clara la mañana,
Seis gandules que van por el sendero
Y entrellos aquel indio del sombrero.

Al campo los llevaron manietados,
Adonde procedieron por justicia,
Y fueron en efecto castigados
Por sus atrevimientos y malicia,
Siendo de muchas cosas preguntados,
Entre las cuales les dieron noticia
Estar muchos caciques en su junta
Una legua de allí tras cierta punta.

Hízoles el temor que se prevengan
Para contravenir con antuviada,
Y por no les cumplir que se detengan
En dar la traza mas proporcionada,
Determinaron ir antes que vengan
A dar adonde están el alborada,
Pues tendria la bárbara pujanza
Algun descuido por su confianza.

El campo se quedó do se tenia,
Con Juan de Ampudia, principal regente;
Fué con cuarenta Francisco García
De Tovar, en las armas escelente,
Y demás de su grande valentía
Circunspecto varon, sagaz, prudente;
Y el sol entrado ya por el ocaso
Vieron los fuegos en un campo raso.

Adonde concurrió la muchedumbre
De aquellas serranías y fronteras,
Usando como tienen de costumbre
La destemplanza de sus borracheras,
Siempre que dan guerrera pesadumbre
A gentes naturales ó estranjeras:
Con la tiniebla pues á la malina
La gente castellana se avecina.

Van algo separados de sus huellos
Delante dellos dos sueltos peones,
Oidos prontos, tácitos resuellos,
Con gran tiento mudando los talones,
Hasta poner la vista ya sobrellos,
Tanto, que percibian sus canciones
Donde bebiendo cuentan sus proezas
Y de los españoles las flaquezas.

Bien esplorados del cercano viso,
Bajos los cuerpos como convenia,
Atrás volvieron para dar aviso
Al Tovar y á la gente que venia;
Mas en aquel instante dar no quiso
En ellos, antes algo se desvia,
Hasta que el soporífero beleño
Del vino les agrave mas el sueño.

Jinetes y peones fueron velas,
Lanzas prestas, desnudas las espadas,
Vestidos escolpies, las rodelas
Embrazadas y puestas las celadas,
Hasta tanto que vieron las candelas
Faltas de resplandor y amortiguadas:
Indicios manifiestos que señalan
Cómo profundos sueños los regalan.

Luego para llegar los espolea
Acomodado tiempo y oportuno,
No con tal movimiento que se crea
Hollar aquel lugar varon alguno,
Pero tan sin rumor cual se menea
Con calma muerta golfo de Neptuno,
Hasta que vieron bultos de fieles
Bárbaros que velaban por cuarteles.

Tocan al arma para lo que resta,
Que es venir á las manos sin tardanza;
Mas su preparacion no fué tan presta
Cuanto la punta de cristiana lanza,
Que con sangrientas obras manifiesta
El deseo que trae de venganza,
Diciendo ¡Santiago! Santiago!
Dando principios al crüel estrago.

Los bárbaros del sueño se enajenan,
Y á los que quieren impedir el daño
Los que huyendo van los desordenan
Y caen en las redes del engaño:
Crece la confusion, los gritos suenan,
Revueltos como suelen en rebaño
Las ovejas de lobos salteadas,
Que ya van juntas, ya descarriadas.

¿Quién os podrá decir lo que hacia
Cuando con dura lanza los aqueja
El valeroso Francisco García
De Tovar, que la tierra dura deja
Blanda, pues de la sangre que vertia
Corre la superficie conveja,
Sin dar lugar á paez ni yalcones
A que puedan formar sus escuadrones?

Y todos los demás andan gallardos
Ansí jinetes como los infantes,
Con manos prestas y los piés no tardos
Al dar de las heridas penetrantes:
Ya huellan por paveses y por dardos,
Por cabezas y miembros palpitantes,
Acudiendo con suma diligencia
Adonde ven alguna resistencia.

Al encuentro con gente que acaudilla
Un cacique salió llamado Meco,
Y el valiente Tovar en la rencilla
El hierro que metió no sacó seco,
Pues la lanza rompió por la tetilla,
Y de allí no paró hasta lo hueco:
Cayó con el dolor de la herida,
Y en el profundo dió mayor caida.

En otros muchos maculó la lanza,
Por cuya causa los de aqueste bando,
Pareciéndoles mal mucha tardanza,
A gran priesa se fueron deslizando;
Aquesto mismo hizo Pigoanza
Por incuito camino rodeando,
Mas entonces la gente que lo pisa
Fué tanta que á tres leguas se divisa.

Cuando de la region de los argivos
El sol trajo su luz á nuestros puertos,
El campo quedó libre de los vivos
Y lleno y ocupado de los muertos:
No siguen á los indios fugitivos
Mas de por los lugares descubiertos,
Donde muchos andaban embebidos
En despojar el oro de caidos.

Como muchos huian con herida
O ya por el ijar, ya por el pecho,
Y antes que diesen la mortal caida
Podian caminar algun buen trecho,
Un español salió de la medida
Al lugar do pensó hallar provecho,
Y en vez de la ganancia que procura
El mísero halló la sepultura.

Porque cuando las manos embaraza
En quitar á defunto cierta pieza,
Un abscondido vivo hizo chasa,
Pues los nervosos brazos endereza
Y descargando la terrible maza
Le hizo dos pedazos la cabeza:
Fué con aquel azar turbia y aguada
La victoria de todos estimada.

Avisaron al campo peregrino
Del buen suceso, sin inconveniente
Otro que dicho, por el desatino
Y cudicia notable del paciente;
El capitán Ampudia luego vino
Con mas caballos y la demás gente,
Que con las condiciones de la guerra
Corrieron por allí toda la tierra.

Entró hasta los paez la contienda,
Nacion guerrera y en estremo brava,
Adonde no hicieron la hacienda
Tan á su gusto como se pensaba,
Por hallar quien la tierra les defienda,
Proveida de tiros el aljaba,
Y tal bravosidad y pertinacia
Que no fué de los nuestros sin desgracia.

Porque en batalla dura tan reñida
Cuanto deseo de vencer ordena,
Al Juan de Ampudia dan una herida
Que del cuello rompió la blanda vena,
Y á pocas horas exhaló la vida:
De que se recibió crecida pena,
Por ser un valeroso caballero
Y en armas y consejo marte fiero.

No sin recelo de mayor rüina,
Como ya por momentos los asechen
Escuadrones de gente convecina
En pasos puestos que les aprovechen,
Francisco de Tovar se determina
Salir de Paez antes que los echen,
Y así desampararon sus terrenos.
Y á Popayán llegaron todos buenos.

Dejemos estas gentes descontentas
Haciendo por Ampudia sentimiento,
Y á guerras mas crüeles y sangrientas
Vuelva mi peregrino pensamiento;
Pues los que en Timaná tienen sus rentas
Piden la reflexion de mi talento,
Para que con prolijo canto diga
La gran prolijidad de su fatiga.

CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Galana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timaná con mas de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron.

Ningun animal hay de su cosecha
Tan crüel, tan protervo ni tan fiero,
Cuanto flaca mujer, si se pertrecha
(Para vengarse) de furor severo;
Y aun con matar no queda satisfecha,
Siendo de las venganzas lo postrero,
Pues muchas dellas con los cuerpos muertos
Usaron detestables desconciertos.

Estas costumbres son de largos años
Entre mujeres varias insolentes,
No solamente para con estraños
En nacion y linaje diferentes,
Pero también se estienden estos daños
A los padres, hermanos y parientes,
Porque su crüeldad y su demencia
Caminan sin que hagan diferencia.

Desta bestialidad testigo sea,
Sin que de mas hagamos escrutinio,
El torpísimo hecho de Medea,
O de Tulia la hija de Tarquinio,
O Scila que por apetencia fea
Quiso quitar al padre su dominio,
Con otras cuyo pecho furibundo
Causó notables daños en el mundo.

Y si por causa débil y liviana
Aun suelen concebir odios mortales,
¿Qué podremos decir de la Galana
Revestida de furias infernales?
Contra la poca gente castellana
Convoca multitud de naturales,
Y para que mayor venganza vea
A todos los aguija y espolea.

Nunca jamás siguieron al de Tracia
Tantos absortos en sus dulces sones,
Cuantos á ella, vista su desgracia,
Querellas, lloros y lamentaciones:
No faltaban razones y eficacia
Que mueven los humanos corazones;
Y así tanto valió con estas gentes
Que de su voluntad están pendientes.

Teniendo pues la voluntad ganada
Hasta del mas lejano señorío,
Habló con Pigoanza la malvada
Y en la resolucion lo halló frio,
Poniendo por escusa la pasada
Donde Meco murió, que era su tio;
Pero la mala vieja macilenta
Con aquestas razones lo calienta:

«Caro señor, el amistad estrecha
Y nuestro parentesco me provoca
A decir lo que á todos aprovecha
Y para bien comun abrir la boca;
Pues en particular yo satisfecha
Estoy de la venganza que me toca,
Por tu bondad y por tus beneficios,
Sin que lo mereciesen mis servicios.

»Pero de aquellos polvos tales lodos
Han resultado de una y otra banda,
Que ya no va por mí sino por todos
El llevar adelante la demanda;
A todos cumple menear los codos
Y á ninguno mostrar la mano blanda,
Siendo de condicion el enemigo
Que nunca se descuida del castigo.

»Las afrentas y muertes de varones
Como se vean con mayor pujanza,
No las han de dejar entre renglones
Asegurándose con la venganza;
Y consta que sus odios y pasiones
Tienen de descargar en Pigoanza,
Por regirse por él toda la tierra
Y ser el nervio duro de la guerra.

»Y si por caso, lo que Dios no quiera,
De paz ó guerra caes en sus manos,
Reconocida tienes la manera
Del castigo que dan estos tiranos:
Vivos en ardentísima hoguera
Los sepultan por casos muy livianos;
Pues considera si serán mas justos
Contigo que les das tantos desgustos.

»Estos son los regalos y mercedes
Que hacen á quien es mas obediente;
Y así circuncidar aquestas redes
Será de valeroso y de prudente:
Ninguno mas que tú pues solo puedes
Librarnos de tan mal inconveniente;
Tantea, mira, piensa bien los modos
Porque tu voluntad es la de todos.

»Cuantos quisieres entran en la liga,
Y de su general tienes los votos;
Ninguno dellos hay que no te siga
De los cercanos y de los remotos;
Tardanza solamente los fatiga
Y no desmayan los que fueron rotos,
Por ser aquel un caso repentino,
Sepultados en sueño con el vino.

» De cuyo mal sacamos advertencia
Para siempre vivir apercebidos,
Por ser cosa comun con esperiencia
Hacerse descuidados advertidos.
Hay demás desto grande diferencia
De acometer á ser acometidos;
Pues para destruillos y vencellos
Nosotros hemos de ir en busca dellos.

» Tú llevas gran pujanza y eminencia;
Su gran flaqueza ya nos es notoria;
Cosa principal es la diligencia
Y no para tener por accesoria,
Porque si destos crece la potencia,
Habrá dificultad en la victoria;
Mas si tu dilacion no les ayuda
De su destruicion no tengo duda.

» Por tanto, mira bien lo que conviene
Con tiempo, pues lo tienes de presente:
No se diga por tí, quien tiempo tiene
Y otro mejor atiende se arrepiente;
La perplejidad ciega se ceroene,
Y no vivamos tan infamemente,
Ni rehuses entrarles por su puerta,
Pues te la da fortuna tan abierta.»

Dijo, y el Pigoanza convenido
De las persuasiones desta vieja,
A fin de se quitar de mal rüido
Determinó hacer lo que aconseja:
Convocó los que siguen su partido;
Flechas, lanzas y dardos apareja;
Llegáronse de partes diferentes
Sobre doce mil bárbaros valientes.

No con ropas de grana ni de seda,
Sino las que les dió naturaleza,
Sobrellas oro y el betun de greda
O bija por salud ó gentileza:
Fáltame copia con que decir pueda
Su brio, su postura, su braveza,
Feroz y denodado continente,
Al de su corazon correspondiente.

Llegados todos al alojamiento
Proveidos de jáculos mortales,
El Pigoanza hizo llamamiento
De todos los caciques principales:
Hubo de capitanes nombramiento
Y de los necesarios oficiales,
Y para dar sazon á lo que resta
Con tal exhortacion los amonesta:

«Bien sabeis, sin que yo lo represente,
El fin para que somos congregados,
Que de las causas es la mas urgente
Y la que mas despierta descuidados,
Pues que nos quiere peregrina gente
Quitar la libertad y los estados,
Y consentírselo será de locos,
Siendo nosotros muchos y ellos pocos.

» Y no mejores, si haceis examen
De sus fuerzas, ardid y valentía,
Pues como se confundan y derramen,
Su mas alto valor es cobardía;
Y á parangon en singular certamen
Ninguno dellos prevaleceria
De los que veo con el menos hombre,
Si de menos pudiera tener nombre.

» Piés de caballos son en los que estriban
Para hüir en viéndose acosados;
Y sus encuentros, como se reciban
Por hombres con aviso reportados,
Con facilidad grande se derriban
Como si fuesen tímidos venados:
Esperiencia tenemos con su daño
Y á su costa patente desengaño.

» Antes teníamos otros concetos,
Juzgándolos por hombres inmortales,
Mas ya reconocemos ser subyetos
A hambre, sed y los comunes males,
De suerte que los blancos y los prietos
Somos en el morir todos iguales,
Mas mucho mas cercanos á la pena
Los que son pocos en region ajena.

» El mayor y menor dellos trabaja,
Cansados andan, flacos y deshechos;
No se nos aventajan una paja
En fortaleza y animosos pechos;
Solamente nos tienen de ventaja
Tajantes y acutísimos pertrechos,
De los cuales algunos ya son mios,
Ganados en sangrientos desafíos.

» De los nuestros, aunque de peor traza,
Infinidad verán á la redonda
Con dardo, flecha, pica, lanza, maza,
Volante piedra de estallante honda,
Que cuando fuerte brazo desembraza
Hasta las plantas de sus ramos monda,
Y en las sensibles rompen sus escesos
Dientes y muelas, y quebrantan huesos.

» ¡Es pues, valerosa compañía!
Poned los piés en orden y las manos,
Y caminemos por secreta vía,
No por campos abiertos ni por llanos;
Saldreis mañana, porque esotro dia
Hemos de beber sangre de cristianos,
Y de la carne mísera vencida
Terneis á vuestro gusto la comida.»

Dijo su parecer el Pigoanza
Y arrimáronse todos á su voto,
Asegurados de la confianza
Que tienen de tan próvido píloto:
En el beber creció la destemplanza,
El estruendo, murmurio y alboroto,
Segun que suelen en infame boda
Después que ya la gente se embeoda.

Y cada cual de las parcialidades
Se jacta de sus fuerzas y su maña,
Con las inicuas monstruosidades
De que tenia llena su cabaña,
Diciendo que las mismas crueldades
Esperimentarian los de España;
Las pellejas al fin de los mejores
Habian de ser cueros de atambores.

Este concurso, como quier que fuese
A muchos sospechosos ocultado,
No lo fué tanto que no lo supiese
Inando, y aun acaso fué llamado,
Y pudo ser que sus disculpas diese
Y quedase con ellas escusado.
El, en efecto, como buen tercero,
A los cristianos hizo mensajero,

Diciéndoles que miren por sus cuellos
Y estén alerta bien apercebidos,
Porque tal dia llegarán sobrellos
Sobre doce mil indios atrevidos,
Y que con lo que puede socorrellos
Es avisar que vivan advertidos,
Usando de las buenas prevenciones
Que piden semejantes ocasiones.

Item, que por ser tantos en la masa,
El no podia ir personalmente,
Porque también temor le pone tasa
Para neutral mostrarse de presente;
Mas á decilles todo lo que pasa
Invíaba persona suficiente,
Que le pregunten lo que conviniere
Y no duden de cosa que dijere.

El mensajero sigue su viaje,
Y como mozo suelto y advertido
Atravesó por montes y boscaje
De ningunas espías impedido;
A Timaná llegó con su mensaje,
Que fué por todos bien agradecido,
No sin alteraciones de los pechos,
Dudosos en los fines destos hechos.

El bárbaro le hizo manifiesto
Al Juan del Rio cuanto le pregunta,
Por ser el capitán, y demás desto
Aquellas circunstancias que barrunta;
Y ansí, por les venir el golpe presto,
Luego de los vecinos hizo junta,
Que no pasaban todos de noventa,
Serian de caballo los cincuenta.

Cada cual dellos es hombre bastante
En esfuerzo, valor y en esperiencia,
Pero contra tumulto semejante
Dudosos por la falta de potencia;
Mas como fuese lo mas importante
Allí la brevedad y diligencia,
No pudiendo del mal hacer desvío,
Habló desta manera Juan del Rio:

«Señores, dentro estamos en la danza,
Y para la danzar buenos y sanos;
Refugio no lo hay ni confianza,
Sino, después de Dios, de nuestras manos:
De prevalecer tiene nuestra lanza,
Pues somos españoles y cristianos;
Al mal inevitable poner pecho,
Que donde hay fuerza piérdese derecho.

»Gracias al soberano paraíso,
Eterna gloria de los celestiales,
Que por un infiél bárbaro quiso
Mercedes nos hacer tan esenciales,
Porque si nos tomaran sin aviso,
No se nos escusaban grandes males;
Pero con él la cuantidad inmensa
Peor negociará de lo que piensa.

»Manos á la labor, señores mios,
Y en ellas sin faltar las armas prestas,
En el orden y medios no tardios,
Porque las dilaciones son molestas,
Y á quien espera tales desafios
No le conviene reposar las siestas:
Parecer pido para que se vea
Qué modo se terná que mejor sea.»

El buen capitán Arias Maldonado,
En ausonio país soldado viejo,
Dijo: «Sea por fuerza que por grado
Todos han de seguir vuestro consejo,
So pena que quien fuere descuidado
Ha de dejar por prenda su pellejo:
A vos, señor, mandarnos pertenece,
Y á mí que diga lo que me parece.

»Los indios, como suelen, con obscuro
Han de venir por partes asechadas:
Adevinemos con juicio puro
Cuales tienen de ser estas entradas;
Temamos, pues no hay cerca ni muro,
Las bocas de las calles ocupadas,
Formados nuestros breves escuadrones
De buenos caballeros y peones.

»Pues ellos tienen de entablar su juego
Por donde fuéremos acometidos,
Poniéndoles á los bubios fuego,
Y á podello hacer somos perdidos;
Mas puestos donde digo, pueden luego
Ser de su mal intento rebatidos,
Y á hallarnos afuera ó en el medio
Del pueblo, carecemos de remedio.

»A caballo se ronde por defuera
Por hombres que se den tan buena maña
Que en el rondar lo hagan de manera
Que den la vuelta hasta la montaña,
Pues que pueden venir á la lijera
En sintiendo llegar bárbara saña,
Y el arma que se diere y el mensaje
Ha de ser por aquel mismo paraje.

»Este cual ha de ser yo lo barrunto,
Y aun por dos partes tentarán el nido:
Allí estaremos, y en oyendo junto
La voz despertadora del oido,
Acomodarnos hemos tan á punto
Que defendamos bien nuestro partido:
Este es mi parecer, y al mas perfecto
Que podrian dar otros me subyecto.»

Considerada pues esta sentencia
Segun urgente brevedad ordena,
De todos, sin ninguna diferencia,
Fué dada y aprobada por muy buena;
Y ansí con la posible diligencia
A los cuerpos se dió temprana cena,
Debajo de tener ya por las cuestas
Con gran aviso centinelas puestas.

El globo de la densa pesadumbre
Ya los dorados rayos encubria
De la preclara y rutilante lumbre
Que lleva con la suya la del dia,
Cuando los nuestros con incertidumbre
De la turbada hora cuál seria,
Se pusieron sus haces ordenadas
En las partes que fueron señaladas.

Seis rondas de caballo por defuera
Del pueblo, repurgados los oidos,
Los ojos á la selva que frontera
Tienen, con atencion van dirigidos,
Porque los indios cosa cierta era
Venir por espesuras abscondidos;
En lo cual y en lo mas que represento
Nunca se defraudó su pensamiento.

Porque con estos mismos pareceres
Tomaron las montañas por cubijas,
Con mas de diez ó doce mil mujeres,
Y con las madres las adultas hijas,
Cargadas en aquestos menesteres
Unas con armas, otras con vasijas,
Para guisar la caza sin tomalla,
Ni ver el cierto fin de la batalla.

Y con ser este número crecido,
Que siempre caminaba por boscaje,
Nunca jamás se percibió rüido
En toda la distancia del viaje;
Al fin, con paso lento y encogido,
Todos llegaron juntos al paraje,
Cuando Titán entró por el ocaso,
Y no por eso salen á lo raso.

Antes en la montaña se sepultan
Esperando mas cómodas sazones,
Segun para hacer salto se ocultan
Los carniceros tigres y leones:
Los caciques se juntan y consultan
El orden que ternán los escuadrones,
Los cuales determinan y decretan
Que por dos partes entren y acometan.

Esta fué la razon, segun se piensa,
Que por ser pocos los acometidos,
Y de su parte multitud inmensa,
Serian con facilidad vencidos,
Por haber de salir á su defensa
Los nuestros en dos partes divididos,
Y barrerian el impedimento,
Segun á flaca paja recio viento.

Y en esto no hacian falsa cuenta
De no tener la gente peregrina
Fuerza para salir desta tormenta
Si no les acudiera la divina;
Mas todo cuanto multitud intenta,
Esta lo desbarata y arrüina,
Sin fallecer en cosa que comience,
Pues con su voluntad todo lo vence.

Antes pues de salir á rasa plaza,
En el monte metidos y reclusos,
Para que los de honda, dardo, maza
No fuesen mal digestos ni confusos,
Se dió tan buena y ordenada traza
Cuanto pudieran dar italos usos,
Repartidos los doce mil que pongo
Entre dos, Pigoanza y Aniobongo.

Tan bien proporcionadas las hileras
Como tudescos de los mas cursados,
Picas ó lanzas son las delanteras,
Luego los macaneros esforzados,
Las crujidoras hondas y lijeras
Con adaptadas piedras á los lados,
Cuyos tiros no salen menos ciertos
Que los de los flecheros mas espertos

Pareciéndoles pues ser oportuno
Tiempo para salir de la emboscada,
A su lugar acude cada uno
Por tácita señal que les fué dada,
Tan sin rumor como si de ninguno
La tierra por allí fuera hollada;
Y en la reformacion al monte junto
Las haces se pusieron en su punto.

Y ansí cuando queria ya la Aurora
Apartarse del frigio marido,
Por se llegar la reiterada hora
En que suele dejar el dulce nido,
La gente que pensó ser vencedora
Y no hallar al pueblo prevenido,
Se fué llegando con los pasos lentos
A los apercebidos aposentos.

Mas el pronto mirar de los de España,
Entonces mas despiertos y advertidos,
Consideró que acia la montaña
Inclinan los caballos sus oidos;
Allá los ojos van, y en la campaña
Vieron los escuadrones estendidos;
Vuelven las riendas todos de improviso,
Y ¡arma! diciendo, ¡arma! dan aviso.

El católico bando reconoce
Venir los indios ya por la defensa:
Al bárbaro feroz, crüel, atroce,
De la señal que vió mucho le pesa;
Ansí nunca jamás fiera veloce
Con tal presteza va por hacer presa,
Cuanto los bárbaros en su corrida,
Sin salir de la orden referida.

Acometieron por las dos entradas
Que por los nuestros eran defendidas,
Donde por no las ver desamparadas
Aman el detrimento de sus vidas;
Ya son perdidas, ya recuperadas,
Con reciprocaciones repetidas,
Segun en la marítima ribera
Ondas que ya van dentro, ya van fuera.

Un entrada defiende Juan del Rio
En el caballo Ocon ya memorado;
Guardan la otra, no con menos brio,
Juan de Orozco y Arias Maldonado;
Tientan romper al bárbaro gentío
Con los caballos, pero tan cerrado
Hallan el escuadron y tan atento
Como la prontitud del pensamiento.

Suenan las voces y las destemplanzas,
Apresuradas las arremetidas,
Tanto, que llegan á medir las lanzas
Las unas de las otras rebatidas;
Son de la multitud las confianzas,
Mas no sin esperiencia de heridas,
Por la destreza de los españoles,
Mas firmes y mas fijos que peñoles.

De parte de los bárbaros gobiernos,
En una y otra parte represados,
El rüido fué tanto de los cuernos
O caracoles grandes engastados,
Que parecia que de los infiernos
Salian rebramando los dañados
Gritos de las mujeres y clamores,
Y roncos sones de sus atambores.

Rompen los aires y las nubes hienden;
Obra la furia, crece la porfia;
Palabras ciertas no se comprehenden,
Porque la confusion prevalecia;
Solas las manos son las que se entienden
Por quien contrario golpe recibia;
Hablan tajo, revés, aguda punta,
O macana que brazos descoyunta.

No vuela bala de arcabuz ardiente,
Ni la que batir suele la muralla,
Porque fuerza de brazos solamente
Es la que da valor á la batalla;
La lanza y el espada del valiente
Se deja conocer donde se halla,
Tanto, que no debieran tales hechos
Contarse con elogios tan estrechos.

Y ansí de señalados en la furia
No declara los nombres nuestra historia,
Porque del tiempo la comun injuria
Los ha borrado ya de la memoria,
Y varias relaciones por incuria
Como cosa los dejan accesoria,
Pero dellos los mas particulares
Allí hicieron lances singulares.

Ensangrentando pues duro cuchillo
Uno que bien sabia menealle,
Encuentra con un bárbaro caudillo
Con tal punta que pudo derriballe;
Queriéndolo valer, abren portillo
Y entró luego por él con su caballo
El Juan del Rio, que de tal ventura
Deseaba la vez y coyuntura.

Rompe por las hileras y atropella
El buen Ocon usando de sus mañas;
Van veinte de caballo por su huella
Alanceando bárbaras entrañas;
En los que mas se muestran hacen mella
Mella que no padecen sus hazañas,
Aunque dellas no damos tal trasunto
Que las subamos al debido punto.

Y ansí después que vido Pigoanza
Por su cuartel el escuadron rompido,
Y que hacia la cristiana lanza
De sangre bárbara rio crecido,
Dejó de vencedor la confianza,
Y á temor se rindió de ser vencido;
Mas todavía con ardor terrible
Hacia de su parte lo posible.

Las quiebras reparando y socorriendo
Con algunos de los de mas estima,
Adonde los que halla combatiendo
Por honorosos términos anima,
Y á los que sueltamente van huyendo
Con obras y palabras los lastima;
Pero siempre faltó correspondencia
A su valor y buena diligencia.

Porque los nuestros daban tanta priesa
Que cuanto hace se desproporciona,
Y ansí viendo la suerte ser aviesa,
La cual á mas andar lo desentona,
De concertar el desconcierto cesa,
Dando seguridad á su persona,
Tomando por amparo la montaña,
En tristeza y temor vuelta su saña.

Los otros que por Arias Maldonado
Y su compañía fueron rebatidos,
Oyeron ó supieron mal su grado
Ser los de Pigoanza ya rompidos:
Con la cual turbacion hallaron lado
Los pocos españoles advertidos,
Y en el instante la cristiana lanza
Por donde halló puerta se abalanza.

Rompen con los caballos, hieren, matan,
No faltando peones que segundan,
Encuentran, atropellan, desbaratan,
Sin dejar puesto que de nuevo fundan,
Antes de los que tienen se desatan,
Y todos se revuelven y confunden,
Do los efectos del crüel torneo
Fueron á la medida del deseo.

Porque los nuestros ya juntos pelean
Contra la haz del bárbaro gentío,
Y á toda broza hieren y alancean
Segun su voluntad y su albedrío,
Y por cualquier lugar do se menean
La sangre derramada hace rio,
Que despedian las entrañas rotas
Como de gran turbion espesas gotas.

Cesó la grita, suena duro llanto
Del mísero que dió mortal caida;
Atónitos los vivos, con espanto
Apresuraron todos la huida;
El español los sigue hasta tanto
Que tomaron el monte por guarida,
Adonde los dejaron no tan llenos
Como vinieron, sino seis mil menos.

Quedó victoriosa nuestra gente
Y libre dé tan áspera zozobra,
Reconociendo, como fué patente,
Haber sido de Dios aquella obra,
Porque con su favor al impotente
Virtud, valor y prontitud le sobra
Para poder vencer con flaca lanza
A quien estriba sobre gran pujanza.

A los opresos de fatal yactura
Que les encaminó su propria ira,
En las entrañas de la tierra dura
Ninguno los encubre ni retira,
Por dalles en la suya sepultura
Los bárbaros que estaban á la mira;
Porque gran cuantidad desta canalla
Esperaban el fin desta batalla.

Gente de quien la nuestra se servia
En lo que suelen los subyectos siervos,
Amigos por la mucha cercanía,
Mas en voluntad falsos y protervos:
Los cuales á la carne que yacia
Acudieron como voraces cuervos,
Y en breves horas los campos cubiertos
Quedaron libres de los cuerpos muertos.

Destos de paz un bárbaro doliente
Que sobre báculo se sostenia,
Pidió para comer un delincuente,
Diciendo que con él engordaria;
Concediéronselo liberalmente,
Y dió fin dél en un tan solo dia:
Hinchió del vientre tanto los lugares
Que luego reventó por los ijares.

Desta voracidad que hemos contado
Dió (por ser caso raro contingente)
Testimonio Francisco de Alvarado,
Escribano, que se halló presente.
Quedó pues Pigoanza quebrantado
Y del pasado brio diferente,
Pero no la venéfica Gaitana
Perdida por beber sangre cristiana.

La cual con esta sed insaciable
Y duros apetitos de venganza,
No con ver el conflicto miserable
De sus propósitos hizo mudanza,
Ni pudo contenerse sin que hable
Con grande libertad al Pigoanza,
Atreviéndosele como pariente,
Y lo que le habló fué lo siguiente:

«No sé si duermes ó si estás despierto;
Pero si yo no hago falsas cuentas
Menos es de dormido que de muerto
Aquesa turbacion que representas:
Agora cumple pues ser mas alerto
Y no rendirte para mas afrentas
A la fortuna, pues por bien que remen
Peor negocian los que mas la temen.

» Y si por el desastre sucedido
Tus vecinos te ven acobardado,
Tú que solias dellos ser temido
Has de temer al de menor estado,
Porque todos se atreven al caído,
Y de ninguno es anticipado;
Pero si muestras das de que confias
No dejarás de ser lo que solias.

»No pierde con la sombra del nublado
Sus naturales rayos el estrella,
Pues el vapor resuelto y acabado,
Queda su lumbre sin padecer mella;
Y el bueno de fortuna contrastado,
No por eso se deja vencer della,
Por tener sus efectos esta tasa,
Que próspera ó adversa luego pasa.

» Entonces te cubrió nublado triste,
Pero si como bueno perseveras,
Muy presto ganarás lo que perdiste
Tomando los negocios mas de veras:
La voluntad de todos conociste,
Y agora se las tienen tan enteras,
Los cuales sin mirar en lo pasado
Desean otra vez pasar el vado.

» Nuevamente por mí son convocados
Con gran solicitud y diligencia,
Y todos están prestos y aviados
Sin nadie rehusar la competencia,
De mortíferas armas pertrechados
Y mas aventajados en potencia:
Es determinacion tan necesaria
Que burlan de quien tiene la contraria.

» Estas que digo son las intenciones
Que tienen arraigadas en sus pechos,
Porque por muchas causas y razones
Están de la victoria satisfechos;
Y desta vez los pérfidos ladrones
Han de ser consumidos y deshechos:
Podrias tú tener demoras luengas,
Mas de vencer ninguna duda tengas.

» Su cierta perdicion no me es oculta,
Porque de mis encantos apremiado
Tuve con el demonio gran consulta
Para hacerte mas desengañado,
Y ansí de la razon que dió, resulta
El cumplimiento de lo deseado,
Pues afirmó vencer el estandarte
Que la verdad tuviere de su parte.

» No debes recelar suerte siniestra,
Segun aquel espíritu me inspira,
Porque mas claro que la luz se muestra
No poderse librar de nuestra ira:
Que la verdad está de parte nuestra
Y de los mentirosos la mentira;
Por tanto reconoce tus ventajas,
Pues no te mueves á humo de pajas.»

Dijo la mala vieja su compuesta
Razon, y como para tal empleo
Estaba la materia bien dispuesta,
Con la promesa de ganar trofeo
Tuvo de Pigoanza la respuesta
En nada discrepante del deseo;
Y ansí luego despacha sus recados
Para juntar amigos y aliados.

Y ella misma con deudos y parientes
Otros algunos bárbaros visita,
A los cuales con lágrimas ardientes
A que la favorezcan los incita;
Y para tener buenos espedientes
Halaga, sarjentea y solicita:
Atrajo los panaes ó panaos
Y la brava nacion de los pijaos.

Ansí los llaman á los desta casta
Los españoles, y es la razon cierta
Porque la corpulencia de aquel asta
Se precian de traerla descubierta:
Gente suelta, feroz, fornida, basta,
Y en uso de la guerra muy esperta;
Membrudos, bien dispuestos, caras torvas,
Las frentes anchas, las narices corvas.

Selváticos, caribes, atrevidos
Todos en general, y en tanto grado,
Que muertos pueden ser, mas no rendidos
A condiciones de servil estado;
Y con estar hoy casi consumidos,
Aquel terreno traen fatigado,
Tanto, que se reparten en la tierra
Gastos, para les ir á hacer la guerra.

De cuyos pechos y repartimientos,
Todas aquellas veces que hay entrada,
Para dar necesarios instrumentos,
No suele ser persona reservada;
Y en la contribucion no son exentos
Los deste nuevo reino de Granada,
A causa de los pasos y caminos
Po do se comunican los vecinos.

Suelen pues suceder penosos trances
A muchos que frecuentan estas sendas,
Adonde yéndoles á los alcances
Aquestas gentes bárbaras y horrendas
No dejan de hacer algunos lances
Costosos á las vidas y haciendas;
Con que, si llega toda la cuadrilla
A quimientos, seria maravilla.

Civiles guerras fueron su quebranto
Y los unos de otros ser comida;
Pero pocos conformes valen tanto
Como si fuese multitud crecida:
De manera, que son temor y espanto
Al tracto de la gente bien nacida,
Porque sus términos en osadía
Esceden á cualquiera valentía.

Su grande prontitud en la pelea,
El bervor, la postura y el cuidado,
Fuerza y agilidad con que menea
Cuerpo, y el bote del astil tostado,
Es ver cuanta destreza se desea
En un escogidísimo soldado;
Muchos ya traen armas enastadas,
En guerras adquiridas y ganadas.

Puede dar desto relacion integra,
Por ser en sus recuentros bien usado,
El capitán Diego de Bocanegra,
Varon no menos diestro que esforzado,
El cual con sus victorias nos alegra
Y aun hace dellas él cierto tractado;
Prometido me ha dar copia luenga,
E yo las cantaré cuando la tenga.

Adonde se verán hazañas dinas
De tener entre buenas sus lugares,
Suertes y valentías peregrinas,
Luchas y desafíos singulares;
Pero dejadas estas, que por finas
Sus elogios ternán particulares,
Volvámonos á la vieja maldita,
Que también á pijaos solicita.

A la cual, como los lisonjeaba
Diciendo ser terror de todas gentes,
Oian bien aquello que rogaba
Y á todo se mostraban obedientes;
Y ansí juntó de aquella nacion brava
Tres mil aventajados combatientes,
Reacia, pertinaz, perseverante,
Hasta llevallos todos por delante.

Ya congregada la bravosa lanza,
Macana y dardo de tostada punta,
Van caminando con la confianza
Del que victorioso se barrunta:
Llegaron donde estaba Pigoanza
Y los demás consortes de la junta,
Que los reciben con alegre cara
Y grandes regocijos y algazara.

No cabe Pigoanza de contento,
Viéndose con ejército pujante
Que contra fuerza de mayor momento
Mucho menor pudiera ser bastante:
Tuvo con ellos largo cumplimiento,
Y otro dia teniéndolos delante,
En alto trono, con la voz severa,
A todos les habló desta manera:

«Amigos y parientes, si se debe
A beneficios recompensa larga,
El que de vos recibo no es tan leve
Que no me sea ponderosa carga;
Y aunque causa comun á mí me mueve
Por ocasion que á todos es amarga,
Vuestra bondad, valor y cortesía,
Hacen que la comun tenga por mía.

»No cierto por provecho que pretenda
De lo que desta guerra resultare,
Sino para que cada cual entienda
Quel tiempo que la vida me durare
He de poner la vida y la hacienda
En cualquiera negocio que os tocare,
Vista vuestra leal correspondencia,
Virtud, solicitud y diligencia.

»Y no ser parte nuestro mal suceso
Para haceros de valor ajenos,
Pues aunque maltractados, no por eso
Quereis rendiros ni venir á menos,
Antes en el enmienda del avieso
Estais determinados como buenos,
Con otra mas atenta disciplina
Que aquella que causó nuestra rüina.

»Por ser parte de nuestra mal andanza
En el entrar tener término loco,
Y confiados de nuestra pujanza,
A los contrarios prácticos en poco;
Pues á no se romper el ordenanza,
Otros fines tuviera lo que toco,
Y en veces del estrago lamentable
Ganáramos victoria memorable.

»Mas ya que vuestro buen entendimiento
En mejorarse hace gran instancia,
Prestamente vereis el cumplimiento
Si peleais con orden y observancia,
Sacando del error acertamiento
Y de pasada pérdida ganancia,
Como suele quien tiene buen aviso
Tomándolo de aquello que no quiso.

»Porque falto seria de prudencia
Quien ya padeció riesgo de la vida
En alguna notable contingencia
Por descuidos ó casos sucedida,
No vivir con recato y advertencia
Huyendo siempre de la recaida;
Pues tiene descubiertos los engaños
Que fueron el origen de sus daños.

»Es la substancia pues de lo que quiero,
Tener en el romper tanto cuidado,
Que aunque caiga cualquiera compañero
De las contrarias armas derribado,
El escuadron esté firme y entero
Y en su prosecucion siempre cerrado
Con tal vigor las lanzas, que no halle
Portillo que caballo haga calle.

»Porque con los caballos nos destruyen
Si falta fuerza para detenellos;
Con ellos entran y con ellos huyen,
Valiéndose de sus veloces huellos;
A ellos sus victorias atribuyen,
Que pié con pié mejores somos quellos:
Por tanto, do caballos dieren priesa
Allí de lanzas multitud espesa.

»Cada cual con la suya corresponda
Haciendo que se tengan á lo largo,
Y al escaramuzar á la redonda
Un solo pié no hallen sin embargo;
Entonces los de flecha, dardo, honda
Usen de lo que tienen á su cargo,
Y aunque este quede muerto y aquel pene
El escuadron jamás se desordene.

»En esta proporcion siempre constante
Desque saliéremos de la montaña,
Sin reparar iremos adelante
Hasta ganar el pueblo que nos daña;
Pues desta suerte no será bastante
Caballo ni peon ni buena maña,
Para que por mi parte no se vea
El glorioso fin desta pelea.

»Tenemos los contrarios descuidados,
De nuestro revolver inadvertidos,
Los pasos sospechosos ocupados
Por do puede llegar á sus oidos;
Nosotros en las selvas ocultados
Saldremos á sazon que estén dormidos,
Hasta que duro golpe los despierte
Para dormir el sueño de la muerte.

»Avisos tengo desto fidedinos
Con otra certidumbre, y es aquesta:
Que nuestros consultores adevinos
Dicen ser la victoria manifiesta.
¡Ea pues, corazones diamantinos!
Vamos con brevedad, que es lo que resta
Para gozar, pues hay vez oportuna,
Del bien que nos ofrece la fortuna.»

Esto dicho, la turba de gentiles
Que la razon oyó con advertencia,
Alzaron los belígeros astiles
Prometiendo de estar á su obediencia:
Allí se muestran Héctores y Aquiles
En el hablar y en la correspondencia,
Con posturas no menos y semblantes
Que suelen los salvajes semejantes.

Luego los campos, donde están inclusos
(Sin los mozos hisoños y novicios)
Quince mil que de guerra tienen usos,
Demás de las mujeres y servicios,
Suenan á todas partes con confusos
Rüidos y murmurios y bullicios,
Como susurros de los vientos prestos
Formados en los árboles opuestos;

O como cuando de las nubes rotas
De fulminosa furia descendiendo
Vienen espesas y crecidas gotas
Los aires vaporíferos rompiendo,
Que con venir de nos algo remotas
Oimos el rüido y el estruendo,
Hasta tanto que sirven de flagelo
Para blandura dar al duro suelo.

En el ínterin pues quel señalado
Dia llegaba para su demanda,
Después de ver el jáculo tostado
Ser tal que no tuviese punta blanda,
Aquel que dellos era mas templado
A sucias borracheras se desmanda,
Con cantos y con bailes de placeres
Donde también entraban las mujeres.

Del tumulto furioso desta junta,
Do cantando declaran sus concetos,
Fué sabidor Inando, que barrunta
Della no resultar buenos efetos;
Y ansí por tantas vias lo pregunta
Que descubrió los tractos y secretos,
Y luego procuró como solia
Avisar la cristiana compañía.

Mas no se confiando de tercero
Que supiese llevar aquel recado,
El mismo quiso ser el mensajero,
De noche, por camino desusado:
A Timaná llegó cuando el lucero
Iba sobre los montes encumbrado,
Y para desaguar el fiel pecho
A cas del Juan del Rio fué derecho.

Fué su persona dél bien recebida,
Porque tenian amistad estrecha,
Y en ser estraordinaria la venida
Y á hora que da luz untada mecha,
No pudo, sin la causa ser sabida,
Dejar de concebir mala sospecha:
Recógense los dos incontinente,
Y el Inando le dijo lo siguiente:

«Huélgome de hallarte levantado
Y con calzado de lijeras suelas,
Tu buen caballo presto y arrendado,
Calzadas todavía las espuelas,
Por ser señal que vives con cuidado
Y vienes de mirar las centinelas;
Pero si haces esto de ordinario,
Agora mucho mas es necesario.

» No conviene dormir noche ni siesta,
Sino que te prepares segun puedes,
Porque la mala vieja que os molesta
Por todos cuantos hay tendió sus redes;
Y estos son tantos que si salis desta
Os hará vuestro Dios grandes mercedes:
Ha congregado bravas compañías,
Y aquí serán antes de cuatro dias.

» Entiéndese segun mi conyectura
Y lo que por razon he descubierto,
Porque como mujer los apresura
Y el término que doy es el mas cierto,
Sé que padeceréis gran desventura
Si no teneis buen orden y concierto:
Apercebios como dicho tengo,
Pues por este respecto solo vengo.

» Yo cumplo, capitán, con lo que debo
Al amistad que tengo prometida;
Y pues que cosa mas no sé de nuevo,
Licencia pido para mi partida,
Porque salir con claro no me atrevo,
Quizá no den en mí de recudida,
Segun que muchas veces acontece
A quien con sus avisos favorece.»

Agradeció la voluntad sincera,
Aunque la nueva no le fué yocunda,
Y dijo: «Dios lo haga de manera,
Pues que su santa ley aquí se funda,
Que como no ganaron la primera,
Pierdan ni mas ni menos la segunda;
Y si él me da victoria, yo te digo
Y juro de te ser fiel amigo.

» Anda con Dios, que la razon te sobra,
Y si pudieres por algun acecho
Mas avisos nos dar desta zozobra,
Usa del bien que siempre nos has hecho,
Porque con otras muchas esta obra
Nunca se borrará de nuestro pecho;
Y tú verás que lo que te prometo
Subirá de quilates el efeto.»

Hizo luego su paso presuroso
En apartándose del Juan del Rio,
El cual quedó no poco congojoso
Por esperar tan duro desafío;
Mas pues Inando va tras su reposo,
También será razon gozar del mio
Mientras se llega la penosa fiebre,
Porque con canto nuevo se celebre.

CANTO OCTAVO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza vino sobre Timaná con quince mil hombres de guerra, ferocísima é indómita gente, y lo que sucedió en aquella batalla contra menos de cien españoles, los cuarenta poco mas ó menos de caballo, y los demás peones.

Suma solicitud deben los buenos
Tener en el concierto de su vida,
Procurando de no venir á menos
De la opinion que tienen adquirida,
Porque la condicion de los terrenos
Algunas veces va tan sin medida,
Que si después de glorias hay afrenta
Solamente con ella tienen cuenta.

Pues como los sucesos igualmente
No respondan al bien afortunado,
El Juan del Rio gran congoja siente
En verse de potencia cercenado,
Porque podria ser en lo presente
Perder el crédito de lo pasado,
Mayormente sabiendo ser ya mucha
Desproporcion para vencer la lucha.

Pero por demás era tener vario
Querer, fuera del trance peligroso,
Que la presta venida del contrario
No da lugar á pausa ni reposo;
Acometelles era voluntario;
Esperar bien ó mal, era forzoso;
Y ansí guiado deste pensamiento
Hizo de sus consortes llamamiento.

Luego vinieron todos á bandera
Cuantos en el lugar hay congregados,
No de sus armas tan á la lijera
Que no viniesen bien aderezados,
Porque como soldados de frontera,
Nunca jamás estaban descuidados;
Y viéndoles aquel que los convoca
Para los advertir abrió la boca,

Diciéndoles: «Inando me dió cuenta,
No de mas tiempo questa madrugada,
Aparejársenos una tormenta
De mayor tempestad que la pasada,
Y porque cumple para tal afrenta
Estar la gente presta y avisada,
He querido, señores, que se ordene
En esta junta lo que nos conviene.

» El golpe sé que viene ya cercano,
Con no menos de quince mil infantes;
Conozco ser la nuestra flaca mano
Contra tal multitud de litigantes;
Mas tengo por regalo soberano
Habernos dado los avisos antes,
Porque quien para ellos abrió puerta,
Que es Dios, nos ha de dar victoria cierta.

» Volvámonos á él con importuna
Oracion de católicos fervores,
Y confesémonos una por una
Pidiéndole perdon de los errores;
Lo cual hecho creamos sin ninguna
Duda que quedaremos vencedores
Como de la pasada, pues que llenos
Vistes de cuerpos muertos estos senos.

» Limpios pues como digo nuestros pechos
Primeramente de mortal ofensa,
En la solicitud de nuestros hechos
No conviene tener mano suspensa,
Sino ver las industrias y pertrechos
Mas eficaces para la defensa,
Porque cuando la furia nos asalte
De lo que ser pudiere nada falte.

» Y porque para lo que se pretende
Conviene ser comun el advertencia,
Aquel que mas ó que menos entiende
En dar su parecer tiene licencia,
Pues en tal caso mas se comprehende
Por muchas que por una providencia,
Y quien parece de jüicio manco
Acontece mejor dar en el blanco. »

Con aquesto dió fin al parlamento,
Que se cumplió con fiel obediencia,
Y fray Francisco Torreblanca siento
Que luego los oyó de penitencia,
Con otro padre cuyo nombramiento
En blanco se quedó por negligencia;
Y hecho de do tanto bien resulta,
Segunda vez entraron en consulta.

En la cual luego fué determinado
Por todos, de comun consentimiento,
Que el Orozco y el Arias Maldonado
Con algunos varones de momento
A su cargo tomasen el cuidado
De las industrias y preparamento;
Y no salió su parecer avieso,
Segun se vió después por el suceso.

Mandan fortalecer los escaupiles,
Celadas y cualquiera cobertura;
Hiciéronse cuarenta y seis astiles
De veinte y cuatro palmos de largura,
Con hierros tan tajantes y sutiles.
Que pudieran romper cosa mas dura
Que desarmados y desnudos pechos,
Segun el temple con que fueron hechos.

De cuatro buenos fuertes hubo traza
En cuatro casas de las cuatro esquinas
En aquellas entradas que á la plaza
Estaban mas cercanas y vecinas;
Y destos fuertes cada cual se abraza
De guadubas, de robles y de encinas
Y en estos, por estar mejor guardados,
Se metian de noche los ganados.

Hicieron en los fuertes sus garitas
Con pretiles, amparos y coronas,
Do con dardos y piedras infinitas
Entraron muchos indios yanaconas,
Para que desde allí cuando las gritas
Oyesen, señalasen sus personas,
Por ser algunos dellos orejones
Cursados en beligeras cuestiones.

Fueron á las garitas arrimadas
(Ardid y estratagema castellano)
A trechos vigas gruesas empinadas,
Largas que no dejaban hueso sano
Cuando sobre las gentes alteradas
Se derribaban, dándoles de mano;
Y ansí para reparo de aquel daño
Era la muerte sola desengaño.

A muchas cosas otras dan avío,
Y estas apenas acabaron, cuando
Recibió mensajeros Juan del Rio
Enviados de parte del Inando,
Diciendo que la turba del gentío
A gran priesa venia caminando,
Por haber ya tres dias que pasaba
El gran rio que de por medio estaba

Manifestando que por llegar mueren
A concluir la bélica porfía,
Mas que no sabe por adónde quieren
Entrar en la ciudad ni por qué vía,
Pero por todas partes los esperen
Con el aviso que les convenia;
También dicen creer entrar sin lumbre,
Segun y como tienen de costumbre.

Reconociendo ser mensaje cierto
De las horas confusas y turbadas,
Pusiéronse las cosas en concierto,
Segun que las tenian ordenadas:
Dos centinelas van á cada puesto
Que daba mas abiertas las entradas,
Y otras dos á la parte de aquel seno
Del indio capitán dicho Cameno,

De paz y que tenia casa puesta
En un alto de Timaná cercano,
Seria como tiro de ballesta
Del pié del cerro lo que va por llano;
Y en aquellos principios de la cuesta
Pusieron á Medina y á Solano,
Soldados diestros, cada cual valiente,
Aunque el Solano dicen ir doliente.

Mas no sufrian tales coyunturas
Por ser pocos, que cojos ni llagados
Ni los que padecian calenturas
Fuesen destos trabajos reservados:
Salen caballos pues con armaduras,
Colchadas de algodon encubertados
Y ocupan los peones con los dalles
Las bocas principales de las calles,

Dieron en fin un orden compatible
Y á su flaco poder cómoda traza,
Contra la tempestad fiera y horrible
Que campos comarcanos embaraza;
Y los demás en modo convenible
Andaban en cuadrillas por la plaza,
Para que do los indios respondiesen
Y diesen arma, todos acudiesen.

Los cuales indios, cuando Febo gira
A las partes occidüas el freno,
Llegaron con las muestras de su ira
Al tambo y aposentos de Cameno;
Este con sus vasallos se retira,
O con temor ó ya por no ser bueno,
Y ansí nunca jamás supieron dónde
La multitud de bárbaros se absconde.

Allí paró la bárbara cuadrilla
Con todas sus mujeres y servicio,
Y con estar las velas de la villa
Cercanas, que hacian bien su oficio,
Fué gran admiracion y maravilla
No sentirse murmurio ni bullicio,
Antes aquel silencio de tal suerte
Como fatal idea de la muerte.

La parte que llamamos intempesta
Del obscuro vapor pasada era,
Y al tiempo que ya Venus manifiesta
La luz de su dorada cabellera,
Tácitamente bajan por la cuesta
A pasos lentos, pero de manera
Que procediendo con sus ordenanzas
Tocaban unas en las otras lanzas.

Aquellos dos soldados estremeños
(Entiendo por Medina y el Solano)
Que sin saber los bárbaros diseños
Aquel cuarto velaban en lo llano,
Oyeron estos toques de los leños
O lanzas que traian en la mano,
Y como temen y el temor acecha,
Con él acrecentaron la sospecha.

Pero como también quien oye yerra
Y lo que piensa sale diferente,
Algunas veces póstranse por tierra
Para divisar mas atentamente;
Y ansí mirando bien acia la sierra,
Vieron el grande bulto de la gente,
En la distancia no prolijos puntos,
Antes cuasi que ya llegaban juntos.

¡Arma, arma, señores! van diciendo,
Procurando hacer los piés livianos;
Mas el pobre Solano no pudiendo
Asieron dél los indios mas cercanos:
A las voces Medina revolviendo
Salvo se lo sacó dentre las manos;
Echólo por delante, sin dejallo
Hasta que llegó gente de caballo.

De manera quel Diego de Medina
Allí hizo tan célebre hazaña,
Que puede ser contada como dina
Entre las honoríficas de España;
Pero creamos ser fuerza divina
Mas que virtud mortal ni buena maña,
Segun la cuantidad de los pertrechos
Por donde se metió rompiendo pechos.

Y á tiempo que convino se despega
Cuando sintió ser lejos el Solano,
A quien el gran temor de la refriega
Libró de la cicion y quedó sano;
Mas el duro conflicto se le llega
Al escuadron pequeño castellano,
Que con vigor de mas que diamante
Al ímpetu se puso por delante.

Invoco tu favor, escelsa Musa,
Madre de piedad y de clemencia,
Para que la verdad que está reclusa
Cerca desta terrible competencia,
Mi pluma no mendace ni confusa
A luz la saque con su diligencia,
Porque la cualidad desta victoria
A la posteridad sea notoria.

Comienzan los armíferos espantos
A los principios con el nublo ciego,
Pero como los indios eran tantos
A ciertos edificios ponen fuego:
Arden aquestos por los cuatro cantos;
Mortíferas heridas crecen luego;
Hace la lumbre que cada cual vea
El rostro airado de con quien pelea.

Defienden los peones las entradas
A costa de la bárbara venida
Con las picas que son aventajadas
En hierros penetrantes y en medida:
Que las contrarias son puntas tostadas
Aunque dispuestas á mortal herida,
Mas en esta sazon menos nocivas
Por dar sobre las armas defensivas.

Puesto caso que indios principales
Traian en sus astas afijadas
Muchas dagas, cuchillos y puñales,
Tijeras, recaton, puntas de espadas,
Y con el aficion destos metales
Hasta las guarniciones afiladas;
Agudos los botones ó las bolas,
Demás de buenas lanzas españolas.

Rompe los aires grita y alarido;
Hierve la furia con ardor funesto;
El escuadron no puede ser rompido
Para dar á caballo lugar presto,
Pues al instante que uno ven caido
El vivo sucesor estaba puesto:
Cuantos mas mueren, tanto mas se cierra,
Y ansí los indios van ganando tierra.

La gran solicitud del Pigoanza,
La prontitud, aviso y el cuidado,
Allí pudo llegar do lo que alcanza
El mas mañoso y esperimentado;
Y en la prosecucion de su ordenanza
Estuvo tan entero y esforzado,
Que con ver tanto número difunto
Del concierto jamás perdia punto.

Menos nuestros peones andan broncos,
Aunque de resistir hechos pedazos,
De pedradas sufrir y duros troncos
Cansados y molidos ya los brazos,
De llamar los caballos todos roncos,
Y estos no pueden por los embarazos
De las espesas y mortales puntas
Que por cualquier lugar hallaban juntas.

Desta suerte procede la conquista
Y el cobre como dicen se martilla,
Sin que española fuerza les resista
Irse metiendo dentro de la villa,
Hasta que dieron á la plaza vista
Con gran dolor de la fiel cuadrilla,
A quien el ímpetu de las opuestas
Armas, les hace dar represas prestas.

De la manera que con buen gobierno
Agua de algun acequia va guiada,
Sin hacer curso por lugar moderno
Cuando la fuerza della va templada,
Mas llegada la furia del ivierno
Rompe la presa hecha y albarrada,
Y no vale ni puede ser bastante
Resistencia que halle por delante:

Ansí llevan la gente baptizada,
Con ser valerosísimas personas,
Hasta junto del fuerte y emboscada
De los apercebidos yanaconas,
Que con una y con otra rociada
Rompian frentes, sienes y coronas,
Tanto que no pequeño daño hizo
La tempestad espesa del granizo.

Alléganse las gentes enemigas
Con ánimo de dalles mortal pago:
Precipitaron las pesadas vigas
De las cuales ningunas dan en vago,
Y no fueron tan leves las fatigas
Que no hiciesen un crüel estrago,
Pues sacan de una dos y tres cabezas
Y parten cuerpos en diversas piezas.

Como losa que al cebo convida
A la perdiz incauta y engañada,
Que en veces del regalo de comida
Fué de la presta laja salteada,
Y con aquel rüido y estampida
Se sobresalta toda la manada,
Y huyen del lugar, porque la suerte
Sustento prometió para dar muerte:

Turbáronse por via semejante
Los escuadrones de las gentes fieras,
Mas esta turbacion no fué bastante
Para retrogradar en sus carreras,
Antes á punto y en el mismo instante
Estaban ya rehechas las hileras;
Y ansí proceden en gallarda traza
Hasta tomar el medio de la plaza.

Canta victoria ya bárbara trompa,
Y el fiel español confuso calla
Por no se ver lugar por do se rompa
El orden que traian de batalla;
Circungiran caballos con la pompa
De armas, y manera no se halla
Con tanta muchedumbre de pertrechos
Como se les ponian á los pechos.

No falta quien calumnie que podian
Rompellos antes y desbaratallos,
Diciendo que de industria no querian
Porque no les matasen los caballos,
A causa de que muchos pretendian
Para hüir en ellos reguardallos;
Otros dicen que fueron invenciones
Impuestas por los válidos peones.

Los cuales, como ya dijimos antes,
Llamaban; y faltaban las respuestas
Que para turbaciones semejantes
Necesidad pedia ser mas prestas;
Y en hecho de verdad fueron Atlantes
Que las cargas llevaron á sus cuestas,
Y como fuese tan pesado peso
Pesábales de velles tanto seso.

Su parte pues por puntos se empeora,
Sin llegalles socorros competentes:
Vian su perdicion, y en esta hora
Llena de confusion é inconvenientes
Descubrió sus colores el Aurora,
Con que las suyas fueron mas patentes
Y entonces de un soldado destos nace
Ardid á sus remedios eficace.

Un Antonio Bocarro, lusitano,
Hidalgo de hidalgas valentías,
Habia hecho del ardor vulcano
Y fuego artificial dos alcancías
Que se guiaron por su propria mano
Al avanguardia destas compañías,
Adonde muchos de concierto faltos
No les vagaba dar brincos y saltos.

Villamayor y Sebastián Moreno,
Alvaro Lopez, y también Francisco
De Aguilar, como vieron tiempo bueno
Para jugar mejor del obelisco,
Do fué la turbacion dieron de lleno,
Y todos los llevaron abarrisco,
Haciendo con las picas tal desvío
Que entró con su caballo Juan del Rio.

Y todos los caballos ponen pecho
Al rompimiento, con tan grande furia,
Que no se daba paso sin provecho
Ni de rojo licor hubo penuria;
Ansí que mejorándose su hecho
A su gusto vengaban el injuria;
Y donde el orden era mas durable
Un caso sucedió harto notable.

Aqueste fué que cierta yegua blanca,
La cual sin recoger andaba fuera
Con otras diez, demás de su potranca,
Asombrada llegó de tal manera
Con las otras pegadas á su anca,
Que rompieron la fuerza mas entera
Sin punto reparar en el embargo,
Y aun no pararon en lugar mas largo.

Pero caballos con andar paciendo
Algunas noches hacen otro tanto,
Cuando por el real oyen estruendo
Y los bárbaros dan por algun canto:
A los ranchos y tiendas van corriendo
Poniéndoles espuelas el espanto,
Y pudiendo hacerse mas remotos
Acuden á las gritas y alborotos.

Quien en algunas partes esto vido
También puede ponello por escrito,
Y en un trance nocturno bien reñido
No de poco peligro su conflito:
Los bárbaros huyeron del rüido,
Teniendo ya la suya sobre el hito,
Porque les pareció venir encima
Gente que con la lanza los lastima.

Fueron pues por las yeguas rebatidos
Los que permanecian mas cerrados:
Los unos rehollados y caidos,
Otros sin armas, otros asombrados,
Y todos en comun mas esparcidos
E ya de su salud desesperados,
Porque cualquiera caballero hiere
Y hace de su lanza lo que quiere.

Advirtióse también de la corrida
De las cerreras yeguas y sin frenos,
Que rompiendo por gente proveida
De lanzas de que estaban todos llenos,
Saliesen sin lision y sin herida,
Salvo la una con un ojo menos;
Pero por este se quebraron tantos
Que duraron gran tiempo los espantos.

Pues tanto la matanza se estendia
Como hallaban ya pasos abiertos,
Que por ninguna via se podia
Andar sino por cima de hombres muertos;
Y el bravo Pigoanza como via
Las turbaciones y los desconciertos,
No siendo parte para dar remedio,
Puso con otros tierra de por medio.

Y ansí salió con pérdida y afrenta
Destas revueltas y rebeliones,
Y aun dícese que no escaparon treinta
De todos los pijaos y yalcones,
Por acudilles otra gran tormenta
Al tiempo de volver á sus rincones
De parte los panaes que á la mira
Estaban, hasta ver quién se retira.

Porque la dura y áspera canalla
A los principios vino de su bando,
Mas en el rompimiento no se halla,
Los fines y remates esperando;
Y á quien vivo salió de la batalla
Andaban por las silvas monteando,
Anteponiendo sus voracidades
A todos parentescos y amistades.

Y en tanta muchedumbre de salvaje
Como en el pueblo padeció yactura,
Menos fué menester que se trabaje
En ponelles de tierra cobertura,
Porque los deste bárbaro linaje
En sus vientres les dieron sepultura,
Y los guisaban con ardientes ramos
Dentro de las cocinas de sus amos.

Recibíase desto gran fatiga,
Y con el mal olor grave tormento;
Mas español no hay que contradiga
Huyendo de les dar desabrimiento,
Porque mostraban voluntad amiga,
Aunque tuviesen otro pensamiento;
Pues mal se ligan en amor perfecto
Aquel que manda y el que está subyecto.

Y ansí los españoles mas rompidos
(Con que salieron bien de la rencilla,
Pues hubo solamente seis heridos
Y aquestos fuera de mortal mancilla)
Estuvieron dispuestos y movidos
A luego despoblar la nueva villa,
Temiendo que si quedan se les llega
Otra mas dura y áspera refriega.

Sobre lo cual consulta se tenia,
Segun que piden casos semejantes,
Y en la resolucion también habia
Algunas opiniones repugnantes,
Pocas, pues la mayor parte seguia
Al alcalde Juan Muñoz de Collantes,
Después en este reino residente,
Que en su cabildo dijo lo siguiente:

«Siendo todos aquí de una sentencia,
Conozco que no fuera de discreto
Anular votos y tomar licencia
Para contradecir á su decreto;
Pero visto que en esta diferencia
Cada cual manifiesta su concepto,
Quiero, señores, yo decir el mio
Debajo de amistad y celo pio.

»Aquellos á quien cargos se conceden
Y en ellos tienen militar usanza,
No se estienden á mas de lo que pueden
Midiendo su posible con templanza,
Por no meterse donde los enreden
Lazos de mal medida confianza,
Y pierdan por faltar esta cordura
Otra mejor sazon y coyuntura.

»Bien sabemos haber acontecido
Vencer á grandes huestes pocos buenos;
Pero lo mas comun y mas seguido
Es llevar lo peor los que son menos:
Poquito de los pocos he leido;
De los muchos están los libros llenos;
Y ansí negocios de tan grande peso
Piden consejos de maduro seso.

»Y porque el que yo do sea creible
Suplícoos que mireis con advertencia
Cuán flaco y débil es nuestro posible
Contra las fuerzas desta pestilencia;
Y ansí hallareis no ser convenible
Hacer en estas tierras asistencia,
A lo menos en tanto que no acude
Otra mano mayor que nos ayude.

»Los indios tienen firme pensamiento
En destrüir aquesta nueva planta:
Su desvergüenza y gran atrevimiento
A todo lo que piensan se levanta;
Para venir á darnos otro tiento
Han de convocar gente cuatro tanta:
Decidme, ¿qué paredes ó qué muros
Teneis para poder estar seguros?

»¿Qué fuerzas de Milán ó de Mecina,
Qué violento tiro de bombarda,
Qué trueno de fumosa culebrina,
Qué balas de arcabuz ó de espingarda,
Qué mil hombres de diestra disciplina,
Para quien tanta multitud aguarda,
Sino solas las manos y los brazos
De cien soldados hechos mil pedazos?

»Pues aunque cada cual destos tuviera
Cuantas el centimano Briareo,
Ninguno de cansado se moviera,
Segun la duracion deste torneo.
Habeis habido desta gente fiera
Dos veces la victoria y el trofeo:
Cesen por algun tiempo las porfías,
No tentemos á Dios por tantas vías.

»A él se den las gracias y la gloria
Por este beneficio soberano,
Porque tan honorífica victoria
No tuvo fuerza de poder humano:
Que contra tantos bien os es notoria
La gran debilidad de nuestra mano;
Y pues Dios acudió con su clemencia,
No nos pongamos mas en contingencia.

»Ansí que, pues que todos sois testigos
De la dura cerviz destas naciones,
Vámonos á los pueblos mas antigos
Hasta tener bastantes municiones;
Y creedme que los indios amigos
No tienen mejoradas intenciones,
Antes terné la misma confianza
Dellos que del potervo Pigoanza.»

Esto dijo Juan Muñoz de Collantes,
Que de los que tuvieron eminencia
A caballo, fué de los importantes,
Y en ánimo, valor y en esperiencia;
Al cual contradijeron circunstantes,
Mas al fin aprobaron su sentencia,
Y todos de comun consentimiento
Ya querian dejar aquel asiento.

Cuando la gente pues se disponia
A dejar la ciudad desamparada,
La que era de caballo pretendia
Venir al nuevo reino de Granada;
El peonaje no, porque queria
A lo de Popayán hacer jornada:
Quedó determinado que siguiese
Cada cual lo que mas gusto le diese.

Los yanaconas, en las divisiones,
Dijeron á sus amos rasamente
Que querian seguir á los peones,
Porque cada cual dellos fué valiente
En romper los feroces escuadrones,
Sin querer acudir equina frente;
Pesóles deste bárbaro bullicio,
Por quedar mancos sin aquel servicio.

De reinos de Pirú fué su venida
Con los que los tenian por vasallos;
Cada cual dellos grande busca-vida,
Curiosos en el pienso de caballos,
Y ansí de yanaconas fué servida
La gente que podia sustentallos,
Juzgando ser personas principales
Los que gozaban destos animales.

Y como bárbaros ahidalgados,
Entrellos se juzgó por villanía
(Hablamos de los tiempos atrasados)
Servir á quien caballo no tenia;
Y agora por los casos relatados
Mudaron parecer y fantasía,
O por ventura fué sagaz lenguaje
Por no peregrinar largo viaje.

Viéndolos en efecto deste brio
Ya resolutos y determinados,
Hizo segunda junta Juan del Rio,
Y dijo, siendo todos congregados:
«Estos negocios, á jüicio mio,
Demasiadamente van errados,
Y quien se determina prestamente
Dicen que muy despacio se arrepiente.

»Y si el señor Collantes el destierro
Tiene deste lugar por acertado,
Yo no quiero venir en este yerro
Ni llevar paso tan acelerado,
Pues del amago solo huye perro
Que vez alguna fué mal lastimado;
Y ansí nuestras victorias son ya muros
Para vivir quietos y seguros.

»Rehenes son y válida fianza
Quel ardor de los bárbaros apaga,
Pues no fué tan pequeña la matanza
Ni tan fácil la cura de su plaga,
Que no gaste la vida Pigoanza
Primero que de gente se rehaga,
Y cuantos estuvieron á la mira
Hoy tiemblan con temor de nuestra ira.

»Pero quiero decir que vengan cuantas
Gentes la tierra cria y adereza,
Y questos montes todos con sus plantas
Se tornen indios sin que falte pieza,
Si mil veces vinieran, otras tantas
Han de volver quebrada la cabeza,
Porque demás de no venir mejores
Vienen vencidos contra vencedores.

»De suerte que si estamos á razones
Con advertencia de jüicios sanos,
Buscando coyunturas y sazones
Para hacer aquestos indios llanos,
Las ciertas y seguras ocasiones
Son las que ya tenemos entre manos,
Habiéndoseles dado dos tan buenas
Que valen mas que grillos y cadenas.

»Para tan numerosa pesadumbre
Reconozco ser poca la substancia,
Mas esta poca tiene de costumbre
Salir de las peleas con ganancia;
De manera que no la muchedumbre
Vence, sino valor, orden, constancia,
Y pocos quiero mas con estas partes
Que muchos y confusos estandartes.

»No tracto de los casos precedentes
Que ponen los antiguos escriptores,
De vencidos ejércitos potentes
Por los que en cuantidad fueron menores;
Pues bastan los ejemplos que presentes
Vemos de los demás conquistadores,
Que en estas partes acabaron cosas
No tan heróicas cuanto milagrosas.

»Alguna parte desto nos alcanza,
Segun manifestó nuestra defensa;
Y ansí faltar aquí cristiana lanza
Mal engañado vive quien lo piensa;
Y este no es tiento, sino confianza
Que tengo yo de la bondad inmensa:
Antes lo tienta con crimen atroce
Quien tan alta merced no reconoce.

»Que claramente veis quél nos sustenta
Y con favores pios nos regala;
Demás desto caemos en afrenta
Tal que la mas enorme no la iguala;
Al fin, como yo tengo de dar cuenta,
No la querria dar de mi tan mala,
Porque disculpa que razon repuna
Al claro se conoce ser ninguna.

»Sé que no faltará concepto duro
Que juzgue mi razon á devaneo,
Imaginando ser lo que procuro
Por no dejar el mando que poseo,
Mas bien podré jurar sobre seguro
Que no lo pretendí ni lo deseo;
Y para ver lo que mi pecho tiene
Hagamos una cosa que conviene.

»En Neiba está poblado Juan Cabrera,
Do sabemos que vive descontento:
Vayan á lo llamar á la lijera
Con carta de cabildo y regimiento;
Verná luego con los de su bandera,
Pues hay color para mudar asiento;
Reharemos el nuestro con su bando,
Y estaremos debajo de su mando.»

Visto que daba parecer discreto,
Enviáronse luego los recados,
Con encarecimiento del aprieto
Y fuerza de los indios rebelados:
Holgóse Juan Cabrera del efeto,
Y ansí vino con todos sus soldados;
Quedó por general obedecido
Y justicia mayor de aquel partido.

Luego se divulgó por el terreno
El socorro de gente que venia,
Y que tenian ya poder mas lleno
De peones y de caballería:
Que fué bastante para poner freno
A otra tempestad que se movia,
Templándose los indios inquietos
Y sirviendo mejor los ya subyetos.

El Cabrera con sesenta peones
Y veinte de caballo salió luego
A castigar algunas poblaciones
Mas culpadas en avivar el fuego:
Fué la primera la de los yalcones,
Por ser origen del desasosiego,
Do con cautela hizo Juan Cabrera
Un negocio que yo no lo hiciera.

Y fué llamar de paz aquellas gentes,
Diciendo que traia limpio pecho,
A cuya voz vinieron obedientes
Algunos con preseas de provecho;
Hízoles con caricias aparentes
No recelarse de contrario hecho,
Pues por ser capitán recién venido
Facilísimamente fué creido.

Díjoles que declaren sus intentos
A todos los caciques y señores,
Y que traia buenos pensamientos,
Aunque cierto pudieran ser mejores;
Al fin mandó que ciertos aposentos
Do posaban allí, fuesen mayores;
Dicen que los harán, y este concierto
Fué donde Pedro de Guzmán fué muerto.

El Pigoanza y otros principales,
Sin ir ellos mandaron comisarios
Con hasta cuatrocientos naturales
Cargados de maiz y fructos varios,
Y la madera y otros materiales
Para hacer la obra necesarios;
La cual adonde se les dió licencia
Se comenzó con grande diligencia.

Y estando todos ellos descuidados
En asentar los palos embebidos,
Del Juan Cabrera fueron asaltados
Y de los que con él eran venidos,
Y como los cogieron desarmados,
Quedaron la mitad dellos caidos;
Y otra canalla desta gente perra
Dentro de sus entrañas los entierra.

Porque venian en aquel viaje
Para les ayudar en la rüina,
No por otro salario ni otro gaje
Sino la monstrüosa golosina:
Que la bestialidad deste linaje
Con mas ferocidad se desatina
Que las fieras del mas sangriento pio,
Pues nunca comen las de su natio.

Y estos no dejan deudo ni pariente,
Ni reservan hermano ni á la hermana,
Hijo de sus entrañas procedente,
Decrépito varon, ni vieja cana;
Y muchos dellos tienen de presente
Contracto público de carne humana,
Que son pijaos, cuyas condiciones
Esceden á las mas fieras naciones.

Fué cierto principal destos gentíos
Reprehendido por términos buenos,
Porque con sus voraces desvarios
Muchos súbditos suyos hizo menos,
Y respondió: «Yo como de los mios,
Que no voy á comer de los ajenos.»
Mas yo creo que fué tal el enmienda
Que nunca comió mas de su hacienda.

Que las exorbitantes sinrazones
Desta nacion crüel, ciega, perdida,
Hacian á las pias condiciones
Salir algunas veces de medida,
Juzgando que tan duros corazones
Eran indignos de gozar de vida;
Y aun con usar entonces de rigores,
No por eso los vivos son mejores.

Salió Cabrera pues de los yalcones
Y fué por Aniobongo su corrida;
Pero como tenian relaciones
Ser la paz que promete fementida,
Desampararon casas y rincones,
Tomando la montaña por guarida:
Nadie quiso venir, y desta causa
A Timaná volvió, do hizo pausa.

Y preparando lo que convenia
Para volver sin pluvias del ivierno,
Estendióse por indios que venia
A lo de Popayán nuevo gobierno:
Este diré quién fué, pero querria
Dar á la novedad canto moderno;
Y ansí, para salir con el intento
Me conviene tomar algun aliento.

CANTO NOVENO.

Donde se tracta cómo Pascual de Andagoya, siendo proveido por gobernador de la tierra adyacente al rio que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcázar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernacion, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastian de Benalcázar.

El gusto sensüal del avariento
Al interese corre tan sin freno,
Que lo que puede dalle henchimiento
Parece que lo hace menos lleno,
Y con lo proprio suyo no contento,
Mete las manos en lo que es ajeno,
Fantaseando que cualquier provecho
A él solo le viene de derecho.

Aquestas insolentes sinrazones,
Que vuelan á mil fines aplicadas,
No faltaron en índicas regiones
Antes de estar las cosas asentadas,
Y hubo grandes encuentros y pasiones
Sobre las tierras en gobierno dadas;
De las cuales será prueba patente
La que se nos ofrece de presente.

De la sierra do nacen los dos rios
Cauca y el otro de la Magdalena,
Que riegan diferentes señoríos,
Segun he dado ya cuenta mas llana,
Otro procede no largos desvíos,
Llamado de San Juan, pero su arena
Al antártico polo va guiada
Y en las ondas del Sur hace parada.

Por diversas provincias se derrama,
De que no sabré yo ser coronista;
Mas sé que rio de San Juan se llama,
Por ser tal dia su primera vista,
Y dél pidió, guiado por la fama,
Un Pascual de Andagoya la conquista,
Persona que debia merecella,
Y ansí vino con gente para ella.

A su gobernacion en el destajo
No le puso medida tan estrecha
Que no saliese por algun atajo
A lo que mas le cuadra y aprovecha;
Y ansí, por ahorrar duro trabajo
Determinó venir á casa hecha,
Que es la de Popayán, por ser vecina
De la que se le dió, con quien confina.

Y si pudo lugar haber alguno
Para hacer creer ser sus anejos,
Entonces lo halló bien oportuno
En los pechos dudosos y perplejos,
Por conocer gobernador ninguno,
Salvo Pizarro, pero tan de lejos
Que dalles otro gobernador era
Por esta causa cosa creedera.

El Andagoya pues allí venido,
Hizo presentacion de provisiones,
Dándoles á las letras el sentido
Que conformaba con sus pretensiones;
Y aunque reconociesen ir torcido
Y se pudieran alegar razones,
Los de cabildo, por tener sosiego,
En Popayán lo recibieron luego.

Y en todos los demás por sus tenientes
Fué recebido sin contrarios votos,
Estando destas cosas inocentes
En Timaná, por ser los mas remotos;
Mas porque los rumores precedentes
Con mayor claridad les fuesen notos,
Secretamente fueron enviados
Dos yanaconas diestros y avisados.

Estos trajeron relacion entera,
Bien informados de ocular testigo,
No sin grave dolor del Juan Cabrera
Por la suerte contraria del amigo
Benalcázar, el cual antes que fuera
Tractó con él la pretension que digo;
Y ansí determinó hacer jornada
A este nuevo reino de Granada.

Y el viaje tardó mas en pensallo
Que en poner en efecto la partida:
Quisieran los que quedan estorballo,
Mas no bastó palabra comedida;
Con él se fueron treinta de caballo
Amigos, de la gente mas lucida,
Y de los fugitivos caminantes
El uno fué Juan Muñoz de Collantes.

Ellos partidos, al tercero dia
Allí llegó por el nuevo regente
Aquel capitán Francisco García
De Tovar, para ser allí teniente,
Y vistos los poderes que traia,
Lo recibieron amigablemente,
Mas requiriéronle por vez tercera
Que fuese tras el dicho Juan Cabrera.

Porque llevaba muchos naturales
De los subyectos que les daban renta,
Con férreas colleras y ramales
Y no de carga la cerviz exenta,
Y á Juan Muñoz, que de rentas reales
Que fueron á su cargo no dió cuenta,
El cual en este tiempo que reñero
Era, demás de alcalde, tesorero.

Bien entendido su requerimiento
Y no le convenir disimulallo,
Partió para le dar el cumplimiento
Con treinta y cinco hombres de caballo:
Tanta priesa se dan al seguimiento,
Que en tres dias pudieron alcanzallo;
Mas el Cabrera con los suyos piensa
Remitir á las manos su defensa.

Vista por el Tovar el aparencia
Y el denuedo de la contraria mano,
Mediante tinta hizo diligencia,
Y por papel y pluma de escribano:
Están enteros en su resistencia,
Y como viese ser trabajo vano,
Debajo de amistad al Juan Cabrera
El Tovar le habló desta manera:

«Señor Cabrera, yerro manifiesto
Es el que cometeis sin fundamento,
Porque querer por armas llevar esto
No me parece ser acertamiento;
Limítese con término modesto
Un hombre de tan próspero talento,
Pues conoceis de mí que ya que salgo
No tengo de volver sin hacer algo.

»Salí forzado por requerimiento
Que me hicieron todos los vecinos,
Pero cierto no tuve pensamiento
De querer estorbar vuestros caminos;
Pues solo fué mi principal intento
Volver indios bozales y ladinos,
Y al señor Juan Muñoz, que de sus cargos
Se viene sin dar cuentas ni descargos.

»Y pues un servidor como yo viene
Y en amistad y amor somos hermanos,
Suplícoos que mireis lo que conviene,
Porque los reyes tienen luengas manos,
Y do quiera que vais el mismo tiene
Jüeces y fiscales y escribanos;
Y ansí para hüir estremos graves,
Los medios me parecen mas süaves.

»Tener por bien, si la razon enfrena
A los que della no van discrepantes,
Darme todos los indios de cadena
Y al alcalde Juan Muñoz de Collantes;
Y aquesto hecho, id enhorabuena
Con todos los demás indios restantes,
Porque los sin prisiones bien entiendo
Que de su voluntad os van siguiendo.»

Concédenle los indios de collera
Con que del Juan Muñoz no se tractase,
Rogándoselo mucho Juan Cabrera,
Mas no pudo con él que lo dejase:
En efecto, volvió do no quisiera
Porque el gobernador no lo vejase,
Pero llegado tuvo tal aviso
Que hizo sus negocios como quiso.

Los otros prosiguieron su jornada
Por pasos del Cabrera conocidos:
Llegan al nuevo reino de Granada
Cansados, pero no diminuidos;
Donde por Fernán Perez de Quesada
Fueron con gran aplauso recebidos,
Y no poco conjuntos á su lado
Juan de Orozco y Arias Maldonado.

Volviendo pues las manos á la trenza
Que del nuevo regente se tejia,
Digo que sin empacho ni vergüenza
Usaba del poder que no tenia,
Y la guerra de paeces comienza
Con estampida de arcabucería,
Que muchos arcabuces allí puso
Y desde entonces hubo dellos uso.

En tierras de los paeces entrados,
Caribe gente por estremo fiera,
Tuvieron dos recuentros porfiados,
Do ganó poco la fiel bandera,
Pues fueron compelidos y forzados,
Con pérdida de gente, salir fuera;
Y ansí volvieron á cristianos puestos
Fatigados y cuasi descompuestos.

La fama, como no pierde camino,
Ni se le pone límite ni tasa,
En ponderar el dicho desatino
De Andagoya no quiso ser escasa,
Y á los oidos de Pizarro vino
Con larga relacion de lo que pasa;
El cual, en pena de tan poco seso,
Mandó que luego se lo lleven preso.

Estos poderes fueron enviados
A Juan de Ampudia por su gran cordura,
Pero cuando llegaron los recados
Estaba dentro de la sepultura;
Mas para ser mejor ejecutados
Llegó mas adaptada coyuntura,
Don Sebastián de Benalcázar digo
Cuyos discursos son estos que sigo.

Año de quince cientos y cuarenta
Cumplidos del divino Nacimiento,
La majestad imperial atenta
A sus servicios y merecimiento,
Demás de dalle generosa renta,
Autorizó con adelantamiento,
Trocando su virtud y valentía
Título de merced en señoría.

Por los de sus antiguas amistades
La nueva divulgada y estendida,
Ocurren de las villas y ciudades
A dar el parabién de la venida.
Obispo trajo con sus dignidades,
Mercenario, persona conocida,
De los primeros en esta jornada,
Y este fué fray Francisco de Granada.

Del signo del Leon era salido
Y á Virgo daba resplandor Apolo,
Cuando fué Benalcázar recebido
Y Pascual de Andagoya quedó solo:
En prisiones lo tuvo detenido
Algunos dias por aqueste dolo,
Hasta que á gobernar al Pirú vino
Vaca de Castro, de tal cargo dino.

Aqueste, como trajo poder largo
Y al Andagoya tuvo por amigo,
Hizo de sus prisiones desembargo
Y á Pirú luego lo llevó consigo.
Sus insignes hazañas en su cargo
Por escribillas otros no las digo;
Mas sé que en gobernar y hechos buenos
Ningunos fueron mas, y muchos menos.

Estos negocios de Andagoya llanos,
Como de Popayán ya se destierra,
El Benalcázar aprestó las manos
Con presupuesto de allanar la tierra:
Convocó los amigos baquianos
Para hacer á los de Paez guerra,
Cuyo nombre da muestras de dulzura,
Pero segun antífrasis figura.

Apercibiéronse mas de doscientos
Soldados, por sus hechos conocidos,
Y en estos belicosos rompimientos
No menos rompedores que rompidos:
Ballestas y fumosos instrumentos
Fueron en cuantidad apercebidos,
Con todos los pertrechos necesarios
A guerra de tan duros adversarios.

Son ciento de caballo, que cualquiera
En este menester era perfeto;
Entrellos va Tovar, que no debiera,
Segun parecerá por el efeto;
Llevó también, por ya saber quién era,
Al capitán llamado Martin Nieto,
Y á don Francisco su hijo mestizo,
Que muchas honorosas cosas hizo.

Y al capitán Baltasar Maldonado,
Que en este reino de descubridores
Y en sus conquistas fué tan señalado,
Que ningunos en él fueron mejores;
Del cual, aunque reposa sepultado,
No pueden sepultarse sus loores,
Y en Tunja deja para mayor gloria
Hijas que resucitan su memoria.

Dellas es la mayor doña María,
Que si á merecimientos de doncella
Ventura se mostrase madre pia,
Ninguna la ternia mayor quella;
Otra doña Ana, cuya gallardía,
Virtud y gracia vencen la mas bella;
Y Alonso Maldonado ya difunto,
Que fué de su valor claro trasunto.

No quiso ser exento destas redes,
Por ser no menos diestro que valiente,
Nuestro vecino Diego de Paredes
Calderon, que tenemos hoy presente,
Dignísimo de mas amplas mercedes
De las que su ventura le consiente;
Y otros algunos deste nuevo reino
Que se hallaron en aquel gobierno.

Habíalos entonces envíado
Desde este nuevo reino de Granada
Don Alonso de Lugo, adelantado,
A recoger la gente derramada
Que del descubrimiento del Dorado
Salió con Fernán Perez de Quesada;
Y entrar en Paez era su desino,
Atajar, al volver, algun camino.

Efectúóse pues esta partida
Por los que militar ardor inflama
En oportunidad que los convida,
Aunque suceso bueno no los llama.
La nueva y el tropel de la venida
Por la tierra de Paez se derrama,
Y antes quel español entrase dentro,
Los bárbaros salieron al encuentro.

Estimulados de las furias locas
Aquellas gentes bravas y terribles,
Que en aquella sazon no fueron pocas
Y en opiniones proprias invencibles,
Ocuparon los pasos y las rocas
A los humanos piés inaccesibles,
Cuyos anfractos duros y aspereza
Son estremados en naturaleza.

Con inminente riesgo se trabaja
Al entrar por aquellas angosturas,
Do los indios pelean con ventaja
A causa de tomalles las alturas:
Alguna parte del furor ataja
Sulfúreo tiro con pelotas duras,
Cuyo veloce vuelo mas alcanza
Quel presuroso golpe de la lanza.

En cualquier paso de quebrada fonda,
Antes que della nuestra gente salga,
Por cuantas partes hay á la redonda
Viene rodando peñascosa galga:
Resuenan los crujidos de la honda,
Tantos, que no hay escudo que les valga
Hubo sangrientas frentes y mejillas,
Brazos quebrados, piernas y rodillas.

Aquesta furia nunca fué bastante,
Enhiesto cerro ni áspera ladera,
Para que no procedan adelante
Y de las angosturas salgan fuera:
A cierto rio llegan abundante,
El cual tenia puente de madera,
Donde con superbísimo coraje
Los bárbaros impiden el pasaje.

Gran espacio duró la competencia
Mas su trabajo no se perficiona,
Aunque el adelantado, sin paciencia,
En grande riesgo puso su persona;
En estas dilaciones hizo absencia
La clara luz del hijo de Latona,
Y ansí por esta causa se retrajo
El campo de los nuestros mas abajo.

Con el obscuro de la noche fria
Buscan pasaje menos arriscado,
Y donde mas el agua se tendia
Hallóse para los caballos vado;
Pero para bagaj é infantería
Ganar aquella puente fué forzado,
Y este dificultoso desembargo
Tomaron tres peones á su cargo.

Del uno dellos yo no sé su nombre,
Por injuria del tiempo variable;
Y aunque tenemos destos tres un hombre,
Perdiólo su memoria deleznable:
Solo me dice merecer renombre
Adornado de fama perdurable,
Pues nunca se halló negar el pecho
Al mas dudoso y espantable hecho.

Fué Martin de las Islas el segundo,
Que en este nuevo reino de Granada
Y en otras partes deste nuevo mundo
Hizo bien larga prueba de su espada;
El tercero, que hoy nos es yocundo,
Con evidencias de la edad pasada,
Paredes Calderon, el cual ha sido
Ejemplo de valor engrandecido.

El curso de la noche demediado,
Segun del polo müestran las tutelas,
Se disponen al hecho señalado,
Armados con espadas y rodelas:
No hallan al contrario descuidado,
Antes con vigilantes centinelas
Que tocan arma, y en aquel instante
Opuestos dos mil bárbaros delante.

No baja con tal ímpetu creciente
De las alturas á los campos llanos,
Ni llamas prestas de vigor ardiente,
Impelidas de cierzos ó solanos,
Cuan prestos se abalanzan á la puente
Estos tres valerosos castellanos:
Menean brazos, y estos movimientos
Igualan á los mismos pensamientos.

Andan listos los piés, prestas las manos,
No sin sangre de quien el paso quita,
Y ansí de los que hallan mas cercanos
Este cae y aquel se precipita:
Crece la multitud de los paganos;
Confúndense con voces y con grita,
Por no dalles lugar el angostura
Para poder entrar quien lo procura.

Tanta priesa les dan y tanta caza,
Que con la mejoría de sus suertes
La puente toda se desembaraza,
Y al cabo della se hicieron fuertes,
Porque salir á mas estensa plaza
Era pagar las muchas con sus muertes;
Y allí valerse sin mortal mancilla,
Se tuvo por divina maravilla.

Sus fuerzas llegan al supremo grado,
En las cuales están todos enteros;
Mas no bastaran ellas ni el cuidado
Para no ver sus dias postrimeros,
A no haber don Francisco ya pasado
El vado con cincuenta caballeros,
Que llegaron con paso presuroso
A la puente y al trance riguroso.

Quedaron libres estos tres soldados
Con aquesta veloz arremetida;
Los indios compelidos y forzados
A rebüir el riesgo de su vida,
Viendo que á muchos los siniestros hados
Hicieron que abreviasen la partida
A la profundidad de los infiernos,
Donde son los tormentos sempiternos.

Quitados de la puente los rigores,
Do la española parte se mejora,
Dió don Francisco gracias y loores
A sus atletas, y en aquella hora
Iba restituyendo sus colores
A los escelsos montes el aurora;
Y ansí el adelantado brevemente
Vino con el restante de la gente.

Prosiguen adelante sus caminos
Al valle que promete buenas suertes,
Pero todos los pueblos convecinos,
Que para pelear no son inertes,
Con galgas como piedras de molino
En un alto peñol se hacen fuertes,
Varios pertrechos, hijos y mujeres,
Y lo mas substancial de sus haberes.

Señoreábase desde el altura
Cuanto puede visible subtileza:
Si lugar áspero formó natura,
Allí pudo llegar el aspereza;
Forma piramidal es su hechura,
Pero sitio capaz en la grandeza;
Algunos montes hay en las vertientes,
Y no faltaban cristalinas fuentes.

Las partes dél imposibilitadas
Para subir por ellas piés humanos:
Solamente tenia dos entradas,
Do no podian asentarse llanos,
Antes las sendas van tan empinadas,
Que en vez de piés se sirven de las manos;
Y en estas no faltaban compañías
Que velaban las noches y los dias.

Hízose la posible diligencia
Con prometelles amistad de hermanos,
Si diesen vasallaje y obediencia
Al mejor rey de todos los humanos:
Fué dellos la final correspondencia
Querer averiguallo por las manos,
Que las aprieten, y quien mas pudiere
Del vencido hará lo que quisiere.

Por el adelantado visto esto,
Y que le convenia sojuzgallos,
Asentó ranchos en lugar dispuesto
Para se menear con los caballos:
Noches y dias con furor molesto
Acuden bárbaros á contrastallos,
Dando tan á su salvo los asaltos,
Que revolvian libres á sus altos.

Consideradas las obstinaciones
Y fieros de la bárbara jactancia,
Que ya con atambores y pendones
Hacian, recogidos á su estancia,
Queriendo declarar sus intenciones
A los comilitones de substancia,
El Benalcázar por oir respuestas
Dijo pocas palabras, que son estas:

«Caballeros, cualquier riesgo patente
Es gran acertamiento que se huya;
Pero será mayor inconviniente
Salir aquestos indios con la suya,
Porque de muchos el temor presente
En lo futuro no se disminuya,
Pues cada cual sabeis á lo que tira
Y cuánta multitud hay á la mira.

» Primero pues que llegue la mañana
Manifestándonos sus arreboles,
Quiero que de la gente mas lozana
Suban cien señalados españoles,
Porque la tierra toda queda llana
Si podemos ganar estos peñoles,
Y vayan por caudillos al efeto
El capitán Tovar y Martin Nieto.

» Lleven sus armas defensivas puestas,
Y con las ofensivas en la mano,
Cargados arcabuces y ballestas
Que pongan frenos al furor insano;
Los demás con caballos y armas prestas
Estaremos arriba de lo llano,
Cuanto cómodamente ser pudiere,
Por acudir á lo que sucediere.»

Correspondieron todos gratamente,
Por ser en punto gente tan entera
Que para riesgo muy mas evidente
Ninguno recelara la carrera:
Previene cada uno diligente
Aquel recado que menester era,
Y apercebidos para la jornada
Esperaban la hora señalada.

Al tiempo pues que la menor estrella
Moradora del cielo mas cercano,
Aquella digo que la lumbre della
Es sola la que toma del hermano,
Entraba con pureza de doncella
A se lavar en ondas de Oceano,
E ya la soporífera tardanza
Igualaba del peso la balanza:

El capitán Tovar, què no dormia,
Hizo de los soldados llamamiento,
No con aquel ardor con que solia
Llegar á belicoso rompimiento,
Mas con tibieza tal, que parecia
Présaga de su mal acabamiento,
Asaltado de natural sospecha
Que estímulo de honor de sí desecha.

Y ansí, los compañeros recogidos,
Otro concepto del que tiene muestra,
Y los dos capitanes convenidos,
Martin Nieto tomó la senda diestra;
El Tovar por los pasos mas erguidos
Y de riesgo mayor, á la siniestra;
Y entrambos con silencio necesario
Fueron subiendo por camino vario.

El Nieto, no por ir mas advertido
Sino por un regalo de ventura,
Subió sin ser de nadie resistido
Ni vello, por la noche ser obscura,
De tal suerte, que cuando fué sentido
Estaba ya cercano del altura,
Y al tiempo que acudieron gentes prestas,
Disparan arcabuces y ballestas.

Cuyos tiros ningunos dan en vano,
Antes los mismos cuerpos son adarga;
Luego con la violencia de Vulcano
Apresuróse la segunda carga;
Al fin pusieron piés en lo mas llano
Que á su pesar el dueño desembarga,
Y ansí los sanos como los heridos
Fueron ahuyentados y esparcidos.

Allí paró con los de su estandarte
No consintiendo mas tender la rienda,
Contento con tomar aquella parte
Ya sin que la contraria se defienda:
Y en tiempo que pudiera de buen arte
Llevar mas adelante la contienda,
Parecióle volver sin hacer pausa,
E yo no sé decir cuál fué la causa.

Pero debió tener causas bastantes
Que fuera van de mis obligaciones,
Porque suelen en cosas semejantes
Engaños padecer las opiniones:
Antes pues que de estrellas radiantes,
Que en los mortales hacen impresiones,
La luz con la del sol fuese resuelta,
Para el adelantado dió la vuelta.

Tuvo suceso deste diferente
El capitán Tovar en la subida,
Por ser inumerable la creciente
De la gente feroz endurecida;
Mas él propuso con fervor ardiente
Ganar los altos ó perder la vida;
Y ansí con tiros y con hechos buenos
Allá subieron sin hacellos menos.

En esta hora de temor horrendo,
Hora menguada y hora lastimera,
Venia ya sus rayos descubriendo
Aquel planeta de la cuarta esfera:
Auméntase la grita y el estruendo
De gentes, como si de talanquera
Vieran pelea de leon y oso,
O tuvieran los toros en el coso.

Hay tanta multitud que los oprima
Como gran espesura de arboleda,
A la similitud que en el esgrima
Gran cuantidad de gente hace rueda:
Llueven dardos y piedras de por cima
Por tantas partes, que ninguna queda
Donde nuestro Tovar, como quien era,
En su defensa justa persevera.

Duró desta manera la porfía
Con recíprocos acometimientos,
Hasta que declinó del mediodía
El sol con sus lijeros movimientos:
El calor y la sed que se sufria
Pasó de los humanos sufrimientos,
Y traspasó la raya del espanto
Poder hombres mortales durar tanto.

No les sirven ballestas ni cañones
Con que bala mortal es impelida,
Y con que la braveza de escuadrones
Habia sido siempre rebatida,
Porque faltaban ya las municiones,
Artificiales rayos y estampida;
Y ansí los indios, que lo tal sospechan,
Oportunas sazones aprovechan.

Comienzan de mas cerca los combates
Largando riendas á las osadías;
Pero los nuestros suben de quilates
Su brío, su valor y valentías,
Dando crüeles fines y remates
A las mas atrevidas gallardías;
Aunque desbaratados los que encuentran,
Por espaldas y lados otros entran.

Bien quisieran hüir tan mala suerte,
Mas su resolucion es homicida,
Porque si huyen caen en la muerte,
Y si no huyen piérdese la vida;
Al fin no puede, de lo que se advierte,
La determinacion ser digerida;
Mas uno, que no sé decir quién era,
Al Tovar le habló desta manera:

«Decidme, señor mio, ¿qué esperamos
Cuando menos conviene que se espere?
Por las dos partes les acometamos
Por donde mas el ímpetu nos hiere.
¡Sus! en cuadrillas dos nos dividamos,
Y caiga de nosotros quien cayere;
Pues quien rompiere, como vivo salga,
Podria ser que de los piés se valga.»

Lo dicho por aquel soldado viejo
No les pareció mal á los oyentes,
Porque en perplejidad cualquier consejo
Da muestra de razones concluyentes:
Hallando pues en ellos aparejo
Sin haber pareceres diferentes,
Para romper á los que los impiden
En dos partes iguales se dividen.

Usábase traer barba crecida
En aquella sazon y autorizada,
Y era la del Tovar barba vellida,
Largos bigotes, toda bien poblada,
Y entonces la traia recogida
Al modo de cabellos entrenzada:
Y á los soldados, antes que comiencen,
A gran priesa mandó la desentrencen.

Debió de ser, segun lo que yo puedo
Conjeturar de aquesta diligencia,
A los imberbes indios poner miedo
Con la ferocidad de su presencia:
Y ansí con ferocísimo denuedo,
Confiado de Dios y su clemencia,
Puso los pensamientos y la frente
Adonde vió mas multitud de gente.

Mandó hacer el acometimiento
Diciendo: «Si Dios quiere que este dia
Sea de mi final acabamiento,
Su voluntad se cumpla y no la mia,
Incierta de cuál es acertamiento
Si por la santa suya no se guia.»
Y aquesto dicho, los insignes martes
Rompen la furia por entrambas partes.

Por donde fué la gente sin caudillo,
A causa de ir Tovar por otra via,
Tentó subir el capitán Morillo
Que con treinta soldados acudia
A la gran algazara del castillo,
A los cuales Benalcázar envia,
Considerando que en el alto morro
Necesidad habia de socorro.

Puso Morillo suma diligencia
Por llegar con los suyos al aprieto,
Mas al subir fué tal la resistencia
Que se volvieron sin hacer efeto:
Los otros que rompieron la violencia
Sin aguardar decoro ni respeto,
Se desgalgaron por la cuesta abajo
Por el camino que Morillo trajo.

Levanta los tobillos quien mas puede
Para juntarse con los de los llanos,
Y aunque este se despeñe y aquel ruede
Nadie cura de amigos ni de hermanos:
El furor de los indios que procede
Hubo los siete dellos á las manos;
Los otros escaparon de las redes,
Y destos es el Diego de Paredes.

Rompido por Tovar el torbellino
Que le cabia por su derescera,
Metióse por un monte convecino
Pensando que mejor le sucediera;
Mas en prosecucion de su camino
Dió con inumerable gente fiera,
Demás de los que fueron en alcance
Por no perder aquel honroso lance.

Viéndose salteados de repente
De crüel escuadron aunque desnudo,
Quien mas aliento tuvo de su gente
Huyó por donde buenamente pudo;
Quedaron con él once solamente,
La mayor parte dellos sin escudo,
Que no haciendo cuenta de sus vidas
Procuran de vendellas bien vendidas.

Mas el mayor estrago fué ninguno,
Si lo uno y lo otro se avalúa,
Pues importaba mas la vida de uno
Que cuantas el peñol alto tenia;
El ímpetu de muchos importuno
Con terrible calor prevalecia,
Y de los miserables el mas fuerte
A brazos anda con la misma muerte.

Desta manera la fiel docena,
Traspasada por pechos y por lados,
Anda pagando la severa pena
Que destinaron sus atroces hados,
Hasta que en sangre propria y en ajena
Quedaron todos ellos anegados,
Cortadas al momento las cabezas
Y los llagados cuerpos hechos piezas.

Ansi tuvo Tovar acabamiento
Que cuasi del Afiasco fué trasunto,
El cual pudo fingir impedimento
Cuando de tacto mal tuvo barrunto;
Mas no quiso hüir el detrimento,
Por no caer un punto de su punto,
Y á sus escusas todos dieran lado
A causa de estar bien acreditado.

Decian muchos ser fatal sentencia,
Planeta, signo, constelacion dura,
Pero la semejante dependencia
No tiene fuerza sobre la cordura,
Pues el varon dotado de prudencia
Muchos inconvenientes asegura,
Cuanto mas quel peligro del enbiesto
Peñol á todos era manifiesto.

A los demás que por despeñaderos
Huyeron divididos y apartados,
Dióles la vida ser de piés lijeros,
Y entonces mas veloces que venados,
Y estar los indios, con los compañeros
Que con Tovar quedaron, ocupados;
Pues con cudicia del presente cebo
No fueron á buscar otro de nuevo.

Como suelen en índica dehesa
Cazadores con perros de traílla,
Que buscando sustentos de su mesa
Toparon de venados gran cuadrilla,
Y en aquellos que pueden hecha presa,
La resta no procuran de seguilla,
Contentos con lo que en las manos queda,
Sin que tras lo dudoso se proceda:

Desta suerte los bárbaros espertos
En correr por lugares salebrosos,
No quisieron dejar los lances ciertos
Por seguir los inciertos y dudosos;
Mas repartidos ya los cuerpos muertos
Por los que se mostraron mas briosos,
Determinaron con potente mano
Romper con el ejército cristiano.

Ocupáronles todas las salidas
Con tantas gentes y de tal manera,
Que corrieran gran riesgo de las vidas
Si por adonde entraron se saliera;
Después á salvo dan arremetidas
Tantas, que les convino salir fuera,
Tomando las montañas por amparo
Para por ellas ir á campo claro.

Caminaron con gran desabrimiento
Por los habidos en aquel viaje;
Y en confianza de cursado tiento
Rompieron por el áspero boscaje,
Camino de mayor detenimiento,
Hasta que ya llegaron al paraje
De Cali, do salieron mal parados,
Mas no de sus venganzas olvidados.

Y ansí, después que ya la primavera
Del de cuarenta y uno fué llegada,
El fuerte Benalcázar persevera
En la guerra de Paez comenzada,
A la cual coyuntura Juan Cabrera
Volvió del nuevo reino de Granada,
Que no le dió pequeño regocijo
Por le tener amor de mas que hijo.

Y en comun redundaron los placeres
Por él hacellos á cualquiera banda,
Demás de que vulgares pareceres
Se van tras el que tiene quien los manda;
Dióle de general largos poderes,
Y fueron contra la nacion nefanda,
Donde después que entraron en la tierra,
Sin mal suceso les hicieron guerra.

El modo de hacella no lo digo,
Por ser inacabable si se empieza,
Pero sé que se hizo gran castigo,
Adonde les quebraron la cabeza,
Satisfaciéndose del enemigo,
Sin morir español ni faltar pieza;
Mas con los castigar segun le plugo
No pudo sometellos á su yugo.

Después ya de punir aquestas gentes,
Sobre cuantas nacieron inhumanas,
Recorrieron provincias diferentes,
Ansí remotas como comarcanas,
Gastándose los tres años siguientes
En las pacificar y hacer llanas,
Al cabo de los cuales nuestros reyes
En Indias estamparon nuevas leyes.

Para Pirú con esta diligencia
Por virey vino Blasco Nuñez Vela,
Donde la tierra falta de obediencia
Contra mandatos regios se rebela;
Y porque de aquí tiene dependencia
Aquello que me resta de la tela
De Benalcázar, la porné cumplida,
Pero con canto nuevo difinida.

CANTO DECIMO.

Donde se cuenta la venida del virey Blasco Nuñez Vela á Popayán, y cómo allí se rehizo de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y llevó consigo al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y á Juan Cabrera y otros valerosos soldados.

Los que mal hacen, porque no se entienda,
Huyen de donde resplandece lumbre;
A los incorregibles el enmienda
Les es intolerable pesadumbre;
Y ansí suelen decir, á los sin rienda
A par de muerte ser mudar costumbre,
Que como sobre mal subyecto caiga
Con gran dificultad se desarraiga

Pues como corregillos es al gusto
Y voluntad de los celosos reyes,
Y en Indias no viviesen tan al justo
Que no tractasen mal bárbaras greyes,
El gran emperador César Augusto
Don Carlos quinto hizo nuevas leyes
Para que desterrada la malicia
Se besasen la paz y la justicia.

Fueron en el Pirú mal recebidas,
Y el virey, mas brioso que paciente,
Con celo de las ver obedecidas,
Queríalo llevar por lo valiente:
La furia de las gentes atrevidas
A tal temeridad puso la frente,
Que para lo prender se dieron maña,
Y preso le mandaban ir á España.

Mas en el mar del Sur el mensajero,
Pareciéndole grave desatino
No dalle libertad al prisionero,
En ella lo dejó por el camino:
El para castigar el desafuero
A la ciudad de Popayán se vino,
Adonde Benalcázar y sus gentes
A sus mandatos fueron obedientes.

Como reconoció leales pechos
En todos estos pueblos comarcanos,
Juntó soldados, armas y pertrechos
Para revolver sobre los tiranos;
Los cuales ya sus temerarios hechos
Sustentaban con armas en las manos,
Cierto papel tomando por cubija
Y á Gonzalo Pizarro que los rija.

El cual, sabidas bien las intenciones
Del virey, segun hemos declarado,
Para Quito guió sus escuadrones
Y puso contra rey campo formado,
Con tantas y tan buenas prevenciones
Cuantas pedia caso tan pesado:
Hizo el virey la misma diligencia,
Pero menoscabado de potencia.

Fué Benalcázar pues en su servicio,
Y con honroso cargo Juan Cabrera,
Con otros muchos que en aquel oficio
Pudieran ser preciados donde quiera;
Mas no les acudió hado propicio
A los que siguen la real bandera,
Porque los mas murieron junto á Quito
En aquel asperísimo conflito.

Al fin prevaleció lo mal fundado,
Y entonces el derecho quedó leso,
Por se hallar el campo rebelado
Con posibilidad de mayor peso:
Fué pues el Blasco Nuñez degollado,
Y nuestro Benalcázar quedó preso,
No libre de heridas, mas de suerte
Que se halló cercano de la muerte.

Mas la que no le dió confusa mano
Cuando Mejera su furor enciende,
Quisiera se la dar un mal cristiano
Que (porque fué leal) lo reprehende;
Y Gomez de Alvarado, mas humano,
Del ímpetu tirano lo defiende,
A cuya fe de noble caballero
Benalcázar se dió por prisionero.

Quieren decir algunos que Gonzalo
Pizarro, precediendo sinsabores,
No tuvo contra él intento malo,
Tractándolo por términos mejores;
Pero para privallo del regalo
No faltaban perversos consultores,
Diciéndole: «Señor, destos los menos,
Que tarde, mal y nunca serán buenos.»

Al fin el Alvarado con prudencia,
Siendo su proprio honor el interese,
Solicitó con suma vehemencia
Que libertad precisa se le diese,
Y ansí Pizarro proveyó licencia
Para que á su gobierno se volviese;
Y al mismo punto quel despacho vino,
Se puso con algunos en camino.

Huyendo de los términos tiranos
Ninguno de buen pecho mas espera,
Dejándoles las capas en las manos,
Y destos Francisco Fernandez era,
Aunque después el pobre cascos-vanos
Contra pendon real alzó bandera:
En los cuales sucesos no me alargo
Porque otros los tomaron á su cargo.

De Benalcázar tracto solamente,
Que caminó con la licencia dada,
Y por consejo de dañada gente
Fué dentro de dos dias revocada;
Y ansí fueron con paso diligente
Tras él por estorballe la jornada,
Pero, herido ya desta sospecha,
El camino real de sí desecha.

Por la sierra se fué con este miedo,
Sin reparar desque salió de Quito,
Por verse lejos de tan mal enredo,
Cual es el que pusimos por escrito;
Y entonces sucedió lo de Robledo,
Que porque lo conté no lo repito,
Mas quien quisiere relacion mas llena
Lea lo que tracté de Cartagena.

Sobre mil y quinientos ya corria
El de cuarenta y seis de nuestro fuero,
Y en el décimo mes al cuarto dia
Vieron este suceso lastimero,
El mismo año que furores cria
La muerte del virey fué por enero;
Y este negocio, de lealtad ajeno,
En las Españas dió terrible trueno.

Por el Pirú la furia mas se empina,
No que faltase quien al rey obligue,
Pero comunidad, si desatina,
Olvidada del bien lo malo sigue.
Al fin su Majestad se determina
Enviarles jüez que los castigue,
Y fué contra la pérfida borrasca
El cuerdo licenciado Pedro Gasca.

A Panamá llegó, donde la llama
Tiránica tendia su creciente;
Mas á los principales de la trama
Ganó las voluntades fácilmente,
Y á Benalcázar por su buena fama
Escribió que procure hacer gente,
Para luego pasar en su demanda
A Pirú contra la rebelde banda.

Visto por Benalcázar el edito
Y sello de potencia soberana,
Con gente se partió vía de Quito,
Porque ya la ciudad estaba llana;
Al fin se vió con él y en el conflito
De la batalla de Xaquixaguana,
Do Gonzalo Pizarro con el resto
Quedó de vida y honra descompuesto.

El cual pudo vivir rico y contento
Sin aspirar á regio señorío,
Mas tendió velas á su desatiento
Por golfo de supremo poderío,
Y ansí, con soplos de soberbio viento
Y poco lastre, zozobró el navío,
Ahogando proezas de servicios
En ondas de tiránicos bullicios.

Viérades por el lodo las grandezas
De los que se mostraban mas lozanos,
Y en qué pararon sueños y torpezas,
Furias y devaneos de tiranos,
Y cómo los varones de riquezas
Con nada se hallaron en las manos,
Confiscado caudal, honras perdidas,
Demás de las yacturas de las vidas.

Dado ya fin á la tirana guerra,
Cuyo castigo fué sanguinolento,
Demás de multitud que se destierra
Menos culpados en el alzamiento,
Benalcázar volvió para la tierra
Donde tenia su adelantamiento,
Con deseo de ya vivir quieto
Si pudiera gozar de tal efeto.

Mas en la rueda del humano juego
Siempre fortuna da carta cubierta,
Y ansí cuando teneis algun sosiego,
Que raras veces á venir acierta,
Para lo perturbar acuden luego
Cien mil desasosiegos á la puerta;
Porque la quietud de los humanos
Es tal que se desliza de las manos.

El mas cierto placer es como sueño
Que en memoria no hace permanencia;
Lo cual en Benalcázar os enseño,
Que cuando vido dél un aparencia,
El licenciado Francisco Briceño
Llegó para tomalle residencia
Sobre la muerte de George Robledo
Y algunas cosas que escribir no puedo.

Hasta de la mas baja menudencia
Le hizo cargo, y admitió querella
De la viuda que con impaciencia
Lloraba siempre la marital mella:
Vistas las causas, pronunció sentencia,
Que fué de muerte, mas apeló della
Ante el monarca de suprema silla,
Para seguir sus causas en Castilla.

Tomó fianzas el que lo condena,
E ya puesta por obra la partida,
Vejez, enfermedad y grave pena,
Le cortaron el hilo de la vida
Dentro de la ciudad de Cartagena,
Emula gente, pero comedida,
Que como nobles y de canas sienes
Le hicieron exequias muy solenes.

Pagado pues el natural tributo
Cargado sobre todos los mortales,
El don Pedro de Heredia puso luto
Con los demás vecinos principales,
Haciéndole sepulcro bien instruto,
Honrosos y cumplidos funerales,
Y encima de la tumba do yacia
Pusieron una letra que decia:

Iste Benalcazar potuit concludere tumbo,
Ipsius at famam claudere non valuit:
Succubuit fatis, quæ passim candida turbant,
Gesta tamen calamo sunt celebranda pio.

Yace Benalcázar fuerte
En esta terrestre cama
Que cubre la frágil trama;
Pero no pudo la muerte
Encubrir su buena fama.

Fué de los hados rendido,
Y á la injuria sometido
De mudanzas temporales;
Mas sus hechos fueron tales
Que no merecen olvido.

Cuando cerró los ojos con eterno
Sueño, fué por el año de cincuenta,
Y hasta ver gobernador moderno
O lo que mas al alto rey contenta,
Briceño se quedó con el gobierno;
Y ansi para dar dél honrosa cuenta,
Dió conductas y cuerdas instrucciones
Para hacer cristianas poblaciones.

A Vasco de Guzmán, por el abono
Que dél tenia por la comun fama,
Mandó poblar en lo de Guachicono,
Que por los nuestros Almaguer se llama;
Al cual poco después quitó del trono
Por dar oidos á quien lo desama,
Siendo del desacrédito terceros
Un Juan de Medellin y Luis Mideros.

A cuya peticion fué proveido
Alonso de Fuen Mayor, que era yerno
De Benalcázar, hombre ya rompido,
Y de buenas industrias y gobierno:
Muchos soldados siguen su partido,
Que no señalará nuestro cuaderno;
Mas dellos fué Vicente de Tamayo
Que desta tela me proveyó sayo.

Y un Alvaro de Oyon, de quien la historia
Que hago tractará prolijo rato,
Haciendo de sus cosas la memoria
Que los antiguos hacen de Herostrato,
Vaso de necedad y vanagloria,
Arronjadizo, torpe, mentecato,
Mas del vulgo tenido comunmente,
Siendo hombre temerario, por valiente.

Era de Guelva, pueblo del condado,
Segun oimos á personas varias,
Nieto del comunero condenado
Que dijo «mi compadre Gomez Arias»,
Que por ser un romance muy trillado
Las razones se dan aquí sumarias,
Pero quien del suceso mas desea
Lo restante de aquel romance vea.

El Oyon ansimismo fué culpado
En el Pirú con los del alzamiento,
El cual vino con otros desterrado,
Personas que no fueron de momento;
Después en Almaguer fué señalado
Por escuadra, con otros que no cuento,
Y allí sin ocasion de tener guerra
Riñó con un soldado de su tierra.

Fué Francisco Dominguez el que digo,
Y aunque los despartieron sin herida,
Sancho de Rojas, del Oyon amigo,
Fué del dicho Dominguez homicida,
Sin que pudiese declarar testigo
Otra razon ni causa conocida:
Sabido por Oyon el mal recado,
Los dos se retrajeron á sagrado.

Luego de Guachicono se salieron
Usando de recatos necesarios,
Y á la villa de Cali se volvieron
Fuera de los caminos ordinarios,
Adonde dicen que se retrajeron
Al monasterio de los mercenarios;
Y los intentos del Oyon han sido
Librarse del delicto cometido.

Porque se proferia dar bastante
Informacion, que de la contingencia
En la desgracia nada fué culpante,
Ni riñeron los dos en su presencia;
Antes del caso que le fué tocante
Habia ya pasado la pendencia,
Y estaba con quietud en su posada
Cuando supo la muerte desastrada.

Quiso pues presentarse de su grado
Debajo de tener prenda segura,
Para lo cual Tamayo fué rogado
Y otros presentes á la coyuntura,
Que hablasen al dicho licenciado
A quien tocaba la judicatura:
Habláronle, del cual tuvieron presta
Y fuera de su gusto la respuesta.

Porque como varon de quien hüia
Término simulado de malicia,
Les dijo rasamente que cumplia
Perder de presentarse la cudicia;
Pues presentado, por ninguna via
El dejaria de hacer justicia,
Y lo mejor de las informaciones
Era salirse dentre los tizones.

Sabida por Oyon la resoluta
Respuesta dada por jüez severo,
Sin réplica de prueba ni disputa
A Popayán llevó paso lijero,
Donde halló tener cierta conduta
De capitán un Sebastián Quintero
Para poblar los cambis de camino,
Y era de donde Oyon y su vecino.

El cual como le viese descontento
Le dijo: «Señor, id á mi jornada,
Que creo que será de mas momento
Que la que vos teniades poblada;
Terné de capitán yo nombramiento,
Por vos será la gente gobernada,
Y de las suertes digo desde agora
Que la vuestra será con gran mejora.

Aceptó la promesa y el regalo
Que se le dió de buen aviamiento,
Sin presumirse del intento malo,
Porque no se le dió desabrimiento;
Antes le dió Quintero mando y palo
Y punto no faltó del cumplimiento;
E ya la gente bien apercebida,
En efecto se puso la partida.

Sobre mil y quinientos ya corria
El de cincuenta y uno de los años
Del parto pio de la Virgen pia
Que fué reparacion de nuestros daños,
Cuando poblaron do se pretendia
Para la conversion de los estraños;
Y por hallar alguna, segun fama,
San Sebastián de la Plata se llama.

Allanada la tierra con aumento,
Fué su persona bien gratificada,
Y el Sebastián Quintero, con intento
De vella mucho mas acreditada,
Enviólo con el apuntamiento
A este nuevo reino de Granada,
Siendo Gálarza y Góngora oidores
Primeros, y después pocos mejores.

A Bogotá llegó, y al presidente
Presentó los recaudos y escriptura,
E yo lo ví, que me hallé presente
En la ciudad en esta coyuntura,
Donde no tuvo tal el despidiente
Que conformase con su conyectura,
Porque en el confirmar algo se altera,
Y no faltó quien dijo quién él era.

Y entonces á la puerta de un platero,
Jorge de Quintanilla que lo via
Con paño de cabeza y un sombrero
(Presente yo) le dijo, ¿qué tenia?
Y respondió: «Señor, aquí me muero
De dolor de cabeza cada dia».
Y no pudo hablar mejor sentencia,
Pues esta fué su principal dolencia.

Hombre mas que mediano, bien fornido,
Y no de entendimiento delicado,
Pues aunque hijodalgo conocido,
Bronco me pareció y avillanado;
Andaba del demonio revestido,
El rostro torvo, melancolizado,
Como quien se quemaba con el fuego
De la fea maldad que diré luego.

Para cuyas horrendas pretensiones
Compró del caudal poco que tenia
Arcabuces y algunas municiones,
Conformes á su loca fantasía,
So color de que son preparaciones
De guerra que en los cambis se hacia,
Adonde se volvió con los que vino,
Rendidos á su torpe desatino.

En la misma sazon el licenciado
Briceño, ya tomada residencia
A capitanes del adelantado,
Se vino para la real audiencia
Del nuevo reino, por estar nombrado
Senador della por real potencia;
Llegó también en este mismo año
El suelto licenciado Juan Montaño.

El Oyon á los cambis ya venido
Con tres ó cuatro de su compañía,
Fué del leal Quintero recebido
Con mejor pecho quel traidor traia:
Dió larga cuenta de lo sucedido,
Mas no de la traicion que pretendia,
Porque si della vieran aparencia
Fuera luego punida su demencia.

Pero con otra juvenil compaña,
Veletas que se van tras cualquier viento,
Facilitándoles esta hazaña
Con grande prevencion de juramento,
El pérfido traidor se dió tal maña
Que ganó votos y consentimiento,
Pesando la graveza deste peso
Con la balanza de su poco seso.

Y es consideracion que nos admira
Deste pobre mas pobre de aquel suelo,
Que para tirar alto se retira
De la seguridad del fiel celo;
Y al tiempo del tirar puso la mira
En un blanco clavado con el cielo,
Donde toda la fuerza de fortuna
Para llegar es menos que ninguna.

Pero comunes son estos escesos
En gente torpe cuando devanea,
Adoptando principios y progresos
Al desvanecimiento de su idea,
Y que no serán menos los sucesos
De como su jüicio los tantea;
Y ansí sin prometerse mal remate
Dió el Oyon en este disparate.

Veinte personas pues ya conjuradas
Para la gran traicion que se tramaba,
Al Quintero le dió de puñaladas
Y á los demás de quien se recelaba,
Que no querian ir por las pisadas
Del áspero camino que llevaba,
Teniendo cada cual libre su pecho
De tan atroz, crüel y enorme hecho.

Mas ¿quién devisará cubierta brasa
En la ceniza del traidor amigo,
Que goza de mi mesa y de mi casa
Y en gran conformidad tracta conmigo,
Muestras sinceras, aparencia rasa,
Y en las entrañas bosque de enemigo,
De donde sale para hacer salto
El con ardid aleve, yo dél falto?

Muertos del pueblo pues los mas insines,
A dos dellos por gran ruego destierra,
Haciendo cuenta que por los confines
Los matarian indios de la tierra:
El uno fué Juan Lopez Paradines,
Que con el otro por gente de guerra
Pasaron, con notable detrimento,
Desarmados y sin mantenimiento.

Debió de ser divina providencia
Desterrar estos dos el torpe ciego,
Porque si Popayán sin advertencia
Estuviera del pérfido cetego,
Estendiérase mas esta dolencia
Y fuera malo de matar el fuego;
Pero guiólos la bondad inmensa
Por mejor via quel tirano piensa.

Pues aunque por montañas y breñales,
Huyendo de caminos y de asiento
Poblado de los bárbaros bestiales,
Y sin pacífico conocimiento,
Rotos, descalzos y con otros males,
Fueron á Popayán en salvamento,
Do publicaron la traicion y modo,
Con sobresalto general de todos.

Y ansi como negocio tan terrible
No sufria prolijas dilaciones,
Con la presteza que les fué posible
Alistaron guerreras municiones,
Y antes que la maldad fuese visible
Avisaron cercanas poblaciones,
Y con temor que á Popayán acuda,
A Cali y Almaguer piden ayuda.

Cali, que con las mismas conjeeturas
Venir allí primero se recela,
No le pareció bien quedar á obscuras
Por dar al otro pueblo la candela;
Los de Almaguer, aunque las nuevas duras
Pedian mas posible de tutela,
Enviaron por ser mas comedidos
Doce vecinos, hombres escogidos.

Estos son: Luis Mideros, lusitano,
Francisco Ruiz y Alvaro Gudino,
Antonio de Guevara, toledano,
Y Joanes de Gaviria, vizcaíno,
Tamayo, Alonso Casco, trujillano,
Martin Muñoz, de Ubeda vecino,
Cosme de Torres, Pedro Galiciano,
Gonzalo Gomez, Juan de Medellino,
En caballos lozanos y lijeros,
Y por su capitán Lüis Mideros.

Llevaron paso bien apresurado,
Y a la ciudad de Popayan venidos,
Fueron del capitán Diego Delgado
Y del cabildo muy bien recebidos;
Fueron, segun el orden mas cursado,
Oficios de la guerra proveidos,
Que por los ignorar no los estampo:
Solo sé ser Lobon maese de campo.

De los unos y otros hecha cuenta,
Dispuestos á la cota y al almete,
Hallaron cinco menos de setenta,
Entrellos de caballo diez y siete,
Que muchos en rigor de mas afrenta
Sacaron bien la barba y el copete:
Negros preparan, indios yanaconas,
Demás del número destas personas.

Cada cual en su pueblo se velaba
En las nocturnas horas y de dia,
Y el capitán Delgado procuraba,
Con bárbaras espías que tenia,
Saber del mal Oyon donde llegaba
Para ver la derrota que seguia;
Y de los indios de repartimientos
Tenian los avisos por momentos.

Oyon desque cortó la vital trama
A los que conocia ser leales,
El príncipe de libertad se llama,
Siendo captivo de sus proprios males:
Y entre los herederos de su fama
A su gusto nombró los oficiales;
Y destos Diego Gomez de Casañas,
Maese de campo fué de las marañas.

Hecha por él aquesta diligencia,
En ese mismo punto determina
Dar en los pueblos de menos potencia:
Primero Neiba, por le ser vecina,
Adonde por faltalle resistencia
Y no ser destos males adevina,
Mató los del cabildo y regimiento,
Y los demás llevó que yo no cuento.

A Timaná llegó con sus soldados,
Muchos sin voluntad destas pendencias,
Adonde como estaban descuidados
Usó de sus sangrientas insolencias:
Los muertos no me fueron señalados
Ni las particulares menudencias;
Pero robó del rey caudales ciertos
Y el oro de los vivos y los muertos.

Las armas recogió, y aquesto hecho,
Allí tuvo de gente mas aumento,
Que contra voluntad y á su despecho
Metieron prenda de su perdimiento;
A Popayán se fué luego derecho,
Do siempre tuvo principal intento,

Porque subyectos estos á su mano,
Pensaba lo demás tenello llano.

¡Oh vana presuncion, consejos vanos,
Y cuán preciso forma su balance
En yerros tan pesados de livianos
Que como tales ha de errar el lance!
Pues aun á lo seguro y entre manos
Apenas le podemos dar alcance,
Y el mentecapto de conciencia loca
Mide sucesos á pedir de boca.

Agora va feroz, brioso, fuerte,
Sin temor de contraste ni caida,
Llevándolo su perniciosa suerte
A los remates de la mala vida,
Con afrentosa y abatida muerte,
Segun él la tenia merecida,
Corriendo mas dos años de la cuenta
De los mil y quinientos y cincuenta.

Era venido ya don Juan de Ovalle,
Obispo, natural de Moazonillo,
A quien por su valor quisiera dalle
Elogio que no fuera tan sencillo;
Pero no será justo que se calle
El haber sido principal caudillo
En industrias, defensas y en ardides,
Para desbaratar tiranas lides.

En todas ciencias fué varon entero
Y en esto dió prudentes pareceres;
Armóse de las hojas del acero,
Y ansimismo con él todo su clero;
Metieron en el templo las mujeres,
Do con semblante de leon severo,
Recogidas casadas y doncellas,
A su cargo tomó la guarda dellas.

Llegaron pues á la ciudad pajiza,
Aunque de tapias las demás labores,
Cuando la Santa Madre solemniza,
Juntos los celestiales moradores,
Y por los convertidos en ceniza
Con pias oraciones da clamores;
Adonde dar con claridad no quiso,
Pensando que vivian sin aviso.

Quel gran peligro los hacia ciertos
Ser luego los dos hombres desterrados,
A manos de crüeles indios muertos,
Y de otros no poder ser avisados:
Estuvieron pues todos encubiertos
En los cañaverales mas cerrados,
Por asaltar el pueblo con obscuro,
Suponiendo dormir sobre seguro.

Y en esto no llevaban malos tinos,
A no ser su cautela conocida;
Pero como tuviesen los vecinos
Entera relacion de su venida,
Fuera velaba gente los caminos,
Y la del pueblo bien apercebida,
Estando do recelan mas el rayo
Un Francisco de Arévalo y Tamayo.

Estos dos en caballos principales,
Con guerreros recatos y cautelas,
Y metidos en ciertos matorrales
Dos prontas y avisadas centinelas,
Porque sintiéndose los desleales
Batiesen y arrimasen las espuelas
A dar de la venida relaciones,
A las ancas llevando los peones.

Y ansí, tendidas las nocturnas alas
Y del sueño la dulce pesadumbre,
Ausente de palacios y de salas
El fuego material que les da lumbre,
Salieron por su mal las gentes malas
A hacer lo que tienen de costumbre:
Eran setenta y cinco todos ellos,
Y algunos van como de los cabellos.

Otros desde los piés á la garganta
Cubiertos de la malla jacerina,
Y á todos se aventaja y adelanta
Aquel que para mal los encamina,
Guarnido de una dura cuera de anta
Encima puesta de la cota fina,
En las manos aguda partesana,
Celada fuerte la cabeza vana.

No pudo caminar tan recatado
Que de las velas no fuese sentido:
Al pueblo se le dió luego mandado
Tácitamente sin hacer rüido;
Esperólos el capitán Delgado
Dentro de la ciudad apercebido,
Porque, por ser la noche tenebrosa,
No cumplió que hiciesen otra cosa.

El pueblo todo se desembaraza
No dejando persona divertida,
Porque la nuestra y aun la gente baza
En dos casas estaba recogida,
Cuyas puertas salian á la plaza,
Cada cual dellas cómoda guarida,
Hechas por las paredes y aceras
Para los arcabuces sus troneras.

Estos, segun el orden que tenian,
Fueron en sus lugares repartidos,
Puestos de tal manera que podian
Ofender sin poder ser ofendidos;
Caballeros armados atendian
En un zaguán secretos y abscondidos,
Para tomalles las espaldas luego
Que viesen comenzar el marcio juego.

Mas el efecto desto no se vido
Puntualmente como se declara,
Por cierto caballero mal sufrido
Que llamaban Antonio de Guevara;
Pues pareciéndole tiempo perdido
El que después de vellos esperara,
Quiso, sin que pasasen mas adentro,
Salir con los jinetes al encuentro.

Y ansí, cuando llegaba ya cercana
La turba ciega de los conjurados,
«Aquí estamos, les dijo, no sin gana
De ver vuestros remates desastrados;
¡Oh miserables, que venis por lana
Adonde sereis presto trasquilados,
Divisos de los cuerpos vuestros cuellos,
Porque caigan de golpe los cabellos!»

Estos requiebros del leal jinete
Apenas percibieron los oidos,
Cuando bando traidor les acomete
Y fueron del leal acometidos;
Pero los cinco destos diez y siete,
De pálido temor siendo rendidos,
Desparecieron como flaca paja
Que violenta furia desparpaja.

Sus nombres no se ponen en historia,
Por no decillos quien los conocia;
Pero yo hiciera dellos la memoria
Que su bajeza grande merecia,
Para que con razon fuera notoria
A la posteridad su villania:
Quedaron pues los doce sin delicto
En la tribulacion y en el conflicto.

Estos con los caballos van rompiendo
Haciendo lo posible como buenos,
Los pocos á los muchos retrayendo,
Y los muchos á veces á los menos,
Heridas dando, golpes recibiendo,
Que les hacian detener los frenos;
Pero volvian al sangriento trato,
Y en esto consumieron largo rato.

Hasta que los tiranos encendidos
En escuadron cerrado revolvieron,
Juzgando los leales por perdidos,
Segun el poco número sintieron;
Con la cual furia fueron retraidos
Al patio de la casa do salieron,
Y á pié, con buenas armas enastadas,
Con gran valor defienden las entradas.

Crecen las temerarias confusiones
Y voces del Oyon que los anima,
El cual, reconociendo ser varones
Con quien combaten de valor y estima,
Subió por la pared con intenciones
De solo se meter en el esgrima,

Para que dentro él y en la reyerta
Los de fuéra ganasen esta puerta.

Mas Juan de Medellin, como cercana
Persona que lo vió y el ardid siente,
Le dió tal golpe con la partesana
Que lo precipitó galanamente:
Espaldas tocan á la tierra llana,
Y mejoró los piés incontinente,
Maldiciéndose á sí y á sus bellacos
Por mostrarse tan flojos y tan flacos.

A la puerta revuelve con los brios
Que pudiera llevar fiera serpiente,
Diciéndoles: «Aquí, soldados mios,
Aquí y á ellos, porque no son veinte.»
Tamayo dice: «Vuestros desvarios
Os ponen esas cosas en la frente:
Llegá con vuestro loco pensamiento,
Y pareceros han los pocos ciento.»

Durante la borrasca, que fué brava,
Uno de la tiránica cuadrilla
Sacó arpon agudo del aljaba
Para se valer dél en la rencilla,
Y á Francisco de Arévalo le clava
Por el siniestro lado la mejilla:
Cayó del golpe luego cuasi muerto,
Dejándoles el paso mas abierto.

Porque los once, con el sobresalto,
Aflojaron en alguna manera,
Y entonces el Oyon de un solo salto
En el umbral se puso, mas cualquiera
De los otros allí no quedó falto
De fuerte brio por echallo fuera,
Lo cual se hizo con ardor terrible,
Haciendo todos mas que lo posible.

Huye la cobardía y el desmayo,
Segun necesidad les aconseja;
Y entonces al Vicente de Tamayo,
Que á los hercúleos golpes se empareja
Con el impulso de sulfúreo rayo,
Los tiranos le dieron en la ceja:
No le quedaron ambos ojos llenos,
Pues que lo vemos hoy con uno menos.

A Antonio de Guevara, que lozano
Allí se muestra con un alabarda,
Le llevaron un dedo de la mano
Con duro globo de la masa parda;
El número de nueve quedó sano
Y con ellos Guevara hizo guarda
De tal manera, que aunque dan en ellos,
Poderosos no son para rompellos.

Mas ya muchos estaban mal heridos
Por los demás leales, que al seguro
Del lugar donde estaban abscondidos
No yerran á los bultos con obscuro:
Halláronse confusos y perdidos,
Y ansí huyendo deste trance duro,
Acuerdan todos en el mismo punto
Entrar en un solar que estaba junto.

Para ver si de dentro se podria
A los heridos dar alguna cura,
La cual su grave yerro no sufria
Por ser mal incurable tal locura:
Consultaban también qué se haria
Acerca de buscar parte segura,
Creyendo ya de la leal potencia
No quererse poner en contingencia.

Antes piensan que lo que se dilata
De tiempo todos estarian quedos,
Mandándoles hacer puente de plata,
Acobardados con villanos miedos;
No mirando cuán presto desbarata
La justicia de Dios falsos enredos,
Y que quien sobre vanidad estriba
Cae, pues ella misma lo derriba.

Conformes en aqueste desvarío,
Que no les costó menos que las vidas,
Encendieron un pequeño bulto
Para ver con su lumbre las heridas:
Los leales, que no largo desvío
Estaban, viendo lumbres encendidas,
Salieron todos, y el Diego Delgado
Mandó tomar la puerta del cercado.

Por indios de macanas y flecheros
Ansimismo la cuadra se rodea,
Que por los transparentes agujeros
Sus flechas cada cual emplea,
Porque los fuegos altos y lijeros
Les descubrian la caterva fea;
De suerte que los míseros tiranos
La pena se tomaron con sus manos.

Por cuya causa, de la parte rasa
Do la fuerza del fuego convertia
Los edificios pálidos en brasa,
Se desvió la torpe compañía
Para se defender en otra casa
Mayor, que dentro del solar habia;
Y ansí se recogieron tras paredes,
Que fué dar de los lazos en las redes.

Como dará cualquier que se menea
A caso feo de lealtad estraño;
Y aunque le venga de lo que desea
Algun gusto, será para mas daño:
Pues está claro que lo que tantea
Con proprios desengaños es engaño,
Y al fin ha de venir á pagadero,
Segun aquestos, cuyo fin espero.

Los cuales, como dentro se metiesen,
El Delgado tomó la puerta luego
Con los demás, diciendo que se diesen
Y se dejasen del intento ciego;
Porque si su defensa pretendiesen
Al aposento le pornian fuego,
Donde ellos con sus pérfidos motivos
Habian de morir quemados vivos.

Con aquesto cesó la resistencia,
Diciendo: «Por amor de Dios rogamos
Useis en este caso de clemencia,
Porque como católicos muramos
Con sacramento de la penitencia,
El cual pedimos y este deseamos:
Que ya todos los mas en los estremos
Estamos, de heridas que tenemos.»

A tiempo lo pidieron oportuno
Para se redimir de llamas vivas;
Y todos los leales de consuno
Admitieron aquellas rogativas,
Mandándoles que salgan uno á uno
Sin armas defensivas ni ofensivas;
Porque sin falta se les dará gusto
Cerca de lo que piden, por ser justo.

Salieron su locura maldiciendo
Y del movedor della blasfemando,
E uno á uno como van saliendo
Los iban en cadenas enlazando:
Unos lamentan, otros van gimiendo,
Su desastrado fin adevinando,
Porque crimen tan feo y tan atroce
Pedía ser mortífera la coce.

Después que fueron bien aprisionados,
Ansí los sanos como los heridos,
Ya por los bajos valles y collados
Iban febeos rayos estendidos,
Y á punto sacerdotes convocados
Que para culpas abran los oidos,
Y para los delictos manifiestos
Ejecutores ansimismo prestos.

Al Oyon y otros tres hicieron cuartos,
Como culpados mas en los escesos;
Cuelgan catorce de ásperos espartos,
Sin gastarse papel en los procesos;
Manos y piés también cortaron hartos
De los que costó ser menos aviesos;
Y los otros á penas mas lijeras,
Azotes ó destierros, y á galeras.

Antes que al Alvaro de Oyon se diera
Aquel castigo, de su culpa dino,
Demandó de comer, como si fuera
De menos pesadumbre su camino;
Y ansí comió y bebió la vez postrera,
Siempre con un esfuerzo peregrino,

Que por ventura fué mas de valiente,
Que de bien preparado penitente.

Y al tiempo de sus justas punciones
En él notaron una cosa dina
De no se nos pasar entre renglones,
Por ser á lo que creo peregrina:
Cerdas de mas rigor que de lechones,
Nativas en la vía de la urina,
Algo larguillas, y de tal manera
Que buen espacio le salian fuera.

Estos fueron los fines y remates
Desta caterva loca sediciosa,
Que quiso de antiparas y alpargates
Investirse de ropa mas costosa;
Pero los semejantes disparates
No vienen á parar en otra cosa;
Y aun no bastaron muertes y tormentos
Para refrenar furias de otros vientos.

Porque después, algunos desterrados
Que en lo de Francisco Fernandez fueron
Al tiempo que se rebeló culpados,
A la ciudad de Popayán vinieron,
Adonde, como mal acostumbrados,
Alzarse con la tierra presumieron:
Daré pues relacion deste dislate
En canto con que todo se remate.

CANTO UNDECIMO.

Donde se da conclusion á la historia de lo sucedido en la gobernacion de Popayán hasta el tiempo presente, y se da cuenta de cierto alzamiento que allí se intentó por algunos soldados que vinieron desterrados de Pirú, cuando se rebeló Francisco Fernandez Giron en el Cuzco.

Las malas mañas y costumbres viejas
Raras veces las vemos con enmienda:
Cortan á los ladrones las orejas,
Porque la punicion les ponga rienda;
Mas aunque mudan suelo las vulpejas,
No pierden las astucias y vivienda,
Hasta tanto que ya su vivir malo
Hace dejacion dellas en el palo.

Para verificar como parece
Ser aqueste su fin y paradero,
Otro rebellon se nos ofrece
No menos mal fundado quel primero,
Adonde lo de Popayán fenece
Por ser de su terreno lo postrero,
Cuya revolucion y desatino
Este canto dirá de dónde vino.

Midiendo ya la celestial espira
Años cincuenta y cinco de la era
Sobre mil y quinientos donde tira
El cómputo de cuenta verdadera,
Un Francisco Fernandez Giron gira
Los pasos llanos de leal carrera,
A precipicio cuya dependencia
Le dió traidor renombre por herencia.

Este con los demás colaterales
Fueron para Pirú nocivo rayo,
Hasta tanto que buenos y leales
Rompieron los girones deste sayo;
Y en penas y castigos de sus males
Padecieron mortífero desmayo,
Y los de menos prendas en el yerro
De Pirú condenados á destierro.

Quitados los troncones de la roza,
Fueron en el destierro compañeros
Mateo del Saz y Pedro de Mendoza,
Pedro de Villagrán, Castro, Riveros,
Barroso, Orquijo y otra gente moza
Culpados en los dichos desafueros,
Que para Popayán alzaron faldas
Algunos santiguadas las espaldas,

Disimuladas bien con perpiñanes,
Galanos y honoríficos vestidos;
Y como fuesen diestros charlatanes,
Fanfarrones y muy entremetidos,
Ganaron lado de los capitanes
En Cali y Popayán en mas tenidos,
Como digamos Fuen Mayor, Florencio,
Serrano y Diego de Villavicencio.

Algunos destos Fuen Mayor tenia
Y el buen Villavicencio en su posada,
Con liberalidad y cortesía,
Como si fuera gente mas granada;
Mas no ganaron en la mercancía,
Antes perdieron por estar dañada,
Su crédito quedando de menguante
Segun declararemos adelante.

En aquesta sazon era venido
A gobernar la tierra deste fuero
Un Luis de Guzmán, hombre rompido,
Valiente y honoroso caballero,
De semejante mal inadvertido,
En todo lo demás vivo y entero,
Con buenas prevenciones y recato,
Mas sin sospecha del tirano trato.

Y ninguno creyera ser tan loca
Conjuracion y tan desvanecida,
Que gulsra camino por la roca
Do ya se lastimó con gran caida,
Siendo también esta caterva poca
Y en pueblos diferentes dividida,
Pues eran hasta diez los desterrados
En Popayán y Cali separados.

Y si tenian otros por escudo,
Segun alguna gente presumia,
Dicen que hasta hoy nunca se pudo
Averiguar la tal algarabía;
Al fin ellos querian dar de agudo
En ambos pueblos en un mismo dia,
Y al Guzmán y á los hombres de mas suerte
Hacer entrega dellos á la muerte.

Destos era, segun se supo claro
Después de descubierta la celada,
Un Pedro Lopez Patiño de Haro,
Persona principal y señalada,
En lealtad y valentía raro,
Y al capitán Alonso Fuenlabrada,
Y entrellos á Henao, maesescuela,
Diestro para belígera tutela.

Y otros algunos mas que yo no cuento,
Porque reconocian ser varones
Que podrian poner impedimento
A las desvergonzadas intenciones;
De los demás tenian pensamiento
Forzallos á seguir sus opiniones,
Mas todos ellos perecieran antes
Que dar favor á tractos semejantes.

Saliendo bien deste primer conflito,
Sin que contraria mano los oprima,
Pensaban de revuelta dar en Quito
Y subyectar á la ciudad de Lima,
Adonde hallarian infinito
Número de baldíos que se arrima
A lo que pide su bestial deseo,
Sin consideracion y sin tanteo.

Y á tal estremo llega de locura
El insensato que se desvanece,
Que ya por infalible conyectura
Tenian esta, porque les parece
Ser cómoda sazon y coyuntura
La que lo sucedido les ofrece
En Pirú, por haber en sus concetos
Cuantidad de discípulos secretos.

¡Oh vana presuncion y sin aviso
Del ágil y continuo movimiento,
Donde siempre se ve que de improviso
Suele calmar tempestuoso viento,
Y en el acuerdo nuestro mas preciso
Defraudado quedar el pensamiento:
Y ansí pocos intentos, segun creo,
Suceden á medida del deseo.

Fué pues la máquina que se levanta
En el celebro desta pestilencia,
En tiempo sancto que la Madre Santa
Tiene dicado para penitencia,
Después un año del que ya se canta
Que fueron desterrados por sentencia;
Y el salto concertaron entre tanto
Que se disciplinaban, Jueves Santo.

Para mejor urdir aquesta trama
Y por tal ocasion andar armados,
Con falsa relacion echaron fama
Estar los naturales rebelados:
Esta con tal astucia se derrama,
Que puso por allí nuevos cuidados,
Y en efecto por darse buena maña
Hicieron ser creible la patraña.

Mas el astucia para su mal hecho
Y el orden que tenian concertado,
A los vecinos fué de gran provecho,
Por andar todos ellos á recado;
Y aun la malicia del tirano pecho
Se habia no sé cómo rezumado
Por clérigo quel caso representa,
Y á Vicente Tamayo le dió cuenta.

Diciéndole: «Señor, vivid alerto
Para la gran maldad que se recela,
Porque si no, sin duda será muerto
Con otros vuestro hermano maesescuela:
Hase por ciertas vias descubierto
Traicion que yo no tengo por novela,
Y hay gran necesidad que se provea
A lo que puede ser, antes que sea.»

Esto fué en Cali, do visitaba
Entonces el obispo ya nombrado,
Y el Lüis de Guzmán también estaba
Allí, ni mas ni menos ocupado;
Tamayo, puesto caso que de brava
Enfermedad se via fatigado,
Tomó las armas y saltó del lecho,
Y al buen gobernador se fué derecho.

Diciéndole: «Señor, como doliente
Traigo harta mas cólera que flema,
Por otro mal que tiene de presente
De se curar necesidad estrema,
Primero que la hinchazon reviente
Y á sanos infucione su postema,
Porque esta noche santa se desmanda
A duro sinsabor rebelde banda.

»Conviene que vivamos advertidos,
Listos el arcabuz, caballo y lanza,
De todas armas bien apercebidos
Hombres de quien se tenga confianza,
Porque si fuéremos acometidos
Tomeis á vuestro gusto la venganza,
Y para descubrir esta demencia
Se haga la posible diligencia.»

Guzmán que por el gran César Augusto
Mandaba, dió respuesta comedida,
Diciendo: «Señalad á vuestro gusto
Personas que aseguren la partida,
Pues es lo que pedis negocio justo,
Y en ello no va menos que la vida:
Apercebirlos heis, y sin embargo
Las diligencias quedan á mi cargo.»

Al capitán Patiño luego vino
A le notificar el embajada
Con Alvaro Patiño su sobrino,
Y al Alonso también de Fuenlabrada,
Y á un Alonso Flores, hombre dino
De confiar el caso de su espada,
Y Alonso Ramos y Alonso Burgueño,
Alonsos todos, pero no con sueño.

Porque, con otros bien aderezados,
Tal orden dieron en las procesiones,
Que no pudieron dar los conjurados
Efectos á sus malas intenciones;
Pero firmes en ellas y obstinados
Esperan adaptadas ocasiones,
Sabiendo bien disimular el ascua
Hasta llegar primer dia de Pascua.

Entonces, los oficios comenzados,
Y cada cual con su mujer ó hijo
Dentro del santo templo congregados,
Entraron so color de regocijo
Con breve compañía de soldados
El Villagrán, Mendoza, y el Orquijo,
Arcabuces cargados, vivas mechas,
Y de sulfúreo polvo cargas hechas.

Alegres muestras, pero de malinos
Intentos, sediciosos y profanos,
Que no ganaran en los desatinos
Si comenzaran hechos inhumanos,
Por estar bien armados los vecinos
Y copia de arcabuces en las manos;
Y ansí con aparencias sencillas
Ante el altar hincaron las rodillas.

Después les dieron cortesanamente
Las buenas Pascuas, como por cohechos,
Mostrándoles el rostro diferente
De aquello que tenian en los pechos:
Pretenden luego dividir la gente
Para mejor efectuar sus hechos,
Manifestando cartas fementidas,
Diciendo ser de Popayán venidas.

Y lo que contenian en substancia
Era decir tenellos apretados
Caciques que con fuerza y arrogancia
Acometieron por diversos lados,
Y que los tambos de cualquier estancia
Tenian destrüidos y asolados,
Con tal color y tanta menudencia
Que de verdad traian aparencia.

Consultaron lo que hacer se puede
Sin saltar del buen término la raya,
Porque podria ser, como sucede,
Que en la resolucion engaños haya;
Y ansí conciertan que Guzmán se quede
Y el obispo con solos veinte vaya;
Y el negocio sabido por entero
A las voladas venga mensajero.

Partióse luego con aquella gente
Que señalaron para compañía,
Vicente de Tamayo juntamente
Quel número de veinte conduia:
A Popayán llegados, ven patente
Ser falso todo lo que se decia,
Y ansí con relacion de lo que consta
Envíaron á Cali por la posta;

Do Fuen Mayor, por término discreto,
Antes de levantarse mayor llama,
Al Lüis de Guzmán en gran secreto
Fué descubriendo hilos de la trama,
De lo cual resultó quedar subyeto
A sospechas tocantes á su fama,
Y él y Villavicencio de sus puestos
En alguna manera descompuestos.

Por regalar aquella picardía
Bergantisca de mozos inquietos
En sus moradas, con intencion pia
O por otros magníficos respetos;
Mas al fin de la mala compañía
No podian nacer otros efetos,
Y ansí por imputalles la malicia
Les convino purgarse por justicia.

Sabida pues la pérfida maraña
Y tractos desta máquina traidora,
Y visto cómo muchas veces daña
En semejantes casos la demora,
El Lüis de Guzmán se dió tal maña,
Que se prendieron dentro de una hora,
Poniéndoles prision cual convenia,
Y guardas que los velen noche y dia.

Y al mismo Fuen Mayor le dió recados
Para que á Popayán luego se parta
A recoger los otros encartados,
De quien él mismo dió noticia harta:
Cumplió con su deber, y de culpados
A Cali trajo razonable sarta,
Que decian: «Alonso, buen albaja,
Encima nos echastes la baraja.»

Y otras desenfrenadas demasías,
Cuyo son lastimaba sus orejas,
Porque le dicen: «¿Cómo te desvías,
Siendo zorro mayor, de las vulpejas,
Habiendo solo tres ó cuatro dias
Que corrias con ellas las parejas?
Debió de ser que por algun espanto
Te hizo la Semana Santa, santo.»

Pero costumbres son de los bestiales,
Por barajar el juego del castigo,
Encartar á los hombres principales
Pensando por allí hallar abrigo:
Lo mismo fué lo destos desleales,
Poniéndole la mácula que digo,
Porque después en la real audiencia
Quedó libre del caso por sentencia.

Al fin, llegado con oprobios hartos
A Cali con los cómplices del yerro,
Pedro de Villagrán fué hecho cuartos,
Y á su cabeza dan jaula de hierro:
Algunos estiraron los espartos,
Y otros se condenaron á destierro,
Embarcándolos con guarda segura
En el puerto de la Buenaventura.

Adonde residia de presente
Por alcalde mayor destos ancones
Un Nicolás Blandon, mozo valiente,
A quien los entregaron con prisiones;
Y sobre los tractar ásperamente
Orquijo le habló malas razones,
Y con su cólera, que fué postrera,
Tiróle con un zueco de madera.

Abajóse Blandon en el instante,
Pasó por alto, mas do se endereza
El golpe topó cierto mareante
Que de los dos distaba breve pieza;
Y el mísero, de tal fin ignorante,
Cayó, hecha pedazos la cabeza:
El Blandon revolvió, manos armadas,
Y al Orquijo le dió de puñaladas.

Ejecutada la severa pena
En el Orquijo por su desconcierto,
Luego hizo Blandon probanza llena
Con los que se hallaron en el puerto:
Sustanciada la causa, lo condena
A muerte corporal, después de muerto,
Haciéndolo colgar en un madero
Por traidor y con voz de pregonero.

Ansí que, para proseguir su via
No hubo menester matalotaje;
Y aun el Blandon, con blanda cortesía,
No consintió pagase carcelaje;
Mas embarcó la otra compañía,
Y á Panamá hicieron su viaje,
La cual, segun sus términos rúines,
No debió de tener mejores fines.

Y aunque la causa fué después reñida
Cuando del cargo fué residenciado,
Al fin Orquijo se quedó sin vida,
Y el Blandon no por eso castigado.
Con esto será bien que me despida
De lo de Popayán, pues he tractado
Los negocios que son de mas substancia:
Supla verdad la falta de elegancia.

Dejamos de decir en sus lugares
Cómo también etiopes sũeces,
De que hoy en las minas hay millares,
Allí se rebelaron por dos veces;
Pero con los castigos ejemplares
Tienen tan gran temor á sus jüeces,
Que ya ninguno del trabajo huye,
Y el mio con aquesto se concluye.

Mi voluntad reciban los presentes
Hoy reservados de mortal yactura,
Y agradezcánmelo los descendientes
De los que cubre ya la sepultura;
Y si varones diestros y valientes
Quedan sin se poner en escriptura,
La culpa tienen destas sinrazones
Aquellos que me dan las relaciones.

Que bien quisiera yo ser coronista
Dellos, por dalles nombre sempiterno;
Mas ya solo me resta hacer lista,
Para dar conclusion á mi cuaderno,
De los que comenzada la conquista
A su cargo tuvieron el gobierno,
O señalados por real presencia,
O nombrados acá por el audiencia.

CATALOGO

de los gobernadores de Popayán, y cuasi epílogo de lo contenido en su historia.

EN METROS SUELTOS.

Don Sebastián de Benalcázar vino
Por el marqués don Francisco Pizarro;
Este con mas altivo pensamiento
Quiso hacer cabeza de su juego
En la tierra que habia descubierto,
Y al gran emperador don Carlos Quinto
Della pedir el adelantamiento.
Con estas intenciones resolutas
Partió para Castilla, y entre tanto
Llegó de Lima Lorenzo de Aldana
A tomar el gobierno por Pizarro,
Que sus propósitos adevinaba.
Aldana, removiendo los jüeces,
Puso por el marqués otros tenientes,
Cabildos y justicias, y esto hecho
A Pirú se volvió para dar cuenta
De cómo lo dejaba todo llano
Y en obediencia suya los vecinos.
Poco después un Pascual de Andagoya,
Que fué del Rio de San Juan nombrado
Gobernador, entró violentamente
En Popayán, diciendo ser aquello
De la gobernacion que le fué dada:
Y fué de todos los conquistadores
Por tal gobernador obedecido.
Benalcázar volvió con el gobierno
E título y honor de adelantado,
El cual fué con aplauso recebido
De todos ellos, porque le tenian
Amor sincero, claro y entrañable,
Y al Pascual de Andagoya prendió luego
Haciendo diligencias en el caso.
A la sazon llegó Vaca de Castro
Que lo mandó soltar de las prisiones
Como jüez superior en mando,
Llevándolo con otras compañías
A reinos de Pirú, do sospechaba
Habello menester para la guerra
Que por la muerte del marqués Pizarro
Esperaba tener, como la tuvo,
Con el mestizo don Diego de Almagro.
Pasados años, Blasco Nuñez Vela,
Estando por virey de aquellos reinos,
Habiendo padecido duros trances,
A Popayán se vino retrayendo;
Y para revolver contra rebeldes
Llevó con otros muchos valerosos
A Benalcázar en su compañía.
Estando Benalcázar ocupado
En servir al virey, llegó de España
Un licenciado dicho Miguel Diaz
De Armendariz, que trajo por gobierno
El reino y otras tres gobernaciones,
Que la de Popayán una fué dellas,
Adonde desde la de Cartagena
Jorge Robledo vino por teniente,
Quel dicho Miguel Diaz enviaba,
Como quien lo tenia por amigo,
Porque vinieron de Castilla juntos,
El Robledo por mariscal nombrado
Desta gobernacion, donde antes era
Capitán por el dicho Benalcázar;
Do resultó querer correr parejas
Con él, y al rey pedir otro gobierno
De los pueblos que por el Benalcázar
El Robledo fundó, segun se dijo
En el proceso largo desta historia;
Pero faltando la correspondencia
Del consejo real á su deseo,
Contentóse con la mariscalía.
Llegado pues Robledo donde digo,
Desvanecióse con los nuevos cargos,

Enhestándose sobre los estribos
Con mas soltura que le convenia
Para pasar seguro la carrera,
Pensando por ventura ser ya muerto
Benalcázar en aquella batalla,
Donde el virey murió, cerca de Quito;
Mas no le sucedió como pensaba,
Pues vino Benalcázar, y en llegando
Dió sobrel mariscal Jorge Robledo,
Y de sus insolencias hecho cargo,
Quitóle de los hombros la cabeza.
Vino después contra los rebelados
Que mataron á Blasco Nuñez Vela,
El cuerdo licenciado Pedro Gasca,
Y á Benalcázar manda que le siga
Con gente y armas, para dar batalla
A los culpados en el alzamiento:
Cumplió con diligencia su mandado,
Hallándose con él en el conflicto
Do Gonzalo Pizarro fué vencido.
Dado ya fin á la sangrienta guerra,
Volvióse Benalcázar á su casa,
Y muy poco después de su venida
Llegó para tomalle residencia
El licenciado Francisco Briceño:
Procedió contra él, y dió sentencia
De muerte por tres veces, y convino
Con el apelacion ir á Castilla;
Y en el camino dió fin á sus dias
Dentro de la ciudad de Cartagena.
Quedó Briceño por algunos meses
Aquella nueva tierra gobernando,
Y puestas las justicias de su mano,
Al nuevo reino de Granada vino
Al uso del oficio que traia,
Por ser oidor de la real audiencia,
Donde también lo era Juan Montaño:
El cual sabiendo los rebeliones
Que de Alvaro de Oyon hemos contado,
Fué proveido para que viniese
A deshacer la máquina traidora;
Pero cuando llegó con este mando
Estaban los tiranos ya deshechos.
En este medio tiempo, nuestro César,
Sabiendo ser ya muerto Benalcázar,
Hizo gobernador un caballero
Que se decia Garcia de Bustos,
Al cual, viniendo por neptunas ondas,
Consumieron las llamas de Vulcano,
Y ansí nunca gozó deste gobierno.
Hallando pues Montaño ya quieta
La tierra y el tirano castigado,
Volviése con la gente que llevaba
A la real audiencia, donde hizo
(Entre tanto quel rey lo proveia)
Dar el gobierno á un hermano suyo,
Dicho Pedro Escudero Herreznelo.
Y viniendo de España proveido
Un fulano Ceron, tampoco tuvo
Ventura de llegar donde queria,
Porque metiendo paz en las Canarias,
Le dieron una mala cuchillada
Que le quitó los dias de la vida.
Fué por la muerte deste proveida
Por la real audiencia deste reino
La gobernacion á Pedro Fernandez
De Bustos, que después por el consejo
De Indias otra vez se le dió cargo
Della, y en breve tiempo mejorado
En la gobernacion de Cartagena.
Y á la de Popayán fué proveido
Luego Diego Garcia de Paredes,
Que queriendo venir por Venezuela,
Fué muerto por los indios de Caracas,
No sin descuido del entendimiento,
Segun vereis en la segunda parte,
Adonde traté dél mas largamente.
La real Majestad, por muerte suya,
A Luis de Guzmán le dió la suerte,
Un caballero de Guadalajara,
Hombre de gran valor y limpia vida,
A quien después el rey por mejoria
Dió la de Panamá, donde la parca,
Hechas las diligencias de cristiano,
Cortó los hilos de la vital trama,
Con gran dolor de los que lo perdieron.
Vino después Francisco de Mosquera
Por la audiencia de Quito proveido,
El cual en Popayán es hoy vecino.
Pero después la deste nuevo reino
A su fiscal Valverde le dió cargo
De aquel gobierno, donde fué sabiendo
A mas altos honores, pues ha sido
En diferentes partes presidente.
Don Pedro de Agreda por este tiempo
De Castilla llegó con el gobierno,
No sé deciros si después ó antes,
Pero bien entendemos haber sido
A todos apacible caballero.
Después dél fué Garcia de Gamarra,
Hoy morador en la ciudad de Pasto,
Por provision desta real audiencia
En el dicho gobierno colocado.
En aquesta sazon llegó don Alvaro
De Mendoza, del hábito de Alcántara,
El cual casó durante su gobierno
Con su bella mujer doña Jordana,
A quien da vasallaje Cajamalca,
En reinos de Pirú, donde hoy reside:
Y en aquel tiempo que este caballero
En lo de Popayán tenia mando,
En tierra de los paeces inmites
Pasaron cosas que por ser notables
Habré de fatigar manos y pluma
Para las celebrar, pues son indignas
De las obscuridades del silencio:
Y será necesario que tomemos
Esta carrera desde su principio,
Diciendo la substancia solamente.
El año de sesenta y dos corria
Cuando pidió de Paez la conquista
Un Domingo Lozano, que vecino
Fué deste Nuevo Reino, do tenia
Mediana suerte con que sustentarse;
Pero la condicion de los humanos
Como las menos veces se contente
Con una moderada pasadía,
A fama de los prósperos veneros,
Auríferas quebradas y riberas
Vistas por muchos en aquel terreno,
Salió de su reposo, con conducta
De capitán y número de gente,
Para fundar ciudad en aquel suelo
Que de ninguno pudo ser domado;
Y allí llegado con el aparato
De gente y armas que le fué posible,
De tal manera fué la resistencia
Y obstinacion del bárbaro gentío,
Acometiéndoles á todas horas,
Sin darles un momento de sosiego,
Que con algunos españoles menos
Dejaron la conquista principiada
Y á los indios lozanos y soberbios.
Pasáronse después algunos años,
Y el Domingo Lozano todavía
De revolver sobrellos deseoso,
Ansí por el honor de su persona
Como por lo demás que pretendia,
Entró segunda vez, que no debiera,
Con ochenta soldados muy bien puestos
Y no pequeña copia de ganado
De vacas y de puercos y de yeguas,
Y los demás pertrechos necesarios,
Para hacer morada permanente
Y restaurar la pérdida pasada
O morir en aquella su demanda,
Como le sucedió, mas por descuido
Y menosprecio que por cobardía;
Pues que como caudillo diligente,
Con esta breve copia de guerreros
Contrastaba los ímpetus terribles
Desta nacion crüel, nunca rendida,
Sin aflojar en tan dudosa guerra,
Cuyas prolijidades quebrantaran

La mas firme constancia y osadía,
Porque fué de mas tiempo la distancia
Que la de los argivos y troyanos,
Con mil encuentros de sucesos varios
Y trances de recíprocas victorias.
Pero de tal manera, que los indios
Con su ferocidad no fueron parte
Para que los fortísimos iberos
Desamparasen los tugurios hechos,
Y un razonable fuerte que de tapias,
Con grandes sobresaltos y rebatos,
En la nueva ciudad habian hecho.
Viendo los indios pues esta constancia,
Y cómo en doce años de conquista
Nunca jamás hicieron mudamiento,
Antes con mas hervor y diligencia
Se mejoraban en los aposentos,
Saliéronles de paz ciertos caciques,
Y dieron subyeccion mal entendida,
Los cuales convocaron otros muchos
Que con gran humildad daban servicio
Y todo lo demás que les pedian,
Segun y como tienen de costumbre
Los bárbaros domados y quietos:
Y en esta subyeccion permanecieron
Algunos dias, siempre deseando
Hallar dispusicion acomodada
Para poder hacer algun buen salto.
El Domingo Lozano, como viese
Estas esteriores apariencias,
Creyendo ser la causa porque estaban
Ya quebrantados de tan larga guerra,
Procuró luego de coger el fructo
De sus trabajos, y los ricos granos
Que las doradas venas producian,
Con mayor libertad y mas á gusto
Que solian en otro tiempo, cuando
Eran ratos hurtados y medrosos
Los que en los minerales se gastaban:
Y ansí se hizo luego rancheria
Donde se recogiesen españoles
Y los indios y negros que labraban
Las vetas y veneros caudalosos,
Cuya prosperidad, si les durara,
Fuera mas que bastante recompensa
A riesgos y trabajos padecidos;
Y ansí para que con seguridades
Gozasen desta grata granjeria,
Se repartieron en iguales partes
Unos en la ciudad que la guardaban,
Y otros para defensa de las minas:
En las cuales el Domingo Lozano
Con los demás soldados asistia,
E un Alonso de Arce, sevillano,
Soldado de los viejos de Antioquia,
Que tuvo siempre mala confianza,
Y no sentia bien de la blandura
Desta dura nacion; y no fué vana
Aquella presuncion con que vivia,
Pues habiendo gastádose dos meses
En recoger gran cuantidad de oro
Con la solicitud de las bateas,
Una bárbara del Alonso de Arce,
Que lo queria bien segun parece,
En gran secreto le habló diciendo:
«Aquesta noche se nos apareja
Grave calamidad y pesadumbre,
Segun me certifica cierta vieja.
»La cual vió que bajaba de la cumbre
Con lanzas y macanas y con flechas
De bárbaros crecida muchedumbre.
»Tomad las armas y encended las mechas,
Y guarde cada cual de vos su frente,
Porque estas no son frívolas sospechas.
»Y si pudiere ser incontinente
Enviareis á la ciudad correo
Que les avise del inconveniente.
»Pues dice que darán, é yo lo creo,
En una y otra parte juntamente,
Para poder hacer mejor empleo.»
El Arce, como bien acuchillado,
Y destas amistades sospechoso,
Al Domingo Lozano le dió cuenta
De lo que su criada le decia.
Responde con desdén, altos los dedos,
Sin dar reguardos á su salud propria:
»Esos deben de ser los vanos miedos
De los soldados viejos de Antioquia;
Los indios en sus pueblos están quedos,
Y no tienen de fuerzas tanta copia
Que gozando de paz en sus viviendas
Procuren renovar viejas contiendas.»
Esto le respondió, de que me espanto,
Por ser hombre sagaz y recatado,
Antiguo capitán, y en estos trances
Ninguno mas astuto ni rompido;
Pero la presuncion y confianza
Que de su discrecion algunos tienen,
Suele cegalles el entendimiento
De tal manera que no ven las redes
De los engaños hasta que perdidos
Y sin tener remedio dan en ellas.
Al fin el Arce se volvió corrido,
Mas de su vida nada descuidado,
Pues alistó sus armas, y al caballo
Le puso silla y freno, y ansimismo
Apretó las correas al espuela;
Y la nocturna sombra ya tendida
Por aquel hemisferio y horizonte,
Purgó bien los oidos, y á los ojos
Nególes el regalo que pedian,
Por no dormir el sueño de la muerte.
Llegóse pues aquella mortal hora,
Terrible y espantoso sobresalto,
Cuando la fusca noche demediaba
Sus cursos y en olvidos sepultados
Estaban todos con el torpe sueño:
Acometiéronles por todas partes
Segun impetüoso torbellino
Que barre cuanto halla por delante.
Encienden luego los pajizos ranchos;
Rompe los aires el clamor horrendo
Del bárbaro furor, y los gemidos
De aquellos miserables que teñian
El suelo con la sangre de sus venas;
Pues aunque los mas dellos toman armas
Con algun daño de los vencedores,
Fué tan impetüosa la creciente
Que no les dió lugar á congregarse
Para hacer comun la resistencia.
Y ansí, sin escapar cosa viviente,
Pasaron por el trance postrimero,
Escepto Alonso de Arce, que velaba,
Y al primero bullicio salió fuera
En su caballo bien apercebido,
Cebando bien el hierro de la lanza;
Pero la multitud de las opuestas
Cargó sobrél con tanta vehemencia,
Que luego le hirieron el caballo
De mortales heridas, pero antes
Que lo dejase dentro del conflicto
Salióse fuera lo mejor que pudo
Con gran solicitud de las espuelas,
Hasta que le faltó vital aliento,
Y el amo se quedó sin el alivio
Que le solian dar los piés ajenos;
Pero valióse luego de los suyos
Rompiendo por el monte mas cerrado
Vuelta de Timaná, por ser viaje
De mas seguridad para su vida.
Y dándole temor lijeras alas
Cuando febeos rayos parecian,
Vido del rio Grande las riberas,
Cuyas aguas tenia contrapuestas,
Y para cuyo curso presuroso
Sus fatigados brazos fueron remos,
Con los cuales llegó donde ya pudo
Poner las plantas en enjuto suelo,
Harto necesitadas de descanso;
Mas inminente riesgo no consiente
Hacer un solo punto de tardanza,
Y ansí vuelven al curso dividido,
Hasta que en Timaná hicieron pausa,
Con tal demostracion que bien se via

La priesa que trajeron caminando.
Allí manifestó la desventura;
Y como brevemente convenia
A don Alvaro dar aviso presto,
En Popayán adonde residia
Despacháronle las cartas, y al momento
Que de tan gran desmán tuvo noticia
Sesenta buenos hombres apercibe,
Y á Santa Cruz que fuese por caudillo,
Capitán de valor y confianza:
El cual luego salió con pié siniestro
A socorrer el pueblo, presumiendo
Que pues allí tenian fortaleza,
Podrian algun dia defenderse,
Y entretenerse hasta quél llegase,
Pues era cosa clara y evidente
Que muertos los que estaban en las minas
Habian de barrer lo que quedaba
Si no se recogian donde digo,
Pero si dentro dél se defendian,
Se podria llegar á coyuntura
Que les valiese mucho su socorro.
Aquesta conyectura no fué vana,
Pues es ansí que por el mismo tiempo
Que dieron en el Domingo Lozano,
Estaban sobrel pueblo dos mil indios
Para dar el asalto concertado;
Pero como tenian centinelas
Y rondas á caballo vigilantes,
Sintieron la tormenta que venia
Y á grandes voces dicen: «¡Arma, arma!»
Despiertan á la grita los dormidos,
Y á gran priesa metieron en el fuerte
A los imbeles niños y mujeres
Y cosas que hallaban mas á mano.
Ansimismo llegada la pujanza
Y terribilidad de los contrarios,
Los unos y los otros se encerraron
Con los caballos, armas y alimentos
Quel caso repentino les concede.
Y la tumultüosa pestilencia,
Con el alborotado movimiento
Que suele cuando va desenfrenada,
Saqueó luego las desiertas casas
Y el resto que quedó de las alhajas;
Fueron por todas partes encendidos
Los mal afortunados edificios,
Y estiéndense las furiosas llamas;
Vuelan acá y allá vivas centellas
Por los movibles vientos derramadas;
De tal manera que los resplandores,
Hacian de la noche claro dia,
Y el número crecido de paganos
Se descubria con la mucha lumbre,
No sin grave dolor de los cercados
Viendo la furia que los amenaza,
Y para resistilla solos treinta
Que puedan contra tantos tomar armas;
Vian aquella fuerza de lebreles
Que ya se prometian la victoria
Para cebar los vientres carniceros
En carne del católico rebaño;
Vian poco recurso de alimentos
Para se defender prolijos dias
En la desproveida fortaleza;
Vian que no podian dar aviso
A quien les proveyese de socorro,
Y que segun las muestras erán muertos
Aquellos que asistian en las minas;
Vian que puesto caso que escapasen
(Por imposible) desta desventura,
Paupérrimos quebaban y desnudos
Y en estremo de miserable vida;
Y demás desto, cosa que mas duele,
Vian que de las llamas no reservan
La casa de los santos sacrificios,
Imágines de sanctos y de sánctas
Y todos los benditos ornamentos
Allí dicados al divino culto,
Que sin haber defensa ni remedio
Fueran en breve espacio consumidos.
Mas no fué de misterios tan ayuno
Aquel incendio del pajizo templo,
Que no mostrase Dios sus maravillas
Con un alto milagro bien sabido
De cuantos viven en aquel terreno:
Y fué que con estar de vivas llamas
Un alto Crucifijo rodeado
Que en el templo tenian, y abrasarse
Lo circunstante dél sin quedar cosa,
La cruz se halló sana, y él ileso,
Y en tanta perfeccion que con su vista
Olvidaron su grave desconsuelo;
Y como tanteando la hüida
(A que anhelaban siempre) si pudieran,
Faltaba cómodo para llevallo
Con la decencia que se requeria
Por ser imagen prócera de bulto,
Tallada de materia ponderosa,
Entre toda la gente se reparte,
Quedando cada cual con su reliquia,
Tenidas hoy en grande reverencia:
Por cuyos medios Dios ha restaurado
A muchos hombres la salud perdida.
Mas ellos no pudieron por entonces
Hurtar el cuerpo deste grande riesgo,
Porque noches y dias los velaban,
No sin intolerables baterías,
Las cuales resistian los cercados
Con balas de fumosos arcabuces
Y jaras impelidas de ballestas,
Con que no poco daño les hacian.
En aquella sazon questo pasaba
El Santa Cruz venia caminando
Con aquellos sesenta señalados
Para los socorrer en tal angustia,
Sin lo saber los que se ven en ella:
Socorro necesario si viniera
Para se deslizar de la presura;
Pero desbaratóse su llegada
Por un crüel antojo de fortuna.
Este fué, que los bárbaros supieron
De espías por la parte que venia,
Y ocuparon un paso montüoso
De gran dificultad en su salida:
Allí se puso número de gente
Oculta y repartida por el orden
Que mas les pareció que convenia;
Dejáronlos entrar, y caminando
Por el cerrado paso y angostura,
Precipitaron galgas preparadas
Que por delante todo lo barrian,
Quebrando piernas, brazos y cabezas,
Huesos, costillas y otras conyunturas;
Llueven lanzas y flechas mas espesas
Que gotas por los aires esparcidas
Cuando preñadas nubes las envian;
No les valen escudos ni celadas,
Lorigas ni las armas ofensivas;
Caballos y señores hay caidos,
Revueltos y confusos, como cuando
Una rigurosísima procela
Pasa bramando por espesa selva
Altas y bajas plantas arrancando.
Y en confuso monton las acumula;
Horrísonos clamores y gemidos
Dan clara muestra desta gran desdicha,
Ansí de parte de los vencedores
Como de los vencidos miserables,
A quien los bárbaros sobre seguro
Por una y otra parte rodearon,
Con golpes de macana rigurosa
Y con espesas lanzas, hasta tanto
Que á la sangrienta lid dieron remate.
Y todos, sin quedar cosa viviente,
Gustaron en brevísima distancia
De los acerbos tragos de la muerte,
Escepto dos ó tres de rectaguardia
Que quedaron atrás embarazados
Y se valieron de sus piés lijeros
Rompiendo por caminos desusados,
Hasta llegar á Popayán, do dieron
Nuevas de la desgracia sucedida.
Y ansí don Alvaro con el deseo

Que tiene de librar á los del pueblo
Del gran aprieto que se presumia,
Apercibió cien hombres principales
Que le siguiesen en aquel camino;
En cuyo riesgo puso su persona,
Y con la priesa que se requeria
Trabajó de hacer esta jornada.
En este medio tiempo los sitiados
En su defensa no perdian punto
Contra los bárbaros atrevimientos,
Queriéndoles entrar á escala vista,
Inquietándolos á todas horas;
Mas viendo que las balas y saetas
A muchos traspasaban las entrañas,
Fingieron irse todos á sus casas
Alzándoles el importuno cerco,
Creyendo (como fué) que ya tenian
Falta de necesarios alimentos,
Y que debajo de nocturna sombra
Habian de desamparar la cerca
Procurando hacer oculta fuga.
Habia pues un paso trabajoso
Inevitable para su jornada,
No lejos del asiento deste pueblo,
Donde los cautos indios se emboscaron
Cubiertos con el monte, y estuvieron
Una, dos y tres noches esperando.
Los míseros cercados, como viesen
Que ya todas las cosas les faltaban
Y que ningunos indios parecian
Que pudiesen poner impedimento,
Entraron en acuerdo y en consulta,
En la cual de comun consentimiento,
A morir ó vivir, fué concertado
Que cuando la tiniebla los cubriese
Hiciesen oracion devotamente
Y luego se pusiesen en camino
A pueblos de cristianos, do pudiesen
Tener algunas horas de descanso.
Viendo pues una noche tenebrosa;
Tácitamente, sin haber bullicio,
El parecer pusieron en efecto,
Y en escuadron, aunque debilitado
Con niños y mujeres, caminaron
Al angostura que forzosamente
Habian de pasar sin escusalla,
Adonde los ministros de la muerte
Tenian á su gusto la celada,
Con algunas espías por de fuera
Que por ocultas vias acechaban;
Y ellos entre temor y confianza
A priesa caminaron por lo llano,
Sin hallar cosa que les perturbase
Hasta llegar á vista de aquel paso;
Con el cual deseaban encubrirse
Y salirse del raso descubierto
Antes de vellos enemigos ojos,
A quien la turbia niebla de los suyos
No vian, aunque los tenian juntos,
Y quieren á sus manos entregarse.
Mas antes de dejar el campo raso
(¡Oh clemencia de Dios omnipotente!)
Un escuadron de vacas de las suyas,
Que se quedaban á sus aventuras,
Allí se les pusieron por delante,
Las cornígeras frentes sacudiendo,
La tierra con las uñas escarbando,
Y con los torvos rostros encarados
Para romper con ellos, muchas veces
Con acometimientos denodados,
Pero de tal manera que no llegan
A herir ni bollar ni maltractallos;
Mas con tanta porfía de amenazas
Con cuernos y bramidos, que convino
Volver donde vinieron retrogrados,
No sin admiracion deste suceso,
Mal entendido dellos por entonces;
Mas no se tardó mucho sin que sientan
Haber sido regalo soberano,
Porque como los bárbaros oyesen
De los que los tenian espiados
Que se volvian á la casa fuerte
Dejando su camino comenzado,
Salió la turbamulta de los lobos
Siguiendo la católica manada,
Y alcanzáranlos antes del refugio
Si las opuestas vacas no les fueran
Corriendo acá y allá gran embarazo;
Mas apenas tomaron la clausura
Cuando llegó la bárbara potencia,
Comenzando de nuevo los combates;
Donde los fatigados españoles
Responden con esfuerzo mas que humano
Tiempo y espacio que duró dos dias,
Sin que tuviesen punto de descanso.
Faltaban ya guerreras municiones,
Faltaban ya las fuerzas de los brazos,
Faltábales sustento con que puedan
Cobrar aliento para la pelea,
Con gran protervidad continuada.
A Dios van importunas oraciones,
Armas que solamente les restaban;
Y estas fueron tan fuertes y eficaces,
Que llegada la luz del tercer dia
Después que sucedió lo de las vacas,
Huyen los indios repentinamente,
Segun pareció ser, por la noticia
Que tuvieron de que venian cerca
Cristianas gentes bien aderezadas
Y que estaban de allí poca distancia.
Los nuestros piensan ser estratagema,
Y alguna astucia como la pasada;
Pero salieron presto desta duda
Oyendo voces de los españoles
Y estruendo de caballos, con que luego
Se desterraron pálidos temores:
Con presurosas manos quitan trancas
Del aferrada puerta, y á porfía
Salen á ver quién eran los que traen
La salud y reparo de su vida;
Conocen á don Alvaro, delante
De quien hincaron todos las rodillas,
Desfigurados, flacos, consumidos,
Con pálidas y sórdidas mejillas:
Danle mil bendiciones y alabanzas
Al obrador de tales maravillas,
Que cuando mas desnudos de esperanza
Proveyó de socorro tan á puncto,
Que si dél discrepara, su remedio
Era muerte crüel y desastrada.
Visto pues por don Alvaro la falta
De posibilidad para valerse
Entre tan atrevido barbarismo,
Trajo consigo los que en él estaban,
Quedándose los paez con su honra,
Libres de vasallaje y servidumbre,
Y en franca libertad, sin que consientan
Estraño morador en su provincia.
Concluso por don Alvaro su curso,
Sucedió don Hierónimo de Silva,
Y por absencia dél fué deste reino
Bartolomé de Mazmela nombrado
En tanto que de España proveian;
Y entonces fué cuando Pero Fernandez
Tuvo despachos del real consejo
Para tener de Popayán el mando,
Pasándolo después á Cartagena.
Sucedióle después Sancho Garcia
Del Espinal, hidalgo conocido,
Dicace de gentil entendimiento,
Que *per antiphrasim* era su nombre;
Pues al saber callar le llaman Sancho;
Y él por saber hablar satirizando
Fué por los senadores descompuesto;
Que en la ciudad de Quito residian;
Francisco Auncibay el uno dellos,
Y otro Cañaveral, *su compañero* (1).
Y aquestos dos prendieron al obispo

(1) El original decia:

Y otro Cañaveral *que Cañavera*
Le dan por otro nombre detractores.

Lo cual está testado, con una nota al margen que dice: *estas cosas desdoran la historia.*

De Popayán, don Agustin Coruña,
No sé con qué color, mas no les falta
A los que tienen intencion dañada;
El cual en Popayán es hoy prelado,
Doctísimo varon, fraile agustino,
Ejemplo de esencial recogimiento.
Removido pues el Sancho García,
Vino con el gobierno de Castilla
Un Juan de Tuesta Salazar, que todos
Hoy conocemos con aqueste cargo,
Y conocímos antes de tenello
Por hombre bien compuesto y avisado.
Estos gobernadores solamente
Tuvo desde el primero fundamento
Hasta el año que corre de presente
Doce menos del número de ciento
Con los mil y quinientos de creciente,
Contados desde el santo Nacimiento
Del Hijo que parió Madre doncella:
Inmensas gracias doy á él y á ella.

Ve con Dios, historia mia,
Salida de mis entrañas;
No temas mordaces mañas
Ni al que tiene, como Lía,
Ojos llenos de lagañas:
Este tal nunca te vea;
Mas suplico que te lea
Quien es de verdad amigo,
Pues tú no llevas contigo
Cosa que verdad no sea.

HISTORIA

de la gobernacion de Antioquía y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas della por provisiones de la real Majestad del rey don Filipe, segundo deste nombre, nuestro señor.

De lo de Popayán dimos razones
Desde su primitivo fundamento;
Mas como ya cristianas poblaciones
Por sus confines van en crecimiento,
Restan agora dos gobernaciones
Subyectas á moderno regimiento,
Inclusas entre los tres grandes rios
De quien atrás tractaron versos mios.

Y ansí para que quede difinido
Lo deste territorio, con historia
Que haga su discurso conocido
No las quiero dejar sin esta gloria,
Pues en aquellas han acontecido
Proezas altas dignas de memoria,
Ansí de parte de la gente nuestra
Como de la de allí, no menos diestra.

Aquestos rios pues de quien dí llena
Relacion en las partes que convino,
Son Darien, Cauca y de la Magdalena,
Que corren gran distancia de camino
Hasta que juntos llegan al arena
Y riberas del término marino;
Y entre los tres hay rios y quebradas
Tantas, que no podrán ser numeradas.

Donde, segun la vista verifica,
Se contiene riquísimo tesoro,
Por ser en general la tierra rica,
Y rios y quebradas manan oro;
Y ansí dice quien esto certifica,
Que mora de presente donde moro,
Haber en todas partes y lugares
Infinidad de minas singulares.

Juan de Alvarado Salazar se llama,
Viejo conquistador de aquellos senos,
Cuyo valor en ellos se derrama
Y en otras partes por sus hechos buenos,
De los cuales nos da muchos la fama,
Pero los que publica son los menos;
En esta descripcion, la suya sigo,
Por ser antiguo y ocular testigo.

Dice que entre los rios ya nombrados
Hay también otros dos harto famosos,
Nichi y Porce, que pueden ser contados
Entre los que llamamos caudalosos;
Y por los unos y los otros lados
Hay indios por estremo belicosos,
En sus costumbres poco diferentes,
Y las provincias son estas siguientes:

La principal en estas es Catía;
A la segunda llaman Ibijico,
Comun contracto desta serranía,
Y ansí su morador sagaz y rico;
Pequí se sigue, cuya valentía
Escede todas estas que publico;
Mas adelante desta van las casas
De Penco, tierra de zavanas rasas.

Por las cuales también la de Norisco,
Sin ocupar lugar montaña alguna,
Y las que caen en él, que es montisco,
Son Ituango, Pubio, Ceracuna,
Pebere Nitana, Tuin, Cuisco;
Tierras de menos próspera fortuna,
Araque, Carautá, con Guazuceco,
Y otra primera quellas, dicha Teco.

Todas estas de montañés terreno,
Y por do la montaña se divierte,
Usan todos de flechas con veneno,
Certísimo ministro de la muerte.
Es grande la distancia deste seno,
Pues corre la montaña de tal suerte,
Que sin hallar de tierra rasa corte
Pasan al mar del Sur y al mar del Norte.

Y cuanto mas se llegan mas lluviosas,
Pantanos, y las gentes no son tantas;
Mas esas pocas, bestias belicosas,
Desnudas de los piés á las gargantas;
Solo cubren las partes vergonzosas
Con cortezas ó hojas de las plantas,
Gentil dispusicion, traza garrida
Ellos y ellas, mas de poca vida.

Entiendo las montañas adyacentes
Al Darien ó tierras de Ballano,
Que son de las de arriba descendientes,
Donde no hallareis asiento sano,
Antes en general todos dolientes,
Eso me da en ivierno que en verano,
Porque los altos es tierra sania
Desde donde comienza la Catía,

Que es á lo de Antioquía mas cercana;
Y todas las provincias comunmente
Son caribes que comen carne humana,
Sin reservar á deudo ni pariente;
Y aquesta de Catía, mas serrana,
Es en comun (demás de ser valiente)
Nacion ingeniosa, bien vestida,
Y que vive con peso y con medida.

Y aun entre sus avisos principales
Historian las cosas sucedidas,
Mediante hieroglíficas señales
En mantas, y otras cosas esculpidas;
En oro y mantas crecen sus caudales
Con gran primor labradas y tejidas;
Raices es el pan cotidiano,
Porque la tierra lleva poco grano.

Pero como son ricos contractantes,
Y es de oro tan grande la ganancia,
De tierras mas viciosas y abundantes
Se lo suelen traer en abundancia.
Son bárbaros de miembros elegantes
Y de bravo denuedo y arrogancia,
Honestísimas todas las mujeres,
Gallardas y de bellos pareceres.

Alindados los rostros en faiciones;
Mas ellos algo bazos y morenos,
De gran verdad en sus contractaciones
Sin de su crédito venir á menos;
Usan lanzas, y dardos, y bastones,
Y flechas, pero limpias de venenos,
Traen cabellos largos en su tierra,
Pero quítanselos habiendo guerra.

Ellas lo traen mucho mas crecido,
Segun en otras muchas partes vemos;
Es su comun manera de vestido
Largo, tanto que cubre los estremos;
Joyeles cuelgan de uno y otro oido
Y de narices, en valor supremos;
Usan de sus maneras de alcoboles,
Aman y quieren á los españoles.

Los adúlteros son aborrecidos,
Y cerca desto viven con gran cuenta
En no violar los maritales nidos;
Mas como deste mal algo se sienta,
Suelen tomar venganza los maridos
De los que les hicieron el afrenta;
Cualquier otro pecado les es blando,
Pero sin culpa siempre del nefando.

Aman á sus mujeres tiernamente,
En tal manera que les son subyectos;
Algunos hay que tienen mas de veinte
O las que puede para sus afectos;
No reconocen rey ni presidente
Que les imponga leyes y preceptos,
Mas cada cual lo es de su cabaña,
Y el que mas rico es, mayor compaña.

Pero todas las veces que se piensa
Sobrevenir belígeros aprietos,
Están unidos para su defensa,
Y entonces tienen príncipes eletos,
Los cuales tienen potestad estensa,
En ejercicio della circunspetos,
De cosas á la guerra concernientes;
Y á estos son subyectos y obedientes.

Tienen esclavos para sus servicios,
De gente que en la guerra se captiva,
Los cuales hacen rústicos oficios
Si no los come condicion esquiva,
Por usar todos destos maleficios;
Pero muerto su amo, como viva,
Es el esclavo del caudal entero
Y de mujer y de hijos heredero.

Si venden un esclavo por chagualas,
De cuyo valor tienen certidumbre,
En una venta hacen tres igualas:
Una las manos por la servidumbre,
Otra la carne, questas gentes malas
Tienen en esto pésima costumbre,
Otra por la cabeza, que ya muerta
Por honra grande ponen á la puerta.

Y aunque nunca jamás gente catia
En torpes borracheras se agasaja,
Con gran jactancia de su valentía
Dice quel español es una paja:
No les escede, pero todavía
Reconocen tenelles gran ventaja
En los fogosos tiros que disparan
Y en letras que sus ánimos declaran.

No se les han hallado santuarios,
Aunque los tienen otros desta tierra;
Y cuando combatidos de contrarios
Se ven los comarcanos de su tierra,
A ellos les dan sueldos y salarios
Para que les ayuden en la guerra,
La cual hacen leal y fielmente,
Sin declinar á tracto diferente.

Muchos dellos adoran la milicia
De las estrellas que su vista marca;
Del general diluvio dan noticia
Y gentes que escaparon en el arca;
Reconocen haber Dios de justicia,
Del cielo y de la tierra gran monarca;
Y aunque al demonio tractan con regalo
Temblando dél, conócenlo por malo.

Y ansí le llaman ellos al diablo
Cunicubá, que malo representa
En la lengua catía tal vocablo
Y otros ningunos hay de mas afrenta;
No le hacen pintura ni retablo,
Aunque los amenaza y amedrienta:
Dicenles quél crió todas las cosas,
Con otras invenciones fabulosas.

En su vulgar, á Dios llaman Abira,
Que representa sumamente bueno;
Al español por nombre dan Aira,
Que quiere decir, hijo de su seno;
Dellos el hechicero se retira,
Y si repara por aquel terreno,
Como sepan sus tractos, de tal suerte
Lo castigan, que muere mala muerte.

Para los casamientos hay terceros,
Y siendo moza, virgen y hermosa,
Promete buena copia de dineros
Aquel que la pretende por esposa;
Cuando se juntan, miran en agüeros,
Y á la doncella él tocar no osa
Si la que ya desea verse dueña
No lo convida con alguna seña.

Cuando se mueren estos naturales,
Unos dicen que hembras y varones
Se transforman en bravos animales,
Como serpientes, tigres y leones
Otros entiérranse con sus caudales,
Criadas y criados y otros dones,
Con fusia de tener en otra vida
Armas, oro, sirvientes y comida.

Estas son las costumbras de catios,
Segun se sabe ya de cierta ciencia;
Mas entre Nichi y Cauca, los dos rios,
Hay otra gente que se diferencia
En el lenguaje y en los atavíos,
Y terreno mejor en influencia
Por ser de sementeras abundante
Y el morador soberbio y arrogante.

Es por naturaleza gente cruda,
Guerrera sobre todas las que cuento,
Gentil dispusicion, pero desnuda
Como gozan de buen temperamento:
La cual no muestra ser torpe ni ruda
En admitir cristiano documento,
Pues toman bien lo que se les predica,
Y es sobre todas la nacion mas rica.

Porque quebradas, rios, vertederos,
Y cualquiera lugar que se catea,
Manifiestan auríferos veneros
Con quel avaro pecho se recrea,
Y la solicitud de los mineros
Saca bien proveida la batea:
Llámanse nutabees estas gentes,
Herbolarios demás de ser valientes.

Contráctanse con gente tahamía,
Que para guerra no fué gente manca;
Tienen gran hermandad y compañía
Y es la contractacion entrellos franca;
Sirven los tahamíes hoy en dia
A Bartolomé Sanchez Torreblanca,
Y son los mas propincuos al partido
Del Nuevo Reino donde yo resido.

Mas entrellos y él hay naturales
Diversos y de vida mas sincera,
Desnudos, descuidados de caudales,
Y lijerísimos en gran manera,
Pues alcanzan silvestres animales
Sin alargarse mucho la carrera,
Baquiras mayormente, que son reses
Lijeras, y en falcion puercos monteses.

Y Antonio de Mancipe, que presente
Da relacion de muchas cosas destas,
Me dice tener bárbara sirviente
Que por zavanas rasas ó florestas
Corría como perra diligente,
Hasta tomar alguno, y á sus cuestas
Lo traia segun fácil oveja
Asido de la pierna y el oreja.

Son hombres bien dispuestos y dociblés
Para servir en lo que son instrutos;
Gozan de montes claros y apacibles
Que los regalan con diversos frutos;
Son las mujeres dellos convenibles
Mas que para servir hombres tan brutos,
Porque sacadas de sus naturales
Salen limpias y grandes serviciales.

Por estos indios y otros mas cercanos
Al Nuevo Reino y á sus señoríos,
Tuvieron gran noticia los cristianos
De la riqueza dentre los dos rios,
Y cómo poseian ricos granos
En cualquiera provincia sus gentíos;
Y ansí los incitaba la cudicia
A querer ver por ojos la noticia.

Y los de Popayán, segun que veo
Por otra relacion que me fué dada,
Estaban ansimismo con deseo
De poner en efecto la jornada,
Porque para hacer aquel empleo
No dió lugar la tempestad pasada
De guerras que tenian entre manos
Con bárbaros al pueblo comarcanos.

De manera que en una coyuntura
Dos partes pretendian la ganancia:
Estas declararé con ligadura,
Mas sin obligacion de consonancia,
Por ser mas descansada compostura
Y haber hecho de ritmas abundancia,
Y porque viéndome cansado viejo,
Amigos me lo dieron por consejo.

¡Oh Musa, la mas alta de la cumbre
Del Apolo á quien es todo posible,
Que sin perder virgíneo costumbre
Al invisible Dios distes visible!
Provéame por vos de clara lumbre,
Aquella lumbre que es inaccesible,
Para que con favor suyo proceda
En la jornada larga que me queda.

CANTO PRIMERO.

Donde se dá razon de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los rios Cauca y el de la Magdalena, ansí de la gobernacion de Popayán como deste Nuevo Reino.

La cordillera de las altas sierras
Que salen de la parte del estrecho
A quien dió Magallanes nombramiento,
Que es en cincuenta y dos grados y medio,
Do constituyen la templada zona
Del antártico polo los que miden
Latitud y longura de lugares,
Al norueste viene declinando,
Con grandes brazos della dependientes
A diferentes vias estendidos
Incluyendo las sierras de los Andes,
Pues al sur le demoran las grandezas
De Chile, Pirú, Quito; y á la parte
Del norte lo del rio de la Plata,
Brasil y Marañon, y las provincias
A las árticas ondas adyacentes;
Y en la continuacion de su corriente
Se viene por la tórrida metiendo
Y la equinoccial atravesando;
Pero ya cerca della se divide
En tres brazos la dicha cordillera,
Que contienen amplísimos terrenos:
El uno destos ramos va corriendo
Entre la mar del sur y rio Cauca,
El cual continuando su derrota
Pasa por Panamá, y enfermo suelo
Del que Nombre de Dios heredó nombre,
Y va hasta llegar á Nueva-España.
El otro ramo dentre los dos rios
Que es el de Cauca y de la Magdalena,
Do se contienen las provincias dichas
De los catíos y otras gentes bravas
Prestas á la defensa de sus tierras,
Es de menor discurso su corrida,
Pues el remate dél es á las juntas
Donde las dos corrientes hacen una,
Que será veinte leguas la distancia
Desde su conyuncion á la marina,
El sitio destas juntas á diez grados
De latitud, segun que se tantea
Por hombres que regulan el altura.

Deste quiero tractar; pero primero
Que lleguen los mortíferos espantos,
Los riguresos trances y contiendas
En su demarcacion acontecidos,
Del tercero diré cómo se tiende
Entre el gran rio de la Magdalena,
Y los inmensos llanos de quien hice
Mencion en otras partes do convino;
El cual ramo se va continuando
Por la costa del mar de Santa Marta,
Del Cabo de la Vela y Venezuela,
Y por el alaguna que se llama
En aquella provincia Maracaibo.
Pero donde contiene mas anchura,
Con multitud de gentes naturales,
Valles amenos, fértiles culturas,
Herbosos campos, fuentes cristalinas,
De varias mieses grandes sementeras,
Dehesas proveidas de ganados
Con pastos que no pierden sus verdores,
Claras corrientes, lagos espaciosos,
Diversas cazas, pescas apacibles,
De plata y oro prósperos veneros,
Piedras preciosas, ricas esmeraldas,
Templanza salutífera, pues nunca
Frio fatiga ni calor da pena,
Con otras muchas cosas necesarias
A la conservacion de los mortales:
Es en la parte donde situado
Vemos el nuevo reino de Granada,
En hemisferio ártico que cae
Debajo de la mas ardiente zona,
En el primero clima, y es distancia
Que corre desde tres á siete grados.
En estas levantadas serranías
Hay valles y llanuras apacibles
Por do se tienden bárbaras moradas
Y tienen sus ciudades españoles:
Es la de Santafé cabeza dellas
En cuatro grados y minutos veinte
Debajo del primero paralelo;
Aquí la majestad del rey hispano
Puso su sello con real audiencia,
Que decide las causas, sentenciando
Segun disposicion de los derechos,
Y dan conductas á los capitanes
Para conquistas de diversas tierras.
Corriendo pues del parto de la Virgen
Años cincuenta sobre tres quinientos,
Un diestro capitán, Francisco Nuñez
Pedroso, de quien ya tractamos antes,
Fué por estos oidores proveido
A la jornada dentre los dos rios,
A cuyos senos voy encaminando.
Este salió con gente valerosa,
Soldados escogidos y cursados
En las penalidades de conquistas,
Do la seguridad mas evidente
Amenaza con muerte trabajosa:
Ochenta fueron estos compañeros,
De caballos y armas pertrechados,
Y en número pasaban de quinientos
Los indios que llevaban de servicio.
Entró con este buen aviamiento
Adonde lo llevaban sus intentos,
Siendo con estos mismos ya salido
De la ciudad de Arma, subyacente
A la de Popayán, con mas posible
El capitán Fernando de Cepeda
A fin de subyectar aquellos indios
A la ciudad de Santafé nombrada
Que de la de Antioquia tiene nombre,
De quien hemos tractado largamente
En el discurso de Pedro de Heredia.
Estos dos capitanes que decimos,
Aunque entraron por vías diferentes
(Sin saber uno de otro), se juntaron
Y tuvieron pesadas diferencias,
En las cuales Pedroso, descompuesto,
Al reino se volvió do residia,
Quedándose Cepeda mas pujante,
Él cual con aquel bárbaro gentío

Tuvo batallas y recuentros varios
Que contrastaban siempre sus intentos;
Y ansí potencia bárbara le hizo
Dejar de proseguir esta demanda,
Con pérdida de muchos españoles.
Entró después Bernardo de Loyola,
Vecino principal de los Remedios,
Que con el de Victoria confina,
Ambos pueblos de aqueste nuevo reino:
Fué sin autoridad y sin licencia
De los señores del real senado,
So color de buscar prósperas minas.
Sabida su demanda por don Diego,
De los Caravajales descendiente,
Vecino de la villa de Victoria,
O por enemistad que le tenia
O por cudicia grande de la empresa,
Denunció dél ante los senadores,
Los cuales, las razones comprobadas,
Le dieron comision para prendello
Y con los que tenia y él llevaba
Poblase do mejor le pareciese.
Efectuó con esto su viaje,
Y aquella provision notificada,
Loyola se salió dentre los rios,
Quedándose don Diego con la gente,
Al cual dieron los indios tanta priesa,
Que con algunos españoles menos
Tuvo por bien dejar la tierra libre.
Pero después, el año de sesenta,
Quiso tentar segunda vez la suerte,
No sin aquel ardor que caballeros
Suelen tener en puntos honorosos;
Mas con solos cuarenta compañeros,
Algunos de los cuales conocimos,
Y todos dignos desta confianza,
Pues destos era Leonel de Ovalle,
Gallego, natural de Salvatierra,
Sancho Velez, Sarmiento y Andrés Pinto,
Francisco de Aguilar y Alonso de Arce,
Francisco de Silvera, lusitano,
Y otros de cuyos nombres falta copia;
Pero tenemos la de sus hazañas
En trances rigurosos y arriscados.
Llegaron con aquella vigilancia
Que suelen los que tienen esperiencia
De la ferocidad destas naciones,
Y en parte rasa, con la diligencia
Que piden los peligros evidentes,
Hicieron fuerte, donde de la furia
Barbárica pudiesen ampararse,
Las armas en las manos todas horas,
Y prestos los fumosos arcabuces,
La cual solicitud no fué baldía,
Antes de su salud segura prenda,
Porque sabido por los naturales
El concepto de nuestros españoles,
Nunca jamás se les pasaba dia
Sin darles mil desgustos con asaltos
Los indios que tenian mas cercanos.
Mas viendo que fogosos instrumentos
A muchos traspasaban las entrañas,
Acudió multitud innumerable,
De jáculos mortales proveidos,
Con macanas y lanzas penetrantes,
De ricas diademas coronados,
Con otras varias joyas que declaran
La gran prosperidad de sus terrenos:
Tal es el resplandor que reverbera,
Que del refracto de solares rayos
Potencia visüal es ofendida.
Las voces impelidas de los pechos
Y estrépito de rústicas bocinas
Rompen los vagos aires, y la tierra
Parece fatigarse con temblores,
Como cuando de trueno fulminoso
Es en alguna parte lastimada.
Aquesta furiosa muchedumbre
Rodeó los valientes españoles,
Los cuales, por don Diego bien instructos
Y de sus instrumentos ayudados,
A los tartáreos fuegos encaminan
No poca cuantidad de los contrarios;
Mas era la rüina poca parte
Para poner á sus furores freno,
Porque cierto gandul embravecido,
De miembros y estatura de gigante,
Con voces espantables los anima
Facilitándoles esta victoria.
Este se puso junto del cercado,
En la mas alta parte, donde estaba
Un árbor que tenian ya cortado:
Chaguala fina pende de su pecho,
De orejas y narices otras joyas,
Penachos variados ondeando,
Bravo meneo y áspera postura;
El terrible baston que meneaba
Al de Goliat era semejante;
A voces allí puesto desafia
Con grandes vituperios á los nuestros,
De los cuales (que estaban mas á mano)
Salieron cuatro, Pinto, lusitano,
Francisco de Aguilar y Sancho Velez,
Y Alonso de Arce, todos con escudos
Y espadas cortadoras en las manos.
Llegaron al lugar, y el árbor era
Para fajar con él impedimento;
Mas todavía con aquel coraje
Que crian vengadoras voluntades,
Rodean al gandul, que se movia
Con suma lijereza, meneando
El áspero baston á todas partes,
Y al Sancho Velez que halló mas cerca,
Cubierta la cabeza con celada
Y la rodela puesta por delante,
Tan gran golpe le dió con la macana
Que la tierra midió cuasi que muerto;
Al Arce revolvió luego con otro,
Al cual hizo pedazos el escudo,
Y lo tendió también en aquel suelo.
Francisco de Aguilar, que bien pensaba
Quedar victorioso del gigante,
El ponderoso palo lo compele
A juntar las rodillas con la tierra.
Entonces Andrés Pinto, como suelto,
Abalanzóse por el diestro lado
Antes que revolviese con el leño,
Y con la punta del crüel acero
Rompió por el ijar bravas entrañas
Del bárbaro feroz, en tal manera
Quel ánima salió por la herida
Y el cuerpo monstrüoso cayó luego,
Con una voz y grito tan horrendo,
Que los que se hallaron á la mira
De sus furores fueron aflojando.
Por otra parte Leonel de Ovalle
Con otro principal acaso vino
A singular certamen, donde presto
El bárbaro perdió la lozanía;
Y los demás habiendo consumido
Las flechas y los dardos que traian,
A sus pajizas casas se volvieron,
No presurosos, mas á paso lento,
Diciendo: « Descansad, gente barbuda,
Porque para dar fin á la contienda
Aquí seremos de hoy en cuatro dias. »
Los nuestros, reparados los heridos,
Entraron todos ellos en consulta,
En la cual de comun consentimiento,
Visto que les faltaban municiones
Y no ser parte para sustentarse,
Apriesa negociaron la partida.
Entró poco después un Juan Valero,
Ejemplo de virtud y de modestia
(Hablo como testigo de su vida
Por amistad de tiempos atrasados).
Y aunque llevó mas número de gente,
Vista la gran dureza del salvaje
En dar la paz que siempre les pedia,
También se vino sin hacer efecto,
Y no tan de reposo que no fuese
Con renombre de fuga la salida.
Aqueste capitán es el postrero
Que deste Nuevo Reino fué con gente;

Y ansí para decir quién permanece
En las conquistas deste barbarismo,
Habré de convertir mi flaca pluma
A la ciudad ó villa de Antioquia,
Tomando de muy lejos la carrera
Para que sea mas inteligible
Esto que de presente pretendemos
Poner en escriptura verdadera;
Cuyos sucesos varios remitimos
A los versos del canto venidero.

CANTO SEGUNDO.

Donde se da relacion del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo después fué mudada de aquel asiento primero á mejor sitio, donde permanece con nombre de villa de Santafé de Antioquia.

En el proceso largo desta historia,
Algunas veces hemos referido
Cómo George Robledo fué el primero
Cimentador del pueblo de Antioquia,
Y su primera fundacion adonde
Fué don Pedro de Heredia descompuesto
Por Juan Cabrera y otros capitanes
Del buen don Sebastián de Benalcázar:
La cual participaba de las tierras
Que tienen entre sí las ricas aguas
Del rio Darien y rio Cauca.
Pero después de aquellas competencias,
Por no ser sitio bien acomodado,
Ansí para salud como defensa
Del nuevo morador, por la braveza
Del natural vecino repugnante,
Por orden del ilustre Benalcázar
Aquesta poblacion fué trasladada
Acia Buriticá, do mas propicio
Y mas alegre cielo se mostraba,
Terreno sano, nobles influencias,
Aires de salutífera templanza,
Campos mas espaciosos y estendidos,
Do pueden en beligeros rebatos
Mandarse los caballos á contento,
Y hacer mas estrago con la lanza
En los que contrastaban sus diseños,
Y donde los auríferos veneros
Esceden á los ricos celtiberios
Y sobrepujan á los de Dalmacia,
Con que los moradores enriquecen,
Y mucho mas jüeces, comisarios
Frecuentes, por livianas ocasiones
(Absortos en aquesta golosina)
A ser universales herederos
De lo que valerosos han ganado
A costa de la sangre de sus venas.
Para trasladar pues aqueste pueblo
Al asiento que queda declarado,
El Benalcázar hizo confianza
Del diestro capitán Gaspar de Rodas,
De quien hice memoria muchas veces
En los lugares donde convenia
De sus trabajos varios dar noticia.
Es pues aqueste noble caballero
Del pueblo belicoso de Trujillo,
Morada principal de Estremadura,
De bien nacidos padres heredero;
Pues fué su padre Florencio de Rodas,
Alcaide de la fuerza dicha Lole,
En la provincia fértil del Algarve;
Su madre doña Guiomar Coello,
Que en Lusitania, donde fué nacida,
La ciudad de Lamego fué su cuna.
A las Indias pasó joven florido,
Y en duros ejercicios de la guerra
Desde su juventud se dió tal maña,
Que todos igualaban su prudencia
A su bien aprobada valentía.
Entró primero con alguna gente,
A sus espensas propias granjeada,
Al socorro de don Juan de Andagoya,
Hijo de don Pascual, de quien mi pluma
En lo de Popayán hizo memoria;
El cual entonces iba descubriendo
Tierras que con el mar del Sur confinan,
Pero salióse Rodas con su gente,
Vista la perdicion desta jornada,
El año de cuarenta y uno, cuando
Vino Vaca de Castro con poderes
Del gran monarca contra los rebeldes
En reinos de Pirú sin obediencia.
Con él se vino Rodas hasta Cali,
Adonde Benalcázar gobernaba,
Con quien Vaca de Castro trató cosas
Tocantes al viaje que hacia.
Quedó Rodas debajo del gobierno
Del dicho Benalcázar, donde siempre
En cargos honorosos le dió mano;
Y por el crédito que dél tenia,
Para mudar el pueblo de Antioquia
Le dió poder é hizo su teniente
Al principio del año de cincuenta,
Que vino por jüez de residencia
El licenciado Francisco Briceño,
A quien la dió también Gaspar de Rodas
Como teniente del adelantado.
Dió sus descargos, y esperó sentencia,
En que se pronunció que merecia
Cargos de muy mayores eminencias;
Mas aquel pueblo nuevo que tenia
Ciudad de Santa Cruz por apellido,
Mandó que fuese villa, y adelante
Santafé de Antioquia se llamase:
La cual con este nombre permanece,
Y en ella desde el tiempo que decimos
Gaspar de Rodas hizo su vivienda,
No sin deseo de fundar mas pueblos
En las provincias dentre los dos rios,
A lo cual aspiraban otros muchos
Varones de caudal y principales,
Que de la gran riqueza de aquel suelo
Tenian ya noticia y esperiencia.
Destos fué Lucas de Avila, vecino
De Encerma, que tenia gran posible,
Y pretendió pedir aquellas tierras
Por gobierno de Popayán distinto;
El cual comunicó sus intenciones
Con Andrés de Valdivia, su carillo,
Sagaz, astuto y hombre diligente
Para negociaciones semejantes,
El cual facilitó sus pretensiones
Y prometió traelle los despachos
Dentro de breve tiempo de Castilla.
Acudió Lucas de Avila con oro
Con larga mano para su viaje;
Pero después en el real consejo
Negoció para sí, que no debiera,
El gobierno quel otro pretendia,
A costa del que hizo confianza
De sus palabras y amistad antigua.
En este tiempo bárbaros vecinos
A los subyectos indios de Antioquía
Persuadian infinitas veces
Negasen á los nuestros obediencia
Y de su libertad fuesen señores,
Pues nunca fueron sus antepasados
Subyectos á serviles condiciones,
Porque para quedar libres y exentos
Ellos tenian ya las armas prestas,
Y no les faltarian sus favores
Hasta desarraigar cristiana planta,
De quien se recelaban también ellos
Por vellos tan pegados y propincuos.
Los indios de Antioquía bien quisieran
Quitar de sobre sí tan duro yugo;
Pero los moradores de la villa
Tenian el aviso necesario
Y el asiento del pueblo tan á gusto,
Que los subyectos fueran poca parte
Para los lastimar sin daño suyo;
Y ansí, no respondieron con efecto
A las persuasiones que decimos,
Los pechos inquietos, mas las manos
Quietas con temores del castigo.
Y ansí Toné, cacique comarcano,

Bravo de condicion y sedicioso,
Por la seguridad de su partido,
De los pacíficos mas principales
Hizo congregacion en las montañas,
Y en banquete costoso que les hizo,
Después de satisfechos y contentos
Y en furia levantados con el vino,
Pidióles atencion, las manos altas;
Y estando reportados y quietos,
Les dijo las palabras que se siguen:
«Oid con atencion, fuertes varones,
Deciros he razones que os espanten
Y el ánimo levanten mas caido,
Pues quiero, no movido por antojos,
Poner ante los ojos desventura
Que pide ser la cura sin tardanza,
Antes que mas pujanza destas gentes
Atraiga nuestras frentes á su yugo.
Durísimo verdugo, va sin freno
Usurpando el ajeno territorio,
Y segun es notorio los haberes,
Los hijos y mujeres y haciendas.
Para tomar enmiendas falta brio;
Cada cual está frio conociendo
Que nos van consumiendo poco á poco;
Paréceme ser loco sufrimiento
Dejar su desatiento sin castigo.
Por vosotros lo digo, gente fiera,
Que ya puede cualquiera subyectaros,
Moveros y mandaros como á brutos,
Pagándoles tributos y á porfía
Cumpliendo noche y dia voluntades
Ajenas de verdades y modestias:
Llévanos como bestias donde quieren;
Vuestros hijuelos mueren sin venganzas;
En minas y labranzas que les labran
Azotan, descalabran á los flojos;
Vosotros como cojos y sin manos
Sufrís estos cristianos. ¡Ay, catios!
¿Qué son de vuestros brios y braveza?
¿Qué es de la fortaleza que solia
Domar la serrania peleando?
¿Quién ha tornado blando vuestro pecho?
¿Quién turba y ha deshecho los alardes?
Bajos, viles, cobardes corazones,
Pues tantas sinrazones como estas
Llevais á vuestras cuestas con paciencia.
Mirad la diferencia de las mias,
Pues que Pedro de Frias sabeis cierto
Ser por mis manos muerto y otros siete
Y el lengua y alcahuete Juan Gonzalez,
Mestizo, que si tales todos fueran,
Sus vidas nos vendieran á mas precio;
Mas este como necio confiado,
Habiéndose librado del rebato,
Dijo desde á buen rato con voz alta:
—¡Ah! perros, el que falta viene á veros,
Que sin sus compañeros Dios no quiera
Que huya, y aunque muera, como muero,
He de vengar primero su mal hado.—
Y ansí desesperado se abalanza,
Que ni bastaba lanza ni macana
A resistir su vana lozanía:
Gran estrago hacia con la espada
En la gente granada, de tal suerte,
Que vieron de la muerte los espantos
En un momento tantos cuantos fueron
Aquellos que murieron de su parte.
Mas el contrario marte, que no cesa,
Le dió tan grande priesa por los lados,
Que fueron traspasados brevemente;
Y aquel mozo valiente que pudiera
Irse donde quisiera sin herida,
Allí perdió la vida por sus muertos,
Amigos mal espertos. Ved qué ejemplo
Es este que contemplo con aviso,
Pues este morir quiso por su villa
Y vengar la cuadrilla que era poca.
Aquel á quien le toca mayor daño
No cumple ser estraño de venganza:
La vil desconfianza se deseche;
El tiempo se aproveche, no se pierda;
El arco tenga cuerda mas estrecha;
La voladora flecha nunca pare;
La macana declare su justicia;
Salgan á la milicia desde luego
Bien tostados al fuego los astiles;
Huyan temores viles de los senos,
Pues veis que no va menos en la obra
Que gozar sin zozobra de las prendas
De hijos y haciendas y mujeres.
Aquestos pareceres no son vanos:
Por tanto nuestras manos y nobleza
Muestren su fortaleza y estén prestas
A redimir molestas vejaciones.»
Esto dijo Toné, porque desea
Ver ya toda la tierra levantada
Y á nuestros españoles ocupados
En guerras mas cercanas á su pueblo,
Reconociendo ser impedimento
Para se quedar él sin el castigo
Que por aquellas muertes merecia;
Lo cual aconteció, segun él dijo.
Entrando sobre paz Pedro de Frias
A pedir el tributo que debia,
Por ser indios en él encomendados,
Mas él y los demás, sobre seguro,
Por mano del Toné pagaron antes
Aquel que ley precisa les impuso,
Y el caso sucedió desta manera:
Estando juntos estos españoles
Para comer sentados á la mesa,
Cayeron de lo alto del bohío,
Sin parecer de dónde procedian,
Cinco gotas de sangre, no dudosas,
Que mancharon los cándidos manteles:
De que quedaron mustios y turbados
Y con sudores frios, como cuando
Quedan aquellos quel color mudado,
Enhiestos y erizados los cabellos,
En noche tenebrosa caminando,
Fantasma se les puso de delante;
Lo cual por mal pronóstico se tuvo.
Y ansí Pedro de Frias al caballo
Ocurre para se poner encima,
Los otros á las armas que tenian;
Mas no fué tan veloz su pensamiento
Cuanta fué la presteza con que llegan
Gran multitud de bárbaros armados,
Y el ímpetu furioso de manera,
Que puesto que con daño de los indios
Todos los españoles fueron muertos,
Escepto Juan Gonzalez, un mestizo,
Que se les escapó dentre las manos,
Y con aliento de veloce ciervo
Llegó donde pudiera salir salvo;
Pero teniendo por afrenta grave
Hüir él solo del combate duro
En que dejaba los de su compaña,
Volvió como leon encarnizado,
Y hizo lo quel indio representa
En el razonamiento referido,
Donde con sus razones persüade
A rebelarse contra los cristianos.
Y ansí por sus industrias y consejo
Negaron subyeccion á quien la daban,
Dando principios á sangrienta guerra;
Y porque con la villa no podian
Dieron en las cuadrillas de las minas,
En hatos y en estancias de sus amos,
Matando negros, indios y españoles
Con tal obstinacion, que desde el año
De quince cientos y sesenta y cinco
Llegó la duracion al de setenta,
En cuyos intermedios padecieron
Grandes trabajos y desasosiegos,
Que si quiero particularizallos
Seria proceder en infinito.
Pero sabido por quien gobernaba
A Popayán en esta coyuntura,
Que don Alvaro de Mendoza era,
Dentro de cuyos términos caia
Entonces esta villa que decimos,
Puso los ojos para dar remedio

En la destreza de Gaspar de Rodas,
A quien se dieron largas comisiones,
Ansí para castigo de culpados
Como para fundar mas poblaciones
En las provincias dentre los dos rios;
El cual luego tomó sobre sus hombros
Este ponderosísimo cuidado,
Y convocó de partes diferentes
Soldados de discurso y esperiencia
Y en valor y caudal acreditados,
De los cuales algunos nombraremos
Cuando dispusicion abriere puerta.
Mas antes que pasemos adelante,
En esta me conviene dar noticia
Cómo primero que Gaspar de Rodas
Tentase de hacer esta jornada,
Anduvo por allí Gomez Fernandez,
Antiguo capitán y celebrado,
Conquistando los bárbaros inmites
Fortalecidos en las barbacoas;
Del cual, cuando tractare de chocoes,
Gobierno ya distinto del que tracto,
Contaremos particularidades
Indignas de quedarse rezagadas,
Pues por no confundir á los lectores,
De cada cual gobernacion diremos
Aquello que le fuere concerniente,
Señalando los tiempos, aunque vayan
En el lugar primero los postreros;
Pues cada cual gobiernò de los dichos
Ha de llevar particular historia.
Y agora solamente de negocios
Que son tocantes á Gaspar de Rodas
Quiero tractar; y para mayor lumbre
Será con canto nuevo su principio.

CANTO TERCERO.

Donde se da razon de la entrada que hizo entre los rios Gaspar de Rodas, la gente que le acudió, y orden que tuvo en hacer la guerra.

Uno faltaba ya para setenta
Años del parto de la Virgen pura
Con el millar y medio desta cuenta,
E ya febeo carro se llegaba
A la quinta señal del zodiaco,
Cuando Gaspar de Rodas se dispuso
A dar á su promesa cumplimiento,
Habiendo convocado sus amigos,
Ansí del nuevo reino de Granada
Como de Popayán y otros lugares,
Que por el crédito que dél tenian
Y fama del tesoro de la tierra,
Pusieron en olvido sus reposos,
Do tenian honrosa pasadía,
Indios encomendados y haciendas
Con vencedoras armas adquiridos,
A costa de las cuales se pertrechan
De varios instrumentos y ministros
Etíopes, caballos y las cosas
Al uso de la guerra necesarias.
Uno fué destos Francisco de Ospina,
Célebre capitán de los Remedios,
Ciudad en este reino cimentada
Por él, que fué su fundador primero;
A quien siguieron hombres de substancia,
Y á su contemplacion por consiguiente
Otros muchos vecinos de Victoria,
Como Bartolomeo de Pineda,
Anton Lobo de Sande, Juan Velasco,
Gonzalo Verde y Antonio Machado,
Pero Fernandez de Rivadeneyra,
Y Diego de Guzmán y Juan de Aldana,
Que todos llegarian á sesenta
Varones, á quien hechos memorables
Dieron renombre digno de valientes.
De Popayán también salieron treinta,
En fama señalados y en posible,
Cursados en beligeros encuentros,
Como Francisco Lopez de la Rua,
Joan Arias Ruvian, Gaspar Delgado,
Y un Alonso Serrano, de Florencio
Serrano hijo, bárbara su madre,
Pero de noble genealogía,
Mancebo suelto, diestro y esforzado.
Estos y aquellos bien aderezados
De todos los pertrechos convenientes
A las ejecuciones del intento,
Con estendida copia de ministros,
Caballos y abundancia de ganados,
Llegaron á la villa de Antioquia,
Donde su general los esperaba:
Del cual y los demás allí vecinos
Fueron con gran aplauso recebidos
Y en amigables ranchos regalados,
Pero con mas espacio que quisieran
Aquellos que venian ya dispuestos
A las beligeras ejecuciones;
Porque Gaspar de Rodas suspendia
Con algunas escusas la partida,
Por algunos respectos necesarios
A la seguridad de su persona,
A causa de las chismes y novelas
Sembradas por algunos susurrones,
Que sin haber olor adevinaban,
Sobre mandar, algunos movimientos.
Vista por los del reino la tibieza
Y ser demasiada la tardanza,
El capitán Ospina se dispuso
A preguntar al Rodas por qué causa
Se dilataba tanto su viaje,
Diciéndole: «Señor, yo soy venido
En compañía destos caballeros
Que por respecto mio se han movido.
»Consumieron gran copia de dineros
En rehacerse de guerreras prendas
Para poder mejor obedeceros.
»Han dejado sus casas y haciendas,
Donde todos vivian con sosiego
En sus repartimientos y encomiendas.
»Mediante vuestras cartas y mi ruego
Acudieron á tiempo conveniente
Y acomodado para partir luego.
»La tardanza que vemos de presente
Y remision parece que nos muestra
Que ya teneis intento diferente.
»De ajena voluntad pende la nuestra,
Y para proseguilla, con respeto
Suplícoos me digais cuál es la vuestra.
»Pues si acaso teneis otro concepto,
Por ocasion que con razon se mida,
Volvernos hemos sin hacer efeto.
»Pero si no se halla quien impida
La via que tenemos tan á mano,
Bien es acelerar esta partida.
»El tiempo nos convida del verano,
Cuando tienen culturas y florestas
Abundancia de fructos y de grano.
»Las corrientes serán menos molestas
De los rápidos rios y quebradas
Grandes y á cada paso contrapuestas.
»No serán parte gentes alteradas
Para nos defender trémulas puentes
Con frágiles bejucos enlazadas.
»Cria la dilacion inconvenientes,
Y dellos por perderse coyuntura
Andan malos sucesos dependientes.
»Si razon adaptada se procura
Para poder domar bárbara frente,
En las manos está la mas segura.
»Y si dejais la que teneis presente,
No se podrá sin mil dificultades
Juntar después tan escogida gente.
»A nuestras dudas y perplejidades
Dará resolucion vuestra prudencia,
Porque con ella nuestras voluntades
Hagan sin disonancia respondencia.»
Dijo, y el capitán Gaspar de Rodas
Oyó con atencion esta demanda;
Y con aquel reporte que el prudente
Suele tener en casos semejantes
Para templar los pechos alterados,
Usando de cortés comedimiento

A los del reino dijo lo siguiente:
«Amigos y señores, conocida
Tengo la gran merced que se me hace
Dispuesta para ser agradecida.
»La partida pedís, y á mí me place,
Supuesto no tener inconveniente
Que desta voluntad me desenlace.
»El gasto que hecistes es patente
En cosas de que todos salís llenos
Al encuentro de guerra tan urgente.
»E yo no convocara tantos buenos
Asegurados de mi confianza,
Si vinieran á poco mas ó menos.
»Negocio es que no sufre mudanza
Este que tan de veras yo prevengo;
Y el preparallo bien no fué tardanza.
»Pues por razon de ser discurso luengo
Me faltaban algunas municiones,
Y las que deseaba ya las tengo.
»Manifestastes vuestras intenciones
A tiempo y á sazon que me movia
A publicar mis determinaciones.
»Salís á ellas como yo quería.
Aderezarnos solamente resta
Para salir de hoy en tercer dia
Que se celebra señalada fiesta.»
Después que satisfizo brevemente
El general á sus comilitones
Por términos urbanos y sucintos,
Y ellos á su decir correspondieron
Con largo cumplimiento de razones
Usadas entre gente comedida,
Alegres, satisfechos y contentos
Todos á sus hospicios se volvieron,
Donde con fervorosa diligencia
Alistan los pertrechos necesarios
A las usadas peregrinaciones
Y á las seguridades de sus vidas:
Este refina salitroso polvo,
Aquel derrite plomo para balas;
Otros con rascadores mundifican
Cañones de fumosos arcabuces;
Otros afilan hierros de las lanzas;
Otros requieren las jinetas sillas,
Con las demás guerreras prevenciones
Que piden ejercicios militares
Y la necesidad les aconseja,
Segun los de mecánicos oficios
Cuando labran diversos materiales
A un tan solo fin encaminados
Para la perfeccion del edificio
Cuya hechura toman entre manos.
Desta manera todos ocupados
En cosas al viaje convenientes,
Llegaron á ponellas en el punto
Que los efectos dellas demandaban.
Para los cuales el Gaspar de Rodas
Hizo de capitanes nombramiento,
Con otros necesarios oficiales:
Al Ospina nombró por su colega
Teniente general del campo todo;
Velasco, capitán de infantería;
Pineda, de la gente de caballo;
El general alférez fué Molano;
Juan Arias Ruvián su consejero,
Hombre de gran discurso y esperiencia;
Y á los que con oficios no podia,
Con preciadas preseas tornó gratos,
En tal manera que cualquiera dellos
A su moderacion quedó rendido.
Llegado pues el año de setenta,
A los seis dias del bifronte Jano,
Cuando la santa Madre celebraba
La solemne venida de los reyes,
Al soberano Rey con oblaciones,
En aquellas regiones tiempo seco
Y para caminar acomodado,
Habiendo celebrado los oficios
Fray Pedro de Guzmán, dominicano,
Andaluz caballero, que con ellos
También iba con otros religiosos,
Salieron con ardor á la demanda,
Prontos y atentos y las armas prestas,
Segun militar uso repartidos
Por obviar á los inconvenientes
Que podria parir algun descuido;
Porque los bárbaros no pierden punto
En aceptar dispuestas ocasiones
Cuando se las ofrece la ventura.
Desta manera fueron caminando
Por alturas que son inevitables,
Asperas y fragosas serranías;
Y diez y siete dias consumidos
En aquellos caminos salebrosos,
Entraron sin hallar opuestas armas
En Tocinó, provincia de Ibijico,
Indios cuyas astucias y cautelas
Vencen á las de Ulises y Sisifo,
Encomendados en un Juan Taborda,
Vecino de la referida villa:
Los cuales acudieron dando muestras
De paz, á la cual fueron admitidos,
Por ser las principales intenciones
De reducillos al real servicio
Sin efusion de sangre ni venganza
De muertes ni de daños recebidos.
Allí se detuvieron en el campo
Algunos dias, y hicieron lista
Del número de gente que venia:
Hallaron ser los españoles ciento,
Hasta seis menos, pero todos ellos
De todas buenas armas pertrechados;
Los caballos pasaban de trescientos;
Setecientos los indios de servicio,
Y algunos etiopes, aunque pocos,
Pero para cualquier trance dudoso
Arronjadizos y determinados:
De vacas se llevaban cuatrocientas.
Quinientos puercos, antes mas que menos,
Y otros rebaños de menor ganado
Para sustento del cristiano campo;
Y con propósitos determinados
De no volver atrás sus estandartes
Hasta poner cristianos fundamentos
En medio deste rudo barbarismo,
Y subyectar durísimas cervices
Al prepotente rey de las Españas.
Allí pues estuvieron descansando
Del sudor y trabajo padecido;
Y entre tanto salia gente suelta
Por unas y otras partes descubriendo
Algunas poblaciones comarcanas,
Por ver la voluntad de los vecinos
Que para santa paz eran llamados,
Importunándoles con gran instancia
Evitasen los daños venideros
Y los dudosos fines de las guerras,
Que no siempre responden tan á gusto
Cuanto prometen los principios dellas:
Lo cual, habiendo tierra de por medio,
Cuando coloquio se les ofrecia
Intérprete católico declara
En idioma proprio de catíos.
Mas la caterva fiera y arrogante,
Fiando de sus fuerzas, les responde
Que sobre el caso se terná consulta,
Y enviarán al campo castellano
Clara resolucion de sus acuerdos,
Que no podrá pasar del cuarto dia.
Aquesto se cumplió segun dijeron,
Más no con la pacífica respuesta
Que nuestros españoles esperaban,
Antes contraria de su buen deseo;
La cual por ser principio desta guerra
Sanguinolenta, queda reservada
Al canto que se sigue después deste.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo los indios de la provincia de Pequi enviaron su embajada al campo de los españoles, y lo que en ella se contenia.

Cualquier hombre, por rústico que sea,
Ama su libertad y da de mano
Con toda la posible resistencia
Al yugo y observancia de las leyes
Que le hacen estar al cumplimiento
De nuevos vasallajes y tributos;
Y tanta mas es esta repugnancia,
Cuanto mas suele ser envejecido
El uso y exencion en que se cria.
Y ansí, como los bárbaros supiesen
Las españolas mañas, anhelantes
A que reconociesen vasallaje
Al amo que les fuese señalado,
Y ellos nunca tuviesen de costumbre
De dar á los estraños obediencia,
Antes como soberbios y arrogantes,
Criados en tan próspero terreno
Que siempre huellan por doradas venas,
Con que los ánimos se ensoberbecen,
Presumian que todos se la deben
Y que seria de varones viles
Venir a menos del altivo punto
En que su presuncion los tiene puestos;
Debajo de lo cual indios de Pequi,
Gente feroz y nunca domeñada,
Por el inducimiento de Sinago,
A quien esta provincia respectaba,
Se hizo junta de los principales
Para deliberar en su consulta
De las cosas tocantes á la guerra
Que por los españoles se movia.
Vinieron del Sinago dos sobrinos,
Yutengo y Aramé, mancebos fuertes
Y por heroicos hechos señalados;
Vino Chacuri, vino Nuguireta,
Guaracho, Ereta, Panque, Agrebara,
Insignes en las armas y en consejo;
Los cuales en consulta conferida
Determinaron resolutamente
De conservar su libertad antigua
Y no se subyectar al duro yugo
Que padecian otros sus vecinos:
Deste parecer fueron todos ellos,
Mayormente Sinago, que les dijo:
«Varones fuertes y en virtud constantes,
A cosas importantes nos juntamos,
Porque si bien notamos dura plaga,
No solo nos amaga, mas ya llega;
Y aunque con paz nos ruega, sin ofensa,
Debajo della piensa dar de mala.
Al principio regala mano blanda:
Importuna demanda viene luego,
Fomento de gran fuego, porque priva
De libertad nativa y otros frutos,
Imponiendo tributos y servicios
De viles ejercicios, do perecen
Cuantos hoy obedecen sus mandados
Y mal considerados pareceres;
Pues hijos y mujeres no reserva
Esta crüel caterva de ladrones,
Cuyas ocupaciones principales
Son robar los caudales del terreno
Y del sudor ajeno sustentarse,
Servirse y regalarse sin templanzas;
En minas y labranzas los ocupan:
Al fin todo lo chupan y consumen.
Y ansí los que presumen de valientes
Deben mostrar los dientes y las manos:
Líbremos de tiranos nuestra tierra;
Hartémoslos de guerra, pues la quieren,
Que también dellos mueren los mas buenos,
Y acá no somos menos en pelea;
El orden desto sea sin que luenga
Tardanza nos detenga ni retarde;
El valeroso guarde sus regiones,
Y destas intenciones que tenemos
Luego les inviemos razon clara:
Digales en la cara aquel que fuere
Que cualquier que venciere sirva al otro,
Pues caballo ni potro ni escopeta
No vence ni subyecta los catios,
Ni castellanos brios serán parte
Para que de su marte caigan punto.»
Esto dijo Sinago, cuyo voto
De todos los caciques de la junta
Fué sin contradicciones aprobado;
Y como confiados de sus fuerzas,
Acordaron que fuese mensajero
A les notificar á los cristianos
Sus determinaciones y deseo
De vellos y probar su valentía.
Deste mensaje prometió Yutengo
Ser cierto portador dia siguiente;
Y ansí, por no faltar de su promesa,
Llegó delante de los españoles
No mostrando pacífico semblante,
Antes agudos dardos en la mano,
Penachos variados ondeando,
Y diadema de oro, como suelen
Salir á sus guerreras competencias,
Y ansí brioso, fiero y arrogante
En su materna lengua les pregunta
Quién es el capitán que los gobierna:
Señálanselo luego, y él se pone
Delante con gallarda lozanía,
Diciéndole palabras semejantes:
«Capitán español, yo soy Yutengo,
No menos en valor que en bienes rico:
A denunciar la guerra crüel vengo
De Pequí, porque salgas de Ibijico;
Si pides la razon, otra no tengo
Fuera de aquesta que te notifico,
Que es guerra capital á sangre y fuego,
Y la paz para siempre te la niego.
»El gran Sinago con sus dos sobrinos
Te suplican que vayas brevemente,
Porque ellos harán anchos los caminos
Por do metas ganados y tu gente;
Lo mismo piden todos los vecinos
Que ya desean de te ver la frente;
Pero para llegar buenos y sanos
Llevad prestas las armas y las manos.»
Oyó Gaspar de Rodas el mensaje,
Y díjole: «Yutengo, yo no creo
Que tanto se desee mi viaje;
Mas pues lo dices tú que eres correo,
Diles que hago pleito y homenaje
De cumplilles muy presto su deseo,
Pero que tomen mas modestos modos
Porque la paz es buena para todos.
»Por fama te conozco ya, Yutengo,
Y tú también sabrás que yo soy bueno;
Por largos dias y por tiempo luengo
Me vereis trastornar vuestro terreno;
Por guerras ó amistades yo no tengo
De volverme las manos en el seno:
A la partida ves mi gente presta,
Y aquesto puedes dalles por respuesta.»
Partióse luego, y el Gaspar de Rodas
Con algunos soldados se reia
Del brio y arrogancia del salvaje;
Pero luego mandó que se prevengan
Para mudarse dentro de tres dias,
Ansí por no faltar de lo que dijo
Como porque los indios de Ibijico,
Atociná, Cucuba y Bererúa,
Y Rucabé, caciques principales,
Tenian por molesta la tardanza
De huéspedes tan llenos de bullicio;
Y ansí les daban priesa, prometiendo
De les guardar la paz y las espaldas.
Llegóse pues el dia señalado,
Y el campo fué marchando acia Pequi
Con todos los avisos necesarios
En los ásperos pasos y quebradas
Do podian hacelles algun daño;
Mas no les sucedió por el camino

Dudoso cosa que de contar sea,
Hasta que descubrieron lo poblado,
Y asentaron real en un altura,
Cuya comodidad los convidaba
A reparar allí por algun tiempo,
La duracion del cual diremos;
Porque por ser principio desta guerra
Conviene que hagamos nuevo canto.

CANTO QUINTO.

Donde se da razon de lo que sucedió después que los españoles entraron en la provincia de Pequí.

Uno de los avisos importantes
Que se pueden tener entre guerreros,
Es saber escoger alojamiento
En sitio fuerte, cuyas adyacencias
Puedan señorearse con la vista,
Y tenga leña y agua tan á mano
Que sin que corran riesgo los sirvientes
Usen inescusables ministerios.
Tal lo supo tomar Gaspar de Rodas,
Como varon sagaz, y en este caso
Ninguno mas mañoso ni solerte,
El cual, llegando ya cerca de Pequí,
Y á vista de los bárbaros vecinos,
Se refirmó, segun militar uso,
En sitio que llamó la Lagunilla,
En parte rasa y alta, proveida
De las comodidades referidas,
Y cuyas descendencias á lo llano
Eran en gran manera salebrosas.
Y este sitio tomó con pensamiento
De no dejallo por algunos dias,
Porque los bárbaros con la tardanza
Perdiesen algo de su lozanía;
Los cuales, como viesen en su tierra
La gente forastera que esperaban,
Creyendo no hacer allí parada,
Sino que prosiguieran su camino,
Pusieron en concierto sus escuadras,
Y ocuparon los pasos, desde donde
Pudieran ser los nuestros ofendidos,
Con sonorosa grita y algazara
Y estruendo de atambores y cornetas;
Todo lo cual cesó reconociendo
Asentar tiendas en aquella altura,
Y como no hicieron mudamiento
Aquella noche ni siguiente dia,
Considerando ser estratagema
Y haber disposicion para celadas
De parte de la gente peregrina,
A causa de los altos pajonales
Que rodeaban este circüito,
Levantados, espesos, y de suerte
Que podian tener hombres ocultos,
Determinaron de ponelles fuego.
El cual voló con ímpetu terrible
De vientos furiosos ayudado,
Por hallar la materia bien dispuesta
A causa de la seca del verano.
Y así toda la tierra comarcana
Quedó sin ocasion y descubierta,
Escepto lo que con su diligencia
De manos y de ramos guarecieron
Los del alojamiento para pasto
De bestias y ganados que traian,
Que por algunos dias padescieron
Mucha necesidad, por abrasarse
Las partes do solian mantenerse.
Pasada la refriega del incendio,
Al tiempo que la noche demediaba,
Y el nublo tenebroso predomina,
El capitán Pineda con cuarenta
Soldados valerosos salió fuera
Para hacer alguna buena suerte
En indios que hallase mas á mano;
Y en esta misma noche los caciques,
Sin saber sus intentos, enviaron
Doscientos validísimos gandules
A que secretamente se metiesen
En aquel pajonal que reservado
Fué por solicitud de los cristianos,
Y en él permaneciesen hasta tanto
Que Febo desterrase los humores,
Y cuando con sus carros fervorosos
Oviese demediado la carrera,
Y el cálido refracto de los rayos
Tuviese ya la paja como yesca,
Pusiesen fuego por dos ó tres partes,
Porque los españoles acudiesen
Sin orden ni recatos al remedio,
Segun y como lo hicieron antes,
Y al tiempo que los viesen ocupados
En mitigar las llamas violentas,
Les acometan con tan grande furia
Que los compelan á precipitarse
Por la derecha y áspera ladera;
Donde huyendo del mortal conflicto
Diesen en muerte vil y desastrada,
Pues hallarian gentes cuyas manos
Abriesen las católicas entrañas.
Salido pues el capitán Pineda
Con orden de volver el mismo dia,
Los bárbaros por parte diferente
Subieron á la parte señalada,
Donde sin ser sentidos estuvieron
Ocultos y encubiertos; y á la hora
Que para poner fuego convidaba,
De palos apropriados á tal uso
Y presto movimiento de las manos
Socaron fuego, con que brevemente
Se levantaron llamas presurosas,
Segun la fuerza del pasado dia,
Y que causaron por su cercanía
Mayor alteracion y sobresalto;
Y así los españoles y el servicio,
Incautos del ardid de los contrarios,
Acudian á mitigar el fuego
Todos con ramos verdes en las manos.
Pero Gaspar de Rodas, como diestro,
El astucia sintió puntüalmente,
Y mandó que ninguno se divierta
Sino que se recojan á bandera,
Hasta ver por adónde respondian
Los indios, pues debian de ser muchos
Aquellos que tentaron aquel hecho.
Y así puestos á punto de pelea,
Cargados de mosquetes y arcabuces,
Esperaron el acometimiento
Del bárbaro furor, que como viese
Estar en escuadron los españoles,
Y no tentar de mitigar las llamas,
Suena terrible grita y alarido,
Y sale con el ímpetu que suele
Amenazando para rompimiento,
El cual con el impulso de las balas
Fué reprimido con algunos menos,
Volando de su parte los tostados
Jáculos que venian bien espesos,
Sin llegar á medir palo con hierro,
Ni se les dió lugar á que durase
Espaciosa distancia la refriega;
Porque Pineda que se halló cerca
Oyó luego la grita y alboroto,
El fuego y estampída de los tiros,
Y como can de casta generosa
Que siente, rodeando la manada,
Ser salteada de rapace fiera,
Y acude do berrea la juvenca
De violentos dientes oprimida
Para le dar socorro con los suyos:
Así por las señales reconoce
El conflicto crüel y la presura,
Y á pasos presurosos dió la vuelta,
De flüidos sudores empapado,
Hasta llegar adonde pretendía,
Que fué muy á su gusto, porque dieron
En las espaldas de los indios fieros.
Los cuales desta suerte salteados
Y defraudados de sus pensamientos,

Tomaron por remedio la hüida,
Haciendo grandes fieros, y diciendo:
«Mal nos ha sucedido la primera;
Mas tentaremos luego la segunda,
La cual daremos á cureña rasa,
Y será dentro de tercero dia:
Entre tanto curad vuestros caballos,
Que nosotros haremos otro tanto
A estos que llevamos por delante.»
Que fueron tres ó cuatro, sin que parte
Fuesen para quitárselos entonces,
Por no podellos ver á los principios.
Pero Gaspar de Rodas y los suyos,
Como saliesen bien desta borrasca,
Habida su consulta determinan
Salillos á buscar antes que vengan;
Y ansí dia siguiente caminaron
Cuarenta validísimos peones
Y Gonzalo de Vega por caudillo,
Soldado viejo bien acreditado,
De cortesanas partes, y en la guerra
No menos venturoso que valiente,
Con orden de pasar la contrapuesta
Quebrada Pequí, de la cual hereda
Y toma nombre toda la provincia.
Fuélos el general acompañando
Con veinte de caballo bien armados,
Quedando desta parte por reguardo
Y muro, si volviesen por ventura
Del bárbaro tumulto contrastados;
Porque pasar con ellos adelante
Erales imposible con caballos,
Por el impedimento de barrancas
Altas que perturbaban el pasaje,
Las cuales se lo dieron á peones
Cuando nocturna sombra los cubria,
Y con la misma fueron caminando
Hasta llegar al alto de una loma,
A cuyo pié después vieron un llano
Poblado de labranzas y apacible,
En cierta parte dél doce caneyes
O casas de vistosa compostura,
Moradas de los indios mas cercanos.
Allí, cuando la luz del sol doraba
De los escelsos montes las coronas,
Acometen diciendo: «¡Santiago!»
Andan lijeros piés y manos prestas
A recoger los bárbaros despojos:
Captívanse muchachos y mujeres,
Porque de gente para tomar armas
Muy pocos les hicieron resistencia,
Por se hallar absentes celebrando
Los tristes funerales de Sinago,
Que murió cuasi repentinamente,
Con íntimo dolor de los vecinos,
Que de su gran valor y buen consejo
Tenian infalible confianza
En todas ocasiones belicosas;
Y ansí su falta se juzgó por todos,
A lo menos en esta coyuntura,
Por adversa señal y mal agüero.
Corrió la nueva pues por las labranzas
Cercanas, cómo pocos españoles
Entraron en el pueblo referido,
Y en breves horas, de mancebos verdes
Se convocaron mas de cuatrocientos
Que, como tigres fieros á balantes
Ovejas, acometen á los nuestros,
Y encienden luego sus pajizas casas
Segun y como tienen de costumbre
Cuando son infestadas de contrarios;
Unos hacian esto, y otros llenos
De flechas, dardos, piedras y de lanzas,
De que volando van nubes espesas,
Cercan el escuadron de los cristianos
Que, como gente diestra y animosa,
Defienden bravamente su partido
Y ofenden con las balas, cuyos vuelos
A muchos encaminan al infierno;
Mas todos ellos fueron poca parte
A reprimir la furia y el coraje
Que los movia, por lo cual convino
Volver con orden á tomar la loma
Antes que fuese de otros ocupada.
Fuélos siguiendo la caterva fiera
Hasta metellos en el angostura
Mas apropriada para su defensa,
Porque desdella mas seguramente
Se podian jugar los arcabuces
Con daño de los bárbaros fronteros
Que, como ya de tiros carecian,
Por habellos gastado con la priesa
Y obstinado furor con que vinieron
Y algunos estuviesen mal heridos,
Con pasos reportados se volvieron,
No sin intentos de tomar venganza
De los que fueron causa de su pena,
Los cuales libres, sanos y contentos
Llegaron á dar cuenta de lo hecho
Donde Gaspar de Rodas esperaba;
El cual, habiéndose certificado
De las dispusiciones de la tierra
Y el cómodo de cosas necesarias,
Acordó de pasar allá su campo:
Habia la quebrada de por medio,
Impedimento para los ganados,
Y para hacer paso conveniente
A Gonzalo de Vega le dió cargo
Con cuantidad de indios y de negros,
Que con los necesarios instrumentos
Fueron apercebidos otro dia,
Y treinta compañeros bien armados
Que les asegurasen las espaldas
Cuando pusiesen manos en la obra.
Salió con ellos, no con el orgullo
Ni con aquel semblante que solia
Cuando facilitando cualquier riesgo
A todos los movia y animaba,
Mas melancolizado y pensativo,
Con unos esperezos adevinos
Del trabajoso fin y desventura
A do su duro hado lo llevaba,
Cuyo decreto desapiadado
Ejecutado fué por esta via:
Antes de se llegar á la quebrada
Donde se concertó hacer camino,
Habian de pasar forzosamente
Por ciertos pajonales intricados
De yerbas y de frúctices diversos,
Con espesura tal y tan cerrada
Que fuera de una muy angosta senda
Con gran dificultad se caminaba,
Lugar dispuesto para que los indios
Pudieran dar algunos sinsabores;
Y el Gonzalo de Vega, conociendo
Esta dispusicion para su daño
A tales ocasiones obviando,
A los soldados dijo lo siguiente:
«Amigos, en aqueste lugar ciego
Podrian indios y serán bastantes
A dar algun mortal desasosiego
A los inadvertidos caminantes:
Bueno será que le pongamos fuego,
Y anticipémonos nosotros antes,
Porque bien arderá por ser pajizo.»
Parecióles muy bien, y ansí se hizo.
Mas como lo pusieron de mañana
Y las mas altas ramas estuviesen
Entonces algo lentas del rocío,
La menudilla yerba solamente
Se iba por debajo consumiendo
Sin llegar á las zarzas y virgultos;
Al fin, visto ser vana diligencia,
Pasó delante con los compañeros
Al principal efecto de su cargo,
Y el mísero no ve que deja puestos
Lazos adonde caiga cuando vuelva,
Como le sucedió; porque ya llanos
Los ásperos barrancos del arroyo,
Y á sus alojamientos revolviendo,
Llegan al pajonal, que todavía
Humeaba por partes diferentes,
E ya con la gran fuerza de la siesta
Para tomar el fuego sazonado.

Mas, sin estímulos desta sospecha,
Por medio dél prosiguen su camino
Con viento que por puntos resfrescaba
Los soplos dél á las espaldas dellos:
Estos invalescieron de tal suerte
Que levantaron presurosas llamas
Cuya sonora tempestad y furia
Vuela y á mas andar los va siguiendo.
El Gonzalo de Vega que quedaba
En rectaguardia, como conociese
El riesgo y amenaza de la muerte,
A grandes voces dijo: «Fuera, fuera,
Andar, andar, andar á parte rasa,
Porque si no tomamos la ladera
Con tiempo, nos haremos todos brasa.»
Huyen los delanteros velozmente,
Y él, como se quedaba rezagado
Por no dejar atrás alguno dellos,
Cuando quiso salir de la presura
Hallóse tan cercano de las llamas
Que tentó de saltar por medio dellas
Acia lo que quedaba ya quemado
Por ser lo mas seguro, confiando
De su velocidad y lijereza;
Mas el impetüoso torbellino
Como si fuera paja lo arrebata
Y vuela mas atrás, donde la nube
De la fumosa llama se tendia,
Dejándolo sin barbas ni cabellos,
Las manos, piés y rostros abrasados,
Ardiendo los vestidos, que quisiera
Rompellos y apartallos; mas no puede
El miserable darse tanta priesa
Quel fuego mas no fuese penetrando,
Segun al gran Alcides la camisa
Vestida por engaño del Centauro.
Pasada pues la fuerza del incendio,
Al son de sus lamentos y gemidos
Volvieron compañeros á buscallo,
Y con apresurada diligencia
Empapan las ardientes vestiduras
Con agua que tenian á la mano:
Las cuales resilbaban como cuando
En la ciscosa pila del herrero
Meten el instrumento caldeado;
Y sin parar, en unos y otros hombros,
Lo llevan al real por dalle cura,
En vano, pues un dia solamente
Tuvieron vida los tostados miembros:
De que todos, por ser hombre bien quisto,
Manifestaron tierno sentimiento,
Y el general lo muestra mas acerbo
A causa de tenello por amigo,
El cual, después de dalle sepultura
Segun el tiempo y el lugar concede,
Determinó dejar aquel asiento
Y ranchearse donde mas propincuas
Tenga las ocasiones á que viene;
Cuyos sucesos varios contaremos
En el canto siguiente, Dios mediante.

CANTO SESTO.

En el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequí, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios le dieron la paz.

Segun sobre fortísima coluna
Se suele sustentar un edificio,
Y en tanto que ella dura no padece
Ysctura, detrimento ni rüina,
Valor de un hombre solo también suele
Con las buenas industrias y consejos
Que tiene, conservar grandes estados;
Pero faltándoles este cimiento
Y estribo que la fábrica tenia,
Los miembros que una voluntad gulaba
Suelen en diferentes dividirse,
Y por tener diversas opiniones
Unos y otros vienen á perderse,
Como la gente deste principado
De Pequí, con la muerte de Sinago,
De cuya voluntad y pareceres
Pendian todos los de los vecinos;
Pero como faltó, cada cual dellos
Quiso hacer cabeza de su juego,
Y ansí Gaspar de Rodas con su gente
Entró sin que hallase resistencia,
Antes Yutengo y Aramé su primo
Quemaron sus asientos y labranzas
Y con la gente que seguirlos quiso
Se fueron al partido de Carauta.
Los otros, que de mal se les hacia
Dejar sus casas y sus propriedades,
Aceptaron la paz que les pedian,
Debajo de la cual los españoles
Eran medianamente regalados
El tiempo que estuvieron en su tierra,
Que fué de tres semanas, porque luego
Fueron á la provincia de Norisco,
De grandes poblaciones, y abundante
De los mantenimientos necesarios,
Rica de telas de algodon y oro,
Cuyos caciques eran dos hermanos,
Quel uno se llamaba Bayaquima,
Otro Tacujurango, ricos hombres,
Con otros principales que salieron
Ansimismo de paz, dando preseas
De sus preciadas telas y oro fino.
Allí pararon por algunos dias,
A causa de ser tierra proveida;
Mas como Febo visitar queria
De los doce chatones el primero
El estrellado cinto que rodea
Toda la redondez oblicuamente,
Y entonces en aquellos hemisferios
Sabian que venian ya cercanos
Los procelosos nimbos del ivierno,
A todos pareció que convenia
Pasar á la provincia de Itüango,
Do se remata ya la tierra rasa,
Por la rica noticia que les daban
Los indios principales de Norisco,
Diciendo ser la tierra de Itüango
Tal que satisfaria su cudicia
Ansí de oro como de sustento;
Cuyos caciques eran caudalosos,
A lo menos Tecuce y Agrazaba,
Dos señores, hermanos valerosos,
Que los harian fácilmente ricos:
Esto decian todos, mayormente
Tacujurango que, con el deseo
De vellos fuera de su territorio,
Al general habló desta manera:
«Capitán, si pasares adelante,
Los tuyos no serán trabajos vanos,
Pues verás tierra rica y abundante
De bastimentos y dorados granos,
La cual afirmo que será bastante
Para poder llenaros ambas manos,
Porque demás de ser provincia bella
Es una pasta de oro toda ella.
»Traeis para poblar en buen terreno
Encaminadas vuestras voluntades:
Ninguno hallareis tal ni tan bueno,
Ni tan á punto las comodidades;
Por todas sus distancias aquel seno
Tiene las convenientes cualidades:
Alegre suelo, talantaso y alto,
Y que de sanidad nunca fué falto.
»De nosotros podrás asegurarte,
Ya que la paz habemos prometido,
Que se sustentará por nuestra parte
Con vínculo que no será rompido,
Antes en socorrerte y ayudarte
Aquí podrás tener favor cumplido:
Desto que digo no hallarás cosa
Que con razon la llames fabulosa.»
Esto certificó Tacujurango,
Y aunque no fué segun encarecia,
Los nuestros con aquellas buenas nuevas
Determinaron de hacer viaje
A la provincia que les alababa,

Con intenciones de poblar en ella,
Efecto grandemente deseado
De todos cuantos van en la jornada,
Que ya se prometian grandes rentas
Ansí de minas como de tributos
Impuestos á los indios que les diesen
Segun uso comun en encomienda.
Salió pues nuestra gente de Norisco
Con los caciques dél que la guiaban,
Los cuales, ó por no saber caminos
Mas apacibles, ó con mal intento,
Iban por salebrosas asperezas,
Riscos y peñascales, donde siempre
Andaban ocupados gastadores
Haciendo paso para los caballos,
Con tanta pesadumbre todas horas
Que no puede por letras esplicarse.
Al fin en Itúango los metieron
Adonde comenzaba lo poblado,
Cuya vista no fué de tanto gusto
Cuanto fueron los encarecimientos
De los que de Norisco los movieron,
Y ansí por no salir tan puntúales
Pusieron muchos dellos á recado,
Aunque se disculpaban con decilles
Estar mas adelante la grandeza;
Y aqueste desengaño dos soldados
Insignes lo tomaron á su cargo,
Que fueron descubriendo por las lomas
Hasta llegar á parte de do vieron
Un pueblo de cien casas populosas,
Cuyos confines, campos y repechos
Tenian buena copia de culturas,
Adonde por gozar de mejor sitio
El campo se pasó; pero los indios
Cuando los vieron ir no se tardaron
En convertir sus casas en ceniza,
Ansimismo talando las labranzas
Que les podian dar mantenimiento;
Lo cual fué causa de que padeciesen
Grave necesidad, y mayor fuera
Si no se socorrieran del ganado
Y fructa de aguacates que hallaban
En grande cuantidad, cuya hechura
Es á similitud de pera verde,
Aunque mayor y de mas largo cuello,
De gusto simple cuasi de manteca,
Ningun olor, mas tales hay que tienen
El del anís, y su sabor el mismo,
Una pepita sola, y esa grande
Poco menos que huevo de gallina:
Es fruta sana, y es el árbor alto,
No muy hojoso, mas de buena vista.
Destos se sustentaron algun dia,
En tanto que caudillos diligentes
Que la tierra corrian por momentos
Descubrian asiento mas propicio;
El cual no se hallaba, porque todos
Estaban abrasados, y los indios
Dentro de las montañas comarcanas
En pueblos de sus deudos recogidos.
Y aquesto visto por Gaspar de Rodas,
No quiso fundar pueblo por entonces,
Y aun opiniones hubo que decian
Haber sido su principal intento
Hacer que estas provincias acudiesen
A servir á la villa de Antioquia,
Por engrosar las suertes que tenia
Y otros particulares intereses,
No sin agravio de los que vinieron
A le favorecer en la jornada,
En confianza de que fundaria
Nuevos albergues do permaneciesen
Siendo señores de repartimientos,
Como lo suelen ser en estas partes
Aquellos que conquistan nuevas tierras.
Esta sospecha pues tuvo principio
De ver la dilacion y la tibieza
De un razonamiento que les hizo,
Cuya substancia fué la que se sigue:
«Carísimos amigos, claramente
Conoceis el engaño del viaje,
Pues todo lo hallamos diferente
De lo que dijo bárbaro lenguaje:
Paréceme ser cosa conveniente
Buscar invernadero y estalaje,
Pues seco tiempo no será bastante
Para poder pasar mas adelante.
» Estamos al remate del verano,
Cuando preparan ranchos y cabañas
Los que se temen del rigor cercano
De las molestas y lluviosas sañas;
Y ansí no tengo por parecer sano
Meternos de presente por montañas,
Aunque mas ricas y pobladas sean,
Pues ternemos sazon en que se vean.
» Salidos del compás de la zavana
Los caballos y yeguas y el vacuno,
Si se dice verdad, es cosa llana
Quel pasto que ternán será ninguno,
Y ayunará la gente castellana
Si le hacen á él estar ayuno,
Por ser como sabeis en los estremos
El principal recurso que tenemos.
»Hallareis otros mil inconvenientes
Los que ya conoceis las travesuras
Destas inmites y mudables gentes
Que no pierden las buenas coyunturas;
Y ansí con los amigos mas patentes
Las espaldas dejamos mal seguras,
Pues cuando muestran mas quieto pecho
Es para perpetrar algun mal hecho.
»Y con quien tiene tan ruines dejos,
Como sabemos ya por esperiencia,
No tengo por seguro que á lo lejos
Determinemos de hacer absencia,
Antes en puestos que les son anejos
Conviene que hagamos asistencia,
Pues cuanto mas cercanos á su planta
Tanto mas su braveza se quebranta.
»Mas aunque nos detengan los rigores
Del agua, no estaremos tan quietos
Que no vayan en tanto corredores
A descubrir sus casas y secretos,
Y vean qué lugares son mejores
Para poner en obra los concetos:
Mi parecer es este de presente,
Salva la correccion del que mas siente.»
Dijo, y á los de sanas voluntades
Parecieron razones concluyentes,
Y que su discursion y raciocinio
Era debajo de comun provecho;
Y ansí muchos dijeron que la traza
Que daba para todos era buena,
Mas los del nuevo reino de Granada
Confirmáronse mas en la sospecha,
Y ser todas aquellas dilaciones
A fin de no poblar, y que tiraba
A sus particulares intereses:
Aquesto murmuraban muchos dellos;
Mas Francisco de Ospina cuerdamente
Por todos respondió desta manera:
« Señor, no me parecen mal fundadas
Las razones de vuestro parlamento,
Y basta para ser verificadas
Ser orden de tan buen entendimiento;
Pero las cosas bien examinadas
Se hacen con mayor acertamiento,
Por no ser tan cabal mortal aviso,
Que tenga siempre parecer preciso.
» No quiero reprobar parecer vuestro,
Porque me consta ser bien acordado
Buscar invernadero como diestro,
Antes que llegue tiempo destemplado;
Mas este sea para siempre nuestro
Y por su Majestad pueblo fundado,
Con diligencias fijas y bastantes,
Segun piden negocios semejantes.
»Porque con este mismo pensamiento
Dejamos nuestras casas y sosiego,
Y vos manifestastes tal intento
Al tiempo que cumplimos vuestro ruego;
No siento ni lo hay impedimento
Para que lo dejeis de hacer luego:

Haceldo; cumplireis con vuestro oficio,
Y á Dios y al rey hareis muy gran servicio.
» Todos lo piden, nadie lo defiende;
Hay de por medio buenas ocasiones,
Y es la principal cosa que pretende
Don Alvaro, que dió las comisiones;
Si alguno con sospechas os ofende,
Con esto se deshacen opiniones,
Pues verán que la suya fué siniestra,
Y quedará sin mácula la vuestra.
» Vuestra merced por tanto se declare
Y sin perplejidad nos encamine
A la resolucion que mas cuadrare,
Para que cada cual se determine;
Porque si de la nuestra discrepare,
Yo me quiero volver por donde vine
A mi reposo y á mi residencia,
Y desde luego pido la licencia.»
Dijo, y aunque se tuvo cumplimiento
Por el Gaspar de Rodas con Ospina,
No fué tan á su gusto que viniese
A declararse como se pedia;
Y así sobre volver á sus haciendas
Y al nuevo reino hizo tal instancia,
Que se le concedió libre licencia
Con veinte de los mas aventajados
A le hacer escolta, hasta tanto
Que lo dejasen ya fuera de riesgo.
Y así se despidió de sus amigos
Con íntimo dolor de todos ellos
Y desconsuelo general del campo,
Por ser varon á todos agradable
Y de tal condicion que nunca supo
Negar favor á quien se lo pedia
Ni para hacer bien cerrar la mano.
Y desta causa cada cual hablaba
Contra Gaspar de Rodas, el cual viendo
Quedar toda la gente desabrida,
Por deshacer vanílocos concilios
Mandó que luego salga Juan Velasco,
Gran carillo del Francisco de Ospina,
Con cuarenta soldados diligentes
A descubrir el gran rio de Cauca,
Do cae la provincia de nutaves,
Bravísima nacion y rica de oro;
Ansimismo mandó por otra parte
Que saliese con veinte compañeros
Pero Fernandez de Rivadeneyra,
Gallego valeroso y esforzado
Y del Ospina no menos amigo,
A descubrir el gran valle de Teco,
Y él se quedó con los mas impedidos
Y menos sospechosos en el campo,
Con lo cual como capitán prudente
Desbarató nublosas confusiones
De los que miden sin hacer discurso
La justicia y razon por sus antojos.
Dejando pues al Francisco de Ospina
En tierra que constaba ser segura,
Aquellos veinte que le fueron dados
Para seguridad de su persona
Al campo se volvieron con gran priesa,
Por la que se les daba por los indios,
Que fueron salteados á la vuelta:
Para satisfacion de su trabajo,
Y por sus buenas mañas y destreza,
Llegaron con salud y con ganancia.
Y el Francisco de Ospina ya llegado
Con otros á la villa de Antioquía,
Al gobernador hizo mensajero
Dándole cuenta de lo sucedido,
Y cómo fué su gasto sin provecho,
Porque Gaspar de Rodas atendia
A lo que le tocaba solamente,
Y que reconocido su diseño
Determinó volverse de menguante.
Lo cual sonó muy mal á los oidos
De su gobernador, y con enojo
Acordó revocalle los poderes
Y dallos á su hermano don Alonso,
Segun declararemos adelante
A tiempo que convenga, pues agora
Será justo volver á los que fueron
A descubrir las gentes de nutaves,
Y valle donde fué Rivadeneyra.

CANTO SETIMO.

Donde se da relacion de lo sucedido á Juan Velasco y á Pedro Fernandez Rivadeneyra, en la provincia de los nutaves y valle de Teco.

De cuánto precio sea la templanza
Medida y regulada con prudencia
Para quietar alborotados pechos
Cuando de la razon pierden las riendas,
Bien se manifestó, segun dijimos,
En el orden que dió Gaspar de Rodas,
Pues con los ocupar en honorosos
Cargos, y dividillos en dos partes
Con gente de quien él se confiaba,
Cesaron confusiones arrojadas
A mas encanceradas pesadumbres.
Y así los dos caudillos que la parte
Seguian del Ospina, convencidos
Del cortesano término que tuvo
El general haciendo confianza
De sus personas en aquel viaje,
Con ánimos quietos y obedientes
Siguió cada cual dellos su derrota.
Y el Juan Velasco, por aquel paraje
De montañas do viven los nutaves,
Prosiguió su camino hasta tanto
Que vió las aguas del potente rio
De Cauca y una puente de bejucos
A la cual le llamaban los antiguos
Españoles la puente de Aberunco,
Asaz nombrada, pero los modernos
Puente de Neguerí, por un cacique
Guerrero que después allí vivia,
Le llaman de presente: desde donde
En la contraria banda descubrieron
Ameno valle de zavanas rasas
Por una y otra parte bien poblado,
Y cuyas apariencias eran tales
Que deleitaban los humanos ojos,
Deseosos de ya ver tierra clara;
Porque los territorios circunstantes
Por una y otra parte son montañas,
Aunque pobladas y de gente rica,
Por razon de las minas que poseen,
Que son en gran manera caudalosas.
Al raso pues adonde dieron vista
Le llamaron el valle de la Vieja,
Por una que prendieron en la puente,
Mujer negociadora que tractaba
Por aquella comarca como muchas
Viudas allí tienen de costumbre;
Mas, en aquel viaje, de sus tractos
Otros arrebataron la ganancia
Quitándole preseas que valian
Arriba de mil pesos de buen oro,
Y si por cambio dellos algo dieron
Sería bofetones el retorno,
Porque les diese largas relaciones
De lo que la provincia contenia,
Y ella les declaró por cosa cierta
Ser su prosperidad engrandecida,
Pero los moradores belicosos
Y prestos siempre para su defensa.
Lo cual se mostró bien, pues en sabiendo
Venir en su demanda los barbudos,
Cargó tal multitud sobre los pocos,
Que de comun acuerdo concertaron
Irse con buen aviso retrayendo
Al castellano campo (donde dieron
Enteras relaciones de lo visto)
Dentro del tiempo que les señalaron,
Lo cual Rivadeneyra nunca hizo,
Porque tomó mas dias de demora
De los que se le dieron limitados,
De donde resultó quél y los suyos
Corriesen grande riesgo de la vida
Habiéndoles cabido buena suerte

A los principios, sin temer zozobra,
A causa de que entraron en el valle
A hora que los ojos ocupaba
Nocturna quietud y blando sueño;
Y ansí prendieron gran copia de gente,
Y al principal cacique de la tierra
Con todas las preseas y caudales
Que tienen hombres ricos, sin sospecha
De ser acometidos y asaltados;
Mas no supo gozar desta ventura
Por esperar á la tener mas llena
Rogado del cacique, que le dijo:
«No cumple, capitán, tan brevemente
Hacer esta mudanza ni desvío,
Si quieres buen rescate desta gente
Y salir de miseria con el mio,
Porque lo daré tal que te contente,
Y demás desto todo buen avío,
Como dos ó tres dias mas esperes
Para llevar el oro que quisieres.
» Ya saben cómo estoy aprisionado
Mis amigos, mis deudos y herederos,
De los cuales estoy bien confiado
Que vernán ellos ó sus mensajeros
A dar dentro del tiempo señalado
Por mi rescate copia de dineros;
Y á trueco de llevar mayor ganancia,
Dos dias mas es breve la distancia.»
Esto dijo debajo de cautela
Aquel astuto bárbaro, y el otro
Vencido de cudicia, comun lazo
En que caen los hijos deste siglo,
Creyó la falsedad del enemigo,
De quien aun la verdad es sospechosa,
Pues es de presumir cuando la dice
Ser para dar sazon á sus engaños;
Y ansí llegada ya la madrugada
Del dia que esperaban la riqueza,
Acometióles tempestad horrible
De flechas, piedras, dardos y macanas,
Y tan apresurado torbellino
Como viento tifónico revuelve
Cuando con mas furor se precipita
Y de sus soplos fuertes impelidas
Las cosas ponderosas van volando:
De tal manera que los españoles
Fueron de sus asientos removidos,
Atentos todos ellos solamente
A las seguridades de sus vidas,
Sin dárseles lugar á que retengan
La presa de captivos ni despojos,
Antes en momentánea distancia
Fueron desposeidos, y aun dejaron
Algunas cosas mas quellos traian,
Juzgando por grandísima ventura
Escapar con las armas en las manos,
Con cuyos presurosos golpes hienden
Cabezas y andan miembros palpitando
De los que quieren mas aventajarse
En aquel furioso rompimiento.
Adonde sin temor de las respuestas
A dura resistencia se abalanzan,
Mas no sin el castigo sanguinoso
Que sacan los que llegan á las manos,
Que no quieren atarse ni rendirse
A la dispusicion de las contrarias;
Porque con los aceros afilados
Y violentas pfulas de plomo
A muchos entregaban á la muerte,
Y á los demás templaban el orgullo
Para que no llegasen tan sin freno
A los que caminaban retrogrados
A su campo, mas no tan libremente
Que no les fuesen siempre dando caza,
Sin que cesasen de una y otra parte
Los jáculos y tiros salitrosos,
Y sin que con obscuro ni con claro
Les diesen un momento de reposo,
Hasta llegar cercanos al asiento
Adonde el general los esperaba.
Cuyos oidos como percibiesen
El estampida de los arcabuces,
Reconoció la quiebra que traian
Y despachó socorro de soldados
Que llegaron á buena coyuntura
A los que deseaban el presidio,
Porque demás de que venian faltos
De municiones para defenderse,
Estaban muchos dellos mal heridos,
Y mas el capitán Rivadeneyra,
A quien en las horrísonas refriegas
Dieron cinco flechazos peligrosos,
Y todos se juzgaban por perdidos
A no llegar la gente de refresco;
Pero con su favor fué rebatido
El bárbaro tumulto brevemente,
Y sanos y heridos españoles
Llegaron á su campo, donde fueron
Con la posible cura reparados,
Cortándoles las carnes lastimadas,
Y con ardientes hierros las heridas
Quemadas fuertemente, porque pierda
El veneno mortífero la fuerza,
Por ser de los antídotos aqueste
El que se tiene por mas eficace.
Luego Gaspar de Rodas, viendo flaco
Recurso de comida en Itüango,
Y comenzar las aguas del invierno,
Determinó, por ser mas proveida,
Volver á la provincia de Norisco;
Y ansí para buscar gente de carga
Salió por capitán Andrés de Soria
Con treinta compañeros bien armados,
El cual en breve tiempo trajo mucha
Gente de los confines de Agrazava.
Y este cacique, como no pudiese
Quitar la presa por salirse fuera
El Soria brevemente con el salto,
Vino de paz con otros principales,
Y al general le dió copia de oro,
Ansí por amistad y vasallaje
Como por redempcion de sus captivos
Que llevaron las cargas á Norisco;
Donde hasta pasar el hiemal curso
Tuvieron sitio bien acomodado,
De cosas necesarias proveido
A las espensas de Tacujurango.
Salió luego Pineda con cincuenta
Soldados animosos al castigo
De Teco, por aquel atrevimiento
Que tuvieron y queda declarado;
Y como fueron bien apercebidos
Y en ajenas cabezas avisados,
Tomaron á su gusto la vengauza
Sin que bárbara mano les ofenda
Ni pueda resistir á la cristiana.
La cual, después de Teco castigado,
Rompió por la provincia de Cüisco
Y por Araque y valle de Tüingo,
Que las corrientes del Cenú visitan
Y hacen rico con dorados granos,
Cuyas impetüosas aguas vienen
De Carauta, Itüango, Ceracuna,
Y guian con aumento su carrera
Por Guacuceco, Nitaná, Pubío,
Pebere y otras tierras montüosas
De naciones crüeles indomables
Y de riqueza que es inestimable
Por los veneros prósperos que tiene
El húmido compás destas montañas.
Cuyos secretos deseaban todos
Hacer deste viaje manifiestos;
Y ansí, sin atender al limitado
Tiempo que se les dió para la vuelta,
Preguntaron á indios de Tüingo
Cuáles provincias eran mas pujantes
En oro y en vecinos, de las cuales
Pudiese resultalles mas provecho,
Porque les dejarán sus casas libres
Y luego partirán en su demanda:
Los indios, ó por ser sus enemigos
Los que vivian á los nacimientos
Del rio del Cenú conmemorado,
O por enemistad continüada

Que tienen á las gentes españolas,
Callaron la verdad, diciendo: «Pobres
Son todas las provincias adyacentes
A las marinas ondas y riberas;
Mas á las cabezadas deste rio
Hallareis poblaciones opulentas,
Y gozareis de próspera ventura;
Que tal es la que tienen sus vecinos
En quietud y ocio, porque nunca
Allí llegaron gentes estranjeras
Que sus ricos caudales disminuyan.»
Fueron aquestas nuevas apacibles
A nuestros españoles, y dejando
Abajo lo que mas les convenia,
Siguieron la derrota de Carauta,
Espacio de tres dias de camino
Por páramos y riscos levantados
De tierra frigidísima y helada,
Que la hacia mas intolerable
La pluviosa fuerza del invierno.
Hallaron buen abrigo, porque luego
Les salieron de paz los moradores,
Aposentándolos benignamente
Con todos los regalos y caricias
Que podia hacelles gente pobre;
Pero de los soldados por ventura
Algunos indios fueron agraviados,
Pues que por un atajo no sabido
De nuestros españoles, que pensaban
Estar prolijas leguas de su campo,
Fueron al general á dar querellas
Contra los que hicieron el agravio;
Y por Gaspar de Rodas entendida
La razon y la parte donde estaban,
Después de halagar los querellantes,
Despachólos con cartas, por las cuales
Al Pineda mandaba que se vuelva,
Y á los demás que no le reconozcan
Por capitan, ni pasen adelante,
Sino que luego, pues están cercanos,
Procuren de venir á su presencia.
Abreviaron los indios el camino
Y dan las cartas á los descuidados
De recebillas, donde presumian
No poderse tener noticia dellos;
Pero sin rehusar el cumplimiento
De lo que les mandaba, se partieron
Por el camino breve que los indios
Usaban en los tractos de Norisco,
En aquel tiempo via peligrosa,
A causa de pasar por un altura
De tierra rasa, fria, despoblada,
Que páramo llamamos comunmente,
Do corren insufribles ventisqueros,
Imbríferos y tales que traspasan
Sus pluviosos soplos las entrañas,
De donde resultó quedarse yertos
Y sin vital calor doce sirvientes,
Y á dos ó tres soldados cuya ropa
Era de poco tomo, por librallos
Del áspero rigor del viento y agua,
Los fueron a gran priesa varcando
Para les dar calor, por ser remedio
En tal necesidad con que se escapan
Algunos deste gélido rocío.
Al fin saliendo desta destemplanza
Llegaron á Norisco, temple grato,
Donde del general y los amigos
Fueron reprehendidos por el yerro
De no seguir el curso de las aguas
Del rio del Cenú por él abajo,
Cuya noticia que tenian antes
Les prometia prósperos despojos.
Mas no faltó quien por tentar la suerte,
Del yerro recibió contentamiento:
Este fué Juan Velasco, deseando
Hacer aquel viaje, y ansí pide
Con gran instancia se le dé licencia,
La cual le concedió Gaspar de Rodas,
Con orden que no fuese la tardanza
En dar la vuelta mas de treinta dias.
Partió pues Juan Velasco con cuarenta
Destrísimos soldados y animosos,
Los cuales ya llegados á la parte
Donde Pineda tuvo ranchería,
Bajaron por orillas de aquel rio,
Y en menos de dos dias de jornada
Descubren generosas poblaciones
Que se continuaban por espacio
De mas de veinte leguas, tierra fértil,
De saludables aires y apacible
Ampollada de cerros sin montañas,
Sino zavanas llenas de culturas.
Dieron en los primeros moradores,
Incautos, sin sospechas deste daño,
Adonde recogieron manos prestas
Chagualas y otras joyas de oro fino,
Y demás desto cuantidad de ropa
De tela de algodon y otras presecas
Preciadas entre bárbaro gentío,
De maíz casas llenas, y cecinas
De puercos, jabalíes y venados,
Abundancia de sal y de pescado,
Diversas fructas y regalos otros
Que producen las tierras abundantes;
Y con aqueste cebo procedieron
Por esta poblacion continuada
Dos ó tres dias mas, y como viesen
Quedar a las espaldas mucha gente,
Antes que se convoquen los vecinos
Derramados en varias granjerías
En aquella sazon, determinaron
De se volver con esta rica presa
Al castellano campo, donde fueron
Con aplauso solemne recebidos,
Ansí por los despojos que traian
Como por la razon que se les daba
De lo que la provincia prometia,
A la cual unos y otros anhelaban;
Y ansí Gaspar de Rodas pidió votos
Para fundar ciudad en Itúango
En parte convenible, y en asiento
Cuya comodidad correspondiese
A lo lejano y á lo mas vecino;
Y de conformidad de todos ellos
Escogieron el sitio que diremos
En el octavo canto que prometo.

CANTO OCTAVO.

Donde se tracta de la fundacion de la ciudad llamada San Joan de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Álvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Caravajal, para que le sucediese en el cargo.

Al tiempo que por propio movimiento
Apolo visitaba la doncella
Con sus dorados rayos influyendo
Secas operaciones con templanza,
Y en estos hemisferios comenzaban
Los apacibles dias del verano,
Gaspar de Rodas con sus españoles
Salió de la provincia de Norisco
Y en Itúango puso sus banderas;
Donde después de tantear la tierra
Y aquellos términos que pretendia
Hacer anejos á la nueva planta,
Parecióle ser sitio conveniente
La parte que llamaban Paramillo,
Que distaba dos leguas poco menos
Del rapidísimo rio de Cauca,
Y allí fundó ciudad en obediencia
Del máximo monarca don Filipo,
Con nombramiento de San Juan de Rodas,
Porque el del fundador fuese notorio
A la posteridad en aquel suelo:
Lo cual fué por el año de setenta,
A diez dias andados de setiembre.
Nombrado pues cabildo y regimiento
Y hechas las comunes diligencias,
Con dia, mes y año, segun suelen
Hacerse semejantes fundaciones,
Revolvió sobre Pequi é Ibijico,

Provincias mas cercanas de Antioquia,
Para mas subyectar los moradores
Y dalles á entender cómo tenian
De dar el vasallaje y obediencia
Al prepotente rey de las Españas,
Y acudir con demoras y tributos
A quien por él les fuese señalado;
Y cuando lo de Pequí visitaba
Con el intento que tenemos dicho,
Recibió cartas de los de Antioquia,
Por las cuales avisan que venia
Para tomalle cuenta de lo hecho
El don Alonso, como ya tractamos
En las quejas de Francisco de Ospina:
Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,
Volvióse con la gente que tenia
Al nuevo pueblo que dejó fundado,
Y repartió la tierra por soldados,
Segun lo que juzgó de cada uno,
No tan á gusto de conquistadores
Que no dejase muchos descontentos,
Por ser cosa comun en tierras nuevas
El querer cada cual ser preferido,
Y es imposible que el humano seso
Vaya tan regulado y advertido
Que se pueda medir con el de todos
En cosas de interese, mayormente
Cuando de pundonor llevan mistura.
Aumentóse también aqueste odio,
Porque las suertes y repartimientos
De Pequí é Ibijico no se dieron
A los del pueblo de San Juan de Rodas,
Antes á Santafé las adjudica,
Tomando para sí lo mas granado,
Porque segun parece fueron antes
A los vecinos della repartidos.
Puestas en estos términos las cosas
Que por su voluntad se disponian,
El Rodas se partió para su casa,
Dejando su poder á Juan Velasco
De justicia mayor y de teniente,
Con orden que dejasen aquel sitio
Y en el valle de Teco se plantase
El nuevo pueblo con el mismo nombre,
Porque le pareció ser mejor puesto
Para su duracion y permanencia,
Y ser el sitio donde fundó pueblo
Años antes el don Pedro de Heredia,
Que duró poco, como queda dicho
En lo que se trató de Maritúe,
Del cual salieron pocos con la vida,
Y entrellos el buen padre Juan de Frias.
Allí pues se mudó con descontento
De muchos que con estas pesadumbres
Determinaron de hacer absencia,
Hurtándose por via fugitiva
E yéndose la vuelta de Antioquía;
De donde resultó que los de Pequí
Matasen al pasar por su provincia
Algunos españoles principales,
Que tales fueron un Gonzalo Verde
Y Alonso Maldonado, dos soldados
Indignos de remate tan acerbo;
Pero Gaspar de Rodas llegó salvo
A Santafé, do fué bien recebido
De todos sus amigos y vecinos,
Quejoso de don Alvaro, diciendo
Que en pago de servicios señalados
El cargo le remueve y enviaba
Juez que le tomase residencia;
Mas aquesta cesó, porque le vino
Entonces al don Alvaro la suya,
Y habia para gobernar la tierra
Llegado don Hierónimo de Silva,
Y en la misma sazon y coyuntura
El Andres de Valdivia, de la corte,
Con el gobierno dentre los dos rios;
El cual, como ya queda declarado,
Siendo por Lucas de Avila movido
Y á sus espensas proprias aviado,
A costa de quien dél se confiaba,
Trajo gobernacion ya desmembrada
De la de Popayán, como la vemos.
Fué su llegada pues mes de febrero
Y por el año de setenta y uno
A Santafé, la villa de Antioquia,
Adonde presentó las provisiones
Que por su Majestad le fueron dadas;
Y aunque las condiciones declaraban
Que no cayesen en gobierno suyo
Los lugares poblados de españoles
Ni de los bárbaros pacificados,
De tanta fuerza fueron sus astucias,
Caricias y promesas á vecinos,
Que lo reconocieron en la villa
Por su gobernador, y los del pueblo
Recién fundado de San Juan de Rodas,
Sobre lo cual después ovo litigio
Entrél y don Hierónimo de Silva
En la real audiencia deste reino,
Que no fué por entonces difinido,
Porque luego Valdivia, con deseo
De conservar la gente que quedaba
En aquel pueblo de San Juan de Rodas,
Y en trance peligroso, por ser pocos
Para se defender de las provincias
Que estaban alteradas nuevamente
Con menoscabo de los españoles,
En Juan Velasco hizo nombramiento
De justicia mayor, y envió gente,
Ganados, municiones y pertrechos,
Entre tanto que con mas aparato
Entraba su persona por la tierra,
Con lo cual se animaron y salieron
A castigar á Pequi, do mas daño
Con simulada paz hablan hecho;
Y ansí los españoles con silencio
Nocturno dieron en los delincuentes,
En los cuales tomó cristiano marte
Venganzas á medida del deseo:
Prendieron al cacique, y un mancebo
Gallardo y animoso, fué de siete
Soldados en un patio rodeado,
El cual con la macana ponderosa
Con tal brio y valor se defendia
Que espíritu maligno no pudiera
Poner en tal aprieto tantos buenos:
Espadas rebatia, y en pedazos
Hace volar escudos y rodelas,
Lastima y abuyenta, hace plaza
Como si con ancipite montante
Diego García de Paredes fuera;
Los nuestros, ya confusos y corridos,
Por una y otra parte perseveran
Los unos y los otros, hasta tanto
Quel joven orgulloso fué rendido;
Y aquellos españoles, con la saña
Y enojo que tenian de que un indio
Ansí los ojease con sus golpes
Y á muchos lastimase con el palo
Por pechos, por espaldas y cabeza,
Le dan inumerables cuchilladas,
Y con agudas y aceradas puntas
Espesas estocadas á porfía,
Pero ninguna hizo mas efecto
Que plumas derramadas por el viento,
Tanto que muchos dellos sospechaban
Que debia de ser algun demonio;
Y como tanto hierro no fué parte,
Tentáronlo matar por otra via,
Queriéndolo empalar, y Alonso de Arce,
De quien memoria hice muchas veces,
De compasion movido por ventura,
Por no ver espectáculo tan duro, dijo:
«Señores, es trabajo vano
Aquesa diligencia que se intenta,
Pues no puede perder este pagano
La vida por herida violenta:
Miradle bien las rayas de la mano
Los que con ciromancia teneis cuenta,
Y vereis que bañó miembros viriles
En las estigias ondas como Aquiles.
»Y pues que fué por Tetis encantado
De tal manera que la punta dura

De tanto puñal lucio y afilado
En él no hizo mella ni rotura,
Disponga dél su favorable hado,
Y vàyase con Dios y su ventura:
Terná bien que contar del captiverio,
Y nosotros también deste misterio.»
Esto dijo con buenas intenciones,
Mas contra ellas Gavilán discanta,
Diciéndole: «También hay opiniones
Quel gran Aquiles no mojó la planta,
Y ansí no bañaria los talones
Este, ya que bañase la garganta,
Y allí conviene que hagamos prueba,
Porque con tanto brio no se mueva.»
Al fin se le cortaron los garrones
Y orejas, porque fuese conocido;
Y si de doce meses à esta parte
No es muerto, todavía permanece
A nuestra fe cristiana convertido.
Con aquesto de Pequi se salieron
Y se volvieron à San Juan de Rodas,
Adonde consumieron hartos meses
En guerras de los indios comarcanos,
Hasta tenellos un poco quïetos;
Mas ellos no por esto se quïetan,
Antes como quedase Juan Velasco
Con grandes aficiones á las tierras
Confines al Cenú, que descubrieron
Cuando por las riberas de aquel rio
Bajó con los cuarenta compañeros,
Determinó volver con menos gente
Por no dejar el pueblo sin recado,
Y ansí bajó con treinta solamente,
Hombres de quien podia bien fiarse,
En trances arriscados y en consejo,
Con seis caballos y otros tantos perros,
Cuyas entrañas impias estaban
En las de gente bárbara cebadas,
Y acostumbrados á los rompimientos,
Donde suelen hacer mortal estrago,
En tanto grado que sulfúrea bala
Ni jara despedida de ballesta,
Entre los indios no se teme tanto,
Aunque necesidad suele mostralles
En repentino salto la defensa,
Que es dalle cebo con siniestro brazo
Y descargar el diestro con la maza,
Desmenuzando cascos y quijadas
Del incauto lebrel que sin reguardo
Fajó con el gandul apercebido,
Y ansí queda por cebo hartas veces
De aquellos en quien él suele cebarse.
Llegaron pues los treinta compañeros
Con estas prevenciones á las tierras
De Cüisco y Araque y Guacucevo,
Donde los naturales con fingida
Y simulada paz los recibieron,
Y donde con los dones ordinarios
Tuvieron generoso cumplimiento;
Pero las muestras iban aforradas
En falsas y dañadas intenciones,
Encaminadas á les dar la muerte,
Para lo cual se fueron convocando
Todos los principales de la tierra;
Mas la fiel Inés, india ladina,
Criada de Alvar Sanchez, un soldado,
Intérprete cabal de aquella lengua,
Con otras desta tierra conversando,
Coligió por preñeces de palabras
Haber algunos pérfidos conciertos,
Y en la prosecucion de sus preguntas
Enteramente fué certificada
Del número de gente que venia,
El dia del conflicto y en la parte
Que la bárbara turba se congrega:
De todo lo cual fué por esta moza
Su señor Alvar Sanchez avisado,
Y este soldado, como bien rompido
Y destas amistades sospechoso,
A los demás habló desta manera:
«Señores, nunca tuve buen concepto
De la mucha llaneza desta gente,
Ni lo debe tener quien es discreto
En venir à la paz tan fácilmente,
Siendo cualquiera dellos inquieto,
De soberbia cerviz y dura frente;
Y esta sospecha mia corrobora
Lo que quiero decir y oireis agora.
»Tengo noticia, no por fantasías,
Sino por verdaderas relaciones,
Que de todas aquestas serranías
Se van juntando bravos escuadrones:
Y los que nos regalan son espías
Que nos descuidan con sus ilusiones
Y aparencias de llanos pensamientos
Para mejor salir con sus intentos.
»Y si quereis en juegos semejantes
Ganar la mano, que es lo mas seguro,
Podeis muy bien, si dais en ellos antes,
Que por su parte llegue trance duro;
Pues para lo hacer somos bastantes
Si les acometemos con obscuro,
Mayormente que hoy desta cautela
Ningun bárbaro dellos se recela.»
Este parecer fué del Alvar Sanchez,
Y à todos pareció consejo sano,
Porque demás de ser el mas seguro,
Ranchearan allí ricos despojos,
De que los indios tienen abundancia,
Por ser inestimable la riqueza
De que gozan aquellos naturales;
Mas Juan Velasco, como pretendia
Ganar fama y honor por ser primero
Que hacia de paz estas provincias,
Tuvo por cosa desproporcionada
Pagar las buenas obras recebidas
Y beneficios con alevosía;
Y ansí contradiciendo sus razones,
Les dijo: «Caballeros, cosa fea
Seria para gente tan cristiana
Perturbar con escesos de pelea
La paz que se nos da de buena gana;
Demás desto, no cumple que se crea
Cualquier susurro ni hablilla vana,
Pues muchas veces salen los efetos
Contrarios de sospechas y concetos.
»Error es que por cierto se celebre
Cuanto suele herirnos el oido;
Y aunque sea verdad que de tal fiebre
Bárbaro morador esté herido,
Por parte de nosotros no se quiebre
La paz que les habemos prometido,
Pues mas tenido es a no rompella
Quien mas conocimiento tiene della.
»A la guerra veníamos volando,
Y en ella se hiciera gran instancia,
Si no halláramos hospicio blando
Y à gusto del deseo la ganancia;
Tenemos, si se fueren maleando,
Los mismos brios, armas y substancia:
Lo que entonces pusiéramos por obra
Haremos si llegare la zozobra.
»Pero seríanos muy mal contado
Si comenzamos antes que comiencen,
Por habernos à todos regalado
Con obras que los buenos se convencen;
De nuestra parte no se les ha dado
Ocasion para que se desvergüencen:
Solo resta vivir con vigilancia,
Y que nos mejoremos en estancia.
»Bajémonos al valle de Nitana,
Pues dista de nosotros poco trecho:
Gozaremos allí de tierra llana
Y ternemos lugar mas á provecho;
Si vinieren, quizá vernán por lana
Y volverán pesantes de su hecho:
Aquesto me parece que se ordene,
Y allá veremos lo que mas conviene.»
Aquesto dicho, convocó los indios
Del pueblo donde estaban alojados;
Y con intérprete que declaraba
En idioma dellos sus palabras,
Gran rato les estuvo predicando,
Dándoles á entender que son vasallos

Del gran Filipo, rey de las Españas,
Universal señor del Mundo-Nuevo
Y de otros muchos reinos y provincias,
El cual, como católico cristiano,
Con ardiente deseo de que todos
Se salven y ninguno se condene,
A ellos les mandó venir agora
A les mostrar certísimo camino
Por do puedan subir á las alturas
De Dios, donde los bienaventurados
Están gozando de perpetua gloria
Y gozarán sin fin, porque guardaron
La regla de sus santos mandamientos
Y conocieron ser un Dios inmenso,
Trino en personas y en esencia uno,
Y causa de ninguna dependiente,
Antes universal, de quien dependen
Todas las causas, y el autor que hizo
El cielo, tierra y mar y lo criado,
Y cuantas cosas vemos y no vemos,
Y el hombre para que gozase dellas,
Al cual hombre también hizo de nada,
Y dió capacidad y entendimiento
Y el albedrío libre, con que haga
Buenas ó malas obras libremente,
Pero quien mal hiciere con su pena,
Y aquel que bien obrare colocallo
En las eternas sillas de su gloria;
Y que en aqueste Dios omnipotente,
Que es sumamente sabio, justo, bueno,
Habian de creer y dalle siempre
Cánticos á su modo de alabanzas,
Servillo, bendecillo y adorallo,
Y no como lo hacen á las cosas
Que fabricaron ellos con sus manos,
Ni á sol, ni luna, signos ni planetas,
Rios ni fuentes, montes ni lagunas,
Pues eran todas estas criaturas
Que Dios habia hecho por el hombre,
Y todos bendecian y adoraban
Al mismo por quien ellas fueron hechas,
Que es el Dios en quien creen los cristianos,
Y que creyesen que esto que les dice
Era pura verdad, sin haber dolo
Ni mezcla de mentira ni patraña,
Porque lo principal de su venida
Es á los instrüir y sacar fuera
De las tinieblas ciegas de ignorancia,
Donde el demonio los tenia presos
Para llevar sus almas al infierno,
Lo cual conocerían claramente
Cuando viniesen otra vez á vellos
Y á declaralles esto mas despacio,
Porque agora no pueden detenerse
Por cumplilles pasar mas adelante.
Para lo cual rogaba que les diesen
Hombres que les llevasen el bagaje,
Y les encomendaba que tuviesen
La paz y el amistad inviolable,
Pues ellos ansimismo prometian
De selles para siempre favorables,
Y defender sus casas y sus tierras
De cuantos intentasen ofendellos.
Con esto concluyó su parlamento,
Pero los bárbaros, en sus inicuos
Intentos pertinaces y obstinados,
Por palabras humildes y aparencias
Fingidas, manifiestan ser muy bueno
Aquello que les dice y amonesta,
Y que lo cumplirán como lo manda;
Y ansí le dieron luego para carga
Ochenta robustísimos gandules,
Que cada cual llevaba su macana,
Costumbre suya cuando van cargados,
Para que la molestia del camino
Con el báculo sea menos grave,
Mas agora con otro fin se mueven,
Y era para valerse contra ellos
Cuando viesen sazon y coyuntura,
Segun que ya tenian acordado.
Partieron pues, y fueron caminando
Hasta cierta quebrada montüosa,
Donde los esperaban encubiertos
Mil y quinientos hombres bien armados,
Y al tiempo que pasaban sin sospecha
Del riguroso trance repentino
En avanguardia dieron los salvajes
Con ímpetu terrible y espantable:
Rompen los aires las horrendas voces;
Ocupan el camino los tostados,
Jáculos de veneno proveidos;
Este cae y aquel va traspasado,
Otros andan á brazos con la muerte
Y al cabo se despiden de la vida,
Porque quien de los unos se burtaba
Con el valor y fuerza de sus manos,
Mas adelante halla quien le roba
Espíritu vital y gallardía.
Como quien naufragó cerca de puerto
Dejando ya la nave sumergida
Do muchos perecieron, y él se vale
De sus robustos brazos, y nadando
Trabaja por llegar á la ribera
En busca de salud y de remedio,
Pero la mar de tumbo lo contrasta
Y lo detiene hasta que perece:
Ansí los mas mañosos y esforzados
Salidos de un recuentro hallan muchos
Donde se remató su valentía;
Cayó desta manera Fernan Sanchez,
Francisco de Moron, Andrés García,
Tocino, Cañas, Antonio Fernandez,
Fernando Ramos, Gavilán, Saboya
Y otros nueve soldados escelentes
Que cumplieron el número de quince,
Y los del batallon no fueron parte
Para tener los indios de las cargas,
Que cada cual huyó con su carguío
Llevándoles el oro rancheado
Con ropa de vestir quellos traian;
Y Juan Velasco, que la rectaguardia
Traia, como viese tanto daño
Y el desastrado fin que lo amenaza
Sí no hacia mas que lo posible,
Puso los ojos en el alto cielo
A Dios pidiendo fuerzas y socorro
Para poder salir desta presura,
Y recogidos los que vivos quedan
Con aquestas palabras los anima:
«Ea, señores, que si valentía,
Fuerza, valor, esfuerzo, buena maña
Quereis perficionar, hoy es el dia
Y el colmo de la mas alta hazaña:
Rompamos, que yo quiero ser la guia,
Y acordaos que sois hijos de España;
Tened de Dios enteras confianzas,
Y él prestará vigor á vuestras lanzas.»
Aun no bien acabó de decir esto,
Cuando con otros dos en los caballos
Que les quedaban vivos baten piernas
Pegados á las ancas los peones
Y sus ladinos indios de servicio,
Los unos á los otros reguardando,
Y siendo de los perros ayudados
Rompen por el opuesto remolino
De bárbaros astiles y macanas,
Con furiosa rabia traspasando
Robustísimos pechos de salvajes,
Hasta que ya tomaron la ribera
Cercana del Genú, donde hallaron
En las barrancas una casa yerma,
En la cual luego se hicieron fuertes
Y con los fulminosos arcabuces
Del áspero furor se defendieron,
Hasta que ya la noche sobrevino,
Y los indios con miedo de los perros
Durante la tiniebla se quedaron
Gran trecho de la casa desviados,
Pero velándolos, porque hacian
Cuenta que ya llegada la mañana
Con carne de la gente baptizada
Habian de hacer solemne fiesta;
Y ansí cierto cacique, que Tirrome
Era su nombramiento, desdeñando

Del Dios que les habia predicado,
Con otras amenazas le decia:
«¡Ah Velasco! ¿qué tal está tu seno
Y los de tus amigos y parientes?
Agora que de angustias estás lleno
Quiero con gran aviso parar mientes
Si tu Dios que predicas ser tan bueno
Te libra de mis manos y mis dientes:
Dile que te dé alas con que vueles,
Antes que desollemos vuestras pieles.
»Porque si no, mi dios se determina
Que tú con esos pocos compañeros
Desollados entreis en mi cocina
Para saborear nuestros gargueros,
Y satisfecha nuestra golosina
Manda henchir de paja vuestros cueros
Y que por vuestro dicho temerario
Estén colgados en su santuario.»
Al tiempo que estas duras amenazas
Percebian los pocos españoles,
Unos dellos estaban muy alerta
Velando, y otros dellos hacen balsas
De palos que sacaban del bubío
Para se dejar ir el agua abajo
Hasta llegar á parte mas segura;
Las cuales, como fuesen ordenadas
No sin apresurado movimiento
Y aquellas ligaduras no tan fuertes
Cuanto con quietud suelen trabarse,
Después de se embarcar amos y mozos
Dejando los caballos á sus anchos,
A poco trecho yendo navegando
Quebráronse las flacas ataduras,
Divídense los palos, y quedaron
Los unos y los otros en el agua:
Allí la confusion y la revuelta,
Dolor, temor, fatiga, desatiento,
Tragos amargos, afliccion, angustia,
Sordo rumor, sin nadie desmandarse
A levantar la voz, porque de fuera
La muerte de quien huyen esperaba,
Y dentro la tenian ya presente;
El agua que tomaron por amparo,
Esa los desarmó de todo punto
Llevando las pesadas á su centro,
Y escudos y rodelas arrebata
Encaminándolos tras de sus ondas,
Y el que por ellas sabe menearse
Procura de valerse de sus brazos
Para salir á tierra, mas dos dellos
En las profundidades se quedaron
Y algunas indias buenas juntamente.
Salieron los demás á la ribera
En agua y en angustias empapados,
Sin armas, sin comida, sin vestidos
E ya de todo bien desamparados;
Mas en el mismo punto se metieron
Por un espeso bosque, sin que nadie
Quiera mirar por otro ni lo espere,
Antes el que mas puede mas camina
La vuelta de su pueblo, que distaba
De aquestas poblaciones veinte leguas;
Y ansí llegaron en diversos dias,
Descalzos, desgarrados, consumidos
De hambre, de mosquitos, garrapatas,
Pero contentos en salir con vida
De trances tan pegados á la muerte:
Al fin allá quedaron diez y siete
Con mas de ochenta piezas de servicio,
Y la fiel Inés, de quien se dice
Que viva la partian en pedazos
Y hablando con ella la comian,
Con otros cinco de los españoles
Que vivos los cayeron en las manos,
Adonde se hicieron crüeldades
De ninguna nacion imaginadas;
Y aun no se contentó la fatal dea
Con dar al Juan Velasco tan mal golpe,
Pero con otro no menos acerbo
Está con gran furor amenazando,
Segun declararemos en el canto
O llanto de su muerte desastrada.

CANTO NOVENO.

En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron.

Cuando por movimientos de la tierra
El edificio queda mal parado,
Los prévidos y cautos moradores
Suelen con presurosa diligencia
Apuntalallo lo mejor que pueden,
Y tienen el aviso necesario
Para que no les coja descuidados;
Y ansí considerando Juan Velasco
Estar el suyo para dar en tierra
Si gran solicitud y vigilancia
Faltaba de por medio, por ser pocos
Los moradores dél, pues no pasaban
De treinta y dos varones de pelea,
Y mucha la pujanza de los indios
De quienes sospechaba que vernian
A dar algun asalto y alborada
Por saber que vinieron de vencida
Y muchos señalados hombres menos,
Y querrian tentar, viendo la suya,
Desarraigar aquella nueva planta,
El por la sustentar y estar á punto
Tenia las posibles prevenciones,
Pero faltábale mantenimiento,
Falta que los caciques mas cercanos
Suplian por temor mas que por gana;
Pero como después de aquella rota
Quedasen menos blandos que soberbios
Y no les acudiesen provisiones,
Vivian en grandísima penuria,
Y ansí determinó que parte dellos
Saliesen á buscar algun sustento,
Con orden que volviesen brevemente
Por quedar en gran riesgo los restantes;
Y otro dia después del que salieron
Estaban de concierto dos caciques,
Guacuce y Catiburí, con su gente
De dar en la ciudad y destruilla,
De que todos estaban ignorantes.
Salieron pues los quince por comida
Distancia de tres leguas, y hallaron
En un pueblo pequeño tanta copia
Cuanta bastaba para su deseo,
Sin hallar resistencia ni contraste,
Porque los moradores dél estaban
Con todos los demás de aquella junta
Prestos para salir en su demanda
A dar en los cristianos otro dia,
Y desta causa se quedaron solas
Las mujeres y niños en sus casas,
Las cuales como viesen españoles
Huyeron á los bosques mas cerrados;
Y estando con intento los cristianos
De reposar allí toda la noche
Porque llegaron algo fatigados,
Una de aquellas indias abscondidas,
Quizá de buen espíritu movida,
Se vino para ellos y les dijo:
«Y ¿qué haceis aquí, nacion cristiana,
Bien como si viniésedes á bodas,
Teniendo ya la muerte tan cercana
Al albedrío destas gentes todas?
Creed sin duda que darán mañana
En vuestro pueblo de San Juan de Rodas,
Y si no volveis hoy con piés livianos
Verneis unos y otros á sus manos.
»Caminad sin ningun detenimiento
Esto que resta de la luz del dia,
Y no pareis por el impedimento
Caliginoso de la noche fría;
Y para que veais que yo no miento
Me llevareis en vuestra compañía,
Porque quiero, por las cosas que he visto,
Tomar la santa fe de Jesucristo.»
Oidas las razones que creyeron

Ser ciertas por las muestras evidentes
Que vieron, y sospechas atrasadas,
Sin mas se detener un solo punto
Cargaron la comida recogida
En piezas y caballos á gran priesa,
Y con la misma fueron caminando
Con claro resplandor y con tiniebla
Sin que perdiesen tiempo, hasta tanto
Que cuando ya la noche demediaba
Se hallaron cercanos de sus casas:
Entraron arma dando por el pueblo,
Donde como velasen los mas dellos
Y estaban temerosos y avispados,
Los unos y los otros brevemente
Salieron á la plaza bien armados
Los caballeros todos y peones,
Y el capitán Velasco los dispuso
Al orden que mejor le parecia
Para poder valerse contra tanta
Muchedumbre de bárbaros, cursados
En guerras y borrascas tan continas;
A lo ménos los indios señalados
Fueron mil y quinientos sin la chusma,
Los cuales se venian acercando,
Segun de las señales coligian,
Por oler á humadas de tabaco,
Bijas y trementinas con que vienen
Untados cuando van á rompimiento;
Y no fueron allí de los antojos
Que dicen de quien bueyes ha perdido,
Pues salió con la luz el desengaño.
Porque cuando la lumbre del aurora
Venia descubriendo por oriente
Ahuyentando las tinieblas tristes,
Y á los escelsos montes restituye
Sus colores nativos y verdores,
Salió la tempestad embravecida
Con los impetüosos accidentes
Que suelen cuando van determinados
No tigre, no leon, no bestia fiera
Se mueve con denuedo tan terrible
Al tiempo que á la caza se abalanza
Para satisfacer vientre hambriento,
Cuanta fué la braveza y el orgullo
Que muestra la caterva carnicera
En el asalto duro y espantoso,
Con estruendo, rüido y alboroto
De horrísonas bocinas y cornetas,
De canillas, de brazos ó de piernas
De sus contrarios muertos en la guerra,
Apresurados sones de atambores
Y voces que confunden los oidos:
Entran volando flechas, duros dardos,
Y piedras de las hondas impelidas,
Picas en escuadron que perturbaban
A los caballos el entrar por ellos;
Y ansí los españoles por tres veces
Iban perdiendo tierra de la plaza,
Muchos de las espesas rociadas
De flechas y pedradas mal heridos.
En esta confusion atribulada,
Aquellos que tenian arcabuces
Derribaron algunos de las picas
Opuestas á los que iban á caballo,
Y hubo lugar por donde Juan Velasco
Y Leonel de Ovalle, que mil veces
Tentaron de rompellos y volvian
Al lugar do salian mal su grado,
Entraron en la fuerza mas entera,
Abriendo la carrera mas á gusto
Para poder valerse de las lanzas;
Acuden con espadas y rodelas
Pero Sanchez de Oviedo, varon fuerte,
Pero Fernandez de Rivadeneyra,
Juan Rüiz Ruvian, ambos gallegos,
Un Antonio Machado, lusitano,
Manüel Ruviales de Alcanchele
Y Juan García Sátiva, nacido
En las tierras del campo de Arañuelo;
Acompañólos Juan Alonso Rubio
Ansimismo siguiendo los caballos,
Aquellos con las lanzas penetrantes
Y estos con las espadas afiladas;
Hechos tan señalados van haciendo,
Que no parecen ser fuerzas humanas:
Rompen cabezas, descoyuntan miembro
Traspasan pechos, hombros desencasan,
En tal manera que la sangre corre
Por el compás del áspero conflicto,
Como nubes en agua ya resueltas
Que de los recios vientos sacudidas
Los sitios á que son correspondientes
Aniegan con la fuerza de sus gotas.
Acuden los restantes al triunfo,
Y declaróse mas con su venida,
Porque los bárbaros desordenados
De todo punto huyen, y volvieron
Mas de trescientos menos á sus casas,
Dejando de los nuestros con heridas
De yerba ponzoñosa diez ó doce,
Entrellos Juan Velasco, traspasado
Un brazo, y un flechazo por la cara,
Y el caballo de Leonel de Ovalle
Con siete, de los cuales uno pasa
Las fuertes armas de algodon colchadas,
Los bastos de la silla, la madera,
Sin que parase hasta las entrañas,
Quedando, no sin gran dolor del dueño,
Del resuello vital desamparado;
Otro le dieron á Rivadeneyra
Que entró por la nariz, y mas de palmo
De flecha le salió por el oreja.
Cantada la victoria, que podria
Canonizarse por maravillosa,
Socorren los heridos con la cura
Que hallan ser mejor contraveneno;
Mas en algunos fué la diligencia
Baldía, pues murieron tres ó cuatro,
Entrellos Juan Velasco su caudillo,
Valiente capitán y circunspecto,
Mancheño, natural de la Membrilla,
Por cuya desastrada muerte todos
Quedaron tristes y desconsolados;
Y como los negocios que entre manos
Tenian de la guerra comenzada
Eran de condicion que les cumplía
Tener grandes avisos y concierto,
So pena de perder allí las vidas,
Determinaron de nombrar cabeza
A quien prestasen todos obediencia,
Y en tal necesidad el orden diese
Que para su salud menester era;
Y ansí de voluntad de todos ellos
Salió nombrado Leonel de Ovalle,
Bastante para paz y para guerra,
El cual importunado de sus ruegos
El cuidado tomó sobre sus hombros,
Y vista la flaqueza que tenian
Para perseverar en aquel sitio
De gente tan guerrera rodeado,
Después de congregados los vecinos
Les dijo las palabras que se siguen:
«Señores, entended que donde quiera
A vuestra voluntad estoy rendido;
Pero, segun la mia, mas quisiera
Obedecer que ser obedecido,
Porque de mí conozco que cumpliera
Lo que por otro fuera proveido,
Pasando bien ó mal esta tormenta,
Sin que los yerros fueran á mi cuenta.
»Pero, pues os parece conveniblе
Seguir mis pareceres y mi traza,
Considerando bien aquel terrible
Furor con que esta gente nos da caza,
Digo que los que sois es imposible
Poderos sustentar en esta plaza;
Y antes que llegue nuevo torbellino
Será bueno ponernos en camino.
»Error es esperar otra refriega
En tierra de tan áspero montisco,
Porque si mas pujanza se congrega,
El pueblo todo llevan abarrisco;
Y ansí, para gozar de rasa vega,
Pasémonos al valle de Norisco,

Pues en aquel, demás de ser mas llano,
A Santafé tenemos mas á mano.»
A todos les cuadró lo que decía
Y luego lo pusieron en efecto,
Mas no pudieron tan secretamente
Que de los mas cercanos enemigos
No se supiese luego la partida;
Los cuales acudieron como lobos
Hambrientos á la presa que pretenden,
Y sin que reparasen un momento
Les fueron dando caza por aquellos
Caminos asperísimos que llevan,
Que hasta la provincia de Norisco
De siete leguas era la distancia.
Al fin les ocuparon ciertos pasos
Forzosos en aqueste su viaje
Los indios repartidos en tres partes,
Sin que dejasen senda ni portillo
Por adonde pudiesen deslizarse.
Están los afligidos españoles
Entre los unos y otros atirmados
Ya sin ningun recurso de comida
Llenos de angustias y desconfianza,
Y en un trabajo mas que miserable:
Un escuadron de bárbaros tenia
La contraria ribera de aquel rio
Que corre por el valle de Itüango,
Viaje de mas cómodo camino
A no tener aquel impedimento,
Azar terrible para su pasaje.
Estos serian hasta cuatrocientos
En una casa grande rancheados
A vista de los nuestros, y que siempre
Les daban grita con palabras feas,
Y denunciándoles infausta muerte.
El Leonel de Ovalle, conociendo
La desventura que los amenaza,
Y condoliéndose de las mujeres,
Muchachos y la chusma de sirvientes,
Que después del favor de Dios estaban
En sus industrias buenas confiados,
Batió las alas del entendimiento
Para ver si podia dar alcance
A traza que les fuese saludable
En trance de salud enajenado,
Y donde los ministros de la muerte
Iban en crecimiento por momentos.
Al fin en un intento resoluto,
Llamó quince soldados valerosos,
Que por corrientes de profundas aguas
Sabian menear piernas y brazos,
Y díjoles: «Allí teneis enfrente
Quien de lo que hará nos desengaña,
Y todos conoceis precisamente
Adónde llega su rabiosa saña;
En un riesgo tan claro y evidente
Es menester valor y buena maña,
Y que de nuestra parte se procure
Algo que nuestras vidas asegure.
» Y en esta confusion entristecida
Habemos de tentar alguna suerte,
La cual, si no saliere bien medida,
A lo menos es bien que se concierte,
Pues es para remedio de la vida,
Y no venir á desbonrada muerte;
La divina bondad su favor preste
Al orden que daré, que será este:
» Por selles este rio como muro,
Aquellos bárbaros duermen sin velas:
Podemos bien pasallo con obscuro
A nado, con espadas y rodelas;
Bajarnos hemos á lugar seguro
Hasta que se amortigüen sus candelas,
Señal del soporífero beleño,
Y entonces les daremos mortal sueño.»
Dudosos estuvieron muchos dellos
Por se poner en riesgo conocido;
Mas viendo ser mayor el que esperaban
Segun la gente que se congregaba
Para romper con ellos otro dia,
Dijeron selles útil el consejo,
Y á morir ó vivir les convenia
Hacerse prestos al dudoso hecho
Y ansí cuando las alas de la noche.
Cubrian y ocultaban los colores
De selvas y de prados con el suyo,
Y á visüal potencia perturbaban
Lentos y soporíferos dulzores,
El Leonel de Ovalle con los quince
Por presurosas aguas van nadando,
Llevando cada cual de leves palos
A modo de escalera cierta balsa,
Porque con menos riesgo y mas descanso
Llevasen las espadas y rodelas,
Con el cual adminículo seguros
Llegaron á poner los piés en tierra,
Y después de cobrar algun aliento
Hicieron oracion devotamente.
Partieron luego los determinados
Varones á su célebre hazaña
Con pasos atentados y movidos
Por las inteligencias del engaño,
Los corazones prontos, manos prestas,
Tentadas de rabioso rompimiento;
E ya cuando llegaron poco trecho
De la pajiza casa, vieron velas
Que segun pareció hacian guardia:
Altéranse los pechos, y el enojo
Crió nuevos alientos, y acometen
Con la velocidad que jerifalte
Se va precipitando tras la presa;
Los unos en las velas ensangrientan
Espadas afiladas, y los otros
Ocuparon la puerta de la casa.
Recuerdan al rüido los que duermen:
Corre la confusion y el alboroto,
Por una y otra parte murmurando
Un bullicioso son y descompuesto,
Como cuando de puercos muchedumbre,
En el nocturno tiempo, de algun tigre
Fueron en los corrales asaltados,
Que suenan los ronquidos presurosos,
Y de los dientes y colmillos duros
Las amenazadoras tenazadas:
Que tales parecian los estruendos
De los arcos, macanas y las lanzas,
Al tiempo que en el ciego sobresalto
Las unas se tocaban con las otras
Para salir al campo donde puedan
Valerse de sus manos y pertrechos.
Baldías diligencias y perdidas,
Pues entre tanto que unos españoles
Impiden la salida, dividiendo
Cabezas de los hombros, tres ó cuatro
Por diferentes partes ponen fuego:
Estiéndense las llamas presurosas,
De los ventosos soplos impelidas,
Y ansí sin escapar cosa viviente
Quedaron convertidos en carbones,
Y nuestros españoles victoriosos
Inmensas gracias dan al alto cielo.
Los cuales cuando por doradas puertas
Salian apolíneos yugales,
Y nocturno rocío relumbraba,
Herido de los rayos matutinos,
Dan orden como pasen sin peligro
El rio los restantes españoles
Y los imbeles niños y mujeres
Con toda la familia de servicio,
Sin que de los demás bárbaros, puestos
En otros pasos; fuesen contrastados,
Antes como supieron el suceso
Se volvieron confusos á sus casas.
Los nuestros prosiguieron su camino
Hasta llegar al valle de Norisco,
No sin deseo de le dar noticia
Al Andrés de Valdivia de sus daños;
Pero para hacer este recado
No se hallaba via ni remedio,
A causa de que ya toda la tierra
Estaba con rigor en armas puesta.
Mas como la veloce fama tiende
Por varias bocas acontecimientos,
Fuése de pueblo en pueblo rezumando

Aquel asalto de San Juan de Rodas,
Hasta venir á dar en los oidos
De los indios ladinos de Antioquia,
Donde Andrés de Valdivia recogia
Gente para llevar á su conquista;
Y siendo destas nuevas advertido,
Aunque no con mas llena certidumbre
De la que suele dar la mala nueva,
Con cincuenta soldados que tenia,
Caballos y pertrechos, aunque pocos,
Abrevió lo posible su camino,
Y sin les suceder cosa notable
Entraron en el valle de Norisco,
Adonde se juntaron con los otros
Inadvertidos desta su venida;
Mas, aunque repentina, fué crecido
El gozo y el contento que reciben
Los unos y los otros, que con brazos
Abiertos y amigables se saludan.
Al fin, después de dalle larga cuenta
Al Andrés de Valdivia del estado
De las provincias todas de la tierra,
Y descansar allí dos ó tres dias,
Entraron en consulta los mayores
Para tractar del orden que ternian
En la refundacion del nuevo pueblo,
Y qué sitio seria conviniente;
Cuya resolucion, aunque sucinta,
Diremos en el canto venidero.

CANTO DECIMO.

En el cual se tracta de la reedificacion de San Juan de Rodas, y cómo Andrés de Valdivia se volvió á Santafé de Antioquia dejando por teniente á don Antonio Osorio de Paz con la gente que trajo.

No tiene tan precisos pareceres
En elecciones el humano seso,
Que del primer voleo vayan ciertos
A dar al blanco de lo que desean;
Y así lo que parece ser hoy bueno,
Mañana por ventura se reprueba,
Porque temporal curso va mostrando
Los daños ó provechos que resultan
De lo que por los hombres se tantea.
Desta manera nuestros españoles,
Considerando los inconvenientes
De tornar á poblar en aquel sitio
De Teco y Maritúe montüoso,
Donde por esperiencia conocian
Ser para sus diseños mal seguro,
Juzgaron ser mejor aquel asiento
Antiguo que llamaban Paramillo,
Donde fué su primero fundamento.
Allí de nuevo se hicieron ranchos
Y repartieron tierras y solares,
Nombrando sus alcaldes y rectores,
Con diligencias y solemnidades
Anejas á los tales nombramientos;
Y el Andrés de Valdivia, repartida
La tierra, mas por gusto que justicia,
A Santafé volvió dejando cargo
De justicia mayor y de teniente
A don Antonio Osorio de la Pace,
Un caballero de Ciudad-Rodrigo.
El cual con el deseo que tenia
De ganar opinion entre los indios,
Salió por la comarca contra ellos,
Y á fuego y sangre hizo gran estrago;
Mas no por eso concibieron miedo,
Antes mas indignados y protervos,
Viéndose de vigor menoscabados,
A sueldo procuraban valedores
De todas las montañas circunstantes,
Enviándoles prendas y rehenes,
Y entera certidumbre de la paga.
Y para que la guerra no cesase
Por falta de alimentos, desde luego
Ocuparon las manos en labranzas
Que de comunidad en cierto valle
De gran fertilidad hicieron todos
Dentro del señorío de Agrazava,
Uno de los caudillos desta guerra.
Mas el autor que todo lo movia
Era Pedro Catía, baptizado
Muchos años habia, muy ladino,
Del servicio de un Francisco Lopez,
Al cual por ser astuto y animoso,
Y saber los secretos de los nuestros,
Que sin pensar sus tractos y cautelas
Unos y otros dél se confiaban,
Por general nombró toda la tierra
Para la guerra, que por sus industrias
Contra los españoles preparaban;
Y con las mismas el prevaricato,
A los católicos entretenia,
Con les traer de paz y amistad falsa
Al Agrazava y otros principales,
A vueltas de los cuales acudian
Gran cuantidad de bárbaras mujeres,
Que de los españoles no se estrañan,
Antes los miran con lascivos ojos.
Entrestas una muy gallarda moza,
Hermana de Agrazava, también vino
A ver los españoles muchas veces;
Y como de las tramas y conciertos
Estaba satisfecha y enterada,
De compasion movida por ventura,
O por otros respectos amorosos,
Determinó hablar al don Antonio
Secretamente, para dalle cuenta
De lo que los caciques ordenaban;
Y con intérpetre de quien la moza
Tenia ya segura confianza,
Le dijo las palabras que se siguen:
«Por no te ver en riesgo de la vida,
De piedad movida, quiero darte
Secretamente parte de la guerra
A que toda la tierra se convoca;
Y pues á todos toca semejante
Riesgo, ten adelante mas aviso,
Antes que de improviso quedes muerto,
Porque ternás por cierto que mi hermano
Y otros que tienen mano mas potente,
Ruegan á mucha gente les ayuden,
Y sé que les acuden de lugares
Millares de millares muy de veras:
Han hecho sementeras en gran copia
Para que por inopia de sustento
No dejen el sangriento desafío:
Y aqueste desvarío quien lo guia
Es un Pedro Catía, lengua vuestra;
Aqueste los adiestra y él os vende.
Remedie quien entiende mis razones,
Porque no son ficciones las que digo
Antes como testigo las declaro
Porque hallen reparo las peleas;
Y para que me creas venir llana,
Pido como cristiana el agua santa,
Pues creo lo que canta la fe vuestra,
Y huyo la siniestra de bestiales,
Huyo mis naturales imprudentes,
Y á deudos y parientes, vulgo ciego,
Renuncio desde luego por entero,
Y entre vosotros quiero vivir siempre.»
Oida la razon por don Antonio,
En gran perplejidad se vido puesto,
Pareciéndole ser novedad grande
Venir á declarar aquella moza
Las determinaciones del hermano:
Y discurriendo con el pensamiento
Por cosas que los hombres circunspecto
Suelen considerar antes que crean
Negocios que de suyo son pesados,
Sospechó que debia ser cautela
Por alguna pasion que su discurso
No bien comprehendia ni alcanzaba.
Y así de los soldados hizo junta,
Y después de decir puntualmente,
Lo que la bárbara representaba,
Rogó que le dijesen qué haria
En verificaciones del negocio;
Y de comun acuerdo determinan

Que la india dijese por tortura
Lo que de voluntad habia dicho:
Diligencia no bien considerada,
Y término de gente mal medida.
Tormentos se le dieron finalmente,
Y en ellos siempre dijo lo que antes,
Sin que de la substancia discrepase
Ni de las intenciones que traia
De profesar la fe de Jesucristo:
Lo cual hizo después devotamente,
Dándosele por nombre Catalina;
Y aquel desgusto grande no fué parte
Para de sus propósitos movella,
Que piamente debe de creerse
Venir de santos soplos inspirada,
Porque permaneció y hoy permanece
En la santa creencia y observancia.
Estando pues los españoles ciertos
Deste rebelion, porque hallaron
Aquella gran grandeza de labranzas
Y otros indicios claros y evidentes,
A su Pedro Catia procuraron
Prender secretamente, y él astuto
Estando del intento sospechoso,
No quiso mas volver á los cristianos
Como vió que la india Catalina,
De lo quél meneaba sabidora,
Estaba de propósito con ellos;
Mas ordenó que fuesen los caciques
Con simulada paz como solian,
Para que conociesen con aviso
Si acaso su traicion se rezumaba.
A lo cual fueron luego dos hermanos,
Tucure y Agrazava, y ansimismo
Chacurí, Nuguireta, Tacüica,
Tacujurango y otros principales,
Con algunos regalos de comida,
A los cuales prendieron en llegando,
Poniéndolos á todos en clausura
Con guardas vigilantes y prisiones,
Y avisan al Valdivia por la posta
Del riguroso trance que esperaban,
Y las necesidades de socorro,
Pues por dar libertad á los caciques
Acudiria poderosa hueste;
Y en tanto que venia la respuesta
El pueblo se velaba todas horas,
Sin caerse las armas de la mano.
En este tiempo, sin saber Valdivia
Aquestos desabridos movimientos,
Habia proveídoles ganado
Con solos diez soldados, confiando
Que los del nuevo pueblo les saldrian
A cierta parte donde por sus cartas
Les habia con indios avisado,
Para metello mas seguramente
En las estancias del moderno pueblo;
Mas estas no llegaron á sus manos,
Porque los portadoras yanaconas
Fueron en el camino salteados,
Y ansí vinieron solos su viaje,
Acompañados siempre del peligro
Que con muerte cruel amenazaba:
El uno destos era sacerdote
Que se llamaba Juan Ruiz de Atienza,
Cuya virtud á mí me fué notoria
Un tiempo que tuvimos un hospicio
Y no menos lo es en el presente
En la gobernacion donde reside;
El cual de santa caridad movido
En este riesgo puso su persona
Por ir á consolar aquella gente
Que deste ministerio carecia.
Llegados pues adonde gran posible
De duras armas era necesario
Para salir ilesos de las manos
De bárbaros opuestos al encuentro,
No solamente no les acometen,
Mas antes con pacíficos semblantes
A dar lo necesario se convidan;
Y ansí les proveyeron de alimentos
Y los acompañaron, ayudando
A llevar el ganado que traian
Hasta ponellos sin recebir daño
Cerca del pueblo de San Juan de Rodas,
Donde se despidieron dando quejas
Del don Antonio por haber prendido
Debajo de amistad tantos caciques,
Y quellos no pasaban adelante
Por escusarse de otra tal molestia.
Llegaron pues los diez al pueblo nuevo,
Que no menos lo fué de su venida,
Con gran admiracion solemnizada
Por los vecinos dél desque supieron
Haber pasado sin tener contraste
Por tan endurecido barbarismo;
Y hizo muy mayor aquel espanto
Dándoles cuenta de la cortesía
Y liberalidad de que con ellos
Usaron y llaneza nunca vista;
Sobre lo cual algunos afirmaban
Que ya necesidad los compelia
A procurar la paz, porque con guerra
Vian su perdicion y su rüina,
Mas otros lo contrario porfiaban
Porque decian ser estratagema
Por los asegurar con esta muestra,
Y acometelles viendo coyuntura.
Al fin, destas contrarias opiniones
Aquella que mas ocio prometia,
Como sucede por la mayor parte,
Parece que les dió mas en el gusto,
Segun aquel enfermo que lo toma
En el manjar que mas daño le hace;
Y ansí deste socorro confiados
Y de la gran blandura que los indios
Les mostraron al tiempo que venian,
Se fueron á dormir á sus posadas
Debajo de sencilla centinela,
Y no como solian en la plaza
Velando por sus cuartos cada noche,
Sin reservarse nadie del trabajo.
De manera que cuando son los ojos
Presos del soporífero sosiego,
Los bárbaros astutos se venian
A las modernas casas acercando,
Cuyo sitio y asiento no tenia
Para poder llegar mas de una entrada,
Y esta por una muy angosta loma
Como de cuatro pasos el anchura,
Que todos los demás eran lugares
Para los rodear inaccesibles,
Y el pueblo dentro dellos no tan llano
Que faltasen algunas costezuelas;
Cuya comodidad á los incautos
Vecinos por ventura dió la vida,
Pues á poder entrar la hueste junta
Y no por el forzoso contadero,
Fuera miraculosa contingencia
Quedar alguno dellos con la vida.
Al tiempo pues que la gallarda Venus
Venia descubriendo sus dorados
Copetes por las puertas del Aurora,
Reventó la apostema represada,
Y aquella tempestad impetüosa
Rompió por el estrecho y angostura.
La centinela huye, y arma dando
Convoca los vecinos soñolentos:
Responde de cornetas al instante
Horrísono tumulto y estampida,
Y á las primeras casas ponen fuego.
Corre la turbacion y desatino
Por algunos vecinos, de tal suerte
Que con tener las armas donde duermen
Prestas para cualquiera sobresalto,
Unos no las hallaban, y otros toman
Imbeles instrumentos y escusados,
Segun á naufragantes acontece
Cuando la nave repentinamente
Es de las altas ondas sumergida,
Que de la tabla, del barril ó caja
Procura cada uno de valerse,
Aunque sea con vanas esperanzas.
Destos un Fernán Sanchez, animoso

Vecino, natural de la Membrilla,
Acudió mal armado, y acomete
Con ánimo soberbio y alterado;
Mas al salir de casa ponderoso
Golpe le desmenuza las quijadas,
Dando con él en tierra, y allí queda
El alma con la sangre vomitando.
Joan de Ortega, de Ubeda, venia
Con pasos presurosos, sin rodela;
Pero volante piedra que de honda
Venia por los aires impelida
Le quebrantó las sienes, y los ojos
Perdieron luego la virtud visiva:
El cuerpo se tendió por aquel suelo,
Y despedida dél el alma huye.
Pedro de Vega junto dél se halla,
Mejor apercebido, mas en balde
Quiso teñir los filos del espada,
Por anticipacion de dura flecha
Que las venas rompió de la garganta,
Por donde desaguó luego la vida.
En este tiempo salen á la plaza
Armados con espadas y rodelas
Un Pero Sanchez, natural de Estrella,
Cerca de Talavera de la Reina,
Y un Juan Mateos Corzo, de Segura
De Leon, y con estos juntamente
Estéban de Ribera de Albuquerque
Con un Juan de Cotura, valenciano,
Y Diego de Guzmán, el de Segovia,
Los tres ó cuatro dellos en camisa;
Pero con pensamientos arronjados,
Al precio del honor, sin que temores
De muerte se les pongan por delante,
Ocurren al entrada de la loma
Por donde se venia deslizando
Aquella tempestad fiera y horrible,
Y por ella rompieron como cuando
El fulmíneo fuego descendiendo
De la media region del aire rasga
El húmido nublado contrapuesto,
Y el tortíoso vuelo desmenuza
Acero, hierro y otros materiales:
Ansí rompen ijares, y cabezas
Saltaban de los hombros despedidas;
Piernas, brazos y manos descoyuntan,
Y al fin detienen el impetúoso
Curso de la creciente y avenida.
Como peñascos que temblor de tierra
Les hizo que bajasen del altura
Y fueron á parar á la corriente
Del agua, y ocupando la salida
Por diferentes partes se derrama,
Por el obstáculo que halla puesto
En el lugar por do correr solia:
No menos fué la furia desta gente
Por estos cinco solos impedida,
Porque con esta brava resistencia
A los de fuera y dentro defendieron
Ansi la entrada como la salida,
De tal manera que los de caballo
Tuvieron tiempo para bien armarse
Y de cebar las lanzas en aquellos
Primeros que saltaron en el pueblo;
Acudieron ansimismo peones
Reportados y mas en orden puestos;
Y unos y otros tal maña se dieron
Que dejaron muy pocos con la vida.
Cantóse la victoria finalmente,
La cual después de Dios, de cuya mano
Recibieron aqueste beneficio,
Fué por el gran valor de aquellos cinco,
De los cuales Estéban de Ribera
Y el Pero Sanchez fueron mal heridos,
Mas no halló lugar la dura parca,
Por ser con buena cura socorridos.
Y en este rompimiento sanguinoso
No menos se mostraron esforzados
Y belicosos Juan Alonso Rubio,
Juan Rúiz de Buensuelo, que lo huella
Con sangre por sus manos derramada,
Y un Alonso Martin Merchan, que merca
A riesgo de su vida clara fama;
Y todos los demás, que no pasaban
De treinta y seis con los recién venidos,
De cuyos nombres no se me dió copia
Para los celebrar, segun merecen
Tan raras valentías y hazañas:
De las cuales aquesta merecia
Ser de mas alta lira celebrada,
Pues eran los contrarios tres quinientos,
Robustos, esforzados y atrevidos,
Y con preparacion de varias armas,
Y en ellas todos diestros y curtados.
Y ansí la multitud que quedó fuera
No hizo mudamiento por entonces,
Antes por término de cuatro dias
Tuvieron sitiados á los nuestros,
Que por amedrentallos, á su vista,
De los caciques que tenian presos
Ahorcaron los dos, á Nuguireta
Y á Chacurí, con otros ciertos indios
Que por su valor eran estimados;
Mas aqueste castigo fué fomento
De mas indignacion y mayor ira:
Y ansí corrieron todas las estancias
Que tenian pobladas los vecinos,
Los cuales destruyeron y quemaron,
Dando crüeles muertes á los indios
Y negros que tenian de servicio;
Ansimismo talaron las labranzas,
Refugio principal de los vecinos,
Y achaque para que después Valdivia
Los hiciese mudar de aquel asiento,
Como se tractará mas largamente
En el proceso del siguiente canto.

CANTO UNDECIMO.

Donde se tracta del socorro que trajo el gobernador Andrés de Valdivia, la mudanza del pueblo de San Juan de Rodas, con otros varios sucesos, y cómo vino de España declarado no caer en el gobierno de Valdivia Santafé de Antioquia, ni San Juan de Rodas.

Las argucias del hombre caviloso,
Las urdiembres y tramas de sus telas,
Son como las que tejen las arañas
Fáciles de romper, y sus colores
De poca duracion, porque desdicen
Cada y cuando que son examinadas
En toque de verdad, que es el verdete
De que usan los aurífices queriendo
Ver aquello que dudan ser buen oro,
El cual si por ventura se vestia
Del rubio resplandor sin la substancia,
Ninguna señal deja de quilates;
Como también la roja margarita
Engaña nuestra vista muchas veces,
Y en ardiente crisol hecha la prueba,
En vaporoso humo se va toda:
Desta manera fueron las argucias
Y vanas subtilezas del Valdivia,
Torciendo con sofísticas razones
La letra del despacho que traia;
Y los de Santafé, como sabian
Mejor menear armas que cautelas,
Creyeron el sentido que les daba
A las reales cédulas, y luego
Fué por gobernador obedecido.
Y como con mas sólidas razones
Y menos aparato de palabras
Siguiese don Hierónimo de Silva
En consejo de Indias esta causa,
Vínole declarado por sentencia
No caer en gobierno del Valdivia
La dicha villa ni San Juan de Rodas;
Y ansí cayó la máquina compuesta
Por orden de vanílocas industrias.
Viéndose destas suertes despedido,
Pueblos que le hacian muy al caso
Para se sustentar en su gobierno
Y autorizallo con mayor posible,
Puso los ojos y los pensamientos
En cosas árduas y dificultosas,
Facilitándolas con su júicio.

Del cual muy confiado presumia.
Con un palmo de hilo hacer redes
Tan largas y tan gruesas que con ellas
Pudiese rodear el universo;
Porque con poco número de gente,
En un tiempo y en una coyuntura,
Tentó poblar en diferentes partes,
Que para cada cual menester era
La cuantidad de gente que tenia
El primer pueblo dellos Antioquia
La vieja, do quedaron oficiales
En la caja real, y por teniente
Antonio de Tovar, el tesorero;
Mas la refundacion no fué durable,
Porque poco después gente catia
Vino sobrellos, y antes que llegasen
Al pueblo dieron fin de tres soldados
Inadvertidos, que encontraron fuera;
Y esta venida fué con tal aviso
Que los de la ciudad no lo tuvieron.
Mas remediólo la bondad inmensa
Con rara y espantosa maravilla,
Lo cual yo no pusiera por escripto
Si no fueran personas fidedignas
Aquellas que la dictan á mi pluma:
Y fué, que la mañana que venian
A dar en la ciudad, el tesorero
Y otros amigos suyos juntamente
Querian almorzar en su posada
Puchas ó poleadas, cuyo nombre
Es en aquestas partes mazamorra,
Entonces por ventura gran regalo,
Porque tenian leche para ella,
Y aquesta cuando por las porcelanas
Se difundia, fué, segun afirman
En finísima sangre convertida:
Amarillez mortal ocupó luego
Todos los rostros de los convidados,
Y los pálidos miembros destilaban
Un sudor frio con el gran espanto.
De tal suerte que los turbados pechos
No podian dar fuerzas á la lengua
Para decir palabra bien formada,
Como á quien opresion de pesadilla
Fatiga hasta tanto que recuerda;
Mas esta turbacion y sobresalto
En alguna manera despedidos,
Ocurren á las armas y caballos,
Y sin mas esperar á los efectos
Con quel prodigio los amenazaba,
A Santafé se fueron retrayendo
Dejando la ciudad desamparada.
Y ansí cesó por parte del Valdivia
Aquesta poblacion que pretendia
Hacer cabeza del gobierno suyo.
También antes que entrase con socorro
Esta postrera vez á los que estaban
Necesitados en San Juan de Rodas,
Habia despachado mas soldados
Con otro capitan Juan de Zavala
Y con el capitan Rodrigo Pardo,
Que es hoy factor real en este reino,
A conquistar la tierra de chocoes
Y las que con el Darien confinan,
Para fundar ciudades do hallasen
Buena comodidad en aquel suelo,
Que es una pasta de oro, si la tierra
Fuera para vivir mas apacible,
Pero ninguna mas incomportable
Ni mas perjudicial al ser humano,
Por ser anegadiza, montuosa,
Con otras cien mil plagas insufribles,
Y cuyas influencias solamente
Son adaptadas para criar oro,
De que gozan algunos naturales,
Rarísimos, en árboles subidos,
Sobre los cuales tejen barbacoas,
Y en ellas sus tugurios ó chozuelas,
Por las inundaciones de los rios,
Que suelen ser allí cuotidianas:
Vivienda vil y mas que miserable
Y ansí de su viaje trabajoso,
Que fué cuasi de un año la tardanza,
Pudiéramos hacer largo volumen
Si fuéramos particularizando
La terribilidad de los trabajos
En el discurso dél acontecidos;
Pero diremos una sola cosa
Dicha por el factor Rodrigo Pardo
Y Francisco Mantilla de los Rios,
Que vive de presente donde vivo.
Aquesta fué que cuando se volvian,
Perdidos los caballos y sirvientes,
Desnudos, desarmados y hambrientos,
Y de setenta y tantos españoles
Mas de los treinta dellos fallecidos,
Venia muy enfermo Fernan Perez,
Mancebo natural de Salamanca,
E ya desamparado totalmente
De fuerzas y vigor con que pudiese
Proceder adelante con los otros,
Que con poca mas fuerza se movian,
Junto de la ribera de un arroyo
Se recostó diciendo: «Dios os guie
Y á mi provea de conocimiento
Con que de su bondad no desconfie
En este mi final acabamiento;
Pues para caminar aunque porfie
Fáltame lo mejor, que es el aliento;
Al ánima dé Dios salud y cura,
Quel cuerpo no la tiene ni ventura.»
Hallóse junto dél Rodrigo Pardo,
Que para todos era gran alivio,
Ansí con obras como con razones
Cristianas y animosas, y responde:
«Buen ánimo, señor, valor y brio,
Que á vuestra condicion no le es honesto
Hacer un tan notable desvarío,
Pues á cada cual veis ir mal dispuesto;
Volved, volved en vos, que yo confio
En Dios que hallareis remedio presto,
Porque llevamos ya senda trillada,
La cual nos ha de dar tierra poblada.»
Otras muchas razones le decia,
Ayudándole porque se levante;
Mas no bastó su buena diligencia,
Por lo hallar imposibilitado,
Y él mismo lo despide con aquesto:
«Señor, ningun trabajo mas perdido
Que lo que procurais en este caso;
Porque me voy, del orto despedido,
A mas andar la via del ocaso.
Una merced tan solamente pido,
Y es que me la hagais de aquese vaso
Para beber con él desta agua clara
Mientras la vida no me desampara.»
Viendo ser por demás hacer instancia
En que se levantase, dióle luego
El vaso que pidió, y una cruz puso
En el mismo lugar, no sin suspiros,
Y de su ruego lo llegó mas cerca
De la corriente, porque con la mano
Pudiese coger agua de aquel rio;
Y ansí se despidió con grave pena,
Amonestándole por muchas veces
Que nunca divirtiese la memoria
En desvanecimientos transitorios,
Sino que siempre la tuviese puesta
En quien por él habia padecido
Y por la redencion del mundo todo,
En árbor y figura semejante
De aquel que le dejaba por amparo,
Pues la necesidad lugar no daba
A le favorecer con otras cosas,
Y que con armas de oracion contina
Se defendiese de las tentaciones
Del infernal dragon, que siempre busca
Animas que tragar, principalmente
En tal tiempo y en tales ocasiones;
Y que cualquiera golpe resistiese
Con el escudo de la fe cristiana.
Aquesto dicho, pasan adelante,
No sin el aficion con que caminan
Aquellos que no tienen certidumbre

De hallar el remedio que desean,
Antes la que tienen por mas cierta
Era morir de hambre todos ellos;
Mas aquella divina Providencia,
A cabo ya de seis ó siete dias
Que la flaqueza y la desconfianza
En tal angustia los tenia puestos,
Que muchos se quedaban desmayados,
Proveyó de remedio, porque dieron
En ciertas poblaciones abundantes
De la substancia que era necesaria
Al adelantamiento de sus vidas;
Y con ser los vecinos de aquel suelo
Asperos y crüeles por estremo,
Y tantos que podian fácilmente
Cortalles el estambre de la vida,
Por ir debilitados y no juntos,
Mas derramados y con el desorden
Que llevan los que van á quien mas puede,
Se mostraron tan pios y benignos
Que los acariciaron en sus casas
Y proveyeron de lo que tenian,
En tiempo que lo vil y menos sano
Les fuera cordial mantenimiento;
Y no solos aquellos que llegaron
Primero recibieron beneficio,
Pero manifestándoles por señas
Quedar otros atras que no podrian
Llegar sin les llevar algun socorro,
En ese mismo punto se cargaron
Algunos indios dellos de comida,
Y ansí como los iban encontrando
Les iban proveyendo, hasta tanto
Que los metieron dentro de su pueblo,
Adonde se estuvieron reformando
Por mas espacio de cuarenta dias.
Después volviendo por aquel camino,
Por ser aquella la derecha via
Para salir á pueblos de españoles,
Llegaron al paraje do dejaron
Al Fernan Perez, y reconocido,
Habló Rodrigo Pardo con los otros,
Y dijóles: «Si puede tino mio
Tener verificados pareceres,
Aqueste me parece ser el rio
Do dejamos al pobre Fernán Perez:
Suplicoos que, pues es poco desvio
Y son caritativos menesteres,
Que lleguemos á ver su desventura:
Daremos á sus huesos sepultura.»
Todos condescendiendo con su ruego
Llegaron á la cruz que quedó puesta,
Y vieron al soldado de la suerte
Y en el mismo lugar que lo dejaron
Habia ya sobre cincuenta dias:
Acuden con el tacto de las manos,
Y conocieron que tenia vida;
Mas aunque lo llamaban por su nombre,
Dándole voces, nada respondia.
Pero Rodrigo Pardo, con deseo
De se certificar enteramente,
Con la carne de mico que llevaba
Asada para su matalotaje,
Le refregó los dientes y la boca,
Procurando con grande vehemencia
Hacelle traspasar alguna brizna:
En efecto, se vido que mostraba
Algun tanto de mas vital meneo;
Tornaron á dar voces, preguntando
Si conocia ser sus compañeros,
Y respondió con una voz muy débil:
«No veo, que la vista me fallece;
Pero si no me engañan los sentidos
Voz de Rodrigo Pardo me parece
Aquesta que me toca los oidos.»
No se puede pintar el alegria
Que recibieron todos desque vieron
Que con algun acuerdo les hablaba;
Y ansí reiterando las preguntas
Con encarecimiento le rogaron
Que se esforzase para declaralles
Cómo pudo vivir tan largo tiempo
En aquella montaña tenebrosa,
En el húmido suelo recostado,
Al agua pluviosa y al sereno,
Sin ropa ni recurso de comida,
Y en tanta soledad y desconsuelo;
O quién le proveia de alimento,
Porque vivir sin él hombres mortales
En tan prolijo número de dias,
Teniamlo por caso milagroso.
El Fernán Perez luego les enseña
Una crucita de oro bien labrada,
Que pesaria como seis tomines,
Inclusa y engastada dentro della
Una asdillica muy subtil de palo,
Y díjoles con voz mas esforzada:
«Nunca jamás gusté mantenimiento
Después que me quedé, ni tal he visto
En esta soledad y descontento.
»Pero la piedad de Jesucristo
Le dió virtud al agua que bebia
De substancial y necesario pisto.
»Porque esta cruz en ella la metia,
La cual contiene parte del madero
En que Dios padeció por culpa mia.
»Oyela yo de cierto caballero
Canónigo que fué de Salamanca,
En su fin y remate postrimero.»
Oida la razon por todos ellos,
No sin admiracion, y dando gracias
Al Obrador de tantas maravillas,
Prostráronse por tierra y adoraron
Aquella preciosísima reliquia,
Porque les pareció, segun la obra
Tan rara, tan estraña y admirable,
Que seria segun les declaraba,
Y quel árbor que dió fructo de vida
Al hombre que quedaba casi muerto,
También se la daria hasta tanto
Que con preparaciones de cristiano
Pasase por do pasan los mortales.
Y luego dieron orden como fuese
En hombros de los indios de servicio,
Ayudándole todos, hasta tanto
Que entraron en pacíficas regiones
De indios obedientes ya subyectos,
Do lo dejaron muy encomendado
Y á un criado suyo yanacona
Del servicio del mismo Fernán Perez;
Mas el dicho Factor Rodrigo Pardo
No me sabe decir el fin que tuvo,
Porque llegados á las ciudades
Y pueblos de españoles, cada uno
Procuró solamente su remedio,
Por diferentes vias derramados,
Y algunos se volvieron al Valdivia.
Al cual, segun que dejo declarado,
En Santafé le fué notificada
La provision real y la sentencia
Cerca de no caer en su gobierno
Aquellos pueblos dos fundados antes
Que la merced á él se le hiciese.
Y ansí con la presteza con que suele
Astuto negociante prevenirse,
Antes que la noticia les llegase
A los que estaban en San Juan de Rodas,
Determinó partirse con la gente
Que pudo recoger; y porque supo
Por lengua de los indios contractantes
Estar en gran angustia por lo dicho
En los versos del canto precedente,
En tanto que mas gente recogia
Despachó diez ó doce compañeros
Con municiones, y por su caudillo
Al capitán Francisco Maldonado,
Un vecino que fué de Caramanta,
El cual dió perfeccion á su camino
En pocos dias con aquel socorro.
Y su llegada fué ya demediado
Diciembre por el año de setenta
Y tres, á deseada coyuntura,
A causa de que todos los del pueblo
Estaban puestos en tan gran peligro

Por falta de alimento, que no vian
Otro refugio que mas cierto fuese
Que perecer, pues con la misma vida
Se habia de comprar si lo buscaban,
Por la gran vigilancia de los indios,
Continuas asechanzas, y dispuestos
A dar con mas bervor y mas pujanza
En los que conocian temerosos,
Quedos y acorralados en su sitio.
Pero como llegasen los que digo
Con buenas municiones, desterróse
El pálido temor y cuerdo miedo,
Y ansí salieron á buscar comida
Veinte y cinco soldados principales
Con un Juan Lopez Bravo por caudillo,
Soldado de gran uso y esperiencia,
Y hombre no menos cauto que valiente.
En este mismo tiempo se movieron
Los bárbaros protervos con intento
De no dejar las armas de las manos
Hasta desarraigar la nueva planta,
Y dar á las católicas entrañas
En sus voraces vientres sepultura;
E yendo nuestra gente sin sospecha
De tal encuentro, repentinamente
Dieron en el ejército pagano
Que venia marchando con el orden
Y recato que suele gente diestra,
Acaudillándolos Pedro Catía,
Capitán general de la caterva.
¿Qué habian de hacer en tal estremo?
Porque volver atrás no convenia,
Por ser camino cierto de la muerte,
Y acometer á tanta muchedumbre
Grande temeridad por consiguiente,
Pues la dificultad les declaraba
A todos el remate de su vida.
Pero como Juan Lopez Bravo viese
No se poder usar de otro remedio
Sino de rompimiento, dijo luego:
«A ellos, caballeros, que sin duda
Conocereis por vero testimonio
Que valen mas los pocos con ayuda
De Dios, que muchos con la del demonio.»
Disparan arcabuces al momento,
Y con hilos de alambre las pelotas,
Que van rompiendo pechos, brazos, cuellos,
Con una y otra carga derribando
Penachos y coronas por el suelo;
Soltáronse los perros que traian
Cebados en entrañas infieles,
Y en breve tiempo hacen tal estrago,
Que se confunden y se desordenan
Los unos y los otros escuadrones
Sin dárseles lugar á rehacerse,
En tal manera que desatinados
Volvieron las espaldas, y los nuestros
Siguieron el alcance derramando
Infinidad de sangre, de tal suerte
Que les pedian ya misericordia,
Ajena de sus ritos y costumbres;
Y un indio desde un alto les decia:
«Cesen, cristianos, cesen las matanzas,
Que sangrientos estais hasta los codos:
Dejad algunos que hagan labranzas
De que comais y que comamos todos.»
Bastó para cesar oir aquesto
Y para que pensasen qué castigo
Inopinado les pornia freno,
Principalmente por haber caido
En el mortal rigor Pedro Catía,
Aunque también se dice que los indios
Son los que lo mataron y comieron
Después deste recuentro sanguinoso,
Por les facilitar este triunfo,
Cuya dificultad hizo notoria
La caida de tantos indios diestros,
Diciendo que bastaba defenderse
En sus terrenos de los españoles
Sin ellos á buscar á sus albergues.
Habiendo pues ganado la batalla
Con desesperacion acometida,
Los pocos españoles acordaron
Volver á su ciudad, imaginando
Que los astutos indios revolvieran
A dar en ella viéndolos absentes;
Y aunque mal proveidos de sustento
Efectuaron luego la partida.
Donde con gusto de los atendientes
Representaron este vencimiento
Que los regocijó con esperanzas
De poder atraellos á lo bueno;
Mas aunque se hicieron diligencias
Modestas y de cierto cumplimiento,
La bárbara dureza pertinace
Nunca jamás dió muestras de blandura.
Lo cual reconocido, determinan
Con mas severidad probar la mano;
Mas el hilo cortó de sus intentos
El Andrés de Valdivia, porque vino
En aquella sazon con poca gente,
Pues aquestos y aquellos computados
Eran dos ó tres menos de cincuenta;
Y como no sabian ser escluso
Del jurídico mando deste pueblo,
Fué con aplauso grande recebido
Y con aquel respecto que debian
A su gobernador, y él ansimismo
Se les mostró benigno y apacible,
Comedidísimo, grato y afable
Con unos y con otros, de tal suerte
Que para sus propósitos los tuvo
Muy prontos, adaptados y compuestos.
Y ansí después de tres ó cuatro dias
Habiéndosele dado larga cuenta
De sus necesidades, y cuán duros
Eran en dar la paz los naturales,
Juntólos en las casas de cabildo,
Y hízoles aqueste parlamento:
«Caballeros, amigos, de quien fio
Aquello que es en mí de mas momento,
Paréceme notable desvarío
Permanecer tres años en asiento
De tan protervo y áspero gentío,
Y en tan reconocido detrimento,
Que es de sus mejorías la mas cierta
Retracto vivo de esperanza muerta.
»Porque, como sabeis á costa vuestra,
Los indios deste pueblo mas cercanos
De mala digestion han dado muestra,
Y con dificultad los hareis llanos:
Lleguémonos á gente menos diestra
Y de menos contracto con cristianos,
Con el cual suelen aun los mas subyectos
Perder algunas veces los respectos.
»Será lo mas seguro y acertado
En esta turbacion el mudamiento,
A lo menos por tiempo limitado,
Para volver con otro fundamento,
Pues que reconoceis ser escusado
El procurar aquí mantenimiento,
E ya que lo halleis, es la comida
Comprada con el precio de la vida.
»Cauca rio teneis bien á la mano
Dos leguas solamente de distancia,
El estalaje tengo por tan sano
De mas fertilidad y mas substancia,
Pues dado caso que nos falte grano,
Hay de pescado y fructas abundancia:
Mudémonos á él y á su ribera,
Tractaremos con gente mas sincera.
»Para restauracion deste quebranto
No se puede tomar mejor camino;
Y en aquel rio ya sabemos cuánto
Tesoro se recoge de oro fino:
Alguno buscaremos entretanto
Que llega Pedro Pinto Vellorino,
El cual vernà sin duda brevemente
Con razonable número de gente.
»Porque este favorece mi jornada
Debajo de concierto convenible:
Persona sabeis ser acreditada,
De condicion modesta y apacible,
Y para recoger gente granada

Tiene sagacidades y posible :
Allí dareis el orden desque venga
Que para nuestros fines mas convenga.
» Aquesto me parece y es intento
Que de buena razon no se divierte,
Pues el cuotidiano descontento
En vida mas quieta se convierte,
Y el esperar aquí mejoramiento
Es andar vacilando con la muerte :
Vuestra comodidad quiero, y es esta
Si medis con mi gusto la respuesta. »
Dijo ; mas las palabras encubrian
Diversas intenciones en su pecho,
Porque su pretension era sacallos
Con este pallado parlamento
Afuera del ajeno territorio
Para valerse dellos en la tierra
De su gobernacion, que limitaban
El rio Cauca y de la Magdalena ;
Y á la resolucion se dió tal priesa,
Antes que por aviso de vecinos
De Santafé tuviesen certidumbre
Estar todos exentos de su mando,
Que con aquel respecto y obediencia
Que de gobernador le daban antes,
Dieron á su querer consentimiento,
Sin que ninguno lo contradijese,
Escepto Alonso Diaz, un alcalde,
Que tuvo diferentes pareceres;
Mas como singular, fué rebatido
Su voto, y en efecto despoblaron,
Y se llegaron al rio de Cauca,
A la demediacion del mes de enero.
Asentaron real en la ribera
Donde Valdivia deseaba vellos,
Y como sus intentos fuesen otros
De los que con la lengua predicaba,
Antes pasar el rio desde donde
Conmenzaban los términos anejos
A su gobernacion, segun he dicho,
Otro dia después de su llegada
Hizo junta de todos en su rancho,
Y con el enerjia y eficacia
Con que daba tropel á sus razones
Les dijo : « Caballeros, grandemente
He deseado por do mas estrecho
Aqueste rio corre hacer puente,
Porque seria celebrado hecho,
Para lo cual á tan heroica gente
Solo resta querer poner el pecho,
Como quien sabe dar fin á las cosas
Mas arduas y muy mas dificultosas.
» Que para nuestros fines y demandas,
Soldados valerosos, nos conviene
Aprovecharnos por entrambas bandas
Y rastrear lo que la tierra tiene :
Esta solicitud irá por tandas,
Y á mí me dad el cargo que la ordene,
Pues no será trabajo tan durable
Que lo tengamos por intolerable.
» Pues de cueros de vacas retorcidos
Haremos las maromas ó ramales,
Con bejucos espesos y tejidos
Segun suelen aquestos naturales,
A una y otra banda bien asidos,
Ahincados estantes y puntales,
Y pasarán algunos cuando fuere
Menester y algun caso lo pidiere.
» Este motivo ruego se consulte,
Por ser aquí de muy gran importancia,
E ya podria ser que dél resulte
A todos crecidísima ganancia,
O por no la hacer se nos oculte
Alguna tierra de mayor substancia :
Si ha de ser tarde, hágase temprano,
Y pongamos en ella luego mano. »
Cuadróles la razon á todos ellos,
Pareciéndoles ir encaminada
Al provecho comun, de cuya causa
Pusieron luego manos en la obra
Con tal solicitud y diligencia,
Que en espacio de diez ó doce dias
Le dieron conclusion, que fué difícil
Y trabajosa por la gran distancia.
El Andrés de Valdivia, como viese
Concluso y acabada la pendiente
Puente, sin un momento de tardanza
Hizo pasar por ella diez soldados
De los mas avisados y briosos,
De quien él presumia que tenian
Algun resabio de sus intenciones,
Los cuales fueron muy de mala gana ;
Mas so color de descubrir caminos
En efecto pasó la demás gente
El dia santo de la Candelaria
O Purificacion, solemne fiesta
De aquella que nació purificada,
A nado los ganados por el agua,
Pero la mayor parte de las vacas
Y puercos y caballos se volvieron
Temerosos del ímpetu del rio,
Y salieron á partes diferentes,
De suerte que de todos recogieron
Setenta y nueve vacas solamente
Y veinte y un caballos, cuya falta
No dejó de ser grande desavío
Para prosecucion de su jornada ;
Cuyos sucesos callo por agora,
Con presupuesto de poner la mano
En ellos en el canto venidero.

CANTO DUODECIMO.

Donde se da razon de lo que hizo el gobernador Andrés de Valdivia después que tuvo la gente de la otra parte del rio Cauca.

Mucho pueden palabras comedidas
Y términos afables en las gentes ;
Y el conocer los tiempos y usar dellos,
Moderando las cosas con templanza,
Es un cierto camino por do pueden
Llegar los hombres á lo que desean ;
Y esta sagacidad no se podria
Negar en el Valdivia totalmente
En los principios de sus pretensiones
Con todos los soldados que seguian
El son esterior de sus acentos.
Y ansí, después que ya los tuvo puestos
En la contraria parte de aquel rio,
Manifestó su pecho claramente
Haciéndoles aqueste parlamento :
« Señores, ya hollais aquesta parte
En quien español nunca hizo mella,
Ni plantaron cristianos estandarte
Aunque morian por llegar á ella ;
Agora será bien que me descarte,
Visto que pié católico la huella,
Porque seria grave maleficio
Usar de mas cubierta y artificio.
» Vuestras mercedes sepan quel rey manda
Y viene por sentencia declarado
Que mi gobierno sea desta banda
Sin lo que fué por Popayán poblado ;
Mas sustentar los pueblos ¡ qué demanda,
Trabajo, riesgo y oro me ha costado !
Y el daros y avíaros compañeros,
Ansimismo se hizo con dineros.
» Y pues son oculares los testigos
De cómo dí favor á la vivienda
De los modernos y de los antiguos,
No me culpeis metiendo tanta prenda,
Por quererme valer de mis amigos
Con quien he despendido mi hacienda
Y gastaré con fuerzas y con mañas
Mi proprio corazon y mis entrañas.
» Conozco que por mí quedó desierto
Pueblo do cada cual tenia suerte ;
Pero del gozo dellas lo mas cierto
Era de lo quel bien en mal convierte :
Que ya camino viades abierto
Para todos morir infausta muerte,
De lo cual daba claros desengaños

Esperiencia que pasa de tres años.
» En los cuales, demás de la penuria
Que cerca del comer se padecia,
Fueron notables daños con injuria
De muertes de españoles cada dia,
Sin poder refrenar aquella furia
Que tiene siempre la nacion catia,
Que morirá mil muertes cada hora
Por no pagar tributo ni demora.
» Acá los riesgos no serán tan graves
En recuentros y faltas de comida,
Porque venís á tierra de nutaves,
Gente ni vencedora ni vencida:
Nosotros somos las primeras llaves
Desta puerta sin seruos defendida,
E ya sabeis por fama que publica
Ser esta tierra sumamente rica.
» En los repartimientos y otros dones
Que de rico caudal la tierra cria,
Entendereis que gratificaciones
No tienen de faltar por parte mia;
Amigos somos, y estas aficiones
Antiguas no ternán mano vacia,
Lo cual prometo con intento sano
Y católico pecho de cristiano.
» Socorro nos verná de cierta ciencia
Con el capitán Pinto Vellorino;
Y á quien le pareciere ser demencia
Ir en prosecucion deste camino,
Libre y abierta tiene la licencia
Para volverse por adonde vino:
Haga su voluntad en este dia,
Porque ya le declaro yo la mia.
» Puente para pasar se tiene puesta,
Y puesta se estará cuanto durare:
Pido resolucion en la respuesta,
Y cada cual su pecho me declare;
Pues salidos de aquí, hallará presta
Y dura punicion quien me dejare,
Porque yo por ningun inconveniente
Tengo de revolver atrás la frente.»
Ansí habló, y estando los soldados
Mirándose los unos á los otros,
Algunos admirados del astucia
Que tuvo para que se despoblasen,
A Juan Lopez de Oviedo dieron mano
Para que le responda, y ansí dijo:
«Señor gobernador, tan buen semblante
Hay acá como allá para serviros,
Y ninguno será tan inconstante
Que no lo haga, porque sé deciros
Que la presuncion de ir mas adelante
Acá no faltará para seguiros,
Y á cualquier riesgo que pongais el pecho
No hallareis el nuestro ser estrecho.»
Valdivia recibió contentamiento
Viendo tan á su gusto la respuesta,
Y tuvo cumplimientos cortesanos
Bastantes á cazar las voluntades
De los que por ventura las tenian
A diferentes fines inclinadas;
Mas Antonio Machado, que vecino
Fué después de la villa de Antioquia
Le dijo: «Yo, señor, no determino
Solapar ni cubrir con aparencia
Mi cierta voluntad y mi desino,
El cual de los demás se diferencia;
Y ansí para seguir otro camino
Suplícoos que me deis libre licencia,
Porque me quiero volver á la villa
De Santafé, do tengo mi casilla».
Valdivia se la dió liberalmente;
Y aunque con grande riesgo de la vida,
Como sabia bien toda la tierra
Y era soldado de valor y maña,
Por bosques y montañas encubierto
Llegó donde queria brevemente.
El Valdivia con los que le restaban,
Que de cuarenta y seis era la copia,
Y veinte negros suyos que tenia
Y otros descientos indios de servicio
De los que cada cual dellos llevaba,
Proceden adelante por caminos
Bien anchos y seguidos que les daban
Indicios de soberbias poblaciones;
Y ansí tieron á nueve de febrero
En un valle llamado de Guarcama,
Que por contemplacion del que gobierna
Valle de San Andrés heredó nombre,
Como le llaman hoy los españoles:
Cuya fertilidad los incitaba
A ver lo mas secreto de la tierra,
Con pronta voluntad encaminada
A vivienda que fuese permanente,
Porque los convidaba la frescura
De fructíferas plantas y arboledas,
En campos abundantes de labranzas
Regadas de las aguas cristalinas,
Terreno sano, claro, descubierto,
Desabahado de montisca sombra,
Por longitud de hasta veinte leguas,
Y en latitud ternia diez ó doce,
A trechos pueblos ricos y opulentos
Por minas, por labor y granjerías
De los algodonales que poseen,
De que se hacen telas razonables,
Blancas y variadas en colores.
Eran los principales y caudillos,
Que tenian distintos sus albergues,
Do cada cual mandaba sus subyectos,
Guarcama, Cuerpia, Pipiman, Oceta,
Maquira y Aguasicl, pero destos
Divisos y apartados mas afuera
Del valle muchos otros, como fueron
Omoga, Neguerí, Yusca, Aguataba,
Abaniquí, Cüercia, Taquiburi,
Moscataco, Cuerquici, con Carime,
Y otros algunos hombres belicosos,
Flecheros, carniceros y herbolarios,
Destrísimos en guerra por estremos,
Y en acometimientos tan precitos
Que los efectos no corrian menos
Que la velocidad del pensamiento
En dar ejecucion á sus conceptos;
Mas por entonces, como gente nueva
En la conversacion de los cristianos,
Tuviéronles respecto y obediencia,
Saliéndoles de paz y con socorro
De comida, por ellos deseado,
Los principales indios deste valle,
A la boca del cual hicieron pausa,
Personas y caballos reformando,
Y preparando sayos estofados
Como hallaron copia de algodones,
Espacio y dilacion de nueve dias.
Al cabo de los cuales se pasaron
Tres leguas adelante do tenia,
El capitán Oceta su dominio,
En el cual estuvieron alojados
Mucho mas tiempo sin hacer mudanza,
Sin conocer en indio mal resabio,
Antes amor y voluntad sincera.
Y como ya la fama publicase
El amistad y paz destas provincias,
Emulos del Valdivia lo supieron
En Santafé por indios contractantes,
Y estos fueron los indios tabamíes
Que Bartolomé Sanchez Torreblanca
En encomienda tiene de presente,
Que son á los nutaves convecinos,
Y emparentados unos con los otros;
Y quiérese decir quel Torreblanca
Pesándole de ver el buen suceso,
Por odio que al Valdivia le tenia,
A sus encomendados persuade
Que pasasen al valle de Guarcama
Y que con gran instancia procurasen
Apartar á los indios del intento
De conservar la paz con tales hombres,
Sino que los matasen si pudiesen,
O les hiciesen guerra hasta tanto
Que los desarraigasen de su tierra,
Por ser gente de malos pensamientos,
Engañadores, falsos, fementidos,

Y aun dicen enviar un mozo suyo,
Juan Baptista Vaquero, grande lengua
Del idioma dellos, al efecto.
Mas aquesta sospecha bien podria
Ser invencion de gente descompuesta:
Pero ya con verdad, ya con mentira,
Al Bartolomé Sanchez Torreblanca
Yo lo vi preso por aquesta causa
En la cárcel real en este reino,
Y el mozo Juan Baptista se retrajo
Entre los indios que lo respectaban
Con gran veneracion porque hablaba
La lengua dellos admirablemente.
En efecto, los indios deste valle
De San Andrés, y los de mas afuera,
Tomaron armas y hicieron guerra
Con tal obstinacion y pertinacia
Al Andrés de Valdivia, que murieron
Algunos de los suyos en recuentros
Con aquellos estremos lamentables
Que suelen padecer míseros cuerpos
Heridos de la yerba ponzoñosa,
Entre los cuales dió pena notable
Pero Fernandez de Rivadeneyra,
Magnánimo soldado, fuerte, diestro,
Y de grandes ardides en la guerra.
Aquesta furia fué continuada
Por espacio de dos ó de tres meses
Sin haber remision que les conceda
Dejar punto las armas de la mano,
No sin ynctura grave de los indios
Caidos en las duras competencias,
Porque el gobernador en ellas hizo
Cuanto cumplia para su defensa.
Pero como se viese fatigado,
Falto de gentes y de municiones,
Y sin recurso de mantenimiento,
El cual si se buscaba ya sabian
Ir á pena de muerte condenados,
Por la gran vigilancia de los indios,
Que sin perturbacion ni daño suyo
En pasos de latibulos ocultos
Herian españoles á su salvo,
Fatigaba remedios inquiriendo
A todas horas el entendimiento,
Y de varios balances uno solo,
Aunque dificultoso, le convino.
Habló con Juan Alonso de Santana,
Soldado de los de Lope de Aguirre.
Y con otro Bartolomé Jimenez,
Entrambos hombres de quien bien podia
Fiar cualquiera hecho memorable,
Y dijoles: «Ya veis por la presura
A cuán acerbo fin vamos cercanos;
Hemos de procurar alguna cura,
So pena de ser torpes y livianos;
Y aquesta colocó mi conyectura
En vuestros sueltos piés y fuertes manos,
Como quien sabe ya pasar rigores
Y escaparse de riesgos muy mayores.
» Confiándome pues de vuestro tino
Con que soleis gujar puntualmente,
Antes de ver el rayo matutino,
Quiero que á Santafé guieis la frente
Para que Pedro Pinto Vellorino
Abrevie su partida con la gente,
Y demás de le dar aquesta carta,
Parte sereis para que luego parta.
» Será hazaña bien engrandecida
Del siglo venidero y el presente,
La cual, si Dios á mí me diere vida,
Terná su galardon correspondiente;
Ha de ser esta noche la partida
Con prontitud y paso diligente;
Haced á Dios y al rey este servicio,
Y á mí tan amigable beneficio.
» Conozco que poneis frágil navío
En ondas que denotan detrimento,
Segun aquel que corre por bajío
Con recios soplos de soberbio viento;
Pero no las temais, que yo confío
En Dios que llegareis á salvamento,
Pues vuestros buenos piés y la espesura
Os han de preparar vía segura.»
Dijo, y aunque dudosa la carrera,
Por no venir á menos del concepto
Que dellos se tenia, respondieron
Que si menester fuese hasta Chile
Irian, cuanto mas camino breve;
Y ansí partieron cuando los cubria
La sombra fusca del nocturno manto,
No con menos ardor, valor y brío
Que de Niso y Eurialo se cuenta,
Pero con mas ventura, pues llegaron
Salvos do los llevaba su deseo.
Y entendida por Pinto Vellorino
La causa y la razon de su venida,
Con cuanta brevedad le fué posible
Partió con treinta y seis hombres guerreros
Y cuantidad de vacas y de puercos
Y muy buenos caballos, siendo guias
Aquellos dos soldados que vinieron;
Los cuales, abreviando las jornadas,
Llegaron á la puente que dejaban
Sobre el rio de Cauca fabricada,
Por do pasaron luego, mas las vacas
Y los demás cuadrúpedos dejaron
Allí perdidos, porque no pudieron
Vencer el ímpetu de la corriente,
En la cual perecieron dos soldados
Que por los aviar se confiaron
De la destreza y fuerza de sus brazos.
Los otros con acerba pesadumbre
De ver aquel principio desgraciado,
Prosiguen adelante su camino
Hasta llegar al valle de Guarcama,
Y al campo de los nuestros, donde fueron
Con los brazos abiertos recebidos,
Y con aquel contento y alegría
Que se puede pensar de los que estaban
En trance riguroso y en estado
Que los amenazaba con la muerte,
A no venir aquel socorro presto,
De buenas municiones proveido;
Con la cual nueva bárbaro gentío
Estuvo por entonces mas quieto,
Y nuestros españoles dieron orden
De salirse del valle con intento
De fundar pueblo permanecedero
En apropriado sitio, desde donde
Pudiesen subyectar cómodamente
Los términos que dalle pretendian.
Veinte y cuatro de junio se contaban
Dia del que nació santificado,
Cuando salieron fuera deste valle,
Y habiendo caminado pocos dias
Llegaron á la loma de Nobava,
Donde la tierra rasa se remata,
Porque lo que se sigue después della
Es tierra montuosa, mal poblada,
De ricos minerales, mas enferma,
Con molestos mosquitos y otras plagas,
Y por les parecer estar la loma
En cómodo lugar para su pueblo,
Fundaron la ciudad de Ubeda, porque
El Andrés de Valdivia fué nacido
En aquella que deste nombre goza
En la provincia del Andalucía.
Tomaron posesion por el monarca
Filipo magno, rey y señor nuestro,
Nombrándose cabildo y regimiento,
Y haciendo las otras diligencias
A nuevas poblaciones concernientes,
Y repartidas tierras y solares
Luego se comenzó sangrienta guerra
Con todos los caciques declarados;
Cuyos rigurosísimos sucesos
Seriame confuso labirinto
Particularizallos por escrito:
Basta decir que fué tan porfiada,
Que los paganos y los españoles
Vinieron á notable menoscabo,
Y para sustentarse nuestra gente
Por falta de servicio les convino

Hacer labranzas con sus propias manos;
Mas estas cuando daban esperanzas
Del grano sumamente deseado,
Los indómitos indios las talaron
Sin dejalles gozar el fruto dellas,
Estímulo terrible que los mueve
A castigar aquel atrevimiento;
Porque la saña y el enojo daba
Fuerzas insuperables con que pueden
Tomar destos agravios la vengunza,
Aunque no sin retorno de heridas
De rabioso remate mensajeras.
Pues los que de la muerte se libraban
Era cortando carnes lastimadas,
Abrasándolas con ardientes hierros.
Pero los bárbaros reconociendo
La gran diminucion de sus guerreros
Con guerra tan crüel y tan prolija
Que después que poblaron fué durable
Por seis ó siete meses, sin que día
De sosiego tuviesen ambas partes,
Saliéronles de paz, y socorrieron
La falta de alimentos que tenian,
A lo que pareció, con blando pecho;
Porque perseveraron de tal suerte
Que la paz y amistad fué divulgada
En Santafé y en todos sus confines,
De tal manera que indios contractantes
Entraban y salian inquiriendo
Ganancia que les dan sus granjerías,
E iban y venian muchas veces
Con cartas y mensajes de vecinos,
Con que lenguas absentes comunican
Sus intenciones ó necesidades.
Mas este dulce hilo fué cortado
No tanto por malicia de los indios
Cuanto por la de pechos invidiosos
De la felicidad y bien ajeno,
Segun declararemos con ayuda
De Dios en otro canto por estenso,
Pues por estar la pluma ya cansada,
La suelto de las manos entre tanto
Que con agudos filos se prepara.

CANTO DECIMO TERCERO.

Donde se da razon de la que le pareció á Andrés de Valdivia que tuvo para despoblar á la nueva ciudad de Ubeda.

Como sea gustosa la bonanza
Después del sinsabor de la tormenta,
Y el gozo de la paz de gran dulzura
Pasados los trabajos de la guerra,
Los moradores de la nueva planta
Estaban muy alegres y contentos
Viendo pacíficos los naturales
Al cabo de tan duras competencias,
Prometiéndose vida descansada,
Después que los caciques y señores
Les fuesen repartidos, y tuviesen
Merecedores dellas encomiendas,
Lo cual se procuró con gran instancia
Por dar á sus trabajos recompensa;
Y el que los gobernaba no tenia
Contrarios los intentos, conociendo
Ser tales sus servicios, que con premios
Mayores no quedaban satisfechos.
Pero cuando queria dar contento
A sus comilitones, deseosos
De ver efectos que correspondiesen
A los ofrecimientos hechos antes,
Ministros del demonio que no faltan
Turbaron sus propósitos modestos
Usando de un ardid abominable,
Y tal que después dél fueron sus obras
De frenético, loco, furioso,
Sin atinar á cosa que cumpliese.
Este fué, que con otras que vinieron
De Santafé le dieron una carta
Sin firma, cuya letra disfrazada
Al autor encubrió, la cual decia:

«Volved, gobernador, por vuestra honra,
Porque la lealtad que prometida
Fué con vínculo santo, no se guarda,
Y el sacro genio de la casta cama
Anda menospreciado y abatido,
Y aquella compañía de parientas
Que con ella quedaron en Victoria,
Adonde las dejastes, ansimismo
No viven con aquel recogimiento
Que deben á su noble parentela.»
Aquesta novedad, aunque fingida,
Y por inicuos hombres inventada,
Hizo tal impresion en su memoria,
Que sus palabras y obras eran masa
De muy desatinados desvarios,
En tanto grado que se sospechaba
Ser con industria de desesperado,
Por poner en estremo los soldados,
Con tantas ocasiones, que tomasen
Las mismas para le quitar la vida.
Y ansí luego con riguroso mando
Hizo que despoblasen el asiento
Que con penalidades insufribles
Habian sustentado tanto tiempo;
Lo cual Valdivia hizo con intento
De se precipitar por las montañas,
Sin admitir razones ni consejo
De los que con palabras comedidas
Y términos urbanos procuraban
Hacelle que mudase pareceres.
Ansimismo los indios del terreno
En gran manera se maravillaron
De ver esta mudanza repentina,
Y algunos, que presentes se hallaron,
De los mas principales le dijeron:
«Presumimos que debes estar loco,
Pues tienes en tan poco lo que has hecho,
Y al tiempo del provecho te vas fuera,
Por dudosa carrera haces vía;
Harto mejor seria darnos amos
A quien reconozcamos vasallaje,
Y cada cual trabaje dar contentos
A quien repartimientos les cupieren:
Esto piden y quieren los señores
Caciques y mayores destas frentes,
Que son los que presentes aquí tienes.»
Oyó la peticion con impaciencia
El Andrés de Valdivia, y ansí hizo
Poner estos caciques en prisiones,
Amenazándolos con mayor pena
Si mas acerca desto le trataban;
Y aunque los soltó luego de la cárcel
Quedaron indignados malamente.
No pararon en esto los furores,
Pues en confirmacion de su locura
A los caballos les cortó las pieruas,
Que fué para sus dueños dolor grave,
De los cuales algunos, viendo tantos
Escesos furiosos, rehuyendo
De no venir con él á rompimiento,
A Santafé se fueron deslizando,
Mas á los tres primeros que huyeron
Indios en el camino los mataron;
Los otros los siguieron hasta tanto
Que entraron por la tierra montuosa
Y á las que llaman hoy las Pesquerías,
Por la gran abundancia de pescado,
Tierra que cria ricos minerales,
Mas como ya dijimos mal poblada
Y enferma, pero fértil de comida,
Donde hallaron copia de labranzas.
Y pareciéndole que convenia
Fundó nueva ciudad en aquel sitio,
Y algo mas reportado, conociendo
Estar de su gobierno descontentos,
Y no guardalle ya tanto decoro
Como solian antes los soldados,
Hizo congregacion de los que pudo,
Porque muchos andaban derramados,
A los cuales por términos modestos
Procuró granjear sus voluntades
Con un razonamiento que les hizo,

La substancia del cual es la siguiente:
«Amigos, si á razon estais atentos
Aquellos que por ella sois medidos,
Entenderéis haber desabrimientos
Que turban las potencias y sentidos,
Donde los primitivos movimientos
Con gran dificultad quedan vencidos,
Y tal dolor será que la mas alta
Prudencia della misma queda falta.
»Y así, los que me veis desta manera
Con turbaciones y paciencia poca,
No debeis espantaros aunque muera
Segun el duro golpe que me toca:
Del cual diera razon, si la tuviera,
Para poder bosallo por la boca:
Basta decir que fueron ocasiones
Terribles y de malas intenciones.
»Pues no sé quién sin fin de amistad buena
Me escribió lo que no supo ni vido,
Y aunque lectura de verdad ajena,
Del autor infernal estoy corrido;
Y en efecto, me dió tan grave pena
Que cuasi me privó de mi sentido,
Y con aquel dolor corrí sin freno,
Sin querer admitir parecer bueno.
»Mas aunque mi pasion y mi congoja
Es de tal cualidad que desespere
Para siempre jamás de vella floja,
Como caso tan grave lo requiere,
Mi buena voluntad no queda coja
Para serviros en lo que pudiere,
Pues demás de lo mucho que se os debe
Obligacion particular me mueve.
»Es mi deseo pues que por lo hecho
Ninguno se me muestre desabrido,
Sino que se quiete vuestro pecho,
Pues hasta agora nada se ha perdido,
Antes ha sido para mas provecho
Poblar en este sitio proveido
De grano, de pescado, de legumbres,
Y de prósperas minas certidumbres.
»Y no por nos meter en arboleda
Perdemos el terreno mas aceto,
Pues volver cuando buenamente pueda,
En ley de hijodalgo lo prometo,
Para poblar en lo que de paz queda
Y repartiros todo lo subyeto:
Aquesta es mi voluntad abierta
Que sin duda podeis tener por cierta.»
Oidas las razones comedidas
Por aquellos que estaban en la junta,
Tuvieron cortesanos cumplimientos
Prometiendo de darle todo gusto,
Con el respecto, gracia y obediencia
Que á su gobernador le era debida;
Y encarecidamente le rogaron
Que no hiciese caso de novelas,
Pues todos entendian ser escriptas
Debajo de malignas intenciones,
Por poner á las suyas honorosas
Algun impedimento con envidia.
En efecto, quedaron muy conformes,
Pero pasado número de dias,
Queriendo recogellos y sacallos
Para pacificar algunos indios,
Y dar orden á cosas necesarias,
Ninguna parte fué para juntallos,
Y con aquella cólera y enojo
A Diego de Montoya dió garrote,
Soldado principal, con pensamiento
Que los demás vernian á medirse
Con lo que su mayor les ordenaba.
Mas desto que tomó para remedio
Nació mayor rencor y mayor odio,
Porque se conjuraron tres soldados,
Que fueron Juan Alonso de Santana,
Pero Sanchez de Oviedo, y el tercero
Manuel Ruviales, con diseño
De venir á la audiencia deste reino
En coyuntura que lo gobernaba
El licenciado Francisco Briceño,
Recién venido por su presidente,
Y antél formar querellas del Valdivia,
Para lo cual desesperadamente
Y como temerarios se arrojaron
En una mal parada canoneta
Por las corrientes del rio de Cauca,
Do bárbaros guerreros son frecuentes,
Con harta mas sospecha de la muerte
Que de escapar ninguno con la vida;
Pero venciendo las dificultades
Llegaron á Mopox en salvamento,
Y por el rio de la Magdalena
Subieron todos tres al Nuevo Reino,
Y en la real audiencia dieron queja
Del Andrés de Valdivia, demandando
Jüez que de las causas conociese;
Y fuéles para ello proveido
Anton Gomez de Acosta, lusitano,
Noble de condicion y de linaje,
Hombre de buenas partes, mas con ellas
Mas de sinceridad que de dobleces,
Al cual yo conversé por muchos dias
Y reconocí ser de liso pecho.
Diéronsele poderes y recados
Bastantes, y á medida del deseo
De los apasionados querellantes;
Pues mandan al Valdivia que parezca
Ante los senadores, y entre tanto
Antonio Gomez quede gobernando;
Con esto se partió para los ríos,
Los tres soldados en su compañia
Y algunos otros que se le llegaron,
Entrellos dos cuñados del Valdivia,
Bermudez y Loaisa, que sabiendo
Ir el Antonio Gomez con el cargo,
Para tenello grato y apacible
En negocio que tanto les tocaba,
Juntamente hicieron el viaje,
Ganando voluntades alteradas.
Y avisado Valdivia por algunos
Que seguian sus partes en la villa
De Santafé, después que allí llegaron
Salió del pueblo de las Pesquerías
Con algunos soldados mas amigos
Para los recebir en aquel valle
De San Andrés, adonde se juntaron,
Y con premeditada cortesía
Al jüez recibió y a los contrarios;
Habló con los cuñados en secreto,
Informándose dellos largamente
Así de los poderes que traia
Como de las novelas de la carta,
Que fué tan nueva cosa para ellos
Que quedaron con un desgusto grave
De la invencion, en tanto perjuicio
De su punto y honor sin haber causa;
Finalmente, Valdivia satisfecho
De la limpieza y honra de su casa,
A su nuevo jüez acudió luego
Antes que las reales provisiones
Le fuesen intimadas, y apartado
De los demás, le dijo lo siguiente:
«Señor Antonio Gomez, gran ventura
Ha sido para mí venir á esto
Un hombre noble, de conciencia pura,
Y cuyo celo vemos manifiesto,
Pues guia los negocios con blandura
Y sin querer á nadie ser molesto,
Orden de que se precian las mas veces
Cristianos y católicos jüeces,
»Que no de todos vientos son movidos,
Antes como varones reportados
Reservan uno de los dos oidos
Para con él oir los acusados,
Porque de los descargos detenidos
Sucede los absentes ser culpados;
Y así podria ser que yo lo fuese
Por faltar quien mi causa defendiese.
»Está claro de ver por lo que digo,
Y porque quien pidió la residencia
Consta ser hombre infame y enemigo,
Traidor en sus efectos y apariencia;
Sirvió, quien fué la parte, de testigo

Cargando con mis cargos su conciencia:
Pero podria ser que tal engaño
Se fuese declarando con su daño.
»Aunque deseo yo, si ser pudiese,
No venir en aqueste rompimiento,
Como vuestra merced servido fuese
Que diésemos los dos algun asiento,
De donde con honor se le siguiese
Gran interese y aprovechamiento,
Cuya satisfaccion hará sumarios
Y de poco momento los salarios.
»Porque estos son por tiempo limitado,
Y en mi gobernacion tiempo tan luengo
Cuanto por vos me fuere señalado
Sereis igual en el poder que tengo,
Y en daros suerte de lo mas granado
Y de mas tomo desde luego vengo,
Sin faltar punto de lo que prometo,
Como conocereis por el efeto.
»Debajo pues de dar lo que propuse
En las significadas condiciones,
Os quiero suplicar que no se use
Conmigo del poder ni comisiones,
Porque razones hay con que se escuse
El no llegar á las ejecuciones,
Y aunque la diligencia no se haga,
No por eso será menor la paga.
»Por medios honorosos y cristianos
Pido que esta merced se me conceda;
Y si acaso se temen dichos vanos
De los que menearon esta rueda,
A todos ellos yo los haré llanos,
Amigables y blandos como seda,
Pues como yo les hable, me profiero
De traellos á todo lo que quiero.
»Porque conocen de mi diligencia,
Si los negocios andan enconados.
Que pareciendo yo por mi presencia
Han de quedar deshechos los nublados,
Y los señores de real audiencia
Sabrán los que son libres ó culpados;
Y aun ellos holgarán en gran manera
De que vos deshagais esta quimera.
»Porque dellos el principal intento
Es de que los litigios se cercenen,
Y ansí reciben gran contentamiento
Cuando los litigantes se convienen;
Puede vuestra merced ser instrumento
Desta conformidad con los que vienen
Con malas intenciones y conmigo,
Que cumpliré sin falta lo que digo.»
Dijo, y Antonio Gomez no teniendo
Dañada voluntad contra ninguno,
Estuvo bien en lo que le decia,
Y ansí sucintamente le responde:
«Señor gobernador, por mandamiento
Vengo de la real chancillería;
Si para no pedir el cumplimiento
La parte demandante se desvía,
No se me puede dar mayor contento
Que difinillo por aquesa via;
Con ellos el negocio se concluya,
Porque mi voluntad será la suya.»
Conocidas las sanas intenciones
Del noble portugués por el Valdivia,
Vióse con los contrarios ansimismo,
Y tuvo tanta fuerza y eficacia
En lo que les trató secretamente,
Que quedaron conformes y rendidos
A su dispusicion como solian,
Y aun con mayor respecto y obediencia.
Compuestas las borrascas que movian
Los vientos enemigos, cumplió luego
Con el Antonio Gomez su promesa
Dándole bastantísimos poderes
De general teniente, con los cuales
Y algunos compañeros proveidos
De buenas municiones, el Valdivia
Mandó que se partiese brevemente
Al pueblo que dejaba cimentado
En aquel sitio de las Pesquerías
Donde dejó los otros españoles,
Para que con el cargo que llevaba
Allí haga con ellos asistencia,
Y trabaje traer al regio yugo
Indómita cerviz de aquella gente.
Y el capitan Francisco Maldonado
Ansimismo pasó por orden suyo
El gran rio de Cauca con soldados
A ver las poblaciones que tenian
Indios nutaves en aquella parte;
Y el gobernador con sus dos cuñados
Y trece compañeros y los negros
De su servicio, que serian quince,
De cuya valentía confiaba,
Si por los indios guerra se moviese,
En el ya dicho valle hizo pausa,
Donde para valerse y ampararse
Mandó hacer un fuerte, mas no tanto
Que lo pudiese ser contra la furia
Movida contra él, ya conclúidas
Las obras, en mal punto fabricadas,
Pues fueron tan baldías diligencias
Cuanto su temeraria confianza,
Como se tractará mas largamente
En otro canto, que será remate
De su discurso dél y de su vida.

CANTO DECIMO CUARTO.

Donde se cuenta cómo viendo los indios la gente española dividida en tres partes, determinaron de dar en ellos en un mismo dia en los lugares adonde estaban, sin se poder valer los unos á los otros por ser mucha la distancia.

Quien se guia por solos sus antojos,
Sin la moderacion que se requiere
Tener en los negocios importantes
De guerra, mayormente do no siempre
Responden al deseo los efectos,
A trabajoso fin se va llegando,
Como nuestro Valdivia, que sin copia
De gente que sufriese dividirse
En partes tan remotas como dije,
Repartió los soldados que tenia,
Pensando subyectar en breve tiempo
Lo que con mas reporte se pudiera
Hacer, midiéndose con su posible,
Allanando la tierra todos juntos
Sin derramarse por diversas partes;
Mas con aquel orgullo presuroso
De que naturaleza lo compuso,
Salió del término que convenia
A su salud y vida, pues que puso
En evidentes riesgos su persona
Quedándose con pocos, y aun algunos
No poco descontentos conociendo
Que los cuñados suyos pretendian
Gozar de los trabajos y sudores
Ajenos, sin haber metido prenda
Para ser antepuestos en la tierra
A los que los habian padecido:
De cuya causa seis de aquellos trece
Que con él en el valle se quedaron,
Le hurtaron el cuerpo con sus armas,
Y como diestros hombres en la tierra
Salieron á la villa de Antioquia,
Dejándolo con solamente siete
Y aquellos etiopes que tenia.
Y ansí los indios, siendo convidados
De coyuntura que les prometia
Infalible victoria, despacharon
A las otras provincias mensajeros
Para que los caciques estuviesen
A punto cierto dia, y á tal hora
Acometiesen á los españoles
Que cada cual tenia mas á mano,
Porque los que caian á la suya
Con el gobernador en aquel valle,
En aquel tiempo que les señalaban
Ansimismo serian asaltados.
Concertados los indios desta suerte,

Cuando del mes de octubre se contaban
Diez dias, año de setenta y cuatro,
Habian al Francisco Maldonado
Dádose ya de paz aquellos pueblos
Nutaves, que tenían sus viviendas
En la contraria banda de aquel rio,
Donde pasó con treinta y seis soldados,
Y allí los regalaban y servian
Proveyéndoles de mantenimientos
A ellos y al servicio que llevaban;
Mas llegada la hora del concierto,
En el dia que habian señalado,
Vinieron treinta y seis tan solamente,
Para cada español un indio solo.
Todos ellos sin armas, y cargados
Cada cual con un gran hace de guamas,
Fructa gustosa, dulce, delicada,
Y á corporal salud nada nociva,
Antes á quien del hígado se siente
Enfermo, cierto se la restituye,
Segun he visto yo por esperiencia:
Será su longitud mas de tres palmos,
Y el grueso de tres dedos largamente,
O mas ó menos, blanda la corteza,
Rolliza y arrugada por defuera,
Y esta rompida, dentro se contienen
Jugosos globos que se continúan
Al modo de unas cuentas ensartadas
Juntas y despegadas unas de otras
Que hinchen la longura de la guama,
Y es la blancura destas pelotillas
A copillos de nieve semejante,
Una pepita dentro cada una,
Tierna, piramidal en la hechura;
Pero lo que se come desta fructa
Es aquel blanco que algodon semeja,
Que dentro de la boca se deshace,
No sin suavidad del que lo gusta;
También hay otras diferentes guamas
Que son á la manera de algarrobas,
No mas en el tamaño, y aplanadas,
Que tienen los efectos de las otras;
Pero las que traian estos indios
Eran de las mas luengas y rollizas,
En cada hace dellas encubierto
Afilado machete vizcaíno,
Y ciertos trozos de madera dura
Mas ponderosa que de pardo plomo,
De la corteza limpios y muy blancos,
Que se juzgaban ser palos de balsa
Lijerísima no menos que corcha,
Y cuyas apariencias encubrian
La gran dureza y el mortal engaño.
Acuden pues los nuestros al regalo,
Cebados en aquella golosina
Do venia la muerte disfrazada
No menos que con ropas de dulzura;
Y al tiempo que llegó cada cual dellos
A tomar la porcion que le cabia,
Con la siniestra dieron el presente,
Y con la diestra sacan los podones,
Con tanta prontitud en dar el golpe
Quel pensamiento y él fueron á una,
Ensangrentando cada cual los filos
En los incautos que con regocijo
Iban á recebir su desventura,
Que comenzó con fieras cuchilladas
Y palos que los cascos desmenuzan:
Cortan rostros, cabezas y pescuezos,
Derríbanse narices y quijadas
Que caian con dientes y con muelas,
Crece la confusion y el alboroto,
Anda la lucha fiera y orgullosa,
Abrázanse heridos con los sanos,
Y algunos se aprovechan de las dagas
Vengando sus injurias en algunos
De los astutos bárbaros y fieros;
Mas como los vestidos no tenian
En los desnudos donde hacer presa,
Lijeramente se les deslizaban,
Y andando fervorosa la pendencia
Un terrible gandul vió cierta hacha,
La cual con increible lijereza
Del suelo levantó, y enarbolada,
El violento golpe descendiendo
De los nervosos brazos ayudado,
Rompió los cascos hasta las encias
Al capitán Francisco Maldonado;
Descargó luego con la misma hacha
Sobre Juan de Cotura, valenciano,
Y del tercero golpe dió remate
De Chaves, valentísimo guerrero.
Los miserables caen despedidos
Del aliento vital, y Sancho Velez,
Insigne montañés por sus hazañas,
Allí las remató con fin acerbo,
Con otros cinco válidos soldados
De cuyos nombres no se me dió copia,
Mas sé que la tuvieron de heridas
Que penetraban hasta las entrañas;
Pero los otros, aunque mal heridos
De los primeros golpes de antuvisda,
Volvieron sobre sí, y á las espadas
Echaron mano con terrible furia,
Y aprietan á los bárbaros de suerte
Que muchos dellos en aquel conflicto
Tuvieron á los muertos compañía,
Y los demás á paso presuroso
Se fueron retrayendo con intento
De volver con mas indios y pertrechos;
Pero los españoles conociendo
Que de sus piés lijeros dependia
El escapar de tanto detrimento,
Tomaron por remedio la hüida
Y por lugar sagrado la montaña,
Por donde caminaron á gran priesa
La vuelta de la villa de Antioquia
Juzgando ser camino mas seguro
Que ir á se juntar con el Valdivia.
El cual en esta misma coyuntura
Estaba rodeado de la muerte,
Porque Cuerquia y Oceta y Ucharie,
Ubaná y Quimé, caciques bravos,
Con quinientos fortísimos guerreros
Aquella noche antes se metieron
Dentro de la quebrada montüosa
Que distaba del fuerte breve trecho,
Y cuando ya febeos resplandores
Doraban las alturas y los valles,
Enviaron al fuerte ciertos indios
Cargados de regalos, cuyos gustos
Habian de ser tragos de amargura;
Pues fueron enviados por cubierta
De sus intentos duros y malicia,
Y para descuidallos del asalto
Y golpe que cercano les venia.
Fingieron pues los bárbaros cansancio,
Diciendo que venian de mas lejos,
Y que los enviaban los caciques
A ver si les faltaban alimentos
Para les proveer lo necesario,
De que Valdivia recibió contento,
Y aquella compañía desdichada,
No conociendo bien ser el postrero
Que en esta vida frágil y caduca
Habian de tener por su mudanza;
Pues cuando repartian los presentes,
Embajadores mudos de sus males,
Salió la tempestad fiera y horrible
Con mas ímpetüoso movimiento
Que viento proceloso que remueve
La ponderosa tierra, y arrancando
Va los frondosos árboles su fuerza,
Pues no menos lo fué la palizada
Hecha para valerse dentro della,
Porque turbados todos del asalto
Repentino, sin dél haber sospecha,
Apenas ocurrieron á las armas
Cuando ya la tenian ocupada,
Aportillada, rota y abatida.
Y para resistir aquella furia
Pedro Valero y un Leon salieron
Como valientes hombres al encuentro;
Pero barriólos luego la creciente

Segun que suele la de raudo rio
Opuesta presa de reparo débil,
Pues al Valero ponderoso golpe
Le derramó los sesos, exhalando
Luego la dulce vida por la boca,
Y el Diego de Leon cayó pasados
Los pechos de dos jáculos agudos,
Con rabia de la muerte remordiendo
Lo circunstante del sangriento suelo.
Acudieron los negros y españoles
Que quedan, animándolos Valdivia
Desde lo alto de una barbacoa,
Adonde se halló cuando vinieron,
Y una india ladina que tenia,
Intérprete cabal de aquella lengua;
Y así salieron todos al encuentro
Con el brio y valor que cualquier bueno
En tal tribulacion mostrar debia,
Pero la duracion de sus ardores
Fué como llama blanda que procede
De las estopas secas y esparcidas
Que consumidas son en un instante
Y apenas dejan rastro de ceniza:
Así fueron de vida descompuestos,
En el impetüoso torbellino,
Entrellos cierto fraile carmelita,
Dicho fray Bernabé, capellan suyo;
Juan Rodriguez de Atienza, solamente,
Sobrino de aquel clérigo que dije
Decirse Joan Ruiz de Atienza antes,
Y Gaspar Negro, de nacion jilofo,
Duraban en el áspero conflicto
Con hazañas que son merecedoras
De celebrarse con eterna pluma,
Pues dos veces rompieron los salvajes
Haciéndoles á todos perder tierra,
Dejándola de sangre proveida
Y de bárbaros cuerpos ocupada,
Del estrago que cada cual hacia;
Y por mas animar al etiope
El fuerte Juan Rodriguez le decia:
«Ea, Gaspar, no cesen tus tajantes
Golpes contra la bárbara canalla,
Porque si perseveras, son bastantes
A vencer otra mas dura batalla:
Ayudaréte yo con semejantes
En tanto que la muerte no me halla;
Pero ya que la temporal nos llama,
Haremos con que viva nuestra fama.»
El Negro le responde: «De la vida
Ya que, señor, me siento ser ajeno,
Vuestro valor escelso me convida
A mi venganza y la de tanto bueno,
Hasta que por entero se despida
Humana fuerza de Gaspar Moreno:
Lo peor es que nadie nos espera,
Porque pelean todos desde fuera.»
Y es así que se fueron retrayendo,
Huyendo las cercanas cuchilladas,
Y segun á los toros que se lidian
En coso, los están garrocheando
Con multitud de dardos y de flechas
Que llovian sobrellos á rebadas,
Hasta tanto que los atletas fuertes,
Desangradas y rotas las entrañas,
Fueron rendidos del eterno sueño.
Valdivia solo resta, que herido
Estaba de un flechazo por la boca
Al cual ovieron á las manos vivo:
Vivo tomaron al desventurado,
Con la moza ladina que tenia.
¡Oh cuántos desconsuelos y aflicciones,
Cuántas angustias y penalidades
Rodeaban al triste que se via
Cercado destos lobos carniceros,
Ajenos de piadosa compostura!
¡Qué de conceptos varios y discursos
Mueven la voluntad, para que diga
Alguna cosa la turbada lengua
Con que á misericordia los moviese!
Asentáronlo pues en una piedra
Con aquellos escarnios y ludibrios
Que suelen estas gentes apocadas,
La intérprete con él, que también temo
Ser á pena de muerte condenada,
Haciéndole preguntas odiosas
Para mayor dolor encaminadas:
Al fin Valdivia, por no quedar corto
En un trance de tanta desventura,
Quiso tentar el vado peligroso
Tomando por bordon estas razones:
«En vuestra potestad estoy captivo,
Y de vivir no tengo confianza;
Pero si proseguis vuestro motivo,
Declaro lo que mi razon alcanza,
Y es que no morireis si quedo vivo,
Y si muero vereis crüel venganza,
Pues del menor hasta el mayor caudillo
Habeis de pasar todos á cuchillo.
»Pensad con atencion en lo que digo
Y sin duda creed que si yo muero
Habeis de ver un ejemplar castigo,
Tan grande que ninguno mas severo;
Y vale mas ganarme por amigo,
Que lo seré leal y verdadero
Si me haceis mercedes de la vida,
Obra que será bien agradecida.
»Permitid que me vaya libremente
Sin pretension de dar fin á mis dias,
Porque luego, con paso diligente,
Me partiré para las Pesquerías,
Y desta tierra sacaré mi gente,
Sin que revuelvan otras compañías
A daros inquietud ni mover guerra,
Mas siempre será libre vuestra tierra.
»Niéguemе su fulgente luz Apolo
Si yo volviere mas á la porfía;
Antes se cumplirá sin haber dolo,
Olor ni semejanza de falsía:
Haceldo, pues matar un hombre solo
Antes es poquedad que valentía,
Y dejándome ir hareis un hecho
De virtud y de honor y gran provecho.»
La lengua declaró lo que decia,
Y los caciques todos estuvieron
Atentos y algun tanto reportados,
Los unos con los otros practicando,
Tomando pareceres y los votos
Cerca de lo que mas les convenia;
Y un indio principal dicho Carcara
(Y don Martin después de baptizado)
A todos les habló desta manera:
«Amigos y parientes, de mi voto
No lo hareis remoto de la vida,
Porque será perdida diligencia
Y acrecentar pendencia con cristianos:
Lavemos nuestras manos deste hecho;
Satisfaced al pecho que se mide
Haciendo lo que pide brevemente,
Pues tiene rey potente que lo envia
A nuestra serrania, y es mandado,
Y siendo su criado, y él tan fuerte,
Ha de vengar su muerte, porque tiene
Gran multitud que viene cada dia;
Y al fin es cobardia detestable
Matar al miserable ya rendido.
Aquí no soy movido con engaños,
Mas por evitar daños venideros,
Fines y paraderos lamentables,
Que son inevitables si este muere.
Si su palabra fuere vil y corta,
Un hombre mas no importa ya que vuelva
Con otra mayor selva peregrina,
Pues una golondrina nunca hizo
Verano, ni un granizo ocupó plaza,
Ni destruyó la haza ni simiente.
Soltallo de presente poco cuesta
Usando con él desta hidalguía.»
Dijo Carcara, no sin gran deseo
De lo librar de la mortal angustia;
Mas un Quiné, cacique furioso,
De mala digestion, protervo, duro,
Con iracundo rostro le responde:
«Gentil predicador nos es venido

A defender partido de un tirano,
Cuya sangrienta mano hizo menos
Inumerables buenos en la tierra,
Quedando de la guerra sin ayuda
Tanta mujer viuda, y sus hijuelos
Sin padres, sin abuelos, sin amparo:
De negocio tan claro sois testigos,
Pues de los enemigos los mas pocos.»
Aquesto dicho levantó la maza,
Bajándola con golpe tan horrible
Que le desmenuzó cascos y sesos:
Cayó lanzando sangre por la boca,
Y el ánima salió de aquella cárcel
Mortal adonde estaba detenida.
Ansimismo la india que servia
De lengua padeció la misma muerte
Por mano de Ubaná, y aquesto hecho,
Cortóles las cabezas, y á los otros
Cristianos que murieron peleando,
Y púsolas en medio del camino
Por donde, si los de las Pesquerías
Oviesen escapado del conflicto
En que se vieron este mismo dia,
Habian de pasar forzosamente
Para poder juntarse con Valdivia,
Y vistas las cabezas no parasen
Con miedo de pasar por otro tanto
Y se saliesen fuera de la tierra.
Verdad sea quel Ubaná quisiera
Hacer un emboscada, mas los otros
Caciques no quisieron acudille,
Diciendo que los indios tahamíes
Al gobernador solo les mandaban
Quitar la vida, como lo hicieron;
Y ansí se retrajeron de aquel sitio
Y se volvieron todos á sus casas,
En tanto que sabian el suceso
De los que estaban en las Pesquerías;
A los cuales vinieron aquel dia
Gran número de bárbaros valientes
Con algunas comidas y regalos,
Pero los españoles como diestros
Reconocieron ser estratagema,
Y que las intenciones que traian
Eran de descuidallos con aquello
Y en viendo coyuntura dar de mala:
Y ansí prendieron veinte y cuatro dellos,
Conocidos por hombres principales,
Metiéndolos en una casa fuerte,
Con guardas que pusieron á la puerta.
Y en la cámara donde los metieron
Habia un azadon, sin otra cosa
De que pudiesen estos echar mano,
Y un indio de los presos recogiólo
Entrél y la pared disimulado,
Que no podia verse porque todos
Estaban allí juntos y apiñados:
Estando desta suerte detenidos,
Guardándole la puerta seis soldados
Entró el Antonio Gomez con sus armas,
Una celada puesta, y en la mano
La vara de justicia si prestara;
Y hallándolos todos asentados,
Paseándose por delante dellos,
No con aquel aviso que debiera
Tener con gente tan determinada,
Con habelle rogado que no entrara
Los seis soldados que hacian guarda,
Por atemorizallos con palabras
Les dijo: «¿Qué maldades son aquestas?
Decid, traidores, perros, refalsados,
¿Venís de paz, y las macanas prestas
Pensando de tomarnos descuidados?
Pues veinte y cuatro horcas tengo puestas
Donde morireis todos ahorcados,
Porque sin jamás daros ocasiones
Usais destos ensayes y traiciones.»
Aun no bien acabó de decir esto,
Cuando el del azadon asió del cabo,
Y con aquel ardor que tigre suele
Abalanzándose tras el venado,
Saltó con él, y dióle tan gran golpe
Que sin le dar segundo quedó muerto
Y la celada dentro de los sesos.
Acudieron las guardas al rüido,
Y viendo su caudillo derribado,
Menean las espadas cortadoras.
Las cóncavas rodelas embrazadas,
Y aunque el del azadon á tajo fondo
Quiso desarraigar las otras plantas,
Los acerados filos y las puntas
Con tal solicitud fueron guiadas,
Que en breve tiempo por el aposento
Quedaron muertos todos veinte y cuatro,
Y á gran priesa salieron de la casa
Contra los demás indios que de fuera
Andaban con los otros españoles
Midiendo con el hierro las macanas;
Pero prevalecieron los aceros
Y maña de la gente baptizada,
De suerte que los bárbaros huyeron
Con menoscabo de los mas gallardos.
Los nuestros sanos y victoriosos
No quieren esperar otra borrasca,
Y ansí determinaron de partirse
Para se congregar con el Valdivia,
No sabiendo su muerte desastrada.
Por todos ellos eran veinte y uno,
Cuyos heroicos hechos yo no puedo
Particularizar, aunque merecen
Ser los de cada cual eternizados.
Destos fueron delante tres soldados
Para que descubriesen con aviso
Los pasos peligrosos y quebradas:
Hombres no menos sueltos que valientes
Y de quien justamente se podia
Hacer tan importante confianza;
El uno dellos era Juan Melendez,
Que de presente tiene por posada
En este pueblo donde yo resido
La del noble vecino Juan de Vargas,
Que es escribano hoy deste cabildo
Y entonces por allí participante
De riesgos y trabajos insufribles;
El otro Baltasar Muñoz, que vive
En un pueblo de los de Venezuela,
Y Mateo Fernandez, color loro,
Pero su gran virtud y valentía
Cubrian, si lo es, aquesta falta:
Hijo de india es y de etiope,
Y natural desta ciudad de Tunja.
Llevaban estos tres en su defensa
Tres perros señalados en braveza,
Turquillo, Amigo, y otro Menaino,
Que para se valer en la jornada
Les fueron á su tiempo provechosos.
Yendo pues caminando con recato
A su salud y vida necesario,
Dieron en las cabezas de los muertos
Y en aquel espectáculo crüento,
Adonde repararon con estasis
En pálido color los rostros vueltos,
Desamparándolos el humor noble
Por ir á socorrer en tal espanto
La parte principal enflaquecida;
Porque su dolor fué tan escesivo,
Conociendo los miseros pacientes,
Que perecieran en aquel angustia
Si no se desaguara por los ojos
Alguna parte de su sentimiento,
Donde hasta los perros lo hicieron
De natural instinto convocados.
Y habiendo colegido por las muestras
Toda la rigurosa desventura,
Perplejos no sabian qué hacerse,
O revolver atrás á dar la nueva,
O proceder á pueblo de cristianos,
Pues en cualquiera de los dos caminos
Se corria gran riesgo de la vida;
Al fin, destos estremos eligieron
Pasar á Santafé por mas seguro,
Y en la prosecucion de su viaje,
Sembrado de cien mil inconvinientes,
Demás de les faltar mantenimiento

Para se remediar y cobrar fuerzas,
Que ya la hambre se las consumia,
De los tres perros uno degollaron
Que por nombre tenia Menalao,
Y bien ó mal asado fué socorro
Para poder llegar en salvamento
A Santafé, donde también habian
Entrado los heridos que escaparon
De do murió Francisco Maldonado,
Que segun los trabajos padecidos,
Terribles y profundas cuchilladas,
Poder llegar se tuvo por milagro;
Y alguno dellos, que es Suero Rodriguez,
Hoy morador del pueblo do yo vivo,
Con seis peligrosísimos flechazos,
E uno dellos fué penosa rienda
Por el miembro viril atravesada.
Pero llegados á la noble villa,
De los vecinos y los mercaderes
Caritativamente recebidos
Y con gran diligencia remediados;
Y desde que llegaron los primeros
Hizo Gaspar de Rodas gran instancia
En que se proveyese de socorro
Al Andrés de Valdivia, no sabiendo
Hasta llegar los tres su mal remate,
Y el Antonio Machado de quien dije
Salirse con licencia del Valdivia,
En Santafé nombrado por alcalde,
Primero que llegase Juan Melendez
Habia ya salido con cuarenta
Soldados viejos bien apercebidos,
Los cuales, aunque no fueron á tiempo
Para podelle dar este presidio,
Aprovecharon á los que venian
De do mataron al Antonio Gomez;
Que como prosiguiesen su camino
Tras Melendez, Muñoz, Mateo Fernandez,
Dieron en las cabezas ansimismo
De su gobernador y de los otros
Que de su hado fueron herederos,
Las cuales conocidas, no se pueden
Encarecer sus grandes turbaciones,
El tierno sentimiento que hicieron,
Las muchas lágrimas que derramaron
Ansí los españoles como indios
E indias que llevaban de servicio,
No solamente ya por sus amigos,
Pero también por ellos, por hallarse
Cercanos á la misma desventura,
Y porque sospechaban quel Melendez
Con los dos que iban en su compañía
Estaban de la vida descompuestos,
Pues no volvieron á les dar aviso
Ni salian á se juntar con ellos;
Y ansí cada cual destos pretendia
Acogerse huyendo del peligro
Por donde su ventura lo guiase,
Juzgando que si fuesen divididos
Podrian hüir mas seguramente,
Pero los mas enteros en consejo
Tuvieron parecer diferenciado,
Porque venía Juan Ruiz de Atienza
Y Bartolomé Jorge, sacerdotes,
Leonel de Ovalle, Pinto Vellorino,
De los cuales Atienza mas atento
Por animar á todos los restantes
Que en número serian diez y ocho,
Les dijo las palabras que se siguen:
«Caballeros, los fuertes corazones
No desmayan en las perdidas lides;
Antes, de repentinas ocasiones
Sacan para salvarse mil ardides:
Quel buen agricultor planta mugrones
Adonde hace mella muertas vides,
Y no por ver la falta de aquel suelo
Desampara la viña ni majuelo.
»Ninguno piense pues tener mas vida
De la que tienen hoy estos defunctos,
Si para ser la gente dividida
Juzga ser acertados sus barruntos,
Siendo mas sin remedio la caida
Del que va solo que de muchos juntos,
Donde quien dae halla sublevante,
Y al solo faltará quien lo levante.
»Para que esto tengais por acertado,
Buen paradigma es el mal presente,
Que nos declara ser desamparado
Valdivia de gran parte de su gente,
Quedándose con él en el cercado
Estos seis españoles solamente,
Pues á ser mas, quien estos hizo piezas
Aquí pusiera las demás cabezas.
»Y aun estos juntos, con tener aviso
No pasaran por tan adversos hados;
Mas cada cual debió de estar diviso
Siendo con falsa paz asegurados,
Segun aquella gente que nos quiso
Burlar, aunque quedaron mas burlados,
Mas á no conocelles el amago
Pasáramos por este mismo trago.
»De manera que ya por este año,
Mediante Dios y avisos que preceden,
Seguros estaremos del engaño
Y de que con regalos nos enreden;
Y si salieren á hacernos daño,
Las armas de Dios son las que mas pueden:
Vámonos retrayendo y apartando,
Y á Dios rogando y con el mazo dando.
»Digo que juntos con las oraciones
Estén siempre mechones encendidos,
Prestos y bien cargados los cañones,
Los demás instrumentos prevenidos:
Que para resistir sus escuadrones
No somos torpes, mancos ni tullidos,
Haciendo cada cual lo que en sí fuere
Y Dios aquello que por bien tuviere.
»El camino mejor y mas abierto
Es este para trance semejante,
En cuya confusion tengo por cierto
Que Melendez coló mas adelante,
O sea con temores de ser muerto,
O por le parecer ser importante
Primero dar avisos á la villa
Que volvellos á dar á su cuadrilla.
»Y si van con aqueste presupuesto,
Como por conyecturas adevino,
Algun socorro toparemos presto
Y aun por ventura viene ya camino;
De dos estremos, lo mejor es esto,
Y lo contrario torpe desatino:
Estemos juntos á cualquier asalto,
Y en aqueste lugar hagamos alto.
»No para reposar en coyuntura
Cuyos trabajos son inevitables,
Sino para que demos sepultura
A las cabezas destos miserables,
Ya que nos ha traido la ventura
A ver estos sucesos lamentables;
Pues seria gran falta de clemencia
Irnos sin hacer esta diligencia.»
Aquesto dijo Juan Rüiz de Atienza,
Y á todos pareció consejo sano;
Lo cual se puso luego por la obra,
Y allí hicieron noche; pero cuando
Su curso demediaba caminaron
La vuelta de la villa de Antioquía,
Las armas alistadas y esperando
El acometimiento de los indios,
Mas no les sucedió cosa notable
Por apartarse de las ocasiones,
Y al cabo de dos dias de jornada
Encontraron con Antonio Machado
Y los demás amigos, cuya vista
Disminuyó la pena y el cansancio,
Y convirtió congojas y trabajos
En ratos mas quietos y agradables,
Contando los pasados sinsabores,
Hasta que ya llegaron á la villa
Donde los que venian mal parados
Hallaron todo buen acogimiento.
Ansí que, por entonces se quedaron
Los indios victoriosos, y las tierras
Que fueron del gobierno de Valdivia

Desamparadas de los españoles,
Hasta tanto que por Gaspar de Rodas,
De quien agora resta que tractemos,
Fueron pacificadas con castigo,
Segun declararemos adelante
Ayudándome de las relaciones
Y cartas de Hierónimo de Torres,
Que es ocular testigo, y hoy vecino
De la nombrada villa de Antioquía,
Antiguo peregrino destas partes,
Y cuyo marte fué contra tiranos
En muchas ocasiones señalado
Después quel licenciado de la Gasca
Plantó pendon real contra Pizarro,
Y de quien tengo cierta confianza
Que todo lo que dice va tejido
Con hilos de verdad irrefragables,
El cual demás del crédito que tiene
De bien compuesto, con ingenio claro,
Segun que sus papeles manifiestan,
Esta relacion hizo por mi ruego (1)
Pidiéndoselo yo con gran instancia;
Del cual á tiempo, si me lo concede
La fatal parca, tractaremos largo,
Pues este no lo es por ir asido
A las proezas de Gaspar de Rodas,
Que piden ser cantadas con elogio
Que no sufre paréntesis prolijo;
Y ansí, pues rematamos el discurso
Con términos incautos del Valdivia,
Primer gobernador destas provincias,
Conviene que tractemos del segundo
Que con moderacion y con templanza
Abatió la soberbia destas gentes,
Reduciéndolas al real dominio.

ELOGIO

de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquía, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.

CANTO PRIMERO.

Una sierpe fingieron los poetas
Con número crecido de cabezas,
De las cuales algunas estirpadas
Con violencia de tajante golpe
Otras le renacian con aumento:
Enigma por el cual se nos declara
Que una desgracia muchas acarrea
Si con fuego de viva diligencia
Algun hercúleo brazo no refrena
El origen y fuente de do nace
Aquel profluvio, cuyas dependencias
Son mas irremediables muchas veces
Que sus principios y ocasion primera.
Destos inconvenientes perniciosos
Se vian ya cercanos los vecinos
Y gente forastera de la villa,
Si por alguna via les faltara
Presta solicitud y providencia;
Porque como los bárbaros nutáves
Oviesen triunfado de españoles
Desarraigándolos de sus provincias
Con muertes afrentosas y otros daños,
Los de nacion catia conociendo
De sí no ser de menos valentía
Ni menores ardides en la guerra,
Por no perder aquellas ocasiones
Negaron vasallaje y obediencia,
De suerte que ningunos acudian
A los acostumbrados ministerios.
Los nuestros, que trataban del remedio,
Considerando cuánto convenia
En esta turbacion tener caudillo
Autorizado por real consejo
Que los asegurase y reduciese
A la paz, quietud y servidumbre,
Y castigase los atrevimientos,
Desacatos y muertes de cristianos,
Despacharon á la real audiencia
Del Nuevo Reino, donde presidia
El licenciado Francisco Briceño,
Con otros dos oidores, uno dellos
Antonio de Cetina, licenciado,
El otro Auncibay, y fiscal della
El licenciado Alonso de la Torre;
Mas entre tanto que esto les venia,
Despachó la justicia y regimiento
Con toda brevedad á Juan Melendez
De Valdés con alguna gente diestra
En seguimiento de los alterados,
El cual con su valor y buena maña
Les hizo que mudasen pensamientos,
Asegurándolos de tal manera
Que dejaron las armas, y quietos
Volvieron al antiguo vasallaje.
Mas en esta sazon y coyuntura
Un alboroto sucedió notable,
Que por haber testigos hoy presentes
Que vocalmente me lo representan,
Al menos Juan de Vargas, escribano,
Que entonces se halló con otros muchos
En ir á deshacer aquel engaño,
Persona de quien puedo confiarme,
Demás de cierta relacion que tengo
Firmada de varon no menos grave,
Me pareció ponello por escripto
Por decir algo de las invenciones,
Tramas y embustes quel diablo tiene
Para cazar las almas miserables
Desta gentilidad prompta y atenta
A recebir cualquiera desvarío.
En el valle de Penco, comarcano
Y á la villa de Santafé subyecto,
Cierto demonio, que por nombre Sobce
Era nombrado, se mostró patente
A todos cuantos vello deseaban,
Vestido segun indio de la tierra,
Todo de negro y el cabello largo,
Una manta revuelta sobrel hombro,
Y era, segun se vido claramente,
Familiar de cierta pitonisa,
Encantadora vieja que tenia
Una hijuela de hasta diez años,
Hermosa, segun dicen, por estremo,
Y esta hija del sol decian que era
La falsa hechicera y el demonio,
El cual cuando hablaba con los indios
Encima se sentaba de la vieja,
A quien el Sobce le llamaba madre.
Estaban pues los bárbaros atentos
A todas las palabras que hablaba,
Y dicen que le vian bien el rostro
Los indios infieles, mas los otros
Que estaban baptizados no podian
Velle la cara por ninguna via,
Ni aun era menester que se la viesen,
Pues no podia ser sino tiznada,
O por mejor decir fiera y horrible.
Haciales ver cosas monstruosas
Como buen jugador de pasa pasa,
Y tantas apariencias de milagros,
Que les hizo creer ser el inmenso
Hacedor de alta y baja monarquía,

(1) Desde este verso va enmendado el original, donde estuvo escrito lo siguiente:

Esta relacion hizo por *mandado*
(Pidiéndoselo yo con gran instancia)
Del doctor Barros, digno presidente
De la real audiencia, que reside
En la ciudad de Quito por agora,
Porque su rectitud, valor y ciencia
A mas altos honores lo conviden.
Del cual á tiempo, si me lo concede, etc.

Todo lo que va con letra cursiva está testado en el original, el cual debió de enmendar el censor mismo que cortó las bajas donde se trataba de Drake.

Y que las ceremonias que tenian
Antes que conociesen á cristianos
Eran buenas y tales, que con ellas
Habian de servirle si querian
Gozar de su favor en todo tiempo,
Porque las que tenian españoles
En gran manera las aborrecia;
Y ansí queria luego confundillos
Con un diluvio donde pereciesen,
Sin dejar dellos ánima viviente,
Porque quedasen ellos en sus tierras
Libres de subyeccion tan miserable,
Lo cual haria dentro de seis dias.
Por tanto que llamasen sus parientes,
Ansí los que servian á cristianos,
Ladinos que con ellos residian,
Como los que vivian estramuros
Y les reconocian vasallaje,
Si no querian ver el fin acerbo
Que á solos españoles ordenaba.
Señaló tres lugares donde todos
Habian de juntarse, cumbres altas,
Páramos solitarios y desiertos
De grandes precipicios rodeados,
Por donde se colige que queria
Mediante sus astucias despeñallos
Antes de recebir el agua santa,
Puerta de los divinos sacramentos,
Y de ser instruidos y enseñados
En la verdad católica cristiana.
Allí mandó llevar de todas suertes
Semillas y raices y otras cosas
De que este barbarismo se mantiene,
Porque pasadas las inundaciones
Volviesen á hacer sus sementeras.
Y para publicar esta novela
Salieron por mandado del demonio
Tres hombres viejos, grandes hechiceros,
Los cuales fueron por la tierra toda
Aquestos desvarios predicando,
Cuyas palabras fueron admitidas
No menos que si fueran pronunciadas
Con aquel celo del profeta Jonas,
En tal manera que de los ladinos
Que estaban en la villa de Antioquía,
El año de setenta y seis, á doce
Del mes de marzo, no se halló indio
Ni india que del pueblo no huyese
A las alturas yermas donde Sobce
Les habia mandado que subiesen;
Lo cual visto por nuestros españoles,
La mañana que los echaron menos,
Desta gran novedad inadvertidos
Y con sospecha de levantamiento,
Siguieron el alcance por el rastro
Hasta tanto que ya dieron en ellos,
Gran cuantidad de lágrimas vertiendo,
Los unos y los otros lamentando;
Y preguntándoles por qué hüian
Y cuál era la causa de su lloro,
Les respondieron: «¡Pobres de vosotros,
Cuán ayunos estais del mal futuro
Y de la muerte que teneis cercana,
Pues antes de tres dias á lo largo
Ninguno de vosotros terná vida.
En aguas inundantes ahogados!»
Al fin les declararon el misterio
Del horrible diluvio que esperaban,
Contra los españoles destinado,
Que celebraron ellos con gran risa;
Y aunque por muchas vias procuraban
Ponellos en razon y desengaño,
Me dice Juan de Vargas que tenian
Aquella vanidad tan arraigada
En sus entendimientos torpes, como
Si vieran los efectos ya presentes,
Y ansí cuasi forzados los mas dellos
Volvieron á la villa temerosos.
Llegaron pues los falsos hechiceros
Aquestas invenciones pregonando
Al valle de Ubiteo, donde estaba
Juan Baptista Vaquero retraido,

A causa del delicto que ya dije
Serle no sin indicios imputado
Acerca de la muerte de Valdivia;
El cual, por la destreza que tenia
En aquel idioma de los indios,
Era de todos ellos estimado
Y en opinion de mozo que trataba
Verdad en cuantas cosas les decia.
Llegó la novedad á sus oidos
Por el alborotado movimiento
De gentes en el valle congregadas,
Oyendo los inicuos adevinos
Que denunciaban el horrendo caso;
Y como se le diese larga cuenta
De lo que por los viejos se decia,
Riéndose Baptista dijo luego:
«Llamámelos acá, que quiero vellos,
Y cuando no quisieren buenamente
Vengan á su pesar por los cabellos;
Hareles entender que Sobce miente
Y que ni mas ni menos mienten ellos,
Sembradores de sórdida simiente,
Segun y como quien los ha movido,
Infame, sucio, vil y fementido.»
En efecto, pusiéronle delante
A los tres como tontos y asombrados,
Con meneos y gestos espantables,
Que parecian infernales bultos
Y que lanzaban fuego por los ojos;
Y el Baptista, después de encomendarse
Al sumo Hacedor devotamente,
Una cruz en las manos, ansí dijo:
«Ministros de maldad, engañadores,
Revestidos de espíritu malino,
¿Por qué venis á ser predicadores
De tan desvariado desatino,
Ciegos embarbascados en errores
Y ajenos del católico camino?
En llegando la hora de esa ira
Conocereis al claro ser mentira.
»El que teneis por dios es un tirano
Bajo, sues, de condicion horrenda;
Y si quien lo crió no le da mano
Seguros estareis que no os ofenda:
El verdadero Dios y soberano
Quiere que por aquí su fe se estienda;
Y á los que lo creemos y adoramos
Nos ha de conservar adonde estamos.
»Y las cautelas frívolas y engaños
Que en vuestros corazones Sobce planta,
No serán parte por eternos años
Para desarraigar la gente santa:
Vernán sobre vosotros esos daños
Si no creis lo que nuestra fe canta;
Pero si lo creyerdes con baptismo,
Escapareis del infernal abismo.»
Estas y muchas otras cosas dijo,
Particularizándoles misterios
Tocantes á la fe de los cristianos,
Porque tenia buen entendimiento:
Los indios defendiendo sus errores,
Sobre los cuales hubo gran disputa
Que yo por abreviar no la refiero;
Pero con tanta fuerza y enerjía
Este mozo Baptista les hablaba,
Que de los tres los dos de menos años
Quedaron convencidos y creyeron,
Y el mas viejo en edad y mas protervo
Desesperábase viendo la vuelta
Que hizo dar á los condyutores,
Haciendo varios gestos y visajes,
Y estaba ya tan ronco de dar voces,
Que no se percebian sus palabras,
Pero después en algo reportado
Habló con el Baptista desta suerte:
«Pues dices que tu Dios es verdadero,
En nombre suyo quiero que delante
Desta gente ignorante, vidriosa,
Hagas alguna cosa tal que crea
Que milagrosa sea, pues yo fio
En el nombre del mio, que desdeñas,
Mover las grandes peñas deste suelo,

Y dejen, dando vuelo, su cimiento
Bailando por el viento con zumbido;
Y ansí será creido quien hiciere
Aquello que dijere: ya yo salgo;
Dí tú que harás algo, Juan Baptista,
Porque desta conquista claro quede
Quién es el que mas puede destos dioses.»
Juan Baptista le dijo: «Mira, perro,
La santa fe que tengo me declara
Cómo tentar á Dios es grave yerro;
Mas yo, haciendo tú cosa tan rara,
Con esta fe podré mudar el cerro
Alto que ves enfrente de tu cara,
Pero delante mí, ten entendido
Que no podrás hacer lo prometido.»
El indio hechicero, confiado
De que su Sobce no haria falta
En cualquiera señal que le pidiese,
El cuerpo se lavó primeramente,
Y luego hizo sus ofrecimientos
De mantas y de oro y otras cosas,
Y sahumó las ponderosas piedras
Que quiso que volasen por el aire,
Dándoles de varazos, invocando
Con gritos y alaridos al demonio,
Con gran solicitud y diligencia
Como si fueran mulos ó caballos;
Mas ellas no por eso se movian
Ni quisieron cumplir su mandamiento,
Reiterando por diversas veces;
De que toda la bárbara caterva,
Presente para ver la maravilla,
Hacia burla dél escarneciendo,
Reconociendo ya su desvarío,
No sin contento y alegría grande
De ver que lo que dijo Juan Baptista
Cerca de no movellas salió cierto.
El cual con la victoria que pretende,
Por mas los agradar está diciendo:
«Da grandes voces, porque no te entiende,
Que debe reposar y estar durmiendo;
Conoce las mentiras que te vende
Ese falso, traidor, sucio y horrendo;
Mira cuál es y á quién haces regalo,
Pues siempre huye deste santo palo.
» Por ser similitud de la cruz santa
Vencedora del infernal alarde,
Bandera que do quiera que se planta
No para con estremos de cobarde,
Y siempre que la ve della se espanta,
Dando la vuelta sin que mas aguarde,
Porque la cruz le dió golpe terrible,
Y tal que sanar dél es imposible.
» Y como perro que padeció llaga,
Que si la mano de quien fué herido
Hace menos y otra vez amaga,
Vuelve huyendo de temor vencido,
Ansí viendo la cruz, aguda daga
Con que fué lastimado y abatido,
El mal aventurado por no vella
A grande priesa va huyendo della.
» Aquesta hace pues que se detenga,
De cristianos certísimo trofeo,
Y aunque le hagas oracion mas luenga
Con tu solicitud y devaneo,
Esta señal le hace que no venga
A dar satisfaccion á tu deseo:
Por tanto haz lo que estos dos han hecho,
Que tomaron camino mas derecho.»
Con estas y otras muchas mas razones
Procuraba Baptista convertillo,
Pero ninguna dellas lo movia
De sus propósitos endurecidos,
Antes como corrido y afrontado
Con pasos presurosos se fué solo
Por unas sierras altas murmurando;
Y la caterva bárbara tractaba
Al Baptista con grande reverencia,
Teniendo por razones infalibles
Las que después y antes les decia.
Y estando descuidados otro dia,
Término señalado por el Sobce
Para la tempestad que nunca vino,
Antes dia sereno, claro, puro
Y manifestador de su mentira,
El viejo hechicero fué delante
De muchos destos indios, y al Baptista
Llamándolo primero con voz alta
Le dijo las palabras que se siguen:
«Para te convencer en tu porfía,
Sobce te desafía, ven conmigo,
Y ternás con quien digo la disputa
En el peñol de Nuta do te espera;
No temas la ladera por ser alta,
Que yo no haré falta en ayudarte
Porque dé cada parte sus razones,
Y de las opiniones diferentes
Tomen aquestas gentes la mas cierta.»
Baptista respondió: «Viejo demente,
De condicion que nada se mejora,
Ya ves aqueste sol resplandeciente,
La claridad alegre del aurora:
Baste para saber que Sobce miente
Habérsele pasado ya la hora
Del gran diluvio, con que por sus manos
Habia de ahogar á los cristianos.
» En eso que me dices cómo tiene
Gana de disputar con Juan Baptista
Para que con razones me refrene
Y él quede vencedor en la conquista,
Ninguna cosa menos me conviene
Que ver tan mala y espantable vista,
Ni poner en disputa mi partido
Con un bellaco falso, fementido.
» Pues ha mil siglos que por su pecado
El verdadero Dios que nos gobierna
Triunfó dél, quedando condemnado
A tormentos de damnacion eterna,
Y de los altos cielos desterrado
A cárcel de luctífera caverna,
Y sé que ha de hüir, como yo vaya,
Del peñol que tomó por atalaya.
» Mas para que conozcas que yo digo
La verdad que no tienes entendida,
Escusarme no quiero de ir contigo,
Aunque dura tres leguas la subida:
La santa cruz de Cristo va conmigo,
Donde mi Dios murió por darme vida:
Con ella volveré yo triunfante;
Anda, maldito viejo, ve delante.»
Procuraron los indios deste valle
Estorbar el camino peligroso
Debajo del amor que le tenian;
Pero nunca pudieron detenello,
Y en efecto se fué tras el mal viejo,
Yendo de sus amigos principales
Mas de trescientos en su seguimiento,
Ansí para guardalle las espaldas,
Como para mirar en qué paraba
El singular certamen á que iban,
Al cual como salieron sobre tarde,
Y era camino largo, salebroso,
Aspérrima subida por estremo,
Llegaron á la cumbre con obscuro,
Y el indio hizo sus invocaciones,
Visajes, gestos, saltos y bramuras,
Por atemorizar á su contrario
O por tener demonio revestido;
Pero Baptista con la cruz delante
Los símbolos decia con voz alta,
No sin erizamiento de cabellos;
Y en esto se pasó toda la noche
Sin ver cosa que diese pesadumbre,
Salvo las voces y el horrendo gesto
Del hechicero, y el haber estado
En pié toda la noche y al sereno.
Y cuando ya venia descubriendo
Apolo por las puertas del oriente
Sus dorados cabellos desviando
Las obscuras tinieblas con su lumbre,
El Baptista llamó los compañeros
Que se quedaron algo mas abajo
Sin subir al pináculo mas alto,
Y díjoles: «Carísimos amigos,

Tened siempre memoria de lo visto,
Pues que todos vosotros sois testigos
Cómo para venir me halló listo,
Sin traer contra tales enemigos
Mas armas que la cruz de Jesucristo,
Porque con ella yo sé que se vence
Cualquier demonio que se desvergüence.
» Y pues los mas estais catecizados
En los preceptos del camino santo,
Si creyerdes y fuerdes baptizados
También hareis vosotros otro tanto:
No os dejeis engañar destos malvados,
Ni os pongan sus cautelas en espanto;
Hüid de sus consejos y razones,
Porque todas son falsas invenciones.
» Dejemos al mal viejo y obstinado
Que huye de creer verdades rasas,
El cual debe de estar precipitado
En la prision de las eternas brasas;
Y pues su Sobce huye y ha faltado,
Vamos á descansar á nuestras casas,
Do si volviere con tan mal motivo,
Tenemos luego de quemallo vivo.»
Con esto se bajaron victoriosos
Y muy regocijados y contentos
Al valle do tenian sus albergues
Y donde por consejo del Baptista
Se baptizó gran número de gente;
Y los de Santafé prendieron luego
La vieja pitonisa con la hija,
Muchacha que dijimos ser hermosa,
La cual se baptizó, pero la vieja
A destierro perpetuo condemnada.
Y ansí se deshicieron los nublados,
Quedando los ladinos y chontales
Con aviso de nunca dar oidos
Jamás á semejantes devaneos,
Y en aborrecimiento del demonio;
De cuyas desvergüenzas bien pudiera
Tractar aquí mil cosas sucedidas
En otras partes do visiblemente
Y en figura de indio se mostraba,
Hasta serville de caballerizo
Y después de cabrero hartos años
A cierto capitán bien conocido,
Sin saber él quién era; pero cuando
Tractemos de las cosas deste reino,
Si Dios me diere vida para ello,
Alargaréme mas, pues de presente
Por volver á la guerra comenzada,
De donde nos salimos esperando
Reales provisiones del audiencia
Y comision para Gaspar de Rodas,
No puedo detenerme, y ansí quiero
Volver á la conquista de nutaves,
Que se celebrará con canto nuevo.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia.

Cuando las cosas arduas se cometen
A varones prudentes y sagaces
Que no guian á poco mas ó menos
Negocios importantes cometidos
A su dispusicion y buen discurso,
Responden los efectos y remates
Las mas veces á lo que se desea
Por los que los escogen y señalan;
Lo cual considerando los oidores
De la real audiencia deste reino,
Que fueron los que quedan declarados,
Hicieron eleccion y con acuerdo
Mas lleno de razon que de favores,
Que suelen defraudar merecimientos,
Salió nombrado para tal empresa
El diestro capitán Gaspar de Rodas,
Atlante fuerte sobre cuyos hombros
El peso se sostuvo de aquel suelo.
Y ansí le despacharon provisiones
Para poblar y castigar caciques
Culpados en la muerte de Valdivia
Y de los españoles que debajo
De falsa paz habian sido muertos;
Las cuales recebidas, se dispuso
Al cumplimiento del real mandado,
Y á costa de sus bienes llamó gentes,
Que por llevar caudillo tan insigne
No rehusaron ir á la jornada,
Demás de los soldados que salieron
De la rota pasada mal parados,
Porque los mas volvieron deseosos
De recebir el premio que se debe
A los honrosos hechos y trabajos.
Destos fué Pedro Pinto Vellorino,
Luis Céspedes de Vargas y su hermano,
Que es Alonso de Vargas, naturales
De Fregenal, y Sancho de Quevedo,
Estéban de Ribera de Albuquerque,
Juan de Alvarado Salazar, Fernando
De Ovango, esturiano, Pero Sanchez
De Oviedo, natural de Estremadura,
Manüel Ruvïales, y con ellos
El Juan Ruiz de Aüenza, sacerdote,
Juan Fernandez Eraso, de Navarra,
Y don Antonio Osorio y Pedro Arce,
Pablo Fernandez de Eras, y Molano
Y el Alonso Martin Merchan, Mateo
Fernandez, el mulato, deste reino,
Todos valerosísimos soldados,
Que con los congregados nuevamente
En número llegaron á setenta:
Con los cuales entró Gaspar de Rodas
Tan confiado de allanar la tierra,
Como si le siguieran setecientos,
Y caminó con próvido concierto
Hasta llegar al sitio y al asiento
Del fuerte do mataron al Valdivia,
Do son mas numerosas poblaciones.
Allí se reünieron por el orden
Que mas les convenia, convocando
De paz á los caciques comarcanos,
Los cuales acudieron con preseas
De oro y otras cosas con que suelen
Granjear amistad con españoles:
Que no fué con buen pecho, segun dicen,
Sino con intencion de descuidallos,
Para les sacudir viendo la suya;
Pero Gaspar de Rodas nunca quiso
Tomar oro ni cosa por entonces,
Haciéndoles creer que su venida
Era por granjear sus amistades,
Y no para tomalles sus haciendas.
Aquella tarde pues que se contaron
Ocho dias del mes que del dios Februo
Heredó nombre por las lustraciones
Que la gentilidad acostumbraba,
Año de quince cientos y setenta
Y siete del divino Nacimiento,
Gaspar de Rodas convocó su gente,
Y con cuanto secreto fué posible
A todos les habló desta manera:
« Señores, ya sabeis á lo que vengo,
Y veis que los que desta gente dura
Hemos de castigar, aquí los tengo,
Y que dejallos ir será locura;
Gocemos, sin tomar tiempo mas luengo,
De tan acomodada coyuntura,
Prendiendo los caciques señalados
Para proceder contra los culpados.
»Y para defender nuestros partidos,
Si por ventura veis armas opuestas,
Los caballos estén apercebidos,
Y tenga cada cual las suyas prestas,
De tal manera, que los atrevidos
Lleven las puniciones á sus cuestas;
Y luego sin guardalles mas respecto
Quiero que lo pongamos en efecto.»
Aun no bien acabó de decir esto,
Cuando con la presteza que cumplia
Disimuladamente se pusieron

A punto con sus armas y caballos,
Y el general llegó con los peones
Acia la parte de la turbamulta,
Y de los principales conocidos
Veinte y cuatro pusieron en colleras.
Alborotáronse los indios todos,
Y comenzaron á desenvolverse;
Pero Gaspar de Rodas con la lengua
Con tales amenazas los asombra,
Que pudo deshacer sus movimientos
Diciéndoles: «No meneeis los brazos,
Porque si dais algunas ocasiones
A todos os haremos mil pedazos.
» Estos solos ponemos en prisiones
Porque Filipo magno, rey potente,
Ansí lo manda por sus provisiones.
» Cualquier rey ó señor le es obediente;
Y si quereis tener vida quieta,
Habeisle de servir por consiguiente.
» Seguro vive quien se le subyeta;
Pero también castiga los escesos
De los que con él juegan falsa treta.
» Aquí venimos á hacer procesos
Contra los que debajo de paz blanda
A su gobernador fueron aviesos.
» Mas en vuestros delictos también manda
Que no castigue rigurosamente
Aunque la maldad fué mas que nefanda.
» Veremos quién ha sido delincuente;
Y hechas bien las averiguaciones,
Conocereis en mí padre clemente.
» Porque yo no me muevo por pasiones,
Antes me guia piadoso celo,
Como vereis por las ejecuciones.
» Y á cuantos hoy vivis en este suelo
He de favorecer y ser amigo,
Como no deis la paz con falso velo.
» En mí hallareis todos gran abrigo:
Por tanto la quietud os encomiendo
Y que creais ser cierto lo que digo.»
Con esto se pusieron en sosiego,
Y con ver que de tanta muchedumbre
De bárbaros culpados, solamente
Prendieron las cabezas y caudillos,
A quien por substanciar mejor la causa
Les dieron defensor juramentado
Con la solemnidad que se requiere;
E ya conclusos todos los procesos,
Los seis fueron á muerte condemnados
De los caciques presos, y los cuatro
A les cortar las manos, de los cuales
El uno fué Guarcama, gentil hombre,
Feroz y de cabal entendimiento.
Y antes de padecer temporal muerte
Aquellos seis señores belicosos
Pidieron el baptismo todos ellos
Con grande devocion, y fuéles dado;
Y cuando los llevaban á la horca
Contritos y con cruces en las manos
Alzaron una voz entristecida
Diciendo: «Quien tal hace que tal pague:
Nosotros padecemos justamente,
Pero los tahamies nos movieron
Al crimen y delicto cometido,
De nuestros pensamientos y deseos
Entonces muy remoto y apartado.»
Disimulóse por algun respecto
Esta declaracion postrera, pero
Demás de las sospechas atrasadas,
Indicio no pequeño fué que cuando
Vino Gaspar de Rodas al castigo
Trajo dos lenguas indios tahamies,
Llamados Pedro Amalo y Aguasici,
En aquella provincia principales,
Y oyendo la razon de los pacientes
Volvieron las espaldas madrugando
Sin saludar los huéspedes del rancho,
Parece ser que por no ver visiones.
Al fin ejecutada la sentencia
Y todos los demás dados por libres,
Gaspar de Rodas recorrió la tierra,
Tanteando los pueblos con aviso
Y copia de vecinos naturales
Que por aquel compás tenian casas,
Y cerca del asiento do fué muerto
El Andrés de Valdivia fundó pueblo,
A quien ciudad de Cáceres dió nombre;
Nombró treinta vecinos, hombres nobles,
Entre los cuales repartió la tierra,
Cinco mil indios, pocos mas ó menos,
En aquella comarca moradores;
Y dello dió razon á los jueces
De la real audiencia del suceso,
Yendo por mensajero don Antonio
Osorio de la Paz con los recados.
Mas como no pudiese dar contento
A todos los soldados de un voleo,
Quedándose sin suerte muchos dellos,
Principalmente de los de Valdivia,
Con pena del agravio recebido
Hurtáronse del pueblo tres ó cuatro,
Y caminaron tras el don Antonio
A procurar remedio por justicia:
Oyéronse sus causas y razones,
Y los oidores alteraron luego
Aquel apuntamiento que enviaba;
Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,
A defender las suyas por presencia
De su persona propria se dispuso;
Y ansí, dando razones concluyentes,
Se confirmó de nuevo lo que hizo,
Siéndole favorable para ello
El licenciado Juan Rodriguez Mora,
En aquella sazon recien venido
Por oidor de la chancillería,
Cuya sagacidad encaminaba
A su dispusicion los compañeros,
Por ser ya muerto Francisco Briceño
Incorrupto juez, claro y entero,
Dignísimo del cargo que tenia,
Cuyos principios bien manifestaban
Habernos dado Dios felice suerte
Después de la del buen doctor Venero,
Ejemplo de virtud y santo celo;
Pero la parca dura y envidiosa
Quitónoslo delante brevemente,
Pues no gozó seis meses de la silla.
Y ansí desde su muerte hasta agora
Nunca faltaron grandes pesadumbres
Entre jueces y secuaces suyos,
Con tantas invenciones y cautelas
Y falsos testimonios cuantos suelen
Investigar inicuos y olvidados
De Dios, por dar valor á la mentira;
Y es lástima que los del Nuevo Reino,
Gente llana, fiel, modesta, clara,
Leal, humilde, sana y obediente,
En opinion esté de revoltosa
Con los señores del real consejo,
No mirando que son los movedores
De las revueltas, tramas y bullicios,
Los jueces que vienen á regirnos,
En cuya consecuencia me parece
Que viene bien aquí, *delirant reges*
Et plectuntur Achivi, sin que pequen:
Mas aquesta, por ser materia larga,
A tiempo conveniente la remito.
En esta sazon pues que Rodas vino
Estaban rebelados los guallies,
Indios cuyos confines están juntos
Con Mariquita, puerto deste reino,
Muy necesario para sus contractos,
Donde se labran ricas minas de oro
Y de presente plata, cuyas vetas
Dan grandes esperanzas de riqueza;
Y aunque el adelantado, que Dios haya,
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Les quebrantó las fuerzas, y los trajo
Al servicio del rey fundando pueblo,
Ciudad de Santa Águeda nombrado,
Después los indios por absencia suya
Negaron otra vez el vasallaje,
No sin daño de muchos españoles,
A quien pusieron en estremos tales

Que se metieron todos en un fuerte
Con hijos y mujeres y servicio,
Puestos en riesgo y en trabajo grande
Por la frecuentacion de los combates.
Lo cual sabido por los del audiencia,
A quien tocaba dar socorro presto,
Por ser riesgo notorio la tardanza,
Buscaban capitan cuya prudencia
Diese satisfaccion á su deseo
Y al negocio que dél se confiaba;
Y como se halló Gaspar de Rodas
Presente cuando se tractaba desto,
Teniendo conocido que ninguno
Se podria hallar de mejor maña,
Por ellos al acuerdo fué llamado,
Y le mandaron que se dispusiese
Para hacer al rey este servicio:
El cual como persona circunspecta
Este cargo tomó de buena gana
Y aderezóse para la partida
Con ciento y diez soldados á su gusto.
Con los cuales entró por las provincias
De los briosos indios rebelados,
Y dentro de tres meses no cumplidos
Les hizo dar la paz y hizo llanos,
Poniéndolos en obediencia firme,
En la cual hasta agora permanecen,
Valiéndose de dos fuertes caudillos
De los soldados suyos, que se llaman
Juan Melendez y un Alonso Fernandez
Molano, de quien yo mencion he hecho
En muchas partes deste mi discurso,
Por ser ambos personas señaladas.
Dejando pues la tierra sosegada,
Pacíficos los indios y quietos,
A la real audiencia volvió Rodas
A dar llena razon de lo que hizo,
Y los señores della conociendo
Su valor y servicios señalados,
Le dieron en gobierno las provincias
Que fueron asignadas á Valdivia,
El cual su Majestad confirmó luego
Con otras eminencias y favores
Que suele la real magnificencia
Dar a criados de quien es servido,
Incluyendo tambien en su gobierno
Por causas y razones alegadas
A Santafé, rememorada villa,
Y ansí quedó distinta y apartada
De lo de Popayan, y en ella tiene
Su principal asiento nuestro Rodas.
El cual como se viese colocado
En generoso cargo y esperanzas
De mas altos honores, por promesa
De lo hacer el rey adelantado
Después que ya poblase tres ciudades
O villas de vecinos españoles,
Convocó gentes de unas y otras partes
Para prosecucion de su conquista,
Y ver la tierra de la cordillera
Que divide los dos rios ya dichos,
Que los gobernadores atrasados
Intentaron hollar y no pudieron;
Pero con menos gente y aparato
El buen Gaspar de Rodas se dispuso
A deshacer aquel encantamento,
Cuyos sucesos quedan reservados
Para los referir en otro canto.

CANTO TERCERO.

I

Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres, viendo que Gaspar de Rodas habia salido de la tierra, se atrevieron á matar algunos españoles, y no acudian á servillos.

En mucho precio debe de tenerse
Aquel á quien natura dió talento
Para guiar negocios importantes,
Pues a la sombra dél los otros hombres
Subyectos á cumplir lo que dispone,
Tienen valor y ser, y cuando falta
Quedan, segun se ve por esperiencia,
De su reputacion menoscabados.
Manifestóse bien esta mudanza
Con el absencia de Gaspar de Rodas
De la ciudad de Caceres moderna,
Porque los bárbaros, reconociendo
Faltalles el caudillo cuya maña
A sus conceptos era duro freno,
Perdieron la vergüenza y el respecto,
Y ansí mataron de los españoles
En partes y en lugares descuidados
Un Alonso Gonzalez de Montijo,
Y otro Alonso Fernandez de Membrilla,
Y á Lorenzo de Rufas y otros hombres
Demas de mucha gente de servicio,
Con intencion de dar en los restantes,
Para lo cual determinadamente
Se convocaba ya toda la tierra,
Siendo caudillo desta rebeldía
Un Omagá, cacique belicoso,
A quien todos los otros respectaban.
Dieron aviso deste movimiento
Indias nacidas en aquel terreno,
Que servian á nuestros españoles,
Y ellos lo dieron á Gaspar de Rodas
Que recogia gentes y pertrechos
Dentro de Santafé con intenciones
De ver lo que tenia su gobierno;
El cual por acudir á dar remedio,
A gran priesa salió con treinta hombres
Y razonable copia de ganado,
Cuya venida fué regocijada,
Ansí por el socorro tan á punto
Como por el gobierno que traia.
Algun castigo hizo con templanza
En los que le constó ser mas culpados
En las muertes de aquellos españoles;
Mas Omaga, que estaba retraido
Dentro de las montañas con su gente,
No pudo ser habido por entonces.
De cuya causa fué Francisco Alférez,
Hombre mas papelista que guerrero,
Con cuarenta soldados a buscallo;
Y aunque tomó dos meses de demora,
Volvióse con las manos en el seno,
O por mejor decir en la cabeza.
Y el gobernador, viendo cuán inútil
Salió la diligencia y el trabajo,
Determinó que fuese por caudillo
Juan Arias Ruvian, gallego, y este
Volvió con veinte hombres solamente,
Pero de tal valor, que de cualquiera
Pudiera confiarse la jornada.
Salieron por principio de diciembre
El de setenta y nueve cuasi fuera,
Y fueron caminando hasta donde
Hace fin y remate tierra rasa
Y las montañas altas se comienzan,
Adonde reparó para dar orden
A la prosecucion de su viaje;
Mas el astuto bárbaro tenia
De su venida relacion entera,
Y para descuidallos les envia
Mucha gente cargada de regalos
Por continuacion de muchos dias,
En que iban y venian mensajeros
Cuotidianamente, prometiendo
De dar segura paz inviolable,
Trayendo los mensajes su sobrino,
Llamado Teguiri, gentil mancebo,
Bien conocido de la gente nuestra,
Y en opinion tenido de valiente.
Juan Arias Ruvian la paz acepta,
Y al sobrino le dijo que viniese,
Sin que recele pena ni castigo,
Pues si hiciere cierta su promesa
De dar segura paz, se le perdona
Cualquier delicto grave cometido,
Y que señale parte do se vean
Los unos y los otros, porque quiere
Oir aquello de su propria boca.
El Teguiri volvió con el mensaje

Al Omagá su tio, y otro dia
De mañana volvió con la respuesta,
Diciendo: « Bien podeis entrar seguros,
Porque cerca de aquí tenemos hechos
Dos aposentos en zavana rasa
Donde sereis servidos, y mi tio
Allí vernà con oro y otras cosas
Para el gobernador, pues es el amo
A quien hà de servir y ser subyecto. »
Los españoles, aunque sospechosos
De lo que sucedió, por no mostrarse,
Acobardados, fueron do decia,
Y subieron á cierta loma, donde
Habia como cien pasos en cuadra
De raso, lo demás espeso monte,
Y en el raso dos casas pequeñuelas,
Muchos indios é indias esperando
Con copia de comida que les dieron;
Alojáronse dentro destos ranchos,
Donde sin acudir aquel cacique
Estuvieron también algunos dias,
Pero venian indios con sus armas,
Con tal denuedo que se conocia
Ser muestras de dañadas intenciones.
Y ansí los españoles procuraron
Coger un indio que se quedó solo,
Sin que de los demás fuese sentido,
Y en remoto lugar dentro del monte
Le dieron tracto hasta que ya dijo
Las determinaciones de los indios;
Siendo la lengua con que preguntaban
Una ladina moza dicha Ana,
Cristiana, del servicio de un soldado,
Declarando que dentro de tres dias
Habian de venir muchos caciques
De los mas principales de la tierra,
A vellos, no con mas de diez ó doce
De sus subyectos cada cual cacique
De por sí solo con su compañia,
Pacíficos, quietos y sin armas,
Y en diferentes horas por no dalles
Ocasion de sospechas, y debajo
De querelles servir, allí esperasen
Entre los españoles, hasta tanto
Quel señor Omagá viernes siguiente
Allí llegase con los que traia,
También sin armas, que eran veinticuatro,
Dejando setecientos emboscados
A la redonda de la zavaneta,
Con armas y pertrechos convenientes;
Y que cuando lo viesen llegar junto,
Aquellos indios que llegaron antes
Acometiesen á los españoles
Dos ó tres dellos contra cada uno,
Ansí por pechos como por espaldas,
Y entonces Omagá sobrevernia
Dando voces á los del emboscada,
Y ansí darian fin de los cristianos
Sin padecer los indios detrimento.
La trama descubierta y el astucia,
Los nuestros estuvieron vigilantes,
Las armas en la mano todas horas,
Cargados los sulfúreos instrumentos,
Fortaleciendo sayos estofados
Y los demás pertrechos que tenian;
Demás desto también se previnieron
De mucha cuantidad de ligaduras
Que llamamos cabuyas comunmente,
Apercebidos todos y en espera
De ver algun principio de lo dicho,
Porque si viesen algo no dudaban
Ser cierto lo demás que se declara.
Llegóse pues el miércoles, y vino
Un cacique llamado Taquimiqui
Con diez indios sin armas, bien dispuestos
Y de robustos miembros y elegantes,
Pacíficos semblantes y aparencias
Encubridoras de su mal intento,
Mas á los españoles ya patente;
Y ansí no se tardaron, pues al punto
Que entraron en la casa los prendieron,
Y ataron pies y manos con cordeles,
Y de los que vinieron á la tarde
Hicieron otro tanto, de manera,
Que miércoles y jueves amarraron
Cincuenta sin sabello los caciques
Ni los participantes del engaño.
Llegóse pues el dia del conflicto,
Viernes, postrero dia de diciembre,
Cuando el año de ochenta comenzaba,
Dia de confusion y desconsuelo
Para los pocos, que hacian cuenta
Que si del alto cielo no venia
Remedio, no podian escaparse
Del durísimo trance que esperaban;
Y ansí Juan Arias Ruvian, que via
Ponelle culpa por haber entrado
Contra la voluntad de los mas dellos,
En su disculpa dijo lo siguiente:
« Señores, de mi loca confianza
No sin razon formais justa querella;
Pero los que nos vemos en la danza
Hemos por fuerza de danzar en ella,
Y con pié firme sin hacer mudanza
Habemos de bebella ó de vertella:
Ningun remedio tiene ya lo hecho,
Sino poner á bien ó mal el pecho.
» Acercándose van las confusiones
Y la disparidad de la pelea;
Cursados sois en tales aficciones,
Donde ninguno hizo cosa fea;
Vuelen al cielo nuestras oraciones
Para que de remedio nos provea:
Que si flais en Dios como cristianos
La victoria tenemos en las manos.
» Creed que venceremos en batalla
A la multitud destos fementidos,
Y dad gracias á Dios, que no nos halla
Descuidados ni desapercebidos;
No es la primera vez que de canalla
De mayor fuerza sois acometidos;
Y pues siempre hecimos como buenos,
No tenemos agora de ser menos.
» En tanto pues que llegan las rencillas
Desta mas que proterva pestilencia,
Demandemos prostrados de rodillas
Al inexhausto golfo de clemencia
Tenga por bien usar sus maravillas
Dando favor á quien lo reverencia,
Pues nuestra mano poca fuerza tiene
Si de la santa suya no nos viene. »
Esto con gran fervor hicieron todos,
Y en oraciones santas ocupados,
El Omagá llegó con veinte y cuatro
Robustísimos indios desarmados,
Y disimulacion tan bien compuesta,
Que si no se tuviera certidumbre
Del propósito malo que traia,
Ninguno presumiera ser fingida;
Pero como no vió quien respondiese
Al acometimiento concertado,
Quisiera con aquellos que presentes
Con él allí venian al efecto
Usar de aquel ardid que los primeros
Habian de tener, pues no los via;
Mas apenas miró los compañeros
Haciéndoles del ojo diestramente,
Cuando con todos ellos en el suelo
Cayó hecho pedazos, dando voces,
A las cuales salió la gran caterva,
Que mal podia ya dalle remedio,
Pues él y los demás en un instante
Caminaron la vuelta del infierno.
Y en ese mismo punto ven delante
Los españoles la tumultuosa
Hueste de los salvajes, la cual era
En número mayor que se pensaba,
Con orden singular los escuadrones,
Ordenados á nueve por hilera
Con sus sobresalientes señalados,
Gallardos y feroces todos ellos,
Llenas las sagitíferas aljabas
De tiros venenosos y mortales,
Picas tostadas y macanas duras,

Y estalladoras hondas á las vueltas.
Era su general que los regia
El Teguerí, del Omagá sobrino,
Y el capitán Maubita, yerno suyo,
Y un Ocharí mañoso y esforzado:
Vuelan luego los jáculos y piedras
Como turbion espeso de los granos
Congelados de los vapores gruesos
En la media region en el verano;
Acuden con mortíferas respuestas
Nuestros esclarecidos españoles,
Que cuasi pié con pié derraman sangre
Ojeándolos con los arcabuces,
Con los cuales por los tener tan cerca
No pocas veces les acontecia
Matar á dos y tres de cada tiro
Desde la casa del alojamiento
Que tenian los nuestros por amparo,
Saliendo siempre con arremetidas
Juan Arias Ruviân y Juan Mateos,
Y Mateo de Acosta, lusitano,
Pablo Sarmiento y otros que tenian
Espadas y rodelas en las manos:
A cuyos hechos encarecimiento
Cualquierá que se dé no será largo,
Pues por aquella frente no podian
Hollar sino por cima de hombres muertos.
Mas esto no bastó para que dejen
Los bárbaros inmites su porfia,
Antes el Teguerí, como rabiando
Por muerte de su tio, no reposa,
Diciéndoles: «Amigos y parientes,
Haced como valientes, y el constante
No se mude ni espante porque vea
Caer en la pelea tanta gente;
Que al fin solos son veinte los cristianos,
E ya se ven cercanos al remate;
Y aunque mas se dilate su caida,
Han de perder la vida, que mortales
Son, y tiros letales ya rendidos
Los tienen, que heridos están todos;
No menean los codos como antes:
A ellos, mis gigantes, dadles priesa,
Cumpla con su promesa vuestra lanza,
Y tomemos venganza de las muertes
De tantos hombres fuertes deudos nuestros.»
Con semejantes dichos y razones
Andaba donde via mas tibieza,
A los unos y otros animando
Con tal solicitud y diligencia,
Que á nuestros españoles admiraba;
Los cuales viendo que les va la vida
En quitalle la suya brevemente,
Juan de Alvarado Salazar apunta
Con el cañon fogoso; y acertóle
Por medio de la frente, de tal suerte,
Quel alma de las carnes despedida
Fué caminando tras la de su tio.
Mas no por eso los demás cesaban
De su ferocidad, porque Maubita,
El yerno de Omagá, con increible
Solicitud anima la caterva;
Al cual tiró Domingo de Herrera,
Y con la parda bala hizo puerta
Por donde desaguó vital substancia.
El Ocharí no menos se mostraba
Terrible y orgulloso, bravo, fiero,
Tanto que parecia que ninguno
Faltaba de los otros principales;
Al cual por ser persona señalada
Los nuestros deseaban derriballo,
Y un Diego de Avila puso la mira
Algo mas alta de lo que quisiera,
Mas todavía le rompió la cara,
Y como se sintiese mal herido,
Salióse del conflicto, que procede
Con tal obstinacion como si nadie
Faltara, con haber tres horas largas
Que duraba la dura competencia.
Y ansí los indios, por le dar remate,
Viendo que las dos casas impedian
El gozo del triunfo que esperaban,
Por ser escudo de los españoles,
Determinaron de ponelles fuego,
Sin tener atencion á los cincuenta
Que dentro se tenian amarrados,
Donde se convirtieron en carbones,
Pues como fuese fábrica de paja
En espacio brevísimo la vieron
De las voraces llamas consumida;
Saliéndose los nuestros hechos rueda,
Los unos á los otros reguardando,
Pero con tales brios y coraje
Que como si los golpes comenzaran
En aquel punto, se desenvolvieron
Tras ellos, aunque ya los arcabuces
Por estar muy calientes no hacian
Tales efectos como deseaban,
Faltándoles también las municiones;
Pero con las espadas tanta priesa
Les dieron, que salieron de lo raso
Y se metieron por el arboleda.
Adonde no faltaban indios muertos
De los que mal heridos se salieron
A los principios desta gran refriega;
Porque en la zavaneta solamente
Fueron cincuenta y dos los que quedaron
O muertos ó cercanos á la muerte,
Demás de los que consumieron llamas:
En efecto, segun después se supo,
Fué de mas de trescientos la yactura
Que padeció la bárbara compaña,
Quedando de los nuestros diez y siete
Cada uno con cinco y seis flechazos.
Los cuales puesta buena centinela
Con grande diligencia se curaron,
Abrasando con fuego las heridas
Y cortando las carnes lastimadas;
Mas no se pasó mucho sin que diese
Arma la centinela que pusieron,
Porque Ocharí que dije ser herido
En la cara con un ardiente globo
Que no bien encarnó por ir avieso,
Viendo que caminaban á sus casas
Y no se proseguia la contienda,
Con voz apresurada les decia:
«¿Dó va la compañia que no siente
La pérdida presente de señores
Muertos en los rigores desta guerra
Por libertar su tierra de tiranos
Y sacar de las manos de estranjeros
A vuestros herederos y parientes?
O flojos, negligentes, vulgo loco,
¿Cómo teneis en poco la venganza
Del estrago y matanza de los nuestros,
Animosos y diestros en sus hechos?
Volved, volved, pertrechos á la mano,
Y no quede cristiano que no muera;
Pues quedan de manera todos ellos
Que podremos vencellos fácilmente.»
Bastaron las razones referidas
Para volver, aunque de mala gana,
Y no con aquel brio que primero,
A causa de sentirse fatigados
Y de tiros vacías las aljabas;
Y ansí como hallasen (por el arma
Que dió la centinela) preparados
A nuestros españoles, no proceden
Ni pasan adelante de la ceja
Del monte que rodea la zavana;
Desde donde, quietos y callados
Los otros, cierto viejo les decia:
«Valientes españoles, no creyera
Que tan durable fuera la pendencia
Ni vuestra resistencia, si mi daño
No fuera desengaño conocido
Del yerro que he tenido tiempo luengo,
Mas ya para mí tengo ciertamente
Que mas heroica gente no ha nacido,
Pues habeis adquirido tanta gloria;
Pero de la victoria no esteis ciertos;
Estaldo de ser muertos y perdidos,
Que todos vais heridos del molesto
Veneno, y demás desto vuestra gente

Es negocio patente ser ya muerta
En otra tal reyerta sucedida
Después de la partida que hecistes.
Ansí que si tuvistes hoy ventura,
Será de poca dura la ganancia,
Porque el pueblo y estancia de cristianos
Los indios mas cercanos han quemado,
Vencido y acabado moradores:
Acá sois vencedores y temidos,
Y allá sereis vencidos y captivos
Los que llegardes vivos, en llegando;
Y pues de nuestro bando sois azote,
Mirad por el virote, y esto baste.»
Aquesto dicho, nunca mas los vieron,
Y á los nuestros, demás de sus trabajos,
En angustia terrible los pusieron
Y en grande confusion aquellas nuevas,
Por las cuales aquel significaba
Ser la ciudad de Cáceres quemada
Y los vecinos della consumidos;
Y en hecho de verdad acometieron
Los indios que decia, pero nunca
Tocaron en el pueblo, sino fuera
Tuvieron cierto leve repiquete,
Donde mataron indios yanaconas
Y un español ó dos en las estancias.
Al fin estos soldados afligidos
Aquella triste noche se quedaron
En el mismo lugar de la batalla,
Entre los cuerpos muertos alojados,
Al frio y al sereno, sin refugio
De ropa ni comida ni consuelo,
Do no faltaron íntimos gemidos,
Ansí de parte suya como de los
Indios en quien duraban los vitales
Espíritus cercanos á la muerte.
Pero pasada ya la media noche,
Dejaron el lugar, y caminaron
Por bosques solitarios sin camino,
Por hurtarse del otro, do pensaban
Estar algunos indios emboscados;
Y ansí por ser rodeos espaciosos,
Como por ir heridos gravemente,
Tardaron cinco dias en jornada
Que pudieron andar en medio dia
Si recta via fueran caminando:
Llegaron pues al puesto que tuvieron
Antes de se meter en la montaña,
Donde se proveyeron de comida
De aquella que dejaron rezagada;
Pero luego pasaron adelante,
A causa de no ser lugar seguro,
Y con deseo de subir á parte
Do se desengañasen con la vista
De la mala sospecha que llevaban.
Y en estos intermedios fallecieron
Lucas Sanchez y Mateo de Acosta,
Entrambos valentísimos soldados,
Cuyas heridas eran penetrantes
Y no curadas con aquel reposo,
Abrigo y vigilancia que requiere
Aquella venenosa pestilencia.
Finalmente, subieron á la loma
Que cae sobrel gran rio de Cauca,
El cual para llegar al pueblo nuevo
Habian de pasar forzosamente,
Obstáculo de gran inconveniente,
Ansí por no tener aviamiento
Para pasar los míseros heridos,
Como porque los bárbaros no suelen
Perder las semejantes ocasiones.
Mas en aqueste tiempo ya tenian
Los vecinos de Cáceres noticia
Por indios del suceso trabajoso,
Pero con adicion de que ningunos
Habian escapado con la vida;
Y ansí para tener razon entera
Salió luego del pueblo Juan Melendez
Con treinta compañeros bien armados,
Los cuales á la misma coyuntura
Que vieron los heridos el gran rio
Ven al Melendez con su compañía,
Que ya bollaban la contraria banda,
Y con el regocijo de la vista
Los unos á los otros hacen salva,
Dando gracias á Dios por el socorro
Llegado tan á punto, que juzgaban
Ser milagrosamente proveido.
En efecto, hicieron buenas balsas
Aquellos que llegaron descansados,
En que pasaron todos libremente,
Y llegados al pueblo, fué la cura
Con tal solicitud y diligencia,
Que después de los dos conmemorados
Ninguno pereció de los heridos,
Cuyas hazañas fueron tan nombradas
Entre todos los indios de la tierra,
Que muy poco después los trajo Rodas
A que reconociesen vasallaje.
El cual, segun he dicho, preparaba
Gentes y municiones con intento
De ver y descubrir lo nunca visto
En la distancia dentre los dos rios:
Que para concluir con mi promesa
En el elogio de Gaspar de Rodas
Hasta la era del de ochenta y nueve,
Es esto solamente lo que resta;
Mas porque se concluya mas á gusto
Será con canto nuevo celebrado.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santafé de Antioquia con setenta hombres de pié y de caballo, y fué descubriendo por el rio de Perce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza.

No se pueden decir enteramente
Las congojas, fatigas y trabajos,
Riesgos, penalidades, desventuras
Que los descubridores destas tierras
Y pacificadores padecieron
En las conquistas rigurosas dellas;
Y ansí por ser prolijo laberinto,
Tocamos solamente los provechos
Que de su gran valor han resultado
A los que comen hoy de sus sudores,
Y con manos lavadas y piés limpios
Hallan la cama hecha y mesa puesta,
Y las incomparables asperezas,
A los humanos piés inaccesibles,
Apacibles é ya bien frecuentadas
De varios contractantes que por ellas
Vienen y van de partes diferentes,
Cebados en la próspera ganancia
Con que sus mercancías los convidan.
Y no tan solamente por la tierra
Dieron vías por donde se contractan
Unos pueblos con otros, con jumentos
De especies varias; pero por los rios
Se comunican con aquellos puertos
Que gozan de marítimas riberas.
Y aunque parezca ser en lo presente
No de tanto momento como Flandes,
Venecia y otros pueblos prepotentes
Que tienen antiquísimos cimientos,
Aquellos también consta que tuvieron
Principios no tan altos que no fuesen
De lo que son agora diferentes:
Corrieron sus edades hasta tanto
Que por tiempo se fueron estendiendo
A la virilidad y á la potencia
En que las vemos hoy establecidos.
Lo mismo puede ser en estas partes
De Indias, segun vemos el aumento
Numeroso de gente que se cria,
Ansí mestiza como castellana,
Y la fertilidad de los terrenos
Dispuestos á perpetua permanencia
Y á la procreacion de tantas cosas
Cuantas son en el mundo necesarias
A la conservacion de los mortales,

Pues de las que carecen estos dias
Es mas por negligencia de cultores
Que falta de propicias influencias;
Mas la necesidad, hábil maestra,
Les ha de compeler á que corrijan
Sus ociosas costumbres con trabajo,
Y aun á dejar sus proprios naturales,
Buscando nuevas tierras y regiones
Do puedan sustentarse y estenderse
Después que ya no quepan en las suyas,
Pues hay por descubrir varias provincias,
Inmensidad de campos y naciones,
Algunas de las cuales estuvieran
Debajo del dominio y obediencia
De la real corona de Castilla,
Si por los que gobiernan se tuviera
Mas esforzado celo del aumento
Del aprisco cristiano, mayormente
Habiendo tanta gente holgazana
Que podria fundar nuevos albergues,
Aun en lo descubierto, pues hay tierras
Baldías, provechosas y dispuestas
Para se socorrer del fructo dellas,
Valles amenos, fértiles riberas,
Cuya dispusicion está pidiendo
Del corvo labrador ser desenvuelta
Y de todos ganados ser hollada,
Mas no miran en esto los que llevan
Por sueño y ocio generosa paga.
Destos no quiso ser Gaspar de Rodas,
Pues por aquella suerte que le cupo
Huyó de dar á sus cansados miembros
Aquel regalo que se les debia,
Por unas y otras partes descubriendo
Dónde fundar cristianas poblaciones
En aumento de la real corona,
No sin propagacion de la fe sancta.
Con el cual pensamiento se dispuso
Año de ochenta con los quince cientos,
Con obra de setenta compañeros,
Caballos y pertrechos necesarios,
Caminando la via del oriente
Hasta ver las savanas de aquel rio
De Aburra, do tiene nacimiento
El mismo que después le llaman Poroe,
El curso de sus aguas prosiguiendo,
Acia septentrion encaminadas,
Por tierras despobladas, muchos dias,
De bosques tenebrosos y montañas,
Donde se padecieron insufribles
Trabajos por la falta de alimentos,
Demás de atascaderos y pantanos
De gran dificultad en su viaje,
Que no menor seria referillas,
Espresando particularidades
Acontecidas hasta que llegaron
A tierra cuyos montes daban muestra
De suelo mas enjuto y apacible,
Mas claras y amigables arboledas,
Y otros indicios que manifestaban
Haber mediana copia de cultores.
Pero segun las guías declaraban,
A la contraria parte de aquel rio
Habia poblacion de mas substancia,
Lo cual se conocia claramente
Por ver trilladas sendas y caminos,
Humos á todas partes y labranzas;
Y ansí para pasar el campo todo
Buscaron un lugar acomodado,
Do se hiciese puente de bejucos,
Remedio que se tiene comunmente
Con que pasan la ropa y el servicio:
Que los soldados por la mayor parte
Cortando van las aguas con el pecho,
A mano la rodela y el espada.
Al tiempo pues que para tal efecto
Andaba negociada nuestra gente,
Gran número se vió de la contraria
Opuesta para defender el paso
Con multitud de flechas y de dardos
Y los demás pertrechos usuales:
Ondea bizarría de penacho
Pectos y diademas de buen oro,
Con otras joyas que manifestaban
La soberbia riqueza de las minas
De que gozan aquellos naturales;
Y con estar el rio de por medio,
No dejan de volar algunas nubes
De tiros venenosos que despiden
Los encorvados y flexibles arcos;
Y acá responden con los arcabuces,
Esféricas pelotas escupiendo,
Con poco daño de las partes ambas,
Por ser algo prolija la distancia.
Pero Francisco de Taborda, mozo
Mestizo, buen soldado y animoso
Y singular en buena punteria,
En el indio que mas se señalaba
En galas, majestad, valor y brio,
Mostrándose señor, puso la mira,
Y el invisible globo fué volando
Hasta dar en el pecho, cuyo golpe
También por las espaldas abrió puerta
Por do se despidió vital aliento:
Acudieron los bárbaros cercanos
Para lo levantar, mas fué baldía
Su gran solicitud y diligencia,
No sin admiraciones y alborotos
De ver aquella muerte repentina,
Porque del dañador tan solamente
El sanguinoso rastro parecia;
Al fin unos llevaron el cadáver
Y otros quedaron para la defensa
Del paso, que con suma vigilancia
Y no menos furor les defendian.
Pero Gaspar de Rodas, como diestro,
Vista la pertinace resistencia,
Dejando gente que hiciese rostro
En aquella frontera, do los indios
Pretendian quitalles el pasaje,
Con treinta y seis bajó tácitamente,
Ocultos todos con el arboleda
Que por el rio va continuada,
Hasta llegar á parte sin estorbo,
Por donde les mandó pasar á nado
Con el cuidado que se requeria;
Y como rehusasen la carrera,
Del peligroso trance murmurando,
El mismo comenzó de descalzarse
Y á priesa despojarse del vestido;
Mas todos los soldados, como viesen
Su determinacion, no le consienten
Poner en tanto riesgo su persona,
Y ellos, pospuestos los temores flacos,
Desnudos, con espadas y rodelas,
Impetuosas aguas van cortando,
Yendo delante con insigne brio
El mestizo Francisco de Taborda
Y Alonso de Taborda, dos hermanos:
Al fin tomaron todos la ribera
Contraria donde van encaminados,
Y después de cobrar algun aliento,
Prostradas en el suelo las rodillas,
Hicieron oracion como cristianos,
Y luego con el paso reportado,
Proceden adelante con recato,
Sirviéndoles el monte de cubierta,
Hasta que ya llegaron al paraje
Del bárbaro furor embebecido,
En los opuestos en contraria banda
Desembrazando los mortales tiros,
Y del cercano salto descuidados
A los lejanos mal amenazaban;
Mas luego como perros que latiendo
Saltan lijeramente tras la caza,
Salieron los heroicos españoles
Diciendo: «¡Santiago! Santiago!»
Ocupa turbacion salvajes pechos;
Corre la confusion desordenando
La bárbara caterva, que no para
Por diferentes partes derramada,
Bien como las ovejas salteadas
De las rapaces fieras y voraces,
Que las que se libraron de sus uñas

Van donde su temor las encamina;
Y ansí dejaron desembarazado
Aquel compás y toda la ribera,
De manera que sin impedimento
Pasaron los demás y el campo todo,
Hicieron allí noche y otro día
Colaron adelante descubriendo
Aquellas poblaciones circunstantes.
Do no faltaron acometimientos
Y algunas resistencias porfiadas,
En las cuales cuotidianamente,
Llevaban lo peor los naturales,
De tal manera que por bien tuvieron
Acudilles de paz algunos dellos;
Y tanteada ya toda la tierra
Y á poco mas ó menos los vecinos
Que podria tener, buscaron sitio
Para fundar morada permanente,
Y diez ó doce leguas adelante
Del paso que los indios defendian
Hallaron un asiento proveído
De las comodidades necesarias,
Donde con las solemnes ceremonias
Usadas en negocios semejantes,
En nombre del invicto rey Filipo
Fundaron la ciudad, á quien se puso
Nombre de Zaragoza, cuya tierra
Abunda de riquísimos veneros,
Y es el dia de hoy por su riqueza
De varios negociantes frecuentada
Ansí por tierra como por los rios
Que van á desaguar al mar del Norte,
Por estar Zaragoza situada
Acia las juntas de los rios Porce
Y Nichi, cuyas aguas dan aumento
Al gran rio de Cauca que se mezcla
Después con otro de la Magdalena,
Los unos y los otros navegables,
Aunque por las zozobras de corrientes
Los vasos do navegan son canoas
Que pegadas á tierra van bogando.
Fué pues el fundamento deste pueblo
Año de ochenta y uno, demediado
El mes que los hebreos idar llaman;
Y hecha descripcion y apuntamiento,
Fueron cuarenta solos los vecinos
Encomenderos de repartimientos,
Segun la cuantidad de naturales
Que por aquellos montes habitaban.
É ya puestas las cosas en el orden
Que parecia ser mas conveniente
A la defensa desta nueva planta,
Electos los alcaldes y oficiales,
Nombró Gaspar de Rodas por teniente
A Fernán Sanchez, hombre de gobierno,
Y él se partió con los demás soldados
Al sitio donde fué San Juan de Rodas,
En la parte que llaman Itüango,
Que despobló Valdivia, segun dije
Atrás en el discurso de su vida;
Donde pacificó los naturales,
Erigiendo ciudad en el asiento
Antiguo con el nombre que tenia,
A la cual dió vecinos veinte y ocho
Que son encomenderos, y hoy se valen
Entre tan indomable barbarismo
Mediante las industrias y consejos
Deste gobernador, cuya prudencia
Al bárbaro feroz ha puesto freno.
Dejando pues allí por su teniente
A Juan de Rodas, un pariente suyo,
A su casa volvió con intenciones
De convocar soldados con que pueda
Escudriñar secretos de la tierra,
Que por estar cerrada de montañas
No sin dificultad pueden saberse;
Y presumen habellos importantes,
Porque claro se ve ser una pasta
De ricos minerales donde quiera
Que rios y quebradas se cateen;
Mas agora de nuevo no sabemos
Otra cosa que sea de momento.
Y ansí deste gobierno me despido,
Porque futuros acontecimientos
Dirálos á su tiempo quien los vido,
Cumpliendo cada cual con sus intentos;
Pues agora mi principal ha sido
Tractar de los primeros fundamentos
Desde el principio hasta nuestra era,
De quien si mas supiera mas dijera.

RELACION BREVE

de las tierras de la gobernacion del Chocó, y cosas en ella acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capitán Gomez Fernandez, hasta que le fué dado el gobierno y conquista á Melchior Velazquez, vecino de la ciudad de Buga.

CANTO PRIMERO.

Otra gobernacion agora resta,
Que es el Chocó, de quien algunas veces
Hemos tractado como de pasada,
Cuyos confines sé que simbolizan
Con los de Santafé que van corriendo
Acia la mar del Norte por montañas;
Y este gobierno tiene de presente
Un Melchior Velazquez, no tan lleno
De prósperos sucesos de fortuna
Cuanto de virtüosas propriedades
Y partes que son dignas de alabanza,
Soldado viejo de los mas antiguos
De Popayán, y bien ejercitado
En todos los trabajos de conquistas.
Cuyo discurso no será prolijo,
Por ser gobernacion algo moderna,
Y haber faltado por la tierra della
Buena comodidad para poblalla,
A causa de ser toda montüosa,
Húmida, pluviosa, desgraciada,
De pocos naturales, aunque ricos,
Porque la tierra toda va sembrada
De venas caudalosas de buen oro,
Vistas y cateadas por los nuestros
En diferentes rios y quebradas.
Y ansí corria la noticia della,
Con otra mas antigua del Dabaibe,
Que por aquel paraje se publica
Estar, y aunque de muchos inquirida,
Ningunos le pudieron dar alcance;
Adonde segun fama las riquezas
De los enterramientos sobrepujan
A las que del Cenú se descubrieron,
Segun en su lugar quedó notado,
De cuya causa principales hombres
Apetecian el descubrimiento,
Entre los cuales fué Gomez Fernandez,
Primero fundador de Caramanta,
Del cual hice mencion en otras partes
Por ser hombre de gran merecimiento,
Valiente, liberal, industrioso
Y en posible no mal afortunado.
Este, con el deseo que tenia
De rastrear aquella gran noticia
Y ver el fin de aquel encantamento,
Demandó la conquista desta tierra
A los señores del real senado
Que en este nuevo reino de Granada
En aquella sazon eran jüeces:
Los cuales se la dieron fácilmente,
Atentos al valor de su persona
Y á la mucha substancia que tenia
Para hacer soldados y pertrechos
A su descubrimiento necesarios;
Pero dióselo con aditamento
De que primero y ante todas cosas
Allanase los indios rebelados,
Importunos entonces y molestos
A Santafé, la villa de Antioquía,
Desde aquel tiempo que Tené cacique
Los hizo levantar, segun se dijo
En el lugar y parte que convino,
Y con que diese nuevos fundamentos

A la vieja Antioquia despoblada.
Aceptó la merced y hizo gente
De caballo y de pié, y en el avío
Gastó crecida suma de dineros:
Finalmente salió de Caramanta
Con ochenta soldados escogidos,
De los cuales es uno Bernardino
Mojica de Guevara, varon noble,
En este pueblo donde yo resido
Vecino principal y contioso;
Y en cumplimiento del real mandado
Fué por el año de cincuenta y siete
Con aquestos soldados en demanda
Del cacique Toné, bárbaro duro,
Gallardo mozo, suelto, bien dispuesto,
De fuerzas monstruosas y atrevido,
En quien nunca jamás hubo descuido
Para se defender de sus contrarios
En ciertas barbacoas, cuyos troncos
Gruesos, bien afijados en la tierra,
Subian en altura cuatro brazas,
Espesas las hileras, y por orden
Que, travesadas vigas por lo alto
Y dada perficion al soberado,
Pudieron fabricar seguramente
Casas pajizas para sus albergues;
Y lo mas alto de la barbacoa
Ceñido con maderos ajustados
Que volaban segun el colgadizo
Que llaman los latinos meniano,
Tan alto que servia de muralla
Y amparo contra tiros estranjeros,
Por él hechas troneras provechosas,
Para poder valerse de los suyos;
De que tenian cuantidad inmensa,
Lanzas muy largas, piedras ponderosas,
Flechas y dardos, gruesos estacones
Que piramidalmente van labrados
Hasta se rematar en subtil punta
Tostada, tan aguda que desmalla
Las mas fortificadas armaduras;
Empinadas á trechos grandes vigas
Sueltas y sin ninguna ligadura,
Pero de tal manera que juzgaran
Ser á la fabrica correspondientes,
Y para substentar su pesadumbre,
Siendo cualquiera mano poderosa
Para precipitallas fácilmente
Sobre los que llegasen descuidados.
Tenian abundancia de alimentos
Arriba recogidos, y en canoas
O maderos cavados agua mucha,
Demás de las vasijas de sus vinos;
Y para no perder la que del cielo
El pluvioso nimbo destilaba,
Tenian en las alas de las casas
Hechas de gruesas guádubas canales,
Cuyas corrientes iban dirigidas
A los vasos que estaban contrapuestos.
Ansimismo sembraron los caminos
De hoyos do cayesen los caballos,
Y en ellos estacones afijados,
Puyas por consiguiente peligrosas
Por unas y otras partes derramadas:
Todo con tal industria disfrazado,
Que la del español fué necesaria
Para poder librarse del engaño,
Porque Gomez Fernandez como diestro
A todo dió reguardo descubriendo
Cualquiera trompezon disimulado.
Y ansí sin sucedelles desavío,
Llegaron al primero soberado
Donde Toné tenia su morada,
Sus hijos y mujeres y familia,
Y entrellos cien gandules de pelea
Para defensa desta fortaleza:
Porque los escuadrones que hallaron
Opuestos al camino que llevaban,
Que pelearon pertinacemente,
Habian sido ya desbaratados.
Salidos pues del monte mas cercano,
Vieron la fabricada fortaleza
Encima de una loma que tenia
De longitud hasta doscientos pasos,
Pero de latitud la mitad menos:
La cual por todas partes ocupaba
El fuerte y edificio de madera,
Y por cualquiera parte la subida
Para llegar á él era ladera
Aspera de subir y trabajosa.
Puestos á punto pues los españoles,
Por una y otra parte rodearon
La dicha fortaleza, defendiendo
Que no pudiesen indios acudilles
De los que estaban fuera con socorro,
Y requiriéndolos por muchas veces
A los que estaban dentro que se diesen,
Porque si se mostraban pertinaces
Los pasarian todos á cuchillo,
Y saliendo de paz no les darian
Sinsabores, agravios ni molestias:
Los indios respondian con las armas
Y con mayores fieros y amenazas,
Toné principalmente, que decia:
«Llegaos un poco mas acá, cristianos,
Por el tributo que se os adereza:
Dejaremos las armas de las manos
Para ponéroslas en la cabeza;
Y aun de vosotros á los mas lozanos
Tengo de desmembrar pieza por pieza,
Porque si padeceis muerte prolija
La paz que me pedís quedará fija.»
Oidas por los nuestros las razones
Con otras desverguenzas insufribles,
Comenzóse de veras el combate
Por una y otra parte, disparando
El arcabucería violenta
Al pretil y troneras dirigida,
Por no dalles lugar á los contrarios
Para que de sus armas se aprovechen;
Y entre tanto los otros españoles
Se llegaban con mantas de madera
Cubiertos al enhiesto baluarte,
Que no podia ser sin mucho riesgo
A causa de las nubes que caian
De dardos, flechas, lanzas y de piedras
Y algunos estacones de los cuales
Uno cayó sobre Diego de Ardila,
Que ponia rodela por delante
A un soldado de los mosqueteros,
De tal manera, que rompió la punta,
La rodela, cojin y fuertes armas,
Y el brazo del Ardila juntamente
Por una y otra parte traspasado;
También á Bernardino de Mojica,
Rodelero de aquel García de Arce
A quien despues mató Lope de Aguirre
En el rebelion ya referido
En la primera parte de mis cantos,
Una piedra le dió por el costado
Encima de las armas, que lo hizo
Rodar por la ladera trompicando,
Mas luego revolvió con mas coraje
Al puesto do quedó su compañero,
Y estando los dos juntos vió García
Una gran viga que se despegaba
Del baluarte, y en aquel instante
Al Mojica diciendo: «¡guarda, guarda!»
Le dió tal empellón que lo retrajo
Hartos pasos atrás, y él ansimismo
Se desvió con un veloce salto,
Y fué tan necesaria la presteza
Que si tardaran un solo momento
Allí quedaran hechos mil pedazos.
En esto consumieron aquel dia
Sin se hacer efecto provechoso,
Y el tiempo que duraron las tinieblas
Nocturnas, fué comun la vigilancia
Rondándose la cerca con silencio,
Porque se recelaban de hüida,
A causa de tener el monte cerca;
Y porque les faltasen las señales
Y objetos á los tiros de las flechas
Que con obscuridad iban volando

A poco mas ó menos en demanda
Del católico bando que no vian,
Los nuestros no quisieron hacer lumbre
Hasta llegar la del siguiente dia,
Donde se refrescaron los combates,
Fuegos artificiales y alcancías,
Baldías pues al alto no llegaban,
Porque con el temor de las respuestas
De jáculos que punto no cesaban,
No les daban el vuelo que pudieran
A no tener escudos embrazados
Con el cuidado que les convenia,
Que para las mover con llena fuerza
No dejaba de ser impedimento;
Bien que García de Arce muchas veces
En el cañon del arcabuz cargado
También ponia flechas encendidas
Que daban en la paja de las casas,
Mas esto remediaban prestamente
Los bárbaros con agua y otras cosas
Que no dieron lugar á que la llama
Cobrase fuerza ni prevaleciese.
Y ansí permaneció la fortaleza
Ilesa por espacio de seis dias,
Sin que los defensores aflojasen
Ni les faltasen armas ofensivas;
Y al cabo deste tiempo de los nuestros
Solos dos escaparon sin heridas,
Aunque ninguna dellas peligrosa,
Pues por la mayor parte los catios
Nunca tuvieron uso de veneno.
Vista pues la dureza de los indios,
Mas eficaz remedio procuraron,
Y fué ponelles fuego por debajo,
Para lo cual trajeron mucha paja,
Haces lijeros que con una mano
Podian arronjar al pié del fuerte,
Con la siniestra bien arrodelados:
Al fin pusieron fuego, puesto caso
Que no faltó terrible resistencia,
Con industrias y mañas admirables;
Y como los estantes eran gruesos
Y la madera dellos no dispuesta
Para que fácilmente se quemase,
No hicieron entonces los efectos
Que nuestros españoles deseaban,
Pero del humo las molestas nubes
En escesivo grado fatigaban
A los que ya perdian esperanza
De se poder valer estando dentro.
Y ansí Toné mandó que se hiciese
Acia la parte menos asechada
Un portillo pequeño por adonde
Saliesen las mujeres entre tanto
Qué razonaba con los españoles,
Y procurasen con veloce paso
Meterse por el monte mas cercano,
Pues tenian bien cerca la guarida
Y los obscuros humos ayudaban
Para hacello mas cómodamente.
Esto se puso luego por la obra;
Y el astuto Toné con la voz alta
Les dijo: «Por amor de Dios os ruego
Que no me pongais fuego, pues ya veo
Ser torpe devaneo resistencia
Y que mi diligencia nada presta
Contra vuestra molesta pertinacia;
Paz, amistad y gracia quiero y pido
Y darme por vencido con mi muro,
Como me deis seguro de la vida,
Porque soy homicida de cristianos
Que fueron por mis manos descompuestos,
Viendo sus deshonestos pensamientos
Y mil atrevimientos insufribles;
Y en casos tan terribles la defensa
Es en cualquier ofensa permitida.
Recelo mi caida, y ansí quiero
Dejar el arco fiero con sus tiros,
Prometiendo serviros llanamente,
Sin que jamás intente movimiento
Que os dé desabrimiento ni desgusto:
Si es lo que pido justo, dad abierta
Resolucion y cierta brevemente,
Para que con mi gente luego salga.»
Oyeron las razones declaradas
Por lengua que sabia su idioma,
Y por satisfacer á su demanda
Luego Gomez Fernandez le responde:
«Bien conozco, Toné, que guerras luengas
Nunca jamás se ven sin hombres muertos:
Temor de lo pasado no lo tengas,
Pues sales á pacíficos conciertos;
Haz lo que dices, porque como vengas
Yo te recibiré brazos abiertos,
Y ansí lo manda la real persona
Que los yerros pasados te perdona.
»Este es el gran Filipo, señor mio,
Gloria de los imperios castellanos,
A cuya majestad y señorío
Obedecen los príncipes cristianos,
Y el infiel y bárbaro gentío
A su potente voz se hacen llanos;
Lo cual si haces tú como discreto,
Seguro de la vida te prometo.»
El bárbaro segunda vez promete
De dar la paz y ser leal amigo,
Debajo de lo cual muchos soldados,
Sin el recato que les convenia,
Se fueron acercando mas al muro,
Y á uno que llegó mas descuidado
Un jáculo mortal de dura punta
Le traspasó las íntimas entrañas
Y dió fin á sus dias brevemente.
En este tiempo ya por otra parte
Iban huyendo acia la quebrada
Montüosa que estaba por delante
Un golpe de muchachos y mujeres,
Sirviéndoles el humo de cubierta;
Y un lusitano dicho Juan Fernandez
Acaso vió hüir por la ladera
A gran priesa la gente que salia,
El cual dió voces á los compañeros
Diciéndoles: «¡A ellos, que se huyen!»
Acuden los que cerca se hallaron
Para los detener y hacer presa,
Y en este punto para defendellos
Arronjóse Toné por el portillo
Con un espada lucia castellana,
Despojo por sus manos adquirido,
Poniéndose delante de los nuestros,
Con tan terribles golpes y osadía,
Que detuvo sus pasos presurosos
Por dalles mas lugar á los que huyen:
Rebate los aceros castellanos
Con tal compás de piés y lijereza,
Y priesa de reveses tan á punto,
A los unos y otros acudiendo,
Que parecia verdaderamente
Estar de mil demonios revestido;
Y cuando ya sintió que sus mujeres
Y hijos estarian en el bosque,
Quisose desgalgar la cuesta abajo,
Y recelándose que Juan Fernandez,
Que mas se le metia por un lado,
Al tiempo que volviese las espaldas
Ejecutar podria sus intentos,
No saben cómo dió con él en tierra,
O ya podria ser caer el mismo,
Mas no bien acabó de caer cuando
Asió dél por la pierna con la mano
Siniestra, y arrastrando lo llevaba,
Segun suele hacer rapace fiera
Al hombre miserable que durmiendo
O ya velando, con imperceptible
Velocidad de salto lo arrebata,
Que si por caso gente bien armada
La presa le sacó dentro las manos
Queda miembros y huesos quebrantados
Atónita, pasmada, sin sentido:
Y poco menos de tan mala burla
El fuerte y atrevido lusitano
Al tiempo que Toné dejó la carga
Por ille Bernardino de Mejica
Con otros dos ó tres en el alcance,

El cual por salir libre del conflicto
Tuvo por bien de les dejar la presa
Y sin ella meterse por el monte;
Pero de lance tan inopinado
El portugués quedó harto corrido
Y no menos molido que asombrado.
Entre tanto los otros españoles
Armados ocuparon el portillo,
Y algunos intentaron entrar dentro
Creyendo que se dieran los restantes,
Y que gozaran de despojo rico,
Que lo debia ser si no saliera
El esperanza vana, porque fueron
Con increible furia rebatidos,
Y en la presura y acometimiento
Dos españoles valerosos muertos;
Por cuya causa los demás soldados
Avivaron el fuego retenido
Con cuantidad de leña que pusieron
Por una y otra parte de la fuerza,
Cuyas voraces llamas dieron vuelo
Hasta llegar á las pajizas casas,
Donde la turbacion confusa corre,
Murmurio y alboroto descompuesto,
Las voces y los ojos ocupados
Del inconstante humo removido
Por el sonoro soplo de los vientos,
Que no les da camino por do puedan
Hallar algun recurso de hüida.
Segun que muchas veces acontece
Andar revueltos varios animales
Cuando suelen indianos cazadores
Quemar zavanas altas en verano,
Que viéndose de fuego rodeados
Corren acá y allá con desatino,
Y cuanto mas el fuego se recoge
Y en mas breve distancia los congrega,
Mayor es el confuso movimiento,
Bullicio, confusion, desasosiego,
Hasta que vivas llamas los ahogan:
Así los miserables se confunden
Unos sobre los otros apiñados,
Adonde perecieron brevemente;
Verdad sea que muchos antes desto
Con miedo del incendio peligroso
Salieron y se dieron desarmados
A la dispusicion de nuestra gente,
Mas otros duros, malos, pertinaces,
Tomaron por remedio mas acepto
Ser del inmite fuego consumidos,
Tanto que si sus hijos y mujeres
Querian evadirse del peligro
Ellos con manos impías, crüeles,
Al fuego los volvian, donde fueron
Los unos y los otros abrasados;
Y así se dió fin á la fortaleza
Deste valle que llaman Penderisco.
Ahorcaron algunos después desto
De los que se prendieron, y cortaron
Manos, sin que mostrasen sentimiento
Al golpe del machete los pacientes,
Antes ejecutada la sentencia
Metian ellos mismos en el fuego
La sangrienta lision del trunco brazo
Quemando fuertemente la herida;
Y estos con libertad desenfrenada,
Al tiempo de salir dentre los nuestros
Iban diciendo dellos mil blasfemias,
Afrentas, vituperios y amenazas.
Después que castigaron estos indios
Caminaron dos leguas adelante,
Adonde reposaron algun tiempo
En un asiento llano y apacible
Hasta convalecer de las heridas;
E ya recuperada mejoría
Determinaron ir á Nogobarco
A combatir el fuerte que tenia
En parte mucho mas inespugnable,
Y en él hombres de guerra solamente,
Absente la demás imbele chusma.
Tenian los pertrechos y adherentes
Que del primero dije, pero tantos
Que sin faltalles abundantemente
Podian sufrir cerco muchos dias;
Y así lo defendieron treinta y nueve
Con gran obstinacion, y fué la causa
Ser muy mas empinadas las laderas
Do fué la fundacion del edificio,
Al cual pusieron cerco por dos partes,
Haciendo sus trincheas y reparos
Por no ser ofendidos de los tiros
De que diurnas y nocturnas horas
Daban en el real nubes espesas,
Sin que por parte de los españoles
Se pudiese hacer efecto bueno
A causa de ser agra la subida.
Y así, porque con salitrosos tiros
Señoreasen mas la fortaleza,
Y desde lugar alto descubriesen
Y viesen los ocultos defensores,
Tentaron de hacer un baluarte
Alto, donde subiesen diez ó doce;
Pero cuando los palos arbolaban,
Fueron tantos los jáculos y piedras,
Que hirieron en piernas y cabezas
La mayor parte de la gente noble
Que ponian las manos en la obra,
Y á Bernardino de Mojica dieron
Con violenta piedra la herida,
Cuya cicatriz hoy se manifiesta
En la mejilla del venusto rostro;
Y así paró la máquina que digo.
Pero con presurosa diligencia
Volvieron á las mantas de tablones,
Con las cuales tentaron muchas veces
Llegar al ligneo muro; mas por bajas
Troneras asomaban gruesas picas
Bien de cincuenta piés, con duras puntas,
Que cuantidad de indios meneaban,
Y con ellas herian malamente
Los piés que no podian ir cubiertos;
Y aunque García de Arce, cuyos tiros
No menos que de Febo fueron ciertos,
Hacia mucho daño con las postas
Que cargados cañones escupian
Contra los asechantes agujeros,
No por eso faltaban indios sanos
Que luego socorrian y estorbaban
El acometimiento de los nuestros.
Y un Valdelomar, mozo robusto,
De grandes fuerzas, hombre corpulento,
Con su celada fuerte y otras armas
Y una media burra de madera,
Fué por el reventon mas adelante,
Pero no sin castigo peligroso,
Porque violenta piedra con su golpe
Abolló la celada borgoñona
Y dió con él en tierra cuasi muerto,
Diciendo: «¡Dios me valga!» y al momento
Fué socorrido de los compañeros,
Que fuera lo sacaron aturdido
Y con herida grave, cuya cura
Tardó no poco número de dias.
Vista pues la dureza de los indios
Y cuán bien defendian su partido,
Procuraron valerse de la leña
Para ponelles fuego, segun antes
Les convino hacer en Penderisco;
Mas con aquellos largos burguneros
La desviaban toda fácilmente
Haciéndola rodar la cuesta abajo
Por ser de reventones muy enhiestos.
Y en esta porfiada pesadumbre
Habian consumido treinta dias,
Los unos y los otros fatigados,
Tanto que ya los bárbaros cesaban
De las contínas gritas y algazaras
Con que vituperaban á los nuestros,
Antes con reportadas aparencias
Estaban en un tácito silencio,
Tal que los españoles sospechaban
O que dormian ó que estaban muertos;
Y así determinaron dos soldados,
Francisco Barco y Cristóbal Gonzalez,

Mancebos animosos y lijeros,
Una siesta llegar tácitamente
Por parte mas oculta y encubierta,
Y entralles en el fuerte gateando
Por los estantes que caian fuera,
Armados de sus sayos estofados,
A las espaldas puestos los escudos,
Ceñidas las espadas y las dagas:
Lo cual efectuaron, pero cuando
Llegaban cerca para saltar dentro,
Acudieron rabiosos defensores
Con gran rüido, grita y alboroto
Y diferentes armas en las manos,
Con que precipitaron mal heridos
A los determinados compañeros,
Los cuales se volvieron á sus ranchos
Con harto mayor priesa que vinieron,
Y fué bien menester su lijereza
Para se defender de la creciente
De jáculos y piedras que tras ellos
Iban encaminadas por los aires.
Tuvieron después desto los cercados
Grande solicitud y vigilancia
En se velar las noches y los dias,
No sin aquellas gritas que solian
Con afrentas, oprobios y amenazas:
Un bárbaro ladino mayormente
Se solia poner en cierta parte
En lo alto del fuerte cada noche,
Confiado de que con obscurana
Tiro no le podia hacer daño,
Y en lengua castellana les decia
Desvergüenzas y deshonestidades;
Pero García de Arce, puesto caso
Que no podia ver al que hablaba,
Do sonaba la voz guió la bala,
Y fué con tan buen tino que con ella
Hizo que resoltase por el pecho,
El cual con el angustia de la muerte
Cayó dando gemidos lamentables.
Pero los otros, porque no sintiesen
Los nuestros las querellas del caido,
Cantaban y hacian gran estruendo;
Y él mismo les decia: «Ya mi vida
Conozco ser rendida de la muerte,
Y cómo se convierte mi sentido
Al fin aborrecido que tenemos;
No puedeu los estremos de tristura
Callar la desventura y el tormento
Del gran dolor que siento, y al mas lleno
Juicio le es ajeno sufrimiento
Que como veloz viento se le aleja;
Es el dolor de queja muy pariente
Y del triste doliente la querella,
Y así me voy con ella deslizando;
Mas porque los del bando peregrino
No sientan mi mezquino acabamiento,
Será de gran momento lo que ruego,
Y es que me mateis luego, sin tardanza,
Y que tomeis venganza de mi muerte.»
Esto pusieron ellos en efecto,
Y aun por ventura fué mantenimiento
De sus voraces vientres, como suelen.
Después los bárbaros por un portillo,
Lugar secreto bien disimulado,
Salian muchas noches con sus armas
Y daban en el campo de los nuestros
Con ímpetu terrible, de tal suerte
Que no dejaban de hacelles daño,
Y fuera mucho mas si no tuvieran
Los españoles suma vigilancia,
Estando todos bien apercebidos,
Sin reservar heridos ni dolientes.
E ya, del largo tiempo fatigados,
Algunos murmuraban y quisieran
Dejar aquel empresa de las manos,
Y efectüar su principal viaje
En busca de la tierra del Dabaibe,
Pareciéndoles ser tiempo perdido
Aquel que se gastaba porfiando
En allanar aquella fortaleza
Al parecer comun inespugnable;
Mas Francisco Moreno, valeroso
Soldado, de los viejos de Antioquia,
A quien después mató Gaspar de Rodas
En singular certamen combatiendo,
Levantóse del lecho mal herido,
Y dijo las palabras que se siguen:
«Espántome, señores, grandemente
Deste mal acordado movimiento,
Y de que pechos de tan diestra gente
Concibau semejante pensamiento,
Pues soltar de las manos lo presente
Es dar á los demás fuerzas y aliento,
Y en vez de domeñar duras cervices
Plantar para mas guerra mas raices.
»Lo que nos cumple para paz entera
Y dar á lo demás abierto tajo,
Es désbacer aquesta ladronera
Que nos ponen aquí por espantaje,
Porque haciéndolo desta manera
Lo demás allanamos sin trabajo;
Mas si con su dureza dejais esta,
La tierra toda queda descompuesta.
»Las armas nos tenemos en la mano
Y á nuestros enemigos tras paredes:
Nunca Dios mande que el honor hispano
A menos venga por vuestras mercedes;
Perseverad, pues tarde que temprano
Han de venir á dar á vuestras redes,
Y queriendo hacer mas asistencia
Maña no faltará ni diligencia.»
Estas y otras razones dijo, como
Vecino de la villa de Antioquia,
En cuyos proprios términos caian
Las gentes que venian allanando;
Y ansi Gomez Fernandez informado
De lo que los soldados procuraban,
Les declaró su voluntad diciendo:
«Merece punicion aquel que anda
Tractando semejante desvarío,
Y aquesta no será con mano blanda
Cuando tentare de hacer desvío,
E yo no lo haré desta demanda
Hasta ya dalle fin ó ver el mio,
Y para dallo sin que mas se espere
Cada cual haga lo que yo hiciere.»
Aquesto dicho, fué por su persona
A la roca que estaba mas cercana,
Cultura de los bárbaros cercados
Que contenia cuantidad de leña,
Y sobre sus antiguos hombros puso
Un ponderoso hace, y arronjólo
Al pié de la ladera que distaba
Doscientos pasos de la fortaleza;
Y todos los demás por muchas veces
Hicieron esto mismo, hasta tanto
Que se llegó crecida copia della.
Armáronse las mantas después desto,
Burras y medias burras de madera,
Y detrás dellas gente que hacia
Hoyos con barras y otros instrumentos,
Donde hincaban palos en hilera
Como cuarenta piés del alto fuerte,
Atravesando varas por los palos
A manera de seto mal tejido,
Pues era solamente por respecto
De que la leña no se deslizase
Por la clivosa y áspera subida
Cuando los pertinaces defensores
Usasen del astucia que solian;
Lo cual hicieran ellos fácilmente
A no hallar obstáculo delante
Y violentas balas que volaban
A las troneras bajas y á las altas,
Defendiendo por una y otra parte
Los hombres ocupados en la obra.
La cual conclusa como deseaban,
Y cercada la parte que podia
En alguna manera ser hollada,
Cubiertos de los cóncavos escudos
A causa de los jáculos y piedras
De que siempre llovia muchedumbre,
Iban las diestras manos arronjando

Con gran solicitud la seca leña
Entre la fortaleza y el cercado,
Tanto que ramas, pajas y fomentos
Subieron dos estados en altura,
Bastante para lo que pretendian;
Mas como ya la sombra de la noche
Venia los objetos encubriendo,
Esperaron al dia venidero
Para ponelle fuego, porque nadie
De los que dentro de la fortaleza
Estaban escapase de ser preso.
Y el capitán y los demás soldados
Nunca se divirtieron de aquel puesto,
Las armas en la mano todas horas,
Sin que por el espacio de la noche
A los cansados miembros se les diese
Aquel regalo que se les debia;
Y no menos los indios procuraban
Desbaratar la máquina compuesta
Usando mil astucias y cautelas,
Hasta les arronjar vasos inmundos
De fétidos y sucios escrementos,
Pero ningunas cosas fueron parte
Para desarrimallos de la leña;
Hasta tanto que ya febea lumbre
Vino tendiendo sus dorados rayos
Por aquel hemisferio y horizonte,
Y antes que comenzasen los incendios
Los llamaron de paz, y les hicieron
Requerimientos y protestaciones
Baldías. Y ansí, vista su dureza,
Poner fuego se tuvo por remedio,
Cuya veloce llama fué subiendo
Hasta llegar á los pajizos techos;
Lo cual visto por ellos, paz pedian
Algunos, y esos no sin arrogancia,
Porque decian: «Ya sabeis, cristianos,
Cuasi que tanto como los catíos
En astucias y en ardides de guerra.»
Al fin salieron muchos, pero como
Estaban represados mil enojos,
Algunos fueron muertos por los negros
Esclavos que venian en el campo
Y aun por los españoles agraviados;
Otros prendieron, y otros mas protervos,
Con verse ya cercanos á la muerte,
Siempre permanecieron peleando
Desde la fortaleza, hasta tanto
Que ya se convirtieron en ceniza;
Y á vueltas de otros muchos que hirieron
Antes de ver su trance postrimero,
Dieron á Bernardino de Mojica
En un hombro con piedra ponderosa,
Con tal quiebra de huesos, que este dia
En tiempos pluviosos y revueltos
No deja de sentir algun trabajo.
Algunos ahorcaron de los presos,
Y el uno dellos, cuando pregonaban
«El rey manda hacer esta justicia»
Dijo con un desgaire desdeñando:
«¿Qué rey, qué rey es ese que lo manda?»
Y el capitán, por ver el desacato
Y aquel torvo mirar y furibundo,
Mandó soltar un perro furioso,
En estas cazas muy ejercitado,
Que con impetüoso movimiento
Fajó con él, y estándolo comiendo
El indio le decia: «Come, come»,
Sin que de su tormento diese muestra,
Formase queja ni torciese gesto.
Los demás enviaron libremente,
Algunos sin narices y otros mancos,
Que fueron pocos y de los mas viejos
Que siempre suelen ser mas indomables;
Y los que de lisiones iban libres
Llevaban todos cruces en las manos,
Encomendándoles que convocasen
Sus amigos, sus deudos y parientes
A la paz y amistad de los cristianos,
Lo cual ellos hicieron con llaneza;
Y ansí vinieron muchos, de los cuales
El uno fué Toné, que después deste
Castigo guardó paz inviolable.
Entró García de Arce mas adentro
De las montañas con alguna gente,
Y con él Bernardino de Mojica,
Y allanaron algunas barbacoas
De menos importancia; y esto hecho,
En cumplimiento de lo que mandaron
Los jüeces de la real audiencia,
A la poblacion fueron de Antioquía,
Donde poblaron, y quedó con veinte
Soldados un Francisco Barahona,
Cuya refundacion duró muy poco,
Por no ser parte para sustentarse.
Partió Gomez Fernandez con los otros,
Que serian ochenta, prosiguiendo
Aquella gran noticia del Dabaibe,
Rompiendo por montañas tenebrosas,
Con tantas desventuras y trabajos
Que seria particularizallas
Entrar en un confuso labirinto;
Y muertos dellos ya la mayor parte,
Viendo su perdicion y desavío,
En balsas se bajaron navegando
Por el rio que llaman de las Redes
Hasta las playas de la mar del Norte,
Desde donde los pocos que quedaron
Aportaron con riesgos increíbles
A Tulú y á la mar de Cartagena.
Donde Gomez Fernandez, no cansado
De tan adversos trances, hizo gente,
Y con hasta sesenta compañeros
Volvió por mar en unos bergantines,
Que lo desembarcaron en las playas
De aquel rio que llaman Oromira;
Mas oro no miró, sino trabajos,
Hambre, calamidad, penalidades,
Que para las hacer encarecidas
Basta ser tales cuales se padecen
En los apócrifos descubrimientos.
Y ansí por no hallar tierra dispuesta
Para hacer morada permanente,
Tomó la derecera de Antioquía,
Atravesando ciénagas y rios,
Montañas y breñales pluviosos,
Donde la dura hambre dió remate
De muchos ó los mas desta compaña;
Y cuando los restantes allegaban
A Tabebe, provincia que confina
Con el fértil terreno de Antioquía,
Do quedaba poblado Barahona,
Los indios viéndolos debilitados,
Enfermos, flacos, flojos, consumidos,
Dieron en ellos, y al primer encuentro
Mataron fácilmente tres ó cuatro,
E yendo ya los otros de vencida,
Huyendo de la muerte que llevaban
Consigo, si las manos acobardan,
El buen Francisco Barco les decia:
«Parad, parad, parad, gente perdida,
Que si no haceis cara, nada presta
En trance semejante la hüida;
El auxilio de Dios es el que resta,
Las manos y el espada bien regida:
A ellos, pues sabeis ser mas honesta
La muerte peleando, que huyendo,
La cara vida y el honor perdiendo.»
El capitán lo mismo les decia,
De quien no se apartó Francisco Barco;
Y ansí volvieron todos, y acometen
Como rabiosos perros á los indios,
Porque el temor sacó de la flaqueza
Briosas fuerzas y gentil denuedo,
Con que hicieron hechos admirables,
Tanto que se creyó que meneaba
Virtud superior piernas y brazos;
De cuyos golpes atemorizados
Los indios los dejaron y huyeron,
Y ellos continuaron su camino,
En el cual los que dellos perecian
Los apartaban fuera grande trecho,
Porque si les viniesen dando caza
Esta diminucion no conociesen.

Al fin, con esta grave pesadumbre
Llegaron á Antioquia, do pensaban
Hallar algun refugio; pero cuando
No vieron español en el asiento
Donde quedó poblado Barahona,
Crecieron las congojas y el desmayo
Y la desconfianza de la vida.
Mas en aqueste tiempo ya tenian
En Santafé noticia por los indios
De paz cómo venian mal parados,
Y en ese mismo punto despacharon
Algunos españoles, y cargados
Con ropas y alimentos yanaconas,
Para favorecellos entre tanto
Que llegaban allá los miserables.
Estos los encontraron, pero tales
Que corazon humano no pudiera
Dejar de derramar lágrimas vivas:
Fueron los que venian veinte y cuatro,
Y destos, ya cercanos á la villa,
Con regalillos todo lo posible,
Los tres ó cuatro dellos perecieron;
Y los restantes que llegaron vivos
Fueron tractados generosamente
Por la gran caridad de los vecinos.
E ya Gomez Fernandez reformado,
Partió para su casa que en Encerma
Tenia, con cuadrillas en las minas,
Que mientras él absente le sacaron
Mas de sesenta mil pesos de oro:
Alivio singular y recompensa
De costas hechas en aquel viaje,
Do nunca lo dejó Francisco Barco
Hasta ponello dentro de su casa;
Y visto su leal comedimiento,
Con esperimentada valentía
En aquella jornada trabajosa,
Fué deste capitán favorecido.
El cual vino después al Nuevo Reino,
Y dada cuenta de lo sucedido
A los jüeces del real senado,
Por cuya comision él se dispuso
A la ciega demanda del Dabaibe,
Partió poco después para Castilla,
Adonde, todavía con su tema,
El gobierno pidió de los chocoes,
Que por el gran Filipo le fué dado;
E ya cuando venia con el cargo
Dentro de la ciudad de Cartagena
Cortó la dura parca sus diseños,
Los cuales acabaron con su vida.
Autorizaron estos funerales
Pocos de los antiguos conocidos,
Porque ya los amigos de su tiempo
Gustado habian deste mismo trago;
Mas no faltó quien sobre su sepulcro
Mandó poner la letra que se sigue:

Aquí yaz Gomez Fernandez
En lugar estrecho puesto,
Antes altivo y enhiesto;
Pero las cosas mas grandes
Vienen á parar en esto.
Tuvo presuncion subida,
Sin temor de la caida,
No queriendo conocella
Con esperanza de vida,
Que es lo mas incierto della.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la gobernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo.

Del ejemplo pasado se colige
Cómo nunca jamás al apetito
Humano sucedió suerte tan llena
Que con aquella quede satisfecho;
Y ansí no pocas veces acontece
Que por subir á mas altiva cumbre
Los hombres que vivian descansados
Con una moderada pasadía
Caen en los trabajos y afliccione
Que la necesidad trae consigo.

Destos ha sido Melchior Velazquez,
De quien he de tractar en lo que resta
Para dar fin á la tercera parte,
Porque con su discurso se concluye
Lo que de Popayán es dependiente.
Este hidalgo pues, siendo vecino
De la ciudad de Buga, que confina
Con tierras del Chocó do voy entrando,
Teniendo buena suerte por servicios
Hechos en allanar aquella tierra
Y otras muchas provincias belicosas,
Como tuviese nuevas de la muerte
Del otro capitán Gomez Fernandez,
Y se hallase con algun posible
Para subir á dignidad mas alta,
Importunado fué de sus amigos
A demandar al rey aquel gobierno
Con aquella esperanza cudiciosa
Que su predecesor también tenia,
Por ser, segun habemos declarado,
Una pasta de oro toda ella,
Aunque no con aquellas cualidades
Que para la pobiar son necesarias;
Mas con pensar que yendo mas adentro
Hallarian terrenos apacibles,
Envió sus despachos á la corte,
Que fueron á su gusto proveidos,
Vista la cualidad de su persona
Y méritos bastante bien probados.
Y antes que los recados le viniesen
Entró con cien soldados descubriendo,
Y en un rincon halló las poblaciones
De los indios que llaman coronados,
Con otros que se llaman los tutumas,
Que los unos y otros computados
Se llegarian á seis mil vecinos,
Malos de conquistar por ser valientes
Y bien ejercitados en sus armas;
Pero su buena maña pudo tanto
Que los hizo venir á servidumbre,
Y en sitio para pueblo conveniente
A la ciudad de Toro dió cimiento
Que promete perpetua permanencia
Por la riqueza grande de sus minas.
Entró mas adelante conquistando
Indios que competian con tutumas,
Que á la nueva ciudad contribuian,
Y eran de los chocoes infestados,
Y dellos trajo copia de captivos,
Joyas y de veneras rica muestra,
De que quedó mas engolosinado.
En este mismo tiempo gobernaba
Bartolomé de Mazmela la tierra
De Popayán, el cual le dió licencia
A Francisco Redondo, que es vecino
De Cali, hijo de Antonio Redondo,
Para hacer entrada por aquellas
Montañas, cuya fama se estendia
Cerca de la riqueza de sus venas;
Mas este capitán salió huyendo
Con pérdida de muchos españoles
Que le mataron en algunos pasos
Los bravos defensores de su tierra.
Y entonces le llegaron los despachos
Al Melchior Velazquez del gobierno,
Los cuales recebidos hizo gente,
Y juntaria como cien soldados
Con quien consumió copia de dineros
Dándoles los avios necesarios.
Entró con ellos pues por las montañas,
Llevando falsas guias de chocoes
Que desviaron maliciosamente
A nuestros españoles de los pueblos
Que prometieron dalles en las manos,
Y ansí fueron gulando por un rio
En una y otra parte mal poblado;
E ya reconocida la malicia
Por ser la dilacion de muchos dias,
Apartadas las guias y la lengua,
India ladina de su propria casta,
El Melchior Velazquez les pregunta:
«¿Por qué me habeis mentido y engañado

Usando de tan gran maldad conmigo,
Trayéndome por este despoblado
Sin gente, sin labor y sin abrigo?
Con gran razon estoy determinado
De daros duro y áspero castigo,
Para que los demás con escarmiento
Enmienden este gran atrevimiento.»
El indio mas antiguo le responde:
«Tengo por acertados los engaños
Evitando los daños y los males
De nuestros naturales y parientes,
Por no dallos á gentes estranjeras,
Y tú mismo hicieras otro tanto:
Usa, que no me espanto de la pena,
Pues estoy en cadena detenido:
La muerte yo la pido, yo la quiero
Contento, pues que muero sin ofensa
Y por justa defensa de mi tierra».
El Melchior Velazquez reportóse
Oyendo lo quel bárbaro decia,
Y con amenazallo solamente
Cumplió con sus enojos y pasiones;
Y luego hizo junta de su gente
Para tomar acuerdo resoluto
En determinacion de su viaje,
Y á todos les habló desta manera:
«Amigos, mala burla nos han hecho
Los indios que traiamos por guias
Saltando del camino mas derecho
En solitarias y dudosas vias,
Por donde caminamos sin provecho
Por tan crecido número de dias
Sin descubrir terreno que contente,
Ni cosa de que el campo se sustente.
»De cuya causa yo me determino,
Viendo tan enfadosos trompesones,
De no proseguir mas este camino
Ni meteros en otras confusiones,
Sino volver atrás é ir á tino
En demanda de aquellas poblaciones,
Porque las guias, como no se mueran,
Nos las tienen de dar aunque no quieran.
»Orden daremos para que se ablanden
Y sean mas sinceros ó sencillos;
E ya que con engaños se desmanden
Por los hilos se sacan los ovillos,
Pues caminos ternán por donde anden
Por los cuales podremos descubrillos:
Aquesto me parece y esto siento
Debajo de buscar vuestro contento.»
Oidas las razones, todos ellos
Le respondieron cómo no tenian
Querer ni voluntad mas que la suya,
Y aquella seguirian donde quiera
Que le pluguiese de hacer viaje.
Con esto se volvieron á sus ranchos,
Y un clérigo de misa que llevaban
Oyó, parece ser, algunas cosas
De lo que prometieron diferentes,
Y al Melchior Velazquez en secreto
Le dijo: «Procurad otro concierto,
Porque me consta ser gente doblada,
Y si volveis atrás tengo por cierto
Que os tienen de dar todos cantonada,
Pues murmuran de vos al descubierto
Pesantes de venir en la jornada:
Remédiese no sero, sino serio,
Y creed que no hablo sin misterio.»
El buen gobernador quedó confuso,
Y porque no saliesen de las redes
Estuvo dando trazas y tanteos
No sin fatiga del entendimiento:
Y al cabo tuvo por mejor remedio
Bajar en balsas por aquel gran rio
Que parecia seseo y apacible
Para poder por él ir navegando
Una y otra ribera descubriendo.
Mandó hacer las balsas otro dia,
Y cada camarada tuvo cargo
De componer los palos en que fuese
Con fuertes ligaduras amarrados,
De manera que sin tocar al agua
Podian ir personas y adherentes;
Una sola canoa razonable
Do Melchior Velazquez navegaba
Con seis arcabuceros, recogiendo
Las balsas rezagadas que quedaban
Por mil inconvenientes que suceden.
Y habiendo desta suerte navegado
Tanta distancia como de diez leguas,
Dieron las balsas repentinamente
Encima de un raudal impetüoso
De peñas descubiertas y cubiertas,
Donde se trastornaron sin remedio
Asi las balsas como la canoa,
Y cada cual por escapar la vida
Asidos de los frágiles navíos
Sustentaban los cuerpos en el agua;
Pero celadas, cotas, arcabuces
En busca fueron luego de su centro,
Y arrebatados de la gran corriente
Los sayos estofados y rodelas
Y los demás reparos de vestidos
Acia la mar del Sur iban nadando,
Dejándose los dueños á lo largo,
Sin esperanza de poder cobrallos.
Salieron pues los nuestros á la playa,
Mas por milagro que por fuerza suya,
Los unos de los otros divididos,
Segun mejor podia cada uno,
Sin recurso de ropa que mudasen
En vez de la que sacan empapada;
Y juntos fué comun el desconsuelo,
En hambre y desnudez todos iguales,
Aunque mas perdidoso quien habia
Hecho la costa del aviamiento.
Al fin como se viesen descompuestos
Y de tantas angustias rodeados,
El último remedió fué volverse
A Toro, con trabajos que no pueden
En prolijo papel ser numerados;
Y ansí llegaron tales que gastaron
Dos años y algo mas en reformarse.
Al cabo de los cuales el Velazquez
Tuvo noticia de los noanamas,
Provincia del Chocó, de quien tractamos,
Y con aquel deseo virtüoso
Que tienen corazones generosos
Con celo de vivir después de muertos
Dejando por sus hechos buena fama,
Armó como setenta compañeros
De todas armas bien aderezados,
Y entró con ellos siempre por caminos
De gran dificultad, hasta que dieron
En un gran rio cuya travesía
Era dos veces mas en la distancia
Quel rio grande de la Magdalena,
Y en las riberas dél algunos pueblos
Cuyos caminos eran por el agua,
Sirviéndose de barcas ó canoas
En todos sus negocios y contractos.
Y en el primero pueblo que se vido
En la contraria banda situado
Habia cuantidad de plantanales
Que las orillas frescas ocupaban,
Racimos sazonados y maduros
Pendientes de las plantas, convidando
A los que se llegaron con canoas,
En que vinieron del opuesto lado;
Y con decilles Melchior Velazquez
Que no llegasen á los platanales,
No fuesen las Hespérides aquellas
Donde el dragon guardaba las manzanas,
Con la cudicia del suave fructo
Faltóles obediencia, y acometen
Sin orden divididos, derribando
Aquí y allí racimos á porfía,
Sin recelar el daño que tenian
Cercano, pues estaban emboscados
Dentro del platanal bárbaros fieros,
Que cuando mas los vieron embebidos
Salió la multitud y torbellino
Con acometimiento furibundo,
Y del primer encuentro se llevaron

Once soldados con sus arcabuces.
Recógense los otros, y detienen
Aquella tempestad impetüosa
Defendiéndose dellos un buen rato,
Y el Melchïor Velazquez á la grita
Acudió con los que con él estaban,
Y allí le traspasaron el un brazo;
Pero con su venida los salvajes,
Por faltalles ya tiros, se desvían
Y se precipitaron en el agua,
Cortándola con brazos desenvueltos,
Como gente que en estos menesteres
Sabia diestramente menearse,
Y ansí no fué posible tomar indio,
Muchacho ni mujer de quien pudiesen
Saber lo que la tierra contenia.
Quedando pues los vivos afligidos
Por la grande desgracia sucedida,
Pasaron á la banda do dejaban
Los ranchos asentados y el servicio,
Y su pasaje fué muy trabajoso
Y no sin grande riesgo de la vida.
Allí, por venir muchos mal heridos,
Se detuvieron por algunos dias,
Al cabo de los cuales una noche
En el postrero cuarto segundaron
Los bárbaros con otra rociada,
Y acometieron con tan grande furia
Que fueron removidos de su campo
La mayor parte de los españoles,
Los mas dellos heridos, y dos muertos,
Y el Melchïor Velazquez el un muslo
Por una y otra parte traspasado;
El cual con la presteza que cumplia
En orden puso todos los soldados,
Ansí los sanos como los enfermos,
Y tal priesa se dieron las espadas
Que los feroces bárbaros perdieron
El campo con la presa que tenian,
Tomando por guarida la del rio,
Dejando nuestra gente maltractada.
Y ansí considerando cuán sin fructo
El tiempo se gastaba, requirieron
A su gobernador que se volviese,
Y como no podia hacer menos,
Condescendió con lo que le rogaron:
Efectuóse luego la partida;
Pero como salieron lastimados
Y sin ajenos piés que socorriesen,
Por tierras montañosas sin refugio,
Comiendo tallos de silvestres plantas
Y cosas mas inmundas, veinte dellos
Dieron fin á trabajos con la muerte,
Y del gobernador lo mismo fuera
A no tener en esta desventura
Un noble hijo de su mismo nombre
Que en todos los trabajos padecidos
Nunca jamás faltó de su presencia,
Cumpliendo fielmente lo que deben
Los buenos hijos al amor paterno.
Llegaron pues á Toro los restantes,
Donde fueron caritativamente
Curados y á salud restitüidos.
Pasáronse después algunos meses,
Y el Melchïor Velazquez con deseo
De mas acrecentar aquel gobierno,
Como ya se sintiese fatigado
De los trabajos, y con largos dias,
Al hijo le mandó recoger gente
Para buscar aquellas poblaciones
De que tuvo primero la noticia:
El cual usando de las comisiones
Llegó setenta y cinco compañeros,
Con los cuales entró por la montaña,
Y en breve tiempo dió con los asientos;
Pero hallólos todos despoblados,
Desiertos y sin muestra de cultura.
Dos ó tres indias viejas solamente
Ovieron á las manos, y otros pocos
De indios muy enfermos consumidos,
Y preguntándoles adónde estaban
Todos los moradores de la tierra,
Respondieron con lloro no fingido
Que todos los barrió crüel y brava
Peste que por allí se padecia:
Esto reconocieron claramente
Por infalibles muestras y por cuerpos
Que por haber faltado manos sanas
No se les dió terrena sepultura.
Volviéronse con esta mala nueva
Y sin otra ganancia ni provecho
Que lástima, dolor y pesadumbre,
Cual la tenemos hoy en este reino,
Pues por la era del de ochenta y ocho
Hubo tal mortandad de naturales,
Que los diamantinos corazones
A tierno sentimiento se movieran,
Viendo cómo la flor de todos ellos,
Mozos y mozas en edad florida,
Y de los nobles jóvenes patricios,
Damas de gran primor y gallardía,
Eran arrebatados de la furia
De aquella tempestad fiera y horrible,
Sin que bastasen curas ni remedios,
Solicitud, cuidado, diligencia
De amos ni de médicos peritos,
Con largos gajes, premios y salarios
Que cada cual vecino prometia
Deseando salud á su familia;
Y no bastando ya fuerzas humanas
Para cesar la plaga de viruelas
Que todo lo barria y asolaba,
Ocurrimos al Médico supremo
Con cristianas y pias diligencias,
Procesiones, ayunos y limosnas,
Que ciertamente se hicieron muchas
En este pueblo donde yo resido
Y en todos los demás del Nuevo Reino.
Pero desta ciudad llamada Tunja
Fueron por una imagen de la Vírgen
Que está en Chiquinquirá, pueblo de indios
Que dista deste mas de siete leguas,
Do la bondad de Dios ha comenzado
A se mostrar con altas maravillas,
Sanando ciegos, cojos y tullidos,
De que daremos cuenta mas estensa
En otra parte, dándome Dios vida.
Trájose con debida reverencia
Sérico palio, hachas encendidas,
Y era para notar la muchedumbre
De bárbaros incultos que salia
A vella, recebilla y adoralla,
Con lumbres encendidas en las manos,
Prostradas en el suelo las rodillas,
Pidiéndole favor, reconociendo
Ser Madre del que puede socorrellos,
Hasta coger las gotas de la cera
Que las ardientes hachas destilaban
En tierra, que tenian por reliquia,
Y los caciques que tenian pueblos
Algo mas apartados del camino,
Rogaban la pasasen por sus casas
Prometiendo magníficas limosnas.
Finalmente, después que la trajeron
Y la pusieron en una capilla
De ricos ornamentos adornada,
Innumerables gentes acudian,
Ansí de naturales como nuestros,
Continüando santos sacrificios
Que celebraban voces acordadas
Con solemne concento y armonía;
Y fué servido Dios por su clemencia
De luego mitigar aquella ira,
Que agora va corriendo y abrasando
Tierras de Popayán y Quito y Lima,
Por gran descuido de los que gobiernan,
A proprios intereses anhelantes,
Sin que del bien comun tengan acuerdo.
Porque esta plaga vino de la costa,
Y pues sabian ya la furia della,
Facilísimamente se pudiera
Cerrar la puerta por adonde vino
Con impedir la boga por entonces
Y poner guardas en el rio Grande

Que se cumpliera bien y fielmente
Con solos seis ringlones del audiencia.
Y ansí por una negra que venia
Tocada deste mal contagioso
De la costa del mar á Mariquita,
Segun comun decir, ha sido causa
Desta calamidad y desventura,
Y que pudiera ser quedar ilesos
Usando de la dicha diligencia;
Pruébolo, pues sabemos que en Pamplona
De aqueste reino, por el gran cuidado
Y vigilancia de Cristóbal Joven,
Siendo corregidor que la regia,
No dejando llegar los caminantes,
Con sanidad quedó como solia
Y libre de la dura pestilencia.
Llevamos pues la imagen á su casa
Con la veneracion que fué posible,
Y con magnificencia de limosnas,
De que se van labrando mas decentes
Y mas autorizados edificios,
Donde también hay lámparas de plata,
Ricos y muy costosos ornamentos
Por devotos cristianos ofrecidos,
Y segun la frecuencia de fieles
Será basílica de gran momento;
De la cual á su tiempo, Dios mediante,
Tractaremos particularidades.
Y agora será justo hacer pausa,
Contento con que dejo descansando
Al Melchior Velazquez en su casa,
Y habiendo dicho lo mejor que puedo
Las cosas sucedidas en aquellas
Cuatro gobernaciones que confinan
Y van asidas unas de las otras..
No para reposar, pues que me queda
Larga, prolija y áspera jornada,
Do con razon me manda que proceda
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Cursor primero que ganó la seda
En este nuevo reino de Granada;
De cuyo fuerte brazo y estandarte
Promete de tractar la cuarta parte (1).

(1) Cumplió escribiendo la cuarta parte, la cual vió en la librería de don Alonso Ramirez de Prado, con licencias para imprimirse, Lucas Fernandez Piedrahita, segun dice en el prólogo á su historia del Nuevo Reino. Desfrutóse en esta obra, y se ven en ella versos copiados. Vide Pp. 365, 387

(Nota puesta probablemente por el censor antes nombrado.)

FIN DE LA TERCERA PARTE DE LAS ELEGÍAS Y ELOGIOS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS, Y DEL TOMO CUARTO DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

INDICE.

Páginas.

PROLOGO. v
DEDICATORIA al rey don Felipe II. 1
CENSURA DE AGUSTIN DE ZARATE al consejo real. 2
ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios. 3

PRIMERA PARTE.

ELEGIA I. — CANTO PRIMERO. 5
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata de las diferencias que hubo entre los soldados, y cómo uno habló atrevidamente contra Colon, y lo que mas sucedió.—Primero viaje de Colon á las Indias. 8
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la gran tormenta que padecieron antes de ver tierra, y cómo la gente se alborotó otra vez; y del razonamiento que les hizo Vicente Yañez Pinzon. 11
CANTO CUARTO. — Donde se trata cómo hallaron tierra, y descubrieron la grandeza deste nuevo mundo con grandes muestras de riquezas. Y lo demás que les aconteció con las primeras gentes que vieron. 13
CANTO QUINTO. — Cómo vino la India mensajera y con ella el rey Goaga Canari con gran número de gente, con el cual hizo amistades, y lo demás que allí se hizo. 16
CANTO SEXTO. — Donde se trata cómo durante el tiempo de su viaje, la vuelta de España, decian varias opiniones cerca de estas partes. Y cómo llegando á España se divulgó con gran admiracion el descubrimiento susodicho. 19

ELEGIA II. — *A la muerte del capitan Rodrigo de Arana, en la cual asimismo se prosigue el descubrimiento de las Indias.*

CANTO PRIMERO. 23
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta la muerte del capitán Rodrigo de Arana, cordobés, y de lo que hizo Colon llegado á la Española. 26

ELEGIA III. — *A la muerte de Francisco Bovadilla, donde asimismo se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, con otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazon.*

CANTO PRIMERO. 30
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colon y los que allí estaban, y cómo los reyes proveyeron sobre ello, y lo que mas aconteció en las guerras que de indios tuvieron. 34
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo tuvo Coanabo cercada la fortaleza, y lo que sucedió durante el cerco y después que los indios se retrajeron. 37
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta la venida del comendador Nicolas de Ovando, la vuelta de Cristóbal Colon, y muerte de Bobadilla, con otras muchas cosas que en aquella sazon acontecieron en estas partes. 40

ELEGIA IV. — *Muerte de Cristóbal Colon, donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje. En un solo canto.* . . . 42

ELEGIA V. — *A la muerte de don Diego Colon, segundo almirante, donde asimismo se cuentan otras muchas diversidades de cosas acontecidas en la Española despues que murió don Cristóbal Colon.*

CANTO PRIMERO. 44
CANTO SEGUNDO. — Donde se tratan las variedades que hubo en este gobierno, la venida del audiencia real, y muerte de don Diego Colon. 46

ELEGIA VI. — *A la muerte de Juan Ponce de Leon, donde se cuenta la conquista del Boriquén, con otras muchas particularidades.*

CANTO PRIMERO. 51
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata el gran rebellion de los indios boriqueños, y cosas que pasaron durante la guerra. 54
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo llegó Guarionex al pueblo dicho Montemayor sin ser sentido, y lo que mas sucedió. 56
CANTO CUARTO. — Donde se cuentan otras victorias que los españoles tuvieron en pacificacion del dicho Boriquén. 59
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta la pacificacion de toda la isla, y la postrera batalla, donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes. 61
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo llegó el armada á la Dominica, cómo cobraron las negras de Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y lo que mas sucedió, con otros saltos que después hizo Yahureibo en la isla de San Juan ó Boriquén. 65
CANTO SÉTIMO. — Donde se cuenta cómo privaron del gobierno á Joan Ponce de Leon, el mal galardon que se dió á los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce. . . . 68

ELEGIA VII. — *Elogio de Diego Velasquez de Cuéllar, adelantado ó gobernador de la isla de Cuba ó Fernandina, con la descripcion della y la relacion de cosas allí acontecidas. En un solo canto.* 70

ELEGIA VIII. — *A la muerte del adelantado don Francisco de Garay, donde se describe la isla Jamaica.*

CANTO PRIMERO. 73
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata del órden que tuvieron para salir de allí, y la muerte de don Francisco de Garay. 76
CANTO TERCERO. — Donde se trata cómo llegó Francisco de Garay al rio de Palmas, de lo que allí le sucedió, y de su muerte. 78

ELEGIA IX. — *A la muerte de Diego de Ordás, donde se cuenta la gran entrada que hizo por el rio de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas.*

CANTO PRIMERO. 80
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo Diego de Ordás subió con su armada el rio Uyapari arriba, y cómo volvió perdido á Paria, y lo que mas aconteció hasta su muerte. 84

ELEGIA X. — *Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Juan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.*

CANTO PRIMERO. 87
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo los indios revolvieron, y á los nuestros les fué forzado dejar la isla. 90
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo Antonio Sedeño salió de Puerto-Santo y fué á Paria, donde se concertó con Alonso de Herrera y Agustin Delgado, y revolvió sobre la isla Trinidad; y lo que le aconteció. 91
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Baucunar hizo llamamiento de capitanes para ir con gran pujanza sobre Antonio Sedeño, y lo que mas aconteció. 93
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta el rompimiento de la batalla, y de lo que en ella aconteció. 93
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo Sedeño volvió á Paria con intencion de reconciliarse con el Alonso de Herrera, y lo que le aconteció. 98

ELEGIA XI. — *A la muerte de Jerónimo de Ortal, segundo gobernador de Paria, donde se cuenta de la segunda entrada que se hizo por el rio Urinoco, con otras muchas cosas que entonces acontecieron.*

CANTO PRIMERO. 99
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta el trabajoso viaje que llevó el capitan Alonso de Herrera, y cosas en él acontecidas. 101
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la muerte del valeroso capitán Alonso de Herrera, y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante. 105
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta la mudanza que hubo en el campo del gobernador Jerónimo de Ortal, y cómo determinó entrar por Maracapana, y las demás cosas acontecidas en aquella provincia 110
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo muchos señores indios vinieron de paz, y cómo si poblaran los españoles y repartieran la tierra, se hiciera un negocio de gran importancia. 114
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo la gente de Sedeño, después que se metió la tierra adentro, dieron en la gente de Jerónimo de Ortal, cuyo capitán era Alonso Alvarez Guerrero, y les quitaron los caballos, y lo que mas aconteció. 119
CANTO SÉTIMO. — Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neveri en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte. 123

ELEGIA XII. *A la muerte de Antonio Sedeño, donde asimismo se cuenta el suceso de su jornada.*

CANTO PRIMERO. 126
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta el suceso desta gente hasta la muerte del Antonio Sedeño, y cómo se dividió su gente en dos bandos y parcialidades. 131
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo los de Sedeño continuaron su descubrimiento, acabado el invierno, y el fin y suceso desta jornada. 135

ELEGIA XIII. — *Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdicion y asolamiento.*

CANTO PRIMERO. — Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria. 141
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo llegó Gonzalo de Ocampo al puerto de Cumaná, la buena maña que se dió en prender algunos indios culpados, la justicia que dellos se hizo, con otras muchas cosas que entonces sucedieron. . . . 145
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta á cuánta diminucion vino la granjería de las perlas de Cubagua, el asolamiento de aquella ciudad, con otras cosas allí sucedidas. 149

ELEGIA XIV. — *Elogio de la isla Margarita, donde se da relacion de la vivienda de la gente que allí reside, y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particularidades dignas de memoria.*

CANTO PRIMERO. 154
CANTO SEGUNDO. — Donde se da á entender quién era Pedro de Ursúa y su descendencia, con otras cosas á la historia convinientes 156
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la partida de Pedro de Ursúa, con buena copia de gente, aunque alguna della inquieta y facinerosa, y las demás particularidades sucedidas antes de embarcarse en el rio por donde habian de hacer su viaje. 158
CANTO CUARTO. — Donde se da razon del mal fin que hubieron todos los conjurados que fueron en la muerte de su gobernador, y cómo Lope de Aguirre se hizo señor de toda la gente con muerte de muchos que tenia por sospechosos y que murmuraban y abominaban de su loca demanda. . . . 165
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo Aguirre entró en la isla Margarita, prendió al gobernador y principales, y las grandes crueldades que usó el tiempo que allí estuvo. . . . 167
CANTO SESTO. — Donde se cuenta cómo Lope de Aguirre salió de la isla Margarita y entró por Burburata, pueblo de la costa, la tierra adentro hasta la nueva Valencia, con otras cosas que acaecieron antes de su vencimiento. 170
CANTO SÉTIMO. — Donde se trata del vencimiento de Lope de Aguirre, la justicia que dél y otros se hizo, con el cual se remata asimismo esta historia, y la primera parte de las Elegias 172

SEGUNDA PARTE.

DEDICATORIA á la majestad del rey don Filipe nuestro señor.. 179
CENSURA DE DON ALONSO DE ERCILLA 180
ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios. 180
INTRODUCCION. 181

ELEGIA I. — *A la muerte de Micer Ambrosio, primero gobernador por los alemanes, donde se cuentan las cosas sucedidas en la provincia de Venezuela hasta su muerte.*

CANTO PRIMERO. 186
CANTO SEGUNDO. — Donde se tracta cómo el jurado Leiva y Pedro de Limpias prosiguieron adelante por las zavanas del Cabo de la Vela y Sourma, en busca de alguna gente para guias, y de lo que les sucedió con unos indios que encontraron. 193
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo micer Ambrosio volvió con la gente que recogió en la ciudad de Coro, al pueblo que dejó poblado en el Maracaibo, y de la entrada que hizo por aquella via 201
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo caminó micer Ambrosio con esta gente, descubriendo tierra hasta llegar adonde está ahora poblada la ciudad de Pamplona, distrito deste nuevo reino donde lo mataron. 206

ELEGIA II. — *A la muerte de George Espira, cuarto gobernador de las provincias de Venezuela.*

CANTO PRIMERO. 211
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuentan los grandes recuentros que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino 215
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la venida del doctor Antonio Navarro á Venezuela á tomar residencia á George Espira y á sus tenientes, y lo que mas aconteció. 224

ELEGIA III. — *A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.*

CANTO PRIMERO 226
CANTO SEGUNDO. — Donde se tracta cómo Pedro de Limpias se amotinó con cierta gente, y cómo llegó Filipe de Uten al Tocuyo, y lo demás sucedido hasta su muerte. 235
CANTO TERCERO.—Donde se tracta del entrada que hizo Diego Ruiz de Vallejo, maese de campo, á los cúicas, los grandes recuentros que tuvo con los naturales, con otras cosas que acontecieron hasta que se pobló la ciudad de Trujillo que allí se fundó. 240
CANTO CUARTO.—Donde se dicen los pueblos que hasta hoy conocemos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á lo de aquella gobernacion.

ELEGIA IV. — *Relacion de las cosas del Cabo de la Vela, y de los primeros pobladores dél, de la gran riqueza de perlas que allí se halla, con otras particularidades dignas de saberse. En un solo canto.* 239

HISTORIA Y RELACION *de las cosas acontecidas en Santa Marta desde su primera poblacion. Y esta primera elegia es á la muerte de su primer gobernador, que fué don Rodrigo de Bastidas.*

CANTO PRIMERO 248
CANTO SEGUNDO.—Donde se tracta de la llegada de Garcia de Lerma á Santa Marta, el gran fausto y pompa que trajo, con otras cosas dignas de escriptura. 255
CANTO TERCERO. — Donde se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno de Garcia de Lerma. 271
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde á pocos dias que llegó á Santa Marta salió á descubrir tierras nuevas con algunas guias que trajo de los Caribes. 283

ELEGIA V. — *A la muerte de don Pero Fernandez de Lugo.*

CANTO PRIMERO. — Donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida 289
CANTO SEGUNDO. — Donde se tracta cómo dieron de noche en los dos hermanos, y lo que mas sucedió. 296
CANTO TERCERO. — Donde se tracta cómo salió la gente del puerto de Santa Marta, así por mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que les sucedió en el rio Grande á la entrada dél, y en la prosecucion del viaje. 300
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo fué el capitán Juan de San Martin por un rio pequeño distinto del rio Grande, que bajaba de la sierra, por la misma agua en canoas con pocos soldados, y lo que les aconteció antes de dar la vuelta á los cuatro brazos que llaman la Tora, donde el campo los esperaba 306
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegos, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Pero Fernandez de Lugo. 315

ELOGIO *de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido el tiempo que allí gobernó.*

CANTO PRIMERO. 319
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo llegó Francisco Gonzalez de Castro á Pocigueyca y pobló á las faldas de la sierra, y lo que mas aconteció hasta dejar el asiento que habian poblado. 327
CANTO TERCERO. — Donde se tracta la rebelion de los indios de Bonda, y el orden que tuvieron para ganar la fortaleza, con otras cosas en aquel tiempo acontecidas. 332
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo en sabiendo los indios de Bonda ser ida el armada, vinieron sobre la ciudad de Santa Marta; cómo se reedificó la fortaleza, con otras muchas cosas que en la reedificacion acontecieron. 345

ELOGIO *de don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa Marta, donde se hace mencion de las cosas en aquella gobernacion sucedidas hasta el año de 1586.* 354
CANTO SEGUNDO. — Donde se tracta cómo don Lope de Orozco envió al capitán Antonio Cordero á poblar la provincia de Chimila, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la poblacion. 357

TERCERA PARTE.

DEDICATORIA á la majestad del rey don Filipe, nuestro señor. . . 363
ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios. 364

HISTORIA DE CARTAGENA.

CANTO PRIMERO. 365
CANTO SEGUNDO. — Donde se tracta cómo los indios comarcanos vinieron á dar la paz, y bastó la batalla que se dió en Turuaco para atemorizar los demás caciques y señores de aquella provincia. 371
CANTO TERCERO.—Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con docientos hombres bien aderezados, y llegó á la provincia de Cenú, y lo que mas aconteció en su pacificacion y conquista. 377
CANTO CUARTO. — Donde se tracta del odio que concibió la gente que quedaba en Tulú contra el gobernador Pedro de Heredia, por no querellos admitir á las sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaron sacaba, y las demás variedades que entonces acontecieron. 384
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo á pedimiento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, oidor della, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció. 397
CANTO SESTO. — Donde se cuenta cómo el licenciado Juan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guacá y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada. 397
CANTO SÉTIMO. — Donde se cuenta lo sucedido en la provincia de Buriticá, y en las demás provincias por donde pasó el licenciado Juan de Vadillo, hasta que su gente lo dejó y se quiso seguillo. 406
CANTO OCTAVO. — Donde se da cuenta cómo volvió don Pedro de

Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena. 419
CANTO NOVENO. — Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia después que el adelantado don Pedro de Heredia se vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con título de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones, y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia. 426

ELEGIA *á la muerte de Juan de Bustos de Villegas, segundo gobernador de Cartagena por provision de la R. M. En un solo canto* 434

ELEGIA *á la muerte de Francisco Bahamon de Lugo, quinto gobernador de Cartagena. En un solo canto*. 440

ELOGIO *de Pero Fernandez de Bustos, gobernador de la provincia de Cartagena, donde se cuenta el discurso de su vida hasta la venida del poderoso cosario que se dice el capitán Francisco Draque* 442

ELEGIA *á la muerte de don Sebastián de Benalcázar, adelantado de la gobernacion de Popayán, donde se cuenta el descubrimiento de aquellas provincias, y memorables cosas en ellas acontecidas.*

CANTO PRIMERO 444
CANTO SEGUNDO.—Donde se cuenta cómo Sebastián de Benalcázar prosiguió la guerra contra Hruminavi y los otros capitanes de Alabaliba, que se habian alzado con el reino de Quito, hasta la muerte dellos. 451
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á si el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes. 456
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenia, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y ansi por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel compás que hoy se llama gobernacion de Popayán. . . 461
CANTO QUINTO.— Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en si el gobierno de Popayán y sus anejos. 466
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenia, escepto tres que escaparon mas milagrosa que casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras desgracias que entonces acontecieron. 469
CANTO SÉTIMO. — Donde se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Gaitana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timaná con mas de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron. 477
CANTO OCTAVO. — Donde se cuenta cómo Pigoanza vino sobre Timaná con quince mil hombres de guerra, ferocísima é indómita gente, y lo que sucedió en aquella batalla contra menos de cien españoles, los cuarenta poco mas ó menos de caballo, y los demás peones. 485
CANTO NOVENO. — Donde se tracta cómo Pascual de Andagoya, siendo proveido por gobernador de la tierra adyacente al rio que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcázar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernacion, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastián de Benalcázar. 498
CANTO DÉCIMO. — Donde se cuenta la venida del virey Blasco Nuñez Vela á Popayán, y cómo allí se rehizo de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y llevó consigo al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y á Juan Cabrera y otros valerosos soldados 496
CANTO UNDÉCIMO. — Donde se da conclusion á la historia de lo sucedido en la gobernacion de Popayán hásta el tiempo presente, y se da cuenta de cierto alzamiento que allí se intentó por algunos soldados que vinieron desterrados de Pirú, cuando se rebeló Francisco Fernandez Giron en el Cuzco. . . 499

CATALOGO *de los gobernadores de Popayán, y cuasi epílogo de lo contenido en su historia. En metros sueltos*. 501

HISTORIA *de la gobernacion de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas della por provisiones de la real majestad del rey don Filipe segundo deste nombre, nuestro señor*. 506
CANTO PRIMERO. — Donde se da razon de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los rios Cauca y el de la Magdalena, ansi de la gobernacion de Popayán como deste Nuevo Reino 506
CANTO SEGUNDO. — Donde se da relacion del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo despues fué mudado de aquel asiento primero á mejor sitio, donde permanece con nombre de villa de Santafé de Antioquia. 510
CANTO TERCERO. — Donde se da razon de la entrada que hizo entre los rios Gaspar de Rodas, la gente que le acudió, y orden que tuvo en hacer la guerra. 512
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo los indios de la provincia de Pequí enviaron su embajada al campo de los españoles, y lo que en ella se contenia. 514
CANTO QUINTO. — Donde se da razon de lo que sucedió después que los españoles entraron en la provincia de Pequí. . . . 515
CANTO SEXTO. — En el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequí, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios le dieron la paz. 517
CANTO SÉTIMO. — Donde se da relacion de lo sucedido á Juan Velasco y á Pedro Fernandez Rivadeneyra en la provincia de los nutaves y valle de Teco 519
CANTO OCTAVO. — Donde se tracta de la fundacion de la ciudad llamada San Joan de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Caravajal, para que le sucediese en el cargo. 521
CANTO NOVENO. — En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron. 525
CANTO DÉCIMO. — En el cual se tracta de la reedificacion de San Juan de Rodas, y cómo Andrés de Valdivia se volvió á Santafé de Antioquia dejando por teniente á don Antonio Osorio de Paz, con la gente que trajo. 528
CANTO UNDÉCIMO. — Donde se tracta del socorro que trajo el gobernador Andrés de Valdivia, la mudanza del pueblo de San Juan de Rodas, con otros varios sucesos, y cómo vino de España declarado no caer en el gobierno de Valdivia Santafé de Antioquia, ni San Juan de Rodas. 530
CANTO DUODÉCIMO. — Donde se da razon de lo que hizo el gobernador Andrés de Valdivia después que tuvo la gente de la otra parte del rio Cauca. 534
CANTO DÉCIMO TERCERO. — Donde se da razon de la que le pareció á Andrés de Valdivia, que tuvo para despoblar la nueva ciudad de Ubeda. 537
CANTO DÉCIMO CUARTO. — Donde se cuenta cómo viendo los indios la gente española dividida en tres partes, determinaron de dar en ellos en un mismo dia en los lugares adonde estaban, sin se poder valer los unos á los otros por ser mucha la distancia. 539

ELOGIO *de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.*

CANTO PRIMERO. 544
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia. 547
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres, viendo que Gaspar de Rodas habia salido de la tierra, se atrevieron á matar algunos españoles y no acudian á servilios. 549
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santafé de Antioquia con setenta hombres de pié y de caballo, y fué descubriendo por el rio Porce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza. 552
RELACION BREVE *de las tierras de la gobernacion del Chocó, y cosas en ella acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capitán Gomez Fernandez, hasta que le fué dado el gobierno y conquista á Melchior Velazquez, vecino de la ciudad de Buga*. 554
CANTO SEGUNDO — Donde se tracta cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la gobernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo 555

FIN DEL INDICE.

THE BORROWER WILL BE CHARGED THE COST OF OVERDUE NOTIFICATION IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

S 79 AUG 2 6 1977

OCT 6 '77 H